ANDREW ROBERTS

CHURCHILL

LA BIOGRAFÍA



Esta es, sin duda, la mejor biografía de Winston Churchill que se haya publicado.

Andrew Roberts, considerado como el mejor historiador militar británico, ha podido utilizar para su trabajo una gran cantidad de documentos que ningún biógrafo había podido consultar con anterioridad, incluídos los diarios privados del rey Jorge VI, que se reunía regularmente con Churchill durante la guerra. La riqueza de la documentación que maneja permite a Roberts ahondar en la realidad humana del personaje, siguiendo su vida desde su infancia y la conflictiva relación con su padre hasta su declive, lo cual hace que el lector pueda «ver la segunda guerra mundial a través del prisma del resto de su vida».



Andrew Roberts

Churchill . La biografía

ePub r1.2
Titivillus 10.05.2020

Título original: *Churchill: Walking with Destiny*
Andrew Roberts, 2018
Traducción: Tomás Fernández Aúz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta
Churchill . La biografía
Citas
Agradecimientos
Nota sobre la conversión de valores monetarios
Ilustraciones de las contraportadas
Árbol genealógico
Mapas y planos
Galería de ilustraciones
Introducción
Primera parte
- La preparación
- Capítulo 1
  - Un apellido célebre
- Capítulo 2
  - Ambición bajo el fuego enemigo
- Capítulo 3
  - De Omdurmán a Oldham, vía Pretoria
- Capítulo 4
  - Las razones de una defección
- Capítulo 5
  - Winston como imperialista liberal
- Capítulo 6
  - Amor y liberalismo
- Capítulo 7
  - Ministro del Interior
- Capítulo 8
  - Primer Lord del Almirantazgo
- Capítulo 9
  - «Esta guerra de gloria y deleite»
- Capítulo 10
  - Galípoli
- Capítulo 11

De Plug Street (Ploegsteert) a la victoria
Capítulo 12
Política de coalición
Capítulo 13
La redención
Capítulo 14
Quiebra financiera
Capítulo 15
La travesía del desierto
Capítulo 16
Saltan las alarmas
Capítulo 17
La glorificación de la política de apaciguamiento
Capítulo 18
La reivindicación
Capítulo 19
«Winston ha vuelto»
Capítulo 20
La conquista del puesto de Primer ministro
Segunda parte
La ordalía
Capítulo 21
La capitulación de Francia
Capítulo 22
La batalla de Inglaterra
Capítulo 23
Los bombardeos masivos
Capítulo 24
«¡Seguid jorobando!»
Capítulo 25
«Habiéndose reunido en el océano…»
Capítulo 26
El desastre
Capítulo 27
Victoria en el desierto
Capítulo 28
«Un continente rescatado»

Capítulo 29
La dura panza del enemigo
Capítulo 30
La liberación
Capítulo 31
Una victoria coronada por una derrota
Capítulo 32
Tiempo de oposición
Capítulo 33
Un último destello
Capítulo 34
El «largo atardecer»
Conclusión
«En sintonía con el destino»
Selección bibliográfica
Libros
Artículos y tesis
Abreviaturas
Obras de Winston S. Churchill
Sobre el autor
Notas

Para Henry y Cassia,
de su orgulloso padre

Si puedes mirar de frente al Triunfo y al Desastre y tratar por igual a ambos impostores…

RUDYARD KIPLING, *Si*.

Estudia historia, estudia historia… La historia atesora todos los secretos de la gobernación del estado.

Churchill a un estudiante estadounidense, antes de una recepción celebrada el 27 de mayo de 1953 con vistas a la coronación de Isabel II de Inglaterra.

Agradecimientos

Quisiera dejar constancia de mi gratitud por el permiso graciosamente concedido por Su Majestad la reina Isabel II, sin el cual no habría sido posible utilizar el material de los Reales Archivos de Windsor. Agradezco especialmente que me haya reservado el honor de ser el primer biógrafo de Winston Churchill con pleno e ilimitado acceso al contenido íntegro de los diarios de guerra de su difunto padre, el rey Jorge VI.

Me he valido de un gran número de documentos que no son de dominio público, y en tal sentido desearía mostrar mi particular agradecimiento a David Cameron por haberme dado la oportunidad de consultar el libro de visitas del palacete de Chequers Court[1] correspondiente a los años de 1940 a 1945 y de 1951 a 1955; a George y Frances Osborne por haberme facilitado el examen de los registros de visitas y el Libro de Oro de la Bagatela Corintia[2] de Dorneywood; a *sir* Nicholas Soames por haber hecho posible que me convirtiera en el primer biógrafo de Churchill, desde los tiempos de *sir* Martin Gilbert, en poder bucear en los documentos del Other Club del Hotel Savoy de Londres; a Petronella Wyatt por autorizarme a consultar los diarios de Woodrow Wyatt; a la familia Walker por los diarios de guerra de Marian Holmes; a John Townsend por darme permiso para examinar los papeles del segundo conde de Birkenhead; a James Gascoyne-Cecil, quinto marqués de Salisbury, por sus recuerdos de Churchill y por permitirme citar algunos pasajes de los documentos escritos por Gascoyne-Cecil y conservados en Hatfield House, mansión en la que por cierto Robin Harcourt Williams no podría haberse mostrado más útil. Hugo Vickers tuvo la amabilidad de dejarme indagar en las transacciones bursátiles de Churchill, permitiéndome para ello que examinara los enormes libros de contabilidad que llevaba su abuelo, Cecil Vickers, fundador de la

correduría de bolsa Vickers da Costa; y el juez Richard Parkes aceptó que extrajera algunas citas de las memorias inéditas de su abuelo, en las que se relatan circunstancias sucedidas en Amberes y Galípoli. También agradezco a Ben Strickland que me haya dado ocasión de estudiar la crónica del capitán Nevill Smyth sobre la batalla de Omdurmán, y a Nick Thorne que me dejara leer los diarios del capitán de corbeta Vivian Cox. Tanto Michael F. Bishop, de la Biblioteca y Centro Nacional Churchill de Washington, D. C. (NCLC, según sus siglas inglesas), como el competente director de la Sociedad Internacional Winston Churchill y Elisabeth Kaplan, de la Biblioteca Gelman de la Universidad George Washington, me han permitido profundizar en el análisis de la agenda que contiene los compromisos mensuales a los que Winston Churchill hubo de responder durante las dos guerras mundiales —y quiero manifestarles además mi especial gratitud por el hecho de que me abrieran las puertas de la Biblioteca y Centro Nacional Churchill antes de su apertura oficial.

He de agradecer asimismo la ayuda que me ha prestado *lady* Williams de Elvel por los recuerdos de la relación de trabajo que mantuvo con Churchill; la contribución de Jerry del Missier por haberme acompañado en un viaje de ida y vuelta de ochocientos kilómetros por el centro de Cuba para ver el lugar en el que Churchill escuchó por primera vez la detonación de un arma de fuego descerrajada con ira; la cooperación de Joy Hunter por los recuerdos que conserva del período en el que trabajó en la Secretaría de Planificación Conjunta del Gabinete de Guerra británico; el apoyo de Mervyn King por revisar el pasaje del libro en el que hablo de la decisión que lleva a Churchill a realinear la libra esterlina con el patrón oro. Vaya asimismo mi testimonio de gratitud a Laurence Geller y David Freeman, de la Sociedad Internacional Winston Churchill; a Rodney Francis, encargado de la Competición de Esgrima de las Escuelas Privadas del Reino Unido; a Bill y Alex Roedy, por haberme mostrado el piso que ocupó Churchill en el número 11 de la calle Morpeth Mansions de Londres; a Simon Ekins del bufete de abogados de Churchill, en Fladgate; a Carrie Starren, del Club Hurlingham; a John Forster, *lady* Henrietta Spencer-Churchill, Karen Wiseman y Michael Dey, del palacio de Blenheim, en Woodstock, Oxfordshire; a Jeremy McIlwaine, de la Biblioteca Weston, perteneciente a

la Bodleiana de la Universidad de Oxford; a Bill Stockting y Allison Derrett, de los Archivos Reales británicos; a Jean Cannon, de la Institución Hoover de la Universidad Stanford; a Jane Fish, del Museo Imperial de la Guerra; a Hal Kleepak y Ricardo Guardaramo Román por la ayuda que me prestaron en Cuba; a Susan Scott, Corinne Conrath y *lady* Williams de Elvel por su colaboración con los registros del Other Club del Hotel Savoy; a Larry Arnn, Soren Geiger y todo el equipo que se encarga de los textos de Churchill en el Hillsdale College de Míchigan, por la labor, verdaderamente magnífica, que están realizando al documentar íntegramente el legado que forman los escritos de Winston Churchill; a Clare Kavanagh y el personal de los Archivos del Nuffield College de la Universidad de Oxford; a Claire Batley, de la Oficina de Registros de la Cámara de los Lores[3] por la asistencia que me ha brindado con la legislación vinculada con la Libertad de Información; a Mark Foster-Brown por los recuerdos que me ha transmitido de su abuelo, el contraalmirante Roy Foster-Brown, que acompañó a Churchill durante una visita a Atenas en diciembre de 1944; a Tace Fox, de los Archivos de la Harrow School; al imán Ahmed Abdel-Rahman al Mahdí por las consideraciones que ha compartido conmigo acerca de su abuelo, el Mahdí[4]; a P. W. H. Brown, de la Academia Británica; a la doctora Kate Harris, de los Archivos Longleat; al doctor Rob Havers de la Fundación George C. Marshall; a Diana Manipud, de los Archivos Liddell Hart del Departamento de Estudios de Guerra del King's College de Londres; a Rodney Melville y Francesca McCoy por permitirme dedicar un día entero a examinar los libros de visitas del palacete de Chequers Court; a Janina Gruhner de la Universidad de Zúrich por mostrarme el estrado desde el que Churchill se dirigió a sus compatriotas en 1946; a John Lee por llevarme hasta el punto por el que Churchill cruzó el Rin en marzo de 1945 y hacerme visitar el campo de batalla en el que mi biografiado combatió atrincherado en Ploegsteert; a Rafael Serrano por enseñarme con detalle el viejo edificio del Almirantazgo; a *lady* Avon por autorizarme a examinar los papeles de Anthony Eden; a Timothy Shuttleworth, de la honorable sociedad profesional de Gray's Inn, donde se conocieron Churchill y Franklin Delano Roosevelt; a Heather Johnson del Museo Naval Nacional; a Zoë Colbeck y Katherine Barnett, del palacete de

Chartwell, en el que Churchill residió durante cuarenta años; al capitán y la tripulación del destructor estadounidense Winston Churchill; al doctor John Mather por nuestros debates sobre la salud de Churchill; a Christopher Clement-Davies por arrojar luz sobre las relaciones que su abuelo mantuvo con Churchill; a Barnaby Lennon por invitarme a dar una charla en el certamen de Churchill Songs celebrado en la Harrow School; a Gregory Fremont-Barnes y al doctor Anthony Morton, de la Real Escuela Militar de Sandhurst, en Berkshire[5], y a Geoffrey Partington por sus recuerdos. Donatella Flick tuvo la gran amabilidad de ofrecerme una visita guiada por el apartamento en el que falleció Churchill, en el número 28 de la calle Hyde Park Gate de Londres.

Los debates que he tenido ocasión de mantener sobre la figura de Churchill con mis colegas historiadores me han ayudado enormemente. Quisiera dar aquí un especial testimonio de gratitud a Jonathan Aitken, Larry Arnn, Wilfred Attenborough, Christopher M. Bell, John Bew, Paul Bew, Conrad Black, Jeremy Black, Jonathan Black, Robin Brodhurst, Stefan Buczacki, Michael Burleigh, el doctor Peter Caddick-Adams, David Cannadine, Ronald I. Cohen, Paul Courtenay, Rodney Croft, Barry De Morgan, David Dilks, Warren Dockter, *lady* Antonia Fraser, Marcus Frost, Soren Geiger, Richard Griffiths, Rafe Heydel-Mankoo, James Holland, *sir* Michael Howard, John Hughes-Wilson, *sir* Ian Kershaw, Warren Kimball, Albert Knapp, Jim Lancaster, Celia Lee, John Lee, Lewis E. Lehrman, Michael McMenamin, Allan Mallinson, John H. Maurer, William Morrissey, James Muller, Philip Reed, Kenneth Rendell, Larry Robinson, Kevin Ruane, Douglas Russell, Celia Sandys, Peter Saville, Richard W. Smith, Gillian Somerscales, Nicholas Stargardt, Cita Stelzer, Ben Strickland, Bradley P. Tolppanen y Curt Zoller. Paul Addison, el distinguido historiador y especialista en la persona de Winston Churchill, tuvo la cortesía de leer las galeradas del libro, y quisiera agradecerle muy encarecidamente los comentarios que me hizo.

También quiero dar las gracias a los equipos del Museo de Arroyo Blanco de Cuba; a los Archivos Nacionales del Reino Unido en Kew; a la Biblioteca de Investigación Cadbury, de la Universidad de Birmingham; a la Biblioteca de la Universidad de Cambridge; a la Colección Henry W. y

Albert A. Berg de literatura inglesa y estadounidense de la Biblioteca Pública de Nueva York; al Museo Imperial de la Guerra de Duxford; al Gabinete de Guerra de Winston Churchill; a los hoteles Inglaterra y Nacional de La Habana por haberme mostrado las habitaciones que ocupó Churchill en sus visitas de los años 1895 y 1946, respectivamente; al Hotel Mamounia de Marrakech; al Centro Histórico de Plug Street, en Ploegsteert, Bélgica, y al personal del Centro Liddell Hart, del King's College de Londres.

Por haber leído el manuscrito antes de su publicación, y por haber sugerido algunas modificaciones, quisiera dar las gracias a Paul Addison, Gregg Berman, Michael F. Bishop, Robin Brodhurst, Rudy Carmenaty, Richard Cohen y Paul Courtenay. Debo la misma gratitud a mi cuñado Paul Daly, así como a Marc Feigen, Alan Hobson, Richard Langworth, John Lee, Jerry del Missier, Richard Munro, Stephen Parker, Lee Pollock, el catedrático Elihu Rose, Peter Saville, Max Schapiro, Gilles Vauclair, Moshe Wander y Peter Wyllie. No quisiera dejar de incluir en mi deuda de gratitud a otras personas que también me han proporcionado una ayuda utilísima, como Merlin Armstrong, Richard Cohen, mi hijo Henry Roberts, Matthew Sadler y Gabriel Whitwam.

Mi agradecimiento especial va dirigido a Allen Packwood y a toda la plantilla del Centro de Archivos Winston Churchill del Churchill College de Cambridge, de entre los que quisiera destacar los nombres de Katharine Thomson, Heidi Egginton, Sarah Lewery, Natasha Swainston y Andrew Riley. Todos estos maravillosos profesionales de la archivística no solo han sabido lidiar con equipos de televisión y logrado traducir los palimpsestos churchillianos, también se han mostrado siempre excepcionalmente amables, cordiales, serviciales y eficientes. La familia Churchill no podría haberme brindado más apoyo ni dado más ánimos, especialmente Randolph Churchill, Edwina Sandys, Celia Sandys, Minnie Churchill, Emma Soames y *sir* Nicholas Soames, sin olvidar a la difunta Mary Churchill, más tarde *lady* Soames. Del mismo modo, Michael F. Bishop ha sido siempre un firme baluarte al que acudir ante cualquier circunstancia.

Sería difícil exagerar la deuda de gratitud que tengo contraída con Richard Langworth, partícipe del espléndido proyecto Churchill de

Hillsdale. Sin él, no habría sido posible redactar este libro. Con el fin de abordar todos los aspectos imaginables de los estudios churchillianos, él y yo hemos ido intercambiando a lo largo de los años un gran número de correos electrónicos —tantos que hace ya mucho tiempo que la cifra supera el millar—. Y lo mismo puedo decir de la correspondencia que mantenemos con Paul Courtenay. De hecho, los conocimientos y la sabia perspicacia de ambos autores impregnan todas y cada una de las páginas de la presente obra, aunque sin duda seguirá habiendo una gran cantidad de extremos que les inducirán a discrepar. La relación que me ha unido a ellos ha sido uno de los mayores placeres que me ha proporcionado la elaboración de este texto.

Como ya dijera Churchill en alusión a su Historia de los pueblos de habla inglesa: «Escribir un libro largo y significativo es como tener a tu lado a un amigo y compañero al que siempre puedes recurrir en busca de consuelo y distracción, con la particularidad de que, al frecuentarlo, su trato adquiere un atractivo tanto más acusado cuanto más vayan iluminando el intelecto los nuevos y ensanchados campos de interés que van surgiendo». Quiero dar también las gracias a mis editores, Stuart Proffitt y Joy de Menil, a mi agente literario Georgina Capel, a mi revisor de textos, Peter James, cuya vista de lince detecta hasta el más mínimo gazapo, a mi editora de imágenes Cecilia Mackay, y a Richard Duguid y Ben Sinyor, de la editorial Penguin. Con todos ellos tengo contraída una deuda de gratitud por su amistad, su buen humor, su dedicación poco menos que estajanovista, y su formidable profesionalismo. Por lo demás, Stephen Ryan ha vuelto a revelarse un inmejorable corrector de pruebas.

No sabría expresar la enorme gratitud que siento hacia mi esposa Susan por venir conmigo en las visitas a Galípoli, Cuba e Hiroshima, y por haber convivido con este libro durante más de cuatro años, invariablemente dispuesta a ofrecerme su inquebrantable ayuda, además de su apoyo y su estímulo. No puedo sino remitirme a las palabras con las que Churchill concluye su autobiográfica obra titulada *Mi juventud*: «Me casé y fuimos felices desde entonces».

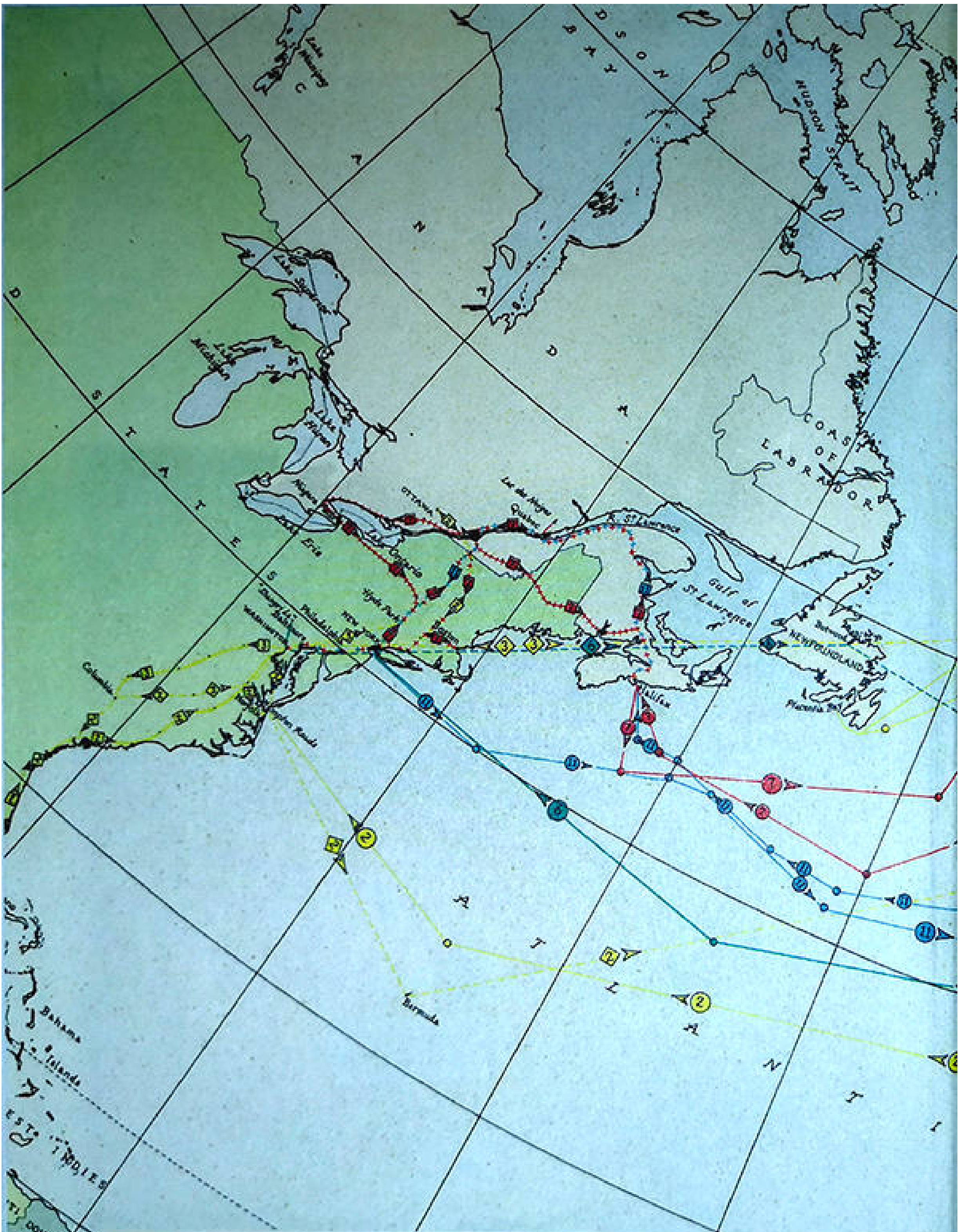
ANDREW ROBERTS
julio de 2018

Nota sobre la conversión de valores monetarios

El valor de una libra esterlina de nuestros días habría podido comprar aproximadamente 80 libras esterlinas del año 1874, fecha de nacimiento de Churchill. En 1900 su equivalencia se habría situado en torno a las 101 libras esterlinas, pero habrían sido 91 en 1914, 41 en 1920, 50 en 1930, 52 en 1940, 35 en 1945, 28 en 1950 y 16 en 1965, año de su fallecimiento. Respecto a la moneda estadounidense la libra esterlina se cambió a 4,86 dólares hasta el año 1914, para oscilar después entre los 3,66 dólares de 1920, los 4,80 de 1930, los 4,03 de 1940 y los 4,00 de 1945. Entre 1950 y 1965 se mantuvo en 2,80.

Ilustraciones de las contraportadas

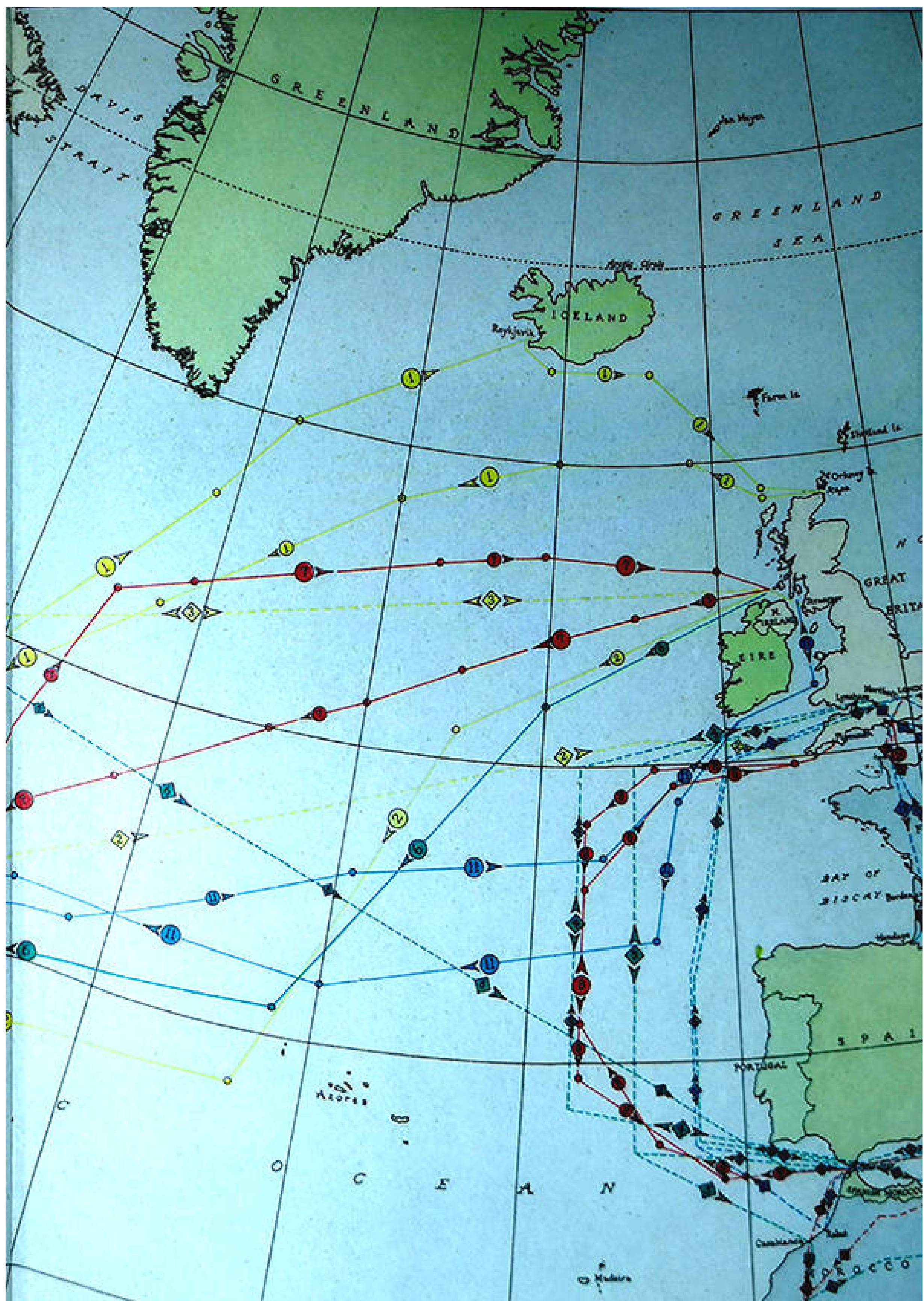
Las guardas de la encuadernación han sido adaptadas partiendo del mapa que elaboró el capitán de corbeta Frank A. de Vine Hunt sobre los viajes efectuados por Churchill durante la segunda guerra mundial, originalmente impresos y publicados en 1947 por la casa George Philip & Son, Ltd., Londres, en asociación con Time and Tide.

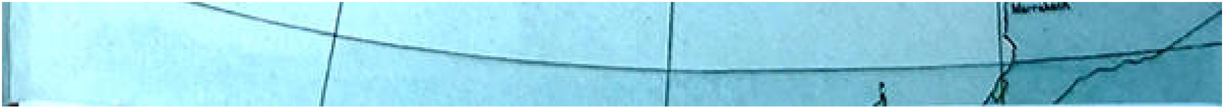


DUNKIRK TO BERLIN
JUNE, 1940 - JULY, 1945

Journeys Undertaken By The Rt. Honble. WINSTON S. CHURCHILL, O.M., C.H., F.R.S., M.P.,
PRIME MINISTER OF GREAT BRITAIN
In Defence Of The British Commonwealth And Empire




DAVIS STRAIT
GREENLAND
Jan Mayen
GREENLAND SEA
Arctic Circle
ICELAND
Reykjavik
Faroe Is.
Shetland Is.
GREAT
BRITA
N. IRELAND
EIRE
BAY OF BISCAY
PORTUGAL
SPAI
Azores
O C E A N
Casablanca
Madeira



"ATLANTIC CHARTER" MEETING
H.M.S. "Prince of Wales"

1st "WASHINGTON CONFERENCE"

2nd "WASHINGTON CONFERENCE"

1st "MOSCOW CONFERENCE"
Visiting Cairo, Teheran and the El Alamein Front. R.A.F. Ferry Command Liberator "Commando"

"CASABLANCA CONFERENCE"
Visiting Cairo, Adana, Cyprus, Tripoli and Algiers. R.A.F. Transport Command Liberator "Commando"

3rd "WASHINGTON CONFERENCE"

1st "QUEBEC CONFERENCE"

"CAIRO CONFERENCE"—"TEHERAN CONFERENCE"

"NORMANDY"

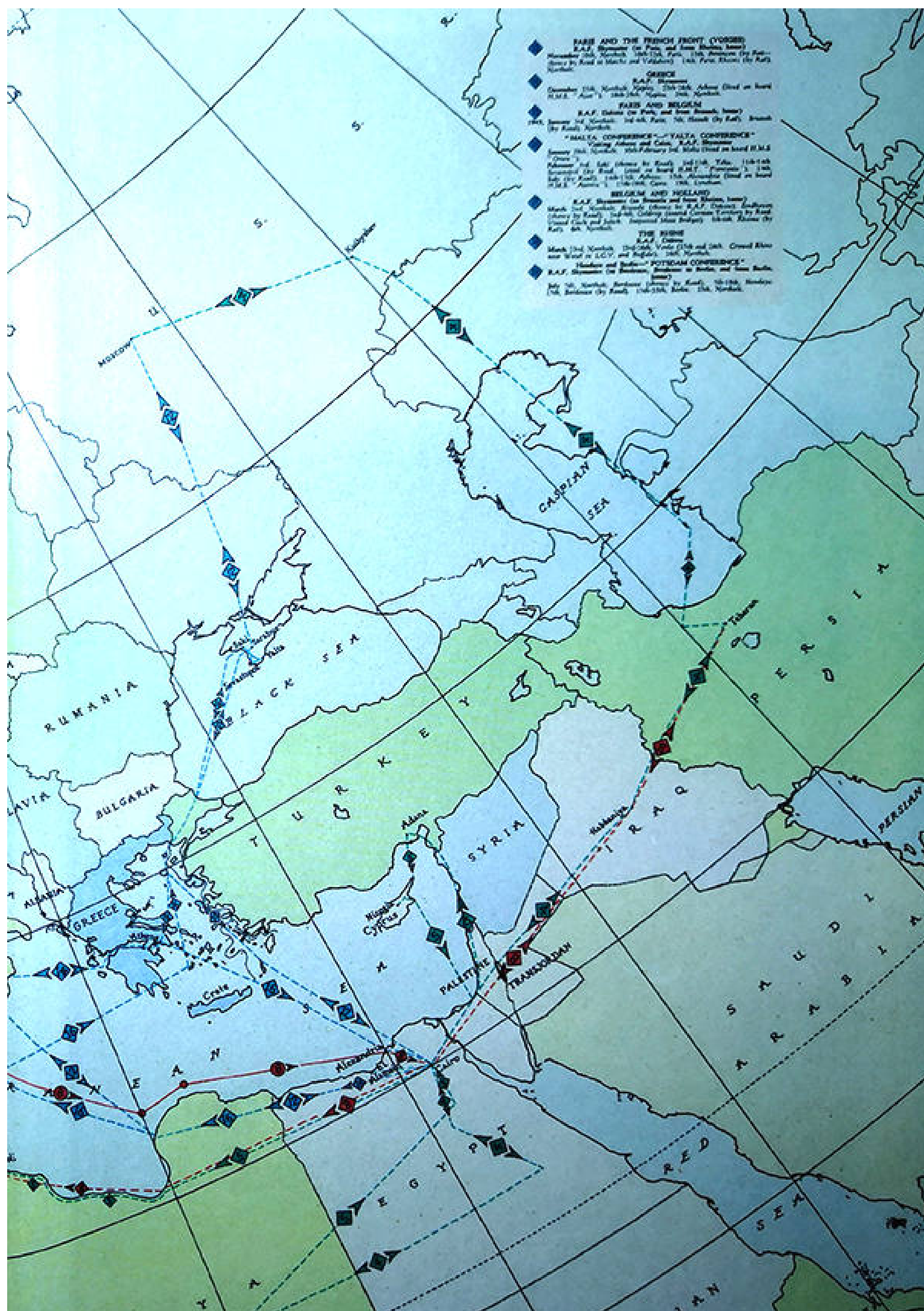
ITALY, THE ITALIAN FRONTS AND THE SOUTH OF FRANCE INVASION COAST
R.A.F. York (to Naples, and from Naples, home)

2nd "QUEBEC CONFERENCE"

2nd "MOSCOW CONFERENCE"
Visiting Cairo and Naples. R.A.F. York

ICELAND
Reykjavik
Faroe Is.
Shetland Is.
Orkney & Scapa
NORTH SEA
GREAT BRITAIN
N. IRELAND
EIRE
NETHERLANDS
BELGIUM
GERMANY
BERLIN
DENMARK
ESTONIA
LATVIA
LITHUANIA
East Prussia
POLAND
CZECHOSLOVAKIA
AUSTRIA
HUNGARY
SWITZERLAND
FRANCE
Paris
Rheims
BAY OF BISCAY
Bordeaux
Hendaye
Corsica
Sardinia
Sicily
Naples
Rome
Florence
ADRIATIC SEA
YUGOSLAVIA
SPAIN
PORTUGAL
MEDITERRANEAN
Algiers
Malta
TUNISIA
ALGERIA
SPANISH MOROCCO
MOROCCO
Casablanca
Rabat
Madeira
OCEAN


Marrakech

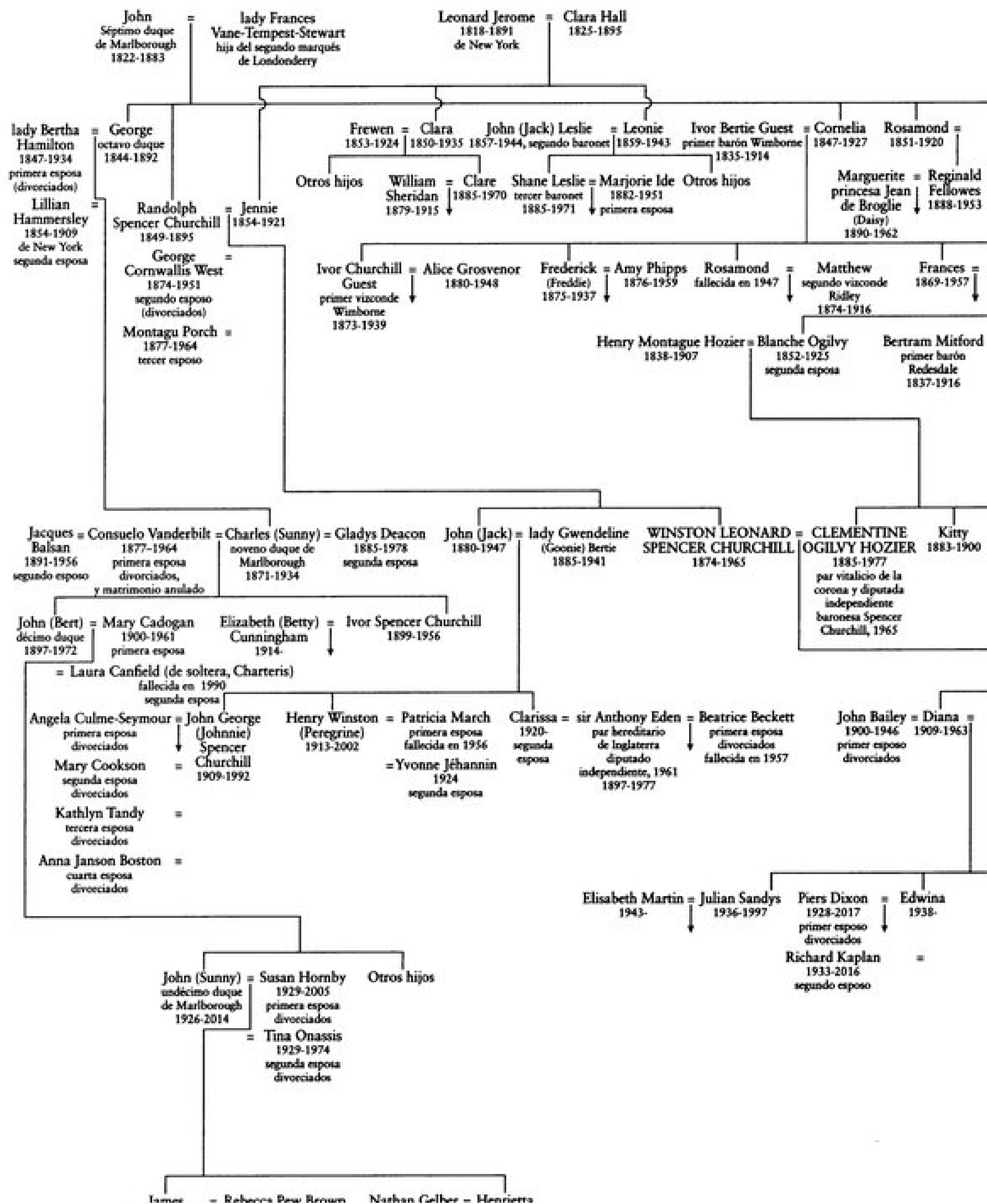

PARIS AND THE FRENCH FRONT (VOSGES)
GREECE
PARIS AND BELGIUM
"MALTA CONFERENCE"—"YALTA CONFERENCE"
BELGIUM AND HOLLAND
THE RHINE
"POTSDAM CONFERENCE"
Moscow
RUMANIA
BULGARIA
BLACK SEA
CASPIAN SEA
TURKEY
PERSIA
SYRIA
IRAQ
Habbaniya
Tehran
Adana
Nicosia
Cyprus
PALESTINE
TRANSJORDAN
SAUDI ARABIA
GREECE
ALBANIA
Athens
Crete
Alexandria
Cairo
EGYPT
RED SEA
PERSIAN


EGYPT

Árbol genealógico

Árbol genealógico general de los familiares con los que se relacionó Churchill a lo largo de su vida.

Árbol genealógico general de los familiares con los que se relacionó Churchill a lo largo de su vida

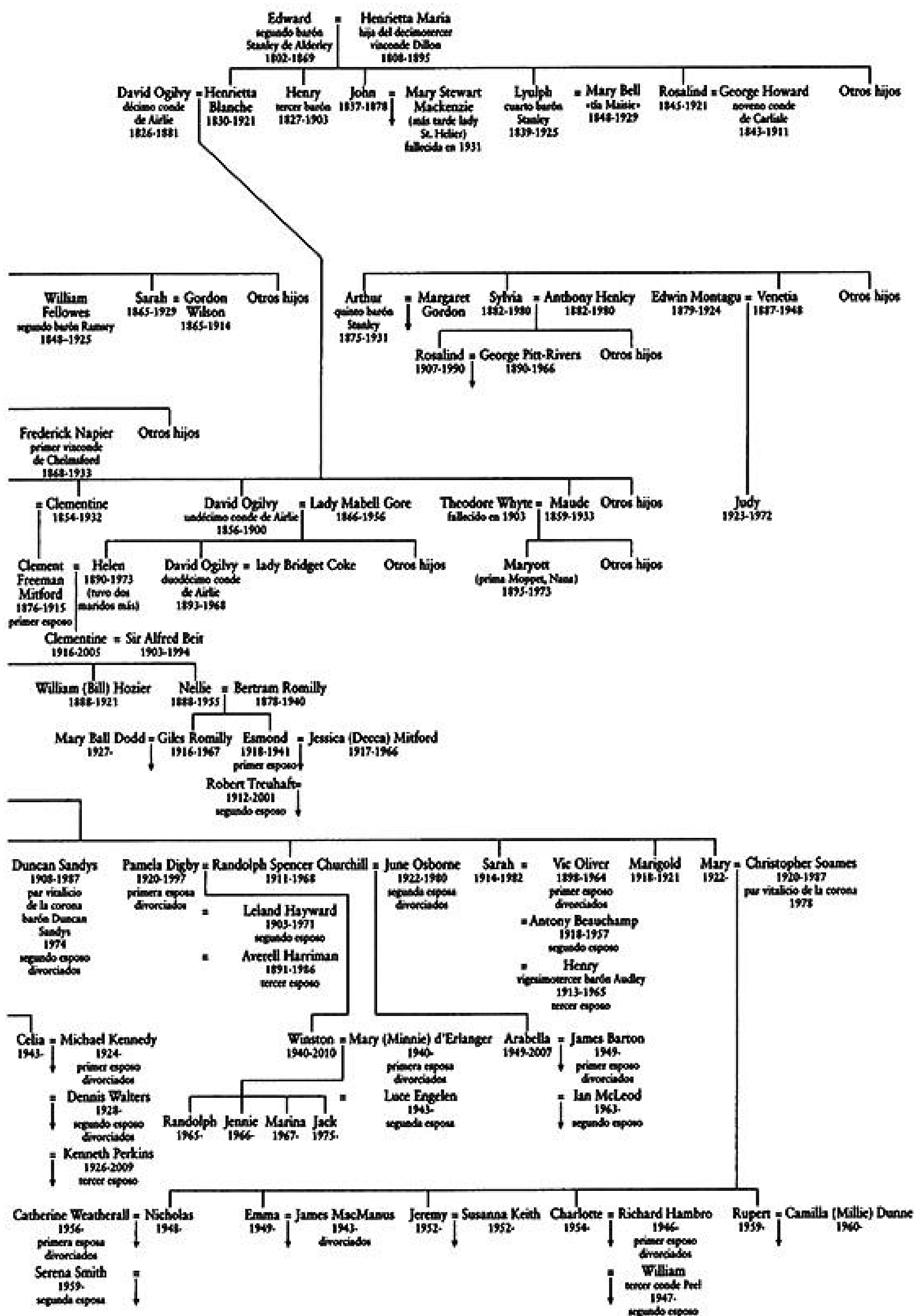


duodécimo duque
de Marlborough
1955-

1957-

divorciados

1958-



Edward
segundo barón
Stanley de Alderley
1802-1869
=
Henrietta Maria
hija del decimotercer
vizconde Dillon
1808-1895
David Ogilvy
décimo conde
de Airlie
1826-1881
= Henrietta
Blanche
1830-1921
Henry
tercer barón
1827-1903
John
1837-1878
=
Mary Stewart
Mackenzie
(más tarde lady
St. Helier)
fallecida en 1931
Lyulph
cuarto barón
Stanley
1839-1925
= Mary Bell
«tía Maisie»
1848-1929
Rosalind
1845-1921
= George Howard
noveno conde
de Carlisle
1843-1911
Otros hijos
William
Fellowes
segundo barón Ramsey
1848-1925
Sarah
1865-1929
= Gordon
Wilson
1865-1914
Otros hijos
Arthur
quinto barón
Stanley
1875-1931
= Margaret
Gordon
Sylvia
1882-1980
= Anthony Henley
1882-1980
Edwin Montagu
1879-1924
= Venetia
1887-1948
Otros hijos
Rosalind
1907-1990
= George Pitt-Rivers
1890-1966
Otros hijos
Frederick Napier
primer vizconde
de Chelmsford
1868-1933
Otros hijos
= Clementine
1854-1932
David Ogilvy
undécimo conde de Airlie
1856-1900
= Lady Mabell Gore
1866-1956
Theodore Whyte
fallecido en 1903
= Maude
1859-1933
Otros hijos
Judy
1923-1972
Clement
Freeman
Mitford
1876-1915
primer esposo
=
Helen
1890-1973
(tuvo dos
maridos más)
David Ogilvy
duodécimo conde
de Airlie
1893-1968
= Lady Bridget Coke
Otros hijos
Maryott
(prima Moppet, Nana)
1895-1973
Otros hijos
Clementine
1916-2005
= Sir Alfred Beit
1903-1994
William (Bill) Hozier
1888-1921
Nellie
1888-1955
= Bertram Romilly
1878-1940
Mary Ball Dodd
1927-
= Giles Romilly
1916-1967
Esmond
1918-1941
primer esposo
= Jessica (Decca) Mitford
1917-1966
Robert Treuhaft=
1912-2001
segundo esposo
Duncan Sandys
1908-1987
par vitalicio
de la corona
barón Duncan
Sandys
1974
segundo esposo
divorciados
Pamela Digby
1920-1997
primera esposa
divorciados
= Randolph Spencer Churchill
1911-1968
= June Osborne
1922-1980
segunda esposa
divorciados
Sarah
1914-1982
=
Vic Oliver
1898-1964
primer esposo
divorciados
Marigold
1918-1921
Mary
1922-
= Christopher Soames
1920-1987
par vitalicio de la corona
1978
= Leland Hayward
1903-1971
segundo esposo
= Averell Harriman
1891-1986
tercer esposo
= Antony Beauchamp
1918-1957
segundo esposo
= Henry
vigesimotercer barón Audley
1913-1965
tercer esposo
Celia
1943-
= Michael Kennedy
1924-
primer esposo
divorciados
= Dennis Walters
1928-
segundo esposo
divorciados
= Kenneth Perkins
1926-2009
tercer esposo
Winston
1940-2010
= Mary (Minnie) d'Erlanger
1940-
primera esposa
divorciados
= Luce Engelen
1943-
segunda esposa
Arabella
1949-2007
= James Barton
1949-
primer esposo
divorciados
= Ian McLeod
1963-
segundo esposo
Randolph
1965-
Jennie
1966-
Marina
1967-
Jack
1975-
Catherine Weatherall
1956-
primera esposa
divorciados
= Nicholas
1948-
Serena Smith
1959-
segunda esposa
=
Emma
1949-
= James MacManus
1943-
divorciados
Jeremy
1952-
= Susanna Keith
1952-
Charlotte
1954-
= Richard Hambro
1946-
primer esposo
divorciados
= William
tercer conde Peel
1947-
segundo esposo
Rupert
1959-
= Camilla (Millie) Dunne
1960-

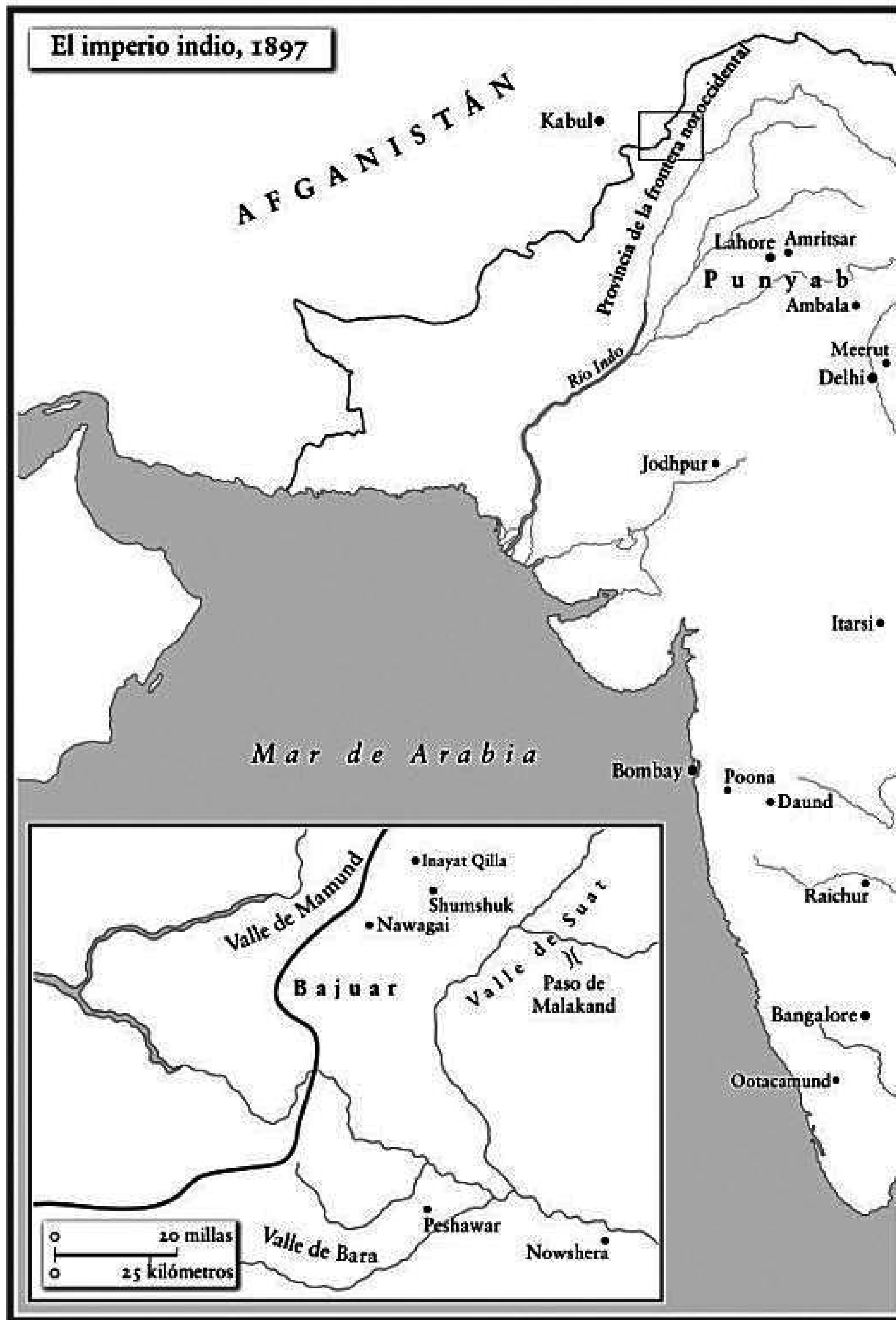
Mapas y planos


Las islas británicas
Estribaciones marítimas noroccidentales
Islas Orcadas
Fondeadero de Scapa
Islas Hébridas
Inverness
Aberdeen
Castillo de Balmoral
ESCOCIA
Dundee
Perth
Estuario de Clyde
Inverkeithing
Rosyth
Estuario de Forth
Edimburgo
Glasgow
Mar del Norte
Fiordo Swilly
Lamlash
Isla de Arran
Instituto Saint
MacNissi's
(Torre Garron)
Condado de Tyrone
Stranraer
Belfast
Río Tyne
Newcastle
Hartlepool

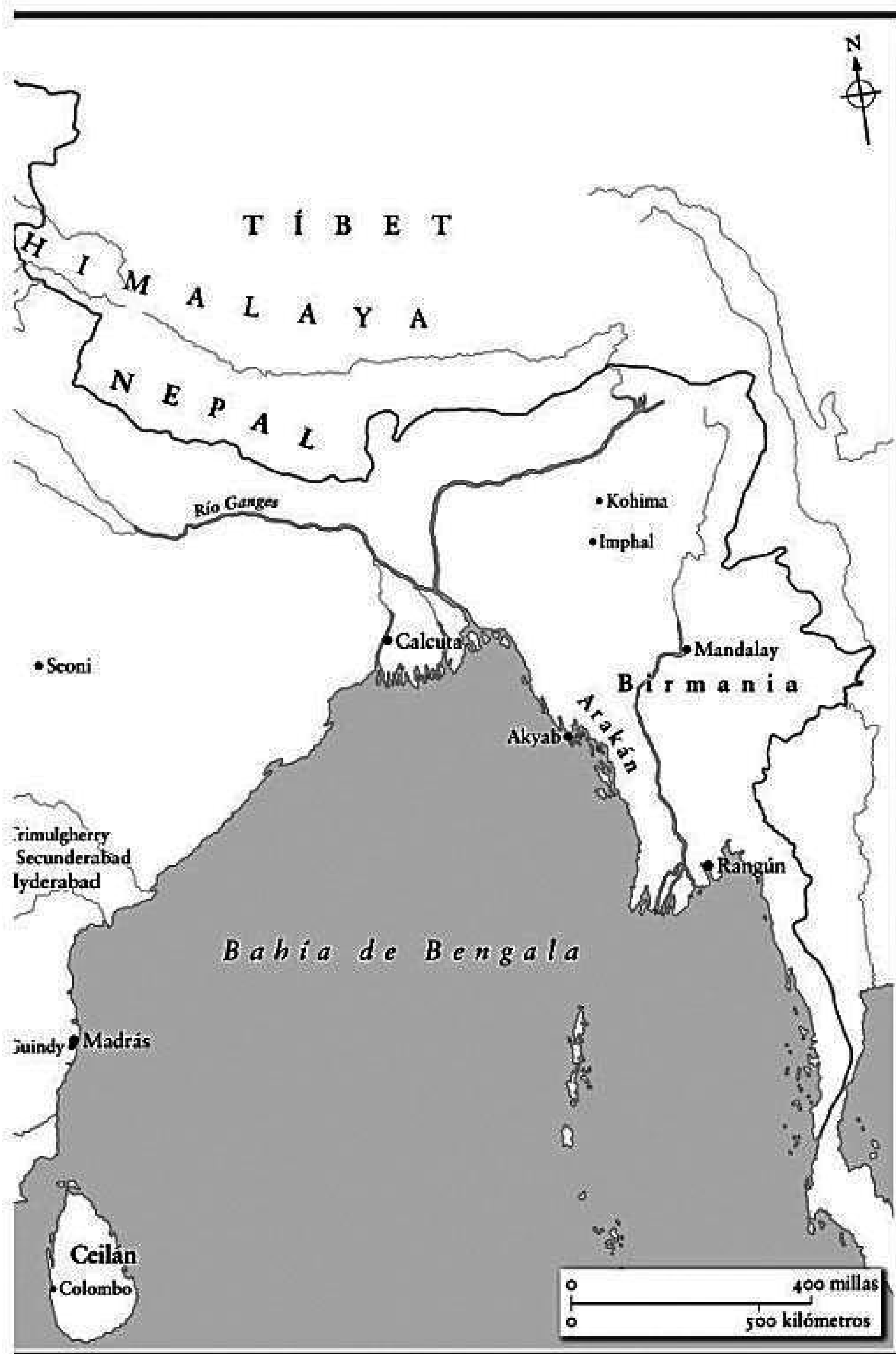

N



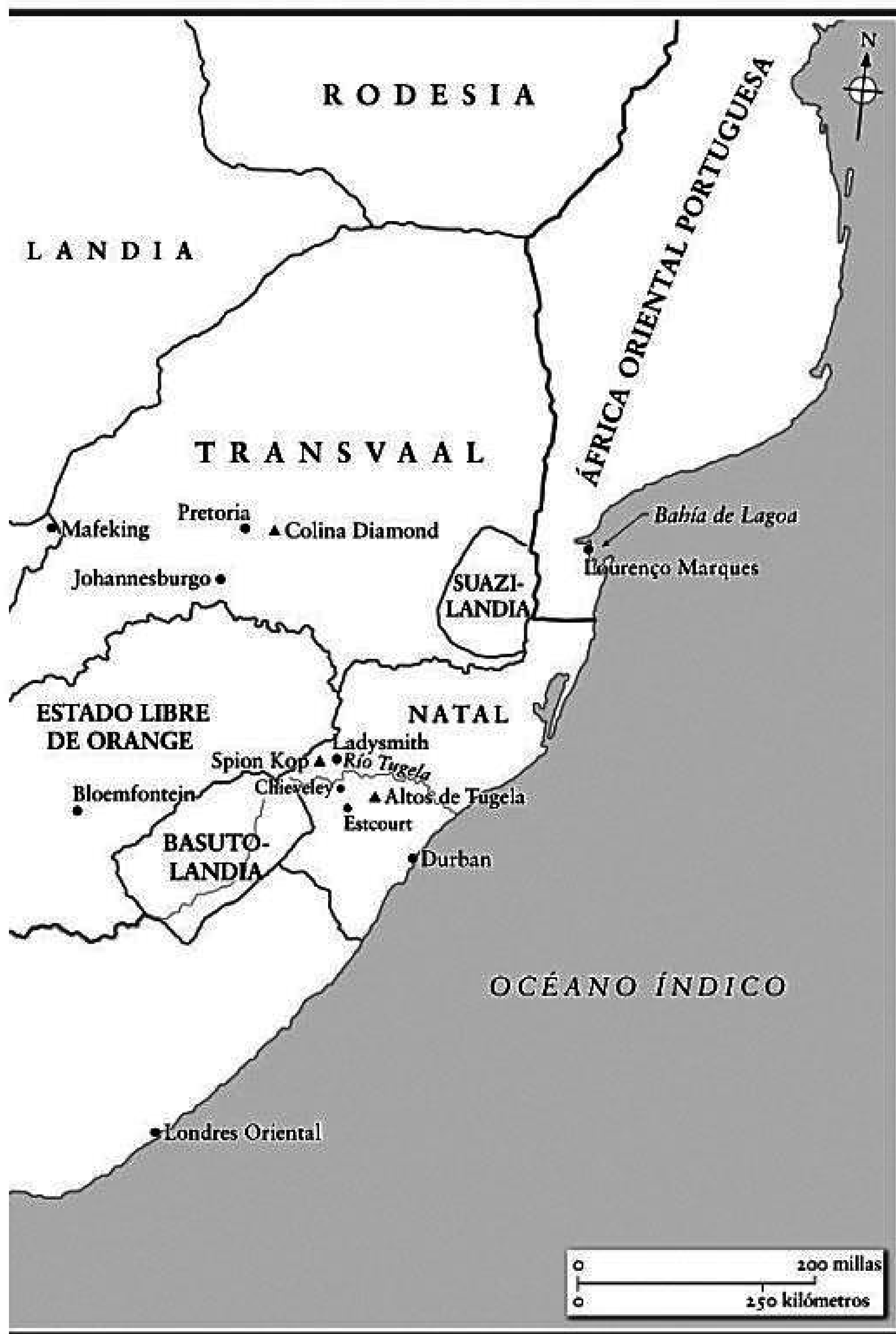
Fermanagh
Úlster
Isla de Man
Scarborough
York
Dundalk
Blackpool
Burnley
Leeds
Hull
IRLANDA
Mar de Irlanda
Río Humber
Bolton
Oldham
Grimsby
Mánchester
Sheffield
Dublín
Liverpool
Kingstown
Llandudno
Curragh
INGLATERRA
Nottingham
Overstrand
Norwich
Oakham
Norfolk
Leicester
Birmingham
Coventry
Río Severn
Ashby Saint Ledgers
Cambridge
GALES
Bletchley Park
Ditchley Park
Woodstock
Waltham Abbey
Cork
Valle Rhondda
Palacio de Blenheim
Chequers
Nazeing
Berehaven
Bladon
Oxford
Theydon-Bois
Llanelli
Tonypandy
Río Támesis
Shoeburyness
Thanet
Swansea
Bristol
Lyneham
Londres
Margate
Cardiff
Castillo de Walmer
Sandhurst
Bath
Canterbury
Chartwell
Kent
Dover
Godalming
East Grinstead
Bosque de Ashdown
Southampton
Wimborne
Portsmouth
Brighton
Pevensey
Dungeness
Bournemouth
Cowes
Spithead
Isla de Wight
Estrecho de Solent
Plymouth
Portland Bill
Canal de la Mancha
0
100 millas
0
100 kilómetros



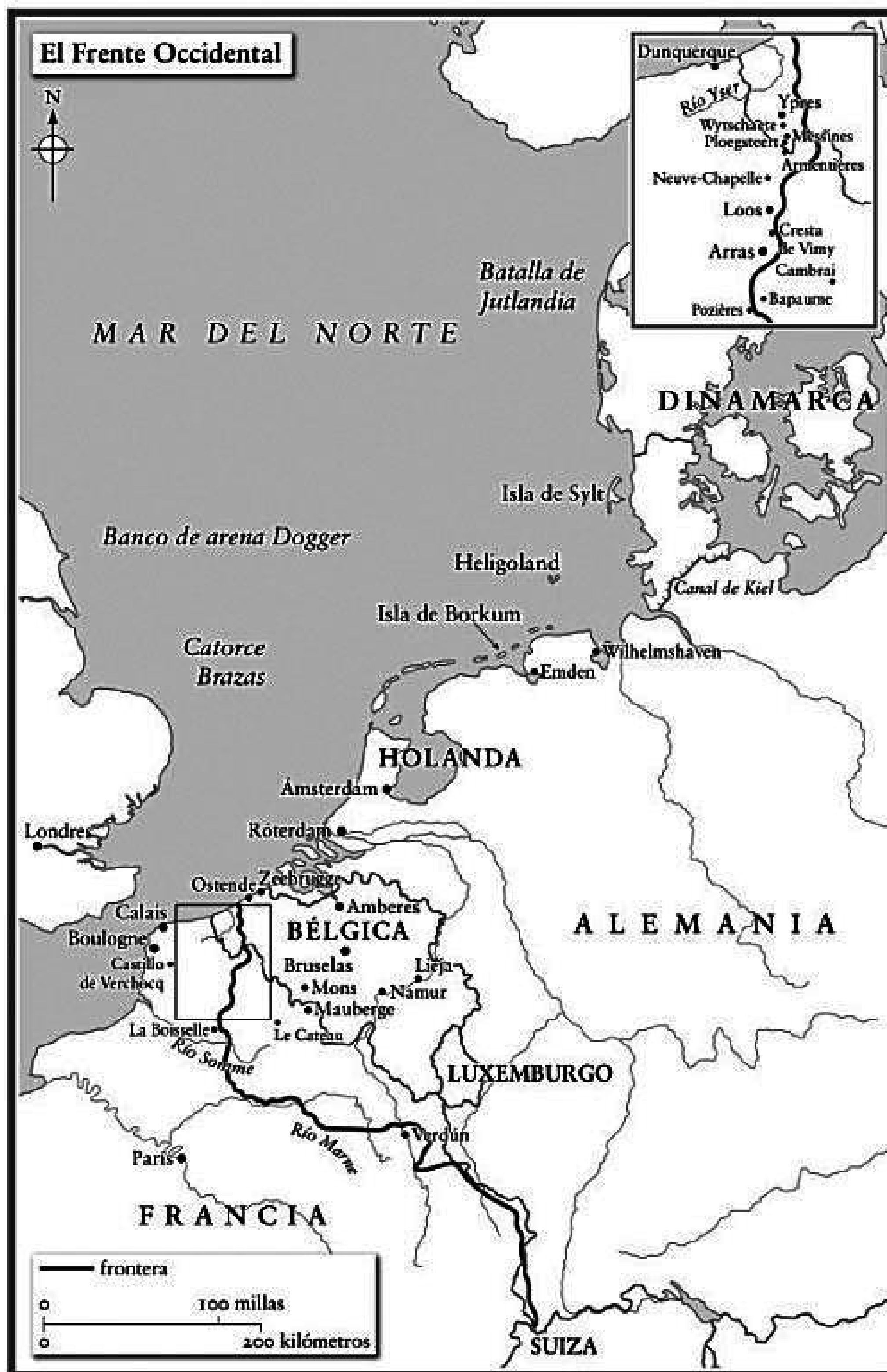
El imperio indio, 1897
AFGANISTÁN
Kabul
Provincia de la frontera noroccidental
Lahore
Amritsar
Punyab
Ambala
Meerut
Delhi
Río Indo
Jodhpur
Itarsi
Mar de Arabia
Bombay
Poona
Daund
Raichur
Bangalore
Ootacamund
Inayat Qilla
Shumshuk
Nawagai
Valle de Mamund
Valle de Suat
Paso de Malakand
Bajuar
Peshawar
Nowshera
Valle de Bara
20 millas
25 kilómetros


N
TÍBET
HIMALAYA
NEPAL
Río Ganges
Kohima
Imphal
Calcuta
Seoni
Mandalay
Birmania
Arakán
Akyab
Trimulgherry
Secunderabad
Hyderabad
Rangún
Bahía de Bengala
Guindy
Madrás
Ceilán
Colombo
0
400 millas
0
500 kilómetros


África austral, 1899
ÁFRICA
DEL SUROESTE
ALEMANA
BECHUANA
Río Orange
OCÉANO
ATLÁNTICO
COLONIA DEL CABO
Ciudad del Cabo
Puerto Elizabeth



RODESIA
LANDIA
ÁFRICA ORIENTAL PORTUGUESA
TRANSVAAL
Mafeking
Pretoria
Colina Diamond
Johannesburgo
SUAZI-
LANDIA
Bahía de Lagoa
Lourenço Marques
ESTADO LIBRE
DE ORANGE
NATAL
Ladysmith
Spion Kop
Río Tugela
Chieveley
Altos de Tugela
Bloemfontein
Estcourt
BASUTO-
LANDIA
Durban
OCÉANO ÍNDICO
Londres Oriental
0
200 millas
0
250 kilómetros
N

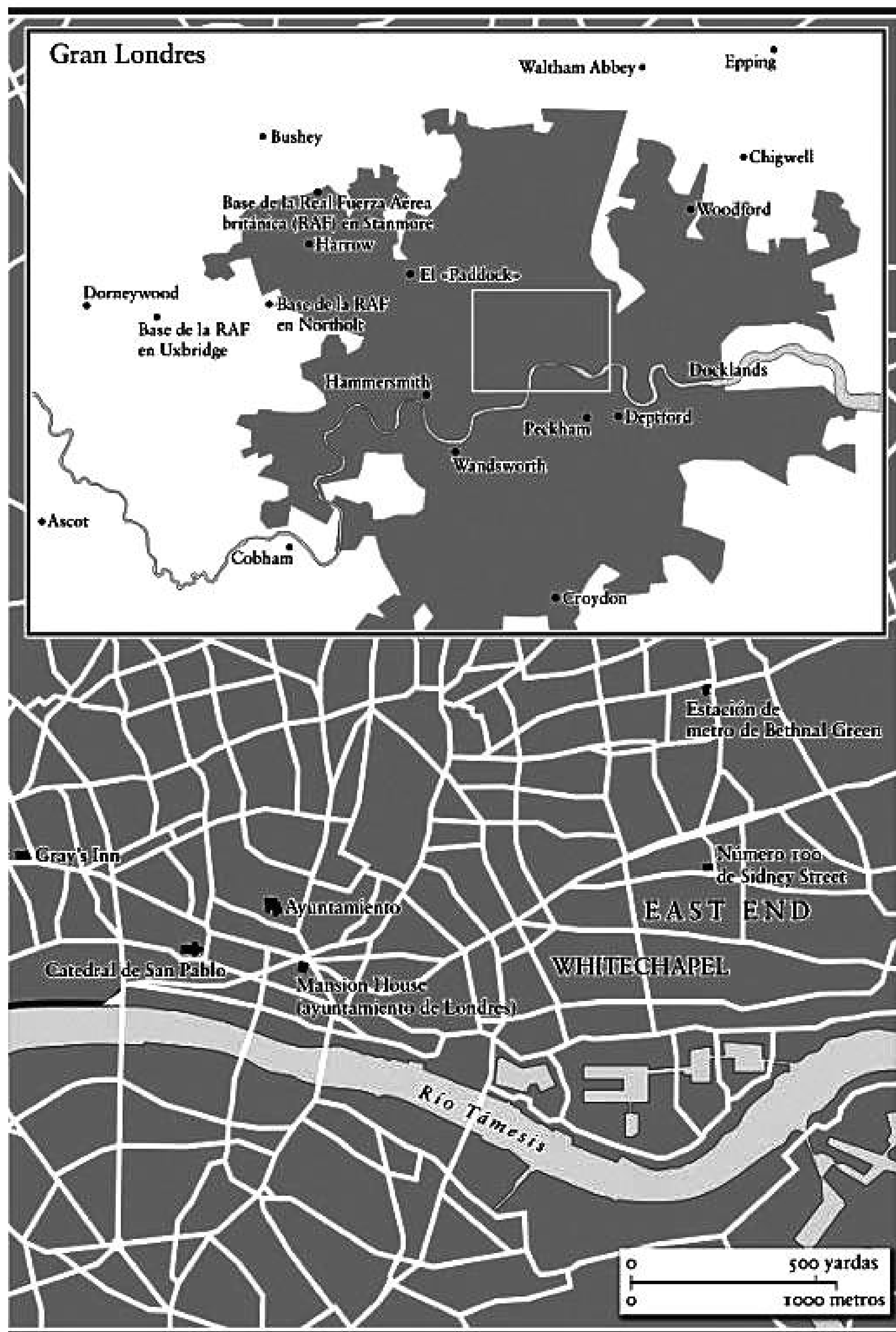

El Frente Occidental
N
Dunquerque
Río Yser
Ypres
Wytschaete
Messines
Ploegsteert
Armentières
Neuve-Chapelle
Loos
Cresta de Vimy
Arras
Cambrai
Bapaume
Pozières
Batalla de Jutlandia
MAR DEL NORTE
DINAMARCA
Isla de Sylt
Banco de arena Dogger
Heligoland
Canal de Kiel
Isla de Borkum
Catorce Brazas
Wilhelmshaven
Emden
HOLANDA
Ámsterdam
Londres
Róterdam
Ostende
Zeebrugge
Calais
Amberes
Boulogne
BÉLGICA
ALEMANIA
Castillo de Verchocq
Bruselas
Lieja
Mons
Namur
Mauberge
La Boisselle
Le Cateau
Río Somme
LUXEMBURGO
Verdún
Río Marne
París
FRANCIA
frontera
100 millas
200 kilómetros
SUIZA

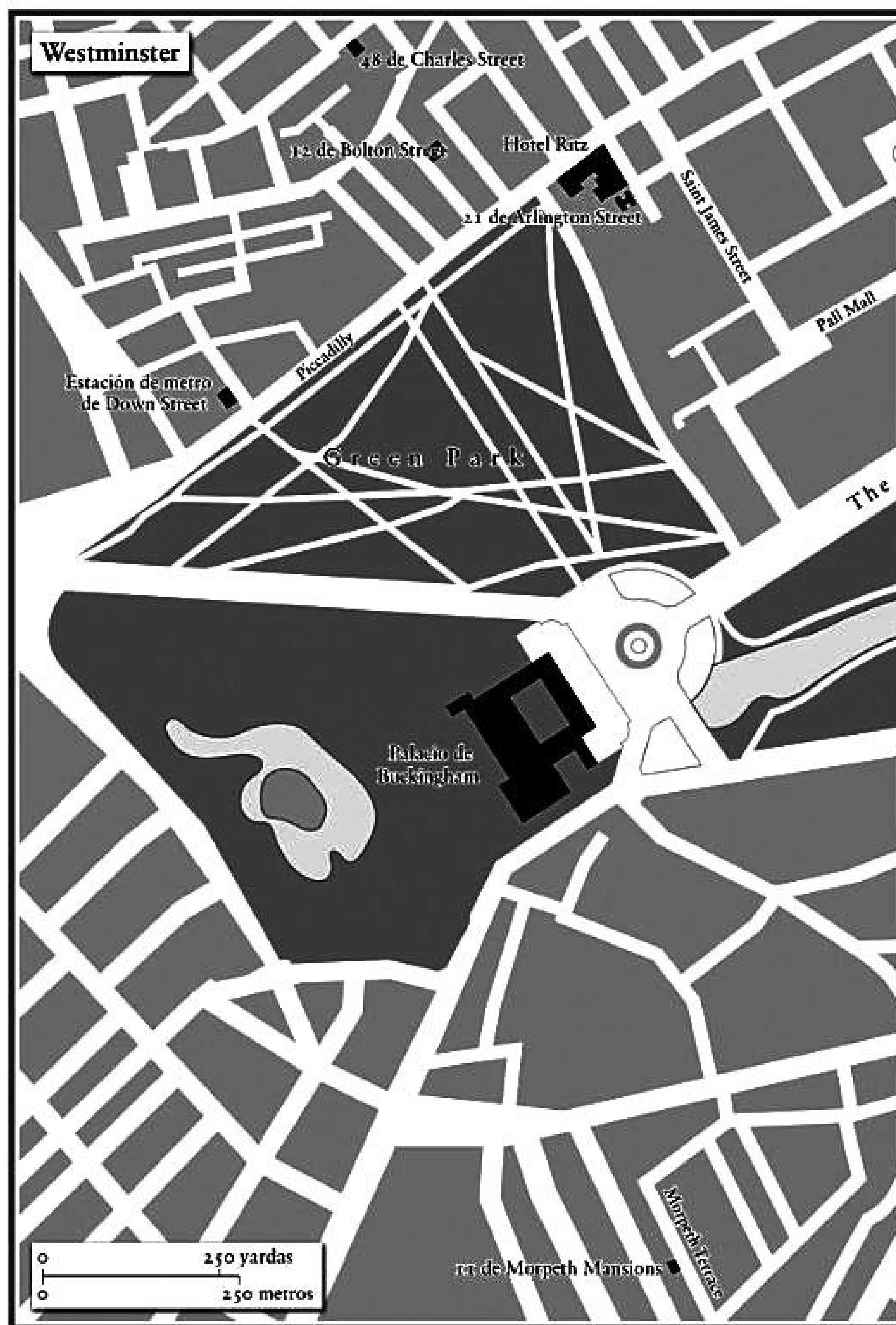


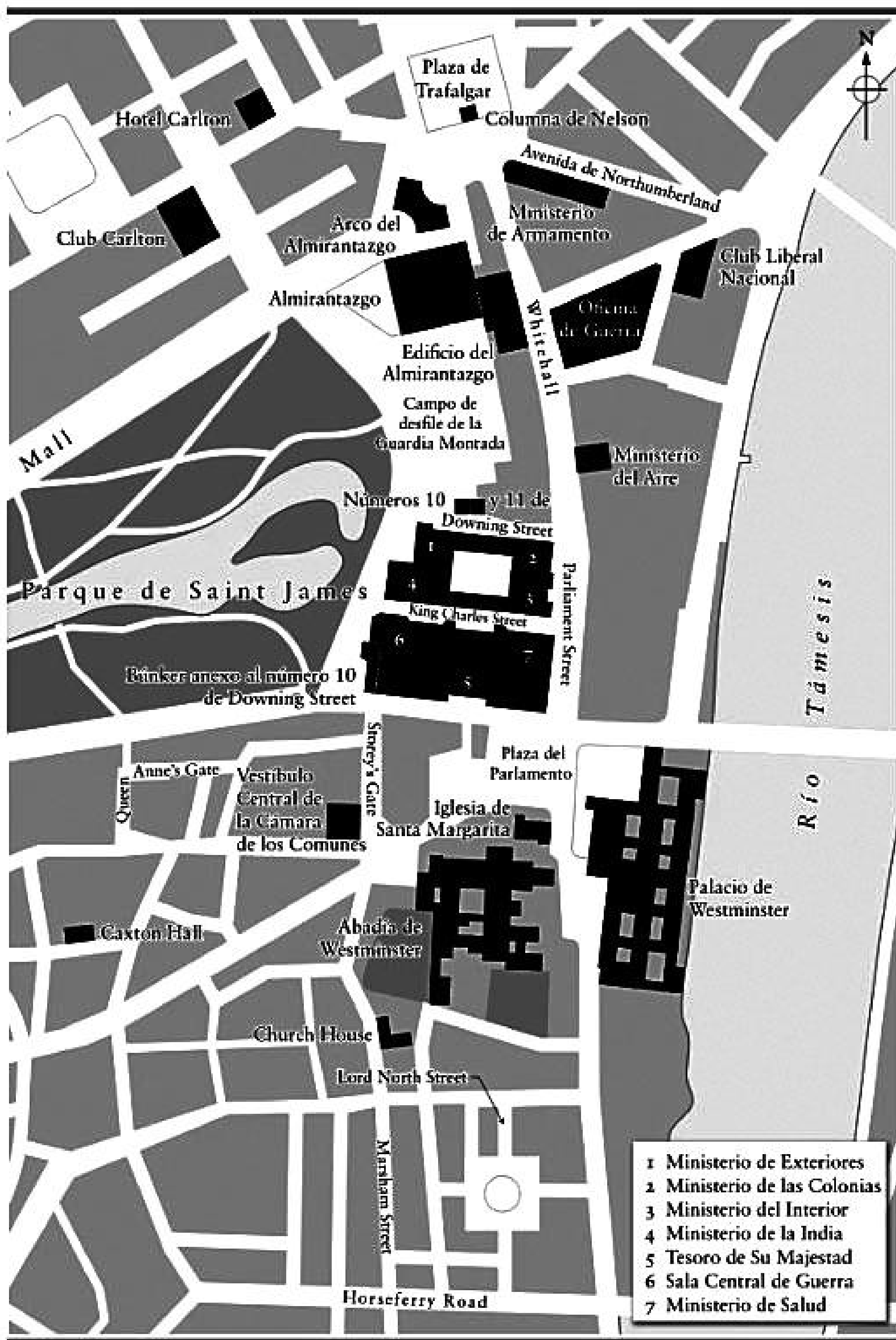
Los Dardanelos, 1915
N
Mar de Mármara
Galípoli
Península de Galípoli
Colina de la Cimitarra
Mar Egeo
Bahía de Suvla
Chunuk Bair
Ensenada del ANZAC
ASIA MENOR
Dardanelos
Chanak (Çanakkale)
Achi Baba
Gaba Tepe
Krithia
Punta Kefez
Cabo de Helles
Sedd el Bahr
Kum Kale
Ténedos
0 10 millas
0 20 kilómetros
BULGARIA
Mar Negro
Bósforo
Yenice
Imbros
Lemnos
Lesbos
TURQUÍA
GRECIA
Esciros
Esmirna
Atenas
Aydin
0 100 millas
0 200 kilómetros



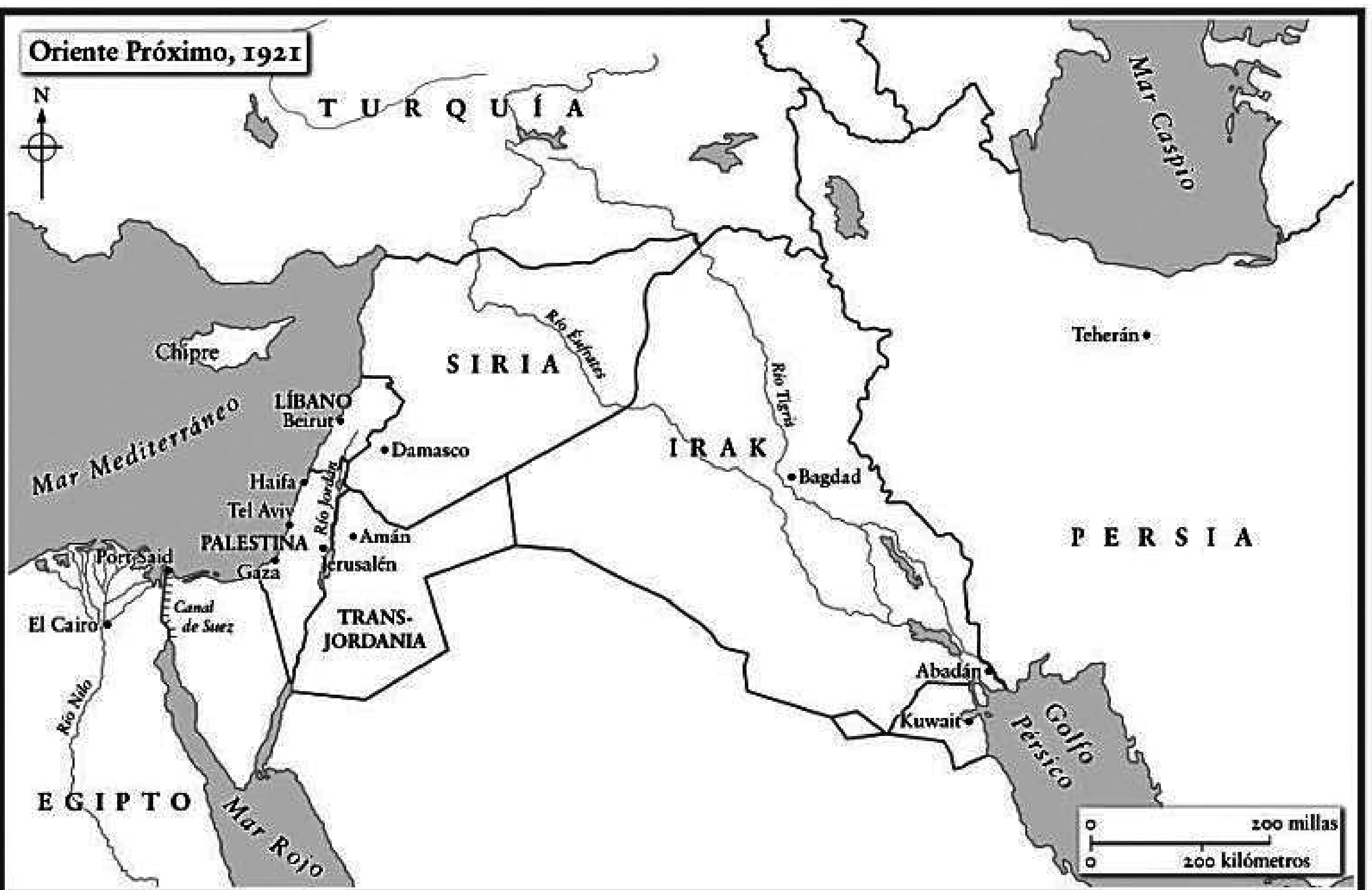
Centro de Londres
Residencia del coronel Charles de Gaulle
HAMPSTEAD
N
Portland Place
Connaught Place
35 Great Cumberland Place
Oxford Street
2 Sussex Square
Hotel Claridge's
MAYFAIR
Hotel Savoy
Embankment
103 de Mount Street
Hyde Park
Hyde Park Corner
Royal Albert Hall
28 de Hyde Park Gate
41 de Cromwell Road
Eccleston Square

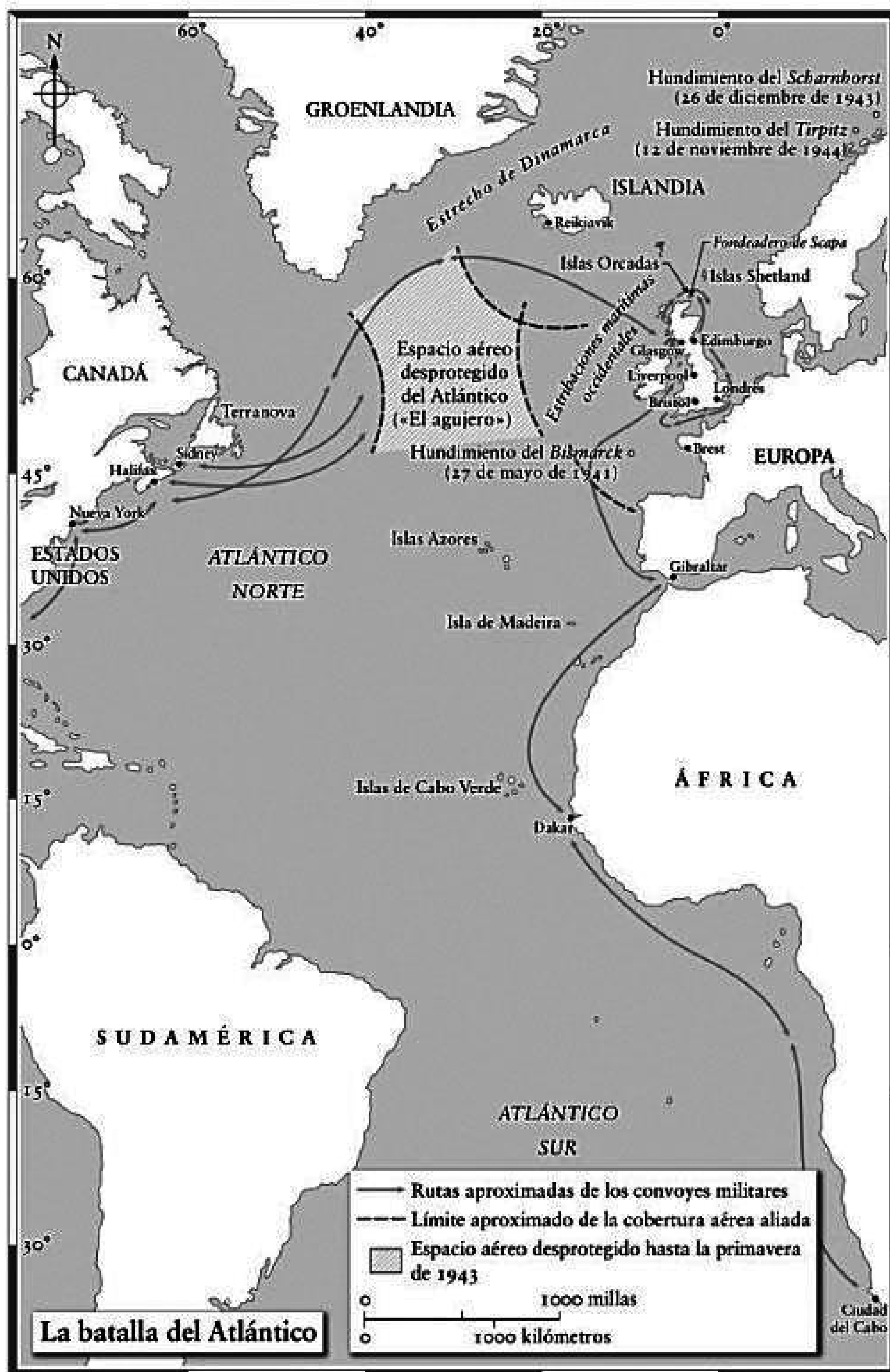

Gran Londres
Waltham Abbey
Epping
Bushey
Chigwell
Base de la Real Fuerza Aérea
británica (RAF) en Stanmore
Woodford
Harrow
El «Paddock»
Dorneywood
Base de la RAF
en Northolt
Base de la RAF
en Uxbridge
Docklands
Hammersmith
Peckham
Deptford
Wandsworth
Ascot
Cobham
Croydon
Estación de
metro de Bethnal Green
Gray's Inn
Número 100
de Sidney Street
Ayuntamiento
EAST END
Catedral de San Pablo
WHITECHAPEL
Mansion House
(ayuntamiento de Londres)
Río Támesis
0
500 yardas
0
1000 metros


Westminster
48 de Charles Street
12 de Bolton Street
Hotel Ritz
21 de Arlington Street
Saint James Street
Pall Mall
Piccadilly
Estación de metro
de Down Street
Green Park
The
Palacio de
Buckingham
Morpeth Terrace
11 de Morpeth Mansions
0
250 yardas
0
250 metros



N
Plaza de Trafalgar
Hotel Carlton
Columna de Nelson
Avenida de Northumberland
Club Carlton
Arco del Almirantazgo
Ministerio de Armamento
Club Liberal Nacional
Almirantazgo
Whitehall
Oficina de Guerra
Edificio del Almirantazgo
Campo de desfile de la Guardia Montada
Mall
Ministerio del Aire
Números 10 y 11 de Downing Street
Parque de Saint James
Parliament Street
King Charles Street
Búnker anexo al número 10 de Downing Street
Río Támesis
Storey's Gate
Plaza del Parlamento
Queen Anne's Gate
Vestíbulo Central de la Cámara de los Comunes
Iglesia de Santa Margarita
Palacio de Westminster
Caxton Hall
Abadía de Westminster
Church House
Lord North Street
Marsham Street
Horseferry Road
1 Ministerio de Exteriores
2 Ministerio de las Colonias
3 Ministerio del Interior
4 Ministerio de la India
5 Tesoro de Su Majestad
6 Sala Central de Guerra
7 Ministerio de Salud


Oriente Próximo, 1921
N
TURQUÍA
Mar Caspio
Chipre
SIRIA
Río Éufrates
Río Tigris
Teherán
LÍBANO
Beirut
Mar Mediterráneo
Damasco
IRAK
Bagdad
Haifa
Tel Aviv
Río Jordán
PALESTINA
Amán
PERSIA
Port Said
Gaza
Jerusalén
El Cairo
Canal de Suez
TRANS-
JORDANIA
Abadán
Río Nilo
Kuwait
Golfo Pérsico
EGIPTO
Mar Rojo
0
200 millas
0
200 kilómetros


60°
40°
20°
0°
N
Hundimiento del Scharnhorst
(26 de diciembre de 1943)
Hundimiento del Tirpitz
(12 de noviembre de 1944)
GROENLANDIA
Estrecho de Dinamarca
ISLANDIA
Reikiavik
Fondeadero de Scapa
Islas Orcadas
Islas Shetland
Estribaciones marítimas occidentales
Edimburgo
Glasgow
Liverpool
Bristol
Londres
Brest
Espacio aéreo desprotegido del Atlántico («El agujero»)
CANADÁ
Terranova
Sidney
Halifax
Nueva York
Hundimiento del Bismarck
(27 de mayo de 1941)
EUROPA
ESTADOS UNIDOS
ATLÁNTICO NORTE
Islas Azores
Gibraltar
Isla de Madeira
Islas de Cabo Verde
Dakar
ÁFRICA
SUDAMÉRICA
ATLÁNTICO SUR
Rutas aproximadas de los convoyes militares
Límite aproximado de la cobertura aérea aliada
Espacio aéreo desprotegido hasta la primavera de 1943
1000 millas
1000 kilómetros
Ciudad del Cabo
La batalla del Atlántico

Europa durante la segunda guerra mundial
fronteras existentes en enero de 1938



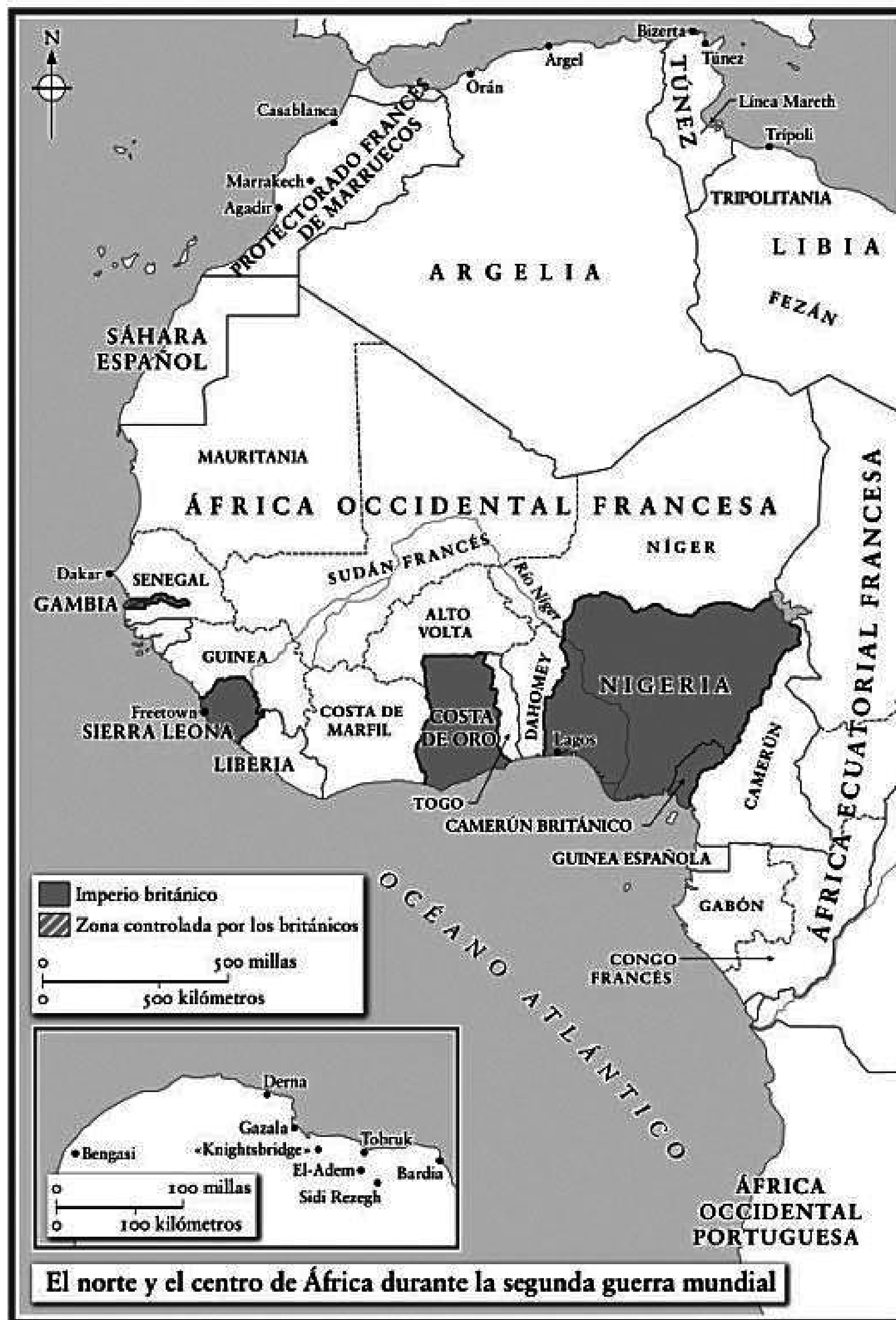
OCÉANO ATLÁNTICO
Narvik
FINLANDIA
SUECIA
NORUEGA
Trondheim
Andalsnes
Bergen
Oslo
Rjukan
Stavanger
Fiordo Jösing
Estocolmo
Tallin
ESTONIA
Estrecho de Skagerrak
Riga
LETONIA
ESCOCIA
IRLANDA DEL NORTE
Mar del Norte
DINAMARCA
Copenhague
Mar Báltico
Memel
LITUANIA
Wolfsschanze (la Guarida del Lobo)
GRAN BRETAÑA
IRLANDA
Dublín
Isla de Sylt
Danzig
PRUSIA ORIENTAL
Hamburgo
Lübeck
Szczecin
GALES
INGLATERRA
HOLANDA
Bergen-Belsen
Río Lek
Amsterdam
Berlín
Potsdam
Varsovia
Londres
Nimega
Turgovia
POLONIA
BÉLGICA
ALEMANIA
Breslavia
Lublin
Río Rin
Río Elba
Campo de concentración de Buchenwald
Campo de concentración de Auschwitz-Birkenau
Cracovia
París
CHECOSLOVAQUIA
LUXEMBURGO
Río Danubio
Viena
FRANCIA
AUSTRIA
Budapest
SUIZA
Carintia
HUNGRÍA
Collado de Liubliana
Liubliana
Río Po
Trieste
YUGOSLAVIA
Belgrado
Florencia
Río Metauro
Mar Adriático
PORTUGAL
ITALIA
Córcega
Madrid
Ajaccio
Lacio
Roma
ESPAÑA
Anzio
Isernia
Bari
Montecassino
ALBANIA
Nápoles
Salerno
Cerdeña
Isla de Corfú
GRECIA
Mar Mediterráneo
Gibraltar
Pantelaria
Isla de Malta



Línea Curzon
Ferrocarril de Bakú a Batumi
Línea Gótica
0
500 millas
0
500 kilómetros
Múrmansk
Mar Blanco
Arcángel
UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS
Leningrado
Moscú
Katyn
Orel
Río Volga
Minsk
BIELORRUSIA
Stalingrado
Kiev
Río Dniéper
UCRANIA
Río Dniéster
Odesa
Mar Caspio
CRIMEA
Balaclava
Sebastopol
Yalta
Bakú
RUMANÍA
GEORGIA
Batumi
AZERBAIYÁN
Bucarest
Mar Negro
BULGARIA
Sofía
Estambul
TURQUÍA
Salónica
Mar Egeo
Dodecaneso
Atenas
Isla de Leros
Cabo de Sunion
Cabo de Matapán
Isla de Rodas
Nicosia
Chipre
Creta
Máleme


Francia durante la segunda guerra mundial
Londres
Whitstable
Aldershot
Dover
Ostende
Calais
Dunquerque
Río Yser
Cabo
Gris Nez
Portsmouth
Saint Omer
Boulogne
Amentières
Canal de la Mancha
Étaples
Montreuil
Le Cateau
Abbeville
Dieppe
Río Somme
Amiens
Péronne
Moreuil
Cherburgo
Guernsey
Bruneval
Arromanches
Courseulles
Ruan
Jersey
Creully
Caen
Río Orne
Falaise
París
Brest
NORMANDÍA
Río Sena
Le Mans
Orleans
Briare
Tours
F R A N
Río Loira
Vichy
Golfo de Vizcaya
Río Dordoña
Burdeos
Río Garona
Hendaya
Línea Maginot
0 100 millas
0 100 kilómetros

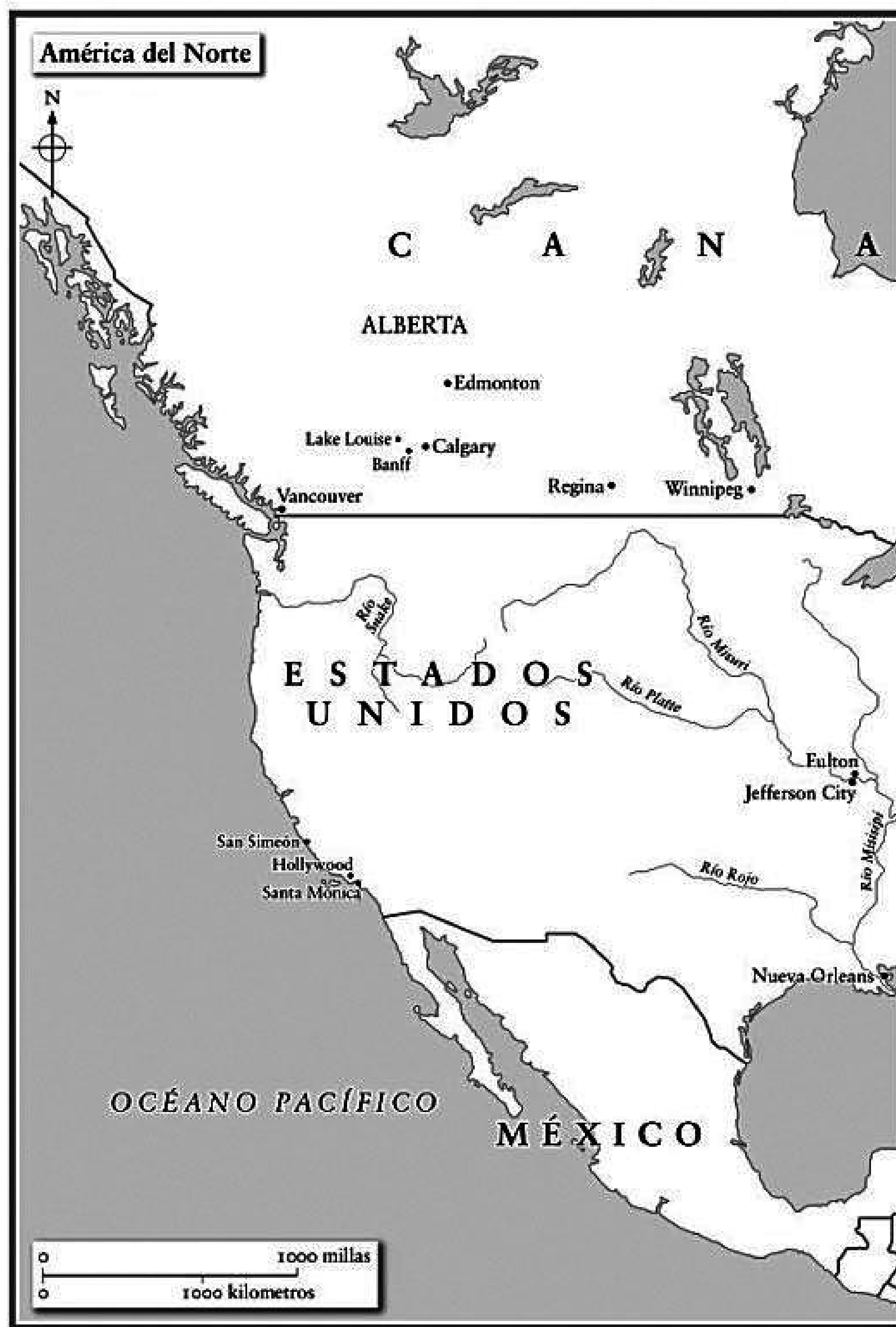

La Haya
Arnhem
Róterdam
Río Waal
Wesel
CUENCA DEL RUHR
Eindhoven
Amberes
Río Dyle
Büderich
Wuppertal
Colonia
Bruselas
BÉLGICA
Lieja
Remagen
Río Rin
Namur
Río Mosa
Malmedy
Río Mosela
Hirson
Bastoña
Tréveris
Montcornet
Sedán
LUXEMBURGO
LAS ARDENAS
Neufchâtel
Reims
Río Marne
Río Mosa
Estrasburgo
Río Rin
RENANIA
ALEMANIA
Leipzig
Dresde
Lídice
Praga
Wurzburgo
Núremberg
Blenheim
Linz
Múnich
AUSTRIA
Sochaux
Maîche
CIA
Zúrich
Berna
SUIZA
Lago de Ginebra
Zermatt
Baveno
Lago Mayor
Lago de Como
Río Loira
Lyon
Aix-les-Bains
Milán
Venecia
Turín
Río Ródano
Génova
ITALIA
Cap d'Ail
Roquebrune
Salon de Provenza
Golfe-Juan
Montecarlo
Cannes
Aix-en-Provence
Marsella
Tolón
Mar Mediterráneo
Córcega
N



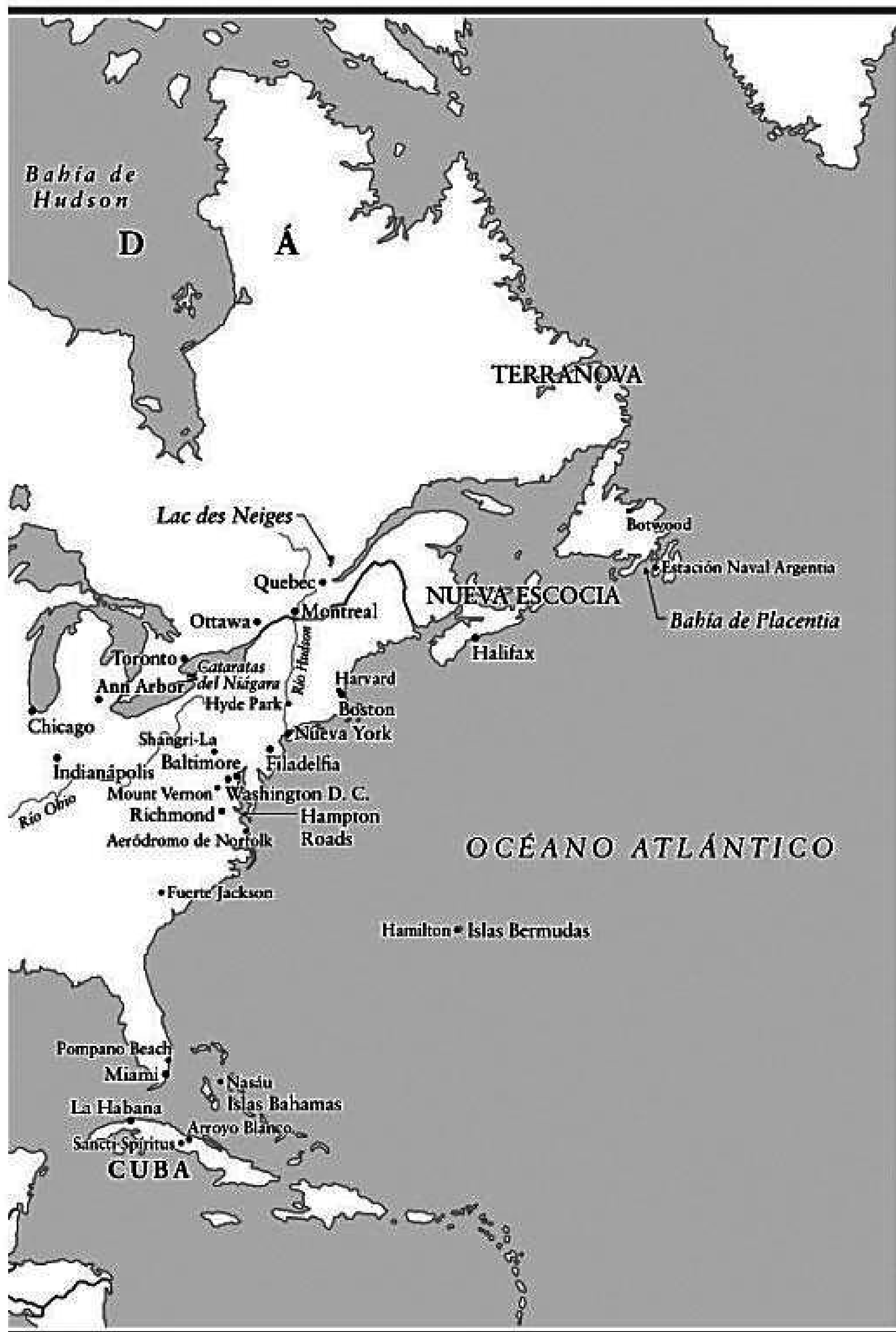
El norte y el centro de África durante la segunda guerra mundial



Mar Mediterráneo
CHIPRE
LÍBANO
SIRIA
IRAK
PERSIA
Teherán
PALESTINA
Jerusalén
TRANSJORDANIA
Alejandría
El Alamein
Marsa Matruh
Depresión de Qattara
El Cairo
Suez
Oasis de Fayum
Canal de Suez
EGIPTO
CIRENAICA
Luxor
Asuán
KUWAIT
Golfo Pérsico
CATAR
ARABIA
OMÁN
Mar Rojo
La Meca
MASCATE
Wadi Halfa
Río Nilo
Omdurmán
Jartum
Río Atbara
CHAD
Massawa
ERITREA
YEMEN
PROTECTORADO DE ADÉN
SUDÁN
Adén
Yibuti
PROTECTORADO DE LA SOMALILANDIA BRITÁNICA
ÁFRICA ORIENTAL ITALIANA
CONGO
ETIOPÍA
Cascadas Murchison
UGANDA
Lago Alberto
KENIA
Río Congo
Kampala
Cataratas Ripon
Monte Kenia
Entebbe
Lago Naivasha
CONGO BELGA
Lago Victoria
Nairobi
ÁFRICA ORIENTAL BRITÁNICA
Mombasa
ZANZÍBAR
TANGANICA
OCÉANO ÍNDICO
NYASALANDIA
RODESIA DEL NORTE
ÁFRICA ORIENTAL PORTUGUESA
RODESIA DEL SUR
MADAGASCAR

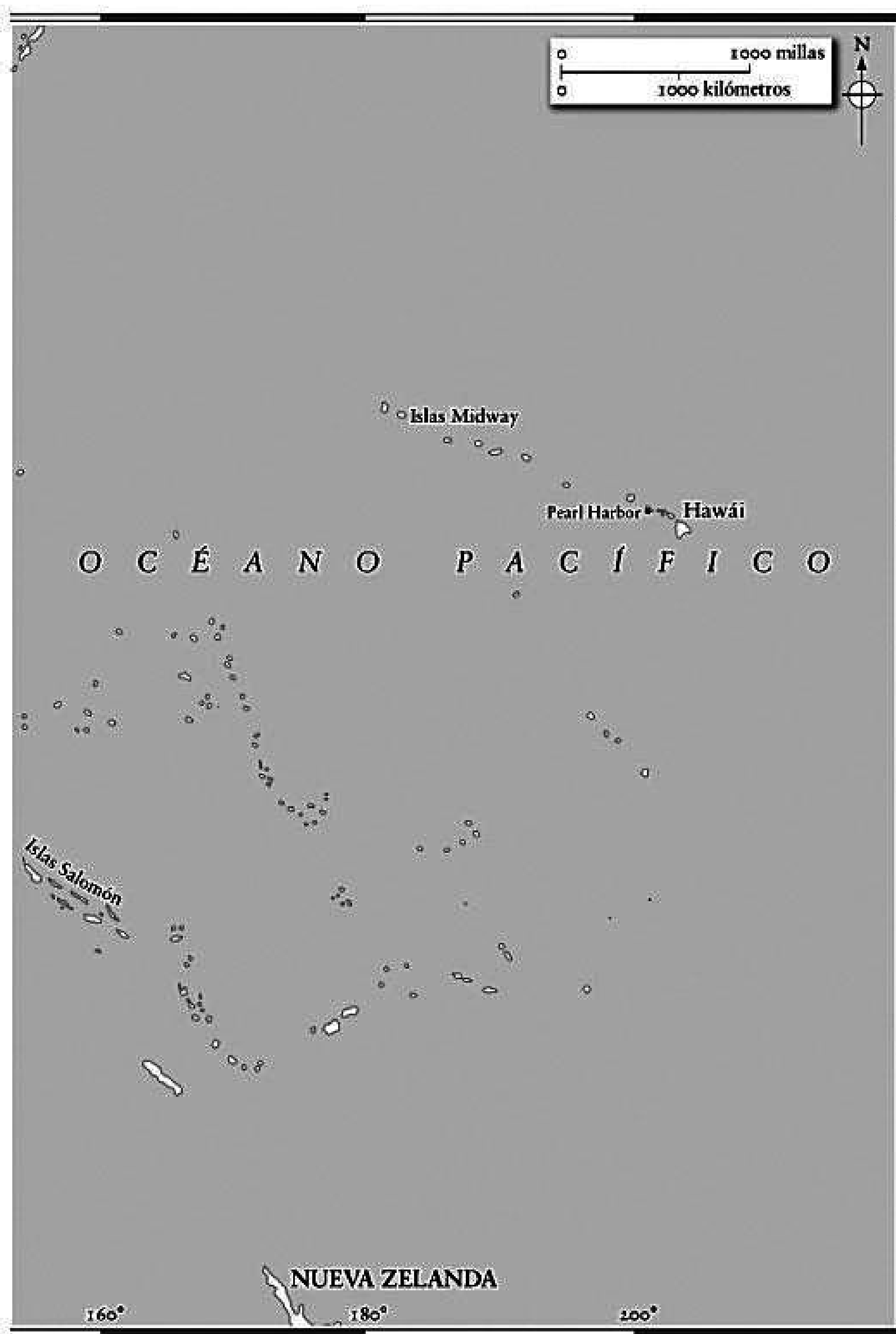


América del Norte
N
C A N A
ALBERTA
Edmonton
Lake Louise
Calgary
Banff
Regina
Winnipeg
Vancouver
Río Snake
Río Misuri
ESTADOS UNIDOS
Río Platte
Fulton
Jefferson City
San Simeón
Hollywood
Santa Mónica
Río Rojo
Río Misisipi
Nueva Orleans
OCÉANO PACÍFICO
MÉXICO
0 1000 millas
0 1000 kilometros


Bahía de Hudson
D
Á
TERRANOVA
Lac des Neiges
Botwood
Estación Naval Argentia
Quebec
NUEVA ESCOCIA
Ottawa
Montreal
Bahía de Placentia
Halifax
Toronto
Cataratas del Niágara
Río Hudson
Harvard
Ann Arbor
Hyde Park
Boston
Chicago
Shangri-La
Nueva York
Baltimore
Filadelfia
Indianápolis
Mount Vernon
Washington D. C.
Río Ohio
Richmond
Hampton Roads
Aeródromo de Norfolk
OCÉANO ATLÁNTICO
Fuerte Jackson
Hamilton
Islas Bermudas
Pompano Beach
Miami
Nassau
Islas Bahamas
La Habana
Arroyo Blanco
Sancti-Spíritus
CUBA



Teatro de operaciones del Pacífico
URSS
MONGOLIA
MANCHURIA
Vladivostok
Pekín
Weihaiwei
COREA
JAPÓN
Tokio
Hiroshima
Kioto
Nagasaki
CHINA
Shanghái
Río Yangtsé
Carretera de Birmania
Kohima
Imfal
Río Irrawaddy
Mandalay
Hanói
Hong Kong
Akyab
BIRMANIA
Rangún
TAILANDIA
INDOCHINA FRANCESA
Luzón
FILIPINAS
Bataán
Bangkok
Isla de Guam
Estrecho de Malaca
Hundimiento del acorazado Prince of Wales y del crucero Repulse (10 de diciembre de 1941)
MALASIA BRITÁNICA
Sumatra
Singapur
Borneo
INDIAS ORIENTALES NEERLANDESAS
Rabaul
Java
Port Darwin
OCÉANO ÍNDICO
AUSTRALIA
Brisbane
Perth
Sídney
Camberra
40°
20°
0°
20°
100°
120°
140°


0
1000 millas
0
1000 kilómetros
N
Islas Midway
Pearl Harbor
Hawái
OCÉANO PACÍFICO
Islas Salomón
NUEVA ZELANDA
160°
180°
200°

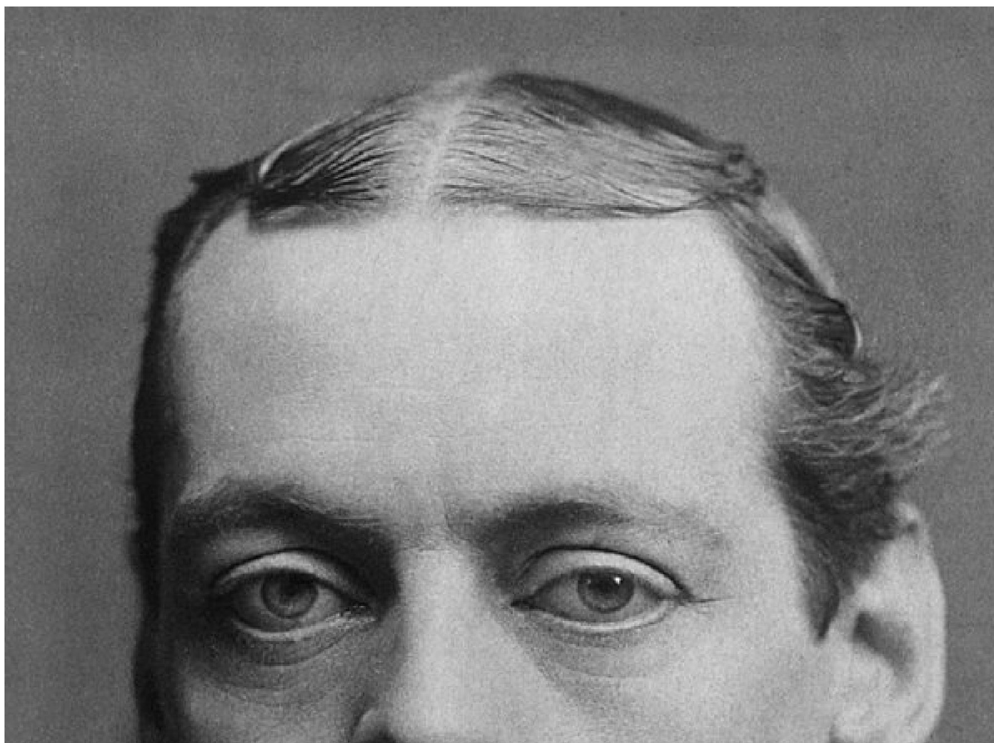
Galería de ilustraciones

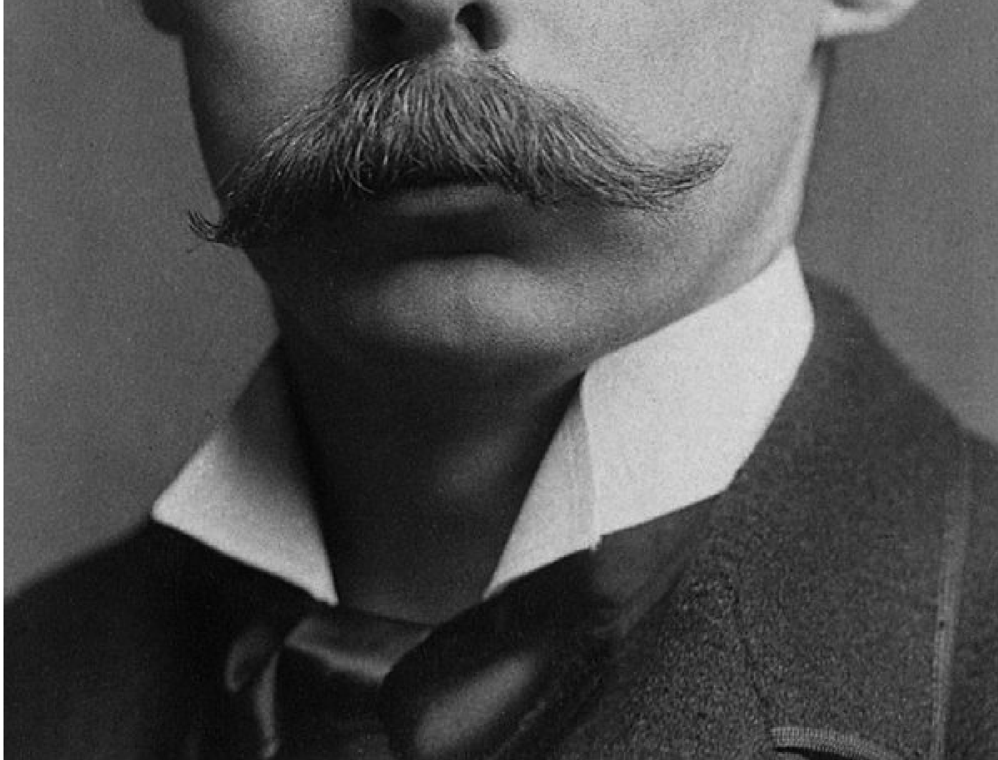


1. Churchill consideraba que, de todos los retratos que le habían hecho —y eran muy numerosos—, este de *sir* William Orpen era el que mostraba un mayor parecido. El óleo se realizó en 1916, después de haber tenido que dejar su cargo en el gobierno debido a la derrota de los Dardanelos. © *National Portrait Gallery, Londres. Por cortesía del Churchill Chattels Trust.*



2. Fachada principal del Palacio de Blenheim, en el Oxfordshire, residencia oficial de los duques de Marlborough. Churchill nació en la planta baja del edificio, en 1874. «No tenemos nada que pueda equipararse a esto», había admitido el rey Jorge III al visitar la mansión en 1786. *DeAgostini/Getty Images*.





3. Lord Randolph Churchill, el frío y distante padre de Winston, que era además un hombre propenso a cubrirle de reproches. A pesar de todo, Winston dedicaría su vida entera a tratar de impresionarle. *Alamy*.





4. Jennie Jerome, la bella, obstinada, y generalmente ausente madre de Winston. Nacida en Estados Unidos, fue una mujer que frecuentó asiduamente los círculos de la alta sociedad. *Alamy*.

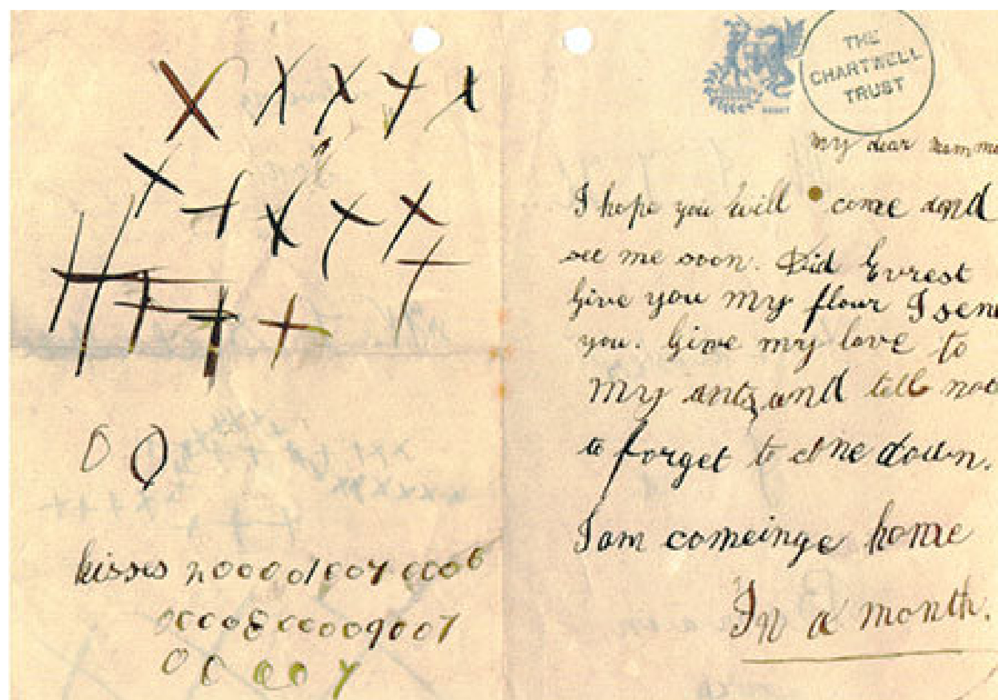
5. Elizabeth Everest, la adorada niñera de Churchill. *Colección privada. Bridgeman Images*.





6. La pose aristocrática de un chiquillo de siete años que en realidad tenía legítimo derecho a exhibirla. Churchill a la edad de siete años. *Centro de Archivos Winston Churchill, Colección Broadwater, BRDW I, Foto 2/6. Reproducida por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Colección Broadwater. © Colección*

Curtis Brown, Londres, en nombre de la Colección Broadwater. © Colección Broadwater.



THE CHARTWELL TRUST

My dear Mamma

I hope you will come and see me soon. Did Everest give you my flour I sent you. Give my love to my antz and tell not to forget to come down.

I am comeinge home In a month.

kisses

7. Las cartas que el joven Winston enviaba con ocho años a su madre para rogarle que fuera a visitarle al colegio rara vez recibieron la respuesta que esperaba. Año 1883. *Centro de Archivos Winston Churchill, Colección Broadwater, CHAR 28/13/17. © Winston S. Churchill. Reproducida por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill y el Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill. Derechos de autor del texto: © Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill. Derechos de autor de la reproducción: © Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill*.

Churchill.

(7)

S. GEORGE'S SCHOOL,

ASCOT.

Report from March 1st to April 9th 1884

Place in School Order in Division at the end of last Term. 5th	Present place in the new School order for Term. 6th

Division Master's Classical Report.

Place in 4 Division of 11 Boys for Term.	6th
Composition	Improved.
Translation	Improved.
Grammar	Improved.
Diligence	Conduct has been exceedingly bad. He is not to be trusted to do any one thing. He has however notwithstanding made decided progress. —
No. of times late	20. very disgraceful. Very bad. H.M.K.

THE CHARTWELL TRUST

Set Master's Report.

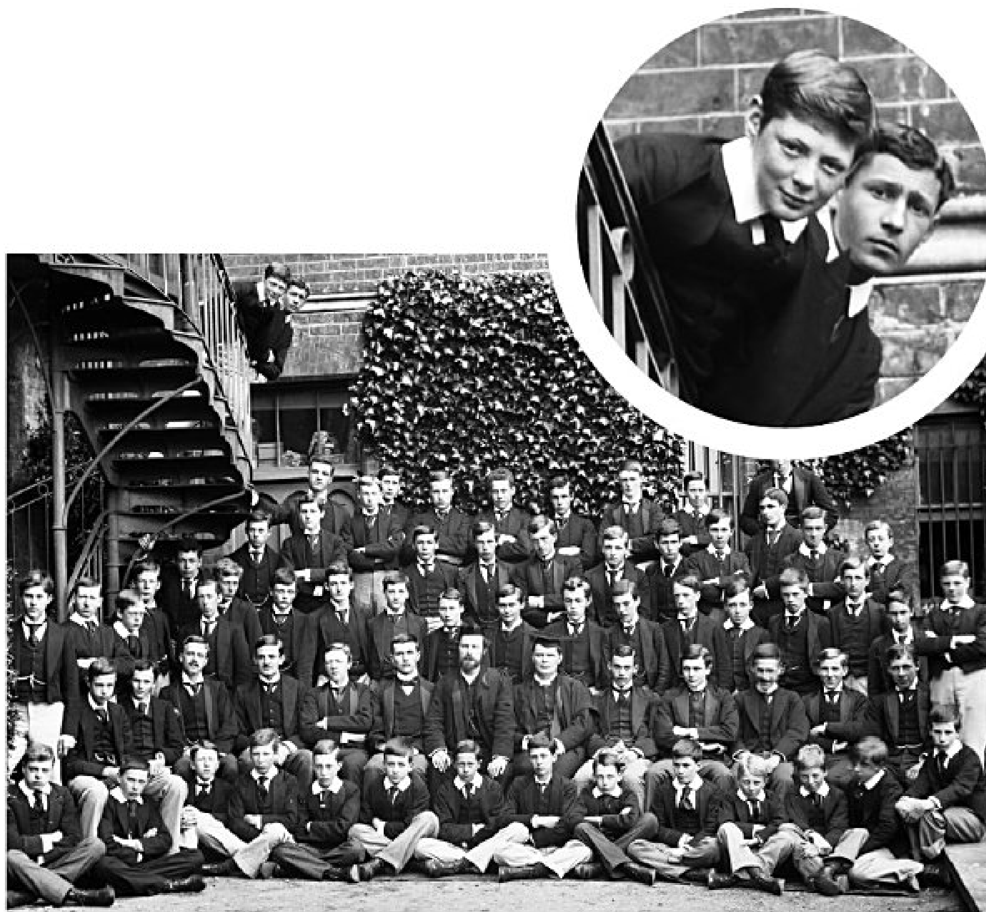
Place in 4th Set of 11 Boys for Term.	6th
Mathematics 5	Improved.
French	Improved.
German	—

Scripture	Paper 60 out of 120. f
History / Geography	Very good, especially history. —
Writing and Spelling	Both very much improved. —
Music	Promising.
Drawing	fair, considering. H. Martin Cooke.
General Conduct	Very bad — is a constant trouble to everybody, and is always in some scrape or other
Headmaster's Remarks	He cannot be trusted to behave himself anywhere — He has very good abilities

Head Master.

H. W. Sneyd Kynnersley

8. Conducta general muy mala: es una preocupación constante para todos, y siempre anda metido en algún lío. Observaciones del director: «No puede abrigarse la esperanza de que se comporte adecuadamente en parte alguna. Tiene muy buenas aptitudes.» Las notas escolares de Churchill dejan bien claro que no se trataba en modo alguno del zopenco que él mismo asegurará haber sido al redactar su autobiografía, pese a que se encontrara sistemáticamente entre los chicos más revoltosos de todos los colegios a los que asistió. Boletín escolar del colegio de Saint George, Ascot, 1884. *Centro de Archivos Winston Churchill, Churchill Papers, CHAR 28/44/7*.



9. Fotografía de la familia del doctor Welldon, sacada en Harrow en 1892. Churchill aparece asomado a la barandilla de las escaleras. Tras él se encuentra George Hoare, que fallecerá a consecuencia de las heridas recibidas en 1915. Once de los muchachos que figuran en la imagen morirían antes de que terminara la primera guerra mundial. Fotografía de grupo en Welldon House, Harrow School, 1892. *Archivos de la Harrow School*.





10. Jack, el hermano de Churchill, fue el primer oficial que subió, por heridas de combate, a bordo del buque hospital *Maine* —en el que su madre Jennie había llegado a Ciudad del Cabo, tras equiparlo de arriba abajo de su propio bolsillo para atender a los combatientes de la guerra de los bóers. Jennie y Jack Churchill en el barco hospital *Maine*, en Sudáfrica, 1899. *Centro de Archivos Winston Churchill, Colección Broadwater, BRDW 1, Foto 2/25. Reproducido por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Colección Broadwater. © Colección Broadwater*.





11. Churchill en Sudáfrica en 1899. Luce en el pecho la Cruz Roja de España al Mérito Militar de Primera Clase, en flagrante violación de las normas de la Oficina de Guerra británica. No tardaría en afeitarse el tenue bigote que asoma a su labio superior, debido a que su color era excesivamente claro. *Centro de Archivos Winston Churchill, Colección Broadwater, BRDW I Foto 2/22. Reproducido por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Colección Broadwater. © Colección Broadwater*.



12. Churchill regresa a Durban convertido en un héroe, tras haber escapado de un campo de prisioneros de guerra de Pretoria, en noviembre de 1899. *Centro de Archivos Winston Churchill, Colección Broadwater, BRDW 1, Foto 2/18. Reproducido por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Colección Broadwater. © Colección Broadwater*.



13. Churchill contempla las maniobras del ejército imperial alemán en compañía del káiser Guillermo II. Corre el año 1906. *Ullstein-bild/Getty Images*.



14. Sentados en el rastrillo delantero del tren en el que recorren el África Oriental Británica vemos (de izquierda a derecha) a Eddie Marsh, al tío de Churchill, el coronel Gordon Wilson, a *sir* James Hayes Sadler (Comisionado de Uganda) y a Churchill. Fotografía tomada de Winston S. Churchill, *Mi viaje por África*, 1908. *Centro de Archivos Winston Churchill. © Winston S. Churchill. Reproducido por cortesía de Curtis Brown, Londres, Sociedad Patrimonial de* sir *Winston S. Churchill y la directora, los miembros de la junta de gobierno y los académicos del Churchill College de Cambridge*.



15. Clementine Hozier en 1908, justo antes de contraer matrimonio con Churchill. *Hulton Archive/Getty Images*.



16. Winston y Clementine Churchill salen de la iglesia de Santa Margarita de Westminster, el día de su boda el sábado 12 de septiembre de 1908. *Chronicle/Alamy*.



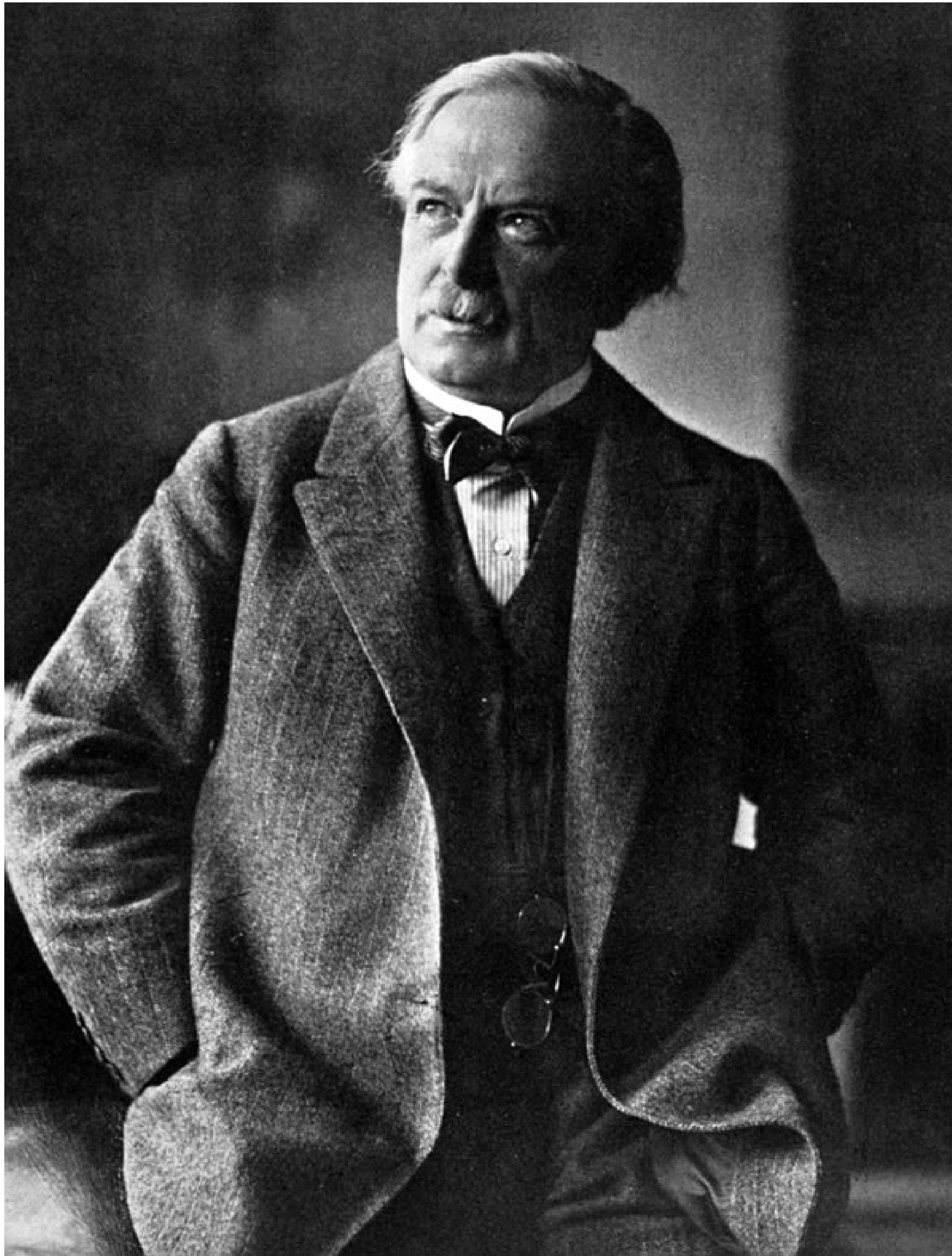
17. La sufragista irlandesa Mary Maloney adquirió la costumbre de hacer sonar una enorme campana para ahogar los discursos de campaña de Churchill durante las elecciones parciales de mayo de 1908 por la circunscripción de Dundee. *Mirropix*.



18. A bordo del yate del Almirantazgo *HMS Enchantress*, durante un crucero por el Mediterráneo en 1912, podemos ver (de izquierda a derecha) a Herbert Asquith, a su hija Violet (más tarde *lady* Violet Bonham Carter), a Churchill y a los secretarios privados de este, James Masterton-Smith y Eddie Marsh. *Fremantle/Alamy*.



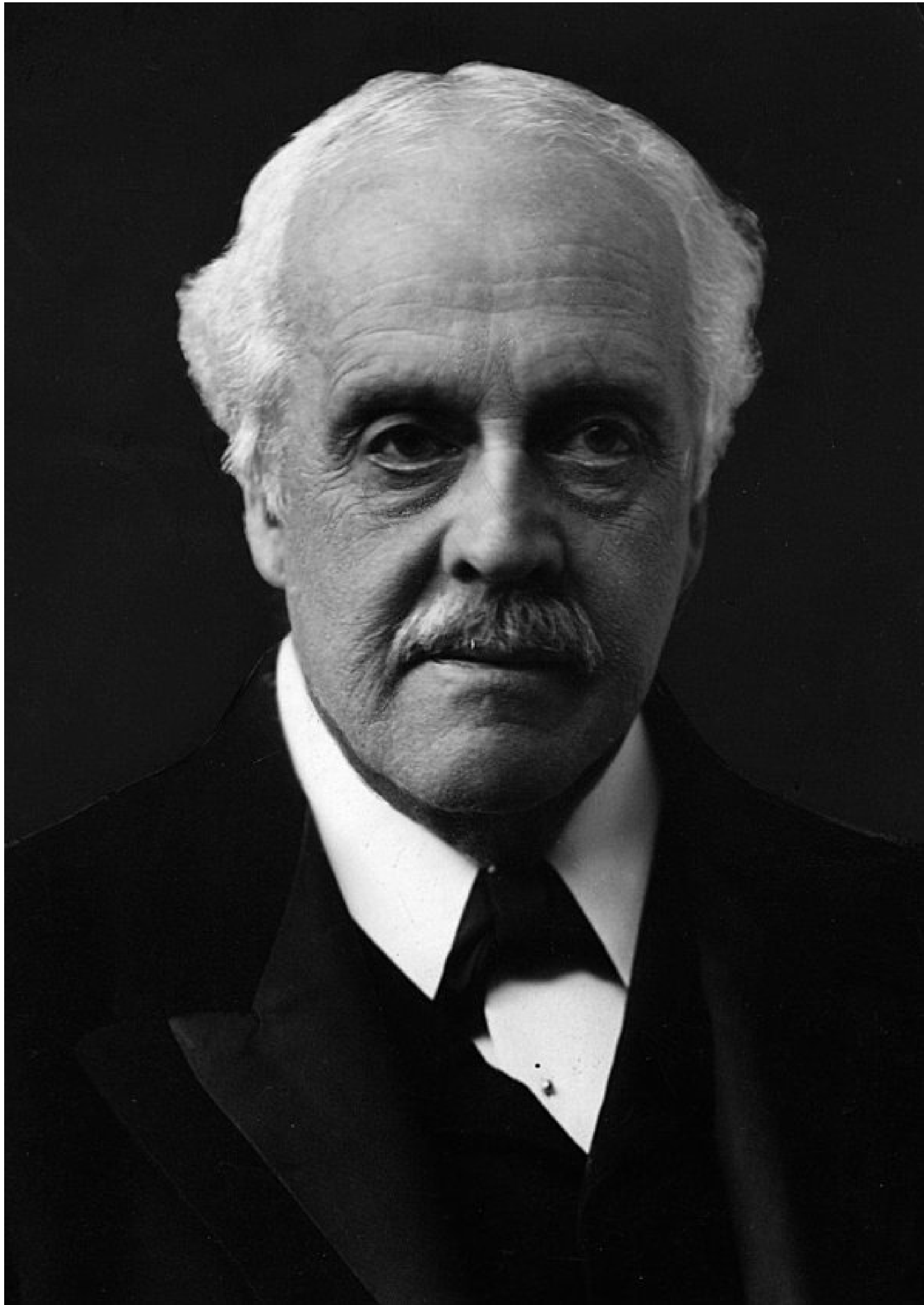
19. El almirante John Arbuthnot Fisher, lord Fisher, alias «*Jacky*», voluble colega, amigo y bestia negra de Churchill, c. 1910. *Getty Images*.



20. David Lloyd George en una foto de 1914. Sembró junto a Churchill las semillas del estado del bienestar, pero después sus relaciones oscilarían entre la amistad y la bronca hasta el fallecimiento de Lloyd George, ocurrido en 1945. *Alamy*.



21. Winston Churchill, inmortalizado en un óleo en 1927, en su época de ministro de Hacienda, por los pinceles de su amigo Walter Richard Sickert. © *National Portrait Gallery, Londres*.



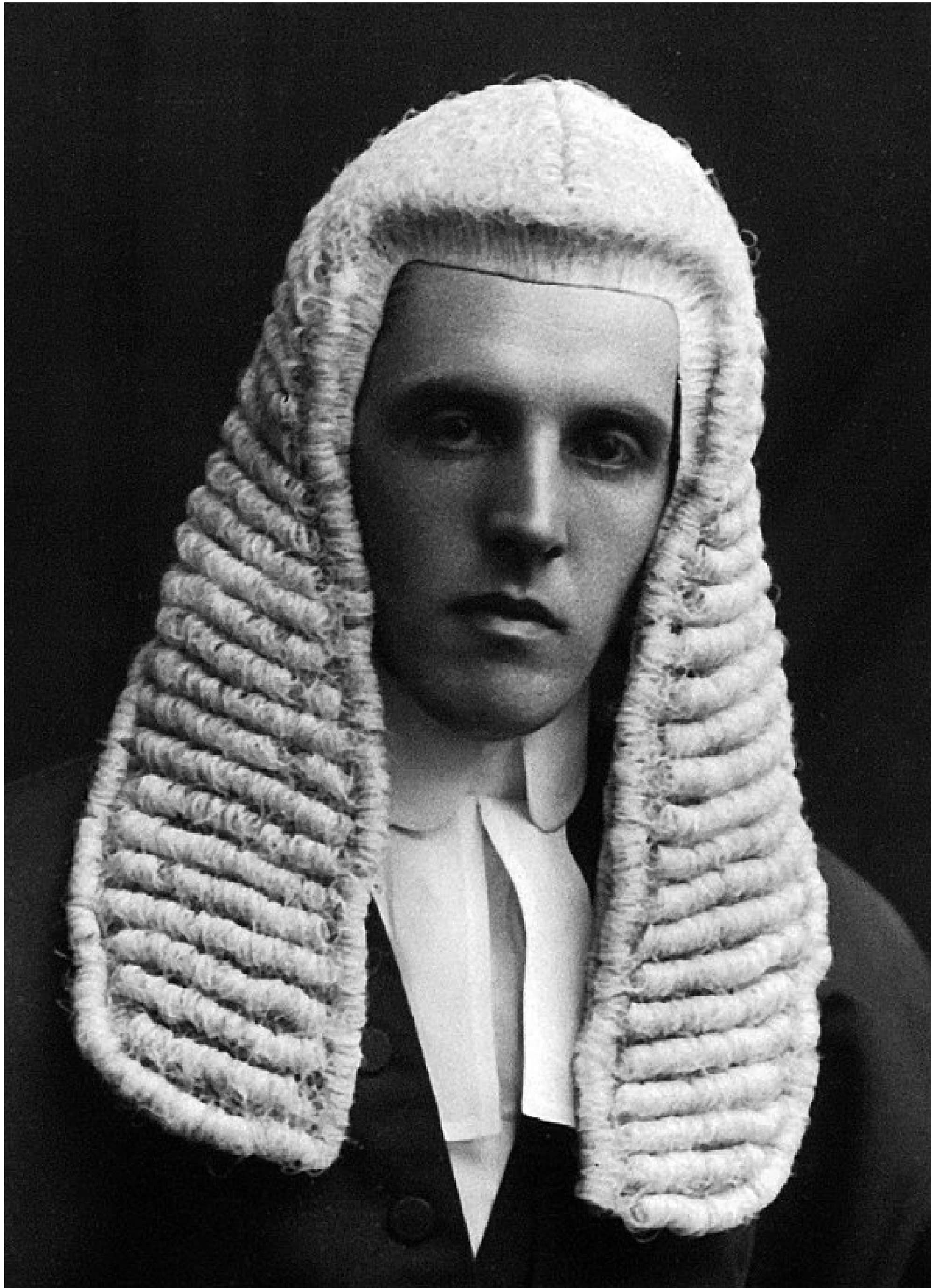
22. Arthur Balfour en 1912. Fue objeto de las burlas de Churchill por espacio de cinco años, pero después terminarían por hacerse amigos. *Getty Images*.



23. El mariscal de campo lord Kitchener en 1915. Tuvo más éxito como efigie de un célebre póster de reclutamiento militar que en su cargo de ministro de la Guerra. *Alamy*.



24. Lord Curzon en 1921. La familia Churchill le conocía por el apodo de el «Altísimo», debido a su complejo de superioridad. *Alamy*.



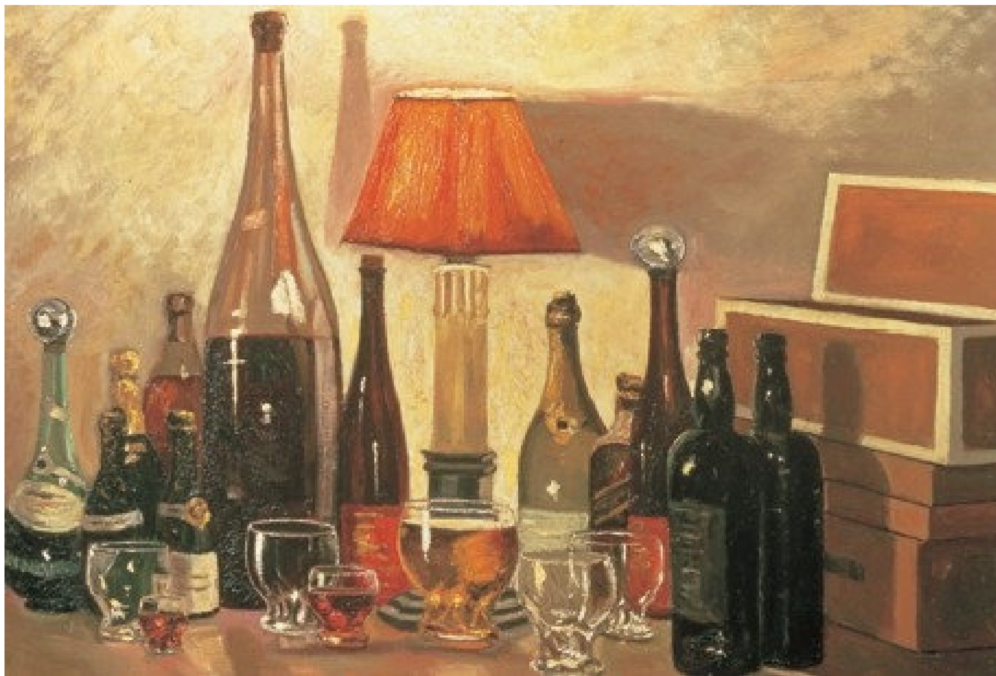
25. El estadista y abogado conservador Frederick Edwin Smith, primer conde de Birkenhead, en 1922. Fue el mejor amigo de Churchill y una de las pocas personas capaces de superarle en materia de ocurrencias ingeniosas. *Granger/Alamy*.



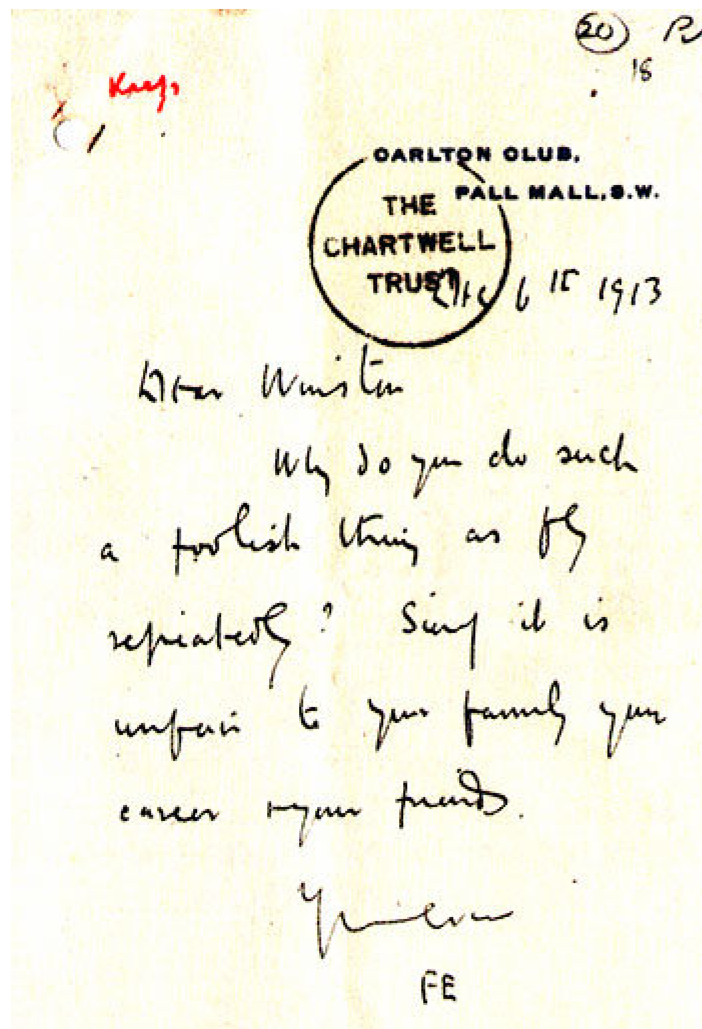
26. Churchill comenzó a pintar en la época más deprimente de su vida, tras el desastre de los Dardanelos. Aquí le vemos pintando en el palacete de Hartsbourne, Hertfordshire. *Colección del autor*.



27. Aquí le vemos pintando, en compañía de Clementine, durante una estancia en Hartsbourne Manor, en Hertfordshire, la residencia de la actriz estadounidense Maxine Elliott. *Colección del autor*.



28. Churchill organizó una pequeña expedición familiar y pidió a sus hijos y a su sobrino Peregrine que hicieran una batida por todo Chartwell para traerle los materiales de este *Bodegón con botellas* (*Bottlescape*), óleo pintado en 1926. Bodegón con botellas (*Bottlescape*). *National Trust, Chartwell. Reproducido por cortesía de Anthea Morton-Saner en nombre de la Sociedad Comanditaria Winston Churchill. Derechos de autor: © Sociedad Comanditaria Winston Churchill*.



CARLTON CLUB,
PALL MALL, S.W.

THE CHARTWELL TRUST

6 XII 1913

Dear Winston

Why do you do such a foolish thing as fly repeatedly? Surely it is unfair to your family your career & your friends.

Yours ever

FE

29. F. E. Smith regaña a Churchill en diciembre de 1913 por estar poniendo constantemente en peligro su vida con las lecciones de vuelo que ha empezado a tomar. Carta de Frederick Edwin Smith a Winston S. Churchill, 1913. *Centro de Archivos Winston Churchill, Churchill Papers, CHAR 1/107/20*.



30. Churchill en 1913, nada más aterrizar en Hilsea, Hampshire, tras un vuelo con el comandante Gerard, el piloto que le acompaña. *Hulton Archive/Getty Images*.



31. El teniente coronel Churchill, del sexto batallón de Fusileros Reales Escoceses, en las líneas situadas tras la aldea de Ploegsteert, en Bélgica. A su izquierda vemos a su segundo al mando, su amigo y futuro líder del Partido Liberal, el comandante Archie Sinclair. *Fremantle/Alamy*.



32. En las trincheras, a Churchill le gustaba llevar el casco de acero francés característico de los *poilus*, como podemos comprobar en este retrato al óleo realizado en 1916 por *sir* John Lavery. *National Trust, Chartwell.* © *National Trust*.



33. El 20 de marzo de 1921, durante la Conferencia de El Cairo, Churchill visitó las pirámides. Las cinco primeras personas que aparecen a lomos de camello son (de izquierda a derecha), Clementine Churchill, Churchill, Gertrude Bell, Lawrence de Arabia y el agente de policía y guardaespaldas de Winston, Walter Thompson. *Centro de Archivos Winston Churchill, Colección Broadwater, BRDW I, Foto 2/83. Reproducida por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Colección Broadwater. © Colección Broadwater*.



34. Churchill juega al polo con su primo el marqués de Londonderry, que más tarde se revelará partidario de las políticas de apaciguamiento, en el Club de Polo de Roehampton, en mayo de 1921. Top-Foto.



35. La casa solariega de Chartwell, en Kent. Churchill adquirió la finca en 1922, y siempre adoró vivir en ella. *AP/TopFoto*.

PLEASE PASS ON THIS COPY OR DISPLAY IT

The British Gazette

Published by His Majesty's Stationery Office.

GENERAL STRIKE OFF

UNCONDITIONAL WITHDRAWAL OF NOTICES BY T.U.C.

Men To Return Forthwith.

SURRENDER RECEIVED BY PREMIER IN DOWNING STREET.

THE KING TO THE NATION.

Appeal For Lasting Peace.

MR. BALDWIN ON THE FINISH.

Victory Of Common Sense.

THE BIRTH AND LIFE OF THE "BRITISH GAZETTE"

An Unexampled Achievement In Journalism.

REINSTATEMENT No Obligations Incurred.

"British Gazette" Circulation.

May 12 2,209,000

The Morning Post.

ON FRIDAY, MAY 14, THE MORNING POST will RESUME PUBLICATION.

Price ONE Penny

36. Octavo y último número de la *British Gazette*, que Churchill dirigió durante la huelga general de 1926. *Portada 13 de mayo de 1926. Alamy*.



37. Reunión de amigos y familiares a la hora del té en Chartwell, en agosto de 1927. De izquierda a derecha: Thérèse Sickert, Diana Mitford (más tarde Mosley), Eddie Marsh, Churchill, el profesor Frederick Lindemann, Randolph Churchill, Diana Churchill, Clementine y Walter Sickert. *Fotografía de Donald Ferguson, c. 1928. © National Trust Images*.



38. Churchill enfundado en un abrigo de astracán en la portada del folleto de presentación con el que concurre a las elecciones generales de 1929. Portada de las propuestas programáticas distribuidas en las elecciones de Devon-Gloucester, publicadas por el Partido Conservador británico. © *Biblioteca Bodleiana, Universidad de Oxford, Archivos del Partido Conservador [CPA PUB 229/5/10 fo73]. Reproducida por cortesía del Partido Conservador*.

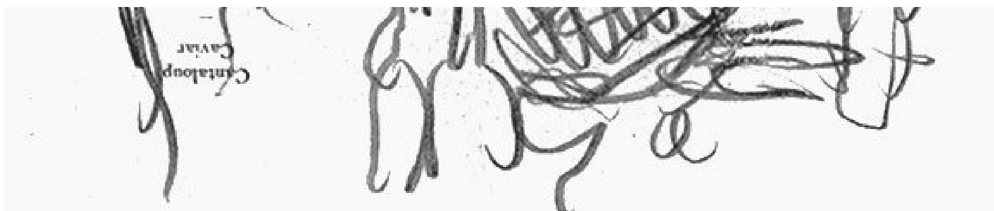


39. Churchill fue elegido rector de la Universidad de Bristol en 1929. Solía acudir a las ceremonias vestido con el atuendo de ministro de Hacienda que había heredado de su padre. *Hulton Archive/Getty Images*.



40. Los miembros del Other Club adquirieron en 1911 —fecha de su fundación por Churchill y F. E. Smith— la costumbre de cenar en el Salón Pinafore del Hotel Savoy, y así ha seguido ocurriendo hasta hoy. *Cortesía del Archivo del Hotel Savoy*.





41. Churchill, boceto a lápiz realizado por *sir* Alfred Munnings sobre el menú del Other Club del Hotel Savoy de Londres, 1929. *Cortesía del Archivo del Hotel Savoy. Fotografía: Neville Mountford-Hoare. © DACS, Londres, 2018*.



42. *Sir* Alfred Munnings, miembro del Other Club, realizó estos apuntes en las Navidades de 1934. *Churchill disfrazado de bebé*, boceto a lápiz realizado por *sir* Alfred Munnings, 1934. *Cortesía del Archivo del Hotel Savoy. Fotografía: Neville Mountford-Hoare. © DACS, Londres, 2018*.



43. Winston ha vuelto: David Jagger pintó este retrato total y absolutamente churchilliano en el Almirantazgo en 1939. Winston Churchill, retrato al óleo de David Jagger, 1939. *Colección privada. © Sociedad Patrimonial de Legatarios de David Jagger*.

The P.M. is represented as having saved us
from horrors of war, which glared upon
us in such a hideous form.

But I am not able think this is true.

There was never any danger of Gt. Britain
or France being involved in war w G.
at this juncture,
if they were ready to sacrifice
CZ.

The terms which P.M. brought back fr Munich
cd hv bn easily agreed thro ordinary
channels of diplomacy, at any time
during the summer.
There was no need for all this tremendous
perturbation.

There was never any danger of a fight
if all the time one side meant to run
give way completely. away.

When one reads the Munich terms,
& sees what is happening from hour to hour
in CZ.,
when one is assured tt Parliament
supports it all,
it is impossible not to ask -
what was all this fuss about?

The resolve taken & the course followed
may hv bn wise or unwise,
prudent or short-sighted,
but there was certainly no reason
to call all this formidable
apparatus into play, if
in their hearts you were
ready to abandon the whole
contention,
rather than fight.

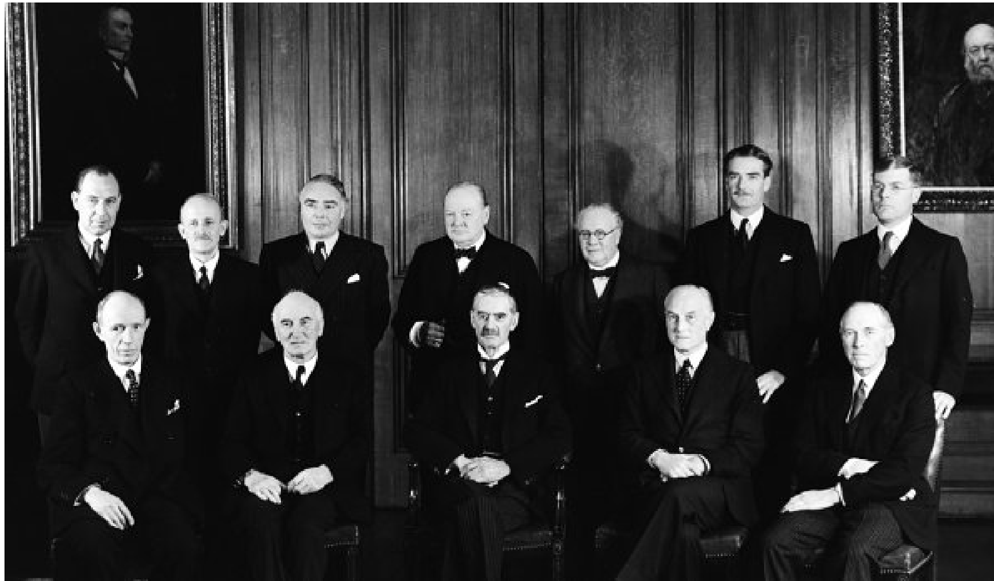
44. Notas manuscritas de una de las páginas del discurso que Churchill pronunció el 5 de octubre de 1938 tras haber firmado Chamberlain el Acuerdo de Múnich con Hitler. En él puede apreciarse la forma de «salmo» que adoptan las anotaciones de Winston. *Centro de Archivos Winston Churchill, Churchill Papers, CHAR 9/130D/356. © Winston S. Churchill. Reproducida por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill y el Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill. Derechos de autor del texto: © Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill. Derechos de autor de la reproducción: © Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill.*



45. En julio de 1939 apareció en la calle del Strand de Londres este enorme cartelón. Si en él se preguntaba, con frontal retórica, «¿Qué cuesta Churchill?», era para señalar que, frente a la amenaza nazi, resultaba urgente reincorporar a Churchill al gabinete a cualquier precio. *What Price Churchill?*, cartel político colocado en la calle del Strand, Londres, 1939. *Topical Press/Getty Images*.



46. El 3 de septiembre de 1939, la tarde misma en que Gran Bretaña declaraba la guerra a Alemania, Churchill regresó al Almirantazgo para ocupar el puesto de primer lord, armado de un cigarro puro, un par de guantes, un periódico, su bastón, dos maletas rojas, una máscara de gas y una larga cadena en la que mantenía a buen recaudo las llaves de sus valijas oficiales. *Fox Photos/Getty Images*.



47. Los pesos pesados del gobierno de Chamberlain, fotografiados el 4 de septiembre de 1939, escoltados por los retratos de William Gladstone y lord Salisbury. De pie, de izquierda a derecha: *sir* John Anderson, Maurice Hankey, Leslie Hore-Belisha, Winston Churchill, *sir* Kingsley Wood, Anthony Eden y *sir* Edward Bridges. Sentados, de izquierda a derecha: lord Halifax, *sir* John Simon, Neville Chamberlain, *sir* Samuel Hoare y lord Chatfield. Gabinete de Guerra de Winston Churchill, 1939. Fox Photos/Getty Images.



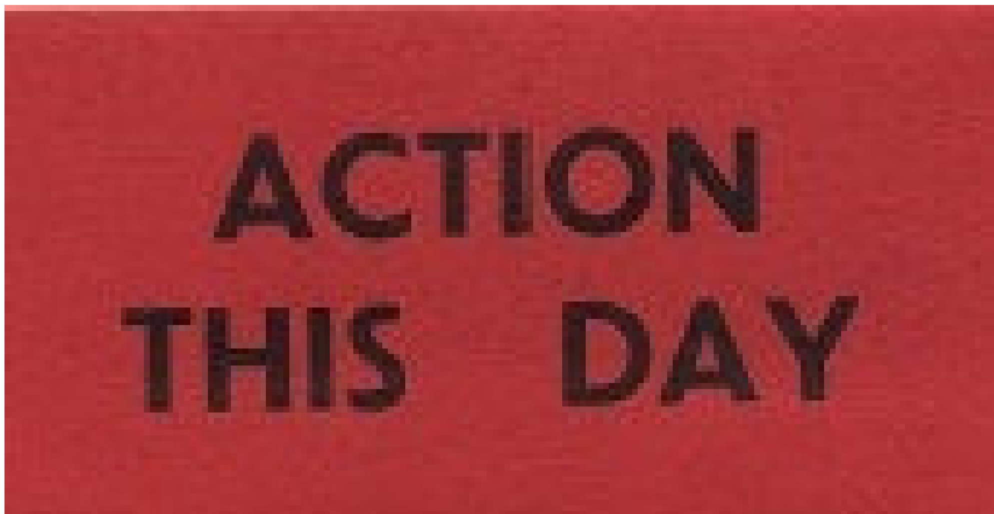
48. Churchill en compañía del rey Jorge VI y de la reina consorte, Isabel Bowes-Lyon, durante una visita de inspección a los daños sufridos por el Palacio de Buckingham, tras su bombardeo, en septiembre de 1940. Corbis/Getty Images.



49. Un fin de semana de luna llena en Ditchley Park, en diciembre de 1940. De izquierda a derecha: Brendan Bracken, lord Cranborne, Richard Law, Winston Churchill, Clementine Churchill, *lady* Cranborne, Ronald Tree (parcialmente tapado) y Nancy Tree (más tarde Lancaster). *Colección del autor*.



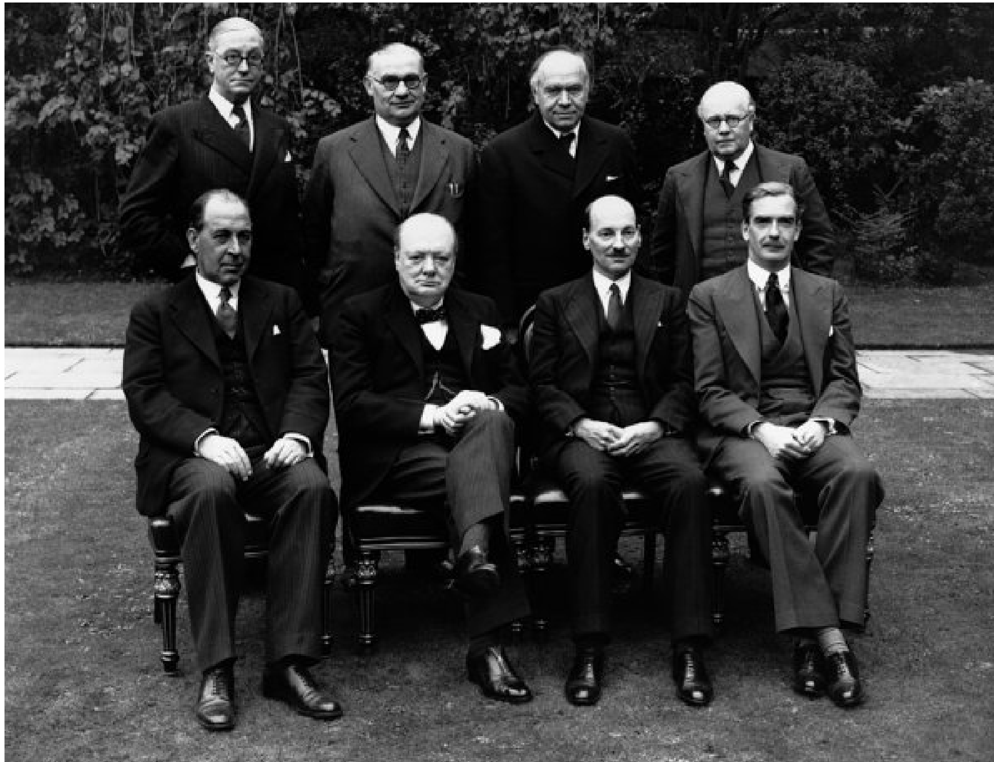
50. En la época de los intensos bombardeos aéreos que se vivieron en Londres y en la costa sur de Inglaterra, Churchill hizo un gran número de visitas a las zonas bombardeadas, a fin de levantar la moral de la población. Aquí le vemos saliendo de una tienda de Ramsgate, en 1940. *Alamy*.



51. Churchill marcaba con estas etiquetas adhesivas de «Tomar medidas hoy mismo» todos los memorandos relevantes que sus ministros debían abordar de inmediato. *Fideicomisarios del Centro Liddle Hart de Archivística Militar, Kings College de Londres*.



52. Uno de los despachos del número 10 Anexo, al que Churchill se trasladó durante las incursiones aéreas alemanas sobre Londres. Escritorio de la Sala de Mapas del Gabinete de Guerra de Winston Churchill, Londres. *TopFoto*.



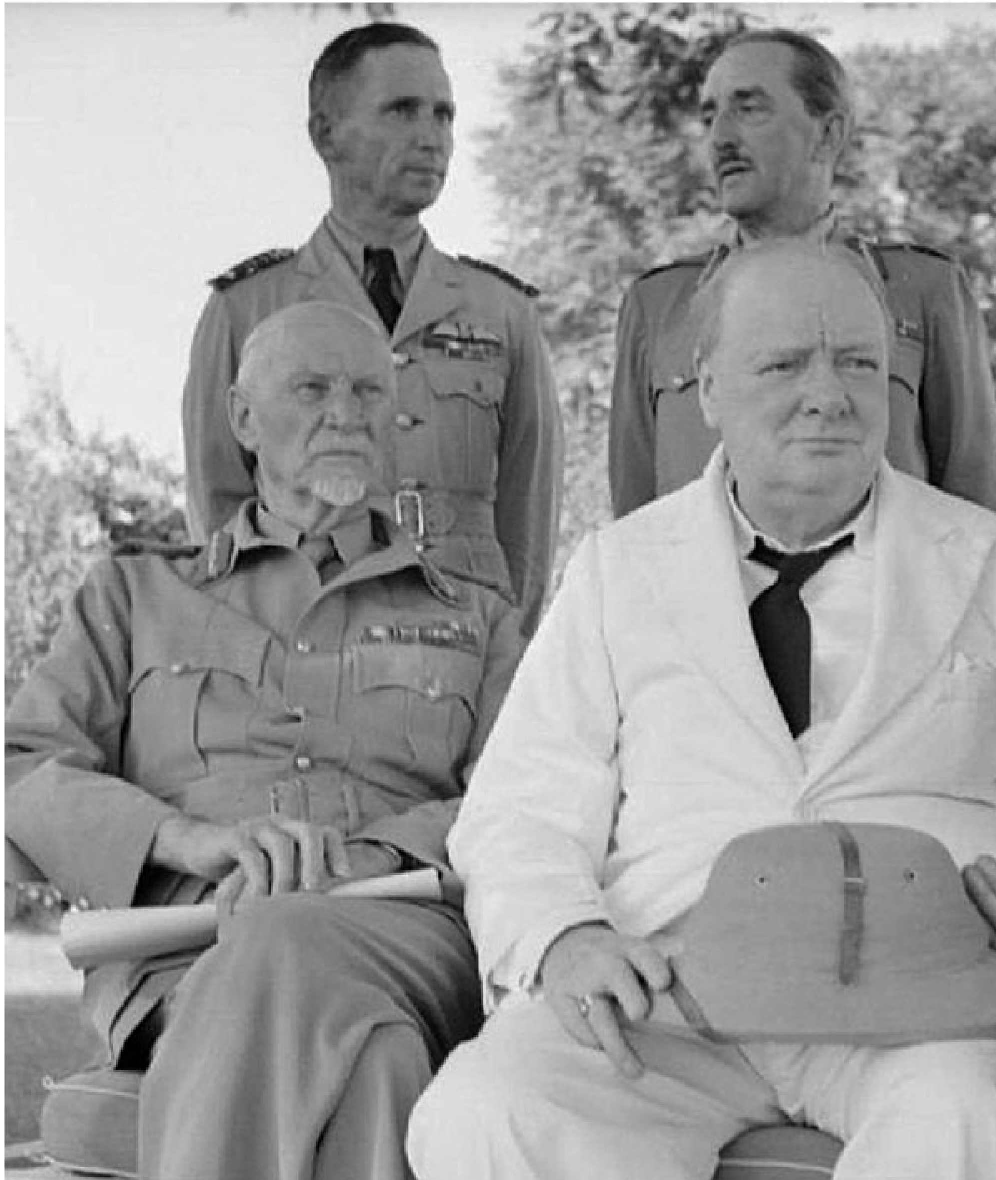
53. Fotografía al completo de los miembros del Gabinete de Guerra de Churchill, tomada en octubre de 1941 en el jardín del número 10 de Downing Street. Sentados, de izquierda a derecha: *sir* John Anderson, Winston Churchill, Clement Attlee, Anthony Eden. De pie, de izquierda a derecha: Arthur Greenwood, Ernest Bevin, lord Beaverbrook y *sir* Kingsley Wood. *Corbis/Getty Images*.



54. Churchill y el presidente Franklin D. Roosevelt durante una conferencia de prensa en el Despacho Oval de la Casa Blanca, en Washington, D. C. el 23 de diciembre de 1941. Churchill lleva puesta la vitola de un puro a modo de anillo, y Roosevelt tiene un brazalete negro en el brazo izquierdo, en recuerdo de su madre, Sara, que había fallecido en septiembre. *Por cortesía de Barry Singer*.



55. Churchill «visita al Ogro en su cubil». En agosto de 1942, el primer ministro británico acudió al Kremlin para reunirse con el mariscal Iósif Stalin. *Colección privada*.



56. Churchill en la embajada británica de El Cairo, el 5 de agosto de 1942, sentado junto a su amigo y estrecho colaborador, el mariscal de campo Jan Christian Smuts. De pie, tras ambos, se encuentran el comandante supremo de las Fuerzas Aéreas británicas, *sir* Arthur Tedder (a la izquierda), y el general *sir* Alan Brooke (a la derecha). *Alamy*.

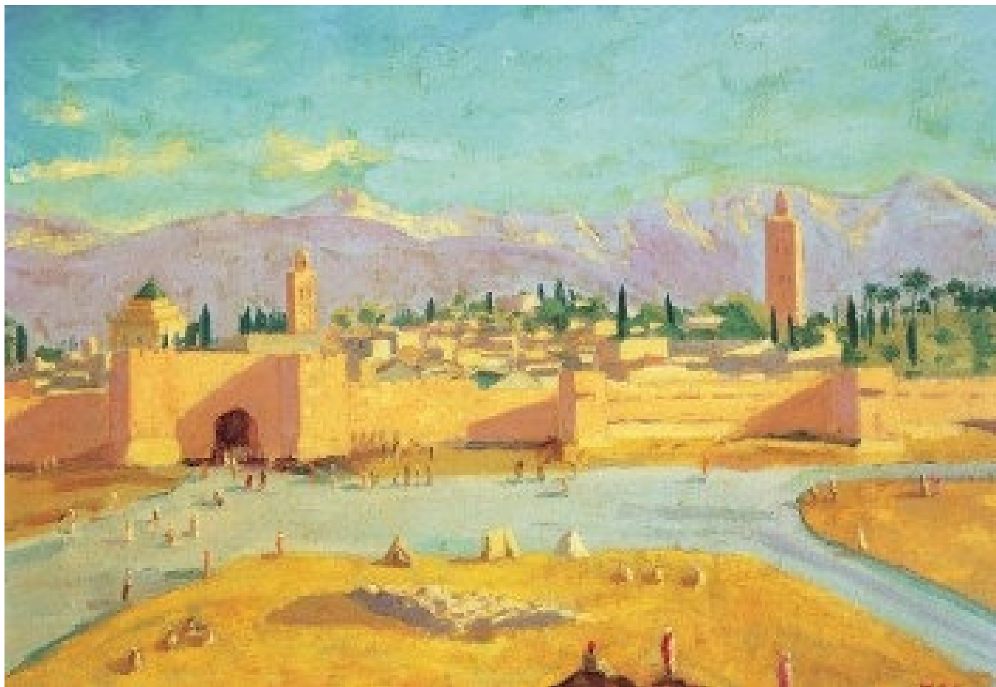


57. A bordo del *Queen Mary*, junto al almirante de la flota, *sir* Dudley Pound, primer lord del Mar, rumbo a la Conferencia Trident, en mayo de 1943. *Alamy*.

58. Churchill se valió todos los meses de la guerra de tarjetas de trabajo como esta. En la que aquí figura se detallan los compromisos adquiridos con ocasión de la Conferencia de Casablanca. El nombre en clave del presidente estadounidense es «Don Q», ya que la familia Churchill conocía a Roosevelt con el apelativo afectuoso de «Don Quijote». Agenda con los compromisos adquiridos durante el mes de enero de 1943. *Biblioteca y Centro Nacional Churchill de la Universidad George Washington*.



59. Una viñeta cómica titulada *Guerra de nervios*, firmada por *Vicky* (Victor Weisz) y publicada en la *News Chronicle* de febrero de 1943. En ella se ve a Hitler desquiciado por el don de la ubicuidad que manifiesta poseer Churchill. © *Solo Syndication*.



60. Churchill mostró este paisaje a Roosevelt en Marrakech, y más tarde, en 1943, obsequió al presidente un óleo con la imagen del panorama —el único que habría de pintar en toda la guerra, al menos antes del Día de la Victoria en Europa—. El cuadro lleva el título de *La torre de la mezquita de Kutubía*. *Colección privada. Reproducida por cortesía de Anthea Morton-Saner en nombre de la Sociedad Comanditaria Winston Churchill. © Sociedad Comanditaria Winston Churchill*.



61. Churchill hace el signo de la victoria, que ya por entonces se había hecho célebre, frente a los entusiasmados marineros del *Queen Mary*, al desembarcar en Nueva York en mayo de 1943. *Popperfoto/Getty Images*.



62. A Churchill le gustaba este retrato al óleo de *sir* Oswald Birley, pintado en 1951, debido a que había ganado la Cruz Militar en la Gran Guerra. *Colección privada. Por cortesía de Robin Birley*.



63. Churchill viste aquí uno de sus «monos» de trabajo, en compañía del general Dwight D. Eisenhower, cerca de Hastings, en Sussex, en mayo de 1944. *IWM/Getty Images*.

64. Nota con el tristemente célebre «Pacto de los Porcentajes», de octubre de 1944, en el que puede verse la gran marca de aprobación que hizo Stalin junto a la palabra «Rumanía». El acuerdo, denunciado por su cinismo, sirvió de hecho para salvar la democracia griega. Acuerdo Churchill-Stalin sobre los Balcanes. *Centro de Archivos Winston Churchill, Churchill Papers, CHUR 4/356/174. © Winston S. Churchill. Reproducida por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill y el Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill. Derechos de autor del texto: © Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill. Derechos de autor de la reproducción: © Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill*.



65. Churchill recorre a pie los Campos Elíseos de París el Día del Armisticio de 1944. De izquierda a derecha: inspector James Battley (el guardaespaldas de Eden), Alfred Duff Cooper (parcialmente tapado), el comandante «*Tommy*» Thompson, Eden, Churchill y De Gaulle. *Central Press/Getty Images*.



66. Churchill, Roosevelt y Stalin comparten un momento distendido en la Conferencia de Yalta, en la península de Crimea, en febrero de 1945. *Colección privada. United States Army Signal Corps*.



67. Churchill cruza el Rin y pisa suelo alemán el 25 de marzo de 1945. Tras él, disponiéndose a bajar de la lancha de desembarco, puede verse al mariscal de campo Brooke, y a Kay Summersby, la amante de Eisenhower. *IWM/Getty Images.*

campo Brooke, y a Kay Summersby, la amante de Eisenhower. *IWM/Getty Images.*

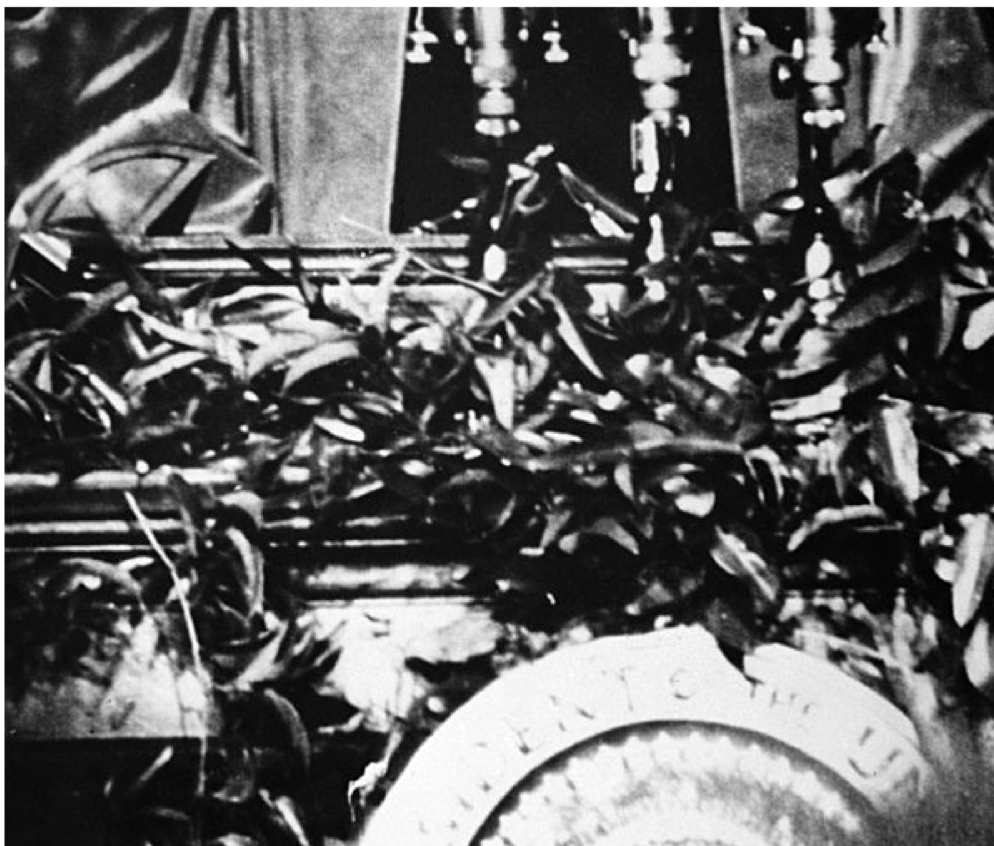


68. Los secretarios privados de Churchill en las escaleras que dan al jardín del número 10 de Downing Street, en septiembre de 1941. De izquierda a derecha: John Colville, alias «*Jock*», Leslie Rowan, Churchill, John Peck, John Martin, Edith Watson, el comandante Tommy Thompson, Anthony Bevir y Charles Barker. *Imagen tomada del libro de* sir *John Martin titulado* Downing Street: The War Years, *1991*.

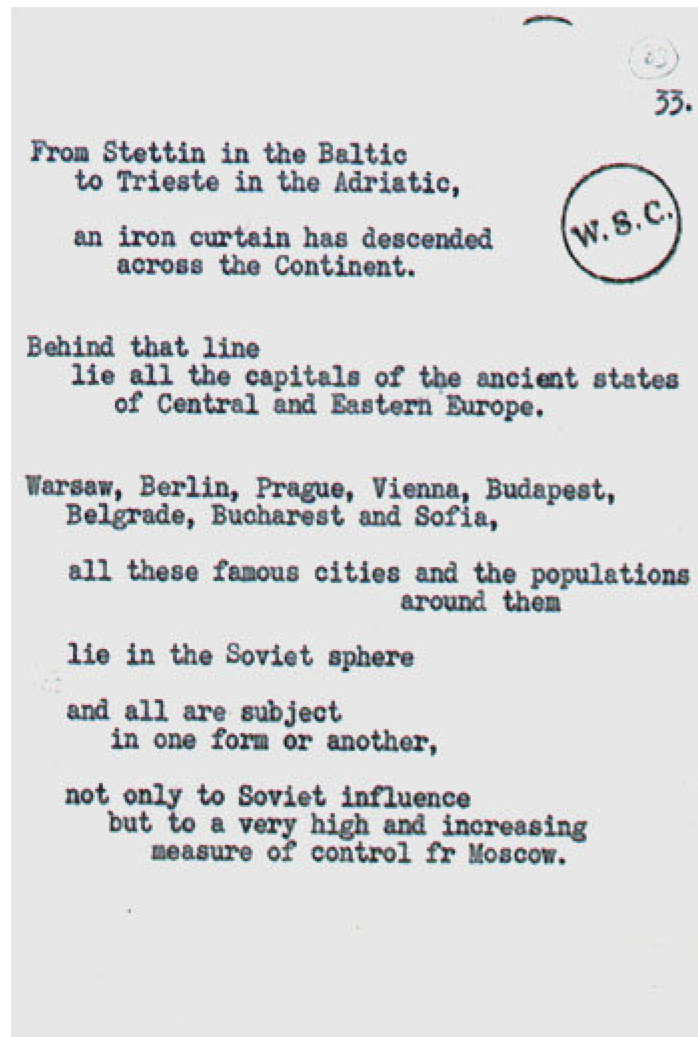


69. Los jefes del Estado Mayor británico en el jardín del número 10 de Downing Street, la víspera del Día de la Victoria en Europa, en mayo de 1945. Sentados, de izquierda a derecha: el mariscal de la RAF *sir* Charles Portal, el mariscal de campo *sir* Alan Brooke, Winston Churchill y el almirante de la flota *sir* Andrew Cunningham. De pie, de izquierda a derecha: el general de división Leslie Hollis y el general *sir* Hastings Ismay, alias «Pug». *IWM/Getty Images*.





70. Churchill pronuncia su discurso sobre «*Los pilares de la paz*» en el Westminster College de Fulton, Misuri, el 5 de marzo de 1946. En él volverá a adelantarse a todos sus contemporáneos al advertir del peligro de una Europa del Este dominada por la Unión Soviética. *Popperfoto/Getty*.


33.

W.S.C.

From Stettin in the Baltic
to Trieste in the Adriatic,

an iron curtain has descended
across the Continent.

Behind that line
lie all the capitals of the ancient states
of Central and Eastern Europe.

Warsaw, Berlin, Prague, Vienna, Budapest,
Belgrade, Bucharest and Sofia,

all these famous cities and the populations
around them

lie in the Soviet sphere

and all are subject
in one form or another,

not only to Soviet influence
but to a very high and increasing
measure of control fr Moscow.

71. Esta es la página del discurso de Fulton en el que señala, en referencia a Europa: «Ha caído sobre el continente un telón de acero». Notas para la proclama en la que Churchill acuña la expresión «telón de acero», Fulton, 1946. *Centro de Archivos Winston Churchill, Churchill Papers, CHUR 5/4A/83. © Winston S. Churchill. Reproducida por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill y el Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill. Derechos de autor del texto: © Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill. Derechos de autor de la reproducción: © Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill.*



72. Churchill rodeado de loros y cacatúas en Miami Beach, en 1946, junto a Clementine y Sarah Churchill. *Colección privada*.



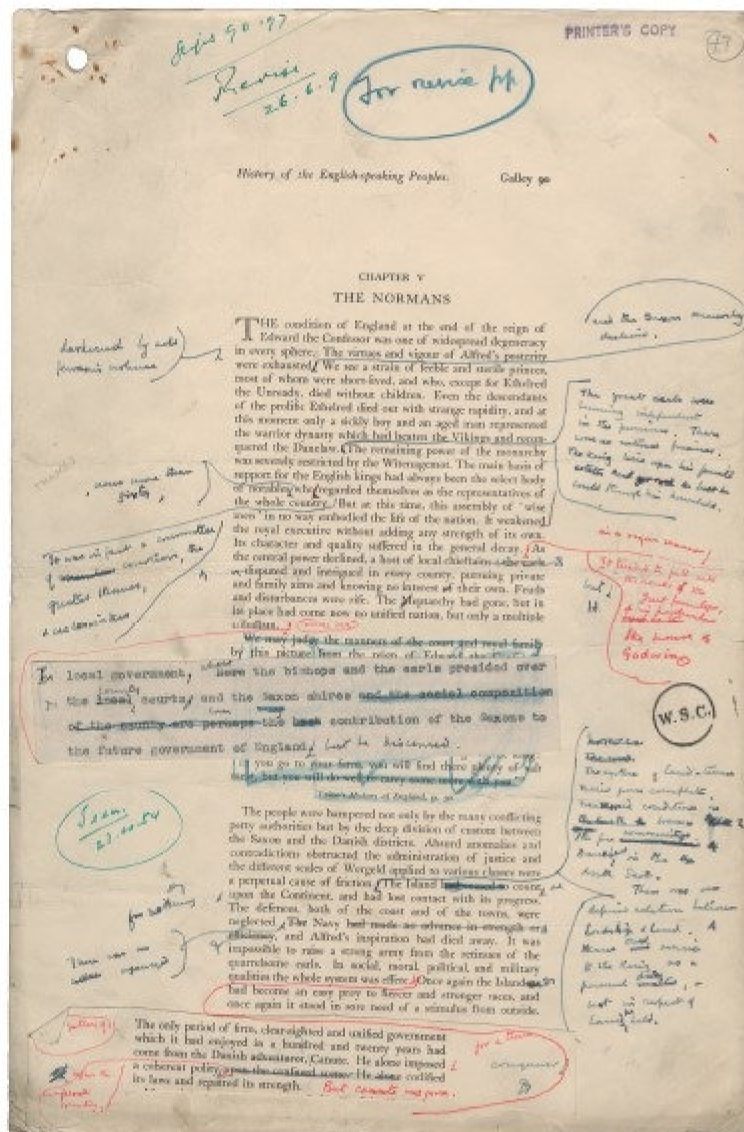
73. Churchill, deshecho en lágrimas, recibe los aplausos de los asistentes a la reunión del Congreso de Europa, celebrado en La Haya en mayo de 1948. Tras el discurso de Churchill en el Congreso de Europa, La Haya, 1948. *Getty Images*.



74. Churchill recibe el regalo de un cigarro puro, 1951. *Centro de Archivos Winston Churchill, Baroness Spencer-Churchill Papers, CSCT 5/7/5*.



75. El estupendo discurso que pronuncia Churchill en el Congreso del Partido Conservador en Margate, en octubre de 1953, le permitirá conservar el puesto de primer ministro, apenas cuatro meses después de haber sufrido un ictus en Downing Street. *Getty Images*.



PRINTER'S COPY

History of the English-speaking Peoples. Galley 90

CHAPTER V

THE NORMANS

THE condition of England at the end of the reign of Edward the Confessor was one of widespread degeneracy in every sphere. The virtues and vigour of Alfred's posterity were exhausted. We see a strain of feeble and sterile princes, most of whom were short-lived, and who, except for Ethelred the Unready, died without children. Even the descendants of the prolific Ethelred died out with strange rapidity, and at this moment only a sickly boy and an aged man represented the warrior dynasty which had beaten the Vikings and reconquered the Danelaw. The remaining power of the monarchy was severely restricted by the Witenagemot. The main basis of support for the English kings had always been the select body of notables who regarded themselves as the representatives of the whole country. But at this time, this assembly of "wise men" in no way embodied the life of the nation. It weakened the royal executive without adding any strength of its own. Its character and quality suffered in the general decay. As the central power declined, a host of local chieftains ... dispersed and intrigued in every county, pursuing private and family aims and knowing no interest of their own. Feuds and disturbances were rife. The Heptarchy had gone, but in its place had come now no unified nation, but only a multiple ...

We may judge the manners of the court and royal family by this picture from the reign of Edward ...

... local government, ... here the bishops and the earls presided over the local courts, and the Saxon shires and the social composition of the county are perhaps the ... contribution of the Saxons to the future government of England.

... you go to ... you will find there ...

Green's History of England, p. ...

The people were hampered not only by the many conflicting petty authorities but by the deep division of custom between the Saxon and the Danish districts. Absurd anomalies and contradictions obstructed the administration of justice and the different scales of Wergeld applied to various classes were a perpetual cause of friction. The Island ... upon the Continent, and had lost contact with its progress. The defences, both of the coast and of the towns, were neglected. The Navy had made no advance in strength or efficiency, and Alfred's inspiration had died away. It was impossible to raise a strong army from the retinues of the quarrelsome earls. In social, moral, political and military qualities the whole system was effete. Once again the Island had become an easy prey to fiercer and stronger races, and once again it stood in sore need of a stimulus from outside.

The only period of firm, clear-sighted and unified government which it had enjoyed in a hundred and twenty years had come from the Danish adventurer, Canute. He alone imposed a coherent policy upon the confused scene. He alone codified its laws and repaired its strength.

76. Una página de la galerada de la *Historia de los pueblos de habla inglesa, tomo 2: El Nuevo Mundo*, cubierta de indicaciones. Las enmiendas de Churchill aparecen en rojo, los retoques y notas en lápiz azul y tinta negra son de Denis Kelly y Eddie Marsh, respectivamente, y los comentarios en verde son las respuestas del corrector de pruebas. *Centro de Archivos Winston Churchill, Churchill Papers, CHUR 4/403.º/79. Reproducida por cortesía de Curtis Brown, Londres, en nombre de la Sociedad Patrimonial de Winston S. Churchill y el Fideicomiso del Archivo de* sir *Winston Churchill.*



77. Clementine, Randolph, Winston y Arabella Churchill, Montecarlo, 1958. *Associated Press/Rex Shutterstock*.



78. Un plácido crucero: Churchill a bordo del Christina, el yate de Aristóteles Onassis, frente a las playas de Capri, en julio de 1959. *Ullstein-bild/Getty Images*.

Introducción

El jueves 20 de diciembre de 1945, Charles Eade, director del *Sunday Dispatch*, almorzaba con Winston Churchill y su esposa Clementine en el nuevo hogar en que se había instalado el matrimonio, situado en el londinense barrio residencial de Knightsbridge. Eade estaba terminando de corregir, con vistas a su publicación, los discursos que el ex primer ministro había pronunciado durante la guerra, y se disponían a abordar las cuestiones relativas al último volumen de la serie.

Antes de sentarse a la mesa, Eade había esperado a sus anfitriones en un punto de la casa que más tarde calificaría como «una salita agradable, con estanterías empotradas y repletas de un gran número de tomos de obras francesas e inglesas magníficamente encuadernadas», a la que Churchill llamaba su «biblioteca pedante». Un cuadro del primer duque de Marlborough, un ilustre antepasado de Churchill, adornaba las paredes, flanqueado por un retrato del propio Churchill pintado por *sir* John Lavery en tiempos de la primera guerra mundial.

En la mesa se dejaron notar los efectos del racionamiento de víveres vigente durante la posguerra: un plato a base de huevo, fiambre de pavo y ensalada, rematado con pudin de ciruelas y café. Bebieron una botella de vino que acababa de mandarles el alcalde de Burdeos. Churchill confesó al periodista, en el que tenía plena confianza, pues había comido con él en varias ocasiones a lo largo de la guerra, que la noche anterior se «había emborrachado seriamente» en una cena en la embajada francesa, añadiendo con risa sofocada que había terminado «más bebido que de costumbre».

Entonados por varias copas de *brandy* y un cigarro puro —cuya vitola guardó Eade a modo de recuerdo—, Churchill y su interlocutor pasaron a tratar la cuestión de la velada y a sopesar cómo podían darse a conocer las

alocuciones bélicas que el político había expuesto en las sesiones secretas que la Cámara de los Comunes había celebrado durante la guerra. En la hora larga que duró la conversación, Churchill mostró a Eade los 68 volúmenes de actas, mensajes y memorandos que había enviado a los diferentes gabinetes ministeriales y jefes de Estado Mayor entre los años 1940 y 1945, permitiendo que los hojeara a placer. Al mostrarse naturalmente sorprendido Eade por la enorme cantidad de trabajo que Churchill había conseguido sacar adelante en su época de primer ministro, «él le explicó que si había logrado abordar el meollo de tantos asuntos, se debía a que toda su vida había constituido una preparación para la alta misión que le había tocado desempeñar durante la guerra». Se trataba de un sentimiento que Churchill ya había manifestado dos años antes al primer ministro canadiense, William Mackenzie King, con ocasión de la Conferencia de Quebec de agosto de 1943. Al comentar King a Churchill que ninguna otra persona habría podido salvar al imperio británico en 1940, el aludido replicó que «había tenido un adiestramiento excepcional, ya que no solo había vivido la guerra anterior, sino que contaba con una amplia experiencia de gobierno. —King coincidió con él—: En efecto, y es algo que prácticamente viene a confirmar la vieja idea presbiteriana de la predestinación o de que todo está ya escrito; de que usted era el hombre elegido para esta tarea». El político conservador lord Hailsham, que había desempeñado el cargo de subsecretario de estado en el gobierno que Churchill había encabezado durante la conflagración, volvería a hacer valer esta convicción al asegurar: «El único caso en el que creo ver el dedo de Dios en la historia contemporánea es el de la llegada de Churchill al más alto cargo de la nación en ese preciso momento de 1940».

En las últimas líneas de su libro titulado *Cómo se fraguó la tormenta*[1] —el primer volumen de sus memorias de guerra—, Churchill expresará de un modo mucho más poético las dos observaciones confiadas tres años antes a King y a Eade. Al recordar la tarde del viernes 10 de mayo de 1940, en la que había sido designado primer ministro, pocas horas después de que Adolf Hitler hubiera desatado su guerra relámpago sobre Occidente, Churchill escribe: «Tuve la impresión de hallarme en sintonía con el destino y de que toda mi vida pasada no había sido sino un largo preparativo para

esta hora y para esta prueba […]. No se me podía reprochar ni que hubiera declarado la guerra ni que me faltara preparación para librarla. Pensé que sabía muchas cosas sobre el particular, y estaba seguro de que no iba a fracasar».

La fe de Churchill en su propio sino se remontaba al menos a sus dieciséis años, pues ya entonces le había asegurado a un amigo que estaba llamado a salvar a Gran Bretaña de una invasión extranjera. La admiración que toda su vida sintió tanto por Napoleón como por uno de sus propios antepasados, John Churchill, primer duque de Marlborough, le influiría notablemente y le llevaría a creer que también él era un hombre predestinado. Su condición de aristócrata, en tanto que portador de dos apellidos célebres —Spencer y Churchill—, le infundió una tremenda confianza en sí mismo, lo que impediría más tarde que las críticas lograran herirle en el plano personal. En las valientes y muchas veces solitarias posiciones que habría de tomar contra el doble peligro totalitario del fascismo y el comunismo, le importaría mucho más la buena opinión que pudieran tener de sus decisiones los camaradas caídos durante la Gran Guerra, según lo que él mismo se representaba en la imaginación, que lo que alcanzaran a vociferar los colegas vivos que ocupaban los bancos de la Cámara de los Comunes.

Muchas veces habría de arrancarle el llanto el recuerdo de los amigos muertos en acciones de guerra, en accidentes (como le había ocurrido a Lawrence de Arabia), o en el abismo del alcohol (tal había sido el caso de Frederick Edwin Smith, primer conde de Birkenhead), pero hubo también otras muchas circunstancias que lograron conmoverle, como se verá a lo largo de este libro. Las pasiones y las emociones se adueñarían a menudo de su persona, y jamás le preocupó llorar en público, ni siquiera siendo primer ministro —y esto en una época que admiraba la entereza y el control ante las adversidades—. Sin embargo, este no es más que uno de los numerosos fenómenos que hicieron de él una persona fuera de lo común, en el más profundo sentido de la expresión. Este texto indaga a fondo en las circunstancias de la pasada experiencia vital de Churchill que en 1940 revelarán no haber sido otra cosa que una preparación, tan efectiva como extraordinaria, para el liderazgo que le tocó ejercer a lo largo de la segunda

guerra mundial. También ahonda en las múltiples lecciones que aprendió en los sesenta y cinco años anteriores a su asunción del cargo de primer ministro —años de errores y tragedias, pero también de trabajo duro y estimulante ejercicio del mando—, antes de centrarse en la habilidad que demostró para aplicar al terreno práctico ese aprendizaje al sonar la hora más exigente y peligrosa de la civilización. Y es que, si bien en mayo de 1940 se hallaba efectivamente en sintonía con el destino, lo cierto es que se trataba de un destino que llevaba toda la vida moldeando.

PRIMERA PARTE

La preparación

Capítulo 1

UN APELLIDO CÉLEBRE

Noviembre de 1874 - enero de 1895

> Se dice que los hombres célebres suelen ser producto de una infancia desdichada. Se precisa a un tiempo de la rigurosa presión de las circunstancias, de las punzadas de la adversidad, del acicate de los desaires y los chascos de los primeros años, para alumbrar a un tiempo esa implacable firmeza de propósito, y ese tenaz buen juicio de las madres, sin el cual rara vez se alcanza a materializar una sola acción insigne.
>
> Churchill, *Marlborough. Su vida y su tiempo*[1].

> Mitad aristócrata inglés y mitad fullero americano.
>
> Comentario de Harold Macmillan sobre Churchill[2].

Winston Leonard Spencer-Churchill nació en una pequeña planta baja, en el dormitorio más próximo a la entrada principal del palacio de Blenheim, en Oxfordshire, a la una y media de la madrugada del lunes 30 de noviembre de 1874. El alumbramiento no estuvo exento de preocupaciones, dado que el chiquillo no solo era prematuro, sino que su madre, la bella estadounidense y mujer de la alta sociedad Jennie Jerome,

había sufrido una caída pocos días antes. La víspera del nacimiento la había zarandeado además un carro tirado por un poni, y tras el susto habían comenzado los dolores de parto. Al final se comprobó que no había nada anómalo, y el padre del niño, lord Randolph Churchill, benjamín del séptimo duque de Marlborough, no tardaría en decir a quien quisiera escucharle que era «una verdadera monada» de «ojos y cabellos oscuros, perfectamente sano[3]». (El pelo pronto se volvería de un rubio rojizo; de hecho, en la actualidad pueden verse grandes tirabuzones de la melena que lucía a los cinco años en la sala del palacio en la que nació. Andando el tiempo, Churchill sería claramente pelirrojo.)

El nombre de «Winston» se le puso en recuerdo tanto de *sir* Winston Churchill, el antepasado de la criatura que había luchado en favor del rey Carlos I en la revolución inglesa de 1642, y del hermano mayor de lord Randolph, que había fallecido a la corta edad de cuatro años. Con «Leonard» se honraba al abuelo materno del bebé, un financiero estadounidense acostumbrado a asumir riesgos y dueño de unos ferrocarriles, que para entonces ya había amasado y perdido dos grandes fortunas en Wall Street. El apellido «Spencer» llevaba unido al de «Churchill» desde 1817, como resultado del enlace matrimonial con la rica familia Spencer de Althorp, en Northamptonshire, que en la época de la boda lucía en su escudo de armas la titularidad del condado de Sunderland y que más tarde habría de convertirse en cepa de los condes Spencer. Orgulloso de su entronque con la rama de los Spencer, nuestro protagonista acostumbraría a rubricar sus documentos como Winston S. Churchill, y en 1942 le diría a un sindicalista estadounidense: «Por supuesto que mi verdadero nombre es Spencer-Churchill, y así es como debe escribirse —como ocurre, por ejemplo, en las circulares de la corte, cuando acudo a ver al rey[4]».

El abuelo paterno del recién nacido era John Winston Spencer-Churchill, propietario del palacio de Blenheim —un edificio al que no solo se ha llamado el Versalles inglés sino también «el mayor monumento conmemorativo de orden bélico que jamás se haya construido»—.[5] El inmueble recibía su nombre de una de las más gloriosas batallas de las que John Churchill, el primer duque de Marlborough, hubiera salido victorioso:

la librada en 1704 en la guerra de sucesión española, y de hecho, tanto su magnífica arquitectura como sus tapices, sus bustos, sus cuadros y sus muebles obedecían a la vocación de fijar en la memoria la obtención del triunfo en un conflicto que había librado a Gran Bretaña de quedar sometida a la dominación de una superpotencia europea —en este caso la Francia de Luis XIV—, mensaje del que habría de empaparse a fondo el joven Winston. «No tenemos nada que pueda equipararse a esto», había admitido el rey Jorge III al visitar el palacio de Blenheim en 1786.

Más tarde, el propio Winston Churchill abundaría en la idea al asegurar que «somos nosotros quienes damos forma a nuestras mansiones, pero después son ellas las que nos moldean[6]». Pese a que nunca residiera en Blenheim, el esplendor de los ciento cincuenta metros de fachada del palacio, sus más de veintiocho mil metros cuadrados de habitaciones, y las mil hectáreas de la finca, dejaron una profunda huella en Churchill. Se empapó de su magnificencia en los numerosos días festivos y fines de semana que pasó bajo sus techos, en compañía de sus primos. El palacio estaba, y sigue estando, saturado del espíritu del primer duque, el mayor soldado y estadista de la historia del Reino Unido: un hombre que había sido duque «en una época en que los duques eran duques», como habrá de afirmar Churchill al retratarle en la biografía que le dedicará más tarde[7].

A los ojos de sus últimos contemporáneos victorianos, el apellido del joven Winston Churchill evocaba dos imágenes: por un lado la del esplendor del renombre militar del primer duque (y el de su palacio, evidentemente), pero por otro también la de la intrépida carrera y peripecia personal de lord Randolph Churchill, el padre de la criatura. Lord Randolph había sido elegido miembro del parlamento nueve meses antes de que naciese Churchill, y estaba llamado a ser también uno de los principales líderes del Partido Conservador en cuanto el chiquillo alcanzara la edad de seis años. Se trataba de un hombre controvertido, voluble, oportunista, políticamente implacable, de brillante oratoria tanto en las tribunas públicas como en la Cámara de los Comunes, y señalado por todos como futuro primer ministro, al menos mientras su inherente tendencia a la irreflexión no le indujera a mostrar su peor cara. En materia política seguía los preceptos del dirigente conservador británico Benjamin Disraeli, que

combinaba las ideas imperialistas en los asuntos exteriores con un programa progresista centrado en la materialización de reformas sociales en el ámbito interior. Lord Randolph dio el nombre de «Democracia Conservadora» a su versión de esta forma de entender el arte de gobernar, y Churchill se empaparía a fondo de sus principios. El eslogan que presidía estas convicciones —«Confía en la gente»— habría de emplearse muchas veces en la carrera profesional de su hijo.

Pese a que lord Randolph fuera hijo de un duque, él mismo carecía de una verdadera fortuna personal, al menos si comparamos su situación con la de la mayor parte de los de su misma clase. Como benjamín de una casa aristocrática en una era marcada por la primogenitura, no podía abrigar la esperanza de heredar grandes cosas de su progenitor. Y a pesar de que el padre de Jennie Jerome, su esposa norteamericana, hubiera sido enormemente rico poco antes —hasta el punto de que en un tiempo le habían apodado «el rey de Nueva York»—, lo cierto es que el magnate había sufrido una serie de reveses tremendos como consecuencia del desplome bursátil vivido en 1873 en Estados Unidos. Sin embargo, Leonard Jerome seguía viviendo en una casa que ocupaba una manzana entera de la avenida Madison y la calle 26, y que mostraba orgullosa al exterior sus amplias caballerizas y un teatro en toda regla. El millonario había sido dueño de los terrenos que hoy ocupa el embalse de Jerome Park, fundador del American Jockey Club y copropietario del *New York Times*.

Sin embargo, en la época en la que se celebró la boda de Jennie, el año inmediatamente posterior al batacazo financiero, Jerome solo pudo asignar una renta de dos mil libras esterlinas anuales a su hermosa hija, aportando el duque de Marlborough otras mil doscientas libras al año para la manutención del joven Randolph. Unidas estas cantidades al alquiler —que tenían pagado por cortesía de Jerome— de una casa sita en el 48 de la calle Charles, en Mayfair, la situación económica de la pareja debería haber sido lo suficientemente holgada para poder vivir confortablemente, pero tanto Jennie como Randolph eran conocidos por su acusada propensión al despilfarro. «No éramos ricos, —recordará su hijo durante la segunda guerra mundial—. Me parece que debíamos disponer de unas tres mil libras al año y que gastábamos seis mil.»[8]

Lord Randolph había conocido a Jennie en la Regata Cowes, en la isla de Wight, en agosto de 1873. Apenas tres días después él le proponía matrimonio y ella le aceptaba. El 15 de abril de 1874 se casaban en la embajada británica en París, tras un compromiso de siete meses. Pese a que los Marlborough hubieran dado formalmente su bendición al enlace, no estuvieron presentes en la ceremonia, porque el duque (que había enviado agentes a Nueva York y a Washington para tratar de determinar la verdadera cuantía de la fortuna de Jerome) consideraba que se trataba de una *mésalliance* y que el padre de la novia era «un hombre vulgar» y «un mal tipo», perteneciente a «la clase de los especuladores»**[9]**.

Churchill estaba extremadamente satisfecho de que sus padres se hubieran casado por amor. En un escrito de 1937 en el que alude a una demanda por difamación que acababa de interponer contra un libro que le había tildado de «primicia del primer matrimonio famoso que se había realizado por dinero», Churchill le confesó a un amigo:

> La referencia al matrimonio de mi madre y mi padre no solo me resulta muy dolorosa, sino que también carece de todo fundamento, como tú bien sabes. Si alguna vez ha habido una unión entre dos personas enamoradas ha sido esta, y desde luego los dos tenían muy poco dinero. De hecho, todo cuanto podían permitirse era vivir de la forma más modesta posible para la gente de la alta sociedad londinense. Si el matrimonio alcanzó fama más tarde fue debido a que mi padre, un vástago desconocido de la aristocracia, se hizo célebre, y también a que mi madre, como atestiguan todas sus fotografías, era una de las mujeres más bellas de su época, y en esto hay acuerdo general**[10]**.

(Al final, el individuo que había publicado el libelo fue obligado a abonarle quinientas libras por daños y perjuicios, más otras doscientas cincuenta libras en concepto de costas. Sin embargo, Churchill no consiguió las disculpas que había esperado recibir.)

Winston Churchill nació en el seno de una casta que disponía de un inmenso poder político y económico en el mayor imperio que haya conocido la historia, un imperio que además todavía no había sido agusanado por la inseguridad y la falta de aplomo. Tanto la absoluta confianza en sí mismo que siempre caracterizó a Churchill como su extraordinaria independencia emanaban directamente de la serena tranquilidad que le hacía sentir instintivamente la conciencia de quién era y

de dónde venía. Al redactar la nota necrológica de su primo Charles, alias «Sunny»[11], noveno duque de Marlborough, Churchill señala que su nacimiento había tenido lugar en el seno de una de «las trescientas o cuatrocientas familias que durante trescientos o cuatrocientos años han guiado los destinos de la nación»[12]. Churchill sabía que provenía de la cúspide de la pirámide social, y en esa época, uno de los atributos clave de dicha clase consistía en poder permitirse el lujo de no preocuparse demasiado de lo que el resto de los mortales, situados en peldaños inferiores, pudiera pensar de ellos. Como habría de escribir a este respecto su mejor amigo, el abogado y parlamentario conservador Frederick Edwin Smith, que andando el tiempo ostentaría el título de lord Birkenhead, Churchill «poseía un escudo mental que le impedía desconfiar de sí mismo»[13]. Esta capacidad habría de revelarse inestimable en aquellos períodos —y fueron muy numerosos— en los que nadie más diera la impresión de fiarse realmente de él.

La vida social de las clases altas de las épocas victoriana y eduardiana consistía en parte en permanecer en las fincas campestres de amigos y conocidos durante un largo fin de semana, es decir, «de viernes a lunes», por emplear la expresión inglesa. En el transcurso de los años venideros, Churchill adquiriría la costumbre de quedarse con la familia Lytton de Knebworth; con sus primos, los Londonderry de Mount Stewart; con los Rothschild de Tring; con los Grenfell de Taplow y Panshanger; con los Rosebery de Dalmeny; con los Cecil de Hatfield; con el duque de Westminster, bien en Eaton Hall, bien en el yate ducal, el *Flying Cloud*; con sus primos lord y *lady* Wimborne, en Canford Manor; con los John Astor de Hever; y con los Waldorf Astor de Cliveden. También efectuaría frecuentes visitas a Blenheim y a otros muchos palacetes similares. Pese a que de vez en cuando se viera condenado al ostracismo como consecuencia de las medidas políticas que habría de adoptar a lo largo de su vida adulta, siempre contó con la posibilidad de recurrir a una extensa red de la más encumbrada sociedad. Este resguardado puerto de amistades y parientes, integrado en gran medida por aristócratas, estaba llamado a sostenerle en los malos tiempos que se avecinaban.

La aristocracia inglesa de la era victoriana formaba una tribu muy particular, provista de toda una serie de jerarquías, acentos, clubes, escuelas, facultades, carreras profesionales, vocabularios, códigos de honor, rituales amatorios, lealtades, tradiciones y deportes —todo ello coronado por un peculiarísimo sentido del humor—. Algunas de esas claves resultaban francamente enrevesadas, como arcanos prácticamente impenetrables para los no iniciados. En la época en la que, siendo un joven subalterno, hubo de entrar en contacto con el sistema de castas de la India, Churchill lo entendió al instante. Sus opiniones políticas brotaban en esencia del movimiento de la Joven Inglaterra, auspiciado por Disraeli en la década de 1840, cuya percepción de la idea de *noblesse oblige* presuponía una eterna superioridad de clase, pero abrazaba también, de manera instintiva, los deberes de los privilegiados para con los menos favorecidos. La interpretación que Churchill daba a los compromisos de la aristocracia se resumía en la noción de que tanto él como los de su clase tenían una honda responsabilidad hacia el país, que con toda legitimidad podía esperar de su persona una entrega vitalicia.

De cuando en cuando, podía tenerse la impresión de que las clases superiores británicas del último cuarto del siglo XIX se hallaban bastante distanciadas del resto de la sociedad. Lord Hartington, por ejemplo, heredero del ducado de Devonshire, confesaría en una ocasión que jamás había oído hablar de los servilleteros (debido a que daba por supuesto que la mantelería se lavaba después de cada comida); lord Curzon, el estadista, llevaba fama de no haber tomado un autobús más que una sola vez en toda su vida —y además se había sentido indignado al comprobar que el conductor se negaba a llevarle al lugar al que él le ordenaba dirigirse—. Algo parecido podría decirse del mismo Churchill, ya que no marcó un número de teléfono con sus propias manos hasta la edad de setenta y tres años[14]. (Fue una llamada al servicio horario, y tras escuchar la locución dio amablemente las gracias a la cinta.) No tenía la sensación de depender casi totalmente de los criados domésticos. «Yo mismo me haré la comida, —le dijo orgullosamente en una ocasión a su esposa, corriendo la década de 1950—. Sé cocer un huevo. He visto cómo se hace.»[15] (Sin embargo, al final no tocó los fogones.) A los quince años, en la posdata de una de sus

cartas, se lee: «Milbanke te escribe por mí estas líneas, puesto que yo me estoy dando un baño»[16].[17] Dos años más tarde, se quejaría amargamente por haber tenido que viajar en un compartimento de segunda clase. Así lo explica en uno de sus escritos: «Por Júpiter que no volveré a viajar en segunda por nada del mundo»[18]. Ya en la madurez, era raro que se desplazara sin la compañía de un ayuda de cámara, y así lo haría incluso en los campos de batalla de la guerra de los bóers y la segunda guerra mundial. Durante su estancia en prisión en Sudáfrica solicitó (y consiguió) que se llamara a un barbero para rasurarle. En el Hotel Savoy pedía platos que no estaban en el menú, y, siendo ya primer ministro, si quería matar a una mosca, pedía a su secretario que mandara venir a su criado para que «le retorciera el pescuezo al maldito bicho»[19]. Desde luego, no puede decirse que Churchill fuera precisamente un perfecto representante de la inminente «Era del hombre común»[20].

Como buen aristócrata, no era en modo alguno esnob. Una de las cosas que deseaba preguntarle a Adolf Hitler respecto de los judíos era esta: «¿Qué sentido tiene oponerse a un hombre por la simple razón de su nacimiento?»[21]. Sus amigos más íntimos procedían de un amplio círculo social. De hecho, si de algún pie cojeaba era del que le inducía a mostrar una especie de debilidad por los advenedizos, como sus compañeros Brendan Bracken y Maxine Elliott. Una de sus amistades más próximas diría de él: «Está imbuido de un sentido de la tradición histórica, pero no le atan prácticamente nada los convencionalismos»[22]. Esto puede apreciarse en sus excéntricos gustos en materia de vestimenta, como el mono de trabajo y los zapatos de cremallera, así como en la estrafalaria irregularidad de sus horarios. Le gustaba hacer caso omiso de las reglas jerárquicas, lo que muchas veces encolerizaba a quienes le rodeaban. «Soy arrogante, —diría en una ocasión de sí mismo, en un perspicaz ejemplo de autocrítica—, pero no engreído»[23]. En el mundo actual, todo aquel que dé muestras de creerse dotado de privilegios de naturaleza aristocrática resulta consideradamente reprensible, pero Churchill rezumaba ese tipo de actitud, lo que afectaba al comportamiento que mantenía en todo. Ese carácter explica, por ejemplo, que estuviera dispuesto a gastar alegremente un dinero que no tenía. Vivió su existencia al estilo aristocrático a pesar de no

poder permitírselo —pero eso mismo llevaba ya el sello de la aristocracia —. Pedía que le ampliaran el crédito, apostaba grandes sumas en los casinos, y tan pronto como se vio en una posición realmente boyante —lo que no le sucedería hasta cumplidos los setenta— se dedicó a comprar caballos de carreras.

Son muchos los testimonios que condenan a Churchill por la insensibilidad que manifestaba hacia otras personas y puntos de vista, pero todos esos recuerdos olvidan valorar una cosa: que esa piel de rinoceronte era, en realidad, un atributo esencial para alguien tan adicto a la polémica como él. «Usted es uno de los pocos individuos en los que reconozco la facultad de emitir juicios dignos de mi respeto», le escribió a lord Craigavon en diciembre de 1938, que había combatido en la guerra de los bóers y era primer ministro de Irlanda del Norte —sabiendo que el aludido pasaba por uno de los peores momentos de su vida—.[24] Como también les ocurriera al marqués de Lansdowne, que había promovido la paz con Alemania durante la primera guerra mundial, o al de Tavistock, que de forma mucho más censurable habría de hacer otro tanto en la segunda gran contienda, el aristócrata que llevaba dentro animaba a Churchill a decir lo que pensaba con exactitud y sin ambages, con independencia de cuáles pudieran ser las consecuencias.

Churchill pasó sus primeros años en Dublín, ciudad en la que sus padres vivían en Little Lodge, cerca de Viceregal Lodge[25], en Phoenix Park, donde lord Randolph trabajaba como secretario particular de su padre. En enero de 1877, Disraeli había nombrado virrey y lord teniente de Irlanda al séptimo duque de Marlborough. Lord Randolph había tenido que abandonar Londres debido a que el príncipe de Gales le había relegado al ostracismo después de que hubiera intentado chantajearle infructuosamente a causa de un escándalo en el que se había visto implicado el hermano mayor de Randolph, el marqués de Blandford, y en el que habían desempeñado un especial papel unas cuantas cartas de amor comprometedoras y una antigua amante del príncipe, casada para más señas. Sería uno de los muchísimos aprietos poco edificantes en los que habría de acabar envuelto lord

Randolph en su breve e inestable existencia, que sin embargo fue innegablemente emocionante. La elefantina memoria del príncipe perduró largo tiempo, así que a lord Randolph le resultó imposible regresar a Londres por espacio de tres años.

El más antiguo recuerdo de Churchill se remonta al año 1878 y presenta un oportuno sello marcial, dado que se asocia con la imagen de su abuelo en el trance de descubrir una estatua dedicada a lord Gough, el héroe imperial anglo-irlandés, en Phoenix Park. El duque pronunció para la ocasión un discurso redondeado con la frase «Y con una fulminante andanada quebró las líneas enemigas» —cuyo significado afirmaría haber entendido a la sazón Churchill, pese a que entonces solo tuviera tres años—.[26] Dado que su abuelo actuaba en representación de la reina Victoria y que ejercía los deberes ceremoniales de la soberana en Irlanda, Churchill adquirió un profundo sentido reverencial de la institución monárquica, una percepción que habría de conservar durante el resto de su vida. Su siguiente evocación encontrará escenario el siguiente mes de marzo, en 1879, mientras paseaba a lomos de un burrito en el parque: topó de pronto con una situación que a su institutriz le llenó de temor, porque la consideró una manifestación de los republicanos irlandeses —aunque muy probablemente se tratara tan solo de una marcha de la Brigada de los Fusileros británicos—. «Me tiraron del burro y sufrí una conmoción cerebral, —sostendrá más tarde Churchill—. ¡Ese fue mi primer contacto con la política irlandesa!»[27] Su siguiente estremecimiento tendrá lugar en 1882, fecha en la que Thomas Burke, subsecretario de Irlanda —que había regalado a Churchill un tambor de hojalata—, recibió en Phoenix Park la mortal puñalada de unos terroristas del movimiento republicano irlandés (un atentado en el que fallecería también lord Frederick Cavendish, recién nombrado jefe de la secretaría de Irlanda), causando una honda conmoción popular.

Dos años antes, en febrero de 1880 había venido al mundo, y también de forma prematura, Jack, el hermano pequeño de Churchill, cuando la familia se encontraba todavía en Irlanda. Sin embargo, ese mes de abril, el exilio social de lord Randolph llegó a su fin, de modo que el matrimonio regresó y puso casa en el 29 de la plaza de Saint James de Londres. El siguiente recuerdo político de Churchill fue la muerte de Disraeli,

sobrevenida en abril de 1881, a sus seis años. «Seguí su enfermedad día a día y con gran angustia, —comenta—, porque todo el mundo decía que iba a ser una gran pérdida para el país, ya que nadie más iba a ser capaz de impedir que el señor William Ewart Gladstone nos impusiera a todos su perversa voluntad»[28]. El liberal Gladstone había ganado las elecciones generales el mismo mes en que los Churchill regresaban a la capital británica, y tras la victoria había asumido por segunda vez el cargo de primer ministro. En 1883, lord Randolph fundó la Primrose League, una organización política conservadora de base popular, cuyo nombre era un homenaje a la supuesta flor favorita de Disraeli, la prímula. La función del partido consistía fundamentalmente en promover la carrera del padre de Churchill y el programa político de la Democracia Conservadora —y de hecho, a los doce años, Winston se uniría a la rama de la asociación en Brighton.

«Querida mamá: espero que estés estupendamente», se lee en la carta de Churchill más antigua que ha llegado hasta nosotros, escrita desde el palacio de Blenheim en enero de 1882, tras haber celebrado sus padres la Navidad lejos de la mansión. «Te agradezco muchísimo, muchísimo los hermosos regalos de esos Soldados y Banderas y el Castillo, son tan bonitos y ha sido un detalle que tú y mi querido papá os hayáis acordado… Os mando todo mi amor y un montón de besos. Vuestro querido Winston.»[29] Muchos chicos tenían soldaditos en miniatura, pero uno de los primos de Churchill aseguraría más tarde que «en su cuarto de los juguetes había, de un extremo a otro, una plataforma hecha con tablones y apoyada en caballetes sobre la que se alineaban miles de soldaditos de plomo en formación de combate. Se dedicaba a organizar guerras. Maniobraba con los batallones de metal esmaltado y los hacía entrar en acción. Los guisantes y las piedrecillas provocaban terribles bajas; se tomaban fuertes al asalto, se lanzaban cargas de caballería y se destruían puentes…»[30]. Estas batallas «se escenificaban con un interés que nada tenía que ver con los juegos ordinarios de los chiquillos». El disfrute de ese vasto ejército de plomo nos habla de la generosidad con la que los padres trataban a un muchachito que por entonces no era más que «un pequeño y rubicundo bulldog malcriado»[31], según la descripción de su abuela. Sin embargo, el

hecho de que sus padres hubieran pasado las fiestas lejos de él nos indica el inicio de un persistente distanciamiento, tanto físico como emocional, que hoy juzgaríamos próximo al maltrato. Es muy posible que Peregrine, el hijo de su hermano Jack, estuviera en lo cierto al sostener que, a su juicio, los padres de su tío no le habían descuidado más de lo habitual en un niño de la clase alta victoriana de aquellos años, pero desde luego la sensibilidad natural de Churchill le induciría a rebelarse contra ese abandono bastante más de lo corriente.

Si lord Randolph Churchill y su esposa Jennie dedicaron relativamente poco tiempo a su hijo se debió tanto a la carrera política de él como a la activa vida social de ella. En una ocasión, lord Randolph pronunció un discurso en Brighton sin tomarse siquiera la molestia de ir a visitar a Winston, que estaba en un colegio situado a menos de tres kilómetros de distancia, en Hove. A finales de la década de 1930, después de una cena, Winston le diría a su hijo Randolph: «Esta tarde hemos charlado tú y yo juntos, sin interrupción, más tiempo del que jamás tuve ocasión de hablar yo mismo con mi padre en toda su vida»[32]. Jennie anotó en su diario cada una de las trece veces que vio a sus hijos en los primeros siete meses de 1882. Son entradas de este tipo: «He encontrado muy bien a los chicos»; o «He visto a los niños»[33]. También consta que fue de compras en once ocasiones, que se dedicó a pintar veinticinco veces, que comió o tomó el té con su amiga *lady* Blanche Hozier veintiséis, y que merendó diez con el parlamentario conservador Arthur Balfour. Salía tan a menudo por la noche que prefiere señalar las rarísimas circunstancias en que ocurre lo contrario: «No he ido a ninguna fiesta, estaba demasiado adormilada». Y cuando no hacía vida nocturna, iba de caza; pasaba los fines de semana en veladas domésticas en el campo; se dedicaba a «despellejar tremendamente» a todo el mundo con un célebre galán, el capitán Bay Middleton, durante la ceremonia del té, y a «las más frívolas diversiones» con sus amigos a la hora de comer; tocaba el piano, cenaba en el Café Royal, jugaba al billar, almorzaba en el palacio de Saint James, asistía a una representación teatral de Sarah Bernhardt y Lilly Langtry, permanecía «en la cama hasta las dos de la tarde», intercambiaba unos cuantos golpes de tenis y se zambullía

habitualmente en la ajetreada vida de una belleza de la alta sociedad tan deseada como ella[34].

«He acudido a la fiesta que han dado los Salisbury» —se lee en una de las características anotaciones del diario de Jennie— «después del baile de Cornelia. El príncipe y la princesa eran de la partida. No puede decirse que haya sido divertidísimo, la verdad»[35]. Y dado que le habría resultado muy difícil juzgar «divertidísimo» al «pequeño Win» de siete años, al muchachito no le quedó más remedio que tomar posiciones en la larga cola de personas que se disputaban la atención y el afecto de su madre, puesto que Jennie estaba entregada en cuerpo y alma a la existencia socialmente colmada, aunque un tanto vacua, de todas las esposas de los aristócratas y políticos de la era victoriana. Solo en una ocasión tuvo el arranque de salir en compañía de Consuelo, la duquesa de Marlborough, «para dar mantas, etcétera» a los pobres, dos días después de haber «pasado toda la mañana de compras»[36]. Andando el tiempo, Winston haría famoso este comentario escrito, dedicado a su madre: «Tenía a mis ojos el brillo del Lucero vespertino. La quería con toda mi alma, pero a distancia»[37].

Buena parte de la bien documentada mala conducta de Churchill en los distintos colegios a los que fue enviado parece brotar de un deseo de llamar la atención, dado que, a diferencia del arquetípico chico del período victoriano, el joven Winston estaba decidido a que se le viera y escuchara. No es habitual que nadie achique su inteligencia por debajo de la que realmente tiene al trazar su autorretrato, pero eso es justamente lo que hace Churchill en su autobiografía de 1930, titulada *Mi juventud*, que debe leerse más en el marco de un colorido proceso de construcción del propio mito que al modo de una historia estrictamente exacta. Los cuadernos de notas que obtiene como colegial desmienten por completo las afirmaciones en las que él mismo sostiene que fue un zoquete en el plano académico. Los resultados que logró en el transcurso de seis cuatrimestres sucesivos en la escuela preparatoria de Saint George, en Ascot, en la que ingresó justo antes de su octavo cumpleaños, en 1882, muestran que llegó a situarse entre el 50 % de los alumnos con mejores calificaciones y que, por regla general, se encontraba en el tercio más aventajado de la clase[38].

En Saint George, Churchill recibía golpes de forma habitual, pero no a causa de su rendimiento escolar —sus notas de Historia oscilaron siempre entre «Bueno», «Muy bueno» o «Extremadamente bueno»—, sino al hecho de que el director del centro, H. W. Sneyd-Kinnersley, era un sádico (al que un alumno califica de «sodomita inconsciente») que disfrutaba bajándoles los pantalones a los chicos jóvenes para propinarles azotes en las nalgas hasta hacerles sangre[39]. Aparentemente, la razón de estas palizas quincenales se debía al mal comportamiento de Churchill, a quien se tacha de «muy desobediente» y se acusa de «seguir dando problemas», de «portarse de forma sumamente negativa» y «más que escandalosa, —etcétera, etcétera[40]—. No puede confiarse en que se conduzca de forma adecuada en ninguna parte», escribe Sneyd-Kinnersley en abril de 1884. Y sin embargo, justo a renglón seguido, añade: «Tiene grandísimas capacidades»[41].

El escritor Maurice Baring, apenas siete meses mayor que nuestro desaplicado muchachito, e igualmente alumno del Saint George, recuerda que «circulaban leyendas espantosas sobre Winston Churchill». «Según se decía, su atrevimiento sobrepasaba todo lo imaginable. Recibió una buena tanda de fustazos por robar azúcar de la despensa y, lejos de mostrarse arrepentido, cogió el sagrado sombrero de jipijapa del director, que solía permanecer colgado de un gancho de la puerta, y lo destrozó a zapatazos. Su estancia en la escuela [fue] una larga e irreconciliable desavenencia con la autoridad. Al parecer, sus compañeros no simpatizaban con él, ya que participaban de los convencionalismos y la mojigatería predominantes»[42]. (Esta falta de apoyo y de amigos debida a la afectación y el puritanismo de sus contemporáneos habría de perseguir tenazmente a Churchill durante casi todo el resto de su vida.)

Transcurrido tanto tiempo, resulta imposible saber si los malos modales de Churchill merecían verdaderamente los castigos que se le imponían, o si no sería más adecuado achacar esa severidad a las ansias punitivas que llevaban a SneydKinnersley a lacerar a los jóvenes, pero en cualquier caso, lo cierto es que antes de cumplir los diez años, las palizas habían dañado a tal punto la salud del muchacho que sus padres optaron por sacarlo del

colegio y enviarlo a un centro bastante más agradable en Hove, tutelado por dos hermanas, ambas llamadas *Miss* Thomson.

En *Mi juventud*, Churchill llama «Saint James» a la escuela de Saint George, movido quizá por la delicadeza —aunque lo más probable es que lo hubiera olvidado como consecuencia de la sensata iniciativa de haberlo mantenido lejos de su mente durante casi medio siglo—.[43] La primera persona que descubrió las marcas que habían dejado en el chiquillo los verdugazos de Sneyd-Kinnersley fue Elizabeth Everest, la niñera de Churchill, una afable solterona de cincuenta y dos años. «La nana era mi confidente, —aseverará más tarde Churchill—. A ella le contaba mis muchas tribulaciones.»[44] No es preciso abrazar la teoría freudiana para apreciar el conmovedor carácter de los apelativos cariñosos que usaba Winston para referirse a ella —«Woom» y «Woomany»—,[45] sin duda enternecedores en un jovencito que buscaba angustiadamente un sustituto materno mientras su verdadera madre se dedicaba a deslumbrar a toda la camarilla de moda de la Residencia Marlborough[46] del príncipe de Gales con su belleza, su fabuloso ingenio y su fascinante atractivo sexual. De vez en cuando volverán a asomarse a su biografía otras figuras maternales, como por ejemplo su abuela, que muchas veces le acogía durante largo tiempo en Blenheim, o su tía *lady* Wimborne, hermana de lord Randolph, que le alojaría en Bournemouth en su época de colegial. No obstante, la mujer que más estrechamente le arropó fue, con mucho, la señora Everest. «Todo mi amor y muchos besos de tu querida WOOM», escribe en una de las cartas que habrá de enviar a su «adorado Winny» en los períodos en que deban vivir separados[47]. Al cumplir Winston diecinueve años, y Jack trece, la familia Churchill la despidió sin contemplaciones, dejando al mayor desolado. Poco tiempo después, al caer enferma a causa de una peritonitis, Winston sufragó todos sus cuidados y acudió solícitamente a la cabecera de su cama para atenderla durante su agonía, cuando la nana tenía sesenta y dos años. «Llevó una vida tan inocente y tan entregada al servicio de los demás, sostenida siempre en una fe tan sencilla, —escribiría más tarde, tras su fallecimiento—, que no había nada que le infundiera temor o le preocupara en exceso. Ha sido mi más querida e íntima amiga en los veinte años de vida que tengo»[48]. Posteriormente se haría cargo de los

gastos de mantenimiento de su tumba durante toda su existencia[49]. Muchos amigos, y muy cercanos, habría de enterrar Churchill a lo largo de su biografía, pero pocos tan entrañablemente unidos a él como Elizabeth Everest.

Además de unas posaderas laceradas, Churchill sacó del Saint George una amplia galería de imágenes mentales exactas y vívidos recuerdos sonoros, en lo que tal vez fuera un intento de evitar los latigazos, ya que adquirió la costumbre de memorizar todo cuanto no alcanzaba a entender adecuadamente. En su autobiografía mantiene que, al darse cuenta de que no conseguía dominar la primera declinación latina, se convenció de que «podía hacer una cosa: aprendérmela de memoria»[50]. Su capacidad para retener enormes cantidades de texto, en prosa o en verso, habría de acompañarle toda la vida, y con ella provocó el asombro de sus contemporáneos hasta una edad muy avanzada. Era muy habitual que citara vastos pasajes de un poema, una canción o un discurso, aun habiendo transcurrido medio siglo desde que se los aprendiera. En la elección de lo que habría de conservar en la memoria, su retentiva resultó ser de carácter claramente omnívoro, ya que no solo conservaría fielmente en el caletre largos soliloquios shakespearianos, sino también buena parte del repertorio de los artistas de vodevil de la época, como por ejemplo Marie Lloyd, George Robey, «Little Tich» y George Chirgwin (conocido como «el Kafir del Ojo Blanco»[51]).[52]

En Hove, Churchill leyó con voracidad, sobre todo relatos épicos de aventuras heroicas, muchas veces de naturaleza imperial, como *La isla del tesoro*, *Las minas del rey Salomón* o las obras de G. A. Henty[53]. En 1885, al estudiar a los clásicos, fue el primero de la clase, y logró calificaciones sobresalientes en francés e inglés, lo que contradice una vez más sus posteriores afirmaciones de fracaso académico —aunque siguió siendo el último de todo el colegio, o poco menos, en conducta—.[54] Su falta de puntualidad estaba llamada a convertirse en un rasgo de personalidad durante toda su vida. Aun siendo primer ministro solía llegar tarde, o con los minutos contados, a las reuniones del gabinete, las entrevistas con los soberanos, o los debates del parlamento. Así lo explicaría su exasperada

esposa: «A Winston siempre le ha gustado dar al tren la caballerosa oportunidad de marcharse»[55].

Churchill supo desde muy joven que su padre era famoso, así que le pedía autógrafos que luego vendía a sus compañeros de clase[56]. En una ocasión en que le llevaron a una representación en Brighton en la que el público comenzó a abuchear a un actor que hacía el papel de lord Randolph, Winston rompió a llorar, se volvió furioso contra el hombre de la butaca de atrás y gritó: «¡Deja de abroncarle, payaso radical!»[57]. En el verano de 1883, cuando tenía ocho años, su padre le llevó a París. Mientras avanzaban por la plaza de la Concordia, Churchill observó que uno de los monumentos aparecía cubierto por una gran tela negra y preguntó a su padre el motivo de ese luto. «Esas estatuas representan a las provincias de Francia, —contestó lord Randolph—, pero los alemanes les arrebataron las de Alsacia y Lorena en la última guerra [es decir, la franco-prusiana de 1870 a 1871]. A los franceses les duele mucho esa pérdida y esperan poder recuperarlas algún día». Churchill recordará más tarde haberse «dicho en [su] fuero interno: “espero que las recobren algún día”»[58]. Ese fue su primer contacto con lo que él mismo acabaría denominando «el prolongado pleito tribal entre galos y teutones». La francofilia permanecería en su ánimo mucho después de que Francia consiguiera la devolución de Alsacia y Lorena mediante el Tratado de Versalles de 1919.

Hove era un colegio más amable que el de Saint George, pero en él se produjeron no obstante dos peligrosos incidentes. El primero tuvo lugar en diciembre de 1884: el joven Winston, de apenas diez años, estaba tirándole de las orejas a un chico cuando este se revolvió y le clavó un cortaplumas en el pecho. Resultó ser una herida poco profunda, sin mayores complicaciones. El segundo ocurrió en marzo de 1886, al contraer Winston una pulmonía. Tuvo una fiebre muy alta, de más de 40 grados, y comenzó a delirar. De hecho, la dolencia fue tan grave que hasta consiguió que sus padres consideraran necesario visitarle[59]. Parte de la cura consistiría en la periódica administración de unas cuantas dosis, relativamente importantes, de *brandy*, tanto por vía oral como rectal[60]. Su padre informó de la situación al tercer marqués de Salisbury, líder del Partido Conservador, en los siguientes términos: «La semana pasada mi hijo estuvo a punto de morir

en el colegio de Brighton a causa de una inflamación de los pulmones[61]»[62]. Sin embargo, en conjunto, Churchill fue bastante feliz en Hove, ya que en ese centro encontró ocasión de entregarse a las actividades que más le interesaban: fundamentalmente el francés, la historia, la equitación, la natación y la memorización de montones de poemas[63].

En junio de 1885, lord Salisbury nombró secretario de estado para la India a Randolph Churchill. Aquello era más un reconocimiento del talento y la habilidad que tenía para crear problemas que un espaldarazo a la lealtad mostrada. En su calidad de dirigente de la minúscula formación política que se hacía llamar el Cuarto Partido de los Parlamentarios Conservadores, lord Randolph había protagonizado frecuentes actos de rebelión contra la cúpula de la facción conservadora de la Cámara de los Comunes, y había hecho chistes a su costa. Salisbury tenía la esperanza de que un alto cargo gubernamental contribuyera a disciplinarle.

En febrero de 1886, lord Randolph, anexionaba la Alta Birmania, una región cinco veces más grande que Inglaterra, al imperio británico (que ya por entonces triplicaba las dimensiones del que tuviera el romano en su época de máximo esplendor[64]). En 1882, lord Randolph se había opuesto al bombardeo que Gladstone había ordenado efectuar sobre Alejandría por considerar que de ese modo se aplicaba una política «descaradamente» imperialista, y sin embargo, apenas cuatro años más tarde él llevaba todavía más lejos esa actitud rapaz. De manera similar, en 1885 también había garantizado a Charles Stewart Parnell, el dirigente nacionalista irlandés, que estaba dispuesto a respaldar la autonomía de Irlanda, unas garantías de las que abjuró por completo en 1886, al declarar que los protestantes del norte preferirían iniciar una guerra civil antes que sumarse a una Irlanda unida. «El Úlster tomará las armas, —exclamaba provocativamente en una carta abierta publicada el 7 de mayo de 1886—, y hará bien en proceder de ese modo». En privado, lord Randolph también había realizado observaciones favorables al «comercio justo» —expresión con la que por entonces se aludía de forma sibilina al proteccionismo imperial— antes de abogar públicamente por el libre comercio. Puede que sus principios se revelaran más bien flexibles, pero lo cierto es que las masas que acudían a escuchar sus arengas eran inmensas —llegando a cifrarse a veces en varias decenas

de miles de personas—, dado que era un orador que galvanizaba a los asistentes. Pese a todo, su evidente ambición y su oportunismo le convertían en un individuo escasamente fiable tanto a juicio de lord Salisbury como de las altas esferas conservadoras.

En el verano de 1886, teniendo Winston once años, lord Randolph y Jennie se distanciaron, y corrió el rumor de que se avecinaba una separación formal[65]. Ella había empezado a frecuentar y a dedicar gran parte de su tiempo al corrillo en boga de la Residencia Marlborough, y mantenía una aventura con el deslumbrante embajador austríaco en Londres, el príncipe Karl Kinsky —idilio que habría de proseguir al menos hasta el año 1892, fecha en la que Jennie inició otro romance con el apuesto lord Wolverton, al que ella llamaba Freddy—.[66] Entretanto, cuando no estaba en la Cámara de los Comunes o en el Club Carlton, lord Randolph pasaba largas temporadas en París, donde la gente daba por supuesto que se dedicaba a galantear con todas las mujeres. «Dile a Mary que será una tonta si no perdona a Billy, —le escribe en una ocasión a Jennie refiriéndose a dos de sus amigos—. ¿Qué importancia tienen una cocinera o una criada de cuando en cuando?»[67] Esto indica a las claras su actitud, pero no deja de resultar sorprendente que la exponga en una carta dirigida a su esposa.

Las elecciones generales de julio de 1886 otorgaron una victoria aplastante a los conservadores y a sus aliados contrarios a la autonomía de Irlanda, los unionistas liberales (que en adelante formarían una coalición a la que me referiré diciendo simplemente «los unionistas»). Como reconocimiento del papel clave que había desempeñado lord Randolph al entusiasmar a las masas de todo el país y atacar a Gladstone con tanto ingenio como elocuencia, lord Salisbury, que accedía por segunda vez al cargo de primer ministro, le nombró ministro de Hacienda y líder de la Cámara de los Comunes[68]. Dado que Salisbury era casi veinte años mayor que lord Randolph y que solía acudir más a la Cámara de los Lores que a la de los Comunes, el padre de Winston Churchill quedó aparentemente erigido en heredero natural del puesto presidencial. Además, lord Randolph se vio en una posición clave para promover la noción de «Democracia

Conservadora» que había ideado Disraeli y cuya filosofía política había abrazado él mismo. En 1885, al preguntarle un amigo qué significaba aquella expresión, lord Randolph le espetó, mitad en broma y mitad en serio: «Creo que consiste principalmente en ser oportunista»[69]. Tres años más tarde, al no quedarle más remedio que definir públicamente la Democracia Conservadora, se limitó a sacar meras vaguedades de la chistera: «Alude a la idea de un gobierno que […] está animado por convicciones a un tiempo nobles y liberales».

Transcurridos apenas cinco meses desde que asumiera sus funciones, lord Randolph amenazó con dimitir a causa del presupuesto de defensa (todavía en fase de borrador), por considerarlo excesivamente elevado, pese a que en la oposición hubiera abogado en favor de un mayor gasto militar. Tras esta estratagema se ocultaba su empeño de arrebatarle el poder al primer ministro. Sin embargo, en lugar de desdecirse, como ya había hecho antes en varias ocasiones, lord Salisbury se limitó a aceptar sin más la dimisión. Lord Randolph no volvería a asumir jamás una sola responsabilidad pública. Había pasado años comportándose como una diva y había tratado a patadas a muchos de sus colegas, así que no hubo un solo ministro del gabinete que se mostrara dispuesto a respaldarle.

En la biografía que más tarde habrá de redactar sobre la figura de su padre, Winston Churchill asociará esta dimisión con el inicio de la misteriosa dolencia que habría de llevar a lord Randolph a la tumba en menos de una década: «En los últimos cinco años, ese frágil organismo, impulsado solo por la energía nerviosa, había estado sometido a la mayor de las tensiones. La buena fortuna lo había sostenido; pero el desastre, la calumnia y la inacción se abatieron súbitamente sobre él con una fuerza demoledora, y la herida acabó por revelarse mortal»[70]. Al muchacho le afectó profundamente la desgracia que su padre había atraído sobre sí —y que además solo podía imputarse por entero al propio lord Randolph—. Sin embargo, Winston aprendió varias lecciones importantes de esa desdicha. La más relevante de todas fue la de no esgrimir la amenaza de la dimisión a menos de que uno mismo esté dispuesto a echarse al monte. De no ser ese el caso, lo que procede es presentar la dimisión solo si se cuenta con el apoyo de otros colegas capaces de derribar al gobierno.

Tras fracasar estrepitosamente en su intento de hacerse con el poder, lord Randolph comenzó efectivamente a decaer, tanto en el plano político como en la esfera mental y personal. Siguió habiendo no obstante algunas ocasiones en que el matrimonio Churchill se animó a salir a la palestra pública (a pesar de su separación oficiosa, ambos cónyuges continuaban viviendo bajo el mismo techo). Sin embargo, esas apariciones irían decayendo paulatinamente. El 8 de agosto de 1887, puede verse en el diario del príncipe de Gales (el futuro rey Jorge V) una anotación relativa al jubileo de oro de la reina Victoria que reza como sigue: «Los esposos Randolph Churchill, junto con Winny y Jack», subieron a bordo del yate real *Osborne* en Spithead[71]. El muchachito de doce años que era Winston Churchill se sintió sumamente emocionado al navegar en el regio buque, rodeado por una escuadra de combate integrada por doce barcos de guerra al mando del vicealmirante *sir* William Hewett, condecorado con la Cruz Victoria —y con la satisfacción añadida de comprobar que los nombres de muchas de aquellas naves evocaban lo más granado de la historia británica, como el HMS[72] *Agincourt*, el *Black Prince* y el *Iron Duke*, entre otros—. Esa tarde, la familia Churchill en pleno pisaba la cubierta del flamante buque insignia de la flota, el *HMS Collignwood*, un acorazado cuya botadura se había producido poco tiempo antes.

«¿Fuiste a Harrow o a Eton?», le preguntó Churchill a su padre en octubre de 1887[73]. Parece extraordinario que no supiera que había estudiado en Eton, pero lo cierto es que él mismo estaba destinado a hacerlo en Harrow, debido en buena medida a los supuestos efectos saludables de las soleadas elevaciones del ondulado paisaje de Harrow, que aventajaba en esto a la húmeda y brumosa llanura de Eton. Fundado en 1572, Harrow era uno de los colegios privados más relevantes de toda Inglaterra, y en sus antiguos edificios impartía una educación elitista y fundamentalmente clásica, basada en una serie de tradiciones igualmente rancias, a los futuros caballeros llamados a garantizar la futura gobernación de la nación y el imperio. Winston superó el examen de acceso en marzo de 1888, tras zambullirse a fondo en el segundo libro de la *Eneida* de Virgilio[74]. En

septiembre de 1941, él mismo recordará la época de Harrow en sus conversaciones con su secretario privado, John Colville, apodado «Jock», que también era un viejo alumno de Harrow. Colville recoge en un libro que ese centro fue «el lugar en el que [Churchill] pasó los días más desdichados de su vida»[75]. Winston escribe a sus padres en noviembre de su segundo año en Harrow y les dice: «No imaginéis que soy feliz aquí». Pese a todo, entre los años 1938 y 1962 habría de regresar muchas veces a Harrow.

En *Mi juventud*, Churchill alardea de lo mal que había hecho la prueba de admisión, y uno de sus coetáneos, *sir* Gerald Woods Wollaston (que más tarde ejercería las funciones de rey de armas de la Orden de la Jarretera) recuerda que «si acabó aceptándosele en el colegio, se debió probablemente en parte a los inconvenientes que podría haber causado el hecho de rechazar al hijo de lord Randolph Churchill»[76]. Churchill sostenía que «en los doce años que pasé en la escuela nadie consiguió que escribiera un solo verso en latín o que aprendiera los rudimentos del griego, aparte del alfabeto»[77]. Esto no es cierto, como muestran sus notas de clase. Sin embargo, recuerda sus días de colegial como «un sombrío territorio en la cartografía de mi peripecia vital» y «un período de desasosiego y prohibiciones, sazonado con una monotonía sin objeto»[78]. El día en el que ingresa en Harrow, el 17 de abril de 1888, el nombre del tercer jovencito que aparece por encima de él en la lista del colegio es el de Archibald Campbell-Colquhoun, que vivía en el palacete de Chartwell, en Westerham, en Kent[79].

Pese a que posteriormente lo negara en muchas ocasiones, lo cierto es que Churchill cosechó algunos éxitos en Harrow. A los catorce años ganó un premio por recitar nada menos que 1200 versos de los *Lays of Ancient Rome*, de Thomas Babington Macaulay, sin cometer un solo error, y uno de sus compañeros recuerda que «era capaz de citar escenas completas de las obras de Shakespeare, y no dudaba en corregir a sus profesores si se apartaban de la literalidad del texto»[80]. A Churchill le encantaban los heroicos relatos de Macaulay, ambientados en el mundo antiguo. En 1946, le confesará a un conocido: «Si tuviera que redactar mi testamento literario y otorgar el galardón de mis preferencias en materia de literatura, tendría que reconocer que debo más a Macaulay que a cualquier otro escritor inglés»[81]. En Harrow, el maestro que se encargó de enseñar gramática

inglesa a Winston fue Robert Somervell, un hombre de notable talento. «Y así fue como me embutí en los tuétanos las estructuras esenciales de la frase británica común y corriente, —escribe Churchill—, lo que es algo muy noble»[82]. Menos noble sería sin embargo su única incursión en la poesía, cuajada en una oda a la que dio el título de «*Influenza*». La cuarta de las doce estrofas dice así:

En la blanca y célebre ciudad de Moscú,
la primera corona de Napoleón cayó,
con lo que un terrible golpe se oyó.
Y ricos, pobres, altos y bajos,
por igual los diversos síntomas vieron,
que a la caída precedieron[83].

El ecléctico espíritu de Churchill le llevó a entregarse a toda clase de pasatiempos. Era miembro del victorioso equipo de natación del colegio; escribía en la revista del centro, encuadrada bajo la cabecera *Harrovian*; coleccionaba sellos, huevos de pájaros y autógrafos; construyó la maqueta de un teatro; jugaba al ajedrez; criaba gusanos de seda; dibujaba paisajes y tocaba el violonchelo. En abril de 1892 ganó el trofeo del Campeonato de Esgrima de los Colegios Privados, celebrado en Aldershot, manejando el florete. Pese a ser más bajo y más delgado que el resto de los contendientes, si se alzó con el triunfo, se debió principalmente, según refiere la *Harrovian*, «a su fulgurante y gallardo ataque, que cogió por sorpresa a sus adversarios»[84].

Pero Churchill también habría de pulir en Harrow otro cruce de espadas importante para su futura existencia: el de un espadachín verbal de notable talento para la réplica mordaz. En una ocasión, el señor Mayo, uno de los profesores de Harrow, protestó retóricamente ante toda la clase exclamando: «¡Muchachos, no sé qué voy a hacer con vosotros!. —Y el joven Churchill le contestó desde la agudeza de sus catorce años—: ¡Enséñenos, señor!»[85]. Poco tiempo después, el director de la escuela, el formidable doctor Welldon, que acababa de advertirle: «Churchill, tengo las más graves razones para sentirme extremadamente disgustado con usted», recibió una respuesta que si bien es menos ocurrente que la anterior brota de un idéntico pozo de audacia: «¡Y yo, señor, tengo las más graves razones para sentirme

extremadamente disgustado con usted!»[86]. Churchill haría gala de una osadía similar al recorrer hasta el último rincón de Harrow con su aya, la señora Everest —«para inmenso regocijo de ella, —según recuerda Wollaston, que prosigue—: y no contento con eso, paseó después del brazo de la institutriz por la calle principal del pueblo, a la vista de cuantos quisieran fijarse en ellos»—.[87] La historia de Churchill y su tata «corrió como la pólvora por toda la escuela, y por aquel entonces, lamento decirlo, no contribuyó en nada a redorar su reputación de colegial, —recuerda su primo Shane Leslie—. Durante el paseo que dio con ella, unos cuantos amigotes con ánimo de burla le siguieron hasta la estación, y una vez allí él todavía tuvo los arrestos de darle un beso.»[88] Churchill no estaba dispuesto a permitir que la actitud desdeñosa de sus afectados contemporáneos tirara por tierra la dicha de la mujer que tan incondicional amor le había mostrado a lo largo de toda su vida. Así lo destaca Leslie: «Churchill debía en buena medida la salud de la que disfrutaba, y probablemente hasta su misma vida, a la devota entrega de ella».

A Churchill le encantaban las clases en las que se hablaba de las batallas de Waterloo y Sedán (localidad esta última en la que Alemania había sellado el destino de Francia en 1870 y en la que volvería a hacerlo en 1940); de las escaladas alpinas del famoso montañero Edward Whymper, que había ascendido al monte Cervino desde Zermatt; o de la selección natural entre las mariposas —origen muy probablemente de la pasión que habría de sentir durante toda su vida por estos insectos—. En una ocasión en la que le preguntaron qué carrera se proponía seguir más tarde, Churchill contestó: «La militar, por supuesto, con tal de que haya una buena causa por la que luchar. Y cuando acabe, probaré suerte en la política»[89]. Los Archivos de Harrow contienen un extraordinario documento escrito en la época en que Churchill tenía catorce años. Se trata de un ensayo de 1500 palabras que transcurre en el futuro y alude a una invasión británica de Rusia. Al trabajo no le falta detalle, ya que incluye seis páginas con los planes de batalla apropiados al caso. El texto está redactado en primera persona y su narrador es el «coronel Seymour. —Lleva fecha de 7 de julio de 1914 y aparece repleto de maniobras militares—, rutilantes bayonetas», «oscuros enjambres de cosacos», hazañas heroicas, y edecanes que, tras

lanzarse a la carga en unos campos de batalla sembrados de miembros mutilados, se muestran decididos a llevar a su destino las vitales órdenes que han de intercambiar los comandantes. «Las praderas que esta mañana verdeaban, —escribe Churchill—, han quedado ahora teñidas con la sangre de diecisiete mil hombres»[90]. Un cuarto de siglo antes de que se declarara la Gran Guerra, Churchill había comprendido ya que los avances de la tecnología militar imponían la conclusión de que «el frente no es lugar para la caballería». Sin embargo, no por ello dejaba el «coronel Seymour» de caracolear de un lado a otro sobre su caballo, como ya hiciera Napoleón, el gran héroe de Churchill. «Mientras salía al galope para obedecer la orden, —escribe—, miré por encima del hombro el punto en el que el general C —— había permanecido a pie firme pese a ver cómo se le venía encima un obús de nueve libras disparado a tres pasos de él, en el lugar exacto en el que yo mismo había estado aguardando durante media hora. “Pura buena suerte”, dirá usted, pero se trataba de algo más que de un simple golpe de suerte»[91].

En el ataque a los batallones de Odesa y el Dniéper, la valiente carga de caballería en la que se embarca el 17.º Regimiento de lanceros, apoyado por el 10.º y 11.º de húsares, significará la pérdida de la tercera parte de los efectivos británicos, sobre todo al «sumarse al cañoneo la cortina de fuego de las unidades de mosquetería»[92]. Hay en el escrito un gran número de órdenes militares de este tipo: «Con bote de metralla a cien metros…, ¡disparen!»; «¡Acción inmediata!»; «Fuego a discreción», y otras muchas que había aprendido en el Cuerpo de fusileros voluntarios de la Escuela Harrow. Seymour es apresado, pero, en el fragor de la refriega, dice el oficial, «vi que se me ofrecía una oportunidad, salté sobre un caballo extraviado, y galopé furiosamente para salvar la vida»[93]. Durante el resto de la campaña, «los enemigos fueron replegándose poco a poco y de propio intento al principio. Sin embargo, al llegar al Volga rompieron filas y nuestra caballería, tanto pesada como ligera, realizó una brillantísima carga, con lo que la confusión alcanzó su paroxismo», quedando así demostrada «la superioridad del toro británico sobre el oso ruso»[94]. Tras la victoria, el héroe del relato «cae esa noche en un profundo sueño, inducido por la victoria, que es el mejor narcótico del mundo». Por último, Churchill relata

la gloriosa muerte del «coronel Seymour, —segado el 21 de septiembre de 1914—, mientras se esforzaba en conservar un fuerte en los altos de Woronzoff»[95].

Quien tuviera la impresión de que esta obra juvenil de un Churchill adolescente no merece ser reseñada estaría pasando por alto el hecho de que en su vida adulta tomó efectivamente parte en una de las cargas de caballería del 21.º Regimiento de lanceros (que más tarde se fusionaría con el 17.º Regimiento de la narración), que fue capturado por el adversario pero consiguió escapar después, que supervisó los destinos de una de las fuerzas expedicionarias británicas enviadas a Rusia, que estuvo a punto de morir por el impacto de un proyectil que fue a parar al sitio que él mismo había ocupado un instante antes, y que todo ello tuvo lugar en el transcurso de una contienda cuyo estallido se había producido con menos de un mes de diferencia respecto de la fecha que Churchill había establecido especulativamente para el encontronazo con veinticinco años de antelación. La batalla de Stalingrado, punto en el que se desbarata la invasión alemana de Rusia en 1943, se libró a orillas del río Volga. «Pura buena suerte, dirá usted…»

Pero no es este el único ejemplo de la extraordinaria presciencia de Churchill. En la tarde de un domingo de julio de 1891, en el sótano de la casa del doctor Welldon, tras atender a una misa de vísperas en la capilla, Winston, que está charlando de sus proyectos existenciales con su amigo Murland Evans, se interrumpe y le confía: «Veo que se avecinan grandes cambios en este mundo que ahora vive en paz y en el que no obstante habrá»

> grandes levantamientos y terribles luchas; guerras que hoy no alcanzamos a imaginar siquiera; y te aseguro además que Londres correrá grave peligro —la capital será atacada, y yo me significaré muy notablemente en su defensa—. Veo a mayor distancia que tú. Veo el futuro. Ocurrirán cosas que expondrán a este país a una tremenda invasión, no sé por qué medios, pero te aseguro que yo estaré al mando de las defensas de Londres y que salvaré a la ciudad y a Inglaterra del desastre […]. Mis ensoñaciones sobre el porvenir se difuminan, pero el objetivo principal es claro. Repito: Londres peligrará y en la elevada posición que habré de ocupar, recaerá sobre mí la responsabilidad de salvar a la capital y liberar al imperio[96].

Evans acabaría trabajando en el Oficina de Guerra, y era un hombre de memoria muy fiable.

«Siempre estoy dispuesto a aprender, —diría Churchill en 1952—, aunque no siempre me guste que me den lecciones»[97]. En Harrow siguió recibiendo palizas, por la triple razón, según recuerda uno de sus contemporáneos, de que «rompía sistemáticamente casi todas las normas existentes, ya las hubieran puesto los profesores o los alumnos, de que era verdaderamente incorregible, y de que poseía un vocabulario inagotable para replicar con insolencia»[98]. El 25 de mayo de 1891, por ejemplo, recibió siete palmetazos en la espalda por «allanar el local» de la fábrica abandonada de Harrow y «causar daños en la misma». Sin embargo, esto no le convertía en ninguna excepción, ya que, según el registro de los castigos llevados a efecto en el colegio, otros catorce chicos recibieron siete «silbidos[99]» ese mes. Churchill tenía un bulldog —lo que era contrario a las normas de la escuela— y solía sacarlo a pasear en compañía de uno de los vecinos del pueblo. Hacía extrañas gestiones para el delegado de clase, Nugent Hicks, quien solía propinarle collejas por no haber cumplido sus encargos. «Acabaré siendo un hombre más importante que tú», le dijo Churchill en una ocasión, al recibir un golpe que se abatía sobre él totalmente a destiempo. Hicks, que alcanzó la dignidad de obispo de Lincoln, le respondió: «Pues por esto te vas a llevar otras dos más»[100].

Muy pocas cosas podían animar a sus padres a ir al colegio y hacerle una visita. «Por favor, por favor, por favor, venid a verme, —les ruega Winston en febrero de 1891—. Venid, por favor. Me he llevado tantos chascos pensando en que ibais a venir y luego nada…»[101] Pero no se presentaron. «Querido hijo, no seas tan perezoso y descuidado en esto de escribirnos cartas, —le dice característicamente Jennie en una de las que le envía—. Da la impresión de que solo lo haces cuando quieres algo, ¡y entonces sí que te explayas con la pluma!»[102] No resulta difícil valorar con precisión la hipocresía de Jennie: en los siete años que median entre 1885 y 1892 Churchill escribe a sus padres setenta y seis veces; ellos a él solo seis. En la inmensa mayoría de las cartas, Winston no les pide nada, salvo, entre líneas, algo de amor y afecto. Por otro lado, las que le mandan los padres contienen constantes protestas y regañinas. «Me acercaría a verte, pero

tengo tantísimas cosas que organizar para la fiesta de Ascot de la semana que viene que no voy a poder arreglármelas, —le dice Jennie en junio de 1890—. Tengo muchas cosas que decirte, y me temo que no son de índole agradable […]. Tu padre está muy enfadado contigo» (por haber usado una máquina de escribir[103]). Respecto a su rendimiento escolar: «Papá y yo no sabemos ya cómo decirte lo disgustados que estamos […]. No me sorprendería que tuvieras mil excusas […]. Me haces muy desgraciada […]. Tus notas son un insulto a tu inteligencia […]. Esa inconsciencia tuya es tu mayor enemigo […]. Debo decirte que respondes muy mal a su bondad»[104].

En 1891, cuando cumplidos ya los diecisiete años, Churchill intente evitar que le envíen a pasar las Navidades con una familia francesa para perfeccionar el idioma, Jennie le escribe: «No he leído más que la primera página de tu carta, pero te la devuelvo entera porque su estilo no me gusta nada»[105]. «Queridísima mamá, —contesta él—, no puedo creer que te hayas mostrado tan dura conmigo. Me siendo absolutamente desdichado […]. No encuentro palabras para explicarte lo desgraciado que me has hecho […]. ¡Oh, mamá! […]. Espero que hayas estado muy ocupada con las fiestas y la decoración de Navidad. Me consuelo pensando eso.»[106] Y en la posdata añade: «No acierto a decir lo triste que me siento […], tu querido hijo, Winny»[107].

Y habría otras muchas cartas de este tipo. El 18 de diciembre escribe: «Soy tan infeliz. Todavía sigo llorando. Por favor, madre querida, sé cariñosa con tu hijo que tanto te quiere. No dejes que mi estúpida carta te haga enfadar. Déjame pensar al menos que me quieres.» Y en otra: «Querida mamá: estoy desesperado. Soy muy desdichado. No sé qué hacer. No te enojes. Estoy tan abatido…»[108]. «No puedes ni imaginarte los problemas que he tenido con Winston, —le escribe Jennie a su marido, sin preocuparse siquiera de contestar a su hijo—. Desde luego, le disgusta muchísimo no venir a casa por Navidad, pero está armando un lío enorme; cualquiera diría que le hemos pedido que se marchara dos años a Australia […]. Creo que lo he dispuesto todo satisfactoriamente.»[109] Jennie no quería tener a su hijo en Londres porque habría sido un estorbo en su romance con el conde Kinsky. La única persona que consoló a Winston y

que apoyó su insistente petición de pasar las Navidades con su familia fue la señora Everest, quien, evidentemente, no tenía vela en ese entierro.

Los encargados de escribir la letra de los Himnos de la Escuela Harrow, que las diferentes residencias estudiantiles entonaban por turno cada cuatrimestre y que una vez al año reunían coralmente las voces de todo el centro, eran los propios profesores, y lo hacían con el propósito de estimular la identificación de los discípulos con el colegio, sus alumnos célebres, y el glorioso pasado de Gran Bretaña. Una de esas canciones, que llevaba el título de «*Stet Fortuna Domus*», y que se cantó por primera vez en 1891, estando Churchill en la institución, incluye la siguiente estrofa:

> Ensalcemos esta noche los días de antaño
> en patriótico orfeón,
> y celebremos a los hombres buenos y magnánimos
> que antes que nosotros hollaron la colina.
> Honremos el lugar en el que Sheridan y Peel,
> iniciaron su andadura,
> en tiempos de liberales y conservadores.
> Honremos la institución en la que Ashley
> prometió servir al pueblo
> y en la que Byron ascendió a la Gloria.

Otro de esos himnos —«*When Raleigh Rose*»— asociaba a la escuela, fundada bajo el reinado de Isabel I, con los héroes que habían logrado derrotar a la armada española. En otra más, titulada «*Giants*», se instaba a los alumnos y al personal de Harrow a recordar que «la raza heroica podrá sufrir altibajos / ¡pero no es exactamente la muerte lo que la espera! […] / Pues todos nosotros / quienesquiera que seamos / descendemos de los gigantes del pasado, bien lo veis. —El más famoso de todos esos cánticos —, Forty Years On», compuesto en 1872, tenía una estrofa que decía:

> Derrotas y turbaciones, urgencias y reuniones,
> objetivos propuestos, recuperados, conquistados,
> luchas sin ira y artificio sin malicia…
> ¿en qué habrán quedado dentro de cuarenta años?
> Entonces, dirás, no habrá ya instantes febriles.
> Fatigado estará el débil corazón, y vacilante la rodilla,

nunca habrá sido mayor el fragor de la batalla,
¡pero en ella no seremos ni zagueros ni medrosos[110]!

«Al escuchar a esos chicos cantar todas aquellas canciones tan claramente impresas en mi memoria», le dirá Churchill a su hijo tras haber regresado de visita al colegio durante el bombardeo de Londres, en 1940, «me veía a mí mismo con cincuenta años menos, entonando esos himnos de alabanza a las grandes hazañas y a los grandes hombres, y tratando de averiguar fervientemente qué podría hacer yo para acrecentar la gloria de mi país»[111]. Su hijo quedó convencido de que «el vivificante patriotismo que evocaban aquellos versos había quedado eternamente grabado en su alma y se habían convertido en el principal resorte de su comportamiento político»[112]. El mensaje que le habían transmitido a un tiempo la escuela y los cánticos era alto y claro: incumbía a los alumnos de Harrow esforzarse en devenir hombres de talla. En una ocasión, Churchill tiró de un empujón a la piscina de la escuela, conocida con el nombre de Ducker, a un compañero muy bajito llamado Leopold Amery. Al darse cuenta de que Amery no tenía su edad, sino que era un estudiante del último curso, el joven Winston se disculpó diciéndole: «Mi padre, que es un gran hombre, es también de corta estatura»[113].

El historial de dolencias y accidentes que padeció Churchill durante su estancia en Harrow es muy largo: dolores de muelas, trastornos biliares (cuyo tratamiento consistió en la ingesta de sales de Eno), una caída de la bicicleta que le provocó una conmoción, varios «accesos de fiebre muy alta», sarampión, y una incipiente hernia inguinal[114]. En enero de 1893, con dieciocho años, mientras jugaba a guardias y a ladrones con sus primos en la finca que estos tenían en Wimborne, Winston saltó de un puente peatonal con la esperanza de que las ramas de los árboles que había debajo se quebraran y redujeran la velocidad de la caída —cosa que no sucedió—. Cayó de una altura de casi nueve metros sobre una superficie dura, permaneció inconsciente, con una conmoción cerebral, por espacio de tres días, y tuvo que guardar cama cerca de tres meses a causa de una fractura renal y de la rotura de una vértebra torácica (circunstancia que no se

descubriría hasta el año 1962, durante una inspección por rayos X). «Me pasé un año viendo los toros desde la barrera», escribe[115].

Durante su convalecencia, Churchill visitó el parlamento. Escuchó los discursos de las más descollantes figuras políticas del último período victoriano, y en alguna ocasión tuvo incluso la oportunidad de conocerlas personalmente —entre los personajes que frecuentó destacan los nombres de Arthur Balfour, Joseph Chamberlain, lord Rosebery, Herbert Asquith y John Morley (en este último caso fue el propio lord Randolph quien hizo las presentaciones)—. «En esos días, la política me parecía una actividad de importancia y brillo extraordinarios», recuerda[116]. El 21 de abril de 1893, Churchill se encontraba en la galería de invitados del parlamento y fue testigo del que probablemente fuera el debate culminante de la época, aquel en el que William Gladstone presentó a la Cámara de los Comunes el Segundo proyecto de ley para la Autonomía de Irlanda. Habría que esperar nada menos que medio siglo para asistir a una ocasión capaz de superar la teatralidad de este gran acontecimiento parlamentario, y entonces el protagonista habría de ser el propio Winston Churchill. No obstante, el proyecto que el joven Winston acariciaba en ese momento consistía en distinguirse como soldado para pasar más tarde a formar parte de la Cámara de los Comunes y continuar el legado de la Democracia Conservadora de su padre.

Al acceder lord Randolph a la petición de su hijo y permitir que se alistara en el ejército británico al terminar sus estudios en Harrow, Winston quedó persuadido de que «mi padre, con su experiencia y buen olfato político había detectado en mí las cualidades del genio militar»[117]. Estaba llamado a pasarse varios años deslumbrado por este espejismo, y no se desengañó hasta enterarse de que en realidad su padre no creía que tuviera la inteligencia suficiente para estudiar leyes —y mucho menos le juzgaba dotado de las virtudes precisas para ayudarle en su carrera política—. «Si alguna vez se me ocurría dejar traslucir el menor asomo de camaradería con su persona, —recuerda Churchill—, él se ofendía de inmediato, y en una ocasión en que le sugerí que tal vez pudiera ayudar a su secretario personal a redactar algunas cartas, su contestación me dejó de piedra». Winston también deja constancia escrita de que en el otoño de 1892 tuvo «una de las

tres o cuatro largas conversaciones íntimas que alcancé a mantener con él y que son todo cuanto tengo». En el encuentro, su padre le pareció cautivador, pero lord Randolph puso fin a la entrevista con su característico ensimismamiento: «Recuerda que las cosas no siempre salen bien conmigo. Se juzga hasta la más pequeña de mis acciones, y todas mis palabras terminan distorsionadas […], así que trata de ser comprensivo»[118]. Más tarde, su hijo lamentaría no haber sabido arreglárselas para abandonar Harrow antes. «Debería haberme entendido con mi padre, —escribe—, lo que desde luego me habría hecho muy feliz»[119]. Pero no pudo ser.

Churchill realizó el examen de aptitud para ingresar en la Real Escuela Militar de Sandhurst en junio de 1893, tras prepararse rápidamente con un profesor particular, debido a que las matemáticas superiores se le daban fatal. Consiguió aprobar al tercer intento, pero quedó el 95 de los 389 cadetes aceptados, lo que significaba que tendría que unirse al cuerpo de caballería y no al de infantería. «Mi querido Winston», arranca la carta que le escribe su padre el 9 de agosto, teniendo Churchill dieciocho años:

> Hay dos formas de pasar un examen, una honrosa y otra que es todo lo contrario. Por desgracia tú has elegido el segundo método, y pareces haber quedado muy satisfecho de tu éxito. El primer fracaso que desacredita en extremo tu actuación ha sido no haber ingresado en la infantería, puesto que en ese fiasco se demuestra, más allá de toda refutación posible, tu chapucera, viva-la-virgen y atolondrada forma de trabajar, rasgo con el que bien te has distinguido en las diferentes escuelas por las que has pasado. No ha habido nunca un solo maestro o tutor que me haya hecho llegar un informe positivo del modo en que realizas tus tareas […]. Siempre tarde, mal y a rastras, sin progresar jamás en tus clases, incesantes quejas de tu total falta de aplicación […]. Con todas las ventajas de que dispones, con todas las facultades que insensatamente crees poseer […], este es el gran resultado que consigues entre individuos de segunda y tercera fila que no valen más que para hacer recados en un regimiento de caballería […]. Me obligas a asumir una carga económica extra de unas doscientas libras al año. No pienses que vaya a tomarme la molestia de escribirte una larga carta tras cada fracaso o locura que cometas y padezcas […], porque no concedo ya el más mínimo crédito a cuanto puedas decir acerca de tus propios logros y proezas. Grábate esto a fuego en la memoria: que si tu conducta y acciones son similares a lo que he conocido en los demás establecimientos […], daré por terminada la responsabilidad que tengo contraída contigo. Dejaré que te las compongas tú solito, y no te daré más que la asistencia que precises para llevar una vida respetable. Si no eres capaz de frenarte y dejar de llevar la ociosa, inútil e improductiva vida que has llevado en tus días de colegial y en los últimos meses, estoy seguro de que acabarás convirtiéndote en un simple gandul, en uno de los cientos de hombres malogrados que producen las escuelas privadas, persuadido de que degenerarás hasta ver tu existencia reducida a un

tránsito mezquino, desdichado y fútil. De ser así, solo a ti mismo podrás achacar la responsabilidad de tales infortunios.

Tu afectuoso padre, Randolph SC[120].[121]

En la época en que redacta la carta, lord Randolph tenía ya el juicio gravemente nublado por la degeneración mental[122]. Estaba teniendo problemas para hablar, oír y mantener el equilibrio y la concentración, todo lo cual se traducía en una fuerte depresión y en violentos estallidos de cólera —aunque su enfermedad todavía no había sido diagnosticada—.[123] Sin embargo, su hijo conservará vivo el recuerdo de esta carta, hasta el punto de que treinta y seis años después todavía podrá citar su contenido de memoria, lo que muestra lo mucho que cauterizó su alma este mensaje de desconfianza y desprecio de un hombre al que idolatraba. Y tampoco puede decirse que la reprimenda hubiera sido escrita en un acceso de rabia, dado que cuatro días antes lord Randolph también había enviado una carta a su madre, la duquesa de Marlborough, en la que se expresaba en términos similares: «Muchas veces te he dicho, y nunca has querido creerme, que no puede presumir de ingenio, conocimientos ni facultades de ninguna clase para un trabajo serio. Lo que sí tiene en cambio es un gran talento para la exageración jactanciosa y la simulación […]. No te ocultaré que supone para mí una terrible decepción»[124]. Jennie también le escribió en la misma línea: «A papá no le ha hecho ninguna gracia que hayas pasado por los pelos el examen y que te hayan faltado dieciocho puntos para acceder a la infantería. ¡Desde luego tus hazañas no le han dejado ni la mitad de contento de lo que pareces estarlo tú!»[125]. Años después, el mejor amigo de Churchill haría la siguiente observación: lord Randolph «no distinguió nunca nada notable, nada singularmente prometedor, en un muchacho que en verdad era sobresaliente y original»[126].

Ese verano, antes de que Winston ingresara en Sandhurst, su hermano Jack y él hicieron una gira a pie por las montañas suizas en compañía de un tutor. Durante su estancia en la población de Zermatt, el trío coronó los 4600 metros del Monte Rosa en dieciséis horas, e hizo también cumbre en el Wetterhorn. Viajaron de un lado a otro hasta que, un buen día, Winston volvió a burlar a la muerte en el lago de Ginebra. Winston salió en un bote y se puso a nadar en medio del lago sin más apoyo que el de una persona a la

que él mismo denomina un «camarada. —Se levantó una ligera brisa y la pequeña embarcación empezó a alejarse de ellos—. Vi el rostro de la Muerte más cerca que nunca», señala en *Mi juventud*. «La Parca nadaba a nuestro lado, susurrando de cuando en cuando al ritmo del viento creciente que seguía apartando la lancha de nosotros, aproximadamente a la misma velocidad a la que lográbamos avanzar. No había nadie capaz de echarnos una mano. Sin ayuda jamás habríamos ganado la orilla […]. Comencé a nadar por mi vida […]. Conseguí trepar a bordo y remé en dirección contraria para rescatar a mi camarada que, pese a encontrarse exhausto, no parecía haber percibido la pálida y cobriza fluorescencia del peligro mortal que tan súbitamente se había puesto a juguetear a nuestro alrededor.»[127] Ese joven compañero era en realidad Jack, pero cabe suponer que Churchill no quería que sus lectores cobraran conciencia de que había puesto la vida de su hermano menor en tan apurado trance.

Churchill ingresó en Sandhurst el 1 de septiembre de 1893. Medía 1,69 metros y su perímetro torácico apenas alcanzaba los 78 centímetros. Era de cutis delicado, con los ojos algo saltones y de un azul desvaído, y un rostro agraciado. La temporada que pasó en la principal academia militar inglesa le resultó sumamente grata, sobre todo por el estudio de las tácticas y las fortificaciones, así como por la constante práctica de la equitación, que llegó a dominar magníficamente bien, ya que se apuntó a las carreras de obstáculos, jugó al polo y hasta llegó a participar de cuando en cuando en competiciones de velocidad para aficionados[128]. El tono emocional de la correspondencia que mantiene con sus padres continúa presentando tintes sombríos. «Me apena profundísimamente que papá no apruebe mis cartas, —le confía a su madre el 17 de septiembre—. Hago los máximos esfuerzos posibles, y muchas veces reescribo páginas enteras. Si os envío un relato descriptivo de la vida que llevo aquí, me indicas veladamente que mi estilo resulta excesivamente sentencioso y rebuscado. Por otro lado, si mando un texto sencillo y lo más simplificado posible, me la echáis por tierra diciendo que peca de desaseada. Nunca hago nada bien.»[129] En una ocasión dejó caer accidentalmente a un riachuelo un reloj de bolsillo que su padre le

había regalado, y fue tal el terror que sintió ante la perspectiva de confesar la pérdida que organizó a la desesperada una operación de salvamento. En ella intervinieron veintitrés hombres de una de las compañías de infantería, después hubo que solicitar los servicios de un coche de bomberos para dragar el arroyo, y finalmente, tras desviar la corriente aguas arriba, se consiguió rescatar al náufrago. Como era de esperar, al enterarse por el relojero de lo que había sucedido, lord Randolph se puso furioso y volvió a mostrar su desdén[130].

En 1894, lord Randolph iniciaba la larga agonía que iba a provocarle una dolencia que gran parte de la opinión médica actual considera una rara e incurable enfermedad cerebral. Sin embargo, los doctores que le atendieron entonces, diagnosticaron que padecía la sífilis debido a que su mal compartía algunos síntomas con esa infección. En junio, lord Randolph partía a dar la vuelta al mundo en compañía de Jennie. Churchill recordará más tarde: «No volví a verle, salvo en forma de sombra evanescente»[131]. A principios de noviembre de 1894, tras consultar con los facultativos que habían asistido a su padre —los doctores Robson Roose y Thomas Buzzard — y tenido noticia de la etiología probable, Churchill escribe una carta muy alarmada a su madre, que en ese momento se encontraba en Singapur: «He interrogado al doctor Roose y no solo me lo ha contado todo sino que me ha mostrado los informes médicos. No se lo he dicho a nadie […]. No necesito decirte lo nervioso que estoy. No me había dado cuenta de lo enfermo que estaba papá y nunca había pensado hasta ahora que fuera nada serio […]. Por favor, mamá, cuando me escribas, hazme saber *exactamente* lo que sientes»[132].

Es comprensible que Churchill no quisiera hablar ni escribir acerca de la posible causa de la enfermedad de su padre, y de hecho no lo mencionaría jamás, salvo en una única ocasión. En 1951 o 1952 le dirá a su secretario particular, Anthony Montague Browne: «Ya sabes que mi padre falleció a causa de una ataxia locomotora provocada por la sífilis»[133]. De hecho, la ataxia locomotora es un término descriptivo de carácter general con el que se designa una determinada afección neurológica que desde luego no es exclusiva de la sífilis. Es probable que Churchill llevara toda su vida la losa de la vergonzante enfermedad que había llevado a la tumba a su padre sin

saber que en realidad no la había padecido. Sin embargo, ese hecho no disminuiría ni un ápice el culto que rendía a aquel hombre que él consideraba un héroe a pesar de haberse mostrado frecuentemente orgulloso, distante y despectivo. «Era la personificación de esa fuerza, caprichosa y fascinante, que tan a menudo brota de la genialidad», dirá Churchill de él[134]. Y así explica la actitud del propio Winston su gran amiga Violet Bonham Carter (cuyo apellido de solera era Asquith): «[Churchill] se postraba ante el altar de un padre al que nunca conoció»[135].

Mientras sus padres recorrían el otro lado del mundo, Churchill pronunció su primer discurso público —y lo hizo en la más inverosímil de las tribunas imaginables—. Ese verano, la señora Ormiston Chant, miembro del Consejo del Condado de Londres, se había puesto al frente de una campaña en pro de la pureza social que centraba sus iras en el paseo del teatro Empire de la plaza Leicester, una zona de bares situada detrás del acceso a los palcos en la que los muchachos bebían y se citaban con chicas de su misma edad sin la presencia de ninguna carabina —jovencitas que por añadidura eran, en algunos casos, damas de dudosa virtud—. La indignada señora Chant se las había ingeniado para instalar en la calle una suerte de vastos biombos de madera y lona para mantener bien separados a ambos sexos —tenderetes que el 3 de noviembre de 1894 fueron destrozados por una alborotada multitud en cuyas filas se encontraba el mismísimo Winston —. Un testigo presencial recuerda que Churchill y sus amigos «echaron abajo las empalizadas que les apartaban de las señoritas de la ciudad y se dirigieron a los amotinados. Después, acompañado de un futuro general, Churchill abandonó el lugar en un cabriolé [el taxi de la época], exhibiendo en la mano los trofeos conseguidos»[136]. Lamentablemente, no hay constancia documental de la arenga que soltó en lo alto del montón de escombros a que había quedado reducido el casto artilugio, pero sabemos que lo prologó con un retruécano: «¡Damas del imperio, vengo en defensa de la libertad!»[137]. Otro de los presentes recuerda que Churchill «solía rondar por el vestíbulo del teatro», propinando azotes en el trasero a las muchachas, y más de una vez con el guardia pisándole los talones[138].

Estamos sin duda ante la más improbable forma de inaugurar la carrera discursiva del mayor orador del siglo XX.

Churchill se licenció en Sandhurst en diciembre de 1894 y obtuvo el puesto 28 de los 130 cadetes que finalizaron la instrucción[139], siendo además segundo en la dura competición ecuestre. Por entonces, lord Randolph estaba ya demasiado enfermo como para ser consciente del asunto, y mucho menos para felicitar a su hijo. «Mi padre falleció el 24 de enero, a primera hora de la mañana, —recordará Churchill treinta y cinco años más tarde—. Me llamaron los vecinos de una casa contigua en la que estaba durmiendo, corrí en la oscuridad y crucé la plaza Grosvenor hasta caer de bruces en la nieve. Había muerto prácticamente sin enterarse. De hecho, llevaba largo tiempo sumido en un profundo estupor. Todos los sueños de camaradería que había concebido junto a él, de acceder al parlamento y trabajar a su lado, procurándole apoyo, se habían esfumado. Lo único que podía hacer era perseverar en sus objetivos y reivindicar su memoria.»[140] Medio siglo después, le revelaría a su hija que la muerte de su padre le había dejado totalmente postrado un día entero con su noche, abrumado por el dolor[141].

Pese a haber vivido en gran medida separados, Jennie atendió lealmente a lord Randolph en el tramo terminal de su dolencia, y atribuyó resuelta, aunque absurdamente, su muerte a lord Salisbury, el líder conservador. «No cabe la menor duda de que fue la suma de las preocupaciones y el exceso de trabajo lo que desencadenó la enfermedad, —le dijo a una amiga—, y sé que coincidirás conmigo en que lord S. tiene mucho que ver en el asunto. Hubo un tiempo, hace unos cuantos años, en que una generosa mano tendida habría significado la salvación total y habría permitido que R. siquiera entre nosotros como si tal cosa. Pero lord S. y los demás le tenían demasiada envidia, estoy profundamente convencida de ello, y espero que un día de estos la verdad acabe por salir a la luz»[142]. Churchill tuvo la gran fortuna de que su padre falleciera siendo todavía miembro del parlamento. De haber vivido lo suficiente para dejar la Cámara de los Comunes tras las elecciones que se celebraron seis meses después de su apartamiento, es prácticamente seguro que se le habría concedido un título nobiliario como par de la nación, distinción que poco después habría recaído sobre los

hombros de su primogénito, lo que significa que Churchill no habría podido desarrollar su carrera política en la Cámara de los Comunes, circunstancia que a su vez habría reducido muy notablemente sus posibilidades de que se le nombrara primer ministro en 1940.

El funeral tuvo lugar en la iglesia parroquial del palacio de Blenheim, situada en el pueblecito vecino de Bladon. Los fieles cantaron «*Rock of Ages*» y «*Now the Labourer's Task is O'er*» y escucharon en el sermón estas palabras: «Corta es la vida del hombre que nace de mujer, y llena se halla de penalidades»[143]. El quinto conde de Rosebery, que había accedido al cargo de primer ministro en marzo de 1894, pronunció la necrológica. Tras la elegía, Winston, Jennie y Jack permanecieron en pie junto al sepulcro cubierto de nieve y esparcieron lirios de los valles sobre el ataúd. «Sobre el paisaje, inundado de sol, la nieve había tendido un deslumbrante sudario», recordará más tarde[144].

El abandono y la crueldad emocional que le hicieron sufrir sus padres —y que habrían podido destrozar a una persona menos entera— infundieron en cambio en Churchill un insaciable deseo de triunfar en la vida, no solo en términos generales sino también en la profesión política que había abrazado su padre. La adoración que sentía hacia la figura paterna le llevaría a aprender de memoria algunos de sus más célebres discursos; a visitar a distintos amigos de lord Randolph, como Rosebery y el juez del Tribunal de Apelación, Gerald FitzGibbon, con el casi exclusivo fin de escuchar historias de su padre; y a adoptar su característica pose oratoria, consistente en apoyar la palma de la mano, girada, sobre la cadera. Y como veremos, también escribiría una biografía filial en dos volúmenes sobre su persona; le mencionaría habitualmente en sus discursos; vestiría las ropas que había utilizado su padre en su responsabilidad de ministro de Hacienda al ocupar él mismo ese puesto; dio a su único hijo varón el nombre de Randolph; y escribió un relato fantástico en el que se reunía con él más de medio siglo después de su fallecimiento.

Churchill comentó al periodista que trabajaba en los pasillos del parlamento A. G. Gardiner que había imitado los usos de su padre y reproducido su utilización de las pausas retóricas, llegando incluso a rebuscar desmañadamente en los bolsillos una nota que en realidad no

necesitaba ni quería emplear a fin de concentrar en su persona la atención de los oyentes[145]. Cualquiera habría juzgado comprensible verle rebelarse contra ese padre distante y desabrido, pero parte de su grandeza de carácter reside precisamente en el hecho de que juzgara que la tarea de su vida pasaba por promover tanto las ideas de Disraeli como la Democracia Conservadora que su padre había defendido —basadas ambas en la noción de *Imperium et Libertas*—. «Tomé de él mis propias convicciones políticas, prácticamente sin cuestionármelas», escribirá en 1931, antes de añadir que, aun habiendo vivido y muerto su padre como un conservador leal, él mismo «no veía ninguna razón que impidiera conciliar los antiguos y gloriosos conceptos de la Iglesia y el estado, del rey y la nación, con los fundamentos de la democracia moderna; como tampoco entiendo que las masas trabajadoras no puedan convertirse en los principales defensores de esas antiguas instituciones, ya que gracias a ellas se han logrado materializar las libertades y el progreso de que hoy disfrutan»[146]. De ser posible, lo que Winston deseaba era hacer recaer una terrible venganza sobre las cabezas de quienes él consideraba miembros de la restringida camarilla de las altas esferas conservadoras, a las que culpaba de la caída de su padre.

Se decía que el emperador Napoleón III llevaba un nombre que era a un tiempo su gloria y su perdición. De manera similar, Winston Leonard Spencer Churchill era portador de un apellido que le distinguía de sus contemporáneos y creaba en torno a él un conjunto de expectativas a las que solo una persona excepcionalmente dotada podría haber dado satisfacción. «Las medallas relucen, —escribió en una ocasión—, pero también arrojan sombras». Eso mismo cabía decir de su linaje. Es una triste y conocida verdad que no resulta nada fácil ser hijo de un padre célebre, y sin embargo, entre otros muchos logros, Churchill también conseguiría salir airoso de ese reto.

Churchill creía que su vida iba a ser corta, y de vez en cuando aludía al hecho de que su padre hubiera fallecido a los cuarenta y cinco años para explicar la audacia de su propia naturaleza. Sus contemporáneos le consideraban agresivo, y ciertamente lo era, pero tras su temperamento avasallador operaba una fría racionalidad actuarial. Tres de los hermanos de su padre habían muerto con diez meses, dos y cuatro años, respectivamente;

las hermanas de lord Randolph habían dejado este mundo a los cuarenta y cinco y los cincuenta y un años; y su hermano mayor, el octavo duque de Marlborough, a los cuarenta y ocho. El omnipresente temor de Churchill a una muerte prematura sugiere que no solo creía en la posible existencia de una forma de ataxia locomotora no vinculada con la sexualidad sino que tal vez hubiera sido esa la variante que había acabado con la vida de su padre. Fuera como fuese, lo cierto es que tenía la sensación de que no disponía de mucho tiempo para dejar huella en este mundo.

Si se hubieran estipulado las condiciones ideales para la conformación de un futuro héroe del imperio, cabe decir que, a finales del año 1895, Churchill las cumplía íntegramente. Era portador de un apellido famoso, tenía unos padres egoístas a los que no conseguía impresionar de ningún modo, había recibido una educación un tanto dispersa aunque patriótica que le había enseñado que los grandes hombres tienen la facultad de cambiar la historia mediante la realización de hazañas notables, había accedido a una instrucción militar de primer orden, acariciaba desde sus años de colegial la manifiesta ambición de salvar al imperio, no contaba con unos ingresos económicos susceptibles de conducirle a la indolencia, valoraba la prosa inglesa, y la historia de Gran Bretaña le inspiraba una gran veneración, dado que sentía correr por sus aristocráticas venas el espíritu de sus mayores hitos. Y por encima de todo, era hijo de un padre distante y famoso que había anexionado Birmania al imperio con solo treinta y seis años y que había muerto a los cuarenta y cinco. Cumplidos ya los veinte, y libre al fin de la anquilosante influencia de lord Randolph, Churchill estaba a punto de labrarse un nombre. Pocos jóvenes se habrían embarcado con mayor sangre fría y determinación en la aventura de convertirse primero en héroes y luego en hombres de excepción.

Capítulo 2

AMBICIÓN BAJO EL FUEGO ENEMIGO

Enero de 1895 - julio de 1898

> Los árboles solitarios, si logran crecer, lo hacen con vigor: cuántas veces un muchacho privado de las atenciones de un padre desarrolla, si elude los escollos de la juventud, una independencia y un vigor intelectual capaz de restaurar en la edad madura la dura pérdida de los primeros años.
>
> Churchill, *La guerra del Nilo*[1].

> Su escuela fue el cuartel; su universidad, el campo de batalla.
>
> A. G. Gardiner en referencia a Churchill, en *Prophets, Priests and Kings*[2].

Napoleón dijo en una ocasión que «para entender a un hombre hay que observar cómo era el mundo a sus veinte años». Cuando Churchill tenía esa edad, el imperio británico abarcaba más de la quinta parte de la superficie del planeta, y su armada —que sin duda era la mayor del globo— dominaba los océanos. Londres era un gran puerto de mar y un dinámico centro financiero, la constitución británica no conocía desafíos internos, y aunque sobre el horizonte se divisaran ya los nubarrones de una serie de disputas

internacionales —principalmente con Estados Unidos por cuestiones comerciales, y con Francia y Rusia por discrepancias relacionadas con lejanos deslindes coloniales—, nadie consideraba que esas dificultades pudieran poner en peligro la supremacía inglesa. A los ojos de Churchill, el entorno imperial de las últimas fases de la era victoriana parecía muy seguro, un estado de cosas llamado a conservar su carácter indisoluble y benevolente mientras el pueblo mismo se entregara con buen ánimo a su servicio. Su mentalidad se había ahormado en la convicción de que una vida dedicada al cumplimiento del deber era el precio que había que pagar por una grandeza sin precedente histórico conocido.

«Había pasado a ser fundamentalmente dueño de mi destino», escribe Churchill acerca de los meses inmediatamente posteriores a la muerte de su padre. En *Mi juventud*, nuestro autor sostiene que la hacienda de lord Randolph «igualaba casi exactamente el montante de sus deudas», pero la afirmación no es cierta. Una vez satisfechos los compromisos contraídos con los acreedores más relevantes, la familia quedó con un fideicomiso de 54 237 libras esterlinas (unos 5,5 millones de libras al cambio actual). Los devengos habrían de ingresarse en las cuentas de Jennie hasta el fin de sus días, y el capital pertenecía a Winston y a Jack. Si Jennie volvía a casarse, los administradores podían decidir discrecionalmente que la mitad de los réditos pasara a manos de sus hijos[3]. A corto plazo, por tanto, Winston dependía de su madre. Sin embargo, ahora que había dejado de ser un aburrido mozalbete, la distancia que les había mantenido separados se redujo, y su relación pasó a ser, por emplear las palabras del propio Churchill, «más parecida a la de dos hermanos que a la de una madre con su hijo»[4]. El dinero se convirtió en un problema: el salario que él obtenía del ejército se limitaba a 120 libras al año, lo que a duras penas le alcanzaba para cubrir sus gastos corrientes; necesitaba al menos otras 500 libras anuales para sufragar el coste de su elemental equipo militar, como su magnífico uniforme, su segunda montura de combate, los arreos ecuestres y los diversos caballos específicamente adaptados que le exigía la práctica del polo.

«He estado sumamente triste en estas últimas seis semanas, —le escribe a un amigo de la academia de Sandhurst a principios de febrero de 1895—,

pero ahora que todo ha acabado puedo volver a ocuparme del día a día y tratar de dejar mis propias penas atrás»[5]. El 1 de abril, la gaceta militar recoge que el subteniente Churchill queda destinado al 4.º Regimiento de Húsares de Su Majestad, que por entonces se hallaba a las órdenes del carismático coronel John Brabazon, amigo de su madre. Fundado en 1685, el regimiento había luchado en la guerra de la independencia española y tomado parte en la carga de la brigada ligera de 1854. En los dos años siguientes, al requerir distintos favores a sus superiores y conocidos a fin de franquear algunas puertas y conseguir ascensos, no iba ser ningún estorbo el hecho de que Churchill se hubiera convertido, desde la muerte de su padre, en heredero directo del ducado de Marlborough, derecho que habría de conservar hasta el nacimiento del futuro décimo duque, en septiembre de 1897.

Poco después de tomar posesión de su nuevo destino, Churchill sufrió una distensión en el músculo sartorio, que corre a lo largo de la cara interior del muslo y se encarga de mantener firmemente sujeto al jinete en la silla. «Aquello me hizo sufrir une verdadera tortura, —recordará más tarde—. Lo único que podía hacer era continuar desgarrando el músculo previamente lacerado, con la horrenda penalidad añadida de que se me considerara un bobo si pedía que se me excusara de servicio siquiera un solo día.»[6] En otro accidente, Churchill cayó despedido del caballo mientras saltaba unos obstáculos y a punto estuvo de romperse la pierna. El percance le obligó a permanecer setenta y dos horas en cama. Prometió a su madre que no volvería a participar en ninguna carrera, pero cinco días más tarde, el «señor Spencer» quedaba tercero en la Copa Desafío de Sandhurst, montando el caballo de un camarada subalterno[7]. A Churchill le entusiasmaba esa vida de oficial de caballería, y disfrutaba hasta de las tareas aparentemente más tediosas. «La agitación de los caballos, el chasquido metálico de sus arreos, la excitación del movimiento, la sensación de formar parte de una máquina viviente, la cortés dignidad del uniforme, —escribe—, todo se aúna para hacer de los ejercicios de caballería una actividad fantástica en sí misma». En compañía de los veinticinco mil hombres de la guarnición de Aldershot, Churchill intervino en varios desfiles y marchó ante la carroza de la reina Victoria, donde todos

los efectivos brindaban a la soberana el saludo militar. En una ocasión pudo efectuar la instrucción con el capitán Douglas Haig[8].

Pese a que a Churchill le gustara el ejército, lo cierto es que para él fue siempre un simple medio con el que alcanzar un fin, puesto que lo que deseaba era hacerse un nombre como soldado para elevarse después a la categoría de gran estadista —tal y como había hecho su padre, según su firme convicción—. Después de que lord Salisbury ganara las elecciones generales de 1895, Churchill le dijo a su madre: «Es un juego muy interesante, este de la política, y vale la pena aguardar a que las cartas vengan bien dadas antes de meterse de lleno en ella». Se prescribió por tanto a sí mismo «cuatro años de saludable y plácida existencia […]. Cuanto más me adentro en la vida del soldado, más me agrada, pero más persuadido quedo de que no es mi *métier*»[9]. Como era de esperar, cuatro años después de enviar esta carta, Churchill se presentaba como candidato al parlamento. Sin embargo, entretanto, la pregunta era: ¿qué puedo hacer para ganar medallas y distinciones mientras el regimiento se encuentre acantonado en Aldershot en lugar de estar prestando servicio activo?

En el verano de 1895, al asomar en el horizonte la doble e inminente amenaza de diez semanas de permiso y de una bolsa insuficientemente provista para adquirir un caballo de la calidad necesaria para pasar la estación de la caza del zorro en Inglaterra, Churchill comenzó a estudiar los destinos que pudieran ofrecerle la oportunidad de participar en una guerra. Escudriñó sistemáticamente el mapamundi en busca de un punto en el que encontrar una ocasión propicia para vivir la aventura más notoria posible. Pocos meses antes, los cubanos habían empezado a librar su tercera guerra de guerrillas contra el amo imperial español, de modo que el joven Churchill convenció al teniente Reginald Barnes, alias «*Reggie*», un buen compañero de armas del regimiento, de que partiera con él a la isla, y consiguió que un amigo de su padre, *sir* Henry Drummond-Wolff, que por entonces ejercía el cargo de embajador de Gran Bretaña en Madrid, le proporcionara la acreditación necesaria para viajar con las fuerzas españolas. Antes de partir, el coronel Edward Chapman, director de los servicios de Inteligencia Militar, pidió a Churchill y a Barnes que trataran de descubrir todo cuanto pudiesen sobre la capacidad de penetración y

potencia de fuego del nuevo tipo de proyectiles que empleaba el ejército español. Se iniciaba así la primera incursión de Churchill en el universo del espionaje.

Jennie pagó el importe del billete transatlántico, pero a fin de sanear un tanto las cuentas del resto de la expedición, Churchill persuadió al *Daily Graphic*, cabecera en la que su padre había escrito algunas cosas cinco años antes, de que le contratase como corresponsal de guerra, a razón de cinco guineas por artículo. Mientras el comandante de la operación lo considerase oportuno, y no obstaculizándose de ningún modo los deberes militares de los enviados, se permitía a los oficiales escribir crónicas de sus campañas para los periódicos, aunque tampoco era algo que se fomentase de forma activa.

Al verse relativamente corto de efectivo, Churchill había comenzado ya a aprender a plantar cara a sus acreedores o a diferir los pagos por un tiempo desmesuradamente largo, al bien instituido modo de la aristocracia. Pese a encontrarse a un paso de convertirse en dueño del palacio de Blenheim, el casi ducal Churchill precisaba de ingresos alternativos con los que complementar la generosidad materna, y el periodismo iba a proporcionárselos —cosa que además le vino al pelo, dado que Jennie había empezado a redecorar de arriba abajo su nuevo apartamento de los Campos Elíseos, así como una casa arrendada de siete plantas sita en el 35 de Great Cumberland Place, cerca de Marble Arch, en pleno Londres, donde había instalado un discreto ascensor para trasladar a su amante, el obeso príncipe de Gales, desde la calle hasta su alcoba.

Churchill no se hacía ninguna ilusión respecto a los despilfarros de su madre, de modo que tenía perfecta conciencia de la absoluta necesidad de alcanzar la independencia económica tan pronto como le fuera posible. «Salvo mi apellido, todo lo demás hube de ganármelo a pulso, y con pugnas no pequeñas, —recordará años más tarde—. A los veintidós años, y dado que mi exigua paga militar no alcanzaba a cubrir gastos, comprendí que […] no podía llevar la vida que quería. Deseaba aprender y necesitaba fondos. Anhelaba ser libre. Y me di cuenta de que no hay libertad sin financiación. Tenía que ganar dinero para lograr la independencia más elemental, pues solo siendo independiente puede uno acceder a la expresión

natural de su existencia. Encontrarse atado a los hábitos de otro, hacer cosas que no te gustan —eso no es vida; no para mí—. […] Así pues, me puse a trabajar. Estudié, escribí, di clases… […] Me es prácticamente imposible recordar un solo día en el que me encontrara mano sobre mano.»[10]

La clave del éxito estaba en la noble y escueta lengua inglesa. Tan pronto como Churchill descubrió que era capaz de redactar vívidas crónicas de la adecuada longitud y en los apretados plazos de una zona de guerra empezó a exigir tarifas cada vez más altas, y tanto se esmeró que en menos de cinco años se convirtió en el corresponsal bélico mejor pagado del mundo. De este modo, para el año 1901 había amasado ya una fortuna equivalente a un millón de las actuales libras esterlinas gracias a los ingresos de sus artículos, unidos a los beneficios de sus libros y a las conferencias que había tenido ocasión de dar —y desde luego se trataba de una suma suficiente para entrar en política—. El periodismo le enseñó a ser conciso y a captar la atención de los lectores. Esa claridad y desenvoltura narrativas habrían de dejarse notar con nitidez tanto en sus discursos políticos como en sus más que gratos artículos. Sin embargo, durante gran parte de su vida el dinero continuaría siendo un problema, lo que explica en parte que escribiera regularmente en la prensa hasta el año 1939.

A principios de 1895, Churchill embarcó rumbo a Nueva York, la ciudad natal de su madre, para dirigirse después a Cuba. Iniciaba con ello la primera de las catorce estancias que estaba llamado a efectuar en Estados Unidos en el transcurso de los sesenta y siete años siguientes. Al llegar a puerto, acudió a recibirle Bourke Cockran, un congresista de cuarenta y un años, gran admirador de Jennie, que le acomodó, junto con su acompañante Reggie, en su lujosa mansión de la Quinta Avenida. A lo largo de la década inmediatamente posterior, Cockran iba a desempeñar un importante papel en la vida de Churchill, y no solo por ejercer de figura paterna sino también por convertirse en un modelo que imitar —aunque sin duda su mayor relevancia estriba en el hecho de que fuera el hombre llamado a influir profundamente tanto en su estilo oratorio como en su forma de conversar—. «Nunca había conocido a nadie así, —escribirá Churchill a principios de la década de 1930—, y en algunos aspectos no tenía rival […]. Se confesaba pacifista, individualista, demócrata, capitalista y acérrimo defensor de las

tesis de los “Escarabajos Dorados” (es decir, favorable al patrón oro). —Se trataba, antes que nada, de un promotor del librecambismo, y como habría de añadir Churchill—, se oponía así tanto a los socialistas como a los inflacionistas o los proteccionistas, a los que rebatía cada vez que tenía ocasión. Por todo ello, no eran precisamente los combates lo que faltaba en su vida…»[11]. Churchill jamás fue pacifista, pero a lo largo de su carrera política abrazaría en cambio el resto de las convicciones de Cockran. Este cambió de bando cuatro veces, revelándose con ello aún más inconstante en sus afiliaciones ideológicas que el mismo Churchill.

En su condición de congresista, Cockran representó al estado de Nueva York en cinco legislaturas consecutivas, desde el año 1887 hasta su muerte, ocurrida en 1923, período en el que se haría famoso por las agudas réplicas con las que mantenía a raya a quienes le interpelaban. Su biógrafo señala que sus discursos (hubo ocasiones en las que se dirigió a más de veinte mil oyentes en el Madison Square Garden) eran los de «un consumado creador literario»[12]. Pese a que Churchill no tuviera oportunidad de oír ninguna de las alocuciones públicas de Cockran, sí que se preocupó de leer todas sus proclamas y de empaparse de sus técnicas oratorias. «Él me enseñó a emplear íntegramente la escala de entonaciones de la voz humana y a manejar sus matices como quien toca el órgano, —escribe Churchill. Cockran, añade—, sabía hacer vibrar todas las fibras emocionales, y era capaz de mantener a la gente fascinada en los grandes mítines políticos en los que tomaba la palabra»[13]. Además, cuando se expresaba en la conversación privada, dice Churchill, Cockran «superaba todo cuanto yo hubiera escuchado antes, tanto por la pertinencia de los temas como por el timbre de la declamación, la rotundidad de las manifestaciones, la exposición de las antítesis y la comprensión de las cuestiones»[14]. El joven Churchill no solo se impregnó a fondo de su técnica, que incluía alusiones de corte clásico e histórico, también tomó buena nota de su deslumbrante vocabulario, su mímica facial y sus ocasionales gestos dramáticos —lo que explica que décadas después todavía citara muchas de sus frases—. Dos años antes, Cockran se había referido al Proyecto de ley para la Autonomía de Irlanda en los siguientes términos: «Es la primera vez en la historia de los pueblos de habla inglesa que se registra una victoria tan grande y

triunfal como la que acaba de lograr el señor Gladstone»[15]. La memoria de Churchill, que ya por entonces se revelaba pasmosamente capaz, no dejaría de archivar este tipo de cadencias y fraseos discursivos. En 1955, el político estadounidense Adlai Stevenson quedó sorprendido al comprobar que Churchill había empezado a citar largos pasajes de unos discursos que Cockran había pronunciado sesenta años antes, y el británico le aclaró la situación diciendo: «Ha sido mi modelo»[16].

«¡Qué gente tan extraordinaria es la estadounidense!, —le escribe Churchill a su madre el 10 de noviembre—. Su hospitalidad ha sido una revelación para mí y, de hecho, la forma en que consiguen hacerte sentir perfectamente cómodo y a tus anchas es algo que nunca había experimentado antes.»[17] Barnes y él cenaron en el Waldorf Astoria, visitaron West Point, asistieron a un juicio por asesinato, vieron un ejercicio de extinción de incendios especialmente escenificado para ellos por el Departamento de Bomberos de Nueva York, y presenciaron el acto de apertura de la Feria Ecuestre de la ciudad. «Estamos en un gran país, querido Jack, —le dice Churchill por carta a su hermano—. No es bonito ni romántico, pero sí inmenso y funcional. Parece desconocer por completo la veneración o las tradiciones. Todo es de carácter eminentemente práctico y por consiguiente las cosas se juzgan siempre desde un punto de vista objetivo.»[18]

«Para figurarte cómo son los estadounidenses, —prosigue Churchill—, te valdrá concebirlos como una vasta y vigorosa masa juvenil que no tiene inconveniente en pisotear todas tus sensibilidades ni en perpetrar cuantos horrores puedas imaginar —pues ni la edad ni la simple tradición les inspiran reverencia—, pero que sin embargo lleva adelante sus asuntos con una bien intencionada frescura que las viejas naciones de la tierra debieran envidiar»[19]. Y lo cierto es que podría describirse en términos muy similares al Churchill de este período.

El 17 de noviembre, Churchill y Barnes partieron de Nueva York en tren en dirección a la localidad de Tampa, en Florida, y desde allí cogieron al día siguiente un barco para La Habana. «Había un lugar en el que resultaba

indudable que iba a suceder algo, —escribirá más tarde Churchill acerca de Cuba—. Es posible que acaben enterrándome aquí», se dirá a sí mismo[20]. Les presentaron al general Arsenio Martínez Campos, gobernador general de la isla, y este les permitió visitar el frente, primero en ferrocarril hasta Sancti Spíritus, y más tarde, acompañados por una columna militar, hasta las fortificaciones del puesto avanzado de Arroyo Blanco, adonde llegaron el 28 de ese mismo mes. Andando el tiempo, Churchill criticaría la forma en que se desplazaba el ejército español, que «se movía como los convoyes de Napoleón en la península Ibérica», es decir, con pesada lentitud. Tanto el general francés como Martínez Campos tenían enfrente a grupos de guerrilleros, y a las afueras de Arroyo Blanco se extendía la misma jungla que hoy continúa dominando la zona.

«Cabría considerar que fue un proyecto descabellado, —dirá después Churchill en referencia a su propia expedición—. Viajar miles de kilómetros, gastando unas sumas que malamente podíamos permitirnos, para levantarnos a las cuatro de la mañana con la esperanza de enzarzarnos en alguna refriega en compañía de unos perfectos desconocidos, difícilmente podría juzgarse un proceder racional.»[21] Y sin embargo, los dos ingleses empezaron a entrar en acción mientras sus propios compañeros de armas, al otro lado del Atlántico, se dedicaban a la caza del zorro. Churchill ganaría en Cuba la primera de sus treinta y siete condecoraciones, la Cruz Roja de España al Mérito Militar de Primera Clase, una medalla de cortesía que más tarde luciría en flagrante violación de las normas de la Oficina de Guerra británica[22].

Churchill simpatizaba con los cubanos alzados, aunque no podía mostrarlo abiertamente dado que los españoles eran sus anfitriones. Explicaría la situación con el sugerente símil de que, para España, Cuba se había convertido en un lastre incómodo, como el que sufriría quien «quisiera sostener indefinidamente una mancuerna con el brazo extendido»[23]. Pese a que no sea cierto lo que sostiene al decir que el día de su veintiún cumpleaños tuvo ocasión de escuchar los primeros disparos de intención letal de toda su vida, la verdad es que los oyó efectivamente al día siguiente, 1 de diciembre, en el trayecto entre Arroyo Blanco y La Reforma[24]. «En la linde del bosque estalló la crepitación de una ráfaga

irregular, —recordará más adelante—. El caballo que viajaba inmediatamente a mi lado —no el mío— dio un brinco.»[25] El animal había recibido un disparo en las costillas, y «no pude evitar la idea, —añade—, de que la bala que había herido al potro castaño había pasado sin duda a menos de treinta centímetros de mi cabeza. En cualquier caso, esto significaba que había vivido claramente mi “bautizo de fuego”. Era un comienzo. Sin embargo, empecé a pensar más seriamente en el carácter de la empresa en que me había embarcado»[26]. Tendría que aguantar más de diez minutos sometido a las intensas descargas del enemigo, y durante un día y medio viviría bajo la amenaza de tiroteos algo más esporádicos. «Oíamos a nuestro alrededor sonidos que unas veces se confundían con un suspiro y que otras parecían un silbido, cuando no remedaban el zumbido de un avispón irritado», pero era imposible contraatacar de forma eficaz a causa de lo impenetrable de la selva[27].

Sería durante esta campaña (admitiendo que realmente pueda dignificarse con ese nombre a dieciocho días de turismo marcial) cuando Churchill demostrara su buena mano para el boceto, una aptitud que mucho después acabaría desembocando en una pasión por la pintura. No es cierto, pese a lo que más tarde daría en sostener lord Mountbatten, que al salir de Cuba Churchill «llevara ya pegadas a la piel las tres grandes predilecciones que habrían de acompañarle el resto de su vida: el servicio activo, la siesta y los habanos»[28]. Churchill ya fumaba cigarros puros antes de ese viaje[29], y no adquiriría la costumbre de echarse una cabezadita por las tardes hasta el año 1914. Sin embargo, sí que es cierto que la escapada supuso su primera estancia fuera de Europa, su primera experiencia en el mundo de la inteligencia militar, la primera publicación de artículos en Inglaterra (que firmaba con las iniciales «W. S. C.»), y su primera acción bajo fuego hostil. En una entrevista realizada en los muelles de Nueva York, justo antes de que volviera a cruzar el charco, el 4 de diciembre, haría reír a los periodistas al decir guasonamente, en alusión a los rebeldes: «No son buenos soldados, pero a correr no hay quien les gane»[30].

Antes de que el 4.º Regimiento de húsares fuera destinado a la India, en septiembre de 1896, Churchill disfrutó de lo que más tarde llamaría «el único tiempo de ocio que jamás me haya sido concedido» —tiempo que

dedicaría a jugar al polo, a vivir una larga temporada con su madre, a acudir a las reuniones sociales para conocer a los políticos de peso, y a arrancarle al general *sir* Bindon Blood, que recientemente había mandado una expedición al paso de Malakand, en la frontera noroccidental de la India, la promesa de que si algún día volvía a ponerse al frente de otra le permitiera ser de la partida—.[31] Por lo demás, se entregaría a frecuentar los círculos mundanos lógicamente esperables en un joven inglés de clase alta y apellido famoso. «Comprendí que me convenía observar la mejor de las conductas, —por usar las palabras que él mismo habría de emplear más tarde—, así que fui puntual, sumiso y reservado; en una palabra, hice una exhibición de todas las cualidades que menos me adornan…»[32].

La percepción que Churchill tenía del puro y duro empuje ascendente que preconizaba queda patente en la carta que le envía a su madre el 4 de agosto de 1896, escrita en el cuartel del ejército en Hounslow, en la parte occidental de Londres, mientras efectuaba los preparativos necesarios para partir a lo que a su juicio no era más que un «inútil e improductivo exilio» en «los aburridos territorios de la India»[33]. No quería desperdiciar su vida realizando labores en la guarnición de Bangalore, de modo que, al enterarse de que existía la posibilidad de que el 9.º Regimiento de lanceros fuera enviado a sofocar un levantamiento en Matabelelandia, en el África austral, rellenó una solicitud para unirse a la compañía en calidad de soldado subalterno y supernumerario (es decir, sin paga). De lo contrario, afirma, «sería reo de una indolencia disparatada que acabaría lamentando toda la vida. Unos cuantos meses en Sudáfrica me permitirán obtener la medalla de ese país y con toda probabilidad también la Estrella de la Compañía [Sudafricana Británica[34]]. De ahí pies en polvorosa rumbo a Egipto, con idea de regresar con otras dos condecoraciones más en un par de años, o quizá en uno —para fundir después la espada y convertirla en una férrea valija ministerial…—.[35] Es inútil venir a predicarme paciencias evangélicas. Otros igual de jóvenes que yo compiten ya por hacerse un hueco, y si no me muevo, ¿qué posibilidades tendría yo de alcanzarles algún día?»[36].

Sin embargo, los matabele tuvieron la inoportuna ocurrencia de rendirse a toda prisa, impidiendo así la materialización de los planes de Churchill, de modo que el 11 de septiembre no le quedó más remedio que embarcar en Southampton, junto con su regimiento, y realizar el tedioso viaje de 23 días a Bombay (la actual Mumbai). Cuando la lancha que le llevaba a tierra acostó frente a la dársena Sassoon de la ciudad asiática, Churchill se levantó para agarrar una anilla de hierro anclada en los sillares del muelle, con tan mala suerte que en ese mismo momento una ola hizo descender bruscamente más de metro y medio el bote, dislocándole gravemente el hombro derecho. «Trepé con algunos problemas hasta el atracadero, —recuerda—, hice unas cuantas observaciones de carácter general, empleando fundamentalmente esas palabras que empiezan con las primeras letras del alfabeto, me sujeté un poco el hombro con la mano, y no volví a pensar más en el asunto»[37]. Resultó ser una lesión llamada a acompañarle durante el resto de su vida, lo que explica que tuviera que jugar al polo con la parte superior del brazo sujeta el pecho con bridas. Todavía podía golpear la pelota, pero sin efectuar un movimiento de extensión o retracción completo. «Cuando uno comete un gran error, —reflexionaría filosóficamente—, es muy fácil que acabe revelándose de mayor utilidad que la más acertada de las decisiones. La vida es un todo indivisible, y la suerte también, y ninguno de sus componentes puede separarse del resto»[38]. Y eso fue justamente lo que terminó sucediendo con su accidente de Bombay.

Al llegar a Bangalore, al cuartel general del ejército, situado en la Presidencia de Madrás (hoy Chennai), el 3 de octubre de 1896, Churchill, Barnes y un tercer compañero, el oficial Hugo Baring, hicieron un fondo común con sus dineros y se agenciaron un confortable bungaló con ayudas de cámara, mozos de cuadra y mayordomos. Era la primera vez que Churchill pisaba los dominios exteriores del imperio, y quedó rápida y rematadamente prendado de su espíritu, llenándose de una veneración que no solo iba a acompañarle el resto de su existencia, sino que estaba llamada a influir una y otra vez en su carrera. Fue en Bangalore donde aprendió a admirar lo que más tarde llamaría la «gran obra que Inglaterra está llevando a cabo en la India con su alta misión de regir los destinos de estas primitivas

pero agradables razas, para su propio bienestar y el nuestro»[39]. Por esa época le dijo a un amigo que, pese a que el imperialismo supusiese en ocasiones un lastre para Gran Bretaña, «está justificado si se emprende con ánimo altruista y en bien de las razas sometidas», un extremo que a su juicio no admitía la menor duda[40]. Los aproximadamente ciento cincuenta mil británicos que residían en la India no podían mantener su *Raj* (literalmente, su «gobernación») sin la cooperación activa de la inmensa mayoría de los más de trescientos millones de indios, y Churchill estaba convencido de que lo único que seguiría haciéndolo posible sería la conservación del prestigio y el poder de los gobernantes. «Nada hay más notable que el ascendiente que el oficial británico tiene sobre el soldado indígena, —escribiría un año más tarde en la prensa—. Los *sowars* [efectivos de caballería] de color siguen al joven oficial inglés que les manda con una extraña entrega […]. Y para salvar su vida estarán dispuestos a sacrificar la propia.»[41]

En nuestros días, obviamente, tenemos perfecta conciencia de que el imperialismo y el colonialismo son perniciosos actos de dominación y conceptos basados en la explotación, pero la forma en que Churchill estaba viviendo la experiencia del *Raj* británico no habría de suscitar en él esas conclusiones. Admiraba los mecanismos que habían permitido a los británicos lograr la pacificación interna del país, por primera vez en la historia de la India, llevando a ese lejano territorio vías férreas, vastos proyectos de regadío, un régimen educativo aplicado a las masas, periódicos, la posibilidad de un amplio comercio internacional, unidades de cambio estándar, puentes, carreteras, acueductos, muelles, universidades, un sistema jurídico incorrupto, avances médicos, fórmulas de coordinación contra la hambruna, el idioma inglés como primera *lingua franca* de ámbito nacional, comunicaciones telegráficas, protección militar frente a las amenazas exteriores que pudieran plantear los rusos, los franceses, los afganos o los afridi[42], por no mencionar la abolición del *suttee* (o satí, es decir, la práctica consistente en obligar a las viudas a perecer abrasadas en las piras funerarias de sus maridos), el *thugee* (el asesinato ritual de los viajeros) y otros abusos. A los ojos de Churchill, no había en todo esto nada de la siniestra opresión paternalista que hoy sabemos que fue. Todo lo

contrario, ya que tomó la firme e irrevocable decisión de dedicar su vida a defender al imperio británico de todos sus enemigos, intestinos o extranjeros. A lo largo de su carrera política le veremos poner su lealtad al servicio de este ideal del imperio, anteponiéndola a sus propios intereses personales.

Uno de los secretarios de Churchill recuerda haberle oído decir en 1944 que «en sus tiempos de joven subalterno en la India se había sentido frecuentemente perdido en las conversaciones por no entender bien las referencias que se empleaban. Esto le persuadió de que debía informarse mejor. Tumbado en su *charpoy* [un camastro tradicional indio hecho con cuerdas entrelazadas sobre un bastidor de madera], empezó a dedicarse a leer en los momentos de que disponía después de echar la siesta»**[43]**. Harrow había dejado grandes lagunas en su formación, de modo que en el invierno de 1896 se embarcó en un programa de lectura superlativamente ambicioso con el que en el breve plazo de dos años se convirtió, sin exageración, en un hombre tan leído como cualquier contemporáneo suyo que hubiera ido a Oxford o a Cambridge. «Cuando veo la frívola existencia que llevan muchos de ellos, desperdiciando una oportunidad tan fugaz como preciosa, compadezco a los universitarios, —habría de escribir más tarde—. A fin de cuentas», prosigue, «la vida de todo hombre se dirime en la encrucijada del Pensamiento o la Acción»**[44]**. Su propia existencia terminaría probando que hay personas capaces de abarcar exhaustivamente ambas alternativas.

El plan de lectura de Churchill empezó con las cuatro mil páginas de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Edward Gibbon —obra que habría de releer dos veces más en el transcurso de su vida, citando de memoria algunas de sus partes, como de costumbre—. Continuó con la autobiografía de este mismo autor, para empaparse después de los seis volúmenes de la *Historia de Inglaterra desde Jacobo II* de Thomas Babington Macaulay, cuyo texto le fascinó (salvo por los ataques al primer duque de Marlborough), y de sus *Cantos populares de la antigua Roma***[45]**. Tras estos aperitivos se zambulló en la traducción que Benjamin Jowett

había hecho en 1856 de la *República de Platón* y en los escritos clave de Arthur Schopenhauer, Thomas Malthus, Charles Darwin, Adam Smith, Henry Hallam, Samuel Laing, William Lecky, el marqués de Rochefort y muchos otros —y ninguna novela—. La mera amplitud del espectro de lecturas que consiguió abarcar resulta asombrosa, y desde luego le proporcionó un enorme aplomo intelectual, una seguridad en sí mismo que vendría a sumarse al resto de los motivos de autoconfianza con que ya contaba. Un amigo recuerda haber prestado a Churchill la traducción efectuada por el doctor James Welldon de la *Ética* de Aristóteles. Es una obra excelente, comentó, «pero lo que me parece extraordinario es que yo mismo hubiera pensado ya por cuenta propia buena parte de lo que aquí se dice»**[46]**. Churchill le dijo a su madre que lo que se proponía era que la lectura le proporcionara «un andamiaje de puntos de vista lógicos y sistemáticos»**[47]**. Ella le contestó que el banco le había devuelto un cheque suyo por valor de once libras, y que no obstante atendería el descubierto. La formación autodidacta de Churchill determinaría inevitablemente que sus conocimientos adolecieran de un buen número de lagunas. En el año 1906 todavía no había oído hablar siquiera de la *Oda a un ruiseñor* de John Keats, y le vemos confundir al poeta William Blake con el almirante Robert Blake. Sin embargo, «al volver a verle, —tras habérsele señalado esos fallos, según confirma un amigo suyo—, no solo se había aprendido de memoria ese poema sino todas las odas de Keats, ¡y me las recitó implacablemente, de principio a fin, sin perdonar una sola sílaba!»**[48]**.

Churchill también habría de consagrar gran parte del tiempo que estaba llamado a pasar en Bangalore a enterarse de toda una serie de cuestiones políticas. Le pidió a su madre que le enviara todos los ejemplares que pudiera del *Annual Register*, un almanaque político —ejemplares que actualmente se encuentran en el Centro de Archivos Winston Churchill de la Universidad de Cambridge, junto con sus extensísimas anotaciones, gracias a las cuales podemos observar parcialmente los métodos que empleaba para informarse sobre el particular—. Eligió los volúmenes que se ocupaban del período en el que Benjamin Disraeli había desempeñado el cargo de primer ministro, es decir, los relativos a los años 1874 a 1880, y los leyó con la máxima atención, cubriendo las hojas de anotaciones al

margen y subrayando de cuando en cuando algún párrafo —pasajes que en la mayoría de los casos resaltaban ciertos aspectos del imperialismo, la política exterior y las prioridades que vertebraban los planes de reforma social de los conservadores—. En los tres tomos dedicados a los ejercicios de 1874, 1875 y 1876, que comprendían los textos legislativos que se habían debatido en el parlamento en la época de su nacimiento y primera infancia, Churchill llegará incluso al extremo de redactar los discursos que él mismo habría pronunciado en caso de haber participado en la vida política en ese tiempo —discursos que después encuadernaría como adenda en los propios volúmenes—.[49] El Proyecto de ley de Patrocinio de la Iglesia Escocesa, la Ley de Enmienda a la Subvención de las Escuelas, la Ley de Mejoramiento de la Judicatura…, nada resultaba lo suficientemente oscuro como para impedir la ponderada reacción de Churchill. En el caso de la hambruna que se había declarado en la India en el bienio 1873-1874, por ejemplo, Churchill imagina que el respaldo que él le hubiera proporcionado a lord Northbrook, el entonces virrey de la India, habría consistido en no detener la exportación de grano: «Me asombra que alguien haya podido sopesar siquiera la posibilidad de imponer semejante prohibición. Yo me habría mostrado convencido de que la inflación de precios provocada por el hambre habría atraído inmediatamente el trigo sin necesidad de aplicar ninguna ley. Soy contrario a la idea de que el gobierno pueda interferir en modo alguno en el comercio privado»[50]. Churchill criticará incluso el lenguaje que recoge el *Register*. En un pasaje en el que se muestra gratamente impresionado por una afirmación en la que Gladstone habla de «un fucilazo que intempestivamente brota de una calma empírea, —apunta al margen—: ¿Y por qué no hablar de un rayo surgido de la nada?»[51]. En el tomo perteneciente al año 1874 aparecen marcas enfáticas a lápiz, a veces consistentes nada menos que en cinco rayas cuando se trata de párrafos importantes, como el que contiene el ataque con el que Disraeli arremete contra lord Salisbury y le llama «gran maestro de la pulla, la mofa y el escarnio», o los que hacen referencia a su abuelo el duque de Marlborough[52].

En el volumen del año 1875, los discursos de Richard Assheton Cross, el ministro del Interior partidario del reformismo social, también aparecen

anotados, al igual que los del parlamentario Samuel Plimsoll —otro reformista que en este caso hizo campaña para lograr que en el casco de los barcos se pintara una línea con el fin de indicar el calado máximo admisible y que se atrevería a espetarle al presidente de la Cámara de los Comunes: «Desenmascararé a los villanos que envían a los valientes marinos a la muerte»; «Jamás abandonaré la causa; los denunciaré a todos»—.[53] El comentario de Churchill dice: «No se me ocurre mejor causa, ni más gloriosa memoria a una noble vida consagrada al beneficio de la raza humana que la “línea de flotación de Plimsoll”»[54]. Sería su misma diligencia lectora lo que lograra grabar a fuego en su ánimo el atractivo de una política susceptible de desarrollarse mediante este tipo de dramáticas pugnas parlamentarias.

En materia de política exterior, Churchill cubrirá de notas un ensayo en el que se esboza «la idea del estado colchón» y que argumenta en favor de una medida prudencial consistente en interponer varios territorios nacionales entre el imperio británico y el ruso[55]. La frase en la que Disraeli habla de que Gran Bretaña «está resuelta a conservar su imperio» aparece escoltada de expresiones aprobatorias, mientras que el planteamiento que lleva al liberal Robert Lowe a poner en tela de juicio el derecho de los británicos a gobernar la India figura tachada con las palabras «Un discurso absolutamente inicuo, W. S. C», que atraviesan la totalidad de la página.

Las notas que terminará encuadernando en los volúmenes mencionados nos permiten captar en profundidad los puntos de vista de un Churchill que empieza ya a quemar las etapas del pensador político neófito. «El progreso es el principio rector de la raza humana», escribe en el tomo del año 1877 en referencia a la propuesta de hacer extensivo el derecho de sufragio a las clases trabajadoras[56]. Y al hablar de la Ley de vivienda para los artesanos, mediante la cual los barrios de chabolas habían sido objeto de una compra compulsiva con fines desarrollistas, Churchill se pregunta: «¿Quién no contribuiría a apagar el incendio de una casa vecina? Lo que inspire los actos de un gobierno no puede ser ni la compasión ni la caridad. Son los intereses del conjunto de la comunidad lo que debe orientarlos»[57]. Churchill defendía la aplicación de la pena capital con el siguiente

argumento: «En este mundo imperfecto es necesario hacer muchas cosas crueles y poco cristianas. —Creía que tenía un efecto disuasorio. Sin embargo, admitía—: Dado que se cierra definitivamente la puerta a la esperanza, la idea de matar a un hombre a sangre fría por la acción de un engranaje impersonal suscita el horror entre la raza humana»[58].

En el volumen correspondiente al año 1880, Churchill señala que, en relación con la cuestión de la propiedad de la tierra en Irlanda, se había afirmado que su padre había «llevado al extremo la actuación por cuenta propia», había «empleado términos sarcásticos», se había enzarzado en «agrias polémicas» y había pronunciado «duros discursos», y todo para no dar a la propuesta de ley más que un «apoyo perfectamente contrariado»[59]. En el tomo de 1882, el joven incluirá un extenso conjunto de anotaciones en las páginas relativas a las quejas de los bóers sobre los británicos como paso previo al estallido de la primera guerra anglo-bóer de 1881, y también resalta con gruesas marcas al margen los discursos de Joseph Chamberlain. En el volumen de 1885, incluirá una reseña relativa al hecho de que los dos textos legales que habían elaborado los conservadores —el Proyecto de ley de Vivienda de las Clases Trabajadoras y el Borrador legislativo sobre la Prestación de Asistencia Médica— constituyeran a su juicio «una señal de que el nuevo conservadurismo muestra tendencias próximas al socialismo de estado»[60].

Churchill estaba descubriendo por sí mismo, muy poco tiempo después del fallecimiento de su padre, que el reformismo social no era un coto político exclusivamente reservado a los liberales, sino que podía ser igualmente abrazado por lo que él denominaba, como ya hemos visto, «la Democracia Conservadora»[61]. Con el fin de materializar esa inclusión, Churchill se pronunciará en favor de unas medidas fiscales progresivas y abogará por una completa exención fiscal para los más pobres y por gravar los ingresos de los rentistas con unos tipos impositivos más elevados que los de los trabajadores. Sus convicciones no procedían enteramente de lo aprendido de su padre, también emanaban del atento estudio de la historia política reciente.

Por otra parte, en estas anotaciones veremos aflorar asimismo algunos destellos de ese sentido del humor que andando el tiempo vendríamos a

considerar característicamente churchilliano. En 1875, el Proyecto de ley sobre los Títulos Reales, mediante el cual se había dado a la reina Victoria la credencial de emperatriz de la India, había suscitado un gran número de críticas, ya que se aseguraba que solo servía para estimular los ánimos de «quienes aman las novedades y las etiquetas rimbombantes, —situación que llevará a Churchill a incluir esta anotación—: Debo de estar alineado con quienes "aman las etiquetas rimbombantes", dado que no vale la pena tener ningún título que carezca de grandilocuencia […]. No creo que resulte muy satisfactorio que le llamen a uno "Su Insignificancia" o "Su Sordidez"…»[62]. Respecto al voto femenino, el joven Churchill se confiesa profundamente machista, ya que sostiene que «las únicas mujeres que desean ansiosamente el voto son las de naturaleza más indeseable, —a lo que aún añade—: Las mujeres que cumplen su deber para con el estado, a saber, casarse y traer hijos al mundo, ya cuentan con la adecuada representación de sus maridos», así que «pienso oponerme con toda determinación a este ridículo movimiento. —Esta postura brotaba en parte del siguiente planteamiento—: Si da usted el voto a las mujeres, se verá en último término obligado a permitir que también ocupen escaños en el parlamento», con lo que será inevitable «que el poder acabe pasando íntegramente a sus manos»[63]. No son estos los puntos de vista que habrá de defender más tarde, y es preciso resaltar que contrajo matrimonio con una mujer que apoyaba el sufragio femenino. Por otra parte, lo sorprendente hubiera sido que un oficial del ejército victoriano, que pertenecía además a la clase aristocrática, respaldara posiciones diferentes diez años antes de que las reivindicaciones de las sufragistas se convirtieran en una prioridad política.

Los volúmenes anotados del *Annual Register* nos muestran que sus héroes eran ya Gibbon como escritor y moralista, Disraeli como hombre de estado y orador, y el propio lord Randolph Churchill como político, ya que sus discursos aparecen diligentemente resaltados. Otro de los autores que compuso obras llamadas a ejercer un poderoso efecto en el ánimo de Churchill, tanto para bien como para mal, fue Charles Darwin. Como

también habrían de hacer muchos de sus contemporáneos, Churchill juzgó extensibles a la esfera humana las implicaciones de las ideas de Darwin, lo que le llevó a creer que las distintas razas evolucionaban a velocidades diferentes, tal y como había venido sucediendo con los animales y las plantas a lo largo de incontables milenios. El punto en el que se apartaba de manera fundamental de otros darwinistas sociales es el que le inducía a pensar que las razas más fuertes y «avanzadas» —entre las que incluye a los anglosajones y a los judíos— tenían una responsabilidad moral proporcionalmente más honda que las demás hacia las estirpes humanas que se revelaban a su juicio más débiles y menos desarrolladas. Estas nociones casaban muy bien con su arraigada adhesión al lema *noblesse oblige* y a los principios de la Democracia Conservadora.

A diferencia de otros muchos imperialistas de la época, el sentido que Churchill daba a la idea del deber moral que instaba a los gobernantes, por el hecho de serlo, a favorecer a los más modestos tenía poco que ver con el cristianismo. Pese a que en fases más avanzadas de su vida deje entrever de cuando en cuando que creía efectivamente en la existencia del Todopoderoso —cuya principal tarea parece haber consistido en proteger a Winston Churchill—, lo cierto es que en ningún momento admite reconocer el carácter divino de Jesucristo. Si espulgamos los cinco millones de palabras que habrá de pronunciar en sus discursos, observaremos que no emplea ni una sola vez el término «Jesús», y que solo alude en una ocasión a «Cristo», y esto en un contexto en el que no se le atribuye la condición de Salvador. En materia de religión, sus puntos de vista manifiestan la influencia de las obras de Gibbon y del *Martyrdom of Man* de Winwood Reade, publicada en 1872 —en la que se argumenta que todas las religiones son esencialmente idénticas.

No obstante, Churchill se apoyaba en un sistema de creencias propio. Y lo curioso es que lo construyera en el lugar más insospechado: el comedor de oficiales del 4.º de húsares de Bangalore. «En el regimiento solíamos plantearnos a veces interrogantes de este tipo: "¿Existirá otra vida, en un mundo distinto, cuando esta acabe?"…, —recuerda en *Mi juventud*—. Todos coincidíamos, en general, en que si uno trataba de dar lo mejor de sí mismo, de llevar una vida honorable, de cumplir con su deber, de ser leal

con los amigos y amable con los débiles y los humildes, tendría poca importancia lo que creyera o no creyera. Supongo que esto es lo que hoy se denominaría "La religión de la mentalidad sana".»[64] Hay quien ha descrito esta clase de posturas como una suerte de deísmo de corte gibboniano, y desde luego no es en absoluto una convicción que pueda considerarse cristiana[65].

Aunque Churchill no creyera en ninguna religión revelada, lo cierto es que fue toda su vida anglicano, al menos de nombre, como la inmensa mayoría de los políticos conservadores de la época, lo que explica que en los discursos que dirige al público durante la segunda guerra mundial haga periódicas alusiones al Todopoderoso[66]. Sin embargo, como habría de confesarle a su secretario privado en la década de 1950: «No soy un pilar de la Iglesia, sino más bien un contrafuerte: la sostengo, pero desde fuera»[67]. Desde luego, no se oponía a que los demás profesaran la fe cristiana (o cualquier otra), y reconocía sin reservas que Jesucristo había sido el mejor moralista de la historia, pero el núcleo de sus convicciones era de otra clase. Como escribe un astuto biógrafo de nuestro personaje, «Churchill sustituyó la religión ortodoxa por una fe laica en el progreso histórico, con un marcado énfasis en la misión civilizadora de Inglaterra y el imperio británico»[68]. Uno de los elementos centrales de muchas de las decisiones clave que habrá de tomar a lo largo de su vida es el que se apoya en su convicción de que Gran Bretaña y sus colonias no constituían meramente un conjunto de entidades políticas, sino una unión de naturaleza espiritual —de modo que sí, el imperialismo era efectivamente en él un sucedáneo de la religión—. Debido en gran medida a sus extensas lecturas de Macaulay y los historiadores liberales, su intelecto había quedado impregnado de una teoría del progreso histórico que colocaba en la cima del desarrollo civilizado el hecho de que los pueblos de habla inglesa hubieran adoptado la Carta Magna, la Declaración de derechos y libertades, la Constitución estadounidense y las instituciones parlamentarias. Y todos esos avances estaban difundiendo ahora, sin prisas pero sin pausas, por todas aquellas regiones del mundo en las que esos mismos pueblos ejercían la gobernación. Por consiguiente, la ausencia de la fe cristiana había determinado que el credo churchilliano girase en torno al imperio británico.

Al margen de la educación autodidacta, las lecturas políticas y la reflexión espiritual, hay otro capítulo de la vida de Churchill en Bangalore que todavía no hemos tocado: el vinculado con el hecho de que dedicara buena parte de su tiempo a jugar al polo. Menos de dos meses después de la llegada del cuarto regimiento de húsares, la compañía de Churchill ganaba en Hyderabad la prestigiosa Copa Golconda, tras lo cual el equipo centró todos sus esfuerzos en alzarse con el trofeo que coronaba a la mejor de las diferentes unidades británicas, pese a saber que ningún contingente de caballería del sur de la India había conseguido vencer jamás en ese torneo. También se dedicó a coleccionar mariposas. «Mi jardín está lleno de emperadores púrpura, almirantes blancos y colas de golondrina**[69]**, así como de otros muchos insectos, todos tan hermosos como raros», le comenta a Jack —sin saber que poco después una rata habría de zamparse su muestrario.

El 3 de noviembre de 1896, en Secunderabad, Churchill conoce a Pamela Plowden, de veintidós años, hija de *sir* Trevor Chichele Plowden, un alto funcionario de la administración pública india y antiguo parlamentario. «Desde luego es la chica más guapa que he visto nunca, —le escribe Churchill a su madre al día siguiente—. Tenemos intención de recorrer juntos la ciudad de Hyderabad a lomos de elefante.»**[70]** El noviazgo siguió su curso hasta que, en agosto de 1899, las cosas llegaron a un punto en el que Churchill se siente en condiciones de confesarle a su madre, pese a que todavía ronden activamente a la joven otros pretendientes de mérito: «Yo sé que me ama»**[71]**. Sin embargo, Churchill no tenía dinero para casarse, y, aunque estuviera oficiosamente prometido a la muchacha, Jack tuvo noticia de que había al menos otros tres hombres que consideraban hallarse en la misma posición que él**[72]**.

En el transcurso de los debates surgidos en torno a la cuestión del autogobierno indio en los años treinta del siglo XX se afirmaría periódicamente que Churchill no conocía realmente la situación de la joya de la corona. Aunque es cierto que en esa década Churchill llevaba ya treinta años alejado de la India, no lo es menos que durante su estancia en el

subcontinente había recorrido extensamente su territorio, enviando cartas a amigos y familiares desde Bangalore, la cuenca alta del río Swat, Poona, Trimulgherry en la meseta del Decán, el valle de Mamund[73], el distrito de Seoni, la zona de Guindy, Dhond, la localidad de Itarsi, Nawagai, Umbala, Inayat Qilla, Bajaur, Hyderabad, Raichur, Meerut, Peshawar, el valle del Bara, Bombay, Ootacamund, Madrás, Jodhpur y Calcuta. «El calor es una materia espesa que casi puede moldearse con las manos, —escribe durante la canícula—, te pesa en los hombros como una mochila, y se te aferra a la cabeza como una pesadilla»[74].

Sería también en la India donde Churchill comenzara a beber (fundamentalmente *whisky*, rebajado con enormes cantidades de soda), y en este sentido, lo más importante que aprendió fue a no emborracharse. En el transcurso de su vida él mismo disfrutará describiéndose con los rasgos propios de un gran bebedor, pero resulta notable que sean muy contadas las ocasiones en que dio pie a que se pudiera pensar que alguna vez se hubiera embriagado. (Solo hay un caso en todo el tiempo que duró la segunda guerra mundial, con sus graves tensiones y zozobras, el que se da esa circunstancia.) «He sido educado e instruido para considerar absolutamente despreciables a las personas que empinan el codo, —escribe—, salvo en acontecimientos verdaderamente excepcionales y en un puñado de efemérides»[75]. Pese a toda la propaganda que más tarde habrán de dispersar los nazis y a los chistes que él mismo prodigará sobre su gusto por el alcohol, lo cierto es que Churchill aguantaba excepcionalmente bien la bebida y que rara vez llegó a nublarle el juicio. «Una sola copa de champán le llena a uno de alborozo, —escribe en una ocasión—. Los nervios se apaciguan; la imaginación queda agradablemente estimulada; el ingenio gana agilidad. Sin embargo, una botella entera produce el efecto contrario. El exceso provoca una comatosa insensibilidad. Lo mismo puede decirse de la guerra: la mejor manera de apreciar las cualidades de ambas pócimas consiste en no ir más allá del simple humedecer los labios…»[76] No obstante, todas las pruebas de que disponemos señalan de forma abrumadora que a Churchill le encantaba el alcohol y bebía contantemente, aunque siempre a pequeños sorbos, y que, al ser de constitución robusta, solo raras veces dio muestras de hallarse bajo su influencia.

Siguió siendo víctima de nuevos accidentes. En marzo cayó de un caballo de polo y se lesionó el hombro izquierdo al impactar contra el suelo de piedra —aunque eso no le impidió continuar la partida, ya que optó por atarse las riendas a la muñeca—. El mes siguiente le explotó una bala encasquillada y se le incrustaron varias esquirlas en la mano. En mayo, al embarcar rumbo a Inglaterra para disfrutar de un permiso acumulado de tres meses, se mostrará feliz de abandonar el cuartel, y calificará a la India de «tierra pagana de pedantes y pelmazos»[77]. De camino a casa, en los breves intervalos en que se vio libre del «espantoso» mareo que le producía la navegación, trabará amistad con el coronel Ian Hamilton, encargado de la instrucción y las prácticas de mosquetería en la India, y visitó las ciudades de Pompeya y Roma (para gran fortuna de esta última, dado que en 1944 se negaría a dar luz verde a su bombardeo[78]).

El 26 de julio de 1897, Churchill daba su primer discurso público oficial frente a una audiencia compuesta poco más o menos por un centenar de miembros de la Primrose League en Claverton Down, no lejos de Bath. Tras una escueta referencia al jubileo de diamante de la reina Victoria, celebrado el mes anterior, Churchill abordó el análisis del Proyecto de ley de Compensación para los Trabajadores. «El obrero británico puede fundar mejores esperanzas en la marea ascendente de la Democracia Conservadora que en el reseco pozo sin fondo del radicalismo», dijo con buen olfato[79]. Cosechó a un tiempo carcajadas y aplausos, salpimentó su intervención entreverándola de bromas sobre radicales y liberales, y remató la soflama con una perorata sobre el imperio:

> Hay quienes […] aseguran que en este año jubilar nuestro imperio ha alcanzado la cima de su gloria y su poder, y que por tanto solo podemos iniciar la decadencia, tal y como declinaron en su día Babilonia, Cartago y Roma. No creáis los graznidos de esos agoreros y desmentid su sombrío croar mostrando con vuestras acciones que el vigor y la vitalidad de nuestra raza sigue intacto y que estamos resueltos a sostener el imperio que los ingleses hemos heredado de nuestros padres, que nuestra bandera seguirá flameando en los océanos, que nuestra voz continuará escuchándose en los consejos de Europa, y que el amor de sus súbditos es el mejor respaldo de nuestra soberana. Decidles a esos profetas que proseguiremos la senda que nos ha marcado esa mano omnisciente y que llevaremos a término nuestra misión de hacer llegar la paz, la civilización y el buen gobierno hasta los más recónditos confines de la tierra[80].

Estamos aquí ante la clásica reafirmación del pugnaz imperialismo tardovictoriano. En *Mi juventud*, Churchill recuerda que sus oyentes «lanzaban grandes vítores en los momentos precisos, justo cuando hacía una pausa a propósito para darles la oportunidad de exclamar su aprobación, e incluso en otros pasajes en los que no había yo previsto sus halagos. Al final aplaudieron con fuerza y durante mucho tiempo. ¡Lo que significa que, a fin de cuentas, no se me da del todo mal!»[81]. El *Morning Post*, un periódico que apoyaba a los conservadores, había enviado un reportero al mitin y publicó un breve editorial en el que anunciaba la irrupción de un nuevo disertante en la escena política, aunque el *Eastern Morning News*, de tendencias liberales, comentó con sorna que «el talento político es la menos hereditaria de las virtudes». En realidad, no tardaría en descubrirse que el genio político de Churchill era muy superior al de su padre, y que el discurso de Claverton le había dado la confianza suficiente para comprender que, si continuaba practicando, podía acabar siendo más que competente en sus alocuciones públicas.

Lord Salisbury, que había salido reelegido en agosto de 1895, emprendió una «atrevida» política pensada para proteger al imperio mediante la defensa activa de sus fronteras, sin importar si el punto en el que pudieran verse amenazadas se hallaba próximo o distante. Churchill iba a verse muy pronto en situación de desempeñar una misión para el imperio, y precisamente en «los más recónditos confines de la tierra». En agosto de 1897 se enteró de que, en la frontera noroccidental de los dominios británicos[82], los pastunes estaban protagonizando una revuelta y que eso había determinado que se pusiera a *sir* Bindon Blood al mando de tres brigadas de las Fuerzas Terrestres de Malakand. Churchill solicitó inmediatamente a Blood un puesto en el contingente, a pesar de que el 4.º de húsares no iba a participar en la expedición. Sin embargo, todo lo que consiguió fue una respuesta telegráfica: «Muy difícil; no hay vacantes; venga como corresponsal; trataremos de hacerle un hueco»[83]. En vista de las circunstancias, Churchill pidió un nuevo permiso para ausentarse de su regimiento, ahora por espacio de seis semanas, tomó un tren, cubrió en

cinco días de agobiante calor los más de tres mil kilómetros que separan Bangalore de Naushehra, la estación término desde la que podía acceder al acantonamiento de las Fuerzas Terrestres de Malakand, y se presentó ante sus superiores. Compró también un caballo rucio, es decir, prácticamente blanco debido a su capa canosa —en un deliberado gesto de adquirir notoriedad (dado que al ser tan visible resultaba una montura potencialmente suicida)—. «Lo que más ambiciono en el mundo es adquirir fama por mi arrojo físico», le dirá a Jennie, que le había ayudado a negociar un contrato con el *Daily Telegraph*, dispuesto a pagarle cinco libras por columna[84]. No obstante, era antes que nada un soldado y su primer deber, que consistía en vestir el uniforme del 4.º de húsares, relegaba a un segundo plano su papel de periodista.

El 16 de septiembre de 1897, los doce mil efectivos de las Fuerzas Terrestres de Malakand marcharon en dirección al valle de Mamund. Se trataba de una expedición de castigo destinada a quemar las cosechas del enemigo, talar todos los árboles, cegar los pozos, demoler los depósitos de agua y arrasar las aldeas —todo ello en represalia por las repetidas incursiones que los levantiscos habían llevado a cabo en las zonas sometidas al control británico—. «Claro que es una práctica bárbara y cruel, —escribe Churchill—, como todo cuanto ocurre en una guerra, pero solo una mente poco dada a la reflexión aceptaría considerar legítimo que se le arrebate la vida a un hombre e ilegítimo que se destrocen sus propiedades»[85]. Las poblaciones tribales de la zona efectuaron de cuando en cuando súbitos y letales contraataques, y las tropas inglesas sabían que si alguno de ellos era hecho prisionero sería torturado hasta la muerte. En el plano personal, Churchill desaprobaba la operación, pero los motivos de su crítica no eran de carácter humanitario. Pese a que simpatizase con Blood y le admirara, lo cierto es que achacaba el error de la empresa a la «atrevida» política imperial de lord Salisbury. «Desde el punto de vista financiero el empeño es ruinoso, —le confiará a su madre—. Además es moralmente horroroso, militarmente una incógnita abierta a cualquier posibilidad, y políticamente una equivocación garrafal. Pero ahora no podemos dar marcha atrás.»[86]

Churchill combatió bravamente y fue mencionado en los despachos de guerra tanto por sus muestras de «valentía y resolución» como por «haberse revelado útil en un momento crítico», pero no obtuvo la medalla al valor que tanto ansiaba[87]. «Recorrí en mi garañón gris las líneas en que se libraban las escaramuzas mientras todos los demás se lanzaban cuerpo a tierra para protegerse, —se jactará en una carta dirigida a su madre—. Quizá sea una imprudencia, pero quiero apostar fuerte, y si tengo público no hay nada que se me antoje demasiado audaz ni excesivamente noble. Sin el aplauso de la galería las cosas son muy distintas.»[88] Años más tarde, su parecer sobre la expedición adquirirá tintes más fatalistas. «Ellos querían abatirnos a tiros y nosotros deseábamos hacer otro tanto. Esta es la razón de que muriera tanta gente, aunque en nuestro bando teníamos muy presente que el gobierno imperial tendría que pagar una pensión a las viudas y que otras muchas personas iban a quedar malheridas y condenadas a cojear durante el resto de su vida. Aun así, todo resultaba extremadamente emocionante, y para cuantos no acabaron en la fosa o físicamente tocados, también muy divertido.»[89] Menos divertida iba a revelarse en cambio la muerte de su amigo el teniente William Browne-Clayton, del Regimiento Real del Kent Occidental, que «volvió literalmente hecho pedazos en una camilla, —le dice a su madre—. Debo señalar como raro acontecimiento el hecho de que no pudiera reprimir las lágrimas», escribe[90]. En realidad, ya en la edad madura, Churchill revelaría ser extraordinariamente propenso al llanto.

Al regresar a Bangalore en octubre comenzó a escribir su primer libro: *The Story of the Malakand Field Force*: An Episode of Frontier War, furioso al descubrir que el *Daily Telegraph* había publicado sus artículos con un pie de autor en el que decía: «Un joven oficial», en lugar de citar su nombre. Se quejó amargamente a su madre y le señaló que había escrito todos aquellos textos con la intención de «darme a conocer al electorado. Había acariciado la esperanza de obtener algún tipo de rédito político»[91]. Ella le contestó que el hecho de que un oficial del ejército se dedicara a escribir artículos de prensa era algo «más que insólito, y podría haberte acarreado muchos problemas»[92]. «Si voy a tener que evitar hacer cosas “insólitas” no acierto a entender cómo voy a aumentar mis posibilidades de

elevarme por encima del común de los mortales, —fue la réplica de él—. Estaba orgulloso de mis escritos y anhelaba fiar mi reputación a su éxito.» La eventualidad de acabar convertido en una persona común y corriente provocaba poco menos que terror en el joven Churchill, que necesitaba desesperadamente que se le considerara un individuo notable si quería encandilar a los electores de la circunscripción capaz de elevarle al parlamento, ya que en esa época las asociaciones políticas podían elegir de forma autónoma a sus representantes, y si no alcanzaba la notoriedad deseada, los candidatos conservadores más acaudalados, que tenían la facultad de prometer importantes contribuciones a las arcas de esas mismas asociaciones, podían acabar aventajándole.

En noviembre de 1897, cumplidos ya los veintitrés años, Churchill escribirá un artículo titulado «*The Scaffolding of Rhetoric*»**[93]**. Pese a que hasta ese momento solo hubiera pronunciado dos discursos, uno de ellos ante una audiencia formada por jóvenes calaveras y prostitutas durante una especie de tumulto surgido en la parte de atrás de un teatro de variedades, lo cierto es que ya había empezado a dar muestras de que dominaba totalmente la teoría de la oratoria pública, aunque todavía no fuera un maestro consumado de su práctica. Buena parte de cuanto escribió en este período juvenil acabaría revelándose cierto una y otra vez a lo largo de su vida:

> De todos los talentos que le son concedidos al hombre, ninguno es tan precioso como el don de la oratoria. Quien lo posea estará llamado a ejercer un señorío más perdurable que el de un gran rey. Será una fuerza independiente en el mundo. Aunque se vea abandonado por su partido, traicionado por sus amigos y despojado de sus cargos, quien logre embridar este poder seguirá constituyendo un enemigo formidable […]. Ninguna reunión de graves ciudadanos, blindada por todo el cinismo de nuestra prosaica época, será capaz de resistirse a su influencia. Sus oyentes pasarán del silencio circunspecto a una aprobación a regañadientes, para finalmente revelarse completamente coincidentes con quien les habla. Los aplausos se harán más fuertes y frecuentes; el entusiasmo crecerá por momentos; y finalmente la masa íntegra se agitará convulsa al ritmo de unas emociones que no tiene en su mano controlar, conmovida por un conjunto de pasiones cuyas bridas se habrá resignado a aflojar […]. Es claro que existen invariablemente ciertos rasgos comunes a los más encumbrados discursos de la lengua inglesa […]. La plena capacidad retórica no se otorga ni se adquiere, ha de cultivarse. La particular personalidad y talento del conferenciante emanan de su naturaleza, pero su desarrollo depende del estímulo que le procura la práctica. El orador es real; la retórica parcialmente artificial […]. El orador es la

> encarnación de las pasiones de la multitud […]. Y antes de que le sea dado provocar las lágrimas de cuantos le atienden, será preciso que él mismo rompa a sollozar. Para convencer al público, él mismo ha de creer en lo que dice. Puede caer a menudo en la contradicción. Pero jamás ha de ser deliberadamente falso[94].

De nadie podrán predicarse con mayor razón que del mismo Churchill estas verdades.

«Hay veces en que un leve y cuasi grato tartamudeo o dificultad en el habla contribuye en parte a lograr que la audiencia preste atención a lo que se le dice, —escribe Churchill en su artículo—, pero lo habitual es que una voz clara y sonora exprese mejor los pensamientos». Churchill tendía a cecear, pues desde la más tierna juventud había dado a la letra «s» el sonido «sh». En su día le había tratado incluso *sir* Felix Semon, el médico real, y este le había dicho que solo la práctica y la perseverancia podrían remediar el problema, ya que no tenía ningún defecto orgánico ni en la boca ni en la lengua. Había repetido por tanto, una y otra vez, la frase: «No puedo ver los barcos españoles porque no se hallan a la vista»[95].[96] En 1905, Churchill pedirá a Semon que le libre de un ligamento que tiene en la lengua y que es a su juicio extraño, cosa que, por fortuna, el doctor se negó a hacer[97]. Durante muchos años, sus sibilantes «s» se dejarán notar con toda claridad. Incluso en una fecha tan tardía como la de 1913, un periodista parlamentario hallará ocasión de escribir: «Solo ese defecto de dicción habría sido capaz de hundir a la mayoría de los hombres, pero con la tremenda energía de su intelecto y sus ademanes, el señor Churchill consigue hacérnoslo olvidar»[98]. Y como muestra el artículo al que nos hemos estado refiriendo, Churchill era perfectamente consciente de ese impedimento, pero no consideró que pudiera constituir un estorbo para su carrera política.

Churchill creía que toda gran oratoria constaba de cinco «elementos». El primero de ellos era la «exacta valoración de las palabras, —esto es—, el constante empleo de la voz más pertinente». Él fue quien introdujo el término «adusto» para describir a los escoceses. Creía que lo mejor era valerse de «vocablos cortos y prosaicos de uso común». Sin embargo, aunque las palabras fuesen breves, no tenía por qué suceder lo mismo con las frases —siempre que dispusieran de un adecuado ritmo interno—. El

segundo elemento de la oratoria era su eufonía: «Es bien sabido que el sonido ejerce una notable influencia en el cerebro humano, —escribe—. Cuando echa mano de su arte, las frases del orador se dilatan y fluyen con sonoridad. El particular equilibrio entre los diferentes enunciados genera una cadencia que se parece más al verso libre que a la prosa.»[99] Esta referencia al verso suelto es un reflejo de la pasión que toda su vida le inspiró Shakespeare, cuyas obras tuvieron un profundo impacto tanto en su oratoria como en su estilo literario y en su percepción de la excepcionalidad británica —sin olvidar que también influirían en su curiosa práctica de años posteriores, consistente en redactar en forma de versos libres las notas de sus discursos—. (También idearía, a modo de divertimento, versos a imitación de Shakespeare que en más de una ocasión conseguirían confundir a personas menos familiarizadas que él con las obras del gran dramaturgo.)

El tercer elemento de la oratoria será la constante acumulación de tesis argumentales. «Se sacan a relucir una serie de hechos, pero todos ellos deben apuntar en una misma dirección, —señala—. Las masas prevén la conclusión, de manera que las últimas palabras son recibidas con un asentimiento atronador.»[100] El cuarto factor era el empleo de la analogía, una figura retórica que tiene la virtud de «traducir al lenguaje corriente una verdad bien consolidada». En su artículo, Churchill incluye aquí algunos ejemplos sacados tanto de los discursos de lord Salisbury y Macaulay como de los de su mismo padre, citando su observación de que «Nuestra gobernación de la India es, por así decirlo, una balsa de aceite que resguarda y protege de las tormentas un vasto y profundo océano de humanidad»[101]. Churchill emplea constantemente la analogía en sus disertaciones, y lo hace de un modo aparentemente natural, pero como revela este artículo, fue siempre un elemento enmarcado en una refinada y bien ponderada vocación artística.

«En la mayor parte de las peroratas se aprecia con claridad una dislocada propensión a la prodigalidad verbal, y con esa profusión se llega a conseguir que la razón se retraiga, —anota Churchill como quinto y último elemento—. Las emociones del orador y los oyentes se yerguen unánimes, así que es preciso encontrar una forma expresiva que simbolice todo cuanto

experimentan. Por regla general, esa fórmula encarna en una expresión extrema de los principios que todos sostienen […]. En el pugilato político, este locuaz derroche tiene un efecto tremendo. Las consignas descubiertas pasan a ser el santo y seña de los partidos y a informar el credo de las nacionalidades.»[102] Para mostrar que al orador le es imposible «sustraerse al doble deseo de expresar sus opiniones con fórmulas extremas y de llevar la argumentación a sus últimas consecuencias», Churchill citará en esta ocasión los discursos de William Pitt el Viejo y del gran retórico estadounidense William Jennings Bryan[103].

A lo largo de toda su carrera política, Churchill será criticado por recurrir en sus discursos a un lenguaje exagerado y desmedido. Pocas personas alcanzarán a percibir que ese efecto era enteramente deliberado y que constituía de hecho una parte inseparable de su técnica oratoria. Churchill concibió todas estas «extravagancias», como él las llama, con el objetivo de alcanzar la fama, captar la atención del público y mantenerse en el epicentro del debate, pero también contribuyeron a enzarzarle en un gran número de polémicas y a alentar agrias desconfianzas. Y cuando finalmente se cierna sobre Europa la siniestra amenaza de la segunda guerra mundial, el ascenso de Hitler terminará de justificar cabalmente la eficacia de la herramienta hiperbólica que él mismo había venido empleando durante décadas en asuntos muy distintos y mucho más amables.

A Churchill también le gustaba echar deliberadamente mano de palabras anticuadas. En la conclusión de una de las cartas que envía a su madre en 1898 dice: «Termino ya por miedo a fatigarte […]. *Adieu*» —una fórmula de indudable sabor arcaizante aun en este crepúsculo de la era victoriana—. En los discursos del período bélico utilizará con frecuencia, y con notable efecto, el vocabulario anacrónico, recurriendo por ejemplo al término «contrincante» antes que al de «enemigo» y a expresiones como «otrora» o «antaño» para aludir a los tiempos pretéritos.

Churchill tuvo la buena fortuna de que su trabajo sobre «El andamiaje de la retórica» no llegara a publicarse, ya que habría socavado la eficacia de sus futuras declamaciones públicas. Sin embargo, muchas de sus grandes proclamaciones de la segunda guerra mundial se ajustarán con extraordinaria meticulosidad a todos los elementos del quinteto retórico que

anuncia en este crucial ensayo —que sin embargo está escrito con más de cuarenta años de antelación—. Palabras pulcramente escogidas; frases de cuidada estructura; acumulación argumental; empleo de la analogía; despliegue de excentricidades… Esos son los cinco mimbres retóricos del mayor orador de su generación. Churchill corona su artículo con una frase gibboniana: «A quien estudia la elocuencia se le permite acariciar la esperanza de que la naturaleza le revele al fin, gracias a la observación y la perseverancia, las claves del corazón humano»[104].

En las cartas que Churchill envía por esta época, tanto a su madre como a otras personas, late la constante sensación de que ya por entonces tenía conciencia de estar escribiendo para la posteridad. «Para un filósofo, queridísima mamá, las balas no valen un ardite, —le dirá a Jennie desde Bangalore en vísperas de la Navidad de 1897—. Además, me envanece la creencia de que los dioses no se habrían dignado a crear un individuo dotado de la formidable energía que poseo si pensaran darle un fin tan prosaico. En cualquier caso, no tiene la menor importancia […]. La fama, tan despreciada, degradada y vista con ojos de melodrama, sigue siendo lo mejor de este mundo.»[105] Como tantas veces ocurre en la correspondencia de Churchill, es importante tener presente que acostumbraba a decir las cosas, como mínimo, medio en broma. Es muy frecuente que sus detractores pasen por alto el hecho de que el propósito de gran parte de lo que decía y escribía se orientara mucho más a encandilar y a divertir que a ser entendido en un sentido estrictamente literal. En cualquier caso, en su vanidad se cuela siempre ese punto de ironía introspectiva que es propio de quien tiende a reírse de sí mismo, lo que evita que resulte antipática. Así viene a desvelarlo él mismo en otra carta dirigida a su madre: «Desde luego, como ya habrás podido comprobar desde hace algún tiempo, tengo una gran confianza en mí mismo»[106].

«He de dedicar mi vida a la preservación de este gran imperio y a tratar de conservar el progreso del pueblo británico, —escribe en esa misma carta de diciembre de 1897—. Y tampoco pienso dar pie a que nadie encuentre motivos para decir que alguna vez me movieron las vulgares

consideraciones vinculadas con la seguridad personal. Me conozco bastante bien y no ignoro la parte de oropel y circunspección que lastra mi carácter, pero si alguna situación hay en la que no me avergüence de mí mismo es la que vivo en el campo de batalla.»[107] La cobardía en combate formaba parte de esa inaceptable «vulgaridad» que rechazaba.

En enero de 1898, Churchill pasa sus diez días de permiso navideño en Calcuta y se aloja en casa del conde de Elgin, el virrey de la India. Dedicará ese tiempo de asueto a buscar la forma de presionar a sus amistades influyentes y a conseguir de ese modo que se le asigne un puesto en una nueva expedición que pronto deberá partir al valle de Tirah, en la frontera noroccidental de la India británica. Tocará todas las teclas que pueda, llegando incluso a tantear al mismísimo comandante en jefe del ejército. Las personas que más le ayudarán en el empeño serán el coronel Ian Hamilton y el ayudante de campo del jefe de la expedición, el capitán Aylmer Haldane, pero para total consternación de Churchill, la operación acabará zanjándose por medio de una serie de negociaciones con los caudillos tribales. No se escribiría por tanto ninguna *Story of the Tirah Field Force*. «Vivimos en una época de lucha y hemos de luchar con los mejores», le dirá a su madre[108]. No resulta demasiado sorprendente que sus contemporáneos estuvieran empezando a considerarle un agresivo arribista proclive al autobombo y el coleccionismo de medallas. «Coincidía muy a menudo con un subalterno bisoño y consentido del 4.º de húsares que hablaba por los codos», recuerda el capitán Hubert Gough.

> Se llamaba Winston Churchill. Acababa de regresar de los choques que se habían producido al norte de Peshawar […]. Solía pavonearse ante las balas […], y no temía dar lecciones a tirios y troyanos ni explicar a todo el mundo, con el más absoluto aplomo, cuál era la mejor forma de enfocar las operaciones […]. Se había formado en el 16.º de lanceros, y desde luego yo no aprobaba en absoluto su actitud no carente de engreimiento. Ese tipo de petulancia jamás se habría tolerado en nuestro cuartel, pero en el comedor de artillería de Peshawar nadie intentó pararle los pies, ni los numerosos generales que se reunían en la sala ni ningún otro oficial. Por esa época solía preguntarme cómo es que los comandantes se lo permitían, aunque ya entonces empezaba a ser vagamente consciente de que en realidad les asustaba bastante, no solo su persona, sino sobre todo el afilado acero de su pluma[109].

Tanto Gough como el resto de los militares que le criticaban apenas concedían valor alguno al hecho de que Churchill se precipitara una y otra vez a los puntos más peligrosos de una refriega en lugar de intentar alejarse de ellos.

Al regresar a finales de enero, le aguardaban en Bangalore preocupantes noticias económicas. Para reorganizar su situación financiera, Jennie quería solicitar un préstamo de 17 000 libras esterlinas (aproximadamente 1,7 millones de libras actuales), lo que exigía el consentimiento de su joven hijo —Jack era todavía menor de edad—, dado que la garantía del crédito iba a ser el fideicomiso de lord Randolph. «Permíteme que aborde el tema con toda franqueza, —le dirá Churchill—, es indudable que tanto tú como yo somos de natural inconsciente, manirroto y sibarita. A los dos nos llama todo lo bueno, y a los dos nos gusta procurárnoslo. Dejamos para el futuro las providencias del pago […]. El quid de la cuestión es que somos condenadamente pobres»[110]. Pese a todo, firmará los documentos y le escribirá a Jack una carta de tono pesimista en la que exclama: «Lo único que me preocupa en la vida es… el dinero»[111].

El 15 de marzo se publica al fin, y con excelentes críticas, *The Story of the Malakand Field Force*, un libro con el que el autor obtendrá una suma equivalente a dos años de paga. La persona que se había encargado de corregir las galeradas —espantosamente mal, por cierto— había sido Moreton Frewen, tío de Churchill, al que este encasquetará en lo sucesivo el elocuente apodo de «Mortal Ruina». Pese a todo, en el augusto estilo prosístico de la obra se desgranan muchos epigramas y generalizaciones de carácter claramente churchilliano, de entre los que sobresalen a mi juicio estos ejemplos: «El valor no es solo común, sino cosmopolita»; «Toda influencia, todo motivo que espolee el instinto asesino entre los hombres empuja a estos alpinistas a la perpetración de traicioneras y violentas fechorías»; «Es preferible protagonizar una noticia que encajarla, como mejor es también la posición del actor que la del crítico»; «No hay nada en la vida que resulte tan tonificante como ser blanco de los disparos del rival, sin resultado»[112].

El texto no se limita a exponer sin más las tácticas de la campaña de Malakand, sino que expresa también lo que Churchill piensa del plan

estratégico general y de la índole del adversario al que hubo de enfrentarse el imperio británico en lo que hoy es la zona fronteriza que separa Afganistán de Pakistán. Churchill se muestra crítico con la cúpula militar británica, pero no censura en ningún momento al propio Bindon Blood. «El general que evite todo "arranque", —escribe—, el que no se levante nunca por las mañanas anhelando un buen combate y carezca de toda intención definida, el que no intente una sola gesta heroica y mantenga la vista fija en el reloj, a ese le esperan pocas bajas y muy escasa gloria»[113]. Fue también muy crítico con los talib, los miembros de la tribu que acabará dando nombre a los talibanes, en la actual acepción del término. Se trataba, según escribe, de «una raza tan degradada como todas las que bordean los límites de la humanidad: atacan con la ferocidad del tigre, pero con menos limpieza; tienen la peligrosidad del felino, pero no su prestancia»[114]. Estaba convencido de que su empeño en observar la más rígida forma del islam dejaba al pueblo afgano en «manos de una miserable superstición»[115]. Churchill consideraba que su «religión, que se distingue de todas las demás por haberse fundado y propagado a golpe de espada […], nutre un furibundo y despiadado fanatismo»[116]. El islam, añade,

> contribuye más a acrecentar que a disminuir el celo de la intolerancia. Fue el acero lo que le abrió el camino, y desde entonces sus partidarios se han visto atados, más que las gentes de otros credos, a esta suerte de locura, lo que determinó que se esfumaran en un instante, como por ensalmo, los frutos de la labor paciente, cualquier perspectiva de prosperidad material, y hasta el miedo mismo de la muerte. A los pastunes de más acusadas tendencias emocionales les resulta imposible resistirse al hechizo, pues quedan barridas todas las consideraciones racionales, y por eso toman las armas y se convierten en gazis [exaltados liquidadores de infieles], en amenazadores e insensatos perros rabiosos, con lo que solo como a tales puede tratárseles.

«La civilización se enfrenta al mahometismo militante, —concluye—. Las fuerzas del progreso chocan con las de la reacción. La religión de la sangre y la guerra se encara con la de la paz, aunque por fortuna, la doctrina de la concordia es por regla general la que cuenta con mejores armas.»[117] Tanto en la frontera noroccidental de la India británica como poco después en el Sudán, Churchill tendrá ocasión de contemplar de cerca el rostro del fanatismo islámico. Esto le puso en contacto con una forma de intolerancia que no difería demasiado, en muchos de sus aspectos clave —como su

carácter pura y simplemente implacable, su desprecio del cristianismo, su oposición a los valores liberales de Occidente, su adicción a la violencia, su demanda de una entrega absoluta, etcétera—, del fanatismo político con el que le tocaría lidiar cuarenta años más tarde. Ninguno de los tres primeros ministros británicos de la década de 1930 —Ramsay MacDonald, Stanley Baldwin y Neville Chamberlain— había tenido jamás el más mínimo roce personal con ese extremismo, lo que explica en parte su trágica tardanza en discernir la naturaleza de la ideología nazi. Churchill, en cambio, había combatido en su juventud ese sectarismo orate, y eso le permitió detectar antes que nadie las características más sobresalientes del hitlerismo.

Lejos de la India estaba fraguando lentamente un conflicto entre el imperio británico y las potencias islámicas que no iba a poder dirimirse con negociaciones. El imperio mahdista liderado por Abdalá al-Taashi, conocido con el sobrenombre de «El Califa», comprendía los actuales territorios del Sudán y el Sudán del Sur, junto con algunas partes de Etiopía y Eritrea. Nada menos que treinta años después de que el predecesor de El Califa, Muhammad Ahmed (el «Mahdí[118]»), hubiera conquistado Jartum y dado muerte al general británico Charles Gordon, el gobierno de lord Salisbury se decidía finalmente a enviar a la zona una expedición anglo-egipcia, al mando del general de división *sir* Herbert Kitchener, para vengar la afrenta y proteger las regiones meridionales de Egipto, sujetas al control británico.

Churchill deseaba ardientemente combatir en la inminente campaña sudanesa. «Redobla tus esfuerzos en ese sentido, —le pidió a Jennie—. Este asunto afectará grandemente a mis planes de futuro.»[119] Es posible que, de cuando en cuando, Churchill se mostrara sumamente cáustico al dirigirse a su madre —que sin embargo hizo siempre todos los esfuerzos posibles al promocionar la carrera de Winston y negociar sus contratos—, pero lo cierto es que, tras su fallecimiento, él admitirá que, «en mi interés, no omitió tirar de ningún hilo ni piedra sin revolver: siempre arrimó el ascua a mi sardina»[120]. La comprensión de sus talentos y su ambición habían acabado por despertar al fin su instinto maternal. No obstante, el problema

que se oponía a los designios de ambos consistía en que tanto Kitchener como Douglas Haig, su oficial de Estado Mayor, eran totalmente contrarios a la participación de periodistas en la expedición, máxime tratándose de uno de tan dinámico y prominente perfil como Churchill, que llevaba fama de confiar a la imprenta sus críticas al generalato[121]. «Fue un caso de desamor a primera vista», escribiría Churchill con el tiempo[122]. Sin embargo, la decisión no obedecería exclusivamente a razones personales. Kitchener declaró al corresponsal del Times que el hecho de que Churchill no tuviese intención de permanecer en el ejército y de que «únicamente lo estuviera utilizando a su conveniencia» le había llevado a concluir que no tenía sentido que «ocupara el lugar de otros cuya profesión sí estaba en juego»[123].

Al regresar a Inglaterra, durante otro permiso, le llegó a Churchill una carta del secretario privado de lord Salisbury en la que se le convocaba a una entrevista con el primer ministro en su despacho del edificio de Asuntos Exteriores. «Acudió a recibirme a la puerta, —recordará más tarde Churchill—, y tras un simpático y cordial gesto de bienvenida, me saludó y me invitó a tomar asiento en el pequeño sofá situado en el centro de su inmenso bufete»[124]. Salisbury, que había echado a rodar la carrera política de lord Randolph de la noche a la mañana, dijo estar dispuesto a ayudar a su hijo. Podría haberse tratado de un mero aspaviento de afectada delicadeza, pero desde luego Churchill le tomó inmediatamente la palabra[125]. Salisbury escribió a lord Cromer, el alto comisionado[126] de Egipto, y le solicitó que intercediera en favor de Churchill y le enviara una carta de recomendación a Kitchener —diligencia que sin embargo dejó impertérrito al general—. Al final, sería *lady* Jeune, la esposa de un amigo de la familia, que cultivaba a su vez la amistad de *sir* Evelyn Wood, el oficial superior al frente del aparato administrativo del ejército, la que conseguiría que Churchill obtuviera un puesto como teniente supernumerario agregado al 21.º de lanceros —y gracias a que el reciente fallecimiento del teniente P. Chapman había generado una vacante—. El 21.º de lanceros fue el único regimiento británico de caballería que se incorporó al ejército anglo-egipcio de *sir* Herbert Kitchener.

Churchill fue destinado al cuartel de su unidad en El Cairo, en el que se le ordenó presentarse a la mayor brevedad. «En el bien entendido de que se desplazará usted por cuenta propia, —puntualizaba el despacho de la Oficina de Guerra—, y de que en caso de que resulte muerto o herido en el transcurso de las inminentes operaciones, o por cualquier otra razón, no podrá reclamarse cantidad alguna a los fondos del ejército británico»[127]. Por medio de su amigo Oliver Borthwick, cuyo padre era propietario del *Morning Post*, Churchill logró cobrar quince libras por columna, una tarifa que triplicaba la que había aceptado en la expedición a Malakand. En seis días se presentó en El Cairo, tras embarcar en Marsella en un vapor volandero[128] a fin de que el ejército indio no pudiera contactarle, ya que todavía no había podido solicitar el preceptivo y nuevo permiso que necesitaba. Una vez en Egipto, se dijo, no sería fácil que le obligaran a reincorporarse.

Capítulo 3

De Omdurmán a Oldham, vía Pretoria

Agosto de 1898 - octubre de 1900

¿Anhelas ascender en la consideración del mundo? […]. Tendrás que trabajar mientras otros se divierten. ¿Deseas labrarte fama de valiente? Pues has de arriesgar la vida.

Churchill, *Savrola*[1].

Un espectáculo magnífico. Se me saltaron las lágrimas y el corazón quería salírseme del pecho. Las encallecidas, mugrientas y tiznadas tropas de rostro atezado parecían de acero, en contraste con la cerúlea palidez y los pulcros uniformes de los defensores.

Comentario de Churchill a *sir* George Riddell durante la entrada de las tropas británicas en la localidad de Ladysmith[2].

El 2 de agosto de 1898, en el acantonamiento de Abbassia, en El Cairo, Churchill desfila enfundado en su uniforme caqui adornado con polainas y un cinturón Sam Browne, del que penden el revólver y los binoculares de campaña. Desde ahí partirá en dirección al cuartel general de Kitchener, a las afueras de Jartum, pasando antes por Luxor, Asuán, el Templo de Filé y Wadi Halfa en un viaje que le obligará a cruzar en tren cerca de 650

kilómetros de desierto (por un tendido de vías férreas construido específicamente para esta campaña). Quince días después llegará a Jartum, donde «las aguas del poderoso Atbara confluyen con las del imponente Nilo»[3]. La travesía no estuvo exenta de peligros: el oficial que había partido de El Cairo justo antes que él, al frente de un destacamento de lanceros, cayó en una emboscada y murió en acción, junto con todos sus hombres[4]. Al quedar aislado del convoy, Churchill pasó una noche terrible, sin agua ni comida, perdido en pleno desierto a mediados de agosto. Anduvo errando más de cien kilómetros, hasta que finalmente consiguió contactar con su unidad, orientándose gracias a «la magnífica constelación de Orión. Jamás vi mayor esplendor al mitológico gigante», escribirá tiempo después. Las estrellas le habían guiado hasta el Nilo, y es muy probable que le salvaran la vida[5].

El 28 de agosto, el ejército anglo-egipcio inició su avance. «Podíamos sentir la fuerza del sol abatirse sobre nosotros y taladrarnos con sus ardientes rayos», recuerda Churchill[6]. Transcurridos apenas cuatro días, el coronel Rowland Martin, el oficial al mando del regimiento, le ordenó informar a Kitchener de que el ejército de El Califa, integrado por algo más de cincuenta mil guerreros derviches[7], se acercaba rápidamente hacia ellos, formando una columna de siete u ocho kilómetros de largo.

En cuarenta minutos, Churchill cubrió a medio galope los diez kilómetros de territorio desértico que le separaban del general, hasta topar de frente con el ejército de Kitchener, que marchaba en formación de combate. El comandante le preguntó cuánto tiempo creía que faltaba para que los dos contingentes se encontraran cara a cara. «Tiene usted al menos una hora, —aventuró Churchill—, probablemente hora y media, señor, aun en el caso de que continúen avanzando al mismo paso que ahora llevan»[8]. Sin embargo, los derviches decidieron hacer un alto y esperar el alba en Omdurmán, en las inmediaciones de Jartum, mientras los 25 800 efectivos de Kitchener tomaban posiciones, con el Nilo guardándoles las espaldas.

Churchill regresó al regimiento, donde le recibió con vítores el teniente David Beatty, un oficial que capitaneaba una lancha cañonera que patrullaba el río. Beatty le lanzó una botella de champán, con tan mala fortuna, refiere Churchill, que «cayó en las aguas del Nilo. Sin embargo, la

graciosa Providencia decretó que en ese punto la profundidad fuera escasa y el fondo cenagoso. Me metí en la corriente hasta las rodillas, y estirándome cuanto pude conseguí atrapar la preciosa dádiva, que mis compañeros y yo llevamos triunfalmente en andas hasta nuestro refectorio»[9]. Un año más tarde, Churchill le comentará a uno de sus conocidos, un estadounidense, que esa noche los oficiales jóvenes se lo pasaron de lo lindo entonando canciones infantiles, un género que Churchill dominaba, ya que, según cuentan, disponía de «un amplio surtido de rimas que además traía muy ingeniosamente a colación cada vez que se terciaba»[10].

«El sol no parece ya tan abrasador ni las horas tan largas, —escribe Churchill el año siguiente—. A fin de cuentas, los derviches ya estaban allí, así que no habíamos trabajado en balde. Las fatigas de la marcha, el calor, los insectos, las incomodidades —todo lo olvidamos—. Habíamos "establecido contacto", y eso es algo maravilloso, puesto que hace que todas las cosas de la vida vibren con el luminoso y vívido caudal de la emoción, algo que los placeres de la caza, el arte, el intelecto o el amor jamás alcanzan a superar y que rara vez igualan.»[11] Treinta años más tarde, escribirá: «¡No me habléis de diversión! ¡No veo cómo podríais superar esto: a caballo; al romper el día; a tiro de un enemigo que avanza hacia vosotros; viéndolo todo con ojos nuevos y haciendo labores de enlace con el cuartel general…!»[12]. Escribiendo frases como esta, a nadie debería extrañarle que Churchill se hiciera una reputación de hombre belicoso, amante de la guerra, pese a lo difícil que le resultó siempre explicar que los combates que relataba con tanto entusiasmo estaban a años luz de los industrializados horrores de la primera guerra mundial. En la única crónica de primera mano disponible, aparte de esta, que también fuera escrita inmediatamente antes de entrar en acción —la del capitán Robert Smyth—, se aplica a Churchill el sobrenombre de «El Corresponsal» y se le critica severamente por haberse expuesto al peligro durante una misión de reconocimiento al permanecer sobre su caballo mientras los demás desmontaban. «Al verlo, los fusileros del contingente central enemigo dispararon dos ráfagas, —señala Smyth—. Escuchamos claramente el silbido de sus balas, que fueron a impactar en unas piedras, verdaderamente cerca de nosotros.»[13] Por fortuna, recibieron inmediatamente la orden de

retirarse, y al abroncar el ayudante de la compañía a Smyth por haber puesto innecesariamente en peligro su vida, este respondió con sobrada razón: «La culpa ha sido de El Corresponsal».

El viernes 2 de septiembre de 1898, la carga de caballería que efectuó el 21.º de lanceros del ejército británico en la batalla de Omdurmán superó a todas las realizadas en los cuarenta años anteriores, ya que nadie había visto nada igual desde el conflicto de Crimea. Y a pesar de que aún habrían de producirse unas cuantas réplicas en tiempos de la contienda de los bóers y la Gran Guerra, la embestida de Omdurmán estaba llamada a ser también la última acometida montada realmente significativa de toda la historia inglesa. A lomos de «un habilidoso potro árabe que conocía a la perfección el terreno que pisaba», Churchill quedó al mando de una tropa de veinticinco lanceros. Cuando el regimiento se abalanzó sobre el adversario, buena parte de los derviches enemigos permanecían ocultos en un cauce seco, de modo que los británicos no se dieron cuenta de que los mahdistas les superaban en número, en una proporción aproximada de diez a uno, hasta después de iniciada la carga**[14]**. «Avanzábamos con rapidez, a galope sostenido, —escribirá más tarde Churchill—. El estruendo de los cascos de los animales y del crujir de los fusiles era tan ensordecedor que nadie alcanzaba a escuchar siquiera el zumbido de las balas. Tras echar un vistazo a derecha e izquierda para ver a mis soldados, volví a clavar la vista en el rival. La escena que se abrió ante mis ojos pareció de pronto enteramente diferente. El fogonazo de las descargas continuaba moteando la tornasolada masa negruzca de los hombres que teníamos enfrente, pero ahora empezamos a vislumbrar tras ellos una suerte de depresión como la de un sendero levemente hundido. La cañada estaba infestada de derviches, y todos se levantaron a una, abandonando los escondrijos en que habían permanecido ocultos. Y entonces, como por arte de magia, comenzaron a flamear cientos de brillantes banderolas.»

Al aproximarse, Churchill comprendió con un destello lo que había que hacer.

> En los puntos de mayor densidad, los derviches parecían apiñarse en filas de diez o doce en fondo, como una inmensa masa gris que, salpicada por el brillo del acero, corría como un torrente por la cárcava reseca. En un abrir y cerrar de ojos vi que nuestro flanco

> derecho coincidía con el izquierdo del enemigo, que mis tropas iban a chocar con el extremo de su enmarañada formación, y que los hombres de mi diestra estaban a punto de arremeter contra la nada. Mi camarada subalterno del ala derecha, Wormald, del 7.º de húsares, se percató igualmente de la situación, y ambos aumentamos la velocidad, lanzándonos al galope tendido y curvando hacia dentro los aleros del contingente hasta formar una media luna. Realmente no había tiempo para el miedo ni hueco para un solo pensamiento que no fuera el de esas acciones necesarias […]. Ocupaban por completo nuestras mentes y sentidos[15].

Al precipitarse al fondo de la quebrada, perdida buena parte del impulso de la carga a causa del imprescindible golpe de rienda, Churchill pasó el momento de mayor peligro personal. «Me encontré rodeado por decenas de adversarios», recuerda.

> Justo ante mí un hombre se arrojó al suelo […]. Vi relucir su cimitarra mientras la alzaba para desjarretar a mi caballo. Tuve espacio y tiempo suficientes para tirar de la brida y poner al potro fuera de su alcance, e inclinándome a un costado le descerrajé dos tiros a menos de tres metros de distancia. Volví a erguirme sobre la silla, vi de frente otra silueta con la espada levantada. Saqué la pistola y abrí fuego. Estábamos tan cerca que incluso llegué a golpearle con el arma. El hombre y su alfanje desaparecieron bajo mi montura y los dejé atrás. Diez pasos a mi izquierda surgió un jinete árabe de reluciente túnica y yelmo metálico con gollete de malla. Le disparé. Se hizo a un lado[16].

Churchill vio que las otras tres unidades del escuadrón se reagrupaban muy cerca de allí. «De pronto, en medio de los soldados, emergió un derviche […]. Le disparé a menos de un metro.»[17] En el confuso combate cuerpo a cuerpo que siguió, Churchill mató a cuatro hombres con la pistola máuser automática de cargador de diez cartuchos que por fortuna estaba utilizando en vez de la espada —debido precisamente a la reducción de movilidad del brazo que padecía desde que se dislocara el hombro derecho en Bombay—.[18] Poco después las huestes de El Califa tocaban a retirada. «De la zona en que se había desplegado el enemigo, —recuerda Churchill —, empezaron a llegar entonces, una tras otra, lentas apariciones macabras: caballos que vomitaban sangre, penosamente sostenidos en tres patas, hombres que trastabillaban, perdidos, soldados ensangrentados y cubiertos de terribles heridas, traspasados de lleno por el garfio de las alabardas, mutilados el rostro y los brazos, con las entrañas por fuera, jóvenes ahogados por un agónico jadeo que rompían a llorar y se desplomaban antes

de entregar el alma…»[19]. Fue una escena que más tarde habría de evocar siempre que se propusiera recordar a la gente el espanto de la guerra.

«En ningún momento me vi asaltado por el más mínimo nerviosismo, y obré con la misma calma que ahora», le explica dos días después a su madre al escribirle acerca de la carga[20]. La importancia de mantener el ánimo templado y elevada la moral frente a dificultades de envergadura quedaría vívidamente patente en Omdurmán. Después de la ofensiva, Churchill encontró más de veinte lanceros «tan despedazados y rotos que apenas había forma de reconocerlos»[21]. En los dos o tres minutos que duró la acción, el regimiento perdió, entre muertos y heridos, cinco oficiales y sesenta y cinco soldados —prácticamente la cuarta parte del contingente que había intervenido en el choque—, así como ciento veinte caballos. «No vi nada *dulce et decorum*[22] en las bajas derviches, —escribirá Churchill más tarde—, nada de la dignidad propia de una inconquistable hombría; solo una corrupción obscena. Y sin embargo, aquellos hombres eran los más bravos que jamás hayan hollado la superficie de la tierra […], pero fueron laminados, que no conquistados, por un rodillo mecánico»[23].

En la batalla de Omdurmán, el ejército de El Califa fue aplastado por el batallón anglo-egipcio, extremadamente disciplinado y provisto del más moderno armamento, ya que disponía de 52 ametralladoras, nada menos, frente a las cuales, las espadas y las lanzas derviches se hallaban indefensas. En la primera edición del libro que dedicó a la campaña, titulado *La guerra del Nilo*, Churchill denunciará a Kitchener por haber ordenado que se profanara la tumba del Mahdí al término de los combates —dinamitada después de arrojar los restos mortales al Nilo (salvo la calavera)—. En 1909, Churchill comenta algunas de sus graves sospechas con el poeta Wilfrid Scawen Blunt, a quien le confía: «Kitchener se portó como un canalla en este asunto. Simuló haber enviado de vuelta al Sudán, en una lata de queroseno, la cabeza [del Mahdí], pero es muy posible que el recipiente contuviera cualquier otra cosa, por qué no bocadillos de jamón… Se quedó con el cráneo, y todavía sigue en su poder […]. Siempre he odiado a Kitchener, antes incluso de conocerle en persona […]; hizo saltar por los aires el cuerpo y se apropió del resto»[24]. Al enterarse de que Kitchener había prohibido que su Estado Mayor le proporcionara información

susceptible de ayudarle a escribir el libro, Churchill le dirá a su madre, con insólita suficiencia, que el general es «un tipo de la más ramplona vulgaridad»[25].

El recuerdo del brutal trato dispensado a los enemigos heridos tras el encontronazo de Omdurmán —dado que los ingleses mataron a sangre fría a varios miles de combatientes desamparados— iba a permanecer largo tiempo en la memoria de Churchill, pese a que él no participara en la carnicería. Tres años después le explicará a uno de sus amigos que, «tras la carga», había visto a los lanceros del 21.º Regimiento «alancear a los heridos y cargar todo el peso del cuerpo en la pica a fin de que el rejón del arma lograra atravesar las gruesas capas de tela de los vencidos derviches tendidos en el suelo. Y al penetrar el chuzo, los desdichados sufrían convulsiones de manos y pies. Uno de los integrantes de la soldadesca se jactó de su bondad porque decía que solo había clavado diez centímetros de acero en el cuerpo del rival postrado. "Debería dar gracias al Cielo", dijo "por encontrarse en manos de un tío de tan bondadoso natural como el mío"»[26].[27]

El 5 de septiembre, el 21.º de lanceros inició la marcha de regreso. En El Cairo, Churchill descubrió que el comandante Richard Molyneux, hijo del conde de Sefton, tenía una fea herida de espada en la muñeca y necesitaba urgentemente un trasplante de piel. Churchill se ofreció voluntariamente como donante para salvar a su compañero de armas. «¿Has oído *hablarrr algoona* vez di lo que *siensse* un *hombrrre* al que *disuellan* vivo?, —recuerda Churchill imitando el fuerte acento del médico irlandés encargado de efectuar la operación—. *Buoeno, puess esso* es lo que *ti esperrra*.»[28] El galeno extrajo del antebrazo izquierdo de Churchill, sin anestesia alguna, un trozo de piel del tamaño aproximado de una moneda de dos euros actual y la injertó directamente en la herida de Molyneux, que sanó en poco tiempo. «Las sensaciones que tuve mientras cortaba arriba y abajo con el escalpelo justificaron plenamente sus palabras, —señalará más tarde. En 1954, al fallecer Molyneux, Churchill observará—: Se lleva consigo al otro mundo parte de mi piel, como en avanzadilla»[29].

Al regresar a Londres continuó galanteando a Pamela Plowden, y le pidió que volvieran a verse antes de partir nuevamente a la India para

reincorporarse a su regimiento. «¿Por qué dices que soy incapaz de mostrar afecto?», le pregunta el 28 de noviembre en una carta escrita desde el domicilio de su madre, en Great Cumberland Place. «¡De ninguna manera! Quiero a una mujer más que a ninguna otra. Y seré constante. No soy ningún caballerete voluble, de esos que se apuntan caprichosamente a una fantasía pasajera. Mi amor es hondo y fuerte. Y nada podrá cambiar eso.»**[30]** Dado que unas cuantas líneas antes, en esa misma carta, le había dicho: «El otro día conocí a una joven que —en mi opinión, y lo digo únicamente desde un punto de vista racional— es casi tan inteligente y sensata como tú», parece claro que estaba intentando darle celos. Pero la estratagema no funcionó**[31]**. «Me he pasado toda la vida contemplando a las mujeres más bellas de Londres, —le escribe Churchill en marzo de 1899—. Pero después te conocí a ti […]. Si fuese un soñador aficionado a las quimeras te diría: "Cásate conmigo —y conquistaría el mundo y lo pondría a tus pies—". Sin embargo, para el matrimonio es preciso que se den dos condiciones. El dinero y el consentimiento de ambas partes. Desde luego, una de esas dos cosas está ausente, y hasta es probable que falten las dos.»**[32]** Pese a que todavía existan muchas disputas respecto a la fecha exacta en la que Churchill le hizo una propuesta formal de matrimonio, casi todas las fuentes coinciden en señalar que tuvo lugar mientras paseaban en una chalana durante una estancia en el castillo de Warwick, y que ella le rechazó**[33]**. Pamela acabaría casándose con el segundo conde de Lytton en abril de 1902, aunque mantuvo toda su vida una buena amistad con Churchill.

Nada más terminar la campaña del Sudán, Churchill comenzó a trabajar en *La guerra del Nilo*, obra que escribió a caballo entre Egipto y Londres, además de en la travesía que hubo de hacer en barco para reincorporarse a su brigada en la India, adonde acudió en buena medida para disputar el Torneo de Polo de los diferentes regimientos, celebrado en abril —fecha en la que abandonará el ejército—. A mediados de diciembre, en el tren que le lleva de Bombay a Bangalore, escribe una carta al capitán Haldane en la que le manifiesta su preocupación por el hecho de que todavía no le hayan enviado la medalla al Servicio General concedida por su labor en la India, en la que un distintivo debía llevar además la inscripción «Frontera del

Punyab 1897-1898». «Como es natural, quiero lucir mis medallas mientras todavía pueda vestir el uniforme, —lamenta—. Ya me ha llegado la de Egipto, pero no tengo ni idea de lo que puede haber sucedido para que la de la Frontera siga pendiente […]. Por favor, intenta hacerte con la mía lo más pronto posible. De lo contrario jamás tendré ocasión de prendérmela en la pechera […]. ¿Podrías tratar de conseguir que me la manden?» Y en la posdata insiste: «Escríbeme a Bangalore y haz lo que esté en tu mano respecto a la medalla»[34].

Churchill llegó a la India el 8 de febrero. Poco después, la noche anterior a su partida de Jodhpur para participar en los campeonatos, fijados en la ciudad de Meerut, cayó por un tramo de escaleras, se volvió a dislocar el hombro derecho y se torció los dos tobillos. «Confío en que la desgracia vuelva a congraciarme con los dioses, —le dice a su madre—, ofendidos quizá por mi éxito y buena fortuna en otros lances»[35]. Todavía habría de dislocarse una tercera vez la misma articulación en un accidente de caza, y casi una cuarta en la Cámara de los Comunes, al hacer un gesto enfático con el brazo[36]. El 24 de febrero intervino en la prueba, sujetándose el hombro derecho con un correaje, y el cuarto de húsares ganó el Torneo de Polo por primera vez en los sesenta y dos años de historia de la prueba. Y a pesar de su lesión, Churchill marcó tres de los cuatro tantos de la victoria, obtenida por cuatro goles a tres.

Churchill renunció a su nombramiento en el ejército a finales de abril y regresó a Londres con la intención de hacer carrera en la política. A bordo del vapor *SS Carthage* conoció a una preciosa joven estadounidense, Christine Conover, que recuerda el encuentro en estos términos:

> Estaban ya a punto de izar la pasarela de embarque cuando vi acudir a la carrera a un pecoso jovencito pelirrojo vestido con un traje todo arrugado y con una inmensa caja metálica de pastas bajo el brazo. Aunque le había faltado poco para perder el barco, él parecía estar como si tal cosa. […] A la hora de la comida, o del piscolabis, como se decía entonces, nos sentaron justo enfrente del señor Churchill. No habíamos acabado de sentarnos cuando él se inclinó sobre la mesa y me dijo: «Es usted estadounidense, ¿verdad?. —Al confirmarle que así era, en efecto, él exclamó—: Me encantan los estadounidenses. Mi madre es de esa nacionalidad».

Muchos años después, al evocar aquellos momentos, Conover escribe: «Pese a que distara mucho de ser guapo, mostraba una sonrisa encantadora y una especie de vacilante ceceo en el hablar»[37]. La caja de pastas contenía el manuscrito de *La guerra del Nilo*, en la que continuaría trabajando durante el viaje. «Puede que en aquella época su único defecto fuera el de estar un poquito más seguro de la cuenta en todas las materias, —reflexiona la señorita Conover—, algo que los demás jóvenes no siempre encajaban de buen grado»[38].

Siete meses después, el 6 de noviembre, la editorial Longman publicaba en dos volúmenes *La guerra del Nilo*. *Crónica de la reconquista de Sudán*. La obra tenía más de 950 páginas en total. El texto estaba específicamente dedicado a lord Salisbury, que no le había pedido retirar ninguna de las referencias negativas a Kitchener[39]. En el epígrafe del libro, Churchill colocó una frase de uno de los discursos que lord Salisbury había pronunciado sobre las guerras libradas en las fronteras imperiales británicas —«No son sino las marcas que deja en la orilla la marea creciente de la civilización»—, una analogía que Churchill elegía para ilustrar el cuarto elemento del arte de la oratoria que él mismo había señalado: el del «Andamiaje de la retórica».

La influencia de Gibbon en el estilo literario de Churchill se hace patente en los aforismos y generalizaciones que salpimientan el escrito. «Igualando su descuido a su pasión, —dice de un soldado sudanés—, el hombre detestaba la instrucción tanto como amaba a sus esposas»[40]. Lo mismo puede decirse de este epigrama sobre la dicha de las huríes de El Califa al conocer su perdición: «Dado que en adelante iban a verse condenadas a una forzosa e inviolable castidad, la causa de su alborozo me resulta tan oscura como antinatural su manifestación»[41]. Hay también algunas pinceladas poéticas, como la de su descripción de las noches africanas: «Nos vimos inmersos en la oscuridad, afligidos y llenos de pesar, hasta que despuntaron las estrellas para recordarnos que siempre hay algo superior»[42]. Churchill señala que en una escuela sudanesa «la simplicidad de la instrucción encontraba ayuda y contrapunto en el celo de los estudiantes, así que es muy posible que a la sombra del palmeral el conocimiento floreciera con mayor vivacidad que en las academias más

esplendorosas de la civilización»[43]. Estando como estamos a las puertas del siglo XX, hay veces en que la utilización de giros decimonónicos cae un tanto en el ridículo, como al hablar de la humareda de una máquina de vapor: «La civilización ofrecía sus fétidos inciensos a los atónitos dioses de Egipto»[44]. El hecho de que en sus escritos Churchill haga frecuentes referencias a la civilización no viene sino a resaltar su convicción de que, en esas guerras fronterizas del imperio, corresponde a las tribus musulmanas el papel de encarnación de la barbarie y al imperio británico el rol de sucesor directo de las grandes civilizaciones de Grecia, Roma y la cristiandad.

En la primera edición del libro, Churchill condena a Kitchener con un desmayado elogio, al asegurar que el general merece «sin duda situarse en el tercer peldaño, y tal vez incluso en el segundo», del podio en el que han de significarse los británicos responsables de la aniquilación del imperio derviche, tras lord Salisbury y lord Cromer. En la siguiente edición, publicada en un solo volumen en 1902, se promueve a Kitchener a la segunda plaza y se elimina la tercera parte del texto, incluida esta frase: «Por orden de *sir* Herbert Kitchener, se profanó y desmanteló por completo la tumba [del Mahdí]». En líneas generales, la primera edición cosechó críticas excelentes, aunque el *Saturday Review* comentó que «el rasgo más molesto del libro es el irrefrenable egocentrismo del autor». En el ejército, la oficialidad conocería la obra por el remoquete de «Sugerencias de un subalterno a los generales»[45].

Churchill elogia el empuje del enemigo derviche en la valerosa defensa de su modo de vida. «Si alguna vez se abaten días de sombra sobre nuestro país, —escribe—, y nos vemos obligados a asistir a la disolución, desbandada y ruina del último ejército que el desmoronado imperio tuviera ocasión de interponer entre la capital y el invasor […], espero que haya al menos alguien —incluso en estos tiempos modernos— que se niegue a acomodarse a un nuevo orden de cosas y a aceptar el desastre con la mansedumbre del superviviente»[46]. El 28 de mayo de 1940, al estudiar la eventualidad de una invasión nazi de Gran Bretaña, Churchill habrá de expresar exactamente esos mismos sentimientos ante sus ministros. Dado que, entre la primera y la segunda edición, Churchill alimentará la

esperanza de hacerse un hueco y ocupar un cargo en un imperio en el que ya por entonces había varias decenas de millones de musulmanes, él mismo amputará el siguiente pasaje en la publicación condensada de 1902:

> ¡Cuán espantosas son las maldades que el mahometismo inyecta en quien abraza su fe! Además de ese fanático frenesí, que es en un hombre tan peligroso como en un perro la hidrofobia, está la temible apatía fatalista que les atenaza. Los efectos de esta circunstancia pueden apreciarse en un gran número de naciones. Dondequiera que gobiernen o vivan los seguidores del profeta imperan los hábitos imprevisores, el desaliño en los sistemas agrícolas, la pereza en los métodos comerciales y la incertidumbre en el mantenimiento de la propiedad. Un sensualismo degradado priva a esta vida de gracia y refinamiento, y de nobleza y santidad a la otra. El hecho de que según las leyes mahometanas toda mujer haya de pertenecer por fuerza a un hombre y de que este la juzgue una posesión —sea a título de niña, de esposa o de concubina— no puede sino diferir la extinción última de la esclavitud hasta el día en que el credo del islam deje de constituir una gran potencia entre los hombres. Puede haber musulmanes de espléndidas virtudes […], pero la influencia de la religión paraliza el desarrollo social de quienes no la aceptan. No hay en el mundo fuerza más retrógrada que esta. Lejos de hallarse moribundo, el mahometismo es hoy una fe militante que gana prosélitos a diario. Ya se ha propagado por el África central, y su difusión hace surgir audaces combatientes a cada paso. De no contar el cristianismo con el amparo que le procura el sólido brazo de la ciencia —la misma que en otro tiempo combatiera en vano—, la civilización de la Europa moderna podría quedar postrada, tal y como se desplomó en su momento la de la antigua Roma[47].

Tras regresar a Londres, Churchill se muestra preocupado por su futuro. El 3 de mayo le envía una nota a una mujer que por entonces hacía las veces de augur de la buena sociedad, la señora Robinson de la calle Wimpole, en la que le adjunta un cheque por valor de dos guineas y la felicita por su «curiosa pericia en la quiromancia». La adivina le había dicho que estaba «llamado a pasar grandes dificultades pero que» acabaría «alcanzando la cima de su profesión, —lo que tres días más tarde le impulsará a decirle—: preferiría no dar a conocer al mundo los secretos de mi mano, aunque tengo gran confianza en que su predicción termine por revelarse cierta»[48]. Cuarenta y ocho horas después, el parlamentario conservador escocés Ian Malcolm, jefe del clan del mismo nombre y decimoséptimo hacendado[49] de Poltalloch, organizó una comida a la que estaban invitados otros políticos presentes en el parlamento desde las elecciones generales del año 1895, con el fin de dar a conocer al joven Churchill en esos círculos. Uno de los invitados, David Lindsay, que más

tarde habría de convertirse en el vigesimoséptimo conde de Crawford, escribe en su diario: «Hoy nos han presentado a un recién llegado: pugnaz, obstinado y nervioso: no sabe estarse quieto. Tiene un curioso deje que le hace arrastrar un poco las palabras y que inevitablemente ha de dificultar que el público le oiga […]. Hay un algo en él de engreimiento que resulta fastidioso, aunque no tardará en librarse de ese defecto […]. Si acepta mostrarse humilde y permanecer en la oscuridad durante unos años, no hay motivo para que no termine convirtiéndose en una eminencia en el país. En ciertos aspectos se parece muchísimo a su padre»[50]. Desde luego, a Churchill no le habría hecho ninguna gracia la idea de ser humilde y oscuro un solo instante, y no digamos unos cuantos años, pero por lo demás la predicción del parlamentario acabaría revelándose tan acertada como la de la quiromántica.

A su regreso a Gran Bretaña, Churchill encontró una situación política complicada. El Partido Conservador, encabezado por lord Salisbury, mantenía su larguísima alianza con los unionistas liberales de Joseph Chamberlain y el duque de Devonshire. En 1886, los unionistas liberales se habían escindido del Partido Liberal para oponerse al Proyecto de ley para la Autonomía de Irlanda de Gladstone. Sin embargo, este había fallecido en 1898, con lo que el propio Partido Liberal había quedado informalmente dividido en dos facciones: la de los imperialistas liberales, capitaneados por el ex primer ministro lord Rosebery, y la de los radicales.

El 20 de junio, Churchill accedió a la petición de la Asociación Conservadora de Lancashire, que le había tanteado y propuesto concurrir con los unionistas a las elecciones parciales por la circunscripción electoral de Oldham. En el anterior parlamento, la representación de los votantes de ese distrito había corrido a cargo de dos conservadores, pero uno de ellos había muerto y el otro se había jubilado. Churchill luchó denodadamente por cada sufragio, y pronunció tres o cuatro discursos por velada, pese a tener la amígdala izquierda inflamada y haber tenido que enjuagarla con la pócima especial que le había enviado el doctor Roose. Era plenamente consciente de estar siguiendo los pasos de su padre, y se refirió a él en varias de sus arengas. En una ocasión aludió a lord Randolph con estas palabras: «El actual gobierno debe más de lo que acierta a tener presente, o

en cualquier caso más de lo que se atreve a confesar, —a su legado[51]—. No hay duda de que los radicales me acusarán de valerme del nombre de mi padre», concede en el Salón Cooperativo de Oldham. «De acuerdo, ¿y por qué no habría de hacerlo? ¿No le parece que es una reputación que bien uno puede sacar a relucir?»[52]

La cuestión que resultaba más apremiante en Oldham era la del Proyecto de ley de los Diezmos del Clero, que beneficiaba a la congregación anglicana a expensas de los inconformistas y los metodistas, que sin embargo constituían un porcentaje nada desdeñable de la masa electoral. Tres días antes de que se abrieran las urnas, Churchill afirmó que, de haber estado él en la Cámara de los Comunes, habría votado en contra de ese borrador. Fue un gesto de puro oportunismo, pero no le *sir*vió para captar el voto de los inconformistas. Sin embargo, dio pie a que Arthur Balfour, sobrino de lord Salisbury y viejo amigo de Jennie, bromeara diciendo: «¡Pensé que era una joven promesa, pero parece que es más bien un joven de promesas!»[53]. Churchill reconoció que había cometido un error. «Es completamente inútil defender a los gobiernos o a los partidos, —reflexionaría más tarde—, a menos que lo que uno salga a sostener sea el peor asunto en el que jamás se hayan visto envueltos y merezca tal ataque»[54].

El 6 de julio, Churchill obtuvo 11 477 votos, lo que le hizo perder por muy estrecho margen frente a los liberales radicales Alfred Emmott y Walter Runciman, que lograron 12 976 y 12 770 papeletas, respectivamente. «Todo el mundo me echó la culpa a mí, —escribirá más tarde con sorna—. Ya me había fijado en que casi siempre hacen lo mismo. Supongo que es porque tienen la convicción de que soy la persona mejor capacitada para sobrellevar el reproche.»[55] Regresó a Londres, como más tarde indicaría en sus memorias, «deshinchado, como una de esas botellas de champán o agua de Seltz que quedan toda la noche medio vacías y sin corcho»[56]. Christine Conover, con la que mantendría contacto durante algunos meses, apunta en su diario que, «pese al gran disgusto que le había supuesto [la derrota], Churchill me aseguró que no solo lo volvería a intentar, sino que abrigaba la esperanza de llegar a ser un día primer ministro de Inglaterra»[57].

«Puede que haya terminado perdiendo, —informa el *Manchester Courier*—, pero él mismo ha comprendido con claridad que no ha quedado descalificado en la contienda». Churchill se mostró totalmente de acuerdo con ese comentario, y más tarde agradecería a lord Northcliffe, dueño del *Daily Mail*, tanto el apoyo que le había prestado ese medio de comunicación como el hecho de que el propio Northcliffe le dijera que no pensaba que su carrera se hubiera visto «gravemente afectada» por el revés[58]. Churchill pidió disculpas a Balfour por el fracaso, pero este le respondió dándole ánimos: «Este pequeño contratiempo no va a ejercer un efecto negativo permanente en tu destino político»[59]. Tenía apenas veinticuatro años.

Como tantas veces habría de comprobarse a lo largo de la existencia de Churchill, lo que a primera vista se presentaba con el aspecto de un tropiezo acabará viéndose, con el paso del tiempo, como un golpe de suerte. De haberse colado a duras penas en la Cámara de los Comunes en 1899, no habría ido a Sudáfrica y no habría tenido ocasión de labrarse una reputación —y ya no de ámbito local o nacional, sino auténticamente internacional.

La «atrevida» política imperial que lord Salisbury estaba aplicando en África había empezado a adquirir los tintes de una empresa manifiestamente inacabada. En la primera guerra de los bóers de 1880 a 1881, que había tenido su escenario en Sudáfrica, Gran Bretaña había sido derrotada por los afrikáneres de origen holandés que controlaban las repúblicas independientes del Transvaal y el Estado Libre de Orange, situadas al norte de las posesiones coloniales británicas de El Cabo y Natal. En octubre de 1899, Joseph Chamberlain, secretario de estado para las Colonias, y lord Milner, alto comisionado de la Colonia del Cabo, se habían inmiscuido a tal punto en los asuntos de los afrikáneres y penetrado tan profundamente en sus territorios que su líder, Paul Kruger, invadió inopinadamente las posesiones inglesas de El Cabo y Natal, con la esperanza de hacerse con el control de la zona antes de que el imperio británico pudiera reaccionar.

«Tiene fama de ser extremadamente vanidoso», advirtió Chamberlain a Milner en referencia a Churchill tras mantener una entrevista con este último en el Ministerio de las Colonias. «Elige bien el frente al que le envías.»[60] Si Churchill quería cubrir el acontecimiento, su cuarta guerra en cuatro años, iba a necesitar dinero. Consiguió que el *Morning Post* aceptara pagarle el astronómico salario de mil libras esterlinas en los cuatro primeros meses de la contienda, seguidos de una cantidad de doscientas libras mensuales más gastos, de modo que reservó un pasaje para Ciudad del Cabo en el buque correo real *Dunottar Castle* en el que también habría de embarcar el general *sir* Redvers Buller, comandante en jefe del ejército británico. Como la mayor parte de los comentaristas de la época, Churchill no creía que los doscientos cincuenta mil bóers de la región pudieran resistir demasiado tiempo la presión de los trescientos cincuenta millones de almas del imperio británico, así que esperaba poder regresar a tiempo para asistir al derbi hípico de finales de mayo.

El 14 de octubre, tres días después de que se declarara la guerra, Churchill se hacía a la mar, llevando consigo seis cajas de vino de Burdeos, champán y licor. (No todo era para consumo propio, ya que el alcohol era una moneda de cambio sumamente práctica en las zonas de guerra.) A bordo viajaba también John Atkins, un periodista del *Manchester Guardian*. Atkins describe a Churchill como un joven «estilizado, de cabellera levemente pelirroja, tez pálida y temperamento alegre que se pasa buena parte del tiempo "recorriendo la cubierta con el pescuezo estirado al máximo", por recordar el modo en que el poeta Robert Browning representó a Napoleón […], cada vez que su exaltada imaginación le lleva a acariciar la perspectiva de una carrera como la de su padre, lord Randolph —ocasiones en las que el rostro le resplandece de tal manera que se tiene prácticamente la impresión de que se ha transfigurado—. Nunca antes había topado yo con nadie que exhibiera este tipo de ambición: flagrante, de meridiano y directo egoísmo, resuelta a comunicar su entusiasmo, y sin que sus interlocutores logren evitar que el interesado les arranque un destello de simpatía»[61]. «Y no puede decirse que fuese incapaz de toda autocrítica, —añade Atkins—. No le importaba tomarse a chirigota sus propios sueños de gloria, y en esos casos se mostraba endiabladamente ocurrente.»[62] Puede

que esta clase de flagrante ambición arrancase un involuntario rapto de simpatía en Atkins, pero en una cultura caracterizada por fomentar el culto al diletante de buen tino esa actitud estaba abocada a suscitar con frecuencia la animadversión de sus contemporáneos.

El 29 de octubre, el *Dunottar Castle* pasó junto a un pequeño vapor volandero que tres días antes había largado amarras en Ciudad del Cabo. Al cruzarse, los dos buques intercambiaron noticias rotulándolas con tiza en un larguísimo encerado. Uno de los mensajes rezaba, en grandes caracteres: «Bóeres derrotados - Tres batallas - Penn Symons muerto»[63]. A pesar de la mortal herida que había sufrido el general *sir* William Penn Symons en la batalla de la Colina de Talana y del repliegue de sus tropas, que habían tenido que refugiarse en la pequeña localidad de Ladysmith, en Natal, la principal congoja de Churchill y sus compañeros de viaje, lejos de centrarse en la derrota, quedó fija en la eventualidad de que la guerra pudiera concluir antes de que ellos mismos lograsen desembarcar en Ciudad del Cabo, a cuyo puerto aún tardarían dos días en llegar. Al llegar a tierra, Churchill no perdió el tiempo, así que trató de presentarse de inmediato en Ladysmith, una población situada a 225 kilómetros de Durban, en dirección noroeste. Para entonces, los bóers ya habían interceptado las vías férreas que comunicaban con el río Tugela, y poco después, el 2 de noviembre, ponían cerco al pueblo. Una vez más, la fortuna sonreía a Churchill en la adversidad, ya que de haber conseguido alcanzar Ladysmith, habría sido encarcelado y no le habría sido posible enviar ningún despacho hasta la llegada de refuerzos —para lo que aún faltaban cuatro meses—. En vista de la situación, Churchill decidió viajar a Estcourt, en Natal, y aguardar allí la ocasión de trasladarse hasta Ladysmith, plaza en la que se hallaban asediados el general *sir* George White y el coronel Ian Hamilton, amigo del propio Churchill, como sabemos. Compartió con Atkins una tienda de campaña instalada en las cocheras ferroviarias de Estcourt. Allí le enseñó algunos de los artículos que había escrito para el *Morning Post* y le preguntó: «¿Crees que el interés que despiertan se debe a un mérito mío o solo al hecho de ser hijo de Randolph?. —Atkins le contestó que no creía que hubieran suscitado tanto revuelo de haber salido de su pluma—. Un juicio muy justo», replicó Churchill. «¿Pero cuánto tiempo piensas que

continuará ayudándome la memoria de mi padre?»[64] Atkins le dijo que unos dos o tres años más, lo que hizo exclamar a Churchill: «Mi padre falleció siendo aún muy joven. No me queda más remedio que lograr todo cuanto esté en mi mano antes de los cuarenta…»[65].

En ese mismo intercambio de pareceres, Churchill argumentó que las estrategias y las tácticas militares eran «solo cuestión de sentido común». «Plantéale todos los elementos de un problema a un civil de probada capacidad e imaginación suficiente y le verás dar con la solución correcta. Después, cualquier soldado podrá adaptar su plan a los requerimientos de una operación militar.»[66] En las contiendas de muy superior envergadura que iban a estallar en el siglo XX, esta convicción, sumada a los errores de bulto que estaban abocados a cometer ante sus mismos ojos los generales británicos a lo largo de la guerra de los bóers, acabaría afectando profundamente su forma de entender las relaciones entre el mundo civil y el militar.

El miércoles 15 de noviembre de 1899, una de esas decisiones castrenses dictadas por la estupidez habría de cambiar el destino de Churchill. Poco después del amanecer, el coronel Charles Long, el oficial británico al mando de la guarnición de Estcourt, envió al capitán Aylmer Haldane a patrullar en un tren blindado en el que viajaba una compañía de fusileros de Dublín acompañada, en tres vagones, por un destacamento de la infantería ligera de Durham y un cañón naval capaz de disparar balas de siete libras. No contaban con el apoyo de tropas montadas, situación que Redvers Buller atribuiría más tarde a un «inconcebible despropósito»[67]. Churchill no tenía por qué haber partido con la expedición, pero como él mismo admitiría más tarde, «ardía en deseos de entrar en acción, —así que le dijo a Atkins—: Tengo una sensación, una especie de intuición, de que si voy pasará algo. Sé perfectamente que es ilógico, pero…»[68]. Atkins dejó pasar la oportunidad, pensando que se trataba de una operación trivial, y lo mismo haría el más importante corresponsal de guerra del *Times* de Sudáfrica —nada menos que el antiguo alumno de Harrow y coetáneo de Churchill Leo Amery.

Para Louis Botha, cabecilla de los comandos bóers, el convoy se convirtió en un blanco absurdamente fácil. Lo único que tuvo que hacer fue

dejar que se alejara resoplando al norte, en dirección a Chieveley, y colocar después unos cuantos pedruscos de buen tamaño en las vías, poco antes de que tuviera que negociar una curva próxima al río Blauuw Krantz[69] en su viaje de vuelta[70]. Pese a que había divisado a los hombres de Botha de camino a Chieveley, Churchill convenció a Haldane de que no diera media vuelta, de modo que parte de la responsabilidad de que los bóers tuvieran tiempo más que suficiente para armar la celada recae sobre nuestro mismo protagonista[71]. Más tarde, Churchill expondrá al teniente general H. J. T. Hildyard un relato en el que resaltará la imprudente soberbia de que pecaron ese día tanto él como el capitán Haldane, y en el que admite que ambos se pusieron «confiadamente a tiro de los bóers, al no habernos percatado de que el enemigo tenía armas [de artillería], cegados por el deseo de darles una lección»[72]. Tras chocar contra las piedras, la locomotora consiguió mantenerse milagrosamente sobre los raíles, pero las tres vagonetas descarrilaron, y la primera se salió totalmente de la vía. La artillería y los francotiradores bóers comenzaron a lanzar una lluvia de obuses y balas sobre los vagones volcados, consiguiendo silenciar rápidamente el cañón naval.

Churchill hizo gala de una enorme valentía y una gran iniciativa al capitanear a un puñado de supervivientes hasta la vía férrea y dedicar después media hora al terrible esfuerzo de apartar de las traviesas las dos vagonetas atravesadas a fin de que la máquina, pese a estar gravemente averiada, pudiera emprender la huida y regresar a Estcourt con cincuenta rescatados, en su mayor parte heridos, mientras él mismo permanecía en el lugar del siniestro para reagrupar al resto de la comitiva atrapada y rodeada por tropas que las superaban en número[73]. Tardó noventa minutos en total, sometido prácticamente en todo momento al fuego enemigo. Los bóers tenían fama de ser francotiradores excelentes, así que tuvo mucha suerte de poder contarlo. Entretanto, en Estcourt, Atkins se reunió con doce de los fugitivos que acababan de salvar la vida y comenzó a completar el rompecabezas de lo sucedido. «Nos enteramos de que Churchill había corrido de un lado a otro en torno a los coches descarrilados, con las balas hiriendo las planchas de metal de los vagones, y que había pedido voluntarios dispuestos a ayudarle a liberar la locomotora. Nos explicaron

que había dicho: “Mantened la calma, muchachos” y “¡Esto sí que va a interesar a los lectores de mi periódico!”. Luego los testigos aseguraron que en un momento dado una bala rozó el cráneo del maquinista y que en el momento mismo en que este iba a poner pies en polvorosa, Churchill se había abalanzado sobre él para ayudarle a ponerse a cubierto, diciéndole “Nadie es herido dos veces el mismo día…”.»[74] (Once años después, Churchill recomendaría que se impusiera al maquinista y a su fogonero la Medalla de Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha[75].) Quienes consiguieron salir con vida montándose en la locomotora concedieron a Churchill buena parte del mérito de su huida, resaltando además que él mismo había permanecido con la mayoría de los soldados, atrapados en el atolladero.

Una vez que la máquina se hubo marchado, del total de 120 hombres del contingente inicial de complemento quedaron, tendidos en tierra, 6 muertos y 35 heridos (lo que supone un porcentaje de bajas superior al 33 %, por encima incluso de lo registrado en la carga de Omdurmán). Lo único que podían hacer ahora era rendirse. Poco después Churchill le diría a Atkins que los bóers habían acorralado a los prisioneros, tratándoles «¡como al ganado! ¡Ha sido la mayor indignidad de toda mi vida!»[76].[77] Posteriormente, Churchill sostendrá haber sido capturado por Louis Botha, que sin embargo se encontraba en otra región en ese momento, pero al fin y al cabo puede perdonársele, ya que no pasa de ser sino un pequeño adorno destinado a redondear una acción que por lo demás merece el más extraordinario encomio. Por fortuna para él, en el momento de ser capturado no llevaba ningún arma encima, ya que para culminar el esfuerzo de despejar la vía desplazando las vagonetas había dejado su pistola máuser en la máquina. Con todo, los bóers discutieron un buen rato sobre si debían fusilarle o no por espía. Sin embargo, él le dijo a Louis de Souza, el ministro de la Guerra bóer que, al ser un simple periodista, tenían que dejarle en libertad. Tras interrogarle, el fiscal general del estado afrikáner —Jan Christian Smuts, formado en Cambridge— se mostró en principio contrario a su liberación. «Recuerdo aquel encuentro, —recordará Churchill más de medio siglo después—. Yo estaba empapado y zarrapastroso. Me preguntó meticulosamente qué papel había desempañado yo en la acción […], fue un momento muy difícil.»[78] Dado que Churchill se había

comportado instintivamente como el oficial de un ejército en combate en lugar de como un civil dedicado a labores de corresponsalía de guerra, el procurador le envió a prisión.

El primero de los 66 telegramas que iría desgranando Churchill desde el escenario de la contienda (junto con 35 cartas) vio la luz el 16 de noviembre de 1899 en el *Morning Post*, pero después la serie quedó interrumpida durante un tiempo debido a que su autor fue conducido a la Cárcel Estatal Modelo de Pretoria, un antiguo colegio convertido apresuradamente en centro penitenciario. El 18 de ese mismo mes, en la posdata de una carta dirigida a su madre al llegar a la prisión, escribe: «Debes dar instrucciones al [Banco] Cox a fin de que haga efectivo cualquier cheque que pueda extender»[79]. No veía razón alguna para que la cárcel le impidiera disponer de comodidades materiales.

En el transcurso de este período de cautiverio Churchill logrará comprender por qué los bóers aborrecían de tal manera la dominación británica. A su juicio, su animadversión se reducía «al persistente temor, mezclado con odio, de los movimientos que tratan de colocar al nativo al mismo nivel que el hombre blanco»[80]. Churchill no abrigaba la menor simpatía por la agresiva supremacía blanca de los afrikáneres, ya que los instintos paternalistas que él mismo cultivaba eran de una naturaleza totalmente distinta. En esta época escribirá acerca de una futura sociedad sudafricana en la que «el negro se proclamará igual al blanco […] y exigirá que se le reconozca legalmente esa igualdad y que se asuma que ha de contar con los mismos derechos políticos», una perspectiva que causará la indignación de los afrikáneres, que le responderán con furia no menor a la de «una tigresa a la que se le roban los cachorros».

Como era de esperar en alguien que deseaba tan ardientemente alcanzar los mayores logros posibles en la vida, y por la vía más rápida existente, la perspectiva de tener que pasar una temporada tras los barrotes provocó la desesperación de Churchill. «Hoy cumplo veinticinco años, —le escribe a Bourke Cockran el 30 de noviembre—. Es terrible pensar el poco tiempo que me queda.»[81] Más tarde asegurará: «Las horas se arrastraban con la lentitud de un ciempiés paralítico. No había nada con lo que distraerse. Leer resultaba difícil, y escribir imposible. Desde luego detesté cada minuto de

mi cautiverio, más de lo que jamás haya odiado cualquier otro período de mi vida»[82]. Hacía algo de ejercicio en el complejo carcelario, y se consolaba cultivando su creciente interés en las mariposas[83]. Se le permitía también escribir cartas, y desde luego él picó muy alto.

«Me atrevo a pensar que Su Alteza Real pueda considerar interesante recibir una carta mía desde esta dirección», le escribe Churchill al príncipe de Gales en el papel biblia de membrete oficial que les daban en la cárcel, «aunque por supuesto el censor me impide expresarme con libertad […]. Considero una desdicha que me hayan hecho prisionero en una fase tan temprana de las operaciones, ya que me habría gustado escribir una crónica general de la contienda. No obstante, ya es algo haber conservado la vida y la integridad física, y cuando pienso en los numerosos soldados y voluntarios que he visto destrozados por terribles heridas, no puedo evitar dar gracias a la Providencia por haberme preservado, aunque sea a costa de mantenerme entre rejas»[84]. Dirá también que la acción en la que había despejado las vías había sido «muy peligrosa y emocionante, —y añade—: ¡menudo estruendo que hacían los grandes proyectiles al caer y explotar entre los vagones de hierro!».

En la noche del martes 12 de diciembre de 1899, Churchill se encaramó al vallado de alambre entretejido que cerraba la prisión por detrás de los aseos, aprovechando que el guardia le daba la espalda. «Había llegado a la conclusión de que, si no cogíamos el toro por los cuernos de una vez por todas, nos íbamos a pasar toda la noche entregados al titubeo y la matización», les explicará después a sus compañeros de fuga, el capitán Haldane y el sargento Brockie, que tenían muchas dudas respecto a cuál podría ser el momento más oportuno para la huida. «Por eso, en cuanto vi que el centinela se giraba para encender la pipa, salté sobre la cornisa del muro y pocos segundos después me dejaba caer al patio del otro lado sin un solo rasguño. Una vez allí me agazapé todo lo que pude y aguardé a que llegaran los demás. Estaba seguro de que aparecerían en cualquier instante. Mi posición en el huerto era de lo más comprometida, porque el único escondrijo que había eran unos cuantos matojos escuálidos y deshojados, y además de que no paraba de pasar gente de acá para allá, las luces del edificio lo iluminaban todo. En total esperé más de una hora y media en el

cercado a que los otros dos se reunieran conmigo. En dos ocasiones, un tipo del presidio pasó por el camino que discurría a siete u ocho pasos de donde yo me encontraba.»[85] Leo Amery refiere, treinta años después, los comentarios de Churchill: «Había dado a los otros la oportunidad de aprovechar la ocasión, pero no solo no se decidieron a hacerlo, sino que le apremiaban a que volviera, cosa que él no estaba dispuesto a hacer (se comunicaban a través de la verja), de modo que al final le despidieron […], deseándole buena suerte»[86].

Tras esperar todo lo humanamente posible, Churchill deambuló toda la noche por la capital bóer en un intento de encontrar la forma de llegar hasta el África Oriental Portuguesa (el actual Mozambique), que había adoptado una posición neutral en el conflicto. Tuvo que cruzar más de 480 kilómetros de territorio enemigo —y no solo sin mapa, sino también sin brújula ni comida ni dinero ni armas, por no mencionar que tampoco hablaba una palabra de la lengua afrikáner—. Parece que el hecho de no contar con una aguja imantada no le preocupaba, ya que era perfectamente capaz de orientarse por las estrellas, con la vista puesta en una en particular. «Orión brillaba con fuerza, —recordará más tarde—. Apenas un año antes me había guiado al perderme en el desierto y me había conducido hasta la orilla del Nilo. Entonces me había llevado hasta el agua, y ahora iba a abrirme las puertas de la libertad.»[87] Cuando la gente cree en el firmamento lo hace habitualmente de forma genérica, pero Churchill especifica el nombre y la conducta de su mentor.

Con soberbio descaro, Churchill dejó en la celda una carta dirigida a Souza en la que le decía que, al no considerar que el gobierno de Pretoria tuviera el más mínimo derecho a detenerle, había «decidido [zafarse] de su custodia». Sin embargo, no tenía inconveniente en reconocer que el trato que los bóers habían dispensado a sus prisioneros había sido «correcto y humanitario», y prometía que «al regresar a las filas británicas haré una declaración pública en relación con este punto». También le agradecía la cortesía personal que le había mostrado, y confesaba abrigar la esperanza de «volver a vernos pronto en Pretoria, y en circunstancias muy distintas»[88].

Un año después resumía así las peripecias de su vía de escape en un discurso pronunciado en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York: «Recorrí

las calles de Pretoria sin hacerme notar y me las ingenié para subir a bordo de un tren de carbón y ocultarme entre los sacos. Al descubrir que el convoy no iba en la dirección que necesitaba, salté del vagón»[89]. Con todo el ajetreo de subir y bajar de un mercancías en marcha, Churchill empezó a sentirse hambriento. Se internó en el bosquecillo que poblaba la pendiente de un profundo barranco, con la esperanza de aguardar allí la puesta de sol. «Una cosa al menos me servía de consuelo, —escribe tiempo después—: nadie tenía la menor idea de mi paradero —ni yo mismo lo sabía—. Mi único compañero era un buitre gigantesco que mostraba un extraordinario interés en mi situación y que de cuando en cuando hacía unos gorgoteos horrendos y de muy mal agüero»[90]. Seis años más tarde provocaba fuertes aplausos y risotadas entre el público congregado en el Vestíbulo Central del ayuntamiento de Manchester al rememorar el episodio: «Viajé un buen rato en un carbonero, del que tuve que saltar en plena noche, dando vueltas de campana, para refugiarme en una arboleda. Fue en esa espesura donde topé con el buitre. Nadie se cree lo de mi buitre. Me importa un bledo que la gente lo juzgue creíble o no. Había un buitre y punto…»[91]. Según le contará más tarde a su sobrino, la huida fue la única ocasión en toda su vida en que «rezó con gran fervor»[92]. «Durante mucho tiempo anduve de un lado a otro, sin rumbo fijo, —recuerda—, hasta que al final llegué a la conclusión de que debía buscar ayuda a toda costa. Llamé a la puerta de un kraal[93], convencido de que aparecería un bóer, pero para mi mayor alegría, lo encontré ocupado por un inglés llamado Herbert Howard, que en último término consiguió ayudarme a alcanzar las líneas británicas»[94].

John Howard —Churchill había cambiado ligeramente el nombre para proteger su anonimato— era el ingeniero de minas inglés que le ocultó durante tres días en una de las galerías en las que trabajaba, rodeado de ratas y obligado a soportar que le corretearan por el rostro en cuanto se consumían las velas. Fue también este Howard el que le ayudó, junto con otros valientes británicos de la zona, de entre los que destaca la figura del señor Dewsnap, a viajar de polizón en el oscuro recoveco de un furgón de transporte de mineral que se dirigía a Lourenço Marques (hoy Maputo), la capital del África Oriental Portuguesa. De haberse acordado de anular su cita con el barbero, el personal de la prisión habría tardado aún más en

percatarse de la ausencia de Churchill, ya que el hombre, al presentarse a la mañana siguiente para cortarle el pelo y afeitarle, dio la alarma al ver que no lograba encontrarlo por ningún lado[95]. Desde luego, a Churchill ni se le había pasado por la cabeza la idea de encargarse él mismo de tales menesteres, al menos durante su estancia en prisión. Los bóers organizaron la búsqueda y se desplegaron para cubrir un perímetro de varios cientos de kilómetros a la redonda, sin olvidar las pesquisas a domicilio, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos[96].

El 22 de diciembre, al llegar al consulado británico en Lourenço Marques, un pelotón de británicos armados se presentó en la legación para impedir que fuera atrapado por los bóers de la ciudad. El cónsul inglés le facilitó que tomara un baño caliente y mandó quemar sus mugrientas ropas. «¡Qué pena!, —exclamará Churchill al descubrirlo—: Quería llevarlas al Museo de Madame Tussaud…»[97]. Tomó un barco en Durham, y el día 23 de diciembre pisaba el muelle convertido en un héroe popular. Sin saberlo, su sensacional fuga había sido el único destello optimista en un panorama por lo demás desastroso para el imperio. El ejército británico había salido derrotado nada menos que en tres batallas —en Stromberg, Magersfontein y Colenso—, completándose con ello la «Semana Negra» del 10 al 17 de diciembre, de triste recuerdo, ya que en ese breve período de tiempo los británicos tuvieron que encajar nada menos que 2700 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros.

Una amplia y entusiasmada multitud dio la bienvenida a Churchill en el puerto, lo que le animó a subirse a un *rickshaw* y a pronunciar un discurso improvisado. «Estamos inmersos en un feroz combate contra una potencia militar enorme que está decidida a satisfacer su temeraria ambición, —dijo —, y a expulsar a patadas a los británicos de Sudáfrica». Se oyeron gritos de «¡Nunca!, —y una voz exclamó—: ¡Jamás! ¡No, mientras tengamos a personas tan fantásticas como tú!». Churchill prosiguió:

> Son los sudafricanos, los que viven en la Colonia del Cabo y en Natal, quienes deben señalar si la bandera de Gran Bretaña ha de arriarse o no. Cuando veo en torno a mí a una muchedumbre como esta, cuando veo toda esta determinación y todo este entusiasmo, confío en que, por grandes que sean las dificultades, por graves que sean los peligros y formidables las fuerzas que nos opongan, acabaremos culminando al fin con éxito nuestros esfuerzos.

Se escucharon nuevos vítores, y un hombre mayor voceó: «¡Que Dios te bendiga, muchacho!»[98].

En años venideros se intentaría poner en tela de juicio el carácter heroico de la fuga de Churchill. En 1912, en una demanda por difamación se afirmó que Churchill había dejado deliberadamente en la estacada a Haldane y Brockie. Es verdad que Brockie había cubierto de insultos a Churchill por la conducta, a su juicio impropia de un caballero, que este había observado tras la huida, pero en abril de 1931, Haldane señaló —después de que la peripecia saliera publicada en *Mi juventud*— que en la Ley del Ejército británica había una disposición en la que se señalaba (por emplear la perífrasis del propio Haldane) que «Si un oficial que ha sido hecho prisionero ve la ocasión de escapar y no la aprovecha podrá ser sancionado»[99]. Churchill había tenido esa oportunidad y la había cogido al vuelo, mientras que sus compañeros habían renunciado a ella. Como él mismo habría de reconocer más tarde en *Mi juventud*, la fuga y la inmensa fama que esta le procuró, tanto en Gran Bretaña como en el resto del mundo, «iban a sentar las bases de mi vida futura»[100].

En la mañana del 6 de enero de 1941, en un momento en el que Churchill tenía en la cabeza un gran número de cuestiones de la máxima urgencia, le diría a su secretario particular que nunca pasaba por alto el aniversario del día de 1900 en que el general Buller le había entregado sus credenciales de teniente del Regimiento de Caballería Ligera de Sudáfrica[101], integrado por setecientos hombres, sin exigirle a cambio que renunciara a su trabajo como corresponsal de guerra[102]. Buller le había explicado que no iba a recibir ninguna paga por sus servicios en el ejército, pero eso no le importaba, ya que tenía el estipendio del *Morning Post*.

Habrían sido sin duda muchos los corresponsales bélicos que habrían optado por no correr más riesgos tras semejante aventura, y de hecho algunos habrían preferido incluso regresar a casa después de protagonizar una fuga como aquella. Sin embargo, Churchill volvió directamente a primera línea, una vez recuperada formalmente su condición de soldado. Cuatro días después, se presentaba voluntario para llevar un mensaje al

general *sir* Francis Clery, acantonado a 29 kilómetros de la posición en que se encontraba su oficial en jefe, el coronel Julian Byng, alias «Bungo». Byng «pensó que el joven teniente se comportaba de la forma más gallarda, ya que ninguno de los dos sabía con exactitud qué partidas de bóers podían estar emboscadas en las inmediaciones»[103]. Churchill le dijo a Byng que quería ganarse la Orden del Servicio Distinguido, «ya que quedaría perfecta sobre el atuendo de gala de ministro de Hacienda»[104]. Byng le contestó: «¡Primero tendrá que llegar al parlamento, suponiendo que le acepten como candidato!». Pero en esa época, Churchill ya podía dar por supuesto, sin gran temor a equivocarse, que a su regreso a Londres podría escoger un amplio abanico de distritos electorales en los que presentarse.

«¡Ah, qué horrible guerra!, —exclama Churchill en el despacho que envía al *Morning Post* el 22 de enero de 1900—. Abigarrada mezcla de gloria y vileza, de actos lamentables y gestos sublimes. Si con ella los modernos hombres de intelecto y liderazgo sólidos alcanzan a distinguirte mejor el rostro, las gentes del común, en cambio, rara vez logran divisar tus rasgos.»[105] En el transcurso de los dos días siguientes, en su condición de oficial de enlace entre el general *sir* Charles Warren —uno de los más ineptos comandantes de la guerra de los bóers— y el coronel Alexander Thorneycroft, llamado a capitanear el primer asalto de la batalla de Spion Kop —aunque confundiéndose de colina—, cuya dirección, espantosamente mala, acabó proporcionando a Gran Bretaña un nuevo desastre militar, Churchill tendría ocasión de contemplar buena parte de las vilezas y actos lamentables de la cara más sombría de la guerra[106]. Pese a ser un oficial, la graduación militar de Churchill era demasiado baja para que nadie pudiera atribuirle la menor responsabilidad en el descalabro. Sin embargo, él supo exponer pormenorizadamente la incompetencia táctica que asolaba al ejército. Varias veces estuvo a punto de recibir un balazo en los combates, y de hecho, en una ocasión, un proyectil llegaría a partir en dos la larga pluma de obispo colilargo que adornaba su gorra[107]. Como él mismo había explicado en un lance anterior: «La munición es brutalmente ajena a toda discriminación, y ante ella las posibilidades de que salten en pedazos los cuartos traseros de un penco o el cerebro de un héroe son milimétricamente idénticas»[108]. El 12 de febrero, Winston y su hermano Jack, que se había

presentado voluntario para el servicio militar, efectuaron una misión de reconocimiento en la colina de Hussar, en la que Jack resultaría herido en una pierna[109]. «Fue su bautismo de fuego, —escribirá más tarde Winston —, y desde entonces no he dejado de preguntarme por qué extraño capricho del destino un hombre recibe un balazo en su primera escaramuza mientras protege a otro una y otra vez. Aunque supongo que al final todos los cántaros acabarán rompiéndose… Por fuera hice ver que me compadecía de mi hermano en su infortunio […], al tener que estar lejos de la acción, pero confieso que, en secreto, me sentía contentísimo de que el caballerete se encontrara honorablemente fuera de peligro durante todo un mes»[110]. Atkins se hará en cambio la siguiente reflexión: «Era como si [Jack] hubiera pagado las deudas de su hermano»[111].

El 28 de febrero de 1900, tras un extenuante asedio de 118 días, y cuando a los defensores ya solo les quedaban víveres para media semana, se conseguía liberar al fin la plaza de Ladysmith. Churchill intervino en la acción, y para él supuso la mejor exclusiva de toda la guerra. En *Mi juventud* explica: «recorrí al galope la llanura tachonada de arbustos», acompañado por dos escuadrones del Regimiento de Caballería Ligera de Sudáfrica, y entré en Ladysmith. «Continuamos avanzando al paso, y al final de una derruida calle flanqueada por casas de tejado de zinc, nos encontramos con *sir* George White a lomos de su montura e impecablemente uniformado. Después, cabalgamos juntos por la población, en la que se apreciaban los efectos del largo asedio y la situación que se había padecido, muy próxima a la hambruna. Fue un momento sumamente emocionante. Esa noche cené con todos los miembros del cuartel general.»[112][113]

Las aventuras bélicas que vivió Churchill durante la guerra de los bóers continuaron sin mengua alguna tras los acontecimientos de Ladysmith: a finales de abril, su caballo se desplomó bajo la silla, mortalmente herido de bala; a finales de mayo recorrió en bicicleta y vestido de paisano las calles de Johannesburgo, pese a hallarse en manos de los bóers; se reunió con Milner en Ciudad del Cabo; y después salió a cazar chacales por la montaña de la Mesa en compañía de su edecán, el duque de Westminster[114]. El 16 de mayo publica un libro en el que narra todas esas peripecias —*De*

Londres a Ladysmith vía Pretoria—[115], cuya primera edición, de diez mil ejemplares, se agotó rápidamente. El 5 de junio de 1900 entra en Pretoria junto con el Regimiento de Caballería Ligera de Sudáfrica, libera a los internos de la prisión en la que él mismo había permanecido encarcelado, y rasga en dos la bandera bóer en el mismo momento en el que su antiguo compañero de celda, el comandante Cecil Grimshaw, procede a sustituirla por la enseña británica y a izarla a lo más alto del mástil de la penitenciaría.

Seis días más tarde, Churchill combate en la batalla de la Colina Diamond y da muestras de un comportamiento que el mayor británico Ian Hamilton calificará de «evidente valentía»[116]. De esa experiencia conservará el gran trozo de metralla que impactó en el transcurso del choque entre su primo Sunny, duque de Marlborough, y él mismo, aunque más tarde se lo regalará con una inscripción en plata en la que dice: «Este fragmento de un obús de 30 libras cayó entre nosotros y pudo habernos separado para siempre, pero hoy es símbolo de unión». (La pieza se exhibe actualmente en el palacio de Blenheim.) Hamilton trató de que se le concediera a Churchill una medalla al valor por el coraje demostrado en la batalla, pero alguien bloqueó el trámite, posiblemente Kitchener, con el argumento de que el primer deber de Churchill no era el de un soldado, sino el de un corresponsal de guerra[117]. En esta época se tomó una foto de Churchill vestido de uniforme. En ella le vemos lucir la Cruz Roja de España que había obtenido en Cuba y un tenue bigote que no tardaría en afeitarse debido a que su color era excesivamente claro[118]. En total, Churchill habría de incluir nada menos que seis distintivos en su Medalla de la Reina de Sudáfrica con las siguientes inscripciones: Colina Diamond, Johannesburgo, Liberación de Ladysmith, Estado Libre de Orange, Altos de Tugela y Colonia del Cabo. Las situaciones que tuvo ocasión de experimentar en la guerra de los bóers le granjearon una fama enorme, le dieron la oportunidad de exhibir un tremendo arrojo físico, le hicieron ganar una buena cantidad de dinero como periodista, y le permitieron trabar unas cuantas amistades de por vida, como la que habría de unirle a Hamilton y a Westminster —en cuya boda actuaría como padrino en 1930.

En febrero de 1900, se publica en Boston y Londres su novela *Savrola*, de setenta mil palabras. Tres años antes, estando en la India, Churchill ya tenía escrito el 25 % de ese relato, pero no le había quedado más remedio que detener su redacción para sacar primero a la luz sus otros dos libros. Este texto, que será el único de ficción que escriba, está dedicado a sus camaradas de la oficialidad del 4.º de húsares. Pese a que más tarde bromeara sobre la obra diciendo: «he desaconsejado sistemáticamente a mis amigos que lo leyeran», lo cierto es que merece la pena examinar su contenido, debido a que nos ofrece la oportunidad —por recuperar aquí el comentario que muchos años después haría el novelista *sir* Compton Mackenzie— de «curiosear en los sueños de un joven llamado a cumplir un destino brillante, y a que nos deja entrever, no solo lo que opina de su propio futuro, sino también lo que piensa sobre el porvenir político de dictadores y comunistas»**[119]**. Se dice que en la mayoría de los casos las primeras novelas son de carácter autobiográfico, al menos en parte, y en este sentido *Savrola* no es ninguna excepción, aunque el héroe que da nombre al libro no tiene solo muchos rasgos en común con Churchill, sino también con su padre. (La señora Everest aparece asimismo en la obra, transmutada en Bettine, la devota y leal ama de llaves del protagonista.)

La novela está ambientada en un ficticio país balcánico llamado Laurania cuyo gobierno se encuentra en manos de Antonio Molara, un presidente dictatorial que ha accedido al poder después de librar una brutal guerra civil por espacio de cinco años. Al frente del Partido Nacional, favorable a la instauración de la democracia, se encuentra el atractivo y culto *Savrola*, de treinta y dos años, que reúne en su persona las virtudes del pensador y el hombre de acción. La historia arranca en el preciso momento en el que Molara se dispone a privar del derecho al voto a la mitad del electorado a fin de garantizar así su victoria en las inminentes elecciones. En la práctica, *Savrola*, que es un hombre muy leído —«en el escritorio se veía un tomo de los *Estudios críticos* de Thomas B. Macaulay—, —hace las veces de líder de la oposición—. La ambición era la fuerza que le motivaba», nos dice el autor, «y no tenía forma de resistirse a ese impulso»**[120]**. Lucile, la bella esposa de Molara, sale precipitadamente del palacio presidencial y topa de pronto con *Savrola*, que acaba de llegar para

ponerse al frente de una protesta por la muerte, el día anterior, de cuarenta manifestantes. Entre los dos surge instantáneamente una intensa atracción mutua. Miguel, el odioso secretario de Molara, que comparte algunas características con el pérfido Yago del *Otelo* shakespeariano, sugiere al déspota que *Savrola* sufra «un accidente» antes de ser elegido miembro del senado, pero Molara teme que de ese modo acabe prendiendo la chispa de una revolución. Entonces fragua un plan alternativo y pide a Lucile que averigüe los planes de *Savrola*.

Lucile observa en secreto a *Savrola* y le escucha dar un discurso ante siete mil personas. Él la descubre en el último momento y evita que la aplaste la multitud. Se produce entonces un alzamiento y una invasión e interviene un buque de guerra británico. *Savrola* y Lucile se besan, pero Molara y Miguel interrumpen su abrazo. Salen a relucir los revólveres y se produce una escena sumamente melodramática en la que Molara aúlla el nombre de su esposa, grita «¡ramera!», y la golpea en el rostro con el dorso de la mano**[121]**. En el acto final, Molara muere, Miguel cambia dos veces de bando, y *Savrola* se ve obligado a partir al exilio en compañía de Lucile, aunque «una vez apaciguados los túmulos, el corazón del pueblo vuelve a latir por el ilustre extrañado que les había otorgado la libertad y al que habían abandonado al sonar el clarín de la victoria»**[122]**.

Savrola fue un gran éxito económico, ya que Churchill se embolsó con él setecientas libras esterlinas —una suma prácticamente equivalente a seis años de paga en el ejército—. La novela podía presumir de haber acuñado varias frases memorables, como «La cortesía caballeresca no se cuenta entre las virtudes más características de una democracia sobreexcitada», o «resulta difícil, cuando no imposible, desairar a una mujer hermosa; su belleza prevalece y el reproche decae». Con todo, no volvería a escribir jamás otra novela.

A lo largo de su carrera, Churchill se vería llamado a aplicar habitualmente la política de la magnanimidad. En una carta dirigida al *Natal Witness* en marzo de 1900 vemos que Churchill insta a la opinión pública a dispensar un trato indulgente a los bóers, argumentando para ello que el espíritu de

venganza constituiría un error, «en primer lugar, porque es moralmente horroroso, y en segundo lugar, porque desde el punto de vista práctico resulta descabellado. Puede que la venganza sea muy dulce, pero es también extremadamente onerosa […]. Debemos facilitar al enemigo la aceptación de su derrota y revelarnos a sus ojos tan seductores como exigentes»[123]. No podía saber entonces que la misión de incorporar el Transvaal y el Estado Libre de Orange al imperio británico acabaría recayendo sobre sus hombros.

El 20 de julio de 1900, Churchill regresa a Inglaterra convertido en un héroe nacional. Nada menos que once asociaciones electorales le ofrecerán ocupar un puesto como candidato a las elecciones generales de finales de septiembre, en las que lord Salisbury abrigaba la esperanza de capitalizar su apoyo a la guerra de los bóers. Churchill optó por competir de nuevo por uno de los dos escaños del distrito de Oldham, y le dijo a Arthur Balfour que tenía la impresión de que su celebridad no solo podía facilitarle a él la conquista de un escaño en el parlamento, sino otorgárselo también a su compañero de cartel de la formación conservadora: «Podría haber elegido otras circunscripciones más seguras, pero tengo verdaderas ganas de devolver esas dos actas al partido, y de hecho creo que existen grandes probabilidades de éxito»[124].

Desde luego, en los discursos de la campaña electoral, Churchill empleará sin dudarlo las dislocaciones verbales y las analogías que él mismo había recomendado en «*El andamiaje de la retórica*», razón que le inducirá a llamar a los liberales «mojigatos, puritanos y veletas», permanentemente expuestos al albur de las modas pasajeras, acusándoles asimismo de ocultar su auténtica ideología «a los ojos del público, como el sapo en su agujero, aunque [ya sabéis que] en el momento en que el batracio decide mostrarse en todo su horror siempre nos toca a los conservadores desalojar de su odioso nido a ese ser inmundo»[125]. Las elecciones le obligarán a enfrentarse por primera vez a la calumnia. «Se ha dicho que tengo el hábito de emborracharme, —dijo en un mitin celebrado en Oldham—; que fui expulsado del ejército; que he tenido aquí [en Oldham] una disputa con mi colega [conservador], el señor Crisp, y que perdí a tal punto la cabeza que le di un puñetazo en plena cara. Y para

colmo, con el fin de colorear un tanto la mentira, un indigno sinvergüenza ha tenido la osadía de arrearle un ladrillazo a mi compañero, haciéndole un corte en el rostro»[126].

En una de las concentraciones de masas previas a los comicios, organizada en el Teatro Real de Oldham, Churchill elogió a Dan Dewsnap, que pese a no encontrarse en ese momento en Oldham residía habitualmente en la ciudad y había contribuido a salvarle durante su azarosa evasión de la cárcel. «¡Su mujer está en el palco…!», se oyó gritar a alguien del público, observación que provocó la «hilaridad general»[127]. Esa publicidad política no tenía precio, pero por fortuna el duque de Marlborough pagó de su bolsillo la mayor parte de los gastos derivados de los actos electorales[128]. Churchill se equivocaba al alardear ante Balfour diciendo que su fama podía conseguir que los conservadores se hicieran con los dos escaños. El 1 de octubre salió elegido con 12 931 votos, arañando prácticamente el resultado del vencedor, Alfred Emmot, que había obtenido 12 947. Esto significaba arrebatarle el escaño a Walter Runciman, que se había quedado en 12 709, justo por delante de Charles Crisp, con 12 555. Lo extraordinario del caso es que los 51 142 sufragios emitidos dieran lugar a una exigua diferencia de apenas 392 papeletas entre el candidato vencedor y el último.

«Tras analizar las cifras, veo claramente que lo único que me ha permitido pasar la prueba ha sido la popularidad individual lograda en la última guerra sudafricana, —dirá al informar a lord Salisbury—. Sin ese voto personal —que probablemente no sea de naturaleza política— es muy posible que hubiera acabado detrás del señor Runciman.»[129] En el *Vanity Fair*, el pie de una caricatura firmada poco después por «*Spy*[130]» captó perfectamente la esencia de la situación: «Es ambicioso; quiere llegar; y adora su país. Pero difícilmente cabría considerarle esclavo de ningún partido». El estrechísimo margen de la victoria de Churchill fue uno de los efectos del arrollador triunfo político de la coalición unionista de lord Salisbury, en la que los conservadores y los unionistas liberales consiguieron 402 parlamentarios con los que respaldar al gobierno, frente a los 184 de los liberales, los 2 del recién creado Partido Laborista (fundado ese mes de febrero) y los 82 de los nacionalistas irlandeses.

Para que el flamante parlamentario pudiera tomar posesión de su escaño había tenido que combatir en cuatro guerras, publicar cinco libros (el último, titulado La marcha de Ian Hamilton[131], continuación *De Londres a Ladysmith vía Pretoria*, vio la luz doce días después de las elecciones), escribir 215 artículos en periódicos y revistas, participar en la mayor carga de caballería vivida en cincuenta años, y protagonizar una espectacular fuga de prisión. «Con solo veinticinco años, [Churchill] ha peleado en más continentes que cualquier otro soldado de la historia, exceptuando a Napoleón, —proclamará uno de los perfiles políticos redactados por entonces sobre su persona—, y ha participado en tantas campañas como el más laureado de los generales vivos»[132].

Es innegable que Churchill tenía un empuje avasallador. Tomaba todos los atajos que encontraba a su paso y empleaba deliberadamente la «prodigalidad verbal» y la exageración para conferir mayor efecto a sus afirmaciones políticas, todo lo cual le había obligado a encajar críticas que le tachaban de ambicioso y arribista. También había aprendido a escribir y a hablar extraordinariamente bien, poseía una ilimitada confianza en sí mismo, había desarrollado una gruesa piel de elefante para resguardarse de las censuras, sabía disertar perfectamente en público, y había dado clarísimas muestras de coraje, tanto físico como moral. Su huida de la cárcel había puesto de manifiesto que era capaz de aprovechar las ocasiones tan pronto como se cruzaran en su camino… En pocas palabras: estaba listo para dedicar su vida a la política.

Capítulo 4

LAS RAZONES DE UNA DEFECCIÓN

Octubre de 1900 - diciembre de 1905

> La Cámara de los Comunes […] es una especie de colegio o de teatro en el que los hombres de talento sobresaliente encuentran ocasión de revelar, no solo su aptitud para las cuestiones públicas y parlamentarias, sino también su carácter y su personalidad.
>
> Discurso pronunciado por Churchill en una comida con periodistas políticos, febrero de 1940[1].

> El hecho de que un hombre se ocupe razonablemente de su interés propio no es ningún vicio, ni público ni privado. Solo el puro fingimiento puede pretender que los estadistas y los militares de fama histórica hayan sido personas indiferentes a su medro particular, invulnerables al insulto o seres a los que solo guía el altruismo en la acción pública.
>
> Churchill, *Marlborough. Su vida y su tiempo*[2].

El 28 de julio de 1900, Jennie Churchill contrajo matrimonio con George Cornwallis-West, un apuesto oficial del ejército de escasos posibles, nacido dos semanas antes que el propio Winston. El año anterior Churchill ya la había advertido de que «Los hermosos sentimientos y los estómagos

vacíos no hacen buena pareja», y, como era de esperar, los recién casados no tardaron en pasar estrecheces[3]. Fue una relación tormentosa que terminaría con Jennie abandonada por Cornwallis-West, a la vista de todos, y con el posterior divorcio de 1913. Sin embargo, para entonces ya estaba claro que Winston no podía hacerse demasiadas ilusiones respecto al eventual cobro de su fideicomiso. Si tenemos en cuenta que hasta el año 1911 los parlamentarios británicos no percibían ningún salario, era evidente que necesitaba procurarse una fuente de ingresos.

El parlamento mantuvo suspendidas sus sesiones hasta mediados de febrero de 1901, y tras su elección, Churchill dedicó ese tiempo muerto a pronunciar una serie de lucrativos discursos públicos, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. Para ilustrar sus alocuciones, cuyo tema giraba principalmente en torno a sus aventuras en Sudáfrica, empezó a utilizar un proyector, o «linterna mágica. —Puso buen cuidado en no vanagloriarse en exceso. Durante una cena bromeó—: He estado leyendo un libro titulado *Twice Captured*, rótulo que no deja de resultar extraordinario, dado que es perfectamente fácil captarlo. Habría sido más fácil llamarlo "*Twice Bankrupt*"»[4]. Las charlas de la gira británica permitieron ganar a Churchill 3782 libras esterlinas en 29 intervenciones. Ian Hamilton, que solía visitarle en su apartamento del 105 de Mount Street, en el barrio de Mayfair (que Sunny Marlborough dejaba habitar a Churchill sin ningún alquiler), recuerda «la alegría que mostró al decirme que acababa de descubrir que podía saltar de rama en rama como un pajarillo, apartándose del discurso que tenía preparado para adentrarse en una digresión improvisada, y retomar después el hilo de su conferencia sin que nadie hubiera tenido tiempo de darse cuenta de la maniobra»[5]. En noviembre de 1900, el Club Carlton admitía a Churchill entre sus miembros, lo que era prácticamente un requisito indispensable para cualquier político conservador, y la casualidad quiso que ese mismo día la asociación aceptara también a otro parlamentario recién elegido: un hombre de negocios de origen canadiense llamado Andrew Bonar Law[6].

Churchill llegó a Nueva York el 8 de diciembre de 1900 a bordo del vapor Lucania, de la compañía Cunard. «En esta ocasión no he venido en viaje de placer, —le dijo a Bourke Cockran—, sino con ánimo de lucro»,

confesándole asimismo que le invadía «una inquietud nada desdeñable» ante la perspectiva de «navegar por las procelosas aguas del pensamiento y el debate público de este país»[7]. «No estoy aquí para casarme con nadie, —añadiría ante los reporteros que le esperaban en el muelle—. No vengo en busca de esposa y quisiera que transmitieran esta puntualización en tono positivo.»[8] Al preguntársele si había sido la Providencia o una doncella afrikáner la que le había ayudado a escapar de prisión, Churchill replica enigmáticamente: «A veces no hay forma de distinguirlas»[9]. Esa noche, en el Club de Prensa, mientras degustaba un *brandy* y unos cigarros puros tras una buena cena, comentó: «Después de haber visto un gran número de naciones, de recorrer Europa y de haber probado las cárceles bóers, he llegado a la conclusión de que, en último término, la característica principal de los pueblos de habla inglesa —a diferencia de otros que también son de rostro pálido— es que se lavan, y que lo hacen además con regularidad. Inglaterra y Estados Unidos se hallan separados por un gran océano de agua salada, pero permanecen unidos por una eterna tina de agua jabonosa»[10]. Sería difícil ver en esta ocurrencia una noble primicia de ese concepto de «fraternal asociación» que más tarde habría de esgrimir en primera persona como atributo de unión entre «los pueblos de habla inglesa».

El 10 de diciembre, Churchill se entrevistó en Albany, capital del estado de Nueva York, con el vicepresidente electo, Theodore Roosevelt, pero no se cayeron demasiado bien. «He visto aquí a ese inglés[11], Winston Churchill, —le escribe Roosevelt a un amigo—, y a pesar de que no pueda decirse que sea un tipo atrayente, he de reconocer que me interesaron algunas de las cosas que dijo»[12]. Andando el tiempo, la hija de Roosevelt llegaría perspicazmente a la conclusión de que si no habían hecho buenas migas se debía precisamente a lo mucho que se parecían. Seis días después, en la primera conferencia que Churchill tenía ocasión de dar en Nueva York, el encargado de presentarle ante el público fue nada menos que un escritor de la talla de Mark Twain. Estas fueron sus palabras: «El señor Churchill es inglés por su padre y estadounidense por su madre, una mezcla que indudablemente hace al hombre perfecto»[13].

Al igual que otros muchos estadounidenses, Twain se había opuesto a la guerra de los bóers, y de hecho, al visitar la Universidad de Míchigan, en la

localidad de Ann Arbor, el público le dedicó fuertes silbidos y abucheos. Sin embargo, Churchill ideó una inteligente forma de desactivar la animadversión pro bóer de la audiencia de Chicago, compuesta por estadounidenses de origen irlandés —que además habían acudido al encuentro no solo con ánimo hostil, sino también «con *whisky*», a fin de abroncarle a modo—. Modificó el relato de la guerra, dejando de atenerse estrictamente a los hechos históricos, y presentó las cosas diciendo que los británicos estaban a punto de sufrir una aplastante derrota, cuando, en «esa desesperada situación, ¡aparecieron los fusileros de Dublín! Los cornetas tocaron a la carga y los irlandeses barrieron del campo de batalla al enemigo»[14]. El público, desgarrado un instante entre la anglofobia y los lazos de sangre, optó por escuchar al corazón y prorrumpió en vítores ante la supuesta victoria irlandesa.

El primer día del nuevo siglo, Churchill alardea ante su madre diciendo: «Me enorgullece enormemente saber que no hay una sola persona entre un millón que, a mi edad, haya logrado amasar diez mil libras esterlinas [aproximadamente un millón de las actuales] sin poseer ningún capital previo, y en menos de dos años». «Sin embargo, hay veces en que eso me exige tareas muy incómodas. Por ejemplo, la semana pasada acudí a dar una charla en una pequeña población estadounidense y descubrí que [el organizador, el comandante James Burton Pond], no había preparado una conferencia pública, sino que me había contratado por cuarenta libras para actuar en una fiesta en un domicilio particular, como si fuera un prestidigitador.»[15] Un amigo del padre de Churchill, el financiero *sir* Ernest Cassel, invertiría con buenas rentabilidades el dinero que estaba amasando.

El 22 de enero de 1901 fallecía la reina Victoria, mientras Churchill daba conferencias en Winnipeg. «Tengo curiosidad por saber cómo es el nuevo rey», le pregunta pícaramente Churchill a su madre en referencia al recién entronizado Eduardo VII, antiguo amante de Jennie: «¿Tiene pensado revolucionar totalmente su modo de vida? ¿Venderá los caballos y dispersará a los judíos [dado que, en su etapa como príncipe de Gales, se había endeudado hasta las cejas con prestamistas de ese colectivo], o ensalzará a Reuben Sassoon[16] y le considerará uno de los más destacados

activos de las joyas de la corona y otros símbolos de su poder? ¿Se volverá irremediablemente serio? ¿Continuará prodigándote su amistad? ¿Accederá la Keppel[17] al título de primera dama de la regia alcoba?»[18]. Al día siguiente, Churchill apostó cien libras contra James C. Young, un industrial de Mineápolis que sostenía que, en una década, el imperio británico iba a verse «sustancialmente reducido»[19]. Desde luego, ganó el pulso, pero no se sabe si llegó a cobrar la postura.

El 2 de febrero embarcó rumbo a Inglaterra, y a su regreso compró un coche de la marca Mors, fabricado en Francia (el único automóvil no británico que poseyó en toda su vida), pese a que todavía no sabía conducir. Años después le diría a un amigo que «no se me ocurrió pensar que tendría que aprender a hacerlo, así que me limité a recibir el pedido y a salir pitando». Admitió haber tenido «un pequeño percance con un autobús» en Hyde Park Corner, «con algunos daños», pero «pudimos apañarlo» y continuar. Al año siguiente, a los mandos de su flamante vehículo, realizó el trayecto entre Londres y York en un día[20].[21] Por regla general, Churchill conducía a toda velocidad, se saltaba habitualmente los semáforos, y de cuando en cuando, si se encontraba un atasco, se subía a las aceras[22]. Tanto su impaciencia al volante como el hecho de que hiciera caso omiso de las normas de tráfico y las señales de la carretera parecen encajar a la perfección con la actitud que mantenía normalmente en la vida.

El 14 de febrero de 1901 Churchill tomaba posesión de su escaño en la Cámara de los Comunes. Él mismo lo recordaría así más tarde: «Fue un honor tomar parte en las deliberaciones de esta célebre asamblea cuya guía ha permitido sortear a Inglaterra los innumerables peligros que acechan en la senda del imperio»[23]. Para gran sorpresa suya, las primeras palabras que hubo de pronunciar en el parlamento no surgieron por iniciativa suya. El ponente que le había precedido, el agitador liberal David Lloyd George, había propuesto una enmienda, redactada en términos moderados, al proyecto de ley sometido a estudio, pero lo había hecho acompañado de un agrio y vivaz ataque a los conservadores[24]. En vista de aquello, y espoleado por el parlamentario *tory* Thomas Bowles, Churchill dio

comienzo a su discurso inaugural. Corría el 18 de febrero, y estas fueron sus primeras manifestaciones: «Todo bien considerado, tal vez hubiera sido mejor que su señoría, en lugar de pronunciar su discurso sin modificar la enmienda, hubiera modificado la enmienda sin pronunciar su discurso»[25]. Al escuchar esta salida, los conservadores soltaron la carcajada, y la Cámara tomó nota de que Churchill podía ser alguien a quien no solo conviniera escuchar por entretenido, sino por interesante. Sin embargo, el resto de la perorata inicial de Churchill no iba a resultarles tan divertida, ya que el joven parlamentario no solo propuso observar una actitud benevolente con los bóers una vez que se les hubiera derrotado, sino que se atrevió a añadir: «Si yo fuera un bóer y me encontrara en el campo de batalla, y si lo fuese, desde luego que estaría combatiendo…»[26], momento en el que desde la bancada del gobierno se oyó decir a Joseph Chamberlain: «Así es como se echa a perder un escaño»[27]. Churchill prosiguió: «Por lo que he visto de la guerra —y de cuando en cuando alguna cosa me ha sido dado ver—, creo que en comparación con otros conflictos, sobre todo con aquellos en los que interviene la población civil, esta contienda sudafricana se ha librado en general con una insólita generosidad y sentido humanitario». (En un principio, la medida consistente en internar a las mujeres, los ancianos y los niños bóers en campos de concentración se tomó con la intención de protegerles mientras sus maridos y hermanos se hallaran ausentes. Las enfermedades que asolaron los centros de internamiento y acabaron con la vida de dieciséis mil reclusos se declararían más tarde.)

Churchill dijo que abrigaba la esperanza de que, tras la victoria británica, se diera a los bóers, «esos hombres valientes y descontentos que luchan a campo abierto», «la plena garantía de que sus bienes y su religión habrán de ser respetados, la seguridad de que se les permitirá disfrutar de los mismos derechos que los británicos, la promesa de contar con instituciones representativas, y en último lugar, aunque no sea en modo alguno lo menos importante, el compromiso de que el ejército británico estará perfectamente dispuesto a conceder a ese bravo y tenaz enemigo todos los honores que han de reconocerse a un adversario bélico»[28]. Su alocución constituía un elogio al hecho de que la guerra hubiera consolidado la unidad del imperio. «Con independencia de lo que hayamos

podido perder con el alejamiento de nuestros dudosos amigos de la Colonia del Cabo, —dijo—, es claro que lo hemos recuperado, multiplicado por diez, o quizá incluso por veinte, en Canadá y Australia, regiones en las que la gente —hasta el más humilde granjero de la más recóndita provincia—, mediante su efectiva participación en el conflicto, ha alcanzado a comprender, como nunca antes había tenido ocasión de hacer, que forma parte de la realidad del imperio, y que el imperio forma parte de su propia realidad»[29]. Concluyó con una emotiva referencia a su padre: «No puedo dar por terminada mi intervención sin expresar la enorme gratitud que me inspiran la amabilidad y la paciencia con las que me ha escuchado la Cámara, que me ha procurado su atención, soy bien consciente de ello, en virtud no de mis propios méritos, sino en consideración al fulgor de cierto recuerdo que muchos de los honorables miembros de este parlamento conservan todavía en la memoria»[30]. El discurso fue muy comentado, porque Churchill había distribuido previamente el texto a los miembros de la prensa, una práctica que en esos años se juzgaba irrespetuosa, por no decir poco menos que virulenta.

En 1874, al incorporarse a la Cámara de los Comunes, lord Randolph Churchill se había unido a un grupo de rebeldes a los que acabaría conociéndose con el nombre de «Cuarto Partido», dado que se alzaban con enorme frecuencia contra los líderes conservadores. En sus primeros años como parlamentario, su hijo habría de hacer casi lo mismo, puesto que se sumó a una reducida camarilla de aristócratas levantiscos congregados en torno a lord Hugh Cecil, hijo del marqués de Salisbury y conocido con el apodo de «Linky». Debido a este Hugh, se dio a los miembros del círculo el sobrenombre de «los *Hughligans*». Pese a que Cecil fuera un reaccionario y Churchill un demócrata conservador, los *Hughligans* acostumbraban a cenar y a votar en comandita, y por regla general se les tenía por una liga de jóvenes brillantes cuya rebeldía guardaba relación tanto con su deseo de llamar la atención como con su esperanza de hacerse con un elevado cargo público. No es de extrañar que estos «exaltados» suscitaran ciertos recelos y rencores en los bancos de los parlamentarios del montón que no procedían de una cuna de postín y que, siendo más leales que ellos al partido, carecían sin embargo de cartera.

Churchill no iba a tener que esperar demasiado para que se le presentara la ocasión de rebelarse. En marzo de 1901, al anunciar St. John Brodrick, el ministro de la Guerra, un incremento del 50 % en el número de efectivos del ejército, Churchill vio inmediatamente la oportunidad de reivindicar la memoria de su padre. Hizo un cursillo acelerado con *sir* Francis Mowatt, un amigo suyo que ocupaba la más alta magistratura del Departamento de Hacienda, para empaparse de las nociones básicas de la ortodoxia económica, y abogó en favor de una reducción del impuesto sobre la renta, que a su juicio debía bajar del 5,8 % entonces en vigor, por considerar que suponía una presión fiscal tan excesiva como peligrosa. Y para contrarrestar esa bajada necesaria lo que procedía no era aumentar el gasto militar, sino recortarlo. Churchill dedicó seis semanas a preparar su ataque a las estimaciones que Brodrick había hecho en materia de defensa. Su segundo discurso ante la Cámara de los Comunes, pronunciado el 13 de mayo, se produjo por tanto casi tres meses después del primero. «Me lo aprendí de memoria de cabo a rabo, —le dijo a un periodista—. Tanto es así que prácticamente daba igual por dónde lo iniciara o qué giros pudiera optar por imprimirle.»[31] En la hora que pasó dirigiéndose a sus colegas no tuvo que consultar sus notas ni una sola vez[32].

Brodrick había concebido un ambicioso plan consistente en formar un ejército dotado de seis cuerpos, de los cuales, tres estarían permanentemente preparados para ser enviados al continente en caso de guerra. «Con tantos cuerpos, —diría Churchill—, se consigue sin duda causar irritación, pero no el disuasorio propósito de intimidar»[33]. Churchill creía que la armada ofrecía una buena protección a Gran Bretaña, pero que en todos los demás aspectos bastaría siempre con que el ejército se limitara a operar como una suerte de fuerza policial del imperio —lo que llevaba aparejada la convicción de que no debía permitirse que se convirtiera en una organización susceptible de implicar a Gran Bretaña en los conflictos militares que pudieran estallar en las regiones continentales de Europa—. Trajo a colación las palabras que su padre había dejado escritas en una nota dirigida a lord Salisbury pocos días antes de su dimisión: «Me niego a respaldar a quienes jalean a los círculos militares y militantes de la Oficina de Guerra y el Almirantazgo que desean sumarse a los elevados y

temerarios riesgos que otras naciones parecen verse obligadas a asumir. —Terminó su alocución diciendo—: Me complace sobremanera que, tras una pausa de quince años, la Cámara me haya permitido izar nuevamente la rasgada bandera de la racionalización del gasto y la moderación económica»[34]. Se definió como un hombre «de tradición conservadora cuyo destino se halla indisolublemente ligado al partido *tory*, —pero que no por ello quiere renunciar a la procura del impopular objetivo de los recortes en defensa—, ya que no solo se trata de la causa que he heredado, sino también de la meta que animó al difunto lord Randolph Churchill a realizar el mayor sacrificio personal que haya arrostrado jamás un ministro de la era moderna»[35].

«Una guerra europea será necesariamente una lucha cruel y estremecedora, —predice Churchill—, un empeño que, si algún día nos dejara cobrar los amargos frutos de la victoria, exigirá por fuerza, y quizá durante varios años, la contribución de todos los adultos de la nación, la entera suspensión de las industrias de la paz, y la concentración en un único fin de cuantas energías vitales posea la comunidad». Esgrime asimismo el argumento de que el carácter de la guerra había experimentado un completo y fundamental cambio, y que las conflagraciones nada tenían ya que ver con lo que sucedía en la época de los pequeños ejércitos regulares de soldados profesionales dedicados a combatir en acciones de alcance limitado. Todo lo contrario, sostiene con asombrosa agudeza quince años antes de la adopción del reclutamiento obligatorio en Gran Bretaña y de la guerra total de 1916: «El estallido de una guerra en Europa solo puede terminar con la ruina de los vencidos y la apenas menos letal dislocación y extenuación comercial de los vencedores. La democracia es más cainita que los gabinetes. Las guerras de los pueblos serán más terribles que las de los monarcas»[36].

Antes de memorizarlo, Churchill reescribió nada menos que seis veces este discurso tan extraordinariamente adelantado a su tiempo. Para explicar su efecto, vale la pena emplear aquí las palabras de un corresponsal político encargado de seguir las sesiones de la Cámara: «Su honda comprensión de los problemas de la defensa nacional galvanizó al parlamento». Solo diecisiete conservadores votaron contra lo que Churchill había denominado

una «mal enfocada amalgama de absurdos», pero a pesar de ello Brodrick abandonó su plan. Churchill se había hecho rapidísimamente un nombre en el parlamento —aunque a costa de combatir a los miembros de su propio bando.

A principios de 1903, Brodrick presentó un nuevo proyecto de expansión del ejército británico, y Churchill continuó atacándole, ridiculizando y tomándose con humor sus designios cada vez que la ocasión lo permitía. «El otro día, mientras paseaba por los alrededores de Whitehall, —dijo en enero ante el público reunido en un mitin de Oldham—, caí en la cuenta de que la nueva sede de la Oficina de Guerra va a edificarse en un solar anteriormente ocupado por el Consejo de Beneficencia y los despachos de la Comisión de Asistencia a los Dementes»[37]. Como ya hemos visto, Churchill no creía en la eficacia de un gran ejército permanente, sino en unas sólidas fuerzas navales. Y lo explicaba en estos términos: «Lo que defiendo no es dejar al país falto de preparación» ante un conflicto, «sino que, al disponer de una armada fuerte, desaparecerá el temor a que puedan cogernos desprevenidos. Sin esto, todo preparativo, por cuidadoso, concienzudo o ingenioso que sea, resultará inútil»[38]. En abril publicó un libro con una recopilación de sus discursos sobre el particular. La obra llevaba el título de *Mr. Brodrick's Army*, y sería el anuncio de una práctica que a lo largo de su carrera habría de llevar periódicamente a cabo en relación con otros muchos asuntos.

Entretanto, Churchill decidió escribir una carta al secretario de estado para las Colonias, Joseph Chamberlain, interesándose en la posibilidad de que pudiera concedérsele «algún tipo de mención o condecoración militar» por el arrojo demostrado en la emboscada del tren blindado. «Sospecho que las autoridades tienen la impresión de que todo el asunto no es más que una patraña periodística, —afirma—, cosa que es absolutamente incierta. Desde luego, comparto el total desinterés de los demás miembros del parlamento por las pulidas chucherías con las que se pretende subrayar el honor en *el plano personal*, pero también he de pensar "en mis votantes", como hacen otros, según bien se sabe, por no mencionar que quizá deba tener igualmente presentes los sentimientos de una eventual futura esposa»[39]. No consiguió nada, salvo reforzar su reputación de arribista. Y también

corrió como la pólvora la anécdota del director del *Morning Post*, que al enviar a Churchill las pruebas de imprenta de uno sus discursos, en la que se incluía entre corchetes la palabra «aplausos» tras una de sus observaciones, el político se la devolvió con la corrección: «fuerte y prolongado aplauso»[40].

Churchill pronunció discursos por todo el país y ante un público cada vez más numeroso, de modo que cada nueva incursión de éxito contribuía a incrementar su confianza[41]. También se las arregló, al menos de momento, para embridar el rencor que le guardaba a los parlamentarios conservadores de más edad —que habían destrozado la carrera política de su padre—. A fin de cuentas, le había dedicado *La guerra del Nilo* a lord Salisbury y se había unido a los *Hughligans*, que capitaneaba el hijo de este. El líder del Partido Conservador en la Cámara de los Comunes, Arthur Balfour, era sobrino de Salisbury y su sucesor in pectore (de ahí la habitual expresión británica «*Bob's your uncle*[42]»). Entre finales de la década de 1870 y principios de la de 1890, Balfour había sido amigo, y ocasionalmente aliado, de lord Randolph Churchill, pero se había puesto resueltamente de parte del marqués al estallar la crisis con Salisbury a raíz de la dimisión del padre de Winston.

En diciembre de 1901, Churchill comenzó a adquirir una honda conciencia social, inspirada en gran medida por la lectura del libro de Benjamin Seebohm Rowntree: *Poverty. A Study of Town Life*. «Veo poca gloria en un imperio que sabe capear temporales pero se revela incapaz de sanear sus cloacas, —le escribe a J. Moore Bayley, un amigo de su padre—. Lo que se precisa es una política bien equilibrada […] con la que coordinar el desarrollo y la expansión general con el avance del confort y la salud de la sociedad.»[43] En las cuatrocientas páginas del texto de Rowntree, del que se publicarían cinco ediciones en dos años, se despliega una investigación extremadamente minuciosa de la espantosa sordidez y miseria de los arrabales de la ciudad de York. «En esta tierra de tan abundante riqueza, —concluye Rowntree—, y en un período presidido por una prosperidad posiblemente desprovista de todo precedente, es probable que más de la cuarta parte de la población se halle sumida en la pobreza»[44]. Su mensaje encajaba a la perfección con la vocación de reformismo social de la

Democracia Conservadora que Churchill había aprendido y heredado de su padre, y este a su vez de Disraeli.

Churchill escribió una larga recensión, que no llegaría a publicarse, del libro de Rowntree. Tras dedicar algunos apartados a la definición de los conceptos de «pobreza», «carencia nutricional en la dieta de los más desfavorecidos», «precariedad existencial del trabajador sin empleo fijo» y algunas otras cuestiones relacionadas con el alojamiento y los alquileres, nuestro autor aborda el examen de lo que a su juicio constituía el meollo del asunto: la pobreza no solo era un «grave obstáculo para el alistamiento de nuevos reclutas» en el ejército y la armada, sino también un mal presagio para el futuro del imperio británico, ya que «implica que el pueblo llano podría estar mal desarrollado físicamente y presentar deformaciones susceptibles de incapacitarlo para el servicio en las filas del ejército, con lo que este no podría cubrir sus bajas. De este modo, por extraño y estrafalario que parezca, nuestra reputación imperial se halla estrechamente relacionada con la situación en que se encuentran»[45]. Churchill llegaba a la siguiente conclusión: «es a los estadistas a quienes ha de imputarse la responsabilidad de que los adultos de la nación británica terminen sufriendo un deterioro tan importante como para determinar que a las instituciones les resulte imposible certificar que los reclutas se encuentran en condiciones físicas similares a las de nuestros hermanos de las colonias»[46]. Lejos de ser una aberración ajena a su fe en el imperio, el interés de Churchill por las reformas sociales se hallaba de hecho íntimamente asociado con ella.

La relevancia que Churchill reconocía al reformismo social y a la lucha contra la pobreza le llevó a contactar con los intelectuales de izquierdas, a los que de otro modo es probable que jamás hubiera conocido. «He estado cenando con Winston Churchill», escribe el 8 de julio de 1903 en su diario Beatrice Webb, la principal pensadora socialista de la época. «Primera impresión: inquieto, hasta extremos casi intolerables, sin capacidad para una labor constante y sosegada, egocéntrico, engreído, superficial y reaccionario, aunque no carezca de un cierto magnetismo personal, muchas agallas y alguna originalidad. No es hombre de intelecto, sino de carácter. Tiene más de especulador estadounidense que de aristócrata inglés. No habla más que de sí mismo y de sus planes electoralistas […]. “Nunca

realizo ningún esfuerzo reflexivo que otros puedan hacer por mí”, asegura.»[47] (Esta última afirmación era evidentemente un chiste, pero la arisca socióloga, poco dada a cultivar el sentido del humor, se lo tomó al pie de la letra.) «No obstante, me atrevo a decir que tiene una faceta más amable, aunque el vulgar y barato cinismo de sus posiciones y carrera lo oculten a los ojos de una ocasional compañera de mesa, —prosigue—. Nada sabe de cuestiones tales como la investigación científica, la filosofía, la literatura o el arte, y mucho menos de religión. Sin embargo, su valentía, arrojo, ingenio, iniciativa y apego a las grandes tradiciones podrían permitirle llegar lejos, a menos que él mismo se haga pedazos, como le ocurrió a su padre.»[48]

Pese a que las valoraciones de Webb yerren en varios puntos —es indudable que Churchill tenía una clara conciencia de lo que significaba la religión, lo que ocurre, sencillamente, es que no se adhería a ella—, lo cierto es que nos ofrecen algunos vislumbres útiles sobre su carisma y su originalidad. En lo que Webb se equivoca por completo es sobre la capacidad de Churchill para trabajar con ahínco. Si consideraba que una determinada cuestión revestía verdadera importancia, podía concentrar totalmente en ella su energía mental y consagrar su titánica memoria en todos los hechos, citas y estadísticas necesarias para dominar el tema a fin de que ningún periodista, provocador o adversario político pudiera aventajarle.

Con el desarrollo del pensamiento social de Churchill brotaría también en él un creciente interés por la idea de un partido capaz de ocupar el centro político y de combinar los mejores y más moderados elementos presentes en las formaciones conservadora y liberal, invariablemente desgarradas por sus alas más extremistas. Este sueño de una gran coalición de políticos centristas de talante liberal y posiciones razonables, llamados a gobernar de forma virtualmente perpetua, habría de permanecer en su ánimo hasta principios de la década de 1950. En diciembre de 1901, en Chesterfield, al pronunciar el ex primer ministro lord Rosebery un discurso en el que venía a expresar unas convicciones poco más o menos similares a estas, Hugh Cecil tuvo que recordarle que, «respecto a la eventualidad de unirte a un Partido de Centro, he de decirte que podría constituir una magnífica

iniciativa —siempre que existiese un Partido de Centro al que poder sumarse, pero ahora mismo no hay ninguno […]—. Por lo tanto, si, por ejemplo, te ofrecieran un cargo en un gobierno presidido por Rosebery, sería una locura que no continuaras siendo inequívocamente unionista»[49]. Pese a todo, Churchill seguiría anhelando la constitución de una coalición capaz de excluir a los socialistas y de ocupar el centro de la escena política británica. La dificultad radicaba en el hecho de que toda intriga o maniobra tendente a propiciar ese tipo de reorganización de las fórmulas gubernamentales inglesas terminaría saliendo indefectiblemente a la luz, con lo que se le consideraría, comprensiblemente, un conspirador y un traidor al partido.

En 1902, Churchill comenzó a investigar y a documentarse para escribir una biografía de su padre en dos volúmenes, lo que tendría el efecto de reabrir en su ánimo los viejos antagonismos provocados por el supuesto maltrato que lord Randolph habría sufrido a manos de la cúpula jerárquica de los conservadores. En julio de 1902, al dimitir lord Salisbury, Balfour le sucedió en el cargo de primer ministro —un puesto que a juicio de Winston Churchill debería haberle correspondido, de ser otras las circunstancias, a su padre—. En su libro titulado *Grandes contemporáneos*, publicado después de la muerte de Balfour, Churchill escribirá, tras una buena dosis de comentarios favorables sobre la inteligencia y el encanto personal del biografiado, que «bajo todo aquello se escondía la fría crueldad que mostraba siempre que hubiera cuestiones públicas de por medio. Rara vez permitía que el antagonismo político levantara barreras en su vida privada, pero tampoco dejaba que la amistad personal, por más sellada y cimentada que pudiera haber quedado con el paso del tiempo, se interpusiera en las soluciones que considerara mejores para los problemas del estado»[50].

Las indagaciones del libro llevaron a Churchill a solicitar a los amigos de su padre que le permitieran consultar las cartas que habían intercambiado con lord Randolph, pero no tardó en descubrir que era su madre quien poseía las misivas más amargas. «La Democracia Conservadora, la auténtica, está en las últimas, —le decía su marido en 1891—. No hay

poder en la tierra que me haga mover un solo dedo o alzar mínimamente la voz en favor de los *tories*.» «Imagino sin dificultad que he podido cometer grandes errores; pero la consideración, la indulgencia y la gratitud han brillado por su ausencia, junto con la desmemoria —solo me han prodigado rencores, mezquindades e insultos—. Todo esto me tiene muy cansado, y me asquea mortalmente, así que no voy a continuar con mi vida política.»[51] Las cartas autocompasivas como la que acabo de citar (¿qué podía haberle llevado a concebir la esperanza de ser tratado con indulgencia y gratitud después de haber intentado derribar al líder de su partido?) dejaron en carne viva la relación de su hijo con Balfour y los dirigentes conservadores, pese a que compartieran una misma bancada. Lord Winterton, uno de sus compañeros *tories* en la Cámara de los Comunes, recuerda que, en esa primera época de su trayectoria política, Churchill «parecía disfrutar provocando resentimientos. Daba la impresión de que tenía "una espina clavada", como se dice ahora»[52].

En enero de 1902, Churchill dirá en la Asociación Conservadora de Blackpool: «Muchas veces me preguntan las personas notables por qué voy por ahí engarzando citas de mi padre, y yo les contesto que nunca me he opuesto a recordar las palabras de nadie, siempre que entienda que yo mismo puedo sentirme moral y mentalmente identificado con el parecer expresado en sus opiniones públicas. Pero hoy tenemos gran necesidad de hombres capaces de liderar el país. Y si no hay esperanza de que ciertos viejos presten demasiada atención a nada, tampoco la hay de que alguien preste demasiada atención a ciertos jóvenes»[53]. Estalló con esto una fuerte risotada, como solía ocurrir con muchas de sus ocurrencias.

En 1902, al preguntársele en una entrevista por las cualidades que juzgaba deseables en un político, Churchill comentó: «la capacidad de predecir lo que va a suceder mañana, la semana que viene, dentro de un mes, de aquí a un año…, y de explicar después por qué no se cumplió ninguna de sus previsiones»[54]. En una ocasión bromeó sobre la labor de un parlamentario: «Le piden que se ponga en pie, pero él quiere sentarse y todos esperan que acabe por tumbarse[55]»[56]. Churchill concedía una gran importancia al ingenio y acabaría convirtiéndolo en una de las armas más eficaces de su arsenal dialéctico. La agudeza le permitiría desviar las

críticas, ridiculizar a sus oponentes y calmar la situación si los ánimos se encrespaban. Comprendió que en una época como la victoriana, aficionada a larguísimos discursos políticos, era preciso entretener para instruir, convencer y motivar. Su sentido del humor ha hecho que se le compare con algunos de sus contemporáneos, como Hilaire Belloc, Noël Coward y P. G. Wodehouse, y que se señale que tenía salidas cómicas próximas a las de Groucho Marx. A. P. Herbert, el gran parlamentario de chispeante ironía, observó que la letra impresa no hacía justicia a Churchill, ya que se hurtaba al lector «parte de la escena y las circunstancias, de esa voz única y vibrante, de sus pausas y su alborozo contenido, de la traviesa y casi aniñada picardía de su rostro…»[57]. Churchill se las arregló siempre para introducir pinceladas de humor en sus soflamas, aun en los peores días de la segunda guerra mundial. En cambio, otros primeros ministros como Stanley Baldwin, Ramsay MacDonald y Neville Chamberlain rara vez animarían la Cámara con réplicas agudas, en algunos casos por carecer de dotes para ello, y en otros por considerarlo inapropiado. Churchill era el polo opuesto, ya que empleaba constantemente el humor, tanto el que le inducía a reírse de sí mismo como el que le permitía escaldar a un adversario pretencioso. Cuando se ponía en pie y tomaba la palabra, era muy frecuente que la Cámara permaneciera atenta a sus palabras, segura de estar a punto de escuchar alguna ocurrencia digna de mención.

La más que notable ambigüedad de los sentimientos que despertaban en Churchill los conservadores hizo que, en la Cámara de los Comunes, sus actividades políticas giraran en torno a los *Hughligans*, que únicamente mantenían una vinculación parcial con el Partido Unionista oficial. Los archivos de la Cámara de los Lores contienen una lista de los comensales que compartían mesa con los *Hughligans*. Este registro constituye una verdadera relación de los individuos influyentes del Partido Unionista de la era eduardiana. El club daba todos los jueves una cena en honor de los ministros y los parlamentarios más destacados, y Churchill estuvo presente en la mayor parte de esos actos. Se hacían brindis por la «Pureza, la Frugalidad y el Golfo Pérsico», o en favor del «Libertinaje, la Personalidad

y la Prensa». Aparte de Cecil y Churchill, las lumbreras más descollantes de la cuadrilla eran el aristócrata escocés Ian Malcolm, Arthur Stanley, hijo del decimosexto conde de Derby, y su homólogo el conde Percy, primogénito del séptimo duque de Northumberland. Entre las figuras políticas que los *Hughligans* tuvieron ocasión de agasajar en su breve pero prominente existencia como grupo de presión en el parlamento se encuentran St. John Brodrick (pese a los dardos que le había dirigido Churchill); Austen Chamberlain, hijo del secretario de estado para las Colonias; Arthur Balfour; el parlamentario liberal *sir* Edward Grey; lord Rosebery; y el también liberal John Morley, de afamada oratoria.

De cuando en cuando se congregaban en Blenheim, pero la reunión más importante de todas cuantas efectuaron los *Hughligans* fue la que tuvo lugar en la Cámara de los Comunes el 25 de abril de 1902. El cónclave se convocó a mayor gloria de Joseph Chamberlain, que estaba a punto de provocar en el Partido Unionista una escisión motivada por la Reforma Arancelaria —tan profunda como la que ya generara en 1886 en el Partido Liberal a cuenta del Proyecto de ley para la Autonomía de Irlanda—. Cuando ya estaba a punto de abandonar la sala del convite, el gigante de la política tardodecimonónica se detuvo un instante en el quicio de la puerta, dio media vuelta, y dijo con toda intención: «Jóvenes, me habéis tratado como a un rey, y yo a cambio voy a confesaros un secreto inestimable: ¡Aranceles! Esa es la política del futuro, también del más inmediato»[58]. El encuentro haría cristalizar la oposición de Churchill a la Reforma Arancelaria (conocida asimismo con el nombre de «Preferencia Imperial»), una postura que terminaría animándole a abandonar el Partido Unionista. La revolución que Chamberlain estaba próximo a proponer llevaba aparejada la exacción de fuertes gravámenes proteccionistas a las importaciones procedentes de países ajenos al imperio, medida con la que se pretendía estimular el intercambio comercial en el seno del mismo, pese a tenerse la certeza de que incrementaría inevitablemente el precio de los alimentos. La idea de forzar a las clases trabajadoras a pagar más por la cesta de la compra era un anatema para los conservadores de talante liberal como Churchill, lo que explica que dirigiera una carta a Rosebery en la que afirma que, si Chamberlain estaba hablando en serio, se abría «la

oportunidad de constituir una coalición de centro, —a lo que añade que, a su juicio—, el marchamo de “Liberal-Conservador” es mucho mejor que el de “Demócrata-Conservador”, o aun que el de “Imperialista Liberal” […]. La única dificultad real a la que habré de enfrentarme será la de vencer la sospecha de que solo me anima una inquieta ambición, pero si acabara surgiendo un asunto como el de los Aranceles, ese obstáculo desaparecería»[59]. Su padre se había mostrado completamente desorientado y carente de principios claros en esta materia, ya que en su época había abogado tanto en defensa del libre comercio como en favor de la Preferencia Imperial —y de forma prácticamente simultánea, además—, así que en su filial biografía de lord Randolph, Churchill no incluirá ninguna carta que contenga afirmaciones en las que pueda apreciarse este extremo sin ambages.

Fiel a su palabra, Chamberlain empezó a promover la adopción de un amplio paquete de Reformas Arancelarias, y Churchill comprendió que había llegado el momento de actuar. El 25 de mayo, le escribe a Balfour para advertirle de que los últimos discursos de Chamberlain, en los que el secretario colonial apoyaba la adopción de un conjunto de tarifas aduaneras destinadas a primar el comercio con las colonias, «revelan la existencia de un proyecto de simple y llana intención proteccionista». «Soy totalmente contrario a cualquier norma que pueda alterar la adhesión de este país al libre comercio, —avisa—, y considero que esta es una cuestión de importancia muy superior a cuantas se alzan ante nosotros. Los aranceles preferenciales […] son tan peligrosos como inaceptables […]. Una vez que se abre la puerta de este tipo de políticas no hay forma de evitar que desemboquen en el establecimiento de un sistema completamente proteccionista, lo que nos conduciría al desastre comercial y a la americanización de la política inglesa»[60]. Estamos aquí ante un ejemplo particularmente exagerado del argumento de las presuntas «graves consecuencias» de una medida —una tesis a la que Churchill habría de recurrir muchas veces a lo largo de su carrera—, dado que es obvio que existen muchos puntos intermedios entre el libre comercio absoluto y el proteccionismo. La peyorativa referencia a la política estadounidense era probablemente una alusión a un estado de cosas que un historiador resume

recordando que «el sistema arancelario vigente por entonces en Estados Unidos había dado pie al tráfico de influencias, la intriga y la corrupción»[61]. Churchill lo dijo dejando momentáneamente a un lado tanto la general admiración que siempre sintió por Estados Unidos como el reconocimiento de su creciente importancia en la escena internacional. Un mes más tarde, el 22 de junio, señalaba en un debate presupuestario: «Siempre he pensado que el principal objetivo de la política gubernamental inglesa ha de pasar necesariamente, y durante un largo período de tiempo, por cultivar el mantenimiento de nuestras buenas relaciones con Estados Unidos»[62]. La materialización de esta meta había empezado a allanarse tras la rendición de los bóers y la rúbrica del Tratado de Vereeniging, en mayo de ese año.

«Mi querido Winston, —le replicará Balfour en una carta glacial—, jamás he tenido la impresión de que Chamberlain haya abogado por el proteccionismo, aunque indudablemente esté dispuesto, y de hecho ansiosamente decidido, a imponer un impuesto a los alimentos que, de forma indirecta, pueda tener cierto carácter protector […]. Sin embargo, es evidente que se trata de una cuestión extremadamente compleja que nos exige andar con pies de plomo»[63]. El intento de Balfour de situarse en una posición equidistante terminaría por echar a pique su mandato como primer ministro y despertaría la mordaz cólera de Churchill, pero con la perspectiva que nos proporciona el tiempo da la impresión de que no tenía otra alternativa, dada la profunda grieta que resquebrajaba de arriba abajo a su partido en este asunto. Años después, Churchill admitiría que la antipatía que le inspiraban ciertos temas, como el del severo trato que su formación política estaba dispensando a los derrotados bóers, la reforma del ejército, o la explotación de la reciente victoria electoral conservadora, era tan intensa que en el momento en que se «planteó la idea de la protección yo me encontraba ya perfectamente dispuesto a examinar todas sus acciones desde la óptica más crítica»[64]. En otras palabras, estaba deseando fajarse con sus oponentes.

El choque estalló públicamente el 28 de mayo de 1903. Churchill tomó la palabra inmediatamente después de Chamberlain en la Cámara de los Comunes, una vez que el secretario colonial hubo defendido formalmente la

adopción de la Reforma Arancelaria. Instruido por Mowatt, Churchill había estudiado a fondo la política comercial y se había significado como uno de los líderes del grupo de conservadores díscolos, integrado aproximadamente por unos sesenta parlamentarios (a los que por entonces se daba el nombre de «Free Fooders» por su oposición a la carestía alimentaria), todos ellos contrarios a la Reforma Arancelaria. Su discurso arrancó con una exageración totalmente deliberada: «Estas son las cuestiones que deberemos abordar en el dilatado período de tiempo que sin duda habrá de durar esta controversia, la mayor de toda la historia de nuestro país. —Vaticinó que, de aceptarse el proteccionismo—, no solo el viejo Partido Conservador estará abocado a la desaparición, sino también sus convicciones religiosas y sus principios constitucionales, lo cual determinará su vez el surgimiento de una formación nueva, acaso similar a la del Partido Republicano de Estados Unidos de América —es decir, rica, materialista y laica—, cuyas opiniones fomentarán la aplicación de los aranceles y harán resonar en los pasillos del parlamento el rumor de la avalancha de peticiones de las industrias protegidas»[65].

La batalla interna del Partido Unionista en torno a la Reforma Arancelaria no solo iba a continuar crispando los ánimos treinta meses más sino a provocar dimisiones ministeriales en una y otra bancada. Churchill le dijo a Charles Eade que una de las razones que habían determinado la notoriedad de su padre había sido justamente el hecho de que «hubiese atacado a Gladstone con más contundencia que nadie»[66]. Era verdad, y de hecho, las invectivas que el propio Winston habría de lanzar contra Arthur Balfour por dedicarse a ver los toros desde la barrera en el asunto de la Reforma Arancelaria vendrían motivadas por ese mismo afán de brillo. El 29 de julio de 1903, en el debate surgido a raíz del Proyecto de ley del Azúcar, Churchill dirá, en alusión a los miembros de sus propias filas: «Son todos ellos hombres buenos y honrados que están dispuestos a realizar grandes sacrificios para respaldar sus opiniones —pero no las tienen—. Están decididos a dar la vida por la verdad, pero les falta saber en qué consiste. El parecer que defienden se propone únicamente “hacer avanzar el borrador”, y ya se encargará el primer ministro de corregir y revisar con todo cuidado esas galeradas antes de que el texto definitivo vea la luz»[67].

Estas salidas no tardarían en suscitar la respuesta de los conservadores de los escaños vecinos. El coronel Claude Lowther dijo que temía que Churchill hubiera contraído el beriberi[68] en Sudáfrica, «porque he oído que la característica más sobresaliente de ese mal es una terrible hinchazón de la cabeza»[69].

En agosto de 1903, Churchill se convenció de que en las siguientes elecciones los liberales iban a lograr una victoria arrolladora. «La petulante satisfacción y autocomplacencia del gobierno quedará atónita ante lo que se le viene encima, —le escribe a lord Northcliffe, propietario de *The Times*—. Si procedemos con un mínimo de cautela, quizá logremos constituir un gran ejecutivo de centro que no sea ni proteccionista ni pro bóer, es decir, que siga los principios del radicalismo liberal, con los que se podrá atajar la sobrecogedora ineficacia administrativa que hoy campa a sus anchas.»[70] Aquel mismo otoño, tras confiar esta idea a la imprenta, Churchill la veía publicada en la *Monthly Review*. En su escrito argumentaba que «la posición que mucha gente razonable y moderada se ve obligada a adoptar en nuestros días resulta enormemente difícil, ya que se ven atrapados entre las diferentes organizaciones partidistas». En una clara referencia a los duros términos que Salisbury y Chamberlain habían impuesto a los bóers en el acuerdo de paz, Churchill sostendrá que a las personas de talante comedido «les enorgullece y agrada sinceramente el desarrollo y la consolidación del imperio, pero no están dispuestas a asistir a una explotación del imperialismo que lo utiliza como una simple finta electoral […]. La gran pregunta es la siguiente: ¿están hechas las organizaciones políticas para los hombres o estos para aquellas?»[71].

El 24 de octubre, Churchill le escribe una carta a Hugh Cecil, el amigo más íntimo con que cuenta en los círculos políticos, sabiendo que es un colega conservador comprometido con el proyecto de reformar desde dentro el Partido Unionista, dominado hasta ese momento por la facción conservadora. «Soy un liberal inglés, —mantiene—, detesto al partido *tory* y a sus miembros tanto como aborrezco sus palabras y sus métodos. No simpatizo lo más mínimo con ellos —excepto con mis electores de Oldham —. Quiero asumir una nítida posición práctica que las masas populares puedan entender»[72]. Churchill no llegaría a echar la carta al correo, y

como habrá de suceder con muchas de las notas que terminará por no enviar en el transcurso de los años, es probable que lo más acertado sea entender que estas líneas son antes una forma de abrir la espita y de relajar la presión mental que un análisis razonado de sus convicciones, aunque sin duda contribuyen a indicarnos los derroteros políticos por los que transitaba entonces.

«Es un individuo menudo, de cabeza maciza y aspecto no excesivamente llamativo, pero dotado de ingenio, inteligencia y originalidad, —anota el 31 de octubre el poeta Wilfrid Scawen Blunt—. Tanto por ideas como por ademanes se revela como una extraña réplica de su padre, y no solo tiene su misma brusquedad y su enorme aplomo, sino que yo diría que le aventaja en talento. Cede a idéntico tipo de chiquilladas y menosprecia igualmente los convencionalismos, por no mencionar que muestra su misma franqueza y disposición a comprender a quien tiene delante.»[73]

El 11 de noviembre, la valentía física de Churchill quedó plenamente de manifiesto al acudir a disertar al ayuntamiento de Birmingham, en el corazón mismo del particular coto de caza político de Chamberlain. El jefe de la policía local no solo tuvo que levantar ex profeso una serie de barreras para proteger específicamente el edificio en el que Churchill iba a dirigirse al público sino utilizar un camión de bomberos para dispersar a la «aulladora multitud» que se había congregado a la puerta. «En medio de aquella masa hostil apareció súbitamente un carruaje tirado por dos caballos, —apunta un periodista—. En él viajaba únicamente el señor Churchill, que echó pie a tierra a pecho descubierto, abriéndose paso directa y descaradamente entre la gente, con una actitud desafiante que podía haberle valido un linchamiento. Se produjo una breve pausa y la turba quedó en suspenso; entonces, el gentío, seducido por el bizarro espíritu de la situación, prorrumpió en aplausos.»[74]

Una vez en el interior del ayuntamiento, en el que fue objeto de ruidosas interrupciones y tuvo que soportar gritos de «¡Echadlo a patadas!, —Churchill dijo—: Pido a esta magna asamblea de ingleses, en esta gran ciudad que camina a la vanguardia del progreso y el conocimiento, que tenga la bondad de escucharnos a lord Hugh Cecil y a mí»[75]. Y no solo

consiguió que se le atendiera, sino que, en el transcurso de la perorata, Churchill se ganó el apoyo, cuando menos, de una parte de los asistentes. «Puede que lo que suceda…, por un arbitrario y estéril acto de gobierno…, —dijo—, —porque, recordadlo, los gobiernos no crean nada y nada pueden dar que antes no hayan arrancado a otros…—; podréis meter dinero en los bolsillos de un determinado grupo de compatriotas, pero será dinero salido de la bolsa de otros compatriotas, y la mayor parte se perderá por el camino…»[76]. Terminó diciendo que la adopción «de unos aranceles extremadamente protectores, por mucho que pueda incrementar los beneficios del capital, no es más que un maldito mecanismo para el robo y la opresión de los pobres y los más pobres de entre los pobres».

En diciembre, al sugerir Balfour que se constituyera una comisión para el estudio de la Reforma Arancelaria —una clásica táctica dilatoria de los gobiernos—, Churchill se preguntó en una reunión pública en Halifax: «¿Lo va a designar el primer ministro? ¿Pero hay algún primer ministro?»[77]. Al atenuarse el estruendo de las carcajadas, Churchill, que por entonces ya dominaba el arte del encadenamiento cómico, quiso saber: «¿Dónde está el señor Balfour? ¿Cuándo piensa salir a escena? ¿Qué papel interpreta en esta extraña representación?»[78]. Era imposible dejar impune semejante ataque al líder de su propio partido, así que, dos días después, los miembros de la Asociación Conservadora de Oldham le escribían para notificarle que habían perdido la confianza en él. Se ofreció a dimitir y forzar así unos nuevos comicios parciales, pero como los prebostes del distrito electoral temían perder el envite aceptaron que continuara representándoles hasta la siguiente convocatoria a las urnas. A finales de enero de 1904, Churchill dejó de recibir las citaciones del jefe de disciplina de su formación.

En febrero, Churchill explicaba en Manchester: «Dicen que los industriales proteccionistas están a favor de las propuestas del señor Chamberlain porque aman al obrero… Pero más que amar al obrero lo que adoran es verle trabajar»[79]. En ese mismo discurso, añadirá: «Creer que puede enriquecerse a un hombre instituyendo un impuesto es como imaginar que ese mismo hombre puede meterse en un cubo y levantarse en vilo tirando del asa»[80]. El 29 de marzo, Balfour abandona la Cámara en el preciso momento en el que Churchill se pone en pie para dirigirse a sus

colegas. Al protestar Churchill por esa «falta de miramiento y respeto», la bancada ministerial en pleno desfiló tras él, seguida más tarde por los parlamentarios ordinarios presentes en la sesión —más de doscientos en total—, algunos de los cuales abuchearon a Churchill desde el barandal de la Cámara, en un gesto que en opinión de *sir* John Gorst, antiguo compañero de fatigas en el Cuarto Partido de lord Randolph, fue «la más palmaria descortesía que he visto en toda mi vida»[81]. Solo un pequeño grupo de unionistas partidarios del libre comercio permanecieron en sus escaños junto a Churchill[82]. «Ha sido el mayor tributo que jamás se haya brindado a un orador del parlamento, —escribiría poco después un periodista encargado de la corresponsalía política de la Cámara—. Fue como si el enemigo se hubiera dado a la fuga ante su presencia.»[83]

Según se recoge en una recopilación de discursos churchillianos, el rebelde Winston dijo que la gente quería saber lo que «realmente piensa el primer ministro de la cuestión que está enojando al país», tras lo que añadió que «no consideraba que ese interés social anduviese falto de razón, dado que, a fin de cuentas, no podía decirse que una medida política propuesta de buena fe por un hombre público, desde su honesta consideración de las cosas, fuera igual a esa misma medida si se descubriera que la oferta obedecía abiertamente a las conveniencias de una particular táctica política»[84]. Poco más de quince días después, en la reunión inaugural de la Liga del Libre Comercio celebrada en Oldham el 15 de abril de 1904, Churchill anuncia que «en tanto no se apacigüe esta gran agitación proteccionista, confío en que para siempre, no tendré más meta política que la del libre comercio. Me esforzaré codo con codo, o en favor, de cualquier defensor de la libertad comercial, con independencia de cuáles sean sus opiniones políticas y pertenezca al partido que pertenezca»[85].

Churchill había estado memorizando sus arengas, incluso las que duraban una hora. El 22 de abril, en el transcurso de un debate relativo al Proyecto de ley sobre Disputas Comerciales, tras una disertación de cuarenta y cinco minutos, olvidó por completo lo que se había propuesto decir y tomó bruscamente la decisión de sentarse. En las actas oficiales del parlamento, las conocidas *Hansard*[86], se indica: «Llegado a este punto, su honorable señoría titubeó al concluir su alocución, y, entre aclamaciones de

ánimo, volvió a ocupar su escaño, no sin antes dar las gracias a la Cámara por haberle escuchado»[87]. Al día siguiente, los titulares de los periódicos rezaban: «El señor Churchill se desmorona» y «Emotivo incidente en la Cámara»[88]. La verdad es que si la anécdota se consideró conmovedora fue debido a que a su padre le había sucedido algo parecido al empezar a manifestarse los primeros síntomas de su enfermedad. Churchill le comentó a Bourke Cockran: «el lapsus fue puramente mecánico», pero a partir de ese momento se aseguró de contar con unas cuartillas y de consignar en ellas las palabras clave de cada frase —mediante unas anotaciones que según él remedaban formalmente a los salmos—. Como recuerda uno de sus amigos a propósito del incidente, Winston no se dejó desconcertar por la humillación, sino todo lo contrario, ya que aprendió de ella[89].

Churchill no quiso contender electoralmente contra sus antiguos camaradas de Oldham, así que una semana después se anunciaba que había sido aceptado como candidato de los partidarios del libre comercio por la circunscripción del Noroeste de Manchester, y que como tal participaría en los próximos comicios, con el apoyo de los liberales. Leslie Hore-Belisha, un chiquillo del barrio que tenía diez años en la época, recuerda que el aspirante fue a visitar a su tío, un destacado liberal de la ciudad. Churchill era «un personaje de aspecto autoritario y porte levemente encorvado, —comenta—. El sonrosado rostro aparecía rematado por el cabello, de un rubio rojizo […]. Vestía una levita de solapas de seda, y bajo la barbilla lucía un cuello duro con puntas almidonadas y una pajarita negra. Entró con paso firme en la habitación, hablando con su inconfundible ceceo.» Con todo, quien acabaría apadrinando a Churchill no sería el tío de Hore-Belisha, sino el del propio Winston, el ex ministro lord Tweedmouth, casado con Fanny, hermana de lord Randolph. Es casi seguro que la fama de Churchill le habría permitido conseguir un escaño prácticamente en cualquier parte, pero Tweedmouth le garantizaba obtenerlo en el feudo del libre comercio.

El 13 de mayo, Churchill pronunciaba un magnífico discurso en la sede del Libre Comercio de Manchester. Explicó que el Partido Unionista era «una formación cuajada al calor de intereses particulares, cuyos integrantes se han agrupado como una piña y constituido una formidable

confederación; viven de la corrupción interna, que encubren fomentando la agresión externa; se alimentan de esta superchería del malabarismo arancelario; operan tiránicamente con el aparato del partido; azuzan las emociones a paletadas; beben toneles de patriotismo; practican la barra libre con el erario público y se aplican el mismo cuento en la taberna; van a encarecer la comida a millones de trabajadores y abaratar los costes salariales a los millonarios. —Ensordecido por una fuerte salva de aplausos, declaró—: ¡Esta es la política que quiere Birmingham, y contra esa política de Birmingham levantaremos la política de Manchester!»[90]. Continuó repitiendo ese mensaje ante miles de seguidores en salones y teatros de todo el país. Eran mítines notablemente tumultuosos, pero en ellos también había buenas dosis de argumentos razonados. Churchill basaba parte de su fe en el libre comercio en la convicción, muy extendida en esos años, de que promovía la paz entre las naciones. «Los peligros que amenazan tranquilidad del mundo moderno no proceden de las potencias que han aceptado establecer vínculos de interdependencia y tejer una red de lazos comerciales con otros estados, —dirá en marzo de 1905—, emanan de las potencias que llevan una existencia más o menos apartada, que guardan las distancias para permanecer lejos de la general interrelación de la raza humana, y que son relativamente independientes y capaces de bastarse a sí mismas»[91]. Lamentablemente se trataba de una tesis desencaminada, ya que en 1914, el principal socio comercial de Gran Bretaña era precisamente el imperio alemán.

El 16 de mayo, en el último discurso que dio desde los bancos del gobierno, Churchill atacó a Chamberlain y criticó lo que él denominaba «Nuevo Imperialismo», tras lo cual pasó a distinguir nítidamente la noble versión imperialista que se ponía en práctica mediante el ejército británico de la que avanzaba a hombros de las «camarillas» políticas[92]. Pese a que su padre hubiera permanecido hasta su muerte en las filas de los conservadores, lo cierto es que los otros dos grandes héroes de Churchill, que ya había cumplido los veintinueve años, habían cambiado de bando con gran estrépito (y enorme éxito) al inicio de sus respectivas carreras políticas. Cuando traicionó al rey Jacobo II para apoyar a Guillermo de Orange, el primer duque de Marlborough tenía treinta y ocho, y Napoleón

treinta cuando acabó con el Directorio e instauró el Consulado. Lo que Churchill estaba a punto de hacer contaba desde luego con buenos precedentes.

El martes 31 de mayo de 1904, en un ambiente dominado por lo que el *Manchester Guardian* denominó «la luz crepuscular de una lluviosa tarde», Churchill penetró en la sala principal de la Cámara de los Comunes, avanzó unos cuantos pasos, y se inclinó ante el estrado del presidente de la asamblea. Una vez hecho esto, sin embargo, en lugar de girar a la izquierda para ocupar su antiguo escaño en la bancada conservadora, «dio un brusco giro a la derecha» y fue a acomodarse entre los liberales, ocupando el asiento contiguo a David Lloyd George, el parlamentario galés que actuaba en representación de los Municipios de Carnarvon, el mismo hombre del que tan desdeñosamente se hubiera mofado poco más de tres años antes en su discurso inaugural[93].

Lloyd George era una figura destacada del ala Radical del Partido Liberal, y uno de sus mejores oradores. Tras sus primeros encuentros, Churchill no se formó muy buena opinión de él, y le calificará «de pequeño sinvergüenza, charlatán y vulgar»[94]. No obstante, en julio de 1903 su relación con él era ya bastante más cálida, hasta el punto de juzgar oportuno invitarle a visitar Blenheim, y en octubre del año siguiente ambos hombres habían trabado ya una sólida amistad, al menos por lo que a Churchill se refiere. En esa época, en una conversación con su hermano, Lloyd George describe a Churchill con estas palabras: «muy ambicioso y muy inteligente»[95]. En un discurso en el que habla de la «energía y el coraje» de Lloyd George ante los votantes del distrito electoral de los Municipios de Carnarvon, Churchill sostiene que se trata además «del mejor y más batallador general de las filas liberales»[96]. Churchill y Lloyd George disfrutaban de su mutua compañía, pero también eran conscientes de que tal vez un día acabaran por rivalizar.

Churchill se instaló en el muy apetecido escaño del ángulo situado bajo el pasillo de la oposición, el mismo que ocupara su padre y desde el que escarneciera durante años tanto a Gladstone como a los integrantes de la

bancada conservadora[97]. Poco después imitaban el gesto de Churchill sus primos Ivor y Freddie Guest, así como su amigo Jack Seeley. Pese a que los unionistas liberales ya hubieran «cruzado el parqué[98]» en masa durante la crisis provocada a raíz del Proyecto de Ley para la Autonomía de Irlanda, casi veinte años atrás, era extremadamente raro que se produjeran defecciones a título individual, y, de hecho, en la atmósfera política de la era eduardiana suponía un paso bastante más serio que en los tiempos de la Regencia o de la reina Victoria, ya que en esa época la estructura de los partidos era más etérea. Al poco tiempo, el parlamentario Churchill despertaba ya más odios en los bancos conservadores que el mismísimo Lloyd George, dado que al ser este un inconformista radical galés, ningún *tory* esperaba de él otra cosa que una actitud hostil. Tras habérsele juzgado estridente, engreído y prepotente —un «arribista», por emplear el vocabulario de la época—, Churchill pasó a ser considerado un traidor al partido, lo que en último término no sería más que un preámbulo, ya que poco después se le tachaba de desleal a su propia clase.

Un asistente personal diría de él más tarde: «Al vivir absorto en sus propios asuntos, es mucha la gente a la que da la impresión de ser un hombre brusco, vanidoso, intolerante y despótico»[99]. Se criticará habitualmente que carezca de «un mínimo de sensibilidad, intuición y tacto para percibir lo que piensan (y sobre todo sienten) los demás»[100]. Sin embargo, difícilmente puede decirse que en el verano de 1904 tuviera necesidad de recurrir a ese sexto sentido, puesto que, en esos meses, los unionistas no se privarían precisamente de hacer saber al nuevo parlamentario, y sin la menor ambigüedad, lo que les hacía pensar y sentir a ellos su reciente bandazo político. Muchos colegas darían por supuesto que se había «rajado», por utilizar su misma fórmula, y que su deserción obedecía simplemente a intereses personales. El hijo de Joseph Chamberlain, Austen, que ocupaba el cargo de ministro de Hacienda, dijo que la «conversión de Churchill al radicalismo coincide con sus objetivos particulares». Alfred Lyttelton, otro de los miembros del gabinete, pensaba que Churchill «apareja las velas según sople el viento. —Leo Maxse, director de la *National Review*, escribió—: Es medio extranjero y un tipo totalmente indeseable», y el futuro primer ministro Andrew Bonar Law,

cuyo discurso inaugural ante la Cámara se había visto totalmente eclipsado por el de Churchill, a quien le había tocado pronunciarlo la misma tarde que él, le llamó «chaquetero»[101]. Además, tampoco puede decirse que esta clase de opiniones se manifestaran solo a sus espaldas, puesto que un año después, él mismo diría que su cambio de filas había dado lugar a «los más detestables casos de injurias»[102].

También podría haber sido su tumba política. A fin de cuentas, Churchill había atacado sin freno a los liberales, y nadie podía garantizar que estos se hallaran dispuestos a retenerle. Todo el mundo tuvo la sensación —incluso él mismo— de que había perdido cualquier posibilidad de regresar al partido en el que se le había educado desde la infancia y en el que militaban la inmensa mayoría de sus amigos y familiares, como habría de señalar más tarde[103]. Es más, su íntimo amigo, el parlamentario F. E. Smith, señalaría con el tiempo que, de no haberse pasado a la bancada liberal, en 1914 «se habría convertido, a mi juicio, en el líder incuestionable del Partido Unionista»[104]. Churchill pagó un alto precio por defender sus principios favorables al libre comercio.

Cuando el cuarto marqués de Salisbury, hijo del ex primer ministro, cortó sus relaciones sociales con Churchill, condenándole en cierto modo al ostracismo, le escribió una carta para explicarle: «Pienso de corazón que no ha sido tu acción, sino la forma en que la has llevado a cabo, lo que me ha obligado a mostrarme grosero»[105]. Y Churchill le respondió:

> Admito sin dificultad que mi conducta está abierta a las críticas, no —gracias al cielo— a causa de su sinceridad, sino desde el punto de vista del buen gusto. He tenido que escoger entre dos opciones: luchar o hacerme a un lado. Sin duda esto último habría sido lo más decoroso. Pero yo quería luchar, tenía la íntima convicción de que podía entregarme a ello en cuerpo y alma…, y así están las cosas… Evidentemente, la política es un tipo de torneo en el que se acepta el empleo de armas tales como el agravio personal y la invectiva injusta. Pero el hecho de fajarse en tan fea reyerta no debe perjudicar, en mi opinión, las relaciones personales[106].

La última frase de la cita refleja una actitud que Churchill habría de mantener a lo largo de toda su vida. La gente solía malinterpretar su extraordinaria capacidad para separar la política de la amistad —una virtud que le permitía seguir mostrándose afable con las personas a las que

denunciaba públicamente (y que le censuraban de manera similar a él)—, y tendía a creer que actuaba como una persona falsa, ya fuera en la política o en la amistad. De hecho, la doblez no fue nunca uno de sus defectos, ni en un terreno ni en otro.

El mismo día en que cambió de bancada, Churchill publicó una carta en tres periódicos: el *Times*, el *Manchester Guardian* y la *Jewish Chronicle*. En ella desaprobaba la Ley de Extranjería del gobierno, concebida para limitar la afluencia de inmigrantes, y más en concreto la de los judíos que huían de los pogromos de la Rusia zarista. «Lo único que cabe esperar [de esa norma], —sostiene—, es que estimule los prejuicios insulares que estigmatizan al extranjero, que fomente los prejuicios raciales contra los judíos, y los prejuicios que llevan al obrero a temer la competición externa»[107]. La población británica se cifraba entonces en 32,5 millones de almas. Churchill señala que solo 1 de cada 140 ciudadanos había nacido fuera de la isla. La inmigración judía crecía a un ritmo muy lento, de solo 7000 personas al año[108]. La carta obedecía desde luego a una táctica electoral, ya que la tercera parte de los votantes de su nueva circunscripción eran judíos, pese a no constituir más que el 0,7 % de la población británica, pero también refleja una curiosa anomalía de Churchill como miembro de la clase alta victoriana: la de que toda su vida simpatizara con los judíos.

Como tantas veces habrá de comprobarse respecto a sus opiniones de juventud, Churchill había adquirido de su padre esa actitud prosemita. Lord Randolph había mantenido relaciones amistosas tanto con Nathaniel Meyer, el primer barón Rothschild, como con *sir* Felix Semon y *sir* Ernest Cassel. «¿Cómo, lord Randolph, no se ha traído usted a sus amigos judíos?», le preguntaron burlonamente en una ocasión al padre de Churchill durante una reunión de fin de semana celebrada en un palacete campestre. «No, —contestó él—, pensé que no les agradaría mucho la compañía»[109]. Padre e hijo admiraban a Disraeli. En sus años mozos, Winston Churchill había pasado buenas temporadas en París con el barón Maurice de Hirsch, y en 1906 estuvo en el continente, durante las vacaciones de verano, con Cassel, Lionel Rothschild y el barón de Forest, hijo adoptivo del de Hirsch[110].

«¡Bravo Zola!», había exclamado Churchill en una carta dirigida a su madre en plena efervescencia del caso Dreyfus, seis días después de la batalla de Omdurmán. «Me complace enormemente asistir al completo desmoronamiento de esta monstruosa conspiración.»[111]

Esto significa que al oponerse a la Ley de Extranjería lo que le movía no era únicamente el oportunismo político. Comenzó a efectuar donativos para el Comedor Social Judío, el Club Juvenil Judío y la Asociación Hebrea de Tenis y Críquet, realizando además visitas al Hospital Judío, el colegio religioso Talmud Torá, y el Club de Obreros Judíos, en el que aconsejó a los presentes insistir en la autoayuda comunitaria[112]. «Pese a que nunca apoyara acríticamente al sionismo, —escribe *sir* Martin Gilbert, el biógrafo oficial de Churchill—, fue siempre uno de sus más tenaces partidarios y defensores. En un mundo en el que los judíos eran frecuentemente víctimas del desprecio, la aversión, el recelo y la hostilidad de muchos, Churchill les tuvo invariablemente en gran estima, y quería que dispusieran del lugar que legítimamente les correspondía en el mundo»[113]. En la década de 1930, esto ayudaría notablemente a Churchill, ya que le permitió percibir con toda claridad, y muy pronto —a diferencia de lo que le sucedió a muchos antisemitas de todo el espectro político—, el tipo de individuo que era Adolf Hitler. El hecho de ser una de las raras personas de su clase y formación capaz de simpatizar con los judíos, sumado al de haber representado a los miembros de una circunscripción electoral fuertemente poblada de judíos más de un cuarto de siglo antes de que Hitler se aupara a la cancillería de Alemania, había determinado que sus sensores fueran mucho más precisos que los de sus colegas del parlamento[114].

Churchill pronunció su primer discurso desde los bancos de la oposición el 8 de junio de 1904, y en su alocución se opuso a la Ley de Extranjería. (*The Sun* proclamó que si había procedido a la crítica de la disposición jurídica había sido obedeciendo órdenes de lord Rothschild, inaugurándose así la larga serie de bajezas que habrían de acusarle de trabajar a sueldo de los judíos.)[115] Churchill y otros tres liberales atacaron con tanta tenacidad la norma durante la preceptiva fase de estudio de la ley (en la que se crea un comité para examinar el proyecto en sus menores detalles) que el gobierno optó en un primer momento por abandonarlo, aunque solo para volver a

proponerlo y conseguir su aprobación al año siguiente. En diciembre de 1905, Churchill se integró en una plataforma opuesta a los pogromos zaristas en la que también participaba un conferenciante de ciencias químicas nacido en Rusia, el doctor Chaim Weizmann, que más tarde habría de contribuir a consolidar su comprensión del sionismo.

En julio de 1904, el coronel William Kenyon-Slaney, un parlamentario conservador, acusaba a Churchill y a Ivor Guest de no ser más que unos «renegados y unos traidores», debido a la posición indulgente que mantenían respecto a los bóers. Al encajar el dardo, Churchill vio la puerta abierta para una de sus ácidas respuestas. «He comprobado a menudo que, al subir de tono una controversia política, —dijo—, las personas de temperamento colérico e inteligencia limitada se creen con derecho a ponerse desagradables. He tenido el honor de servir en el campo de batalla en defensa de nuestro país, y, mientras lo hacía, este galante coronel tragafuegos se contentaba con matar a Kruger de boquilla, cómodamente arrellanado y seguro en Inglaterra»**[116]**. Churchill se estaba refiriendo al segundo verso del poema de Rudyard Kipling titulado «*The Absent-Minded Beggar*» —que dice: «Cuando acabes de matar a Kruger de boquilla… / ¿Tendrás la amabilidad de echar un chelín en la pandereta / de un caballero de caqui al que ordenaron ir al sur?»—,**[117]** que los presentes no habrían tenido la menor dificultad en identificar instantáneamente. Era una pulla despiadada para Kenyon-Slaney, que había sido condecorado en la batalla de Tel el-Kebir en 1882 y que diez años más tarde se había retirado del ejército, pero *sir*vió para recordar a todo el mundo que si atacaban a Churchill debían prepararse para recibir una réplica fulminadora.

Al mes siguiente, Churchill señaló despectivamente que «los periódicos que cuentan con directores a los que Balfour ha ennoblecido o elevado se han deshecho en elogios al líder de la Cámara»**[118]**. Poco tiempo después se empezaría a tener la impresión de que su pasatiempo favorito consistía en cubrir de insultos al primer ministro. En enero de 1905, en un discurso pronunciado en Manchester sobre la Reforma Arancelaria, Churchill se despachó diciendo: «Lo que yo le aconsejo es que tenga en cuenta que, en política, la mejor opción, cuando no se sabe bien qué hacer, es precisamente no hacer nada; y que, en política, cuando no se sabe bien qué decir, lo mejor

es decir lo que uno piensa de verdad. Si el primer ministro hubiera actuado desde el inicio de la polémica de acuerdo con estos principios, no solo habría sido mucho mejor para nuestro país, también habrían salido mucho mejor paradas su reputación y la organización de su partido, cosas ambas a las que atribuye tan extraordinaria e inmerecida importancia»[119]. Más adelante, ese mismo mes, muchos de sus colegas llegarían a la conclusión de que Churchill se había pasado definitivamente de la raya al afirmar: «En el transcurso de la historia del mundo se han producido sin duda bastantes abdicaciones, pero si se fijan ustedes en el curso general de los acontecimientos verán que, a lo largo de los siglos, siempre las han protagonizado los soberanos de sexo masculino, no los de género femenino. Ha habido reyes que han optado por la abdicación, pero no reinas; y esa es justamente una de las cualidades más atractivas del señor Balfour: que por su naturaleza exuda una cierta femineidad»[120]. Los ataques de este tipo seguirían haciéndole notar, y ganar antipatías.

El periodista Alexander MacCallum Scott escribió en 1905 la primera biografía de Churchill. «Los admiradores de este joven de treinta años ven en él a un futuro primer ministro», escribe Scott en su libro, en el que compara la pugna que enfrenta a Churchill y a Chamberlain con un combate entre David y Goliat, señalando al mismo tiempo, en referencia a Balfour, que «el actual primer ministro huye de su presencia»[121]. En la fecha en que se publicó la semblanza, la noción de que Churchill pudiera «pertenecer a la raza de los gigantes» se entendió como una exageración, y desde luego no todo el mundo se sentía tan sumamente impresionado por su figura. En mayo de 1905 se rechazó la solicitud de admisión de Churchill en el Club Hurlingham de Londres, algo que, según le comentaría el propio Winston al jefe de disciplina del Partido Liberal, Alexander Murray —conocido como el «Maestre de Elibank»—,[122] «carecía prácticamente de todo precedente en la historia de la institución, ya que siempre se había recibido con los brazos abiertos a los jugadores de polo. No creo que tus amigos liberales ni tú mismo os deis cuenta del intenso encono político que suscita mi persona en las filas del otro bando»[123]. El mes anterior había renunciado a su acreditación como miembro del Club Carlton y le había dicho a su primo

lord Londonderry: «Por un lado las viejas amistades han quedado chasqueadas, y por otra parte he contraído nuevas obligaciones»[124].

A finales de Julio, Balfour perdió una votación en la Cámara de los Comunes por 196 votos a favor y 200 en contra, pero se negó a dimitir, según la inveterada costumbre, y Churchill, indignado, tronó: «El poder que le fue conferido en su día a lord Salisbury ha sido asumido por otra persona con quien la nación todavía no ha podido tratar directamente y cuyo carácter solo ha ido desvelándose a los ojos de este parlamento en los últimos tiempos, y aun de forma gradual»[125]. Churchill centró sus ataques tanto en la «supina e imperdonable ignorancia» de Balfour como en su «chapucera y desastrada forma de hacer las cosas». Bromeó diciendo que «la dignidad de un primer ministro, como la virtud de una dama, no es susceptible de ninguna disminución parcial»[126]. «Para perdurar en el cargo unas cuantas semanas o meses más, no hay principio que el gobierno no esté dispuesto a traicionar, —añadió—, y, de hecho, la cantidad de polvo que está dispuesto a morder, o de inmundicias que está decidido a tragar, tampoco conoce límites»[127]. En realidad, Churchill no pensaba en serio que el filósofo Balfour, miembro de la Academia Británica, fuese un ignorante, ni ninguna de las demás cosas que le atribuía. Para él, todas estas «dislocaciones» formaban parte de la esgrima propia del magno y azaroso envite de la política. Él mismo estaba perfectamente dispuesto a cubrirse de todo el «polvo y la inmundicia» que los unionistas se tomaran la molestia de arrojarle en respuesta a sus propias invectivas. No obstante, para muchos caballeros serios de la era eduardiana, incluido el propio rey Eduardo VII, ese tipo de comportamiento político resultaba simplemente inaceptable.

«Según me dicen, Winston acaba de pronunciar uno de los más insolentes discursos que jamás se hayan escuchado en el parlamento», le dice el cortesano lord Esher a su hijo en una carta[128]. Y lord Crawford anota en su diario: «Al rey le ha enfadado muchísimo el ataque que Winston Churchill le ha dedicado a A. J. B., y no es ningún secreto que tiene a Churchill por un sinvergüenza»[129]. Todas estas imprecaciones y mordaces dicterios políticos parecían augurar una nueva y agresiva forma de oratoria parlamentaria, aunque a los ojos de cuantos conocían mejor la realidad

histórica estaba claro que hacía siglos que era perfectamente normal asistir a este tipo de salidas de tono.

Churchill siguió alumbrando discursos llamativos. En agosto de 1905, el enfrentamiento que protagonizaron en la India lord Curzon, el virrey, y lord Kitchener, el comandante en jefe, a cuenta de la reorganización del ejército, había terminado por provocar la dimisión de Curzon. Esto dio a Churchill la oportunidad de vengarse de Kitchener. En octubre, durante un debate en la Cámara, dijo en relación con Curzon: «La despectiva manera en que se le ha expulsado del país ha convertido al comandante poco menos que en un dictador militar, y tanto el poder del virrey como el prestigio del poder civil han quedado gravemente afectados, acaso de forma permanente»[130]. Una vez más, recurría deliberadamente a la exageración para lograr un efecto impactante —y de hecho esta es la primera ocasión en que le vemos emplear la palabra «dictador» con intención peyorativa.

El 5 de diciembre de 1905, Balfour presentaba finalmente la dimisión, tras lo cual el rey encargaría a *sir* Henry Campbell-Bannerman, el líder de la oposición liberal, que formara en minoría un gobierno provisional con el único objetivo de convocar elecciones —misión que quedaría culminada el 12 de enero de 1906, según lo previsto—. *Sir* Edward Grey fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores, Herbert Asquith, quedó al frente de Hacienda, y Lloyd George asumió el cargo de presidente de la sección de Comercio. Campbell-Bannerman ofreció a Churchill el puesto de secretario financiero del Tesoro, la más alta responsabilidad de esa cartera tras su titular, pero él declinó amablemente la propuesta y prefirió llevar las riendas de un despacho de rango nominalmente inferior: el de subsecretario de estado para las Colonias. Fue una astuta jugada que permitió a Churchill hacerse cargo de la representación de ese importante departamento en la Cámara, dado que el secretario de estado, el conde de Elgin —antiguo virrey de la India y nieto de Thomas Bruce, el oficial británico que había adquirido las metopas del Partenón—, se encontraba en la Cámara de los Lores.

Como secretario personal, Churchill eligió a Eddie Marsh, un funcionario del Departamento del África Occidental del Ministerio de las

Colonias y buen amigo de Pamela Plowden (la ex novia de Churchill, convertida ahora en condesa de Lytton[131]).

Marsh se ocupó de esa labor durante más de treinta años y pasó por las ocho dependencias gubernamentales que estaba llamado a ocupar Churchill. «Yo era dos años mayor que el jefe que me proponía el puesto, —recuerda Marsh—, y además su presencia me intimidaba un poco […]. Le tenía por la persona más brillante que jamás se hubiera cruzado en mi camino, pero me sorprendió descubrir que su temperamento era más bien arisco y autoritario»[132]. Antes de aceptar el encargo, Marsh pidió consejo a *lady* Lytton. «La primera vez que conozcas a Winston verás todos sus defectos, —le dijo—, pero te pasarás el resto de tu vida descubriendo todas sus virtudes»[133].

Capítulo 5

WINSTON COMO IMPERIALISTA LIBERAL

Enero de 1906 - abril de 1908

> Tenía la habilidad de los grandes actores para captar la atención del público e hipnotizarlo con todo cuanto dijera e hiciera.
>
> Comentario de Churchill sobre su padre, 1906[1].

> Una sola vara de medir hemos de aplicar a los pueblos sujetos a nuestra gobernación: la de la justicia.
>
> Churchill en referencia al Transvaal, julio de 1906[2].

El día de Año Nuevo de 1906, Churchill presenta su programa electoral a los votantes del Noroeste de Manchester y denuncia con sonora aliteración sus planteamientos: «¡Otros siete años de trucos, subsidios y despilfarros! ¡Siete años de chapuzas, cargas y menudencias! ¡Siete años más de cambalaches, ruidos y farsas! No dejéis que os vuelvan a engañar…»[3]. Apenas veinticuatro horas después veía la luz la biografía de su padre, por la que había recibido la inmensa suma de ocho mil libras en concepto de adelanto. Como sucede con todas sus obras, incluso las de tema histórico, también en esta se incluyen, sea por impulsos conscientes o

inconscientes, muchos elementos de carácter autobiográfico. «No se abría ante él la cómoda senda del padrinazgo, —escribe—. No había límpidos engranajes regios capaces de allanar y abreviar su viaje. Si algún poder alcanzó a tener, de manos reacias hubo de arrancarlo, y con urgentes apremios se lo arrebataron. También él, como Disraeli, tendría que luchar, en su avance, por cada palmo de terreno.»[4]

No hay inconveniente en pensar que estos pudieron haber sido los sentimientos que el propio Churchill alimentara respecto de sí mismo, pero difícilmente podrían considerarse ciertos en el caso de lord Randolph, que no solo había nacido en el lujoso barrio londinense de Belgravia, sino que era hijo de un duque, se había educado en Eton y Oxford, y prácticamente había heredado su escaño parlamentario por la circunscripción electoral de Woodstock, cerca de Blenheim, con tan solo veinticinco años. Y de no haber intentado chantajear al príncipe de Gales, le habría resultado sumamente fácil beneficiarse de los límpidos engranajes regios. No hay en el libro una sola línea en la que Churchill trate de explicar las aversiones y recelos que su padre suscitaba, ni un solo párrafo en el que dé cuenta de lo mucho que lord Randolph ignoraba esa circunstancia, aunque el mismo Winston compartiera con su padre, entre otras relevantes, estas dos características.

Roy Foster, el biógrafo moderno de lord Randolph, ha señalado con gran perspicacia que una de las intenciones que movieron a Winston a redactar su Lord Randolph Churchill consistió, «al menos en parte, en dar razón de las piruetas políticas que el propio autor estaba protagonizando en la época de su elaboración»[5]. Es una obra de fácil lectura, pero como texto histórico no ha superado la prueba del tiempo, y no solo como consecuencia de su falta de objetividad, sino debido también a que su autor estaba más que dispuesto a pasar por alto —de hecho, le complacía hacerlo— cualquier dato que pudiera socavar sus planteamientos. «Tengo muchas veces la tentación de adaptar la realidad al lucimiento de mis frases», le había confesado a su madre en diciembre de 1897, en referencia a su actividad periodística, y lo mismo podría decirse de este escrito[6]. Winston omite la grosera brusquedad con la que lord Randolph Churchill trató numerosas veces a sus ex colegas fallecidos; esconde los elementos que prueban su

oportunismo; recurre con abrumadora frecuencia a seleccionar las citas que más favorecen al biografiado; y silencia todas las críticas que acabaría recibiendo de la anexión de Birmania con el paso de los años. No se mencionan las secretas simpatías que su padre sentía en 1885 por el Proyecto de ley para la Autonomía de Irlanda. Es comprensible que Churchill optara por ahorrarle al lector las dificultades maritales de sus padres, y que no señalara los rumores sobre la posible afección sifilítica de lord Randolph, pero no lo es tanto que dejara de incluir otros elementos de importancia, como el de la vinculación de su padre con Nathaniel Rothschild, pese a que este fuera su más íntimo confidente en el Tesoro[7]. Y también se pasan por alto otras cuestiones, como el hecho de que lord Randolph concediera al banco de Rothschild partidas de negocio dependientes del gobierno, o de que en el momento de su muerte, el padre de Churchill debiera 12 758 libras esterlinas a ese establecimiento financiero[8].

En su libro, Churchill no utiliza los puntos suspensivos para señalar los pasajes en los que elimina algunas oraciones, y llega incluso a alterar las citas en las que recoge directamente las expresiones de su padre. De este modo, la frase «Tendré que sacarle todo el jugo a [Joseph Chamberlain]» se transforma en «Tendré que aprender más [de él]»; y «Daría cualquier cosa por formar gobierno» queda transmutada en «Me gustaría formar gobierno». Los más burdos ejemplos de egoísmo político de lord Randolph aparecen hábilmente presentados como magníficos actos altruistas, y la redacción del texto consigue que sus posiciones parezcan mucho más centradas de lo que en realidad eran. Churchill pinta los constantes intentos de intromisión de su padre en la política exterior de lord Salisbury con los colores de una decisión conjunta, cosa que nunca sucedió[9]. Y no acaba ahí la cosa: se ocultan tanto las intrigas de lord Randolph como su costumbre de filtrar interesadamente información confidencial a los periodistas, por no mencionar que la supuesta espontaneidad de su dimisión es contraria a los hechos que Churchill conocía.

En años posteriores, Churchill no permitiría que nadie accediera a los archivos documentales necesarios para contradecir sus afirmaciones. Foster cree que «antes de llegar a manos del público, los papeles relacionados con

la biografía fueron objeto de una abundante y juiciosa poda», con lo que, en último término, la luz que ilumina el retrato no solo es «la que dio a Churchill ocasión de descubrir el rostro de su padre, sino también la que él mismo usó para modelar sus rasgos a su imagen y semejanza»[10]. Churchill impidió conscientemente que los hechos incómodos o inconvenientes se interpusieran en el elegante ingreso de su padre desaparecido en las filas de sus propios mentores póstumos. Desde luego, la distancia entre el mito y la realidad no pasó desapercibida. Ivor Guest considera que «pocos padres han hecho menos por sus hijos. Y pocos hijos han hecho más por sus padres»[11]. Con este libro, que se convirtió en un gran éxito de ventas de la noche a la mañana, Churchill logró doblegar al fin a su padre y obligarle a hacer algo que le resultara de verdadera utilidad.

«Poseía la extraña cualidad, que ejercía de forma inconsciente y que en modo alguno podría haber simulado, de atraer irresistiblemente la atención sobre su persona y de conseguir que todo el mundo hablara de él», escribe Churchill[12]. Sin embargo, Winston debía de saber por fuerza que no había nada inconsciente en las puntas inverosímilmente almidonadas de los cuellos duros que se gastaba su padre, ni la menor espontaneidad en su inmenso mostacho, en la mano revirada que apoyaba al hablar en la cadera, en los premeditados ataques que dirigía a su propia formación política, o en la creación de la camarilla del Cuarto Partido en el seno de los conservadores. Aplicados a un electorado de masas, todos estos esfuerzos ideados para llamar la atención no constituían sino otras tantas maniobras perfectamente aceptables a los ojos de Churchill, y de hecho esa era una de las lecciones que él mismo se había tomado extremadamente en serio. «Hay una Inglaterra de hombres sabios y prudentes que contempla sin llamarse a engaño las debilidades y desatinos de los dos grandes partidos», concluye el libro; una Inglaterra «de hombres valientes y formales que en ninguna de las dos facciones hallan espacio suficiente para el empeño que los habita […]. Esa era la Inglaterra a la que apelaba lord Randolph; esa la que a punto estuvo de ganar para su causa; y ella será la que a la postre le juzgue con la cordura que merece»[13]. La acogida que la crítica dispensó al libro fue abrumadoramente positiva, aunque al anónimo autor de la reseña incluida en el *Telegraph* no terminara de convencerle del todo el idealizado

retrato que se ofrecía en él: «Atroz fue muchas veces el trato que dio a sus amigos, y en ocasiones ni siquiera cabría calificarlo de honorable; se desentendía demasiado de la verdad»[14].

No fue ninguna coincidencia que Churchill llevara a las librerías la obra sobre su padre al día siguiente de haber hecho público su programa electoral. Se hallaba inmerso en una áspera campaña, tenía que justificar la defección política que acababa de protagonizar, y deseaba convencer a los votantes de la circunscripción de Manchester de que su lealtad hacia ellos era muy superior a la que había mostrado con sus compañeros de partido. El 11 de enero de 1906, víspera de los comicios, pronunció un discurso en el que aseguraba a la multitud congregada en Manchester:

> Admito haber cambiado de bando. No voy a negarlo. Y lo digo con orgullo. Cuando pienso en todos los esfuerzos que lord Randolph dedicó a mejorar la suerte del Partido Conservador, y en la ingratitud con que le trataron los integrantes de esa organización tras haber obtenido el poder —un poder que jamás habrían logrado alcanzar sin él—, agradezco que las circunstancias me hayan permitido romper amarras con ellos en plena juventud, cuando la vida me brinda todavía las primeras energías de una existencia que pretendo poner al servicio de la causa popular[15].

El espectro de su padre seguía presente en su ánimo. Sin embargo, su incipiente conciencia social también le impulsaba a abrirse un camino acorde con sus propias convicciones. La semana anterior, mientras recorría los barrios pobres de Manchester en compañía de Eddie Marsh, Winston había exclamado: «¡Imagínate lo que tiene que ser vivir en una de estas calles, sin ver una sola cosa bella, sin comer nunca nada sabroso, sin decir jamás algo inteligente!»[16].[17] Se ha solido considerar que esa expresión constituye una prueba de afectación y condescendencia, y en cierto modo así es, pero también muestra uno de los aspectos de su pensamiento: su convicción de que era preciso promulgar leyes sociales destinadas a mejorar las condiciones educativas de la gente y su nivel de vida, evitando la imposición de aranceles susceptibles de encarecer los productos alimenticios y de agravar aún más la miseria de los habitantes de los arrabales.

Pese a que en marzo de 1904, en la Cámara de los Comunes, Churchill hubiera votado a favor de una de las primeras medidas pensadas para

posibilitar el sufragio femenino, en las elecciones de 1906 su conspicua autoafirmación le convirtió en uno de los blancos predilectos de las tácticas provocadoras que venía aplicando en los últimos meses el ala radical de las sufragistas. En el transcurso de una congregación electoral celebrada en Manchester, una de las jóvenes de la tribuna interrumpió su discurso, y Churchill se ofreció a reservarle cinco minutos al final para que ella misma pudiera dirigirse al público, tras lo cual prometió responder además a cualquier pregunta que pudiera surgir en relación con el derecho al voto de las mujeres. La militante se negó a aceptar las propuestas y el mitin quedó suspendido por espacio de media hora. Churchill señaló que el derecho a reunirse en público era uno de los privilegios democráticos más valiosos de la gente, y que «resultaría absurdo admitir que un único individuo tenga legítimamente la potestad de malograrlo»[18]. Al final del mitin, Churchill invitó a subir al estrado a otra defensora de la causa feminista, Flora Drummond, portavoz de la Asociación pro Sufragio de la Mujer, y la animó a exponer sus argumentos —cosa que ella hizo de forma enérgica y convincente.

Después se pidió a Churchill que manifestara su punto de vista sobre la cuestión. Le vemos entonces elegir con sumo cuidado sus palabras. «En la penúltima sesión parlamentaria de la legislatura voté a favor del derecho de las mujeres al sufragio, —dijo—. Aunque pienso que esta es una cuestión de notable dificultad, ya entonces tendía a avanzar en una dirección que me lleva a abrazar de todo corazón su demanda. Sin embargo, lo que ha estado sucediendo en los últimos meses me ha desalentado y disuadido mucho.» No quería dar la impresión de estar «cediendo ante las violentas interrupciones que han venido produciéndose en los mítines en los que intervengo»[19]. Siempre quiso mostrarse magnánimo en la victoria, pero se ponía instintivamente a la defensiva cuando tenía la sensación de estar siendo objeto de un ataque. El 5 de enero de 1906, Adela Pankhurst, hija de la dirigente sufragista Emmeline Pankhurst, interrumpió el mitin que Churchill estaba dando en el degradado barrio de Cheetham Hill, en pleno casco urbano de Manchester. La actitud de Churchill volvió a consistir en ofrecer un hueco en el estrado a la activista que le interpelaba, y le dijo a su auditorio:

> Esta dama es portadora de un apellido merecidamente respetado en Manchester. Considero digno de reconocimiento el concienzudo celo que la impulsa a hacer estas cosas, pero son totalmente antidemocráticas, y para alguien que desea mostrar que las mujeres están perfectamente capacitadas para hacer uso del derecho al voto no podría haber comportamiento más insensato. La hostilidad que me inspira la propuesta es mucho menor de lo que ahora mismo podría parecerme justo manifestar, pero no voy a dejarme acobardar en un asunto de tan grave importancia pública[20].

Cuatro días más tarde, al sufrir una nueva interrupción en un mitin, Churchill insistió en que la mujer que había provocado el alboroto debía ser tratada con «cortesía y caballerosidad». No obstante, estaba claro que las prácticas de las sufragistas le irritaban. Por el momento, todo cuanto habrá de manifestar respecto al sufragio femenino se resume en un cierto abatimiento: «Teniendo en cuenta que en estas elecciones se están produciendo constantes alteraciones de las reuniones públicas, me niego categóricamente a implicarme en la causa»[21].

El 13 de enero de 1906, Churchill sale elegido por la circunscripción del Noroeste de Manchester al superar sus 5639 votos los 4398 de su adversario conservador, William Joynson-Hicks. La participación había sido del 89 %. En las elecciones de 1900, la representación de los nueve escaños de Manchester había corrido a cargo de ocho unionistas (entre los que se contaba Arthur Balfour) y un liberal. En la de 1906, sin embargo, los liberales habían obtenido siete parlamentarios, mientras que los otros dos habían sido para el Partido Laborista. Balfour sufrió la peor derrota electoral de la época, y perdió incluso su propio escaño, lo que probablemente provocara en Churchill un movimiento de malsana alegría. Y dado que las votaciones no tuvieron lugar en una misma fecha, sino que se prolongaron por espacio de varias semanas, Churchill tuvo ocasión de actuar como orador famoso y ganador en varias circunscripciones distintas a la suya. Los resultados finales no se conocerían hasta el 7 de febrero. Tras los comicios, el parlamento quedó constituido por 400 liberales, 157 unionistas, 83 nacionalistas irlandeses y 30 laboristas. «Estas elecciones son una reivindicación de las posturas que adoptó mi padre a lo largo de su vida, —le diría Churchill a un amigo de la familia—, y apuntan en la misma dirección que la moraleja que expongo en mi libro. La suprema e irrecuperable catástrofe que siempre temió se ha abatido al fin sobre toda

esa rancia caterva, barriendo con ello al gran partido político que tan desacertadamente han gobernado»[22]. Churchill no siempre atinaría a discernir el momento más oportuno para sus decisiones, pero demostró una gran inspiración al resolverse a dejar el Partido Conservador poco antes de que los votantes lo relegaran más de una década a la oposición, pese a que durante algún tiempo el gesto le valiera «la distinción de ser la figura más impopular de toda la Cámara», como lord Winterton habría de recordar más tarde[23]. Cuando finalmente recuperaran las riendas del gobierno, los conservadores no dejarían de cobrarse una terrible venganza en su persona, pero eso es tender la mirada a un futuro todavía muy lejano.

La primera acción que había efectuado Churchill el diciembre anterior, al tomar posesión de su cargo en el Ministerio de las Colonias, había consistido en colocar un pequeño busto de bronce de Napoleón en la mesa de su despacho, pero las medidas políticas que habría de tomar como funcionario del imperio revelarían ser bastante más pacíficas de lo que ese gesto pudiera indicar. El 31 de diciembre de 1905, al incendiar los miembros de la tribu nigeriana munchi la sede de la Compañía Real del Níger en Abinsi[24], *sir* Frederick Lugard, alto comisionado de la región, propuso organizar una expedición punitiva contra los nativos. Churchill ya había participado en la India en este tipo de campañas y no solo las consideraba demasiado onerosas, sino frecuentemente inútiles. «El crónico derramamiento de sangre que tiñe los paisajes del África Occidental resulta tan odioso como inquietante, —dice en una carta dirigida a lord Elgin—. Además, las personas poco familiarizadas con la terminología imperial podrían imaginar que el empeño no es más que una masacre de indígenas concebida para robarles las tierras.»[25] Elgin coincidió con el diagnóstico, pero para entonces la correría había llegado demasiado lejos y ya no era posible detenerla. En abril, Churchill adoptaría una postura muy parecida al condenar al gobierno de la Colonia de Natal, en Sudáfrica, que acababa de someter a juicio a doce zulúes rebeldes en un contexto dominado por la ley marcial. (Y al oponerse a dicha medida, Churchill también emplearía uno de los símiles que él mismo había recomendado como elemento

fundamental de la oratoria pública: «Como es obvio, toda ley marcial es ilegal, y cualquier intento de incorporar medidas ilegales a la ley marcial, que no es lo mismo que la justicia militar, es como tratar de añadir sal al agua del mar».)[26] Las medidas políticas que Churchill adoptó en materia colonial tendieron muchas veces a simpatizar con los nativos del imperio, aunque en esta etapa de su vida, en la que todavía ocupa un cargo ministerial de segundo nivel, no siempre conseguirá hacer valer su criterio.

Dado que *sir* Henry Campbell-Bannerman había regresado a Downing Street después de las elecciones, Churchill recuperó su puesto en el Ministerio de las Colonias. Se le confió la espinosa misión de bregar con las derrotadas repúblicas bóers. Estas se habían rendido en 1902, y en 1906 parecían hallarse preparadas para iniciar la senda de un ejercicio responsable del autogobierno. Se trataba de un problema muy complejo, y, de hecho, en el transcurso de los dos años siguientes Churchill se vería obligado a contestar quinientas preguntas parlamentarias relacionadas con cuestiones sudafricanas. El 19 de enero se entrevistó con Jan Smuts, el hombre que se había encargado de interrogarle en 1899 tras ser capturado por los bóers. Smuts había abandonado el derecho y se había transformado en un eficaz general de los comandos guerrilleros —aunque se había mostrado favorable a la firma del Tratado de Vereeniging, con el que se había puesto fin al conflicto en 1902—. «Ante la perspectiva de que un joven e inexperto ministro se pusiera en contacto con aquel hombre, tan formidable como siniestro, los oficiales del ejército se alarmaron», apuntará socarronamente Churchill medio siglo más tarde al recordar la reunión que mantuvo con Smuts en las dependencias del Ministerio de las Colonias. «Por consiguiente, se instaló un enorme biombo en un ángulo de la sala, y tras él se apostó Eddie Marsh; la idea era que, si me daba por afirmar algo que pudiera resultar peligroso para el estado, Eddie tuviera ocasión de negar más tarde que yo hubiera sostenido tal cosa.»[27]

Churchill y Smuts acordaron que debía hacerse tabla rasa de lo sucedido y empezar de nuevo sobre la base de una política de imparcialidad entre británicos y bóers. El gabinete de Londres aceptó la propuesta, lo que permitió que las dos repúblicas sudafricanas comenzaran a gobernarse de forma autónoma en menos de un año. A su vez, este buen entendimiento dio

lugar a la creación, en 1910, de otra entidad autónoma: la Unión Sudafricana, un Dominio del imperio dotado de un estatuto político comparable al de Canadá, Australia o Nueva Zelanda. Sin embargo, en lo concerniente al trato que debía dispensarse a la población indígena, los términos del Tratado de Vereeniging tenían a Churchill atado de pies y manos. Así expuso la situación en la Cámara de los Comunes: «Si el derecho de sufragio se hiciera extensivo, de buenas a primeras, a cualquier persona que no respondiera a las características del hombre blanco, entendido como individuo distinto al de color, resulta indudable que los bóers lo considerarían una violación del tratado». «Es muy posible que acabemos por arrepentirnos de esta decisión. Podríamos lamentar que ni el Transvaal ni la Colonia del Río Orange tengan la menor intención de aceptar unas disposiciones que no se han revelado totalmente negativas en la Colonia del Cabo, según hemos descubierto. Pero el tratado nos impide cualquier movimiento.»[28] No obstante, Churchill aseguró ante sus colegas que Gran Bretaña mantendría el control de una serie de regiones tribales de notable extensión, como las de Basutolandia (el actual Lesoto), Bechuanalandia (Botsuana) y Suazilandia (o Esuatini), en las que la población nativa recibía un trato más benevolente que el de la época de los bóers[29].

Pese a todas las acusaciones que los conservadores lanzaron sobre él, afirmando que Churchill se había mostrado débil frente al inveterado enemigo de Gran Bretaña, el pacto que se lograba ahora por su mediación fue recibido con júbilo y entendido como un logro extraordinario con el que se adoptaba un rumbo muy alejado de los amargos días de 1902. El hecho de que, andando el tiempo, Sudáfrica luchara junto a Gran Bretaña en las dos guerras mundiales fue un homenaje a Churchill, a Smuts y a la amistad que había surgido entre ambos[30]. En octubre de 1942, el rey Jorge VI rememora las palabras que Smuts le había dicho tiempo atrás: «Winston no alcanzaba a entender que un antiguo enemigo viniera a solicitar respaldo para su país apenas cuatro años después de haber sido derrotado, así que le preguntó [a Smuts] si ya se había hecho antes algo parecido, a lo que Smuts le respondió: "Me parece que no"»[31].

En su condición de subsecretario, Churchill hubo de encargarse de varios problemas complejos. El peor de todos fue el de los más de cincuenta mil obreros chinos a los que los dueños de las minas sudafricanas estaban explotando de una forma terrible —hasta el punto de que varios periódicos y políticos liberales habían empezado a emplear sin tapujos la expresión de «esclavitud china—. —En febrero, Churchill le dijo al parlamento—: En opinión del gobierno de Su Majestad, [la situación] no puede calificarse de esclavitud, en la más extrema acepción de la palabra, sin correr el riesgo de incurrir en una cierta inexactitud terminológica»[32].[33] A pesar de que insistiera en que no se identificaran estas conductas con la esclavitud, Churchill denunciará de forma inequívoca el trato dispensado a la mano de obra china de Sudáfrica, que califica de práctica «degradante, horrenda y lastimosa; tanto como la más atroz que esta civilizada y cristiana nación se haya echado sobre la conciencia en los últimos años»[34]. Cuando el alto comisionado sudafricano autorizó la aplicación de castigos corporales a los operarios chinos cuyos patronos juzgaran perezosos o adeptos al «vicio antinatural» (es decir, a la sodomía[35]), lord Milner argumentó que la decisión era acorde con el derecho laboral de la región. Sin embargo, los parlamentarios del ala Liberal Radical se mostraron en total desacuerdo y se propusieron llevar a Milner a los tribunales. El 21 de marzo de 1906, Churchill presentó una enmienda del gobierno con el siguiente contenido: «Esta Cámara, pese a dejar constancia de que condena la flagelación de los culis chinos como violación legal que es, desea, en el alto interés de la paz y la conciliación en Sudáfrica, evitar la censura de los comportamientos individuales».

El discurso que pronunció Churchill al promover la enmienda acabaría siendo uno de los más controvertidos de su carrera política —aun teniendo en cuenta que esta no se caracterizaba precisamente por transitar derroteros ajenos a la polémica—. Muchos parlamentarios unionistas consideraban que el comportamiento de Alfred Milner, que se había retirado en abril de 1905, le convertía en un héroe, dado que antes, durante y después de la guerra de los bóers había fomentado siempre, y con la máxima firmeza, las

metas que Gran Bretaña se proponía alcanzar en Sudáfrica. Esto les había llevado a concebir la expectativa de que el gobierno le defendiera sin ambages de los ataques de los radicales. Churchill trató de apoyar a Milner, aunque sin evitar críticas a sus políticas. «Tras haber ejercido una gran autoridad, se ve ahora desprovisto de ella, —dijo—. Habiendo desempeñado altísimos cargos, se halla al presente sin responsabilidad a la que atender. Después de haber tomado decisiones en acontecimientos que han moldeado el curso de la historia, hoy es incapaz de modificar siquiera mínimamente las políticas del momento […]. ¿De verdad merece que se le hostigue aún más? […]. Está asistiendo al total descrédito de los ideales, los principios y las medidas por las que tan duramente ha luchado siempre […]. Lord Milner ha dejado de ser un elemento susceptible de incidir en la cosa pública.»[36] La enmienda se aprobó por 355 votos a favor y 135 en contra: Milner quedó a salvo.

Eddie Marsh sostiene que, durante las prácticas oratorias que Churchill había llevado previamente a cabo en su despacho, él mismo (es decir, Marsh), «se había sentido claramente conmovido por la generosidad de su espíritu […]. Sin embargo, el efecto que causó en la Cámara fue muy distinto —es como si algo hubiera salido mal al pronunciarlo— […], así que se tuvo la impresión de que se estaba burlando de un estadista caído en el descrédito valiéndose de los aciagos días en que se había visto incurso»[37]. Se hace difícil conciliar la velada disculpa de Marsh con las palabras que Churchill pronunció realmente. La cólera de los unionistas no tenía límites. «Los numerosos enemigos que le guardaban rencor en el Partido Conservador decretaron exultantemente que estaba acabado», recuerda lord Winterton[38]. Margot Asquith, la mordaz esposa del ministro del Interior, juzgó el discurso «falto de generosidad, condescendiente y desprovisto de tacto»[39]. La *National Review* escribe en referencia a Churchill: «Halaga siempre las pasiones de la galería y adula el ceño de los más estridentes. Su demagogia es igual a la que triunfa al otro lado del Atlántico»[40]. El rey calificó su conducta diciendo que era «simplemente escandalosa»[41]. La hija de Joseph Chamberlain, Hilda, que se encontraba entre el público asistente, dijo a su hermano Neville que «los modales de Churchill hicieron que la situación resultara aún más insolente e insultante,

si cabe, que sus palabras, —a lo que añade—: y además, cuando volvió a sentarse en el escaño, el aplauso que le dedicó la Cámara fue meramente mecánico»[42]. En este contexto, no es de extrañar que Churchill fracasara miserablemente en julio al tratar de conseguir que el resto de los partidos le apoyaran en la concesión del autogobierno a las repúblicas sudafricanas. «Con la mayoría que tenemos, será solo el obsequio de un partido, —dijo —. Pero ellos [los unionistas] pueden transformarlo en el presente de la nación inglesa.»[43] Sin embargo, la oposición se negó a colaborar.

En 1906, Churchill detectó la existencia de un problema llamado a convertirse en una dificultad mucho más seria en años venideros: la Cámara de los Lores, dominada por los unionistas, estaba recurriendo cada vez más a su capacidad de veto para frenar la legislación liberal. «Soy un hombre de paz», dijo a los asistentes a una reunión celebrada en agosto en Canford Park, la finca de su tía, provocando la carcajada general. «No imagino nada más doloroso que tener que enzarzarme en una agria disputa con tan altivas personas.»[44] El hecho de que la frase «Soy un hombre de paz» moviera a risa a quienes le escuchaban muestra que Churchill ya era conocido por su agresividad, o al menos por su mal genio. «Por mi parte, siempre he tenido la sensación de que la mejor manera de juzgar a los políticos es observar la animadversión que suscitan entre sus adversarios, —dirá en noviembre en una cena del Instituto de Periodistas—. Siempre he procurado disfrutar al máximo con su censura, y más aún merecerla.»[45] Pese a su fallida defensa de Milner, Churchill comenzaba ya a recrearse en el cometido que desempeñaba en la cartera que tenía asignada. «Espero que admires el aire ministerial que le doy a mis pronunciamientos coloniales», le dijo en una ocasión a J. A. Spender, director de la Westminster Gazette. «La vacuidad, la oscuridad, la ambigüedad y la pomposidad no son conductas más difíciles de practicar que las características contrarias.»[46]

Churchill era oficial reservista, título que ostentaba desde el año 1902 en el Regimiento de Húsares de Su Majestad en Oxfordshire, integrado por voluntarios y perteneciente al Ejército de Reserva británico. En septiembre de 1906 asistió de uniforme a las maniobras del ejército alemán en Breslavia, invitado por el káiser Guillermo II, con el que mantuvo una conversación de veinte minutos, ya que hablaba corrientemente el inglés.

«Se mostró muy amable, y desde luego es una figura verdaderamente fascinante», le dijo a lord Elgin[47]. Churchill quedó muy impresionado con «los efectivos, la calidad, la disciplina y la organización» del ejército alemán. Al comentárselo a su tía Leonie Leslie exclama: «¡Menos mal que entre ese ejército y nuestro país hay un buen brazo de mar!»[48]. El hecho de haber podido entrevistarse con el káiser, tanto en 1906 como en 1909, le evitará incurrir en el mismo error en el que cayeron muchos políticos británicos —convencidos de que Adolf Hitler era simplemente una versión más moderna del malhumorado emperador.

En un discurso pronunciado en octubre de 1906 en Glasgow, Churchill expuso algunas de las claves de su filosofía política. Dijo que toda su vida se había opuesto al socialismo, pero que había llegado a la conclusión de que «el estado iba a tener que ir asumiendo cada vez más el papel de patrono de reserva, capaz de dar trabajo a los obreros no cualificados»[49]. Churchill respaldaba asimismo tanto «el establecimiento universal y estandarizado de unos niveles de vida mínimos y de unas condiciones laborales dignas como su elevación paulatina, a medida que lo fuera permitiendo el incremento de las energías productivas»[50]. Esta noción de los «niveles de vida mínimos y estandarizados», que por esta misma época también estaban abrazando otros liberales influyentes, como David Lloyd George y Charles Masterman, terminaría evolucionando y dando lugar al moderno estado del bienestar. Churchill intentó calmar a los parlamentarios liberales, inquietos por el avance del Partido Laborista, asegurándoles que, al igual que un globo de gas, también la formación temida había «ascendido con mucha facilidad hasta una cierta altura pero no podría continuar subiendo, debido a que, por encima de un determinado límite, el aire se enrarece demasiado y es incapaz de seguir proporcionándole sustentación y fuerza ascensional»[51]. Churchill estaba llamado a realizar un gran número de predicciones absolutamente erróneas a lo largo de su carrera, y esta iba a ser una de ellas.

A Churchill seguía interesándole la circunstancia de que la Democracia Conservadora respaldara el libre mercado y la competencia. En una ocasión dijo ante los asistentes a una conferencia celebrada en Glasgow: «No pretendemos demoler las estructuras de la ciencia y la civilización»,

> sino echar las redes al océano; y si alguna vez logra hacerse realidad la visión de una utopía justa capaz de regocijar los corazones y de procurar estímulo a la imaginación de las masas trabajadoras, estoy seguro de que será gracias a los desarrollos, las modificaciones y las mejoras de la competitiva organización social que ya existe en nuestros días […]. Siempre que tengáis la sensación de que lo más probable es que el esfuerzo del estado se revele ineficaz, recurrid a la empresa privada, y no veáis con malos ojos que obtenga beneficios[52].

Si los puntos de vista políticos de Winston Churchill experimentaron una constante evolución fue debido a la influencia de personas como Bourke Cockran, Lloyd George y Beatrice Webb —sin olvidar a su esposa Clementine, que toda su vida defendió posiciones liberales—. Sin embargo, el concepto de libre empresa fue siempre uno de los elementos centrales de sus ideas demócrata-conservadoras, de las que nunca abjuraría.

En 1906 se forjaron dos de las amistades más importantes de Churchill: la que trabó con el parlamentario conservador F. E. Smith (uno de los más brillantes abogados de su generación —que andando el tiempo se convertiría en lord Birkenhead—) y la que le vinculó con la hija de Herbert Asquith, Violet Asquith (más tarde *lady* Bonham Carter). Se trató en ambos casos de una relación muy intensa que los interesados mantuvieron toda su vida, pero tuvo también una vertiente práctica. Smith, conocido universalmente por las iniciales «F. E.», se reveló extremadamente útil al actuar como puente y permitir a Churchill acceder al Partido Conservador, mientras que el padre de Violet, en su doble condición de ministro de Hacienda y de líder destinado a ponerse al frente de la formación liberal, le facilitó asimismo muchas gestiones. Las presentaciones entre Churchill y Smith, que era dos años mayor que él, se hicieron en los primeros meses de 1906, en el preciso momento en el que estaba a punto de ingresar en la Cámara de los Comunes para una importante votación[53]. Smith era un bebedor compulsivo, pero como habría de señalar más tarde la futura esposa de Churchill, «Winston siempre está dispuesto a dejarse acompañar por personas que adolecen de considerables imperfecciones»[54]. Churchill y Smith pasaron juntos las vacaciones del verano de 1907, y poco después, en diciembre de ese año, al nacer Freddie, el primer hijo de F. E., Churchill

actuó como padrino. Sus dos grandes inteligencias se estimulaban mutuamente sin parar, y más tarde Churchill diría que Smith había sido el amigo con el que más había intimado en toda su vida[55].

Churchill conoció a Violet Asquith a principios del verano de 1906, en una cena a la que también acudieron otras figuras descollantes como Balfour, Hilaire Belloc y George Wyndham. Pese al brillo de los asistentes, Violet solo tenía ojos para Churchill, deslumbrada como habría de señalar más tarde, por «su descarada confianza y su inatacable resistencia, así como por su empuje, su brío y su olfato para tomar siempre los mejores atajos con los que progresar en la vida». Además, Violet también admiraba el desprecio que Churchill mostraba por «las querencias conformistas»[56]. La muchacha, que estaba sentada a su lado, comentará después: «Me pareció muy distinto a cualquier otro joven que hubiera conocido». Churchill le preguntó qué edad tenía, y al desvelarle ella que acababa de cumplir los diecinueve, él le confesó sus treinta y dos[57]. «Aunque sigo siendo más joven que cualquiera que cuente, —exclamó antes de añadir—: ¡Maldigo el implacable paso del tiempo! ¡Maldita sea nuestra mortalidad! ¡Cuán cruelmente breve es el tramo de vida que se nos concede, con todo lo que hemos de apretujar en él!»[58]. El fallecimiento de las tías paternas de Churchill —Fanny Tweedmouth en 1904, a la edad de cincuenta y un años, y Georgiana Howe en 1906, a los cuarenta y cinco—, le habían hecho ver con más claridad que nunca que no iba a vivir demasiado. «Todos somos gusanos, —le dijo a Violet a modo de categórica conclusión—. Pero en verdad que yo creo ser una luciérnaga.»[59]

Violet quedó perdidamente enamorada de Churchill y toda la vida habría de sentirse estrechamente unida a él, tanto en el plano emocional como en el intelectual. Como ella misma recordará más adelante: «Al explicarle a otras personas el descubrimiento que había hecho al encontrarle»:

> me daba cuenta de que […] la estima que me inspiraba Winston Churchill no despertaba ecos de simpatía en los demás. De hecho, mucha gente se burlaba de mí. En esa época, la actitud que mostraba el público en general hacia su persona se limitaba, en el mejor de los casos, a un expectante interés unido a sentimientos de curiosidad y tolerante regocijo. Quienes más le detestaban le veían con desconfianza y se deshacían en agrias manifestaciones de reprobación. Para los círculos conservadores y sociales, había venido

> siendo en los últimos años una especie de trapo rojo capaz de sacar de quicio a todo el mundo y de transformar a las más mansas reses en morlacos enfurecidos. Se le consideraba un intruso, un pretencioso, un advenedizo y un individuo constantemente dado al autobombo. Y por si fuera poco, después de su cambio de bancada se convirtió en un canalla, en un chaquetero, en un arriviste, y para colmo, en alguien que indudablemente se había aupado al primer plano social[60].

En su condición de joven ministro, Churchill fue perfeccionando su innata habilidad para llegar al meollo de los asuntos, una cualidad que habría de revelarse inestimable en años venideros. En enero de 1907, se abordaría en uno de los memorandos del Ministerio de las Colonias en el que trabajaba la difícil cuestión de invitar o no a los presidentes de los estados australianos a la Conferencia Colonial de Londres. El texto arrancaba con la siguiente frase: «La principal razón que nos mueve a invitar a los presidentes de los estados australianos a la Conferencia Colonial de Londres es su deseo de acudir a la misma»[61]. Churchill admitía sin ningún problema que existían «pocas probabilidades de que la conferencia lograra grandes resultados prácticos». Y las dos razones que le impulsaban a pensar de ese modo eran que el nuevo gobierno se oponía a la Preferencia Imperial y que los gobiernos coloniales no habían mostrado excesivo interés en realizar una aportación significativa a las flotas y los ejércitos del imperio.

Sin embargo, pese a que las responsabilidades de su cartera le animaran a tender la vista a los territorios de ultramar, Churchill comprendió que, en último término, el factor que estaba llamado a determinar los resultados electorales del Partido Liberal era su plan de acción doméstico. Al empezar la Cámara de los Lores, dominada por los unionistas, a trastocar el programa legislativo del gobierno electo, Churchill mostró que, en lo tocante a poner las prioridades de su nuevo partido por encima de los antiguos derechos legislativos de su propia clase, estaba dispuesto a llegar muy lejos. En febrero de 1907 exclama ante el público de Manchester: «No tengo tiempo para ocuparme esta noche de los flagrantes absurdos que rigen la composición de nuestra Cámara hereditaria»

> en la que un hombre adquiere funciones legislativas por la simple razón de su virtuosa cuna, en la que hay una inmensa mayoría de parlamentarios que jamás se dejan caer por ella en todo el año, en la que no resulta problemático que se vuelvan locos, que sean

> condenados por un delito, que queden mentalmente incapacitados para gestionar sus fincas, o que terminen por trabar una malsana familiaridad con las bebidas alcohólicas, ya que a pesar de todos esos factores invalidantes se les sigue considerando perfectamente aptos para ejercer las más altas tareas legislativas. Paso por alto todo eso y no digo nada al respecto. Si lo hiciera podría caer en la tentación de emplear un lenguaje poco respetuoso, y estoy seguro de que todos ustedes se sentirían extremadamente apenados[62].

Churchill prosiguió su discurso y afirmó que, pese a haber perdido las elecciones, Balfour —que en esos meses había regresado al parlamento como representante de otra circunscripción electoral— manejaba «la válvula de admisión del motor», puesto que «se encuentra en condiciones de redactar una nota en una cuartilla y de entregársela a un mensajero para que recorra los doscientos metros de pasillos que le separan de la Cámara de los Lores. Y con esa nota escrita puede mutilar, rechazar o convertir en ley cualquier cláusula o borrador legislativo que la Cámara de los Comunes lleve semanas debatiendo»[63].

En junio, Churchill atacó el funcionamiento de la Cámara de los Lores tratándola de institución «parcial, hereditaria, no depurada, carente de representatividad, irresponsable y repleta de absentistas»[64]. Se preguntó si alguna vez había conseguido acertar en sus decisiones, y citó a modo de confirmaciones en contrario el hecho de que siempre hubiera adoptado una postura reaccionaria en relación con la emancipación católica[65], el derecho de los judíos a ejercer la función parlamentaria, la ampliación del derecho de sufragio, el voto secreto en las elecciones, la compra de nombramientos de oficial en el ejército, etcétera, etcétera. «Reto al partido de la oposición a que ofrezca un solo ejemplo en el que la Cámara de los Lores haya intervenido razonablemente bien en la resolución de una controversia», dijo[66]. Si, por un lado, este tipo de salidas enfurecían a los conservadores, lo cierto es que le granjeaban, por otro, las simpatías de un Partido Liberal que todavía le observaba con recelo debido a que se había unido a sus filas en el preciso momento en que les sonreía la victoria. «El aplauso de la Cámara es lo que le llena de oxígeno los pulmones, —le dijo Lloyd George a su hermano William en julio—. Es igual que un actor. Le encantan las candilejas y la aprobación de la platea.»[67] Y era verdad —aunque el hecho de que Lloyd George critique a otro político por unas características que él mismo poseía en abundancia resulte un tanto hipócrita por su parte.

Ese verano, Churchill asistió a unas maniobras militares francesas y quedó prendado del ejército galo. «Al contemplar a la enorme masa de la infantería francesa tomar por asalto la posición mientras las bandas de música tocaban “*La Marsellesa*” sentí una profunda emoción: la de saber que esas gallardas bayonetas han permitido establecer los Derechos del Hombre, y la de comprobar que también son ellas las que hoy se encargan de preservar lealmente los derechos y las libertades de Europa.»[68] Estaba en lo cierto, pero no cayó plenamente en la cuenta del efecto que muy pronto iba a tener en el ejército y la nación franceses la salvaguarda de esos derechos y esas libertades.

Durante la suspensión otoñal de las sesiones parlamentarias, entre octubre de 1907 y principios de enero de 1908, Churchill hizo una gira por las posesiones británicas del este de África, lo que le llevó a recorrer Egipto, Sudán, el África Oriental Británica (es decir, el territorio que hoy forma los estados de Kenia y Tanzania) y Uganda. Inició el viaje en Mombasa, tras desembarcar del buque de guerra británico que le había llevado hasta allí, y lo concluyó en Alejandría. En su trayecto visitó Nairobi, el monte Kenia, el lago Naivasha, las localidades de Entebbe y Kampala, las cascadas Murchison (en las que se arrastró boca abajo «para poder contemplar directamente desde la vertical el espumoso caos que rugía más abajo»), el lago Victoria, las cataratas Ripon, Jartum y El Cairo —todo lo cual le haría apreciar todavía más, y comprender mucho mejor, el imperio, sus oportunidades y sus problemas—.[69] Se aseguró no obstante de que el periplo resultara rentable, tanto desde el punto de vista económico como desde las perspectivas educativa e ideológica, y para ello firmó un contrato con la Strand Magazine para escribir cinco artículos a ciento cincuenta libras la unidad, y un libro —Mi viaje por África— por quinientas. Churchill viajó en compañía de su tío, el coronel Gordon Wilson (marido de una hermana de lord Randolph, Sarah), de su criado George Scrivings y de Eddie Marsh. También incluyó en su equipaje un gran número de libros sobre el socialismo, y le dijo a un amigo: «Voy a ver en qué consisten realmente los argumentos de los socialistas»[70]. (Las obras contribuyeron a endurecer sus planteamientos contra esa ideología.)

En octubre de 1907, al llegar a Mombasa, el grupito de Churchill subió a bordo de un tren cuyo trayecto era, según sus propias palabras, «uno de los más románticos y maravillosos del mundo». Por la ventana de su compartimento pudieron ver vastas manadas de antílopes y gacelas, el cegador camuflaje de quinientas cebras, largas hileras de ñus, nubes de alcélafos y avestruces, una docena de jirafas caminando con paso desgarbado, y seis leones dispuestos a cruzar «despaciosamente las vías del ferrocarril a plena luz del día»[71]. En otros puntos de la sabana, Churchill y sus acompañantes vieron tropas de babuinos «similares en tamaño a los seres humanos».

Dos de los aspectos relevantes del viaje fueron el deporte y la investigación. A pesar de que ninguno de los animales que Churchill abatiera con su fusil perteneciera a una especie que en esa época se hallara en peligro de extinción, lo cierto es que hizo una terrible escabechina. Mató cocodrilos (que al parecer le resultaron toda la vida sumamente desagradables), un hipopótamo —«que se hundió con una especie de chillido estridente—, —un antílope acuático, dos reduncas—, unas cuantas» gacelas y dos antes ruanos —«que pasaron lentamente, camino del agua, frente al punto en el que nos encontrábamos apostados»—.[72] También le descerrajó dos tiros a un rinoceronte blanco con un rifle de doble cañón de calibre 450[73]. «La forma de matar a un rinoceronte a campo abierto es de una sencillez apabullante […], —escribe Churchill en su crónica—: basta con aproximarse a pie lo más cerca posible de la bestia, por cualquiera de sus flancos, salvo por aquel en el que nos delate el viento, y después dispararle en la cabeza o el corazón […]. Apreté el gatillo. Se oyó claramente y al instante el sordo impacto de una bala que choca, con la tremenda energía de la cordita, contra una tonelada y cuarto de cuero, músculos y huesos»[74]. El primer cartucho no acabó con el gigante, así que el animal «se dirigió directamente hacia nosotros con un trote muy particular, casi tan rápido como el galope de un caballo, con una agilidad sorprendente en un cuadrúpedo tan inmenso, y obedeciendo a un instinto de inconfundible propósito. Grande es el efecto moral de un enemigo que avanza. Todo el grupo abrió fuego»[75].

El león inspira a Churchill un respeto todavía mayor que el que siente por el rinoceronte. «Ya puede tener rotos los miembros, quebradas las fauces, despedazado el cuerpo, perforados de lado a lado los pulmones, abierto el vientre y desgarradas y visibles las entrañas… nada de eso le impresiona, —afirma—. Ha de dársele muerte —al instante y sin apelación —, o será el hombre quien perezca, herido por unas infectas garras y una fétida quijada, tronzado, masticado y víctima, después, de la séptica ponzoña con la que se certifica la imposibilidad de toda esperanza.»**[76]** Otra práctica deportiva muy distinta —la de alancear facóqueros a caballo—, resultaba mucho más peligrosa que el polo, según cuenta, puesto que «no hay forma de superar a la carrera al jabalí para ensartarlo, salvo lanzando a la montura al más desenfrenado de los galopes, —y en caso de sufrir una caída—, este salvaje cerdo verrugoso atacará sin dudarlo al jinete desarzonado»**[77]**. Al llegar a un determinado paraje, el avance de una columna de hormigas legionarias «con las que no pude resistirme a juguetear», dice, terminará por ahuyentarle y mantenerle «a prudente distancia»**[78]**. En fuerte contraste con este tipo de actitud, vemos que a Churchill le encantaba tener ocasión de contemplar el gran número de mariposas que se cruzaban en su camino, aunque no tardará en descubrir que «podía cogerlas con sumo cuidado entre los dedos, sin necesidad de ninguna red»**[79]**.

El grupo utilizó todos los medios de transporte imaginables: trenes, caballerías, *rickshaws*, canoas y veleros de casco de acero. Hubo veces en que progresaron incluso a hombros de porteadores, cómodamente instalados en literas —situación que Churchill describe como «incomodísima», aunque cabe suponer que resultaría peor para los que debían sujetar los palanquines—.**[80]** Para el reconocimiento de las extensiones de terreno que recorría el ferrocarril entre los lagos Alberto y Victoria se necesitaron nada menos que cuatrocientos porteadores, cada uno de los cuales debía recorrer entre quince y veinte kilómetros diarios con unos treinta kilos de peso encima por término medio**[81]**. Churchill ordenó montar un sillón al rastrillo delantero del tren que le conducía al lago Victoria para no perder detalle del paisaje que desfilaba ante sus ojos, sin preocuparse lo más mínimo, según

parece, por lo que podía suceder si el quitapiedras de la locomotora llegaba efectivamente a topar con un obstáculo.

«Churchill llegó ayer aquí, —anota el 19 de noviembre Henry Hesketh Bell, gobernador del Protectorado británico de Uganda—. Se ha presentado embutido en un deslumbrante uniforme blanco y envuelto en una constelación de medallas.»[82] Tres días más tarde, durante un paseo de tres horas en *rickshaw*, tirado y empujado por tres ugandeses, Churchill preguntó a Bell qué edad tenía. Al decirle este que había cumplido ya los cuarenta y tres, Churchill, que contaba treinta y dos en ese momento, observó: «Me pregunto dónde estaré yo cuando tenga sus años». «¿Y dónde cree usted que estará?, —quiso saber Bell—. En el puesto de primer ministro», replicó Churchill, en un tono que Bell califica de «característica y mayúscula determinación»[83]. Al presentarse ante los jefes ugandeses, vestidos con sus más espléndidos atavíos de gala, Churchill se comportó como «un auténtico pesado, yendo de un lado a otro y haciendo constantes regates entre los asistentes para blandir su cámara y obtener la instantánea perfecta». Al tratar de explicar a los caciques locales que Churchill era el subsecretario de las Colonias del rey emperador de Inglaterra, el traductor les dijo que se trataba de un toto, es decir, «un golfillo de poca monta» como los que entre los miembros de las tribus de la región ayudaban a poner la mesa y recibían como pago sobras y migajas[84]. «Es un tipo al que no resulta fácil manejar, pero a pesar de todo me cae bien, —señala Bell en su diario—. Ve las cosas con perspectiva y sabe valorar las enormes posibilidades que laten bajo la superficie de este notable país.»[85]

Por buena que fuera la impresión que Churchill hubiera podido causar, conseguir que el Ministerio de las Colonias actuara a su regreso en función de las recomendaciones que pudiera proponer era ya harina de otro costal. Al llegar el mes de diciembre, el alto funcionario de la zona, *sir* Francis Hopwood, le expondrá la situación a Elgin en los siguientes términos: «Es un hombre de trato extenuante, y me temo que está llamado a organizar follones —igual que su padre— en cualquier puesto que pueda encomendársele. ¡Su infatigable energía, unida a sus incontrolables ansias de notoriedad y a la falta de toda percepción moral le convierten en una

verdadera fuente de ansiedad!»[86]. No obstante, con el tiempo, hasta el propio Hopwood acabaría por admirarle.

En el transcurso del viaje, Eddie Marsh tuvo ocasión de disfrutar de los chistes y juegos de palabras de Churchill. Al comentar un administrador la lamentable propagación de las enfermedades venéreas entre los nativos, Churchill achacó la situación a la «Pox Britannica»[87]. Una de las características más atractivas de su vis cómica es el hecho de que siempre estuviera dispuesto a tomarse a chacota su propia locuacidad. Respecto al pulso entre la civilización y la jungla, dice, por ejemplo: «Sobre este asunto hablamos —o mejor dicho, hablé yo— al abrirnos paso, no sin dificultad, entre una multitud de tocones de árboles caídos, o al vadear la penumbra esmeralda, saltando de rayo de sol en rayo de sol, para cruzar el desbordado torrente de enredaderas que todo lo inundaba»[88]. En otra ocasión se sincera y explica: «Acabé tan cansado de ensartar charlas “breves y adecuadas” como sin duda debían de estarlo mis propios compañeros»[89].

Como era de esperar en ese concreto período histórico y en esa fase específica del desarrollo científico, tanto en el conjunto de sus artículos como en el mencionado libro que escribió sobre su experiencia selvática (Mi viaje por África), Churchill dará constante y palpablemente por supuesta la superioridad de la raza blanca. «Resulta incuestionablemente provechoso que el negro del África Oriental esté cultivando el gusto por el atuendo civilizado, —escribe en esta última obra—. Su vida irá adquiriendo gradualmente una mayor complejidad, se hará más variada, menos toscamente próxima a la del animal, y él mismo se alzará a mayores niveles de utilidad.» En otro punto escribe: «Los gobiernos asumen riesgos cuando se inmiscuyen en la esfera de las costumbres. Sin embargo, en aquellos casos en que gobernantes y gobernados se hallan separados por un verdadero abismo de conocimiento y de ciencia, cuando la autoridad ha de vérselas con una raza indígena sumida todavía en su vileza primitiva, carente de religión, de vestimenta y de moral, aunque deseosa de salir a flote y capaz de hacerlo, es justo aceptar la carga que suponen esa clase de riesgos»[90]. No parece que en ningún momento se le pasara por la cabeza la idea de que los habitantes de la región pudieran tener religiones peculiares, atuendos tribales propios y sistemas de moral y de justicia

característicamente suyos. En Kenia señala: «Una vez que se ha puesto fin a las luchas entre las diferentes tribus, los funcionarios blancos recorren libremente a caballo las aldeas sin preocuparse siquiera de llevar una pistola». Le impresionó muy particularmente el hecho de que un puñado de británicos tuviese la capacidad de pacificar vastas extensiones de terreno. «Dos jóvenes oficiales blancos, —apunta—, ejercen su alta presidencia desde este centro de autoridad, tan alejado del telégrafo, regentan la paz y el orden en una zona tan amplia como la de uno de nuestros condados ingleses, y regulan la conducta y los destinos de unos setenta y cinco mil nativos, pese a que, previamente, estos no hubieran conocido ni reconocido más ley que la de la violencia y el terror»[91].

Churchill abrigaba un auténtico y hondo sentido paternalista del deber que le obligaba a velar por los indígenas presentes en el imperio británico. A su juicio, el gobierno tenía la misión de proteger a los nativos de lo que él denominaba «la mezquina comunidad blanca imbuida de todas las ideas, duras y egoístas, que marcan el celoso contacto de las razas y certifican la explotación de los más débiles»[92]. Por esa razón se confiesa complacido al saber que los administradores británicos de la región «se consideran guardianes de los intereses y los derechos de los indígenas y se esfuerzan en protegerlos de quienes únicamente se preocupan de explotar al país y a sus pobladores»[93]. «No hay nadie que pueda moverse, ni siquiera brevemente, entre las tribus kikuyu sin experimentar un sentimiento de simpatía hacia estos alegres y tratables hijos de la naturaleza que, si bien adolecen de un cierto embrutecimiento, imprimen en el hombre blanco la convicción de que son aptos para la instrucción y pueden ser arrancados a su degradación presente, —asegura—. Nefasto será para estas razas nativas el día en que su destino quede apartado de la imparcial y augusta administración de la Corona y se vean abandonadas al feroz egoísmo de los pequeños núcleos de población blanca.»[94]

Pese a que le veamos utilizar aquí un lenguaje que resultaría chocante hasta para la persona menos preocupada por la corrección política, lo cierto es que Churchill creía en la noción de progreso de la civilización y en sus potencias positivas. «Me pregunto si existe una sola región como esta en toda la superficie de la tierra, un lugar en el que los sueños y las esperanzas

del negrófilo, tan frecuentemente truncados por la pobreza de los resultados y la tozudez de los hechos, hayan logrado alcanzar tan feliz cumplimiento»[95], señala. Y a continuación describe el reino de Uganda diciendo que es un paraje de «cuento de hadas» en el que «todas las clases sociales se hallan impregnadas de los elegantes modales surgidos de la ingenua sencillez del carácter[96]» nativo.

El rey había pedido a Churchill que le diera noticias de sus posesiones del este de África, y buena parte de la larga carta que Churchill le envía en cumplimiento del encargo trata de los efectos de la garrapata transmisora de la fiebre recurrente y de «la aterradora mosca tse-tse»[97]. «Uganda halla su mejor defensa en los insectos», comentará más tarde[98]. En esa época había zonas enteras que estaban quedando despobladas a causa de la entonces incurable enfermedad del sueño transmitida por la mosca tse-tse —una de las cuales lograría espantar Churchill de su hombro desnudo instantes después de que se posara en él, con lo que posiblemente añadiera una muesca más a su ya dilatada lista de graves peligros evitados *in extremis*.

En Jartum, Churchill tuvo ocasión de contemplar el enorme cambio que había experimentado el país en los cerca de diez años transcurridos desde la campaña de Omdurmán: la esclavitud había sido abolida, el ferrocarril llegaba hasta la orilla meridional del Nilo Azul, se habían construido anchas avenidas dotadas de alumbrado eléctrico, la educación, los oficios artesanales y la agricultura se habían transformado por completo, se habían abierto comercios europeos, por las calles circulaban tranvías de vapor, los transbordadores mejoraban la movilidad fluvial, y en el Gordon Memorial College se formaba a los futuros maestros de los ciclos de enseñanza primaria… En resumen, se apreciaban ya los beneficios de la gobernación imperial[99]. Sin embargo, sería también en Jartum donde le golpeara la tragedia. Su criado George Scrivings falleció súbitamente, víctima del cólera asiático, una violenta inflamación interna. Churchill dispuso que se le enterrara con honores militares, en una ceremonia que Marsh juzga «extremadamente emotiva». En sus notas, nueve años después de haber tenido que enterrar a sus camaradas de Omdurmán, Churchill deja constancia de que la historia se repite: «Me vi una vez más de pie ante una tumba abierta, observando el resplandor del sol agonizante, cuyos cerúleos

destellos se cernían lánguidamente sobre las desiertas soledades mientras el crepitar de las salvas fúnebres quebraban el silencio de la tarde»[100].

Churchill regresó a Inglaterra el 17 de enero de 1908, y poco después pronunciaba un discurso en el Club Liberal Nacional con el fin de promover el proyecto del tendido de 217 kilómetros de vías férreas para la compañía ferroviaria ugandesa (un plan que no llegaría a materializarse). En su alocución argumentó que no debería «sustraerse nunca» a las poblaciones indígenas «del cuidadoso y desinteresado control de los oficiales británicos», ya que eso las dejaría «en manos del puro egoísmo de alguna pequeña comunidad local»[101]. También mantuvo con vehemencia que la conservación del imperio exigía realizar reformas sociales. «Si el pueblo británico ha de disfrutar de un gran imperio, —dijo ante el público congregado—, si algún destello de gloria auténtica ha de provocar aún el resplandor de sus contornos, será necesario contar con una raza imperial capaz de soportar semejante carga. Jamás podrá erigirse tamaño edificio sobre la cerviz de los millones de individuos que hoy sufren privaciones y se hacinan en los barrios míseros de las ciudades, chapoteando en el fango de unas callejuelas deprimentes. No discurre por ese camino el futuro de la raza británica»[102].

Churchill siguió dando discursos públicos por todo el país, dedicando de cuando en cuando algunas críticas a «esa poderosa camarilla periodística que se apelotona bajo las egregias cabeceras del *Daily Mail* y el *Daily Express*. —Arremetió contra los socialistas con frases impactantes—: El socialismo de la era cristiana se basaba en la idea de que “Todo lo mío es vuestro”, pero el socialismo del señor [Victor] Grayson [parlamentario del Partido Laborista Independiente] se apoya en la noción de que “Todo lo vuestro es mío”»[103].

En marzo aparecieron en el Strand, en nueve entregas, sus artículos sobre el periplo que acababa de efectuar por África. Poco después, en diciembre, veía la luz el libro Mi viaje por África. En febrero publicó otro volumen con discursos, en esta ocasión sobre el libre comercio, y ese mismo mes disertó en el Club de Autores. «La posibilidad de convertir el trabajo que uno realiza en un placer personal, —aseguró—, es la única distinción de clase por la que merece la pena luchar en este mundo»[104].

Respecto a la dicha que le producía escribir, dijo: «Sentarse ante el escritorio una mañana soleada, con cuatro horas libres de ininterrumpida seguridad por delante, un buen montón de hermosas cuartillas en blanco y una pluma absorbente[105], en eso consiste la verdadera felicidad». Habló apasionadamente de la admiración que le producía el poder expresivo y la amplísima gama de matices de la lengua inglesa:

> Si un escritor inglés no alcanza a exponer en su propia lengua lo que se propone decir, y si se ve limitado al emplear un inglés sin complicaciones, entonces es probable que no valga la pena comunicar a nadie lo que tiene en mente […]. Alguien —he olvidado su nombre[106]— dijo en una ocasión: «Las palabras son las únicas realidades que duran eternamente». Ese ha sido siempre, a mi juicio, un hermoso pensamiento. Las más perennes estructuras que el vigor humano erige en piedra, los más imponentes monumentos de su poder, se derrumban, convertidos en polvo, y sin embargo, las simples palabras que se pronuncian con fugaz aliento, la pasajera expresión de las inestables fantasías de la mente, permanecen —y no como simples ecos del pasado, no en calidad de meras curiosidades arqueológicas o de venerables reliquias, sino con una fuerza y una vitalidad renovada y pujante que, además de revelarse en ocasiones mucho más intensa que en el momento de su emisión original, logra salvar un abismo de tres mil años e iluminar el mundo en el que hoy vivimos[107].

Gracias a discursos como este, repleto de ecos shakespearianos, Churchill marcará diferencias y se distanciará de los políticos que únicamente se concentraban en cuestiones administrativas. Sus reflexiones le hacían más interesante a los ojos del público y le permitían salvar las divisiones políticas. No obstante, lo más importante era que constituían una prueba palpable de que disponía de un feudo interior capaz de solazarle en caso de que su carrera política atravesara un mal momento —cosa que ocurriría con notable frecuencia, debido a su clara voluntad (de hecho, a sus ansias) de alejarse de la ortodoxia partidista.

El 7 de marzo, envía una larga carta abierta al director de la revista Nation, de tendencia centroizquierdista, que se publicaría con el título de «The Untrodden Field in Politics»[108]. El texto venía a ser una suerte de manifiesto personal, y en él aboga en favor de unos «niveles de vida mínimos y estandarizados», y delimita los ámbitos en los que le gustaría asistir a una intervención del estado. Entre esos ámbitos figuraban los vinculados con las bolsas del trabajo[109], los proyectos de ley sobre la concesión de licencias para la regulación de la venta de bebidas alcohólicas

con vistas a contrarrestar «el excesivo consumo de bebidas espirituosas», los convenios salariales de ciertas «industrias tristemente célebres por sus salarios extremadamente bajos», los colegios técnicos, la nacionalización de los ferrocarriles, o las medidas públicas destinadas a combatir el desempleo (o «a propiciar el progreso de los avances sociales», por emplear sus propias palabras) —providencias cuyo coste debía sufragarse en todos los casos por medio de una fiscalidad *ad hoc* o de un reparto de dividendos más justo—.[110] La mayoría de estas ideas (salvo la de la nacionalización de los ferrocarriles) formaban parte del programa de la Democracia Conservadora. Por su origen, la afiliación de Churchill a los planteamientos de un reformismo social de corte alemán no era más socialista ni más igualitaria que la de Otto von Bismarck, y de hecho él mismo utilizará deliberadamente el modelo que se había empleado en Alemania. Por un lado, su intención consistía en adoptar las políticas más populares de las tesis socialistas y en asumirlas como propias, y por otro, lo que se proponía era promover las ideas de la Democracia Conservadora que habría de defender a lo largo de toda su vida. «Estoy a favor del gobierno del pueblo y para el pueblo, pero no de la gobernación popular», señala con un hábil juego de palabras al parlamentario liberal Charles Masterman[111]. En eso reside justamente la diferencia entre el paternalismo de la Democracia Conservadora y las tesis del liberalismo o el socialismo.

«Winston se llena la boca con los problemas de los pobres, a los que por cierto acaba de descubrir, —le escribirá poco después Masterman a su esposa Lucy—. Está convencido de que ha sido designado por la Providencia para hacer algo en su favor.» A continuación, Masterman cita el teatral alegato que Churchill había hecho para defender la reforma social: «¿Qué otra razón podría latir tras el hecho de que me haya librado por los pelos de la muerte que no fuera la de emprender esta tarea? Mi vida no va a ser larga»[112]. En conclusión, Masterman explica: «Es simplemente un muchacho de extraordinarias dotes, capaz de arranques geniales al que anima una energía pasmosa»[113]. Al meterse Masterman con Churchill e intentar tirarle de la lengua sacando a colación lo mucho que le gustaba dirigirse a las masas, el aludido le replica: «Pues claro que me encanta. No pondrás bozal al buey que trilla[114]. Esa será mi defensa el Día del Juicio

[…]. A veces tengo la sensación de que podría llevar la Tierra entera sobre los hombros»[115].

En marzo de 1908, Churchill, que acaba de cumplir los treinta y tres años, asistió a una cena en casa de *lady* Saint Helier, una amiga de su madre. Durante la velada conoció a la bella, inteligente y resuelta Clementine Hozier, diez años más joven que él. En realidad, ya se habían encontrado en una ocasión anterior, en un baile celebrado por el marqués y la marquesa de Crewe, en el verano de 1904. Sin embargo, pese a que en ese acontecimiento Winston le hubiera pedido a su madre que hiciera las presentaciones —dado que durante mucho tiempo la madre de Clementine, *lady* Blanche Hozier, había sido la mejor amiga de Jennie—, la verdad es que, por una vez, se había quedado sin habla, incapaz de articular una sola frase coherente. Otro joven sacó a bailar a Clementine y le hizo la observación, tras cerciorarse de que no podían oírle, de que le sorprendía que se hubiera atrevido a hablarle a «ese tipo tan espantoso, Winston Churchill»[116].

En los años que mediaron entre ese primer encuentro y el segundo, Clementine se había prometido en dos ocasiones con Sidney Peel, tercer hijo del vizconde Peel, y más tarde también había sido acompañante de Lionel Earle, un funcionario público que prácticamente le doblaba la edad. La propia Clementine había roto los compromisos —y en un caso después de que los regalos de boda hubieran empezado ya a distribuirse— al comprender que no eran hombres adecuados para ella[117]. (Su madre también había intentado casarla con lord Bessborough, y para ello «la habían dejado toda una tarde a solas con el galán en un laberinto vegetal».)[118] Entretanto, Churchill se había prometido oficiosamente con Pamela Plowden, y tras cortejarla un tiempo —que Winston describirá a su madre diciéndole que había sido una «sosegada banalité»—, había propuesto matrimonio a Muriel Wilson, hija de un acaudalado armador, en 1906, aunque la joven le había rechazado por considerar que sus medios económicos eran demasiado limitados. También había querido casarse con la actriz estadounidense Ethel Barrymore, que le había confesado que no se

sentía capaz de «capear el proceloso mundo de la política»[119]. Ninguno de esos escarceos había ido mucho más allá del simple coqueteo, y todos ellos se habían desarrollado con el formalismo habitual de la era eduardiana, de modo que no guardaban la menor similitud con el gran amor que se perfilaba en el horizonte inmediato y que estaba llamado a durar toda una vida.

Por consiguiente, Churchill y Clementine se hallaban sentimentalmente libres al volver a coincidir en los salones de *lady* Saint Helier. Clementine no había sido invitada sino a última hora, para evitar que en torno de la mesa se reunieran trece comensales, y ella había estado a punto de rehusar debido a que se encontraba cansada y a que no tenía unos guantes blancos limpios. Churchill se había pasado todo el día trabajando en los despachos del Ministerio de las Colonias y tampoco tenía demasiadas ganas de acudir a la fiesta, pero Eddie Marsh le dijo que sería una descortesía declinar la invitación cuando ya estaba todo dispuesto. Churchill se presentó tarde, pero quedó inmediatamente prendado de Clementine, ignorando por completo a la dama que tenía al otro lado[120]. Según lo que años más tarde recordará Clementine, el primer comentario de Winston, un tanto abrupto, había sido: «¿Ha leído usted mi libro?». Ella admitió no haberlo hecho, tras lo cuál él le dijo que se lo enviaría sin falta al día siguiente en un cabriolé[121].

Cuando los caballeros se unieron a las damas, una vez terminada la cena, lord Tweedmouth, que por entonces ostentaba el cargo de primer lord del Almirantazgo —y que estaba casado con Fanny, la hermana de lord Randolph—, trató de coquetear con Clementine en un rincón. Churchill se desembarazó de él enviándole a admirar el retrato de Nelson que adornaba el pasillo, y acto seguido se «apropió con toda presteza» de la silla contigua a la que ocupaba la joven. No dejaron de charlar en toda la velada. Fueron los últimos en abandonar la fiesta, y Churchill llevó a Clementine a casa. Se olvidó por completo de enviarle el ejemplar de su Lord Randolph Churchill, pero quedó perdidamente enamorado de ella. Poco después invitaba a su dama y a su madre a Salisbury Hall, la casa de campo que Jennie poseía cerca de Saint Albans, y allí pasó con ella el fin de semana del 11 al 12 de abril de 1908.

Y entonces la política se inmiscuyó en la situación —y no habría de ser la última vez, por cierto.

Capítulo 6

AMOR Y LIBERALISMO

Abril de 1908 - febrero de 1910

> No puedo concebir siquiera la idea de establecer más vínculo que el constituido de por vida por el firme amarradero de mi dicha.
>
> Churchill a Clementine, noviembre de 1909[1].
>
> Me confieso confiado en que la dirección que llevamos nos conduce a días menores.
>
> Churchill, octubre de 1908[2].

El día 8 de abril de 1908, *sir* Henry Campbell-Bannerman dimitió de su cargo de primer ministro tras sufrir un ataque al corazón. Catorce días después fallecía en el mismo número 10 de Downing Street. Su sucesor, Herbert Asquith, ofreció a Churchill el puesto de presidente de la Comisión de Comercio, lo que no solo implicaba asumir la responsabilidad de las relaciones industriales, sino que le permitía llevar a la práctica varias de las ideas contenidas en su artículo sobre «Los terrenos inexplorados de la política». (El propio Churchill reconocería haberse sentido muy complacido por no haber sido relegado al Gabinete de Gobernación Local[3], ya que

«me niego a que se me encierre en un comedor popular con la señora [Beatrice] Webb».)[4] A sus treinta y tres años, Churchill pasó a convertirse así en el ministro más joven que había conocido el país en cuatro décadas. Dado que la crisis económica había provocado una drástica reducción de los salarios, tuvo que enfrentarse a varias huelgas importantes: la de los carpinteros de ribera en enero; la de los maquinistas ferroviarios en febrero; la de los armadores navales de Tyne, Clyde y Merseyside en mayo; y la de la industria textil a lo largo de todo el verano. Muchas veces se ha presentado al período eduardiano con las características propias de una época feliz marcada por la paz interna, pero lo cierto es que abarcó unos años profundamente alterados por el descontento en las fábricas y los astilleros, y de hecho Churchill se implicaría a fondo en todos los esfuerzos encaminados a resolver las disputas de la manera más justa.

Sin embargo, antes de poder hacer algo tenía que salir reelegido, puesto que una antigua norma constitucional exigía que todo nuevo ministro tuviera que revalidar su cargo mediante una votación popular que le permitiera reingresar en la Cámara de los Comunes. Para evitar los gastos asociados a una campaña electoral, la oposición solía pasar muchas veces por alto esa disposición, pero en el caso de Churchill los conservadores anunciaron que William Joynson-Hicks iba a presentarse de nuevo como candidato por la circunscripción del Noroeste de Manchester. En vista de la situación, el anhelado largo fin de semana con Clementine quedó truncado por una serie de mítines electorales.

De los discursos que Churchill pronunció ante la población de Manchester podrá decirse cualquier cosa salvo que no resultaran exhaustivos: uno de los que dio en abril en el Gran Teatro de la ciudad constaba nada menos que de 7600 palabras. En otra alocución pública, fueron tantas las personas que acudieron a escucharle que Churchill optó por subirse al techo de un vehículo aparcado en la calle, justo al lado del local en el que acababa de disertar, y lo repitió palabra por palabra. En algunos mítines hubo momentos en que se produjeron anécdotas al responder el orador a quienes intervenían con interrupciones espontáneas. «¿Cuáles serían las consecuencias si el liberalismo y el libre comercio perdieran este escaño?, —preguntó retóricamente al público. Al oír que uno

de los asistentes gritaba a pleno pulmón—: ¡Cerveza!», Churchill replicó de inmediato: «Esa podría haber sido la causa. Yo hablo de las consecuencias»[5]. Tras la explosión de otro descontento, que había aullado «¡Bobadas!» después de exponer Churchill uno de sus argumentos, el político respondió: «Al decir mi amigo del público “Bobadas” es indudable que está expresando el contenido completo de lo que él mismo tiene en mente»[6]. Este tipo de salidas formaban parte de lo que la gente venía buscando cuando acudía a escucharle —hasta el punto de que la palabra «risas» figura en más de cuarenta ocasiones en el reportaje de uno de los periódicos que informan de sus mítines.

«Aprovecho esta breve hora de ocio para escribirte y hacerte saber lo mucho que me gustó el largo paseo que dimos el lunes, —le escribe Churchill a Clementine el 16 de abril—, y lo agradable y placentero que ha sido para mí conocer a una chica de tantísimas cualidades intelectuales y tan notable acopio de nobles sentimientos […]. Quizá podamos sentar las bases de una clara y límpida amistad, y te aseguro que sabré valorarla y conservarla con el más serio afecto y respeto»[7]. En la jerga expresiva de la época eduardiana, estas manifestaciones despertaban unos ecos bastante más románticos que hoy, pero además hemos de tener en cuenta que solo se trata de la primera de la larga serie de cartas, notas amorosas y telegramas (nada menos que unos 1700 en total) que Winston y Clementine habrían de enviarse en el curso de su existencia. «De no haber sido por la emoción que me producía leer todos los días las noticias de Manchester en los periódicos atrasados, —le contesta Clementine—, habría tenido la sensación de habitar en un mundo muy distinto al delicioso edén que compartimos por espacio de una jornada en Salisbury Hall»[8]. La joven añade que está leyendo la biografía de su padre (ella misma se había procurado finalmente un ejemplar), y firma la carta, tal y como había hecho Winston, con la expresión «Muy sinceramente tuya».

El 23 de abril, para gran disgusto de Churchill, Joynson-Hicks ganaba los comicios de la circunscripción del Noroeste de Manchester por 5417 sufragios contra 4988, es decir, por una mayoría de 429 papeletas, lo que significaba un trasvase de votos del 6,4 %. En público, Churchill atribuiría su derrota a «la vil y palmaria influencia» de la prensa conservadora, pero

en privado la achacaba a «los malhumorados católicos irlandeses, que cambian de bando en el último momento, doblegados por la presión sacerdotal»[9]. (Se había instalado la opinión de que el Proyecto de ley de Educación que proponían los liberales constituía una amenaza para los colegios voluntarios católicos.) Los adversarios políticos de Churchill se manifestaron furibundamente satisfechos con su derrota: *sir* Edward Carson, un parlamentario unionista nacido en Irlanda, le dijo a *lady* Londonderry, casada con un primo de Winston: «Creo que es incuestionable que W. Churchill degrada la vida pública más que cualquier otra persona que ostente actualmente un cargo político, y dudo de que logre alcanzar jamás la madurez necesaria para llegar a ser el político serio y responsable en el que la mayoría de la gente desea depositar su confianza»[10]. El príncipe de Gales (que más tarde ceñiría la corona con el nombre de Jorge V de Inglaterra) anota en su diario: «Sentimos todos una viva emoción al enterarnos de que Winston Churchill había sido vencido»[11]. Poco antes, el rey le había comentado a su hijo: Churchill «casi se comporta de un modo más canallesco cuando ocupa un cargo que si ve relegado a la oposición»[12].

«El sábado, tras todos los esfuerzos y emociones de estas extenuantes elecciones, quedé mohíno bajo los pesados nubarrones de la reacción», le confiesa Churchill a Clementine el 27 de abril. No obstante, la popularidad con que contaba en las filas del Partido Liberal era tan grande que la formación le ofreció competir por la representación de ocho o nueve escaños seguros. «Es muy posible que esta votación fallida haya constituido una bendición encubierta, —le dirá a Clementine—. De haber ganado ahora el escaño de Manchester es probable que lo hubiera perdido en las elecciones generales. Pero al salir derrotado hoy, tengo la esperanza de conseguir un escaño que me coloque en una posición segura durante muchos años.» «No sabes cuánto me habría gustado tenerte aquí conmigo, —le dice al terminar la carta—. Escríbeme por favor —me siento tremendamente solo en medio de las muchedumbres—. Sé amable conmigo.»[13] Se hace difícil ver en esta despedida la actitud de alguien que únicamente aspira a una clara y límpida amistad.

Churchill aceptó la oferta de la Asociación Liberal de la sólida circunscripción escocesa de Dundee, integrada fundamentalmente por obreros, en la que, a largo plazo, daba la impresión de que sería más probable que el peligro viniera por el lado de los laboristas que por el flanco de los conservadores. Con el fin de generar una vacante —una indicación más de lo importante que resultaba Churchill para el partido—, se concedió el título nobiliario de lord Lochee a Edmund Robertson, el parlamentario entonces en activo, que desempeñaba un cargo ministerial de escasa importancia y estaba sufriendo problemas de salud. El segundo día de su campaña en Dundee, a principios del mes de mayo, Churchill tuvo que responder a una pregunta relacionada con la instauración de un régimen autonómico en Escocia. «No negaré a Escocia ninguna de las libertades que habéis dado a Irlanda, —replicó—, pero no estoy demasiado seguro de que Escocia tenga excesivas prisas en desembarazarse de la enorme influencia que hoy ejerce en la gobernación de Inglaterra»**[14]**. Esta frase, en la que, por implicación, asume que Irlanda no gozaba de «libertades, —es el primer paso que da Churchill en una dirección ajena al legado de su padre—. *The Times* se ha quedado sin palabras, pero necesita tres columnas para dar cuenta de tan asombrado mutismo», proclamó Churchill en referencia al apoyo que el Partido Liberal estaba prestando a la autonomía de Irlanda, «y miles de personas que nunca, bajo ninguna circunstancia, habían votado antes a los liberales están empezando a decir que nunca, bajo ninguna circunstancia, volverán a confiarles su voto»**[15]**.

En el transcurso de la campaña de Dundee, una sufragista irlandesa llamada Mary Maloney, se dedicó a seguir a Churchill a todas partes y a hacer sonar una enorme campana en cuanto el parlamentario se ponía en pie para hacer uso de la palabra, con lo que nadie conseguía escuchar lo que decía. Él se limitaba a saludarla quitándose el sombrero y a salir disparado en dirección al punto en el que debía dar su siguiente mitin, con la esperanza puesta en poder terminar su discurso antes de que se presentara Maloney**[16]**. Cuando finalmente logró que se le oyera, dijo refiriéndose a la Cámara de los Lores: «Allí dormitan los viejos aristócratas renqueantes, allí se encuentran también los avispados magnates financieros, los enchufistas más despabilados y los grandes cerveceros de pulposas napias… Todos los

enemigos del progreso se dan cita en esa sala, pues no es más que una junta de individuos debiluchos, zalameros, engreídos, acomodaticios y egoístas»[17]. Sus ataques al carácter «zalamero» y «acomodaticio» de los integrantes de las clases superiores eran un tanto hipócritas, dado que Churchill gastaba nada menos que ochenta libras anuales (ocho mil de las actuales, aproximadamente) en ropa interior de seda —adquirida invariablemente en los Almacenes del Ejército y la Armada—.[18] (Cuando Violet Asquith se metía con él a propósito de esas prendas, él le contestaba que se trataba de un adminículo «esencial para mí. Tengo una piel extremadamente delicada y sensible que exige ser cubierta con las telas más finas».)[19] Compraba el calzado en las mejores zapaterías de las calles Saint James y Oxford (como la de Lobb's, por ejemplo), las pantuflas de casa en Hook, Knowles & Co. (sus preferidas eran las de ante gris), los libros en Hatchard's, el tabaco en Robert Lewis, los sombreros en Scott's and Chapman & Moore, los uniformes en sastres de renombre (como E. Tautz & Sons), los vinos y licores en tiendas especializadas como la de los hermanos Berry o la de Randolph Payne & Sons, y los artículos de escritorio en Smythson's[20]. «Al señor Churchill le satisface sin dificultad lo mejor de lo mejor», dirá F. E. Smith[21]. El 9 de mayo de 1908, Churchill conseguía 7079 votos y salía elegido por la circunscripción de Dundee, con un amplio margen de 2709 papeletas sobre el candidato unionista. El contendiente con peores resultados, dado que solo había obtenido 655 votos, fue el aspirante prohibicionista, Edwin Scrymgeour, que sin embargo no se desanimó, como tendremos ocasión de ver. Churchill le dijo a su madre que, en términos prácticos, podía considerarse que el escaño de Dundee era de carácter «vitalicio», aunque no carecía de detractores[22]. En junio, durante su siguiente visita a la ciudad, hubo que expulsar nada menos que a seis sufragistas del mitin de Kinnaird Hall, debido a que se habían dedicado a imitarle con una suerte de «pantomimas cómicas», por emplear sus propias palabras, aunque como siempre, él insistirá en que el uso de la fuerza quede reducido al mínimo más absoluto[23].

Churchill y Clementine se vieron en varias ocasiones a lo largo de los meses de junio y julio con motivo de distintas reuniones sociales, aunque siempre en presencia de las consabidas carabinas. Se concertaron para encontrarse de nuevo a mediados de agosto en Salisbury Hall, junto con sus respectivas madres[24]. Por lo demás, Churchill se implicó personalmente en la cuestión gubernamental de las Estimaciones Presupuestarias del Ejército, que sin embargo se hallaba muy alejada de las responsabilidades propias de su cartera, pronunció discursos en favor de una legislación proclive a la moderación en el consumo de bebidas alcohólicas —aunque jamás abogó por una causa tan contraria a la visión churchilliana del mundo como la de una ley seca sin paliativos—, y fue aceptado como miembro de la Logia de Albión de la Antigua Orden de los Druidas.

El 4 de agosto, su hermano Jack contrajo matrimonio con *lady* Gwendeline Bertie[25], hija del séptimo conde de Abingdon. Después de la boda, Churchill partió en dirección al condado de Rutland para pasar unos días en compañía de unos amigos en Burley Hall, cerca de Oakham —«una de las más imponentes mansiones de Inglaterra», cuyo alquiler corría a cargo de su primo Freddie Guest—. El día 6 de agosto de ese año, a la una en punto de la madrugada, cuando todo el mundo dormía, una criada descubrió que se había declarado un incendio como consecuencia de la reciente instalación de un sistema de calefacción que por lo visto presentaba algún grave defecto. Las llamas se cebaron en las vigas y un ala entera del palacete quedó arrasada. Los invitados salieron a gatas de sus habitaciones y «muy ligeros de ropa». Churchill salvó sus documentos ministeriales, pero F. E. Smith perdió todo lo que tenía en su guardarropa. «Winston se apropió del casco de uno de los bomberos y tomó el mando de las operaciones», recuerda Eddie Marsh, pero resultó imposible rescatar del fuego los inestimables manuscritos isabelinos que custodiaba la casa[26]. «En el preciso instante en el que Churchill se disponía a poner a buen recaudo dos bustos de mármol, —informa la crónica de *The Times*—, el techo incandescente se desplomó a sus espaldas»[27]. Por fortuna no hubo que lamentar la pérdida de ninguna vida, salvo la de un desdichado canario.

Con inadmisible crueldad, uno de los miembros de la familia Dudley Ward aseguró a Clementine que Churchill había fallecido en el incendio,

siguiéndola después hasta la oficina de correos a la que acudió con la esperanza de recabar más noticias. Allí la esperaba un telegrama del duque de Marlborough en el que se decía que Churchill se hallaba sano y salvo[28]. Extremadamente aliviada, Clementine telegrafió su respuesta: «Querido, el corazón se me había detenido de terror. —Y se despide diciendo—: Tuya, Clementine H.»[29]. Churchill le contestó a su vez, con los ojos todavía irritados a causa del calor y el humo: «El fuego ha sido un gran entretenimiento y todos lo hemos pasado fenómeno con él. Es una lástima que estas alegres diversiones resulten tan costosas»[30]. Winston sugiere entonces que lo mejor sería quedar en Blenheim la semana anterior a la cita de Salisbury Hall: «Allí encontraremos un montón de sitios para charlar y tendremos muchísimas cosas que decirnos […]. Escribe y dime […] si has pensado alguna vez en mí. ¡Espero que los periódicos no hayan sido los encargados de refrescarte la memoria! Tú ya sabes la respuesta que espero a todo esto que te digo»[31]. Y termina: «Siempre tuyo, Winston Churchill».

El martes 11 de agosto de 1908, Churchill propondrá matrimonio a Clementine Hozier en un marco increíblemente romántico: el del Templo de Diana del parque del palacio de Blenheim. La mañana en que se disponía a llevarla de paseo por los jardines de la mansión, después del desayuno, Churchill se había quedado dormido hasta tarde. Entristecida, Clementine sopesó seriamente la posibilidad de regresar a Londres, pero Sunny Marlborough la llevó a dar una vuelta en calesa por toda la finca y le dijo a un *sir*viente que avisara a Churchill del paso en falso que acababa de dar. Cuando regresaron, Winston les estaba esperando y llevó a Clementine directamente al Templo de Diana[32]. Le prometió mantener en secreto el compromiso hasta que ella encontrara ocasión de anunciárselo a su madre, pero pocos minutos después, mientras caminaban por el césped, Churchill no logró retenerse y soltó a borbotones la noticia frente a Sunny y sus invitados[33]. «No soy rico ni ocupo un puesto que me otorgue un poder verdaderamente elevado, —le escribirá a *lady* Blanche Hozier—, pero su hija me quiere, y con ese amor siento crecer en mí las fuerzas suficientes para asumir esta inmensa y sagrada responsabilidad; y creo que puedo hacerla feliz y procurarle una posición y una carrera dignas de su belleza y sus virtudes»[34].

A pesar de estas justificaciones y de que el primo carnal de Clementine poseyera el título de conde de Airlie, lo cierto era que la familia Hozier se desenvolvía con unos medios bastante modestos —hasta el punto de que Clementine había tenido que impartir unas clases de francés a razón de dos chelines y seis peniques la hora para completar su pequeña asignación—.[35] (La prometida de Winston hablaba con soltura el francés, ya que a sus seis años sus padres se habían separado y su madre se había mudado a Dieppe por motivos económicos.) Como recordará más tarde Mary Soames[36], cuando su padre pidió la mano de Clementine, su madre «se había visto reducida a ponerse el último vestido limpio y almidonado que aún conservaba, y, al carecer de una *sir*vienta personal, no le quedaba más remedio que asumir que esa iba a ser la última visita inesperada que pudiera hacer» a Blenheim[37]. La pareja sabía que no podría disponer de grandes sumas cuando se casaran, así que durante los seis primeros meses tuvieron que instalarse en el piso de soltero de Churchill, en el número 12 de Bolton Street, aunque después se trasladaron a un apartamento mucho mayor en el 33 de Eccleston Square, en la zona popular del céntrico barrio londinense de Pímlico.

«*Je t'aime passionnément*, —le escribe Clementine dos días después de concertarse el compromiso—, me siento menos tímida en francés»[38]. Y Churchill le contesta: «No hay palabras capaces de transmitirte los sentimientos de amor y felicidad que invaden todo mi ser»[39]. Ese mismo mes, ella le confiesa: «Te echo muchísimo de menos. Me pregunto cómo he podido arreglármelas para vivir veintitrés años sin ti»[40]. Churchill pedirá a Hugh Cecil que actúe como padrino de boda, y después de que lord Salisbury le escriba para felicitarle por el inminente enlace, Winston le dirá desde la Comisión de Comercio: «En cierto modo, este propicio acontecimiento me vincula, aunque solo sea remotamente, con tu familia: y la unión entre los Churchill y los Cecil, que se intentó sin éxito hace una generación en la esfera política, quizá pueda enfocarse ahora con más prósperas perspectivas en el ámbito privado»[41]. Ni siquiera en un momento tan dichoso como este logra Churchill evitar acordarse de la demolición política que sufrió su padre a manos del padre de Salisbury.

La boda tuvo lugar en la iglesia de Santa Margarita de Westminster el sábado 12 de septiembre de 1908. Mientras se firmaba el registro en la sacristía, Churchill habló con Lloyd George de cuestiones relacionadas con su trabajo, lo que hizo que este último le dijera a un amigo común que «jamás había conocido a nadie con una pasión política tan grande como la suya»[42]. El templo estaba abarrotado, y en el exterior se apiñaba una vasta y entusiasmada multitud. El doctor Welldon, ex director del colegio de Harrow en el que había estudiado Churchill (y que desde entonces había desempeñado brevemente el cargo de obispo de Calcuta), fue el encargado de dar la homilía. Tras la ceremonia, los 1300 invitados acudieron a la recepción, celebrada en la residencia de *lady* Saint Helier. La revista *Tailor & Cutter* señaló que el atuendo de Churchill había sido «uno de los fallos de vestimenta más notables que se hayan visto nunca en este tipo de festejos, ya que confería a su portador un cierto aire de cochero endomingado»[43]. El rey regaló a Churchill un bastón hecho con una vara de ratán[44] chapada en oro, y el gobierno le entregó una bandeja de plata grabada con las rúbricas de todos sus colegas[45]. Ese mismo día, el Museo de cera de Madame Tussaud colocó la efigie de Churchill en su exposición permanente, cumpliendo con ello la predicción que el propio Churchill vaticinara prácticamente diez años antes al cónsul británico en Lourenço Marques.

Los novios pasaron la luna de miel en Blenheim, en la localidad italiana de Baveno, a orillas del lago Mayor, y en Venecia, para regresar finalmente a Blenheim. Sin embargo, en la mente de Churchill la política siguió ocupando un lugar preponderante. Ni siquiera en el paradisíaco Baveno pudo evitar Churchill escribirle a Masterman, el secretario parlamentario del Gabinete de Gobernación Local, para hacerle la siguiente pregunta:

> infórmame privadamente de lo que realmente está haciendo o dejando de hacer el Gabinete de Gobernación Local. Ya he enviado una circular al gobierno para conocer la situación de la industria, y les he advertido que el invierno va a causar grandes dificultades a los pobres, pero todo lo que ha acertado a comentar Asquith ha sido que Burns[46] no opina lo mismo […]. Hazme saber cómo van en verdad las cosas bajo la forzada sonrisa del aplomo oficial […]. Pero sería mejor que me pasaras el informe bajo rúbrica de «Secreto» en la C[omisión] de C[omercio[47]].

Esta nota es característicamente churchilliana: solicitar a un amigo de un departamento diferente al suyo que le ayude a descubrir de tapadillo la realidad de lo que ocurre en Whitehall, y preocuparse por averiguarlo incluso en plena luna de miel. «Nos dedicamos únicamente a holgazanear y a amarnos», escribe Churchill desde Venecia a su madre. Son «ocupaciones buenas y serias, —añade—, que cuentan con respetables precedentes en la historia»[48].

Pese a tratarse sin duda de un matrimonio por amor, tras el viaje de novios, Churchill y Clementine tenderán a pasar las vacaciones por separado durante el resto de su vida. Una de las razones de que intercambiaran tantísimas cartas, notas amorosas y telegramas radica precisamente en el hecho de que se hallaran frecuentemente lejos el uno del otro —algo que probablemente favoreciera la buena marcha de la relación, dado que Churchill era una compañía extenuante—. Él mismo así lo reconocía, y no le molestaba saber que Clementine sentía necesidad de pasar alguna que otra temporada a solas. No tardarían en asignarse mutuamente apelativos cariñosos. «El pobre cachorrillo [gime] desconsoladamente, —le escribe Churchill a su amada—. Gatito mío, estaré de vuelta mañana a eso de las seis y cuarto», contesta Clementine. Él respondía por «Perrito de ámbar», «Doguillo encantador» y «Cachorrito», hasta terminar en «Cachito» y finalmente en «Cerdito». Ella atendía por «Gatita» o «Kat», y de cuando en cuando por «Pajarillo», «Gatita linda», «Seductora Kat», e incluso «Clem, minina chiquita». Él dibujaba cerditos, cachorritos y gatitas en las cartas que le enviaba, y al quedarse ella embarazada, el perfil de las gatas también se redondeó[49].

En una ocasión, al principio del matrimonio, Churchill dijo que le apetecía cenar pato asado. Clementine intentó disuadirle indicándole que lo que pedía era muy caro debido a que estaba fuera de temporada. Sin embargo, él había leído en los periódicos que a los cocodrilos del zoo se les estaba alimentando con patos, así que aseguró que si los reptiles podían permitírselo no veía razón alguna para tener que prescindir él de ese manjar[50]. Siendo ya una mujer de avanzada edad, Clementine admitiría en

una conversación con Freddie Birkenhead que la situación económica de la pareja «no debía de ser *realmente* tan mala» en la época, «dado que disponían de cinco criados», pero añadió que «eso [el hecho de contar con un gran número de sirvientes] era algo que se daba por supuesto en aquellos tiempos»[51]. En una ocasión en la que Beatrice Webb vino a cenar con ellos, un mes después de que se anunciara su compromiso matrimonial, la pensadora socialista anota en su diario: «La novia —que es una dama encantadora, extremadamente cortés, guapísima, y además muy sincera—, no es rica, de modo que no puede considerársela en modo alguno un buen partido, lo que dice mucho en favor de Winston»[52].

El 11 de julio de 1909, Clementine daba a luz a Diana, la primera hija de la pareja. Churchill le dio los apodos de «gatita de crema», «gatita» y «P. K.»[53]. Se dice que Lloyd George le había comentado a los Masterman que, al preguntarle a Churchill si Diana era una chiquilla bonita, el padre le había contestado, radiante: «Es la niña más bonita que se haya visto jamás». «Como su madre, supongo, —quiso concretar Lloyd George—. No», respondió Winston en tono aún más solemne: «es exactamente igual a mí»[54].[55]

En octubre, Churchill se dirigió al público de Dundee en los siguientes términos: «Pronto, muy pronto, nuestra breve existencia habrá llegado a su fin».

> Incontables generaciones habrán de caminar descuidadamente sobre nuestras tumbas. ¿Qué sentido tiene la vida si no luchamos por nobles causas y tratamos de hacer que este embarullado mundo resulte un lugar mejor para quienes habrán de habitarlo cuando nos hayamos ido? ¿Cómo, si no, podríamos establecer una armoniosa relación con las grandes verdades y consuelos de lo infinito y lo eterno? […]. La humanidad no acabará postrada. Seguimos avanzando, internándonos valientemente en la ancha avenida del futuro, y de hecho, tras las distantes montañas, se divisa ya la promesa del sol[56].

Vemos prefigurada aquí, en su elevada retórica de intención edificante, la insigne oratoria que treinta años más tarde habría de emplear en el transcurso de la segunda guerra mundial.

A lo largo del año 1908, Churchill pronunciaría nada menos que 96 discursos, recorrería cerca de 8700 kilómetros (fundamentalmente en tren), y celebraría reuniones por toda Inglaterra. En 1899 había dado 14 charlas y viajado más de 1100 kilómetros. En 1900 fueron 10 los discursos y 2400 los kilómetros; en 1901 habló 21 veces en público y cubrió casi 2600 kilómetros; y en 1902 hubo 13 alocuciones y recorrió más de 1200 kilómetros. Estas cifras y viajes del inicio de su carrera eran algo normal en la vida profesional de un parlamentario, ya que todos los electos tenían que visitar, siquiera de cuando en cuando, sus respectivas circunscripciones. Sin embargo, después de 1903, el kilometraje de sus desplazamientos se disparó de manera espectacular, lo que no solo constituye una señal indicativa de su creciente ambición y de la mayor confianza que sentía en sus dotes de orador, sino que también evidencia el constante aumento del torrente de invitaciones que le llegaban de todos los rincones del país, dado que se había corrido la voz de que podía ser un disertador sumamente entretenido y capaz incluso de galvanizar al público. Esos discursos eran un medio muy adecuado para fomentar la lealtad y la buena disposición de los parlamentarios locales cuyo apoyo podría llegar a necesitar en el futuro si apostaba por una posición de verdadero liderazgo. Esto explica que en 1903 diera 29 discursos y que viajara más de 3500 kilómetros; que en 1904 hablara en 38 ocasiones, a lo largo de 8800 kilómetros; que en 1905 fueran 44 las charlas y casi 6000 los kilómetros; que en 1906 disertara 59 veces y recorriera más de 6100 kilómetros; y que en 1907 (pese a su largo viaje por África) se dirigiera al público en 42 mítines. La redacción de estos discursos, que en muchos casos superaban las cinco mil palabras, le exigía una gran concentración mental —era muy raro que se repitiera— y una constante práctica. Churchill mantendría este extraordinario nivel de actividad incluso después del año 1908, en el que su movilidad y locuacidad alcanzan valores máximos, como acabamos de comprobar. De este modo, en 1909 da 69 discursos, en 1901 pronuncia 77, y en 1911 protagoniza 65 —viajando en total cerca de 16 100 kilómetros—. En el momento en el que estalla la segunda guerra mundial, Churchill había dado ya unos 1700 discursos y recorrido aproximadamente 132 000 kilómetros —más del triple de la circunferencia de la tierra—. Aquello constituía una extraordinaria

exhibición de vitalidad, muy superior a cuanto hacían los políticos normales, incluso los de posiciones más destacadas. Al iniciarse el gran conflicto bélico de 1939 a 1945, Churchill era ya un orador público provisto de una inmensa experiencia, plenamente seguro de sus dotes y capaz de juzgar instantáneamente el estado de ánimo de la audiencia.

La victoria que había obtenido en las elecciones parciales de Dundee no *sir*vió para disipar el ataque que previamente había dirigido contra los unionistas, y muy en particular contra su cabecilla. «El señor Balfour ha empleado términos sumamente duros en esta cuestión», dirá en referencia al proyecto de ley sobre la concesión de licencias para la venta de bebidas espirituosas, que debía contribuir a frenar el alcoholismo, según esperaba Churchill, dado que restringía el número de *pubs* del país. «Hoy es frecuente constatar que los hombres débiles utilizan palabras gruesas, y tanto más gruesas cuanto más débiles sean sus argumentos.»[57] Desde que se uniera al Partido Liberal, Churchill se había convertido en un destacado, aunque inverosímil, abogado de la moderación en el consumo de alcohol, tal y como también había acabado por abrazar la causa de la autonomía de Irlanda y otras medidas liberales por las que no había mostrado prácticamente ningún interés en la época en que militaba en la formación *tory*. Hacía ya décadas que la industria dedicada a la producción de bebidas alcohólicas mantenía vínculos muy estrechos con el Partido Conservador, circunstancia que explica en buena medida la ironía de que Churchill atacara al sector cuando a él mismo le agradaban notablemente los vinos y los licores (aunque casi nunca bebiera en exceso). Al quedar claro que la Cámara de los Lores amenazaba con vetar el borrador de la norma, Churchill acusó a los conservadores de haberse convertido en «adalides enloquecidos de la propiedad, en campeones dispuestos a defender los derechos privados a toda costa»[58].

Las constantes embestidas de Churchill contra la Cámara de los Lores resultaban tanto más admirables —al menos desde el punto de vista de los liberales— cuanto que un gran número de familiares suyos ocupaban un escaño en ese cónclave. Además de sus primos carnales, el duque de Marlborough y el duque de Roxburghe (hijo de Anne, hermana de lord Randolph), también tenía otros parientes en la Cámara Alta, como sus tíos

lord Tweedmouth y lord Wimborne, su primo segundo, el marqués de Londonderry, su tío político, el conde Howe, el primo carnal de Clementine, el conde de Airlie, y el suegro de Jack, el conde de Abingdon. No es de extrañar por tanto que varios de esos miembros de la familia no vieran con buenos ojos esa postura tan hostil a la aristocracia —hasta el punto de provocar una cierta frialdad de trato en Sunny Marlborough, que no solo era primo y amigo suyo, sino que también había luchado codo con codo con él durante la guerra de los bóers—. En noviembre, una vez que la Cámara de los Lores hubo rechazado el proyecto de ley para la restricción de las licencias de venta de alcohol, Masterman señala que Churchill, tras pasar un buen rato «masticando con rabia la comida y sin apenas pronunciar palabra, —acabó sentenciando—: En junio les enviaremos unos presupuestos que les resultarán aterradores; han declarado la guerra de clases, así que mejor será que se anden con cuidado»[59]. Parecía no afectarle lo más mínimo la idea de que la clase a la que estaba planeando asaltar era la suya propia.

En una reunión celebrada el 30 de enero de 1909 en Nottingham, Churchill hizo una observación que habría de pesar sobre él como una losa durante años. Afirmó que los conservadores eran «el partido de los ricos contra los pobres, de las clases altas y sus clientes frente a las masas, de los afortunados, los pudientes, los dichosos y los fuertes indiferentes a los millones de individuos débiles, olvidados, pobres y excluidos»[60]. Todavía en 1944 habría periodistas de izquierdas dispuestos a traer a colación estas manifestaciones para ponerle en un aprieto[61].

En 1904, Gran Bretaña había aceptado crear con Francia la llamada «Entente Cordiale» (que en la práctica era una alianza), ya que el país estaba preocupado por las crecientes tendencias agresivas del imperio alemán, debido sobre todo al cariz que estaba adquiriendo su programa de construcción naval, cuyo objetivo no podía ser otro que el de convertirse en una amenaza para la Marina Real Británica. Pese a todo, Churchill mantuvo la impopular convicción de que era preciso reducir al mínimo imprescindible los gastos del Departamento de Defensa. El 9 de febrero, él mismo, apoyado por Lloyd George, *sir* Edward Grey y John Morley, secretario de estado para la India y firme pacifista, amenazaron a Asquith con presentar la dimisión si el primer lord del Almirantazgo, Reginald

McKenna, conseguía sacar adelante su proyecto de construir los seis nuevos acorazados que se necesitaban, según insistía John Fisher, alias «Jacky», primer lord del Mar[62], para poder responder en igualdad de condiciones al reto planteado por el plan de desarrollo naval de la armada alemana. La potencia de fuego de los cañones de grueso calibre que llevaban estos buques de guerra blindados, sumada a su propulsión mediante turbinas de vapor, convertía en máquinas obsoletas al resto de los navíos de combate. Churchill sabía perfectamente, debido a lo que le había sucedido a su padre, que toda amenaza de dimisión debida a discrepancias con las Estimaciones Presupuestarias del Departamento de Defensa tenía que efectuarse en grupo y no a título individual. «No me cuento entre quienes admiran a los políticos que juzgan valioso cubrirse de fáciles aplausos mediante la teatralización de meras fanfarronadas y la invocación de una política de gasto armamentístico pensada para causar sensación, —dirá ante el público que le escucha en Manchester—. Siempre he sido contrario a esos planteamientos, tal y como lo fue en su día mi padre.»[63] Sin embargo, el resto del gabinete se opuso a las tesis de los cuatro ministros, de modo que, como dirían los chistosos en los pasillos de Whitehall, ya que McKenna quería seis acorazados, y que Lloyd George y Churchill deseaban solo cuatro, el gobierno zanjó el asunto comprometiéndose a construir ocho.

Motivado en parte por su voluntad de ahorrar, pero animado también por su mente naturalmente inquieta, Churchill no dejaba de buscar inventos tecnológicamente revolucionarios susceptibles de aplicarse al ámbito militar. Ya en febrero de 1909, es decir, en los albores mismos de la historia de la aeronáutica, Churchill había empezado a reflexionar sobre la utilidad bélica de una fuerza aérea, lo que explica que en esa fecha dirigiera al subcomité de navegación aérea del Comité de Defensa Imperial las siguientes palabras: «El problema del uso de aeroplanos es extremadamente importante, de modo que deberíamos ponernos en contacto con el propio señor Wright y valernos de sus conocimientos»[64]. Churchill continuó siendo un sólido defensor de las fuerzas aéreas, así que no solo creó el Real Servicio Aéreo Naval tan pronto como tuvo ocasión de hacerlo, sino que abogó en favor de la dotación de adecuados medios económicos tanto al

Real Cuerpo Aéreo como al arma llamada a sucederle: la Real Fuerza Aérea británica[65].

El 24 de marzo, Churchill propuso a la Cámara la adopción de una norma ideada por él, la Ley de Juntas Comerciales, su primera gran disposición legislativa, destinada a establecer unas tarifas salariales mínimas y unas condiciones aceptables en las industrias que «pagaban pésimamente» a sus trabajadores —pertenecientes fundamentalmente a la rama textil—. Se trataba de una medida muy alineada con las tesis de la Democracia Conservadora, ya que no solo daba al gobierno la potestad de sancionar a los patronos que trataran mal a los obreros, sino que introducía por primera vez en la historia parlamentaria de Inglaterra la noción de un salario mínimo. Churchill aprendió a guiar un proyecto de ley por los enrevesados vericuetos de su transformación en norma efectiva, asumió la dura tarea que el empeño exigía y logró dominar también los soporíferos detalles que resultaba preciso conocer. Había que crear comités y comisiones de investigación; proceder a una primera lectura del proyecto de ley, seguida de un segundo y un tercer repaso; tenían que incluirse las enmiendas necesarias; había que dar curso al debate previo a la tramitación; y aceptar tanto la guillotina parlamentaria (es decir, las mociones de clausura)[66] como el resto de los procedimientos relativos a la elaboración de leyes en el parlamento —procedimientos que en el transcurso de los años venideros, marcados por una intensa labor legislativa, acabarían siendo para él una especie de rutina.

Entre los años 1908 y 1911, Churchill y Lloyd George, convertido ya en ministro de Hacienda, trabajarían en estrecha colaboración, sentando con ello las bases de su reputación de máximos reformistas sociales del período. El aumento del desempleo, que no había cesado desde que se instaurara esa tendencia a la baja a raíz del frenazo económico de los años 1907-1908, convenció a Churchill de que era preciso crear bolsas del trabajo que permitieran a los obreros en paro ponerse en contacto con sus potenciales empleadores. Para fundar esos establecimientos requirió los servicios de William Beveridge, de modo que en marzo de 1910 funcionaban ya 214 locales destinados a ese fin. Consiguió que los trabajadores de los talleres disfrutaran de un descanso a media jornada. La Ley de Pensiones de Vejez

de 1908 instituyó por primera vez la figura de una asignación de cinco chelines semanales (unas 23 libras al cambio actual, aproximadamente) a seiscientos mil ancianos, con un coste anual de cuatro millones de libras para las arcas del estado. «No es mucho», habría de reconocer Churchill en referencia a la modesta provisión de fondos destinada a las pensiones, «pero peor sería no poder contar con ella»[67]. En 1911, Lloyd George y Churchill introdujeron en la legislación británica el primer seguro de desempleo obligatorio de alcance nacional, y en octubre de 1913 el número de asegurados se elevaba ya a 14,7 millones de personas, todas las cuales habían formalizado esa nueva situación a través de 236 comités aseguradores locales y de 23 500 asociaciones y sucursales. Juntos, Lloyd George y Churchill crearon también la Autoridad Portuaria de Londres y consiguieron aprobar en 1908 la Ley de Minas de Carbón, conocida también como Ley de las Ocho Horas de Trabajo Diarias, mediante la cual se redujo a esa cantidad la duración de la jornada laboral obligatoria de los mineros. En 1911 también sacaron adelante una legislación renovada sobre esa misma materia, aunque destinada en esta ocasión a mejorar la seguridad en la minería (de hecho, si bien de manera tangencial, la norma alivió también las espantosas condiciones de vida de las caballerías que trabajaban en los pozos). Los dos políticos liberales también tenían planeado aprobar una desgravación fiscal aplicable a los ingresos de las parejas con hijos, a la que no tardaría en darse el mote de «Ley de Mocosos».

Al equipararla al método consistente en «retroceder un poco para restablecer contacto con la retaguardia», Churchill encontró una metáfora militar para explicar el proceso que se había ideado para ayudar a los más desfavorecidos. A su juicio, todas estas medidas constituían otros tantos síntomas de la evolución social, del progreso de las tesis de la Democracia Conservadora, y estaba convencido de que, gracias a ellas, los británicos habrían de revelarse más fuertes en cualquier crisis venidera, especialmente en caso de guerra. El espíritu paternalista de Churchill deseaba propiciar, por recurrir a la definición —crítica pero esencialmente exacta— de Masterman, «un estado de cosas en el que la clase superior, imbuida de un ánimo benigno, se dedicara a repartir ventajas a las masas trabajadoras, industriosas, biempensantes y agradecidas»[68].

Todas estas reformas, y otras en preparación, resultaban terriblemente caras. Al añadirse a su coste el de los ocho acorazados nuevos se vio claramente que se hacía necesario conseguir una nueva fuente de financiación para llenar la Tesorería de la nación y poder financiarlas. En abril de 1909, Lloyd George declaró la guerra de los descamisados que Churchill había predicho cinco meses antes. La mecha que prendió el incendio fue su Proyecto de ley de Finanzas, al que los liberales dieron enseguida el apelativo de «Presupuesto Popular». De acuerdo con el borrador, para recaudar los dieciséis millones de libras esterlinas extra que se precisaban había que tomar varias medidas: en primer lugar, el impuesto sobre la renta pasaría de retirar al contribuyente un chelín por libra a exigirle un chelín y dos peniques por libra (lo que suponía incrementar la carga fiscal de un 5 % a un 5,83 %); en segundo lugar, se instituiría una sobretasa para aumentar la contribución de las personas de ingresos más altos; se aplicarían impuestos al tabaco, el alcohol, los vehículos de motor y los carburantes; se aprobaría el cobro de un canon de medio penique por libra a los campos en barbecho; se exigiría el pago de un tributo de sucesiones y donaciones del 25 % a las propiedades de valor superior a un millón de libras esterlinas; y se gravarían con un arbitrio del 20 % las ganancias de capital obtenidas mediante transacciones de tierras. Esto implicaba proceder a una redistribución de la riqueza de escala totalmente desconocida en la reciente historia de Gran Bretaña —lo que garantizaba la inmediata oposición de los unionistas presentes en la Cámara de los Lores —.[69] En caso de que no fuera posible aplacar esa hostilidad, o de que no se encontrara la forma de superarla, los lores se negarían a aprobar el borrador y se abriría una profunda crisis institucional.

«¡Mañana es el día de la ira!», le dirá Churchill a Clementine el 28 de abril, justo antes de una votación clave sobre el Proyecto de ley de Finanzas. «Tengo la sensación de que este Presupuesto será la cura del mal que nos aqueja o la droga llamada a provocar la muerte del enfermo: o conseguimos un buen montón de libras para realizar el año próximo una gran serie de reformas, o los lores forzarán la disolución de las Cámaras en septiembre.»[70] Como habría de comentar en el Club Liberal local en junio, Churchill creía que «todos los impuestos son malos», pero juzgaba que

estos en concreto resultaban necesarios[71]. En respuesta a la crisis, el rey se contentó con soltar un chiste un tanto pueril, ya que se limitó a exclamar: «¡Las iniciales de Churchill —W. C.— le están pintiparadas!»[72].

«Este Presupuesto terminará aprobándose», aseguró Churchill en mayo ante la audiencia que atendía a su discurso en Manchester —cosechando con ello una fortísima salva de aplausos—. «Y con esa victoria se reivindicará el poder de la Cámara de los Comunes.»[73] Dijo también que el proyecto de ley era un seguro frente a los peligros que se cernían sobre el horizonte, tanto en el ámbito doméstico como en el exterior, y añadió:

> Si pudiera hacer las cosas a mi manera, escribiría la palabra «asegurar» en la puerta de todas las casas y en el cuaderno de notas de todos los hombres públicos, ya que estoy convencido de que la asunción de un conjunto de sacrificios pequeñísimos, al alcance del más humilde de los hombres provistos de un trabajo regular, permite ofrecer protección a las familias y evitar que estas sucumban a unas catástrofes que, de lo contrario, las quebrarían de manera irreversible […]. [Esto resulta vital] en aquellos casos en que, por causa de muerte, enfermedad o invalidez de quien lleva el sueldo al hogar, zozobra la frágil embarcación en la que viaja el destino de la familia, dejando a las mujeres y a los niños abocados a luchar, indefensos, en las oscuras aguas de un mundo implacable[74].

Una semana después, tras las maniobras terrestres del Ejército de Reserva británico, en las que había participado como miembro del Regimiento de Húsares de Oxfordshire junto con otros siete contingentes de Su Majestad, Churchill le confesó a Clementine una verdad que muy probablemente ella ya había adivinado: que le habría encantado ser general. «Tengo una gran confianza en el modo en que enjuicio las cosas, —le dijo —, pues las veo con claridad, pero no hay ningún ámbito en el que tenga mayor *sensación* de percibir correctamente la realidad de cuanto acontece como en el terreno de las formaciones tácticas. Es un tanto vano e insensato decirlo, pero sé que no te reirás al saberlo. Estoy seguro de poseer la raigambre imprescindible para esa labor, pero me temo que en el presente estado de mi existencia jamás tendré ocasión de lograr que florezca y eclosione en una brillante corola carmesí»[75].

Años después, Clementine le explicará a Freddie Birkenhead que, en esta época, «“Lloyd George tenía completamente subyugado” a Winston. Se hallaba totalmente fascinado»[76]. El ministro de Hacienda, en cambio,

sentía celos de Churchill, ya que sus frecuentes y muy escuchados discursos robaban parte de la publicidad que él deseaba dar a su Presupuesto Popular. Durante un viaje en coche a Brighton en compañía de Charles y Lucy Masterman, Lloyd George «comentó con cierto desdén la idea de que Winston Churchill fuese considerado autor del proyecto de ley. "Winston, —aseguró—, se opone a casi todas las partidas que se contemplan en el Presupuesto, salvo a la que llaman 'del Mocoso', y aun eso se debe únicamente al hecho de que él mismo espera ser padre muy pronto"»[77]. Son afirmaciones que faltan a la verdad —de hecho, Lloyd George acababa de enviar una carta a su hermano en la que sostenía que Churchill apoyaba los planteamientos del Presupuesto—, pero constituyen un claro indicio de la preocupación con la que Lloyd George veía los progresos de su rival, por más que este aún tuviera mucho camino por recorrer antes de hallar ocasión de ufanarse de unos logros legislativos tan significativos como los suyos[78].

El 4 de septiembre, en el teatro Palace de Leicester, Churchill volvió a denunciar con unas declaraciones incendiarias el proceder de los miembros de la Cámara de los Lores. «Los más pudientes, —dijo en uno de los párrafos de una alocución de más de siete mil palabras—, lejos de ser autosuficientes, dependen de la constante atención y paciente espera de muchísima gente, ya que en ocasiones las personas empleadas en gestionar sus caprichos se cuentan por centenares»[79]. (Está claro que ya se había olvidado de los cuatrocientos porteadores que le habían llevado el equipaje en el África Oriental.) Para entonces, el Presupuesto Popular había superado nada menos que seiscientas horas de debate en los distintos comités de la Cámara de los Comunes, y si bien el gobierno había realizado algunas concesiones, lo cierto es que los ánimos también se habían encrespado en más de una ocasión. Así prosigue Churchill el discurso de Leicester:

> La cuestión estriba en saber si en el año de gracia de 1909 el pueblo británico está dispuesto a […] permitir que se le dicte la conducta y a que le domine una miserable minoría de personas que se escudan tras un título aristocrático, que no representan a nadie, que no responden ante ninguna instancia, y que únicamente se apresuran a presentarse en Londres para votar por sus intereses de partido, sus intereses de clase y sus intereses personales[80].

Churchill se proponía ahora despojar a la Cámara de los Lores del estatuto de igualdad que la asemejaba a la de los Comunes, con lo que los nobles dejarían de tener la facultad de vetar la legislación que les enviaran los miembros democráticamente elegidos de la Cámara Baja. Con todo, las críticas de Churchill a los lores no llegaban al extremo de hacerle desear una legislatura unicameral o una segunda cámara formada por parlamentarios electos. Los liberales del siglo XVIII, como Charles James Fox y lord Melbourne, se habrían reconocido al instante en su postura.

Las manifestaciones de Churchill dejaron estupefactos a muchos conservadores, y tanto la casa real como el primer ministro hicieron oír sus protestas. Lord Knollys, secretario privado del monarca, envió una carta de queja al *Times*[81]. «Tanto Knollys como el rey han debido de volverse locos, —le dirá Churchill a Clementine—. A mi juicio, esto tiene todos los visos de ser una notabilísima injerencia de la corona y es prueba de la acritud que predomina en esos círculos. No estoy dispuesto a prestarle la menor atención.»[82] No obstante, hasta el mismo Asquith quedó convencido de que esta vez Churchill había ido demasiado lejos, y a él sí que iba a tener que prestarle atención Winston.

A finales de septiembre, Churchill y Marsh visitaron los campos de batalla en los que se había desarrollado la guerra franco-prusiana, y sobre todo el decisivo choque de Sedán, y tuvieron ocasión de asistir a las maniobras del ejército alemán, nuevamente invitados por el káiser, aunque ahora en las inmediaciones de Wurzburgo. Marsh juzgó que las explicaciones de Churchill resultaban «tan lúcidas que durante un brevísimo instante logré ver la campaña con los claros ojos de la Historia, o al menos de la topografía»[83]. El parlamentario conservador lord Crawford señala que en esos días circuló un rumor sobre «la desvergonzada falta de tacto de Churchill». Las hablillas sostenían que Winston había solicitado que un oficial francés le llevara a reconocer la zona en la que se había librado la batalla de Sedán[84]. La afirmación era totalmente incierta. «Por mucho que la guerra me atraiga y me fascine mentalmente por sus tremendas situaciones, —le escribe Churchill a Clementine desde el Hotel Kronprinz de Wurzburgo—, lo cierto es que de año en año siento más hondamente anclado en mi interior […] la vil y cruel barbarie en que vienen a parar

todos sus disparates»[85].[86] Aun en tan temprana fecha, Churchill veía ya con preocupación el poderío creciente de la armada alemana. «No es bueno cerrar los ojos para no ver los hechos desnudos, —le dirá al embajador alemán, el conde Paul von Metternich, a principios de septiembre—, y por más que puedan esforzarse tanto los gobiernos como los individuos para instaurar un clima de auténtica confianza y cordialidad entre dos países, lo cierto es que no lograrán avanzar prácticamente nada mientras sigan aplicándose con curso constante las resonantes políticas navales de Alemania»[87].

Al mes siguiente, debido justamente a la inminente amenaza germana, y a pesar de ser el presidente de la Comisión de Comercio —y carecer por tanto de un derecho de acción formal en cuestiones de inteligencia—, Churchill se implicaría muy de cerca en la creación del Departamento del Servicio Secreto, del que más tarde emanarían tanto el MI5 como el MI6. La institución de la agencia se concretó sin informar al parlamento, y más tarde, en agosto de 1911, Churchill contribuiría a acelerar hábilmente a lo largo de la legislatura, y prácticamente sin ningún debate, la adopción de la Ley de Secretos Oficiales. Dicha regulación estaba llamada a permanecer en el código jurídico por espacio de setenta y ocho años. Este tipo de iniciativas, surgidas de la fascinación que toda su vida le inspiraron los asuntos relacionados con la acción de los espías, la inteligencia de señales[88] y la captación humana de información confidencial, determinarían finalmente que, en la década de 1920, Churchill no solo hubiera estudiado un número de documentos vinculados con el espionaje superior al que pudiera haber evaluado nunca cualquier otro político vivo, sino que lo hubiera hecho además durante más tiempo y con mayor detenimiento.

En octubre, el rey llamó a consultas al palacio de Buckingham a Balfour y a lord Lansdowne, el líder unionista de la Cámara de los Lores. El monarca les instó a aprobar el Proyecto de ley del Presupuesto Popular y a preservar de ese modo su potestad de vetar las leyes con las que estuviesen disconformes. Sin embargo, los parlamentarios le contestaron que no tenían

forma de controlar a sus seguidores más «radicales». «Le considero un enemigo», dijo Churchill refiriéndose a Balfour, pero también es «el hombre más valiente de nuestros días, —añadió—. Creo que si le pusieran el cañón de una pistola en la cara ni siquiera se inmutaría.»[89] Desde luego, daba toda la impresión de que los liberales habían encañonado las sienes de la Cámara Alta, y ciertamente Balfour no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer. En octubre, Churchill atizaba todavía más el fuego al señalar frente al público que le escuchaba en Dundee: «resulta extraordinario» que diez mil personas «posean prácticamente todas las tierras de Gran Bretaña, y que los demás se vean reducidos al papel de meros intrusos en el suelo que los vio nacer»[90].

El día anterior, le comentó a Clementine que, estando en el Queen's Hotel de Dundee, se había sobresaltado al comprobar que, bajo el arenque ahumado que estaba comiéndose, «saltaba de pronto ¡un enorme gusano que levantaba desafiante la cabeza en mi dirección!». «¡Esas son las duras pruebas que los grandes hombres de buena voluntad han de sufrir por prestar servicio a su país!»[91] Su economía era otra de las cosas que estaban viéndose sometidas a prueba. En octubre, tras enviar sesenta libras a Clementine para los gastos de la casa, Churchill le dice: «Por el momento, el cachorrito está *décassé* [sin blanca]»[92]. (Como sabemos que le ocurría a ella, parece obvio que también a él le disminuía la timidez en francés.) Ambos tendrían que pasar sus vacaciones en Inglaterra, pero en noviembre, al publicarse otra antología de sus discursos —titulada *El liberalismo y el problema social*— Churchill recibirá cincuenta libras. Es un síntoma de lo precaria que podía llegar a ser en ocasiones la situación económica de los recién casados. Clementine le contestó que no habría dificultad en seguir en Eccleston Square, y que podían pasarse perfectamente sin las vacaciones, puesto que «mi mayor dicha vendrá en el momento en el que realmente pueda echarte una mano en tus asuntos y reconfortarte en tus desilusiones y desengaños»[93]. Sin embargo, a Clementine había empezado a preocuparle la idea de que Churchill pudiese estar siéndole infiel, pese a que no hubiera indicios en tal sentido. En la posdata de su siguiente carta, Churchill exclama: «¡¡¡¡¡No he hablado con una sola gata de ningún tipo, a excepción de mi madre!!!!!. —Y después, una semana más tarde, insiste—: Querida,

me preocupa muchísimo que estés alimentando, por lo que parece, unas sospechas absolutamente desquiciadas que deshonran grandemente todo el amor y la lealtad que te profeso, y te profesaré, Dios lo quiera, mientras me quede una brizna de aliento —son cosas indignas de ti y de mí—. No vivimos en un mundo de intrigas mezquinas, sino de serias e importantes aventuras [no es precisamente el término más acertado]. Debes confiar en mí, porque no quiero ni querré jamás a ninguna otra mujer que no seas tú […]. Tu dulzura y tu belleza iluminan mi vida con su luz resplandeciente»[94]. Era cierto, y bajo el habitual dibujo del perrito con el que Churchill remataba las cartas figuran las palabras: «triste pero libre de vergüenza». Medio siglo después, al releer Clementine esta nota, ni siquiera conseguiría recordar a qué podía estarse refiriendo.

El 4 de noviembre de 1909, la Cámara de los Comunes aprobaba el Presupuesto Popular por 397 votos a favor y 156 en contra. Pese a que se hubieran efectuado algunas concesiones, el texto logró conservar las cláusulas vinculadas con el incremento de las cargas fiscales a los terratenientes y con la creación de una sobretasa destinada a aumentar la contribución de las personas de ingresos superiores a tres mil libras esterlinas (unas trescientas mil libras actuales, aproximadamente). Asquith había permitido que Churchill expusiera con toda claridad en el debate que la inmediata consecuencia de un rechazo del borrador por parte de los lores se concretaría en unas elecciones generales[95]. Diez días después, una sufragista llamada Theresa Garnett le atacó con una fusta en la estación de tren de Bristol Temple Meads, pese a que Churchill se hallara en ese momento rodeado de detectives[96]. «Vio venir el golpe y se fajó en un cuerpo a cuerpo con la mujer, —señala el *Times*—. La pugna duró un buen rato […]. Entretanto, la mujer gritaba frenéticamente y se la oyó exclamar: “¡Toma y toma, bruto…, animal!”. Con un fuerte tirón, el señor Churchill arrancó el chicote de las manos de su asaltante.»[97] Churchill siguió con el programa previsto y dio un mitin en Colston Hall, aunque sujeto a las constantes interrupciones de las sufragistas, que por esa época intentaban reventar los actos de todos los políticos liberales de peso, no solo los de Churchill. Garnett fue condenada a un mes de cárcel por alteración del orden público.

El 26 de noviembre veía la luz *El liberalismo y el problema social*. Ese mismo día, lord Milner, uno de los cabecillas de los conservadores radicales, dijo respecto del Presupuesto Popular: «Nuestro deber es impedir que salga adelante, y al diablo con las consecuencias»[98]. Cuatro días más tarde, Clementine organizaba una fiesta en Eccleston Square para celebrar el treinta y cinco cumpleaños de Churchill. Uno de los invitados, lord Esher, comentó a su hijo:

> Hay una encantadora habitación doble en el primer piso, toda repleta de libros […]. Había un pastel de cumpleaños con treinta y cinco velas. Y muchas cajitas de sorpresas. Se pasó la tarde entera tocado con la gorra de papel que había salido de una de las cajas. Fue una imagen bastante rara —si le hubieran visto los miles de personas que acuden a sus mítines […]—. Tanto él como ella permanecieron sentados, muy juntitos, en el sofá, y él la cogía de la mano. Jamás he visto a un matrimonio más enamorado. Si llegara a perder el cargo que ocupa lo pasaría mal, porque no tiene un centavo. Tendría que ganarse la vida, pero él dice que merece la pena hacerlo si uno vive con la persona amada. Detestaría encontrarse en ese aprieto, ¡pero está dispuesto a vivir en un alojamiento sencillo —de solo dos habitaciones— con ella y el bebé[99]!

La cena no se alargó demasiado para que el grupito pudiera acudir a la Cámara de los Lores y asistir a la votación. El Presupuesto fue rechazado por 350 votos frente a 75. Dos días después, el parlamento quedaba disuelto y se convocaban elecciones para el 14 de enero de 1910 —a las que los liberales concurrirían con el eslogan: «Los pares contra el pueblo».

En el transcurso de la campaña, Churchill aceleró la publicación de *The People's Rights*, un compendio de sus mejores discursos sobre la reforma de la Cámara de los Lores, el Presupuesto Popular, el libre comercio y los impuestos. Irrumpió en la campaña con un renovado torrente de pullas contra su adversario predilecto. «Evidentemente, el señor Balfour es un líder que hace todo cuanto sus seguidores le piden, —comentó ante el público congregado en uno de sus mítines—, y lo único que se observa en él cuando sabe que sus partidarios se equivocan es que les obedece con desgana»[100]. Lord Curzon, antiguo virrey de la India, se presentó como defensor de la aristocracia en Oldham, y en su alocución se preguntó retóricamente si Churchill debía algo a su padre. «¿Por qué lo dice? Pues claro que sí: se lo debo todo a mi padre», replicaba Churchill en Burnley apenas unos días después.

> Pero ¿qué defensa puede aportar este asunto a una cámara de legisladores hereditarios? El hecho de que mi padre perteneciera a ella por Woodstock no me anima a mí a sugerir que deba nombrárseme miembro permanente por Woodstock, y menos aún si lo pretendiera con independencia de lo que la gente de Woodstock diera en pensar de mi persona. Es muy cierto que puede citarse el ejemplo de algunos hombres que han sucedido con bien a unos padres insignes y que han logrado alcanzar distinciones equiparables e incluso superiores. Pero ¿cuántos son los casos en que puede mostrarse lo contrario? La ocurrencia de sucesiones felices casi se podría contar con los dedos de una mano. De hecho, lord Curzon no ha sido capaz de traer a colación más de diez ejemplos. Pero pensad solo en el enorme número de circunstancias contrarias que la decente y misericordiosa oscuridad ha tenido la delicadeza de ocultar[101].

Churchill entendía muy bien lo infrecuente que era que el hijo de un padre descollante consiguiera tener éxito en la vida.

Curzon había citado en sus discursos al filósofo decimonónico francés Ernest Renan, que había asegurado: «Todas las civilizaciones han sido obra de las aristocracias». «Eso es lo que les gusta oír en Oldham», había dicho irónicamente Churchill en referencia a su antigua circunscripción electoral, predominantemente integrada por miembros de la clase trabajadora. «No ha habido en todo Oldham un solo duque, un solo conde, un solo marqués ni un solo vizconde que no haya tenido la clara sensación de que se le acababa de echar un piropo […]. Y es que resultaría mucho más exacto decir que la manutención de la aristocracia ha sido la dura labor a la que se han visto condenadas todas las civilizaciones.»[102] Curzon se quejó de que Churchill tenía los «modales de un golfillo de la calle», lord Newton resaltó la «nauseabunda hipocresía de Winston Churchill», y el duque de Beaufort dijo que le gustaría ver a Churchill y a Lloyd George «asediados por una doble rehala de perros de presa». Poco después, Churchill transmitía encantado todas estas acusaciones a los asistentes a una reunión de campaña celebrada en Warrington[103]. El choque de trenes fue objeto de una difusión tan extensa que, al día siguiente, el *Washington Post* informaba de que se había admitido a Churchill en el Turf Club, pero que los camareros de la institución le servían «con evidente desagrado»[104].

Durante la campaña electoral, Churchill recibió un gran número de postales en las que, bajo un rótulo que rezaba «La recompensa de la rata», se veía la imagen de una ratita colorada subida a un pote de miel y dándose un atracón. Junto al dibujo se leían asimismo las palabras: «Salario del

presidente de la Comisión de Comercio: 2000 libras al año»[105]. Los Churchill fueron objeto de toda clase de sucios rumores[106]. Andando el tiempo, Freddie Birkenhead dejaría constancia de que Clementine le había dicho, refiriéndose a esta penosa época, que «la atmósfera en la que se movía el matrimonio era extremadamente hostil. Había habido personas, como *lady* Londonderry, que habían cortado en seco toda relación con ellos. Peggy [la marquesa de] Crewe, pese a ser de ideas liberales, también se comportó de una manera extraña, y llegó a decirle [a Clementine] que le resultaba embarazoso que Churchill se hubiera asociado tan estrechamente con Lloyd George, así que debían abandonar su colaboración. Y Margot Asquith […] les había mostrado animadversión y antipatía»[107]. Sin embargo, Clementine «veía todo aquel odio como una suerte de cumplido». En una ocasión, la esposa de Churchill se vio envuelta en un accidente con un cabriolé en el que unas cuantas gotas de sangre salpicaron la calzada y el recibidor de la casa de Eccleston Square. «Esto provocó la inmediata circulación de una serie de rumores que afirmaban que Winston pegaba habitualmente a su mujer.»[108] Churchill dejó de leer los sueltos periodísticos referidos a su persona. Al visitar Harrow fue recibido con abucheos[109].

El proceso de voto para las elecciones generales se inició el 14 de enero de 1910, y se prolongó hasta el 10 de febrero. El 22 de enero, Churchill salía reelegido por la circunscripción de Dundee, por el ligero margen de 10 747 votos frente a los 10 365 del Partido Laborista; seguido de lejos por los conservadores, con 4552 papeletas; los unionistas liberales, con 4339; y el tenaz prohibicionista Edwin Scrymgeour, con 1512. En el conjunto del país, los resultados también fueron muy ajustados, al menos en las dos primeras posiciones, ya que los liberales obtuvieron 275 escaños, los unionistas 273, los nacionalistas irlandeses 82, y los laboristas 40. Si los liberales habían logrado reunir 2,88 millones de votos y los laboristas 505 000, los unionistas habían recibido el respaldo de 3,13 millones de papeletas. En solo cuatro años de mandato (de una legislatura que debería haber durado siete), los liberales habían perdido 104 parlamentarios y la amplia mayoría

conseguida en 1906. Con todo, el Partido Liberal seguía siendo el más votado, de modo que Asquith conservó su puesto. El apoyo de los nacionalistas irlandeses y de los laboristas, daba a los liberales los votos necesarios para aprobar el Presupuesto Popular.

Dos días después de que se conocieran los resultados, Asquith ofrecía a Churchill el cargo de jefe de la secretaría de Irlanda. «Si fuera por mí, —replicó con audacia—, preferiría ser destinado, bien al Almirantazgo, bien al Ministerio del Interior. Me parece adecuado, si me permite decirlo, que los ministros ocupen en el gobierno una posición que se corresponda en cierta medida con la influencia que ejercen en el país.»[110] Asquith asintió, y Churchill se convirtió, a sus treinta y cinco años, en el ministro del Interior más joven desde los tiempos de *sir* Robert Peel, que lo había sido en 1822. También era (por entonces) el único ministro del Interior que había estado en la cárcel, y desde luego el único en haber conseguido fugarse de ella.

Capítulo 7

MINISTRO DEL INTERIOR

Febrero de 1910 - septiembre de 1911

> Si tenéis que defender un argumento importante no tratéis de mostraros sutil ni perspicaz. Servíos de un mazo. Asestad un primer golpe a la estaca. Después volved a levantar el martinete y golpeadla de nuevo. Insistid por tercera vez…
>
> Consejo de Churchill al príncipe de Gales, en un discurso público pronunciado en 1919[1].

> Mi conciencia es una buena chica. Siempre consigo llegar a un arreglo con ella.
>
> Churchill al general De Gaulle, agosto de 1942[2].

El lunes 21 de febrero de 1910, una semana después de haber tomado posesión de su cargo de ministro del Interior, Churchill tenía que firmar su primera sentencia de muerte. Dado que todo reo que se hallara condenado a la pena capital tenía derecho a una única apelación a la clemencia antes de ser ahorcado, estaba obligado a revisar todos los casos que se le presentaran. Esa misma noche, durante la cena, en una conversación con la esposa de Ian Hamilton, Jean, se vio claramente que la decisión «pesaba en

su pecho». El hombre en cuestión había raptado a una chiquilla en un callejón y le había cortado brutalmente la garganta. «Piensa por un momento, —dijo casi enfurecido—, en cómo es una sociedad capaz de forzar a un individuo a hacer semejante barbaridad». Jean pensó que el estado de ánimo de su interlocutor evidenciaba su «sensibilidad y su temperamento emocional, era la reacción de una persona plenamente viva», explica[3]. En estos casos, la toma de decisiones le resultaba «extremadamente dolorosa» a Churchill. Años más tarde, su hijo Randolph lo expondría con estas palabras: «Consciente de tener una responsabilidad directa en el desenlace, repasaba una y otra vez todos los casos»[4]. De las 43 órdenes de ejecución que tuvo que someter a examen, Churchill consideró que 21 merecían el indulto, un porcentaje muy superior al 40 % de penas que sus predecesores habían conmutado en el transcurso de la década anterior[5]. En este mismo sentido, Winston Churchill le dirá a Wilfrid Blunt que, «para él, el hecho de tener que decidir entre la vida y la muerte de los criminales convictos se había convertido en una pesadilla», a lo que añadió, comenta Blunt, que «le tocó sufrirla, por término medio, cada quince días. Casi todos los casos de asesinato son un raro cóctel en el que el amor se mezcla con el alcohol»[6]. No obstante, Churchill era partidario de la pena de muerte, lo que explica que le comentara a *sir* Edward Grey: «Para la mayoría de los hombres —e incluyo aquí a los mejores—, la cadena perpetua es peor que la sentencia capital»[7]. Esto era un reflejo de sus convicciones personales, y tiene mucho en común con la estoica actitud que se observa habitualmente en los militares. También sostenía que, en determinadas circunstancias, el suicidio resultaba aceptable, como en el caso de «una enfermedad incurable o de una espantosa desgracia»[8]. A fin de cuentas, le confía a Jean Hamilton, «le damos demasiada importancia a la muerte»[9].

El 17 de agosto de 1909, Churchill consiguió evitar que su amor al *Raj* británico le nublara la vista y reconoció la bravura del revolucionario indio Madan Lal Dhingra, ejecutado en la prisión de Pentonville por el asesinato del teniente coronel *sir* Curzon Wyllie, edecán de un antiguo alto funcionario del virrey de la India. El acto había sido perpetrado durante una campaña terrorista destinada a obligar a los británicos a abandonar la India.

«La única lección que es preciso aprender actualmente en la India es la que nos enseña a morir, —había dicho Dhingra justo antes de perecer en la horca—, y el único modo de transmitir ese conocimiento es mediante nuestra propia muerte. Muero pues, orgulloso de mi martirio»[10]. Churchill le dijo a Wilfrid Blunt que Dhingra sería recordado aún dos mil años después de su ajusticiamiento, «tal y como hoy conservamos memoria de Régulo, Carataco y los héroes de Plutarco», y a continuación señala que sus últimas palabras habían sido «las más hermosas que jamás se hayan pronunciado en nombre del patriotismo»[11]. Churchill creía que, en ese caso, «la conmutación de la sentencia habría constituido un acto de tortura adicional». El patente respeto que Churchill mostró siempre por la valentía de sus enemigos, ya se tratara de partos, de derviches, de bóers, de indios dispuestos a la revolución, o, con el tiempo, de republicanos irlandeses como Michael Collins o aun del general alemán Erwin Rommel, es una de las características más simpáticas de su personalidad.

Años más tarde, Churchill le comentaría a uno de sus ayudantes que en la época en que hubo de desempeñar el cargo de ministro del Interior «tenía los nervios a flor de piel y le abrumaban las preocupaciones»[12]. Descubrió enseguida que el mejor remedio para ese estado de cosas consistía en «escribir en un trozo de papel las diferentes cuestiones que nos inquietan, ya que ese ejercicio permite detectar que entre esas desazones hay algunas que son simples trivialidades y otras que no tienen remedio, lo que significa que solo debe concentrar uno sus energías en una o dos». Con el paso de los siglos, el Ministerio del Interior había ido convirtiéndose en una suerte de cajón de sastre al que acababa yendo a parar todo cuanto no encajara en otros departamentos, de modo que, además de las peticiones de clemencia y de los dilemas asociados con la eventual conmutación de las penas capitales, la lista de temas de los que debía ocuparse ahora Churchill incluía, entre otras cosas, la adopción de medidas políticas, la organización de las cárceles, los títulos de libertad condicional, la regulación de las condiciones laborales, la concesión o denegación de licencias para la venta de alcohol en los establecimientos públicos, y las compensaciones económicas que debían abonarse a los obreros que se accidentaran en horas de trabajo.

El 31 de marzo, Lloyd George presentó un Proyecto de ley Parlamentario destinado a poner fin a la capacidad de veto que todavía conservaba la Cámara de los Lores, impidiendo de ese modo que los aristócratas tuvieran ocasión de frenar cualquier legislación vinculada directa o indirectamente con cuestiones de dinero. La propuesta de Lloyd George vino acompañada de la amenaza, veladamente pública, que Asquith había lanzado al mismo tiempo en caso de que el borrador de Lloyd George no fuera aprobado —amenaza que consistía en crear de la noche a la mañana quinientos nuevos pares de Inglaterra para saturar así la oposición unionista—. Enfrentados a esa situación, y dado que los unionistas habían perdido dos elecciones seguidas, la Cámara de los Lores aprobó el Presupuesto Popular sin proceder a votación alguna. Sin embargo, el gesto no bastó para apaciguar al gobierno liberal, que deseaba modificar en profundidad la constitución y neutralizar a la aristocracia como fuerza política capaz de influir en el conjunto de la nación. Los radicales presentes en la Cámara de los Lores no estaban dispuestos a que se les despojara sin lucha de su derecho de veto, y desde luego tanto Asquith como Lloyd George y el propio Churchill estaban deseando fajarse con ellos en una nueva contienda pública. Por consiguiente, pese a que el Presupuesto Popular hubiera sido aprobado, el borrador de la Ley Parlamentaria no fue retirado.

En su condición de ministro del Interior, Churchill tenía que atender a diferentes obligaciones de carácter protocolario. En este sentido, el súbito fallecimiento del rey Eduardo VII, el 6 de mayo de 1910, debió de brindarle por fuerza la oportunidad de entablar mejores relaciones con su sucesor, Jorge V. Pero no fue así. Según refiere lord Crawford, el nuevo soberano se había tomado como un ultraje personal el presunto hecho de que ciertos liberales destacados, como el mismo Churchill, hubieran poco menos que acosado a su padre en el transcurso de las crisis provocadas por los borradores del Presupuesto Popular y la Ley Parlamentaria, pese a que no existiera prueba alguna (aun admitiendo que efectivamente hubiesen hostigado al monarca) de que dicha circunstancia hubiera terminado por minar su salud. «El rey siente muy hondamente la afrenta, —señala Crawford—, tanto que apenas logra ocultar los sentimientos que le animan

al respecto. Cecil Manners[13] me comenta que, al considerarse que el óbito del monarca era inminente y convocarse a Churchill a palacio, por ser ministro del Interior, se le dejó al *pie de la escalinata*, es decir, ni siquiera se le permitió pasar a la antecámara de los regios aposentos»[14]. Crawford no se resiste a añadir «que todos sabemos que Churchill carece de conciencia y de escrúpulos, y que no muestra el menor atisbo de respeto y consideración por aquellas materias que merecen tratarse con reserva y deferencia públicas; esto es algo que admiten hasta sus más íntimos amigos». La verdad es que sus amistades más próximas no habían aceptado en ningún momento semejante cosa.

En el breve período de tregua política que se observó durante las exequias, Churchill sugirió a F. E. Smith la idea de que la creación de una coalición entre liberales y conservadores quizá lograra forjar el consenso necesario para proceder a la transformación de la Cámara de los Lores, introducir un autogobierno de corte federal en Irlanda, fundar un sistema de Seguridad Social de afiliación forzosa y respaldado por el estado, efectuar la reforma agraria e instituir el servicio militar obligatorio[15]. Lloyd George apoyó estos planteamientos durante un breve período de tiempo, y mientras tanto Smith se dedicó a presionar a Balfour y a Andrew Bonar Law a fin de que también los avalaran —entre otras razones porque el propio lord Knollys, secretario privado del rey, los juzgaba igualmente necesarios—. Sin embargo, la iniciativa quedó finalmente en agua de borrajas. Charles Masterman, que había ayudado a Lloyd George a elaborar el Presupuesto Popular y se había mostrado contrario a la constitución de una coalición, creía que el constante y «vehemente» anhelo que impulsaba a Churchill a buscar un gobierno centrista «ponía de manifiesto que su alma política se hallaba originalmente habitada por un inconmovible espíritu conservador» —aunque en realidad, lo que revelaba de forma más específica era su inmutable afiliación a las tesis de la Democracia Conservadora—.[16] En junio, Churchill cenó con Lloyd George en el Café Royal, y según le comentaría más tarde a Clementine, allí mismo renovaron sus «tratados de alianza por espacio de otros siete años»[17].

Una de las facetas más importantes del nuevo empleo de Churchill consistiría en mantener el orden público durante las numerosas huelgas,

todas ellas dilatadas y combativas, que habrían de jalonar este período de tiempo —derivadas fundamentalmente de la debilidad general de la economía y del creciente poder de los sindicatos—. En mayo, comenzaron a observarse síntomas de agitación en los muelles de Newport. Churchill aceptó el requerimiento que le habían hecho llegar las autoridades locales, ya que consideró lógico que le pidieran que montara un dispositivo formado por doscientos cincuenta policías a pie y cincuenta a caballo para mantener el orden[18]. *Sir* Edward Troup, subsecretario permanente del Ministerio del Interior, señala que a Churchill le producía una «enorme ansiedad» la eventual necesidad de recurrir al ejército, ya que consideraba que lo mejor era no tener que hacerlo[19]. «Una vez por semana, y a veces con mayor frecuencia todavía, —recuerda Troup—, el señor Churchill se presentaba en mi despacho con algún aventurado proyecto bajo el brazo, en ocasiones de imposible realización; no obstante, tras intercambiar pareceres por espacio de media hora se conseguía llegar a una solución de compromiso que, siendo todavía bastante arriesgada, tenía al menos la virtud de no resultar irrealizable»[20].

En julio, la Cámara de los Comunes introdujo en el debate un moderado Proyecto de ley Parlamentario para el Reconocimiento del Derecho al Voto (de las mujeres). En primavera, Churchill respaldó la creación de un Comité de Conciliación[21] integrado por miembros de todos los partidos y presidido por su amigo lord Lytton. La secretaría del organismo quedó confiada a Noel Brailsford. El objetivo que se perseguía era extraer la cuestión de la arena en que se libraban las pugnas partidistas. En esa época, solo tenían derecho al voto seis o siete millones de varones, y el criterio para poder ejercer el sufragio pasaba necesariamente por la tenencia de una casa en propiedad. Si se ampliaba el radio de acción de esa pauta y se aplicaba a las mujeres, cerca de un millón de féminas cumplirían ese requisito, y por ese motivo muchos pensaron que se podría llegar a una solución de compromiso partiendo de esa base[22]. Antes de que la Cámara de los Comunes sometiera a debate el Proyecto de ley de Conciliación, Churchill redactó un memorando en el que detallaba exhaustivamente tanto las conversaciones que había mantenido como las reuniones que había celebrado sobre el sufragio femenino. Churchill concluía el documento

diciendo que no tenía intención de votar en contra del borrador. Sin embargo, más tarde cambió de idea, justo dos días antes de que tuviera lugar el debate. Aseguró que el asunto le parecía «profundamente perjudicial para la causa de los liberales», y decidió que si Asquith y Lloyd George se oponían a él, su abstención sería vista como una muestra de cobardía[23]. Brailsford decía ahora que la actitud de Churchill rayaba en la «traición», y Lytton le acusó de hipocresía, pero el aludido respondió que, independientemente de cuáles hubieran sido los puntos de vista personales que hubiera podido defender con anterioridad en favor del sufragio femenino, ahora tenía la obligación de someterlos al criterio de los funcionarios públicos del Ministerio del Interior —una excusa que resulta muy poco convincente, ya que nunca antes se había escudado en la valoración pericial de los expertos de la administración[24].

Es indudable que lo que aquí estaba operando eran consideraciones vinculadas con los intereses del partido. ¿Qué pasaría si las mujeres que poseían alguna propiedad inmueble votaban a los conservadores[25]? «No creo que la inmensa mayoría de las mujeres desee disponer del voto, —dirá Churchill durante el debate—. Pienso que es notorio que apenas han hecho uso de las enormes oportunidades que se les han abierto últimamente para intervenir en la gobernación de las entidades locales y municipales. Pese a que existan muchas y brillantes excepciones, lo cierto es que esas singularidades no modifican los hechos constatados.»[26] La postura que adoptó no dejó admirado a ninguno de los dos bandos, y a pesar de que el Proyecto de ley de Conciliación resultara aprobado por los parlamentarios —a los que en esta ocasión se había dado libertad de voto—, con más de cien papeletas de diferencia entre partidarios y detractores de la norma, el borrador no prosiguió su andadura porque todo el mundo sabía que el gobierno liberal acabaría laminándolo con su mayoría.

«Aunque de forma bastante tibia (su esposa se muestra muy perspicaz), Winston es sufragista, y llegó al Ministerio del Interior con la intención de votar a favor del Proyecto de ley», señala Lucy Masterman. Cuando su marido Charles, que se oponía a la medida, proporcionó a Churchill unos cuantos argumentos retóricos en los que apuntaba que las cláusulas del Proyecto de ley de Conciliación reconocerían *de facto* el derecho al voto de

las divorciadas y de algunas «mujeres caídas» (es decir, de las prostitutas), dado que contaban con propiedades inmuebles (mientras que podía darse el caso de que una intachable madre de familia no pudiera ejercerlo), «Churchill empezó a vislumbrar la ocasión de armar un discurso con esos mimbres —tanto es así que se puso a recorrer la habitación de arriba abajo y a envolver en largas formulaciones verbales las claves que acababa de brindarle Masterman—. A última hora de la mañana, Churchill acabó convenciéndose a sí mismo de que siempre había sido reacio a adoptar el Proyecto de ley de Conciliación y de que ya había previsto la existencia de aquellos puntos débiles. El resultado de esa mutación fue un discurso de tal violencia y dureza que *lady* Maclean [esposa del parlamentario liberal *sir* Donald Maclean] rompió a llorar en los palcos de la Cámara destinados al público y que lord Lytton le cortó tajantemente en público.»**[27]** Pese a saber que sus objeciones solo habrían de verificarse en un reducido número de casos, Churchill dijo en los Comunes: «La aprobación de esta medida daría lugar a un sinfín de absurdos. Una mujer podría obtener el derecho a voto aun viviendo de la prostitución; si se casara y pasara a ser una mujer honesta, podría perder dicha prerrogativa, pero la recuperaría en caso de que se divorciara»**[28]**. Como le diría Asquith a su íntima amiga Venetia Stanley**[29]**, una de las críticas que se hacían periódicamente a Churchill era la siguiente: «Winston piensa con la boca», de modo que abraza las políticas por el simple hecho de que su exposición suene bien en un discurso**[30]**. (Esta es una acusación que también habrían de esgrimir de cuando en cuando sus jefes de Estado Mayor durante la segunda guerra mundial.) Se trata, en términos generales, de una alegación injusta, pero no en el caso del sufragio femenino. A Churchill no debió de extrañarle que, tras esta intervención suya, las sufragistas redoblaran los esfuerzos destinados a reventar sus mítines públicos.

En total contraposición a su actitud respecto al feminismo, el discurso que Churchill pronunció el 10 de julio sobre la reforma del sistema penitenciario refleja un espíritu profundamente liberal. Su breve experiencia de la vida carcelaria le había hecho abominar del cautiverio. Así se explica en la Cámara de los Comunes:

> La disposición anímica con la que el público enfoca el trato que es preciso dispensar al delito y al delincuente es una de las más infalibles formas de constatar el grado de civilización de cualquier país. Un sereno y desapasionado reconocimiento de los derechos de los acusados de un crimen contra el estado, la aceptación incluso de los que asisten a los condenados por tal causa, el constante examen de conciencia de todos cuantos tienen el deber de decidir el castigo, el deseo y el afán de rehabilitar para el mundo de la industria a cuantos hayan saldado su deuda con el doloroso pagaré de su escarmiento, la incansable disposición a descubrir procesos de carácter curativo y regenerador, y una fe inquebrantable en que, si se busca, se hallará siempre un tesoro en el corazón de todos los hombres… —estos son los signos que, hallándose presentes en el tratamiento de la infracción y el infractor, señalan y valoran la acumulación de fuerzas de una nación, y son a un tiempo síntoma y prueba de la virtud viva que late en su interior[31].

Entre los años 1908 y 1909 había más de ciento ochenta mil personas encarceladas en Gran Bretaña, y aproximadamente la mitad de ellas habían perdido la libertad por no haber pagado una multa en el plazo estipulado[32]. Churchill argumentó que debía ampliarse el plazo habilitado para el abono de las sanciones económicas, dado que el mejor principio de todo sistema penitenciario debía consistir en «lograr que el mayor número posible de personas evitaran ingresar en él»[33]. Churchill puso en marcha un conjunto de procesos que, en el transcurso de la década siguiente, permitirían reducir de 62 000 a 1600 el número de reclusos encarcelados por no haber satisfecho el montante de una multa por embriaguez[34].

Al entender que la prisión era el último recurso del estado para defenderse de los grandes delincuentes, Churchill también trató de encontrar castigos alternativos para los delitos menores, sobre todo en caso de que los infractores no hubiesen alcanzado todavía la mayoría de edad[35]. En octubre, durante una visita a la prisión de Pentonville, Churchill decretó la puesta en libertad de varios jóvenes encarcelados por delitos de poca monta, y a pesar de no haber estado al frente del Ministerio del Interior el tiempo suficiente para reformar en su conjunto el sistema penitenciario, lo cierto es que redujo la condena de casi cuatrocientos presos[36]. También introdujo la posibilidad de escuchar música y de contar con una biblioteca en las cárceles, intentó mejorar las condiciones de vida de las sufragistas encerradas por perturbar el orden público, y redujo a treinta días el máximo legal del período de confinamiento de un preso en una celda de castigo.

En una ocasión en la que un pastor de ovejas de Dartmoor llamado David Davies —un ladrón cuya sentencia había conmutado Churchill— fue atrapado mientras protagonizaba un nuevo allanamiento de morada poco después de haber salido de la cárcel, la prensa y el parlamento despellejaron a Churchill[37]. Años después, Clementine recordará que Davies «salía adelante bastante bien mientras tenía rebaños que atender, pero cada vez que las cartas le venían mal dadas, vaciaba los cepillos de las iglesias. Al preguntársele por qué se comportaba de ese modo, él respondía que en las huchas había una etiqueta que decía "Para los pobres", y como él lo era claramente, le parecía obvio que el dinero le estaba destinado»[38].

En el verano de 1910, Churchill partió en un crucero de dos meses de duración por el Mediterráneo a bordo del *Honor*, el yate del barón de Forest, un parlamentario y compañero del Partido Liberal que compartía su temprano interés por la aviación y que acostumbraba a invitarle con frecuencia. «Te encantará saber que he visitado en cuatro ocasiones las endemoniadas salas de juego[39] de Montecarlo y que les he arrancado en total más de ciento sesenta libras», informa a Marsh desde Nápoles[40]. En Atenas y Esmirna le llegan valijas diplomáticas con documentos oficiales del Ministerio del Interior. En sus viajes por tierra, Churchill volverá a instalarse en el rastrillo frontal de la locomotora del convoy especial que le lleva hasta Aydin, en la fachada turca del Egeo, y recorrerá de esa guisa los más de cuatrocientos kilómetros de vías férreas de la región, tendidas por los británicos. «Para ver el país en un abrir y cerrar de ojos», le dirá a *sir* Edward Grey, no había «mejor manera» que aquella. Churchill y sus acompañantes cruzarán los Dardanelos para desembarcar en Constantinopla, enterándose allí tanto de los éxitos diplomáticos que los alemanes están consiguiendo en Turquía como de las dificultades que están encontrando los ingleses en ese mismo terreno[41].

«La única opinión que me he formado sobre esta parte del mundo marcada por la ruina de varias civilizaciones y la confusa mezcolanza de las razas es esta: ¿cómo es que Inglaterra y Alemania no se ponen de acuerdo para tomar medidas enérgicas y propiciar un estado de cosas ventajoso para

todos?», comenta con el ministro de Asuntos Exteriores[42]. No obstante, el propio Churchill dudaba de que existiera semejante posibilidad, ya que, a mediados de octubre, durante un fin de semana dedicado a la caza, le confía a Wilfrid Blunt: «Deberíamos aferrarnos a Egipto con la misma fuerza que nos aferramos a la India. Y no porque nos haya procurado ningún beneficio, sino porque es imposible deshacer lo que hemos iniciado —se trata de una necesidad del imperio—. Lo que habrá de decidir el destino de Egipto será el resultado de la inminente guerra con Alemania»[43].

Churchill abrazará brevemente, aunque con gran convicción, las tesis de la eugenesia, probablemente influido por la lectura de las obras de Darwin. En octubre de 1910 realiza la observación de que, en Gran Bretaña, había al menos ciento veinte mil «débiles mentales mezclados con el resto de la población», a lo que añade que, a su juicio, se hacía necesario «aislarlos, en condiciones adecuadas, a fin de que su maldición desaparezca con ellos y no se transmita a las generaciones futuras»[44]. Se interesó en las posibilidades de la esterilización, lo que explica que en diciembre le dijera a Asquith que la «multiplicación de los [individuos mentalmente] disminuidos» constituía «un peligro terrible para la raza»[45]. Churchill consideraba que la esterilización era una medida liberadora llamada a proteger a los deficientes de una eventual pena de cárcel, pero lo cierto es que nunca llegaría a aplicarse en Gran Bretaña.

Además de participar (como miembro ausente) en la primera Conferencia Internacional de Eugenesia, celebrada en julio de 1912, Churchill sería también uno de los primeros redactores de la Ley sobre la Deficiencia Mental de 1913, en la que se definían cuatro grados de dificultad cognitiva en las personas que el texto cataloga como «retrasados mentales. —Eran los siguientes—: idiotas», «imbéciles», «débiles mentales» y «deficientes morales». Sin embargo, la ley rechazaba la esterilización. En aquellos años, estas tesis suscitaban tan poca controversia en los partidos que al aprobarse el borrador de dicha ley solo hubo tres votos en contra. Tal y como sucede con sus opiniones sobre la raza, el apoyo que Churchill prestaba entonces a la eugenesia ha de entenderse en el contexto definido por las creencias científicas de la época, unas creencias que compartían muchos pensadores de izquierdas como H. G. Wells,

Sydney Webb, John Maynard Keynes y William Beveridge, sin olvidar a algunos insignes juristas, como es el caso de Oliver Wendell Holmes.

A principios de noviembre, veinticinco mil mineros se declararon en huelga en el valle de Rhondda, en la región de Gales del Sur, por cuestiones salariales. El jefe de policía de Glamorgan desplegó a mil cuatrocientos agentes en la zona, pero solicitó refuerzos y el concurso del ejército. Churchill envió un contingente formado por trescientos oficiales de la policía municipal de Londres. También se despachó al escenario del conflicto una unidad de tropa al mando del general *sir* Nevil Macready, pero los días 7 y 8 de noviembre, al estallar graves disturbios en la localidad de Tonypandy del valle de Rhondda, se optó por no hacer entrar en acción a los soldados, pese a que 63 establecimientos resultaran dañados y sufrieran actos de pillaje. Uno de los huelguistas resultó muerto, pese a que la policía utilizara impermeables enrollados como arma de disuasión para controlar los brotes de violencia**[46]**. El Times criticó que Churchill hubiera tomado la decisión de no hacer uso del ejército, asegurando que había sido una muestra de debilidad. Sin embargo, el *Manchester Guardian* elogió su prudencia y subrayó que se habían «salvado muchas vidas»**[47]**. Sin embargo, la mitología laborista hará personalmente responsable a Churchill, y durante varias décadas, de la brutal supresión militar de los inocentes trabajadores de Tonypandy.

«Al echar la vista atrás y repasar los hechos, se hace difícil ver qué otro curso de acción podría haber tomado un resuelto ministro del Interior», admitirá George Isaacs, un alto cargo sindical de la época que más tarde ocuparía la presidencia de la Federación de los Sindicatos británicos. «En ocasiones posteriores quizá pueda decirse que Churchill se haya mostrado más que dispuesto a recurrir a las tropas, pero en este caso su influencia parece haberse orientado hacia la moderación.»**[48]** En realidad, Churchill distaba mucho de ser ese adversario ideológico de la organización laboral que se ha querido pintar. En el período al que nos estamos refiriendo, Churchill mantenía buenas relaciones con los sindicatos, y por eso le dice en marzo de 1911 al Comité Parlamentario de la Federación Sindical que le había «impresionado notablemente el enorme valor del trabajo que está desarrollando el organismo de los sindicatos […]. Para un departamento

público como el del Ministerio del Interior resulta extremadamente útil que el estudio de estas cuestiones [las de las relaciones industriales] […] se vea complementado por la luz de la experiencia que únicamente ustedes, caballeros […], pueden arrojar sin desmayo sobre estos problemas»[49].

En agosto de 1911, en una huelga declarada en la población de Llanelli, en Gales el Sur, los acontecimientos se descontrolaron a tal punto que Churchill sí que tuvo que enviar a las tropas. Los disparos de los soldados mataron a dos agitadores integrados en un grupo que había atacado un tren provisto de escolta militar y cuyos miembros se habían negado a dispersarse tras dejar inconsciente al maquinista. Los altercados que se registraron en Monmouthshire y en las regiones más orientales de Glamorgan adquirieron unos tintes más sombríos e inquietantes, ya que una multitud integrada por doscientas cincuenta personas se dedicó a asaltar los negocios de propiedad judía —lo que motivaría que se diera al motín el nombre de «Pogromo de Tredegar»—. En esta ocasión, Churchill y lord Haldane, el ministro de la Guerra, también se apresurarían a enviar al ejército, a fin de proteger a los judíos. También se recurrió a las unidades militares para sofocar los disturbios de Liverpool, y en este caso intervinieron incluso grupos de caballería, con órdenes de disparar por encima de la cabeza de las masas (no hubo heridos).

A mediados de agosto, para hacer frente a la primera huelga general de ferroviarios vivida en Gran Bretaña, Churchill envió miles de soldados a los distintos centros neurálgicos que la red de ferrocarriles tenía distribuidos por todo el país. Cada uno de ellos llevaba una munición de veinte cartuchos, y el ministro del Interior dio amplios poderes a los mandos locales del ejército[50]. Ramsay MacDonald, el líder del Partido Laborista, tildó de «diabólica» la medida. «No estamos en ningún estado medieval, y esto tampoco es Rusia, —dijo—. Ni siquiera es Alemania», recalcó. Hasta el mismo Masterman se referiría a la actitud de Churchill diciendo que había aplicado a la situación «una pizca de metralla», en clara alusión a los métodos que Napoleón había empleado para cercenar los ímpetus de las masas parisinas durante la insurrección del 13 de vendimiario de 1795[51].

Churchill defendió su forma de quebrar la huelga basándose en el hecho de que buena parte de los alimentos del país se transportaban en tren. «De

no haber frenado [los paros], el inmenso conjunto de la comunidad habría caído en un abismo de horror tal que no habría hombre que se hubiera atrevido a mirarlo de frente», aseguró con su habitual exageración[52]. Sin embargo, exoneró de toda responsabilidad en los desórdenes a los altos cargos del sindicato, guiando una vez más por los tortuosos senderos legislativos de la Cámara de los Comunes el Proyecto de ley Sindical de 1913, mediante el cual se permitía que los sindicatos dedicaran fondos a fines políticos. «Para los sindicatos es absolutamente necesario contar con representación parlamentaria, —afirmó—. Pienso que todo trabajador hará bien en afiliarse a un sindicato […] para defender los derechos e intereses de su actividad laboral.»[53]

A finales del de julio, la huelga de los descargadores de los muelles de Londres se resolvió pacíficamente a principios de agosto. Ben Tillett, el cabecilla de los estibadores, deja constancia escrita de que Churchill había ejercido una influencia moderadora:

> Ligeramente encorvado, prendida en el habla una especie de vacilación que casi confería a sus modales un aire de disculpa, con un resto de juventud agitándose todavía en sus ágiles facciones, dispuesto a reír con ánimo juvenil, levemente perceptibles en su ancha frente las cuitas del cargo, y con un melancólico centelleo en los ojos que le proporcionaba una expresión próxima a la dulzura… Ese era el moderno Nerón cuyo terrible poder nos habían pintado tan amenazador. Así era la persona que juzgaban culpable de los disturbios y tiroteos de Gales del Sur, el individuo sobre el que debía hacerse recaer en última instancia la responsabilidad de los disparos de Llanelli.

Tillett entendía que Churchill había hecho «oídos sordos a los clamores de la pandilla de cobardes que se habrían […] recreado con la matanza de sus semejantes»[54].

El 18 de noviembre, 117 mujeres y 1 hombre fueron arrestados en un motín en toda regla registrado tanto en la plaza del Parlamento de Londres como en sus alrededores, a consecuencia de lo cual las sufragistas consideraron que el suceso había constituido un «Viernes Negro». Churchill ordenó su puesta en libertad, pero las líderes sufragistas le culparon de los actos de brutalidad policial que se habían perpetrado, ya que había habido casos,

según le dirá Brailsford a Masterman, en que los agentes habían propinado a las activistas «un rodillazo, por detrás, entre las piernas, lo cual no solo es temerario y doloroso, sino también repugnante, sin olvidar que además les habían palpado o manoseado los pechos. Y desde luego, les habían retorcido el brazo y tirado fuertemente hacia atrás de los pulgares»[55]. Masterman anota en la carta: «Visto por el s[ecretario de] e[stado]». Esto no quiere decir, como se ha querido alegar, que Churchill hubiera hecho la vista gorda, y mucho menos que aprobara lo sucedido. De hecho, es probable que estuviera tan asqueado como Brailsford. Al saber que la sufragista Christabel Pankhurst le había acusado de ordenar que la policía empleara esa brutalidad, Churchill sopesó la idea de demandarla por difamación, pero *sir* John Simon, el subfiscal de la corona, le convenció de que era mejor no hacerlo, ya que podía sentar un precedente peligroso. No obstante, lo que sí hizo Churchill fue reprender a *sir* Edward Henry, el jefe de la policía municipal de Londres, al que amonestó con estas palabras: «Se han producido escenas extremadamente lamentables. Yo deseaba evitar esto, aunque implicara correr algunos riesgos […]. En el futuro, exigiré a la policía que se adhiera estrictamente a la política consistente» en tratar a las mujeres con respeto y que limite el uso de la fuerza al mínimo[56]. Sin embargo, no solicitó la apertura de una investigación.

Cuatro días más tarde, un grupo de sufragistas propinó una paliza a Augustine Birrell, jefe de la secretaría de Irlanda, dejándole temporalmente cojo y con peligro de perder la rótula. El mismo día de la agresión, en lo que más tarde acabaría conociéndose como la «batalla de Downing Street», otra cuadrilla de sufragistas, entre las que figuraba Anne Cobden-Sanderson, a la que Churchill conocía por haber coincidido con ella en varias reuniones sociales, atacó a Asquith frente a su residencia oficial de primer ministro. Se dio además la circunstancia de que Churchill se hallaba allí en el momento del asalto. «Llévense a esa mujer, —dijo Churchill a la policía—, es evidente que se trata de una de las cabecillas»[57]. Hugh Franklin, un estudiante de licenciatura del Caius College de Cambridge que militaba en el movimiento sufragista y que también había estado presente en la manifestación del Viernes Negro, oyó las palabras del ministro del Interior. El 26 de noviembre, tras pronunciar un discurso en un mitin

celebrado en Bradford, y mientras se dirigía al coche restaurante del tren que debía conducirle de regreso a casa, Franklin se abalanzó sobre él blandiendo una fusta y gritando: «¡Toma esto, sucio canalla!»[58]. Unos cuantos viajeros le redujeron y acabó sentenciado a seis semanas de prisión por asalto. Churchill ponderó también la posibilidad de querellarse contra Franklin por calumnia, ya que este había afirmado en letras de molde que el Viernes Negro el ministro del Interior había ordenado a «sus miles de bien entrenados esbirros transformarse en un auténtico hatajo de vándalos». Sin embargo, como ya ocurriera con la idea de una demanda por difamación contra Pankhurst, Simon le persuadió de que era mejor no hacer nada, alegando en esta ocasión que solo serviría para dar publicidad gratuita a sus adversarios.

En noviembre de 1910, el parlamento quedó disuelto para convocar unas segundas elecciones generales entre el 2 y el 19 de diciembre, ya que era preciso zanjar la trascendental cuestión de la capacidad de veto de los lores. El rey había prometido a Asquith que, si ganaban los liberales, él mismo concedería nuevos títulos nobiliarios, y en número suficiente, además, como para hacer posible la aprobación del Proyecto de ley Parlamentario (de hecho, según recomendación de Churchill, dos de esos flamantes pares de la nación deberían ser Ian Hamilton y Wilfrid Blunt). En el transcurso de la campaña, hubo que expulsar de los mítines de Churchill a sufragistas de ambos sexos los días 22, 26, 28 y 30 de noviembre, así como el 9 de diciembre. Las elecciones proporcionaron a Churchill la oportunidad de dejar claro que, a su juicio, la razón de que se opusiera al sufragio femenino no hundía sus raíces en una cuestión de género, al contrario, dirá en Dundee el 2 de diciembre de 1910: «Estoy a favor del principio que exige que se conceda el derecho de sufragio a las mujeres. —No obstante, prosiguió—, no votaré ningún proyecto de ley cuyo efecto consista en alterar injustamente, en mi opinión, el equilibrio que media entre los partidos —debido a que otorga una indudable preponderancia al hecho de disponer de propiedades inmuebles [y fortalece por tanto a los conservadores]—; es más», añadió, «no apoyaré ningún proyecto de ley a menos que quede convencido de que cuenta realmente con el respaldo de la mayoría de los electores»[59].

Churchill continuará mostrándose indefectiblemente cortés con las mujeres que acuden a sus mítines para reventarlos, pero como sin duda era de esperar, se revelará mucho más combativo con los hombres que se presentan con idénticas intenciones en sus discursos. Esto le llevará a afirmar durante un mitin celebrado en Lambeth: «Me dicen que hay algunos individuos a los que es preciso aislar por la comisión de viles agresiones. De ser así, solo tengo que manifestar una cosa: “¡Adelante!”. Si un hombre público permitiera que la simple amenaza de la violencia personal alterara el rumbo de sus planes sería indigno de la más mínima muestra de respeto o confianza»[60]. Durante esa misma alocución, Churchill arremeterá contra F. E. Smith, ya que, a pesar de ser su más íntimo amigo, era también conservador y defendía el veto de los lores. Así clava Winston la pulla: «Si el señor Lloyd George se revela invariablemente ingenioso, el señor F. E. Smith resulta irremediablemente vulgar»[61]. Como siempre, Churchill sigue fiel a su máxima de no permitir que la política se inmiscuya en sus relaciones de amistad —aunque también se atenga, como vemos, a la doctrina opuesta.

Lo mismo puede decirse de sus colegas. El 8 de diciembre, al mencionar una persona del público el nombre de Churchill en un acto de Lloyd George, el ministro de Hacienda «dejó entrever una cierta indignación», comenta Charles Masterman —y añade a renglón seguido: «Sería difícil determinar si en esa reacción no intervino siquiera un grano de envidia»—. Lloyd George decía que había tenido que «recordar a Churchill, —siempre dispuesto a negarse a imponer a los ricos un régimen fiscal de carácter confiscatorio—, que no hay hombre que pueda hacer de esquirol dos veces seguidas. ¡Pero no se preocupen, se amoldará sin problemas a lo que le digan! Siempre hace lo mismo en cuanto se percata de por dónde sopla el viento. Lo importante es saber cuánto tardará en hacerlo y qué daños habrá causado entretanto»[62]. Aunque Churchill no fuera consciente de ello, la alianza política que Lloyd George había establecido con él nunca pasó de ser exclusivamente eso… política. «Si en el Presupuesto Popular incluyéramos una cláusula especial por la que se eximiera a Sunny de toda carga fiscal, —observó Lloyd George en una ocasión—, Winston nos dejaría hacer lo que quisiéramos»[63]. Se trataba de

una afirmación totalmente incierta e injusta, pero también de una de las burlas que se hacían habitualmente a sus espaldas. Churchill ignoraba por completo la antipatía que le profesaba Lloyd George en privado, y por eso no veía ningún inconveniente en aceptar su hospitalidad. Ese mismo año, durante un paseo en compañía de Lloyd George por los terrenos de su finca de Criccieth, en Gales, Churchill cayó a un riachuelo. «No se enfadó lo más mínimo, —recuerda otro de los invitados—, y es más, al ponerse en pie dijo animadamente "Ya que estoy empapado, será mejor que aproveche para pasar un buen rato" —y se tiró media hora chapoteando en el agua y haciendo una pequeña represa en el arroyo a base de piedras—. Y mientras él estuvo solazándose así, su mujer se sentó en la orilla con una falda cortísima que por añadidura se había arremangado muy por encima de las rodillas. Y [Lloyd] George se quedó todo el tiempo contemplando el espectáculo»[64].

Los resultados finales de las elecciones pusieron de manifiesto que liberales y unionistas habían obtenido 272 escaños cada uno, seguidos de los nacionalistas irlandeses con 84 y de los laboristas con 42. Los unionistas habían recibido el respaldo de 2,42 millones de ciudadanos, los liberales el apoyo de 2,30 millones, y los laboristas, la confianza de 372 000. Asquith continuó en el poder, pero necesitaba el sostén de los nacionalistas irlandeses —y el precio de ese apuntalamiento iba a ser nada menos que la autonomía de Irlanda.

En la mañana del 3 de enero de 1911, Churchill le escribe a Asquith desde su domicilio de Eccleston Square. En la carta le dice que tiene la impresión de que los liberales podían llegar a un compromiso con los unionistas en un amplio conjunto de materias de sus respectivos programas legislativos, aunque eso solo sería posible si sus oponentes aceptaban avanzar en la dirección de un completo cambio constitucional que incluyera, entre otras cosas, el Proyecto de ley Parlamentario, llamado a poner fin a la facultad que permitía que la Cámara de los Lores vetara la legislación que no le complaciera. «Tengo la esperanza de que una vez que hayamos restringido esa capacidad de veto, —indica—, quedemos en

situación de llevar a cabo une politique d'apaisement»[65]. Esas medidas sosegadoras pasarían, entre otras cosas, por la concesión de la Orden del Mérito a Joseph Chamberlain, el otorgamiento del cargo de consejeros privados del rey a Andrew Bonar Law y F. E. Smith, el «generoso reconocimiento de honores» a los más destacados parlamentarios unionistas y a los dueños de los principales periódicos, la oferta de «conferenciar» sobre el tema de Irlanda, la promulgación de la Ley de Pobres, la interdicción de la explotación infantil, la instauración de un sistema de Seguridad Social y la garantía de que Balfour tendría «pleno acceso a toda la información relacionada con el Almirantazgo». Entretanto, debía evitarse aplicar más de una vez cada veinticinco años el impuesto de sucesiones y donaciones a las fincas[66]. Churchill estaba dispuesto a consentir incluso la imposición de un pequeño arancel a los vinos franceses y portugueses, lo que implicaba un notable retroceso respecto de la postura que había venido adoptando hasta entonces, consistente en no conceder, como él mismo había dicho en un discurso, «ni un cuarto de penique de ventaja a un solo grano de pimienta»[67].

Mientras Churchill redactaba esta carta, se presentó en su casa un mensajero del Ministerio del Interior con la noticia de que la policía tenía acorralados en una casa de la calle Sidney del East End londinense, desde primeras horas de la mañana, a tres terroristas anarquistas y posibles ladrones de joyas provistos de máuseres y capitaneados por un misterioso individuo nacido en Riga que respondía al nombre de Peter Straume (alias «Pedro el Pintor»). El día 16 de diciembre, el grupo armado había matado a tres policías y herido a otros dos, después de lo cual se habían encontrado en su piso franco de la cercana calle Gold una pistola, 750 cartuchos, y varias botellas de nitroglicerina y ácido nítrico. En la mañana del 3 de enero se había producido un nuevo intercambio de disparos y un sargento de la policía había resultado herido[68]. Churchill acudió a la calle Sidney para hacerse cargo de la situación y observar cómo enfocaba el asunto la policía local[69]. «De la ventana de un ático del número 100 se dejaba oír de cuando en cuando la detonación de una pistola, aunque se diría que los disparos obedecían más a un objetivo de intimidación general que a la voluntad de impactar deliberadamente en una diana concreta», informa un periodista[70].

Churchill no dio ninguna orden en esa ocasión, pero sí que hizo la sensata sugerencia de traer a la zona unas cuantas planchas de acero del arsenal de Woolwich a fin de ofrecer un resguardo móvil a los tiradores de élite de las fuerzas del orden[71]. (Churchill era una de las pocas personas presentes en el escenario del suceso que conocía por experiencia personal la efectividad de las pistolas máuser automáticas que estaban utilizando los terroristas.) Por lo demás, sus únicas aportaciones consistieron en solicitar que se llamara a un pelotón de Guardias Escoceses, instándoles a abandonar momentáneamente la protección de las Joyas de la Corona que se encargaban de custodiar en la Torre de Londres, y en dar el visto bueno a la decisión de no intervenir cuando el edificio comenzó a arder inesperadamente poco después de la una de la tarde[72]. «Me pareció más juicioso dejar que las llamas consumieran enteramente la casa que arriesgar las valiosas vidas de los servidores británicos en el rescate de tan fieros granujas», le explicaría más tarde a Asquith[73].

Churchill fue fotografiado en el lugar de los hechos, tocado con un sombrero de copa y un abrigo de piel con cuello de astracán, apostado a la entrada de un almacén y acompañado por el jefe del Departamento de Investigación Criminal, el máximo responsable de la Policía Municipal de Londres y el intendente de la Sección Política de Scotland Yard. Las instantáneas nos lo muestran sacando de cuando en cuando la cabeza por una esquina para echar un vistazo a lo que ocurría en el número 100 de la calle. El suceso acabaría conociéndose con apelativos como el «Sitio de la calle Sidney», o la «Batalla de Stepney». Entre los calcinados restos de la casa en la que se habían atrincherado los maleantes se encontraron dos cadáveres: uno de ellos presentaba una herida de bala, y el otro había perecido asfixiado. A Pedro el Pintor no pudo echársele el guante.

Más tarde, al regresar al Ministerio del Interior, Masterman recriminó a Churchill que hubiera ido a la calle Sidney. Churchill le respondió con un ceceo: «Mira Charlie. No seas plasta. Ha sido entretenidísimo»[74]. Al volver a Eccleston Square, Churchill retoma la interrumpida carta que estaba escribiéndole al primer ministro, y le ofrece una vívida crónica de lo sucedido: «Salían disparos de todas las ventanas, las balas hacían saltar esquirlas de las fachadas enladrilladas, la policía y la Guardia Escocesa

apostada y con las armas a punto, el tintineo metálico de la artillería, etcétera»[75]. Sin embargo, la circunstancia de que la operación no precisara de la presencia física del ministro del Interior en el lugar de los hechos no tardaría en poner en entredicho su criterio. Parecía corresponderse perfectamente con las líneas maestras del relato que sostenía que Churchill buscaba la notoriedad personal, y encajaba, aunque en un contexto diferente, con lo que Lucy Masterman denominaba «su afán de lisonja, que es prácticamente insaciable […]. No puede resistir el resplandor de las candilejas, en ninguna de sus formas»[76]. Incluso el periodista A. G. Gardiner, que normalmente le apoyaba, escribiría el año siguiente: «Interviene siempre inconscientemente en todo —y se trata además de una intervención heroica—. De hecho, él mismo es su más asombrado espectador»[77].

Tras el incidente, al pasarse la imagen de Churchill en los noticiarios que la casa Pathé elaboraría para informar del asedio en los cines, el público le abucheaba[78]. El asedio proporcionó asimismo a Balfour la ocasión que tanto tiempo llevaba esperando, así que no dudó en burlarse de Winston. El 6 de febrero dijo en la Cámara de los Comunes: «Se encontraba, por lo que entiendo, y por emplear la expresión militar, en lo que se conoce como línea de fuego, lo que significa que tanto él como el fotógrafo estaban poniendo en peligro sus valiosas vidas. Veo claramente lo que hacía el hombre de la cámara, pero ¿cuál era exactamente el cometido del muy honorable caballero?»[79]. Años después, Churchill admitiría que había cometido un error al presentarse en la calle Sidney, y que su «sentido del deber se había visto reforzado por un fuerte sentimiento de curiosidad que quizá hubiese sido mejor refrenar»[80]. Sin embargo, a largo plazo, su disposición a acudir a los escenarios en que se desarrollaban los acontecimientos prestaría un gran servicio a su país.

Además de participar en las ceremonias vinculadas con el nacimiento y la muerte de los monarcas, uno de los pocos deberes que todavía se exigían al ministro del Interior era el de escribir regularmente cartas al rey, resumiendo en ellas todo cuanto hubiera podido suceder diariamente en el parlamento. A Eduardo VII le había resultado sumamente grato el tono que Churchill empleaba en esos textos —bastante más jocoso de lo que solía ser

habitual en sus predecesores—, pero a Jorge V no le hacía ninguna gracia. «Por lo que hace a zánganos y vagabundos, deberían existir verdaderas colonias de trabajo a las que poder enviarles, —escribe Churchill el 10 de febrero—. No debe olvidarse, empero, que gandules y holgazanes los hay en ambos extremos de la escala social.»[81] El rey consideraba que estos puntos de vista eran «muy socialistas», lo que dio lugar a un intercambio de cartas entre Churchill y Knollys en el que Winston sugirió que se descargara al atareado ministro del Interior de la pesada tarea de actuar todos los días como reportero parlamentario. No obstante, al cabo de un tiempo, el rey se aplacó y acabó admitiendo que las crónicas de Churchill eran «siempre muy interesantes»[82]. Como perfecto representante que era del pensamiento reinante en las altas esferas de la nación, y en una expresión de esa forma de razonar basada, como era de esperar, en puros tópicos, Knollys señaló que el comportamiento de Churchill era «bastante parecido al de un elefante en una cacharrería»[83].

Desde luego, esa impresión debió de causar Churchill en un debate vinculado con el Proyecto de ley sobre la Renta celebrado el 9 de marzo, al acusar Hugh Cecil al gobierno de faltar a su palabra con una desfachatez que, de haberse dado en un individuo y afectar, como en ese caso, a cuestiones económicas, habría llevado al infractor a la cárcel. «Estoy ya más que acostumbrado a los controvertidos métodos del noble lord, que procede siempre con pullas e insultos», dijo Churchill en referencia al padrino de su propia boda[84]. Crawford señalará al día siguiente: «Churchill consigue disgustar invariablemente por igual a amigos y enemigos. ¡Menudo sinvergüenza está hecho!»[85]. No obstante, los dardos que muy posiblemente habrían doblegado a una figura de menor talla jamás lograron arañar siquiera el caparazón de Churchill. «Jamás me he quejado de que las palabras gruesas crucen de lado a lado el parqué de la Cámara, —diría en un debate sobre el Proyecto de ley Parlamentario el 4 de abril de 1911—, pero exijo que se me permita ponerme a la misma altura con argumentos iguales al ataque que acaba de lanzarse», y desde luego así habría de proceder siempre[86].

Uno de los problemas a que hubo de enfrentarse el gabinete en esta época vino provocado por el hecho de que Asquith estuviese bebiendo

mucho más de la cuenta (uno de los apodos con los que se le conocía era «Achispado»). «El jueves por la noche el parlamentario estaba francamente mal», le dice en una ocasión Churchill a Clementine,

> y yo me sentí terriblemente violento e incómodo. Apenas podía hablar y hubo mucha gente que se dio cuenta de su estado. Sigue siendo extremadamente amable y benévolo, y me lo confía todo después de la cena. Hasta ese momento está completamente lúcido —¡pero después…!—. Me da una pena terrible, y solo la pertinaz solidaridad masónica de la C[ámara] de los C[omunes] logra evitar el escándalo. Me cae bien el viejo, y admiro tanto su inteligencia como su carácter. Pero qué riesgos nos hace correr. La otra noche apenas tuvimos tiempo de llevárnoslo antes de que Balfour comenzara las negociaciones [sobre el Proyecto de ley Parlamentario], y yo mismo me encargué de llevar la batuta —de lo contrario habría tenido que hacerlo él y las consecuencias habrían sido desastrosas—. Al día siguiente estaba sereno, eficiente, tranquilo[87]…

La Cámara de los Lores aprobaba finalmente el Proyecto de ley Parlamentario el 10 de agosto de 1911. Había sido necesario esperar dos años y convocar dos elecciones generales, pero ahora los electos de la Cámara de los Comunes se elevaban por encima de la Cámara de los Lores, integrada por miembros hereditarios o designados de manera arbitraria. Churchill había negociado buena parte del acuerdo definitivo. Esa circunstancia hizo que despertara una profunda desconfianza y un notable desagrado entre los conservadores más radicales —y también entre muchas personas de su propia clase social—, pero lo cierto es que consiguió que Gran Bretaña estuviera más próxima de ser una democracia moderna plenamente operativa.

El jueves 18 de mayo de 1911, se creaba el Other Club. Con el tiempo, la institución estaba llamada a desempeñar un importante papel en la vida social de Churchill y en su carrera política —y de un modo que no siempre se reconoce en su justa medida—. No es cierto que debiera su existencia al hecho de que Churchill y F. E. Smith hubieran sido expulsados de The Club, un establecimiento gastronómico de primera fila en esos años. El Other Club tenía un objetivo político concreto, el de promover una cooperación transversal entre los partidos, y tal vez se fundara incluso con el propósito último de lograr algún día la coalición entre liberales y

conservadores que Churchill persiguió siempre, ya que esa alianza permitiría que los centristas más sensatos gobernaran sin necesidad de complacer los deseos de los nacionalistas irlandeses, los socialistas o los extremistas de los Partidos Unionista y Liberal.

El Other Club se creó originalmente con idea de reunir quincenalmente a sus miembros en la Sala Pinafore del Hotel Savoy cada vez que la Cámara estuviera reunida en sesión parlamentaria. La mesa del local tenía solo setenta centímetros de anchura, lo que fomentaba el clima de convivialidad que pretendían propiciar sus fundadores, y a pesar de la renovación de 1925, la verdad es que el salón sigue estando hoy exactamente igual que entonces[88]. El Other Club nació con la intención de contar con doce parlamentarios de cada uno de los dos principales partidos, a los que añadiría asimismo unos cuantos insignes independientes. Para resaltar el ideal en el que se fundaba el club, es decir, la posibilidad de una convivencia ajena al partidismo, se pidió a lord Knollys que presidiera el primer banquete, al que también asistió el vicesecretario privado del rey, *sir* Arthur Bigge (que más tarde acabaría convirtiéndose en lord Stamfordham).

Dado que los dos secretarios adjuntos de la institución, Bolton Eyres-Monsell y Freddie Guest —responsables, según las reglas del Club, de «todas las obligaciones imprevistas»—, eran asimismo jefes de disciplina de sus respectivos partidos, no resultó difícil organizar concertadamente un eventual voto común en el parlamento, con lo que además se conseguía que la cena no se viera interrumpida por el eco de las divisiones latentes en los Comunes. Entre los primeros miembros liberales del Other Club se cuentan los nombres de Charles Masterman, William Dudley Ward (cuya esposa Freda habría de ser amante del príncipe de Gales antes de la irrupción de Wallis Simpson) y Rufus Isaacs. En el lado conservador destaca la presencia del almirante lord Charles Beresford, acerbo crítico de Churchill, de Waldorf Astor y de varios parlamentarios demócrata-conservadores que eran partidarios de la introducción de reformas sociales y con los que Churchill había trabajado antes de su defección política. Lord Winterton también pertenecía al club, pese a que de cuando en cuando censurara de forma muy notable a Churchill, y lo mismo cabe decir del parlamentario liberal Jack Seely, que además de ser amigo de Churchill se había

significado heroicamente en la guerra de los bóers, había cambiado de bando al mismo tiempo que él y heredado de Churchill el cargo de subsecretario del Ministerio de las Colonias. Se intentó animar al parlamentario liberal radical Arthur Ponsonby a unirse a la cofradía, pero desconfiaba tanto de Churchill que no se decidió a hacerlo.

Para ingresar en el club había que ser de complexión robusta: en uno de los programas (término que Churchill prefería al de «menú») de las primeras cenas de ese ateneo se anuncian nada menos que seis platos: Huevos Pluvier, Consomé, Salmón del río Tay, Medallones de ternera, Verduras rellenas al estilo inglés de Aylesbury, y Canapé Diane. De entre las normas del club cabe destacar al menos estas dos: «Los nombres de los miembros del Comité Ejecutivo han de permanecer envueltos en el más impenetrable de los misterios» y «Ninguna de las normativas o relaciones que puedan establecerse en el club deberá estorbar el normal desarrollo del rencor y la aspereza vigentes en el trato entre los partidos políticos»[89]. Pese a estas declaraciones irónicas, la creación de la peña perseguía precisamente el objetivo de mitigar los resentimientos y de ofrecer un foro en el que los más relevantes políticos liberales y conservadores pudieran entablar relaciones sociales, a solo tres meses de la promulgación de la Ley Parlamentaria que tan hondas divisiones había provocado en su fase de borrador. En los inicios del club, Lloyd George y Bonar Law acudirían a él con mucha frecuencia, ya que entre mayo y junio de 1911 ambos cenaron en el salón en tres ocasiones. En el período comprendido entre los años 1912 y 1913, Lloyd George también se presentó a tres de sus cónclaves, y Law hizo otro tanto antes de noviembre de 1911. Después de esa fecha, los roces entre los partidos adquirieron una intensidad tal, que Bonar Law no volvería a reunirse con sus camaradas del Other Club hasta el estallido de la Gran Guerra —durante la cual, los miembros de la asociación se reunirían solo en dos ocasiones: una el 5 de agosto de 1914, es decir, al día siguiente de que se declarara el inicio de las hostilidades, y otra en marzo de 1916—. Bonar Law era la figura clave (junto con Balfour) para cualquier esperanza de coalición, de modo que al dejar de acudir a las citas del club, Churchill comprendió que, en la práctica, la principal ambición del cenáculo había expirado.

Solo después de que se asistiera a la desaparición de su más inmediata razón de ser empezaría a reflejar el club la intensa amistad personal que unía a Churchill con F. E. Smith, aunque la relevancia del centro fue siempre mucho más allá de eso. Por emplear las palabras de uno de sus integrantes: «El Club no fue nunca una mera asamblea de amigotes de Churchill. Tuvo un efecto muy tonificante; no se trató de un mero colchón de plumas»[90]. Andando el tiempo, ingresarían en el club el hermano de Churchill, Jack, sus primos el vizconde Castlereagh y Sunny Marlborough, así como algunos periodistas de notable poder, como J. L. Garvin, *sir* George Riddell y los lores de Northcliffe, Beaverbrook y Rothermere. Entre los socios no pertenecientes a la clase política se cuentan los componentes de la amplia camarilla de compinches y conocidos que Smith y Churchill fueron acumulando a lo largo de los años, de entre los que descuellan los nombres del actor y empresario teatral *sir* Herbert Beerbohm Tree, el arquitecto *sir* Edwin Lutyens, el industrial *sir* Harry McGowan, y un nutrido grupo de escritores, como H. G. Wells, P. G. Wodehouse, John Buchan y Anthony Hope, autor de El prisionero de Zenda. Hubo también varios militares, como *sir* John French, Jan Smuts y lord Kitchener (lo que en este último caso quizá resulte sorprendente, teniendo en cuenta las malas relaciones que habían tenido en el pasado). Varios de los miembros del club eran buenos conocedores de la situación de Oriente Próximo: tal es el caso, por ejemplo, de *sir* Mark Sykes, corresponsable del Acuerdo Sykes-Picot que dividió la región en varias zonas de influencia al término de la Gran Guerra, y del mariscal del Aire *sir* John Salmond, que se encargaría de controlar Irak con la aviación en 1919. También sería de la partida un parlamentario nacionalista irlandés, T. P. O'Connor, aunque es probable que se le aceptara por los libros que escribía, de entre los cuales sobresale uno sobre Napoleón. Inevitablemente, el club también tuvo sus ovejas negras: lord Kylsant, que sería enviado a la cárcel por estafa, y *sir* Oswald Mosley, que cumpliría pena de prisión por sus actividades fascistas.

El Libro de apuestas del Club nos ofrece una indicación del ecléctico carácter de los temas que se ponían sobre la mesa. Entre ellos figuran envites relacionados con las fechas de disolución del parlamento, los resultados de los casos llevados ante los tribunales, el desenlace de los

partidos de tenis, el destino de las activistas que habían tratado de asesinar a Lloyd George —detenidas tras lanzar las sufragistas varias bombas incendiarias contra su casa de campo—, el alcance de la progresión militar en los distintos frentes de batalla, el mejor y más competente traductor de ciertos versos griegos, si «el matrimonio de A y B, celebrado el 1 de diciembre de 1920, habría de fructificar o no»[91], cuál sería el nombre del siguiente primer ministro[92], el contenido de determinados libros, el nivel de precios de las acciones de bolsa durante la Gran Depresión, la identidad de los ganadores de la competición ecuestre del Grand National y de los vencedores de la regata entre Cambridge y Oxford, la edad de *sir* Kenneth Clark, el próximo presidente de Estados Unidos, y otras muchas posturas en las que, lamentablemente, resulta imposible descifrar lo escrito, debido probablemente a una copiosa ingesta de alcohol. Cuando se daba la circunstancia de que en la mesa se reunían trece comensales, Churchill ordenaba colocar en una silla vacía la talla de madera de un gato negro de sesenta centímetros de altura al que todos llamaban Kaspar[93]. Se le ponía una servilleta al cuello y se le servían íntegramente todos los platos de la cena, uno tras otro.

Churchill asistió a más de trescientos banquetes en el Other Club, lo que significa que el local fue, con mucho, el sitio en el que más veces haya comido nunca, con excepción de su propio comedor familiar[94]. Clementine no le recriminaba sus veladas en el Club, a pesar de que «llegara a casa muy tarde. No me importaba. Tenía que estar con sus amigos»[95]. Sin embargo, en el caso de Churchill la amistad tenía muy a menudo un componente político, como se podrá apreciar del modo más palmario en su gran crisis personal de 1940, año en el que un número extraordinariamente elevado de miembros del Other Club se concertarán de diferentes formas para contribuir a convertirle en primer ministro y para colaborar después con él en el gobierno que dirigió durante la segunda guerra mundial. Puede que el Other Club no consiguiera avanzar en la construcción de una coalición nacional antes de la Gran Guerra, pero al mantenerlo activo durante tres décadas más, Churchill alimentó una institución llamada a efectuar una importantísima contribución a ese preciso

objetivo durante la conflagración de 1939, largo tiempo después de que muchos de sus miembros fundadores hubieran fallecido.

El 28 de mayo de 1911 nacía en Eccleston Square Randolph Churchill, apodado «Chumbolly» (voz de origen persa con la que se designa a un niño recién nacido sano y regordete). La filial devoción de Winston determinó la elección del patronímico del chiquillo, y sus otros nombres de pila, Frederick y Edward, respondían a los de sus padrinos, Frederick E. Smith y *sir* Edward Grey**[96]**. Según él mismo recuerda en su autobiografía, redactada en enero de 1959, Randolph fue un «niño muy revoltoso» que en una ocasión tiró el reloj de pulsera de su aya desde la ventana del piso superior de la casa y que acostumbraba a canturrear «¡La nana se larga, la nana se larga! ¡Hurra, hurra!» al marcharse las sucesivas niñeras encargadas de cuidarle, ya que en general fueron muy pocas las que aguantaron una temporada larga en el puesto. «Diana era más dócil que yo, —admite—. Nunca pude soportar ni la disciplina ni la autoridad.»**[97]** La gran desdicha de Randolph fue heredar la inmensa ambición de su padre, así como su originalidad y aplomo, pero ni una pizca de su carisma, autodominio o sensibilidad. Acabaría alimentando una relación particularmente mala con su madre, Clementine, que invariablemente se ponía de parte de su marido en las riñas entre padre e hijo**[98]**.

Clementine temía no poder asistir a la coronación del rey Jorge V, prevista para el 22 de junio, ya que en esa fecha las molestias del parto todavía podían dejarse notar, pero el monarca le ofreció un asiento en su palco privado y envió a Eccleston Square uno de los carruajes ligeros de la casa real para llevarla a la abadía de Westminster y traerla luego de regreso a casa. (Nada más enterarse de la noticia, Jennie se aseguró de conseguir el sitio de Clementine en la iglesia, al lado de Winston.)**[99]** En su calidad de ministro del Interior, Churchill acudió a la ceremonia en una carroza, en compañía de la duquesa de Devonshire y de la condesa de Minto. En el trayecto hubo personas que le aclamaron y otras que le silbaron. «Resultó bastante embarazoso para las dos damas conservadoras, —le dirá después a Clementine—. Se mostraron terriblemente consternadas al arreciar los

vítores, pero se animaron un tanto en los alrededores de Mansion House[100], donde hubo un mayor número de expresiones de hostilidad […]. Yo hice caso omiso de todos los aplausos y no presté la más mínima atención a las masas.»[101] Siendo ministro del Interior, Churchill también tuvo un papel destacado en el acto de investidura de Eduardo como príncipe de Gales (llamado a ceñir más tarde la corona con el nombre de Eduardo VIII y a recibir el título de duque de Windsor tras su abdicación), ceremonia que tuvo lugar en el castillo de Carnarvon el 14 de julio de ese mismo año. «Es un muchacho muy agradable», escribe Churchill a bordo del yate real Victoria & Albert, «muy sencillo y sujeto a una terrible disciplina»[102]. La amistad con el príncipe, que revelaría no ser en modo alguno un buen chico al dejar de tener a su padre encima para imponerle autocontrol, habría de causar grandes problemas a Churchill en años venideros.

Ese mismo mes, Alemania disparó alarmados rumores de guerra al enviar al cañonero Panther al puerto marroquí de Agadir. Esto constituía una clara provocación para Francia, ya que la población a la que se había dirigido el buque germano se encontraba *de facto* en la zona de influencia gala. El incidente tuvo un profundo efecto en Churchill, ya que le convenció de que, si se quería impedir que Alemania dominara el continente europeo, era preciso que Gran Bretaña se aliara con Francia, y también —esa era al menos su esperanza— con Rusia[103]. Churchill respaldó tanto la advertencia que Lloyd George acababa de hacer a Alemania al tachar su comportamiento de puro aventurerismo como el envío de una flota británica a Marruecos con el fin de vigilar el desarrollo de los acontecimientos. «Espero que acertemos a mostrarnos firmes con estos traicioneros alemanes», le dirá a Clementine[104].

La crisis de Agadir hizo tomar a Churchill la decisión de redactar una nota ministerial titulada «Aspectos militares del problema continental»[105]. Este notable documento expone lo que sucedería, a su juicio, en las fases iniciales de un enfrentamiento armado con Alemania. «Los ejércitos alemanes avanzarían por Bélgica, pero conforme fueran adentrándose en Francia empezarían a quedar relativamente debilitados», escribe.

> Al cumplirse el cuadragésimo día del inicio de las hostilidades, la vasta extensión de las filas alemanas debería hacer gravitar sobre su ejército una presión máxima, tanto en el frente interno como en vanguardia, y esa tensión se irá haciendo más severa de día en día, hasta revelarse finalmente abrumadora —a menos que sus generales lograran aliviarla con la obtención de varias victorias decisivas en Francia—. En caso de que el ejército francés no haya sido dilapidado como consecuencia de una intervención precipitada o movida por la desesperación, el equilibrio de fuerzas debería revelarse favorable a Francia transcurridos esos cuarenta días, y la situación iría mejorando paulatinamente con el paso del tiempo[106].

El general de brigada Henry Wilson, jefe del Departamento de Operaciones Militares de la Oficina de Guerra, desacreditó la idea de que Alemania pudiera violar la neutralidad belga y dijo que el escrito de Churchill era «tan ridículo como fantasioso». Al final, tres años más tarde, la fecha elegida por la Fuerza Expedicionaria Británica para contraatacar a lo largo del río Marne y contribuir así a evitar que los alemanes se apoderaran de París, sería precisamente el 9 de septiembre de 1914 —exactamente cuarenta días después de que se hubiera movilizado el ejército del Reich—. No obstante, para entonces los franceses habían tenido que encajar 210 000 bajas, cifra que incluía al 10 % de su cuerpo de oficiales[107].

El 23 de agosto de 1911, el Comité para la Defensa del Imperio, presidido por Asquith, se reunió para debatir durante un día entero los planes que se proponían llevar a cabo la Oficina de Guerra y el Almirantazgo en caso de que los alemanes invadieran Francia. Si Churchill fue invitado al consejo no se debió únicamente a su condición de ministro del Interior, sino también al doble hecho de haber escrito el documento de Agadir y de ser el único alto cargo del gobierno, además de lord Pentland, el secretario de estado para Escocia, que había servido en las fuerzas armadas.

Las discusiones de los integrantes de la junta acabaron provocando una crisis tan grave que, para impedir que el caos se adueñara de la estrategia británica, Churchill tuvo que ser apartado de su cargo en el Ministerio del Interior apenas veinte meses después de haber tomado posesión del mismo.

El general de brigada Wilson, de pie frente a un enorme mapa, examinó el plan que probablemente estaban fraguando los germanos, consistente en lanzar sus 110 divisiones contra las 85 galas en el noroeste de Francia. Wilson trató de explicar igualmente que sería necesario enviar inmediatamente una Fuerza Expedicionaria Británica compuesta por 6 divisiones al ángulo superior izquierdo de la geografía francesa a fin de cooperar en el rechazo de la primera oleada invasora. A continuación, el almirante *sir* Arthur Wilson, primer lord del Mar —el más alto cargo de la Marina Real Británica—, expuso los principios de un completo bloqueo de los puertos enemigos y redujo el papel del ejército de tierra a la simple materialización de una serie de incursiones en el Báltico, una vez que la Hochseeflotte, o Flota de Alta Mar alemana, hubiera quedado derrotada. «No tardó en verse con toda claridad que existían diferencias muy profundas entre los puntos de vista de la Oficina de Guerra y el Almirantazgo», recuerda Churchill[108].

El Almirantazgo creía que era mejor no enviar a Francia a la Fuerza Expedicionaria Británica y emplearla en cambio en la realización de contragolpes en la costa alemana, ya que de ese modo lograría eliminar de las primeras líneas de combate germanas a un número de enemigos superior al de sus propios efectivos. El general de brigada Wilson «combatió violentamente» los planteamientos del almirante Wilson, hasta el punto de que la reunión se abismó en la más «absoluta de las discordias»[109]. (Como era de esperar, el debate acabó conociéndose con el sobrenombre de «batalla de los Wilson».)[110] Cuando el almirante Wilson se negó a garantizar que la Marina Real se aviniera a transportar a seis divisiones del ejército a Francia en caso de guerra, Churchill comprendió que era preciso sustituir a la mayor brevedad tanto al almirante como al primer lord del Almirantazgo, Reginald McKenna —jefe político de la armada—. El 31 de agosto, Asquith le dijo a Haldane, el ministro de la Guerra, que el gobierno seguiría los planes del ejército, ya que consideraba que los de la Marina Real eran «pueriles y totalmente impracticables»[111]. Churchill se mostró de acuerdo. «No puedo evitar un sentimiento de incomodidad al pensar en el Almirantazgo, —le confesará a Lloyd George—. Están tan engreídos y se

muestran tan despreocupados e indiferentes […]. Después de lo visto el otro día, no confío demasiado en la sagacidad del [almirante] Wilson.»[112]

La reunión del Comité para la Defensa del Imperio había dejado al descubierto que la estrategia británica se hallaba sumida en la más completa anarquía. El 30 de septiembre, Churchill y el primer ministro Herbert Asquith jugaron un partido de golf en la mansión que este último poseía en Archerfield, en Escocia. Tras el encuentro, el jefe de filas de los liberales preguntó a Churchill si le gustaría ser el próximo primer lord del Almirantazgo, intercambiando su puesto por el del todavía titular de la cartera marítima, Reginald McKenna. «Ya lo creo que me gustaría», replicó Winston.

«Tu padre acaba de ofrecerme el Almirantazgo», le dirá a Violet inmediatamente después, cuando «la menguante luz del atardecer resaltaba ya, en la distancia, la silueta de dos acorazados que iban dejando lentamente atrás el alto penacho de vapor de sus calderas mientras se alejaban del estuario de Forth. Me parecieron imbuidos de una significación nueva […]. ¡Piensa en la gente de la que he tenido que ocuparme hasta ahora: jueces y convictos! Este sí que es un buen destino —el mejor que jamás se haya cruzado en mi camino, la oportunidad que habría elegido *motu proprio* antes que cualquier otra—. Voy a volcar en la tarea lo mejor de mí mismo. —Ella escribirá más tarde—: Nunca en la vida, ni antes ni después, le ve visto tan completa y hondamente feliz como en ese momento»[113].

Capítulo 8

PRIMER LORD DEL ALMIRANTAZGO

Octubre de 1911 - agosto de 1914

> Colocado al borde mismo de la catástrofe, el mundo reveló sus contornos más brillantes. Por todas partes se alzaban majestuosamente naciones e imperios coronados por príncipes y potentados, afanados todos en beber a largos tragos los acumulados tesoros del largo período de paz.
>
> Churchill, *La crisis mundial*[1].

> Con un tremendo chirrido metálico, Alemania avanzaba obstinada, imprudente y desgarbadamente hacia el precipicio, arrastrándonos a todos con ella.
>
> Churchill, *La crisis mundial*[2].

El período que Churchill pasó al frente del Almirantazgo, entre octubre de 1911 y mayo de 1915, fue el más productivo y turbulento de la larga historia de esa institución. Él mismo estaba llamado a convertirse muy pronto en el más controvertido de todos sus primeros lores. Tomó posesión del cargo con instrucciones de cambiar la estrategia bélica de la armada más poderosa del mundo, pero acabó transformando también otras muchas

cosas. Gran parte de la sólida reputación que consiguió labrarse antes del año 1940 hallaría sus cimientos en el hecho de que hubiera «puesto a la Marina en condiciones» de hacer frente al estallido de la Gran Guerra. Y sin embargo, en el empeño se ganó también varios enemigos poderosos, y en una institución que no solo estaba íntimamente vinculada con el Partido Conservador, sino que ejercía asimismo una notable influencia en las más altas cúpulas de la nación.

En la Inglaterra poseduardiana, los almirantes eran una casta dotada de un enorme poder, y de hecho, algunos de los que ostentaron ese cargo se cuentan entre las figuras más famosas de la época. Sin embargo, a finales del año 1913, las cosas llegaron a un punto en el que los cuatro lores del mar se encontraron haciendo cábalas y sopesando la posibilidad de presentar la dimisión[3]. Churchill podía ser extremadamente autoritario. No mostraba demasiado respeto ni a los almirantes ni a los generales, y en una ocasión le diría a un alto mando, que ya estaba en la armada cuando Churchill tenía dos años, que sus informes eran «meros apuntes de impresiones pasajeras apresuradamente apiñados sin ton ni son». En otro caso sermoneó a un segundo jerarca, veintidós años mayor que él, para explicarle la importancia de los ejercicios navales[4]. Pese a que hasta entonces se hubiera alineado a Churchill en el bando de las «palomas», en atención a su muy sentido respaldo al recorte de gastos en defensa, él mismo habría de situarse ahora en las filas de los «halcones», es decir, con el ala imperialista del Partido Liberal —la misma que un día liderara lord Rosebery y que en ese momento se encontraba en manos de *sir* Edward Grey—. Como es natural, se le acusó de oportunismo, aunque lo cierto es que después de la crisis de Agadir, la situación internacional justificaba ahora plenamente su súbito cambio de parecer. El hecho de que Alemania hubiera apoyado a Austria-Hungría en su determinación de fomentar la agitación antirrusa en los Balcanes, constituido una entente estratégica con Turquía, construido una poderosa flota de guerra con la que completar su ya formidable ejército de tierra, atizado el ruido de sables en Jerusalén y Agadir, y concebido en secreto el Plan Schlieffen, pensado para conquistar París cruzando fulgurantemente Bélgica con un contingente militar, significaba que el Reich abrigaba la esperanza de dominar el continente

europeo con un rigor que no se había visto desde los tiempos de Napoleón, Luis XIV o Felipe II. Gran Bretaña se había opuesto a esos tres monarcas para preservar el equilibrio de poder en el continente e impedir que un enemigo poderoso con ambiciones de alcance paneuropeo pudiera servirse de los puertos del Canal de la Mancha como cabezas de playa desde las que organizar la invasión de las islas británicas. Ahora se veía obligada a hacer lo mismo con un cuarto aspirante.

Los dos deberes tradicionalmente asignados al primer lord del Almirantazgo consistían en defender los intereses de la Marina Real Británica ante los miembros del gabinete y en presentar anualmente la Estimación Presupuestaria de la Armada en el parlamento. Se esperaba que el titular del cargo escuchara los consejos de los Lores Comisarios del Almirantazgo en materia de estrategia, nombramientos, construcción naval, artillería, cuestiones técnicas, instrucción, etcétera. Sin embargo, Churchill iba a ejercer sus funciones de un modo completamente distinto, revelándose como un primer lord del Almirantazgo dispuesto a reactivar inmediatamente los amplios poderes constitucionales que acompañaban al puesto —largo tiempo echados al olvido— y a hacer un extenso y constante uso de los mismos.

Uno de los aliados clave de Churchill habría de ser el carismático ex primer lord del Mar, John Fisher, alias «Jacky», a quien ya hemos visto erigirse en principal abogado, durante su mandato —de 1906 a 1910—, de la adquisición de un nuevo tipo de acorazado: un buque de guerra propulsado mediante turbinas de vapor, dotado de una elevada velocidad de crucero y fuertemente armado, que ya estaba revolucionando el sector de la construcción naval. Churchill conoció a Fisher en 1907, durante unas vacaciones en Biarritz. Fisher «quedó perdidamente enamorado» (son sus palabras) de Churchill, que le pareció «el mejor tipo que haya visto jamás, y de una agilidad mental que hace que resulte una delicia hablar con él»[5]. Dicha relación acabaría revelándose a un tiempo la más fructífera y en último término la más tóxica de toda la vida de Churchill. «Me contó toda una serie de bellas historias de la armada y me habló de sus planes», recordará Churchill dieciséis años más tarde. En esas conversaciones, Fisher le habló de acorazados camuflados, de submarinos, de un nuevo

sistema formativo para los miembros de la Marina Real, de Horacio Nelson, de la Biblia, y de la isla de Borkum, situada frente a la costa noroccidental alemana, que Fisher deseaba conquistar y convertir en una base naval británica[6].

En junio de 1912, Churchill pidió a Fisher que volviera a servir en el Almirantazgo con la misión de actuar como su más importante y experimentado asesor. «Tiene usted que hundir el arado, —le dijo con un magnífico encadenamiento de metáforas—: Sus hélices giran en vacío…»[7]. Fisher no reingresó oficialmente en el Almirantazgo, sino que actuó como presidente de una Comisión Real desde la que aconsejaría periódicamente a Churchill sobre los cambios que era preciso efectuar en la armada[8]. El huracán que barrió las estructuras del Almirantazgo entre los años 1912 y 1915, despertando una rabiosa oposición a casi todas las transformaciones emprendidas, fue un fenómeno debido justamente a la conjunción de las dos espléndidas borrascas de Churchill y Fisher. Como tantas veces habría de suceder con las personas que ayudaron a Churchill en su carrera, como John Brabazon, Bindon Blood y Bourke Cockran, también Fisher era mucho mayor que él, ya que le llevaba nada menos que treinta y tres años.

La primera reforma de Churchill consistió en crear un Estado Mayor Naval para Tiempos de Guerra, compuesto por tres departamentos: Operaciones, Inteligencia y Movilización. En diciembre de 1911, la oposición del almirante Wilson, que intentó frenar el cambio con el argumento de que solo serviría para marginar a los Lores Comisarios del Almirantazgo en cuestiones operativas, dio a Churchill la oportunidad de obligarle a retirarse del servicio activo, aunque concediéndole al mismo tiempo la recompensa de la Orden del Mérito. Le sustituyó en el puesto de primer lord del Mar *sir* Francis Bridgeman, que aceptó la necesidad del Estado Mayor Naval para Tiempos de Guerra. Tras una reunión celebrada el 8 de enero de 1912 —el mismo en el que se creaba el nuevo organismo—, el general de brigada Wilson, jefe del Departamento de Operaciones Militares de la Oficina de Guerra, dijo en referencia a Churchill: «Él, al menos, es plenamente consciente del peligro alemán»[9].

Una vez provisto de las instalaciones y el personal pertinentes, el Departamento de Movilización elaboró un plan, en el que se incluía una detallada exposición de los tonelajes, los horarios y las fechas de embarque y desembarco, para transportar a la Fuerza Expedicionaria Británica al otro lado del Canal de la Mancha en caso de que Alemania atacara a Francia —una eventualidad que ya se temía tiempo atrás, antes aun de que estallara la crisis de Agadir en 1911—. Churchill acometió esta tarea en colaboración con el irascible, pero muy eficiente, secretario del Comité para la Defensa del Imperio, Maurice Hankey, protegido de Fisher[10]. En marzo de 1912, la primera impresión que Hankey se llevó de Churchill le animaría a describirlo como un hombre «un tanto impetuoso, pero extraordinariamente capaz de trabajar con ahínco»[11].

Churchill se entregó al empeño de construir un nuevo tipo de acorazado de clase Queen Elizabeth, todos ellos dotados de cañones de quince pulgadas, el mayor calibre que se haya instalado jamás en el puente de un buque[12]. La velocidad de salida de los proyectiles que disparaban estos morteros era de 750 metros por segundo[13], y tenían un alcance de 17,3 kilómetros, lo que superaba con creces el alcance máximo de cualquier cañón naval alemán. Churchill se las ingenió para que el gobierno aprobara un incremento del gasto de la armada, cuyo presupuesto pasó de 39 millones de libras anuales a 50, circunstancia que le haría muy poco popular entre sus colegas de los demás ministerios, ya que el aumento provocó necesariamente un recorte de las asignaciones de sus respectivos departamentos[14]. Churchill instó asimismo al gobierno a tomar las medidas precisas para construir un 60 % más de buques de guerra que Alemania. «Nada podría descorazonar más a los alemanes, —le escribe a Fisher en febrero de 1912—, que la prueba cierta de que la consecuencia de todos sus esfuerzos presentes y futuros es quedar irremediablemente rezagada»[15].

Churchill insistió en que, para impulsar esos nuevos «superacorazados», era imprescindible cambiar el combustible que empleaba la armada y pasar del carbón al fuelóleo. Esto aligeró las naves y las hizo por tanto más veloces, con lo que la tecnología de la Marina Real Británica se puso durante bastante tiempo a la vanguardia del mundo, ya que los alemanes

tardaron muchísimo en dar el salto[16]. Los buques ya no tenían que navegar de una estación de reabastecimiento a otra, ya que ahora podían permanecer mucho más tiempo en alta mar. No obstante, ese cambio iba a generar otras implicaciones estratégicas para la posición de Gran Bretaña en Oriente Próximo, todas ellas muy profundas. Para garantizarse un suministro fluido y adecuado de fuelóleo de calidad, Churchill negoció una serie de contratos a largo plazo y de enorme calado con las compañías Shell y Anglo-Persian, y pocas semanas antes de que estallara la guerra supervisó la compra, por parte del gobierno británico, del 51 % de las acciones de la Anglo-Persian Oil, a fin de poder controlarla[17]. Lloyd George no se dejó impresionar por todas estas medidas, y se quejó a los Masterman de que Churchill «se estaba obsesionando cada vez más con las calderas»[18]. Además, Lloyd George le comentó, no sin desdén, a *sir* George Riddell, dueño de un periódico, que lo único que le preocupaba a Churchill era hallar la manera de hundir a la flota alemana en cuanto se declarara el conflicto.

La principal transformación estratégica de Churchill consistió en reforzar la Flota del Mar del Norte (al menos con seis buques de guerra) a expensas de la del Mediterráneo. Para que el plan funcionase tenía que conseguir que los franceses aceptaran asumir mayores responsabilidades en todo el espacio marítimo del sur de Europa, y aceptar a cambio la promesa de que la armada británica se encargara de proteger los puertos del Canal de la Mancha y de desplegar una fuerza expedicionaria capaz de hacer frente a la eventualidad de una invasión y un bloqueo alemanes. Dado que Inglaterra y Francia no tenían firmado ningún tratado defensivo formal, el proyecto de Churchill requería el previo establecimiento de un elevado nivel de confianza entre ambas partes. «Su nuevo programa de organización de la flota es admirable, —le escribe Fisher el 5 de marzo de 1912—. Dejemos que sean los franceses quienes se ocupen del Mediterráneo», concluye[19]. En mayo, Fisher añade: «No tiene sentido mostrarse fuerte en el teatro secundario de la guerra y no ejercer en cambio un abrumador poderío en el escenario decisivo de los acontecimientos»[20].

Churchill trató de convencer al prestigioso e influyente lord canciller, el vizconde Richard Haldane, anterior ministro de la Guerra, de lo beneficiosa que resultaba la estrategia que acababa de concebir. Con esta intención en

mente le explicará en mayo que existían muchas posibilidades de que Gran Bretaña no consiguiera conservar el dominio del Mediterráneo ni garantizar los intereses británicos en esa región en tanto no consiguiera derrotar a los alemanes en el Mar del Norte. «Sería una gran locura perder Inglaterra por tratar de preservar Egipto. Desde luego, si el gabinete y la Cámara de los Comunes quisieran construir otra flota de acorazados para el Mediterráneo, la actitud del Almirantazgo sería la de un gato frente a un plato de nata fresca. Pero no me da la impresión de que esa sea la política que se vaya a seguir en la práctica.» Para concluir, Churchill cita las palabras de la «primera de todas las leyes de la guerra» del prusiano Carl von Clausewitz: «una fuerza insuperable en el punto decisivo»[21].

El Ministerio de Exteriores, la Oficina de Guerra, varios personajes importantes del Almirantazgo, y el mismo lord Kitchener, comandante supremo de las tropas de Egipto, se opusieron a la nueva estrategia, pero a pesar de todo se adoptó —y la decisión no tardó en revelarse acertada—. Con la esperanza de que las modificaciones que estaba llevando a cabo no quedaran desbaratadas en caso de que el gobierno fuera desalojado, Churchill mantuvo a Balfour informado en todo momento de las decisiones del Comité para la Defensa del Imperio, y le envió sin falta los documentos de máximo secreto que manejaba (con permiso de Asquith[22]). Cediendo a sus viejas sospechas, Bonar Law interpretó que el acercamiento entre Churchill y Balfour constituía un nuevo intento de promover la puesta en marcha de una coalición transversal, cosa que en esta ocasión no respondía a la verdad[23].

Sin embargo, la estrategia naval fue solo uno de los aspectos de la metamorfosis que llevó a Churchill a dar la vuelta a la situación del Almirantazgo. También decretó el pago de mejores salarios a los 136 000 marinos de la armada, aunque Lloyd George redujo la cantidad prevista para ese aumento de las 750 000 libras iniciales a 350 000. También mejoró las perspectivas de promoción profesional para los marineros capaces que se revelaran prometedores. Por otro lado, en los escalafones superiores, los oficiales de alta graduación a los que ascendió, como el príncipe Luis de Battenberg, David Beatty, Roger Keyes y *sir* John Jellicoe, saldrían mucho mejor parados que los numerosos mandos a los que obligó a jubilarse

anticipadamente o que optó por cesar[24]. Se dice que, en una ocasión, Churchill respondió con estas palabras a los radicales que se quejaban de que estaba violentando las tradiciones navales: «¿Tradición naval? ¿Tradición naval? Monstruosidades. Tan solo ron, sodomía, plegarias y látigo»[25]. (Cuando se cita esta célebre lista, se omite a veces el término «plegarias».)

Churchill creó el Real Servicio Aéreo Naval, que en 1914 contaba ya con cincuenta aviones, y fue uno de los precursores de la idea de bombardear desde el aire los aeródromos y las líneas de comunicación alemanas mediante aerostatos Zeppelin. En enero de 1912, despegaba por primera vez en la historia un aeroplano del puente superior de un acorazado, y hay historiadores militares que entienden que Churchill fue el padre de los modernos portaaviones[26]. Churchill lanzó también la *Naval Review* y nombró a un nuevo comodoro de destructores y a un director de la artillería naval. «Cree firmemente en el submarino como arma del futuro, —señalará Wilfrid Blunt en octubre de 1912 en referencia a Churchill—, y está impulsando todo lo que puede esa arma de la marina»[27]. Churchill pensaba que los sumergibles se utilizarían únicamente contra barcos acorazados, y de hecho en enero de 1914 le dirá a Fisher que no le parecía posible que «una potencia civilizada pueda emplear jamás los submarinos […] para echar a pique a un barco mercante»[28].

Churchill también fue el principal artífice de la creación de la primera agencia de inteligencia de señales británica, conocida como «Sala 40», dado que ese era el nombre del despacho del Almirantazgo en el que se iniciaron dichas actividades. Churchill redactó de su puño y letra los estatutos de la «Sala 40», y en ellos especifica que la distribución de mensajes descifrados debía limitarse a media docena de individuos, elegidos entre los más altos cargos del personal naval. Le gustaba recibir directamente los datos brutos de la información secreta, antes de que fuesen procesados por el comité designado al efecto.

Para no perder su inveterado deseo de comprobarlo todo por sí mismo, en los tres años que precedieron al estallido de 1914, Churchill pasaría nada menos que ocho meses a bordo del yate del Almirantazgo *Enchantress* —un buque de tres mil ochocientas toneladas y ochenta tripulantes—, visitando

todos los astilleros, diques, centros de instrucción, barcos de guerra y submarinos disponibles, tanto en aguas inglesas como en el Mediterráneo[29]. Tras realizar en Portland Bill unas maniobras nocturnas de artillería naval con la Flota Doméstica británica, que por entonces constaba de diecisiete acorazados, Churchill planteó al cuerpo de oficiales del buque insignia de la escuadra una batería de preguntas que abarcaban todos y cada uno de los aspectos de los sistemas de control de lanzamiento de obuses, el posicionamiento de los cañones y la efectividad de los reflectores[30]. En marzo de 1912, al informársele de que era preciso proceder a la sustitución de las torretas eléctricas del HMS *Invincible* por otras de mecanismo hidráulico —y con el enorme coste de ciento cincuenta mil libras esterlinas—, Churchill decidió instalarse en una de ellas y ordenar que los artilleros dispararan los cañones ocho veces seguidas, con rápida cadencia de tiro. Él mismo dirá que la experiencia le había procurado una clara imagen de «la más severa y terrible ira de los Hombres», aunque resultaba evidente que había disfrutado al máximo con tan intensa emoción[31].

En mayo de 1912, Herbert, Margot[32] y Violet Asquith se unieron al matrimonio Churchill en el *Enchantress* y viajaron con ellos hasta Malta para asistir a los ejercicios navales del Mediterráneo. Margot y Violet no se llevaban bien, pero por lo demás, reinaba en el barco un amistoso clima familiar. «En una ocasión, estando ambos apoyados hombro con hombro en el pasamanos de la borda del barco, viendo deslizarse suavemente el bellísimo y risueño litoral del Adriático, inundado de sol, yo exclamé: “¡Qué maravilla!”, —recuerda Violet años más tarde—, y él me dejó atónita al responder: “Sí: una maravilla de alcance, la visibilidad es perfecta —si lleváramos unos cuantos cañones de seis pulgadas a bordo sería facilísimo bombardear, etcétera, etcétera…”»[33]. Hay un factor que habla bien a las claras de las diferencias que distinguían al joven con el que Violet se había querido casar en otro tiempo de su padre, Herbert Asquith: el de que Churchill estuviera deseando siempre encontrar periódicos y valijas con documentos de su departamento en cada escala, mientras que a Asquith,

pese a ser el primer ministro, le aliviaba no tener que bregar ni con las noticias ni con cuestiones de trabajo.

Los Churchill no se trasladaron a vivir al edificio del Almirantazgo, en Whitehall, hasta abril de 1913, dado que se esperaba que el primer lord pagara de su bolsillo a los doce criados que atendían el caserón, lo que superaba con mucho el coste de los cuatro o cinco sirvientes que tenían en Eccleston Square. Además de pasar un tramo de las vacaciones con el primer ministro, Churchill le mantuvo puntualmente informado mediante los largos y detallados memorandos que le enviaba en forma de carta, una costumbre que también habría de mantener en sus relaciones con el presidente Roosevelt durante la segunda guerra mundial. Churchill necesitaba contar con el apoyo de Asquith, ya que la mayor parte de sus reformas suscitaban constantes broncas en el Almirantazgo.

En diciembre de 1912, la destitución del almirante Bridgeman, primer lord del Mar, se efectuó con muy mal tino. Churchill pretextó que la salida del alto cargo se debía a cuestiones de salud, pero Bridgeman protestó indignado y afirmó hallarse en perfectas condiciones físicas[34]. Bonar Law respaldó a Bridgeman y el propio rey se puso de su parte, dolido por la jugarreta que se le estaba haciendo. Uno de los críticos que habría de mostrarse más agresivamente contrario al despido de Bridgeman sería el almirante lord Charles Beresford, parlamentario conservador. «No soy de los que se toman demasiado en serio al noble lord, —diría Churchill de él en un debate—. Es uno de esos oradores a los que en justicia puede aplicarse el dicho de que “Antes de levantarse del asiento no saben lo que van a decir; mientras discursean no saben lo que están diciendo; y cuando vuelven a su escaño no saben lo que han dicho”.»[35] La expulsión de Bridgeman fue un episodio muy antipático. Para culminarla con éxito, Churchill actuó mal, ya que decidió citar en público el contenido de unas cartas privadas que no debería haber dado a conocer, y en un determinado momento llegó incluso a esgrimir la amenaza de revelar que Bridgeman había asistido únicamente a tres de las seis reuniones que había convocado el Comité para la Defensa del Imperio, y que en una de ellas se había visto obligado a abandonar la sala debido a un súbito acceso de vértigo[36]. «Da la impresión de que Winston Churchill ha organizado un tremendo lío con

todo esto», anota el rey en su diario, cosa que en este caso era perfectamente exacta.

En otro momento de su mandato, Churchill tuvo que hacer frente a la eventualidad de una dimisión en masa de los miembros del Consejo del Almirantazgo tras anunciar que tenía intención de despedir al almirante *sir* Richard Poore, comandante en jefe del Nore[37], debido a que se quejaba de que se estuviera haciendo caso omiso de su criterio y prefiriendo el de otros oficiales de graduación inferior. También este asunto habría de despertar inmediatamente ecos políticos[38]. Al final, Churchill saldría victorioso de estas y otras muchas controversias, aunque con un coste bastante superior al que creyó haber enjugado en su momento.

En noviembre de 1911, al ser elegido Andrew Bonar Law líder del Partido Conservador, tras la dimisión del extenuado y triplemente vencido Balfour, Churchill le escribió una amistosa carta de felicitación. Bonar Law le contestó a vuelta de correo, diciéndole que deseaba vivamente encontrarse con él en el Other Club, pero al mismo tiempo escribió otra nota a Riddell en la que insistía en que la asociación debía desmantelarse[39]. Por su parte, Churchill había preparado un remoquete demoledor sobre Bonar Law con la intención de utilizarlo en la Cámara de los Comunes: «El rústico y revoltoso subsecretario, a quien la desolada carencia de personas de valía y las envidias de sus superiores, han aupado a la cúpula del Partido Conservador…» —pero finalmente decidió no emplearlo—.[40] Churchill escribió también a Balfour para señalarle que lamentaba haber tenido que «mantener una desagradable relación de antagonismo con usted, aunque no hay duda de que los defectos de mi carácter y mis malos modales han agravado innecesariamente este pernicioso estado de cosas. —Sin embargo, añade—, considero que algunas de las conversaciones que hemos tenido se cuentan entre las experiencias más gratas y memorables de toda mi vida»[41]. Al decir esto se estaba refiriendo a los debates en que ambos habían hablado de lord Randolph. No sabemos si Balfour consideró fundamentalmente cínica esta suerte de velada disculpa, pero dado el gran número de veces que Churchill le había atacado en los últimos siete años, y la severidad de sus embestidas, resultaría más que comprensible que la hubiera recibido con recelo.

El 27 de noviembre, Churchill propuso los nombres de los cuatro nuevos acorazados —*Africa*, *Liberty*, *Assiduous* y *Oliver Cromwell*— y se los envió al rey con vistas a su aprobación[42]. El monarca aceptó la denominación del *Africa*, pero no la del resto, y sugirió como alternativas *Delhi*, *Wellington* y *Marlborough*. En lugar de entender que el último nombre constituía en realidad un cumplido y dejar correr el asunto, Churchill se mantuvo en sus trece —y el rey hizo otro tanto—. Transcurrido todo un año, Churchill volvió a intentar que se aprobara el rótulo de *Cromwell*, proponiendo en esta ocasión que se asignara a uno de los cuatro superacorazados de clase *Queen Elizabeth* previstos para 1912. Apoyó su iniciativa en el siguiente argumento: «Oliver Cromwell fue uno de los fundadores de la Marina Real y no existe prácticamente ningún otro hombre que haya hecho tanto por ella»[43]. Pese al represivo legado de Cromwell, Churchill le admiraba por haber readmitido a los judíos en suelo británico y haber puesto fin a la dictadura monárquica. En lugar de captar la idea de que el rey no estaba dispuesto a honrar un regicidio, Churchill persistió en el empeño y trató de convencer a lord Stamfordham de que «Su Majestad es heredero de todas las glorias de la nación, y no hay capítulo de la historia inglesa que deba inspirarle desafección»[44].

La obstinación que muestra en esta ocasión Churchill resulta casi cómica, por no hablar del ingenio que gasta en la construcción de argumentos, pero la cuestión es que ninguno de ellos consiguió el efecto deseado. Tanto el rey como Stamfordham también tenían sus propios planteamientos válidos, y uno no menor era, desde luego, el de que ese gesto podía enfurecer a los nacionalistas irlandeses debido a las tristemente célebres masacres que Cromwell había perpetrado en Drogheda y Wexford en 1649. En 1913, Churchill puso sobre la mesa los nombres de *Ark Royal* y *Pitt*. El rey opuso varias objeciones a la adopción de la denominación de *Ark Royal*, ya que pensaba que acabaría conociéndose al buque con el mote de «*Arca de Noé*», pero rechazó claramente el de *Pitt*, ya que tenía el presentimiento, extraído de los muchos años que él mismo había pasado navegando, de que esa denominación daría pábulo al «omnipresente peligro de que los hombres motejen al barco con apelativos malsonantes por el simple hecho de encontrar una rima chistosa»[45]. Churchill, malhumorado,

protestó diciendo que esa sugerencia no era «digna de la mente de un monarca»[46]. Los cuatro navíos terminarían haciéndose a la mar con los nombres de *Iron Duke* (que Churchill prefirió a *Wellington*), *Marlborough*, *Emperor of India* y *Benbow* (por el gran almirante John Benbow, de finales del siglo XVII). De no haber quedado convencido de que era mejor dejar el asunto, al terciar en la porfía el príncipe Luis de Battenberg, un almirante recientemente ascendido al grado de primer lord del Mar al que Churchill admiraba y en el que tenía total confianza, es muy probable que el impetuoso lord del Almirantazgo hubiera prolongado indefinidamente la desigual disputa[47]. Pero tendría que esperar treinta y dos años para poder bautizar con el nombre de *Cromwell* a un buque cisterna de tamaño medio.

Los acorazados del año 1913, los últimos del programa de construcción naval previo a la guerra, recibirían finalmente los nombres de *Royal Sovereign*, *Royal Oak*, *Resolution*, *Revenge* y *Ramillies* —siendo este último un nuevo tributo a Marlborough, ya que con él se conmemoraba su gran victoria de 1706—.[48] En mayo de 1912, Churchill le escribe confidencialmente a Clementine: «El rey dice de la Marina más estupideces de las que le había oído nunca. La verdad es que resulta sumamente descorazonador escuchar las babosadas y tontos planteamientos baratos que permite que le metan en la cabeza»[49].

Si en el caso de la denominación de los acorazados Churchill ya se había dejado embarcar en una estéril enganchada, ahora iba a meterse en aguas mucho más procelosas al defender ruidosamente el proyecto de la autonomía de Irlanda. En diciembre de 1911, escribe: «Una de las estrellas que han de guiar siempre las políticas de estado británicas es la que apunta no solo a federar el imperio, sino la que procura consolidar los vínculos de amistad y asociación con Estados Unidos. No cabe duda de que la senda que debe conducirnos a la unidad de las razas de habla inglesa será larga, y es obvio que no se vislumbra aún su conclusión. Sin embargo, ha de ser una vía ancha y abierta, y la existencia de un parlamento irlandés, leal a la Corona y libre de perseguir lo mejor para la Isla Esmeralda, es seguramente el primer hito en esa dirección»[50]. Pese a que no existiera de hecho la más

mínima posibilidad de que una Irlanda independiente continuara mostrándose fiel a la monarquía inglesa a largo plazo, las opiniones de Churchill estaban empezando a seguir un camino llamado a culminar con la sugerencia de una ciudadanía conjunta angloamericana, como planteará en Harvard en 1943. En realidad, la postura que adopta respecto de la autonomía de Irlanda es una de sus primeras afirmaciones relacionadas con la confederación de los pueblos de habla inglesa, una noción que habrá de encontrar en él a un precursor adelantado a su tiempo, puesto que la juzgaba capital para la continuidad de la relevancia internacional de Gran Bretaña.

No obstante, el hecho de que apoyara una forma de autonomía para Irlanda, aun siendo limitada, le hizo enormemente impopular en la parte norte de la isla, de confesión protestante. Y la verdad es que, en febrero de 1912, Churchill dio muestras de su notable coraje personal al acudir a Belfast para hablar con la gente de esa cuestión. Clementine optó valientemente por acompañarle, aunque en el momento en el que los indignados miembros de las logias protestantes de la Orden de Orange tomaron el Ulster Hall —en el preciso instante en el que su marido se disponía a hablar— se tuvo la impresión de que su presencia había sido una temeridad. Por si fuera poco, el local era justamente el mismo en el que su padre había declarado en 1886 que el Úlster estaría en su derecho si decidía armarse, y desde luego la situación tenía visos de acabar con algún brote de violencia. Para mantener el orden, la Oficina de Guerra quiso poner en estado de alerta a tres brigadas del ejército, pero Churchill se las arregló para llamar a la calma a los presentes y dijo a las autoridades que no iba a dejar de pronunciar el discurso que había venido a dar[51]. Al final, el mitin se trasladó al campo de fútbol del Celtic, situado en Falls Road, en la zona nacionalista de Belfast, debido a que la policía había tendido un cordón de seguridad entre las dos partes de la ciudad[52].

Durante su estancia en el hotel, una muchedumbre lealista hostil amenazó a Churchill y a Clementine, y poco faltó para que los manifestantes lograran volcar el coche en el que se desplazaron a Falls Road. Sin embargo, en cuanto llegaron al estadio de fútbol del Celtic, los cinco mil nacionalistas presentes les aclamaron, pese a que estaba lloviendo a cántaros. «¿No os parece que la irrupción de un parlamento irlandés en el

deslumbrante escenario del mundo moderno constituiría un enriquecimiento y una gloria añadida a los tesoros del imperio británico?, —preguntó a la multitud—. ¿Y qué decir de toda esa vacua e insensata cháchara sobre la secesión? La separación de Irlanda de Gran Bretaña es absolutamente imposible.»[53] Al regresar, Clementine le dijo a Riddell: «Winston no se puso nervioso en ningún momento, —y de hecho, añadió—, yo diría que tanto la oposición como las amenazas solo sirvieron para "animarle"»[54]. En realidad, los hombres partidarios del movimiento sufragista le causaron más problemas que los lealistas irlandeses, hasta el punto de que «Winston estuvo a punto de partirle la cara a uno de los tipos que se abrió paso a viva fuerza hasta el compartimento del tren» en el que viajaba con Clementine[55].

El 16 de abril era sometido por primera vez a debate el Proyecto de ley de Autonomía para Irlanda. En épocas pasadas, Churchill había dejado dicho que la creación de un parlamento irlandés en Dublín era tan «peligrosa como impracticable». Sin embargo, al constatar que los nacionalistas irlandeses poseían ahora la llave de los equilibrios de poder en la Cámara de los Comunes, Churchill había cambiado radicalmente de postura y optado por apoyar sin ambages la constitución de dicho parlamento, como muestra el discurso del estadio de fútbol. Con todo, seguía convencido de que era preciso que los habitantes del Úlster aceptaran «una moratoria de varios años antes de poder unirse»[56]. Era una postura muy poco heroica, pero también implicaba la adquisición de un compromiso dictado por el sentido común. Los unionistas nunca le dieron crédito, ya que insistía en efectuar a los protestantes del Úlster un conjunto de concesiones que muchos radicales y nacionalistas irlandeses de su propio bando no estaban dispuestos a llevar a la práctica[57]. «Nunca antes se había pedido tan poco, —dirá Churchill del Proyecto de ley de Autonomía—, y nunca antes habían coincidido tantos en pedirlo».

El 30 de abril, durante la segunda lectura del proyecto de ley, Churchill atacó duramente a Bonar Law y a *sir* Edward Carson, el líder de los unionistas del Úlster. Les puso en ridículo al señalar las «incitaciones» que habían hecho «a los protestantes de la Orden de Orange», y dijo además que las manifestaciones que acababa de hacer Bonar Law al sostener que el

Úlster se opondría por la fuerza a la autonomía de Irlanda constituían «casi un acto de traición». En el transcurso del año, las disputas surgidas en torno a la autonomía de Irlanda se fueron enconando cada vez más. El 11 de noviembre, los conservadores ganaron por sorpresa una votación sobre una enmienda de escasa importancia y comenzaron a corear «¡Dimisión! ¡Dimisión!» al ver que los ministros liberales abandonaban la cámara, rematando sus cánticos con un «¡Adiós, adiós; coged vuestras pensiones: adiós!». El día 13 de ese mismo mes se anuló la votación, y al salir Churchill de la sala, junto a Jack Seely, la oposición comenzó a aullar «¡Canallas!», y ellos sacaron burlonamente los pañuelos y empezaron a hacer señas de despedida a la bancada que les increpaba, momento en el que Ronald McNeill, un antiguo alumno de Harrow, conservador, nacido en el Úlster y representante en el parlamento de una circunscripción de Kent, arrojó a Churchill un ejemplar encuadernado en cuero del Reglamento redactado por el presidente de los Comunes[58], golpeándole en la cara y provocándole un corte sangrante[59]. (Al día siguiente se disculpó.)

Pese a que al mismo tiempo se estuviera preparando para el inminente estallido de la guerra, Churchill hizo varias ofertas de paz a Alemania, todas ellas muy completas. El 18 de marzo de 1912, al presentar las Estimaciones Presupuestarias de la Armada ante la Cámara de los Comunes, repleta a reventar, sugirió que se planteara a los germanos una propuesta a la que más tarde se terminaría conociendo con el nombre de «vacaciones navales», que consistía en acordar ambos países la detención temporal de toda nueva construcción de buques. Comenzó su alocución diciendo que por cada nuevo acorazado que construyera Alemania, Gran Bretaña botaría un 60 % más de buques, «puesto que al ponderar las cuestiones relativas a nuestro poderío marítimo no estamos pensando en nuestro comercio, sino en nuestra libertad»[60]. Después prometió que «todo retraso o reducción del proceso de construcción naval alemán […] será seguido sin dilación en nuestro suelo […], y se harán amplias reducciones, perfectamente proporcionales» a las observadas en el Reich[61]. Si Alemania renunciaba a construir los tres acorazados que tenía planeado poner en activo en 1913, Churchill prometía «tachar» de la lista de proyectos en marcha los cinco superacorazados que Gran Bretaña se proponía materializar a su vez. «En

cualquier momento podría decretarse el fin de esta intensa y gravosa rivalidad naval», anunció[62].

Alemania rechazó la oferta. El káiser escribió un mensaje «de cortesía» en el que afirmaba que esa situación «únicamente podría darse entre aliados», pero en privado sostenía que las tesis de Churchill destilaban «arrogancia»[63]. Theobald von Bethmann-Hollweg, el canciller alemán, despreciaba a Churchill, y al tenerle por «un agitador intolerable al que ahora le da por ponerse a rogar», prefirió no darle respuesta pública. En 1913, Churchill, impertérrito, reiteró en dos ocasiones el mismo ofrecimiento, y le dijo a Grey que «el simple hecho de que no sea bien recibida por las clases gobernantes de Alemania no tiene por qué llevarnos a suprimir la propuesta»[64]. En el futuro, Churchill quedaría ya permanentemente persuadido de que, «si se hubiera aceptado esa oferta, la tensión en Europa habría disminuido enormemente, y hasta es posible que se hubiera conseguido evitar la catástrofe» —así lo explica él mismo en un artículo publicado en septiembre de 1937 en el *Evening Standard*—.[65] Desde luego, este postura le absuelve de toda responsabilidad en los acontecimientos que iban a desgranarse en el transcurso de los treinta meses siguientes: las «vacaciones navales» no es precisamente la política que siguen en general los belicistas.

El 15 de abril de 1912, al enterarse de que en el hundimiento del *Titanic* se había seguido a rajatabla la regla de evacuar primero a las mujeres y los niños, Churchill se llenó de orgullo. Tuvo la sensación, y así se lo comunicará a Clementine, que se hallaba convaleciente en París, de que esto «cubre de honor a nuestra civilización». Como suele ser característico en él, Churchill enfoca el suceso desde un punto de vista histórico, y extrae inmediatamente conclusiones raciales y políticas:

> No puedo evitar sentirme muy satisfecho de nuestra raza y sus tradiciones, y así lo demuestra este acontecimiento. Botes repletos de mujeres y niños son lanzados al mar con su valiosa carga sana y salva, mientras el resto del pasaje permanece en silencio. Quiero honrar desde aquí su memoria. Pese a todas las desigualdades y artificios de la vida moderna, en el fondo —y este hecho llega a las más hondas raíces de su verificación—, nuestra civilización es humanitaria, cristiana y absolutamente democrática. ¡De qué distinta manera habrían resuelto el problema la Roma imperial o la antigua Grecia! Las gentes más encumbradas, junto con los potentados de toda laya, se habrían largado en compañía de sus

> concubinas, favoritos, guardias personales […], es más: todo aquel que se hubiera hallado en condiciones de sobornar a la tripulación habría conseguido anteponerse a sus semejantes, y al diablo con el resto. Sin embargo, esa ética no solo no habría sabido elaborar la ciencia precisa para construir Titanics, tampoco habría acertado a perderlos con honor[66].

A finales de marzo de 1912, Clementine había tenido un aborto natural, seguido por varios meses de achaques. No había dejado de practicar regularmente la caza durante el embarazo, y el viaje al Úlster pudo haber contribuido a incrementar la tensión. «Querida, espero que no te sientas apurada y que todo esté yendo bien, —le escribe Churchill desde el *Enchantress*—. Lo que ha sucedido es probablemente lo mejor. Me siento horriblemente culpable de haberte impuesto una tarea tan difícil a tan poco tiempo de tu recuperación[67]. No me extraña que no te hayas sentido a gusto este último mes. Pobrecita mía. En cualquier caso, seguro que el resto del año va a ser muy agradable y que podrás cazar de nuevo en invierno. Y tenemos todo el tiempo que queramos.»[68]

«Resulta tan extraño tener las mismas sensaciones que se viven tras el nacimiento efectivo de un bebé, pero sin resultado, —explica con honesta reserva Clementine en la carta con la que responde a Churchill—. Espero no volver a padecer ningún otro accidente como este.»[69] A pesar del dolor y del disgusto, Clementine sacó fuerzas de flaqueza y no tardó en recuperar la forma física. No había transcurrido aún una semana y ya la vemos dirigir una carta rebosante de buen humor al *Times*. En ella, Clementine ridiculiza las pretenciosas argumentaciones contrarias a las sufragistas que ese mismo rotativo había publicado poco antes y dice: «Lo que está en el candelero parece no consistir ya en responder a la pregunta: "¿Han de poder votar las mujeres?, —sino en satisfacer esta otra—: ¿No resultará preciso abolir por completo a las féminas?"». Clementine firmaba la carta como sigue: «C. S. C. ("Una de las condenadas")»[70]. Asquith, pese a ser un acérrimo detractor del sufragio femenino, consideraría que aquella salida había sido, «con mucho, lo mejor» que había leído sobre el particular. Por desgracia, al día siguiente, su marido se expresaba exactamente en los mismos términos que las personas que Clementine había estado zahiriendo, al decirle a *sir*

George Riddell: «La verdad es que ya tenemos suficientes votantes ignorantes, así que no necesitamos ninguno más»[71].

El 13 de noviembre, las sufragistas atacaron en el teatro a Churchill y a Clementine, aunque Jennie, que también asistía a la representación, «¡se fue hacia las activistas y les dijo que iban a tener que embutirles a la fuerza un poco de sentido común!»[72]. En casa de los Churchill no se abría ningún paquete por temor a las bombas de las sufragistas, que ya habían explotado tanto en la casa que Lloyd George tenía en Surrey como bajo la Silla de la Coronación[73] de la abadía de Westminster y otros lugares. Las manifestantes destrozaron a martillazos los escaparates de centenares de tiendas, acuchillaron los lienzos expuestos en las galerías de arte, y arrojaron ácido por la boca de un sinfín de buzones de correos. «Estas arpías son muy capaces de intentar abrasarnos vivos», advirtió Churchill a Clementine. Fue necesario poner protección policial a los hijos de la pareja para que pudieran dar paseos por el parque, ya que la familia recibió amenazas de grupos que se proponían secuestrarlos[74].

El estallido de la Gran Guerra dejó en suspenso la campaña en favor del sufragio femenino, y lo cierto es que, en la contienda, la contribución de las mujeres tuvo tal alcance e importancia que, en febrero de 1918, las mujeres de treinta años o más consiguieron finalmente que se les reconociera el derecho al voto en las elecciones al parlamento —y Churchill votó a favor de esa iniciativa legislativa—. En diciembre de 1919, *lady* Nancy Astor se convirtió en la primera mujer en ocupar un escaño en la Cámara de los Comunes. Nancy Astor tuvo más tarde la sensación de que Winston, a quien conocía de sus previas relaciones sociales, la trataba con frialdad, y al preguntarle la razón de ese comportamiento, Churchill respondió: «Me siento como si hubieras irrumpido en mi cuarto de baño y no tuviera más arma que una esponja para defenderme»[75]. (Fueron muy raras las ocasiones en que se condujo de forma poco galante: en la década de 1950 un amigo le dijo que la práctica masculina de ceder el asiento a las mujeres en los autobuses estaba cayendo en desuso, y él replicó: «¡Les está bien empleado! ¿No querían ser iguales? ¡Pues que se queden de pie!».)[76]

Churchill no abandonó el sueño de un partido centrista de ámbito nacional ni siquiera en el tóxico clima reinante en la política anterior a la

Gran Guerra, marcada por la existencia de profundas tensiones en torno a las cuestiones de Irlanda, el sufragio femenino, el rearme, las reformas sociales, el veto de los lores y las relaciones industriales. En marzo de 1913, durante un partido de golf pasado por agua en Walton Heath, le dirá a George Riddell: «La situación no tardará en estar madura para una fusión de los dos partidos». Los conservadores estaban dispuestos a aceptar la implantación de un salario mínimo para los trabajadores del campo, y a cambio los liberales podían apoyar el establecimiento de un sistema de reclutamiento obligatorio para la prestación del servicio militar. «En ambas formaciones hay imbéciles en un extremo y cabezas de chorlito en el otro, —añadió—, pero el gran contingente humano que se encuentra entre uno y otro es sensato y prudente»[77]. A Lloyd George no le interesaba en absoluto el proyecto y consideraba que Churchill no tenía ninguna credibilidad como promotor del mismo. «No sirve de nada hablar de principios o de cualquier otra cosa por el estilo con Winston, —se queja Lloyd George a los Masterman en noviembre de 1912—. Yo se lo he dicho a las claras: "Te veo como se ve a un abogado brillante al que no querrías que tu adversario en un litigio pudiera contratar, y al que por eso mismo retienes contigo. Pienso que tus minutas son excesivas, pero estoy dispuesto a seguirte hasta donde me sea dado hacerlo razonablemente".»[78] Mucho más que el afecto, la consideración o la coincidencia política, esto es lo que explica que Lloyd George designara a Churchill como titular de futuros ministerios. «No conozco a nadie que, manteniendo habitualmente un comportamiento tan sano y bueno en sus relaciones privadas, deje tan totalmente de lado toda semblanza de principio en cuanto se abordan las cuestiones públicas», prosigue[79]. Churchill creyó durante mucho tiempo que Lloyd George era uno de sus más íntimos amigos en el ámbito político, pero este nunca vio de la misma manera la relación que les unía.

Las desavenencias entre los partidos se agravaron en el verano de 1912 al revelarse que Lloyd George, que seguía ocupando el cargo de ministro de Hacienda, y *sir* Rufus Isaacs, el fiscal general del estado, habían comprado acciones de la compañía estadounidense Marconi, y que durante cuatro meses las habían conservado sin declararlas, después de haber asegurado a la Cámara de los Comunes que no poseían ningún título de la filial

doméstica, la compañía Marconi Británica, cuyo director gerente era hermano de Isaacs. La firma de un jugosísimo contrato con el gobierno inglés había triplicado el valor de las acciones de la Marconi Británica, y la conducta de los ministros suscitaba la sospecha de que se habían beneficiado de información privilegiada. No se trataba de un caso de corrupción, ya que las dos compañías eran entidades oficialmente diferentes, pero las circunstancias parecían irrefutablemente comprometedoras[80].

Churchill respaldó a sus amigos de forma pública e inequívoca. Le comentó a Riddell que «le preocupaba mucho la situación en que se habían visto envueltos Lloyd George y Rufus Isaacs en el incidente de la Marconi, y añadió que sufría enormemente por ellos. Dijo que Lloyd George era "un hombrecillo valeroso y honesto, del que dependían muchas cosas"»[81]. Riddell sacó la conclusión de que Churchill era «un tipo leal y afectuoso», y el hermano de Lloyd George se mostró totalmente de acuerdo con él. En sus memorias, este último recuerda que, «de entre los amigos que se apiñaron en torno a [Lloyd George] en la época de este decidido ataque a su reputación, los más destacados fueron los señores Winston Churchill y C. P. Scott, del *Manchester Guardian*. Se dice que, al primero, el asunto parecía preocuparle casi tanto como a [mi propio hermano]». A continuación, el autor rinde homenaje a «la ayuda que [Churchill] proporcionó [a George], indispensable para mantener bajo control el incendio y evitar que se propagara»[82]. Churchill convenció a lord Northcliffe de que no debía permitir que el *Times* continuara avivando el fuego, y consiguió asimismo que F. E. Smith representara a Lloyd George y a *sir* Rufus Isaacs en la fructífera demanda que los dos políticos interpusieron contra el periódico francés *Le Matin*. También negoció las palabras exactas que debía pronunciar Asquith en el discurso del debate suscitado a raíz del informe emitido por el Comité de investigación de los Comunes encargado de estudiar el caso.

Al sugerir uno de los testigos que el propio Churchill había estado implicado en la compra de las acciones, se dio al primer lord del Almirantazgo una hora para presentarse ante los miembros del Comité. «El señor Churchill se personó en la sala de vistas del Comité, —señala uno de

los observadores presentes en la sesión—, con la energía de un tornado». «Tomó asiento un instante, blanco de ira, y casi inmediatamente se le instó a ocupar la tribuna de los testigos», tras lo cual el presidente le preguntó si había intervenido de una u otra manera en los tejemanejes de las acciones de la Marconi[83]. La respuesta de Churchill fue un magistral ejemplo de ultrajada y elocuente negación de todos los cargos, tanto es así que su amonestación consiguió arrancar una carcajada y una salva de aplausos a cuantos se hallaban presentes en la sala del Comité:

> Nunca he tenido, en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, ni directa ni indirectamente, inversiones ni intereses de tipo alguno, por vaga que sea la fórmula con que se pretenda describirlos, en las acciones telegráficas de Marconi ni en ninguna otra clase de participación capaz de responder a tal descripción, ni en este ni en ningún otro país del orbe habitado, y si alguien en alguna ocasión se ha atrevido a decirlo, es un mentiroso y un calumniador, y es más, si alguien hubiera dado en repetir esa declaración y en decir que lo afirmaba sin disponer de pruebas y en la creencia de que se trataba de una acusación falsa, pero que por ahí se oía el murmullo, diré solo que la única diferencia entre esa persona y un falsario y un difamador estriba en la añadidura de su perfecta cobardía[84].

Al sugerirle lord Robert Cecil, hermano de lord Hugh, y un parlamentario conservador, que debería haber dado gracias por que se le hubiera ofrecido esa oportunidad de limpiar su nombre, Churchill respondió que no estaba de acuerdo, y que, teniendo en cuenta que no se había presentado una sola prueba, salvo un rumor escuchado por casualidad y referido a otros por un hombre que ni siquiera daba crédito a lo que transmitía, no debería habérsele llamado a declarar bajo ningún concepto[85]. El voto de los ocho liberales del Comité de investigación se impuso al de los cuatro vocales conservadores, de modo que Rufus Isaacs y Lloyd George lograron eludir la crítica oficial. El día 1 de julio, Churchill también aprovecharía la ocasión de un discurso en el Club Liberal Nacional para defender a Lloyd George y a Isaacs, pero también para atacar a su atormentador, Cecil, al que acusó de haber divulgado unas insinuaciones «tan odiosas como despreciables […], salidas de la boca de alguien que ha venido presentándose fraudulentamente como un hombre justo e imparcial que además ha querido envolver bajo las suaves maneras del caballero bien educado el trabajo sucio que se ha propuesto hacer»[86]. Este episodio viene

a marcar uno de los peores momentos de la larga relación de amor-odio que Churchill mantuvo siempre con la familia Cecil.

A finales de septiembre, Churchill fue invitado a cazar venados en el castillo de Balmoral (y allí el rey encontró que se trataba de una persona «sensata y bastante razonable»), lo que le dio ocasión de conectar con el príncipe de Gales, que por entonces contaba diecinueve años. Churchill examinó en presencia del joven las carteras de documentos más urgentes del príncipe, y le dio algunos consejos sobre la manera de gestionar los expedientes gubernamentales que contenían[87]. «Es encantador, y nos hemos hecho bastante amigos, —comenta Churchill con Clementine—. Le vendrá bien enamorarse de alguna preciosa gatita que sepa evitarle el exceso de energía.»[88] Pero las cosas no irán por ese camino.

En Balmoral, los asistentes al convite se pasaron la mayor parte del día correteando por el campo, así que apenas les quedó tiempo para abordar cuestiones políticas. Churchill quedó muy complacido al ingeniárselas para abatir un gamo que «ofrecía un blanco realmente difícil, ya que no solo se encontraba en una ladera y aparecía medio tapado por la vegetación, sino que corría a toda velocidad». Sin embargo, sus intentos de convencer a Bonar Law, igualmente presente en la batida, de que aceptara la autonomía de Irlanda, no se revelaron tan fructíferos —ni siquiera tras explicarle que el Úlster dispondría de todo un conjunto de derechos exclusivos e independientes del marco general del pacto—.[89] «En estos casos, la historia nos enseña que, por regla general, lo que triunfa es el sentido común británico», le dirá Churchill antes de defender la idea de que la católica Irlanda no «va a quedarse quieta, viendo que el cáliz que está prácticamente a punto de llevarse a los labios es arrojado violentamente al suelo», pero Bonar Law no modificará en lo más mínimo su postura[90].

En un discurso sobre el libre comercio pronunciado en Manchester en octubre de 1913, tras proponer por tercera vez Churchill la contención de la escalada armamentística de las flotas inglesa y alemana, es decir, sus ya célebres «vacaciones navales», el anglófobo almirante y poderoso ministro de Marina alemán, Alfred von Tirpitz —que llevaba largos años en el puesto—, tardó cuatro meses en ofrecer la respuesta formal del Reich, evidentemente negativa. El káiser calificó las ofertas de limitación

armamentística de los británicos de «grave insulto al pueblo alemán y a su emperador», añadiendo incluso, por si quedara alguna duda, que la propuesta «chocaba contra una determinación granítica»[91]. Si Churchill optó por efectuar dichas ofertas en público fue debido a que ya habían sido rechazadas en privado y a que esperaba poder movilizar a la opinión pública alemana en su favor. Es probable que parte de la indignación del káiser hallara su origen en el hecho de que se daba perfecta cuenta de que la maniobra le adjudicaba innegablemente el papel de instigador belicista de la carrera armamentística naval. Un periódico conservador, el *Deutsche Tageszeitung*, señaló que era Churchill quien debía tomarse unas vacaciones y dejar de dar esos discursos[92]. No obstante, la prensa opositora inglesa tampoco se mostró mucho más receptiva a la idea. La *National Review* denunció a ese «saltimbanqui del Almirantazgo» que está decidido a promover «la disparatada moda del desarme», actitud con la que, según la publicación, se le «hacía el juego al inmenso ejército de anglófobos que predican la yihad contra este país»[93]. Los redactores de la revista no podían saber que Churchill, convencido de que la guerra era inminente, estaba solicitando en secreto la construcción de cuatro superacorazados más y la aprobación de un amplio aumento del gasto de la armada, sobre todo para poder disponer de submarinos[94]. Su oferta pública de paz no era hipócrita, pero tampoco incompatible con el hecho de prepararse para una contienda desde su cargo ministerial. Dado el agresivo militarismo alemán, su posición resultaba lógica y sensata.

Churchill llevaba recibiendo lecciones de baile desde el año 1912, pero ahora decidió aprender también a volar. Le dijo a un amigo que las prácticas de aviación no solo le «habían hecho mucho bien, sino que habían espoleado sus ganas de vivir»[95]. El 22 de octubre de 1913, el monoplano en el que tenía previsto volar dio «un hachazo» en el aire y quedó totalmente destrozado, pero él no se desanimó[96]. Al día siguiente embarcó en un dirigible Astra-Torres, inventado cinco años antes[97], durante una hora. Tras inspeccionar unos cuantos hidroaviones en los astilleros de la península de Sheerness, Churchill le confiesa a Clementine: «Me lo he pasado tan bien como en los viejos tiempos de la segunda guerra de los bóers, y he vivido plenamente el momento, sin preocuparme ni un instante

de todos esos aburridos partidos políticos ni del escrutinio periodístico, las complicadas elecciones parciales, las malhumoradas fraternidades de la Orden de Orange, los odiosos Cecil o los tipejos mezquinos y engreídos del estilo de Runciman»[98]. Clementine le contesta: «Por favor, sé bueno y no sigas volando por el momento»[99]. Sin embargo, Churchill prefirió seguir sus impulsos egoístas e hizo oídos sordos a su ruego, a pesar de que la aeronáutica se encontraba todavía en pañales —igual que sus hijos, por cierto, ambos menores de cinco años—. «No te enfades conmigo», le dirá el 29 de noviembre, antes de afirmar que los aviones no constituían «un grave riesgo»[100]. Tres días más tarde, su instructor, el capitán Gilbert Wildman-Lushington, se mataba en un accidente aéreo. El teniente coronel Hugh Trenchard, comandante de la Academia Central de Vuelo de Portsmouth, no creía que Churchill tuviera un talento innato para el pilotaje de aeroplanos. «Parecía demasiado impaciente para ser un buen alumno, —recuerda—. Solía presentarse de improviso […], veía todo lo que se le antojaba ver, y se quedaba en las instalaciones para pasar la noche —o mejor dicho: las pocas horas de oscuridad que todavía quedaban cuando ponía fin a su cháchara… —. Todo, absolutamente todo, incluyendo la aviación, se hallaba subordinado, desde su punto de vista, a un único objetivo: el de conseguir que la flota estuviera lista para entrar en combate con el enemigo alemán.»[101]

El 29 de mayo de 1914, Churchill le dice a Clementine que si no le había escrito había sido porque había estado haciendo prácticas en la Academia Central de Vuelo y había preferido no preocuparla. Seis días antes, había formado parte del fallido comité de bienvenida del aviador alemán Gustav Hamel, que se había propuesto cruzar el Canal de la Mancha pero había muerto durante la travesía al estrellarse su aparato en el mar. Un teniente que solo una semana antes había llevado a Churchill en su aeroplano también había fallecido en el mismo avión empleado en el vuelo con el primer lord del Almirantazgo, en un accidente en el que también había perecido su copiloto[102]. Clementine replicó que sus súplicas la hacían sentir muy mal, dado que era «como darse de cabeza contra un muro»[103]. Él tuvo que admitir que las compañías de seguros le «intentaban cobrar unas primas excesivamente elevadas: no solo por el estrés de la

política, sino también por contar con muchos parientes pocos longevos, y por supuesto por volar»[104]. Desde luego, en esa época de su vida no habría podido encontrar a ningún agente de seguros que estuviera lo suficientemente loco como para ofrecerle una póliza después de haber efectuado los imperativos cálculos de viabilidad —y mucho menos aún si hubiera podido adivinar en qué situaciones iba a verse envuelto en el futuro —. El día 6 de junio, Churchill prometerá al fin a su esposa que, pese a estar a punto de conseguir sus «alas», es decir, la licencia de piloto, había decidido «abandonar resueltamente el empeño durante un buen número de meses, y tal vez para siempre. Esta afición es una maravilla —así de estúpido soy— que me puede costar más de cuanto puede alcanzar a comprar el dinero»[105]. Había volado casi ciento cuarenta veces en siete meses, con un sinfín de pilotos y en un variadísimo número de aparatos, y todo ello le hacía pensar que ya sabía lo bastante como «para comprender todas las medidas que puedan revelarse necesarias en un futuro próximo, en función de las circunstancias»[106].

La negativa referencia que hace Churchill a Walter Runciman, el ministro de Agricultura, hundía sus raíces en la disputa en que se habían enzarzado los miembros del gobierno a cuenta del gasto naval. Tanto Runciman como Herbert Samuel, director general de Correos; *sir* John Simon, fiscal general del estado; Reginald McKenna, ministro del Interior; y el propio Lloyd George, se habían opuesto tajantemente a las demandas económicas de Churchill, que había solicitado tres millones de libras extra para su departamento. Solo le habían apoyado Asquith y Jack Seely, el ministro de la Guerra. El barón y magnate de la prensa Max Aitken, que más tarde se convertiría en lord Beaverbrook, resumirá con notable concisión la actitud que habían adoptado en esta ocasión los unionistas con «el líder gubernamental del partido de la guerra»: «Les inspiraba odio, desconfianza y temor»[107]. Y prácticamente podía decirse lo mismo de la forma en que los propios miembros del gabinete veían a Churchill.

Al final, el respaldo de Asquith consiguió que el gobierno cambiara de postura y se aviniera a proporcionar al Almirantazgo los tres millones solicitados. «Jamás olvidaré el apoyo que me brindó, —recordará Churchill en 1950—. El gabinete se reunió en más de veinte ocasiones» para hablar

de los Presupuestos, «y de no haber sido por su imperiosa autoridad no me habría sido posible continuar al frente del Ministerio», concluye Churchill[108]. El día de Año Nuevo de 1914, Lloyd George trató de irritar a Churchill en una entrevista concedida al *Daily Chronicle*. En ella afirmaba que las perspectivas para la paz mundial nunca habían sido mejores, que el inmenso gasto en defensa era un disparate, y que uno de sus predecesores en el puesto de ministro de Hacienda, lord Randolph Churchill, había preferido dimitir a tener que aceptar unos presupuestos militares «inflados». Winston, que muy acertadamente entendió que lo que había inspirado las declaraciones era el deliberado deseo de provocarle, se negó a responder públicamente «a una cuestión que el gabinete está sopesando» en este mismo momento[109]. Churchill tuvo no obstante la gran suerte de que sus adversarios no lograran acordar el nombre de un posible sucesor en caso de que se le destituyera, ya que McKenna tenía dudas acerca de la idoneidad de Herbert Samuel como mascarón de proa del Almirantazgo, postura que sostuvo con el argumento de que a los oficiales «no les gustaría obedecer a un judío»[110].

El 31 de diciembre de 1913, Churchill firmaba un contrato de larga duración con la Shell Oil por el que la petrolera se comprometía a suministrar a la Marina Real Británica doscientas mil toneladas de fuelóleo al año. «Siempre nos han parecido corteses, considerados y serviciales, y se les ve ansiosos por complacer al Almirantazgo y promover los intereses de la Marina Real y el imperio británico, ¡aunque a qué precio!», dijo en los Comunes[111]. Más tarde resaltará este extremo: «La única dificultad ha sido la factura. En ese punto, como es obvio, se nos ha tratado con todo el rigor de este tipo de negocios». Esto le granjearía el respaldo de la bancada laborista, pero seis días más tarde, en la Asamblea General Anual de la Shell, *sir* Marcus Samuel, presidente de la empresa, negó las alegaciones de Churchill y le animó bien a revelar él mismo el coste de la operación, bien a permitirle hacerlo en su nombre. Churchill rechazó ambos ofrecimientos. Las cifras no se publicarían sino en 1966, tras el fallecimiento de Churchill. Dichas cuentas no solo mostraron que, en un principio, el suministro de fuelóleo a la Marina Real Británica había obligado a la Shell a encajar pérdidas, dado que había aceptado hacerlo a un precio muy inferior al

vigente en el mercado, sino que además la compañía había llegado a ofrecer incluso al Almirantazgo un puesto en la junta de accionistas[112].

A finales de enero de 1914, varios ministros del gabinete, capitaneados por McKenna, se empeñaron en forzar la expulsión del Churchill del gabinete, debido, una vez más, a su insistencia en aumentar los gastos de defensa. «Si dimito, —le dirá Churchill a Riddell a mediados de febrero—, alquilaré una casita en Carnoustie, cerca de Dundee, y daré una serie de discursos para exponer mis puntos de vista políticos. Esa será mi plataforma»[113]. Al preguntarle el periodista si se proponía unirse nuevamente a las filas de los conservadores, Winston replicó: «¡Por supuesto que no! De ningún modo. Soy un firme partidario del libre comercio, y no simpatizo nada con la actitud que muestran hacia las clases trabajadoras»[114]. Al pedírsele que comentara su categórica negativa a reducir por debajo de 29 el número de acorazados británicos presentes en aguas inglesas —cuando los alemanes solo disponían de 22—, le dijo a Riddell: «Lloyd George está acostumbrado a tratar con personas que se dejan engañar y amedrentar, ¡pero conmigo no puede hacer ni lo uno ni lo otro! Dice que hay miembros del gabinete dispuestos a dimitir. ¡Pues que lo hagan!»[115].

El 17 de marzo, Churchill presentó los nuevos Presupuestos Navales en un maratoniano discurso de dos horas y media en el que habló de la importancia de la artillería antiaérea, que debe contar con «cañones capaces de disparar hacia arriba, y con reflectores que puedan barrer todo el arco que puedan describir…, pero el único elemento que puede darnos una verdadera seguridad, y en el que deben basarse unos principios militares sensatos, en el de que hemos de ser dueños de nuestro espacio aéreo»[116]. A continuación empleó una imagen sorprendente para explicar que la capacidad ofensiva de los acorazados modernos era desproporcionadamente superior a sus recursos defensivos. «Si quieren hacerse una idea mental auténticamente ajustada a la realidad de lo que son los combates entre los grandes buques acorazados de nuestros días no han de figurarse que se asemejan al choque de dos hombres vestidos de armadura que se golpean con pesadas espadas de acero, —explicó—, ya que lo cierto es que se parece más que una contienda entre dos cáscaras de huevo decididas a

embestirse mutuamente con una maza»[117]. También habló del «valor estratégico del submarino y del determinante papel que esta arma, respaldada acaso, en algunos aspectos, por hidroaviones, puede desempeñar en la guerra naval futura»[118]. El interés de Churchill en la más reciente generación armamentística fue siempre una constante a lo largo de su vida, incluyendo la invención de la bomba atómica.

En la primavera de 1914 estalló en Irlanda una crisis que a punto estuvo de transformarse en una guerra civil en toda regla. Por la época en que se presentó el Proyecto de ley de Autonomía para Irlanda en la Cámara de los Comunes —en lo que constituía ya el tercer intento de aprobación de una norma similar desde el año 1886—, el dirigente de los Protestantes del Úlster, *sir* Edward Carson, creó en el norte de la isla un grupo paramilitar denominado Fuerza de Voluntarios del Úlster. En el sur católico no tardaría en surgir, a modo de respuesta, una formación similar: la de los Voluntarios Irlandeses. Los unionistas, cuya razón de ser quedaba patente en su propia denominación oficial —que en su versión completa indicaba claramente «Partido Conservador y Unionista»—, rechazaron el compromiso de Asquith, que el 9 de marzo había prometido una solución federal. Era obvio que, en vista de la situación, había que perder toda esperanza de un acuerdo bipartito. Dos días después, Asquith designaba un Comité gubernamental destinado a sopesar los peligros que podía plantear la Fuerza de Voluntarios del Úlster. En el comité, presidido por lord Crewe, participaron también tanto Churchill como Seeley.

El general de brigada lord Gleichen, que se hallaba al mando de la 15.ª Brigada de Infantería de Belfast, informó de que una fuerza lealista, que disponía de ametralladoras y de ochenta mil fusiles, se estaba preparando para asaltar los depósitos de armas del Úlster y sabotear sus comunicaciones[119]. Tres días más tarde, la Oficina de Guerra ordenó al general *sir* Arthur Paget, jefe del ejército de Irlanda, que «adoptara precauciones especiales» contra «las personas malintencionadas» que pudieran irrumpir en los almacenes de munición. Paget respondió que había dado las instrucciones pertinentes para proteger los arsenales, pero que no

se proponía enviar más tropas a dichas instalaciones. Su contestación hizo que se le convocara a Londres para analizar el asunto.

El 14 de marzo, Churchill pronunció en el Saint George Hall de la localidad de Bradford un discurso que todavía arrojó más combustible a la situación, ya de por sí notablemente incendiaria. Asquith le había autorizado a dejar meridianamente claro que el gobierno estaba dispuesto a hacer frente a una rebelión en el Úlster, pero es muy probable que no eligiera el momento más adecuado para desplegar sus deliberadas dislocaciones verbales. «La verdad es que el señor Bonar Law es, en algunos aspectos, un peligro público», dijo Churchill ante su amplia audiencia.

> [El señor Law] piensa muy sinceramente, a juzgar por sus discursos, que lo único que tiene que hacer para echar abajo el Proyecto de ley de Autonomía para Irlanda es seguir aterrorizando al gobierno y continuar abriéndose paso a viva fuerza en los Consejos del Reino […]. Detrás de cada una de las estridentes frases que pronuncia con su áspera voz se escuchan invariablemente los susurros rectores del cabeza de partido: «Hemos de provocar unas elecciones […]. El Úlster es nuestra mejor baza. La única que tenemos en realidad…». […] El derramamiento de sangre, caballeros, es sin duda lamentable. Lo he visto en más de una ocasión, quizá más veces que muchos de cuantos hablan con tanta ligereza sobre el particular. Pero hay cosas peores que el derramamiento de sangre, aunque se trate del que se genera en las situaciones de violencia más extrema. La desaparición del gobierno central del imperio británico sería mucho peor. El hecho de que nuestros hombres públicos se desentendieran de los legítimos fines en que han empeñado el honor sería peor. La eventualidad de que el ejecutivo abdicara cobardemente de sus responsabilidades sería peor. Dejar que la ley y el orden fueran pisoteados, a sabiendas de que una y otro son las condiciones de posibilidad de un estado civilizado, los factores que garantizan la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad…; todo eso sería peor que un derramamiento de sangre.

Si no hubiera deseos de paz, si todas las concesiones acabaran desechándose, concluye Churchill, y sobre todo, añade, si los lealistas se estuvieran proponiendo realmente la obtención de un «objetivo siniestro y revolucionario, entonces, caballeros, todo cuanto puedo decirles es esto: avancemos unidos y sometamos tan graves materias a la prueba de los hechos»[120].[121] Leo Amery expresaría el criterio de muchos conservadores al escribir que lo que se acababa de anunciar era, sencillamente, «una política gubernamental, y en su forma más intransigente y amenazadora»[122].

El 18 de marzo se presentaba en Londres el general Paget. Jack Seely, *sir* John French, el jefe del Estado Mayor Imperial General, y *sir* John Ewart, el general responsable del aparato administrativo del ejército, le informaron de que, aun no existiendo en modo alguno el propósito de que los soldados británicos atacaran a los ciudadanos del Úlster, iba a ser necesario movilizar no obstante a las tropas acantonadas en la región para respaldar al poder civil en caso de emergencia. Al día siguiente, Churchill ordenó que ocho acorazados de la tercera Escuadra de Combate —que en ese momento estaban efectuando unas maniobras frente a las costas españolas— «se encaminaran de inmediato a velocidad de crucero» a Lamlash, en la isla de Arran, en el estuario de Clyde, a 110 kilómetros del Úlster. Al mismo tiempo, los buques *Gibraltar* y *Royal Arthur* «debían poner rumbo sin demora hacia Kingstown, en Irlanda, con el fin de embarcar a la mañana siguiente a 550 infantes de marina, distribuidos por igual entre ambas naves, para después proseguir su singladura hasta Dundalk», a medio camino entre Dublín y Belfast**[123]**. Churchill también envió cinco destructores a los puertos irlandeses con instrucciones de permanecer en estado de alerta en caso de tener que actuar como transporte de tropas, ya que los empleados lealistas del ferrocarril habían amenazado con bloquear las vías del tren. Sus medidas recibieron el visto bueno del gabinete, y desde luego tenían la intención preventiva de permitir la actuación del ejecutivo en caso de que la Fuerza de Voluntarios del Úlster de Carson intentara constituir un gobierno provisional en el Úlster. Muchos conservadores creyeron, de forma totalmente errónea, que Churchill estaba urdiendo deliberadamente un plan destinado a provocar la resistencia armada de los alzados del norte para poder aplastarla e imponer después el régimen autonómico a la fuerza en toda la isla**[124]**.

El 21 de marzo, cuando la flota apenas había conseguido llegar a la altura de las islas Sorlingas**[125]**, Asquith dio contraorden. Para entonces, la situación se había complicado sobremanera, ya que el general de brigada J. E. Gough, junto con 57 de los 70 oficiales de la 3.ª Brigada de Caballería acantonada en la llanura de Curragh**[126]** —el principal campamento con que contaba el ejército británico en Irlanda—, había declarado que prefería ser destituido a tener que ejercer cualquier tipo de coerción en el Úlster.

Pese a que nunca hubo un solo oficial que se negara a obedecer las órdenes que ya se habían cursado, lo cierto es que la posición de Gough y sus hombres terminó conociéndose como el «Motín de Curragh». «Winston se llenó la boca de grandes palabras y dijo que había que sacar a los oficiales del cuartel para llevarlos a bordo de un acorazado, donde se les juzgaría en consejo de guerra, —recuerda el general *sir* John Ewart—. Sin embargo, yo exigí que aguardásemos a ver lo que tenían que decir los oficiales de más alta graduación implicados en el caso.»[127] Gough fue conminado a presentarse en la Oficina de Guerra, y una vez en ella Seely y él mismo acordaron sostener que se había tratado de un malentendido. Poco después, el memorando de tres párrafos que se redactó para dar cuenta de las conclusiones alcanzadas recibía el visto bueno del gobierno. Más tarde, Seely añadiría dos párrafos más de su propia cosecha. En ellos sostenía que no se recurriría al ejército para forzar la obediencia de los habitantes del Úlster que se oponían a la autonomía de Irlanda. Al filtrarse a la prensa, este planteamiento daría a muchos la impresión de que el Motín de Curragh había forzado al gobierno a recular. Tras impugnar el gabinete los dos párrafos incorporados con posterioridad, se apremió a Seely y a French a presentar la dimisión.

Churchill había intervenido muy de cerca en el desarrollo de todos estos acontecimientos, y fue a visitar a su amigo Seely a su casa londinense de la plaza Chester, y a Asquith al número de 10 de Downing Street —y más tarde al palacio de Buckingham, durante la crisis—. Todo ello sin contar que también participó en las reuniones del gabinete y que no dejó en ningún momento de cursar órdenes a la flota. No obstante, los rumores de su implicación terminaron fraguando y adquiriendo contornos propios de una teoría conspirativa de proporciones gigantescas. La supuesta conjura recibió el nombre de «Pogromo del Úlster», aunque en realidad no hubo el más mínimo derramamiento de sangre. Mucho tiempo después, corriendo ya el año 1954 incluso, el general *sir* Hubert Gough, hermano de J. E. Gough, se expresará como sigue: «La impresión que me dejaron esos emocionantes días es la de que Winston Churchill fue la fuerza impulsora oculta tras todos esos belicosos preparativos destinados a embridar al Úlster; que Seely no fue más que un instrumento en sus manos; y que Paget también actuó como

un títere»[128]. Se llegó a afirmar que Churchill había dicho a los franceses «que si Belfast mostraba signos de querer alzarse, su flota reduciría la ciudad a ruinas en veinticuatro horas»[129].

Naturalmente, lord Crawford, que en 1912 era el jefe de disciplina del Partido Conservador, se aferró al peor relato posible para explicar el papel de Churchill. «Había pruebas muy claras que apuntaban a la existencia de una compleja conspiración, —escribe—, una conjura urdida, sin duda, por Churchill, quien probablemente no se la comunicara a Asquith ni a los respetables miembros del gabinete»[130]. Crawford lo atribuyó a los antepasados de Winston y a las gotas de sangre «india y mexicana[131] que corrían por las venas de Churchill», y también achacó a «esos mismos motivos las razones de los incontables accesos de locura» del primer lord del Almirantazgo[132]. F. E. Smith, que respaldaba a Carson, también acusó a Churchill, sin justificación alguna, de «tramar con enorme refinamiento la identidad de la primera persona llamada a descerrajar el tiro» capaz de precipitar los acontecimientos (disparo que, evidentemente, no llegaría a producirse[133]). En un mitin unionista celebrado en Hyde Park, Beresford acusó a Churchill de ser «un Napoleón en miniatura, un hombre mentalmente desequilibrado, un ególatra, —y añadió—: Mientras el señor Winston Churchill permanezca en su puesto, el estado continuará en peligro»[134].

A lo largo de todas esas semanas la Cámara de los Comunes vivió zarandeada por una constante agitación febril. El 1 de abril, Leo Amery preguntó a Churchill «si esperaba que la adopción de un conjunto de iniciativas de carácter puramente estratégico, destinadas a preservar los comercios, podía desembocar en luchas y derramamientos de sangre»[135]. Churchill protestó diciendo que aquello era una «insinuación diabólica», con lo que el presidente de la Cámara de los Comunes obligó a Amery a retirar sus afirmaciones. Al ver que los conservadores aullaban: «¡Dimite! ¡Traidor! ¡Retráctate!», Churchill empeoró las cosas, ya que dio en sostener que Bonar Law quería «mostrar que los soldados aciertan, sin excepción, cuando abaten a un radical o a un laborista». No obstante, el 27 de marzo, mientras rugía a pleno volumen el torbellino del Úlster, el parlamentario liberal Cecil Harmsworth «descubrió a Churchill canturreando alegremente

por lo bajo en los aseos situados detrás de la tribuna del presidente de la Cámara», razón por la que decidirá «darle las gracias» en la sala, «ya que esta tranquilizadora muestra de jovialidad, —prosigue—, me indica que su señoría tiene la costumbre de afrontar las dificultades con un semblante externo próximo a la serenidad total»[136].

El 27 de abril, en los Comunes, dos días después de que los Voluntarios del Úlster hubieran descargado un importante flete de rifles y municiones, Churchill calificó los ataques de los conservadores diciendo que se «parecían asombrosamente al voto de censura que el mundo del hampa hace recaer sobre la policía», afirmación que haría replicar a Balfour que solo había un personaje de inmoralidad superior a la del más mezquino delincuente: el agente provocador[137]. Pese al carácter intrínsecamente improbable de la pretensión de que Churchill se propusiera arrasar Belfast, una de las grandes ciudades del imperio que adoraba, el mito del Pogromo del Úlster quedaría grabado a fuego en la memoria de los conservadores, y desde entonces, el discurso de Bradford, cuya naturaleza fue indudablemente incendiaria, ha venido utilizándose para arrojar una sombra de duda sobre las líneas de acción de Churchill. «No creo menospreciar en modo alguno las extraordinarias cualidades de Winston si digo que su criterio no está a la altura de sus numerosos talentos, —escribirá en su diario *sir* Almeric Fitzroy, miembro del Consejo del Reino. Y de hecho, añade—, sus talentos tampoco alcanzan a secundar eficazmente sus ambiciones. Su principal defecto estriba en el hecho de que todo lo ve a través de la lente de aumento de su enorme confianza en sí mismo»[138]. Y así es, dicho defecto le acompañará a lo largo de toda su vida, pero llegará un día en el que se revele que también le confería una tremenda fortaleza. En realidad, las medidas políticas que adoptó en el Úlster supusieron una concesión mucho mayor de lo que la mayoría de la gente acertó a comprender en su momento[139].

El 21 de mayo de 1914, el Proyecto de ley para el Gobierno de Irlanda (conocido con el nombre de «Tercer borrador de la Autonomía de Irlanda») superaba la tercera y última vuelta del trámite parlamentario previsto en la Cámara de los Comunes, y el 18 de septiembre, la corona le daba el visto bueno, ya que la Ley Parlamentaria no permitía que la Cámara de los Lores

lo rechazara de nuevo. Sin embargo, al estallar la guerra, los unionistas y los liberales acordaron mantener una tregua a lo largo de todo el conflicto, y la contienda misma dejó en suspenso las cláusulas del borrador, de manera que no tenemos forma de conocer cuáles fueron las terribles consecuencias que los principales actores de este tercer acto esgrimieron, a modo de argumentación en uno u otro sentido, durante los dos años transcurridos desde su presentación en el parlamento. Lo que sí sabemos, en cambio, es que cerca de doscientos mil irlandeses se unieron a la lucha contra Alemania.

«No hay una sola fase de la Gran Guerra que pueda despertar un interés comparable al de sus primeros compases, —escribe Churchill—. La calculada y silenciosa acumulación de titánicas fuerzas, la incertidumbre en que se hallaban envueltos los movimientos y posiciones de esas energías, la gran cantidad de hechos desconocidos e incognoscibles…, todo contribuyó a hacer de la primera colisión un drama jamás superado.»[140] El 17 de junio, Churchill rubricaba el contrato con el que la Shell se comprometía a suministrar grandes cantidades de combustible persa a la Marina Real Británica. Once días más tarde, el archiduque Francisco Fernando de Austria moría asesinado en Sarajevo, desencadenándose con ello, a lo largo de todo el mes de julio, una serie de acontecimientos llamados a culminar en el inicio de las hostilidades. A principios de ese mes de julio, los Churchill se encontraban de vacaciones en la casa de campo de Peer Tree, en Overstrand, cerca de Cromer, en el condado de Norfolk, y Winston disfrutaba jugando con sus hijos en la playa. No obstante, los días 17 y 18 de julio encontró tiempo para asistir a la revista militar de Spithead, en la que contempló la evolución de cuatrocientos buques y que, según sus propias palabras, fue «la mayor acumulación de poderío naval que jamás haya conocido la historia del mundo»[141].

El 25 de julio, mientras los miembros del gabinete discutían distintos extremos de la gobernación autonómica de Irlanda, *sir* Edward Grey entró precipitadamente en la sala e interrumpió la sesión para leer en voz alta una nota que acababa de recibir y en la que se anunciaba que Austria-Hungría

había impuesto una serie de drásticas demandas a Serbia, a la que acusaba de servir de santuario para los terroristas implicados en el asesinato del archiduque. Alemania apoyaba sin fisuras a Viena, y estaba claro que el Reich veía en la situación que se había creado una oportunidad de oro para provocar al país protector de Serbia, Rusia, que a su vez era aliado de Francia. Al escuchar las palabras de Grey, Churchill comprendió que

> la nota era claramente un ultimátum; pero se trataba de un ultimátum redactado en unos términos totalmente inéditos en la época moderna. A medida que [Grey] avanzaba en la lectura del comunicado, parecía absolutamente imposible que hubiera un solo estado en el mundo capaz de aceptarlo, o que no había aceptación, por abyecta que fuera, susceptible de satisfacer al agresor. Las parroquias de Fermanagh y Tyrone se desvanecieron en la bruma y la llovizna de Irlanda, y una extraña luz comenzó a cernirse al instante, aunque cobrando fuerza de forma gradual, sobre el mapa de Europa**[142]**.

En esa reunión, Churchill respaldó a Asquith y a Grey, que querían que Gran Bretaña interviniera activamente en la crisis europea y que apoyara a Francia en caso de que Alemania le declarara la guerra. La postura de Churchill no era la consecuencia de ningún temperamento belicista, sino que obedecía al hecho de que estaba convencido de que una posición firme por parte de Gran Bretaña podía convencer a Alemania y a Austria de que era mejor no ceder a la tentación de una guerra. La noche del 25 de julio, Churchill cenó con Albert Ballin, un magnate de la construcción naval que conocía muy bien al káiser, y este le dijo que el desencadenamiento de una guerra franco-alemana tenía muchas posibilidades de provocar también un choque anglo-germano. Con lágrimas en los ojos, Churchill rogó a Ballin que hiciera todo cuanto estuviese en su mano para impedir que Alemania entrara en guerra con Francia**[143]**. Sin embargo, la mayor parte de los miembros del gabinete, con John Morley y John Burns a la cabeza, querían que Gran Bretaña permaneciese neutral. En su obra póstuma, titulada Memorandum on Resignation, Morley deja constancia escrita de que «Winston defendió abiertamente, con sus mejores y más terribles energías», las tesis intervencionistas**[144]**. En un momento dado, entre los días 25 y 27 de julio, Morley dio «a Winston unos golpecitos en el hombro, mientras tomaba asiento a mi lado. “Winston”, —le dice—, “al final te hemos

vencido”». Morley asegura que, por toda respuesta, Churchill se limitó a dedicarle una «alegre sonrisa»[145].

Lloyd George, que se había opuesto a la guerra de los bóers, se mostró —en palabras de su hermano William—, «extremadamente reacio a comprometerse con una política que implica llevar al país a la guerra […]. Al señor Winston Churchill la cuestión no le hace titubear ni un instante, y está apelando con insistencia a la amistad personal que le une a mi hermano para tratar de atraerlo a su bando, para lo cual tampoco duda en recordarle del más contundente de los modos la estrecha colaboración que les unió en épocas pasadas. Y a juzgar por el tenor de esos llamamientos, Churchill y Daffyd [David] se han visto obligados a seguir, *de facto*, caminos diferentes, ya que la disyuntiva que Churchill le ha planteado ha consistido en determinar si son “camaradas o adversarios”, y esto para el resto de sus días»[146]. Churchill había mencionado específicamente el papel provocador que había desempeñado Lloyd George durante la crisis de Agadir, «un inteligente dardo que, sin duda, dio en el blanco». A finales de julio, al declararse Lloyd George partidario de la guerra, Morley atribuiría ese cambio de actitud a Churchill, «ese espléndido *condottiere* del Almirantazgo». En realidad, resulta más que obvio que Lloyd George era perfectamente capaz de actuar con criterio propio.

El domingo 26 de julio, tras regresar Churchill a Overstrand, el príncipe Luis de Battenberg, primer lord del Mar, tomó la decisión de frenar la dispersión de la flota al acabar las maniobras de movilización efectuadas, a modo de prueba, frente a las costas de Portland, al sur de Inglaterra. Respondiendo a un impulso propio, y sin contar con la aprobación del gobierno, Churchill se apresuró a respaldar la medida, lo que le indujo a tomar el primer tren a Londres. La flota fue enviada al Fondeadero de Scapa, una ensenada bien protegida de las islas Orcadas escocesas, que no solo era perfectamente apta para que los buques pudieran echar el ancla a resguardo, sino que les ofrecía protección frente a cualquier ataque sorpresa que pudiera llegarles desde el Mar del Norte. La navegación por el estrecho de Calais, con todas las luces apagadas, daría lugar a uno de los pasajes poéticos que Churchill habrá de incluir en *La crisis mundial*, sus memorias de la Gran Guerra:

> Tal vez podamos imaginarnos ahora a esta gran armada, con sus flotillas y cruceros, saliendo lentamente de los muelles de Portland, escuadra por escuadra, formando un gigantesco desfile de decenas de castillos de acero hendiendo el brumoso y resplandeciente mar, como colosos recogidos en desazonadas reflexiones. Podemos representárnoslos también al caer la noche: treinta kilómetros de barcos de guerra, atravesando a toda velocidad y en la más absoluta negrura el angosto paso, llevando consigo a las abiertas aguas del Norte la salvaguarda de importantes asuntos […]. Los barcos del rey se hacían a la mar[147].

El 28 de julio, Austria declaraba la guerra a Serbia, y al día siguiente la flota ocupaba sus posiciones de combate en las Orcadas.

A medianoche de ese mismo día, Churchill le escribe a Clementine: «Mi querida y bella esposa»:

> Todo parece abismarse con infeliz augurio de catástrofes y desmoronamientos. Me siento motivado, resuelto y feliz. ¿No es horrible tener por naturaleza tal disposición de ánimo? Los preparativos ejercen sobre mí una espantosa fascinación. Ruego a Dios que me perdone por ceder a tan pavorosas y frívolas veleidades. Sin embargo, haré todo cuanto esté en mi mano por alcanzar la paz, y nada me inducirá a asestar injustamente el primer golpe; no tengo en modo alguno la sensación de que a los habitantes de esta isla pueda imputársenos seriamente la menor responsabilidad en la ola de locura que arrasa el discernimiento de la cristiandad […]. No sé por qué los estúpidos reyes y emperadores que nos rigen no se reúnen y aciertan a insuflar nueva vida a la monarquía ahorrando a las naciones este infierno, pero estamos viéndonos todos arrastrados a una especie de fastidioso trance cataléptico. ¡Como si fuera otro el que estuviera en la mesa de operaciones[148]!

Cuando citan este párrafo, los detractores de Churchill rara vez van más allá de la quinta frase, pero si se lee hasta el final, la carta adquiere mucho más sentido. A Churchill no solo le fascinaban los preparativos bélicos, sino la guerra misma, pero también había presenciado muy de cerca cuatro conflictos armados y conocía la terrible obscenidad de la guerra —y eso es lo que le lleva a lamentar que le hipnotice—. No era horrible que tuviera por naturaleza tal disposición de ánimo, como él dice, sino al contrario, una suerte que el gobierno contara al menos con un miembro de semejante temple marcial en ese trance. El 29 de julio llegaría de hecho a proponer al gabinete la idea de esa «regia conferencia», pero sin ningún resultado positivo[149].

Tras una breve digresión con Clementine acerca del «precioso patito feo» del parque de Saint James (un polluelo de cisne negro al que el

matrimonio describirá con cuatro adjetivos: «ceniciento, algodonoso, fantástico y excepcional), —Churchill continúa su orgullosa disertación, ahora para hablar muy concretamente de la armada—: Todo ha quedado listo y dispuesto como nunca, y tenemos los sentidos en máxima alerta […]. Sin embargo, estoy plenamente seguro de que en caso de que llegue a declararse la guerra les daremos una buena paliza»[150]. Churchill pide a Clementine que le telefonee a horas fijas, aunque le advierte: «Explícate con parábolas, porque hay escuchas por todas partes»[151]. No estaba pensando tanto en la acción de agentes extranjeros como en los operadores de teléfonos de la Oficina Central de Correos, pero en un momento como ese resultaba perfectamente lógico tener presente la cuestión de la seguridad, y de hecho los Churchill ya habían ideado un lenguaje particular repleto de sobreentendidos que resultaba muy adecuado para ese uso. A Churchill también le preocupaba la posibilidad de que el chalé de Overstrand pudiera revelarse peligroso como residencia familiar, ya que había «un buen terreno de aterrizaje en las inmediaciones» del que los alemanes podían valerse para efectuar una incursión en Cromer[152].

El miércoles 29 de julio, Churchill siguió intentando atraerse a Lloyd George a fin de contar con su apoyo en el gabinete. «Juntos podemos desarrollar una amplia política de medidas sociales, —le dijo—. Los combates navales no serán caros.»[153] En esa fecha no sabía que iba a ser necesario enviar a la Fuerza Expedicionaria Británica al continente: tanto los efectivos de ese grupo de operaciones como sus planes de acción llevaban listos desde el año 1911, pero el gobierno aún no había decidido el alcance que debía tener la implicación británica en el conflicto europeo. Todavía el 3 de agosto, al iniciar los alemanes la invasión de Bélgica, Downing Street dirá al general *sir* John French, a quien se confiaría el mando de la Fuerza Expedicionaria Británica, que no se contemplaba en modo alguno el envío de un contingente a Francia[154]. Si Gran Bretaña se hubiera limitado simplemente a combatir en el mar, el coste del conflicto se habría revelado efectivamente bajo, al menos en comparación con la guerra que finalmente hubo de librar. En esa misma reunión ministerial, Churchill le pasará por encima de la mesa una nota a Lloyd George en la que dice: «No te comprometas para el viernes por la noche [en referencia al 31 de

julio]. F. E. quiere preguntarnos algo»[155]. F. E. Smith estaba manteniendo contactos con Bonar Law, Max Aitken (que más tarde se convertiría en lord Beaverbrook) y otros con el fin de estudiar la posibilidad de constituir un gobierno de concentración nacional con los liberales, pero Bonar Law volvió a rechazar la propuesta.

«Winston Churchill ha venido a verme, —anota el rey en su diario el viernes 31 de julio—; la Marina Real está lista para batirse, pero quiera Dios que no estalle la guerra»[156]. Churchill coincidía plenamente con estos sentimientos, como se aprecia claramente en la carta que le escribe a Clementine ese mismo día desde el Almirantazgo, cuyo edificio, dice, «No tiene que ser abandonado, sino cerrado o entregado a las llamas». «Todavía hay alguna esperanza, pero los nubarrones se ennegrecen cada vez más», afirma.

> Creo que Alemania se está dando cuenta de lo inmensas que son las fuerzas que se le vienen encima, y que está intentando frenar a su estúpido aliado. Estamos trabajando para calmar a Rusia. No obstante, todo el mundo se está preparando rápidamente para la guerra, así que en cualquier momento puede abatirse el primer mazazo. Estamos listos […]. Alemania nos ha enviado una propuesta en la que nos pide que nos mantengamos neutrales si el Reich promete que no se apoderará del territorio francés y que no invadirá Holanda. Alemania sostiene que no le queda más remedio que conquistar las colonias francesas, y no puede prometer que no se adueñará de Bélgica —una región que el vigente tratado no solo le obliga a respetar, sino a defender—. Grey ha contestado que estas propuestas son de imposible cumplimiento, además de vergonzosas. Todo apunta por tanto a que estos temas nos harán llegar a la colisión. Aunque aún hay que conservar viva la esperanza[157].

A última hora del sábado 1 de agosto, Alemania declara la guerra a Rusia. Al presentarse en el número 10 de Downing Street para transmitir urgentemente la noticia, Grey, Haldane y el marqués de Crewe, lord del Sello Privado, tuvieron que aguardar una hora a que Asquith y las damas que le acompañaban terminaran su partida de *bridge*. (Crewe dijo que aquello era como jugar a las cartas sobre la tapa de un ataúd.) Pese a todo, Churchill movilizó inmediatamente a la Marina, y una vez más sin contar con la autorización del gabinete. «No estaba deprimido ni eufórico ni sorprendido, —recuerda Aitken—. Salió sin más, plenamente decidido, como quien se encamina al lugar en el que ha de desempeñar una labor harto conocida.»[158] No obstante, Churchill informó a Asquith, que no dijo

una palabra, pero se mostró «muy satisfecho», y al día siguiente el gobierno dio formalmente su aprobación[159].

«Las noticias» que acabamos de recibir «vuelven a abrir una puerta a la esperanza», le comenta Churchill por carta a lord Robert Cecil a las diez y media de la noche desde el Almirantazgo. «Parece que existe la perspectiva de que Austria y Rusia reanuden las negociaciones, tomando ahora como base una fórmula propuesta por Alemania: y no hemos de escatimar ningún esfuerzo para ese fin. Sin embargo, en cualquier momento podría producirse un choque entre los ejércitos, sea incidental o accidentalmente. Y yo sostengo que, sean cuales sean las circunstancias, si permitimos que Alemania pisotee la neutralidad de Bélgica sin acudir nosotros en ayuda de Francia, nos encontraremos en una posición muy triste, tanto por lo que hace a nuestros intereses como en lo que atañe a nuestro honor.»[160]

En la tarde del lunes 3 de agosto, las tropas alemanas invadieron Bélgica, ateniéndose al Plan Schlieffen, que venía fraguándose desde el año 1905. El objetivo de esa estrategia, que consistía en derrotar a Francia, contenía en sus grandes líneas toda una serie de previsiones que, de hecho, Churchill ya había acertado a adivinar en 1911 —y con estremecedora exactitud—. Esa mañana, en el gabinete, Grey admitió que Gran Bretaña no estaba atada por ningún acuerdo firmado, y que por consiguiente no tenía obligación estricta de auxiliar a Francia, extremo que reiteraba poco después, a las tres de la tarde, en la Cámara de los Comunes. No obstante, Grey creía que estaban en juego el honor, el prestigio y los intereses estratégicos de Gran Bretaña, ya que el país venía garantizando desde 1839, junto con Alemania, la independencia de Bélgica. Los miembros de los Comunes se mostraron de acuerdo con sus posiciones, aunque, por extraordinario que resulte, no se realizó ninguna votación, pese a tratarse de una decisión de tan notable importancia. Se envió a Alemania un ultimátum de veinticuatro horas, indicándose que expiraría a las once de la noche del martes 4 de agosto.

Churchill pidió permiso a Asquith y a Grey para poner en marcha los planes de guerra naval anglo-franceses a fin de proteger el Canal de la Mancha antes de que se cumpliera el plazo del ultimátum. Esto «no implica emprender ninguna acción de carácter ofensivo o bélico, salvo en caso de

que seamos atacados», les aseguró[161]. A la mañana siguiente, el *Times* afirmaba que Churchill era el único ministro «que merecía los más encendidos elogios por su comprensión de la situación y sus esfuerzos para afrontarla»[162]. El 4 de agosto, antes de que expirara el ultimátum británico, el crucero de combate alemán *Goeben* cañoneaba Philippeville (la actual Skikda) y el crucero acorazado ligero *Breslau* hacía otro tanto en Bona (hoy Annaba), en la costa de la Argelia Francesa. Después, los dos buques huyeron en dirección este, rumbo a Turquía, aunque la Marina Real Británica seguía muy de cerca su estela. «Sería una gran desdicha perder esas naves, pero es cosa que puede ocurrir en horas siniestras», le dijo Churchill a Asquith y a Grey, suplicándoles que le dieran permiso para entrar en acción[163].

«Winston, que luce ya todas sus pinturas de guerra, ansía librar una batalla naval en las primeras horas del día de mañana para echar a pique al *Goeben*, —le comenta Asquith a Venetia Stanley—. Todo este asunto me llena de tristeza.» El gabinete le negó el permiso necesario para efectuar cualquier clase de acción ofensiva —al menos no antes de las once de esa noche—. Tras cenar en el Almirantazgo, una delegación naval francesa preguntó a Churchill si podían disponer de una nueva base naval en el Mediterráneo. «Sírvanse de Malta como lo harían con Tolón», fue la respuesta[164].

Al expirar el ultimátum, a las once de la noche del 4 de agosto, Churchill seguía en el Almirantazgo. «En todo el Mall resonaban, procedentes del extremo en el que se alza el Palacio, las voces del inmenso gentío que entonaba el “Dios salve al rey”, —habrá de recordar más tarde —. Solo el tañido del Big Ben lograba traspasar esa profunda onda sonora, y al retumbar la primera campanada de la hora fatídica, la sala se estremeció también con el murmullo de una leve agitación. Se envió inmediatamente a los buques y bases militares de todo el mundo que enarbolaban el Pabellón Blanco[165] un telegrama de guerra que decía: “Inicien las hostilidades contra Alemania”.»[166]

Cuando el contraalmirante Troubridge, comandante de la 1.ª Escuadra de Cruceros del Mediterráneo, recibió el telegrama, tenía todavía a la vista al *Goeben* y el *Breslau*, pero no pudo atacarles, así que lograron escapar

intactos por los Dardanelos, quedando acto seguido integrados en la armada turca. Esto incrementó la firmeza de la alineación de Turquía con las Potencias Centrales y Austria-Hungría, dado que el imperio otomano no solo deseaba hacerse con el control de Chipre, entonces en manos británicas, sino que odiaba a Rusia. (El *Goeben* pasaría a llamarse *Yavuz*[167] y permanecería bajo bandera turca hasta el año 1950.) Poco después, en una cena con sus amigos los Hamilton, Churchill dirá: «El almirante Troubridge es un hombre acabado, y considero muy probable que sea sometido a un consejo de guerra y que termine fusilado igual que el almirante Byng [el marino del siglo XVIII que fue incapaz de apoderarse de Menorca]»[168]. Al final, el tribunal militar que se encargó de juzgar a Troubridge le absolvió, pero su carrera se fue efectivamente a pique.

Con el fin de evitar un incidente similar, Churchill envió a una compañía del Regimiento de Guardabosques de Sherwood a los astilleros de Armstrong, en el río Tyne, y se apoderó de un acorazado que la armada turca había encargado a Gran Bretaña y que ya estaba casi terminado. El buque, denominado *Reshadieh*, fue rebautizado con el nombre de *Erin* y enviado al Fondeadero de Scapa. Un segundo acorazado otomano, igualmente en construcción, el *Sultan Osman I*, se transformó en el *Agincourt*. Los turcos se indignaron, pese a la generosa oferta económica que les propuso Gran Bretaña a cambio de utilizar las naves mientras duraran las hostilidades[169]. Los barcos habían sido adquiridos por medio de una suscripción pública —las mujeres turcas habían llegado incluso a vender su cabello para recaudar los fondos necesarios—, de modo que la confiscación inglesa encendió los ánimos de la población otomana. McKenna, Lloyd George y otros muchos políticos afirmarían más tarde que Churchill había obligado a Turquía a aliarse con las Potencias Centrales al incautarse tan descaradamente de los acorazados, pero atribuirle esa responsabilidad sería faltar a la verdad, ya que el 2 de agosto Turquía había aceptado en secreto unirse a Alemania y Austria tan pronto como la situación hubiera madurado lo suficiente.

El día 4 de agosto, tras expirar el plazo del ultimátum a las once de la noche, Churchill se encaminó al número 10 de Downing Street, aunque más tarde Lloyd George afirmará que tenía muy fresco en la memoria el

momento en el que, hallándose en el gran escritorio de la Sala del Gabinete, en compañía de Asquith y a la espera de que expirara el tiempo concedido, vio abrirse súbitamente de par en par la doble puerta de entrada e irrumpir por ella a Churchill para comunicar al primer ministro que estaba a punto de ordenar a la flota que se dirigiera a sus puestos de combate. «Winston entró en el despacho como una exhalación, radiante, con el rostro resplandeciente y el ímpetu exaltado; se puso a hablar atropellando cada palabra con la siguiente, en una verdadera catarata verbal, —asegura Lloyd George—. Resultaba obvio que era un hombre plenamente feliz. Me pregunté si ese era realmente el estado de ánimo más apropiado en alguien que se encontraba en los umbrales de una guerra tan terrible como aquella.»[170] Mucho tiempo se ha esgrimido contra Churchill la exuberante conducta que mostró esa noche, pero lo cierto es que nos encontramos ante la emoción de alguien que no solo no había querido que estallara el conflicto, sino que había ofrecido hasta tres veces unas «vacaciones navales» a Alemania. Pero eso no le impedía tener meticulosamente planeados los pasos que debía dar su departamento en caso de guerra. En 1913, A. G. Gardiner había acusado a Churchill de presentar «una imagen espantosa de la amenaza alemana. [El primer lord del Almirantazgo] cree firmemente veraces todas las cosas que cuenta porque su mente, una vez que se apropia de una idea, trabaja sobre ella a una enorme velocidad, con lo que la intensifica y la agranda hasta que acaba por oscurecerle el firmamento entero. En el escenario de su intelecto el reloj marca siempre la hora fatídica, el instante en que crepita el mundo […]. Se propone inscribir su nombre en nuestro futuro, y en grandes caracteres. Preocupémonos de que no lo escriba con sangre…»[171]. En otro pasaje de ese mismo ensayo, Gardiner escribe: «Piensa en Napoleón; piensa en su insigne antepasado. Así resistieron ellos, y así habrá de resistir él mismo en esta dura y formidable crisis. No finge, no es insincero: es que en esa efusiva y pintoresca imaginación suya penden siempre sobre su cabeza las grandes gestas que urde el destino para asignarle el papel de Agamenón»[172]. Gardiner se propone claramente aguijonear al primer lord del Almirantazgo quien, a sus treinta y nueve años, se dispone a vivir el último año íntegro de paz de su mandato, pero si Churchill hubiera fallecido antes de 1939, el acontecimiento por el que se le habría recordado habría

sido fundamentalmente el de haber preparado adecuadamente a la Marina Real Británica para la Gran Guerra.

Capítulo 9

«ESTA GUERRA DE GLORIA Y DELEITE»

Agosto de 1914 - marzo de 1915

> La guerra será larga y siniestra.
>
> Churchill, septiembre de 1914[1].

> La crítica siempre trae ventajas. Me he beneficiado invariablemente de la crítica, en todas las épocas de mi vida, y no recuerdo un solo período en el que me hayan escaseado.
>
> Churchill, Cámara de los Comunes, noviembre de 1914[2].

Churchill se lanzó a la aventura de la Gran Guerra con la energía de un tornado. Creó el Grupo de Guerra del Almirantazgo, con el que se reunía a diario —y en ocasiones varias veces al día—, y al que pertenecían él mismo, el primer lord del Mar (el príncipe Luis de Battenberg), el segundo lord del Mar (el vicealmirante *sir* Frederick Hamilton), el jefe del Estado Mayor Naval de Guerra (el vicealmirante *sir* Doveton Sturdee), y el secretario naval (el contraalmirante *sir* Horace Hood). Con esta iniciativa, Churchill despojaba sutilmente de parte de su poder a los Lores Comisarios del Almirantazgo, que tradicionalmente se encargaban de gestionar todo lo

relacionado con la armada. El Grupo de Guerra del Almirantazgo llegó al acuerdo de que los objetivos estratégicos prioritarios de la Marina Real debían pasar por transportar a la Fuerza Expedicionaria Británica a Francia, establecer el bloqueo naval de Alemania, mantener inmovilizada a la Flota de Alta Mar germana en los puertos del Báltico y el Mar del Norte (hundiéndola si sus unidades asomaban la proa por algún lado), y conservar abiertas las rutas comerciales globales del imperio. Aunque otros muchos pesos pesados del Almirantazgo no compartieran su empeño, Churchill y Fisher también soñaban con hacerse con el control de ciertos puntos estratégicos como la isla de Borkum, en el estuario del río Ems, o la de Heligoland (una meta llamada a ejercer una permanente fascinación en el ánimo de Fisher), y quizá incluso con organizar el desembarco de un ejército en el norte de Alemania una vez que se hubiera estabilizado la situación en Francia.

No obstante, al margen del Almirantazgo, la dirección de la guerra fue ridículamente chapucera. Eran muy pocos los ministros que se encargaban de tomar las decisiones pertinentes, y solo se reunían ex profeso en caso de emergencia, sin que nadie se preocupara de levantar acta de lo dispuesto. Habría que esperar a finales de noviembre de 1914 para asistir a la constitución de una Junta de Guerra formada por ocho miembros —aunque no tardaría en integrar a un total de trece— que celebraban sus reuniones en torno a una mesa octogonal en la que Maurice Hankey oficiaba como secretario. En septiembre, el gabinete se dotó de veintidós subcomités, que en marzo de 1916 acabarían siendo treinta y ocho. Además, en muchos casos, las responsabilidades de esos organismos se solapaban, igual que su personal[3]. Asquith se reveló completamente incapaz de entender, a diferencia de Churchill y de un reducidísimo puñado de colegas suyos, que aquella contienda iba a ser totalmente distinta a todo cuanto se hubiera visto con anterioridad.

Pese a que tan solo dos días antes Downing Street hubiera desaprobado la idea de enviar a la Fuerza Expedicionaria Británica a Francia, la invasión de Bélgica del 3 de agosto, unida al hecho de que Gran Bretaña declarara la guerra a Alemania al día siguiente, lo cambió todo. En una reunión de la Junta de Guerra celebrada el 5 de agosto de 1914, Churchill explica que es

preciso enviar la Fuerza Expedicionaria Británica a Francia lo más pronto posible, y esta vez logra el apoyo general de la asamblea. No quería que el contingente inglés se limitara simplemente a unirse a las líneas francesas del frente, situado en Maubeuge, así que defendió la idea de que las tropas de Su Majestad se concentraran en acumular hombres y material en Tours —una localidad a medio camino entre Saint-Nazaire y París— a fin de actuar a modo de reserva estratégica y de explotar los puntos débiles del frente alemán, librando una guerra de maniobras[4]. No obstante, el nuevo ministro de la Guerra, lord Kitchener, que había sido nombrado para el cargo ese mismo día, por consejo de Churchill, prefirió respaldar el plan del general de división Henry Wilson, director de Operaciones Militares de la Oficina de Guerra (un organismo constituido mucho tiempo atrás que sin embargo había sido mantenido en tan riguroso secreto hasta entonces que ni siquiera los miembros del gabinete sabían de su existencia). La estrategia de Wilson consistía en situar a la Fuerza Expedicionaria Británica a la izquierda de las líneas francesas.

Esa tarde, en el Other Club, Kitchener propuso que la tarea fuera realizada por John Jellicoe, para lo cual recomendó su promoción al grado de almirante. Jellicoe, que había sido recientemente nombrado comandante en jefe de la Flota Doméstica británica por insistencia del propio Churchill, se responsabilizó de las operaciones necesarias para trasladar a Francia, entre el 9 y el 22 de agosto, a una división de caballería y a cuatro de infantería de la Fuerza Expedicionaria —misión que cumplió con extraordinario éxito—. (De hecho, a finales de 1914, los transportes de la Marina Real habían trasladado al otro lado del Canal de la Mancha nada menos que 809 000 hombres, 203 000 caballos y 250 000 toneladas de provisiones y pertrechos, y sin sufrir una sola pérdida.)[5] Al terminar la cena en el Other Club, Churchill se levantó y dijo que tenía la sana intención de hacer caso omiso de la norma de la asociación que prohibía todos los brindis salvo el de lealtad al rey, y acto seguido propuso que los reunidos alzaran sus copas por «el éxito de los ejércitos británicos».

Al día siguiente, el general Wilson se presentó en el Almirantazgo para despedirse antes de partir a Francia. Wilson, nacido en Irlanda, había desarrollado un sentimiento de desconfianza respecto a Churchill a causa

del «Pogromo del Úlster», y en aquella ocasión el general había animado activamente a los amotinados de Curragh. Ahora, sin embargo, le dijo a Churchill: pese a que «muchas veces hayamos diferido y nunca nos haya arredrado la perspectiva de intercambiar con toda franqueza nuestros pareceres», creo que «el pasado día 5 se comportó usted como un verdadero héroe en Downing Street» al insistir en que Gran Bretaña ha de apoyar a Francia en el continente. «Quise estrecharle la mano y decirle adiós», escribe Wilson en su diario. Churchill «empezó a decirme que estaba seguro de que "llevaría las tropas a la victoria", pero después se derrumbó por completo y rompió a llorar. Nunca he sentido tanto aprecio por él como en ese momento.»[6] Poco después, tal y como estaba planeado, Wilson llevaba a la Fuerza Expedicionaria Británica a Mons, en el flanco izquierdo de las líneas francesas.

El rey, Lloyd George y Kitchener hicieron voto solemne de no beber una gota de alcohol en toda la guerra. Con toda intención, Churchill eludió unirse al pacto. La promesa no supuso ningún particular empujón para el esfuerzo bélico —a fin de cuentas, lo que Francia necesitaba como aliado de Gran Bretaña eran exportaciones—, pero sí que demostró una cierta disposición al sacrificio. El monarca y Kitchener respetaron el compromiso, aunque su determinación les volvió algo más irritables que de costumbre. Lloyd George, en cambio, dio pronto la espalda a lo que se había obligado a cumplir, pero fingiría lo contrario. «Churchill se dio aires de grandeza, —recuerda Frances Stevenson, secretaria y amante de Lloyd George—, y anunció que no iba a dejarse influir por un rey, de modo que no estaba dispuesto a renunciar al licor, y dijo además que todo el asunto le parecía absurdo»[7]. En enero de 1919, cantará en cómico tono profesoral ante Riddell, conocido abstemio, las «virtudes de una razonable cantidad de tónicos de fuerte graduación: entre otras, que alteran nuestra actitud ante la vida. Al final de una difícil y sombría jornada de trabajo, el alcohol presta a las cosas una tonalidad más sonrosada, y es además una inestimable ayuda para el discurso y las relaciones sociales»[8].

El 16 de agosto, al comprenderse que iba a haber entre veinte mil y treinta mil reservistas de la Marina Real Británica que no iban a encontrar cabida en los buques que estaban cruzando el Canal, Churchill decidió crear

las tres primeras brigadas de un nuevo cuerpo militar: la División Naval Real, una fuerza de infantería que no respondía a las órdenes del ejército sino a las del Almirantazgo. A la larga, la recién creada unidad terminaría participando en algunos de los más sangrientos enfrentamientos de la guerra, de entre los que sobresalen los de Galípoli, el Somme y la tercera batalla de Ypres, llamada también de Passchendaele. Muchos amigos y conocidos de Churchill combatieron en esos choques —él les llamará «salamandras nacidas de las llamas»—,[9] y varios murieron en el frente, como Rupert Brooke, Vere Harmsworth, Patrick Shaw-Stewart, Alan Campbell y William Ker, entre otros. Dos que consiguieron sobrevivir, el hijo del primer ministro, Arthur Asquith, alias «Oc», y Bernard Freyberg, regresaron con más de una docena de heridas en total[10].

La División Naval Real mantuvo los mismos rangos, costumbres, vocabulario y tradiciones de los demás contingentes de la armada. Sus integrantes solían dejarse crecer la barba, bebían sentados a la salud del rey y daban a sus batallones los nombres de almirantes célebres, como Nelson, Drake, Hawke, Hood y otros por el estilo, consiguiendo de este modo que se los diferenciara de las divisiones del ejército integradas en la Fuerza Expedicionaria. Churchill, que siempre sintonizó bien con la psicología de los soldados, señala que se le hacía «extraño que unos hombres […] enfrentados a las más crueles pruebas que pueda presentar la vida, sometidos a una amenaza constante que casi equivale a la certeza de una muerte inminente, puedan hallar consuelo y fuerzas revitalizadoras en una serie de pequeñas cosas que para otros, ajenos a esas circunstancias e inmersos en un cómodo y exaltado ámbito de la existencia, no son más que trivialidades, y tal vez, simples absurdos»[11]. Al aproximarse el final de la guerra se intentó licenciar a los integrantes de la división. *Sir* Edward Carson, que para entonces ocupaba ya el puesto de primer lord del Almirantazgo, se opuso a esa disolución, obteniendo con su postura el respeto de Churchill, que poco antes había lamentado los «amplios y controvertidos poderes» de Carson. En 1923, el prefacio que Churchill habrá de redactar como preámbulo a la historia de la división constituirá uno de los ejemplos más conmovedores de toda su obra escrita.

El 19 de agosto, ciñéndose a una práctica que por esa época estaba ya bien arraigada en su ánimo, la de comprobar personalmente la marcha de las cosas, Churchill hará una visita a los alcaldes de Calais y Dunquerque a fin de estudiar la disposición de los baluartes que estaban construyendo para mantener a raya a los alemanes. Tras las derrotas sufridas por los Aliados en Namur y Mons entre los días 22 y 24 de agosto, los puertos de Dunquerque, Calais y Boulogne, que eran posiciones clave para la invasión de Francia, quedaron «desnudos, —por emplear la expresión de Churchill—. Nadie sabe lo lejos que puede llevarnos esta gran aventura», le comentará a su hermano Jack. «Si no ganamos prefiero no seguir con vida. Pero vamos a ganar.»[12]

El 26 de agosto, los aliados rusos de Gran Bretaña se apoderaron de los libros de codificación y cifrado del crucero ligero alemán *Magdeburg*, que había encallado en la costa de Estonia. Esto permitió que los criptógrafos de la Sala 40 empezaran a decodificar las señales alemanas en tiempo real. Churchill no informó al gabinete, ni a nadie que pudiera ser apresado en un combate naval, y mantuvo la información en secreto, confinada en el seno del Grupo de Guerra del Almirantazgo[13].

El 26 de agosto, mientras el II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica libraba una lucha desesperada en la retaguardia, en Le Cateau, Roger Keyes, al que Churchill había nombrado comodoro de submarinos en 1912, puso en marcha un plan para sorprender y destruir los buques ligeros alemanes que operaban en la bahía de Heligoland. La maniobra se basaba en la idea de tender una trampa y aprovechar la marea baja para atrapar a los destructores alemanes, ya que en ese momento sus acorazados no podían superar los bancos de arena de Jade Bar —sin embargo, el Almirantazgo rechazó el proyecto por considerarlo excesivamente arriesgado—. En vista de la negativa, Keyes planteó la estrategia directamente a Churchill, que la aprobó, y después Jellicoe colocó a David Beatty al frente de la operación. El 28 de agosto, los británicos conseguían hundir tres cruceros ligeros alemanes, dañar otros tres, y capturar al hijo de Tirpitz. Más tarde, Churchill subió a bordo del buque insignia de la armada, en Sheerness, para festejar el episodio, que calificó de «brillante»[14]. «Winston tenía un pequeño as en la manga, —le dirá Asquith a Venetia—.

Ha salido muy bien […], y compensa en parte las tristes pérdidas que estamos sufriendo en tierra.»[15]

El 1 de septiembre, Churchill envía una carta a *sir* Charles Douglas, el nuevo jefe del Estado Mayor Imperial General, para pedirle que la Oficina de Guerra y el Almirantazgo empiecen a «estudiar y concebir un plan para conquistar, valiéndose de un ejército griego dotado de los efectivos necesarios, la península de Galípoli, con vistas a permitir que una flota británica penetre en el Mar de Mármara»[16]. Los Dardanelos son el angosto paso que separa el Mediterráneo oriental del Mar de Mármara, y por tanto Asia de Europa, y el último oficial inglés que había logrado forzar el estrecho había sido el almirante *sir* John Duckworth, en tiempos de las guerras napoleónicas. Resulta muy notable que Churchill diera por supuesto que, para que una escuadra británica pudiera cruzarlo, era preciso que el ejército se hiciera previamente con el control de la península de Galípoli, situada en la orilla oeste del canal.

Entre el 7 y el 13 de septiembre, la batalla del Marne consiguió frenar al fin el avance alemán sobre París. En 1911, Churchill ya había predicho lo que iba a suceder en el cuadragésimo día de la guerra, y este se cumplía justamente el 13 de ese mes. No obstante, en 1914 había surgido una nueva amenaza. El 7 de septiembre, el gobierno belga solicitó la intervención de un contingente de veinticinco mil hombres para defender Amberes del ataque del ejército alemán, que se aproximaba rápidamente a la capital. «El Almirantazgo considera que la defensa sostenida y eficaz de Amberes es un asunto de gran importancia, —le dijo Churchill a Asquith, Kitchener y Grey —. Contribuirá a preservar la vida de la nación belga, ya que salvaguarda un punto estratégico que, caso de ser tomado, constituiría una amenaza sumamente peligrosa.»[17] Churchill propuso enviar suministros a Amberes a través del río Escalda, pero el gabinete rechazó la idea, y nadie sugirió un proyecto alternativo o un plan de contingencia factible.

En un discurso pronunciado el 11 de septiembre en el Club Liberal Nacional, Churchill explica: «Hemos entrado en guerra a regañadientes y después de haber realizado todos los esfuerzos posibles y conformes al

honor para evitar vernos arrastrados a ella. Y si nos hemos comprometido a librarla, —añade—, ha sido con plena conciencia de los sufrimientos, pérdidas, decepciones, disgustos y ansiedades que íbamos a tener que soportar. Tal y como también sabíamos que nuestra acción habría de obligarnos a efectuar espantosos y sostenidos esfuerzos» para prevalecer[18]. Churchill no era partidario de minimizar los peligros y horrores de la guerra. El lema que había aprendido de su padre —«Confía en la gente»— le había convencido de que sus conciudadanos estaban preparados para las peores noticias, con tal de que no se les transmitieran en términos desalentadores. En una de sus alocuciones, Churchill comparó también el poderío marítimo de Gran Bretaña al «morro del bulldog, que aparece retraído con el fin de que pueda respirar cómodamente sin soltar la presa»[19]. El *Manchester Guardian* señaló lo mucho que el propio Churchill se parecía al perro que él mismo acababa de evocar.

A mediados de septiembre, cuando se dirigía a las instalaciones navales de las Tierras Altas escocesas para efectuar una inspección, Churchill se vio envuelto en un incidente que años más tarde referiría con detalle en un divertido artículo titulado «*My Spy Victory*». Viajaba en compañía de tres altos mandos militares de uniforme, entre los que se contaba *sir* Henry Oliver, que además de ser el director de la Inteligencia Naval había detectado, junto con otros miembros de la partida, que en la costa había una casa que tenía un reflector sobre el tejado —lo que hizo temer a todos que pudiera servir para enviar mensajes a los submarinos alemanes—. «Las sospechas se entremezclaban con la curiosidad, —recuerda Churchill—, y la palpitación de la aventura espoleaba ambas emociones»[20]. Los integrantes del grupo se acercaron a la puerta delantera de la vivienda armados con revólveres. Era el domicilio de *sir* Arthur Bignold, un respetabilísimo ex parlamentario cuyo mayordomo «pareció extrañarse de la visita». Resultó que el potente foco servía para iluminar las piezas de caza que correteaban por la ladera próxima y dar así cierta ventaja a los cazadores, pero a pesar de todo Churchill ordenó su desmantelamiento[21]. Pese a que se le haya criticado por haber «caído de lleno en la paranoia del espionaje» que marcó esos años, la verdad es que al inicio de la guerra se procedió nada menos que a la detención de veintidós agentes alemanes, la

mitad de los cuales acabaría sus días frente a un pelotón de fusilamiento en la Torre de Londres[22]. Y si los servicios de inteligencia británicos los consiguió atrapar fue casi siempre gracias a la interceptación de su correspondencia, respaldada por la existencia de un sistema de autorizaciones especiales del Ministerio del Interior que el propio Churchill había sido el primero en desarrollar[23].

El 21 de septiembre, en un discurso dirigido a los quince mil asistentes a un acto de congregación transversal de los partidos políticos celebrado en el Tournament Hall de Liverpool, Churchill cometió un error, aunque no de naturaleza táctica. «Aunque esperamos que uno de los rasgos específicos de esta guerra sea el carácter decisivo de la lucha en el mar, —aseguró—, y aunque esperamos también que nuestros hombres tengan ocasión de ajustar cuentas con la flota alemana, lo cierto es que si esos germanos no se dejan ver pronto y pelean mientras dure la contienda, iremos a desenterrarles a su agujero, como a las ratas»[24]. En su momento, la frase fue recibida con una fortísima salva de aplausos, pero a las cúpulas jerárquicas de la nación no les gustó el tono estridente que había empleado Churchill. El rey consideró que lo dicho era «indecoroso e indigno de un caballero», y el conde de Selborne, un alto cargo del Partido Conservador, señaló que «el principal defecto de su método discursivo reside en el hecho de que el orador tienda a la agitación. —Dieciocho meses después, al recordársele sus palabras durante un debate, Churchill confiesa—: Fue una afirmación muy imprudente, y lamento que se me haya escapado». Como es obvio, a Churchill no «se le escapaban» las manifestaciones retóricas, al contrario: las escribía con toda meticulosidad en forma de salmo —y eso era una constante en todos sus discursos—. Es probable que el desliz hubiera sido olvidado, o al menos perdonado, si al día siguiente un mismo submarino no hubiera echado a pique, a plena luz, tres cruceros ingleses, el *Aboukir*, el *Hogue* y el *Cressy*, provocando la pérdida de 1459 hombres. La escuadra a la que pertenecían los barcos hundidos, apodada el «Cebo vivo», estaba patrullando una zona conocida con el nombre de las Catorce Brazas, situada en el cuadrante meridional del Mar del Norte. «Esos cruceros no deberían proseguir a esa marcha, —le había dicho cuatro días antes Churchill a Battenberg por carta—. Los servicios que puedan prestar no justifican el

riesgo que están corriendo.»[25] Alguien oyó decir sarcásticamente al rey que «las ratas han salido por iniciativa propia, y a expensas de nuestros efectivos». La prensa conservadora, siempre dispuesta a machacar a Churchill, estaba recibiendo filtraciones de los enemigos que le acechaban en el propio Almirantazgo, y las noticias permitían afilar el cuchillo de todos sus adversarios. McKenna, que había criticado duramente a Churchill en privado, se encontró así en condiciones de emplear la nueva munición en el gabinete[26]. (Resentido todavía por la amarga experiencia de haber tenido que trocar su cargo con Churchill en 1911, McKenna le dirá a Riddell —cuando aún no habían transcurrido más de diez días desde el estallido de la guerra— que Churchill era el responsable de que el *Goeben* «se nos haya escurrido entre los dedos», y añadirá a continuación que no tenía que haber confiscado los buques otomanos en proceso de construcción y que sí debería haber minado en cambio las costas alemanas.)[27]

El 28 de septiembre, los obuses austríacos fabricados por Skoda, con los que se habían laminado las poblaciones de Namur y Lieja, comenzaron a centrar el punto de mira en Amberes, tal y como había vaticinado Churchill. Tres días más tarde, el general Joseph Joffre, comandante en jefe de las fuerzas francesas que combatían en el Frente Occidental, ofreció dos divisiones para aliviar la apurada situación de la ciudad, pero al final solo envió a sus fusileros navales, lo que redujo a 22 000 soldados la potencial ayuda aliada, prevista en 53 000 hombres. *Sir* John French, que avanzaba en ese momento a marchas forzadas de Armentières a Ypres, también se desdijo y renunció a la idea de que la procura de auxilio a Amberes fuera un asunto «de primera importancia», como le había asegurado inicialmente a Kitchener[28]. En vista de la situación, Churchill sugirió hacer una última intentona y mandar a la División Naval Real a Amberes para que contrarrestara allí la embestida germana hasta que pudiera acudir a relevarla el nuevo cuerpo del ejército regular al mando de *sir* Henry Rawlinson, que todavía no estaba totalmente listo para desplegarse y entrar en acción. En privado, Asquith se hizo en voz alta la reflexión de que «enviar a la zona a un pequeño contingente como el que maneja Winston sería una carnicería

inútil». Sin embargo, no planteó ninguna objeción oficial al despliegue de esa división, pese a que en ella militara su propio hijo, Arthur, a quien le comunicaba poco después que iban a mandarle «al frente en solo tres días»[29].

A primeras horas del sábado 3 de octubre, mientras el primer ministro se encontraba en Gales, Grey y Kitchener acordaron que el propio Churchill debía acompañar a la División Naval Real a Amberes a fin de valorar la situación y fortalecer la determinación de los belgas, animándolos a defender la plaza. Como es obvio, era extremadamente irregular que un ministro se pusiera al frente de las tropas en una zona de guerra. Churchill le dijo a las autoridades belgas que ese mismo día 3 iban a llegar a la ciudad dos mil infantes de marina, seguidos el 6 por ocho mil soldados de la División Naval Real, y por todo un cuerpo de ejército (el de Rawlinson) que, según las previsiones, debía hacer acto de presencia en la capital antes del 13. Dado que en esa época las brigadas navales apenas contaban con seis mil hombres, está claro que Churchill se proponía enviar al frente incluso a los reclutas más bisoños[30]. Asquith, que apoyaba el proyecto de Grey y Kitchener, le dirá a Venetia Stanley: «Estoy convencido de que los endurecerá [a los belgas] hasta dejarlos más tiesos que una vela»[31]. Y efectivamente, Churchill los templó como al acero, y convenció al primer ministro belga de que continuara defendiendo Amberes si los Aliados lograban proteger a su ejército de tierra cuando este iniciara el repliegue y tuviera que recorrer las calles de la ciudad[32].

Una de las entradas del diario del mordaz capitán Herbert Richmond, director adjunto de Operaciones Militares, nos permite valorar en su justa medida las dudas que despertaban en el Almirantazgo los planes que Churchill se proponía llevar a cabo con la División Naval Real. El día 4 de octubre, Richmond escribe: «Es una tragedia que la armada se encuentre en manos de un lunático de tal calibre en estos tiempos. —Y Beatty comenta con su esposa—: Ese hombre ha de estar loco si cree que puede prestar auxilio [a Amberes] […] mediante el simple expediente de enviar a la zona a ocho mil soldados a medio entrenar»[33]. No obstante, la ciudad contaba con una triple línea de fuertes y áreas inundadas, así que parecía disponer de excelentes medios de defensa.

«Estoy dispuesto a dimitir del cargo y a asumir el mando de las fuerzas defensivas y de socorro destinadas a Amberes, en colaboración con el ejército belga», puntualiza formalmente Churchill en una carta dirigida a los miembros del gabinete el lunes 5 de octubre, aunque a continuación añade: «siempre y cuando se me conceda el rango militar y la autoridad necesarios para esa labor, así como plenos poderes, según corresponde al comandante de un destacamento enviado al frente. Si considero que es mi deber ofrecer mis servicios se debe a que tengo la seguridad de que esta medida es la que ofrece mejores perspectivas de un resultado victorioso»[34]. Al darse lectura al escrito en el consejo de ministros estalló una carcajada que, a juzgar por lo que Asquith revela a Venetia, tuvo resonancias «homéricas» —en referencia específica a la atronadora y desbordante risa de los dioses—.[35] Por otra parte, Kitchener juzgó que se trataba de una sugerencia perfectamente razonable y se mostró dispuesto a nombrar a Churchill teniente general. Entretanto, *sir* Henry Wilson continuaba preparando al contingente destinado a partir hacia Amberes[36].

Churchill marchó inmediatamente a Amberes, pero en lugar de vestir el uniforme militar, prefirió presentarse con el de cofrade mayor de la Trinity House, la autoridad portuaria de la que dependen los faros costeros de Gran Bretaña, fundada en 1514 para proteger la vida y los bienes de los navegantes, ya que le permitía lucir una gorra de marinero, una insignia naval y una zamarra de color azul oscuro. Al preguntarle un funcionario belga perteneciente a la embajada de su país cuál era el significado de aquel atuendo, se dice que Churchill replicó, en su inimitable y pésimo francés: «*Moi, je suis un frère aîné de la Trinité*»[37]. «¡Santo cielo!, —exclamó el belga—, ¡¿De La Trinidad?!»[38]. El miércoles 7 de octubre, hallándose Churchill en Amberes, nacía Sarah, su tercera hija, en el edificio del Almirantazgo. Se la había bautizado con el nombre de la gran Sarah Churchill, duquesa de Marlborough, la misma que había mandado construir Blenheim, pero al poco tiempo todo el mundo comenzó a llamarla «Abejorro»[39].

Ese mismo día, y también el siguiente, el rey belga Alberto I condujo a su ejército de campo, primero en dirección sur, y más tarde hacia el oeste, con la intención de dejar atrás Amberes y montar una línea defensiva a

orillas del río Yser. La División Naval Real se sumó al bastión constituido por dicho frente y, auxiliado por las tropas de la 2.ª División del ejército belga y las de la guarnición de la capital flamenca, cubrió la retirada del ejército de campo, que de ese modo pudo cruzar el Escalda[40]. Pese a que pueda juzgarse poco prudente que Churchill decidiera presentarse en Amberes con un contingente de hombres que apenas habían recibido instrucción militar, lo que no hay forma de poner en tela de juicio en cambio es el puro y duro coraje físico que demostró en el envite. «Se expuso repetidamente al cruce de disparos de la línea de fuego, —relata el periodista estadounidense E. Alexander Powell—, y en una ocasión, en las inmediaciones de Walem, escapó de milagro a una muerte segura, dado que estalló un proyectil de mortero justo a su lado»[41].

«Pensé que iba a ser mi gran oportunidad», dirá Churchill años después de la expedición de Amberes[42]. Sin embargo, al no poder contar con la maniobra de distracción que habría debido efectuar el vasto ejército de refuerzo prometido inicialmente por Joffre, los belgas empezaron a perder empuje. Y al no disponer más que de los ocho mil hombres de la División Naval Real, todos muy valerosos, pero escasamente formados, no había prácticamente ninguna esperanza cierta de que Churchill pudiese impedir que Amberes cayese en manos alemanas. Bastante sorprendente resultaría de hecho que lograra resistir tanto como aguantó —aunque finalmente quedara doblegado el 10 de octubre—. En la acción cayeron, entre muertos y heridos, unos 215 soldados británicos, a los que hay que sumar los 936 que fueron hechos prisioneros y los 1500 que los holandeses, que mantenían una posición neutral, internaron en campos de refugiados[43].

Mucho se ha criticado a Churchill por haber enviado a la División Naval Real a Amberes, pero vale la pena recordar que en ese momento sus integrantes eran los únicos efectivos con los que podía contar Gran Bretaña. Lo que se esperaba era que los belgas hubieran capitulado muy pronto y que entregaran la ciudad de Amberes el mismo 3 de octubre. Sin embargo, los defensores de la plaza aguantaron una semana más, y buena parte de ese retraso de la rendición ha de atribuirse a la rápida acción de Churchill. «Esta última semana, que ha diferido en siete días la caída de Amberes, como mínimo, —le escribe Asquith a Venetia Stanley—, y que ha impedido

que los alemanes logren enlazar con sus otras divisiones, no ha supuesto ningún desperdicio […], y hasta es posible que haya resultado de vital importancia»[44]. Algunos historiadores militares consideran que esa semana de plazo permitió a *sir* John French detener a los alemanes en la primera batalla de Ypres, y evitar por tanto que Dunquerque y Calais cayesen en poder del Reich.

Churchill regresó a Gran Bretaña el 9 de octubre, es decir, la víspera de la claudicación de Amberes. Lloyd George le expresó sus «felicitaciones» por su «magnífico esfuerzo». «Winston ha vuelto, —anota Frances Stephenson en su diario—: ha admitido el fracaso, pero culpa a Kitchener y a la Oficina de Guerra por su falta de previsión»[45]. A su vez, Kitchener responsabilizaba a Joffre[46]. Pese a todo, Haldane aseguró que se había vivido «un gran episodio heroico», y Grey dijo que tenía la impresión de hallarse bajo los efectos de «un resplandor interno»: el que «me hace sentir la idea de estar sentado junto a un héroe»[47]. Churchill solicitó a Asquith que le pusiera al mando de un contingente de tropa. «Con solo observar los nuevos ejércitos de Kitchener se le hace la boca agua, y hasta el simple hecho de pensar en ellos le produce el mismo efecto», le confiesa en una carta el primer ministro a Venetia Stanley:

> ¿Deben confiarse tan «rutilantes galones» a esa «gentuza desenterrada[48]» que se alimenta de tácticas que ya eran obsoletas hace veinticinco años, han de ponerse en manos de esas «mediocridades de vida muelle que sucumben a la lenta putrefacción del que se entrega a la rutina militar», etcétera, etcétera? [Churchill] se ha pasado cerca de un cuarto de hora vertiendo una inacabable catarata de invectivas y llamamientos —tanto es así que me ha dado mucha pena no tener ningún taquígrafo a mano, porque algunas de las frases que ha estado soltando en su espontánea diatriba han sido divertidísimas—. Con todo, en su perorata ha habido tres apartados serios, puesto que entre otras cosas ha declarado que, en comparación con la gloria militar, la carrera política no significa nada para él. […]. Es un tipo increíble, con un curioso toque de sencillez que le asemeja a un colegial […], y como alguien dijo de los genios: «se nota que en su cerebro brilla a menudo el inquieto trazo del relámpago»[49].

Sin embargo, pocos días más tarde, las tornas cambiaron y se volvieron contra Churchill, sobre todo en la prensa, que cubrió de críticas la expedición de Amberes al constatarse la escasísima preparación de las tropas de la División Naval Real. «Winston se está convirtiendo en un

inmenso peligro», le dirá Lloyd George a Riddell, antes de compararlo con uno de esos torpedos que estallan en la recámara del propio submarino que lo lanza. Bonar Law asegura que «parece tener la mente totalmente desequilibrada, y en los tiempos que corren eso representa un verdadero riesgo»[50]. Asquith modificó su opinión y dio en pensar que había sido una «auténtica locura» que Churchill hubiera enviado al frente a «un enjambre de imberbes apoyados por los más torpes novatos» que se hayan visto jamás, «puesto que la mayor parte de ellos no habían disparado un rifle en toda su vida. —Así le refiere ahora las cosas a Venetia Stanley—: Fue como llevar ovejas al abattoir [al matadero]»[51]. El *Morning Post* sostuvo que la aventura de Amberes había constituido «un costoso y grave error»; y el *Daily Mail* habló de «un flagrante ejemplo de pésima organización. —El 19 de octubre, el *Morning Post* añade—: Esta severa lección debería hacerle comprender que no es ningún […] Napoleón, sino un simple ministro de la Corona que no es capaz de encontrar el tiempo necesario para ordenar a sus ejércitos en campaña, y menos aún para capitanearlos […]. Posar para salir en las fotografías y las cámaras del cinematógrafo en fiera actitud bajo el fuego graneado de Amberes es una floritura absolutamente innecesaria que en nada mengua los riesgos y horrores de la guerra». Cuatro días más tarde, los redactores de esa misma cabecera irán todavía más lejos: «Tan pronto como se vio nombrado primer lord del Almirantazgo, el señor Churchill se puso a socavar explícitamente el poder de los Lores Comisarios a fin de afianzarse personalmente como dictador […]. Al frente de la Marina Real no hay ya un comité de expertos, sino un aficionado tan brillante como errático»[52].

En 1931, Churchill reflexionará sobre los diferentes aspectos del episodio en su ensayo titulado «A Second Choice». «Jamás debería haber ido a Amberes, por ejemplo, —escribe—. Tendría que haber permanecido en Londres […]. Quienes asumen la carga de la dirección de los supremos asuntos de la nación han de encaramarse a las cimas en que se encuentran los paneles de control; nunca deben descender a los valles de la acción física inmediata y personal.»[53] Dirá prácticamente lo mismo de su aparición en el número 100 de la calle Sidney. Al acudir a Amberes, Churchill dio muestras de la misma falta de contención que ya evidenciara

en el asedio de los maleantes armados de la «Batalla de Stepney», y en el futuro volvería a repetir una y otra vez el mismo comportamiento, tanto al auparse a los tejados de las casas durante los intensos bombardeos aéreos que sufrió Londres durante la segunda guerra mundial, como al tratar de observar el desarrollo de los acontecimientos del Día D desde el propio Canal de la Mancha, al participar en la Operación Dragón[54] a bordo de un acorazado, al visitar el frente de Italia, al cruzar el Rin en una lancha de desembarco, etcétera. Pero la cuestión no estriba únicamente en el hecho de que le gustara descender a los valles, como él dice, sino en que esa costumbre le permitía observar en persona el detalle de los conflictos, cosa que no podía hacer desde los picos de la cordillera gubernamental.

El 24 de octubre Churchill dejó entrever sus frustraciones estratégicas durante una cena con el capitán Richmond. El oficial recuerda que le encontró «bajo de moral, deprimido por la imposibilidad de tomar medidas. La actitud de espera, obligado a soportar la constante amenaza de los submarinos e incapaz de devolver los golpes a la flota alemana, que se encuentra tras las compuertas del Canal [de Kiel], o en los fondeaderos de Emden o Wilhelmshaven, unida a la ineptitud del personal a su mando, que no le ofrecía una sola sugerencia, parecían tenerle sumido en una gran preocupación. Nunca le vi tan abatido como entonces»[55]. Pese a que el bloqueo fuera una táctica con muy pocas concesiones al romanticismo, poco grata para la inquieta mente de Churchill, lo cierto es que funcionó muy bien, ya que provocó una gran penuria en Alemania. En los muelles alemanes permanecían amarrados y ociosos 221 barcos mercantes, por no mencionar los otros 245 que se encontraban detenidos en las dársenas de los Aliados y los 1059 parados en puertos neutrales.

Tres días más tarde, el acorazado *HMS Audacious* chocó con una mina frente al litoral del fiordo Swilly mientras realizaba unas prácticas de tiro, pero afortunadamente no hubo que lamentar la pérdida de vidas humanas. Por regla general se informaba siempre al público de la pérdida de un buque, pero Churchill decidió mantener en secreto la baja del *Audacious*, ya que parecía que la declaración de guerra de Turquía estaba a punto de materializarse. Las operaciones costeras belgas continuaban avanzando y no quería desvelar que la Gran Flota[56] se encontraba al norte de Irlanda, y no

podía por tanto acudir en su ayuda. Es claro que de vez en cuando le tocaba atemperar un tanto, a base de sentido común, el lema de «Confía en la gente».

Ese mismo día, Churchill tuvo el penoso deber de pedir a Battenberg que dimitiera de su cargo de primer lord del Mar. La xenófoba campaña de murmuraciones que se había desatado contra el almirante, nacido en Austria, no era el único motivo de la demanda, aunque desde luego esos tortuosos argumentos habían comenzado a saltar en los discursos públicos, en una pérfida sucesión de anónimos difamatorios, y en todo un conjunto de ataques orquestados en la prensa. (Lord Crawford escribirá en su diario, por ejemplo, que Battenberg «no solo es alemán, sino un alemán *que tiene criados alemanes*».)[57] Las ofensas personales, las pérdidas sufridas en los combates navales, y posiblemente también los crónicos achaque de gota del príncipe —sus desayunos, dignos del mismísimo Gargantúa, señala Henry Oliver, «habrían bastado para llenar la panza de todo un comedor de oficiales»—, le habían dejado hundido y bajo de forma[58]. No obstante, Churchill tuvo que andarse con mucho tiento, dado que Battenberg era primo político del rey de Inglaterra. Se consiguió aplacar un tanto el disgusto del almirante nombrándole consejero privado de la Corona tras su dimisión.

Pese a las protestas del monarca y otros grandes del reino, Churchill puso en el puesto de Battenberg a lord Fisher, que por entonces contaba ya setenta y tres años de edad —aunque Winston le describe como «un auténtico hervidero de conocimiento y una magnífica fuente de inspiración»—.[59] No obstante, pese a que Churchill mantuviera que Fisher le había dado «la impresión de poseer un espléndido empuje, tanto mental como físico, y de que, bajo el vetusto chasis, ardía y palpitaba con fuerza un motor de ímpetu notable», el ayudante del aludido, el comandante Dudley Pound, le confiará a un amigo que, en realidad, Fisher era «un hombre muy mayor que, de hecho, solo es capaz de dedicar, sobre poco más o menos, unas dos horas diarias al trabajo del Almirantazgo»[60]. Fisher, que encabezaba las cartas que enviaba a Churchill con expresiones como «Querido Winston», filtraba información a los periódicos, conspiraba con la oposición conservadora, escribía prolijas misivas repletas de subrayados

triples y múltiples puntos de exclamación, y se oponía abierta y habitualmente a las medidas que pretendía adoptar Churchill, se comportaba además, por regla general, como un individuo irascible, ordenancista e inaguantable[61]. Es posible que fuera un buen asesor, pero Churchill se equivocó al asignarle el más alto puesto de la Marina después del suyo propio.

El día en que Fisher tomó posesión de su cargo, los nuevos buques turcos *Goeben* y *Breslau* cañonearon Odesa y Sebastopol, en el Mar Negro. La inmediata consecuencia de que los otomanos bloquearan el paso de los Dardanelos fue que, en caso de que los Aliados quisieran enviar en algún momento ayuda o armamento a Rusia, se verían en la imposibilidad de hacerlo a través del Mediterráneo. Se tuvo asimismo la sensación de que, en los países neutrales de la región, entre los que figuraban Italia, Grecia, Rumanía y Bulgaria, la acción había mermado el prestigio de los Aliados. Churchill ordenó al vicealmirante Sackville Carden, comandante en jefe de la escuadra británica del Mediterráneo, que bombardeara los fuertes exteriores turcos de Sedd el Bahr y Kum Kale, situados en los Dardanelos. Carden cumplió lo exigido el 4 de noviembre, es decir, un día antes de que Gran Bretaña y Francia se declararan en guerra con Turquía[62]. Dar inicio a las hostilidades bélicas sin que mediara una previa declaración formal de guerra era un asunto muy grave, pero no sería la última vez que Churchill procediera de ese modo.

Por esta época, Lloyd George comenzó a poner intencionadamente en circulación informaciones contrarias al buen nombre de Churchill —y no se contentaría ya con hacerlo con los taimados métodos que había empleado en el pasado, cuando le criticaba entre bromas y veras, sino que ahora optó por arremeter a las claras—. Su alianza, que ya se había visto seriamente tocada antes de la guerra, terminó de quebrarse, separándoles definitivamente, con la disputa surgida a raíz de los gastos en defensa. Lloyd George había comprendido que si la contienda se ganaba en el mar, era muy poco probable que la contribución que él pudiera haber hecho desde el Departamento de Hacienda lograra elogios comparables a los de su antiguo amigo y supuesto aliado en el consejo de ministros. «Churchill ha partido al frente blandiendo la espada», le dirá Lloyd George a C. P. Scott,

director del *Manchester Guardian*, «pero lo único que ha sacado en limpio ha sido retrasar unos cuantos días la evacuación final, a lo que hay que añadir el doble hecho de que los belgas hayan perdido veinte mil hombres en campos de internamiento y nosotros cerca de dos mil, y de que medio Amberes haya acabado en ruinas»[63]. Scott le preguntó si ese retraso había supuesto alguna ventaja estratégica, pero Lloyd George faltó a la verdad y le respondió: «Ninguna». «En todo aquel relato se percibía una evidente e intensa animadversión personal hacia Churchill», apunta Scott en sus notas particulares. Los siete años de «pactos de alianza» concertados en el Café Royal en junio de 1910 apenas habían durado la mitad.

Pero volvamos al 1 de octubre. Churchill le había escrito un telegrama al contraalmirante *sir* Christopher Cradock, cuya escuadra se hallaba frente a las costas occidentales de Sudamérica: «Lo mejor será que los barcos británicos permanezcan siempre a una distancia que les permita apoyarse unos a otros, ya sea en el estrecho [de Magallanes] o en las inmediaciones de las Malvinas, y que pospongan la navegación de cabotaje a lo largo del litoral oeste en tanto no se consiga disipar la presente incertidumbre sobre el [paradero] del *Scharnhorst* y el *Gneisenau*»[64]. El 1 de noviembre, estos acorazados, al mando del almirante Graf Maximilian von Spee sorprendieron a Cradock cerca del puerto chileno de Coronel. Los alemanes hundieron dos cruceros británicos y Cradock pereció en la batalla. Fisher envió entonces dos modernos cruceros de combate, el *HMS Invincible* y el *Inflexible*, y encargó a ambos la misión de rastrear la posición de las fuerzas de Spee, cosa que finalmente lograron, produciéndose así la única batalla naval decisiva de toda la guerra, librada frente a las islas Malvinas el 8 de diciembre. La escuadra de alta mar alemana fue aniquilada, y Von Spee perdió la vida en el combate. Pese a todo, la prensa conservadora atribuyó de manera general la responsabilidad de la derrota sufrida en Coronel al manifiesto intervencionismo de Churchill, a quien sin embargo no reconoció ningún mérito en la victoria de las Malvinas[65].

«El pueblo británico se ha dotado de este lema», declarará Churchill el 9 de noviembre en un banquete ofrecido por el alcalde de Londres en el ayuntamiento: «“Todo normal en el proceso de alteración del mapa de Europa”»[66]. La expresión «Todo normal» terminará empleándose con gran

frecuencia en el transcurso de la segunda guerra mundial, y en esa contienda servirá para subir la moral de la gente, que adquirió la costumbre de anotarla con tiza en los semiderruidos muros de las empresas londinenses afectadas por los intensos bombardeos aéreos nazis[67]. Más tarde, en noviembre de 1914, Churchill se vio abiertamente enfrentado a la perspectiva de continuar combatiendo sin Francia: «Ahora bien, aunque tuviéramos que luchar con una sola mano, como nos sucedió en tiempos de las guerras napoleónicas, no hay razón para desesperar de nuestras capacidades —sin duda habremos de sufrir penalidades, privaciones y pérdidas—, pero no veo motivos para desconfiar de nuestra resistencia y nuestra posibilidad de continuar batiéndonos indefinidamente»[68].

El 25 de noviembre, tras la primera reunión de la nueva Junta de Guerra, Churchill lanzó la idea de que la Marina debía forzar el paso de los Dardanelos, cruzar el Mar de Mármara y echar finalmente el ancla frente a Constantinopla (la actual Estambul). Hecho esto, la armada podría proceder a cañonear la ciudad hasta someterla, pasar a ocuparla directamente, o efectuar tanto lo uno como lo otro. No obstante, dejó de presentar el plan como una operación fundamentalmente terrestre, como había hecho la primera vez que había estudiado las posibilidades de abrir el estrecho. Tanto Kitchener como Hankey y Lloyd George consideraron muy positiva la idea, pero los demás miembros de la Junta de Guerra no les ofrecieron el apoyo suficiente para llevarla a efecto. Pese a todo, Churchill mantuvo una escuadra naval en el Canal de Suez con el fin de poder transportar tropas en caso de una eventual operación futura.

El 16 de diciembre, un convoy de la armada alemana a las órdenes del almirante Franz von Hipper consigue burlar el bloqueo que la Marina Real Británica tenía establecido en el Mar del Norte y bombardear acto seguido Hartlepool y Scarborough, en una acción que supuso una inexplicable humillación para la mayor potencia naval del mundo, cuya dotación superaba el millar de navíos. En realidad, el plan de los buques de guerra alemanes había estado a punto de irse al traste al topar con Beatty, pero Churchill no podía revelar esa circunstancia sin descubrir al mismo tiempo toda una serie de secretos operativos, así que no le quedó más remedio que

capear el temporal y encajar, junto con el Almirantazgo, una nueva y generosa dosis de censuras en la prensa.

Los frentes de Francia y Flandes estaban comenzando a cristalizar rápidamente, convirtiéndose en una guerra de trincheras de carácter estático. «Creo muy posible que ninguno de los dos bandos disponga de las energías precisas para perforar las líneas contrarias en el escenario occidental de la contienda, —le escribe Churchill a Asquith el 29 de diciembre—. No es probable que las posiciones de uno y otro ejército experimenten ningún cambio decisivo —aunque sin duda habrá que sacrificar a varios centenares de miles de hombres para convencer de ese extremo a los estrategas militares—. […] ¿Acaso no hay más alternativa que enviar a nuestras tropas a mascar alambre de espino a Flandes?»[69] Sin embargo, apenas cuatro días más tarde se presentaba justamente una situación que parecía ser la alternativa perfecta.

El 2 de enero de 1915, el gran duque Nicolás de Rusia instó a Inglaterra a efectuar —como parte de una vasta maniobra de distracción (o de una mera «demostración», por emplear sus propias palabras)— un ataque contra Turquía, que estaba combatiendo fieramente a Rusia en el Cáucaso[70]. Al analizar Churchill y Kitchener la propuesta, este último dijo que el ejército no solo era demasiado pequeño para llevar a cabo una acción significativa, sino que se hallaba ya implicado en demasiados frentes, pero recordó a Churchill los debates que habían mantenido en la Junta de Guerra y sugirió que los Dardanelos podían constituir un buen objetivo, «sobre todo si […] conseguimos difundir al mismo tiempo informes que indiquen que Constantinopla se encuentra amenazada»[71].

El problema radicaba en el hecho de que, en sus 66 kilómetros de longitud, los Dardanelos no superaban los 6 de anchura en su porción más amplia, y se reducían a menos de 1,5 en su punto más angosto —una dificultad considerable, teniendo en cuenta que el fondo marino del paso estaba sembrado de minas y que no solo había baluartes turcos en ambas orillas, sino también piezas móviles de mortero y de artillería—. Había que contar asimismo con las fuertes corrientes que partían del Mar Negro y barrían el estrecho en dirección al Mediterráneo, ya que eso podía complicar las labores de cualquier dragaminas que intentara despejar la vía.

Tiempo atrás, en 1904, Fisher ya había señalado que todo hipotético asalto a los Dardanelos resultaría «tremendamente peligroso»[72]. Ese mismo año, Haldane había dicho que, de intentar la aventura, «existiría un grave riesgo de derrota»[73]. El propio Churchill había dejado escrito en 1911: «Ya no es posible forzar el paso de los Dardanelos, y nadie debiera exponer a una flota moderna a semejante peligro»[74]. Y en 1914, al preguntarse a Joffre si podía contribuir a la elaboración de un plan para esa misión, el general contestó que no podía prescindir de ninguno de los hombres que tenía desplegados en el Frente Occidental.

No obstante, pese a todos los problemas operativos, lo cierto era que, si se encontraba el modo de llevarla a la práctica, la idea parecía ofrecer enormes ventajas estratégicas. Serviría para emplear a la armada en un cometido más ambicioso que el de mantener simplemente bloqueadas las salidas del Mar del Norte; aislaría al I Ejército otomano en la península de Galípoli; podría provocar incluso un golpe de estado en Constantinopla y el establecimiento de un nuevo gobierno turco favorable a los Aliados; quizá permitiera ganar a Rumanía y a Bulgaria para la causa, lo que a su vez abriría la posibilidad de convencerles de que ayudaran a los serbios en su lucha contra los austríacos; y animaría a italianos y griegos a unirse a la Triple Entente. Y al margen de esas cuestiones, también podía abrir una ruta para que los rusos accedieran a aguas cálidas, y por tanto navegables, y recibir así los suministros que tanto necesitaban —suponiendo al menos que los Aliados contaran algún día con excedentes que proporcionarles—.[75] Uno de los soldados que combatió en Galípoli, un capitán de treinta y dos años llamado Clement Attlee, perteneciente al Regimiento del Lancashire Meridional, permaneció toda su vida convencido, como él mismo diría, de que «las previsiones estratégicas eran sensatas»[76].

El 3 de enero de 1915, Churchill telegrafió a Carden para solicitar su opinión. Este contestó que la precipitación no permitiría forzar el estrecho, pero que podría conseguirse el éxito si se empleaba una flota amplia y se efectuaba una campaña metódica[77]. El plan de Carden consistía en silenciar los fuertes exteriores otomanos, desactivar el campo de minas, destruir los bastiones interiores situados en la porción más angosta del estrecho para después poner rumbo al Mar de Mármara, bombardear las

instalaciones otomanas clave, y continuar navegando hasta Constantinopla. El principal arsenal turco se encontraba en el Bósforo, y quedaba plenamente encuadrado en el radio de acción de los cañones británicos. Churchill pidió al personal del Almirantazgo encargado de los detalles de la planificación —cuyos integrantes tenían serias dudas sobre la viabilidad del proyecto— que estudiara la posibilidad de superar el estrecho usando algunos barcos de guerra fuertemente armados, pese a que permanecieran amarrados en la reserva y fueran anteriores a la época de los acorazados. Poco después telegrafía a Carden la siguiente nota: «La importancia de los resultados justificaría la asunción de graves pérdidas». Esta frase podría parecer despiadada, pero si lo que se conseguía era nada menos que obligar a Turquía a abandonar la guerra se trataba sin duda de la cruda realidad[78].

El 4 de enero saltó la primera de las muchas amenazas de dimisión que habría de protagonizar Fisher. El motivo no se debía a la cuestión de los Dardanelos ni a su plan de atacar las costas alemanas bañadas por el Mar del Norte o el Báltico, sino al rechazo de la propuesta que él acababa de poner sobre la mesa, consistente en ejecutar a un rehén alemán por cada ciudadano británico que muriera en las incursiones de los dirigibles. Churchill hizo caso omiso del aviso de renuncia, y Fisher se comportó como si no hubiera pasado nada[79]. Contempladas las cosas con la perspectiva que proporciona el tiempo, lo mejor habría sido que Churchill hubiera aceptado sin más alguna de esas primeras amenazas de dimisión, pero lo cierto es que veía con buenos ojos y una notable dosis de admiración al carismático, aunque profundamente neurótico, marino, aun después de que este empezara a dejar traslucir de forma cada vez más clara y pública su oposición.

En lugar de frenar a Fisher, lo que hizo Churchill ese mismo día fue escribir estas líneas: «Creo que haríamos bien en escuchar lo que otras personas tienen que decir respecto a los planes turcos antes de adoptar un curso de acción definitivo. No protestaré por la pérdida de cien mil hombres, porque los efectos políticos que [el proyecto] puede lograr en la península de los Balcanes son enormes. Sin embargo, el enemigo es Alemania, y si buscamos victorias fáciles y antagonistas débiles no estaremos librando bien la guerra»[80]. Al día siguiente, Carden le telegrafía

para comunicarle que «sería posible desbloquear el paso de los Dardanelos si ampliamos las operaciones y aumentamos el número de embarcaciones»[81]. Las reservas que Churchill había manifestado apenas veinticuatro horas antes se evaporaron como por ensalmo, de modo que le contesta: «Las altas autoridades de este departamento coinciden con su parecer». Esto resulta un tanto engañoso, ya que Churchill había debatido brevemente el asunto con dos almirantes y ambos se habían mostrado bastante cautelosos al expresar sus respectivos pareceres. Y por otra parte, el propio Churchill aún no le había mencionado la cuestión al Grupo del Almirantazgo integrado en el Estado Mayor Naval para Tiempos de Guerra.

En esa época, los Dardanelos no eran el punto estratégico de mayor importancia que Churchill tenía entre sus prioridades. El mismo día en el que telegrafía a Carden, Winston urge a Asquith a definirse en relación con un invento que a su juicio podía quebrar el punto muerto al que se había llegado en el Frente Occidental, marcado por la presencia de una fuerte línea de trincheras y alambres de espino que en ese momento se extendía desde el Canal de la Mancha hasta Suiza, cubriendo así una distancia de más de 640 kilómetros. «Sería muy fácil fabricar en poco tiempo, —sugiere —, un buen número de tractores de vapor dotados de un pequeño refugio blindado capaz de albergar a un puñado de hombres con ametralladoras, y todo ello sería a prueba de balas». «Si los empleamos por la noche, la artillería no les afectaría lo más mínimo. El sistema de tracción por orugas que utilizan permitiría salvar las trincheras con notable facilidad, y el propio peso de la máquina serviría para destruir todas las alambradas que le salieran al paso.»[82] Como él mismo habrá de escribir más tarde en sus memorias de guerra: «Dado que no podíamos rodear las trincheras, era evidente que no había más remedio que pasar por encima de ellas»[83]. Pese a que se tratara claramente de un arma terrestre, Churchill sacó del presupuesto del Almirantazgo la inmensa suma de setenta mil libras que se requería para acelerar las investigaciones relacionadas con el proyecto del tanque. El temprano, sólido y constante apoyo que ofreció a su desarrollo

hace que no resulte inverosímil adjudicarle la paternidad del carro de combate.

A pesar de la distancia que separa la isla de Borkum de la de Gran Bretaña y de su proximidad a la base naval alemana de Emden, el 7 de enero la Junta de Guerra aprobó la propuesta de Fisher, con lo que se daba vía libre a la elaboración de un plan detallado para la toma de Borkum, en la Baja Sajonia, iniciativa para la que el propio Fisher llevaba acumulando importantes efectivos navales desde que fuera nombrado primer lord del Mar. Churchill, que había apoyado durante mucho tiempo a Fisher en su plan de captura de Borkum, cambió de estrategia al ver que la aventura de los Dardanelos dejaba entrever la perspectiva de un trofeo mucho más estimulante. Buena parte de los miembros del Almirantazgo se oponían categóricamente a la expedición a Borkum y, en cierto modo, la posterior oposición de Fisher al empeño de Galípoli se debería al hecho de que hubiera eclipsado por completo ese proyecto predilecto suyo, cuya posibilidad, al quedar truncada, desbarataba por completo los largos años que había dedicado a su promoción.

El 8 de enero, Kitchener leyó ante los integrantes de la Oficina de Guerra un informe de su departamento. «Los Dardanelos parecen ser un objetivo sumamente adecuado, —afirmaba el documento—, y debe realizarse en colaboración con la flota»**[84]**. Kitchener consideraba ahora que no debía tratarse únicamente de una operación naval, y que exigía la intervención de ciento cincuenta mil hombres —unos efectivos con los que desde luego no se podía contar en modo alguno, al menos por el momento —. Lloyd George pensaba que se necesitarían incluso más**[85]**. Nadie tuvo en cuenta el punto de vista de *sir* John French, que opinaba que no debía efectuarse ningún ataque en el este mientras no se hubiera revelado imposible conseguir éxitos en el Frente Occidental**[86]**. Sin embargo, la intención original de Churchill, centrada en la posibilidad de que los griegos se ofrecieran a respaldar la operación con tropas terrestres, se reveló inviable, dado que Grecia continuaba declarándose neutral.

El 10 de enero, Churchill tuvo ocasión de sentarse al lado de Margot Asquith durante una cena celebrada en Kent. Le dijo que ya no deseaba ser virrey de la India —puesto que esa había sido su anterior ambición, al

menos como etapa en su búsqueda del puesto de primer ministro—. Lo único que le importaba ahora era la guerra, aseguró. «¡Santo cielo!, —exclamó—, ¡*Esto* es historia viva! […]. Miles de generaciones futuras leerán libros sobre lo que ahora mismo hacemos —¡¡*piénselo*!!—. No, no, de ningún modo, no permitiría que me dejaran al margen de esta guerra de gloria y deleite por nada del mundo […]. Aunque le pido por favor que no le diga a nadie que he utilizado la palabra “*deleite*”, ya sabe a lo que me refiero»**[87]**. Margot Asquith solo confiaría estas manifestaciones a su diario, pero lo cierto es que era una verdadera insensatez decirle semejantes cosas a una persona que tanto recelaba de él. Tanto su marido como buena parte de los más elevados círculos del estado se sentían tan ultrajados por los horrores morales de la guerra que cualquier muestra de entusiasmo por su práctica —y no digamos ya esa clase de jubilosa obsesión que Churchill se empeñaba en encarnar— se consideraba una indecorosa prueba de mal gusto.

El 11 de enero, Carden presentó un plan operativo de cuatro puntos para llevar a cabo la empresa de los Dardanelos. La estrategia pasaba por destruir los fuertes exteriores, la realización de maniobras ofensivas en el estrecho y el cañoneo de los bastiones interiores (mediante el lanzamiento de proyectiles en un radio de acción de nueve kilómetros), todo ello coronado por la rápida superación del campo de minas**[88]**. Churchill respaldó entusiasmado la idea, y más tarde aseguró: «Tanto el primer lord del Mar como el jefe de Estado Mayor [el almirante *sir* Henry Oliver] también parecen favorables a ella […]. Y las cuatro o cinco máximas autoridades navales […] juzgan que se trata de una propuesta extremadamente interesante y esperanzadora». Churchill añade asimismo que el almirante *sir* Henry Jackson, jefe del Estado Mayor Naval para Tiempos de Guerra, «aprueba sus pormenores. Acertado o no, se trata de un plan del Departamento […]. No he sido yo quien lo ha elaborado, y de hecho no habría podido hacerlo»**[89]**. En realidad, Jackson se había mostrado sumamente escéptico frente al proyecto. *Sir* Percy Scott, el experto con que contaba el Almirantazgo en materia de artillería, consideraba que aquello equivalía a proponer «una tarea imposible», y Fisher negaba que se hubiera solicitado su opinión en esa época. Al día

siguiente, Churchill redactó un memorando destinado a la Junta de Guerra en el que abogaba en favor de forzar el paso de los Dardanelos y en cuya conclusión decía: «Es preciso elaborar planes definitivos acordes al proyecto»[90]. Se hace difícil eludir la sensación de que el 11 de enero Churchill tenía ya decidido entregarse en cuerpo y alma a la concreción del plan, porque ya entonces había dado en creer que podía ser la clave para romper el punto muerto al que se había llegado en el Frente Occidental.

A mediodía del miércoles 13 de enero de 1915, la Junta de Guerra celebró una trascendental reunión de cuatro horas. Acompañaban a Asquith *sir* John French y Arthur Balfour (al que se había estado invitando a acudir regularmente a esos encuentros de la Junta de Guerra, pese a ser miembro de la oposición). Junto a French se encontraba Kitchener, y algo más allá se sentaban Fisher, Churchill y *sir* Arthur Wilson —a quien Winston había recuperado para desempeñar ciertas funciones en el Almirantazgo, pese a ser ya un hombre de setenta y dos años (que, por otra parte, estaba dispuesto, ante la emergencia de la guerra, a olvidar las pasadas diferencias). Finalmente, cerca de este último grupo comparecían Crewe, Grey y Lloyd George. «Pocas veces se habrá visto sentados a una misma mesa a hombres tan distintos», le dirá más tarde Churchill a Venetia Stanley[91]. French empezó exponiendo los pormenores del plan para el avance de las tropas por la costa del canal, pero Lloyd George y Balfour lo rechazaron. Se entabló así un prolongado debate sobre la guerra de desgaste que estaba teniendo lugar en el Frente Occidental.

Cuando todo parecía indicar ya que la reunión iba a ser simplemente una más de las muchas de prolija ineficacia vividas a lo largo de ese período, Churchill leyó en voz alta el plan de Carden y propuso que el ataque a los Dardanelos corriera únicamente a cargo de la Marina Real. «La idea cuajó al instante», escribirá más tarde Hankey.

> El ambiente reinante cambió por completo. La fatiga quedó atrás […]. Churchill desplegó sus planes […], lo hizo con tranquila lucidez y sin exagerados alardes de optimismo. La Junta de Guerra pasó entusiasmada de la pesada perspectiva de la «trabajosa pugna» que se estaba librando en el Frente Occidental a la contemplación de los más brillantes horizontes, o eso parecían, del Mediterráneo. La armada, en la que nadie se planteaba siquiera desconfiar, y que hasta entonces apenas había tenido, aquí y allá, unas cuantas oportunidades de demostrar su valía, iba a partir al frente[92].

Más tarde, Hankey sospecharía que Churchill había forzado la máquina y puesto el plan de los Dardanelos sobre la mesa para recuperar el prestigio perdido en Amberes, pero en ese momento él mismo estaba tan bien dispuesto a dar su aprobación al proyecto como el resto de los que sabían de su existencia[93].

Churchill sugirió destruir «en pocas semanas» los fuertes turcos mediante el uso de la artillería naval. Según dijo, los cañones de campaña situados en ambas orillas del estrecho serían «un mero inconveniente». Una vez que la flota hubiera superado el paso, los buques ingleses procederían a echar a pique el *Goeben*. Dado que Churchill parecía estar transmitiendo el parecer colectivo de todo el Almirantazgo, ninguno de los políticos presentes en la reunión juzgó necesario interesarse por la opinión de Fisher o Wilson, y, por su parte, ellos permanecieron callados a lo largo de todo el encuentro. Se supuso por tanto que estaban a favor del plan, cosa que no era cierta. «Ninguno realizó la menor observación, y desde luego yo pensé que se mostraban de acuerdo, —escribirá Churchill más adelante[94]—. Era mi jefe», comentará a su vez Fisher, «así que había que optar entre el silencio y la resignación. —Y como el propio Churchill vendrá a subrayar en noviembre de 1915—: A los miembros de la Junta de Guerra les impresionaron enormemente las ventajas políticas del proyecto, caso de que pudiera llevarse a efecto. Por eso presionaron al Almirantazgo para que encontrara la forma de materializarlo. Nadie levantó la voz para oponerse a los métodos propuestos. Ningún experto asesor dio signos de disentir en lo más mínimo de aquella idea»[95].

Kitchener dijo que no podían detraerse tropas terrestres del Frente Occidental. Pese a la previa valoración de la Oficina de Guerra, que había afirmado que la operación exigiría el concurso de ciento cincuenta mil hombres, la opinión de Carden —convencido de que era posible superar el bloqueo de los Dardanelos recurriendo únicamente a la armada— convenció a la Oficina de Guerra y la indujo a determinar que el Almirantazgo «deberá estar preparado para realizar en febrero una expedición naval destinada a cañonear y tomar la península de Galípoli, con el objetivo último de conquistar Constantinopla». Sin embargo, el texto carecía de sentido, ya que la Marina no podía «tomar» la península ni

«conquistar» Constantinopla sin el apoyo del ejército[96]. Además, sucedió también que los participantes en la reunión interpretaron de manera diferente el término «preparado». Para Churchill significaba «hallarse en disposición de poner en marcha» la operación, pero Asquith lo tomó como sinónimo de «estar en condiciones de ahondar en las investigaciones vinculadas con» la expedición naval. La verdadera razón de que Fisher y otras figuras destacadas del Almirantazgo permitieran que su silencio se entendiera como una forma de aquiescencia se debió a que, en un primer momento, se consideró que el empeño no era excesivamente arriesgado. Muchos de ellos creyeron que podrían reducir sus pérdidas si los buques viejos, anteriores a los acorazados, no conseguían superar el campo de minas[97]. Se trataba de navíos que la armada podía perder sin temor a ver amenazada la importantísima posición de control que ocupaba en el Mar del Norte. El trofeo que estaba en juego parecía justificar los posibles costes del proyecto.

«Todo el mundo daba la impresión de estar al corriente de sus ventajas, —escribe Churchill respecto al plan de los Dardanelos en sus memorias de guerra—. Caso de tener éxito, la operación permitiría abrir las comunicaciones con Rusia y permitiría al zar exportar trigo y recibir municiones.»[98] En tono excitado, Balfour también resaltó este aspecto, y señaló que el hecho de que Rusia consiguiera reanudar la actividad de sus exportaciones de trigo, «podría volver a poner en marcha el comercio ruso», «partir en dos al ejército turco», «poner Constantinopla en nuestras manos» y «abrir una vía de acceso al Danubio»[99]. Sin embargo, en la primavera de 1915 los Aliados se estaban quedando prácticamente sin obuses en el Frente Occidental. Si la idea de suministrar municiones a los rusos era uno de los motivos de la operación, tuvo que haber sido por fuerza un objetivo a muy largo plazo.

El día en que se celebró la reunión crucial, Asquith, que ya había cumplido los sesenta y dos años de edad, le envió dos largas cartas de amor a Venetia Stanley, de veintisiete, además de la que ya le había escrito a primera hora de la madrugada de la noche anterior. «Y tú, queridísima Venetia, —escribe—, a quien se encaminan, a todas horas del día, mis más tiernos pensamientos, mis más íntimas confidencias, mi incesante devoción,

mis temores y esperanzas, mi fortaleza, mi debilidad, mi pasado, mi presente y mi futuro…»[100]. Asquith redacta una de las misivas a las tres y media de la tarde, en el transcurso mismo de la Junta de Guerra, a la que se refiere en estos términos: «Un interesantísimo debate, cuyo carácter es sin embargo tan confidencial y secreto que no puedo transcribir aquí ni una sola de sus palabras, aunque te lo comentaré por extenso mañana»[101]. Otra de las cosas que hizo Asquith mientras estaba en la Junta, fue leer la última carta de amor que Venetia le había mandado. Esto le llevará a añadir en su segunda nota: «La reunión acaba de terminar, y hemos llegado armoniosamente a cuatro conclusiones que yo mismo he sugerido y que mantendrán ocupadas a la armada y al ejército hasta marzo. Estoy deseando contarte todo lo que hemos dispuesto para ver si merece tu aprobación […]. Winston ha mostrado una gran soltura al defender con dureza sus planteamientos»[102]. Las trescientas mil palabras que Asquith le escribe a Venetia entre enero de 1913 y mayo de 1915 nos ofrecen la oportunidad única de asomarnos al fuero interno del primer ministro y de vislumbrar lo que mantuvo ocupada su mente durante las primeras fases de la Gran Guerra, pero también nos recuerdan que no estaba total y absolutamente concentrado en la campaña de Galípoli, en la que no tardarían en jugarse la vida varios cientos de miles de hombres.

Mientras Asquith mantenía a Venetia informada de estas operaciones militares secretas (contraviniendo específicamente la Ley de Secretos Oficiales elaborada por su propio gobierno), Lloyd George revelaba a Frances Stevenson datos fundamentales: «Churchill está a favor de un ataque por el Categat, ya que eso le reportaría un mayor honor y gloria personales»[103]. De hecho, al comprobar que la Junta de Guerra daba preferencia a la operación de los Dardanelos, Churchill disminuyó mucho el apoyo que venía prestando a las operaciones de Fisher en el Báltico y al desembarco en Schleswig-Holstein.

No obstante, mientras se celebraban estas reuniones, la razón original en la que se sustentaba la operación de los Dardanelos se esfumó bruscamente, ya que en la batalla de Sarikamis, en el Cáucaso, Turquía sufrió una aplastante derrota a manos de los rusos —en la que perdió a setenta y ocho mil de los noventa mil hombres que había llevado al frente—.[104] Turquía

dejó de constituir un peligro para Rusia, pero para entonces los Dardanelos ya habían abierto a la acuciada Junta de Guerra británica un conjunto de perspectivas aún más rutilantes que la de limitarse simplemente a acudir en auxilio de Nicolás II —horizontes marcados, entre otros, por los objetivos de alterar los equilibrios de poder en los Balcanes y de lograr que Turquía quedara fuera de juego en la contienda—. El 19 de enero, Churchill le escribe al gran duque Nicolás una carta en la que le explica: «Se ha decidido intentar forzar el paso de los Dardanelos» (un extremo que no era totalmente cierto, ya que solo se le había autorizado a «preparar» la expedición[105]).

Al ver que su operación en la isla de Borkum quedaba al margen, Fisher decidió unirse a quienes se oponían a la campaña de los Dardanelos. «No hay más que una salida: ¡dimitir!, —le dirá Fisher a Jellicoe el 19 de enero —. No estoy de acuerdo con ninguna de las medidas adoptadas.»[106] Dos días más tarde, añade: «Juzgo simplemente abominable la operación de los Dardanelos, y no cambiaré de parecer a menos que se acepte introducir un gran cambio y que se decida convertirla en una acción militar en la que intervengan doscientos mil hombres, además de la flota»[107]. Sin embargo, al final no dimitió. Una vez que la incursión en Galípoli se hubo saldado con un completo desastre, Churchill dirá ante los encargados de la investigación oficial del gobierno, reunidos en la llamada «Comisión de los Dardanelos», que la primera vez que había tenido noticia de que Fisher se oponía al proyecto había sido el 25 de enero, al dar este último lectura a un memorando redactado por propia iniciativa. El documento llevaba por título: «La posición de la flota británica y su política de presión constante», y en él Fisher mantenía que «la coerción ejercida por medio del poderío marítimo […] exige una gran paciencia […] y una buena administración de nuestros recursos»[108]. Fisher no se mostraba contrario al ataque de los Dardanelos como tal, pero sí que desaconsejaba todo intento de reducir la ofensiva a un asalto de carácter meramente naval. Así argumenta Fisher su postura: «Si nos arriesgamos a dedicar buques de guerra a la materialización de cualquier operación subsidiaria, como el cañoneo de posiciones costeras o el ataque de las plazas fortificadas [otomanas], sin contar con la colaboración del ejército, estaremos haciéndole el juego a los

alemanes […]. Ni siquiera deberíamos poner en peligro los buques más antiguos, dado que su pérdida implica necesariamente la muerte de algunos de sus tripulantes, y después de la Gran Flota, ellos son la única reserva de que disponemos»[109].

Fisher estaba en lo cierto: habría sido mucho mejor efectuar un ataque sorpresa en febrero y confiar el éxito de la operación a una combinación de efectivos de tierra y fuerzas navales que apostarlo todo al asalto de la armada que tuvo lugar el 18 de marzo, seguido, el 25 de abril, por la embestida del ejército. Sin embargo, Kitchener no disponía en ese momento de un contingente de esas características. «La gente está empezando a encontrarse bastante disgustada con Winston», anota en su diario Frances Stevenson, en una repetición prácticamente calcada de la opinión de su amante. «Fisher dice que los integrantes del Almirantazgo han intentado llevarle la contraria, pero él se limita a ignorarles y a hablar mal de ellos. Si continúa en esa misma línea autoritaria [sus jefes] temen que se produzca una catástrofe.»[110]

Churchill decidió no comunicar el contenido del memorando de Fisher a la Junta de Guerra, pese a que la única mención explícita que en él se hacía de los Dardanelos fuese favorable a la realización de un ataque con fuerzas conjuntas navales y terrestres destinado a obligar a la armada turca a combatir al descubierto. Es posible que el pasaje que Churchill considerara objetable se encontrase en el Apéndice, ya que en él se citaban las declaraciones que había hecho al *New York Times* un anónimo oficial de la Marina Real Británica. En el rotativo se decía que «tanto el tiempo como la política de la espera vigilante son» factores positivos para el bando aliado, y que «esos estrategas aficionados que exigen que la flota británica se interne alocadamente en un campo de minas, con el único fin de llegar hasta los alemanes, están pidiendo simplemente a Inglaterra que se suicide»[111].

No obstante, el propio Fisher se encargaría de enviar el memorando a Asquith, y este solicitó entrevistarse con él y con Churchill antes de la siguiente reunión de la Junta de Guerra, prevista para el 28 de enero a las once y media de la mañana. En ese encuentro promovido por el primer ministro, Fisher le dijo a Asquith que prefería los planes alternativos del Mar del Norte al proyecto de los Dardanelos, pero también dejó patente un

elemento crucial (según consta en el informe emitido en 1917 tras el fracaso del plan de los Dardanelos): que «no había criticado los méritos del asalto a la península de Galípoli». Hankey informó por su parte de que, al presentar Churchill una crónica detallada de la operación propuesta a la Junta de Guerra, valiéndose de un vasto mapa del estrecho, el entonces primer lord del Almirantazgo había aclarado con notable detalle los planes de la armada, sin omitir ninguno de los riesgos y reveses que se cernían potencialmente sobre la operación. «Expuso de forma muy pormenorizada el proyecto, —recordaría Hankey—. Lo explicó con muchísimo detenimiento. Allí estaba, sentado en uno de los extremos de una larguísima mesa», rememora, «blandiendo un mapa mientras los miembros de la Junta se arremolinaban a su alrededor […]. [Churchill] hizo su exposición basándose en lo escrito en un documento, y explicó con detalle todo el asunto»**[112]**.

Tanto Fisher como Wilson se hallaban presentes en la reunión, y lo cierto es que se produjo un larguísimo debate en el que «una vez más, —como más tarde habría de señalar Churchill—, nadie expresó ninguna opinión adversa, y […] lord Fisher se contentó con decir que había manifestado su parecer al primer ministro. [Por eso], la operación quedó definitivamente aprobada, y se nos ordenó que la llevásemos a efecto»**[113]**. En el transcurso de la conversación, Fisher se levantó de la mesa, irritado, y se dirigió a la ventana. Kitchener se acercó a él y le convenció de que no presentara la dimisión**[114]**. Poco después, ese mismo día, Churchill y Fisher volvieron a examinar los pormenores de la operación, y Fisher accedió a secundarle en el empeño. Como él mismo habría de admitir más tarde ante los miembros de la Comisión de los Dardanelos: «Me entregué sin reservas al análisis del problema, sin dejarme nada —*totus porcus*»**[115]**.**[116]**

«Otra cuestión personal que me preocupa bastante es la creciente fricción entre Winston y Fisher», le confía Asquith a Venetia Stanley.

> [Ambos] han venido a verme esta mañana, antes de la reunión de la Junta de Guerra, y han empezado a echarse en cara sus mutuos agravios. He tratado de contemporizar y de allanar sus diferencias con la propuesta de un arreglo según el cual Winston tenía que renunciar por el momento al cañoneo de Zeebrugge y Fisher abandonar su oposición a los Dardanelos. Al comenzar a debatir la cuestión en la Junta de Guerra —una cuestión que Kitchener y Grey apoyan sin reservas, y que A. J. B[alfour] respalda con todo entusiasmo,

el bueno de «Jacky» [Fisher] mantuvo un obstinado e inquietante silencio—. No para de esgrimir la amenaza de la dimisión, y escribe casi a diario una carta a Winston.

«Winston, que es un ignorante, cree poder dominar los Dardanelos sin tropas», anota el capitán Richmond en su diario el 9 de febrero[117]. En el alegato probatorio que hubo de presentar ante la Comisión de los Dardanelos, el almirante Wilson sostuvo que Churchill estaba convencido de que «podía hacerlo sin el ejército», sobre todo porque «solía minimizar, por regla general, el riesgo que representaban las piezas de artillería móvil»[118]. Varios individuos del Almirantazgo trataron de convencer a Churchill de que resultaba de vital importancia apoyar el ataque naval con un fuerte dispositivo militar, al menos para poder ayudar a los infantes de marina en la ocupación de todos los fuertes que la armada hubiera destruido y superado —y que obviamente no deseara ver nuevamente en manos del enemigo cuando sus buques tuvieran que pasar nuevamente frente a ellos, como habría de ocurrir inevitablemente a su regreso—. Es posible que nos encontremos aquí ante una de las pocas ocasiones en que los grandes conocimientos históricos de Churchill le nublan la mente. En 1807, el almirante *sir* John Duckworth había conseguido forzar el estrecho valiéndose únicamente de los barcos de la armada, y en el envite solo había perdido a diez hombres a la ida y veinte a la vuelta. Sin embargo, en los ciento ocho años transcurridos, las cosas habían cambiado por completo, debido en parte a la precisión del armamento militar, pero sobre todo a la utilización de minas submarinas.

A pesar del juicio negativo de Richmond y del hecho de que la Junta de Guerra todavía no hubiera dado formalmente su autorización al plan, los últimos efectivos de la División Naval Real partieron en dirección al Egeo y establecieron una base en Lemnos. El 16 de febrero se acordó enviar a la zona a la 29.ª División de Regulares ingleses, acuartelados en ese momento en Gran Bretaña, y se designó al mismo tiempo al Ejército conjunto de Australia y Nueva Zelanda (ANZAC, por sus siglas en inglés), destinado entonces en Egipto, como futura fuerza de intervención. Las palabras que Kitchener dedicó a Churchill en la Junta de Guerra fueron las siguientes: «¡Usted rompa el bloqueo, que yo encontraré los hombres!»[119]. Sin embargo, apenas cuatro días más tarde, Kitchener cambió de opinión y

anuló las órdenes que se acababan de cursar a las tropas de la 29.ª División de Regulares.

El 19 de febrero, Carden comenzó a cañonear los fuertes exteriores de Kum Kale y Sedd el Bahr, situados al sur de los Dardanelos. A esta acción le seguiría, hasta el 16 de marzo, el esporádico bombardeo de otros baluartes del estrecho. «Estoy seguro de que acabarán por maldecirme, ¡porque me *encanta* esta guerra!, —le dirá Churchill a Violet Asquith durante una cena celebrada el 22 de febrero en el Almirantazgo—. Soy consciente de que tritura y destroza la vida de miles de personas a cada instante, y sin embargo —*no puedo evitarlo*—, la disfruto segundo a segundo.»**[120]** Cuando la División Naval Real «inicie la marcha […] sobre Constantinopla […]», «los puercos que se dedicaron a hocicar y gruñir» censuras a ese cuerpo durante la aventura de Amberes «tendrán que ponerse firmes y tomar nota» de la situación, asegura Churchill. «Esta consideración parece ofrecerle un consuelo aún mayor que el de la perspectiva de una inminente caída del imperio otomano», concluye Violet**[121]**.

El 25 de febrero, en un informe dirigido a la Junta de Guerra, Churchill esboza la siguiente explicación: «Si logramos una adecuada cooperación entre el ejército y la armada, y si ponemos en acción las fuerzas de que ahora disponemos, podemos tener la seguridad de conquistar Constantinopla a finales de marzo, y de haber apresado o aniquilado al conjunto de las fuerzas turcas de Europa» para esa fecha. Esta operación «está llamada a ejercer un efecto decisivo en toda la región de los Balcanes, ya que eliminará a Turquía como factor militar» de la contienda**[122]**. Pese a que él mismo creyera implícitamente en ese resultado, era sumamente imprudente confiar tales predicciones al papel. Al día siguiente, Churchill asegura en la Junta de Guerra que no se necesitarán tropas de tierra para romper el bloqueo del estrecho, sino únicamente para ocupar Constantinopla. Solo se recurrirá a ellas, prosigue, «después de que la flota haya conseguido hacerse con el control del Mar de Mármara». Churchill llega a utilizar incluso la expresión «recoger los frutos del éxito naval»**[123]**.

Más tarde, al intentar atribuir parte de la responsabilidad del fracaso de Galípoli a Kitchener, que entre el 7 de enero y mediados de marzo cambió de opinión nada menos que cinco veces respecto al destino que debía darse

a la 29.ª División de Regulares, resulta indudable que Churchill pisaba terreno firme[124]. La conocida imagen de ese cartel en el que aparece el rostro de Kitchener señalando resueltamente con el dedo índice al recluta británico cuya contribución al ejército reclama oculta en realidad a un hombre capaz de sumirse en penosas vacilaciones. Años más tarde, Churchill describirá del siguiente modo lo ocurrido: «Hoy parece haber quedado claro que yo debería haber tenido la prudencia de detener el ataque naval al desdecirse lord Kitchener de su compromiso de enviar a la 29.ª división destinada a reforzar al ejército que se estaba agrupando en Egipto para participar en la expedición de los Dardanelos —lo que retrasó casi tres semanas» el inicio de las hostilidades—. «Habría resultado muy fácil hacerlo, ya que, de hecho, todas las disposiciones que se habían adoptado partían de esa base. Pero no procedí así, y a partir de ese momento me hice responsable de una operación cuyo control, realmente crucial, se hallaba ya en manos de otra persona.»[125]

Kitchener puso al general *sir* Ian Hamilton, el mejor amigo de Churchill en el ejército, al mando de la operación de Galípoli, y este eligió a su vez a Jack Churchill como miembro de su Estado Mayor. Hamilton distaba mucho de ser el estúpido reaccionario que más tarde se dijo que era. Contaba con una gran experiencia y una notable cultura. En política defendía ideas liberales (lo que no era nada habitual entre los generales de la Gran Guerra), había compuesto y publicado poemas, y era asimismo un soldado inteligente que había obtenido importantes victorias en la guerra de los bóers. Si algún defecto tenía era el de su propensión a mostrarse excesivamente caballeroso en sus tratos con los mediocres generales que tuvo bajo sus órdenes, y con los que no le quedó más remedio que cumplir su misión.

El 12 de marzo, los dragaminas británicos alcanzaron el vértice exterior del campo minado de punta Kefez, ya en el estrecho, pero el fuego graneado de la artillería y los obuses les obligó a retroceder. Los barcos consignados para la tarea eran arrastreros de casco de madera, tripulados básicamente por pescadores. Estas embarcaciones avanzaban muy lentamente y tenían dificultades para maniobrar, dado que en ocasiones el reflujo de la marea que salía por la boca de los Dardanelos procedente del

Mar Negro alcanzaba velocidades de seis nudos[126]. Por si fuera poco, Carden sufrió súbitamente un cuadro similar al de una crisis nerviosa. Dos días antes del ataque, previsto ahora para el 18 de marzo, tuvo que ser sustituido por su segundo, el vicealmirante John de Robeck, que abrigaba serias dudas sobre la operación, pese a tener a sus órdenes al agresivo Roger Keyes[127]. Uno de los aspectos positivos de la situación creada fue el hecho de que la Flota Mediterránea francesa quedara íntimamente vinculada a la expedición. El 25 de febrero, tras cañonear los fortines exteriores del paso, el almirante Émile Guépratte, comandante de la escuadra gala, calificará de «excelente» la jornada, al considerar que la acción «constituye un augurio favorable al buen fin de la campaña»[128].

No obstante, contra ese presagio se alzaba la circunstancia de que los turcos hubieran ya colocado entre 350 y 400 minas en el estrecho. Durante la noche del 17 de marzo, el minador *Nusret* instalaba 26 bombas submarinas más, en paralelo a la costa de la bahía de Erenköy: el lugar que los estrategas aliados habían considerado idóneo para que la flota virara a estribor en el estrecho tras haber descargado sus andanadas contra los baluartes de la orilla[129]. «Cuanto menos contemos con el factor sorpresa, —escribe Churchill en referencia a la operación de los Dardanelos—, tanto más vital resultará la intensidad de nuestros golpes»[130]. Por un lado, es obvio que no podía confiarse en sorprender al enemigo, dado que Carden ya había cañoneado los fuertes exteriores en noviembre, pero por otra parte tampoco podía dudarse en modo alguno de la intensidad del martilleo artillero que los nueve acorazados de la escuadra de De Robeck descargaron el 18 de marzo sobre la costa al prepararse para asaltar los bastiones interiores de los Dardanelos. Ahora bien, ¿sería suficiente?

Capítulo 10

GALÍPOLI

Marzo - noviembre de 1915

> El almirante, ordenando poner la nave en marcha moderada, fue avanzando cautelosamente […] en dirección a la embocadura del canal. La disposición del paso determinaba que todo buque que lo cruzara quedara expuesto al fuego cruzado de las baterías de artillería pesada instaladas a ambos lados. En realidad, el canal tenía casi un kilómetro y medio de anchura, pero el espacio navegable era peligrosamente angosto y extremadamente difícil de sortear con éxito.
>
> Churchill, *Savrola*[1].

> Los políticos se elevan a base de esfuerzos y combates. Saben que les aguardan caídas, pero tienen la esperanza de que acertarán a levantarse.
>
> Churchill, *Grandes contemporáneos*[2].

El jueves 18 de marzo de 1915, la flota anglo-francesa del contraalmirante John de Robeck intentó forzar el estrecho, pero fracasó. Dos de los buques blindados británicos de la época anterior a los acorazados, el *HMS Ocean* y el *HMS Irresistible*, así como uno de los

navíos franceses, el *Bouvet*, chocaron contra una mina y se fueron a pique. Y antes de que John de Robeck cancelara el ataque al caer la noche, otros tres barcos más quedaron gravemente dañados. Se machacaron convenientemente los fuertes interiores, pero únicamente se consiguieron destruir 4 de las 176 ametralladoras turcas colocadas en posiciones fijas. Las embarcaciones aliadas recibieron el impacto de 139 proyectiles[3]. También se logró barrer una de las hileras de minas, pero otras nueve líneas más continuaban intactas[4].

En *La crisis mundial*, Churchill alude al suceso y señala con desdén que se perdieron «menos de treinta vidas británicas y dos o tres naves inservibles», con lo que omite el hundimiento del *Bouvet*, en el que únicamente se salvaron 35 tripulantes, ya que el resto de la tripulación, formada por un total de 674 hombres, pereció en el empeño[5]. Churchill argumenta asimismo que «si lo hubieran intentado de nuevo habrían descubierto que la puerta había quedado abierta». Sin embargo, no es posible comprobar la veracidad de este planteamiento, en parte porque los campos de minas seguían en su sitio, y en parte también porque los turcos no solo tenían todavía una gran cantidad de munición (como han demostrado las recientes investigaciones), sino que esperaban la llegada de nuevos cargamentos de proyectiles[6].

Según señala Hankey, en la Junta de Guerra, reunida en la mañana inmediatamente posterior al ataque, a todo el mundo «le irritó bastante que Churchill se pasara el tiempo leyendo telegramas […]. Además, Lord F[isher] y yo mismo nos hallábamos en la nada envidiable posición de poder afirmar: “Se lo dijimos”». Hankey sostiene que «le suplicó a Churchill que solicitara la colaboración de las tropas, pero él no quiso saber nada»[7]. A continuación, la Junta mantuvo un largo debate sobre la partición de Turquía, un asunto que, de acuerdo con lo que escribe Hankey —quedándose por cierto bastante corto—, era «prematuro». Churchill quería que el almirante De Robeck (a quien no tardaría en apodar, dada su irrefrenable propensión a los juegos de palabras, «almirante Rowback[8]») perseverara en el asalto[9]. Fisher, Wilson y Jackson se mostraron total y absolutamente contrarios a la idea. «Por primera vez desde que se iniciara la

guerra, —recuerda Churchill—, volaron palabras malsonantes sobre la mesa octogonal»[10].

La Junta de Guerra decidió que la infantería aliada debía apoderarse de la península de Galípoli, una faja de tierra de ochenta kilómetros de longitud y de seis a veinte de anchura, situada en el lado europeo del estrecho, ya que solo así podría darse a la armada una nueva oportunidad de perforar los Dardanelos. Una vez que la península se hallara en manos de los Aliados, estos se encontrarían en condiciones de aniquilar la artillería móvil que los turcos habían instalado en esa vertiente europea del canal, que era justamente la que había causado daños terribles a los barcos, solo comparables a los provocados por los fuertes mismos. A continuación, la armada podría tratar de neutralizar la artillería del lado asiático a fin de que a los dragaminas —que en esa ocasión serían destructores específicamente adaptados al caso, y no simples pesqueros de arrastre tripulados por civiles — les resultara más fácil abrir un paso libre de peligros en el campo minado.

Una vez superado el estrecho, se esperaba que la poderosa flota de De Robeck encontrara la forma de llegar hasta Constantinopla, ciudad en la que podría obligarse al gobierno turco (suponiendo que no hubiera evacuado la urbe para trasladarse tierra adentro) a renunciar a su alianza con las Potencias Centrales[11].[12] Tal y como ya escribiera Churchill en *La guerra del Nilo*, «vivimos en un mundo de "síes condicionales"; si hubiera hecho esto, si hubiera hecho lo otro…»[13]. No obstante, a pesar de esta advertencia, y sabiendo que la campaña iba a costarle al imperio británico más de 114 000 bajas de guerra, sin obtener a cambio la más mínima ganancia estratégica, hoy podemos afirmar que la Junta de Guerra debería de haber abandonado la estrategia de los Dardanelos tras ese primer día desastroso. Sin embargo, a finales de febrero, Kitchener declaraba: «El efecto de una derrota en Oriente sería extremadamente serio»[14]. Se tenía la sensación de que el hecho de admitir una derrota semejante a manos de una potencia musulmana solo podía contribuir a incrementar la debilidad del imperio británico, que gobernaba la vida de varias decenas de millones de seguidores del profeta —y en la India, sobre todo, el prestigio resultaba más importante que la mera envergadura del poderío militar—. Y dado que el

imperio era la religión laica que profesaba Churchill, este argumento ejercía sobre él un efecto particularmente intenso. Por consiguiente, en lugar de reducir sus pérdidas, la Junta de Guerra comenzó a planear la asunción de un compromiso aún mayor. Con todo, ninguna de las decisiones se sometió al veredicto de una votación, y la Junta de Guerra tampoco se tomó la molestia de contemplar la campaña, siquiera una sola vez, a la luz del contexto general de los recursos y objetivos del imperio.

Además de sobreestimar la potencia de fuego de la artillería naval, máxime en una situación que la obligaba a disparar siguiendo una trayectoria plana, a fin de impactar en las defensas terrestres, Churchill y algunos de los demás miembros del grupo encargado de las operaciones, creyendo que podían sacar conclusiones de las derrotas que Turquía había sufrido poco antes en la guerra de los Balcanes y en Tierra Santa, dieron por supuesto que el «soldadito turco corriente» no era un combatiente excesivamente bueno[15]. La incondicional confianza de Churchill en la grandeza de la raza británica —una convicción llamada a sostenerle notabilísimamente a lo largo de la segunda guerra mundial— tenía un reverso que le inducía a dar por buena la peligrosa suposición de que las demás razas eran inferiores —y esto le llevaría a cometer graves errores de apreciación, tanto en el caso de los otomanos en 1915 como en el de los japoneses en 1942.

Hankey resume adecuadamente el desarrollo de los acontecimientos posteriores: «Detrás de cada episodio hay un largo historial de rumores, contradicciones, conjeturas, planes, movimientos preliminares, debates, decisiones, indecisiones, órdenes y contraórdenes… Todo ello precede al clímax, al que muchas veces se llega en medio de un mar de sangre y destrucción»[16]. Un moderno historiador ha señalado que «el concepto se presentaba en cuatro variantes: un ataque efectuado únicamente por la armada; un asalto llevado a cabo primero por la Marina y después por el ejército; una operación conjunta de barcos y tropas; y una expedición iniciada por el ejército y culminada después por el Almirantazgo. —Y en cuanto a los objetivos últimos, añade—, también era frecuente que los diferentes actores mantuvieran, compitiendo entre sí, puntos de vista

discrepantes, sin olvidar que prácticamente todo el mundo fue cambiando de parecer a lo largo del tiempo»[17].

La edición de 1913 del *Manual for Combined Naval and Military Operations* no contemplaba la posibilidad de un asalto en toda regla a ninguna playa bien defendida, y sin embargo solo se dieron a Hamilton veintitrés días para planificar la primera acometida anfibia jamás efectuada en un litoral protegido con armamento bélico moderno. Sus tropas se hallaban acantonadas en ese momento en Alejandría, lo que significa que él tenía que viajar constantemente con el fin de atender a sus ocupaciones en la cúpula del Gabinete de Guerra para regresar después a la base. Y mientras tanto, Liman von Sanders, el comandante alemán que operaba en la península, ordenaba al V Ejército turco que preparara febrilmente la defensa del estrecho, construyendo carreteras, excavando trincheras, desplegando grandes cantidades de alambre de espino, eligiendo puestos idóneos para emplazar las ametralladoras, etcétera[18]. El 6 de abril, Churchill todavía encontraba motivos para asegurarle a Hankey que «no preveía ninguna dificultad durante el desembarco»[19].

Uno de los problemas subyacentes radicaba lisa y llanamente en el hecho de que, en 1915, Inglaterra no podía permitirse el lujo de poner en marcha dos grandes operaciones ofensivas. La Fuerza Expedicionaria Británica necesitaba a todos los hombres disponibles, así como la totalidad de las armas y municiones existentes, para combatir en Francia y Bélgica. Sin embargo, Kitchener tenía ahora órdenes del gabinete, y este le exigía que enviara tropas a Galípoli, a pesar de que eso obligaba al país a luchar en dos frentes y a meterse por tanto en el mismo atolladero que estaba sangrando a Alemania. La Oficina de Guerra trató de minimizar al máximo los costes humanos de la campaña, de modo que en un principio solo envió a Hamilton setenta y cinco mil hombres —y esto para una operación que según todos los informes previos habría requerido entre ciento cincuenta y doscientos mil efectivos.

El general de brigada Herbert Studd, que había trabajado en el Departamento de Planificación de la Oficina de Guerra antes de que estallara la contienda, dirigirá una carta a su amigo Neville Chamberlain, alcalde de Birmingham e hijo menor de Joseph Chamberlain, en los

siguientes términos: «Temo que la empresa de los Dardanelos, con su gran gasto de munición, termine por constituir un grave lastre, aun en el caso de que se vea coronada por el éxito, para el fundamental esfuerzo bélico que estamos realizando en Francia y Bélgica. Y si fracasa, nos encontraremos ante un problema sumamente serio. Temo que la operación pueda haberse puesto en marcha sin haberse reflexionado debidamente en las consecuencias, como resultado de algún acalorado arrebato de Winston Churchill, que seguramente no está nada contento con las escasas oportunidades que los alemanes están dando a nuestra flota»[20].

¿Se estaba limitando Churchill a oponerse valientemente a la adversidad en esta época? «A Churchill le preocupa sobremanera todo este asunto, y tiene muy mal aspecto, —le asegura Lloyd George a su amante el 8 de abril —. Y también está muy susceptible.»[21] Desde luego, Churchill había dejado de ir por ahí alardeando de que todo el plan de los Dardanelos había sido idea suya, y además ahora prestaba al proyecto un respaldo más moderado. Al expresarle Balfour la inquietud que le producía el inminente ataque, Churchill le contesta:

> No debes angustiarte en exceso por la operación militar. Los soldados se consideran capaces de hacerlo. […] La acometida militar viene a sumarse, no a sustituir ni a menoscabar, el asalto naval. Los dos tipos de ataque se refuerzan mutuamente, y cualquiera de ellos será decisivo si se salda con una victoria. Creo que lo único que podemos hacer es seguir adelante con el plan, y no lamento en absoluto que nos estemos viendo en esta tesitura. Nadie puede determinar con certeza cuál va a ser el desenlace de una batalla. Sin embargo, son muchas las probabilidades que se inclinan a nuestro favor, y de hecho estamos apostando por la obtención de una ventaja crucial con medios que no comprometen la viabilidad general de la guerra[22].

La empresa estaba empezando a suscitar muchos recelos, y casi nadie tenía dudas de a quién era preciso atribuir las culpas en caso de que las cosas no salieran bien. «Churchill es un grave peligro para el estado», le escribe en una nota lord Charles Beresford al director de la *National Review*, el conservador Leo Maxse. «Primero Amberes, y ahora los Dardanelos; realmente creo que el gobierno tiene que deshacerse de él.»[23]

El 23 de abril, el poeta y amigo de Churchill Rupert Brooke fallecía a causa de un choque séptico provocado por la infección de una picadura de mosquito que había sufrido de camino a Galípoli. Un mes más tarde, otra de

las amistades de Winston, Julian Grenfell, moría también, víctima de la metralla de un obús. Churchill había conocido a Brooke a través de Eddie Marsh, y admiraba su poesía. «Rupert Brooke ha muerto», escribe en la necrológica que publica el *Times*.

> Me llega de Lemnos un telegrama en el que almirante destacado en la isla me dice que su vida se ha truncado en el preciso instante en el que parecía haber empezado a florecer. Había dejado oír una voz y tañido una nota más cierta, más vibrante y más capaz que cualquier otra de hacer justicia al noble denuedo de los jóvenes en armas que se han alistado en la actual guerra. Y al alzar ese exacto testimonio de las cavilaciones de su ejemplar sacrificio, su mensaje ha tenido la virtud de consolar a quienes los observan, solícitos, en la distancia. Esa voz se ha apagado bruscamente. Solo nos queda su resonancia y su recuerdo; pero permanecerán largo tiempo en nuestro ánimo y nuestra memoria[24].

En el primer borrador del obituario, redactado de su puño y letra y confiado al papel de carta del Almirantazgo, Churchill había aludido al «paganismo» en una frase en la que elogiaba «La pagana sintonía de la mente y el cuerpo» de Brooke. Al final cambió ese término por el de «clásica», probablemente para evitar contrariar los sentimientos religiosos de los lectores[25]. En 1923, Churchill escribió, refiriéndose a los oficiales de la División Naval Real, que, «en la fragante isla de Esciros, una pequeña cuadrilla de amigos, casi todos marcados ya para la inminente siega de la Muerte, se reúne hoy en torno de la tumba en la que yace Rupert Brooke y su naciente genio»[26]. En lo sucesivo, Churchill habrá de verse rodeado, durante el resto de su vida, por el espectro de los miembros de esa «Generación Perdida», una situación que habrá de afectarle profundamente durante su «travesía del desierto»[27].

El domingo 25 de abril, la 29.ª División de Regulares, la División Naval Real, junto con dos Cuerpos del Ejército conjunto de Australia y Nueva Zelanda y un contingente de tropas francesas se enfrentaron a seis unidades turcas que no solo eran conscientes de que iban a ser atacadas, sino que se sentían impulsadas por la necesidad de proteger el territorio nacional —y esto en una época en la que los estrategas militares consideraban que, en un envite de ese tipo, las fuerzas asaltantes debían triplicar los efectivos de los

defensores si querían hacerse con la victoria—. De los nueve mil hombres de la 29.ª División de Regulares británicos que desembarcaron en las cinco cabezas de playa en que iba a desarrollarse el drama, tres mil resultaron muertos o heridos —pese a que no habían abandonado las naves sino después del intensísimo apoyo de la artillería naval, que había machacado a fondo la zona—.[28] Ese mismo día, los soldados del ANZAC sufrieron más de dos mil bajas, y la situación alcanzó un punto en el que llegó a considerarse incluso, aunque solo fuera brevemente, la posibilidad de una evacuación. Sin embargo, Hamilton ordenó: «Cavad, cavad, cavad hasta poneros a salvo»[29]. Y así fue: se excavaron trincheras, aunque con ello se reprodujo la situación reinante en el Frente Occidental y se abrió la puerta al preciso tipo de campaña que se había intentado evitar.

Hamilton consiguió salir airoso con una brillante maniobra trampa en Kum Kale, punto en el que la división francesa bajo su mando atrapó a dos unidades turcas. Otra añagaza naval en Bolayir mantuvo ocupados a otros dos contingentes otomanos, con el claro protagonismo del neozelandés Bernard Freyberg, que logró ganar la orilla a nado y hacer señales luminosas. En cabo de Helles y Gaba Tepe, Hamilton se las arregló para poner en la costa a cuatro divisiones. Sin embargo, la Marina Real fue incapaz de suprimir las defensas turcas de las playas, barridas por el letal alcance de la artillería enemiga. Los objetivos del primer día de la ofensiva —Achi Baba y Chunuk Bair— no se pudieron materializar (ni en esa jornada ni en ninguna otra).

El escaso éxito de la empresa determinó que el *Morning Post*, de tendencias conservadoras, denunciara a Churchill y le calificara de «peligro para la nación»[30]. Según parece, Churchill jamás llegaría a caer en la cuenta de que Fisher estaba filtrando a ese rotativo información clasificada relativa a la campaña. Entonces, a principios de mayo, Fisher hizo algo todavía más reprensible, si cabe, que violar la Ley de Secretos Oficiales. Mientras Winston se encontraba en París, negociando la entrada de Italia en la guerra, el irritable colaborador de Churchill le dijo a Clementine, durante una cena a la que ella misma le había invitado, que en realidad su marido estaba en la capital francesa con una amante. Clementine conocía ya el afecto de Churchill lo suficientemente bien como para descartar sin

contemplaciones la insidia. «Cállate, estúpido vejestorio, —le espetó—, y lárgate ahora mismo»[31].

De haber contado con el respaldo de Asquith y Lloyd George, Churchill podría haber sobrevivido a los mazazos de la prensa conservadora. Sin embargo, el 8 de mayo, Lloyd George le dirá a Margot Asquith: «Winston es un tipo complicado: no es que enjuicie mal las cosas, es que no las enjuicia *en absoluto*. Su expedición a los Dardanelos ha dado una temible ventaja al turco. Churchill […] nos ha llevado a la guerra contra el otomano, y eso es algo que no debería haber hecho jamás […]. Ahora Fisher va echando pestes por ahí y asegurando que él estaba en contra de esa aventura —y es *verdad*, pero debería haberlo dicho en su momento—. […]. Winston nos convenció de que podía hacerlo con los barcos»[32]. Y al responderle Margot Asquith: «Winston no sabe leer el corazón de los hombres, —Lloyd George se mostró totalmente de acuerdo y asintió—: Para nada»[33].

El 7 de mayo de 1915, al hundir un submarino alemán el transatlántico civil británico *Lusitania*, cargado de pasajeros y provocar la pérdida de más de 1400 vidas, entre ellas las de 128 estadounidenses, los defensores de la teoría conspirativa acusaron a Churchill —tanto entonces como más tarde, en la década de 1930, en la de 1970, e incluso hoy— de haber tenido algo que ver con la tragedia, pero se trata de una afirmación completamente falsa[34]. Es verdad que después de que los alemanes anunciaran el inicio de una ilimitada guerra submarina, Churchill había visto en ese ese tipo de agresiones un despiadada forma de volverlas en contra del Reich. El 12 de febrero de ese año, Churchill le había escrito a Runciman, el presidente de la Comisión de Comercio, en estos términos: «Querido Walter, es de la mayor importancia que logremos atraer barcos neutrales a nuestras costas, sobre todo con la esperanza de enemistar a Estados Unidos con Alemania […]. Queremos que aumente el tráfico marítimo, cuanto más mejor. Y si alguna de esas embarcaciones tiene problemas, mejor que mejor»[35]. Esta indiscreta carta ha dado pábulo a los partidarios de las teorías de la conspiración para afirmar que Churchill dirigió al Lusitania directamente al

punto en el que sabía que aguardaba, al acecho, el U-20 germano (aunque no es cierto que Churchill diera jamás la orden de indicar al buque semejante rumbo). Desde luego, Churchill lamentó mucho que Woodrow Wilson no le declarara la guerra a Alemania, movido por la cólera del ultraje, y así lo expresa claramente en *La crisis mundial*, donde sostiene que, de haberlo hecho entonces, en lugar de esperar dos años más: «¡cuánto se habría logrado abreviar la carnicería; cuántas agonías se habrían evitado; cuántas ruinas, cuántas catástrofes se habrían impedido; en cuántos millones de hogares habría hoy una silla ocupada y no vacía; qué distinto sería el dinamitado mundo en el que se ven ahora condenados a vivir vencedores y vencidos…!»[36].

En la segunda y la tercera semanas de mayo de 1915, una concatenación de acontecimientos abrió una crisis ministerial que obligó a Churchill a dejar el Almirantazgo. El 11 de mayo, Venetia Stanley, daba a Asquith la noticia de que iba a casarse con Edwin Montagu, uno de los más altos cargos de su gabinete. El primer ministro le aseguró que aquello le rompía el corazón. A la mañana siguiente fue al dormitorio de su esposa Margot en busca de consuelo. «Mi corazón se apiadó de él, —anota ella en su diario —. Salté de la cama, le rodeé con los brazos y le conforté diciéndole que quizá no se celebrara la boda.»[37] Pero el enlace se consumó, y Asquith quedó absorto durante varias semanas. Al día siguiente del disgusto, Fisher volvió a amagar con la dimisión, pero una vez más le convencieron de que desistiese. En la prensa corrían ríos de tinta que hablaban de que se estaba gestando una coalición de gobierno, aunque se decía que los conservadores solo aceptarían formar parte de él con la condición de que Churchill abandonara el Almirantazgo.

«¡Qué ironía que el inminente pacto gubernamental que tanto ha venido preconizando Churchill prefiera no contar con él!, —apunta jocosamente Margot Asquith en su diario el 13 de mayo—. No hay duda de que si Henry [su marido] quisiera convertirse en una persona extremadamente popular en todos los partidos, *tanto en el nuestro como en los demás*, bastaría con que optara por excluir a Winston.»[38] Ese mismo día, Churchill enviaba un telegrama en el que ordenaba transferir dos submarinos pertenecientes a la escuadra encargada de defender las aguas territoriales británicas: debían

quedar incluidos en la lista de refuerzos destinados a partir al Mediterráneo. Fisher se opuso, diciéndole a Churchill que esa decisión abría un *casus belli* entre ambos[39]. Churchill se vio obligado a cancelar lo dispuesto en el telegrama y a enviar otro que contaba con la aprobación de Fisher.

El 14 de mayo, el coronel Charles Repington, respetado corresponsal militar del Times, informó de que la Fuerza Expedicionaria Británica se estaba quedando sin obuses de alto poder explosivo, sugiriendo con ello que los soldados estaban muriendo por culpa de una incompetencia política, lo que lógicamente provocó una enorme conmoción en el país. Resultaba evidente que el general *sir* John French estaba detrás de aquella noticia, y más tarde ni siquiera se tomaría la molestia de negarlo, de hecho[40]. Pese a que Churchill no fuera en modo alguno responsable de ese estado de cosas, la subsiguiente crisis contribuiría a su caída.

Ese día, la Junta de Guerra se reunió en un clima que el propio Churchill calificaría tiempo después de «sulfuroso»[41]. Kitchener afirmó que, en su opinión, la armada y el ejército no iban a conseguir romper el bloqueo de los Dardanelos, y dijo que se había equivocado al calcular el número de hombres necesarios[42]. Al informar la Junta de Guerra a Fisher de que «los grandes proyectos previstos en las aguas septentrionales» (como la toma de la isla de Borkum) no iban a tener lugar debido a que ya se estaba combatiendo en Galípoli y otros escenarios, el primer lord del Mar decidió que esta vez iba a dimitir de verdad, argumentando que se había opuesto a la operación desde el principio[43]. Esto determinaría que Churchill le escribiera una nota a Asquith para señalarle que su adjunto había «aceptado redactar todos y cada uno de los telegramas ejecutivos con los que se han organizado las operaciones»[44].

El sábado 15 de mayo, Fisher hizo finalmente efectiva su dimisión (en el octavo y último intento desde que se uniera al Almirantazgo). Desapareció y fue a refugiarse al Hotel Charing Cross para permanecer oculto, tras dedicar posiblemente un tiempo a la meditación en la abadía de Westminster[45]. Tras detectar su paradero los agentes del número 10 de Downing Street, Asquith le exigió, «en nombre del rey», que regresara al Almirantazgo[46]. Sin embargo, en lugar de regresar a su puesto, Fisher envió al primer ministro una larga lista de condiciones, entre las que

figuraba la retirada del *HMS Queen Elizabeth* de los Dardanelos y la expulsión de Churchill del Almirantazgo —a lo que aún añadió que el primer lord constituía «un peligro mayor que el de los propios alemanes»—.**[47]** Asquith le dijo al rey que la carta «mostraba indicios de aberración mental»**[48]**. El primer ministro no estaba dispuesto a dejarse chantajear, así que optó por aceptar la dimisión de Fisher.

Al enterarse del suceso, Bonar Law se presentó en el 10 de Downing Street con la aparente intención de confirmar los rumores que sostenían que Fisher había sido desplazado, aunque en realidad lo que se proponía era comunicar a Asquith y a Lloyd George que la eliminación de Fisher significaba el fin de la tregua política pactada entre ambos partidos (a menos que también se apartara del Almirantazgo a Churchill). De no haber estallado una guerra mundial no se habría podido acordar un armisticio entre ambas formaciones, y sin embargo esa unidad de acción quedaba ahora amenazada, en el preciso instante en que el desorden alcanzaba su punto culminante. Tras una serie de consultas que se prolongó por espacio de varios días, y cuya tensión se vio aún más agravada a causa del escándalo de la escasez de obuses, Asquith, Lloyd George y Bonar Law acordaron constituir un nuevo gobierno de coalición, aunque exigiendo como requisito previo que Churchill y lord Haldane —quien, además de ser el lord canciller y un íntimo amigo de Asquith, había cursado su carrera universitaria en Alemania y era un conocido admirador de la cultura alemana— fueran destituidos de sus cargos. Al final, los únicos puestos de importancia que se concedieron a los conservadores fueron el Almirantazgo y el Ministerio de las Colonias. Lo que Asquith no podía saber en el momento de rubricar ese compromiso fáustico era que ningún gobierno puramente liberal iba a volver a ejercer el poder en Gran Bretaña.

Lloyd George no necesitaba que le convencieran demasiado para defenestrar a su viejo amigo y aliado. El precio que impusieron los conservadores para avenirse a formar un gobierno de concentración nacional fue que se enviara a Churchill a una sinecura desprovista de cartera ejecutiva. «Es el justo castigo de un hombre que lleva años esforzándose en propiciar esta guerra, —le dirá ese mismo día Lloyd George a Frances Stevenson—. Cuando estallaron las hostilidades,

Churchill vio inmediatamente la oportunidad de alcanzar gloria personal con ellas, y por eso inició la arriesgadísima campaña que ha promovido, sin importarle un ardite las desdichas y penalidades que iban a abatirse sobre miles de personas, animado siempre por la esperanza de convertirse en el hombre más destacado de la contienda.»[49] Hay amargura y envidia en estas observaciones, pero pocas verdades ajustadas a los hechos. En esa época, Churchill todavía creía ingenuamente que Lloyd George estaba de su parte.

Los conservadores estaban a punto de cobrarse venganza por lo que a su juicio había sido una década de traiciones. Habían sufrido las mofas dirigidas a lord Milner, los ataques a la debilidad y carácter afeminado de Balfour, la estrecha colaboración con Lloyd George, el Sitio de la calle Sidney, el borrador del Presupuesto Popular y la Ley Parlamentaria, las destituciones de Wilson y Bridgeman, el burlesco ondear del pañuelo que Churchill había sacado a relucir durante los debates sobre la Autonomía de Irlanda, el llamado «Pogromo del Úlster», el discurso de Bradford, la alocución en la que había hablado de «desenterrar a los germanos de su agujero, como a las ratas», la aventura de Amberes, el fracaso del plan de los Dardanelos y la batalla de Coronel. Ningún peso pesado del Partido Liberal estaba dispuesto a defender la idea de que Churchill debía permanecer al frente del Almirantazgo. De hecho, McKenna le dirá a Asquith: «Winston es un auténtico peligro»[50].

Churchill es, «con mucho, el hombre que mayores animadversiones suscita entre sus colegas del gabinete, —comenta Asquith con su esposa—. ¡No sabes…! ¡Se conduce de un modo intolerable! ¡Es estridente y prolijo hasta el hartazgo, y está dispuesto a perorar sin límites!»[51] Aproximadamente por esa misma época, Asquith añade: «Es una lástima que Winston no tenga un mejor sentido de la proporción […]. Nunca llegará a la cima de la política británica, pese a las numerosas y magníficas cualidades que posee»[52]. La amante de Lloyd George señala que «parece extraño que Churchill haya podido vivir inmerso en el mundo político todos estos años y no haya sabido ganarse la confianza de un solo partido del país, o al menos la de alguno de los colegas que le acompañan en el gobierno»[53]. Todo esto, que era cierto, cambiaría sin embargo

drásticamente en el momento en el que accediera al cargo de primer ministro. No obstante, hasta entonces sería difícil seguirle en sus volubles arrebatos de entusiasmo, sus brillantes análisis, sus bruscos y radicales cambios de parecer, su constante y audaz disposición a abrazar las causas impopulares, y su no menos intensa propensión a rechazar, con idéntico arrojo, las bien vistas por la mayoría. Solo su primo Freddie Guest y su amigo Jack Seely se animarían a secundarle. Y sin seguidores en la Cámara de los Comunes, Churchill se convirtió en un estorbo prescindible.

«Un hombre capaz de urdir el Pogromo del Úlster, planear la operación de Amberes e impulsar hasta sus últimas consecuencias el desastre de los Dardanelos ha de ser vigilado, —le escribe Henry Wilson a Bonar Law—. Tanto él como los demás miembros del gobierno van a tener que borrar ahora las huellas» de su incompetencia, «y los medios que se disponen a emplear no van a ser demasiado presentables»[54]. Esa misma tarde, Churchill y Clementine se dejaron caer por The Wharf, la casa de campo que Asquith poseía en Oxfordshire. «A fuerza de alzar la voz, [Winston] se las ha ingeniado para acallar a todos los comensales, —anota la siempre cáustica Margot—, y con ese regocijado aire de colegial que tiene nos arengó a todos con sus habituales modales, tan divertidos como exagerados»[55]. Churchill sabía que tenía que luchar por su supervivencia política, pero Violet Asquith seguía considerándole «tan inmune al ambiente como el buceador en su campana»[56].[57]

«Soy un firme partidario de la formación de un gobierno nacional, —le escribe Churchill a Asquith el 17 de mayo—, y no hay reivindicación ni interés personal que pueda obstaculizar las medidas que precisa la presente crisis». También enviará una carta a Bonar Law y a Fisher, animado por la esperanza de retener un puesto que le apasionaba. Entretanto, Fisher le asegura a lord Esher, según consta en los escritos de este último, que «le resultaba imposible seguir un minuto más en el Almirantazgo en compañía de Churchill. [Fisher] había desaprobado desde el principio las operaciones de los Dardanelos; y en su momento le había explicado al primer ministro todos los motivos que le inducían a ello, pero se habían desestimado sus objeciones»[58]. Ese mismo día, Ian Hamilton concibió un plan para sacar a las tropas de las cabezas de playa de los Dardanelos, aunque su

materialización requería aportar un gran número de refuerzos. Hamilton telegrafió a Londres para tratar de obtener la aprobación oficial del gabinete. Sin embargo, debido a la crisis ministerial, la Junta de Guerra tardó tres semanas enteras en estudiar su propuesta. «En consecuencia, el envío de los refuerzos que ha solicitado *sir* Ian Hamilton al valorar la situación se ha visto postergado por espacio de seis semanas», concluye un informe oficial —seis semanas en las que los británicos continuaron cayendo y que los turcos aprovecharon para reforzar sus posiciones[59].

«Voy a formar un Gobierno de Coalición, —le confía Asquith a su esposa el 17—. Acabo de entrevistarme con Bonar Law. Se le veía encantado y feliz.»[60] Bonar Law se limitó a decir, en referencia a Fisher y a Churchill, que «lo mejor es que se vayan»[61]. En un determinado momento, Bonar Law y Balfour ofrecieron el puesto de primer ministro a Lloyd George, pero él declinó la oferta por lealtad a Asquith, o eso fue al menos lo que le dijo a su amante[62]. Supuestamente, también se planteó a Lloyd George la posibilidad de encabezar la Oficina de Guerra, alegando que Kitchener «había inducido a error al gobierno en materia de municiones —y sobre todo en el tema de los explosivos— y no era apto para dirigir las operaciones»[63]. En realidad, la causa de la escasez de obuses se debía al hecho de que el gobierno de Asquith se hubiera revelado incapaz de hacer funcionar la economía de guerra a pleno rendimiento, y además, el extralimitado esfuerzo militar que se estaba efectuando en el doble frente de guerra, el Occidental y el de los Dardanelos, sin olvidar los secundarios del Oriente Próximo y África, había empeorado esa penuria. Sin embargo, resultaba más útil recurrir a un chivo expiatorio. Kitchener, pese a haberse mostrado hermético, imprevisible y autoritario en la Junta de Guerra, pese a haberse negado desdeñosamente a informar a nadie, incluida esa misma asamblea, de los razonamientos en que se sustentaban sus decisiones, era inmensamente popular en el país, y no resultaba fácil imaginar que se le pudiera apartar del cargo. Sin embargo, el hecho de que él mismo fuera consciente de su condición de intocable le había vuelto peligroso. Había elaborado un magnífico cartel para estimular el alistamiento de tropa, pero como colega se hacía prácticamente imposible convivir con él.

Sólo una persona que no se dedicara a la política ni a la vida militar podía valorar la situación en su escueta realidad. «¡El gabinete se ha venido abajo!, —escribe el 18 de mayo en su diario Jean, la esposa de Ian Hamilton—. Se ha desplomado, me temo, por el error que ha cometido Winston al ordenar que la flota iniciara el cañoneo en el frente de los Dardanelos antes de contar con el apoyo de las tropas, y esa rata vieja de lord Fisher lo ha aprovechado para agujerear el casco de ese buque tocado y acelerar su hundimiento.»[64] «Tengo las sensaciones de un hombre herido en combate, —le dirá Churchill a Lloyd George ese mismo día—. Sé que me han alcanzado, pero todavía no estoy en condiciones de decir si la lesión es grave o no. Con el paso de tiempo iré conociendo la extensión de los daños, pero ahora mismo todo cuanto percibo es la conmoción.»[65] Al día siguiente se había recuperado ya lo suficiente como para animar a Frances Stevenson a escribir en su diario: «Hoy tengo la impresión de que Churchill va a presentar batalla»[66]. El todavía primer lord del Almirantazgo mostró a Lloyd George y a Grey la larga carta que tenía intención de publicar, en la que justificaba su conducta. Lloyd George señaló que el texto vendría a cuestionar por primera vez en público el éxito de la expedición de los Dardanelos. Al comprobar que tanto Grey como Lloyd George daban ya por supuesto que tendría que dimitir, Churchill «perdió totalmente los estribos»[67]. Pese a todo, Churchill no envió la carta a la prensa, tal y como habría de suceder en otros muchos casos con las notas que Churchill habría de redactar para airear sus emociones en el transcurso de los años y que tampoco salieron nunca del cajón.

«No te importa nada lo que pueda ocurrirme, —le dijo a Lloyd George —. No te importa que mis enemigos me pisoteen. Te importa un ardite mi buen nombre…» «No, en este momento ni siquiera me importa mi propia reputación, —fue la respuesta, o al menos eso afirma Lloyd George, que remata—: Lo único que me preocupa ahora es ganar la guerra»[68]. Parece más una pelea de amantes que una discusión entre hombres de estado, pero le sirvió a Churchill para comprender lo poco que contaba la amistad en la cúpula política —una lección que lord Haldane también estaba a punto de aprender—. Esa misma tarde, en un gesto desesperado concebido para salvar su cargo, Churchill prometió a Fisher un puesto en el gabinete si

anulaba su dimisión, pese a que el primer lord del Almirantazgo no tuviera autoridad para decidir tales extremos. En un arranque de histrionismo, Fisher le dirá poco después a Bonar Law: «Rechacé las treinta monedas de plata que se me ofrecían por traicionar a mi país»[69]. Entretanto, el director del *Morning Post* se declaraba «contentísimo» por la perspectiva de la caída de Churchill[70].

Al rey le encantó la formación de un gobierno nacional. «Solo de ese modo podremos librarnos de la presencia de Churchill en el Almirantazgo, —anota en su diario—. También está intrigando con los franceses en contra de Kitchener; es un auténtico peligro.»[71] El príncipe de Gales coincidirá con este parecer y le dirá a su padre: «Es un gran alivio saber que Winston va a dejar el Almirantazgo […]. Uno tiene la sensación de que lanza al país a una serie de locas aventuras que no son solo espantosamente caras, tanto en términos humanos como de gasto de munición, sino que no alcanzan su objetivo». Más tarde, Churchill estuvo a punto de sacrificar su carrera por este irresponsable jovencito.

El 20 de mayo, Clementine envía una notable y muy sentida carta al primer ministro, en un postrer intento de salvar a su esposo. «Mi querido señor Asquith», comienza:

> Durante cerca de cuatro años, Winston ha estado trabajando con la vista puesta en dominar la ciencia naval en todos sus pormenores. No hay hombre en el país que posea conocimientos comparables a los suyos, nadie tiene su capacidad ni su energía. Si se marcha, el menoscabo que habrán de sufrir los asuntos del Almirantazgo tardará muchos meses en subsanarse […]. ¿Por qué se aleja usted de Winston? No me lo explico…, a menos que haya dejado usted de confiar en su trabajo y su competencia. Pero sé bien que no puede ser esa la razón, que la razón no estriba en que ahora lo oportuno consista en «restaurar la confianza pública». Me permito señalarle que la caída de Winston restituirá efectivamente la confianza del público…, pero en Alemania […]. Si tira usted a Winston por la borda, estará cometiendo un acto dictado por la debilidad, y su Gobierno de Coalición revelará pronto que no puede actuar como el formidable instrumento bélico que todavía es el gabinete actual. Puede que a sus ojos y a los de aquellos con quienes ha tenido que trabajar Winston mi marido parezca lleno de defectos, pero le aseguro que tiene la cualidad suprema que tan gravemente escasea, me atrevo a decir, en su gabinete, presente o futuro: la fuerza, la imaginación, la letal determinación que requiere combatir contra Alemania. Si lo destina usted a otro puesto, dejará de resultar útil en esa lucha. Y si desperdicia usted este valioso material de guerra, estará causando un grave perjuicio al país[72].

Asquith enseñó la carta a Margot. «Da muestras de tener alma de criada, —anota en su diario—. Ese toque chantajista e insolente, unido a la revelación de la más negra ingratitud y falta de afecto, justifica todo cuanto he venido pensando desde el principio sobre esta frívola pareja.»[73] Al tratar Asquith de defender a la autora diciendo que se trataba de «la carta de una esposa, —Margot repuso, indignada—: ¡¡De una pescadera, querrás decir…!!».

En el seno de la familia Churchill hubo en su momento cierto debate respecto a si Winston había tenido ocasión o no de leer la carta antes de que Clementine la enviara a su destinatario. Maurice Bonham Carter, el secretario privado de Asquith (que más tarde se casaría con Violet), calificó de «bêtise[74]» la iniciativa, y descubrió que, a pesar de que Churchill no hubiera sido el inspirador de la carta sí que aceptó que Clementine la mandara. Asquith ni siquiera se molestó en contestar, aunque adquirió la costumbre de leerla en voz alta, «con alegre regocijo», ante los invitados que acudían a comer a su casa. También le dijo a Venetia Stanley que «la carta era propia de una persona fanática»[75]. Una estimación más verídica de la realidad de las cosas es la que nos ofrece un historiador que afirma que se trató de «un alegato tan apasionado, y tan imprudente, que resulta imposible leerlo sin pensar que a cualquier hombre le halagaría saber que inspira a su esposa una confianza de semejante magnitud»[76].

El propio Churchill, que todavía seguía trabajando en el Almirantazgo, le dirá a Riddell ese mismo día: «¡Estoy acabado!». Al manifestarse Riddell sorprendido e insistirle en que apenas había cumplido los cuarenta y seguía investido de «notables poderes, —Churchill le replica—: Sí, sí, acabado respecto a todo cuanto me importa de veras: librar esta guerra y derrotar a los alemanes»[77]. El 21 de mayo, Churchill escribe una carta a Bonar Law en la que le insta a no permitir que se desate «una campaña en la prensa, ya que esta tendría que desarrollarse necesariamente en la ignorancia y no estaría exenta de prejuicios». Añade que no es preciso tratar de forzar su dimisión por ese medio y pide que se le «juzgue con equidad, sosiego y conocimiento de causa»[78]. Bonar Law le replica que su renuncia es ya «inevitable»[79]. Y Churchill responde:

> Tengo en esta cuestión una responsabilidad terrible. Pero sé que puedo soportarla, y también sé que, sin la menor deficiencia en mis funciones […], podría ocuparme con buen pulso de todo este vasto asunto de los Dardanelos […]. Podemos hacerlo trabajando juntos Arthur Wilson y yo mismo. Conocemos cabalmente cómo están las posiciones. Pero imagínese cuáles no serán los sentimientos que me invaden si, en este crítico momento, y sobre la base de la mera hostilidad de unos periódicos desinformados, se nos arrancan las riendas de tan compleja operación para entregárselas además a alguien que, por ser ajeno al proyecto, lo desconoce; o peor aún: figúrese la emoción que me embarga sabiendo que la resolución del plan puede acabar en manos de alguno de los mortales enemigos que lo acechan. Lo que me mueve a escribir estas líneas no es la determinación de aferrarme a un cargo, a esta responsabilidad en particular, o a mis propios intereses y situaciones de ventaja. Si a algo me aferro es a mi *labor* y a mi *deber*. Me estoy esforzando al máximo para llevar a buen término la formidable empresa en la que nos hemos empeñado; una empresa que sé —como también lo sabe Arthur Wilson— que solo yo puedo culminar. No creía que pudiera soportarse este grado de ansiedad […]. Usted es mi único recurso. Deje que me redima o caiga con los Dardanelos, pero no me lo arrebate de las manos**[80]**.

Asquith se limitará a responder: «Debe dar por sentado que no va a permanecer en el Almirantazgo […]. Espero contar con sus servicios en tanto que miembro del nuevo gabinete, ya que le estoy sinceramente agradecido por la espléndida labor que ha realizado usted, tanto antes de la guerra como durante su desarrollo»**[81]**. Si Asquith se permitía la licencia de tratar a Churchill con aspereza era en parte debido a que el primer lord del Almirantazgo apenas contaba con apoyos. Uno de ellos era James Masterton Smith, su secretario particular, que se atrevió a decir valientemente, tanto a los Asquith como a Bonham Carter, que «seguía anhelando que Churchill permaneciera en el puesto de primer lord del Almirantazgo, ya que posee, —recordó—, un gran dinamismo y una enorme capacidad de trabajo»**[82]**.

«Espero que Balfour ocupe el puesto de Churchill» al frente de la parte política de la armada, «ya que este se ha vuelto un individuo imposible», escribe el rey en su diario el 22 de mayo**[83]**. Y así fue. Resulta no obstante notable que el almirante Wilson, al que sin embargo Churchill había destituido antes de la guerra, se negara a desempeñar las funciones de primer lord del Mar si no era a las órdenes de Churchill, razón por la que el puesto fue a parar a manos del almirante Jackson. El gobierno se reorganizó y adoptó forma de coalición, con Asquith como primer ministro, Lloyd George a cargo de Municiones (a fin de abordar el problema de la escasez

de proyectiles), Bonar Law convertido en secretario de estado para las Colonias, McKenna al frente del Departamento de Hacienda, y Grey repitiendo en la cartera de Exteriores. «Yo quería acudir a los conservadores cuando nos encontráramos en una posición fuerte, —le dirá Churchill a Violet—, no ahora en la desdicha, mendigando que se nos conceda una honestidad puesta en entredicho»[84].

Churchill no olvidará jamás la humillación sufrida en mayo de 1915 tras verse obligado a soltar el asidero que le mantenía unido al Almirantazgo, lo que explica que mucho tiempo después confiese en una ocasión a sus ayudantes que el mes de mayo era el que menos le gustaba. «No puedo quitarme de la memoria el hecho de que, al dejar el Almirantazgo en mayo de 1915, el primero, y salvo una excepción, el único colega que tuvo la delicadeza de hacerme una visita de cortesía fue el sobrecargado Titán cuya desaprobación había constituido una de las experiencias más desconcertantes de mi juventud», escribirá Churchill años después en referencia a Kitchener[85]. En ese encuentro, Kitchener, que no había participado en ninguna de las maquinaciones destinadas a apartarle de su cargo, le dirá a Churchill, «con los impresionantes y cuasi majestuosos modales que le eran propios: "Bien, en cualquier caso hay una cosa que no pueden arrebatarte: la flota está lista"»[86].

El Almirantazgo se alegró mucho de la salida de Churchill, al menos en privado. Jellicoe calificó a Churchill de «peligro público para el imperio; —Beatty escribe—: La armada respira mejor ahora que se ha librado de ese súcubo de Churchill»; y Richmond denunció la «vanidad personal» de tan «vocinglero aficionado»[87]. Los reporteros de la prensa también se recrearán de manera similar al comentar su caída —todos menos uno: J. L. Garvin, que predijo en el *Observer* que «su hora de gloria aún no ha llegado»[88].

Con todo, Churchill no se vio totalmente postergado, ya que conservó un puesto en el gabinete y siguió ejerciendo responsabilidades en la Junta de Guerra, aunque despojado ya de poder ejecutivo. Después de haber estado al mando del millar de buques de la Marina Real Británica, el nuevo puesto de canciller del ducado de Lancaster le confiaba ahora la misión de nombrar a los jueces de paz de ciertas zonas rurales. Su salario se redujo a

la mitad y pasó a ser de dos mil libras esterlinas anuales. Su cometido oficial en ese puesto consistía en supervisar la gestión de las tierras que integraban el patrimonio particular del monarca (es decir, el ducado de Lancaster), tarea que le exigía menos de un día de trabajo por semana. El resto del tiempo actuaba como ministro sin cartera. Balfour permitió a Churchill y a Clementine permanecer en el Almirantazgo hasta mediados de junio, pero a partir de esa fecha tuvieron que mudarse, primero a la casa de Ivor Guest, en el 21 de Arlington Street (dado que Grey había alquilado el apartamento de Eccleston Square en el que habían residido anteriormente), y más tarde al domicilio de Jack, en el 41 de Cromwell Road, casi enfrente del Museo de Historia Natural.

Tras visitar a Clementine en el Almirantazgo el 26 de mayo, Edwin Montagu le escribirá a su novia Venetia Stanley: «Ha sido extremadamente amable, pero se sentía sumamente desdichada, y no paró de llorar en ningún momento»[89]. Las oraciones del pequeño Randolph, que por entonces contaba cuatro años de edad, reflejan a las claras lo mucho que había terminado por empapar la totalidad de los aspectos de la vida familiar de los Churchill la campaña de descrédito del padre. Antes de acostarse, el chiquillo rezaba con fervor: «Dios bendiga a mamá y a papá. Dios bendiga a los Dardanelos y haga de mí un buen chico. Amén»[90].

En el transcurso de los seis meses siguientes, Churchill continuó asistiendo a las reuniones del gabinete y dando consejos, pero desde una posición desprovista de toda autoridad. Convenció a Balfour de que debía continuar financiando el prototipo del «acorazado terrestre» —es decir, del tanque—, y consiguió incluso que se enviara un contingente extra a los Dardanelos. «Como un monstruo marino bruscamente surgido de las profundidades del océano, o aun como un buzo al que se asciende con excesiva premura, —recordará más tarde—, tenía la sensación de que me iban a estallar las venas a causa de la escasa presión. En una época de mi vida en la que todas y cada una de las fibras de mi ser ardían de ganas de actuar, me vi obligado a ser un simple espectador de la tragedia, cruelmente colocado en primera fila»[91].

Pese a que se le hubiera destituido, su indiscutible competencia en la valoración de los diferentes aspectos de la campaña hizo que el gabinete continuara necesitándole, máxime teniendo en cuenta que su sucesor, Balfour, tenía muy poca experiencia en cuestiones navales. «La situación de los Dardanelos es a un tiempo esperanzadora y peligrosa», apunta en un memorando del gabinete fechado el 1 de junio de 1915. A principios de ese mismo mes, tras la tercera batalla de Krithia, el Comité de los Dardanelos, integrado por los trece hombres más poderosos del gobierno, decidió reforzar a Hamilton con seis nuevas divisiones, debido en parte a los urgentes llamamientos que Churchill seguía lanzando en tal sentido[92]. «Por el estrecho de los Dardanelos y a lo largo de las crestas que se elevan en la península de Galípoli, —dirá ante el público congregado el 5 de junio en Dundee para escuchar uno de sus discursos—, discurre uno de los caminos más cortos de cuantos conducen a la paz de los triunfadores […]. Al otro lado de esos escasos kilómetros de terreno ondulado y matorral en el que hoy combaten nuestros soldados, nuestros camaradas franceses, nuestros bravos australianos y nuestros conciudadanos neozelandeses, se abre la posibilidad de provocar el desmoronamiento de un imperio hostil, de destruir la flota y el ejército de un enemigo, de conquistar una capital célebre en el mundo entero, y de propiciar también, con toda probabilidad, la adhesión de más de un poderoso aliado»[93].

El 9 de junio le comentará a su amigo el comandante Archie Sinclair del 2.º Regimiento de Caballería de Su Majestad:

> Se ha de intentar soportar la desgracia con una sonrisa […]. Pero la hora es amarga, y la ociosidad torturadora. Aquí estoy en una pingüe sinecura, excelentemente acogido y tratado por el nuevo gabinete, que ha adoptado mis medidas y dado todos los pasos que yo les urgía a tomar y alguno más […]. No obstante, ahora todo eso ha quedado zanjado y no soporto tener que permanecer aquí sentado, a la espera de que rolen los vientos de la política. No quiero cargos, solo dirigir la guerra: aunque tal vez nunca vuelva a darse la oportunidad. Todo lo demás puede suceder, pero no eso. O tales son al menos los sentimientos que me invaden en los malos momentos […]. Fisher es un misterio. ¿Se trató de una crisis nerviosa o de un golpe de estado? Aunque quizá lo más probable es que derivase de una mezcla de ambas cosas. Y mientras todo esto se materializaba, Lloyd George luchaba por el poder aliándose con Northcliffe; y Asquith, afectuoso —pero también débil, indolente y enfrascado en la procura de su salvación personal a toda costa —. En este momento me noto inquieto, y no puedo hacer valer mis cualidades […]. No creo haber fallado al enjuiciar las cosas ni que se haya revelado erróneo el resuelto

> cumplimiento de las decisiones que adopté, que desde luego obligaban a asumir todos los riesgos necesarios […]. La perspectiva de un destino político no me atrae en absoluto, y el cambalache administrativo me repele. *Tout est fini* entre Lloyd George y yo. Desearía poder respirar una bocanada de aire fresco[94].

La crisis le había permitido ver al fin el fondo de las intenciones de Lloyd George. «¡Vaya chico listo estás tú hecho!, —le había espetado a la cara—. Has estado meses tramando todo esto, y no has dejado piedra sin remover hasta conseguir lo que querías.»[95]

Antes de resignarse a buscar en su interior los ánimos precisos para dejar el gobierno y encontrar redención en las trincheras, Churchill tenía que esforzarse en lograr que Ian Hamilton recibiera el máximo apoyo posible, ya que solo así podría abrigar la esperanza de que el general consiguiera imprimir un vuelco decisivo a la campaña de los Dardanelos, dinamitando con ello el condenatorio relato que le había expulsado del Almirantazgo. Si la operación de Galípoli se veía coronada por el éxito, Churchill quedaría reivindicado. Los terribles acontecimientos del Frente Occidental, en el que Joffre acababa de efectuar, a lo largo del mes de mayo, una ofensiva que había provocado cerca de un cuarto de millón de víctimas, venía a reforzar sus argumentos, y de hecho, tras esa carnicería, el 18 de junio, Churchill dirá a sus colegas: «De los aproximadamente cincuenta mil kilómetros cuadrados de Francia y Bélgica caídos en manos de los alemanes, hemos recuperado unos veinte»[96]. Para compensar ese desalentador resultado, Churchill siguió sosteniendo el valor de lo que él llamaba el «trofeo» de Constantinopla, «el trofeo, el único trofeo que se ofrece a nuestro alcance en el presente año. No hay duda de que podemos obtenerlo, sin excesivo consumo de recursos, y en un plazo de tiempo comparativamente breve»[97].

La familia Churchill solía pasar los fines de semana en Hoe Farm, una casa de labranza remozada que alquilaron en Surrey, a medias con Jack, durante el verano de 1915. «El jardín relumbra por todas partes, adornado con las joyas del estío, —le comenta Winston a Jack, incorporado al servicio activo junto a Hamilton—. Vivimos con gran sencillez, aunque en el bien

entendido, claro está, de que estamos bien provistos de lo fundamental de la vida: baños calientes, champán frío, guisantes de temporada y *brandy* añejo.»[98] Fue en la granja donde Churchill descubrió otro de los placeres llamados a ocupar un lugar fundamental en su vida. Un buen día de principios de julio vio pintar a su cuñada Goonie y decidió probar suerte[99]. La actividad, que comenzó como una suerte de terapia con la que pasar el trago del Almirantazgo —«Si no fuera por la pintura no podría seguir viviendo; me sería imposible soportar la tensión de las situaciones», confiesa él mismo—, se convirtió rápidamente en una pasión existencial. Acabaría firmando más de 540 lienzos, y se convirtió de hecho en un pintor de notable calidad[100]. Nada menos que una autoridad en la materia como su profesor, el pintor *sir* John Lavery, lo confirma explícitamente: «De haber elegido la pintura en lugar de las labores del hombre de estado, creo que se habría convertido en un gran maestro de los pinceles»[101].

Walter Sickert supo cultivar el innato y considerable talento artístico de Churchill, ya que su tutela permitió que Winston desarrollara su destreza técnica. Sickert había estudiado en la Escuela de Bellas Artes de Slade, en Londres, había sido aprendiz de J. A. Whistler, y era amigo de Degas. Además de Lavery y de Sickert, *sir* William Nicholson y el pintor anglo-francés Paul Maze también habrían de perfeccionar las dotes de Churchill. Muchas veces se ha minimizado el valor de la obra pictórica de Churchill diciendo que se trataba de un simple «dominguero aficionado», pero lo cierto es que alcanzó un elevado nivel de competencia y método. En 1925, un jurado artístico integrado, entre otros, por *sir* Oswald Birley, lord Duveen y Kenneth Clark, tuvo que valorar una pintura anónima titulada *Sol de invierno*, en un certamen público para diletantes. Duveen se negó a conceder el premio a su autor debido a que, en su opinión, estaba claro que la obra había salido de las manos de un artista profesional. Clark dijo que era preciso confiar en que los concursantes no hubieran hecho trampas. Se trataba de un óleo de Churchill.

«La pintura es una distracción fabulosa, —escribe Churchill—. No sé de ninguna otra actividad que, sin extenuar el cuerpo, absorba más por entero la mente.»[102] Churchill regaló la mayor parte de lo que él llamaba modestamente sus «pintarrajos» a la familia y los amigos. En alguna

ocasión se los ofreció a sus empleados, y durante la segunda guerra mundial entregó telas a Franklin Roosevelt y Harry Truman, además de a generales como Eisenhower, Montgomery y Marshall. Tocó todos los géneros —naturalezas muertas, flores, escenas arquitectónicas (de las pirámides, por ejemplo), tapices (como los de Blenheim), paisajes, malezas (en Fontaine de Vaucluse), y retratos—. En alguna ocasión llegó a pintar incluso inspirándose en una fotografía. En una ocasión, uno de sus ayudantes descubrió que estaba proyectando la imagen de una linterna mágica sobre el lienzo y le dijo: «Eso se parece bastante a una argucia; —Churchill le contestó—: ¡Pero si el resultado final tiene pinta de obra artística, *será* arte!»[103]. Al preguntársele qué le impulsaba a preferir el paisaje al retrato, Churchill replica: «Los árboles no se quejan de que no les hago justicia»[104].

«No puedo pretender que mi comportamiento sea imparcial en materia de colores», explica Churchill en «La pintura como pasatiempo, —un artículo escrito en 1921 que se publicaría en forma de libro en 1948—. Me gustan los que son brillantes, y me apena verdaderamente la triste gama del marrón. Cuando vaya al Cielo tengo intención de dedicar buena parte del primer millón de años a la pintura para llegar así al fondo del asunto.»[105][106] En la década de 1930, tras recibir como regalo un botellón de *brandy*, Churchill pedirá a sus hijos y a su sobrino Peregrine que hagan una batida por toda la casa y recojan otras botellas, ya que tiene intención de pintar un cuadro. Las órdenes de la infantil expedición eran muy claras: «Pillad todos los frascos que puedan casar fraternalmente entre sí y servir de cuerpo de guardia a este majestuoso recipiente»[107]. La partida encontró rápidamente once botellas más y unas cuantas cajas de puros de buen tamaño. Churchill tituló el cuadro *Bodegón con botellas* (*Bottlescape*). Sin embargo, Churchill no se ciñó exclusivamente a la pintura: en los años cincuenta del siglo pasado, al esculpir Oscar Nemon su figura sedente, él dedicó las sesiones de posado a labrar la silueta de Nemon.

A mediados de julio de 1915, Kitchener pidió a Churchill que visitara los Dardanelos para averiguar a través de Ian Hamilton las razones de que la

campaña hubiera degenerado hasta quedar atascada en punto muerto tan terrible como el que originalmente se había producido en el Frente Occidental. Antes de su partida, Churchill le escribe a Clementine una carta concebida para ser abierta únicamente en caso de que fallezca en Turquía. En ella le explica que, si muere, quedará en una situación financiera muy modesta, ya que solo contará con unas 450 libras al año, aproximadamente. Winston le pide que «conserve todos [sus] papeles, sobre todo los referidos al período que pasé al frente del Almirantazgo», debido a que Clementine era su albacea literario y a que él quería que se escribiera un libro sobre ese período:

> Un día querré que se conozca la verdad. Randolph tendrá que llevar la antorcha. No te aflijas demasiado por mí. Mi alma confía plenamente en sus derechos. La muerte es solo un incidente, y no el más importante de cuantos que nos suceden en este estado del ser. En general, he sido feliz, y muy especialmente desde que te conocí, querida mía: tú me has enseñado lo noble que puede llegar a ser el corazón de una mujer. Si hay algo en el otro mundo, cuidaré de ti. Entretanto, mira al futuro, siéntete libre [presumiblemente de volver a casarse], mira por los niños, conserva mi memoria… Que Dios te bendiga[108].

Jean Hamilton comió con los Churchill el día anterior a la partida de Winston, y recuerda que este «seguía manteniendo que la flota podría haber superado el estrecho sin el apoyo de las tropas»[109]. También deja constancia de que se mostraba «totalmente seguro de que se avecinaba una gran victoria en los Dardanelos; y desde luego él quiere estar allí para presenciarla: sale mañana a primera hora». El gabinete canceló el viaje en el último momento, ya que no quería que Churchill regresara cargado de razones y pudiera apuntalar una campaña que se estaba perdiendo. «Dispongo ahora de muchísimo tiempo, así que siento a fondo todas las punzadas de dolor» que nos inflige la vida, le dirá a Archie Sinclair. «Permanecer aquí, en medio del curso ordinario de las cosas, consciente de todo, vehementemente preocupado, teniendo bien presente mi propia capacidad de servicio, y obligado no obstante a seguir sumido casi siempre en la parálisis, es como caer en un trance cataléptico viendo que se está poniendo en peligro todo cuanto uno tiene de valor.» Churchill sabía que debía permanecer en Londres mientras la empresa de Galípoli siguiera teniendo alguna oportunidad de éxito, ya que tenía que continuar abogando

en su favor. Sin embargo, tampoco desconocía que su deber se encontraba en otra parte. Por eso le confía a Sinclair: «Me confortaría el ánimo alejarme de aquí unos cuantos meses y servir con mi regimiento: en su malestar, mi mente insiste cada vez más en presentarme ese proyecto. Pero en tanto no se logre la victoria en los Dardanelos mi puesto se encuentra claramente aquí»[110].

Tanto antes como después de Churchill, han sido muchos los ministros que han presentado la dimisión, o que se han visto apartados de su cargo, al fracasar el elemento nuclear de su política. Sin embargo, el dolor que embargaba a Churchill como consecuencia de la humillación, y el desesperado anhelo de reivindicación que le carcomía por dentro, resurgían con fuerza cada vez que no podía entregarse a tareas activas. «Los Dardanelos fueron una obsesión llamada a acompañarle el resto de su vida, —le dirá Clementine a Martin Gilbert—. Siempre creyó en la viabilidad de la campaña. Cuando tuvo que abandonar el Almirantazgo creyó que estaba acabado […]. Pensé que no volvería a sacar jamás el tema de los Dardanelos, y que acabaría muriéndose de pena.»[111] En conversación con Freddie Birkenhead, Clementine concreta el devenir de ese declive melancólico: «Winston estaba sumido en tan negra desesperación, —señala Birkenhead al recordar sus palabras—, que Clementine pensó que no lograría recuperarse del golpe, y de hecho, llegó a temer durante un tiempo que terminara por suicidarse»[112]. Al igual que los romanos, Churchill creía que no había nada innoble en el suicidio como forma de expiar una desgracia.

El 11 de julio de 1911, Churchill había pasado una velada cenando con su primo Ivor Guest y su esposa Alicia. «Escuché con gran interés lo que Alicia contó del médico que la había atendido en Alemania», comentará más tarde desde el Ministerio del Interior con Clementine, que se encontraba de vacaciones en Seaford, en el Sussex Oriental. Ese facultativo, prosigue, «le curó por completo la depresión que padecía, y creo que ese hombre me resultaría útil si volvieran a ladrar mis perros negros. Pero ahora veo ese sombrío estado de ánimo muy lejos de mí. No sabes qué alivio supone eso. El cuadro vuelve a quedar iluminado con todos los colores del arco iris. Y el más resplandeciente de todos es el de tu amado rostro,

querida mía»[113]. Esta es la única ocasión en la que Churchill aludirá en toda su vida a los «perros negros» de la depresión (un término que empleaban las abuelas de las eras victoriana y eduardiana para caracterizar el malhumor o el mal genio de las enfermeras encargadas de cuidarlas). En el libro de ochocientas páginas que habrá de dedicar a Churchill su médico, lord Moran, el mal solo aparece mencionado cinco veces, y aun así en términos fundamentalmente especulativos. Las entradas del diario publicado de Moran correspondientes a los días 14 de agosto de 1944 y 2 de agosto de 1945 —en las que se ha basado casi todo el material probatorio relativo a los «perros negros» churchillianos[114]— no coinciden con lo que figura en la versión manuscrita de los documentos del doctor[115].

Churchill no dejó de acudir un solo día a su trabajo debido a estas supuestas depresiones, aunque es obvio que de cuando en cuando pudo haberse sentido desanimado, como le sucedería, por ejemplo, tras las derrotas sufridas en la mitad inicial de la segunda guerra mundial. Sus secretarios privados y su familia jamás le oyeron utilizar la expresión «perro negro», aunque algunas de esas personas hayan afirmado haber visto con cierta preocupación los estados de ánimo que le embargaron en determinados períodos, como le sucedía a veces al notarse «abatido» antes de un importante y muy ensayado discurso[116]. Es poco probable que Churchill fuese una persona depresiva, y desde luego no creo que padeciera ciclos de euforia y desánimo. Esta única referencia al desconsuelo de julio de 1911 puede explicarse como una suerte de diagnóstico incorrecto que él mismo se habría fabricado, ligado a la hipocondría de un hombre que se tomaba diariamente la temperatura y que creía tener «una piel extremadamente delicada». (Y de manera similar, también pueden descartarse por incorrectos los dictámenes de los aficionados que recientemente han afirmado que padecía un trastorno bipolar.) Al sobrevenir una catástrofe tan crucial como la de los Dardanelos es claro que Churchill se deprime, pero es algo que le había sucedido a cualquiera que se encontrara en esa misma circunstancia.

«Este gobierno de hombres afables y partidos enfrentados no muestra ninguna de las cualidades que exige la guerra», le dirá Churchill a Archie Sinclair apenas dos meses después de que los miembros de la coalición hubieran tomado posesión de sus cargos. «Los factores personales y partidistas se neutralizan entre sí: hay abundancia de opiniones, mucha cortesía, un decoro ilimitado… —pero muy poca acción—. La predisposición a las posturas negativas es muy marcada. Y entre unas cosas y otras hay inquietos movimientos que yo observo con atención, pero sin intervenir.»[117] Por supuesto, esa inhibición podía deberse a que todos los integrantes de la oposición política seguían considerándole demasiado virulento, y por lo tanto no le invitaban a participar en los debates. Lloyd George, escribe generosamente Churchill, «es un hombre necesario para el estado. Tiene cualidades para hacer la guerra. No estoy dispuesto a que ningún sentimiento personal me impida trabajar con él. No obstante, la desconfianza surgida de la experiencia es una barrera terrible. Se me hace raro volver la vista atrás y analizar lo que sucedía hace ahora un año […]. El papel que desempeño en los acontecimientos se ha visto lamentablemente reducido. Pero sigo pensando que habrá cosas que se me encomienden, aunque aún deberán pasar muchos meses. Es preciso apurar hasta las heces la copa de la guerra. Las medidas pacifistas y los paños calientes solo conseguirán una tregua. Debemos obtener a toda costa un resultado decisivo. No estamos haciendo todo cuanto debiéramos. ¿Puedes creerlo?, me paso los días pintando. Es algo que me apacigua el ánimo […]. No dejes que mis cartas caigan en manos de los alemanes si asaltan vuestras trincheras. Los muy cerdos se alegrarían de leerlas […]. Es mejor quemarlas»[118]. Como tantas otras veces, se trata en realidad de una frase que trata de que se pongan a buen recaudo.

El 6 de agosto se puso en marcha el imaginativo plan que había fraguado Hamilton para superar el flanco turco en la bahía de Suvla y lanzar un asalto desde la zona en la que se hallaban acantonadas las fuerzas del Ejército conjunto de Australia y Nueva Zelanda. Sin embargo, a pesar del gran arrojo de los australianos y los neozelandeses, que asaltaron la costa, el empeño fracasó. En ese momento, los otomanos habían llevado ya dieciséis divisiones a la península, mientras que Hamilton solo disponía de catorce.

Las unidades de los Aliados confundieron el punto de desembarco y se encontraron frente a abruptos acantilados y profundos barrancos. Y para colmo, se extraviaron debido a que los mapas que manejaban estaban mal trazados. Por lo común, la preparación militar de los oficiales superiores era pésima, dado que el Frente Occidental absorbía a los mejores, al seguir siendo prioritario para el plan de guerra. (Uno de los generales había estado internado muy recientemente en un asilo para dementes: nada menos que en 1912.) En las pocas ocasiones en que se consiguió algún avance, el teniente general *sir* Frederick Stopford, comandante del IX Cuerpo del Ejército británico, desperdició ocasiones totalmente irrepetibles. El 16 de agosto se relevó del mando a Stopford, pero ya era demasiado tarde, puesto que todos los frentes habían llegado a un punto muerto.

Pese a que Churchill sostuviera que la cancillería del ducado de Lancaster, un puesto creado nada menos que en el siglo XIV, era una sinecura y un rincón apartado del mundo, lo cierto es que le permitió al menos ocupar un asiento en el plenipotenciario Comité del gabinete, reunido a mediados de agosto «con el objetivo de estudiar los recursos que este país y nuestros aliados pueden movilizar para continuar la guerra hasta finales de 1916». A lo largo de doce reuniones, distribuidas en tres semanas, el Comité fue acumulando pruebas, todas ellas aportadas por decenas de figuras políticas y militares relevantes —entre las cuales se contaba medio gabinete—. Churchill interrogó con gran agudeza a todos los comparecientes. Preguntó a Balfour por la regulación del tráfico marítimo de barcos mercantes; solicitó al director de la oficina de reclutamiento que le proporcionara unas cifras más exactas; dijo a Lloyd George que quería tener más información acerca de los obuses de dieciocho libras y el servicio militar obligatorio; se reveló pasmado ante el secretario de la Oficina de Guerra por el hecho de que casi un cuarto de millón de ingleses hubieran sido declarados inútiles para tomar las armas debido a razones médicas; y pidió a Walter Runciman que le explicara cómo hacer ingresar en las fuerzas armadas a los doscientos mil empleados del ferrocarril. Entre los políticos y los funcionarios públicos, Churchill recabó datos relacionados con las estadísticas de población y las exportaciones a Francia, y consiguió tener a su disposición el número total de varones de edades comprendidas

entre los diecisiete y los cuarenta y cinco años enrolados en la fabricación de muebles y las actividades madereras. Preguntó al contraalmirante Morgan Singer por las ametralladoras Maxim presentes en los buques, y se interesó asimismo por los cañones antiaéreos Hotchkiss, las espoletas automáticas, los obuses, los rifles y las carabinas estadounidenses, planteándole finalmente la siguiente interrogante: «¿No ve ya inconvenientes en el uso de la cordita?»[119]. No había tema ni cuestión que le pareciese insignificante, y reveló sentir una pasión sin límites por la estadística.

A principios del mes de septiembre, al enterarse de que se había decidido cancelar un crucial asalto francés en el Frente Occidental y de que las divisiones encargadas de efectuarlo iban a ser transferidas a los Dardanelos, Churchill le pasará a Lloyd George una nota durante una reunión del gabinete: «Me siento como un hombre al que están a punto de fusilar y que en vez de los disparos recibe una gran fortuna»[120]. Por desgracia, los valerosos intentos de Hamilton, resuelto a salir del atolladero de Suvla, seguían quedando en nada. Llegadas las cosas a ese punto, y con el apoyo de Clementine, que se daba perfecta cuenta de la frustración que le producía la política, Churchill se ofreció a abandonar el gabinete y partir al frente. Quería que se le nombrara general de división y que se le entregara el mando de un Cuerpo del Ejército, peticiones que Kitchener juzgó «embarazosas», sabedor de que si aceptaba «ofendería al ejército»[121].

Churchill no se hacía ya ilusiones respecto al papel que había desempeñado Lloyd George en los movimientos que habían acabado por destituirle del cargo de primer lord del Almirantazgo. «Muchas veces te he apoyado», le había dicho a mediados de septiembre, refiriéndose probablemente al escándalo de las acciones de la Marconi, «así que tal vez hubieras podido decir la palabra mágica capaz de permitir mi continuidad en ese puesto»[122]. Lloyd George le respondió con franqueza que lo de los Dardanelos había sido un error. A finales de septiembre empezó a hablarse de evacuar por completo la península de Galípoli y de constituir una nueva Junta de Guerra en la que no estuviera Churchill. Pese a la gentileza con la que se había comportado al apartarse a Churchill del Almirantazgo, Kitchener dijo en esta ocasión que no podía seguir trabajando con él.

Hankey recuerda que en esa época Kitchener «estaba prácticamente histérico», y que había amenazado con presentar la dimisión si se permitía a Churchill continuar en la Junta de Guerra[123]. En esos días, el sentimiento era enteramente recíproco: al visitar a Churchill en su despacho de la cancillería ducal, C. P. Scott, director del *Manchester Guardian*, encontró a Winston «piafando de impaciencia y desesperación por no tener prácticamente nada que hacer, tanto es así que dijo estar pensando en la posibilidad de dimitir y unirse a su regimiento». Al preguntarle el periodista «qué medidas tomaría para conseguir que las cosas cambiaran realmente a mejor, Churchill dudó un instante y después manifestó, con el más absoluto aplomo: lo primero es librarse de Kitchener»[124]. Churchill sugirió a Scott separar las funciones del ministro de la Guerra de las del máximo estratega bélico de la nación. «Hoy se ha comprobado», sostuvo, que la actual combinación de roles «ha sido un error que jamás debería repetirse. Además, tendría que haber dentro del gabinete alguien que se haga responsable de la dirección de la guerra y que se reúna diariamente con sus colegas del consejo de ministros». Y esa sería justamente la estructura de gobierno que él mismo habría de poner en marcha nada más acceder al cargo de primer ministro en 1940.

En la primera mitad del mes de octubre de 1915 los británicos tuvieron que encajar dos mazazos: en primer lugar, una derrota en la batalla de Loos, en Francia, y en segundo lugar, el revés de la decisión de Bulgaria, que acababa de unirse a las Potencias Centrales. A Churchill no se le ocurrió mejor remedio para salir al paso de la situación que reanudar el ataque de los Dardanelos. «Creo que todos estos meses hemos venido actuando como aquel prisionero español, —le escribe a Balfour el 6 de octubre—, que languideció durante veinte años en una mazmorra, hasta que un buen día, al despertarse, se le ocurrió la idea de empujar la puerta, que había permanecido abierta todo el tiempo»[125]. Era una analogía terriblemente desafortunada. Resultaba difícil considerar que Galípoli fuese una solución sencilla o evidente. A esas alturas, la campaña terrestre se encontraba completamente bloqueada. ¿Qué daños no habría podido infligir la artillería turca a los barcos que intentaran forzar el estrecho? Puede que se hubiera conseguido aplastar los fuertes costeros mediante una maniobra de pura

audacia o con un ataque sorpresa, pero para entonces los otomanos ya habían dispuesto una enorme cantidad de piezas artilleras en la península, y no hay duda de que habrían reaccionado con prontitud y agresividad ante cualquier asalto de la armada. Y a continuación, todos los buques que lograran sobrevivir a ese pulso tendrían que hacer frente a los campos de minas.

El 14 de octubre, la Junta de Guerra optó por retirar a *sir* Ian Hamilton y sustituirlo por el general *sir* Charles Monro, que no tardó en recomendar una evacuación de la península. «El general Monro era un oficial de veloces decisiones, —bromeará Churchill varios años después—: llegó, vio, capituló»[126]. (Por esa misma época, Churchill llamó al teniente general *sir* James Wolfe Murray, que se había mostrado de acuerdo con Monro, *sir* James "Sheep" Murray.) «No hay nada que garantice mejor el desastre que seguir un plan militar con pasos titubeantes y tibieza de ánimo, teniendo que bregar al mismo tiempo con las constantes críticas de los círculos ejecutivos», anota Churchill en un memorando del gabinete en el que responde a las exigencias con las que Bonar Law trataba de acelerar dicha evacuación. «Si ni siquiera en la política resultan saludables esos métodos, en la guerra son un crimen.»[127]

Churchill continuó insistiendo, ahora con la predicción, un tanto exagerada, incluso para un hombre como él, de que la evacuación propuesta iba a ser la peor decisión militar que pudiera tomar Gran Bretaña desde la pérdida de las colonias norteamericanas. Bonar Law no modificó en absoluto su postura y amenazó con dimitir en caso de que no se verificara la retirada. Llegadas las cosas a ese extremo, es indudable que tenía razón. El 5 de noviembre se reunía por primera vez la recién modificada Junta de Guerra, formada por Asquith, Balfour, Grey, Lloyd George, Bonar Law, McKenna y Kitchener —aunque obviamente sin Churchill—.[128] Lloyd George le dirá poco después a Frances Stevenson que Winston «se ha puesto enfermo al saber que no ha sido incluido en la Junta de Guerra reducida». Sin embargo, tal y como estaban las cosas, se hace difícil pensar que le hubiera cogido por sorpresa[129].

Tres días más tarde, Asquith respaldó con todo su prestigio la evacuación, de modo que el 11 de noviembre de 1915, Churchill dimitía de

su cargo en el gobierno. «Coincido cordialmente con la decisión de constituir una Junta de Guerra más pequeña», le escribe a Asquith.

> No me quejo en absoluto de que modifique sus planes. Pero con esos cambios, mi trabajo en el gobierno llega claramente a su fin. Sabiendo lo que sé de la situación actual, y conociendo los detalles del instrumento que es el poder ejecutivo, no podría aceptar un puesto de responsabilidad general en la política bélica sin participar de manera efectiva en su orientación y control […]. Además, en tiempos como estos, tampoco me siento capaz de permanecer en un estado de inactividad tan bien remunerado. Por todo ello, le pido que presente mi renuncia al rey. Soy oficial del ejército, y me pongo sin reservas a disposición de las autoridades militares, aunque me permito señalar que mi regimiento está en Francia. Tengo la conciencia muy tranquila, y eso hace que asuma con pundonor la responsabilidad que tengo en los acontecimientos pasados. El tiempo hablará en favor del modo en que dirigí el Almirantazgo y reconocerá la parte de mérito que me corresponde en la vasta serie de preparativos y operaciones que han posibilitado la obtención de un completo dominio de los mares. Con todo respeto, y con mi amistad personal intacta, se despide de usted[130]…

La última frase no era cierta, pero el resto es sublime.

Se habló durante un tiempo de mandar a Churchill al África Oriental y de ponerle al frente de las tropas británicas allí destacadas. Lo sorprendente es que tanto Bonar Law como Carson respaldaran la idea y que fuera en cambio la Oficina de Guerra la que vetara la decisión[131]. Hankey sugirió que lo que correspondía hacer era mandarle al norte de Rusia a fin de acelerar la importación de municiones[132]. Probablemente no es ninguna coincidencia que ambos destinos se encontraran muy lejos de Londres. Entretanto, Violet Asquith envía a Churchill el poema de Rudyard Kipling titulado «Si, —que posiblemente eligiera por el verso, perfectamente apropiado al caso, que dice—: Si puedes mirar de frente al Triunfo y al Desastre y tratar por igual a ambos impostores…». A lo que ella añade: «Recuerda que Inglaterra confía en ti y te necesita»[133].

El 15 de noviembre, en el discurso que pronuncia al confirmarse su dimisión, Churchill aborda la cuestión de los Dardanelos:

> No diré que se ha tratado de un plan civil, impuesto por un político aficionado a un conjunto de oficiales y expertos reacios a su puesta en práctica. Esta tarde no voy a lanzarme por la pendiente de ningún reproche, pero debo decir que no recibí del primer lord del Mar [Fisher] ni una orientación clara antes de los hechos ni su firme apoyo tras su consumación —cosas ambas que tenía pleno derecho a esperar—. Si [Fisher] no aprobaba la operación, debió haber alzado la voz en la Junta de Guerra. Una contienda es una tarea dura y brutal, y no hay lugar para dudas ni reservas […]. Cuando llega el momento de

actuar, la hora de los recelos queda atrás. Una vez emprendido un determinado curso de acción en la guerra, es frecuente comprobar que no hay manera de volver atrás. Un hombre ha de responder con un «Sí» o con un «No» a las grandes preguntas que entonces se plantean, y de esa decisión habrá de responder[134].

No obstante, Churchill se responsabiliza plenamente del resultado de las operaciones navales:

> No hubo una sola línea, una sola palabra, una sola sílaba que saliera del caletre de expertos navales o el intelecto de gentes altamente competentes, nada en lo que no hubiera la menor interferencia de individuos carentes de la necesaria pericia profesional, pero fui yo quien aprobó el plan; yo quien lo respaldó… Me bastó saber que, en todas y cada una de las circunstancias que me eran conocidas (militares, económicas y diplomáticas), se trataba de un proyecto que debía intentarse —y por eso lo intenté[135].

Tras estas palabras, Churchill dirá en tono profético: «Recomiendo a la Junta de Guerra y al gobierno francés, no como una certidumbre, sino como una legítima apuesta bélica en cuyo envite podemos permitirnos perder mucho porque el trofeo es de un valor inestimable, un trofeo que, en opinión de los mayores expertos, no solo teníamos razonables posibilidades de llevarnos, sino que, en ese momento, no podía ganarse de ninguna otra forma…»[136]. El hecho de que aludiera a la expedición diciendo que se trataba de «una legítima apuesta bélica» daría a todos sus detractores, pasados, presentes y futuros, una inmejorable ocasión de alegar que su instintos de jugador le habían llevado a arriesgar a la ligera la vida de los hombres enviados al frente, y desde luego no hay forma de borrar la realidad de las terribles pérdidas sufridas. Según se estima, el imperio británico provocó la muerte de, o graves heridas a, 114 743 combatientes nacionales, de los cuales 21 882 murieron en la batalla, y 8899 en el hospital. El registro de bajas de los franceses contabiliza 17 235 sepelios.

Churchill no fue en modo alguno la única persona responsable de la decisión de ocupar Galípoli, pero sí el político al que más íntimamente se asoció con la catástrofe, y la verdad es que él mismo permitió que se le convirtiera en el principal chivo expiatorio. Esto se debió en parte al hecho de que se tratara efectivamente de un plan original suyo (con independencia de cuántas personas lo respaldaran en un primer momento), pero también a la circunstancia de que insistiera una y otra vez en llevarlo a cabo hasta sus

últimas consecuencias —y mucho después, además, de que otros se hubieran distanciado de sus planteamientos—. De no haber sido Ian Hamilton comandante del ejército, es posible que Churchill se hubiera replegado a posiciones menos comprometidas antes de que la campaña provocara el descarrilamiento de su carrera, pero también cabe dudar de que esa pudiera haber sido su reacción. Durante la segunda guerra mundial, su irredenta obstinación habría de revelarse valiosísima. Sin embargo, en la campaña de Galípoli, la tenacidad solo contribuyó a dejarle en una posición terriblemente vulnerable.

El desastre de los Dardanelos enseñó a Churchill muchas de las cosas que estaban llamadas a resultarle utilísimas en la segunda guerra mundial. «En enero de 1915, una simple y prolongada conferencia de los jefes aliados, civiles y militares, podría habernos ahorrado una montaña de desdichas», escribe en *La crisis mundial*, y de hecho, con el tiempo, él mismo habría de convocar muchas conferencias de ese tipo[137]. Aprendió también mucho acerca de sus propias limitaciones, y no solo no volvería a desestimar el criterio de sus jefes de Estado Mayor en caso de que rechazaran unánimemente sus propuestas, sino que tampoco habría de estimular su silencio, ni participar de él de manera cómplice, si discrepaban de sus planteamientos —a diferencia de lo que había hecho con Fisher—. Churchill también comprendió que, en ocasiones, era mejor reducir las pérdidas que aumentar desproporcionadamente los envites. Esto explica que, en Noruega, Dakar, Grecia y otras zonas de combate —y más aún en el caso de los escuadrones de cazas de la Real Fuerza Aérea británica que lucharon en los cielos de Francia a mediados de mayo de 1940—, Churchill se mantuviera permanentemente alerta ante la eventualidad de que una misión se le fuera de las manos por una inadvertida expansión de su alcance y peligrosidad. También nos permite comprender que no tuviera inconveniente en cancelar una operación en caso necesario y que no dejara que las cuestiones vinculadas con el prestigio le arrastraran a una espiral de choques armados.

Por encima de todo, lo que jamás habría de tolerar en el futuro sería que el exceso de poder de los jefes militares les facilitara la acumulación de prerrogativas específicamente reservadas a los políticos electos. Churchill

distinguía entre los «jefazos» del ejército y los políticos «de levita», y estaba convencido de que en la Gran Guerra había sido muy frecuente que los primeros, valiéndose de la inmensa autoridad de que gozaban a los ojos de la prensa y del público en general, decidieran no solo las batallas que debían librarse sino también el escenario de la lucha, mientras que los segundos, por su parte, también habían caído a menudo en el similar hábito de aceptarlo. En sus memorias bélicas, escritas tras la segunda guerra mundial, Churchill declarará que después del fracaso del ataque naval del 18 de marzo de 1915 en los Dardanelos había errado al «tratar de llevar a efecto una importantísima y crucial operación militar pese a ocupar una posición subordinada»[138]. Por consiguiente, al convertirse en primer ministro en el año 1940, también asumirá personalmente las funciones correspondientes al nuevo cargo de ministro de Defensa. Durante la segunda guerra mundial topará con varios jefes militares de carácter correoso e incluso dominante, como Alan Brooke, Andrew Cunningham y Arthur Harris, entre otros, pero todos ellos sabrían mantenerse invariablemente en la posición de subalternos a la que debían ceñirse.

«Quien no hace nada no comete errores», le escribirá Churchill a Clementine poco después de dimitir[139]. En el desastre de los Dardanelos, Churchill cometió fallos colosales, pero las lecciones que supo aprender de ellos revelarían tener un valor inmenso un cuarto de siglo después. Las acciones del general Stopford en la bahía de Suvla, en particular, vendrían a sumarse a las de los máximos comandantes de la guerra de los bóers y a engrosar así la larga lista de incompetencias militares vividas en el transcurso de la historia. Una de las razones de que Churchill destituyera a tantos generales durante la segunda guerra mundial se debió justamente a que, en la larga experiencia personal que había acumulado por entonces, se había formado una opinión muy pobre de esa casta militar.

Pero eso sería muchos años antes de que el público que asistía a sus mítines dejara de gritarle: «¿Y qué hay de los Dardanelos?». Incluso el pequeño Randolph, de apenas cinco años por entonces, se encontraría con otros chiquillos de su edad que le espetaban: «Tu padre mató al mío en los Dardanelos»[140]. («Lamento decir que aquello me hacía sentir enormemente orgulloso, —recordará más tarde Randolph—, ya que

comprendí que mi padre era un jefe importante que podía dar órdenes a los padres de otros».)[141] En la década de 1920, la condesa viuda de Longford, cuyo marido había fallecido en la colina de la Cimitarra, mientras luchaba con la 29.ª División de Regulares, se negaba a entrar en una casa si Clementine —y no digamos Churchill— se encontraba en ella[142].

El discurso de dimisión de Churchill fue el último que pronunció en los Comunes antes de partir al Frente Occidental dos días más tarde. «Al terminar, no había prácticamente un solo miembro del parlamento que no estuviera aplaudiendo, —informa el Times—. Jalonado por vítores surgidos en todos los puntos de la Cámara, y rematado por una cerrada ovación final, el discurso ha constituido sin duda un triunfo parlamentario», concluye el periódico[143]. Violet escribe al día siguiente: «Creo que tu alocución ha sido básicamente impecable. Pocas veces me he sentido tan emocionada. Han sido unas palabras hermosas y llenas de generosidad. No sabes lo grato que me ha resultado oírte decir esas verdades sobre el retorcido viejo chiflado [de Fisher]». El 18 de noviembre, el comandante Churchill vestía el uniforme de voluntario del 4.º Regimiento de Húsares de Oxfordshire de Su Majestad, presentándose para el servicio en Francia.

Capítulo 11

DE PLUG STREET (PLOEGSTEERT A LA VICTORIA)

Noviembre de 1915 - noviembre de 1918

> En la guerra, que es una intensísima forma de vida, la Fortuna se despoja de todos sus velos y disfraces y se presenta desnuda a cada instante, revelando su condición de árbitro directo de todo, personas y acontecimientos.
>
> Churchill, *Pensamientos y aventuras*[1].

> El odio juega en la gobernación el mismo papel que los ácidos en la química.
>
> Churchill, *La crisis mundial*[2].

Churchill no tenía la menor obligación de incorporarse al ejército y combatir en las trincheras. La edad tope de los cuarenta y un años en el caso de los hombres casados, prevista en las normas de reclutamiento, no entró en vigor hasta el mes de mayo de 1916, fecha en la que Churchill tenía ya cuarenta y dos. El hecho de que un ministro dimitiera por una cuestión de principios en plena guerra y partiera a combatir al frente era algo totalmente

extraordinario. Pese a que Churchill no considerara haber caído en desgracia a consecuencia de la postura adoptada en el plan de los Dardanelos, sabía perfectamente cuál era la senda más honrosa. Se hallaba ahora fuera de la política, así que pensó que, al estar su país en guerra, y no poderle servir en el gobierno, lo mejor que podía hacer era ayudar a la nación con las armas.

Al tomar la decisión que le había llevado a alistarse y compartir los peligros de las tropas en el frente, es indudable que también había pesado en su ánimo un profundo sentimiento de redención personal. (Más tarde, durante la segunda guerra mundial, al quedar desacreditado ante la opinión pública un parlamentario, Churchill le sugeriría que se incorporara a una unidad de desactivación de explosivos, ya que esa era la mejor forma de recuperar el favor de la gente.) Tiempo después escribirá asimismo que los soldados del frente, «junto con los oficiales de sus regimientos, provistos de una causa, conseguirían subsanar en último término, gracias a su virtud, los errores y la ignorancia de los jefes de Estado Mayor, los miembros del consejo de ministros, los almirantes, los generales y los políticos —incluidos, indudablemente, muchos de mis propios yerros—. ¡Pero, ay, a qué altísimos e innecesarios costes!»**[3]**.

Al desembarcar en Boulogne el 18 de noviembre de 1915, Churchill acudió al cuartel general de Saint-Omer para visitar a *sir* John French, quien le dio a elegir entre un puesto en el Estado Mayor o el mando de una brigada sobre el terreno. Churchill optó encantado por la segunda posibilidad, y lo único que solicitó fue servir «durante uno o dos meses en las trincheras, para poder tomar el pulso de estas nuevas condiciones»**[4]**. Como general de brigada no tenía que entrar directamente en contacto con el enemigo, y no quería asumir un puesto tan elevado sin haberse fajado físicamente con él. Por consiguiente, el conde de Cavan, que se hallaba al mando de la División de Guardias de la Fuerza Expedicionaria Británica, destinó a Churchill al 2.º Batallón de Guardias Granaderos, a las órdenes del teniente coronel George Jeffreys, apodado «Ma», cuyo batallón partía al frente de Neuve Chapelle al día siguiente.

A Churchill le gustó la coincidencia de que el de Granaderos hubiera sido el primer regimiento en el que sirviera el duque de Marlborough. Uno

de sus oficiales, Harold Macmillan, recordará más tarde que «había un gran sentimiento de oposición al “maldito político”, pero dos días después [Churchill] ya se los había metido a todos en el bolsillo»[5]. Y esa iba a ser justamente la tónica de su peripecia en el ejército, ya que, partiendo de la animadversión inicial —fundamentalmente por parte de los oficiales conservadores que le despreciaban por su condición de político liberal (y por ser nada menos que el odiado Winston Churchill)—, no tardaría en ser aceptado por todos debido a su simpatía, su coraje y su decidida voluntad de aprender.

«Espero ir al frente el sábado, y permanecer en él durante una o dos semanas, —le explica Churchill a Clementine—. No permitas que esto te apure lo más mínimo. No está previsto que entremos en acción, así que lo único que debe tenerse en cuenta es el muy genérico y ordinario peligro de toda guerra […]. De hecho, es mucho más seguro que luchar en primera línea con el regimiento de Su Majestad [los húsares de Oxfordshire] […]. No pienses que me dispongo a correr alocadamente ningún riesgo ni que vaya a hacer nada que no resulte estrictamente necesario.»[6] Clementine había apoyado sin reservas su decisión de partir al frente, pese a que resultara evidentemente expuesto. Ella misma se unió al Comité Auxiliar de Operarios de Municiones, que organizaba el servicio de comedores encargado de atender a los trabajadores de las fábricas de armas del norte de Londres.

«Pese a que te encuentres a pocos kilómetros de aquí, a mí se me hace una distancia astronómica, —le contesta ella—, y te veo perdido entre un millón de siluetas caqui»[7]. Para principios de mayo de 1916, fecha en la que abandona el ejército, Churchill había enviado ya más de un centenar de cartas a su esposa, y gracias a ello podemos asomarnos a sus reflexiones interiores mejor que en cualquier otro período de su vida. «Me siento muy feliz aquí, —comenta Churchill en una carta a Clementine redactada el 19 de noviembre de 1915—. Había olvidado lo que significaba estar libre de preocupaciones. Esta es una bendita sensación de paz.»[8] A continuación añade, en referencia al tiempo que pasó al frente de la cancillería del ducado de Lancaster: «No me explico cómo he podido pasar tantos meses sumido en esa desdichada impotencia en lugar de haberlos dedicado a la

guerra»[9]. Pese a que todos los días cayeran aproximadamente quince granaderos, entre muertos y heridos, Churchill le dice a Clementine: «Me pondría de muy mal humor pensar que te estás dejando invadir por la ansiedad del riesgo»[10]. Ese peligro se incrementó *de facto* por la afición de Churchill al licor, dado que el cuartel general de su batallón, situado en Ebenezer Farm, era estrictamente abstemio. «Dado que siempre he creído en el uso moderado y regular del alcohol, —escribirá años más tarde—, sobre todo en las condiciones reinantes en una guerra invernal, saqué de mil amores las pertenencias que tenía en Ebenezer Farm y me las llevé a una compañía que combatía en el frente»[11].

«No quisiéramos darle la impresión de ser poco hospitalarios, —le dirá Jeffreys a Churchill—, pero me parece que es justo decir que su llegada no ha sido un asunto en el que se nos haya dado elección»[12]. Churchill acompañaba dos veces al día al teniente coronel en sus vueltas de reconocimiento por las trincheras, atravesando zonas cubiertas de nieve y barro por espacio de dos o tres horas. Cuando les disparaban, ambos hombres aprovechaban para comentar la puntería de los alemanes, y no tardó en tratarse a Churchill como a cualquier otro oficial. Winston aprendió rápidamente un montón de cosas relacionadas con la guerra de trincheras. El ayudante del regimiento no le había entregado más que un par de calcetines extra además de los aperos de afeitado, así que el recién llegado escribió a casa para pedir que le mandaran, «a la mayor brevedad», una zamarra bien abrigada de cuero, botas de agua, ropa impermeable, un periscopio, un saco de dormir forrado de piel de cordero, unos pantalones caqui, latas de sardinas, chocolates y unos cuantos botes de carne cocinada[13]. Más tarde solicitaría también que le enviaran cada diez días libros de Shakespeare, cigarros puros, una máquina de escribir, queso de Stilton, uvas y tres botellas de *brandy* —cosa esta última que compartiría con los oficiales de su compañía[14].

Por el momento no se avecinaba ninguna ofensiva de importancia, pero las trincheras se hallaban sometidas al incesante martilleo de los proyectiles, fueran de un tipo o de otro, y no había forma de mantener la ropa seca y el cuerpo caliente. «Todo está muy tranquilo, —le dice Churchill a Clementine el 21 de noviembre—. De cuando en cuando, las

balas perdidas que rebotan en los bordes de las trincheras hieren a algún hombre, aunque a veces los tiros proceden de algún francotirador de buen pulso. Sin embargo, podemos caminar hasta las trincheras sin necesidad de avanzar a rastras por una zapa [es decir, por una zanja de acceso]. Hasta en las cinco trincheras del frente reina una gran calma.»[15] Al mando de la compañía de Churchill se hallaba Edward Grigg, y tanto él como Harold Macmillan, del mismo regimiento, ocuparían un día la máxima responsabilidad en los respectivos ministerios que el gobierno de Churchill habría de constituir durante la segunda guerra mundial.

El 23 de noviembre, Kitchener recomendó a la Junta de Guerra que se procediera a la evacuación de la península de Galípoli. «Siento un profundo desprecio por Kitchener, —le dirá Churchill a Clementine—. Si se marchan aceptando el desastre, la verdad de los hechos saldrá a la luz. El mundo dejará de darles crédito. El ajuste de cuentas será muy duro, y me aseguraré de que se lleve efectivamente a cabo.»[16] Estaba en un error, ya que, a diferencia de muchas de las cosas que habían sucedido en la campaña, la evacuación, que se verificó entre los meses de diciembre y enero, fue una modélica operación de retirada en presencia de fuerzas enemigas, y en algunas academias de altos mandos militares todavía se siguen enseñando hoy los procedimientos empleados. Se consiguió materializar sin ninguna baja. De hecho, nada de lo realizado en Galípoli salió tan bien como el repliegue. A las tres y media de la tarde del día 20 de diciembre, el capitán Clement Attlee, del 6.º batallón del Regimiento del Lancashire Meridional, se convertía en el penúltimo hombre en abandonar la bahía de Suvla[17]. Attlee estaba convencido de que la estrategia de los Dardanelos había sido tan audaz como acertada, una circunstancia que, según uno de sus biógrafos, «explica la admiración que toda la vida habría de sentir por las cualidades de Churchill como estratega militar, lo cual contribuiría enormemente, a su vez, a la fluida relación de trabajo que ambos hombres estarían llamados a mantener durante la segunda guerra mundial»[18].

«Gracias a Dios que han salido bien parados del [cabo] de Helles, —exclama Churchill en una carta dirigida a Clementine al término de la operación—. Espero que los turcos hayan acabado tan exhaustos como nuestros soldados; seguro que estaban verdaderamente felices de verles

partir. También es posible que alguna pequeña suma de dinero haya cambiado de manos y convertido esta huida de “imperecedera memoria” en algo menos peligroso de lo que parece.»[19] Todavía respiraba por la herida de los Dardanelos, que seguía en carne viva, pero sea como fuere, lo cierto es que esa afirmación no pasaba de ser una especulación absolutamente desprovista de fundamento, por más que se basara en la vieja suposición imperialista de que el «soldadito turco corriente» era un individuo corrupto al que resultaba fácil sobornar.

El mismo día en que Kitchener tomó la trascendental decisión de evacuar, Churchill le escribe una carta a Clementine. A pesar de que los cadáveres «sobresalgan del suelo, el agua y la cochambre que todo lo invade», explica, a pesar de «los tropeles de gigantescas ratas […], de los envenenados chirridos de las balas que nos pasan zumbando por encima de la cabeza, resulta que en medio de este dantesco escenario y de los males que nos acechan, agudizados por la humedad, el frío y las mil pequeñas incomodidades del día a día, he encontrado una felicidad y una alegría que llevaba muchos meses sin conocer»[20].

El miércoles 24 de noviembre de 1915, Churchill vivirá una experiencia transformadora, que le referirá a Clementine, probablemente para no alarmarla indebidamente, como un simple «suceso curioso». Estando en su refugio subterráneo recibió un mensaje en el que se le decía que el teniente general *sir* Richard Haking, comandante del XI Cuerpo del Ejército, iba a enviar un coche a las cuatro y media de la tarde para recogerle. No obstante, el punto en el que debía subir al vehículo se hallaba lejos de la trinchera, así que tuvo que recorrer a pie cerca de cinco kilómetros, «a través de campos encharcados, bajo una constante lluvia de proyectiles, y siguiendo trochas en las que de cuando en cuando caía un obús». Churchill y el soldado que le atendía (su «ordenanza») caminaron durante una hora, aunque solo para enterarse al final, por medio de un oficial del Estado Mayor, que la reunión había sido cancelada. «Bah, la entrevista no tenía nada de particular, —dijo el mando con aire despreocupado—: El teniente general pensó que, ya que tenía que pasarse por aquí, sería interesante charlar un rato con usted»[21]. Y

a Churchill y a su acompañante que no les queda más remedio que emprender durante otra hora la caminata de regreso, cruzando de nuevo «el terreno enfangado, pero sumidos ahora en la oscuridad», y maldiciendo «la displicente autosuficiencia del general», que me había arrancado a la relativa comodidad de la trinchera y obligado a deambular «por el barro y bajo la lluvia para nada»[22]. Cuando finalmente llegó a su refugio, le salió al encuentro un sargento que le dijo: «Es mejor que no entre, señor, hay un desbarajuste horroroso […]. Unos cinco minutos después de que usted se fuera, penetró por el techo un *whizzbang* [un obús alemán de tremendo poder explosivo] y le ha volado la cabeza [al otro soldado que tiene usted a su servicio]»[23]. La rabia que le hacía echar pestes contra el general Haking se esfumó. «Ya ves por este ejemplo lo vano que resulta preocuparse de las cosas, —le dice a Clementine—. Todo está en manos de la fortuna o el destino, así que lo mejor es no hacer demasiados cálculos al dar nuestros caprichosos pasos. Uno ha de prestarse simple y llanamente al juego: y confiar en Dios, que no es sino otra forma de decir lo mismo.»[24] En 1927, al relatar los pormenores de este incidente en la *Pall Mall Gazette*, Churchill explica que tuvo «la clarísima sensación de que una mano había movido los hilos necesarios para sacarme en el último momento de un punto condenado a un fatal destino»[25].

Esa misma noche, en las trincheras, Churchill se encontró a un centinela que se había quedado dormido durante la guardia. «Le metí un miedo espantoso en el cuerpo, pero no le acusé del delito, —le dice a Clementine —. No era más que un chiquillo […], [es algo] que se castiga con la pena de muerte, o con un mínimo de dos años de cárcel.»[26] Prefirió mantener él mismo la vigilancia, para que los demás pudiesen dormir. Con similar espíritu, en otra ocasión, un joven oficial que acababa de regresar de una intrépida incursión en las trincheras enemigas dejó caer accidentalmente su revólver y este se disparó, matando a uno de los granaderos bajo su mando. Sin embargo, los otros nueve integrantes de la compañía mantuvieron el lance en secreto y fingieron que la baja había sido obra del enemigo. «Esos hombres anónimos, —le dirá Churchill a Clementine—, esos magníficos soldados de chaleco y casco de acero que blanden sangrientas mazas y contemplan despiadados cuadros de guerra», merecen permanecer en la

memoria. «C'est très bon», concluye[27]. Sus compañeros de armas sabían que podían confiar en él, que no iba a agarrarse al reglamento en tan desafortunado caso de fuego amigo (aunque de ningún modo se tratara de un incidente aislado). También estaban seguros de que diría a la familia del guardia fallecido que el joven había muerto heroicamente. Como él mismo habría de señalar más tarde, hay veces en la guerra en que es preciso custodiar la verdad tras las filas de una guarnición de mentiras.

«Lo que aquí predomina es una total indiferencia ante la muerte y las heridas», le asegura Churchill a Clementine en alusión a las treinta y cinco bajas que acababa de sufrir el batallón en menos de una semana[28]. En febrero de 1915, en una conversación mantenida durante una cena celebrada en el Almirantazgo, Churchill le había dicho a Violet Asquith: «Cuando uno observa la forma, extraordinariamente arbitraria y azarosa, con que la Providencia reparte muerte y destrucción, sin que parezca operar ningún principio rector atento a la justicia o la conveniencia de las cosas, se siente uno más convencido que nunca de la escasa relevancia de la vida. Estar vivo o muerto *no puede tener* la importancia que le damos. La *absoluta* falta de toda clase de plan en esa aniquilación le hace sospechar a uno que existe un proyecto de mayor envergadura en otra parte»[29]. Churchill pasaba a engrosar así las filas de quienes compartían esos sentimientos fatalistas.

«El curso que están siguiendo los acontecimientos no me subleva en modo alguno», escribe Churchill a Clementine el 27 de noviembre. Lloyd George, McKenna y «el viejo zoquete» —expresión con la que se refiere a Asquith— están «muy lejos, y desde aquí parecen mandarines de alguna remota provincia china»[30]. Sin embargo, Winston también pide a su esposa que «se mantenga en contacto con el gobierno. Muéstrales una total confianza en nuestros destinos. Ve con la cabeza muy alta […]. Y por encima de todo: no te preocupes por mí. Si mi sino no se ha cumplido todavía, estoy seguro de que seré preservado»[31]. Ella le contesta que si le mataban por exponerse excesivamente al peligro, «el mundo podría pensar que has ido en busca de la muerte a causa del pesar derivado de tu participación en los Dardanelos. Tienes el deber, para con tu país, de

intentar conservar la vida (siempre en consonancia con tu honor de soldado)»[32].

Entre el 1 y el 10 de diciembre, de vuelta en Saint-Omer, Churchill pasará largos ratos con tres personas llamadas a ocupar un lugar extremadamente importante en épocas posteriores de su vida: Louis Spears, Max Aitken y Archie Sinclair. Estas amistades forjadas al calor de la guerra eran distintas y más sólidas que las adquiridas en tiempo de paz. «Nada le inducía tanto a concebir una opinión favorable de un hombre como su gallardía en el campo de batalla», escribirá años después uno de sus ayudantes. No es de extrañar, por tanto, que congeniara con Spears, ya que no solo había sido el primer oficial británico en presentarse en el frente, en agosto de 1914, sino que había recibido heridas en varias ocasiones y ganado la Cruz Militar británica[33].[34]

En octubre de 1916, al caer nuevamente herido Spears, Churchill le escribe: «Mi querido Louis, por cuarta vez he leído tu nombre esta mañana en la lista de bajas, y he sentido una viva emoción. Eres sin duda un paladín que merece figurar entre los más preclaros hidalgos de los grandes días del romance épico»[35]. La palabra «paladín», que significa «caballero andante» pasará a convertirse en la descripción favorita de los numerosos amigos íntimos que mostraban arrojo en la batalla.

Sir Max Aitken (que a partir del año 1917 se convertirá en lord Beaverbrook) era un parlamentario conservador, amigo de Bonar Law, originario, al igual que este, de Nuevo Brunswick. Le precedía una reputación un tanto turbia derivada de las prácticas comerciales que había empleado en su Canadá natal, pero en Gran Bretaña era propietario del periódico *Globe*, disponía en secreto de participaciones accionariales en el *Daily Express* (que no tardaría en comprar sin más), y había tratado de apoderarse del *Evening Standard* (que también terminaría adquiriendo). Churchill se mostró siempre sumamente atento con los dueños de los periódicos. Además de compartir ambiciones políticas y un gran interés en la historia, Aitken y él estaban similarmente convencidos de que Asquith estaba gestionando mal la guerra.

El soldado *sir* Archie Sinclair era un *baronet* escocés de veinticinco años que militaba desde 1910 en el regimiento de caballería de la Guardia

Real británica, aunque ahora se hubiera incorporado al regimiento de Ametralladores. Era un hombre al que Churchill admiraba por su valentía y encanto personal[36]. El hecho de haber coincidido al prestar servicio en las trincheras les uniría de por vida, y, de hecho, muchas de las cartas que dirige a Sinclair se cuentan entre las misivas políticas más visceralmente vehementes de cuantas dé en escribir Churchill en esta época, entre otras cosas porque Sinclair compartía sus ideas liberales —y no hay que olvidar que acabó alcanzando el liderazgo del Partido Liberal.

Churchill estudió a fondo la intendencia del sistema de suministros de Saint-Omer: «Me propongo seguir el rastro de un bizcocho desde la base hasta las trincheras, etcétera», asegura[37]. Pero lo que le interesaba iba más allá de los bizcochos. Uno de los documentos que habían sido remitidos al Comité para la Defensa del Imperio —titulado «*Variants of the Offensive*»— preveía que la táctica de los tanques estaba llamada a ofrecer ciertas ventajas a la Fuerza Expedicionaria Británica a partir del año 1916 (aunque también iba a dar enormes victorias a los alemanes en 1940). «Son capaces de superar cualquier obstáculo ordinario, zanja, parapeto o trinchera», escribe en referencia a esos vehículos, a los que todavía da el nombre de «Orugas». «Cada uno de ellos va equipado con dos o tres ametralladoras Maxim, y es posible instalarles aparatos para lanzar llamas. Nada puede detenerlos, salvo el impacto directo de un cañón de campaña. Al llegar a las alambradas enemigas, esos tractores giran a derecha o izquierda, corren paralelos a la trinchera adversaria, y barren con su artillería el parapeto.»[38] Churchill tenía la esperanza de que *sir* John French accediese a materializar esas ideas y a ponerlas en práctica tan pronto como resultara posible disponer de aquellas máquinas. Sin embargo, le dirá a Clementine: «Ese odioso Asquith y su hatajo de incompetentes e intrigantes lo echan todo a perder». También le comenta que todas las noches, antes de irse a dormir, besa su fotografía[39].

Pese a que lord Caravan hubiera convencido a Churchill de que debía ponerse al frente de un batallón (integrado aproximadamente por unos setecientos hombres) antes de hacerse cargo de una brigada (de dos mil ochocientos efectivos), el 4 de diciembre el general French, que temía que Asquith le apartara del puesto de comandante en jefe de la Fuerza

Expedicionaria Británica, volvió a persuadir a Churchill de que mandara una brigada. Clementine estaba en contra, dado que creía que mucha gente podía pensar que no había pasado el tiempo suficiente en las trincheras para asumir con garantías esa responsabilidad. Tenía razón, y en cualquier caso parecía obvio que necesitaba acumular mucha más experiencia práctica en el Frente Occidental antes de hallarse en condiciones de echarse a la espalda una carga tan onerosa. Sin embargo, Churchill estaba convencido de que se le iba a confiar el mando de la 56.ª Brigada de la 19.ª División, y quería nombrar comandante de la misma, como segundo suyo, a Spears, y designar a Sinclair capitán de su Estado Mayor. Le dijo a Clementine que no le importaba un ardite que hubiera «críticas y quejas constantes», porque también habría tenido que soportarlas en el caso de haberse hecho cargo de un batallón: se diría, sostiene, que lo había hecho como «un simple trampolín, etcétera»[40]. Por eso le pide que compre todos los pertrechos necesarios para la confección de un uniforme de general de brigada.

«La convicción de que todavía tengo por hacer la parte más importante de mi labor sigue firmemente afianzada en mi interior, así que capeo tranquilamente el temporal, —le dice a su mujer—. Se acerca la hora de darle a Asquith su merecido y de exponer al mundo el verdadero rostro de K[itchener]. Estos miserables han estado a punto de tirar por tierra todas nuestras oportunidades de victoria. Puede que sea a mí a quien corresponda asestar el golpe definitivo. Y lo haré sin ningún escrúpulo.»[41] Sin embargo, el 15 de diciembre, el general French era sustituido por *sir* Douglas Haig, y este anulaba el nombramiento de Churchill como general de brigada (obedeciendo órdenes de Asquith, que estaba a punto de tener que contestar a una interpelación hostil sobre el particular en la Cámara de los Comunes). Al informarse a Churchill del cambio de planes, este le escribe a Clementine: «Bien consideradas las cosas en conjunto, tiendo a creer que la conducta de [Asquith] ha rebasado los límites de la vileza y la mezquindad […]. Personalmente, tengo la sensación de que se han cortado todos los lazos […], de que hemos de poner fin a cualquier relación»[42]. El 20 de diciembre envía otra carta a su esposa para decirle que «Asquith sería capaz de arrojar a cualquiera a los lobos con tal de permanecer en el cargo»[43]. Pese a tan intensa animadversión, Churchill visitará a Raymond,

el hijo del primer ministro, en las trincheras, y se entrevistará con el propio Asquith al regresar a Londres en Navidad con un permiso de tres días. Clementine había estado manteniendo conversaciones estratégicas con las personas más indicadas, con la vista puesta en la eventual rehabilitación de su marido, así que el consejo que da a Winston es el de no «quemar ninguna nave», dado que el primer ministro no le había tratado peor que el propio Lloyd George. Respecto a este último, Clementine escribirá más tarde: «Te aseguro que desciende directamente de Judas Iscariote»[44].

El día de Nochevieja, Churchill visitó a Haig en su cuartel general, cosa que habría de hacer en varias ocasiones a lo largo de la guerra. Siempre se llevaron estupendamente en todos sus encuentros cara a cara, con independencia de lo que cada uno de ellos pudiera escribir o decir del otro en privado a medida que fuera pasando el tiempo. (En una ocasión, Haig agradecería a Churchill la entrega de un memorando que, según le dijo, tenía intención de leer «con gran interés, —aunque para entonces ya hubiera garabateado en sus páginas—: Menuda tontería».)[45] A Churchill no le convencía en absoluto que el general de brigada John Charteris, el jefe de los servicios de inteligencia de Haig, subrayara las pruebas favorables a las preconcebidas teorías de Haig. «La tentación de decirle a un superior situado en lo alto del escalafón las cosas que más le gusta escuchar es una de las explicaciones más corrientes de la adopción de medidas erróneas, —señalará más tarde en *La crisis mundial*—: El punto de vista que defiende el líder que asume la responsabilidad de tomar decisiones de las que habrán de derivarse acontecimientos fatídicos es habitualmente mucho más optimista de lo que permiten afirmar los hechos desnudos»[46].

El día de Año Nuevo, Churchill envía a Clementine una carta en la que habla del recién estrenado 1916 en un tono marcadamente eufórico: «Creo que nos tratará mejor que el pasado —que tampoco ha sido tan malo—. En cualquier caso, nuestros destinos encontrarán ahora un mayor margen de expansión, y menos ocasiones de menguar, que el último enero»[47]. Aun después de superar el que fácilmente podría considerarse el peor año de su vida le vemos mostrar una ilimitada confianza en el futuro. «No puedo

evitar suspirar por un poder que me permita dar las vastas directrices que ocuparon mis días en el Almirantazgo, —admite—. Y en cuanto a la Marina, es claro que se ha quedado adormilada bajo el mandato de ese viejo gato callejero [por Balfour].» También le pide a Clementine que mantenga el contacto con Lloyd George, pese a la antipatía que esta siente por su antiguo compañero: «En cualquier momento podría presentarse una situación que nos obligue a unirnos sin remedio. Nuestras presentes relaciones son buenas, y así deberían seguir. Como es obvio, no puedo abandonar al ejército en campaña por un puesto que no me permite intervenir de manera efectiva en la dirección de la contienda»[48]. Pocos días después añade: «He de delegar en ti la tarea de permanecer en constante comunicación con los amigos y seudoamigos que tengo»[49]. Había terminado por no hacerse la menor ilusión respecto a la categoría de personas en que debía incluirse a Lloyd George.

El 5 de enero de 1916, Churchill tomó el mando del 6.º Batallón, el de los Fusileros Reales Escoceses, en calidad de teniente coronel. Pidió a Clementine que le enviara un ejemplar de los poemas de Robert Burns. «Me propongo aliviar y enardecer el ánimo [de la tropa] citando sus versos. ¡Tendré que poner buen cuidado en no caer en una imitación de su acento! Sabes que soy un gran admirador de esa raza. ¡Mi esposa, mi circunscripción electoral, y finalmente un regimiento, dan fe de la sinceridad de esta predilección!»[50] El batallón había quedado terriblemente diezmado en la horrenda batalla de Loos, en la que había perdido casi la mitad de sus hombres y tres cuartas partes de los oficiales. Esto permitió a Churchill nombrar lugarteniente suyo a Sinclair. Su deber pasaba por conservar la posición en una línea del frente de cerca de mil metros situada en un terreno llano y uniforme próximo a la aldea de Ploegsteert, al norte de Armentières y justo debajo de Messines, en la porción más meridional de la bolsa de Ypres[51] —aunque los soldados no tardaron en asignar al pueblecito el mote de «Plug Street»—. Era uno de los sectores más tranquilos del frente, ya que la mayor parte de los civiles de la región habían sido trasladados como consecuencia de los ataques con gas mostaza de la primavera anterior. Churchill dividió su cometido entre el cuartel general de este batallón avanzado, sito en Laurence Farm, en las

inmediaciones de la aldea de Le Gheer, y la base del grueso de su unidad, instalada medio kilómetro más atrás, en el hospicio de las hermanas de Nuestra Señora de Sion, en Ploegsteert. Por esos mismos días, Adolf Hitler combatía con el 16.º Batallón de Infantería de Reserva del ejército bávaro en Fromelles, a dieciséis kilómetros de allí.

Estas fueron las primeras palabras que Churchill dirigió a su batallón: «Caballeros, se ha declarado la guerra… a los piojos»[52]. Andrew Dewar Gibb, uno de sus oficiales —que escribirá un soberbio texto de memorias sobre Churchill en las trincheras—, recuerda: «Con este preámbulo se inauguró un discurso sobre el *Pulex europaeus* [que en realidad es un género de pulgas], su origen, su expansión, su naturaleza, su hábitat y su importancia como factor condicionante en las guerras, tanto modernas como de la antigüedad. La disertación nos dejó a todos boquiabiertos y pasmados, no solo por el despliegue de erudición del autor, sino también por su notable vigor retórico». Además de la lucha contra las sabandijas, Churchill destacó asimismo los demás aspectos prácticos de la vida del soldado: el entrenamiento preventivo en caso de ataque con gas, el mantenimiento de los rifles en buen orden de funcionamiento, la disciplina en las trincheras, las rutinas diarias, la exactitud de la instrucción y la marcha, y otras cosas por el estilo. Cuando la tropa no estaba en el frente, Churchill la animaba a hacer deporte, a escuchar conciertos, y a participar en un sinfín de cantos corales. No tardó en conseguir que la porción del frente que le había sido encomendada se encontrara seca, con las trincheras bien apuntaladas a base de maderos y provistas de un adecuado sistema de drenaje. Proporcionó asimismo a sus hombres la protección de un grueso parapeto, dotándolo de una abundante cantidad de alambre de espinos y dejando despejado el campo de tiro. «Jamás ha habido un oficial al mando que haya gozado de mayor popularidad que él, —anota Gibb—. Al partir dejó tras de sí a un puñado de hombres convertidos en eternos partidarios y en leales admiradores.» Al señalar que Churchill solía animar al oficial médico del batallón a hablar de los asuntos de su incumbencia, Gibb también percibe que «Winston tenía muy buen *olfato* para detectar al buen hombre de ciencia»[53].

Churchill no salió esta vez dispuesto a conseguir la Cruz Militar, pero tampoco era normal que un teniente coronel tomara parte en las patrullas que realizaban habitualmente los oficiales en los trescientos metros de tierra de nadie que rodeaban la posición avanzada, y él lo hizo en más de treinta ocasiones. En varias de esas batidas de reconocimiento llegó a acercarse tanto al enemigo que hasta pudo escuchar las conversaciones de los alemanes. Uno de sus oficiales subalternos, Edmund Hakewill Smith, recuerda así aquellas misiones: «Iba a menudo a la zona comprendida entre los dos frentes. Ir con él era una experiencia que enervaba a cualquiera. Daba órdenes en voz alta —demasiado alta, nos parecía a nosotros— con ese ronco acento suyo: "Vosotros id por allí; yo cogeré por allá […]. Venid, venid, he encontrado un hueco en la alambrada alemana. ¡Venid ahora mismo, os digo!". Era como un elefantito perdido en medio de la tierra de nadie en plena noche»[54]. Ese mismo oficial prosigue: «Nunca se echaba cuerpo a tierra cuando se oía caer un obús; jamás se agachaba cuando pasaba restallando una bala. Cuando veía que yo sí me protegía acostumbraba a decirme: "No sirve de nada encogerse, joder; cuando lo oyes ya hace rato que el proyectil te ha superado"»[55]. Gibb creía que «era un tipo que no conocía el miedo»[56]. En una ocasión, al quejarse un general de que el reciente impacto de unos obuses hubiera vuelto peligrosa una parte de las trincheras, Churchill replicó, haciendo desternillarse por lo bajo a los fusileros que se hallaban cerca: «Muy cierto, señor, pero es que, sabe usted, es una guerra llena de riesgos…»[57].

En los cuatro meses que pasó al frente del batallón, murieron 15 de los hombres de Churchill, y otros 123 resultaron heridos. Once de los fallecidos descansan actualmente en el cementerio militar de Lancashire Cottage, en Ploegsteert. Procedían de las localidades de Ayr, Kilmarnock, Glasgow, Edimburgo, Leicester y Oldham. El soldado raso W. Russell cayó abatido el 7 de febrero de 1916, a la edad de diecinueve años. Aunque todas las pérdidas suponen una tragedia para las familias, lo cierto es que quince bajas mortales es un número muy reducido para un período tan largo en el Frente Occidental, y es indicativo del éxito del intenso programa de instrucción que Churchill había puesto en marcha.

El 17 de enero, Churchill y Jack Seely asistieron a una conferencia para oficiales de alta graduación concebida para analizar las lecciones que debían aprenderse de la batalla de Loos. Al término de la charla, sus organizadores preguntaron a los asistentes qué habían sacado en limpio de la reunión. «Tuve que morderme la lengua para no contestar: "Que nunca debe convocarse otra", —le comentará Churchill a Clementine—. Pero volverán a hacerlo, no tengo la menor duda.»[58] La lección más importante que Churchill extrajo de la contienda le llevó a oponerse categóricamente al tipo de guerra de desgaste que Haig había adoptado —y que muy pronto iba a poner en práctica, con penosos resultados, en el Somme—. «Todos los planes de los Aliados están confluyendo en la dirección de una vasta ofensiva cuyo método nadie conoce todavía», escribe Churchill el día de Año Nuevo de 1916[59]. De hecho, el 1 de julio, al iniciarse la Ofensiva del Somme, seguía sin encontrarse la fórmula.

El 23 de enero, víspera de su regreso al frente, Churchill deja una nota para su hijo de cuatro años. En el encabezamiento puede leerse: «Mi queridísimo Randolph»:

> Aquí vivo en una granja pequeñita. No es tan bonito como Hoe Farm, no hay flores chulas ni estanques ni árboles para jugar al gorila [el pasatiempo favorito de la familia Churchill], pero hay tres cerdos sucios y regordetes. Iguales a los que vimos en el bosque […]. Dentro de poco nos echaremos encima de los alemanes, les dispararemos e intentaremos matarlos. Lo hacemos porque han hecho cosas malas y han provocado toda esta guerra y mucha, mucha tristeza[60].

«Rían de vez en cuando, y hagan reír a sus hombres, —acostumbra a ordenar Churchill a sus oficiales cuando han de partir al frente—. La guerra es un juego que ha de practicarse con una sonrisa. Si no les sale, hagan una mueca. Y si eso tampoco lo consiguen, quítense de en medio hasta que logren fingirla.»[61] Era la primera vez en su vida en que confraternizaba íntimamente con las clases trabajadoras, y no tardó en sentir admiración por la valía militar de sus hombres. Con todo, esa nueva circunstancia no tenía por qué obligarle a limitarse estrictamente a la dura e insípida ración de carne que se les daba de rancho, así que pedía constantemente a Clementine que le enviara «grandes tajadas de cecina», así como crema, queso de Stilton, jamones, sardinas, frutas confitadas y «una gran empanada de

buey», pero «nada de urogallo en lata ni otros caprichos en conserva»[62]. En materia de disciplina, Churchill solía tener en cuenta la experiencia de combate de sus soldados. «Pronto se descubrió que, si se hacía comparecer a un hombre ante Winston por alguna falta, él le preguntaba si había luchado en Loos, —señala Gibb—. Si la respuesta era afirmativa, el coronel daba carpetazo a los cargos. No hubo forma de evitar, como es lógico, que la noticia fuera de boca en boca, así que al poco tiempo todos los del batallón aseguraban haber peleado en Loos.»[63]

El 1 de febrero, mientras soportaba la lluvia de obuses que se estaba abatiendo sobre la localidad de Ploegsteert, Churchill predijo con asombrosa exactitud las características de la inminente gran reorganización de la política británica, tras la previsible caída de Asquith. «El grupo con el que quiero trabajar y convertir en un instrumento de gobierno eficaz, —le confía a Clementine, está formado por Lloyd George, Bonar Law, Carson, Smith y Curzon—. Tenlo siempre bien presente: esa es la alternativa de gobierno cuando termine este “compás de espera”.»[64][65] Los dos últimos políticos de esa lista acudirían a visitarle durante su estancia en Francia, pero Clementine seguía desconfiando de Lloyd George, al que consideraba un «deshonesto tunantuelo […]. Siento desprecio y casi compasión por él […]. ¡Ismael!»[66].[67] El alejamiento de Churchill de toda posición de influencia empezaba a pesar en su ánimo. «Bien sabe Dios que les haría brincar si tuviera poder para ello, —escribe—, aunque solo pudiera sujetar un mes el timón»[68].

A principios de febrero, mientras come en Laurence Farm con Archie Sinclair y otros compañeros, Churchill vuelve a escapar por los pelos de la muerte o una grave herida al estallar un obús «a una distancia no muy grande» de donde se encontraba. Inmediatamente después, entre gritos y recomendaciones de Sinclair, que acababa de sugerir que el grupo corriera al refugio excavado en un granero próximo, «se produjo una tremenda explosión, una ola de polvo y astillas barrió la sala, hizo añicos los platos y destrozó las sillas. Todo el mundo quedó cubierto de escombros, y vimos que el ayudante (que solo tiene dieciocho años) estaba herido en un dedo […]. Pero tuvimos una buena suerte asombrosa, porque el proyectil de mortero (del calibre 4,2) [es decir, disparado por la artillería pesada] no

había detonado adecuadamente, de lo contrario habría sido imposible contarlo»[69]. En otra ocasión, estando en Flandes, es muy probable que «la diosa Nicotina», como él la llamaba, le salvara la vida, puesto que, como habrá de referirles años más tarde a los lectores de la revista Strand: «De no haber dado la vuelta y regresado a coger la caja de cerillas que se me había olvidado en el refugio […], ¿no creen que habría seguido caminando y habría sido alcanzado por el obús que finalmente estalló inofensivamente a un centenar de metros?»[70]. El 14 de febrero, a las seis de la mañana, «recibí en el quicio de la puerta el saludo de una bala con muy malas intenciones», explica[71]. Seis días más tarde, un obús de treinta libras penetró en el dormitorio que compartía con Sinclair, lo cruzó de parte a parte, y acabó perforando el sótano. «Es la tercera vez en la última quincena que un obús atraviesa la habitación, —le dirá Churchill a Clementine—. Se vive con mucha tranquilidad al borde del abismo.»[72]

A principios del mes de marzo, varios amigos de Churchill, entre los que se contaban J. L. Garvin, C. P. Scott, Max Aitken y Francis Hopwood, empezaron a apremiarle para que dejara el ejército (cosa que tenía derecho a hacer en tanto que miembro del parlamento), regresara a Westminster y se enfrentara al gobierno. Clementine se mostró contraria al proyecto, pese a la constante preocupación en que vivía sabiendo que su esposo continuaba en el frente. El 5 de marzo, al regresar con un permiso, Winston acudió a una cena del Other Club en compañía de Masterman, Riddell, Aitken, Smith y Rufus Isaacs (convertido ya en marqués de Reading), y ninguno de ellos le quitó de la cabeza la idea de criticar al gobierno. Tampoco lo juzgó innecesario Lloyd George, todavía ministro de Hacienda, que almorzó con él al día siguiente y confía después a su hermano: «Está deseando volver, harto de las trincheras»[73].

El martes 7 de marzo de 1916, Churchill pronunció un discurso en los Comunes que no solo tiró por tierra cualquier esperanza que pudiera haber abrigado respecto a un rápido regreso, sino que incrementó todavía más la ya larga lista de juicios equivocados que sus enemigos acumulaban contra él. Empezó lanzando un ataque, medido pero resuelto, al Almirantazgo: «No puede usted permitirse el lujo de abatir los remos, ni siquiera durante un brevísimo instante, —dijo—. Debe usted lograr que la vasta maquinaria

avance sin descanso a la máxima velocidad posible. Perder ese impulso no significa únicamente detenerse, sino desmoronarse.»[74] Sus colegas le escucharon con respeto, pero después, al final de su alocución, Churchill hizo un movimiento extraño al que él dio el nombre de «propuesta práctica». Esta consistía en «recuperar a lord Fisher para el puesto de primer lord del Mar». La Cámara quedó atónita, tal y como les ha sucedido después a los historiadores, ya que nadie había olvidado el carácter extremadamente voluble de un personaje como Fisher, por más brillante que se hubiera revelado en años anteriores.

La absurda sugerencia de volver a confiar en el hombre que había destrozado su carrera permitió a Balfour responder con una acometida devastadora. En términos políticos, el resultado fue desastroso para Churchill. El *Spectator* habló del «incansable egoísmo de un político aficionado a las apuestas», y Margot Asquith dijo que el discurso había sido «¡un ridículo disparate! […]. Es un maníaco peligroso». Lord Charles Beresford aludirá a la «cruel afirmación» de Churchill, y Geoffrey Dawson, del *Times*, escribe: «Toda esta intriga es una lamentable calamidad, y el señor Balfour hizo bien en fustigar, en la siguiente sesión y con tremenda arremetida dialéctica, la ya maltrecha figura de Winston»[75].

Churchill sabía que había dado un terrible paso en falso. Pidió a Violet que acudiera esa noche a casa de su madre, en Marble Arch. Violet le encontró solo. «Jamás olvidaré lo dolorosa que resultó la conversación que mantuvimos», asegura.

> Estaba pálido, desafiante, a la defensiva. Yo sabía que no debía hacerle críticas ni reproches, que no convenía siquiera que le formulara la pregunta que me trabajaba por dentro: «¿Qué mosca te ha picado? ¿*Por qué* lo has hecho?». Comprendí de inmediato que, fueran cuales fuesen sus motivos, se daba perfecta cuenta de que había fracasado estrepitosamente en la consecución de sus objetivos. Había roto la lanza. El gesto que él había concebido como una gran muestra de magnanimidad —el perdón de las jugarretas que le había hecho Fisher, en honor e interés de una meta superior: la de nuestra supremacía naval— no se había interpretado como tal. Al contrario, se había entendido como la torpe apuesta de un jugador únicamente absorto en sus propios fines[76].

Violet, que seguía platónicamente enamorada de Churchill, le aconsejó con amable firmeza que regresara a Francia, un empeño que ella misma describe con estas palabras: «Me supuso un esfuerzo tan difícil como

agónico, porque no quería aumentar su sensación de fracaso al subrayar el hecho de que, una vez debilitada fatalmente su posición con aquel discurso, la eventualidad de abandonar el ejército no conseguiría sino desdorarla aún más. Con todo, lo peor con mucho era el espantoso pensamiento de que si mis palabras alcanzaban a ejercer algún efecto sobre él, podía estar animándole a regresar a lo que tal vez fuese su tumba»[77]. Al día siguiente Churchill se presentó en el número 10 de Downing Street para entrevistarse con Asquith, quien le aconsejó que no siguiera el ejemplo de su padre, que «se había suicidado políticamente por actuar de manera impulsiva»[78]. Al hablarle Churchill de sus propios partidarios, Asquith le responde con franqueza: «Por el momento no cuentas con nadie de verdadero peso político». «Cuando se despidieron, Winston tenía los ojos arrasados en lágrimas, —recuerda Violet. Asquith le dirá asimismo a su hija—: Resulta extraño comprobar lo poco que Winston sabe de la actitud con la que los demás se aproximan a él»[79]. Al día siguiente, Churchill retornaba a las trincheras.

«La próxima vez que volvamos a vernos espero que tengamos algo de tiempo para estar los dos solos», escribe Clementine en una carta dirigida a su esposo el 25 de marzo (a sus veintinueve años), en la única referencia que habrá de hacer jamás a los aspectos físicos de su matrimonio. «Todavía somos jóvenes, pero el Tiempo vuela y nos roba el amor, dejándonos solo la amistad, que es un sosegado consuelo, pero que no resulta tan estimulante ni tan cálida.»[80] Era una petición orientada a encontrar un hueco para hacer el amor en medio de todos los politiqueos en que Clementine sabía que acabaría enzarzándose Churchill, como siempre, durante su siguiente permiso. Él le contesta: «Querida mía, no hables de “amistad” conmigo: te quiero más cada día que pasa y necesito más que nunca tu presencia y tu belleza». Le dirá también lo mucho que desea ir a «algún sitio bonito» de Italia o España y «no hacer otra cosa que pintar y dar paseos contigo»[81].

Tres días más tarde se mostrará menos agradable al comentar, a propósito de un obús que acaba de pasarle rozando, lo que piensa de su propia muerte, cuyas consecuencias juzga con estas palabras: «No más

entuertos que deshacer, no más angustias a las que hacer frente, no más odios ni injusticias que combatir: resplandeciente dicha de todos mis enemigos, alivio de ese viejo granuja [Asquith], buen punto final para una vida accidentada, postrer sacrificio —ignorado— a un país ingrato que, por esa misma causa, verá reducido su poderío bélico nacional sin que nadie alcance jamás a saberlo ni a ponderarlo y por el que no habrá ya alma que llore»**[82]**. Hay sin duda una cierta autocompasión en estas reflexiones, pero también, siquiera en parte, algo de análisis objetivo, sobre todo en la última frase. «A veces también pienso que no me importaría demasiado abandonar esta vida, —le dice a Clementine—. Me devora a tal punto el egoísmo que quisiera verme con un alma nueva y distinta en otro mundo en el que conocerte en diferentes circunstancias para poder amarte y honrarte como en las grandes historias de amor.»**[83]**

Clementine creía sin reservas en su marido, tanto en términos personales como políticos, pero le aconsejará vivamente que no abandone precipitadamente las trincheras, ya que tiene la seguridad de que ese gesto se interpretaría de manera sesgada. «Sé (dejando a un lado toda posibilidad de un trágico accidente) que lograrás imponerte», le escribe el 6 de abril, y también sé «que algún día, que quizá venga muy pronto o tal vez tarde un lustro en presentarse, ocuparás un elevado puesto de mando en este país. Permanecerás en el corazón de la gente y tendrás su respeto»**[84]**. Sin embargo, por esa época Churchill empezaba ya a tener sensaciones muy parecidas a las que ya viviera en el campamento de prisioneros de guerra de Pretoria, así que contesta de forma un tanto desabrida: «Te engañas si crees que quedándome aquí sin hacer nada podré recuperar la influencia que un día tuve en los asuntos de estado»**[85]**.

Pese a todo, Clementine se mantuvo firme y dio a Churchill algunos de los mejores consejos que habría de recibir en toda su vida; por ejemplo al señalarle que si anticipaba en exceso el regreso a la Cámara de los Comunes, todo el mundo le tomaría por un aventurero, mientras que si continuaba en el frente se encontraría «en una posición honorable y *comprensible* hasta el momento en el que una parte de la nación solicite que prestes tus servicios al estado. Si vuelves antes de que se produzca ese llamamiento podrías perjudicarte […]. Amado mío, *aunque solo sea una*

vez en la vida, te ruego que seas paciente. Todo llegará si sabes esperar […]. No podría soportar que perdieras tu aureola militar […]. Siempre has sido un hombre interesante, ten también grandeza, mi amor»[86].

Churchill le hizo caso. Poco tiempo después, a principios de mayo, hubo que fundir varios batallones en una misma unidad como consecuencia de las graves pérdidas sufridas por la división. Dado que el 6.º Batallón era uno de los afectados, y habida cuenta de que otro coronel le aventajaba en antigüedad, Churchill se vio libre de retornar a Londres sin deshonra alguna. «Se trata sin duda de un desenlace sumamente afortunado y natural, —le dirá a Clementine—, de modo que ha valido la pena esperar»[87]. Como es obvio, sus enemigos retorcieron malintencionadamente el hecho de que saliera del ejército tras pasar únicamente seis meses en las trincheras. «El rey de los saltimbanquis ya había revelado antes, y en muchas ocasiones, que sus métodos son los de un sinvergüenza de marca mayor», comenta en una carta dirigida a un amigo Alan Lascelles, alias «Tommy» —un futuro cortesano que en ese momento servía en el cuerpo de voluntarios de caballería de Su Majestad—. «No es más que la versión arlequinada del político capaz de dejar a un lado el uniforme del rey tan pronto como empieza a notarlo incómodamente áspero a causa del barro de las trincheras […]. No es ministro del gabinete; no tiene seguidores en el país; se le dio una oportunidad en la administración nacional y se vio que no valía. Está en edad militar. ¿Por qué no se contenta con tratar de aprender a combatir a los alemanes de carne y hueso y opta por contener la lengua?»[88]

Pero él siguió un camino diametralmente opuesto. Le había dicho a su hermano Jack, en privado: «Asquith reina sobrado, con supina y suprema omnipotencia». En público dedicaría los catorce meses siguientes a pronunciar una larga serie de discursos con los que convenció a la gente —y muy especialmente a Lloyd George— de que resultaba bastante más peligroso fuera del gobierno que dentro de él. En mayo abogó en favor de la creación de un Ministerio del Aire independiente, asegurando que la defensa aérea conseguía resultados eficaces «en más del 95 % de los casos». «Esta verdad es incontrovertible.» Ante ella, prosigue, «los amantes del pánico podrán incomodarse, los ignorantes tal vez se burlen de ella, y

los maliciosos correrán a distorsionarla, pero es insoslayable»[89]. Dado que él mismo se había encargado de organizar la defensa aérea británica en las primeras fases de la guerra, estaba claro que podía atribuirse el mérito. Una semana después, en un debate relativo al ejército, Churchill entrelazó sus dos períodos históricos favoritos para señalar: «Si hemos de infligir una derrota decisiva a los alemanes, tendremos que vencerles como hicieron Napoleón y los confederados, es decir, plantando cara a un enemigo superior en número y en un conjunto de frentes de combate tan extensos que nuestro adversario sea incapaz de defenderlos o de encontrar tropas de reemplazo con las que cubrir las bajas»[90]. En esa época quedaban ya muy pocos políticos en activo que estuvieran tan familiarizados como él con la estrategia militar.

En la mañana y la tarde del 31 de mayo, así como en la primera parte del día 1 de junio de 1916, la flota de alta mar de la Marina Real Británica libraba la última batalla de su historia frente a las costas de Jutlandia. Inglaterra obtuvo en ella una victoria pírrica, ya que se malograron tres acorazados, vio hundirse a dos de sus cruceros, se encontró con un buque blindado gravemente dañado —el HMS Warrior, forzado a abandonar—, encajó la eliminación de cinco destructores, y perdió otros seis (aunque su deterioro no se contabilizó): esto significaba que sus percances habían sido superiores a los sufridos por los alemanes, tanto en hombres como en embarcaciones. Sin embargo, la escuadra alemana se vio obligada a regresar a puerto y no volvió a hacerse a la mar hasta el final de la guerra. Más tarde dirá, refiriéndose al almirante Jellicoe: «Era el único hombre, de ambos bandos, capaz de perder la guerra en una sola tarde»[91]. Pese a que durante el período que había pasado al frente del Almirantazgo se hubiera responsabilizado a Churchill de los problemas surgidos en Jutlandia, lo cierto es que la botadura o la colocación de la quilla de los tres cruceros de combate que habían saltado en pedazos en el transcurso de la contienda — el *HMS Indefatigable*, el *Queen Mary* y el *Invincible* — había tenido lugar antes de que él tomara posesión del cargo.

El 2 de junio, el Almirantazgo emitió un primer comunicado sobre la batalla, y en la madrugada del 3 difundió una segunda nota. El anuncio de las graves pérdidas sufridas provocó una enorme consternación en toda

Gran Bretaña, así que Balfour pidió a Churchill que redactara un informe con una valoración más optimista de la situación —encargo que él cumplió inmediatamente, difundiéndose así, ese mismo día 3 de junio, un tercer despacho del Almirantazgo—. En él se decía que la batalla había constituido «un paso decisivo en el camino conducente a la victoria total»[92].[93]

Casualmente, el 1 de junio, el gobierno anunció que se iba a constituir una comisión de investigación para estudiar la derrota sufrida en los Dardanelos —algo que Churchill llevaba meses exigiendo con la esperanza de que contribuyera a limpiar su nombre—. El gobierno informó de que se pondrían a disposición del público todos los documentos oficiales pertinentes, pero, al poco, Asquith cambió de opinión, según parece por razones de seguridad. Churchill se esforzó al máximo, en colaboración con Ian Hamilton, para mostrar que las constantes modificaciones que Kitchener había introducido en el plan habían determinado que toda la operación se tambaleara —y que esos titubeos de Kitchener la habían hecho peligrar mucho más que cualquier otra cosa que ellos pudieran haber hecho —. «Ahora mismo, Winston parece inestable y propenso a la irritación, —anota Jean Hamilton en su diario el día 29 de mayo—, pero tiene empuje y visión de conjunto, y es claramente enemigo de las precauciones y los “compases de espera” […]. Ha estado dando vueltas por toda la habitación, declamando, chillando, ensayando sus tácticas oratorias conmigo […]. Se excitaba terriblemente al hablar de lord Kitchener, dijo que ese hombre tenía un sapo escupidor en el cerebro[94], y después se echó las manos a la cabeza y se frotó los ojos para dar idea del frustrante hastío que le suponía intentar vérselas con semejante idiota»[95].

El 6 de junio, a la hora de comer, Churchill y Hamilton, absortos en trabajar en su argumentación conjunta en el número 41 de Cromwell Road, escucharon de pronto, según recuerda Hamilton, una voz «en la calle que gritaba el nombre de Kitchener. —Era un vendedor de periódicos con un manojo de diarios bajo el brazo que anunciaba—: ¡Kitchener ahogado! ¡No hay supervivientes!». El día anterior, el crucero blindado *HMS Hampshire*, en el que Kitchener viajaba a Rusia con el fin de tratar con el zar la doble cuestión del suministro de municiones y la estrategia militar —una tarea

muy similar a la que hubiera convenido encomendar a Churchill, según sugerencia de Hankey— se había ido a pique tras chocar con una mina. «Cuando regresamos al comedor, —indica Hamilton—, Winston nos hizo a todos signo de que nos sentáramos, y después, antes de acomodarse él mismo en una silla, citó unas solemnes palabras: “¡Feliz él en la hora de su muerte!”». Churchill y Hamilton, que estaban redondeando un alegato contra Kitchener que ambos juzgaban inapelable, cayeron inmediatamente en la cuenta de que no podían utilizarlo contra un héroe muerto. «La comida una pesadilla, y no es ninguna exageración, —mantiene Hamilton —. Winston dijo que K[itchener] todavía podía aparecer con vida, pero yo le expliqué a todos los presentes que siempre le había horrorizado el agua fría.»[96]

El número de bajas que sufrieron los Aliados en las tres primeras semanas de la batalla del Somme, iniciada el 1 de julio, acabaría superando el total de las sufridas en los ocho meses de la campaña de Galípoli[97]. A juicio de Churchill, era imposible dar crédito a las elevadas cifras de víctimas que según la Oficina de Guerra habían tenido que encajar los alemanes en esa batalla, así que se quejó diciendo que «un gobierno tiene derecho a que sus servidores le indiquen correctamente los hechos»[98]. Y tenía razón: el volumen de bajas había sido inflado de forma más que notable. En noviembre, una vez que todo el mundo hubo comprendido claramente que se acababa de vivir una tragedia, Churchill envió un documento a todos los integrantes del consejo de ministros y del Comité para la Defensa del Imperio con el siguiente título: «*The Greater Application of Mechanical Power to the Prosecution of an Offensive on Land*»[99]. En dicho trabajo, Churchill examinaba con todo lujo de detalles los objetivos que podían lograrse mediante el lanzamiento de bombas desde los aeroplanos, el empleo de gas mostaza y otras sustancias tóxicas o el uso de morteros de trinchera y de piezas de artillería capaces de circular por las vías férreas. No obstante, lo que más destacó fue la versatilidad de los tanques y otros vehículos de tracción por oruga. Los aludidos pasaron por alto su iniciativa, de modo que un año después redactó una versión más corta del mismo

documento, pero incluyendo ahora una recomendación en la que instaba a las autoridades a poner fin a los costosos ataques que tanto Haig como el general *sir* William Robertson, miembros del Estado Mayor Imperial, parecían estar promoviendo por la simple razón de que «era sencillamente mejor que no hacer nada»[100].[101]

Churchill también haría circular un escrito sobre las tácticas que se habían empleado en esa ocasión en la batalla del Somme. «No era preciso materializar la amenaza: si solo hubiéramos amagado con hacerla en nuestro frente podríamos haber frenado el paso a los alemanes con idéntica eficacia, —argumenta—. Mientras un ejército cuente con una fuerte capacidad ofensiva, todas sus maniobras de intimidación tendrán la cualidad de hipnotizar al enemigo. Sin embargo, al partir del golpe […], la angustia del adversario cede y recupera la capacidad de movimiento.»[102] En el ejemplar que envió a Asquith, una mano anónima, posiblemente la de su secretario privado, Maurice Bonham Carter, garabatea una serie de signos de interrogación y varias palabras, como por ejemplo «Bobadas»[103]. El 15 de septiembre moría en campaña Raymond Asquith, hijo del primer ministro. Más tarde, Churchill diría en referencia a su amigo: «Al avanzar a buen paso los granaderos entre las explosiones y estruendos del Somme, él se encaminó hacia su destino, sereno, impertérrito, resuelto, lúcido y alegre»[104]. En la carta que habrá de enviar a Asquith, Churchill explica:

> Era tan valiente y sincero que nada le contentaba, salvo la misión más peligrosa y el servicio más intensamente personal […]. Su carácter poseía un encanto y una distinción singulares, sorprendía hallar un hombre de tantas virtudes y tan desprovisto a un tiempo de toda ambición personal, a un joven tan cabalmente desligado de los asuntos ordinarios y capaz empero de asumir gustoso el más alto sacrificio. Pareciendo existir tan por encima de la mundanal barahúnda de las cosas, disfrutaba sin embargo plenamente de ellas y del propósito con el que fueron hechas. Lloro con usted la cruel pérdida de esta rara y preciosa vida que tan tiernamente amábamos[105].

Pese a que simpatizara bastante con él en el plano personal, la batalla del Somme echó por tierra cualquier resto de confianza que Churchill pudiera aún conservar en la capacidad militar de Haig, así que propuso que Lloyd George lo destituyera —preferiblemente acompañado también por

Robertson—. «Lo que permite ganar las batallas es el empuje en la matanza y el ojo para las maniobras, —escribe en *La crisis mundial*—. Cuanto mejor es el general, más contribuye al éxito de la maniobra y menos carnicería exige a sus hombres.»**[106]** En octubre de 1935, en la reseña que Churchill publica en el *Daily Mail* de la biografía de Haig, escrita por Alfred Duff Cooper, Winston afirma que los planteamientos de Haig habían sido siempre de una naturaleza totalmente ortodoxa y carente de originalidad: «Nadie podrá percibir jamás en él una sola chispa de esa misteriosa y visionaria genialidad, frecuentemente siniestra, que tantas veces ha permitido a los grandes capitanes de la historia dominar los elementos materiales, evitar las masacres y plantar cara a los enemigos hasta hacer triunfar sus tácticas inéditas»**[107]**.

La Comisión de los Dardanelos, constituida en agosto de 1916, publicó en febrero de 1917, tras 22 sesiones, un informe provisional en el que se exoneraba a Churchill de la acusación que pretendía que había actuado por su cuenta durante el proceso de toma de decisiones. «Espero que la verdad termine por salir a la luz pública, —le había dicho a Seely antes de la primera reunión del comité—. Pero a estas alturas todo cuanto podrá repartirse serán fracasos y tragedias», había concluido**[108]**. Tras esa primera certificación, la Comisión celebró otras 68 audiencias más y recabó pruebas y datos de 170 testigos, con lo que el 4 de diciembre de 1917 lograba presentar al fin su informe definitivo. Las dos verdades que Churchill quería ver incluidas en el documento de ese organismo eran la ausencia de toda oposición inicial explícita por parte de Fisher y la dolosa inacción de Kitchener al no enviar tropas de tierra para apoyar el ataque naval.

Churchill rogó a Asquith que publicara la totalidad de los telegramas que él mismo había intercambiado con De Robeck, así como las transcripciones de todos los debates mantenidos en la Junta de Guerra, pero el primer ministro, aconsejado por Hankey —que le aseguró que esa divulgación implicaría comprometer la seguridad nacional— se negó a hacerlo. (Solo mucho tiempo después, al verse sometido a una tremenda presión política, acabaría por ceder.) Entretanto, Churchill continuó lanzando ataques al gobierno en la Cámara de los Comunes. «No podemos seguir abordando la guerra como si se tratara de una emergencia, cuyos

retos pueden atenderse con métodos improvisados, —dirá en agosto—. Mientras no se le ponga fin, la contienda es la única, más vasta y más general industria de la nación, y en tanto no termine ha de ser también el único objetivo, la única meta de nuestras vidas. Todo en el estado ha de ser hoy concebido y regulado con la vista puesta en desarrollar y mantener al máximo más absoluto nuestro poderío bélico, y esto durante un período de tiempo indefinido. Eso es lo que han de hacer si quieren acortar la guerra.»[109] En noviembre volverá a hablar yendo directamente al grano. «La nación en guerra es un ejército, —dirá en los Comunes—: ha de ser considerada un ejército; ha de organizarse como un ejército; ha de dirigirse como un ejército; y han de imponérsele por fuerza las raciones, los pertrechos y los suministros de un ejército. Este es el hecho brutal a cuya asunción nos apremian implacablemente unos hechos que no tenemos posibilidad de controlar en forma alguna»[110]. Churchill instará al gobierno a regular el precio de los alimentos basándose en razones de ética civil, y también le urgirá a nacionalizar el tráfico marítimo y a impedir «la acumulación de los desorbitantes beneficios que los individuos particulares obtienen por medio de la extorsión»[111]. Es en este discurso donde Churchill expone por primera vez la adopción de las medidas propias del «Socialismo de Guerra»: no se llevarán a la práctica en la primera guerra mundial, pero sí en la segunda.

«El Almirantazgo duerme profundamente y la inercia y el letargo están a la orden del día, —le escribe el 30 de septiembre a Bill Hozier, el hermano de Clementine—. Sin embargo, todo el mundo parece encantado con la situación, así que no es posible decir nada. Nadie necesita planes ni empeños ni esfuerzos con los que contribuir a la causa general. Basta con apoltronarse en el espacioso trono y dormitar.»[112] Sus críticas acabaron por irritar a las más altas cúpulas de la nación. El 2 de septiembre, el *Spectator* sostendrá que «la influencia que ejerce en nuestra vida política es casi enteramente negativa, puesto que sus ímpetus se hallan completamente disociados de cualquier motivación que no se corresponda con su medro personal»[113]. Churchill revelaría ser ferozmente ambicioso toda su vida, pero la idea de que las únicas razones que le movían a actuar fueran las estrictamente personales es absurda: en las cartas que escribe a lo largo de

todo este período se aprecia un ardiente deseo de destituir a Asquith para acabar con sus permanentes prácticas dilatorias, y la clara voluntad de crear un ministerio destinado a librar la guerra con mayor dinamismo y eficacia. A finales de ese año, y sobre todo después de la hecatombe del Somme —que una vez más había terminado atascándose en un punto muerto—, la inmensa mayoría de los parlamentarios conservadores compartían ya la opinión que Churchill llevaba tiempo manifestando en relación con Asquith[114]. Deseaban que se produjera un cambio, pero no querían que Churchill fuera su beneficiario.

El 5 de diciembre de 1916, el golpe tanto tiempo ansiado se puso al fin en marcha al dimitir cinco ministros del gabinete que, encabezados por Lloyd George y Bonar Law, adujeron estar en desacuerdo con la forma en que Asquith estaba dirigiendo la contienda. Esa misma tarde, la postura de los discrepantes obligaba al primer ministro a abandonar también el gobierno. Pese a que el rey ofreciera la jefatura del gabinete a Bonar Law, este declinó la oferta en favor de Lloyd George, ateniéndose con ello a los términos de la conjura previamente urdida. Así las cosas, Lloyd George pasó a ocupar el puesto de primer ministro y Bonar Law se encargó de la cartera de Hacienda, llevándose consigo al Tesoro a un desconocido parlamentario, recién incorporado a la vida política, que respondía al nombre de Stanley Baldwin.

«Una de las características más notables de la crisis de diciembre de 1916, así como de sus secuelas inmediatas, —recuerda el secretario particular de Bonar Law, J. C. C. Davidson—, fue el hecho de que permitiera comprobar que a Bonar no le agradaba nada Winston. Era un sentimiento en el que la antipatía se unía a la desconfianza. Y por cierto que se trataba de impresiones totalmente recíprocas»[115]. Estando todavía en marcha la investigación de los Dardanelos, Lloyd George y Bonar Law no podrían haber ofrecido a Churchill un puesto en la nueva coalición de gobierno aun en el caso de haber querido hacerlo —cosa que desde luego no era así—. Por esa época, Lloyd George había dado la vuelta a su anterior opinión y le preguntó a Bonar Law: «¿Cuándo es más peligroso, cuando está a favor de uno o en su contra?, —a lo que este responderá—: Yo preferiría tenerle siempre en nuestra contra»[116]. Al anunciarse la

composición del nuevo gobierno, *The Times* señaló que se había constatado «con alivio y satisfacción que no va a ofrecérsele ningún puesto al señor Churchill en la nueva administración». Por su parte, Churchill quedó sumamente afligido por la noticia, y años después, al recordar los días de diciembre de 1916 en que su presunto aliado Lloyd George le había excluido del poder, confesará que había sido «el momento más difícil de [su] vida»**[117]**. La nueva Junta de Guerra quedó formada por Lloyd George, Bonar Law, Curzon, lord Milner y Arthur Henderson, del Partido Laborista. Balfour pasó a ser ministro de Asuntos Exteriores, lo que, años más tarde, haría escribir a Churchill: «Pasó de un gabinete a otro […], sin más, como esos fornidos y gráciles felinos que avanzan con paso exquisito, sin mancharse, por una calle más bien embarrada»**[118]**.

El informe provisional de la Comisión de los Dardanelos, publicado el 12 de febrero de 1917, abordaba la doble cuestión del origen y el inicio del ataque. Respecto a las cruciales reuniones que la Junta de Guerra había celebrado los días 13 y 28 de enero de 1915, en las que había echado a andar la idea de un asalto en el Mediterráneo oriental, el dictamen del comité concluía sabiamente:

> El señor Churchill creyó estar interpretando correctamente la opinión colectiva de los expertos del Almirantazgo. No obstante, y sin pretender cuestionar en modo alguno su buena fe, parece evidente que se dejó llevar por su temperamento impulsivo y su firme confianza en el éxito de la empresa, que él mismo defendía […]. En realidad, el grado de apoyo que el señor Churchill había obtenido [de sus colegas] era inferior a lo que él imaginaba […]. Los demás miembros de la Junta, y muy especialmente su presidente [Asquith], deberían haber animado a los expertos a expresar su opinión, y de hecho deberían haber insistido en que así fuera**[119]**.

La reunión del 13 de enero se había visto influida por una suerte de «pensamiento grupal» que no solo se había adoptado de manera general, sino que había propiciado una actitud optimista y había desalentado todo cuestionamiento crítico, un problema que el culpable silencio de Fisher y Jackson había agravado todavía más. «En comparación con el parecer de los expertos, los puntos de vista que mantuvo en esa fecha el señor Churchill respecto a las perspectivas de éxito de una operación puramente naval pecaban de cierto optimismo, —señalan los miembros de la Comisión

—. Y en vista de las circunstancias, lord Kitchener se aferró, quizá con exceso de entusiasmo, a la propuesta de confiar la intervención exclusivamente a la flota.»

Tanto la Comisión de los Dardanelos como la crónica histórica oficial de la guerra, publicada entre los años 1932-1933, exonerarían a Churchill de buena parte de la responsabilidad de la decisión, aunque en ambos relatos se expresaron críticas por la forma en que el entonces primer lord del Almirantazgo se había dejado «arrastrar» por sus propias esperanzas de éxito —una afirmación que no puede considerarse injusta—. La principal censura del comité recayó sobre Asquith, ya que, además de no haber convocado a la Junta de Guerra entre el 19 de marzo y el 14 de mayo, había permitido que «el proceder de la Junta de Guerra» se desarrollara en un «clima marcado por las vaguedades y la falta de precisión»[120]. De acuerdo con las conclusiones de los miembros del Comité de Investigación, Kitchener «no había recabado suficientemente los servicios de su Estado Mayor, y eso le había obligado a asumir un volumen de trabajo superior a las fuerzas de cualquier hombre, con lo que se había generado una situación confusa y escasamente eficiente»[121].

Uno de los principales problemas era que tanto Kitchener como su secretario militar se habían ahogado tras el hundimiento del *Hampshire*, a lo que se sumaba el hecho de que Kitchener, según señalaba la indagación, «rara vez comunicara a nadie sus intenciones o las razones que le impulsaban a actuar de un modo u otro»[122]. Churchill fue severamente interrogado los días 26, 28 y 29 de marzo —lo que significa que pasó más tiempo que nadie frente a la Comisión—, pero estaba bien preparado y se desenvolvió bien. Según dijo a los investigadores: «De haber dedicado en la península de Galípoli, y a su debido tiempo, la quinta parte de los recursos, los esfuerzos, la lealtad, la determinación y la perseverancia que tan vanamente empleamos en la batalla del Somme para conquistar un puñado de aldeas derruidas y unos cuantos kilómetros cuadrados de terreno devastado, habríamos conseguido consolidar los Balcanes y ponerlos de nuestro lado, habríamos unido nuestras fuerzas a las rusas, y habríamos expulsado a Turquía de la guerra»[123].

El informe final, publicado en diciembre de 1917, llegó a la conclusión de que el fracaso de la campaña se había debido a la concurrencia de varios factores. Se habían subestimado gravemente las dificultades inherentes a la realización de un ataque militar en la península de Galípoli, y además el volumen de recursos que se había detraído del Frente Occidental para garantizar su éxito había sido muy insuficiente. Las dos operaciones de desembarco de los Aliados en la península —efectuadas los días 25 de abril y 6 de agosto de 1915— habían estado plagadas de fallos. El informe no consideró que el principal responsable del desastre hubiera sido Winston Churchill. En cambio, se mostró mucho más duro con Hamilton y Kitchener, y sobre todo con Stopford[124]. En el debate que tuvo lugar en los Comunes, Churchill afirmará en referencia a los ponentes que se mostraban críticos con cuantos habían planificado el asalto: «Vuestra Comisión podrá condenar a los hombres que trataron de forzar el paso de los Dardanelos, pero vuestros hijos trasladarán la censura a todos aquellos que no supieron unirse en su apoyo»[125].

Y sin embargo, pese a todas sus certezas, entre los amigos más íntimos de Churchill había muchos que seguían dudando de él. Tras una comida con los Hamilton, Marie Belloc Lowndes, hermana mayor del buen amigo de Churchill Hilaire Belloc y autora de un diario personal, anota en su escrito: «Se discutió mucho acerca de Winston Churchill. Es evidente que está regresando a la vida pública. Yo dije que así lo esperaba […], pero todos los demás manifestaron que temían esa posibilidad. Y esta es la postura que adoptan las personas que se declaran estrechamente unidas a él»[126]. Las terribles pérdidas sufridas en la península de Galípoli explican buena parte de la animosidad que suscitaba Churchill en esta época, pese a que esas bajas fueran simplemente el último eslabón de una larga acumulación de factores. La cruda realidad era que ya no se confiaba en su criterio, y que nadie daba ya crédito a sus explicaciones.

El 6 de abril de 1917, Estados Unidos se sumaba a las fuerzas beligerantes, después de que la Sala 40 interceptara un telegrama de Arthur Zimmermann, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, en el que se

animaba a los mexicanos a reconquistar Texas, Arizona y Nuevo México. De no haber sido por esa intervención, escribirá Churchill tiempo después, la guerra «habría terminado con una paz negociada, o, dicho de otro modo, con una victoria alemana»[127]. Los artífices de ese triunfo podrían haber sido los submarinos germanos, a los que no les habría resultado excesivamente difícil bloquear todos los suministros de Gran Bretaña y provocar la hambruna de su población, ya que la isla no habría tenido forma de alimentar por sí sola a sus habitantes. Habría que esperar hasta el 26 de abril de 1917 para que el Almirantazgo estableciera al fin el sistema de convoyes con el que logró proteger a los barcos mercantes. Churchill había dedicado mucho tiempo a promover la puesta en práctica de un plan que obligara a los buques de carácter comercial a desplazarse únicamente en grandes grupos protegidos por navíos de guerra, haciendo caso omiso del hecho de que, inevitablemente, esa fórmula estaba condenada a atraer mucho más la atención de los submarinos enemigos. «No hay en toda la Gran Guerra una sola circunstancia que resulte más notable o que nos ofrezca mayores lecciones que esta, —escribirá Churchill en un comentario a la historia oficial de la guerra naval, publicada en 1931—. Fue una larga, intensa y violenta lucha entre, por un lado, un puñado de políticos aficionados a los que el mecanismo democrático de las instituciones parlamentarias había puesto al mando de la situación, y los competentes, bien entrenados y curtidos expertos del Almirantazgo y sus grandes oficiales de marina por otro. Lo sorprendente es que los políticos tuvieran razón y que las autoridades del Almirantazgo se equivocaran.»[128]

Pese al optimismo general que le inducía a confiar en que, en último término, Gran Bretaña habría de ganar la guerra, lo cierto es que Churchill no estaba nada seguro de que esa victoria fuera a verificarse en breve. El 21 de junio, en el Other Club, el coronel Charles Sofer Whitburn apostó con él cincuenta libras a que para Navidades ya se habría conseguido desalojar del Rin a los alemanes. Churchill escribe bajo la apuesta: «Dios sabe que es lo que más deseo, pero…»[129]. De hecho, no se lograría expulsarlos en ningún momento al otro lado del Rin, ya que al terminar la guerra todos los ejércitos alemanes seguían acantonados en suelo aliado.

«¿No resulta acaso obvio que no deberíamos emplear inútilmente el resto de nuestros ejércitos en Francia y Gran Bretaña, obligándolos a enzarzarse en ofensivas precipitadas, mientras el poderío estadounidense no comience a dejarse notar en los campos de batalla?», dirá Churchill el 10 de mayo en una sesión secreta de la Cámara de los Comunes. Y poco después vaticina: dado que «no contamos con la superioridad numérica necesaria para materializar con éxito esa ofensiva», las nuevas embestidas que proyectamos realizar en 1917 están condenadas a ser meras «aventuras tan sangrientas como desastrosas», de modo que sería mejor dejarlas «para otro año, cuando seamos capaces de acometer un esfuerzo decisivo»[130]. Nadie le hizo caso, y la carnicería prosiguió su curso, sobre todo entre los meses de julio y noviembre, en la tercera batalla de Ypres, a la que también se daría el nombre de «choque de Passchendaele». Hubo no obstante algunas victorias, como la obtenida por el general Plumer en Messines, pero lo que dominó la mayor parte del año 1917 fue la instalación de un cruel punto muerto[131].

Churchill siguió esforzándose al máximo en sus discursos. «Nunca se sienta a la mesa de su anfitriona política hasta la hora del té, —comenta un periodista—. Se le escucha todo el día dar retumbantes voces en su habitación, en la que enumera a pleno pulmón los hechos que luego habrá de sustentar y los gestos y florituras llamados a adornarlos, con resonante acompañamiento de golpetazos en los muebles.»[132] Se desenvolvió tan brillantemente en esa reunión secreta (en este tipo de debates solo se permitía acceder a la Cámara a los parlamentarios, que de ese modo tenían ocasión de estudiar diferentes estrategias) que logró enderezar de nuevo su carrera política. Después del cónclave, en una conversación mantenida tras el dosel del escaño del presidente de los Comunes, Lloyd George le comunica que en la siguiente remodelación del gabinete tiene intención de reincorporarle al gobierno. Esta nueva oportunidad no se debía a que Churchill pudiera aportarle el respaldo de un partido, una facción o una camarilla de amistades influyentes, sino al apoyo que suponía contar con su oratoria.

Los rumores de que Churchill podía retornar al gabinete hicieron perder los estribos a las altas esferas unionistas. «Yo diría que la capacidad que

tiene Winston de promover tanto el bien como el mal es muy considerable, —le dirá lord Esher a Haig—. Su temperamento es una mezcla de cera y mercurio», remata[133]. Lord Charles Beresford le escribirá una carta a Bonar Law para explicarle que tiene pruebas relativas a «las órdenes que [Churchill] cursó a la flota en los tiempos de la rebelión del Úlster […], —órdenes que incluían, afirma—, disparar contra la población de Belfast» (cosa que es imposible, ya que no había ninguna escuadra en las inmediaciones[134]). Balfour escribió una carta a Bonar Law para recordarle que «si nos unimos en su día al gobierno fue, al menos para algunos de nosotros, en el bien entendido de que W. C. no habría de formar parte de él»[135]. *Sir* George Younger, presidente del Partido Conservador, le advierte a Bonar Law que su formación política no está dispuesta a consentir el regreso de Churchill.

Por consiguiente, al tomar Lloyd George, de manera unilateral, la decisión de nombrarle ministro de Armamento, el 17 de julio de 1917, se produjo un previsible estallido de indignación, pese a que se tratara de un cargo cuyo titular no formaba parte del consejo de ministros. Un centenar de parlamentarios conservadores firmaron una moción de la Cámara de los Comunes en la que se deploraba esa resolución. «Pese a que todavía no se haya descubierto un buque imposible de echar a pique, parece incuestionable que ya se ha dado con el político insumergible, —tronaba el *Morning Post*—. Podemos vaticinar sin temor a equivocarnos que [Churchill] seguirá cometiendo gravísimos errores a costa de la nación.»[136] Lord Curzon estaba sumamente enfadado, y el conde de Derby, que amenazó con abandonar su responsabilidad de ministro de la Guerra, adujo que Churchill constituía un «gran peligro», y predijo que acabaría por inmiscuirse en los asuntos propios de la cartera que aún dirigía[137]. Walter Long, el ministro de las Colonias, envió una carta muy dolorida a Bonar Law. El *Sunday Times* insistió en la idea de que Churchill era «grave peligro para la administración y el conjunto del imperio». Por su parte, el Consejo Unionista Nacional, es decir, el órgano decisorio —integrado por voluntarios— del Partido Conservador, planteó una moción, recibida con un atronador aplauso, en la que se afirmaba que la designación de Churchill suponía «un insulto para la armada y el ejército»[138]. Andando

el tiempo, Lloyd George escribirá: «Durante un breve período de tiempo llegó a ponerse en cuestión la viabilidad misma del gobierno». Sin embargo, Lloyd George sabía que Bonar Law no estaba dispuesto a colocar nuevamente a Asquith en el poder, así que optó por ponerle ante los hechos consumados: anunció el nombramiento a la prensa y después se pasó el resto del día eludiendo todo contacto con él[139]. Entretanto, Churchill se vio obligado a contender una vez más por la circunscripción de Dundee y obtuvo su escaño con una mayoría de 5226 votos, aunque Edwin Scrymgeour, el tenaz prohibicionista, logró más del 30 % del total de papeletas.

El Ministerio de Armamento de Guerra, pues tal era su denominación formal, cuya sede se encontraba en el antiguo Hotel Metropole de la avenida Northumberland, frente a la plaza de Trafalgar, daba empleo a dos millones y medio de trabajadores, y tanto por el volumen de sus compras como por su plantilla de operarios era en esa época la mayor empresa industrial del mundo. Tras tomar posesión de su cargo, Churchill reorganizó por completo la distribución de sus doce mil funcionarios, a los que repartió en doce secciones, y nombró un Consejo Asesor formado básicamente por hombres de negocios de éxito. Optó por abordar de manera integral tanto el suministro como las tácticas vinculadas con los elementos mecánicos de la guerra, sobre todo en materia de morteros de trinchera, tanques y aeroplanos[140]. Hacia el final de la contienda, el número de funcionarios dependientes de su cartera se elevaba ya a veinticinco mil personas. Diez años más tarde, comparará la posición que ocupaba en ese Ministerio con el hecho de ir «confortablemente subido en un elefante dotado de una trompa tan capaz de coger un alfiler como de arrancar un árbol y desde cuyos lomos se divisaba un amplio panorama»[141]. Como es obvio, le dolía no formar parte del gabinete, aunque sí que asistía a todas aquellas reuniones del consejo de ministros que guardaran relación con los cometidos de su propio departamento —y desde luego se las arregló mañosamente para participar en muchos de sus debates—. Pese a que Lloyd George hubiera asegurado a los conservadores que Churchill no habría de interferir en los

asuntos de los demás ministerios, lo cierto es que participaba en los debates de carácter general, y evidentemente no podía evitar sugerir ideas relacionadas con las operaciones militares.

En febrero, Churchill adquirió la Mansión Lullenden, una casa solariega situada en la localidad de East Grinstead, en el Sussex Occidental. Invitó a Hankey y a su esposa a pasar unos días en ella, ocasión que el matrimonio invitado aprovecharía para «dar largos paseos por la bella y bucólica finca. —Hankey recuerda que—, en general, [Churchill] parecía bastante escarmentado. Me reconoció que "se había pasado un poco de la raya" en el Almirantazgo, y me sorprendió que dijera que hasta el instante mismo de su nombramiento no había tenido ni idea de lo profundamente que la opinión pública rechazaba su retorno a la vida política». No obstante, ese arrepentimiento no le impidió explotar la visita de Hankey para proponer el proyecto de un ataque naval sobre el puerto otomano de Alejandreta, en el Mediterráneo (la actual Iskenderun, según su denominación turca). Hankey señala que Churchill estaba «vehementemente a favor» de la operación, al menos antes de que su huésped le expusiera todas las objeciones y dificultades que desaconsejaban el empeño[142].

Una semana más tarde, el jefe de la sección de planificación del Almirantazgo, el capitán Dudley Pond, tendría que reiterar a Churchill un similar conjunto de explicaciones al presentarle este una propuesta muy detallada para la realización de un «bloqueo total y agresivo» de la costa alemana situada en las inmediaciones de la bahía de Heligoland —cerco cuyo objetivo consistía en impedir la salida de submarinos—.[143] Tanto los franceses como los estadounidenses consideraron que esa táctica resultaba poco práctica y se negaron a proporcionar buques para hacerla viable, pero parece obvio que el desastre de los Dardanelos no había convencido a Churchill de que la promoción de proyectos navales ofensivos resultara inconveniente. Pound, que había prestado servicios distinguidos en Jutlandia, señaló por un lado los peligros que planteaban los submarinos y las minas, y por otro la grave disminución de recursos que sufriría la flota en caso de materializarse el plan[144]. Pound tuvo entonces ocasión de comprender lo importante que podía resultar no contestar directamente a Churchill con una negativa, al percatarse de que resultaba bastante más

práctico exponerle pormenorizadamente todos los detalles e implicaciones de una particular línea de actuación. «Churchill era en esencia un hombre justo, y por regla general estaba dispuesto a aceptar una opinión profesional con tal de que no cayera en el derrotismo, —señala el biógrafo del marino —. Pound no olvidó este método, y en el transcurso de la segunda guerra mundial recurriría a él en numerosas ocasiones.»[145] (En 1917, Churchill también sugirió a Lloyd George la idea de emplear una serie de embarcaderos artificiales flotantes desde los que atacar las islas Frisias de Borkum y Sylt —adelantándose claramente a la introducción de los puertos Mulberry[146] que se instalaron para el Día D frente a las costas de Normandía.)

El 31 de julio se inició la tercera batalla de Ypres. Churchill se enfureció al saber que los generales británicos habían optado por insistir en la ofensiva aun después del 26 de octubre, fecha en la que Haig había añadido cuatro divisiones canadienses al asalto. Más tarde escribirá en *La crisis mundial*: «No puede decirse que “los militares”, es decir, el Estado Mayor, no se salieran con la suya. Llevaron aquel siniestro experimento hasta sus últimas consecuencias. Exigieron a Gran Bretaña todo cuanto necesitaron. Provocaron a un tiempo la aniquilación casi total de los hombres y las armas del ejército inglés. Y lo hicieron a pesar de las más claras advertencias contrarias y del buen número de argumentos que no pudieron contrarrestar»[147]. En 1919 sugerirá dejar intacta la montaña de escombros en que quedó convertido el centro de Ypres a fin de que sirviera como eterna conmemoración de la devastación bélica. La idea no fue bien recibida, pero la restauración de la derruida Lonja de Paños, construida en la época medieval, no llegaría a completarse en vida de Churchill[148].

El nuevo Ministerio de Armamento supervisó el enorme incremento de la producción de tanques, ametralladoras, aeronaves y gas mostaza. Evidentemente, Churchill tuvo que hacer frente a las críticas (un general dirá que el tanque era una simple «locura de Winston»), pero eso no le disuadió en lo más mínimo, así que prosiguió con sus planes[149]. Fue en esta época cuando comenzó a adquirir la costumbre de solicitar que se le presentara la información «en una sola hoja de papel», petición que habría de renovar durante la segunda guerra mundial[150]. En octubre de 1917,

aumentó el salario de los obreros de las fábricas de municiones en un 12,5 %, y en el período que pasó al frente de ese departamento suministró una gran cantidad de armas a las Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses —una operación en la que cabe destacar la venta de 164 ametralladoras pesadas, 300 000 granadas, 11 millones de balas, 4553 camiones, 8100 coches y 452 aviones—.[151] En noviembre, en la batalla de Cambrai, la intervención de 378 tanques británicos facilitó la captura de 10 000 prisioneros alemanes. En su último despacho, emitido en 1919, Haig reconocerá que «hasta el año 1918 no fue posible independizar las operaciones de artillería de cualquier tipo de consideraciones, salvo las relacionadas con el transporte»[152]. La plana mayor de Churchill mandó imprimir esas palabras en una gráfica que mostraba el crecimiento exponencial que había experimentado la producción de armas y cureñas de campaña en el período que Churchill pasó al frente del Ministerio.

Churchill, que continuaba visitando el frente, viajó nuevamente hasta el cuartel general de Haig a mediados de septiembre de 1917. Más tarde, Eddie Marsh dejará constancia escrita de que al llegar a Wytschaete, y «nada más comenzar a recorrer la cresta de la colina, empezaron a estallar a nuestro alrededor obuses de seis pulgadas […]. A unos sesenta o cien metros de donde nos encontrábamos comenzaron a elevarse gruesas columnas de humo; de hecho, la metralla de los proyectiles caía muy cerca del grupo, a solo cinco o seis metros»[153]. Al día siguiente, visitaron el cuartel general del I Cuerpo del Ejército conjunto de Australia y Nueva Zelanda, al frente de cuyo campamento se encontraba el comandante Jack Churchill, integrado en la compañía del mayor Desmond Morton, ayudante de campo de Haig. Morton, otro de los que Winston llamará «paladines», había ganado la Cruz Militar ese mismo año, en la batalla de Arras, y a pesar de haber recibido un tiro en el corazón había continuado prestando sus servicios con la bala todavía dentro. En la segunda guerra mundial acabaría convirtiéndose en uno de los tres asistentes personales de Churchill (y se responsabilizaría específicamente de las cuestiones de inteligencia). Marsh recuerda asimismo que, en ese viaje, Churchill y él visitaron un cementerio «repleto a rebosar con unas doscientas cruces, diría yo; pero

además había un montón más de crucifijos preparados justo fuera del vallado, en espera del siguiente envite…»[154].

Al día siguiente, en Pozières y La Boisselle, Churchill y Marsh, vieron «en todas partes diminutas crucecitas blancas sin nombre, unas veces solitarias, otras formando pequeños racimos “como de campanillas”, dice Winston»[155]. Pasaron junto al enorme cráter de La Boisselle[156], a partir del cual comenzaban las líneas alemanas, y continuaron hasta Bapaume, para llegar más tarde, «a través de una larga sucesión de campamentos y aldeas destripadas, hasta Arras, [donde] apenas queda una casa intacta». Churchill abordó el tema de los requisitos que debían cumplir los gases tóxicos con los expertos del XV Cuerpo del Ejército, antes de pasar por su antiguo regimiento, el de los Fusileros Reales Escoceses, situado muy cerca de allí. Después, dedicó media hora a caminar en dirección al escenario de una batalla que estaba librándose en ese preciso momento, «mientras los proyectiles de los obuses silbaban por encima de nuestras cabezas». «Si se empeña en hacer algo, Winston se desentiende del tiempo de un modo sublime: cree firmemente que aguardará a que termine lo que él tiene entre manos.»[157] Y al ver que los soldados que desfilaban ante él lanzaban vítores y le saludaban con la mano, en una clara indicación de que la hostilidad que se le había mostrado en Inglaterra no era en modo alguno universal, «se mostró tan complacido y feliz como el mismísimo Polichinela»[158].

A finales de septiembre de 1917, el poeta británico Siegfried Sassoon nos deja un interesante apunte de la figura de Churchill, al intentar este alistarle en el Ministerio de Armamento. «Sin dejar en ningún momento de recorrer a grandes trancos la habitación, con un enorme cigarro puro en los labios», recuerda Sassoon,

> [Churchill] me ofreció una entusiasmada reivindicación del militarismo como instrumento político y tónico capaz de generar gloriosos logros individuales, no solo en el ámbito de los mecanismos bélicos, sino también en la esfera del progreso social. La presente guerra, aseguró, había dado lugar a la aparición de descubrimientos de gran ingenio llamados a mejorar la situación del género humano. Por ejemplo, ha habido inmensas mejoras en materia de higiene, dijo[159]…

Aun entendiendo la intención satírica de la última frase, Churchill también podría haber mencionado las comunicaciones aire-aire, los hidrófonos, la cirugía plástica, las unidades móviles de rayos X, las transfusiones de sangre, el horario de verano destinado a ahorrar energía eléctrica, la emancipación femenina, las normativas de cierre nocturno de los *pubs*, y el principio del fin del colonialismo —aunque quizá no hubiera saludado con excesivo ánimo estos tres últimos cambios—. «De cuando en cuando, —prosigue Sassoon—, me embestía casi, con la cabeza bien adelantada y las manos cruzadas a la espalda, para recalcar las frases culminantes de algún período de vibrante resonancia histórica»[160]. Pero Sassoon no se dejó convencer. «Me hizo comprender que tenía delante a un ser humano extremadamente agradable, —escribe—. No obstante, quedó meridianamente claro que yo discrepaba prácticamente de todas las opiniones que acababa de manifestar.»[161] Después de asegurar que la guerra era «la ocupación normal del hombre, —Churchill matizó su afirmación añadiendo—: … y la jardinería»[162].

El 7 de noviembre, los bolcheviques tomaban el poder en Petrogrado, la antigua San Petersburgo, ciudad cuyo nombre cambiaban poco después por el de Leningrado. Poco después de la guerra, Churchill señalará: «De todas las tiranías de la historia, la bolchevique es la peor de todas, la más destructiva, la más degradante […], mucho peor que el militarismo alemán»[163]. Era cierto, pero no tardaría en llegar un momento en el que Lloyd George se viera en la obligación de advertirle que su «obsesión» con el bolchevismo estaba empezando a «sacarle de quicio»[164]. Churchill califica a la revolución rusa de «maremoto de ruina en el que posiblemente se hayan abismado millones de seres humanos. Las consecuencias de estos acontecimientos […] están llamadas a oscurecer el mundo de los hijos de nuestros hijos»[165]. Esta afirmación posee la doble virtud de ser a un tiempo profética y numéricamente exacta, ya que bajo la tiranía soviética murieron al menos veinte millones de personas. Sin embargo, su condición de anticomunista iba a costarle muy cara en términos políticos. En 1939, Lloyd George alegará que en la actitud que Churchill mantenía respecto a los bolcheviques pesaba de forma notable su origen de clase: «La sangre ducal que corre por sus venas se rebela contra la total eliminación de los

grandes duques de Rusia», afirma[166]. Sin embargo, ese linaje no le había impedido abandonar el Partido Conservador ni apoyar el Presupuesto Popular, y tampoco le había incitado a dejar de fustigar a los miembros de la Cámara de los Lores o a no apoyar el impuesto de sucesiones y donaciones, la contribución territorial o la Autonomía para Irlanda —posturas todas ellas difíciles de encajar en el estereotipo de un hombre de «sangre ducal»—. Además, tampoco era preciso pertenecer a las clases superiores para sentirse sublevado por el hecho de que Lenin ejecutara al zar, a la zarina y a sus jóvenes hijas. Si Churchill detestaba el comunismo era fundamentalmente por el ataque que suponía «para el espíritu de la persona y los derechos humanos, —como él mismo habría de afirmar en julio de 1920—. El odio que siento hacia el bolchevismo y los bolcheviques no hunde sus raíces en su estúpido sistema económico ni en la absurda doctrina de una igualdad imposible. Brota del sanguinario y devastador terrorismo que practican en todas las tierras en las que han irrumpido, y que es el único medio capaz de sustentar ese régimen criminal.»[167]

«Cuanto más tiempo permanezcan Gran Bretaña y Estados Unidos luchando hombro con hombro, —dirá Churchill el 10 de diciembre en la Lonja Cerealera de Bedford—, cuanto más fiera sea la lucha y mayor el esfuerzo al que nos entreguemos juntos, cuanto más consigan acercarse esas dos ramas de la familia de habla inglesa del mundo anglosajón, tanto más verdadera será la camaradería que las une y sólido el vínculo que los combates establecen entre ambas […]. En eso habremos de fundar, con toda legitimidad, los pilares del porvenir del mundo cuando termine la guerra»[168]. Pese a que Estados Unidos se hubiera unido al bando aliado, dirá Churchill a Hugh Trenchard, convertido ya en comandante del Real Cuerpo Aéreo británico, el conflicto estaba destinado a proseguir aun durante largo tiempo, le asegura[169].

A finales de febrero, al visitar Ploegsteert e Ypres en compañía de Reggie Barnes, quien por entonces había ascendido al grado de general y se hallaba al frente de la 57.ª División, el espectáculo, exclama Churchill, es de «total ruina». Winston le dice a Clementine que

> no había absolutamente nada, salvo unos cuantos tocones de árboles tronzados en una vasta superficie de hectáreas y más hectáreas de tierra parda tan densamente horadada por los

> cráteres de los obuses que sus bordes se apretujaban unos contra otros. Este es el paisaje que puede apreciarse en todas direcciones, por espacio de once o doce kilómetros […]. ¡Unos ochocientos mil soldados británicos han derramado aquí su sangre o perdido la vida en los tres años y medio que dura ya este incesante conflicto! Muchos de nuestros amigos y de nuestros contemporáneos han perecido en esta tierra. La muerte presenta un aspecto tan vulgar y tan poco alarmante como el del sepulturero mismo. Es un acontecimiento ordinario y bastante natural, que puede ocurrirle a cualquiera en el momento menos pensado[170].

La reacción de Churchill consistió en redactar un documento ministerial en el que proponía arrojar «no cinco toneladas de bombas, sino quinientas, todas las noches sobre las ciudades y los centros industriales» del enemigo —todo ello, claro está, con el objetivo de poner fin a la guerra lo más pronto posible—.[171] La contienda terminó antes de que la sugerencia del ministro de Armamento se convirtiera en una posibilidad técnica, pero los gérmenes de las futuras estrategias comenzaban ya a despuntar en la mente de Churchill.

El 21 de marzo de 1918, los alemanes lanzaban la llamada «Ofensiva de Primavera»[172], con la esperanza de romper el punto muerto y ganar la guerra antes de que los efectivos estadounidenses empezaran a llegar en grandes cantidades. Invadieron más de tres mil kilómetros cuadrados de terreno, capturaron a setenta y cinco mil soldados británicos, se incautaron de mil trescientos cañones y armas de fuego, y llegaron a menos de once kilómetros de Amiens. En mayo alcanzaban las orillas del Marne, a setenta kilómetros de París. Poco antes, el 19 de abril, Churchill había alardeado ante el rey diciéndole que «hemos sustituido todas las armas de artillería perdidas en esta gran batalla»[173]. El 27 de mayo, los alemanes avanzaron más de veinticinco kilómetros en un solo día, la máxima cifra alcanzada en toda la guerra en el Frente Occidental. Churchill se encontraba en ese momento a menos de diez kilómetros, tras el frente del ejército británico. «Se oía el retumbar del fuego de artillería, casi siempre en la distancia, y las sordas explosiones de las incursiones aéreas, —recordará más tarde—. Y después, exactamente igual al virtuoso ejercicio del pianista que recorre con los dedos el teclado, de las notas agudas a las más graves, se desgranó en menos de un minuto el más tremendo cañoneo que jamás haya tenido ocasión de escuchar. Lo barrió todo a nuestro alrededor, dibujando tras de sí

un gran arco de llamas rojas.»[174] Muchos años después de estos hechos seguirá conservando Churchill en la memoria la Ofensiva de Primavera. En marzo de 1945 todavía será capaz de «describírsela vívidamente» a sus ministros[175]. No solo dejó en él una profunda huella de respeto hacia la capacidad de contraatacar que podían demostrar los alemanes cuando ya parecían hallarse exhaustos, también contribuye a explicar por qué se sintió menos sorprendido que otros colegas suyos frente a la ofensiva germana de las Ardenas de 1944.

Durante la Ofensiva Ludendorff, Churchill se encontraba en París, dedicado a la coordinación de la producción de municiones con sus homólogos franceses. A fin de estudiar la situación estratégica, el 30 de marzo se entrevistaba con Georges Clemenceau, el primer ministro galo, junto con los más altos comandantes franceses —Ferdinand Foch, Philippe Pétain y Maxime Weygand—, así como con sus homólogos ingleses, los generales Haig y Rawlinson. A Churchill le encantó tener ocasión de conocer personalmente al gran Clemenceau, que al acceder al poder en noviembre había asumido la doble cartera de primer ministro y responsable del Departamento de Defensa. «El anciano me trata con suma cortesía y me habla del modo más confidencial, —le dirá a Clementine[176]—. Es un tipo extraordinario […]; con un ánimo y una energía indomables.» Tras contemplar en su compañía los combates que se están desarrollando al norte de Moreuil, Churchill refiere: «Y solo al final conseguí que el viejo tigre abandonara el punto de observación y dejara atrás lo que él denominó “*un moment délicieux*”»[177].

En su libro *Grandes contemporáneos*, publicado en 1937, Churchill traza un soberbio retrato literario del general. «Clemenceau era la encarnación de Francia, su vivo testimonio, —escribe—. En la medida en que un único ser humano, milagrosamente agigantado, pueda llegar a ser una nación, él era sin duda Francia.» La biografía de Clemenceau estaba jalonada de «luchas y combates sin fin: nunca se concedió un instante de descanso». Había aguardado medio siglo a que llegara su momento, y había tenido que «ganarse el pan como […] periodista». «Todo el mundo había podido experimentar en carne propia el azote de su lengua y de su pluma […]. Rara vez se ha perseguido y acosado con tanta crueldad a un hombre

público, al menos en tiempo de paz.»[178] Y sin embargo, ni siquiera en su punto más bajo se rebajaría Clemenceau «a suplicar: eso jamás. Desafiante, inexpugnable […]. Así es el hombre que, provisto de la experiencia necesaria y cargado con el medio siglo de odios, ha sido llamado a sostener el timón de Francia en el peor momento de la guerra […]. Fue entonces […] cuando se apeló a este fiero anciano, instándosele a asumir una posición que de hecho es la de dictador de la nación. Regresó de ese modo al poder […], pese a las dudas de muchos y el pavor de todos, pero investido de la inevitable fuerza de quien es enviado del destino»[179].

Las características de Clemenceau que parecen prefigurar el temple que el propio Churchill habrá de mostrar veinticinco años más tarde son asombrosas. Al pronunciar su discurso inaugural ante la Asamblea Nacional francesa, durante la toma de posesión de su cargo de primer ministro en noviembre de 1917, Clemenceau señalará, según nos dice Churchill, que «a su alrededor se apiñaba una concurrencia que habría hecho cualquier cosa para evitar que se hallara allí presente, pero que ahora comprendía, tras auparlo a esa responsabilidad, que le tocaba obedecer […]. Era preciso jugar, a la desesperada, la última baza […]. Con rechinar de dientes y gruñidos, el feroz anciano, el intrépido depredador, pasó a la acción. Y así fue como comenzó el mortal cuerpo a cuerpo con Alemania»[180]. Durante un debate sobre los arsenales parisinos y las fábricas de aviones que se estaban viendo amenazados como consecuencia del avance alemán, Clemenceau le dirá a Churchill: «Voy a luchar frente a París; voy a luchar en París; voy a luchar al otro lado de París»[181]. Esto hará que Churchill escriba en *Grandes contemporáneos*: «París podría haber quedado reducido al mismo estado ruinoso de Ypres o de Arras, pero la determinación de Clemenceau se habría mantenido incólume. Estaba decidido a custodiar la pieza clave del país hasta alzarse con la victoria o asistir a la entera demolición de su mundo. No esperaba nada más allá de la inminente tumba. Se burlaba de la muerte. Había cumplido ya los setenta y siete años de edad. Feliz la nación que logra hallar entre sus filas, cuando su destino pende de la cuerda floja, a un tirano, a un campeón de semejante talla»[182]. Se dice a menudo que Churchill se inspiró fundamentalmente en los modelos que le ofrecieron Marlborough, Lloyd George y William Pitt el Joven, pero

suponiendo que hubiera necesitado alguno, habría sido sin duda Georges Clemenceau.

En un extraordinario memorando redactado en abril de 1918, Churchill sugiere que Gran Bretaña ha de intentar convencer a Lenin de que vuelva a intervenir en la contienda, haciendo caso omiso del tratado de paz que acababa de firmar el mes anterior con Alemania en Brest-Litovsk. A cambio, los Aliados se comprometerían a proteger a los bolcheviques de una eventual contrarrevolución. «No debemos perder en ningún momento de vista que Lenin y Trotski combaten ahora mismo con la soga al cuello, —explica—. Si abandonan sus cargos será para descender a la fosa. Mostrémosles una verdadera ocasión de consolidar su poder […], y tendrían que carecer de sangre en las venas para no abrazarla.»[183] Tanto ahora como en períodos posteriores, Churchill se revelará dispuesto a dejar a un lado su cáustica ideología anticomunista con tal de derrotar a Alemania. Sin embargo, la oferta no llegaría a producirse, y desde luego no hay duda de que habría sido rechazada.

El 23 de abril —festividad de san Jorge—, el vicealmirante Roger Keyes encabeza la espectacular incursión de Zeebrugge, con la que se bloqueó la entrada al canal que une el puerto de esa localidad con la ciudad de Brujas en marea baja. En la acción se concedieron nada menos que ocho Cruces Victoria, lo que constituye la mayor atribución de condecoraciones de esa clase para un mismo choque, algo que no se veía desde la guerra anglo-zulú de 1879. Churchill deja constancia escrita de que no tardaría en «tenérselo por el más descollante cruce de armas de toda la Gran Guerra, y desde luego un episodio jamás superado en la historia de la Marina Real Británica»[184]. El acontecimiento contribuiría a fortalecer aún más la alta consideración en que ya tenía a Keyes, a quien no solo le encantaban las operaciones anfibias basadas en la sorpresa y la audacia, sino que había querido reanudar el ataque sobre los Dardanelos al día siguiente de que De Robeck lo suspendiera.

En mayo, Haig asignó a Churchill el precioso Château de Verchocq, en el paso de Calais, a fin de que lo utilizara en Francia como cuartel general

del Ministerio de Armamento, un palacete que Churchill describirá jocosamente como «una pequeña *maison tolérée*», otra forma de decir que le parecía un coqueto burdel[185]. Churchill cruzaba regularmente en avión el Canal de la Mancha para sus visitas a Verchocq y a París, esa «ciudad que no por amenazada deja de resultar deliciosa», como él decía. Y en ocasiones él mismo pilotaba el aeroplano en el que viajaba a Verchocq, tanto a la ida como a la vuelta. «La última vez manejé los mandos todo el rato, —le confiesa un buen día a Sinclair—, y a punto estuve de poner fin a mi azarosa aunque decepcionante existencia en las saladas aguas del Canal. Sin embargo, fuimos y vinimos en un abrir y cerrar de ojos […]. ¡Solo se tarda una hora de Lullenden al cuartel general! Pero hay que hacer revisar cuidadosamente el motor»[186]. El 6 de junio, mientras la Ofensiva de Primavera seguía su curso a solo setenta kilómetros de distancia, Churchill le comenta a Clementine: «El destino de la capital pende de un hilo»[187].

El 1 de junio de 1918, Jennie, la madre de Churchill, que ya había cumplido sesenta y cuatro años, contrajo matrimonio con el apuesto y adinerado Montagu Porch que, a sus cuarenta y uno, era dos años más joven que el propio Churchill. «Él tiene un futuro y yo un pasado, así que debería irnos bien», observaría ella[188]. Hacía ya cuatro años que Jennie se había divorciado de George Cornwallis-West, así que hasta su nueva boda había seguido utilizando su identidad anterior de *lady* Randolph Churchill.

Por esa misma época, Clementine volvió a quedarse embarazada. Desde luego, la familia Churchill andaba escasa de dinero, pero a pesar de todo resulta auténticamente extraordinario que el 21 de junio Clementine dirigiera estas palabras a *lady* Hamilton, que no tenía hijos pero estaba a punto de adoptar a un niño llamado Harry. Según lo que figura en el diario de Jean Hamilton, Clementine «me instó a no adoptar bajo ningún concepto a Harry […], me preguntó si me gustaría quedarme con su bebé; evidentemente le dije que sí, y […] me ofrecí a acogerla en casa para [el parto], dado que me había estado comentando que el hogar de maternidad era extremadamente caro —veinticinco libras solo por la habitación— y que no tenía forma de permitírselo. Me aseguró que si tenía gemelos me daría uno»[189]. Churchill cobraba ahora el salario de un ministro, pero después de dejar el ejército había estado catorce meses manteniéndose

únicamente con su sueldo de parlamentario, que se reducía a cuatrocientas libras al año. A lo largo de todo este período, al que más tarde ella misma considerará el peor de su vida, Clementine había vivido abatida por el cansancio y la aflicción, de modo que es muy probable que lo más lógico sea no entender esa oferta en términos literales, sino emocionales, aunque da la impresión de que Jean Hamilton se la tomó en serio. Quizá conviniera a su amistad que el embarazo de Clementine no fuera de gemelos.

En un discurso pronunciado en 1918 en el que festeja la efeméride del 4 de julio estadounidense, Churchill expondrá un mensaje llamado a convertirse en uno de los ejes más importantes de su pensamiento. «La Declaración de Independencia no es un documento exclusivamente americano», sostiene ante el público congregado en el Vestíbulo Central de Westminster.

> Es continuación de la Carta Magna y la Declaración de Derechos británica, y se erige así en la tercera gran obra en la que se fundan las libertades de los pueblos de habla inglesa. Con ella perdimos un imperio, pero por ella también logramos preservarlo. Al aplicar sus principios y extraer la lección que supuso, hemos conseguido mantener nuestra unión con la poderosa Comunidad de Naciones que nuestros hijos han establecido allende los mares […]. En lo más hondo del corazón de las gentes de estas islas, en los corazones de todos aquellos que el lenguaje empleado en la Declaración de Independencia denomina «nuestros hermanos británicos», anida el deseo de alcanzar un verdadero estado de reconciliación, ante los hombres y la historia, con nuestros parientes del otro lado del Atlántico, a fin de borrar los reproches y redimir los errores de épocas pretéritas, de volver a armonizar con ellos en espíritu, de luchar una vez más a su lado en las batallas, de crear un nuevo lazo emocional, de continuar escribiendo una historia común[190].

Churchill habla en muchas ocasiones de la libertad, pero sus ideas arraigan siempre en la historia, en la Carta Magna y el derecho consuetudinario anglosajón, en la política práctica antes que en el abstracto pensamiento que dedican a la cuestión algunos filósofos, como John Locke, David Hume y John Stuart Mill, entre otros.

En el discurso que dedica al Día de la Independencia de Estados Unidos, Churchill llegará a afirmar nada menos que la irrupción de un millón de soldados estadounidenses en los campos de batalla franceses, al mando del general John Pershing, constituye una circunstancia extraordinaria: «Desde el inicio de la era cristiana, no ha habido ningún otro

acontecimiento más propicio para el fortalecimiento y la restauración de la fe de los hombres en la gobernación moral del universo»[191]. E insiste, entre fuertes salvas de aplausos, en que «Alemania debe ser derrotada. Alemania ha de saberse vencida, ha de sentirlo en su propia carne. Su derrota ha de ser expresada en unos términos, y mediante unos hechos, susceptibles de disuadir eternamente a cuantas naciones tuvieran la veleidad de imitar sus crímenes, y ha de afirmarse de un modo que le imposibilite repetir su intento»[192]. Tras el discurso, Churchill le dirá a Archie Sinclair: «Si todo va bien, Inglaterra y Estados Unidos podrían actuar permanentemente juntos. A este paso vamos a avanzar en un año lo que de otro modo nos habría llevado cincuenta»[193].

Seis días más tarde, Churchill nombra secretario personal —es decir, su lugarteniente en el Ministerio— a Jack Seely, que había regresado de las trincheras tras haber sufrido un ataque con gas mostaza. Seely había sido mencionado en los despachos de guerra nada menos que en cinco ocasiones, había tomado el mando de una brigada, y en un caso se había atrevido incluso a provocar la ira de sus superiores al hacerse cargo de un pelotón de infantería de otro cuerpo con el fin de constituir un grupo de combate para una acción específica en la que había conseguido apoderarse de un baluarte enemigo. En el reducido club de los paladines de Churchill, Seely (cuyo hijo mayor, Reginald, había muerto en combate en 1917) figuraba en las primeras filas.

El 15 de julio, el ataque que lanzaron los alemanes durante la segunda batalla del Marne supuso «la mayor crisis» de la guerra, a juicio de Churchill. Más tarde, él mismo explicará que «el horizonte, visto desde lo alto de Montmartre, parecía cobrar vida, animado por los destellos de la artillería»[194]. Sin embargo, el 6 de agosto, quedó claro que el asalto había fracasado y que los germanos habían acabado exhaustos y desmoralizados, al haber tenido que luchar a un tiempo contra los estadounidenses y los imperios francés y británico en el Frente Occidental. Apenas cuarenta y ocho horas más tarde se iniciaban los cien días de la gran contraofensiva llamada a conceder la victoria a los Aliados.

Una semana antes, el lunes 29 de julio de 1918, Winston Churchill, se entrevistaba con Franklin Delano Roosevelt, secretario adjunto de la Marina

estadounidense, durante una cena celebrada en los salones del Gray’s Inn de Londres, una de las antiguas asociaciones profesionales de abogados de Inglaterra y Gales. Debería haber sido uno de los grandes encuentros de la historia, pero Roosevelt no se llevó de Churchill mejor impresión de la que se llevara dieciocho años antes su primo Theodore. Pese a toda la admiración que le inspiraban por regla general los estadounidenses, Churchill mostró muy poco interés por el secretario adjunto de la Marina, tal vez debido en parte al hecho de que en la velada también se hallaban presentes F. E. Smith, Curzon, Smuts, Geddes, Long, Robert Borden (primer ministro de Canadá), los duques de Marlborough, Rutland y Northumberland, Freddie Guest, Mark Sykes y todo un cortejo añadido de amigos y personas importantes. Según Joseph P. Kennedy[195] —que sin embargo no es una fuente totalmente fiable—, Roosevelt se quejó más tarde de que Churchill había «actuado como un mal bicho» en esa ocasión, «al tratarnos a todos de forma prepotente»[196].

Pese a haber tenido la fortuna de que se le invitara a sumarse a algunas de las reuniones del gobierno, lo cierto es que Churchill fue efectivamente incapaz de no inmiscuirse en los asuntos de los demás departamentos. Un día, por ejemplo —el 17 de agosto de 1918—, se las arregló para provocar la amenaza de dimisión de dos de los más relevantes ministros del gabinete. Por un lado suscitó una riña con *sir* Eric Geddes, primer lord del Almirantazgo, al sugerir que se desmontaran las piezas de artillería naval de los buques anticuados (que ahora podían dejarse en dique seco al haber entrado Estados Unidos en la guerra) y se adaptaran para su utilización en tierra; y por otro enfadó a lord Derby, ministro de la Guerra, al proponer que se retiraran varios de los obuses de seis pulgadas de que disponía Haig a fin de enviárselos a las fuerzas británicas que se hallaban en Rusia[197]. «¿Con qué derecho se permite expresar una opinión?», se preguntará el decimoséptimo conde de Derby al calificar el comportamiento del ministro de Armamento. «No es más que un ferretero.»[198]

«Estoy tratando […] de conseguir que se administre a los alemanes una buena primera dosis de gas mostaza antes de que termine el mes, —le

escribe Churchill a Clementine desde el Hotel Ritz de París en septiembre —. Haig participa entusiasmado de la idea, y creo que contaremos pronto con la cantidad suficiente como para producir un efecto claro. Resulta sumamente gratificante oírlos gemir al verse derrotados.»[199] Los alemanes habían recurrido al gas mostaza en Ypres, en julio de 1917, así que el 28 de septiembre de 1918 los británicos respondieron con una sustancia tóxica propia. Lo mismo había sucedido con el gas cloro, que era bastante más letal que el gas mostaza (aunque resultaba menos difícil defenderse de su acción). Los alemanes habían sido los primeros en emplearlo durante la segunda batalla de Ypres, en abril de 1915 —y seis meses después era usado por los británicos en el choque de Loos—. En esas fechas se cumplía el décimo aniversario de boda de Churchill y Clementine, lo que explica que las palabras que escribe a continuación muestren el profundo amor que sentía por ella: «Mi querida y dulce Clementine, espero y ruego que los años venideros te traigan días serenos, radiantes y reidores». Era perfectamente capaz de hablar de «este endemoniado veneno» en una línea y de aludir a renglón seguido a los «días serenos, radiantes y reidores» que deseaba para su futuro común.

Pese a que en el mes de mayo se hubieran desplegado en el Frente Occidental más de un millón de estadounidenses, con lo que la balanza se había inclinado decisivamente en favor de los Aliados, Churchill quedó sorprendido por el súbito fin de la contienda. Tras el desmoronamiento de Turquía y Austria a finales de octubre, Churchill le escribirá a Eddie Marsh una carta en la que dice que «el aire se llenó de una llovizna hecha de las cenizas de dos imperios»[200]. En noviembre, el brusco término de la resistencia alemana, determinaría que Churchill no tuviera tiempo para madurar los planes que estaba empezando a acariciar, consistentes en intervenir en Rusia con un ataque contra los bolcheviques. Más tarde asegurará, en referencia a esa posibilidad, que «de haberse prolongado la Gran Guerra hasta 1919, la idea de la intervención, que había estado ganando fuerza de semana en semana, se habría coronado con un éxito militar»[201]. Estaba una vez más ante una de esas hipótesis históricas arrumbadas por los hechos que tanto le gustaba evocar.

La firma del armisticio implicaba que los Aliados no podían proseguir la guerra para poner al frente de Rusia a un gobierno dispuesto a apoyar la creación de un segundo frente contrario a las Potencias Centrales. De hecho, lo que propició el fin de la contienda fue todo lo contrario, ya que la mayoría de los ejecutivos aliados querían salir de Rusia cuanto antes mejor y, a ser posible sin perjudicar en exceso la causa de los rusos blancos antibolcheviques. Churchill fue uno de los pocos que propuso ampliar y profundizar la lucha contra los bolcheviques, ya que creía que, de lo contrario, el comunismo se convertiría en una amenaza tanto para Alemania como para la Europa del Este. «Quizá tengamos que fortalecer al ejército alemán, —decía el 10 de noviembre, es decir, la víspera del armisticio, según reflejan las actas del gabinete—, ya que es importante conseguir que Alemania vuelva a levantarse, si no queremos que se propague el bolchevismo»[202]. Tras el armisticio, Churchill instó al gobierno británico a enviar en barco una serie de cargamentos de comida a Alemania, pero desde luego Lloyd George no estaba en modo alguno dispuesto a adoptar medidas de ese tipo. Se estaba preparando para concurrir a unas elecciones generales basadas en una doble idea: la de carácter práctico, consistente en obligar a Alemania a pagar compensaciones de guerra y a exprimirla como un limón, «hasta que no queden ni las pepitas» (por emplear la expresión de Eric Geddes), y la de corte retórico, centrada en ahorcar al káiser por crímenes de guerra. Uno de cada diez británicos de edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta y cinco años había perdido la vida en el conflicto —hasta un total aproximado de 744 000 almas—, a lo que había que añadir 14 600 marinos mercantes y 1000 civiles. Ese mismo invierno, cerca de 150 000 ingleses más fallecieron a causa de la gran epidemia de gripe de 1918 a 1920. En semejante contexto, es obvio que la invocación de todo nuevo encontronazo militar no iba a contar con el respaldo de la población. Inmediatamente después de la guerra, el gobierno se vio sometido a una enorme presión económica, una circunstancia que afectaba a todo cuanto tratara de emprender. De los quince millones de toneladas de fletes hundidos en la contienda, por ejemplo, nueve millones eran de propiedad británica.

Con estas palabras, escritas tiempo después de los acontecimientos, Churchill levanta acta del preciso instante en el que finaliza la guerra: «Faltaban pocos minutos para la undécima hora del undécimo día del undécimo mes».

> Permanecí en pie, frente a la ventana de mi habitación, tendiendo la vista por la avenida Northumberland en dirección a la plaza de Trafalgar y aguardando a que el Big Ben declarara acabada la guerra […]. Y entonces, de repente, oí el primer repique del carillón. Volví a contemplar la ancha calle que se abría a mis pies. Estaba desierta. Del portal de uno de los hoteles que ahora utilizaban los distintos departamentos del gobierno vi salir a toda velocidad la silueta menuda de una oficinista. Cuando resonó el siguiente tañido del Big Ben, la joven avanzaba y hacía gestos distraídos. Entonces observé que de todas partes salían hombres y mujeres a la calle, y con gran prisa. De los edificios, sin excepción, escapaba un río de gente. Las campanas de Londres empezaron a sonar […]. Como por arte de magia, la multitud apareció esmaltada de banderas. Un enjambre de hombres y mujeres surgió del Embankment. La masa humana confluyó con la marea ciudadana que inundaba el Strand, camino de palacio, resuelta a aclamar al rey[203].

«En la cúpula de los gobiernos, la política de verdad y la estrategia son una misma cosa, —sostiene Churchill en *La crisis mundial*. Por un lado—, la maniobra que permite sumar un aliado a la campaña es tan valiosa como la táctica con la que se gana una gran batalla. Y por otro, la operación con la que se toma un relevante punto estratégico podría no tener tanta trascendencia como la que aplaca o intimida a un peligroso país neutral»[204]. Churchill pensaba que dos de los más significativos errores bélicos que había cometido Alemania habían sido la invasión de Bélgica, ya que solo había servido para precipitar la implicación británica, y la eliminación de toda restricción en la guerra submarina, dado que eso había forzado, tres años más tarde, la alineación de Estados Unidos. Churchill estaba convencido de que los alemanes debían haber permanecido a la defensiva en el noroeste de Europa y concentrado todos sus esfuerzos en dejar fuera de combate a las Potencias Aliadas más débiles, como Italia y Rumanía. Todo esto acabaría teniendo profundas implicaciones en la estrategia que estaba llamado a seguir al frente de los Aliados durante la segunda guerra mundial[205].

Otra de las grandes lecciones que Churchill iba a sacar en limpio de la Gran Guerra sería la relacionada con la importancia de la unidad de mando.

«Si hemos librado la guerra de un modo escasamente sistemático es porque ella misma, que es de hecho la simple suma de todas las fuerzas y presiones operativas que existen a lo largo de un determinado período de tiempo, no establece ninguna división rígida entre los Aliados, sean franceses, rusos o británicos, —anota—, porque no fija demarcaciones infranqueables entre la lucha en tierra, mar o aire, entre obtener victorias o propiciar alianzas, entre disponer de suministros o de hombres capaces de combatir, entre la propaganda y la maquinaria… Y han sido necesarios años de crueles enseñanzas antes de poder poner a punto una imperfecta unificación de los estudios, reflexiones, órdenes y acciones necesarios»[206]. Churchill admiraba la perseverancia con la que el mariscal Foch insistía en la total unidad de los Aliados.

Nada más terminar la contienda, Churchill inició la redacción de *La crisis mundial*. Reveló ser una obra repleta de lecciones de futuro. «No hay lucha tan sanguinaria como la de una guerra de desgaste, —asegura—. Ningún plan resulta menos prometedor que el que plantea un ataque frontal. Y sin embargo, las autoridades militares de Francia y Gran Bretaña, al recurrir a estas dos brutales estrategias, consumieron, durante tres años seguidos, sin interrupción, la flor de su varonía nacional.»[207]

Capítulo 12

POLÍTICA DE COALICIÓN

Noviembre de 1918 - noviembre de 1922

> Para bien o para mal, acertada o equivocadamente, en la guerra es preciso saber lo que se quiere y lo que se dice, y después consagrar íntegramente la vida y las energías al combate, aceptando al mismo tiempo todos los peligros que le son inherentes.
>
> Churchill, *Illustrated Sunday Herald*, abril de 1920[1].
>
> Si se me hubiera apoyado adecuadamente en 1919, creo que habríamos podido estrangular en la cuna al bolchevismo, pero todo el mundo puso mala cara y exclamó: «¡Qué horror!».
>
> Churchill, en una alocución dirigida al Club Nacional de Prensa de Estados Unidos, Washington, D. C., 1954[2].

«La segunda guerra de los bóers no solo se llevó por delante a un gran número de amigos personales, también a muchos de los hombres de mi compañía, —señala Churchill en *Mi juventud*, refiriéndose a su regimiento de cadetes de Sandhurst—. Y la Gran Guerra», prosigue, «mató prácticamente a todos los que quedaban»[3]. Su mejor amigo de los tiempos de Harrow, John Milbanke, condecorado con la Cruz Victoria, había

perecido «al frente de un desesperado ataque, en la horrenda batalla de la bahía de Suvla», relata Churchill[4]. El comandante Cecil Grimshaw, compañero de celda de Winston en la cárcel de Pretoria, que se había encargado de izar la enseña británica a lo más alto del mástil de la penitenciaría tras liberar Churchill el penal, murió en el cabo de Helles. John Morgan, compañero de habitación en Harrow, perdió la vida en Lala Baba. De hecho, de los 67 muchachos que figuran en la fotografía de grupo tomada en 1892, en su época de colegial, 41 prestaron servicios en la guerra de los bóers o en la Gran Guerra —o en ambas—, y 11 de ellos yacían bajo tierra en 1918.

El capitán Norman Leslie, de la Brigada de Fusileros, hijo de la hermana de Jennie Churchill, fue abatido por un francotirador alemán en Armentières, en el norte de Francia, en octubre de 1917. Alastair Buchan, hermano de John Buchan, que había sido herido en Ploegsteert mientras combatía con el batallón que comandaba Churchill, murió en el campo de batalla en abril de 1917, a la edad de veintidós años. Eddie Marsh señala que, de los jóvenes oficiales y funcionarios administrativos que les habían acompañado a Winston y a él durante el viaje por el África Oriental de 1907, muy pocos habían llegado vivos a la rúbrica del armisticio[5]. En el Other Club, la arraigada norma que prohibía la realización de brindis se pasó por alto en noviembre de 1917, fecha en la que se bebió «en Memoria de los Valientes». El hijo de lord Rosebery, el parlamentario y capitán liberal Neil Primrose, condecorado con la Cruz Militar e integrado en el Real Regimiento de Húsares de Buckinghamshire, había fallecido a causa de las heridas sufridas mientras lideraba un ataque sin monturas contra los turcos en la tercera batalla de Gaza. Otro liberal y miembro del parlamento, Thomas Agar-Robartes, había encontrado la muerte a manos de un francotirador mientras trataba de rescatar a un camarada herido en la batalla de Loos. Y no olvidemos a Kitchener, ahogado en el naufragio del *Hampshire*. Churchill redactó las notas necrológicas de Rupert Brooke y Valentine Fleming, y tuvo noticia de una enorme cantidad de conocidos muertos en la guerra, de entre los que destacan las figuras de Auberon Herbert, Raymond Asquith y tres integrantes del Other Club. «Pocos hogares habrá en Gran Bretaña en los que no se encuentre una silla vacía y

un corazón dolorido», dirá en un discurso pronunciado en julio de 1918. De hecho, su propia casa acogía tantos espectros de familiares y amigos como la que más[6].

El 15 de noviembre, cuatro días después del armisticio, venía al mundo la tercera hija de Winston y Clementine, la pelirroja Marigold Frances (conocida con el apodo de «Duckadilly»). Al mes siguiente, como tantas otras veces, la política interrumpió la vida familiar. En las elecciones generales de diciembre, Churchill volvió a hacer campaña en Dundee como miembro de la Coalición Liberal, escindida ahora de los liberales de Asquith, que en diciembre de 1916 no habían conseguido resolver sus diferencias con el gobierno de Lloyd George. Tanto Lloyd George como Bonar Law le otorgaron su respaldo (o lo que entonces se denominaba un «Vale»), circunstancia que resultaba inestimable en términos electorales, ya que en el momento de la victoria el primer ministro gozaba de una popularidad excepcional. (De hecho, al constatarse que los candidatos que habían recibido el vale habían salido extremadamente bien parados en las urnas, y muy mal en cambio los que no disponían de él, los comicios acabarían conociéndose con el nombre de las «Elecciones del Vale».) El programa nacional de la formación de Churchill era prácticamente el mismo que el que había defendido con el Partido Liberal antes de la contienda, ya que abogaba por la nacionalización de los ferrocarriles y una semana laboral de cuarenta horas, aunque ahora añadiría la aplicación de una gravosa fiscalidad a todos aquellos que hubieran obtenido grandes beneficios económicos durante la guerra, un argumento que además de suscitar un importante apoyo popular sintonizaba con el desagrado que a él mismo le inspiraba la especulación. Para reducir la deuda de guerra, Churchill sugirió a Lloyd George la exacción de un impuesto del ciento por ciento a todas las ganancias bélicas superiores a 10 000 libras (aproximadamente 910 000 de las actuales). «¿Por qué deberíamos permitir que nadie amase grandes fortunas con una guerra?, —le preguntará al primer ministro—. Mientras todo el mundo servía esforzadamente al país, los especuladores, los contratistas y los armadores usureros obtenían sumas

enormes, gigantescas. ¿Por qué habríamos de compartir nosotros el descrédito del viejo Runciman y sus ganancias ilícitas?»[7][8]

En el discurso que Churchill pronunció el 26 de noviembre en Dundee, constantemente interrumpido por los agitadores bolcheviques, se prefigura una célebre alocución de la segunda guerra mundial, y supuso una enérgica señal de alarma. «Reparad los desperfectos, —dijo—. Levantad las ruinas. Curad las heridas. Ensalzad a los vencedores. Consolad a cuantos tienen el cuerpo quebrantado o el ánimo abatido. Esa es la batalla que ahora hemos de dar. Esa la victoria que debemos conseguir. Avancemos juntos.»[9] Más tarde lamentaría haber añadido, en referencia a los hambrientos alemanes: «Todos estaban allí; que sufran ahora las consecuencias»[10]. En un libro publicado años después, admite: «En materia de palabrería, no voy a pretender que las corrientes electorales no me hayan influido»[11]. La política que realmente aplicó, consistente en abogar en favor del envío de grandes cargamentos de grano a Alemania, sería la que él mismo habría de resumir con admirable concisión en un comentario dirigido a Violet Asquith: «Mata al bolchevique; besa al huno»[12].

El 30 de noviembre, Churchill festejaba su cuadragésimo tercer cumpleaños. Era justamente la edad a la que debía haber alcanzado el puesto de primer ministro, según lo que le había prometido a Henry Hesketh Bell en Uganda, y sin embargo, ni siquiera formaba parte del gabinete. Las elecciones tuvieron lugar el 14 de diciembre, y por primera vez se llevaron a cabo en un solo día, pero los resultados no se anunciarían hasta el 28 de ese mismo mes, dado que era preciso reunir el voto de los funcionarios del imperio, repartidos por todo el mundo. Los comicios respaldaron de modo muy contundente a Lloyd George, al que se conocía popularmente como «el hombre que ganó la guerra», y a su coalición, pero en términos numéricos sería Bonar Law quien se llevara la palma en el parlamento. La plataforma unionista consiguió 335 escaños en el nuevo parlamento, la alianza liberal 133, y la laborista 10 (lo que significa que las formaciones coaligadas obtuvieron 478 asientos de un total de 707). Frente a la coalición unionista, los votantes colocaron a 73 parlamentarios del Sinn Féin, a 63 laboristas, a 28 liberales partidarios de Asquith (aunque el ex ministro perdió el escaño por el que competía en el Fife Oriental), a 25

unionistas irlandeses, a 23 conservadores no integrados en ninguna coalición, y a 7 nacionalistas irlandeses. El voto popular había confiado 3,5 millones de papeletas a la coalición unionista, 1,46 millones a la coalición liberal, 2,38 a los laboristas, 1,29 millones a los liberales de Asquith, y 487 000 al Sinn Féin. Los electos de este último partido se negaron a ocupar sus escaños en Westminster, y crearon una asamblea alternativa propia en Dublín, a la que dieron el nombre de Dáil Éireann[13]. Exigían la independencia, y al mismo tiempo el Ejército Republicano Irlandés inició una campaña de acciones violentas contra la policía y el gobierno británicos.

Debido en parte al respaldo del Vale, Churchill volvió a ganar en su circunscripción de Dundee, con una mayoría absoluta de 15 365 votos. Estaba a punto de crearse el Ministerio del Aire, así que al día siguiente de las elecciones, Lloyd George le dio a elegir entre el Almirantazgo y la doble cartera de la Guerra y el Aire. Churchill solicitó una combinación distinta —formada por el Almirantazgo y el departamento aéreo—, aduciendo que, «si bien los aviones no lograrán nunca sustituir a los ejércitos, es evidente que acabarán por reemplazar a muchos tipos de barcos de guerra»[14]. Sin embargo, el 10 de enero de 1919, para el casi universal disgusto de la prensa, Churchill tomaba posesión de su nuevo cargo de ministro de la Guerra y del Aire. «El carácter determina el destino, —salmodia el *Morning Post*—; hay una suerte de trágico defecto en el señor Churchill que le impulsa indefectiblemente a tomar el camino equivocado»[15].

Para desmovilizar al ejército, integrado por 2,5 millones de hombres, Churchill tuvo que enfrentarse a enormes problemas. Su principal labor consistía en conseguir que el máximo número de efectivos regresara lo más rápidamente posible a sus hogares y a sus puestos de trabajo, pero también tenía que encontrar el número de soldados necesario tanto para poner orden en las zonas ocupadas de Alemania, Constantinopla, los Dardanelos, Palestina e Irak, como para reforzar al pequeño contingente enviado en 1918 a Rusia con el fin de ayudar a los rusos blancos a combatir a los bolcheviques. Convenció al consejo de ministros de que debía dejar de considerar que el criterio prioritario para licenciar a las tropas fuera la satisfacción de las necesidades industriales y que optara en cambio por

basar el adelgazamiento del ejército en cuestiones relacionadas con la gravedad de las heridas recibidas, la edad y el tiempo de servicio. La mayor justicia de este planteamiento, centrado en la idea de «dejar salir primero a los que primero entraron», obligó a los últimos reclutas a prolongar su estancia en los cuarteles hasta el mes de abril de 1920, pero permitió la inmediata desmovilización de los veteranos de guerra. «Licencien a tres de cada cuatro» hombres, dirá él mismo en marzo de 1919 para resumir el espíritu de la medida, «y doblen la paga al cuarto»[16].

El sistema funcionó correctamente, pese a que se produjeran algunos desórdenes desagradables, como el ocurrido en julio a raíz del incendio deliberado del ayuntamiento de Luton, provocado por un grupo de antiguos soldados que protestaban así por su situación de desempleo. En meses anteriores ya había estallado en Glasgow una huelga general, y para sofocarla se había procedido al encarcelamiento de sus cabecillas. En agosto, al significarle Churchill a los miembros del gabinete que, «en términos militares, nos encontramos en buena posición para combatir a la Triple Alianza», a lo que se estaba refiriendo no era a un coaligado trío de potencias extranjeras enemigas de Gran Bretaña, sino a las fuerzas conjuntas de los sindicatos mineros, ferroviarios y portuarios. Churchill admitirá ante Riddell que, «en muchas ocasiones se me ensombrece el ánimo y me muestro abstraído cuando reflexiono sobre lo que ocurre» a mi alrededor, pero en política «las cosas no funcionan si se exhibe ese semblante. Estamos en una era sonriente. En épocas pasadas se acostumbraba a representar a los hombres de estado con rostro solemne y porte majestuoso […]. Hoy la moda exige la sonrisa»[17]. También le confiesa a Riddell que, «en general, he tenido una existencia feliz», aunque «no me ha quedado más remedio que esforzarme y luchar sin descanso».

En 1919, pocos meses antes de que se instituyera la ley seca en Estados Unidos, se realizó en Londres una gran revista militar. El comandante de las Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses, el general John Pershing, examinó las tropas en compañía del rey de Inglaterra, seguidos a corta distancia por Churchill y George C. Marshall, el ayudante de campo de Pershing. En la formación inspeccionada había tres mil soldados estadounidenses, todos ellos de estatura superior al metro ochenta y dos, y

cargados con toda clase de medallas. Marshall hizo un buen número de observaciones a Churchill mientras recorrían las filas de tropa, pero sin obtener ninguna respuesta. Al final, tras rodear la retaguardia y regresar por el flanco de la columna hasta las hileras del frente, Churchill le dijo: «¡Qué magnífica formación! ¡Y tan valientes que ninguno de ellos piensa ya volver a echar un trago…!»[18].

Las aplicaciones militares de las fuerzas aéreas habían venido fascinando a Churchill desde el año 1909. Durante su estancia al frente del Ministerio del Aire, *sir* Hugh Trenchard, otro de los paladines con cuya amistad se honraba, se encargaría de alimentar esa pasión. En 1919, hallándose Trenchard al borde de la muerte, víctima de la gran epidemia de gripe iniciada en enero de 1918, Churchill se negó repetidamente a aceptar sus ofertas de dimisión, explicándole siempre que deseaba ardientemente poder trabajar con él en cuanto recobrara la salud. Ese mismo año de 1919, Trenchard convenció a Churchill de que existía la posibilidad de controlar desde el aire la región de Mesopotamia (el actual Irak), lo que dejaría las manos libres a varias divisiones del ejército y permitiría ahorrar cuarenta millones de libras al año. Churchill defendería con toda firmeza a Trenchard en las feroces luchas intestinas surgidas a raíz de una propuesta de recorte de gastos que planteaba disolver la Real Fuerza Aérea británica —fundada apenas unos meses antes, en abril de 1918— y sustituirla por un cuerpo surgido de la fusión del Real Cuerpo Aéreo y el Real Servicio Aéreo Naval. En uno de los bandos opuestos militaban *sir* Henry Wilson, que ahora pertenecía al Estado Mayor Imperial General de la Oficina de Guerra, y el almirante Beatty, por entonces primer lord del Mar en el Almirantazgo, ambos enfrentados a Trenchard, jefe del Estado Mayor del Aire del recién creado Ministerio de Aviación[19]. Churchill denunció ese intento de desmantelamiento diciendo que se trataba de «la más dañina agitación interdepartamental» conocida[20]. «No hay forma de llegar a un arreglo…, —declaró—. Debemos crear un servicio aéreo de verdad, no necesariamente amplio, pero sí muy eficiente.»[21] Si la Real Fuerza Aérea británica consiguió sobrevivir como tal unidad independiente fue debido en

gran medida a la tenacidad de Churchill[22]. En lo que un historiador ha calificado como «la mayor pelea interministerial del siglo», el criterio de Churchill se reveló acertado[23]. Si es justo reconocer en Trenchard «al padre de la Real Fuerza Aérea británica», debemos añadir que Churchill fue cuando menos su padrino, puesto que impidió que sus dos hermanas mayores, celosas y más antiguas que ella, asfixiaran a la recién nacida organización.

El 10 de enero de 1919, al asumir su puesto en la Oficina de Guerra, Churchill se encontró con que su predecesor, lord Milner, había tomado ya la decisión de dejar durante algún tiempo en Rusia al contingente británico destacado en ese país. En Múrmansk y Arcángel permanecían acantonados treinta mil soldados aliados, la mitad de ellos ingleses, a las órdenes del general William Edmund Ironside. Su misión se centraba, entre otras cosas, en la custodia de seiscientas mil toneladas de municiones. La Marina Real mantenía bloqueados los pasos del Báltico y el Mar Negro. En el sur, las fuerzas británicas se hicieron con el control de la vía férrea que unía Bakú con Batumi, y en Persia (el actual Irán) y Salónica, la presencia de otros contingentes ingleses mantenía al ejército en posición de penetrar en Rusia en caso de que se le ordenara respaldar la intervención británica en la guerra civil rusa. El ejecutivo británico había reconocido oficialmente al Gobierno Provisional Panruso, que luchaba contra los bolcheviques desde la ciudad siberiana de Omsk y estaba liderado por el almirante Aleksandr Kolchak. Los británicos también estaban suministrando pertrechos al general Antón Denikin, comandante del Ejército de Voluntarios del Movimiento Blanco. Pese a que Lloyd George no quería que Gran Bretaña se enzarzara de forma directa en una guerra abierta contra los bolcheviques, ya que se daba perfecta cuenta de que resultaría muy impopular, sobre todo en las filas de la izquierda, la Junta de Guerra —que no había sido disuelta— se mostraba contraria a abandonar a su suerte a los rusos blancos. «Winston se opone tajantemente al bolchevismo, —anota Wilson en su diario el 15 de enero—, y por tanto se enfrenta, al menos en esto, a Lloyd George»[24]. El 24 de enero, al sugerir Lloyd George que se invitara a los rusos a las conferencias que debían celebrarse en la isla turca de Príncipe, Churchill señala con

intención irónica: «Reconocer a los bolcheviques sería tanto como legalizar la sodomía»[25].

En el seno de la Junta de Guerra, Milner, Balfour, Curzon y Wilson apoyaban la posición antibolchevique de Churchill —aunque en distintos grados y diferentes épocas—, mientras que fuera del consejo de ministros contaba con el respaldo de algunos parlamentarios conservadores como el coronel Claude Lowther, el teniente coronel Walter Guinness y el general de brigada Henry Page Croft[26]. Frente a él tenía a Lloyd George, a Austen Chamberlain y a otros altos cargos del gabinete, que no solo consideraban que Gran Bretaña no podía inclinar la balanza en ningún sentido en la guerra civil rusa, sino que no querían verse arrastrados a una nueva contienda tan poco tiempo después de finalizada la anterior.

A mediados de febrero, Churchill partió a París para tratar de convencer personalmente al presidente Woodrow Wilson de que si se ponía fin al respaldo que se estaba prestando al Movimiento Blanco, Occidente podría encontrarse frente a «un interminable horizonte de violencia y miseria», pero sus intentos se revelaron vanos[27]. A Churchill no le había hecho ninguna gracia que Wilson hubiera mantenido a Estados Unidos tanto tiempo al margen de la Gran Guerra, ya que había esperado a que se cumplieran casi dos años del hundimiento del Lusitania para decidirse. Además, estaba convencido de que la altanería con la que el presidente estadounidense había tratado a los miembros del Partido Republicano en 1919 no era la mejor forma de crear el necesario clima de consenso que debía reinar en Washington si el país quería sumarse al organismo internacional contemplado en el inminente Tratado de Versalles: la Sociedad de Naciones. Por consiguiente, en *La crisis mundial*, Churchill valorará de forma más bien severa a Woodrow Wilson. «El espacioso marco filantrópico que ha venido a extender sobre Europa como un cálido manto, ha terminado deteniéndose abruptamente en las costas de su propio país, —escribe—. Ha fijado sus miras, con idéntica intención sincera, en el destino de la humanidad y en la suerte de los candidatos de su partido. En la esfera internacional promueve un reino de paz y buena voluntad entre todas las naciones, pero no está dispuesto a entenderse en nada con el Partido Republicano de su propia tierra. Ese era su programa, y ahí residió su ruina

—y la de muchas otras cosas—. Es difícil que un hombre alcance grandes metas si trata de combinar una centelleante movilización benéfica capaz de abrazar la totalidad del globo con los mucho más aguzados perfiles de una lucha partidaria y populista.»[28]

Sea como fuere, lo que no consiguió la actitud de los estadounidenses al negarse a respaldar a Gran Bretaña en Rusia fue disuadir a Churchill. «Podemos materializar la ayuda que estamos dispuestos a ofrecer a los ejércitos rusos que hoy libran duros combates contra las pestilentes y grotescas bufonadas del simiesco bolchevismo por medio de la entrega de armas, municiones, equipos y servicios técnicos», dirá en febrero en los salones del ayuntamiento de Londres[29]. Los extravagantes excesos lingüísticos en que incurre Churchill al dar rienda suelta a su anticomunismo no contribuirán sino a socavar las muy exactas predicciones que estaba llamado a efectuar respecto al inmenso número de rusos muertos a manos de los bolcheviques —y por eso dejarán de atender a la sustancia de su argumentación todos aquellos que entiendan que el eje de su mensaje se condensa en frases como esa de las «pestilentes y grotescas bufonadas del simiesco bolchevismo»—. Churchill estaba en lo cierto al hablar de los horrores del comunismo, que en último análisis acabó provocando la muerte de unos cien millones de personas a lo largo del siglo XX, incluyendo las perpetradas en la China del presidente Mao. Sin embargo, entre los años 1919 y 1922 —un período en el que los compañeros de viaje del experimento comunista voceaban a diestro y siniestro sus atractivos—, serían muy pocos los ciudadanos dispuestos a escuchar sus vaticinios. Sin embargo, el simple hecho de perseverar en la denuncia de esa incómoda verdad sobre la ideología bolchevique, tan letalmente totalitaria, contribuiría a preparar adecuadamente a Churchill para los acontecimientos de la década de 1930, un período en el que se enfrentará con igual vehemencia a ese credo clónico del bolchevismo que fue el nazismo.

En marzo, la campaña común del Partido Laborista y los sindicatos, centrada en el eslogan «Sacad las manos de Rusia», unida al vago malestar que reinaba en el seno del ejército, contrario a la intervención, obligó al ministro de Hacienda, Austen Chamberlain, a defender la consecución de un acuerdo con los bolcheviques a fin de que las tropas británicas hallaran

ocasión de evacuar sin riesgos el norte de Rusia. Esto constituía un anatema para Winston Churchill, que deseaba todo lo contrario: que el gobierno británico enviara a un conjunto de suboficiales y contribuyera de ese modo a entrenar a los ejércitos de Denikin. Al mes siguiente, Churchill cargará nuevamente contra el bolchevismo, calificándolo de «fétida mezcla de crimen y animalidad»[30]. Entre enero de 1920 y julio de 1927, Churchill tachará a los bolcheviques de «enemigos confesos de la civilización» y de «cocodrilos de cerebro criminal», y hablará de «una Rusia infecta, una Rusia apestada», de «los tiranos cubiertos de sangre de Moscú», de «una montaña de vergüenza y degradación», de los «sucios carniceros de Moscú», de los «conspiradores cosmopolitas de los bajos fondos», de «los oscuros conjurados del Kremlin» y de otras muchas lindezas por el estilo[31]. Todos estos calificativos acabarían por echársele en cara al pactar una alianza con Rusia, en junio de 1941, pero no se retractó ni retiró una sola sílaba de lo afirmado[32]. Como él mismo explicaría para dejar las cosas claras, el simple hecho de necesitar la ayuda de Rusia para derrotar a un enemigo más próximo e inmediato no había menguado en modo alguno el odio que le inspiraba el comunismo.

Tan arraigadas estaban sus convicciones anticomunistas, que en junio de 1919 Churchill no dudaría en poner en grave riesgo su carrera al enviar tropas de apoyo a una legión checa que combatía en Siberia, pese a que el consejo de ministros hubiera desechado previamente la idea[33]. Al saber que el Ejército de Voluntarios del Movimiento Blanco se encontraba a menos de seiscientos cincuenta kilómetros de Moscú, Churchill creyó que el éxito lograría justificar su decisión. «El bolchevismo no es una política, es una enfermedad, —dirá en un discurso pronunciado el 29 de mayo—. No es un credo, sino una peste. Tiene todas las características de la peste. Se declara de una forma extremadamente brusca; es violentamente contagioso; provoca una agitación frenética en las personas; se propaga con extraordinaria rapidez; y es causa de una terrible mortandad.»[34] Sin embargo, a partir de mediados de junio, el ejército del almirante Kolchak empezó a sufrir una larga serie de derrotas en el centro de Rusia. Pero Churchill, impertérrito, comenzó a señalar en cambio los pequeños éxitos que Denikin estaba consiguiendo en el sur del país.

El 27 de junio, Churchill y Henry Wilson instaron al gabinete a permitir que el general Ironside hiciera uso de las tropas a su disposición —compuestas por 13 000 británicos y 22 000 guardias blancos— para atacar a los 33 700 bolcheviques que se encontraban en Kotlas, en la Rusia septentrional, dado que, según afirmaba Churchill, el propio Ironside estaba persuadido de que «no habrá forma de abandonar el país […], y si damos ahora media vuelta y nos largamos, nuestra reputación sufrirá un golpe del que no logrará recuperarse»[35]. Se trataba del mismo argumento, basado en el prestigio, que ya utilizara para insistir en el ataque sobre Galípoli. También en esta ocasión incurrirá Churchill en un error parecido al subestimar el potencial de combate del enemigo, razón que le llevará a asegurarle a la Junta de Guerra que «la experiencia acumulada coincide en mostrar que los bolcheviques jamás han conseguido reunir el valor que requiere ofrecer una resistencia prolongada». Al final, el estallido de un motín en las filas de Ironside puso fin al plan de Kotlas.

Pese a que Churchill se encontrara abrumado de trabajo al tener que ocuparse de los asuntos de dos ministerios —«Tu objetivo es ser un estadista, —le advierte Clementine—, no un malabarista»—, lo cierto es que no recibía dos sueldos. El matrimonio se vio tan acuciado por la necesidad económica que tuvo que vender la Mansión Lullenden a *sir* Ian Hamilton y su esposa[36]. En marzo de 1919, Isabelle, su encantadora yaya escocesa, falleció a causa de la epidemia de gripe. «Solía charlar horas y horas, a pleno pulmón y a toda velocidad; con un vozarrón tan tremendo que parecía un cántico», le dirá la desconsolada Clementine a su marido. Ella misma se contagió de la gripe, y tuvo accesos de fiebre de 39 grados[37].

El 13 de abril de 1919, el general de brigada Reginald Dyer dio orden de abrir fuego sobre los participantes de una manifestación política ilegal que estaba teniendo lugar en la localidad india de Amritsar, en el Punyab, provocando la muerte de 379 indios e hiriendo a más de 1000. Tras denunciar las autoridades británicas la acción de Dyer, someterle a la disciplina militar y obligarle a retirarse, el 8 de julio de 1920 se reunía el

parlamento para estudiar las sanciones impuestas al ex general. Edwin Montagu, secretario de estado para la India, y Churchill, que hablaba en nombre del ejército, justificaron el trato dispensado a Dyer ante la irritada y excitable derecha conservadora que encabezaba *sir* Edward Carson, cuyo grupo político estaba convencido de que se había convertido al militar en un chivo expiatorio, y que sostenía que, si bien Dyer había recurrido a una medida despiadada, su conducta resultaba defendible, dado que su intención había sido evitar el estallido de una revolución en el Punyab. Los parlamentarios carentes de cartera, apoyados por Carson, lanzaron a Montagu, que era judío, una serie de dardos antisemitas. Churchill acudió en su ayuda. Midiendo cuidadosamente sus palabras, Winston consiguió probar que, en la masacre, Dyer no había utilizado la mínima fuerza necesaria. «En Amritsar, la multitud no esgrimía armas ni se disponía a atacar, —puntualizó—. Se trata de dos comprobaciones muy sencillas que no parece excesivo esperar que apliquen los oficiales que puedan verse en ese tipo de circunstancias difíciles.» A continuación dijo que Dyer había caído en el «terrorismo» y el «horror, —y añadió—: Debemos dejar meridianamente claro, sea como sea, que este no es un proceder propio de los británicos»**[38]**. Aseguró que la Matanza de Amritsar había constituido «un episodio que, a mi juicio, carece de todo precedente o paralelismo en la historia moderna del imperio británico. Se trata de un acontecimiento que pertenece a un orden de cosas totalmente distinto al de cualquiera de los trágicos sucesos que se producen cuando las tropas terminan por colisionar con la población civil. Es un caso extraordinario, una circunstancia monstruosa, un hecho aislado que sin embargo destaca de manera siniestra debido a su propia singularidad»**[39]**. Al intentar Page Croft excusar las acciones de Dyer sobre la base de que también había habido «horrores en el otro bando, —y en todas las regiones del Punyab, Churchill le replica—: No podemos admitir esa doctrina en ninguna de sus formas. El horror no es un remedio que conozca la farmacopea británica»**[40]**.

Los detractores de Churchill se han valido de unas actas ministeriales de la Oficina de Guerra fechadas el 12 de mayo de 1919, y redactadas por iniciativa suya, para sugerir que el ministro del Aire sí pensaba *de facto* que el horror fuese una medida aceptable —y una vez más, los censores

fundamentan la crítica en la selección interesada de una cita parcial—. «No entiendo a qué vienen todos esos remilgos por el uso del gas, —escribe en relación con las medidas que había aplicado el gobierno británico en Irak—. En la Conferencia de Paz adoptamos resueltamente una posición y unos argumentos favorables a la idea de que el uso del gas debía conservarse y convertirse en un método permanente de librar las guerras.»[41] Sin embargo, el resto del documento, que muy a menudo se pasa por alto, deja claro que Churchill se está refiriendo al gas lacrimógeno, no al gas cloro ni a otros vapores tóxicos. «Es pura afectación admitir que se lacere a un hombre con los emponzoñados fragmentos que produce un obús al estallar y quedarse en cambio boquiabierto ante la perspectiva de hacer que le lloren los ojos por medio de un gas lacrimógeno, —señala Churchill—. Soy un ferviente partidario del empleo de gases venenosos contra las tribus incivilizadas. El efecto moral debería revelarse extremadamente potente, lo que permitiría reducir al mínimo la pérdida de vidas. Y no es necesario emplear únicamente los gases más letales, ya que se puede recurrir a aquellos que son capaces de provocar grandes molestias y de generar por ello una viva sensación de terror, sin dejar en cambio ningún efecto serio de carácter permanente en la mayoría de los afectados.»

En la primera mitad de 1919, al hallarse Lloyd George en París, capital a la que había acudido para intervenir en la Conferencia de Paz de Versalles, Bonar Law tuvo que presidir muchas de las reuniones del consejo de ministros. A Bonar Law le disgustaba la locuacidad de Churchill, así como sus habituales dislocaciones lingüísticas, de modo que el 14 de mayo no pudo seguir reteniéndose y dijo, «del modo más cortante, que mientras él ocupara la presidencia no estaba dispuesto a permitir el tipo de peroratas que Churchill tenía costumbre de hacer, y que si al interpelado en cuestión no le agradaba el sistema así instituido era libre de marcharse»[42]. Una persona recordaría más tarde el incidente: Lawrence Burgis, el estenógrafo de la Oficina del gabinete, que fue la única persona, aparte de Churchill y de Smuts, que estuvo presente tanto en los consejos de ministros celebrados en la primera guerra mundial como en los convocados durante la segunda.

«La única vez que vi perder los estribos a Bonar Law fue en la época en que, estando al frente del gabinete, Winston se permitía hacer observaciones escandalosas: era algo que [Bonar Law] no soportaba, y se salía de sus casillas, —recuerda Burgis—. Pero es que, en esos días, Winston podía mostrarse sumamente irritante, y de hecho su taquígrafo [de la Oficina de Guerra] […] acabó exasperándose a tal punto con él que le lanzó el cuaderno de notas a la cara. Ni que decir tiene que fue despedido de forma fulminante.»[43]

El 28 de junio de 1919 se firmaba el Tratado de Versalles. Churchill consideró lamentables las durísimas condiciones económicas y financieras que el pacto imponía a Alemania —por insistencia de Clemenceau—, pero su posición gubernamental no era lo suficientemente sólida como para poder intervenir de ningún modo. Andando el tiempo señalará que las cláusulas del acuerdo eran «malvadas y estúpidas, y esto en una medida tan acusada que resultaban evidentemente inútiles». También resumirá el proceso del tratado diciendo que había sido «un triste caso de idiocia múltiple»[44]. Por su parte, él se había mostrado favorable a otra actitud, consistente en dispensar un trato más humano a Alemania, y había advertido de las «graves consecuencias futuras» que podían derivarse de una eventual alianza entre rusos y alemanes[45].

Durante la Gran Guerra Churchill había realizado un buen número de horas de vuelo, así que, tras la firma del armisticio, había reanudado sus lecciones de pilotaje. Las clases llegarían a su fin el 18 de julio de 1919, tras acumular otro año de experiencia a los mandos de un avión. Ese día despegó del aeródromo de Croydon en compañía de su instructor, el coronel A. J. L. Scott, alias «Jack», alcanzó los 27 metros de altura, perdió sustentación lateral, entró en pérdida y se estrelló. Scott cortó el motor segundos antes de que el aparato impactara contra el suelo, evitando así una explosión y salvando probablemente su vida y la de Churchill[46]. Este se alejó del avión magullado y con un rasguño en la frente, pero Scott se rompió la pierna. Pese al accidente, esa tarde Churchill se sentó a la cabecera de la mesa en la cena que se daba en los Comunes en honor del general Pershing. Poco después, Spears le escribía una nota en la que le decía: «Sabes que la nación no puede prescindir de ti; no hay nadie que

pueda darte una orden, pero estoy seguro de que tú mismo comprendes que no tienes obligación de correr ese tipo de riesgos innecesarios»[47]. Trenchard le hizo ver que un ministro que compartía sus puntos de vista sobre la Real Fuerza Aérea le resultaba muchísimo más útil vivo que muerto[48]. Al final, Churchill se plegó a las sensatas recomendaciones de sus familiares y colegas, de modo que abandonó definitivamente su afición a volar, aunque en la segunda guerra mundial disfrutaría de cuando en cuando tomando el control de los aviones.

De acuerdo con las actas del gabinete, al tener noticia de las exigencias de Lloyd George, que quería que se procediera a la evacuación de todas las fuerzas británicas acantonadas en Rusia, Churchill declararía que «todo el episodio había sido una experiencia extremadamente penosa, —a lo que añadiría—, por recordar la historia, que el asunto le había traído a la memoria las operaciones británicas de Tolón y la circunstancia de que dejáramos a los catalanes en la estacada»[49]. Estas referencias al hecho de que la Marina Real saliera de Tolón en 1793, y al chapucero intento con el que Gran Bretaña había intentado abrir un segundo frente contrario a Napoleón en el este de España en 1813, son ejemplos característicos del constante uso que hace Churchill del pasado para entender el presente —y eventualmente influir en él (o eso esperaba)—. Sin embargo, lo significativo en este caso es que ambos empeños se hubieran saldado con un fracaso. En septiembre, la disputa con Lloyd George llegó a su punto culminante. «Estoy francamente desesperado», le dice en una carta el primer ministro. Lloyd George acusaba a Churchill, con razón, de estar confundiendo al gabinete en relación con la expedición de Kotlas. «Difícilmente podría considerársela una retirada concebida para encubrir el repliegue de las tropas de Ironside, —le explica—. Su propósito radicaba en abrir una vía que nos permitiera unir fuerzas con Kolchak.» El primer ministro le señalaba asimismo que Gran Bretaña no podía permitirse los cien o ciento cincuenta millones de libras esterlinas que ya había costado la intervención, y le preguntaba: «No sé si servirá de algo que yo haga ahora un último esfuerzo para animarte a dejar esa obsesión a un lado, una obsesión, si me permites decírtelo, que te está sacando de quicio […], y si sabes que no hallarás en todo el país a una sola persona responsable

dispuesta a aceptar tus puntos de vista, ¿por qué desperdiciar tus energías y tu utilísima valía en esta vana inquietud que te paraliza enteramente y te imposibilita emprender cualquier otra tarea?»[50].

Tres días más tarde, Churchill le responderá por extenso. Empieza diciéndole que juzga «muy poco amables, y también injustas, según creo, las sugerencias que avanzas en tu carta»[51]. Le expone a continuación una lista completa de los demás compromisos que también estaban suponiendo el desembolso de sumas enormes, e insiste en que deben añadirse precisamente a los de la desmovilización —que él califica de necesaria «para lograr que un ejército pase del amotinamiento a la conformidad»—. Señala asimismo que al tomar posesión de su cargo en la Oficina de Guerra, su predecesor, lord Milner ya había enviado tropas a Arcángel, y a la armada al Báltico: «Desde luego, yo no les habría ordenado dirigirse allí». Sostiene, de forma un tanto insincera, que las únicas operaciones que él había propuesto habían sido las recomendadas por el Estado Mayor, que las había estimado «esenciales para una retirada segura de las tropas», y «no me parece justo presentar las operaciones que así solicitaron los hombres de armas que tú mismo escogiste en su momento como si se tratara de un puñado de ciruelas confitadas que se me ofrecen con el solo ánimo de complacerme»[52]. «Yo podría librarme de mi "obsesión", —prosigue Churchill—, o desembarazarte tú de mí: pero no te podrás desentender así de Rusia ni de las consecuencias de una política que desde hace casi un año viene siendo imposible definir […]. No puedo evitar verme abrumado por el más espantoso y omnipresente sentimiento de responsabilidad. ¿Es esto un error? Qué fácil me resultaría encogerme de hombros y decir que son cosas que le incumben al gabinete, o a la Conferencia de París. Pero no puedo hacerlo». En una referencia a las numerosas y prolijas cartas que intercambia con Lloyd George sobre esta cuestión, añade: «Y es indudable que no me equivoco al escribirle con fervorosa sinceridad a mi jefe, al más antiguo amigo que tengo en la política, para hacerle saber que las cosas no van bien y que no se van a arreglar por este camino. Es evidente que tenía la obligación de comportarme como lo estoy haciendo»[53].

Al día siguiente, Churchill presentó un memorando al gabinete titulado «Final Contribution to General Denikin» en el que argumenta que, habida

cuenta de que la mayor parte de los teóricos catorce millones de libras esterlinas en suministros militares que él mismo había propuesto enviar a Rusia valían en realidad solo 2,5 millones de libras —dado que se trataba de «excedentes militares, es decir, de los materiales que sobran una vez se han cubierto las necesidades objetivas del ejército británico, que además no pueden ser puestos en el mercado»—, la contribución debía hacerse en atención a razones de naturaleza castrense, sobre todo porque el gesto constituía además una buena inversión. Si se iba haciendo donación de esos elementos en un plazo de tiempo dado, el gobierno británico quedaría en situación de «orientar al [general Denikin] en una dirección no reaccionaria»[54]. (Los rusos blancos estaban perpetrando pogromos antisemitas con la misma frecuencia que los rojos, y lo que Churchill trataba de conseguir era que el envío de la ayuda militar dependiera de que Denikin se comprometiera a «impedir por todos los medios posibles el maltrato de la población judía inocente».)[55]

Ese mismo día, en un debate con H. A. L. Fisher, ministro de Educación e historiador, Lloyd George dirá de Churchill: «Es como ese abogado al que un bufete contrata no porque sea el mejor profesional del ramo, sino porque resultaría peligroso tenerle enfrente»[56]. En el transcurso del mes de octubre, Churchill dio muestras de un absurdo exceso de optimismo respecto a la cuestión rusa, y efectuó declaraciones a la prensa en las que decía que las fuerzas del Movimiento Blanco iban «a salir victoriosas y a reconstruir muy pronto la nación rusa». Y por si fuera poco, también dará en emplear el pasado al referirse al gobierno soviético[57]. No obstante, el 29 de octubre de 1919, las últimas tropas británicas abandonaban las plazas de Arcángel y Múrmansk.

Churchill siguió pronunciando discursos incendiarios sobre el comunismo. En un debate celebrado el 5 de noviembre en la Cámara de los Comunes sostendrá, por ejemplo, que «en Rusia se llama reaccionario a un hombre si se opone a que le roben sus propiedades y a que asesinen a su esposa y a sus hijos»[58]. Quince días más tarde, al recordar que en 1917 los alemanes habían permitido a Lenin cruzar Alemania para llegar a San Petersburgo, dirá que había sido «lo mismo que enviar una ampolla llena de un cultivo de fiebres tifoideas o cólera destinado a ser vertido en los

depósitos de abastecimiento de agua de una gran ciudad, y desde luego la estratagema ha funcionado con una precisión asombrosa»[59]. Diez años después, todavía seguía hablando de Lenin con una ferocidad no menos intensa:

> ¡Un vengador implacable, surgido de una gélida compasión y envuelto en tegumentos de hombre tranquilo y sensato, de práctica jovialidad! Su arma, la lógica; su humor, oportunista. Sus simpatías, dilatadas y frías como el Océano Ártico; sus odios, severos como el nudo del ahorcado. Su propósito, salvar el mundo; su método, dinamitarlo. Principios absolutos, pero animadamente dispuesto a cambiarlos […], buen marido; amable invitado…; y feliz, nos aseguran sus biógrafos, capaz de lavar los platos o de mecer en sus rodillas al bebé; tan alegremente dispuesto a acechar con sigilo a un urogallo como a arrancarle las tripas a un emperador[60].[61]

No es que Churchill se dirigiera con aires de superioridad a sus lectores, sino más bien que esperaba que conociesen (o se tomaran la molestia de descubrir) el significado de «tegumento» —sinónimo de cascarilla o corteza (y figuradamente «embozo» o «disfraz»)— y que supiesen que «*capercailzie*» (la voz que emplea el original y que es versión escocesa del término inglés «*capercaillie*») es una suerte de gran lagópodo que habita en los bosques.

El Ejército Rojo, capitaneado por León Trotski, siguió forzando, lenta pero implacablemente, el repliegue de la Guardia Blanca. En marzo de 1920, Crimea era ya la única porción de suelo ruso que controlaba Denikin. «Y así termina, con otro desastre *de facto*, la nueva intentona militar de Winston, —apunta Henry Wilson en su diario—: Amberes, los Dardanelos, Denikin…»[62]. La ayuda prestada a los rusos blancos había obligado a Gran Bretaña a asumir un coste de 100 millones de libras (aproximadamente 4100 millones de las actuales). Pero Churchill no se arrepentía de nada. El 24 de marzo le decía a Lloyd George: «Desde el armisticio, he seguido la política de “Paz con el pueblo alemán, y guerra a la tiranía bolchevique”. Ya lo hayas querido o se te haya revelado inevitable, tú has transitado por una senda prácticamente opuesta»[63]. Churchill no fue nunca un subordinado fácil de llevar. En noviembre, tres semanas antes de su cuadragésimo sexto cumpleaños, Winston alcanzaba la edad a la que había fallecido su padre. En el año 1930, en *Mi juventud*,

llegará a admitir que había terminado por ver la figura de lord Randolph «a una luz un tanto diferente a la que le iluminaba cuando escribí su biografía […]. Hoy entiendo con meridiana y dolorosa claridad la fatal naturaleza de su gesto de dimisión»[64]. No estaba dispuesto a cometer el mismo error, pero el destemplado lenguaje que empleaba en ocasiones al referirse al primer ministro bien podría haber dejado la decisión en otras manos.

El 19 de diciembre, lord French estuvo a punto de perecer asesinado a manos del IRA, en una emboscada concebida por Michael Collins, comandante de esa organización. Se alcanzaba de ese modo el punto culminante de una campaña que había durado todo un año y que había estado marcada por la perpetración de 67 atentados en los que habían muerto 18 personas. Bajo la presidencia de *sir* Henry Wilson, los miembros del Other Club enviaron un telegrama a French en el que le expresaban la «sentida alegría de saber que ha escapado providencialmente» al ataque[65]. Tres días después, el Proyecto de ley para el Gobierno de Irlanda proponía la partición de la isla en 26 condados meridionales, de población fundamentalmente católica, cuya gobernación correspondería a Dublín, y los 6 septentrionales del Úlster, de confesión básicamente protestante, dirigidos desde Belfast. Era la solución más obvia a la sectaria división que venía imperando en la isla de Irlanda desde el siglo XVII. En el sur, el IRA había recurrido a la violencia para independizar de la corona británica al conjunto del territorio irlandés, apoyado por la vanguardia de su rama política, el Sinn Féin («Nosotros Mismos» en gaélico).

Mientras se debatía el Proyecto de ley para el Gobierno de Irlanda, Churchill se propuso aplastar la rebelión del sur valiéndose de dos fuerzas paramilitares. La primera de ellas era la Gendarmería de Emergencias Especiales, mayoritariamente integrada por mil quinientos ex soldados adscritos a una unidad de la Real Policía Irlandesa. A los miembros de ese tercio se les conocía por el apodo de «Negros y Caquis» debido a las guerreras oscuras que vestían, a sus cinturones negros y a sus pantalones pardos, procedentes de los excedentes militares. El segundo contingente paramilitar era el formado por la División Auxiliar de la Real Policía

Irlandesa, a cuyos números se daba el nombre de «Auxis». Churchill comparaba a estas dos medias brigadas con las unidades de los departamentos de policía de Nueva York y Chicago que se encargaban de luchar contra los gánsteres, y dedicó varios escritos a «sus sistemas de información, a sus individuos destacados y a su comportamiento en la guerra». Churchill defendía que se les enviara a «fulminar en la oscuridad a quienes golpean desde las tinieblas», es decir, apoyaba la idea de combatir al terror con el terror[66]. Sin embargo, ambos grupos eran tan violentos y tan indisciplinados que acabaron causando un efecto totalmente contrario al pretendido.

Se ha acusado a Churchill de intentar utilizar aviones para bombardear a pacíficos grupos de manifestantes irlandeses. Una vez más, esto es consecuencia de la cita incompleta de lo que efectivamente dice en una carta a Trenchard fechada el 1 de julio de 1920, en la que deja claro que, lejos de proponerse atacar a los integrantes de inocentes marchas de protesta, lo que en realidad persigue es lanzarse sobre miembros del IRA reunidos en actos de entrenamiento destinados a la comisión de atentados. «Supón que recibimos informaciones que nos indican que los integrantes del Sinn Féin tiene costumbre de efectuar su instrucción, y en número considerable, en un determinado punto», en tal caso, puntualiza,

> hemos de considerar que se trata de una banda de rebeldes, tanto si llevan armas como si no. Y dado que existe decididamente la posibilidad de localizarlos e identificarlos desde el aire, no veo que pueda objetarse nada, desde el punto de vista militar —aunque, por supuesto, dejando el asunto a la discreción del Gobierno Irlandés y de las autoridades que operan sobre el terreno—, al hecho de enviar aviones a la zona con órdenes específicas, adaptadas a cada caso particular, de dispersarlos mediante ametralladoras o bombas, aunque sin recurrir, obviamente, al uso de una fuerza superior a la necesaria para conseguir que se desperdiguen y se den a la fuga[67].

En diciembre de 1920, los Negros y Caquis prendieron fuego a una amplia zona de la ciudad de Cork, lo que no solo determinó que los irlandeses moderados se echaran en brazos del Sinn Féin, sino que no consiguió sofocar la rebelión que había levantado al IRA contra la corona[68]. Así definiría Churchill el dilema al que hubo de enfrentarse el gobierno británico a principios de 1921: «Aplastarlos con mano de hierro e

infatigable tenacidad o tratar de darles lo que quieren». «A eso se reducían las únicas alternativas, —escribirá algunos años más tarde—, y aunque a ninguna de ellas le faltaran ardientes partidarios, lo cierto es que, en la mayoría de los casos, la gente no estaba dispuesta a asumir ni la una ni la otra. Así era el Espectro Irlandés: ¡tan horrendo como imposible de exorcizar!»[69]. Tan pronto como comprendió sin sombra de duda que su intento de aniquilar al IRA se había saldado con un clamoroso fracaso, Churchill fue el primero en defender la idea de plantear a Irlanda del sur una amplia y generosa oferta, pese a que se opusieran al plan tanto la derecha conservadora, que pensaba que el proyecto iba demasiado lejos, como el Sinn Féin, que juzgaba que se quedaba corto.

El 8 de febrero de 1920, Churchill publicó un artículo en el *Illustrated Sunday Herald* titulado «*Zionism versus Bolshevism*». «A algunas personas les gustan los judíos y a otras no, —escribe—, pero ningún hombre juicioso puede poner en cuestión el hecho indudable de que los judíos son la raza más formidable e insigne que jamás haya hollado la tierra». En ese texto, Churchill menciona el importante número de judíos que ocupan puestos de gran responsabilidad en el movimiento bolchevique, y señala que, a su juicio, se hallan implicados en una «siniestra confederación […], en una conspiración mundial empeñada en acabar con la civilización» —lo que le lleva a darles el calificativo de «judíos terroristas»—. Poco después continúa argumentando que «la gran masa de la raza judía ha repudiado con vehemencia a los bolcheviques, —tras lo que añade el siguiente elogio—: Debemos a los judíos un sistema ético que, de hallarse enteramente separado de lo sobrenatural, sería, sin comparación posible, la más preciosa posesión del género humano, una joya cuyo valor supera al de los frutos de todos los demás saberes y conocimientos juntos. Sobre la base de ese sistema y de esa fe se ha levantado íntegramente, a partir de las ruinas del imperio romano, la civilización que hoy existe»[70].

Tiempo atrás, en noviembre de 1917, Churchill había apoyado la llamada Declaración de Balfour, en la que el entonces ministro de Exteriores se mostraba favorable a la creación de un estado nacional judío en Palestina. «Si, como bien pudiera suceder, —escribe Churchill en el artículo de 1920—, viniera a crearse en unos años, a orillas del Jordán, un

estado judío que, bajo la protección de la corona británica, pudiera albergar a tres o cuatro millones de hebreos, se habría producido en la historia del mundo un acontecimiento destinado a revelarse, no solo beneficioso desde cualquier punto de vista, sino susceptible de armonizar particularmente bien con los mejores intereses del imperio británico»[71]. En esa época había en Palestina ochenta mil judíos y seiscientos mil árabes, de manera que toda posibilidad de crear una patria judía de esas características parecía hallarse todavía muy lejos[72].

En noviembre, al descubrirse que el Sinn Féin se proponía secuestrar a Lloyd George, Churchill y otros ministros, Winston tuvo que vivir con escolta. Entre los años 1921 y 1932, el agente Walter H. Thompson se encargaría de acompañarle a todas partes, y también volvería a ocuparse de su seguridad durante la segunda guerra mundial. «Cuando me nombraron guardaespaldas personal del señor Churchill», recuerda Thompson, reiterando la opinión que también habrían de sacar en limpio otras muchas personas que tuvieron ocasión de trabajar para Churchill o en su compañía, «tuve la sensación de que sus modales eran los de un individuo brusco, desagradable, e incluso terco, o eso pensé entonces. Sin embargo, no tardé en ver bajo esa áspera fachada ni en aguardar a que el grave gesto torcido se diluyera en una juvenil sonrisa. Al poco tiempo empezó a gustarme. Y en un abrir y cerrar de ojos terminé por adorarle»[73].

Los terroristas irlandeses no eran los únicos elementos que justificaban la protección de Thompson. «¿Qué puede importar la presencia de unos cuantos Churchills o Curzons en los pasquines de noticias que cubren las farolas frente a la masacre de miles de indios en Amritsar o la represión de cientos de irlandeses en Irlanda?», clamaba el 7 de noviembre de 1920 el parlamentario comunista Cecil Malone en un abarrotado mitin que el movimiento favorable a la exigencia de «Sacar las manos de Rusia» había convocado en el Royal Albert Hall. «¿Qué son los castigos que puedan abatirse sobre esos delincuentes internacionales comparados con la miseria a que abocan a miles de hombres, mujeres y niños rusos?»[74] Al registrar la policía el piso de Malone, poco después de arrestarle, acusado de sedición,

los agentes encontraron dos tiques del guardarropa de una estación de tren con el que consiguieron incautarse de un paquete repleto de folletos con indicaciones relativas a la instrucción militar de un «Ejército Rojo» clandestino que organizar en Gran Bretaña. Además de contener lecciones destinadas a los insurrectos, a fin de que estos pudieran efectuar robos en los bancos, realizar «Ejercicios de Ametralladora» o conocer el «Uso de las Bombas» y el «Empleo de los Revólveres», también se encontró información para tomar al asalto oficinas de correos y centralitas de teléfonos, y una buena cantidad de panfletos propagandísticos sembrados de consignas como «¡Abajo nuestros enemigos: los Churchills, los capitalistas, los imperialistas y todos sus lacayos! ¡Larga vida al Ejército Rojo!»[75].

El 18 de noviembre Churchill perdió en el consejo de ministros una votación clave sobre la reanudación de las relaciones comerciales con Rusia, posibilidad a la que él se oponía con toda vehemencia. «Quedó tan indignado por la decisión que se declaró incapaz de estudiar las cuestiones del orden del día que afectaban al ejército. Estaba muy pálido, y no volvió a abrir la boca en toda la reunión», recuerda Hankey, que tuvo que hacerse cargo de uno de los asuntos contemplados en el programa del gabinete al no poder asumirlo su colega[76]. Esa misma tarde, tras incluir formalmente en las actas que a ningún miembro del gabinete se le impediría pronunciar discursos antibolcheviques, Churchill se presentó en la sociedad Oxford Union para disertar justamente en ese sentido. «La política que siempre defenderé es la que busca el derrocamiento y la laminación de ese régimen criminal», dijo ante los estudiantes, para añadir a continuación que «no siempre he sido capaz de dar a esta clara convicción la plena efectividad que me habría gustado conferirle». Después de este acto de discrepancia pública, Lloyd George empezó a pensar en transferir a Churchill al Ministerio de las Colonias. Poco después se establecían efectivamente relaciones comerciales con la Rusia soviética, lo que en realidad equivalía a reconocer *de facto* al régimen.

El 10 de agosto de 1920 se rubricaba el Tratado de Sèvres con el gobierno turco, desatándose así otra riña con Lloyd George. La región de Tracia se concedió a Grecia, y se asignó a Estambul el carácter de «zona neutral». El general Mustafá Kemal (a quien más tarde se conocería con el

nombre de Kemal Atatürk), que se había distinguido en los combates de Galípoli, encabezaba ahora un movimiento nacionalista radicado en Ankara, y su grupo rechazó los términos, duros y humillantes, del arreglo. Churchill, impresionado por la postura de Kemal, contrario al bolchevismo, se puso al frente de la camarilla proturca del gabinete, mientras que Lloyd George se mostró favorable a los griegos. «Lamento muchísimo constatar lo mucho que nos estamos alejando en materia de política exterior», le escribe Churchill a Lloyd George a principios de diciembre.

> Me siento obligado, no solo en atención a tu persona, sino también a nuestra larga amistad y a los muchos gestos de cortesía que me has mostrado, a advertirte solemnemente que tu política, que es en gran medida una política personal, está dañando notablemente la unidad y la cohesión de varios y muy importantes factores de opinión en los que hasta ahora has podido confiar. Es más, me parece extremadamente perjudicial que nosotros, el mayor imperio mahometano del mundo […], estemos dando la impresión de convertirnos en la potencia más antiturca y más probolchevique del globo —cuando, a mi juicio, deberíamos adoptar una postura diametralmente opuesta […]—. Al llegar a la cima del poder, superando tantísimos obstáculos, existe el peligro de quedar convencido de que se puede hacer lo que a uno le place y de que toda opinión personal sólidamente anclada en el fuero interno habrá de resultarle necesariamente aceptable a la nación, y puede por tanto imponerse a los subordinados[77].

A continuación, Churchill echa mano de una analogía típicamente militar: «Jamás olvidaré el servicio que me prestaste al ofrecerme un caballo de refresco al caer yo de la montura durante la guerra y quedar obligado a reducir mi participación real en la lucha a un mero anhelo vehemente. El desempeño de un cargo público no tiene hoy el mismo atractivo para mí, y cultivo otros intereses a los que podría remitirme[78]. Por consiguiente, los consejos que te ofrezco son los de un amigo, y un amigo sincero, pero también los de un amigo que no puede renunciar a su independencia»[79]. Advertirle al primer ministro que pecaba de arrogancia era algo que conllevaba el claro riesgo de enajenarse el respaldo del único benefactor con que Churchill contaba en la esfera política.

El 26 de enero de 1921, fallecía en un accidente de tren lord Harry Vane-Tempest, hermano del sexto marqués de Londonderry. Era soltero, y dado que la bisabuela de Churchill, Frances, duquesa de Marlborough, era hija del tercer marqués de Londonderry, Vane-Tempest incluyó en su

testamento una cláusula por la que le dejaba a Winston las fincas de Garron Towers, en el condado de Antrim, en el norte de Irlanda —cuyas rentas se elevaban a 4000 libras anuales (equivalentes poco más o menos a 164 000 de las actuales)—. Clementine resume con toda concisión el efecto que tuvo el legado de Garron en la vida del matrimonio: «Las obsesionantes preocupaciones económicas desaparecieron para siempre de nuestras vidas»[80]. Hacía ya algún tiempo que Clementine tenía la sensación de que los trabajos periodísticos de Winston, pese a estar fabulosamente bien pagados, se «debatían de un modo excesivamente trivial, —lo que disminuía sus posibilidades de hacerse un día con el cargo de primer ministro—. Tengo la vaga impresión de que el "Altísimo" [lord Curzon] se alegra cada vez que escribes un artículo, como si pensara que eso pone más al alcance de su mano ese puesto privilegiado.»[81] Churchill no había renunciado a ese trofeo, y prueba de ello es lo que le escribe a Clementine el 6 de febrero desde Chequers, en Buckinghamshire, el hermoso palacete campestre de estilo Tudor que recientemente se había puesto a disposición del gobierno de la nación a fin de que la utilizaran los primeros ministros: «Te encantaría visitar este sitio. ¡Quizá lo hagas algún día! Es precisamente el tipo de casa que encuentras admirable: un museo con paredes recubiertas de madera y repleto de historia, pero con poca calefacción»[82].

Las posibilidades de que Churchill llegara a residir en un futuro Chequers en virtud de su cargo aumentaron significativamente al día siguiente, al convertirse en ministro de las Colonias. Además, durante una semana, en tanto no se culminó la remodelación del gabinete, Churchill manejó los sellos de tres secretarías de estado: las de la Guerra, el Aire y las Colonias —circunstancia que él creyó que constituía un record—.[83] Churchill aceptó el Ministerio de las Colonias con la condición de que se le permitiera crear un nuevo departamento capaz de asumir las responsabilidades vinculadas con los Mandatos de Irak, Transjordania (la actual Jordania) y Palestina —regiones que el Artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones había puesto en manos de Gran Bretaña al terminar la guerra—. Los miembros del consejo de ministros aprobaron la moción por ocho votos a favor, cinco en contra y dos abstenciones, lo que evidentemente irritó a Curzon, el ministro de Asuntos Exteriores, que se

quejó de que Churchill estaba intentando convertirse en «una suerte de ministro de Asuntos Exteriores para Asia»[84]. Pero Churchill no se hacía ilusiones. «Curzon va a darme un montón de quebraderos de cabeza, así que tendré que dedicar la mitad del tiempo a halagarle y la otra mitad a darle órdenes, —le dice a Clementine—. Nuestras carteras se superponen de un modo horrible. No creo que sea demasiado competente […]. La verdad es que en el plano personal nos llevamos muy bien. Me va a costar muchísimo meterle en cintura.»[85]

Una de las primeras medidas que tomó Churchill al asumir su nuevo cargo fue reclutar como principal asesor para Oriente Próximo a T. E. Lawrence («Lawrence de Arabia»), el legendario oficial de enlace británico que se había ocupado de mantener el contacto con los cabecillas de la Rebelión Árabe durante las luchas que les habían enfrentado a los turcos en tiempos de la Gran Guerra. «Tengo a Lawrence para poner soga y ronzal a la situación», dice Churchill gráficamente para explicar la situación[86]. Su plan consistía en instalar a los emires árabes en los tronos de Irak y Transjordania, en calidad de soberanos clientelares, a fin de garantizar el suministro de petróleo a Occidente (y fundamentalmente a la Marina Real Británica), y reducir así los costes de administración de los nuevos Mandatos. En este sentido, Churchill le comenta a Spears: «Existe la posibilidad de colocar a los mandos a un gobierno del jerife[87], ya que eso permitiría dirigir a muy bajo coste el Protectorado Británico»[88].

En el capítulo que dedica a Lawrence en *Grandes contemporáneos*, Churchill resume con gran elocuencia la situación reinante en el Oriente Próximo:

> Hemos suprimido recientemente una peligrosísima y sangrienta rebelión en Irak, y han sido necesarios más de cuarenta mil soldados para preservar el orden, con un coste de treinta millones al año. Las cosas no podían seguir así. En Palestina, el conflicto que enfrenta a árabes y judíos amenazaba con provocar estallidos de violencia descarnada en cualquier momento. Por otra parte, los jefes árabes, expulsados de Siria [por los franceses], junto a muchos de sus seguidores —todos ellos aliados con nosotros en los últimos tiempos—, permanecían al acecho, enfurecidos, en el desierto que se extiende más allá del río Jordán. Egipto estaba en ebullición. Por consiguiente, era todo el Oriente Próximo el que presentaba un aspecto gravemente sombrío y alarmante[89].

Con el fin de calmar las cosas, crear nuevos emiratos, convertirlos en reinos clientes de Gran Bretaña y trazar las nuevas fronteras que se precisaban, Churchill convocó una conferencia en El Cairo, prevista para marzo de 1921, a fin de pulsar el parecer de los administradores británicos de la región.

El 2 de marzo, Churchill, Archie Sinclair, Trenchard y Lawrence, acompañados por un equipo de funcionarios, partieron de Londres en tren para dirigirse a Marsella, donde se les unió Clementine, y embarcar acto seguido en un vapor francés rumbo a Alejandría. Una vez en los muelles de Egipto, un oficial de la Real Fuerza Aérea británica de veintiséis años llamado Maxwell Coote acudió a recibir a Churchill. Su función consistía en servirle temporalmente como ayuda de campo durante la Conferencia de El Cairo[90]. Como tantas otras personas en parecida situación, también Coote consideró al principio que Churchill era muy desagradable, pero poco a poco fue aprendiendo a apreciarle. Le gustaban muchas de las frases que empleaba el ministro de las Colonias, como aquella en la que describe las reuniones del gabinete como un «nido de víboras en constante movimiento»[91]. Una noche, antes de irse a la cama, Churchill preguntó a Coote si era «auténticamente feliz; feliz como un pajarillo, quiero decir…»[92]. El 10 de marzo, al llegar a la estación término de El Cairo, la partida evitó pasar frente a una gran manifestación de estudiantes que gritaban: «¡Abajo Churchill!». Para eludirla tuvieron que salir rápidamente del tren y dirigirse por callejuelas secundarias al Hotel Semiramis, donde iba a desarrollarse la conferencia[93]. (Estuvieron presentes los gobernadores de Adén y Somalilandia, el último de los cuales llegó acompañado de dos cachorros de león, que permanecieron en los jardines del hotel.)

A lo largo de los nueve días siguientes, Churchill dedicó las mañanas a presidir la conferencia, y casi todas las tardes a pintar y a trabajar en *La crisis mundial*. (Durante una excursión para hacer un cuadro de la Esfinge, el camello en el que viajaba le tiró al suelo, y un beduino le ofreció un caballo. Con un carraspeo de circunstancias, Churchill contestó: «He empezado el camino en camello, y a lomos de camello pienso terminarlo».)[94] Lawrence fue el encargado de establecer relaciones con las delegaciones

árabes, aunque apoyado por la formidable Gertrude Bell, la única mujer que ocupaba por entonces un cargo de oficial en los servicios de inteligencia británicos y que no solo gozaba de gran popularidad entre los árabes, sino que hablaba con notable fluidez tanto la lengua de estos últimos como el persa.

Churchill insistió en que se proponía mantener la mente completamente abierta en tanto no hubiera escuchado los puntos de vista de los administradores británicos locales, y muy especialmente los de *sir* Percy Cox, el alto comisionado de Irak. De hecho, el ministro de las Colonias ya había favorecido a los dos hijos del emir Husayn ibn Alí, jerife de La Meca, antes incluso de que Churchill dejara Londres. Se había entregado a Faisal el timón de Irak, y a su hermano Abdalá se le habían confiado las riendas de Transjordania. «El emir Abdalá se encuentra en Transjordania, —alardeará Churchill años después—: en el puesto en que yo mismo le puse una tarde de domingo en Jerusalén»**[95]**. La afirmación puede considerarse esencialmente cierta, y el hoy moderado estado de Jordania es una nación en cuyo alumbramiento intervino Churchill. Entre los años 1921 y 1928, las tropas inglesas pudieron completar la completa retirada de Irak. El hecho de dejar el poder en manos de esos gobernantes locales permitió a Gran Bretaña eludir la tentación de controlar por medios directos la región, algo que Churchill comprendió, muy acertadamente, que su país no podía permitirse**[96]**.

Con una visión bastante menos realista, sin embargo, Churchill acarició asimismo la idea de una confederación pan-árabe encabezada por Ibn Saud, el primer rey de Arabia Saudí. El proyecto consistía en constituir una suerte de vasta federación en la que pudiera hallar cabida un estado judío. Pese a que también quisiera crear un estado nacional para los kurdos en el norte de Irak —«a fin de protegerles de futuros hostigamientos en la región», como él mismo diría—, el Ministerio de Exteriores rechazó la idea. Para que se les permitiera emigrar e instalarse entre el Mediterráneo y el río Jordán, los judíos debían pagar un precio: comprometerse a no colonizar las zonas situadas al este de ese curso de agua. «Hemos avanzado más en esa tarea en quince días de lo que jamás se haya hecho en todo un año, —le escribe Bell a Cox. Tiempo después, Lawrence declarará—: Debo dejar constancia de

que estoy persuadido de que Inglaterra saldrá de este asunto con las manos limpias»[97].

Al cabo de unos días, al tener que hospitalizarse a Sinclair con más de 40 grados de fiebre, Coote señala: Churchill «estaba espantosamente preocupado, ya que le aprecia terriblemente. También es evidente que Winston se muestra un tanto pesimista respecto a la evolución de la enfermedad, así que estaba angustiadísimo»[98]. Lo que Coote no sabía era que la última vez que Churchill había visitado esa parte de África su criado había fallecido a causa de unas fiebres. Esa noche, en la cena, «no conseguimos trabar la conversación, al menos al principio, ni siquiera con el champán que Winston insistió en pedir».

El 23 de marzo, Churchill partió de El Cairo en tren, tras compartir mesa en la Residencia Oficial británica de Egipto con el virrey de la India, tres altos comisionados, un secretario de estado y varios gobernadores y generales. «Como es obvio, tuve que apresurar a Winston y meterle casi a empujones en su carruaje, ya que, naturalmente, fue el último en marcharse y tenía al tren esperando», recuerda Coote, que para entonces ya se había acostumbrado a la impuntualidad de Churchill[99]. Winston y Coote se detuvieron en Gaza, localidad en la que una multitud de palestinos lanzaron una serie de gritos que parecían vítores en honor de Churchill y de Gran Bretaña. Así recuerda Coote el episodio: «El principal eslogan que coreaban a voz en cuello y con el que se enardecían casi hasta el paroxismo era: “¡Abajo los judíos!”, “¡Cortadles la garganta!” […]. Winston y [el alto comisionado judío de Palestina, *sir*] Herbert [Samuel], se sintieron encantados con la recepción, ya que no entendían una palabra de lo que decían los manifestantes»[100]. En un acto conmemorativo celebrado en el cementerio militar de Jerusalén en recuerdo de los soldados británicos que habían dado su vida en la Gran Guerra, «Churchill empezó a hablar con profunda emoción en la voz» y lágrimas en los ojos[101]. «Estos veteranos yacen aquí, en el mismo sitio en que reposan las cenizas de los califas, los cruzados y los macabeos, —dijo—. Descansen en paz y honremos su memoria. Quiera Dios que no fracasemos nosotros en el empeño de completar la tarea que ellos iniciaron.»[102] Acto seguido se escuchó el

restallar de tres andanadas lanzadas por la guardia de honor, y el toque de retreta.

En Jerusalén, el Comité Ejecutivo del Congreso de Árabes Palestinos de Haifa pidió a Churchill que abandonara la idea de un estado nacional para los judíos. «Es manifiestamente justo que los judíos de la diáspora dispongan de un centro nacional y de una patria territorial en la que poder reunirse, —les contestó Churchill—. ¿Y qué mejor sitio que la tierra de Palestina, a la que los judíos llevan tres mil años íntima y profundamente unidos? Creemos que es bueno para el mundo, bueno para los judíos, bueno para el imperio británico y bueno también para los árabes que viven en Palestina, y así nos proponemos que sea […]. Iremos creando poco a poco las instituciones representativas conducentes al pleno autogobierno, pero tardaremos mucho en culminar esa labor, así que los hijos de nuestros hijos habrán dejado ya este mundo antes de que podamos darla por terminada.»[103] Al año siguiente, al sugerirse que la presencia de los judíos no era necesaria para el desarrollo de Palestina, Churchill replicó: «Si se les abandonara a sí mismos, ni en mil años lograrían los árabes de Palestina avanzar en la construcción de canales de regadío y la electrificación de la zona. Se contentarían con descansar contemplativamente —siendo como son un puñado de pueblos filosóficos— en las desoladas y espaciosas planicies inundadas de sol en las que viven, permitiendo que las aguas del Jordán fluyan sin bridas ni arneses hasta perderse en el Mar Muerto»[104].

Churchill regresó de Oriente Próximo en la segunda semana de abril, pasando por Alejandría y Génova. Quería volver rápidamente a Londres, ya que había oído decir que Austen Chamberlain estaba a punto de dimitir de su cargo de ministro de Hacienda. Sin embargo, durante el viaje de vuelta descubrió que se había designado sucesor a Robert Horne, el presidente de la Comisión de Comercio. El puesto de Horne había sido ocupado por Stanley Baldwin, que de ese modo pasaba a formar parte del gabinete por primera vez. Al ver que se le dejaba a un lado, Churchill quedó sumamente disgustado y resentido con Lloyd George, aunque se consoló en cierto modo al saber que Bonar Law parecía haberse retirado de la política tras cumplir sesenta y dos años. Chamberlain, convertido en el nuevo líder de los conservadores, señaló que Churchill «está tan enfurecido como un oso

herido en la cabeza y cree que el mundo se ha salido de sus goznes»[105]. Churchill no visitó a Lloyd George a su regreso, y empezó a encabezar sus cartas con la frase «Querido primer ministro», en lugar de los afectuosos epígrafes anteriores, que rezaban «Querido Ll. G.» o incluso «Mi querido David»[106]. Frances Stevenson indica que la frialdad era mutua: «D. está tan harto de C. que no creo que le importe un ardite que se marche. Horne dice que Churchill se dedica a criticar al gobierno en clubes y cenáculos, y no solo en cuestiones económicas sino también en el tema de Irlanda»[107].

Churchill tendría que permanecer seis semanas más al frente del Ministerio del Aire, y compaginar esas obligaciones con las del Departamento de las Colonias, en tanto no se encontrara un sustituto adecuado —que al final sería Freddie Guest—. Como era de esperar, el *Times* valoró con severidad la administración de Churchill al traspasar este la cartera del Aire a Guest a principios de abril: «Muchos galones dorados y litros de abrillantador de metales, cientos de hectáreas de cuarteles, de acantonamientos creados a imitación del Ejército…, esos son los frutos de su bien intencionada e industriosa gobernación del Ministerio del Aire, lo que no evita, sin embargo, que haya sido totalmente inadecuada». En realidad, tanto los galones dorados que introdujo en los uniformes de los comandantes supremos de la RAF, como las instituciones que creó en las organizaciones de la aviación, ajenas al ejército de tierra, se concibieron con la deliberada intención de no copiar las de los otros dos cuerpos de las fuerzas armadas, y, por otra parte, las hectáreas de acantonamientos y cuarteles acabarían revelándose de un valor inestimable en el breve plazo de veinte años. En la época en que Churchill dejó el Ministerio, la Real Fuerza Aérea británica contaba ya con escuadrones en Irak, Egipto, Palestina, la India e Irlanda.

Otra de las consecuencias de la remodelación ministerial fue que Edward Wood (que más tarde sería lord Irwin, y posteriormente lord Halifax) quedó a cargo de la subsecretaría del Ministerio de las Colonias, circunstancia que también molestó a Churchill, ya que no solo no había podido decidir el nombramiento, sino que habría preferido contar con los servicios de Guest. Al empezar Churchill a desairar a Wood, este irrumpió en su despacho y le espetó: «Estoy dispuesto a dimitir y a abandonar este

puesto mañana mismo, pero mientras permanezca al frente de mis responsabilidades, espero ser tratado como un caballero»[108]. Churchill le pidió que tomara asiento, se disculpó, le ofreció una bebida, y en lo sucesivo se comportó debidamente, lo que llevaría a Wood a observar con toda honradez: «Detesta a las personas que se dejan pisotear». Fue el principio de una de las relaciones políticas que acabarían por incluirse entre las más importantes de la vida de Churchill.

Cinco días después de que el matrimonio Churchill regresara a casa tras su estancia en El Cairo, Bill Hozier, el hermano de Clementine, se suicidaba con tan solo treinta y cuatro años en la habitación de un hotel parisino. Como también les había ocurrido a su madre y a su hermana gemela Nellie, era adicto al juego, y eso le había puesto en un grave aprieto económico[109]. Churchill viajó a París para asistir al funeral y trató de reunir detalles sobre lo sucedido, aunque sin éxito. Bill le había dejado un bastón de ratán con puño de oro que Winston habría de utilizar durante el resto de su vida.

El 29 de junio se abatía sobre la familia otra tragedia, al fallecer, a la temprana edad de sesenta y siete años, Jennie, la madre de Churchill. A finales de mayo se había caído por unas escaleras en Dorset y se había roto la pierna cerca del tobillo. La herida se había gangrenado y el 10 de junio hubo que practicarle una amputación. Según parece se recuperó bastante bien de la operación, pero después sufrió una súbita y violenta hemorragia. Al recibir la noticia de la pérdida de sangre de su madre, Churchill salvó a la carrera la corta distancia que separaba Clifton Place de su casa de Sussex Square y del domicilio de Jennie, pero al llegar a la calle Westbourne su madre ya había entrado en coma. Jennie murió poco después. «Ojalá la hubieras visto inmediatamente después de descansar en paz, —le escribe Churchill a un amigo—, una vez terminados el sol y las tormentas de la vida. Su belleza resplandecía con luz propia. Su frente parecía soportar treinta años menos que por la mañana, cuando la acometían punzadas de dolor»[110]. Le habría gustado saberlo: una vez me dijo: «Jamás podré acostumbrarme a la idea de no ser la mujer más hermosa del salón»[111].

Jennie fue enterrada junto a lord Randolph, en Bladon. «El vino de la vida corría por sus venas, —le dirá Churchill a Curzon, que poco antes le había escrito una emotiva carta—. En general, tuvo una vida risueña.»[112]

Fue aproximadamente por esta misma época, siendo Randolph un chiquillo de diez años que acudía al colegio de Sandroyd, en Cobham, en el condado de Surrey, cuando un maestro llamado Wrixon «se bajó los pantalones y le hizo manipularle el órgano»[113]. Según recuerda el propio Randolph, al enterarse de lo que había pasado, Winston, que había ido a jugar al polo con su primo lord Wimborne en el pueblecito de Ashby Saint Ledgers, se «enfureció más de lo que jamás se haya enfadado nunca. Saltó de la cama, pidió que le trajeran el coche y salió disparado campo a través» para efectuar un trayecto de más de 320 kilómetros y vérselas con el director del colegio, que para entonces ya había despedido a Wrixon por otros motivos. «Nunca vuelvas a permitir que nadie te obligue a hacer algo semejante», le dijo a Randolph[114].

A principios de agosto falleció Thomas Walden, el fiel criado de Winston, que ya había trabajado para su padre antes que para él, y que también le había acompañado a la guerra de los bóers. «Por desgracia, querida, me aflige mucho haber perdido a este humilde amigo, devoto y sincero, al que conozco desde que era un muchacho», le escribe Churchill a Clementine tras el funeral, en el que había «llorado amargamente», junto con el resto del servicio de Sussex Square[115]. Pocos aristócratas de la época habrían calificado de amigo a un criado y llorado por su desaparición.

Pero ese año de pérdidas y pesares no había alcanzado aún su punto más sombrío. El 23 de agosto fallecía Marigold, la hija pequeña de Winston y Clementine, a consecuencia de una septicemia de garganta, con solo dos años y nueve meses[116]. Sus padres se sintieron enormemente culpabilizados por haber confiado excesivamente en la niñera, la prima Maryott Whyte, que se había llevado a la chiquilla de vacaciones a Broadstairs, en Kent, y no había sabido detectar los síntomas a tiempo. Clementine quedó inconsolable durante muchos años, dado que en el momento en que Marigold cayó enferma ella se encontraba lejos, jugando al tenis en Eaton Hall, en Cheshire, con los Westminster[117]. Marigold ya había padecido anginas y ataques de tos en otras ocasiones, así que no se

prestó excesiva atención a lo que le sucedía cuando la infección de garganta pasó al torrente sanguíneo. El 14 de agosto se puso muy enferma, pero sus dos jóvenes gobernantas francesas, *Miss* Whyte y *Mademoiselle* Rose, tardaron dos días en considerar necesario avisar a Clementine. Esta abandonó Eaton Hall tan pronto como recibió la noticia de que Marigold se encontraba mal. Winston dejó Londres para acudir junto a la niña y se dio parte a un especialista, pero en la era anterior al desarrollo de los antibióticos el proceso estaba ya demasiado avanzado y no se pudo hacer nada.

Cuando murió la pequeña, Churchill y Clementine estaban junto a ella. Abrumados de pena y culpabilidad, la enterraron en Kensal Green a los tres días. En una carta enviada el 18 de septiembre desde el castillo de Dunrobin, que por lo demás se muestra alegre en otros párrafos, Churchill le confiesa a Clementine: «Pero ¡ay!, todavía siento el mazazo de Duckadilly»[118]. En menos de veinte semanas, Churchill tuvo que añadir al resto de pesadillas que se cernían sobre su existencia, la pérdida de su madre, su hija, su cuñado y su fiel criado. «¡Cuántos cambios se han producido en un solo año! ¡Qué vacíos han quedado! ¡Qué aguda sensación, esta de que los seres humanos no seamos más que sombras pasajeras!, —le escribe a Clementine—. Sin embargo, tu dulce cariño y tu amistad es una luz que brilla tanto más cuanto más transcurren los pocos años que la vida nos concede.»[119]

Pese a que no pudiera considerarse en modo alguno una compensación por las pérdidas del año 1921, ese mes de agosto, Churchill conoció al recién nombrado titular de la cátedra Lees de Filosofía Experimental (es decir, de Física) y director del Laboratorio Clarendon de Oxford, el profesor Frederick Lindemann, al jugar con él como pareja un partido de dobles en un torneo benéfico de tenis. No ganaron, pese a que Lindemann había competido en Wimbledon, pero hicieron buenas migas inmediatamente[120]. El padre de Lindemann, que era un hombre de negocios de gran éxito, había huido de su Alsacia natal al pasar la región a manos alemanas en 1871, y su madre era mitad estadounidense y mitad rusa. Lindemann tenía un

doctorado en física por la Universidad de Berlín, había estudiado la teoría cuántica, y en 1920 había sido elegido miembro de la Real Sociedad de Londres. Einstein se consideraba su amigo.

Lindemann se abstenía totalmente de toda bebida alcohólica, no fumaba y era vegetariano, actitudes que en ningún caso presentaban el menor atractivo para Churchill. Por otro lado, en 1917 había aprendido a volar con el único fin de poner a prueba los principios aerodinámicos que había investigado para permitir a los pilotos sacar a un aeroplano de una entrada en barrena, circunstancia que hasta entonces se había revelado casi siempre fatal. Esa era justamente la valentía, propia de paladines, que a Churchill le encantaba[121]. «Parecíamos abocados a una muerta cierta [al caer en picado], —recordará más tarde—. Pero su teoría funciona […]. Le admiraba muchísimo.»[122]

«Por fuera presentaba el habitual aspecto del hombre intimidante, —escribe Sarah Churchill al describir la apariencia de Lindemann—. Su cráneo era abombado, los cabellos, cortados casi al ras y de un gris metálico, retrocedían sobre su frente como si el cerebro los hubiera obligado a replegarse, el bigote, que también tenía el color del acero, subrayaba el cutis cetrino, y sus pequeños olfateos nasales suplantaban el papel de lo que normalmente habría sido la risa…; y a pesar de todo conseguía exhalar una calidez capaz de restar a la ciencia su carácter imponente.»[123] Este hombre, al que en casa de Churchill todo el mundo llamaba «el Profe», mostró a Winston una lealtad total, y de cuando en cuando tendría incluso el detalle de pagar la cuenta, sobre todo durante las vacaciones familiares, a las que Lindemann, acaudalado y soltero, se dejaba invitar con frecuencia. El profesor no solo explicaría a Churchill —que no tenía preparación científica, pero sí mucho interés en adentrarse en ese conocimiento— los fundamentos físicos en los que se basaba el uso del armamento sino también otras muchas cosas. El gran talento de Lindemann consistía precisamente en reducir las cuestiones científicas complejas a esa «única hoja de papel» en la que Churchill quería que se le presentasen las cosas. En una ocasión puso al tanto de los rudimentos de la teoría cuántica en cinco minutos y con palabras de muy pocas sílabas a todos los presentes, dejándoles enteramente satisfechos —incluyendo a los niños, que

rompieron a aplaudir espontáneamente—. Lindemann era agresivo, sarcástico, arrogante y de derechas (aunque profundamente antifascista), y su biógrafo dice que el motor de su vida fue siempre, por un lado, la «absoluta lealtad a sus amigos, a los que adoraba, y, [por otro], un irremediable sentimiento de rencor hacia sus enemigos»[124]. En abril de 1924, Churchill le pidió a Lindemann que hiciera investigaciones sobre «un rayo que puede matar a cierta distancia» y que, según se decía, era eficaz para matar ratones. «Puede que sea una información falsa, pero la experiencia me dice que no acepte nunca una respuesta negativa.»[125] Se trataba efectivamente de un engaño, pero la anécdota contribuye a darnos una idea del inquisitivo interés de Churchill en las nuevas armas que podía proporcionar la ciencia.

El 8 de julio de 1921 se pactó una tregua en Irlanda, lo que tres días más tarde permitiría poner en marcha unas negociaciones directas entre los dirigentes del IRA y el gobierno británico. En su condición de ministro de las Colonias, Churchill sabía que estaba llamado a desempeñar un papel destacado en las conversaciones, junto con F. E. Smith (convertido ya en lord Birkenhead), Austen Chamberlain y Lloyd George. «Tengo la clara sensación de que, siendo [Lloyd George] parlamentario, será mejor salir de caza con él que permanecer agazapado entre los matorrales y verle corretear de un lado a otro con cara de pocos amigos», le confía Churchill a Clementine[126]. Pasaron tres meses antes de poder dar inicio, en el número 10 de Downing Street, a los prolegómenos de las negociaciones previstas con la delegación irlandesa —con lo que dicho preámbulo arrancó el 11 de octubre—. Si los irlandeses se negaban a firmar el tratado, con el que la isla debía quedar dividida en dos, según venía proponiéndose desde el mes de diciembre anterior, Churchill amenazó con «una guerra en toda regla…; se acabó lo de limitarnos a perseguir forajidos…», sentenció[127].[128]

Al frente de la delegación irlandesa se encontraba el político Arthur Griffith, pero en ella también figuraba Michael Collins, el cabecilla de los grupos terroristas del IRA. Churchill había puesto precio a la cabeza de Collins. Al recordarle Collins ese extremo, Churchill le contestó: «En

cualquier caso, no era una mala recompensa: cinco mil libras. Fíjese en mí: solo veinticinco, vivo o muerto. ¿Qué le parecería eso?»[129]. Las negociaciones propiamente dichas llegaron a un dramático punto culminante la noche del 5 de diciembre, fecha en la que Lloyd George dio un ultimátum a la delegación irlandesa. A las dos y veinte de la tarde del día siguiente se firmaba el tratado entre ingleses e irlandeses. Con él se creaba el Estado Libre Irlandés, integrado por los veintiséis condados del sur de la isla (cuyo nombre acabaría convirtiéndose en el de República de Irlanda). Poco después, el Dáil Éireann aprobaba el texto rubricado por 64 votos a favor y 57 en contra. Churchill recordará más tarde que, tras la firma, «los ministros británicos, cediendo a un imperioso impulso, se dirigieron al otro lado de la mesa y, por primera vez, estrecharon la mano de sus oponentes»[130].

El Estado Libre Irlandés había conseguido una total independencia en el interior de su territorio, y una libertad de acción práctica en materia de asuntos exteriores, pero accedió a permanecer en el seno de la Comunidad Británica de Naciones, sujeta al mismo régimen de Dominio autónomo del que ya disfrutaban Canadá y Australia. Esto significaba que los ministros irlandeses deberían jurar lealtad, al menos teórica, al rey Jorge V. Gran Bretaña también conservaba tres fondeaderos para uso de la Marina Real Británica —denominados «Puertos del Tratado»: Berehaven, Lough Swilly y Queenstown—. El día 7 de diciembre, al rechazar el Tratado Anglo-Irlandés, Éamon de Valera, el taimado y oportunista presidente del Dáil Éireann, estalló una brutal guerra civil que se prolongó por espacio de diez meses.

En enero de 1922, Churchill se las arregló para reunir en una misma sala del Ministerio de las Colonias al primer ministro del territorio ahora denominado Irlanda del Norte, *sir* James Craig (miembro del Other Club), y a Michael Collins, decidido a negociar a tres bandas la aplicación de unos últimos retoques y mejoras al tratado. «Ambos se miraron con un magnífico ceño fruncido», rememora Churchill, pero al quedarse a solas durante varias horas terminaron por llegar a un acuerdo[131]. El 16 de febrero, al realizar el elogio del Proyecto de ley del Estado Libre Irlandés en la Cámara de los Comunes, Churchill argumentó que la Gran Guerra había

> provocado la completa modificación del mapa de Europa. La posición de los países se ha visto violentamente alterada. La forma de pensar de los hombres, la totalidad de los aspectos del modo en que consideran los asuntos, la coalición de los partidos…, todo ha experimentado crueles y tremendas transformaciones en este nuevo diluvio que se ha abatido sobre el orbe. Pero conforme amaina la tempestad y las aguas comienzan a bajar vamos dándonos cuenta de que los sombríos campanarios de Fermanagh y Tyrone[132] vuelven a emerger de las profundidades. La indemne plenitud de su disputa es una de las pocas realidades que ha permanecido intacta tras el cataclismo que ha barrido el mundo[133].

En agosto, las fuerzas contrarias al tratado tendieron una emboscada a Collins, que resultó muerto. Poco antes de su muerte, Collins le había dicho a un amigo que se disponía a partir a Londres: «Dile a Winston que jamás habríamos podido hacer nada sin él»[134].

Churchill se vio rápidamente atrapado en una nueva crisis, una crisis que iba a terminar dando al traste con toda la coalición que sustentaba el gobierno de Lloyd George. El mismo mes en el que se firmaba el Tratado Anglo-Irlandés, Churchill instaba a Lloyd George a poner fin a lo que él mismo denominaba «*la vendetta* contra los turcos»[135]. Se refería a la actitud belicosa con la que Lloyd George había empezado a tratar a las fuerzas nacionalistas de Mustafá Kemal al empezar estas a amenazar tanto los enclaves británicos de Estambul como el puerto de Chanak (la actual Çanakkale). Contra el criterio de Churchill, el Tratado de Sèvres había concedido a los ingleses amplios derechos en la Turquía continental, y esos espacios recién adquiridos eran los que ahora se estaban viendo sometidos al desafío del ejército turco de Kemal, sobre todo en Chanak. Es frecuente presentar la crisis de Chanak como un ejemplo de la impetuosidad de Churchill, pero lo cierto es que nunca había defendido la idea de que Gran Bretaña contara con unos enclaves tan expuestos, y por eso había luchado al principio, y con toda vehemencia, contra el apoyo (que en este caso sí que obedecía a un auténtico arrebato) que Lloyd George había prestado a Grecia, que contaba con una amplia población de personas de habla griega en la Turquía occidental. «Me espanta la perspectiva de que en un mundo tan torturado como este se te ocurra dar carta blanca a los ejércitos griegos», le había dicho a Lloyd George[136]. Sin embargo, al incrementarse cada vez más el peligroso reto de las fuerzas turcas en Chanak, Churchill no

tuvo más remedio que abandonar su posición para valorar de manera realista los posibles resultados de dicha situación, lo que implicaba proceder de un modo muy parecido al que había seguido en el caso de Irlanda.

El 22 de junio de 1922, un grupo de pistoleros del IRA contrarios al Tratado Anglo-Irlandés asesinaban a *sir* Henry Wilson a las puertas de su domicilio, en el 36 de Eaton Place, en el barrio londinense de Belgravia. Al fallar el primer tiro, Wilson hubiera podido retirarse al interior de la casa, pero en lugar de protegerse desenvainó la espada de forma instintiva y cayó abatido. La valiente expectativa de derrotar a dos hombres armados con pistolas blandiendo un sable era en esencia la misma estrategia que Churchill le había acusado de poner en práctica en el Frente Occidental, y había arrojado resultados muy similares. Al darse por supuesto que el siguiente atentado trataría de eliminar a Churchill, el gobierno le puso otros dos guardaespaldas, que sumaron sus esfuerzos a los de Walter Thompson.

En julio, la coalición de Lloyd George sufrió el impacto de un escándalo económico al descubrirse que un representante del primer ministro, el más que turbio Maundy Gregory, se había visto implicado en un caso de tráfico de influencias destinado a conseguir aportaciones financieras para los Fondos Lloyd George, creados específicamente para sufragar los gastos de su campaña electoral. El sudafricano *sir* Joseph Robinson, que se había hecho millonario con la industria minera y se había dedicado a especular durante la guerra, había pagado treinta mil libras esterlinas por un título nobiliario, pero el alboroto que se había generado en el parlamento hacía imposible concedérselo. «El debate sobre la compraventa de dignidades ha sido extremadamente mezquino, y no va a servir para nada, salvo para perjudicar al gobierno en todo el país, y al país en todo el imperio, —le dirá Churchill a Clementine—. Su señoría se ha comportado de forma lamentable, y ya se reconoce universalmente que ha pronunciado el peor discurso de su carrera. Estamos de hecho ante un declive.»[137] El 22 de julio, Churchill le escribe a Lloyd George en estos términos: «No dejes que te torpedeen; porque si me quedo solo, tus colegas me van a devorar»[138]. Sin embargo, tampoco Churchill podía considerarse enteramente libre de culpa, ya que también había participado en ese estado de cosas. Tiempo atrás, en 1906, había recomendado a Campbell-Bannerman que concediera

a Robinson un título de *baronet*, dignidad que debía recibir por haber ayudado al gobierno británico en el Transvaal, al surgir el problema del «trabajo esclavo» de los chinos. Churchill había escrito a Campbell-Bannerman para explicarle que Robinson deseaba honores aristocráticos: «(una carta ejecutoria que le haga *baronet*, supongo). Estoy convencido de que estudiará esto con la más favorable de las consideraciones»[139].

En agosto, al dejar en suspenso sus sesiones el parlamento para la pausa veraniega, los diputados conservadores estaban muy irritados. El desempleo había alcanzado el punto más alto en varias décadas; el Tratado Anglo-Irlandés parecía haber beneficiado al IRA; el mariscal de campo Wilson había sido asesinado en el barrio de Belgravia; el reconocimiento *de facto* de la Rusia soviética daba la impresión de constituir una nueva medida de apaciguamiento; los recortes dictados por la política de austeridad habían incidido negativamente en la educación y reducido las pensiones de guerra; y el escándalo de la compraventa de títulos nobiliarios había dejado totalmente asqueados a los parlamentarios, que ya no confiaban en Lloyd George. En un momento en el que ya se perfilaban en el horizonte las siguientes elecciones parciales, la Coalición en la que se apoyaba el primer ministro parecía muy debilitada. Y por si fuera poco, todo parecía indicar que las fuerzas de Mustafá Kemal estaban avanzando y dejando acorralada a la población griega de Chanak y en difícil situación a sus protectores británicos. El 15 de septiembre, Churchill defendió la tesis de que el imperio debía enviar un contingente de peso a Turquía para detener a los partidarios de Kemal y recuperar la península de Galípoli, «en la que claman las tumbas de tantísimos soldados»[140]. Redactó el borrador de una petición de apoyo a los primeros ministros de los Dominios autónomos turcos, y envió al mismo tiempo un belicoso comunicado a la prensa con el objetivo de hacer retroceder al comandante de Kemal que se hallaba al frente de las fuerzas de Chanak. Con un desastroso error de coordinación, el llamamiento a los primeros ministros llegó a los periódicos antes que a los propios interesados, lo que provocó nuevos rencores. Además, Churchill había dejado caer que Francia e Italia respaldaban la postura de Gran Bretaña, pero al poco tiempo ambos países lo desmintieron. En su defensa, hemos de decir que es posible que Churchill no pudiera concentrarse

adecuadamente en la gestión de la crisis, ya que dos acontecimientos domésticos habían venido a distraerle: el mismo día en que se produjo el debate sobre la conveniencia o inconveniencia de dar un ultimátum a Turquía nacía Mary, su quinta y última hija. Como más tarde habría de explicarle a su secretario, desde el punto de vista demográfico, cuatro era el número idóneo de hijos: «Uno para reemplazar a la madre, otro para sustituir al padre, un tercero para protegerse de los accidentes, y el último para incrementar con seguridad la población»[141]. Además, en esa misma fecha, Churchill adquiría el palacete de Chartwell, en Kent, por cinco mil quinientas libras —sin decirle nada a Clementine, que llevaba tiempo acariciando la idea de comprarlo, pero no veía la forma de reunir después el dinero necesario para su renovación—. Pese al legado de Londonderry, los Churchill seguían viviendo por encima de sus posibilidades, ya que Winston parecía temperamentalmente incapaz de recortar gastos.

En el preciso instante en el que más imprescindible le resultaba a Churchill contar con un consejo de ministros absolutamente unido, dado que solo así podía esperar que el éxito coronara la política que estaba llevando a cabo en el Oriente Próximo, el influyente y conservador ex titular del Ministerio de la Guerra, lord Derby, retiró su apoyo a la Coalición de Lloyd George. El 18 de septiembre el primer ministro infravaloraba despreciativamente las cualidades de lord Curzon, su altanero ministro de Asuntos Exteriores, que había manifestado tener serias dudas respecto a las medidas que se estaban adoptando en contra de Turquía. El 22 de septiembre Churchill presidió un comité ministerial en el que se acordó hundir cualquier barco de Mustafá Kemal que intentara cruzar los Dardanelos[142]. Al ver que se cernía sobre el horizonte la amenaza de una guerra, Churchill y Austen Chamberlain convencieron a Lloyd George de que no debía elevar la disputa a la Sociedad de Naciones, ya que eso podría forzar a Gran Bretaña a evacuar Chanak. El 27 de septiembre, Churchill, Birkenhead, Horne y Freddie Guest apoyaron a Lloyd George en su negativa a abandonar Chanak, pero Austen Chamberlain, Curzon y otros ministros de menor entidad, entre los que se contaba Stanley Baldwin, se opusieron al plan del Lloyd George, ya que comprendían la postura de los turcos. En esta época, uno de los más ardientes partidarios de frenar a los

turcos, al margen de Lloyd George, era el propio Churchill. Sin embargo, tampoco abogaba por una política belicista, dado que estaba convencido de que, si el imperio británico se unía, Kemal tendría que dar marcha atrás.

Dos días después, el gabinete dio instrucciones a *sir* Charles Harington, el comandante británico del Ejército de Ocupación de Turquía, de que presentara un ultimátum al jefe militar destacado por Kemal en Chanak, advirtiéndole de que, en caso de que sus contingentes no se retiraran en veinticuatro horas, la totalidad de las fuerzas británicas presentes en la región se lanzarían al ataque. Los días 29 y 30 de septiembre, el consejo de ministros quedó convocado en sesión permanente, en espera de una respuesta. Las peticiones de Curzon, que había solicitado una ampliación del plazo concedido, fueron desestimadas. Curzon y Baldwin consideraron que se estaba llevando a cabo una política sumamente arriesgada y poco menos que irresponsable, ya que podía llevar a Gran Bretaña a una nueva guerra sin más razón aparente que la de impedir que los turcos reclamaran el control de sus propios territorios. Al penetrar en una serie de zonas desmilitarizadas, Kemal estaba quebrantando las cláusulas del Tratado de Sèvres de 1920, y procediendo por tanto en este sentido de un modo muy similar al que habría de seguir Hitler al adentrarse en Renania en marzo de 1936, fecha en la que Baldwin también se opondría a cualquier reacción por parte de Inglaterra.

Sin embargo, el general Harington no solo no había transmitido el ultimátum a Kemal sino que había continuado negociando con su homólogo turco. Tras el debate efectuado en el consejo de ministros el 30 de septiembre, Curzon le dijo a lord Crawford, que entonces era ministro de Transportes: «Es posible que lo que Churchill esté tratando de hacer sea recuperar el prestigio estratégico perdido en Galípoli»**[143]**. Al día siguiente, Harington envió al fin un cable al gabinete en el que explicaba que los turcos se habían retirado del perímetro de alambre de espino establecido en torno a Chanak y que él mismo se disponía a entrevistarse con Kemal. Los ministros suspiraron aliviados. El 7 de octubre, pese a hallarse jubilado, Bonar Law envió una carta al *Times* en la que declaraba que Gran Bretaña no podía seguir siendo «el policía del mundo». Estas manifestaciones se entendieron, lógicamente, como una crítica al peligroso juego al que se

habían estado entregando Lloyd George y Churchill —y suponían asimismo un estímulo para los parlamentarios conservadores, que se sintieron claramente animados a desestabilizar la coalición de gobierno.

En la mañana del lunes 16 de octubre, en ese momento clave para la crisis en que se estaba viendo envuelto el ejecutivo, Churchill empezó a sufrir los síntomas de una apendicitis crónica, una enfermedad extraordinariamente grave en esos días, dado que todos los años provocaba la muerte de más de mil seiscientas personas en Gran Bretaña[144]. Al día siguiente le operaban en el hospital. La operación salió bien, pero los médicos le dijeron que no podría moverse en varias semanas. Cuando por fin salió de la convalecencia, lo primero en que pensó fue en enterarse de los resultados de las elecciones parciales de Newport, donde el candidato contrario a la coalición conservadora acababa de conseguir la mayoría por dos mil votos de diferencia a su favor, mientras que el parlamentario que concurría en nombre de la coalición favorable a Lloyd George había quedado en tercera posición. El 19 de octubre, en una reunión del Partido Conservador celebrada en el Club Carlton, Chamberlain y Balfour defendieron la continuidad de la coalición de gobierno, enfrentándose así a Bonar Law y a Baldwin, que proponían acabar con ella —dándose además la circunstancia de que este último realizó un ataque devastador, y de carácter muy personal, contra Lloyd George—. La votación con la que se dirimió el asunto se saldó con 185 voces a favor de concurrir a las siguientes elecciones como partido independiente (y solo 88 en contra). «Pobre Austen, —dirá más tarde Churchill en referencia a Chamberlain—: Siempre se ha prestado al juego, y siempre ha salido perdiendo»[145].

Esa misma tarde, Lloyd George acudía a palacio para presentar su dimisión y aconsejar al rey que mandara llamar a Bonar Law, quien finalmente formó lo que Churchill dio en denominar «el gobierno de los segundones». Churchill proclamó a los cuatro vientos que «nunca se dejaría enterrar en semejante sepulcro moral e intelectual»[146]. Esto era pasar por alto el hecho de que él era precisamente la última persona a la que la camarilla de Bonar Law querría tener en sus filas. También hizo una petulante observación sobre Bonar Law al saber que en ese momento se encontraba en cama: «¿Cómo va nuestro ambicioso enfermo? ¿Qué hay de

nuestro obrero chapado en oro?»[147]. (Bonar Law había amasado su fortuna en la industria siderúrgica.)

El parlamento quedó disuelto y se convocaron elecciones para el 15 de noviembre. Pese a que en privado dijera que la administración de Bonar Law era un «gobierno de inútiles y pintamonas», la situación electoral del mismo Churchill no era excesivamente boyante en Dundee, dado que la localidad sufría notablemente los efectos de la depresión económica[148]. El 1 de noviembre conseguía salir de la clínica y regresar a su domicilio de Sussex Square. Sin embargo, no podía abandonar tan pronto la convalecencia, así que tuvo que redactar sus discursos electorales en casa mientras terminaba de reponerse. «Me presento como liberal y defensor del libre comercio, —escribe—, pero quiero dejar bien claro que no voy a abandonar al señor Lloyd George ni a los nobles y altruistas conservadores que se han mantenido a su lado»[149].

El 6 de noviembre, Clementine partía hacia Dundee, llevando consigo a Mary, de tan solo siete semanas. Se alojó en Dudhope Terrace, cuyo nombre iba a resultar profético[150], y comenzó a dar largos discursos, consiguiendo reunir a un público muy numeroso, pese a haberse visto obligada a lidiar en una campaña particularmente desagradable[151]. «El principal reproche que te tienen reservado viene de que te consideran un “belicista”, —le indica Clementine a su marido—, pero yo te estoy presentando como un querubín promotor de la paz con alas de ahuecado plumón en torno a la rechoncha carita»[152]. Birkenhead también subió a las tribunas para hablar en favor de Churchill, pese a su condición de conservador.

Debido a la operación, Churchill no pudo viajar a Dundee hasta el 11 de noviembre, es decir, el día en que se conmemoraba el Armisticio de 1918, a solo cuatro de los comicios. Todavía debilitado, pero cargado con sus once medallas, tuvo que hablar sentado en una silla, y además un tanto atontado por los analgésicos. «Me sorprendió ver miradas de intensísimo odio en el rostro de algunos de los hombres y mujeres más jóvenes, —recordará más tarde al hablar de los partidarios comunistas de su oponente, William Gallacher—. De hecho, de no haber sido por mi desamparada situación, estoy seguro de que se me habrían echado encima.»[153] Pese a que hubieran acudido cinco mil personas con intención de escuchar su discurso, lo cierto

es que el mitin hubo de ser suspendido debido a los estallidos de violencia. Blandiendo el puño frente al centenar de manifestantes comunistas que estaban alborotando los ánimos, Churchill dijo: «No usan la voz ni el cerebro, se limitan a irrumpir en una reunión en la que no tienen los arrestos de tomar la palabra. Los electores sabrán tratar como conviene a un partido cuya única arma consiste en clamar como idiotas»[154].

La enorme impopularidad de la Coalición, debida en parte a la crisis de Chanak y al escándalo de la compraventa de títulos nobiliarios, pero sobre todo a las ininterrumpidas tasas de paro y al estancamiento económico, permitirían a Edwin Scrymgeour barrer la amplia mayoría que Churchill había conseguido en 1918 y ganar, al quinto intento, las elecciones —convirtiéndose con ello en el único parlamentario que jamás haya logrado un escaño con un programa basado en la ley seca—. Scrymgeour contaba ahora con una mayoría de más de diez mil votos sobre su inmediato seguidor. Churchill consiguió menos papeletas que el candidato laborista. «Si vieras la vida que se ve obligada a llevar la gente sencilla de Dundee, admitirías que tienen muchas excusas» para estar disgustados, le escribirá más tarde a un amigo[155]. Tras el escrutinio final, los conservadores consiguieron 345 escaños, los laboristas 142, los nacional-liberales 62, y los liberales partidarios de Asquith 54. Los conservadores reunieron un total de 5,5 millones de votos, los laboristas 4,24 millones, los liberales de Asquith 2,52 millones, y los nacional-liberales 1,67 millones. «En un abrir y cerrar de ojos, —escribirá tiempo después Churchill—, me encontré sin cargo, sin escaño, sin partido y sin apéndice»[156].

Capítulo 13

LA REDENCIÓN

Noviembre de 1922 - mayo de 1926

> En materia económica, todo lo agradable es insensato, y todo lo sensato es desagradable.
>
> Discurso pronunciado por Churchill en el Hotel Waldorf de Londres, marzo de 1926[1].

> Todo el mundo dijo que yo había sido el peor ministro de Hacienda que hubiera existido jamás. Y hoy tiendo a coincidir con ese parecer, así que ahora ya hay unanimidad.
>
> Comentario de Churchill a *sir* Oswald Falk, 1930[2].

Churchill había sido miembro del parlamento por espacio de veintidós años, y ministro (con dos únicas y breves interrupciones) durante diecisiete. En vista de su nueva situación, decidió levantar el campo y partir con toda la familia a la Villa Rêve D'Or, en Cannes, donde permaneció por espacio de seis meses, dedicado a pintar y a completar el primer volumen de *La crisis mundial*, y buena parte del segundo. Al no estar ya Churchill en el parlamento, el Other Club dejó de ser un local frecuentado, y de hecho en

esos seis meses Winston solo regresaría a Inglaterra para hacer cuatro breves visitas: para llevar a sus hijos al colegio y recogerlos al final del trimestre, para supervisar las obras de restauración de Chartwell, y para reunirse con sus editores. Sus detractores le acusan de haber sido un padre poco atento, pero su hijo Randolph lo desmiente en su autobiografía: «Mi padre y mi madre, pese a ser personas muy ocupadas, siempre se ocuparon de nosotros cuando éramos niños, sobre todo en vacaciones. Recuerdo que íbamos al extranjero prácticamente todos los veranos, al menos desde la época en que cumplí los doce años, aproximadamente. Habitualmente cruzábamos Francia en una traqueteante limusina Wolseley»[3].[4] Churchill, que jamás abofeteó a sus hijos, solía ir al colegio a hacerles visitas, y les escribía cartas con regularidad[5]. Este es un nuevo ejemplo de su hábito de aprender de los errores: en este caso, de los cometidos por sus propios padres.

El 10 de abril de 1923 se publica en Londres el primero de los cinco volúmenes de *La crisis mundial*, las memorias que Churchill dedica a la Gran Guerra (en 823 000 palabras), pero habrá que esperar al año 1931 para ver llegar a las librerías el último tomo. Se vendieron inmediatamente diez mil ejemplares, y en menos de un mes se puso a la venta la primera reimpresión. Churchill había estado sopesando la posibilidad de poner al libro el título de «*Within the Flag*», o «*The Meteor Flag*»[6], antes de decidirse por el que finalmente conocemos[7]. «Dada mi biografía y mi particular punto de vista, no es a mí a quien corresponde establecer una conclusión» sobre los acontecimientos, escribe en el prefacio del segundo volumen, en el que se aborda la crisis de Galípoli. Según él mismo señala, el texto debía entenderse por tanto como una simple «contribución a la historia»[8]. La postura defensiva que le vemos mantener respecto a su actuación en ese ataque convierte claramente al libro en la obra de un político de peso dispuesto a regresar en breve a la primera línea. Como bien ha señalado David Reynolds, el autor de la biografía del Churchill historiador, el texto de *La crisis mundial* está lleno de «verdades, medias verdades y afirmaciones dudosas»[9]. Balfour dijo que era «la brillante autobiografía de Winston, disfrazada de historia del universo»[10]. Con todo, las partes autobiográficas del ensayo muestran que Churchill empieza

a conocerse bastante bien a sí mismo. «Al mirar atrás, con la perspectiva que nos otorgan tanto la posibilidad de hablar después de ocurridos los hechos como el mismo avance de la edad, —escribe en el primer volumen —, tengo la impresión de haber estado excesivamente dispuesto a asumir tareas intrínsecamente peligrosas, e incluso desesperadas»[11].

El primer volumen de la historia de los planes de guerra de la Alemania imperial, centrados en emprender una carrera armamentística y en convertirse en la dominadora de Europa por vías agresivas, obligaron a los países vecinos a constituir una alianza defensiva. Bonar Law se quejó de que el contenido del libro quebrantaba los deberes de Churchill, que había jurado mantener en secreto la información que conocía por ser consejero de estado, ya que en él se revelaban afirmaciones que los ministros habían hecho en privado. Lloyd George le dijo a Frances Stevenson que se trataba de una obra «magníficamente escrita, pero carente de valor como análisis de carácter general debido a que es excesivamente apologética. —A lo que añade—: Y no siempre me trata con justicia»[12]. Sin embargo, el *New Statesman* proclama la «honestidad» de la obra, y sostiene que «está sin duda alguna llamada a sobrevivirle». Por regla general, y a diferencia de lo que ya era costumbre en otros planos, las reseñas fueron extremadamente positivas[13]. Pese a todo, el crítico literario, *sir* Herbert Read, censuró severamente el estilo de la obra, y en referencia a un pasaje en el que se habla de la caída y el asesinato del zar, y de la posterior intervención de Estados Unidos en la contienda, dice lo siguiente: «Toda esa elocuencia es falsa por artificial: se trata de una de las trampas en las que puede abismarse un escritor si su concepto de “estilo irreprochable” no se apoya en una estructura interna igualmente construida sobre un “pensamiento irreprochable” […]; el escritor, que recela de la mediocridad de su tema, intenta magnificarlo con frases grandilocuentes, animado por la esperanza de ataviar sus pobres reflexiones con los oropeles de tan suntuosos ropajes»[14]. Es evidente que Churchill no pensaba que el desmoronamiento del imperio ruso o la participación de Estados Unidos en la Gran Guerra fueran temas insignificantes. Andando el tiempo, el Comité del Nobel señalará que *La crisis mundial* fue una de las razones que determinaron la concesión del máximo galardón de Literatura a Churchill en 1953, y desde

luego, aun transcurrido un siglo desde su publicación, su lectura sigue resultando esclarecedora.

En el segundo volumen, Churchill sostiene que después del ataque del 18 de marzo de 1915, los fuertes otomanos se habían quedado prácticamente sin municiones, que los campos de minas submarinos habían dejado de constituir una amenaza, que las vacilaciones de Kitchener respecto a la 29.ª División de Regulares ingleses habían provocado un desastre, que Rusia no se estaba desplomando, pero que Turquía sí había entrado en fase de descomposición, que las semanas que se perdieron para reorganizar el gobierno en mayo de 1915 dieron a los turcos el tiempo que necesitaban para reforzar la península, y que, de no haber sido abandonado por sus pusilánimes colegas, él podría haber salvado millones de vidas ganando la guerra con dos o tres años de antelación[15]. Algunas de esas afirmaciones son indudablemente falsas, y otras muy cuestionables, pero también armaban un relato muy eficaz con el que contrarrestar la acción de los importunos que continuaban aullando: «¿Y qué hay de los Dardanelos?», en los mítines públicos de Churchill. Es más, entre principios y mediados de la década de 1920, el público era mucho más receptivo al argumento de que habría valido la pena asumir cualquier riesgo, por elevado que fuera, si con ello se hubieran evitado las carnicerías del Somme y Passchendaele.

El general de división *sir* James Edmonds, director de la Historia Bélica Oficial del gobierno británico, ayudó a Churchill en la redacción de *La crisis mundial*, y recordará más tarde haber proporcionado información a Churchill en Chartwell, asesorándole con los documentos y mapas pertinentes en la elaboración de todos los capítulos. Después, Churchill dictaba el texto a su secretario, sin dejar de recorrer en ningún momento de arriba abajo su despacho. «Me parecía escuchar una especie de voz espectral que le susurraba al oído, —recuerda Edmonds—, pero era él mismo el que musitaba por lo bajo cada una de las frases para comprobar su sonoridad antes de dictármelas. Se tomaba infinitas molestias para pulir su prosa. Después de mecanografiar dos o tres versiones, hacía cuatro o cinco galeradas —lo que suponía un gasto más que notable para sus editores— […]. Tiene alma de artista»[16].

Entre los papeles de James Edmonds, los legajos que contienen las preguntas que Churchill le hizo a partir de enero de 1923 son extremadamente numerosos. En ellos se contemplan cuestiones como la violación de la neutralidad de los Países Bajos por parte de Alemania, la situación de Serbia en 1914, las acciones del general francés Maurice Sarrail en Salónica, el efecto que tuvo sobre los alemanes «la maravillosa tenacidad de nuestro ataque» en el Somme, el verdadero inventor de la «cortina de fuego móvil»[17], la reacción alemana a la batalla de Armentières, la utilización que había hecho el mariscal Foch de las informaciones de inteligencia, la campaña alemana en Rumanía, las diferencias existentes en la cuantificación de bajas de británicos y alemanes, los hechos de la batalla de Lemberg, y otros muchos extremos. No obstante, también había preguntas triviales o de carácter técnico, como por ejemplo: «Cuando estábamos en la India, ¿vivíamos en tiendas de "doble pliegue" o de "doble vuelo"?»[18]. Edmonds permaneció varias semanas en Chartwell, y señala que su anfitrión «se echaba invariablemente la siesta en una cama de estilo napoleónico con adornos de seda verde y molduras doradas en forma de abeja»[19].

Churchill enviaba habitualmente a Edmonds sus galeradas, dando por descontado que su «vigilante lapicero» habría de señalar sin falta las inexactitudes[20]. En un momento dado, Edmonds empezó a considerar que Churchill estaba siendo excesivamente duro en sus apreciaciones —sobre todo en relación con Haig—, y así se lo señaló al autor. La respuesta de Churchill fue: «Evidentemente, siempre es posible podar o suavizar los sarcasmos y las asperezas. Muchas veces escribo esas cosas con el fin de ver cómo quedan una vez impresas»[21]. Respecto a lo que había escrito sobre el Somme, Churchill dijo sin rodeos: «Estoy deseando reivindicar la valoración que yo mismo hice en esa época de la situación, y por supuesto deseo exponer la argumentación general que me indujo a oponerme a esas ofensivas»[22]. Churchill también leyó todos los libros que se habían publicado sobre Galípoli. «No sabía que Mustafá Kemal hubiera intervenido el 25 de abril [de 1915, es decir, el día en que se produjo el desembarco anfibio], —le dirá a Ian Hamilton tras consultar una de esas

obras—: y me parece sumamente interesante. El destino estaba muy ocupado inmiscuyéndose en nuestros asuntos»[23].

En mayo de 1923, en el transcurso de una comida, Robert Horne le pregunta a Churchill cuál es en ese momento la posición política que mantiene, considerando que los nacional-liberales han perdido su razón de ser al desbaratarse la coalición de Lloyd George. «Soy lo que siempre he sido, —le responde Churchill—, un demócrata conservador. La fuerza de las circunstancias me ha obligado a trabajar en otra formación política, pero mis puntos de vista no han cambiado, y me encantaría poder darles curso uniéndome a los conservadores»[24]. Esta posibilidad había quedado súbitamente abierta con la dimisión de Bonar Law, que el 20 de ese mismo mes había abandonado sus cargos de primer ministro y líder del Partido Conservador, aquejado por el cáncer que iba a llevarle a la tumba en octubre. «De todos los primeros ministros que he tenido ocasión de conocer, —solía decir Churchill citando a Hilaire Belloc—, el menos notable ha sido Bonar Law»[25]. Durante un breve lapso de tiempo se sopesó la idea de señalar a Curzon como sustituto del dimitido primer ministro y dirigente conservador, pero tanto Balfour como lord Stamfordham, el secretario privado del rey, pusieron obstáculos infranqueables a su designación, así que al final fue Stanley Baldwin el que accedió a ambos puestos. Churchill había estado subestimando sistemáticamente al nuevo primer ministro. «¡Saca a tus baldwins en formación! ¡Saca a tus baldwins en formación!», le había dicho a Asquith mientras este colocaba sus peones inmediatamente antes de iniciar una partida de ajedrez[26]. Sin embargo, Churchill tenía la esperanza de que Baldwin le permitiera ahora reingresar en el Partido Conservador. Pese a las evidentes ambiciones de Churchill, lo cierto era que Baldwin se había hecho con el puesto de primer ministro tan solo veintiséis meses después de haber pasado a formar parte del consejo de ministros, mientras que Churchill, transcurridos quince años desde que ostentara por primera vez un cargo ministerial, ni siquiera disponía de un escaño en el parlamento.

En 1923, Churchill ganó dos demandas por difamación. Una por la alegación de un presunto despilfarro del dinero del contribuyente durante la Conferencia de El Cairo, y otra contra lord Douglas, el antiguo amante de Oscar Wilde, que había redactado un panfleto en el que acusaba a Churchill de haberse enriquecido especulando en la bolsa de Nueva York a través de *sir* Ernest Cassell y mediante la manipulación de las noticias relativas a la batalla de Jutlandia[27]. (Abundando en el ridículo, Douglas afirmó también que lord Kitchener se había ahogado como consecuencia de un complot urdido por las organizaciones internacionales de judíos.) Sometido a un agresivo interrogatorio, Churchill provocaría la hilaridad del Tribunal Supremo al dar a la pregunta de «¿Se negó lord Fisher a verle y luego dimitió?» la siguiente contestación: «No; dimitió y luego se negó a verme»[28]. Con sus evidentes invenciones[29], el único testigo de la defensa, el capitán Spencer, también haría reír, aunque de forma muy distinta, al tribunal. El jurado tardó solo ocho minutos en emitir un veredicto de culpabilidad de los demandados, tras lo cual Douglas fue sentenciado a seis meses de prisión. (Durante la segunda guerra mundial, Douglas compondrá un soneto en honor de Churchill, y este último reconocerá elegantemente el gesto diciendo a quien había acudido a verle: «Dígale de mi parte que el tiempo pone fin a todo».)[30] En 1924, el novelista irlandés Frank Harris sostendrá en su autobiografía titulada *Mi vida y mis amores* que lord Randolph había fallecido a causa de la sífilis. No se trataba, evidentemente, de una alegación que pudiera airearse acudiendo a la justicia, pero dio lugar a una nueva proliferación de teorías sobre la supuesta inestabilidad y escaso buen juicio de Churchill. El sobrino de Churchill, Peregrine, que por entonces contaba once años de edad, tuvo que hacer frente a un compañero de clase de su colegio de primaria que le había dicho: «Mi papá dice que todos los Churchill tenéis enfermedades asquerosas y estáis un poco locos»[31].

Al no estar ya en el parlamento, Churchill quedó en libertad, como simple ciudadano, de actuar en nombre de la Real Compañía Neerlandesa Shell y la Petrolera Birmana y de abogar en favor de su fusión con la Compañía Petrolífera Anglo-Persa. De esa unión podían derivarse implicaciones positivas para la seguridad de Inglaterra y la disponibilidad

de un suministro ininterrumpido de petróleo económico para la Marina Real, y desde luego contribuía a los intereses estratégicos de Gran Bretaña. En agosto de 1923, Churchill presionó a Baldwin, pese a que el antiguo secretario privado de Winston, *sir* James Masterton-Smith, se mostrara tajantemente contrario a cualquier participación de Churchill «en esferas políticas de alcance»[32]. Para evitar comentarios en la prensa, Churchill entró en las dependencias del número 10 de Downing Street accediendo por la puerta de la Secretaría de Hacienda, cosa que «divirtió mucho a Baldwin», según le comentará a Clementine[33]. En privado, Churchill había considerado (erróneamente) a Baldwin una especie de cero a la izquierda, pero acabó confiando a su esposa que la reunión había sido «de lo más agradable. Sostuvo tener una ilimitada cantidad de tiempo libre para atenderme y me recibió con la mayor cordialidad».

La conversación que ambos hombres mantuvieron abarcó un gran número de temas. Hablaron del Ruhr, del Almirantazgo, de cuestiones relacionadas con el Ministerio del Aire, de las reparaciones de guerra, de la deuda estadounidense, y de política en general. Churchill descubrió que el primer ministro era totalmente favorable a la fusión de las compañías petrolíferas. «Estoy seguro de que el asunto saldrá bien, —comenta Churchill con Clementine—. Lo único que me desconcierta es [el papel que yo mismo he de desempeñar] en la cuestión.»[34] El director gerente de la compañía Shell, *sir* Robert Waley-Cohen, pagó a Churchill 5000 libras esterlinas (aproximadamente 205 000 de las actuales) por las consultas que había efectuado para concluir el pacto y los contactos que había mantenido a lo largo de cuatro meses. Se trataba de una suma inmensa, pero no era nada insólito que los antiguos ministros se pasaran al sector privado tras un período de tiempo en el gobierno.

Pese a haber heredado las fincas de Garron, Churchill necesitaba el dinero, debido a que no solo había dejado de percibir el salario de ministro o de parlamentario, sino a que también tenía que sostener la casa que poseía en la Sussex Square de Londres y a que debía pagar los gastos de la renovación de Chartwell. Esta mansión, construida originalmente en la época de Enrique VIII (aunque provista de varias ampliaciones modernas), rodeada de unos terrenos de 32 hectáreas, y situada a tan solo 38 kilómetros

de Westminster, se erigía en el flanco de una colina, de modo que ofrecía a sus habitantes una vista espectacular de las arboladas praderas del condado de Kent. En un principio, Clementine se había mostrado favorable a su adquisición, lo que en 1921 la llevará a escribir: «No consigo quitarme de la cabeza esa loma paradisíaca que corona una arboleda […]. Desde luego, espero que podamos comprarla. Si lo conseguimos, estoy segura de que pasaremos en ella muchísimo tiempo y de que seré muy feliz»[35]. Sin embargo, al darse cuenta, en ulteriores visitas, de que el palacete estaba bastante desvencijado y repleto de problemas, con lo que la reparación auguraba una factura astronómica, Clementine cambió de parecer. No obstante, para entonces ya era demasiado tarde, puesto que su marido había quedado perdida y permanentemente enamorado de la mansión y sus terrenos[36]. «Un día lejos de Chartwell es un día desperdiciado», solía decir[37]. Nada más llegar el coche frente a la casa, «y tras acercarse al porche, —recuerda su secretaria Grace Hamblin—, [Churchill] lo empujaba todo. Los papeles salían volando […], el perro era apartado de mala manera y se deshacía de igual modo de su otra secretaria…; todo tenía que hacerse a un lado, dispuesto a dar un brinco para apartarse de su camino. Y entonces decía: "¡Ah, Chartwell…!"»[38]. En su despacho de la mansión, sobre cuyo escritorio campeaba un busto de Napoleón, Churchill podía trabajar mejor que en cualquier otro sitio. «No molestes a tu padre, —le decía Clementine a Mary—, está con un discurso»[39].

Los costes de renovar y mantener el palacete de Chartwell debilitaban la economía familiar. Como siempre, Churchill decidió resolver el problema ganando más dinero, y no disminuyendo el gasto, por más que le dijera casi constantemente a Clementine que tenían que reducir su presupuesto. Las obras de renovación de la casa, que incluían un cambio completo de todos los cables eléctricos, una gran ampliación, tejados nuevos, un huerto, un cenador para Mary, un jardín acuático con estanques escalonados para sus carpas doradas (que de cuando en cuando Churchill mostraba a los perfectos desconocidos que se quedaban contemplando la propiedad a través de la verja —a lo que hay que añadir que en más de una ocasión los peces fueron pasto de las nutrias de la zona—), dos grandes lagos y una piscina climatizada a 24 grados centígrados. En la década de 1930, la

familia Churchill disponía de ocho criados, dos secretarias, un chófer y tres jardineros. Los salarios de estas catorce personas dependían por tanto de los ingresos que él mismo lograra obtener de sus libros, artículos y guiones cinematográficos (que jamás saltaron a la pantalla). «En realidad vivía con lo justo», escribe[40].

Chartwell era un lugar magnífico para recibir invitados. El libro de visitas, en el que figuran las 2316 firmas de las 780 personas que pasaron allí unos días, señala por ejemplo que Lindemann estuvo 86 veces en la mansión, Bernard Montgomery 46, y Brendan Bracken 31 —sin olvidar que sus amigos F. E. Smith, Beaverbrook y Eddie Marsh también se dejaron caer a menudo por la casa—. También se encuentran los nombres de Balfour, Lloyd George, T. E. Lawrence —que era uno de los pocos individuos a quienes Churchill escuchaba atentamente y sin (demasiadas) interrupciones—, y Charlie Chaplin[41]. Fueron muchos más los personajes que acudieron a verle en los años treinta del siglo XX, aunque por razones de privacidad y seguridad prefirieran no dejar constancia de su paso en el libro de honor. Entre esos visitantes anónimos se encontraban políticos y militares contrarios al régimen nazi, personas que deseaban denunciar ciertas prácticas del Ministerio del Aire, renegados de la Secretaría de Asuntos Exteriores que habían cambiado de parecer y se mostraban contrarios a la política de apaciguamiento de Hitler, y contactos de los servicios de inteligencia de Desmond Morton.

En 1923, Churchill le envía a Clementine un ensayito titulado «*A Dissertation on Dining Room Chairs*» en la que sostiene que «la silla de comedor obedece sin duda a unos requisitos claramente marcados». Tenía que ser cómoda, explica, contar con apoyabrazos y ser de tamaño reducido. De hecho, el respaldo debía ser «casi perpendicular al asiento»[42]. También era preciso que, en la sala, hubiera un mínimo de veinte butacas de ese tipo. Las comidas que se celebraban en torno a la mesa redonda del comedor de Chartwell solían durar un par de horas, y a veces tres, ya que a medida que se sucedían los platos surgían también, en constante secuencia, las réplicas ingeniosas y los brillantes debates de una sobremesa frecuentemente amenizada por la desbordante recitación de un torrente de párrafos, largo tiempo memorizados, en prosa y en verso. «¡Ah, Clemmie!, —solía

exclamar Churchill cuando Clementine hacía amago de abandonar la mesa —. Estamos tan a gusto […]. No te vayas. Ordenemos al instante que nos conforte con su permanencia.»[43]

A finales de mayo de 1928, al descubrir que el estanque inferior del jardín acuático de Chartwell se hallaba tres metros por encima del nivel del lago que acababan de construirle, Churchill pidió a Lindemann que le explicara cómo utilizar la gravedad para regular los niveles de ambas masas de agua y determinar la sección que debían tener las tuberías necesarias para lograrlo[44]. Además de recurrir a él como físico, analista de ingenios explosivos, músico teórico, organizador de debates y experto en pistolas láser, Churchill quería que Lindemann se pusiera ahora el mono de paisajista. «Suponiendo que esos 28 litros de agua [por minuto] circularan por una cañería de 2,5 o 3,8 centímetros de diámetro con una acometida de 300 centímetros situada a 180 metros de distancia, —pregunta Churchill—, ¿qué flujo cabría esperar en el extremo de vertido al lago? ¡Espero que estos problemas no superen los alcances de las matemáticas de Oxford!»[45]. Y no los rebasaban, en efecto. A principios del mes siguiente, Churchill telegrafiará a Lindemann, que se encontraba en ese momento en Christ Church: «El agua fluye magníficamente bien de acuerdo con tus cálculos, Winston»[46].

En Chartwell vivieron también numerosos animales. Con el paso de los años, dejarían huella dos caniches pelirrojos, *Rufus* y *Rufus II* (junto a los cuales quería ser enterrado Churchill, según dejó dicho en un primer momento); varios cisnes negros traídos de Australia; una oca canadiense a la que todos conocían como «el Edecán del almirante» (porque a Churchill le recordaba a un oficial de la marina que había conocido en otra época) y que «aterrizaba a dos o tres pasos por detrás de su amo y caminaba con altanería mientras [Winston] daba una vuelta por la finca»; otro ganso al que Churchill gritaba a voz en cuello «Ahhcua-cua» desde la otra punta de la explanada a fin de recibir como respuesta un lejano «honk-honk» procedente del lago; un hermoso gato color mermelada que se llamaba *Jock*[47]; y un segundo felino, al que, agotada la imaginación, la familia se conformaba con denominar *Cat*. (En una ocasión en la que este último se fugó, Churchill mandó colocar un cartel en la ventana en el que se leía: «Si

Cat se toma la molestia de regresar a casa, queda todo perdonado», y diez días más tarde aparecía al fin el prófugo.)[48] En otro caso, el doguillo de Mary se puso enfermo y Churchill «se preocupó muchísimo», tanto que dio en componer un poema para que Sarah y Mary lo canturreasen:

> Vaya, ¿qué le pasa al pobre *Puggy-wug*?
> Dale mimitos, abrazos y besitos,
> corre a traerle una buena medicina,
> envuélvelo tiernamente en una manta,
> que así *Puggy-wug* en sanar no ha de tardar[49].

No es precisamente Keats, pero es una nueva muestra de su ánimo juguetón y del cariño que sentía por sus hijas. (*Puggy-wug* se puso bueno enseguida.)

Churchill también criaba cerdos, y pidió a los criados que ataran un cepillo de alambre a un palo largo para poder rascarles el lomo. «Los perros te miran con admiración, —le dirá en 1952 a uno de sus ayudantes—, y los gatos te contemplan con desdén. ¡Prefiero un cerdo! Te mira directamente a los ojos y te trata como a un igual.»[50] Después de la segunda guerra mundial, se aficionó a los peces tropicales, y tenía en su despacho a Toby, un periquito azul que revoloteaba con toda libertad por el estudio, obligando a los visitantes, por emplear las palabras de Mary, «a correr el riesgo de las indiscreciones del pájaro»[51]. Él mismo construiría un mariposario, pero a veces les dejaba la puerta abierta, diciendo: «No puedo soportar este cautiverio»[52]. Sarah recuerda: «Mi padre tenía opiniones muy arraigadas sobre los animales y no podía soportar que se los sacrificara para echarlos a la cazuela si él mismo había tenido ocasión de “darles los buenos días”»[53]. De una oca en concreto dijo: «“Trínchala tú, Clemmie. Era amiga mía…”»[54].

En 1934, los Churchill empezaron a criar abejas, así que la familia podía endulzar el té con miel hecha en su propia casa. De hecho, Clementine fue miembro de la Asociación de Apicultores de Kent durante varios años[55]. Dos décadas más tarde, Churchill ordenaría que las fresas de Chartwell que se vendían a los fruteros de Covent Garden fueran

empaquetadas con la punta hacia abajo a fin de resaltar lo frescas que eran[56].

Churchill estaba convencido de que los patos de la finca le conocían. Para intentar probárselo a Hastings Ismay, su secretario militar durante la segunda guerra mundial, comenzó a «proferir una serie de arrullos seductores hasta conseguir que un solitario macho abandonara el escondite que tenía entre los juncos y fuera nadando suavemente hasta él para recibir como recompensa un puñado de migas de pan, directamente de la mano del primer ministro». Al desafiar a Ismay diciéndole que no podría ejercer sobre el ave una influencia igual, el aludido se puso a imitar «la curiosa llamada [de Churchill], y al cabo de un rato, el mismo pato volvió a bogar sin prisas en su dirección». Churchill «lo miró con esa expresión más de pesar que de ira que brilla en los ojos del hombre que se ve abandonado por un querido amigo, y después, con un tono embargado por la emoción, dijo apenado: “Ojalá no lo hubiera hecho…”»[57].

A finales de la década de 1920, Churchill echó mano de la argamasa y los ladrillos y levantó un muro alrededor del huerto y buena parte de dos casitas de campo. (Por razones políticas, y haciendo gala de una singular falta de sentido del humor, el comité ejecutivo de la Unión de Trabajadores del Sector de la Construcción anuló la tarjeta de miembro que le había concedido la rama local de esa organización.) En los bosques de las tierras comunales que se extendían por encima de la finca de Chartwell vivían el señor y la señora Jack, conocidos por el mal nombre de «los Donkey»[58], una pareja de gitanos. En 1933, Churchill pagó el funeral de Jack «Donkey», evitando que su cuerpo fuera a parar a la fosa común que se reservaba a los pobres, y cuando el ayuntamiento de la localidad dictó el desahucio de su viuda, Churchill se ofreció a sufragar de su bolsillo una plaza para ella en una residencia. No obstante, la esposa de Jack prefirió acampar en una choza en los bosques de la propiedad de Churchill durante el resto de sus días, cosa que él consintió[59]. Estos actos de generosidad personal, desconocidos en cualquier otra familia de la época, le salían espontáneamente del alma.

«Menudo puerco es este Mussolini, —le escribe Churchill a Clementine en septiembre de 1923—. ¡Y veo que Rothermere le está brindando su apoyo! Estoy totalmente a favor de la Sociedad de Naciones.»[60] La reputación de Churchill habría salido mejor parada si hubiera mantenido esa impresión inicial sobre el dictador italiano que acababa de hacerse con el poder en Roma, pero con el paso del tiempo Churchill empezaría a ver en él a un baluarte contra el comunismo, cuya propagación a Occidente temía, sobre todo en la Europa de posguerra.

En octubre, Baldwin prometió recuperar las medidas proteccionistas con la esperanza de combatir el desempleo —y poniendo también fin a cualquier expectativa que Churchill hubiera podido tener de una reincorporación al redil conservador—. Churchill dio por tanto un giro y volvió a manifestar su vieja lealtad a los liberales, lo que le llevó a organizar un fuerte ataque contra el gobierno en la campaña de las elecciones generales. El 8 de noviembre, justo antes de iniciarse el período electoral, conoció a Brendan Bracken, que por entonces tenía veintidós años de edad y no solo estaba llamado a convertirse en uno de sus asesores más cercanos, sino a ser también su más fiel seguidor y su mejor amigo, junto con Lindemann, tras el fallecimiento de F. E. Smith. Bracken tenía un pasado que él mismo se ocupaba en mantener deliberadamente envuelto en el misterio, ya que no tenía inconveniente en espolear el rumor, provocado en parte por su pelirroja cabellera, de que era hijo ilegítimo de Churchill —cosa que, para gran disgusto de Clementine, Winston no trataría de acallar en ningún momento—. En una ocasión en la que Clementine trató de sondearle, él le contestó burlonamente: «Lo he estado pensando, pero las fechas no coinciden…»[61]. (Churchill había pasado en Sudáfrica prácticamente todo el año anterior al nacimiento de Bracken.) Por tanto, el hecho de que se encariñara con un descarado aventurero como Bracken constituye un ejemplo de lo mucho que apreciaba Churchill a las personas interesantes, inteligentes y divertidas, así como una muestra de lo poco que le importaban sus antecedentes. Clementine, cuyo temperamento era notablemente más convencional que el de Churchill, tardaría mucho más en apreciarle.

Nacido en el condado de Tipperary e hijo de un acomodado constructor y miembro de la Hermandad Feniana —contraria a los ingleses y partidaria de la creación de una república en Irlanda—, Bracken había sido enviado a Australia durante la Gran Guerra, y no había regresado hasta 1919. En 1921, a la edad de diecinueve años, y fingiendo ser un australiano cuyos padres habían perecido en un incendio forestal, Bracken consiguió una plaza para estudiar en el colegio privado de Sedbergh, en Cumbria[62]. Tras pasar un trimestre en ese centro, se dedicó a enseñar durante un año entero en distintas escuelas preparatorias, y continuó afirmando que venía de Sídney[63]. A los veinticinco años, Bracken había logrado ingresar ya en la junta directiva de una empresa editora de periódicos. Después, a mediados de la década de 1920, hizo fortuna al reactivar la industria editorial de la familia Crosthwaite-Eyre, cuyos miembros eran incompetentes en materia económica y muy poco espabilados desde el punto de vista intelectual. En 1945, Bracken culminaría este período de enriquecimiento personal con la fusión de dos rotativos: el *Financial News* y en *Financial Times*. En 1929 se aupó al rango de parlamentario por el Partido Conservador al ganar en la circunscripción de Paddington Norte. Era indudablemente un arribista, pero también un hombre de notables dotes creativas, y Churchill valoraba a un tiempo su lealtad incondicional y el talento que tenía para levantarle el ánimo. Bracken no solo era un individuo que se había hecho enteramente a sí mismo, sino una persona perfectamente capaz de ganar prosélitos para las causas de la libre empresa y el individualismo competitivo[64].

Baldwin llamará a Bracken el «fiel *chela*» de Churchill («*chela*» es un término hindú que significa «discípulo devoto»), pero también habrá epítetos menos amistosos, ya que, por ejemplo, el parlamentario conservador John Davidson preferirá adjudicarle el calificativo de «chacal de Winston», y Gladwyn Jebb, alto funcionario del Ministerio de Exteriores, le tildará de «simple golfo» (aunque nunca se atreviera a decírselo a la cara[65]). Sin embargo, Bracken era mucho más que un discípulo. Era un gran relaciones públicas, además de un asesor de confianza y un buen amigo —sin olvidar que también poseía la rara cualidad de ser una de las pocas personas que no se arredraban ante la apisonadora churchilliana—. «Mantuvo discusiones verdaderamente

increíbles con Churchill, —recuerda Harold Macmillan—. Se peleaban como un matrimonio mal avenido, pero Churchill ya se esperaba ese tipo de tormentas, que además nunca perduraron ni llegaron a afectar el armónico entendimiento de fondo que les unía.»[66] Macmillan fue testigo de que, «algunas veces, [Bracken] contribuyó a impedir que [Churchill] perdiera la cabeza, sobre todo durante la guerra».

Bracken era también la única persona a la que se le permitía irrumpir en cualquier reunión de Churchill sin llamar previamente a la puerta, y miembro del muy reducido grupo de mortales que tenían vía libre para tomarle el pelo. En una ocasión en la que Churchill le dijo a Bracken que los parisinos galardonados con la Médaille Militaire, que él había recibido en mayo de 1947, tenían derecho a ser conducidos en taxi a sus lugares de residencia a expensas del estado francés en caso de haber bebido en exceso, Bracken le contestó: «Pues has debido de ahorrar bastante en carreras de taxi en tus estancias en París…». Más tarde, al nombrar a un antiguo alumno del colegio de Harrow para un puesto en el gobierno, Bracken le dirá: «Solo le quieres cerca por haber estado en ese maldito correccional en el que te metieron»[67]. Y en otra circunstancia, al prender Bracken descaradamente su cigarrillo con la brasa del puro de Churchill, este le comentará al jefe de disciplina del partido: «He asesinado a hombres por menos que eso…»[68]. No obstante, pese a todas las bromas y las riñas, en la época en que la política de apaciguamiento de los nazis alcance su punto culminante, Brendan Bracken será el único parlamentario no perteneciente a la familia que tendrá la presencia de ánimo necesaria para hablar en favor de Churchill, preservar sus intereses, hacer suyos sus enemigos, y participar a su lado en todos los procesos de división de la asamblea[69], noche tras noche, y mes tras mes.

«Se cierne sobre nosotros la amenaza de otras elecciones generales y tengo un montón de cosas que hacer para ayudar a Churchill, que concurre a ellas con la intención de obtener un escaño», le escribe Bracken a su (intachable) madre ese mismo mes de noviembre. El hecho de que Baldwin hubiera convocado unas elecciones generales con cuatro años de antelación, pese a disponer de una amplia mayoría en el parlamento, había resultado tan sorprendente como su súbita elevación al puesto de primer ministro o su

aceptación del proteccionismo, pero parece que había llegado a la conclusión de que necesitaba un nuevo mandato para poner fin al libre comercio. Igualmente asombroso había sido que Churchill eligiera competir por la circunscripción del Leicester Occidental como miembro de los nacional-liberales y defensor del libre comercio cuando se le había ofrecido hacerlo en Manchester y por otros escaños que aparentemente resultaban de más fácil conquista. Más tarde, él mismo lo explicaría diciendo que «un oscuro complejo» le había empujado «a lanzarse a luchar contra un socialista en Leicester, donde, al ser atacado al mismo tiempo por los conservadores, acabé obviamente derrotado»[70]. A largo plazo, la decisión de adoptar una posición más contraria a los laboristas que a los conservadores terminaría por favorecerle, y lo mismo puede decirse del hecho de haber quedado fuera del parlamento constituido en 1923, ya que eso le permitiría no tener que plegarse a los dictados del jefe de disciplina de ese partido.

Las elecciones fueron muy broncas, con una campaña en la que no solo le gritaron muchas veces «¿Y qué hay de Amberes?» sino que alguien arrojó un ladrillo contra su coche. «El señor Baldwin, nuestro primer ministro, es un hombre extremadamente honesto, —dijo ante el público congregado en uno de sus mítines, levantando una marea de carcajadas—. Por una vez, yo mismo me habría sentido bastante inclinado a creerlo así, aunque él no se hubiera jactado tantas veces de serlo. Está muy bien que un primer ministro sea honrado, pero también es muy importante que tenga razón.»[71] Tres días antes de que se abrieran las urnas, dijo: «El señor Baldwin ni siquiera sabe lo que es la materia prima. No tiene ni idea de si los aranceles que está proponiendo son altos o bajos»[72]. Se trata sin duda de un ataque curioso, no solo porque Baldwin había conocido el éxito en la industria siderometalúrgica antes de pasarse a la política, sino porque apenas tres meses antes el propio Churchill había abrigado la esperanza de que el primer ministro le facilitara la reincorporación al Partido Conservador.

Churchill perdió por 4000 votos de diferencia frente a Frederick Pethick-Lawrence, el candidato laborista, en unas elecciones en las que, en el conjunto del país, los conservadores obtuvieron 258 escaños, los

laboristas 191 y los liberales 159. Los *tories* consiguieron la confianza de 5,54 millones de ciudadanos, los laboristas la de 4,44 millones y los liberales la de 4,31 millones. Era la primera vez que los laboristas lograban más sufragios que los liberales, aunque a partir de esa fecha ya no iban a dejar de hacerlo. Después de los comicios, dirá Churchill: «Los liberales, atendiendo a un criterio totalmente imprudente y equivocado, elevaron al poder, por primera vez en la historia, a la minoría socialista, condenándose con ello a un destino funesto»[73]. Tras las elecciones, los liberales de Asquith se mostraron favorables a apoyar a un gobierno laborista, mientras que los liberales de la coalición de Lloyd George y Bonar Law preferían respaldar a un ejecutivo conservador. Churchill se convirtió así en el principal portavoz de este último grupo, pese a no ser ya miembro del parlamento. Sin embargo, durante la campaña había afirmado ante el público de Manchester que «el libre comercio va a ser sometido a un consejo de guerra sumarísimo y acabará fusilado al amanecer», y ahora no iba a retractarse y renunciar a la defensa de esas ideas[74]. O dicho de otro modo: no podía sumarse a los conservadores mientras estos continuaran apoyando la adopción de medidas proteccionistas.

Churchill estableció claramente los perfiles de su postura en una carta enviada al *Times* y publicada el 18 de enero de 1924. «La entronización de un gobierno socialista será una grave desdicha para la nación, muy parecida a la que en general se ha abatido sobre los grandes estados que los adoptaron al día siguiente de acabar la guerra», escribe[75]. Churchill declaró asimismo que consideraba que los laboristas, que deseaban establecer relaciones diplomáticas plenas con Rusia, eran compañeros de viaje del bolchevismo, por más que Ramsay MacDonald, el dirigente laborista, distara mucho de ser un Lenin o un Trotski. El 22 de enero, MacDonald se convertía en el primer ministro laborista del país, con el apoyo de los liberales de Asquith.

Tras las elecciones, Churchill mantuvo una larga y amistosa charla con Baldwin, y el 23 de febrero le decía a Clementine: «Es obvio que [el líder conservador] desea vivamente mi regreso y mi cooperación»[76]. Así las cosas, Churchill decidió concurrir a las elecciones parciales que se celebraban en el centro de Londres como candidato por la circunscripción

de Westminster (Sector de la Abadía), en calidad de independiente contrario a los socialistas, siendo por tanto esta la primera vez desde el año 1906 en la que no habría de figurar la palabra «liberal» en su léxico electoral. Los conservadores locales presentaron un candidato alternativo para competir con él, el capitán O. W. Nicholson, que no solo era sobrino del parlamentario cuyo fallecimiento había determinado la convocatoria de esas elecciones parciales, sino también una persona que contribuía generosamente a las arcas del partido. «Estoy seguro de que no desea usted que ningún tecnicismo le obligue a abrir fuego sobre los refuerzos que traigo en su ayuda», le escribe Churchill a Baldwin el 7 de marzo con el fin de solicitar su apoyo. No obstante, pese a ser cierto que Baldwin quería tener a Churchill en el parlamento, no estaba dispuesto a desautorizar a la asociación conservadora local[77].

El 10 de marzo Churchill señala en sus panfletos electorales: «Soy un liberal que se propone trabajar con el Partido Conservador para oponer la máxima resistencia a este amenazador asalto» (en referencia al socialismo). «El señor Baldwin ha lanzado un llamamiento público para pedir a la población que coopere con los liberales. Yo le apoyo en esta política, ya que es preciso dar prioridad al país sobre el partido.»[78] Ese mismo día, Clementine repartía una serie de octavillas en las que se afirmaba: «Con la única excepción del señor Lloyd George, no hay en la actualidad un solo hombre público que haya impulsado iniciativas legislativas más importantes o más sociales que el señor Churchill». Y entre otros ejemplos de éxitos de su marido, Clementine citaba las siguientes cuestiones: la constitución del Transvaal; «la Ley de la Comisión de Comercio que permitió atajar las prácticas de las industrias que pagaban salarios ínfimos a los obreros»; las bolsas del trabajo; el seguro de desempleo; la Ley de Regulación de las Minas de Carbón de 1910; la abolición de los confinamientos prolongados en las celdas de castigo de las cárceles; la Ley de Horarios Comerciales de 1911; el cambio de hora veraniego destinado a ahorrar energía eléctrica; «la preparación de la Marina Real con vistas a plantar cara a la amenaza alemana»; la preservación de Dunquerque mediante la defensa de Amberes; su inocencia en el caso de los Dardanelos, dado que la Comisión creada al efecto «le había exonerado de toda culpa»; «el encargo que llevó a la

fabricación de los primeros tanques»; el establecimiento de un reino árabe independiente en Mesopotamia («con el que Gran Bretaña se ahorró cuarenta millones de libras esterlinas»); y su condición de signatario del Tratado Anglo-Irlandés[79].

Aquello era un práctico inventario de los logros conseguidos hasta entonces por su esposo, pero el candidato laborista, Fenner Brockway, respondió con una versión negativa titulada «La oscura trayectoria de Winston: su voto contra la clase trabajadora». En esa lista se hablaba de los catorce millones de libras enviados a Denikin (con lo que se daba la impresión de que se había tratado de una remesa de dinero en efectivo, en vez de un suministro de municiones); el voto con el que Churchill se había opuesto a la propuesta laborista de creación de una comisión de investigación sobre la especulación del carbón; el voto con el que se había negado a rechazar, en julio de 1920, la imposición de los Derechos Arancelarios Proteccionistas de McKenna; «las aventuras mesopotámicas [de Churchill], que no habían beneficiado a nadie salvo a los millonarios usureros del petróleo»; el envío del ejército a las estaciones ferroviarias en 1911; y el voto contrario a una moción de condena de los Negros y Caquis en noviembre de 1920[80]. «Es un aventurero político, —clamaba Brockway —, con un don especial para actuar con una irresponsabilidad maliciosa»[81].

Treinta parlamentarios conservadores dieron su apoyo a Churchill, y solo hubo un miembro importante de ese partido, Leo Amery, que juzgó necesario realizar un llamamiento público para pedir que no se le votara. En vista de la situación, Baldwin dio curso a una carta de respaldo de Balfour que había estado reteniendo hasta ver por dónde soplaban los vientos. Con su característico ímpetu, Churchill decidió no recorrer su distrito electoral en automóvil, sino en un carruaje tirado por cuatro caballos. Nicholson consiguió 8187 votos, Churchill 8144, Brockway 6156 y el liberal J. S. Duckers 291. Perder por 43 papeletas en una circunscripción de más de 22 000 votantes resultaba difícil de digerir, pero Churchill había demostrado poseer un fuerte carisma personal —y además no había impedido que los conservadores obtuvieran su escaño—. Por otro lado, como él mismo sostendrá en 1932, había conseguido «recuperar, al menos durante un

tiempo, el beneplácito de todos los elementos sólidamente conservadores, cuyas más hondas convicciones comparto en muchos casos y puedo por tanto expresar en los momentos críticos, aunque yo nunca les haya gustado ni obtenido su confianza»[82]. En 1946 bromeará diciendo: «He concurrido a más elecciones disputadas que cualquier otro político, y de todas ellas, la de Westminster fue la más emocionante y la más reñida […]. No fue una elección partidista, porque en esa contienda electoral todas las formaciones coincidieron en oponerse a mí»[83].[84]

Apenas dos meses más tarde, el 7 de mayo de 1924, Churchill se subía a un estrado conservador por primera vez en veinte años, y comenzaba a decirle a los miembros de la Asociación Conservadora Masculina de Obreros congregados en el Sun Hall de Liverpool que, al haber «trabajado en estrecha relación [con los conservadores], tanto en el gabinete como fuera de él», durante casi una década, no tenía «la sensación de que [su] presencia en esa reunión [debiera] interpretarse como un hito llamado a señalar la ocurrencia de un acontecimiento excepcional o de una novedad extraordinaria, ni para vosotros como público ni para mí mismo» como político[85]. En junio, al renunciar Baldwin a su proyecto de introducción de aranceles, Churchill empezó a buscar la forma de luchar por la obtención de un escaño conservador en las siguientes elecciones.

En septiembre, Churchill publicaba un artículo de clarividencia portentosa en la *Pall Mall Gazette* titulado «¿Hemos de suicidarnos todos?» y redactado con la ayuda de Lindemann. En 1917, *sir* Ernest Rutherford había conseguido dividir el átomo, y lo que Churchill se proponía en su escrito era justamente explicar a los lectores la significación militar de ese descubrimiento. «La humanidad no se ha encontrado nunca en una situación como la presente», afirma.

> Sin que haya mejorado apreciablemente su virtud y sin que pueda decirse que disfrute hoy de más sabias orientaciones, el género humano tiene ahora en sus manos, por primera vez en la historia, un conjunto de herramientas capaces de materializar su propio exterminio […]. La muerte se mantiene en estado de alerta, servicial, expectante, dispuesta a actuar, a liquidar a la gente en masa; presta a pulverizar, si así se le requiere, y sin esperanza de reparación alguna, los restos de la civilización […]. ¿Acaso no podrían fabricarse ya bombas no mayores que una naranja y dotadas del secreto poder de destruir una manzana entera de casas, o peor aún, susceptibles de concentrar la potencia de mil toneladas de cordita y de hacer saltar en pedazos una población entera con un solo

> impacto? ¿No existirá en breve la posibilidad de guiar automáticamente los explosivos, aunque sean solo los ya conocidos, por medio de máquinas voladoras dirigidas por sistemas inalámbricos o rayos de otra clase, sin necesidad de recurrir a ningún piloto de carne y hueso, para hacerlas desfilar en incesante procesión hacia una ciudad, un arsenal, un campamento o un astillero hostiles[86]?

Este artículo no solo precede en quince años la carta que Albert Einstein enviará en 1939 al presidente Roosevelt, y en la que le señala la posibilidad de fabricar una bomba nuclear, y se adelanta todavía más a la fabricación de los misiles guiados V1 y V2 de los nazis.

«No debemos pensar ni por un momento que el peligro de un nuevo estallido bélico en Europa sea ya cosa del pasado, —sostiene Churchill en ese mismo artículo—. Por el momento, el estupor y la ruina subsiguientes a la Guerra Mundial nos garantizan una hosca pasividad, y tanto el horror de la guerra como sus masacres y sus tiranías continúan hondamente grabados en el alma de las gentes y ocupan un lugar preponderante en las mentes de todas las clases sociales y de todas las razas. Sin embargo, las causas de la guerra no han desaparecido en modo alguno; de hecho, se han visto agravados en ciertos aspectos por eso que llaman tratados de paz.»[87] El hecho de que alguien se refiriera en tales términos al Pacto de Versalles y a otros acuerdos derivados de él, como los de Trianón, Sèvres, San Remo, etcétera, resultaba extremadamente chocante para los lectores, máxime habiendo transcurrido todavía tan poco tiempo desde la última contienda.

El 22 de septiembre, la Asociación Conservadora de Epping designaba formalmente a Churchill como candidato a las elecciones generales, previstas para el 29 de octubre. Era el tercer llamamiento a las urnas que se hacía en tres años, y se producía como consecuencia de la retirada del apoyo liberal al gobierno laborista, que solo había permanecido diez meses en el poder. Sobre el papel, Churchill se presentaba como constitucionalista y antisocialista, pero lo cierto era que finalmente volvía al redil conservador, compitiendo además por uno de los escaños más seguros del país —un escaño que, pese a cambiar más tarde su nombre por el de Woodford, y tiempo después por el de Wanstead y Woodford, Churchill lograría conservar ininterrumpidamente por espacio de cuarenta años—. En su propaganda electoral, Churchill escribe: «Esta célebre isla es sede de la

libertad y del gobierno representativo. Hemos guiado al mundo por estas sendas de progreso, y no tenemos por qué buscar ahora inspiración en Moscú o en Múnich»[88]. Esta referencia de Churchill al fallido intento de golpe de estado protagonizado el noviembre anterior por Erich Ludendorff y Adolf Hitler en la cervecería muniquesa Bürgerbräukeller era una señal de que seguía con toda atención los acontecimientos que se estaban desarrollando en Alemania.

Con sus 9763 votos, Churchill obtuvo la mayoría en estos comicios, y en el conjunto de la nación los conservadores se hicieron con 419 escaños, los laboristas con 151 y los liberales con 40 —unas cifras que muestran la magnitud del fracaso que habían cosechado los laboristas, a juicio de los votantes, en su primera oportunidad de gobierno—. Hubo 8,04 millones de papeletas en favor de los conservadores, 5,49 millones en apoyo de los laboristas y 2,93 millones en aval de los liberales. De este modo, Churchill enjugaba las tres derrotas sucesivas que había sufrido en los últimos dos años, y Baldwin volvía a ocupar por segunda vez el cargo de primer ministro. «Es muy poco probable que se me invite a formar parte del gobierno», le escribe Churchill a uno de sus partidarios, dado que la magnitud de la mayoría parlamentaria es tal que el ejecutivo quedará integrado «únicamente por políticos de impecable pedigrí conservador»[89]. No podía estar más equivocado: dos días después Baldwin le ofrecía nada menos que el puesto de ministro de Hacienda. Neville Chamberlain, hermanastro de Austen, había declinado ocuparse de esa tarea para poder continuar con las importantes reformas que ya había emprendido en el Ministerio de Salud, noticia a la que Baldwin había reaccionado diciéndole: «Será más fácil controlar [a Churchill] dentro que fuera»[90].

Andando el tiempo, Churchill dejará constancia escrita de que al preguntarle Baldwin si le gustaría asumir ese cargo —que cada vez se veía más como la segunda responsabilidad del gobierno en orden de importancia —, a él le «habían dado ganas de contestar: “¿No sabe nadar un pato?, —pero que, al tratarse de una circunstancia formal y trascendente, replicó—: Eso satisface mis ambiciones. Todavía conservo los ropajes de investidura que llevó mi padre al ser nombrado titular de esa cartera. Me enorgullecerá grandemente ponerme a tu servicio en tan magnífico puesto”»[91]. El hecho

de que su primera respuesta a Stanley Baldwin no guardara relación con la situación de la economía, el sistema fiscal, el patrón oro, la industria del carbón, o cualquiera de los problemas llamados a cubrirle de preocupaciones a lo largo de los cinco años siguientes, sino que consistiera en recordar la figura de su padre, demuestra claramente lo arraigado que seguía su recuerdo en la memoria de Winston, casi treinta años después del fallecimiento de lord Randolph. (Su madre, Jennie, había «conservado con todo cuidado» esas vestiduras por si llegara a necesitarlas.)[92] Al darle la noticia a Clementine, comenta Churchill, «Tuve grandes dificultades para convencerla de que no se trataba de una simple broma»[93]. El pintor estadounidense John Singer Sargent ofreció a Churchill un dibujo que acababa de hacerle con el atuendo de ministro de Hacienda —y que es de hecho uno de los últimos apuntes salidos de manos del artista—. «Tuve ganas de señalarle la horrenda concavidad que había puesto en mi mejilla derecha, —recuerda Churchill—. Pero al cuadro regalado no se le mira el diente…»[94]

La observación que había hecho Churchill al señalar que el cargo de ministro de Hacienda «satisfacía [sus] ambiciones» era una suerte de promesa en clave por la que se comprometía a no intrigar para conseguir la posición de Baldwin, pero en vísperas de su cincuenta cumpleaños ni él ni su interlocutor habían dado verdadero crédito a esas palabras. «Él es quien debe decidir si le interesa o no ser leal, —le dirá Baldwin a Tom Jones, vicesecretario del gabinete y uno de sus más fieles consejeros—, admitiendo que sea capaz de mostrar lealtad a alguien, claro»[95]. El verdadero objetivo de Baldwin consistía en distanciar a Churchill de Lloyd George, que todavía continuaba al frente de su facción liberal, y desde luego su generosa oferta lo había conseguido —y para siempre, como habría de constatarse con el tiempo—. El nuevo cargo también iba a obligar a Churchill a edulcorar un tanto la postura que siempre había mantenido respecto al libre comercio, una moderación que, según había supuesto el astuto Baldwin, Churchill no iba a tener inconveniente en abrazar en una situación dominada por las elevadas cifras de desempleo que atenazaban la economía de posguerra[96]. El nombramiento de Churchill como responsable de Hacienda también presentaba la ventaja de conceder un

mayor peso a un Ministerio que por lo demás no resultaba excesivamente atractivo. Asquith dijo que Churchill descollaba como la montaña más alta de Ecuador, «el Chimborazo, o incluso como un Everest entre los médanos del ejecutivo de Baldwin»[97]. Tal y como había sucedido en julio de 1917, la carrera política de Churchill se veía así salvada —y aventajada— como consecuencia de las maniobras de un primer ministro motivado fundamentalmente por el miedo a que su poderosa e influyente voz se elevara contra él o sus políticas desde la bancada de los parlamentarios sin cartera.

Era sumamente frecuente que los titulares de Hacienda se enemistaran con sus primeros ministros —debido tal vez, al menos en parte, al hecho de vivir en inmediata vecindad con la persona a la que invariablemente deseaban reemplazar—. Sin embargo, durante los cinco años de la legislatura, Churchill y Baldwin se llevaron estupendamente bien en el plano personal. Se vieron constantemente acechados por el falso rumor, inventado en todos los casos por personas que deseaban su perdición, de que Churchill se dedicaba a urdir conjuras contra Baldwin —pero el primer ministro trató siempre esas habladurías con una notable sangre fría—.[98] «Comprendo ahora la verdad a la que apuntaba Disraeli al observar que la política está expuesta a un sinfín de vicisitudes», dirá Churchill ante los comensales reunidos con ocasión de una cena honorífica celebrada en diciembre en Liverpool[99]. Como ya le había sucedido en 1904 al abandonar el Partido Conservador y pasarse a las filas de los liberales, la ocasión que había elegido Churchill para este regreso no podría haberse revelado más propicia, puesto que tal y como los liberales se habían mantenido en el poder por espacio de dieciséis años a partir de 1906, también ahora, en 1924, estaban llamados los conservadores a tomar las riendas del país en los veintiún años inmediatamente venideros (salvo por una breve interrupción de veinticuatro meses). Los liberales no volverían ya a formar gobierno. «Todo el mundo puede chaquetear, —dirá Churchill de su reciente retorno al círculo conservador—, pero se requiere un cierto ingenio para hacerlo por partida doble»[100].

En 1924, Birkenhead publicó un libro titulado *Contemporary Personalities* en el que aseguraba que lord Randolph había «fallecido en la completa ignorancia de que había engendrado un hijo de grandeza muy superior a la suya»[101]. En ese breve apunte literario Birkenhead sugería que Winston Churchill «recorre los pasillos de la Cámara de los Comunes con un aire en modo alguno desemejante al de Napoleón Bonaparte en la mañana en que estalló la crisis del 18 Brumario»[102].[103] Por más que la gente considerara a Churchill una persona «insolente, e incluso autoritaria, —Birkenhead da fe de que sus amigos sabían muy bien que—, en los íntimos círculos de la amistad personal, [Winston] tenía unas cualidades casi femeninas que se manifestaban por medio de un afectuoso encanto. No le falló jamás en toda su vida a un amigo, por más embarazosas que resultasen las obligaciones que conllevara prestarle ayuda»[104].

Lord Randolph Churchill había sido un mediocre ministro de Hacienda al que no incomodaba calificar de «malditos puntos» a las cifras decimales. Sin embargo, la economía tampoco era el fuerte de su hijo. (Él mismo habría de admitirlo en octubre de 1943 ante la Cámara de los Comunes al explicar que las pérdidas generadas por las huelgas y los paros productivos no habían superado las dos terceras partes de la mitad del 1 % del presupuesto: «Estamos invariablemente expuestos a correr un gran riesgo en estas cuestiones —dos tercios de un 0,5 %…—. Nunca me he manejado bien con la aritmética, y mi padre tampoco».)[105] «Es como si me hablaran en chino», dirá de sus asesores del Tesoro; aunque Percy Grigg, su secretario privado del Ministerio, habrá de señalar más tarde: «Hablaba siempre como si conociera y comprendiera cualquier tema que se le presentara»[106].[107] En 1924, al tomar posesión de su cargo, se encontró un legado económico notablemente disfuncional debido a la Gran Guerra. La inflación se hallaba en niveles muy altos, había más de un millón de parados —lo que suponía el 10 % de la población activa—, y por si fuera poco la distribución geográfica del desempleo era marcadamente desigual. El impuesto sobre la renta alcanzaba cotas históricamente elevadísimas, de cinco chelines por libra, o lo que es lo mismo: del 25 %. La industria del carbón (la mayor del país) daba empleo a más de un millón de hombres, pero si en 1913 Gran Bretaña había exportado 73 millones de toneladas de

ese mineral, en 1921 el volumen había caído a 25 millones[108]. Los productos textiles, una de las manufacturas más sólidas de Inglaterra, en la que trabajaban medio millón de personas, estaban empezando a enfrentarse a la dura competición del Japón. En los meses anteriores de ese mismo año de 1924, Philip Snowden, el anterior ministro de Hacienda, del Partido Laborista, había anulado los aranceles impuestos por McKenna en 1915, durante el último período proteccionista.

Irónicamente para el hijo de un hombre que había atormentado a Gladstone, en la década de 1920 Churchill seguía básicamente las líneas del liberalismo gladstoniano en materia económica, ya que creía en la reducción de costes, el equilibrio presupuestario, el libre comercio y la aplicación de tacañas disminuciones del gasto público siempre que fuera posible. El 28 de noviembre, Churchill le dice a Tom Jones que quiere que el gobierno se concentre en la vivienda y las pensiones, sobre todo las de las viudas de guerra. «Creo que podré encontrar la forma de ayudar a esos dos colectivos si consigo frenar los desembolsos que los departamentos efectúan en otros ámbitos, —le explica—. Ya en otras épocas me manifesté totalmente partidario de las medidas liberales orientadas a la reforma social, y ahora me propongo impulsar ese mismo tipo de políticas […]. No podemos tener todos esos estúpidos cruceritos, que de todos modos no sirven para nada.»[109]

Una de las mayores críticas que se han hecho nunca a la labor que Churchill realizó al frente del Ministerio de Hacienda vendrá a girar precisamente en torno a esos recortes en defensa e incidirá sobre todo en los que afectaron al programa de la armada ligado con la utilización de cruceros en la recién creada base naval de Singapur —circunstancia a la que él mismo habría de culpar de la debilidad de Gran Bretaña frente a las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón) en la década de 1930—. El propio secretario privado que el parlamento había puesto a su disposición en el Tesoro, Bob Boothby, alegará que Churchill había sido «un pésimo ministro de Hacienda […]. Toda su obsesión consistía en reducir en un chelín el impuesto sobre la renta […], y esa fue fundamentalmente la causa que provocó nuestra debilidad en los años treinta. Churchill desarmó al país […] como jamás lo había hecho nadie anteriormente»[110]. No obstante, es

preciso señalar que a mediados de la década de 1920 nadie consideraba que Alemania y Japón pudieran convertirse en futuros enemigos de Inglaterra. De hecho, en 1925 los Tratados de Locarno permitieron que Alemania volviera a participar en los principales círculos diplomáticos internacionales. Pese a que se siguieran construyendo cruceros durante el tiempo en que Churchill se ocupó de la cartera de Hacienda, lo cierto es que se opuso a las demandas del Almirantazgo, que deseaba poner en marcha un vasto programa de construcción de cruceros de combate. En diciembre le escribe a Baldwin en los siguientes términos: «No solo estoy seguro de que esa política acabará provocando la ruina económica del gobierno, también lo estoy de que va a incidir negativamente en la seguridad del estado»[111]. Churchill temía que de ese modo «se desatara en el mundo una carrera armamentística en toda regla y que el país se viera abocado a librar una nueva y terrible contienda. No se me ocurre ningún expediente más claramente destinado a propiciar una victoria socialista»[112]. En 1936, Baldwin dirá exactamente lo mismo al explicar las razones que le impulsaban en ese momento a no presionar en favor del rearme de Gran Bretaña. Esto le valdrá el doloroso reproche que Churchill le dedica en sus memorias de guerra al acusarle de «anteponer los intereses del partido a los de la nación»[113]. La diferencia clave en las dos argumentaciones paralelas de uno y otro estriba en el doble hecho de que en diciembre de 1924 Adolf Hitler era un conjurado vencido que languidecía en la cárcel de Landsberg y de que en las elecciones alemanas de 1923 el Partido Nazi no había obtenido más que el 2,3 % de los votos, mientras que a mediados de la década de 1930, Hitler era ya el führer alemán y un evidente peligro para la paz mundial. En septiembre de 1939, Gran Bretaña y su imperio se lanzaron a la guerra con 56 cruceros, casi tantos como Alemania, Italia y Japón juntos —y muchos de ellos habían sido construidos estando Churchill al frente del Ministerio de Hacienda.

Churchill le dijo a Baldwin que las medidas expansionistas que el Almirantazgo estaba poniendo en práctica en Extremo Oriente constituían una «provocación» para Japón, un país que había sido aliado de Gran Bretaña en la Gran Guerra. Churchill pidió por tanto al ministro de Asuntos Exteriores, Austen Chamberlain, dispuesto a colaborar con él en la mayoría

de los casos, que efectuara una declaración gubernamental destinada a «asegurar que la evaluación de las posibilidades razonables dignas de ser tenidas en cuenta en los próximos diez, quince o veinte años, permite descartar por completo cualquier enfrentamiento bélico con Japón»[114]. El pulso que Churchill mantuvo con el Almirantazgo a cuenta de las estimaciones presupuestarias del año fiscal 1925-1926 fue largo y penoso, y se saldó con un arreglo de circunstancias. El primer lord del Almirantazgo era en esa época lord Bridgeman[115], y tenía en lord Beatty a su primer lord del Mar. En el transcurso de la controversia, Churchill hizo algunas observaciones llamadas a revelarse clamorosamente erróneas. «¿Qué razones podrían motivar una guerra con Japón?, —escribe en diciembre de 1924—. No creo que exista la más mínima posibilidad de un choque de ese tipo, al menos no en lo que me queda de vida.»[116] En cualquier caso, Churchill señaló que Gran Bretaña disponía de 43 cruceros de menos de diez años de antigüedad, y que en conjunto desplazaban 236 000 toneladas, a diferencia de los 20 del Japón, cuyo desplazamiento total se reducía a 109 000 toneladas[117].

En enero de 1925, Churchill previó la instauración de un «largo período de paz, como el que suele seguir a los grandes enfrentamientos bélicos»[118]. No podía gastar los 90 millones de libras esterlinas que hubiera requerido la materialización de un vasto programa de rearme y al mismo tiempo mantener el equilibrio presupuestario, reducir el desempleo, ampliar las políticas de ayuda social, reactivar el comercio y reducir los impuestos a fin de estimular el crecimiento de la economía[119]. Beatty, que en 1925 estaba al borde mismo de la dimisión, escribe: «Ese extraordinario Winston se ha vuelto loco, es un orate financiero, y no hay sacrificio que se le antoje excesivamente grande para conseguir lo que en su miope visión de las cosas es la panacea con la que dar solución a todos los males: retirar un chelín del impuesto sobre la renta»[120]. Sin embargo, el Ministerio de Asuntos Exteriores se mostró de acuerdo con Churchill, ya que también en sus despachos se pensaba que era altamente improbable que se produjera en el futuro un ataque japonés —hasta el punto de que se llegó a sugerir que un asalto de tal naturaleza supondría para los nipones una especie de «harakiri nacional»—.[121]

Churchill redujo los gastos de la nueva base naval de Singapur, haciéndolos pasar de los doce millones de libras inicialmente previstos a solo ocho millones[122]. Según creía Churchill, si realmente estallaba una guerra, la Marina Real Británica debería permanecer en actitud defensiva en las inmediaciones de Singapur a fin de proteger las rutas comerciales con la India y Australasia, y aguardar después a que pudieran hacerse a la mar nuevos buques de guerra. En primer lugar, «mientras las relaciones con los países adversarios continuaran tensas (o a la mayor brevedad, una vez iniciada la contienda), Gran Bretaña debía fondear en la base de Singapur una escuadra de cruceros de combate, o una división de acorazados de intervención rápida, o ambas cosas si resultaba posible hacerlo»[123]. Eso sería justamente lo que intentara poner en práctica en diciembre de 1941 con la llamada «Fuerza Z».

Entre los detractores de Churchill circula un bulo que sostiene que siempre tendió a promover los intereses del departamento que se hallara a su cargo, fuera este el que fuese. Su oposición a los mucho más drásticos recortes del gasto naval que trataron de forzar los funcionarios de su Ministerio, como *sir* George Barstow, desmiente ese rumor[124]. Desde luego, cualquier responsable de Hacienda alternativo que hubiera podido ponerse al frente de su cartera en esta época —ya se tratara de Neville o de Austen Chamberlain (y no digamos ya si su sustituto hubiese sido un ministro laborista o liberal)— habría apretado las clavijas del Almirantazgo muchísimo más que Churchill. Es más, en este asunto Churchill contaba con el respaldo de Baldwin y de la inmensa mayoría de los miembros del gabinete, que también se resistían a las exigencias del Almirantazgo. Y por si fuera poco, hemos de decir que, vistas las cosas en conjunto, el presupuesto naval creció durante el mandato de Churchill, ya que pasó de 105 a 113 millones de libras esterlinas[125].

En enero de 1925, Churchill viajó a París para asistir a una conferencia convocada con el fin de negociar y reestructurar las deudas y las reparaciones internacionales de guerra. La deuda de guerra que Gran Bretaña había contraído con Estados Unidos rondaba los 1000 millones de libras esterlinas, pero Francia, Japón, Bélgica e Italia debían 2000 millones de libras a Inglaterra —y aun habría que incluir en el cálculo los montantes

adeudados por Alemania y otros países—. La actitud que mantenía el presidente estadounidense Calvin Coolidge respecto a la deuda de guerra de Gran Bretaña era implacable: «¿Pidieron el dinero, no es así?». No se trataba de una postura a la que no le asistiera la razón, pero se temía que una restitución completa y acelerada de la deuda pudiera dañar la economía británica y sofocar por tanto el comercio entre ambas orillas del Atlántico, lo que en último término no beneficiaría a nadie[126]. «La esperanza tiene alas, —escribe Churchill en esa ocasión—, y después las conferencias internacionales avanzan lenta y pesadamente por largos caminos polvorientos»[127]. Tras siete días de minuciosos debates, se acordó que Gran Bretaña reembolsara a Estados Unidos a un ritmo acorde con sus propios ingresos. «He librado tremendos combates con los yanquis y les he ido obligando a retroceder, centímetro a centímetro, hasta alcanzar una cifra razonable, —le comenta a Clementine—. En cualquier caso, no ha habido mala voluntad en ningún momento.»[128]

Había sido su primera gran negociación económica internacional. A su regreso, el gabinete «expresó oficialmente lo mucho que apreciaba el éxito de la misión del titular de Hacienda»[129]. El 11 de marzo, Churchill convenció a los ministros de que incluyeran a Alemania en la ronda de conversaciones que poco después acabaría plasmándose en los Tratados de Locarno de diciembre de 1925, mediante los cuales se fijaba sólidamente la frontera oriental alemana. «Tanto las guerras de Federico II de Prusia como las que emprendió Pedro el Grande obedecían a un conjunto de causas y ambiciones muy profundas que, lejos de haber desaparecido, —había señalado Churchill—, se hallan actualmente asociadas con una vasta memoria histórica»[130]. Churchill fue por tanto uno de los artífices del acuerdo de entreguerras que reincorporó a Alemania al concierto internacional —y que dejó instalados los cables de activación de las trampas que Hitler habría de hacer saltar por los aires en unos años.

Al dejarse oscilar en un rango del 2,5 % de su cotización prebélica de 4,86 dólares los valores máximos y mínimos de la libra esterlina en los mercados de divisas, el gobierno, el Banco de Inglaterra, el centro financiero de

Londres y el Tesoro comenzaron a tomar fuertes medidas para tratar de recuperar los niveles cambiarios que tenía el sistema monetario británico antes de la contienda, de modo que el martes 17 de marzo de 1925, Churchill daba una discreta cena en el número 11 de Downing Street[131] de la que habrían de derivarse consecuencias sumamente importantes, tanto para la economía de Gran Bretaña como para su propia reputación. «No es exagerado decir que el mundo entero contempla los esfuerzos que está haciendo este país para retornar al patrón oro, —había proclamado el *Times* once días antes—. Es deseo general que lo logremos», concluía[132]. Gran Bretaña había abandonado el patrón oro al estallar la guerra de 1914, y en 1918, el Comité Cunliffe, presidido por el gobernador del Banco de Inglaterra, había recomendado que la nación volviera a regirse por ese sistema y que el valor de la libra esterlina quedara nuevamente fijado en los 4,86 dólares de su cotización prebélica. En 1920, la inflación había sido atajada, y en julio de 1922 los tipos de interés descendieron al 3 %, una cifra históricamente muy baja. A principios de 1923, la libra se cambiaba a 4,63 dólares. Montagu Norman, el poderoso gobernador del Banco de Inglaterra, recientemente nombrado, quería volver al patrón oro, y también le apoyaban en esto Otto Niemeyer, el hombre que controlaba financieramente el Tesoro, y la práctica totalidad de los altos funcionarios de ese departamento. Todos ellos esperaban que esa medida sirviera para estabilizar los precios. Tanto los conservadores como los liberales, secundados incluso por el Partido Liberal, habían prometido respaldar ese regreso al patrón oro. De hecho, Alemania y Estados Unidos habían vuelto a abrazar el monometalismo a principios de 1925.

Churchill sabía perfectamente que no era ningún experto en economía, y a pesar de que Bourke Cockran le hubiese inculcado unas cuantas frases brillantes favorables al patrón oro, los instintos de Churchill no le inclinaban en principio a regirse por él. «¿Hemos de quedar a merced de un hatajo de negras afanadas en escarbar con los dedos de los pies en el fango del Zambeze?», le había preguntado a los burócratas[133]. Con todo, en la carta que envía a Baldwin en diciembre, escribe: «Será fácil reincorporarse al patrón oro; en realidad va a resultar casi imposible eludir la decisión»[134].

Así las cosas, el 17 de marzo, Churchill invitaba a John Maynard Keynes, el economista de Cambridge que había sido la única voz discrepante del Comité Cunliffe, al ex ministro de Hacienda Reginald McKenna, a lord Bradbury, experto en reparaciones de guerra, y a Otto Niemeyer, a una cena en la sede de su departamento con el fin de examinar a fondo la cuestión. También estuvo presente en la reunión Percy Grigg, quien más tarde diría que el cónclave había sido «una especie de *Brains Trust*», en alusión al popular programa de la BBC[135]. Andando el tiempo, Grigg señalará que Niemeyer y Bradbury respaldaron el proyecto, mientras que Keynes y McKenna se opusieron a él. «El simposio se prolongó hasta la medianoche, e incluso más allá», apunta.

> En ese momento pensé que los síes iban a llevarse el gato al agua. La tesis de Keynes, que McKenna apoyó en todos sus detalles, sostenía que la diferencia de precios entre los bienes estadounidenses y los británicos no era del 2,5 % como indicaba la cotización en el mercado de valores, sino del 10 %. Si volviéramos al oro con la misma paridad de antes, tendríamos que proceder a una deflación de los precios internos de una magnitud aproximadamente similar. Esto implicaba un aumento del desempleo y ajustes salariales a la baja, y obligaría a asumir la incidencia de huelgas prolongadas en las industrias pesadas —y al final se constataría además que dichas industrias se habrían visto sujetas a una constante contracción—. Por consiguiente, era mucho mejor intentar mantener estables los precios domésticos, equilibrar el nivel nominal de los salarios y permitir que las cotizaciones cambiarias fluctuasen[136].

Bradbury señaló en cambio que el patrón oro era un sistema «a prueba de bellacos», dado que, al estar la divisa directamente ligada al precio de ese metal, los políticos no podrían manipular el valor de la libra esterlina para favorecer sus propios fines partidistas[137]. Se creía que la ventaja que suponía la estabilidad de precios, y por consiguiente los beneficios de una ausencia de inflación, superaban al inconveniente de la falta de liquidez del sistema. Al sugerirse que Gran Bretaña volviera a ceñirse a una paridad inferior, Bradbury afirmó que «sería estúpido provocar una conmoción en la confianza de los mercados y poner en peligro nuestra reputación internacional para conseguir un alivio tan reducido y efímero. —Tras muchas discusiones, McKenna fue quien tuvo la última palabra—: No hay escapatoria; tenéis que volver a lo de antes; pero va a ser un infierno».

Keynes, cuya obra *Las consecuencias económicas de la paz*, publicada en 1919, había criticado duramente las cláusulas financieras del Tratado de Versalles, escribió tres artículos en los que censuraba de manera muy similar el retorno al patrón oro. Dichos ensayos aparecieron en julio de 1925 en el *Evening Standard*, y fueron reimpresos más tarde en un panfleto de 32 páginas titulado *Las consecuencias económicas de Mr. Churchill*. En este último texto, Keynes argumentaba que el patrón oro sobrevaloraba la libra esterlina —circunstancia creada a su vez «para satisfacer la impaciencia de los prohombres del centro financiero de Londres»—, y que eso iba a determinar una caída de los salarios. Keynes explicaba asimismo que los motivos de la decisión de Churchill se habían debido «posiblemente, y en primer lugar, al hecho de que [el ministro de Hacienda] carezca de los frenos instintivos que todo hombre precisa para no cometer errores; también a que esa falta de juicio espontáneo ha permitido, en segundo lugar, que le ensordecieran las clamorosas voces de las finanzas convencionales; y en tercer lugar, y este es el extremo más determinante, a que sus propios expertos le han hecho tomar un rumbo gravemente equivocado»**[138]**. A Churchill no le importó un ardite este ataque *ad hominem*, que a su juicio formaba parte del toma y daca propio de la política. Tampoco ha de pensarse que estuviera necesariamente en desacuerdo con esos puntos de vista, puesto que ya le había dicho a Niemeyer que, en términos generales, tendía «a pensar que lo mejor era tener a las finanzas menos boyantes y a la industria más contenta», mientras que la incorporación de Gran Bretaña al patrón oro iba a producir el efecto opuesto**[139]**.

No obstante, con el paso del tiempo, Churchill habría de lamentar profundamente haberse dejado aconsejar por Montagu Norman, lord Bradbury y Philip Snowden y haber dado el paso de vincular a Gran Bretaña al patrón oro —sobre todo sin haber puesto al mismo tiempo en práctica medidas de ajuste salarial y de política fiscal acordes con las nuevas exigencias que planteaba una libra esterlina respaldada por el oro—. Una de las consecuencias fue que los costes de extracción del carbón británico se elevaron muy por encima de la producción, y esto en una época en la que el fin de la ocupación francesa del Ruhr estaba poniendo enormes

cantidades de hulla alemana, más barata, en un mercado internacional cada vez más competitivo. «Muchas veces se nos ha asegurado que el patrón oro nos atará irremisiblemente a Estados Unidos, —explica Churchill en un debate de la Cámara de los Comunes—. Pero yo les diré a lo que va a anclarnos esa medida: a la realidad es a lo que va a hacer que nos ciñamos.»[140] Sin embargo, los efectos del plan se dejaron sentir enseguida, ya que ese mismo mes de junio, los propietarios de las explotaciones mineras advertían a la Federación de obreros del gremio que iba a ser necesario reducir los salarios y aumentar las horas de trabajo. Churchill financió un subsidio temporal de nueve meses de duración para garantizar la paz en el sector industrial, al menos hasta la entrada en vigor de los Presupuestos Generales de abril de 1926. El coste inicial de esa medida se fijó en 10 millones de libras, pero al final se elevó a 23 millones. El Comité Ministerial de Suministros y Transportes no estaba en condiciones de encajar una huelga total de los mineros del carbón, así que la subvención era un elemento de apaciguamiento realmente estratégico. Por otra parte, Churchill sostuvo en esos días que «la responsabilidad del patrón oro en la situación que atraviesa en este momento la industria del carbón no es mayor que la que pueda ejercer la corriente del Golfo»[141].

Uno de los factores que contribuían a dificultar la acción de Churchill era el entorno deflacionario que entorpecía el crecimiento económico. Pese a que Gran Bretaña se hallara en el grupo de los países que se habían alzado con la victoria en la Gran Guerra, lo cierto es que no se hallaba en una buena situación para recoger ahora los beneficios de esa circunstancia, sobre todo porque varios de los mercados que le habían sido más propicios antes de la contienda habían quedado devastados a causa del conflicto. Entre los años 1913 y 1929 fueron muy pocos los países que consiguieron prosperar, y eso, unido al hecho de que Gran Bretaña no lograra introducirse en nuevos mercados, había generado un crecimiento inferior al que estaban alcanzando sus competidores europeos[142]. Las clásicas industrias exportadoras británicas seguían siendo las mismas —es decir, las del carbón, la construcción naval y los productos textiles—, pero ahora todas ellas se veían obligadas a plantar cara a una competencia cada vez mayor. Francia y otros países industriales no solo habían renovado sus

fábricas y su maquinaria, sino que se habían sabido adaptar a las últimas tendencias tecnológicas, cosa que Gran Bretaña no había hecho. La restauración del patrón oro no solo secó las fuentes capaces de conceder los créditos blandos que se precisaban para acometer esa actualización, sino que no contribuyó a resolver ninguna de las dolencias económicas de fondo que aquejaban al país, que eran bastante más serias que sus dificultades fiscales y monetarias.

La devaluación habría sido una medida mucho mejor, y habría facilitado una transición más suave al patrón oro, pero el gobierno pensó que eso sería tanto como admitir *de facto* que Gran Bretaña no iba a ser capaz de recuperar los antiguos laureles de su grandeza como tal superpotencia[143]. De acuerdo con las conclusiones de un estudio sobre las decisiones que tomó Churchill en esta materia, «al no desarrollarse nuevas industrias, y no existir tampoco un espíritu emprendedor de muy diferente orientación, no había en realidad una sola política monetaria que hubiera podido encauzar las cosas de un modo verdaderamente distinto al que se estaba imponiendo»[144]. Esto no impediría que Churchill se permitiera el lujo de hacer en esa época varias declaraciones políticas sobre el patrón oro. «Es indudable que podríamos mantener nuestras exportaciones en constante auge si vendiéramos a pérdida», dijo en una ocasión. Y en otra dará en comparar a quienes querían volver a la paridad reducida de 1914 a los tenderos que «escamotean una onza de cada libra» o a los sastres que «quitan un par de centímetros a cada metro de tela». En un discurso acusará a Keynes y a sus seguidores de querer establecer el «patrón mercurio»[145]. En esa época, todas estas salidas resultaban muy chistosas, pero al final se comprobaría que Keynes estaba en lo cierto.

En 1945, Churchill admitiría en privado: «La mayor metedura de pata de toda mi vida fue el retorno al patrón oro»[146]. La unanimidad prácticamente total de los expertos, favorable a la adopción de ese monometalismo, sumada al punto de vista que habían expresado en 1917 los almirantes respecto al sistema de convoyes que debía garantizar el abastecimiento de Gran Bretaña, o al parecer de los generales sobre la mejor forma de librar la guerra de los bóers y la contienda de 1914 a 1918, terminaría convenciendo a Churchill de que había que poner seriamente en

tela de juicio el criterio de los expertos. Es posible que la determinación que mostró Churchill al oponerse a la opinión en pleno de las altas esferas del país sobre la cuestión del apaciguamiento de Hitler no hubiera sido tan férrea de no haber podido comprobar personalmente que los especialistas se habían llamado a engaño una y otra vez —y desde luego, si no se hubiera fiado de ellos en el caso del patrón oro, tampoco se habría visto obligado a asumir la responsabilidad última del desastre.

El 28 de abril de 1925, Churchill presentaba sus primeros Presupuestos Generales (del total de cinco que acabaría elaborando a lo largo de su mandato), observado desde la tribuna de espectadores de la Cámara de los Comunes por Clementine, Randolph y Diana, la hija mayor del matrimonio, que ya había cumplido los quince años. En lugar del chelín por libra que había pretendido inicialmente recortar del impuesto sobre la renta, se conformó con bajarlo en solo seis peniques por libra (lo que equivalía a hacer pasar el gravamen del 25 % al 22,5 %); anunció el retorno al patrón oro; bajó la edad de jubilación de los setenta a los sesenta y cinco años e introdujo el primer sistema de pensiones contributivo y respaldado por el estado (que de ese modo se comprometía a cubrir a quince millones de personas); y abolió los odiados requisitos que había que satisfacer para acceder a las ayudas económicas estatales —una evaluación de los medios económicos de los solicitantes a la que se conocía con el nombre de «Prueba de Haberes»—. «No son las robustas tropas que se hallan en condiciones de marchar las que necesitan recompensas e indulgencias extra. Es a las personas que se han visto postergadas, a los débiles, a los heridos, a los veteranos, a las viudas y a los huérfanos a quienes han de enviarse las ambulancias del estado.»[147] Estamos por tanto ante un demócrata conservador en acción.

Churchill también aplicó unas cuantas Reformas Arancelarias (o Preferencias Imperiales, como ya hemos visto) muy moderadas al azúcar de la India Occidental, al tabaco de Kenia y Rodesia, a los vinos de Sudáfrica y Australia, y a los frutos secos del Oriente Próximo. Como si con eso no bastara para confirmar su cambio de postura en esta materia, gravó asimismo con derechos de aduana las importaciones de artículos de lujo, como los automóviles, las sedas, los relojes y las películas. Para explicar el

hecho de que se estuviera desentendiendo tan claramente del principio del libre comercio al que se había venido ateniendo toda la vida, Churchill se limitó a alegar simplemente las necesidades prácticas de la Tesorería del estado, agudizadas por el surgimiento de un mundo en el que otros países también estaban rodeándose de medidas proteccionistas. «Para algunos constituyen un deleite, —dirá en la Cámara de los Comunes en referencia a los aranceles—, para otros son un objetivo, pero para mí son una fuente de ingresos […]. No podemos permitirnos tirar por la borda unos devengos de esta cuantía»[148]. Baldwin informó al rey de que Churchill había dado muestras, «a lo largo de todo su discurso, de poseer no solo la consumada habilidad de un magnífico parlamentario, sino también la versatilidad de un actor»[149].

Como era de esperar, Lloyd George arremetió contra los presupuestos, y dijo, en alusión al ministro de Hacienda: «Admiro su deslumbrante intelecto, su mente brillante…, tan rutilante que le ofusca el juicio. De hecho, uno de sus problemas consiste justamente en que sus faros destellan tanto que resultan cegadores, y por eso le cuesta tanto conducir en línea recta por la carretera y evitar el choque con los demás vehículos»[150]. Otro escéptico, Percy Grigg, le dirá deslealmente a Tom Jones: «Antes de que pase un año Winston habrá cometido un fallo tan garrafal e irreparable que, de no poner en peligro al gobierno mismo, provocará sin duda su caída personal»[151]. No obstante, si los antiguos aliados se alejaban de él, también es cierto que empezaban a aparecer en escena otros nuevos. Anthony Eden, un joven parlamentario conservador recién elegido, escribe en su diario que la exposición de los Presupuestos de Churchill había «durado dos horas y media y venido acompañada de una intervención magistral»[152]. Diez años antes, a la edad de diecisiete, este mismo diputado había elogiado a Churchill en su diario por haber sido uno de los ministros del gabinete que habían votado en favor de la guerra de 1914, dado que, de no haber intervenido en la contienda, creía Eden, Gran Bretaña no habría podido seguir su camino «sin perder todo el prestigio de que disfrutaba como potencia de primer orden»[153].

«No creo que pueda discutirse en modo alguno que la influencia y el prestigio que [Churchill] ha ido confiriendo al conjunto del gobierno han

ido creciendo de forma incesante», le escribe Neville Chamberlain a Baldwin en agosto. Esta carta se cuenta entre las que más y mejor contribuyen a explicar las relaciones que mantenían Churchill y Chamberlain en esos primeros tiempos de la dilatada y compleja familiaridad a la que estaban abocados. «¡Qué individuo tan brillante!, —exclama Chamberlain antes de proseguir—: Sin embargo, hay entre él y yo una especie de inmenso abismo que no me parece que vaya a cruzar jamás. Me cae bien, me gustan su sentido del humor y su vitalidad. Admiro su coraje […]. Pero no aceptaría formar parte de su personal por más dichas paradisíacas que me prometieran»**[154]**.

El 20 de marzo de 1925, fallecía inesperadamente lord Curzon, víctima de una hemorragia vesical. «Creo que las exequias han sido poco generosas, —dirá Churchill inmediatamente después del funeral—. A mí no me habría hecho ninguna gracia esa pantomima. Pero es cierto que él no inspiraba afecto y que tampoco encarnaba ninguna gran causa.»**[155]** A Churchill seguía irritándole que Curzon hubiera abandonado la Coalición de Lloyd George y Bonar Law, aunque también es verdad que en 1937 se mostrará más amable con él al presentar su semblanza en los *Grandes contemporáneos*.

El 12 de abril se reactivaba la vida del Other Club, cuyos miembros habían estado sin reunirse los casi tres años que Churchill había permanecido al margen del parlamento. Al llamamiento acudieron doce de sus integrantes, de entre los que destacan los nombres de Sinclair, Seely, Waldorf Astor y el duque de Marlborough. A partir de esa fecha, la institución volvería a operar con regularidad, y cada vez que estaba en Londres, Churchill asistía a sus cónclaves. Dado que Lloyd George se había desenganchado ya totalmente del grupo, la asociación pasó de ser un vector orientado al acercamiento político a convertirse en una oportunidad para que los amigos de Churchill y de Birkenhead pudieran reunirse. La tarde de ese 12 de abril, los dos miembros fundadores utilizaron en el libro de visitas el marchamo de «Fundatores pii» (piadosos fundadores), riéndose jocosamente de sí mismos. Entre los nuevos adeptos del ateneo figuraban James de Rothschild —un parlamentario liberal al que se le había concedido la Medalla a la Conducta Distinguida por haber prestado

servicios en Palestina como comandante del batallón judío de los Fusileros Reales—, *sir* Hugh Trenchard, Edward Hilton Young —que no solo había sido galardonado con la Orden del Servicio Distinguido de una barra[156], la Cruz de los Servicios Distinguidos, y la Cruz de Guerra francesa, sino que había perdido un brazo al luchar como artillero de cola en un buque que había intervenido en la incursión naval de Zeebrugge—, y Oliver Locker-Lampson, que en 1914 había financiado de su propio peculio personal a la División de Vehículos Blindados del Real Servicio Aéreo Naval británico. También se admitió a J. H. Thomas, el antiguo ministro de las Colonias laborista, y a *sir* William Berry (que más tarde se convertiría en lord Camrose), cuya familia era propietaria del *Daily Telegraph*. Uno de los miembros que ingresó en el círculo cierto tiempo después, el periodista Colin Coote, recuerda que, en el período de entreguerras, al hacerse el tradicional brindis de lealtad al rey, Churchill «añadía siempre un toque original a la inmemorial ceremonia, ya que tras la mención “por el Monarca” él exclamaba por lo bajo “¡y por que no haya guerra!”»[157].

A finales de 1925, Churchill se afilió oficialmente tanto al Partido Conservador como al Carlton Club. En enero de 1926, en el Gran Teatro de la muy proletaria localidad de Bolton, Churchill arremetió con gran entusiasmo contra los socialistas. «Que abandonen de una vez la absoluta falacia, —dijo—, la grotesca, errónea y fatal equivocación de creer que limitando espíritu emprendedor del hombre, paralizando con los grilletes de una falsa igualdad los esfuerzos de las distintas formas y clases del empeño humano, acabarán por lograr el bienestar del mundo»[158]. Sin embargo, seis días después echaba por tierra esta sensata ideología de libertad al pronunciar en relación a Italia, que acababa de terminar de pagar la deuda de guerra que había contraído con Gran Bretaña, unas palabras que más tarde habría de lamentar: «Ese país posee un gobierno, firmemente embridado por el imperioso liderazgo del *signor* Mussolini, que no solo no se arruga ante las consecuencias lógicas de los datos económicos, sino que tiene la valentía de imponer los remedios financieros precisos para garantizar y estabilizar la recuperación nacional»[159].[160] Sin embargo, a principios de marzo, al sugerir lord Rothermere que en Gran Bretaña podría funcionar bien la presencia de un dirigente de estilo mussoliniano, Churchill

afirmará en un almuerzo con los miembros de la Cámara de Comercio de Belfast: «Nuestra sociedad tiene unos cimientos muy anchos y muy profundos. No nos encontramos en una situación que nos obligue a elegir entre varios extremos inconstitucionales»[161].

En marzo, Clementine y su cuñada Goonie pasaron quince días en Roma y aprovecharon para hacer una visita al duce, que les entregó una foto suya rubricada de su puño y letra con el siguiente lema: «Devotamente, Mussolini» —imagen que la familia exhibiría durante algún tiempo en la sala de estar de Chartwell—. «Te envía un saludo amistoso y dice que le gustaría reunirse contigo, —le comentará Clementine a su marido—. Estoy segura de que es una gran persona.»[162] «No hay duda de que es uno de los hombres más encantadores de nuestro tiempo», responde Churchill, con una punta de escepticismo[163]. Tres días después añade: «Tengo la certeza de que te asiste la razón al considerarle un prodigio, —pero a continuación cita al político Augustine Birrell, que había escrito—: ¡Más vale consultar en un libro la biografía de una figura de talla mundial que verse obligado a vivir bajo su férula!»[164].

Churchill presentó sus segundos Presupuestos Generales el 27 de abril de 1926. Por un lado, el subsidio concedido a los trabajadores del carbón estaba llegando a su fin, con lo que inevitablemente la industria minera iba a verse perturbada, y por otro se exigía que todos los departamentos del gobierno recortaran gastos. El Ministerio del Aire, por ejemplo, vio reducida su capacidad de desembolso de los 18 millones de libras del año anterior a los 16 millones del presente, y en las Estimaciones Presupuestarias de la marina se estableció un tope de 57,5 millones de libras esterlinas. Pese a que Churchill y Baldwin intentaron conjurar la crisis minera, los operarios que llegaron al tajo el primero de mayo se encontraron frente a un cierre patronal, y sus empleadores se limitaron a decirles, sencillamente, que no podían seguir pagándoles los mismos salarios que hasta entonces, ya que los beneficios habían empezado a disminuir. A. J. Cook, el secretario general del Sindicato Nacional de Mineros, respondió a los patronos con un eslogan: «Ni un penique menos en la paga, ni un

minuto más al día». Poco después, la Federación Sindical británica lanzaba un llamamiento a la huelga general, en todo el país y en la totalidad de los sectores industriales, fijando su inicio a las once y cincuenta y nueve de la noche del día 3 de mayo, tras informar al gobierno de sus intenciones con veinticuatro horas de antelación.

De todos los ministros del gabinete, Churchill era el que más simpatizaba con la causa de los mineros, pero a pesar de ello, el 2 de mayo se sumó al unánime voto del gobierno, decidido a poner fin a las infructuosas negociaciones que había venido manteniendo con la Federación Sindical. En su calidad de demócrata conservador, le disgustaba profundamente la lectura interesada que los propietarios de los pozos mineros hacían del capitalismo del *laissez-faire*. No tenía una gran opinión de su primo, lord Londonderry, que poseía minas de carbón en Durham y que había rechazado las propuestas de concertación del gobierno. Churchill comprendía a esos hombres que trabajaban largas horas y corrían serios peligros bajo tierra, pero también era consciente de que el gobierno electo no podía ceder a la amenaza de una huelga general. «Es un conflicto que, en caso de provocar una lucha sin cuartel, —dirá en la Cámara de los Comunes al inicio de los paros laborales—, solo podrá zanjarse con la defenestración del gobierno parlamentario o con su inapelable victoria. No hay forma de abrir la puerta a ningún término medio […], pero tampoco se ha cerrado ninguna salida. No obstante, por otra parte, mientras la situación siga siendo la que es, no nos queda más alternativa que la de seguir resueltamente adelante y cumplir con nuestro deber»[165].

El primer día de la huelga, el lunes 3 de mayo de 1926, Baldwin puso a Churchill a cargo de la *British Gazette*, el órgano informativo del gobierno, una encomienda que según explican los biógrafos del primer ministro se le hizo con la intención de «mantenerle ocupado e impedirle empeorar las cosas»[166]. Churchill optó por utilizar los despachos y los locales en los que se imprimía el *Morning Post* (que le fueron ofrecidos por los mismos propietarios del rotativo, no requisados por él, como no tardaría en afirmar la mitología al uso), consiguiendo sacar de ese modo ocho ediciones diarias[167] de la gaceta, en la que él mismo se ocuparía de redactar buena parte de lo que figuraba en ellas. John Davidson, enviado por Baldwin para

vigilar al fogoso ministro de Hacienda, se encargaría de suavizar el tono de sus editoriales más beligerantes, lo que naturalmente dio lugar a numerosas confrontaciones[168]. Con el fin de asegurar la publicación ininterrumpida del boletín, se encargó a Holanda que enviara cuatrocientas toneladas de papel, y se destacó a una compañía del Cuerpo de Ingenieros Reales para su custodia.

Debido al modo en que Churchill se había conducido en Llanelli al producirse los encontronazos entre las tropas británicas y los mineros en 1911, y a causa asimismo de su implicación en los graves disturbios registrados el año anterior en la localidad de Tonypandy, no le resultó nada difícil a la izquierda pintar al titular de Hacienda con los rasgos propios de un enemigo de la clase trabajadora y el movimiento obrero. La *British Gazette* les proporcionó abundante munición (un moderno historiador considera que el diario tenía características «incendiarias»), pero también dio al antiguo periodista que dormitaba en Winston una buena ocasión de hacer oír la voz del gobierno en toda la nación[169]. Churchill no quería que la publicación quedara reducida a una mera hoja informativa de tintes propagandísticos; deseaba convertirla en un periódico en toda regla (pese a estar subsidiado, su precio de venta al público era de un penique), y lo cierto es que su tirada pasó de los 232 000 ejemplares registrados el 5 de mayo, a los más de 2,2 millones del día 13 del mismo mes[170]. En sus páginas aparecían sesudos artículos firmados por hombres de estado como Asquith y Grey, pero también descarados panfletos de intención proselitista contra la huelga, pese a su presunta imparcialidad. El 11 de mayo, incluyó un titular que proclamaba: «Noticias falsas, —y en el que se decía lo siguiente—: Ojo. No dé usted crédito a nada mientras no lo vea reflejado en un periódico autorizado como la *British Gazette*».

«Esta gran nación, —afirmaba el editorial de la primera edición—, cuyo conjunto constituye la más sólida comunidad que alcanza a exhibir la civilización, se ve rebajada por el momento, y por lo que al actual problema se refiere, al nivel de los indígenas africanos, que dependen únicamente de los rumores que el viento lleva de un lado a otro»[171]. El escrito no estaba firmado, pero su autoría resultaba obvia. En otros puntos de la *Gazette* se describía a los huelguistas con la expresión «el enemigo», y se restaba

importancia al notable vigor inicial de los paros, que eran presentados como «un desafío directo a toda gobernación bien ordenada». En uno de los boletines se citaba un periódico francés que había dicho que los bolcheviques estaban detrás de la huelga. El editorial del cuarto número sostuvo que si las fuerzas armadas se vieran obligadas a tomar cualquier medida que no hubiera sido previamente autorizada por el gabinete, el ejército contaría no obstante con el respaldo del gobierno —una opinión que hasta el rey consideró irresponsable—.[172] Y al hacerse el retrato periodístico del político laborista George Lansbury se dijo que era «un socialista feroz, inquebrantable y vocinglero».

Churchill y Baldwin se repartieron los roles durante la huelga, de modo que el primer ministro se manifestó moderado y dispuesto a tener cierta consideración con el otro bando, mientras Churchill exigía, por medio de la *Gazette*, nada menos que un triunfo incondicional. Davidson se quejó a lord Irwin, quien por entonces ejercía el cargo de virrey de la India, diciendo que Churchill «veía a los huelguistas como a adversarios que había que aniquilar, —y también protestó ante Baldwin, asegurándole—: Se cree que es Napoleón»[173]. El cuñado de Irwin, el parlamentario conservador George Lane-Fox, juzgaba que Churchill era un individuo «sumamente beligerante y conflictivo»[174]. Frente a estos pareceres se alzaban no obstante los 1389 procesos judiciales que se llevaron a los tribunales por cargos de violencia antes del fin de la huelga, lo que además de significar más de cien casos diarios nos habla de una auténtica beligerancia, no de esa que aducían los detractores de Churchill, de carácter únicamente retórico.

El 9 de mayo, al entrar la huelga en su fase decisiva, Churchill quiso intervenir la BBC, cosa que resultaba innecesaria, dado que ya apoyaba discretamente al gobierno, pero al proceder de ese modo se ganó una enemistad de por vida: la de *sir* John Reith, su director general. Andando el tiempo, Reith le mantendría alejado de las ondas durante buena parte de la década de 1930, y en sus diarios dará expresión al odio que Churchill le inspiraba, incluso en la época en la que tuvo ocasión de servir a sus órdenes en el gobierno de la segunda guerra mundial. «Es verdaderamente un tipo de lo más estúpido», escribe Reith en una de las características entradas del diario que lleva en tiempos de la huelga[175]. La pirática incautación de

grandes partidas de ejemplares del *Times* enfureció a su director, Geoffrey Dawson, que lamentaría amargamente la intervención y le guardaría rencor durante años.

«Sencillamente se lo está pasando en grande con este asunto, —comenta despectivamente Neville Chamberlain el 4 de mayo—, y lo *va a seguir* tratando, y a continuar pintando, como si se tratara del mismísimo 1914»[176]. El 7 de mayo, tras proponer Tom Jones (según él mismo recordará) un acuerdo de mínimos con la Federación Sindical, Churchill «me abrumó vertiendo sobre mí una catarata de hirviente elocuencia»; «me dijo, —prosigue—, que estábamos en guerra. Las cosas han cambiado desde el domingo por la mañana […]. Debemos llegar hasta el final. Tiene que tener usted más temple»[177]. Churchill se daba cuenta de que solo podría hacerse una oferta generosa capaz de incidir positivamente en la paga y las cifras de empleo de los mineros una vez que se hubiera puesto fin a la amenaza constitucional que se había planteado al gobierno, y tenía la sensación de que no se lograría embridar definitivamente la situación hasta dentro de cuatro o cinco días. De hecho, llegaría incluso a negarse a publicar el llamamiento a la concordia que había redactado el arzobispo de Canterbury.

«Winston está disfrutando de lo lindo con la publicación de la *British Gazette*, —le dirá Thomas Inskip, el subfiscal de la corona, a Irwin—. Los 820 millones de libras esterlinas de sus Presupuestos Generales ya no le interesan demasiado. No estoy diciendo que se equivoque al centrarse instintivamente en la cuestión predominante del momento, pero lo cierto es que está saboreando a fondo esta oportunidad de absorberse en la "publicidad"»[178]. En la década de 1920, el término «publicidad» seguía siendo una especie de palabra soez, y se consideraba una actividad que quedaba muy por debajo de lo que cabía esperar de los políticos. Sin embargo, pese a todas las críticas que habrían de dirigirle muchos y muy notables personajes conservadores, lo cierto es que el hecho de que Churchill se negara a mostrar el más leve signo de debilidad, sumado a la firme respuesta de Baldwin, fue lo que hizo posible que el 11 de mayo la huelga comenzara a resquebrajarse. Al percibir los primeros signos, Churchill le escribe una nota a Baldwin en la que le dice: «Hoy rendición,

mañana magnanimidad»[179]. Esta había sido también la actitud que había mantenido frente a los bóers, las sufragistas y los alemanes durante la primera guerra mundial —y la que habría de observar igualmente en la segunda—. Había querido ceñirse al mismo esquema con los republicanos irlandeses, pero como se tendría ocasión de constatar tantas otras veces, Irlanda resultaría ser un caso aparte.

El 13 de mayo, la Federación Sindical ponía fin a la huelga general, pero el Sindicato Nacional de Mineros decidió continuar la lucha en solitario. Poco después, ese mismo mes, el director del *New Statesman* incluía un editorial satírico titulado «¿Hemos de ahorcar al señor Churchill o no?». «El señor Churchill, —decía—, es el malo de la obra. Se dice que ha llegado a aventurar la idea de que "un pequeño derramamiento de sangre" no vendría excesivamente mal»[180]. Churchill preguntó a *sir* Douglas Hogg, el fiscal general del estado, si podía demandar a la revista, dado que, «desde luego, no me apetece nada permitir que una mentira semejante acabe convirtiéndose en moneda corriente entre los laboristas que se dedican a lanzarme recriminaciones»[181]. Hogg le respondió que no valía la pena tomarse la molestia de hacerlo, pero en cualquier caso, Churchill salió de la huelga general convertido en un personaje al que se vilipendiaba por haber quebrado el espinazo de la protesta, y al que se tachaba por intransigente y por enemigo ideológico de los sindicalistas, cosa que no era. Su determinación de acabar con el paro nació después de que el Sindicato Nacional de Mineros intentara obligar al gobierno a pagar un nuevo subsidio.

Durante la segunda guerra mundial, Churchill se asegurará de nombrar a altos cargos del sindicalismo en distintos puestos clave de su gobierno, y en tiempos de paz, mientras él mismo se halle al frente del gabinete, tratará de propiciar invariablemente una relación de total concordia con ellos. No obstante, los curiosos antagonismos de la política determinarán que, tras la huelga general, sus oponentes socialistas parezcan más dispuestos a perdonarle rápidamente la victoria que sus críticos de las altas esferas conservadoras —de entre las que destacan figuras como las de Davidson, Inskip, Reith, Dawson, Lane-Fox, Crawford y Neville Chamberlain, que supuestamente deberían haberse puesto de su parte.

Capítulo 14

QUIEBRA FINANCIERA

Junio de 1926 - enero de 1931

Fue un gobierno competente y sosegado.

Churchill, en referencia al gabinete conservador de los años 1924 a 1929[1].

Me gusta que sucedan cosas, y si no suceden, me gusta hacer que sucedan.

Comentario de Churchill al parlamentario Arthur Ponsonby, 1929[2].

El 7 de junio de 1926, Alexander Aley, el chófer de Churchill, cogió el coche para llevar de Chartwell a Londres al ministro de Hacienda. Había bruma en la carretera, y de pronto el vehículo chocó con la furgoneta de un pescadero, que sufrió la rotura de dos costillas. Para compensarle, Churchill le ofreció 77 libras (unas 3500 de las actuales, aproximadamente), pero el hombre decidió llevar el caso a los tribunales. El jurado exoneró de toda responsabilidad a Churchill, pero a pesar de todo él envió 25 libras al repartidor[3]. Pocos años antes, en febrero de 1920, Churchill había

sobrevivido a un accidente de automóvil en Whitehall, y en otro incidente, las autoridades pusieron al chófer una multa de 3 libras por exceso de velocidad, pese a que el empleado les explicara que su jefe le había instado a acelerar a fin de llegar cuanto antes a la Oficina de Guerra[4]. Churchill tendía a hacer caso omiso de los límites de velocidad y los semáforos. Los únicos períodos en los que disminuyó un tanto su peligrosidad en la vía pública fueron los que pasó al frente del gobierno, dado que en su condición de primer ministro tenía derecho a utilizar un «avisador» (es decir, una campana) para advertir a los demás conductores de su proximidad[5]. Se trató siempre de una persona compulsivamente dada a asumir riesgos, ya fuera en tiempos de paz o de guerra, en la mesa de juego o en la bolsa, y de hecho, la actitud de «todo o nada» que acostumbraba a adoptar en la calzada, o la decisión que tomó durante la huelga general, jugándoselo todo a una carta, confirman esa misma tendencia. De cuando en cuando, esa desenvoltura hacía que se estrellara, pero en el problema de los mineros le condujo a la victoria.

En el debate sobre la huelga minera que se celebró en los Comunes el día 7 de julio de 1926, al salir en defensa de la *British Gazette*, a la que se acusaba de tomar claramente partido en la cuestión, Churchill proclamó: «Si tengo que elegir entre el fuego y los bomberos, yo renuncio por completo a la imparcialidad». «Cuando uno se encuentra en una gran dificultad, e inmerso en un combate de este tipo, es absolutamente inútil que la gente finja desconocer de qué lado está, por más desafortunada que pueda parecer la postura que adopta.»[6] Pese a todo, sabía desviar los dardos de las críticas más serias, como tantas otras veces habría de ocurrir a lo largo de su carrera, echando mano de un oportuno comentario ocurrente. Y en esta ocasión dirá, dirigiéndose a la bancada laborista: «Han de tener ustedes perfectamente claro que, si alguna vez vuelven a organizarnos el follón de otra huelga general, nosotros volveremos al armarles el jaleo de otra *British Gazette*»[7]. El impactante éxito de las chuscas salidas de Churchill brotaba de su magnífico sentido de la ocasión cómica, que le permitía prender la chispa de sus humoradas en el momento justo —una cualidad perfectamente característica de su ingenio.

Churchill también era consciente de la fuerza persuasiva de la propaganda, en cualquiera de sus formas. El 15 de agosto, la Oficina Central del Partido Conservador filmó a todos los ministros del gabinete en la sede del Tesoro para difundir luego las imágenes en forma de noticiario. A varios de los presentes les disgustaba profundamente ese ejercicio, pero no a Churchill. Neville Chamberlain hizo una visita a los reunidos en el preciso momento en que se estaba procediendo al rodaje, y más tarde le comentará a lord Irwin: «¡Por el amor de Dios, cómo zumbaban las cosas en ese despacho! La mesa crujía, abrumada por el peso de una montaña de libros, los secretarios se azacaneaban de un lado a otro. Ronald McNeill[8] mantenía una actitud de respetuosa atención mientras ofrecía un asiento a Churchill, y después, prendiendo un puro de proporciones gigantescas, dignas del país de Brobdingnag[9], Winston empezó a hacer muecas, a tronar, a gesticular y a perorar, dispuesto a no detenerse mientras al individuo de la cámara no le diera una parálisis o se le quemara el celuloide»[10].

Tras esa parte humorística de la carta, Chamberlain decide ir al grano y dar curso a lo que realmente le importa: la crítica de Churchill, al que supone un rival directo en sus pretensiones de suceder a Baldwin. «Winston mejora constantemente su posición, tanto en la Cámara como en el partido», explica al virrey.

> Sus discursos son extraordinariamente brillantes, y la gente acude en masa para escucharle, tal y como harían en el teatro con un actor de primera clase. Dicen que es el mejor espectáculo de Londres, y ahí está justamente el punto débil. A mi juicio, el público cree estar asistiendo a un espectáculo, y en este momento no está dispuesto a confiar en el personaje que representa, y menos aún en su buen juicio. En lo personal me resulta inevitablemente agradable, y cuanto más le observo, más le admiro, pero a esos sentimientos les acompaña siempre la gradual disminución del respeto que intelectualmente me merece. Me he dado cuenta de que en todas las disputas de carácter ministerial en las que nos hemos enfrentado, él ha tenido que acabar cediendo, porque su argumentación carecía de un fundamento verdaderamente sólido[11].

La explicación de que Winston se zafara en los encontronazos con Neville admite no obstante una alternativa, ya que a Baldwin no solo le gustaba Chamberlain, sino que era un hombre en el que confiaba y en el que veía a su sucesor natural como líder del Partido Conservador, de modo que

tendía a apoyarle, en detrimento del ministro de Hacienda. En otra carta, Chamberlain le dirá a Irwin: «Hay una diferencia tan profunda en nuestros respectivos caracteres que no hay forma de que me sienta cómodo en su compañía ni de que me inspire afecto. Es un brillante chico descarriado que suscita admiración, pero que agota a sus tutores por la constante tensión a la que los somete»[12].

El 24 de agosto, al partir Baldwin, aquejado de lumbago, a Aix-les-Bains, en el este de Francia, para una cura vacacional de tres semanas, Churchill quedó a cargo de las negociaciones con los mineros. Churchill aprovechó la oportunidad para intentar presionar a los propietarios de las explotaciones mineras y forzarles a fijar un acuerdo. «Con recíproca agresión, hay manos británicas que se están dedicando a infligir horrendas heridas en gargantas opuestas, que sin embargo no son menos británicas que ellas», lamentará Churchill en la Cámara de los Comunes[13]. Al final, para gran frustración suya, le fue imposible encontrar una solución. La huelga estaba perturbando los cálculos económicos del Tesoro, sobre todo porque tenía que enviar doscientas cincuenta mil libras semanales en prestaciones sociales a los distritos afectados. El 15 de septiembre, es decir, el día anterior al regreso de Baldwin, Churchill propuso que el gobierno doblara el pulso a los dueños de las minas decretando que los obreros dispusieran de un salario mínimo, pero el consejo de ministros rechazó la propuesta.

En octubre regresaban a los pozos cien mil mineros, y a finales de noviembre la huelga llegó definitivamente a su fin. Al escribirle su primo lord Londonderry, un industrial con propiedades mineras, como sabemos, para asegurarle que los dueños de las minas merecían que se les apoyase porque estaban «luchando contra el socialismo, —Churchill le replica, sin ambages ni concesiones—: Los representantes de ambos bandos han sido sus peores elementos, los menos razonables, personas elegidas por su testarudez y sus actitudes combativas. La lucha contra el socialismo no es una tarea que incumba a los dueños de las minas, no en su condición de tales. Si declaran que sí lo es, ¿cómo es que culpan a la Federación de Mineros por tratar de conseguir fines políticos?»[14].

En 1927, el gobierno de Baldwin aprobó la Ley de Disputas Comerciales y Acciones Sindicales, mediante la cual quedaban ilegalizadas

todas las movilizaciones de apoyo a quienes protestaran por cuestiones laborales —con lo que *de facto* se prohibían las huelgas—, y puso fin al sistema que determinaba que los trabajadores industriales tenían que abonar de forma automática una cuota sindical, circunstancia que provocaría una significativa disminución de los fondos que recibía el Partido Laborista. El periodista político C. E. Bechhofer Roberts se mostró convencido de que el apoyo que Churchill había prestado a esta medida «había permitido sanar la profunda herida derivada de la brecha abierta en su día entre Churchill y el Partido Conservador»**[15]**. Esta norma causó un hondo disgusto en las filas del movimiento obrero, pero se mantuvo en vigor hasta el año 1947.

A finales del verano de 1926, Churchill elaboró una lista con catorce medidas para ahorrar dinero en Chartwell. Con sus cláusulas secundarias tabuladas y encabezadas por letras minúsculas, el texto se parecía más a las actas del Tesoro que a una carta dirigida a una amada esposa:

a. No hay que comprar más champán. Salvo que se den instrucciones especiales, solo se ofrecerá vino blanco o tinto, o *whisky* y soda, en el almuerzo o la cena. Deberá mostrárseme todas las semanas la Carta de caldos. No deben abrirse más botellas de oporto si no ha habido instrucciones específicas en contrario.
b. Los puros deben reducirse a cuatro al día. No debe ponerse ninguno en la mesa; solo se sacarán de la caja que tengo al efecto en caso necesario. Es bastante habitual no ofrecer más que cigarrillos.
c. No debe comprarse fruta con los fondos de la cuenta doméstica; la adquiriremos y pagaremos únicamente tú o yo en ocasiones especiales.
d. Nada de nata, salvo aprobación especial.
e. Cuando no tengamos invitados no es necesario comprar pescado. Dos platos y un dulce deberían bastar para la cena, y en la comida uno solo es suficiente**[16]**…

Churchill quería reducir también el coste de las coladas y racionar las latas de betún. No se hizo prácticamente nada en ninguno de los aspectos enumerados. «No recuerdo que faltara nunca comida ni bebida, —escribe Mary años más tarde—. Y jamás vi que mi padre llevara las camisas sucias o arrugadas.»**[17]** Las Navidades del año en el que Winston dicta ese ahorrativo catálogo, el libro de visitas de Chartwell registra las firmas de once invitados, nada menos, y no se observa que menguara en modo alguno la frecuencia de los agasajos que daba la familia Churchill en su domicilio.

En enero de 1927, Churchill, su hermano Jack, y Randolph, que por entonces estudiaba en Eton, recorrieron juntos el Mediterráneo. Tuvieron ocasión de contemplar el Vesubio en erupción, de visitar Génova, Pompeya y Herculano (cuyos atrevidos frescos no pudo ver el joven Randolph, que ya había cumplido los quince años, al considerarse inapropiado para su edad), y de comer al aire libre en el Partenón de Atenas. Durante una estancia en Malta junto al almirante Keyes, que en ese momento era el comandante en jefe de la flota británica del Mediterráneo, Churchill jugó, a sus cincuenta y dos años, el que habría de ser su último partido de polo. En Roma fueron recibidos en audiencia por el papa Pío XI en el Vaticano. «La primera parte de la conversación fue un tanto delicada, —recuerda Randolph—. Después, el pontífice y mi padre encontraron un filón en el tema de los bolcheviques y pasaron media hora entretenidísima diciendo todo lo que pensaban de ellos.»[18]

Churchill también aprovechó la oportunidad para entrevistarse con Mussolini en la Ciudad Eterna, tras la cual hizo unas declaraciones conjuntas a la prensa en las que afirmó que el movimiento de los fascistas italianos había «prestado un gran servicio al mundo entero»[19]. Peor aún, ya que añadió: «De haber sido italiano, no me cabe ninguna duda de que habría estado incondicionalmente a su lado, de principio a fin, en la triunfal lucha que está usted liderando contra los bestiales apetitos y pasiones del leninismo»[20]. Como es obvio, con el paso del tiempo, estas manifestaciones habrían de ponerle en una situación extremadamente embarazosa, sobre todo porque sus detractores adquirieron el hábito de no citar más que las primeras veinticinco palabras y de ocultar las últimas ocho. En esa época, Mussolini todavía no había invadido Abisinia (la actual Etiopía), pero no hay duda de que el vehemente anticomunismo de Churchill le había cegado, impidiéndole ver, por el momento, la brutalidad del fascismo. Ese odio al comunismo también iba a quedar de manifiesto en febrero, al apoyar Churchill la decisión que había llevado al consejo de ministros a advertir al gobierno soviético —que se había dedicado a sembrar en secreto las semillas de una eventual sedición comunista en Gran

Bretaña a través del Comintern[21]— que si continuaba interfiriendo en los asuntos internos británicos y los intereses imperiales, se produciría inevitablemente una ruptura de relaciones. Sin embargo, el comunicado fue un terrible error. Durante la guerra civil rusa, Churchill había utilizado con acierto los servicios secretos del país y apoyado resueltamente la labor de un eficacísimo conjunto de agentes, como Sidney Reilly y Boris Savinkov. Sin embargo, en 1927, y con el fin de demostrar a Moscú que Inglaterra se hallaba al corriente de las operaciones subversivas que el Comintern estaba llevando a cabo en Gran Bretaña y la India, el gabinete reveló que las agencias de inteligencia británicas habían logrado traducir los códigos secretos soviéticos —un anuncio que, a cambio de una efímera ventaja política, permitió a Moscú desarrollar un nuevo sistema, totalmente indescifrable—. Churchill quedó horrorizado, y comprendió que, en materia de información confidencial, lo mejor era no hacer saber al enemigo nada de lo que se hubiera podido alcanzar a conocer.

En enero de 1927, el Other Club registró el mayor número de afiliaciones de toda su historia, incorporando a figuras como las de Lindemann, Keynes (una prueba más de que Churchill toleraba sin dificultad la discrepancia bien fundada), o el crítico literario Desmond MacCarthy. Seis meses más tarde, el político conservador Oliver Stanley y el pintor tradicionalista Alfred Munnings se unían al cenáculo. El arte moderno no suscitaba en Churchill la más mínima admiración[22]. Anthony Eden declinó la oferta que se le hizo de sumarse a la entidad, ya que, según aseguró, no le gustaban las sociedades de restauración. También se animó al almirante Keyes a formar parte del grupo, y al plantarse este tras enterarse de que se le pedía una cuota de ingreso de cinco libras, Churchill le subrayó la cara oculta y siempre tácita del Club: «Te mantendrá en contacto con muchas personas importantes que permanecen en activo o que orbitan en las inmediaciones de los centros de poder»[23]. Keyes reconsideró su postura e ingresó en el círculo.

En febrero comenzó a publicarse por entregas el tercer volumen de *La crisis mundial*. Douglas Haig seguía gozando de una notable popularidad en Gran Bretaña, y la crítica que Churchill había hecho de la estrategia de desgaste que el comandante había llevado a la práctica en el Frente

Occidental levantó una enorme polvareda. «En todas las ofensivas británicas, —señala Churchill—, nuestro país encajó siempre dos de cada tres bajas, y en muchas ocasiones las pérdidas de nuestras filas vinieron a duplicar prácticamente las sufridas por los alemanes»[24]. Churchill estaba en lo cierto al atribuir esa circunstancia al hecho de que durante la mayor parte del conflicto Alemania se hubiera mantenido a la defensiva. En el libro, planteaba además las cuestiones más acuciantes del momento —y de hecho las más determinantes de la Europa del siglo XX—: «¿Habrá que inmolar a una nueva generación para saldar las negras cuentas pendientes que enfrentan a galos y teutones? ¿Será necesario que nuestros hijos vuelvan a derramar su sangre y a exhalar su último aliento en unas tierras devastadas? ¿O veremos surgir acaso del incendio mismo del conflicto la reconciliación de esos tres gigantescos contendientes, la fuerza capaz de trenzar su ingenio y garantizar a todos, con seguridad y libertad, la parte que les corresponde en el restablecimiento de la gloria europea?»[25].

Pese al aprecio popular que arropaba a Haig —al año siguiente, tras fallecer como consecuencia de un ataque cardíaco[26], un millón de personas asistiría a su funeral—, las reseñas del texto de Churchill se revelaron por lo general muy elogiosas. En *Nation and Athenaeum*, Keynes sostiene que *La crisis mundial* es «un tratado contra la guerra, más efectivo de lo que jamás pudiera llegar a ser la obra de un pacifista»[27]. Keynes había interpretado bien la postura de Churchill en la materia. Al comentar las galeradas del nuevo libro de Beaverbrook, titulado *Politicians and the War*, Churchill había afirmado de manera fulminante: «Piensen en todas esas personas: bien educadas, con el relato histórico del pasado ordenadamente expuesto ante sus ojos. Qué evitar, qué hacer, etcétera. Personas patrióticas, leales, limpias, dispuestas a hacer todo lo posible… ¡Qué funesta confusión sacaron de todas esas prerrogativas! *Incapaces de aprender, de la cuna a la tumba*: esa es la primera y principal característica de la humanidad. Siempre suyo, W. [P. S.] No más guerras»[28].

Por esta época Churchill tenía ya tal reputación como orador que el revuelo que generó el ansia de hacerse con un pase para acudir a la tribuna de espectadores de los Comunes al saberse que el 11 de abril de 1927 iba a presentar sus terceros Presupuestos Generales acabó comparándose al

habitual en los acontecimientos deportivos populares. El príncipe de Gales estuvo presente en el acto, y Baldwin comentará con el rey: «La escena bastó sobradamente para demostrar que el señor Churchill es una estrella dotada de una capacidad de atracción que nadie de la Cámara alcanza a superar»[29]. Volvieron a reducirse las Estimaciones de gasto de la armada hasta situarlas en un total de 56 millones de libras esterlinas, y se aumentaron los impuestos con los que se gravaba el tabaco y el alcohol, pero como la huelga general y la disputa del carbón habían dejado un agujero de 30 millones de libras en las finanzas públicas, el ministro de Hacienda tenía en realidad muy poco margen de maniobra para impulsar le recuperación industrial. Con todo, la prensa elogió la austeridad de su presupuesto. Dos días más tarde, el propio Churchill declaraba: «Lo único que muestran [esos comentarios] es que el público británico, así como la gran nación que reside en esta isla acostumbrada a las brumas, es menos propenso a manifestarse agradecido por los beneficios que recibe que por los males que se le ahorran»[30].

Tras uno de los debates surgidos en torno a los Presupuestos, lord Monsell felicita a Churchill por la aplastante réplica con la que acababa de rebatir a uno de sus adversarios y aprovecha para preguntarle cómo lo consigue. «Mira Bobby, es cuestión de paciencia, —le explica Churchill—, llevo dos años aguardando la oportunidad de poder largar esta andanada»[31]. En un choque dialéctico suscitado el 19 de mayo en relación con la Ley de Finanzas, Churchill defenderá la tesis ideológica de que «si se tocan los ahorros, el efecto inmediato es lanzar el mensaje de “Comamos y bebamos, que mañana moriremos”. Eso es *de facto* lo que inspira y provoca la letal enfermedad que aqueja a la filosofía socialista»[32]. En privado, Churchill criticaba la tendencia expansiva de todas las burocracias, y sostenía que el único modo de evitarlo consistía en refrenar constantemente esa propensión. «Es realmente intolerable que, en su avance, esos departamentos funcionariales lo devoren todo a su paso, como una dañina horda de langostas», comenta con Clementine[33].

Pese a que en 1922, al rubricarse el Tratado Naval de Washington, Churchill hubiera respaldado la idea de que la Marina Real Británica debía contar con el mismo número de acorazados y portaaviones que Estados

Unidos, ahora, cinco años después, y tras constatarse que Estados Unidos había puesto en marcha un enorme programa de construcción de buques, los norteamericanos querían que la paridad se extendiera asimismo a la cantidad de cruceros. «No puede haber verdadera paridad entre una potencia cuya existencia viene garantizada por la armada, y otra que solo encuentra en ella un motivo de prestigio, —afirma Churchill en un memorando del gabinete fechado en junio de 1927—. Da la impresión de que tenemos el invariable deber de reírle las gracias a Estados Unidos y de administrar su vanidad. Y a cambio, ellos no hacen nada por nosotros, salvo exigirnos hasta la última libra de carne»[34].[35] En julio llegará todavía más lejos, al sostener que, pese a resultar «muy conveniente para los intereses de la paz» que se siga repitiendo hasta la saciedad el mantra de que una guerra con Estados Unidos es «impensable»,

> [t]odo el mundo sabe que eso no es cierto. Por descabellado y desastroso que pudiera revelarse semejante choque, lo cierto es que su eventual realidad constituye de hecho el único fundamento por el que se procede a convocar debates navales [entre británicos y estadounidenses] […]. No deseamos equiparar nuestro poder al de Estados Unidos. No estamos en condiciones de adivinar lo que podrían hacer si en una época futura se encontraran en condiciones de darnos órdenes respecto a las políticas que hemos de aplicar, por ejemplo, en la India, en Egipto o en Canadá […]. Además, la paridad de los tonelajes lleva aparejada la posibilidad de que Gran Bretaña se vea obligada a morirse de hambre para obedecer a cualquier decreto que se les ocurra promulgar a los estadounidenses […]. Como es obvio, si partimos de la base de la superioridad naval estadounidense, engañosamente envuelta en el disfraz de la paridad, percibiremos inmediatamente los inmensos peligros que se ciernen hoy sobre el futuro del mundo[36].

Churchill había venido presidiendo la Sociedad de Habla Inglesa desde 1921, pero a su juicio, los intereses del imperio debían anteponerse incluso a su fe en la fraternal unión de los pueblos de esa lengua. Al año siguiente, tras una cena en Chartwell, «habló con toda libertad acerca de Estados Unidos» con el político conservador James Scrymgeour-Wedderburn. «[Churchill] los considera arrogantes y básicamente hostiles a Gran Bretaña, y está convencido de que quieren dominar la política mundial, —apunta el futuro parlamentario—. Piensa que toda la cháchara que gastan sobre su “Gran Armada” es un farol que ha de ponerse en evidencia.»[37] Con buen criterio, Churchill restringirá al ámbito privado este tipo de

observaciones palmariamente contrarias a Estados Unidos. En febrero de 1928 llegará incluso a decirle a los miembros del gabinete que, para seguir compitiendo con Estados Unidos, «todavía podríamos añadir veinte o treinta millones de libras esterlinas a las Estimaciones navales en caso de necesidad»[38]. Eran afirmaciones muy distintas a las que había mantenido tres años antes en relación con el Japón. Pese a que desde la perspectiva que nos proporciona el tiempo parezca algo extraordinario, la transformación que habrá de llevar a Churchill a convertirse en lo que por entonces daba en llamarse un partidario de la «Gran Flota» no se debió a las amenazas de Alemania o de Japón, sino a la aplicación de su ánimo competitivo a la evolución armamentística de Estados Unidos[39].

«Winston sigue siendo la figura que más atrae el interés del público en general, —le escribe Chamberlain a Irwin en agosto—. Ha mejorado significativamente la posición que ocupa en el seno del partido, y todo el mundo admite sin excepción que no tiene igual en la Cámara de los Comunes. Los modales que emplea al hablar con la oposición son tan campechanos que a pesar de que le interrumpan con frecuencia, también sus adversarios aguardan con impaciencia sus discursos, ya que son el mejor y más entretenido espectáculo que la Cámara alcanza a ofrecer.»[40] En la tercera lectura parlamentaria del Proyecto de ley Sindical, por ejemplo, los diputados laboristas cortaron la palabra a Churchill en el momento mismo en el que empezaba a desplegar su argumento, instándole con ello a señalar: «Evidentemente, es perfectamente posible que sus señorías me impidan hablar, y desde luego no tengo ninguna gana de entregar mis perlas a» —larga pausa— «quien no las desea». Según recuerda Chamberlain, tras este golpe de efecto estalló «un rugido de regocijada algazara» que se prolongó por espacio de varios minutos. Más adelante, en esa misma carta, Chamberlain no logrará resistirse a observar que «hasta los mayores admiradores de Winston continúan desconfiando de su buen juicio»[41]. El propio Baldwin escribe en esta época: «La posición de Winston es curiosa. A nuestra gente le cae bien. Les encanta escuchar lo que dice en la Cámara; acudir a contemplarle como quien se prepara para asistir a la actuación de

una estrella y se arrellana en el patio de butacas con la sonrisa del que espera algo grande. Sin embargo, cuando se trata de entregarle el liderazgo, le dejan sistemáticamente a un lado. Si algo me sucediera, los más cualificados son Neville y Hogg»[42]. Douglas Hogg era el fiscal general del estado, y una apuesta de gobierno muy segura, pero Chamberlain fue siempre el heredero natural de Baldwin.

En octubre, Churchill forzó *de facto* la dimisión de lord Cecil de Chelwood (que anteriormente respondía al nombre de lord Robert Cecil) como canciller del ducado de Lancaster, tras haber liderado Winston al gabinete británico en su oposición a las propuestas lanzadas por los estadounidenses en la Conferencia de Desarme Naval que se había iniciado en Ginebra en febrero de 1927. Cecil estaba dispuesto a limitar el tamaño de la flota británica de cruceros, que ya era la mayor del mundo, pero ni Churchill ni el gobierno tenían intención de hacerlo. «Discrepamos absolutamente en la cuestión fundamental, —le había escrito Cecil ya en el mes de julio—. Usted cree que la futura guerra es prácticamente segura, que la mejor forma de evitarla es recurrir a la vieja receta de la preparación, y que en todo caso el primer deber del gobierno consiste en acumular todo el armamento que sea necesario para impedir la derrota.»[43] Se trataba efectivamente de una valoración correcta de la posición de Churchill. En cambio, Cecil argumentaba que la mejor manera de preservar la paz pasaba por confiar la seguridad colectiva a la Sociedad de Naciones. El hermano mayor de Cecil, cuarto marqués de Salisbury, le escribirá a Irwin: «La crisis llegó a su punto culminante al votar Winston abiertamente en favor de una propuesta particular (que se había aprobado en el gabinete) motivada por su convicción de que de ese modo se derrotaría al bando contrario en la Conferencia. Entonces Bob estalló y dijo que si la Conferencia se suspendía, él presentaría la dimisión. Y así lo hizo»[44]. Cecil no volvería a ocupar ya ningún otro cargo público. Cuatro décadas después de que lord Randolph dejara su puesto y perdiera su carrera, caía un Cecil abatido por un Churchill[45]. La conferencia terminó sin que se hubiera llegado a ningún acuerdo, para gran alivio de Churchill.

A mediados de diciembre, Churchill presentó al gabinete una propuesta radical concebida para cambiar drásticamente el régimen fiscal local. Con

ese fin sugería introducir un recorte del 75 % en los tipos que se aplicaban a la industria y abolir totalmente las contribuciones empresariales y agrarias, lo que obligaba al gobierno central a asumir las cargas de las que esas entidades quedaban exoneradas. Esperaba que esas medidas contribuyeran a reducir el desempleo, ayudaría a las pequeñas compañías que tenían dificultades económicas —dado que les quitaba un impuesto que trababa su desarrollo—, y estimularía el crecimiento de nuevas industrias. Chamberlain señala que el plan era «muy propio de Winston, tanto por su ingenio como por su audacia y vaguedad»[46]. Los debates que mantuvieron Chamberlain y Churchill se revelaron cada vez más tensos. «Acuso a Winston de abogar temerariamente en favor de unos planes cuyos efectos ni siquiera él mismo entiende, —confiesa Chamberlain a Irwin—. Él en cambio me juzga culpable de pedantería, de contemplar con inexplicable frialdad las ideas que no salen de mi propio caletre, y de profesarle una notable envidia personal. A veces las emociones acaban por acalorarse bastante.»[47] Tras muchas deliberaciones, se acordó conservar la tercera parte de los impuestos que los municipios cobraban a los sectores empresarial y agrícola, cosa que Churchill aceptó estoicamente, diciéndole a Baldwin que el gabinete estaba «distorsionando la pureza clásica de su concepción inicial con la sola finalidad de conseguir que la medida resultara más fácil de aprobar»[48].

El 12 de febrero, Clementine se sometió a dos mastectomías ya que sufría cáncer de mama. La primera se realizó en el número 11 de Downing Street a las dos y media de la tarde, y la siguiente a medianoche. «Si algún día descubres —cosa de la cual no dudo— que eres un hombre que no conoce el miedo, sabrás de dónde te viene esa cualidad», le escribe Winston a Randolph a la mañana siguiente[49].[50] Durante la convalecencia de Clementine, Churchill le leía pasajes de los Salmos, y Mary recordará más tarde lo estrechamente unidos que estuvieron sus padres a lo largo de todo el posoperatorio[51]. Para el mes de abril, Clementine se hallaba ya totalmente repuesta, y Churchill le envía una carta en la que le habla del temperamento de Randolph. Le relata una discusión que el muchacho había tenido con Percy Grigg acerca de la existencia de Dios. En la polémica, «no dejó en ningún momento de defender sus poco prometedores argumentos.

La contundencia lógica de su intelecto, el coraje de su pensamiento y el carácter brutal, y en ocasiones repulsivo, de sus réplicas me impresionaron muchísimo. Está mucho más adelantado que yo a su edad, y se sale claramente de lo común, para bien o para mal»[52]. Por desgracia, demasiadas veces iba a ser para mal. Al mediar la veintena, Randolph comenzaría a beber en exceso, y «el carácter brutal, y en ocasiones repulsivo, de sus réplicas» acabaría dirigiéndose muy a menudo contra un padre cuyos talentos sabía irremediablemente lejos de su alcance. Evidentemente, a Randolph se le hizo muy cuesta arriba ser hijo de una figura pública brillante, pero su propio padre había tenido que vencer la misma dificultad. En su respuesta, Clementine vaticina con lúcida exactitud: «No hay duda de que va a ser un foco de interés, ansiedad y emoción en nuestras vidas. Espero de veras que se ocupe siempre de nosotros»[53]. Pero por esos desenlaces trágicos de la vida, no habría de ser así.

A principios de abril, Churchill descubrió que podía añadir una nueva pasión a la que ya sentía por la pintura, una vehemente afición a la que en el transcurso de la segunda guerra mundial iba a tener ocasión de dedicar una cantidad de tiempo considerablemente mayor. «Me estoy volviendo un adicto al cine, —le dirá a Clementine—, y la semana pasada fui a ver *La última orden*, una buenísima película antibolchevique, y también *Alas* [el primer film al que se concedió un Óscar a la mejor película], que cuenta la historia de un avión de combate y que es auténticamente maravillosa»[54]. Más que el comienzo de una gran amistad, aquello iba a ser el arranque de una verdadera historia de amor con la gran pantalla, de un arte que le iba a permitir dar salida a muchos de los guiones cinematográficos que escribiría para completar sus ingresos, aunque lamentablemente para el cine sus argumentos nunca llegaran a concretarse en un rodaje. Su pasión por el cine brotaba de su carácter romántico e imaginativo y de la ecléctica naturaleza de sus intereses, así como de su fascinación por la historia, la política y la propaganda. Con el paso del tiempo terminaría siendo su principal forma de relajación[55].

El discurso que leyó Churchill al presentar sus cuartos Presupuestos Generales, el 23 de abril de 1928, constaba nada menos que de quince mil palabras (lo que significa que era más largo que este capítulo). En ellos decretaba el incremento de las deducciones fiscales por hijo con el argumento de que se trataba de «una aplicación más de nuestra política general de apoyo al productor»[56]. Consiguió anunciar un plan de reducción de impuestos, aunque sus oyentes no sabían que había moderado su alcance con el fin de dar cabida a las reservas de Chamberlain. («La carta de Neville es tiránica, pero déjale que se pavonee», le escribe a Grigg en referencia a toda una tanda de quejas del presunto sucesor de Baldwin.)[57] La prensa juzgó que los Presupuestos constituían un gran éxito, y lord Derby le escribió a Churchill para decirle que «no se trataba simplemente de los Presupuestos de un electo, sino de los de un hombre de estado»[58]. Freddie Guest manifestó su aprobación en términos aún más positivos: «Me parece que ha dado usted un paso muy firme hacia la futura consecución del puesto de primer ministro»[59].

En agosto de 1919, Churchill había apoyado la introducción de lo que se daría en llamar la «Regla de los Diez Años», una norma que decretaba que las Estimaciones presupuestarias del Departamento de Defensa deberían basarse en lo sucesivo en el supuesto de que «el imperio británico no habrá de verse envuelto en ningún gran choque bélico en la próxima década y no es por tanto preciso disponer de ninguna Fuerza Expedicionaria para tal fin»[60]. Concebida con el objetivo de obtener dividendos en tiempo de paz, dicha disposición resultó extremadamente perjudicial, dado que estimuló la complacencia del Tesoro y de los ministerios de servicio público. En julio de 1928, Churchill cometió otro error de juicio al convencer al Comité para la Defensa del Imperio de que la Regla de los Diez Años se aplicara de manera automática de un ejercicio a otro en lugar de hallarse sujeta a revisiones anuales, «dando así por supuesto que, a partir de una fecha cualquiera, Gran Bretaña tiene en principio ante sí un período de una década en el que no es previsible el estallido de ningún gran conflicto armado»[61]. El gabinete ratificó la sugerencia, pese a las objeciones de Balfour. Para ver abolida esa fórmula habría que esperar hasta marzo de 1932, una fecha desde luego anterior a la llegada de Adolf Hitler al poder,

pero cuya antelación era no obstante claramente inferior a los diez años previstos en la norma respecto de la siguiente guerra.

Churchill pasó el verano en la mansión de Chartwell, enfrascado en la culminación del cuarto volumen de *La crisis mundial* y en redactar una autobiografía que terminaría titulándose *Mi juventud*[62]. En la cuarta entrega de su vasto fresco europeo, Churchill atribuirá el hecho de que no se le eligiera para sustituir a Baldwin al frente del ejecutivo durante las largas vacaciones estivales del primer ministro a las «serias […] dificultades que tengo para liderar el partido al verme obligado a advertirles de los riesgos que lleva aparejados el tema proteccionista […]. La mitad del Partido Conservador cree en los aranceles con una convicción poco menos que religiosa. La verdad es que me siento muy independiente de todos ellos»[63]. En una carta dirigida a Baldwin, dice: «He pasado un mes maravilloso construyendo una casita de campo y dictando un libro. Doscientos ladrillos y doscientas palabras al día»[64]. Sin embargo, a pesar de toda la independencia que declara tener y de la vida de que disfruta al margen de la política, Churchill no había renunciado a su ambición última (y tampoco Clementine). «Si alguna vez te nombran primer ministro, creo que provocarás un gran disgusto en esta casa si no incluyes a Charley en el gabinete», le escribe su esposa desde el palacete de Mount Stewart, en el Úlster, en clara alusión al marqués de Londonderry[65]. «Entretanto, debes saber que echo muchísimo de menos a mi cerdito. Me he acostumbrado a él, por detestable que pueda resultar a veces, ¡y no soporto a estos endogámicos vástagos del *ancien régime*!»[66][67] En la época en la que Churchill logre acceder por fin a ese primer escalón de la política británica, Londonderry ya se habrá inhabilitado a sí mismo como candidato para cualquier cargo ministerial al negarse a condenar a Hitler, con quien se había reunido en varias ocasiones y al que admiraba muchísimo —de hecho, Londonderry continuará oponiéndose a renegar del nazismo hasta el momento mismo en el que se declare la guerra[68].

En septiembre de 1928, durante una partida dedicada a la caza de venados y urogallos con el rey en Balmoral, Churchill comenta con Clementine la impresión que le ha causado la hija del duque y la duquesa de York, la princesa Isabel, que por entonces tenía dos años y medio. Le

asegura que la niña «es todo un carácter. Tiene un aire de autoridad y una expresión pensativa que resultan asombrosos en una chiquilla de esa edad»[69]. Isabel ocupaba en ese momento la tercera plaza en la línea sucesoria, pero dado que el príncipe de Gales todavía permanecía soltero, es difícil imaginar que Churchill pudiera sospechar siquiera que estaba llamada a ceñir un día la corona, y mucho menos que él mismo habría de ser el primer jefe de gabinete de su reinado. El otro tema que Churchill trata con Clementine desde Balmoral, en respuesta a las preocupaciones que ella le había expuesto en relación con ciertos «asuntos domésticos, —parece surgir directamente del aristócrata victoriano que lleva dentro—: Todo irá bien. Los criados están para ahorrarnos problemas, y jamás debemos permitir que trastoquen nuestra paz interior. Siempre habrá comida en la mesa, y el sueño nos arropará aunque las camas no estén hechas. No hay nada peor que inquietarse por naderías»[70]. Por otro lado, su antipatía por Estados Unidos continúa muy viva. «H. M. también comparte mis puntos de vista sobre los yanquis, —escribe el 27 de septiembre—, y manifiesta los suyos con un lenguaje sumamente pintoresco»[71].

La victoria de Herbert Hoover en las elecciones presidenciales del 7 de noviembre parecía llamada a empeorar las cosas, debido fundamentalmente a la inflexible postura que mantenía en el asunto del reembolso de las deudas de guerra. «Pobre Inglaterra nuestra», le escribe Churchill a Clementine, que se encontraba encamada en una clínica a causa de un envenenamiento de la sangre provocado por una infección de amígdalas, «se está viendo desplazada, sin prisas, pero sin pausas, a una zona de penumbra»[72]. Esta es otra indicación de que Churchill estaba teniendo cada vez más la sensación de que el empuje y el poderío de Gran Bretaña —él empleaba la voz «Inglaterra» como sinónimo de «Gran Bretaña», para gran indignación de algunos escoceses— se estaba viendo eclipsado por lo que él llamaba «la Gran República». «¿Por qué no nos dejan en paz? Ya le han sacado a Europa hasta el último céntimo pendiente…, —le escribe a Clementine—, estoy seguro de que no les resultaría difícil aceptar que nos ocupemos de nuestros propios asuntos»[73]. Clementine le contesta en otra carta que tendrían que nombrarle ministro de Asuntos Exteriores, «pero me temo que la hostilidad que te inspira Estados Unidos sea un obstáculo en tu

camino. Vas a tener que intentar comprender y dominar a América, y conseguir que te vea con buenos ojos»[74]. De hecho, nadie conocía esa animadversión de Churchill al gigante del otro lado del Atlántico, ya que él, con un empeño tan constante como deliberado, se cuidaría mucho de no dejarla traslucir en ninguno de los discursos que pronunciaba en los Comunes o en las tribunas públicas.

En la primavera de 1928, Alfred Duff Cooper, un parlamentario conservador que en 1918 había recibido una Medalla al Valor de la Orden del Servicio Distinguido, era aceptado como miembro del Other Club, junto con Esmond Harmsworth, hijo de lord Rothermere, y el mariscal de campo *sir* Claud Jacob, que en el Rin había sido el comandante en jefe del ejército británico. En julio, también se unirían al cónclave el político conservador y secretario privado de Churchill, Bob Boothby, y el novelista cómico P. G. Wodehouse. «Me lo pasaba fenomenalmente bien en las cenas, —recuerda Wodehouse—, aunque el hecho de encontrarme en semejante compañía me estresara bastante»[75].[76] El 31 de enero de 1929, Keynes apostó con Churchill, en el Other Club, veinte libras contra diez a que después de las siguientes elecciones los conservadores no lograban más de la mitad de los escaños de la Cámara de los Comunes. Esmond Harmsworth y el propietario del *Daily Telegraph*, *sir* William Berry (que más tarde se convertiría en lord Camrose), apostaron cada uno quinientas libras contra veinticinco a que el número de parlamentarios conservadores presentes en los Comunes no superaba en más de cincuenta asientos la mitad del aforo de la Cámara[77]. La ininterrumpida situación de paro y las secuelas de la huelga general y de la Ley de Disputas Comerciales, sumadas al largo período de tiempo que Baldwin llevaba en el poder, habían debilitado los apoyos de su gobierno —una circunstancia en la que Churchill tenía cierta responsabilidad—. Sin embargo, una vez más, la fortuna le sonreía en la derrota, porque está claro que no le habría gustado encontrarse al frente del Ministerio de Hacienda cuando se produjera el desplome bursátil de Wall Street a finales de octubre de ese mismo año.

A principios de marzo, Churchill publica el cuarto volumen de *La crisis mundial*, titulado *Las consecuencias*[78], por el que había recibido un adelanto de dos mil libras, cantidad más que suficiente para cubrir las

sesenta que muy pronto iba a tener que pagar a Keynes, Harmsworth y Berry por su fallida apuesta. «La historia de la raza humana se resume en la palabra Guerra, —afirma en las últimas páginas de esta obra—. Salvo por unos breves y precarios interludios, el mundo jamás ha conocido la paz; y antes del comienzo de los tiempos históricos, las luchas mortíferas eran la inacabable tónica universal. Sin embargo, es indudable que la moderna evolución de las cosas nos exige someter este asunto a un riguroso, activo y muy atento examen.»[79] El primero de marzo, Churchill le regaló un ejemplar del libro a Chamberlain, quien anotará más tarde al dorso: «Junio de 1929», lo que sugiere que dedicó esos tres meses a la lectura del texto.

Poco después, Churchill firmaba un contrato por el que se comprometía a escribir una biografía del duque de Marlborough en varios volúmenes, obteniendo a cambio, en concepto de adelanto, la enorme suma de veinte mil libras esterlinas (un millón, al cambio actual). «Qué extraño resulta que se entienda tan mal el pasado y que caiga tan rápidamente en el olvido, —le escribe a Katharine Asquith, viuda de Raymond—. Vivimos en la más inconsciente de las épocas. Todos los días saltan titulares y crónicas de corto alcance. He tratado de acercar un poco la historia al tiempo que nos ha tocado vivir, por si acaso terminara revelándose útil como guía para superar las actuales dificultades.»[80]

En los quintos y últimos Presupuestos Generales de Churchill, presentados el 15 de abril de 1929 (solo Robert Walpole, William Pitt, Robert Peel y William Gladstone habían elaborado tantos como él), la subida de los gravámenes que pesaban sobre las bebidas alcohólicas fue menor que las anteriores, pero en cambio se acentuó el incremento del impuesto de sucesiones y donaciones. «La cosecha de las defunciones ha reparado el fracaso de la cerveza», dijo[81]. Lanzó un ataque contra el despilfarro en los siguientes términos: «La monomanía derrochadora […] es una política […] que consiste en comprar una galleta a primera hora de la mañana para pasarse después todo el día buscando algún perro al que dársela». Abolió también las tasas que gravitaban sobre el té, y redujo la carga tributaria sobre las apuestas. Sin embargo, pese a que por el horizonte asomara ya la amenaza de las elecciones, previstas para el 30 de mayo, esas eran prácticamente todas las medidas que podía tomar sin caer en la

irresponsabilidad. En su correspondencia con Irwin, Chamberlain tuvo que admitir que el discurso de los Presupuestos de Churchill había «dejado fascinada a la Cámara, cautivada por su ingenio, su audacia, su destreza y su energía»[82]. Y Baldwin le escribe: «Has hablado mejor que nunca, y en tu caso eso es mucho decir»[83].

En abril de 1929, Churchill dará su primera alocución radiofónica, en la que advierte a los oyentes que «huyan de los constantes cambios de política; eviten a los trileros y a los tahúres que juegan al despiste con cartas marcadas; desistan de cualquier préstamo innecesario; y sobre todo, aléjense, como de la mismísima viruela, de la lucha de clases y de los encontronazos políticos violentos»[84]. Era un orador con cualidades innatas para la radio, y desde luego se percató inmediatamente de que ese medio le permitía llevar su mensaje a millones de hogares, sin tener que resignarse a que atravesara el distorsionador prisma del reportaje periodístico o a verlo truncado por el sesgo de un editorial.

El día 10 de mayo, Churchill hizo público su folleto de presentación electoral, en cuya portada figuraba una gran fotografía suya, sentado en una silla, con abrigo de astracán y un bastón en la mano. «Sea cual sea el patrón por el que se nos juzgue, —clamaba—, hoy somos más fuertes y más ricos, vivimos con más desahogo, contamos con una población mayor y disfrutamos de más empleo en nuestras comunidades que en 1924 […]. Afirmamos haber llevado los asuntos de este país de manera transparente, honesta y desinteresada, haber promovido la paz en el extranjero, y fomentado la paz y la libertad en nuestro territorio»[85]. En el texto alude también a la huelga general, a la que tilda de «ultraje inconstitucional», para añadir a continuación que había sido «claramente derrotada», pese a lo cual, su convocatoria había «hurtado cuatrocientos millones de libras esterlinas a las arcas de la Hacienda pública, un caudal con el que, de lo contrario, se habrían podido distribuir compensaciones a los desempleados»[86].

Churchill se manifestaba además sumamente ufano de su Ley de Pensiones Contributivas para Viudas, Huérfanos y Personas Mayores de 1925, una norma en la que se contemplaba por primera vez la prestación de ayudas a las mujeres que hubieran perdido a su marido. «Cuando pienso en el destino de esas pobres ancianas, muchas de las cuales no tienen a nadie

que se ocupe de ellas ni medios con los que sustentarse hasta el fin de sus días, me alegro de haber tenido algo que decir en el conjunto de una estructura como la de nuestro sistema de pensiones y garantías, una estructura que no solo resulta de particular ayuda para ellas, sino que cuenta con una calidad con la que ningún otro país puede rivalizar.»[87] Por primera vez en la historia, todas las mujeres que hubieran cumplido los veintiún años iban a tener ocasión de votar en las elecciones. Churchill no tardaría en adaptarse al nuevo estado de cosas. En enero de 1931 le escribe a Lindemann para comentarle una idea que acababa de tener para un artículo en el que se proponía plantear las siguientes preguntas: «¿A qué alturas podrá llegar el ascendiente de las mujeres? ¿Se nombrará algún día primera ministra a una mujer? […]. ¿Nos encaminamos a un mundo dominado por las mujeres?»[88].

La noche de los comicios, Churchill se sentó frente a un escritorio del número 10 de Downing Street y se dedicó a tomar nota de los resultados a medida que le iban llegando a través de la cinta del teletipo. Tom Jones le recuerda «bebiendo a pequeños sorbos un vaso de *whisky* con soda y poniéndose cada vez más y más colorado, levantándose constantemente para ir a echar un vistazo a la máquina, hundiendo los hombros y agachando la cabeza como si fuera un toro a punto de embestir […]. A medida que se iban anunciando, una tras otra, las victorias parciales de los laboristas, el rostro de Winston fue adquiriendo un tono de rabia próximo al escarlata, abandonó su asiento y se encaró con la maquinita de marras, que parecía haberle salido al paso… Encorvando todavía más la espalda, quedó un instante con la vista clavada en las cifras y después rompió las cintas y dio la impresión de estar dispuesto a mandar a paseo al aparato como siguiera escupiendo datos favorables a los laboristas. Los exabruptos que soltó ante el personal administrativo que le rodeaba no admiten ser confiados a la imprenta»[89]. Pero todavía habría dicho peores palabrotas si hubiese sabido el devastador momento de inflexión marcado por la marea que le había barrido de escena. En los últimos doce años había tenido ocasión de desempeñar diferentes cargos durante más de nueve, y sin embargo, en la década inmediatamente venidera no iba a ostentar ningún puesto.

En las elecciones generales de 1929, los laboristas obtuvieron 288 escaños, los conservadores 260 y los liberales 59. Los conservadores obtuvieron 8,66 millones de apoyos, los laboristas 8,39 millones y los liberales, con sus 5,31 millones, quedaron a mucha distancia. Fue la primera vez en que los británicos confiaron más de cincuenta mil papeletas a los comunistas. Churchill, que se había presentado a las urnas en calidad de constitucionalista conservador, obtuvo la mayoría en su circunscripción de Epping, con 4967 votos, y doblegó al aspirante liberal. Tras el recuento final, y durante unos cuantos días, tanto Churchill como Baldwin trataron de armar una coalición con los liberales a fin de dejar fuera del gobierno a MacDonald, pero Lloyd George y los conservadores partidarios del proteccionismo bloquearon toda posibilidad de acuerdo. Por consiguiente, el 8 de junio, al volver a ocupar MacDonald el puesto de primer ministro, Churchill se encontró de pronto, y por primera vez en su vida, en la bancada frontal de la oposición.

Decidió utilizar el largo período en el que el parlamento suspendía sus sesiones con motivo de la pausa estival para realizar un espectacular viaje de tres meses por Canadá y Estados Unidos, llevándose consigo a Randolph, a Jack y a Johnny, el hijo de este último, pero no a Clementine, que tenía que volver a operarse de las amígdalas. Largaron amarras el 3 de agosto, a bordo del *Empress of Australia*. En el buque viajaba también Leo Amery, ex secretario de estado para los Asuntos de los Dominios y conocido de Churchill desde los tiempos de Harrow. «Lo verdaderamente importante es librarnos de la maldición que supone tener a Winston en el Tesoro, —le había dicho tres meses antes Amery a Chamberlain—. ¿No podrías convencer a Stanley de que no hay manera de hacer política imperial si la posición clave del estado se deja en manos de un individuo que se revela definitivamente hostil al imperio?»[90] Ni que decir tiene que Churchill podía ser cualquier cosa menos «hostil al imperio»: simplemente no creía que el encarecimiento de los productos alimenticios —que era la inevitable consecuencia de la aplicación de la Preferencia Imperial— pudiera contribuir a que los británicos lo vieran con buenos ojos.

Churchill invitó a Amery cenar. Abordaron temas un tanto curiosos, «como el de si la muerte provoca realmente miedo o no cuando se presenta, o el de si sería uno capaz de mantenerse efectivamente firme ante un pelotón de fusilamiento»[91]. Churchill le dijo a Amery que el único consuelo que le quedaba después del desastre de los Dardanelos «era que Dios hubiera querido que las cosas se prolongaran con el fin de provocar en la humanidad una profunda repulsión por la guerra, y que esa fuera la razón de que el Altísimo hubiera trastocado las perspectivas de éxito de un proyecto que de lo contrario habría conseguido acelerar el fin de la guerra»[92]. También declaró que la realidad del Todopoderoso podía deducirse de «la existencia de Lenin y Trotski, cuya acción en el mundo explica la necesidad del Infierno»[93]. Hablando ya más en serio, también le dirá a Amery —que era un destacado partidario del proteccionismo arancelario— que si el Partido Conservador abrazaba la Preferencia Imperial, él dejaría la política y se dedicaría a hacer dinero por la vía privada. Sin embargo, en caso de no adoptar esa medida, le dijo, «te propongo que me dejes pegarme a ti con la lealtad de una lapa»[94]. Churchill sostuvo que «siempre había sido lo que se había propuesto llegar a ser, y que lo había conseguido todo a excepción de la más alta responsabilidad, que no veía perspectivas de conseguir, —a lo que añadió, que—, en cualquier caso, la política ya no era como en otros tiempos. El nivel había descendido mucho»[95]. Ya no había grandes hombres de la talla de Gladstone, Salisbury o Morley. Al término de su debate, que había continuado en el camarote de Churchill tras acabarse la sobremesa en el restaurante, Amery se levantó para marcharse y Churchill también, aunque para irse a la cama —para lo cual se puso «un largo camisón de seda sujeto en la panza con un ancho cinto de lana—. —Tras la conversación, Amery concluyó—: La clave para entender a Winston pasa por comprender que se trata de un hombre de mediados de la era victoriana e impregnado del espíritu político vigente en la época de su padre, de un tipo que jamás será capaz de captar la perspectiva moderna de las cosas»[96]. Lo cierto es que las medidas que verdaderamente habían quedado ya obsoletas eran las del panimperialismo económico de Amery, que muy pronto iban a verse condenadas al olvido.

El grupito familiar de los cuatro Churchill llegó a Quebec el 9 de agosto y se instaló en el imponente Hotel Château Frontenac, con magníficas vistas al río San Lorenzo. Una vez acomodado, Churchill obligó a los amables dignatarios locales, que habían acudido a darle la bienvenida, a revivir la batalla de Quebec de 1759 en el campo de golf que se extendía en la cima de los Altos de Abraham, la meseta que domina la ciudad. Ordenó a Randolph y a Johnny que treparan por sus escarpadas laderas, tal y como había hecho en su día el ejército del general James Wolfe, mientras él mismo asumía el papel del marqués de Montcalm en la cima. Tras estas peripecias lúdicas, el cuarteto inició el largo periplo que habría de llevarles a cruzar el continente, de Quebec a Vancouver, en la fachada oceánica opuesta. Viajaron a lo grande gracias a la doble generosidad de los Ferrocarriles Canadienses del Pacífico y de un admirador estadounidense, Charles Schwab, de la Corporación de Acerías Bethlehem, que les procuró un vagón de lujo con camas de matrimonio, una sala de observación para contemplar el paisaje, y un coche restaurante. «¡A quién se le ocurre talar los espléndidos árboles que hemos visto esta tarde, —exclamó Churchill al salir de Quebec—, para convertirlos en pasta de papel con la que alimentar a esos malditos periódicos y llamarlo Civilización!»[97]. Tras visitar Montreal partieron en dirección a Ottawa, donde tuvieron ocasión de charlar con el «amabilísimo y muy cordial» primer ministro, William Lyon Mackenzie King. (Churchill también reconoció entre el personal al antiguo corneta del 4.º regimiento de húsares con el que había convivido en la India, que le ofreció una caja de puros.)[98] Después, la pequeña comitiva visitó Toronto, las cataratas del Niágara, Winnipeg, Regina, Banff, Edmonton, Calgary y los campos petrolíferos de Alberta. Randolph expresó la opinión de que los magnates del petróleo eran unos incultos incapaces de invertir adecuadamente sus inmensas riquezas. «Las personas cultas, —replicó su padre—, no son más que la reluciente escoria que flota en la superficie del profundo río de la producción»[99]. Contemplaron el lago Louise, en cuyas orillas pintaría Churchill los imponentes paisajes de la zona. Se protegía la nariz del sol de la montaña sujetando encima, con un esparadrapo, un trozo de gasa, que se quitaba tan pronto como observaba la presencia de

fotógrafos[100]. Pronunció once discursos por todo el Canadá, y siempre ante un numerosísimo público, totalmente entregado.

«Estados Unidos está extendiendo sus tentáculos en todas direcciones, —le asegura Churchill a Clementine el 15 de agosto—, pero el espíritu nacional y la personalidad de los canadienses están adquiriendo tal entereza y tanta autonomía que no creo que debamos inquietarnos por el futuro»[101]. «Querida, no sabes lo mucho que me atrae este país, —añade doce días más tarde—. Se están produciendo inmensos cambios y progresan a buen paso. En todas partes se aprecia la posibilidad de hacer fortuna.» Pero Churchill también aprovecha el viaje para hacerse reflexiones políticas y plantearse cábalas sobre su propia carrera. Si Chamberlain se convierte en el nuevo dirigente del Partido Conservador, se dice, «o si se aúpa a esa posición cualquier otro de esa misma pasta, abandonaré la política y trataré de conseguir que tu situación y la de nuestros gatitos resulte un poco más confortable antes de que me llegue la hora. Solo hay un objetivo que continúe atrayéndome […]. No obstante, todavía no ha llegado el momento de tomar decisiones»[102]. (Si tenemos en cuenta este último extremo, el de que únicamente le interesara ya una cuestión, tal vez el hecho de abandonar Gran Bretaña por espacio de tres largos meses fuera un tanto displicente por su parte, sobre todo sabiendo que habría de ser justamente en ese período cuando se decidiera la futura orientación de las medidas de los conservadores en la oposición —y más aún conociendo que las directrices relacionadas con asuntos de tanta relevancia como la India o el proteccionismo acabarían por adoptarse sin él.)

Después de Vancouver, donde se encontraron con un oso dispuesto a mendigar por unos bizcochos, la cuadrilla penetró en Estados Unidos, donde el agente de aduanas encargado de inspeccionar su equipaje resultó ser tan gran admirador de Churchill que les obsequió con una botella de champán —a pesar de que a ese lado de la frontera imperara la ley seca—.[103] En unas declaraciones al *Appleton Post-Crescent*, Churchill explicó: «[En Gran Bretaña] recaudamos cien millones de libras esterlinas al año gracias a los impuestos que gravan las bebidas alcohólicas, y si no lo he entendido mal, esa es la cantidad que ustedes entregan a los contrabandistas». Después de Seattle cruzaron en coche los bosques de

secoyas gigantes de California y pasaron un tiempo con el magnate de la prensa William Randolph Hearst, en cuya mansión Churchill quedó fascinado al descubrir que había abundantes mariposas. La esposa de Hearst fue su anfitriona en San Simeón, pero más tarde, en Los Ángeles, los Churchill se alojaron en casa de la actriz Marion Davies, amante y pareja de hecho de William. «Dos magníficas residencias, y dos esposas encantadoras, —comenta Churchill con Clementine—. Se nota que vive con una completa indiferencia a las habladurías públicas, y también que profesa sólidas convicciones liberales y democráticas; sus periódicos tienen una tirada diaria de quince millones de ejemplares; la hospitalidad que nos ofrece es de un refinamiento oriental, y su cortesía personal absoluta (al menos con nosotros); parece un anciano cuáquero.»[104] Al salir a pescar en el yate de Hearst, por las inmediaciones de la isla de Santa Catalina, Churchill consiguió que un pez vela de 85 kilos mordiera el anzuelo, y pudo recoger el sedal y cargarlo a bordo en menos de veinte minutos[105].

El 21 de septiembre, Churchill conoció a Charlie Chaplin en la gran fiesta en su honor que se celebró en la mansión de ciento diez habitaciones de Marion Davies, erigida a orillas del Pacífico, en Santa Mónica. En ese momento Chaplin era posiblemente el actor más famoso del mundo, y a pesar de que fuera partidario del comunismo, Churchill se llevó de maravilla con él —en un ejemplo más de los muchos que demuestran que no permitía que la política se interpusiera en sus relaciones de amistad—. Más tarde, Chaplin recuerda aquel encuentro, en el que Churchill permaneció un tanto apartado del bullicio central del convite, «con aires de Napoleón, la mano en el chaleco y dedicado a contemplar tranquilamente el baile»[106]. A las tres de la madrugada, ambos decidieron que, si Chaplin se comprometía a interpretar a Napoleón, Churchill escribiría el guion de la película. «Piensa en las posibilidades humorísticas, —le decía Churchill al cómico—. Napoleón está en la bañera, discutiendo con su apremiante hermano que, vestido de pies a cabeza y cubierto de entorchados de oro, aprovecha la ocasión para poner al emperador en situación de inferioridad. Pero, este, movido por la rabia, empieza a salpicar agua por todas partes y ensucia el flamante uniforme del hermano, que tiene que abandonar el cuarto cubierto de ignominia. No tendríamos solo una escena de sutil

agudeza psicológica, sino también un golpe de humor lleno de acción y sumamente divertido.»[107] Los dos hombres volverían a encontrarse varias veces, una de ellas en el estudio de rodaje, ocasión que Chaplin aprovecharía para mostrar a Churchill las primeras pruebas cinematográficas de su próxima película: *Luces de la ciudad*. Churchill apreciaba el talento de Chaplin, al que consideraba «un cómico maravilloso, bolchevique por sus ideas políticas, pero delicioso en la conversación»[108].[109]

La expedición de los Churchill cruzó el continente norteamericano, recorrió el Parque Nacional de Yosemite, visitó Chicago, y finalmente recaló, el 5 de octubre, en Nueva York, donde sus cuatro integrantes se instalaron en la Quinta Avenida, en la residencia del financiero Bernard Baruch, con el que Churchill había entablado amistad en el período en el que el inversor estadounidense había ocupado la presidencia de la Junta de Industrias Bélicas de Estados Unidos en 1918. Tras la Gran Manzana, la familia se dirigió a Washington, donde Churchill tuvo ocasión de entrevistarse con el presidente Hoover. Después fueron a Richmond, en Filadelfia, y recorrieron el escenario de varias batallas de la guerra de Secesión estadounidense. A finales de octubre, Baruch intentó propiciar un encuentro entre Churchill y Franklin Roosevelt, que en esa época era el gobernador del estado de Nueva York, pero el futuro presidente declinó la invitación, y tampoco ofreció a Churchill la posibilidad de visitarle en Albany[110]. Cabría pensar que este comportamiento esquivo de Roosevelt se debiera al recuerdo que conservaba de su primer encuentro con el político inglés, pero lo más probable es que se hallara sumamente atareado tratando de salir al paso de las réplicas del terremoto financiero del «Jueves Negro» del 24 de octubre de 1929, fecha del desplome de la bolsa de valores estadounidense.

El 19 de septiembre, Churchill le había escrito a Clementine para detallarle los considerables ingresos que había obtenido desde que dejara su cargo en junio. En la lista incluía los adelantos de su casa editorial, por valor de 7700 libras esterlinas; el pago de sus artículos periodísticos, cuyo importe se elevaba a 1875 libras; los honorarios de sus discursos, que sumaban otras 300 libras; la cantidad de 2750 libras, correspondiente a los

escritos que debía enviar a diversos rotativos de Canadá y Estados Unidos (y que todavía no había escrito); y los dividendos de 9200 libras que habían producido sus acciones del mercado financiero. En conjunto, su cuenta corriente había recibido 21 825 libras esterlinas (aproximadamente 1,09 millones de las actuales) en solo tres meses y medio[111]. «Ya ves, por tanto, que hemos recaudado en unas cuantas semanas una pequeña fortuna, —le decía—. Esta "masa de maniobra[112]" tiene una importancia capital, y no debe malgastarse»[113], recalca. Pese a esa estricta recomendación, el propio Churchill pide a su esposa, en la misma carta, que comience a construir una nueva ala en el palacete de Chartwell. Seis días más tarde, y desoyendo los consejos de Baruch, Churchill invertirá tres mil libras en la bolsa estadounidense. Poco después le comenta a su mujer que la decisión de colocar ese dinero en la élite del mercado financiero tiene «grandes posibilidades de éxito»[114]. Más tarde, Churchill atribuirá el desmoronamiento de Wall Street a lo que él llama «una orgía especulativa». Admitiendo que fuera así, se trató en cualquier caso de una bacanal en la que él mismo había participado con todo entusiasmo[115]. «Pertenezco a su profesión, —le escribe Winston en 1945 al director de un periódico—. Jamás he tenido otros ingresos que los que me ha procurado la pluma.»[116] Era una afirmación dictada por un sano orgullo, y en gran medida cierta, pero también una involuntaria confesión de que, por regla general, siempre tuvo muy poco éxito en sus especulaciones bursátiles.

Los libros de contabilidad de sus corredores de bolsa —la compañía Vickers da Costa— revelan que Churchill tenía dinero invertido en un amplio conjunto de bonos, acciones y divisas. A principios de la década de 1920, por ejemplo, su cartera estaba compuesta, entre otras cosas, por participaciones en las minas de oro de Sudáfrica y Rodesia, en la naviera Cunard, en bonos chinos al 4,5 %, en obligaciones de empresas hoteleras, en francos franceses, en la Compañía Británica de Celulosas, en la Compañía de Tabacos Estadounidenses, en la Petrolera Eagle, en la Corporación Birmana, en bonos húngaros al 7,5 %, y en la Compañía Eléctrica de Shanghái. Durante el período que pasó al frente del Ministerio de Hacienda, Churchill suspendió sus actividades bursátiles —aunque Clementine continuó adquiriendo pequeñas cantidades de acciones

estadounidenses—, pero inmediatamente después de abandonar su cargo, en junio de 1929, compró participaciones de la Western Union Telegraph, la British Oxygen, la Corporación Pennroad, las minas de oro Sherwood Star, los Ferrocarriles Canadienses del Pacífico, y la Corporación International del Níquel[117]. No invertía nunca a largo plazo, y en ocasiones compraba y vendía acciones cuatro veces en solo quince días. Así se lo había explicado en 1929 al corredor de bolsa canadiense que se ocupaba de sus inversiones en Laminaciones Estadounidenses: «No tengo intención de conservar esas acciones más allá de unas cuantas semanas»[118].[119]

Cecil Vickers, su corredor de bolsa londinense, le instó a suspender las «operaciones de riesgo» ese año de 1929, pero Churchill no le hizo caso, a pesar de que algunas compañías, como la Petrolera Strike, en la que había invertido dos mil dólares en acciones, se reveló significativamente incapaz de hacer honor a su nombre[120] y fue a la quiebra. Churchill era un apostador nato —en 1923, las pérdidas que tuvo que encajar en el casino de Biarritz se elevaron a dos mil libras, más de lo que habría de costarle posteriormente la nueva ampliación de Chartwell—, así que, en esencia, consideraba que la especulación en bolsa era una forma de juego arriesgado a gran escala[121]. Cuando se dejaba aconsejar por lo que le decían algunos de sus amigos, como *sir* Ernest Cassel, Bernard Baruch y *sir* Abe Bailey, Churchill solía hacer buenas operaciones. Así sucedía por ejemplo cuando apostaba sobre seguro, como al comprar un enorme paquete de acciones de la Compañía de Petróleos, Transportes y Actividades Mercantiles Shell a principios de 1924 —ocasión en la que el propio Churchill transmitió a su vez información a esas mismas amistades acerca de la adquisición de la Compañía Petrolífera Anglo-Persa, que poco tiempo después, tras la fusión de esta con la Real Compañía Neerlandesa Shell y la Petrolera Birmana, se convertía en la empresa de distribución de crudo más importante del mundo (en esta época, ese tipo de transacciones no eran ilegales ni se consideraban inmorales)—.[122] En otros muchos casos, sin embargo, el éxito de sus operaciones bursátiles no era mejor que el obtenido en las mesas de juego de Montecarlo y Biarritz.

Con su sobrenatural capacidad para situarse en el ojo del huracán de la historia, no debería extrañarnos que Churchill se encontrara presente en

Wall Street aquel famoso Jueves Negro. Al día siguiente, de la ventana del Hotel Savoy Plaza situada inmediatamente debajo de la suya, un hombre se lanzó al vacío, yendo a estrellarse contra el pavimento, quince pisos más abajo, y provocando, como no dejará de señalar Churchill, «una tremenda conmoción y la llegada del cuerpo de bomberos»[123]. El propio Churchill perdió unas diez mil libras esterlinas (aproximadamente medio millón de las actuales) prácticamente de la noche a la mañana. En los tres años inmediatamente posteriores —los que habría de durar la Gran Depresión en la que iba a abismarse el mundo industrializado—, el comercio global perdió las dos terceras partes de su actividad, el desempleo creció de forma espectacular en todo Occidente, y se crearon las condiciones necesarias para el surgimiento de Adolf Hitler en Alemania. Sin embargo, antes incluso de que Churchill embarcara en Nueva York con rumbo a Southampton —donde Clementine acudió a recibirle al andén de enlace entre las líneas navieras y el ferrocarril, y donde también empezó a conocer las catastróficas noticias financieras de la familia—,[124] Churchill todavía encontraba motivos para sostener en un artículo periodístico que el crac bursátil no era «más que un episodio pasajero en la marcha de un pueblo valiente y práctico que, mediante un fiero esfuerzo, está labrando nuevos caminos a los hombres y mostrando a todas las naciones, no solo gran parte de lo que han de procurar, sino también una buena dosis de lo que deben evitar»[125]. En una ocasión en la que alguien se compadeció de las pérdidas que había sufrido Churchill en la bolsa, este replicó: «Sí; cuánto mejor habría sido gastarlo. ¿De qué sirve el dinero si no es para eso?»[126].

El viaje de Churchill por Estados Unidos, que no solo le había ofrecido la oportunidad de entrevistarse con el presidente, sino también con los senadores, los congresistas y un gran número de ciudadanos corrientes, disipó por completo su antiamericanismo, que no volvería ya a aflorar, pese a las ocasionales frustraciones que pudieran provocarle algunos nacionales concretos de ese país en el transcurso de la segunda guerra mundial. «Ustedes son los amigos que nos gustaría ver armados hasta los dientes», dirá Churchill en una cena celebrada en el Instituto del Hierro y el Acero de Nueva York el 25 de octubre. «Saludamos sin reservas el incremento y el desarrollo de todo el armamento que pueda reforzar a la marina

estadounidense.»[127] Ni que decir tiene que estas manifestaciones cayeron estupendamente bien entre el público, integrado por industriales que en ese momento se estaban encargando de suministrar los materiales necesarios para reforzar a esa flota, pero se trataba de un criterio en el que creía de verdad.

El 5 de noviembre, al regresar a Inglaterra, las pérdidas que había tenido que encajar revelaron ser de tal calibre que resultó imprescindible recortar los gastos. El palacete de Chartwell se cerró y sus muebles quedaron cubiertos por guardapolvos. Mary quedó instalada en una casita de campo de la finca en compañía de su niñera, y sus padres alquilaron un piso amueblado en Londres, ya que en enero de 1925 habían vendido el apartamento del número 2 de Sussex Square. En otros tiempos, Jack Churchill, que era socio de la compañía Vickers da Costa, había cubierto de cuando en cuando las pérdidas económicas de su hermano, pero en esta ocasión eran demasiado elevadas, de modo que en el verano de 1930 la lista de sus facturas impagadas llenaba nada menos que dos páginas de su libro de cuentas[128]. Las deudas superaban también cualquier suma que tuviera a su alcance sufragar su actividad periodística, por muy bien que se pagaran sus artículos. Los amigos de Churchill dieron un paso al frente: Ivor Guest avaló un préstamo, Bailey le proporcionó dos mil libras, y Cassel también le echó una mano. Con todo, a finales de 1930, Churchill todavía acumulaba una deuda de 22 000 libras (aproximadamente 1,1 millones de las actuales) con varios bancos y compañías de seguros como la Commercial Union, lo que le obligó a poner a la venta la casa de Chartwell, al astronómico precio de treinta mil libras —que obviamente no encontró compradores—. En enero de 1931, tras encontrar Jack la forma de reunir dos mil libras para ayudar a su hermano a salir del apuro, Cecil Vickers dio a Churchill el excelente consejo de prescindir durante un tiempo del mercado de valores, al menos en tanto no se viera un repunte en el horizonte[129].

Como siempre, Churchill logró superar sus dificultades económicas aumentando su ritmo de trabajo y asegurándose de que sus editores le pagaran las más elevadas sumas posibles por sus libros (lo que realmente no podría considerarse un pecado capital). En cierto sentido, deberíamos dar

gracias a su falta de éxito en el mercado especulativo, ya que fue eso lo que permitió que Churchill se enfrascara en la elaboración de tantas y tan magníficas obras a lo largo de los años treinta del siglo pasado. También redactó guiones para los hermanos Zoltan y Alexander Korda[130]. Uno de los argumentos que ideó giraba en torno a la figura de Napoleón. Poco después, tras ingresar treinta y cinco mil libras gracias a sus actividades literarias, Churchill volvía a abrir Chartwell. Está claro que no había ninguna hipocresía en la entusiasmada defensa que Churchill hacía del trabajo duro y la libre empresa. En octubre, tras fallecer a los sesenta y cuatro años *lady* Sarah Wilson, la hermana de lord Randolph Churchill, solo quedaron con vida dos de los once hijos que había tenido el séptimo duque de Marlborough, lo que reforzaría aún más la convicción de Churchill de que su existencia no iba a ser larga y de que por tanto debía esforzarse en dejar a Clementine y a sus hijos en la mejor posición económica posible.

Mientras Churchill se hallaba a bordo del transatlántico que le llevaba de regreso a Inglaterra, lord Irwin, el virrey de la India, anunció que el gobierno británico se disponía a conceder al subcontinente el estatuto de Dominio autónomo. Se tendría que convocar en Londres una conferencia en régimen de mesa redonda, y a ella deberían asistir los prohombres indios con el fin de estudiar los detalles destinados a concretar el pacto. Canadá, Australia, Sudáfrica, Nueva Zelanda, Terranova y el Estado Libre Irlandés disfrutaban ya de un estatuto como tales Dominios autónomos. Dicha condición implicaba el ejercicio efectivo del autogobierno, y por consiguiente la eventual obtención de la independencia y la separación del imperio británico, que de ese modo se avenía a desprenderse de las joyas de la corona.

Churchill no simpatizaba en modo alguno con la clase media profesional e intelectual hindú instalada en las grandes ciudades, y tampoco confiaba en ella, pese a que en ese momento fuera la principal fuerza impulsora del movimiento independentista, a cuya vanguardia se situaba el Congreso Nacional Indio. Decidió oponerse tanto al gobierno laborista como a lord Irwin, que militaba en las filas conservadoras, y luchar contra

el otorgamiento del Dominio autónomo a la India. «Profesa usted las mismas ideas que mantenían los alféreces hace una generación, —afirmará once años más tarde haberle dicho Irwin a Churchill en ese momento—. Hay un buen número de indios sumamente interesantes que piensan acudir a la Conferencia de la Mesa Redonda, y realmente creo que le resultaría muy útil conversar con algunos de ellos y poder renovar así sus convicciones.» Según se dice, Churchill le respondió: «Estoy bastante satisfecho con los puntos de vista que mantengo respecto de la India, y desde luego no quiero que los perturbe ningún maldito hindú»[131]. Dado que Baldwin respaldaba a Irwin, eran muy pocos los parlamentarios que podían avalar la campaña que Churchill proyectaba poner en marcha, pero gran parte de las bases del Partido Conservador sí le apoyaban —aunque tampoco fueran mayoría en esa formación—.[132] En 1934, al convertirse Irwin en sucesor al título de vizconde de Halifax, la familia Churchill empezó a apodarle lord «Holy Fox», queriendo resaltar con ello tanto su astucia política como el hecho de que, en su condición de fiel seguidor de la Iglesia Alta[133] mostrara ciertas predilecciones en materia de santoral, además de una apasionada afición a la caza del zorro.

«Los hombres públicos y los partidos políticos tienen el deber de explicar sin dilación y con toda claridad, —escribe Churchill en el *Daily Mail* en noviembre—, que la extensión del Dominio autónomo a la India no es practicable en el momento actual, y que todo intento de procurarlo se enfrentará a la más decidida resistencia por parte de la nación británica». Churchill tildó también de «vergonzosamente maliciosa» la idea de una autonomía para la India similar a la irlandesa. La argumentación que esgrimió Churchill en esa pugna fue bastante más sutil que la de esa noción de supremacía blanca que sus detractores —de ayer y de hoy— le achacan, aunque es cierto que el lenguaje que empleaba, que él mismo quería que fuese desorbitado, les ha facilitado muy notablemente la tarea de caricaturizarlo. En una ocasión dirá que el Proyecto de ley de Gobierno de la India, que se había puesto en marcha tras la celebración de la Conferencia de la Mesa Redonda, era «una catástrofe destinada a sacudir al mundo»[134]. Churchill creía que lo que la mayoría de los indios deseaban en realidad no era un gobierno representativo, sino una buena gobernación,

sujeta al imperio de la ley. También pensaba que los elevados niveles de higiene y salud pública, junto con la creación de una moderna red de comunicaciones, la protección de las minorías —como las de los intocables y los musulmanes, sometidos a la dominación de la mayoría hindú—, y la consecución de un equilibrio entre los intereses de las numerosas religiones y regiones de la India, en permanente competencia recíproca, eran factores más importantes para los indios que el de una independencia soberana. Churchill dudaba —y no tardaría en revelarse que tenía motivos fundados para hacerlo— de que los príncipes indios (entre los que había marajás, rajás, nababs, etcétera), que gobernaban a más de setenta millones de indios (de un total demográfico que en la época era de trescientos millones de almas), pudieran conservar el régimen semiautonómico del que disfrutaban en caso de instaurarse una gobernación congresual en el subcontinente. Churchill no llegó a comprender nunca que el primer y más importante anhelo de los nacionalistas indios, como ocurre con todos los pueblos que se respeten, era justamente el del autogobierno, y que de esa capacidad entendían poder derivar —o en este caso, conservar— el buen gobierno. «Las circunstancias nos son adversas», escribe Churchill al referirse a la contienda que se libraba en los Comunes contra el Proyecto de ley de Gobierno de la India. «Sin embargo, —añade—, tengo la clara sensación de estar cumpliendo con mi deber, y de expresar mis convicciones más sinceras»[135].

La postura que adoptó Churchill en relación con la India —en cuya defensa tiró por la borda, de forma perfectamente consciente, la que parecía ser su última oportunidad de alcanzar el cargo de primer ministro— solo puede entenderse a la luz de la religión laica en que se había convertido para él el imperio británico, una fe a la que se sumaba además su convicción liberal de que dicho imperio resultaba crucial para que Gran Bretaña pudiera llevar a cabo su histórica misión de progreso. La socióloga estadounidense Katherine Mayo había fortalecido recientemente estas certidumbres de Churchill al publicar en 1927 el libro titulado *Mother India*, en el que se sostenía que el subcontinente se hallaba atenazado por la concertación de matrimonios forzosos antes de la pubertad, la medicina indígena, las bandas de ladrones, la práctica de una ginecología primitiva y

la rémora de una agricultura atrasada —problemas todos ellos que los británicos se esforzaban denodadamente en combatir pese a la oposición del oscurantismo religioso local[136].

Al haber luchado en la frontera noroccidental de la India, Churchill era plenamente consciente de lo que el ejército británico había venido haciendo desde la década de 1840 para proteger militarmente la parte septentrional del subcontinente de las incursiones de las tribus afganas y de los rusos, manteniendo al mismo tiempo la paz entre musulmanes, sijs e hindúes, que a juicio de Churchill eran comunidades que podían provocar levantamientos y acabar en un baño de sangre en caso de que los británicos se marcharan. (También en este aspecto se terminaría comprobando que no estaba totalmente equivocado.) En su condición de defensor del libre comercio, los pormenorizados argumentos de Mayo, respaldados por una amplia cantidad de pruebas, convencieron a Churchill de que, lejos de estar drenando económicamente a la India, Gran Bretaña había propiciado unas relaciones comerciales beneficiosas para ambos territorios[137]. A juicio de Churchill, el hecho de que casi la totalidad de las personas más ricas de la India fuesen comerciantes hindúes o príncipes, y no individuos británicos, constituía una prueba más de que los ingleses no eran colonos explotadores asimilables a los de otros imperios de Asia y África.

Las alabanzas que Mayo había dedicado al modo en que los británicos intentaban educar a los intocables, impedir la comisión de actos de crueldad con los animales y mejorar las prácticas médicas —todos ellos proyectos positivos que los líderes religiosos hindúes obstaculizaban con regularidad— incrementó la antipatía que le inspiraba a Churchill la independencia india[138]. «En cuanto perdamos la confianza en la misión que nos ha sido encomendada en Oriente», afirmará Churchill en diciembre en un debate sobre la reforma constitucional egipcia —expresando unos pensamientos que evidentemente podían aplicarse por idénticos motivos a la India—, «tan pronto como reneguemos de las responsabilidades que tenemos contraídas para con los extranjeros y las minorías, en el momento mismo en que nos sintamos incapaces de desempeñar con calma y sin temor alguno los deberes que nos atan a esas inmensas poblaciones indefensas; en ese preciso instante quedará despojada de toda sanción moral nuestra presencia en esos

países, con lo que, al apoyarse únicamente en intereses egoístas o exigencias militares, dicha presencia estará condenada a no poder prolongarse ya por largo tiempo»[139].

En junio de 1930, poco después de que Mohandas Gandhi, el dirigente del Congreso Nacional Indio al que sus seguidores conocían con el nombre de «Mahatma» (es decir, «Alma Grande»), hubiera sido arrestado y enviado a prisión por haber quebrantado deliberadamente las leyes que gravaban fiscalmente la producción de sal por parte de los indios, se publicaba el informe de la Comisión Estatutaria India presidida por *sir* John Simon y designada por el gobierno laborista para estudiar las reformas constitucionales necesarias con vistas al reconocimiento del Dominio autónomo del subcontinente. Para máxima irritación de Churchill, la Comisión recomendaba dar un paso decidido y fundamental en la senda del autogobierno indio. Fue esa decisión, y no la asociada con el apaciguamiento de los nazis, la que empujaría a Churchill a romper con los dirigentes conservadores —y también fue ese dictamen el que señaló el inicio de los largos años que Churchill estaba llamado a permanecer apartado de la política.

Pese a que la India y el desmoronamiento del mercado bursátil coparan las noticias y los pronunciamientos públicos de Churchill, no puede decirse en modo alguno que esos fueran sus únicos intereses. También aceptaría, por primera y única vez en toda su vida, un cargo gerencial muy bien remunerado en una filial de la Compañía Naviera Peninsular y Oriental de lord Inchcape, con lo que durante ocho años veremos a Churchill asistir con regularidad a las reuniones de su junta directiva. También siguió escribiendo artículos para diversos periódicos y revistas, se dedicó a leer intensamente para redactar su biografía de Marlborough, y dictó el manuscrito de *Mi juventud*. En noviembre de 1931 alquiló un amplio dúplex en la quinta planta del número 11 de la calle Morpeth Mansions, en la hilera de casas adosadas de Londres de ese mismo nombre, a solo ocho minutos a pie de la Cámara de los Comunes. Además, tanto la vasta sala de estar como el no menos espacioso comedor de la vivienda daban a la

catedral de Westminster. La residencia contaba asimismo con una vasta terraza en el tejado, desde la que se tenía una vista panorámica de la ciudad y se veía el parlamento. El piso inferior, en el que se encontraba el dormitorio principal, se asomaba directamente a una manzana de mansiones en cuyo escudo podía leerse claramente la fecha de su construcción: «1886». Por consiguiente, cada vez que Churchill tendía la mirada por la ventana de su habitación, contemplaba la fecha en la que había dimitido su padre y que había dado comienzo a un período de alejamiento de la vida política de nueve difíciles años —una fase que su propia etapa de ostracismo estaba llamada a calcar con una exactitud prácticamente total.

El 22 de abril de 1930, Gran Bretaña, Japón, Francia, Italia y Estados Unidos rubricaban el Tratado Naval de Londres tras la conferencia convocada en esa ciudad con el fin de regular la guerra submarina y limitar la construcción naval. Gran Bretaña abandonaba así la pretensión de proteger sus rutas comerciales con un número de buques mayor que el de las demás potencias marítimas, y aceptaba restringir la fabricación futura de navíos en determinadas áreas. Churchill denunció el acuerdo: «Qué instrumento tan desastroso ha sido, puesto que pone grandes trabas a los singularísimos saberes navales que poseemos y nos obliga a gastar dinero en armar barcos que no necesitamos o que resultan poco aconsejables»[140]. Y en mayo se queja: «Jamás se ha visto este país, desde el reinado de Carlos II, tan indefenso como inevitablemente habrá de dejarlo este tratado»[141]. Como era de esperar, estas manifestaciones suyas serán tachadas de hipócritas, ya que no se dejará de señalar que en la época que había pasado al frente del Ministerio de Hacienda él mismo había impuesto importantes recortes al Almirantazgo. Sin embargo, estas acusaciones no conseguirán evitar que Churchill se estuviera erigiendo rápidamente, a juicio de muchos, en portavoz de la derecha conservadora, sobre todo en cuestiones como las de la India o la política de defensa[142]. Churchill también conservó su reputación de notable y muy crítico orador de la Cámara, por ejemplo al felicitar a William Graham, presidente de la Comisión de Comercio, por los «discursos que elabora, todos ellos excelentes, extremadamente prolijos, meticulosos y sumamente lúcidos, que

además pronuncia sin consultar una sola vez sus notas y muy a menudo sin ofrecer tampoco contenido alguno»[143].

En junio, Churchill destacó en las llamadas «Conferencias Romanas» que tradicionalmente se celebran en el teatro Sheldonian de la Universidad de Oxford. En su charla, que llevaba el título de «Parliamentary Government and the Economic Problem», Churchill proponía un método llamado a sacar de la esfera de la política partidista el dilema entre el libre comercio y el proteccionismo. La solución que sugería pasaba por la creación de una suerte de subparlamento formado por una quinta parte de los diputados de los Comunes, respaldados, con voz y voto, por economistas y expertos en otras áreas técnicas. Esta especie de comisión tendría la facultad de sustituir a la Cámara en la toma decisiones relacionadas con la política fiscal. «Winston está horriblemente nervioso ante la perspectiva de su intervención [en las Conferencias Romanas], —le dirá Clementine al economista de Oxford Roy Harrod—. Le aterra la idea de dirigirse a todos esos eruditos.»[144] (Jamás le espantó la perspectiva de levantar la voz ante nadie, pero es probable que Harrod apreciara el cumplido.) «No creo que nuestras instituciones parlamentarias y electorales estén capacitadas para determinar los principios ciertos» que necesitamos, «ni siquiera orientadas por la fiel y dinámica prensa, —dirá Churchill en la conferencia—. Dudo no obstante de que la democracia, el gobierno parlamentario, o las elecciones generales, puedan realizar una contribución decisiva y útil en este sentido […]. Es preciso señalar que los problemas económicos, a diferencia de las cuestiones políticas, no pueden resolverse por medio de la expresión de la voluntad nacional, por vehemente que sea, puesto que en este terreno lo único importante es adoptar las medidas correctas. No hay opinión mayoritaria que pueda curar el cáncer.»[145] Desde luego, Churchill había entendido adecuadamente la naturaleza de la economía, pero su planteamiento no lograría concretarse en nada, y de hecho, en una era dominada por la presencia de dictadores, sus críticos interpretarán erróneamente sus manifestaciones como un intento de debilitar la democracia parlamentaria. Lo que realmente esperaba era que su tesis permitiera allanar el camino al gobierno centrista que siempre anheló,

dado que, de llevarse a la práctica, hubiera desaparecido de la contienda política partidista el asunto más polémico de la época[146].

Aunque hubo bastantes figuras relevantes que perdieron la fe en el capitalismo durante la Gran Depresión, es preciso señalar que Churchill la mantuvo. En agosto, un joven que había sido invitado a pasar unos días en Chartwell sugirió que el sistema capitalista se estaba desmoronando. «¡Tonterías!, —replicó—: El capitalismo corregirá sus propios defectos. ¿Qué es el capitalismo? Es simplemente la observancia de los contratos, eso es todo. Y esa es precisamente la razón que le hará sobrevivir»[147]. De hecho, Churchill ponía literalmente sus caudales particulares allí donde sostenía públicamente que debían estar, ya que por ejemplo invirtió en acciones gran parte de las cien mil libras que consiguió ingresar antes de impuestos entre los años 1929 y 1937. En 1930 adquirió cerca de 3000 libras en participaciones de la compañía Marks & Spencer, y en 1931 colocó otras 6760 libras en la General Motors. Es más, en julio de 1932 le dirá a Cecil Vickers, su corredor de bolsa: «No creo que Estados Unidos vaya a quedar laminado. Al contrario, pienso que el país empezará a recobrarse muy pronto»[148].

En las elecciones alemanas del 14 de septiembre de 1930, el Partido Nazi recibió 6,4 millones de votos, obteniendo así 107 escaños y convirtiéndose, con el 18 % de los sufragios, en el segundo partido más importante del Reichstag. Los socialdemócratas lograron 143 escaños, los comunistas 77 y el Partido de Centro 68. Un mes después, Churchill le dirá al príncipe Otto von Bismarck, nieto del gran canciller, que estaba «convencido de que Hitler, o sus seguidores, [habrán] de aprovechar la primera oportunidad que se les ofrezca para recurrir a la fuerza militar»[149]. No es que fuera precisamente necesario contar con unas especiales dotes de clarividencia para realizar aquel vaticinio —los nazis ya habían intentado auparse de mala manera al poder en 1923—, pero desde luego es una buena muestra de que las actividades de Hitler ya empezaban a preocuparle por entonces.

Balfour falleció el 19 de marzo. «Cuando le veía contemplar con una mirada tranquila, firme y jovial la proximidad de la muerte, —escribe Churchill—, comprendí lo insensatos que habían sido los estoicos al montar

semejante jaleo por un acontecimiento tan natural y tan indispensable para el género humano» como ese[150]. (En julio de 1928, Churchill había organizado una suscripción entre los amigos de Balfour para comprarle un Rolls-Royce por su ochenta cumpleaños, y, el día de su homenaje, el propio Winston pidió tres hurras por el festejado.) El 30 de septiembre fallecía de cirrosis hepática, con solo cincuenta y ocho años, el mejor amigo de Churchill: F. E. Smith, convertido ya en lord Birkenhead. «Era una roca, —dirá de él Churchill en el Other Club—, un hombre al que se podía amar, con el que se podía jugar y con el que se podían pasar grandes momentos. En esta estrecha mesa a la que tantas veces se sentó junto a nosotros, lamentamos hoy su pérdida […]. No creo que nadie haya llegado a conocerle tan bien como yo, puesto que, a fin de cuentas, fue siempre mi amigo más íntimo […]. Y nos lo han arrebatado en el preciso momento en el que empezamos a tener la sensación de que nuestros hombres públicos carecen de la energía indispensable para dominar los acontecimientos. Esta habría sido la ocasión justa, y estos los mejores años, en que hubiera podido brindar al país, en plena sazón, los frutos de su servicio»[151]. Cinco años después, Churchill escribía en el *News of the World*: «[F. E. Smith] poseía todas las virtudes caninas, y en un grado muy notable: valor, lealtad, vigilancia, pasión por la caza […]. F. E. fue el único de mis contemporáneos que me ha ofrecido los mismos gratos momentos y ventajas que me ha sido dado encontrar en hombres como Balfour, Morley, Asquith, Rosebery y Lloyd George […]. Es como si se le hubiera otorgado una dosis doble de naturaleza humana […]. F. E. guardaba su tesoro en el corazón de sus amigos, y todos ellos habrán de cultivar su memoria hasta que también les llegue la hora»[152].

La desaparición de F. E. supuso para Churchill un golpe político además de personal, dado que Birkenhead le había apoyado desde el interior del Partido Conservador en las cuestiones de la India, Rusia, la armada estadounidense y otras muchas más. De no haberse suicidado lentamente al ceder a la autocompasión y darse compulsivamente a la bebida, F. E. Smith podría haber prestado una gran ayuda a Churchill en su lucha contra la política británica de apaciguamiento de la Alemania nazi. En el transcurso de la segunda guerra mundial Churchill habrá de girarse en más de una

ocasión hacia sus ayudantes para decirles: «¡Cuánto echo de menos a F. E.!», dado que estaba persuadido de que su «presencia habría supuesto un gran alivio en la carga que hubo de llevar [Winston] sobre los hombros» durante esa contienda[153]. Jock Colville le dirá más tarde a Freddie Birkenhead, único hijo de F. E., que «ninguna de las relaciones personales que llegó a establecer posteriormente [Churchill] puede compararse a la que tenía con tu padre, ni siquiera las que le unieron a Max, Brendan y el profesor [Lindemann]»[154].

El 9 de octubre, Baldwin anunció que, en las siguientes elecciones, los conservadores iban a tratar de conseguir que se les diera «carta blanca» para reintroducir el proteccionismo. «Ya tendrás ocasión de ver nuestro programa, —escribe una semana más tarde en la carta que envía a la India a la atención de lord Irwin—. Creo probable que Winston dimita al conocerlo.»[155] Es posible que la perspectiva de obligar a Churchill a presentar la renuncia y abandonar así el Comité de Asuntos Conservadores (precursor del consejo de parlamentarios de la oposición) fuera parte de lo que se pretendía al elaborar ese programa, dado que eso dejaría vía libre a Neville Chamberlain, que era el candidato predilecto de Baldwin como sucesor de Winston. Sin embargo, Churchill no se dio inmediatamente por aludido, al recordar, tal vez, el destino de su padre[156].

La primera edición de diecisiete mil ejemplares de *Mi juventud*, publicada el 20 de octubre de 1930, se agotó al instante. Precedida de una dedicatoria que reza «A una nueva generación», la obra es hoy —de entre las que se ciñen un único volumen— el texto de Churchill que más se vende, y ha sido traducido a diecinueve idiomas. El literato y futuro parlamentario laborista nacional Harold Nicolson dice que su lectura es «como beberse una copa de champán». El Times elogiará su «encanto y su buen brío», así como su «humor, sus vertiginosas emociones, su sosegada ironía y su melancólico pesar por las costumbres y glorias pasadas, sin olvidar su amor al deporte y a los placeres de la amistad». No obstante, también comentará sarcásticamente que «el material [en el que se centra el libro] es, evidentemente, espléndido, como sin duda corroborará el señor Churchill»[157]. El general *sir* Hubert Gough, que había luchado con Churchill en dos campañas, hará en los márgenes de su ejemplar una serie

de anotaciones que parecen cuestionar la exactitud de los hechos relatados: «se desentiende de la estricta verdad», «pura invención», «¡Bobadas!», etcétera[158]. Los acontecimientos descritos habían tenido lugar tres décadas antes, y el tiempo tiende a añadir ciertos adornos a las anécdotas. No obstante, también hubo otras quejas de carácter más secundario y erudito. Al explicar las frustraciones que le hizo sentir entre los años 1897 y 1898 la expedición al valle de Tirah, Churchill concluye el capítulo con estas palabras: «Así levanta el castor su presa, y así también, en el preciso instante en el que a punto está de comenzar su pesca, irrumpe la inundación y arrasa su trabajo, llevándose consigo su buena suerte y sus capturas. Por eso se ve obligado a empezar de nuevo». Andando el tiempo recibirá una carta de un canadiense que le informa de que el castor «es un animal de dieta estrictamente vegetariana, que no solo no se dedica a atrapar peces sino que tampoco se los come»[159]. Con todo, si es cierto que hubo algún que otro embellecimiento de poca monta en el relato, también es verdad que el libro contiene escenas soberbias, hermosos y bien escritos pasajes, y verdades que han superado la prueba de las nueve décadas transcurridas desde el momento en que fueron redactadas. «Jamás, pero jamás de los jamases, des crédito a la idea de que una guerra pueda resultar fácil y llevadera, —anota—, y tampoco creas que nadie que se embarque en tan extraño viaje se encuentre en condiciones de valorar los maremotos y huracanes que habrán de salirle al paso»[160]. En otros párrafos de *Mi juventud*, Churchill señala: «No hay prácticamente un solo bien material o valor establecido de cuantos se me inculcaron con la educación que haya revelado poseer un carácter permanente o vital; nada ha perdurado. Todo lo que yo mismo juzgué en alguna ocasión indudablemente imposible, o todo cuando aprendí a juzgar impracticable, ha sucedido *de facto*»[161]. Buena parte del libro, que aparece repleto de aventuras, habla de las características de la buena muerte. En la época en que escribió el libro, mediada ya la cincuentena, Churchill había visto ya un gran número de muertes, y el texto, pese a ocuparse aparentemente de las pasiones juveniles, está lleno de reflexiones como esta: «Muchas veces se han arruinado los jóvenes por poseer caballos o acostumbrarlos a la doma, pero nunca por cabalgarlos: a

menos, claro está, de que se rompan el cuello, circunstancia que, si sobreviene al galope, otorga una muerte espléndidamente digna»[162].

En uno de los episodios más célebres del libro, Churchill exhorta a la juventud en los siguientes términos: «Venid, jóvenes, de todo el mundo»:

> hoy sois más necesarios que nunca para colmar el vacío de una generación esquilmada por la guerra. No perdáis ni un minuto. Debéis ocupar vuestros puestos en la línea de salida que marca el inicio de la lucha por la existencia. ¡De veinte a veinticinco! ¡Esos son los años cruciales! No os contentéis con el estado de cosas que se os presenta. «Vuestra es la tierra y cuanto hay en ella.» Tomad posesión de vuestra herencia, asumid vuestras responsabilidades […]. No aceptéis nunca una respuesta negativa. Jamás os abatáis por el fracaso. No os dejéis engatusar por el simple éxito personal o la aceptación de los demás. Cometeréis toda clase de errores; pero si sois generosos y veraces, además de fieros, no podréis herir al mundo ni angustiarlo seriamente. La Tierra ha sido hecha para ser cortejada y seducida por la juventud. Pues si ha vivido y prosperado ha sido solo como consecuencia de una serie de subyugaciones repetidas[163].

Todo el texto de *Mi juventud* aparece recorrido por el presupuesto (equivocado, como más tarde habrá de comprobarse) de que el relato que en él se ofrece está llamado a captar fundamentalmente el interés de las generaciones futuras, destinadas a encontrar en él el acicate de las glorias del imperio británico. «Soy hijo de la era victoriana, —escribe Churchill—, vástago de una época en que las estructuras de nuestro país parecían haber quedado definitivamente fijadas, de un período en el que la posición comercial y marítima de la nación no conocía rival, y de unas décadas en las que crecieron sin cesar tanto la concreción de la grandeza de nuestro imperio como la comprensión del deber que nos llama a preservarlo»[164]. A nadie de cuantos leyeron las páginas de *Mi juventud* le quedó la menor duda de lo lejos que estaba dispuesto a llegar Churchill en ese empeño de preservación imperial —y esa será justamente la certeza que saquen tanto Ramsay MacDonald, como lord Simon, el «Mahatma» Gandhi, lord Irwin, y, si me apuran mucho, hasta el mismísimo Stanley Baldwin.

El 12 de noviembre de 1930, se reunía en la Galería Real de la Cámara de los Lores la Conferencia de la Mesa Redonda, permaneciendo abiertas sus sesiones por espacio de más de dos meses. Al cónclave asistía una

delegación india, aunque el propio Gandhi se encontraba en prisión —y no fue puesto en libertad sino una semana después de que terminara la conferencia—. Pese a que Churchill desacreditara las reivindicaciones indias por considerar que se trataba de una serie de «pretensiones absurdas y peligrosas», Baldwin estaba decidido a continuar impulsando la instauración del Dominio autónomo de la India, ya que esa era la forma de conceder al subcontinente una capacidad de autogobierno efectiva, manteniéndola no obstante en el seno del imperio[165]. A esto se oponía un grupo formado aproximadamente por unos sesenta parlamentarios conservadores de carácter «radical». El general de brigada J. H. Morgan, asesor constitucional de ese núcleo de resistentes, dejaría constancia escrita de que *todos* los líderes de esa camarilla (lord Salisbury, lord Wolmer, Lloyd George, y los parlamentarios John Gretton y *sir* Henry Page Croft) «desconfiaban de Churchill»[166]. Esto se debía al hecho de que creían que Churchill, como afirmaba Wolmer, «carecía de convicciones»; «se nos ha unido, —insistía—, con la única intención de ver qué puede sacar de esta situación»[167]. No era cierto. Churchill no podía abrigar la menor esperanza de conseguir ninguna ventaja de la campaña, salvo la de impedir que el imperio perdiera prematuramente la India. Difícilmente podía considerar que constituyera una forma de progresar políticamente. Aun en el hipotético caso de que la decisión de conceder un Dominio autónomo al subcontinente acabara provocando la caída de Baldwin —una situación que en último término comenzaría a desear Churchill—, Winston sabía que no era de ningún modo un candidato claro para acceder al liderazgo del Partido Conservador. Si llevó a cabo esta campaña contra el Dominio autónomo indio fue a impulsos de sus propias convicciones, para defender el imperio que tanto amaba.

«Winston está sumido en la más negra pesadumbre, —comenta Baldwin con Davidson el 13 de noviembre—. Quiere que la Conferencia quede rápidamente en agua de borrajas y que el Partido Conservador no solo vuelva a mantener las posiciones de antes de la guerra sino que opte por gobernar con mano dura. Ha vuelto a envolverse en el uniforme de alférez de húsares que ya vistiera en el 96.»[168] Estas afirmaciones resultaban igualmente injustas, pero desde luego constituían una poderosa batería

argumental para atacarle. Otro planteamiento concebido para rebatirle fue el empleado por Davidson, que repetirá las críticas que tantas veces se habían vertido ya sobre él: «Los conservadores radicales que se oponían a las tesis que manteníamos respecto a la India jamás habían considerado que Churchill fuera en modo alguno un conservador, sino que le veían más bien como un liberal renegado que había cambiado de chaqueta. Se le tenía por un individuo políticamente inestable, —concluía—. Era un hombre brillante, pero se pensaba que ese mismo lucimiento constituía un signo de la fluctuación de sus principios y de la oscilación de su discernimiento político.»**[169]**

El martes 27 de enero de 1931, la cuestión del Dominio autónomo para la India provocaba la dimisión de Churchill y le llevaba a abandonar el Comité de Asuntos Conservadores y a dejar también, por esa misma razón, la bancada *tory*. El Comité se había constituido poco tiempo antes, en el mes de marzo anterior, así que no parecía ser una renuncia particularmente grave —y de hecho, la dimisión le permitió hablar abiertamente en contra de las políticas partidistas—. La cúpula jerárquica conservadora también se sintió complacida con su marcha, aunque la verdad es que, *de facto*, nadie le había forzado a irse: había sido una decisión exclusivamente suya. En la biografía que Winston había dedicado a su padre, había dicho lo siguiente: «Dimitió en muy mal momento y por la cuestión equivocada, y por si fuera poco no intentó reunir apoyos en torno a su persona» —y ahora podía decirse otro tanto de él mismo—. Hasta ese momento se había mostrado inflexiblemente contrario a las dimisiones, y en una ocasión le había dicho a Violet Asquith que en 1905 Curzon había cometido un error al renunciar al virreinato de la India por sus desacuerdos con Kitchener. «Yo no habría dimitido *jamás*» por eso, le había asegurado. «Habría aguardado al momento más oportuno, le habría combatido en algún otro asunto, y le habría vencido. Pero dimitir…, nunca.»**[170]**

Años atrás, en 1924, Fenner Brockway, el candidato laborista que había ganado las elecciones parciales en la circunscripción de la Abadía de Westminster, había publicado unas hojas volanderas en las que se veía a Churchill avanzando por un camino señalado con mojones en los que decía: «Leicester West» y «Dundee, —y en el que también se veía, a lo lejos, un

poste indicador con una flecha que rezaba—: Fuera de la política»[171]. Ahora llegaba al fin a ese destino que le habían vaticinado. Muchas veces se ha argumentado que Churchill debería haber salvado su capital político y desistido de su lucha contra el autogobierno indio, que sin embargo era un hecho consumado, puesto que lo apoyaban las dos bancadas de la Cámara, tanto la del ejecutivo como la de la oposición. Sin embargo, Churchill prefirió esperar, difuminado entre los líderes del partido, a la pugna contra el apaciguamiento de los nazis. No obstante, pese a todas las sospechas de que Hitler pudiera estar urdiendo un nuevo golpe de mano, es obvio que Churchill no podía saber que el dictador alemán estaba llamado a elevarse al poder en 1933, mientras que sí veía claramente que lo que él consideraba el más glorioso logro de la historia de Gran Bretaña, su imperio indio, estaba a punto de perderse sin que nadie diera la batalla de su conservación.

El inmenso capital político de que habría de disfrutar Churchill en años posteriores se cimentaría en la percepción de que era un hombre capaz de decir las verdades impopulares, de expresar su verdadera opinión en cada caso, de guiarse por los impulsos del corazón, de atreverse a defender su postura en solitario, y de no hacer cálculos de conveniencia personal sino todo lo contrario, ya que acostumbraba a apoyar lo que consideraba justo en cada momento. La batalla por el Proyecto de ley de Gobierno de la India resultó ser una preparación excelente para las ulteriores pruebas que Churchill estaba llamado a encarar, tan buena como la que en su día habían supuesto las ofensivas en las que había formado parte del bando ganador. Si en el año 1940 la gente confió en él no fue porque creyera que siempre había estado en lo cierto, ni siquiera porque le supusiera acertado en términos generales —era más que evidente que no había sido así—, sino porque sabía que se trataba de un hombre que luchaba bravamente por aquello en lo que creía, mientras que otros muchos políticos, más interesados, no se dignaban a hacer lo mismo.

Capítulo 15

LA TRAVESÍA DEL DESIERTO

Enero de 1931 - octubre de 1933

Todo profeta ha de surgir de la civilización, pero todo elegido ha de internarse asimismo en el desierto. Debe llevar fuertemente impresa en su alma la huella de una sociedad compleja y de todo cuanto esta puede proporcionar, pero después ha de conocer largos períodos de aislamiento y meditación. Este es el proceso de fabricación de la dinamita psíquica.

Churchill, *The Sunday Chronicle*, noviembre de 1931[1].

Se habían liberado sin control unas fuerzas muy poderosas. Se había abierto el abismo, y sobre ese abismo comenzó a cabalgar, tras una pausa, un maníaco de genio feroz, precipitado y expresión de los más virulentos odios que jamás hayan corroído el pecho humano: el cabo Hitler.

Churchill, *Cómo se fraguó la tormenta*[2].

Pese a encontrarse ahora en un desierto político, los grandes golpes de efecto parlamentarios de Churchill seguían atrayendo a las masas y provocando sinceras carcajadas. El 28 de enero de 1931, durante un debate sobre el Proyecto de ley de Disputas Sindicales, Churchill pronunció un

discurso que Harold Nicolson no dudaría en calificar como «el más ingenioso de toda su vida»[3]. En su alocución, Churchill se refería a Ramsay MacDonald en los siguientes términos:

> [posee] la maravillosa habilidad de caer sin lastimarse. Se despeña, pero vuelve a resurgir, sonriente, un tanto desarreglado, pero sin perder la expresión beatífica […]. Recuerdo que, de niño, me llevaron al famoso Circo Barnum, en cuyo programa se anunciaba un número de anomalías y monstruosidades de feria, pero la función que más me apetecía ver era una a la que llamaban «El asombroso hombre sin huesos». Mis padres consideraron que el espectáculo podía resultar excesivamente repulsivo y desmoralizador para mis inocentes ojos infantiles, así que he tenido que esperar cincuenta años para contemplar al fin a la maravilla deshuesada, plácidamente acomodada en el escaño del Tesoro[4].

A lo largo de todo este período de relativo alejamiento de la política, Churchill mantuvo un ininterrumpido caudal discursivo, tanto en el conjunto del país como en el palacio de Westminster, interviniendo en la formación de la opinión pública mucho más que la mayoría de sus colegas de la oposición, lo que da fe tanto de sus energías como de sus ambiciones. En 1930, dio 61 grandes discursos, en 1931 fueron 48, en 1932 hubo 28, 41 en 1933, 39 en 1934, 54 en 1935, 23 en 1936, 55 en 1937, 39 en 1938 y 36 en 1939 —y todo esto sin contar los cientos de intervenciones menores que efectuó en la Cámara y un sinfín de artículos—. Por más que los jefes de disciplina de los partidos con representación parlamentaria se las arreglaran muchas veces para marginarle en los Comunes, sus mítines públicos, que a menudo contaban con una notable asistencia, le convirtieron en una fuerza de la política británica que las formaciones clásicas nunca consiguieron ignorar. En la época anterior a la televisión, las concentraciones políticas de masas eran una suerte de entretenimiento vespertino gratuito, y lo cierto es que había muy pocos actores políticos que pudieran equiparársele en talla o en calidad.

Estaba claro que hablaba con gran pasión del asunto de la India. Sin embargo, por más que Churchill deseara amparar efectivamente a los príncipes, a los musulmanes, a las minorías y a los intocables, protegiéndoles de la mayoría hindú, resultaba indudable que parte de su proyecto consistía en intentar constituir una coalición contra el Congreso Nacional Indio. Sus convicciones victorianas sobre la superioridad racial

eran uno de los ejes de la creencia que le llevaba a sostener que existían efectivamente seis países aptos para el gobierno, dado que estaban gobernados por dirigentes blancos. Sin embargo, como habría de sostener en un discurso pronunciado en Manchester, «la asunción de un Dominio autónomo como el de Canadá o Australia no va a producirse en la India en un futuro que hoy pueda percibirse ni por lo más remoto, como no sea en forma de objetivo último y visionario»[5]. Churchill recurrió al habitual prejuicio que sostiene que «nunca han de hacerse concesiones a los orientales si estos tienen la impresión de que quien se las otorga se halla en una posición de debilidad, o si están persuadidos de que se les teme»[6]. Esa era en último término la razón de que censurara a Irwin. «La actitud que mantiene en relación con la India ha sido en todo momento la de un hombre que pide disculpas», asegura. Tres días más tarde insistirá en ese tema en Liverpool:

> El león británico, tan fiero y valeroso en el pasado, tan inexpugnable a lo largo del agónico Armagedón, se ve ahora perseguido por los conejos de las campiñas y los bosques de su antiguo y glorioso territorio. No se trata de que nuestra fortaleza se haya visto seriamente dañada. Lo que estamos sufriendo es un desplome psicológico. Bastaría con que nos mantuviéramos firmes e hiciéramos frente, como antaño, a nuestras dificultades, para ver reducidos a la mitad esos mismos apuros.

Churchill ponía como ejemplo de esa reacción vital la necesidad de estimular la industria y la agricultura, de desarrollar unos controles financieros más estrictos, o de fomentar la unidad económica del imperio. «Y lo que hemos de hacer, como indiscutible medida previa al acometimiento de todas esas pesadas tareas, es echar a la calle a este gobierno miserable, derrochador, intrigante y servil.»[7]

Por esta misma época, Churchill escribe a Lindemann para comentarle la idea de un artículo que proyecta dedicar a los «Grandes defensores de las causas perdidas»[8]. En esa carta, Winston concentra su atención en Aníbal, Vercingétorix, Harold Godwinson, Carlos I de Inglaterra y Robert E. Lee, antes de explicarle a Lindemann que todavía ha de desarrollar los detalles «tanto de la causa perdida como de la grandeza de la lucha misma y de quien la libra»[9]. Lindemann le sugiere que lea una novela apocalíptica titulada *La última y la primera humanidad*, de William Olaf Stapledon,

obra que llevará a Churchill a estudiar por primera vez la organización del universo desde que diera en abrazar, en el comedor de oficiales del 4.º Regimiento de húsares, la religión de la mentalidad sana a finales de la década de 1890. Poco después, al escribir a Lindemann acerca de la humanidad como concepto abstracto, Churchill sostiene: «Después de pasar por todas esas peripecias, espero que pase mucho tiempo antes de ver llegar cualquiera de esas semillas a alguna inocente e inofensiva estrella. Sin la explicación de un ser Supremo espiritual, todos esos peregrinajes carecen de sentido. No obstante, resulta sumamente interesante saber que es preciso hacer tantísimas cosas»[10].

El lunes 23 de febrero de 1931, al hablar en la Winchester House de Epping ante los miembros de la junta de la Asociación Conservadora de su circunscripción electoral, Churchill viene a pronunciar el que quizá quepa considerar el discurso más tristemente célebre de toda su vida, aquel en el que explica por qué ha dimitido y abandonado la primera fila de la bancada conservadora. «No podría trabajar en ninguna administración que lleve a cabo en la India una política que no me convenza», indica[11].

> Es alarmante, y también nauseabundo, ver al señor Gandhi, un sedicioso abogado afiliado al Middle Temple[12] que ahora adopta las poses de esos faquires tan conocidos en Oriente, y que recorre medio desnudo las escalinatas del palacio virreinal mientras continúa organizando y dirigiendo una insolente campaña de desobediencia civil concebida para negociar de igual a igual con el representante del soberano emperador del Reino Unido. Ese espectáculo no puede sino aumentar la agitación de la India y el peligro al que se ve expuesta la población de raza blanca[13].

En otro pasaje, Churchill tacha a Gandhi de «maligno fanático subversivo»[14].[15]

La moción de confianza que efectuaron los miembros de la Asociación Conservadora de la circunscripción electoral de Churchill para mantenerle como miembro fue aprobada sin un solo voto en contra, y Churchill le dirá a Clementine que la iniciativa y su resultado habían constituido un gesto «afectuoso, ardiente y unánime»[16]. No puede decirse en cambio que el veredicto de la historia haya caminado en la misma dirección, sobre todo

tras convertirse Gandhi en una figura laica sacralizada como consecuencia de su asesinato, ocurrido en 1948. Hoy se hace extremadamente difícil comprender que a los imperialistas británicos de principios de los años treinta del siglo XX se les antojara notablemente fraudulenta la persona del Mahatma Gandhi, cuyas observaciones parecían frecuentemente tan ambiguas como oscuras. Sencillamente, esos imperialistas no daban crédito a su santidad ni a su sinceridad, y le consideraban un revolucionario de intenciones señaladamente políticas, aunque la mayoría de ellos valoraran positivamente su doctrina de la no violencia. En sus ataques a Gandhi, así como en sus descripciones del bolchevismo, las extravagancias retóricas de Churchill habían empezado a volverse en su contra, y la gente comenzaba a creer que la naturaleza de sus alocuciones guardaba más parecido con un número del teatro de variedades que con un discurso público auténticamente serio. Era prácticamente como si su oratoria estuviera dando las primeras señales de no resultar beneficiosa para las causas que defendía.

El 4 de marzo, Churchill escribe un artículo en la *Strand Magazine* titulado «Una segunda opción». En él repasa los numerosos vuelcos vividos a lo largo de su azarosa existencia y analiza lo que habría podido suceder en caso de que el desenlace de esas peripecias hubiera sido diferente: «Si echamos la vista atrás, veremos que una de las experiencias más habituales de la vida es la que nos dice que nuestros errores resultan de gran ayuda y que en cambio nuestras más sagaces decisiones nos perjudican»[17]. Pese a que tuviera que esperar aún varios años para cobrar conciencia de ello, lo cierto es que su decisión de abandonar el consejo de parlamentarios de la oposición por la cuestión de la India iba a convertirse en una ayuda enormemente positiva para él, ya que le liberó de toda responsabilidad en cualquiera de las decisiones vinculadas con la política de apaciguamiento de la Alemania nazi. Imbuido de un sentimiento un tanto lastimero, como suele ocurrirle a la gente tras completar su autobiografía, Churchill concluye el artículo con estas palabras: «Reconciliémonos con el misterioso ritmo de nuestro destino, pues así ha de ser en este mundo obediente al marco espacio-temporal. Valoremos nuestras dichas, pero no lamentemos nuestros pesares. La gloria de la luz no puede existir sin sombra. La vida es un todo, y debemos aceptar el bien y el mal como las inseparables

realidades que son. El viaje no solo ha sido agradable, también ha merecido la pena. Aunque no deseemos repetirlo»[18].

Sin embargo, pese a que Churchill estuviera echando la vista atrás, no es menos cierto que, en cuestiones políticas, seguía centrándose en el futuro. «Me asombra observar lo ocurrido en las pasadas seis semanas y constatar lo mucho que se ha transformado mi situación, —le dice a Clementine—. Si la opinión pública encuentra el tiempo suficiente para elaborar lo acontecido, podría suceder cualquier cosa.»[19] El respaldo que la prensa controlada por Rothermere y Beaverbrook —fundamentalmente a través de periódicos como el *Daily Mail*, el *Daily Express* y el *Evening Standard*— proporcionaba a los radicales contrarios a la concesión de un Dominio autónomo a la India, unido a la revuelta que esa misma cuestión acabó por provocar entre las bases conservadoras, deterioró gravemente la posición de Baldwin como líder del Partido Conservador. Baldwin mantuvo no obstante una perfecta compostura. (El propio Churchill admitirá con apesadumbrado respeto: «Combatir a Baldwin era como pelear con un edredón. Se le propina un golpe que uno juzga demoledor y a continuación se descubre que no se le ha causado la más mínima impresión».)[20] No obstante, el día 1 de marzo, el primer ministro había estado sopesando seriamente la posibilidad de dimitir, y de hecho solo consiguieron disuadirle dos de los mejores amigos que tenía en el ámbito político: John Davidson y William Bridgeman.

La permanencia de Baldwin en el cargo dependía del resultado de las elecciones parciales de la circunscripción de Saint George de Westminster, donde el candidato conservador, Alfred Duff Cooper, se enfrentaba a *sir* Ernest Petter, un conservador independiente opuesto al reconocimiento de un estatuto de Dominio autónomo para la India, con la circunstancia añadida de que los rotativos de Rothermere y Beaverbrook apoyaban enérgicamente a Petter. Animado por su primo Rudyard Kipling[21], Baldwin regañará a los magnates de la prensa escrita con estas célebres palabras: «Lo que buscan los propietarios de esos periódicos es el poder, y un poder carente de responsabilidad: una prerrogativa que a lo largo de la

historia ha sido invariable marchamo de la ramera». Al día siguiente, en el Royal Albert Hall, Churchill exclama ante la Sociedad Imperial India[22]:

> Dejar la India en manos de los brahmanes sería un acto de negligencia tan cruel como perverso. Cubriría de eterna vergüenza a sus responsables. Esos brahmanes que manosean y proclaman los principios del liberalismo occidental, haciéndose pasar por políticos democráticos de fuste filosófico, son los mismos que niegan los derechos básicos de la existencia humana a cerca de sesenta millones de compatriotas suyos, a los que llaman «intocables» y a los que, tras miles de años de opresión, han enseñado a aceptar *de facto* tan triste condición […]. Y luego, en cuanto se descuida uno, se giran y comienzan a martirizar la lógica repartiendo frases de John Stuart Mill, o defendiendo los derechos humanos apoyándose en Jean Jacques Rousseau[23].

Churchill prosigue su discurso advirtiendo a los presentes que la partida del ejército británico de la India desataría masacres entre comunidades en todo el norte del subcontinente[24].

El 19 de marzo de 1931, Duff Cooper salió elegido por amplia mayoría en la circunscripción de Saint George, ya que había logrado 17 242 votos, mientras que su inmediato seguidor se había quedado en 11 532. Este resultado suponía un serio contratiempo para la campaña de Churchill contra el Dominio autónomo de la India. Pese a todo, Winston decidió continuar la lucha. «Estoy seguro de que es usted consciente de que no abrigo ningún sentimiento de hostilidad personal hacia usted, —le escribió a Irwin, el virrey de la India—. El cariz que están adoptando los acontecimientos de [esa parte del mundo] me entristece profundamente, y más aún cuando pienso en el impulso que usted les ha proporcionado. Esta controversia va a tenernos empantanados muchos años, me temo, y creo que acabará convirtiéndose en una línea divisoria para los habitantes de Inglaterra. Sea como fuere, usted podrá iniciar las hostilidades teniendo de su parte a los grandes batallones.»[25] Estaba en lo cierto, y de hecho esos contingentes habrían de permanecer del lado de los partidarios de una reforma constitucional para la India, ya que el mismo Churchill estaba condenado a verse en una posición cada vez más aislada. Pese a todo, Churchill no suavizó en modo alguno su mensaje para hacerlo más acorde a las circunstancias políticas. «Me pone enfermo escuchar al secretario de estado afirmar, hablando de la India, que el subcontinente “Debe hacer esto, y aquello, y lo de más allá”, —dirá una semana más tarde en el Club

Constitucional—. La India no tiene más personalidad política que Europa. “India” es un término geográfico. No tiene más unidad nacional que la que pueda tener la línea ecuatorial.»[26]

Pese a la gran soledad en que se encontraba, Churchill seguía siendo una entretenida atracción para la Cámara. En abril, durante el debate presupuestario, al comprobar que unos cuantos parlamentarios liberales le felicitaban por el período que había pasado al frente de la Hacienda Pública, Churchill contesta: «Supongo que un veredicto favorable es siempre algo valioso, aunque venga de un juez injusto o de un árbitro comprado»[27]. En otro debate, tras afirmar: «Todos hemos oído decir que el doctor Guillotin fue ejecutado con el instrumento que él mismo había inventado» e interrumpirle *sir* Herbert Samuel al grito de «¡No fue así!, —Churchill replica inmediatamente—: ¡Bueno, pues deberían haberle dado a probar su propia medicina!»[28]. En un artículo sobre las viñetas políticas publicado en junio en la *Strand Magazine*, Churchill escribe: «Tal y como todo el mundo supone que las anguilas están habituadas a que se les arranque el pellejo, también se está dando por supuesto que los políticos han adquirido ya la costumbre de que se les caricaturice»[29]. De hecho, añade, «debo confesarles una cosa: la verdad es que se ofenden y se muestran desconsolados cuando dejan de protagonizar las tiras satíricas […]. Y se les oye murmurar: “Ya nadie nos vapulea ni maltrata como antes. Los buenos tiempos han llegado a su fin”»[30].

Tras comprobarse que el desplome bursátil de Wall Street había quedado convertido ya en una inconfundible Gran Depresión económica, Churchill abrazó al fin, por primera vez en su carrera, el concepto de la imposición general de aranceles. Coincidió con Chamberlain, que ahora ejercía de portavoz de Economía y Hacienda de la oposición, en la idea de que la necesidad de ingresos constituía la prioridad absoluta del gobierno, y de que la situación, en palabras de Churchill, «se prestaba a aprovechar la oportunidad de alcanzar todos los nuevos acuerdos que sea preciso establecer con los países extranjeros, ya que, sabiamente manejados, esos pactos pueden desempeñar un papel importante en la consolidación de la producción y el consumo de nuestro Imperio, algo que es preciso realizar antes de que el actual proceso de dispersión y desintegración financiera

haya alcanzado su fatal punto culminante»[31]. En realidad, aquello marcaba el final de la larga campaña que le había empujado a cambiar de bancada en el año 1904, pero en junio, al llegar el desempleo a la cifra de 2,5 millones de parados, Churchill prefirió anteponer la realidad a cualquier dogma económico. Al adoptar esta nueva posición, el político se alineaba todavía más con la derecha conservadora, que también coincidía con él en la cuestión de la India.

La severa crisis financiera de julio de 1931, provocada por el agravamiento de la Gran Depresión, acabaría dando al traste con el ejecutivo puramente laborista de Ramsay MacDonald el mes siguiente. Esto obligó a formar un gobierno de concentración nacional que, si por un lado dejaba a MacDonald al frente del país y colocaba a Philip Snowden en el Ministerio de Hacienda, por otro contaba también con parlamentarios de otras tendencias, como los conservadores Baldwin —en el cargo de lord presidente del Consejo[32]—, Neville Chamberlain en Sanidad, y Samuel Hoare en el puesto de secretario de estado para la India, nombres a los que aún se añadieron los de los liberales lord Reading, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y *sir* Herbert Samuel, en la cartera de Interior. Churchill no fue llamado a desempeñar ningún papel en el nuevo gobierno.

«¡Qué transformación tan extraordinaria ha sufrido la escena política! ¡Me alegra no tener la menor responsabilidad en ella!, —le confía Churchill a Eddie Marsh[33]—. Puedo afirmar con toda sinceridad que jamás he sentido resentimiento, ni mucho menos dolor, por haberme visto descartado de un modo tan flagrante en un momento de grave tensión nacional», asegurará diecisiete años más tarde al redactar sus memorias[34]. Volverá a consolarse una vez más remitiéndose a los extraños designios de la Fortuna. «A veces, cuando la diosa frunce el ceño, despechada, —escribe en el *Sunday Pictorial* el 30 de agosto—, es porque está preparando la entrega de sus más deslumbrantes dones»[35]. Y estaba en lo cierto. La oposición de Churchill al elemento central de la política del gobierno, la institución de un Dominio autónomo en la India, iba a mantenerle alejado de la política activa durante la década en que los sucesivos gabinetes nacionales decidieron permitir, como él mismo habría de sostener tiempo después, que «las langostas se hartasen»[36].

Ese mismo mes, George Bernard Shaw —al que Churchill apreciaba como persona— y Nancy Astor —que en cambio no le caía nada bien— realizaron una visita de nueve días a Rusia. Al regresar del viaje y empezar a deshacerse en elogios hacia Stalin y el comunismo, Churchill se indignó terriblemente, como era de esperar. «A los rusos siempre les han gustado los circos y los espectáculos itinerantes, —dirá a los lectores de la *Pall Mall Gazette*»; «[…] y allí ha acudido el payaso y Pantaleón intelectual más famoso del mundo, acompañado por la encantadora Colombina**[37]** de la pantomima capitalista. —Ante ellos—, el archicomisario Stalin […] no solo ha considerado justo y conveniente abrir de par en par los muy custodiados santuarios del Kremlin, sino que incluso ha tenido a bien dejar a un lado la cuota matutina de sentencias de muerte y *lettres de cachet***[38]** para recibir a sus invitados con sonrisas de desbordante camaradería»**[39]**. Durante la reunión en Moscú, Stalin le había preguntado a *lady* Astor por el futuro de la carrera de Churchill, y ella le había contestado: «¡Oh, está acabado!»**[40]**.

El 21 de septiembre, el nuevo gobierno de concentración nacional anulaba la vigencia del patrón oro y gravaba con aranceles la totalidad de los productos manufacturados de importación, dos medidas a las que ni siquiera los liberales habrían de oponerse. También estableció el 27 de octubre como fecha de las nuevas elecciones generales, unos comicios que el ejecutivo convocaba con la intención de que se le otorgara un nuevo mandato. «En esta grave emergencia pública me presento ante vosotros como candidato nacional de convicciones conservadoras», señala Churchill a las gentes de la circunscripción de Epping en su folleto de presentación electoral. «Siempre os he advertido de los males que un gobierno socialista habría de arrojar sobre nuestro país […]. Se ha mostrado una tolerancia indebida a ese evangelio de la envidia, el odio y la malicia que bebe de fuentes escritas fuera de nuestras fronteras y cuya fuerza incendiaria es igualmente avivada sin cesar desde el extranjero. La nación británica no se ha percatado del peligro sino al verse al borde mismo del precipicio al que se la atraído con engaños.»**[41]** Con asombrosa pirueta, Churchill escribe a continuación: «Como conservadores estamos convencidos de que en cualquier

planteamiento de autorregeneración nacional se ha de reservar un espacio de primer orden a todas aquellas medidas de protección que resulten efectivas para la industria y la agricultura británicas […]. Solo si caminan juntas podrán preservar su gloria y sus medios de vida las razas y los estados del imperio británico»[42]. Esto era, casi palabra por palabra, lo que durante décadas le había permitido ridiculizar, en cientos de escenarios públicos, a la familia Chamberlain, a Leo Amery y a los defensores del Comercio Justo en el imperio, pero la Gran Depresión estaba llegando a su punto culminante, y por ese motivo, la preocupación que le producía el inmediato sufrimiento de la gente se sobrepuso al ideal que continuaba juzgando más beneficioso a largo plazo. En su escrito, Churchill también atribuía la culpa de la situación a «la dubitativa e incoherente política que han estado llevando a cabo los socialistas en la India», que a su juicio no había contribuido sino a sembrar «discordias y tribulaciones» entre los indios y a perjudicar a Gran Bretaña a los ojos del mundo —unas afirmaciones que no reparaba en efectuar pese a que Irwin hubiera sido conservador toda la vida.

Al presentarse como conservador —la cuarta etiqueta política que esgrimía en siete años (que sin embargo iba a ser la última)—, Churchill consiguió duplicar la mayoría que él mismo había cosechado anteriormente en Epping. Fue uno de los 473 parlamentarios conservadores que salieron elegidos, a los que se sumarían 35 liberales y 13 laboristas (todos ellos con el marbete de «nacionales», por acudir en coalición de emergencia), lo que determinaría que el gobierno de concentración nacional estuviera integrado por un total de 554 diputados, en una Cámara con un total de 615. En la oposición, los laboristas obtuvieron 52 escaños y los liberales independientes 4. El voto popular otorgó 11,98 millones de papeletas a los conservadores, 6,65 millones a los laboristas, 1,40 millones a los liberales y 0,81 millones a los liberales nacionales. Dada su oposición al Proyecto de ley de Gobierno de la India, y con un ejecutivo arropado por una mayoría tan enorme, no había forma alguna de que se ofreciera ningún cargo a Churchill.

A principios de noviembre, Churchill publicaba *El Frente Oriental*, el quinto y último volumen de *La crisis mundial*. Para entonces, los tomos

anteriores ya habían modificado la opinión que muchas personas tenían acerca de la guerra y el papel que les correspondía desempeñar en ella. Se dice a veces que el periodismo es el primer borrador de la historia, pero las memorias churchillianas de las dos guerras mundiales fueron los primeros esquemas verdaderamente relevantes de la realidad histórica de ambos conflictos, y de hecho establecieron, y para un buen número de décadas, muchos de los términos de referencia que habrían de emplearse para hablar de ellas. Una vez más, Churchill envió un ejemplar firmado a Neville Chamberlain, cuya anotación final —en la que puede leerse: «Enero de 1932»— implica nuevamente que la leyó de forma casi inmediata. Los adversarios de Churchill nunca negaron sus cualidades de ensayista. «Si algún día tuviera que dar un discurso sobre tu persona, y ruego a Dios que no lo permita, —le dirá Baldwin en 1933—, me bastaría con recomendar a todos: “Lean *Marlborough*”»**[43]**.**[44]**

En noviembre de 1931, Churchill publicó asimismo un artículo titulado «Dentro de cincuenta años» en la *Maclean's Magazine*, en el que hacía una serie de predicciones absurdas, como por ejemplo la de que dejaríamos de criar pollos enteros para concentrarnos únicamente en las partes que más nos gustan. No obstante, también había vaticinios asombrosamente exactos**[45]**. Habla de la existencia de «Teléfonos y televisiones inalámbricos» mucho antes de que se inicie la producción comercial de cualquiera de esos aparatos, pero no contento con eso, añade: «Siguiendo la senda por la que naturalmente transitan en su actual desarrollo, [los nuevos dispositivos] permitirán que su propietario se conecte con cualquier habitación en la que exista una instalación similar, y le facultarán para escuchar y participar a distancia en una conversación, exactamente igual que si hubiera asomado la cabeza por una ventana. —Y más adelante agrega—: La reunión de los hombres en las ciudades resultará en tal caso superflua»**[46]**. Afirma igualmente que «la energía nuclear es incomparablemente mayor que la energía molecular que hoy utilizamos. El carbón que puede obtener un hombre en un día de trabajo tiene la facultad de realizar fácilmente una cantidad de trabajo quinientas veces superior a la que ese mismo individuo es capaz de efectuar. Y la energía nuclear es al menos un millón de veces más potente […]. Entre los científicos, no se

duda en absoluto de la existencia de esta gigantesca fuente de energía. Lo que todavía hemos de encontrar es la cerilla con la que prender la hoguera»[47].

El artículo enumeraba algunas de las reflexiones que Churchill se había venido haciendo en los últimos tiempos respecto al carácter del género humano, y reiteraba su convicción de que el ritmo al que progresaba la naturaleza humana no era ni remotamente semejante al de los avances que se estaban registrando en el ámbito del conocimiento tecnológico. En último término, esto podía revelarse desastroso. «No hay duda de que, a pesar de que los hombres estén acumulando nociones y poderes a una velocidad que, al incrementarse sin cesar, será pronto inconmensurable», escribe,

> sus virtudes y su sabiduría no han mostrado en cambio ninguna mejora notable con el paso de los siglos. El cerebro de un hombre moderno no se diferencia en nada esencial del que tenían los seres humanos que lucharon y vivieron en la Tierra hace millones de años. Hasta ahora, la naturaleza del hombre se ha perpetuado sin experimentar prácticamente ninguna modificación. Si se dan unas condiciones de elevado nivel de estrés, hambre, terror y furia bélica, o incluso de frío frenesí intelectual, el hombre moderno que tan bien creemos conocer podría perpetrar las más terribles acciones, y la mujer moderna le respaldaría[48].

Al menos tan preocupante como este problema era el que Churchill ya había tenido ocasión de señalar en sus Conferencias Romanas: que las instituciones representativas en las que se basaba la democracia no lograban atraer ya a personas de las cualidades precisas para hacerlas funcionar de manera efectiva. «Sabemos desde hace mucho que la democracia como guía o motivo para progresar es un sistema incompetente, —escribe—. En los grandes estados modernos no hay una sola asamblea legislativa que alcance a representar por medio del sufragio universal otra cosa que una mínima fracción de la fortaleza o la sabiduría de la comunidad […]. Los gobiernos democráticos siguen las líneas de menor resistencia, abrazan puntos de vista de corto alcance, se abren camino a base de concesiones y subsidios, y allanan sus dificultades a golpe de lugares comunes y gratas verdades de Perogrullo.»[49] Estas manifestaciones se han solido considerar como una indicación de que Churchill había perdido la fe en la democracia y estaba sopesando la posibilidad de abrazar la dictadura[50]. De hecho, es

exactamente lo contrario, ya que lo que estaba haciendo era lanzar un llamamiento destinado a revitalizar la democracia, y por eso argumenta: «Resulta por tanto de la mayor importancia que la filosofía moral y los conceptos espirituales de los hombres y las naciones se mantengan firmes […]. Si la clemencia, la compasión, la paz y el amor no crecen en igual medida que la ciencia, esta podría destruir todo cuanto hay de majestuoso y tolerable en la vida humana»[51].

En el libro en el que John Collings Squire presenta su colección de ensayos de historia virtual bajo el epígrafe de *If It Had Happened Otherwise*, publicado en 1931, Churchill es quien firma el capítulo titulado «*If Lee Had Not Won the Battle of Gettysburg*», en el que se expone lo que podría haber ocurrido en caso de que los confederados hubieran ganado la guerra de Secesión estadounidense. Churchill argumenta que Robert E. Lee habría ocupado el lugar de Jefferson Davis y habría puesto fin a la esclavitud en la Confederación. Después, la constitución de una asociación de pueblos de habla inglesa impide el estallido de la Gran Guerra y el káiser Guillermo pasa a ser la cabeza visible de un movimiento pacífico conocido con el nombre de «Europa Unida». Se trata sin duda de un relato entretenido y muestra lo lejos que había llegado Churchill en la reflexión y el desarrollo del tema de los pueblos de habla inglesa.

Para volver a llenar las arcas de la familia después del desplome de Wall Street, Churchill partió a Nueva York con Clementine y Diana en el crucero *Europa* con la intención inicial de hacer una gira por Estados Unidos y dar cuarenta conferencias. Por esa época todavía le seguía acompañando el detective Walter Thompson, que hacía las funciones de guardaespaldas, debido a las amenazas de muerte que había hecho gravitar sobre su persona la organización terrorista de sijs punyabíes del Partido Ghadar, que según se pensaba podía contar con células activas en Norteamérica. Los dos temas más relevantes que abordó en sus charlas fueron: «El camino que han de recorrer los pueblos de habla inglesa» y «La crisis económica. —Respecto a esta última, Churchill comenta con Archie Sinclair—: Me propongo denunciar sin ambages la cruel y delictiva deflación de los bienes y

servicios, ya que esa ha sido la tónica más característica de los últimos dos años, junto con el encarecimiento artificial del oro»[52].

El domingo 13 de diciembre de 1931, después de cenar en el Hotel Waldorf Astoria de la esquina de Park Avenue y la calle 49 en el que se alojaba, Churchill tomó un taxi para recorrer los poco más de tres kilómetros que le separaban de la casa de Bernard Baruch, situada en el número 1055 de la Quinta Avenida, entre las calles 86 y 87. Mientras el coche avanzaba por la ciudad, Churchill se dio cuenta de que no conocía la dirección de Baruch, pero en 1929 había pasado unos días en su residencia y estaba seguro de reconocer el edificio. Mandó detener el taxi y pagó la carrera en el costado de la Quinta Avenida que da a Central Park, entre las calles 76 y 77, nada menos que diez manzanas al sur del domicilio de Baruch. En aquella época, el tráfico de la Quinta Avenida circulaba en dos direcciones[53]. Churchill comenzó a cruzar la calle, enfundado en un pesado abrigo forrado de piel, pero a mitad de camino, al olvidar por un momento que no estaba en Inglaterra, miró a la izquierda en lugar de a la derecha y cayó al suelo, derribado por un coche que se dirigía al norte[54].

El conductor, Mario Constasino (o Contasino, ya los relatos difieren en este punto), de la localidad de Yonkers, iba a unos 55 kilómetros por hora, aproximadamente. Intentó frenar, pero cuando vio a Churchill ya era demasiado tarde. «Hubo un momento —no puedo valorar exactamente cuánto tiempo duró», escribirá Churchill poco después:

> en el que el mundo quedó bañado en una luz brillante y en el que pude ver el rostro de un hombre horrorizado. Desde luego, tuve la suficiente presencia de ánimo para pensar rápidamente: «Me van a atropellar y es probable que muera». Después sentí el golpe. Noté el topetazo en la frente y en los muslos. Sin embargo, además del trastazo, percibí también un impacto, un choque, una conmoción indescriptiblemente violenta. Se borró todo, salvo los pensamientos. No entiendo cómo es que no me partí como una cáscara de huevo, ni por qué no terminé aplastado como una grosella […]. Es evidente que debo ser muy duro, muy afortunado, o ambas cosas a la vez.

Al poco rato empezó a sentir «una interminable marejada de convulsiones y repetidas oleadas de dolor»[55].

«¡Han matado a un hombre!», aulló un transeúnte[56]. Se presentó un policía, y el propio Churchill pudo informarle de que él, y solo él, había

sido el causante del percance[57]. Le llevaron al Hospital de Lenox Hill tendido en el piso de un taxi, aunque por fortuna el centro médico estaba a solo dos manzanas de distancia. Churchill comprendió enseguida que había perdido la movilidad de las manos y los pies, pero al poco tiempo empezó a sentir «violentos calambres y hormigueos» en las extremidades. Los facultativos le administraron los tratamientos específicos para la conmoción cerebral, le suturaron las contusiones de la nariz y la frente, y le aliviaron las enormes heridas que tenía en el brazo derecho, el tórax y la pierna, proceso que le mantuvo en la clínica durante más de una semana[58]. Cuando el señor Constasino acudió a visitarle, Churchill le entregó en ejemplar firmado de *El Frente Oriental*.

«Me he llevado un golpazo tremendo, —le escribe a Sinclair el 30 de diciembre—, y todavía no me explico ni por lo más remoto cómo es que no he acabado machacado ni hecho pedazos. También he tenido la gran suerte de que las ruedas no me hayan pasado por encima, ya que solo me aplastaron la punta de los dedos del pie»[59]. En un telegrama, Lindemann le explicará las leyes físicas que habían intervenido en su favor; basándose en el dato de que Churchill pesaba noventa kilos, le decía: «Espléndidas noticias. Colisión equivalente a caer al suelo desde una altura de nueve metros[60] […]. Similar a detener un ladrillo de cinco kilos lanzado 180 metros por encima de tu cabeza o a recibir el disparo de dos cartuchos de perdigones a quemarropa […]. En el choque se ha transferido a tu cuerpo la energía de ocho mil caballos de fuerza. Mis felicitaciones por haber sabido preparar el adecuado cojín para estas eventualidades y por contar con la habilidad necesaria para encajar el encontronazo»[61].

Tras negociar el pago de la nada despreciable suma de quinientas libras esterlinas (unas veinticinco mil al cambio actual, aproximadamente), el 4 de enero de 1932 Churchill publicaba en el *Daily Mail* un artículo sobre su accidente titulado «Mi desventura neoyorquina». «En mi caso, el trance inducido por el óxido nitroso suele adoptar esta forma, —escribe respecto a su conmoción cerebral—: se va el salto al cielo y su lugar queda ocupado por extraños poderes»[62]. Este artículo tuvo continuación en otro encabezado por el siguiente rótulo: «Me mantuve consciente todo el tiempo». Después de lo sucedido, Churchill partió el día de Nochevieja a

las Bahamas en compañía de la familia para una estancia de tres semanas —aunque en principio lo que tenían planeado era pasar allí las Navidades—.[63] *Sir* Bede Clifford, el gobernador de las islas, «observó que en la frente todavía se percibían las señales de una fea herida»[64]. (El rastro del accidente permaneció visible muchos años, y quienes tuvieron ocasión de acompañarle en la segunda guerra mundial recuerdan que la cicatriz solía enrojecerse cuando montaba en cólera.) La familia se alojó en Nasáu, en el palacio del gobernador. A Churchill «le encantaba tenderse boca abajo en el agua, sacando periódicamente la cabeza para respirar». En una ocasión en que su hija Diana se puso a explicarle a gritos que le parecía haber visto un rodaballo, Churchill dijo distraídamente: «Bueno, pues no lo molestes»[65].[66]

Al regresar Churchill a unos Estados Unidos todavía marcados por la prohibición, el doctor Otto Pickhardt del Hospital de Lenox Hill le entregó una receta universal que rezaba: «Este documento certifica que la convalecencia del honorable Winston S. Churchill, recientemente víctima de un accidente, exige el uso de bebidas alcohólicas, especialmente a la hora de las comidas. La cantidad es evidentemente indefinida, pero los requerimientos mínimos se sitúan en torno a los 250 centímetros cúbicos»[67]. Churchill anota a lápiz en la propia receta: «Conservar siempre a mano». El 28 de enero de 1932, Churchill se encontrará al fin en condiciones de reanudar su aplazada gira de conferencias y conseguirá cumplir treinta y cinco de los cuarenta compromisos originalmente adquiridos, lo que da fe de la capacidad de recuperación de un hombre que a sus cincuenta y siete años volvía a escapar por los pelos de las garras de la muerte. En las seis semanas que dedicó a las charlas, ganó más de siete mil quinientas libras —y es preciso tener en cuenta que en esos tiempos el sueldo del primer ministro británico era de cinco mil libras anuales[68].

«Las personas que aman la paz, tienen buen corazón y tratan de proceder en todo con cautela se han esforzado tanto últimamente en desarmar a los pueblos de habla inglesa que han venido a propiciar el surgimiento de una nueva potencia naval en Extremo Oriente, —afirma Churchill el 2 de febrero ante los miembros de la Liga de la Unión de Chicago—. Si Estados Unidos desea construir más buques, yo exclamaría:

“Háganlo, y que Dios les bendiga”.»[69] Es obvio que la actitud de Churchill respecto a la eventualidad de una potente armada estadounidense había experimentado un cambio radical desde el año 1927. Entre el 28 de enero y el 10 de marzo de 1932, Churchill realiza un verdadero maratón discursivo que le lleva a visitar 15 estados y 28 ciudades en cuarenta y un días —y a recorrer como conferenciante casi 19 000 kilómetros—. La ciudad más septentrional en la que tuvo ocasión de hablar fue Toronto, la más oriental Boston, la más occidental Mineápolis, y la más meridional Nueva Orleans, aunque en todas ellas volvería a resaltar lo bien que conocía el continente norteamericano, dado que lo había recorrido mucho más que cualquier otro político británico de la época. En Gettysburg, uno de los presentes señala que Churchill «sorprendió al guía, ya que le corrigió y le dijo que la disposición de las tropas y las armas no era exactamente la que él decía. Poco después, al realizarse la oportuna comprobación, se constató que el señor Churchill tenía toda la razón»[70].

El 9 de marzo, la cadena radiofónica CBS entrevistaba a Churchill en Nueva York. «Creo que en la vida de la mayoría de las personas la buena suerte acostumbra a compensar bastante bien la mala, —dijo—. A veces, lo que parece ser un golpe adverso de la fortuna puede revelarse beneficioso y viceversa […]. Muchas de las insensateces en que he incurrido han acabado bien, y buena parte de mis decisiones más prudentes y medidas han salido mal. La desdicha de hoy puede preparar el éxito de mañana.»[71] Se trataba de una afirmación perfectamente cierta en su propio caso, pero tras ese preámbulo optimista, Churchill se atrevió a hacer una pésima predicción: «No creo que seamos testigos de otra gran conflagración en nuestro tiempo. La guerra, hoy en día, carece de sentido: no produce beneficios y ha sido despojada de todo elemento de honor. Se ha desvanecido su antiguo lustre y solemnidad. Hoy la guerra no es más que esfuerzo, sangre, muerte, vileza y falacias propagandísticas[72]. Además, mientras los franceses logren mantener en pie un ejército fuerte, y en tanto Gran Bretaña y Estados Unidos conserven la solidez de sus flotas, es poco probable que se declare una gran guerra»[73]. Respecto a los pueblos de habla inglesa, Churchill argumenta: «Ha de existir una fuerza organizadora en la cúspide de los asuntos humanos, alguien que presida el Consejo de las Naciones y cuente

con la fuerza necesaria para orientarlas, sacarlas de la confusión en que actualmente se hallan, y volverlas a encarrilar por las vías de la prosperidad». El bienestar y la paz globales, sostiene ante el micrófono, vendrán de la mano de «la acción conjunta de las dos naciones acreedoras del mundo, —y agrega—: Tengo una confianza inquebrantable en el imperio británico»[74]. Y desde luego también tenía fe en Estados Unidos. «Si el mundo entero, con la sola excepción de Estados Unidos, se abismara en el piélago, la comunidad de esa nación conseguiría salir adelante. Sus integrantes obtendrían todos los recursos necesarios de las praderas y los bosques. Sus habitantes están llamados a conocer una fuerte reactivación nacional en un futuro no muy lejano.»[75]

El 18 de marzo, al llegar a la estación de Paddington, procedente de Southampton, Churchill se encontró con la sorpresa de una magnífica limusina Daimler de dos mil libras, regalo de ciento cuarenta amigos suyos que, organizados por Bracken, y con Sinclair como tesorero, habían unido sus caudales para celebrar que hubiera escapado de la muerte. La lista de cuantos colaboraron en el presente constituye un verdadero catálogo de los más incondicionales camaradas de Churchill, y en ella figuran los nombres de Beaverbrook, Boothby, Camrose, Carson, Chaplin, Duff y Diana Cooper, Gray, Horne, Keynes, Macmillan, Londonderry, Moyne, Lutyens, Riddell, Spears, lord Weir, Esmond Harmsworth, el duque de Westminster y el príncipe de Gales[76]. De todos aquellos a quienes se les pidió una contribución, solo los Lytton se revelaron incapaces de aportar la suma de quince libras que se había solicitado a los participantes[77]. «No encuentro palabras para expresar la alegría que me ha dado el regalo de este maravilloso automóvil, —le confesará Churchill a Ian Hamilton, otro de los que intervinieron en la colecta—, sobre todo por el sentimiento de amistad que lo ha inspirado»[78].

Por más que los años que duró su travesía del desierto hubiesen estado presididos por una cierta soledad política, lo cierto es que esa lejanía no le apartó en ningún momento de la vida social. Muchos de los que aportaron la cuota establecida para la adquisición del Daimler eran miembros del Other Club, y ese mismo año se unirían a ellos en el cenáculo hombres como Bracken, *sir* John Lavery, *sir* Edward Grigg y Eddie Marsh, entre

otros. En marzo se hicieron apuestas en el ateneo para determinar quién habría de suceder a MacDonald en el cargo de primer ministro, y se barajaron los nombres de Neville Chamberlain, Stanley Baldwin, Robert Horne (que estaba presente en el momento del envite y jugó contra sí mismo), Walter Runciman, *sir* John Simon y Herbert Samuel —sin embargo, entre todas las menciones no aparecerá en ningún momento la del «piadoso fundador» del Club mismo[79].

El 13 de marzo de 1932, mientras Churchill se encontraba en medio del Atlántico, rumbo a Inglaterra a bordo del *Majestic*, Adolf Hitler obtenía once millones de votos en las elecciones alemanas, superado no obstante por los dieciocho millones de papeletas que habían optado por respaldar a Paul von Hindenburg, que ya había cumplido los ochenta y cuatro años de edad. En la segunda vuelta de los comicios, celebrados el 10 de abril, en los que Hindenburg salió reelegido presidente con diecinueve millones de sufragios, Hitler aumentó su respaldo y obtuvo el apoyo de trece millones de alemanes. El 11 de julio, Churchill hará su primera referencia pública a Hitler. Ramsay MacDonald acababa de regresar de la Conferencia de Lausana, en la que Francia y Gran Bretaña habían acordado reducir enormemente las cláusulas de reparación que el Tratado de Versalles había impuesto a Alemania, a pesar de que Estados Unidos no había condonado las deudas de guerra que británicos y franceses habían contraído con ese país. «Evidentemente, todo aquello que elimine los factores de fricción entre Alemania y Francia es positivo», admitirá Churchill en los Comunes, antes de proseguir:

> Es cierto que Alemania debe pagar tres mil millones de marcos, pero quisiera señalar que *Herr* Hitler, que es el elemento que impulsa al gobierno alemán, y que tal vez se convierta muy pronto en algo más, encontró ayer ocasión de declarar que en unos cuantos meses esa cantidad no valdrá siquiera tres marcos. Se trata de una afirmación espantosa, sobre todo teniendo en cuenta que se hace cuando aún no se ha secado del todo la tinta que remata el pergamino del Tratado. Por eso afirmo que se ha dejado a Alemania prácticamente libre de toda reparación. No ha habido ninguna paz cartaginesa[80]. Tampoco puede decirse que los conquistadores hayan sangrado a Alemania hasta dejarla extenuada. Lo que ha sucedido ha sido exactamente lo contrario. Desde que se decretó el alto el fuego, Gran Bretaña, y muy particularmente Estados Unidos, además de otros países, han cubierto

> de créditos las arcas de Alemania, y las cantidades prestadas superan con creces la suma de las reparaciones que ha abonado. De hecho, su montante se eleva casi al doble de lo que se le pedía en Versalles. Si la situación por la que atraviesa Alemania es dura —y difíciles son las circunstancias de todos los países en el momento presente—, no es debido a que se le haya drenado la savia vital que la anima ni a que los vencedores la hayan dejado sin un solo artículo de consumo[81].

Esta verdad no impediría que apenas veinte días más tarde el Partido Nazi se convirtiera en la mayor formación política con representación parlamentaria en las elecciones al Reichstag.

Churchill solo había estado en Alemania dos veces en toda su vida, y aun así sus visitas habían sido muy breves, ya que únicamente había asistido a unas maniobras militares previas al estallido de la guerra. No conocía demasiado bien la cultura alemana, y unos años antes había afirmado: «¡Jamás aprenderé ese idioma bestial mientras el káiser no marche sobre Londres!»[82]. En agosto de 1932, Churchill había recorrido los campos de batalla de la región danubiana en la que había combatido el duque de Marlborough, incluido el que fuera escenario del choque de Blenheim. Lo había hecho en compañía de su bella hija Sarah, de diecisiete años de edad, de un historiador militar, el coronel (más tarde ascendido a general de división) Ridley Pakenham-Walsh, que había luchado en Galípoli, y de Lindemann (que se encargaría de pagar las facturas del Hotel Continental). El grupo encontró las huellas que habían dejado las municiones de la artillería pesada y las balas de los mosquetes en un granero de Ramillies y acertó a entrever los restos aún reconocibles de las trincheras que se habían excavado en Schellenberg. «Conseguí imaginar la zona animada por los ejércitos que allí lucharon, y que en el mundo de la mente conservaban su brillo original, pese no ser ya otra cosa que un recuerdo fantasmagórico», comenta Churchill con el historiador de Oxford, Keith Feinging[83]. De hecho, también le había asegurado a George Harrap, el editor que se había comprometido a publicar su inminente biografía de Marlborough: «Me siento más feliz en el siglo XVIII» que en el presente[84].

A fines de agosto estuvo a punto de conocer personalmente a Hitler en Múnich, ya que el publicista del Partido Nazi, Ernst Hanfstaengl, educado en Harvard y conocido por su apodo de «Putzi», intentó organizar un

encuentro entre los dos hombres[85]. «*Herr* Hitler, —le había dicho Hanfstaengl al líder nazi en su habitación—: ¿Se ha dado usted cuenta de que los Churchill están sentados en el restaurante? Le están esperando para tomar café y pensarán que esto es un insulto planeado a conciencia». Hitler estaba sin afeitar y tenía muchas cosas que hacer. «¿Y de qué diablos iba a hablarle?», preguntó[86]. Desde luego, es probable que no hubiera sido una conversación excesivamente fructífera, dado que Churchill se encargó de enviarle un mensaje oral a través del propio Hanfstaengl: «Dígale a su jefe de mi parte que el antisemitismo puede ser un punto de partida para un principiante, pero que no es bueno para quien pretenda perseverar»[87]. «¿Cómo es que su jefe se muestra tan violentamente contrario a los judíos?, —le preguntará Churchill a Hanfstaengl—. Puedo entender sin dificultad que le irriten los judíos que hayan hecho algo malo o estén en contra del país, y comprendo que se oponga a ellos si intentan monopolizar el poder en cualquier aspecto de la vida; pero ¿qué sentido tiene declararse adversario de un hombre por el simple hecho de su nacimiento? ¿Cómo iba a evitar un hombre eludir en forma alguna la cuna que le toca en suerte?» Churchill remata la crónica de aquella cua*sir*reunión con una broma: «Y así fue como perdió Hitler la única oportunidad de conocerme que iba a tener en toda su vida»[88]. Hanfstaengl sostendrá no obstante que Churchill le preguntó: «¿Qué cree que pensaría su jefe de alianza entre su país, Francia e Inglaterra?». Esto habría respondido al interés que Churchill tenía en la constitución de un bloque antisoviético, pero la materialización de un pacto de esa índole habría exigido a Hitler modificar la esencia de su régimen. Sea como fuere, la verdad es que en ese momento Churchill no estaba en posición de ofrecer nada. No tardaría en descubrirse que había sido una suerte para él no haberse reunido con Hitler, ya que otros británicos que sí tuvieron un encuentro similar —como Lloyd George, el duque de Windsor y el primo de Churchill, lord Londonderry— se verían más tarde en una posición sumamente embarazosa.

En sus memorias de guerra, publicadas dieciséis años después, Churchill escribe: «En esa época no tenía ningún prejuicio nacional contra Hitler. Sabía muy poco de su doctrina o de su trayectoria política, e ignoraba por completo qué carácter tenía. Admiro a los hombres que se

alzan en defensa de su país cuando este sufre una derrota, aunque yo me encuentre en el bando opuesto. Tenía perfecto derecho a ser un patriota alemán si así lo juzgaba necesario»[89]. El 23 de noviembre de 1932, dos meses antes de que Hitler llegara al poder, Churchill pronunció su primer gran discurso sobre el rearme alemán. En él no solo habló de lo mucho que dependían las fronteras de Polonia, Rumanía, Checoslovaquia y Yugoslavia del cumplimiento del Tratado de Versalles, sino que también hizo referencia a las Juventudes Hitlerianas:

> Siento respeto y admiración por los alemanes, deseo además que podamos vivir en buenos términos y que nuestros mutuos sentimientos y relaciones se revelen fructíferos, pero hemos de tener bien presente la circunstancia de que a cada concesión […] le haya seguido inmediatamente una nueva demanda […]. Lo que ahora se exige es que se permita el rearme de Alemania. No os engañéis. No dejéis que el gobierno de Su Majestad dé en creer […] que todo lo que Alemania pide es disfrutar de una posición de igualdad […]. Eso no es lo que Alemania está buscando. Todas esas bandas de teutones jóvenes y robustos que desfilan por las calles y caminos de Alemania, prendida en los ojos la luz del intenso deseo de sufrir por la patria, no van en pos de un estatuto igualitario. Lo que persiguen son las armas y, cuando las tengan, créanme, pedirán que se les devuelvan los territorios perdidos y las colonias arrebatadas. Y una vez que se proclamen esa clase de peticiones, ocurrirá como siempre, infaliblemente, que los cimientos de todos y cada uno de los países que he mencionado, y de algunas otras naciones que no he dado en nombrar aquí, acabarán sacudidos en su raíz más profunda, y quizá incluso pulverizados[90].

El discurso apenas consiguió inmutar a nadie en la política y la prensa británicas. El problema estribaba en el hecho de que la gente ya le había oído decir este tipo de cosas antes, y durante varias décadas. Y dado que en 1897 había aconsejado la introducción de extravagancias retóricas y había sostenido que dicha práctica constituía una parte importante del arte de la oratoria, todo el mundo se había acostumbrado a verle echar mano una y otra vez de esas «dislocaciones». Aunque con diversos grados de exactitud, los británicos recordaban que ya había predicho el estallido de una guerra civil en Irlanda, la irrupción del bolchevismo en Polonia y Alemania, un enfrentamiento bélico con la Turquía de Mustafá Kemal, el derramamiento de sangre en la huelga general de las minas de carbón, y el desmoronamiento de la ley y el orden en todo el norte de la India —predicciones que en la mayoría de los casos se habían acabado por verificar—. Por consiguiente, cuando la mayor amenaza a la que iba a enfrentarse la

civilización en todo el siglo XX se presentó efectivamente ante sus ojos, el público se comportó como si fuera inmune a sus vaticinios, al haberse acostumbrado a ver interpretar sistemáticamente a Churchill el papel de Casandra, de modo que no dio crédito a sus palabras. Y lo que es peor, muchos de los parlamentarios que no confiaban en su buen juicio y que consideraban desdeñosamente su ambición, quedaron convencidos de que sus advertencias se debían a un interés egoísta y no a un auténtico sentimiento de preocupación. «En este parlamento, Winston es, de lejos, el político que mejores discursos pronuncia, —señalará en diciembre Robert Bernays, un diputado nacional liberal—, y, sin embargo, el *Times* finge continuamente que sus alocuciones son de mal gusto y contrarias al interés público»[91]. Pero Bernays también dudaba de la sinceridad de Churchill. En febrero de 1933, al referir el ataque que Churchill había dirigido durante diez largos minutos contra Neville Chamberlain a causa del desempleo, Bernays afirmará que había sido «la más mordaz condena del gobierno que jamás haya alcanzado a escuchar en este parlamento. Winston se ha mostrado realmente conmovido, aunque es posible que se tratara de una emoción similar a la de esas actrices que se meten tan vehementemente en el papel que ni siquiera en el camerino logran zafarse de su turbación»[92].

El 30 de enero de 1933, el presidente Von Hindenburg nombraba canciller de Alemania a Hitler. Unas semanas más tarde, Churchill exclama en la Cámara de los Comunes: «Doy gracias a Dios por el ejército francés» —ya que él no solo consideraba que era el mejor del mundo, sino también el baluarte más fiable contra toda veleidad revanchista de los alemanes—.[93] En los seis años inmediatamente posteriores, Churchill aún habría de hacer un gran número de predicciones y pronunciamientos llamados a quedar desmentidos por los hechos —como ya le había ocurrido en las últimas tres décadas—, pero aun así, resulta notable que él fuera el primer político británico de peso que presintió el peligro (y durante mucho tiempo el único), además del más elocuente y el mejor informado. Solo él avisó de la creciente amenaza que Hitler empezaba a suponer para la paz, la civilización y el imperio británico. Es más, como tendremos ocasión de comprobar, Churchill fue también el único que ofreció respuestas y soluciones prácticas a la situación: por este motivo, al preguntarle

Roosevelt en 1943 qué nombre consideraba que debía darse al conflicto, Churchill le responderá: «La guerra innecesaria»[94].

Poco después, Churchill comenzaba a recibir en Chartwell la visita de una serie de expertos en distintos campos que no solo estaban decididos a prevenirle de la fuerza del ejército alemán y a informarle de sus planes militares, sino también, y sobre todo, a señalarle la debilidad de los contingentes británicos. En muchos casos, la coordinación de esas visitas confidenciales correría a cargo de Desmond Morton, su principal asesor de inteligencia y antiguo agente del MI5, que no solo vivía cerca de Chartwell, sino que en ese momento era miembro de un subgrupo del Comité para la Defensa del Imperio encargado de estudiar las cuestiones relacionadas con la guerra económica. Entre las personas que acudieron a entrevistarse con Churchill se encontraban *sir* Robert Vansittart y Ralph Wigram, del Ministerio de Asuntos Exteriores; Heinrich Brüning, un enemigo de los nazis que había sido canciller de Alemania entre los años 1930 y 1932; dos oficiales de la Real Fuerza Aérea británica —el comandante de ala Tor Anderson y el capitán de grupo Lachlan Maclean—; y los políticos del Frente Popular Francés Pierre Cuna y Léon Blum. Estos valientes hombres proporcionaron a Churchill datos, cifras y argumentos, además de una sólida comprensión de lo que estaba sucediendo —lo que en algunas ocasiones les obligaría a poner en peligro su carrera profesional—. Todo esto ayudó a Churchill a hacerse una idea exhaustiva del alcance de la amenaza nazi —y de la inadecuada respuesta que le estaba dando el gobierno británico.

Churchill también se puso en contacto con los principales defensores del uso bélico de los tanques ofensivos, así como con el periodista Basil Liddell Hart y un historiador militar, el general de división J. F. C. Fuller, manteniendo con ellos una nutrida correspondencia durante los años que pasó apartado de la política —al menos hasta descubrirse con claridad las tendencias fascistas de Fuller—. «Hemos solido discutir cuál debe ser la longitud de una división mecanizada, —le escribe Churchill a Liddell Hart a mediados de febrero, tras una de sus reuniones—. Sin embargo, podemos estar prácticamente seguros de que la auténtica prueba decisiva es la de la velocidad con la que puedan rebasar un punto determinado.»[95] Como

siempre, Churchill se mantenía todo cuanto le era posible al tanto de los últimos avances técnicos en materia bélica. A mediados de la década de 1930, ningún político relevante de Gran Bretaña estaba tan bien informado como él de la solvencia y limitaciones de las fuerzas armadas de Gran Bretaña y Alemania.

El 9 de febrero de 1933, el círculo de debate de la Oxford Union aprobaba, por 275 votos contra 152, una moción titulada «Que esta casa jamás luchará, bajo ninguna circunstancia, por el rey y por el país». Churchill denunció ese planteamiento diciendo que se trataba de «una declaración abyecta, miserable y desvergonzada»[96]. Tres semanas más tarde, Randolph regresaba a su *alma mater* para tratar de anular la moción convocando un debate que resultó sumamente agitado. Sin embargo, salió derrotado por 750 votos contra 138. «No hay nada tan desgarrador como la hostilidad de mil voces salidas de la garganta de tus propios contemporáneos, —le escribirá Churchill a Hugh Cecil, henchido de orgullo por el comportamiento de su hijo—, pero no se ha sentido hundido por ello»[97]. Ocho días más tarde, en un discurso pronunciado en Londres ante los miembros de la Unión Antisocialista y Anticomunista, Churchill sostendrá que la votación de Oxford constituía «un síntoma extremadamente inquietante y nauseabundo. Casi se alcanza a percibir el mohín de desprecio que baila hoy en los labios de los hombres de Alemania, Italia y Francia al leer el mensaje que la Universidad de Oxford les ha enviado en nombre de la Joven Inglaterra»[98]. Este es justamente el discurso en el que Churchill afirma que Mussolini es «el mayor legislador que ha conocido la humanidad»[99]. En 1931 también habrá de hacer unos comentarios casi igual de desafortunados respecto del Japón, que acababa de invadir la región china de Manchuria: «Espero que en Inglaterra tratemos de entender mínimamente la posición del Japón, una nación antigua, que no solo tiene la más elevada percepción estatal del honor y el patriotismo nacionales, sino que cuenta además con una población muy numerosa y da muestras de poseer una energía notable. Por un lado, los japoneses se encuentran con la siniestra amenaza de la Rusia soviética, y por otro, con el caos de China, país que ha consentido que cuatro o cinco de sus provincias se vean actualmente sometidas a la tortura del yugo comunista»[100]. Como

acabamos de comprobar en el caso de Mussolini, también constatamos aquí que Churchill permite que su anticomunismo le nuble la razón. El 27 de febrero, el Reichstag era pasto de las llamas en circunstancias misteriosas, con lo que la sensación de crisis en Alemania se hizo más intensa. Seis días después, los nazis obtenían diecisiete millones de sufragios, es decir, el 44 % del voto popular. Churchill responderá en marzo a estos acontecimientos pronunciando en los Comunes su primer discurso sobre la necesidad vital de aumentar masivamente, y lo antes posible, las dimensiones de las fuerzas aéreas británicas, un mensaje que, por su importancia, es muy posible que no fuera superado por ninguno de los que estaba llamado a dirigir a la nación en los seis años siguientes. «Todo el discurso, —concluirá Bernays—, pese a ser un alegato en favor de la adopción de una actitud realista, transmitía en verdad la idea de que era preciso resucitar la mentalidad bélica»[101]. Y en esa aparente contradicción habrá de residir el gran problema al que Churchill deberá enfrentarse, dado que el país y el imperio habían sufrido terriblemente en la Gran Guerra.

«Cuando leemos lo que ocurre en Alemania», señala Churchill el 24 de marzo, es decir, el mismo día en el que la Ley de Habilitación otorgaba a Hitler plenos poderes dictatoriales, «cuando contemplamos, llenos de asombro y de angustia, el tumultuoso alzamiento de la ferocidad y el espíritu de guerra, cuando asistimos al despiadado maltrato de las minorías, a la negación de los amparos que la sociedad civilizada reconoce normalmente a un vastísimo número de individuos, ahora execrados en Alemania sobre la sola base de su raza […], no hay forma de eludir la dicha que supone la circunstancia de que las terribles pasiones que están incendiando Alemania no hayan encontrado, por el momento, más salida que la que gravita sobre los propios alemanes»[102].

El 1 de abril, se inicia seriamente la persecución de los judíos en Alemania con un boicot nacional, orquestado por el gobierno, a todos los establecimientos y profesionales judíos. De la estricta observancia de ese bloqueo se encargarán en las calles los brutales camisas pardas, que se dedicaban a asaltar y humillar sádicamente a los judíos cada vez que hallaban ocasión de hacerlo. El filosemitismo de Churchill, tan raro en las bancadas conservadoras, fue un elemento inestimable que le permitió

percibir antes que nadie el verdadero rostro del régimen nazi. «Recuerdo que, en la Cámara de los Comunes, al contarme lo que les estaban haciendo a los judíos en Alemania, un día antes de que se declarara la guerra, las lágrimas le corrían por las mejillas», apuntará Attlee muchos años después[103]. El 13 de abril, Churchill condena la dictadura de Hitler, que tilda de «terriblemente siniestra». «Hay esas manifestaciones marciales, o agresivas, y también esa persecución de los judíos […]; cuando veo los accesos de ira que allí se exhiben y leo los discursos de los ministros más destacados, no puedo evitar alegrarme de que los alemanes no lograran hacerse con los cañones pesados, los miles de aviones militares y los tanques de distintos tamaños que tanto habían insistido en recibir con el pretexto de que su situación quedara equiparada con la de otros países.»[104] Pero Churchill también lanzaba una advertencia: «Si Alemania va adquiriendo una igualdad militar plena con las naciones vecinas, y si al mismo tiempo se da la doble circunstancia añadida de que sus propios agravios siguen sin resolver y de que el país continúa sumido en el convulso estado de ánimo al que por desagracia hemos estado asistiendo últimamente, será inevitable que nos encontremos al borde de una nueva guerra general europea»[105].

Era perfectamente natural que a la población le disgustara escuchar ese tipo de sombríos vaticinios, sobre todo a las personas que habían perdido a un padre, a un hijo, a un marido o a un hermano en la última guerra. El pacifismo hacía furor en esos años (11,6 millones de británicos habían participado en la «Encuesta de la Paz» promovida entre los años 1934 y 1935 por la Sociedad de Naciones), y desde el punto de vista psicológico, a la gente le resultaba mucho más fácil pintar a Churchill con los rasgos propios de un apóstol de la guerra que mirar de frente la terrible posibilidad de que los setecientos cincuenta mil soldados del imperio británico que habían perecido en la contienda de 1914 a 1918 pudieran no haber intervenido en último término en lo que entonces se llamaba «la guerra destinada a poner fin a todas las guerras». Entretanto, Churchill seguía defendiendo a un tiempo el Tratado de Versalles y el resto de los pactos firmados durante la posguerra, apoyándose para ello en la idea de que «su fundamento descansaba en el principio más sólido y más vigente en el

mundo de nuestros días, el del nacionalismo, o como daría en llamarlo el presidente Wilson, el «principio de la autodeterminación» […]. «La primera regla de la política exterior británica debería consistir en resaltar la importancia del respeto a estos grandes acuerdos y en lograr que aquellas naciones cuya existencia como tales estados dependa de los tratados y emane de ellos tengan la clara percepción de que no hay ningún elemento susceptible de plantear desafíos a su seguridad»**[106]**. En esos años, había muchas personas en Gran Bretaña que tenían la sensación de que el Tratado de Versalles había sido demasiado duro con Alemania, y que creían que lo único que quería Hitler era revisarlo.

En un discurso pronunciado ante los miembros de la Real Sociedad de San Jorge**[107]** en el mes de abril, Churchill observa:

> En el transcurso de los siglos se ha revelado la existencia de una peculiaridad de elevado coste para los ingleses. Siempre hemos dejado escapar, tras la victoria, buena parte de las ventajas obtenidas en combate. Las peores dificultades que sufrimos no proceden del exterior. Vienen de dentro […], de la injustificable inercia autodegradante a la que nos ha abocado un influyente sector de nuestra propia clase intelectual. Esos apuros provienen de una circunstancia: la de que una notable cantidad de políticos británicos den por buenas las doctrinas derrotistas […]. Nada podrá salvar a Inglaterra si ella misma no lucha por su salvación. Si perdemos la fe en nosotros mismos, en nuestra capacidad de guiar y gobernar a otros, si malogramos la determinación de seguir luchando por la vida, entonces nuestra historia habrá llegado ciertamente a su fin**[108]**.

Esto tampoco era precisamente lo que la gente quería oír, aunque Churchill acabara convirtiéndolo en una suerte de estribillo al que recurría con frecuencia. Pese a que mucha gente diera por supuesto que, en vista de las terribles pérdidas sufridas en la primera guerra mundial, debían darse a Alemania todo tipo de acomodos a fin de evitar una segunda conflagración, Churchill defendía una posición que se apartaba de manera crucial de ese planteamiento. A su juicio, *el hecho mismo* de que las bajas hubieran sido efectivamente tan tremendas hacía necesario impedir que Hitler deshonrara su sacrificio y se alzara ahora con el predominio en Europa, ya que ese había sido justamente el objetivo del anterior régimen alemán y el motivo de que tantos ingleses hubieran dado la vida para atajarlo.

«Muy bien pudiera ocurrir que los capítulos más gloriosos de nuestra historia estén aún por escribir, —dirá ante los integrantes de la Real

Sociedad de San Jorge—. De hecho, los mismos problemas y peligros que abruman a nuestras gentes y a nuestra tierra deberían llenar de felicidad a los hombres y las mujeres de esta generación, pues no a todos les es dado el privilegio de vivir en un momento como este. Debemos regocijarnos por las responsabilidades con las que ha querido honrarnos el destino, y sentirnos orgullosos de ser los guardianes de nuestro país en una época en la que se halla en juego la existencia misma de la nación.»[109] Por entonces, Hitler todavía no había invadido ningún territorio, y aún tardaría cerca de tres años en hacerlo. Sin embargo, otro de los factores que hacen notable el discurso de Churchill en la Sociedad de San Jorge es el hecho de que en él queden patentes los criterios del orador sobre la condición de los británicos. «Soy un gran admirador de los escoceses, —afirma—. Vivo en términos bastante amistosos con los galeses, sobre todo con uno de ellos», añade en clara alusión a Lloyd George.

> Debo confesar que abrigo algunos sentimientos encontrados respecto a la vieja Irlanda, a pesar de la fea máscara tras la que intenta parapetarse. Pero esta no es una noche que pueda dedicárseles. En esta velada, única en el conjunto del año, se nos permite usar una palabra olvidada, casi prohibida. Se nos concede la gracia de mencionar el nombre de nuestro propio país, de referirnos a nosotros mismos como «ingleses», y de esgrimir incluso el lema «Por san Jorge y la Alegre Inglaterra[110]» […]. Hay unas cuantas cosas que no tengo inconveniente en aventurarme a señalar de Gran Bretaña. Las desgrano sin el menor ánimo de caer en la injusticia. A nadie se le ocurriría en este país que los bancos pudieran cerrar las puertas a los depositantes. En esta nación nadie cuestiona la imparcialidad de los tribunales de justicia ni el rigor de la ley. Aquí nadie tiene la tentación de perseguir a un hombre por su religión o su raza. En nuestra patria, todo el mundo ve en el policía a un amigo y a un servidor público, salvo el delincuente. En Inglaterra todos salimos al paso de la pobreza y la desgracia con mayor compasión de la que pueda existir en cualquier otro país, a pesar de las numerosas cargas que soportamos. En este suelo podemos hacer valer los derechos del ciudadano frente al estado, o criticar al gobierno de turno, sin dejar de cumplir nuestro deber para con la corona ni abandonar nuestra lealtad al rey[111].

En Churchill operaba instintivamente la idea de que la forma inglesa de resolver las cosas era muy superior a la de los nazis, y en agosto se permitiría el lujo de bromear en la sala de fumadores de la Cámara de los Comunes diciendo: «Ahora no se violenta prácticamente en nada el pensamiento progresista por hablar del maldito huno»[112].

En mayo, el marqués de Linlithgow, antiguo jefe de filas del Partido Conservador y encargado en ese momento de presidir el Comité Selecto para la Reforma Constitucional de la India, acusó a Churchill de querer «recrear la India de 1900». La carta que Churchill habrá de dirigirle a modo de respuesta constituirá una poderosa advertencia, máxime en unos meses en que los nubarrones de la inminente guerra empezaban a acumularse amenazadoramente pese a que nadie lo advirtiera —salvo Winston, para quien el peligro resultaba cada vez más evidente—. En ese escrito, Churchill vinculaba la opinión que estaban defendiendo los liberales en el asunto de la India con la venidera guerra contra los nazis. «Usted da por supuesto que el futuro es una simple prolongación del pasado», explica,

> mientras que yo veo que la historia está llena de regresiones y vuelcos inesperados. Hoy han quedado atrás tanto el suave y difuso liberalismo de los primeros años del siglo XX como las fantásticas esperanzas e ilusiones surgidas tras el armisticio de la Gran Guerra. Se han visto superados por una violenta reacción contra el parlamentarismo y el sistema electoral. Y a ella viene a sumarse ahora el establecimiento de las dictaduras, explícitas o veladas, que vemos aparecer en casi todos los países […]. Usted y sus amigos pueden seguir voceando todo el tiempo que quieran los insulsos tópicos de esa edad triunfante, fácil y segura que pregonan. Pero esos tiempos, que son ya cosa del pasado porque las tornas han cambiado, están a punto de asistir a un maremoto que acabará por arrollarles. Desde mi punto de vista, Inglaterra vive hoy en los prolegómenos de un nuevo período de guerra en el que tendrá que luchar por su vida […]. Mientras tengamos la seguridad de no estar exigiendo a la India nada que no redunde en su mejor y más claro interés, tendremos justificado derecho a utilizar nuestro indudable poder en la concreción de su bienestar y el nuestro. Los planes que usted propone llegan con veinte años de retraso[113].

En julio, en el banquete del vigésimo primer aniversario de la fundación del Other Club, al que asistían cuarenta y nueve personas, Jan Smuts, que había sido primer ministro de Sudáfrica entre los años 1919 y 1924, pronunció un discurso en el que dijo que Birkenhead y Churchill merecerían haber desempeñado esa misma responsabilidad en Gran Bretaña. Smuts había comenzado diciendo: «Permítanme decir lo siguiente: si mi viejo amigo [Churchill] procede con cautela, logrará alcanzar ese puesto. Sigue siendo insumergible, pero tendrá que ser prudente»[114]. En su respuesta, Churchill mantiene: «¡Yo discrepo […], ya que no consigo ver las inexpresables delicias que, no sin conocimiento de causa, continúa

atribuyendo [nuestro invitado] a las funciones de primer ministro!»[115]. Cabe dudar muy seriamente de que hubiera una sola persona en la mesa que entendiera sus afirmaciones en sentido literal. A continuación, Churchill se refirió de forma muy emotiva a los miembros del Club que habían fallecido. «Voy a leerles una lista, porque espero traerles con ella a la memoria los rostros de los amigos desaparecidos, el eco de esas risas tan queridas, y el destello de una mirada repleta de cordialidad, de amistad y de estímulo. *Sir* Henry Wilson murió abatido por la bala de un verdugo, —resaltó—. Lord Kitchener pereció ahogado como consecuencia de un ataque enemigo. Lord Lucas fue asesinado mientras luchaba a cientos de metros sobre el suelo. Tommy Robartes y Neil Primrose cayeron en Francia y Palestina.» Churchill evocará a continuación a otros dos miembros, *sir* John Cowans y *sir* Laming Worthington-Evans, que se habían apagado con cincuenta y nueve y sesenta y dos años, respectivamente, debido a las tensiones derivadas de sus responsabilidades bélicas, para agregar casi inmediatamente: «Resulta difícil creer que ya no estén entre nosotros, pero el simple hecho de pensar en ellos renueva nuestra esperanza y nos hace sentir que en alguna parte, y de alguna manera, todas las entidades a las que un día unieran lazos de verdadera amistad alcanzarán a reencarnarse. No tengo la sensación de que se sintieran desdichados en la hora de la muerte»[116]. Lloyd George hizo una rara excepción y se dejó caer por el ateneo durante la cena, trayendo a colación las iras partidistas y los rencorosos epítetos que se habían desatado contra Churchill en 1911: «No me es posible repetir aquí, en este club tan sumamente respetable, algunas de las cosas que entonces se dijeron de Winston»[117].[118]

El chófer de Churchill, Sam Howes, recordó que su jefe «siempre se divertía en el Club, ya que no solo solía permanecer invariablemente en él hasta las dos de la madrugada, hora arriba, hora abajo, sino que al salir exhibía el humor de un hombre sumamente dichoso»[119]. En una ocasión, Churchill había dado una serenata bajo las ventanas superiores del Hotel Savoy, recitando al completo los versos y coros de «No es feliz la suerte del policía», uno de los temas musicales que Gilbert y Sullivan habían compuesto para su ópera cómica titulada *Los piratas de Penzance* (lo que no dejaba de resultar muy oportuno, dado que ese día acababa de cenar en

la Sala Pinafore)[120] —hasta que el portero del establecimiento se quejó de que el ex ministro de Hacienda se estaba «comportando de forma molesta»—.[121] En uno de los trayectos de regreso a casa, a la una y media de la mañana, Churchill señaló a Howes la constelación de Orión y le explicó que, en el desierto de Egipto en 1898, «ese grupo de estrellas me salvó la vida».

A principios de octubre, Churchill publicó el primer volumen de *Marlborough. Su vida y su tiempo*. El libro constaba nada menos que de un millón de palabras, y fue apareciendo, dividido en cuatro tomos, entre los años 1933 y 1938. Su elaboración le exigió a Churchill dedicar a las investigaciones previas y a la redacción final del texto tanto tiempo como al propio Marlborough intervenir en la guerra de sucesión española. En la biografía del duque, Churchill no se limitó a relatar las peripecias de su antepasado en la bella prosa neoclásica del siglo XVIII, sino que también descubrió nuevas fuentes, corrigió los errores de los historiadores de épocas pasadas, estudió con toda solvencia un vasto conjunto de documentos escritos en lenguas extranjeras, y compuso en términos generales una sobresaliente obra de historia y literatura cuyo atractivo interpelaba tanto al erudito como al público aficionado[122]. (Y todo ello salido de la pluma de una persona cuyo padre había sentenciado: «Tiene poco que aportar en materia de inteligencia, conocimiento o capacidad para el trabajo bien hecho».)[123] No obstante, Churchill se equivocó al señalar el lugar de nacimiento de Marlborough, ya que no había venido al mundo en Great Trill, en Devon, sino en Ashe House, que se encuentra a kilómetro y medio de distancia, pero por lo demás, el tiempo que dedicó a devorar todos y cada uno de los libros publicados sobre su ilustre antepasado le permitió ofrecer a sus lectores una crónica notablemente exacta[124].

En febrero de 1965, al pronunciar la elegía póstuma de Churchill en el Other Club, Harold Macmillan argumentará que «los diez años que pasó alejado de la primera fila política —tiempo que dedicó entre otras cosas a escribir la biografía de su gran antepasado, John Churchill, primer duque de Marlborough— fueron los que sentaron las bases de su grandeza»[125]. El

más destacado investigador de la vida de Winston Churchill, el joven historiador de Oxford Maurice Ashley, explica que las experiencias que había tenido ocasión de vivir Churchill hasta esa fecha habían sido de vital importancia para el libro, dado que habían supuesto para él una oportunidad «de observar cómo operaba la mente de los estadistas y los generales en aquellos lejanos tiempos»[126].

Churchill defendió vigorosamente el buen nombre de su antepasado frente a las «burlas, calumnias y graves acusaciones» de ciertos historiadores, como Thomas Babington Macaulay, que había llegado al extremo de afirmar: «Todo cuanto podemos esperar es que la verdad salga a la luz con la rapidez necesaria para tachar de "mentiroso" a tan elegante gentilhombre»[127]. La principal acusación que Macaulay hacía gravitar sobre el duque consistía en denunciar que había actuado por motivos exclusivamente egoístas, una imputación que también estaba siendo una constante a lo largo de la vida de Winston.

El hecho de que la redacción del *Marlborough* obligara a Winston a analizar el enfoque que su antepasado había dado a las coaliciones bélicas también permitiría a Winston pulir algunos de sus planteamientos estratégicos, ya profundamente transformados por las vicisitudes vividas durante la Gran Guerra. «Fue una contienda de la periferia contra el centro», señala en referencia a la guerra de sucesión española[128]. Hasta el año 1710, Marlborough había sido capitán general del ejército y líder de la coalición de naciones que se oponía a la hegemonía francesa. Churchill le admiraba por haber sabido crear una estrategia unitaria, capaz de anteponerse a las «intrigas, los objetivos contrapuestos y las medias tintas de la vasta coalición que intentaba librar la guerra, dado que no resultaba nada fácil coordinar sus movimientos»[129]. Desde el punto de vista político, consideraba que Marlborough había sido «el mejor servidor, de cuantos murieron siéndolo, que jamás haya tenido cualquier soberano de la historia»[130]. En una contundente digresión contra los dictadores, Churchill dice en relación a Marlborough: «No le estaban destinados los trofeos de Napoleón, ni los de mucho más reducido valor que relumbran en los últimos tiempos»[131]. Todo esto acabaría convirtiéndose en una preparación

intelectual idónea para el papel que él mismo iba a tener que desempeñar más tarde.

En el libro, Churchill tampoco ahorra críticas a «los generales de nuestros días», a cuyos ojos «no existen perturbaciones físicas; no hay peligro; no hay apremio […]. Casi podría decirse que siempre disponen del tiempo libre suficiente para una conferencia, aun en la más grave de las crisis». Marlborough, en cambio, no solo intervenía «a menudo en los más encarnizados cruces de proyectiles sino que también tenía en mente la posición y la diversa fortuna que pudieran estar corriendo en cada momento todas las unidades de su ejército, lo que le permitía dar órdenes de viva voz a las tropas»[132]. El libro contenía un gran número de epigramas de excelente calidad. Hay uno en particular en el que se explica que el joven Marlborough, haciendo gala de una descarada desenvoltura, se acostó con la poderosa amante del rey, la duquesa de Cleveland: «Unida la ocasión al deseo, ni a una ni a otro se le hizo un feo»[133]. En otra breve rima se describe el amor que Marlborough le profesaba a su esposa Sarah: «Duró toda la vida; desde que se conocieron, ninguno de los dos volvió ya a amar a nadie en toda su existencia, aunque a muchas Sarah odiara»[134]. Además, gracias a la magnanimidad mostrada en la victoria, Marlborough perfeccionó a tal punto «el arte de la conquista», que consiguió que «los vencidos aceptaran con gusto sus elogios»[135].

Churchill argumentaba que la tacañería de Marlborough (se decía que no ponía puntos a las íes para ahorrar dinero en tinta) era más bien una frugalidad digna de elogio, y señalaba que el gesto que en 1688 le había llevado a traicionar al rey Jacobo II había sido un acto dictado por sus más hondos principios, dado que por ese medio había contribuido a modificar el rumbo geopolítico de Gran Bretaña, a apartar al país de la tiranía católica favorable a Francia y a impulsar «el ascenso de Inglaterra a la cúspide de Europa, con lo que al mismo tiempo se restringía y quebraba […] el omnímodo poder de los franceses[136]. Luis XIV conservó indiscutiblemente la primacía política en el conjunto de la Europa continental, pero Churchill sostenía que Marlborough había «marchado a la cabeza de los ejércitos para destruir ese altivo predominio. Y hasta es posible incluso que tuviera ocasión de contemplar en sus más tempranas

fases el proceso por el que Gran Bretaña estaba destinada a levantar, sobre las ruinas del esplendor francés, una grandeza llamada a extenderse por la faz de la Tierra y estampar su sello en el futuro»[137].

Las acciones que otros autores, como el mismo Macaulay[138], consideraban una miserable traición por parte de Marlborough a su propia patria, se convierten de la mano de Churchill en el punto de arranque de un glorioso período de ascenso nacional. Sin embargo, Winston no se hacía ilusiones respecto a la voluntad de su antepasado, siempre reacio al compromiso. «Menudo pájaro estaba hecho, —le escribe a Clementine en 1935—. Un picamaderos permanentemente ávido de conquista. Su largo aprendizaje en la corte le había enseñado a doblar la cerviz, a rebuscar ansiosamente en pos de una prebenda, y a quedarse con migajas de segundo o tercer orden si no se le ofrecía nada mejor.» Churchill resume el perfil de su antepasado con estas palabras: «Fue un hombre valeroso y henchido de orgullo, benigno, paciente —rastrero incluso, en caso de necesidad—, temerario y heroico»[139]. Churchill en cambio era impaciente y no se arrastraba ante nadie, pero, por lo demás, vio siempre en Marlborough un modelo digno de ser imitado —junto con Clemenceau.

Churchill relata los vericuetos que hubo de recorrer Marlborough para reorganizar las fuerzas armadas inglesas y avanzar a grandes zancadas en sus métodos de entrenamiento y disciplina, lo que le permitiría conseguir un gran número de victorias. Más tarde, el duque cayó en desgracia y perdió el favor del rey Guillermo III —tanto es así que en un momento dado llegará incluso a ser encarcelado en la Torre de Londres—. «Diez años habrían de transcurrir, y a una edad, además, en que las posibilidades de éxito de la humana existencia parecen llegar ya a su fin […], antes de que [Marlborough] volviera a hallar ocasión de ejercer el mando militar, —escribe Churchill[140]—. ¿Y quién podrá poner en duda la inmensa ira que le arrebataba el alma mientras meditaba en las oportunidades perdidas?», añade. «Pues es obvio que, si por un lado confiaba en saber modificar la escena con raudo y firme pulso, era consciente, por otro, de las muchas trabas con las que se le pretendía aherrojar. No tenía a su lado a ningún espíritu profético capaz de susurrarle: “¡Paciencia! La oportunidad está aún

por llegar”. Su entereza era casi proverbial. Y tuvo necesidad de emplearla a fondo.»[141]

«¡Realmente eres un hombre increíble!, —le escribe Baldwin—. A veces contemplo esa hilera de volúmenes disciplinadamente alineada en mi pequeña biblioteca, y no logro entender cómo has podido encontrar el tiempo preciso para realizar siquiera la ardua labor física que exige el solo acto de redactarlos. Este último libro habría reclamado años de trabajo a cualquiera, incluso a un hombre cuya única ocupación se redujera a la escritura de la historia.»[142] Para Churchill, el hecho de dejar constancia del curso de la historia en un libro era un complemento natural al proceso de tejerla en vivo con acciones. Como todas sus demás obras, también el *Marlborough* nos habla del autor tanto como de su tema[143]. Churchill explica que, a principios de la década de 1690, Marlborough «se había visto reducido a la subalterna e ingrata posición del crítico dedicado a señalar en qué puntos se están manejando mal unos asuntos con cuyo propósito fundamental, no obstante, coincide»[144].

En octubre de 1934, Churchill publica el segundo volumen de la biografía de Marlborough. En este tomo, Churchill se ocupa del establecimiento de amistades políticas y de la creación de alianzas, aunque condensa particularmente su análisis en la relación vital que habrá de surgir entre Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya. Para ser alguien al que se ha acusado a menudo de centrarse gratuitamente en el mundo anglosajón, Churchill se muestra aquí notablemente imparcial, dado que permite que Eugenio comparta la gloria de su antepasado. Marlborough y el de Saboya iniciaron su vínculo en 1701, con una amistad puramente epistolar, ya que de hecho no se conocieron en persona hasta el año 1704. Sin embargo, tras ese primer encuentro, Churchill escribe: «Entonces dio comienzo, de inmediato, esa gloriosa camaradería de armas que ni la victoria ni la desdicha alcanzan a perturbar, ese lazo ante el que la envidia y el malentendido quedan desarmados, y del que la historia de la guerra no conoce ejemplo comparable»[145]. O no lo ofrece al menos, habría que decir, en tanto no se fragüe la no menos crucial afinidad entre Churchill y el presidente Roosevelt, doscientos cuarenta años más tarde.

El científico político estadounidense Leo Strauss, consideraba que el *Marlborough* era la obra histórica más importante de todo el siglo XX. Un historiador moderno lo ha descrito perspicazmente como «la piedra angular de la formación política del propio [Churchill]»[146]. La amplitud del paisaje interior de Churchill —los muchos y variados intereses que cultivaba, más allá de los estrictamente políticos— le proporcionaban la facultad de acercarse a la política con mucho menor apego que la mayor parte de los políticos profesionales, y por ello no tenía por qué aceptar las componendas que otros asumían con tal de obtener un puesto o de permanecer en él.

Es posible que el *Marlborough* fuera la razón que determinara que Franklin Delano Roosevelt, que en noviembre de 1932 había sido elegido presidente de Estados Unidos, comenzara a mostrarse más proclive a una relación cordial con Churchill —y esto, claro está, mucho antes de que ambos tuvieran ocasión de entrevistarse por segunda vez—.[147] El 8 de octubre, tras enterarse de que James Roosevelt, el hijo del presidente, se encontraba en Inglaterra, Churchill le invita a Chartwell. Una vez allí, y finalizada la cena, el anfitrión pide a todos los invitados que expresen su mejor deseo. Al llegarle el turno, Churchill comenta: «Desearía ser primer ministro y mantener una comunicación tan estrecha como cotidiana con el presidente de Estados Unidos. Si trabajáramos juntos, no habría nada que no se hallara a nuestro alcance»[148]. Dicho esto, Churchill cogió una hoja de papel y dibujó, entrelazados, el signo de la libra y el del dólar, bautizándolo acto seguido con el nombre de «esterlin-dólar» y exclamando: «Le ruego que entregue esto a su padre de mi parte. Dígale que esta ha de ser la moneda del futuro». ¿Y qué pasaría, vino a contestar James, si mi padre prefiriera llamarlo «dólar-esterlin? —El rostro de Churchill se iluminó—: Es igual, navegamos en el mismo barco»[149]. Winston entregó a James un ejemplar del *Marlborough* con el encargo de que el joven se lo ofreciera a su padre. El libro llevaba una anotación alusiva a la nueva política económica que estaba auspiciando el jefe del estado norteamericano: «A Franklin D. Roosevelt, de Winston S. Churchill. Con mis mejores deseos de que el éxito sonría a la mayor cruzada de los tiempos modernos». Dos meses después, se enteraba, a través de una tercera persona, de que el presidente lo estaba leyendo «con verdadero placer»[150].

Capítulo 16

SALTAN LAS ALARMAS

Octubre de 1933 - marzo de 1936

> Allí donde una jauría de hombres fieros surge de las profundidades y se alza al pedestal de las dictaduras desaparecen las garantías de la vida, la ley o la libertad.
>
> Discurso de Churchill a sus electores de Wanstead, 7 de julio de 1934[1].

> Cuando se oscurece la brillante luz del sol británico, en la jungla se despiertan criaturas poderosas, ávidas de presa.
>
> Folleto de presentación electoral de Churchill, noviembre de 1935[2].

El 14 de octubre Alemania abandonaba la Conferencia de Desarme de Ginebra, y una semana más tarde daba igualmente la espalda a la Sociedad de Naciones. Once días después, un candidato laborista, defensor del pacifismo, ganaba las elecciones parciales de Fulham Oriental con un 29,3 % de los votos. Poco antes el líder de su partido, George Lansbury, había dicho a los votantes: «[Si salgo elegido] cerraré todos los centros de reclutamiento, desmantelaré el ejército y me desharé de las fuerzas aéreas.

También aboliré el almacenamiento de esos espantosos pertrechos bélicos y le diré al mundo: “Contentaos vosotros con no hacer todo lo posible”»[3]. Al sugerir Lansbury que el Partido Laborista jamás consentiría que Hitler se rearmase, Churchill reaccionó dedicándole un sarcasmo en la Cámara de los Comunes: «¿Está su señoría realmente seguro de que los alemanes tienen intención de venir aquí a pedirle permiso para reunir más armas? ¿No le parece que podrían omitir esa formalidad y seguir adelante con sus planes, sin molestarse siquiera en consultar el voto delegado de la Federación Sindical?»[4].

Baldwin temía, probablemente con razón, que toda iniciativa claramente orientada a un rearme a gran escala hundiera al gobierno de concentración nacional en las urnas. En privado, Churchill vaticinaba, tras conocerse los resultados de las elecciones parciales de Fulham Oriental, «que lo más probable es que los laboristas barran en los próximos comicios»[5]. Pocos días después, Churchill comentará en una cena con invitados que había llegado al convencimiento de que la Sociedad de Naciones era la única esperanza de presentar «a Alemania un frente colectivo». Al preguntarle Robert Cecil por qué no había apoyado la adopción de sanciones contra Japón tras la invasión de Manchuria, Churchill le contestó que China estaba demasiado lejos, y que el destino de la Sociedad de Naciones, «su auge o su caída, depende de la actitud de Europa. La guerra es una solución bestial en este momento. Ha quedado despojada de todo cuanto pudiera tener de honroso. Ahora todo se reduce a un empleado con orden de tirar de una palanca»[6].

Un mes después de la retirada de Alemania, Churchill comenzaba a criticar los intentos que estaba haciendo el gobierno por infundir nueva vida a la Conferencia Mundial de Desarme, cuyas reuniones habían venido celebrándose en Ginebra desde el año 1932. En su ataque, Churchill declarará que los holandeses, los daneses y los suizos se estaban rearmando, puesto que «todos viven en la periferia de Alemania, que no solo es el pueblo más formidable del mundo, sino actualmente el más peligroso, ya que está formado por gentes que inculcan poco menos que la sed de sangre a sus hijos y que además establecen la doctrina de que toda frontera ha de ser entendida como simple punto de partida para la invasión»[7]. En

Whitehall, se había formado un nuevo Comité de Necesidades en Defensa integrado por militares de alto rango y funcionarios públicos. Dicha junta, que tenía como objetivo examinar los problemas que podían surgir en caso de que Inglaterra se viera obligada a luchar simultáneamente contra Japón y Alemania, determinó que, aun siendo la amenaza nipona mucho más acuciante, Alemania era en realidad el «enemigo último». Los expertos concluyeron (con notable visión de futuro) que el resto de la década de 1930 debía dedicarse a un rearme a gran escala si se pretendía que el país estuviera listo para un eventual conflicto bélico a fines de los años treinta[8]. Sin embargo, Neville Chamberlain, a quien le preocupaba que el coste del rearme supusiera un peligro para el precario crecimiento que se vivía tras la Gran Depresión, se negó a consentir que el gobierno incurriera en los imprescindibles desembolsos.

El 7 de febrero de 1934, Churchill exhortaba a sus colegas del parlamento diciéndoles que Gran Bretaña tenía que hacer frente a la deplorable falta de preparación de sus divisiones aéreas. Su argumento central giraba en torno a la idea de que el país tenía que empezar a reorganizar las fábricas civiles a fin de que pudieran ser transformadas rápidamente en instrumentos útiles para los objetivos bélicos:

> Es algo que se está haciendo en toda Europa, y con un alcance extraordinario […]. ¿Y qué hemos hecho nosotros? No podemos perder un minuto. Estas cosas no pueden hacerse de la noche a la mañana […]. Esta maldita e infernal invención de la guerra aérea se ha desarrollado tanto que nuestra posición ha quedado completamente trastocada. No somos ya el mismo tipo de país que antes, cuando éramos una isla, hace solo veinte años […]. Se trata de una cuestión de seguridad y de independencia. Ese es el desafío actual, y no guarda ningún parecido con todo cuanto hayamos conocido hasta ahora[9].

«Se ha creado una nueva situación, —insiste—, una situación surgida en gran medida en los últimos tiempos, y acelerada en parte en los pasados tres o cuatro años, en buena medida, me temo, por habernos dedicado a frotar reiteradamente la herida de la Conferencia de Desarme hasta convertirla en un cáncer, aunque también haya desempeñado sin duda un papel relevante la repentina irrupción del *naazismo*[10] en Alemania, con los tremendos armamentos secretos que ese país está desarrollando hoy en día». En ese mismo discurso de febrero, Churchill señaló la pesadilla que tendría que

vivir Gran Bretaña si Alemania le presentaba un ultimátum de «muy pocas horas con la advertencia de que, si nuestra respuesta no es la que ellos consideren satisfactoria, Londres quedará inmediatamente expuesto a la explosión de las bombas, mientras una catarata de escombros, humo y llamaradas nos da a conocer el alcance de las insuficiencias que hoy estamos permitiendo que se desarrollen en nuestras defensas aéreas. Somos hoy más vulnerables que nunca»[11]. A continuación, Churchill lanzó un llamamiento a las instituciones, instándolas a constituir «una fuerza aérea que sea como mínimo tan poderosa como la de cualquier potencia que pueda atacarnos»[12]. Bernays, que había apoyado el desarme y escuchado algunos de los pasajes del discurso mientras Churchill hacía sus previas prácticas declamatorias en la sala de fumadores de los Comunes, había tenido ocasión de ver cómo Churchill se frotaba una herida imaginaria en el dedo al exponer la analogía del cáncer durante el ensayo. A pesar de sus convicciones, tras esa breve experiencia, reconoce: «Winston estuvo soberbio […]. No pude evitar decirme, aun a pesar mío, que podría tener parte de razón»[13].

Sin embargo, fueron muy pocos los que llegaron a reflexiones similares. Poco después, aunque también en febrero, al sostener Churchill ante los miembros de la Asociación Conservadora de la Universidad de Oxford que el rearme era necesario «para poder garantizar la seguridad de nuestro hogar insular», todo lo que consiguió fue un murmullo de risitas burlonas[14]. En marzo, Churchill continuó insistiendo en la Cámara de los Comunes en que era preciso disponer de una defensa aérea más sólida. Estas fueron sus palabras: «La historia entera demuestra lo peligroso que resulta depender de un estado extranjero para la defensa de la patria, y cuánto mejor es preservarla con medios propios […]. Me espanta la perspectiva de que llegue un día en el que los medios capaces de poner en peligro el corazón del imperio británico se encuentren en manos de los actuales gobernantes de Alemania […]. Pero esa terrible novedad es ya un hecho: Alemania se está armando; lo está haciendo a toda velocidad, y nadie va a encontrar el modo de detenerla»[15]. Bernays recuerda a Churchill «entrando y saliendo, revolviéndose con terrible inquietud en el asiento y febrilmente poseído por

la impaciencia, ansioso por levantarse. Es como un púgil atento a la señal de “segundos fuera”, dispuesto a salir al ring»[16].

En abril de 1934, Churchill descubrió que el noviembre anterior, lord Derby y Samuel Hoare habían manipulado ilegalmente las pruebas que la Cámara de Comercio de Manchester había entregado al Comité Selecto de los Comunes para la Reforma Constitucional de la India. El sistema empleado para ese fraude había consistido en presionar a los miembros de la Cámara de Manchester para que modificaran las declaraciones que habían consignado en su escrito respecto al impacto que el gobierno autónomo indio podía tener en el comercio. Churchill decidió elevar el asunto al Comité de Privilegios de los Comunes. Dado que el criterio de los fabricantes de algodón del Lancashire tenía una importancia capital en la argumentación que estaba esgrimiendo respecto a los efectos negativos del autogobierno indio en la actividad comercial británica, un día después de haber puesto el caso en conocimiento del Comité de Privilegios de los Comunes, Churchill pronunciaba un discurso en esa Cámara y lanzaba a los cuatro vientos la sensacional acusación de que Derby y Hoare habían cometido un «grave delito de prevaricación»[17]. Sin embargo, todo lo que Churchill podía alegar eran rumores y conjeturas. Ninguno de los miembros de la Cámara de Comercio de Manchester estaba dispuesto a dejar constancia oficial de que Derby u Hoare les hubieran presionado directamente con el doble fin de hacerles cambiar sus declaraciones y de diluir los perniciosos efectos que el autogobierno indio pudiera tener en la industria textil de Manchester. Al estar en juego la reputación y la carrera política de Derby y Hoare, el asunto se convirtió en un problema extremadamente espinoso, pese a que el número de vocales conservadores fuese mayoritario tanto en el Comité de la India como en el de Privilegios[18].

En sus memorias, Hoare dirá que las acusaciones que sostenían que Derby y él mismo habían manipulado los datos de la Cámara de Comercio de Manchester eran «tan infundados e irresponsables que el parlamento pudo descartarlos rápidamente por irrisorios»[19]. Al convocarse el Comité de Privilegios, solo le apoyó uno de sus diez miembros —lord Hugh Cecil, padrino de boda y amigo íntimo de Winston—. Fueron muchos más los que

se significaron en la defensa del Proyecto de ley de Gobierno de la India, que obtuvo el apoyo de hombres como Baldwin, MacDonald, Thomas Inskip, Clement Attlee, *sir* Herbert Samuel y el destacado político laborista Arthur Greenwood. Todos ellos sabían que el destino de dicho proyecto de ley se habría visto seriamente dañado en caso de que Hoare, que en ese momento ostentaba el cargo de secretario de estado para el subcontinente, se hubiera visto obligado a dimitir. El Comité de Privilegios se reunió en dieciséis ocasiones, escuchó el testimonio de quince miembros de la Cámara de Comercio de Manchester, y acabó exonerando a Hoare y a Derby de toda responsabilidad en la comisión de los presuntos delitos, dado que Churchill no había conseguido aportar las suficientes pruebas materiales para sustentar sus alegaciones.

Con todo, el presidente de la sección de la Cámara de Comercio de Manchester dedicada a los intercambios con la India admitió que se habían ejercido efectivamente algunas influencias. En una carta dirigida a uno de los integrantes de la Cámara de Comercio de Manchester, Derby aseguraba: «Comprenderá usted que el papel que por fuerza he de desempeñar en este caso es [el de un] observador inocente que nada sabe del asunto», una confesión velada a la que vendría a sumarse el hecho de que el primer ministro ofreciera a Churchill un puesto si se avenía a olvidar el asunto. El gobierno se negó a publicar todos los indicios que se le habían presentado y ganó por aplastante mayoría la votación derivada del informe del Comité de Privilegios[20]. En junio, Churchill tampoco salió mejor parado del debate que se celebró en los Comunes sobre el particular. Al responderle, Leo Amery señaló: «[Churchill] se empeña siempre, y a toda costa, en ser fiel al lema por el que se rige: *fiat justitia ruat caelum*»[21]. «Traduzca, —exigió Churchill—. Lo traduciré entonces a la lengua vernácula», replicó Amery: «“Si consigo zancadillear a Sam, a paseo el gobierno”». «La Cámara estalló en carcajadas.»[22] «No debería haberlo hecho, —admitirá poco después en la sala de fumadores un cariacontecido Churchill—: Ha sido una pifia de campeonato»[23]. «Las acciones de Winston Churchill nunca han cotizado tan a la baja», comenta el 13 de agosto *lady* Willingdon, esposa del virrey de la India, con *sir* Miles Lampson, alto comisionado de Egipto. Y la causa

se debe «en gran medida, —continúa—, a la estúpida iniciativa que ha tenido al intentar destituir a Derby por el asunto de la India»[24].

Poco después Churchill le confiesa a Cyril Asquith: «El trato que he recibido me ha dejado una pésima impresión, y algún día espero poder clavetear ese mal comportamiento en un panel de anuncios y exhibirlo como hacen los guardabosques, que acostumbran a exponer a la vista de todos la piel de los armiños y las comadrejas que cazan»[25]. Pero habría que esperar a la década de 1970, años después de la muerte de Churchill, a que Martin Gilbert, el biógrafo oficial de Winston, descubriera en los archivos del Ministerio de la India, conservada entre los documentos de máximo secreto, la carta que Hoare había escrito a lord Willingdon el 3 de noviembre de 1933. «Derby ha estado extremadamente oportuno con la Cámara de Comercio de Manchester, —comienza diciendo Hoare—. Les ha invitado a retirar el peligroso y agresivo memorando que habían enviado al Comité y cuya difusión yo mismo he podido impedir, por fortuna. Ahora lo han sustituido por un documento totalmente inofensivo.»[26] Churchill no llegó a saberlo, pero había estado en lo cierto desde el principio. A corto plazo, sin embargo, su moción fallida provocó una merma de la consideración en que se le tenía en el parlamento y le restó capacidad para convencer a los demás diputados de lo graves que eran los acontecimientos que se estaban desarrollando en Alemania.

El 30 de junio de 1934, en una purga que acabaría conociéndose con el nombre de «la Noche de los cuchillos largos», Hitler ordenaba arrestar y ejecutar sin juicio a varios centenares de personas a las que él mismo tenía por oponentes políticos, reales o potenciales. «Con independencia de lo que pueda uno pensar acerca de sus métodos, lo cierto es que *Herr* Hitler, —aseguraba el *Times*—, está haciendo verdaderos esfuerzos para transformar por un lado el fervor revolucionario en un empeño moderado y constructivo, y para exigir por otro un elevado nivel de dedicación pública a los funcionarios nacionalsocialistas»[27]. Una semana después, y desde posiciones totalmente opuestas, Churchill explica a sus electores de Wanstead:

> Los espeluznantes acontecimientos ocurridos en Alemania nos han dejado el ánimo abatido […]. Se hace difícil comprender cómo es posible que una gran nación, tan culta y

> amante de la ciencia, con tan vasto bagaje de inestimables tesoros en los ámbitos de la literatura, el conocimiento y la música, pueda presentarse de tan horrible manera ante los ojos del mundo. Nos encontramos frente a una tiranía sustentada por la prensa, promovida por la propaganda y apuntalada en el despiadado asesinato de los oponentes políticos[28].

Churchill volvió a solicitar que se duplicaran los efectivos y elementos materiales de la RAF y que se ampliara el voto de crédito[29] «lo antes posible, ya que es preciso multiplicar por dos las capacidades de la fuerza aérea». Herbert Samuel utilizaría estas afirmaciones para ridiculizarle con una comparación en la que le equiparaba a «uno de esos malayos que pierden la cabeza y echan a correr como locos»[30].

Ese mismo día, 30 de junio, moría Charles Richard Spencer-Churchill, alias «Sunny», el noveno duque de Marlborough. Le sucedió el mayor de sus dos hijos, pero de haber fallecido sin descendencia, habría sido Winston quien heredara el título, lo que habría determinado que perdiera su escaño en la Cámara de los Comunes, y casi con toda certeza la posibilidad de acceder al puesto de primer ministro, ya que habría que esperar al año 1958 para ver instaurada la enmienda jurídica que permitiría renunciar a las cartas de nobleza. Había sido capaz de sobrevivir al pinchazo de una navaja en el colegio, a una caída de casi nueve metros, a una neumonía, a las traicioneras aguas de un lago suizo, a las balas de la guerra de Cuba, a los ataques de los miembros de las tribus pastunes, a las lanzas de los derviches, a los artilleros bóers y a sus centinelas, a las moscas tse-tse, al incendio de una casa, a dos accidentes aéreos y a tres de carretera, a los obuses de alta capacidad explosiva alemanes, al punto de mira de los francotiradores, y, en los últimos tiempos, a un conductor neoyorquino —y sin embargo, dadas las cláusulas de la constitución británica, para poder continuar su carrera en los Comunes también había necesitado que un duque y una duquesa engendraran niños en lugar de niñas.

Pese a que en el mes de julio el parlamento aprobara una cierta expansión de la RAF, la medida se adoptó a expensas de una serie de recortes en los presupuestos del ejército y la armada. Entretanto, Chamberlain se propuso reducir en un 33 % los gastos de defensa, firmando para ello un tratado con Alemania destinado a conseguir por un lado que los buques de la flota teutona limitaran su número a la tercera parte de los de la

Marina Real Británica, y a restringir por otro el alcance de cualquier compromiso de contribuir con una Fuerza Expedicionaria Británica a los eventuales apuros bélicos de Francia[31]. Por consiguiente, Gran Bretaña empezó a rearmarse en 1934, pero a regañadientes, de forma poco sistemática, y bajo la constante supervisión del Tesoro. Por otra parte, se optó por dar la mínima publicidad posible a todo el proceso, a fin de no «provocar» ni a Hitler ni a la población británica —extremo este último que en ese momento se consideraba el más importante—. El gobierno todavía no había dado en ver un motivo de ofensa en el papel de Churchill como elemento de presión y de exigencia de mayores avances. De hecho, solo más tarde decidiría el ejecutivo llevar a sus fuentes de información ante los tribunales en virtud de la Ley de Secretos Oficiales, pese a que varias de las personas que le mantenían al tanto de la evolución de los acontecimientos eran viejos conocidos del MI5, cuyos agentes interceptaron su teléfono[32].

A mediados de julio, Churchill y Austen Chamberlain, que se oponían al apaciguamiento de Alemania, se manifestaron en favor de entablar relaciones de amistad con la URSS y de admitirla en la Sociedad de Naciones[33]. Se trataba de un paso sumamente importante para una persona tan doctrinariamente anticomunista como Churchill, y evidentemente, a sus enemigos no les resultó nada difícil presentarlo como una nueva pirueta política, pero nos da idea de lo extremadamente necesario que consideraba Churchill erigir un baluarte de seguridad colectivo capaz de frenar a Hitler. En 1935, Winston se reunió en Londres con Iván Maisky, el embajador soviético, y le dijo que el ascenso de los nazis amenazaba con transformar a Gran Bretaña en «un juguete en manos del imperialismo alemán». Churchill dejó a un lado su postura contraria a Rusia y le explicó a Maisky que no creía que la Unión Soviética planteara ninguna amenaza a Gran Bretaña —al menos no antes de una década, matizó—.[34] En esta ocasión su vaticinio se reveló notablemente preciso, ya que su discurso sobre el telón de acero tuvo lugar once años más tarde. El 2 de agosto de 1934 fallecía el presidente Von Hindenburg. Diecisiete días después, se aprobaba en plebiscito, con 38,4 millones de votos a favor y 4,3 millones en contra, el nombramiento de Hitler como *führer* dotado de todos los poderes ejecutivos. Con este resultado, los nazis tenían las manos libres para

convertir a Alemania en una despiadada dictadura totalitaria, y desde luego se pusieron manos a la obra con la máxima celeridad posible. «Me ha dado una gran alegría que haya habido tantas personas con el coraje necesario para votar contra la conversión de ese mafioso en un autócrata vitalicio», le dirá Churchill a Clementine pensando en los valerosos 4,3 millones de sufragios negativos[35].

Poco después, en agosto, Churchill, Lindemann y Randolph partieron para una estancia de asueto en el Château de l'Horizon, en Golfe-Juan, cerca de Cannes, la vasta mansión de estilo *art déco* construida a orillas del Mediterráneo[36] y propiedad de la actriz estadounidense y conocida anfitriona del mundillo de la alta sociedad, Maxine Elliott, que les agasajó de forma fastuosa. Su nombre de soltera era Jessie Dermott y había nacido en 1868[37] en Rockland, Maine. Era una mujer muy hermosa y de notable ingenio, hija de un capitán mercante irlandés que había inmigrado a Estados Unidos. Había actuado en varias comedias musicales de éxito, y tenido un hijo con quince años de un hombre que le llevaba diez. Más tarde se había convertido en amante de J. P. Morgan, y había pasado por un mínimo de dos divorcios (dado que se había separado de un político irlandés alcohólico y de un cómico igualmente dado a la bebida). También había amasado una fortuna en los negocios y realizado labores de socorro para ayudar a los refugiados belgas durante la Gran Guerra, en la que su amante, mucho más joven que ella, había perdido la vida en combate. Se trataba por tanto de una mujer que había llevado un tipo de vida perfectamente adecuado para entretener e impresionar a Churchill, que la conocía desde el año 1905, es decir, desde los tiempos que Maxine había pasado en Hartsbourne Manor, en Hertfordshire, dedicada a recibir a los notables eduardianos. «Era adorable, muy gorda…, gordísima; pero sumamente despierta y llena de gracia», comenta en un escrito de 1940 el parlamentario conservador Henry Channon, apodado «Chips», tras el fallecimiento de la artista —incluyendo en el texto una lista de sus antiguos amantes, en la que figuran Eduardo VII y lord Curzon[38].

Durante las vacaciones en el Château de l'Horizon, el grupito de Churchill lo pasó estupendamente, jugando a resolver charadas, por ejemplo, y en una ocasión Winston se hizo pasar por un oso escondido debajo de la alfombra[39]. Uno de los invitados recuerda a Maxine tendida en una *chaise-longue*, «valiéndose de una sombrilla para proteger del sol su devastada belleza, y enfrascada en regañar con duras palabras a un joven criado inglés, alto y bien bronceado, que parpadeaba nerviosamente ante su ama. "Tienes que recordar, Robert, sin excusas, que hay que echarle azúcar a las fresas de la mona: ¡mira; no ha comido ni una!"»[40]. A Clementine no le gustaba nada la Costa Azul francesa y solo hizo una visita a la mansión de Maxine, en la que permaneció además muy poco tiempo. «¡Dios Santo! ¡Es un sitio espantoso!, —habría exclamado según algunos testimonios—. Supongo que es perfecto para el dueño de una floristería o para un camarero…»[41] Su esposo pasó las vacaciones pintando y trabajando en los manuscritos del segundo volumen del *Marlborough*. En el camino de vuelta, recorrió la llamada «Ruta de Napoleón»[42], desde Golfe-Juan hasta Grenoble. «Fue un episodio increíble, —le dirá a Clementine—. Desde luego tengo que tratar de escribir una [biografía de] Napoleón antes de morir. Pero el trabajo se acumula y me pregunto si tendré el tiempo y la fuerza necesarios para la tarea.»[43] No llegaría a hacerlo, por desgracia. Churchill, Randolph y Lindemann se detuvieron en Aix-les-Bains, localidad en la que se encontraba Baldwin, disfrutando de una de sus escapadas de seis semanas, y Winston le instó a crear un comité de investigación en materia de defensa aérea a fin de evitar que los bombarderos alemanes pudieran llegar a Londres —cosa que, según ya había advertido a la Cámara de los Comunes, iban a conseguir «sin duda»—. Poco tiempo después, Baldwin señalaría que Churchill «no había visto nunca el Mont Blanc, —así que, ni corto ni perezoso—, resolvió acercarse a su cara sur, decidido a permitir que las montañas tuvieran ocasión de contemplarle»[44].

Churchill había sido bastante deportista, pero ahora, próximo a cumplir los sesenta, comenzó a bajar el ritmo y a aumentar de peso. No le gustaba el tenis, un juego que a Clementine le encantaba, ya que su vieja dislocación del hombro le impedía sacar con fuerza, y tampoco le entusiasmaba lo más mínimo la otra actividad predilecta de su esposa: el esquí. Había practicado

el polo hasta los cincuenta años, y de cuando en cuando se atrevería a montar a caballo hasta los setenta para intervenir en alguna que otra partida de caza con jauría, pero si jugaba al golf era solo porque le ofrecía la oportunidad de pasar largos períodos de tiempo con Asquith y Lloyd George —y de hecho dejó los palos tan pronto como el último de los dos abandonó el poder—. (En 1915 había definido el golf con esta gráfica comparación: «Es como perseguir una píldora de quinina por un prado de vacas».)[45] Solía nadar un rato en la piscina climatizada de Chartwell, que según Diana Cooper era «el juguete preferido de Winston», y también salía a disparar con su rifle, a pescar y a perseguir jabalíes. No podía disfrutar de ninguna de estas diversiones con Clementine, tal y como tampoco había podido compartir con ella sus expediciones de caza mayor en África ni sus excursiones de pesca de altura en California. A finales de septiembre de 1934, Churchill y Clementine se las arreglaron para pasar juntos unas vacaciones de casi un mes —lo que desde luego no era nada frecuente—. Hicieron un crucero en el yate de lord Moyne, el *Rosaura*, un antiguo transbordador de pasajeros reconvertido en embarcación de recreo, y navegaron de Marsella a Nápoles, para después poner rumbo a Grecia, Alejandría, Beirut, Siria y Palestina —y no regresaron hasta el 21 de octubre—. Moyne, que había resultado herido en la contienda con los bóers y no solo había sido mencionado en los despachos de guerra, sino que había ganado una medalla de la Orden del Servicio Distinguido con una barra por el valor demostrado en las batallas de Galípoli y Passchendaele, se había unido al Other Club. Esta circunstancia resultaba un tanto embarazosa debido a que Oswald Mosley, otro integrante del ateneo, miembro del mismo desde el año 1931, se acostaba con su mujer, Diana. Lo extraordinario es que Mosley continuó asistiendo a las reuniones del Club hasta mayo de 1935, a pesar de ser un defensor declarado del fascismo. No se le expulsaría formalmente de esa sociedad de tertulias hasta 1945.

En noviembre, Churchill desató una guerra de guerrillas parlamentaria contra el Proyecto de ley de Gobierno de la India, lanzando una cerrada batería de cuestiones de procedimiento y distintos tipos de enmiendas, lo que le llevó de hecho a realizar prácticas obstruccionistas con el apoyo de unos treinta parlamentarios. «Se hace difícil pensar que el señor Churchill

haya sido ministro de Hacienda alguna vez», tronaba con rostro «lívido» el capitán David Margesson, jefe de disciplina del gobierno de concentración nacional —y hombre que, según refiere Bernays, no dudaba en «regañar» a todos los parlamentarios conservadores que respaldaran la rebelión—.[46] El contraataque del gobierno de concentración nacional resultó extremadamente efectivo, y desde luego no hubo nadie que acertara a igualar la severidad y la implacable determinación de Margesson, quien, por sus acusados rasgos faciales, cortados a cuchillo, parecía aún más impresionante en sus diatribas —aunque terminaría reconociendo que no tenía ningún sentido tratar de intimidar a Churchill, y mucho menos intentar engatusarle—. (Margesson era la *bête noire* de Clementine, y Mary aseguraba que parecía un Mefistófeles.)[47]

El 16 de noviembre, John Reith, el director general de la BBC, permitía finalmente que Churchill se dirigiera al público en un programa de radio titulado «Las causas de la guerra», en el que Churchill advertía que Gran Bretaña se encontraba «ante un peligro mortal»[48]. Churchill argumentó en los micrófonos que las naciones de Europa debían hacer frente «al viejo y sombrío dilema que ya tuvieron que encarar en su día nuestros antecesores, a saber, el consistente en determinar si aceptaremos someternos a la voluntad de una nación más fuerte que la nuestra, o si estamos dispuestos a defender nuestros derechos, nuestras libertades y, en último término, nuestra propia vida». «Salvo los internados en un manicomio», exclamó, nadie quiere comenzar otra guerra, pero «hay una nación que ha renunciado a todas sus libertades con el fin de incrementar su poder colectivo; hay una nación que, pese a todas sus fortalezas y virtudes, se encuentra atenazada por un grupo de hombres despiadados que predican un evangelio de intolerancia y de orgullo racial, sin atender a ninguna restricción jurídica, a ningún freno parlamentario, ni a ningún contrapunto surgido de la opinión pública»[49]. Se trataba de la advertencia más cruda de cuantas hubiera alcanzado a esgrimir Churchill hasta entonces, pero la verdad es que tuvo un efecto muy escaso, por no decir nulo, dado que la nación no tenía intención de escuchar, y mucho menos de sopesar las eventuales consecuencias que se desprenderían del hecho de que sus avisos se correspondieran con la realidad.

El 28 de noviembre, Churchill pronunciaba uno de los discursos más importantes de su larga travesía del desierto, aquel en el que advertía que la aviación alemana iba a ponerse al mismo nivel que la británica en el transcurso del año 1935. Como prueba de la voluntad constructiva que le animaba, envió la alocución a Baldwin cinco días antes de darla a conocer al público[50]. En el texto sostiene que, «de todas las formas de guerra que ha conocido el mundo», los bombardeos desde el aire son «la única en que la obtención de un predominio absoluto no deja al enemigo la menor oportunidad de recuperación»[51]. Churchill creía que la aviación alemana podía matar o herir gravemente a treinta mil o cuarenta mil londinenses en una sola semana de ataques. «Lo mejor es hacer frente a los hechos ahora que todavía queda tiempo para tomar las medidas adecuadas y coger el toro por los cuernos.»[52]

«Instar a la preparación de la defensa no equivale a afirmar que la guerra sea inminente, —dirá—. Y en sentido contrario, si la guerra fuera inminente, sería demasiado tarde para realizar los preparativos necesarios para la defensa.» Pese a todo, continuó reiterando su mensaje central: «¿Cuál es la gran novedad que se ha abierto paso en los últimos dieciocho meses? El rearme de Alemania. Ese es el gran dato nuevo que mantiene fija la atención de todos los países de Europa, y de hecho la de todas las naciones del mundo, el tema que está relegando a un segundo plano casi todas las demás cuestiones»[53]. Reconoció que solo contaba con el apoyo de una minúscula minoría de parlamentarios, pero trató de tomar perspectiva: «¿De qué serviría ir a una división de la asamblea[54]? Cualquiera podría pasarse un año entero dando vueltas y más vueltas por los pasillos, en un esfuerzo por reunir partidarios…, pero eso no alteraría los hechos a los que nos enfrentamos»[55].

Dos días más tarde, para celebrar su sexagésimo cumpleaños, Venetia Montagu, una de sus muchas amigas, organizó una cena en su honor. Se invitó a una serie de bellezas de la buena sociedad, como *lady* Castlerosse y Phyllis de Janzé. «Esta es sin duda la compañía que me gustaría encontrar en el cielo, —dijo más tarde, al darle las gracias a Venetia por la atención —. Quizá no sean inmaculadas —pero sus imperfecciones resultan positivas—. No como esas flácidas anémonas de mar que tanto presumen

de virtud y a las que tan cuesta arriba les resulta alargar un tentáculo en las túrgidas aguas de la negatividad.»[56]

El 18 de diciembre, Clementine, que ya había cumplido los cuarenta y nueve años de edad, emprendió un viaje de cuatro meses a las Indias Orientales Neerlandesas (la actual Indonesia) en compañía de lord Moyne, a bordo del *Rosaura*, en la primera expedición jamás organizada con el fin de traer dragones de Komodo vivos a Gran Bretaña. Atravesaron el Canal de Suez, cruzaron el Océano Índico y se adentraron en el Pacífico pasando por lo que hoy es la India, Birmania, Tailandia, Malasia, Indonesia, Borneo, Papúa Nueva Guinea, Australia y Nueva Zelanda. Lograron capturar finalmente dos dragones de Komodo, uno de los cuales, de casi dos metros de largo, vivió en el zoo de Londres hasta el año 1946. Por más reptiles que persiguieran en Indonesia, lo cierto es que también había uno a bordo del barco, aunque en forma de lagarto de salón[57]: Terence Philip. Se trataba de un marchante de arte soltero, de cuarenta y dos años, cortés, atractivo, caballeroso y culto, que además de hablar ruso con fluidez era un preciado trofeo para las anfitrionas londinenses, que recurrían a él como pieza «intercambiable» en las cenas con invitados. «En los meses que duró el viaje, como es lógico, [Clementine] quedó románticamente prendada de él, —escribe Mary Soames en alusión a su madre—. Fue un clásico idilio de vacaciones.»[58]

Clementine era perfectamente consciente de que Philip no estaba realmente «enamorado, —pero, como ella misma señala—, consiguió gustarme». Clementine resume su devaneo con un toque de ironía y recurriendo «a un dicho que parece exhalar el aroma eduardiano de la Inglaterra de su juventud: *C'était une vraie connaissance de ville d'eau*» [59].[60] «Aunque hasta ahora me gusta lo que he visto del señor Philip, —le escribe a Winston al comienzo del viaje—, lo cierto es que no le conozco muy bien, así que la idea de pasar diez días en *tête-à-tête* con un extraño va a ser una lata (o eso supongo, porque no es algo que haya vivido nunca) mayor aún que la de la completa soledad»[61]. «Te echo muchísimo de menos, y me siendo terriblemente desamparado, —le contesta él—. Sin

embargo, no me ha dado la sensación de que debiera intentar quitarte de la cabeza la realización de un viaje tan maravilloso, en el que es evidente que has puesto tanto corazón.»[62] Al regresar del crucero, Philip visitó Chartwell unas cuantas veces, pero para entonces Clementine ya había vuelto a la realidad[63]. Tanto la extensión física del coqueteo como el grado de conocimiento que Churchill hubiera llegado a tener de la situación son sendas circunstancias que continúan envueltas, hasta el día de hoy, en un velo de misterio aún más impenetrable que el de la composición del comité ejecutivo del Other Club.

Además de comentarle la preocupación que le producía la eventualidad de que contrajera la malaria en Ceilán (la actual Sri Lanka), Churchill también encontró ocasión de comentarle a Clementine que sus finanzas empezaban a fortalecerse por primera vez desde el desplome bursátil de 1929. Había estado escribiendo, desde septiembre, una serie de guiones cinematográficos para Alexander Korda, y gracias a eso podía asegurarle ahora a su esposa que, «el año que viene, por estas mismas fechas, deberíamos encontrarnos ya en una buena posición. Esto es desde luego importante para ti si me pasara algo a mí o a mi capacidad de aportar ingresos a la familia»[64]. De haber acompañado a Clementine en el viaje, Churchill podría haber observado la debilidad de las defensas terrestres de Singapur, ya que, en enero, el *Rosaura* había recalado en ese puerto; sin embargo, tuvo que conformarse con la descripción de los astilleros que ella le envió.

Hubiera o no relaciones sexuales ilícitas en los mares del sur, lo cierto es que en Chartwell el incesto estaba a la orden del día. «Todos los cisnes negros se están apareando, —comenta Churchill con Clementine—, no solo el padre y la madre, sino también los dos hermanos con sus dos hermanas. Eso es justamente lo que siempre hicieron los Ptolomeos, y de ahí saldría Cleopatra… En cualquier caso, no creo que sea mi deber interferir»[65]. Durante toda su ausencia, Churchill escribirá a Clementine una larga serie de cartas apasionadas —aunque no las redactaría de su puño y letra, ya que había adquirido la costumbre de dictarlas—. «He olvidado prácticamente el arte de pensar con una pluma en la mano», le explica[66]. Por esas mismas semanas, Churchill aseguraba también en las *News of the World* que su

matrimonio discurría por cauces armónicos: «Ha sido el acontecimiento más dichoso y feliz de toda mi vida, —declaró—. ¿Acaso puede haber algo más maravilloso que recorrer el camino de la vida en compañía de un ser incapaz de un pensamiento innoble?»[67]

Sin embargo, uno de los frutos de esta feliz unión estaba causando una gran consternación a Churchill. Randolph había decidido presentarse a las elecciones parciales de Liverpool Wavertree como candidato independiente contra el aspirante que habían propuesto oficialmente los conservadores, y el elemento central de su programa consistía en enarbolar la bandera de la oposición al Proyecto de ley de Gobierno de la India. «Esto es lanzarse a la piscina de la más temeraria y desconsiderada de las formas», le dirá Churchill a Clementine.

La iniciativa de su joven hijo dejaba a Churchill en una posición política sumamente incómoda, ya que amenazaba con dividir el voto conservador y con entregar en bandeja a los laboristas un escaño que normalmente debía ir a parar a los conservadores —y de hecho, eso fue justamente lo que sucedió —.[68] «Desde luego es un comportamiento que me tiene molesto e intranquilo», confesará Churchill, pero Randolph no estaba dispuesto a atender a razones[69]. Pese a todo, Churchill donó doscientas libras para apoyar la campaña de Randolph, una sexta parte del total permitido, y el duque de Westminster dio otras quinientas, pero la posibilidad de acudir a Liverpool para apoyar a su hijo, como ya habían hecho Sarah y Diana, le sumía en un grave dilema. Como es obvio, al final la llamada de la sangre se impuso a la amenaza de que el jefe de disciplina de los conservadores acabara retirándose de la campaña, así que se presentó en la circunscripción de Liverpool la víspera de las elecciones, diciendo además en privado que la candidatura de Randolph era una «aventura digna de un hombre con empuje»[70].

El 2 de mayo de 1935, al regresar de su viaje, Clementine trajo consigo una paloma de plumaje entre rosa y *beige* oriunda de Bali, lugar en el que, según le dijo a Winston, había pasado «dos días fascinantes» el mes anterior[71]. Al morir el ave, Clementine la enterró bajo el reloj de sol del

jardín vallado de Chartwell, protegida por una pequeña lápida en la que hizo labrar unos versos del poeta escocés William Paton Ker, según sugerencia de Freya Stark, la conocida autora anglo-italiana de libros de viaje:

> Aquí yace la paloma de Bali.
> No es bueno vagar sin rumbo
> ni en exceso alejarse de los hombres sobrios…;
> pero allá vislumbro una isla en lontananza,
> así que mejor me irá si cambio de idea.

Ha habido autores que han interpretado estas reflexiones como una velada referencia a los meses que Clementine pasó en compañía de Terence Philip, aunque la elección del término «hombres sobrios» no parezca precisamente el más adecuado para describir a ese marido del que por tan breve lapso de tiempo se había alejado.

Se ha aducido que, en 1933, Churchill, que por entonces había cumplido ya los cincuenta y ocho, inició un idilio de cuatro años de duración con *lady* Castlerosse (cuyo nombre de soltera era De le Vingne), una joven de treinta y dos que en la intimidad respondía por Doris**[72]**. *Lady* Castlerosse estaba separada de su esposo, el vizconde de Castlerosse (que más tarde se convertiría en el sexto conde de Kenmare), y en 1932 ya había vivido un romance con Randolph**[73]**. Pese a que en 1985, Jock Colville**[74]** afirmara en una entrevista que los rumores del romance respondían a la verdad —medio siglo después de los presuntos hechos—, lo cierto es que Doris no pasaría a desempeñar las funciones de secretaria privada de Churchill hasta 1940, es decir, varios años después de que hubiera tenido lugar la hipotética aventura. En esa misma conversación, el septuagenario Colville también declarará que «Winston Churchill no era en absoluto […] un hombre de exacerbadas pulsiones sexuales […]. No fue nunca uno de esos tipos que siempre andan detrás de las mujeres»**[75]**. Será la misma *lady* Castlerosse quien le comente a su hermana y a su sobrina que había sido amante de Churchill.

Las cartas y telegramas que intercambiaron Churchill y *lady* Castlerosse, quien por cierto era una de las personas que acostumbraban a frecuentar un lugar de tan dudosa reputación como el Château de l’Horizon,

tienden a parecerse más a las de una relación de amistad que a las propias de un devaneo, y no solo porque siempre que daba una cena invitara tanto a Clementine como a Churchill, sino también porque en una carta dirigida a Clementine, Churchill le indica que Doris se halla presente, igual que él, en la mansión de Maxine Elliott[76]. (En una carta de 1937, *lady* Castlerosse le pide a Churchill que la llame por teléfono, y le da su número, y sería lógico pensar que, de haber sido su amante cuatro años, Winston tendría que sabérselo de memoria —máxime porque no podía ser difícil de recordar, dado que por entonces solo tenían cuatro cifras—.) A Churchill le gustaba Doris por su temperamento animado y desde luego el hecho de que Winston la pintara en cuatro ocasiones ha hecho correr ríos de tinta, aunque la verdad es que también retrató a otras muchas mujeres, de entre las que destacan, por ejemplo, Thérèse, la esposa de Walter Sickert; la sobrina de Arthur Balfour, Blanche Dugdale; Hazel, esposa de *sir* John Lavery; su misma cuñada, *lady* Gwendeline Churchill; su secretaria Cecily Gemmell; Maryott Whyte, la prima de su esposa; y *lady* Kitty Somerset. No hay ningún elemento que sugiera que se estuviera acostando con ninguna de ellas. Pintó a Clementine en tres ocasiones. (Tan sabido era que los Churchill estaban profundamente enamorados que la revista *Punch* dio en apodarlos «los *Birdikins*».)[77][78]

Pese a la dificultad de hallar pruebas capaces de negar un hecho presunto, y más aún cuando nos separan de él más de ocho décadas, la verdad es que resulta imposible dar crédito a la idea de que Churchill viviera efectivamente un romance con *lady* Castlerosse o con cualquier otra mujer de la época[79]. Seguía amando a Clementine apasionadamente. Tenía en su esposa el fundamento de su estabilidad emocional, y ella era asimismo su mejor consejera, la madre de sus cinco hijos, y su más sólido apoyo en cualquiera de los reveses que pudiera traer la vida, por no mencionar que también le había enviado varios centenares de cartas sinceramente afectuosas. De hecho, una de ellas escrita en el Château de l’Horizon, en septiembre de 1936, estando la propia Doris en la mansión, termina con estas palabras: «Te quiero con toda mi alma, dulce Clemmie. Tu siempre devoto y amante esposo, Winston»[80].

Si dejamos a un lado los motivos psicológicos que se oponen a la tesis de una aventura, constataremos que también había una enorme cantidad de razones prácticas: Churchill todavía confiaba en hacerse con el cargo de primer ministro; lord Castlerosse era un aristócrata venido a menos que había trabajado para Beaverbrook y que escribía una columna de chismes de sociedad, bebía en exceso y de cuando en cuando tenía comportamientos violentos; Randolph se había acostado con su esposa en 1932 (cosa que había estado a punto de provocar una pelea con Castlerosse); no existe constancia de que Winston y Doris intercambiaran cartas de amor; siempre estuvieron en presencia de otros invitados, y entre ellos había escritores y periodistas —sin olvidar la legión de criados presentes en el Château, además de la inevitable Maxine, extremadamente aficionada al cotilleo—. El escritor Vincent Sheean, sobrino político de Maxine, asegura que *lady* Castlerosse era una «boba sin rival», una mujer obsesionada con su apariencia, que no veía inconveniente «en rascarse la parte interior de sus bien torneadas y desnudas piernas para preguntar con penetrante voz nasal: "Winston, ¿por qué siempre va todo el mundo a Ginebra para hacer las reuniones?. —A lo que Churchill responde—: Porque, querida, resulta que Ginebra es la sede de la Sociedad de Naciones. Estoy seguro de que habrás oído hablar de ella…"»[81].

Su ignorancia sin igual encuentra no obstante equivalente en el carácter semialfabetizado de sus cartas, cuyo contenido vale la pena examinar, aunque solo sea en un caso, debido a que podría dejar la puerta abierta a una interpretación ambigua. En julio de 1937, Doris le escribe a Churchill: «Me gustaría mucho verte. Ya no soy peligrosa en absoluto. Regreso el martes, llámame cuando tengas un momento, Mayfair 3731. Con amor, Doris»[82]. La interpretación más probable es que ella hubiera abandonado la idea de coquetear con él, una indicación más de que no habían mantenido ninguna relación física[83]. Un biógrafo de Churchill ha sugerido que ella habría afirmado lo contrario debido a que «tenía la esperanza de captar el interés de ciertos amantes acaudalados con el fin de costearse sus extravagancias, y es muy posible que hubiese intentado añadir lustre a su aureola de *femme fatale* abriendo la espita de las murmuraciones y dando a entender que Churchill, que era un conocido monógamo, figuraba entre sus

conquistas»[84]. Churchill tuvo un gran número de amigas, pero no se acostó con ninguna. Entre ellas destacan los nombres de Violet Bonham Carter, Venetia Montagu (cuyo apellido de soltera era Stanley), Ava Waverley, Wendy Reves, Ettie Desborough, Maxine Elliott, Pamela Lytton, Daisy Fellowes y Muriel Wilson. Y a esa lista de relaciones honestas hay que añadir la que tuvo con Doris Castlerosse, que falleció de una sobredosis de barbitúricos en el Hotel Dorchester en diciembre de 1942, debido quizá a la presión de hallarse sometida a una investigación policial por venta ilegal de diamantes[85]. Pese a que las acusaciones que se ciernen sobre él sean débiles y circunstanciales, lo cierto es que el propio Churchill nos proporciona el mejor prisma para examinar dichas alegaciones. En el capítulo de *Grandes contemporáneos* que dedica a Clemenceau escribe: «La musa de la historia no debe ser quisquillosa. Debe verlo todo, tocarlo todo y, si es posible, olerlo todo. No debe temer que estos detalles íntimos la alejen del romanticismo y el culto a los héroes. La aparición de hablillas y nimiedades puede, y de hecho debe, tachar del relato a las gentes de poca talla. Esas menudencias no han de ejercer un efecto permanente sobre quienes han defendido con honor los más importantes puestos avanzados, y en las peores tormentas»[86].

El 4 de marzo de 1935, el Departamento de Defensa del gobierno publicó un libro blanco destinado a animar al público a aceptar un incremento de diez millones de libras en materia de gasto armamentístico. Chamberlain matizó a la baja sus referencias a Alemania y contó con el respaldo de Baldwin, que le dijo a *sir* Robert Vansittart, el subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores —un hombre que detestaba a los nazis—, que no consideraba «prudente condenar en exclusiva a Alemania, dado que no era la única potencia que se estaba rearmando»[87]. En eso tenía razón, pero si los demás países se estaban rearmando era precisamente a causa de Alemania. En el debate previo a la elaboración del libro blanco, Clement Attlee comentó: «Nosotros negamos la afirmación de que la expansión de la fuerza aérea británica constituya un elemento capaz de contribuir a la paz mundial, y rechazamos tajantemente la totalidad del plan de paridad. —Y

Stafford Cripps, otra destacada figura laborista, añadió—: Ha habido individuos desaforados, como el señor Churchill, que han forzado la mano al gobierno». Al año siguiente, Cripps llegaría a sostener cosas como esta: «Para la clase obrera británica no creo que fuera excesivamente perjudicial que Alemania nos derrotara»[88]. Archie Sinclair, que por entonces se hallaba al frente del Partido Liberal, denunció «el disparate, el peligro y el despilfarro que supone esta constante acumulación de armamento»[89]. Al perfilarse en el horizonte de tan abyecto pacifismo la amenaza de unas elecciones, el propio Baldwin optó por dedicar solamente un puñado de tibios elogios al libro blanco que él mismo había promovido. Esta es la razón de que utilizara argumentos como este: «En las cuestiones internacionales, el objetivo no consiste en materializar aquello que consideramos más adecuado desde el punto de vista ideal, sino lo mejor en función de las circunstancias dadas»[90].

«Aunque tarde, tímida e impropiamente, el gobierno ha despertado al fin, presionado por el peligro alemán, que no deja de crecer a toda velocidad», le dirá Churchill a Clementine. Ahora bien, ¿había sido efectivamente así[91]? El 16 de marzo, Hitler rechazaba las cláusulas de desarme incluidas en el Tratado de Versalles y anunciaba la creación de la *Luftwaffe*, pese a que el pacto lo prohibiera explícitamente. También indicó que se disponía a crear un ejército de reclutas integrado por medio millón de hombres, cuando el acuerdo estipulaba un límite máximo de cien mil soldados. Tres días después, tomando como base la información privada que le transmitían sus visitantes y gracias a la cual había tenido ocasión de conocer el ritmo al que se estaban rearmando los alemanes, se encontró en condiciones de explicar la situación ante la Cámara de los Comunes:

> Alemania está gastando enormes sumas de dinero en la aviación y en otros tipos de pertrechos bélicos […]. Si antes éramos la nación menos vulnerable de Europa, tras las evoluciones surgidas en el dominio del cielo hemos pasado a ser la más expuesta, y, sin embargo, todavía hoy seguimos sin adoptar las medidas que precisa la verdadera envergadura de nuestras necesidades. El gobierno ha propuesto los mencionados aumentos. Y ahora el ejecutivo deberá capear el temporal. Tendrá que hacer frente a toda clase de ataques injustos. Asistirá a la tergiversación de sus motivos. Se calumniará a sus miembros y se les tildará de belicistas. Muchas de las poderosas y nutridas fuerzas que tanto vociferan en este país les asaltarán con todo tipo de censuras. Pero por más que se rebelen,

> los incrementos van a producirse. ¿Por qué no luchar entonces por algo que pueda aportarnos seguridad[92]?

La Cámara le escuchó con toda cortesía, pero no obtuvo respuesta. «En cuanto a Winston, está claro que da muchos y muy buenos discursos, aunque considerablemente fortificado por cócteles y brandis añejos, —le escribe Chamberlain a su hermana Hilda—. Algunas de esas peroratas son magníficas, muy al estilo antiguo, pero ya no convencen a nadie.»[93]

Churchill se percató de que estaba predicando en el desierto, y años más tarde comentará en relación con ese preciso debate: «Me invadió una sensación de desesperanza. Cuando uno está totalmente convencido de lo que dice, cuando reivindica la relevancia de una cuestión de vida o muerte para su propio país y no consigue que el parlamento y la nación presten oídos a la advertencia ni se inclinen ante las pruebas aportadas, tomando las medidas oportunas, la experiencia es sumamente dolorosa»[94]. En el transcurso del debate le vinieron a la memoria unos versos que habían aparecido en la revista *Punch* a raíz de un accidente ferroviario ocurrido en Hampshire en la era victoriana y que él mismo había aprendido de memoria siendo un adolescente:

> ¿Quién atiende al estruendo del traqueteante tren?
> Los ejes crujen y se tensan los enganches,
> el ritmo es endiablado y las agujas están cerca,
> el sueño ha ensordecido el oído del maquinista,
> y en vano parpadean en la noche las señales;
> porque es la muerte quien atiende al estruendo del traqueteante tren[95].

Fueron versos que no recitó en el debate pero que sí que habría de traer a colación, y muy a menudo, en la segunda guerra mundial, durante los bombardeos aéreos de Londres[96].

El 25 de marzo, al decirle Hitler a Anthony Eden que la *Luftwaffe* había logrado ponerse a la par de la RAF, la postura de Churchill en materia de rearme aéreo pareció quedar inmediatamente justificada. En realidad, la afirmación del *führer* era falsa, pero desde luego prestaba credibilidad a lo que Churchill acababa de exponer[97]. Las manifestaciones de Baldwin, que en el anterior mes de noviembre había sostenido en los Comunes que

Alemania solo había logrado hacerse con la mitad de los pertrechos de vanguardia de que disponía Gran Bretaña, parecían ahora claramente erróneas. Churchill le dijo a Clementine que la noticia había causado «sensación en el mundo político […]. Esto ridiculiza por completo todo cuanto haya dicho Baldwin, y de paso reivindica el conjunto de mis afirmaciones»[98]. Entre el 10 y el 14 de abril, el gobierno se reunió en Stresa, junto al lago Mayor italiano, con las autoridades de Francia e Italia. El objetivo consistía en negociar con ellas para establecer un frente común contrario a Alemania, un proyecto que Churchill apoyaría al considerar que constituía un buen medio para sembrar la división en el seno de los gobiernos fascistas.

En abril, Churchill decidió que debía esforzarse en modificar su estilo oratorio para conseguir que sonara menos rimbombante y victoriano, y evitar así que sus más jóvenes oyentes lo juzgaran pomposo. Cumplidos ya los sesenta, Churchill era un perro demasiado viejo para aprender nuevos trucos declamatorios, pero como él mismo le explicaría a Clementine, estaba dispuesto a «dirigirse a la Cámara de los Comunes con un chorro verbal tan inagotable como falto de premeditación»[99]. Probó a emplearlo una o dos veces, y sus colegas, dijo «parecían encantados […]. Ahora bien, ¡qué misterios encierra este arte de hablar en público! Todo consiste en utilizar mi (maduro) juicio para seleccionar tres o cuatro argumentos perfectamente sensatos y en exponerlos de la manera más llana posible. ¡Al parecer, el efecto literario que he estado persiguiendo durante cuarenta años no significa ya absolutamente nada!»[100]. El estilo declamatorio de Gladstone y Morley, y de hecho el de su mismo padre, terminó sustituido por una retórica de acentos mucho más naturales, similar a la que tendría ocasión de desplegar en el transcurso de la segunda guerra mundial.

«No hay nada nuevo bajo el sol de la historia», dirá Churchill ante los miembros de los Comunes en mayo al referirse al hecho de que Gran Bretaña no se estuviera rearmando. «Es algo tan antiguo como los libros sibilinos[101], una circunstancia que pertenece a la misma categoría que el largo y deprimente catálogo de las experiencias infructuosas y la

confirmada cerrazón del género humano. La falta de previsión, la poca gana de actuar cuando más simple y eficaz resultaría hacerlo, la ausencia de todo pensamiento claro, la confusa profusión de pareceres que perdura hasta el instante mismo en el que brota la emergencia, hasta el momento en que la pura lucha por la existencia hace sonar su discordante gong, esas son justamente las características que constituyen la interminable repetición de la historia.»[102] La historia que Churchill tiene en mente al hablar de ese modo es la de los cuatrocientos años de la política exterior británica, centrada en constituir coaliciones europeas para hacer frente a la potencia más sólida que en cada período preside el continente, ya se trate de España, de Francia o de Alemania. «No tengo la menor duda de cuál es la nación dominante en este momento, —agrega—. Pero así es como hemos mantenido nuestras libertades, nuestra existencia y nuestro poder a lo largo de los siglos.»[103]

El teniente coronel Thomas Moore, parlamentario conservador por la circunscripción de Ayr, responde burlonamente a Churchill: «Pese a que deteste criticar a cualquiera que se encuentre en el ocaso de sus días, lo cierto es que resulta totalmente inexcusable que el honorable representante del escaño de Epping haya difundido a lo largo de toda su intervención la especie de que Alemania se está rearmando para la guerra»[104]. Y prosigue diciendo: «Lo único indudable es que nadie alcanza a vislumbrar una situación en la que tanto los perdedores como los vencedores del pasado conflicto se muestren dispuestos a embarcarse de nuevo en un choque tan desastroso como el que ya han vivido, desde luego no es cosa que vaya a verse en nuestra generación».

El 22 de mayo, Baldwin admitía ante la Cámara de los Comunes que el anterior mes de noviembre se había «equivocado por completo […], y había errado totalmente el camino» al elaborar las estimaciones vinculadas con la futura construcción de aviones alemanes. En ese debate, Churchill había predicho que, de acuerdo con las tendencias conocidas en ese momento, «a finales de ese año», la *Luftwaffe* «podrá haber triplicado, e incluso cuadruplicado, nuestra capacidad aérea»[105]. Pese al alarmante carácter de la advertencia, Churchill todavía encontró la forma de bromear sobre las decisiones del Baldwin de 1930: «En aquellos días, el señor presidente era

más sabio que ahora, ya que entonces seguía frecuentemente mi consejo. —El mensaje central de Churchill giraba en torno a la idea de que—, a veces, es mucho mejor sucumbir de antemano al sentimiento de pánico para luego estar razonablemente tranquilo cuando empiezan a sucederse los acontecimientos, que mostrarse extremadamente sereno antes de los mismos, para sucumbir después al pánico cuando vienen mal dadas».

Churchill veía la historia británica como un continuo, y sostenía que Gran Bretaña tenía el deber de mantener los equilibrios de poder en Europa. Tras escribir Hitler a Rothermere a principios de mayo para asegurarle que una alianza anglo-germana protegería «los intereses de la raza blanca», Churchill recordó a Rothermere la fábula del tigre y el chacal que un buen día decidieron salir a cazar juntos, una decisión funesta para este último, explicaba, ya que el felino acabó devorándolo. La metáfora llevaba aparejada la clara implicación de que, en caso de aceptarse la oferta de Hitler, el *führer* terminaría traicionando tarde o temprano a su aliado británico. Además, Churchill dio a Rothermere una lección de historia[106]. «Si su propuesta significa que hemos de llegar a un acuerdo con Alemania para dominar Europa, creo que estaríamos contrariando toda nuestra historia, —le asegura Churchill al primer barón de la prensa inglesa—. Siempre, en todas las ocasiones, hemos sido amigos de la segunda potencia de Europa y nunca nos hemos plegado a la nación más fuerte. Eso fue lo que empujó a Isabel de Inglaterra a oponerse a Felipe II de España», insistió. «Esto lo que animó tanto a Guillermo II como a Marlborough a plantar cara a Luis XIV. Esto también lo que indujo a Pitt a frenar a Napoleón, y esto igualmente lo que todos nosotros hemos hecho al resistirnos al predominio de Guillermo II de Alemania. Solo adentrándonos por esa senda y entregándonos a ese esfuerzo hemos logrado preservarnos como ciudadanos y conservar nuestras libertades; eso es lo que nos ha hecho alcanzar nuestra posición actual. Y no veo ninguna razón para alterar este planteamiento tradicional.»[107]

En esta ocasión, al recalcar Churchill estos extremos históricos a Rothermere, lord Crawford se hallaba presente. La charla tuvo lugar durante una cena celebrada en la sociedad de restauración parlamentaria Grillions, en el Hotel Grosvenor House, y Crawford se percató de que dos

de los ministros del gabinete —William Ormsby-Gore y lord Eustace Percy (apodado por Churchill lord «Inútil» Percy[108])— se habían sentado a la mesa, de forma totalmente deliberada, en el extremo más alejado del asiento de Winston, quien, mientras tanto, se dedicaba a «declamar a voz en cuello y a monopolizar sin descanso la conversación. Además, los puntos en los que se muestra más beligerante son justamente aquellos que los ministros no quieren discutir en compañía de terceras personas durante una sobremesa [es decir, los que no expresan posturas de respaldo al gobierno]. No obstante, hay que confesar que, si uno se somete a su dominación, su charla resulta de lo más entretenida»[109].

El 5 de junio, la larga y penosa lucha en favor del Proyecto de ley de Gobierno de la India se saldaba finalmente con su aprobación, en tercera lectura, por 386 votos contra 122. La norma daba a los gobiernos provinciales de la India un amplio nivel de autogobierno bajo la égida general del imperio británico. Hubo aproximadamente cuarenta diputados laboristas que votaron en contra, convencidos de que el texto se quedaba corto. Tras la aprobación del proyecto de ley, Churchill invitó a Chartwell a G. D. Birla, uno de los amigos indios de Gandhi. «Dígale al señor Gandhi que utilice los poderes que se le ofrecen para conseguir que la iniciativa sea un éxito, —le pidió—. Siento verdadera simpatía por la India. Pero también tengo miedos muy reales respecto del futuro […]. No obstante, ahora tienen ustedes los hilos del poder; logren que todo salga bien, y si lo hacen, yo mismo recomendaré que se les permita obtener mucho más.»[110] Al conocer las palabras de Churchill que Birla le acababa de transmitir fielmente, Gandhi dijo: «Recuerdo bien la estancia del señor Churchill en el Ministerio de las Colonias, y desde entonces siempre me ha sido posible sostener, de un modo u otro, la opinión de que puedo confiar invariablemente en su simpatía y su buena voluntad». Se trataba de unas manifestaciones que iban claramente demasiado lejos, pero la verdad es que Churchill había asegurado efectivamente que su estima por Gandhi había crecido mucho nada más enterarse de que el líder indio había «salido en defensa de los intocables»[111].

El 7 de junio de 1935, tras aprobarse la Ley de Gobierno de la India, Ramsay MacDonald, enfermo y fatigado a sus sesenta y nueve años,

renunciaba a la presidencia en favor de Stanley Baldwin, pero este, sin embargo, prefirió no invitar a Churchill a formar parte del gabinete al proceder a su reorganización. Dado que habían estado totalmente en desacuerdo respecto a la magnitud y la velocidad del proceso de rearme, parece obvio que Baldwin no tenía prácticamente ningún margen para incluirlo en su gobierno, sobre todo si tenemos en cuenta que no solo se perfilaban ya en el futuro inmediato las elecciones generales, sino que en estas el carácter determinante de la cuestión armamentística iba a ocupar un lugar muy destacado. Once días después, el gobierno anunciaba los términos de un Acuerdo naval anglo-germano, cuya firma se había realizado sin la aprobación de los franceses. El pacto situaba el tonelaje máximo de la armada alemana en un 35 % del de la Marina Real, lo que superaba con creces lo estipulado en el Tratado de Versalles —de cuya violación se hacía ahora cómplice Gran Bretaña—. Los alemanes no tardarían en quebrantar el acuerdo, al que Churchill calificaría en el parlamento como «el colmo de la simpleza», pero sirvió para que el gobierno nacional pareciera tomarse en serio la cuestión de la reducción de armas a pocas fechas de las elecciones del 14 de noviembre[112].

«Nuestra acción ha debilitado a la Sociedad de Naciones, —dirá Churchill en el debate sobre el Acuerdo Naval—. El principio de la seguridad colectiva se ha visto afectado […]. Y puede decirse que, en cierto modo, la influencia británica ha disminuido, y que nuestra posición moral, o en cualquier caso la lógica de nuestro planteamiento, ha quedado parcialmente ensombrecida. No podríamos haber dado un ejemplo más acabado y perfecto de cómo no hay que hacer las cosas.»[113] Pese a todo, Churchill respaldó al gobierno con su voto, esperando que tras las elecciones pudiera solicitársele que se sumara al ejecutivo, sobre todo como advertencia a Hitler de que Gran Bretaña se tomaba muy en serio su determinación de detener el empeño de hegemonía europea de los nazis. Churchill señaló que el reciente pacto había permitido que los alemanes convirtieran los barcos de diez mil toneladas que el Tratado de Versalles autorizaba en buques de guerra de veintiséis mil, y que además lo habían logrado procediendo «a un ocultamiento que el Almirantazgo había sido totalmente incapaz de detectar»[114].

Muchos años antes, nada menos que en abril de 1925, Hankey había invitado a Lindemann a formar parte del por entonces recién creado Subcomité de Investigación en Materia de Defensa Aérea (integrado en el Comité para la Defensa del Imperio). En noviembre de 1928, Baldwin había suspendido las funciones del Comité, y así permaneció hasta que Hitler llegó al poder —momento en el que se optó por reactivarlo—. Baldwin pidió a Churchill que se uniera a dicho Subcomité, que además de haber sido reconstituido en julio de 1935 acabaría conociéndose con el nombre de «Comité Tizard» en honor a su nuevo presidente, el químico e inventor *sir* Henry Tizard. El grupo de trabajo estaba llamado a ser escenario de una serie de enfrentamientos entre Tizard y Lindemann, ya que ambos científicos diferían respecto a la forma de impedir que los bombarderos alemanes alcanzaran el territorio británico. De hecho, se ha llegado a decir que esos choques fueron «probablemente la riña científica más tristemente célebre de toda la era moderna»[115]. Aunque hoy sepamos que, en muchos de los casos, las valoraciones científicas de Tizard eran más correctas que las de Lindemann, lo cierto es que, en su día, Churchill apoyó invariablemente a este último en todos los encontronazos. Tenemos constancia de que en febrero de 1936 Lindemann le escribió a Churchill para decirle: «Elogio la exitosa labor de [Robert] Watson-Watt en materia de detección» —término con el que se refería al radar—. En esa misma nota, Lindemann declara ser «un ferviente partidario» de ese nuevo método[116]. En el momento en el que estalla la segunda guerra mundial había veinte estaciones de radar entre Portsmouth y el Fondeadero de Scapa. Con ellas se podía detectar la presencia de aviones a una distancia comprendida entre los ochenta y los doscientos kilómetros, aun en el caso de que volaran por encima de los tres mil metros de altura. En opinión de Churchill y Lindemann, el Comité Tizard no estaba realizando el suficiente número de experimentos que se precisaban para incrementar la duración efectiva de las explosiones de las bombas. A su juicio, tampoco estaba indagando como debiera en las posibilidades de los globos-cometa[117] ni en los sistemas infrarrojos empleados para dirigir los proyectiles contra los aviones enemigos. Ninguna de estos aspectos técnicos se reveló factible,

pero al menos Churchill y Lindemann intentaban pensar de manera constructiva, aunque fuera apartándose de los cauces normales[118].

El 24 de agosto, al anunciar el gobierno que si Italia invadía Abisinia (la actual Etiopía), Gran Bretaña cumpliría con las obligaciones contraídas con la Sociedad de Naciones, Churchill intentó no ganarse la animadversión de Italia amenazando con sanciones al país transalpino[119]. Churchill estaba convencido de que un embargo petrolífero acabaría destruyendo el frágil Frente de Stresa (formado por Gran Bretaña, Francia e Italia contra Alemania) y obligaría a Mussolini a pasarse al bando de Hitler —y todo para impedir que Italia se apoderara de una parte del África Oriental que no codiciaba ninguna otra potencia europea—. Lo que dictaba su actitud era más la *Realpolitik* que la ideología, y desde luego encajaba muy mal con los principios de los derechos humanos, la democracia, la autodeterminación y las reivindicaciones de los países pequeños, cuestiones que sin embargo habría de invocar más tarde.

El 2 de octubre de 1935, Mussolini invadió efectivamente Abisinia, y en consecuencia, la Sociedad de Naciones impuso sanciones económicas a Italia —a las que, sin embargo, Alemania, Austria y Hungría no se sumaron —. No obstante, Gran Bretaña no dictó los correctivos más importantes, los vinculados con el petróleo, y esto determinó que el Partido Laborista y los liberales afirmaran que la Sociedad de Naciones se había vendido para no irritar a Italia, lo que en realidad era cierto. «En este momento, —sostiene Churchill el 24 de octubre en la Cámara de los Comunes—, no podemos permitirnos el lujo de ver cómo se eleva a una posición de preeminencia en Europa el reino nazi, sumido como está en su actual fase de crueldad e intolerancia, con toda su carga de odio y su reluciente armamento». En este discurso resulta significativo que Churchill omita hacer cualquier llamamiento al hecho de que la aplicación de castigos a Italia se haga extensiva al suministro de petróleo[120]. «Me atrevo a señalar a la Cámara que no hay inquietud que pueda compararse con la que se deriva del rearme alemán», concluyó[121]. Arthur Greenwood acusó a Churchill de «intentar conseguir sus propósitos a toda costa. No tengo la menor duda de que es muy posible que haya conseguido justificar su futuro nombramiento para

una alta magistratura del estado si ocurre lo peor y si el gobierno de concentración nacional es derribado»[122].

Durante la campaña electoral, Baldwin le dirá al pueblo británico: «Os doy mi palabra de que no habrá grandes despliegues armamentísticos». En su folleto electoral, Churchill elogia los últimos «cuatro años de gobierno sostenido y estable, —y argumenta—: La última vez votasteis por la solvencia nacional. Lo que ahora está en juego es la Seguridad de la Nación […]. Nos hemos quedado muy rezagados en materia de aviación y ahora hemos de hacer un esfuerzo muy intenso para poder contar con una fuerza aérea tan sólida y eficaz como la de cualquier país que puede tener la veleidad de atacarnos»[123]. Respecto a las dictaduras, escribe: «El mundo se divide en gobiernos que son dueños de la gente, y gente que es dueña de los gobiernos. En la mayor parte de los grandes países europeos, se han pisoteado a un tiempo la libertad de los parlamentos y la democracia. En esos estados se ha regresado al despotismo y a las dictaduras; además, la propaganda de la tiranía tiene la potestad de pervertir todo el aparato de la ciencia y la civilización»[124].[125]

Con sus 432 escaños, el gobierno de concentración nacional obtenía el 14 de noviembre de 1935 una nueva victoria aplastante. En los comicios los laboristas lograban 154 parlamentarios y los liberales 20. En conjunto, los partidarios del gobierno de concentración (que eran fundamentalmente los conservadores) obtuvieron 11,81 millones de votos, los laboristas 8,32 millones y los liberales 1,42 millones. Duncan Sandys, el esposo de Diana Churchill —que se había educado en Eton y Oxford, y era un antiguo miembro de la carrera diplomática—, resultó reelegido por la circunscripción de Norwood, mientras Churchill, por su parte, volvía a obtener en Epping una mayoría aún más amplia que la anterior. Tras haber atenuado sus críticas al gobierno, Churchill tenía la esperanza de que se le confiara una cartera ministerial desde la cual pudiera coordinar las defensas británicas. Sin embargo, una vez más, Baldwin prefirió pasarle por alto. En ese momento, Churchill quedó profundamente decepcionado, pero andando el tiempo escribiría: «Ahora me doy cuenta de la suerte que tuve. Está claro que sobre mí baten alas invisibles»[126]. Al final se descubriría que esas alas pertenecían nada menos que al propio Baldwin, ya que en esa ocasión le

había dicho a Davidson: «Si al final hay guerra —y nadie puede decir que no vaya a ser así—, debemos conservarlo en buena forma a fin de que se encuentre en condiciones de ser nuestro primer ministro en la contienda»[127].

En un artículo titulado «La verdad sobre Hitler», publicado en la *Strand Magazine* en noviembre de 1935, Churchill trató de mostrarse lo más imparcial posible respecto al *führer*. «Quienes han tenido ocasión de encontrarse cara a cara con *Herr* Hitler, ya sea para resolver alguna cuestión pública, o con motivo de una reunión social, han podido conocer a un individuo altamente competente, a un frío y bien informado funcionario de agradables modales y sonrisa encantadora. De hecho, son muy pocos los que pueden decir que no se hayan visto afectados por un sutil magnetismo personal», escribe Churchill, legando así a la posteridad unas palabras que durante mucho tiempo habrán de reprochársele —pese a que el término «funcionario» difícilmente pueda considerarse un elogio—. «Por consiguiente, el mundo vive con la esperanza de que lo peor haya pasado ya, y de que todavía podamos vivir para ver a Hitler convertido en un personaje más amable, enmarcado en una época más feliz. Entretanto, lo que está haciendo Hitler es pronunciar discursos a las naciones, unos discursos que a veces destacan por su candor y su moderación.»[128] En este caso, la expresión clave es «a veces». Por otro lado, resulta bastante raro que los detractores de Churchill citen igualmente el resto de las secciones del artículo, en las que afirma, por ejemplo: «En los últimos tiempos, [Hitler] ha menudeado las palabras tranquilizadoras, inmediatamente aplaudidas con todo entusiasmo por las mismas personas que ya en épocas pasadas cometieran tan trágicos errores al juzgar a Alemania. Solo el tiempo podrá determinarlo, pero, mientras no llegue el momento de saber con seguridad lo que se prepara, las grandes ruedas del engranaje continúan girando: los rifles, los cañones, los tanques, las balas, los obuses, las bombas de aviación, los cilindros de gas venenoso, los aeroplanos, los submarinos, y ahora el esbozo de una flota, fluyen formando ríos cada vez más desbordantes desde los arsenales y las fábricas de Alemania, en gran parte movilizados ya para una guerra»[129]. Tal y como ocurre con el resto de los artículos que dedica a Hitler, Churchill también habrá de enviar

previamente el que acabamos de detallar al Ministerio de Asuntos Exteriores, que le pedirá que lo suavice. Y así lo hizo, aunque no demasiado, ya que el Departamento de Relaciones Internacionales todavía no había terminado de exponer sus quejas sobre la dureza del escrito, cuando Churchill decidió no demorar más su publicación y lo envió a la revista tal y como estaba.

El 19 de diciembre, el ministro de Asuntos Exteriores, Samuel Hoare, se vio obligado a dimitir a causa del pacto que acababa de firmar con su homólogo francés, Pierre Laval. El acuerdo hacía una serie de concesiones a la presencia de Italia en Abisinia que el parlamento procedió a criticar duramente. Ocupó su lugar el lord consejero de estado, Anthony Eden. En esta época no había indicio alguno de que Eden estuviera llamado a fraguar una alianza extremadamente sólida con Churchill: «El nombramiento de Eden no me inspira confianza, —comenta Winston con Clementine—. Espero que el peso del cargo le venga grande y acabe por tirar la toalla.»[130] Poco tiempo después, Churchill vuelve a decirle a su esposa: «Creo que ahora podrás darte cuenta de que Eden es hombre de escaso fuste»[131]. Sin embargo, Churchill le pedirá a Randolph que no escriba artículos críticos con Eden, y añade: «De lo contrario, no podré confiar en tu lealtad y afecto hacia mi persona. Tu afectuoso padre, Winston S. Churchill»[132].

En las elecciones generales, Randolph había salido derrotado en la circunscripción de Liverpool West Toxteth, y había empezado a causarle cada vez más problemas a su padre, ya que después del descalabro se había presentado a unos comicios parciales por el escaño escocés del distrito de Ross y Cromarty, en competencia con el candidato laborista nacional, Malcolm MacDonald, hijo de Ramsay. «Supongo que te das cuenta de lo desafortunado e inconveniente que es para mí ese encontronazo político, —le dirá Churchill a Clementine—. Me parece que en estas condiciones resultaría extremadamente difícil que Baldwin me propusiera ocuparme del Almirantazgo o de las tareas de coordinación.»[133] Sus relaciones con Randolph comenzaron a revelarse tormentosas. En el transcurso de una pelea familiar —en las que muchas veces padre e hijo terminaban riñendo a gritos, o abandonando airadamente la habitación (unas veces uno y otras

otro)—, Churchill le dirá con gran exasperación a su hijo: «¡Randolph, no me interrumpas mientras yo te estoy interrumpiendo!»[134]. En términos políticos, Randolph tampoco sacaría nada en limpio de su falta de devoción filial, ya que sería tercero en Ross y Cromarty, con 2427 votos, frente a los 8949 del vencedor, Malcolm MacDonald.

Churchill se encontraba de vacaciones en el Hotel Mamounia de Marrakech en compañía de lord Rothermere[135], enfrascado en largas partidas de bezique, su juego de naipes favorito, y dedicado a trabajar en el siguiente volumen del *Marlborough* y a pintar el macizo del Atlas, cuando estalló en la prensa un escándalo relacionado con Sarah, su hija de veintiún años. La joven se había lanzado al mundo del teatro y había empezado a bailar en la revista cómica Follow the Sun en Manchester. Se había enamorado de Vic Oliver (cuyo nombre completo era Victor Oliver von Samek), la estrella del espectáculo, un actor judío divorciado de treinta y siete años nacido en Austria[136]. Oliver se definía de muy diversas maneras, unas veces como cómico, y otras como violinista, pianista, contorsionista, experto saltador de trampolín, e incluso virtuoso del banjo[137]. Las tres primeras afirmaciones eran ciertas, pero no las tres últimas. Tal y como había hecho en su momento el séptimo duque de Marlborough, al mandar a un pequeño grupo de agentes a indagar sobre la persona de Leonard Jerome, el padre de Jennie, antes de que lord Randolph Churchill se casara con ella, también Winston envió ahora a un abogado a Viena para recabar todos los datos posibles sobre los antecedentes de Vic Oliver. «Por favor escríbele a Sarah (aunque no con severidad), —le pide Clementine a su marido—. Aunque aún más importante que esa carta es conseguir […] el informe sobre el señor Vic Oliver», resalta[138]. En febrero, tras conocer por fin a Oliver, Churchill le explica a Clementine: «No me ha dado la impresión de ser mala persona; aunque es más vulgar que la cochambre […]. Y el habla es horrible: tiene un asqueroso deje austro-yanqui que le hace arrastrar las palabras. No le di la oportunidad de estrecharnos las manos, pero desde luego le sometí a un largo y prolijo examen»[139]. Churchill arrancó a Oliver la promesa de posponer el compromiso durante todo un año, tiempo en el

que la pareja no volvería a verse —una petición que el artista aceptó «no sin dignidad», señala Churchill[140].

El 15 de enero de 1936, Churchill comenta con Clementine: «Creo que toda cuestión vinculada con mi eventual incorporación al gobierno ha quedado cerrada a causa de la hostilidad que necesariamente tiene que estar suscitando la campaña de Randolph[141]. "¡*Kismet*! [¡Es el destino!]"»[142]. De hecho, Baldwin no tenía la menor intención de recuperar a Churchill —salvo en caso de que se declarara una guerra internacional—. Menos de una semana después, el 20 de enero, la muerte del rey Jorge V obligaba a Churchill a acortar su estancia en el norte de África. Aun considerada desde la perspectiva del exagerado romanticismo monárquico de Churchill, la carta que envía al nuevo monarca, su amigo el rey Eduardo VIII, resulta claramente empalagosa. «El nombre de Su Majestad resplandecerá en la historia como el del más bravo y amado de todos los soberanos que han ceñido la corona de la isla», escribe[143].

En febrero de 1936, el gabinete aprobó un programa de construcción de siete nuevos acorazados y cuatro portaaviones cuyo desarrollo habría de llevarse a efecto entre los años 1937 y 1942. El ejecutivo decidió asimismo expandir a mil quinientos el número de aviones de la RAF, y contempló además la posibilidad de fabricar más aparatos en caso de que la *Luftwaffe* continuara creciendo[144]. Los gastos de defensa del ejercicio 1935-1936 aumentaron hasta alcanzar la cifra de 137 millones de libras esterlinas, una cantidad que, en términos porcentuales del producto interior bruto, era la más elevada desde que Churchill abandonara la cartera de Hacienda. Sin embargo, la entrega efectiva de los aviones que el Ministerio del Aire había encargado descendió en 1936 debido a problemas de suministro. Era preciso poner urgentemente en pie una agencia de coordinación central, y Churchill quería ser quien se ocupara de gestionarla.

El sábado 7 de marzo de 1936, el ejército alemán invadió súbitamente, y sin ninguna advertencia previa, la zona desmilitarizada de Renania, en una descarada violación de los Tratados de Versalles y Locarno. Hitler había iniciado su larga marcha.

Capítulo 17

LA GLORIFICACIÓN DE LA POLÍTICA DE APACIGUAMIENTO

Marzo de 1936 - octubre de 1938

¡Cuán escasos son los hombres capaces de mantenerse firmes frente a las corrientes de opinión prevalecientes!

Churchill, *De Londres a Ladysmith vía Pretoria*[1].

Liberemos al mundo de esta inminente catástrofe que, acompañada de toda suerte de calamidades y tribulaciones, está llamada a revelarse inenarrable.

Churchill, Cámara de los Comunes, abril de 1936[2].

El sábado 7 de marzo de 1936, el día en el que las tropas del *führer* penetran en Renania, Adolf Hitler declara: «La lucha por una Alemania dotada de los mismos derechos que las naciones vecinas puede darse por terminada […]. No vamos a hacer ninguna reivindicación territorial en Europa»[3]. Se trataba de un engaño calculado dirigido a la opinión pública británica y francesa con la esperanza de que no se produjeran represalias

militares tras este flagrante quebrantamiento del acuerdo de Versalles. Una vez leído ese discurso, Hitler procedió a disolver el Reichstag. Había dado orden a sus generales de que se retiraran en caso de encontrar algún tipo de oposición activa por parte de las tropas francesas, pero lo cierto es que, a pesar de las súplicas de Churchill a Pierre Flandin, el ministro galo de Asuntos Exteriores, no hubo ninguna réplica. Aunque Baldwin y Eden se hubieran mostrado dispuestos a correr el riesgo de iniciar una guerra —cosa que no era así, según le aseguraron a Flandin—, la cuestión es que no podían hacer nada sin el consentimiento de los franceses[4].

«Las guerras no siempre esperan a que los combatientes estén preparados para librarlas», observará Churchill en un debate sobre la cuestión del rearme celebrado tres días después de que la región de Renania volviese a quedar militarizada. «Hay veces en que estallan antes de que haya una sola persona presta al combate, otras surgen cuando una nación considera que su falta de organización es menos acusada que la de los países vecinos, o cuando un estado juzga que lo más probable es que si deja pasar el tiempo su situación no habrá de ser más sólida, sino más débil. De hecho, lo que yo temo es que lleguemos a un punto culminante en la historia de Europa […]. Desconozco en qué momento habremos de alcanzarlo. Pero desde luego nos veremos en él antes de que expire el mandato del presente parlamento.»[5] Las dos Cámaras del sistema deliberativo británico debían disolverse en el otoño de 1940.

En una reunión del Comité de Asuntos Exteriores de los Comunes, Churchill lanzó un llamamiento destinado a fraguar un «plan coordinado» y dirigido por la Sociedad de Naciones. La idea era convencer a Francia de que plantara cara a Alemania. Sus colegas le contestaron que los principales miembros de ese organismo «carecían de toda preparación militar», argumento que se daba por bueno como fundamento para no hacer nada[6]. De hecho, en ese momento, Francia poseía muchas más armas que Alemania; Italia seguía militando, al menos teóricamente, en el bando antialemán creado tras la Conferencia de Stresa; y la Marina Real Británica continuaba siendo la flota más poderosa de Europa. Sin embargo, no se movió un dedo, y todo con la esperanza de que Hitler estuviera diciendo la verdad[7].

El 10 de marzo, Churchill advertía en los Comunes que Alemania estaba dedicando mil quinientos millones de libras esterlinas «a efectuar preparativos bélicos, tanto de forma directa como indirecta […]. Se trata de una suma fabulosa. Jamás se ha visto nada igual en tiempo de paz»[8]. Churchill reconoció que el gobierno británico había empezado a rearmarse, pero aseguró que el esfuerzo que se estaba haciendo no era suficiente. «Alemania seguirá aventajándonos cada vez más, aun en el caso de que se acepten nuestros nuevos programas, —dijo—, y por más celo que pongamos, al terminar el presente año estaremos aún peor que ahora»[9]. Sus avisos no sirvieron absolutamente para nada. Flandin le dijo que Baldwin ni siquiera quería que se convocara al Consejo de la Sociedad de Naciones para estudiar la aplicación de sanciones a Alemania[10]. Y dado que tanto la prensa como la oposición y los primeros ministros de los dominios del imperio se mostraban contrarios a la adopción de cualquier iniciativa en Renania, Churchill optó por no seguir tomándose la molestia de presionar en favor de una causa que daba ya por perdida.

Con todo, el 12 de marzo, Churchill quedó profundamente disgustado al comprobar que Baldwin no anunciaba la creación de los nuevos Ministerios de Defensa y Suministros militares que tanto tiempo llevaba pidiendo, sino que se contentaba simplemente con un Ministerio de Coordinación de la Defensa de cuya dirección —y con un papel de carácter básicamente consultivo y no ejecutivo— habría de encargarse el poco carismático y muy funcionarial *sir* Thomas Inskip, que hasta entonces había venido ejerciendo el cargo de fiscal general del estado. Baldwin le había dicho a Davidson que «no quería tener un ministro de Defensa capaz de incendiar el Támesis» —una frase que, en vista de los acontecimientos posteriores, habría de revelarse muy desafortunada—. El mismo Davidson pensaba que Inskip no solo era «un tanto pesado, y no demasiado activo en cuanto a la toma de decisiones», sino que «defendía unos puntos de vista lastrados por una cierta rigidez»[11]. Diez días antes, Churchill le había dicho a Clementine: «Pase lo que pase, no tengo intención de pasar ningún mal rato. Que el destino juegue su papel. Si lo consigo, me esforzaré lealmente ante Dios y los hombres por garantizar la paz, y no permitiré que me ofusquen ni el orgullo ni la exaltación»[12]. Desde luego, Inskip no figuraba entre los

nueve hombres que Churchill había previsto como posibles candidatos al puesto.

A los ojos de Churchill, la designación de Inskip era una nueva oportunidad perdida de mostrar a los nazis la clara determinación británica, lo que más tarde le llevará a escribir: «Era sin duda evidente que a Hitler no le habría gustado mi nombramiento»[13]. Neville Chamberlain señala que la atribución del puesto a Inskip podía no provocar claros entusiasmos, pero al menos, añadía, «no nos dejará atónitos con nuevos e impensables elementos de perplejidad». Neville Chamberlain también le dirá a su hermana Ida, que vivía con Hilda, hija de Joseph Chamberlain: «Doy las gracias a las circunstancias, que nos han permitido no encontrarnos a Churchill como colega. [Winston] continúa en el estado de excitación que se apodera habitualmente de él cada vez que ventea la posibilidad de una guerra, y si estuviera en el gabinete nos veríamos obligados a dedicar todo nuestro tiempo a contenerle, en lugar de consagrarlo a nuestros quehaceres»[14].

Algo más avanzado el mes de marzo, Harold Nicolson anota en su diario: «Winston ha reunido hoy a un grupo de personas en el salón de fumadores y ha iniciado una disertación dedicada a contraponer el miedo a actuar con el honor nacional y el deber que nos vincula con las generaciones venideras»[15]. En el debate sobre Alemania que se celebró el 26 de marzo, Churchill volvió a apelar a la Sociedad de Naciones y a instar a dicha organización a tomar medidas, pero lo cierto es que, en privado se mostraba cada vez más desdeñoso con esa institución internacional. De hecho, la crisis de Renania le había animado a pensar más en la posibilidad de impulsar un pacto de seguridad colectiva capaz de constituir un cerco alrededor del Tercer Reich y contenerlo —un acuerdo que por ese motivo debía incluir necesariamente a la URSS—.[16] «Sería una completa estupidez negarnos en este momento a prestar ayuda a la Unión Soviética, —le dirá el 8 de abril a Iván Maisky, y más aún, viene a agregar—, si lo hiciéramos por el hipotético peligro de que el socialismo pueda convertirse en una amenaza para nuestros hijos y nietos»[17]. Debido a este cambio de actitud, Churchill dejó de ser considerado enemigo de la nación en Rusia, así que se procedió a retirar discretamente su efigie de la galería de tiro del Parque de la Cultura y el Ocio de Moscú[18].

Churchill no concedía el menor crédito a las manifestaciones de contención de Hitler. «Esta cuestión de Renania no es más que un primer paso, una fase inicial, un incidente enmarcado en un proceso», advertirá en la Cámara de los Comunes[19]. También se mostró favorable a negociar con Hitler, pero solo desde una posición de fuerza: «No permitamos que se tenga la impresión de que somos una chusma dispuesta a salir huyendo ante una fuerza ante la que se sabe impotente. —Como siempre, Churchill basa sus argumentos en las experiencias del pasado—. La totalidad de la historia del mundo se resume en el doble hecho de que las naciones fuertes no siempre son justas, y de que, si se proponen serlo, es a menudo porque ya han perdido su fuerza», dijo. «Deseo ver a las fuerzas colectivas del mundo dotadas de un poderío abrumador. Pero si lo que se proponen ustedes es intentar ganar esta partida por un margen muy estrecho […] se van a encontrar con una guerra.»[20] Una de las razones de que Churchill fuese nombrado primer ministro en 1940 se debería precisamente a la circunstancia de que, pese a haber sido muy pocos los dispuestos a tener en cuenta sus discursos, serían en cambio muchos los que recordarían la esencia de lo dicho.

Churchill no se oponía ideológicamente a que se compensara a Alemania por los agravios sufridos a raíz del Tratado de Versalles. Estaba dispuesto a considerar que se le devolvieran a ese país las antiguas colonias del África Occidental, aunque este sea uno de los aspectos políticos que no quedan cubiertos en el primer volumen de sus memorias de guerra —el titulado *Cómo se fraguó la tormenta*—, pero no obstante aparece claramente atestiguado en el *Hansard*[21], es decir, en las actas oficiales del parlamento británico[22]. «Yo sostengo que se aproxima el momento de establecer un acuerdo final, duradero y amistoso con Alemania, —dirá a principios de abril—, pero disponemos de muy poco tiempo». Uno de los elementos que Churchill propone como parte de un futuro acuerdo de seguridad colectiva y rearme occidental consistirá en abrir un debate sobre la eventual devolución de las posesiones coloniales a Alemania (cosa que hará hasta muy tarde, ya que la última vez que insiste en esa cuestión es nada menos que en diciembre de 1937). «Creo que todavía tenemos un año para fusionar y organizar un conjunto de fuerzas superior al de nuestros

enemigos. Con él podremos defender la Sociedad de Naciones y el Pacto contenido en su Carta Fundacional», dirá en abril de 1936 a lord Cecil de Chelwood, el más destacado campeón británico de ese organismo[23]. Churchill invitará a Cecil a Chartwell a fin de estudiar con él la posibilidad de que la Sociedad de Naciones pudiera levantar las sanciones impuestas a Italia (y también se ofrecerá a «enseñar[le] mi piscina: el agua es clara y la temperatura muy agradable»[24]). En Chartwell, cuando pasaban unos días juntos, *en famille*, Churchill solía sobresaltar a sus hijos gritándoles desde la otra punta del césped cosas de este estilo: «¡En solo veinte minutos, el enemigo, tras dejar la costa de Francia, puede aparecer en el horizonte, amenazadoramente suspendido en los aires, dispuesto a poner en peligro la seguridad de nuestra isla, y de una forma totalmente desconocida hasta ahora!»[25].

En esta época, Churchill se dedicaba constantemente a concebir estrategias destinadas a amedrentar a Hitler —por más estrafalarias que pudieran resultar esas tácticas en ocasiones—. El mismo mes en que invitó a Robert Cecil a Chartwell, Churchill enviará a Inskip una variante del antiguo plan de Fisher consistente en despachar una escuadra de la Marina Real a una base rusa situada en el Báltico[26]. Hankey se quejó a Inskip diciéndole que le acababan de proponer una idea «fantástica» (aunque en este caso la palabra no se estuviera empleando en modo alguno con intención aprobadora). Durante un almuerzo celebrado por la decoradora inglesa Sibyl Colefax, Churchill le comentó a Wallis Simpson, la amante de Eduardo VIII, que «las comunicaciones que tenemos [en el Mediterráneo] no pueden quedar a merced de una realidad tan poco fiable como la amistad con los italianos. Hemos de conservar necesariamente el dominio del Mediterráneo, y preservar así la preeminencia que iniciara en su día Marlborough, mi ilustre antepasado»[27]. Sin desistir de su empeño, Churchill siguió desgranando advertencias en los Comunes. El 23 de abril habló de «una explosión y una catástrofe cuyo desenlace supera todo lo imaginable, y cuyas consecuencias van más allá de todo cuanto le es dado percibir al ojo humano»[28]. El 3 de abril, Eden prometió al parlamento que no iba a ponerse en marcha ningún «plan militar», ni siquiera en el caso de que Alemania se negara a someter a debate el golpe de Renania[29].

En mayo, en la sociedad Grillions, Crawford manifestó que Churchill le parecía «extremadamente ruidoso y elocuentemente insincero en sus denuncias al gobierno»[30]. Sin embargo, Churchill no había atacado públicamente a Baldwin, ya que al dirigirse a las masas había preferido adoptar un tono más cercano al simple reproche que a la oposición absoluta. «Winston está tratando de conseguir que se le nombre ministro de Municiones, —señala Chips Channon en un escrito en el que especula con esa idea—, pero Baldwin le odia tanto que dudo mucho que tenga éxito»[31]. El 21 de mayo, en los Comunes, Churchill resaltará que la Gran Guerra había enseñado al gobierno la trascendencia que podía llegar a tener el hecho de despojar al ministro de la Guerra de la responsabilidad de velar por un adecuado suministro de municiones, a lo que agregará que, en última instancia, Kitchener se había sentido aliviado de ceder a otro el control de esa partida. «Esa ha sido una de las lecciones que todos nos hemos visto obligados a aprender con sangre, sudor y lágrimas. ¿En verdad pretenden decirme que hemos de aceptar que se nos vuelva a inculcar ahora?»[32] Al referirse a las tesis presentadas por los promotores del apaciguamiento de Alemania, que sostenían que un elevado gasto en materia de defensa podría resultar perjudicial para el comercio británico, Churchill sostiene: «¡Cuán frágiles y miserables habrán de antojársenos estos argumentos si dentro de un año o dos [el enemigo] nos echa el lazo fácilmente por pillarnos rollizos, opulentos, felices de ejercer la libertad de expresión… e indefensos!»[33].

La más cáustica de todas las críticas que se abatían sobre Churchill seguía siendo la acusación general de que carecía de juicio. «Uno de estos días me voy a decidir a realizar unas cuantas observaciones informales sobre Winston, —le dice el 22 de mayo Baldwin a Tom Jones, su secretario privado—. Ya lo tengo todo pensado. Explicaré que, al nacer Winston, una legión de hadas se abalanzó sobre su cuna [con los brazos] repletos de mercedes —imaginación, elocuencia, laboriosidad, talento…—. Sin embargo, después apareció una ninfa que espetó a la concurrencia: “Nadie tiene derecho a tantos dones”, y acto seguido le levantó, le sacudió y le retorció de tal manera que, de entre todas las dádivas recibidas,

desaparecieron el buen juicio y la sabiduría. Y esta es la razón de que, pese a deleitarnos con los discursos que pronuncia en esta Cámara, no sigamos su consejo.»[34][35]

Baldwin no llegaría a pronunciar ese discurso, pero desde luego ese habría de ser el principal frente de ataque de los jefes de disciplina del gobierno de concentración nacional, y de hecho tenía la ventaja de ser un relato que abarcaba todas las peripecias existenciales de Winston, desde el asedio de la calle Sidney hasta la inminente crisis por la abdicación de Eduardo VIII —en la que Churchill habría de causarse un enorme perjuicio a sí mismo—, pasando por los disturbios de Tonypandy, la defensa de Amberes, el fracaso de Galípoli, la decisión de abrazar el patrón oro y las tesis sobre el autogobierno de la India. En conjunto, ese listado de errores constituía un formidable pliego acusatorio. Lo que evidentemente se pasaba por alto en esa retahíla era la verdad de los hechos acaecidos en Tonypandy y Amberes, el carácter totalmente trivial del asunto de la calle Sidney, la sinceridad de la postura que había mantenido Churchill en la cuestión de la India, y el hecho de que la decisión sobre el patrón oro hubiera contado con el respaldo, plenamente convencido, de Baldwin, Chamberlain y los jefes de disciplina gubernamentales que entonces tenían vara alta.

Cuatro días más tarde, Churchill expresará la opinión que le merece Baldwin en términos parecidamente llanos. «¡Nunca se retirará por decisión propia!», comenta con Maisky, a quien por esa época veía con frecuencia, ya que estaba tratando de conseguir que los soviéticos ayudaran a Gran Bretaña a establecer un cordón sanitario en torno de Alemania. «[Baldwin] no solo quiere quedarse hasta la coronación, sino también después de ella, si le dejan. Es preciso *expulsarlo*: esa es la única manera de deshacerse de él.»[36] Churchill comparó la situación del primer ministro con la de «un hombre que se aferra a la góndola de un globo aerostático en pleno ascenso. Si se suelta mientras el aparato esté solo a cinco o seis metros[37] del suelo, caerá, pero no se romperá los huesos. Sin embargo, cuanto más tiempo aguante, más seguro puede estar de morir cuando resbale y se produzca lo inevitable». La analogía no carecía de imaginación, pero como predicción se reveló inexacta[38]. Además, la metáfora le recordó a Maisky la respuesta que Churchill había dado a una pregunta que él mismo le había hecho

anteriormente y en la que se interesaba por las razones que podían haber determinado que Baldwin decidiera retrasar tanto el nombramiento de Inskip: «Es evidente, —le había asegurado Winston—: Baldwin está buscando a un hombre más bajito que él para el cargo de ministro de Defensa, y no es fácil de encontrar a un hombre de tan poca estatura»[39].

Otra de las críticas con las que se atacó a Churchill en ese período fue la de que estaba demasiado obsesionado con recriminar al gobierno sus pasados errores. El 29 de mayo, durante un debate sobre cuestiones de defensa, Inskip tuvo la oportuna idea de solicitar a Churchill que le explicara qué sentido tenía demorarse excesivamente en el pasado, a lo que Churchill replicó: «Diré a la Cámara para qué sirve echar cuentas del pretérito: contribuye a reforzar la adopción de medidas efectivas en el presente»[40]. Le frustraba muy particularmente el hecho de que el Subcomité para el Estudio Científico de la Defensa Aérea (entidad sucesora del Subcomité de Investigación en Materia de Defensa Aérea) no estuviera haciendo prácticamente ningún progreso en la búsqueda de ideas susceptibles de contrarrestar el eventual bombardeo de una aviación hostil. En el campo de la detección por radar se estaban haciendo descubrimientos espectaculares, pero el 22 de junio, Churchill le dirá a lord Swinton, el ministro del Aire, que todos esos adelantos no eran suficientes. De hecho, este reproche no conseguirá más que empeorar una situación ya previamente deteriorada por la venganza que Tizard había urdido contra Lindemann (y que este habría de devolverle sin ahorrarle un solo agravio). «Lo que me sorprende y me duele es su actitud, la circunstancia de que parezca usted contentarse con el modo en que avanzan los trabajos. En los diez meses que he permanecido en el Comité, me ha llamado poderosamente la atención la lentitud con la que se desarrollan todas las investigaciones, —se queja Churchill—. No hay experimentos de alcance ni de costes elevados, pero desde luego lo que se precisa es que sean numerosos, y la única manera de que consigan progresar es por medio de una reiterada sucesión de pruebas y errores.»[41] El Comité solo se reunía una vez al mes, así que Churchill le aseguró a Swinton que tenía la «seguridad de que no va a poder sacarse nada en limpio antes de que Europa y nuestro país se vean expuestos al período de máximo peligro»,

algo que Swinton debió de considerar sin duda fruto de la característica tendencia de Churchill a la exageración[42]. El 3 de septiembre, tras encajar tres dimisiones, incluida la del propio Tizard, Swinton disolvía el Comité[43]. Dos meses más tarde se recomponía el organismo, presidido nuevamente por Tizard e integrado exactamente por los mismos miembros, con la única excepción de Lindemann, al que se dejó fuera.

En junio, en un almuerzo dado en el Savoy Grill en honor del ex diplomático alemán Albrecht von Bernstorff, contrario a los nazis[44], en el que se hallaban presentes Duff Cooper, Bob Boothby y Harold Nicolson, Churchill preguntó a Bernstorff cómo podía evitarse una segunda guerra con Alemania. «Estableciendo un cerco sin paliativos», le respondió[45]. Churchill se mostró de acuerdo. En julio, Churchill argumentará en un discurso pronunciado ante el Comité de Asuntos Exteriores de los Comunes que Gran Bretaña tenía que defender a un tiempo su imperio y la frontera del Rin, lo que representaba «una tarea gigantesca». No obstante, esa labor resultaba imprescindible, ya que a continuación añadía que, si Inglaterra permitía que Hitler hiciera lo que le viniera en gana en el Este, Alemania se alzaría, «en un solo año, con el predominio en toda la región que va de Hamburgo al Mar Negro, con lo que nos encontraremos frente a una confederación abrumadora, de una magnitud desconocida desde los tiempos de Napoleón»[46]. En el parlamento todavía seguían ignorándose las advertencias de Churchill, pero ese mismo mes Eleanor Rathbone, una diputada independiente que había salido elegida en la circunscripción Conjunta de las Universidades Inglesas, dirá durante las sesiones de una escuela de verano dedicada a las políticas de izquierdas: «Observen atentamente a ese hombre. Es muy posible que les inspire desconfianza. A mi también me la produce. Todavía no estoy segura. Pero les pido que dejen a un lado los prejuicios y sopesen los hechos. Churchill lleva tres años señalando que Alemania está inmersa en un vasto proyecto de rearme. Y la realidad posterior ha justificado sus estimaciones»[47].

El 17 de julio de 1936, una fracción del ejército español se sublevó en Madrid contra el gobierno del Frente Popular, haciendo estallar así una guerra civil total. La antipatía que le inspiraban a Churchill los republicanos españoles se explica en parte por la favorable inclinación personal que le

aproximaba a la figura del exiliado rey Alfonso XIII, que había sido derrocado en 1931. Churchill había tenido ocasión de conocer a Alfonso XIII en 1914 y le había agradado, razón que le llevará a presentarlo a una luz amable en *Grandes contemporáneos*, obra en la que atribuye parcialmente su caída a «la propaganda de Moscú»[48]. El 10 de agosto, en un artículo del *Evening Standard* titulado «La tragedia española»[49], Churchill expone el temor que le produce la perspectiva de que una «España comunista extienda sus serpenteantes tentáculos por las tierras de Francia y Portugal»[50].

Lo que llevó a Churchill a simpatizar inicialmente con el bando nacional en los primeros momentos de la guerra, cuando parecía tratarse de un alzamiento de aristócratas, católicos, monárquicos, conservadores y militares, fue su inveterado anticomunismo y su tendencia al romanticismo monárquico. En el año 1937 se iría distanciando poco a poco de los sublevados, al quedar claro que se estaba en realidad ante un movimiento falangista y fascista que contaba con el respaldo, militar incluso, de Hitler y Mussolini. Churchill respaldó la nada heroica política no intervencionista del gobierno de Chamberlain, cuya inhibición era de carácter pragmático y estaba basada en la idea de no poner en peligro el peñón de Gibraltar y el crucial control del estrecho, ya que de ese modo la Marina Real Británica podía entrar y salir a sus anchas del Mar Mediterráneo.

En el transcurso del verano, Churchill comenzó a mostrarse cada vez más crítico en público con el aparato del Departamento de Defensa británico, y muy particularmente con la actitud de Inskip. El 20 de julio señala a los parlamentarios: «[Inskip] se ha permitido el lujo de presentarse como víctima inocente de un conjunto de responsabilidades agrupadas de una forma sumamente extraña, discordante y perversa; se ha dotado de una serie de poderes de carácter tan reservado y restringido, que nadie, ni siquiera el mismísimo Napoleón, sería capaz de ejercerlos de manera satisfactoria»[51]. En ese debate, Churchill desmontará uno de los planteamientos que había esgrimido Inskip (y también muchos historiadores después de él): el que sostiene que, en caso de que Gran Bretaña se hubiera rearmado antes, la RAF habría acabado construyendo aviones de inferior calidad a los que tuvo ocasión de fabricar más tarde:

> Si nuestras fábricas de aviones se hubieran puesto a trabajar hace tres años, aunque fuera en un tipo de máquinas hoy anticuadas, nada nos habría impedido sustituirlas ahora por las de nueva clase, ni hacerlo en la misma fecha hoy vigente […]. Si las fábricas hubieran echado a andar, si se hubieran contratado aprendices, si las plantas se hubieran ampliado y desarrollado junto con el personal, serían en el momento presente más capaces de abordar la realización de los nuevos aparatos, la transferencia de competencias técnicas se habría efectuado en un conjunto de instalaciones mucho mejores, y los volúmenes de entrega habrían sido mucho mayores y habrían tenido lugar en plazos más cortos[52].

Además, los aviones viejos podrían haberse utilizado para entrenar a los pilotos noveles. Según las estimaciones de Churchill, en 1935 Alemania había gastado ochocientos millones de libras esterlinas en preparativos bélicos, y posiblemente novecientos millones en 1936. «Soportaría con paciencia el rugido de júbilo que brotaría sin duda del seno de la Cámara si se demostrara que mis cálculos habían sido erróneos, —dijo en los Comunes al referirse a estas cifras—, y no me importaría porque me quitaría un gran peso de encima, y porque también aliviaría la preocupación de muchas de sus señorías. ¿Qué relevancia tiene la persona del que queda en evidencia o haya de caer en el desconcierto? Si el país está a salvo, ¿a quién le importan los políticos como tales, ejerzan o no algún cargo en el gabinete?»[53]. Al conseguir instalarse en Renania sin disparar un solo tiro, dijo, «el régimen nazi ha logrado un inmenso triunfo»[54].

El 5 de agosto, Churchill invitó a William S. Griffin, el director de tendencias aislacionistas del *New York Enquirer*, propiedad de William Randolph Hearst, a su casa de Morpeth Mansions. Según Griffin, Churchill dijo en ese encuentro: «Estados Unidos debería haberse limitado a ocuparse de sus asuntos y haber sabido mantenerse al margen de la Guerra Mundial»[55]. En 1939, al enterarse Churchill de que Griffin había hecho esas declaraciones y de que aquellas palabras se estaban repitiendo en el Congreso estadounidense y en la radio alemana, declaró que se trataba de «una vil mentira», tras lo cual Griffin planteó contra él una demanda de un millón de dólares por daños y perjuicios, solicitando además a los tribunales de Estados Unidos que confiscaran a Churchill las ganancias que obtenía con la venta de sus libros en ese país norteamericano, considerando que esa era la mejor forma de liquidar la compensación exigida. La audiencia del caso no se realizó hasta el mes de octubre de 1942, y la causa fue

desestimada —debido fundamentalmente al hecho de que para entonces Churchill ya ostentaba el cargo de primer ministro y era además un sólido aliado de Estados Unidos, mientras que Griffin se encontraba por el contrario bajo arresto domiciliario, acusado de sedición.

El 14 de octubre, la familia Churchill se vio envuelta en una crisis pública sumamente vergonzosa, dado que Sarah, que ya había cumplido veintidós años, se fugó a Nueva York con el fin de casarse con Vic Oliver, a quien el matrimonio Churchill desaprobaba —razón por la que habían exigido a Sarah que no le viera por espacio de doce meses—. «Querida mamá, —escribe la joven tras la huida—, no puedo presentar ninguna excusa, pero las cosas no parecían estar yendo demasiado bien […]. Lamento muchísimo tener que hacerlo de esta manera. No me gusta "retractarme" y no cumplir lo que me habíais pedido, pero creo que es la mejor solución. Las bendiciones y el "consentimiento" que íbamos a obtener en enero serían totalmente hueros. ¿Cómo no habría de ser así cuando tanto vuestro corazón como vuestra cabeza se oponen rotundamente a nuestra unión?»[56]. En la posdata decía: «Por favor, hazle entender a papá que no he esperado a que se encontrara fuera del país —ha sido una de esas decisiones que se toman en el último momento—. Tengo que irme, lo siento»[57]. Randolph cogió el primer barco a Nueva York bajo una ola de especulaciones en la prensa. Hubo un momento en el que llegaron a cubrir la noticia hasta cien reporteros. Sin embargo, Randolph no consiguió convencer a Sarah de que cambiara de opinión.

En la siguiente carta que Sarah le envía a su madre, escrita desde el Hotel Lombardy de Nueva York, la joven le cuenta lo difícil que es «estar enamorada y […] ser consciente […] de que quienes dicen amarte desprecian sin embargo al hombre con el que vives, tener que aguantar constante e interminablemente que se le insulte y se le trate como a un vil aventurero, que tus seres queridos te hagan sentir que has cometido un error de mal gusto y, para remate, tener que soportar incluso que se ponga en cuestión tu propia sinceridad […]. He tenido la sensación de que papá no ha jugado todo lo limpiamente que debiera con nosotros»[58]. Era cierto.

Churchill había contratado a distintos abogados, tanto en Austria como en Estados Unidos, para cerciorarse de que Oliver no estaba a punto de caer en la bigamia[59]. Una vez que la pareja hubo contraído matrimonio, el día de Navidad de 1936, tanto la especulación de la prensa como la oposición de Churchill y Clementine cedieron.

El hecho de que muchos británicos que ocupaban posiciones destacadas adularan públicamente al líder alemán complicó todavía más la tarea de Churchill, decidido a seguir advirtiendo a los ingleses de la amenaza que suponía la actitud de Hitler. En septiembre, Lloyd George envió una carta al embajador alemán en Londres, Joachim von Ribbentrop, en la que le decía que, si ya antes de tener ocasión de conocerle en persona «había alimentado la mayor de las admiraciones por su maravilloso *führer*, —ahora, transcurrido algún tiempo—, esa admiración se ha hecho más honda e intensa. Es el mejor golpe de suerte que ha tenido su país desde los tiempos de Bismarck, y yo diría incluso que desde Federico el Grande»[60]. En octubre de 1937, Churchill escribe a lord Londonderry, que poco antes había cubierto de elogios a Hitler, tanto en público como en privado, diciéndole que, «por lo que a nosotros respecta», Gran Bretaña no «puede aceptar que [los alemanes] estén correteando a sus anchas por distintas regiones de la Europa Central y Meridional. Esto significa que acabarán por devorar a Austria y a Checoslovaquia como paso previo a la configuración de un bloque gigantesco en el centro de Europa. Y desde luego, mostrarnos connivientes con semejantes políticas de agresión no coopera en nada a promover nuestros intereses»[61]. Churchill había descubierto efectivamente cuáles iban a ser los dos objetivos inmediatos de Hitler, pero nadie se dignó a escucharle.

El 6 de octubre de 1936, en la inauguración de un monumento a T. E. Lawrence en Oxford, Churchill fue invitado a cenar en el All Souls College, y alguien le preguntó si iba a estallar una guerra. «Seguro, —respondió—, una guerra absolutamente terrible en la que Londres será bombardeado y se arrasará hasta los cimientos el palacio de Buckingham; una guerra en la que los leones y los tigres escaparán del zoológico y

vagarán por las calles de la ciudad, atacando a la gente»[62].[63] Lawrence, otro buen amigo de Churchill desaparecido tempranamente, había fallecido el 19 de mayo de 1935 en un accidente de moto cerca del pequeño chalé de Dorset en el que residía, con solo cuarenta y siete años. «En realidad habitaba en la cima de las montañas, donde el aire es frío, cristalino y raro, y donde, en los gélidos días diáfanos, el panorama domina todos los reinos del mundo y su gloria, —escribe Churchill en su obituario—. Del mismo modo que un avión vuela gracias a la velocidad y a la creación de presiones negativas en el aire, también a él le resultaba más cómodo y sencillo elevarse cuando aullaba el huracán. No era hombre que se mantuviera en completa armonía con lo que tenemos por normal. La furia de la Gran Guerra hizo que el tono de la vida corriente alcanzara el nivel habitual en Lawrence. Las multitudes se vieron arrastradas, empujadas, hasta que su movimiento adquirió la velocidad del suyo. Y fue justamente en ese período heroico cuando logró vivir en perfecta armonía con los hombres y las circunstancias.»[64] Como tantas veces ocurre en los escritos que dedica a otras personas, también aquí se percibe en las alabanzas de Churchill algo más que una pasajera nota a su propia forma de entender la existencia. Veinte años después de que se redactara este texto encomiástico, conocidos ya los inventos y las exageraciones que trufaban *Los siete pilares de la sabiduría*, y habiéndose revelado la homosexualidad masoquista de Lawrence —tema este último que hará manifestar a Churchill «un intenso desagrado»—, Winston afirma, refiriéndose a su amigo, que «tenía la habilidad de desdibujarse tras los focos y de ocultar bajo esa potente luz sus inquietudes. Era un personaje extremadamente notable, y se cuidaba muy mucho de dejarlo traslucir»[65].

En 1937, al elegir Alexander Korda al actor Leslie Howard para el papel de Lawrence, Churchill mantuvo varias conversaciones con él, y Howard aseguró que le habían servido de mucho[66]. Churchill llevaba trabajando para los estudios de Korda desde septiembre de 1934, y había elaborado varios posibles guiones cinematográficos basados en ideas como «¿Volverán las monarquías a implantarse?», «El ascenso del Japón», «Normas y costumbres matrimoniales», o el jubileo de plata del rey Jorge V. Pidió dos mil libras por pulir el guion de *Lawrence de Arabia*, pero

aceptó sin protestar las doscientas cincuenta que finalmente recibió[67]. Uno de los cambios menores que sugirió introducir en la película le llevaría a explicar que «difícilmente podría hablarse de animar a los árabes a emprender una cruzada, ya que es una noción que han aprendido a considerar hiriente. *Yihad* es la palabra que ha de emplearse»[68]. Churchill quería que se subrayara al máximo el heroísmo de Lawrence y que se insistiera asimismo en la determinación con la que hacía caso omiso de los convencionalismos militares. «¡Sin duda tendrás que hacer saltar por los aires, y de muy diferente manera, media docena de trenes!, —le escribe a Korda—. La aproximación desde posiciones alejadas; la escena en el interior del vagón; la tensa emoción de la emboscada; la terrible explosión; la locomotora hecha pedazos, etcétera… Y el hecho de que las únicas comunicaciones del ejército hayan quedado interrumpidas. ¡Todo muy bonito!»[69] Una de las críticas que recibió la propuesta churchilliana de grandes movimientos de caballería fue la siguiente: «Tenemos, con perfiles bastante difusos, unos cuantos galopajes [galopadas] en los que un gran grupo de jinetes se lanza a una carga imposible, similar a las absurdas gestas de *Tres lanceros bengalíes*»[70]. Sin embargo, Adolf Hitler sería precisamente una de las personas que no habrían de considerar en modo alguno insensato ese épico film británico de 1935 y tintes imperialistas que fue *Tres lanceros bengalíes,* dado que era su película favorita.

«No hay mayor error que el de suponer que los lugares comunes, las palabras blandas y las políticas tímidas, puedan despejar hoy las vías llamadas a ofrecernos protección», dirá Churchill el 12 de noviembre de 1936 en un debate celebrado en la Cámara de los Comunes sobre la cuestión de la seguridad colectiva. «Solo mediante una firme adhesión a los más rectos principios […] podrán conjurarse y vencerse los peligros que hoy se ciernen implacablemente sobre nosotros y sobre la paz de Europa.»[71] Churchill exigió que se pusiera en marcha una comisión de investigación parlamentaria para analizar la situación en que se encontraban las defensas británicas, demanda que la abrumadora mayoría de escaños de que disponía el gobierno no tuvo dificultad alguna en hacer a un lado —cosa que no sorprendió en absoluto a Churchill—. En un pasaje de ese discurso, en el que centraba su crítica en la intervención de la Unión

Soviética en la guerra civil española, terminó diciendo que existía «otra Rusia, una Rusia que solo desea que la dejen vivir en paz». Churchill abrigaba la esperanza de que la organización de la seguridad colectiva permitiera a la Unión Soviética desempeñar un papel en la preservación de la paz —aunque todavía no considerara que hubiera llegado el momento de proponer una alianza en toda regla, ya que tenía la sensación de que la opinión pública aún no estaba preparada para esas ideas—.[72] El criterio que sostenía respecto al papel que podía corresponder a Rusia en el tema de la seguridad colectiva se hallaba todavía sujeto a algunas oscilaciones, ya que el hecho de incluir a la Unión Soviética en el proyecto no solo implicaba enajenarse la lealtad de países como Polonia, sino alejar también a los católicos de Gran Bretaña y a un gran número de conservadores[73]. No obstante, en los argumentos que defendía Churchill al establecer fórmulas para evitar la guerra también había otros aspectos que no eran del todo coherentes. Si en noviembre de 1936 se retractaba de lo que había dicho seis meses antes sobre la compensación de los agravios alemanes, en diciembre de 1937 recuperaba en cambio la tesis del resarcimiento y afirmaba que las «conquistas obtenidas mediante actos de guerra» podían cederse a Alemania como parte de un acuerdo de orden general. Churchill no abogó en favor de una alianza formal entre franceses, ingleses y rusos sino en el momento en el que se vio claramente que la crisis de Checoslovaquia del otoño de 1938 era inminente[74]. Las posturas que adoptó en la segunda mitad de la década de 1930 fueron mucho más variadas de lo que él mismo da a entender en *Cómo se fraguó la tormenta*, obra en la que además de sostener que percibió inmediatamente la amenaza que suponía el fascismo también afirma que se opuso con voluntad inquebrantable a las políticas de apaciguamiento. Sea como fuere, lo cierto es que fue, de lejos, el más formidable adversario de la Alemania nazi y un constante enemigo de las medidas de conciliación propuestas por sus colegas británicos.

En el debate de seguridad colectiva, Churchill cita las palabras de Samuel Hoare, por entonces primer lord del Almirantazgo, que en referencia a la futura creación de un Ministerio de Suministros había afirmado lo siguiente: «Lo único que hacemos es revisar constantemente

nuestra posición». «El gobierno es sencillamente incapaz de tomar una decisión», declarará Churchill en una de sus tiradas más ingeniosas,

> o bien no consigue que el primer ministro se forje un criterio. Por eso continúa sumido en una extraña paradoja, decidido únicamente a permanecer en la indecisión, resuelto a no resolver nada, dejando que el barco mantenga inflexiblemente un rumbo que le deja a la deriva, sólidamente anclado en la vaporosidad, todopoderoso en la impotencia. Por eso seguimos acumulando meses y años —preciosos, tal vez vitales, para la grandeza británica — con los que engordar a las langostas. Me dirán: «No es necesario contar con un Ministerio de Suministros, porque todo está funcionando bien. —Pues yo lo niego. Añadirán—: La posición es satisfactoria». No es cierto. «Todo avanza según el plan.» Sabemos lo que eso significa**[75]**.

Los equipos de reflectores entrenaban sin focos y las unidades de tanques no estaban recibiendo los últimos modelos de blindados, prosigue Churchill antes de concluir: «A menos que la Cámara alcance a descubrir la verdad por sí misma, estará cometiendo un acto de incumplimiento del deber que no encuentra parangón en su dilatada historia»**[76]**. Churchill había afinado algunas de sus frases en el transcurso del «violento altercado» que le había opuesto a Alfred Munnings en el Other Club a cuenta de la paridad aérea que, según las afirmaciones de Hitler, habría alcanzado ya Alemania**[77]**. «La era de las dudas, de las medidas titubeantes, de los paños calientes, de los bálsamos incomprensibles y de las dilaciones está llegando a su fin, —dirá Churchill en su disertación—. En lo que nos estamos adentrando, en cambio, es en el período de las consecuencias.»**[78]** Baldwin quiso responderle en tono incisivo:

> Expongo mis propios puntos de vista ante el pleno de la Cámara con la mayor de las franquezas […]. Supongan por un momento que me hubiera dirigido al país y […] le hubiera dicho que Alemania se estaba rearmando y que también nosotros debíamos hacerlo: ¿alguien cree que esta pacífica democracia se habría sumado a ese llamamiento? A mi juicio, nada podría haberme asegurado más claramente la pérdida de las elecciones**[79]**.

Al día siguiente, en una carta dirigida a *sir* Archibald Boyd-Carpenter, un viejo amigo del colegio, Churchill afirma: «Jamás he escuchado en boca de un hombre público una confesión tan miserable como la que Baldwin nos ofreció ayer»**[80]**. Como ya hemos visto, después de la guerra, Churchill se vengará disimuladamente de Baldwin, haciéndole reo de esa

«franqueza»: en el índice de *Cómo se fraguó la tormenta*, bajo el epígrafe de «Baldwin, —Churchill indica—: confiesa haber antepuesto el partido al país»[81]. Esta afirmación era profundamente injusta. Procediendo a seleccionar sesgadamente las citas —cosa que posiblemente hiciera Randolph, que fue quien corrigió las pruebas de esa sección—, Churchill hacía ver que Baldwin se estaba refiriendo a las elecciones de 1935, cuando en realidad el primer ministro aludía a los hipotéticos comicios que hubieran podido celebrarse en 1934 y que sin embargo no se convocaron. En la votación de 1935, Baldwin abogó en favor de un incremento del gasto en defensa, aunque no defendiera ni de lejos las cantidades que Churchill deseaba y que en realidad necesitaba Gran Bretaña (según acabaría revelándose).

«¿Por qué no han incluido a Winston Churchill en el gabinete británico?», le preguntará en esta época el representante del *führer* Rudolf Hess a lord Castlereagh, primogénito de lord Londonderry: «Entonces sabríamos que realmente están ustedes hablando en serio»[82]. Al hacer esa afirmación, Hess no podía saber que el gobierno de Baldwin iba a salir notablemente fortalecido —y que por consiguiente Churchill iba a verse en una posición sumamente endeble— como consecuencia de una crisis surgida en la más inverosímil de las tribunas: la del púlpito que el obispo de Bradford había utilizado para pronunciar un sermón. En su discurso del 12 de noviembre, Churchill había asegurado que el parlamento había abdicado de su responsabilidad. Sin embargo, trágicamente para sus intereses, en el preciso instante en el que se fajaba con el gobierno de Baldwin y le asestaba unos cuantos golpes contundentes, la gente comenzó a concentrarse en otra abdicación.

El 1 de diciembre de 1936, poco después de que el obispo Blunt mencionara que el rey «necesitaba la gracia de Dios» en un sermón, se hacía pública la historia de la relación de Eduardo VIII con la estadounidense Wallis Simpson, dos veces divorciada. Churchill, que ya llevaba un tiempo al tanto del asunto, había estado pensando fórmulas para solucionar el problema, y había dado con un plan destinado a permitir que

el rey contrajera matrimonio morganático con la señora Simpson, que de ese modo pasaría a ser la duquesa de Cornualles, aunque sin derecho a la corona. La idea se inspiraba en el modelo de algunos casamientos reales europeos, como por ejemplo el del archiduque Francisco Fernando de Austria. «Max me ha llamado para decirme que ya se ha entrevistado con el caballero, —le comenta misteriosamente Churchill a Clementine el 27 de noviembre—, y le ha dicho que el plan de Cornualles era idea mía. El galán se ha mostrado decididamente favorable a la propuesta. Ahora todo depende de lo que diga el gabinete. No veo ninguna otra forma de salir del apuro»**[83]**. En realidad, el intento de Cornualles no tenía ninguna posibilidad de prosperar, pero el romanticismo monárquico de Churchill y la larga amistad que le unía al rey le llevaron a defender la causa de Eduardo VIII —una causa abocada a concluir de manera desastrosa—. Estos fueron los verdaderos motivos que le indujeron a actuar de ese modo, y no la cínica esperanza de valerse de la crisis para destituir a Baldwin con la constitución de un «Partido del Rey», como supondrían sus detractores. (Lord Crawford, por ejemplo, escribió que Churchill había visto «tentadoramente próximos y al alcance de la mano los frutos de un buen cargo. Por sonora que resulte su prosa, su juicio anda casi siempre descaminado: es un pésimo consejero»**[84]**.

Churchill malinterpretó desde el primer momento la relevancia que tenía para el rey la persona de Wallis Simpson. «Las mujeres no desempeñan más que un papel transitorio en la vida del monarca, —había comentado confidencialmente con la novelista Marie Belloc Lowndes—. Se enamora y se desenamora constantemente. Su presente relación acabará como todas las demás.»**[85]** También entendió equivocadamente el carácter de los lazos con los que él mismo se hallaba unido al rey, lo que añadiría tintes aún más ridículos a la postura que adoptó en su defensa durante la crisis. Así lo explicaría años después en su diario *sir* Alan Lascelles, apodado «Tommy, —el secretario privado adjunto del soberano—: La lealtad sentimental que Winston profesaba al D[uque] de W[indsor] se fundaba en una premisa terriblemente falsa: la consistente en creer que *conocía* de verdad al D. de W.» —cosa que jamás fue cierta—.**[86]** Esta fidelidad emocional se pondría característicamente de manifiesto al

señalarle Churchill a Duff Cooper que «el principio hereditario no debe quedar a merced de los políticos que adaptan sus doctrinas "al tornadizo gusto del momento"». «¿Qué delito ha cometido el rey?», se interrogará más tarde. Y finalmente, al referirse a la reunión del Consejo de Estado, convocado con motivo de su entronización, Churchill reitera: «¿No le hemos jurado lealtad? ¿No nos obliga ese juramento?»[87].

La idea de Churchill de un matrimonio morganático, según el cual la señora Simpson no quedaría convertida en reina ni sus hijos podrían heredar el trono, era un concepto desconocido en la legislación británica, donde las esposas asumían automáticamente el rango y el estatus social de sus maridos. Además, ninguna de las Cámaras, ni la de los Comunes ni la de los Lores, y tampoco la Iglesia, habrían aceptado jamás la propuesta morganática. Era una solución imaginativa para un problema espinoso, pero en último término resultó irrealizable —pese a que Churchill continuara presionando para llevarla a cabo aun después de iniciado el mes de diciembre, ya que no dudó en insistir hasta agotar todo su capital político—. Andando el tiempo, al preguntársele si realmente habría estado dispuesto a aceptar que Wallis Simpson ciñera la corona de Inglaterra, Churchill responderá: «Nunca, ni por un instante, se me ocurrió contemplar una posibilidad tan espantosa»[88]. Era cierto, aunque en ese momento fueran muchas las personas que no lo vieran así.

Pese a que las investigaciones más recientes hayan demostrado que había millones de británicos comunes y corrientes que pensaban que debía permitirse efectivamente que el rey se casara con la señora Simpson, las altas esferas del país se opusieron unánimemente a esa eventualidad, capitaneadas en su campaña por el Times, el arzobispo de Canterbury, los primeros ministros de los dominios imperiales y el gabinete en pleno, con la sola excepción de Duff Cooper. Los únicos que apoyaron al monarca fueron los medios de prensa de Beaverbrook y Rothermere, el Partido Comunista, la Unión Británica de Fascistas de *sir* Oswald Mosley y Churchill[89].

Lo que Churchill aconsejó al rey fue que retrasara la decisión hasta después de la coronación (prevista para 1937) y que después luchara por su causa, ya que sabía que a Baldwin le resultaría extremadamente difícil, desde el punto de vista constitucional, expulsar del trono a un monarca

reinante si este no deseaba que se le derrocara. Sin embargo, como Beaverbrook habría de indicarle a Churchill, «nuestro gallo no está dispuesto a pelear»[90]. No obstante, por entonces Churchill ya había dejado claro que él mismo sí que estaba decidido a presentar batalla.

Cómo se fraguó la tormenta no es una guía útil para el estudio de este período. En ese libro, Churchill sostiene que hizo una declaración sobre la cuestión del rey en una reunión celebrada en el Royal Albert Hall el 3 de diciembre de 1936 y relacionada con la posterior redacción de su colección de discursos recogida bajo el título de «*Arms and the Covenant*», pero se equivoca[91]. Lo que sí es cierto, sin embargo, es que habló de ese asunto al día siguiente, durante la sesión semanal de preguntas al primer ministro, y de hecho Chips Channon señala que Churchill se «levantó y dijo, con la voz quebrada y lágrimas en los ojos, que esperaba que no se tomara ninguna decisión irrevocable sin haber reflexionado bien, o algo por el estilo, y el estruendo de la ovación fue ensordecedor»[92]. En realidad, todo lo que había hecho había sido solicitar que se mantuviera informado del curso de los acontecimientos al parlamento, y si el propio Churchill pensó que los vítores constituían una señal de apoyo, la verdad es que no iba a tardar en verse dolorosamente desengañado. Un día después hará una declaración pública en la que insta a todas las partes implicadas a «darse tiempo y actuar con paciencia», pero al rey se le acababa la primera de esas dos premisas, y al gobierno ya no le quedaba nada de la segunda. Pese a todo, esa misma noche Churchill le escribirá al rey desde Morpeth Mansions:

> Señor, ¡noticias de todos los frentes! Nadie pone al rey la pistola en el pecho. No hay duda de que la solicitud de un mayor plazo de tiempo va a recibir contestación positiva. Por consiguiente, no se tomará una decisión final ni se tramitará ningún proyecto de ley hasta Navidad —y es probable que la cuestión se alargue hasta febrero o marzo—. *En ningún caso debe el rey abandonar el país*. El castillo de Windsor es su *poste de commandement* [su puesto de mando]. Siendo tanto lo que hay en juego, no puede pasarse por alto ninguna indiscreción, ni siquiera las de carácter menor […]. Max […] es un tigre en la batalla. Le he transmitido el mensaje del rey, pero, por favor, llámele por teléfono o escriba, aunque será mejor telefonear […]. ¡Es un tigre fiel! De una raza que hoy es realmente muy escasa […]. Resumen: Buenos avances en todos los frentes, lo que ofrece la perspectiva de lograr una buena posición y de reunir grandes fuerzas en su apoyo[93].

En este párrafo resulta más que palpable que Churchill vive en la exaltada convicción de que está a punto de conseguir que el rey permanezca en el trono, y desde luego en su descripción, entreverada de términos marciales, no omite detalle alguno —ni siquiera la inclusión de expresiones militares francesas.

Lo cierto era, sin embargo, que la opinión ya se había decantado decisivamente en contra del rey. Las cúpulas jerárquicas de la nación, por emplear las palabras de Lascelles, «no iban a tolerar que el monarca eligiera como esposa para sí, y reina para ellos, a una estadounidense convertida en mercancía deteriorada, que tenía a dos esposos vivos sobre sus espaldas, y que hablaba con una voz rasposa que parecía el quejido de una sierra oxidada»[94]. James Stuart, uno de los jefes de disciplina del Partido Conservador, atribuye el surgimiento del nuevo estado de ánimo que se había instalado en la Cámara al hecho de que los 123 parlamentarios de Lancashire y Yorkshire hubieran regresado a Londres «con una actitud inflexiblemente contraria al matrimonio del rey» tras pasar el fin de semana en sus circunscripciones[95]. La tendencia a la noción de respetabilidad que predominaba en las altas esferas británicas comenzó a vociferar ahora a pleno pulmón contra todo intento de retrasar la abdicación. Churchill había juzgado de forma totalmente errónea la situación. En la tarde del lunes 7 de diciembre, en los Comunes, Churchill intentó solicitar en la sesión de preguntas al primer ministro que se concediera algo más de tiempo al rey, pero fue acallado a gritos.

En *Mi juventud*, Churchill había señalado que la Cámara de los Comunes «se muestra invariablemente indulgente con todos aquellos que se enorgullecen de servirla»[96]. Sin embargo, ese lunes no fue nada benévola con él, desde luego. Las actas contenidas en el *Hansard* recogen los gritos de «¡Orden!» y «¡No!» que se lanzaron contra su persona, y por otro lado, algunos de sus colegas, presentes en la asamblea, recuerdan que los parlamentarios aullaban cosas como «¡Ya está bien!» o «¡Estafador!»[97]. El presidente de la Cámara de los Comunes le llamó al orden, a pesar de que en el momento de la amonestación Churchill estaba tratando de hacer una pregunta. Lord Winterton sostendrá que el incidente había sido, «a su juicio, una de las manifestaciones de irritación más acusadas que jamás se hayan

dirigido contra cualquiera de los miembros de la Cámara de los Comunes»[98]. Churchill abandonó airadamente la sala e increpó a Baldwin: «No estarás satisfecho hasta que le hayas hundido, ¿verdad?»[99]. Se acercó a la máquina de teletipo, colocada en uno de los pasillos que daban al vestíbulo, y leyó los mensajes del aparato en compañía de Davidson. «[Churchill] aseguró que su carrera política estaba acabada, —recuerda Davidson—. Más de una vez me he preguntado si no sería su ascendencia parcialmente estadounidense lo que le volvía tan incapaz de percibir lo que realmente sentían los británicos en ese tipo de cuestiones, que les llegaban a la mismísima médula de los huesos.»[100] Harold Nicolson se percató de que «Winston se había venido completamente abajo en la Cámara […]. Ha deshecho enteramente en cinco minutos la paciente labor de reconstrucción en la que llevaba dos años esmerándose»[101].

Dado que para entonces el rey ya había decidido *de facto* inclinarse ante la voluntad del gobierno y las clases dirigentes de la nación y abdicar, el hecho de que Churchill hubiera dilapidado de ese modo su capital político resultaba todavía más infausto, puesto que había roto una lanza en la defensa de una situación que ya estaba totalmente perdida de antemano. Sin embargo, a las seis de la tarde de ese mismo día, en la Sala 14 del Comité privado de los conservadores, Churchill hablaba sobre cuestiones de defensa ante ciento cincuenta miembros del Comité de 1922[102] de diputados *tories* sin cargo —consiguiendo la mayor asistencia de público registrada en 1936—. Señaló, cinco años antes del ataque a Pearl Harbor, que, «en las aguas de Extremo Oriente», Gran Bretaña adolecía de una notable «debilidad frente al Japón», y destacó de modo muy particular la importancia de la base naval de Singapur[103]. Seguidamente especificó las circunstancias que definían la fragilidad militar británica, y respondió a las preguntas de varios parlamentarios. Transcurrida más de una hora, las actas del comité consignan: «Se agradeció la disertación al señor Churchill». No se indica que se le agradeciera «cordialmente» o «del modo más cordial» la intervención, como consta en los registros documentales de casi todos los demás oradores invitados ese año. No obstante, tres días más tarde, los parlamentarios le dedicaron un fuerte aplauso, ya que, una vez aprobado el Proyecto de ley de Abdicación, Churchill se retiró elegantemente de la

Cámara. «Debemos obedecer las exhortaciones que nos hace el primer ministro en el sentido de que hemos de mirar hacia adelante», dijo, plenamente dispuesto ahora a admitir la derrota[104]. Cuando todo hubo terminado le dirá a Bernard Baruch: «No creo que debiera haber actuado de otra manera. Como sabes, en política, siempre he preferido guiarme por los dictados de mi corazón a plegarme al cálculo de las emociones públicas»[105].

El 11 de diciembre, fecha en la que se aprueba la abdicación, Churchill almuerza con el rey en Fort Belvedere. Tendrá ocasión de insertar al menos dos frases en su última alocución radiada como rey: «educado en la tradición constitucional por mi padre», y «una incomparable bendición, que muchos de ustedes disfrutan, y que no se me ha otorgado a mí: la de un hogar feliz junto a mi esposa y mis hijos»[106]. En sus memorias, el duque de Windsor recuerda que fue en el transcurso de ese almuerzo cuando «dejé de ser rey. —Al despedirse de Churchill, añade—: Observé que [mi invitado] tenía los ojos arrasados en lágrimas. Todavía me parece verlo de pie, junto al quicio de la puerta; con el sombrero en una mano y el bastón en la otra. Algo debió de agitarse en su mente, pues escandiendo solemnemente las sílabas con su báculo andariego, comenzó a recitar, como para su coleto: "Nada corriente hizo ni dijo / sobre tan memorable escena". Su resonante voz parecía conferir un acento especialmente conmovedor a esos versos de la oda que Andrew Marvell dedicara a la decapitación de Carlos I»[107]. Esa noche, Churchill le dirá al comandante de ala Anderson: «Pobre corderillo, le han tratado peor que al último mecánico de la aviación, y él lo ha encajado con la mayor tranquilidad»[108].

Clementine había bromeado diciendo que su marido era la única persona que todavía daba crédito al derecho divino de los reyes, pero a partir de diciembre de 1936 la situación dejó de presentar facetas divertidas, puesto que la crisis de la abdicación afectó de forma muy negativa a la posición que abanderaba en el otro combate que estaba librando: el de la cuestión del rearme, cuya enjundia era infinitamente superior[109]. Su fracaso en el tema del monarca fue inmediatamente añadido a la larga lista de supuestos errores de juicio de Churchill, con lo que se consiguió socavar la percepción pública de los argumentos que esgrimía en relación con

Hitler. Todavía en julio de 1940, sus tres secretarios privados coincidirán en señalar que su «excesiva lealtad a los amigos y su natural inclinación a no dar importancia al hecho de herir los sentimientos de nadie […] ya le costaron un gran disgusto al inducirle a respaldar al rey Eduardo VIII, pues por esa razón perdió tanto la confianza de la Cámara de los Comunes como la del país»[110]. El matrimonio Churchill se mantuvo leal a sus amigos los Windsor, que habían ido a vivir a Francia. Tres meses después de la abdicación, al criticar lord Granard a la señora Simpson en una cena de gala, Clementine se volvió hacia él y le preguntó con tajante sequedad: «Si eso es lo que siente, ¿cómo es que ha invitado a la señora Simpson a su casa y le ha ofrecido sentarse a su derecha?». Chips Channon recuerda que entonces «se produjo un largo e incómodo silencio»[111].

La crisis provocada por la abdicación de Eduardo VIII también deterioró las hasta entonces excelentes relaciones que Churchill mantenía con Bob Boothby, quien después de la terrible escena vivida en los Comunes el 7 de diciembre relata: «Lo que ha sucedido esta tarde me induce a creer que a las personas que mayor devoción te profesan les debe de resultar prácticamente imposible seguirte ciegamente en cuestiones políticas (pese a que les gustaría hacerlo). Y lo digo porque no pueden tener la más mínima seguridad de dónde demonios habrás de conducirles en tu próxima enganchada»[112]. Churchill tardó cinco días en responder, y su íntima amistad no volvería ya a ser la de antes. Más adelante, Boothby sostendrá que la humillación del 7 de diciembre había sido la única ocasión en la que había visto en público a un Churchill muy afectado por la bebida, pero lo cierto es que para entonces Boothby era ya un hombre profundamente amargado y francamente indigno de confianza para un testimonio de ese tipo[113]. Después de la debacle, Churchill ya solo contaba con tres seguidores en el parlamento: Freddie Guest, Duncan Sandys y Brendan Bracken, y dos de ellos eran de la familia[114].

A pesar de que a la duquesa de Windsor se le hubiera negado el honor de ser tratada como alteza real, cosa que a ella y a su esposo les había molestado muchísimo, Churchill no encontraba demasiadas dificultades en

hacerle una reverencia y Clementine una genuflexión cuando tenían oportunidad de verse, aunque solo serían ya unas cuatro o cinco veces en lo que les quedaba de vida[115]. Al día siguiente de la abdicación, Churchill le dijo al duque que «velaría por sus intereses en lo tocante al parlamento y al gabinete», pese a que nadie le hubiera solicitado que se encargara de tales asuntos[116]. En abril, Churchill dejará constancia escrita de la enorme dignidad con la que podía presentarse ante el nuevo rey, Jorge VI, ya que se hallaba en condiciones de decirle: «He servido muchos años al abuelo, al padre y al hermano de Vuestra Majestad, y espero fervientemente que la Providencia bendiga vuestro reinado y añada nuevo vigor y brillo a nuestra antigua monarquía»[117].

A este triunfo tan público y notorio del prohibido amor al rey le seguiría, apenas quince días más tarde, el no menos proscrito del matrimonio de Sarah con Vic Oliver en Nueva York. Los Churchill no les enviaron ninguna felicitación. «En Chartwell vivimos una Navidad y un Año Nuevo bastante silenciosos», recordará Mary. Y los ánimos se ensombrecerían aún más al fallecer en Nochevieja, a los cuarenta y seis años de edad, Ralph Wigram, a consecuencia de un cáncer de pulmón[118]. Junto con Michael Creswell, Wigram era una de las personas que había estado proporcionando a Churchill información privilegiada procedente del Ministerio de Asuntos Exteriores a fin de tenerle al corriente de lo que planeaban los partidarios de la política de apaciguamiento, y había terminado convirtiéndose en un buen amigo[119]. «Admiraba muchísimo su coraje, la integridad de sus objetivos, su gran visión de conjunto, —le escribe Churchill a su viuda, Ava—. Era una de esas personas —¡qué pocas encontramos por el camino!— dedicadas a salvaguardar la existencia de Gran Bretaña. Ahora se ha ido, y a las puertas de este año fatídico. Es de hecho un golpe para Inglaterra y para todo lo que nuestro país significa.»[120] En sus conversaciones con Clementine, Churchill le dirá que Wigram era «una resplandeciente y constante llama que lucía en una lámpara rota y que nos guiaba hacia la seguridad y el honor»[121].

Pese a la frialdad inicial, en enero de 1937 el matrimonio Churchill invitó a Sarah y a su flamante esposo a pasar las fiestas en Chartwell. Winston se reunió a solas con su nuevo yerno en el estudio y le preguntó

por los compromisos que tenía firmados en el mundillo del teatro de variedades, con el objetivo de hacerse una idea de las cantidades que podía estar ganando. «Es una gran cosa el trabajo, —aseguró—. Cuídese de conservarlo.»[122] Con el tiempo acabaría por llamarle Victor, y le presentaría a los cisnes negros Plutón y Perséfone, a sus primos de color blanco Juno y Júpiter, a una cabra que se empeñó en darle topetazos, y a un enorme pez de colores que ascendía a la superficie del estanque cada vez que Churchill gritaba «¡Arriba! ¡Arriba!»[123]. Oliver quedó sorprendido al comprobar la notable capacidad de Churchill para citar proverbios, poemas o dichos de escritores, hombres de estado y actores, junto con sus respectivas fuentes y fechas originales. En sus memorias, Oliver recuerda que, pese a que en años sucesivos le irían presentando a muchos hombres y mujeres eminentes, tanto en Chartwell como en Chequers, «nunca hubo ni la más ligera sombra de esnobismo o discriminación hacia la persona de su yerno»[124]. Churchill llegó a regalarle incluso los cuatro volúmenes de la obra completa del *Marlborough*, convenientemente firmados de su puño y letra. «Cuando hablaba de la familia o del país movido por algún sentimiento especial, —comenta Oliver—, los ojos se le cubrían de lágrimas y él proseguía sin avergonzarse lo más mínimo por ello»[125]. Durante la guerra, Oliver adquirió la costumbre de ponerse al piano en Chequers y tocar las canciones favoritas de Churchill, como *Daisy, Daisy* o *Lily of Laguna*, mientras Winston le acompañaba con su «ronca y desafinada voz»[126].

Aunque en 1937 los ingresos de Churchill iban a elevarse a la nada desdeñable suma de quince mil libras (aproximadamente setecientas ochenta mil de las actuales), y aunque en esos años cobraba la astronómica cifra de cuatrocientas libras por artículo en los periódicos, lo cierto es que a principios de febrero los costes de mantenimiento de Chartwell fueron tan cuantiosos que tuvo que decirle a Clementine, que había ido a esquiar a Zürs, que si le hacían una oferta de veinticinco mil libras esterlinas por la casa no iba a dudar en aceptarla, sobre todo «teniendo en cuenta la doble circunstancia de que nuestros hijos han volado prácticamente del nido y de que mi vida ya ha entrado probablemente en su década final»[127].

En su biografía de Marlborough, Churchill había acusado al tristemente célebre segundo conde de Sunderland de ser «un individuo extremadamente peligroso, una de esas personas que, aun disfrutando de grandes dotes intelectuales, carecen de todo principio y escrúpulo al actuar; no les importa un ardite lo que se haga con tal de ser ellos el eje de la acción; juzgan que el bullicio, la emoción y la intriga son la savia de la vida; y encuentran en la permanente oscilación de uno a otro delirio la clave, poco menos que imprescindible, de su cordura»[128]. En los primeros meses del año 1937 eso era justamente lo que un gran número de británicos pensaban del propio Churchill —tal vez incluso la mayoría—. Visto lo visto con la campaña contra el autogobierno indio, su postura en la crisis de la abdicación y otros muchos casos, los esfuerzos que estaba haciendo Churchill para advertir a los ingleses del rearme aéreo de Alemania comenzaron a presentar el aspecto de ser simplemente una nueva treta destinada a socavar la credibilidad del gobierno de Baldwin y promover su propia carrera política.

«Baldwin florece como el laurel, —se queja Churchill a *sir* Percy Grigg el 25 de enero—. Ha resurgido de sus cenizas, un poco al modo del Ave Fénix […], ha brotado de la pira en la que el último monarca dio en consumar el satí»[129].[130] Churchill pasó a concentrar ahora el fuego graneado de su artillería en los asuntos de defensa, así que empezó a atacar a Inskip en los Comunes por haber prometido que para fines de marzo de 1937 ya estarían operativos 100 de los 124 escuadrones con los que se planeaba garantizar la defensa aérea, sabiendo que, al final, solo se habrían completado 22 y que el resto no podrían actuar hasta finales de julio[131]. «Aun en el caso de que el programa completo de los 124 escuadrones hubiera logrado culminarse para el 31 de marzo, todavía distaríamos mucho de habernos puesto a la par de las fuerzas alemanas, que en esa fecha seguirían superándonos, —afirmó Churchill—. Se nos ha prometido la paridad del modo más solemne. Pero no la hemos alcanzado […]. Y además de que tampoco vamos a lograrla en todo el año 1937, dudo mucho que la obtengamos, o nos acerquemos siquiera a ese objetivo, en 1938.»[132]

Además de oponerse a los nazis mismos, Churchill también quería socorrer a sus víctimas. Desde finales de la década de 1920, al gobierno británico le había venido preocupando cada vez más el hecho de que las grandes cantidades de inmigrantes judíos que estaban llegando a Palestina comenzara a desestabilizar el territorio del Mandato cuya administración le había sido confiada. En mayo de 1936, el ejecutivo creó una Comisión Real presidida por lord Peel y destinada a considerar tanto el asunto de la inmigración como la eventual partición de Tierra Santa en porciones árabes y partes judías. En marzo de 1937, al presentar un conjunto de elementos documentales a la Comisión, Churchill dejó claro que la decisión que había llevado a los árabes palestinos a defender con las armas a sus amos imperiales turcos, y a negarse a participar en la Rebelión Árabe, había dejado sin efecto todo sentimiento de simpatía que pudieran haberle inspirado anteriormente. «Estos árabes eran un pueblo pobre, conquistado, que vivía razonablemente bien bajo el yugo turco», dice ante la Comisión,

> y que se acomodaba bastante bien a subsistir en esa llana miseria que tanto caracterizó, antes de la guerra, a las provincias del imperio turco. Y luego, cuando estalló la contienda, se convirtieron en nuestros enemigos, reunieron ejércitos para combatirnos, esgrimieron sus rifles y dispararon a nuestros soldados […]. Sin embargo, nuestros ejércitos avanzaron y los conquistaron […]. Quedaron abatidos y a nuestra merced. La misericordia puede imponer muchas restricciones […]. Les vencimos a campo abierto. No se trató de una conquista subrepticia. Fueron expulsados de sus tierras. Ni los perros podían ladrar. Y más tarde, al avanzar en el proceso de dominación de estas gentes, decidimos hacer ciertas promesas a los judíos[133].

Churchill muestra una fría inflexibilidad en su conclusión: «No admito que el perro que se nutre en el comedero tenga en último término derecho al comedero mismo, por más tiempo que pueda llevar recostado junto a él.»[134] Su siguiente comentario resulta ofensivo para la sensibilidad moderna, pero en esa época era un pensamiento perfectamente ortodoxo:

> No admito, por ejemplo, que se haya perpetrado una gran injusticia con los indios pieles rojas de América, o con los negros de Australia. No admito que el hecho de que haya llegado y ocupado su lugar una raza[135] más fuerte, una raza de más elevado nivel, o, en cualquier caso, una raza con un mejor conocimiento del mundo, por así decirlo, haya causado un mal a esos pueblos. No lo admito. No creo que los indios pieles rojas tuvieran ningún derecho a decir: «El continente americano nos pertenece y no vamos a aceptar que

ninguno de esos colonos europeos se presente aquí». Y no solo no tenían derecho a decirlo, sino que tampoco disponían del poder que precisaban para hacer realidad sus palabras.

Entre los papeles de Churchill figura un artículo antisemita escrito en 1937 por Adam Marshall Diston, que en alguna ocasión había escrito para él los primeros borradores de algunos de sus textos sueltos. El artículo en cuestión lleva el siguiente título: «De cómo pueden los judíos combatir la persecución»[136]. El ensayo se redactó con idea de que al aparecer publicado llevara la firma de Churchill. El hecho de que no se encuentre en los márgenes ninguna de las anotaciones subrayadas en rojo que solía hacer Churchill, añadido a la doble circunstancia de que jamás llegara a publicarse y de que Churchill impidiera *de facto* su divulgación al sugerírsele tres años más tarde esa posibilidad, nos permite suponer sin peligro que en el momento de su redacción Churchill no lo leyó, y que posteriormente, al hacerlo, lo desautorizó. Con todo, sus detractores continúan esgrimiéndolo como prueba de que era secretamente antisemita[137].

«He tratado de mantener con toda sinceridad una postura intelectualmente neutra en la disputa española, —asegura en la Cámara de los Comunes—. Me niego a tomar partido por ninguno de los dos bandos. No voy a fingir que, si me viera en la tesitura de tener que elegir entre el comunismo y el nazismo, fuese a optar por lo segundo. Espero que las circunstancias no me obliguen nunca a sobrevivir en un mundo regido por un gobierno de cualquiera de esas confesiones.»[138] Es extremadamente frecuente que se omita citar esa última frase[139]. Poco después, en un artículo del *Sunday Chronicle* titulado «Los credos del diablo»[140], Churchill se recreará al máximo en su genial talento para la metáfora al sostener que el comunismo y el fascismo le recuerdan «al polo norte y al polo sur. Se encuentran en los extremos opuestos de la Tierra, pero si mañana uno se despertara de pronto, sin previo aviso, en cualquiera de ellos, le sería imposible determinar en cuál de los dos se halla. Es posible que en uno haya más pingüinos que en otro, o más osos polares en este que en aquel, pero en todas partes habrá hielo y nieve y se sufrirá el soplo de una gélida ventisca»[141]. Churchill fue uno de los primeros en caer en la

cuenta de que entre el fascismo y el comunismo había muchos más elementos comunes que factores diferenciales, y también comprendió muy pronto que se trataba de dos credos hermanados por su totalitarismo.

«Da la impresión de que estamos abocados a una constante deriva —contra nuestra voluntad, contra la voluntad de todas las razas, de todos los pueblos y de todas las clases—, a un movimiento sin rumbo que parece conducirnos a una catástrofe espantosa, —expondrá más detalladamente en el discurso que pronuncia en los Comunes en abril—. Todo el mundo desea detenerla, pero nadie sabe cómo hacerlo.»[142] «Winston Churchill ha dado un discurso magnífico, —anota Channon—, brillante, convincente, inapelable…, y su "capital social" se ha disparado, hasta el punto de que hoy la gente […] está volviendo a decir que debería hacérsele un hueco en el gobierno»[143]. Desde luego, Churchill necesitaba que sus acciones políticas cotizaran al alza: el 28 de abril, al fallecer de cáncer su primo Freddie Guest a la edad de sesenta y un años, el grupo de parlamentarios que le apoyaban quedó reducido a dos personas. Churchill había estado jugando al *backgammon* con él en sus últimas horas. «Jamás he conocido a nadie que despreciara tan absolutamente a la muerte y que la contemplara con menos aspavientos», le dijo a Marsh[144]. No había nada que Churchill admirara más en este mundo.

Había perdido a un aliado, pero al mes siguiente ganó uno nuevo. En mayo, valiéndose de sus relaciones —dado que era hijo de uno de los coroneles que habían mandado a Churchill en el 4.º Regimiento de húsares—, el contraalmirante Bertram Ramsay consiguió entrevistarse con Churchill y le habló con «absoluta franqueza». Le advirtió de que el Almirantazgo estaba actuando con notable autocomplacencia en la cuestión de los nazis, y de que tanto su «administración como sus costumbres y sus criterios están tan anticuados que suponen un obstáculo indebido y hacen que resulte difícil competir con naciones eficientes como la alemana[145]. Ramsay le señaló que lord Chatfield, que en enero había sustituido a Inskip como ministro de la Coordinación de la Defensa, era «un completo desastre» —un punto de vista con el que Churchill ya estaba empezando a coincidir por entonces—.[146] Churchill le dijo a Ramsay que lamentablemente era muy poco lo que podía hacer mientras siguiera

apartado del gobierno, y Ramsay se retiró de la Marina al año siguiente. Sin embargo, al estallar la guerra, Churchill recuperó a Ramsay para la vida activa: le dijo que en aquella entrevista había descrito la situación con total exactitud y le confió varias misiones clave, como por ejemplo la de supervisar la evacuación de Dunquerque y los aspectos navales del desembarco del Día D.

La coronación del rey Jorge VI tuvo lugar el 12 de mayo de 1937. En el momento en que se procedía a la coronación de la reina consorte Isabel, Churchill, con lágrimas en los ojos, se volvió hacia Clementine y le dijo: «Tenías razón; ahora me doy cuenta de que la otra [la señora Simpson] no habría valido»**[147]**. También le comentará al duque de Windsor que la ceremonia había sido «un éxito rotundo»**[148]**. (El duque, que seguía en Francia, había escuchado la ceremonia de la investidura por la radio, enfrascado en tejer un suéter azul para su prometida.) El mes siguiente, al casarse los Windsor en el castillo de Candé, cerca de Tours, Churchill les envió un regalo de boda, con el deseo de que «Su Alteza Real y su novia [una pulcra forma de evitar dar a la duquesa un tratamiento regio] disfruten de un sinfín de días dorados en la tierra que aman» —pero no asistieron—.**[149]** En octubre, Churchill advirtió al matrimonio Windsor, que a principios de ese mes había visitado a Hitler, que si cruzaban el Atlántico en el paquebote alemán *Bremen* en lugar de en el francés *Normandie*, corrían el riesgo de ofender a millones de judíos**[150]**. Pese a todo, los Windsor optaron por el *Bremen*.

A mediados de mayo, Churchill emprendió acciones legales por difamación contra Geoffrey Dennis, un empleado de la Sociedad de Naciones que en su libro *Coronation Commentary* le había descrito como «un político ambicioso e inestable, que andaba revoloteando de partido en partido, defendía ideas extremadamente reaccionarias, y era el primogénito del primer matrimonio célebre por sellar el enlace de un aristócrata y una millonaria estadounidense, un individuo “medio extranjero y totalmente indeseable”, como ya quedó dicho hace mucho tiempo—», concluía**[151]**. En su defensa, Dennis argumentó que la cita en la que tachaba a Churchill de

«medio extranjero y totalmente indeseable» procedía de un texto aparecido en la *National Review* en 1905, a lo que añadía que esa frase se había comentado muchísimo durante la crisis de la abdicación. Los tribunales tardaron dos años en dictar sentencia, pero al final Churchill ganó el caso.

Aprovechando el éxito de la coronación de Jorge VI, Baldwin se jubiló, cumplidos ya los setenta años y en un momento enteramente elegido por él —lo que resultaba extremadamente infrecuente entre los primeros ministros británicos—. En 1929, Churchill le había comentado pensativamente a Clementine que, si se acababa nombrando primer ministro a Neville Chamberlain, él quizá tuviese que partir al Canadá para dedicarse a la ganadería[152]. Sin embargo, el 31 de mayo de 1937, en una reunión especial celebrada en Caxton Hall, en Westminster, a la que asistió la jerarquía en pleno del partido, sería el propio Churchill quien se encargara de secundar formalmente la moción destinada a elevar a Chamberlain a la condición de líder de los conservadores, y a convertirle por tanto en primer ministro. «No existe rivalidad, no hay reivindicaciones encontradas, —afirmó Churchill—. En la presente coyuntura, el señor Chamberlain destaca claramente como el único hombre al que cabe confiar tan alta y grave función.» Acto seguido habló de las «credenciales y memorables logros que le avalan»[153]. La elección fue aprobada por aclamación. «Si le incluyo en el gabinete, se convertirá en la fuerza dominante, —comentará en ese momento Chamberlain en referencia a Churchill—. No dejará que nadie más tome la palabra.»[154] Por consiguiente, pese a que Churchill hubiera desempeñado un papel sobresaliente en su designación, Chamberlain tampoco habría de dignarse a descolgar el teléfono para llamarle. (Unas semanas antes, Chamberlain había citado en privado un comentario de lord Haldane, que había asegurado que discutir con Churchill era «como discutir con una banda de música».)[155] Fue entonces cuando Clementine quedó finalmente convencida de que debía abandonar toda esperanza de que su marido, cumplidos ya los sesenta y tres años, pudiera volver a ocupar algún día un cargo de gobierno —aunque desde luego se cuidó muy mucho de decírselo—.[156] Poco después, al coincidir con Baldwin en la sala de fumadores, Churchill dirá burlonamente: «Bueno, al fin ha dejado de darle el sol a ese viejo nabo»[157].

Churchill tenía ahora las manos libres para denunciar al gobierno, y además ya no había razón para que se limitara a criticar el ritmo y el alcance del rearme. El hecho de que afirmara que se sentía unido al nuevo gobierno por «un interés paternalmente amistoso» no le impediría atacar la propuesta de un impuesto a las Ganancias Excesivas, medida que según había reconocido ya el propio Tesoro, no iba a recaudar sumas dignas de mención. «El impuesto más saludable es aquel cuyo único objetivo es la obtención de ingresos, —señaló Churchill—. Se constata habitualmente que la fiscalidad que se propone hacer efectiva una medida política, o incluso inculcar un determinado principio moral, no logra satisfacer los más altos estándares de la economía financiera.»[158] Para mostrarse equitativo, Churchill también dijo: «Sé que las ideas socialistas consideran que la consecución de beneficios es una lacra, y que la extracción de grandes ganancias es algo que debiera avergonzar a las personas. Pero yo sostengo el punto de vista contrario. Opino que lo verdaderamente malo es generar pérdidas»[159]. Chamberlain desistió del impuesto.

Las obligaciones parlamentarias de Churchill le mantenían ahora ocupado tres días a la semana. También estaba trabajando, como mínimo, en tres libros: en la redacción del cuarto volumen del *Marlborough*; en la lectura y documentación de la historia de los pueblos de habla inglesa, obra por la que había firmado un contrato de veinte mil libras esterlinas en 1932; y en la corrección de las galeradas de sus *Grandes contemporáneos*. «La verdad es que no sé cómo me las arreglo para encontrar todo el efectivo que necesito, pero el agua afluye al pozo sin obstáculos», le informa a Clementine, que en ese momento —corría el 25 de julio— se encontraba en un balneario austríaco. «Todo lo que necesito es tiempo para extraer el agua», concluye[160]. Ese mismo mes, Churchill dictó en una sola semana nada menos que veinte mil palabras del *Marlborough* —lo que le dará pie a enviarle a Clementine el dibujo de un cerdo con una pesa de diez toneladas sobre los lomos—. Su método de trabajo consistía en consultar a fondo todas las fuentes primarias que le ponían en las manos sus ayudantes de investigación —entre los que por entonces se encontraba William Deakin, educado en Oxford—, y en dictarle después el texto a una secretaria en su despacho de Chartwell.

El 4 de octubre se publicaba su libro *Grandes contemporáneos*, que no solo fue recibido por un aluvión de críticas abrumadoramente positivas, sino que consiguió grandes cifras de venta. Se trataba en esencia de la reimpresión (aunque con un considerable número de correcciones y añadidos en algunos casos) de una colección de ensayos, artículos y elogios originalmente dados a conocer en otros formatos, y por sus páginas desfilaba la semblanza de unos veintiún estadistas y militares que Churchill había tenido ocasión de conocer en persona. La mente de Asquith, aseguraba el autor, «se abría y se cerraba como la recámara de una pistola»; Lawrence de Arabia había sido «uno de los mayores príncipes de la naturaleza; —y de lord Rosebery afirma—: Podría decirse que se adelantó diez años al futuro, y más de veinte al pasado». Respecto a la vida de lord Curzon, escribe: «Su mañana fue de oro; su mediodía de bronce; y de plomo la tarde. Pero la jornada fue sólida en todas sus fases, y no hubo una sola que no quedara pulida hasta relucir tras su factura»[161]. Todos los británicos de los que escribió habían fallecido, y el hilo conductor del libro era el de la amistad capaz de trascender las generaciones y los partidos políticos, y se demoraba de forma muy particular en su relación con Birkenhead y Lawrence, por un lado, y en la de su padre con lord Rosebery y Joseph Chamberlain por otro[162]. El ensayo sobre Chamberlain era de carácter poco menos que hagiográfico: es obvio que no quería cerrarse la puerta a trabajar mano a mano con su hijo.

«Piénsese lo que se piense del gobierno democrático», dice Churchill al trazar el retrato biográfico de lord Rosebery (que nunca había estado en los Comunes), «no deja de ser muy positivo conocer por medio de la experiencia práctica sus toscos y desaseados cimientos. No hay un solo apartado en la educación de un político que resulte más indispensable que este, y solo se consigue al fajarse en la contienda electoral»[163]. Churchill explica asimismo que Arthur Balfour era «un ser muy por encima del hombre corriente»[164]. Asegura también que el antiguo káiser Guillermo fue siempre «un individuo totalmente ordinario y vano, pero, en general, persona bien intencionada. —No obstante—, carecía de grandeza intelectual o espiritual», lo que no le impedía considerar que se encontraba «muy por encima del común de los mortales»[165]. También aquí trata

Churchill de tocar una fibra muy sensible en ese momento: la consistente en señalar que los alemanes «adoran el poder, pero después se dejan llevar por la punta de la nariz»[166].

En *Grandes contemporáneos*, Churchill incluirá una dura crítica a George Bernard Shaw, el único personaje de todo el libro ajeno a las esferas del ejército o el estado. El ataque se debe a la actitud elogiosa que había mantenido el dramaturgo respecto de la Rusia estalinista. «Nos encontramos aquí ante un estado […] en el que cerca de medio millón de ciudadanos, —explica—, reducidos a la condición de siervos por sus opiniones políticas, se pudren y congelan en la noche ártica, bregando hasta la extenuación y la muerte en bosques, minas y canteras, muchos de ellos por el mero hecho de haberse permitido el lujo de ejercer ese librepensamiento que poco a poco ha conseguido elevar al hombre por encima de la bestia»[167]. Este párrafo precede en más de veinte años al inicio de la redacción del *Archipiélago Gulag* de Alexander Solzhenitsyn.

Un año más tarde, en la segunda edición, se agregaron cuatro capítulos más, de entre los que destaca el dedicado a Franklin Delano Roosevelt. Resulta evidente que Churchill había olvidado que le conocía, aunque sabía que había disfrutado con la lectura del *Marlborough*. Esto es lo que escribe al hablar del presidente estadounidense: «Un hombre único a quien el azar, el destino o la Providencia ha colocado al frente de ciento veinte millones de almas […], él es quien ha puesto en marcha esta vigorosa expedición». Poco después vaticina que «su éxito está infaliblemente llamado a poner en pie al mundo y a ofrecerle el sol de una era más cómoda y cordial»[168]. El capítulo tenía tanto de carta de amor como de análisis objetivo, aunque también hay algún que otro dardo. En una de las frases, Churchill sugiere que «las políticas del presidente Roosevelt obedecen en muchos casos a una estrecha visión de unos intereses que son exclusivamente estadounidenses». Como tantas veces ocurre en los escritos de Churchill, hay también en el retrato de Roosevelt un elemento personal, y así puede constatarse sin dificultad en el apartado consagrado a un hombre «formado para ocuparse de los asuntos públicos, vinculado con […] la historia a través de un apellido célebre […], destinado a disputar elecciones y a arengar a las multitudes […]; un hombre que ha buscado, obtenido y desempeñado

puestos que exigen la más ardua de las dedicaciones, cargos grávidos de las más elevadas consecuencias…».

Por encima de todo, lo que Churchill percibía y admiraba en Roosevelt era su valentía. A la edad de cuarenta y dos años, la misma que había sorprendido a Churchill luchando en las trincheras, Roosevelt se había visto aquejado, en palabras de Churchill, «por la parálisis infantil. Sus extremidades inferiores se negaron a responder. Necesitaba muletas o la ayuda de alguien para efectuar el más mínimo desplazamiento». A Churchill también le maravillaba la buena fortuna del presidente de Estados Unidos, y de hecho llegará a afirmar (erróneamente, por cierto) que, en un momento dado, su triunfo en la nominación demócrata de 1932 se había jugado «poco menos que a cara o cruz. —Esto llevará a Churchill a echar mano de una de sus más exageradas dislocaciones verbales—: La fortuna le acompañó, y no solo como amiga o amante, sino como idólatra». Churchill no intenta ocultar en modo alguno la fascinación que le produce la decidida y arrolladora postura que adopta Roosevelt al imponer su nueva política económica. Así lo expone en el libro: «Aunque las formas constitucionales amortigüen el ejercicio de una dictadura, no por ello pierde esta su efectividad. Se han hecho grandes cosas, y otras superiores aun se ha intentado». La apasionante descripción que hace Churchill «del renacer del esfuerzo creativo con el que siempre estará asociado el nombre de Roosevelt» le resultará extremadamente útil dos años más tarde, cuando el presidente comience a intercambiar cartas personales con él.

Uno de los elementos más polémicos de *Grandes contemporáneos* surgiría al incluir Churchill en el libro un retrato de Hitler —cuyos rasgos había suavizado tras implorárselo el Ministerio de Asuntos Exteriores—. «En más de una ocasión he lanzado llamamientos públicos encaminados a conseguir que el *führer* de Alemania se convierta ahora en el Hitler de la paz, —escribe—. El éxito debe traer una brisa suave y amable, que, al alterar el estado de ánimo para adaptarlo a las nuevas circunstancias, contribuya a preservar y a consolidar, con tolerancia y buena voluntad, lo que se ha ganado con el conflicto.»[169] Puede que estemos ante unas manifestaciones ingenuas, pero también es cierto que tenían carácter estratégico, y, de hecho, en el ensayo se hace una clara crítica a la «feroz»

persecución de los judíos que Hitler había puesto en marcha. En cambio, Churchill excusa a Hindenburg y no le considera responsable —en razón de su condición senil— de haber «abierto las compuertas del mal y permitido su irrupción en la civilización alemana, y quizá también en la europea»[170].

Una semana después de la aparición del libro, al publicarse por entregas en las *News of the World* el capítulo de Hitler, Churchill añadió dos líneas de un artículo que había publicado en el Strand en 1935. En ellas decía que Hitler tenía que elegir «si quería acabar en el Valhalla con Pericles, Augusto y Washington, o revolcarse en el infierno de la indignidad humana con Atila y Tamerlán[171]. Todo lo que Gran Bretaña y Francia tenían que hacer, argumenta en octubre en un artículo del *Evening Standard* titulado «La guerra no es inminente», era dejarle claro a Hitler que resultaba totalmente inaceptable introducir nuevas modificaciones en el mapa de Europa si estas contravenían las cláusulas del Tratado de Versalles. Sin embargo, el mes siguiente, un alto cargo británico hizo una visita a Hitler en el Berghof, la residencia que este poseía en los Alpes Bávaros, cerca de Berchtesgaden. El encargado de la embajada fue lord Halifax, el anterior lord Irwin, que había sucedido a su padre como vizconde y que no solo ostentaba los cargos de lord presidente del Consejo y líder de la Cámara de los Lores, sino que era una voz influyente en materia de Asuntos Exteriores debido a su estrecha relación con Chamberlain. Y sin embargo, en ese encuentro no se trazó ninguna de esas líneas rojas.

En octubre de 1937, Churchill todavía seguía sin aceptar plenamente que la Unión Soviética, cuyo régimen detestaba, tuviera que ser formalmente incluida en cualquier sistema de seguridad colectiva que se propusiera poner cerco a Alemania. Si en los años que duró su particular travesía del desierto, Churchill mantuvo una postura marcadamente coherente en cuanto a la evaluación de la auténtica naturaleza del régimen hitleriano y la necesidad de rearmarse, al sopesar cuál podía ser la mejor manera de detener a Hitler, en cambio, sus ideas siguieron una evolución ligada tanto al grado de implicación que debía esperarse de la Sociedad de Naciones o de los soviéticos, como a los medios que había que emplear para plantar cara a Mussolini y al dictador fascista español Francisco Franco. No sería sino al estallar la crisis checa de 1938 cuando Churchill

comenzara a oponerse inequívocamente a toda política de apaciguamiento y a aceptar abiertamente la necesidad de una alianza con Rusia.

En el Día del Recuerdo[172] de 1937, Churchill publicó un artículo en el *Evening Standar*. «Los dictadores cabalgan por sus dominios subidos a un tigre del que no se atreven a bajarse, —señala—. Y a los tigres les está entrando hambre.»[173] Ese año escribió sesenta y cuatro artículos, y algo más de la mitad de ellos vieron la luz en el *Evening Standard*. Sin embargo, sus puntos de vista habían acabado distanciándose tantísimo de los de Beaverbrook en la cuestión del apaciguamiento que el magnate de la prensa no le renovó el contrato. La gente no quería saber nada de esas advertencias en las que Churchill asumía el papel de la mítica Casandra, y los miembros del parlamento tampoco tenían ganas de continuar soportándolas. En lugar de llenar la Cámara hasta los topes cuando Churchill se levantaba para tomar la palabra, como acostumbraban a hacer apenas unos años antes, en 1935, ahora había incluso algunos diputados que abandonaban la sala para no oírle. Esas Navidades, Churchill le regalará a lord Blandford, su ahijado de once años y futuro undécimo duque de Marlborough, un reloj de oro con este consejo grabado: «Nunca confundas el liderazgo con la popularidad»[174].

En diciembre también sucedió un hecho notable: lord Cranborne, subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, que, además de estar llamado a convertirse en el quinto marqués de Salisbury, era nieto del primer ministro que había destruido la carrera y la vida de lord Randolph Churchill, fue elegido miembro del Other Club. «No recuerdo que hubiera nunca una que resultara aburrida, —dirá Cranborne en referencia a las cenas. Todas le habían parecido entretenidísimas—, desde el momento mismo en que llegábamos al ateneo hasta el instante en el que, a última hora de la noche, se hacía necesario tomar la decisión, bien que a regañadientes, de volver a casa»[175]. Según recuerda el propio Cranborne, Churchill «llegaba, radiante y benévolo: un torbellino rosa y blanco ataviado con levita de gala. La conversación fluía con entera libertad […]. No había ningún tema tabú —y menos aún los de carácter político—. Muy rara vez he visto que nadie perdiera los nervios, ni siquiera al entablarse debates sobre temas extremadamente controvertidos»[176]. El mes anterior, lord

Mottistone, ferviente partidario de las medidas de apaciguamiento, había apostado con Churchill, Duff Cooper y Boothby cien libras contra diez a que «en veinte años no habría de caer una sola bomba enemiga en el territorio de Gran Bretaña»[177]. En ese momento, el resto de los veinte comensales, del total de veintiuno, aceptaron la apuesta, con las únicas excepciones de Walter Elliot, Munnings y Holden. La atmósfera estaba cargada de tambores de guerra.

El 21 de diciembre de 1937 fue la última vez que Churchill sugirió que se comprara la paz con los nazis mediante el expediente de devolverles sus colonias —y aun así, solo en caso de que el resto de los Aliados que se habían alzado con la victoria en la Gran Guerra se sumaran a la propuesta—. «Tendría que tratarse de una disposición enmarcada en un acuerdo general», dijo —es decir, de un artículo incluido en un pacto que conllevara exigir a Hitler un cierto desarme y que le obligara a renunciar a toda reivindicación territorial futura—.[178] «Aunque es cierto que en este país hay un gran número de personas dispuestas a realizar sacrificios importantes con el solo fin de complacer los deseos de los alemanes en el asunto de las colonias, máxime si se les asegura que de ese modo se logrará forjar una paz auténtica y duradera en Europa, —sostiene Churchill ante sus colegas del parlamento—, no lo es menos que ninguna de ellas aceptará jamás ceder un solo pedazo de tierra británica con el único propósito de mantener en ebullición el agua de la tetera nazi». Según los cálculos de Churchill, en caso necesario, y gracias al control que ejercía en el Atlántico, la Marina Real Británica podría encargarse de supervisar la reconquista de esas colonias, situadas fundamentalmente en el África Occidental.

Churchill llevaba ya cinco años tratando de conseguir con todo ahínco que se incrementara el poderío aéreo británico, pero la predicción que había hecho el 7 de enero de 1938 en uno de sus artículos —en el que sostenía que «la amenaza aérea contra los buques que tenemos en alta mar debidamente armados y protegidos no está llamada a ser de carácter decisivo»— iba mal encaminada[179]. Sin embargo, ese mismo mes, Chamberlain iba a cometer un error mucho más grave al rechazar la oferta

del presidente Roosevelt, que le había propuesto celebrar una conferencia internacional en Washington para contribuir a resolver los desacuerdos europeos. Aun en el caso de que la reunión se hubiera revelado infructuosa, lo cierto es que un encuentro de ese tipo no solo podía haber hecho que Estados Unidos se interesara más de cerca en los asuntos europeos, sino que también habría expuesto a la luz pública la irracionalidad de Hitler, especialmente en el caso de que se hubiera negado a participar. «La circunstancia de que el señor Chamberlain, con su estrecha visión y escasa experiencia de lo que ocurría en la escena europea, —escribe Churchill diez años más tarde—, tuviera el gesto de autosuficiencia de apartar displicentemente la mano que se le tendía desde la otra orilla del Atlántico, le deja a uno verdaderamente mudo de asombro, aun después de transcurrido tanto tiempo»**[180]**.

En enero de 1938, Churchill se tomó doce días de vacaciones en el Château de l'Horizon. Al regresar, su secretaria, Violet Pearman, le confiesa a Lindemann: «Contrariamente a nuestras expectativas, no ha extraviado absolutamente nada pese a haber viajado solo, y está encantado»**[181]**. Su anfitriona, Maxine Elliott, organizó una cena para homenajearle y agasajar también al duque y la duquesa de Windsor y a Lloyd George. Churchill le dijo: «¡Qué extraña fiesta la que das esta noche, querida! Estamos únicamente los *ci-devant***[182]**. Antiguos reyes, anteriores primeros ministros, ex políticos…»**[183]**. Vincent Sheean recuerda que la ocasión se le antojó «una velada rara, surrealista», un encuentro en el que la conversación giró en torno al tema de las duchas obligatorias decretadas en los pozos de carbón de las minas de Gales del Sur. «¿Cómo es que en aquella exquisita y recogida habitación, en la que resplandecían la plata y el cristal, solo les dio por hablar, entre flores y sorbos de champán […], de la suciedad prendida al cuello de los mineros?»**[184]**

«Los W[indsor] dan muchísima lástima, pero también se les ve muy felices, —comenta Churchill con Clementine—. Ella me ha causado una excelente impresión, y todo parece indicar que va a ser un matrimonio sumamente feliz.»**[185]** Por esa época, Churchill estaba trabajando intensamente para tratar de reducir las setecientas cincuenta páginas del cuarto volumen del *Marlborough* a solo seiscientas cincuenta, tal y como le

habían pedido sus editores, una solicitud que él daría en asemejar, comprensiblemente, a tener que «cortarse uno mismo los dedos de las manos y los pies»[186]. (La mayoría de los lectores actuales desearían que no les hubiera hecho el menor caso). Dado que llevaba perdidas dieciocho mil libras en el mercado de valores estadounidense desde el desplome bursátil de 1929, Churchill necesitaba urgentemente ingresar dinero con la venta de sus libros. Se había visto obligado a poner nuevamente a la venta la mansión de Chartwell, aunque lo cierto es que estuvo poco tiempo en el mercado y que, por fortuna, no surgió ninguna oferta.

El 20 de febrero de 1938, Anthony Eden presentó la dimisión y dejó el Ministerio de Asuntos Exteriores en protesta tanto por las maniobras de acercamiento a Mussolini que estaba haciendo Chamberlain en privado como por el hecho de que el primer ministro se hubiera negado a aceptar la oferta de la conferencia de Roosevelt. «Permanecía tendido en la cama desde la medianoche hasta el amanecer, consumido por emociones de pesar y temor, —confiesa Churchill en *Cómo se fraguó la tormenta*—. Sin embargo, parecía recortarse la firme silueta de un joven erguido frente a sombrías y pérfidas mareas de desidia y rendición, de cálculos incorrectos y débiles impulsos […]. Pero ahora ya no estaba. Contemplé la luz del día que se colaba lentamente por las ventanas y vi ante mí, con el ojo de la mente, la imagen de la muerte.»[187] Si este relato obedece efectivamente a la verdad, debe de corresponder sin duda a uno de los momentos de mayor desánimo de su larga travesía del desierto. No obstante, lo cierto es que, en el tiempo que había permanecido al frente de la cartera de Exteriores, Eden no había hecho nada que pudiera justificar tales elogios. Y por otra parte, estamos ante unas alabanzas que no se dieron a conocer sino una década más tarde, es decir, en un momento en el que Eden llevaba ya ocho años ejerciendo el cargo de vice primer ministro del propio Churchill. El 18 de marzo, el nombre de Churchill aparece en cuarto lugar en una carta circular de felicitación a Chamberlain firmada por ciento cincuenta parlamentarios conservadores. Los diputados querían saludar de ese modo su sexagésimo noveno cumpleaños y expresarle «su más incondicional confianza»[188]. Pese a que Eden hubiera dimitido por las medidas de apaciguamiento de Italia, antes que por las dirigidas a Alemania, resultaba indudable que

también le frustraba e irritaba la presencia de ministros proalemanes en el gabinete de Chamberlain, como el responsable de Sanidad, *sir* Kingsley Wood, que, según afirma Eden en un escrito, «se quejaba constantemente de que yo no lograra entablar amistad con Hitler»[189]. En 1941, Churchill reprenderá a Eden por no haber «elegido un tema más relevante como base de su dimisión, pero admitió […] que el ministro de Asuntos Exteriores no es persona que tenga las manos libres en estos asuntos»[190].

En mayo de 1937, Churchill había dicho en un almuerzo ofrecido por *lady* Colefax que «él era el verdadero líder de la oposición, ya que los laboristas no solo son totalmente ineficaces, sino también débiles e ignorantes»[191]. Ahora, sin embargo, Eden, que a sus cuarenta años parecía representar el vigor del futuro tanto como Churchill la encorvada silueta del pasado, estaba a punto de arrebatarle esa teórica posición de cabecilla opositor. Eden contaba en el parlamento con un número de partidarios muy superior al de Churchill. El Grupo de Eden, al que los responsables de disciplina de las formaciones políticas apodaban burlonamente «los Niños Bonitos», se cuidaba muy mucho de mantener las distancias con Churchill[192]. En marzo, Eden volvió a negarse a formar parte del Other Club. «Decidimos que era mejor que no nos presentáramos públicamente como un grupo, —escribe Harold Nicolson, en referencia a los seguidores de Eden—, y llegamos incluso a la conclusión de que ni siquiera debíamos denominarnos "grupo"»[193]. Los partidarios de Eden celebraban sus reuniones en casa del rico diputado conservador estadounidense Ronald Tree, en la calle de Queen Anne's Gate, y Eden se aseguraba de que no se levantara acta de los temas que se trataran y de que no se estableciera ningún plan de acción formal. Entre los asistentes figuraban los nombres de varios parlamentarios del gobierno de concentración nacional como Leo Amery, Ronald Cartland, Duff Cooper, Anthony Crossley, Hubert Duggan, Paul Emrys-Evans, *sir* Derrick Gunston, Richard Law, Harold Macmillan o Louis Spears. No obstante, en el debate relativo a la dimisión de Eden, en el que Churchill apoyó su postura, solo se abstuvieron veinticinco conservadores, mientras que el resto optó por respaldar al ejecutivo. En privado, Churchill estaba empezando a considerar que el grueso del Partido Conservador estaba integrado por individuos despreciables. En una carta

que Churchill envía ese mes a Marsh para hablarle de las revisiones que está haciendo al último volumen del *Marlborough*, en el que se narra la caída en desgracia de su antepasado, derribado por un puñado de cobardes e inicuos traidores que le habían apuñalado por la espalda, dice: «Espero que presente a los lectores modernos toda la vitalidad y el dramatismo de esa gran era. ¡Cuánto parecido guardan con sus predecesores los conservadores actuales!»[194].

El 12 de marzo de 1938, las tropas alemanas cruzaban la frontera austríaca, y al día siguiente Hitler proclamaba la *Anschluss* (es decir, la anexión de Austria al Reich alemán). La gravedad de estos acontecimientos no ofrece la menor duda, sostiene Churchill en los Comunes el 14 de marzo. «Europa se enfrenta a un proyecto de agresión, bien calculado, puesto en marcha en el momento más oportuno, y desplegado paso a paso. Ese programa nos deja únicamente una salida, y no solo a nosotros, sino también a otros países que, por desgracia, se han visto igualmente implicados, y que ahora tienen que optar, bien por someterse, como Austria, bien por tomar medidas efectivas para alejarse del peligro mientras todavía quede tiempo para hacerlo, bien por plantar cara a la amenaza, en caso de que ya no exista forma de evitarla»[195]. Churchill predijo en ese discurso que en el año 1940 la magnitud de la *Wehrmacht* «sería sin duda muy superior a la del ejército francés […]. ¿Por qué dejarnos arrastrar y empujar pendiente abajo, convertidos en una desordenada multitud de estados disconformes y humillados? ¿Por qué no tomar ahora una decisión firme, cuando todavía existe un nutrido conjunto de países, unidos y notablemente poderosos, que comparten nuestros mismos peligros y aspiraciones?».

Churchill trató de explicar a los legisladores cuál era la nación llamada a convertirse en el siguiente objetivo de Hitler, según las sospechas que él mismo llevaba alimentando hacía ya mucho tiempo. «Para el oído de los ingleses, el nombre de Checoslovaquia tiene una resonancia poco menos que irreal, —comentó—. Es obvio que se trata solamente de un pequeño estado democrático, ya se sabe que su ejército solo duplica o triplica el tamaño del nuestro, no hay duda de que cuentan con un suministro de municiones que apenas es tres veces más grande que el de Italia, pero no por ello dejan de ser un pueblo con hombría, no por ello dejan de

ampararles los derechos que les reconocen los tratados. Y además, disponen de una larga línea de baluartes y han demostrado la firme determinación de querer vivir en libertad.»[196] Francia había establecido una alianza defensiva con Checoslovaquia, pero Gran Bretaña no; razón por la que Churchill vendrá a proponer una «Gran Alianza», como él mismo dará en llamarla, integrada por Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y los países de la Pequeña Entente, compuesta a su vez por Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia. Si se procede de ese modo, afirma, «podríamos llegar a detener incluso la guerra que se cierne sobre nosotros»[197]. (Polonia tuvo que ser excluida de esa Gran Alianza debido a que se negó a coaligarse con Rusia y a que reclamaba algunas partes del territorio checo.)

El 16 de marzo, durante una cena celebrada en el Pratt's Club, en el barrio londinense de Saint James's, Churchill le asegurará a Nicolson que simpatizaba en cierta medida con la posición de Chamberlain, y atribuirá toda la culpa de la debilidad de Inglaterra a Baldwin, a lo que añade que en ese momento la situación le parecía sustancialmente peor que la de 1914. Tuvo que admitir, no obstante, que, «en caso de tomarse medidas enérgicas, Londres se vería sumido en el caos en menos de media hora»[198]. Una semana después, quedó a comer con Maisky en el piso de Randolph, posiblemente porque pretendía mantener en secreto la reunión. No resultaba imposible que el MI5 estuviera vigilando el apartamento que su propio fundador tenía en Morpeth Terrace, como tampoco lo era que le hubiera intervenido el teléfono[199].

Maisky encontró a Churchill «terriblemente agitado» por la noticia de que Stalin había liquidado a más de las tres cuartas partes de la cúpula militar del Ejército Rojo, procediendo a una extirpación que había llegado hasta el grado de coronel. «¿Podría decirme, por favor, qué es lo que está pasando en su país?», comenzó a decir Churchill. A continuación agregó que era preciso que la URSS se uniera a la Gran Alianza, pero que las últimas purgas venían a significar que «Rusia, en términos generales, acababa de dejar de existir como factor digno de consideración en el ámbito de la política exterior»[200]. Al negar Maisky que se hubiesen producido tales hechos, el rostro de Churchill se animó durante el resto de la entrevista con una sonrisa que Maisky calificó de «astuta». «Evidentemente, usted es

el embajador y sus palabras han de tomarse cum grano salis [es decir, con una pizca de sal, o lo que es lo mismo, con cierto escepticismo].»[201] Al preguntarle Maisky qué estaba ocurriendo en Gran Bretaña, Churchill admitió que «en los últimos cinco o seis años, el principal grupo del partido ha venido mostrando *de facto* una cobardía y una cortedad de vista cuya magnitud cuenta con muy pocos precedentes en la historia, si es que tiene alguno»[202]. Y más adelante, al hablar de su propia situación, Churchill «comentó maliciosamente [que] resultaba mucho más agradable leer libros o escribir artículos que intentar convencer a las nulidades ministeriales de que dos y dos son cuatro»[203]. Pese a que no pueda darse crédito a todo lo que escribe Maisky, no hay razón para dudar de que Churchill le dijera efectivamente, como refiere el embajador, que Eden no estaba pensando en enfrentarse al Partido Conservador, dado que «ya le había cogido gusto al poder y a su elevada posición social. Esas son cosas que pueden hacer que un hombre se eche a perder»[204]. Churchill también vaticinó que, en última instancia, Hitler acabaría invadiendo la URSS, «con sus vastos territorios y sus inconmensurables recursos». Por esas fechas, ya había leído la traducción inglesa del *Mein Kampf*, la obra en la que Hitler exponía la idea de que Alemania necesitaba disponer de *Lebensraum*[205] en el Este.

Churchill le habló con toda claridad a Maisky:

> Hoy en día, la mayor amenaza para el imperio británico es el nazismo alemán y su idea de la hegemonía global de Berlín. Por tal motivo, en este momento, no escatimo ningún esfuerzo en la lucha contra Hitler. Si un buen día desapareciera la amenaza que el fascismo alemán representa para el imperio, y el peligro comunista volviera a ponerse en pie, entonces —con toda franqueza se lo digo— también yo enarbolaría de nuevo la bandera del combate contra ustedes. Sin embargo, no preveo que se dé esa posibilidad en un futuro próximo, o al menos no en lo que me queda de vida[206].

A pesar de que prácticamente la única parte del imperio británico que se encontraba dentro del radio de acción inmediato de los bombarderos alemanes fuera la correspondiente a las islas británicas, resulta instructivo constatar que Churchill afirmara que lo amenazado era el imperio como tal.

El jueves 24 de marzo de 1938, Churchill pronunció uno de los discursos más sonados de toda su carrera, el que consagró a la amenaza que los nazis suponían para la existencia de Checoslovaquia. El Tratado de

Versalles había incluido arbitrariamente a 3,5 millones de personas de etnia alemana en los límites fronterizos de la recién creada Checoslovaquia, la mayoría de ellas afincadas en los Sudetes —y Hitler exigía ahora que esa población, junto con su territorio, fueran incorporados al Tercer Reich—. Esto habría significado convertir a Checoslovaquia en un estado indefendible desde el punto de vista estratégico. Chamberlain había advertido de que, en caso de que estallara una guerra entre Alemania y Checoslovaquia, «resultaría poco menos que imposible determinar dónde iba a acabar o qué gobiernos terminarían por involucrarse»[207]. En el debate, Churchill pidió que se crearan los ministerios de Suministro y Defensa:

> He planteado la cuestión ante la Cámara en unos términos que no eluden la realidad. Casi todos los oradores han afirmado que, si no hacemos frente a los dictadores hoy, lo único que nos queda es prepararnos para el día en que tengamos que plantarles cara en unas condiciones mucho más adversas. Hace dos años podía haberse hecho sin peligro, hace tres hubiera resultado sencillo y hace cuatro un simple despacho diplomático podría haber obligado a rectificar algunas posiciones. Cabe preguntarse entonces: ¿cómo estaremos dentro de un año? ¿Y adónde habrán llegado las cosas en 1940[208]?

Las imágenes que evoca Churchill no son solo sumamente vívidas, también demuestra un gran acierto al elegir sus palabras: «He visto a esta célebre isla descender, apresurada e irresponsablemente, la escalera que conduce al oscuro abismo. Al principio se abre como una escalinata ancha y refinada, pero un poco más allá termina bruscamente el tapiz que la recubre. Unos cuantos pasos más allá apenas quedan unas losas. Y quien se aventure aún más abajo pronto descubrirá que hasta esos malos peldaños se quiebran bajo sus pies»[209]. «No es difícil imaginarse [al orador] desgranando sus avisos en una casa lóbrega y cerrada, —le escribe Robert Bernays a su hermana—. Era como escuchar el péndulo del reloj de nuestra sala haciendo sonar los tañidos de la hora fatal.»[210]

Y Churchill prosigue:

> Echen si no la vista atrás y recuerden lo sucedido en los últimos cinco años, es decir, repasen el tiempo transcurrido desde que Alemania comenzó a rearmarse en serio y a buscar venganza abiertamente. Si estudiamos la historia de Roma y Cartago, podremos comprender lo que ocurrió y por qué. No es difícil aplicar la inteligencia al examen de la raíz y el desarrollo de las tres guerras púnicas; ahora bien, si una mortal catástrofe viniera a

> laminar a nuestra nación y a nuestro imperio, dentro de mil años los historiadores seguirían sumidos en el desconcierto, perplejos ante el misterio de nuestra actuación. Nunca alcanzarán a entender cómo pudo una nación victoriosa, que todo lo tenía bajo control, aceptar que se la derribara; cómo dio en desprenderse de cuanto había ganado con inmensos sacrificios y victorias absolutas. ¡Todo se lo ha llevado el viento[211]! Hoy los triunfadores caen vencidos, y quienes se despojaron de las armas en el campo de batalla e imploraron el armisticio avanzan en cambio a paso firme en pos de la dominación mundial. Esa es la situación, esa la terrible transformación que se ha ido fraguando poco a poco […]. Ha llegado al fin el momento de despertar a la nación. Tal vez sea la última vez que el destino nos dé ocasión de ponerla en pie mientras aún existan medios de evitar la guerra, o mientras aún persista al menos la posibilidad de que se alce con la victoria si nuestros esfuerzos por impedir el conflicto cayeran en saco roto. Debemos apartar todos los obstáculos y olvidar todos los impedimentos, acumulando para ello, íntegras, las fuerzas y los ánimos de nuestro pueblo a fin de ver alzarse de nuevo a la nación británica, erguida en toda su grandeza ante el resto del mundo. Para una nación como la nuestra, la recuperación de su inveterado vigor, puede suponer la salvación del orbe civilizado, aun en horas tan difíciles como la presente[212].

Chamberlain le escribirá poco después a su hermana para explicarle que, antes del debate, Churchill le había asegurado que ya no buscaba cargos personales y que tenía la intención de perseverar en la actitud «paternalmente amistosa» que venía observando en relación con su gobierno. «Me gusta Winston, casi a mi pesar, aunque creo que se equivoca prácticamente siempre y que es un colega imposible. En la Cámara, todo el mundo disfruta escuchándole y no hay nadie en cambio que no se muestre dispuesto a aplaudirle y a reír con sus ocurrencias, pero ya no cuenta con seguidores de verdadera importancia.»[213] Fue una reacción totalmente inadecuada. Churchill se había esforzado en explicar con gran elocuencia y precisión los pasos que estaba dando Hitler, y suplicaba a Gran Bretaña que tomara las medidas oportunas para frenarle, pero el parlamento se desentendió de él con una ligereza impropia del momento.

En mayo, el gobierno de Chamberlain, en parte con la intención de mostrar a Alemania que estaba dispuesto a revisar los tratados, renunció unilateralmente a los derechos de uso de tres puertos irlandeses (Berehaven, Queenstown y Lough Swilly). De hecho, si el Reino Unido había adquirido esa potestad había sido justamente en virtud del acuerdo que Churchill había negociado en 1921. Churchill denunció amargamente que se hubiera dado ese paso, afirmó que había sido «un ejemplo improvisado de apaciguamiento», y señaló que, en caso de que estallara una guerra con

Alemania y de que el Estado Libre Irlandés optara por la neutralidad, la iniciativa no conseguiría sino empeorar profundamente la posición estratégica de la Marina Real Británica en el Atlántico Oriental. Acusó al gobierno de «estar desembarazándose de un conjunto de elementos de seguridad y supervivencia auténticamente palpables y relevantes a cambio de meras sombras y paliativos»[214]. Esos puertos eran puntos esenciales desde los cuales partir a la caza de los submarinos enemigos, subrayó Churchill, antes de añadir que también se trataba de bases fundamentales para ofrecer protección a los convoyes militares. Tan necesarios eran, dijo, que los equiparó a otros tantos «puestos de vigía de las estribaciones marítimas del flanco occidental británico, atalayas de las que dependen enormemente los cuarenta y cinco millones de personas de esta isla, que reciben por esa vía los alimentos venidos del extranjero y su pan de cada día».

Años más tarde, Churchill recordará «las miradas de incredulidad, las burlas, los sarcasmos y las risas que por todos lados [le] salieron al encuentro al sostener que el señor De Valera podía declarar país neutral a Irlanda»[215]. «Winston se opone incluso al Tratado Anglo-Irlandés, —anota Chips Channon en su diario al referirse a la revisión del acuerdo—. ¿Es Winston algo más que un simple orador grueso, brillante, trastornado e ilógico?», se pregunta retóricamente[216]. Churchill fue prácticamente el único que se manifestó en contra de la medida, y por ello hubo de sufrir los ataques de Leo Amery y de otros muchos colegas. Con el tiempo, el Almirantazgo calculará que la cesión de los Puertos del Tratado —por los cuales Gran Bretaña no recibió nada a cambio, más allá de unas cuantas declaraciones de buena voluntad bastante dudosas— había sido la causa directa de la pérdida de 368 barcos aliados y de 5070 vidas humanas en el transcurso de la segunda guerra mundial[217]. Como tendría que admitir Amery en su autobiografía, «los temores inmediatos de Churchill estaban más que justificados»[218]. Tras abstenerse en esa votación, Churchill empezó a abstenerse sistemáticamente en todas las votaciones vinculadas con la política exterior. No votó en ningún momento en contra del gobierno, dado que su mayoría superaba en más de doscientos escaños a la oposición, con lo que el gesto, además de resultar inútil, podría haber implicado

perfectamente que el jefe de disciplina del Partido Conservador le retirara la confianza y no le seleccionara como candidato en las siguientes elecciones. Ese mes, Churchill apostó con Duff Cooper seis libras contra cuatro a que el gobierno tendría que convocar a las urnas antes de finales de febrero de 1939**[219]**.

«Repudiamos todas las ideas derrotistas, tanto si provienen de la abyección como si brotan de la indolencia, —exclama Churchill en mayo ante el publico congregado en Manchester—. Deseamos conseguir que nuestro país esté a salvo y cobre fuerza —pues solo si es fuerte podrá gozar de seguridad—, y queremos que desempeñe el papel que le corresponde, junto a otras democracias parlamentarias de ambos lados del Atlántico, en la defensa de la civilización, mientras aún estemos a tiempo de protegerla de los devastadores horrores que podrían borrarla de la faz de la Tierra si estallara otra guerra mundial.»**[220]** Ese mismo día Churchill expone sus puntos de vista sobre el tema de la confederación europea, con la esperanza de infundir nueva vida a una idea que podía contribuir a la seguridad colectiva. Valiéndose de una referencia bíblica, sacada del capítulo 4 del libro segundo de los Reyes, Churchill sostiene en un pasaje del artículo del *News of the World* titulado «Los Estados Unidos de Europa» en el que se refiere a Gran Bretaña lo siguiente: «Estamos con Europa, pero no formamos parte de ella. Nos sentimos unidos al continente, pero no comprometidos con él. Europa nos interesa y nos vemos como socios suyos, pero no nos dejamos subsumir en ella. Y si en algún momento los estadistas europeos se dirigieran a nosotros con palabras como las que se usaban en épocas pasadas —“¿Quieres que hablemos en tu favor al rey o al jefe del ejército?—, —nosotros responderíamos como la sunamita—: Vivo en medio de mi pueblo”»**[221]**.

Como detallará seis días más tarde en otro artículo del *News of the World*, «Son los pueblos de habla inglesa quienes, casi en solitario, mantienen prendida la antorcha de la libertad. Esta circunstancia es un poderoso incentivo para la colaboración. A las naciones les ocurre lo mismo que a los individuos: que, si se preocupan profundamente por las mismas cosas, y ven que esas cosas están amenazadas, se les hace totalmente natural trabajar hombro con hombro para preservarlas»**[222]**. A continuación

inicia una extensa digresión sobre el poder de las palabras en la que examina el hecho de que, entre los pueblos de habla inglesa, como su propio nombre indica, «el lazo mayor sea, por encima de todo, el de la lengua […]. Las palabras son las únicas cosas que perduran eternamente. Los más imponentes monumentos, los más formidables prodigios de la ingeniería, se desmoronan con el paso del tiempo. Las pirámides decaen, los puentes se oxidan, los canales se colmatan, la hierba cubre las vías del tren; pero las palabras que se pronunciaron hace dos o tres mil años todavía permanecen entre nosotros, y no como meras reliquias del pasado sino con toda su fuerza vital, prístina e intacta»[223]. Por desgracia, no se han conservado las voces que dio cuando, un poco más avanzado el mes, y a petición del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, el equipo de fútbol de Inglaterra hizo el saludo nazi al sonar el himno nacional alemán en el Estadio Olímpico de Berlín.

El 25 de mayo de 1938, Chamberlain rechazó formalmente el llamamiento que Churchill y los laboristas habían lanzado con vistas a la puesta en marcha de una investigación sobre el estado de las defensas aéreas y la creación de un Ministerio de Suministros. «¿Por qué mi honorable amigo y parlamentario se resiste tan obstinadamente a la concreción de este plan?», le preguntará Churchill al primer ministro, comparándolo con san Antonio el Ermitaño, a quien «condenaron sin paliativos los padres de la Iglesia por negarse a hacer una acción justa debido a que se la había sugerido el diablo. Su ilustre señoría, como amigo le digo que debería usted desembarazarse de esa inhibición irracional, ya que aún no hemos hecho más que iniciar la andadura de nuestras ansiedades»[224]. Y acto seguido le interroga: «¿Cómo es posible que, si todo va tan bien como asegura, haya tantas deficiencias? ¿Por qué realizan su instrucción los guardias, por ejemplo, con banderas en vez de con ametralladoras?». Churchill quería saber también qué razones había que impidieran equipar simultáneamente al Ejército de Reserva británico y al Ejército Regular, y concluyó su intervención con unas palabras de desafío: «Yo afirmo que el Ministerio del Aire y la Oficina de Guerra son absolutamente incompetentes e incapaces de producir el gran

caudal de armas que es preciso exigirle ahora a la industria británica»[225]. (En una ocasión alguien quiso saber qué departamento le resultaba más odioso a Churchill, si el Ministerio de Asuntos Exteriores o el Tesoro, y este respondió: «La Oficina de Guerra».)[226]

A mediados de junio, Duncan Sandys envió el borrador de una consulta parlamentaria a Leslie Hore-Belisha, el ministro de la Guerra, en la que se interesaba por la situación de las defensas aéreas de Londres —y resultaba evidente que la pregunta solo podía haberse formulado sobre la base de una información de carácter secreto—. Al negarse Sandys a revelar el nombre de su informante o informantes, se le amenazó con un proceso judicial, pero recibió el amparo del Comité de Privilegios de los Comunes. Respecto al hecho de que el fiscal general del estado hubiera intentado llevar a Sandys ante los tribunales en aplicación de la Ley de Secretos Oficiales, Churchill comentó que, dado que la norma había sido diseñada para preservar los medios de la defensa nacional, no debería usarse para proteger a los ministros que hubieran descuidado, precisamente, ese mismo objetivo[227]. «Como es obvio, Sandys no es más que una marioneta, —le dirá Chamberlain a su hermana—. Winston es quien mueve los hilos en realidad, y está claro que ha visto, o creído ver, la oportunidad de darle un buen susto al gobierno. Ciertas personas que han pasado varios fines de semana en las fiestas que suelen darse en algunas casas de campo a las que se le invita habitualmente me dicen que tiene la costumbre de aburrir a toda la concurrencia monopolizando la conversación y denunciando al gobierno sin parar […]. No creo que esta enemistad tenga un carácter personal y vaya dirigida contra mi persona; es simplemente que su infatigable ambición le obliga a mostrarse incesantemente crítico con cualquier administración de la que no forme parte él mismo.»[228] No parece que a Chamberlain se le pasara por la cabeza la idea de que Churchill pudiera estar actuando por motivos auténtica y legítimamente derivados de sus convicciones, ya que el primer ministro tendía a ver la política desde una perspectiva marcadamente personal —una circunstancia que en último término acabaría provocando su caída.

Churchill trató de alertar a *sir* Maurice Hankey, el secretario del gabinete, de lo que le habían dicho a Sandys sobre las defensas aéreas de

Gran Bretaña, pero Hankey se limitó simplemente a reprenderle durante dos horas por haber solicitado información secreta y por significarle al Subcomité para el Estudio Científico de la Defensa Aérea que «nunca en la vida había conocido nada más lento que los trabajos de ese comité»[229]. Hankey le indicó a Churchill que su comportamiento era «inapropiado», «pernicioso», «incómodo» y «subversivo en materia de disciplina. —Churchill, sorprendido por su actitud, le respondió por medio de una carta —. Mi querido Maurice», arranca, «desde luego, no esperaba que me dedicara usted tan larga conferencia cuando me tomé la molestia de ofrecerle, de manera estrictamente confidencial, una información de claro interés público. Le agradezco que me haya devuelto los documentos que le entregué, y puede estar usted bien seguro de que no volveré a molestarle por ningún otro asunto de esta índole»[230]. Años más tarde, Churchill le dirá a Eden que el posterior gesto de Hankey, al tratar de restablecer los lazos amistosos, le recordó «el roce de un gusano»[231].

Arms and the Covenant, la colección de discursos en los que Churchill aborda la cuestión del rearme, publicado el 24 de junio, vendió solo cuatro mil ejemplares, a pesar de las buenas críticas que había recibido —un dato que nos indica el poco interés que el tema suscitaba entre la población—. Al empeorar la situación de los Sudetes, Churchill le escribe a Lloyd George: «Creo que en las próximas semanas vamos a tener que elegir entre la guerra y la vergüenza, y tengo muy pocas dudas respecto a cuál va a ser la decisión» del gobierno[232]. Ese mes, el alemán Ewald von Kleist, totalmente contrario a los nazis, visitó Chartwell y le aseguró a Churchill que al menos la mitad del alto mando de la *Wehrmacht* «estaba convencido de que un ataque a Checoslovaquia desataría una guerra entre Alemania, Francia y Gran Bretaña, y que en tal caso Alemania no lograría resistir ni tres meses.»[233] Churchill transmitió esta información a Halifax, pero lo único que consiguió fue que el asesor más próximo a Chamberlain, el archipartidario del apaciguamiento *sir* Horace Wilson, señalara que Churchill estaba volviendo a «enredar»[234].

Desde luego, Churchill seguía cometiendo un gran número de errores y realizando predicciones incorrectas. El 1 de septiembre, por ejemplo, escribió un artículo en el que figuraba una frase sobre «la indiscutible

obsolescencia del submarino como arma de guerra decisiva», pero, en general, estaba convencido de que Hitler ansiaba con todas sus fuerzas alzarse con la hegemonía en Europa. De hecho, Churchill basaba esta seguridad estratégica en los datos de inteligencia que conseguía espulgar aquí y allá, gracias a sus numerosas fuentes. Y entre ellas destacan personalidades como las de Bernstorff, Kleist, el líder de los Sudetes Konrad Henlein (al que además de haber tenido ocasión de conocer en mayo, Churchill había tratado de persuadir, sin éxito, de que dejara de promover la agitación tendente a unificar esa región checoslovaca con el Reich), y los informantes con que contaba tanto en las fuerzas armadas como en las filas del funcionariado (cuyas averiguaciones se hallaban mucho más cerca de la verdad de lo que Chamberlain y Halifax creían, pese a que ellos tuvieran sobre la mesa todas las pesquisas proporcionadas por el aparato de los servicios secretos[235]).

Los pronunciamientos cada vez más beligerantes de Hitler sobre los Sudetes parecían dejar la puerta claramente abierta a la posibilidad de un conflicto armado. El 15 de septiembre de 1938, Chamberlain voló a Alemania para entrevistarse con el *führer* en Berchtesgaden. A su regreso, el primer ministro comentó con sus hermanas que Hitler era «un hombre en el que se podía confiar, al menos en caso de que empeñara su palabra»[236]. En vista de que la junta de jefes de Estado Mayor le advertía de que Gran Bretaña no podría hacer nada para impedir la destrucción de Checoslovaquia si esa nación centroeuropea optaba por combatir, y teniendo asimismo en cuenta, en primer lugar, que si Gran Bretaña entraba en guerra con Alemania, entonces Italia y Japón quizá decidieran unirse para desmembrar al imperio británico, y en segundo lugar, que nadie mostraba el más mínimo interés en enzarzarse en un conflicto —ni Francia, ni la prensa[237], ni los centros financieros de Londres, ni el gobierno, ni el público—, Chamberlain decidió presionar a Edward Beneš, el presidente checoslovaco, con el fin de forzarle a acceder a las exigencias de Hitler. Además, en septiembre de 1938, los primeros ministros de los Dominios autónomos británicos tampoco manifestaron grandes deseos de entrar en guerra con Alemania —tal y como había sucedido en septiembre de 1922,

fecha en la que sus ganas de luchar contra Turquía habían brillado igualmente por su ausencia.

Según las notas que incluye Inskip en su diario, el 17 de septiembre, al regresar de Alemania, Chamberlain le dijo al gabinete, que Hitler era «el cachorrito más común y corriente que había visto jamás»; que en Berchtesgaden «había una gran cantidad de fotografías de mujeres sin nada encima»; y que él mismo había «llegado a la conclusión de que Hitler, si bien procedía con gran determinación, perseguía en realidad unos objetivos estrictamente limitados […]. —Y a continuación Inskip añade—: El primer ministro nos dijo en más de una ocasión que había llegado justo a tiempo de evitar males mayores»[238]. Al margen de su esnobismo y su mojigatería, quedó claro que Chamberlain daba crédito a las palabras de Hitler, que le había asegurado que, después de Renania, Austria, y ahora los Sudetes, no tenía más derechos territoriales que reclamar en Europa. Dos días más tarde, Chamberlain comentaba con sus hermanas: «¡Soy el hombre más popular de Alemania!»[239]. Lo cierto, sin embargo, era que gracias a sus denodados esfuerzos, había un hombre que estaba a punto de ver elevarse su popularidad muy por encima de la que pudiera tener el primer ministro británico, una vez consumado el golpe de mano —rubricado en este caso con el Acuerdo de Múnich[240]— consistente en incorporar al Reich a los tres millones y medio de alemanes de los Sudetes sin disparar un solo tiro.

Los partidarios de Chamberlain y los detractores de Churchill han argumentado por un lado que, al ser tan débiles en esa época las fuerzas armadas británicas en relación con las alemanas, era una irresponsabilidad por parte de Churchill condenar el Acuerdo de Múnich, y que Chamberlain tenía razón, por otro, en tratar de ganar un año de tranquilidad con el fin de permitir que Gran Bretaña lograra rearmarse antes del estallido de la segunda guerra mundial. Sin embargo, debe recordarse que hay tres elementos que contradicen ese planteamiento: en primer lugar, el de que Chamberlain creyera realmente haber propiciado la paz; en segundo lugar, el de que estuviera convencido de que no se estaba limitando a ganar tiempo; y en tercer lugar, el de que, siendo cierto que Rusia y Checoslovaquia (país este último que contaba con una sólida cadena de fortificaciones, un ejército de un millón y medio de hombres y las fábricas

de armamento de la compañía Skoda) se hallaban enfrentadas a Alemania en 1938, ninguna de ellas se le oponía ya en 1939. A finales de septiembre, el ejército francés quedó parcialmente movilizado, y otro tanto ocurrió con la armada británica, aunque este caso la militarización fue completa. Esto induciría a Hitler a comentarle a Goering: «La flota inglesa podría disparar sus cañones, después de todo», tras lo cual acabó posponiendo los posicionamientos bélicos de Alemania[241].

Si el primer ministro británico se hubiera mostrado enérgica y tajantemente decidido a impedir que Hitler acosara a los pequeños países eslavos, quizá hubiera conseguido presionar a la renuente Francia, forzándola a poner más empeño en el cumplimiento de las cláusulas que se había comprometido a respetar en el tratado. Alemania aprovechó a conciencia el año adicional de paz que Múnich acababa de «comprar»: la tercera parte de los tanques que poco después habrían de emplearse en la invasión de Francia eran de fabricación checa. Por consiguiente, en este sentido, ambos bandos tenían buenos argumentos, pero no hay duda de que, si se hubiera prestado atención a las numerosas advertencias que Churchill llevaba seis años lanzando con tan notable detalle y elocuencia respecto a la verdadera naturaleza de la amenaza alemana, las fuerzas armadas británicas no se habrían visto en el lamentable estado de preparación en el que finalmente se vieron sorprendidas. Y además, la valoración de la pertinencia o impertinencia de la insistencia de Churchill debe hacerse desde el momento en que Hitler llegó al poder y no cinco años después, una vez que se hubo convertido ya en un peligro debido a la posibilidad de una guerra en los Sudetes.

El 22 de septiembre, Chamberlain voló a Bad Godesberg para continuar negociando con Hitler la extensión geográfica que debía presentar la absorción de los Sudetes, cuyo carácter vital desde el punto de vista estratégico resultaba de suma importancia para el Reich. Churchill le dijo a Bob Boothby que el gobierno era «tan incapaz de organizar la guerra como de garantizar la paz»[242]. El 27 de septiembre, Chamberlain se dirigió por radio a los británicos: «Qué horrible, extraño e increíble resulta que nos veamos obligados a cavar trincheras y a probarnos máscaras de gas por una disputa surgida en un país lejano en el que se enfrentan gentes que nos son

totalmente desconocidas». En Versalles, Gran Bretaña había sido uno de los principales países firmantes del tratado que había dado lugar a la creación de Checoslovaquia, y desde luego estaba perfectamente enterada de las circunstancias que vivían las personas inmersas en la otra vertiente del enfrentamiento. Y en cuanto a las trincheras excavadas en los parques de Londres a modo de rudimentarios refugios aéreos y de impedimento para el aterrizaje de los planeadores alemanes, no tardaría en señalarse que se habían llenado rápidamente de agua y que había sido preciso tomar medidas para impedir que los transeúntes cayesen en ellas.

Al día siguiente, 28 de septiembre, mientras Chamberlain hablaba a los parlamentarios de los Comunes, un ordenanza le pasó un papel con una nota en la que Hitler le invitaba a reunirse con él en Múnich el 29. Chamberlain, triunfante, aseguró que iría y la Cámara, puesta en pie, le dedicó una ovación. Solo Eden, Amery, Nicolson y Churchill permanecieron sentados, mientras sus colegas de los escaños vecinos les gritaban: «¡Levantaos! ¡Levantaos!». Cuando Chamberlain abandonó la sala, Churchill dejó su asiento, le estrechó la mano y le deseó «Buen viento»[243]. Otra versión señala un comentario algo diferente: «Le felicito por su buena fortuna. Ha tenido usted mucha suerte»[244].

Poco después Anthony Crossley le escribe a Churchill para decirle que los parlamentarios conservadores de uno de los clubes londinenses le estaban acusando de entregarse a «intrigas deshonestas, —a lo que él responderá con la oportuna despreocupación aristocrática—: Muchas gracias por tu carta. Las opiniones que mencionas me son totalmente indiferentes. Aún no se ha dicho la última palabra»[245].

El 29 de septiembre, Chamberlain tomaba el avión para encontrarse con Hitler, Mussolini y el primer ministro francés, Édouard Daladier en Múnich —aunque no se entrevistaría con Beneš, ya que no había sido invitado—. Prácticamente todo el gabinete, incluido Duff Cooper, se desplazó al aeródromo de Heston para despedirle. Por otro lado, en un almuerzo celebrado ese mismo día en la Sala Mikado del Hotel Savoy, organizado por un grupo de presión llamado Focus que era contrario a las políticas de apaciguamiento y que trabajaba en estrecha colaboración con Churchill, reunió a un total de veintitrés personas, entre las que figuraban Liddell Hart,

Violet Bonham Carter, Louis Spears, Megan Lloyd George, Archie Sinclair, Arthur Henderson, Harold Nicolson, lord Lloyd[246], lord Cecil de Chelwood y Clementine[247]. «Oscuros presentimientos oscurecían el rostro de Winston, —recordará Bonham Carter años más tarde—. Me di cuenta de que temía lo peor, igual que yo.»[248] Durante la comida, Churchill trató de conseguir que los parlamentarios de mayor peso político enviaran un telegrama conjunto a Múnich, a la atención de Chamberlain, en el que «debían conminarle a no hacer más concesiones a expensas de los checos». Pese a que Lloyd George, Cecil de Chelwood y Sinclair estaban de acuerdo en firmar el mensaje, cuando llamaron por teléfono a otros líderes, Eden señaló que no quería dar a entender que trataba de vengarse de Chamberlain, y Attlee aseguró que no podía firmar sin contar previamente con la aprobación de la ejecutiva nacional del Partido Laborista.

«El telegrama no llegó a enviarse y, uno por uno, nuestros amigos fueron marchándose, derrotados», escribirá tiempo después Violet Bonham Carter.

> Winston permaneció sentado en la silla, inmóvil, sin pestañear, como petrificado. Vi que tenía los ojos anegados en lágrimas. Me di cuenta de que el rejón le había lacerado el alma. Había fracasado su último intento de salvar los restos de honor y buena fe que aún podían rescatarse. Me encontré hablando amargamente de cuantos se habían negado a todo, incluso a respaldar con su nombre unos principios y unas políticas que ellos mismos profesaban. Después fue él quien tomó la palabra: «¿De qué pasta les han hecho? No está lejos el día en que no sean firmas lo que tengamos que dar sino vidas humanas —las vidas de millones de hombres—. ¿Lograremos sobrevivir? ¿Merecemos perdurar si nadie parece tener el valor de hacerlo en ningún lado?»[249].

En mayo, Churchill había escrito un artículo en el *News of the World* en el que había dicho: «Los restos de los imperios siembran las costas de la historia. Si perecieron es porque se mostraron indignos de proseguir. Y nosotros podríamos estar coqueteando con ese mismo destino y merecerlo si, en los años venideros, renegáramos de nuestro destino y de nuestro deber»[250]. Los factores que Churchill tuvo en mente a lo largo de toda la Crisis de los Sudetes fueron justamente esos, el destino y el deber —y el 29 septiembre ambos cobraron mayor fuerza que nunca en su ánimo.

Esa noche, treinta y dos miembros del Other Club cenaron en el Salón Pinafore del Hotel Savoy, comunicado por un corto pasillo con el comedor

Mikado en el que había tenido lugar el almuerzo de Churchill. En la cena se encontraban presentes dos ministros del gabinete, Duff Cooper y Walter Elliot, así como varios parlamentarios y distinguidos personajes carentes de relación directa con la política como Trenchard, Munnings, Gordon Selfridge, Donald Somervell, H. G. Wells y Edwin Lutyens. También asistían varios amigos de Churchill —Moyne, Lloyd, Marsh, Keyes, Bracken, Lindemann y Boothby—, además de su hermano Jack. Completaban el cuadro dos partidarios del apaciguamiento como Garvin y Mottistone, y los magnates de la prensa Astor y Rothermere. «Churchill tenía una rabia terrible y su tristeza era cada vez más honda», recuerda Colin Coote, que salió al Strand para hacerse con una edición tardía de un periódico que acababa de publicar las grandes líneas del Acuerdo de Munich[251]. El pacto dejaba claro que Chamberlain había aceptado que las regiones checoslovacas de los Sudetes —entendidas de un modo que beneficiaba en gran medida a Alemania, tanto desde el punto de vista geográfico como étnico—, pasaran a manos del Reich de manera casi inmediata, lo que dejaba a Checoslovaquia completamente indefensa frente a Hitler y transformaba el Tratado de Versalles en simple papel mojado. Según lo que consigna lord Moyne en su diario, «Winston se puso a echar pestes y a despotricar arrebatadamente. Descargó toda su bilis en los dos ministros del gobierno que se encontraban presentes, a los que preguntó cómo era posible que apoyasen una política "tan sórdida, tan miserable, tan subhumana y tan suicida"»[252].

Duff Cooper arrebató a Coote el periódico y leyó rápidamente los términos del arreglo, «con evidente enojo y disgusto. Se produjo un profundo silencio, como si todo el mundo hubiera enmudecido. Duff se levantó y salió sin decir palabra»[253]. En su autobiografía, titulada *Old Men Forget*, Duff Cooper escribe que, al conocerse los detalles del acomodo, «los miembros más volubles de la reunión los condenaron, y yo les escuché con creciente desolación. La fiereza y el acaloramiento de la discusión fueron *in crescendo*. Un anciano y distinguido periodista político [casi con toda seguridad el septuagenario J. L. Garvin] declaró que se sentía insultado y abandonó el edificio. Yo mismo seguía siendo miembro del gobierno, así que me sentí obligado a mostrarme leal con él y a defender su política. Pero

fue la última vez que lo hice»[254]. Churchill se marchó poco después que Duff Cooper, y al pasar por delante de una de las habitaciones se detuvo, junto con Richard Law, al escuchar el sonido de las grandes risotadas que estaba provocando un payaso venido para amenizar una fiesta de cumpleaños. «Al continuar nuestro camino, —recuerda Law—, [Churchill] murmuró: "¡Pobre gente! ¡Qué poco saben lo que se les viene encima!".»[255]

Chamberlain regresó de Múnich al día siguiente, 30 de septiembre de 1938, y nada más pisar el aeródromo de Heston comenzó a agitar un trozo de papel en el que Hitler y él habían dejado constancia de su mutuo deseo de que sus dos naciones no volvieran a entrar nunca más en guerra. «PAZ» rezaba el titular del *Daily Express* ese día, bajo otro rótulo que aseguraba: «El *Daily Express* declara que Gran Bretaña no participará este año en ninguna guerra europea, y tampoco el año próximo». En el coche que les conducía a Londres, lord Halifax trató de convencer a Chamberlain de que ampliara el gobierno incorporando a miembros de los Partidos Laborista y Liberal, pero el primer ministro no consideró que la medida pudiera ofrecerle ninguna ventaja, ya que había acabado por persuadirse de que realmente había sido artífice de un pacto de concordia. El rey, con alegre desconsideración a la imparcialidad constitucional del monarca —los dos partidos de la oposición se habían mostrado contrarios al acuerdo y todavía era preciso celebrar un debate y una votación en el parlamento—, invitó a Chamberlain al palacio de Buckingham para saludar desde el balcón a la multitud, en compañía de la reina y de él mismo—. Después, Chamberlain recorrió en coche las calles de la ciudad, entre los vítores de la multitud, hasta llegar a Downing Street, y una vez allí, encaramado a una de las ventanas superiores, anunció a la multitud que se agolpaba a sus pies: «Esta es la segunda ocasión en nuestra historia que un gobernante británico regresa de Alemania y se presenta en [su residencia oficial] con un honorable acuerdo de paz. Creo que esto aporta además sosiego a nuestras vidas»[256]. (La primera vez había tenido lugar tras regresar Disraeli y lord Salisbury del Congreso de Berlín en 1878, y sí, en este caso con una

auténtica paz honrosa.) A Churchill le fue imposible sumarse a las celebraciones, ya que creía que los checos habían sido traicionados en una miserable componenda de la que los británicos no tardarían en avergonzarse.

El 2 de octubre, Duff Cooper dimitió de su cargo de primer lord del Almirantazgo, y explicó las razones que le habían llevado a dar ese paso al día siguiente de que comenzara el debate sobre el acuerdo —llamado a prolongarse por espacio de cuatro jornadas—. «El primer ministro ha creído oportuno dirigirse a *Herr* Hitler utilizando palabras razonables y complacientes, —dijo—. Por mi parte, yo estaba convencido de que [el señor Chamberlain] era más proclive al lenguaje de la mano dura.» Dijo también que, a diferencia de Chamberlain, él no confiaba en las promesas de Hitler, y concluyó diciendo: «Es posible que haya echado a perder mi carrera política. Pero eso es cosa de poca importancia, ya que he conservado algo que es de gran valor para mí: sigo pudiendo caminar por el mundo con la cabeza muy alta»[257]. «Mi querido Duff, —le escribe Churchill—, tu discurso ha sido una de las mejores intervenciones parlamentarias que me ha sido dado escuchar en toda mi vida. Me ha parecido admirable por su forma, cargado de razones, y brillante por su coraje y su conciencia pública»[258].

No obstante, esta forma de enfocar las cosas distaba mucho de ser unánime. Al día siguiente, en el debate en la Cámara de los Lores, Baldwin se refirió en los siguientes términos a la invitación que Hitler le había cursado a Chamberlain con vistas a su reunión de Múnich: «Fue como si la mano de Dios hubiera trazado una vez más la silueta del arco iris en el cielo y ratificado nuevamente Su Alianza con los hijos de los hombres»[259]. Lord Ponsonby, un firme pilar de las cúpulas jerárquicas del estado, cuyo padre había sido secretario privado de la reina Victoria, dijo: «La capacidad del señor Churchill me produce la mayor de las admiraciones, y lo mismo debo decir de sus cualidades literarias y de su talento artístico, pero siempre he tenido la sensación de que, en una crisis, es una de las primeras personas a las que debería internarse en un sanatorio»[260].

El miércoles 5 de octubre de 1938, el tercer día del debate en los Comunes, fue Churchill quien tomó la palabra, justo después de conocerse

la noticia de que Beneš había dimitido y partido al exilio. Una serie de parlamentarios conservadores habían elogiado «la valentía, la sinceridad y el hábil liderazgo de Chamberlain. —Uno de ellos había llegado incluso al extremo de decir—: Nuestro líder pasará a la historia como el mejor estadista europeo, tanto de la presente época como de cualquier otra». Y un diputado liberal hasta había tenido la osadía de preguntarse: «Pero ¿qué es Checoslovaquia?». Frente a una Cámara enemistada y hostil, que le abucheó ruidosamente al ver que se ponía en pie, Churchill dio el mejor discurso de cuantos había pronunciado hasta entonces. Hacía ya tiempo que él y su partido habían emprendido caminos divergentes; muchos amigos suyos, como Jack Mottistone, Ian Hamilton, el duque de Windsor, Charlie Londonderry, Bendor Westminster y David Lloyd George, habían elogiado las políticas de apaciguamiento, y algunos se habían atrevido a alabar incluso al mismísimo *führer*. Churchill llevaba nueve años sin ocupar cargo alguno, habían omitido llamarle para ejercer responsabilidades políticas en cuatro ocasiones, y tenía que dirigirse a una Cámara que estaba a punto de aprobar el Acuerdo de Múnich por 366 votos contra 144. Y a pesar de todo se las arregló para ofrecer una argumentación sublime.

«Si no comienzo esta tarde presentando el habitual, y de hecho casi invariable, homenaje al primer ministro por el modo en que ha gestionado esta crisis, no es, desde luego, por falta de consideración hacia su persona, —dijo al abrir su alocución—. No obstante, en las cuestiones públicas, estoy persuadido de que es mucho mejor decir con exactitud lo que uno piensa, y ciertamente no es este un momento en el que merezca la pena dedicarse a cultivar la popularidad política de nadie.» A continuación elogió los discursos de Duff Cooper y Richard Law. Del primero dijo que había «mostrado la firmeza de carácter de quien no permite que le hagan mudar de parecer las corrientes de opinión, por rápidas y furibundas que puedan revelarse»**[261]**. Eludiendo la tentación de una gradual acumulación de puntos de coincidencia con los que tratar de granjearse la simpatía y el apoyo de los asistentes, Churchill explicó: «Empezaré exponiendo por tanto los asuntos más impopulares e incómodos. Señalaré por ello algo que a todo el mundo le gustaría ignorar o echar al olvido, pero que, sin embargo, ha de ser manifestado, a saber, que acabamos de encajar una derrota absoluta y

sin paliativos, y que Francia ha sufrido aún más que nosotros». «¡Tonterías!, —chilló Nancy Astor—. Al gritar “Tonterías”, —dijo Churchill—, la noble dama demuestra que no ha tenido ocasión de escuchar al ministro de Hacienda, que ha admitido hace un instante, en su esclarecedor y exhaustivo discurso, que este particular salto adelante ha permitido a *Herr* Hitler conseguir en esencia todo cuanto se proponía obtener»[262]. Y prosiguió: «Lo más que mi honorable amigo el primer ministro ha sido capaz de garantizar merced a sus ímprobos esfuerzos […], lo máximo que ha alcanzado a sacar en limpio…» —en este punto fue interrumpido por un cierto número de parlamentarios que clamaban, en un intento de acabar su frase: «¡Es la paz!—. —Cuando finalmente pudo terminar el argumento, señaló—: … ha sido que el dictador alemán, en lugar de verse obligado a hurtar las vituallas de la mesa, se limitara a dejar que se las sirvan plato a plato, como un cómodo menú»[263].

Para tratar de explicar la diferencia que existía entre los puntos que Chamberlain había ido concediendo en Berchtesgaden, Godesberg y Múnich, Churchill varió de metáfora. «Primero le conminaron a entregar 1 libra esterlina a punta de pistola. Tras dársela al atracador, este le exigió 2 libras, también a punta de pistola. Al final, el dictador se ha avenido a quedarse únicamente con 1 libra, 17 chelines y 6 peniques [es decir, el 93,75 % de 2 libras] y ha aceptado que se le pague el resto con promesas de buena voluntad futura.»[264] Del país que se encontraba en el vértice mismo de la crisis, dijo: «Todo ha terminado. Silenciosa, doliente, abandonada y rota, Checoslovaquia se retira en la sombra. Su asociación con las democracias occidentales y con la Sociedad de Naciones, a la que siempre ha servido obedientemente, le ha infligido toda suerte de padecimientos.»[265] Y apenas unos días después de que las hordas populares se agolparan en las calles de Londres para celebrar el acuerdo, afirmó:

> Lo que se ha abatido sobre Gran Bretaña y Francia es un desastre de primera magnitud. No cerremos los ojos a esa circunstancia. Lo que ahora vamos a tener que aceptar es que todos los países del centro y el este de Europa se apresuren a pactar en los mejores términos posibles con el poder nazi triunfante. El sistema de alianzas de la Europa Central en el que Francia ha venido basando su seguridad ha sido barrido, y no veo forma alguna de que pueda reconstituirse[266].

Ya antes había profetizado que en «un período de tiempo que podría alargarse unos años, pero que quizá necesite solo unos meses, el régimen nazi acabará deglutiendo a Checoslovaquia»[267]. Se trataba de una afirmación extraordinaria; tanto que, de hecho, prácticamente ninguno de los que habían tenido ocasión de escucharle lo había juzgado probable.

Al criticar Churchill a Chamberlain por haber dicho que Checoslovaquia era un país lejano del que Inglaterra nada sabía, Nancy Astor vociferó: «¡Grosero!, —lo que animó a Churchill a replicar, para gran regocijo de los parlamentarios—: Ha debido de terminar en fecha verdaderamente muy reciente el cursillo de buenos modales…»[268]. Churchill atacó también al gobierno de concentración nacional por desperdiciar la larga serie de oportunidades que había tenido desde el año 1933 para «frenar el avance del poderío nazi»; por haber permitido que Alemania se rearmara sin dejar en cambio que lo hiciera Gran Bretaña; por enemistarse con Italia sin ayudar a Etiopía; por desacreditar a la Sociedad de Naciones; y por descuidar el fomento de las alianzas. A todo esto añadió que el resultado de tantas negligencias había terminado por «dejar [al país], en la hora decisiva, sin un adecuado sistema defensivo nacional, y sin poder garantizar *de facto* la seguridad internacional»[269].

«Jamás podrá haber relaciones amistosas entre la democracia británica y los poderes nazis», continuó,

> cuyas autoridades desprecian la ética cristiana, espolean su loca huida hacia delante por medio de un paganismo bárbaro, se jactan de su espíritu de agresión y de conquista, obtienen de la persecución la fuerza y el perverso placer de que disfrutan, y recurren con despiadada brutalidad, como hemos visto, a la amenaza de una violencia asesina. Ese poder jamás podrá merecer la amistad y la confianza de la democracia británica. Lo que encuentro insoportable es la percepción de que nuestro país esté cayendo en manos de la Alemania nazi, o de que haya venido a orbitar en su esfera de influencia[270].

Churchill comprendía perfectamente bien el «natural y espontáneo estallido de alegría y alivio» que había mostrado el pueblo británico a lo largo de esa semana,

> pero la gente debe saber la verdad. Debe saber que se han descuidado flagrantemente nuestras defensas y que estas son notablemente deficientes; debe saber que hemos encajado una derrota sin haber librado una guerra, y han de tener conciencia asimismo de que las

> consecuencias de ese descalabro están llamadas a acompañarnos largo tiempo en la futura senda que se abre ante nosotros; deben saber que hemos superado un horrendo mojón de nuestra historia, un Rubicón que ha trastornado todos los equilibrios de Europa, y que sobre las democracias occidentales gravita ya el peso de las terribles palabras que han sido pronunciadas: «Has sido pesado en la balanza y encontrado falto de peso»[271]. Y no debemos suponer que esto vaya a poner fin a nuestras cuitas. Lo que ahora está ocurriendo no es sino el comienzo del ajuste de cuentas que nos aguarda. Esto no es más que el primer sorbo, el primer anticipo de la amarga copa que habrá de ofrecérsenos, año tras año —a menos que, mediante una suprema recuperación de la salud moral y el vigor militar, nos alcemos de nuevo y apostemos por la libertad, como ya hemos sabido hacer en el pasado[272].

Cuatro décadas antes, Churchill había escrito respecto al arte de la oratoria: «Abandonado por su partido, traicionado por sus amigos, despojado de sus cargos…, quienquiera que alcance a controlar el poder de la palabra seguirá constituyendo una fuerza formidable». Y ahora él mismo se había convertido en la personificación misma de esa verdad. Incluso algunos de sus detractores, como Amery, quedaron «realmente impresionados» con el discurso, y Channon admitirá que sus manifestaciones habían «desconcertado a las bancadas del ejecutivo». Con todo, un importante elector y antiguo partidario suyo, *sir* Harry Goschen, le asegurará lo siguiente a *sir* James Hawkey, presidente de la Asociación Conservadora de Epping: «Fue bastante lamentable que pronunciara un discurso destinado a quebrar la armonía de la Cámara […]. Creo que habría sido mucho mejor que se hubiera contentado con permanecer callado y no haber dado ninguna alocución»[273]. Además de Churchill, se abstuvieron otros treinta conservadores, y de entre ellos destacan los nombres de Eden, Duff Cooper, Amery, Macmillan y Sandys. Además, trece de ellos permanecieron sentados como una forma más de manifestar su desaprobación al planteamiento de los jefes de disciplina del partido[274].

La abstención de Churchill provocó una enorme irritación en la Asociación de Votantes de la Circunscripción de Epping. El presidente del distrito de Chigwell señaló que el discurso le había parecido «una burla y una vergüenza», y el presidente de otra demarcación aseguró que «Churchill seguiría siendo una amenaza para el parlamento mientras permaneciera en la institución»[275]. A finales de octubre, la división de Buckhurst Hill declaraba: «Nos sentimos cada vez más incómodos con la

creciente actitud hostil que el señor Churchill manifiesta en relación con el gobierno, y muy particularmente hacia el primer ministro»[276]. La jurisdicción de Harlow expresó los mismos sentimientos. Con las elecciones generales a menos de dos años vista, los jefes de disciplina de los partidos parlamentarios comenzaron a sopesar la posibilidad de eliminar a Churchill de las listas de candidatos.

«Debo decir que los cuatro días de debates en la Cámara han supuesto para mí un suplicio verdaderamente extenuante, —se queja Chamberlain a sus hermanas el 9 de octubre—, sobre todo porque he tenido que combatir constantemente la deserción de los colegas más débiles, además de los ataques de Winston, que ha venido urdiendo una machacona conspiración contra mí, respaldado por [Jan] Masaryk, el ministro checo. Como es obvio, ellos desconocen totalmente que estoy al tanto de sus intrigas. He estado informado en todo momento de sus acciones y manifestaciones, las cuales demuestran, por enésima vez, lo mucho que Winston puede llegar engañarse a sí mismo cuando le conviene»[277]. El hecho de que el MI5 decidiera espiar las relaciones perfectamente legítimas de un parlamentario con el embajador de un país amigo y potencialmente aliado subraya lo difícil que le resultaba a Churchill ganarle al gobierno por la mano.

En el ensayo que dedica a Clemenceau en sus *Grandes contemporáneos*, Churchill había elogiado el ímpetu con el que el francés había «luchado, una y otra vez, y hasta el final», a lo largo de toda su la vida[278]. En el transcurso de los cinco meses siguientes, Churchill tendría que fajarse con los jefes de disciplina del gobierno, con el primer ministro, con la prensa (sobre todo con el Times), con la Oficina Central Conservadora[279], con sus colegas desprovistos de cargos de gobierno, con los Servicios de Seguridad, y con su propia circunscripción electoral. En algunas demarcaciones parlamentarias llegaría a verse reducido a dirigir a un grupo de tres, y a veces de dos personas. Y sin embargo, en ese mismo período desolado de su existencia fue cuando Churchill dio las mayores muestras de coraje moral de toda su vida, y en él sentó las bases del futuro liderazgo que estaba llamado a ejercer tras el estallido de la guerra.

Capítulo 18

LA REIVINDICACIÓN

Octubre de 1938 - septiembre de 1939

> Despojado de sus cargos y dignidades, se le hizo objeto de todas las calumnias que una facción enfurecida es capaz de arrojar, o de cuantas puede aplaudir una envidiosa aristocracia. Y así hubo de sufrir que se empequeñeciera todo cuanto había logrado y que se despreciaran o negaran sus victorias.
>
> Churchill, en referencia al primer duque de Marlborough[1].

> ¿Sabremos realizar un supremo esfuerzo adicional para conservar nuestra condición de gran potencia, o vamos a deslizarnos por lo que parecen ser senderos más sencillos, más llevaderos, menos arduos y menos espinosos —con las tremendas renuncias que tal decisión implica?
>
> Churchill, Cámara de los Comunes, 17 de noviembre de 1938[2].

El 16 de octubre de 1938, Churchill tuvo ocasión de dirigirse por radio al público de Estados Unidos. Y dado que *sir* John Reith, el director general de la BBC, que le odiaba, le había mantenido lo más lejos posible de los micrófonos durante la década de 1930, hemos de concluir que su dominio

de la oratoria radiofónica no procedía en modo alguno de la práctica. Demostró poseer una afinidad natural con la radio como medio de difusión, y dio sin dificultad el salto que era preciso efectuar para salvar la brecha existente entre la prolija ramificación de un discurso público y el estilo íntimo, casi coloquial, de una charla radiofónica. Aprovechó la oportunidad para decirle a los estadounidenses que «la dictadura —es decir, el culto fetichista a un solo hombre— es una fase pasajera. Se trata de un estadio de la sociedad en el que los hombres no pueden decir lo que piensan, en el que los niños denuncian a sus padres a la policía, en el que un hombre de negocios o un pequeño comerciante arruina a su competidor contando chismes sobre sus opiniones privadas: ese estadio de la sociedad no puede perdurar largo tiempo si entra en contacto con el saludable mundo exterior»[3]. Por fortuna, aseguró, los dictadores no estaban facultados para «obstaculizar y poner trabas al progreso de los destinos humanos. Las fuerzas que preponderan en el mundo están de nuestro lado; y lo único que han de hacer para lograr que se les obedezca es combinar sus esfuerzos. Debemos armarnos. Gran Bretaña debe armarse. Y Norteamérica también»[4].

Remontándose en la historia, como tantas veces en sus discursos, Churchill dijo: «Alejandro Magno observó que los pueblos de Asia se hallaban esclavizados porque no habían aprendido a pronunciar la palabra “No”. Que no sea ese el epitafio de los pueblos de habla inglesa, y que no lo sea tampoco de la democracia parlamentaria, ni de Francia, ni de los muchos estados liberales que todavía sobreviven en Europa»[5]. Churchill argumentó que, a pesar de la gran pompa y el aparente poder de todos los totalitaristas, los demócratas debían saber que «en sus corazones hay un temor silente. Tienen miedo a las palabras y a los pensamientos: a las palabras que se pronuncian en el extranjero, y a los pensamientos que se agitan en el interior. Les aterra que su poder se acreciente en virtud de su misma condición prohibida»[6]. A continuación lanzó a los estadounidenses el siguiente desafío: «¿Van ustedes a esperar a que sucumban la libertad y la independencia de los británicos para después recoger en solitario el estandarte de la causa, cuando esta se encuentre ya perdida en sus tres cuartas partes?»[7].

Pese a que en Gran Bretaña se afirmara periódicamente que Churchill era un belicista, lo cierto es que hasta el 6 de noviembre Adolf Hitler no consideró oportuno utilizar ese término para referirse a él en un mitin[8]. Churchill le respondió en la Cámara de los Comunes, valiéndose de unas palabras que muchas veces se han citado —aunque siempre de forma deliberadamente parcial— para sugerir que seguía admirando a Hitler. «Me sorprende que el jefe de un gran estado se rebaje a atacar a los parlamentarios británicos que no ocupan ningún cargo oficial y que ni siquiera son líderes de sus respectivos partidos», aseguró Churchill.

> Siempre he dicho que, si Gran Bretaña saliera derrotada en una guerra, yo mismo abrigaría la esperanza de encontrar a un Hitler capaz de devolvernos a la posición que legítimamente nos corresponde ocupar entre las naciones. Lamento, no obstante, que el gran éxito que ha cosechado no haya contribuido a sosegarle. El mundo entero se alegraría de ver a un Hitler convertido en adalid de la paz y la tolerancia, y nada podría redorar más su nombre en la historia de la humanidad que la realización de actos de magnanimidad, misericordia y compasión hacia quienes carecen de amparo y de amigos, hacia los débiles y los pobres[9].

Hasta aquí no había nada que Churchill no hubiera ya escrito tanto en *Grandes contemporáneos* como en sus artículos periodísticos, pero ahora iba añadir algo más: «Que este gran hombre indague en su propio corazón y conciencia antes de acusar a nadie de ceder a las pasiones belicistas. Todos los pueblos del imperio británico y la República Francesa desean fervientemente poder vivir en paz junto a la nación alemana. Pero también se manifiestan resueltos a ponerse en una situación que les permita defender sus derechos y sus muy antiguas civilizaciones. No están dispuestos a caer en poder de nadie»[10]. Consideradas en su contexto, tanto las referencias de Churchill al hecho de que Gran Bretaña pudiera encontrar a un Hitler capaz de ponerse al frente de la nación como su alusión a «este gran hombre» no eran sino una parte de un mensaje de más amplio calado en el que en realidad venía a desafiarle.

Dos días después, Hitler le contesta: «Churchill quizá cuente con el respaldo de catorce mil, veinte mil o treinta mil votos —no es ese un tema

del que me haya informado excesivamente bien—, pero yo tengo a cuarenta millones de personas detrás […]. Si estos campeones ingleses de la democracia mundial argumentan que en un año hemos destruido dos democracias, solo se me ocurre preguntarles: ¡Qué demonios!, a fin de cuentas, ¿qué es la democracia? ¿Quién la define? ¿Acaso el Todopoderoso ha entregado la llave de la democracia a personas como Churchill?»[11]. Y más tarde Hitler añade: «Me parece que [Churchill] está en la luna»[12]. Resulta notable que Hitler optara por atacar a un parlamentario británico que no ejercía en ese momento ningún cargo ministerial y cuya influencia en el gobierno era por esa época perfectamente irrelevante.

En Gran Bretaña, el hecho de que Hitler le criticara citando explícitamente su nombre no perjudicó la posición de Churchill, ya que lo único que consiguió fue refutar la sensación, compartida por muchos de los miembros de la clase política —y también por buena parte de los medios— de que se había convertido en una vieja gloria sin relieve. El 9 de noviembre, Harold Nicolson le escribe a su esposa, Vita Sackville-West, para comentarle que los partidarios de Anthony Eden (conocidos como «Edenitas») acababan de celebrar una «reunión, en el más alto secreto». Trataba de explicarle, aunque a costa de notables esfuerzos, que los miembros de esa asociación eran «distintos al grupo de Winston», ya que no solo ponían buen cuidado en no «hacer nada que resultara temerario o violento», sino que también querían evitar «dar la impresión (como le ocurre a Winston) de moverse más por amargura que por determinación, y más por ánimo de gresca que por deseos de reforma»[13]. Esa noche, en el Club Grillions, Churchill señaló que estaba convencido de que los ataques que le dirigían tanto la prensa alemana como algunos ministros nazis, debían de «provenir por fuerza de una cierta reserva o *arrière-pensée*, como si respondiera al preámbulo de una nueva campaña contra nosotros»[14].

En realidad, la agresión que los nazis pusieron en marcha esa misma noche —que ha pasado a la historia como la de los Cristales Rotos— iba dirigida contra los judíos. Se saquearon 8000 tiendas judías y 1688 sinagogas, otros 267 templos hebreos fueron pasto de las llamas, cerca de un centenar de judíos murieron asesinados, miles de correligionarios suyos recibieron terribles palizas, y 30 000 más fueron enviados a campos de

concentración. El ataque se presentó como una represalia, supuestamente espontánea, motivada por la eliminación en París de Ernst vom Rath, un diplomático alemán, a manos de un judío polaco nacido en Alemania y refugiado en la capital francesa[15]. En los días inmediatamente posteriores a los sucesos de la *Kristallnacht*, la prensa nazi intentó vincular a Churchill, a Duff Cooper y a Clement Attlee con el asesinato de Vom Rath. Los medios germanos organizaron la acusación con todo lujo de detalles, incluida la publicación de una serie de fotografías presididas por el siguiente rótulo: «¡Los asesinos judíos y sus instigadores!»[16]. Pese al gran sentimiento de júbilo que reinaba en Gran Bretaña tras el acuerdo de Múnich, el carácter del régimen nazi no consiguió alterar ni una sola coma de lo pactado.

Churchill seguía formando parte del Subcomité de Investigación en Materia de Defensa Aérea (integrado en el Comité para la Defensa del Imperio), y el 14 de noviembre, animado por Lindemann, propuso estudiar la posibilidad de constituir un «dique» de globos aerostáticos dispuestos a modo de barrera a una altitud de unos diez mil quinientos metros y provistos de cables colgantes que, dotados de explosivos, «penderían de ellos formando una cortina protectora a lo largo de la costa, desde la isla de Wight hasta la desembocadura del río Tyne, a intervalos de unos ciento cincuenta metros aproximadamente»[17]. Se trataba evidentemente de un proyecto terriblemente difícil de llevar a la práctica, y de haberse intentado se habría revelado espantosamente caro, pero es una buena prueba de que Churchill seguía reflexionando sobre esta clase de problemas.

Poco después, Churchill solicitó a cincuenta parlamentarios conservadores que se unieran a él en el vestíbulo de su división partidaria[18] con el fin de oponerse a los planes del gobierno, que pretendía que los Ministerios del Aire y de la Guerra se encargaran de la producción de sus propias municiones, en lugar de crear un ministerio específico, responsable de los Suministros —sin embargo, tras la petición, solo Bracken y Macmillan se sumaron a la idea—. Boothby se abstuvo, de modo que el gobierno sacó adelante su proyecto por una mayoría de 196 votos. Era la primera vez que Churchill votaba en contra del gobierno de concentración nacional desde que se opusiera al Proyecto de ley de

Gobierno de la India en 1935. El 17 de noviembre, Churchill culpó a los parlamentarios conservadores carentes de cartera de la pésima situación del armamento británico, y les amonesta sin pararse en barras:

> Los partidarios comprometidos y leales, invariablemente fieles al gobierno de Su Majestad, no deben imaginar que vaya a permitírseles descargar enteramente el peso de su responsabilidad sobre los hombros de los ministros de la Corona. Es mucho el poder que les ha sido conferido. Si hace tres años hubiera salido de esa bancada una sola queja saludable, ¡cuán diferentes serían hoy las circunstancias de todo nuestro sistema de producción de armamento! Pero, por desgracia, el país no pudo contar con que se le prestara ese servicio. Nos hemos pasado tres años dormidos en los laureles de la amable aquiescencia general […], tres años enteros en que los hechos nos han estado interpelando directamente a la cara sin resultado[19].

Chamberlain aprovechó la ocasión para burlarse de Churchill con su respuesta. «Si se me preguntara si el buen juicio es o no la primera cualidad de las muchas y muy admirables que posee mi honorable amigo, tendría que solicitar a la Cámara que no me tirara demasiado de la lengua», dijo. Esta ocurrencia fue recibida con grandes risotadas, para escarnio de Churchill[20]. Pocos días más tarde, Churchill le replicaba desde su circunscripción electoral: «Será para mí un placer ofrecerles el juicio que me merece la situación que viene viviendo la política exterior y la defensa nacional en los últimos cinco años, un juicio que, desde luego, es muy diferente al suyo»[21]. A continuación Churchill cita las afirmaciones que había hecho el primer ministro en el mes de febrero, en las que había asegurado que las tensiones europeas se habían reducido de forma muy notable, pese a lo cual

> apenas unas semanas más tarde, la Alemania nazi se apoderaba de Austria. Por cierto que yo mismo vaticiné que [Chamberlain] no tendría inconveniente en reiterar esa declaración tan pronto como se hubiera disipado la polvareda levantada por el atropello de Austria. Así fue, y exactamente con las mismas palabras, a finales de julio. A mediados de agosto, Alemania se movilizó para realizar esas fingidas maniobras que, tras colocarnos al borde mismo de una guerra mundial, se saldaron con la completa destrucción de la República de Checoslovaquia y su absorción por el Reich. En el banquete con el que el alcalde de Londres nos agasajó en noviembre en el ayuntamiento, [el primer ministro] nos dijo que Europa estaba avanzando hacia una situación más pacífica. Y nada más pronunciar esas palabras, restallaron con fuerza, en todo el mundo civilizado, las atrocidades que los nazis están perpetrando en su agresión a la población judía.

Chamberlain le escribe a su hermana Hilda: «Soy consciente de que Winston está lanzando un prolongado y cruel ataque contra mi persona. Eso demuestra que le ha quedado una espina clavada, como yo pretendía, tras mi sugerencia de que le falta sensatez de juicio. Él mismo sabe que es cierto y no soporta que se lo recuerden»[22]. Sin embargo, no consideró que tuviera nada que decir respecto a los extremos concretos que había resaltado Churchill.

Randolph eligió este delicado momento para enzarzarse en un riña abierta y total con su padre. «Me tratas siempre con gran recelo y muchas veces, en presencia de terceras personas, permites que se trasluzca claramente la poca confianza que tienes en mi discreción, —lamenta el joven—. En el futuro, me esforzaré por ocultar mis sentimientos y en soportar tus violentas regañinas en silencio.»[23] Churchill le contesta en otra carta al día siguiente: «Me sorprendió tanto que, en mitad de la explicación que te estaba dando sobre los detalles de una transacción vinculada con un asunto privado, tú sugirieses de pronto exponerla a la vista de todos en el Diario de los Londinenses…, —dice Churchill en alusión a la columna de ecos de sociedad del *Evening Standard*—. Te rogué que no lo hicieras con excesiva vehemencia […], pero tú te enfadaste, y ya sabes que eso es contagioso.» Y prosigue: «Estás muy equivocado si piensas que te perjudico a los ojos de los extraños. Por el contrario, siempre les digo: “Podéis hablar con toda confianza de eso con R., siempre que señaléis con nitidez qué partes son susceptibles de salir publicadas y cuáles no”. —Churchill firma la carta con estas palabras—: Tu padre que te quiere siempre», antes de añadir en la posdata: «Creo haberte dado muchas pruebas de la confianza que tengo en ti»[24]. Randolph le contesta el mismo día y le agradece «tu agradable carta. Sé que no querías ser brusco conmigo, y he sido un tonto al enfadarme»[25]. Sin embargo, la relación entre padre e hijo difícilmente podría calificarse de otro modo que como tormentosa —y dolorosa además para Winston, ya que poco a poco iba quedando claro que no iba a poder mantener con Randolph la estrecha relación de trabajo que le habría gustado disfrutar con su propio padre—. En otra carta, irónicamente escrita el día de san Valentín, Churchill escribe: «Mi querido Randolph, en tu carta no veo por qué no me pediste perdón en el mismo momento en que

te diste cuenta de que me había sentido ofendido. Pero es igual, te perdono de todas formas. Tu amante padre, Winston S. Churchill»[26].

En abril de 1938, después de que la duquesa de Atholl, parlamentaria del Partido Conservador, dejara de seguir las consignas del jefe de disciplina de su formación y criticara el Acuerdo de Múnich, la Asociación Conservadora de Kinross y el Perthshire Occidental —la circunscripción por la que había salido elegida— decidió borrarla de las listas, de modo que ella optó por abandonar su escaño y presentarse como independiente en las siguientes elecciones. ¿Se encontraba Churchill en condiciones de prestarle su apoyo, o se exponía a ser él mismo proscrito del partido, un peligro que pendía permanentemente sobre su cabeza en Epping? La carta abierta que Churchill le dirige, publicada en el *Times*, presenta su apoyo revestido de precedentes constitucionales. «Esa es la clase de comportamiento al que siempre me he propuesto atenerme yo mismo en caso de que lo requirieran las circunstancias, —explica—. Por consiguiente, el gesto que ha realizado en la presente coyuntura me inspira la más viva simpatía.»[27] Churchill prosigue diciendo que la derrota de la duquesa solo serviría para «regocijar a los enemigos de Gran Bretaña y de la libertad» y sería «ampliamente entendida como un signo más de que Gran Bretaña […] no posee ya el ánimo ni la fuerza de voluntad que se precisan para plantar cara a las tiranías y las crueles persecuciones que han ensombrecido el siglo». Pese a todo, la ex parlamentaria conservadora perdió la votación frente al candidato *tory* por 10 495 votos contra 11 808.

El 15 de diciembre, Leo Amery se instaló en otra de las salas para comités de la Cámara de los Comunes con el fin de organizar en ella una nueva corriente de presión integrada fundamentalmente por conservadores: el Grupo de Estudio de Políticas. Pese a presentarse con un nombre tan anodino, la recién creada agrupación atrajo a cuarenta parlamentarios (aunque a su primera reunión solo acudieran quince[28]). La lista de diputados del gobierno de concentración nacional que se asoció con el grupo era un verdadero compendio de personalidades de conocida animadversión a las políticas de apaciguamiento, ya que en ella figuraban nombres como los de Vyvyan Adams, Harold Nicolson, Duff Cooper, lord Cranborne, Louis Spears, Ronald Cartland, Godfrey Nicholson, Paul

Emrys-Evans, Harold Macmillan y Roger Keyes. Los partidarios de Churchill encontraron representación en Brendan Bracken y Bob Boothby, además de en el propio secretario de la asociación, Duncan Sandys. Si no se invitó a participar al propio Churchill fue debido a que hasta los políticos contrarios al apaciguamiento consideraban que su presencia solo serviría para procurar munición a los jefes de disciplina de los partidos del gobierno. El grupo celebraba reuniones en los Comunes, redactaba documentos con medidas políticas, intentaba animar al ejecutivo a mostrar una mayor firmeza con Alemania e Italia, abogaba en favor de un rearme de la máxima extensión posible (dada la situación de la economía), y defendía la idea de que era necesario implicar tanto a Estados Unidos como a Rusia en los asuntos europeos. Entre los documentos de Sandys destaca una enumeración de los diputados que habían optado por abstenerse en varias votaciones de los Comunes, y en ella aparecen los nombres de Churchill, Eden, lord Wolmer, Macmillan, Nicolson, Keyes y otros. Junto a esta lista, figura una segunda en la que se indica la identidad de las «Ratas» que no se habían atrevido a hacerlo, y entre ellas se menciona a Edward Grigg, a A. P. Herbert y a Ronald Tree[29].

En los últimos días de 1938, Churchill se dedicó a continuar con la colocación de los ladrillos de la casita del huerto situada en un rincón de los sembrados de Chartwell —un espacio que, según recuerda Mary, había sido «concebido a manera de "retiro", alejado de la mansión principal, y pensado para momentos de crisis» (lo que significa que su propósito era actuar eventualmente como refugio en caso de bombardeo)—.[30] Churchill también se consagró a otras tareas: a dictar mil quinientas palabras al día y hacer avanzar así su historia de los pueblos de habla inglesa[31]; a acudir a los debates parlamentarios; y a cuidar de su circunscripción electoral, como parte del esfuerzo destinado a impedir que se le excluyese de las listas de su formación política. «No creo que la guerra sea inminente, al menos no para *nosotros*, —le dirá a Clementine, que estaba de vacaciones en el Caribe, a bordo del yate de lord Moyne—. Solo nos veremos obligados a soportar unas cuantas humillaciones más, ignominias en las que me alegra decir que no tengo parte alguna.»[32] Churchill le preguntaba a su esposa si el mar y el

descanso le estaban permitiendo «recargar las baterías. Pero esto es lo que me interesa saber; y más que saber incluso: ¿Me quieres?»[33].

La muerte a los sesenta y ocho años de Sidney Peel, a quien Clementine se había prometido dos veces en secreto a los dieciocho, lleva a Churchill a dedicarle unas palabras de consuelo. «Últimamente son muchas las personas que conocí siendo joven y que van falleciendo ahora poco a poco, —escribe—. Resulta verdaderamente sorprendente que pueda uno llegar al tramo terminal de la existencia y abrigar los mismos sentimientos que tenía hace cincuenta años. Debe conservarse siempre la esperanza de un súbito final, antes de que las facultades decaigan.»[34] En los años que llevaba apartado de la política, Churchill había perdido ya a lord Birkenhead, de cincuenta y ocho años, en 1930; a T. E. Lawrence, de cuarenta y seis, en 1935; a Ralph Wigram, también de cuarenta y seis, en 1936; y a Freddie Guest, de sesenta y uno, en 1937 —muertos que venían a añadirse a cuantos le habían dejado en la guerra de los bóers, la Gran Guerra y la década de 1920—. Por consiguiente, al escribirle el Día de los Aguinaldos[35] a lord Craigavon (anteriormente conocido como *sir* James Craig), que también había sido prisionero de los bóers en 1900, ejercía ahora el cargo de primer ministro de Irlanda del Norte, y pertenecía además al Other Club desde 1916, es claro que las palabras que le dirige salen sinceramente de su corazón: «Eres una de las pocas personas capaces de emitir juicios que merecen todo mi respeto»[36]. Otra de esas personalidades a las que apreciaba era Reggie (quien por entonces ostentaba ya el cargo de general de división y respondía por *sir* Reginald Barnes). En una carta dirigida a Churchill, Reggie le comenta: «Bueno, querido y viejo amigo, te escribo estas líneas para enviarte todo mi afecto y para asegurarte que sigo creyendo en ti, igual que otros muchos (¡qué quizá no sean tan estúpidos como quieren hacernos creer!)»[37]. En los albores de 1939, Churchill había visto notablemente reducido por tanto el número de personas (que nunca fue excesivamente amplio) capaces de profesar opiniones que, a su juicio, resultaban dignas de ser tenidas en cuenta. Esto era un requisito previo para que él mismo se sintiera en condiciones de proseguir con sus empeños y hallara fuerzas para oponerse simultáneamente a sus numerosos adversarios. Le importaba más la aprobación de las sombras de su padre y

sus amigos, tanto vivos como muertos, que lo que el propio Churchill había tachado desdeñosamente de meras «corrientes de opinión, —a las que no prestaba demasiado interés—, por muy rápidas y furibundas que pudieran revelarse»[38].

En 1939 también habían desaparecido la mayoría de cuantos habían pretendido arruinar la carrera política de Churchill, y muchos de los que, siendo amigos, habían rivalizado seriamente con él, como Bonar Law, Curzon, MacDonald, Balfour, Carson, Fisher, Kitchener y Austen Chamberlain. Baldwin se había retirado, y Lloyd George se mostraba amistoso, al menos en público. Churchill se encontraba por esa época en un extraño limbo a medio camino entre el político sin responsabilidad específica y el anciano estadista. Sin embargo, lo más importante era que no había abandonado sus esperanzas de ocupar el cargo de primer ministro, por improbable que pareciera en un momento como aquel, en el que el número de los seguidores con que contaba en la Cámara de los Comunes podía contarse con los dedos de una mano. Como es obvio, había también muchas personas poderosas que consideraban que su deber consistía en obstaculizar al máximo las perspectivas de futuro del díscolo Churchill. No obstante, ni Chamberlain, ni Simon, ni Halifax ni Hoare eran piezas del calibre que Churchill estaba acostumbrado a combatir o a respaldar. (Chamberlain aún seguía tan orgulloso del Acuerdo de Múnich que en la tarjeta de Navidad que ese año envió a sus amistades y conocidos aparecía el bimotor Lockheed Electra en el que había volado a Alemania).

Resulta fascinante la existencia de una curiosa dicotomía: si, por un lado, la mayoría de los líderes que apoyaban el movimiento favorable al apaciguamiento y se proponían evitar el estallido de una nueva contienda no habían intervenido en ninguno de los combates de la Gran Guerra, por otro, la mayor parte de los contrarios a esa política pacifista eran antiguos combatientes. Ni Ramsay MacDonald, ni Stanley Baldwin, ni Neville Chamberlain, ni John Simon, ni Samuel Hoare, ni Kingsley Wood ni R. A. Butler (apodado «Rab») habían prestado servicio en la Gran Guerra. Por el contrario, los principales opositores a las políticas dóciles con el régimen nazi, como Churchill, Anthony Eden (condecorado con la Cruz Militar), Alfred Duff Cooper (reconocido con la Orden del Servicio Distinguido),

Roger Keyes (Caballero Comandante de la Orden Militar del Baño y miembro de la Orden del Servicio Distinguido), Louis Spears (Cruz Militar), George Lloyd (Orden del Servicio Distinguido) y Harold Macmillan, herido en múltiples ocasiones, sí que habían tomado las armas.

El 30 de diciembre, Churchill envía un artículo al *Daily Telegraph* titulado «La úlcera española» —el nombre que Napoleón había dado a la guerra de la Independencia de 1808 a 1814—. En él, Churchill argumentaba que «si Franco ganara la guerra, sus partidarios nazis terminarían por obligarle a incurrir en el mismo tipo de brutales supresiones que acostumbran a practicarse en los estados totalitarios». Sin embargo, cuando finalmente se alzó con la victoria en marzo de 1939, Franco no necesitó que Hitler le jaleara para aniquilar a cien mil republicanos del bando que juzgaba enemigo. Churchill le envió el artículo a Halifax, junto con la siguiente opinión: «Lo que más claramente contribuye a nuestros intereses es una derrota de Franco»[39]. La conversión fue tardía, pero también sincera.

El 7 de enero de 1939, Kingsley Martin, director del *New Statesman*, publicaba una entrevista con Churchill. «No veo ninguna razón que impida que las democracias puedan defenderse y hacerlo además sin sacrificar por ello sus valores fundamentales», declara Churchill[40]. No creía que fuera necesario proceder a un reclutamiento a gran escala, pero afirmaba al mismo tiempo que no dudaría en ampliar el Ejército de Reserva británico mediante un sistema de sorteo. Argumentó que «los líderes del gobierno de concentración nacional no han sabido percibir la necesidad [de rearmarse] y de alertar a la población, o quizá les haya amedrentado la perspectiva de cumplir con su deber […]. La guerra es horrible, pero la esclavitud es peor, y desde luego puede tener usted la completa seguridad de que los británicos preferirán combatir a verse obligados a vivir como siervos»[41]. Era este un axioma que estaba llamado a repetir una y otra vez en el transcurso de los seis años siguientes, y que respaldaría además con sus profundos conocimientos de historia, pero lo cierto es que, a principios de 1939, la población británica apenas daba muestras de poseer esa firme disposición combativa que él le atribuía. En los seis años inmediatamente posteriores, Churchill aseguraría constantemente que lo único que estaba haciendo era

simplemente dar cauce al intenso orgullo y belicosidad patriótica de los británicos, pero, en realidad, gran parte de ese espíritu, antes que emanar de ellos mismos, provenía de hecho de la visceralidad con la que los ingleses respondían a la visión de Churchill.

En enero de 1939, Churchill partió en compañía de Lindemann a los soleados parajes del Château de l'Horizon, donde se dedicaría a pintar y a trabajar en su historia de los pueblos de habla inglesa. Esperaba poder enderezar su situación financiera publicando la obra antes de que terminara el año, suponiendo, claro está, que no sucediera nada particularmente significativo antes de que se cumpliera ese plazo. «Es una labor sumamente ardua, —le comenta a Clementine, quien todavía se encontraba en el Caribe —, pero proporcionará a la idea una base muy satisfactoria»[42]. Durante el trayecto hasta el Château de l'Horizon, Churchill tuvo ocasión de almorzar en París con Paul Reynaud, el ministro de Hacienda francés, y también halló un hueco para entrevistarse con el tres veces primer ministro galo Léon Blum, y con el ex ministro de Asuntos Exteriores, Yvon Delbos, que se presentó en «*deshabillé*», dado que vivía en el mismo bloque de apartamentos que Blum. Delbos sostuvo que los generales Maurice Gamelin y Alphonse Georges habrían conseguido perforar las líneas alemanas en el decimoquinto día de conflicto en caso de que Francia hubiera declarado la guerra a Hitler en defensa de su aliada Checoslovaquia.

«No creo que resulte precisamente entretenido regresar y echarme a las espaldas todas las cargas y negligencias que acumulamos», le dirá Churchill a Clementine el 8 de enero en alusión al hecho de que no se hubieran tomado precauciones frente a una eventual incursión aérea, «y menos todavía sin disponer de poderes, ya que eso es lo último que piensa darme [el gobierno]»[43]. Si alguna vez llegara a ser primer ministro, reflexiona a continuación, tendría que ser con plenos poderes en el ámbito de la defensa. Por esas mismas fechas, Chamberlain les explicaba a sus hermanas que había recibido la carta de un ingeniero mecánico llamado Neville Gwynne que le pedía que se abstuviera de visitar Roma, y que se esforzara en

cambio por establecer una vasta alianza de potencias europeas contrarias a Hitler. «¡En otras palabras: que me iría mejor si abandonara las medidas políticas que estoy llevando a la práctica y abrazara las de Winston! Por fortuna, tengo un temperamento, como dice Ll. G., extremadamente "obstinado", y me niego a cambiar.»[44]

Chamberlain y Halifax visitaron a Mussolini el 11 de enero de 1939, pero no consiguieron alejarle de la órbita de Hitler. El *Anschluss* había determinado que el Reich lindara directamente con la frontera septentrional italiana. «La visita de Chamberlain a Roma no se ha revelado negativa, —opina Churchill en una carta dirigida a Clementine—. Eso es lo más que puede decirse de tal iniciativa.»[45] Poco después Molly, la duquesa de Buccleuch, le indica a Churchill que Chamberlain se disponía a pronunciar un discurso ante los conservadores locales en un acto que se preveía celebrar en el castillo de Drumlanrig. En vista de la ocasión, la duquesa decidió preguntarle cuál podía ser el mejor emplazamiento para el estrado, y él le respondió: «No importa, ponlo donde mejor te parezca, siempre que el sol le dé en los ojos y que el viento le oree la dentadura»[46].

En enero, Churchill cenó con el duque y la duquesa de Windsor en Antibes. El duque, que llevaba una falda escocesa con el patrón del tartán de los Estuardo, argumentó enérgicamente contra los recientes artículos en los que Churchill se oponía a Franco y hablaba en favor de una alianza con Rusia. «Nos sentamos junto a la chimenea, —recuerda Vincent Sheean, el sobrino político de Maxine Elliott—, el señor Churchill permaneció todo el rato con el ceño deliberadamente fruncido y la vista clavada en el suelo, dándole vueltas al asunto y sin pronunciar palabra […]. Al final, declaró categóricamente que la nación se enfrentaba al más grave peligro de toda su larga historia». El duque le «interrumpía con impaciencia cada vez que tenía ocasión, y trataba de rebatir todos sus argumentos. Sin embargo, recibió de la forma más objetiva, y siempre con la más exquisita cortesía en materia de vocabulario, una lección de maestría política y talante público. El resto de los presentes permanecimos sentados y en silencio: había algo dramáticamente definitivo, una suerte de aura de irrevocabilidad en aquella disputa»[47]. Churchill acababa de descubrir, sin sombra de duda, lo tremendamente equivocado que estaba el anterior rey respecto a los nazis.

Se mostró sumamente respetuoso a lo largo de toda la «prolongada discusión», pero señaló al duque que «si nuestros reyes entran en conflicto con la constitución, lo que hacemos no es cambiar la carta sino al monarca»[48]. Cinco días más tarde, en otra cena con invitados celebrada al otro lado del Atlántico, en Barbados, la amante de lord Moyne, Vera, junto con *lady* Broughton[49], y otras personalidades, se mostraron muy complacidos con el contenido de un programa de la BBC en el que se había atacado a los adversarios de la política de apaciguamiento. En vista de lo sucedido, Clementine se apresuró a reservar una plaza en el vapor *SS Cuba* y partió al día siguiente rumbo a Gran Bretaña para posicionarse claramente al lado de su marido.

El 30 de enero, en el Reichstag, Hitler dijo que Churchill, Duff Cooper y Eden eran «apóstoles de la guerra»[50]. También prometió abiertamente que «exterminaría a la raza judía de Europa» en caso de que estallara el conflicto. A Churchill seguía preocupándole la lentitud con la que Gran Bretaña se estaba rearmando, aunque finalmente el ritmo se aceleró, pese a que Chamberlain continuara persuadido de que había garantizado la paz durante el tiempo que le quedara de vida. La producción mensual de los cazas Hawker Hurricane pasó de los 26 que se habían fabricado en octubre de 1938 a los 44 de septiembre de 1939, y el número de Spitfires creció de 13 a 32, mientras que la elaboración mensual de cañones antiaéreos se elevó también de 56 unidades a 85. Por otra parte, la cifra de escuadrones dotados de estos nuevos modelos de aviones monoplaza subió de 6 a 26. Estos datos se han utilizado a veces para justificar el Acuerdo de Múnich como expediente para ganar tiempo, pero lo cierto es que pasa por alto lo que estaba sucediendo en Alemania. Mientras Gran Bretaña se concentraba en reforzar sus defensas aéreas, el ejército alemán incrementaba de manera exponencial sus efectivos, al menos en comparación con la progresión de las tropas británicas —una diferencia de crecimiento que se mantendría incluso después de que Gran Bretaña decretara la aplicación del servicio militar obligatorio en abril de 1939—. Las estimaciones que efectuó la Oficina de Guerra británica en la época en que se firmó el Acuerdo de Múnich señalan que el ejército alemán estaba formado por 690 000 hombres, repartidos en 51 divisiones. Un año después, sus filas habían

crecido hasta situarse en 2 820 000 soldados, integrados en 106 divisiones, todas ellas completamente equipadas. Entretanto, el ejército británico se amplió en una medida muy inferior, ya que pasó de tener dos divisiones plenamente pertrechadas a solo cinco provistas de un equipamiento que cabría calificar de adecuado.

El 2 de marzo de 1939, un amigo de Eden llamado Jim Thomas envió una carta a lord Cranborne —su más cercano aliado de la esfera política, conocido por su apodo de «Bobbety»— para comunicarle que David Margesson había propuesto «a Halifax como próximo primer ministro —bien por bajarle los calzones[51] de aristócrata durante el período de su mandato, bien conservándole su condición de par de Inglaterra (aunque para esto deberemos tener la seguridad de que hay alguien que él conozca, que le inspire confianza, y que cuente con la suficiente solidez política como para dirigir la Cámara de los Comunes. A[nthony] es evidentemente la persona que precisamos […]. Las acciones políticas de Halifax cotizan ahora mismo al alza y el hecho de que se muestre partidario de tomar medidas más firmes en materia de Asuntos Exteriores le está granjeando el apoyo de nuevos seguidores de A[nthony], tanto en la Cámara como en el país»[52]. En estas circunstancias resulta más fácil explicar las críticas que Eden había estado dirigiendo al gobierno, diríamos que *sotto voce*, desde principios de 1939. Y desde luego no fue el único plan que las altas esferas de la nación sometieron a estudio con el fin de silenciar la voz de los adversarios de las políticas de apaciguamiento.

Entre noviembre de 1938 y mediados de marzo de 1939, la Oficina Central del Partido Conservador procedió a aplicar un refinado y bien coordinado plan para borrar a Churchill de las listas e impedirle concurrir como candidato conservador por la circunscripción de Epping. Colin Thornton-Kemsley, que por entonces contaba treinta y cinco años y ejercía las funciones de tesorero honorario del Área Provincial de Essex y Middlesex de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras y Sindicalistas, se puso al frente de una iniciativa destinada a asumir el control de los más importantes comités locales del distrito electoral de Epping. Su objetivo

último consistía en lograr una mayoría en el Consejo Central de dicho distrito con el fin de eliminar a Churchill de las listas elaboradas para concurrir a las elecciones generales, previstas para el año siguiente[53]. «Se me indicó con toda claridad que la creciente rebelión que se estaba viviendo en la circunscripción de Epping contaba con el visto bueno de los más altos niveles de la administración», dirá más tarde Thornton-Kemsley[54]. Como ya había mostrado la suerte reservada en su momento a la duquesa de Atholl, esto podría haber obligado a Churchill a abandonar el parlamento en el preciso instante en el que más se necesitaba su presencia. Muchas veces se ha lanzado contra él la acusación de que si se oponía a las medidas de apaciguamiento era porque no tenía nada que perder, pero en realidad estuvo a punto de ver cómo se le arrebataba algo que apreciaba enormemente: su escaño de la Cámara de los Comunes.

El distrito electoral de Epping estaba formado por veintiséis ramas locales, y Thornton-Kemsley y sus compañeros de aventura incorporaron a nuevos miembros de la Asociación en todas aquellas jurisdicciones que estaban sobrerrepresentadas en el Consejo Central de la circunscripción. De la noche a la mañana, los pequeños pueblos y aldeas de Essex se convirtieron en verdaderos campos de batalla entre las fuerzas de los partidarios y los detractores de Churchill. La parroquia de Matching, por ejemplo, que únicamente contaba con 384 electores, envió cinco representantes al Consejo. Y en otros lugares, como Theydon Bois y Chigwell, comenzaron a inscribirse grandes masas de personas que no tenían la menor necesidad de demostrar que eran conservadores, pero que, una vez enrolados, conseguían obtener derecho a voto y acababan por superar en número de sufragios a los antiguos funcionarios del distrito que siempre habían apoyado a Churchill. Este reaccionó amenazando con la creación de comités locales independientes, pero eso violaba los estatutos de la Asociación. Entretanto, Thornton-Kemsley se dedicó a escribir cartas a la prensa de la zona para exigir que Churchill ofreciera la dimisión al jefe de disciplina del Partido Conservador y se presentara como candidato independiente debido a su oposición al Acuerdo de Múnich.

En sus memorias, escritas en 1974, Thornton-Kemsley tratará de minimizar, como es lógico, los intentos de silenciar a Churchill, y los

reduce a un simple empeño de carácter «extremadamente infantil e impertinente», es decir, a una especie de travesura que, en último término, no pasó de ser una «insurrección inútil» —pero lo cierto es que en su momento, el levantamiento fue mucho más serio de lo que Thornton-Kemsley intenta aparentar aquí—. Thornton-Kemsley reconoce no obstante que «un candidato conservador fuerte y respaldado por la maquinaria del partido podría haber dado ventaja a los liberales en caso de que el voto se dispersara» —y ese era sin duda el resultado que esperaban las autoridades partidistas que abogaban en favor del apaciguamiento—. Se sabía, por ejemplo, que entre las sedes locales, las de Waltham Abbey y Nazeing estaban «en contra de [Churchill]», recuerda Thornton-Kemsley. Si se sumaba este sesgo al acumulado en las jurisdicciones de Theydon Bois, Chigwell y la propia Epping, donde los partidarios de Thornton-Kemsley habían echado a los de Churchill, «todo parecía indicar que la reunión del Consejo podría […] dar lugar a un recuento de sufragios verdaderamente ajustado»[55].

Thornton-Kemsley trabajó incansablemente en la encomienda recibida. El 25 de enero, consiguió que se le eligiera presidente de la sede de Chigwell, un nombramiento que se había debido, como bien se encargaría de anunciar el periódico local, al «fuerte sentimiento que inclinaba a las gentes de Chigwell en favor de las políticas de apaciguamiento del señor Chamberlain y las oponía en cambio a la actitud del señor Churchill»[56]. En unas declaraciones a la prensa, Thornton-Kemsley condenó lo que él llamaba «la poca voluntad de ayuda con la que Churchill estorba las decisiones del timonel del estado»[57]. Algún tiempo después, la rama de Loughton aprobaba una moción en la que se solicitaba que Churchill respaldara al primer ministro, y la jurisdicción de Theydon Bois se proclamaba partidaria de Chamberlain «por abrumadora mayoría»[58]. En la demarcación de Chigwell catorce miembros habían votado en contra Churchill y solo cuatro a favor, y en la sede de Loughton le habían vencido por treinta y un votos a catorce.

La pugna alcanzó su punto culminante el día 4 de marzo, en una cena de la Asociación de Sindicalistas de Nazeing en la que los funcionarios del distrito de Epping denunciaron a Churchill (que no se hallaba presente), y

Thornton-Kemsley proclamó que el antiguo ministro de Hacienda «no debería seguir hallando cobijo y amparo en la buena voluntad» del Partido Conservador. A un tal capitán Jones se le ocurrió sacar a pasear la manida cantinela: «Admiro su inteligencia y su capacidad intelectual, pero censuro su buen juicio», y un cierto comandante Bury sostuvo que Churchill había «colmado su paciencia». Uno de los oradores dijo que «el señor Chamberlain es uno de los mejores primeros ministros que jamás haya tenido Inglaterra» y expresó la opinión de que el acto de Múnich había sido «uno de los más importantes de la historia»[59]. Alguien utilizó incluso la palabra «expulsión» aplicada a Churchill, y nadie levantó la voz para oponerse[60].

Churchill ya había dejado claro en la carta abierta dirigida a la duquesa de Atholl que el único comportamiento honroso que podía seguirse tras ser borrado de las listas de un partido consistía en dimitir y en volver a disputar el escaño como candidato independiente. Sin embargo, después de la postura que había adoptado en relación con el Acuerdo de Múnich no habría habido una sola circunscripción con posibilidades de victoria dispuesta a aceptarle, y además, en el contexto político del momento habría resultado altamente improbable que hubiera podido ganar unas elecciones como candidato conservador independiente. Enfrentado a una rebelión de tal magnitud en su propio distrito electoral, y a pocos meses de unas elecciones generales, prácticamente cualquier otro político habría aceptado componendas o rebajado el tono de sus discursos con el fin de evitar un resultado potencialmente desastroso. En cambio, lo que hizo Churchill fue presentarse directamente en la propia sede de Thornton-Kemsley, en Chigwell, apenas seis días después del mitin de Nazeing, para hablarles de la alocución en la que había denunciado el Acuerdo de Múnich el pasado octubre: «No retiro una sola palabra, —aseguró antes de añadir—: Acabo de volver a pronunciarla esta misma tarde y me ha sorprendido comprobar la terrible forma en que la realidad ha ido confirmando lo que allí sostengo»[61]. «Al declararse la crisis de septiembre, mucha gente pensó que solo se estaban abandonando los intereses de Checoslovaquia», sostiene Churchill en otra de las jurisdicciones locales conservadoras —la de Waltham Abbey— el 14 de marzo, «pero con el paso de los meses iréis

viendo que también se han dejado a un lado los intereses de Gran Bretaña, junto con los de la paz y la justicia»[62]. Y respecto a los esfuerzos que se estaban efectuando para apartarle de las listas de candidatos, pregunta:

> ¿De qué sirve el parlamento si deja de ser el espacio específicamente habilitado para poder exponer al pueblo afirmaciones verdaderas? ¿Qué sentido tiene enviar a la Cámara de los Comunes diputados que se limitan a sostener las letanías populares del momento, y cuyos esfuerzos se ciñen simplemente a dar satisfacción a los jefes de disciplina parlamentaria del gobierno aviniéndose a prorrumpir en estruendosas salvas de aplausos cada vez que un ministro desgrana sus vaciedades oficiales, o a recorrer los vestíbulos de la Cámara ajenos a las críticas que escuchan? La gente se llena la boca con nuestras instituciones y nuestra democracia parlamentaria; pero si queremos que estos sistemas sobrevivan, habrá que impedir que las circunscripciones se dejen domesticar, adquieran los hábitos de la docilidad, se conviertan en órganos sumisos y traten de eliminar toda forma de juicio independiente[63].

Con las primeras luces del día siguiente, el paisaje político experimentó un brusco y completo vuelco al invadir Alemania el resto del territorio checoslovaco. Apenas veinticuatro horas más tarde, Hitler proclamaba en el castillo de Praga el establecimiento de un nuevo «Protectorado de Bohemia y Moravia». De la noche a la mañana, quedó meridianamente claro que los largos años de vehementes manifestaciones de que lo único que pretendía Hitler era incorporar a la población de etnia germana al Tercer Reich habían estado plagados de mentiras, y también se vio con patente nitidez que todos cuantos le habían dado crédito y abogado por las políticas de apaciguamiento habían sido unos estúpidos —bien intencionados, quizá, pero estúpidos al fin y al cabo.

La única figura política de peso que no se había dejado engañar había sido Churchill, y también, aunque en menor medida y con retraso, Eden, Leo Amery, Duff Cooper y lord Lloyd. Ese día, Churchill almorzó con Maisky en el apartamento de su hijo Randolph. Durante la comida, Winston «dio a conocer su opinión de que no debía entenderse que la acción de Hitler contra Checoslovaquia constituyese en modo alguno un giro hacia el Este. Todo lo que pretendía Hitler de momento, antes de asestar un golpe serio a Occidente, era sencillamente consolidar su retaguardia»[64]. Churchill nos ofrece aquí un nuevo ejemplo de predicción brillante y análisis contrario a lo que a primera vista parecería más lógico.

El 31 de marzo, Chamberlain garantizó la independencia de Polonia y Rumanía. Desde el punto de vista militar, ni Gran Bretaña ni Francia se hallaban en condiciones de hacer nada para defender a esos países, pero la promesa se realizó con la intención de colocar una suerte de trampa a los pies de Hitler en caso de que efectuara nuevos intentos de dominar Europa. El gobierno británico también anunció que se iba a duplicar el tamaño del Ejército de Reserva, tal y como había venido exigiendo Churchill en los últimos meses. Entretanto, Churchill solicitó públicamente que se establecieran «los máximos lazos de cooperación posibles» con la Unión Soviética[65]. El 3 de abril, volvía a examinar a fondo la historia para fundamentar una nueva advertencia: «Pese a la gravedad de las amenazas que Napoleón hiciera gravitar en su día sobre Inglaterra, ninguna de ellas alcanzó a ser, ni de lejos, tan profunda y directa como la que se derivaría de la implicación de este país en una guerra moderna, ya que esta solo podrá suponer una terrible ordalía de destrucción»[66]. Churchill no trató de minimizar en ningún momento los horrores que habrían de desatarse en caso de un futuro conflicto.

El 7 de abril de 1939, festividad de Viernes Santo, Harold Macmillan se encontraba almorzando en Chartwell cuando saltó la noticia de que Mussolini había invadido Albania. «Se produjo entonces una escena que me ofreció la primera imagen de un Churchill en plena faena, —recuerda Macmillan—. Se sacaron los mapas; se hizo formar a las secretarias; los teléfonos empezaron a sonar. "¿Dónde está la flota británica?": esa era la pregunta más urgente.» Y Macmillan continúa: «Jamás olvidaré la visión que se me ofreció ese día de primavera y la sensación de poder y energía que emanaba de Churchill, el gran torrente de actividad que era capaz de mantener en movimiento, pese a que por entonces no ocupara ningún cargo público. En un momento en el que todo el mundo permanecía aturdido y vacilante, él parecía ser la única persona al mando»[67]. Dos días más tarde, Chamberlain se quejaba a su hermana Ida de que los partidos de la oposición se habían confabulado para «atormentarle» con la exigencia de una comparecencia en el parlamento, acoso al que se había sumado «Winston, que es el peor de todos y me telefonea prácticamente a todas horas»[68]. En realidad, Churchill solo le había llamado dos veces, aunque

también le había enviado un mensajero con sugerencias relativas a las posiciones que debía ocupar en el Mediterráneo la Marina Real —propuestas entre las que se incluía la conversión de la isla griega de Corfú (ya que ese país se había declarado neutral) en una base para la armada y las fuerzas aéreas británicas.

El 13 de abril, Churchill apoyaba la reintroducción del servicio militar obligatorio. «Si aspiramos a rescatar al conjunto de Europa del borde del abismo para devolverla a las altas mesetas de la ley y la paz, —dijo—, hemos de dar el más esforzado de los ejemplos. Tenemos que darlo todo»[69]. Después del debate, invitó a cenar a David Margesson y le «informó sin rodeos de su intenso deseo de unirse al gobierno»[70]. Chamberlain no tuvo dificultad en admitir que Churchill podía ser, «sin duda, de gran ayuda en la bancada del Tesoro de los Comunes, —pero, aludiendo a la sugerencia de Corfú, añadió—: Aunque también me agotaría, porque me vería obligado a oponerme a ese tipo de planteamientos imprudentes»[71].

Transcurrida una semana, Chamberlain confirmó la inminente creación de un Ministerio de Suministros, pero en el momento álgido jugó con los nervios de la Cámara al hacer una bien estudiada pausa antes de anunciar el nombre del ministro encargado de asumir su dirección. Channon señala que el parlamento quedó en suspenso, «expectante, con sentimientos contrapuestos de esperanza y temor, ante la idea de que pudiera tratarse de Winston»[72]. Sin embargo, Chamberlain prosiguió diciendo: «Con la aprobación del rey, estoy en condiciones de anunciar que el ministro al que deberá confiarse el nuevo departamento será mi honorable amigo, el actual ministro de Transportes»[73]. Leslie Burgin era un hombre de perfil tan gris como Thomas Inskip, lord Swinton y lord Chatfield. Con ello volvía a desperdiciarse, y de manera totalmente deliberada, una nueva oportunidad de enviar a Hitler y a Mussolini un mensaje de intención inequívoca. El 27 de abril, al referirse a un debate sobre el reclutamiento forzoso de los hombres en edad militar, Channon señala que «el discurso más sobresaliente de la tarde fue sin duda el de Winston, que ha hecho un esfuerzo magnífico». En el transcurso de esa sesión parlamentaria todo el mundo tuvo ocasión de observar que Chamberlain se afanaba en redactar un

montón de notas en la gaceta de la Cámara de los Comunes. Al final se descubriría que lo que estaba haciendo era garabatear un conjunto de observaciones relacionadas con la pesca de salmón, apreciaciones que pensaba entregar al parlamentario conservador Anthony Crossley, que estaba escribiendo un libro sobre el particular[74].

En un artículo aparecido el 4 de mayo en el *Daily Telegraph* con el título de «El contrapeso ruso», Churchill abordaba la comprensible renuencia que mostraba Polonia ante la idea de unir sus fuerzas a las de Rusia. Dado que el gigantesco vecino del norte había invadido y dividido su territorio en varias ocasiones, las autoridades polacas se oponían a la Gran Alianza que estaba proponiendo Churchill. «Ha de transmitirse vívidamente al gobierno de Polonia, —escribe—, la sólida convicción de que Rusia no solo puede ser un factor decisivo para impedir la guerra, sino que será sin duda necesaria, en cualquier caso, para el éxito final […]. El hecho de que haya quedado patente el maligno carácter del régimen nazi, vuelve indispensable el establecimiento de una clara asociación entre polacos y rusos»[75]. Por desgracia, el gobierno británico no supo abordar la cuestión de la alianza rusa más que de una forma lenta y dubitativa, y de hecho perdió demasiado tiempo en titubeos. El Ministerio de Asuntos Exteriores tardó semanas en enviar a un delegado a Moscú, y, cuando lo hizo, aun encargó la misión a un funcionario de bajo nivel. Pese a todo, Stalin, que temía los planes que pudiera estar maquinando Hitler a largo plazo, tanteó la posibilidad de una oferta y propuso crear una triple alianza de su país, Gran Bretaña y Francia destinada a contener a Alemania.

Para entonces, el intento de golpe de mano electoral de Thornton-Kemsley en Epping quedó completamente arrumbado y no volvió a oírse hablar de él. (La Oficina Central del Partido Conservador le otorgó un escaño por una circunscripción de Escocia, lo que le permitió ocupar un puesto en el parlamento hasta el año 1964). Un estudio demoscópico realizado por Gallup, en mayo de 1939, nos permite apreciar lo mucho que alteró la percepción que el público tenía de Churchill el hecho de que Hitler se apoderara del resto de Checoslovaquia. En dicho sondeo se preguntaba a los encuestados si estaban o no a favor de que Churchill regresara al gabinete: el 56 % respondió afirmativamente, el 26 % contestó que no y el

18 % se manifestó indeciso[76]. Pese a todo, los partidarios de Chamberlain seguían considerándole un enemigo interno. «Winston y sus amigos están utilizando todos los trucos de publicidad y persuasión habidos y por haber, —escribe Davidson—, y si en otro Acuerdo de Múnich se aplicara a Polonia la receta de Checoslovaquia para tener un respiro, es indudable que se organizarían nuevos ataques contra el primer ministro»[77]. La idea de que pudiera abandonarse a Polonia, dejándola abocada a su desmembración, tal y como había sucedido con Checoslovaquia, se le antojaba a Davidson menos chocante que la circunstancia de que «la prensa parezca estar completamente dispuesta a prestar oídos a Winston y a los críticos. Es mejor decirlo sin ambages: la situación no podría ser peor»[78]. (A menos, obviamente, que se tuviera la nacionalidad polaca.) Los discursos de Churchill causaban una impresión similar en Jorge VI, que le dirá a William Lyon Mackenzie King, el primer ministro canadiense: «Le aseguro que lo último que podría desear es que se designara a Churchill para un cargo, sea el que fuere, a menos que resulte absolutamente necesario por haberse declarado la guerra»[79]. Y Mackenzie King anota en su diario: «Debo confesar que me alegró oírle decir eso, porque creo que Churchill es uno de los hombres más peligrosos que jamás haya tenido ocasión de conocer».

El 9 de mayo, cuando ya se empezaba a tener la impresión de que Chamberlain y Halifax no solo albergaban dudas sobre la oferta rusa de una triple alianza con Gran Bretaña y Francia, sino que se disponían de hecho a rechazarla de forma inminente, prefiriendo permanecer al lado de Polonia, Churchill explotó en los Comunes:

> Si el gobierno de Su Majestad, tras haber descuidado durante largo tiempo nuestro sistema defensivo, tras haber abandonado a Checoslovaquia —con todo lo que significaba ese país en términos de poderío militar—, tras habernos comprometido, sin previo examen de los aspectos técnicos, en la defensa de Polonia y Rumanía, rechaza y desecha ahora la indispensable ayuda de Rusia, dejándonos así en la peor de las circunstancias para librar la peor de todas las guerras de la historia, revelará no ser merecedor de la confianza —ni de la generosidad, añado yo— con que le han tratado sus compatriotas[80].

Acto seguido, Churchill se dirigió a la Lonja de Cereales de Cambridge para pronunciar un discurso destinado a recordar a los asistentes las características de lo que muy pronto podría venírseles encima. «[Hitler y

Mussolini] no pueden proseguir su agresivo avance sin provocar una conflagración general llamada a causar una devastación inmensa, —afirmó—. Aceptar sus invasiones sería condenar a buena parte del género humano a su yugo; resistirles, sea con los medios de la paz o con los de la guerra, resultará peligroso, doloroso y difícil. Llegadas las cosas a este punto, no tiene ningún sentido ocultar a nadie unos hechos tan traumáticos como los que se están produciendo. En este país, nadie debe continuar con sus quehaceres sin comprender claramente cuáles pueden ser los costes del envite ni qué es lo que nos estamos jugando.»**[81]** Demostrando una vez más su notable capacidad para lanzar bromas, aun en los más graves momentos, Churchill dijo que, tras la ocupación de Praga, «este maldito ultraje ha conseguido abrir los ojos a los ciegos, devolver el oído a los sordos, e incluso, en algunos casos, la palabra a los mudos»**[82]**.

Pese a que Churchill continuara presionando para que el gobierno concluyera una alianza susceptible de mantener la paz mediante el expediente de plantear a Hitler la amenaza de una guerra en dos frentes —la principal razón de que Alemania se hubiera visto en último término derrotada en la Gran Guerra—, lo cierto es que también seguía reflexionando sobre lo que podría suceder en caso de que la catástrofe se abatiera sobre Occidente. En junio participó en una cena ofrecida por Kenneth Clark, el director de la National Gallery, a la que también asistían Walter Lippmann, el influyente columnista estadounidense, y el biólogo Julian Huxley**[83]**. Lippmann explicó que Joseph P. Kennedy, el embajador estadounidense en Londres, le había dicho que la guerra era inevitable y que Gran Bretaña iba a resultar vencida**[84]**. A lo que Churchill respondió:

> Suponiendo (cosa que no hago ni por un momento) que el señor Kennedy estuviera en lo cierto en esa manifestación tan sumamente trágica, yo les digo que, por lo que a mí respecta, dejaría de buen grado la vida en el combate, antes que plegarme, por miedo a la derrota, a las amenazas de estos individuos tan siniestros. Les incumbirá entonces a ustedes, los estadounidenses, la tarea de preservar y mantener el magnífico legado de los pueblos de habla inglesa. Serán ustedes quienes tengan que pensar en términos imperiales, lo que significa invariablemente apostar por algo más elevado y extenso que los propios intereses nacionales. Y también les digo que no moriría feliz en la terrible lucha que veo alzarse ante mí si no estuviera convencido de que, si los habitantes de esta queridísima isla sucumbimos a la ferocidad y el poder de nuestros enemigos, allá, en su lejano e inmune

> continente, la antorcha de la libertad continuará resplandeciendo sin mancha ni desmayo (en eso espero y confío[85]).

Se trataba simplemente de una cena de sociedad, pero se aprecia con nitidez que Churchill ya estaba empezando a reunir las ideas y a concebir los argumentos de los grandes discursos que habría de pronunciar en los años venideros[86].

En julio, tras la publicación de *Paso a paso,* una colección de discursos sobre la política exterior británica, Churchill permaneció una temporada en Chartwell: por un lado, para culminar la redacción de cuatrocientas ochenta mil de las quinientas treinta mil palabras de que debía constar su historia de los pueblos de habla inglesa, y por otro, para continuar la construcción de la cabaña del jardín que proyectaba utilizar también como refugio en caso de ataque aéreo. Kathleen Hill, que había sido contratada para realizar labores de mecanografía en 1937 pero que acabaría convirtiéndose en su secretaria personal durante la guerra, recuerda que, mientras colocaba los ladrillos, Churchill y ella adquirieron la costumbre «de llevar nuestros cuadernos y montar la escalera —incluso encaramado a ella era capaz de dictar […]—. Muchas veces salíamos a toda velocidad para la Cámara de los Comunes, y él seguía dictando mientras el coche sorteaba el tráfico. Después, lo pasábamos a máquina en los Comunes. A veces, hasta repasábamos las páginas mientras discurseaba»[87].

Ese verano apareció en el Strand de Londres un cartel gigantesco en el que se leía lo siguiente: «¿Qué cuesta Churchill?»[88]. Lo había pagado un agente publicitario llamado J. M. Beable, que según confesó al *Advertisers' Weekly,* «estaba más ansiosamente interesado en conseguir que la gente pensara en la posible reincorporación de Churchill al gabinete que en defender necesariamente sus políticas»[89]. A pesar de que tanto el *Daily Telegraph* como el *Star*, el *Sunday Graphic*, el *Observer*, el *Yorkshire Post Mirror*, el *Evening News*, el *Daily Mail* e incluso el *Daily Worker*, de tendencias comunistas, hicieran suya ese mes la causa de la readmisión de Churchill, y a pesar incluso de que 375 miembros del personal docente del conjunto de las universidades británicas lanzaran un llamamiento a Chamberlain en ese sentido, el primer ministro estaba absolutamente

decidido a no permitir el regreso de una fuerza tan perturbadora al ejecutivo bajo ninguna circunstancia —salvo la de una guerra—. Maisky toma nota en su diario del consejo que Anne Chamberlain le había ofrecido a su marido: «Invitar a Churchill a formar parte del gabinete sería tanto como cometer un suicidio político»[90]. El propio Chamberlain le dirá a su hermana Ida: «Cuanto más se consiga aplazar la guerra, menos probable será que esta llegue a declararse […]. Al parecer, eso es lo que Winston y compañía no consiguen entender»[91]. Chamberlain invitó a lord Camrose, el dueño del *Daily Telegraph*, al número 10 de Downing Street y le aseguró que, por más que él mismo mantuviera unas relaciones personales «bastante cordiales» con Churchill, este era un hombre «que podía perder los nervios en medio de un debate, lo cual había determinado que algunos de sus colegas consideraran que lo más sencillo era simplemente no oponerse a él»[92]. Chamberlain también le habló a Camrose de la sugerencia que Churchill había hecho respecto a Corfú, y sostuvo que, al invadir Mussolini Albania, Churchill «había estado llamando a su puerta todo el día»[93]. El 27 de julio, el hermano de Camrose, lord Kemsley, redactor jefe del *Sunday Times*, se entrevistó con Hitler en el festival operístico de Wagner que se celebra anualmente en Bayreuth, en el norte de Baviera, y al comentarle el führer el peligro que el talento oratorio de Churchill planteaba al gobierno de Chamberlain, Kemsley le aseguró que «las pasadas campañas del señor Churchill ya se han revelado infructuosas al menos en cuatro ocasiones», a lo que añadió que, por lo tanto, el dirigente nazi no tenía en realidad nada de qué preocuparse[94].

En el debate que tuvo lugar el 2 de agosto de 1939, Churchill argumentó que el parlamento debería reunirse nuevamente el 21 de agosto, en lugar de hacerlo el 3 de octubre, que era la fecha que prefería el gobierno, porque tenía la convicción de que Hitler se estaba preparando para invadir Polonia. «Se observa a lo largo de la frontera polaca, de Danzig a Cracovia, un gran reagrupamiento de tropas, —advirtió a los parlamentarios—, y se están haciendo todos los preparativos necesarios para proceder a un rápido avance». En los alrededores de Breslavia, explicó, había cinco divisiones alemanas que daban muestras de hallarse en estado de movilidad febril, y en Bohemia se estaban desalojando los edificios públicos para acomodar a los

heridos[95]. Muy pocos le creyeron. Tras convertir Chamberlain la votación en una moción de confianza hacia su persona, que ganó por 116 votos de diferencia, la Cámara de los Comunes suspendió las sesiones hasta el fin de las vacaciones. «Todo lo que agita son tormentas de verano, —le escribe Chamberlain a Ida—: violentas pero de corta duración, y muchas veces seguidas de claros soleados. Sin embargo, consiguen que resulte insólitamente difícil trabajar con él»[96]. Eden parecía mostrarse de acuerdo, así que le preguntó a sus lugartenientes, lord Cranborne y Richard Law, cuáles eran las mejores opciones que se les ofrecían en las elecciones generales que todo el mundo daba por supuesto que tendrían que convocarse en noviembre. «¿Nos presentamos como conservadores independientes? ¿Deberíamos tratar de fundar un partido nuevo? ¿Qué tipo de relaciones deberíamos mantener con Winston?»[97]

El 8 de agosto, en su alocución radiofónica para Estados Unidos, Churchill recurrió al humor sarcástico y se refirió al anuncio de que en septiembre se había militarizado a dos millones de alemanes diciendo que estaban «de maniobras»: «A fin de cuentas, —añadió—, los dictadores tienen que poder entrenar a sus soldados. Es lo menos que podían hacer ateniéndose a los dictados más elementales de la prudencia, dado que los daneses, los holandeses, los suizos, los albaneses y, por supuesto, los judíos, podrían saltar sobre ellos en cualquier momento y dejarles sin espacio vital»[98]. En la segunda mitad del mes de agosto, Stalin decidió desentenderse de la alianza que él mismo había propuesto y que sin embargo Chamberlain apenas había comenzado a estudiar —y aun así a regañadientes—, así que optó por invitar en cambio a Moscú al ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Joachim von Ribbentrop, con el fin de negociar un pacto con su homólogo soviético, Viacheslav Mólotov. Poco tiempo después, se alcanzaba un acuerdo que no solo iba a poner muy pronto en manos de la Unión Soviética a los estados bálticos y a la mitad oriental de Polonia, sino que al mismo tiempo garantizaba el estallido de una guerra entre Alemania y las potencias capitalistas, Gran Bretaña y Francia, en la que Rusia podría mantenerse al margen.

Mientras Chamberlain se dedicaba a pescar en Escocia durante el largo intervalo de descanso del parlamento (en el que había insistido con fuerza),

Churchill y Louis Spears visitaron las fortificaciones defensivas de la Línea Maginot. Allí tuvieron ocasión de conversar hasta altas horas de la madrugada con el general Gamelin, el comandante en jefe del ejército francés, y se informaron acerca de las aplicaciones de la niebla artificial y de las posibilidades de cortar el tráfico de barcazas por el Rin mediante la instalación de minas fluviales[99]. Según recuerda Spears, durante una comida en la localidad de Malmedy con el general Georges, el comandante de las fuerzas de campaña francesas, «[observé que] Churchill borraba la sonrisa de su rostro, y le vi menear la cabeza con gesto negativo y sombrío al percatarse […] de que sería muy poco prudente pensar que las Ardenas le resultaran infranqueables a un contingente sólidamente armado […]. "Recuerden, —dijo—, que nos enfrentamos a un arma nueva, a vehículos blindados de gran potencia, ya que no hay duda de que los alemanes se están concentrando en ella, y que los bosques habrán de constituir una tentación particularmente interesante para dichas fuerzas, ya que les permitirán ocultarse a la aviación"»[100]. Al constatar que los franceses no daban crédito a la posibilidad de un ataque de esas características, a Spears le vino a la memoria una anécdota de 1915 en la que Churchill había tratado de explicar su teoría de los «cruceros terrestres[101]» (es decir, de los tanques) a un general francés, que la había considerado absurda y que, tras la partida de Churchill, le había comentado a Spears: «Sus políticos son todavía más raros que los nuestros»[102].

El 14 de agosto, en una carta escrita desde el Hotel Ritz de París, Churchill le vaticina a Clementine: «No va a pasar nada hasta […] principios o mediados de septiembre, fecha que todavía deja a Hitler dos meses de margen para ocuparse de Polonia antes de que el barro empiece a adueñarse del país» al término del otoño[103]. Sin embargo, el 23 de agosto, al anunciarse la firma del Tratado de No Agresión entre Alemania y la URSS[104], Churchill tuvo que interrumpir bruscamente sus vacaciones. Regresó inmediatamente a Londres, ya que comprendió que la alianza entre Rusia y Alemania significaba que la guerra era ahora simple cuestión de días. «Si medimos lo ocurrido de acuerdo con criterios estratégicos,

políticos, de visión de futuro y de competencia gubernativa», escribirá más tarde, el pacto demostró claramente que «Stalin y sus comisarios habían revelado ser en ese lance los chapuceros más cabalmente burlados» del mundo[105]. El parlamento volvió a reunirse el 24 de agosto.

Al llegar Churchill al aeródromo de Croydon, acudió a recibirle su antiguo guardaespaldas, el inspector Walter Thompson, que ya le había protegido de forma intermitente entre los años 1921 y 1932. Thompson se había retirado del Servicio Especial en 1936, y después se había dedicado a regir una tienda de comestibles, pero Churchill volvió a pedirle que siguiera en activo de forma privada con un sueldo de cinco libras por semana al recibir la advertencia de un político francés que le había asegurado que su vida podría estar en peligro[106]. «Los alemanes me tienen por uno de sus más formidables enemigos, —le dijo a Thompson—. No pararán hasta que logren asesinarme.»[107] Thompson, un hombre alto, fuerte y elegante de cuarenta y ocho años, permanecería junto a Churchill en los próximos seis años. «Si el Viejo quería que volviera a servirle, —escribirá Thompson más tarde—, por mí no había más que hablar, ya que estaba perfectamente dispuesto a hacerlo»[108]. Al recordar el regreso de Churchill a Croydon, Thompson recuerda: «Se le veía en forma y lleno de energía, como de costumbre, pero tenía una expresión sombría»[109]. Al llegar a Chartwell, Churchill le entregó una pistola automática Colt. «Es un tirador de primera, —comenta Thompson—, y se enorgullece celosamente de la atención que presta al cuidado de su arsenal particular»[110]. Tras estallar la guerra, el gobierno se encargó de abonar los honorarios de Thompson, al que se le proporcionó el revólver estándar para este tipo de misiones: un Webley de calibre 32. Churchill insistió en que todos cuantos le rodearan estuvieran armados en los viajes al extranjero, y en una ocasión reprendió a un secretario privado por no llevar un arma consigo. Años después, al comentar la relación que le unía a su jefe, que era dieciséis años mayor que él, Thompson subraya: «El carácter impulsivo y la incansable energía del señor Churchill me dificultaban constantemente la realización de mi trabajo. No había forma de evitar que se dirigiera de cabeza al peligro —nadie en todo el planeta habría sido capaz de hacerlo—, pero desde luego tenía que esforzarme al máximo para seguirle el ritmo»[111].

Al volver a reunirse el parlamento, Eleanor Rathbone fue la encargada de recordar a los presentes una verdad que todos conocían, aunque hasta ese momento ninguno de ellos se hubiera animado a manifestarlo de forma tan abierta, a saber, que Churchill «no había dejado en ningún momento de profetizar que todas estas cosas habrían de producirse, pero su parecer ha sido desatendido sistemáticamente»[112]. Una semana después, el viernes 1 de septiembre de 1939, Hitler invadía Polonia. Chamberlain elaboró una lista para la constitución de un Gabinete de Guerra formado por seis personas, y se incluyó a Churchill como ministro sin cartera. Sin embargo, el ejecutivo no declaró la guerra, pese a que Churchill hubiera instado al país a tomar esa decisión en marzo.

El sábado 2 de septiembre, Gran Bretaña seguía sin resolverse a declarar la guerra, posiblemente porque *sir* Nevile Henderson, el embajador británico en Berlín, había advertido al gobierno de que, inmediatamente después del establecimiento formal de las hostilidades, Alemania planeaba realizar un ataque aéreo sobre Londres. Lo que sí se había puesto ya en marcha era la evacuación al campo del millón doscientos mil niños de la ciudad. Los franceses querían retrasar toda declaración bélica, ya que también temían un bombardeo inmediato, y Chamberlain le dijo a Inskip que «en Francia van a perecer cientos de miles de niños si estalla la guerra»[113]. El primer ministro invitó a Churchill al número 10 de Downing Street para ofrecerle un encaje en el Gabinete de Guerra, cosa que Churchill aceptó de inmediato, dado que esperaba la inminente declaración del estado de guerra[114].

Sin embargo, a las siete y cuarenta y cinco de la tarde, en su primer discurso público desde la invasión de Polonia, Chamberlain manifestó ante los miembros de la Cámara de los Comunes: «Si el ejecutivo alemán aceptara retirar sus fuerzas, el gobierno de Su Majestad estaría dispuesto a considerar que la posición resultante sería la misma que antes de que las fuerzas alemanas cruzaran la frontera polaca». Al ponerse en pie Arthur Greenwood —que en su condición de vicepresidente del Partido Laborista desde el año 1935 ocupaba la primera bancada de la oposición— para

responder de parte de su formación política, Leo Amery gritó: «¡Habla en nombre de Inglaterra, Arthur!». «Hace treinta y ocho horas ha tenido lugar un acto de agresión, —dijo Greenwood—. Me pregunto cuánto tiempo estamos dispuestos a continuar paralizados por las vacilaciones en un momento en el que Gran Bretaña, todo lo que nuestra nación representa, y la entera civilización humana, se hallan en peligro»[115]. Fue el discurso de su vida, y de no llevar camino de incorporarse al gabinete, es indudable que Churchill le habría secundado.

Esa noche, Eden, Boothby, Bracken, Sandys y Duff Cooper fueron a entrevistarse con Churchill en Morpeth Mansions. Tal y como señala Cooper en su diario, todo el encuentro transcurrió en un estado de «furia y perplejidad» por la inacción de Chamberlain. Boothby quería que Churchill atacara a Chamberlain al día siguiente «y tomara su lugar», cosa que Churchill rechazó con toda sensatez, ya que sabía que la inmensa mayoría del Partido Conservador seguía apoyando al primer ministro[116].

En lugar de ceder a esas apresuradas presiones, pasada la medianoche Churchill optó por escribirle a Chamberlain para instarle a realizar un nuevo esfuerzo destinado a incorporar a los liberales al gobierno, pese a que en esa época se estuviera manteniendo al Partido Laborista en un estado de «repudio». No se le hizo el menor caso. Esa misma noche llamó también por teléfono al embajador francés, Charles Corbin, para comunicarle que si Francia traicionaba a los polacos como había hecho con los checos, él, que toda la vida había sido un francófilo convencido, permanecería completamente indiferente al destino que pudiera correr Francia. Y al intentar Corbin aducir en favor de su país la existencia de «dificultades técnicas» que impedían una inmediata declaración de guerra, Churchill le replica: «¡Supongo que para usted será también una "dificultad técnica" el hecho de que a un polaco pueda caerle en la cabeza una bomba alemana!»[117].

A las once y cuarto de la mañana del domingo 3 de septiembre, y dado que el ultimátum de dos horas que se había dado a Alemania acababa de expirar poco antes, Neville Chamberlain transmitió por radio la noticia de que Gran Bretaña estaba en guerra. Londres se vio invadido por el aullido de las sirenas que alertaban a la población de un eventual ataque aéreo,

produciendo un estruendo al que Churchill bautizaría más tarde con la expresión «clamores de muerte»[118]. Walter Thompson recuerda que «el señor Churchill se dirigió a grandes trancos a la entrada del bloque de apartamentos y escrutó el cielo como un veterano rocín de guerra que ventea la batalla. Tardé un buen rato en convencerle de que se encaminara al refugio antiaéreo. Y no se habría movido de no haber caído en la cuenta de que debía dar ejemplo. —El propio Churchill lo explicará más tarde con estas palabras—: Nos abrimos paso hasta el refugio que se nos había asignado, armados con una botella de *brandy* y otros lenitivos médicos apropiados al caso»[119]. Una vez allí, «se puso a deambular de un lado a otro como un animal enjaulado, —refiere el guardaespaldas—; sin embargo, estaba claro que disfrutaba intensamente del momento. Tan pronto como sonó la señal que indicaba que todo estaba despejado, el señor Churchill salió disparado, bajó la calle, subió hasta el tejado del edificio, y se puso a escudriñar el cielo en busca de aviones»[120]. Acto seguido, se puso al volante de su Daimler y puso rumbo a los Comunes, donde recibió una nota en la que Chamberlain le pedía que acudiera a entrevistarse con él una vez que hubieran terminado las declaraciones de los líderes del Partido Conservador y las demás formaciones.

En su discurso inicial, Chamberlain dijo que esperaba asistir a la destrucción del hitlerismo. A continuación, Arthur Greenwood se manifestó aliviado de que se hubiera «puesto término a la intolerable agonía del suspense». Pese a que Churchill hubiera estado alejado de los puestos de gobierno por espacio de una década, y de que en todo ese tiempo no hubiera ostentado más representación que la de su propia persona, el presidente de la Cámara se volvió inmediatamente hacia él al acabar su alocución Archie Sinclair, el líder del Partido Liberal. Con gran generosidad, Churchill elogió los esfuerzos con los que Chamberlain había tratado de evitar la contienda. «En esta hora solemne es un consuelo recordar y subrayar nuestros repetidos intentos de pacificación», dijo.

> Todos se han visto malogrados, pero siempre han sido dignos y sinceros. Esto es algo que en el momento presente posee el más alto valor moral —y que no solo cuenta con calidad ética, sino también con relevancia práctica—, dado que la incondicional colaboración de millones de hombres y mujeres, cuya cooperación resulta indispensable y

cuya camaradería y fraternidad también lo son, es el único fundamento que puede permitirnos soportar y superar las terribles pruebas y tribulaciones de la guerra moderna[121].

Dicho esto, Churchill sitúa la contienda en un plano más elevado:

> No se trata de pelear por Danzig [la actual Gdansk] ni de combatir por Polonia. Estamos luchando para salvar al mundo de la peste que representa la tiranía nazi y en defensa de todo cuanto es sagrado para el hombre. Esta no es una guerra de dominación ni enfocada al engrandecimiento imperial o la ganancia material; no vamos a librar una ofensiva llamada a apartar a un país de su lugar bajo el sol y privarle de sus medios de progreso. Esta es una guerra que, desde el punto de vista de su inherente condición, busca cimentar, sobre una peña inexpugnable, los derechos del individuo, una guerra para instituir la talla del ser humano e infundirle nuevos bríos[122].

Tanto Booth como Amery constataron que el discurso de Churchill había sido el de un verdadero jefe de guerra, y que en cambio no podía decirse lo mismo del que acababa de pronunciar Chamberlain —una diferencia que otra mucha gente habría de percibir a lo largo de los ocho meses siguientes—. Transcurrida una semana desde el inicio de la guerra, Chamberlain le escribe a Ida desde Chequers: «Lo que espero conseguir no es la victoria militar —dudo muchísimo que sea posible alcanzarla—, sino el desmoronamiento del frente doméstico alemán»[123]. Difícilmente podría considerarse que esa fuera la mentalidad más adecuada para un hombre que se hallaba al frente de una Inglaterra en guerra.

Tras los discursos finales del 3 de septiembre, Churchill visitó a Chamberlain en el despacho reservado al primer ministro tras el estrado del presidente de la Cámara. Alguien, muy posiblemente David Margesson, había señalado a Chamberlain que Churchill «podía ser un miembro extremadamente peligroso del gabinete si se le dejaba recorrer todas las teclas de la administración política [es decir, si se le colocaba en la posición de un ministro sin cartera], y que resultaría por tanto mucho más prudente asignarle una responsabilidad concreta»[124]. En vista de ese consejo, Chamberlain le ofreció el puesto de primer lord del Almirantazgo, con voz y voto en el Gabinete de Guerra, propuesta que Churchill aseguró aceptar con «mucho gusto». A pesar de lo sucedido en el caso de los Dardanelos, el tiempo que había pasado al frente del Almirantazgo hacía de él un

candidato idóneo para el cargo, sobre todo porque el séptimo conde Stanhope, que era también el líder de la Cámara de los Lores, llevaba menos de un año desempeñándolo y resultaba más fácil de sustituir que Leslie Hore-Belisha, que dirigía la Oficina de Guerra, o que *sir* Kingsley Wood, responsable del Ministerio del Aire. Por consiguiente, para dejar hueco a Churchill se nombró a Stanhope lord presidente del Consejo.

Como es obvio, Churchill no sabía nada de todos los cálculos en que se apuntalaba su designación. «Sentí una gran serenidad de espíritu y cobré clara conciencia de que un animoso desapego me permitía sobrevolar las cuestiones humanas y personales, —escribirá más tarde—. La gloria de la Vieja Inglaterra, que a pesar de su mucho amor a la paz y su precaria preparación bélica, había respondido instantánea e intrépidamente a la llamada del honor, llenó de emoción todo mi ser y pareció elevar nuestro destino a las esferas más alejadas de las cuitas terrenales y las sensaciones físicas.»[125] Al regresar al coche, que le aguardaba en las inmediaciones, Churchill le dirá a Clementine: «¡Me han dado el Almirantazgo, la cosa es mucho mejor de lo que había pensado!»[126]. Winston y Clementine fueron a comer con Victor y Sarah Oliver y con Duncan y Diana Sandys al apartamento que tenían los Oliver en la calle Marsham, en Westminster, donde abrieron una botella de champán para brindar «Por la victoria»[127]. «Nadie quería escuchar mis advertencias», le dijo Churchill a Victor, quien sin embargo le vio «más triste que nunca», dado que todas sus sombrías predicciones se habían hecho realidad[128]. Churchill explicó en el Almirantazgo que se presentaría a última hora de la tarde para tomar posesión del cargo, tras lo cual el consejo de la armada comunicó a la flota: «WINSTON HA VUELTO». Algunos capitanes, como lord Louis Mountbatten, que se hallaba al frente del destructor *HMS Kelly*, consideró muy inspiradora la noticia, pero otros tendieron más a verla como una especie de advertencia de que una bola de fuego estaba a punto de abatirse sobre ellos[129].

Tras la comida, Churchill se echó tranquilamente la siesta en la cama de los Oliver, y a las cinco de la tarde asistió a la primera reunión del recién constituido Gabinete de Guerra, integrado por Chamberlain, Halifax (ministro de Asuntos Exteriores), *sir* John Simon (ministro de Hacienda),

sir Kingsley Wood (ministro del Aire), Samuel Hoare (lord del Sello Privado), lord Chatfield (ministro de Coordinación de la Defensa), lord Hankey (ministro sin Cartera), Leslie Hore-Belisha (ministro de la Guerra) y él mismo. El lugar de crearse un Gabinete de Guerra reducido, compuesto únicamente por seis personas, en esta ocasión lo formaban nada menos que nueve, con una media de edad de sesenta y cuatro años —precisamente la que tenía el propio Churchill—. Salvo él, todos los demás habían sido destacados defensores de las políticas de apaciguamiento, y ninguno de ellos, con la posible excepción de Hore-Belisha, mostraban la decidida voluntad de combate que se precisaba en una guerra total. Lord Crawford señaló a Inskip que ya habían empezado a circular por el Club Carlton y la Cámara de los Lores «un buen número de observaciones críticas relativas al hecho de que el Almirantazgo le hubiera sido confiado a Churchill»[130]. Ningún conservador iba a disminuir la aversión que Churchill les inspiraba —y de hecho, es posible que la volviera todavía más intensa— por la simple constatación fehaciente de que la mayoría de los miembros de su partido se habían engañado de manera espectacular respecto al carácter del régimen de Hitler.

A las seis de la tarde, tras la reunión del Gabinete de Guerra, Churchill se dirigió al Almirantazgo. Un fotógrafo de la revista *Life* cazó al primer lord del Almirantazgo en el instante mismo en que se disponía a entrar por la puerta principal. Con un puro en la mano izquierda, el periódico y el bastón en la derecha, dos maletas rojas[131] y varios petates a sus pies (en uno de los cuales llevaba su máscara de gas), la imagen nos lo muestra con una larga cadena que le cuelga de la cintura y le llega prácticamente hasta las rodillas —un adminículo que le servía para mantener a buen recaudo las llaves de sus carteras rojas—.[132] (Gracias a este sistema, que responde a uno de sus muchos inventos personales, no podía extraviarlas, ya que las llaves pendían del extremo de una larga cadena de plata que le rodeaba la cintura y quedaba trenzada en los laterales de sus tirantes. Esto le permitía colocar grandes manojos de llaves en cualquiera de los bolsillos de sus pantalones.)[133] En la fotografía le vemos sonreír. «Y así fue como regresé a la sala que tan dolorosa y apenadamente había tenido que abandonar casi un cuarto de siglo antes, —consignará más tarde Churchill por escrito—.

Una vez más nos vemos obligados a luchar por nuestra vida y nuestro honor frente al enorme y furibundo poderío de la valiente, disciplinada e implacable raza alemana. ¡Una vez más! Pues que así sea.»[134] Permaneció en el Almirantazgo hasta las primeras horas de la mañana siguiente, centrado en familiarizarse con las posiciones de la flota. Mandó que le trajeran las cartas de navegación del Mar del Norte, y al verlas exclamó: «Son las mismas que ya utilicé la vez pasada»[135]. También solicitó que le buscaran la mesa octogonal en la que solía trabajar, y el conservador del negociado se la presentó enseguida.

Pocos días después, Churchill recibió una carta del diputado Colin Thornton-Kemsley, escrita desde el campamento militar al que había sido destinado. «Me he opuesto a usted con todas mis fuerzas, —decía—. Solo pretendo decirle esto. Usted nos advirtió en repetidas ocasiones de lo peligrosa que era la amenaza alemana y tenía razón […]. Por favor, no piense ni por un momento en contestarme; es obvio que está usted entregado en cuerpo y alma a las ocupaciones de un cargo que a todos nos alegra saber que se encuentra entre sus hábiles manos en este momento de inquietud para Gran Bretaña.»[136] Evidentemente, Churchill respondió a la carta, aceptó las disculpas, y añadió: «Desde luego, creo firmemente que en una lucha tan trascendental, los ingleses hemos de jugar limpio desde un principio entre nosotros, y por lo que a mí respecta el pasado está olvidado»[137].

Capítulo 19

«WINSTON HA VUELTO»

Septiembre de 1939 - mayo de 1940

> A los hombres y a los reyes ha de juzgárseles en los momentos en que la vida les pone a prueba. Es acertado juzgar que el valor constituye la primera de las cualidades humanas, puesto que […] es la virtud que garantiza todas las demás.
>
> Churchill, en referencia al rey Alfonso XIII de España, en *Grandes contemporáneos*[1].

> Por supuesto que soy egocéntrico. ¿Qué consiguen quienes no lo son?
>
> Churchill a Attlee, sin fecha[2].

El domingo 3 de septiembre de 1939, momento en el que Churchill es designado primer lord del Almirantazgo, la Marina Real Británica era la mayor armada del mundo. Contaba con 12 acorazados, 6 portaaviones, 56 cruceros ligeros y pesados, y más de 180 destructores[3]. Sin embargo, en los veinticuatro años transcurridos desde que ocupara por última vez el cargo, las características de la guerra marítima se habían transformado por

completo. «Era la primera vez en la historia, —escribirá más tarde el almirante William James, jefe adjunto del Estado Mayor Naval—, en que no iba a haber dos grandes flotas mirándose frente a frente desde los extremos de un estrecho brazo de mar, prestas a maniobrar majestuosamente para entrar en combate, sino encontronazos entre buques de muy elevada movilidad cuya libertad de movimientos estaba abocada a quedar gravemente reducida a causa de la aviación enemiga»[4]. Además, los submarinos iban a hostigar las líneas de abastecimiento oceánicas de Gran Bretaña aún más que durante la Gran Guerra. De hecho, la misma noche del 3 de septiembre, pocas horas después de que Estados Unidos se declarara neutral, el transatlántico de pasajeros *Athenia*, que cubría la ruta de Glasgow a Montreal, fue torpedeado por un sumergible alemán, provocando la muerte de 112 pasajeros —entre los que se contaban 28 estadounidenses.

Churchill se había reincorporado asimismo a un Almirantazgo muy distinto al que había dejado en 1915. El Estado Mayor Naval para Tiempos de Guerra que él mismo había creado contaba ahora con vastas divisiones de Operaciones y Planificación gestionadas por oficiales que llevaban mucho tiempo preparándose para la contienda que acababa de estallar. El almirante James quedó impresionado al comprobar los notables conocimientos de guerra naval que poseía Churchill, y le sorprendieron muy particularmente los numerosos memorandos que escribió sobre cuestiones tales como la formación de unidades de rastreo destinadas a dar caza a los buques alemanes que merodeaban por las diferentes zonas marítimas; el diseño de los navíos necesarios para combatir a los submarinos; la instalación de una barrera de minas entre Escocia y Noruega; la modificación del sistema de organización de convoyes; y otras muchas cuestiones[5].

Churchill anuló inmediatamente todos los certificados de autorización que permitían la construcción de los cruceros previstos en el Acuerdo Naval Anglo-Germano de 1935, ya que de ese modo se abría la posibilidad de instalar un nuevo tipo de armamento en los buques ya fabricados, capaces de plantar cara a los cruceros alemanes provistos de cañones de ocho pulgadas. Apenas unos días más tarde, Churchill suspendía también todos

los trabajos en curso destinados a la compleción de los acorazados cuya fecha de botadura programada fuera anterior al año 1942, a fin de que los astilleros pudieran concentrar sus energías en la fabricación de los destructores precisos para combatir la amenaza de los submarinos alemanes —destructores que vería empezar a materializarse a partir de la primavera de 1940—. También instó a las unidades de diseño y montaje a que procedieran a reducir el tonelaje de los destructores para conseguir que fuesen ágiles; ordenó que se instalaran radares en todos los navíos; y, como ya hiciera en la Gran Guerra, lanzó un llamamiento para dotar de armamento a todos los barcos mercantes[6]. También modificó los horarios y los turnos de trabajo con el objetivo de ampliar el período de descanso de las tripulaciones de los destructores, y dejó en suspenso el reglamento relativo a la puesta en marcha obligatoria de un consejo de guerra cada vez que un buque resultara dañado, ya que consideraba que tal medida desincentivaba la toma de iniciativas arriesgadas en combate.

Como ya sucediera entre los años 1911 y 1915, Churchill se interesó en todos y cada uno de los aspectos asociados con la armada, por secundarios que pudiesen resultar. Sus informes abarcaban temas tan diversos como la destrucción de la información confidencial; el aprovisionamiento de velas de emergencia para poder disponer de iluminación de baja intensidad durante las incursiones aéreas; la distribución de condecoraciones al personal de los dragaminas; el «lamentable» número de trencas de tela de lana gruesa de que disponía cada buque; el juego más idóneo para los marineros (que podía ser el *backgammon* o las cartas, y Churchill prefería que fuera el primero, dado que las partidas eran más prolongadas); o la retirada de las basuras susceptibles de bloquear los ventiladores de la «Ciudadela» situada en un ángulo del Campo de desfile de la Guardia Montada —ya que en ese momento el edificio albergaba el Centro Operativo de los Servicios de Inteligencia—. Churchill insistió en que todos los soldados de marinería tuvieran la oportunidad de ascender al cuerpo de oficiales en cada una de las ramas de la armada, un planteamiento que defendería diciendo, con la inverosímil carrera militar de Hitler en mente, que «si un telegrafista puede escalar puestos, ¿por qué no habría de hacerlo

un pintor? Al parecer, en Alemania nadie ve inconveniente alguno en que los mozos de brocha se eleven en el escalafón»[7].

Había muy pocas probabilidades de que Churchill fuera a llevarse bien con el primer lord del Mar, el almirante *sir* Dudley Pound, que había sido asistente naval adjunto de lord Fisher durante la Gran Guerra. Churchill había criticado en privado la forma en que Pound había dispuesto la flota del Mediterráneo en junio, durante la crisis de Albania, y Pound, por su parte, había tenido ocasión de conocer muy de cerca el temperamento de Churchill en la época del desastre de los Dardanelos. Sin embargo, ambos hombres se trataron rápidamente con una mutua consideración que en poco tiempo acabó por transformarse en un intenso vínculo de afecto recíproco. No obstante, Pound conservó en sus manos la autoridad suficiente como para rechazar periódicamente las propuestas de Churchill, aunque lo cierto es que solo en una ocasión se vio dueño absoluto de sus decisiones. Siempre prefirió dirigirse a Churchill llamándole «Señor» antes que «primer lord del Almirantazgo, —o con el tiempo—, primer ministro»[8]. Así recordaría su relación una de las personas que tuvo ocasión de trabajar en estrecha colaboración con ambos: «El temperamento de Pound contribuía a la concordia, ya que no solo sabía mantener la calma y hacer oídos sordos a ciertas cosas cuando la situación lo requería, sino que en ningún momento se dejó arrastrar a una discusión acalorada»[9]. Churchill, que en esos años demostró haber aprendido la lección de los Dardanelos, apreciaba por su parte la sensatez y firmeza de carácter de Pound. «Pound [es] el hombre más inteligente de toda la Marina Real, —llegará a decir—, aunque también es el más precavido»[10]. Si tenemos en cuenta que el instinto natural del primer lord del Almirantazgo le animaba a acometer las más audaces ofensivas, la presencia de un primer lord del Mar cauteloso no parecía mala cosa. «Por regla general, el primer lord del Mar aceptaba lo que Winston planteaba», recuerda el almirante *sir* Guy Grantham al referirse al método de trabajo por el que se regían. Sin embargo, «[t]ras abandonar la Sala de Mapas, Pound solía analizar lo que podía hacerse con el Estado Mayor Naval antes de dar las órdenes operativas necesarias. Y estaba invariablemente dispuesto a bregar con cualquier queja que pudiera suscitar Winston al observar que se habían introducido cambios en sus

tesis»[11]. Fue un sistema de relaciones mixto, a un tiempo civiles y militares, que funcionó notablemente bien, pero que dependía por completo del mutuo respeto que se profesaban Churchill y Pound. Cuatro meses después de que hubieran empezado a colaborar, y a pesar de que Churchill interviniera, tanto en detalles como en cuestiones de calado, en las decisiones de Pound, el primer lord del Mar le asegura en una carta al comandante en jefe de la Flota Doméstica, encargada de defender las aguas territoriales británicas, el almirante *sir* Charles Forbes: «Siento la mayor de las admiraciones por W. S. C., y sus buenas cualidades son de tal calibre, y tan abrumadores sus deseos de golpear al enemigo, que tengo la sensación de que deberíamos pensárnoslo dos veces antes de rechazar cualquiera de sus propuestas»[12].

Churchill no se contentaría con un plan de guerra basado únicamente en proteger los convoyes, mercantes o militares, y en mantener estrictamente bloqueados los accesos marítimos de Alemania, también se esforzaría constantemente en hallar formas de presentar batalla al enemigo. Solo tres días después de iniciado el conflicto, Churchill propuso la puesta en marcha de la Operación Catherine, un plan consistente en «abrirse paso a la fuerza hasta el Báltico y en dejar allí estacionado un contingente naval»[13]. El objetivo de la empresa pasaba por impedir que el suministro de mineral de hierro procedente de Suecia llegase hasta Alemania, con el propósito añadido —aunque solo a título tentativo— de influir en la política de neutralidad que había adoptado Rusia. Churchill quería reacondicionar los acorazados de mayor antigüedad y emplearlos en aguas del estrecho de Skagerrak, dotándolos para ello de grandes compartimentos laterales estancos destinados a absorber el impacto de los torpedos, de una cubierta blindada y más sólida, y de un mayor número de cañones antiaéreos.

Pound no se opuso al plan, que era extraordinariamente peligroso, de manera inmediata ni frontal, sino que prefirió comentarlo con el almirante de la flota, el conde de Cork y Orrery, a fin de poder evaluarlo a fondo y contar con el parecer del Estado Mayor Naval. Después procedió a introducir recortes graduales en el proyecto, primero insistiendo en que no se involucrara a Rusia, solicitando después la «activa colaboración» de Suecia (precisamente por saber que ese país no iba a mostrarse abiertamente

dispuesto a participar de manera visible en la operación), y señalando finalmente el doble peligro que suponían, por un lado, la presencia de los hielos hibernales, y, por otro, la posibilidad de una invasión alemana de Dinamarca —que dejaría aislada y sin suministros a la flota británica del Báltico—. También recordó a Churchill que los destructores eran estrictamente necesarios para ofrecer protección a los convoyes[14].

«Nunca me haré responsable de una estrategia naval que excluya el principio ofensivo y que se limite a mantener abiertas las líneas de comunicación y a persistir en el bloqueo», le escribe Churchill a Pound el 11 de diciembre. Sin embargo, la Operación Catherine había hecho comprender a Pound que el detallado análisis profesional era la clave que podía permitirle alejar a Churchill de la materialización de planes de difícil puesta en práctica sin tener que recurrir siquiera a la palabra «no»[15]. Tras cuatro meses de debate, Churchill aceptó finalmente dejar su planteamiento en el cajón. En sus memorias, el primer lord del Almirantazgo sostiene que varias figuras de peso de su departamento, como Tom Phillips, el jefe adjunto del Estado Mayor Naval, y Bruce Fraser, el tercer lord del Mar, se habían mostrado «vehementemente partidarios» del plan, cuando lo cierto es que se habían opuesto con la misma determinación que Pound —por no mencionar que el contraalmirante John Godfrey, director de los Servicios de Inteligencia Naval, había hecho otro tanto[16].

El primer día de trabajo que Pound compartió con Churchill tuvo que admitirle al capitán Richard Pim, al que acababa de ordenarle que organizara la Sala de Mapas del lord del Almirantazgo, que la tarea «no iba a resultar fácil»[17]. Desde luego, el 4 de septiembre, Churchill dio solo cuarenta y ocho horas al espigado y sagaz Pim, nacido en el Úlster, para tenerlo todo en perfecta disposición operativa. Así lo hizo, y en lo sucesivo Pim y su equipo se dedicarían a mantener bien localizada la posición de todo buque de importancia significativa, fuera británico, aliado, del Eje o neutral, señalando asimismo la situación de todos los submarinos y escuadrones de aviación que estuvieran recorriendo el globo. Para esa misión se valían de chinchetas de colores, clavadas en cartas náuticas y

mapas gigantescos extendidos sobre amplios paneles dispuestos alrededor de la Biblioteca del primer lord del Almirantazgo, abierta al Campo de desfile de la Guardia Montada. «Muy bien, muy bien, —dijo Churchill al contemplar por primera vez la sala—, pero va a ser necesario sustituir los mapas. Conforme vaya conociéndome, comprenderá usted que yo solo pinto en tonos pastel. Todos estos colores tan intensos, iluminados por la fuerte luz de las lámparas, acabarían dándonos terribles dolores de cabeza a los dos»[18]. Se compraron otros mapas, se instaló un sistema de iluminación especial, y se añadieron nuevas líneas telefónicas. Además, Churchill aprovechó hasta el más mínimo espacio libre de la pared para colgar sus propias composiciones.

Una de las cartas mostraba la posición, la velocidad, el destino, el tipo de buques y el número de efectivos de todos y cada uno de los convoyes controlados. Churchill quería saber también los nombres de todos los comandantes encargados de darles escolta y la climatología a la que tenían que hacer frente. Cuando se daba aviso de temporal, se colocaba un delfín de cartón en el panel[19]. En el mapa se incluían también las fechas de la salida, el derrotero y la previsión de llegada de los convoyes, así como los detalles de su cargamento. En una ocasión, Churchill telefoneó en plena noche a *sir* John Gilmour, ministro de Transporte Marítimo, para hacerle el siguiente comentario: «Me parece que los barcos que están estibando en el Río de la Plata ya deberían haber largado amarras a estas horas. Por favor, envíeme un informe»[20]. En otro caso, al ver que había un buque cruzando el Atlántico con siete mil toneladas de huevos a bordo, Churchill ordenó a Pim que preguntara en el Ministerio de Agricultura cuántos huevos entraban en una tonelada, y al conocer la respuesta, exclamó: «¿Se da usted cuenta de que ese cargamento supone proporcionar un huevo a la mitad de la población de las islas británicas?»[21].

Todos los días, a las siete de la mañana, Churchill acudía a la Sala de Mapas, en bata, para examinar un resumen de los informes que habían llegado a lo largo de la noche. Era muy frecuente que regresara en el transcurso de la jornada y que celebrara reuniones en ese mismo lugar, sobre todo en los períodos de crisis, y desde luego, hacía siempre una última visita antes de irse a la cama. Un buen día, al encontrarse a Pim

trabajando a cuatro patas sobre un enorme mapa extendido en el suelo y con la gorra de oficial vuelta del revés a su lado, Churchill tuvo la ocurrencia de sacarse una moneda de seis peniques del bolsillo y echarla dentro[22].

La familia Churchill puso fin al contrato de alquiler que habían firmado para residir en Morpeth Mansions y en septiembre pasó a ocupar los dos pisos superiores del edificio del Almirantazgo, donde también habían vivido entre los años 1911 y 1915. Una de las secretarias privadas de Churchill nos ha dejado una breve descripción de la vivienda: había «una preciosa sala de estar, con curiosos y feísimos muebles de líneas onduladas y molduras en forma de delfín» y una habitación interior en la que estaba el escritorio de Churchill, junto a una mesita «repleta de botellas de *whisky* y demás». En ese despacho convivía una heterogénea mezcla de mondadientes, medallas de oro (que Churchill empleaba a modo de pisapapeles), «un sinfín de pastillas y polvos medicinales», y unos puños especiales que impedían que se le sobaran las mangas del abrigo y que guardaban bastante parecido con las que utilizaban los criados para abrillantar la plata[23]. Brendan Bracken pasó a ocuparse de las tareas propias de un secretario parlamentario privado, convirtiéndose por tanto en los ojos y los oídos de Churchill en Westminster —labor en la que por cierto sobresaldría de manera muy notable—. El profesor Lindemann quedó transformado en «asesor personal del primer lord del Almirantazgo en materia de Desarrollo Científico», trabajo por el que no cobraba ningún sueldo, y se alojó en una habitación del contiguo Hotel Carlton para que no le resultara difícil reunirse con Churchill después de la cena y poder charlar y estudiar con él las cuestiones del momento hasta altas horas de la noche[24]. Lindemann creó una Sección de Estadística en el Almirantazgo y se encargó de proporcionar a Churchill los particulares datos que este requería, con independencia de los que pudieran llegarle de los demás departamentos.

Durante su estancia en el Almirantazgo, Churchill organizó todos los martes por la noche una cena para catorce invitados. Se servía siempre como entrante un ponche de leche sueco que, según uno de sus ayudantes,

«tenía un gran éxito como “brebaje para romper el hielo”»[25]. Esos banquetes permitían que los ministros, los más destacados funcionarios públicos y los miembros del Consejo del Ejército, el Consejo del Aire y la Junta del Almirantazgo se reunieran relajadamente en un sencillo clima informal.

Un día, Bracken presentó a Churchill al teniente coronel C. R. Thompson, alias «Tommy», edecán general de los Lores Comisarios del Almirantazgo. Thompson y Bracken se habían conocido a bordo del yate del Almirantazgo *Enchantress*, en la época en que Duff Cooper había gestionado la cartera que ahora ocupaba Winston. Thompson tenía en ese momento cuarenta y cinco años, y se disponía a retirarse del servicio activo en pocas semanas. Había sido comandante de submarinos durante trece años, pero no le habían ascendido porque a principios de la década de 1930 había dejado varado el *Oberon* en un banco de arena por espacio de unas horas debido a la densa niebla que cubría en ese momento el Támesis. Más tarde llegaría a decir que aquel percance había sido «el mayor golpe de suerte de toda [su] vida», dado que había permitido que Churchill le ofreciera trabajar con él como ayudante personal a lo largo de la guerra. Su labor no consistía en aconsejar ningún tipo de medidas, sino en encargarse de organizar el día a día de Churchill, y en ocuparse, sobre todo, de la logística de sus numerosos viajes al extranjero. Por consiguiente, en esas salidas, figurarían muy a menudo dos «Thompson»: Tommy Thompson, en calidad de ayuda de cámara, y Walter Thompson, como guardaespaldas.

El hecho de haber regresado a las tareas de gobierno, dio a Churchill la oportunidad de recomponer algunas relaciones maltrechas y de establecer nuevos y valiosos contactos. «Ha venido a verme Winston Churchill, —anota el rey en su diario el 5 de septiembre—. Está encantado de poder volver a la carga. Quiere más destructores. Le agradan los Lores Comisarios del Almirantazgo.»[26] Las relaciones de Churchill con el soberano, que le había observado con desconfianza durante la crisis de la abdicación, y con malos ojos a causa de sus ataques a la política de apaciguamiento —cuyas medidas había respaldado de todo corazón el monarca—, fueron mejorando poco a poco. Contribuía a ello, claro está, la sólida vocación monárquica de Churchill, que en todo momento, incluso en sus conversaciones privadas e

informales, se refería a él con el preámbulo de «nuestro noble rey»[27]. El soberano había ingresado en la Marina en 1909 y combatido en la batalla de Jutlandia, así que ambos hombres compartían su pasión por la vida militar. Esto los animó a cultivar un vínculo que acabaría revelándose tan sólido como cualquiera de los que Churchill acertó a crear a lo largo de su vida pública. Con todo, durante el primer año de la guerra, el rey se mostró más próximo a lord Halifax, cuyo temperamento y opiniones políticas coincidían más con los suyos, y de hecho *lady* Halifax fue una de las damas de honor de la reina.

Nada más tomar posesión del cargo, Churchill empezó a escribir con regularidad cartas a Chamberlain —trece en las seis primeras semanas—, y en ellas abordará todos y cada uno de los aspectos de la contienda (algo que tenía perfecto derecho a hacer, ya que era miembro del Gabinete de Guerra). Chamberlain se quejó de que eran excesivamente largas, y dijo: «Como es obvio, sé perfectamente que esa correspondencia obedece al propósito de ir acumulando citas para el libro que sin duda habrá de escribir cuanto todo esto acabe»[28]. Es posible que no anduviera totalmente desencaminado, pero desde luego el primer objetivo de las misivas no era ese. El 18 de septiembre, por no fijarnos más que en uno de los muchos ejemplos que podrían traerse aquí a colación, Churchill le escribe a Chamberlain para indicarle el número de civiles que se precisaría para producir dos mil aviones al mes; para señalarle que el ejército debía contar con cincuenta y cinco divisiones en el plazo de dos años (en contraposición a las diecinueve de que disponía en 1918); y para demostrarle que por medio de una «inteligente coordinación» resultaba posible garantizar que el abastecimiento de explosivos y de acero no entrara en conflicto con la fabricación de aeroplanos[29].

No obstante, de todas las nuevas amistades que hizo Churchill durante el período que pasó al frente del Almirantazgo, la más importante fue una cuyo comienzo no se debió a ninguna iniciativa suya. El 11 de septiembre de 1939, el presidente Franklin Delano Roosevelt, empezó a cartearse con Churchill, inaugurando así una relación epistolar que no solo estaba llamada a adquirir relieve por derecho propio en la historia del mundo, sino que abrió una segunda línea de comunicación con el gobierno británico,

independiente de Chamberlain, al que sin embargo se informó previamente del asunto. «Mi querido Churchill, —arranca la primera carta del presidente estadounidense—, el hecho de que usted y yo hayamos desempeñado cargos similares en la [primera] guerra mundial me anima a hacerle saber la alegría que me produce el hecho de que vuelva a ocuparse usted del Almirantazgo […]. Lo que quiero que usted y el primer ministro sepan es que me tienen en todo momento a su entera disposición si consideran oportuno mantenerme personalmente enterado de cualquier extremo que quieran hacerme saber»[30]. El escrito concluía con una nota personal: «Me felicito de que pudiera completar usted los volúmenes del *Marlboro* [sic] antes de que empezara todo esto, y he disfrutado mucho con su lectura». Churchill aprovechó entusiasmado la oportunidad, y eligió como nombre en clave para ocultar el suyo propio el rótulo de «Miembro de la armada» (una denominación que resultaría difícil considerar impenetrable). (Al asumir el cargo de primer ministro lo cambió por el de «Antiguo miembro de la armada»[31]). En el transcurso de los cinco años siguientes, Churchill enviaría a Roosevelt 1161 mensajes, y este le devolvería 788, lo que significa que el presidente estadounidense escribió o recibió, hasta la fecha de su fallecimiento, un promedio de una carta cada dos o tres días. Ambos mandatarios consiguieron preparar así, con dos años de amistad epistolar, el histórico encuentro que habrían de mantener en agosto de 1941.

El 11 de septiembre en el Other Club, Churchill y Chatfield propusieron un brindis por lord Gort, un miembro del cenáculo que había ganado la Cruz Victoria en la batalla del Canal del Norte en 1918 y que estaba a punto de partir a Francia para ponerse al frente de la Fuerza Expedicionaria Británica que había sido enviada al país vecino al inicio de la guerra. Churchill y Chatfield enviaron asimismo un telegrama de felicitación a otro de los integrantes del ateneo, el general Jan Smuts, que había logrado ganar una votación en el parlamento sudafricano por ochenta votos a sesenta y siete —votación que había permitido que Sudáfrica participara en la guerra en el bando aliado (circunstancia que le había permitido a su vez volver a ocupar el puesto de primer ministro)—. De no haberse sumado Sudáfrica a los Aliados —o peor aún, de haberse unido a las fuerzas del Eje, como querían algunos nacionalistas afrikáneres—, podría haberse revelado

imposible establecer el decisivo canal de reabastecimiento de la India y Egipto[32].

Esa misma noche, lord Trenchard propuso a los demás integrantes del Other Club que la RAF realizara incursiones de bombardeo sobre Alemania partiendo de sus bases en Francia. El jefe del comando de bombarderos, el comandante supremo de las Fuerzas Aéreas Ludlow-Hewitt, intervino en el debate, y también terció en él el almirante de la flota *sir* Roger Keyes. Esto significa que en torno a la mesa del comedor del Hotel Savoy en el que estaba cenando Churchill se había dado cita un grupo de comensales que acumulaban entre todos tanta experiencia militar y tantos años de servicio como los que pudieran rodear a Chamberlain en el mismísimo Comité de Jefes de Estado Mayor, o quizá más. A lo largo de la contienda, estas cenas en el Other Club habrían de proporcionar a Churchill un gran número de ideas, argumentos y estadísticas, y desde luego él se encargaría de utilizarlas después del modo más conveniente.

En el Gabinete de Guerra, Churchill era quien adoptaba invariablemente la postura más agresiva. A principios del conflicto, al ver que los miembros de la junta se oponían a iniciar el bombardeo de Alemania, Churchill dijo que «no veía motivos para permitir que continuara sin estorbos la indecente y estentórea pesadilla de los boches»[33]. Y al comenzar a girar el debate en torno al tamaño óptimo que debían tener las bombas, él aseguró que quería las más grandes posibles, y si no, ya puestos, vino a decir, ¿por qué no ordenar a la RAF que les «lanzara un puñadito de castañas asadas…?»[34]. El colmo del absurdo de lo que dio en llamarse la «guerra falsa» —es decir, el período de dieciocho meses comprendido entre el inicio de las hostilidades y los primeros combates a campo abierto de ingleses y alemanes— se produjo al impedirse a la RAF bombardear objetivos en la Selva Negra debido a que buena parte de los terrenos de la zona eran fincas privadas[35]. «Hasta el momento no me parece que W. C. haya resultado particularmente útil, —afirma Chamberlain el 17 de septiembre—, aunque no cabe duda de que, de haberse quedado fuera, habría sido una espina clavada de la peor especie»[36]. Dos días después, Churchill puso por primera vez encima de la mesa la doble posibilidad de comprar veinte destructores antiguos a los estadounidenses y de exigir después a De Valera

que devolviese a Gran Bretaña el uso del puerto de Berehaven mientras durara la guerra. También manifestó su voluntad de detener los envíos de mena de hierro que partían de Narvik en dirección a Alemania, para lo cual era necesario quebrantar la soberanía de la neutral Noruega mediante la colocación de campos de minas destinados a obligar a los barcos alemanes a abandonar las aguas territoriales de ese país nórdico y salir a mar abierto. Debido a la oposición del gabinete y el Ministerio de Asuntos Exteriores, las minas no se instalarían frente a las costas noruegas hasta el mes de abril de 1940, no llegaría a Inglaterra ningún destructor estadounidense hasta septiembre de 1940, y no se utilizarían en ningún momento los muelles de Berehaven para salvarle la vida a los marineros británicos[37].

El 14 de septiembre, Chips Channon anota en su diario: «Me cuentan que Winston ya ha empezado a aturdir al Almirantazgo con sus injerencias y su exceso de energía»[38]. Churchill asignaba etiquetas con tres niveles de urgencia a las actas y memorandos que salían de su despacho. Una indicaba: «Tomar medidas hoy mismo, —otra decía—: Resolver antes de tres días», y la última señalaba: «Abordar en cuanto sea posible»[39]. Tommy Thompson recuerda que la segunda y la tercera se usaban tan poco que pronto dejaron de emplearse. El rótulo que instaba a «Tomar medidas hoy mismo», de color rojo, provocaba un gran revuelo de actividad en quienes recibían los legajos así marcados. En una ocasión, *sir* James Lithgow, encargado de controlar la construcción de barcos mercantes, sacó de tapadillo unas cuantas etiquetas del despacho de Churchill y, al emplearlas en sus propias oficinas, «quedó totalmente entusiasmado con los resultados obtenidos», aunque no tardaron en descubrirle y se vio obligado a devolver las que todavía conservaba[40]. En la mañana del 18 de octubre, el subsecretario de Churchill en el Almirantazgo, *sir* Geoffrey Shakespeare, se presentó en el despacho del primer lord y encontró sobre el escritorio un pliego con el tejuelo de «Tomar medidas hoy mismo. —En él se decía—: Me preocupa la escasez de pescado […]. Hemos de tomar medidas de “máxima pesca”. El secretario parlamentario me informará a media noche de las propuestas adecuadas a este respecto. W. S. C.»[41].

Shakespeare se concertó con el Ministerio de Agricultura y convocó una conferencia para entrevistarse con los propietarios de pesqueros de arrastre

de Hull, Grimsby y otras localidades. En la charla participaron también varios representantes de la armada que explicaron a los presentes que los barcos contarían con protección frente a los submarinos. Se creó un Consejo de Promoción de la Pesca, y se invitó a acudir al Almirantazgo a Ernest Bevin, el poderoso secretario ejecutivo del Sindicato de Transportes y de la Unión General de Trabajadores, a fin de que contribuyera a promocionar la política de «máxima pesca. —Churchill le explicó la situación en los siguientes términos—: Hemos de luchar por esta parte de nuestro suministro de alimentos con la misma intensidad con la que combatimos a los submarinos alemanes»[42]. En enero, Churchill pidió a Bevin una copia de un discurso que había pronunciado en el Instituto de Transportes, ya que en él argumentaba que, mientras durase la guerra, debía designarse a una única autoridad en materia de transportes. Churchill y Bevin procedían de entornos totalmente diferentes, tenían intereses completamente distintos, y evidentemente habían militado en campos opuestos durante la huelga general de la minería del carbón de 1926, pero ambos se profesaron inmediatamente una mutua y sincera admiración.

Churchill tuvo la gran suerte de encontrarse al frente del único departamento que se implicó de lleno en la guerra desde el momento mismo en el que se iniciaron las hostilidades, el día 3 de septiembre. El ejército se hallaba acantonado en la frontera franco-belga, y entretanto la RAF se ocupaba en lanzar panfletos propagandísticos en suelo alemán. Por más que una vez finalizado septiembre se acabaran conociendo los ocho meses posteriores con el nombre de la «guerra falsa», e incluso como el «latazo de guerra»[43], lo cierto es que las luchas que se estaban librando en el mar no tenían nada de ilusorio ni de aburrido.

El primer convoy transatlántico partió el 6 de septiembre. Tanto Churchill como los demás miembros del Almirantazgo habían tomado buena nota de las lecciones de la Gran Guerra y sabían que la manera más segura de transportar los suministros consistía en hacer que los mercantes navegaran juntos y contaran con una pantalla protectora formada por buques de guerra. En lugar de formar un cordón estático con los barcos de la armada durante la escolta de estos convoyes, quizá hubiera sido más útil constituir «grupos de caza» con los navíos de combate y asignarles

misiones de rastreo y aniquilación de submarinos. Sin embargo, la protección de las escoltas no fue nunca una garantía infalible de supervivencia: el 17 de septiembre, un sumergible alemán hundió en aguas del occidente de Irlanda a uno de los seis portaaviones británicos, el *HMS Courageous*, que transportaba 52 aeroplanos, pese a que navegara escoltado por cuatro destructores. Churchill había cometido el error de pensar que la invención del sonar podía neutralizar la amenaza de los submarinos[44]. Sin embargo, Churchill destacó siempre por aprender rápidamente, de modo que poco después empezó a decirles a sus colegas que, del análisis de la información obtenida de los supervivientes de un submarino alemán, podía colegirse que los barcos británicos estaban «incrementando el alcance de sus cargas de profundidad»[45].

La energía de Churchill era efectivamente formidable. En un solo día, elegido casi al azar entre los muchos de este período —el jueves 21 de septiembre de 1939—, Churchill convenció al Gabinete de Guerra de que aprobara la construcción de navíos, hasta completar un total de doscientas mil nuevas toneladas de desplazamiento, «con la idea de mantener una producción anual de al menos un millón cien mil toneladas brutas»; intervino en el debate que se mantuvo sobre esta cuestión en relación con la defensa aérea; visitó las bases navales de Portsmouth y sus alrededores; y escribió once cartas, de entre las que cabe destacar las siguientes: una a Chamberlain sobre el Gabinete de Guerra; otra a Pound sobre la introducción de mejoras en los portaaviones y las redes antitorpedo; otra a Phillips sobre la colocación de minas en zonas barridas por fuertes corrientes y sobre el lanzamiento de minas magnéticas desde el aire; otra al almirante Little sobre la posibilidad de anclar un barco con sala cinematográfica en el Fondeadero de Scapa; otra al almirante Geoffrey Arbuthnot, el cuarto lord del Mar, sobre el almacenamiento subterráneo de petróleo; otra a *sir* Archibald Carter, el secretario permanente del Almirantazgo, sobre el hundimiento del *Athena*; y otras varias sobre la acción de unos barcos amarrados a puerto que habían disparado contra unos asaltantes alemanes[46]. Y la mayor parte de las jornadas el primer lord del Mar generaba aproximadamente el mismo número de ideas y protagonizaba similares «injerencias», por emplear la expresión de Channon.

El 26 de septiembre, Churchill pronunciaba, por primera vez en una década, un discurso amparado en la responsabilidad ministerial. Chamberlain le había precedido, y Harold Nicolson recuerda que, según avanzaba en su alocución el primer ministro, «se percibía claramente que el ánimo de la Cámara se iba hundiendo poco a poco, centímetro a centímetro. Al volver a su escaño apenas hubo aplausos. Durante toda la perorata, Winston Churchill había permanecido sentado junto a él, con la espalda encorvada, como un dios chino de la abundancia aquejado de una grave indigestión. Simplemente se mantuvo en el asiento, ceñudo, doblado sobre sí mismo y como poseído por una obsesión. Hasta que finalmente se puso en pie. Le recibe una fuerte ovación, surgida de todas las bancadas, mientras él comienza a hablarnos de la situación de la armada». Arrancó su discurso con un chiste**[47]** sobre lo extraño que se le hacía volver a encontrarse en la misma sala del Almirantazgo, con las mismas cartas náuticas, enfrentado al mismo enemigo, y fajado con los mismos problemas. Con una amplia sonrisa, y mirando de reojo a Chamberlain, dijo a continuación: «No tengo la menor idea de cómo ha podido producirse este curioso vuelco en mi destino»**[48]**. Nicolson señala que «la Cámara en pleno estalló en una furiosa carcajada, pero Chamberlain ni siquiera tuvo la decencia de esbozar una media sonrisa. Todo lo que su rostro transmitía era un notable malhumor»**[49]**.**[50]** Y muy posiblemente era lo más lógico, ya que este discurso de Churchill fue el primero de una larga serie de disertaciones parlamentarias perfectas, tanto por tono como por contenido, en las que el primer lord del Almirantazgo mostró su temple como sucesor *in pectore* de Chamberlain.

Como es obvio, Nicolson formaba parte de la facción contraria a Chamberlain, pero incluso Chips Channon, uno de los mayores defensores del todavía primer ministro, se manifestará admirado por el discurso de Churchill. «Su señoría [Chamberlain] ha hecho su habitual declaración solemne, pero, por desgracia, quien le ha seguido en el uso de la palabra ha sido Winston, que ha protagonizado una verdadera hazaña, un brillante ejemplo de gestualidad y capacidad expositiva que le ha permitido describir con detalle la tarea que está efectuando el Almirantazgo. Ha divertido e impresionado a la Cámara […], ha debido de llevarle un trabajo infinito

elaborar ese discurso, y su intervención ha contrastado vivamente —lo que desde luego se ha dejado sentir— con las pálidas manifestaciones del primer ministro.»[51] Lord Crawford, que llevaba más de cuarenta años criticando a Churchill, señala que, en el Club Grillions, en el que los ministros se habían apartado de Winston durante su particular travesía del desierto, «todo el mundo ha aplaudido ahora la animosa arenga en la que ha descrito la situación en la que se encuentra la Marina Real Británica. El contenido ha sido juzgado útil, esperanzador y decidido; ha enardecido a todos con el tónico que más anhelaba en este momento la Cámara de los Comunes y ha sido un auténtico contrapunto al frío compendio de Chamberlain, carente de luces, sombras y perfiles. Churchill ha vencido a Chamberlain, y tengo la sensación de que lo ha hecho con entusiasmo»[52]. Churchill se había tomado efectivamente mucho trabajo con el discurso, pero también es verdad que lo hacía siempre, ya que los reescribía una y otra vez y los practicaba incansablemente.

En su declamación, Churchill engarzó en un relato bien hilado los distintos encontronazos navales que se habían vivido, y aseguró que los combates que ya se habían empezado a librar con los submarinos alemanes no solo eran «duros y crueles, sino que se extendían asimismo por una amplia zona geográfica y definían una guerra en la que había que andar a tientas, una contienda en la que había que ahogar al enemigo a base de emboscadas y estratagemas, una pugna basada en la ciencia y la pericia marinera»[53]. Como recuerda Nicolson:

> Su brillantez oratoria fue realmente asombrosa y tocó todos los palos, desde la más honda de las preocupaciones hasta lo aparentemente más frívolo, pasando por la determinación y la simple travesura de colegial. Era fácil percibir que los ánimos de la Cámara se electrizaban con cada palabra. Al final se constató con total claridad la insuficiencia y la nula inspiración de la intervención del primer ministro, aun para sus más acérrimos partidarios. En esos veinte minutos, Churchill se acercó más que en ninguna otra ocasión al puesto de primer ministro. Más tarde, en los pasillos y los vestíbulos, hasta los defensores de Chamberlain decían: «Hemos encontrado al líder que necesitamos». Los parlamentarios más veteranos confesaron que nunca en toda su vida habían visto que un único discurso pudiera cambiar a tal extremo la disposición de la Cámara[54].

Antes de poder elevarse al puesto de primer ministro, Churchill tenía que parecerlo y hablar como si ya lo fuera, y eso fue justamente lo que hizo

en una serie de discursos de ese mismo tenor a lo largo de los ocho meses siguientes. Su principal rival para la sucesión, lord Halifax, no se encontraba en los Comunes, y no era un orador. Si, como muchos sospechan, David Margesson había insistido en que se le confiara a Churchill el Almirantazgo, porque era «imperiosamente necesario "ennoblecerle" con un departamento que le mantuviera totalmente ocupado», lo cierto es que el tiro le había salido por la culata de la forma más espectacular. Churchill tenía ahora las manos libres para pronunciar discursos estimulantes sobre cuestiones de vida o muerte, y con su sentido del humor y de la oportunidad, sus declaraciones iban a eclipsar invariablemente a todo posible contrincante[55]. (Valga como ejemplo, el hecho de que de su discurso de septiembre eliminara una ocurrencia en particular por considerarla excesivamente pueril; se había propuesto decir: «Nuestros destructores persiguieron entonces a ese submarino en concreto, y todo cuanto quedó después del sumergible fue una gran mancha de aceite, en medio de la cual emergió al poco rato una puerta con mis iniciales».)[56][57]

John Reith dejó la BBC a finales de 1938, de modo que ahora no había ya obstáculo alguno que pudiera impedir que Churchill hablara por la radio. El 1 de octubre, en su primera alocución radiofónica de la guerra, Churchill dijo: «La heroica defensa de Varsovia muestra que el alma de Polonia es indestructible, y que volverá a surgir como lo hacen las peñas, a las que un golpe de mar puede sumergir durante un tiempo, pero que reemergen después, tan sólidas como antes»[58]. «Rusia ha optado por una fría política egoísta, —asegura Churchill. Y acto seguido admite sin ambages—: No puedo predecirles qué acciones habrá de emprender Rusia en el futuro. Estamos ante un acertijo sazonado de misterio y envuelto en un enigma, pero existe quizá una clave que puede permitirnos descifrar lo impenetrable. Y esa clave es el interés nacional de Rusia. No puede contribuir en nada a los intereses de ese coloso del norte, ni a su seguridad, que Alemania se plante de repente en las costas del Mar Negro, o que invada los estados balcánicos y someta a los pueblos eslavos del sureste europeo. Eso sería contrario a los históricos intereses vitales que siempre ha defendido Rusia a lo largo de su trayectoria»[59]. Después prometió que la guerra no terminaría

hasta que Hitler «y ese hatajo de malvados que tienen las manos manchadas de sangre y enfangadas de corrupción dejen de sujetar con sus garras al dócil y desdichado pueblo alemán». Poco después, su vieja amiga Ethel, conocida como «Ettie» (*lady* Desborough), le escribe para decirle que su alocución radiada había sido «una piedra de toque provista de la virtud de transformar y elevar nuestros corazones. Me has hecho sentir que todo cuanto posee verdadera importancia es inconquistable, pues se halla serenamente cobijado en alguna parte, y nos mantiene íntegros»[60]. *Lady* Desborough había perdido a dos hijos en la Gran Guerra, pero las palabras de Churchill la reconfortaron, tanto como a los millones de británicos que a las nueve de la noche conectaron la radio y pusieron las noticias, ya fuera en los *pubs* o en los hogares, y se sintieron imbuidos del empuje belicoso que Churchill les comunicaba y que la fraseología de Chamberlain, respetable pero muy poco épica, se revelaba simplemente incapaz de transmitir.

Al día siguiente por la tarde, el rey felicitó a Churchill por su intervención en las ondas. «En respuesta a mi pregunta de si no deberíamos ayudar a Alemania a frenar la irrupción del bolchevismo en su propio territorio, [Churchill] señaló que el nazismo y el bolchevismo eran igualmente perniciosos, y que realmente apenas había forma de considerar que el uno fuera preferible al otro.»[61] Parece extraordinario que, en un momento en el que Gran Bretaña se hallaba ya efectivamente en guerra con la Alemania nazi, Churchill tuviese que explicar al monarca que el bolchevismo no constituía en realidad una amenaza de mayor calado que la del *führer*. Y de hecho, este no iba a ser el último debate que mantuvieran sobre el particular. A primera vista, la oscilación de la actitud que Churchill mantiene a lo largo de su vida en relación con Rusia parece completamente incoherente[62]. En 1915 había empezado por tratar de apoyar a Rusia haciendo saltar el bloqueo de los Dardanelos; después había proclamado a los cuatro vientos la profunda enemistad que le oponía a los bolcheviques; más tarde, a finales de la década de 1930, había defendido la idea de una alianza con la Unión Soviética; a continuación, entre los años 1939 y 1940, respaldará a Finlandia en la guerra que la enfrentaba a Rusia; poco tiempo después, en 1941, establece de la noche a la mañana una alianza entre Gran

Bretaña y Rusia; en 1946, denuncia el régimen soviético; y finalmente, en los años cincuenta, intentará fomentar la política de distensión con la URSS. Con sus vaivenes políticos, Churchill había cambiado al menos dos veces de bando en la Cámara de los Comunes, pero en el caso de la URSS modificó su postura nada menos que en seis ocasiones. La explicación no hay que buscarla tanto en una falta de sistematicidad, como muchas veces se aduce, sino en su ponderación de los factores que constituían los «históricos intereses vitales» del imperio británico en cada una de esas diferentes fases.

En una cena con los miembros del Grupo de Eden celebrada el 3 de octubre en el Club Carlton, Waldorf Astor dijo que era esencial nombrar primer ministro a Churchill. Al escuchar estas palabras, Harold Nicolson sugirió que, una vez que Chamberlain hubiera rechazado la oferta de paz que se esperaba propusiera Hitler en breve, «empezaría la guerra de verdad, y, en ese caso, la indignación pública alcanzaría unos niveles tan extraordinarios que se revelaría necesario constituir una coalición. Es evidente que ninguno de los líderes de la oposición estará dispuesto a formar parte de un gabinete en el que participen también Chamberlain, Simon y Hoare, de modo que la eliminación de estos tres nombres se producirá de forma casi automática», aseguró[63]. Duff Cooper y Leo Amery añadieron que no había tiempo que perder.

La existencia de este tipo de planteamientos, tanto entre parlamentarios como entre otras figuras influyentes, resta credibilidad a la doble hipótesis de que en mayo de 1940 los integrantes del movimiento contrario a las medidas de apaciguamiento no tuvieran ningún plan, y de que el puesto de primer ministro recayera sobre Churchill por una suerte de mágica combinación entre la buena fortuna y una acumulación de circunstancias[64]. De hecho, los diputados rebeldes del Partido Conservador y el gobierno de concentración nacional habían comenzado a estudiar la posibilidad de que se produjera justamente el escenario que finalmente terminaría por verificarse siete meses antes de que los acontecimientos confirmaran sus sospechas. En una reunión de partidarios de Eden, el nombre de Churchill salió a la palestra con más fuerza incluso que el de su propio líder, que hasta ese momento no había pronunciado

ningún discurso alentador desde la secundaria tribuna que le ofrecía su puesto de secretario de estado para Asuntos de los Dominios.

El 4 de octubre de 1939, Randolph, que ya había cumplido los veintiocho años y se había incorporado al 4.º Regimiento de húsares al estallar la contienda, contraía matrimonio con Pamela Digby, la guapísima y extrovertida hija del undécimo barón Digby, en la iglesia de San Juan de la plaza Smith de Londres. Después de la boda, se ofreció un bufet para sesenta personas en el edificio del Almirantazgo. Al sugerir uno de los asistentes que Randolph no tenía dinero suficiente para casarse, Winston replicó como un relámpago: «¿Y qué necesitan? Cigarros puros, champán y una cama para dos…»[65]. Al llegar a la iglesia el padre del novio, los invitados prorrumpieron en vítores, algo que no forma parte en absoluto de las costumbres británicas, pero se daba la circunstancia de que el enardecedor discurso que había dado ante los micrófonos de la BBC había tenido lugar solo tres días antes. De acuerdo con Maud Russell, una de las convidadas, «Churchill lloró muchísimo durante la ceremonia»[66]. No sin malicia, Russell hace también el siguiente comentario acerca de Randolph: «No tengo la menor duda de que él se casa porque piensa que ya ha llegado el momento de que Winston tenga un nieto, y que eso es además lo correcto. En los últimos meses ha propuesto matrimonio a cuatro o cinco mujeres». Randolph cometió un error casándose con Pamela, que por entonces contaba apenas diecinueve años de edad, en una fase de su vida en la que tenía que partir durante largas temporadas al extranjero para cumplir con su deber militar. Es posible que él hubiera madurado ya lo suficiente como para llevar una existencia asentada, pero desde luego ella no se encontraba en modo alguno en la misma situación.

Dos días después, Churchill pedía a Maisky que se presentara en el Almirantazgo a las diez de la mañana con el fin de celebrar una reunión. «No puede decirse que fuera exactamente la hora a la que habitualmente se daba audiencia a los embajadores en Inglaterra, ¡pero la presente situación dista mucho de ser común y corriente, y menos aún lo es el hombre que me ha invitado!»[67] Maisky observó que las paredes del despacho de Churchill

se hallaban cubiertas por una vasta colección de los más variados mapas, todos ellos con perfiles sacados de los más remotos rincones del mundo y densamente cubiertos de líneas correspondientes a las distintas rutas marítimas. «Del techo cuelga una lámpara protegida por una amplia pantalla oscura que da una luz suave y extremadamente agradable.»[68][69] Churchill dijo a Maisky que, «de no ser por la diabólica tarea que se nos impone, centrada en aniquilar barcos y vidas humanas, me encantaría filosofar sobre el peculiar romanticismo que envuelve el hecho de mi retorno a esta sala tras un cuarto de siglo»[70].

Churchill y Maisky estudiaron los términos de paz que Hitler había anunciado en el Reichstag ese mismo día (tal y como había previsto el Grupo de Eden). En el documento del dirigente nazi, el nombre de Churchill aparecía mencionado en tres ocasiones: «No obstante, si acabaran por prevalecer las opiniones del señor Churchill y sus seguidores, —había dicho el *führer* en uno de sus argumentos—, la presente sería la última propuesta de esta naturaleza». En cambio, el nombre de Chamberlain brillaba por su ausencia. La oferta de paz que había hecho Hitler se basaba en el supuesto de que se le permitiera conservar Polonia y Checoslovaquia, y de que Alemania consiguiera la devolución de sus antiguas colonias, condiciones que, de cumplirse, determinarían que Alemania accediera a dejar que Gran Bretaña mantuviera su imperio. Tras desgranar Maisky los términos del planteamiento nazi, Churchill «se puso en pie de un salto y empezó a recorrer bruscamente la habitación a grandes trancos», y casi inmediatamente exclamó:

«Personalmente, encuentro que lo que se propone es absolutamente inaceptable. ¡Son los términos de un conquistador…! ¡Pero todavía no nos han conquistado! ¡No, no; todavía no nos han conquistado…! Algunos de mis amigos conservadores aconsejan que pactemos la paz. Temen que Alemania termine por abrazar el bolchevismo durante la guerra. Pero yo digo que hemos de combatir hasta el final. Es preciso aniquilar a Hitler. El nazismo ha de ser aplastado de una vez por todas. ¡Que Alemania se vuelva bolchevique! No me asusta esa perspectiva. Mejor el comunismo que el nazismo»[71].

Churchill seguía dejando bien patente la antipatía que le inspiraba el comunismo, incluso en aquellas circunstancias y frente al embajador soviético, pero al mismo tiempo también estaba decidido a actuar con contundencia y sentido práctico, y por eso le dijo a Maisky que los intereses británicos y los soviéticos «no chocaban en ningún lado»[72]. Ese mismo mes de octubre de 1939, la Unión Soviética había obligado a los tres estados bálticos de Estonia, Letonia y Lituania —anteriormente independientes— a aceptar que se instalaran en su territorio varias bases militares del Ejército Rojo, y en mayo y junio terminaría por ocuparlos y anexionárselos sin más. «En esencia, —sostendrá Churchill—, las últimas acciones del gobierno soviético en el Báltico se compaginan bien con los intereses británicos, puesto que disminuyen el potencial *Lebensraum* de Hitler. Y si los países bálticos están abocados a perder su independencia, será mejor para ellos que se les incluya en el sistema estatal soviético y no en el alemán»[73]. Churchill no podía saber entonces que los estados bálticos acabarían permaneciendo en las fauces soviéticas por espacio de medio siglo. Sin embargo, esta inmoderada aceptación de la afinidad con Rusia no fue más que una postura de conveniencia temporalmente esgrimida y surgida de la excepcionalidad bélica, ya que lo cierto es que no solo se aseguró de que Gran Bretaña no llegara a reconocer nunca las anexiones de los países bálticos, sino que puso a buen recaudo en Londres el oro de las tres naciones, y continuó manteniendo relaciones diplomáticas con ellas.

El 9 de octubre, el rey toma nota de su entrevista con Churchill, al que encuentra propenso al bostezo y «muy ocupado en la redacción de una larga serie de borradores de la respuesta que [Chamberlain] debía dar a Hitler. Él quería que la contestación fuese mucho más dura [de lo que había propuesto el Ministerio de Asuntos Exteriores], pero yo le dije que dejara la puerta abierta, al menos por el momento. No es posible que nadie se esté oponiendo a Hitler en su propio país. Resulta difícil hacer entrar en razón a Winston, pero con el tiempo conseguiré dar con la tecla adecuada, espero»[74]. Dado que Churchill estaba intentando todo lo contrario, es decir, asegurarse de que el Gabinete de Guerra cerraba esa puerta a cal y canto, de modo que Hitler no hallara forma de introducir por ella ningún

tipo de oferta de paz —pese a que Halifax pensara que «la negociación no es imposible»—, no es de extrañar que el rey encontrara peliagudo conversar con Churchill sobre estas cuestiones[75].

Pese a los grandes esfuerzos de Rab Butler, el subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, decidido a hacer todo lo posible «por mantener la puerta ligeramente entreabierta», el 12 de octubre Chamberlain anunciaba finalmente que Gran Bretaña rechazaba de plano la propuesta de paz de Hitler[76]. Channon, que en ese momento hacía las veces de secretario parlamentario privado de Butler —y que además era íntimo amigo suyo—, señala que Churchill, «que se encontraba sentado frente a [Chamberlain] (ya que no había sitio suficiente en la bancada del gobierno para acomodar su barroco trasero), se sumó a la general salva de aplausos»[77]. Ese mismo día, previendo que la agresión alemana habría de intensificarse, Churchill escribe un informe dirigido a Pound en el que le advierte: «Las próximas jornadas van a estar llenas de peligros». Como era de esperar, a las doce y cincuenta y ocho de la mañana del 14 de octubre, el acorazado *HMS Royal Oak* fue torpedeado mientras se encontraba anclado en los muelles de la base de la Marina Real Británica en el Fondeadero de Scapa, en las islas Orcadas, provocando el ahogamiento de 833 hombres. Churchill atribuyó el desastre a los escasos medios de defensa con que contaban las instalaciones portuarias, debidas a la cicatería del Tesoro, tal y como culpaba de la escasez de destructores a la mezquina tacañería de *sir* John Simons, encargado de la cartera de Hacienda[78].

«Para Winston fue como recibir un mazazo, —recuerda el inspector Thompson—. No fue la primera vez que le oí musitar en esos días: "Si al menos me hubieran hecho caso hace unos años, esto no habría ocurrido".»[79] El mismo día anterior, Churchill había escrito un comunicado en el que aseguraba que el viernes 13 iba a ser una fecha funesta para los submarinos alemanes —una afirmación que ahora parecía una desmesura absurda—.[80] (Churchill, que era muy supersticioso, concedió una «gran importancia» al hecho de que el acorazado hubiera sido hundido precisamente en un día —como le confesará poco después a uno de sus ayudantes— en el que «se había puesto, por error, una corbata negra en lugar de la de lunares, que es la que llevo habitualmente».)[81] «Pobres

muchachos, pobres muchachos, —se sincerará Churchill con el oficial encargado de darle la noticia del hundimiento del *Royal Oak*—, atrapados en esos negros abismos». Mary recuerda que su padre «sentía muy profundamente la pérdida de vidas. Comprendía en toda su extensión el significado de esas muertes, el malogro de los grandes buques, la desaparición de los hombres…»[82]. Tendría que transcurrir casi un mes —en el cual quedaron inutilizados el HMS Belfast[83] y el Nelson— para que Churchill lograra convencer al Almirantazgo de que hundiera los navíos de bloqueo[84] previstos (que todavía hoy siguen en su posición), instalara los cañones antiaéreos solicitados y colocara las nuevas redes antitorpedo necesarias para mejorar las defensas pasivas de las naves atracadas en el Fondeadero de Scapa. (Durante una visita a esa base, Churchill dispuso que se arrojara comida desde los acorazados y el portaaviones fondeados a modo de señuelo a fin de que las gaviotas se pusieran a volar a su alrededor y el cuadro pareciese enteramente verosímil para cualquier aparato de reconocimiento alemán que pudiera sobrevolar la zona.)[85] «Aténgase siempre a su propio criterio, —le aconsejará Churchill a Hore-Belisha—. Puesto que una vez que haya comprobado que algo funciona, sabrá también por qué.»[86]

Para Chamberlain, el destino del *Royal Oak* representó un súbito y tardío momento de revelación —aunque también se disipó con idéntica rapidez—. El 15 de octubre, el primer ministro comenta con Ida: «¡No sabes cuánto aborrezco y repudio esta contienda!». «Nunca tuve intención de ser ministro de la Guerra… El solo hecho de pensar en todos esos hogares destrozados por lo que acaba de sucederle al *Royal Oak* hace que desee pasarle mis responsabilidades a otra persona.»[87] La «otra persona» en la que estaba pensando era lord Halifax, uno de los pocos miembros del gobierno que aún tenía menos inclinaciones militares que el propio Chamberlain, mientras que Churchill era el único que seguía instando al Gabinete de Guerra a tomar medidas urgentes. A finales de octubre, Churchill advirtió seriamente a sus integrantes: «Es probable que [en primavera] empiecen a producirse acciones decisivas», señaló, y a continuación explicó que era necesario desplegar el mayor número de tropas posible en los frentes abiertos antes de que empezara el buen

tiempo[88]. También quería «estudiar la posibilidad de un desembarco alemán, sobre todo ahora que las noches son cada vez más largas». Esto determinaría que Inskip se quejara de que «la imaginación de [Winston] sigue siendo extremadamente fértil»[89]. En noviembre, Churchill promovió la puesta en marcha de la Operación Royal Marine, un plan destinado a soltar miles de minas fluviales en algunos ríos franceses, como el Mosela y otros afluentes, para que la corriente las arrastrara flotando hasta el Rin, donde esperaba que los artefactos destruyeran los puentes alemanes y detuvieran el tráfico de mercancías y pertrechos[90]. Los aviones también arrojarían otras bombas flotantes en la cuenca del Ruhr. (Y al mantener un debate sobre el particular con el general de brigada aérea John Slessor, Churchill tuvo una de sus salidas: «Esta es una de esas raras y felices ocasiones en que las personas respetables como usted y como yo pueden disfrutar de unos placeres que normalmente están reservados al Ejército Republicano Irlandés».)[91] La idea de las minas fluviales topó con la terca resistencia del Ministerio de Asuntos Exteriores, y de hecho dejó «horrorizados» a Daladier y a Gamelin, ya que ambos temían que incitara a los alemanes a tomar represalias en Francia[92]. Lloyd George juzgó entonces que el momento era el más indicado para pronunciar un discurso favorable al establecimiento de negociaciones de paz. «No sé en qué demonios está pensando [Lloyd] George, —le dirá Churchill, completamente exasperado, al periodista W. P. Crozier—. ¡Por el amor de Dios, no son tiempos para la debilidad; con eso solo conseguiremos garantizarnos la más total y absoluta de las derrotas!»[93]

El 13 de noviembre, Maisky se citó para almorzar con Churchill en el domicilio de Bracken, sito en el número 8 de la calle Lord North, en Westminster. «Desde fuera parecía una casa totalmente corriente, de pequeño tamaño, —anota el embajador—, pero por dentro era un apartamento moderno y soberbiamente amueblado, perfecto para un representante de la intelectualidad burguesa»[94]. Churchill llegó tarde, porque había tenido que acudir a una reunión del Gabinete de Guerra, pero se presentó «con su mejor aspecto: fresco, rejuvenecido, rebosante de energía y con vigorosas y elásticas zancadas. —Inhalando profundamente el humo de su cigarro puro, Churchill le dijo a Maisky—: Lo que ha

desencadenado la guerra ha sido su pacto de no agresión con Alemania, pero no le guardo rencor. Hasta le estoy agradecido. He tenido durante mucho tiempo la sensación de que la guerra con Alemania era una circunstancia *necesaria*. De no haberse producido su pacto, mi país habría continuado sumido en un mar de dudas y dilatando por tiempo indefinido cualquier decisión. Y al final, habríamos acabado por retrasar a tal punto la adopción de medidas que ya no nos habría resultado posible ganar la guerra. Pero la ganaremos, aunque nos cueste un esfuerzo enorme»[95]. Más tarde, al resumir en su diario las conclusiones de Churchill, Maisky concluye: «En época de paz, es frecuente ver a los británicos convertidos en una suerte de sibaritas consentidos y glotones, pero cuando estalla una contienda o corren vientos de extrema dificultad, se convierten en fieros perros de presa que caen sobre su víctima y le dan el abrazo de la muerte»[96].

El 23 de noviembre, Churchill quedó encantado al conocer que se había producido un importante avance en la lucha contra las minas magnéticas. Un avión alemán había dejado caer un artefacto de ese tipo en las marismas situadas junto a las costas de Shoeburyness, justo al norte del estuario del Támesis. El ingenio no había explotado, pero quedaba perfectamente al descubierto con la marea baja. Al regresar de una cena en el Other Club, Churchill convocó una reunión inmediata de todos los oficiales que se hallaran al servicio del Almirantazgo, y exigió asimismo la presencia de entre ochenta y cien directores —con lo que consiguió que estuvieran representadas todas y cada una de las divisiones y departamentos de la marina—. De este modo, los asistentes al encuentro tuvieron ocasión de escuchar hasta en sus menores detalles el relato del teniente coronel Roger Lewis, que ese mismo día había logrado desactivar la mina con un martillo, un destornillador y una navaja, pese a que la marea, que estaba subiendo rápidamente, amenazaba con echársele encima. «Nos ha tocado el gordo», exclamó Churchill ante sus entusiasmados camaradas. En lo sucesivo, con la información que se había logrado obtener, la armada se encontró en condiciones de «desactivar el “efecto *gauss*”», es decir, halló la manera de desmagnetizar sus buques mediante la colocación de un solenoide de cobre en torno al casco[97].[98] Al preguntársele a Lewis: «¿Pasó usted miedo?», Pound terció bruscamente y dijo que no tenía sentido plantear ese tipo de

interrogantes a un oficial de la Marina Real Británica: «¿Miedo? ¡Pues claro que no había pasado ningún miedo!».

El 13 de diciembre, el teniente coronel Edward Bickford, capitán del submarino *HMS Salmon*, torpedeó en un mismo día a dos cruceros alemanes el *Nürnberg* y el *Leipzig*, una doble acción por la que Churchill le condecoró inmediatamente con la Orden del Servicio Distinguido y le ascendió al grado de comandante. Se hicieron amigos, y Churchill adquirió la costumbre de invitar frecuentemente a cenar al edificio del Almirantazgo, cada vez que estaba de permiso, al joven marino, de apenas treinta años de edad. En la primera mitad del año 1940, la familia Bickford se percató de que su atractivo y recién casado invitado aparecía sumamente cansado y ojeroso, así que Churchill intentó convencerle de que dejara de intervenir un tiempo en operaciones de riesgo, pero Bickford dijo que no podía dejar en la estacada a sus compañeros de fatigas[99]. El 9 de julio de 1940, el *HMS Salmon* desaparecía, junto con toda su tripulación, en un campo de minas alemán situado frente a las costas del suroeste de Noruega. Fallecía así, en plena juventud, un nuevo paladín. «Se me hizo difícil aceptar que ya no estuviera con nosotros, —escribe Mary en su diario—, y que en algún lugar las frías olas del mar estuviesen zarandeando y descomponiendo su cadáver»[100].

El 17 de septiembre, Rusia atacaba el flanco oriental de Polonia e invadía el país, haciendo así efectivas las cláusulas secretas del Pacto Mólotov-Ribbentrop. El ejército soviético aplastó rápidamente cualquier conato de resistencia, e hizo prisioneros a un gran número de soldados polacos. A mediados del mes siguiente, seguían sin registrarse actividades militares en las regiones occidentales de Europa, y el mar continuaba siendo el escenario principal de la guerra, el espacio en el que la Marina Real intentaba hundir a los asaltantes alemanes que atacaban a las embarcaciones aliadas que surcaban el Atlántico. A mediados de diciembre de 1939, durante la batalla del Río de la Plata, en la que los tres cruceros del comodoro Henry Harwood —los *HMS Ajax*, *Achille* y *Exeter*— se enfrentaron al acorazado de bolsillo alemán *Graf Spee* (que Churchill

pronunciaba «Schpiii» en lugar de «Schpai»), el primer lord del Almirantazgo permaneció encerrado prácticamente todo el tiempo en la Sala de Mapas, enfrascado, entre otras cosas, en escuchar las emisiones radiofónicas de un estadounidense que había podido presenciar directamente el deliberado hundimiento[101] del buque germano en el estuario de Montevideo, la capital uruguaya, (también pronunciado al estilo Churchill: «Montividdioh»), el 17 de diciembre. Churchill quiso enviar órdenes a Harwood basándose en la crónica que estaba escuchando en la radio, en lugar de tener que aguardar seis horas a recibir las señales que transmitía la red de repetidores situados en las Malvinas, Sierra Leona y Gibraltar, cuyos mensajes debían ser finalmente decodificados en Whitehall. Pound le aseguró categóricamente que no podía decidir la posición ni las acciones de los buques de la Marina Real con el único fundamento de una emisión estadounidense lanzada libremente a las ondas, a lo que añadió que debía dejar que fuera el hombre destacado en el lugar de los hechos quien tomara las decisiones[102]. Una vez hundido el *Graf Spee*, Churchill ascendió a Harwood al grado de contraalmirante, y le nombró caballero.

El regreso del *HMS Exeter* a Inglaterra ofreció a Churchill una espléndida oportunidad de situar su gesta en el magno curso de la historia británica. Churchill se desplazó a Plymouth para decirle a la tripulación:

> Al veros remontar el río esta mañana para penetrar en el puerto y recibir las aclamaciones de la multitud agolpada en ambas orillas, le viene a uno a la mente la imagen de otros espectadores, velados por las grandes sombras del pasado, cuyas hazañas nos retrotraen a los días de Drake y Raleigh, a los grandes lobos de mar de los viejos tiempos. Y si pensáis que esos espectros han podido sentir una punzada de melancolía al contemplar hoy esta escena, podríais decirles: «Nosotros, vuestros descendientes, que seguimos dominando en la guerra, no hemos olvidado las lecciones que nos enseñasteis»[103].

Una de las canciones que se cantaban en el colegio de Harrow en el que estudió Churchill lleva el título de *When Raleigh Rose*.

Es indudable que el propio Churchill se consideraba personalmente observado por «las grandes sombras del pasado». En febrero se dio un almuerzo en el ayuntamiento en honor de las tripulaciones de los *HMS Exeter* y *Ajax* (el *HMS Achilles* seguía navegando). En esa celebración,

Churchill continuó trenzando los mimbres de su tema histórico: «Los héroes guerreros del pasado pueden mirarnos desde lo alto, tal y como nos contempla desde su erguido pedestal el monumento de Nelson, sin que su ánimo se vea asaltado por el temor de que nuestra raza isleña pierda su audacia o de que los ejemplos establecidos en épocas pasadas vengan a marchitarse con el paso de las generaciones»[104]. Durante el ataque, Hardwood había enarbolado el mismo código de señales que Nelson había empleado en la batalla de Trafalgar, en el que se decía: «Inglaterra espera que todos los hombres cumplan con su deber. —Y Churchill sentenció—: Nada ha sido considerado indigno hoy: ni la nueva ocasión, ni la conducta de la tropa, ni el desempeño de la marinería, ni el resultado final»[105]. Más tarde, Walter Thompson se manifestará preocupado por las masas de jóvenes grumetes que se apiñaban en torno a él. Esto es lo que explica: «Los muchachos que se acercaban a Winston, movidos por el entusiasmo, le levantaban los brazos con fuerza, y más que darle palmadas en la espalda lo que hacían era arrearle trastazos con todas sus fuerzas. El señor Churchill siempre fue correoso, pero ya no era ningún chiquillo, ¡y alguno de aquellos mozalbetes ponían verdadero ardor en sus felicitaciones! Una o dos veces le vi estremecerse de dolor, pero él lo encajaba todo con el mejor de los ánimos y una enorme sonrisa»[106].

El 30 de noviembre, Rusia atacó Finlandia. Esto volvió a incitar a Churchill a renovar las presiones para que Gran Bretaña y Francia cortaran el suministro de mena de hierro que Alemania obtenía de los países nórdicos. Para lograrlo, proponía ocupar la inmensa mina de ese mineral de Gällivare, en Suecia, y el puerto noruego de Narvik, desde el que se exportaba el material a Alemania en los meses de invierno, al congelarse el golfo de Botnia. Churchill instó al gobierno diciendo que, como mínimo, debía permitirse que la armada sembrara de minas las aguas que rodean el puerto de Narvik. El 16 de diciembre, el gabinete, liderado por Halifax, decidió que esas medidas resultaban inaceptables, ya que supondrían una violación de la soberanía de dos naciones neutrales. Churchill contestó apelando a la superioridad de la ética sobre las leyes. «El tribunal último en esta disputa es el de nuestra propia conciencia», aseguró.

> Estamos luchando con el doble objetivo de restablecer el imperio de la ley y de proteger las libertades de los países pequeños. Nuestra derrota significaría el inicio de una era de bárbara violencia, y no solo se revelaría fatal para nosotros, sino también para la vida independiente de todos los países de Europa de peso y tamaño reducido […]. Las naciones pequeñas no deben maniatarnos cuando luchamos justamente por sus derechos y por su libertad. En casos de emergencia suprema, la literalidad de la ley no debe convertirse en obstáculo para quienes han de velar por su amparo y cumplimiento […]. La humanidad ha de ser nuestro norte, antes que la legalidad[107].

Sin embargo, el ejecutivo volvió a darle la espalda.

Pese a todo, lo cierto es que Churchill nunca se dejó derrotar por sufrir estos contratiempos en el consejo de ministros. Más tarde, Leslie Hore-Belisha afirmará que parte de su éxito político se debía al hecho de que su forma de enfocar las deliberaciones fuera totalmente diferente de la de sus colegas. «Cuando entra en la sala en la que se reúne el gabinete o un comité sabe perfectamente lo que quiere conseguir. Tiene un proyecto, un plan, una solución. No es de los que escucha pacientemente mientras los demás desgranan sus puntos de vista. Toma la iniciativa con una propuesta propia y la expone con la vista puesta en que sus compañeros de profesión la apoyen, o, caso de que lo juzguen oportuno, la ataquen.»[108] Churchill siempre trató de asegurarse de que los debates relativos a las medidas políticas por adoptar giraran siempre en torno a sus prioridades y propuestas. También utilizaba con enorme destreza las gráficas, las tablas estadísticas y los mapas, consiguiendo con ello que la imaginación de los asistentes encontrara elementos palpables en los que basarse. «Si no logra que sus tesis se abran paso en una discusión, lo más probable es que él mismo proponga dejar la reunión para otro día», señala Hore-Belisha. Y entonces «se presentará reforzado con nuevas y más sólidas pruebas, hechos e informaciones, y reanudará su ofensiva»[109]. La finalidad de las reuniones consistía justamente en promover la materialización de sus planes de acción y en desconcertar a sus rivales, no en alcanzar una conclusión objetiva tras la debida ponderación de todas las alternativas.

El 16 de enero, el rey anota en su diario que acaba de decirle al primer ministro que el plan con el que Churchill pretende impedir que Narvik exporte hierro a Alemania «recuerda demasiado a un segundo Dardanelos, y [Chamberlain] se ha mostrado de acuerdo», añade[110]. Sin embargo, cuatro

días más tarde, la Junta Suprema de Guerra, creada en septiembre de 1939 para coordinar las acciones militares de ingleses y franceses, y en la que participaba asimismo el alto mando del ejército galo, dio un vuelco completo a sus planteamientos y acordó que el 20 de marzo debía desembarcar un contingente en Narvik con el fin de apoderarse de las minas de Gällivare y trasladarse después al este para ayudar a Finlandia en su lucha contra Rusia. El visto bueno de Suecia y Noruega se obtendría simplemente por fuerza mayor. Pese a que en los más altos círculos de Londres los planes de Churchill continuaran despertando notables recelos, lo cierto es que se acababa de dar vía libre a su proyecto.

Esa tarde, Churchill dio por radio un discurso extremadamente polémico dirigido a los países neutrales que fue muy mal recibido en algunos sectores del gobierno y de Whitehall, sobre todo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Basándose en consideraciones geográficas, dijo que no creía que los estados bálticos pudieran resistir en la práctica el empuje de Rusia, aunque en cambio Finlandia sí que se encontraba en condiciones de hacerlo. Elogió la tenacidad de los finlandeses en su lucha contra la Unión Soviética: «Solo Finlandia —soberbia; no, mejor aún: sublime, en las fauces del peligro—; solo Finlandia muestra lo que pueden hacer los hombres libres. El servicio que Finlandia está prestando al género humano es magnífico […]. Todo el mundo puede comprobar que el comunismo pudre el alma de una nación; que la vuelve abyecta y le hace pasar hambre en tiempos de paz, y que la envilece y la transforma en algo abominable en épocas de guerra»[111]. Es evidente que la resistencia de Finlandia había modificado el punto de vista que le había expresado a Maisky respecto a la coincidencia de los intereses británicos y soviéticos. Y al referirse a los países neutrales, a los que Churchill vio siempre como entidades lastradas, bien por el deseo de fingir interesadamente una conveniente debilidad, bien por la pura y simple cobardía, dijo: «Todos ellos se aferran a la esperanza de que, si alimentan suficientemente bien al cocodrilo, este habrá de dejar para más tarde sus ansias de devorarlos. Sin embargo, temo —y mucho—, que la tormenta no vaya a amainar en breve. Arreciará y rugirá con fuerza, con violencia creciente, y su extensión irá en aumento»[112].

Halifax se puso furioso y le dijo a Chamberlain que Churchill había hecho retroceder tres meses los avances conseguidos hasta entonces en la profundización de las relaciones con los países neutrales, lo que «constituía un daño incalculable»[113]. El mismo Halifax le envió a Churchill una nota sobre el particular al gabinete, aunque solo consiguió que el aludido le respondiera: «Pedirme que no haga un discurso es como pretender que un ciempiés se marche por donde ha venido sin poner una sola pata en tierra»[114]. Chamberlain obligó a Churchill a disculparse con Halifax, ya que el número 10 de Downing Street no había dado luz verde al ofensivo párrafo «del cocodrilo». «Estamos pagando un alto precio por tener a nuestro Winston» en el gobierno, le dirá Chamberlain a Ida: «y los oyentes que vibran de entusiasmo al oír sus comunicados por radio no se paran a considerar si la satisfacción que les produce escuchar en público las cosas que todos sentimos y decimos en privado no estará teniendo un coste excesivo»[115]. Obviamente, lo que no podía cuantificarse era el número de suecos, irlandeses, belgas o suecos que decidían apoyar a los Aliados al escuchar las arengas de Churchill. «La charla que ha dado papá en la radio ha sido magnífica, —escribe Mary en su diario—. Hace que me sienta a un tiempo orgullosa de tener un padre tan grande, y humilde por eso mismo.»[116]

Pese a todas las quejas que sostenían los países neutrales se habían sentido ofendidos, ese discurso sería también uno de los muchos que iban a permitir que el pueblo británico viera con toda claridad cuál era la actitud que Churchill estaba manteniendo respecto a la guerra. «Desde luego, es indudable que estamos combatiendo en inferioridad numérica, —admitía sin ambages—, pero eso no es ninguna novedad en nuestra historia. Son muy pocas las guerras que se han ganado únicamente por cuestiones de mera cantidad. Los factores que se han revelado decisivos en el transcurso de la historia humana han tenido mucho más que ver con la cualidad de lo que se defiende, y por eso son cruciales la determinación, las ventajas geográficas, los recursos naturales y económicos, el dominio del mar, y sobre todo, una causa capaz de tensar en millones de pechos la fibra más humana de cuantas nos habitan»[117]. Prosiguió su charla hablando del desenlace que finalmente habría de tener la guerra, a su juicio. «Que las

grandes ciudades de Varsovia, Praga o Viena expulsen de sus corazones todo conato de desesperación, aun estando como están en plena agonía. Su liberación es segura. Llegará el día en que vuelvan a repicar campanas de júbilo en toda Europa, en el que las naciones victoriosas, dueñas no solo de sus enemigos, sino de sí mismas, planifiquen y construyan con arreglo a la justicia, la tradición y la libertad una casa con muchas mansiones en la que todos hallemos cabida»[118]. En todas esas ciudades, y más tarde en el conjunto de la Europa ocupada, se empezaría a castigar con la pena de muerte a todo aquel que escuchara los discursos radiados de Churchill. Y sin embargo, esa amenaza no impediría que la gente los oyese, dado que él era una de las pocas personas capaces de ofrecer a esas torturadas poblaciones algo que necesitaban por encima de todo: esperanza.

Churchill también habló de «que por primera vez se había conseguido quebrar por completo la campaña inicial de los submarinos alemanes, debido a que el peligro de las minas se hallaba razonablemente bien controlado y a que el número de nuestros barcos no ha experimentado prácticamente ninguna disminución»[119]. Lord Halifax le dijo a su íntima amiga, la hija de lord Curzon, *lady* Alexandra Metcalfe, conocida coloquialmente como «Baba», que «me parece increíble que un hombre en su posición pueda meter la pata de semejante modo. Las fanfarronadas con las que alardea sobre el curso de la guerra en el mar acaban viéndose invariablemente seguidas de unas pérdidas espantosas. —En el programa de radio, Churchill había dicho—: Esta noche puedo decir que, a estas alturas, estoy prácticamente seguro de haber hundido la mitad de los sumergibles que poseía Alemania al empezar la guerra, y que las fábricas que debían sustituirlos están funcionando a un ritmo muy inferior al que habíamos previsto»[120]. En realidad, solo se habían echado a pique 9 submarinos de los 57 con los que el Reich había arrancado la contienda, es decir, el 15 %, según estimaciones salidas de su propio Departamento de Inteligencia Naval. Churchill había sacado esa cifra del 50 % añadiendo las 16 unidades «probablemente hundidas» a las 9 que habían sido «fehacientemente eliminadas», así como las 8 que la Sección Estadística de Lindemann había conseguido sacarse de algún modo de la manga. Al señalar el capitán A. G. Talbot, director de la División de Guerra Antisubmarina del

Almirantazgo, que el número de sumergibles puestos fuera de circulación no se parecía ni de lejos al que se había mencionado en el programa de radio, Churchill responderá en un informe fechado el 22 de enero que «treinta y cinco es la cifra más baja que puede aceptarse» —refiriéndose precisamente al número de submarinos hundidos o dañados—, ya que «esa es justamente la cantidad que vienen a admitir en la práctica los propios alemanes» (cosa que desde luego no era cierta[121]). «En esta guerra hay dos tipos de personas que hunden submarinos, Talbot, —le dirá Churchill al director de la división—: Usted los echa al fondo del Atlántico, y yo los aniquilo en la Cámara de los Comunes. El problema es que usted los está inutilizando a un ritmo que es exactamente la mitad del que yo mismo llevo»[122]. Con ánimo similar, Churchill le dirá al capitán Pim: «Por desgracia, a veces nuestros submarinos se hunden, pero le ruego que recuerde que los sumergibles alemanes quedan *destruidos*»[123].

Según las estimaciones de Talbot, a principios de abril de 1940 se habían aniquilado ya 19 batiscafos alemanes (y en este caso se trata efectivamente de una cifra correcta), 43 permanecían en estado operativo, y otros 2 estaban siendo reparados. En el año 2014, se estableció, tomando como base los datos de la armada alemana y otras fuentes oficiales, una lista exhaustiva de todas las pérdidas de submarinos. Dicha relación respalda el análisis numérico que efectuaron Talbot y Godfrey, y desmiente en cambio las afirmaciones de Churchill, Pound y Lindemann. De hecho, en septiembre de 1939 solo se echaron a pique 3 submarinos alemanes. En octubre fueron 4, seguidos de 1 en noviembre y de otro en diciembre. Y a principios de la década de 1940, los resultados no mejoraron demasiado, ya que se abatieron 2 en enero, 5 en febrero, 3 en marzo, 4 en abril y 1 a finales de mayo —lo que arroja un total de 23 en el período que Churchill llevaba al frente del Almirantazgo—. De ellos, 10 habían sucumbido al ataque de los buques ingleses, 5 habían desaparecido por causas desconocidas, 3 habían quedado fuera de combate tras impactar con una mina, 1 más había perecido como consecuencia de la acción conjunta de los destructores y la aviación acantonada en la costa, otro se había ido a pique tras ser bombardeado por los aeroplanos del litoral, el aparato de un portaaviones había hundido otro más, un submarino aliado había acabado

con el penúltimo, y finalmente cerraba la lista un sumergible perdido a causa de una colisión[124].

El hecho de señalar que el número de submarinos que Churchill afirmaba haber hundido como responsable del Almirantazgo no se corresponde con los 23 que realmente acabaron destrozados no denigra en modo alguno el gran coraje mostrado por la Marina Real Británica. Tan pronto como mejoraron los sistemas de aniquilación de este tipo de naves, las cifras ascendieron de forma espectacular: en 1940 se hundieron solo 24 submarinos, pero en 1941 fueron ya 37, en 1942 pasaron a ser 89, en 1943 hubo 272, 291 en 1944 y 141 antes de mayo de 1945, fecha en que la inmensa mayoría de los 355 sumergibles alemanes restantes fueron echados deliberadamente a pique[125]. El hecho de que Talbot no estuviera dispuesto a secundar los cálculos, tremendamente exagerados, del primer lord del Almirantazgo, acabaría determinando que el 25 de abril Churchill tuviese que escribirle una carta a Pound para comunicarle lo siguiente: «Quizá fuese buena idea que el capitán Talbot se hiciese a la mar lo antes posible»[126]. Y así fue. Talbot se labró de ese modo una distinguida carrera al mando del portaaviones *HMS Furious*, y llegó a obtener el grado de contraalmirante, pero jamás volvió a aceptar un puesto en el Almirantazgo.

«A fin de cuentas, el hecho de que se esforzara en materializar ideas salidas de sus propias convicciones es un atributo común a todos los grandes hombres», escribe el almirante Godfrey en el borrador de sus memorias al hacer referencia a Churchill (quizá convenga apuntar que el almirante Godfrey fue la persona en la que se inspiró Ian Fleming —que había sido ayudante del marino— para elaborar el personaje de «M» en sus novelas de James Bond).

> En Churchill, esa característica acabó concretándose en una implacable oposición a las ideas de otros en caso de que juzgara que estas se interponían en su camino. Para conseguir sus propósitos, Churchill no solo recurría a todos los mecanismos a su alcance, sino que centraba plenamente la batería artillera de su ingeniosa e incansable mente, extremadamente hábil en el plano político, en el objetivo que se proponía conseguir. En la panoplia de instrumentos a su disposición figuraban la persuasión, la cólera (real o simulada), la burla, el insulto, las rabietas, la ridiculización del adversario, la mofa, el abuso y el llanto, y no dudaba en emplear esas herramientas contra cualquiera que se le opusiera o que expresara un punto de vista contrario al que ya previamente se hubiera él formado, a veces en asuntos bastante triviales[127].

Era cierto; tanto es así que, de hecho, fue la clave del modo en que Churchill combatió en esta segunda gran guerra y la razón de que Chamberlain le hubiera mantenido al margen del gobierno todo lo posible. Godfrey nunca llegaría a aceptar los métodos del primer lord del Almirantazgo. Los críticos de Churchill sostienen que si mintió acerca del número de submarinos alemanes hundidos fue para incrementar las posibilidades de ver cumplida su ambición de llegar a ser primer ministro, pero lo cierto es que el mantenimiento de la moral, que desde luego era lo que Churchill trataba de conseguir, es una de las facetas esenciales para cualquiera que se proponga librar una guerra. En 1940, un joven marinero que viajaba a bordo de un acorazado le preguntó a Churchill: «¿Es cierto todo lo que nos dice?». «Joven, —le contestó Churchill—, son muchas las mentiras que he contado por mi país, y seguiré diciendo muchas más»[128]. Y lo cierto es que mucho después de haber llegado a Downing Street también habría de seguir exagerando periódicamente, por razones propagandísticas, los éxitos conseguidos.

En un discurso pronunciado en Manchester el 27 de enero, Churchill lanzó un llamamiento que le llevó a requerir la ayuda de un millón de mujeres, a las que pedía que cooperaran en el esfuerzo de guerra trabajando en las fábricas de municiones y dando a los hombres libertad para incorporarse a filas y al combate[129]. Se había percatado de que a la gente no le importaba que se le pidieran sacrificios si sabían que eran necesarios. «Este no es momento para el desahogo y la comodidad, —dijo en referencia al alcance de los racionamientos—. Vivimos tiempos que exigen aceptar desafíos y mostrar resistencia. Ese es el motivo de que tengamos que racionarnos los alimentos pese a que nuestros recursos estén yendo en aumento. Esa es también la razón de que sometamos a control todas y cada una de las toneladas de material que cruzan los mares, ya que tenemos que asegurarnos de que su transporte obedece únicamente a los objetivos de la victoria»[130]. Churchill comprendía también que la gente no iba a aceptar que los marinos mercantes perdieran la vida importando objetos de lujo completamente superfluos en esas circunstancias. Churchill explicó también a las masas la tortura a la que se estaba sometiendo a los polacos, fusilados por lotes numerados y víctimas de un conjunto de prácticas destinadas a

aterrorizarles. Refirió al público el caso de un polaco que había sido sacado a rastras de una farmacia con el solo objetivo de completar el total de personas que, según las órdenes del oficial nazi, debían de integrar las ejecuciones en masa de ese día.

«Manos a la obra, por tanto, —dijo Churchill—, afanémonos en la labor, en la batalla, en la tarea. Entreguémonos cada uno a nuestra parte del esfuerzo general, permanezcamos todos en nuestros puestos. Colmad los ejércitos, dominad el aire, producid un diluvio de municiones, estrangulad a los submarinos alemanes, barred las minas, arad la tierra, construid barcos, vigilad las calles, socorred a los heridos, levantad la moral de los abatidos y honrad a los valientes. Avancemos juntos en todos los puntos del imperio, en todos los rincones de la isla. No podemos perder ni una semana, ni un día, ni una hora…». Una de las personas que había tenido ocasión de escucharle escribirá más tarde: «Ninguno de los que estábamos en ese vestíbulo fue ajeno a la emoción general que en nosotros producían las históricas frases que brotaban como un clarín por todo el mundo libre»[131]. Randolph y Mary le habían acompañado, y en la cena familiar, celebrada en el tren que les llevaba de regreso a Londres, Tommy Thompson observará que Winston «se mostraba más contento y más a sus anchas de lo que se le hubiera visto en mucho tiempo»[132]. El 26 de enero, lord Crawford escribe: «Si Chamberlain se rompiese una pierna, la opinión pública llevaría a Churchill en volandas hasta Downing Street»[133].

Churchill fue leal con el gobierno, ya que no solo no se dedicó a socavar la credibilidad de Chamberlain, sino que tampoco permitió que Bracken se dedicara a segar la hierba bajo sus pies. El 4 de febrero, Churchill asistió en París a una reunión de la Junta Suprema de Guerra. Tomó un tren en Charing Cross para subir a bordo de un destructor en Dover, y en el trayecto, en el que le acompañaban el primer ministro, Halifax y *sir* Alec Cadogan —que había sustituido a *sir* Robert Vansittart como subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores—, Chamberlain le mostró a Churchill, con ánimo de «probar suerte», los telegramas que había estado intercambiando con Washington respecto a la perspectiva, muy mal considerada, de que Sumner Welles, el subsecretario de estado estadounidense, iniciara en breve una misión de paz por Europa en la que se

descartaba el mantenimiento de conversaciones de paz directas con Hitler. Cadogan señala que «Winston —que estaba ya en su segundo jerez— leyó los comunicados y, con lágrimas en los ojos, dijo: “¡Me siento orgulloso de seguirle!”»[134].

El 16 de febrero, por orden de Churchill, un equipo del *HMS Cossack* abordó al *Altmark*, el navío de abastecimiento del *Graf Spee*, en el fiordo de Jösing, en Noruega, y liberó a 299 marinos mercantes británicos que habían sido capturados por los alemanes. La exclamación que se dirigió a los prisioneros antes de librarlos de su encierro —«¡La Marina está aquí!»— se convertiría rápidamente en una orgullosa muletilla nacional. Los noruegos pusieron obstáculos a la operación, protestaron por la violación de su neutralidad y permitieron que el *Altmark* regresara a Alemania —desbaratándose con ello toda esperanza de que las autoridades del país nórdico terminaran por aceptar la ocupación de Narvik—. Sin embargo, Halifax no se había opuesto a la iniciativa libertadora del *Cossack*. «Eso fue enorme por parte de Halifax», dirá Churchill más adelante[135].

Ese mismo mes, al regresar de Clydeside tras la botadura del *HMS Duke of York*, Churchill se quejó al rey de que los altos dignatarios del Almirantazgo, y muchos de sus funcionarios, le decían muy a menudo que se equivocaba y que sus proyectos no podían llevarse a cabo. «Quizá tengan razón en algunos casos, —observó el rey con una sonrisa—. Nueve veces de cada diez», replicó Churchill impertérrito[136]. Era muy cierto, y Pound y su equipo habían terminado por adquirir una gran experiencia para descubrir la idea válida y descartar las otras nueve que se revelaban inasumibles. «Acabamos cayendo en la cuenta de que el señor Churchill necesitaba una dieta que consistía en ofrecerle solamente los restos de las operaciones abortadas y de los planes sin sentido», escribe el almirante Godfrey en la desaprobadora versión preliminar de sus memorias; y de ese modo se le conseguía disuadir, continúa, como habría de suceder con el proyecto que elaboró Churchill poco tiempo después: el destinado a tomar la isla de Pantelaria[137]. De manera similar, al descubrirse que el doctor Hjalmar Schacht, ministro sin cartera de Hitler y antiguo presidente del

Reichsbank[138], viajaba a bordo de un transatlántico italiano que en ese momento se encontraba amarrado en el puerto de Gibraltar, Churchill quiso que se le sacara por la fuerza del barco y se le detuviera. Sin embargo, Halifax no quería indisponerse con Mussolini, que seguía manteniendo una postura neutral, así que no se tomó ninguna medida[139].

A finales de febrero, tras una reunión del gabinete en la que Chamberlain dijo que los estadounidenses y los países neutrales verían con malos ojos el plan por el que Churchill proponía minar las aguas noruegas, Winston asistió a una comida informal que los periodistas parlamentarios daban en su honor en el Hotel Victoria —almuerzo al que también asistió Chamberlain—. Churchill dijo a los presentes: «Soy, y lo digo con la modestia que conviene al caso, un constante ingrediente —y casi indispensable— en todo el constitucional proceso informativo que ustedes desempeñan»[140]. Respecto a los años de su particular travesía del desierto, dijo, señalando a Chamberlain: «He superado lo que podríamos denominar el Fruncido Ceño del Poder»[141]. Y después de hablar de sí mismo por espacio de cuarenta minutos, «prometió servir lealmente al “Capitán” en lo que queda de viaje», frase que el primer ministro recibió con un aquiescente gesto de la cabeza[142].

«La gente dice que Churchill carece de tacto», escribe lord Crawford tres días después de la comida que el ayuntamiento había dado en homenaje a las tripulaciones del *Exeter* y el *Ajax*, que

> sus juicios son erráticos, en que se sale por la tangente, en que le puede el ardiente deseo de entrometerse en el terreno propio del estratega naval… En todo esto puede haber algo de verdad, pero también lo es que Churchill sigue siendo la única figura del consejo de ministros que tiene la virtud de perseguir la victoria de forma tan constante como agresiva. Él es quien asesta el mazazo demoledor, quien alienta al país, quien inspira a la flota… Cuantas más cosas veo y escucho de él, más seguro estoy de que representa a los partidarios de una completa… ¡victoria[143]!

Si algo puede explicar que Churchill se convirtiera en primer ministro es justamente el hecho de que una persona que antes se oponía a sus políticas pueda llegar a elogiarle ahora de este modo. El vigesimoséptimo

conde de Crawford (cuya casa había sido ennoblecida en 1398), que también ostentaba el título de décimo conde de Balcarres (con un blasón que en este caso se remontaba al año 1651), era uno de los pilares de la cúpula jerárquica de la nación. Había estudiado en Eton y Oxford, había superado bien la prueba de la Gran Guerra, llevaba fama de haber rechazado el puesto de virrey de la India, había actuado como jefe de disciplina del partido de Bonar Law en los Comunes, y había sido compañero de Churchill en el gabinete de los años 1916 a 1922. Crawford, a quien los íntimos llamaban «Bal», había llegado a decir que Churchill era un «sinvergüenza nato» por cuyas venas corría sangre indo-mexicana, y que propendía a la demencia. Por si fuera poco, también había propagado sobre Winston los rumores peor intencionados, empezando por el que le atribuía la responsabilidad del presunto Pogromo del Úlster. Sin embargo, sus opiniones habían empezado a cambiar tras el discurso que Churchill había pronunciado el mes de septiembre anterior en los Comunes, y el vuelco había sido tan completo que a finales de febrero de 1940 pensaba ya que era la única persona del gabinete capaz de ofrecer al país una victoria absoluta y total. Sin embargo, esta iba a ser la última nota que Crawford escribiera en su diario, ya que falleció poco después y no consiguió ver a Churchill instalarse en el número 10 de Downing Street y cumplir finalmente su predicción.

El diario de Crawford muestra que entre los meses de febrero y marzo de 1940 la actitud que la bancada conservadora mantenía respecto a Churchill estaba empezando a cambiar, pese a que todavía suscitara algunos recelos. Archie Sinclair dejó claro lo mucho que se podía confiar en que el Partido Liberal apoyara a Churchill en caso de que cambiaran las circunstancias en un discurso dado ante la Cámara de los Comunes el día 6 de marzo: «Estamos todos decididos a ganar esta guerra. Tenemos todos la certeza de que podemos alzarnos con la victoria. Pero cuando observo lo que se hace en la bancada del gobierno en ausencia del primer lord del Almirantazgo confieso que me recorre un escalofrío de duda»[144]. Los años de amistad que se habían iniciado entre Sinclair y Churchill al nombrar Winston segundo al mando a Sinclair, en quien había confiado plenamente durante su estancia en las trincheras, en las que ambos habían compartido el

rancho y arriesgado diariamente la vida, estaban a punto de arrojar un resultado espectacular.

El 13 de marzo, Finlandia firmaba un armisticio con Rusia, con lo que se puso fin al pretexto al que Gran Bretaña y Francia planeaban recurrir para violar la soberanía noruega y sueca. Sin embargo, Churchill quería continuar con la operación de Narvik, pese a que la Junta de Guerra se oponía en bloque. «Me preocupa muy profundamente el cariz que está tomando la guerra», le escribe a Halifax al día siguiente. La contienda estaba «drenando» las arcas de Tesoro a un ritmo diario de seis millones de libras esterlinas. «No estamos consiguiendo una colaboración eficaz con los franceses», y «los alemanes son los dueños del norte», lo que me lleva a la conclusión de que «el fiel cumplimiento del deber no puede servir de excusa a los ministros, que hemos de procurar y lograr la victoria»**[145]**. Tres días después, en una comida con Eden, Halifax afirmó que estaba «dispuesto a encarar» la posibilidad de que Churchill accediera al cargo de ministro de Defensa y asumiera la representación de los tres departamentos militares del gobierno. «Solo había tres hombres en todo el ejecutivo que [contaran] con el respaldo del país», le respondió Eden: Churchill, Chamberlain y el propio Halifax, ya que «el resto eran simples funcionarios o políticos más o menos caídos en descrédito»**[146]**. Es probable que Eden se descartara a sí mismo por la sencilla razón de que todavía era muy joven, puesto que solo tenía cuarenta y dos años.

El 28 de marzo, en Londres, después de que Paul Reynaud reemplazara a Daladier como primer ministro de Francia, la sexta Junta Suprema de Guerra decidió aprobar al fin el plan que había llevado a Churchill a proponer que se inundara el Rin de minas fluviales, aunque tres días más tarde el gabinete galo desautorizaba a Reynaud**[147]**. No obstante, la Junta Suprema de Guerra emitió un comunicado conjunto en el que aseguraba lo siguiente: «Ambos gobiernos se comprometen recíprocamente a no negociar ni establecer, durante la presente guerra, ningún armisticio ni tratado de paz, salvo que las dos naciones así lo decidan de mutuo acuerdo»**[148]**. Un día después, Churchill desahogará su frustración con el periodista Crozier. Le dijo que necesitaba cincuenta o sesenta destructores más, y le explicó que le habría gustado interceptar el mineral de hierro

sueco, «pero hay que convencer siempre a tantísima gente en estas cuestiones…»[149]. Churchill le comentó a Crozier que se llevaba bien con Chamberlain. «Personalmente, no tengo el menor deseo de ser primer ministro, —aseguró—, así que ya han desaparecido todas las sospechas que le inducían a pensar que yo pudiera representar un peligro para él. He dejado bien claro —era obviamente algo obligado— que tengo el deber de trabajar bien con él, y eso es lo que hago, de modo que me parece que ahora le agrado»[150]. Al menos la última parte de esta tirada era cierta: Chamberlain y Churchill mantenían buenas relaciones en el plano personal, con independencia de lo que pudieran decir el uno del otro en privado. En la política británica de la época reinaba un clima de acción colegiada, sobre todo durante la guerra, y no debemos olvidar que Churchill también supo hacer prevalecer en este caso la virtud que toda su vida le permitió no dejar que «el rencor y los roces de la actividad gubernativa» perjudicaran las relaciones personales.

Pese a que no hubiera movimientos en el Frente Occidental, Churchill no creía que la situación fuera a mantenerse demasiado tiempo así. «A lo largo de las fronteras de Luxemburgo, Bélgica y Holanda se están agrupando más de un millón de soldados alemanes, incluyendo la totalidad de sus divisiones activas y blindadas, y cuando se les dé la orden estarán listas para atacar» en pocas horas, explicaba Churchill el 30 de marzo en un programa radiofónico. «En cualquier momento, los países neutrales pueden verse sometidos a una avalancha de acero y fuego, y de hecho la decisión del asalto permanece en manos de un ser obsesivo y malsano al que los pueblos germanos, sumidos en el desconcierto, adoran como a un dios, para su eterna vergüenza.»[151] Después, al hablar del fuerte movimiento pacifista de Gran Bretaña, Churchill se hace las siguientes reflexiones: «Pese a que el destino de Polonia les interpele, mirándoles directamente a la cara, siempre hay personas superficiales, insensatas, ciegas o frívolamente mundanas que nos preguntan: “¿Por qué combaten Gran Bretaña y Francia?. —A lo que yo respondo—: Si dejáramos de hacerlo no tardarían en averiguarlo”»[152]. Cuatro días más tarde, mil quinientos pacifistas,

fascistas y miembros del Partido Laborista Independiente y del Partido Comunista prorrumpían en fervorosos aplausos en un multitudinario mitin celebrado en Kingsway Hall, en el barrio londinense de Holborn, al escuchar las denuncias que hacía el marqués de Tavistock de la posición de Churchill, al que acusaba de «azuzar la guerra» contra Alemania. La multitud también vitoreó los elogios que Tavistock dedicó a Hitler por sus ayudas a la clase trabajadora alemana[153].

El 3 de abril se produjo una remodelación del gabinete, pero no se consultó a Churchill acerca de los cambios pertinentes. Samuel Hoare y Kingsley Wood intercambiaron sus respectivas carteras, y se eliminó el Ministerio de Coordinación de la Defensa. Según Eden, Churchill quedó «entristecido e indignado» tanto por el hecho de que no se le hubiera avisado de las modificaciones como por la doble circunstancia de que el escurridizo Samuel Hoare se hubiera hecho con el Ministerio del Aire y el mediocre Oliver Stanley conservara su puesto en la Oficina de Guerra, que Churchill deseaba ver en manos de Eden, que seguía siendo secretario de estado para Asuntos de los Dominios. Eden dijo que si Chamberlain «nos ha aceptado a W. y a mí ha sido únicamente por no poder impedirlo». No obstante, acto seguido el propio Eden comenta que «Winston mantuvo que ya se presentarán nuevas ocasiones, y no solo ha tratado de animarse a sí mismo en este contratiempo, sino que también ha intentado claramente levantarme la moral a mí. Sin embargo, le vi preocupado y abatido, lo que no tiene nada de bueno»[154]. Con todo, además de continuar en el Almirantazgo, Churchill asumió también el cargo de presidente del recién creado Comité de Coordinación Militar, que se reunía diariamente y estaba integrado por los jefes de las tres armas del ejército y sus ministros. Esto garantizaba el surgimiento de fricciones entre Churchill por un lado y Stanley y Hoare por otro, ya que el cargo del primer lord del Almirantazgo no era formalmente superior a los que ellos ostentaban, de modo que Churchill no poseía ninguna facultad oficial para dirigir el curso de la guerra o para ver aceptadas sus propuestas, lo que le impedía corregir incluso los planes que pudieran fraguar los jefes del Estado Mayor. Como habría de señalarle más tarde a Bracken el coronel y parlamentario laborista Josiah Wedgwood, «el puesto, si es que puede utilizarse esa palabra, le

añade responsabilidades pero no le confiere ningún poder real»[155]. Sin embargo, sí que lograría poner a Churchill aún más directamente en contacto con el frente de combate en caso de que las cosas se torcieran.

Uno de los aspectos positivos de la reorganización del ejecutivo fue que Churchill pasó a contar con la ayuda del general de división Hastings Ismay, de cincuenta y tres años de edad, convertido ahora en su particular jefe de Estado Mayor. Tras estudiar en el Real Colegio Militar de Sandhurst y de aceptar un destino en la India, Ismay, apodado «Pug»[156], había servido en Somalilandia y ejercido los cargos de secretario militar del virrey de la India y de secretario del Comité para la Defensa del Imperio (sucediendo en el puesto a Hankey) en 1938. Maud Russell le describía diciendo que era «un agradable soldado moreno y de ojos saltones», pero lo cierto es que sus cualidades iban mucho más allá de esa somera imagen[157]. Para empezar, admiraba sin reservas a Churchill (era capaz de citar pasajes enteros de *La crisis mundial*), pero sabía perfectamente cuál era su deber como enlace entre los jefes del Estado Mayor militar y Churchill. En los primeros momentos de su relación de trabajo, tras intentar Ismay interpretar un informe de los jefes de Estado Mayor que a Churchill no le hacía ninguna gracia, el primer lord del Almirantazgo quiso saber qué era lo que realmente pensaba Ismay de ese documento. «¿Quiere usted que le sea de ayuda o no?, —preguntó el interrogado—. Naturalmente», contestó Churchill, «claro que sí». «Entonces, —respondió Ismay—, no vuelva a hacerme una pregunta como esa»[158]. Churchill estableció rápidamente un vínculo excepcionalmente próximo con él, y los jefes de Estado Mayor también le otorgaron implícitamente su confianza. De este modo, Ismay se convirtió muy pronto en un ayudante extraordinariamente útil tanto para Churchill como para el Estado Mayor.

El 4 de abril, Chamberlain dio un discurso sobre la situación en que se encontraba el conflicto. Y al hablar de Hitler dijo, sin fuerza ni convicción: «Hay algo indudable: ha perdido el tren»[159]. Al día siguiente, en París, Churchill le dijo a los franceses que Gran Bretaña sacaría adelante el proyecto de minar las inmediaciones de Narvik, y les explicó que se preveía ejecutar la acción, cuyo nombre en clave era Operación Wilfred, en la noche del 8 de abril. Como no tardaría en descubrirse, resultó que faltaban

apenas unas horas para que Hitler lanzara la Operación Weserübung, mediante la cual el Reich iba a invadir Dinamarca y Noruega al amanecer del 9 de abril, según un plan meticulosamente preparado con antelación. El asalto se ejecutó de forma brillante: los alemanes ocuparon rápidamente Oslo, Stavanger, Bergen, Trondheim y Narvik, consiguiendo el control de los principales puertos y pistas de aterrizaje. El valiente pero reducido ejército noruego se vio cogido por sorpresa. Bastaron solo 6 compañías de paracaidistas alemanes para tomar la ciudad de Oslo, y poco después, los aviones de transporte Junkers ;52 llevaron 29 000 soldados a suelo noruego, con los que el ejército alemán realizó 3000 incursiones[160]. Estaba claro que Hitler no había perdido ningún tren.

En las ocho semanas que duró la campaña de Noruega, salió mal prácticamente todo lo que se intentó, y gran parte de la responsabilidad ha de imputarse a Churchill, debido a que era el primer lord del Almirantazgo y a que los combates tuvieron como protagonista fundamental a la armada, ya que en ellos intervino nada menos que la mitad de la Flota Doméstica británica. A las seis y media de la mañana del día 9 de abril, conociendo ya el movimiento de Hitler, pero antes de que el gabinete tuviera noticia de la caída de Narvik en manos del Reich, Churchill le dice a las autoridades: «Ahora tenemos las manos libres y [podemos] emplear nuestro abrumador poderío marítimo en las costas noruegas. Conseguiremos liquidar estos desembarcos en una o dos semanas»[161]. Churchill no creía que los alemanes tuvieran como objetivo el puerto de Narvik, y menos aún que constituyera necesariamente una diana importante[162]. Se le ha acusado, y no sin cierta base, de intentar empujar a Chamberlain, reacio a la adopción de medidas drásticas, a una campaña en la que resultaba imposible alzarse con la victoria, y que ese proceder muestra que Churchill había aprendido muy poco del pasado[163].

Uno de los principales problemas fue la falta de una dirección clara. Por decirlo con las palabras del almirante James: «Quienes se encargaron de llevar a cabo [la campaña], aunque por separado, fueron en gran medida las tres armas del ejército, sin contar con ninguna guía u orientación por parte

del primer ministro o de alguna persona capaz de representar *de facto*, y al más alto nivel, al poder ejecutivo». Fue un fallo de Chamberlain, y desde luego Churchill aprendió muy bien esa lección**[164]**. De haber puesto verdaderamente en práctica el Comité de Coordinación Militar lo que su propia denominación venía a indicar, Churchill podría haber encontrado la forma de hacerse con la campaña, pero Hoare y Stanley se consideraron agentes independientes —lo que, desde luego era correcto, al menos desde el punto de vista jurídico.

El catálogo de errores resultó humillante**[165]**. El general de división Mackesy no tomó Narvik porque las órdenes que le había dado la Oficina de Guerra eran distintas a las que había cursado el Almirantazgo al comandante naval, el almirante lord Cork**[166]**. («Si ese oficial da la impresión de estar difundiendo un estado de ánimo pernicioso entre los más altos niveles del escalafón del ejército de tierra, —le dirá Churchill a Cork en un momento dado—, no dude en relevarle del mando o en ponerle bajo arresto.»)**[167]** Para cuando los jefes de Estado Mayor se decidieron finalmente a dar órdenes concretas de ocupar tanto Narvik como Trondheim, los alemanes habían conseguido ya el dominio del aire en ambas plazas. «Los jefes de Estado Mayor, —se quejará más tarde Churchill—, trabajaban como otros tantos organismos aislados y en buena medida independientes, sin que el primer ministro [y mucho menos el propio Churchill] tenga ocasión de ofrecerles guías o directrices»**[168]**. El almirante Roger Keyes quería ponerse al frente de un grupo de fuerzas especiales para apoderarse de Trondheim, pero Pound se opuso a cualquier asalto sobre esa localidad noruega (en una acción englobada en la Operación Martillo), y Churchill cambió de opinión más de una vez sobre el particular. Churchill también envió órdenes a Cork sin informar al almirante Forbes, que era el superior directo de Cork.

El 13 de abril se tomaba al fin la plaza de Narvik, pero solo pudo conservarse el tiempo suficiente para destruir las instalaciones portuarias. La estiba de los buques de suministro se había efectuado tan torpemente que, al conseguir desembarcar los cañones se descubrió que su munición se hallaba repartida por distintos barcos. El ejército británico no solo contaba con muy pocas piezas de artillería de veinticinco pulgadas sino que

tampoco disponía de demasiados cañones antitanque, y, por otra parte, los aviones de reconocimiento alemanes tenían la ventaja de las veinticuatro horas de luz diurna. Durante la evacuación final, el acorazado *Scharnhorst* logró hundir al acorazado de combate *HMS Glorious*, junto con los destructores que le acompañaban. No es de extrañar que Churchill la denominara más tarde «esa ruinosa campaña»**[169]**.

En la batalla de Noruega, los alemanes tomaron la iniciativa, aunque en realidad sería mejor decir que no dejaron de tenerla en ningún momento. Además, no cometieron prácticamente ningún error serio, mientras que los británicos y los franceses incurrieron en muchos**[170]**. Los datos de la inteligencia naval británica fueron defectuosos, y tras caer Dinamarca el 9 de abril (conquistada en un solo día), los bombarderos de la *Luftwaffe* cerraron a cal y canto el estrecho de Skagerrak que conecta el Mar del Norte con el Báltico, lo que permitió a los alemanes abastecer fácilmente a las tropas acantonadas en Noruega. El 14 de abril, al apoderarse los británicos de los dos puertos de Namsos y Andalsnes, los Stuka, unos aviones de ataque a tierra capaces de lanzarse en picado sobre sus objetivos, consiguieron arrasar ambos fondeaderos. Cuando apenas había transcurrido un día de campaña, Churchill se enemistó con el nuevo ministro del Aire. «Winston, —anota Eden en su diario el 10 de abril—, está indignado con Sam H[oare], de quien sospecha que está deseando apartarle del gobierno, y al que considera inadecuado para movilizar debidamente los ánimos de las fuerzas aéreas en un momento como este. Le dedica epítetos como “reptil” y otros aún más hirientes»**[171]**.

El «ascenso» de Churchill (al encargarle la presidencia del Comité de Coordinación Militar) había despertado envidias y resentimientos. Inskip (otro reptil, cuyo rencor nacía de ver a Churchill encargarse del puesto en el que anteriormente había fracasado él) se quejará amargamente de que «ahora esgrime un poder casi idéntico al del primer ministro» —una afirmación que era simplemente ridícula—.**[172]** En un debate sobre la situación de Noruega celebrado el 11 de abril, Churchill se valdrá de una triste analogía histórica para afirmar en los Comunes: «Considero que la acción que ha llevado a cabo Hitler al invadir Escandinavia es un error estratégico y político de la misma magnitud que el que cometió Napoleón,

en 1807, al invadir España[173] […]. Ahora nos encontraremos en condiciones de tomar todo cuanto queramos de la costa noruega, y asistiremos a un enorme incremento de la facilidad y la eficiencia del bloqueo al que vamos a someter a Alemania»[174]. Eran unas manifestaciones casi tan nefastas como las mantenidas poco antes por el primer ministro al decir que Hitler había perdido el tren. Maisky, que se hallaba presente en ese debate de la Cámara, escribe en su diario: «Jamás le había visto en ese estado. Estaba claro que no había dormido en varias noches. Tenía la tez pálida, no conseguía encontrar las palabras adecuadas, se trabucaba y no dejaba de mezclar los temas. No hubo ni el más mínimo asomo de su habitual brillantez parlamentaria […]. Para explicar el importantísimo avance alemán, Churchill ofreció una serie de argumentos, en general bastante flojos: el mal tiempo, la inmensidad del mar, la imposibilidad de tenerlo todo bajo control, etcétera»[175].

Churchill se quejó al rey de que al tener que ocuparse de sus responsabilidades tanto en el Comité de Coordinación Militar como en el Gabinete de Guerra, asistir a los debates de los Comunes, y atender a los treinta o cuarenta mensajes navales relevantes que llegaban diariamente a su despacho —«que debían ser tamizados y examinados con todo cuidado antes de responder con nuevas instrucciones a la flota situada frente a las costas de Noruega»—, le resultaba extremadamente difícil ocuparse debidamente de la tarea que se le había encomendado en el Almirantazgo[176]. Sin embargo, se las había arreglado para encontrar un momento y entrevistarse con el monarca, sin olvidar que, de algún modo, también conseguía restarle horas al sueño para trabajar por las noches en el manuscrito de su *Historia de los pueblos de habla inglesa*[177]. A finales de abril, a las once de la noche, pese a que la campaña de Noruega estuviera en pleno apogeo, Churchill halló energías suficientes para entablar un debate con William Deakin y Freddie Birkenhead acerca de la invasión normanda de Inglaterra de 1066. Deakin recuerda que, pese a que los almirantes no dejaban de enviarle señales mientras avanzaba la batalla,

> la conversación continuó girando en torno a las difusas sombras de la invasión normanda y la figura de Eduardo el Confesor, cuya imagen, como ya escribiera Churchill, «ha llegado hasta nosotros débilmente iluminada, envuelta en brumas y sumamente frágil».

> Me parece estar viendo todavía el mapa de la pared, con las diferentes posiciones que ocupaban los buques de la flota británica frente a las costas de Noruega, y escuchar la voz del primer lord del Almirantazgo, enzarzado en explicar, con su habitual perspicacia, la situación estratégica que se vivió en 1066. Sin embargo, esto no le obligaba en modo alguno a dejar de prestar atención a los acontecimientos del momento. Se trataba de un ejemplo práctico de la talla de un hombre dotado de una visión histórica suprema. Los distantes episodios le resultaban tan próximos y tan cargados de realidad como los imponentes acontecimientos presentes[178].

El 20 de abril, la atmósfera reinante en el Comité de Coordinación Militar se había vuelto tan irrespirable que Churchill pidió a Chamberlain que asumiera personalmente la presidencia de ese órgano, diciéndole: «De ti aceptarán lo que rechazan si soy yo quien lo propone»[179]. El primer ministro le dirá después a Hilda que existía «la convicción general de que Winston ha destrozado la maquinaria que tan minuciosamente habíamos construido para asegurarnos de que todos los proyectos recibieran la debida atención y fueran examinados como es preciso […]. [Churchill] somete al personal a su mando a una presión mayor de la que cree. Y la consecuencia es que sus subordinados no tienen más remedio que aceptar que se les obligue a permanecer en un malhumorado silencio. —Sin embargo, tan pronto como Chamberlain tomó el testigo—, todo se allanó, como por arte de magia. Tomábamos siempre las decisiones por unanimidad»[180]. Puede que se adoptaran de forma unánime, pero desde luego no fueron resoluciones victoriosas.

A mediados de septiembre de 1939, Clement Davies, un parlamentario liberal galés que había desobedecido al jefe de disciplina de su formación política, había fundado el llamado Grupo de Acción Multipartidista (también conocido con el nombre de «los Vigilantes»), una pequeña asociación que se reunía todos los jueves en el Club Reformista y que tenía a Boothby como secretario. En abril de 1940, el cuarto marqués de Salisbury inauguró una junta a la que él mismo denominó el «Comité de Observación» de los parlamentarios conservadores de ambas Cámaras, cuyos integrantes se reunían en su propio domicilio, sito en la calle Arlington del céntrico barrio londinense de St. James. Pese a que los miembros de cualquiera de estas laxas organizaciones informales —de entre las que destacan las de Focus, el Grupo de Estudio de Políticas, los Niños

Bonitos, el Grupo de Acción Multipartidista, y el Comité de Observación de los parlamentarios conservadores— militaran muchas veces simultáneamente en varias de ellas, lo cierto es que todos criticaban en mayor o menor grado a Chamberlain, aunque tampoco ha de pensarse en modo alguno que fueran mayoritariamente favorables a Churchill.

El 23 de abril, el primer lord del Almirantazgo le comentará a lord Salisbury que «la prensa había exagerado de forma muy notable su papel como coordinador militar […], [ya que] no tenía derecho ni a plantear sugerencias ni a tomar decisiones»**[181]**. Sin embargo, cuando Salisbury le informó de los nombres que formaban parte del nuevo Comité de Observación de los parlamentarios conservadores, creado para vigilar al gobierno y mantener la presión sobre el ejecutivo a fin de que optara por unas medidas bélicas más agresivas, «[Winston] ronroneó como un gato satisfecho». Al día siguiente, Churchill volvía a lamentar ante el monarca que en Noruega «nada nos está saliendo bien. No contamos con la supremacía aérea, así que se hace difícil encontrar puntos en los que aterrizar nuestros aviones, debido a la nieve»**[182]**. Cuarenta y ocho horas más tarde, en el Other Club, Churchill revelará a Camrose que «temía que volvieran a llegar malas noticias de Noruega y que se confesaba extremadamente pesimista respecto a las posibilidades [de Gran Bretaña] en el sur de ese país»**[183]**. Es probable que no hubiera debido desvelarle tanta información al propietario de un periódico, pero Camrose era muy amigo suyo, y por otra parte nadie había filtrado nunca a la prensa los comentarios que pudieran hacerse en ese ateneo. Uno de los más recientes incorporados al cenáculo, Duncan Sandys, el yerno de Churchill, resultó herido mientras combatía con la Fuerza Expedicionaria Noruega, lo que le dejaría una cojera permanente.

A finales de abril, se empezó a pensar que Chamberlain estaba transformando a Churchill en el chivo expiatorio de la situación de Noruega, en la que ya se perfilaba claramente la inminente derrota. Lord Dunglass, que más tarde se convertiría en *sir* Alec Douglas Home, primer ministro de Gran Bretaña entre los años 1963 y 1964, pero que en esa época era el secretario parlamentario privado de Chamberlain, le hizo varias preguntas a Chips Channon, como comenta este último: quiso saber «si yo

creía que debían bajársele los humos a Winston […], o si juzgaba imperativo que abandonara el Almirantazgo. —Tras estas indagaciones, Channon llega a la siguiente conclusión—: Evidentemente, todas esas consideraciones eran las que revoloteaban en la cabeza de Chamberlain. Pues claro que tenía que irse, pero ¿por quién íbamos a sustituirle?»[184]. De haberse destituido o apartado de forma humillante a Churchill por no haber sabido coger el toro de la campaña por los cuernos, resulta difícil imaginar que pudiera haberse hecho con el puesto de primer ministro apenas dos semanas más tarde.

El 26 de abril, el Comité de Coordinación Militar, y posteriormente el Gabinete de Guerra, acordaron preparar la evacuación de todas las fuerzas acantonadas en Noruega, para gran indignación de Reynaud, ya que de ese modo se contradecía el plan que se había pactado con la Junta Suprema de Guerra, que solo tres días antes había decidido luchar por la posición. «La actitud de Winston es la que ha planteado más problemas, —anota Chamberlain—, ya que ha criticado todas y cada una de las sugerencias de los jefes de Estado Mayor, y se ha comportado en general como un muchacho malcriado y propenso al enfurruñamiento»[185]. Tras la reunión que el Comité de Coordinación Militar mantuvo a las seis de la tarde, Churchill le pedirá a Chamberlain que le nombre ministro de Defensa.

«Los jefes de disciplina de los partidos están haciendo correr el rumor de que todo es culpa de Winston, —apunta Harold Nicolson el 30 de abril, es decir, al día siguiente de la evacuación de Andalsnes—, que habría vuelto a fracasar lamentablemente»[186]. La entrada del diario del rey correspondiente a ese 30 de abril también sugiere que se estaba preparando el terreno para atribuir a Churchill toda la responsabilidad del desastre noruego, ya que lo que se pretendía era proteger a Chamberlain en un momento en el que cada vez se estaba hablando más abiertamente de que el salvador de la nación podía ser Lloyd George, como ya ocurriera en 1916. «Parece que Winston sigue causando muchísimas dificultades, según me comenta el primer ministro», anota el rey en su diario tras la entrevista que mantenía todas las semanas con Chamberlain.

> Al desistir las fuerzas de la [Operación] Martillo de asaltar la plaza de Trondheim, le pregunté si había que considerar culpable a Winston de ese cambio de planes. El primer

> ministro me contestó que sí. W[inston] temía que pudiéramos perder varios barcos importantes, y sus asesores del Almirantazgo eran de la misma opinión, así que apoyándose en esa circunstancia había conseguido que los jefes de Estado Mayor se sumaran a sus tesis. De ahí que se hubiera producido un retraso en el desembarco de nuevas tropas en Namsos y Andalsnes. El primer ministro va a mantener una nueva conversación con W[inston] esta misma noche, y le va a exponer claramente lo que puede y lo que no puede hacer sin la aprobación del Gabinete de Guerra[187].

En realidad, Churchill no se hallaba en situación de «conseguir» que los jefes de Estado Mayor coincidieran con él en nada.

Al final, Chamberlain se puso de parte de Churchill y decidió nombrarle ministro de Defensa en todos los sentidos salvo en el meramente nominal. Al amenazar Hoare y Stanley con presentar la dimisión antes de verse en la obligación de remitirse formalmente al parecer de Churchill, Chamberlain esgrimió a su vez el aviso de que, en ese caso, él también dimitiría, «dejando a W. C. vía libre para sumar el cargo de primer ministro al de responsable de Defensa». Al escuchar la postura de Chamberlain, tanto Hoare como Stanley «aseguraron que eso supondría un desastre mayúsculo y que por tanto aceptaban plegarse a lo que [él] les pidiera»[188]. El primer ministro redactó una carta en la que explicaba las nuevas disposiciones, otorgando *de facto* a Churchill el puesto que ya le había solicitado a Lloyd George a principios de la década de 1920, y en cuya creación había venido insistiendo desde mediados de los años treinta.

Churchill aceptó inmediatamente, el mismo 30 de abril, y envió una circular a los miembros del Gabinete de Guerra en la que explicaba que «asumía la responsabilidad del Comité [de Coordinación Militar] en todo lo relativo a las guías y directrices de obligado cumplimiento para el Comité de jefes de Estado Mayor, —a lo que añadía, que—, para lograr ese objetivo, quedaba facultado para convocar a dicho Comité con vistas a la realización de consultas, a título personal, siempre que lo juzgara oportuno»[189]. Pese a la derrota encajada en Noruega, y de la que era en parte responsable, Churchill había logrado acumular un mayor poder individual. Según señala Channon en los Comunes, que apenas sabían nada de lo que estaba ocurriendo, «se habla fundamentalmente de una conspiración contra el pobre Neville. “Se dice” que se está repitiendo en todos sus extremos lo sucedido en 1915, y que se debería nombrar primer

ministro a Winston, ya que además de ser quien tiene mayores bríos, cuenta con el respaldo del país»[190].

La evacuación de Namsos se inició el 1 de mayo y se prolongó por espacio de cuarenta y ocho horas. Al observar que un súbito chaparrón empapaba el Campo de desfile de la Guardia Montada, Churchill bromeó con Jock Colville, que en ese momento ejercía el cargo de secretario privado de Chamberlain, diciendo: «Si yo fuese el 1 de mayo me avergonzaría de mí mismo». Colville, que por entonces admiraba a Chamberlain y veía con escepticismo a Churchill, anotará mordazmente en su diario: «Personalmente, creo que debería avergonzarse de sí mismo en todo caso, sea o no el 1 de mayo»[191]. Channon se sentía igualmente lejos de considerar convincente la figura de Churchill, sobre todo después de haberle visto contar chistes y beber en la Sala de Fumadores de la Cámara, en compañía de los laboristas A. V. Alexander y Archie Sinclair, a los que el propio Channon denominaba «el nuevo gabinete en la sombra». «David Margesson dice que nos hallamos en vísperas de la mayor crisis política desde el año 1931, —asegura Channon[192]—. Para ganar tiempo, [Chamberlain] ha decidido darle más cuerda a Winston.»[193]

Sin embargo, a Chamberlain se le acababa la cuerda, así que difícilmente podía alargar la que utilizaba para sujetar a Churchill. El 2 de mayo, la evacuación de Trondheim hizo comprender claramente a todo el mundo que Gran Bretaña había sido derrotada en una campaña de gran envergadura: y en una circunstancia tan grave como esa, quien debía asumir la responsabilidad última era sin duda el primer ministro. Lloyd George le dirá a su hijo David, que se encontraba acantonado en Palestina: «El público parece empezar a comprender la completa desnudez en que nos ha dejado nuestra pasada falta de preparación, de la que creo que me habrás oído hablar mucho en los últimos siete u ocho años»[194]. Y si la ciudadanía había atribuido efectivamente la debacle de Noruega a la general ausencia de todo preparativo —mantenida además durante largo tiempo—, en vez de a las decisiones operativas tomadas en el transcurso de la campaña, entonces estaba claro que la culpa recaía mucho más en Chamberlain que en Churchill. Pese a la letanía de errores, la operación de Noruega contenía al menos algunos elementos que podían servir de consuelo. Si la Marina

Real Británica había perdido un portaaviones, dos cruceros, una corbeta y nueve destructores, Alemania había visto desaparecer tres cruceros y diez de sus veintidós destructores, teniendo que encajar asimismo graves daños en los dos únicos acorazados que todavía conservaba en servicio —lo cual suponía unas pérdidas proporcionalmente muy superiores, si se tiene en cuenta que su armada era mucho menor que la británica—.[195] De haber quedado intacta, la marina alemana que combatió al mes siguiente frente a las costas de Dunquerque podría haber constituido una fuerza decisiva, pero a principios de mayo los alemanes no contaban más que con un único crucero de gran tonelaje, dos cruceros ligeros y siete destructores listos para hacerse a la mar de forma inmediata —unos efectivos con los que ni siquiera habrían podido salir del puerto.

El 3 de mayo, Chamberlain le había comentado a Hilda: «Winston ha cambiado de parecer respecto a Trondheim en cuatro ocasiones […]. No culpo a W. C. por esos titubeos, que son perfectamente naturales […]. Solo digo que es algo que no cuadra con la imagen que la prensa amarilla y los “amigos” de W. C. tratan de presentarnos al hablar de él como si fuera el supremo jefe militar de la nación»[196]. Y concluye: «Vivimos en un mundo cruel, pero no creo que mis enemigos vayan a poder conmigo en esta ocasión»[197].

Capítulo 20

LA CONQUISTA DEL PUESTO DE PRIMER MINISTRO

Mayo de 1940

> Los hombres predestinados no aguardan a que se les mande llamar. Dan un paso al frente cuando juzgan que ha llegado su momento. No esperan a que se les reconozca, se revelan por sí solos. Son como el destino: inevitables.
>
> Alexander MacCallum Scott, en *Winston Spencer Churchill in Peace and War*[1].

> Poseía esa faceta implacable sin la que no es posible manejar las grandes cuestiones.
>
> Churchill en referencia a H. H. Asquith, en *Grandes contemporáneos*[2].

Una de las personas que intervinieron en las sesiones del Debate sobre Noruega, celebrado en la Cámara de los Comunes los días 7 y 8 de mayo de 1940, martes y miércoles respectivamente, fue *sir* Stafford Cripps, que lo describe diciendo que constituyó el «momento más trascendental que jamás

haya vivido en toda su historia el parlamento» británico[3]. Pese a que la moción con la que se convocó oficialmente la reunión hubiera propuesto simplemente «que la Cámara levante la sesión», es decir, que le pusiera fin, lo cierto es que terminó convirtiéndose en una votación de confianza sobre el gobierno de Chamberlain, y los temas que se trataron fueron mucho más allá de un mero repaso a la reciente campaña. Churchill tenía que mostrarse perfectamente leal al hombre a cuyas órdenes servía, y lo mismo le ocurría a Brendan Bracken, al que en circunstancias normales le habría encantado participar en una votación destinada a destituir a Chamberlain. Justo antes del debate, interpretando pésimamente lo que estaba sucediendo, Chamberlain le dijo a lord Halifax que le parecía que la moción «no iba a resultar excesivamente problemática»[4].

Pese a que en su condición de miembro de mayor peso del gabinete Churchill tuviera el compromiso de respaldar a Chamberlain en el intercambio de argumentos, lo cierto es que varios de los que asestaron los golpes más contundentes al gobierno se contaban entre los amigos más íntimos de Winston, con lo que entre los partidarios de Chamberlain se extendió rápidamente la sospecha de que Churchill era quien estaba espoleando en secreto la rebelión. Todo lo que puede afirmarse con seguridad es que al ocupar el escaño contiguo al de Chamberlain, Churchill se mostró absolutamente leal en cuanto a su comportamiento externo, con independencia de lo que pudiera estar cociéndose en su mente y bullendo en su corazón. Si se estaba limitando a representar un papel, hay que decir que fue la interpretación de su vida.

Uno de los parlamentarios sin cartera de la bancada conservadora, John Moore-Brabazon, se encargó de tomar clandestinamente varias fotografías del debate con una diminuta máquina Minox —en una clara violación de las normas de los Comunes—. Gracias a ellas podemos ver que en el momento en el que Chamberlain se levantó de su asiento para defender la labor de su administración, tanto la Cámara de los Comunes como las tribunas de los espectadores estaban llenas hasta los topes. El primer ministro recitó con insípida monotonía los hechos constatados en Noruega, en los que todo el mundo considera que la responsabilidad, dijo con cierta autocompasión, «ha de incumbir necesariamente a los ministros, como es lógico» —momento

en el que un parlamentario laborista aulló: «¡Han perdido el tren!»—. El presidente de la Cámara tuvo que intervenir para calmar los ánimos. Chamberlain prosiguió esforzadamente y salmodió una prolongada, exculpatoria e insustancial defensa de su gobierno y su persona. «No creo que la gente de este país haya comprendido cabalmente aún el alcance de la inminente amenaza que se cierne sobre nosotros, —manifestó, dando pie a que otro diputado gritara—: ¡Se lo advertimos hace cinco años!»[5].

El debate no solo giró en torno a la cuestión del apaciguamiento, sino que también versó, y en igual medida, sobre Noruega, sobre el pasado y sobre el futuro —con lo que la posición de Churchill se complicó todavía más—. Chamberlain anunció que había ampliado los poderes de Churchill al confiarle la presidencia del Comité de Coordinación Militar, aunque tuvo que confesar que no lo había hecho sino en el momento en el que la campaña de Noruega estaba ya a punto de llegar a su fin. «Ese cambio se habría producido en cualquiera de los casos», declaró. Y al exponer la postura que él mismo había adoptado como líder de guerra, lo único que se le ocurrió fue recurrir a una deslucida excusa: «Por mi parte trato de hallar un término medio»[6].

El siguiente en tomar la palabra fue Clement Attlee, máximo dirigente del Partido Laborista, y dijo que tanto Chamberlain como Churchill habían pecado de exceso de optimismo respecto a Noruega. Presentó a los Comunes un recorrido por los reveses y desastres de la campaña, trajo a colación los discursos de Chamberlain y los usó para criticar su actuación, y al exponer la doble responsabilidad de Churchill en el Almirantazgo y en el Comité de Coordinación Militar, aseguró: «El primer lord del Almirantazgo posee grandes cualidades, pero no es justo colocarle en una posición de imposible desempeño como esa»[7]. Attlee atacó a Chamberlain por no haber mostrado la «energía, el empuje, el dinamismo y la determinación» necesarios. A continuación, refiriéndose a los defensores de las políticas de apaciguamiento, señaló: «Han perdido todos los trenes de la paz, pero después se han subido al carro de la guerra». En sus conclusiones, Attlee dijo explícitamente que «para ganar la guerra queremos que el timón esté en manos de personas distintas a las que nos han metido de lleno en ella». El discurso de Attlee preparó el terreno de los ataques que otros oradores

habrían de dirigir al gobierno en cuestiones como los suministros, la producción de municiones, el racionamiento, los reclutamientos, las políticas industriales, la organización civil y militar, y todo un conjunto de aspectos vitales de la contienda sobre los que Churchill había incidido durante muchos años en las fortísimas críticas que había dedicado al ejecutivo. Poco después, Arthur Greenwood, compañero de partido de Attlee, se haría eco de las conclusiones de su colega al declarar: «No se gana ninguna guerra con evacuaciones magistrales […], la dirección suprema de nuestro esfuerzo bélico requiere más previsión y energía, así como una más sólida e implacable voluntad de victoria»[8].

Tras recibir Chamberlain el apoyo de *sir* Henry Page Croft, y sufrir a continuación el primer ministro las agresivas críticas del coronel Josiah Wedgwood, se levantó solemnemente de su escaño el almirante *sir* Roger Keyes, parlamentario por la circunscripción del Portsmouth Septentrional, enfundado en su uniforme de comandante de la flota, en el que lucía nada menos que seis filas de condecoraciones y medallas con gafete[9]. Casi todas las crónicas de la época que refieren los acontecimientos de ese día —y son muy numerosas— aluden a las durísimas críticas que Keyes dedica a Chamberlain por la campaña de Noruega, que el marino califica de «sobrecogedor ejemplo de ineptitud». Keyes cita algunos pasajes del discurso que Chamberlain había pronunciado la semana anterior sobre la importancia estratégica de tomar Trondheim, y compara sus afirmaciones con el desastre que realmente se había producido. Pese a que Churchill hubiera impedido que Keyes dirigiera el asalto a Trondheim, el almirante le elogió, y no solo dijo que el ataque de Galípoli había sido «una brillante táctica del primer lord del Almirantazgo destinada a burlar el estancamiento de las operaciones de Francia y Bélgica», sino que atribuyó toda la responsabilidad de aquella derrota a Fisher[10]. «Deseo ardientemente ver llegado el momento en el que se utilicen adecuadamente sus grandes dotes, —afirmó Keyes—. Tiene la confianza de la armada, y de hecho la del país entero, que tiene puestas sus miras en él y espera que contribuya a ganar la guerra.»[11] En todo el debate, esta fue la única vez en que se sugirió que Churchill debía ocupar el puesto de Chamberlain, y aun así se trató de una propuesta velada, ya que se temía provocar una reacción contraria en los

partidarios de Chamberlain. Desde luego, nadie mencionó a Churchill posteriormente, cuando George Lambert, uno de los parlamentarios nacional-liberales, dijo: «Pido a los honorables miembros del parlamento que digan a quién sugieren como primer ministro, que no sea, claro está, su señoría, el actual titular del cargo».

Pese a su reputación de ser por regla general un orador sin brillo, Leo Amery fue quien pronunció el discurso más electrizante de todo el debate. Cuestionó el momento elegido para ascender a Churchill con afirmaciones que favorecían al primer lord del Almirantazgo y que perjudicaban en cambio al primer ministro, y terminó su dura condena de Chamberlain como jefe de guerra con las célebres palabras que Oliver Cromwell dirigiera al Remanente del Parlamento en 1653: «Lleváis sentados ahí tiempo más que suficiente para haber hecho algo bueno. Marchaos, y libradnos de vuestra presencia. ¡En nombre de Dios, partid!»[12]. Pese a tratarse de la arenga de un dictador militar que se disponía a destituir a un parlamento electo, el efecto de aquellas palabras fue espectacular. Tomaron entonces la palabra dos diputados sin cargo del bando de Chamberlain, pero no pudieron atacar a Churchill dado que este era un ministro leal al gobierno. Después intervino lord Winterton, que había luchado en Galípoli, igual que Attlee y Josiah Wedgwood, y fustigó al gobierno por no haber exigido mayores sacrificios a la nación. Al final añadió: «Quiero excluir expresamente de mi censura al primer lord del Almirantazgo»[13].

Oliver Stanley, el ministro de la Guerra, hizo todo cuanto pudo para tratar de reconducir la situación, y un par de partidarios de Chamberlain que ocupaban la bancada de los parlamentarios sin cargo salieron en defensa del primer ministro. Sin embargo, al término de la primera jornada de debates quedó meridianamente claro que lo que se estaba juzgando no era solo el modo en que se había dirigido la campaña de Noruega, sino el propio gobierno de la nación. El miércoles 8 de mayo, segundo día de la sesión de control, Herbert Morrison, una relevante figura del laborismo, se quejó de que le correspondiera a Churchill tomar la palabra en último lugar, ya que «de ese modo no podrán hacerse comentarios sobre las pruebas que aporte», y comparó esa situación con «la del testigo principal de un juicio que se negara a subir al estrado»[14]. Morrison expuso una serie de cuestiones a

Churchill sobre el hecho de que se enviaran a Noruega piezas de artillería desprovistas de cañones de repuesto, tropas sin calzado para la nieve, o armas antiaéreas con una semana de retraso, etcétera —en una intervención que supuso la primera nota de crítica seria a Churchill en todo lo que se llevaba de debate—. «Por último, —preguntó—: ¿podría estar dándose el caso de que el muy honorable caballero parlamentario y primer lord del Almirantazgo esté siendo utilizado por el primer ministro como una suerte de escudo protector cada vez que el señor Chamberlain lo juzga conveniente?». Morrison anunció también que, esa misma noche, el Partido Laborista iba a proponer un proceso de división de la asamblea**[15]** al término del debate —teóricamente dedicado a la suspensión de las sesiones de la Cámara, pero centrado de hecho, como estamos viendo, en el desempeño de Chamberlain como primer ministro—. A continuación, Chamberlain recibió lo que el *Times* denominaría «una estruendosa salva de aplausos» al responder: «Yo declaro lo siguiente a mis amigos de la Cámara —y los tengo— […]. Acepto el desafío. Es más, recojo con gusto el guante […], apelo a quienes nos respaldan y les pido que esta noche nos apoyen en el vestíbulo de nuestra división partidaria»**[16]**.**[17]** No tardaría en considerarse que este llamamiento no constituía más que un flagrante intento de granjearse una ciega lealtad personal y partidista en un momento en el que la nación se hallaba en peligro, así que el tiro de Chamberlain le salió por la culata con resultados desastrosos.

Sir Samuel Hoare, ministro del Aire y acérrimo partidario de las medidas de apaciguamiento en la década de 1930, fue el siguiente orador. Las repetidas intervenciones del almirante Keyes, el laborista Hugh Dalton y nada menos que otros siete parlamentarios, dejaron seriamente vapuleado a Hoare, que se vio obligado a admitir que la RAF «no tenía, ni de lejos, las dimensiones que debiera» —una observación muy negativa para un ministro del gobierno que había estado al frente de ese departamento a lo largo de casi toda la década anterior—. Lloyd George pronunció entonces un devastador discurso contra el primer ministro, al que había odiado desde que Chamberlain contribuyera a derribarle a él en 1922. «Desde el punto de vista estratégico estamos infinitamente peor» que en 1914, dijo, en un análisis que podríamos calificar de sobrio para un máximo mandatario de la

Gran Guerra[18]. Lloyd George señaló que Churchill había estado en lo cierto al señalar el rearme de Alemania en los años treinta. Poco después, al señalar Lloyd George: «No creo que el primer lord del Almirantazgo sea enteramente responsable de todo lo que ha sucedido [en Noruega], —Churchill se levantó de su asiento y le interrumpió—: Asumo plenamente la responsabilidad de cuanto ha hecho el Almirantazgo, y la parte de culpa que me corresponde en este asunto». Sin embargo, Lloyd George reanudó su alocución con una demoledora salida: «El muy honorable caballero no debe permitir que se le convierta en un refugio antiaéreo concebido para impedir que la metralla alcance a sus colegas»[19]. *Lady* Alexandra Metcalfe comentó a Halifax de que la broma de Lloyd George había dejado a Churchill «orondo como un bebé y concentrado en balancear las piernas, sentado en la bancada gubernamental, para tratar de contener la risa»[20]. Acto seguido, Lloyd George pasó a ocuparse de Chamberlain. «La cuestión no estriba en saber qué amigos tiene o no tiene el primer ministro. El asunto va mucho más lejos […]. Yo declaro solemnemente que [el señor Chamberlain] tiene que dar un ejemplo de sacrificio, porque no hay nada que pueda contribuir más a la victoria en esta guerra que su abandono de los sellos del cargo.»[21] Cabe suponer que, al sentarse de nuevo en el escaño, Lloyd George debió de sentirse reconfortado, dado que había esperado nada menos que dieciocho años para tomarse una venganza tan exquisita como aquella.

Duff Cooper retomó el tema de que se estuviese utilizando a Churchill como escudo para proteger a Chamberlain. «[Churchill] va a defender con su elocuencia a quienes durante tanto tiempo se han negado a escuchar sus consejos, —señaló—, a quienes han recibido con desprecio sus avisos y se han negado a confiar en él […]. Suplico a mis colegas que no se dejen arrastrar esta noche por la seducción de su oratoria y la fuerza de su personalidad»[22]. Duff Cooper fue el primer parlamentario conservador que afirmó su voluntad de votar en contra del gobierno. Esa mañana, lord Salisbury había instado al Comité de Observación de los parlamentarios conservadores a no oponerse al ejecutivo, ya que creía que el número de votos favorables con el que contaban no permitía ninguna eventual fuga, pero al quedar claro que al menos treinta diputados del gobierno de

concentración nacional podían desertar *de facto* —y que una cantidad aún mayor tal vez se abstuviera—, su punto de vista cambió[23].

Harold Nicolson resumiría muy apropiadamente el problema al que se enfrentaba Churchill en esa sesión al anotar en su diario: «Por un lado, tenía que defender a las tres armas del ejército; y por otra debía mostrarse leal con el primer ministro. Cualquiera hubiera tenido la impresión de que, tras el debate, se vería con claridad que le había resultado imposible hacerlo sin perder una parte de su prestigio, pero lo cierto es que se las ha arreglado para lograr ambas cosas con absoluta fidelidad y acentos aparentemente sinceros, demostrando al mismo tiempo, con su brillantez, que realmente no tiene nada que ver con esa pandilla de políticos timoratos y confusos»[24]. Según señala Channon, «todo el mundo se había planteado una duda: ¿sabrá Winston mantenerse leal? Cuando finalmente se levantó, pude ver inmediatamente que lo hacía con ánimo combativo, con desbordante vitalidad y dispuesto a disfrutar del momento, regocijado con la irónica posición que le había tocado en suerte, que le obligaba a defender a sus enemigos y a abogar por una causa en la que no creía […]. ¿Cuánta de la munición que empleó era real y cuánta de fogueo? Es algo que nunca llegaremos a saber»[25].

Al llegarle el turno de palabra, los amigos de Churchill ya habían preparado a la Cámara para lo que tenía que decir. No fue una de sus mejores y más clásicas intervenciones, dado que se limitó a ofrecer una competente defensa del gobierno y de la campaña noruega. Sin embargo, al interrumpirle el parlamentario laborista Emanuel Shinwell, se produjo un malhumorado intercambio de pareceres. Churchill había dicho que Shinwell «se agazapa en un rincón», y después se había negado a retirar el comentario. Entonces se suscitó la cuestión de si el término «agazaparse» admitía ser considerado o no como una buena práctica lingüística para una institución como el parlamento, y el diputado laborista por Glasgow, Neil Maclean, que estaba algo bebido, dijo que lo que le había parecido escuchar a Churchill no había sido «se agazapa», sino «se escaquea»[26]. Esto sacó a Churchill de sus casillas, y se le vio indignarse más incluso que en el debate sobre Múnich, pese a que en esa ocasión hubiera estado abogando en favor de una causa en la que creía con toda vehemencia.

«Hemos soportado todo el día los peores insultos, —dijo Churchill en uno de los momentos de su discurso, cuya duración fue de tres cuartos de hora—, y ahora sus honorables señorías ni siquiera se dignan a escuchar con atención»[27]. Cuando la Cámara consiguió sosegarse un poco, Churchill argumentó que el principal problema al que habían tenido que enfrentarse las fuerzas armadas británicas en Noruega había sido el de la superioridad aérea de los alemanes. «Si se ha hecho alguna excepción en las críticas ha sido porque el primer ministro ha dicho que apelaba a sus amigos, —aseguró Churchill—. Está convencido de que los tiene, y yo espero que así sea. Desde luego, contaba con ellos, y eran muy numerosos, cuando las cosas marchaban bien. Creo que sería una terrible falta de generosidad, y muy poco digno del carácter británico —y del Partido Conservador—, retirarle esa simpatía en un momento de dificultad, y sin dar curso, además, a todos los procesos de grave debate que deben observarse.»[28] En su alegato final, Churchill explicó: «Dejemos a un lado todas las enemistades anteriores a la guerra, olvidemos las pendencias personales y reservemos los odios para nuestro común enemigo».

A juicio de Maisky, que asistió al debate desde la tribuna de espectadores, las palabras del primer lord del Almirantazgo habían sido «interesantes y llenas de brillantez, pero no habían resultado convincentes»[29]. Como era de esperar, John Reith[30], convertido ahora en parlamentario y responsable del Ministerio de Información se mostró bastante más cáustico: «He tenido todo el tiempo la sensación de que Churchill es un hipócrita, ya que le encantan las críticas que se están dirigiendo al gobierno, consciente de que todas ellas contribuyen a auparle al poder. Nauseabundo»[31]. Pero no todos los parlamentarios se manifestaron de un modo tan claramente condenatorio respecto a esta cuestión. Attlee, por ejemplo, escribe en el borrador de sus memorias: «Un muy leal esfuerzo de Churchill por imprimir un vuelco a la situación»[32]. Leo Amery recuerda que «lo que realmente importaba era que [el debate] estaba reforzando la posición de Churchill entre los defensores del gobierno sin debilitarla a los ojos de quienes le consideraban el evidente sucesor de Chamberlain»[33]. Como es obvio, el rey no se hallaba presente en la Cámara, pero fue informado de que «Winston había dado por zanjada la

cuestión y pronunciado un discurso muy bueno, con el que había logrado evitar que el problema continuara gangrenándose»[34]. Pero no era así.

Clementine y Mary se encontraban en la tribuna de invitados. «El estado de ánimo que reinaba en la Cámara era marcadamente inestable, incómodo, sensible e inquieto, —apunta Mary en su diario—. Hubo frecuentes interrupciones —y también muchos aplausos—. El modo en el que papá ha manejado la cuestión suscitada y el humor de la Cámara ha sido sencillamente soberbio. Le he escuchado sobrecogida de orgullo, aprensión y entusiasmo. En un momento dado se produjo una avalancha de interrupciones [de Shinwell, Maclean y otros], a lo que papá respondió volviendo a sentarse en su escaño. El discurso acabó entre silbidos y abucheos a ambos lados de la Cámara. Se percibía con una intensidad tremenda que había un fuerte y feroz espíritu de crítica, además de una ácida oposición a Chamberlain y a muchos de los miembros del gabinete, incluso en las propias filas del Partido Conservador.»[35]

Aparte de la ola de protestas del final, lo cierto es que para Churchill habría resultado muy difícil salir mejor parado del debate. Chamberlain se había referido a sus «amigos de la Cámara», pero seis de las siete intervenciones más contundentes del debate —las de Sinclair, Wedgwood, Keyes, Winterton, Lloyd George y Duff Cooper— habían sido obra de personas que pertenecían al Other Club, todas ellas unidas por una amistad con Churchill que no solo era muy estrecha sino que venía cultivándose desde hacía varias décadas[36]. El séptimo discurso, el de Amery, fue el más intenso de todos, y desde luego en su contenido no hubo hostilidad hacia Churchill. Por regla general, el Partido Laborista se había mostrado respetuoso con él, y por otra parte, los parlamentarios conservadores sin cargo en el ejecutivo no habían tratado de trasladar al primer lord del Almirantazgo una responsabilidad, la de lo sucedido en Noruega, que incumbía claramente al primer ministro. De hecho, en el transcurso de los dos largos días de debates nadie había echado la culpa del fracaso de una campaña de carácter fundamentalmente naval al ministro que se hallaba al frente de la armada. Como ya había tenido ocasión de señalar Morrison, Churchill había sido el último en hacer uso de la palabra, y por consiguiente no había existido la posibilidad de contradecirle en los turnos de réplica.

Resultaba excepcionalmente irónico que, a pesar de que el más criticado por la derrota hubiera sido Chamberlain, el político directamente responsable del desastre —Churchill— terminara siendo el que más beneficios sacara de él.

Al empezar a deambular los diputados por los vestíbulos en los que se estaban produciendo las votaciones de la división partidaria, Maisky tuvo la impresión de que «reinaba en la Cámara un zumbido similar al de una colmena alborotada»[37]. La división arrojó un resultado de 281 «Síes» y 200 «Noes». Si tenemos en cuenta que, técnicamente, el gobierno aventajaba en más de 200 votos a la oposición, el hecho de que el ejecutivo solo hubiera obtenido ahora una mayoría de 81 voces, constituía una seria derrota moral para Chamberlain. Según refiere Maisky, al dar Margesson lectura a los resultados del escrutinio, «de la bancada de los parlamentarios críticos surgió, con tormentoso estruendo, un rugido de triunfo». «Chamberlain permaneció sentado en su escaño, blanco como la cal.»[38] Habían votado contra él nada menos que 41 parlamentarios del gobierno de concentración nacional, y lo que era al menos igual de importante, cerca de 50 se habían abstenido. Entre los rebeldes había nombres como los de *lady* Astor, Bob Boothby, Harold Macmillan, Quintin Hogg, Duff Cooper, John Profumo, Louis Spears, lord Wolmer, Harold Nicolson y Leslie Hore-Belisha, sin olvidar, claro está, los de Leo Amery y el almirante Keyes. Se produjeron algunas escenas de alboroto al intentar entonar Harold Macmillan y lord Winterton el *Rule, Britannia* —cántico que fue silenciado por los enfurecidos conservadores—. Los diputados laboristas le gritaron a Chamberlain: «¡Has perdido el tren!» y «¡Vete, vete, vete, vete!»[39]. Los partidarios del todavía primer ministro aullaron a su vez: «¡*Quislings*!»[40] y «¡Chaqueteros!», mientras los discrepantes les respondían con alaridos de «¡Aduladores!»[41]. Channon escribe: «Fue una verdadera barahúnda». Siete meses después, Churchill le dirá a Jock Colville que el debate había supuesto «una oportunidad espléndida para él: las estrellas, en su curso celeste, se habían puesto de su parte. Había conseguido defender a su jefe al máximo, y eso le había granjeado además la estima y el apoyo de sus colegas. Nadie pudo decir que se hubiera comportado de forma desleal con Chamberlain ni que hubiera conspirado contra él»[42].

Esa misma noche, Bracken, al que Attlee había comunicado que el Partido Laborista estaba dispuesto a colaborar con un gobierno presidido por Halifax, dijo a Churchill que, al día siguiente, en el número 10 de Downing Street, cuando estudiara con Chamberlain la situación creada, no debía ser él, bajo ningún concepto, el primero en tomar la palabra[43]. Beaverbrook, que era bastante propenso a mitificar sus propias andanzas, le dirá al historiador John Grigg que la reunión entre Bracken y Churchill había tenido lugar en su apartamento de Stornoway House, en Green Park, en el centro de Londres, que Winston «era partidario de anteponer el deber a las consideraciones personales», y que estaba dispuesto a trabajar como ministro de Defensa a las órdenes de Halifax, pero que «la persona que ejercía en ese momento una influencia decisiva sobre Churchill era Bracken»[44]. Los laboristas estaban a punto de partir para celebrar en Bournemouth la conferencia anual de su partido, y Rab Butler mantuvo conversaciones tanto con Hugh Dalton como con Herbert Morrison. Ambos le transmitieron, aunque no de forma oficial, que su formación política no tendría inconveniente en formar parte de un gobierno encabezado por Halifax —a lo que Dalton añadió: «Churchill debe seguir ocupándose de la guerra»—.[45] Butler trasladó rápidamente la información a Halifax.

El martes 9 de mayo de 1940, el día amaneció soleado, espléndido, con doce horas de luz por delante y una temperatura máxima de 18 grados centígrados. Los principales maestros de ceremonias del gobierno, encabezados por lord Douglas en el número 10 de Downing Street y por David Margesson en la Oficina de los jefes de disciplina de la coalición gubernamental, trataron de determinar con exactitud el grado de peligrosidad que había supuesto la votación para la posición del primer ministro, animados obviamente por la esperanza de poder limitar los daños y permitirle continuar en el cargo. «Una cosa sí que puedo decirle, despreciable mierdecilla», le espetó Margesson a John Profumo, un soldado de veinticinco años que había sido elegido diputado apenas dos meses antes, «lo que ha hecho usted la pasada noche habrá de avergonzarle durante el resto de su vida cada vez que se despierte por las mañanas»[46].

En cambio, Alec Dunglass y *sir* Horace Wilson invitaron indulgentemente a los más destacados parlamentarios conservadores sin cartera a presentarse en Downing Street para escuchar sus quejas y señalarles que, debido a su impopularidad, tanto *sir* John Simon como *sir* Samuel Hoare podían verse apartados del gobierno (un extremo que no le había sido notificado ni a Simon ni a Hoare). A las 9 de la mañana, Chamberlain le ofrecía a Amery el puesto que más le gustara del ejecutivo, salvo el de primer ministro. Amery rechazó la sugerencia y le dijo a Chamberlain que debía presentar la dimisión. Al constatar el fracaso de la inveterada práctica de poner a los colegas leales a los pies de los caballos, Chamberlain llamó a Halifax y le pidió que acudiera al número 10 de Downing Street a las diez y cuarto de la mañana, sin decirle, claro está, que acababa de proponerle a Amery que ocupara su puesto.

Entretanto, Churchill se ganaba la lealtad de una persona que hasta entonces se había mostrado siempre un tanto distante, pero que ahora optaba en cambio por unirse a él. Anthony Eden se presentó en el Almirantazgo a las nueve y media de la mañana y se encontró con que Churchill estaba afeitándose. El primer lord le dijo que «pensaba que Neville no iba a ser capaz de incorporar a los laboristas a su ejecutivo y que era preciso constituir otro gobierno de concentración nacional»**[47]**. Ese mismo día, durante la comida, Churchill y *sir* Kingsley Wood, el bajito y regordete lord del Sello Privado que anteriormente había sido fiel a Chamberlain, le aseguraron a Eden que «Neville había decidido marcharse. [El propio] Kingsley pensaba que el sucesor iba a ser W[inston] e instó a [Churchill] a manifestarse plenamente dispuesto a ese planteamiento en caso de que le preguntaran qué le parecía». Wood, a quien Eden consideraba «sagaz y amistoso, pero de recursos limitados», actuaba de ese modo porque su destitución como ministro del Aire el pasado 3 de abril le había dejado resentido, aunque también es posible que sus movimientos se debieran simplemente al puro oportunismo (o quizá sus motivos fueran dobles), pero lo cierto es que, al día siguiente, su intervención iba a revelarse crucial. Antes de la guerra, Wood había sido el ministro más favorable a los alemanes de todo el gobierno de Chamberlain, y sin

embargo, ahora se mostraba dispuesto a intentar que Churchill se convirtiera en el primer ministro[48].

Chamberlain y Halifax se reunieron a las diez y cuarto de la mañana. Acordaron que los Partidos Laborista y Liberal debían ser incluidos en el ejecutivo, algo que Halifax llevaba proponiendo desde el día en que ambos políticos habían abandonado juntos el aeródromo de Heston en coche para regresar a Londres tras el Acuerdo de Múnich. En la muy probable eventualidad de que los laboristas se negaran a incorporarse a una administración presidida por Chamberlain, el primer ministro preguntó al responsable de Asuntos Exteriores si estaría dispuesto a formar gobierno, y en tal caso le rogaba que le aceptara para dirigir algún departamento. «Le expuse todos los argumentos que se me ocurrieron para oponerme a mi propia candidatura», señala Halifax en su diario. El principal escollo era, continúa, el de la «difícil posición en que se encontraría un primer ministro incapaz de hallar puntos de contacto con el centro de gravedad de la Cámara de los Comunes»[49]. Chamberlain indicó no obstante, el evidente extremo de que, al tratarse de una coalición, no debía esperarse demasiada oposición en los Comunes. La conversación ejerció una suerte de efecto sicosomático en Halifax, ya que le provocó un fuerte dolor de estómago. Al regresar al Ministerio de Asuntos Exteriores, le dijo a Rab Butler que «estaba convencido de que podría asumir el cargo que se le encomendaba. También se manifestó persuadido de que era preciso refrenar a Churchill. ¿Cuál sería la mejor manera de ponerle ese freno: ejercer él mismo el puesto de primer ministro, o aceptar una cartera en un gobierno de Churchill? Aun en el caso de que optara por la primera alternativa, parecía seguro que las cualidades y la experiencia de Churchill acabarían por convertirle en cualquier caso en el hombre llamado a “liderar la acción de guerra”, con lo que los parlamentarios que se oponían a él [es decir, a Halifax] no tardarían en transformarle en una especie de primer ministro honorario, confinándole en la penumbra y manteniéndole alejado de las cuestiones de verdadero peso»[50]. Halifax sabía que, en tiempos de guerra, su falta de competencia en temas militares suponía una carencia inaceptable en un primer ministro. Lo que todo el mundo parecía dar por supuesto a esas alturas era que, a pesar del desastre de Noruega, Churchill no iba a

tardar en tener totalmente bajo control la maquinaria bélica de Gran Bretaña en su condición de ministro plenipotenciario encargado de la Coordinación de la Defensa.

Al contar con el respaldo del rey, del primer ministro saliente y de la cúpula jerárquica del Partido Laborista, y al disponer asimismo del suficiente número de parlamentarios conservadores como para constituir una mayoría con autoridad en los Comunes, el puesto de primer ministro estaba teóricamente al alcance de Halifax, y de haber insistido en hacerse con él, o de haber antepuesto la ambición personal a los intereses de la nación, no hay duda de que lo habría logrado. En abril, Chamberlain no había consultado el parecer de Churchill al proceder a la última remodelación del gobierno, de manera que si se hubiera comportado de manera similar, es decir, si se hubiera presentado en palacio en la mañana del 9 de mayo para recomendar al rey que nombrara primer ministro a Halifax, Churchill no habría tenido más remedio que prometer que estaba decidido a contribuir lealmente al esfuerzo del momento. En una fecha extremadamente reciente —nada menos que en marzo de 1940—, Chamberlain había escrito: «Prefiero que Halifax sea mi sucesor antes que Winston»[51]. Desde luego, Churchill no habría podido negarse a prestar servicio al gobierno en tiempo de guerra por el simple hecho de saber que él era un líder más adecuado para librar la contienda. Y así lo reconocerá, por cierto, al decirle a W. P. Crozier el 26 de julio, mientras peleaba con una cuchara para sacar el hielo de su vaso de *whisky* con soda y lanzarlo a un cubo de carbón cercano: «Una cosa sí le debo a Chamberlain, ya lo sabes. Cuando dimitió podía haber aconsejado al soberano que mandara llamar a Halifax, y no lo hizo»[52]. En muchos sentidos, la reunión que mantuvieron a solas Chamberlain y Halifax en la mañana del 9 de mayo, en la que este último no insistió inmediatamente en que aceptaría el puesto del primer ministro en caso de que los laboristas rehusaran integrarse en un gobierno presidido por Chamberlain, fue más importante que la que se celebró esa tarde, ya en presencia de Churchill.

Tras comer con Wood y Eden, Churchill se dirigió al número 10 de Downing Street para sumarse a Chamberlain y a Halifax en el intento de persuadir a Attlee y a Arthur Greenwood de que convencieran a su vez al

Comité Ejecutivo Nacional de los laboristas, reunido en Bournemouth, de que debían unirse a un gobierno de coalición. Attlee y Greenwood, que venían directamente de un almuerzo ofrecido en el Reform Club por Clement Davies —un hombre extremadamente contrario a Chamberlain que les había advertido de que el primer ministro abrigaba la esperanza de aferrarse al poder—, entraron en la Sala del Gabinete de Downing Street y se acomodaron en la mesa, justo enfrente de Chamberlain, flanqueado por Churchill y Halifax[53]. «Chamberlain nos presionó todo cuanto pudo para que nos incorporáramos a su gobierno, y Winston le apoyó enérgicamente», escribirá Attlee más tarde[54]. Al intentar explicarles Churchill lo encantador que era Chamberlain como compañero de fatigas, Greenwood le cortó diciendo: «No hemos venido aquí a oírte discursear, Winston»[55].

Attlee y Greenwood accedieron a trasladarse a Bournemouth para plantearle dos preguntas a la Ejecutiva Nacional laborista —preguntas que, por extraño que parezca, Attlee consideró necesario apuntar, a saber, «1) ¿Estarían dispuestos formar parte de un gobierno presidido por el actual primer ministro?; y 2) ¿Aceptarían incorporarse a la administración si el primer ministro fuera otro?»—. Al día siguiente, Attlee llamó por teléfono al número 10 de Downing Street para comunicar las respuestas que había recibido[56]. Tanto él mismo como Greenwood advirtieron a Chamberlain de que, a su juicio, era muy improbable que los laboristas fueran a mostrarse dispuestos a trabajar a sus órdenes —lo que difícilmente pudo haber constituido una sorpresa para el primer ministro, puesto que, en el discurso que había pronunciado en el Debate sobre Noruega, Attlee ya había lanzado el mensaje de que «[los laboristas] queremos que el timón esté en manos de personas distintas».

El rey simpatizaba con su primer ministro. «Es sumamente injusto que se esté tratando de este modo a Chamberlain, después del buen trabajo que ha venido realizando, —consigna en su diario—. Los conservadores rebeldes como Duff Cooper y otros deberían avergonzarse de sí mismos por abandonarle en un momento como este.»[57] (Tal vez no sea una coincidencia que, durante la crisis de la Abdicación, Duff Cooper hubiera sido el único miembro del gabinete que había optado por respaldar a Eduardo VIII.)

Al no disponer más que de unos pocos diputados en el parlamento, los laboristas no estaban facultados para determinar el nombre del político conservador que debía suceder a Chamberlain, una circunstancia que, teniendo en cuenta los puntos de vista favorables a Halifax que habían expresado la noche anterior Attlee, Morrison y Dalton, resultaba perfectamente conveniente para Churchill. (A pesar de poseer un título hereditario de vizconde y de haber venido al mundo en un castillo, Halifax había promovido la conversión de la India en un Dominio autogobernado y mantenía buenas relaciones personales con los líderes laboristas.) Una vez que Attlee y Greenwood se hubieron marchado, Chamberlain mandó pasar a Margesson a fin de estudiar con él, Churchill y Halifax el nombre del próximo primer ministro en caso de que los laboristas se negaran a formar parte del gobierno si él mismo continuaba al frente.

Dado que no se levantó acta de los temas que trataron esos cuatro hombres durante su reunión de las cuatro y media de la tarde del 9 de mayo de 1940, lo que en ella se dijo ha de reconstruirse al modo de un rompecabezas, tomando como base un conjunto de fuentes distintas cuyo grado de credibilidad es además muy diferente. La crónica más plausible de los acontecimientos es la que se encuentra en el diario de Alec Cadogan, con quien Halifax se entrevistó inmediatamente después del cónclave a cuatro. «El primer ministro, Winston y yo mismo hemos estado examinando las posibilidades», le dijo Halifax.

> [Chamberlain] ha señalado que yo era la persona cuyo perfil se había juzgado más aceptable. Por mi parte, he hecho notar que, si se me eligiera, me encontraría en una situación desesperada. Si no puedo hacerme cargo de la dirección de la guerra (es decir, de sus operaciones), y si tampoco tengo la posibilidad de liderar la Cámara, me convertiré en un simple cero a la izquierda. Creo que Winston es una opción más adecuada. Él no ha puesto objeciones a esa eventualidad. Se ha mostrado extremadamente amable y educado, pero ha demostrado que, a su juicio, esta era [la] solución correcta. Tanto el jefe de disciplina del partido como otros parlamentarios tienen la impresión de que los sentimientos de la Cámara se han decantado en su favor. Si N[eville] C[hamberlain] permanece en su puesto, cosa que él está dispuesto a hacer, su consejo y su juicio equilibrarán a Winston[58].

Halifax había sido virrey de la India e íntimo confidente de dos primeros ministros. En tiempos de paz es muy posible que hubiera logrado

mantener más o menos sujeto a Churchill, de forma muy similar a lo que ya hicieran en su momento Lloyd George y Baldwin, pero, como él mismo había admitido al conversar con Butler el día anterior, era consciente de que en tiempo de guerra se habría visto rápidamente desplazado a una zona de penumbra. Por todo ello, la abnegación de Halifax se consideró bien fundada.

El relato que el propio Churchill hace de la trascendental entrevista no solo fue escrito ocho años después de su celebración, sino que señala erróneamente tanto la fecha como la hora del encuentro, y no menciona en ningún momento la presencia de Margesson. «Son muchas las entrevistas relevantes que he tenido a lo largo de mi vida pública, —señala—, pero esta fue sin duda la más importante. Por lo general hablo por los codos, pero en esa ocasión me mantuve callado»[59]. Churchill afirma que Halifax hizo una «larguísima pausa», que a los presentes se les antojó aún más prolongada que los dos minutos de silencio que acostumbran a guardarse el día en que se conmemora el Armisticio de 1918, y que tras ella, como saliendo de un estado de profunda incomodidad, el interpelado soltó abruptamente la idea de que su condición de aristócrata le descalificaba como candidato para el puesto de primer ministro, tras lo cual, añade Churchill, «quedó claro que la responsabilidad iba a recaer sobre mis hombros, o mejor dicho, que *de facto* ya me la habían atribuido». De dar crédito a esta versión, Churchill no habría hecho absolutamente nada para acceder al cargo de primer ministro, salvo permanecer en silencio. Mucho tiempo después de la guerra, Margesson tendrá ocasión de leer las galeradas de un libro escrito por un amigo suyo sobre los sucesos de 1940. Y cabe resaltar que no corrige una frase en la que se dice: «Según Margesson, el silencio fue en realidad de corta duración, ya que Halifax lo rompió casi inmediatamente con un alegato en favor de Churchill, cuyas aptitudes para el liderazgo en tiempo de guerra eran las idóneas»[60].

En una nota manuscrita de Beaverbrook, que sin embargo carece de fecha, se transcribe lo sucedido en la reunión (en la que, evidentemente, él mismo no se hallaba presente, pero de la que, al parecer, tuvo noticia fehaciente a través de alguien que sí asistió a la misma, probablemente Churchill). En dicha nota se alude al papel de Margesson: «Se hizo pasar a

Margesson. Se planteó una pregunta formulada por medio de una afirmación en la que C[hurchill] reprochaba a Ch[amberlain] que se alineara con el Partido Laborista. Después se hizo el Gran Silencio»[61]. Beaverbrook escribirá más tarde: «Fue Margesson quien descubrió que la mayor parte de los parlamentarios conservadores querían que Halifax fuera el primer ministro»[62]. Esto contradice lo que Halifax le había dicho a Cadogan. Y aunque las afirmaciones de Margesson fuesen ciertas, es claro que no habrían desconcertado en exceso a Churchill, que sabía perfectamente que su popularidad entre los diputados de los dos partidos mayoritarios era muy inferior a la de Halifax. La hostilidad entre Churchill —el terror de Tonypandy, según la mitología del laborismo— y el Partido Laborista se remontaba a la época de la huelga general, y de hecho se había reavivado la noche anterior, sin ir más lejos, debido al contratiempo surgido a raíz del encontronazo con Shinwell.

El diario de Eden recoge el dato, presumiblemente obtenido también de Churchill, de que, en la famosa reunión, Winston «había dejado claro» que esperaba que Chamberlain pasara a ser el líder de la Cámara de los Comunes y que permaneciera al frente del Partido Conservador, mientras que él mismo debía convertirse en primer ministro y responsable del Departamento de Defensa[63]. Este planteamiento era sumamente acertado, ya que Churchill no quería que los parlamentarios conservadores, resentidos por la caída de su máximo dirigente, tuvieran las manos libres para atacar a su gobierno. Por muy impopular que se estuviera volviendo Chamberlain en todo el país a causa de sus medidas de apaciguamiento, lo cierto era que todavía ejercía una gran influencia entre los diputados sin cargo del parlamento.

Cabe por tanto preguntarse: ¿vino a recaer el puesto de primer ministro en los hombros de Churchill como consecuencia de una carambola política; se lo ofreció Halifax al renunciar a asumirlo personalmente; o supo el propio Churchill aprovechar la oportunidad tan pronto como se percató de que se le ofrecía ocasión para hacerlo? En 2001, una edición de los documentos privados de Joseph P. Kennedy[64] conseguiría arrojar nueva luz sobre los acontecimientos. El 19 de octubre de 1940, Neville Chamberlain, que para entonces sabía ya que se moría de cáncer —aunque

en el momento del debate todavía no se le había diagnosticado la dolencia —, invitó a Kennedy a su casa de campo para despedirse. La conversación acabó girando en torno a esa crucial entrevista del mes de mayo y Chamberlain le dijo a Kennedy que, tras la partida de los líderes del Partido Laborista, él «quiso nombrar primer ministro a Halifax, y le aseguró que trabajaría a sus órdenes. Edward [Halifax], como de costumbre, empezó a decir: "Estando como estoy en la C[ámara] de los Lores, es posible que no consiga hacerme con las riendas de la situación […] —Al final, Winston dijo—: Creo que no te sería posible lograrlo". Y como no cambió de parecer, el asunto quedó zanjado»[65]. De acuerdo con este relato de los hechos —que es el único que nos ha dejado Chamberlain sobre lo ocurrido cinco meses antes—, Halifax no mantuvo ningún silencio prolongado, como se afirma en la explicación de Churchill, redactada ocho años después del momento en cuestión, puesto que la expresión «Al final» (que arranca con una «A» mayúscula) figura después de que Halifax admita sus escasas posibilidades de éxito y no antes.

Vale la pena analizar también las crónicas alternativas que han ido surgiendo con el transcurso de los años, aunque teniendo bien presente la obvia circunstancia de que el relato crece y se embellece al pasar de boca en boca. En marzo de 1942, en Washington, tras hablar de la reunión del 9 de mayo de 1940 con Beaverbrook, Halifax anota en su diario: «Winston no tenía la menor duda de que él debía ser el elegido, y le preocupaba mucho averiguar con buen tino cuál podía ser la mejor táctica que seguir cuando el asunto se pusiera sobre el tapete. Y según parece, llegó a la conclusión de que lo más adecuado sería mantener un mutismo total. Recuerdo que el día en que se tomó la decisión, Winston se atuvo en gran medida a esa línea de conducta»[66]. En ese mismo año de 1942, Cadogan da una versión ligeramente distinta de los hechos a *sir* Miles Lampson en El Cairo, una versión en la que Churchill se aprovecha del noble titubeo de Halifax. En esta narración, Lampson señala que Chamberlain había asegurado que Halifax «era quien tenía mejores argumentos. Y él [Halifax], que realmente quería desempeñar el cargo […], contestó a la oferta con su habitual y decorosa modestia diciendo que, pese a sentirse enormemente halagado, no estaba seguro de que no fuera Winston quien acaso se hallara más

capacitado para la tarea. Al escuchar este planteamiento, Neville se giró hacia Winston, ¡y este contestó inmediatamente, para asombro y perplejidad de Halifax, que desde luego estaba convencido de ser el más apto y que debía ofrecérsele por tanto el puesto!»[67].

Las explicaciones de Churchill coinciden con esta descripción. En 1947 le comentará a su médico, lord Moran: «Por lo que decía el primer ministro, vi claramente que deseaba que fuera Halifax quien le sucediera. Me miró desde el otro lado de la mesa, pero yo no abrí la boca, y se produjo una larguísima pausa. Entonces Halifax dijo que sería muy difícil que el primer ministro desempeñara sus responsabilidades si tenía la condición de par de Inglaterra. Me percaté al instante de que Halifax acababa de tirar la toalla»[68]. Esta versión es prácticamente idéntica a la que él mismo publicará al año siguiente en sus memorias de guerra. En la década de 1950, Churchill le dirá al jefe de disciplina de su partido: «En esa ocasión ni siquiera tuve que abogar en favor de mi propia causa»[69]. En 1963, al publicarse los recuerdos que Tommy Thompson había rescatado de la contienda, el ayuda de cámara de Churchill sostiene que, inmediatamente después de la entrevista, Winston le había confesado: «Ha sido la única vez en toda mi vida que he mantenido la boca cerrada»[70]. Hay seis crónicas relativamente contemporáneas que nos refieren lo sucedido en ese encuentro del 9 de mayo: la entrada del diario de Halifax, escrita pocas horas después de los acontecimientos; la conversación igualmente próxima a los hechos que Halifax mantiene con Cadogan; el relato que Chamberlain le ofrece a Kennedy; las explicaciones que Cadogan transmite a Lampson después de haber escuchado la versión de Halifax; el comentario de Churchill a Moran; y las memorias del propio Winston. En todas ellas, salvo en las dos últimas (que son de finales de los años cuarenta), Churchill es quien coge al vuelo la oportunidad de acceder al cargo de primer ministro en lugar de limitarse a esperar a que se le ofrezca[71].

Parece extraordinario que, en una situación de emergencia bélica, el primer ministro y el titular de la cartera de Asuntos Exteriores consideraran que el doble hecho de que un aristócrata se hiciera con el puesto de primer ministro y pasara a ocupar un escaño en la Cámara de los Comunes pudiera constituir un problema constitucional insuperable, e igualmente asombroso

resulta que permitieran que una esotérica cláusula constitucional viniera a decidir el nombre del líder de guerra de Gran Bretaña en un momento tan peligroso para la nación. Si en 1641, el parlamento había conseguido aprobar una Ley de Extinción de los Derechos de Ciudadanía de lord Strafford al condenarle a la muerte civil, también podría haber sacado adelante una Ley Parlamentaria de Caso Único que permitiera a Halifax dirigirse, trescientos años más tarde, a los Comunes. El rey, que contaba entre sus funciones la de ser garante de la constitución, le preguntó a Chamberlain si no sería posible decretar que la condición de par de Inglaterra que ostentaba Halifax quedaba temporalmente «en suspenso», por emplear la expresión del propio monarca[72]. Esa fue una nueva oportunidad de oro —nada menos que una sugerencia directa del custodio oficial de la Constitución no escrita[73] de Inglaterra— para que Chamberlain hubiera cerrado el paso a Churchill de haberlo juzgado deseable.

Es posible que todo el mundo estuviera valiéndose de la condición aristocrática de Halifax para obviar el hecho de que, en realidad, el propio interesado no quería asumir el cargo de primer ministro, al menos en ese momento, dado que sabía que era muy probable que se viera humillado en poco tiempo, eclipsado por la figura de Churchill. A los ojos de los principales actores implicados, resultaba evidente que había llegado la hora de entregar el liderazgo al único hombre que había entendido desde el principio los auténticos propósitos de Hitler y los nazis, y que lo último que necesitaba el país eran los sermones de un político que, pese a ser una persona devota y decente, había malinterpretado prácticamente hasta el final el carácter del régimen fascista. Y por otra parte, pese a que en esos días los discursos de Halifax constituyesen un ejemplo de reflexión y magnanimidad, lo cierto es que carecían por completo de la chispa y la lírica de los de Churchill.

Al manifestar sin rodeos que no creía que Halifax pudiera ejercer adecuadamente el cargo de primer ministro desde la Cámara de los Lores, ya lo dijera inmediatamente o tras un silencio (o aun después de un «Gran Silencio», como apunta Beaverbrook en su nota), parece claro que Churchill *cogió* efectivamente al vuelo la ocasión de hacerse con el puesto

y que no se contentó con esperar a que se lo ofrecieran, como él mismo se encarga de recordar en sus memorias. Esto concordaría a la perfección con la conducta que Churchill observó invariablemente a lo largo de su vida. Siempre se había lanzado al ruedo para coger el toro por los cuernos, y el hecho de exigir lo que consideraba un derecho bien ganado nunca le había provocado ni sentimientos de culpa ni sensación de incomodidad. Todos sus actos importantes habían sido oportunidades deliberadamente aprovechadas, gestos propios de alguien que actúa impulsivamente y deja las consecuencias para mejor ocasión, desde el viaje que realizó al Sudán en 1898 sin contar con el permiso del regimiento, hasta las órdenes que dictó para que el *Cossack* abordara al *Altmark* en febrero de 1940, pasando por su evasión de la cárcel de Pretoria en 1899; por su presencia en el número 100 de la calle Sidney en 1911; por su movilización de la Gran Flota sin la autorización del consejo de ministros en julio de 1914; por la confiscación de los buques de guerra turcos en agosto de 1914; por su defensa de la ciudad de Amberes en octubre de 1914; por la orden de atacar la ciudad de Kotlas sin el visto bueno del ejecutivo en 1919; por su acuerdo de paz con Michael Collins en 1921, desoyendo la oposición de los parlamentarios sin cartera de la bancada conservadora; por la adquisición de Chartwell en 1922, sin cerciorarse del beneplácito previo de Clementine… Su héroe, Napoleón, creía que el éxito lo justificaba todo. Si treinta años atrás Churchill había tenido el «cuajo», por emplear una expresión de la época, de abrirse paso denodadamente e ingresar en la política activa, ¿por qué habría de comportarse ahora de manera diferente cuando tenía al alcance de la mano el más alto puesto gubernamental, que además ya ambicionaba antes de ese primer acceso a la arena parlamentaria?

Churchill había mostrado un dinamismo agresivo que se había juzgado poco menos que impropio de un británico, y era profundamente contrario al culto al aficionado garboso que tanto se les había inculcado a muchos de sus contemporáneos, cuyo ideario consistía en dar por supuesto que las recompensas de la vida debían caerle a uno del cielo poco menos que por generación espontánea. En un claro y palmario rechazo de este último tipo de actitud, Churchill se había negado a aceptar el puesto de secretario financiero del Tesoro que le había ofrecido *sir* Henry Campbell-Bannerman

y que le habría permitido representar al Ministerio de las Colonias en la Cámara de los Comunes, igual que había declinado el puesto de jefe de la secretaría de Irlanda que Asquith le propuso en 1910, prefiriendo asumir en cambio la cartera de Interior. En 1911, el propio Churchill se había ofrecido a Asquith como primer lord del Almirantazgo, y en 1919 había hecho otro tanto con Lloyd George, al pedirle que le confiara le responsabilidad del Ministerio de Defensa —sin olvidar que en 1921 también le había manifestado contundentemente a este último su disgusto por no haber sido nombrado ministro de Hacienda—. Churchill había expuesto con meridiana claridad, tanto a Baldwin como a Chamberlain, que deseaba ponerse al frente de un Ministerio de Suministros, y en abril de 1939 había invitado a Margesson a cenar en un restaurante para «informarle sin rodeos de su intenso deseo de unirse al gobierno»[74]. En 1940, Churchill había hecho presiones en su entorno para ocupar siquiera *de facto* (aunque no de iure) el puesto de ministro de Defensa. Y ahora que el cargo de primer ministro se encontraba palpablemente al alcance de su mano, por primera vez en su vida —que posiblemente podía ser también la última—, Churchill no estaba dispuesto a ceder el paso a un defensor de las medidas de apaciguamiento que, además de titubear, no estaba militarmente cualificado, a su juicio, para desempeñar esa alta labor. Además, Churchill creía realmente que su liderazgo tenía más visos de conseguir la preservación de Gran Bretaña y su imperio que el de Halifax.

Pese a que en junio de 1937 Clementine hubiera abandonado toda esperanza de ver a su marido elevado al primer puesto civil de la nación, lo cierto es que el propio interesado nunca había desistido de la idea. Esa perspectiva le había animado e impulsado siempre, aun en los períodos en que no parecía abrirse ante él ningún camino capaz de conducirle hasta el número 10 de Downing Street. A los dieciséis años ya le había dicho a su amigo Murland Evans: «En la elevada posición que habré de ocupar, recaerá sobre mí la responsabilidad de salvar a la capital y liberar al imperio»[75]. En la época en que Eden presentó la dimisión, Churchill se había atribuido a sí mismo el puesto oficioso de líder de la oposición, y, quizá desacertadamente, nunca se había preocupado de ocultar el predominio de esa ambición (al menos no hasta ocho meses antes de la

reunión del 9 de mayo de 1940). Churchill tuvo también la buena fortuna de que la política británica se hallara tan escasa de talentos como entonces, puesto que tan pronto como se comprendió que Chamberlain tenía que marcharse quedó claro que no había prácticamente nadie que pudiera pugnar por el puesto salvo Halifax y él mismo. Eden, Cranborne y Duff Cooper eran los únicos ministros que se habían atrevido a dimitir por la cuestión del apaciguamiento, pero en ese momento ninguno de ellos tenía el fuste suficiente para ser tenido en cuenta como eventual candidato al cargo de primer ministro, y otro tanto sucedía con Leo Amery, John Anderson o lord Chatfield. A sus cuarenta y cuatro años, Oliver Stanley era demasiado joven. Y Lloyd George, que ya había cumplido los setenta y siete, y había abogado además en favor de las políticas de apaciguamiento, era todavía más impopular entre las altas esferas del país que el propio Churchill. Por si fuera poco, Lloyd George también había saludado a Hitler diciendo que le consideraba la «reencarnación misma del Soldado Desconocido» alemán. Es más, ninguno de esos políticos había manifestado jamás la fascinación de Churchill por la guerra y las grandes estrategias —y tampoco debe olvidarse que ninguno de ellos ansiaba tanto el puesto como él—. Churchill era a un tiempo un político experto y conocido que ya había llevado las carteras de Hacienda e Interior, y una autoridad independiente que había permanecido en dique seco durante toda la década de 1930 (a excepción de sus últimos cuatro meses). Además, nadie podía esgrimir contra él el argumento de la edad —tenía sesenta y cinco años—, y no solo porque rebosaba energía, sino también porque venía a sustituir a Chamberlain, que acababa de cumplir setenta y uno.

Por consiguiente, la reunión de las cuatro y media de la tarde del 9 de mayo de 1940 se zanjó con el acuerdo de que Chamberlain aconsejaría al rey que mandara llamar a Churchill para proponerle el puesto de primer ministro en caso de que los laboristas telefonearan al día siguiente y confirmaran que se negaban a trabajar a las órdenes de Chamberlain. Tras el pacto, Churchill y Halifax se sentaron juntos durante un rato en los jardines del número 10 de Downing Street. Bob Boothby, que había permanecido toda la jornada en los Comunes, le escribe a Churchill esa misma tarde para comunicarle la identidad de los parlamentarios dispuestos a oponerse a

Halifax. «Forman un grupo bastante poderoso», le advierte sin saber que el ministro de Asuntos Exteriores ya había desaparecido de la ecuación[76]. De hecho, los catorce diputados que menciona Boothby constituían una camarilla de tamaño reducido y notablemente heterogénea, integrada mayoritariamente por un conjunto de oscuros parlamentarios sin cargo —es decir, todo lo contrario de un grupo poderoso.

No había tiempo para concertar mediante un llamamiento público la posición de Churchill como sucesor de Chamberlain, así que tuvo que ser el propio electo quien esgrimiera el trofeo valiéndose exclusivamente de su fuerte personalidad y del impulso que le había proporcionado el hecho de haber acertado a descubrir desde el principio el verdadero rostro de Hitler. En una cena celebrada a las ocho y media de esa noche a la que también asistieron Eden y Sinclair, Churchill —que en opinión de Eden se comportó de forma «callada y tranquila»— les informó de que, suponiendo que los laboristas se negaran a aceptar la jefatura de Chamberlain, el todavía primer ministro «aconsejaría al rey que le convocara a él. Edward [Halifax] no había querido ser el sucesor. Su posición parlamentaria era demasiado espinosa»[77]. Churchill ofreció a Eden el Ministerio de la Guerra, y este aceptó agradecido el ofrecimiento.

Para una época como la nuestra, de carácter más igualitario, quizá resulte un tanto complicado admitir la forma que adoptó la sucesión, pero lo cierto es que el proceso por el que Churchill accedió al cargo de primer ministro distó mucho de ser democrático. No fue elegido por medio de una votación en el seno del gabinete, ni como consecuencia de unas elecciones generales, y en realidad ni siquiera intervino en su designación un comité electo o una junta ejecutiva de parlamentarios. La entidad encargada de conferirle esa responsabilidad fue la más pequeña y autodesignada de las circunscripciones electorales imaginables: la formada por Chamberlain, Churchill, Halifax y Margesson. Los cuatro hombres habían asistido a colegios privados: dos habían estudiado en Harrow (Churchill y Margesson), un tercero lo había hecho en Rugby (Chamberlain) y el cuarto era ex alumno de Eton (Halifax). Tres de esos cuatro ingleses de mediana edad procedían de las clases sociales más altas (Margesson era sobrino de un conde); el padre de Chamberlain había sido uno de los mayores

estadistas de la Inglaterra victoriana, y no hay duda de que habría sido nombrado conde o vizconde de haber sobrevivido al ataque que acabó con su vida; y como sabemos Halifax era un aristócrata. Por otra parte, y además de no haberse consultado la opinión de los Partidos Laborista y Liberal en la elección de Churchill, la única persona que debía dar su conformidad a la decisión tomada por esa diminuta camarilla, completamente incapaz de representar a la población británica, era el rey Jorge VI, cuya posición, de naturaleza hereditaria, se caracterizaba por ser ajena a todo proceso electoral. De haberse consultado a cualquier otro organismo político, desde luego de mayor tamaño —ya fuera el gabinete, el consejero de estado, el Partido Conservador o la Cámara de los Lores—, lo más probable es que se hubiera optado por Halifax, sobre todo en caso de haberse tenido en cuenta los criterios vigentes en ese momento en el centro financiero de Londres, la BBC, el *Times*, la Iglesia de Inglaterra, y otras entidades eclesiásticas y civiles de peso. Churchill había conseguido que se le eligiera gracias a sus discursos y a sus emisiones de radio, aunque también por el doble hecho de haber sabido detectar muy pronto la amenaza nazi y de haber exigido una y otra vez a sus compatriotas que se prepararan para lo peor. Pese a todo, en mayo de 1940, un amplio sector de la cúpula jerárquica británica seguía desconfiando de su buen juicio.

Con las primeras luces del siguiente día, viernes 10 de mayo de 1940, Hitler invadía Luxemburgo, Holanda y Bélgica. Se desataba así el ataque que Churchill, con gran perspicacia, ya había previsto que se materializara con la llegada de la primavera, aunque nadie podría haber anticipado que fuera a tener lugar en medio de una crisis política total en Gran Bretaña. El gabinete se reunió a las ocho de la mañana y se enteró de que los alemanes estaban intentando rebasar la Línea Maginot francesa. Churchill presentó una propuesta concebida para intentar sembrar disensiones en Alemania. La idea consistía en ofrecer asilo político en Gran Bretaña al antiguo káiser, que vivía exiliado en Holanda[78]. (En realidad, Guillermo II estaba encantado con las conquistas de Hitler.) En la reunión, Chamberlain no hizo mención alguna de que tuviera intención de dimitir, y de hecho para las once y media ya había llegado a la conclusión de que la situación militar era lo suficientemente grave como para justificar que su partida quedara

pospuesta para mejor ocasión. Pidió a Attlee que hiciera una declaración pública de apoyo al gobierno, pero al efectuar el anuncio, este señaló que el respaldo se refería únicamente al esfuerzo bélico, y no indicó en ningún momento que se fuera a sostener al ejecutivo en general ni al primer ministro en particular.

Sir Horace Wilson, secretario permanente del Tesoro y jefe de la Administración Pública de Su Majestad —al que Chamberlain había enviado a Alemania para entrevistarse con Hitler durante la crisis de Múnich—, se mostró «especialmente indignado» con la posición adoptada por los laboristas. Sin embargo, Kingsley Wood le dijo al gabinete, y de forma inequívoca, que el ataque de Hitler no significaba que la presión con la que se instaba a Chamberlain a abandonar inmediatamente su puesto hubiera disminuido, sino todo lo contrario, ya que ahora era más fuerte que nunca. Hoare secundó al primer ministro, pero como más tarde habría de señalar, «salvo yo mismo, nadie del gabinete dijo una sola palabra en ese sentido. Y Edward [Halifax] se mostró bastante cruel»**[79]**. Por más que Eden hubiera hablado despectivamente de Wood al decir que le parecía que era «el tipo de abogaducho que solo sirve para pleitos domésticos», lo cierto es que iba a ser justamente ese chaparro y rechoncho don nadie el que diera *de facto* la puntilla a la posición de Chamberlain**[80]**. Poco después sería recompensado además con el Ministerio de Hacienda, tal y como le había sucedido a Margesson en la reunión de las cuatro y media del día anterior, que también obtuvo el premio de un alto cargo gracias a su rápido juego de piernas.

Attlee se reunió con los miembros del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Laborista en Bournemouth a las tres y cuarenta de la tarde, y la junta decidió por unanimidad que la formación política aceptaba entrar en el gobierno, aunque a condición de que no fuera Chamberlain quien lo dirigiera**[81]**. A las cuatro y cuarenta y cinco de la tarde, Attlee y Greenwood encontraron un hotel que disponía de una cabina telefónica y desde allí transmitieron la noticia al número 10 de Downing Street. Hecho esto, se encaminaron al andén ferroviario de Bournemouth para coger el tren de las cinco y cuarto a la estación de Waterloo en Londres.

Esa misma tarde, los leales que todavía arropaban al primer ministro renovaron sus esfuerzos y trataron de convencer a Halifax de que cambiara de opinión. Lord Dunglass, el secretario privado de Chamberlain, llamó al Ministerio de Asuntos Exteriores para hablar con Chips Channon y conseguir que este le pidiera a Rab Butler que se entrevistara con Halifax y venciera las reticencias de su jefe. «Persuadí a Rab para que se presentara en el despacho de Halifax e hiciera una última intentona», escribe Channon en su diario. Sin embargo, al entrar «descubrió que Halifax se había escabullido para ir al dentista sin que Rab se enterara de su marcha, y es muy posible que Valentine Lawford [el secretario privado de Halifax] […], que olvidó decirle al titular de la cartera de Exteriores que Rab le estaba esperando, desempeñara sin saberlo un papel histórico que, pese a ser pasivo, se reveló totalmente decisivo»[82]. Channon «se desplomó en un sillón, abatido por la tristeza»[83]. De haber tenido un interés real en acceder al puesto de primer ministro en vista del cariz que estaban adoptando los acontecimientos, parece poco probable que Halifax hubiera tomado la decisión de acudir al dentista.

Así las cosas, Chamberlain se encaminó al palacio de Buckingham. «He visto al primer ministro después de tomar el té», anota el rey en su diario.

> [M]e ha dicho que desea renunciar para permitir que haya un nuevo primer ministro y que pueda formar gobierno. He aceptado su dimisión y le he comentado que a mi juicio se le ha tratado de un modo terriblemente injusto, y que lamentaba muchísimo que hubiera estallado toda esta polémica. Después mantuvimos una charla informal sobre su sucesor[84]. Yo, por supuesto, he sugerido el nombre de Halifax, pero él me ha dicho que a H[alifax] no le entusiasma la idea, ya que al pertenecer a la Cámara de los Lores no podría acudir sino como invitado, como una suerte de sombra o de espectro, a los Comunes, que es donde se desarrollan todas las labores de verdadero relieve. Esa afirmación me disgustó, puesto que pensaba que H[alifax] era la persona más indicada y que su título de nobleza podía quedar temporalmente en suspenso. Y entonces comprendí que solo había un político que contara con la confianza del país y al que yo pudiese convocar para constituir gobierno —y obviamente se trataba de Winston—. Le pregunté a Chamberlain qué le parecía la idea, y él me dijo que Winston era el hombre al que debía llamar[85].

A juzgar por este relato, Chamberlain ni siquiera tuvo que sugerir el nombre de Churchill al rey, puesto que este, pese a todas sus reservas, ya había adivinado que Winston era la única alternativa.

Y así fue como le llegó a Churchill la convocatoria del monarca, que le citó a las seis de esa misma tarde. «Su Majestad me ha recibido graciosamente y me ha pedido que tomara asiento, —escribirá Churchill más tarde—. Me observó inquisitiva y socarronamente durante un instante, y después me dijo: “Supongo que no sabes por qué te he mandado llamar…. —Adoptando su misma actitud, le contesté—: Señor, me es sencillamente imposible imaginar el motivo…”. Le entró la risa y agregó: “Quiero que formes gobierno”. Y yo le dije que desde luego eso era lo que iba a hacer.»[86] Siempre se ha tomado al pie de la letra esta simpática anécdota en la que el rey se permite el lujo de bromear amistosamente al abordar un asunto de tan honda importancia como la de designar a un primer ministro para tiempos de guerra y en un momento en el que los alemanes continúan avanzando. No obstante, se aprecia claramente en las explicaciones que figuran en el diario del propio soberano que este creía verdaderamente que Churchill no sabía por qué se le había mandado llamar, de modo que se tomó en serio la réplica de Churchill, quien sin embargo creía estar respondiendo a una chanza. «He convocado a Churchill y le he pedido que forme gobierno, —anota el rey en su diario—. Él ha aceptado y me ha dicho que no pensaba que esa fuera la razón de que se hubiera requerido su presencia en palacio. Consideraba, evidentemente, que se trataba de uno de los posibles motivos, y a continuación me ha dado los nombres de las personas a las que pensaba pedir que se incorporaran a su gobierno. Se mostró lleno de energía y determinación para desempeñar sus funciones de primer ministro.»[87]

De regreso en la sede del Almirantazgo —Chamberlain iba a tardar algún tiempo en desalojar la vivienda de Downing Street—, el inspector Thompson felicitó a Churchill y le dijo que se le echaba encima una tarea gigantesca. «Solo Dios sabe lo inmensa que es, —le contestó el nuevo primer ministro, con lágrimas en los ojos—. Todo cuanto espero es que no sea demasiado tarde. Aunque mucho me temo que ya no nos quede tiempo. Lo único que podemos hacer es esforzarnos al máximo.»[88] Al salir Attlee y Greenwood de la estación de Waterloo y llegar al edificio del Almirantazgo, ninguno de los dos quiso presionar a Churchill instándole a concretar el número de carteras que iban a confiarse a los laboristas en la

coalición. Sin embargo, Churchill se mostró generoso con ambos y les incluyó a los dos en el Gabinete de Guerra, integrado únicamente por cinco hombres, en el que también habrían de participar Chamberlain y Halifax.

«Estaba deseando conocer lo antes posible las [noticias relacionadas con] el Gabinete de Guerra y los ministerios de las tres armas del ejército, —recuerda Attlee—. También estudiamos otros posibles nombramientos, así que ese sábado conseguimos resolver bastante bien las cosas en una o dos reuniones.»[89] Churchill admiraba la autoridad de Attlee, así como su carácter servicial, su celeridad y la total ausencia de oportunismo que presidía sus acciones. Churchill tendrá muy presentes, y durante muchos años, todas esas cualidades, y en ellas habría de encontrar fundamento el respeto que siempre le mostró. Unos cuantos días después, por 2 413 000 votos a favor y 170 000 en contra, el Congreso del Partido Laborista hacía suya la decisión que había llevado a la Ejecutiva Nacional a entrar en el gobierno.

Churchill tuvo la buena fortuna de que Chamberlain estuviera dispuesto a unirse a su ejecutivo, aunque la oposición que manifestaron los parlamentarios laboristas y los conservadores contrarios a las políticas de apaciguamiento ante la idea de que el ex primer ministro ejerciera las funciones de líder de la Cámara de los Comunes fue tan intensa que hubo que desistir del primer empeño y nombrarle en cambio lord presidente del Consejo. Esa tarde, Churchill le escribe a Chamberlain: «En buena medida estoy en tus manos», le asegura; y acto seguido le pide que continúe en su papel de máximo dirigente del Partido Conservador. Muchos conservadores estaban furiosos porque, a pesar de haber ganado por 81 voces el Debate sobre la situación de Noruega, se habían visto obligados a quedarse sin su primer ministro. Chamberlain podría haber sido un colega peligrosamente perturbador, pero lo cierto es que Churchill y él trabajaron bien juntos, ya que Winston le mostró consideración, e incluso afecto, en todas las ocasiones en que se vieron. Sin embargo, esto no significa que los partidarios más radicales del ex primer ministro aceptaran tratar con miramiento —y menos aun con cariño— a Churchill. A las siete y cuarto de la tarde, Alec Dunglass y Jock Colville salieron del número 10 de Downing Street en dirección al Ministerio de Asuntos Exteriores para entrevistarse

con Rab Butler y Chips Channon. «Bebimos champán a la salud del "Soberano de las aguas" (que no era el rey Leopoldo[90], sino el señor Chamberlain)», escribe Colville[91]. Este brindis de los jacobitas que protagonizaron la Rebelión de 1715 se hacía en su momento como manifestación de lealtad al Viejo Pretendiente, es decir, al hijo del rey Jacobo II de Inglaterra, y como fórmula de secreta oposición al nuevo régimen de la Casa de Hannover. Churchill iba a tener que esforzarse verdaderamente al máximo para ganarse tanto la fidelidad de estos tres diputados conservadores fervientemente partidarios de Chamberlain como la de Colville, al que él mismo acababa de incorporar a su personal en calidad de secretario privado adjunto.

El propio Colville nos traslada lo que Rab Butler comentó en esa triste reunión social entre bebidas y cócteles:

> La espléndida y cristalina tradición de la política inglesa, la de [William] Pitt [el Joven], como contrapunto positivo a [Charles James] Fox, ha sido entregada al mayor aventurero de la moderna historia política, dijo. [Rab] había intentado convencer a Halifax de que aceptara el cargo de primer ministro, pero había fracasado —a pesar de haber dedicado mucho tiempo y dedicación a la causa—. [Rab] creía también que este repentino golpe de mano de Winston y su ralea no solo suponía un desastre de gravedad, sino que lo juzgaba además innecesario: Chamberlain, Halifax y Oliver Stanley «han vendido el puesto», aseguró. Se habían rendido, en una clara muestra de debilidad, ante un individuo medio estadounidense cuyo principal apoyo dependía de personas similares a él, es decir, ineficientes pero muy locuaces; habían claudicado ante un puñado de disidentes norteamericanos como *lady* Astor y Ronnie Tree[92].[93]

Este sentimiento contrario a los estadounidenses no solo se hallaba presente en el ánimo de los enemigos políticos de Churchill; al enterarse de que su antiguo amigo iba a convertirse en primer ministro, Hilaire Belloc, exclamó: «¿Pero nos va a gobernar entonces ese arribista yanqui?»[94].

En opinión de Channon, que también era estadounidense, el 10 de mayo de 1940 había sido «posiblemente la fecha más sombría de la historia de Inglaterra», y no porque Hitler estuviese asolando el territorio de los países neutrales y se hallara a punto de lanzarse a la conquista de Francia, sino por la caída de su idolatrado Neville Chamberlain[95]. «Estamos todos afligidos e indignados, porque tenemos la sensación de haber sido burlados»,

escribe[96]. Ese mismo día, Halifax le dirá a Butler: «Dentro de poco los mafiosos lo controlarán todo»[97].

El ataque de Hitler transformó esas presuntas debilidades de Churchill —percibidas al menos como tales hasta ese momento— en un conjunto de virtudes de valor inestimable poco menos que de la noche a la mañana. Su evidente interés en la guerra dejó de considerarse puro belicismo y empezó a verse como un activo extremadamente valioso. Su estilo retórico, que muchos habían ridiculizado diciendo que se trataba de simple histrionismo, se elevó al nivel de lo sublime por la sencilla razón de que ahora la situación se compadecía con sus palabras. Su obsesión con el imperio contribuyó a unir con fuerza a sus distintas poblaciones al encontrarse estas sometidas a una presión inimaginable, y su chovinismo le permitió aferrarse a la certeza de que si los ingleses conseguían superar la presente crisis, Gran Bretaña triunfaría sobre Alemania. Hasta sus dificultades para encajar sin roces en un solo partido político revelaron ser absolutamente oportunas en un líder llamado a encabezar un gobierno de concentración nacional.

A las nueve de la tarde, Chamberlain anunció su dimisión en una alocución radiada a todo el país e instó al conjunto de los ciudadanos a respaldar a su sucesor. La princesa Isabel, que en ese momento tenía catorce años, le dijo a su madre que las palabras de ex primer ministro la habían conmovido hasta el punto de no poder contener las lágrimas. Esa noche, Margot Asquith se presentó en el número 10 de Downing Street para consolar a Chamberlain. Según comenta, Neville le «dijo que Winston no habría podido mostrarse más amable, pero que, ahora, nada de lo que pudiera pensarse sobre él [Churchill] tenía la menor importancia, tal y como tampoco había que juzgar relevante a ningún *individuo* en particular, ya que lo único que debía preocuparnos era permanecer *unidos*. —Como era de esperar, *lady* Asquith no pudo resistirse a incluir una observación agria—: Contemplé su enjuta silueta y su intensa mirada y no pude evitar compararla con la autocomplaciente y rotunda corpulencia de Winston»[98].

Churchill trabajó hasta bien entrada la noche en la concreción de su primer gobierno. «Percibí claramente que me invadía una profunda

sensación de alivio, —anotará más tarde—. Por fin disponía de la autoridad necesaria para dirigir todas las operaciones. Tuve la impresión de hallarme en sintonía con el destino y de que toda mi vida pasada no había sido sino un largo preparativo para esta hora y para esta prueba […]. Pensé que sabía muchas cosas sobre el particular, y estaba seguro de que no iba a fracasar. Por lo tanto, y a pesar de que bullía de impaciencia ante la expectativa de lo que me aguardaba a la mañana siguiente, dormí a pierna suelta y sin necesidad de ninguna hermosa ensoñación con la que animarme. Los hechos son mejores que los sueños.»[99] Churchill desvela en toda su intensidad la determinación y la inquietud que presidieron esa trascendental jornada en 1947, durante una conversación con lord Moran, y lo hace además de un modo bastante más coloquial que en sus memorias: «Al fin podía poner orden en todo el maldito embrollo. No tuve en ningún momento la sensación de no ser la persona idónea para el puesto ni nada por el estilo. Me fui a la cama a las tres de la madrugada, y a la mañana siguiente le dije a Clemmie: “Solo hay un hombre capaz de expulsarme de aquí, y es Hitler”»[100].

SEGUNDA PARTE

La ordalía

Capítulo 21

LA CAPITULACIÓN DE FRANCIA

Mayo - junio de 1940

> Cuando un país sufre una catástrofe tan aterradora como la que se ha abatido sobre Francia, todas las demás calamidades comienzan a formar enjambre sobre ella como aves carroñeras.
>
> Churchill a Clementine, enero de 1943[1].

> Y yo exhibí el sonriente semblante y ese aire de plena confianza que se suelen considerar adecuados cuando las cosas van verdaderamente mal.
>
> Churchill en un escrito sobre los sucesos de junio de 1940, *Su mejor hora*[2].

Desde luego, Churchill sabía efectivamente «muchas cosas sobre el particular» en el momento de acceder al cargo de primer ministro, ya que se había puesto al frente de la maquinaria del estado desde todos los puestos relevantes, salvo el de ministro de Asuntos Exteriores. A sus sesenta y cinco años estaba magníficamente preparado —por experiencia, temple psicológico y capacidad de previsión— para esa inminente hora de la verdad. A los veintitrés años había acertado a identificar los cinco aspectos

de la retórica susceptibles de provocar emociones en el corazón humano, y en el transcurso de las cuatro décadas siguientes se había dedicado a perfeccionar su técnica. A los veinticinco años había escrito que si Gran Bretaña llegaba a verse algún día abrumada por una fuerza extranjera, esperaba que hubiera «al menos alguien —incluso en estos tiempos modernos— que se negara a acomodarse a un nuevo orden de cosas y a aceptar el desastre con la mansedumbre del superviviente», y en octubre de 1912 había empezado a pensar en qué puntos podrían los alemanes situar el desembarco de una fuerza invasora[3]. Siendo todavía muy joven, nada menos que en 1901, ya había advertido que el estallido de una guerra europea daría lugar a «una lucha cruel y estremecedora, que, si algún día nos dejara cobrar los amargos frutos de la victoria, exigirá por fuerza, y quizá durante varios años, la contribución de todos los adultos de la nación, la entera suspensión de las industrias de la paz y la concentración en un único fin de cuantas energías vitales posea la comunidad»[4].

En el debate sobre el Proyecto de ley de Finanzas de 1903, Churchill había dicho: «Siempre he pensado que el principal objetivo de la política gubernamental inglesa ha de pasar necesariamente, y durante un largo período de tiempo, por cultivar el mantenimiento de nuestras buenas relaciones con Estados Unidos, —tras lo cual pregunta—: En tiempos de guerra, ¿quién podría garantizarles con mayor seguridad [que nosotros] el suministro de alimentos a través del Atlántico?»[5] En 1907, había visitado el África Oriental, región en la que entre junio de 1940 y noviembre de 1941 habría de obtener Gran Bretaña la primera victoria estratégica de toda la guerra en una batalla terrestre. En 1909, había instado a sus colegas del gobierno a contactar con el precursor de la aviación Orville Wright para «valernos de sus conocimientos»[6]. En marzo de 1913, en un debate sobre las Estimaciones Presupuestarias de la Armada, exponía la hipótesis de que la Cámara de los Comunes fuera bombardeada desde el aire, y solo un año más tarde preveía que «el avión de guerra destinado a surcar sin estorbo alguno los cielos de la nación [que lo construye] y de operar en las inmediaciones de su base tendrá que ser necesariamente un instrumento de combate mucho más eficiente que cualquier otro aparato similar dotado de la posibilidad de cruzar los mares»[7]. Tanto la batalla de Inglaterra como

los intensos bombardeos aéreos que habrá de sufrir Londres en los años venideros le encontrarán perfectamente preparado desde el punto de vista psicológico. De hecho, al recordar en sus memorias el interés que toda su vida despertó en él la guerra aérea, le veremos afirmar con gran pertinencia: «Aunque nunca he tratado de ser un experto en cuestiones técnicas, la verdad es que este terreno mental me pareció particularmente bien abonado para mí»[8].

La fascinación que sentía Churchill por la ciencia y las novedades armamentísticas —y hemos de tener en cuenta que, en este terreno, el avión y el tanque eran solo dos de sus intereses más llamativos— fue otra de las claves de su preparación para el puesto de primer ministro, como demuestra el hecho de que en agosto de 1917 solicitara que los informes sobre la producción de carros blindados le fueran enviados «en una sola hoja de papel»[9]. Gran parte de los conocimientos científicos que poseía Churchill procedían del profesor Lindemann, y, de hecho, ya en septiembre de 1924 había hallado ocasión de escribir un artículo sobre las bombas nucleares en la *Pall Mall Gazette*, adelantándose nada menos que en quince años a la carta que Albert Einstein enviará en 1939 al presidente Roosevelt, en la que el físico le señala la posibilidad de fabricar un artefacto atómico. En ese escrito, Churchill se pregunta: «¿Podría descubrirse que una bomba no mayor que una naranja esté dotada del secreto poder de destruir de un golpe una población entera?». También había previsto la aparición de los misiles guiados V1 y V2, a propósito de los cuales se había hecho la siguiente reflexión: «¿No existirá en breve la posibilidad de guiar automáticamente los explosivos, aunque sean solo los ya conocidos, por medio de máquinas voladoras dirigidas por sistemas inalámbricos o rayos de otra clase, sin necesidad de recurrir a ningún piloto de carne y hueso, para hacerlas desfilar en incesante procesión hacia una ciudad, un arsenal, un campamento o un astillero hostiles?»[10].

Al crear la Sala 40 en el Almirantazgo, dedicada a descifrar los códigos secretos alemanes durante la Gran Guerra —la primera agencia de ese tipo en setenta años—, Churchill había comprendido que resultaba mucho más útil que los datos de los servicios de inteligencia le llegaran en bruto, sin procesar, que verse obligado a esperar a que transitaran por una

interminable serie de comités. Estos métodos le resultarían extremadamente útiles durante la segunda guerra mundial. Por otro lado, también aprendió rápidamente, mediante la observación del Departamento de Inteligencia de *sir* Douglas Haig, que «la tentación de decirle a un superior situado en lo alto del escalafón las cosas que más le gusta escuchar es una de las explicaciones más corrientes de la adopción de medidas erróneas. Por consiguiente, el punto de vista que defiende el líder que asume la responsabilidad de tomar decisiones de las que habrán de derivarse acontecimientos fatídicos es habitualmente mucho más optimista de lo que permiten afirmar los hechos desnudos»**[11]**.

En su etapa de ministro de Municiones, durante la Gran Guerra, Churchill había gestionado un departamento que, según su acertada descripción, era en esa época, «tanto por el volumen de sus compras como por su plantilla de operarios, la mayor empresa industrial del mundo»**[12]**. Sus frecuentes visitas al frente y al cuartel general de la Fuerza Expedicionaria Británica habrían permitido entrever a cualquier observador la forma en que terminaría familiarizándose con la situación en el posterior conflicto. «La guerra será larga y siniestra», había advertido en septiembre de 1914 a sus camaradas del Club Liberal Nacional, ya que nunca creyó en la idea de dorarle la píldora a nadie**[13]**. «Confía en la gente», había sido el lema de su padre, y en noviembre de 1914, aplicando ese espíritu, sopesará ante los parlamentarios de los Comunes la posibilidad de continuar la lucha en caso de que Francia capitulara, diciéndoles: «Aunque tuviéramos que luchar con una sola mano, como nos sucedió en tiempos de las guerras napoleónicas, no hay razón para desesperar de nuestras capacidades […], no veo motivos para desconfiar de […] nuestra posibilidad de continuar batiéndonos indefinidamente»**[14]**. Y ya en 1932, antes incluso de que Hitler se aupara al poder, Churchill había explicado en la Cámara: «Díganle la verdad al pueblo británico. Son gentes duras, personas resistentes. Puede que se ofendan un poco al principio, pero si les han dicho exactamente lo que está ocurriendo, habrán quedado ustedes protegidos frente a ulteriores quejas y reproches, que son cosas que resultan sumamente desagradables cuando se añaden, a modo de agravante, a las secuelas de un

desencanto»[15]. Está claro que las actitudes y las convicciones que iban a guiarle durante la segunda guerra mundial tenían profundas raíces.

En mayo de 1916, Churchill había expuesto los pormenores de una de las estrategias que se habían llevado a la práctica en la Gran Guerra —la consistente en rodear, bloquear, bombardear y superar sencillamente en número al enemigo—. Estas habían sido sus palabras: «Si hemos de infligir una derrota decisiva a los alemanes, tendremos que vencerles como hicieron Napoleón y los confederados, es decir, plantando cara a un enemigo superior en número y en un conjunto de frentes de combate tan extensos que nuestro adversario sea incapaz de defenderlos o de encontrar tropas de reemplazo con las que cubrir las bajas»[16]. Y en las conferencias aliadas de 1943 y 1944 volvería a mantener poco más o menos lo mismo al aplicar sobre el terreno las estrategias de la guerra en África, el Mediterráneo y los Balcanes. «Fue una contienda de la periferia contra el centro», había escrito al exponer las características de las tácticas de Marlborough —y otro tanto habría podido afirmar de la estrategia empleada doscientos cuarenta años después por los aliados occidentales—.[17] De manera similar, el extraordinario memorando que elabora Churchill en abril de 1918, en el que sugiere la necesidad de convencer a Lenin de que vuelva a entrar en la guerra —«No debemos perder en ningún momento de vista que [él] y Trotski combaten ahora mismo con la soga al cuello», había dicho—, deja claro que no habría de temblarle el pulso cuando las circunstancias favorecieran la eventualidad de un pacto con Stalin una vez que se hubo constatado que Hitler no tenía inconveniente en violar el Tratado de no Agresión entre Alemania y la URSS[18].

Mientras ejerció las responsabilidades de primer lord del Almirantazgo, antes del estallido de la Gran Guerra, Churchill mantuvo siempre bien informado a Asquith, tanto de los acontecimientos como de sus propios planes, enviándole cartas de forma periódica —cartas, por cierto, que responden bien a la descripción que las califica de «documentos prolijos, convincentes, bien argumentados e informativos»—.[19] Churchill era un consumado maestro del acta ministerial, y este primer período de preparación en el Almirantazgo le resultará más tarde extremadamente útil cuando tenga que cartearse con el presidente estadounidense Roosevelt

durante la segunda guerra mundial. Esa crucial relación se fortaleció notablemente gracias a la publicación de su biografía de *Marlborough*, en la que Churchill elogia a su célebre antepasado y subraya que supo perseguir sus metas a pesar de todas las «intrigas, los objetivos contrapuestos y las medias tintas de la vasta coalición que intentaba librar la guerra»[20].

Churchill estaba a punto de cruzar el umbral del que habría de ser, con mucho, el lustro más extenuante de toda su vida, pero lo hizo fortalecido por sesenta y cinco años de preparativos de todo tipo, tanto conscientes como inconscientes. En abril de 1933 había dicho ante los miembros de la Real Sociedad de San Jorge, en un ejemplo retórico llamado a formar parte de su característico arsenal oratorio durante la guerra contra Hitler: «Muy bien pudiera ocurrir que los capítulos más gloriosos de nuestra historia estén aún por escribir. De hecho, los mismos problemas y peligros que abruman a nuestras gentes y a nuestra tierra deberían llenar de felicidad a los hombres y las mujeres de esta generación, pues no a todos les es dado el privilegio de vivir en un momento como este. Debemos regocijarnos por las responsabilidades con las que ha querido honrarnos el destino, y sentirnos orgullosos de ser los guardianes de nuestro país en una época en la que se halla en juego la existencia misma de la nación»[21].

En mayo de 1940, las experiencias acumuladas habían fraguado a tal punto la personalidad de Churchill que esta no habría de sufrir ya ningún cambio perceptible en todo lo que le quedaba de vida. Contaba con una gran resolución, evidentemente; una firmeza que además podía derivar en una innegable crueldad en caso de que la ocasión lo exigiera —algo que ahora iba a suceder con frecuencia—. Sin embargo, además de esta particular disposición de ánimo, Churchill no solo poseía la virtud de saber mantener la calma en situaciones de gran presión, sino también un sentido del humor que le permitía distender con una ocurrencia cualquier circunstancia, por mala que pudiera llegar a revelarse. Las vivencias que había acumulado en un buen número de campos de batalla, algunos de ellos tan alejados de la metrópoli como el de Spion Kop en la Guerra de los bóers, u otros más próximos, como el del Frente Occidental en el choque de 1914 a 1918, habían determinado que no tuviese una opinión excesivamente elevada de los expertos militares —una actitud que también acabaría por

resultarle útil en la larga serie de derrotas que estaban a punto de encajar los ejércitos británicos—. En el transcurso de su dilatada carrera había cometido muchos errores de carácter catastrófico, pero, como veremos, había sabido aprender de ellos.

Uno de los consejos que Churchill había dado a Georges Clemenceau durante la Gran Guerra había sido el siguiente: «Olvide las viejas rencillas […]. En Inglaterra […] organizamos muchos follones, pero siempre nos mantenemos más o menos unidos»[22]. El sábado 11 de mayo de 1940, Churchill empezó a materializar los nombramientos del resto de su ejecutivo, lo que sin duda suponía un delicado juego de malabares, ya que era preciso distribuir adecuadamente tanto la representación de los tres principales partidos como la presencia de las diferentes facciones que los atravesaban. Tenía que atender las expectativas de sus amigos y partidarios, y compensar al mismo tiempo las contrapuestas exigencias de los defensores acérrimos de Chamberlain, que, por otra parte, constituían el grupo mayoritario de los Comunes. Confió a Clement Attlee la posición no ministerial de lord del Sello Privado, pero le gratificó añadiéndole la responsabilidad de vicelíder de la Cámara, y nombró a Chamberlain presidente de varios importantes Comités del Gabinete, todos ellos centrados en la gestión del frente interno. Arthur Greenwood, vicepresidente del Partido Laborista, se convirtió en ministro sin cartera, aunque con voz en las reuniones del Gabinete de Guerra. «No me gustaba tener a mi alrededor a ningún ministro sin embridar, —escribirá Churchill más tarde—. Prefería tratar antes con los jefes de las distintas organizaciones que bregar con sus asesores. Todo el mundo debe trabajar de firme a lo largo del día y rendir cuentas de la tarea concreta que se le haya encomendado, y después no quiero que nadie se ponga tiquismiquis por el solo gusto de incordiar o por hacerse el interesante.»[23]

Sir John Anderson, que siempre tuvo más de funcionario público, y extremadamente competente, por cierto, que de político, conservó su anterior puesto de ministro del Interior, mientras que la cartera de Hacienda le fue confiada a Kingsley Wood. Los ministros de las tres armas del

ejército se eligieron con todo cuidado entre las distintas formaciones, de modo que el Ministerio de la Guerra quedó asignado al conservador Anthony Eden, del Ministerio del Aire se responsabilizó Archie Sinclair, el máximo dirigente del Partido Liberal, y el laborista A. V. Alexander sucedió a Churchill en el cargo de primer lord del Almirantazgo. Aunque no era posible arrebatar a Halifax el Ministerio de Asuntos Exteriores, lo cierto es que los demás partidarios de las medidas de apaciguamiento fueron escrupulosamente apartados de cualquier posición de poder. Se asignó a Hoare un puesto en el que su tendencia a contemporizar con los dictadores fascistas pudiera revelarse de cierta utilidad para Gran Bretaña: el de embajador en la España de Franco. A Simon se le reservó un falso ascenso (ya que en realidad se le restaba poder) al concedérsele la plaza de lord canciller durante el resto del conflicto, y Hankey fue alejado del Gabinete de Guerra y enviado a desempeñar la cancillería del ducado de Lancaster, es decir, la misma función ministerial desdibujada y gris a la que el propio Churchill había sido relegado despreciativamente en 1915.

«Debo decir que Winston se ha portado del modo más generoso al valorar mi disposición a prestar ayuda y mi capacidad para hacerlo, —le escribe Chamberlain a Ida el 11 de mayo—. Sé que confía en Halifax y en mí.»[24] Y era cierto, pero eso no significaba que los secuaces de Churchill tuvieran que respetar a los de Chamberlain. Esa misma mañana, *sir* Horace Wilson, el más cercano asesor de Neville, a quien Churchill había permitido magnánimamente conservar los dos altos cargos funcionariales que ostentaba —pese a haber sido uno de los más destacados defensores de las políticas de apaciguamiento—, se presentó para trabajar, como si tal cosa, en el número 10 de Downing Street. Churchill le ordenó que dejara libre su despacho y abandonara la residencia oficial del primer ministro para las dos de la tarde. A la hora de comer, Wilson envió un mensaje solicitando algo más de tiempo, y, al enterarse Churchill de la petición, le dijo a Bracken: «Dile a ese individuo que si no deja la habitación para las dos le nombraré ministro de Islandia»[25]. (Gran Bretaña había ocupado ese país el día anterior a fin de impedir que lo hicieran los alemanes.) Al volver del almuerzo, Wilson se encontró a Bracken sentado en su despacho y a Randolph en su sofá, blandiendo cada uno un enorme cigarro puro[26]. Sus

pertenencias estaban amontonadas en el pasillo. Wilson se marchó sin decir una palabra, y su carrera terminó en cuanto alcanzó los sesenta años, el primer tramo de edad para poder jubilarse de la función pública, en 1942.

La designación de lord Beaverbrook como ministro encargado de la producción aeronáutica llevó al rey a redactar una nota manuscrita de protesta. Sin embargo, pese al romanticismo monárquico de Churchill, el nuevo primer ministro insistió con gran firmeza en ejercer su derecho a decidir el nombramiento, y, de hecho, durante la batalla de Inglaterra, el puesto de lord Beaverbrook revelaría ser el más importante del gobierno después del del propio Churchill[27]. De manera similar, al pedirle Churchill a Bracken que se uniera al Consejo de Estado, el palacio de Buckingham se quejó, ya que al soberano le disgustaba el turbio pasado del colaborador de Winston. Las relaciones entre Churchill y el rey eran buenas, y estaban a punto de convertirse en excelentes, pero de todas formas, ambos tenían de cuando en cuando algún que otro roce, y es posible que esta fuera una de esas ocasiones en que se veían obligados a limar ciertas asperezas. «El señor Bracken es miembro del parlamento y un hombre de distinguida solvencia política y excepcional habilidad, —le escribe Churchill a *sir* Alec Hardinge, el secretario privado del monarca—. En los años en que hube de luchar para conseguir que este país contara con un sistema defensivo adecuado, sobre todo desde el aire, él fue prácticamente el único, en más de una circunstancia, que supo respaldarme. Los estamentos oficiales del estado han mostrado hacia él toda clase de actitudes hostiles, tal y como han hecho conmigo. De haberse sumado a las filas de cuantos han preferido contemporizar, de haber seguido la senda de todos los oportunistas que aseguraban a la población que nuestras fuerzas aéreas eran de mayor tamaño que las de Alemania, no tengo ninguna duda de que habría logrado puestos encumbrados hace ya mucho tiempo»[28]. Bracken pasó inmediatamente a formar parte del Consejo de Estado, lo que constituía un notable signo de éxito político, pese a que se tratara en buena medida de un cargo de carácter honorífico. Beaverbrook era un aliado un tanto imprevisible, pero también un hombre de constante dinamismo y muy capaz de galvanizar a sus interlocutores. El anterior mes de noviembre, Maisky había señalado que Beaverbrook «podía elogiar un día [a Churchill],

diciendo que era el mayor estadista de Gran Bretaña, y llamarle al siguiente “estafador”, “chaquetero”, o “cortesano político”»[29]. El nuevo ministro almorzó con Churchill en el Almirantazgo tanto el 10 como el 11 y 12 de mayo. Estaba tan entusiasmado con la idea de haber sido readmitido en el clan de los seguidores de Churchill que el parlamentario conservador *sir* Arthur Beverley Baxter juzgará oportuno exclamar: «¡Es como si la fulana del pueblo hubiera acabado casándose con el alcalde!»[30]. Moran señalaría muy adecuadamente que, al ser Beaverbrook «una de las últimas personas que habían vivido junto a [Churchill] las sacudidas y tensiones de la primera guerra mundial […], al primer ministro le reconfortaba hablar con [él] y comparar los problemas que ahora se les venían encima con los que habían tenido que superar durante la anterior contienda»[31].[32] Beaverbrook era un poderoso estimulante para Churchill: «Hay gente que toma drogas, —dirá Winston en una ocasión—: Yo tomo Max»[33]. Churchill había previsto que, en los meses venideros, Beaverbrook habría de entregarse en cuerpo y alma a la crucial tarea de dotar del mayor número posible de aviones a las fuerzas aéreas. Y no tardaría en descubrir que había acertado[34].

Al quejarse Randolph de que David Margesson hubiera conservado su responsabilidad como jefe de disciplina de la formación política de Churchill, pese a haber orquestado la oposición a su padre, Churchill le responderá: «No creo que haya nadie que pueda aconsejarme mejor sobre los elementos del Partido Conservador que tanta animadversión han mostrado hacia nosotros en los últimos años. Tengo que pensar en la unidad, y necesito toda la ayuda que pueda conseguir»[35]. No obstante, en sus conversaciones con Eden, Churchill «buscaría consuelo en [la] idea de que, si bien M[argesson] habría de fustigar con fuerza a sus propios correligionarios, también habría de arremeter con idéntico ímpetu a sus adversarios»[36]. Bracken escribió a Churchill una nota para advertirle de que Margesson (al que apodaba «el Paracaidista», debido posiblemente al hecho de que, como acababan de hacer los alemanes en Noruega, también él se había lanzado en misiones de éxito sobre territorio enemigo) «no sentía demasiado aprecio por buena parte de nuestros enemigos», una circunstancia que sin embargo no impediría que el primer ministro le

solicitara ayuda para confeccionar la lista de cargos gubernamentales de segundo nivel, ya que él mismo no tenía tiempo para hacerlo personalmente. Margesson serviría a su nuevo jefe con encomiable lealtad, y de hecho antes de que terminara el año sería designado ministro de la Guerra.

Duff Cooper asumió la cartera de Información, reemplazando en el puesto a *sir* John Reith, que anota en su diario: «¡Qué forma tan sucia de tratarme! ¡Y qué gobierno tan *corrompido*!»**[37]**. No obstante, Reith se apresuró a aceptar el Ministerio de Transportes que le ofreció Churchill —que apenas sabía nada del profundo desprecio que Reith sentía hacia él—. A Ernest Bevin se le buscó un escaño en el parlamento y se le confió el Ministerio de Trabajo, un cargo de vital importancia —que habría de conservar durante toda la guerra—, ya que desde él se controlaban tanto los recursos humanos como las relaciones industriales del país.

Oliver Stanley, que se había distanciado de Churchill durante la campaña de Noruega, rechazó las riendas del Ministerio de Asuntos de los Dominios porque no le había gustado el tono de voz que Churchill había empleado al ofrecérselas**[38]**. (No obstante, Churchill le daría otra oportunidad en noviembre de 1942, al nombrarle ministro de las Colonias.) Hore-Belisha rechazó tanto la cartera del Ministerio de Información como la titularidad de la Comisión de Comercio, y al constatar su actitud, Churchill gruñó: «Si me ataca yo le devolveré el golpe, y recuerde que si usted maneja un cañón de 3,7 pulgadas, yo cuento con uno de 12 pulgadas»**[39]**.

Churchill incorporó a su círculo de confianza a personas ajenas a la Cámara de los Comunes, tal y como había hecho Lloyd George durante la Gran Guerra. Además de trabajar con Reith y Beaverbrook, también ofreció ministerios a distintos empresarios, ya que puso a *sir* Andrew Duncan al frente de la Comisión de Comercio y a lord Woolton a la cabeza del Ministerio de Alimentación. Más tarde entregaría también la llave del Ministerio de la Producción de Guerra a Oliver Lyttelton, que era banquero. Bob Boothby, el subsecretario de Woolton, no estaba satisfecho con la posición de escasa relevancia que se le había reservado. Y al comprobar que Clement Davies no obtenía ningún cargo, pese a que hubiera desempeñado

un papel relevante en el acoso y derribo de Chamberlain, Boothby aseguró que esa circunstancia demostraba que Churchill «no trataba bien a sus amigos»[40]. Era, desde luego, una afirmación falsa. Churchill no podía colocar a todo el mundo en su gobierno, pero el hecho de que hubiera cultivado la amistad de numerosas personas en el transcurso de los años de adversidad que había vivido le permitió llegar al año 1940 en situación de poner a sus peones de confianza en los puestos clave de la administración. Ocurría sencillamente que Boothby no formaba parte de ese estrecho círculo de hombres absolutamente acreditados a los ojos de Churchill. Lindemann se convirtió en el principal asesor científico del gobierno (aunque su papel iba a tener un alcance mucho mayor), lord Lloyd se ocupó del Ministerio de las Colonias y lord Cranborne se hizo cargo de la Tesorería Mayor del Reino, mientras que lord Moyne y Harold Macmillan pasaron a desempeñar las funciones de secretarios parlamentarios en los ministerios de Agricultura y Suministros, respectivamente. Conforme fuera avanzando la guerra, Churchill colocaría en puestos secundarios a su yerno Duncan Sandys y a su amigo James de Rothschild.

Con todo, el nombramiento más importante de cuantos decidió Churchill fue el que le llevó a asumir personalmente la recién creada cartera de Defensa. «El ministro de Defensa representa a los ministerios de las tres armas del ejército en el Gabinete de Guerra, —explicará en los Comunes—, y él es quien dirige las operaciones bélicas, en nombre del Gabinete de Guerra y con su previa conformidad. Su titular es también primer ministro, de modo que puede ejercer su función general de superintendencia y dirección sin incidir negativamente en las obligaciones de los ministros de los tres ejércitos»[41]. En julio de 1919, Churchill ya le había propuesto a Lloyd George la creación de un Ministerio de Defensa, pero su sugerencia se había malinterpretado, ya que se dio en pensar que se trataba de un movimiento destinado a acumular poder[42]. El ministerio como tal entidad independiente no se crearía hasta el año 1964, pero en mayo de 1940, el nombramiento de un ministro de Defensa fue una afirmación que explicaba a las claras quién ejercía *de facto* el mando de la contienda. Churchill ya había dirigido antes departamentos de enormes dimensiones, así que sabía muy bien cómo funcionaba la maquinaria del estado. El Almirantazgo, la

Oficina de Guerra y el Tesoro se contaban entre los ministerios de mayor magnitud del ejecutivo, y en la época que pasó al frente del Ministerio de Municiones, Churchill ya había tenido ocasión de supervisar los movimientos de dos millones y medio de trabajadores. En cada uno de estos casos, salvo en el de la ultraconservadora cartera del Tesoro, Churchill había introducido nuevas estructuras organizativas y dinamizado los departamentos. En su función de primer ministro iba a hacer otro tanto, aunque colocándose inequívocamente a sí mismo en el centro del gobierno, siempre dispuesto a fusionar ministerios o a crear nuevos departamentos en caso necesario.

Churchill organizó de inmediato un poderoso Comité de (Operaciones de) Defensa en el gabinete. Él mismo ejercía la presidencia de la nueva entidad, por la que tenían que pasar, antes de ser transmitidas al Gabinete de Guerra, todas las recomendaciones del Comité de jefes de Estado Mayor. Attlee o él mismo debían presidir las reuniones que mantuvieran los ministros de los tres ejércitos con los tres jefes de Estado Mayor, el ministro de Asuntos Exteriores y cualquier otro ministro que se considerara necesario en función de cada caso. Averell Harriman, el enviado especial de Roosevelt, resumirá escuetamente la situación al señalar en sus memorias: «Eran los políticos quienes dirigían la guerra»[43]. Los partidarios más radicalmente defensores de Chamberlain mostraron su total discrepancia con este conjunto de medidas: «¿Churchill primer ministro y convertido además en ministro de Defensa?, —señala Reith—: ¡Que Dios nos ayude!»[44].

Las nuevas disposiciones constituían la culminación de las reflexiones que llevaba toda la vida rumiando Churchill sobre las relaciones entre civiles y militares. «En 1915 mi crédito político quedó arruinado a causa de lo ocurrido en los Dardanelos, —explica Churchill en sus memorias de guerra—, y la circunstancia de que yo intentara llevar a cabo una operación bélica de carácter crucial y fundamental desde una posición subordinada echó por tierra un empeño de suprema importancia. No es aconsejable que los hombres se embarquen en tales aventuras. Es una lección que quedó profundamente grabada en mi ánimo»[45]. «Ha sido necesario el estallido del Apocalipsis para que se me nombre primer ministro, —le dirá a

Boothby—, pero ahora estoy decidido a cerciorarme de que el poder resida únicamente en mis manos. No habrá más Kitcheners ni más Fishers ni más Haigs»[46]. Por fortuna, Clement Attlee, que admiraba el talento estratégico de Churchill, aprobó esta forma de abordar la situación. «Tanto las experiencias que había vivido durante la primera guerra mundial como mis lecturas históricas, —escribirá más tarde—, me habían persuadido de que el primer ministro debía ser un hombre que supiera lo que una guerra lleva aparejado, no solo en términos del sufrimiento personal de los soldados que combaten en primera línea, sino también en los planos de la estrategia de alto nivel y de un tercer asunto decisivo: el de la relación entre los generales y sus jefes civiles»[47]. Esto permitiría que Attlee y Churchill establecieran rápidamente un vínculo de trabajo presidido por la confianza y la ausencia de tensiones[48].

El subsecretario militar del Gabinete de Guerra, el coronel Ian Jacob (hijo de uno de los miembros del Other Club, el mariscal de campo *sir* Claud Jacob), terminaría convirtiéndose en una figura clave en el bien disciplinado, campechano e inteligente grupo de personas, todas ellas de feroz eficacia, de que se rodeó Churchill. Jacob, que trabajó directamente a las órdenes de Ismay, nos ha dejado una descripción del impacto que causaron las nuevas medidas adoptadas. «Ya había tenido yo ocasión de ver en pleno funcionamiento, sin brida ni punto focal discernible, a este torbellino cuya acción no solo dislocaba y perturbaba prácticamente todo aquello a lo que se acercaba, sino que llegaba a incluso a destruir de vez en cuando algunos de sus mismos propósitos, —escribe—. Ahora, habiéndose ubicado al fin en el sitio adecuado a esa turbina humana, las cosas eran muy distintas […]. Una vez se hubo conectado a la maquinaria la energía del primer ministro, los efectos resultaron impresionantes. Las cosas empezaron a funcionar, y la actividad se mantuvo, engrasada y en buen orden, hasta el fin de la guerra. Es imposible expresar con palabras la transformación que experimentamos. Daba la impresión de ser un hombre de energía inacabable, capaz de operar sin tregua las veinticuatro horas del día.»[49] Si Chamberlain había tratado de librar la guerra mediante una suerte de delegación interpuesta, Churchill se proponía exactamente lo contrario. «No parece siquiera necesario subrayar, —añadirá Jacob más

tarde—, que el primer ministro no puede delegar sus funciones ni en un ministro de Defensa ni en otros ministerios. La responsabilidad de dirigir la guerra, tanto en sus aspectos civiles como militares, es incumbencia directa del primer ministro»[50].

Esta acumulación de poder no significaba que Churchill se hubiera convertido en dictador, como tratarán de sostener más tarde sus detractores, tanto entonces como en épocas posteriores. Lo que ocurre es que tenía que asegurarse de lograr el visto bueno de los jefes de Estado Mayor (y de dárselo él a su vez). En este sentido, la prueba de que no gobernó de forma despótica estriba en el hecho de que, en cuestiones operativas, jamás rechazó el consejo profesional unánime de sus colaboradores militares en el transcurso de la guerra. «No puedo decir que nunca surgieran diferencias entre nosotros», dirá Churchill en sus memorias —en un ejercicio verdaderamente apabullante de dulcificación de las aristas reales—, «ya que entre los jefes de Estado Mayor británicos y yo mismo fue instalándose poco a poco una suerte de acuerdo tácito: el de que debíamos tratar de convencernos y persuadirnos antes que buscar el predominio particular. Como es obvio, el hecho de que hablásemos el mismo idioma técnico, y de que compartiésemos un vasto conjunto de doctrinas militares y de experiencias bélicas nos ayudaba mucho en este sentido […]. A diferencia de lo sucedido en la guerra anterior, no hubo divisiones entre políticos y generales, entre "los jefazos" del ejército y los políticos "de levita", dos términos odiosos que solo consiguen ofuscar el criterio»[51].

La constitución británica contenía un gran número de competencias a las que nunca se había recurrido, pese a que su existencia fuera de sobras conocida y derivara en muchos casos de razones históricas. Los monarcas podían negarse, por ejemplo, a conceder categoría de ley a un proyecto legislativo, y también se hallaban facultados para declarar una guerra sin necesidad de contar con el respaldo del parlamento, pero había que remontarse a épocas muy anteriores a las de Jorge VI para verlos ejercer esas prerrogativas. La facultad que hubiera permitido a Churchill, en su condición de ministro de Defensa, ignorar el rechazo o las objeciones que los jefes de Estado Mayor pudieran poner a sus planes —un privilegio que nunca llegó a ejercer— es precisamente una de esas cláusulas presentes en

la constitución británica. En el transcurso de los cinco años inmediatamente posteriores iban a producirse una gran cantidad de reuniones turbulentas, tan tensas que todavía puede verse el surco que el anillo grabado de Churchill terminaría excavando en el brazo de la silla que ocupaba en la Sala Central de Guerra al frotarlo y golpearlo debido a la desazón de las discusiones. No obstante, la presión no superó nunca los límites de lo que podríamos considerar un desacuerdo aceptable entre caballeros (aunque desde luego hubo que cambiar periódicamente los auriculares de los teléfonos, ya que Churchill solía colgar el aparato con terrible furia cuando no conseguía una conexión clara).

«Me he pasado el día entero enfundado en un brillante mono azul nuevo de los Fifty-Shilling Tailors»[52], le escribe a Jock Colville el 13 de mayo; «es barato y me da un aspecto sensacional, que además me parece muy apropiado para el nuevo gobierno»[53]. Al principio, la familia Churchill tenía tantas dudas sobre la lealtad de Colville como las que este pudiera abrigar respecto a ellos. Mary refiere que, en los primeros momentos, «sospeché de él, pensando que era un defensor de Chamberlain y un partidario del Acuerdo de Múnich, ¡y acerté en ambos casos!—»[54]. Sin embargo, Colville ya había empezado a admitir en su diario que, teniendo a Eden, a Duff Cooper, a lord Lloyd y a Morrison en el gobierno, «debería existir la posibilidad de llevar a cabo todo lo necesario. Además, el país entero confía plenamente en el gobierno». Colville no tardaría en convertirse en un decidido partidario de Churchill, y no solo lo seguiría siendo ya durante el resto de su vida, sino que acabaría por ser uno de los principales testigos presenciales de buena parte de lo que Churchill hizo y dijo en el transcurso de la segunda guerra mundial.

El ejército francés y la Fuerza Expedicionaria Británica iniciaron el 10 de mayo una marcha hacia el norte del río Dyle, en la región central belga, con el fin de frenar el ataque que las tropas alemanas estaban lanzando a través de los territorios de Holanda y Bélgica, países que se habían declarado neutrales. Sin embargo, el general Erich von Manstein realizó una maniobra envolvente, en forma de hoz, tras las líneas aliadas, de tal modo que el 12

de mayo, las velocísimas columnas de blindados alemanes, apoyados por los bombarderos *Stuka*, surgieron súbitamente de los densos bosques que cubren el accidentado relieve de las Ardenas —una región que hasta entonces se había considerado infranqueable— y se dirigieron directamente hacia las costas del Canal de la Mancha. «Pobre gente», le dirá Churchill ese día a Ismay en el trayecto entre el Almirantazgo y Downing Street al enterarse del ataque sorpresa germano. «Todo el mundo confía en mí, —añadió—, y sin embargo, no voy a poder darles otra cosa que desastres durante mucho tiempo»[55].

A las tres menos cuarto de la tarde del lunes 13 de mayo, Churchill daba su discurso inicial como primer ministro. La Cámara de los Comunes seguía en estado de ebullición como consecuencia del cambio de gobierno, ya que todavía no se había terminado de anunciar su composición al completo. Channon recuerda que Ernest Brown, un parlamentario nacional-liberal que había visto rebajada su posición (al pasar de ministro de Trabajo a responsable de la cartera de Escocia, pese a ser inglés), «lanzó una serie de invectivas contra Churchill», a lo que agrega a renglón seguido que «otros diputados hicieron lo mismo»[56]. Al entrar Chamberlain en la Cámara, los parlamentarios se pusieron en pie, esgrimieron las hojas en las que constaba el orden del día a modo de saludo, y le brindaron un «recibimiento apoteósico», según refiere uno de los allí presentes. Aquello fue una clara muestra de lo acertado que había estado Churchill al incluirle en el gobierno[57]. El momento en el que Churchill hizo su aparición no solo fue bastante más sosegado en esa sesión, sino que también habría de serlo en sus entradas de los meses sucesivos, como él mismo y sus colegas habrían de percibir en varias ocasiones[58]. La bancada laborista le dedicó lo que Maisky describe como «un aplauso relativamente apagado, —mientras que, por su parte—, la mayoría de los conservadores permanecieron en silencio. Sin embargo, a Churchill no pareció importarle»[59]. En la Cámara de los Lores, el anuncio del nuevo gobierno, efectuado por lord Halifax, se escuchó sin un solo murmullo[60]. «No creo que Winston vaya a ser un gran primer ministro, —escribe Halifax esa noche en su diario—, aunque sí tengo la impresión de que el país quedará convencido de que les está aportando un importante estímulo»[61].

El discurso de Churchill duró solo setenta minutos, pero fue uno de los mejores que jamás hayan hecho vibrar las paredes de la Cámara de los Comunes, y uno de los puntos culminantes de su oratoria:

> Lo que tengo que decirle a la Cámara, como ya les he transmitido previamente a quienes componen este gobierno, es esto: «Nada tengo que ofrecer, salvo sangre, penalidades, sudor y lágrimas». Nos espera una de las pruebas más penosas que cabe imaginar. Ante nosotros tenemos muchos, muchos y largos meses de lucha y sufrimiento. Sin duda os preguntaréis: ¿Cuál es nuestra política? Y yo os respondo: Nuestra política consiste en hacer la guerra por tierra, mar y aire con todas nuestras fuerzas y con el vigor que Dios quiera otorgarnos; nuestra labor estriba en batallar contra una tiranía monstruosa que no conoce precedente alguno en el sombrío y desalentador panorama de la delincuencia humana. Esa es nuestra política. Pero también os preguntaréis: ¿Cuál es nuestro objetivo? Podría resumirse en una sola palabra: victoria, victoria a cualquier precio, victoria pese a las acciones de terror, victoria siempre, por largo y duro que sea el camino […]. Pues sin victoria no habrá supervivencia. Algo ha de quedar muy claro: no sobrevivirá el imperio británico, no perdurará nada de lo que este encarna y defiende, no persistirá ninguno de los afanes e impulsos seculares que invariablemente ha alimentado la raza humana en su marcha hacia su objetivo […] Pero debo deciros también que acepto mi misión lleno de energía y esperanza. Y de una cosa estoy seguro: la humanidad no permitirá que nuestra causa naufrague. Me considero por ello moralmente investido del derecho a exigir la ayuda de todos y a exclamar: «¡Vamos, aunemos nuestras fuerzas y avancemos juntos!»[62].

Estos iban a ser los puntos en los que Churchill habría de incidir una y otra vez en el transcurso de los meses y años posteriores. Lo hará en un tono de solemne desafío, evocando el imperio, sin minimizar jamás los peligros y las dificultades que se perfilaban en el horizonte, tratando de infundir valor a sus compatriotas, y manteniendo sin desaliento la mirada puesta en la perspectiva última de la victoria sobre Hitler. Para una población que anhelaba vehementemente una dirección cierta en un período presidido por la confusión, que vivía inmersa en una época marcada por la existencia de un sólido movimiento pacifista, y que padecía al mismo tiempo los efectos de la notable falta de liderazgo que se percibía en las más altas esferas de la política, las palabras de Churchill constituían una suerte de clarín, y por esa razón respondieron a él de manera inmediata y abrumadoramente positiva[63].

Una vez que se hubo sentado, Lloyd George dio un discurso de apoyo a Churchill, en el que habló de su amistad. Según Nicolson, mientras Lloyd George desgranaba su semblanza, «a Winston se le humedecieron los ojos y

tuvo que enjugárselos varias veces»[64]. Al abandonar la Cámara, Churchill le preguntó a Desmond Morton: «Le habrá gustado a estos cabrones, ¿no?»[65]. Pero la respuesta era negativa. «El nuevo primer ministro ha hablado bien, con mucho dramatismo incluso, —apunta Channon—, pero [su alocución] no ha sido bien recibida»[66]. Dos parlamentarios conservadores se manifestaron indignados y pesarosos por el hecho de que Chamberlain hubiera sido apartado del más alto cargo electivo de la nación. Dejando cierta tensión inquietante en el ambiente, *sir* Stafford Cripps aseguró: «No quiero hacer ninguna crítica al muy honorable caballero ni a su gobierno, no voy a hacer ningún comentario, ni favorable ni desfavorable»[67]. El voto destinado a determinar si «esta Cámara aprueba la formación de un gobierno destinado a representar la unitaria e inflexible determinación del país en la continuación de la guerra con Alemania hasta lograr una conclusión victoriosa» resultó unánime, ya que obtuvo 381 votos a favor y ninguno en contra, pero la falta de entusiasmo no daba lugar a engaño.

Tras el debate, Churchill ofreció a Lloyd George el Ministerio de Agricultura —petición que repetiría varias veces a lo largo del mes—. Sin embargo, Lloyd George se negó sistemáticamente a aceptar el cargo, basándose aparentemente en la idea de que no podía sentarse en la mesa de un gabinete en el que estuviese Chamberlain, aunque lo cierto es que ya estaba calculando las posibilidades que tenía de suceder a Churchill en caso de que este fracasara. En octubre le dirá a A. J. Sylvester, su secretario privado: «He de esperar a que Winston se estrelle»[68]. No obstante, a medida que fuese avanzando la guerra, Lloyd George iría sintiéndose cada vez más amargado. «Lloyd George está muy irritable y se queja constantemente, —escribirá Maisky tras hacerle una visita en Churt, en mayo de 1943—. Y muy especialmente cuando sale el tema de Churchill. Lloyd George ve invariablemente algo oscuro y siniestro en todo lo que hace Winston. ¿Podría deberse al hecho de que el viejo lleva toda la guerra mano sobre mano y a que ahora se desquita de esa inactividad echando pestes contra Churchill?»[69]

Al día siguiente, 14 de mayo, por la tarde, llegó la noticia de que los alemanes estaban a punto de quebrar las posiciones defensivas del ejército

francés en Sedán, en las Ardenas, justo al sur de la frontera franco-belga. A las siete de la tarde, el Gabinete de Guerra se reunió para estudiar la urgente petición de Paul Reynaud, que acababa de solicitar que se enviaran inmediatamente a Francia nuevos escuadrones de cazas de la RAF. «Una reunión extremadamente triste y desagradable», anota Cadogan[70]. La RAF había conseguido varios éxitos sobresalientes el día en el que se inició el ataque, ya que en esa fecha los Aliados habían derribado 353 aviones alemanes, nada menos que la sexta parte del total, pero en las primeras cuatro jornadas de la contienda la propia RAF perdió 260 aparatos —cuando las fuerzas operativas que tenía destacadas en el frente estaban integradas por 474 aeroplanos—.[71] «Hemos de pensárnoslo dos veces antes de continuar desprotegiendo el corazón del imperio», respondió inicialmente Churchill[72].

Tal y como les estaba ocurriendo a todos sus colegas y al conjunto de los comandantes aliados, también Churchill quedó estupefacto al comprobar la enorme rapidez con la que operaba el plan de la «guerra relámpago» alemana —una nueva forma de combatir que coordinaba muy estrechamente el poderío terrestre y el aéreo—, cuyas estrategias habían perforado sin dificultad las líneas del ejército francés y la Fuerza Expedicionaria Británica. En enero de 1939, Churchill ya había dejado escrito que, por más que los tanques hubieran efectuado una «gloriosa» contribución a la victoria en 1918, ahora dudaba de que lograran «desempeñar un papel igualmente decisivo en el siguiente choque […], puesto que en nuestros días, la artillería antitanque y los cañones capaces de perforar los blindajes han avanzado a pasos tan agigantados que los pobres» acorazados terrestres «no pueden cubrirse con una piel de acero lo suficientemente gruesa como para resistir sus embates»[73]. Churchill también había juzgado erróneamente el papel de las fuerzas aéreas, al asegurar: «Y en cuanto a las tropas terrestres, da la impresión de que los aviones constituyen más una complicación adicional que un arma decisiva»[74]. Se equivocaba en ambas apreciaciones —pero volvería a demostrar una vez más que era capaz de aprender rápidamente de sus errores.

A las siete y media de la mañana del día siguiente, Reynaud telefoneó a Churchill para explicarle que los Panzer alemanes habían roto por completo el frente defensivo de Sedán, que la vía hacia París había quedado abierta y que Francia necesitaba desesperadamente la ayuda de los escuadrones de cazas de la RAF, tanto para salvar la capital como para efectuar una serie de incursiones de bombardeo en la cuenca del Ruhr. Algo más tarde, esa misma mañana, Holanda se rindió. El comandante supremo de las Fuerzas Aéreas, *sir* Hugh Dowding, alias «Stuffy»[75], jefe del Mando de Cazabombarderos, solicitó un permiso especial para asistir a las diez y cuarto de la mañana a la reunión del Comité de Defensa, en la que también iban a estar presentes Beaverbrook; el mariscal del Aire Charles Portal, jefe del Mando de Bombardeo; y el mariscal jefe de las Fuerzas Aéreas, *sir* Cyril Newall, líder del Estado Mayor del Aire. Dowding les mostró un gráfico en el que se reflejaban las pérdidas que estaban sufriendo sus escuadrones de cazabombarderos. En ese momento contaba solo con 36 escuadrones, y no con los 56 que se le habían prometido al estallar la guerra. Además, el número de escuadrones disponibles tampoco coincidía con el mínimo necesario para defender la isla de Gran Bretaña, que según las estimaciones del Consejo Aéreo era de 58[76]. Y peor aún, hasta esa cifra de 58 escuadrones se basaba en el supuesto de que el ataque que pudiera abatirse sobre Inglaterra procediera de Alemania, no de suelo francés.

«Si la destrucción de aparatos continúa quince días más a este ritmo, —le dijo Dowding al Comité de Defensa—, nos quedaremos sin un solo Hawker Hurricane, sea en Francia o en este país»[77]. Dowding había puesto un énfasis muy particular en las cuatro últimas palabras. Tras su informe se produjo un silencio sepulcral. Más tarde Beaverbrook afirmará que Dowding había tirado al suelo el lápiz en un gesto de exasperación y que amenazó con presentar la dimisión, pero lo cierto es que ninguno de los presentes recuerda ese incidente. Además, los relatos del episodio difieren también en otros dos extremos: tanto respecto a las cifras de escuadrones restantes que ofreció Dowding —Churchill sostiene en sus memorias que habló de 25, y no de 36—, como en relación con el punto en el que se produjo ese momento clave —puesto que unos testigos lo sitúan en el Comité de Defensa a las diez y cuarto de la mañana, y otros lo ubican en

cambio en el Gabinete de Guerra a las once y media de la mañana—.[78] Sea como fuere, lo que resulta indiscutible es que Churchill y sus asesores tuvieron que decidir cuántos aparatos debían enviarse a Francia y cuántos tenían que permanecer en Gran Bretaña —y está claro que no abrigaban dudas respecto a cuál podía ser el parecer de Dowding en esta materia[79].

Inmediatamente después de la reunión, Dowding escribió una carta a Harold Balfour, el subsecretario de estado del Aire, en la que se resumía lo que acababa de exponer en el Comité de Defensa: que en los últimos días el número de aviones que se habían enviado a Francia era equivalente al de diez escuadrones, y que los grupos de Hurricanes que permanecían en Gran Bretaña estaban seriamente desprovistos de aparatos, ya que solo quedaban veinticinco escuadrones en todo el país. «Debo solicitar por tanto, como asunto de la mayor urgencia, —señala—, que el Ministerio del Aire considere y decida en primer lugar, qué nivel de respuesta ha de dejarse conservar al Mando de Cazabombarderos para la defensa de este país, y que me asegure, en segundo lugar, que una vez alcanzada esa capacidad, no habrá de enviarse ningún nuevo caza al otro lado del Canal de la Mancha por más urgentes e imperiosas que puedan resultar las llamadas de socorro […]. Si se drenan de efectivos las Fuerzas Defensivas Interiores en un desesperado intento de remediar la situación de Francia, la derrota de esa nación llevará aparejada en último término la completa e irremediable capitulación de la nuestra»[80].

Pese a las advertencias de Dowding, a las once y media de la mañana, el Gabinete de Guerra acordó despachar sin dilación otros cuatro escuadrones a Francia. También se hicieron preparativos para tener dispuestos y listos para entrar en acción a la mayor brevedad otros dos grupos más, aunque a los franceses se les informó únicamente de la disponibilidad de los primeros cuatro[81]. Se acordó asimismo que el Mando de Bombardeo atacara las vías férreas y las refinerías de petróleo del Ruhr, además de otros objetivos militares situados al este del Rin, mediante incursiones formadas por un máximo de cien bombarderos. Cadogan escribirá en su diario: «¡Empieza la Guerra Total!»[82].

«Como sin duda sabe usted bien, —telegrafía Churchill al presidente Roosevelt ese mismo día—, la escena se ha ensombrecido rápidamente. El

enemigo se ha hecho con un señalado predominio del aire, y sus nuevas técnicas están causando una honda impresión en los franceses»[83]. Como es obvio, la guerra relámpago también había causado una honda impresión en los británicos, pero Churchill todavía no estaba dispuesto a admitirlo. «Los países pequeños están siendo simplemente aplastados, uno por uno, y acaban hechos añicos», prosigue el primer ministro, antes de añadir que Mussolini no iba a tardar en «acudir precipitadamente al reparto del botín de la Civilización. También aquí estamos a la expectativa de sufrir un ataque, tanto desde el aire como por tierra, una vez se lancen los paracaidistas y desembarquen en el futuro inmediato las tropas aerotransportadas, así que nos estamos preparando para darles un buen recibimiento. Si es necesario, continuaremos combatiendo solos; no nos asusta la perspectiva. Pero confío en que comprenda, señor presidente, que la voz y la fuerza de Estados Unidos podrían terminar por devaluarse si demoran demasiado tiempo su respuesta. Es posible que se encuentren, con una rapidez sorprendente, ante una Europa completamente sometida y sujeta al yugo nazi, y es posible que el peso de lo que se nos viene encima supere nuestra capacidad de resistencia»[84].

Churchill instaba así a que Estados Unidos contribuyera a armar al Reino Unido, y solicitaba específicamente «el préstamo de cuarenta o cincuenta de sus más antiguos destructores, a fin de cubrir el período de tránsito entre el material de que disponemos ahora mismo y el momento en que podamos contar con las unidades derivadas del vasto programa de construcción que pusimos en marcha al inicio de la guerra»[85]. Churchill también quería obtener «varios centenares de aviones del tipo más moderno», añadiendo al mismo tiempo que el coste de esos aparatos «podría compensarse con el de los aviones que se están construyendo actualmente en Estados Unidos para nuestro ejército». En tercer lugar, Churchill buscaba conseguir «equipamiento y munición antiaérea, elementos de los que, una vez más, dispondremos en gran cantidad el año que viene, si es que seguimos vivos para contarlo». Quería comprar igualmente acero, ya que los suministros de metal bruto procedentes de Suecia, África y España se encontraban en una situación «comprometida». «Continuaremos pagando en dólares mientras nos resulte posible, pero me

gustaría contar con la razonable seguridad de que en el momento en el que no podamos atender a los pagos, ustedes seguirán proporcionándonos material a pesar de todo». Churchill deseaba que una escuadra naval estadounidense realizara una dilatada visita a Irlanda del Norte, a fin de quitar a los alemanes de la cabeza cualquier tentación de efectuar operaciones con paracaidistas en esa zona, y remataba la carta con una última petición: «En sexto lugar, me gustaría que mantuvieran ustedes bien amarrado al dogo japonés en el Pacífico»[86]. En conjunto, lo que estaba solicitando constituía un desafío monumental. De manera inmediata, a lo único que accedió Roosevelt fue al envío de cañones antiaéreos y acero, aunque también añadió en su respuesta que para materializar la última petición, la flota estadounidense estaba reagrupándose en Pearl Harbor, en Hawái.

El 16 de mayo, el rey anota en su diario que, en lugar de acudir a visitarle, Churchill había volado a París «para “sostener” a Reynaud» y estrechar su mano[87].[88] Era el primero de los cinco vuelos que Churchill iba a efectuar a Francia entre el 16 de mayo y el 13 de junio, y ninguno de ellos estuvo desprovisto de peligros. «Winston se ha presentado lleno de energía e indignación, —escribe Oliver Harvey, un importante diplomático de la embajada británica de París—, diciendo que los franceses eran unos gallinas y que debían presentar batalla»[89]. «Tras conferenciar con Paul Reynaud, —anota Harvey—, adoptó no obstante una actitud más grave». Observó que el personal masculino de la embajada se afanaba en quemar los archivos, y que la plantilla femenina se preparaba para partir en dirección a El Havre[90]. «A modo de consuelo», Churchill le dirá a *lady* Campbell, esposa del embajador británico, que no deseaba partir, que «este lugar va a convertirse en breve en un osario. —Según recuerda el propio Churchill en sus memorias de guerra—: Afuera, en los jardines del Quai d’Orsay [el Ministerio de Asuntos Exteriores francés], se veían ascender las columnas de humo de las grandes hogueras que se habían prendido, y desde la ventana pude contemplar a un grupo de venerables oficiales enfaenados en llevar hasta ellas carretillas repletas de archivos para alimentar el fuego»[91].

Churchill dio por supuesto que los franceses se disponían a luchar para conservar la capital. Había viajado a París en compañía de *sir* John Dill, subjefe del Estado Mayor Imperial General, y de Ismay, y una vez en la ciudad se entrevistaron con Louis Spears, el oficial de enlace con el gobierno francés. «Pese a que ese encuentro fuera efectivamente de crucial importancia, —recuerda el teniente coronel *sir* Harold Redman, de la Oficina de Guerra—, y aunque también se hubiera dignificado el cónclave al asignarle el rótulo de Junta Suprema de Guerra, la verdad es que no pasó de ser un apresurado coloquio de personajes relevantes, reunido a instancias de un primer ministro que, en un claro exceso de optimismo, se hallaba legítimamente decidido a averiguar las cosas por sí mismo y a conocer, en el principal punto de peligro, la exacta medida de la situación»**[92]**. Admitiendo que Churchill conservara todavía algún optimismo, lo cierto es que debió de disiparse por completo al explicarle el general Gamelin que las divisiones de blindados alemanes habían logrado quebrar las líneas francesas y abrir un frente de más de 60 kilómetros de anchura entre las localidades de Hirson, Montcornet y Neufchâtel, y que el enemigo se hallaba a solo 175 kilómetros del centro de París. Al preguntar Churchill: «*Où est la masse de manœuvre?*» (es decir: «¿Dónde están sus reservas?), —Gamelin contestó—: *Aucune*». («Ninguna».) Al pedirle al general francés que le comentara los planes de contraataque que estaba barajando, el comandante de las fuerzas galas se limitó a encogerse de hombros**[93]**. Spears escribe que, «en un primer momento, a Churchill no le entraba simplemente en la cabeza que esa fuera la respuesta, dado que le parecía totalmente increíble, pero al comprender el profundo significado de lo que acababa de comunicársele sintió que se le helaba la sangre»**[94]**. Todas las previsiones estratégicas que el propio Churchill había venido haciendo desde el año 1918 se desvanecieron con ese sencillo gesto de Gamelin.

El general de las fuerzas francesas dijo también que los alemanes tenían «*supériorité de nombres, supériorité d'armes, supériorité de méthodes*» (es decir, contaban con «superioridad numérica, superioridad de armamento y superioridad de métodos»**[95]**). Pero no era cierto: en mayo de 1940, la *Wehrmacht* se hallaba en inferioridad numérica y su armamento no superaba al del ejército francés, aunque sí es verdad que superaban con

mucho a los franceses en tácticas y estrategias. Para explicar la rapidísima derrota del IX Ejército francés, aparentemente inmenso, uno de los oficiales del Estado Mayor de Gamelin señaló que las cifras de efectivos «movilizados» resultaban un tanto exageradas, ya que en ellas se había incluido a un gran número de carteros, ferroviarios y empleados municipales que habían seguido desempeñando sus respectivos cometidos civiles, de modo que su movilización había sido únicamente nominal —confesión que aún dejó más horrorizado a Churchill[96].

No obstante, los franceses prometieron proceder a un contraataque por el flanco sur, aunque los británicos presentes en la sala no concedieron excesiva credibilidad al anuncio. A las nueve de la tarde, Churchill telegrafió desde París para dar al Gabinete de Guerra instrucciones de reunirse de manera inmediata. «La situación es de la máxima gravedad», comunicó. Había pedido a Chamberlain que «cuidara la casa», y ahora solicitaba el envío de otros seis escuadrones de la RAF, además de los cuatro que ya estaban en camino. «La cúpula militar francesa encargada de librar la guerra está a punto de ser derrotada», dirá Dill en su informe al Gabinete de Guerra[97]. «Debemos recordar que la Fuerza Expedicionaria Británica podría verse obligada a llevar a la práctica la más difícil y azarosa de las operaciones: la de retirarse ante el avance del enemigo.»[98] Newall señaló que en ese momento había siete escuadrones de cazas en el norte de Francia, y que en el sur aguardaban otros tres más. «En el Reino Unido quedaban únicamente seis escuadrones completos de Hurricanes», añadió. De hecho, esos escuadrones estaban siendo trasladados a Kent[99]. Resulta irónico que el atormentado debate sobre la misión que debía encomendarse a este escasísimo número de escuadrones de la RAF —es decir, la polémica llamada a decidir si debían destinarse a la batalla de Francia o conservarse para una posible batalla de Inglaterra— estuviese presidida precisamente por el hombre que podía haber evitado desde el principio ese dilema si no se hubiera pasado un lustro entero, tanto durante su etapa en el Ministerio de Hacienda como posteriormente, desde el cargo de primer ministro, empeñado en no destinar a la defensa de la nación más que unos fondos marcadamente insuficientes.

A medianoche, el Gabinete de Guerra accedió a la petición de Churchill de preparar lo antes posible el envío de seis escuadrones «para la realización de operaciones en Francia», pero se negó a permitir que permanecieran estacionados en suelo francés. Los cuatro escuadrones que ya habían sido prometidos podrían quedarse en bases galas, pero los seis añadidos se hallarían acantonados en el sur de Inglaterra, protegidos por los sistemas de radar. La localización de estos últimos aparatos reducía notablemente el lapso de tiempo que podían trabar combate, ya que su autonomía se veía limitada por la necesidad de cruzar el Canal de la Mancha a la ida y a la vuelta. Tres de los seis escuadrones saldrían en misión por las mañanas, y los tres restantes lo harían por las tardes, pero solo entrarían en acción mientras durara la luz del día. Por otra parte, tres de esos escuadrones se dedicarían a cubrirles las espaldas tanto a la Fuerza Expedicionaria Británica como al ejército francés. El general de brigada Arthur Cornwall-Jones, de la Oficina del gabinete, empleó el hindi para comunicar esta aprobación con matices a Ismay, a fin de confundir a los escuchas alemanes[100]. El Mando de Cazabombarderos había tratado de conseguir denodadamente la máxima protección posible para Gran Bretaña, pero seguía contando únicamente con veinticinco bases de escuadrones en el conjunto del país. «Si enviamos los cazas y los perdemos, —indicará Tom Phillips a los miembros del Almirantazgo—, la nación quedará expuesta a un ataque aéreo total por parte de los alemanes y nos resultará sumamente difícil evitar la derrota»[101].

El mensaje de Churchill, que señalaba «la mortal gravedad de las horas que vivimos», había dejado impertérritos a los funcionarios que permanecían de guardia en Inglaterra. El secretario privado de Chamberlain, Arthur Rucker, se atrevió a decir: «Todavía sigue pensando en sus libros», y hasta el mismo Eric Seal, principal secretario privado de Churchill, aludió a la «maldita retórica» churchilliana[102]. En cierto sentido, es verdad que Churchill tenía un ojo puesto en la historia. Según le dijo al Gabinete de Guerra, los diez escuadrones se necesitaban «para dar una última oportunidad al ejército francés de reagrupar sus fuerzas y recuperar el coraje. No podría considerarse bueno, en términos históricos, que se rechazaran sus peticiones y acabaran viendo demolido su país»[103].

Al día siguiente, al regresar Churchill al aeródromo de Hendon, Colville le vio con «un aspecto bastante animado, ya que había dormido y desayunado muy bien en la embajada»[104]. El primer ministro dijo que los franceses tenían que hallar ocasión de combatir «bajo un cielo despejado» de aviones enemigos, pero lo cierto «es que están desmoronándose absolutamente, tal y como ya les ha ocurrido a los polacos»[105]. A Churchill, sedicente salvador de Amberes en 1914, la situación de Bélgica le había sorprendido menos que el desplome de Francia. «Las fuerzas que tenemos desplegadas en Bélgica deberán replegarse inevitablemente para poder mantener el contacto con las tropas francesas, —le dirá a Colville—. Aunque, evidentemente, existe el riesgo de que la Fuerza Expedicionaria Británica se vea aislada si los franceses no se reagrupan a tiempo.»[106]

Churchill ordenó al Almirantazgo y al Ministerio de Marina que empezaran a planear el envío de una flota de rescate a los puertos de Boulogne, Calais y Dunquerque, en previsión de que se precisara evacuar a la Fuerza Expedicionaria Británica. El Almirantazgo disponía de un registro en el que constaban las matrículas de cientos de embarcaciones civiles de todo tipo, y Churchill conocía bien la zona, ya que Château Verchocq, localidad en la que él mismo había pasado buena parte del período de la Gran Guerra, se encuentra en el departamento del Paso de Calais[107]. Churchill pidió asimismo a los jefes de Estado Mayor que le informaran de los planes que pondrían en marcha en caso de que se produjera una situación a la que se dio el eufemístico nombre de «Una cierta eventualidad» —circunloquio con el que se aludía a la capitulación de Francia.

«Resulta obvio que los franceses están cediendo, y que la situación es horrorosa», le dijo Churchill a los integrantes del Gabinete de Guerra tras su regreso[108]. Llegó entonces una aparente buena noticia —la de que el general Gamelin había sido sustituido como comandante en jefe de los franceses por el más enérgico general Maxime Weygand—, pero en la práctica no se observó ninguna diferencia[109]. En el transcurso de todo este período de extraordinarias tensiones, Churchill se las ingenió de algún modo para buscar un hueco en su apretado programa de acción y telefonear a su amigo Harold Nicolson a fin de ofrecerle un cargo ministerial de

segundo orden. «Harold, creo que sería muy agradable que te unieras al gobierno y ayudaras a Duff en el Ministerio de Información, —le dijo—. Nada podría complacerme más», le respondió Nicolson. «Bien, —replicó Churchill—, pásate por aquí mañana»[110].

Chamberlain estaba impresionado. «Debo decir que, hasta el momento, Winston está demostrando que sabe hacer bien las cosas», le confía a Hilda[111]. Y a continuación añade: «Ha habido mucho resentimiento en las filas de quienes sienten una devoción personal hacia mi persona, tanto por el modo en que se me ha tratado como por la manera en que se han repartido los cargos entre los miembros de la "Bancada Traidora"[112]. No hay duda de que esta se habría desbandado en caso de que se hubiera producido cualquier cambio en el liderazgo [del Partido Conservador]»[113].

Churchill le preguntó a Chamberlain si no le importaría ocupar un escaño en un gabinete en el que también prestara sus servicios Lloyd George —a quien Churchill todavía seguía tratando de nombrar ministro de Agricultura y al que pensaba dotar de amplios poderes a fin de incrementar la producción de alimentos (pese a admitir «que también él desconfiaba de Lloyd George»)—. Al responderle Chamberlain que antes preferiría retirarse, Churchill dio marcha atrás y dejó de hacerle ofrecimientos a Lloyd George. Churchill reconocía que Chamberlain le estaba prestando una «ayuda espléndida» y aseguraba que no quería que su gobierno quedara «cojo»[114]. A las diez y media de la mañana, fue a visitar al rey para la audiencia semanal. Tras la entrevista, y en una especie de intento de pasar del dramatismo a la trivialidad, el monarca anota en su diario: «La situación era seria, y [Churchill] teme que una parte de las tropas galas no hayan sabido combatir todo lo bien que debieran. —Y a continuación añade—: El ejército francés no ha sido derrotado, puesto que todavía no ha plantado cara seriamente al enemigo»[115]. De todas las sorpresas que iba a llevarse Churchill entre los meses de mayo y junio de 1940, la que más iba a conmocionarle iba a ser justamente la de que las fuerzas armadas francesas se hubieran desmoralizado a velocidad de vértigo, salvo contadas y muy notables excepciones, dado que en los años de entreguerras él mismo había creído que el ejército del país vecino tenía un elevado espíritu combativo. No se había dado cuenta de lo mucho que las pérdidas sufridas en el

transcurso de la Gran Guerra, unidas a las crisis sociales y políticas de la década de 1930, habían terminado por minar la moral de los militares franceses.

A las cinco y media de la tarde del día 18 de mayo, el Gabinete de Guerra acordó que, en caso de una invasión de Gran Bretaña, el gobierno debía declarar el estado de emergencia y asumir poderes extraordinarios sobre las propiedades, las empresas, la mano de obra y la prestación de servicios, de modo que se comenzaron a hacer planes para elaborar una legislación capaz de permitir esa transformación. A. V. Alexander sugirió que se enviaran fuerzas a la isla griega de Creta, que no solo contaba con unos puertos excelentes, sino también con campos de aviación desde los cuales la RAF podía bombardear los yacimientos petrolíferos de Rumanía, pero Churchill desechó la idea. «Ya estamos suficientemente ocupados en otros puntos» de Europa, señaló[116]. Se temía asimismo que Italia interpretara que la utilización del suelo cretense constituía una provocación y que eso la empujara a declarar la guerra. El día 16 de mayo, Churchill le había escrito a Mussolini, en un tono un tanto empalagoso, para decirle lo siguiente: «Yo declaro que jamás he sido enemigo de la grandeza de Italia ni abrigado en mi fuero interno animadversión alguna contra el legislador italiano». Sin embargo, también le había dicho a Roosevelt que, a su juicio, era solo cuestión de días que Italia se sumara a la contienda[117]. Según anota Colville, esa noche, en la Sala de Guerra de la planta superior del edificio del Almirantazgo, «Winston se presentó de un humor excelente», ya que no solo «está imbuido de un fuerte ánimo belicoso, sino que se crece ante las crisis y las adversidades»[118].

El 19 de mayo, los alemanes pusieron rumbo al noroeste para tratar de penetrar por la localidad de Abbeville, en la costa del Canal de la Mancha, e introducirse entre la Fuerza Expedicionaria Británica, que seguía combatiendo con las fuerzas alemanas en el norte, y el grueso del ejército francés, situado más al sur. «Las tropas francesas no están peleando, —consigna Cadogan, confirmando así lo que Churchill le había comentado ya al rey—. La Fuerza Expedicionaria Británica se enfrenta a su posible

aniquilación. El gabinete ha dado instrucciones al general lord Gort, el comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, para que intente abrirse paso a viva fuerza hacia el sur, siguiendo el litoral»[119]. *Sir* Edmund Ironside, el jefe del Estado Mayor Imperial General, ordenó retroceder a Gort, que debía replegarse por su línea de suministros a fin de regresar a Amiens. Gort se negó a obedecer y le dijo al general Henry Pownall, de la Oficina de Guerra, «que el I Ejército francés, que estaba situado a su derecha, había desaparecido, y que lo que él proponía era establecer una base en Dunquerque, desplegarse en forma de semicírculo […] y combatir con el mar a la espalda»[120]. Colville, que el mismísimo día anterior había estado criticando a Churchill en su diario por su «desaforada afición a las acciones temerarias y espectaculares, —admite ahora—: Resulta estimulante trabajar con una persona que no cede al desánimo ni siquiera ante el más formidable peligro que jamás se haya abatido sobre este país»[121].

Esa mañana, Domingo de la Santísima Trinidad, Clementine abandonó la iglesia de Saint Martin-in-the-Fields, en la plaza de Trafalgar, en la que asistía a misa, indignada al escuchar el sermón pacifista. «¡Tendrías que haber gritado: "¡Qué vergüenza!", es increíble que se profane la Casa de Dios con mentiras!», le dirá aprobadoramente su marido. Churchill pidió a Colville que informara a Duff Cooper, el ministro de Información, «con el objetivo de enviar al tipo ese a la picota». Después del almuerzo llegó la noticia de que las tropas francesas situadas al sur de la Fuerza Expedicionaria Británica se habían evaporado sin más, dejando abierto un enorme boquete en el flanco derecho de los ingleses. Churchill, que se hallaba en Chartwell para redactar el texto de su primera alocución radiada como primer ministro, fue convocado a una nueva reunión destinada a estudiar la urgente petición de Gort, que proponía retirarse a la costa y crear una cabeza de puente en las inmediaciones de Dunquerque[122]. El gabinete quedó reunido a las cuatro y media de la tarde, y sus integrantes decidieron que la Fuerza Expedicionaria Británica debía continuar combatiendo y avanzando en dirección sur, hacia Amiens, a fin de intentar enlazar con el resto del ejército francés.

A última hora de la tarde, Churchill radió su comunicado:

> Vivimos uno de los períodos más preocupantes de cuantos jalonan la dilatada historia de Francia y Gran Bretaña. Pero es también, sin duda, el más sublime. Hombro con hombro, sin más ayuda que la que les prestan sus parientes y amigos de los grandes dominios y los vastos imperios que hallan cobijo bajo nuestros escudos; codo con codo, los pueblos británico y francés están avanzando para rescatar, no solo a Europa, sino a la humanidad entera, de la más vil y plúmbea tiranía que jamás haya ensombrecido y manchado las páginas de la historia. Tras ellos, a nuestras espaldas, detrás de los ejércitos y las flotas de Gran Bretaña y Francia, se apiña un grupo de estados destrozados y de razas apaleadas: checos, polacos, noruegos, daneses, holandeses, belgas… Sobre ellos va a abatirse la larga noche de la barbarie, y sin una sola estrella de esperanza, a menos que conquistemos, pues de conquista se trata, la victoria —y desde luego que lo conseguiremos —. Hoy es el Domingo de la Trinidad. Hace siglos se escribieron unas palabras destinadas a convertirse en un llamamiento y un acicate para los fieles siervos de la Verdad y la Justicia. Son estas: «Preparaos, revestíos de valor y estad dispuestos mañana temprano para entrar en batalla con estos gentiles que se han coligado contra nosotros para destruirnos. Porque es mejor morir combatiendo que estarnos mirando las desdichas de nuestra nación y del Lugar Santo. Lo que el Cielo tenga dispuesto, se cumplirá»[123].[124]

La nación sabía ahora que contaba con un líder, y con un líder enérgico además, y le agradó la certeza. Resultaba inimaginable que Chamberlain, Halifax o cualquier otro político en realidad, se hubiera atrevido a emplear unas frases tan galvanizadoras como las de Churchill en estas emisiones radiofónicas poco menos que poéticas, cuya sonoridad, con sus gruñidos y sus pausas llenas de significación, impactaba de un modo mucho más formidable el oído de lo que pueda hoy impresionar al lector la página impresa. El Departamento de Inteligencia Nacional del Ministerio de Información de Duff Cooper compilaba diariamente partes sobre la moral del país, procediendo a efectuar sondeos entre un amplio y muy diverso sector de personas y organizaciones. El Movimiento de Observación de Masas espiaba las conversaciones que la gente mantenía en lugares como los cines o las colas de comida, y por otra parte la unidad semioficial de Estadísticas Sociales para Tiempos de Guerra (a la que no tardaría en conocerse por el mal nombre de «Cooper Snoopers[125]») comenzó a realizar una suerte de versión primitiva de los posteriores sondeos de opinión. Ese tipo de informes diarios se basaban asimismo en los expedientes que elaboraba la Sección Especial de Scotland Yard, en la interceptación del correo, en los estudios de la revista que la BBC publicaba bajo la cabecera *Listener*, en los dosieres de los censores militares, y en los cuestionarios que se rellenaban en W. H. Smith & Son, la Junta de

Transporte de Pasajeros de Londres y las Oficinas de Asesoramiento al Ciudadano. Tras el primer discurso radiofónico de Churchill como primer ministro, estas fuentes de información arrojaron el siguiente resultado: «Todos los comentarios han sido favorables»; la gente lo considera «una buena arenga para la lucha»; «te hace sentir que cuentas con su confianza»; «no nos oculta las cosas»[126]…

«Otro día de gloria, —salmodia Cadogan el 20 de mayo—. Lo único que lo envilece es el hombre.»[127] El hecho de que, en sus mensajes, el embajador estadounidense en Inglaterra, Joseph P. Kennedy, le asegurara a Roosevelt que Gran Bretaña estaba acabada es posiblemente el elemento que animó al presidente de Estados Unidos a convocar, el 20 de mayo, a lord Lothian, el embajador británico en Washington, para comunicarle que todo un conjunto de consideraciones políticas de orden doméstico hacían imposible, al menos a corto plazo, la venta de los cincuenta destructores que Churchill había solicitado. «Entiendo sus dificultades, —le contestará Churchill al presidente Roosevelt al conocer la noticia—, pero lamento muchísimo lo que me dice sobre los destructores. Si los tuviésemos aquí en seis semanas, desempeñarían un papel inestimable. La batalla de Francia está repleta de peligros para ambos bandos. Pese a que hemos conseguido infligir graves pérdidas al enemigo en el aire, y aunque estamos reventando dos o tres aviones alemanes por cada uno de los nuestros, lo cierto es que nuestros adversarios siguen disfrutando de una superioridad numérica formidable. Nuestra necesidad más acuciante y vital es por tanto la recepción, a la mayor brevedad, del máximo número posible de cazas Curtis P40 que se encuentran hoy en curso de fabricación para su próxima incorporación a su ejército»[128].

Después Churchill redactó unos párrafos relativos a una potencial invasión alemana de Gran Bretaña, y expuso la situación de tal modo que, en el transcurso de los meses posteriores, Roosevelt no tuvo más remedio que darle vueltas al asunto. «En caso de que el resultado sea adverso, es probable que los integrantes de la presente administración acaben por caer a lo largo del proceso que se nos viene encima, —aseguró—, pero no existe una sola circunstancia concebible que pueda llevarnos a aceptar la rendición»[129]. Y a renglón seguido añade:

> Si los miembros de la actual administración quedaran políticamente quemados y fueran otros los que vinieran a parlamentar en medio de las ruinas, estoy seguro de que no ignorará usted el hecho de que la única moneda de cambio que podríamos esgrimir en una negociación con Alemania sería la de nuestra Flota, y, si Estados Unidos abandonara a su suerte a este país, nadie podría culpar a los futuros responsables si optaran por atenerse al pacto que más ventajas pudiera ofrecer para el destino de los habitantes que hubieran logrado sobrevivir. Le pido que me disculpe, señor presidente, si le planteo esta pesadilla en términos tan diáfanos. Como es obvio, no puedo responder por lo que puedan hacer mis sucesores, pero existe la posibilidad de que estos, sumidos en una total desesperación y atenazados por la impotencia, pudieran verse en la obligación de plegarse a la voluntad alemana[130].

Churchill sabía que era vital que Roosevelt comprendiera la inminencia y la inmensidad del peligro, y que cobrara conciencia al mismo tiempo de que los riesgos podían acabar recalando incluso en sus propias costas. La Marina Real Británica era la mayor del mundo, y en caso de que llegara a aliarse con la flota alemana —y quizá incluso también con la francesa y la italiana—, la superioridad de esa armada dejaría empequeñecida a la estadounidense y podría destruir todas las ciudades importantes del litoral de Estados Unidos. «Teniendo en cuenta las suaves palabras que siempre emplea al hablar con Estados Unidos, —señala Colville—, y muy particularmente al dirigirse al presidente, la verdad es que me quedé un tanto desconcertado al oír que me decía: “Aquí tienes un telegrama para esos malditos yanquis. Envíalo esta misma noche”»[131].

El 21 de mayo, tras llegar las columnas alemanas a Amiens y proseguir su marcha hacia Boulogne, Ironside advirtió a Churchill de que las líneas de comunicación de la Fuerza Expedicionaria Británica se hallaban gravemente amenazadas. No existía ya la menor posibilidad de enviar nuevos escuadrones de la RAF en apoyo del ejército francés, ya que hacerlo «supondría desproteger las [defensas] internas» de Gran Bretaña[132]. El Alto Mando británico se hallaba perplejo, ya que no lograba asimilar que Francia hubiera «planteado hasta el momento una menor resistencia al invasor que Polonia, Noruega u Holanda»[133]. «Jamás había visto, en toda la historia de la guerra, una gestión tan mala de la defensa», le dirá Churchill a Colville mientras intenta contactar telefónicamente con Reynaud[134].

Churchill volvió a coger el avión a París a las ocho y media de la mañana del día 22 de mayo. Su objetivo consistía en tratar de animar a Reynaud y a Weygand, y en instarles al contraataque. «Ha despegado en medio de una lluvia cegadora y con nubes bajas», le escribe Clementine a Beaverbrook tras verle partir[135]. En un primer momento, Churchill tuvo la impresión de que Weygand se comportaba de un modo «magnífico, —pero los informes sobre el empuje marcial de los franceses no eran buenos—. ¿Acabarán por presentar batalla los franceses?», se pregunta Cadogan. «¡Lo más probable es que los nuestros sí lo hagan, ya que es la única posibilidad que tienen de salir de esta!»[136] Ismay temía que los franceses aprovecharan el hecho de que Gran Bretaña no hubiera aceptado enviar más divisiones de infantería —además de negarles los quince escuadrones de cazas que ahora solicitaban— como excusa para aceptar una generosa oferta de paz de los alemanes.

Ese mismo día, tomando como base un informe del Gabinete de Guerra en el que se avisaba de la «Amenaza de la Quinta Columna» y se explicaba con detalle que en Noruega, Bélgica y Holanda había habido grupos de fascistas dispuestos a cooperar *de facto* con la invasión alemana, la Cámara de los Comunes aprobó la Normativa 18B (1A) —una enmienda a la Ley de Defensa del Reino que permitía detener e internar sin juicio a «los extranjeros enemigos y a las personas sospechosas»—. Uno de los factores que contribuyó a impulsar esta medida del gobierno fue el hecho de que dos días antes se hubiera arrestado, con el respaldo de Estados Unidos, a Tyler Kent, un empleado de la oficina de decodificación de mensajes cifrados de la embajada estadounidense que no solo había copiado al menos seis de los telegramas que Churchill y Roosevelt habían intercambiado sino que había enviado al menos uno de ellos a la embajada italiana con la ayuda de los fascistas británicos. Nada más aprobarse la Normativa 18B comenzaron a efectuarse grandes redadas de personas de nacionalidad extranjera y de simpatizantes ingleses del fascismo. De este modo se internó sin juicio al historiador militar J. F. C Fuller; a George Pitt-Rivers, uno de los hombres más ricos de Inglaterra; a Archibald Maule Ramsay, un parlamentario conservador; a *sir* Oswald Mosley, líder de la Unión de Fascistas Británicos; y a su esposa Diana, que, al igual que Pitt-Rivers, era prima de

Clementine. Según refiere Colville, «este hecho dejó muy ofendido a Winston, ¡y provocó gran hilaridad entre sus hijos!»[137]. Churchill aseguró que esas medidas «resultaban sumamente odiosas», pero también añadió que constituían una justificable precaución en una situación de emergencia como aquella, en la que Gran Bretaña se encontraba bajo la inminente amenaza de una invasión[138]. A lo largo de los dos meses siguientes, se procedió al internamiento de 753 fascistas y 28 000 alemanes y austríacos (comunidad esta última que, en la inmensa mayoría de los casos, no simpatizaba con Hitler), confinándolos primero en las cárceles, y más tarde en una serie de campos provisionales dispersos por todo el país. El campo de internamiento de Ascot quedó instalado en los cuarteles de invierno del Circo de Bertram Mills, y en la isla de Man se organizaron varios más[139]. [140]

En esa misma fecha —22 de mayo de 1940— los criptógrafos aliados agrupados en Bletchley Park, en Buckinghamshire, descifraron el código que empleaba la *Luftwaffe* en la máquina de codificación Enigma. En junio de 1941 conseguirían penetrar también la cifra naval alemana, y tres meses después descubrían las claves secretas de la *Wehrmacht*[141]. Durante buena parte de la guerra, este flujo de mensajes descifrados, conocidos con el nombre que les asignó el sistema de clasificación especial de seguridad «Ultra», permitió que los Aliados comprendieran muchas de las comunicaciones que se enviaban y se recibían tanto en el Alto Mando alemán como en la Comandancia Superior del ejército germano, la *Wehrmacht*, la *Luftwaffe*, la *Kriegsmarine* (la Marina de Guerra), las SS, la *Abwehr* (la unidad de Inteligencia) o los *Reichsbahn* (los ferrocarriles nacionales alemanes). En total, se interceptaron y decodificaron varios millones de mensajes, desde los contenidos en la correspondencia del mismísimo führer hasta los del capitán del puerto de Olbia, en Cerdeña (ya que en julio de 1941 se descubrieron las claves de los códigos militares italianos). En palabras de Churchill, los criptoanalistas de Bletchley —que en el último período de la contienda formaban un ejército integrado nada menos que por diez mil hombres y mujeres— eran «las gallinas de los huevos de oro, —y, lo que no era menos importante, añade—, jamás filtraron nada». Fue tal la seriedad con la que se tomaron su obligación de

mantener el silencio los operarios que trabajaban en Bletchley que muchos de ellos se negaron a hablar sobre lo que habían hecho en esas instalaciones militares aun después de hacerse pública la existencia de Ultra, a principios de la década de 1970.

Churchill siempre había sentido fascinación por todos y cada uno de los aspectos de la inteligencia y los servicios secretos. Antes de la Gran Guerra, la intervención de Churchill había sido decisiva, tanto en la etapa que pasó al frente del Ministerio del Interior como en la época en que ejerció el cargo de primer lord del Almirantazgo, para la creación del MI5, el MI6 y la Sala 40, así que ahora no tuvo dificultad alguna para percibir la crucial relevancia del material que se obtenía mediante el sistema Ultra. Concedió autorización al Comité Conjunto de Inteligencia para que se pusiera en contacto con él a cualquier hora del día o de la noche en función de la información que le enviara Bletchley[142]. En septiembre de 1940, ordenó a *sir* Stewart Menzies (conocido como «C»), el jefe del Servicio de Inteligencia Secreto, que le enviara «diariamente la totalidad de los mensajes de Enigma» a fin de poder leerlos personalmente en su versión en bruto, es decir, sin descifrar, antes incluso de que fuesen evaluados por el Comité Conjunto de Inteligencia[143]. Estos mensajes se le entregaban en unas cajas de color cuero, y Churchill era la única persona de todo Whitehall que poseía la llave que permitía abrirlas. Dio a la información así recibida el nombre en clave de «Boniface», con el objetivo de que, en la eventualidad de que los datos logrados llegaran a filtrarse, el enemigo pensara que todo procedía de un único agente de alto rango. Se aseguró además de que en el bando aliado solo hubiera 31 personas enteradas de que Gran Bretaña contaba con una fuente de información del más refinado nivel. El rey estaba al tanto del asunto, pero los mandos de la Francia Libre[144] y los rusos lo ignoraban, y lo mismo puede decirse del presidente Roosevelt, a quien no se comunicó este extremo sino justo antes de que Estados Unidos se sumara al esfuerzo bélico. No obstante, al enterarse de la magnitud del empeño, el presidente norteamericano se quejó diciendo: «Esa vasta congregación a la que se invita a estudiar estas materias es demasiado grande»[145].

Sin embargo, en el verano de 1940, los acontecimientos de Francia se sucedieron a tal velocidad que el sistema Ultra no tuvo ninguna aplicación práctica. El 23 de mayo, sin que hubiera signo alguno del contraataque francés que, según se había prometido, debía efectuarse por el flanco sur, se tuvo noticia de que las divisiones acorazadas alemanas se encontraban en los alrededores de Étaples, Montreuil, Boulogne y Calais. La Fuerza Expedicionaria Británica quedó así aislada de su fuente de suministro, y le fue imposible forzar el paso y avanzar hacia el sur para contactar con los franceses[146]. A las seis de la tarde, Churchill habló con Weygand, y este le comunicó que, para que sus planes dieran fruto, necesitaba más tiempo. Ironside y Dill tendían a animar a Weygand a proseguir las operaciones iniciadas en Amiens, Albert y Péronne, debido sobre todo a que creían que si la Fuerza Expedicionaria Británica se retiraba a los puertos asomados al Canal de la Mancha resultaría muy difícil llevar de vuelta a Inglaterra a un importante número de sus efectivos[147].

Weygand mantenía que los franceses habían conseguido reconquistar Amiens y Péronne, aunque más tarde se supo que no era así. A las siete de la tarde, en la reunión del Gabinete de Guerra, Churchill dijo que había estado sopesando la posibilidad de llevar a la práctica una observación que Attlee había hecho pocos días antes, al hablar de que Inglaterra corría el peligro de quedar atrapada y no conseguir ni la victoria ni la evacuación, con lo que lo más aconsejable podría ser que la Fuerza Expedicionaria Británica se replegara a Dunquerque. Más tarde, el capitán Pim recordará que, en una reunión del Comité de Defensa convocado en la Sala de Guerra de la planta superior del edificio del Almirantazgo, «el primer ministro se puso en pie y, con la mano metida en la cinturilla posterior de los pantalones, recorrió de arriba abajo la habitación: “No podemos plantear a nuestro ejército la disyuntiva de dejarse masacrar o aceptar la rendición. ¡No, eso nunca! Tenemos que sacarles de ahí”»[148]. Si nos encontráramos ante una pérdida total de los efectivos del ejército regular y ante la destrucción de la mitad de sus pertrechos, aseguró Churchill, «nos veríamos en situación de reemplazar los elementos materiales, pero si perdemos a los hombres, perderemos la guerra. Nuestros soldados han de abrirse paso hasta

Dunquerque por la fuerza de las armas, y una vez que lleguen a puerto la armada les sacará del apuro»[149].

«A las diez y media de la noche ha venido el primer ministro, —anota el rey en su diario—. Me ha dicho que […] va a tener que ordenar el regreso a Inglaterra de la Fuerza Expedicionaria Británica. Esta operación va a suponer la pérdida de todos los cañones, tanques, municiones y efectos almacenados en Francia. Lo que no sabemos es si será o no posible traer a casa a las tropas que lleguen hasta Calais y Dunquerque. El solo pensamiento de vernos obligados a ordenar ese movimiento resulta espantoso, ya que es probable que la pérdida de vidas humanas sea inmensa.»[150]

«No acabo de entender la situación que se está produciendo en las inmediaciones de Calais», le dirá Churchill a Ismay el 24 de mayo.

> ¿Por qué no les ataca lord Gort por la retaguardia mientras nosotros hacemos una salida desde Calais? […] Hay ahí un general con nueve divisiones a punto de morir de hambre, y ni con eso se decide a enviar a un contingente para despejar sus vías de comunicación. ¿Qué otra necesidad podría ser más imperiosa? […] Al parecer, los alemanes pueden ir a todas partes y hacer lo que les plazca, y sus tanques pueden actuar en grupos de dos y de tres por toda nuestra retaguardia, y, de hecho, aunque se les localice nadie les ataca. Además, nuestros blindados retroceden ante su artillería de campaña, pero a nuestros cañones no debe de gustarles demasiado la idea de asaltar sus carros de combate […]. Por supuesto, si un bando lucha y el otro no, es bastante probable que la guerra adquiera tintes ligeramente desiguales[151].

Se perciben claramente la cólera y la perplejidad de Churchill. Se iniciaba así la secreta sospecha, posteriormente confirmada por los hechos, pero obviamente imposible de ser expresada en público, de que los generales británicos y las tácticas que emplearon en el campo de batalla no fueron en un primer momento ni tan audaces ni tan eficientes como las de los mandos alemanes. «Quedé totalmente anonadado al comprobar que no se entraba a combatir en modo alguno con los tanques alemanes, —escribe Churchill en sus memorias de guerra—, cuyas unidades, integradas por unos cuantos miles de vehículos, estaban consiguiendo aniquilar por completo a varios ejércitos de notable poderío»[152].

Por consiguiente, el día 24, los alemanes llegaron a las inmediaciones de Calais. El brigadier Claude Nicholson recibió la orden de emplear su

30.ª Brigada en la organización de una línea defensiva interna cuya misión sería doble: en primer lugar, «combatir por la plaza en el casco urbano de la misma, y [en segundo lugar] hacer todo lo posible por fajarse en una lucha cuerpo a cuerpo con los alemanes en las calles, ya que seguramente estarán sumamente interesados en evitar, si pueden, ese tipo de encontronazos»[153]. Churchill le dijo a Nicholson: «Los ojos del imperio están puestos en la defensa de Calais, y el gobierno de Su Majestad confía en que tanto usted como su valiente regimiento sabrán realizar una hazaña digna del buen nombre de Inglaterra»[154]. El día 25, Churchill, Ironside y Eden dieron a Nicholson las siguientes instrucciones: «Su espléndida resistencia nos produce la mayor de las admiraciones. La evacuación no (*repetimos*: no) va a tener lugar, de modo que los buques precisos para el mencionado propósito van a regresar a Dover. —Más tarde Churchill recordará—: En una guerra es preciso comer y beber, pero cuando al poco tiempo nos sentamos a la mesa, en silencio, no pude evitar sentirme físicamente asqueado»[155]. Aún más duro resultó para Eden, ya que su antiguo regimiento era parte de la brigada. En los tres días siguientes, Nicholson rechazaría una y otra vez las repetidas invitaciones de los alemanes, que le conminaban a rendirse y a conservar la vida. Combatió hasta que toda resistencia resultó imposible y el enemigo capturó a los escasos comandos que todavía permanecían en pie. Falleció tres años después, en cautividad. En agosto, Churchill dijo que los integrantes de la 30.ª Brigada habían sido decisivos: «Los hombres de Calais, al detener [a los alemanes], tal y como Sidney Smith paró a Napoleón en Acre, nos dieron el empujón anímico que nos salvó»[156].

Lo que Churchill no podía saber era que al mediodía de esa misma jornada, Hitler había ordenado personalmente que los tanques alemanes se detuvieran a las afueras de Dunquerque por diversas razones operativas, y también le era imposible adivinar que dicha orden iba a mantenerse en vigor hasta la una y media de la tarde del 26 de mayo. Esto dio a Gort el crucial margen de maniobra que necesitaba para establecer un perímetro defensivo en torno a la ciudad y organizar la completa evacuación de la Fuerza Expedicionaria Británica a través del Canal de la Mancha. En septiembre de 1944, durante un reconocimiento aéreo sobre la zona de

evacuación, Churchill le dirá a un diplomático belga: «Nunca entenderé por qué el ejército alemán no dio la puntilla al ejército británico en Dunquerque»[157].

El 25 de mayo, Churchill sustituyó a Ironside y puso en su lugar a Dill, ya que el primero debía encargarse de dirigir el ejército territorial. El primer ministro presentó la remodelación diciendo que se había producido como resultado del «animoso y altruista» ofrecimiento del propio Ironside, pero es muy poco probable que fuera efectivamente así. De hecho, a lo largo de la guerra Churchill habría de cambiar de puesto a muchos generales, ya que le impacientaban todos aquellos que, a su juicio, estuvieran rindiendo por debajo de sus posibilidades. Ese día, los jefes de Estado Mayor le entregaron el informe del máximo secreto que Churchill había solicitado. El escrito llevaba el título de «Estrategia británica ante una cierta eventualidad». En él se predecía que los alemanes intentarían someter a Gran Bretaña mediante un «ataque aéreo total destinado a quebrar la moral de la población, a reducir por hambre al país con asaltos al tráfico marítimo y bombardeos en los puertos, y a culminar la operación con una invasión. —El texto concluía con una afirmación de muy mal augurio—: Es imposible decir si el Reino Unido logrará resistir o no en toda circunstancia». En último término, la victoria dependía del auxilio económico y financiero de Estados Unidos, ya que, «sin él, pensamos que no podremos continuar librando esta guerra con una mínima probabilidad de éxito»[158].

El agregado de prensa italiano, Gabriele Paresci, se había dirigido al Ministerio de Asuntos Exteriores británico a fin de estudiar las cláusulas que Italia exigía para mantener su postura neutral. Ni Churchill ni los demás miembros del Gabinete de Guerra «vieron objeción alguna a un enfoque del carácter sugerido», siempre que se preservara el secreto de las conversaciones. Como aclara el diario de Cadogan, los debates debían abordar las reivindicaciones «razonables» que pudiera plantear Italia y merecieran ser tenidas en cuenta en toda futura conferencia de paz[159]. El 25 de mayo por la tarde, Halifax se reunía con Giuseppe Bastianini, el embajador italiano, un hombre de talante «cortés y conciliador», en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Al poco de iniciada la entrevista, Halifax

alejó la conversación del asunto de la neutralidad italiana y la orientó en una dirección mucho más seria: la de si Mussolini estaría dispuesto o no a mediar en la negociación de un alto el fuego con Alemania. Desde luego, esa no era en modo alguno la cuestión que Churchill y el Gabinete de Guerra le habían autorizado tratar.

El 26 de mayo, Paul Reynaud voló a Londres para almorzar con Churchill. Poco después, este informaba al gabinete de que, si bien el primer ministro francés no había afirmado que Francia fuese a capitular, lo cierto era que «todas sus manifestaciones [venían] a mostrar que no [veía] ninguna otra alternativa»[160]. Según explica Cadogan, «daba la impresión de que [Churchill] pensaba que Inglaterra casi se encontraría en mejor posición si Francia *abandonaba* efectivamente la guerra, ya que eso nos permitiría concentrar todos los esfuerzos en la defensa de nuestro propio suelo» —un punto de vista que desde luego sostenían Dowding y otros—.[161] Cadogan también señala que Churchill estaba «en contra de hacer un llamamiento final a Mussolini, aunque eso es justamente lo que quiere Reynaud»[162]. Reynaud pensaba que, si se conseguía convencer a Italia de que conservara su condición de país neutral, los franceses podrían ordenar que diez de las divisiones que en ese momento protegían el sur de Francia intervinieran en la lucha contra los alemanes. Se tenía la impresión de que esa podía ser una estrategia sensata.

Churchill estaba a punto de lanzarse a una turbia categoría de debates que terminarían utilizándose para tratar de manchar su reputación. Esa misma tarde, en el Gabinete de Guerra, Halifax le preguntó a Churchill «si estaba dispuesto —en el bien entendido de que quedara plenamente convencido de que las cuestiones vitales para la independencia del país no se veían afectadas— a estudiar los términos» de una mediación de Italia en un eventual alto el fuego con Alemania. Al responder a ese hipotético caso, Churchill dijo «que daría gracias a Dios si pudiera superar las presentes dificultades apoyándose en esos términos, siempre que [Gran Bretaña] conservara la esencia y el conjunto de los elementos que atienden a su fuerza vital, aun a costa de algunos territorios»[163]. Chamberlain presentó las afirmaciones de Churchill con expresiones más coloquiales, y sostuvo que el primer ministro había dicho específicamente estas palabras: «Si

podemos salir de este embrollo entregando [a los alemanes] Malta, Gibraltar y un puñado de colonias africanas atraparía al vuelo la oportunidad»[164]. Los detractores de Churchill acostumbran a utilizar esta observación, que figura consignada en las actas del gabinete y que Chamberlain anota asimismo en su diario, para sugerir que, en 1940, el primer ministro no tenía intención de continuar la lucha. Sin embargo, ninguno de esos críticos tiene en cuenta ni el contexto político —Churchill no quería dar la impresión de ser completamente sordo a las sugerencias de sus colegas o inflexible ante cualquier propuesta— ni la determinante frase que se indica a renglón seguido: «Pero la única vía segura es convencer a Hitler de que no puede derrotarnos»[165]. La sola forma de lograr esto último consistía en combatir, y, de hecho, no solo fue eso precisamente lo que propuso hacer, sino también lo que realmente sucedió. Attlee y Greenwood le apoyaban en la asunción de las medidas de guerra, y al final también Chamberlain le secundaría[166].

Churchill no creía que Hitler estuviera dispuesto a ofrecer un acuerdo de paz cuyos términos resultasen aceptables para Gran Bretaña, pero igual de importante es la circunstancia de que comprendiera que el solo hecho de tratar de averiguar cuáles podrían ser las eventuales cláusulas de ese pacto —ya fuera a través de Mussolini o de cualquier otro líder— resultaría tan desmoralizador para los británicos en caso de que se divulgara la noticia (y los nazis habrían sido los primeros interesados en darle publicidad) que ni siquiera merecía la pena intentarlo. Nueve años más tarde le veremos escribir en sus memorias de guerra: «Las generaciones futuras podrían juzgar notable que la suprema interrogante de si debíamos combatir o no en solitario jamás hallara cabida en el orden del día del Gabinete de Guerra. Pero los hombres que lo integraban, pertenecientes a todos los partidos políticos del estado, daban por sentado ese extremo y lo consideraban de cajón. Además, estábamos todos demasiado ocupados como para perder el tiempo en ese tipo de disquisiciones tan irreales y teóricas»[167]. Si en ese texto hace una afirmación tan palmariamente incierta es para preservar el buen nombre de Gran Bretaña (y probablemente, aunque en menor medida, para proteger también el de lord Halifax). En realidad, el gabinete debatió ese asunto nada menos que en ocho ocasiones y a lo largo de cuatro días, ya

que Churchill, mostrándose absolutamente inflexible en esa cuestión, al no estar de acuerdo con la idea de tantear la posibilidad de un acuerdo de paz, llevó a Halifax, cada vez más frustrado, al borde mismo de la dimisión. En el transcurso de esas discusiones, Halifax aludió a la existencia de «ciertas diferencias, bastante profundas, en los puntos de vista expresados en el gabinete, divergencias que le gustaría esclarecer en lo posible»[168]. La cuestión es que, si se hubiera visto a Churchill inclinado, de un modo u otro, a permitir esa búsqueda de la paz, resulta obvio que Halifax no se habría visto en la necesidad de aclarar nada.

El primer ministro francés regresó a la embajada de su país en Londres a las cuatro de la madrugada del 27 de mayo, sin haber conseguido convencer a los ingleses de que debían entablar conversaciones con los italianos o dejar que Francia firmara por su cuenta un tratado de paz con Alemania. Su edecán, el teniente coronel Paul de Villelume, anota en su diario que Reynaud «[les] dijo que Halifax había sido el único que se había mostrado mínimamente comprensivo». «Churchill, prisionero de esa actitud de héroe de capa y espada que adopta invariablemente ante sus ministros, se comportó de un modo decididamente negativo.»[169]

Ese mismo día, después de la reunión que acabamos de comentar, Halifax citará en el gabinete las palabras de Churchill, como ya hemos visto, asegurando que el primer ministro se había manifestado dispuesto a «dar gracias a Dios si pudiera superar las presentes dificultades apoyándose en esos términos, siempre que [Gran Bretaña] conservara la esencia y el conjunto de los elementos que atienden a su fuerza vital, aun a costa de algunos territorios. —Sin embargo, a continuación lamenta—: [Winston] pareció sugerir que no podíamos contemplar una sola situación que no fuera la de luchar hasta el final»[170]. De hecho, esa había sido en todo momento la línea de actuación de Churchill, un extremo que queda meridianamente claro si se analizan los cuatro días de debates como lo que son, un todo único; y más aún si se añade al examen la crucial afirmación que nos ha dejado Chamberlain en su diario. En la reunión que mantuvo el Gabinete de Guerra el 27 de mayo a las cuatro de la tarde, Churchill sentó un precedente inédito al invitar a Archie Sinclair a unirse a las deliberaciones, dado que

era el líder del Partido Liberal. Y Sinclair también le prestó apoyo en su determinación de combatir.

El 26 de mayo, los bombarderos alemanes hundieron el *HMS Curlew*, un crucero ligero, en Ofotfjord, cerca de Narvik. En el momento del ataque, el *Curlew* navegaba a una velocidad de quince nudos[171] en un brazo de mar muy estrecho en el que apenas había espacio para una maniobra evasiva. Sin embargo, el buque contaba con radares y cañones antiaéreos. Las ondas de choque de la destrucción de este barco deberían haberse dejado notar tanto en el número 10 de Downing Street como en el Almirantazgo, pero nadie tomó nota de su desaparición, quizá porque en la acción solo murieron nueve tripulantes. Hacía ya mucho tiempo que tanto Churchill como otros estrategas militares venían dando por supuesto que, si una embarcación contaba con un grueso blindaje y disponía además de artillería antiaérea, la aviación enemiga no podría echarla a pique. Sin embargo, el *Curlew* no solo era la demostración palpable de que el impacto directo de las bombas de mediano tamaño de los *Stuka* podía perforar perfectamente las cubiertas de un crucero, sino la prueba de que, en ocasiones, las piezas antiaéreas podían revelarse ineficaces. Resulta sorprendente que Churchill, uno de los primeros y más convencidos defensores de las fuerzas aéreas como arma militar, se aferrara durante tanto tiempo a la idea de que los navíos modernos eran poco menos que invulnerables a un ataque desde el aire. Y como habrían de confirmar ese mismo día los acontecimientos de Dunquerque, estaba claro que no era así.

A las siete de esa tarde se inició la Operación Dinamo, es decir, el plan que había concebido el vicealmirante Bertram Ramsay para evacuar de las playas de Dunquerque a la Fuerza Expedicionaria Británica y al mayor número posible de soldados franceses y belgas, creando para ello lo que Churchill habría de denominar más tarde una suerte de «alfombra mágica» marítima. El primer día, Cadogan acierta a expresar el parecer de muchos miembros del ejecutivo al escribir: «La posición de la Fuerza Expedicionaria Británica es verdaderamente horrorosa, y no veo prácticamente ninguna esperanza, salvo para una minúscula fracción de los

efectivos atrapados en la costa, sobre todo ahora que Bélgica ha capitulado»[172]. Pese a que, en términos políticos, a Churchill le conviniera atribuir la responsabilidad del desastroso momento que había elegido el rey belga Leopoldo III, de treinta y ocho años de edad en ese momento, para aceptar la rendición, lo cierto es que el monarca no solo había advertido muy pronto —nada menos que el 20 de mayo— al almirante Keyes, su oficial de enlace, que ese escenario podía producirse, sino que el día 25 también le había dicho a Jorge VI que no le era posible seguir resistiendo, y no debe olvidarse que ambos hombres transmitieron el mensaje al ejecutivo[173].

El 28 de mayo, Reynaud culpaba implacablemente a Leopoldo de la brecha que había permitido abrir a los alemanes en las líneas aliadas, pero el día 30, el rey Jorge escribe en su diario: «La verdadera razón de que la prensa lance estas diatribas contra [Leopoldo] radica en el deseo de elevar la moral de los franceses. Estos necesitan contar a toda costa con un chivo expiatorio extranjero»[174]. Jorge VI se negó a despojar a Leopoldo de su rango de coronel del ejército británico y a arriar su estandarte de la Orden de la Jarretera de la Capilla Real de Windsor (sin embargo, en 1947 el soberano belga no sería invitado a la boda de la princesa Isabel). El 1 de julio, Colville admitirá en su diario: «Leopoldo ha sido el cabeza de turco», y una vez finalizada la contienda, Churchill también le reconocerá eso mismo al archiduque Otón de Habsburgo-Lorena[175].

El 27 de mayo, en el gabinete, Halifax amenazó con dimitir si no se le permitía dar curso a las negociaciones de paz. Churchill adoptó básicamente la misma posición que ya defendiera dos días antes, y dijo que, «a su juicio, la cuestión que se estaba pidiendo decidir al Gabinete de Guerra ya era lo suficientemente compleja de por sí como para enzarzarse ahora en un debate sobre un asunto que tenía mucho de irreal y que era muy poco probable que se diera. Una cosa era que *Herr* Hitler estuviera dispuesto a firmar una paz fundada en torno a la restauración de las colonias alemanas y el reconocimiento de su predominio en la Europa Central, y otra muy distinta que existieran verdaderas posibilidades de que fuese a realizar dicha oferta»[176]. Por lo demás, Churchill tampoco estaba dispuesto a permitir que Halifax solicitara tal arreglo.

Colville, que no asistía a las reuniones del gabinete y que obtenía su información directamente de Churchill, anota ese día en su diario: «El gabinete está tratando de determinar con ánimo febril si realmente tenemos la capacidad de continuar con esta guerra en solitario y en las presentes circunstancias, y hay señales que indican que Halifax se está mostrando derrotista. [El ministro de Asuntos Exteriores] sostiene que nuestro objetivo no puede seguir consistiendo en aplastar a Alemania, sino que ha de perseguir más bien la preservación de nuestra propia integridad e independencia»[177]. Halifax le dijo a Cadogan que, tras la reunión del gabinete, Churchill se había mostrado «¡sumamente afectuoso!»[178]. Cadogan advirtió a Halifax de que no le convenía dimitir, y le dijo que también él estaba harto de las «fanfarronadas» de Churchill.

Ese mismo día, a una hora más avanzada, Churchill recibía un telegrama de lord Lothian, el embajador británico en Washington, en el que se le comunicaba que Roosevelt acababa de sugerir que, en caso de que Alemania consiguiera invadir las islas británicas, la Marina Real debía dirigirse a Canadá, a lo que añadía que la futura sede del gobierno británico tendría que crearse en las Bermudas, no en Ottawa, ya que la monarquía no podía regresar al continente americano[179]. Se trataba de una manifestación extraordinaria para un momento de semejante calado, y desde luego Churchill jamás habría admitido que el rey no tuviese derecho a residir en sus propios dominios si así lo consideraba oportuno. No contestó a Roosevelt. «Sírveme un *whisky* con soda, muy suave, soy un buen chico», le pidió Churchill a Colville antes de irse a la cama, a eso de la medianoche[180].

El 28 de mayo, la situación que reinaba en Dunquerque seguía siendo desesperada, pero al menos se había dado inicio con éxito a la evacuación. Gran parte del plan dependía de la capacidad que pudieran tener los cazas alemanes para destruir con sus ataques en picado el único embarcadero que se adentraba en el mar lo suficiente como para permitir la operación, ya que era el que estaba utilizando la armada para sacar a los hombres de las playas —y lo cierto es que a lo largo de los seis días siguientes la construcción consiguió sobrevivir milagrosamente—. Pese a todo, esa mañana se presentó en Londres el almirante Keyes para señalar que Gort no creía que

las posibilidades de salvar a la Fuerza Expedicionaria Británica fueran excesivamente altas. Churchill trató de fortalecer el ánimo de los parlamentarios de los Comunes, avisándoles de que podían producirse «noticias duras y crueles»[181]. «La idea de que acabáramos perdiendo a Gort y a todos sus hombres, a la flor y nata de la juventud de nuestra patria, verdadera columna vertebral de nuestro ejército, a sus oficiales y soldados, resulta auténticamente trágica», escribe el rey tras conceder audiencia a Churchill[182]. Ese mismo día, en el gabinete, al retomar Halifax el tema de las negociaciones de paz, Churchill expondrá su postura con mayor claridad aún que en la reunión anterior. «Al *signor* Mussolini, si se presenta aquí en calidad de mediador, le daremos su merecido», aseguró, según indican las actas.

> Resulta imposible imaginar que *Herr* Hitler tenga la inmensa insensatez de permitir que continuemos rearmándonos. Y es que, en efecto, si aceptáramos los términos que nos reserva quedaríamos completamente a su merced. Podemos estar seguros de que, aun en la hipótesis de que nos derrotaran, si seguimos luchando no vamos a obtener unas cláusulas peores que las que se nos presentan en este momento. Sin embargo, si proseguimos con los combates y Alemania nos ataca, es indudable que habremos de sufrir algunos daños, pero también ellos tendrán que encajar graves pérdidas. Sus suministros de petróleo podrían verse reducidos. Es más, puede que llegue un momento en el que concluyamos que no nos queda más remedio que poner fin a la lucha, pero los términos que entonces se pondrían sobre la mesa no resultarían más letales que los que ahora se nos plantean[183].

Como en sus anteriores declaraciones, volvemos a encontrarnos ante un Churchill que intenta mostrarse razonable, aunque también quiere vencer tácticamente a Halifax, cosa que por cierto conseguirá. No se celebró ninguna votación oficial, pero tanto Chamberlain como los dos líderes laboristas respaldaron el parecer de Churchill. Halifax afirmó que la única forma de conocer cuáles podían ser los términos de Hitler pasaba por preguntárselos directamente o indirectamente a él. Desde una posición diametralmente opuesta, Churchill se apoyó en sus profundos conocimientos históricos y le respondió: «Las naciones que se han derrumbado combatiendo han vuelto a alzarse siempre, pero las que han claudicado mansamente han perecido»[184]. El 26 de mayo, Cadogan había juzgado que, en sus planteamientos, Churchill se había mostrado «excesivamente disperso, romántico y sentimental, dejándose arrastrar por

su temperamento. —Y de hecho, Cadogan había rematado sus impresiones diciendo—: El viejo Neville sigue siendo el mejor de todos»[185]. Y sin embargo, iba a ser precisamente esa respuesta temperamental la que impidiera que Gran Bretaña se abismara en la senda de unas negociaciones de paz con Hitler. De haber asumido Halifax el cargo de primer ministro, apenas dieciséis días antes, es prácticamente seguro que se habría dado curso a esas conversaciones de vocación conciliadora.

Es muy probable que Churchill estuviera en un error al dar por supuesto que los términos de un acuerdo con Hitler fueran a revelarse de una rigurosidad necesariamente excesiva. A juzgar por los que había propuesto en 1939, y por los que volvería a ofrecer en agosto de 1940, es posible que hubieran sido bastante razonables. Hitler consideraba que su tarea histórica consistía en destruir el comunismo y el judaísmo, en aniquilar a los eslavos, y en abrir el suficiente *Lebensraum* en el este de Europa para el medro del pueblo ario. Si quería lograrlo, tenía que combatir a la URSS en una guerra de un solo frente. No sentía un especial odio ideológico hacia los anglosajones ni hacia el imperio británico, al menos no antes de que empezara a tener la impresión de que Inglaterra y sus dominios estaban obstaculizando sus planes. En abril de 1941, su asalto a Rusia se habría visto enormemente favorecido de no haberse encontrado en la tesitura de invadir a dos aliados de Gran Bretaña como Yugoslavia y Grecia, ya que eso le habría permitido permanecer dos meses más acantonado a las afueras de Moscú antes de que el clima se endureciera con la llegada del otoño.

Esa tarde, Churchill envió un informe a todos los ministros y altos funcionarios del gabinete en el que les decía:

> En estos luctuosos días, el primer ministro agradecería que todos sus colegas […] mantuvieran alta la moral en sus círculos particulares; no han de hacerlo minimizando la gravedad de los acontecimientos, sino mostrando confianza en nuestra capacidad e inflexible determinación de continuar la guerra hasta que hayamos quebrado la voluntad del enemigo, resuelto a someter bajo su yugo a toda Europa. No debe contemporizarse bajo ningún concepto con la idea de que Francia vaya a alcanzar un acuerdo de paz por su cuenta; pero, pase lo que pase en el continente, no podemos dudar de nuestro deber, y desde luego usaremos todo nuestro poder para defender la isla, el imperio y nuestra causa[186].

Durante la desastrosa Semana Negra de 1899, marcada por los tres fracasos militares sucesivos que vivió Gran Bretaña en la guerra de los boéres, la reina Victoria había declarado: «No nos interesan las posibilidades de una derrota; simplemente no existen». Churchill mandó imprimir tres copias de esa cita, y las colocó en torno a la mesa de reuniones del gabinete[187].

La idea de que el objetivo de la guerra consistía en «quebrar la voluntad de un enemigo resuelto a someter a toda Europa» se hacía en cierto modo eco del llamamiento a la «victoria a cualquier precio» que el propio Churchill había lanzado en su discurso del 13 de mayo, pero desde entonces los Aliados habían sufrido un largo encadenamiento de catástrofes —aunque, por el momento, Francia seguía combatiendo—.[188] Churchill se hacía el siguiente razonamiento: si Gran Bretaña lograba sobrevivir a lo largo de los próximos meses, se encontraría en condiciones de estudiar la manera de ganar la guerra.

Al cumplirse el cuarto día desde que Halifax iniciara su demanda de negociaciones de paz, Churchill convocó un pleno del consejo de ministros, con la única excepción de los integrantes del Gabinete de Guerra, y pronunció un discurso del que no había hecho un borrador previo y que tampoco había practicado de antemano —lo que no dejaba de ser un gesto extremadamente insólito en una persona como él—. Al tratarse de una reunión informal, no se levantó acta de lo dicho, pero Hugh Dalton, el titular del Ministerio de Economía de Guerra, un socialista que en tiempo de paz no había coincidido en nada con Churchill, anotó en su diario lo ocurrido en el despacho. Churchill comenzó su intervención con «una explicación exhaustiva, transparente y perfectamente sosegada de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Francia», y concluyó con estas palabras:

> En los últimos días he estado pensando detenidamente si formaba o no parte de mi deber considerar la posibilidad de entablar negociaciones con Ese Hombre. Sin embargo, creer que vayamos a obtener ahora unas condiciones mejores si intentamos llegar a un acuerdo de paz que si optamos por combatir, me parece simplemente ocioso. Los alemanes exigirían el control de nuestra flota, de nuestras bases navales y de otras muchas cosas —y lo llamarían «desarme»—. Nos convertiríamos en un estado esclavizado, por más que se instituyera un gobierno británico títere de Hitler, aunque nominalmente dirigido por

> Mosley o alguien de ese talante. ¿Y qué habríamos conseguido en último término? Por otra parte, contamos con inmensas reservas y con un gran número de ventajas. Estoy convencido de que todos y cada uno de ustedes se alzarían y me expulsarían de mi puesto si se me ocurriera contemplar, siquiera por un instante, la posibilidad de parlamentar o rendirme. Si la larga historia de esta isla nuestra ha de llegar a su fin, que sea solo por yacer todos en tierra, ahogándonos en nuestra propia sangre[189].

No se trataba de una mera bravata. Churchill había visto morir a mucha gente tendida en el suelo y ahogada en su propia sangre, y era consciente de lo que les estaba proponiendo a sus ministros —tal y como sabía que lo que le había ordenado a Nicholson había sido combatir hasta la muerte en Calais—. Así lo explica su guardaespaldas Walter Thompson: «Si hacía prácticas con sus armas en el campo de tiro de Chequers no era únicamente por diversión»[190]. Churchill dispuso que se instalara una ametralladora ligera Bren en su coche oficial a fin de poder contraatacar en caso de sufrir una agresión, y cuando viajaba por mar ordenaba que en su bote salvavidas hubiera otra metralleta para tener ocasión de luchar contra cualquier submarino que hundiera su navío. En sus viajes a Francia llevaba asimismo su revólver y le decía a Thompson: «Nunca se sabe; no tengo intención de dejar que me cojan con vida»[191]. Siendo ya un anciano, le preguntaron si alguna vez había pensado en el suicidio, y él aseguró: «No. Bueno, sí; pero solo desde un punto de vista filosófico». ¿Y qué habría pasado si hubiera perdido la guerra y se hubiese visto ante el inminente peligro de ser capturado?, vino a insistir su interlocutor. «¡Por supuesto que no!», fue la respuesta[192]. Cuando la Oficina de Guerra elaboró un discurso y se lo ofreció diciéndole que eso era lo que debía decir en caso de que se produjera una invasión, Churchill se deshizo de él afirmando que solo «se empleaban adjetivos convencionales unidos a nombres igualmente manidos, y que todo cuanto se perseguía era causar un buen efecto». Declaró también que, si en algún momento se veía en la necesidad de pronunciar un discurso de esa índole, lo cerraría con estas palabras: «La hora ha llegado; muerte al huno»[193]. Y tenía intención de emplear asimismo la frase: «Siempre podéis llevaros a uno por delante»[194]. En Whitehall se habían concebido planes para que la familia real partiese a Canadá, siguiendo los pasos de las reservas de oro de Gran Bretaña, a fin de continuar la resistencia desde allí. Pero no se había previsto nada similar en el caso de Churchill. Por

consiguiente, al decirles a sus ministros que tenía intención de luchar hasta la muerte no se trataba de ninguna de sus extravagancias retóricas.

Sus colegas del ejecutivo, que en la mayoría de los casos habían luchado en las trincheras y visto la muerte muy de cerca, también sabían lo que estaba en juego y conocían las consecuencias. Sin embargo, pese a ser conscientes de la gravedad del momento, al término de su discurso todos ellos se levantaron para aplaudirle y vitorearle, desfilando en torno a la mesa de reuniones del gabinete para estrecharle la mano y darle una palmada en el hombro. «Ha estado magnífico, —anota Dalton—. Él es el hombre indicado, el único que tenemos, para una hora como esta», concluye. Al recordar este episodio en sus memorias de guerra, Churchill dirá que, a su juicio, sus ministros habían sido ese día «la representación viva de la Cámara de los Comunes y de la práctica totalidad de la población. En los días y meses inmediatamente posteriores recaería sobre mis espaldas la responsabilidad de expresar sus sentimientos en las ocasiones señaladas. Y si conseguí hacerlo fue porque esos sentimientos eran también los míos. Nuestra isla se hallaba envuelta, de un extremo al otro, en un resplandeciente, intensísimo y sublime halo de luz blanca»[195]. Churchill había hablado de que esa era la emoción que embargada a «la práctica totalidad de la población», apuntando quizá a la excepción de Halifax. Y cuando Churchill trasladó el asunto al Gabinete de Guerra, el ministro de Asuntos Exteriores supo que había sido total y absolutamente superado desde el punto de vista táctico[196].

A última hora de esa tarde, el capitán Pim, tras pasar treinta y seis horas de servicio, pidió a Churchill cinco días de permiso para poder ponerse al frente de una flotilla de pequeñas embarcaciones integradas en la Operación Dinamo. «Que Dios le bendiga, —le dijo Churchill—. Me gustaría poder ir en persona.»[197] Los veinte lanchones de Pim transportaron a unos tres mil quinientos hombres desde las playas hasta los destructores, aunque sometidos a un constante bombardeo aéreo y a la presión de la artillería de los *Stuka*. A su regreso, el 2 de junio, Churchill le dijo con brusquedad: «Así que ya está usted de vuelta para hacer algo útil…»[198]. Pim percibió el guiño que le dirigía el primer ministro. Acababa de ingresar en el selecto grupo de los paladines.

El 29 de mayo, Churchill telegrafió a Reynaud y a Weygand para comunicarles que se había conseguido evacuar a cincuenta mil soldados de Dunquerque y que esperaba poder rescatar a otros treinta mil esa misma noche. Les explicó claramente que la operación se había efectuado en unas condiciones extremadamente precarias. «El frente podría verse desbordado en cualquier momento, y los ataques aéreos y las descargas de artillería de las baterías estacionadas al suroeste podrían inutilizar los embarcaderos, las playas o los buques, —dijo—. Nadie puede saber cuánto tiempo lograremos mantener la evacuación a este ritmo, ni qué volumen de materiales podremos preservar para el futuro.»[199] Los barcos de salvamento estaban subiendo a bordo al mayor número posible de tropas francesas y belgas, a las que se estaba dando además la misma prioridad que a los soldados británicos, y existía el plan de enviar a un II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica a Saint-Nazaire con el fin de continuar la lucha. Churchill también aseguró a Reynaud que se estaban trayendo a Francia fuerzas regulares de combate procedentes de la India, Palestina, Australia y Canadá. Ese mismo día, el primer ministro hizo dos preguntas a Ismay: si sería posible reacondicionar para su uso las piezas de artillería alemanas que se habían llevado a Inglaterra a modo de trofeo durante la Gran Guerra; y si no habría forma de proporcionar cera a las tropas a fin de que los combatientes pudieran ponérsela en los oídos y amortiguar en parte el estruendo de la batalla[200]. El 30 de mayo, Churchill le dijo a Gort que, tan pronto como comprendiera que no le resultaba posible continuar ofreciendo una resistencia organizada en Dunquerque, sus órdenes consistirían en «capitular formalmente y evitar una matanza inútil»[201]. El 31 de mayo, el temor a que los franceses pudieran rendirse de un momento a otro hizo que Churchill, Attlee, Dill e Ismay volaran a París, aunque llegaron con mucho retraso debido a que el avión había tenido que dar un amplio rodeo para evitar a la *Luftwaffe*, que ya había empezado a patrullar el cielo de la parte norte de la ciudad. Durante el almuerzo en la embajada británica, Churchill tuvo noticia de que ciento cincuenta mil hombres habían logrado abandonar las playas de Dunquerque, y de que quince mil de ellos eran franceses. «El

primer ministro dijo que no se contentaría con menos de doscientos mil, —señala Harvey[202]—. Su único tema de conversación era el de la posibilidad de sacar de la costa a un importante número de soldados», recuerda Walter Thompson. «Esta vez sí que pude ver, reflejada en su rostro, de expresión grave y tensa, la ansiedad que sentía.»[203]

La Junta Suprema de Guerra se reunió esa tarde en el Ministerio de la Guerra francés. Weygand le dijo a Churchill que se estaban llevando a París, a fin de defender la capital, a gran parte de los efectivos que habían combatido en la Línea Maginot, que ahora resultaba inútil, pero también le explicó que si Gran Bretaña no podía aportar más escuadrones de la RAF a la batalla que se estaba desarrollando al sur del río Somme la situación sería desesperada. Al término de la reunión, Churchill le dijo a Spears que los franceses ya se habían dado por vencidos[204]. El comandante Tommy Thompson describe la actitud del mariscal Philippe Pétain, un famoso héroe de la Gran Guerra, diciendo que se comportó como «un espectador impasible y distante, incapaz de mostrar el más mínimo interés o de dar la menor señal de entusiasmo al escuchar esbozar a Churchill los planes británicos»[205].

El sábado primero de junio, el número de evacuados de Dunquerque ascendió a doscientos mil, colmándose así las expectativas de Churchill. «Winston se ha sentido muy animado al saberlo, —anota Harvey—, y dice que quizá pueda hacer algo más por los franceses en el Somme»[206]. Churchill regresó a Londres con tiempo suficiente para celebrar una reunión con el gabinete a la una y media del mediodía. Todos los miembros del consejo de ministros se pusieron en pie para ovacionar a Gort, el comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica, que acababa de regresar de Dunquerque. Gort informó de que, dejando al margen a las dos divisiones que habían combatido a las órdenes del general Benoît de La Laurencie, los franceses habían sido «más que inútiles»[207].

Al transmitir Morton al gabinete los planes que el Ministerio de Asuntos Exteriores había elaborado para evacuar a la familia real y a parte del ejecutivo en caso de una invasión, Churchill exclamó: «Creo que lo que tenemos que conseguir es que lamenten el día en que se les ocurra invadir nuestra isla. Este tipo de debates no pueden permitirse»[208]. De manera

similar, al conocer la petición de *sir* Kenneth Clark, el director de la National Gallery, que acababa de solicitar que todos los tesoros artísticos de Gran Bretaña fuesen enviados al Canadá, el primer ministro respondió: «No, ocúltenlos en sótanos y bodegas. No debe partir ni una sola obra. Vamos a vencerles»**[209]**. Las obras maestras fueron debidamente transportadas a una mina de pizarra abandonada de Manod Mawr, en Gales. Más adelante, una parte de las reservas de oro de Gran Bretaña pasó de los bajos del Banco de Inglaterra a una cámara acorazada de Toronto, en una angustiosa operación en la que la presencia de unos cuantos submarinos alemanes en mitad del Atlántico podría haber sumido a Gran Bretaña poco menos que en la ruina.

El 2 de junio, Churchill empezó a hacer gestiones para intentar constituir un II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica y enviarlo lo antes posible a la Bretaña francesa. Dejó bien claro a los jefes de Estado Mayor que lo que le empujaba a efectuar este nuevo intento no era la esperanza de que se pudiese invertir de ese modo el rumbo de la guerra, sino la determinación de hacer un último y desesperado intento de impedir que Francia perdiera la condición de país beligerante. «Hemos de concebir planes que demuestren a los franceses que hay formas de salir adelante, siempre que conserven la firme voluntad de combatir.»**[210]** «Qué maravilloso sería, —le escribe Churchill a Ismay—, que consiguiéramos obligar a los alemanes a preguntarse dónde se les va a asestar el siguiente golpe en lugar de ser nosotros quienes nos veamos forzados a intentar techar la isla y rodearla de murallas. Es preciso hacer un esfuerzo para sacudirnos de encima la postración mental y moral en que nos ha sumido el empuje y la iniciativa del enemigo»**[211]**. El II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica, inicialmente compuesto por una brigada de la 52.ª División de las Tierras Bajas, desembarcó en Normandía el 7 de junio, al mando del general Alan Brooke, y existían planes para que la 1.ª División Canadiense se sumara a ellos.

El 3 de junio, en la reunión de las once y media de la mañana del Gabinete de Guerra, Dowding, a quien solo le quedaban ya 331 cazas, realizó la urgente petición de que no se enviara a la RAF a combatir en los cielos del departamento francés del Somme, y al final se decidió seguir su

consejo. Al día siguiente lograba abandonar las playas de Dunquerque el último soldado británico: el general Harold Alexander. Le habían precedido nada menos que 338 225 hombres de la Fuerza Expedicionaria Británica y de los ejércitos francés y belga. Entre muertos, heridos y prisioneros de campaña, la Fuerza Expedicionaria Británica había perdido más de cuarenta mil combatientes, y al caer Dunquerque los alemanes capturaron a una cifra similar de tropas francesas. La RAF había efectuado 2739 salidas en nueve días, todas ellas destinadas a proteger al ejército, y había tenido que encajar la pérdida de 116 pilotos, ya que solo el Mando de Bombardeo había visto destruidos 76 aparatos. En términos generales, la RAF había perdido, desde el 10 de mayo, 1067 aviones y 1127 efectivos, entre pilotos y miembros de la tripulación[212]. En la Operación Dinamo habían participado en total 933 barcos británicos, de los cuales 236 habían resultado aniquilados y otros 61 habían quedado inservibles. La Fuerza Expedicionaria Británica destruyó en la medida de lo posible todo el equipamiento que se había visto obligada a dejar en Dunquerque, pero la pérdida de 60 000 vehículos, 2000 cañones de campaña, 90 000 rifles, 600 000 toneladas de combustible, varios centenares de tanques, y 400 cañones antiaéreos había resultado devastadora[213]. A principios de junio de 1940, la única unidad radicada en las islas británicas que conservaba intacto todo su armamento era la 1.ª División Canadiense de Aldershot. En caso de haberse producido una invasión, ese habría sido el único cuerpo de tropas regulares que todavía conservaba su organización y sus equipos, esa la única fuerza capaz de hacer frente al enemigo entre las costas meridionales de Inglaterra y su capital. Al presentar Pound la lista de todos los buques de la Marina Real que habían resultado dañados o inutilizados, Churchill bromeó: «Por lo que me está diciendo, parece que ya solo nos queda el *Victoria & Albert*»[214]. (El *Victoria & Albert* era el nombre del yate real.)

El 4 de junio, Churchill se enfrentó a la tarea, excepcionalmente difícil, de explicar en los Comunes lo que había sucedido. Pronunció un discurso comparable a los de Pericles y Abraham Lincoln, ya que fue una de las arengas más grandes de la historia. Comenzó exponiendo con toda calma, y

ateniéndose estrictamente a los hechos, el relato de la penetración alemana, el corte de las líneas de comunicación que mantenían a la Fuerza Expedicionaria Británica en contacto con Amiens y Abbeville, y las características de la guerra relámpago, tras cuyos ataques, dijo, «venía el avance, comparativamente lento, de la sorda masa bruta del ejército alemán ordinario»[215]. Acto seguido, con implacable determinación —y en un gesto que quizá resulte reprensible—, reiteró la acusación que Reynaud había lanzado contra el rey Leopoldo. «De pronto, —exclamó Churchill—, sin la menor consulta previa, con el mayor sigilo posible, sin contar con el parecer de sus ministros, y actuando por un impulso estrictamente personal, [Leopoldo] envió a un plenipotenciario a entrevistarse con el Alto Mando alemán, firmó la capitulación de su ejército, y dejó totalmente abierto y expuesto nuestro flanco, comprometiendo las vías de nuestra retirada»[216]. Churchill señaló que había sido un «episodio lamentable», y resulta muy elocuente que esta frase no figure en sus memorias. Al acabar la guerra y preguntársele por qué la había pronunciado en su discurso del 4 de junio de 1940, Churchill dijo que se había limitado a relatar lo ocurrido según lo que le inducían a creer los datos de que disponía en esa fecha, cosa que solo es parcialmente cierta (porque tanto Keyes como el rey le habían advertido de la inexactitud de esa versión).

«Hemos asistido a una milagrosa liberación, conseguida con valor y perseverancia, con una perfecta disciplina y un trabajo impecable, utilizando todos los recursos, beneficiándonos de notables ejemplos de habilidad, y gracias a una lealtad inquebrantable», afirmó a continuación Churchill[217]. Haciéndose eco de las palabras que Arthur Greenwood había pronunciado con ocasión del Debate sobre la situación de Noruega —«No se gana ninguna guerra con evacuaciones magistrales—, —el primer ministro prosiguió—: Hemos de poner el máximo cuidado para no caer en la trampa de adjudicar a esta liberación los atributos de una victoria. Las guerras no se ganan con evacuaciones. Pero esta liberación tiene algo de victoria, y así debe señalarse»[218]. Se había tratado además de unos laureles conquistados por la RAF, y Churchill lo comenta como sigue:

> Me da la impresión de que jamás ha habido, en todo el mundo, en la historia entera de la guerra, mayor oportunidad que esta para los jóvenes […]. Estos jóvenes que se levantan

todas las mañanas con el propósito de proteger su tierra natal y todo cuanto defendemos, empuñando instrumentos de colosal y demoledor poder; estos jóvenes que viven tiempos de los que bien puede decirse que «Cada mañana trae una noble oportunidad / y cada oportunidad un noble caballero[219]» merecen nuestra gratitud. Y lo mismo puede decirse de todos los hombres valerosos que, de tantas maneras, y en tantas ocasiones, no solo se hallan dispuestos a dar la vida y todo cuanto poseen por la patria sino que no cejan en su empeño. Con todo, el agradecimiento que nos inspira la liberación de nuestro ejército y el rescate de tantísimos hombres, cuyos seres queridos han pasado una semana de agonía, no debe ocultarnos el hecho innegable de que lo que acaba de suceder en Francia y Bélgica constituye un desastre militar de colosal magnitud […]. Hemos de ser conscientes de que solo cabe esperar que en breve se abata otro golpe similar sobre nosotros o sobre los franceses. Nos dicen que *Herr* Hitler ha fraguado un plan para invadir las islas británicas. Es algo que ya se ha intentado muchas veces. Cuando Napoleón recaló durante un año en Boulogne con sus chalanas y su Gran Ejército, alguien le dijo: «Peores son las amargas hierbas de Inglaterra». Y desde luego, mucho más nutrida está hoy esa áspera maleza, pues tenemos de nuevo en casa a nuestra Fuerza Expedicionaria[220].

Tras advertir a sus colegas de que Hitler se valdría de «la originalidad de la malicia y el ingenio de la agresión» para abalanzarse sobre Inglaterra, prosiguió:

Yo mismo tengo plena confianza en que, si todos cumplimos con nuestro deber, si nada se deja al azar, y si se adoptan las mejores medidas, tal y como ya está ocurriendo, volveremos a demostrarnos a nosotros mismos que tenemos el ímpetu imprescindible para defender la isla que habitamos, para capear la tempestad bélica y para sobrevivir a la amenaza de la tiranía —durante años si es necesario; y solos si es preciso—. En cualquier caso, eso es lo que vamos a tratar de hacer; esa la inequívoca determinación del gobierno de Su Majestad —de todos los hombres del reino—; esa la voluntad del parlamento y el afán de la nación […]. Pese a que grandes extensiones de Europa, pese a que un buen número de estados antiguos y famosos hayan caído o puedan caer en las garras de la Gestapo o de cualquiera de los odiosos aparatos del yugo nazi, nosotros no flaquearemos ni fracasaremos.

Y a continuación vino su perorata:

Llegaremos hasta el final, lucharemos en Francia, en los mares y en los océanos, pelearemos en el aire, combatiremos con confianza creciente y con fuerzas renovadas. Defenderemos nuestra isla a cualquier precio, batallaremos en las playas, guerrearemos en los aeródromos, contenderemos en los campos y en las calles, nos batiremos en las colinas. Nunca nos rendiremos. Y aun en el caso —que ni por un instante creo posible— de que esta isla o gran parte de ella quedara sometida y hambrienta, nuestro imperio, abierto al otro lado de los mares, armado y protegido por la flota británica, continuaría resistiendo hasta que Dios disponga llegado el momento de que el Nuevo Mundo, con todo su poder y su fuerza, dé un paso al frente y acuda en rescate y liberación del Viejo[221].[222]

Chips Channon, que estaba sentado inmediatamente detrás de Churchill, anota en su diario: «Ha sido elocuente, ha empleado una oratoria espléndida y ha utilizado magníficamente el inglés; a varios parlamentarios laboristas les ha sido imposible contener el llanto»[223]. Harold Nicolson le escribe a su esposa Vita Sackville-West en los siguientes términos: «Esta tarde, Winston ha pronunciado el mejor discurso que jamás se haya escuchado. La Cámara quedó profundamente conmovida»[224]. Y ella le responde: «Ha hecho que me recorra la espalda un escalofrío (y no de miedo). Creo que una de las razones de que nos emocionen sus frases isabelinas es que se percibe en ellas el enorme y macizo muro de poder y determinación que las respalda, como la pared de un gran bastión: no son en ningún caso las palabras de alguien que habla por hablar»[225].[226] Ron Golding, el guardaespaldas que habría de proteger a Churchill después de la guerra —y que en 1940 era líder de uno de los escuadrones de la RAF—, recuerda: «Después de escuchar sus proclamas, *queríamos* que vinieran los alemanes»[227].

A lo largo de las dos semanas siguientes, es decir, durante la primera mitad del mes de junio de 1940, los franceses abrumaron a Churchill con demandas de nuevas unidades de apoyo aéreo, a pesar de que el 6 de junio entraran en acción en los cielos de Francia 144 cazas ingleses y de que el número de aparatos británicos llamados a operar diariamente —hasta la capitulación del país vecino— fuera muy similar en esas fechas. «Reynaud aúlla en petición de todos nuestros aviones», dirá expresivamente Cadogan[228]. Newall y Dowding se oponían tenazmente a que se enviaran más escuadrones de cazabombarderos a Francia para participar en lo que el gabinete, los jefes de Estado Mayor y los altos funcionarios del gobierno empezaban a considerar cada vez más como una batalla perdida.

Sin embargo, Churchill quería utilizar pequeños grupos de soldados para atacar a los alemanes acantonados en las costas de Dinamarca, Holanda y Bélgica. «Deben prepararse misiones, —le dirá a Ismay el 5 de junio—, con tropas especialmente entrenadas, de carácter audaz, y capaces de hacer imperar el reino del terror a lo largo de todo ese litoral, primero

aplicando rápidas medidas punitivas de asalto y repliegue. Después […] deberíamos aparecer por sorpresa en los puertos de Calais o Boulogne, matar y apresar a las guarniciones hunas, y finalmente mantener la posición en tanto no se hayan ultimado todos los preparativos necesarios para reducir esas ciudades por medio de un asedio o un ataque directo, y una vez hecho esto, desapareceríamos»[229]. Churchill también quería crear unidades de blindados ligeros con las que poder «presentarse furtivamente en la costa, efectuar una rápida incursión en tierra, cortar las comunicaciones vitales del enemigo, y regresar después, dejando a sus espaldas un largo reguero de cadáveres alemanes»[230]. A pesar de los reveses sufridos en las últimas siete semanas, su instinto ofensivo seguía intacto. Ya el mismo 6 de junio, es decir, solo dos días después de que las últimas tropas hubieran abandonado las costas de Dunquerque, Churchill había pedido a los estrategas militares de la Oficina de Guerra que le ofrecieran «propuestas para transportar y desembarcar tanques en las playas». La solicitud del primer ministro se producía exactamente cuatro años antes del Día D.[231] El 20 de junio, Churchill sugería la creación de «un Cuerpo militar integrado por un mínimo de cinco mil paracaidistas»[232].

El 10 de junio, Mussolini declaraba la guerra a Francia y Gran Bretaña. Al despertar Colville a Churchill, interrumpiéndole la siesta para darle la noticia, el primer ministro gruñó: «En el futuro, la gente que acostumbra a ir a Italia para ver ruinas no va a tener que llegar ya hasta Nápoles o Pompeya»[233]. La nueva amenaza que surgía así en el Mediterráneo exigía la reubicación de algunos buques, pero lo cierto es que la irrupción de esa eventualidad llevaba meses esperándose, sobre todo después de que Churchill se hubiera negado a negociar un acuerdo de paz a finales de mayo. El 11 de junio, el ejército británico cruzaba la frontera de Libia y penetraba en el país para dar inicio a las operaciones ofensivas, que se prolongaron por espacio de dos meses, hasta que finalmente los italianos obligaron a las tropas inglesas a regresar a Egipto. Entre el 5 y el 19 de agosto, los italianos forzaban también a los británicos a evacuar Somalilandia, para gran disgusto de Churchill. El día en el que se inició el choque anglo-italiano, Winston aprobó una propuesta destinada a retirar la Orden de la Jarretera al rey Víctor Manuel III de Italia, que no se había

alzado contra la deriva belicista de Mussolini, diciendo: «Creo que debería cubrirse de la mayor ignominia a esta miserable marioneta y dar al caso la mayor de las publicidades»[234].

Ese mismo día, Churchill no tuvo más remedio que posponer su visita a Francia, ya que el gobierno francés había huido de París para dirigirse al sur, a la ciudad de Tours, haciendo antes escala en Briare, una localidad situada a cien kilómetros al sureste de Orleans. Sin embargo, este hecho sirvió de acicate a Churchill, ya que parecía ser una muestra de que el ejecutivo galo tenía intención de combatir. A las tres de la tarde del 11 de junio, Churchill voló por tanto hasta Briare en un avión Flamingo de la Imperial Airways[235], escoltado por nueve Spitfires —el máximo número de aparatos que el capitán de grupo Stephen Beaumont, del 609.º Escuadrón de la RAF, había logrado reunir en el breve plazo de tiempo que se le había dado—. El cuartel general de Weygand, instalado en el Château de Muguet de dicha población, solo pudo alojarse a Churchill, de modo que Eden, Dill, Ismay y Spears tuvieron que pernoctar en un tren estacionado en las inmediaciones. En el *château* solo había un viejo teléfono fijado en la pared de la despensa del mayordomo y conectado con la oficina de correos del pueblo, en la que no había nadie en todo el día[236]. El 11 de junio se celebró en Briare una reunión de dos horas de la Junta Suprema de Guerra, que prosiguió el día 12 durante varias horas más. A ella asistieron Churchill, Reynaud, Pétain, Weygand, el general Alphonse Georges, comandante en jefe del Frente Nororiental, y el nuevo ministro de la Guerra, el general Charles de Gaulle, un héroe de la Gran Guerra de cuarenta y nueve años de edad y 1,95 de estatura.

París podía caer en cualquier momento en manos de los alemanes, así que las dos delegaciones estudiaron todos los aspectos de la ofensiva. Churchill dijo a los presentes que la 1.ª División Canadiense no tardaría en desembarcar en Francia, con lo que el número de unidades dispuestas a combatir en el II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica se elevaba a cuatro —y, de hecho, también había un quinto contingente de camino para constituir en la Bretaña francesa un reducto defensivo que los alemanes no conseguirían perforar—. Churchill subrayó también lo vulnerables que resultaban ahora las largas líneas de comunicación alemanas a un ataque

aéreo. Dill ofreció a Weygand el mando global de las tropas británicas, a las que podría dar las órdenes que considerase pertinentes. Por toda respuesta, Weygand le dirá que el desmoronamiento de Francia no era ya cuestión de días, sino de horas[237].

El general Georges comunicó a los reunidos que los Aliados habían perdido 35 de las 103 divisiones iniciales. En privado informó también a Spears de que el gobierno francés estaba tomando medidas en secreto para pedirle un armisticio a Hitler, y añadió que eso implicaba —por emplear las palabras con las que Churchill habría de explicarlo más tarde— que «los pasos que pudiésemos dar [los británicos] tenían que concordar con ese objetivo»[238]. Churchill habló «del reducto bretón» en el encuentro, pero los franceses señalaron que eso no suponía una solución a largo plazo para el apuro en el que se encontraba Francia, dado que el 70 % de sus plantas industriales se hallaban en la región de París. Al argumentar Churchill que la medida bretona permitiría ganar tiempo y aguardar a que los estadounidenses se sumaran al esfuerzo bélico, Pétain, en una de sus escasas intervenciones, aseguró que también supondría la destrucción de Francia. Pétain habló entonces abiertamente de la necesidad de un armisticio[239]. En total contraposición con las tesis de Pétain, De Gaulle aseguró que estaba dispuesto a librar una «guerra de columnas» y a atacar con unidades móviles a los tanques alemanes. El resto de los mandos militares franceses no solo no mostró el menor entusiasmo hacia esa idea, sino que tampoco puso mayor énfasis en la posibilidad de proseguir la guerra desde el África Septentrional Francesa[240].

Para conseguir que el Alto Mando francés permitiera que los aviones Wellington de la RAF continuaran preparando incursiones de bombardeo sobre Turín y Milán, Churchill tuvo que insistir «vehementemente» a Reynaud en que se trataba de una acción necesaria. (Reynaud temía que los italianos tomaran represalias en el sur de Francia.) Al final, esas misiones tuvieron que cancelarse, dado que las fuerzas aéreas francesas comunicaron los planes a los habitantes de Salon-de-Provence y estos colocaron carros agrícolas y otros obstáculos en las pistas de despegue para impedir la salida de los aviones británicos[241]. El almirante François Darlan, el ministro de Marina francés, prometió que, en caso de firmarse un armisticio, la

poderosa flota francesa (que de aliarse con la armada alemana podría arrollar a las fuerzas navales británicas) no caería en manos germanas sino que pondría rumbo al Canadá[242].

Weygand expuso en sus grandes líneas las enormes dificultades por las que estaba pasando el ejército francés. «Este es el punto decisivo, —dijo—. Y este es también el momento de la verdad. Los británicos no deben dejar en Inglaterra un solo caza. Han de enviarlos todos a Francia.»[243] Tras esa declaración se produjo una larga pausa que llenó de ansiedad a los asesores de Churchill, que temían que su generosidad, su inveterada francofilia, su valor y su optimismo le llevaran a prometer a sus aliados un nuevo apoyo aéreo, pese a las advertencias de Newall y Dowding. Pronunciando muy lentamente las palabras, Churchill replicó: «Este no es el punto decisivo. Este no es el momento de la verdad. El instante crucial vendrá cuando Hitler lance a la *Luftwaffe* sobre Gran Bretaña. Si conseguimos conservar el dominio del aire en nuestra isla —eso es todo lo que pido—, lograremos recuperar cuanto han perdido y devolvérselo […]. Pase lo que pase aquí, tenemos la determinación de combatir una y otra vez, sin descanso, hasta el final»[244]. Esta decisión de no comprometer el resto de la aviación británica en la batalla de Francia, pese a las abrumadoras presiones de su aliado y a su propio amor a lo que ese país representaba, fue una de las medidas más críticamente determinantes que hubo de tomar en toda su vida.

Al preguntarle Reynaud qué pasaría cuando los alemanes intentaran invadir Gran Bretaña, Churchill replicó: «Todavía no lo he pensado detenidamente, pero, en términos generales, lo que yo propongo es ahogar a todos cuantos podamos mientras vengan de camino para después “frapper sur la tête” [golpear en la cabeza] a cualquiera que se las arregle para llegar hasta la costa»[245]. Comprobamos una vez más que esa capacidad de conservar el sentido del humor y el buen ánimo, incluso en una situación tan espantosa como aquella, era perfectamente habitual en él. Por fortuna, Churchill ya había abandonado la sala de conferencias cuando Weygand se atrevió a vaticinar ante Reynaud que, en menos de un mes, Gran Bretaña «iba a encontrarse con el pescuezo retorcido como un pollo»[246]. En el viaje de regreso, el avión de Churchill se vio obligado a volar a una altitud de treinta metros, justo por encima del nivel del mar, para evitar a dos cazas

alemanes que estaban disparando a los barcos de pesca que faenaban en el Canal de la Mancha[247].

En el trayecto, Ismay sugirió que, al darse la circunstancia de que las divisiones destinadas al II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica iban a tener que ser evacuadas de forma prácticamente inmediata, quizá pudiera retrasarse discretamente su despliegue. «De ninguna manera, —contestó Churchill—. La historia no nos perdonaría que hiciéramos semejante cosa.»[248] Lo cierto es que, en ese momento, Churchill no debería haber puesto sus miras en la historia, sino orientado sus acciones en función de consideraciones de naturaleza puramente militar. De este modo, contra el sensato parecer de Dill e Ismay, aunque no con su oposición directa, se enviaron a Francia nuevas unidades del II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica. Su comandante, el general Brooke, denunció el plan ante Eden y Dill, ya que le parecía un gesto político superfluo —cosa que efectivamente era—. Más tarde, al decirle Ismay a Churchill que le complacía la idea de que Gran Bretaña fuese a combatir en solitario, ya que estaba convencido de que el país iba a «ganar la batalla de Inglaterra, —el primer ministro le dedicó una significativa mirada y le contestó—: Dentro de tres meses, usted y yo estaremos muertos»[249]. Pese a todos los signos de certeza en la victoria e inquebrantable actitud desafiante que Churchill mantenía, de forma aparentemente constante, tanto en público como ante los franceses, los miembros del gabinete, los parlamentarios de los Comunes, la prensa escrita y los micrófonos de la radio, la verdad es que, de vez en cuando, podía admitir a sus colegas que los sentimientos de su fuero interno transitaban por otros derroteros. Andando el tiempo, Churchill afirmará que le habría gustado permanecer diez días en Francia «y dejar que Neville se ocupara temporalmente de los asuntos domésticos», pero es muy poco probable que hubiera podido conseguir que Francia, absolutamente desmoralizada, perseverara un solo instante más en los combates[250]. Como habría de confiarle al rey el 12 de junio, a su regreso, lo que ahora tocaba era prepararse para «la invasión de [Gran Bretaña]», pues ese era «el siguiente punto del plan de acción alemán»[251].

Poco después de la medianoche, Reynaud le pedía a Churchill que volviera a Francia. En esta ocasión se entrevistaron en la prefectura de

Tours a las cuatro menos cuarto de la tarde del 13 de junio. Churchill pensó que la convocatoria de aquella reunión urgente era «muy mala señal», ya que Reynaud se había comprometido a consultarle personalmente antes de que Francia se rindiera. Además, el primer ministro británico se enfureció al saber que su homólogo galo había indicado el lugar y la hora del encuentro por una línea telefónica pública[252]. El 13 de junio, Churchill partió a primera hora de la mañana en compañía de Halifax, Beaverbrook, Cadogan e Ismay, y protegido por doce Spitfires del 609.º Escuadrón de la RAF dirigido por el capitán Beaumont. Los aparatos despegaron sin saber exactamente en qué punto iban a aterrizar. «Lo cierto es que volábamos a ciegas, aguardando las instrucciones que debían indicarnos el lugar en el que teníamos que reunirnos con el gabinete francés», recuerda Walter Thompson[253]. Churchill le había pedido que se trajera el Colt 45 que solía utilizar, diciéndole: «Si alguien nos ataca por el camino quizá tenga ocasión de liquidar al menos a un alemán»[254].[255]

Al sobrevolar las islas anglonormandas la comitiva se vio envuelta en una tormenta eléctrica acompañada de fuertes precipitaciones, pero poco después aterrizaban en el aeródromo de Tours, acribillado por las bombas y cubierto de cráteres, ya que hacía diez días que nadie se preocupaba ya de rellenarlos. En su autobiografía inédita, el capitán Beaumont señala que «la base aérea de Tours debía de ser por fuerza un buen ejemplo del estado de descomposición en el que se había abismado Francia. Y allí estábamos, con el primer ministro de Gran Bretaña… El campo de aviación de Tours, con sus largas matas de hierba sin cortar y sus edificios destartalados no solo parecía un club de vuelo en bancarrota […], sino que contrastaba enteramente con los pulcros puestos de la RAF»[256].

Tras un largo rato de espera, el comandante Tommy Thompson dio al fin con dos oficiales de las fuerzas aéreas francesas, muy ocupados en devorar sus bocadillos. «Parecieron sorprenderse de vernos allí, —recuerda—. Todo el mundo se había ido a comer. Se ofrecieron a conducirnos al centro de Tours en sus propios coches, ambos de muy pequeño tamaño. Nos introdujimos en ellos con cierta dificultad.» Thompson tuvo que sentarse en las rodillas de lord Beaverbrook[257]. «Aquello era un completo caos», recuerda Cadogan. Los dos vehículos pasaron frente a una larguísima hilera

de refugiados que avanzaba en dirección sur. Nada más llegar a Tours se encaminaron al Hôtel Grande Bretagne y allí encontraron a Paul Baudouin, el subsecretario de estado del primer ministro, y se las arreglaron para «comer magníficamente», según anota Cadogan, que añade: «W. S. C. está en plena forma»[258].

Durante el almuerzo, Baudouin, que se había opuesto a que su país le declarara la guerra a Alemania, intentó convencer a Churchill de que liberara a Francia del compromiso que había adquirido el 28 de marzo al prometer que no aceptaría un acuerdo de paz al margen de Inglaterra. Así explica la situación el comandante Thompson: «El señor Churchill no le alentó en modo alguno en tal sentido»[259]. Los refugiados «no dejaron de dar golpecitos en la puerta ni de contemplar nuestra mesa por la ventana, con una ávida fijeza en los ojos», durante toda la entrevista, escribe Thompson. El pequeño grupo de británicos había accedido al hotel por una puerta trasera, pero Churchill insistió en salir por la entrada principal, «para que la multitud que se agolpa en las calles pueda ver que sus aliados no les han abandonado»[260]. En la interminable fila de vehículos que cruzaban la ciudad en su huida, con atadijos de fortuna sujetos al techo para transportar los enseres personales de las familias, había muchos que tenían las ventanillas astilladas y la carrocería cubierta de impactos de bala[261].

Weygand y Pétain se negaron a acudir a la reunión de la prefectura, alegando que era inútil tratar de ofrecer resistencia a los alemanes. Reynaud y Baudouin, a los que Cadogan califica de «cenizos», le pidieron a Churchill que entablara negociaciones de paz con los alemanes o que liberara a Francia de su obligación de no pactar por separado ningún tratado con Hitler. Churchill intentó convencer a los franceses (con Spears como traductor, al demostrarse que su francés, fuertemente impregnado de los giros y la pronunciación inglesas, resultaba ininteligible) de que hicieran un nuevo llamamiento a Washington, y les instó a proseguir la lucha. «Conozco bien al pueblo británico», le dijo Churchill a los líderes franceses,

> sé de su infatigable capacidad para encajar los golpes, perseverar y responder a las agresiones. Estoy seguro de que atacarán hasta que el enemigo sea vencido. Tienen que darnos tiempo. Les pedimos que combatan tanto como les sea posible, si no en París, sí al

> menos tras las líneas parisinas, en las provincias, en las costas, y si es necesario, en el norte de África. De lo contrario, lo que les espera es la destrucción de Francia […]. Francia debe seguir peleando. Todavía cuenta con su magnífica flota, con su gran imperio. Lo que aún conserva de su ejército le permitirá librar una guerra de guerrillas a gran escala y concentrar sus esfuerzos bélicos en las comunicaciones del enemigo[262].

A continuación afirmó que «esas eran sin duda las horas más oscuras para la causa aliada. Sin embargo, —añadió—, mantenía totalmente incólume su confianza de que el hitlerismo sería aplastado y de que el reino nazi no lograría de ningún modo someter a Europa»[263]. Churchill, que se encontraba sentado en un sillón frente a Reynaud, «se aferraba con tal fuerza a los brazos de la butaca, y hablaba con tanta pasión, que todos cuantos le escuchaban se sintieron embargados por la más profunda emoción»[264]. Más tarde, Beaverbrook sostendrá que allí mismo dio «el más impresionante de todos sus discursos»[265]. Sin embargo, solo De Gaulle respondió positivamente a su exhortación y se mostró dispuesto a respaldar su plan. Agradecido, Churchill le llamará, dirigiéndose directamente a él y con frase profética, «L'homme du destin»[266].

Churchill se negó a liberar de su promesa a los franceses. Sin embargo, como si el día no hubiera tenido ya suficientes tintes dramáticos, la condesa Hélène de Portes, amante de Reynaud, intentó irrumpir una y otra vez en esa última reunión de la Junta Suprema de Guerra, y tanta fue su insistencia que, al final, un oficial de la marina francesa le gritó a Baudouin: «¡En nombre de la dignidad de la nación francesa, saquen de ahí a esa mujer!»[267]. Al año siguiente, Clementine revelará que su marido «estuvo a punto de ser atacado por la señora De Portes, que se empeñó en arañarle el rostro […]. Se puso a gritar, se comportó como una histérica, y exigió que se la dejara entrar en la sala»[268]. El gobierno francés se estaba cayendo a pedazos, y Churchill se despidió de Reynaud con lágrimas en los ojos, en el umbral de la prefectura de Tours[269].

El 14 de junio, los alemanes tomaban París. Weygand informó a Alan Brooke —el comandante del II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica estacionado en la Bretaña francesa— de que se iba a poner fin muy pronto a todo conato de resistencia organizada. Churchill telefoneó a Brooke a su cuartel general, situado en Le Mans, y a pesar de que la línea

funcionaba muy mal, le dijo (según la transcripción que nos ha dejado el propio comandante): «Si ayer me enviaron a Francia fue para que los franceses vieran que seguimos apoyándoles. Yo [Brooke] le respondí que resultaba absolutamente imposible que un cadáver viese nada, y que el ejército francés estaba difunto a todos los efectos, y que por eso se revelaba totalmente incapaz de percibir lo que se había hecho para ayudarle»[270]. Era la primera vez que ambos hombres conversaban. Brooke tuvo que convencer al primer ministro británico de que su energía no podía contribuir en nada a mejorar una situación acabada, y de que cada hora que permaneciera en suelo francés incrementaba el grave riesgo de ser capturado que venía corriendo desde el principio. Tras media hora de argumentación, Churchill autorizó la evacuación y el regreso a Gran Bretaña del II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica. Su deber histórico de respaldar a Francia había quedado cumplido, pese a que nadie lo hubiera notado en exceso[271].

El 14 de junio, el ministro de Hacienda, John Simon, y su esposa Kathleen, abandonaban por fin el número 11 de Downing Street, permitiendo así que Chamberlain se mudara a su nuevo domicilio, y que la familia Churchill se instalara en el número 10. Hacía ya un tiempo que Churchill había desalojado el edificio del Almirantazgo a fin de dejar la vivienda libre para A. V. Alexander, así que tanto él como sus allegados directos habían estado residiendo temporalmente en el Hotel Carlton, al final de la calle Haymarket. Los Churchill se llevaron consigo al fiero gatazo negro del Almirantazgo, que respondía por Nelson y que se peleó casi inmediatamente con su congénere de Downing Street, al que todo el mundo conocía con el sobrenombre de «el Ratonero de Múnich»[272]. (No es difícil adivinar a cuál de los dos animales habría de apoyar Churchill en las ulteriores trifulcas gatunas. «Nelson es el gato más valiente que he conocido jamás, —decía—. En una ocasión le vi ahuyentar a un perro enorme al que obligó a salir corriendo del Almirantazgo.»)[273] Tras el fallecimiento en 1941 de su segunda esposa, Gwendeline Bertie, apodada «Goonie», Jack Churchill, que siempre mantuvo unas relaciones muy

estrechas y cordiales con su hermano, también se mudó al 10 de Downing Street, donde acostumbraba a comer con los secretarios privados de Winston, al que por cierto acompañaría en varias de sus giras de inspección.

El 15 de junio, Australia y Nueva Zelanda reiteraron su apoyo total y sin matices a Gran Bretaña, pasara lo que pasase. Sin embargo, en fuerte contraste con esa actitud, Cadogan anota ese mismo día que «Estados Unidos parece instalado en una postura notablemente inútil. Bien, tendremos que morir sin ellos»[274]. Esa misma tarde, en Chequers, Churchill le dijo a Colville: «La guerra que se nos viene ahora encima va a ser muy sangrienta […], ¡qué tragedia que un hatajo de blandengues nos hayan arrebatado la victoria que obtuvimos en la última contienda!»[275]. Después de la cena, acompañado de Duncan Sandys, Winston salió a recorrer los rosales del jardín. Poco después, al traerle nuevamente Colville noticias desalentadoras de Francia, Churchill le comentó: «Dígales que si nos permiten utilizar su flota, jamás lo olvidaremos, pero que si se rinden sin consultarnos, nunca les perdonaremos. ¡Dedicaremos mil años a denigrar su memoria!». Poco después, sin embargo, un tanto temeroso de que Colville se tomara sus manifestaciones al pie de la letra, añadía: «Pero, por supuesto, no lo haga inmediatamente»[276]. A pesar de las informaciones que llegaban de Francia, Colville dijo que Churchill estaba «animadísimo, enfrascado en recitar poemas, en deleitarse con la tensión dramática de la presente situación, en afirmar que Hitler y él solo tenían una cosa en común —el horror a los silbidos—,[277] en ofrecer puros a todo el mundo y en murmurar intermitentemente: “¡Bang, bang, bang, truena la carabina del granjero; corre conejo, corre conejo, corre, corre, corre…!”»[278]. Recibió una llamada telefónica del embajador Kennedy y le dijo que Estados Unidos «iba a ser el hazmerreír de la historia» si se limitaba a ofrecer ayuda económica a Gran Bretaña en lugar de apoyo militar. A la una de la madrugada todavía le quedaba energía para fumar ávidamente uno de sus habanos, sentado en el sofá de la Sala Noble de su domicilio, concentrado en estudiar la forma de incrementar el poder disuasivo de los cazas de la RAF destinados al frente, antes de rematar la jornada «contando uno o dos chistes verdes» —en un gesto

extremadamente insólito en él—, dando las «buenas noches a [sus] hijos» y yéndose a la cama[279].

A las siete y media de la mañana del domingo 16 de junio, Colville llamó a la puerta de la habitación de Churchill en Chequers para decirle que Reynaud iba a ser sustituido de un momento a otro por el mariscal Pétain. Le sorprendió «vestido con una camiseta de seda, con el sonrosado aspecto de un simpático cerdito»[280]. Churchill fijó a las diez y cuarto de la mañana la convocatoria de la reunión del gabinete, así que, tras el desayuno, se trasladó en coche a Londres, pidiendo a su chófer que hiciera caso omiso de los semáforos y que acelerara a toda velocidad por la avenida del Mall a fin de llegar en el preciso momento en el que ya se acomodaban en sus asientos los integrantes del consejo de ministros. En el transcurso del encuentro, el ejecutivo se enteró de que Pétain había ordenado al ejército francés que depusiera las armas. «Tras la reunión del gabinete, el primer ministro se pasó un largo rato recorriendo el jardín de arriba abajo, solo, con la cabeza gacha y las manos a la espalda, —escribe Colville—. Él no se dejará desanimar, estoy seguro.»[281]

En otro cónclave del gabinete, a las tres de la tarde del mismo día 16 de junio, se presentó un plan destinado a efectuar una Declaración de Unión por la que Francia y Gran Bretaña se fusionarían en un único país. La idea había partido del diplomático francés René Pleven, y con ella se pretendía justificar la total evacuación a Inglaterra de los efectivos del ejército francés. En el proyecto habían trabajado Robert Vansittart; Jean Monnet, el jefe de la Comisión Interaliada; *sir* Arthur Salter, un prominente funcionario público; lord Lloyd; y Charles de Gaulle, que estaba en Londres para una visita de solo veinticuatro horas. «Tuve muy poco que ver con todo eso, —dirá Churchill más tarde—. Todo se debió a un impulso emocional del gabinete.»[282] Chamberlain acudió a palacio para poner al rey al tanto «de lo que se le [estaba] haciendo a su imperio», y en la abadía de Westminster se hizo ondear, por primera y única vez en la historia, la bandera tricolor francesa. «¡Quién sabe, —bromeó Colville—, a lo mejor acabamos asistiendo a la restauración de las “*fleurs de lys*” en el Estandarte Real!»[283].[284] Colville aseguró asimismo que el nuevo país debía llamarse «Franglaterra».

Al comunicársele el proyecto a Pétain, el mariscal se burló diciendo que era como «fundirse con un cadáver» (sorprendentemente, se trata de la misma metáfora que Brooke había empleado dos días antes). Pese a todo, en ese momento Colville escribe: «Todo el mundo está dando palmaditas en la espalda a De Gaulle y diciéndole que debería asumir la responsabilidad de comandante en jefe (aunque ante estas manifestaciones, Winston murmuró: "Je l'arrangerai")»[285].[286] El hecho de que todos esos encumbrados personajes se mostraran dispuestos a estudiar la posibilidad de materializar una propuesta tan peregrina es un claro síntoma de lo desesperadamente que intentaban impedir los británicos que la cuarta flota más grande del mundo cayera en manos alemanas. De Gaulle voló de vuelta a Burdeos esa misma tarde, aunque al aterrizar descubrió que acababan de destituirle.

En la mañana del lunes 17 de junio llegó la noticia de que el mariscal Pétain, el nuevo jefe del gobierno francés, se disponía a firmar un armisticio con los alemanes. La innombrable ocurrencia que en el plan secreto del Estado Mayor se denominaba «Una cierta eventualidad» se había transformado en una certeza y en una realidad a punto de consumarse. Churchill telegrafió a Pétain para decirle que no podía creer que Weygand y él «fueran a insultar a su aliado entregando al enemigo la magnífica flota francesa. Un acto de ese carácter estaba abocado a desollar[287] su memoria en los próximos mil años de historia», le aseguró[288]. Baudouin, nombrado ahora ministro de Asuntos Exteriores, confirmó que la armada se disponía a partir del puerto de Tolón rumbo a la colonia francesa de Argelia a fin de mantenerla bien lejos de las ambiciones germanas. Tras tomar todas las medidas necesarias para concertar distintas reuniones en Francia —con las que únicamente quería confundir a cualquier agente de Pétain que pudiera estar observando sus movimientos—, De Gaulle acompañó a Spears hasta el aeropuerto de Burdeos, y, en el preciso instante en que el avión se ponía ya en marcha, saltó a bordo y voló a Londres, llevando por todo equipaje el uniforme que vestía. Al día siguiente, su mujer y sus hijos partían de Brest para seguir sus pasos. De Gaulle no volvería a poner el pie en la Francia continental en cuatro años.

Ese mismo lunes 17 de junio, la *Luftwaffe* echaba a pique en el estuario del Loira al *Lancastria*, un transatlántico de la compañía Cunard, repleto de soldados del II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica y de civiles que regresaban a Gran Bretaña. Cuatro mil personas perecieron ahogadas, más que en el *Titanic* y el *Lusitania* juntos. A día de hoy sigue siendo la mayor pérdida de vidas humanas imputable al hundimiento de un único barco jamás registrada en los anales marítimos británicos. El II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica no estaba entrando en los libros de historia por la puerta que Churchill tenía prevista. El primer ministro intentó mantener en secreto la noticia clasificándola como «Aviso de Defensa[289]» a fin de amordazar a la prensa. Sin embargo, los hechos acabaron filtrándose a los medios estadounidenses, de modo que a finales de julio el desastre acabó conociéndose en Gran Bretaña[290].

El 17 de junio, el azar quiso que Rab Butler coincidiera con Björn Prytz, el embajador sueco en Londres, en el parque de Saint James. Regresaron juntos hasta el edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores, y una vez allí Butler le entregó a Prytz un mensaje de lord Halifax, en el que se decía: «Lo que debe dictar las políticas del gobierno británico es el sentido común, no las baladronadas»[291]. Prytz transmitió la nota tal y como la había recibido, es decir, en inglés, al ministro de Asuntos Exteriores sueco, y añadió que los parlamentarios británicos le estaban diciendo últimamente que, «en cuanto se observe la perspectiva o la ocasión de entablar negociaciones de [paz] […], Halifax podría suceder a Churchill»[292]. La afirmación sobre el sentido común venía a insinuar con toda claridad que, en caso de que la situación militar continuara deteriorándose, el hipotético nuevo gobierno que pudiera encabezar Halifax no tendría inconveniente en escuchar una eventual oferta de paz de Alemania. Nueve días más tarde, al enterarse del mensaje gracias a que los servicios de inteligencia británicos tenían vigiladas las comunicaciones de la diplomacia sueca, Churchill pidió explicaciones. Halifax afirmó que Prytz había interpretado de forma totalmente errónea la nota de Butler. (Cosa que resultaba muy poco probable, no solo porque la madre de Prytz fuera inglesa, sino porque él mismo era un anglófilo confeso que había estudiado en el Dulwich College, hablaba inglés con total fluidez y había transmitido el mensaje en el mismo

idioma en el que lo había recibido.) Butler era un hombre agradable e inteligente con un don especial para las relaciones amistosas que en un período posterior de la guerra terminaría reformando el sistema educativo británico. Sin embargo, en ese momento, al ver que su país atravesaba la mayor crisis de su historia, su capacidad de enjuiciar correctamente las cosas se vio lamentablemente afectada. Dando muestras de su magnanimidad, Churchill no destruyó la carrera política de Butler, ya que el propio Winston quiso achacar el incidente a la «extraña forma de hablar» del encausado, así que le permitió seguir en su puesto durante trece meses más. Halifax, en cambio, no iba a durar tanto. Churchill seguía teniendo parlamentarios críticos en la bancada conservadora. A pesar del enardecedor discurso de la «lucha en las playas, los campos y las calles…, —Euan Wallace, que había ocupado el Ministerio de Transportes en tiempos de Chamberlain, señaló que—, tras la alocución, se produjo en la sala de fumadores [de la Cámara de los Comunes] una controversia a causa de la doble referencia que [Winston] había hecho a la eventualidad de "luchar solo", y Walter Elliot, el ex ministro de Sanidad de Chamberlain, concluyó que el idilio entre el gobierno y la oposición estaba llegando a su fin»[293].

«Al irse hoy a la cama, a la una de la madrugada, el primer ministro me ha dado las buenas noches con un gesto extremadamente humano, —comenta el 17 de junio con sus padres John Martin, uno de los secretarios privados de Churchill—. Me ha puesto la mano en el brazo y me ha dicho que en todos estos días de enorme ajetreo no había tenido tiempo para conocerme más a fondo.»[294] El «ajetreo» de ese día había girado en torno al hecho de que Francia abandonara la guerra, con todos los peligros que esa situación llevaba aparejados. Con todo, había quien prefería que las cosas hubieran tomado ese rumbo. En los diez días anteriores, el Mando de Cazabombarderos había perdido 250 aviones en los cielos de Francia, de modo que al enterarse de la claudicación de los franceses, Dowding hincó las rodillas en tierra y dio gracias a Dios, ya que ahora ya no habría necesidad de continuar enviando aparatos a Francia. «Será casi un alivio vernos libres de combatir al Diablo en solitario, —escribe Cadogan en su

diario—, así podremos vencer o morir», concluye[295]. Y John Martin anota en el suyo: «Ahora nos toca a nosotros»[296].

Capítulo 22

LA BATALLA DE INGLATERRA

Junio - septiembre de 1940

> Hitler podrá hacer lo que le venga en gana siempre que no haya agua salada de por medio, pero de nada le servirá llegar a la Gran Muralla china si esta isla permanece invicta.
>
> Churchill, julio de 1940[1].

> En sus discursos, [Churchill] compendia la historia de una raza y la convierte en historia viva y actual […]. Y así logra redimir la tradición aristocrática y restaurar el liderazgo de los mejores.
>
> Dorothy Thompson en el *Washington Post*, septiembre de 1940[2].

El martes 18 de junio de 1940, Charles de Gaulle emitió a través de los micrófonos de la BBC un llamamiento a sus compatriotas, a los que pedía que se trasladaran a Londres y se unieran a la Francia Libre. «Yo os digo que nada se ha perdido aún en Francia, —dijo—. Los medios mismos que nos han superado hoy podrán llevarnos un día a la victoria.» Churchill se aseguró de que el militar francés tuviera pleno acceso a las ondas, ya que pasó a defenderle contra viento y marea y a respaldarle como dirigente del

movimiento de la Francia Libre, surgido para reagrupar y coordinar la resistencia a la ocupación alemana. Después de la guerra, al preguntarle James Stuart, el jefe de disciplina de su partido, cuáles habían sido los motivos que le habían impulsado a mostrarse tan ardientemente francófilo, Churchill replicó: «La necesidad de contar con efectivos franceses dispuestos a combatir a Alemania»[3]. Su francofilia siempre fue auténtica y sentida, y en modo alguno adolecía del cinismo que esta afirmación implica, pero es cierto que en junio de 1940 no podía contarse ya con que los soldados franceses lucharan contra Hitler. Churchill admiraba la valentía que había demostrado De Gaulle al escapar de Francia, y desde luego, en el transcurso del largo período de guerra que se avecinaba, en el que la relación de ambos estadistas —extremadamente tormentosa— iba a vivir un gran número de vicisitudes, Churchill no abandonaría en ningún momento la creencia de que De Gaulle era el francés de mayor talla histórica que había tenido el país desde la desaparición de su héroe personal, Clemenceau. «[De Gaulle] tuvo que mostrarse duro con los británicos para probar a sus compatriotas que no era un títere de Inglaterra, —escribe Churchill—. Y no hay duda de que llevó a cabo esa política con perseverancia. En una ocasión llegó incluso a explicarme esa técnica […]. Siempre admiré su inmensa fortaleza.»[4] En reconocimiento a la determinación que manifestaba De Gaulle al mostrarse perfectamente dispuesto a pelear contra Alemania, el Ministerio de Obras[5] ofreció a los adeptos de la «Francia Libre» que se estaban uniendo al militar francés la posibilidad de utilizar unas oficinas situadas en Trafalgar House, en el número 11 de la plaza de Waterloo[6].

Churchill también se dirigió a la nación el 18 de junio, fecha en la que pronunció un discurso en los Comunes (repetido posteriormente en la radio) que acabaría siendo uno de los más elogiados. Empezó condenando a todos los que estaban acosando a Chamberlain y a los partidarios de las políticas de apaciguamiento: «Si iniciamos una disputa entre el pasado y el presente, terminaremos por descubrir que hemos perdido el futuro»[7]. Después examinó la posibilidad de que se produjera una invasión aérea de Gran Bretaña y señaló que existía la esperanza de que «el invierno [planteara] dificultades al régimen nazi». La verdad es que no podía considerarse que

su plan supusiese un proyecto de victoria, pero Churchill recordó a sus oyentes que, en la Gran Guerra, los británicos ya «se habían hecho repetidas veces la pregunta: "¿De qué modo podremos alcanzar la victoria?", sin que nadie lograra en ningún momento darle una respuesta excesivamente precisa, hasta que al final, de forma bastante súbita y bastante inesperada, nuestro terrible enemigo se derrumbó ante nuestros ojos. Y quedamos tan pagados de nosotros mismos con ese triunfo que, en nuestra locura, lo tiramos por la borda»[8].

El hecho de que en la Gran Guerra la armada italiana hubiese tenido una actuación mediocre permitió a Churchill bromear diciendo: «En la flota británica reina la general curiosidad de saber si los italianos mantienen el nivel que mostraron en la última contienda, o si por el contrario han reducido un tanto el nivel desde entonces»[9]. Resultaba extraordinario que conservara la presencia de ánimo necesaria para hablar con esa chispa de ironía en un discurso de enorme importancia en el que debía abordar una cuestión de tanta gravedad, pero se trataba de una costumbre que siempre había mantenido. Al analizar las razones de que esta última observación sentara tan bien a los miembros del parlamento y al público en general, el escritor Peter Fleming[10] sugiere la siguiente explicación: «Si hubiera acabado la frase diciendo: "… o si por el contrario son todavía peores", habría cosechado un gran aplauso y complacido a la claque. Sin embargo, al emplear un giro más sutil para denigrar al enemigo logró que resonaran en el público los característicos tonos de una regocijada ligereza y suscitó en sus oyentes la agradable sensación de formar parte de un reducido círculo de personas con acceso a un particular y muy personal código humorístico»[11].

La declaración de Churchill será recordada mientras existan hablantes de la lengua inglesa. «Si lo que el general Weygand denominaba la batalla de Francia ha terminado», aseguró,

> espero que esté a punto de comenzar la batalla de Inglaterra. De este choque depende la supervivencia de la civilización cristiana. Su resultado determinará el futuro de nuestro propio modo de vida británico y la longeva continuidad de nuestras instituciones y nuestro imperio. Toda la furia y el poderío del enemigo van a abatirse muy pronto sobre nosotros. Hitler sabe que tendrá que quebrarnos el espinazo en esta isla o resignarse a perder la guerra. Si podemos hacerle frente, el conjunto de Europa conservará la libertad, y la vida

> del mundo logrará continuar su marcha hacia vastas y altas mesetas iluminadas por el sol. Pero si fallamos, entonces el globo entero, incluido Estados Unidos y todo cuanto hemos conocido y preservado, se hundirá en el abismo de una nueva Edad Oscura, de un período que las siniestras luces de una ciencia perversa habrán de volver tanto más lóbrego, y quizá más duradero, que el de épocas anteriores. Entreguémonos por tanto a la tarea, y si el imperio británico y su Comunidad de Naciones están llamados a perdurar mil años, que nuestro comportamiento haga exclamar a los hombres: «Esa fue su mejor hora»[12].[13]

Al evocar la distopía de una era nazi «de duración prolongada por las siniestras luces de una ciencia perversa» es probable que Churchill se estuviera refiriendo a los nuevos explosivos, a los submarinos de última generación y a los gases venenosos, no haciendo una velada alusión al uso militar de la fisión nuclear, como hoy pudiéramos inferir —aunque el primer ministro británico sabía que los científicos alemanes se estaban dedicando a investigar sobre ese asunto en Berlín—. La mención de Estados Unidos también obedece a un propósito deliberado. Tanto en 1940 como en 1941, Churchill era plenamente consciente de que no eran solo los británicos quienes prestaban oídos a sus discursos, ya que también los escuchaban los estadounidenses. Y también sabía que solo en el momento en que Estados Unidos se decidiera a entrar en guerra podría Gran Bretaña cifrar sus esperanzas en una verdadera victoria —en vez de aspirar simplemente a sobrevivir.

«El discurso que Churchill ha pronunciado hoy ha elevado mucho la moral, —señala Maisky—. Sus firmes manifestaciones […] han sido acogidas con sonoros aplausos en ambas bancadas.»[14] Poco después, tras «presionar» Harold Nicolson, el titular de la cartera de Información, a Churchill con el fin de que este reprodujera esa misma tarde el discurso en un programa de radio —cosa que Churchill no quería hacer, ya que estaba extremadamente ocupado—, Nicolson comenta: «Se limitó a aceptar a regañadientes y a leer de cabo a rabo ante los micrófonos la arenga de la Cámara de los Comunes. Ahora bien, si la oratoria dirigida a sus señorías había sido magnífica, sobre todo en sus frases finales, lo que se oyó en las ondas resultó espantoso. Todo el impetuoso vigor que había puesto en el parlamento parecía haberse evaporado»[15]. Es posible que Nicolson estuviera en lo cierto, y que el discurso no se revelara tan intenso como en su exposición original, pero desde luego esa no es la impresión que uno

tiene al escuchar hoy esas sublimes palabras en la versión grabada de la BBC.

Después del discurso, Churchill fue recibido en audiencia en el palacio de Buckingham. «Parecía cansado, y se le veía deprimido por lo que acababa de suceder con Francia, —anota el rey en su diario—. Sin embargo, estaba lleno de energía beligerante y resuelto a combatir por su país. Le hablé de que I[sabel] y M[argarita] R[osa] serían una carga y una preocupación en caso de que nos invadieran. Él me contestó: "No".»[16] Churchill tenía la sensación de que el hecho de enviar a las princesas al Canadá resultaría perjudicial para la moral de la población. Esa misma tarde, mientras se vestía para la cena, y al ver que Colville le traía un telegrama, Churchill exclamó: «¡Otro maldito país que se ha ido al garete, supongo!»[17]. Al preguntarle Colville a qué hora quería entrevistarse con el líder polaco, el general Władysław Sikorski, al día siguiente, el primer ministro le dijo que a las doce del mediodía, «y después comenzó a hilvanar una cita, totalmente falsa, sobre las cualidades de esa particular hora de la jornada, —remata Colville—, tratando de hacerme creer que se trataba de las palabras de la niñera de Romeo y Julieta»[18]. La invención de versos concebidos a imitación de los Shakespeare es un síntoma de lo bien que conocía al autor. Está claro que seguía conservando su talante juguetón incluso en unas circunstancias tan desesperadas como las que se estaban viviendo en ese momento.

El 21 de junio, Halifax sugirió que debía devolverse a España el peñón de Gibraltar a cambio de su neutralidad. «Los españoles son conscientes de que, si ganamos, el debate sobre esa cuestión no resultará fructífero; y que, si perdemos, su interlocución no será necesaria, —replicó Churchill—. Solo servirá para mostrar debilidad y falta de confianza en nuestra victoria, con lo que estaremos dándoles alas»[19]. Sin embargo, como recompensa alternativa a España, Churchill dio a uno de sus agentes secretos, el capitán Alan Hillgarth, la autorización necesaria para entregar discretamente un soborno de cien mil libras esterlinas en metálico (unos 5,2 millones al cambio actual, aproximadamente) a uno de los generales de Franco a cuenta de los campos de golf del litoral. Y cuando los militares franquistas

solicitaron nuevas cantidades, Churchill apuntó con tinta roja en el informe pertinente: «Sí, por supuesto. W. S. C.»[20].

Ese mismo día, mientras Gran Bretaña se preparaba para la campaña de bombardeos que habría de preceder inevitablemente a la invasión, Churchill solicitó la presencia en el número 10 de Downing Street del doctor R. V. Jones, de veintiocho años de edad, que además de ser antiguo alumno de Lindemann en Oxford ejercía en ese momento el cargo de director adjunto de Investigación de Inteligencia en el Ministerio del Aire. Churchill quería explicarle el plan que él mismo había concebido para neutralizar el desarrollo de las ondas de radar que el enemigo estaba utilizando para su artillería de larga distancia mediante los sistemas *Knickebein* («Genuflexión») y *X-Gerät* (denominado «Aparato X» en su versión británica). Ambos métodos servían para guiar a los bombarderos alemanes «como una suerte de reflector invisible» —por emplear las palabras de Churchill—, incluso en aquellos casos en que la niebla y las nubes no permitieran su localización a los cazas de la RAF[21]. Jones había descubierto una forma de girar los impulsos de radar y lograr que quedaran descentrados, con lo que se inutilizaba el procedimiento alemán. Al recibir la nota de convocatoria en la que se le indicaba que debía acudir a Downing Street, Jones pensó que se trataba de una broma, pero lo cierto es que la reunión no tuvo nada de chistoso, ya que, de hecho, Churchill le confesó más tarde a Jones que la entrevista se había producido en «uno de los momentos más tenebrosos de la guerra»[22]. «Desde luego, la idea de nuestro encuentro», escribe posteriormente Jones,

> me llenó de euforia, como es lógico que le ocurra a un joven que descubre que ha llamado la atención del primer ministro, pero de alguna manera la reunión tuvo una significación muy superior. Me sucedió lo mismo cada vez que nos reuníamos durante la guerra: tenía la sensación de que mis baterías quedaban recargadas por haber entrado en contacto con una fuente de energía viviente. Tenía ante mí la encarnación misma del vigor, la determinación, el humor, la disposición a escuchar, la inteligencia para plantear la interrogante crítica, y —una vez convencido— el ímpetu necesario para actuar. Rara vez se mostró elogioso en esas ocasiones, aunque con posterioridad sus felicitaciones fueran espléndidas, ya que atravesaba días extremadamente difíciles. En 1940 era ya cumplido suficiente que un hombre como él le llamase a uno en semejante situación de crisis. Sin embargo, lo más estimulante de todo fue resistir la embestida de sus inquisitivos interrogatorios para terminar finalmente persuadiéndole de la idoneidad de la medida[23].

Las contramedidas que concibió Jones perturbaron las ondas de radar alemanas lo suficiente como para salvar en una ocasión a la localidad de Derby, donde estaba instalada la fábrica de Rolls-Royce en la que se construían los motores Merlin que equipaban a los Hurricanes y los Spitfires[24]. Churchill volvería a convocar a Jones al número 10 de Downing Street cada vez que los alemanes inventaran una nueva amenaza (como las terroríficas V1 y V2 de los años 1943 y 1944), y también le asignaría la responsabilidad de desarrollar el sistema «Window» (más tarde denominado «Chaff»[25]), destinado a proteger al Mando de Bombardeo y a impedir que los radares germanos detectaran a los aviones británicos.

En sus memorias de guerra, Churchill dará el nombre de «batalla de las ondas» al conjunto de medidas y contramedidas que los dos bandos en conflicto fueron adoptando alternativamente para intentar aventajar en ingenio a su rival. Uno de esos inventos fue el llamado «Aparato X» (una forma de radar instalada en los bombarderos británicos), el Gee (la versión británica del *Knickebein*), un instrumento de navegación denominado H2S, las hogueras-señuelo Starfish (prendidas para hacer creer a los bombarderos alemanes que se trataba de ciudades ya arrasadas e inducirles a arrojar sus explosivos en el campo), y los «proyectiles sin rotar» (un tipo de cohete antiaéreo de pequeño tamaño cuya estabilización no dependía del giro). Lindemann intervino en todos esos proyectos y participó en la invención de la espoleta de proximidad[26], que terminaría destruyendo una de cada seis bombas volantes V1, impidiendo que impactaran en Londres[27]. Los británicos dieron el nombre en clave de «*Headache*» («Dolor de cabeza») a otro de los artilugios diseñados por los alemanes, y Churchill denominó «*Smeller*» («Olfateadora») a la técnica británica diseñada para interceptar por la noche a los bombarderos[28]. Desde luego, Churchill se interesó siempre muy de cerca en la evolución de todos estos elementos y se informó científicamente sobre sus propiedades.

El 22 de junio, el mariscal Pétain rubricaba formalmente el armisticio con Alemania. Francia quedó partida en dos, con un gobierno francés, radicado en Vichy, que ejercía un cierto control sobre el sureste del país y gran parte

del centro; y el dominio alemán de la zona septentrional, la región de París, parte del centro, y toda la costa occidental. El artículo 8 del Acuerdo del Armisticio afirmaba que la flota francesa quedaría desmovilizada y sujeta al control de Alemania o Italia. Churchill expresó su pesar y su sorpresa por los términos utilizados en la declaración oficial que se efectuó en esa fecha, y añadió: «En las medidas, de la índole que sean, que [el gobierno británico] pueda considerar adecuadas adoptar para garantizar la seguridad del imperio no faltarán ni la paciencia ni la determinación»[29]. Churchill contemplaba ya la posibilidad de que su antiguo aliado pudiera cooperar a uno de los más implacables ataques que Inglaterra hubiera sufrido en toda la historia de la guerra moderna. «Creo que es el hombre idóneo para el momento que vivimos», reconocerá Baldwin en privado ese día, aunque a continuación no puede evitar incurrir en la previsible crítica condescendiente: «Siempre tuve la sensación de que la guerra habría de ofrecerle su mejor oportunidad. Es una persona que se crece en esas circunstancias»[30]. Eric Seal, el principal secretario privado de Churchill, le dirá a Colville durante la comida que su jefe había cambiado mucho desde que asumiera el cargo de primer ministro. «Se ha serenado, se ha vuelto menos violento, menos exaltado, menos impetuoso…»[31] Seguía mostrándose no obstante extraordinariamente exigente con todos cuantos le rodeaban, ya que esperaba que estuvieran dispuestos a hacer lo que les pidiese de manera inmediata, fuera de día o de noche, y era perfectamente capaz de mostrarse brusco, e incluso grosero, cuando sus órdenes no se llevaban adecuadamente a la práctica.

Poco después, Churchill mantuvo una larga audiencia con el rey y la reina. Les dijo que el *Richelieu*, el más reciente acorazado francés, había largado amarras en Dakar, y que «su destino podía ser Plymouth o el puñetero fondo del mar». «[Winston] está furioso con Francia, —anota el monarca—. ¿Por qué habríamos de mostrarnos corteses con ese país después de cómo se ha comportado con nosotros? [Francia] ha roto su palabra, ha faltado a su compromiso de lealtad y ha dispersado por todas partes su flota. Y ahora nos encontramos solos en el mundo, aguardando… Nos esperan tres meses críticos, y después el invierno […]. [Churchill] me ha dicho también que el Gabinete de Guerra representa a los tres grandes

partidos, pero que son uno solo, puesto que todos están a favor de presentar batalla.»[32]

Después, el rey y Churchill hablaron del duque de Windsor, que había partido de París, en compañía de su esposa, rumbo al sur de Francia, de camino a España. Churchill consideraba que podía tratarse de una decisión potencialmente catastrófica, ya que existía el riesgo de que el duque fuese capturado por los alemanes[33]. Si regresaba a Gran Bretaña, añadió, el duque se encontraría «con que aquí no tiene seguidores». «Hemos de precavernos ante la eventualidad de que se convierta en campeón de los descontentos, —señala el rey en su diario—. Ya le hemos dicho que no podemos recibirla a "ella"», en clara alusión a la duquesa. El rey y el primer ministro abordaron nuevamente el asunto de las princesas. «Winston no se ha mostrado inclinado a proceder inmediatamente a una evacuación, aunque yo le he dicho que de todas formas debe ir tomando ya las medidas necesarias por si acaso llegaran a necesitarse.»[34][35]

A la una y diez minutos de la madrugada del 26 de junio, durante una reunión del Gabinete de Guerra, saltaron las sirenas de alerta de incursión aérea, y Attlee, Greenwood y *sir* John Anderson se unieron a la familia Churchill en el abrigo antiaéreo del número 10 de Downing Street. «Nos apretujamos todos en el refugio, —apunta Mary Churchill en su diario—, salvo, evidentemente, papá y parte del personal que había optado por permanecer en sus puestos y continuar trabajando»[36]. A la mañana siguiente, Colville se presentó en el dormitorio de Churchill en torno a las diez de la mañana y se lo encontró sentado en el colchón, vestido con una bata roja (casi todos los batines de seda china que integraban el amplio muestrario de prendas domésticas de Churchill llevaban dragones estampados), fumando un buen puro, y enfrascado en dictarle unas notas a Kathleen Hill, sentada frente a una máquina de escribir, a los pies de la cama. A su lado tenía un cenicero cromado de un metro de altura. «Nelson, su gran gato negro […], se encontraba tendido cuan largo era junto a las patas del lecho, y de cuando en cuando, Winston le echaba una mirada afectuosa y le decía: "Gatito, precioso…"[37]»

Churchill no se mostraba tan afectuoso con el personal de la sede del gobierno, ni muchísimo menos. Ese día, Clementine escribe la única carta que habrá de dirigirle a su marido en 1940. En ella puede leerse:

> Uno de los hombres de tu entorno (y devoto amigo nuestro) ha venido a verme y me ha dicho que existe el peligro de que tus colegas y subordinados se sientan disgustados, en términos generales, debido a tus modales desabridos, tus comentarios sarcásticos y tu actitud prepotente. Según parece, tus secretarios privados han llegado al acuerdo de comportarse como colegiales y «aguantar el chaparrón que se les eche encima», para luego huir de tu presencia con un simple encogimiento de hombros […]. Debo confesar que he notado un deterioro en tu conducta, y que ya no eres tan amable como antes. A ti te corresponde dar las órdenes, y si estas se ejecutan chapuceramente, tienes derecho a despedir a cualquiera —con las únicas excepciones del rey, el arzobispo de Canterbury y el presidente de los Comunes—. Por consiguiente, al hallarte investido de tan enorme poder, tienes la obligación de combinar las buenas maneras con la amabilidad, y mostrar además, si es posible, una serenidad olímpica. Solías citar a menudo esa frase que reza: «On ne Règne sur les âmes que par le calme»[38]. No puedo soportar que aquellos que prestan sus servicios al país y a tu persona no te amen tanto como yo te admiro y te respeto[39].

Clementine incluye en su carta el esquemático dibujo de un gato. La mujer de Churchill había escrito la nota la semana anterior en Chequers y la había terminado rompiendo, aunque después se había decidido a reescribirla y a enviarla, pese a que vivían en la misma casa. No hay constancia de que el mensaje recibiera respuesta.

Colville no vio el escrito de Clementine, pero coincidía con los sentimientos que en él se expresaban. Al consignar sus propias valoraciones, redactadas después de la guerra, el secretario privado adjunto de Churchill añade unas cuantas notas esenciales que suavizan un tanto la descripción:

> Nunca mostró la consideración que suele ser habitual, salvo con quienes se veían asaltados por el dolor o los problemas, y lo cierto es que en los últimos meses de 1940 se manifestó más desconsiderado y exigente de lo normal. Se quejaba de unos retrasos que en realidad no se habían producido; cambiaba en el último minuto los planes, sin pararse a pensar que habían sido el resultado de unos preparativos sumamente minuciosos; cancelaba reuniones y citas sin preocuparse por las molestias que pudiera ocasionar, salvo que el perjudicado fuera él […]. El sonido de los golpes de martillo, muchas veces debido a empeños constructivos que él mismo había puesto en marcha, le provocaba verdaderos arrebatos de furia […]. Sin embargo, si se había enfadado injustamente, rara vez dejaba de enmendar su comportamiento, y, de hecho no con frases de disculpa, sino cubriendo de generosos elogios a la persona o grupo vituperado, a los que atribuía entonces alguna virtud carente de toda relación con el asunto […]. Los arrebatos de mal genio de Churchill

> eran pasajeros, y tampoco se producían de forma constante. Lo que sí era permanente era el respeto, la admiración y el afecto que le profesaban casi todas las personas con las que mantenía algún contacto, a pesar de que su simpática forma de ser pudiera resultar exasperante en ocasiones[40].

Colville señala asimismo que jamás vio bebido a Churchill.

No deja de resultar asombroso que, en un momento particularmente peligroso de la guerra, en un instante en el que la existencia independiente de la nación podía verse interrumpida o llegar incluso a su fin, la esposa del primer ministro británico pudiera regañarle por sus malas pulgas —cabe tener la razonable seguridad de que en la cancillería del Tercer Reich nadie le decía nada semejante al homólogo de Churchill—. El día en el que Clementine envió esa carta, el gabinete fue informado de que las autoridades francesas de Siria y Argelia habían decidido mantenerse fieles al gobierno de Pétain. «Es una noticia trágica, ya que pone en manos del enemigo todo el norte de África, así como sus inmensos recursos, —escribe Colville—, con lo que además corre peligro la tabla de salvación con que contábamos en el Oriente Próximo»[41]. Pese a todas las quejas que pudieran surgir a sus espaldas, no había nadie en el entorno inmediato de Churchill que hubiera deseado encontrarse en otro lugar —y de hecho no hubo ni una sola solicitud de traslado—. Sus rabietas eran tormentas de verano que desaparecían con la misma rapidez con la que se presentaban. En otro pasaje, Colville señala en referencia a Churchill: «Durante su estancia en el número 10 de Downing Street siempre se oían risas por los pasillos, aun en los momentos más oscuros y difíciles»[42].

Pese a toda su intuición y tendencia a la moderación, Clementine también podía mostrarse muy áspera en ocasiones. Colville observará que la esposa de Churchill «considera que una de sus misiones en la vida consiste en poner a todo el mundo en su sitio, y se enorgullece de no tener pelos en la lengua»[43]. Diez días antes de escribir la carta en la que expone a su marido las quejas del personal a su cargo, ella misma se había comportado de forma muy inoportuna con David Margesson durante un almuerzo en Downing Street, ya que le había acusado de anteponer, en los tiempos de las políticas de apaciguamiento, los intereses del Partido Conservador a los del país. De acuerdo con lo que refiere Violet Bonham Carter, «Winston tuvo

que intervenir, diciéndole: “Clemmie, de verdad que no puedes afirmar esas cosas”», pero ella no retrocedió, y cuando Margesson pidió permiso para marcharse, Churchill sugirió que Clemmie terminara de comer en la habitación contigua, es decir, en el comedor pequeño, momento en el que «Clemmie se levantó majestuosamente de la mesa y dijo: “¿En el comedor pequeño? De ninguna manera. Iremos al Ritz”»[44]. Y acto seguido abandonó la sala en compañía de Mary. Más tarde, Clementine escribiría a Margesson para pedirle disculpas: «Estoy segura de que sabe que lo que sucedió en otras épocas me hizo sentir terriblemente apenada; pero en cualquier caso no debería haberme comportado de ese modo»[45]. En 1946, Clementine le dirá a Halifax que, de haber sido él el primer ministro en lugar de su marido, Gran Bretaña habría perdido la guerra. Y en esa ocasión no consideró que hubiera ningún motivo para justificarse.

El 21 de junio, Churchill le había pedido a Ismay que le proporcionara una lista de los suministros militares que habían llegado a Gran Bretaña procedentes de Estados Unidos. E Ismay le respondió: «No hemos recibido nada»[46]. Y en las siguientes dos semanas tampoco se esperaba la entrega de ningún tipo de equipo. La respuesta de los estadounidenses a la urgente solicitud de compra de doscientos cincuenta mil rifles parecía haberse quedado en un cajón. «Hasta el mes de abril, [los estadounidenses] se han sentido tan seguros de que los Aliados acabarían alzándose con la victoria que ni siquiera se les pasó por la cabeza que pudiéramos necesitar ayuda, —le dirá Churchill a lord Lothian, el embajador británico en Washington—. Y ahora en cambio están tan convencidos de que vamos a perder que ya no creen posible enviarla […]. Hasta el momento no hemos recibido la más mínima ayuda digna de tal nombre por parte de Estados Unidos. Sabemos que [el] presidente es amigo nuestro, pero no tiene sentido tratar de desvivirse [por los estadounidenses] en las convenciones de Republicanos y Demócratas […]. Su actitud debe ser flemática y anodina»[47]. Parafraseando una observación que la reina Victoria había realizado durante la Semana Negra vivida en tiempos de la guerra de los bóers, Churchill concluye diciéndole al embajador: «Aquí nadie está desanimado». Pese a

todos los reveses sufridos en los últimos días, la determinación del primer ministro seguía incólume. El 28 de junio, al sugerirle Eliot Crawshay-Williams, ex secretario privado adjunto de Winston, que Gran Bretaña debía hacer valer su «capacidad de crear problemas», es decir, de interponerse en el camino de Alemania, para arrancarle a Hitler «el mejor acuerdo de paz posible, —Churchill le contestó—: Querido Eliot, me avergüenzo de ti, de que te hayas atrevido a escribir semejante carta. Te la devuelvo para que la quemes y la eches al olvido»[48].

La capitulación francesa había acabado con cualquier esperanza que aún pudiera conservarse de reducir por hambre a Alemania mediante un bloqueo naval —como ya había sucedido en la Gran Guerra—, de modo que las preocupaciones de Churchill pasaron a centrarse en la realización de un abrumador ataque aéreo. Le espoleaba en este empeño Lindemann, que siempre había defendido con toda vehemencia las ventajas de los bombardeos estratégicos. «Cuando miro a mi alrededor para tratar de encontrar fórmulas que nos permitan ganar la guerra, solo veo un camino seguro», le escribe Churchill a Beaverbrook el día 8 de julio.

> No disponemos de un ejército continental capaz de sobreponerse al poderío militar del enemigo, el bloqueo ha quedado roto, y Hitler puede abastecerse en Asia y probablemente también en África. En caso de que logremos rechazarle aquí, o de que no intente invadirnos, se replegará hacia el este y no tendremos forma de detenerle. Pero hay algo que podrá traerlo de vuelta y que quizá logre también acabar con él: un ataque absolutamente devastador efectuado con bombarderos extremadamente pesados —que deberán partir de este país para abalanzarse sobre el territorio nazi—. Debemos encontrar el modo de aniquilarlos con este expediente, sin el cual no veo forma de salir adelante[49].

Los alemanes empezaron a efectuar bombardeos diurnos a principios del mes de julio. En un primer momento centraron sus objetivos en las factorías dedicadas a la producción de aviones, en las fábricas de munición y en otras instalaciones situadas en la costa meridional de Inglaterra, aunque también atacaron puntos mucho más alejados de Alemania, como Norwich, Newcastle y Newport. El 29 de junio, al advertirse a la familia Churchill que era muy posible que los bombarderos enemigos pasaran cerca de Chequers, Winston contestó: «Le apuesto un *mono* contra una *ratonera* [términos jergales para denominar, respectivamente la cantidad de

quinientas libras y de una libra] a que no le aciertan a la casa», y acto seguido salió precipitadamente al exterior para ver si podía vislumbrar algún movimiento en el cielo mientras bramaba ante un atónito guardia: «¡Amigo —Tofrek[50]— primer ministro!»[51]. Al día siguiente, al comunicársele que habían fallecido seis personas como consecuencia de un ataque cardíaco al sonar las alarmas de bombardeo, Churchill dijo que, en su caso, lo más probable es que muriera por comer demasiado, pero que esperaba que no le sucediera ahora, ya que en ese momento «estaban ocurriendo muchísimas cosas interesantes»[52].

Ese mismo día, durante la comida, Randolph dijo que pensaba que era preciso «castigar» a Chamberlain y a los principales líderes de las políticas de apaciguamiento, lo que obligó a Winston a responderle: «No es momento de tomar medidas punitivas contra nadie, salvo contra el enemigo»[53].[54] Tras el almuerzo, el general *sir* Andrew Thorne, que se hallaba al frente del XII Cuerpo del Ejército en Kent, le comentó a Churchill que estaba convencido de que los alemanes iban a desembarcar a ochenta mil hombres entre las poblaciones de Thanet y Pevensey, en la costa sur de Inglaterra. (En el año 55 a. C., Julio César había elegido Pevensey para saltar a tierra al llegar a las costas de la isla.) Churchill dijo que la armada «tendrá mucho que decir en esta materia», pero añadió que no le parecía posible defender «la vasta extensión de playas» que conforman el litoral meridional[55]. Thorne argumentó entonces que, aun en el caso de que pudiera detenerse a las fuerzas del flanco izquierdo alemán en el bosque de Ashdown, en el Sussex Oriental, el costado derecho de la fuerza invasora hitleriana podría continuar avanzando por Canterbury y llegar de ese modo a Londres, sobre todo si se enviaba al Úlster —para que la tropa realizara un período de instrucción—, a la 3.ª División que él mismo mandaba. Churchill dio las órdenes pertinentes para impedir que se produjera esa circunstancia[56].

En cambio, el Almirantazgo rechazó una solicitud de Churchill en la que este instaba a la Marina Real a estacionar una serie de buques de la más alta importancia estratégica al sur del estuario del Wash, en la costa este de Inglaterra. Como ya se había podido comprobar con toda claridad tanto en Noruega como en Dunquerque, los aviones suponían para los barcos un

peligro mucho mayor de lo que hasta entonces se había pensado, así que los almirantes Pound y Forbes acertaban al mantener a la armada en el Fondeadero de Scapa. Por más escarnios y menosprecios que les dedicara el primer ministro, ninguno de ellos se mostró dispuesto a modificar su actitud. Pound hacía bien en conservar intactas sus fuerzas de combate en espera de que se presentara *de facto* el momento de la invasión.

El primero de julio, Churchill pidió a Ismay que estudiara la posibilidad de «empapar» las playas de gas mostaza para prevenir de ese modo una eventual invasión. «No tengo escrúpulos, —escribe—, salvo el que me impide hacer nada que resulte deshonroso»**[57]**. Desde luego, Churchill no consideraba que gasear a los invasores fuera contrario al honor, sobre todo después de averiguar por boca de Maisky que los alemanes también tenían intención de utilizarlo. Cuando uno de los ministros del gabinete cuestionó la medida, Churchill, protestó diciendo: «¿Acaso no podemos hacer lo que nos dé la gana con nuestras playas?»**[58]**. Entretanto empezaron a llegar de Noruega informes de inteligencia que señalaban que iban a producirse ataques de distracción en las costas orientales de Inglaterra, pero que el verdadero asalto vendría a través del Canal de la Mancha. Ese mes, y también el siguiente, Churchill visitó prácticamente todos y cada uno de los palmos de terreno costero por los que podía llegar la invasión. Su Estado Mayor le comunicó todos los pormenores relativos al tipo de tropas, piezas de artillería y equipos que se encontraban estacionados en cada una de esas playas, y de ese modo Churchill podía hacer más tarde preguntas decisivas al visitar la zona. Durante esas rondas de inspección, uno de cuyos efectos consistía en subir la moral de los soldados, Churchill no dejó traslucir en ningún momento la enorme preocupación que le producía la constatación del estado en el que se encontraban las defensas del país después de que la Fuerza Expedicionaria Británica se hubiera visto obligada a desprenderse de todo su armamento pesado en Dunquerque**[59]**. El primer ministro reservaría esa angustia para sus reuniones con los jefes de Estado Mayor y sus encuentros con los comandantes de las diferentes secciones.

En una de esas giras de observación, Churchill tendría ocasión de conocer, en su cuartel general de Sussex, al general de división Bernard Montgomery. Este se quejó de que, pese a hallarse al frente de una de las

pocas divisiones plenamente equipadas de Inglaterra, necesitaba vehículos para poder desplazar a sus hombres[60]. A Churchill le impresionó la franqueza de Montgomery y le proporcionó rápidamente lo que pedía[61]. Al realizar una visita al 3.er Batallón de Guardias Granaderos, acantonados en Louth, el comandante de la brigada le pidió disculpas por haber llegado tarde a comer y le explicó que había tenido que arrestar a un soldado por hablar durante la revista. Churchill le preguntó qué era lo que había dicho el militar, y el comandante le contestó: «Justo después de que usted pasara frente a la fila en formación, se le oyó exclamar claramente: "Sigue siendo el peleón cabronazo de siempre, ¿no?"». No hace falta decir que Churchill quedó encantado[62]. Ese tipo de aprobación castrense estaba muy extendida entre la tropa. En julio de 1940, la organización Gallup le informó de que el índice de aceptación que había obtenido en el desempeño de su labor había sido del 88 %, y que solo el 7 % de los encuestados habían manifestado opiniones de desaprobación[63]. Churchill comentó con sus compañeros de mesa que «no entendía demasiado bien por qué parecía gozar de tanta popularidad. A fin de cuentas, desde que había accedido al poder todo había salido mal y lo único que había podido anunciar habían sido desastres»[64]. Sin embargo, esa buena fama estaba llamada a perdurar: a lo largo de todo el año 1940, sus tasas de adhesión permanecieron ligeramente por debajo del 90 %, y se mantuvieron por encima del 80 % hasta julio de 1942, fecha en la que descendieron al 78 %.[65]

El 2 de julio, el general alemán Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas hitlerianas, publicó un bando titulado «*La guerra contra Inglaterra*. —El texto comenzaba con estas palabras—: El *führer*, comandante supremo del ejército alemán, ha decidido que si sus tropas consiguen hacerse con la superioridad aérea y satisfacer una serie de condiciones necesarias, les será posible desembarcar en Inglaterra»[66]. En su refugio del Berghof, en los Alpes Bávaros, Hitler había aprobado el plan del adjunto de Keitel, el general Alfred Jodl, que había propuesto destruir las bases de la RAF y las fábricas en las que se producían los aviones británicos, aniquilando al mismo tiempo, mediante ataques combinados por mar y aire, la armada inglesa. Después se procedería a bombardear las ciudades de Gran Bretaña con el fin de crear el mayor clima de terror

posible, para invadir finalmente la isla, en agosto o septiembre, tan pronto como la moral de los británicos se hubiera venido abajo[67]. Hermann Goering, el comandante de la *Luftwaffe*, aseguró al *führer* que el Mando de Cazabombarderos de la RAF podía ser derrotado en menos de una semana.

Fue en ese preciso momento de tan enorme peligro cuando el duque y la duquesa de Windsor consideraron oportuno fijar todo un conjunto de condiciones sin cuyo cumplimiento no se dignarían a regresar a Gran Bretaña desde su residencia madrileña. Exigían reunirse con el rey y la reina al objeto de que el encuentro señalara su aceptabilidad social, y pedían asimismo que el gobierno les compensara económicamente si llegaban a perder la completa exención fiscal de que habían disfrutado en Francia. Sin embargo, dado que ni el rey Jorge ni la reina Isabel querían verles nuevamente instalados en Inglaterra, Churchill ofreció al duque el cargo de gobernador de las Bahamas, aunque le recordó al mismo tiempo que, en su condición de oficial al servicio de Inglaterra, tendría que obedecer las órdenes que se le cursaran. Churchill también le advirtió de que no debía expresar en ningún caso opiniones «sobre la guerra, sobre Alemania o sobre el hitlerismo que difirieran de las que profesaran la nación y el parlamento británicos»[68]. La misma noche en que el primer ministro realizó esa oferta, en la Sala del Gabinete de Downing Street, Churchill le pregunta a Beaverbrook: «¿Crees que lo aceptará?». «Desde luego que sí, —le replica Beaverbrook—, y lo considerará un gran alivio». «No me parece que su tranquilidad consiga igualar a la que en tal caso sentirá su hermano», le aseguró a su vez Churchill mientras procedía a colocar metódicamente las sillas del despacho de Downing Street a una distancia adecuada para acomodar su dilatado estómago[69].

El duque aceptó el puesto, tal y como había vaticinado Beaverbrook, aunque de cuando en cuando se produjeran algunos encontronazos —por no mencionar la imprudente entrevista que el duque concedió en marzo de 1941 a una revista estadounidense y que llevó a Churchill a protestar, con razón, diciendo que las afirmaciones del anterior monarca no solo habían sido «derrotistas y pronazis», sino que «únicamente podían haberse efectuado desde una perspectiva favorable al establecimiento de una paz negociada con Hitler»—.[70] En su contestación, el duque afirmó que le

resultaba difícil «creer que siga usted siendo el amigo que un día fuera»[71]. En realidad, Churchill había demostrado al duque una amistad muy superior a la que realmente merecía, ya que siempre trató de preservar su buen nombre y promovió incansablemente (aunque sin éxito) la reconciliación de la familia. El rey se había sentido efectivamente muy aliviado al saber que su hermano había aceptado el nombramiento, pero en su diario anota estas palabras: «¡No creo que a las damas de las Bahamas les vaya a complacer en exceso su llegada!». La reina dio a entender al ministro de las Colonias, lord Lloyd, que la casa real tenía a la duquesa por una persona de «la más baja estofa»[72].

A finales de junio, dos de los buques de guerra más poderosos del mundo, los cruceros de combate franceses *Dunkerque* y *Strasbourg*, fondearon en el puerto de Mazalquivir, el vasto ancladero situado frente a las costas de Orán, en Argelia. Les acompañaban en su expedición otros dos acorazados, el *Provence* y el *Bretagne*, así como varios cruceros ligeros y unos cuantos destructores y submarinos. El vicealmirante británico *sir* James Somerville recibió la orden de dirigirse a ese punto con la llamada «Fuerza H», una flota aún más imponente, en cuyo convoy viajaban, entre otros, los *HMS Hood*, *Valiant*, *Resolution* y *Ark Royal*. La misión de Somerville consistía en ofrecer cuatro opciones al almirante francés Marcel Gensoul: podía dirigir su flota a un puerto británico y servir en la armada inglesa; podía hacer eso mismo y optar por ser repatriado a Francia; podía desmilitarizar los barcos que tenía amarrados en Mazalquivir y poner después rumbo a las Antillas Francesas; o podía hundir deliberadamente todas las naves de su flotilla.

Dado que Gensoul seguía instrucciones del almirante Darlan, dependiente del gobierno de Vichy, el Almirantazgo británico interceptó un mensaje del almirante Maurice Le Luc, jefe del Estado Mayor Naval francés, en el que se cursaban órdenes a todos los barcos de guerra galos del Mediterráneo occidental y se les pedía que acudieran en ayuda de Gensoul. Por una trágica mala fortuna, el Almirantazgo no consiguió captar asimismo la comunicación en la que Darlan le decía a Gensoul que no permitiera que

la flota cayese en manos alemanas, sino que pusiese rumbo a Estados Unidos o echara a pique sus barcos. El Almirantazgo tampoco logró tener conocimiento de la afirmación sin verificar que había efectuado el gobierno de Vichy en el sentido de que los alemanes habían aceptado la desmilitarización de la flota francesa del norte de África[73]. Gensoul le trasladó al enviado de Somerville el contenido de ambos avisos, pero una avería en las comunicaciones telegráficas impidió que el informe que Somerville envió a sus superiores se recibiera de forma inteligible en el Almirantazgo.

A última hora de la tarde del 1 de julio, Churchill quedó convencido de que no podía correr ningún riesgo con la flota francesa. «Cuando [el primer ministro] tomó su decisión eran ya las dos de la madrugada, —indica Beaverbrook al recordar los sucesos de aquella noche—. Tenía que resolver en solitario la cuestión. No podía recurrir a nadie en busca de ayuda, así que afrontó el problema […]. Nada más llegar a una conclusión, abandonó la Sala del Gabinete y salió al jardín de Downing Street. Comenzó a recorrer de arriba abajo el césped. Soplaba un viento muy fuerte, con ráfagas terribles. La noche era sumamente oscura. No se veía brillar una sola luz, y si lograba orientarse en su ir y venir por los parterres era únicamente por lo bien que conocía el lugar […]. Estaba terriblemente alterado y solo consiguió recobrar la serenidad tras unos minutos de intenso ejercicio.»[74]

«Se le ha encargado a usted una de las más desagradables y difíciles tareas que jamás le hayan sido encomendadas a un almirante británico, —le telegrafía Churchill a Somerville el 2 de julio—, pero tenemos plena confianza en usted y estamos seguros de que cumplirá su deber con una determinación implacable»[75]. Más tarde, Churchill mantendrá que la orden de hundir la flota francesa estacionada en Orán y de requisar los buques franceses anclados en Portsmouth había sido una «decisión odiosa, la más antinatural y dolorosa de cuantas me he visto obligado a tomar»[76]. La Operación Catapulta, efectuada el 3 de julio de 1940, se saldó con el hundimiento del *Bretagne* y la inutilización del *Provence* y el *Dunkerque*, que quedaron encallados. Se dañaron asimismo tres destructores franceses y un cuarto acabó igualmente varado. El *Strasbourg* consiguió huir a Tolón. Murieron en total 1297 marineros franceses, y 2 británicos. En el transcurso

de la acción misma se celebró una reunión de los jefes de Estado Mayor en la que Churchill hizo esta observación sardónica: «Es la primera vez desde que estalló la guerra en que los franceses están luchando con todas sus fuerzas»[77]. Dijo asimismo que no veía forma de evitar una confrontación bélica en toda regla con Francia. «Es terrible que nos veamos forzados a disparar contra nuestros antiguos aliados, —anota Mary en su diario—. Papá está *conmocionado* y profundamente apenado por haberse visto en la necesidad de ordenar esa acción.»[78]

El discurso que pronuncia Churchill en los Comunes el 4 de julio, para explicar el «triste deber» que no había tenido más remedio que asumir, hizo que se escucharan ahogados susurros de asombro en la sala[79]. «Ha sido un día de gran pesadumbre para papá, —escribe Mary—. Sus manifestaciones han sido sombrías y han estado teñidas de aflicción, pero también han confirmado su determinación y nos han reconfortado. Ha explicado la situación y las acciones del gobierno en una Cámara llena hasta los topes que ha permanecido absolutamente atenta a sus palabras pese a hallarse sumida en el desconsuelo. Al final, tras casi una hora de disertación, los parlamentarios comenzaron a aplaudirle. Poco a poco, los aplausos fueron creciendo y creciendo en intensidad, hasta que la Cámara en pleno, puesta en pie, le dedicó una ovación cerrada: conservadores, liberales, laboristas… (con la única excepción de los miembros del PLI)»[80].[81] Se hace difícil pensar que se tratara de la misma Cámara de los Comunes que tanto había abucheado a Churchill durante la crisis de la abdicación. «La aclamación, que ha puesto el broche de oro a su discurso, —señala Nicolson—, ha cogido a Winston sentado en su escaño con las mejillas bañadas en lágrimas»[82]. Y al constatar que los vítores no amainaban, el primer ministro, gran francófilo, como sabemos, le confía a Leslie Hore-Belisha: «Esto me parte el corazón»[83].

En el mismo momento en que las circunstancias le empujaban a mostrar esa firme determinación en el caso de la flota francesa, Churchill se veía obligado a apaciguar los ánimos de los japoneses procediendo al cierre de la carretera de Birmania que conectaba esa colonia británica con la frontera

china —con lo cual cortaba también el suministro de materiales de guerra a las fuerzas nacionalistas chinas obedientes a Chiang Kai-shek, que estaban combatiendo contra los japoneses—.[84] A juicio de Churchill, sin el apoyo diplomático de los estadounidenses resultaba imposible hacer gestos más significativos en este terreno sin correr el riesgo de entrar en guerra con Japón. «Nos falta de todo, —le dijo a Lloyd George—, salvo enemigos»[85]. Como habría de explicar con evidente y deliberada moderación Cadogan, Churchill no quería verse envuelto en «la suma de inconvenientes de un conflicto con Japón», y por otra parte, la proximidad de las lluvias monzónicas estaba a punto de hacer que la ruta resultara impracticable[86]. No obstante, el gobierno estaba empezando a ser blanco de las críticas —que sin embargo no iban dirigidas contra la persona de Churchill—, y no solo por haberse doblegado ante Japón. El 5 de julio, al enviarle Boothby, el subsecretario del Ministerio de Alimentación, un memorando en el que se quejaba de que «no podemos seguir con la guerra, debido sobre todo a que toda la mano de obra ha ingresado en filas, —Churchill explotó y ordenó a uno de sus subalternos—: ¡Dígale que si no se ocupa de sus asuntos podría suceder que acabara sin asuntos de los que ocuparse!»[87]. No estaba dispuesto a permitir que los cargos ministeriales de segundo nivel se inmiscuyeran en los demás departamentos —pese a que eso fuera exactamente lo que él mismo había estado haciendo durante décadas.

Entre los días 9 y 31 de julio, mediante un acuerdo de pago al contado con el presidente Roosevelt, llegaron por fin a diferentes puertos de Gran Bretaña una serie de convoyes de armamento inmensos, entre los que había medio millón de rifles con su munición correspondiente y más de trescientos cañones de campaña de 75 milímetros. Churchill se aseguró de que un grupo de trenes especiales estuviera aguardando a los buques a fin de trasladar su cargamento a los edificios de los Voluntarios de la Defensa Local (cuerpo al que más tarde se denominaría Guardia del Interior) y el ejército. La distribución se inició en las unidades costeras, que permanecieron en vela durante toda la noche para acomodar los nuevos equipos, y en ellas, según recuerda Churchill, «los hombres y las mujeres trabajaron de sol a sol para ponerlos en perfectas condiciones de funcionamiento. A finales de julio éramos ya una nación en armas, al

menos en lo concerniente a las unidades de paracaidistas o de operaciones aerotransportadas. Nos habíamos convertido en un “nido de avispas”»[88].

La fecha concreta en la que pudiera producirse la invasión estaba dando pie a un gran número de especulaciones, así que las municiones estadounidenses no podían haber llegado en mejor momento. «Ahora se dice que el desembarco y la gran embestida tendrán lugar el jueves», escribe Colville en su diario el martes 9 de julio[89]. El día 10, el rey anota que ha encontrado a Churchill «en muy buena forma y mucho más animado que en los últimos tiempos. No le asusta la idea de la invasión; podremos ofrecer una fuerte resistencia en todos los frentes»[90].

Entre cazas y bombarderos, Hitler había desplegado 2670 aviones en el teatro de operaciones occidental, una cifra que no era suficiente para proceder a una invasión en toda regla de Gran Bretaña a menos que la *Luftwaffe* pudiera hacerse con la superioridad aérea de un modo rápido e inapelable, ya que solo así podría atacarse a continuación a la Marina Real Británica desde el cielo —una estrategia, que según ya había logrado comprobarse, podía resultar muy efectiva—. Pese a que las etapas de la batalla de Inglaterra se superpongan constantemente entre sí, cabría distinguir en ella cuatro grandes fases, correspondientes a los momentos de aplicación del plan de Jodl. El período que se extiende entre el 26 de junio y el 16 de julio estuvo presidido por un disperso conjunto de incursiones aéreas, por lo general de pequeño alcance, y siempre dirigidas contra objetivos específicos —con la particularidad de que después del 4 de julio se registra una actividad especialmente intensa al iniciarse los bombardeos diurnos contra las embarcaciones británicas—. Después, entre el 17 de julio y el 12 de agosto, los bombardeos sobre los puertos y los campos de aviación de la costa meridional se incrementaron, y las fábricas de aviones empezaron a ser víctima de fortísimos bombardeos nocturnos. El 13 de agosto arrancó la Operación *Adlerangriff* (o «Ataque del Águila»): un tremendo asalto diurno destinado a aniquilar a la RAF por medio de una serie de reñidos y confusos combates aéreos en todo el sur de Inglaterra, acompañados además del bombardeo y el ametrallamiento de los aeródromos y las pistas de aterrizaje. El 19 de agosto, se comenzó a apoyar esta acción mediante el bombardeo nocturno de los puertos y las ciudades,

quedando afectados —después del 25 de agosto— tanto los muelles de Londres como las zonas residenciales de su periferia. A partir del 7 de septiembre, la capital inglesa pasó a convertirse en el objetivo principal de lo que terminaría denominándose el «Blitz» (como sinónimo de los intensos bombardeos que marcan esta fase). Más tarde, al comentar la situación vivida a lo largo de estos meses, Mary Churchill señalará que, pese a que después del año 1940 hubiera también otros momentos de angustia, «nunca volví a tener, creo yo, aquella sensación de no poder prácticamente ni respirar. Nos pasábamos los días pendientes de los boletines de noticias, que se sucedían en rápida secuencia, y aterrados ante la perspectiva de lo que cada nueva alerta pudiera traernos»[91]. John Martin coincide con este relato: «Puede que fuera "la mejor hora", —escribe en una fecha posterior —, pero mientras nos tocó pasarla fue en realidad un período de tormento tras tormento […]. En esa época no se veía fundamento alguno para la confianza»[92].

La radio alemana predecía con gran aplomo el inminente inicio de la invasión —cuyo nombre en clave era Operación León Marino—, prevista para finales de junio. Joseph Goebbels, el ministro de la Propaganda de Hitler, afirmó que los judíos estaban sobornando a Churchill para inducirle a continuar la guerra, pero que muy pronto la acción de una quinta columna conseguiría apartarle del poder. Goebbels animaba a los británicos a escribir una cadena de mensajes en favor de la paz, a silbar y abuchear al primer ministro cuando su imagen apareciera en los noticiarios cinematográficos, y a fustigarle de todas las formas posibles cada vez que se presentara en público[93].

El 11 de julio, durante una gira de inspección por los sistemas defensivos de la costa, en la que visitó los fortines de hormigón y saludó a las tropas apostadas a lo largo del litoral suroriental de la isla, entre Dover y Whitstable, Churchill se internó en lo más profundo de los túneles subterráneos que recorren el subsuelo del castillo de Dover. También pasó revista a un cañón de catorce pulgadas que quería utilizar para machacar la costa francesa. Los militares descartaron la idea por considerar que se trataba de «un simple truco», y además peligroso, pero el primer ministro sabía que si se hacía uso de esa pieza se estaría dando al menos la impresión

de responder a las agresiones[94]. Desde esa posición, Churchill podía divisar las playas de Francia, así como las patrullas de Spitfires, que «lanzaban destellos bajo el sol, volando a tres mil metros de altura, por encima de nuestras cabezas. —Sin embargo, se sentía muy disgustado, porque, como anota Colville—, ¡el único objetivo de la jornada había consistido en realidad en asistir a una incursión aérea!»[95].

«El primer ministro contaba con un único confidente valeroso: él mismo», señala el 12 de julio *lady* Diana Cooper, esposa de Duff Cooper y bellísima dama de sociedad, después de haber compartido un almuerzo con Churchill. «Me ha dicho, —prosigue *lady* Diana—, que la producción está siendo espléndida, y gracias a la ayuda de Estados Unidos —que está llegando en masa— no podrán vencernos, y conseguiremos salvar al mundo»[96]. Esa misma tarde, vistiendo el uniforme de general honorario de las brigadas aéreas, Churchill tuvo ocasión de contemplar el despegue de doce Hurricanes que partían en misión de patrulla de Kenley, en Surrey, desafiando la torrencial lluvia. «En la última guerra no llegué a detestar en ningún momento a los alemanes», confesó Churchill al general *sir* Bernard Paget, comandante en jefe del Alto Mando Suroccidental, y al general *sir* Claude Auchinleck, su homólogo del Alto Mando Meridional, durante una cena celebrada esa misma noche, «pero ahora les odio como…, bueno, como se odia a las tijeretas»[97]. Churchill añadió asimismo que no imaginaba que la victoria pudiera producirse mucho antes del año 1942, ya que para esa fecha esperaba poder disponer de un ejército integrado por cincuenta y cinco divisiones. También les señaló que en los tres meses siguientes todo se reduciría simplemente a resistir hasta que el tiempo reinante en el Canal de la Mancha empezara a resultar demasiado adverso y los alemanes comprendieran que era excesivamente arriesgado aventurarse a una invasión. El invierno que se avecinaba iba a ser terrible para las poblaciones de la Europa ocupada, dijo, ya que «Hitler va a quedarse con los caramelos de todos los chiquillos de la clase», metáfora con la que pretendía indicar que el dictador nazi se disponía a confiscar los alimentos de los territorios vencidos[98].

Tanto Paget como Auchinleck pensaban que los alemanes podían requisar todos los barcos de la flota pesquera noruega a fin de realizar una

maniobra de distracción en la costa oriental inglesa, y que al mismo tiempo lanzarían tropas mediante planeadores y paracaidistas para apoderarse de alguno de los puertos del litoral sur, desde el que efectuarían el verdadero asalto. Los británicos no tendrían por qué verse necesariamente obligados a «combatirles en las playas», como había dicho Churchill, ya que el primer ministro planeaba concentrar a sus efectivos tierra adentro, adecuadamente distribuidos en diferentes divisiones móviles, y listos para converger en una determinada zona en cuanto se comprendiera con claridad en qué punto se había producido el grueso del desembarco alemán. No obstante, tanto los mensajes que se estaban consiguiendo descifrar con el sistema Ultra como los informes de los aviones de reconocimiento indicaban que el enemigo todavía no había empezado a realizar los dinámicos preparativos que resultaban imprescindibles si Hitler tenía verdaderamente la intención de invadir el Reino Unido en un corto plazo de tiempo. «[Churchill] destacó que el terrible pavor que provocaba la gran invasión prevista […] estaba contribuyendo a la promoción de un objetivo muchísimo más útil, —recuerda Colville—, ya que no solo llevaba camino de proporcionarnos el mejor ejército ofensivo que jamás hubiéramos poseído, sino que estaba consiguiendo que todos los hombres y mujeres del país realizaran el máximo esfuerzo de disponibilidad posible. Esto es lo que le lleva a no querer que ese temor disminuya, y aunque personalmente abrigue dudas respecto a la auténtica gravedad de esa embestida, él se propone que todo el mundo tenga efectivamente la impresión de que va a ser terrible, y por eso continúa hablando en su alocución radiada de los domingos de las largas y peligrosas noches en blanco que nos esperan, etcétera»[99].

¿Debía realmente espolearse al pueblo para que presentara batalla? Paget creía que la gente sería masacrada si intentaba resistir, y por consiguiente afirmaba que lo mejor era ordenar al público en general que permaneciera en sus domicilios. Churchill, que no estaba de acuerdo, sostuvo «no sin crueldad, que si en las guerras se daba cuartel al adversario no era por ningún sentimiento de compasión, sino con el fin de arrebatarle al enemigo el incentivo de luchar hasta el fin, —anota Colville—. Sin embargo, lo que queremos en este caso es que todos los ciudadanos luchen desesperadamente, y lo harán con tanta mayor convicción cuanto más

persuadidos estén de que la alternativa supone la aniquilación. Es absolutamente imprescindible armar y preparar a los Voluntarios de la Defensa Local […], incluso las mujeres han de poder enrolarse como soldados, si así lo desean»[100].

El 13 de julio, pese a que únicamente llevaba nueve semanas ejerciendo el cargo de primer ministro, Churchill le dijo a Colville que «el puesto le había dado ya la confianza suficiente para concebir claramente los medios que podían y debían permitir ganar la guerra […]. Este fin de semana le he visto más animado que nunca desde que asumió el cargo»[101]. Y ello porque, «aun en el caso de que "ese hombre" (así se refería de forma casi invariable a Hitler) partiera al Caspio —y no había nada que le impidiera llegar hasta allí—, nosotros podríamos obligarle a regresar "y a descubrir que su propio patio trasero estaba siendo pasto de las llamas, puesto que estamos dispuestos a convertir a Alemania en un desierto, sí, sí: en un erial"»[102]. Churchill dio por supuesto que Hitler acabaría poniendo sus miras en la URSS mucho antes de que los mensajes decodificados de Ultra comenzaran a apuntar en esa dirección, pero también es verdad que pensaba que los alemanes aplastarían a los rusos en las fases iniciales del ataque. Al día siguiente, tras reflexionar sobre la situación estratégica en que se encontraba Gran Bretaña, Churchill aseguró: «Hitler tiene que desatar necesariamente la invasión, y al hacerlo se expondrá a la eventualidad de un fracaso. Y si no consigue aquí su propósito no le quedará más remedio que dirigirse al este, y si de algo podemos estar seguros es de que [en Inglaterra] está abocado al fiasco»[103].

Esa misma tarde —conmemoración de la Toma de la Bastilla— Churchill pronunció por radio una alocución que fue seguida prácticamente por las dos terceras partes de la población adulta del Reino Unido[104]. «Hemos culminado al fin nuestra penosa tarea, —dijo en referencia a lo sucedido en Orán. Acto seguido vaticinó con palpable confianza—: La Francia liberada volverá a disfrutar de su grandeza y de su gloria»[105]. Ahora mismo, prosiguió,

> estamos luchando en solitario y únicamente con nuestros propios medios; pero no combatimos solo por nuestra causa. Aquí, en esta sólida ciudad de amparo que abriga y preserva los más nobles títulos del progreso humano y que es de la más honda

> trascendencia para la civilización cristiana; aquí, ceñidos por los mares y los océanos en los que señorea la Armada; aquí, protegidos de los peligros que se ciernen sobre nuestras cabezas por la destreza y la entrega de nuestros aviadores…; aquí aguardamos a pie firme el inminente asalto. Quizá se produzca esta misma noche. Tal vez llegue la semana próxima. Y a lo mejor no se desencadena nunca. Hemos de mostrarnos capaces de resistir por igual un repentino y violento impacto como una vigilia prolongada —cosa esta última que podría constituir una prueba todavía más dura—. Pero da igual que la ordalía se nos presente en forma aguda, con ímpetu continuado, o provista de ambos filos a la vez, pues jamás nos avendremos a procurar un pacto ni aceptaremos parlamentar de ningún modo; podremos mostrar clemencia, pero no pediremos que nadie la tenga con nosotros.

Y poco después añade: «Hitler no ha topado todavía con una gran nación armada con una voluntad de poder igual a la suya»**[106]**.

«Y en caso de que el invasor se acerque a Gran Bretaña», destaca,

> no encontrará a un pueblo plácidamente postrado en señal de sumisión, como hemos visto que ha sucedido, por desgracia, en otros países. Defenderemos las aldeas, los pueblos y las ciudades. La vasta masa de Londres, defendida calle a calle, podría devorar fácilmente a todo un ejército enemigo; y antes preferiríamos ver la capital reducida a escombros y cenizas a sufrir que una abyecta docilidad la abisme en la esclavitud. Si tengo la obligación de declarar estos hechos es porque debo informar a nuestras gentes de cuáles son nuestras intenciones, a sabiendas de que eso les aportará tranquilidad**[107]**.

Los Servicios de Inteligencia de Interior indicaron que el discurso había recibido la aprobación universal de los ciudadanos de todas las regiones del país. La población «recibió con los brazos abiertos la alentadora» seguridad de que no habría conversaciones de paz. Uno de los comentarios más frecuentes, recogido en este caso en Bristol, expresaba la siguiente convicción: «Esta es la clase de cosas que queremos oír, y desde luego él es un tipo al que da gusto seguir»**[108]**. Harold Nicolson cita los versos de una de las Odas de Horacio en una carta dirigida a su esposa: «¡Menudo discurso! *Si fractus illabatur orbis, / impavidum ferient ruinae***[109]**. Doy gracias a Dios por contar con alguien como él»**[110]**.

El 16 de julio, justo después de que la RAF hubiera logrado sobrevivir a la primera fase del plan de ataque alemán, e infligido además un notable castigo a la *Luftwaffe*, Churchill le dice a Beaverbrook por teléfono: «Me siento mejor. Los muchachos del aire lo han conseguido. Vivimos bajo sus alas»**[111]**. Inveterado admirador del coraje y de la juventud, la combinación de ambas cosas, presente en los pilotos de aviación, le llenaba de

entusiasmo. «Resulta sumamente notable que los jóvenes sean mucho más valientes que los viejos, —le dirá Churchill a Mary ese mes de octubre—, dado que tienen mucho más que perder, pero así son las cosas»[112]. No obstante, a mediados de julio era todavía muy pronto para dejarse ganar por la tentación de celebrar una victoria, y no solo porque las incursiones aéreas diurnas apenas acabaran de iniciarse en serio, sino también porque el sur de Inglaterra aún tenía que asistir a los reñidísimos combates aéreos llamados a atronar los cielos a lo largo de los dos meses siguientes. Según refiere Colville, Dowding ya había empezado a advertir de que, «tarde o temprano, ambos bandos tendrán que iniciar una carrera por la destrucción de la industria aeronáutica del rival, y eso, como es obvio, implicará bombardear a la población civil. Entonces será cuando dé comienzo la auténtica prueba: ¿quién cuenta con una moral civil más sólida: nosotros o los alemanes?»[113].

El 17 de julio, durante un almuerzo con Edgar Mowrer, un periodista estadounidense del *Chicago Daily News* que había ganado el Premio Pulitzer, Churchill resucitó la visión de una futura Norteamérica sumida en la distopía como consecuencia de un eventual éxito de los alemanes en la invasión de Gran Bretaña. «Personalmente no tengo la menor intención de pactar jamás un acuerdo de paz con [los] alemanes, —dijo—: Si estoy aquí, no es en modo alguno para eso.»[114] Sin embargo, si Oswald Mosley, el líder de la Unión de Fascistas Británicos, hallara ocasión de poner a la armada británica en manos de los alemanes, la Marina de Estados Unidos se vería enfrentada a una fuerza conjunta integrada por las flotas alemana, italiana y británica, así como por los restos de la escuadra francesa, «reunidos todos los buques en un convoy inmenso». «No se llame a engaño: si [Hitler] nos aplasta, se abalanzará sobre ustedes de inmediato.» La mejor solución para impedir la consumación de ese «funesto peligro», argumentaba el primer ministro, consistía en que la potencia norteamericana le vendiera a Gran Bretaña «sus destructores; los que han quedado ya obsoletos», y en que permitiera a «sus más intrépidos jóvenes alistarse en nuestras filas, si así lo consideraran oportuno». «¿Qué experiencia podría resultar más gloriosa para un joven con arrojo, —añadía Churchill—, que la de enfrentarse a un adversario a seiscientos cincuenta kilómetros por hora,

con mil doscientos o mil quinientos caballos de potencia entre las manos y una ilimitada capacidad ofensiva?»[115]. «Hay veces en que me entran ganas de que aparezcan de una vez, —dijo también en referencia a los alemanes —. Se han desatado unas fortísimas expectativas y sería una vergüenza dejar que amaine nuestra fogosidad.»[116] Al examinar Bracken un borrador del artículo, aseguró que le parecía «horroroso», y dijo que le espantaba la alusión a una situación tan disparatada como la de un Mosley elevado a la dignidad de primer ministro. Consiguió convencer a Mowrer de que eliminara esa parte, negando incluso que Churchill hubiera sugerido jamás semejante hipótesis.

El 19 de julio, Hitler lanzó lo que él mismo dio en llamar su «último llamamiento a la razón», asegurando igualmente que la idea de «destruir, o de dañar siquiera, —el imperio británico nunca había entrado en sus planes —. Churchill ha dicho que luchará hasta el fin», señaló, antes de añadir, dirigiéndose a los londinenses: «Sobre ellos se abatirá una pavorosa venganza. No sobre Churchill, como es obvio, que huirá al Canadá, sino sobre el pueblo llano. Voy a comunicarles una magna profecía. Un gran imperio va a resultar destruido, un imperio que jamás tuve intención de demoler»[117]. Ni el mismísimo oráculo de Delfos habría podido pronunciar una ironía más sutil. «No tengo intención de declarar nada para responder al discurso de *Herr* Hitler, —le dirá Churchill a Robert Vansittart en el Ministerio de Asuntos Exteriores—, ya que no me hablo con él»[118]. Y al lanzar la *Luftwaffe* sobre Gran Bretaña una gran cantidad de panfletos con la arenga hitleriana, la popularidad de Churchill creció todavía más.

El 22 de julio, Churchill modificó el nombre de las unidades de Voluntarios de la Defensa Local por el de «Guardia del Interior», pese a contrariar con ello el parecer de la Oficina de Guerra y de muchos de sus oficiales de más alta graduación. Sin embargo, como recuerda Eden, «él insistió mucho»[119]. Más tarde modificaría también la denominación de los «Centros de Alimentación Comunales», que a su juicio «sugería ideas próximas al comunismo y el asilo para pobres», por el de «Restaurantes Británicos. —A este respecto, Churchill le dirá a Woolton—: Todo el mundo asocia la palabra “restaurante” con una buena comida, y no estará de más que se le conceda eso a la gente, ya que no es posible ofrecerle ninguna

otra cosa»[120]. El general Alexander recuerda que en una ocasión en la que se le había ocurrido emplear la expresión «la Fortaleza europea de Hitler», Churchill «se giró hacia [él], indignado, y [le] dijo: “No vuelva a utilizar nunca esa frase. No vuelva a utilizar nunca esa frase…”. Winston tenía una percepción muy aguda de la significación de las palabras»[121]. Esta acusada relevancia del lenguaje no se circunscribía únicamente al significado de los términos, también se fijaba en el impacto emocional que pudieran tener. En la primavera de 1941, Churchill se quejó a Duff Cooper acerca del mensaje de «Quédense en sus puestos» que se proponía divulgar el Ministerio de Información en caso de que se produjera una invasión alemana. «En primer lugar, se trata de una fórmula jergal estadounidense; y en segundo lugar, no expresa lo que se le pide a la gente. Los ciudadanos no han sido “puestos” en ningún sitio en el que ahora deban permanecer. ¿Qué tienen de malo las fórmulas “Aguanten ahí” o “Manténganse firmes”? Si tuviera que escoger entre estas dos, yo prefiero la última. Es una expresión inglesa, y dice exactamente lo que se pretende transmitir»[122].[123]

Ese mismo día, 22 de julio, tras varias semanas de forcejeos y discusiones entre los diferentes departamentos implicados, Churchill acuñaba el nombre de «Guardia del Interior» para designar la Dirección de Operaciones Especiales, o DOE, cuya misión consistía en «coordinar todas las acciones que puedan efectuarse contra el enemigo mediante iniciativas de subversión y sabotaje». «¡Y ahora vaya y prenda fuego a Europa!», le espetará Churchill a Hugh Dalton, el primer director de la recién creada entidad[124]. A Churchill le desagradaba la persona de Dalton, pero pensaba que era un hombre eficaz, así que no tardaría en apodarle, en sentido positivo, «el ministro de la Guerra Indigna»[125]. En los años venideros, tanto Dalton como su sucesor, lord Selborne (que también era miembro del Other Club), consiguieron algunos éxitos sonados, aunque con gran coste para el valeroso personal de la Dirección de Operaciones Especiales. La sección ejecutiva de la institución estaba compuesta por dos organismos diferentes. Por un lado estaban los MI(R), es decir, los «cerebritos», en cuyas filas militaban tanto los expertos científicos como los fabricantes de artefactos explosivos —cuya unidad era conocida por el mal nombre de «la juguetería de Churchill»—. Estos últimos se dedicaban a inventar armas

especiales, como la mina lapa, o dos ingenios concebidos para destruir vehículos blindados: la bombarda Blacker y el PIAT (acrónimo de Projector, Infantry, Anti-Tank, o Lanzador Antitanque de Infantería). Por otro lado había una Sección D, formada por agentes que se infiltraban en la Europa ocupada por los nazis. Su impulsor inicial, el coronel Colin Gubbins, afirmaba haber entresacado algunos trucos útiles del arsenal delictivo de Al Capone, lo que le había permitido poner en práctica «una serie de métodos de guerra hasta ahora impensables»[126].

Entre las poderosas fuerzas de Whitehall que se mostraban profundamente contrarias a la Dirección de Operaciones Especiales —a la que a menudo denominaban «la Mafia», o «el Hampa»— se contaban el MI6, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la RAF. Charles Portal pensaba que las acciones consistentes en «lanzar a hombres vestidos de civil con el objetivo de liquidar a los miembros de las fuerzas contrarias no era una operación con la que debiera asociarse a la Real Fuerza Aérea británica»[127]. Sin embargo, Churchill tenía la sensación de que no estaban los tiempos para sutilezas. La hazaña más importante y el éxito más conocido de la Dirección de Operaciones Especiales se realizó en febrero de 1943 y recibió el nombre en clave de «Gunnerside». En esa misión, varios expertos en explosivos noruegos, todos ellos formados por la DOE, destruyeron la planta de agua pesada que la empresa Norsk Hydro poseía en la localidad de Rjukan —acción que contribuyó a impedir que Alemania fabricara una bomba atómica—. Por sí sola, esa acción justificaría ya la creación de la DOE[128]. De sus demás logros cabe destacar la voladura de la central eléctrica de Pessac, en las inmediaciones de Burdeos; la demolición de la planta de Peugeot, en Sochaux; la captura de un transatlántico italiano; el derribo de un viaducto estratégico en Grecia y de varios puentes en Albania; una operación de soborno en España; la asignación de una escolta de acompañamiento al emperador Haile Selassie para restaurarle en el trono de Etiopía, en Adís Abeba; el secuestro del general alemán Heinrich Kreipe en Creta; la organización del asesinato de Reinhard Heydrich[129]; y el sabotaje de las carreteras y vías férreas alemanas en junio de 1944 (con lo que se consiguió que la División Panzer del Reich tardara diecisiete días en alcanzar la región de Normandía tras el

desembarco del 6 de junio de 1944[130]). En el transcurso de la contienda, la Dirección de Operaciones Especiales distribuyó de forma clandestina diez mil toneladas de armas en Francia, y repartió otras dieciocho mil en la Yugoslavia ocupada —equipo que los partisanos utilizarían para mantener a raya a varias divisiones alemanas en 1944—. A Churchill le atraía la guerra por medios no ortodoxos, ya que consideraba que Gran Bretaña no debería implicarse en un ataque militar directo, total y oneroso en el continente sino después de haber conseguido debilitar gravemente a los alemanes. De este modo, y a pesar de saber que las poblaciones locales sufrían terribles represalias a manos de los nazis, la Dirección de Operaciones Especiales continuó avivando la llama de la resistencia en Europa.

El 2 de agosto, Churchill incluyó a Beaverbrook en el Gabinete de Guerra. Desde su puesto de ministro encargado de la producción de aviones, Beaverbrook había protagonizado constantes riñas entre los diferentes departamentos del ejecutivo: en una ocasión con el embajador *sir* Stafford Cripps en Moscú; en otra con Bevin, a causa de la mano de obra; en un tercer caso con Sinclair, por la instrucción que recibían los pilotos, etcétera, etcétera. Sin embargo, había conseguido incrementar la producción de cazas, y a veces por medios un tanto piráticos, con lo que Churchill juzgó que su colega —a quien muchos llamaban «el Diablo de la Botella»— podía ser un buen un aliado político[131]. No le importaba que Beaverbrook despertara muchos odios debido a que sus periódicos habían estado años defendiendo a capa y espada distintas causas contrarias a las más altas esferas de la sociedad, como la Preferencia Imperial o la postura de Eduardo VIII durante la crisis de la abdicación. «Cuando le vi alargar sus simiescas manos para sacar de la cubitera unos cuantos cubitos de hielo sentí una oleada de asco», escribe el general Brooke al referir uno de los episodios que había vivido ese mismo mes durante un fin de semana en Chequers. Y más adelante añade: «En el transcurso de la guerra, cuanto más le observaba más me disgustaba y menos digno de confianza me parecía. Se trataba de un genio maligno que ejercía la peor de las influencias en Winston»[132]. Halifax le comentó a Eden que «le inquietaba el buen juicio

de Winston», ya que no le veía sentido al «nombramiento de Beaverbrook»[133]. Clementine no compartía esos malos pálpitos. «Me alegro de que pase usted a formar parte del Gabinete de Guerra, —escribe —. Winston necesita urgentemente toda la ayuda que pueda usted prestarle.»[134] Con esto no debe pensarse que Churchill respaldara invariablemente a Beaverbrook, anteponiendo sus razones a las de otros miembros del gabinete, y desde luego no lo prefería a Bevin, a quien Churchill admiraba[135].

El 3 de agosto, el Departamento de Inteligencia de Interior hizo llegar al gobierno informes procedentes de catorce regiones del país. Lo lógico habría sido esperar que la moral fuera desinflándose en la misma medida en que se intensificaran los bombardeos, pero para extraordinaria sorpresa de todos, lo que había sucedido era justo lo contrario. Una de las respuestas características de la población era: «No me dan miedo las amenazas de invasión». «Las tropas enemigas podrán desembarcar, pero Hitler se arrepentirá de haberlas enviado.»[136] En una ocasión, estando reunido el gabinete, llegó a oídos de sus miembros el rumor de que los paracaidistas alemanes acababan de poner pie en suelo inglés. «El primer ministro se mostró entusiasmado con la noticia y sugirió que se ofreciera una recompensa de mil libras a todo aquel que capturara a un paracaidista germano», recuerda Lawrence Burgis, el estenógrafo del gabinete. Los presentes redujeron la cifra a cien libras, y Churchill pidió a John Anderson que saliera a la calle para ver qué estaba sucediendo. Al pasar Anderson junto a la silla del primer ministro para cumplir el encargo, Churchill le dijo: «Le daremos cien libras si atrapa a alguno»[137]. Anderson, que no era hombre que cultivara el sentido del humor, le contestó que no necesitaba ningún incentivo económico para cumplir con su deber.

Charles de Gaulle asegura en sus memorias que en agosto de 1940 se encontró un día a Churchill en Chequers blandiendo el puño en dirección al cielo y gritando: «¡O sea, que no van a venir…!». Al preguntar a su anfitrión qué le movía a desear que las ciudades británicas fuesen bombardeadas, Churchill le replicó: «Ya ve usted; ¡el ataque a Oxford, Coventry o Canterbury vendrá a provocar tal oleada de indignación en Estados Unidos que el país entero se sumará a la guerra!»[138]. Y sin

embargo, estaba en un error, ya que, por muy irritados que se sintieran, los estadounidenses se pasaron dieciséis meses contemplando el bombardeo de las ciudades británicas antes de intervenir —y aun así solo lo hicieron después de que Hitler tomara la decisión de declararles la guerra, cosa que por otra parte era totalmente innecesario para sus intereses—. La noche del 9 de agosto, un bombardero alemán pasó volando por encima de Chequers y todos los presentes se precipitaron al jardín para echar un vistazo. Con las prisas, y debido a la total oscuridad, Pound cayó rodando un par de tramos de escalera, y Churchill se metió con él diciéndole: «¡Trata de tener presente que eres un almirante de la flota y no un guardiamarina!»[139].

El taciturno y circunspecto general *sir* Archibald Wavell, comandante en jefe de la región del Oriente Próximo, se encontraba en Chequers esa noche. A Churchill no le agradaba demasiado la personalidad comedida del militar. «Winston afirma que tiene las buenas cualidades de un coronel corriente, —anota Eden—, y que podría ser un aceptable presidente para una asociación conservadora»[140]. Como ya le había advertido Churchill al rey a mediados de julio, Wavell se enfrentaba por entonces a la perspectiva de que los alemanes y los italianos se estuvieran preparando para lanzar un ataque sobre Egipto, Kenia, Somalilandia, Palestina e Irak, donde podían contar, según algunas estimaciones, con medio millón de hombres, nada menos: una cantidad cinco veces superior a la de las tropas de la Comunidad Británica de Naciones[141]. Por consiguiente, en agosto, y ante la insistencia de Churchill, el gobierno le envió 154 tanques a Wavell, que se encontraba en Egipto. Eso suponía un riesgo enorme, y desde luego el primer ministro no lo habría asumido si considerara que Gran Bretaña se hallaba realmente expuesta a una invasión. Churchill creía que tanto A. V. Alexander como Pound estaban siendo «condenadamente precavidos» al hacer que los blindados rodearan el cabo de Buena Esperanza en lugar de intentar «cruzar a toda prisa» el Mediterráneo (infestado de submarinos italianos[142]). Es imposible saber qué habría sucedido de haberse atrevido a realizar ese «cruce a toda prisa», pero desde luego es un claro síntoma del impetuoso ánimo ofensivo que Churchill deseaba ver en ellos.

El 11 de agosto, mientras tomaba el té en Chequers, Churchill no paró de pedirles una y otra vez a sus secretarios privados que telefonearan al

Mando de Cazabombarderos a fin de conocer «las últimas cifras» de aviones abatidos. Después, Churchill se dirigió a una galería de tiro cercana y comenzó a probar su rifle de cerrojo Mannlicher M1895 disparando a distancias de cien, doscientos y trescientos metros. «También se sirvió de su revólver, sin dejar de fumar su cigarro puro, y lo hizo por cierto con notable puntería, —recuerda Colville—. A pesar de la edad, el sobrepeso y la falta de práctica, se desenvolvió muy bien. Se pasó todo el ejercicio hablando de los mejores métodos para matar hunos. Lo que había que emplear eran balas de punta blanda»[143], dijo, antes de añadir que «debíamos procurarnos unas cuantas». Al señalar Randolph que la Conferencia de La Haya había prohibido las balas dum-dum, igualmente expansivas, su padre le contestó que «los alemanes no se pararían en barras si le capturaban, así que no veía por qué tenía él que mostrarse clemente con ellos. ¡Da la impresión de que, en su mente, [Churchill] visualizaba invariablemente la eventualidad de una defensa a la desesperada frente a las tropas alemanas!»[144]. (De hecho, las SS habían incluido la mansión de Chartwell en su *Sonderfahndungsliste* —lista de personas y residencias especialmente buscadas—, aunque es probable que Churchill no estuviera dispuesto a esperar sentado a que vinieran a llamar a su puerta.)

El 13 de agosto fue la fecha elegida por los alemanes para el Adlertag (o Día del Águila). La *Luftwaffe* efectuó nada menos que 1485 incursiones sobre los campos de aviación y las infraestructuras que el Mando de Cazabombarderos tenía en el sur de Inglaterra. «¡De qué hilo tan delgado penden a veces las cosas importantes!», exclamará Churchill haciéndose eco de una frase de Napoleón[145]. El tercer día de la Operación Ataque del Águila se produjo una terrible y multitudinaria batalla aérea. Churchill, «consumido por la exaltación», se dirigió en automóvil hasta el cuartel general del Mando de Cazabombarderos de la base aérea de la RAF, instalada en el Priorato de Bentley, en el barrio residencial de Stanmore, al noroeste de Londres[146]. «Las audaces proezas que realizaban los pilotos de los cazas durante la batalla de Inglaterra despertaban en él una suerte de latente instinto adolescente que le inducía a adorar a los héroes, —recuerda Colville—. Y cuando yo mismo ingresé en la escuela de aviación para hacerme piloto [en 1944], [Churchill] me dijo con emoción que me disponía

a formar parte de “la caballería de la guerra moderna”.»[147] No era preciso rebuscar demasiado en Churchill para encontrar, justo debajo de la superficie, al hombre que había cargado contra los mahdistas en Omdurmán[148]. Al regresar de Stanmore, Churchill solicitó que se informara a Chamberlain de que se habían derribado más de cien aviones alemanes. «Esto de fijarse en pequeñas cosas como estas, susceptibles de dar una gran alegría a otra persona, es típico de W[inston]», anota Colville[149]. Al comentar las batallas del 13 de agosto con Colville, Churchill le dirá que había sido «uno de los días más señalados de la historia», ya que se había confirmado que los alemanes habían sufrido 161 bajas, mientras que la RAF solo había tenido que encajar 34 —al menos según las fuentes oficiales británicas—.[150] De entre los factores que contribuyeron a la victoria cabe destacar la acción de los radares de alerta precoz, el cerrado radio de giro de los Spitfires, el arrojo de los valientes y bien entrenados pilotos que luchaban con entusiasmo en los cielos de su propia patria, y la ayuda de los aviadores venidos de Polonia, de las diferentes zonas de la Comunidad Británica de Naciones y de otros países[151]. A las doce y media de la mañana del día siguiente, al escucharse el aullido de las alarmas antiaéreas, Mary se encontraba de compras en Harrods. «Me habría gustado que Hitler hubiera podido ver la absoluta calma con la que se comportó la inmensa multitud agrupada en la planta baja», escribe en su diario[152]. Tres días más tarde, en Chequers, Churchill se mostró «irritable, ya que estaba preocupado por la señora Churchill, que se había tenido que quedar en Londres, donde existía la amenaza de las incursiones aéreas, —señala su secretario privado John Martin—. Al final, [el propio Churchill] decidió regresar a Londres después de cenar y regresamos de noche y sin luces.»[153] Viajes como este, efectuados en el Humber del primer ministro, al que se le había instalado una campana, resultaban muchas veces una experiencia extremadamente divertida para las personas del círculo personal de Churchill. «Es muy entretenido conducir en el convoy del primer ministro, —asegura Colville—, dado que no se presta atención ni a los semáforos ni a los límites de velocidad»[154].

Sin embargo, para el martes 20 de agosto de 1940, fecha en la que Churchill pronunciará uno de los discursos más importantes de la guerra,

nadie podía decir en modo alguno, y menos aún Hitler, que tuviese la seguridad de lograr la victoria en la batalla de Inglaterra. «Parece claro que la reputación de veracidad de las declaraciones del führer han de ser puestas seriamente en duda, y no solo porque haya difundido esos cuentos con los que pinta a los británicos como a una masa que, abrumada por el pánico, se apretuja en los más hondos escondrijos mientras maldice a su parlamento plutocrático, responsable de haberlos colocado en tan apurada situación; sino también porque, después de tan pusilánime respuesta, no se entiende que todos cuantos han lanzado la última embestida aérea se hayan visto obligados a retirarse en poco tiempo, exhaustos y con el rabo entre las piernas», explica Churchill[155]. El primer ministro prometió al pueblo británico que los bombardeos de las industrias militares y las comunicaciones alemanas, así como la destrucción de sus bases aéreas y sus almacenes y depósitos, «continuarán produciéndose, y a una escala cada vez mayor, hasta que termine la guerra», ya que esa es «una de las sendas más seguras, por no decir que la más corta, de cuantas deben conducirnos a la victoria»[156]. Churchill también elogió los heroicos esfuerzos de los pilotos del Mando de Cazabombarderos: «Todos los hogares de nuestra isla, de nuestro imperio y del mundo entero en realidad, salvo aquellos en que moran los culpables, quieren mostrar su gratitud a los aviadores ingleses que están consiguiendo imprimir un vuelco al rumbo de esta guerra mundial, impávidos ante el peligro e infatigables en los constantes peligros mortales que arrostran, con bravura y entrega, en sus desafíos. En el ámbito de los humanos conflictos, nunca tantos debieron tanto a tan pocos»[157].[158]

Churchill también homenajeó a los hombres del Mando de Bombardeo y a De Gaulle, ya que después de huir de Francia, el gobierno de Vichy le había condenado a muerte *in absentia* por traición. Después volvió a centrar su atención en Estados Unidos, argumentando que el destino de ese país y el de los ciudadanos de la Comunidad Británica de Naciones se hallaban inevitablemente entrelazados. «Estas dos grandes organizaciones democráticas de habla inglesa —el imperio británico y Estados Unidos— tendrán que unirse de un modo u otro en algunos de sus asuntos, ya que eso puede traerles un beneficio mutuo y general […]. Se trata de un proceso que

no podría detener aun en el supuesto de que lo pretendiera, dado que es imparable. Su corriente, como el Misisipi, fluye por sí sola[159]. Dejemos que progrese. Que avancen henchidas sus aguas, inexorables, irresistibles, benignas, dispersándose por más amplios territorios y siendo testigo de días mejores.»[160]

Sin embargo, estas manifestaciones, que tanto estimulaban a las personas ordinarias que las escuchaban a las nueve de la tarde en los *pubs* de todo el país y que han terminado convirtiéndose en algunas de las más celebradas de la lengua inglesa, no siempre enardecieron sin excepción a los miembros de la clase política, y menos aún a quienes llevaban años oponiéndose ideológicamente a Churchill. Chips Channon se mostró «indiferente. —Iván Maisky señala que, a su juicio—, el Churchill de hoy no ha sido el de sus mejores días»[161]. «Estoy seguro de que en este momento le invade por completo la ebriedad de la pasión bélica, —dirá desdeñosamente Megan, la hija de Lloyd George, que también era miembro del parlamento—. No piensa más que en eso; es lo único que le interesa.»[162]

«La clave de sus grandes discursos residía en el hecho de que era él mismo quien dictaba todo cuanto iba a decir, —explicará una vez acabada la guerra Leslie Rowan, secretario privado de Churchill—. No aceptaba, ni siquiera en cuestiones técnicas, los textos oficiales que se le enviaban.»[163] Y sin embargo, entre las razones que explican que sus declaraciones funcionaran tan magníficamente bien durante la segunda guerra mundial también se cuentan algunas de naturaleza muy especializada, por no mencionar el extraordinario número de horas de práctica que había ido adquiriendo en las últimas cuatro décadas en materia de oratoria pública. Si nos retrotraemos al mes de septiembre de 1904, veremos que ya entonces había hecho suya una estrategia estilística que posteriormente habría de reutilizar con gran frecuencia: me refiero al enhebrado de cuatro adjetivos aliterados consecutivos justo antes de un sustantivo. Al aludir a la circunstancia de que la incompetencia de Whitehall estaba negando a la administración local los fondos necesarios para un eficiente ejercicio del gobierno, Churchill se

había dirigido en los siguientes términos al Club Reformista de Manchester: «Al igual que *Oliver Twist*, siempre piden más; y desde su mezquino engreimiento y su cejijunta oficiosidad, los responsables se limitan a clavar su mirada inerte en el peticionario antes de contestarle con un huraño, insensato, terco y estúpido “No”»[164]. Pero su técnica discursiva también habría de adoptar de forma perfectamente deliberada varias estratagemas declamatorias más. En una ocasión en la que Charles Eade le felicitó por el clímax que había sabido crear en su discurso de Manchester del 27 de enero de 1940, Churchill señaló, con la confianza de saber que el comentario quedaba entre artífices de la palabra (ya que Eade era director del *Sunday Dispatch*), que «se había valido casi exclusivamente de monosílabos»[165].

«Las voces cortas son las mejores, y las de antiguo arraigo, siendo escuetas, son las mejores de todas», dirá Churchill tras la guerra[166]. Winston recurría también, y muy abundantemente, a la anáfora, es decir, a la repetición de las mismas palabras, conceptos o frases en una serie de oraciones sucesivas (como en el caso de «lucharemos…, pelearemos…, combatiremos…»), una fórmula retórica de efectos comprobados que se remonta a los tiempos de Demóstenes. En la novela de aventuras *Kim*, de Rudyard Kipling, uno de los autores favoritos de Churchill, hay una escena en la que unas crías de foca «riñen en las playas, se debaten en la espuma…». (En total contraste con Churchill, Hitler dejó prácticamente de hablar por la radio en cuanto la guerra empezó a torcérsele. En todo el año 1944, por ejemplo, solo se puso ante los micrófonos de las emisoras alemanas en una única ocasión.)

En su discurso del 20 de agosto de 1940, la elección de la voz «benignas» («benignant», un término que llega al inglés a través del francés antiguo), en lugar del más habitual «benign» es un ejemplo más de que Churchill utilizaba de manera plenamente consciente palabras oscuras o arcaicas con el fin de conferir mayor fuerza a sus mensajes. Cuando terminaba de pronunciar sus discursos, los secretarios privados de Churchill solicitaban las actas oficiales del parlamento, recogidas en el *Hansard*, y procedían a enmendar los errores de los estenógrafos, que a veces anotaban erróneamente los vocablos empleados —y de cuando en cuando también alteraban levemente el texto al objeto de mejorar el estilo y la elaboración

gramatical—. Así lo revela Colville: «Los discursos del primer ministro son en esencia obras maestras de la oratoria, de modo que al hablar introduce muchas cosas que suenan bien, pero que sin embargo quedan mal en letra impresa»[167]. Esto explica por qué eran tantas las veces en que los textos que reproducían los discursos de Churchill no coincidían exactamente con lo que sus oyentes creían haber escuchado.

El 21 de agosto, después de la cena, Churchill le dijo a Eden que estaba recibiendo «muy poca ayuda de sus colegas del gabinete […]. Él, Max y yo mismo estamos teniendo que hacernos cargo de la gobernación […]. Hay veces en que se nota muy cansado, y desde luego nunca se ha sentido tan solo como ahora»[168]. Ian Hamilton, uno de los amigos de Churchill, ya había hablado de «la ártica soledad del mando», y al primer ministro le pesaba sobremanera. Churchill sondeó a Eden para comprobar si estaba dispuesto a hacerse cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, ya que empezaba a darse cuenta de que Halifax contaba con muy escasos apoyos en el país. Ahora se sabía ya claramente que Chamberlain estaba gravemente enfermo de cáncer, y pese a que Churchill dijo que estaba seguro de que, en esas circunstancias, no se negaría a dimitir, no tenía estómago para pedírselo[169].

Al entrar la guerra en esta fase, la situación financiera de Gran Bretaña comenzó a resultar alarmante. La Ley Johnson relativa a los Impagos de Deuda Pública, aprobada en 1934 en el Congreso estadounidense, prohibía que las naciones extranjeras que no se hallaran al corriente de pago de los pasivos contraídos durante la primera guerra mundial (y tal era justamente el caso de Gran Bretaña) emitieran títulos en Estados Unidos destinados a atajar su descubierto. La Ley de Neutralidad de 1939 estipulaba además que las compras de armas debían realizarse estrictamente al contado. Al sumarse los efectos de ambas leyes, Gran Bretaña se encontró con que ya no disponía de dólares ni de oro para adquirir las municiones que necesitaba para sobrevivir. «Nuestras reservas de oro y divisas son angustiosamente reducidas, de modo que solo podremos continuar unos cuantos meses más», indica Colville. Pese a todo, Churchill consiguió convencer al gabinete de

que debía seguir efectuando pedidos de armas a Estados Unidos, creyendo que, tras las elecciones de noviembre, Roosevelt podría mostrarse más generoso. Y como último recurso, existía un plan consistente en requisar todos los anillos de boda y las joyas de la población «a fin de avergonzar a Estados Unidos», aunque según las estimaciones de la época, la medida únicamente lograría recaudar unos veinte millones de libras esterlinas[170].

«Si la situación militar se deteriorara de forma inesperada, —le comunicó Churchill al gabinete—, nos veremos obligados a empeñar todo cuanto tengamos en aras de la victoria, y a dar a Estados Unidos, en caso necesario, un derecho de retención sobre todos y cada uno de los efectos de la industria británica»[171]. Tanto los cinco años que había pasado en el Tesoro como el desastre del patrón oro, cuya implantación él mismo había interpretado como algo positivo, incurriendo de ese modo en un grave error —junto con otros muchos economistas y expertos financieros—, permitían ahora a Churchill comprender la hondura del problema, y le daban la fuerza necesaria para plantar cara a los funcionarios que querían que redujera los encargos de armas que se le estaban haciendo a Estados Unidos. «Si sucumbimos a los violentos ataques de Alemania, —le dirá al rey—, las reservas que aún conservamos no nos servirán de nada, pero si conseguimos resistir las embestidas, Estados Unidos tendrá que venir forzosamente en nuestra ayuda»[172]. La administración de Roosevelt daba por supuesto que los astutos ingleses estaban exagerando su grado de pobreza a fin de lograr la abolición de las dos leyes y así poder comprar armas a crédito. En realidad, lo que Gran Bretaña estaba haciendo era ocultar la auténtica extensión de su penuria, pero el objetivo no consistía en influir en la legislación estadounidense, sino en impedir que su debilidad económica resultara tan patente que se desatara el pánico y la libra perdiera su solvencia.

A mediados de agosto, se informó al gabinete de que en Navidades Gran Bretaña se habría quedado ya sin dólares. A menos que pudiera convencerse a los estadounidenses de que abolieran o enmendaran esas dos normas sobre la deuda, parecía perfectamente posible que Inglaterra cayera en bancarrota. Beaverbrook se quejó a Churchill de que el gobierno estadounidense «nos está pidiendo la luna y no parece dispuesto a ceder ni

un milímetro ni a contribuir mínimamente a nuestra victoria, —una actitud, por cierto, que John Maynard Keynes calificaría exclamando—: ¡Que se empobrezca mi vecino!»[173]. Sometido a las fortísimas presiones de Roosevelt, el gobierno británico aceptó pedir un préstamo de trescientos millones de dólares al gobierno belga en el exilio, que disponía de grandes activos en África. Además, la administración británica dispuso rápidamente el flete de un cargamento de oro británico desde Simonstown, en Sudáfrica, hasta Nueva York, a cambio de municiones, y pagó asimismo sus pedidos echando mano de las reservas de oro que habían permanecido custodiadas hasta entonces en un banco de Toronto[174]. Al sugerir *sir* Kingsley Wood que Gran Bretaña podía ser recompensada por el apoyo económico que había prestado a los Países Bajos modificando en sentido paritario los porcentajes de propiedad de la Real Compañía Neerlandesa Shell, de la que los holandeses poseían en ese momento el 60 % y los británicos el 40 % (para repartir su control al 50 % entre ambos países), Churchill dijo que no quería volver a oír una sola propuesta que pretendiera sacar ventaja de los infortunios que pudieran abatirse sobre una nación aliada[175]. Pese a que Gran Bretaña se hallara en un grave apuro financiero, Churchill no tenía la menor intención de saquear los activos de los países que padecían la ocupación nazi. (Las flotas mercantes holandesa y belga se habían refugiado en Gran Bretaña en los días de la evacuación de Dunquerque.) Lo que sí esperaba en cambio era que la administración de Roosevelt derogara las leyes que le impedían prestar dinero a Gran Bretaña para que el país pudiese comprar municiones.

Entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre, los alemanes lanzaron más de mil ataques diarios sobre Gran Bretaña, en un esfuerzo destinado a destruir las bases de mando y control de la RAF. En solo diez días, la RAF perdió 154 pilotos y 213 aparatos, y solo dispuso de 63 aviadores recién salidos de la academia, y de menos de 150 cazas, para sustituirlos. No obstante, había un aspecto en el que los británicos disfrutaban de una notable ventaja: cuando sus aviones quedaban tocados, los pilotos alemanes que sobrevolaban los cielos de Inglaterra se lanzaban en paracaídas para salvar

la vida y terminaban internados durante el resto de la guerra, mientras que los aviadores de la RAF que sufrían el mismo percance podían volver a combatir en el aire ese mismo día[176]. Pese a todo, a principios de septiembre, los ataques que la 2.ª Flota Aérea (*Luftflotte 2*) del general Albert Kesselring venía efectuando contra el Grupo 12 de Combate del vicemariscal del Aire Keith Park amenazaron seriamente con quebrar el sistema de mando y control con el que contaba la RAF en el sur de Inglaterra.

«Ahora que han empezado a acosar la capital, quiero que ustedes les golpeen con todas sus fuerzas, —le dijo Churchill al comandante supremo de las Fuerzas Aéreas Cyril Newall—, y Berlín es el lugar en el que tienen que asestar los mazazos»[177]. En la noche del 25 de agosto, la RAF bombardeó tanto las fábricas de armas berlinesas como las repartidas por el aeropuerto de Tempelhof, a las afueras de la urbe. Poco después, aunque todavía en el mismo mes, Churchill exclamó: «Vamos a por ellos. No olviden esto: nunca machaquen al enemigo a medias»[178]. Llegada la guerra a ese punto, y durante algún tiempo, la RAF comenzó a hostigar más los objetivos militares e industriales que los centros urbanos. A mediados de octubre, fecha en la que un parlamentario le aseguró que el público exigía que se bombardeara masivamente a los civiles alemanes, sobre todo en Berlín, Churchill replicó: «Mi estimado señor, estamos librando un combate militar, no una guerra civil. Es posible que usted y algún otro tengan deseos de matar a mujeres y niños. Pero lo que nosotros queremos (y más de un éxito hemos logrado en este sentido) es destruir objetivos militares alemanes. Capto perfectamente su intención. Pero mi lema es: “Antes la obligación que la devoción”»[179].

A finales de agosto, además de señalar las ciudades que era preciso bombardear y de esforzarse en impedir que se declarara una profunda crisis financiera, Churchill comenzó a inspeccionar también las defensas del sureste del país. Por las noches regresaba al número 10 de Downing Street para dormir en el refugio antiaéreo del edificio con Clementine y el resto de la familia[180]. A las nueve y media de la noche del 27 de agosto, al sonar las sirenas de alarma antiaérea, «Winston, con evidente pesar, rechazó el *brandy* que se le ofrecía y pidió que le trajeran agua con soda y unos

cubitos de hielo, diciendo que se sentía avergonzado de la cómoda vida que llevaba y que nunca antes se había visto rodeado de tantos lujos»[181].

El 30 de agosto, en Chequers, reconfortado por un magnífico champán, cosecha de 1911 (el puritanismo del agua de Seltz había durado tres días), Churchill anunció que «solo le preocupaban tres cosas»: que el porcentaje de bajas que [estaba] sufriendo la aviación era demasiado alto; que las pérdidas de la armada en las estribaciones marítimas del flanco noroccidental británico «pudieran resultar letales»; y que las baterías artilleras del cabo Gris Nez, en el paso de Calais, terminaran por cerrar el Canal de la Mancha y por reducir Dover «a cenizas»[182]. No obstante, las tres cuestiones conseguirían atajarse convenientemente. «Mi objetivo estriba en preservar al máximo la energía que nos permite llevar la iniciativa, —señalará Churchill—. Todas las noches me pongo a mí mismo ante una corte marcial para determinar si he hecho algo efectivo en la jornada. No me refiero simplemente a patear el terreno —todo el mundo puede atenerse a las formalidades—, sino a algo realmente efectivo.»[183] Churchill convocó en Chequers al Equipo de Planificación Conjunta con el fin de estudiar las posibles acciones futuras, de entre las que destacan las siguientes: la recuperación de Oslo; la invasión anfibia de Italia; el asalto a las islas anglonormandas; la toma de Casablanca y Dakar; el aislamiento de la península de Cherburgo; el desembarco en los Países Bajos; y la conquista del Ruhr —y ha de tenerse en cuenta que en algunas de esas hipotéticas operaciones se llegaba a sopesar la movilización de unos efectivos integrados por unos cien mil o ciento veinte mil hombres—.[184] Todos esos proyectos superaban con mucho las capacidades que el ejército británico tenía en ese momento, y de hecho solo resultaría posible materializarlas tras la entrada en guerra de Estados Unidos.

El sábado 31 de agosto, el Mando de Cazabombarderos perdió treinta y nueve aviones y catorce pilotos, pero las bajas de la *Luftwaffe* fueron mucho más graves. Por otra parte, los alemanes también estaban sobreestimando burdamente los daños que creían estar infligiendo a la RAF. Churchill fue a animar a los pilotos de combate del cuartel general del Grupo 11 de la RAF en su base de Uxbridge (que todavía puede visitarse hoy) y tuvo ocasión de observar en directo el desarrollo de una batalla aérea. La sala de

operaciones, situada a quince metros bajo tierra, en la que el personal de la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina desplazaba los modelos en miniatura de los escuadrones y los iba situando en tiempo real sobre una serie de mapas de enorme tamaño, entre el destello de un sinfín de luces de colores, era el lugar perfecto para contemplar la evolución de la batalla de Inglaterra[185]. A la hora del almuerzo, tras servirse una copa de *brandy* en Chequers, justo antes del viaje a Uxbridge, «y paseando la vista sobre todos nosotros con expresión benevolente, —relata Colville, Churchill comentó—: Es curioso, pero en esta guerra, en la que no estoy teniendo éxito, no recibo más que elogios, mientras que en la última contienda, pese a haber hecho varias cosas que yo mismo consideraba buenas, solo se me prodigaron insultos»[186]. Dicho esto, Churchill se permitió lanzar una pulla particular a los estadounidenses y dijo: «Tienen la moral muy alta: ¡no paran de aplaudir las valerosas gestas de los demás!»[187].

Durante la cena, Churchill se enzarzó en una discusión con Dowding respecto a si resultaba o no aceptable disparar a los pilotos enemigos que se lanzaban en paracaídas al quedar tocado su aparato. Según refiere Colville, «Dowding afirmaba que debía hacerse, pero el primer ministro aseguraba que un piloto que escapaba del avión era como un marinero que salta por la borda y corre el riesgo de ahogarse». Salvo en este caso, en el que manifestó no desear la liquidación de pilotos desarmados, añade Colville, «la actitud mental del primer ministro era absolutamente implacable»[188]. Después de la cena, Pound llamó desde el Almirantazgo para informar de que, a juzgar por los movimientos de los buques enemigos, «la invasión podría ser inminente». Esa podría haber sido la razón de que se activara la Operación Cromwell y de que las campanas de las iglesias de la parte meridional de Inglaterra, que hasta entonces habían permanecido en silencio, comenzaran a tocar a rebato como señal para que la Guardia del Interior entrara en acción.

«Es terrible —terrible— que se haya jugado con el imperio británico, poniéndolo en peligro en un envite como este», dirá Churchill al regresar a Uxbridge al día siguiente en alusión a las políticas de apaciguamiento del hitlerismo[189]. Al volver a Chequers, se le notificó que en las estribaciones marítimas del flanco noroccidental británico había resultado torpedeado un

flamante crucero recién construido, el *HMS Fiji*. Ya se habían perdido tres barcos importantes en esa zona, y, de hecho, el hundimiento de uno de ellos había «afligido de forma muy particular» a Churchill, ya que la misión de la nave consistía en evacuar a Nueva York a un gran número de niños. «El Almirantazgo se ha convertido ahora en el eslabón más débil, —reflexionó al conocer la suerte del *Fiji*—, pero el del Aire funciona bien»[190]. En el transcurso de la cena, Churchill le dijo a dos oficiales de la Guardia de Coldstream que se encontraban de servicio en Chequers (uno de los cuales, John Sparrow, sería más tarde rector del All Souls College de Oxford), «que no existe esperanza de poder reunir el número de efectivos y municiones que necesitamos para superar a los alemanes. Esta es una guerra en la que debe intervenir la ciencia, un conflicto que habrá de ganarse con el empleo de armas nuevas»[191].[192]

Churchill venía negociando desde el mes de agosto un acuerdo encaminado a conseguir que Estados Unidos le enviara cincuenta destructores a cambio de un conjunto de contratos de arrendamiento de noventa y nueve años para la instalación de bases estadounidenses en las posesiones británicas de Terranova, las Bermudas, las Bahamas, la Guayana Británica y varias islas de las Indias Occidentales. A los críticos que se oponían a esta solución, preocupados por la pérdida de soberanía que implicaba, Churchill les hizo ver que, además de hacerse con el material en sí, el acuerdo pretendía subirle la moral a la población y ofrecer a Estados Unidos un elemento de tentación que pudiera inducirle a intervenir en la guerra. «Si se aprueba la propuesta, —dijo a sus colegas del gabinete—, Estados Unidos habrá dado un paso muy relevante en su eventual conversión en un aliado beligerante. El hecho de venderle destructores a una nación en guerra no [es] desde luego un acto neutral»[193]. Churchill pidió al embajador Kennedy que le transmitiera a Roosevelt el siguiente mensaje: «En la larga historia del mundo, esto es lo que corresponde hacer ahora». Y él mismo tendría ocasión de indicarle al presidente estadounidense que «cada destructor que a usted le sobre y pueda enviarnos vale su peso en rubíes»[194].

Al cumplirse el primer aniversario del inicio de la guerra, Churchill se encontró en situación de anunciar la materialización del acuerdo por el que

Gran Bretaña recibiría destructores a cambio de que los estadounidenses pudieran utilizar distintas bases imperiales de ultramar. Pese a ser consciente de que entre los cincuenta destructores estadounidenses había varios que estaban prácticamente obsoletos, Churchill sabía también que podía ordenarles que se hicieran cargo de las misiones de patrulla de otros destructores, los cuales podían intervenir de ese modo en las batallas, lo que resultaba vital en ese momento, dado que Gran Bretaña padecía una peligrosa escasez de buques de escolta. El valor propagandístico de cualquier apoyo que Estados Unidos pudiera prestar a Gran Bretaña era inmenso[195]. «Transcurrido un año de guerra, —anota el rey al referir su encuentro con Churchill—, [Winston] muestra hoy mayor confianza en la posición en que nos encontramos. En la batalla que se está librando en el aire por el control de Inglaterra, [Churchill] cree que Alemania está comprometiendo a su fuerza aérea en mayor proporción que nuestro país, ya que nosotros solo estamos utilizando la tercera parte de nuestros efectivos de combate»[196]. Dos semanas después, Churchill reiterará ante los integrantes del gabinete su visión del camino que había que seguir: «En los cazas está nuestra salvación […], pero los bombarderos son los únicos aparatos capaces de proporcionarnos los medios para la victoria […]. Aparte de esto, no se ve en el momento presente ninguna otra forma de alimentar la esperanza de superar algún día el inmenso poderío militar de Alemania»[197].

El 4 de septiembre, Hitler pronunciaba un discurso en el Palacio de los Deportes de Berlín. Anunció que, debido a que «*Herr* Churchill» había prometido incrementar los ataques sobre las ciudades alemanas, «nosotros borraremos las suyas de la faz de la tierra»[198]. Churchill habló en la Cámara de los Comunes ese mismo día para informar de que, en el mes de agosto, los ataques aéreos habían provocado la muerte de 1075 civiles y destruido 800 viviendas. «Queremos expresar nuestras condolencias y nuestra simpatía a todos los heridos y a cuantos viven situaciones de duelo, —dijo—, pero, en una población de cuarenta y cinco millones de personas, nadie puede pretender que estas pérdidas admitan la consideración de graves, y menos aún si las contraponemos a los formidables desafíos mundiales que están en juego; de hecho, ni siquiera en el caso de que esas

cifras acabaran duplicándose o triplicándose, como bien pudiera suceder, podríamos juzgarlas de ese modo»[199]. Al final de la guerra las cantidades apuntadas en esta intervención del primer ministro se habían multiplicado por cincuenta, pero la esencia del mensaje seguía siendo cierta.

Esa noche, en el Other Club, Churchill recibió el regalo de una tabaquera de plata en la que se habían grabado estas palabras: «Te confiamos a ti, Winston Churchill, esta caja, que un día fue de Nelson»[200]. Durante la cena, Churchill se sentó al lado de Keynes, y este le dirá más tarde a su madre que le había encontrado «en perfectas condiciones, muy bien, sereno, lleno de los sentimientos normales en un ser humano, y desprovisto de toda suficiencia. Puede que en este momento se encuentre en la cima de su poder y de su gloria, pero jamás había visto a nadie menos henchido de orgullo o jactancias dictatoriales. No había en él ni el más mínimo rastro de la insolencia que tan rápidamente envaneció a Lloyd George, por ejemplo»[201].

Capítulo 23

LOS BOMBARDEOS MASIVOS

Septiembre de 1940 - enero de 1941

> Nada supera lo ocurrido en 1940.
>
> Churchill, *Su mejor hora*[1].

> Fue una época en la que tan bueno nos parecía vivir como morir.
>
> Churchill, *Su mejor hora*[2].

Resultaba extremadamente oportuno que Churchill se encontrara «en perfectas condiciones», ya que, en menos de veinticuatro horas, iba a verse sometido a una prueba más dura que cualquiera de las que ya había tenido que superar en su larga y azarosa existencia. El sábado 7 de septiembre de 1940, tres días después del discurso de Hitler en el Palacio de los Deportes de Berlín, se iniciaba la prolongada e intensa serie de bombardeos aéreos que estaba abocado a sufrir Londres hasta el año 1941. El ataque comenzó con una incursión formada por doscientos bombarderos, cuyos explosivos provocaron la muerte de trescientos londinenses. La *Luftwaffe* iba a

machacar la capital durante cuatro aterradores meses, y en las primeras fases los aviones alemanes insistieron en su macabra labor durante cincuenta y siete noches consecutivas. La vida cotidiana de millones de londinenses se vio sometida a la diaria asechanza de los proyectores, las sirenas y la detonación de las bombas. En 1934, Churchill ya había predicho esa forma de caos al advertir que, «sujeta a la presión que implicaban los constantes ataques a que se hallaba expuesta la capital, tres o cuatro millones de personas se verán obligadas a huir a campo abierto y a dispersarse en torno a la metrópolis»[3]. Por esta razón, cuando finalmente se abatió de verdad sobre la urbe la situación vaticinada, los bombarderos encontraron una ciudad en la que se había procedido ya a la evacuación, sosegada y segura, de tres millones de personas no esenciales para el esfuerzo bélico —la cuarta parte de los habitantes de Londres—, así que la capital no sucumbió en ningún momento al pánico.

La decisión por la que se ordenó a la *Luftwaffe* que trocara las incursiones diurnas sobre las instalaciones con que contaba la RAF en el sur de Inglaterra por una larga serie de ataques nocturnos contra Londres fue un gran error estratégico, ya que permitió que el Mando de Cazabombarderos reparara tanto sus pistas de despegue como sus hangares y sus estaciones de mando y control. «Al principio apenas podíamos hacer otra cosa que encajar el castigo», recuerda Ismay, pero al poco tiempo Churchill creó el Comité para la Defensa Aérea Nocturna, en el que se reagrupó a distintos profesionales —artilleros antiaéreos, científicos y aviadores— con el objetivo de estudiar la forma de combatir el peligro que representaba la *Luftwaffe*. «Casi enseguida comenzó a aumentar la cantidad de aviones enemigos destruidos, de modo que los Heinkel alemanes tuvieron que operar desde altitudes también mayores, lo que disminuyó a su vez la precisión de sus bombardeos.» Pocos días después de iniciados los bombardeos, Churchill visitaba la zona portuaria del East End londinense. «Por todas partes seguían rugiendo con furia los incendios, —escribe Ismay —. Algunos de los edificios de mayor envergadura eran meros esqueletos, y muchas de las casas de pequeño tamaño habían quedado reducidas a escombros. La visión de las diminutas banderas de papel del Reino Unido

que ya se habían colocado en dos o tres de aquellos patéticos montones le ponía a uno un nudo en la garganta.»[4]

La comitiva de Churchill hizo su primera parada en el refugio antiaéreo en el que la noche anterior habían muerto cuarenta personas, y resultado heridas otras muchas, a causa de un impacto directo. En ese punto, recuerda Ismay,

> encontramos una gran multitud de hombres y mujeres, jóvenes y viejos… Todos parecían extremadamente pobres. Habría sido lógico esperar que se sintieran llenos de rencor hacia las autoridades responsables de su protección; pero lo cierto es que, al salir Churchill del automóvil, se apiñaron literalmente a su alrededor. «¡El bueno de Winnie!, —gritaban—. Pensábamos que vendrías a vernos. Podemos resistirlo. Devuélveles el golpe.» «Churchill se desmoronó, y mientras yo hacía grandes esfuerzos por llegar hasta él, abriéndome paso por entre el gentío, escuché decir a una anciana: "Ya lo ve usted, le importa de verdad: está llorando"»[5].

Si Hitler no visitó nunca una zona bombardeada, ya que, de hecho, solía correr deliberadamente las cortinas de su Mercedes-Benz al pasar por delante de esas escenas para no verlas, Churchill, en cambio, adquirió la costumbre de acudir constantemente al East End durante los meses de los bombardeos a fin de subirle la moral a la gente. En esas visitas de inspección, Churchill cubrió muchos kilómetros de terreno, y a un ritmo notablemente rápido, a pesar de que, por regla general, no hacía ejercicio, y de que muchas veces llegara incluso a salvar en coche la cortísima distancia que separa Downing Street de la Cámara de los Comunes. (Walter Thompson perdió casi trece kilos de peso solo por seguirle el ritmo.) Estas visitas a los lugares que habían sufrido un bombardeo se revelaron extraordinariamente positivas para la moral pública. En sus memorias, Churchill habla de una visita al barrio de Peckham, en el sur de Londres, donde la multitud le había dicho a gritos: «¡Que les den a probar su propia medicina!. —Y Churchill escribe—: Me propuse firmemente velar por el cumplimiento de sus deseos; y desde luego puedo decir que fue una promesa que se cumplió a rajatabla»[6]. En un par de ocasiones se escucharon voces airadas que increpaban a Churchill por la devastación sufrida, pero las aclamaciones que recibió cientos de veces compensan con mucho esas pocas muestras de descontento. De manera similar, también

hubo gente que no tuvo escrúpulos en saquear las desiertas casas y negocios bombardeados de sus vecinos, pero estos ejemplos de oportunismo, que fueron sumamente escasos, no logran eclipsar en modo alguno los miles de acciones heroicas que se vivieron a diario, como tampoco oscurecen el desinterés generalizado y la solidaridad de las comunidades afectadas[7].[8] Tras observar un gran número de combates aéreos, y de padecer poco menos que en carne propia «los duros momentos que estaban atravesando las personas cuyas casas habían quedado destruidas o gravemente dañadas por las incursiones, cuyos apuros le afectaban profundamente», según señala Colville, Churchill intentó conseguir que la compensación que el estado ofrecía por el desmoronamiento de los hogares se elevara hasta las mil libras esterlinas (aproximadamente cincuenta y dos mil de las actuales[9]).

Además de prestar atención a las condiciones en que quedaban las viviendas de sus compatriotas y de velar por alojarles, Churchill habría de ocuparse a lo largo de toda la guerra, y también muy de cerca, de los temas relacionados con el racionamiento de la comida, ya que comprendía a la perfección que el estómago incidía directamente en la moral. Esto explica que abrumara al ministro de Alimentación, lord Woolton, con preguntas y sugerencias relacionadas con todos y cada uno de los aspectos del racionamiento, y nos ayuda a comprender también que se opusiera a cualquier normativa que juzgara innecesaria[10]. «Casi todas las personas que he conocido con manías asociadas a las modas alimentarias más extravagantes —toda esa gente que se dedica a comer nueces y otras cosas por el estilo—, han muerto jóvenes y tras un largo período de decadencia senil, —le escribe a Woolton a mediados de julio, por ejemplo—. Es probable que el soldado británico ande más cerca de dar en la diana que los científicos. Todo lo que busca es carne […]. La mejor forma de perder la guerra es tratar de obligar a los británicos a aceptar una dieta a base de leche, harina de avena, patatas, etcétera; y todo ello regado —en ocasiones de gran gala— con un chorrito de jugo de lima.»[11] De hecho, Churchill se tomaría la molestia de presidir las reuniones destinadas a garantizar que los refugios antiaéreos dispusieran de cocinas y otro tipo de utensilios domésticos[12].

El 10 de septiembre asistió a un primer almuerzo con el rey, inaugurando así una costumbre que en lo sucesivo habría de convertirse en una tradición rigurosamente observada todos los martes. Debido al carácter extremadamente sensible de las cuestiones que trataban, ambos se servían personalmente la comida, dispuesta al efecto en un aparador, a fin de evitar la presencia de sirvientes. Churchill confiaba al rey todos y cada uno de los secretos de la guerra, incluidos los sistemas de descifrado de mensajes Ultra y los planes atómicos, sabedor de que lo comentado no habría de filtrarse de ninguna manera, y con la tranquilidad añadida de que el monarca no era precisamente alguien que estuviera fraguando internamente proyectos para quitarle el puesto. Como era característico en él, Churchill no tardaría en analizar su relación con la corona desde una perspectiva histórica (aunque pasando deliberadamente por alto las manifestaciones de buena sintonía que habían hecho en su momento Benjamin Disraeli y la reina Victoria). Esto le llevaría a afirmar que esa «cortés intimidad» que se había establecido entre un soberano y un primer ministro no se veía «desde los tiempos de la reina Ana y los años en que el duque de Marlborough había disfrutado del poder»[13]. De los cuatro primeros ministros que sirvieron al rey, Churchill sería el único al que el monarca llamara por su nombre de pila[14]. Y dado que el rey y la reina también viajaban por todo el país, Churchill conseguiría asimismo que le transmitieran las condiciones en que habían visto las regiones visitadas y que le comentaran el estado en que se encontraba la moral de la población.

El miércoles 11 de septiembre de 1940, en un discurso radiado, Churchill recordó a los británicos que ya se habían visto otras muchas veces en situaciones de mortal peligro, y que no solo habían sobrevivido en todos los casos, sino que también habían triunfado. «Hemos de tener presente que la próxima semana, poco más o menos, está llamada a ser uno de los períodos más importantes de nuestra historia», aseguró.

> El momento es equiparable al que vivió el país en los días en que los buques de la armada española asomaron sus proas por el Canal de la Mancha y Drake terminó de derribar sus bolos; o a aquel otro en el que Nelson se interpuso entre nuestra patria y el Gran Ejército de Napoleón, agrupado en Boulogne. Los libros de historia nos han enseñado todo cuando hemos de saber sobre el particular. Sin embargo, los hechos que se están desarrollando ahora revelan ser de una magnitud muy superior a lo acaecido en aquellos

> felices tiempos pasados, y las consecuencias que pueden tener para la vida y el futuro del mundo y su civilización son también de mucho mayor alcance. Por consiguiente, todos los hombres y las mujeres de la nación han de disponerse a cumplir con su deber, sea cual sea, con especial orgullo y esmero[15].

«Como es obvio, estos bombardeos de Londres, tan crueles, gratuitos e indiscriminados, forman parte de los planes de invasión de Hitler», puntualizó.

> [Hitler] espera que la matanza de un gran número de civiles, mujeres y niños, habrá de permitirle aterrorizar y acobardar a las gentes de esta formidable ciudad imperial; cree que de ese modo los convertirá en una carga y en un motivo de ansiedad para el gobierno, lo que a su vez logrará que nuestra atención se aparte indebidamente de la feroz matanza que está preparando. ¡Qué poco sabe del temple de la nación británica, o de la correosa fibra de los londinenses, cuyos antepasados desempeñaron un destacado papel en el establecimiento de las instituciones parlamentarias, contribuyendo así a que nuestra educación no lleve a valorar la libertad muy por encima de nuestra propia vida! Este hombre malvado, encarnación de una malevolencia devoradora, fosa en la que se abisman muchos de esos odios corrosivos que destruyen el alma; este monstruoso producto de errores y vergüenzas pasadas, se ha propuesto ahora quebrantar la célebre raza de nuestra isla mediante la indiscriminada perpetración de carnicerías y masacres. Pero lo que ha conseguido es prender una hoguera en el corazón de los británicos, aquí y en todo el mundo, un fuego llamado a continuar brillando mucho después de que los últimos rastros del incendio que ha provocado en Londres hayan sido eliminados. Ese individuo ha encendido una antorcha que arderá con impávida y consumidora llama hasta que los últimos vestigios de la tiranía nazi hayan sido abrasados y expulsados de Europa, y hasta que el Viejo y el Nuevo Mundo puedan unir sus manos para reconstruir los templos de la libertad y el honor del Hombre, afirmándolos sobre cimientos que habrán de cruzar los siglos y que no será fácil derribar[16].

El diplomático canadiense Charles Ritchie anota en su diario: «[Churchill] le hace sentir a la gente que está viviendo un episodio histórico»[17]. Lo cierto es que si Churchill conseguía este efecto era porque las batallas y luchas de las guerras isabelina y napoleónica formaban parte de las materias que se enseñaban en las escuelas, lo que significa que sus oyentes conocían bien las peripecias de Drake y de Nelson. El embajador ruso percibió con nitidez el efecto que la oratoria y el liderazgo de Churchill ejercían en el pueblo británico. «Lo que más ha contribuido a lograr que las masas venzan su miedo inicial ha sido precisamente el carácter resuelto y definido de la postura que mantiene el gobierno inglés, —anota Maisky—. En el país no reina el pánico y Churchill tiene la decidida intención de

luchar con uñas y dientes.»[18] Churchill dirá en repetidas ocasiones, tanto durante la guerra como después de ella, que todo lo que hizo fue reflejar y dar cauce a la determinación del pueblo británico, que estaba dispuesto a seguir luchando hasta alcanzar la victoria, pero lo cierto es que también fueron muchos los elementos que aportó para crear, sostener y dirigir ese espíritu.

De momento, no obstante, la única estrategia de Churchill consistía en intentar capear día a día el ataque alemán, y en mantener a Gran Bretaña en la guerra en tanto no se pudiera formular un plan para la eventual victoria británica, una vez asegurada la supervivencia. El domingo 15 de septiembre de 1940 Gran Bretaña sufría el último ataque aéreo diurno y generalizado de la guerra. Kesselring envió cien bombarderos escoltados por más de cuatrocientos cazas. Se desató así un gigantesco choque aéreo en el sureste de Inglaterra que resultó ser una de las batallas más decisivas de toda la contienda. Churchill tuvo ocasión de contemplar su desarrollo desde la base de la RAF en Uxbridge, y nos ha dejado un relato memorable del encontronazo:

> Una tras otra se fueron sucediendo las señales; los observadores advertían de la llegada de las oleadas sucesivas: vienen «cuarenta o más», «sesenta o más»; llegó incluso un enjambre de «ochenta o más» […].[19] En un momento dado, las bombillas rojas mostraron que la mayor parte de nuestros escuadrones se hallaban en combate […]. Me di cuenta de la angustia que embargaba al comandante, puesto ahora en pie, justo detrás de la silla de su subordinado. Hasta entonces se había limitado a observar en silencio. Entonces le pregunté: «¿Qué otras reservas tenemos?». «Ninguna», contestó el vicemariscal del Aire Park[20]. En la crónica que habría de dedicar más tarde a estos acontecimientos, Park indicará que en ese instante su semblante tenía una «expresión grave». Bueno, no era para menos. ¡Cuáles no serían nuestras pérdidas si nuestros aparatos de reabastecimiento de combustible se vieran atrapados en tierra por la llegada de nuevas tandas de «cuarenta o más» o de «cincuenta o más»! Los riesgos eran enormes; nuestros márgenes pequeños; los envites infinitos[21].

«Solo más tarde, muy avanzado el día, y cuando ya estábamos en Chequers, —escribe John Martin—, nos dimos cuenta de la magnitud de la victoria británica»[22]. En ese momento la RAF creía (o al menos así lo afirmaba) que se habían derribado 186 aviones alemanes, aunque hoy sabemos que la cantidad real había sido de 56. Así las cosas, Martin tuvo ocasión de despertar a Churchill de su siesta con estas palabras: «Todo se ha

enderezado gracias a [las fuerzas del] aire»[23]. Dos días después, Hitler posponía la Operación León Marino, y el 12 de octubre la invasión quedaba formalmente cancelada, según dijo Hitler, «hasta la primavera siguiente»[24].

Churchill no tuvo noticia de este último hecho de manera inmediata, lo que explica que el 17 de septiembre convocara una sesión secreta de la Cámara de los Comunes para informar a los parlamentarios de las medidas que se estaban tomando para repeler la invasión, que todavía se esperaba. No se permitió la presencia de periodistas ni se admitió la presencia de público en las tribunas de invitados. En el preciso instante en el que Churchill se disponía a hablar, los observadores de la red de Prevención de Ataques Aéreos apostados en los tejados hicieron sonar sus silbatos para advertir de que se acercaba una nueva oleada de bombarderos, así que los diputados bajaron a los refugios hasta que resultara seguro abandonarlos. Cuando regresaron a sus bancadas, Churchill señaló que el bombardeo iba a empeorar, que el palacio de Westminster era «el blanco más fácil que pudiera imaginarse», y que los alemanes tenía ya perfectamente dispuestos los buques necesarios para hacer cruzar el Canal de la Mancha a medio millón de hombres. «Como es obvio, debemos conservar la esperanza de ahogar a muchos de ellos durante la travesía y de destruir muchas de sus naves», dijo a modo de matización[25]. Añadió asimismo que si los alemanes explotaban las ventajas tácticas que pudiera ofrecerles la presencia de nieblas naturales a lo largo del litoral británico, o la provocación artificial de brumas de camuflaje, «deberemos tener presente que podrán establecer simultáneamente un gran número de cabezas de playa o de esbozos de asentamiento en nuestra isla»[26]. Harold Nicolson escribe en su diario: «Es preciso resaltar que [Churchill] no intenta animarnos con vanas promesas»[27].

Más tarde, al regresar Colville al número 10 de Downing Street, se produjo «una enorme explosión. Me reuní con el primer ministro, que juró que, por la ventana de su dormitorio, había visto caer una bomba sobre el palacio de Buckingham. Todo el mundo se apretujó en el refugio»[28]. La residencia oficial del rey fue bombardeada en nueve ocasiones en el transcurso de la guerra, y ese día la causa de la detonación se debió al

lanzamiento de una bomba de relojería en sus jardines. Poco después, Churchill se dirigía en los siguientes términos a los Comunes:

> Al margen de la barbarie general que representan, los deliberados y repetidos ataques contra el palacio de Buckingham y las bienamadas personas del rey y la reina tienen el propósito de producir un efecto desestabilizador en la opinión pública. Como es obvio, lo que consiguen es justamente lo contrario. Establecen entre el rey, la reina y el pueblo los nuevos y sagrados lazos que nacen de la superación de un peligro común, y endurecen el acero de nuestros corazones, animándonos a proseguir combatiendo con implacable rigor contra tan sucio enemigo[29].

Al día siguiente, 18 de septiembre, una mina terrestre lanzada en paracaídas hizo añicos tanto las ventanas del número 10 de Downing Street como las del Ministerio de Asuntos Exteriores, e incrustó firmemente un trozo de metralla en los paneles de madera del despacho de los secretarios privados, anexo al de Churchill, una circunstancia que Martin juzgará «un recordatorio de lo seriamente que debemos tomarnos la campana de alarma»[30]. Al mismo tiempo, Churchill le escribía una nota a Alexander en la que le decía: «Señor primer lord, estoy seguro de que puede usted procurarse rápidamente una nueva bandera del Almirantazgo. Me duele ver el presente pendón sucio todas las mañanas. W. S. C.»[31]. Los autores que sugieren que Churchill no debería haberse detenido un solo instante en estas trivialidades ni haberse rebajado a dar este tipo de órdenes insignificantes y continuas olvidan el fundamental extremo de que lo que tenía muy presente era que la moral constituía uno de los aspectos vitales de cualquier contienda.

Pese a haber pospuesto la invasión, Hitler continuó bombardeando Gran Bretaña con toda intensidad, ya que abrigaba la esperanza de quebrar la moral de la población civil, lo que además de facilitar la realización de un nuevo intento de invasión en el futuro, le permitía tomar represalias por el bombardeo de Berlín y otras ciudades —un ataque que resultaba imposible desde el punto de vista militar, según habían asegurado al pueblo alemán tanto él mismo como Goering—. En el transcurso de los cuatro meses siguientes, Churchill visitó más de sesenta pequeñas ciudades y aeródromos que habían sufrido terribles bombardeos. Churchill comprobó que la desafiante actitud que ya había percibido en sus desplazamientos a

Peckham y a la zona portuaria de Londres en las primeras fases de los bombardeos crecía en relación directa con la crueldad de los asaltos mismos. «¡Podemos resistirlo, podemos resistirlo, —es el grito que recoge Walter Thompson—, pero devuélveles el golpe!»[32]. A lo que Churchill respondía: «Se lo devolveremos multiplicado por diez, pero primero debemos producir aviones. Dadnos un poco más tiempo y os prometo que tendréis vuestra revancha: os cobraréis la deuda al interés compuesto»[33]. El 19 de septiembre, Churchill ordenaba a Charles Portal, jefe del Mando de Bombardeo británico, que golpeara Berlín tan pronto como la meteorología lo permitiera. Y añadió al mandato esta consigna: «Mientras los alemanes continúen lanzando indiscriminadamente estas minas en paracaídas, debemos asegurarles que nosotros vamos a responderles echándoles encima el doble de las que nos suelten»[34]. Al final, los bombardeos aéreos provocarían la muerte de más de medio millón de alemanes a lo largo de la guerra, contra cincuenta y ocho mil bajas en el bando británico. A principios de octubre, tras contemplar la devastación causada por una mina terrestre lanzada en paracaídas sobre el barrio de Wandsworth, en el sur de Londres, Colville anota: «[Churchill] se está volviendo cada vez menos benevolente con los alemanes, y habla de castrarlos a todos. Dice que no cederá a ninguna de esas tonterías sobre la “paz justa”»[35]. Esa noche asegurará que la guerra de los bóers había sido «la última guerra grata»[36].

El 20 de septiembre, al conocer los datos de inteligencia del sistema Ultra, Churchill le dijo a Colville, sin revelarle la fuente, que, a su juicio, cabía «dudar de que [fuera] a intentarse una invasión en un futuro próximo»[37]. No obstante, le preocupaba la densa niebla que se extendía desde el cabo de North Foreland hasta el de Dungeness, ya que eso podía impedir que la Guardia del Interior lograra proceder a la detección precoz del enemigo, y por ese motivo llamaba periódicamente al Almirantazgo para conocer el tiempo que reinaba en el Canal de la Mancha[38]. Debido a que en esa época se tardaba varios días en descifrar los mensajes de la máquina Enigma, y a que en todo caso había siempre un cierto desfase entre el momento en el que Hitler tomaba una decisión —como esta de posponer la Operación León Marino— y la reducción perceptible de las fuerzas

presentes en las costas del Canal de la Mancha, lo cierto es que no se puede lanzar sobre Churchill la acusación de engañar al parlamento respecto a la posibilidad de una invasión, y en todo caso es obvio que lo que quería era que los británicos continuaran creyendo que seguían hallándose sometidos a una amenaza inminente, ya que eso contribuía a estimular la unidad y la productividad. A finales de septiembre, Roosevelt desencadenó una ola de temor al apuntar a una posible invasión a corto plazo, ya que el presidente estadounidense afirmó disponer de informaciones procedentes de una «fuente absolutamente fiable» de Berlín que le había comunicado que iba a producirse en breve**[39]**. No obstante, en términos generales, Churchill creía que los alemanes habían perdido ya la oportunidad de concretar la invasión. «Hitler podía haber invadido este país después de lo de Dunquerque, y es lo que debería haber hecho, —le dirá al rey el 1 de octubre—. Tendría que haber dejado la marcha sobre París para más tarde. Los franceses no habrían podido impedirle el paso a Alemania.»**[40]**

El 23 de septiembre, fecha en que los alemanes ampliaron sus ataques a las zonas de Coventry, Birmingham y Liverpool, los combatientes de la Francia Libre sufrieron un serio revés en Dakar al intentar arrebatarle el control del Senegal al gobierno de Vichy**[41]**. En sus primeras etapas, Churchill había apoyado la operación, que respondía al nombre en clave de «Menace», pese a que los jefes de Estado Mayor tuvieran grandes dudas acerca de la conveniencia de ese respaldo. «Déjenles pelear, —había dicho Churchill—; una vez iniciada la batalla, déjenles pelear»**[42]**. En el choque había intervenido también la Marina Real Británica, que había sido la encargada de transportar a Dakar al general De Gaulle y a sus reducidos efectivos de la Francia Libre, pero, por desgracia, las fuerzas de Philippe Pétain estaban plenamente preparadas para el ataque y lo rechazaron con facilidad. De Gaulle tenía la esperanza de que la simple *force majeure* consiguiera poner de su parte a la población local, pero se había negado a permitir que los franceses lucharan contra sus propios compatriotas, una actitud que redujo la estima en que Churchill le tenía. En represalia, el régimen de Vichy bombardearía más tarde Gibraltar. Churchill, que había impuesto su autoridad tanto a la de De Gaulle como a la del vicealmirante británico *sir* John Cunningham e insistido en que la operación continuara

adelante, decidió de entrada que no debía ofrecerse ninguna explicación, ni al parlamento ni a la nación, pero su silencio minó en parte la confianza que se tenía en su gobierno. El *Daily Mirror* publicó un artículo titulado «¿Un toque a lo Galípoli?». «En el Club Carlton el sentimiento general empieza a decantarse en su contra», observa Channon[43]. En los comentarios que dedica en sus memorias al hecho de que él mismo no hubiera censurado en su momento el comportamiento de Cunningham, que era quien había estado al frente de la Marina Real durante la operación, Churchill señala: «Una de las reglas por las que me regía era la de que *los errores con el enemigo* merecían ser juzgados con indulgencia»[44]. «No hubo ninguna precipitación»[45], le dijo Churchill al rey al explicarle la expedición a Dakar. «Resulta extremadamente deprimente que no podamos obtener un éxito en ninguna parte.»[46] No era del todo cierto, ya que la noche anterior la RAF había efectuado una incursión aérea con ciento veinte bombarderos en Berlín. «Únicamente bombardeamos objetivos militares, como es obvio, —dijo Churchill—, pero si el enemigo persiste en machacar indiscriminadamente los hogares de los civiles, nosotros tendremos que hacer lo mismo»[47].

El 27 de septiembre de 1940, Alemania, Italia y Japón firmaban un Pacto Tripartito de diez años. De este modo, las tres potencias fascistas quedaban formalmente aliadas y aceptaban la existencia de un «Nuevo Orden», tanto en Europa como en el Extremo Oriente. Al enterarse de la noticia, Churchill se mostró «pensativo» pero no descorazonado, por la doble razón de que el establecimiento de una cooperación más estrecha entre las potencias del Eje era algo que se esperaba desde hacía tiempo, y de que, por emplear sus propias palabras, una de las cláusulas del acuerdo iba «específicamente dirigida contra Estados Unidos»[48].

El cáncer de Chamberlain se hallaba ya en su fase terminal. «La idea de que Neville continúe sometido a este continuo bombardeo en Londres se me hace insoportable, —le escribe Churchill a la esposa de Chamberlain, Anne, el 20 de septiembre—. Debe darse a sí mismo la oportunidad de recuperar plenamente sus facultades. Estos últimos diez días me he sentido muy

preocupado por vosotros.»[49] Sin embargo, el 1 de octubre, tras comprender claramente que no iba a restablecerse, Chamberlain presentó la dimisión y rechazó la doble oferta de Churchill, que le había sugerido que aceptara un título nobiliario y el ingreso en la Orden de la Jarretera. En su negativa, el ex primer ministro argumentó: «Prefiero morir siendo simplemente el señor Chamberlain, como mi padre, sin adornarme con ningún blasón»[50]. Churchill planteó a Eden la posibilidad de elegir el puesto, «totalmente interno», de lord presidente del Consejo, agregado además al Gabinete de Guerra —lo que le permitiría presidir todos los comités relacionados con el frente doméstico—, o de ejercer el cargo de ministro de la Guerra, con lo que tendría que responsabilizarse del ejército pero debería quedar al margen de dicho gabinete —ya que Churchill no podía incluir también en él a los ministros de la Marina y la RAF—. Eden optó por esto último. A Churchill le hubiera gustado asignar a Eden el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no podía correr el riesgo de que Halifax dejara el gobierno en el mismo momento en el que lo hacía Chamberlain[51]. «[Churchill] reiteró que ya era viejo, —anota Eden en su diario—, que no estaba dispuesto a cometer el mismo error que Lloyd George, que había continuado al frente del país después de acabada la [G]ran [G]uerra, que la sucesión debía pasar a mis manos, y que en este sentido estaba claro que John Anderson no iba a constituir ningún obstáculo»[52]. Aquella iba a ser la primera promesa que Eden iba a escuchar de boca de Churchill en nada menos que quince años de compromisos similares, una circunstancia de la que lo más amable que puede decirse es que, en el momento de proponerlos, Churchill hablaba en serio.

Tres días más tarde, en la reorganización del gabinete —que según admitiría Churchill en una conversación con Chamberlain, había sido parcialmente diseñada para apartar la atención del desastre vivido en Dakar—, Anderson asumió el cargo de lord presidente del Consejo, y Herbert Morrison quedó al frente del Ministerio del Interior, mientras que Ernest Bevin y Kingsley Wood pasaban a formar parte del Gabinete de Guerra al aceptar las carteras de Trabajo y de Hacienda, respectivamente[53]. «La gente no está dispuesta a tomar nota de los buenos consejos, —le escribe

Lloyd George a Frances Stevenson—. Todavía siguen haciéndose ilusiones y creyendo que es posible una "victoria total". Puede que Hitler no tenga la menor intención de aceptar la única paz que el gobierno británico se avendría a aceptar.»[54]

Además de acometer la remodelación del gabinete, Churchill emprendió también, y de forma simultánea, la reestructuración de los tres ejércitos. *Sir* Charles Portal había impresionado a Churchill, así que, a sus cuarenta y siete años, pasó a ser el nuevo jefe del Estado Mayor del Aire, en sustitución de *sir* Cyril Newall. También hubo cambios en lo más alto del escalafón del Almirantazgo, ya que Churchill llevaba tiempo queriendo ascender a los almirantes de temperamento más combativo, como Phillips, Harwood y Tovey. No obstante, Pound conservó la responsabilidad de primer lord del Mar, y el general John Kennedy fue nombrado director de operaciones de la Oficina de Guerra. «Es un hombre extraordinariamente obstinado, —afirmará poco después Kennedy en referencia al primer ministro—. Es como un niño encaprichado con un juguete prohibido. No sirve de nada explicarle que si lo usa se cortará los dedos o se quemará. Cuanto más se le razone, más testarudamente se aferrará a su idea.»[55] En realidad, Kennedy nunca entendió que lo que le gustaba a Churchill era lanzarle ideas imposibles al Equipo de Planificación Conjunta con el fin de repensar después él mismo las pocas que eran viables o podían revelarse factibles en los meses o años inmediatamente posteriores. Se trataba, evidentemente, de un ejercicio agotador y frustrante para los planificadores mismos, pero en último término ese era precisamente el cometido que justificaba su presencia en las estructuras organizativas del gabinete. «Para hacer frente a la situación de una manera más adecuada, —escribe Kennedy —, casi habría valido la pena contar con dos tipos de personal: uno encargado de bregar con el primer ministro y otro dedicado a librar la contienda»[56].

Pese a que Churchill no se sintiera especialmente entusiasmado con su rendimiento, Wavell conservó el puesto de comandante en jefe del Oriente Próximo. A finales de septiembre, en una reunión del Comité de Defensa, Churchill había criticado severamente las decisiones que Wavell había tomado en Egipto. Sin embargo, Eden defendió enérgicamente al general,

ya que señaló que su labor había topado con el obstáculo de la falta de material, habiendo escaseado sobre todo los aviones. Poco después, Churchill dirá que Eden «no debería haberse mostrado tan agresivo hacia su persona», pero el interpelado se limitó a responder que el primer ministro llevaba toda la vida atacando injustamente al ejército de tierra. «[Churchill] replicó a su vez que había aplicado términos mucho más duros a la armada», lo que difícilmente podría considerarse una excusa[57]. Al asegurar Churchill que Dill no era más que «un agradable caballero de cierta edad», Eden también salió en su defensa. El 22 de septiembre, en Chequers, Churchill dijo que esperaba que Wavell venciera a los italianos en Egipto, «A menos, claro está, que nuestros hombres luchen con voluntad de escaquearse[58] y los italianos con temple de héroes», pero lo cierto es que en realidad juzgaba más probable lo contrario[59].

En diciembre, Churchill no se mostró receptivo a las quejas de Wavell, que protestaba porque los refugiados judíos habían logrado desembarcar en Palestina, cuando en esa época las autoridades británicas les estaban negando el permiso de entrada —lo que en la práctica era una verdadera sentencia de muerte para todos cuantos intentaban huir de la Europa ocupada por los nazis—. Churchill había denunciado con elocuencia el tristemente célebre Libro Blanco de 1939, un texto oficial del gobierno británico en el que se restringía con toda severidad la entrada de inmigrantes judíos en Palestina. «Se ha producido una brecha, —había dicho en esa ocasión en el parlamento—, se ha incumplido la promesa; se ha abandonado la Declaración Balfour; se ha puesto fin a la visión, a la esperanza, al sueño […]. ¿Qué pensarán quienes se han dedicado a espolear a los agitadores árabes? ¿No se sentirán alentados por nuestro admitido retroceso? ¿Acaso no tendrán la tentación de decir: “Ya vuelven a tener que huir: estamos ante un nuevo Múnich”?»[60]. Ahora, pese a ser ya primer ministro, volvía a verse igualmente impotente para ayudar a los judíos. Eden recoge en su diario la «vehemente llamada telefónica que le había hecho Churchill para denunciar a Wavell y a todas las autoridades presentes en Oriente Próximo, a los que llamó antisemitas y activos perseguidores de judíos. “¿Por qué no se ocupa W[avell] de sus propios asuntos?”». Eden replicó que «si los árabes empezaban a generar problemas a causa de los

inmigrados», la cuestión se convertiría efectivamente en «asunto de Wavell. —Pero Churchill respondió—: Nada me hará modificar mi punto de vista»[61]. Sin embargo, la oposición política y burocrática que surgió de Westminster y de Whitehall fue de tal calibre que Churchill no pudo conseguir que las autoridades británicas afincadas en Palestina asumieran los planteamientos sionistas. Esta es una indicación más de que, por más poder que hubiera logrado reunir, seguía teniendo que convencer a sus colegas, lo que significa que distaba mucho de ser ese omnipotente dictador británico que algunos de sus detractores acabarían por presentar.

De haberse comportado de manera autoritaria, es evidente que no habría tolerado las críticas que la prensa habría de dedicarle durante casi toda la contienda. En octubre, consagró en el gabinete una larga perorata a atacar al periódico izquierdista *Daily Mirror*, y llegó a asegurar que quería que fuera suspendido. «Winston está tremendamente irritado con ese asunto, —escribe Halifax en su diario—, ya que ve en el tono del rotativo claras pruebas de un activismo quintacolumnista». Sin embargo, Churchill cambió rápidamente de opinión, y lo cierto es que tanto la libertad de expresión como el libre ejercicio del periodismo sobrevivieron notablemente bien a las dificultades de la guerra. Al día siguiente, Churchill decía en la Cámara de los Comunes: «Nuestra sociedad no se deja impresionar por el hecho de que se le den las peores noticias». La semana anterior, ciento ochenta londinenses habían perecido bajo doscientas cincuenta toneladas de bombas. Valiéndose de extrapolaciones basadas en ese dato estadístico, afirmó que, a ese ritmo, la demolición de la mitad de las casas de Londres necesitaría diez años de esfuerzos, a lo que añadió: «Y son muchas las cosas que van a sucederle a *Herr* Hitler y al régimen nazi antes de que transcurra esa década. Incluso al *signor* Mussolini le aguardan unas cuantas experiencias lo que no alcanzó a prever cuando tuvo la sensación de que ya resultaba seguro y rentable apuñalar por la espalda a la doliente y postrada República Francesa. Ni los daños materiales ni las carnicerías habrán de lograr que los pueblos del imperio británico se aparten de su solemne e inexorable propósito»[62]. «Winston acaba de pronunciar uno de sus mejores discursos en la Cámara, —señala Eden en su diario—. Ha sido una

intervención notabilísima, incluso para un orador como él. Por el momento, las críticas sobre lo ocurrido en Dakar permanecen silenciadas.»[63]

El 8 de octubre, Churchill vivió un momento muy emotivo al presentar a Randolph a sus colegas, ya que su hijo había sido elegido diputado por la circunscripción de Preston, aunque nadie había competido con él por el escaño. Hubo muchos aplausos, aunque, como se esfuerza en señalar Colville, iban más dirigidos al padre que al hijo. «Nos queremos con un profundo afecto animal, —dijo Churchill al hablar de su relación con Randolph—, pero cada vez que nos reunimos nos enzarzamos en una pelea a primera sangre»[64]. En noviembre, Randolph pronunciaba su discurso inaugural en la Cámara de los Comunes. Su orgulloso padre se hallaba presente, pero en marcado contraste con la política de Winston, que nunca atacaba en público a los miembros del Partido Conservador que habían defendido en su momento las medidas de apaciguamiento —ya que los admiradores de aquella vieja estrategia todavía eran mayoría en el seno de la formación conservadora—, Randolph dijo: «Si miro a mi alrededor en esta Cámara, y digo esto con la máxima deferencia, continúo constatando la presencia de varias señorías, todas ellas honradas y honorables, sobre cuyas espaldas recae, en mayor o menor grado, parte de la responsabilidad, no solo del estado en el que se encuentran actualmente nuestras fuerzas armadas, sino también de todos los déficits de material que tal vez puedan estar perjudicando a quienes se ocupan de planificar nuestra estrategia. Pero no es mi deseo hacer aquí recriminaciones por asuntos del pasado»[65]. En nada distorsionamos la esencia del mensaje si hacemos caso omiso de las oficiosas manifestaciones de deferencia y carencia de propósitos correctivos, porque el argumento central, siendo cierto, era también autoindulgente e inútil para la tarea de su padre. El hecho de que Randolph hubiera prestado servicio militar en África y en Yugoslavia solo le había permitido pronunciar tres discursos parlamentarios en toda su carrera, y probablemente era lo mejor que podía haberle sucedido.

La enfermedad de Chamberlain le obligó a renunciar tanto a la dirección del Partido Conservador como al cargo que ostentaba en el gabinete. Los *tories* invitaron a Churchill a suceder a Chamberlain como jefe de filas del partido. Clementine y algunas otras personas de su entorno inmediato

consideraban que no debía asumir esa responsabilidad, pero él decidió acceder al recordar que los conservadores habían derribado a Lloyd George en 1922, y que lo habían conseguido porque, siendo todavía primer ministro, no era en cambio el líder del partido. «Si hubiera tenido que preocuparme de promover la aquiescencia […], no solo de los jefes de los dos partidos minoritarios, sino también la del cabecilla de la mayoría conservadora […], me habría resultado imposible dirigir la guerra, —afirma Churchill en sus memorias—. No creo que hubiera podido salir airoso de semejante prueba en medio de la guerra», concluye[66]. El 9 de octubre, Halifax le proponía como candidato en la reunión que el partido celebraba ese día en Caxton Hall, en Westminster, aunque más tarde el propio Halifax comentaría en privado lo difícil que le había resultado «evitar una comparación entre Neville y Winston y arreglármelas al mismo tiempo para decir cosas agradables de uno y otro». Halifax seguía considerando que Chamberlain era, con mucho, el mejor primer ministro de los dos, sobre todo porque presidía de forma mucho más nítida y eficiente las reuniones del gabinete, en las que Churchill tendía a demorarse en largas exposiciones, remembranzas y bromas.

Debido a que Churchill solo llevaba dieciséis años en el Partido Conservador, y a que en los días en que militaba en las filas liberales había denunciado a la formación *tory* con el celo propio de los neoconversos, ahora tenía que poner el máximo cuidado en la elección de sus palabras de aceptación. «No voy a tratar de justificarme en forma alguna, —dijo—, hay algo que brota de las más profundas convicciones de mi corazón, algo que en todo momento, atendiendo a mis luces, y a lo largo de los cambiantes escenarios en que los acontecimientos nos han ido precipitando a todos, ha guiado mis empeños. Me refiero a dos causas públicas que considero supremas y a las que siempre he servido fielmente: la custodia de la imperecedera grandeza de Gran Bretaña y su imperio, y la continuidad histórica de nuestra vida en la isla»[67]. Aceptó de este modo el liderazgo del partido, «con solemnidad, pero también con optimismo, —y admitió—: Tengo una tendencia contra la cual debería mantenerme posiblemente en guardia: la de nadar a contracorriente». Menos mal que no había echado al correo la carta que le había dirigido treinta y siete años antes a Hugh Cecil,

en la que exclamaba: «Odio al Partido Conservador, detesto a sus miembros, y aborrezco lo que dicen y sus métodos. No siento la menor simpatía hacia ellos»[68]. Teniendo en cuenta la terrible indignación que tantas veces había suscitado en otro tiempo en la bancada conservadora, el hecho de que ahora fuera unánimemente elevado a la posición de líder del partido no solo dice mucho de la talla que había alcanzado, sino que también avala su perseverancia y su mensaje.

Al día siguiente, en Chequers, Pamela Churchill, esposa de Randolph, daba a luz a un hijo al que su marido y ella bautizaron con el nombre de Winston, lo que sin duda era un hermoso cumplido. El abuelo acudía a Chequers veinticuatro horas más tarde. «Lo más probable es que no piensen que soy tan idiota como para presentarme aquí, —dijo refiriéndose a los alemanes—; pero me expongo a una gran pérdida: tres generaciones de un golpe»[69].[70] Ese fin de semana, mientras fumaba un inmenso cigarro después del almuerzo, Churchill se manifestó convencido de que los ataques aéreos daban lugar a «un tipo de guerra que se adecuaba muy bien al modo de ser de los ingleses, ya que en poco tiempo acababan cogiéndole el tranquillo a la situación. Todo el mundo prefería combatir en el frente urbano en que se había convertido la capital y participar de lleno en la batalla de Londres a tener que resignarse a contemplar desde lejos, y sin poder hacer nada, las terribles degollinas generalizadas de la Gran Guerra, como la sufrida en Passchendaele»[71]. Durante la cena, en la que le acompañaban Attlee y Randolph, la conversación comenzó a girar en torno a las diferentes peripecias electorales de los tres hombres. Al cabo de un rato, Winston comentó que «había aprendido una gran lección de su padre: la de no temer nunca la democracia británica»[72]. Al día siguiente bromeó con Attlee diciéndole: «Todo huno vivo es una guerra en perspectiva»[73].

Pound, Portal y Dowding se alojaron en Chequers el 13 de octubre, y al desearles Churchill las buenas noches, «les dijo que estaba seguro de que íbamos a ganar la guerra, aunque les confesó también que no veía con claridad la forma en que acabaría consiguiéndose»[74]. Al llegar enero, quería tener desplegado un gran ejército en el Oriente Próximo, y contar asimismo con una serie de divisiones móviles para la realización de operaciones anfibias, aunque no se puede decir que esas medidas

constituyeran un proyecto verdaderamente destinado a vencer a los nazis, que en ese momento tenía claramente sometida a Europa.

«La principal vía para salir de este atolladero, —comenta Churchill en una carta dirigida a Halifax—, pasa ahora mismo por bombardear objetivos militares»[75]. En 1940, la genial resistencia de Churchill se basó en parte en conseguir que Gran Bretaña pudiera continuar presentando batalla. No obstante, también fue muy importante que supiera infundir en la gente la sólida convicción de que Inglaterra terminaría alzándose con la victoria, pese a no poder exponer con argumentos bien fundamentados el método llamado a permitir tal hazaña —al margen de la confianza que había sabido imprimir en la población en general respecto a la eficacia de los contragolpes de los bombarderos de la RAF—. Aunque personalmente sentía aprecio y admiración por Dowding, al mes siguiente aceptó que Sholto Douglas le sustituyera al frente del Mando de Cazabombarderos por dos motivos: en primer lugar, porque Portal y Sinclair tenían la impresión de que Dowding no estaba enfrentándose adecuadamente a los ataques nocturnos de los alemanes, y en segundo lugar, porque Dowding se oponía a la puesta en marcha de un sistema recién ideado al que se conocía con el nombre de «Gran Ala» —un tipo de formación que el Ministerio del Aire quería emplear para contrarrestar el peligro de la aviación alemana—.[76] Este es un ejemplo más de que Churchill no consentía que las consideraciones personales afectasen a la adopción de todas aquellas medidas políticas que se revelasen necesarias.

El 14 de octubre, Churchill se hallaba cenando en el sótano de Downing Street, protegido por persianas metálicas, cuando, de pronto, cedió a lo que más tarde llamaría «un impulso providencial»[77]. Se levantó y fue a los fogones para decirle a Georgina Landemare, su cocinera, así como al mayordomo y a la ayudante de Georgina, que dejaran la comida en los platos, previamente calentados, y se dirigieran inmediatamente al refugio antiaéreo. Una vez hecho esto, volvió a sentarse a la mesa. Tres minutos después, caía una bomba entre el número 10 de Downing Street y la sede del Tesoro, provocando «una explosión muy fuerte y extremadamente

próxima, seguida de un violento temblor claramente indicativo de que la casa había recibido un impacto directo»[78]. Walter Thompson entró para comprobar que el primer ministro no había resultado herido y para informar a sus invitados —Archie Sinclair, John Moore-Brabazon (el nuevo ministro de Transportes), Oliver Lyttelton (recientemente nombrado presidente de la Comisión de Comercio) y *sir* Stewart Menzies, jefe del MI6— de que el edificio había sufrido daños considerables. «El desorden que reinaba en las dependencias era indescriptible, —le explicará más tarde John Martin a sus padres—, las ventanas habían saltado hechas añicos y había cristales por todas partes, no había nada que no apareciera cubierto de polvo, las puertas estaban desencajadas, y las cortinas y los muebles se encontraban amontonados en una masa confusa […]. La garita de los soldados que custodiaban Downing Street había quedado destruida por completo, aunque, por fortuna, los militares se habían refugiado en otra parte»[79]. Churchill le dijo a Thompson: «Es una pena que no haya caído un poco más cerca, ya que así podríamos haber comprobado la efectividad de nuestras defensas»[80]. La verdad es que había sido mucho mejor que no hubiera ocurrido tal cosa, ya que al estallar el gran ventanal de vidrio la explosión de la bomba había arrasado la cocina y la despensa[81]. Sin embargo, Churchill y sus colegas continuaron dando buena cuenta de la cena, y más tarde subieron a los tejados del Ministerio del Aire para contemplar la incursión enemiga. Lord Lloyd, que se encontraba en el Ministerio de las Colonias en el momento del impacto, y por tanto bastante cerca de la deflagración, le escribirá esa misma noche a su hijo: «Winston está bien, ya que está disfrutando de una cena muy amena y jovial»[82].

Al día siguiente, durante la comida, Churchill le dijo al rey que «había salvado a la cocinera y a todos los que estaban en ella»[83]. Como ya hemos visto, había veces en que Churchill podía mostrarse brusco y desconsiderado con su personal, pero esa noche su espontánea noción de *noblesse oblige*, unida a la intervención de esas «alas invisibles» que, según creía, aleteaban a su alrededor, había salvado al menos tres vidas. El rey, que había tenido noticia de la escapada al techo del Ministerio del Aire, le pidió encarecidamente que no corriera semejantes riesgos, y anota en su

diario la siguiente reflexión: «En este momento no puedo permitirme perderlo, y menos aún, el país»[84].[85]

En otra ocasión, John Peck, uno de los secretarios privados de Churchill, salvó el edificio de Downing Street al sacar una bomba incendiaria que había penetrado en diagonal a través de una de las ventanas superiores y prendido fuego a unas sábanas[86]. A pesar de la urgente amenaza que planteaban este tipo de peligros, a Churchill no le gustaba usar el refugio del número 10 de Downing Street, así que Peck tenía que hacer valer su autoridad como encargado de la seguridad frente a las incursiones aéreas de Downing Street y ordenarle que se guareciera en él. «No pienso ir, —aseguró Churchill al ver que Peck le instaba a trasladarse al abrigo—. Lo siento, señor», respondió Peck, «pero soy yo quien está al mando en este aspecto. Y además es que resulta verdaderamente necesario protegerse. Todos tenemos que hacerlo»[87]. Churchill, «bastante divertido, pero sin dejar de rezongar, —hizo lo que se le pedía. Tras constatar que en esa ocasión no había ocurrido nada, exclamó—: ¡Esto es ridículo!», y se marchó con todo el séquito detrás[88]. Si actuaba así no es porque subestimara los peligros. En el transcurso del año 1940, Churchill pensó muy a menudo en la muerte, y muchas veces le decía a Colville que no «creía demasiado en la existencia de una vida posterior a la terrenal». «O al menos, —aseguraba—, lo que no sobrevive es la memoria»[89].

El 15 de octubre se produjo uno de los ataques más destructivos de la guerra, ya que se lanzaron cuatrocientas toneladas de explosivos de gran potencia y miles de bombas incendiarias sobre Londres. Churchill siguió el consejo que le había dado el rey y pasó la noche en «el Granero», la estación de metro en desuso de Downing Street, en Mayfair, donde la Junta Ejecutiva Ferroviaria disponía de una serie de oficinas. Churchill odiaba ese escondrijo, ya que, según recuerda Tommy Thompson, el primer ministro «se sentía allí inquieto y aislado del curso de los acontecimientos»[90]. El día 17 cayó otra bomba a menos de cuarenta metros de Downing Street, y provocó la muerte de cuatro personas que se encontraban en los sótanos del Tesoro[91]. El 18 de octubre, al encontrarse una mina sin explotar en el parque de Saint James, Churchill se negó a dejar su residencia oficial de Downing Street, y de hecho centró «su máxima preocupación en la suerte

que pudieran correr "esos pobres pajaritos" del lago»[92]. (La mina se desactivó sin mayores problemas.)

Churchill solía caminar de noche por los alrededores de Whitehall, haciendo caso omiso de todos estos peligros. Una mañana de octubre, a las cuatro y media de la madrugada, tras una prolongada reunión dedicada al análisis de los daños que estaban causando los ataques aéreos, Churchill recorrió a pie, en compañía del comandante de las defensas antiaéreas británicas, el general *sir* Frederick Pile, el trayecto que separaba la Oficina de Guerra del número 10 de Downing Street, dado que quería comprar un tarro de Bovril[93] y unas latas de sardinas. Dio con el bastón unos cuantos golpecitos en la famosa puerta negra del edificio y gritó: «¡Goering y Goebbels se presentan a revista!, —y acto seguido, tras acudir a abrirles el bedel, Churchill creyó preciso añadir—: *No soy* Goebbels, tranquilo»[94].

Una broma que John Peck ideó en esta época permite resaltar hasta qué punto los que formaban parte del entorno inmediato de Churchill esperaban que el primer ministro se comportara de forma exigente y maniática. Redactó un burlesco informe falso en cuartillas oficiales timbradas con el membrete de Downing Street y en él daba instrucciones para crear un conjunto de despachos especiales para el primer ministro en los grandes almacenes de Selfridge; en el domicilio del arzobispo de Canterbury, en el palacio de Lambeth; en la base de la RAF en Stanmore; en el teatro del Palladium de Londres; y en los barrios residenciales londinenses de Tooting Bec y Mile End Road. El documento apócrifo señalaba asimismo que todas y cada una de esas oficinas debía disponer de espacio suficiente para dar acomodo a la señora Churchill, a dos taquígrafos, a tres secretarios y al gato *Nelson*, a lo que aún se añadía que también debía contar «con un mirador para mí, que me permita contemplar las incursiones aéreas desde el tejado»[95]. Los despachos debían estar activos entre las siete de la madrugada y las tres de la mañana del día siguiente, y todo tenía que estar listo en setenta y dos horas. Para rematar la inocentada, Peck imitó las iniciales de Churchill en el margen inferior de la cuartilla y le asignó una de aquellas etiquetas rojas que ordenaban «Tomar medidas hoy mismo». El

efecto fue fulminante, ya que según asegura el propio Peck, el memorando fingido circuló rápidamente entre el personal. Desmond Morton, Ian Jacob, Eric Seal y Hastings Ismay, alias «Pug», quedaron totalmente convencidos de la autenticidad y la verosimilitud de la orden.

Con todo, era verdaderamente necesario hallar alternativas al número 10 de Downing Street. El edificio no había sufrido ninguna reforma estructural de envergadura desde los tiempos de Robert Walpole, dos siglos antes, y no podía decirse que fuera excesivamente sólido. En una ocasión en la que deseaba tranquilizar a un grupito de ministros del gabinete, Churchill había pinchado suavemente con el bastón el falso techo de una de las habitaciones, y, «para sorpresa de todos, lo atravesó sin dificultad y llegó directamente hasta el pasillo del Tesoro, situado justo encima. Había apenas ocho centímetros de listones semicarcomidos y enlucido de yeso entre la sala en la que se encontraban y el piso superior»[96]. En un ángulo del jardín situado junto al muro medianero del Tesoro había un pequeño refugio antiaéreo, pero resultaba evidente que no sería capaz de resistir un ataque en toda regla[97]. Dado que a mediados de octubre las bombas habían impactado ya en el Almirantazgo, en los ministerios del Interior y de las Colonias, y en el departamento del Tesoro, y teniendo asimismo en cuenta que tanto Whitehall como la plaza de Trafalgar se encontraban cubiertos de cráteres a causa de las explosiones, el 19 de ese mismo mes la familia Churchill abandonó el edificio oficial de Downing Street y se mudó al «número 10 Anexo», un piso situado en la planta baja de lo que entonces era la Oficina de Obras[98] (actualmente el Tesoro) en Storey’s Gate, frente al parque de Saint James. Entre treinta y cuarenta miembros del Gabinete de Guerra y el Equipo de Planificación Conjunta quedaron alojados en la Sala Central de Guerra. Las oficinas de Morton y Lindemann se instalaron en la planta superior.

Debajo del número 10 Anexo (donde hoy se encuentra la Sala de Guerra de Churchill) había un búnker protegido por gruesas paredes de hormigón. Este fortín se había construido especialmente con este objetivo en 1938, y era muy completo, ya que poseía un sistema propio para bombear agua, dado que se hallaba por debajo del Támesis, que fluye muy cerca de allí[99]. De las 1562 noches que duró la guerra, Churchill solo durmió en el búnker

en tres ocasiones, ya que prefería confiar en el sólido edificio de piedra que se elevaba por encima del refugio y en las persianas de acero que permitían obturar las ventanas[100] —sobre las cuales se habían colocado inicialmente unas esterillas de protección frente a las colisiones que se empleaban en la marina, pero a Churchill no le gustaban nada, así que no tardaron en ser sustituidas por las persianas—.[101] «Es triste tener que abandonar el viejo edificio, —comentará Churchill en referencia al número 10 de Downing Street—, máxime cuando temo que no sobreviva a la batalla de Londres»[102]. Durante el día, el primer ministro trataba de pasar todo el tiempo posible en su residencia oficial. Y por la noche, Clementine insistía en que ahora le tocaba a ella realizar tareas de detección de incendios en los tejados del Anexo[103].

Nadie, ni siquiera el rey, pudo jamás vanagloriarse de haber sido capaz de impedir que Churchill se subiera a los tejados del Anexo durante las incursiones aéreas, tocado, eso sí, con un casco de acero, vestido con un mono de trabajo y resguardado del frío por su sobretodo de la RAF. Según recuerda Walter Thompson, una vez en el tejado, Churchill se dedicaba a «fumar un cigarro puro y a observar atentamente las explosiones y los incendios que iluminaban la machacada ciudad»[104]. En respuesta a las protestas y llamadas a la prudencia de Thompson y Clementine, Churchill se limitaba a decir: «Mientras no llegue mi hora, no hay problema»[105]. En este sentido, Winston solía citar a Raymond Poincaré, el hombre que había presidido los destinos de Francia durante la Gran Guerra: «Me refugio bajo la impenetrable bóveda de la probabilidad»[106]. Thompson mandó construir en el tejado una somera protección a base de sacos de arena, aunque Churchill solo se refugiaba en ella «cuando escuchaba el chasquido de la metralla sobre el emplomado de la techumbre». En una ocasión en la que Churchill se encontraba de pie en el quicio de la puerta del Anexo, viendo caer los trozos de metralla y siguiendo con la mirada el cañón de luz de los reflectores, Thompson se abalanzó súbitamente sobre él. «“¡No haga eso!”, rugió, —comenta Thompson—. Pero es posible que fuera una suerte que tomara esa decisión, ya que parte de la metralla cruzó el umbral abierto, y un colega mío que se hallaba en la parte trasera de la pequeña comitiva resultó herido […]. Y ese no fue sino uno de los muchos incidentes que

recuerdo en los que Winston Churchill asumió riesgos deliberados durante los meses de los bombardeos. Insistía siempre en ver con sus propios ojos lo que estaba sucediendo.»[107] De hecho, Churchill no dejaba el número 10 de Downing Street para regresar al búnker de la Sala Central de Guerra hasta que no empezaba a tabletear la artillería antiaérea. En una ocasión, una bomba de cuatrocientos cincuenta kilos fue a caer en un punto en el que había estado apenas un minuto antes[108]. «A menudo regresaba al número 10 antes del amanecer, cuando todavía no habían terminado los ataques», señala Thompson[109].

Churchill le pidió al capitán Pim que organizara una Sala de Mapas en el complejo del Anexo, en la que en un primer momento dispuso una enorme carta del Océano Atlántico en una pared, y más tarde un mapa del frente ruso en el muro opuesto, y finalmente, al avanzar la guerra, colocaría también un plano de Extremo Oriente. Las chinchetas que utilizaba seguían el siguiente código de colores: los rojos eran los británicos; los marrones los franceses; los amarillos los holandeses; los blancos los alemanes, etcétera. Los teléfonos, también de tonos distintos para los diferentes servicios, acabaron conociéndose como «el coro de beldades». Una escalera conectaba las habitaciones privadas de Churchill, situadas en el Anexo, con la Sala de Mapas. Entre los personajes de peso a los que Churchill haría visitar este centro de operaciones en el transcurso de los años inmediatamente posteriores se cuentan Jorge VI, Charles de Gaulle, Robert Menzies —primer ministro de Australia—, el rey Haakon de Noruega, el general ruso Filip Gólikov, y los estadounidenses Wendell Willkie y Averell Harriman, enviados especiales del presidente Roosevelt. John Peck recuerda que «las expediciones al tejado del Anexo se convirtieron en uno de los elementos más característicos de los agasajos que Churchill reservaba a sus visitantes»[110].

Churchill insistió en que el gobierno permaneciera en Whitehall mientras continuaran los bombardeos. «El señor Churchill había llegado a la conclusión, —apunta Thompson—, de que resultaba esencial que [los miembros del gobierno] se vieran expuestos a los mismos peligros que el resto de la población londinense»[111]. En caso de una invasión, el gobierno se habría trasladado a poco más de once kilómetros de distancia, a un lugar

conocido como «el Paddock»[112], nombre en clave de un búnker subterráneo provisto de cuarenta habitaciones y situado en Brook Road, en el barrio residencial de Dollis Hill, en el noroeste de Londres, para dirigir desde allí la resistencia. En previsión de que finalmente se diera esa circunstancia, señaló Churchill, los ministros «debían acostumbrarse a vivir como trogloditas», o «trogs», por emplear la expresión que él acuñó[113]. Pese a que en tal caso la familia real se habría mudado a Canadá, Churchill pretendía continuar la lucha en Dollis Hill. De haberse orientado así los acontecimientos, la larga historia del Reino Unido como gran potencia habría terminado en un sangriento Götterdämmerung[114], en un insólito puesto de mando situado en el barrio londinense de Brent.

Entre el momento en el que Churchill asumió el cargo de primer ministro y el día en que se puso fin a la coalición que integraba el gobierno de concentración nacional —el 28 de mayo de 1945—, el Gabinete de Guerra se reunió un total de 919 veces, lo que arroja un promedio de un encuentro cada dos días. Sin embargo, durante la crisis permanente que vivió el país, entre mayo y diciembre de 1940, el número de asambleas fue de 193, es decir, más que en cualquiera de los años posteriores. Por regla general, el Gabinete de Guerra se congregaba, bien en el número 10 de Downing Street, bien en la Sala Central de Guerra, pero en algunas raras ocasiones llegó a reunirse en la estación de metro de Down Street; en el búnker de Rotunda (situado en Horseferry Road); en Church House, en Westminster (sede de la Iglesia de Inglaterra); y en un caso en el Paddock (para comprobar su idoneidad, el 3 de octubre de 1940).

«Los efectos que se produjeron tras tomar [Churchill] posesión del cargo al dimitir Neville Chamberlain, fueron similares a los que habrían tenido lugar en caso de poner una central eléctrica bajo los cimientos de Whitehall, —recuerda el mariscal del Aire *sir* Charles Portal—. Desde ese momento hasta el mismísimo final de la contienda, [Churchill] no dejó un solo instante de instarnos a hacer cosas con la máxima urgencia, y se pasaba cada minuto del día enfrascado en labores de dirección y comprobación, en una búsqueda infatigable de nuevas formas de saltar sobre el enemigo. Era

capaz de llamarle a uno en cualquier momento, fuera de día o de noche, así que había que permanecer en continuo estado de alerta y devanarse sin cesar los sesos con el fin de hallar los medios necesarios para mejorar los resultados de la tarea que se nos había encomendado.»[115] En Chequers, Chamberlain disponía de un único teléfono, y además lo tenía instalado en la cocina. Churchill ordenó instalar una verdadera batería de aparatos en su despacho de Chequers, y según recuerda Portal, todos ellos «sonaban o se utilizaban constantemente»[116]. «La confianza y la energía del primer ministro son asombrosas», coincide en señalar su secretario privado, John Martin, que más tarde, en plena batalla de Inglaterra, les dirá a sus padres: «De Pitt [el Viejo] se ha dicho: "Después de entrevistarse con él, todo el mundo sale de la habitación convertido en un hombre más intrépido", pero esto es algo que también puede predicarse con idéntica fuerza de [Winston]»[117].

Tras vivir la experiencia de trabajar para los dos primeros ministros, Chamberlain y Churchill, Colville observa que «Chamberlain tenía empuje, pero no la inquieta e incansable mente de Winston. Chamberlain esperaba que sus subordinados trabajaran con la misma entrega incansable y la misma eficiencia que él mismo mostraba, pero nunca cuestionó su capacidad para rendir a ese nivel. Winston, por el contrario, siempre está buscando defectos y anima a los demás a indagar con el mismo celo con el que él se entrega a la tarea»[118].

«En muy pocos días se instaló una sensación de urgencia, hasta el punto de que no tardó en verse a los respetables funcionarios públicos transitar a la carrera por los pasillos, —recuerda Colville—. No se aceptaba ningún retraso; las centralitas telefónicas cuadruplicaron su eficiencia; los jefes de Estado Mayor y el Equipo de Planificación Conjunta mantenían reuniones de forma prácticamente constante; el horario de oficina habitual dejó de existir, y con él se fueron igualmente al garete los fines de semana.»[119] Los encuentros de los miembros del Gabinete de Guerra se producían incluso en los días festivos. Y en los períodos de crisis, los cónclaves se convocaban a veces a horas intempestivas, como por ejemplo a las dos menos cuarto de la madrugada. Ismay, Jacob y el tercer miembro de la Secretaría del Gabinete de Guerra, el coronel Leslie Hollis, trabajaban

quince horas al día, los siete días de la semana, y en las ocasiones en que el primer ministro estaba preparando un discurso importante, era frecuente que el secretario de guardia tuviera que permanecer en su puesto hasta cerca de las seis de la mañana —cuando además se esperaba que volviera a presentarse en su despacho a las diez, con apenas cuatro horas de sueño—.[120] Nadie se quejaba por tener que mantener ese ritmo de trabajo, puesto que era evidente que se encontraban en el vértice mismo de unos acontecimientos históricos de envergadura mundial.

Norman Brook, que se unió a la Secretaría del Gabinete de Guerra en 1941, señala que «todo lo que [Churchill] pidiera tenía que hacerse al momento: era preciso que todas las demandas, por más extenuantes o poco razonables que pudieran resultar, se materializaran adecuadamente […]. El trabajo era pesado y el ritmo vertiginoso»[121]. James Stuart, uno de los jefes de disciplina del Partido Conservador, resalta que Churchill «no era un hombre con el que resultara fácil trabajar o al que se revelara sencillo servir, ni muchísimo menos. Era muy discutidor, y siempre quería hacer las cosas a su manera […], y tendía a intimidar en exceso a las personas»[122]. Se esperaba entre otras cosas, que los secretarios de Churchill supieran cuántas palabras había dictado por página. Tenían que ser capaces de descifrar con la máxima exactitud todo cuanto estuviera diciendo, aunque lo hiciera entre gruñidos, con un cigarro puro en la boca, vuelto de espaldas y a buena distancia de ellos. También debían acostumbrarse a su particular forma de expresar las cosas y a su peculiar vocabulario. «Creo que una de las cosas que más me costó superar fue que me gritara a pleno pulmón, —explica Grace Hamblin, quien, sin embargo, como casi todas sus secretarias, terminaría por adorarlo—. Vengo de una familia tranquila. Nadie me había gritado nunca.»[123] Hamblin recuerda que en una ocasión Churchill le ordenó a Kathleen Hill: «Tráigame el Klop». Poco tiempo después, con la esforzada satisfacción de quien considera haber cumplido con su deber, Hill se presentaba ante el atónito Churchill con gesto agotado y poco menos que sudando la gota gorda para trasladar los catorce volúmenes del *Der Fall des Hauses Stuart und die Succession des Hauses Hannover*, del profesor Onno Klopp (1875-1888). «¡Por Dios Santo!», aulló Churchill. A lo que se refería el primer ministro era a su perforadora, a la que apodaba «Klop» por

razones onomatopéyicas. (A Churchill no le gustaban nada las grapas ni los clips; los legajos tenían que pasar «por las mandíbulas de Klop» para ser posteriormente unidas con las chapas de metal y alambre del Ministerio del Tesoro.) No obstante, al comprender Churchill que había herido los sentimientos de la señora Hill, la felicitó por su buena letra. Sus secretarias y secretarios tenían que ponderar en todo momento su estado de ánimo. «La súbita irrupción de un párrafo de especial dramatismo, o la mención de un desastre mientras dictaba un discurso, hacía que se le llenaran los ojos de lágrimas, —recuerda Mary Shearburn—. A veces llegaba casi a estallar en llanto, y por sus mejillas corría un verdadero torrente cuando redactaba la parte final de un período particularmente doloroso.»[124]

El personal que trabajaba con él llamaba «plegarias» a los memorandos que dictaba Churchill, porque muchas veces comenzaban con la fórmula: «Le ruego que me explique», o «Le suplico que me transmita su punto de vista sobre…». Esta manera de circunvalar el simple «por favor» ya era un uso lingüístico pasado de moda en esa época (como el empleo del «*prithee*» —otra manera, igualmente almidonada, de solicitar un servicio, similar a nuestro «le imploro»—), pero Churchill lo utilizaba con toda intención. El esteta *sir* Harold Acton observará que, a excepción de Churchill, tampoco había ya nadie que recurriera en esos años a la poética voz «*foe*» como sustituto de «*enemy*», por más que ambos términos sean sinónimos en inglés. Dado que lo que trataba de hacer era convencer a los británicos de que echaran la vista atrás varios cientos de años para cobrar conciencia de que el país ya había pasado por momentos de peligro muy similares, Churchill juzgaba útil adoptar un lenguaje deliberadamente arcaico. Con todo, sus giros podían estar un tanto anticuados, pero lo que desde luego no hacía el primer ministro era enredarse en divagaciones farragosas. Siempre insistió en que la redacción de los documentos oficiales debía ser concisa, pues estaba persuadido de que, por complejo que pudiera revelarse un problema, siempre existía la posibilidad de condensar en pocas páginas sus elementos esenciales —y como sabemos era muy frecuente que ordenara resumir las cuestiones en un solo folio—.[125] «Lo único que impide comprimir un pensamiento en un espacio razonable es la pura pereza», dijo en una ocasión[126]. Siempre se manifestó puntilloso en materia de claridad

y precisión lingüística: en mayo de 1940, por ejemplo, le envió una nota a Sinclair en la que se quejaba de que poco antes había recibido un informe que señalaba que algunos aviones enemigos estaban «fuera de combate» mientras que otros habían sido «destruidos. —Churchill preguntaba a Sinclair—: ¿Hay alguna diferencia real entre una y otra situación, o se trata simplemente de evitar una repetición? De ser así, la fórmula no concuerda con las autoridades más prestigiosas de la lengua inglesa. El sentido no debe ser sacrificado a la sonoridad»[127]. Como habría de resaltar más tarde Colville: «Nada lo irritaba más que la excesiva complicación de los asuntos, o el uso de un lenguaje oscuro, máxime si lo hacía alguien convencido de que el hecho de resultarle incomprensible al común de los mortales podía redorar su presunción de inteligencia»[128].

El horario al que Churchill se atuvo diariamente durante la segunda guerra mundial mostraba evidentemente variaciones, pero por regla general se despertaba a las ocho de la mañana y acto seguido le traían los periódicos, a cuya lectura se entregaba por espacio de veinte minutos. Tras este ritual, daba buena cuenta de un sustancioso desayuno, que también aprovechaba para consultar los boletines oficiales de noticias. Una vez saciado el apetito, sentado en la cama, convenientemente recostado en un par de almohadas y enfundado en una prenda con coderas, encendía un cigarro puro y comenzaba a trabajar, leyendo, dictando y hablando por teléfono hasta poco antes de la una del mediodía. De cuando en cuando recibía en el dormitorio a los distintos jefes de servicio. Después se levantaba y se metía en el aseo para darse un baño caliente[129], hacer gárgaras y aspirar por las fosas nasales una solución salina que le permitía despejarlas y respirar a sus anchas. Fue uno de los primeros hombres en utilizar maquinillas de afeitar eléctricas, cuya producción en masa se había iniciado muy poco antes, en 1937. También le gustaba mucho «la excelente funcionalidad de su aparato para limpiar los dientes, —como él decía—, un artilugio eléctrico que arroja agua a gran presión en la boca y elimina el aliento a tabaco»[130]. Hechas sus abluciones, se vestía —ayudado por su criado, Frank Sawyers—, y almorzaba, tras lo cual se volvía a deslizar entre las sábanas para dedicar una hora al sueño. A lo largo de la guerra continuaría observando diariamente la costumbre de la siesta, ya que eso le

permitía alargar su jornada laboral desde las nueve de la mañana hasta la una o las dos de la madrugada[131]. «Se debe echar siempre una cabezadita entre el almuerzo y la cena, —solía decir—, y nada de medias tintas. Hay que quitarse la ropa y meterse en la cama. No hay que ceder a la falsa impresión de que se acabará trabajando menos por dormir un rato durante el día. Esa es una idea necia que solo sostienen las personas que carecen de imaginación. La siesta te permite hacer más cosas. De ese modo se procura unos dos días en uno; bueno, al menos uno y medio, estoy seguro»[132]. Churchill había empezado a cultivar el hábito de echarse a dormir durante una hora por las tardes en la época en que había dirigido el Almirantazgo, durante la Gran Guerra, ya que descubrió, como él mismo explica, «que yéndo[se] a la cama durante una hora después de las comidas podía añadir casi dos horas a [su] jornada laboral»[133]. Para facilitarle la siesta en los períodos en que tenía que viajar, Walter Thompson llevaba a todas partes un antifaz de satén negro, así como una almohada especial[134]. Después del sueño, era muy frecuente que se diera un segundo baño —y de lo contrario, según asegura Thompson, el personal «las pasaba canutas»—. (En 1921, durante su estancia en Egipto, solía desplazarse en tren, y cuando no había agua para poder tomar un baño en el convoy, lo mandaba detener y ordenaba que se calentara el agua en la caldera de la locomotora.)[135] La cena se tomaba normalmente a las ocho de la tarde, y después trabajaba hasta altas horas de la noche. Durante la guerra, Churchill lograría conciliar perfectamente el sueño: «Nunca tuve ningún problema para dormir, ni siquiera en los momentos más difíciles, —recuerda él mismo—. Jamás se me hizo cuesta arriba acostarme e irme a dormir una vez terminadas las labores del día […]. No solo dormía a pierna suelta, sino que me despertaba renovado, y no tenía ninguna sensación particular, salvo la del ansia de afrontar con todo cuanto pudieran traer las cajas de despachos de la mañana siguiente.»[136]

Ese mes de septiembre en Chequers, Churchill comenzó a utilizar un par de guardapolvos que él mismo había ideado. En un primer momento, la confección de las prendas, hechas con distintas telas, incluido el terciopelo, se encomendó a la sastrería Turnbull & Asser, de la calle Jermyn. Churchill dio a estos petos de trabajo el nombre de «trajes de sirena», aunque todos

los demás los llamaban «monos». Tenían bolsillos en el pecho y en los costados, eran de corte muy amplio, llevaban los puños vueltos, y se fabricaban en varios colores, de entre los cuales destaca el burdeos, el azul y el verde botella[137]. «El primer ministro solía aparecer enfundado de pies a cabeza en un pelele de tela de un tono azul como el que se utiliza en las fuerzas aéreas. Mediante unas cintas, se ciñe fuertemente la prenda, que tiene cierre de cremallera, en torno al estómago, y en general le da aspecto de esquimal», escribe Colville[138]. Como ya sucediera con su afeitadora eléctrica y su llavero sujeto a una cadena de plata de un metro de longitud, también este «traje de sirena» era un elemento destinado a ahorrar tiempo, tal y como sucedía igualmente con sus zapatos, que a veces elegía por tener un cierre de cremallera en lugar de uno de cordones[139]. El tiempo empleado en vestirse y desvestirse reducía, al menos teóricamente, el que podía dedicar a la guerra, aunque lo cierto es que tendía a hablar con sus secretarios privados, o a dictar textos a sus mecanógrafas, mientras se ponía o se quitaba la ropa o se afeitaba —y a veces llegaba a trabajar incluso en la mismísima bañera—. «Normalmente, el secretario privado permanecía junto a él en el dormitorio mientras se desnudaba, se rascaba entre los omóplatos con un cepillo de mango largo, y se ponía el camisón para irse a la cama», recordará Peck años más tarde. De hecho, lo que usaba para dormir era «una suerte de chaquetilla cuya longitud era aproximadamente la misma que la del más minúsculo de los minivestidos»[140].

Pero hay también otros ámbitos en los que se perciben igualmente estas costumbres domésticas de notable carácter abierto. Tanto en Chequers como en el número 10 de Downing Street, las medidas de seguridad frente a eventuales tentativas de asesinato o ataques terroristas eran muy poco sistemáticas, lo que no deja de resultar sorprendente. John Martin recuerda que entre los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores había una especie de competencia informal consistente en averiguar quién lograba penetrar en Downing Street con las credenciales más inverosímiles. Entre los finalistas de ese curioso torneo figurarían un abono para el tren y el carnet de un club de golf, pero «el trofeo final se lo llevó un hombre que se introdujo por la puerta principal, entre grandes muestras de aplomo, con una porción de tarta en las manos»[141]. Un comandante, al que se envió a la

residencia del primer ministro para comprobar la seguridad del edificio de Chequers, consiguió subir las escaleras, y una vez en la primera planta una criada le condujo al dormitorio de Churchill. Poco después, el militar regresaba por donde había venido y salía por la puerta sin que nadie le detectara.

El 21 de octubre (no sin cierta falta de tacto, ya que era el Día de Trafalgar[142]), Churchill emitía una alocución por radio destinada a escucharse en Francia y en la que utilizó por primera vez el francés: «*Français! C'est moi, Churchill, qui vous parle*», aunque después cambió al inglés. Tras lo ocurrido en Orán, no iba a resultarle nada fácil convencer a los franceses de su declarada francofilia, pero no quería que las relaciones con la Francia de Vichy empeoraran más allá de lo estrictamente necesario. «Durante más de treinta años he marchado junto a ustedes, tanto en la paz como en la guerra, y todavía hoy sigo avanzando por la misma senda, —resaltó—. Lo que *Herr* Hitler tiene en mente no consiste solo en robarle territorios a otros pueblos, ni en lanzarle las piltrafas de tierra que le sobran a su pequeño aliado [Mussolini]. Os aseguro con toda sinceridad que debéis creerme cuando digo que este hombre malvado, este monstruoso aborto surgido del odio y la derrota, está decidido, nada más y nada menos que a borrar por completo del mapa a la nación francesa y a demoler todas sus posibilidades de existencia y de futuro.»[143] Jacques Duchesne, jefe de la sección francesa de la BBC, ayudó a Churchill a practicar esta transmisión, que tuvo lugar en medio de un bombardeo. Por razones técnicas, hubo que grabar el mensaje en el número 10 de Downing Street y no en la Sala de Guerra. En un momento dado, al señalar Duchesne las escasas medidas de protección que había, Churchill se rio y le contestó: «*Si une bombe tombe sur la maison, nous mourrons ensemble comme deux braves gens!*» («¡Si cae una bomba en la casa, moriremos juntos como dos valientes!»[144]). No obstante, el primer ministro ya había metido la pata nada más entrar en la habitación, dado que había preguntado: «*Where is my frog speech?*» (pronunciando jocosamente *«frog»* en vez de *«french»*[145]. Duchesne le miró con expresión dolida. Hitler estaba a punto de reunirse con Pétain en

Montoire, en el centro de Francia, y esto dio a Churchill ocasión para hacer el siguiente comentario sobre el régimen de Vichy: «Debido a nuestra inesperada resistencia, [Pétain y los suyos] han podido negociar su traición a un precio ligeramente superior al que habrían conseguido de otro modo»[146]. No obstante, Churchill frenó los intentos del MI6, que se proponía sobornar a Pierre Laval, el primer ministro del gobierno de Vichy, para que abandonara Francia asegurando «que ya no vale la pena comprar»[147].

Al día siguiente del discurso radiado de Churchill, estalló un escándalo de corrupción que provocó la destitución de un buen amigo y partidario suyo. En 1939, el propio Churchill había escrito: «En cierto modo, uno de los elementos que permiten valorar la calidad de los sistemas políticos pasa por una prueba: la que determina si, en las grandes cuestiones, sus principales representantes son capaces o no de tomar decisiones basándose en los méritos de cada situación, al margen de sus propios intereses, y muchas veces en detrimento de sus mejores amigos»[148]. El 22 de octubre, Bob Boothby, que en la década de 1920 había ejercido las funciones de ayudante privado de Churchill en el Tesoro, que en los años treinta se había opuesto a las políticas de apaciguamiento, y que hacía ya mucho tiempo que pertenecía al Other Club, acababa de verse obligado a dejar el cargo de secretario parlamentario del Ministerio de Alimentación como consecuencia de un escándalo financiero. Había defendido públicamente la liberación de doscientas cuarenta mil libras esterlinas de unos activos checos pertenecientes a la esposa de un socio comercial de ese país centroeuropeo sin informar previamente a la Cámara de los Comunes, cosa que, de haber prosperado, le habría permitido recibir una prima del 10 %. Boothby había dado por supuesto que podía contar con la protección de Churchill, pero lo cierto es que ya no volvería a desempeñar jamás un cargo ministerial. «Ha sido uno de mis íntimos amigos, —reconoció Churchill en los Comunes—, muchas veces me ha apoyado en momentos de notable soledad y grandes apuros, y siempre he sentido por él un cálido afecto personal. No obstante, además del dolor que nos produce, el caso constituye también una pérdida para todos, pues es un menoscabo para el gobierno de Su Majestad»[149]. Sin embargo, Churchill no estaba dispuesto a poner en riesgo la reputación

de su gobierno en un momento de tanto peligro —y sabía que eso era justamente lo que iba a suceder si le permitía conservar el cargo—. En privado, el primer ministro comentó que Boothby «debería unirse a una unidad de desactivación de explosivos, ya que esa sería la mejor forma de rehabilitarse a los ojos de sus colegas. A fin de cuentas, siempre existe la posibilidad de que las bombas no estallen»[150]. Parecía una afirmación cruel, pero se trataba de una solución muy parecida a la que él mismo había puesto en práctica en 1915, fecha en la que el promedio de esperanza de vida de los nuevos oficiales destinados al Frente Occidental era de seis semanas, un plazo no demasiado distinto al de los escuadrones que se dedicaban a la neutralización de artefactos durante la segunda guerra mundial. Pese a todo, Churchill también le dijo a Colville, refiriéndose a quienes ahora acosaban a su amigo: «Si algo había en el mundo que le pareciera odioso [al propio Boothby], era este tipo de cacerías políticas»[151]. Y en esta reflexión también resuenan los ecos de lo sucedido en 1915.

A finales de octubre, Churchill viajó a Escocia en su tren especial con el fin de pasar revista a las fuerzas del general Sikorski y de inspeccionar los astilleros de Rosyth[152]. «Es mucha la gente que no sabe lo que dice cuando afirma que las guerras nunca han resuelto nada, —mantendrá Churchill en el trayecto al norte—. Jamás se ha logrado zanjar nada en la historia salvo por medio de las guerras.»[153] También sostuvo que, a su juicio, todo futuro oficial del ejército debía leerse las Vidas paralelas de Plutarco. A su regreso a Londres, mientras la multitud le aclamaba de camino a Downing Street, Churchill le confesará a Colville: «Represento a sus ojos algo que apoyan con todas sus fuerzas: la firme determinación de la victoria. Seguirán vitoreándome durante uno o dos años más»[154]. Reconocía así que el tiempo que le quedaba para lograr el triunfo era limitado.

El 28 de octubre, Italia invadía Grecia y el primer ministro del país, Ioannis Metaxás, pedía inmediatamente ayuda a Churchill con estas palabras: «La guerra a la que hoy nos enfrentamos es, por tanto, una guerra

en la que únicamente nos jugamos el honor»[155]. Resultaba difícil determinar si los intereses estratégicos británicos resultarían favorecidos o no en caso de prestar auxilio a Grecia, pero al enterarse de que se había bombardeado Atenas, Churchill respondió sin un solo titubeo: «Entonces tendremos que bombardear Roma»[156]. («Roma no se demolerá en un día», señaló no obstante a un diputado conservador, invirtiendo los términos del célebre dicho.)[157] Las tropas británicas empezaron a llegar a Grecia enseguida, nada menos que el 2 de noviembre, procedentes de Egipto. «Había un hecho muy destacado que nos saltó rápidamente a la vista, —escribe Churchill en sus memorias—. ¡Creta! Los italianos no debían apoderarse de ella.»[158] El último mensaje que le recalca a Dill al dejar Chequers a la hora del té fue: «No lo olvide: hemos de hacer todo lo posible por Grecia, empléese al máximo»[159]. El Comité de Defensa, incluidos Eden y Dill, respaldó el despliegue militar previsto en Grecia, pero lo cierto es que la operación se debió fundamentalmente a una iniciativa de Churchill. Como ya ocurriera en la campaña de Noruega, también en este caso acabaría comprendiéndose que la decisión había supuesto un costoso error, ya que no solo implicó restarle a Wavell una importante cantidad de efectivos —dejándole debilitado en el preciso momento en el que se disponía a atacar a los italianos en la localidad egipcia de Marsa Matruh—, sino que no permitió enviar en cambio a Grecia las tropas necesarias para influir en el resultado de la contienda en la península.

En noviembre, Churchill aguardó con angustia el desenlace de las elecciones presidenciales estadounidenses, con la confianza puesta en que ese país norteamericano se sumara a la guerra en caso de que Roosevelt venciera a su oponente republicano, Wendell Willkie. De hecho, durante la campaña electoral, le dirá a Colville que «comprendía perfectamente la exasperación que embargaba a muchos ingleses al comprobar la actitud de Estados Unidos, cuyas autoridades se estaban limitando a mezclar las críticas con la prestación de una ayuda muy poco eficaz. —Sin embargo, añadió—, debemos ser pacientes y no dejar traslucir nuestra irritación»[160]. (Estas manifestaciones las haría además entre cánticos, dado que, de cuando en cuando, interrumpía sus observaciones para entonar el *Under the Spreading Chestnut Tree*[161]). El 30 de octubre, en Boston, el presidente

Roosevelt afirmaba ante sus compatriotas: «Lo diré una y otra vez, tantas como sea preciso: vuestros muchachos no van a ser enviados a ninguna guerra extranjera»[162]. Por desalentadoras que resultaran esas palabras para los británicos, aquellas manifestaciones constituían un requisito imprescindible para la reelección de Roosevelt, ya que, pese a la abrumadora simpatía que sentían los norteamericanos por los Aliados, el número de estadounidenses dispuestos a unirse a los combates era relativamente reducido.

Entre el 10 de julio y el 31 de octubre de 1940, la aviación inglesa consiguió derribar nada menos que 1733 aviones de la *Luftwaffe*, aunque a costa de la pérdida de 915 cazas de la RAF. De este modo quedaba prácticamente confirmada la afirmación que Churchill le había hecho a Roosevelt en mayo, ya que en esa fecha le había asegurado que, según sus estimaciones, el saldo de los combates aéreos venía a establecer una proporción de «dos o tres a uno» a favor de Gran Bretaña[163]. «El porcentaje de pilotos de la RAF educados en las escuelas privadas de más larga tradición del Reino Unido es solo del 30 %, aproximadamente», le dirá Churchill al nuevo ministro del Interior, Herbert Morrison, que había dejado la escuela para trabajar como recadero a la edad de catorce años, «el resto solo cuentan con una educación primaria o provienen de las clases profesionales. Llama la atención que ni un solo miembro de la aristocracia haya optado por ingresar en la RAF: parece que es una tarea que prefieren dejarle a la clase media-baja. —Pero Colville añade algunos datos más sobre esta conversación—: Después, el primer ministro habló con gran elocuencia del hecho de que la aristocracia hubiera desaparecido del escenario bélico y hubiera sido sustituida por estos excelentes vástagos de la clase media-baja. Quiso rendir así homenaje a lo que esos jóvenes habían hecho por Inglaterra»[164]. Con todo, tampoco puede decirse que Churchill hubiera abandonado totalmente a los integrantes de su propia clase social, dado que en diciembre ofreció un título de nobleza a su viejo amigo lord Hugh Cecil, rector del colegio de Eton y benjamín del tercer marqués de Salisbury. Al comunicarle su intención, Churchill le comenta: «Sería bueno tenerte en la Cámara de los Lores […] para mantener bien alta la moral aristocrática y reprender a los obispos cuando yerren […]. Después de leer

en los periódicos que el ala de Eton en la que se azotaba a los alumnos ha quedado destruida como consecuencia de las acciones enemigas, es posible que tengas más tiempo libre y mayor fuerza»[165].

La noche del 4 de noviembre, Londres se vio libre de ataques aéreos por primera vez en ocho semanas. La *Luftwaffe* había decidido ampliar el radio de acción de sus incursiones y atacar de ese modo los centros industriales y los puertos marítimos de todo el país. Después de esa fecha, Londres continuaría sufriendo bombardeos de forma periódica, pero ya no de manera ininterrumpida. Al comprobar que los aviones italianos comenzaban a sumarse a los asaltos, Churchill aseguró que bombardearía Roma tan pronto como dispusiera de los suficientes bimotores Vickers Wellington en Malta, isla desde la que ya estaban despegando los bombarderos que machacaban Nápoles. Y al apuntar Colville que esperaba que se respetara el Coliseo, Churchill señaló que no le haría ningún daño «perder unos cuantos ladrillos, —y citó unos versos de las *Peregrinaciones de Childe Harold* de Byron—: Mientras quede en pie el Coliseo, Roma permanecerá erguida. / Cuando caiga el Coliseo, Roma caerá también»[166]. No obstante, al final, su amor a la historia impediría que el centro de Roma sucumbiera a la devastación que habría sido fácil desatar sobre la ciudad. «Hemos de tener cuidado para no bombardear al papa, —le dirá a *sir* Richard Peirse, el nuevo comandante en jefe del Mando de Bombardeo—: ¡Tiene un montón de amigos influyentes!»[167]. Más tarde, ese mismo mes, al enterarse de que se habían derribado ocho aviones italianos que participaban en una incursión aérea sobre Londres, dio un alarido de alegría[168].

El 5 de noviembre, Churchill pronunció en los Comunes un discurso que había dictado en la Sala Hawtrey de Chequers mientras escuchaba los valses de Strauss en el gramófono de Mary. «El rey de Grecia, su gobierno y su pueblo han decidido luchar por su vida y su honor, ya que no quieren dar facilidades a nadie que pretenda cargar de cadenas al mundo», exclamó[169]. Nicolson se percató de que, «en su búsqueda de la frase correcta [Churchill], movía arriba y abajo las palmas de las manos con los cinco dedos extendidos, frotándolas al mismo tiempo en la parte delantera del abrigo. Es un gesto que transmite la impresión de que las está seleccionando con toda cautela, y casi podría decirse que la desenvoltura de

sus maniobras posee virtudes terapéuticas». Una vez acabado el discurso, prosigue Nicolson, el primer ministro «se dirige con andares desgarbados a la sala de fumadores y lee con la máxima atención el *Evening News*, como si fuera la única fuente de información a la que tuviera acceso»[170].

La noticia que Churchill deseaba conocer ardientemente llegaba al fin ese mismo día, aunque un poco más tarde: Roosevelt había vencido a Willkie por 449 votos electorales frente a 82. Había ganado en 38 estados, mientras que su adversario solo había conseguido imponerse en 10, lo que le convirtió en el primer presidente de la historia al que se elegía para un tercer mandato. No obstante, tras el recuento total de los sufragios se vio que había vencido por un margen bastante más apurado de lo que su triunfo electoral permitía suponer, ya que había recibido 27,2 millones de votos y Willkie 22,3. Churchill sintió un «alivio indescriptible». No es que Willkie fuera un aislacionista, pero Mary resume bien el sentimiento que se apoderó del domicilio de los Churchill al exclamar en su diario: «¡¡*Aleluya*!! Un maravilloso puñetazo en los hocicos de Hitler»[171]. El 16 de noviembre, una vez asegurada la reelección de Roosevelt, Churchill le envió un telegrama que él mismo consideraría más tarde «uno de los más importantes que jamás hubiera tenido que redactar». En el mensaje, el primer ministro solicitaba que se le prestaran o arrendaran armas a Gran Bretaña en el marco de un programa que permitiría que el gobierno inglés reembolsara a Estados Unidos las sumas debidas en un plazo muy largo de tiempo[172]. (Es probable que ni siquiera el propio Churchill hubiera acertado a saber que, de haberse aceptado su plan, la cuota final del préstamo que solicitaba, de 83,25 millones de dólares, se habría abonado nada menos que en el año 2006). Mucho después, Harry Hopkins, el confidente más próximo a Roosevelt, le confesará a Churchill que el presidente estadounidense «había leído y releído aquella carta a solas, sentado en una silla de cubierta» del *Tuscaloosa*, el buque de guerra estadounidense en el que navegaba por el Caribe, y que, «después de dos días enteros de sesudas meditaciones no parecía haber llegado a ninguna conclusión clara»[173]. No obstante, lo cierto es que en la mente del presidente estaba empezando a cuajar una idea extraordinaria.

En noviembre, los Comunes se reunieron por primera vez en Church House, en el barrio de Westminster, porque se consideraba que la sede de la Iglesia de Inglaterra era más segura que el palacio de ese mismo municipio. En la última aparición que había hecho en la Cámara, antes de que se trasladaran las sesiones del parlamento a Church House, el primer ministro había tenido ocasión de anunciar, para gran regocijo de los presentes, la decisiva victoria que había obtenido la Flota del Mediterráneo sobre la armada italiana en la batalla de Tarento, la noche del 11 de noviembre. «Esta vez le hemos podido dar un poquito de alpiste a los pájaros», le dijo a Channon con una amplia sonrisa en el rostro[174]. Era la primera vez que los diputados de los Comunes se congregaban en un espacio distinto al habitual desde que la Cámara se incendiara en 1834, y Channon señala que «Winston observó muy divertido la confusión creada»[175]. «Los parlamentarios se quejan abiertamente de que Winston se aprovecha de su posición, —añade Channon—, y explota la circunstancia de que cuenta con un enorme número de seguidores en el país, ya que a pesar de que su popularidad comience a decaer, todavía sigue siendo muy alta»[176]. Lo único que nos indica esta afirmación es que Channon era víctima de un espejismo, puesto que la popularidad de que gozaba Churchill entre el público en general era tan elevada como siempre, aunque aún fueran muchos los parlamentarios conservadores sin cartera que siguieran negándose a reconciliarse con él. Por consiguiente, el 9 de noviembre, al fallecer Chamberlain a los setenta y un años, Churchill tuvo que andarse con pies de plomo al hacer su panegírico en la abadía de Westminster.

La mayoría de los políticos habrían contemporizado al cantar las excelencias de un predecesor, máxime si se hubieran opuesto durante años, con total decisión, a sus más importantes directrices políticas; si lo hubieran desplazado con un polémico golpe de mano; y si los partidarios del fallecido conservaran vivo el rencor de la humillación y contaran con mayoría en la Cámara de los Comunes. El 14 de noviembre, sin embargo, en la gélida abadía de Westminster (de la que se habían retirado las vidrieras para ponerlas a salvo, sin taponar después adecuadamente los

huecos), Churchill aprovechó la oportunidad que le proporcionaba el hecho de acceder al púlpito en el funeral de Chamberlain para dar un magnífico discurso.

«Al rendir homenaje de respeto y consideración a este hombre eminente que nos ha sido arrebatado, —dijo Churchill ante el público que abarrotaba el templo—, nadie debe sentirse en la obligación de alterar las opiniones que formó o expresó en su día respecto a una larga serie de temas que han pasado ya a formar parte de la historia. Pero no es menos cierto que, a las puertas del camposanto, todos podemos juzgar conveniente proceder a una escrupulosa revisión de nuestros propios actos y dictámenes. No le es dado al ser humano —por fortuna, ya que de lo contrario la vida resultaría intolerable— prever o predecir, más allá de un breve plazo, el curso y el despliegue de los acontecimientos. Si en una fase de la vida, ciertos hombres parecen haberse regido por criterios acertados, en otra pudiera tenerse la impresión de que incurrieron en error.» Chamberlain se había equivocado al tratar de apaciguar a Hitler, pero le habían guiado, en palabras de Churchill, «los más benévolos instintos del corazón humano […], incluso en momentos de gran peligro, y ciertamente con el más absoluto desprecio de la popularidad o el clamor» de sus adversarios. Además, el anterior primer ministro se había esforzado invariablemente, «hasta el límite de sus facultades y de su autoridad, ambas amplias y firmes, por salvar al mundo de la terrible y devastadora lucha en la que nos hallamos ahora inmersos»[177].

«La historia, que nos ilumina con luz parpadeante», continuó Churchill,

> nos lleva casi a tientas por las sendas del pasado cuando intentamos reconstruir sus escenas, revivir sus ecos y avivar con pálidos destellos las pasiones de antaño. ¿Qué valor tiene todo esto? La única guía del hombre es su conciencia; el único escudo que puede proporcionar amparo a su memoria es la rectitud y la sinceridad de su conducta. Resulta extremadamente imprudente caminar por la vida sin esta salvaguarda, pues son tantas las veces en que el descalabro de nuestras esperanzas y la alteración de nuestros cálculos se burlan de nosotros. En cambio, provistos de esta adarga, sea cual sea el juego del destino, marcharemos siempre en las filas del honor[178].

Channon, que estaba sentado junto a Rab Butler en el segundo banco de la iglesia, resalta que «Winston tuvo el decoro de llorar al aproximarse al

ataúd»[179].

Churchill repitió este discurso ante la nueva sede de los Comunes en Church House para que quedara constancia del mismo en las actas del *Hansard* —en la que fue su primera intervención en ese espacio—. Colville «no tuvo la sensación de que la disertación del primer ministro alcanzara a igualar en este caso la magnificencia de su lenguaje», entre otras cosas porque la sala era pequeña, porque los parlamentarios tosían de cuando en cuando, y porque el estrado crujía cuando la gente se acercaba a él[180]. Al elogiar Kathleen Hill la brillantez de su discurso, Churchill le contestó: «Bueno, también es evidente que podría haberle dado un sentido totalmente opuesto»[181]. A fin de cuentas, Churchill no había cambiado de opinión respecto a las medidas de apaciguamiento. También le comentó a Nicolson que la invocación fúnebre no le había supuesto «una tarea insuperable, ya que admiraba muchas de las grandes cualidades de Neville. Con todo, le pido a Dios que me ahorre, en su infinita misericordia, tener que pronunciar un alegato similar en el caso de Baldwin. Eso sí que me resultaría realmente difícil»[182]. (Y lo cierto es que, en efecto, se libró de hacerlo.) Al conversar con James Stuart, un parlamentario totalmente favorable a Chamberlain, Churchill reflexionó: «¿Qué voy hacer ahora que ya no tengo al pobre Neville? Confiaba en él para que se ocupara del frente interno por mí»[183]. Sin embargo, tras la muerte del anterior primer ministro, a Churchill no le quedaba más remedio que encomendarse a Attlee, Morrison y Anderson, que no partían en modo alguno de los mismos principios políticos que él.

El diputado conservador Ronald Tree, alias «Ronnie», preguntó a Churchill si le gustaría pasar unos días en su casa de campo de Ditchley Park, en Oxfordshire, al menos en los períodos de luna llena, dado que los aviones de reconocimiento alemanes habían sobrevolado poco antes la mansión de Chequers y lanzado bombas en las inmediaciones —con lo que el Estado Mayor del Aire se alarmó, convencido de que podría producirse un ataque en toda regla—.[184] «Pese a que siempre he estado dispuesto al martirio, —explicó—, no tiene sentido tentar a la Providencia»[185]. Churchill consideraba que el alojamiento alternativo que le había ofrecido el gobierno en Worcestershire se encontraba demasiado lejos de Chequers y de Londres, mientras que Ditchley estaba a solo ciento veinte kilómetros de

Whitehall[186]. Tree y su esposa Nancy (que más tarde se convertiría en Nancy Lancaster[187] al casarse con el industrial y político conservador Claude Lancaster) «recibían con el más exquisito gusto a la alta sociedad y habían sabido crear una refinada atmósfera de estética prebélica en su casa de campo, —explica Martin[188]—. Se trata sin duda de la casa más hermosa que jamás haya visto», exclama Mary, y de hecho Churchill se reunía habitualmente con los almirantes y los generales del ejército en la Sala China de la mansión[189]. La tarde del funeral de Chamberlain, al partir Churchill en dirección a Ditchley, John Martin le entregó la caja de color cuero en la que se guardaban los mensajes descifrados de la máquina Enigma. Al llegar a Kensington Gardens, tras solo unos minutos de viaje, Churchill ordenó al conductor que diera media vuelta y regresara a Downing Street. Los documentos decodificados acababan de indicarle que estaba a punto de producirse una gran incursión aérea, cuyo nombre en clave era «Claro de Luna», y pese a que los analistas de Bletchley Park no habían podido identificar el objetivo que iba a ser atacado, la configuración de las ondas de radar del aparato alemán conocido como «X-Gerät» sugería que el objetivo podía ser Londres[190]. Así explica Martin la situación: Churchill «no iba a marcharse a dormir tranquilamente al campo mientras Londres quedaba expuesto a lo que, según todas las indicaciones, iba a ser un intenso bombardeo»[191]. Bracken envió a casa a una parte del personal femenino del primer ministro y ofreció al resto la posibilidad de refugiarse en el búnker de Dollis Hill. Por otro lado, la valentía natural de Churchill y su deseo de estar siempre en el ojo del huracán impulsaron a Churchill a encaramarse al tejado del Ministerio del Aire, provisto de sus binoculares[192].

Pese a todo, la incursión aérea de esa noche tuvo lugar en la ciudad de Coventry, en las Tierras Medias, y en ella murieron 544 personas y otras 420 resultaron heridas —con el desolador añadido de que, de los 515 aviones que habían enviado los alemanes, solo se había conseguido derribar 1—.[193] Surgió el mito de que Churchill sabía que Coventry iba a ser bombardeado, pero había permitido que se perpetrara el ataque para mantener en secreto la eficacia del sistema Ultra. Lo cierto, sin embargo, es que en el mensaje descifrado no se indicaba que el objetivo fuera

Coventry[194]. Tanto las terribles incursiones aéreas que sufrió Birmingham entre los días 19 y 22 de noviembre, como las que se abatieron sobre Southampton el 23, y sobre Bristol el 24, harían exclamar a Churchill: «Nuestros métodos son un completo fracaso». Pese a que después del ataque padecido en Coventry, los Hurricanes y los cañones antiaéreos hubieran sido enviados a las Tierras Medias, la *Luftwaffe* continuó lanzando sus artefactos, aunque ahora sus aviones se dedicaban a bombardear fundamentalmente por las noches, lo que les obligaba a hacerlo con bastante menos precisión[195].

Pese a todo, tal y como habría de señalar el propio Churchill el 22 de noviembre, la amenaza aérea no era «nada en comparación con la que planteaban los submarinos»[196]. Churchill volvió a centrarse en la cuestión de los puertos del Tratado Anglo-Irlandés, y se quejó a lord Cranborne, el secretario de los Dominios, de que «no debería alentarse» a *sir* John Maffey, el embajador británico en Dublín, «a concebir la idea de que su única tarea pudiera consistir en aplacar a De Valera y en hacer que todo, incluyendo nuestra ruina, pase sin pena ni gloria, como algo carente de importancia»[197]. A principios de diciembre, Churchill comenzó a preguntarse si no se podrían aplicar sanciones al Estado Libre Irlandés para obligarle a cambiar de actitud. Sin embargo, no había forma de modificar la postura del Taoiseach[198], Éamon de Valera, decidido a no permitir que la Marina Real Británica utilizara los puertos de las costas irlandesas en la lucha contra el fascismo.

El 30 de noviembre, en su sexagésimo sexto cumpleaños, Churchill le escribe a Roosevelt una carta de quince páginas en la que le resume la situación estratégica de la guerra y vuelve a intentar presionarle para que se resuelva a proporcionar ayuda a Gran Bretaña. El escrito hubo de superar varias revisiones y no fue enviado hasta el 7 de diciembre. «En el año 1941, el elemento decisivo se encontrará en el mar», le aseguraba,

> a menos que podamos dejar bien sentada nuestra capacidad de alimentar a la isla y de importar las municiones de todo tipo que precisamos; a menos que podamos desplazar a nuestros ejércitos por los diversos escenarios bélicos en los que es necesario plantar cara y frenar *in situ* a Hitler y a su socio Mussolini […], es posible que en el momento en el que Estados Unidos logre culminar sus largos preparativos defensivos nosotros hayamos quedado ya fuera de combate, con lo que la ayuda no llegará a tiempo. Por consiguiente, en

> 1941 el factor decisivo de la guerra girará en torno al tráfico marítimo y a la capacidad de transportar hombres y materiales de un lado a otro de los océanos, cosa que se revelará particularmente cierta en el caso del Atlántico[199].

Churchill solicitaba el envío de nuevos fletes, la aportación de más destructores, y una mayor presión sobre De Valera a fin de forzarle a permitir el uso de las bases irlandesas. También pedía a Estados Unidos que utilizara sus buques de guerra para escoltar a los barcos mercantes norteamericanos. La carta terminaba con estas palabras: «Si […] está usted convencido, señor presidente, de que la derrota de la tiranía fascista de los nazis es una cuestión de gran relevancia, tanto para el pueblo de Estados Unidos como para el hemisferio occidental, estoy seguro de que no verá en este escrito una petición de ayuda, sino una declaración de las acciones mínimas necesarias para alcanzar nuestro objetivo común». Poco antes, en los párrafos precedentes, Churchill había analizado las formas de atender al pago de todo cuanto se mencionaba en la misiva y había declarado lo siguiente: «Hallándome, como es el caso, en el punto culminante de esta guerra, no puedo manifestarme dispuesto a despojar a Gran Bretaña de todos los bienes negociables que pueda encontrar en el país, pero después de que consigamos la victoria con sangre y sudor, de que veamos a la civilización a salvo y de que Estados Unidos haya ganado el tiempo que precisaba para quedar plenamente armado frente a cualquier eventualidad, podrá descarnársenos hasta el hueso»[200]. Pese a sus afirmaciones, resultaba muy difícil ver la forma de evitar ese desmantelamiento.

En diciembre, Churchill le escribió a Sinclair y a Portal para pedirles un documento de «no más de dos o tres páginas» en el que se expusiera una estimación de las dimensiones que podía tener la *Luftwaffe* entre finales de marzo y junio de 1941. En ocasiones, los recuentos que recibía del Ministerio del Aire, el de Economía de Guerra y el de Producción de Aviones —por no mencionar los de su propia Oficina de Estadística— eran tremendamente dispares. Intentó imponer al resto de los ministerios el sistema organizativo que había ideado Lindemann, pero todos ellos se mostraron reacios a renunciar a una recopilación y una presentación independientes de sus datos estadísticos. Ante esa situación, Churchill decidió «dejar que las discrepancias entre los distintos departamentos se

expresaran en toda su virulencia, —como él mismo explicaría más tarde—. Es una buena forma de descubrir la verdad», aseguraba[201]. A finales de año, Sinclair y Portal llegaron a la conclusión de que la superioridad material de los alemanes se situaba en ese momento en una proporción de cuatro aparatos a tres, aproximadamente, mientras que durante la batalla de Francia había sido de dos a uno —a lo que añadían que, para el mes de abril, la relación se habría inclinado hacia posiciones todavía más favorables a Gran Bretaña—. Churchill comprendió que los días más sombríos de la batalla de Inglaterra y de una inminente amenaza de invasión habían quedado atrás. En diciembre, Eden anota en su diario: «He visto a Winston cansado pero alegre. Hemos estado hablando de los siniestros días del verano. Le dije que Portal y yo nos habíamos confesado mutuamente que, en nuestro fuero interno, ambos habíamos abandonado toda esperanza en los peores momentos. Y él me contestó: “Sí, por regla general me despierto lleno de optimismo y con ánimo de encarar el nuevo día. Pero en esos tiempos sentía que el temor me invadía el alma al abrir los ojos”»[202]. Aun así, nada de lo que esos hombres hicieron o manifestaron en público, ante la prensa, en el parlamento, frente a su propio personal, e incluso a sus esposas, dejó traslucir un solo instante que dudaran lo más mínimo en la victoria final. A lo que en esa época se asistió fue a la quintaesencia misma del liderazgo.

A principios de diciembre, Churchill se sentía terriblemente frustrado. Además de irritarle la testarudez de De Valera, le molestaba que los jefes de Estado Mayor hubieran bloqueado el plan de la Operación Taller, concebido por el almirante Keyes, y consistente en tomar la pequeña isla de Pantelaria. No obstante, los problemas que conllevaba la conservación y el abastecimiento de ese islote situado al suroeste de Sicilia y a solo cien kilómetros de ella, parecían superar con creces los posibles beneficios, ya que el puerto de Pantelaria era muy precario y su aeródromo notablemente inadecuado —razón por la que los jefes de Estado Mayor habían actuado acertadamente al vetar la operación—. El almirante *sir* Andrew Cunningham, comandante en jefe de la Flota del Mediterráneo, se había

opuesto tan enérgicamente a la idea que Churchill había exclamado: «Creo que no deberían suscitarse este tipo de sentimientos entre viejos camaradas»[203]. Por su parte, Keyes había condenado con tanta virulencia a los «cobardes asesores» de Churchill que este, poco dispuesto, como de costumbre, a imponer su criterio a los jefes de Estado Mayor, se había visto obligado a decirle: «Tanto usted como sus unidades de choque tendrán que obedecer las órdenes como todo el mundo, y no hay nada más que añadir al asunto»[204].

Churchill también pensaba que Wavell había reaccionado con lentitud en Egipto al poner en marcha la Operación Brújula contra los italianos, y pese a que los hombres de Mussolini estuvieran viéndose obligados a retroceder, derrotados por la feroz resistencia que les estaban oponiendo los griegos en los Balcanes, el 3 de diciembre Dill se aventuró a preguntar: «¿Pero qué está haciendo Alemania?» —una pregunta que en realidad le correspondía responder, no plantear—, con lo cual Churchill contestó: «Están preparando algo terrible»[205]. El 5 de diciembre, tras una reunión del Comité de Defensa, Churchill le propuso a Eden que relevara del mando a Wavell, esgrimiendo para ello el precedente de que el duque de Wellington había sido parlamentario antes de luchar en la guerra de la Independencia española. «¡Rechacé el ofrecimiento con toda firmeza!», protestará lógicamente Eden[206]. El 9 de diciembre, Wavell daba inicio a la Operación Brújula en el desierto occidental de Egipto. En el transcurso de las seis semanas siguientes, Wavell avanzó 320 kilómetros e hizo 113 000 prisioneros. El 10, durante una cena con el rey, «Winston siguió repitiendo que debíamos salir airosos a cualquier precio», refiere el propio monarca. Y en efecto, el éxito sonrió al fin a los británicos, de modo que, al día siguiente, Churchill tuvo ocasión de telefonear al rey para anunciarle la primera victoria terrestre que se obtenía desde el inicio de la contienda[207]. Churchill le dijo a Lindemann que «llevaba cinco semanas viviendo con la esperanza [de ese triunfo] y que se había sentido aterrado ante la perspectiva de que una eventual tormenta de arena pudiera dar a los hombres que combatían sobre el terreno la oportunidad de replegarse» —un comentario que indica lo mucho que dudaba del espíritu de lucha de los generales británicos—.[208] Menos de tres meses después de que se

verificara la Operación Brújula, Wavell había librado ya cinco nuevas campañas por orden de Churchill: en Grecia, Siria, Irak, Etiopía y Eritrea, aunque seguía sin recibir los inmensos refuerzos necesarios para la victoria, dado que solo había contado con algo de ayuda en los enfrentamientos de menor calado.

El día en que se inició la Operación Brújula, el claustro de San Esteban del palacio de Westminster, construido en el siglo XIV, quedó muy dañado tras una incursión aérea, con lo que la decisión de Churchill de trasladar la sede del parlamento a Church House quedó plenamente justificada. Channon descubrió que el guardarropa de los diputados había quedado «devastado: lo que vi, —explica—, fue una escena de confusión y ruinas, con cristales rotos por todas partes. La parte más hermosa y antigua del enorme edificio estaba hecha pedazos. De repente topé con Winston Churchill, enfundado en un abrigo con cuello de piel y fumando un puro […]. “Es horrible”, me comentó sin apartar el cigarro de la boca. Pude ver que estaba muy emocionado, puesto que adora Westminster […]. “El lugar en el que Cromwell firmó la sentencia de muerte del rey Carlos”, gruñó»[209].

El 12 de diciembre fallecía en Washington lord Lothian, víctima de una insuficiencia renal aguda, tras cinco días de padecimientos, y a la temprana edad de cincuenta y ocho años[210]. Una vez más, el elogio fúnebre que Churchill dedicó a Lothian en Westminster giró en parte en torno a referencias a su propia persona. «No puedo evitar el sentimiento de que morir en el apogeo de la capacidad profesional de un hombre no es el destino más deseable que quepa imaginar, —aseguró ante sus colegas del parlamento—, [pues no lo es] que desaparezca en el momento álgido de sus desvelos en este bajo mundo, en el preciso instante en el que disfruta de una honra y una admiración universales; [no lo es] que se apague cuando todavía hay grandes cuestiones que exigen nuestra atención del más absorbente de los modos; [y tampoco puede serlo que la nación] vea que se lo arrebatan en un período en el que ya podía entreverse, cercana, la luz del éxito final»[211]. En una fase posterior de la guerra, cuando ya se habían sumado al esfuerzo bélico Rusia y Estados Unidos, con la consiguiente

certeza de la victoria, Churchill señalaría muchas veces que si él mismo hubiera muerto en el transcurso de la conflagración, su muerte habría sido envidiable.

En un primer momento, Churchill sopesó la posibilidad de nombrar a Lloyd George sucesor de Lothian en la embajada de Washington, pero no estaba totalmente seguro de poder confiar en él. Al final le propuso efectivamente el cargo, pero el interesado lo rechazó por razones de salud. No era posible recurrir a *sir* Richard Stafford Cripps, el embajador ante la Unión Soviética, dado que, además de tener que sacarse de Moscú al diplomático y a su familia, Churchill consideraba que Cripps era «un lunático en un país de locos, y sería una pena impedir que siguiera en su salsa»**[212]**. Se estudiaron asimismo las candidaturas de lord Cranborne y lord Vansittart, pero al final Churchill se decidió por Halifax, ya que eso le dejaba vía libre para proponer a Eden la recuperación de su antiguo cargo de ministro de Asuntos Exteriores. Ya en octubre había señalado Churchill: «Lo que se precisa en ese departamento es aplicar a conciencia la presión diplomática», una firmeza que, en su opinión, Eden podía gestionar de la mejor de las maneras**[213]**. Además, de ese modo también lograba librarse de Halifax, al que juzgaba, en el mejor de los casos, una rémora —y en el peor, un hombre quizá propenso a defender, por enésima vez, el establecimiento de negociaciones de paz en caso de que la guerra se torciera—. Churchill se valdría astutamente de los nombramientos en el extranjero para eliminar a sus potenciales oponentes y sustituirlos por individuos leales a su persona, ya que además de destinar a puntos muy alejados de Gran Bretaña a Halifax, a Hoare y a Malcolm MacDonald (que partió al Canadá en calidad de alto comisionado), también apartó de Londres a otros cinco ex ministros partidarios de Chamberlain asignándoles cargos como los de gobernador de Birmania o Bombay, ministro residente en el África Occidental, o alto comisionado de Australia o Sudáfrica. Y el inveterado expediente del ennoblecimiento le permitiría dejar fuera de los Comunes a unos cuantos más.

El 12 de diciembre, Churchill le dirá a Jock Colville que una vez se alcanzara la victoria «no deseaba encabezar ninguna lucha de partidos o de clases contra los líderes laboristas que tan fielmente estaban cooperando

con él en ese momento». En lugar de eso, lo que se proponía hacer era «retirarse a Chartwell y escribir un libro sobre la guerra, un libro cuyo contenido ya tenía bien trazado en la mente, capítulo por capítulo»[214]. El hecho de que ya estuviese contemplando la contienda desde el punto de vista de su potencial interés literario explica en parte por qué se preocupaba tanto de poner por escrito todas las órdenes y los memorandos que emitía. Y lo que aún es más importante: Churchill no aceptaba asumir la responsabilidad de nada de lo que no se tuviera constancia escrita, un aspecto que terminaría convirtiéndose en un elemento clave en la tradición gubernativa de Whitehall[215].

Churchill se mostró siempre rotundamente claro en todos los debates que habrían de ir surgiendo durante la batalla de Inglaterra en torno a los objetivos bélicos de Gran Bretaña. «No había más que una meta, —afirmaba—: Aniquilar a Hitler». Churchill creía que una vez ganada la guerra «se constituirían unos Estados Unidos de Europa, y que Gran Bretaña estaría llamada a ser el nexo de unión entre esa Federación y el Nuevo Mundo, demostrando con ello su capacidad de armonizar los intereses de una y otro. —Al preguntársele si eso significaba el surgimiento de un nuevo equilibrio de poder, él explicó—: No, será el equilibrio de la virtud»[216]. Y al referirse a Thomas Inskip, al que Churchill llamaba ese «bobo, —añadirá—: Vamos a ganar, pero no lo mereceremos; o mejor dicho: lo merecemos por nuestras virtudes, pero no por nuestra inteligencia»[217]. Vemos, por tanto, que, a mediados de diciembre, Churchill ya estaba centrando sus pensamientos en el mundo que habría de surgir en la posguerra. Le dijo a Colville que habría cuatro confederaciones, la Septentrional, la Centroeuropea, la Danubiana y la Balcánica (en la que incluía a Turquía), a lo que añadía que todas esas naciones se reunirían en una institución llamada el Consejo de Europa. «El mundo de habla inglesa quedará al margen de esa organización, —aseguró—, pero seguirá estrechamente vinculado con ella»[218]. No obstante, Churchill tendía a evitar, por regla general, todas las conversaciones relacionadas con la reconstrucción de la posguerra o con los «objetivos bélicos». «No permita que los vastos planes destinados a construir un mundo nuevo distraigan sus energías y le impidan salvar lo que queda del viejo», le dirá a lord Reith, el

ministro de Obras y Edificios[219]. Esta acertada metáfora explica su visión de conjunto.

Pese a que, *de facto*, Churchill solo se tomó ocho días de vacaciones entre el estallido de la guerra y la rendición de Alemania[220], a veces podía hacer escapadas de una o dos horas. El 15 de diciembre, por ejemplo, tras almorzar en Ditchley partió en dirección a Blenheim. «Pasamos un buen rato a cuatro patas en el suelo de la biblioteca, —recuerda una de las personas que atendían su secretaría—, para que él reconstruyese ante nosotros la batalla de Blenheim con un montón de soldaditos de plomo»[221]. Esa noche vio *Lo que el viento se llevó*, película que le dejó «hecho polvo por los intensos sentimientos y emociones» que reflejaba y que le llenó de por vida de una especial *tendresse* hacia Vivien Leigh, actriz a la que más tarde regalaría un cuadro[222]. Esa noche, a las tres de la madrugada, se dejó caer con tanta fuerza en una silla del dormitorio que fue a dar con sus huesos entre el asiento al que apuntaba y un taburete y terminó, en palabras de Colville, «por el suelo, en la más absurda de las posiciones, y con los pies en el aire. Dado que entre sus defectos no figuraba el de envolverse en una fingida dignidad, consideró que el traspié había sido de risa y repitió varias veces: "¡Una auténtica charlotada!"»[223].

Pocos días después, Churchill llevaba a cuatro ministros, además de a Colville y a su hermano Jack, a su antigua escuela para asistir al festival de coros que se celebraba en el colegio de Harrow y hablar con los alumnos[224]. En uno de los lemas y cánticos del centro —«*Stet Fortuna Domus*» («Hagamos que la fortuna de la casa permanezca)— —se había insertado un verso adicional en su honor—. Churchill cantó muy animadamente, tal y como hicimos todos, y parecía recordar casi toda la letra sin necesidad de consultar el cantoral», anota Colville. «Hemos cantado "los maravillosos gigantes de la antigüedad"», comentó Churchill con los adolescentes,

> ahora bien, ¿duda alguien de que la presente generación sea tan buena y tan noble como cualquiera de las que haya producido la nación, o de que sus hombres y mujeres puedan mantenerse firmes ante cualquier prueba? […] En uno de sus discursos más recientes, Hitler ha declarado que la lucha en la que nos hallamos inmersos es un combate entre quienes han pasado por las Escuelas de Adolf Hitler y quienes han acudido a Eton. Pero Hitler se ha olvidado de Harrow, y también ha pasado por alto a la inmensa mayoría de los

> jóvenes de este país que nunca han tenido el privilegio de asistir a tales escuelas, pero que por su habilidad y destreza han sabido ganarse la admiración del mundo.

A continuación, teniendo con toda probabilidad la mente puesta en ese 70 % de pilotos de combate de la RAF que habían ido a las escuelas públicas, añadió: «Cuando esta nación consiga ganar la guerra, como sin duda habrá de ocurrir, uno de nuestros objetivos tendrá que consistir en hacer todos los esfuerzos necesarios para establecer un tipo de sociedad en el que las ventajas y los privilegios que hasta ahora han disfrutado únicamente unos cuantos queden en lo sucesivo al alcance de muchas más personas y puedan ser ampliamente compartidos por los jóvenes del conjunto del país»**[225]**. Al terminar la disertación, los alumnos de los cursos superiores se arremolinaron a su alrededor. «Perdían toda timidez, —recuerda Colville al referir lo que sucedía en esas ocasiones—, y él les hablaba con toda naturalidad, como a sus iguales»**[226]**. Churchill se llevaba bien con la gente joven, ya se tratara de los colegiales de Harrow, de los guardiamarinas, de los amigos de sus hijos, de los vigilantes de Chequers o de sus propios nietos.

A escasas fechas de la Navidad, Churchill le dijo a Halifax que le iba a enviar a Washington en calidad de embajador. Al darle la noticia, el primer ministro contaba además con el respaldo de las encuestas de los servicios de Inteligencia de Interior, que mostraban que parte de la impopularidad que había lastrado al difunto Neville Chamberlain a causa de las políticas de apaciguamiento se había trasladado ahora a la persona de Halifax. Al protestar Halifax por esas consideraciones, Churchill le dijo que «jamás lograría borrar la fama de apaciguadores que tanto él como el personal del Ministerio de Asuntos Exteriores se habían ganado en Inglaterra. Por otro lado, —agregó—, ahora se le presentaba la gloriosa oportunidad de redimirse en Estados Unidos, dado que, a menos que ese país norteamericano decidiera participar en la guerra, no podremos ganarla, o al menos no nos será posible lograr los términos que debieran figurar en una paz realmente satisfactoria»**[227]**. Era cierto, pero a pesar de ello se trataba de un reconocimiento demasiado relevante como para admitirlo así como así, aunque fuera en privado. Halifax amenazó con renunciar por completo a la actividad política, y *lady* Halifax reprendió a Churchill por enviarlos al

exilio. No obstante, al final, el ex ministro de Asuntos Exteriores partió rumbo a Estados Unidos, y el rey suavizó un tanto el disgusto diciéndole que «si algo le sucediera a Winston […] siempre podría solicitarse su regreso»[228]. Una de las instrucciones que recibió Halifax con vistas al desempeño de su nuevo cargo se encontraba en el memorando que Churchill le envió el 20 de diciembre, en el que puede leerse: «Nunca hemos recibido de Estados Unidos nada que no hayamos pagado, y lo que hasta ahora se nos ha entregado no ha desempeñado ningún papel esencial en nuestra resistencia»[229]. El principal deber de Halifax consistía en conseguir que el Congreso aprobara lo antes posible un paquete de medidas legales que permitiera a Gran Bretaña adquirir armas sin tener que abonar su importe de manera inmediata.

Pese a su renuente aceptación, la marcha de Halifax permitió que Churchill pudiera decirle finalmente a Eden que, «decididamente, quería que regresara» al Ministerio de Asuntos Exteriores[230]. Eden era veintitrés años más joven que Churchill, y en muchos sentidos el hijo que le habría gustado tener. Después de la guerra, Colville resaltará el «casi paternal afecto» que Churchill profesaba a Eden, y establecerá un claro contraste entre esa situación y las emociones de padre que, para su frustración, Churchill veía imposible transferir a Randolph[231]. En su juventud, Churchill no había podido ver cumplido lo que él llamaba «su mayor deseo» —el de haber hallado ocasión de trabajar en estrecha colaboración con su propio padre—, pero ahora podía satisfacerlo con este hijo poco menos que putativo (aunque de cuando en cuando también estallaran vehementes peleas entre ambos). Al mes siguiente le comentó a Eden que el cambio de ministro de la Guerra a titular de la cartera de Asuntos Exteriores era como pasar de golpe del cuarto curso de la escuela al sexto[232]: una prueba más, posiblemente, de la excepcional inclinación favorable de Churchill y de su actitud paternal[233]. Churchill pidió a Margesson que sustituyera a Eden en el cargo de ministro de la Guerra, y a James Stuart que reemplazara a Margesson como jefe de disciplina del partido. Pese a que ambos hubieran sido entusiastas defensores del Acuerdo de Múnich, también es cierto que ahora mantenían una lealtad absoluta al primer

ministro. Churchill le dijo a Stuart que parte de su trabajo consistiría en proteger a Beaverbrook de los ataques de los diputados sin cartera[234].

Poco después, Eric Seal, su principal secretario privado, solicitaba que el personal de Downing Street dispusiera de una semana libre en Navidad, a lo que Churchill respondió desde Chequers asegurándole: la petición «me sorprende. No es posible conceder ni un solo día libre en estas fiestas, pero se hará todo lo posible para que los miembros del personal puedan asistir a los oficios divinos el día de Navidad, ya sea por la mañana o por la tarde. Lo que yo mismo planeo es trabajar aquí o en Londres de forma ininterrumpida, y espero que la suspensión de las sesiones del parlamento no solo sirva para sacar adelante el trabajo atrasado, sino para abordar con mayor detalle los nuevos problemas»[235]. Más tarde, Churchill desearía a su personal «unas Navidades extremadamente ocupadas y un frenético Año Nuevo»[236]. La explicación que le dio a Colville fue muy sencilla: «El trabajo continuado nunca le ha hecho mal a nadie»[237].

En la mesa de Chequers la familia Churchill sirvió el pavo de Navidad más grande que jamás hubiera visto John Martin —un obsequio póstumo de lord Rothermere, que había fallecido el mes anterior—. Después de la cena, todos los presentes escucharon en la radio el discurso del rey, y remataron la velada cantando temas populares hasta la medianoche. El primer ministro se pasó todo el festejo «cantando a pleno pulmón, aunque no siempre afinara demasiado, y al final, al ponerse Vic [Oliver] a tocar valses vieneses, evolucionó en medio de la sala con unos pasos extraordinariamente vivarachos que él mismo había inventado»[238]. «A pesar de los numerosos y terribles acontecimientos que se desarrollan a nuestro alrededor, ha sido una de las Navidades más felices que recuerdo, —escribe Mary en su diario —. No fue en modo alguno una felicidad ostentosa. Pero nunca antes había visto a la familia tan feliz, tan unida, tan cariñosa… Me pregunto si en las próximas fiestas seguiremos todos juntos. Rezo para que así sea.»[239] Cediendo a un impulso un tanto excéntrico, el regalo de Navidad que Churchill le ofreció al rey fue un «traje de sirena», y a la reina le envió un ejemplar del *Modern English Usage* de Henry Watson Fowler[240].

El día de Año Nuevo de 1941, mientras inspeccionaba las vigas que sostenían el techo de la Sala de Guerra valiéndose únicamente de la linterna que tenía en el puño del bastón, Churchill se hundió inadvertidamente hasta los tobillos en una zona en obras llena de cemento fresco. Al ver que Colville bromeaba diciéndole que al fin había topado con su Waterloo, Churchill le replicó: «¡Cómo se atreve! En todo caso será mi Blenheim, no mi Waterloo»[241]. Esa misma noche, Wood y Eden hablaron con Churchill sobre la apuradísima situación financiera del país. En el Congreso de Estados Unidos se estaba ultimando la redacción de un Proyecto de ley de Préstamo y Arriendo que permitiría a Gran Bretaña comprar municiones y no tener que pagarlas hasta después de la guerra. No obstante, como bien resume Colville al recoger el parecer de Churchill, se temía que «el amor de los estadounidenses por los buenos negocios acabara induciéndoles a despojar a Gran Bretaña de todos los recursos susceptibles de transformarse en dinero contante y sonante antes de mostrar cualquier tentación de imitar al buen samaritano»[242].

En términos militares, la situación que se vivía en Libia en el combate contra los italianos seguía siendo buena —tanto que el 4 de enero cayó al fin la localidad portuaria de Bardia—. Dos días más tarde, Churchill demostraba encontrarse de muy buen humor al escribirle al rey: «Las gentes de toda clase y condición aprecian a Sus Majestades más que a cualquier otro príncipe del pasado. Me siendo realmente orgulloso de que me haya tocado en suerte el deber de permanecer al lado de Su Majestad como primer ministro, máxime en un momento de la historia británica tan trascendental como este»[243]. Haciendo gala de su extraordinaria memoria para los aniversarios, también escribió ese día a Ian Hamilton, ya que en esa fecha se cumplían cuarenta y un años de su victoria sobre los bóers: «En este mismo momento estoy pensando en ti y en [la batalla de] Waggon Hill, con la alegría de que otro 6 de enero nos haya traído la noticia de una gran proeza militar»[244].

A finales de 1940, los mensajes de la máquina Enigma que se habían logrado interceptar revelaron que las fuerzas alemanas se estaban concentrando en los Balcanes, sobre todo en Bulgaria, lo que indicaba que Hitler no solo tenía la intención de invadir Yugoslavia, pese a ser un país

neutral, sino que también proyectaba declararle la guerra a Grecia, que hasta ese momento se había defendido bien en su choque con Italia[245]. «Nada podría ajustarse mejor a nuestros intereses que el hecho de asistir al aplazamiento hasta la primavera de cualquier avance que planeen efectuar los alemanes en los Balcanes, —le dirá Churchill a los jefes de Estado Mayor el 6 de enero—. Pero por esa misma razón, debemos esperar que se inicie antes.»[246] La Oficina de Guerra pensaba que el ataque iba a materializarse en marzo, pero Churchill se abalanzó sobre una de las instrucciones decodificadas al constatar que en ella se ordenaba que los destacamentos de retaguardia estuvieran listos para el 20 de enero. Basándose únicamente en ese dato, Churchill consiguió convencer al Comité de Defensa de que Wavell, que en ese momento se encontraba persiguiendo a los italianos en el norte de África —y con un éxito considerable, además—, debía volar cuanto antes a Atenas para ofrecer ayuda inmediata a los griegos. En un principio, la intención de Hitler consistía en detener la conquista de los territorios griegos en un punto situado inmediatamente al sur de Salónica, ya que su objetivo pasaba únicamente por proteger su flanco derecho con vistas a la planeada invasión de Rusia, prevista para ese verano. Sin embargo, la llegada de las fuerzas británicas le convenció de que debía apoderarse de todo el país[247]. Con su intervención, Churchill quería demostrar que era un buen aliado de Grecia, pero también esperaba incrementar el prestigio de los británicos a los ojos de los búlgaros, de los turcos, tal vez incluso de los rusos (cuyo pacto de no agresión con los alemanes todavía continuaba en vigor), y desde luego de los estadounidenses[248].

El 9 de enero, en un almuerzo ofrecido por la Sociedad de Peregrinos Angloamericanos en honor de Halifax, antes de su partida a Washington, Churchill se manifestó convencido de que

> la identidad de objetivos de cuantos habitan en el mundo de habla inglesa, junto con la persistente resolución dominante en dicho ámbito, lograrán determinar, más que cualquier otro hecho aislado, el modo de vida que habrán de encontrar ante sí las generaciones, y quizá también los siglos, posteriores a los nuestros […]. Siempre he sido de la opinión de que son principalmente los hombres de mayor talla, además de los más grandes episodios de la historia, los que orientan los destinos de la humanidad en su formidable andadura, ya sea para bien o para mal —aunque en la mayoría de las ocasiones resulte ser

> indudablemente para bien, puesto que nuestra senda lleva dirección ascendente—. Saludo por tanto como el más afortunado de los acontecimientos que en este asombroso punto álgido por el que transitan actualmente los asuntos del mundo se ponga a la cabeza de la República Estadounidense un célebre estadista, versado y experimentado de antiguo en las labores de gobierno y administración, un hombre en cuyo corazón arde además el fuego de la resistencia a la agresión y la opresión, y que es sin duda, tanto por sus simpatías como por su naturaleza, un sincero defensor y un campeón indudable de la justicia, de la libertad y de las víctimas de las más indignas fechorías, vivan donde vivan[249].

Al día siguiente, con ese elogioso texto impreso en los periódicos, Churchill se reunía con Harry Hopkins, un hombre que además de ser un enviado personal de Roosevelt estaba llamado a desempeñar un papel crucial, dado que acertaría a allanar los obstáculos que se interponían entre el primer ministro y el presidente. Hopkins, que en ese momento contaba cuarenta y nueve años de edad, había administrado varias organizaciones humanitarias vinculadas con la nueva política económica de Roosevelt, y entre 1938 y 1940 había ejercido asimismo el cargo de secretario de comercio de Estados Unidos. Churchill le apodaba afectuosamente «Sancho Panza» por su marcada lealtad a Roosevelt, y el hecho de que fuera además un hombre capaz de hablar con toda franqueza en una conversación determinaría que Churchill bromeara diciendo que iba a concederle el título nobiliario de «lord Meollo del Asunto»[250]. El 10 de enero, su primer almuerzo se prolongó hasta las cuatro de la tarde, a pesar de que a Hopkins le habían extirpado las tres cuartas partes del estómago en 1939 debido a un cáncer. Churchill hizo todo lo posible no solo para encandilar a Hopkins sino también para impresionarle a un tiempo con la solidez de la moral británica y con la desesperada necesidad que acuciaba al país, ansioso por recibir de forma inmediata la ayuda de los estadounidenses. El mensaje que Hopkins transmitió oralmente a Churchill fue conciso: «El presidente está decidido a que obtengamos juntos la victoria en esta guerra». «No se llame en modo alguno a engaño en este aspecto. [Roosevelt] me ha enviado aquí para decirle que, cueste lo que cueste, y por todos los medios, le sacará a ustedes del apuro, sin importar lo que pueda sucederle a él personalmente: no hay nada que no esté dispuesto a hacer mientras le quede un soplo de vida.»[251] El comandante Thompson señala que estas palabras dejaron a Churchill «profundamente conmovido» (lo que probablemente significa que

hicieron que se le saltaran las lágrimas[252]). Hopkins también presentó a su anfitrión unos versos de un poema compuesto en 1849 por Henry Wadsworth Longfellow —«*La construcción del barco*»—, que el presidente había escrito de su puño y letra.

Al día siguiente, Hopkins se desplazó a Ditchley en compañía de Churchill. Esa noche, en el comedor totalmente iluminado por la luz de las velas, el enviado estadounidense dijo a los presentes que, durante una reunión del gabinete, Roosevelt había pedido que le trajeran una radio para poder escuchar el discurso de Churchill. Esto hizo que el primer ministro se sintiera «conmovido y gratificado»[253]. Churchill aseguró que apenas alcanzaba a recordar lo que había dicho el verano anterior, pero señaló que en todo caso seguía convencido de que «más nos valdría acabar aniquilados que asistir al triunfo de tamaño impostor»[254]. «El socialismo es malo, —exclamó—, el patrioterismo es peor; y la suma de ambas cosas, mezcladas en una especie de fascismo corrompido a la italiana, es el peor credo que jamás haya concebido el hombre»[255]. Ese fin de semana, Hopkins observó que Churchill «parecía encontrarse permanentemente en su puesto de mando y hablar siempre desde la precaria cabeza de playa en la que operaba, puesto que en su conversación crepitaban constantemente las armas… Dondequiera que fuese vibraba un frente de batalla, y no se limitaba a intervenir en las pugnas de la guerra presente, sino que guerreaba asimismo en todas las del pasado, de Cannas a Galípoli»[256]. Parece sorprendente que a Churchill se le ocurriera mencionar este último escenario al intentar impresionar a un visitante de tan crucial importancia, pero eso fue efectivamente lo que hizo.

Al día siguiente por la noche, durante la cena, Churchill planteó, entre bromas y veras, una interrogante a Hopkins en la que pueden percibirse levemente los ecos de la irritación que había provocado en él la actitud de Estados Unidos. Le «preguntó qué harían los estadounidenses una vez que hubieran acumulado todo el oro del mundo si los demás países decidían que ese metal no tenía valor alguno, salvo para empastar las caries»[257]. «¡Bueno, —contestó un frágil pero cortés Hopkins—, podríamos asignar a nuestros desempleados la misión de protegerlo!»[258]. Esa noche, mientras aspiraba con fruición el humo de «un cigarro puro de dimensiones

verdaderamente fenomenales, —Churchill ofreció a Hopkins una visión de conjunto de lo que estaba sucediendo en la contienda—. Alemania podía contar con el concurso de sesenta millones de personas; el resto [es decir, los italianos y los rumanos] eran como mínimo un obstáculo, por no decir que un peligro potencial», señaló.

> La cifra de habitantes de raza blanca que se hallaba a disposición del imperio británico superaba ese montante, y si Estados Unidos combatiera a nuestro lado —como parecía desprenderse de su discurso, en el que además suponía que los norteamericanos habrían de implicarse activamente en la guerra— se añadirían a esa fuerza otros ciento veinte millones de almas […]. No creía que los japoneses se decidieran a intervenir […] y pensaba que era más que probable que los alemanes se vieran obligados a ocupar toda Francia, lo que obligaría a los franceses a volver a tomar las armas en el norte de África […]. [El primer ministro] añadió que, a su juicio, Orán había constituido el punto de inflexión que había hecho bascular nuestro destino, ya que había conseguido que el mundo se percatara de que nuestra intención de continuar luchando iba muy en serio.

Colville anota: «Creo que Hopkins debe de haber quedado impresionado»[259]. Sin embargo, esa noche, mientras veía en Chequers la película *Tren nocturno a Múnich* en compañía de Hopkins, Churchill recibió la noticia de que los bombarderos de ataque en picado de la *Luftwaffe* habían hundido frente a las costas de Malta al crucero ligero *HMS Southampton*. Culpó del desastre a la abortada Operación Taller, diciendo: «Flaqueé, y ahora me dan motivos para lamentarlo»[260].

El 14 de enero de 1941, Churchill llevó a Hopkins, a Clementine, a Ismay, a Martin y a su médico personal, el doctor *sir* Charles Wilson (que más tarde se convertiría en lord Moran), al Fondeadero de Scapa para ver partir el barco en el que viajaban lord y *lady* Halifax —el *HMS King George V*, un acorazado de muy reciente botadura—. Al enterarse de que el príncipe regente Pablo de Yugoslavia se oponía a que los británicos establecieran un frente en Salónica por temor a que esto alentara a los alemanes a atacar a su país, Churchill comentó con sus jefes de Estado Mayor: «La actitud del príncipe Pablo es como la del desdichado que se encuentra encerrado en una jaula junto a un tigre y trata de tranquilizarse con la esperanza de no provocarlo, pese a saber que la hora de la cena se acerca inexorablemente»[261]. Poco tiempo después, quedó claro que Pablo

—al que Churchill etiquetaría con el mal nombre de «Príncipe Parálisis» a causa de su inacción— había acertado en su vaticinio.

El 16 de enero por la mañana, después de haber cenado y pasado la noche a bordo del *HMS Nelson*, Churchill y su grupo tuvieron ocasión de asistir a la sesión de prueba de unos nuevos cohetes que se disparaban desde la torreta del acorazado, que contaba con un lanzamisiles múltiple capaz de arrojar bombas y redes de acero al aire para contrarrestar los ataques de bombarderos de ataque en picado. Lamentablemente, no se había tenido suficientemente en cuenta la acción del viento, así que «uno de los proyectiles se enredó en el aparejo metálico, —relata Martin—. Se produjo una fuerte explosión y un objeto parecido a un bote de mermelada salió disparado en dirección al puente, en el que nos encontrábamos. Todo el mundo se agachó y al poco se escuchó un gran estruendo, pero no hubo daños graves.»[262] Tras volver a ponerse en pie, Churchill observó secamente: «Creo que están usando ustedes esta arma nueva de un modo que no es del todo correcto»[263].

Más tarde, Churchill llevó a Hopkins y a su pequeña comitiva a visitar la base naval de Rosyth, los astilleros de Inverkeithing («donde se recibió con inmenso entusiasmo al primer ministro») y los emplazamientos de las defensas civiles de Glasgow[264]. En la gran cena ofrecida esa noche por el consistorio de la ciudad, Harry Hopkins pronunció un breve discurso que dejó una huella muy honda, sobre todo porque su presentación había resultado sumamente amable. Las palabras del enviado estadounidense dieron a los asistentes una idea de la enorme ayuda que muy pronto iba a llegarles del otro lado del Atlántico, en cuanto el Congreso aprobara el Proyecto de ley de Préstamo y Arriendo. Hopkins concluyó su intervención con una cita sacada del Libro de Rut: «Donde tú vayas, yo iré; donde habites, habitaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios»[265]. Por último, Hopkins añadió en voz baja: «Hasta el final»[266]. Churchill no pudo contener el llanto.

Capítulo 24

«¡SEGUID JOROBANDO!»

Enero - junio de 1941

La mayor parte de las guerras son un verdadero pandemonio.

Churchill, *Marlborough*[1].

Napoleón podía permitirse el lujo de dar órdenes, pero Marlborough hubo de contentarse siempre con persuadir o halagar. Y es difícil ganar batallas con tales mimbres.

Comentario de Churchill al general Edmonds, 1934[2].

El 22 de enero de 1941, fecha en la que el puerto libio de Tobruk, de notable importancia estratégica, quedó en manos de Wavell, Churchill tuvo al fin ocasión de acudir con buenas noticias a la Cámara de los Comunes. «Estoy seguro de que hay una enorme cantidad de cosas que podrían haberse hecho mejor, —afirmó—, y debo decir además que no me molestan en absoluto las críticas, ni siquiera en aquellos casos en los que, para conferir el adecuado énfasis a una protesta, se apartan momentáneamente de la realidad»[3]. Al utilizar la expresión latina *primus inter pares* (es decir, «primero entre sus iguales), —los parlamentarios laboristas gritaron—:

¡Traduce!». «Por supuesto que voy a traducirlo, —respondió Churchill—, para no perjudicar a los antiguos alumnos de Eton que puedan encontrarse aquí presentes…»[4]. Colville señala una vez más que «la Cámara disfrutó de sus bromas y de su dominio del arte de rebajar las tensiones tras una situación de clímax»[5]. Churchill también aprovechó la oportunidad para elogiar a Beaverbrook diciendo que era «un viejo lobo de mar, —a lo que añadió inmediatamente—: Lo que no es más que una forma de decir eufemísticamente que es un pirata». Y a renglón seguido explicó: «Es un hombre de una fuerza y un genio totalmente excepcionales, alguien que muestra siempre su mejor cara cuando las cosas presentan el peor cariz»[6].

Ese mismo día, Churchill le escribió a Eden para indicarle que le parecía indignante que, en Egipto, el grueso de las cargas fiscales recayera fundamentalmente sobre los *fellaheen* (es decir, sobre los campesinos), y no en «los ricos pachás, terratenientes y demás fingidos patriotas, —a lo que agrega—: Es preciso aplicar una pequeña dosis de la demoledora maza radical-demócrata en el Delta [del Nilo], donde tanto abundan esas clases obesas e insolentes que han crecido al calor de nuestra tolerante protección y que únicamente defienden sus intereses de parte»[7]. Esta forma de ver las cosas constituía la propia médula de lo que a su juicio representaba el imperio británico: el amparo de los más pobres frente a la rapacidad de sus propios compatriotas, y Churchill estaba dispuesto a defender esa actitud, aunque en Egipto no se estuviera viviendo exactamente el mejor momento para enajenarse ninguna lealtad. Eran muchas las personas que consideraban que Churchill era la personificación misma del imperio que amaba. Durante una gira de inspección por las baterías artilleras de Dover en compañía de Hopkins, el enviado estadounidense oyó exclamar a un trabajador: «¡Ahí va el maldito imperio británico!»[8]. Al comentarle Hopkins lo que acababa de escuchar, «el rostro de Winston se iluminó con una amplia sonrisa y, volviéndose a [Colville], ceceó: “Me parece muy *fien*”». Churchill sabía ya que era poco probable que se produjera una invasión alemana. Aseguraba que había vuelto a despertarse por las mañanas, «como casi siempre, sintiéndose como si acabara de beberse una botella de champán, y muy contento de tener por delante un nuevo día»[9]. Los británicos, en cambio, que a diferencia del primer ministro no podían

conocer los mensajes decodificados que le proporcionaba el sistema Ultra, seguían creyendo que podría producirse perfectamente una invasión. De hecho, ese mismo mes, el 62 % de sus compatriotas indicó a la organización de sondeos Gallup que estaban convencidos de que los alemanes iban a intentarlo. Sin embargo, al preguntárseles quién pensaban que iba a ganar la guerra, el 82 % afirmó confiar firmemente en que iba a ser Gran Bretaña, el 10 % señaló que la contienda acabaría en un punto muerto, y el 8 % dijo no haberse formado una opinión, pero no hubo un solo encuestado que atribuyera la victoria a Alemania[10].

Al preguntarle Jack a Churchill cómo iba a ingeniárselas Gran Bretaña para reconquistar la Somalilandia Británica, que había sido invadida por los italianos, Churchill señaló que lo primero era rescatar Libia, ateniéndose en este sentido a la máxima de Napoleón: «*Frappez la masse et le reste vient par surcroît*» («Golpead al grueso [del ejército] y lo demás caerá por añadidura»[11]). Churchill escribió un telegrama dirigido a Wavell para pedirle explicaciones por el hecho de que solo hubiera desplegado sobre el terreno a cuarenta y cinco mil soldados, cuando en el norte de África disponía de trescientos mil hombres. Esa habría de ser una de las quejas recurrentes de Churchill a lo largo de toda la guerra. Sin embargo, cuando Dill le pidió que no enviara el mensaje, Churchill le contestó que «en la guerra era necesario hablar con toda claridad y que no veía el motivo que podía impulsar a Wavell a tener tantos efectivos de la Asociación Cristiana de Jóvenes y demás en la retaguardia»[12]. Con todo, al final optó por no enviar el despacho.

Churchill comprendió que, siendo amigo de Roosevelt, las visitas de Harry Hopkins constituían una magnífica oportunidad para animar a Estados Unidos a intervenir activamente en la guerra. Esto le indujo a comentarle a Hopkins que, si Gran Bretaña hubiera negociado la paz con Hitler en 1940, lo único que se habría conseguido habría sido exponerse en unos cuantos años a un nuevo «salto del tigre» alemán. «Quien nunca se rinde nunca tendrá motivo de arrepentimiento», concluyó[13]. La implacable ofensiva de seducción acabó revelándose fructífera. «Su "Antiguo miembro de la armada[14]", —le informa Hopkins a Roosevelt—, no se dedica únicamente a ejercer las labores de primer ministro, sino que es también la

fuerza impulsora que está detrás de la estrategia y la organización de la guerra en sus aspectos esenciales. Tiene un insólito ascendiente sobre todas las capas sociales del pueblo británico […]. No hay palabras de elogio que puedan encomiar suficientemente el espíritu de estas gentes y la determinación con la que resisten la invasión. Por más furibundo que venga a resultar el ataque, le aseguro que lo encajarán, y que se defenderán eficazmente»[15]. Joseph Kennedy, que había dimitido de su cargo de embajador en noviembre, tras la reelección de Roosevelt, le había dicho al presidente que Churchill era un individuo de sentimientos antiamericanos y que no simpatizaba con el propio Roosevelt, una ficción que la visita de Hopkins permitió disipar por completo[16].

El domingo 26 de enero, puesto en pie frente a la chimenea del salón principal de Chequers, Churchill expuso a Hopkins, Portal, Lindemann, Jack y Colville las grandes líneas de su comprensión de la historia moderna. Criticó duramente a Joseph Chamberlain por haber impulsado la guerra de los bóers, una circunstancia que, según su punto de vista, había instado a Alemania a construir su Flota de Alta Mar (*Hochseeflotte*), y censuró asimismo a Baldwin por haber «posibilitado tanto el resurgir de Alemania como el declive de nuestras propias fuerzas»[17]. Churchill señaló que si, por un lado, el Tratado de Versalles había exigido mil millones de libras esterlinas en reparaciones a Alemania, había que tener en cuenta, por otro, que Gran Bretaña y Estados Unidos le habían prestado después el doble de esa cantidad. Tan pronto como se hubiera ganado la guerra —para lo cual se precisarían aún unos veinte meses, según sus previsiones—, «volverían a escucharse voces de personas empeñadas en ayudar una vez más a Alemania a levantarse. "Una sola cosa puede predicarse con certeza en la historia: que no hay manera de conseguir que el género humano aprenda de sus errores"»[18]. Y acto seguido añadió que «no odiaba a nadie y no tenía la sensación de que se hubiera ganado ningún enemigo, excepto los hunos, ¡y aun así se trataba de una inquina profesional!»[19].

Churchill estaba persuadido de que una vez que se hubiese obtenido la paz, se ofrecería al mundo, durante un breve período, «la oportunidad de establecer unos cuantos principios básicos». El primer ministro pensaba asimismo que, en el futuro, resultaría posible basar más las relaciones

internacionales en la ética cristiana, pues «cuanto más estrechamente sigamos el Sermón de la montaña, más probable será que tengamos éxito en nuestros desvelos». Sin embargo, esos planteamientos resultaban «absurdos» en tiempo de guerra, razón por la que denunció también la actitud que mantenía el Comité del gabinete en relación con el tema de los objetivos bélicos, puesto que, según él, lo único que había alcanzado a presentar hasta el momento había sido «un vago documento cuyas cuatro quintas partes, inspiradas en el mencionado Sermón, acababan completándose con un simple discurso electoral»[20]. Al predecir Hopkins que Japón terminaría obligando a Estados Unidos a entrar en guerra, Churchill se apresuró a señalar que «las ventajas de tener a Estados Unidos como aliado eran diez veces superiores a las desventajas de convertirse en enemigo de Japón». Las respectivas cifras de producción de acero de uno y otro país así lo demostraban, dado que «el acero es lo que permite librar las guerras modernas», aseguró[21]. Churchill aventuró la hipótesis de que los japoneses debían de haber quedado conmocionados al constatar la suerte que había corrido la armada italiana, que había sufrido un terrible ataque aéreo en Tarento. «El destino reserva pérdidas terribles a todos cuantos apuestan sobre seguro», reflexionó[22]. No obstante, lo cierto era que Japón había aprendido mucho de ese ataque.

Hopkins tranquilizó a su anfitrión diciéndole que Roosevelt «se disponía a liderar a la opinión pública estadounidense, no a seguirla». Dijo también que el presidente «estaba convencido de que, si Inglaterra llegaba a perder la guerra, Estados Unidos también se vería rodeado y agredido […]. Roosevelt no quería un conflicto […], pero tampoco no le arredraba la idea de tener que hacer frente a una conflagración»[23]. Churchill recibía al fin ciertas garantías de que Gran Bretaña no iba a tener que valerse por sí sola. Colville señala que esa noche, antes de irse a la cama, vio al primer ministro «más comunicativo y benévolo» que de costumbre, y refiere que se enfrascó en explicar los peligros que habrían estado aguardando a los alemanes de haber invadido Gran Bretaña sin contar con una clara superioridad aérea, sobre todo en el supuesto de que la Marina Real hubiera logrado cortarles las líneas de comunicación. Churchill se acostó con el propósito de leer el *Diario de un viaje a Las Hébridas con Samuel Johnson*

de James Boswell, y al poco rato, «con una dulce sonrisa» en los labios, le deseó buenas noches al autor del texto[24].

El 29 de enero, Roosevelt dio un paso sumamente alentador al autorizar el inicio de una serie de conversaciones del máximo secreto en Washington entre los equipos de expertos ingleses y estadounidenses. El objetivo de esos encuentros consistía en examinar varios escenarios bélicos susceptibles de permitir a ambos países derrotar a las potencias del Eje[25]. Las reuniones, que recibieron el nombre en clave de «Conversaciones ABC-1», se convertirían a un tiempo en el fundamento de los futuros planes de guerra de los Aliados y de las mutuas interacciones amistosas entre los estrategas y los responsables políticos de ambos países. Churchill no había descartado en ningún momento la posibilidad de que Alemania pudiera atacar Túnez y Bizerta desde Sicilia «e intentara invadir al mismo tiempo al Reino Unido desde sus bases sicilianas» —un asalto que probablemente vendría acompañado de ataques con gas venenoso en los aeródromos—. El primer ministro creía también que los «pilotos más eficaces de la RAF tenían las competencias técnicas suficientes para destruir y dispersar cualquier ataque aéreo masivo que el enemigo diera en organizar, salvo en el caso de que se utilizaran gases». El 30 de enero se reanudaban los ataques aéreos generalizados, tras una pausa de varias semanas. En una ocasión, al oír que caía una andanada de bombas en el Campo de desfile de la Guardia Montada, poco después de que el capitán Pim hubiera partido en esa dirección, Churchill telefoneó al Almirantazgo para cerciorarse de que Pim no había sufrido ningún daño, y comprobó que, efectivamente, había salido ileso[26].

En el norte de África, Wavell, que había avanzado ochocientos kilómetros en su lucha contra los italianos y sufrido únicamente dos mil bajas, entre muertos y heridos, advirtió de que iba a serle imposible realizar un ataque sobre Bengasi antes de finales de febrero. Churchill comenzó a pensar que había que reorientar el principal esfuerzo bélico de Gran Bretaña, lo cual implicaba dejar de centrar la acción en Libia y hacerla bascular hacia el frente griego[27].[28]

El 29 de enero, la situación se complicó al fallecer el primer ministro griego Ioannis Metaxás, a los setenta años, a causa de una infección de garganta —una desaparición que los alemanes se apresuraron a atribuir (sin ningún fundamento) a Churchill, que, según alegaban, habría ordenado su asesinato—. El 4 de febrero, Churchill le dijo al rey que «Alemania va a presentarse en Bulgaria y a provocar un enorme embrollo en los Balcanes», a lo que añadió la doble información de que «a Hitler no le queda más remedio que reforzar a Italia» en la lucha contra los griegos, y de que «vamos a pasarlo mal aquí debido a los bombardeos». No obstante, ahora existía al menos el consuelo de que Gran Bretaña contaba ya con mil doscientos aviones de combate[29]. La muerte de lord Lloyd, ocurrida en esa misma fecha, víctima de la leucemia a la temprana edad de sesenta y un años, supuso la pérdida de un amigo, un miembro del Other Club y un colega que no solo había clamado, antes incluso que el propio Churchill, en favor del rearme de Inglaterra ante la escalada de Alemania, sino que también había combatido a su lado, y con la máxima firmeza, las propuestas de autogobierno para la India. «Lord Lloyd y yo hemos sido amigos durante muchos años, y en los últimos doce hemos actuado además como socios políticos, y notablemente afines, por cierto», resaltó Churchill en el elogio fúnebre que pronunció en los Comunes.

> Juntos hemos defendido varias de esas causas que no suscitan el aplauso de las mayorías parlamentarias ni la aclamación popular; pero es precisamente ese tipo de metas, en las que se ve uno obligado a nadar a contracorriente, cuando se comprende el valor y la calidad de un compañero y amigo […]. A veces se dice que los hombres buenos escasean. Tal vez se deba a que la avalancha de acontecimientos a que intentamos hacer frente, el gran número de situaciones que tratamos de embridar, ha superado con creces, en estos tiempos modernos, los antiguos límites, pues ahora el ámbito en el que nos movemos ha crecido hasta alcanzar proporciones gigantescas, mientras que, al mismo tiempo, la talla y la inteligencia del hombre no ha experimentado cambio alguno[30].

Churchill ya había expresado en 1931 este tipo de reflexiones, en su artículo titulado «Dentro de cincuenta años», y volvería a exponerlas en varias ocasiones más, incluida la del discurso que pronunció al aceptar el Premio Nobel. El hecho de que el intelecto y la decencia de los seres humanos no progresaran al mismo ritmo que los avances científicos

también habría de centrar los pensamientos de Churchill en el período llamado a culminar con la fabricación de la primera bomba atómica.

La desaparición de lord Lloyd exigió una reorganización del ejecutivo. Entre otros cambios, lord Moyne tuvo que abandonar la cartera de Agricultura para asumir la de las Colonias y sustituir al fallecido. Churchill quería que hubiera un aristócrata en el gobierno, así que el lugar que Moyne dejaba vacante en el Ministerio de Agricultura fue ocupado por el decimosexto duque de Norfolk, que en parte consiguió el ascenso gracias a que otros cuatro pares de Inglaterra y Escocia —Buccleuch, Westminster, Bedford y Manchester— se habían opuesto a la guerra en el momento de su estallido. Cuando Eden le comentó que se compadecía de él, dado que la remodelación iba a hacerle perder mucho tiempo y a causarle un gran número de problemas, Churchill le contestó que la formación de gabinetes era una actividad con la que disfrutaba[31].

El 9 de febrero, en el preciso instante en el que Hopkins se presentaba en Chequers para despedirse de Churchill, se tuvo conocimiento de que la Cámara de Representantes estadounidense acababa de aprobar el Proyecto de ley de Préstamo y Arriendo por 260 votos a favor y 165 en contra. Una vez respaldado por el senado y convertido en norma efectiva con la firma del presidente, Gran Bretaña tendría la posibilidad de adquirir armas por valor de tres mil millones de libras esterlinas a Estados Unidos y de contar con un gran número de décadas para efectuar los correspondientes reembolsos. Al día siguiente, Churchill «dirigió en gran medida a los oyentes de Estados Unidos» el contenido de su radiada alocución vespertina, según refiere Colville[32]. El primer ministro se burló de Mussolini: «Uno de los dos dictadores —el astuto y frío sanguinario italiano de negro corazón, que había creído agenciarse un imperio a poco precio apuñalando por la espalda a la Francia postrada— está teniendo problemas»[33]. Churchill describió a Wavell, enhebrando su habitual cuarteto de adjetivos, como «un maestro de la guerra: sabio, concienzudo, audaz e incansable»[34]. Poco después, en una tirada más memorable, citó el ya mencionado poema de Henry Longfellow: «*La construcción del barco*». «El presidente Roosevelt», comenzó diciendo el primer ministro,

> me ha enviado unos versos de Longfellow escritos de su puño y letra y con la siguiente nota: «Se aplica tanto a su nación como a la nuestra». Este es el poema:
>
> ¡Navega, oh barco del estado!
> ¡Navega, oh unión, grande y fuerte!
> La humanidad, con todos sus temores,
> con todas sus esperanzas de futuro,
> ¡se aferra sin aliento a tu destino!
>
> ¿Qué respuesta podré dar yo, en vuestro nombre, a este gran estadista, por tres veces elegido jefe de una nación de ciento treinta millones de habitantes? Esta es la contestación que ofrezco al presidente Roosevelt: Confíe en nosotros. Ponga en nosotros su fe, denos su bendición y, si así lo dicta la Providencia, todo saldrá bien. No fallaremos ni vacilaremos; no flaquearemos ni desfalleceremos. No nos extenuarán ni los repentinos choques del combate ni la prolongada prueba a que se ve sometido quien debe montar guardia y arrostrar duros esfuerzos. Denos las herramientas, que nosotros haremos el trabajo[35].

El 6 de febrero, Bengasi caía en poder de Wavell. En un primer momento, la intención de Dill era permitirle perseguir a los italianos hasta Trípoli, ya que eso significaba expulsarlos del norte de África. Sin embargo, Churchill creía que las fuerzas británicas tenían ahora la oportunidad de llegar al norte de Grecia con el tiempo necesario para contrarrestar el empuje de los alemanes, y a su juicio, debía darse prioridad a este último plan. Le dijo al rey que el hecho de que se hubiera tomado Bengasi con tres semanas de antelación respecto a lo previsto colocaba al ejército en posición de enviar a Grecia una cantidad de hombres y de materiales muy superior al anunciado inicialmente, y que ese proyecto concordaba con la «magnífica actuación de los griegos»[36]. El 11 de febrero, en una reunión del gabinete celebrada justo antes de que Eden y Dill partieran en dirección a El Cairo para estudiar con Wavell los pormenores de la expedición a Grecia, llegó un informe de la «Inteligencia Especial» (es decir, de los decodificadores del sistema Ultra) en el que se indicaba que Alemania se disponía a invadir Grecia a mediados de marzo y que, según las previsiones, el ejército alemán pensaba emplear diez divisiones para hacerse con el control de Atenas, a mediados de abril.

Andando el tiempo, Churchill defendería la aventura griega diciendo que había sido un acto de cortesía caballeresca, un gesto exigido por el código de honor militar, pero lo cierto es que tenía argumentos estratégicos

muy concretos para desplegar en la península nada menos que cincuenta y cinco mil hombres, ya que lo que pretendía era apuntalar el «bloque balcánico» que formaban Yugoslavia, Rumanía, Bulgaria, Grecia y Turquía —lo que venía a cubrir un territorio prácticamente idéntico al que ya colocara en su punto de mira en 1915, al organizarse la expedición de los Dardanelos—. Sin embargo, Turquía mantenía ahora una postura de firme neutralidad, y era poco probable que Rumanía o Bulgaria modificaran sus planteamientos por el simple hecho de ver aparecer a la Fuerza Expedicionaria Británica en Grecia. Con todo, el factor crucial que alteró por completo la situación que se vivía en el norte de África fue la llegada a Trípoli, el 12 de febrero, del general Erwin Rommel, al frente de las divisiones alemanas del recién constituido *Afrika Korps*. Así las cosas, la mejor opción para los británicos habría consistido en retirar de Grecia las tropas que habían enviado a ese país, ya que solo de ese modo habrían podido concentrar sus efectivos en esta nueva y potente amenaza que se cernía sobre Egipto y el Canal de Suez, que no solo era una verdadera tabla de salvación para el imperio sino también su cauce de comunicaciones con la India y las posesiones británicas de Extremo Oriente.

El 20 de febrero, Churchill enviaba un cable a Eden y a Dill, que se encontraban en El Cairo: «No se consideren obligados a llevar adelante la empresa griega si en su fuero interno sienten que no va a ser más que otro fiasco como el de Noruega. Si no es posible concebir un buen plan de ataque, les ruego que nos lo transmitan. No obstante, es obvio que son ustedes plenamente conscientes de lo valioso que sería que la misión se saldara con un éxito»[37]. Los tres comandantes en jefe del Oriente Próximo también recomendaron continuar con la expedición griega, aun después de saber que el almirante *sir* Andrew Cunningham había afirmado que ya no podía seguir prometiendo con seguridad la efectiva toma de Rodas ni el establecimiento en esa isla de la principal base aérea de la zona. Surgió así, en un ejemplo de lo que hoy se denomina «pensamiento de grupo», una peligrosa unanimidad en apoyo de la aventura griega. Entre los defensores del plan figuraban ahora Churchill, Eden, Dill y los jefes de Estado Mayor, sin olvidar a los comandantes en jefe locales ni a Wavell —aunque este último solo respaldaría el proyecto en sus fases iniciales.

Churchill era del mismo parecer que el comandante polaco, el general Sikorski, que pensaba que los turcos solo intervendrían en la guerra en el momento en el que llegaran a la conclusión de que hacerlo resultaba ventajoso para sus intereses nacionales. Argumentó, sin embargo —aunque cediendo sin duda a sus propias esperanzas—, que los estadounidenses estaban «dando pasos para entrar en guerra movidos por sus más hondos sentimientos»[38]. «¿Juega usted al póquer?, —le preguntará Churchill a Sikorski en Ditchley el 16 de febrero—. Se lo digo porque esta es la mano que va a ganar la guerra: una escalera real: Gran Bretaña, el mar, el aire, el Oriente Próximo y la ayuda estadounidense.»[39] Este planteamiento le indujo a discrepar por tanto de las tesis que sostenían que resultaba necesario efectuar una gran intervención en el continente europeo, y le animó a rechazar también, con mayor motivo aún, la idea de una marcha sobre Berlín. En la carta que le envía a su hijo John Julius, *lady* Diana Cooper nos ha dejado un encantador relato de lo ocurrido ese fin de semana en Ditchley: «Después de la cena vimos dos películas maravillosas: una se llamaba *Evasión* y la otra era una comedia muy ligera que llevaba el título de *Boda sosegada*. También hubo varios noticiarios sobre la acción ministerial de Winston, que acabó llorando con todas las proyecciones, incluida la de la comedia»[40]. *Lady* Diana aseguró a Churchill que lo mejor que había hecho había sido infundir coraje al pueblo británico. «Jamás les he transmitido valor, —respondió—. Solo se me ha dado la oportunidad de concentrar el que poseen.»[41]

Al estar Eden en El Cairo para evaluar las posibilidades de la expedición griega secundado por Dill y Wavell, la responsabilidad de celebrar una entrevista con el embajador japonés Mamoru Shigemitsu, el 24 de febrero, recayó en el propio Churchill. Tras el encuentro, se pidió al primer ministro que proporcionara al departamento de Asuntos Exteriores una relación detallada del intercambio de pareceres que había mantenido con el diplomático nipón. Churchill tuvo que admitir que «no le resultaba difícil recordar las observaciones que él mismo había efectuado, pero que no le era nada sencillo acordarse en cambio de la conversación que había mantenido la otra parte»[42]. Maisky, que no había estado presente en esa conferencia privada, le dijo a Lloyd George que había oído decir que

Churchill tenía los ojos arrasados en lágrimas al indicarle a Shigemitsu que Gran Bretaña iba a vencer a Alemania. «Sí, es algo que le pasa a Winston con frecuencia, —respondió Lloyd George—. Es un hombre muy emotivo. ¿Y qué? El llanto que ahora le asoma al rostro se debe a que quiere aplastar a Hitler. Dentro de un año es posible que sea la conmoción de los horrores de la guerra lo que le haga sollozar […]. Las cosas cambian.»[43] Lo que no había cambiado, desde luego, era el cinismo y la animadversión de Lloyd George.

«Tanto Winston como Eden son conscientes de que combatir contra Alemania en el continente europeo es una jugada muy arriesgada, —anota el rey en su diario el 25 de febrero, después de entrevistarse con Churchill —, pero Grecia ha luchado extraordinariamente bien», añade, «y por otra parte, el pensamiento y la certeza de que las tropas británicas se disponen a luchar en los Balcanes puede reconfortar mucho a Turquía y a Yugoslavia»[44]. Sin embargo, el problema era que no se contaba con efectivos suficientes. Tiempo después, los australianos, neozelandeses, sudafricanos y polacos que estaban a punto de ser enviados a Grecia se quejarían de que el número de soldados británicos implicados en la operación era bastante escaso, a lo que añadirían que la cuestión de la cantidad ni siquiera se había consultado con los gobiernos de la Comunidad Británica de Naciones. Churchill sabía que las grandes estrategias bélicas no podían decidirse en un comité formado por representantes de los países de esa comunidad, pero podría haberse preocupado bastante más por gestionar adecuadamente las sensibilidades que suscitaban este tipo de cuestiones, sobre todo en el caso de los australianos, que no solo iban a verse muy pronto sometidos a la amenaza del Japón en su propio país, sino que estaban a punto de perder a miles de hombres en Singapur —por no mencionar el hecho de que además de hallarse luchando en una amplia zona de África, ahora se disponían a hacerlo en Europa.

«Estamos dispuestos a asumir el riesgo de un fracaso, —telegrafiará Eden desde El Cairo—, ya que consideramos que es mejor sufrir con los griegos que abandonar la idea de ayudarles». Esa noche llegó la noticia de que un convoy que cruzaba el Atlántico había quedado seriamente dañado. Bracken le sugirió a Colville que no le dijera nada a Churchill hasta el día

siguiente, para evitar que el disgusto le impidiera conciliar el sueño. A las tres de la madrugada, al preguntarle Winston si el Almirantazgo había transmitido algún mensaje, Colville tuvo la impresión de que no podía ocultarle lo sucedido, pero al enterarse del desastre el primer ministro pareció sumirse en «graves cavilaciones. —Colville resalta que la noticia era muy dolorosa—. ¡Angustioso!», exclamó finalmente Churchill. «Es aterrador. Si esto continúa será nuestro fin.»[45]

El 27 de febrero, pese a que el país siguiera luchando por sobrevivir, los parlamentarios insistieron en que Churchill sometiera a debate el arcano problema constitucional que planteaba el Proyecto de ley de Incompatibilidades de la Cámara de los Comunes (en sus Disposiciones Temporales), ya que deseaban averiguar si el texto les permitiría conservar o no los escaños que ahora ocupaban en el parlamento en caso de que tuvieran que partir al extranjero para prestar algún servicio político a la patria. Tras la exposición, Churchill concluyó que la adquisición de «cinco o diez años de experiencia como miembro de esta Cámara es algo que sin duda proporciona a quien la obtenga la mejor educación integral en asuntos públicos que quepa imaginar», lo que le indujo a defender la idea de que se aceptara que sus señorías conservaran sus escaños (lo que, evidentemente, le facilitaba todavía más el plan de continuar enviando a los partidarios de Chamberlain a puestos honoríficos situados en los más recónditos puntos del imperio[46]). Una vez resuelto este extremo, el primer ministro cenó en el Other Club, del que ahora también era miembro David Margesson, el ministro de la Guerra, lo que demuestra una vez más que Churchill no tenía el menor interés en dar curso a ninguna *vendetta*[47].

En el preciso momento en que las tropas de la Comunidad Británica de Naciones procedían a embarcar ya para dirigirse en masa a Grecia, Margesson decidió que no le gustaba la empresa. Dijo que solo la había aceptado porque «el primer ministro tenía la sensación de que nuestro prestigio en Francia, España y Estados Unidos no resistiría que dejáramos desamparada a Grecia»[48]. Esto significa que se estaba anteponiendo el prestigio político a los imperativos estratégicos. Eden se limitó a exclamar que se trataba de «la decisión más difícil que jamás se le hubiera presentado»[49]. Cunningham reiteró que sus efectivos se hallaban

desperdigados por una zona excesivamente amplia, y de pronto se descubrió que Dill también se oponía ahora al plan. Todo este embrollo hizo que Churchill comentara en son de burla: «Con tan intensos deseos de huir, los pobres jefes de Estado Mayor van a quedarse sin aliento»[50]. El 6 de marzo, Colville refiere: «Entre las once y media del mediodía y la una y media de la tarde, el primer ministro ha estado arengando sin parar a los jefes de Estado Mayor en el número 10 de Downing Street»[51]. Sin embargo, como no tardaría en demostrar el curso de los acontecimientos, los militares tenían motivos justificados para mostrarse reticentes —al menos en esta última manifestación de sus puntos de vista—, y en cambio Churchill estaba equivocado. Esto demuestra lo alargadas que eran las sombras de la operación de Galípoli, en la que Churchill no solo había arengado igualmente a los jefes de las tres armas del ejército al ver que cedían a las vacilaciones, sino que lo había hecho también para conseguir imponer la arriesgada aventura que había concebido en los Balcanes.

Ese día, Winston almorzó con Clementine, Lindemann, la condesa de Portarlington (una prima lejana de los Churchill), el periodista Charles Eade y James B. Conant, el rector de la Universidad de Harvard —que también presidía el Comité de Investigación de la Defensa Nacional de Estados Unidos—, en el sótano del número 10 de Downing Street, reforzado ahora con una serie de vigas de acero[52]. Tomaron una empanada de pescado, solomillos turnedó con champiñones, apio estofado, melocotones y queso. Antes de la comida brindaron entre copas de jerez, vino blanco, oporto, *brandy* y café, todo ello acompañado de cigarrillos y habanos. Churchill habló «con considerable satisfacción» de la incursión que había efectuado dos días antes un comando en las islas Lofoten, cerca de Narvik. El grupo de intervención rápida había destruido más de tres millones de litros de aceite de pescado, impidiendo así que ese suministro de vitaminas llegara a manos alemanas. Sin embargo, calló naturalmente que los asaltantes también se habían apoderado de los discos y rotores de una máquina Enigma y del libro de códigos del aparato, un botín que los expertos de Bletchley Park ya estaban estudiando con todo detenimiento. Al referirse a los ataques aéreos, Churchill comentó: «Aunque siempre haya sido buena cosa arriesgarse, nunca debe actuarse como un pato en tierra [es decir, no ha

de ofrecerse un blanco fácil]»[53]. Al pasar la conversación en torno a una serie de informes que indicaban que algunas mujeres inglesas habían estado dando tazas de té a los pilotos alemanes que habían sido derribados, Clementine señaló que los ingleses eran incapaces de odiar a sus enemigos. «No te preocupes, —saltó Churchill—, antes de que termine esta guerra habremos aprendido a detestarles a base de bien»[54].

Lady Portarlington comentó que simpatizaba con los aislacionistas estadounidenses, que sostenían que no había nada peor que la guerra. «Peor es la esclavitud, —le interrumpió Churchill—. Y también el deshonor es peor que el estruendo de las armas.»[55] Mientras fumaba un cigarro puro que tuvo que encender al menos diez veces, y sin dejar de trasegar «buenas cantidades de oporto y de *brandy*», Churchill señaló que, en las elecciones libres anteriores al acceso del *führer* al poder, los alemanes habían rechazado en dos ocasiones a Hitler, y que la segunda vez la mayoría contraria a su candidatura había superado incluso a la primera. A Eade le impresionó el carácter informal del almuerzo. Al terminar Churchill el primer plato, él mismo lo llevó al aparador. Poco después surgió un debate sobre una serie de cuestiones científicas —un tema con el que probablemente Conant se sintiera muy cómodo[56]— y Churchill preguntó al profesor Lindemann: «Cómo es posible que quede todavía algo de uranio en la tierra si este elemento reduce constantemente a la mitad el número de sus núcleos atómicos»[57]. A continuación expuso un curioso argumento, de base presuntamente científica, sobre la existencia de Dios: «Si el Sol está a una temperatura mucho más alta que la Tierra, —dijo—, queda demostrado que nuestro planeta tuvo que haber recibido su calor de forma independiente y en una fecha muy posterior al Sol»[58]. El almuerzo comenzó a las dos menos veinticinco de la tarde y se prolongó hasta las tres y media, y en algún momento Bracken se unió a los convidados —asombrando por cierto a Eade al llamar «Winston» al primer ministro.

El 4 de marzo, al cuestionar el rey los derechos que los estadounidenses iban a reclamar sobre las bases británicas radicadas en las Indias Occidentales, derechos que Churchill estaba negociando en ese momento con John G. Winant, apodado «Gil» —el encantador y atractivo nuevo embajador estadounidense, de cincuenta y un años de edad a la sazón—, el

primer ministro le explicó «que primero era preciso que se aprobara el Proyecto de ley de Préstamo y Arriendo, dado que, sin esa norma, Inglaterra no podría ni seguir luchando ni alzarse con la victoria»[59]. Cuatro días después, el senado aprobaba ese texto legal por sesenta votos a favor y treinta y uno en contra. La quinta carta de la escalera real de Churchill encontraba al fin acomodo en la imparable mano de póquer que el primer ministro tenía en mente. En el discurso que dio en la Mansion House[60] en noviembre, Churchill elogió la Ley de Préstamo y Arriendo con el argumento de que los tres mil millones de libras esterlinas que se habían habilitado eran «para defender la causa de la libertad mundial, algo que además se ha hecho, —especificó—, sin necesidad de abrir ninguna cuenta monetaria —tomen buena nota de esto, porque es algo único—. Que no vuelvan a contarnos el insultante cuento de que el dinero es el factor que gobierna la mente o hace latir el corazón de la democracia estadounidense. Debe considerarse, sin la menor duda, que la Ley de Préstamo y Arriendo es el acto menos sórdido de la historia conocida»[61].

El 9 de marzo desembarcaban en Grecia los primeros grandes contingentes de tropa de la Comunidad Británica de Naciones. A pesar de que Dill hubiera llegado a la conclusión de que los riesgos habían aumentado tras la penetración de las tropas alemanas en Bulgaria —que se había unido al Eje el 1 de marzo—, lo cierto era que en ese momento tanto Wavell (al principio), como Cunningham (con reservas); el comandante supremo de las Fuerzas Aéreas, Arthur Longmore; el comandante en jefe de la RAF en el Oriente Próximo, Cadogan; y ahora también el general Smuts, habían pasado a mostrarse unánimemente favorables a la expedición, y lo mismo cabe decir del Gabinete de Guerra, y muy especialmente de Eden. Por consiguiente, la culpa del inminente desastre griego no puede atribuirse únicamente a Churchill, pese a que a él le incumba la responsabilidad última, dado que además de primer ministro era también el principal promotor del plan (y en honor a la verdad es preciso señalar que él jamás intentó eludirla).

Ese fin de semana, el general *sir* Alan Brooke, el pétreo y directo comandante en jefe del ejército territorial, digno vástago de la «Combativa Familia Brooke[62]» del Úlster, acudió a Chequers para cenar y dormir.

«Estaba en gran forma, —escribe el general en su diario al comentar el aspecto de Churchill—, tanto es así que, después de la cena, mandó que le trajeran su rifle para hacer una demostración del “porte largo”, que quería sustituir por el “inclinado”[63]. ¡Y tras esos ejemplos hizo incluso unos cuantos ejercicios de bayoneta! […]. Por fortuna, el primer ministro decidió irse a la cama temprano, de modo que a eso de la medianoche pude acurrucarme al fin cómodamente en un lecho isabelino con dosel, ¡y fabricado en 1550!. —Acabada la guerra, Brooke escribirá—: Aquella noche sigue vívidamente impresa en mi memoria, ya que fue una de las primeras ocasiones en que pude ver verdaderamente alegre a Winston. Me pareció graciosísimo verle dar aquella exhibición práctica del uso de la bayoneta, vestido con su mono de trabajo y erguido en medio de la ancestral sala de Chequers. Recuerdo que me pregunté qué le habría parecido a Hitler semejante demostración de habilidad marcial»[64]. (Andando el tiempo, un Brooke menos pesimista utilizará el nombre de una conocida compañía de teatro popular —«Midnight Follies» [«Locuras de Medianoche»]— para calificar las reuniones que había mantenido con Churchill a altas horas de la madrugada.)

El martes de la semana siguiente, durante uno de sus habituales almuerzos, Churchill le dijo al rey que «sentía gravitar sobre su cabeza la gran responsabilidad de haber aceptado enviar ayuda a los griegos en el preciso momento en el que la situación se revelaba más adversa, y en el que además podría ocurrir cualquier cosa antes de que tengamos ocasión de llegar hasta ellos»[65]. Ese día, sin embargo, pudo celebrar una victoria, ya que el presidente Roosevelt acababa de promulgar la Ley de Préstamo y Arriendo. Esto significaba que en los próximos cuatro años iba a enviarse a Gran Bretaña material de guerra producido en Estados Unidos por valor de más de treinta mil millones de dólares, una cifra muy superior a la que el país podía pagar en las circunstancias por las que atravesaba. Uno de los costes que Inglaterra se vio obligada a asumir a cambio de esta ayuda se concretó en el abandono del sistema de la Preferencia Imperial, que llevaba desde el año 1932 imponiendo aranceles especiales a todos los bienes y productos procedentes de países ajenos al imperio británico. De acuerdo con el parecer de Cadogan, esto constituía un «chantaje bastante

impertinente» por parte de los estadounidenses. Churchill, sin embargo, tenía la vista puesta en otros objetivos mucho más importantes, como los de evitar la bancarrota nacional y adquirir las armas necesarias para combatir eficazmente en la guerra[66]. De hecho, antes de que el Congreso aprobara ese proyecto legislativo, Gran Bretaña ya había consumido por completo sus reservas de dólares. Las primeras asignaciones de créditos comenzaron a materializarse solo trece días después de la promulgación de la nueva ley[67]. En su comparecencia en los Comunes, Churchill aseguró que la Ley de Préstamo y Arriendo era nada menos que una segunda Carta Magna. En el transcurso de la Operación Brújula, varios congresistas estadounidenses fueron invitados a almorzar en Chequers, y uno de ellos le preguntó al primer ministro: «¿Qué pasará si los alemanes consiguen hacerse fuertes en este país y acaban ustedes perdiendo la guerra?, —a lo que Churchill respondió—: Que en nuestra agonía le pasaremos la antorcha a su país», tras lo cual añadió que, en todo caso, la Marina Real Británica continuaría peleando, aunque tendría que operar desde otras bases, situadas en el extranjero[68]. Además, ya no era preciso tener en cuenta la amenaza implícita de que la armada inglesa pudiera ser puesta en manos de los alemanes si el líder de la Unión Británica de Fascistas, *sir* Oswald Mosley, llegaba a formar gobierno, dado que ahora las armas facilitadas por la Ley de Préstamo y Arriendo estaban empezando a cruzar el Atlántico, lo que hacía sumamente improbable ese escenario[69].

El 18 de marzo, en una descripción de Churchill, Cadogan nos lo pinta caminando por el solar de la fortaleza que se estaba construyendo en los jardines de Whitehall para proteger la Oficina de Guerra, «con el cigarro puro en ristre, subiendo y bajando escaleras, chapoteando en medio de las zonas cubiertas de cemento a medio secar, hablando con los obreros de sus respectivas vidas privadas, y exclamando en voz claramente audible para quien quisiera escucharle: “¿Estamos desanimados?”…, dando en suma evidentes muestras de estar pasándoselo realmente de lo lindo»[70]. «Trabajar para el señor Churchill era como subirse a un tornado en miniatura», escribe uno de los ayudantes del Almirantazgo[71]. Walter Thompson, que nunca se iba a la cama antes que él, coincide con este parecer, y señala que su jefe trabajaba habitualmente ciento veinte horas a la

semana. Churchill tenía un oído muy fino, y su óptico aseguraba que tenía la vista de un hombre diez años más joven[72]. Adolecía de cierto sobrepeso, pero por lo demás estaba en buena forma. «Me sorprendía la velocidad a la que ese hombre de sesenta y cinco años recorría los pasillos o subía las escaleras, por empinadas que fuesen», señala Charles Eade, un comentario que fue repetido por muchos otros[73].

El día después de su visita al fortín de la Oficina de Guerra, Churchill se reunió con Averell Harriman, el representante que Roosevelt había enviado para coordinar los fletes y los suministros. Harriman no solo había sido un jugador de polo de categoría internacional, administrador de la nueva política económica estadounidense y heredero de la Compañía Ferroviaria Union Pacific, que pertenecía a su familia, sino un aristócrata del otro lado del charco, y Churchill se llevó inmediatamente bien con él, tanto es así que esa noche le llevó al tejado del Ministerio del Aire en plena incursión aérea «para que pudiera ver lo divertida que era», momento que el primer ministro aprovecharía además para recitarle «los proféticos versos que Tennyson había escrito sobre la guerra aérea»[74].[75] «El señor Harriman era espigado, moreno y bien parecido, —recuerda uno de los ayudantes—, y sus modales, modestos y corteses, causaban invariablemente una honda impresión»[76]. Poco después de conocer a la esposa de Randolph, Pamela (que le pareció «deliciosa»), Harriman comenzó una aventura con ella en la *suite* que él mismo ocupaba en el Hotel Dorchester, mientras Randolph prestaba servicio en el ejército en el norte de África y se enredaba en discusiones de dinero con su mujer. (De hecho, Harriman no fue en modo alguno el único compañero sexual con el que Pamela mantuvo relaciones durante la guerra.) En la primavera de 1942, Winston Churchill le dijo a Pamela que había estado oyendo «bastantes cosas» sobre sus vínculos con Harriman, pero Pamela «se echó a reír», y según parece ninguno de los dos volvió a sacar el tema[77].

Es muy posible que Clementine estuviera enterada del asunto, pero no hizo nada por atajarlo. Los libros de visitas de Chequers muestran que la pareja, que terminaría casándose en 1971, tras el fallecimiento de la segunda esposa de Harriman, solía pasar periódicamente algunos días en Chequers en compañía de Winston, Clementine y Kathleen, la hija de

Harriman, que también sabía lo que pasaba. Se ha acusado a los Churchill de anteponer la buena marcha de las relaciones angloamericanas a la continuidad del matrimonio de su hijo, ya que en el peor de los casos habrían facilitado sus encuentros, y en el mejor se habrían limitado a hacer la vista gorda y a ignorar el idilio que se estaba desarrollando bajo su propio techo. El propio Randolph se enteraría de la infidelidad al regresar a casa de permiso en noviembre de 1942.

En el otoño de 1941, el matrimonio de Sarah con Vic Oliver también se había venido abajo, aunque no está claro si en esa época ella había empezado ya a verse con Gil Winant, el embajador estadounidense, y decidió aguardar hasta el año 1945 para concretar el divorcio. Según ella misma refiere al transcribir la conversación que mantuvo con su padre al solicitarle un destino en el ejército para sí misma, la respuesta de Churchill fue: «Espero que se comporte como un caballero y te conceda el divorcio». «¡Ni por asomo!, —respondió Sarah—. ¡Soy yo quien lo deja!» «Perra descarada, —exclamó Churchill en broma—: ¡Crees que voy que dejar que me abandones!»[78]. Sarah se unió a las Fuerzas Auxiliares Femeninas de Aviación, y se integró en la unidad de la base que la RAF tenía en Medmenham, a medio camino entre Chequers y Londres, con la misión de interpretar fotografías aéreas[79].

A principios de 1941, se instaló la sensación de que los acontecimientos simplemente se iban sucediendo unos a otros, sin que pareciera existir ningún hilo conductor capaz de unificarlos —al menos no más allá de la simple supervivencia—. Casi todo el mundo pensaba que Gran Bretaña no solo se estaba limitando a resistir los embates de la guerra, sino que tenía la intención de seguir haciéndolo durante el mayor tiempo posible, ya que había puesto todas sus expectativas en el surgimiento de alguna novedad que pudiese volver las tornas en contra de Alemania, aunque lo cierto era que, en esta fase de la guerra, no había prácticamente nada que viniese a sugerir que la evolución de los acontecimientos fuera a orientarse en esa dirección. De hecho, el mismo Churchill cifraba sus esperanzas en un conjunto de supuestos que en esa época parecían ideas descabelladas

surgidas de ensoñaciones más o menos rebuscadas: en la posibilidad de que Estados Unidos declarara la guerra a las potencias del Eje; en la eventualidad de que Hitler dispersara en exceso sus fuerzas por tomar la decisión de atacar a Rusia; en la contingencia de que Gran Bretaña obtuviera una victoria decisiva en el norte de África; o aun en el improbable levantamiento de la Europa ocupada, todo lo cual determina que el mejor modo de entender la esencia de la política estratégica británica de esos años consista en enmarcarla en los límites de la máxima por la que se regía el propio primer ministro: «¡Seguid jorobando!». Churchill había dedicado el día 28 de febrero a presidir la Ejecutiva de Importaciones, cuyos integrantes estaban tratando de resolver la crisis provocada por el hecho de que el número de barcos hundidos superara con creces la cantidad de los que se obtenían por medio de la compra y la construcción de naves. En el transcurso del año natural de 1940, Gran Bretaña había perdido unos 2,73 millones de toneladas navales, y el resto de los Aliados 0,82 millones —y el volumen de nuevos grandes buques de guerra en construcción era de solo 221 935 toneladas—. «Tenemos que elevar la actividad de esta industria al plano más elevado que podamos, y se trata además de una prioridad absoluta, superior a todo lo demás», le dirá Churchill a Pound[80]. Seis meses antes, el primer ministro había vencido las reticencias del Almirantazgo y creado en Liverpool una unidad de mando para el control de las estribaciones marítimas del flanco occidental británico —unidad que ahora se revelaba extremadamente útil en la lucha contra los submarinos alemanes—. A principios de marzo, Churchill estableció asimismo el Comité de la Batalla del Atlántico a fin de coordinar a los ministros, a los funcionarios, a los armadores navales, a los asesores científicos y a las tres secciones del ejército. «La batalla del Atlántico ha comenzado, —anunció —. Tenemos que pasar a la ofensiva y arremeter contra los submarinos y los Focke-Wulf[81] todas las veces que podamos y dondequiera que los encontremos. Hemos de dar caza a los submarinos que infestan los mares, y bombardear a los que se gestan en los astilleros y a los que permanecen amarrados en los muelles. Además, es preciso atacar a los Focke-Wulf y a los demás bombarderos que se abaten sobre nuestros barcos, tanto si se encuentran en el aire como si se ocultan en sus guaridas.»[82] Churchill puso

asimismo en marcha un programa para dotar de armamento a todos los barcos mercantes, que de ese modo quedaron provistos de cañones antiaéreos avanzados. En las embarcaciones más grandes mandó instalar además catapultas de aviación impulsadas por pistones hidráulicos para lanzar a los Hurricanes desde la cubierta. Así lo explica en sus memorias de guerra: «En la guerra, lo único que realmente me atemorizaba era el peligro de los submarinos […]. Este combate me produjo mayor ansiedad que el de los gloriosos encontronazos aéreos que han dado en asociarse con la batalla de Inglaterra»[83].

El 19 de marzo, al reunirse por primera vez el Comité de la Batalla del Atlántico, el promedio de hundimientos indicaba que los ataques alemanes se cobraban el 10 % de los buques de cada convoy. Dado que la mitad de los alimentos que consumía Gran Bretaña dependía de las importaciones, tal y como sucedía además con la mayor parte de sus materias primas, la situación del país adquirió rápidamente tintes extremadamente sombríos. «No me asustan los ataques aéreos; no temo la invasión; y menos miedo me da aún la situación de los Balcanes, —aseguró Churchill al día siguiente en el gabinete—, pero me inquieta lo que está sucediendo en el Atlántico»[84]. En doce semanas, las *Rudeltaktik* (es decir, las «manadas de lobos[85]») habían dado cuenta de 142 barcos aliados, y a mediados de marzo, dos acorazados alemanes que patrullaban en el Atlántico, el *Scharnhorsten* y el *Gneisenau*, hundieron o capturaron ochenta mil toneladas de fletes aliados[86]. En los puertos británicos había asimismo un volumen de barcos equivalente a 2,63 millones de toneladas en trámite de reparación, y los muelles se congestionaban cada vez más, dado que los daños superaban con mucho los recursos necesarios para subsanar las averías y los destrozos. «¡Con qué placer habría cambiado todas aquellas zozobras por un intento de invasión a gran escala!, —escribirá Churchill después de la guerra—. ¡Cuánto me habría gustado luchar contra algo tangible en lugar de enfrentarme a aquel peligro amorfo e inmenso que solo podía expresarse con tablas, curvas y estadísticas!»[87]

Entretanto, en Yugoslavia, los acontecimientos se precipitaron tan pronto como el príncipe regente Pablo se avino a firmar un pacto con Hitler en Berlín, el 25 de marzo. Al día siguiente, Churchill le envía a *sir* Ronald

Campbell, el embajador británico en Belgrado, una nota en la que le insta a proceder de una forma muy concreta: «Continúe molestando, incordiando y mordiendo. Solicite audiencias. No acepte una sola respuesta negativa. No es momento de reproches ni de dignas despedidas»[88]. Al día siguiente, el sobrino de diecisiete años de Pablo daba un golpe de estado —con la ayuda de los británicos— y se convertía en el rey Pedro II de Yugoslavia. Dos semanas más tarde, Churchill señalaba en un discurso: «Una boa constrictor que ya hubiera cubierto la presa con su pestilente saliva y se encontrara de pronto con que se la arrebatan de entre sus mismísimos anillos, no se mostraría ni la mitad de enfurecida que Hitler, Goering, Ribbentrop y todo el resto de la banda nazi al tener que tragarse tan amarga decepción»[89].

«El primer ministro estaba loco de alegría, —señala Colville al recordar el golpe de mano—. El país entero se encontraba extasiado.»[90] En el discurso que pronunció ese día, Churchill afirmó: «A primera hora de esta mañana, la nación yugoslava ha recuperado su aliento vital»[91]. En una segunda alocución, dirigida en este caso a los asistentes a un almuerzo organizado en honor de Winant, el primer ministro explicó que el embajador estadounidense «nos ha transmitido la misma impresión que vienen dándonos últimamente todos los hombres del presidente Roosevelt: la de que preferirían caer fulminados ante un pelotón de fusilamiento a dar por perdida nuestra causa»[92]. En un pasaje en el que reflexiona en voz alta sobre los factores que pueden permitir que Gran Bretaña gane la guerra, Churchill pasa revista a los tiempos que pasó al frente del Ministerio de Municiones, época en la que le decían: «Nos estamos quedando sin esto y sin aquello, se nos está acabando la bauxita y el acero, etcétera, etcétera; pero a pesar de todo seguimos adelante, y al final lo único que acabó por escasear fueron los hunos»[93].

En la batalla del cabo de Matapán, librada los días 28 y 29 de marzo, la flota del almirante *sir* Andrew Cunningham hundió tres cruceros pesados y dos destructores italianos. Murieron cerca de dos mil trescientos marineros enemigos, mientras que en el bando aliado solo hubo cuatro cruceros ligeros dañados y tres muertos[94]. En Chequers, la noticia «se recibió con gritos de alegría». Churchill comentó que el asalto se había limitado a «despanzurrar los barquitos de papel de los italianos»[95]. También aseguró

que, a su juicio, «la gente se estaba mostrando mucho más feliz en la guerra de lo que hubiera podido esperarse». Y Colville refiere que hasta el mismísimo Rab Butler «había acabado por admirar al primer ministro, aunque todavía no lo hiciera de muy buena gana»[96]. Churchill envió un telegrama a los franceses para advertirles que, si continuaban bombardeando Gibraltar —cosa que ya llevaban haciendo algunos meses, aunque únicamente fuese de manera esporádica—, «nosotros bombardearemos Vichy y les perseguiremos allí donde se encuentren». Después, le advirtió a Mussolini que si se hundía los barcos de Mitsiwa (la actual Massawa, en Eritrea) para bloquear los puertos de la zona, «nosotros dejaremos de alimentar a los italianos de África»[97]. (Mucho tiempo después, Mussolini echaría deliberadamente a pique unas cuantas naves en la costa del Mar Rojo, pero no se dejó de procurar comida a los prisioneros de guerra italianos.)

Al descubrir Churchill que el general Brooke había estado trabajando sobre el papel en una simulación bélica destinada a estudiar lo que ocurriría en caso de que cinco divisiones alemanas desembarcaran en la costa de Norfolk y lograran abrirse paso hacia el interior, el primer ministro le envió un documento con catorce preguntas del siguiente estilo: «¿Qué escolta naval ha supuesto usted que traían?»; «¿Se encontraba la zona de desembarco protegida por un conjunto de formaciones de cazas enemigos capaces de actuar de día y de dominar el espacio aéreo?»; o «¿Cuántos hombres y vehículos preveía su análisis que podrían desembarcar en las primeras doce horas; qué porcentaje de bajas les ha atribuido su hipótesis?. —Churchill concluye con estas palabras—: Me encantaría que los mismos oficiales que han participado en sus deducciones se dedicaran ahora a elaborar un plan para que nuestra armada procediera al desembarco de un contingente de dimensiones exactamente iguales en la costa francesa, con el mismo grado de cobertura aérea, y dando por supuesto que la marina alemana que patrulla el Canal de la Mancha es superior a la nuestra»[98]. En su respuesta, una semana más tarde, Brooke aportaba todas las cifras requeridas, y explicaba que se había previsto un porcentaje de pérdidas del 10 % durante la travesía del Canal de la Mancha, y de otro 5 % o 10 % por ciento más en el desembarco. Tras esta primera toma de contacto, Brooke

comenzó a intercambiar cartas con Churchill por espacio de cinco semanas, tiempo en el que ambos hombres examinaron las fórmulas que podían emplear los alemanes para abastecerse de combustible y víveres una vez se hallaran en suelo británico[99].

El 31 de marzo, Rommel lanzaba un asalto sobre las posiciones de Wavell en el desierto occidental egipcio. En solo diez días, el mariscal se plantaba en Tobruk y sometía a asedio la plaza. «El avance alemán nos ha cogido por sorpresa, así que una de nuestras brigadas blindadas ha quedado aislada, —señala Colville, que añade a renglón seguido—: El primer ministro me ha confesado que, a su juicio, Wavell y los demás generales se han comportado de un modo verdaderamente falto de inteligencia en el norte de África, dado que deberían haber hecho todos los preparativos necesarios para hacer frente a un eventual ataque por ese flanco»[100]. Churchill ordenó por tanto a Wavell que defendiera Tobruk a toda costa y exigió al almirante Cunningham que bloqueara el puerto de Trípoli. Según Cunningham, la maniobra solicitada era suicida, pero a pesar de todo bombardeó el puerto y hundió varios de los barcos enemigos que se encontraban fondeados en él[101]. Cunningham también había recibido instrucciones de ocuparse del reabastecimiento de la isla de Malta, cuya crucial importancia estratégica había determinado que se viera sometida *de facto* a un auténtico asedio aéreo. Por último, Cunningham debía cortar también las comunicaciones enemigas que garantizaban el enlace entre Italia y África.

La misión de Wavell, entretanto, consistía en reagrupar las fuerzas con las que se había conseguido reconquistar la Somalilandia Británica y en emplearlas en la invasión de Etiopía, sacando de ese modo el máximo partido de la posición de ventaja que Gran Bretaña había logrado en la zona. Más tarde, Wavell se quejaría de que Churchill lo obligaba constantemente a dispersar en exceso sus fuerzas, lo que era muy cierto, y de que el primer ministro «nunca llegó a comprender que era preciso hallarse completamente equipado antes de poder lanzar a las tropas al combate». Wavell recordará asimismo que Churchill «había argumentado en una ocasión que si una unidad relativamente pequeña de la caballería bóer había sido capaz de mantener a raya a toda una división británica en

1899 o 1900, a la Brigada Sudafricana debían de bastarle los rifles para adueñarse del terreno»[102]. El 2 de abril, Churchill le enviaba a Wavell un mensaje descifrado de la máquina Enigma en el que se decía que Berlín le había negado apoyo aéreo a Rommel debido a las necesidades militares que existían en otros escenarios del conflicto, que se le había ordenado que no continuara avanzando hacia el este, y que debía abstenerse de penetrar en Egipto, al menos por el momento[103]. Sin embargo, al día siguiente, Wavell tuvo que evacuar Bengasi, ya que las fuerzas del general habían quedado gravemente reducidas debido al gran número de efectivos que se había visto obligado a enviar al frente griego. «El primer ministro está muy preocupado», señala Colville[104]. Al conocerse la noticia, Churchill canceló la visita que tenía previsto realizar a Liverpool y a Manchester.

Ese mismo día, Churchill pasó a Cripps —con el encargo de que se la transmitiera a Stalin— una información obtenida mediante el sistema Ultra (aunque al presidente soviético debía decírsele, claro está, que las revelaciones habían llegado a manos británicas a través de «un agente de confianza» infiltrado en las filas del Alto Mando alemán). La nota afirmaba que Hitler había ordenado el desplazamiento de tres divisiones blindadas del ejército, y que, de acuerdo con las instrucciones, estas debían abandonar los Balcanes para dirigirse a Cracovia, en Polonia, a finales de marzo. Sin embargo, añadía el mensaje, tras el golpe de mano de Belgrado, la orden se había revocado. A diferencia de los jefes de Estado Mayor y de gran parte de los integrantes de los servicios de inteligencia, Churchill sospechaba que estos movimientos indicaban que Hitler planeaba invadir Rusia tan pronto como hubiera conseguido consolidar su flanco sur en Yugoslavia y Grecia. Stalin hizo caso omiso de la advertencia, ya que la consideró una mera «provocación inglesa», repitiendo así el comportamiento que ya había adoptado en junio de 1940 —fecha en la que también había pasado por alto otro aviso similar en el que Churchill le indicaba que Alemania se aprestaba a poner sus miras en el este—. Sin embargo, Stalin no recibió la advertencia de forma inmediata, ya que Cripps hubo de esperar varias semanas para reunirse con un miembro de segunda fila del Politburó, lo que confirma que en ese momento los soviéticos concedían a los británicos mucha menos credibilidad que a los alemanes[105].

El 6 de abril, el ejército alemán invadía Yugoslavia. El territorio del país se vio sometido a un ataque simultáneo por tres flancos, y los bombardeos hicieron pedazos Belgrado. Grecia también sufrió la acometida alemana ese mismo día. «Hemos tenido que ayudar a Grecia, pero al acudir en su auxilio no nos ha quedado más remedio que dejar sueltos a los perros de la guerra que asolan los Balcanes, —le explicó Churchill al rey—. Esperábamos poder respaldar tanto a Grecia como a Yugoslavia, pero la maquinaria bélica alemana, una vez puesta en marcha, resulta muy difícil de detener.» A continuación, el primer ministro se hizo la siguiente reflexión, comenta el rey: «Hemos resuelto muy bien las cosas en nuestra lucha contra Italia, pero el verdadero enemigo es Alemania»[106]. Al final de su entrevista con el monarca, Churchill volvió a fijar su atención en el escenario bélico que tenía más presente en esa época: «La batalla del Atlántico es la única verdaderamente relevante, —le dijo a Jorge VI—, y Estados Unidos está de nuestro lado».

El 9 de abril, la noticia de que los alemanes habían entrado en Salónica provocó «un sofocado estremecimiento de dolor en la Cámara de los Comunes», señala Harold Nicolson[107]. Tres días después, Churchill levantaba un tanto los ánimos de los parlamentarios al anunciar que «el gobierno de Estados Unidos ya ha puesto a nuestra disposición diez cúteres de la Guardia Costera de Estados Unidos. Se trata de unos buques muy veloces, de aproximadamente dos mil toneladas de desplazamiento, que, además de estar dotados de un buen armamento, poseen un radio de acción muy amplio. Y puedo asegurarles que muy pronto entrarán en acción. Estas embarcaciones, originalmente diseñadas para impedir que se transgredieran las restricciones de la ley seca, podrán contribuir ahora a la materialización de unos objetivos de mayor envergadura aún»[108]. Dos días más tarde, Churchill volvía a demostrar su buen humor durante una gira de inspección que efectuó en Swansea, acompañado por Winant y Harriman. Al poco de iniciada la visita, varios cientos de estibadores se arremolinaron de tal modo a su alrededor que Churchill tuvo la ocurrencia de colocar su distintivo sombrero hongo de copa cuadrada en lo alto del bastón y comenzó a agitarlo de un lado a otro para que pudieran verlo los trabajadores que se encontraban en la parte de atrás del tropel formado. Esa noche, Churchill

durmió en su tren especial, en un apartadero próximo al túnel de Severn, y desde allí los integrantes de su pequeña comitiva pudieron ver los intensos bombardeos que se estaban produciendo en Bristol.

En junio de 1929, Churchill había sido elegido rector de la Universidad de Bristol. Se tomó sus responsabilidades muy en serio, así que otorgó títulos y pronunció también, de cuando en cuando, algunos discursos importantes. De hecho, acabaría convirtiéndose en el responsable de más dilatado historial de servicio de todas las universidades británicas[109]. «Siempre me ha resultado muy grato venir aquí», le comentó en una ocasión a su médico. Y si le gustaba hacerlo era, entre otras cosas, porque sus visitas a la universidad le permitían volver a vestir el atuendo de ministro de Hacienda que había heredado de su padre. No obstante, las facultades que le confería el cargo eran limitadas. A finales de la década de 1930, le escribió una carta al vicerrector para preguntarle si podría encontrarle un hueco en la universidad a un estudiante de odontología judío cuyos padres querían que escapara de la Alemania nazi, pero el funcionario se negó. (El alumno, que consiguió sobrevivir, se instaló en el Medio Oeste de Estados Unidos.)[110] A mediados de abril, fecha en la que Churchill acudió a Bristol para conceder un título honorífico a Winant y a Robert Menzies, el primer ministro australiano, la ciudad se hallaba muy maltrecha a causa de las incursiones aéreas, que habían causado la muerte, o graves heridas, a varios centenares de personas. En palabras de Colville, Churchill y su grupo «caminaron por las calles y recorrieron en coche un paisaje urbano devastado hasta límites que jamás [habrían] juzgado posibles»[111]. Sin embargo, sobre las ruinas de las casas destrozadas por las bombas ondeaban banderas del Reino Unido, y cuando la multitud se reunía alrededor de Churchill la gente le saludaba y le vitoreaba. «No dejaba de murmurar en voz baja: "¡Qué gente tan maravillosa…! ¡Qué gente tan maravillosa!".»[112] (Según le comentaría en otra ocasión a Tommy Thompson, al saludar, «trataba de mirar directamente a los ojos a las personas a las que dirigía sus gestos de aliento, ya que eso le permitía establecer una comunicación directa con los afectados».)[113] Algunos de los edificios próximos a la Torre Wills de Bristol, en la que se llevó a cabo la ceremonia de la investidura honorífica, aún estaban en llamas, y varios de

los catedráticos presentes habían tenido que ponerse la túnica académica por encima del uniforme, todavía sucio, de miembros de la Defensa Civil, ya que habían estado trabajando toda la noche para sacar a la gente de entre los escombros. «Durante toda la ceremonia, —recuerda Thompson—, el acre olor de los incendios inundó la atmósfera, ya que se colaba por las destrozadas ventanas de la sala»[114]. Churchill se sintió orgulloso de que la universidad llevara a cabo la ceremonia «con un ritual impecable y el apropiado decoro», sin omitir ninguno de sus protocolos[115].

«El hecho de que os hayáis reunido con esta entereza es una señal de fortaleza y buen ánimo», comienza a decirle Churchill a los congregados;

> es también signo de un coraje y un desapego de los asuntos materiales digno de todo cuanto nos hemos visto impulsados a creer de la antigua Roma o la Grecia moderna. Cada vez que consigo sustraerme por unas horas, o incluso durante un día entero, a los deberes que me atan a mi cuartel general, viajo por todo el país, y en esos recorridos contemplo los daños que provocan los ataques enemigos. Sin embargo, junto a la devastación y entre las ruinas, veo también miradas tranquilas, confiadas, brillantes y risueñas, rostros en los que resplandece la clara conciencia de estar contribuyendo a una causa mucho más alta y amplia que cualquier cuita humana o personal. Veo en esas pupilas el espíritu de un pueblo invencible, el temple de unas gentes que han crecido en libertad y se han educado en una tradición secular, un ánimo que en este momento, en este punto de inflexión sobre el que pivota la historia del mundo, no solo habrá de permitirnos asumir sin duda la parte de tarea que nos corresponde, sino hacerlo además con tal denuedo que ninguno de nuestros hijos hallará jamás reproche alguno que dirigir a sus mayores[116].

Tras la alocución, Tom Harrisson, miembro del Movimiento de Observación de Masas[117], vio «en sus ojos grandes lágrimas de pesar e ira contenida. [Churchill] estaba visiblemente conmovido por el sufrimiento que se desplegaba ante él, pero al mismo tiempo patentemente decidido a conseguir que ese dolor no fuera el sello de una derrota, sino el anuncio de una victoria»[118]. Al iniciar la marcha el tren especial en el que viajaba y disponerse a abandonar la estación de Bristol, Churchill, todavía lloroso, le dijo al comandante Thompson: «Tienen tantísima fe: es una grave responsabilidad»[119]. Esa noche, Roosevelt anunció que, pese a que entre su país y Alemania no mediara el estado de guerra, la armada de Estados Unidos había decidido ampliar el radio de acción de sus buques de lucha antisubmarina, lo que significaba operar a partir de trescientas millas[120] de la costa estadounidense —una zona que llevaba patrullando desde octubre

de 1939— y llegar hacia el este hasta el meridiano 25, que une la isla de Groenlandia con la de Cabo Verde. Este anuncio liberaba de esas labores a un gran número de barcos de la Marina Real Británica, que de ese modo podían combatir a los sumergibles alemanes cerca de sus propias aguas jurisdiccionales. Entretanto, el Comité de Defensa optaba por activar la Operación Tigre, sumamente peligrosa, ya que consistía en enviar 238 tanques a Alejandría y en hacerlo por el Mediterráneo en lugar de por la ruta del Cabo. Churchill abogó del modo más vehemente en favor de la asunción de ese riesgo, pero a pesar de todo, al terminar la dura reunión en la que se decidió llevar a la práctica el plan, exclamó: «Si a alguien se le dan bien los rezos, este es un buen momento para demostrar sus dotes»[121]. La idea se revelaría en último término correcta, ya que los alemanes solo consiguieron hundir uno de los barcos de transporte.

Se trataba efectivamente de un «punto de inflexión en la historia del mundo», pero en ese momento no se tenía en modo alguno claro en qué dirección habrían de pivotar los acontecimientos. El 13 de abril, Rommel entraba en Bardia. Al mismo tiempo, en Bagdad, el político iraquí Rashid Alí al-Gaylani daba el golpe de mano del «Cuarteto de Oro[122]» y amenazaba con alinear al país con las potencias del Eje. El 18 de abril, la resistencia de los yugoslavos a Alemania se venía abajo. Esa semana, los bombardeos más intensos de toda la guerra se cobraban la vida de dos mil londinenses y de tres mil habitantes de Liverpool. El West End, Piccadilly, Saint James’s Street, Pall Mall, la parte baja de Regent Street y el Almirantazgo fueron algunas de las zonas más afectadas de Londres. Al comentar los destrozos causados en este último edificio, Churchill señalará que, gracias a ellos, «podía ver mejor la Columna de Nelson desde el asiento que ocupaba en la mesa del gabinete»[123].

El 18 de abril, Alexandros Korizis, el nuevo primer ministro griego, se suicidaba pegándose un tiro. Dado que el 20 de abril capitularon las tropas griegas que llevaban combatiendo contra los italianos en Albania desde octubre de 1940, y teniendo asimismo en cuenta que Alemania había conseguido una total superioridad aérea en Grecia, el Comité de Defensa tomó la decisión de evacuar el país. Aquello era como revivir los reveses de Galípoli, Namsos, Narvik, Dunquerque y Dakar juntos —hasta el punto de

que la gente comenzó a bromear diciendo que el significado de las siglas «BEF» (*British Expeditionary Force*, o Fuerza Expedicionaria Británica) era «*Back Every Friday*» («Retroceder Todos los Viernes)—. —No obstante, esa semana, tras el almuerzo que mantenía semanalmente con Churchill, el rey anota—: El primer ministro estaba animado y nada deprimido por la situación que se vive en Grecia […]; se está organizando la evacuación»[124]. El 24 de abril, los griegos se rendían. «La Cámara de los Comunes se muestra inquieta y la popularidad del gobierno está decayendo, —señala Channon—. No obstante, la posición del primer ministro parece sólida.»[125] Pese a que en ese momento se tuviera la impresión de que la actitud de Churchill al apoyar el golpe de Yugoslavia y la intervención en Grecia había acabado saldándose con un gran fracaso, más tarde se consideraría que ambos movimientos habían tenido consecuencias sumamente positivas —aunque no en virtud de ninguna hazaña militar británica—. En agosto de 1941, el primer ministro le comentará a Colville que existían grandes posibilidades de que el golpe yugoslavo «hubiera desempeñado un papel crucial en la guerra», ya que había obligado a Hitler «a llevar nuevamente a la región las divisiones *Panzer* que ya había desplazado al norte, lo que a su vez le había forzado a retrasar seis semanas el ataque a Rusia»[126]. Acabada la guerra, el general Günther Blumentritt, miembro del Estado Mayor alemán, respaldaría esta afirmación de Churchill al declarar que «el incidente de los Balcanes había pospuesto cinco semanas y media el inicio de la campaña [rusa]», una demora que otro importante estratega germano, el general Siegfried Westphal, cifraría en seis semanas[127]. La principal consecuencia de este aplazamiento fue que los alemanes no pudieron llegar a Moscú hasta el otoño, con lo que, al transformarse esa estación rusa, marcada por las abundantes lluvias, en un invierno extremadamente frío, el combustible de las unidades motorizadas del Reich comenzó a congelarse. De este modo, la *Wehrmacht* quedó detenida a las afueras de la capital soviética, lo que a su vez dio a los rusos ocasión de contraatacar con todas sus fuerzas en diciembre y de recuperar, el 30 de ese mes, el control de la localidad de Kaluga. Una vez más, la implacable ley de las consecuencias impremeditadas actuaba en favor de Churchill.

En su emisión radiofónica del 27 de abril, Churchill pintó el apoyo que el imperio británico había ofrecido a los griegos con los tonos de un compromiso de carácter más moral que estratégico. «Antes de la guerra, al darles la solemne garantía de acudir en su ayuda, Gran Bretaña comprometió su palabra», dijo.

> [Los griegos] se declararon dispuestos a luchar por su patria aun en el caso de que ninguno de sus vecinos hiciera causa común con ellos, juraron combatir aunque nosotros les abandonáramos a su suerte. Pero no podíamos hacer semejante cosa. Hay reglas que impiden proceder de ese modo; y quebrar ese tipo de normas resultaría fatal para el honor del imperio británico —pues sin honor no podríamos ni esperar ni merecer la victoria en esta dura contienda—. De la derrota militar o del error de cálculo es posible redimirse. Las fortunas de la guerra son tornadizas y cambiantes. Pero un acto vergonzoso nos privaría del respeto que hoy se nos profesa en todo el mundo, y esto a su vez socavaría la fuente de la que emana nuestra vitalidad y nuestra fortaleza[128].[129]

En su discurso, Churchill admitió abiertamente la «gravedad […] de la situación bélica», pero dijo que abandonar Whitehall «para partir al frente —y con esto me refiero a las calles y los muelles de Londres, Liverpool, Manchester, Cardiff, Swansea o Bristol—, es como dejar la recargada atmósfera de un invernadero para salir al puente de un barco de guerra. Es un tónico que desde luego yo le recomendaría tomar en grandes dosis, y siempre que lo necesite, a cualquiera que se sienta angustiado»[130]. Después de argumentar que tanto a los vigilantes encargados de advertir de la llegada de una incursión aérea como a los miembros de la Guardia del Interior y a los obreros de las fábricas «les enorgullece saber que luchan codo a codo con los soldados que combaten en el frente, —señaló—: Este es de hecho uno de los períodos más heroicos de nuestra historia, y un glorioso resplandor nos ilumina a todos»[131].

Por esa época, uno de los elementos recurrentes en los discursos de Churchill consistía en lanzar burlonas y despectivas puyas a Mussolini, y esta ocasión no iba a ser menos: «Ese apaleado chacal de Mussolini, —dijo —, que para salvar el pellejo ha convertido al conjunto de Italia en un estado vasallo del imperio hitleriano y que acude a retozar junto al tigre alemán con gañidos que no son solo de apetito —eso puede llegar a entenderse— sino incluso de triunfo»[132]. Sin embargo, ni Hitler ni Mussolini lograrán alzarse jamás con la victoria, aseguró a sus oyentes,

basándose en parte en el siguiente argumento: «Hay menos de setenta millones de hunos malvados. Entre ellos, algunos admiten curación, pero otros solo merecen la muerte. En cualquier caso, muchos de ellos están ocupados en frenar a los austríacos, a los checos, a los polacos, a los franceses y a otros muchos miembros de las antiguas razas que ahora intimidan y saquean»[133]. Para elogiar los efectos de la Ley de Préstamo y Arriendo estadounidense, que ya habían empezado a permitir el rearme de Gran Bretaña, Churchill concluyo su intervención radiofónica con unos versos del poema de Arthur Hugh Clough titulado «*Say Not the Struggle Naught Availeth*[134]»:

> No solo por los ventanales de Oriente
> se hace la luz cuando amanece:
> frente a nosotros se alza, lento, el sol —¡con parsimonia!—,
> pero ahora mira hacia el oeste y verás brillar la tierra[135].

El 28 de abril, con Rommel a las puertas de Tobruk, a menos de cuatrocientos kilómetros de la frontera egipcia, Churchill elabora una directiva dirigida al Gabinete de Guerra bajo el siguiente rótulo: «La defensa de Egipto». En ella ordena que todos los planes destinados a proceder a la evacuación del país y al bloqueo del Canal de Suez queden estrictamente sometidos al control de los mandos presentes en el cuartel general de El Cairo. «No debe permitirse ni la más leve filtración de dichos planes.» A continuación añade que no se tolerará la rendición de ninguna unidad, salvo en el caso de que «se haya sufrido al menos un 50 % de bajas. —Y prosigue—: De acuerdo con la máxima de Napoleón, "La rendición solo es posible cuando únicamente queda un hombre y el enemigo le atrapa desarmado". Sin embargo, los generales y los oficiales del Estado Mayor que se vean sorprendidos por el adversario deben usar las pistolas en defensa propia. El honor de un hombre herido no será puesto en entredicho. Todo aquel que haya conseguido matar a un huno, o incluso a un italiano, habrá prestado un buen servicio. El Ejército del Nilo debe luchar sin pensar en ningún momento en el repliegue o en la retirada»[136].

Aquello era una verdadera arenga de combate. Menos afortunada será en cambio la predicción que lleva a Churchill a vaticinar, en esa misma

directiva, que «es poco probable que Japón entre en la guerra, a menos que los alemanes consigan invadir efectivamente Gran Bretaña. —En su escrito, el primer ministro llega a la conclusión de que—, en el momento presente no hay necesidad de adoptar ninguna nueva disposición destinada a garantizar la defensa de Malasia y Singapur, al menos no más allá de las modestas medidas que ya se están poniendo en práctica»[137]. El planteamiento de Churchill se basaba en la certeza de que cualquier ataque que pudiera efectuar el Japón en Extremo Oriente provocaría la inmediata intervención de Estados Unidos, de modo que, a su juicio, no había necesidad de considerar prioritarias las fortificaciones de Singapur o Hong Kong.

En mayo, Leslie Rowan pasó a formar parte de lo que Churchill llamaba su «Círculo Secreto», es decir, del séquito interno autorizado a estar informado de todo excepto de las fechas de las operaciones y del contenido de las cajas de color cuero en las que el primer ministro guardaba los mensajes descifrados por medio del sistema Ultra[138]. En la brevísima entrevista que le había hecho antes de ofrecerle el puesto de secretario privado, Churchill le había preguntado a Rowan si el trabajo que en ese momento desempeñaba en el Tesoro había llevado aparejada la introducción de recortes en el gasto naval. «Sí, señor, —le había respondido Rowan—, hago todo lo posible». Había sido una prueba, puesto que, como más tarde habría de consignar Rowan por escrito, «lo que más odiaba [Churchill] era lo que él denominaba “el mohín funcionarial”, expresión con la que aludía a los educados pero insinceros comentarios a los que solían recurrir los funcionarios públicos cuando pretendían complacer a un superior»[139]. De este modo, al admitir honestamente que había participado en la reducción del presupuesto del bienamado «Servicio Superior» de Churchill, Rowan consiguió el cargo. «Se mostraba frecuentemente desconsiderado, —señala Rowan al comentar el comportamiento de Churchill como jefe—. Sin embargo, todos teníamos la clara y correctísima sensación de que nos hallábamos al servicio de un verdadero líder, de una de esas personas que solo se dan una vez por siglo, o menos incluso»[140]. En una ocasión, en Chequers, Rowan trató de presentar una excusa para no asistir a la cena con la familia debido a que era el cumpleaños de Clementine y pensaba que los

Churchill preferirían cenar solos. Al ver su actitud, el primer ministro le dijo sin ambages: «De ninguna manera; a Clemmie y a mí nos gustaría que usted cenara con nosotros»[141]. Churchill no aceptaba que su despacho y sus dependencias se convirtieran en compartimentos estancos, separados por fronteras invisibles. «Muchas veces acabábamos trabajando con Churchill en su estudio o en su habitación, —señala Edward Bridges, el secretario del gabinete—, y otras se nos llamaba para tomar nota de unas cuantas órdenes urgentes mientras el primer ministro comía con la familia. Al poco tiempo, todos teníamos la impresión de que, en cierto sentido, nos habíamos convertido en miembros honorarios de su propia familia»[142].

Fueran cuales fuesen las vicisitudes de la guerra, Churchill se las arreglaba para tener siempre físicamente presente, como mínimo, a uno de sus cuatro secretarios privados, a fin de que el designado pudiera personarse en su despacho, o junto a su cama, en solo un par de minutos. En 1943, le gruñó en una ocasión a John Peck: «Deme la luna», y el aludido necesitó cierto tiempo para adivinar que lo que le estaban solicitando eran las fechas de los meses de verano de 1944 en los que habría luna llena, a fin de poder preparar adecuadamente la invasión de Normandía[143].

El 15 de febrero de 1941, Beaverbrook volvió a esgrimir la amenaza de la dimisión, en este caso debido a los desacuerdos que le oponían a Ernest Bevin en diversas cuestiones vinculadas con el Comité de Producción Ejecutiva. «La entrevista [entre Churchill y Beaverbrook] duró en total hora y media», anota en su diario Eden, visiblemente fatigado ya de tantos amagos[144]. El 1 de mayo, Churchill apartaba finalmente a Beaverbrook del Ministerio de Producción de Aviones, reemplazándolo por John Moore-Brabazon. Sin embargo, «el Castor[145]» conservaría su puesto en el Gabinete de Guerra como ministro de Estado —una cartera totalmente nueva inventada específicamente para atender su caso—. Dado que en ese puesto no tenía ninguna obligación ministerial concreta, su principal tarea consistiría en asesorar al primer ministro —que de este modo evitaba además que Beaverbrook se convirtiera en un adversario de su gobierno—. Churchill nombró también a Frederick Leathers ministro de Transportes de Guerra. Churchill no tardó en idear un motivo de chanza permanente al decir que el nuevo miembro del ejecutivo, que había sido presidente o

director de más de cincuenta compañías comerciales, lograría ascender un escalón más en la senda conducente a la obtención de un título nobiliario por cada millón de toneladas adicionales de suministros que lograra introducir en el país. Cuando Leathers llegaba con un buen informe mensual, Churchill le decía: «A este ritmo, acabarán nombrándole rápidamente conde, quizá incluso duque a finales de año». Por el contrario, si los memorandos de los suministros se revelaban negativos, el primer ministro le espetaba: «Si esto sigue así, me veré obligado a rebajarle a la categoría de *baronet*. —Leathers no le veía la gracia a todas esas guasas, así que se limitaba simplemente a responder—: Como usted guste, señor primer ministro»[146].[147]

A principios de mayo, *lady* Astor hizo visitar a Churchill y a Harriman los terrenos de su circunscripción electoral de Plymouth, que había quedado reducida a escombros tras sufrir cinco incursiones aéreas en nueve días. Vieron un autobús que había salido volando a causa de una explosión y que había terminado aterrizando en el techo de un edificio situado a ciento cuarenta metros de distancia, y escucharon también el martilleo de los empleados encargados de sellar con clavos los ataúdes de los muertos —una escena que resultaba tanto más dolorosa cuanto que se estaba produciendo en una habitación contigua a otra en la que trataban de descansar «unos cuarenta hombres con heridas leves»—.[148] «Nunca había visto nada parecido», repetía Churchill una y otra vez. Según refiere Colville, el primer ministro se mostró «más apesadumbrado que en cualquier otra ocasión». Con la intención puesta en gran medida en provocar una honda impresión en Harriman, Churchill imaginó en voz alta la existencia de un mundo en el que Alemania consiguiera alzarse con la victoria en todo el Oriente Próximo, y remató su explicación con estas palabras: «El robótico nuevo orden que pretende imponer Hitler podría recibir de ese modo la inspiración capaz de conferirle un auténtico aliento vital»[149]. Churchill abrigaba la esperanza de que Tobruk pudiera «tener para Hitler el mismo papel negativo que Acre tuvo en su día para los intereses de Napoleón». En 1799, la defensa anglo-turca de la ciudad (la actual Akko) había obligado a Napoleón a abandonar su campaña siria. «En ese desierto, [Acre] podría ser el granito de arena capaz de destruir todos

los engranajes y cálculos de la maquinaria hitleriana», señaló[150]. Pero, de no ser así, si Hitler se hacía con el control del petróleo iraquí —máxime ahora que también estaba recibiendo de los rusos el trigo de Ucrania—, ni siquiera la firme determinación que habían constatado en Plymouth alcanzaría a «abreviar la ordalía»[151]. Al día siguiente, el mal humor de Churchill brotaría de una causa diferente, ya que descubrió que Clementine había empleado parte de su particular miel favorita, procedente de Queensland, para endulzar el ruibarbo que ella tomaba[152].

Esta fue justamente la época que Churchill eligió para hacer una visita a Chartwell, palacete en el que se presentaba de cuando en cuando si tenía que escribir algún discurso importante. Durante el almuerzo, en la casita de campo que él mismo había construido, ensayó en voz baja el discurso que planeaba dirigir a los polacos, mientras le decía a Jock, el gato de color mermelada: «Querido minino: me apena tanto no poder darte nata en estos tiempos de guerra…»[153]. El 3 de mayo, la radio difundía su discurso:

> En toda Europa, las razas y los estados que por su cultura y su historia han formado parte integrante del curso vital de la cristiandad en los siglos en que los prusianos no pasaban de ser más que una simple tribu bárbara, y el imperio alemán apenas otra cosa que una aglomeración de principados tan abigarrada y densa como ese pan negro que tanto les gusta, se ven ahora postrados bajo el tenebroso y cruel yugo de Hitler y su banda de nazis. Todas las semanas sus pelotones de fusilamiento se azacanean, atareados, en una docena de territorios diferentes. El lunes el *führer* liquida a los holandeses; el martes, a los noruegos; el miércoles son los franceses o los belgas los que son llevados al paredón; y el jueves les toca sufrir a los checos… Quienes ahora mismo figuran en su repugnante boletín de ejecuciones son los serbios y los griegos. Pero, siempre, todos los días, hay polacos en la lista. Las atrocidades que Hitler ha perpetrado contra la población polaca, el saqueo de su país, la dispersión de sus hogares, las afrentas a su religión, la esclavitud de sus obreros…, todo ello supera en rigor y magnitud a cuantas villanías haya podido consumar Hitler hasta la fecha en cualquier otra tierra conquistada[154].

Lo que Churchill señalaba era perfectamente cierto. La destrucción de Polonia a manos de los nazis y de los soviéticos estaba adquiriendo proporciones de cataclismo. Entre 1939 y 1945, la población de Polonia disminuiría en un 17,2 %, más que la de cualquier otro país europeo.

Al día siguiente, Hitler respondía asegurando que el discurso de Churchill «era el síntoma de un mal paralizante, o un indicio de los desvaríos de un borracho». En el transcurso de los dos años inmediatamente

posteriores, Hitler habría de dedicar a Churchill calificativos como «lunático», «farfullador», «beodo», «orate», «político sin escrúpulos», «criminal», «estratega aficionado sediento de sangre», «belicista», «hipócrita» y «perezoso» —cosa esta última que no deja de resultar extraña—.[155] Christa Schroeder, la secretaria de Hitler, recuerda que al dictarle este algún texto, había tres temas que «elevaban al paroxismo las emociones» de su jefe: Roosevelt, Churchill y el bolchevismo. A veces, la cólera se apoderaba de él de tal modo que «se le quebraba la voz y se saltaba trozos de la frase». «En esos casos, la elección de las palabras se revelaba menos delicada», señala.

> Por mi parte, si él insistía con excesiva frecuencia en la expresión el «bebedor de *whisky*» […], me limitaba a omitir sin más algunas de las interpolaciones. Curiosamente, al leer el borrador, [Hitler] nunca se percataba de la introducción de esos cortes, señal de lo exaltado que había llegado a ponerse. En tales situaciones, su voz alcanzaba el máximo volumen y se cubría de una serie de tonos sobreagudos, por así decirlo, que él acompañaba de enérgicos ademanes. El rostro se le ponía encarnado y en sus ojos destellaba la ira. En esos casos solía permanecer anclado en el punto en el que se encontraba, como si se estuviera fajando físicamente con el concreto enemigo que le diera por visualizar[156].

A Churchill le hubiera encantado saber el efecto que producía en el *führer*.

Wavell ya había recibido diferentes órdenes. En unos casos se le había pedido combatir en Tobruk, en otros en Grecia y en otros más en Etiopía. A principios de mayo, Churchill insistió también en que efectuara nuevas intervenciones tanto en Irak como en Siria, aunque con unos efectivos terriblemente reducidos. Churchill conocía muy bien la geografía de Irak, y no solo porque él mismo hubiera sido el encargado de crear el país en su época de ministro de las Colonias, sino también porque más adelante había tenido que organizar la vigilancia aérea del territorio. Al sugerir Wavell que la posibilidad de llegar a un «acuerdo» en Irak era una opción mejor que la de provocar la expulsión de Rashid Alí, Churchill le dijo al rey que Wavell «estaba empezando a mostrarse cansado y podría necesitar algo de reposo», a lo que añadió que podría ser sustituido por el general Auchinleck[157]. El monarca pidió un careo entre Wavell y Churchill y señaló: «Se han expuesto algunas críticas en el sentido de que Winston hace las cosas de un

modo excesivamente personal, pero se ha admitido asimismo que no le queda más remedio que proceder de ese modo y que es un hombre que rebosa energía e iniciativa. Me gustaría poder contar con más personas de su talla»[158]. Al final acabaría revelándose que las operaciones que efectuaron los británicos contra el régimen de Vichy en Siria, y contra Rashid Alí en Irak, resultaron económicas y relevantes, y lo que es aun más importante: se vieron coronadas por el éxito[159].

El miércoles 7 de mayo de 1941, una moción de confianza promovida por Lloyd George y Hore-Belisha en la Cámara de los Comunes forzaba a Churchill a justificar el desastre vivido en Grecia. Los términos de la petición, impulsada por Eden, señalaban lo siguiente: «Que esta Cámara apruebe la política que ha seguido el gobierno de Su Majestad al enviar ayuda a Grecia, y que declare su confianza en que el gobierno continúa decidido a proseguir con el máximo vigor las operaciones que se hallan en curso tanto en el Oriente Próximo como en todos los demás escenarios bélicos». Lloyd George acusó a Churchill de haberse rodeado de «aduladores» y aseguró que la idea de invadir Europa en algún momento era fruto de la «fatuidad». En su respuesta, Churchill dijo que «no era ese el discurso que habría cabido esperar del gran líder de la guerra anterior […]. Imagino en cambio que ha sido un discurso muy similar al que el ilustre y venerable mariscal Pétain podría haber pronunciado para provocar alguna vibración emotiva en los últimos días del gabinete del señor Reynaud»[160]. Fue un golpe bajo, pero Lloyd George se lo tenía bien merecido. Más adelante, al volver a centrar su intervención en la insistencia con la que Hore-Belisha solicitaba que el aparato de los servicios de inteligencia ofreciera a la Cámara un completo y preciso informe sobre las probables intenciones del enemigo, Churchill replicó: «Ese es uno de esos vislumbres en los que de pronto destella una obviedad o una afirmación obsoleta, algo que abunda sobremanera en su enérgico discurso»[161]. Como tantas otras veces, Churchill trató de enmarcar en su adecuado contexto histórico la situación por la que atravesaba Gran Bretaña. «Hay quien ha comparado las conquistas de Hitler con las de Napoleón», comenzó.

> Y existe incluso la posibilidad de que España y Rusia ofrezcan pronto algún nuevo capítulo que añadir a la temática. Pero debe recordarse, no obstante, que los ejércitos de

> Napoleón avanzaban impulsados por los fieros, liberadores e igualitarios vientos de la Revolución Francesa, mientras que lo único que respalda al imperio de Hitler es la autoafirmación racial, el espionaje, el saqueo, la corrupción y la bota prusiana. Con todo, el imperio de Napoleón, pese a sus numerosos defectos y sus gloriosas cualidades, cayó y desapareció como la nieve en Pascua, hasta no quedar de él otra cosa que el *Bellerophon*[162] de Su Majestad, que aguardaba al suplicante refugiado[163].

Churchill se esforzaba en establecer una distinción entre dos tipos de fallos militares antagónicos: «Existe el error que es fruto de la audacia, un dislate en el que cae a mi juicio quien se encara con el enemigo, y en esa clase de deslices ha de sostenerse siempre a cuantos dirigen el ejército, sea por tierra, mar o aire. Pero hay también extravíos que brotan del principio de prudencia que antepone la seguridad a toda otra consideración, yerros en que incurre quien se aleja del enemigo, y estos desaciertos exigen en cambio una ponderación mucho más agria»[164]. Noruega, Dakar y Grecia, y, por implicación, quizá también Galípoli, entraban en esa primera categoría. «Si vuelvo la vista atrás y recuerdo los peligros que ya han sido superados, —dijo en su conclusión—, cuando contemplo, a la luz de la memoria, las inmensas y montañosas olas que ha capeado la valiente nave, cuando rememoro todo lo que ha salido mal, y me represento asimismo todo cuanto ha salido bien, me invade la seguridad de que no tenemos motivos para temer a la tempestad. Dejadla que ruja y que se desate su furia. La superaremos»[165]. Churchill ganó la moción por 447 votos a favor y 3 en contra, y al salir de la Cámara se produjo un espontáneo estallido de vítores y aplausos que poco después encontraba eco en los pasillos del parlamento. Colville señala que «[Churchill] se fue a la cama eufórico por el éxito que había obtenido en el foro»[166].

La máxima que Churchill esgrimía como consejo ante todos aquellos que quisieran perseverar y salir airosos de las situaciones difíciles —«¡Seguid jorobando!»—, nos ofrece un práctico compendio de la estrategia militar que aplicó en el período comprendido entre la evacuación de Dunquerque y la incorporación de Rusia a la guerra, ocurrida justo un año después. A principios de mayo, Churchill dedicará una fábula al estilo de Esopo (inventada por él) a Björn Prytz, el embajador sueco:

> Vivían allí dos ranas, una optimista y otra pesimista. Una tarde, mientras saltaban sobre unas matas de hierba, percibieron el maravilloso aroma a la leche fresca que salía de una vaquería cercana. La tentación se apoderó de las ranas, así que, ni cortas ni perezosas, se introdujeron en la lechería saltando por una ventana que se encontraba abierta. Pero las pobres calcularon mal y cayeron juntas en un gran cántaro de leche. ¿Qué hacer? […] La pesimista miró a su alrededor y, al ver que las paredes del recipiente eran altísimas y verticales y comprobar que no había forma de subir por ellas, quedó sumida en la desesperación. Se tumbó de espaldas, plegó las ancas, y se hundió hasta el fondo. La optimista no quería perecer tan lastimosamente. También se había dado cuenta de que las paredes eran altas y perpendiculares, pero decidió luchar por su vida mientras le quedara aliento. Se pasó la noche entera nadando y batiendo la leche con todas sus fuerzas, valiéndose de sus poderosas patas palmeadas; no dejó sin probar ni una sola forma de ejercicio […]. Al despuntar la mañana, la rana optimista se percató de pronto de que, sin pretenderlo, había transformado la leche en un enorme pedazo de mantequilla y de esa forma salvó la vida. Lo mismo le ocurrirá al imperio británico[167].

Animado por la confianza que le daban los mensajes descifrados por el sistema Ultra —que le indicaban que el acontecimiento iba a producirse muy pronto—, Churchill le dijo a Prytz que el pedazo de mantequilla salvador era «el inminente choque entre Alemania y la URSS. —Si eso se verifica, aseguró—, ¡estoy dispuesto a pactar una alianza con quien sea, hasta con el mismísimo Diablo! ¡Cualquier cosa por aplastar a Alemania!»[168].

Tres días más tarde, el 10 de mayo de 1941, al cumplirse el primer aniversario de la llegada de Churchill al poder, un terrible y generalizado ataque aéreo destruía la sala de la antigua Cámara de los Comunes. Esa noche se declararon dos mil incendios, y tres mil londinenses resultaron muertos o heridos[169]. Una bomba atravesó y destrozó parcialmente la columnata que remataba la porción superior de una de las cuatro caras de la torre del reloj del Big Ben. Poco después, Churchill entregaba a William Brimson, el conserje mayor de los Comunes, una caja de rapé de plata con una inscripción a fin de sustituir la que se había perdido en el posterior incendio.

Esa noche, el duque de Hamilton telefoneó a Valentine Lawford, el secretario privado de Anthony Eden, para transmitirle la noticia de que Rudolf Hess, el ayudante del *führer* alemán, se había lanzado en paracaídas sobre la finca de verano que el propio duque poseía en Escocia, en un desesperado esfuerzo por encontrar «elementos amistosos» con los que

estudiar la posibilidad de un armisticio —pese a que no contara con la autorización de Hitler para realizar una oferta de semejante índole—. Lawford le dijo a Colville lo que acababa de ocurrir y este llamó por teléfono a Churchill, que se encontraba en Ditchley. El primer ministro estaba viendo una película de los hermanos Marx y al principio, creyendo que se trataba de una broma, exclamó: «¡Eso vaya a contárselo a los hermanos Marx!». Sin embargo, cuando le explicaron con más calma que la historia era cierta, Churchill dio órdenes de que se trasladara de inmediato a Hamilton al aeródromo de Northolt para ser llevado acto seguido a Ditchley —aunque para tomar esa decisión, Colville tuvo que volver a asegurarle que la llamada la había efectuado «realmente el duque y no un chiflado»—.[170] Antes de colgar el teléfono, Churchill insistió: «Sea Hess o no, voy a terminar de ver a los hermanos Marx»[171].

Una vez que Ivone Kirkpatrick, el antiguo primer secretario británico en Berlín, hubo identificado positivamente a Hess, el diplomático inglés y el ministro de Estado nazi mantuvieron una entrevista. Con las únicas excepciones de Eden, Attlee y Beaverbrook, Churchill no permitió que nadie tuviera conocimiento de la transcripción de ese encuentro (un gesto que, por sí solo, nos permite entrever cuál era en ese momento, en la mente del propio Churchill, la estructura de la cúpula gubernamental). Lo que se sacó en limpio del asunto se resume en esta frase: «Está claro que Hess no es un traidor, sino que realmente cree que puede convencernos de que no tenemos forma de ganar la guerra y que es posible alcanzar un compromiso de paz». «El requisito previo que [Hess] considera esencial es la caída del gobierno de Churchill.»[172] Al primer ministro le hizo mucha gracia que Hamilton, que jamás había visto antes a Hess, le dijera que el militar alemán había elegido lanzarse en paracaídas sobre sus tierras debido a su condición de lord intendente de la Casa Real, un título que el segundo del *führer* había tomado por un puesto dotado de auténtico poder (cuando en realidad es de carácter honorífico), juzgando así que podría apremiar al monarca a prestar atención a sus ideas. «¡Supongo que [Hess] cree que en este país es el duque el que se encarga de trinchar el pollo[173], —sugirió Churchill—, y quien le pregunta al rey si prefiere pata o pechuga!»[174]. Como es obvio, las consecuencias de aquel imprevisto no se revelaron tan

cómicas, ya que Churchill no quería que en Gran Bretaña, Estados Unidos o Rusia hubiera alguien que pudiera sospechar que él mismo o su gobierno tenían interés en establecer negociaciones de paz. Decidió por tanto decirle la verdad al público: que se había tratado del acto disparatado de un hombre próximo a una crisis nerviosa —de hecho, el 16 de junio Hess intentaría suicidarse—.[175] Tras ser sometido a un extenso interrogatorio en la Torre de Londres, Hess pasaría prácticamente el resto de la guerra en un campo de internamiento situado en las inmediaciones de Abergavenny, en Gales.

«Solo hace un año que nombré a Hamilton lord intendente, —anota el rey en su diario—. Tuve que despedir a su predecesor, Walter [el duque octavo de] Buccleuch, a causa de su simpatía con los nazis. A lo mejor es que el puesto de lord intendente ha sido objeto de un hechizo o cuenta con candidatos germanizados.»[176] Durante el almuerzo, Churchill bromeará con el rey, diciéndole: «Me enfadaría mucho que Beaverbrook o Anthony Eden cogieran un avión y se marcharan de repente de Inglaterra para aparecer en Alemania sin previo aviso»[177]. Churchill transmitió al rey la oferta de paz de Hess: «Tendría que dejarse a Hitler las manos libres en Europa, pero en el bien entendido de que [el *führer*] no está dispuesto a negociar con el actual gobierno británico. —Esta última salvedad animó a Churchill a preguntarle al rey con ánimo jocoso—: ¿Está usted seguro de que no quiere que le presente la dimisión, ahora que las cosas parecen adquirir un brillo tan particular para nuestros intereses?»[178].

El 16 de mayo, Churchill comenta con el general Smuts: «Da la impresión de que Hitler está concentrando todas sus fuerzas a las puertas de Rusia». «Hay un incesante movimiento de tropas, unidades blindadas y aviones. Los contingentes se dirigen hacia el norte, procedentes de los Balcanes, y también parten de Francia para marchar al este.»[179] Ya había advertido a Stalin de la situación en dos ocasiones, aunque en ambos casos el presidente soviético había ignorado el aviso. Desde luego, Churchill interpretaba las intenciones de Hitler bastante mejor que sus jefes de Estado Mayor, ya que hasta el 31 de mayo estos no darían crédito a la idea de que Alemania pudiera arremeter contra Rusia.

El 20 de mayo, el XI Cuerpo Aéreo alemán atacó a las tropas de la Comunidad Británica de Naciones que el general neozelandés Bernard

Freyberg tenía estacionadas en Creta. La incursión permitió a los alemanes apoderarse del vital campo de aviación de Máleme. Tras ocho días de terribles combates, las fuerzas aliadas tuvieron que evacuar la isla, debido en gran parte a la falta de apoyo aéreo. La Flota Mediterránea no solo perdió tres cruceros y seis destructores, sino que se vio obligada a ordenar la partida de dieciséis mil de los veintiséis mil soldados que tenía acantonados en la isla[180]. Una vez efectuada la operación, la flotilla de la zona quedó reducida a dos acorazados, tres cruceros y diecisiete destructores[181]. Poco antes, Colville se había manifestado consternado por las pérdidas del HMS *Gloucester* y el *Fiji*, hundidos en la batalla que acababa de librarse frente a las costas de Creta. «¿Y para qué crees que construimos los barcos?», replicó Churchill dando a entender claramente que desaprobaba la actitud de la Marina, que parecía «considerar que los barcos eran objetos demasiado valiosos para quedar expuestos a determinados riesgos»[182].

Churchill atribuyó a Wavell la responsabilidad del desastre, aduciendo que no había enviado a Creta el suficiente número de tanques, aunque tanto el general como los jefes de Estado Mayor continuaban convencidos de que el asalto que los alemanes habían lanzado sobre la isla no era más que una añagaza destinada a enmascarar el ataque que verdaderamente les interesaba efectuar: el que debía abatirse sobre Siria o Chipre. La noche del 10 de mayo, Churchill había abordado informalmente la posibilidad de sustituir a Wavell por el general Claude Auchinleck, pero solo había conseguido el apoyo de Beaverbrook, mientras que Eden, Attlee y Margesson se habían opuesto en bloque al cambio[183]. Más tarde, Churchill le confesará a su círculo más íntimo —al recordar las semejanzas de la situación presente con lo vivido en Amberes en 1914— que si le permitieran ponerse al mando del Oriente Próximo, «dejaría encantado su cargo actual; sí, sí, sin ninguna duda… ¡y hasta renunciaría a los cigarros y el alcohol!», aseguró[184].

El 21 de mayo, el Comando de Costas de la RAF informó de que se había avistado en el estrecho de Dinamarca, entre Islandia y Groenlandia, con

rumbo al Atlántico, al acorazado alemán *Bismarck* —el barco de guerra más poderoso de cuantos surcaban los mares en esa época, cuya tripulación estaba compuesta por dos mil doscientos hombres—, acompañado de su crucero de escolta, el *Prinz Eugen*. Se asignó la misión de interceptarlos a una parte de la Flota encargada de defender las aguas territoriales británicas, al mando del almirante *sir* John Tovey. En el convoy viajaba, entre otros, el *HMS Hood*, el crucero de combate más grande en la Marina Real, que llevaba a bordo a una dotación de 1418 personas. Al despertarse el sábado 24 de mayo en Chequers, Churchill recibió la noticia de que el Bismarck había hundido al *Hood* —más tarde se descubriría que el buque de Su Majestad había perdido prácticamente a todos sus tripulantes, ya que solo habían conseguido sobrevivir tres marineros—. Catorce años después, el solo hecho de recordar la tragedia todavía le llenaba los ojos de lágrimas**[185]**.

Tras la catastrófica pérdida del *Hood*, la Flota Doméstica, liderada por el acorazado *King George V*, trató de cobrarse venganza e inició una persecución de dos mil setecientos kilómetros marcada por los fuertes vientos, una mar muy gruesa y una gran ventisca. Churchill pasó el fin de semana en Chequers, agobiado por un «agónico suspense», ya que temía que el *Bismarck* pudiera interceptar alguno de los grandes convoyes de tropas aliadas que navegaban más al sur, escoltados únicamente por unos cuantos destructores, o que lograra escapar a sus perseguidores refugiándose en alguno de los puertos de la fachada atlántica francesa, como el de Brest, por ejemplo**[186]**. Churchill permaneció pegado a las cartas de navegación, permanentemente actualizadas, que le informaban de la situación en la Sala Hawtrey, ya que, según recuerda el comandante Thompson, «los datos de avistamiento iban constantemente acompañados de señales que nos indicaban que los cruceros que andaban tras el *Bismarck* habían vuelto a perderlo de vista»**[187]**. Vic Oliver comenta que ese fin de semana vio en su suegro «una expresión de inexpresable desaliento, —y que en un momento dado, al ponerse al piano, le gritó—: ¡Para! ¡No toques esa música! Nadie va a interpretar una marcha fúnebre en mi casa»**[188]**. (En realidad, se trataba de la *Appassionata* de Beethoven.)

Churchill pasó también todo el día siguiente, domingo, sumido en un «pesimismo temeroso». El primer ministro no alcanzaba a comprender por qué el *HMS Prince of Wales* no había aprovechado la ocasión para lanzar un ataque contra el buque alemán, y no paraba de exclamar: «Es lo peor que nos ha sucedido desde que Troubridge abandonó la persecución del *Goeben* en 1914»**[189]**. Andando el tiempo llegaría a sopesar incluso la posibilidad de someter al capitán de esa nave a un consejo de guerra, pero el almirante Tovey se lo impidió, amenazándole con presentarse como testigo de la defensa. Antes de irse a la cama, Churchill aseguró que los últimos tres días habían sido los peores de la guerra hasta el momento, sobre todo si se confirmaba finalmente que el *Bismarck* podía encontrar la forma de ponerse a salvo —para lo cual aún tenía que llegar a Brest, a 1125 kilómetros de distancia—. El día 26, al finalizar en Londres la reunión del gabinete, Cadogan señala: «El pobre Winston está sumamente desconsolado, debido, como es obvio, al hundimiento del *Hood* y a la situación de Creta». Y al describir el clima reinante en los debates que acababan de tener lugar, Cadogan asegura que los ministros «estaban cansados, lo que ha encrespado muchísimo los ánimos»**[190]**. Eden lo confirma. «Ha sido un día muy oscuro: se tiene la sensación de que el *Bismarck* ha escapado, —escribe en su diario—. Esta tarde hemos vivido la peor reunión del gabinete de lo que llevamos de guerra: se ha visto nervioso a Winston, que se ha mostrado además muy poco razonable, y todos los demás estaban al límite.»**[191]** La reunión estuvo marcada por largos períodos de completo silencio, algo totalmente insólito en los debates del gabinete.

Churchill pasó la mayor parte de esa noche en la Sala de Mapas del número 10 Anexo. Como recuerda el capitán Pim, «las diferentes fases de la gran batalla naval fueron registrándose, hora tras hora, mientras ante nuestros ojos continuaba desarrollándose la trama del tenso episodio, al compás de las destellantes luces que se encendían en todas las cartas que tapizaban la sala»**[192]**. En un momento dado, Churchill y Pound señalaron a Tovey que la persecución no debía abandonarse por más que el *HMS King George V* se estuviera quedando sin combustible, ya que, en caso necesario, podría remolcarse al buque insignia de la armada británica de regreso a la base. Esa maniobra era excepcionalmente peligrosa, tanto que resultaba

impensable planteársela siquiera, entre otras cosas porque el océano estaba infestado de submarinos. Esa noche, despegaron del portaaviones *HMS Ark Royal* varios biplanos torpederos Fairey Swordfish que consiguieron paralizar al *Bismarck* con sus proyectiles, y antes de la medianoche la nave quedaba sin gobierno. El buque alemán resistió a flote durante diez horas, sometido al implacable cañoneo del *HMS Rodney* y el *King George V*.

A la mañana siguiente, Churchill hizo una declaración sobre lo ocurrido en Creta en una Church House abarrotada. Acababa de sentarse de nuevo en el escaño, tras su discurso, cuando irrumpió súbitamente Bracken y le entregó un trozo de papel. «Ruego a su señoría que me disculpe, —exclamó Churchill, interrumpiendo en el uso de la palabra a un parlamentario laborista—. Acabo de recibir la noticia de que el *Bismarck* ha sido hundido.» Los torpedos lanzados por el crucero *HMS Dorsetshire*, junto con el barrenado de la nave por parte de su propio capitán, han conseguido destruirlo finalmente a las once menos veinte de esta mañana. Solo consiguieron sobrevivir 114 miembros de su tripulación. Nicolson señala que el anuncio de Churchill levantó «una furibunda salva de aplausos», y John Martin habla de que se produjo un «gran júbilo»**[193]**. Durante el almuerzo de ese día con el rey, Churchill «se mostró encantado con el hundimiento del *Bismarck*: eso mejora nuestra posición en el Atlántico, ya que ahora el único gran buque al que hemos de enfrentarnos es el *Tirpitz* […]. Desde luego, de haber recibido únicamente el fuego de los cañones, el Bismarck se habría revelado totalmente insumergible»**[194]**.

El 2 de junio, los Churchill partieron en dirección a Chartwell, teóricamente para descansar un poco, y de hecho, en un momento dado, el primer ministro se tendió cuan largo era sobre el suelo del comedor mientras Clementine jugaba al *backgammon* con Colville, pero luego permaneció despierto hasta la una y media de la madrugada, enfrascado en dictar distintos textos, y regresó a Londres al día siguiente. «Hay una verdadera tormenta de críticas por lo ocurrido en Creta, y me están presionando para que dé explicaciones sobre un gran número de extremos, —le escribe a Wavell—. Pero ahora no se preocupe en modo alguno de eso. Limítese simplemente a vigilar los acontecimientos que puedan darse en “el Exportador” [“*Exporter*”, es decir, en la campaña siria] y, sobre todo, en “el

Matón” [“Bruiser”, la operación de auxilio a Tobruk]. Solo estas misiones pueden proporcionarnos un modo de atajar las críticas, sean justas o injustas […]. Como dijo Napoleón: “*La bataille répondra* [La batalla nos dará la respuesta]”.»[195] Tres días más tarde, el rey señala en referencia a su primer ministro: «Tiene grandes esperanzas en Libia, ya que en esa región lo tenemos todo dispuesto: las tropas, los tanques y los aviones. Quiere que Wavell avance y arremeta de forma implacable contra los alemanes, que los presione sin piedad y con todas sus fuerzas para que no tengan tiempo de descansar ni de dormir»[196]. Al comentarle lo sucedido en Grecia, Churchill le explica al rey: «Nuestra partida no supone un gran desastre. Se trata simplemente de una de las muchas batallas que se libran en una campaña, y como tal ha de tratarse». No obstante, la verdad es que había tenido mucha suerte de que la moción de confianza se hubiese celebrado tres semanas antes de la evacuación, y no en medio de la operación o después de ella.

El 6 de junio, Channon anota: «En todas partes se escuchan críticas cada vez más intensas contra Churchill». «Su popularidad está experimentando una notable caída, y muchos de sus enemigos, largo tiempo silenciados a causa de su enorme reputación personal, vuelven a levantar la voz. Creta ha supuesto un gran golpe para él.»[197] Sin embargo, en la siguiente reunión del gabinete, Churchill encontró la forma de rebajar la importancia de los juicios adversos. «La gente critica a este gobierno, —dijo—, ¡pero su gran fortaleza —y me atrevo a decirlo en presencia de todos ustedes— es que no hay alternativa! No creo que sea un mal ejecutivo. Y si me pongo a ponderarlo, pienso incluso que es muy bueno. Tengo plena confianza en él. ¡De hecho, jamás ha habido una administración que me haya inspirado una lealtad tan sincera e incondicional como esta!»[198].

Cuatro días después, y a pesar de haberle dicho al rey que «consideraba que la idea de permitir un debate cada vez que las cosas nos salgan mal no es un buen sistema»[199], Churchill pronunció en los Comunes un discurso de noventa minutos en el que defendió la expedición griega y la evacuación de Creta. En su alocución se refirió al pueblo británico en los siguientes términos: «Esta es la única nación a la que le gusta que le digan que las cosas van mal si eso es lo que toca, la única que acepta de buen grado que

se le explique la peor de las situaciones, la única que encaja sin pestañear que se le haga saber que hay grandes probabilidades de que la situación se agrave en el futuro y que por tanto debe prepararse para sufrir nuevos reveses. —Y respecto a Creta, señaló—: La derrota es amarga. De nada sirve intentar explicarla. A la gente no le gusta el descalabro, y tampoco le agrada que se lo envuelvan en razones, por elaboradas o plausibles que puedan resultar. La derrota exige solo una respuesta. Y esa única respuesta es la victoria»[200]. Dos días más tarde, Churchill admitía en una declaración radiada: «Todavía no acertamos a entrever por qué vías habrá de llegar la liberación, y tampoco sabemos en qué momento se producirá, pero nada puede haber más cierto que esto: sabremos desinfectar, extirpar, y si es preciso borrar de la faz de la tierra, hasta el más mínimo rastro de los pasos de Hitler, todas y cada una de las manchas que puedan dejar sus infectos y corroídos dedos»[201]. Por fortuna, faltaban apenas diez días para que se materializara el elemento clave llamado a propiciar esa liberación. Sin embargo, pese a que Alemania estuviera a punto de invadir la Unión Soviética, eran muchos los que daban por supuesto que la Wehrmacht iba a proseguir su larga serie de victorias, sobre todo porque ahora tenía que enfrentarse a un Ejército Rojo que había quedado tan extremadamente debilitado por las purgas con las que se había pretendido depurar la composición de su Alto Mando a finales de la década de 1930 que el año anterior había estado a punto de revelarse incapaz de someter a Finlandia. El 16 de junio, todos cuantos se sentaban en torno a la mesa en la que comían los miembros del personal del número 10 Anexo —con las únicas excepciones de Bracken y Tommy Thompson— «pensaban que Rusia iba a dejar pasar a los efectivos alemanes sin presentar batalla»[202].

Churchill llevaba desde el 9 de mayo animando a Wavell a atacar a Rommel, y basaba su insistencia en los mensajes de la máquina Enigma que se habían logrado descifrar, ya que parecían mostrar que el ejército alemán desplegado en ese frente no solo se encontraba agotado sino que iba a revelarse incapaz de pasar a la ofensiva en tanto no se presentara en la zona la 15.ª División Panzer, cuya llegada estaba prevista para ese mismo mes[203]. Es posible que Churchill subestimara el poderío militar de Rommel y que sobrevalorara en cambio el significado de las constantes

demandas que enviaba a Berlín para solicitar más tropas, nuevos aviones y mayor cantidad de suministros. El 15 de junio Wavell lanzaba la Operación Hacha de Guerra (cuyo anterior nombre en clave había sido «el Matón», como hemos visto). Iba a ser la primera vez en toda la guerra en que las tropas británicas tuvieran ocasión de enfrentarse con las alemanas sin encontrarse en inferioridad aérea. No obstante, lo cierto es que al final del segundo día de la ofensiva se había avanzado poco, en parte porque Wavell seguía teniendo que defenderse con los cañones de dos libras de sus tanques. Churchill consideraría que la ineptitud de Wavell, incapaz de atravesar las líneas de Rommel en esa segunda jornada de hostilidades era «prácticamente insoportable»[204]. Wavell perdió más de cien tanques, lo que animará a Cadogan a hacer el siguiente comentario: «La gran ofensiva libia ha acabado con una nariz rota: la nuestra»[205]. «Winston me ha llamado por teléfono, —anota Eden el 18 de junio—: está muy triste»[206].

Dado que ni Brendan Bracken ni el parlamentario liberal Harcourt Johnstone, alias «Crinks» —secretarios adjuntos del Other Club— habían conseguido llegar al Hotel Savoy la noche del 19 de junio debido a que habían encontrado bombas sin explotar y a que algunas carreteras estaban cortadas, Churchill y H. G. Wells constituyeron un Comité de Seguridad Pública y decidieron que Bracken y Johnstone tendrían que pagar la cena de los dieciocho miembros que sí se las habían ingeniado para acudir a la cita del ateneo, en concepto de «gastos imprevistos»[207]. Dos días después, Churchill se trasladaba a Chequers, y Winant, Eden y Bridges se quedaron a cenar y a dormir. En la mesa, Churchill lanzó esta predicción: «Es prácticamente seguro que Alemania se dispone a atacar a Rusia, y lo más probable es que [los soviéticos] sean derrotados»[208]. Añadió, no obstante, que iba a «esforzarse al máximo en procurar ayuda a Rusia». Después de la cena, durante un paseo por el césped, el primer ministro le comentó a Colville que «no tenía más que un único objetivo: la aniquilación de Hitler», a lo que agregó que esa claridad de ideas «le simplificaba mucho la vida»[209].

Al ponerse en marcha la Operación Barbarroja (nombre en clave de la invasión de la Unión Soviética por parte de las fuerzas de Hitler, integradas por 161 divisiones y 3 millones de hombres), justo antes del amanecer del

domingo 22 de junio de 1941 —sin que Stalin hubiese acertado a preverla, pese a las numerosas advertencias que había recibido—, Churchill tuvo que ocuparse de ofrecer al mundo la respuesta de Gran Bretaña, radiada ese mismo día a las nueve de la tarde. La noticia de la invasión pintó «una sonrisa de satisfacción tanto en el rostro del primer ministro como en los de Eden y Winant», anota Colville[210]. La razón de que se sintieran tan felices se debía al hecho de que, aun en el caso de que los alemanes se alzaran con la victoria militar, como suponía la mayoría de la gente, incluidos los jefes de Estado Mayor, no habría forma de evitar que el ejército germano se viera obligado a ocupar y conservar una vastísima extensión de tierras, con una población igualmente inmensa que sin duda habría de mostrarse recalcitrantemente contraria a su presencia. De la noche a la mañana, los rusos pasaron de ayudar a los alemanes con comida y petróleo a enzarzarse con ellos en una lucha a muerte[211].

La alocución radiada no quedó lista sino veinte minutos antes de que Churchill tuviera que darla a conocer, cosa que quizá hiciera deliberadamente, ya que de ese modo ni Eden ni Cadogan podían ponerle peros. «A las cuatro de esta madrugada, Hitler ha atacado e invadido Rusia», comienza a decir Churchill.

> Se han observado con escrupulosa técnica todas las formalidades habituales de la perfidia […]. Hitler es un monstruo de maldad, insaciable en su apetito de sangre y pillaje. No contento con mantener bajo su bota a toda Europa, o con aterrorizar a sus regiones con distintas formas de abyecta sumisión, se dispone a perpetrar ahora su empeño de carnicero y emisario de la desolación entre las vastas multitudes de Rusia y Asia. La terrible maquinaria militar, que de manera tan estúpida, abúlica, e insensata hemos permitido acumular año tras año —tanto nosotros como el resto del mundo civilizado— a los mafiosos nazis, que partían prácticamente de cero, no puede permanecer inactiva, ya que de lo contrario se llenaría de óxido o acabaría hecha pedazos. Ha de permanecer en continuo movimiento, obcecada en triturar la vida de la gente y en pisotear los hogares y los derechos de cientos de millones de personas. Por todo ello, estas sanguinarias sabandijas se disponen ahora a lanzar a sus mecanizados ejércitos sobre nuevos campos de matanza, saqueo y devastación […]. Y no me olvido de las masas de soldados hunos, ciegas, entrenadas, dóciles y embrutecidas, que avanzan pesadamente como un enjambre de rastreras langostas[212].

La última oración es un buen ejemplo de su gusto por el encadenamiento de cuatro adjetivos, pese a que las langostas salten y

vuelen y no puedan considerarse propiamente insectos que se desplacen arrastrándose.

Al abogar ahora por una alianza en toda regla con Rusia, Churchill efectúa otra veloz pirueta ideológica, aun después de haberse pasado toda la vida distinguiéndose por ser el más vocinglero antibolchevique de la política británica. «En los últimos veinticinco años, nadie se ha opuesto de modo más sistemático que yo al comunismo, —reconoció—. No voy a desdecirme de ninguna de las afirmaciones que he venido sosteniendo hasta el momento. Sin embargo, todos estos asuntos se desvanecen cuando contemplo el espectáculo que ahora se despliega ante nuestros ojos. El pasado, con sus crímenes, sus delirios y sus tragedias, se difumina.»[213][214] A continuación, Churchill tiende la vista hacia el futuro y proclama: «Solo tenemos un único objetivo, un solo propósito irrevocable: el que nos encuentra resueltos a despedazar a Hitler y a demoler hasta el más mínimo vestigio del régimen nazi […]. Todo hombre o nación que pelee contra el reino de los nazis contará con nuestra ayuda. Toda persona o estado que marche junto a Hitler será nuestro enemigo»[215]. Pero el primer ministro también apela a los intereses más elementales de Occidente. La «invasión que Hitler acaba de iniciar en Rusia no es más que el preludio del intento de conquista de las islas británicas, —asegura—. El peligro ruso es por tanto el que nosotros mismos corremos, el que también acecha a Estados Unidos. Por idéntica razón la causa de cualquier ruso que luche para defender su hogar y su patria es también la causa de todos los hombres y pueblos libres de los más remotos confines del planeta.»[216]

En el momento en el que anuncia la total alianza con la Rusia soviética, Churchill apenas había consultado mínimamente ese extremo con sus colegas. El propio Eden disponía de muy poca información sobre la medida. Y tampoco había abordado la cuestión con los rusos mismos. Esa noche, durante la cena en Chequers, Eden y Cranborne expusieron el punto de vista de los conservadores, convencidos de que la alianza «debía limitarse a los aspectos puramente militares, ya que en términos políticos Rusia era tan pérfida como Alemania, por no mencionar el hecho de que la mitad del país se opondría a que la nación se asociara en exceso con los soviéticos. —Sin embargo, Churchill veía las cosas de otra manera—: Rusia está ahora en

guerra», dijo, «y se está masacrando a campesinos inocentes, así que nuestro deber es olvidarnos de los sistemas que usan los soviéticos o la Internacional Comunista y tenderle la mano al prójimo en peligro». Colville recuerda que el primer ministro expuso este argumento «de un modo extremadamente vehemente»[217]. Una vez más, Churchill se revelaba capaz de visualizar el contexto en su conjunto. Era el líder del Partido Conservador, pero, a diferencia de Eden y Cranborne, no se había pasado la vida entera entre sus filas.

Al cabo de un rato, la arrebatada exaltación del debate se trasladó a la cuestión del apaciguamiento, ya que Churchill denunció tanto la actitud de lord Chatfield, que, en su época de primer lord del Mar, no había sabido oponerse a la cesión de los puertos del Tratado Anglo-Irlandés de 1938, como la postura de otros partidarios de las medidas pacificadoras, cuyo «absurdo deseo de autodegradación, —dijo—, nos ha llevado al borde de la aniquilación». Por primera vez desde el inicio de la guerra, también dedicó críticas a Chamberlain, al que calificó como «el más cerril e ignorante de los hombres, abrumado aún más en su pequeñez por una total falta de generosidad». Aquellas manifestaciones se alejaban notablemente del elogio fúnebre que le había dedicado el anterior mes de noviembre, pero es muy probable que tradujeran con mayor fidelidad los sentimientos que en ese momento le embargaban. Esa noche, al irse a la cama, Churchill «no dejaba de repetir lo maravilloso que era que Rusia hubiera entrado en la guerra como enemigo de Alemania, cuando tan fácil le habría resultado ponerse de su parte»[218]. Al día siguiente ordenó a los jefes de Estado Mayor que estudiaran la posibilidad de efectuar grandes incursiones al otro lado del Canal de la Mancha. «Ahora que el enemigo está ocupado en Rusia ha llegado el momento de "Provocar un infierno mientras tengamos ocasión".»[219][220]

Churchill comenzó a buscar inmediatamente formas de enviar a Rusia cargamentos de suministros, bien por mar, haciendo que los barcos rodearan el extremo septentrional de Noruega, bien por vía férrea, utilizando convoyes entre el golfo Pérsico y el Mar Caspio. Al ocurrírsele una pintoresca analogía para describir la angustiosa perspectiva de tener a la Rusia soviética por aliado, le dijo a Eddie Marsh: «En sus selvas

originarias, el gorila provoca pavor y reverencia; en nuestros jardines zoológicos inspira únicamente la más vulgar de las curiosidades; pero en la cama de nuestra esposa, es un *potencial* motivo de vergüenza y ansiedad»[221]. El mismo día 22 de junio, al acudir a comer a su residencia Stafford Cripps, el embajador ante la Unión Soviética; Peter Fraser, el primer ministro de Nueva Zelanda; lord Cranborne y lord Beaverbrook, Churchill trató de tomarle el pelo al izquierdista Cripps, al que dijo que los rusos eran unos bárbaros y que «entre los comunistas y el más básico tipo de ser humano imaginable no existía la más mínima conexión, ni siquiera la del hilo más tenue»[222]. Pese a todo, a lo largo de los cuatro años inmediatamente posteriores, los soviéticos iban a ser aliados de Gran Bretaña, y, de hecho, de cada cinco soldados alemanes muertos en combate en la segunda guerra mundial, cuatro habrían de caer en el Frente Oriental.

Capítulo 25

«Habiéndose reunido en el océano…»

Junio de 1941 - enero de 1942

> Jamás dejaba de combatir, fueran ejércitos o pensamientos lo que tuviera a su disposición para arremeter contra el enemigo.
>
> Churchill en referencia a la personalidad del mariscal Foch, en *Grandes contemporáneos*[1].

> Cuanto más comentaban lo que debían hacer, más y mejor se entendían y apreciaban el uno al otro.
>
> Churchill, en *Marlborough*, al aludir a la habida reunión entre el príncipe Eugenio de Saboya y su antepasado el duque, 1934[2].

Dos días después de que Hitler desatara sobre Rusia la Operación Barbarroja, Churchill le dirá al rey: «¡Qué gran oportunidad de sumarse a la guerra se le abre ahora a Estados Unidos! Es verdaderamente una ocasión de oro». También señaló que se proponía sustituir a Wavell por su homólogo, el general Auchinleck, como comandante en jefe del Oriente Próximo. «He descubierto que una vez que Winston ha tomado una decisión relativa a algo o alguien no hay nada que pueda hacerle cambiar de parecer,

—anota el rey—. Los sentimientos personales no significan nada para él, por más que en su carácter haya una vertiente sumamente emotiva. Se propone materializar un solo y único objetivo: ganar la guerra. No hay medias tintas.»[3]

Chips Channon afirma que el traslado de su amigo Wavell al puesto de comandante en jefe del ejército indio fue «un sacrificio consumado en el altar de la antipatía personal de Winston. No ha habido en toda la historia un solo general que haya tenido que enfrentarse a un papel tan difícil, ya que además de verse obligado a combatir en cinco frentes hubo de sufrir el cotidiano acoso de una interminable serie de cablegramas contradictorios»[4]. Pese a que Dill desaprobara el cambio, sabía que no tenía sentido seguir defendiendo a Wavell, dado que resultaba obvio que el primer ministro había perdido la confianza en el militar. Al día siguiente, Churchill designó ministro residente en el Oriente Próximo a Oliver Lyttelton, puso a Beaverbrook al frente del poderoso Ministerio de Suministros y fichó al empresario *sir* Andrew Duncan como nuevo presidente de la Comisión de Comercio.

Esa noche, en una sesión secreta celebrada en los Comunes, que había abandonado la sede de Church House para mudarse a la Cámara de los Lores, Churchill señaló que, al haberse perdido 4,6 millones de toneladas de mercancías en el último año, no resultaba ya posible continuar publicando las cifras. Esto no significa que Churchill hubiese empezado a dudar de la capacidad de sus compatriotas para encajar las malas noticias. El problema residía más bien, según él mismo señaló a la Cámara, en que «no podemos permitirnos el lujo de dar ninguna ventaja al enemigo al proporcionarle esa información naval, del mismo modo que tampoco debemos cometer la imprudencia de pintar el cuadro de nuestra situación con tonos sumamente sombríos y ofrecerlo así a los ojos de los países neutrales, para desaliento de nuestros amigos y estímulo de todos los enemigos que nos acechan en el mundo»[5]. Expuso también los terribles desafíos a los que se enfrentaban, y aseguró que en la Gran Guerra no había «habido nada que pudiera compararse a los peligros y las dificultades que ahora nos acosan». «Si hace un año les hubiera pedido a todas las altas autoridades que conozco que me dieran una respuesta fríamente racional a la eventual forma de superar estas

dificultades, estoy seguro de que les habría resultado imposible ofrecerme una respuesta favorable.»[6] Churchill reconoció igualmente el papel que él mismo había tenido en el curso de los acontecimientos al insistir en la búsqueda de soluciones e importunar constantemente a sus ministros, y dijo que, lejos de formar con ellos «una sociedad de admiración mutua», como en una ocasión había sugerido Lloyd George, él prefería mostrarse con ellos más crítico que la propia oposición al gobierno: «En realidad, me sorprende que sea tan grande el número de colegas que todavía continúan dirigiéndome la palabra. —Sin embargo, añadió—, el deber del primer ministro consiste en utilizar el poder que el parlamento y la nación le han otorgado para dirigir a sus compatriotas, y, en una guerra como esta, esa facultad ha de ser empleada con independencia de todo sentimiento particular. Si ganamos, a nadie le importará haber sido descuidado. Si perdemos, no habrá nadie a quien cuidar»[7].

En marzo de 1940, el físico nuclear de origen austríaco Otto Frisch, y su colega Rudolph Peierls, nacido en Alemania, ambos ciudadanos británicos y refugiados del nazismo, entregaron al gobierno un memorando del más alto secreto sobre la posible construcción de unas «superbombas» cuyo fundamento consistía en provocar una reacción nuclear en cadena con el uranio, una eventualidad que, contrariamente a lo que argumentaban la mayoría de los físicos de ese campo, resultaba factible. (Tanto Niels Bohr como Enrico Fermi y el difunto *sir* Ernest Rutherford habían descartado esa posibilidad.) El documento de Frisch y Peierls hizo que la persona que en ese momento presidía los esfuerzos con los que Whitehall pretendía aplicar la ciencia a la guerra, *sir* Henry Tizard, fundara el Comité científico MAUD (cuya denominación no responde a ninguna sigla específica) a fin de ahondar en ese tipo de investigaciones —estimuladas todavía más, si cabe, por un artículo que había aparecido en el *Times* a principios de mayo en el que se sugería que los alemanes estaban trabajando en un proyecto similar —.[8] Churchill se encontraba en una posición más que adecuada para tomar en consideración las posibilidades estratégicas que la fisión nuclear ponía sobre la mesa. De hecho, estaba mucho más dispuesto a hacerlo que

cualquier otro político de peso de la época, con la única excepción de *sir* John Anderson, que había presentado una tesis doctoral sobre las propiedades químicas del uranio en la Universidad de Leipzig. El primer ministro había leído y releído todas las obras de ciencia ficción de H. G. Wells; había predicho, nada menos que en septiembre de 1924, la creación de una potente bomba «no mayor que una naranja»; había estudiado un libro de teoría cuántica en 1926; había escrito sobre la perspectiva de la fisión nuclear a lo largo de la década de 1930; y había debatido hasta la extenuación con Lindemann acerca de esas cuestiones**[9]**. Desde luego, es inevitable ver aquí una de las grandes coincidencias de la historia, ya que en los mismos años en que la ciencia comenzaba a alumbrar la posibilidad de fabricar un dispositivo capaz de transformar el mundo, y de ganar cualquier guerra por añadidura, la persona que contendía como candidato a ocupar la residencia del número 10 de Downing Street resultaba ser justamente el que mayor y mejor información científica poseía de todos los aspirantes al puesto.

En julio de 1941, el Comité científico MAUD emitió un informe en el que se señalaba que existía la posibilidad teórica de construir una bomba atómica y que esta no solo estaría dotada de una energía destructiva potencialmente inmensa, sino que en dos años podría hallarse lista para su uso en la contienda —a lo que el escrito añadía la coletilla de que, en tal caso, era probable que el ingenio se revelara decisivo—. El memorando recomendaba trabajar en estrecha cooperación con los estadounidenses, y advertía que podía tenerse la seguridad prácticamente absoluta de que Alemania estaba esforzándose ya en la fabricación de un artefacto similar**[10]**. A pesar de su enorme trascendencia, el documento estuvo a punto de quedar en nada. Al presidente del Comité científico MAUD, *sir* Henry Tizard, le preocupaba la idea de que un «empeño industrial de esa magnitud y de índole tan marcadamente especulativa» pudiera reducir los fondos disponibles para otros proyectos de tecnología militar. Por su parte, el director del departamento de investigaciones científicas del Ministerio de Producción de Aviones pensaba que la fabricación de la bomba no iba a necesitar dos años, sino una década. Uno de los miembros del Comité MAUD, Patrick Blackett, de la Universidad de Oxford, expresó las mismas

dudas. Hubo que esperar a que Lindemann pusiera en marcha el proyecto conocido como «Aleaciones Tubulares» —un nombre en clave elegido por su carácter totalmente anodino— para que sus perspectivas despertaran el entusiasmo de Churchill.

Son muchas las críticas que pueden hacerse justificadamente al profesor Lindemann (su combatividad, su germanofobia, su exagerado egocentrismo, etcétera), pero fue una suerte que captara la atención del único primer ministro inglés con mentalidad científica. Tanto los artículos técnicos de Churchill como las conversaciones que había mantenido con Lindemann acerca de las posibilidades de la física en las sobremesas de Chartwell acabarían por revelarse más relevantes de lo que cualquiera de ellos hubiera podido adivinar en su momento. En agosto, Churchill envió una circular a los jefes de Estado Mayor en la que les explicaba que coincidía con los argumentos que Lindemann había presentado en defensa de la idea de que el Reino Unido comenzara los trabajos necesarios para fabricar una bomba nuclear. Lindemann no había minimizado ni el coste ni la dificultad del proceso, pero señalaba: «Sería imperdonable que permitiéramos que los alemanes se nos adelantaran en el desarrollo de un proceso susceptible de proporcionarles los medios de derrotarnos en la guerra o de revertir el veredicto de la misma una vez se hubieran visto derrotados […]. Quien posea la fábrica que propongo se hallará en condiciones de dictar los términos de la existencia al resto del mundo»[11]. Churchill nombró a Anderson —que ya ejercía las funciones de lord presidente del Consejo— jefe de la recién creada Dirección de Aleaciones Tubulares, lo que en la práctica le convertía en una especie de «ministro de la Bomba». Anderson era un antiguo funcionario público escocés, muy fiable, aunque un tanto romo, que a mediados de los años treinta había asumido el cargo de gobernador de Bengala.

El 30 de junio, al tomar Auchinleck las riendas del teatro de operaciones del Oriente Próximo, el Eje tenía ocupada la totalidad de la región libia de Cirenaica, a excepción de la sitiada Tobruk —aunque también es preciso señalar que la rendición de los últimos efectivos que el ejército italiano conservaba en el África Oriental había abierto las puertas del Mar Rojo al transporte marítimo estadounidense—. Sin dejar tiempo a que Auchinleck

se hiciera una composición de lugar sobre lo que ocurría en su nuevo destino, comenzó a ponerse en cuestión la oportunidad de la Operación Cruzado, la gran ofensiva con la que se proponía aliviar el cerco al que se hallaba sometida Tobruk. Auchinleck quería disponer de cuatro o cinco meses para prepararse, pero a Churchill le interesaba que los acontecimientos se precipitaran para poder capitalizar la preocupación que causaba en los alemanes el desarrollo del avance en el Frente Oriental[12]. Auchinleck insistió en que no podía lanzar la Operación Cruzado hasta que el VIII Ejército británico hubiera tenido tiempo de reagruparse, reequiparse, reorganizarse, mejorar los suministros y entrenar a sus unidades blindadas. A Churchill le impresionaba el metro ochenta y ocho de Auchinleck, así como su porte y su personalidad, pero a esas alturas no consideraba ya que su competencia militar fuera realmente convincente, pese a que él mismo le hubiera colocado en ese puesto en sustitución de Wavell[13].

A principios de julio, al solicitarle permiso Jock Colville para unirse a la RAF, Churchill no solo accedió, sino que le dijo que las misiones del piloto de caza «eran más emocionantes que las que pudiera llegar a vivir, sumadas, el jugador de polo, el hombre que acecha a una gran fiera y el que persigue a una pieza peligrosa»[14]. (Él mismo había practicado las tres cosas, así que hablaba con conocimiento de causa.) Archie Sinclair se encontraba pasando unos días en Chequers y Churchill le dijo que, una vez conseguida la victoria «deberá ponerse fin a todo este derramamiento de sangre, pero a pesar de todo, —añadió—, [me] gustaría ver a Mussolini —ese falso remedo del lustre de la Roma antigua— estrangulado como Vercingétorix, al viejo estilo romano»[15]. De acuerdo con sus afirmaciones, Hitler y los líderes nazis tendrían que ser enviados a una lejana isla, aunque no a Santa Elena, dado que eso equivaldría a «profanar» la memoria de Napoleón. También lanzó una larga serie de invectivas contra el derrotismo y aseguró: «Más nos valdría que Gran Bretaña se ahogara en un mar de sangre que aceptar su rendición en caso de que llegue a producirse una invasión»[16].

El 14 de julio, tras pasar revista a las unidades de la Defensa Civil en Hyde Park, Churchill dio un discurso en el Salón Condal de Londres en el que recordó los padecimientos sufridos durante los bombardeos del invierno

anterior. «En ese momento, al dispararse el triste ulular de las sirenas que anunciaban la proximidad de los bombarderos alemanes, —señaló—, les confieso que sentí que se me desgarraba el corazón por los sufrimientos de Londres y los londinenses»[17]. Sostuvo asimismo que el resto de Gran Bretaña había resistido con la misma entereza que Londres, y vaticinó que en la siguiente campaña de la *Luftwaffe*

> la capital estará aguardándoles. La ciudad no flaqueará, sus habitantes volverán a soportar el castigo. No pedimos ningún favor al enemigo. No buscamos en ellos la menor compunción. Todo lo contrario, si esta noche se pidiera a las gentes de Londres que votaran para determinar si debería celebrarse o no una conferencia destinada a detener los bombardeos que se abaten sobre todas nuestras urbes, se escucharía un grito abrumadoramente mayoritario: «¡No, les pagaremos con la misma moneda, y aumentaremos aún más la medida! ¡Cobrarán con creces lo que nos han dado! […]. No aceptaremos treguas ni parlamentos con ustedes ni con la horrenda banda que concreta su pérfida voluntad. Dedíquense ustedes a empeorar, que ya nos encargaremos nosotros de mejorar». Es posible que pronto llegue nuestro turno; puede incluso que se nos presente de inmediato[18]…

Esa aliteración de «*the grisly gang who work your wicked will*» («la horrenda banda que concreta su pérfida voluntad») tenía casi la sonoridad de un número musical, pero lo cierto es que se reveló efectiva.

El 18 de julio, Stalin lanzó un urgente llamamiento a Churchill con el fin de instarle a abrir en el noroeste de Francia lo que popularmente se conocería con el nombre de «Segundo Frente». La propuesta buscaba reducir así la presión a la que se estaba viendo sometida Rusia[19]. Churchill respondió que estaba decidido a hacer «todo cuanto se revelara sensato y efectivo» para ayudar a los rusos, pero que «intentar un desembarco por la fuerza sería topar contra un muro de sangre, mientras que, por otra parte, la simple realización de pequeñas incursiones no conseguiría nada, salvo cosechar una larga serie de fracasos, cosa que en último término resultaría más perjudicial que beneficioso para nuestros dos países»[20]. No obstante, prometió sopesar la posibilidad de llevar a cabo unas cuantas operaciones aéreas y navales en el Ártico. (Sus secretarios se percatarían muy pronto de que Churchill utilizaba la palabra «rusos» cuando quería transmitir aprobación, y «soviéticos» cuando optaba por mostrarse peyorativo.) El 19 de julio, Maisky visitó Chequers. «Vamos a bombardear Alemania sin

piedad, —le dijo Churchill—. ¡Día tras día, semana tras semana, mes tras mes! […]. Terminaremos aplastando a Alemania bajo el peso de las bombas. Quebraremos la moral de la población.»[21] En ese momento entró en la habitación Harry Hopkins y prometió resolver los problemas de suministro que habían estado padeciendo últimamente[22]. Maisky se marchó convencido de que «serán nuestras espaldas las que tengan que soportar por entero la carga de combatir contra la maquinaria de guerra alemana».

Al día siguiente, Churchill procedió a una importante remodelación de gobierno. Se trató de una decisión dolorosa para él, porque tenía que prescindir de Alfred Duff Cooper, un buen amigo y miembro del Other Club que, además de dimitir tras el Acuerdo de Múnich, había sido uno de sus defensores clave al estallar el debate sobre el desastre de Noruega. El propio Duff Cooper sabía desde hacía ya algún tiempo que no estaba siendo un gran ministro de Información, ya que Churchill le había comentado a Bracken, en presencia del interesado: «Nunca debe engancharse a un purasangre a un carro de estiércol»[23].[24] La campaña contra los «Fisgones de Cooper[25]» también le había debilitado, y Churchill no podía permitir que su presencia se convirtiera en una rémora para el prestigio de su gobierno. Así las cosas, Winston confió a Cooper el puesto de Hankey como canciller del ducado de Lancaster, y nombró a Brendan Bracken ministro de Información —decisión esta última que no tardaría en revelarse extremadamente acertada.

Churchill asignó el cargo que había ocupado Bracken como secretario parlamentario privado al general de brigada George Harvie-Watt, que de ese modo quedó convertido en sus ojos y sus oídos en los Comunes. Harvie-Watt desempeñó de manera excelente esa labor y le envió regularmente informes detallados sobre cualquier tensión que pudiera surgir entre los diputados carentes de cartera. De cuando en cuando, esos informes podían resultar cáusticos. A modo de ejemplo, valga decir que, en una ocasión, Harvie-Watt señaló al primer ministro que uno de los discursos pronunciados por Attlee sobre la aviación civil se había revelado «deprimente», y que en otro caso le comentó que Wavell se había mostrado «bastante aburrido» al dirigirse a los parlamentarios. Hubo veces en que el

primer ministro consideró interesante anotar sobre esos informes: «Para que lo vea la señora C[hurchill]», y llegaría a marcar de esa forma algunos memorandos que no guardaban aparentemente ninguna relación clara con Clementine, lo que significa que Churchill quería mantenerla perfectamente al tanto de los acontecimientos. Harvie-Watt investigaba lo que sucedía en las reuniones que celebraban los parlamentarios laboristas con los miembros de los sindicatos y vigilaba los movimientos de los grupos de presión que creaban los parlamentarios conservadores[26]. Churchill ya había tenido oportunidad de comprobar el efecto que habían ejercido sobre el gobierno de Chamberlain las distintas agrupaciones conservadoras antes del debate sobre lo sucedido en Noruega y no quería facilitar su caída, víctima del mismo fenómeno. Al indicarle Harvie-Watt que *sir* Douglas Hacking, el presidente del Partido Conservador, «no posee la fuerza suficiente para afrontar los problemas políticos modernos», el señalado fue rápidamente sustituido (con lo que Churchill se ganó, durante el resto de la guerra, la «profunda aversión» de Hacking[27]).

Rab Butler fue apartado del Ministerio de Asuntos Exteriores y ascendido a presidente de la Junta de Educación[28], cargo desde el que aboliría las tasas de ingreso en los institutos públicos de enseñanza secundaria con una ley histórica aprobada en 1944. En su lugar, aunque un peldaño por debajo —es decir, en el puesto de subsecretario de Asuntos Exteriores—, Churchill había querido colocar a su yerno, Duncan Sandys, pero Eden deseaba que se confiara esa responsabilidad a Richard Law, de modo que Sandys fue nombrado secretario financiero de la Oficina de Guerra. En un momento en el que arreciaban las acusaciones de nepotismo, John Peck le ofreció cinco libras a Colville si se atrevía a sugerir a Churchill que la mejor candidatura para la cartera de Información era la persona de Vic Oliver, pero Colville no se dejó tentar[29].

Una de las prácticas ocasionales de Churchill, la de sostener los dedos en alto formando el signo de la «V» para transmitir la idea de la Victoria, derivaba de una costumbre que había observado en la Europa ocupada, donde solía marcarse en las paredes una «V» con tiza o con pintura a modo

de desafío. El 20 de julio, el gobierno puso en marcha una campaña de propaganda oficial al asegurar Churchill por la radio que «el signo de la “V” es el símbolo de la inconquistable voluntad de los territorios ocupados, y el augurio de la suerte que aguarda a la tiranía nazi. Mientras los pueblos de Europa continúen rechazando toda colaboración con el invasor, podremos tener la seguridad de que su causa perecerá y de que Europa será liberada»[30]. Como buen político educado en la época victoriana, la idea de emplear ese signo era algo perfectamente natural para Churchill, que entendía con toda claridad el poder de los símbolos. Sus cigarros puros, sus pajaritas, sus bombines de copa cuadrada y sus bastones constituían una poderosa panoplia de imágenes que él utilizaba de modo totalmente deliberado, y que además le convirtieron en un personaje instantáneamente reconocible en las tiras cómicas y las ilustraciones de los periódicos. Su padre había recurrido al cuello duro y al bigote, que se dejaba muy largo y retorcido, y Joseph Chamberlain se había valido del monóculo y la orquídea —y ambos lo habían hecho por similares razones icónicas—. Uno de los problemas que planteaba no obstante el signo de la «V» era que un leve giro de la muñeca podía transformarlo en un gesto grosero, y Churchill no siempre se acordaba de ese potencial inconveniente. Más serio fue, sin embargo, que los rusos se las ingeniaran para entender que significaba que Gran Bretaña estaba a punto de abrir el solicitado Segundo Frente[31].

La tarde de la remodelación gubernamental, Churchill trató de distraerse viendo la película *Ciudadano Kane*. Sin embargo, «se sintió tan aburrido que poco antes del final abandonó la sala de proyección», aunque también es posible que su marcha se debiera al hecho de que en el filme se calumnie a su amigo y antiguo anfitrión William Randolph Hearst[32]. Permaneció despierto hasta las tres de la mañana, momento en el que Attlee y Harriman acabaron por bostezar de tal manera que Hopkins insistió en que el primer ministro debía irse a la cama, pese a que siguiera «dando muestras de una energía incontenible»[33]. «Trabajando de ese modo tan incansable, no me extraña que todo el mundo se aleje de usted», bromeó Hopkins haciendo referencia a la doble circunstancia de que Colville hubiera decidido unirse a la RAF y de que Eric Seal se resolviera a aceptar un puesto en Estados

Unidos[34]. (John Martin sustituyó a Seal como principal secretario privado de Churchill).

Poco después, durante el almuerzo en el número 10 Anexo, Churchill dijo que al constatar que los franceses del régimen de Vichy estaban ofreciendo una empedernida resistencia a las fuerzas de Auchinleck en Siria, le parecía «una pena que no hubieran luchado con el mismo valor y ánimo contra los alemanes en suelo francés»[35]. Churchill creía que Francia había perdido «su mejor y más noble sangre» en la Gran Guerra. Según relata Charles Eade, al sugerir *lady* Wimborne —presumiblemente en son de broma— que se exterminara a todos los bebés alemanes una vez que se hubiera ganado la guerra, «Winston se echó a reír y exclamó: "¡Vaya! ¿Pero vamos a tener que esperar tanto?"»[36]. Churchill afirmó que la Operación Barbarroja había sido una «breva caída del cielo», y aseguró asimismo que, a su juicio, los rusos no conseguirían acabar rápidamente con los alemanes, de modo que en doce meses todavía seguirían luchando contra ellos —una circunstancia que, como mínimo, obligaría a Hitler a retrasar cualquier intento de invasión que tuviera previsto efectuar en Gran Bretaña—. Poco antes, Geoffrey Dawson, que era partidario de las medidas de apaciguamiento, había dejado la dirección del *Times*. No sin cierta crueldad, Churchill comentó que en su etapa final al frente del periódico el país había asistido a «los últimos coletazos de un colaboracionista», pero agregó que «la ira es un gran desperdicio de energía. El vapor con el que se hace saltar una válvula de seguridad resulta más útil si se emplea en impulsar un motor»[37]. El puesto de Dawson fue ocupado por otro antiguo defensor de las políticas de apaciguamiento, Robert Barrington-Ward, que también había criticado mucho a Churchill.

Hopkins había comunicado a los presentes la importante noticia de que Roosevelt tenía ganas de conocer a Churchill, lo que suponía un gran avance en el proyecto del primer ministro, que seguía acariciando la esperanza de que Estados Unidos se implicara más a fondo en la guerra. No obstante, antes de ese encuentro, Hopkins tenía que reunirse con Stalin. La noche en que partió para cumplir esa misión, Churchill y él recorrieron arriba y abajo el césped de la parte trasera de Chequers, y el primer ministro le pidió «que garantizara a Stalin que Gran Bretaña estaba decidida a

brindarle todo el apoyo posible»[38]. Churchill ya había empezado a pensar en un eventual ataque a través del Canal de la Mancha, así que en julio instó a Roosevelt a iniciar la fabricación de lanchas de desembarco capaces de transportar tanques —y esto prácticamente tres años antes del Día D, y a pesar de que Estados Unidos todavía no hubiera pasado a formar parte de los países beligerantes.

A finales de julio, el rey anota en su diario que el primer ministro «no cree que el Japón vaya a entrar en guerra con nosotros o con Estados Unidos. Unida a la ruptura de los tratados comerciales que manteníamos con ellos, la congelación de activos que hemos decretado ha supuesto un mazazo para el Japón»[39]. El 17 de agosto, el monarca añade que Churchill «le había dicho a [Robert] Menzies [el primer ministro australiano] que no se preocupara por el Japón. Roosevelt va a enviarle a los nipones una nota extremadamente enérgica, y nosotros vamos a respaldarle». El 12 de septiembre, es decir, en una fecha consideradamente avanzada, Churchill todavía seguía diciendo que los japoneses acabarían por ceder al tener que enfrentarse al embargo petrolífero de Occidente, aunque en realidad es posible que fuese precisamente la necesidad de combustible lo que obligara a los elementos más belicosos del gobierno japonés a poner al imperio en la tesitura de una guerra total.

Hacía ya mucho tiempo que se venían produciendo llamamientos generalizados que instaban al gobierno a crear un nuevo Ministerio de Producción, cuyo titular debería contar con un escaño en el Gabinete de Guerra y disponer de la facultad de someter a su control las tres secciones que se encargaban de los suministros del Almirantazgo, la Oficina de Guerra y el Ministerio del Aire. Para contrarrestar este claro desafío a su propia autoridad, Churchill dedicó todo el fin de semana a trabajar en Chequers en la redacción de un discurso, lo que le obligó a permanecer despierto hasta las cinco menos diez de la madrugada a fin de completarlo a su gusto. «¿Dónde se encuentra ese superpersonaje», preguntaba sarcásticamente en los Comunes el 29 de julio,

> ese individuo que, siendo miembro del Gabinete de Guerra, está llamado a dominar la vasta, arraigada, bien establecida y muy baqueteada organización del Almirantazgo, a cuyos denodados y exitosos esfuerzos debemos nuestra pervivencia? ¿Dónde está ese

> ministro del Gabinete de Guerra capaz de enseñarle al actual responsable de la cartera de Producción de Aviones cómo fabricar aparatos más rápidos y mejores que los que ahora mismo están saliendo de las factorías? […]. Cuando hayan decidido ustedes la identidad de esa persona, háganme saber su nombre, porque estaré encantado de ponerme a sus órdenes, siempre y cuando me convenza de que posee todas esas cualidades napoleónicas y cristianas que se le atribuyen[40].

La tarde siguiente se firmaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores el Tratado Soviético-Polaco, aunque la rúbrica tuvo que retrasarse quince minutos porque la siesta de Churchill se había prolongado algo más de lo habitual. Eden había mediado en las duras negociaciones que habían mantenido rusos y polacos, cuyos representantes se odiaban mutuamente. Maisky señaló: «En realidad, si Churchill se ha levantado de la cama ha sido solo» para asistir a la ceremonia. «Es cosa que puede apreciarse en su rostro abotargado, en sus ojos enrojecidos y un tanto llorosos, y en su somnolienta apariencia general»[41]. Sin embargo, el primer ministro «inspeccionó la sala con el semblante iluminado por una furtiva sonrisa». El tratado permitió salir de la URSS a setenta y ocho mil prisioneros de guerra polacos, que pasaron a engrosar el II Cuerpo del Ejército de Polonia, que lucharía con gran distinción en Italia, tanto en 1944 como en 1945. Sin embargo, para gran indignación de los polacos, el pacto dejó sin resolver la cuestión de las fronteras posteriores a la guerra con Rusia. De haber sabido los polacos que el año anterior los rusos habían ejecutado a sangre fría a más de catorce mil oficiales de su país en el bosque de Katyn, no habría podido llegarse a ningún acuerdo, pero en ese momento ni ellos ni el gobierno británico tenían noticia de esa espantosa realidad.

Tal y como refiere Colville, la perspectiva de encontrarse con Roosevelt en la costa de Terranova tenía al primer ministro «tan entusiasmado como un colegial en su último día de clase»[42]. El ritmo de intercambio de telegramas de ambos hombres había ido *in crescendo*, pero estaba claro que ese primer cara a cara en mucho tiempo —no se veían desde el año 1918— estaba abocado a convertirse en un momento extremadamente intenso, ya fuera para bien o para mal. La gran cantidad de personas que acompañaron a Churchill en el viaje expresa claramente la importancia del mismo. En la lista de esos compañeros de fatigas destacan los nombres de Dill, Pound, Lindemann, Cadogan, el subjefe del Estado Mayor del Aire, *sir* Wilfrid

Freeman, Tommy Thompson y John Martin. «El primer ministro partió hacia el norte con una comitiva que habría hecho palidecer de envidia al mismísimo cardenal Wolsey», anota Colville[43].

El 3 de agosto, una vez a bordo del tren de las doce y media del mediodía que salía de la estación ferroviaria de Marylebone, ataviado con su mono de trabajo del mismo color azul que los uniformes oficiales de las fuerzas aéreas y su gorra de patrón de yate, Churchill aseguró «deplorar la precipitación reinante en las casas modernas» de los barrios residenciales de las afueras de Londres. Cadogan comentó que «no le parecían muy distintos a los campamentos de las huestes antibolcheviques», una apreciación que consiguió sosegarle[44]. Según sus propias estimaciones, afirmó Churchill, en los últimos cuarenta y ocho años había consumido diariamente cerca de media botella de champán, y de pronto se empeñó en averiguar a qué altura podría llegar todo ese líquido si se acumulara en el vagón[45]. El profesor Lindemann, sirviéndose de la regla de cálculo que llevaba indefectiblemente consigo, dijo que, de acuerdo con sus valoraciones, no llegaría a alcanzar siquiera la marca de la mitad de la altura del coche restaurante, lo que dejó bastante decepcionado al primer ministro[46].

El lunes 4 de agosto, el grupo de autoridades subió a bordo del acorazado *HMS Prince of Wales* en el Fondeadero de Scapa, y allí se reunieron con un exhausto Harry Hopkins, que acaba de regresar de Moscú. Hopkins había traído consigo «abundantes suministros» de caviar, gentileza de Stalin, y Churchill observó: «Me parece estupendo poder degustar ese manjar, aunque para hacerlo hayamos tenido que avenirnos a pelear mano a mano con los rusos»[47]. Churchill había planificado personalmente todos y cada uno de los detalles del menú que se sirvió a continuación, amenizado con sabrosos platos de urogallo, sopa de tortuga y una banda de música. En un principio, sus aposentos se encontraban justo encima de las hélices, pero al levantarse un temporal, la popa comenzó a vibrar, así que se trasladó al camarote del almirante, situado en el puente[48]. «Acabamos de largar amarras, —le comenta Churchill a Roosevelt en el cablegrama que le envía poco después—. Hoy hace exactamente veintisiete años que los hunos iniciaron la última guerra. Esta vez tenemos que encargarnos verdaderamente a fondo de ellos. Con dos conflagraciones tenemos más que

suficiente. Aguardo con gran ánimo nuestro encuentro. Mi más cordial saludo.»[49] Esa noche, Churchill y su comitiva visitaron la Sala de Mapas, y justo en ese momento, en un lugar caracterizado por su variopinta colección de señales luminosas, por primera y única vez en todo el viaje, saltaron los plomos en todo el barco[50].

Durante las siguientes jornadas de navegación, mientras caminaban arriba y abajo por la fría y ventosa cubierta, Churchill y Cadogan pasaron revista a todos los puntos previsiblemente llamados a centrar el debate con el presidente estadounidense: una declaración de las aspiraciones angloamericanas de posguerra, el establecimiento de un programa de cooperación más estrecho entre ambas jefaturas de Estado Mayor, la concreción de las municiones que era preciso adquirir al amparo de la Ley de Préstamo y Arriendo, etcétera. En estos coloquios Cadogan fue el encargado de representar el papel de Roosevelt[51]. Esto permitió a Churchill practicar sus argumentaciones y tener preparadas una serie de réplicas a las respuestas que el presidente norteamericano pudiera dar a sus sugerencias o solicitudes. En el viaje, Churchill leyó *El comodoro Hornblower*, una novela de Cecil Scott Forester, ambientada en las guerras napoleónicas, y por lo demás la pequeña comitiva se entretuvo todas las noches viendo películas en la cabina de oficiales —filmes como *La caza del zorro* del Pato Donald, *Marinos a la fuerza* de Stan Laurel y Oliver Hardy (cinta que «encantó» a Churchill), y, por supuesto *Lady Hamilton*, dirigida por Alexander Korda, cuyo argumento, como recordará más tarde el comandante Thompson, «nunca dejó de conmover» a Churchill, «pese a que ya la hubiera visto muchísimas veces»—.[52] «Señores, —había anunciado Churchill a sus acompañantes—, he pensado que esta película podría interesarles, dado que en ella se narran unos acontecimientos que no solo son de gran envergadura sino también similares a muchos de los que ustedes mismos han tenido ocasión de vivir en primera persona»[53]. Fue una de las pocas películas que a su personal no le parecieron pésimas, y desde luego el relato hacía que a Churchill se le saltaran las lágrimas. Hay una escena en la que el almirante Nelson, interpretado por Laurence Olivier, le dice a los Lores Comisarios del Almirantazgo: «¡Caballeros, jamás podrán hacer las paces con Napoleón! ¡Ese general francés no podrá

dominar el mundo mientras no nos haya destrozado, y créanme, camaradas, se propone muy en serio adueñarse del globo! No es posible pactar con los dictadores. ¡Hay que aniquilarlos, borrarlos de la faz de la tierra!. —Churchill también vio—, con evidente regocijo, una película particularmente trivial sobre un idilio en unos grandes almacenes de Nueva York». Respecto al film *Quesos y besos* de Laurel y Hardy, Churchill sentenció: «Una representación brillante pero sin mayor trascendencia»[54]. Mientras se cambiaban los rollos de celuloide, Churchill pidió que se pusiera en el gramófono el tema musical de «*Mad Dogs and Englishmen*» de Noël Coward y una canción popular que solía bailarse en la época: «*Franklin D. Roosevelt Jones*». Se sabía de memoria la letra de las dos baladas.

Durante los seis días de viaje, el barco mantuvo en total silencio las comunicaciones por radio, así que, por primera vez en casi dos años, Churchill quedó exonerado de la responsabilidad de intervenir de forma directa en el curso diario de los acontecimientos, incapaz de dar señales de vida, aunque continuó escribiendo cartas y estas se enviaron tan pronto como el buque hubo atracado en Terranova. El segundo día tuvieron que dejar atrás a su escolta de destructores a causa de la mar montañosa. Tiempo después, se hizo necesario cambiar totalmente de rumbo al avistarse un submarino. El 5 de agosto la mar estaba tan arbolada que se canceló el desayuno, lo que induciría a Churchill, un heroico partidario de iniciar el día al pantagruélico estilo eduardiano, a declarar: *Tout au contraire* («[Hay que hacer] todo lo contrario»[55]). Debido al clima revuelto, Churchill se pasó la mayor parte del tiempo en su camarote o en el puente. «Todo este ozono me está volviendo perezoso, —observó—. Antes quería comprobar el contenido de mis cajas rojas constantemente, y ahora se me hace cuesta arriba arrancarle dos horas de trabajo al día.»[56] Al desafiarle a una partida de *backgammon*, Hopkins advirtió a Churchill de que jugaba muy bien. «No hay problema, —le contestó este—: Yo hago trampas»[57]. Al día siguiente, al declinar Hopkins la oferta de una segunda copa de *brandy* tras el almuerzo, el primer ministro le comentó: «Espero que la proximidad a las costas de Estados Unidos no le esté animando a volverse abstemio»[58]. El 6 de agosto, el *Prince of Wales* recibió el apoyo

de un nuevo destructor de escolta, y la noche anterior a su llegada a Terranova el grupito de Churchill volvía a ver *Lady Hamilton* —era la quinta vez que Churchill pedía que se la pusieran ese mes—.[59] Poco después, Hopkins le ganaba siete guineas (unas 380 libras al cambio actual) al *backgammon*.

El sábado 9 de agosto de 1941, al amanecer, el barco avistó la Estación Naval Argentia, próxima a las costas de Terranova. «Por la amura de estribor [la comitiva] pudo ver los valles de la península, densamente arbolados y envueltos en una niebla gris», recuerda Thompson[60]. A las nueve de la mañana entraron en la bahía de Placentia y la nave quedó anclada junto al crucero *USS Augusta*, el buque insignia presidencial. Roosevelt también había venido acompañado por el acorazado *Arkansas* y el crucero *Tuscaloosa*. La banda de música del *Prince of Wales* tocó «*La bandera tachonada de estrellas*», el himno nacional de Estados Unidos, y del otro lado de las rompientes llegó el sonido del «*Dios salve al rey*». A las once de la mañana, el presidente Roosevelt apareció en pie al frente de la pasarela del *USS Augusta*, apoyado en el brazo de su hijo Elliott. Poco después saludaba con un apretón de manos a Churchill, Pound, Dill, Cadogan, Lindemann y Martin, dándoles la bienvenida a bordo e invitándoles a celebrar la primera reunión de un ciclo de conferencias identificado con el nombre en clave de «Riviera». Le acompañaban el general George C. Marshall, jefe de Estado Mayor del ejército de Estados Unidos; el almirante Harold Stark, comandante de la armada; el general Henry Arnold, alias «Hap», de las fuerzas aéreas; Sumner Welles, el subsecretario de Estado; y otro de los hijos del presidente, el joven Franklin Roosevelt. Churchill entregó al presidente una carta del rey de Inglaterra. Sin embargo, la insistencia de los ayudantes del equipo de filmación, empeñados en que el primer ministro repitiera el gesto un par de veces más para que las cámaras pudieran captarlo adecuadamente, deslució un tanto la solemnidad del momento.

El primer contacto social entre el presidente y el primer ministro resultó bastante desafortunado. Roosevelt comentó que ya había tenido ocasión de ver a Churchill en acción en el pasado, durante la Gran Guerra, y que «había atesorado muchos recuerdos» de esa época, un comentario que su

invitado desairó al admitir «francamente ¡que se le había borrado la memoria!»[61]. (Roosevelt estaba tratando de mostrarse diplomático, ya que lo cierto es que en aquel encuentro había considerado que Churchill era un «mal bicho».)[62] Aunque antes de partir a Terranova, Churchill le había dicho a los máximos mandatarios de los Dominios imperiales británicos que nunca había tenido el gusto de conocer a Roosevelt, lo cierto es que en *Cómo se fraguó la tormenta* escribirá más tarde: «Solo había coincidido con él en una ocasión durante la guerra anterior. Fue en una cena en [la sociedad profesional de] Gray's Inn, y me sorprendió su magnífica presencia, resaltada por su juventud y su vigor»[63]. Los párrafos aduladores que Churchill le había dedicado, tanto en *Grandes contemporáneos* como en sus discursos más recientes, habían desterrado de la mente de Roosevelt la mala impresión que le había causado en Gray's Inn, en 1918, el entonces ministro de Municiones. Algo más avanzado el día, Roosevelt le escribe a Margaret Suckley, más conocida por su apodo «Daisy, —una prima lejana e íntima amiga—: [Churchill] ¡es una persona tremendamente vital y me hace pensar, en muchos sentidos, en una versión inglesa del alcalde LaGuardia[64]! ¡No le comentes que te he dicho semejante cosa! Me cae bien, y nos ha bastado con almorzar juntos para romper el hielo por completo, tanto en su caso como en el mío»[65]. En total, Churchill y Roosevelt pasarían nada menos que 113 días juntos en el transcurso de la segunda guerra mundial, en nueve ocasiones distintas.

«Nadie alcanzará a comprender los movimientos que desembocaron en la batalla de Blenheim a menos que comprenda que Eugene y Marlborough funcionaban como dos lóbulos de un mismo cerebro, —había escrito Churchill en su *Marlborough*—. Estaban constantemente en contacto el uno con el otro.»[66] En muchos casos, las amistades políticas de Churchill habían terminado mal —así sucedió por ejemplo con Asquith, Baldwin y finalmente Lloyd George—, pero en esta ocasión no podía ocurrir lo mismo. Por consiguiente, el primer ministro no escatimó esfuerzos para llevarse bien con Roosevelt, ayudado por la idea de que compartía con él rasgos aristocráticos, de que pertenecía al Partido Demócrata y de que abogaba por la introducción de reformas sociales. En este sentido, Churchill llegaría a declarar: «Jamás ha habido amante que se haya entregado a un

estudio tan pormenorizado de los caprichos de su amada como el que yo hice en el caso del presidente Roosevelt»[67]. Ese primer día, ambos líderes dedicaron íntegramente el tiempo del almuerzo a conocerse, pero, evidentemente, tanto uno como otro querían que las reuniones de la bahía de Placentia les dieran ocasión de concretar un gran número de cuestiones políticas. De entre ellas destacan las siguientes: una profundización en las conversaciones de sus respectivo jefes de Estado Mayor; una declaración pública destinada a disuadir toda tentativa de agresión por parte de los japoneses; un acuerdo sobre las patrullas navales que los estadounidenses estaban efectuando en los alrededores de Islandia, controlada en esa época por los británicos; una aceleración de los trámites relacionados con las solicitudes de suministro efectuadas al amparo de la Ley de Préstamo y Arriendo; y una declaración conjunta relativa a los principios universales que les guiaban con la vista puesta en despertar, tanto en los pueblos de habla inglesa como en los países neutrales, la clara conciencia de que los valores por los que se estaba combatiendo en la guerra eran absolutamente superiores a los que animaban a los nazis.

Tan grande era la capacidad que tenía Churchill de compartimentar su mente que, en el rato que pasó tras regresar al *Prince of Wales*, entre la comida y la cena, encontró tiempo para enviar un telegrama a *sir* John Anderson quejándose de que a los automovilistas que recibían cupones de racionamiento adicionales para comprar gasolina se les estaba exigiendo que rindiesen cuentas a las autoridades de todos y cada uno de sus desplazamientos: «Crear y multiplicar un tipo de delito que no es condenado por la opinión pública, que resulta difícil de detectar, y cuyo castigo solo puede efectuarse de manera caprichosamente aleatoria, es políticamente muy poco oportuno»[68]. En la cena de esa noche, a bordo del *Augusta*, con la presencia en esta ocasión de Cadogan, Marshall y otros miembros de ambas delegaciones, el debate pasó a centrarse en la rentabilidad y los problemas que estaba encontrando Roosevelt al cultivar árboles de Navidad en su finca de Hyde Park, en la parte septentrional del estado de Nueva York. «Al cabo de un rato, como es obvio, —señala Cadogan—, los allí reunidos pasamos a abordar algunos asuntos»[69].

A la mañana siguiente, a primera hora, mientras Churchill «revolucionaba a todo el mundo en la cubierta», se le encargó a Cadogan que redactara una declaración de principios conjunta destinada a constituir la base de lo que acabaría convirtiéndose en la Carta del Atlántico. Después, Roosevelt subió a bordo del *Prince of Wales*, acompañado por varios centenares de soldados e infantes de marina de la armada estadounidense, para asistir al servicio dominical en el alcázar del buque. Churchill eligió los siguientes himnos: «*For Those in Peril on the Sea*», «*Onward Christian Soldiers*» y «*O God our Help in Ages Past*. —Más tarde le confiará al papel—: La letra de todos aquellos cánticos parecía enardecer nuestros corazones». «Fue una experiencia magnífica.»[70] Él mismo organizó la coreografía del servicio a fin de que resultara, según sus propias palabras, «plenamente coral y perfectamente fotogénico»[71]. La bandera del Reino Unido y las barras y estrellas de la enseña estadounidense descansaban juntas sobre sus respectivos mástiles en el altar; los capellanes estadounidense y británico leyeron por turno diversos pasajes de la Biblia del rey Jacobo; y los marineros de ambas naciones asistieron al oficio mezclados unos con otros. Churchill aprovechó asimismo la oportunidad para entregar a Roosevelt el borrador de la declaración conjunta de principios a fin de que pudiera examinarla con sus asesores. Roosevelt ordenó que se entregaran doscientos cigarrillos a cada uno de los marineros presentes, así como algo de fruta y queso.

Churchill había pedido que se embarcaran para el viaje doce pares de urogallos, y ahora empezaron a servirse en los almuerzos que se estaban celebrando en compañía de los jefes de Estado Mayor de Gran Bretaña y Estados Unidos. Esa tarde, una vez que el presidente Roosevelt se hubo marchado, Churchill bajó a la playa, y Cadogan le vio «divertirse como un chiquillo de vacaciones, insistiendo en lanzar pedruscos por un abrupto acantilado»[72]. En un momento dado, Martin observó que se agachaba a recoger un ramillete de flores. Esa noche, Churchill y su séquito cenaron en el *Augusta*, junto a ocho estadounidenses y el terrier escocés del presidente, que respondía por *Fala*. «Creo que todos los presentes percibieron con toda claridad, —escribe más tarde el capitán Pim—, que la libertad del mundo podía muy bien estar en manos, y [depender] tanto de los sabios consejos de

estos dos grandes líderes, tal vez los de mayor talla que se hayan visto en muchas generaciones, como del modo en que congenien»[73].

Al día siguiente, 11 de agosto, empezaron a abordarse los primeros debates serios, desarrollados sin ningún orden del día prefijado y en un clima que Thompson califica de «distendida informalidad»[74]. Los temas que se trataron eran de muy gran alcance, y de entre ellos cabe resaltar específicamente dos: el uso de las Azores como base aliada en caso de que los alemanes penetraran en la península Ibérica, y un futuro desembarco aliado en Europa, cuyo nombre en clave sería «*Roundup*» (Operación Redada). Se acordó que los miembros del Estado Mayor de los respectivos países prosiguieran más adelante las conversaciones en Washington a fin de considerar los pormenores de las diferentes cuestiones. Al día siguiente, llegó Beaverbrook en avión y se añadió la Ley de Préstamo y Arriendo a la lista de temas para tratar. El principal acuerdo de ese día fue el alcanzado en relación con el texto de la Carta del Atlántico, aunque no hay que olvidar el relativo al mensaje conjunto que Churchill y Roosevelt se disponían a enviar a Stalin ni la redacción de un comunicado sobre las conversaciones. No hubo desacuerdos en ninguna de las cuestiones de fondo, y de hecho la conferencia permitió a Churchill sacar adelante todos los objetivos que se había propuesto materializar —a lo que aún pudo añadir el establecimiento de unas relaciones amistosas entre el personal de la jefatura de Estado Mayor británica y estadounidense, principalmente entre Dill y Marshall.

«El presidente de los Estados Unidos de América y el primer ministro británico, el señor Churchill, representante del Gobierno de S. M. en el Reino Unido, habiéndose reunido en el Océano, —señala en su arranque la Carta del Atlántico—, juzgan oportuno dar a conocer ciertos principios comunes sobre los cuales ambos dignatarios fundan sus esperanzas en un futuro mejor para el mundo». El primero de esos principios decía lo siguiente: «Sus países no buscan ningún engrandecimiento territorial ni de otro tipo. —El segundo afirmaba—: No desean ver ningún cambio territorial que no sea conforme al voto libremente expresado de los pueblos interesados». Y el tercero sostenía: «Respetan el derecho que tienen todos los pueblos a escoger la forma de gobierno con la que quieren vivir, y desean que se restablezcan los derechos soberanos y el libre ejercicio del

gobierno de todos aquellos que los hayan visto arrebatados por la fuerza». Aunque Estados Unidos no estaba dispuesto a declarar la guerra a Alemania, pese a que algunos británicos escasamente realistas hubieran concebido esa esperanza, el sexto artículo de la Carta del Atlántico, cuyas palabras iniciales eran: «Tras la destrucción total de la tiranía nazi…», constituía una expresión lingüísticamente inequívoca, máxime teniendo en cuenta que emanaba de las máximas autoridades de una potencia neutral.

Los principios que se enumeraban a continuación hablaban de que todos los estados debían poder acceder en igualdad de condiciones al comercio y a las materias primas, disfrutar plenamente de los beneficios de la cooperación económica, hallarse libres de toda situación de necesidad y temor, tener la posibilidad de cruzar los mares y los océanos sin impedimento alguno, y propiciar el desarme general y el abandono del uso de la fuerza. Poco después, firmaban la Carta del Atlántico los gobiernos en el exilio de Bélgica, Checoslovaquia, la Francia Libre, Grecia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Polonia y Yugoslavia —a los que, de manera un tanto cínica, se sumaría asimismo la URSS—. Resultaba asombroso que un imperialista tan convencido como Churchill hubiera podido vincular su nombre con el contenido del Artículo tres, sobre el derecho de los pueblos a escoger su forma de gobierno, pero esa era justamente una de las exigencias derivadas del deseo de fijar objetivos comunes con Estados Unidos. El 14 de agosto se anunciaba el consenso establecido en la Carta del Atlántico, circunstancia con la que se daba a conocer asimismo la celebración del encuentro entre Roosevelt y Churchill, hasta entonces mantenido en secreto. De ese modo, la gente supo que los dos líderes políticos no solo coincidían totalmente en los principios en que debía sustentarse el mundo, sino que se proponían construirlo sobre esos mismos cimientos tras la extirpación del nazismo. La Carta del Atlántico supuso un potente llamamiento a la reagrupación de las fuerzas de la libertad, y eso a su vez permitió percibir a la gente que existían causas positivas por las que luchar, y no solo circunstancias malévolas a las que oponerse.

A las cinco de la tarde del 12 de agosto, el *Prince of Wales* zarpaba, junto con su escolta de destructores, rumbo a Islandia. En la cubierta de popa, mientras el barco iniciaba la marcha, Churchill agitó la gorra para saludar al paso, uno por uno, a todos los buques estadounidenses, y permaneció en cubierta hasta perderlos prácticamente de vista. Dos días más tarde, el acorazado tuvo que alterar una vez más el rumbo debido al avistamiento de submarinos en la zona. Al día siguiente, la diminuta flotilla del primer ministro se unió a un convoy que se dirigía a Gran Bretaña, formado por un total de 72 naves, en algunas de las cuales podían verse claramente aviones en cubierta: una «estampa maravillosa», en palabras de Churchill[75].[76] El heterogéneo escuadrón estaba formado por doce columnas de embarcaciones separadas entre sí por espacios libres de algo más de cuatrocientos cincuenta metros, y el *Prince of Wales* se las arregló para pasar dos veces por entre la comitiva. Los hombres, dispuestos en formación en la cubierta de los diferentes barcos, prorrumpieron en vehementes vítores al ver que Churchill les hacía el signo de la «V» desde el puente.

Al día siguiente, Churchill se entrevistaba con el primer ministro islandés en Reikiavik, y el 18 de agosto, tras un cerrado temporal de viento y agua que redujo consideradamente la visibilidad (incrementando con ello el peligro de topar inadvertidamente con un submarino o de no detectar a tiempo la llegada de la aviación enemiga), el *Prince of Wales* llegaba al Fondeadero de Scapa a eso de las nueve de la mañana, y esta vez bajo un sol radiante. En el tren que le llevaba de regreso a Londres, Churchill pidió una copita de licor Bénédictine, y diez minutos más tarde la acompañaba con un *brandy*. Al recordarle su ayudante que acababa de tomarse un Bénédictine, Churchill le contestó: «Lo sé; ahora quiero un chupito de *brandy* para pasarlo»[77].

A la mañana siguiente, Churchill comió con el rey y le transmitió las impresiones que había sacado de su reunión con Roosevelt. El presidente estadounidense, anota el soberano, «ha conquistado por completo a W., que ha vuelto con la sensación de haber alcanzado a conocerlo a fondo. Ha mantenido varias conversaciones a solas con él, y en ellas W. le ha expuesto con toda crudeza nuestra posición. Si al llegar la primavera, Rusia se

encuentra derrotada y fuera de combate y Alemania reanuda sus maniobras de guerra relámpago en Gran Bretaña, todas nuestras esperanzas de victoria y ayuda estadounidense quedarán frustradas, máxime si para entonces Estados Unidos no nos ha enviado aún una ingente cantidad de aviones, etcétera, o ha optado por intervenir en la guerra. F. D. R. tiene tres mil millones de libras esterlinas que gastar en nosotros y en nuestro país […]. [Roosevelt] cree que Japón permanecerá tranquilo»[78].

A pesar de la amplia sonrisa que exhibirá esa mañana en la estación de King's Cross y del indudable éxito de la reunión que acababa de tener con Roosevelt, Churchill seguía embargado por el presentimiento de que la situación era muy poco halagüeña. Los alemanes estaban avanzando rápidamente en dirección a Moscú y Leningrado; se estaban presentando problemas en la producción de material bélico —incluidas las huelgas, por sorprendente que pueda parecer, y algunas situaciones de estrangulamiento en la distribución—.[79] Sin embargo, el 21 de agosto, y en contra de los consejos de sus generales, Hitler decidió ralentizar el avance al este y enviar buena parte de sus divisiones blindadas al sur, hacia la zona de Kiev, a fin de apoderarse de los recursos agrícolas de Ucrania. Fue un error monumental que debilitó fatalmente la crucial marcha sobre Moscú —cuya campaña, de haberse visto coronada por el éxito, habría obligado a Stalin y al gobierno soviético a refugiarse al otro lado de los Urales.

Ese mismo día llegaba al norte de Rusia el primer convoy ártico, en el que viajaban dos escuadrones de Hurricanes. A esta entrega le siguió una partida de tanques, enviados a la Unión Soviética a pesar de la precaria situación en que quedaban de ese modo las posiciones británicas en el desierto occidental de Egipto. Al final de la guerra, Gran Bretaña habría mandado en total 720 barcos a la URSS, en 40 convoyes, y le habría proporcionado más de 4 millones de toneladas de suministros, 5000 tanques y 7000 aviones. El envío de estos convoyes supuso el desvío de un conjunto de flotillas que de otro modo habrían debido utilizarse para proteger las aguas jurisdiccionales británicas o los barcos que cruzaban el Atlántico[80]. La confabulación del clima, auténticamente atroz, y del hielo, que invadía la cubierta de los barcos en invierno, sumada al día casi perpetuo que se vivía en verano (con el consiguiente aumento de la visibilidad para la

aviación enemiga), a la proximidad de los aeródromos de la *Luftwaffe*, y a los ocultos fiordos que facilitaban las asechanzas de los asaltantes, todo parecía cooperar en ofrecer a los alemanes una enorme ventaja en la interceptación de los convoyes que circundaban el norte de Noruega. Sin embargo, Stalin no fue capaz de dirigir a Churchill prácticamente una sola palabra de agradecimiento, y únicamente parecía tener voz para quejarse amargamente de que los envíos no eran suficientes. En el discurso que pronunció con ocasión del vigésimo cuarto aniversario de la Revolución de Octubre, Stalin llegó a decir a sus oyentes: «Nuestro país está librando una guerra de liberación con una mano atada a la espalda, y sin que nadie la ayude militarmente». Por si fuera poco, el trato dispensado en Múrmansk y Arcángel a los marineros británicos fue muy poco amistoso.

Pese a la ingratitud de Stalin, a Churchill le horrorizaba la suerte que estaba corriendo el pueblo ruso. En una emisión radiofónica difundida el 24 de agosto, cuyo eje central giraba en torno al contenido de la Carta del Atlántico, pero en la que también se exponían las terribles masacres que estaban teniendo lugar en Rusia, en las que morían millares de civiles, sobre todo judíos y comunistas, Churchill explicó, en un pasaje en el que hablaba de Hitler, que «a medida que avanzan sus ejércitos»,

> se exterminan barrios enteros. Las unidades de la policía alemana perpetran miles, literalmente miles de ejecuciones a sangre fría para eliminar a los patriotas rusos que defienden la tierra que los vio nacer. Desde que se produjeran en el siglo XVI las invasiones de los mongoles en Europa, jamás se había visto una carnicería tan metódica e implacable a esta escala, ni siquiera ha habido nada que se haya acercado a la magnitud de lo que ahora está ocurriendo. Y esto no es más que el principio. La hambruna y la peste sabrán seguir las ensangrentadas roderas de los tanques de Hitler. Estamos ante un crimen que no tiene nombre[81].

Cuando los *Einsatzgruppen* alemanes (nombre que significa «grupos de operaciones», pero que en realidad eran escuadrones de la muerte) enviaban informes a Berlín valiéndose de sus máquinas Enigma, los partes aparecían repletos de toda una serie de cifras enormes, que sin embargo seguían resultando misteriosas para los técnicos de Bletchley —hasta que cayeron en la cuenta, incrédulos, de que se trataba del número de personas que estaban siendo masacradas—.[82] Eran muchos los países neutrales que no

daban crédito a lo que Churchill estaba denunciando, convencidos de que simplemente estaba abriendo al máximo la espita de la propaganda aliada. Algunos de los periódicos de esas naciones, como el *New York Times*, relegaban esas noticias a sus páginas interiores y les concedían solo unos pocos centímetros de espacio en sus columnas.

«No desesperen, —exclamará Churchill al dirigirse a las gentes de la Europa ocupada—, limpiaremos su patria […]. Alejen sus almas y sus conciencias de todo contacto con los nazis; háganles sentir, incluso en la hora fugaz de su brutal triunfo, que no son más que los parias morales de la humanidad. La ayuda está en camino; hay fuerzas poderosas que se están armando en vuestro nombre. Tened fe. Conservad la esperanza. La liberación es segura»[83]. Son millares las personas que han testificado, tras vivir sometidos a la ocupación nazi durante la guerra, que los discursos de Churchill les dieron esperanza en un momento en que apenas había nada a lo que agarrarse. Le escuchaban clandestinamente en aparatos de radio secretamente guardados, pese a saber que si eran descubiertos podían ser condenados a la pena capital. En noviembre, en el artículo que envió al semanario *Jewish Chronicle* por la celebración de su centenario, Churchill escribe: «Nadie ha sufrido más cruelmente que el judío los indescriptibles males con los que Hitler y su envilecido régimen han tiranizado el cuerpo y el espíritu de los hombres. El judío es quien se está llevando la peor parte en esta primera embestida de los nazis a las ciudadelas de la libertad y la dignidad humanas […]. Una vez más, cuando llegue la hora señalada, [el judío libre] verá reivindicados los principios de justicia que sus padres proclamaron al mundo, para gloria de propios y extraños»[84].

El 25 de agosto, con los alemanes a las afueras de Kiev, Gran Bretaña y Rusia lanzaron una invasión conjunta de Irán tras agrupar un pequeño contingente. Consiguieron alzarse con la victoria en tres días, y el hijo de sah pasó a ocupar el puesto de su padre en el Trono del Pavo Real[85]. Gran Bretaña quedó así en posición de abastecer a Rusia por tierra y de proteger los yacimientos de crudo de Abadán, controlados por la Compañía de Petróleos Anglo-Iraní. «Con ello culminamos una operación que podíamos justificar con argumentos, pero no con el derecho», admitirá Churchill en privado[86].

Cinco días después, al acabar la cena en Chequers, animado por el *brandy* y en presencia de Halifax y Eden, Churchill le expuso a Winant un apasionado alegato de esperanza. Argumentó que después de firmar la Carta del Atlántico, «no había forma de que Estados Unidos pudiera mantenerse al margen sin perjudicar su honor. Era un combate en el que el país no podía luchar con mercenarios […]. Y si se incorporaba a la contienda, la convicción de la victoria aliada encontraría fundamento en una docena de países […]. Hemos de conseguir que Estados Unidos haga una declaración de guerra, o de lo contrario, pese a que ya no exista posibilidad de que nos derroten, los combates podrían prolongarse durante otros cuatro o cinco años, y tendríamos que asistir a la aniquilación de la civilización y la cultura. —Por otro lado, si Estados Unidos se sumaba efectivamente al esfuerzo bélico—, su participación podría traer la victoria en 1943»**[87]**. Winant sugirió que Estados Unidos podría adherirse a las naciones beligerantes aliadas en marzo, pero esto «apenas dio satisfacción» al primer ministro, entre otras cosas porque se trataba de una mera conjetura**[88]**. Para animar un poco la velada tras todas aquellas reflexiones, Churchill se embarcó en «la interesante relación de la vida amorosa del ornitorrinco»**[89]**. (Señaló que es poligínico**[90]**).

El 4 de septiembre, Churchill acudió al Hotel Dorchester para participar en una cena de despedida en honor de su hija Mary, que ya había cumplido los diecinueve años y se disponía a partir a prestar servicio en una batería antiaérea situada en las inmediaciones de Enfield como miembro del Servicio Territorial Auxiliar, la rama femenina del ejército británico. Por todo el hotel, las personas que le vieron entrar le aplaudieron incondicionalmente, desde la puerta principal hasta que tomó asiento en el restaurante. Pese a todo, tenía que regresar a Downing Street a las diez de la noche, porque Maisky debía entregarle una carta de Stalin. Stalin pedía el establecimiento de un Segundo Frente en Francia o en los Balcanes, para atraer de ese modo a esta nueva zona de combate a treinta o cuarenta divisiones alemanas y alejarlas del Frente Oriental. También quería que se le enviaran treinta mil toneladas de aluminio, y al menos cuatrocientos aviones y quinientos tanques todos los meses. Sin él, advertía, Rusia podría sucumbir y quedar fuera de combate.

«No tengo la menor duda de que Hitler sigue deseando atenerse a su antigua política de vencer uno por uno a sus enemigos, —señala Maisky citando las palabras de Churchill—. ¡Estaría dispuesto a sacrificar cincuenta mil vidas inglesas si con ello consiguiera alejar del frente en el que lucha su nación veinte divisiones alemanas!», le aseguró el primer ministro[91]. No obstante, agregó, el Canal de la Mancha tiene una doble función: «Si por un lado impide que Alemania se abalance sobre Inglaterra, por otro hace igualmente imposible que [el ejército de mi país] se plante en la Francia ocupada». Además, tampoco disponía de las tropas, los aviones o el tonelaje naval preciso para librar una campaña en los Balcanes. Churchill señaló que habían sido necesarias siete semanas para trasladar cuatro divisiones británicas de Egipto a Grecia, que era un país amigo, y concluyó: «¡No! ¡No! ¡No podemos exponernos a una derrota segura, ni en Francia ni en los Balcanes!»[92].

Respecto a la cuestión de los suministros, Churchill le explicó a Maisky: «También nosotros andamos faltos de armas. ¡Más de un millón de soldados británicos continúan desarmados!». Churchill señaló asimismo que la producción total de tanques de Gran Bretaña no llegaba siquiera a esos quinientos mensuales que solicitaba Stalin. «En 1942, la situación será distinta, —apunta Maisky haciéndose eco de sus palabras. El año que viene —, tanto nosotros como los estadounidenses podremos darles una gran cantidad de material. Pero por el momento […]. Solo Dios, en quien usted no cree, podrá ayudarle en las próximas seis o siete semanas»[93]. Al preguntarle Maisky por sus planes de futuro, el primer ministro le respondió que consistían fundamentalmente en impedir la invasión de la madre patria; en conservar el valle del Nilo y el Oriente Próximo; en recuperar Libia; en garantizar el envío de suministros a la URSS a través de Irán y otras rutas; en «poner a Turquía de nuestra parte»; «en bombardear de forma incesante a Alemania»; en proseguir implacablemente la guerra submarina; y en incrementar el número de tropas presentes en el Oriente Próximo, lo que significaba hacerlas pasar de seiscientas mil a setecientas cincuenta mil a finales de 1941, y elevarlas hasta el millón de efectivos en la primavera de 1942[94]. Haciendo gala de sensatez y buen tino diplomático, Maisky omitió transmitir a Moscú la respuesta de Churchill al «implícito tono

amenazante» que parecía subyacer en el llamamiento de Stalin, ya que el primer ministro británico le había dicho que, después de haber pactado con los nazis, los soviéticos «no tenían ningún derecho a reprocharle nada al gobierno de Gran Bretaña, pasara lo que pasara, y fueran cuales fueran las acciones que pudiera emprender Rusia»**[95]**. Tras conocer el contenido de la carta de Stalin, Churchill canceló el viaje que tenía previsto realizar a Dover. Esto llevará a Colville a establecer la siguiente conclusión: «Parece que nos enfrentamos a una decisión de tipo similar a la que tuvimos que tomar en las etapas finales de la batalla de Francia: poner toda la carne en el asador para salvar a nuestros aliados o reservar nuestras fuerzas para poder responder en caso de que suceda lo peor. Por fortuna, en esta ocasión nuestras despensas no están tan vacías como entonces»**[96]**. Entretanto, en Moscú, Mólotov seguía ignorando a Cripps, que quería volver a casa. «El amoroso y sosegado seno de *sir* Stafford debe de sentirse dolido y aterido, —comentó Churchill con su Estado Mayor—. ¡Qué se le va a hacer! Me temo que no le va a quedar más remedio que pringar, como todo el mundo.»**[97]** Poco después llamaba a Cadogan para decirle: «Hay que quitarle de la cabeza a Cripps» la idea de regresar, a lo que añadió que no quería que el interesado supiera que la orden había salido de él**[98]**.

Ese día, tras almorzar a solas con el primer ministro, Eden refiere que Churchill se encontraba «animadísimo». Este le había dicho que, aun siendo cierto que podía ayudar electoralmente al Partido Conservador cuando acabara la contienda, la verdad era que «los problemas de la posguerra no le inspiraban el menor entusiasmo». Eden respondió que la formación *tory* necesitaba nuevos candidatos jóvenes, ya que «nadie iba a votar a los hombres que habían participado en el Acuerdo de Múnich». «Como siempre, Winston se mostró perfectamente dispuesto a luchar», señala Eden**[99]**. Una vez más, Churchill daba a Eden razones para creer que él podía ser el elegido para asumir el liderazgo del grupo conservador cuando se ganara la guerra. Churchill no fue nunca un hombre cruel, pero en su comportamiento con Eden y en la forma en que alimentó su ambición de hacerse con el cargo de primer ministro hubo momentos despiadados.

Esa noche, después de acordar con Maisky el envío a Rusia de una remesa de treinta mil toneladas de materiales de ayuda, Churchill llevó a

Beaverbrook y a Eden al Ritz para celebrar un banquete con ostras, perdices y un chorrito de nostalgia. «Winston dijo que le gustaría tener a su lado a F. E. y contar con su ayuda», señaló Eden. No al F. E. Smith de sus «últimos años, empapados en alcohol», sino al de 1914 o 1915. De no ser en él, añadió, le gustaría apoyarse en Balfour. Beaverbrook le dijo que, «de haber jugado bien [sus] cartas mientras estuvo en el Almirantazgo, al principio de la última guerra, y muy especialmente con [el] Partido Conservador, [Churchill] podría haber sido elegido primer ministro en lugar de [Lloyd] George», afirmación con la que Winston se mostró de acuerdo. Más tarde, Churchill confesó que el momento en el que se enteró de que Lloyd George no había pensado siquiera en incluirlo en su gabinete, en diciembre de 1916, había sido el «instante más difícil de su vida»[100]. Acabado el festín, Churchill trabajó hasta las tres de la madrugada para tratar de redondear los términos de su respuesta a Stalin, lo que le obligó a posponer su partida a Ditchley. «Tengo la sensación de que el mundo está recuperando el pulso», le aseguró a Martin[101]. Pero había sido necesario que Hitler cometiera un inmenso error táctico para hacerlo salir del coma.

El 11 de septiembre, el rey «encontró a Winston mucho más optimista que de costumbre: ha sido la primera vez que me ha dicho que estaba empezando a pensar que Alemania podría llegar a desmoronarse internamente en algún momento»[102]. Desde luego, aquella era una predicción bastante extraña, máxime teniendo en cuenta que Kiev estaba a punto de caer en manos de los nazis, pero lo cierto es que Churchill también se había hecho otra reflexión llamativa: la de que los generales de Hitler podían impedirle recurrir al gas venenoso en el campo de batalla si tenían la impresión de que las tornas se habían vuelto en su contra. Por otra parte, Desmond Morton le había dicho que, a su juicio, Stalin había dado órdenes a los comunistas británicos para arrebatarle el cargo de primer ministro cuando llegara el momento oportuno[103]. Fue una época marcada por la proliferación de las especulaciones y los rumores.

El 18 de septiembre, fecha en la que Kiev capituló al fin, Churchill accedió a las demandas del gobierno australiano, que había solicitado que se le retirara a Auchinleck el mando de las tropas de su país. Se trataba de una medida muy frustrante, pero Churchill sopesó el conjunto de las

circunstancias políticas que rodeaban al caso, así que le dijo al Gabinete de Guerra: «Es preciso hacer concesiones a un gobierno [como el de Australia] cuya mayoría solo excede en un diputado los escaños de una oposición que, por otro lado, no solo se enfrenta a él con la mayor acritud, sino que contiene, al menos en parte, algunos elementos que defienden posturas de corte aislacionista. Es imperativo que no estalle ninguna disputa pública entre Gran Bretaña y Australia. Por consiguiente, todo sentimiento personal debe quedar subordinado al objetivo de preservar la apariencia de unidad. Si han surgido problemas se ha debido en gran parte al hecho de que no se ha podido hacer intervenir a ninguna división de infantería británica en las diversas acciones que se han venido desarrollando, lo que ha determinado que el mundo suponga que las únicas tropas con que contamos para presentar batalla son las de los dominios»[104]. Demostrando una vez más que había aprendido la lección de Galípoli, Churchill le aseguró a las autoridades de Canberra: «Obedeceremos a cualquier precio las órdenes que ustedes den a sus propias tropas»[105].

Churchill se ocupó de garantizar que los gobiernos de los dominios recibieran semanalmente informes del Estado Mayor (y con periodicidad diaria en el caso de las operaciones en curso), así como resúmenes del contenido de las reuniones del gabinete, y también les envió un gran número de telegramas personales[106]. Si visitaban Gran Bretaña, los primeros ministros de los dominios eran sistemáticamente invitados a participar en las deliberaciones del Gabinete de Guerra. No obstante, Churchill impidió la creación de un Gabinete de Guerra Imperial, y tampoco se detuvo a explicar a sus homólogos de los dominios los detalles de las operaciones cuya puesta en marcha fuese inminente. A finales de mayo de 1944, al preguntarle Mackenzie King, el primer ministro canadiense, en qué momento iba a tener lugar el Día D, Churchill le contestó que podría ser el 21 de junio, cuando en realidad ya se tenía entonces la intención de efectuar el desembarco el 5 de junio[107]. Si tenemos presente la extraordinaria contribución que los dominios y las colonias hicieron al esfuerzo bélico (solo en el ejército de tierra, los integrantes de veintiuna de las cincuenta y cinco divisiones que Churchill planeaba reunir acabarían siendo soldados no procedentes de Gran

Bretaña), y si recordamos al mismo tiempo lo mucho que Churchill creía en el imperio, resulta extraordinario que apenas les diera voz y voto en la elaboración de los vastos programas estratégicos de la contienda.

El 22 de septiembre, Churchill envió a Beaverbrook a Moscú con la misión de que negociara los planes destinados al abastecimiento de Rusia. Durante esta estancia en la Unión Soviética, Beaverbrook se convirtió en un defensor tan acérrimo de la creación del Segundo Frente que comenzó a socavar la credibilidad política del propio Churchill. Antes incluso de que partiera a Rusia, los periódicos de los que era propietario se dedicaban ya a criticar regularmente a los miembros del gobierno, pese a que él mismo fuese uno de sus más destacados componentes. Ese mes, Eden señalará en su diario, echando mano del más ácido de los sarcasmos: «¡Bien puede decirse que, en general, es un colega agradable y leal con el que resulta fácil congeniar!»[108].

El 23 de septiembre, como especial muestra de su aprobación, el rey confirió a Churchill el antiguo y prestigioso título de lord Guardián de los Cinco Puertos[109]. A Churchill le resultaban particularmente atractivas las resonancias históricas del nombramiento, ya que tanto William Pitt el Joven como Wellington y Palmerston habían desempeñado el cargo, creado en el siglo XII. Pese a todo, quedó también bastante intimidado al conocer el elevado coste que conllevaba la aceptación del puesto, dado que implicaba ocuparse del mantenimiento del castillo de Walmer, construido por Enrique VIII. Lord Reading, que había sido designado para la tarea a mediados de la década de 1930, había tenido que dedicar catorce criados y cinco jardineros al cumplimiento de esa obligación[110]. En esa época, el lord Guardián tenía efectivamente derecho a la explotación económica de todas las ballenas que se vieran arrastradas hasta las costas incluidas en el marco de su jurisdicción, un privilegio que, si en otros tiempos debía de haber constituido sin duda una bendición, en pleno siglo XX había pasado a ser realmente una carga, dado que los gastos derivados de la inhumación del cadáver de los cetáceos también corrían a cargo del titular de los Cinco Puertos. Al finalizar la guerra y recibirse en Chartwell el estandarte del lord Guardián, Churchill la hizo ondear con todo orgullo, y respondió con una sutil paráfrasis del «Jabberwocky»: «¡Hurra, hurra, qué día tan ristolerto,

risotó carcajeante y jubiloso!»[111].[112] Winston mandó también confeccionar una versión en miniatura de la bandera, a fin de lucirla en la aleta delantera de su coche oficial[113]. Dos días después del nombramiento, al visitar los Churchill el castillo de Walmer, Clementine comentó, al verlo, que le parecía «sombrío y muy engorroso de administrar»[114]. «Dudo mucho que logre habituarme alguna vez a la idea de vivir en la fortaleza de Walmer, —le dijo Churchill al ministro de Obras—, y de hecho, después de la guerra, no sé si habrá alguien que acepte vivir en tan refinadas mansiones»[115].

Al día siguiente, los Churchill hicieron en tren el trayecto de Walmer a Coventry. Al llegar al andén, el primer ministro, lamentablemente célebre por su impuntualidad, aún no había terminado de vestirse, de modo que hizo esperar al grupo que le aguardaba a pie de vía, compuesto, entre otros, por el comisionado regional de las Tierras Medias, el conde de Dudley; el alcalde de la ciudad; y un comité de bienvenida. La causa del inconveniente se debía a que Churchill había juzgado posible bañarse, afeitarse y ponerse la ropa en quince minutos, cuando en realidad necesitaba veinte. «Esto explica que llegue tarde a todo, —señala Colville, antes de añadir—: Y la señora C[lementine] hierve de impaciencia»[116]. Las autoridades locales llevaron a los Churchill a dar un paseo por la población, donde tuvieron ocasión de contemplar los daños que los bombardeos habían provocado en la catedral y de recorrer el cementerio de la localidad, en el que habían sido enterradas las víctimas de la incursión aérea sufrida en noviembre de 1940. Al llegar a la fábrica de torpedos y aviones Armstrong Siddeley, los obreros de todos los talleres comenzaron a golpear las chapas metálicas con el martillo, dándole así una entusiasta y ensordecedora bienvenida. Del mismo modo, en la fábrica de bombarderos Whitley, que era un semillero comunista, la aparición de Churchill, tocado con su característico sombrero hongo de copa cuadrada y su no menos peculiar cigarro puro, «cautivó notablemente a los trabajadores, que le dedicaron un sonoro aplauso entreverado de fuertes vítores». Churchill enarboló una vez más el signo de la «V, —pese a que, en palabras de Colville—, se le hicieron repetidas señas para indicarle que ese gesto tiene un significado totalmente diferente» al que él le da[117].

Al día siguiente, en Birmingham, un Spitfire pasó volando boca abajo justo sobre la vertical de la familia Churchill, a solo doce metros de altura, y poco después los integrantes de la pequeña comitiva recorrían en coche las calles de la ciudad durante varios kilómetros, rodeados por una multitud enardecida, hasta llegar a la estación del ferrocarril. «Muchas veces he tenido ocasión de asistir a los enfervorecidos recibimientos que la gente reserva al primer ministro, —anota Colville—, pero nunca había visto nada igual»[118]. En el camino de regreso a Londres, Tommy Thompson le preguntará cómo se las había ingeniado para pronunciar tres o cuatro largos discursos —y no solo seguidos, sino sin repetirse—, valiéndose únicamente de lo que Churchill denominaba su «Plantilla oratoria» (una hoja repleta de notas con encabezamientos distribuidos en función de las diferentes materias por tratar). «No es tan difícil como parece, —respondió el primer ministro—. Me limito a dejar que las palabras vayan saliendo espontáneamente de mi boca y ya está.»[119]

El 28 de septiembre, mientras se vestía para la cena, Churchill le dirá a Colville: «Hasta el momento, el gobierno solo ha incurrido en un error de juicio: el de Grecia»[120]. Había empezado a atribuir la responsabilidad de esa campaña fallida a *sir* John Dill. Colville sabía que, en realidad, la operación llevada a cabo en suelo griego había sido idea de Churchill, y que al principio Dill se había opuesto a ella. Sin embargo, comenta, el primer ministro «ha decidido ahora afilar el cuchillo para acabar con Dill, así que es muy frecuente que hable mal de él»[121]. (Según se dice, Dill correspondía con sus propios desdenes a la escasa consideración del primer ministro: antes de su publicación, se eliminaron del borrador de los diarios de Reith las opiniones que Dill había vertido sobre Churchill, a petición de la Oficina del gabinete.)[122] Entre el primer ministro y el Estado Mayor Imperial General había estallado tiempo antes un conflicto que viene a ilustrar muy adecuadamente el abismo que separaba la personalidad de Churchill del modo de ser de Dill. Entre los papeles del general *sir* John Dill figura una carta de Churchill fechada el 19 de octubre de 1940 y marcada con una de aquellas famosas etiquetas rojas que exigían «Tomar

medidas hoy mismo». En dicho escrito, el primer ministro respaldaba el nombramiento del general de división *sir* Percy Hobart (pronunciado «*Hubbard*»), alias «Hobo», como instructor militar de la 11.ª División Blindada. Dill se había opuesto enérgicamente a esa designación, basándose en que Hobart, al que Wavell había retirado del servicio activo, y que ahora se había presentado voluntario en la Guardia del Interior, con el grado de soldado de primera, era un hombre «al que resultaba difícil obedecer […], dado que sus decisiones respondían a simples impulsos irreflexivos y se revelaban incoherentes […], no estaba dispuesto a escuchar la opinión de los demás […], era antipático […], se preocupaba con excesivo celo de los intereses de sus propias filas […], actuaba con enorme terquedad, poseía una personalidad inestable, no ejecutaba las instrucciones de sus superiores […], su temperamento no favorecía en modo alguno la cooperación armoniosa con sus subordinados y […] mostraba muy poca consideración hacia los demás»**[123]**. Cabe suponer que, antes de enviar el memorando al primer ministro, Dill no cayó en la cuenta de que parecía una especie de compendio de las numerosas críticas que habitualmente se vertían sobre el propio Churchill. No obstante, Dill tuvo que reconocer que Hobart no solo era «un excelente instructor, sino que conocía como nadie la organización, el armamento y el mantenimiento de las formaciones de tanques».

«Todos esos defectos acostumbran a estar asociados con la manera de ser de los individuos de fuerte personalidad y original visión de conjunto», le respondió Churchill.

> Ahora mismo nos encontramos en guerra, luchando por salvar la vida, y no podemos permitirnos el lujo de restringir los nombramientos del ejército a las personas que no hayan suscitado nunca un solo comentario hostil en toda su carrera […]. Cromwell, Wolfe, Clive, Gordon, y en otro orden de cosas [T. E.] Lawrence, guardaban todos un notable parecido con las características que [usted] enumera. Pero también poseían otras cualidades, y tiendo a pensar que lo mismo le ocurre al general Hobart. Vivimos un momento en el que es preciso recurrir a hombres dotados de energía y perspectiva; no son tiempos en los que debamos circunscribirnos a no elegir sino a aquellos individuos que el juicio convencional considera cómodos**[124]**.

En vista de lo sucedido, estaba claro que para entonces Churchill ya había llegado a la conclusión de que Dill era la personificación misma de este último tipo de personas. Poco después, tras dar cuenta de una buena

cena en Dalmeny House, en el Estuario de Forth, en compañía de lord Rosebery, hijo del difunto primer ministro Archibald Primrose, y del comisionado regional de Escocia, Churchill reprendía a Dill por su renuencia a emplear a Hobart. «Recuerda que no son solo los buenos chicos los que ganan las guerras; las victorias vienen también de la mano de los granujas y los sinvergüenzas.»[125] Hobart obtuvo el puesto, y la suma de sus ideas inconformistas con sus tendencias disidentes permitió concebir y fabricar, en rápida secuencia, un gran número de armas nuevas —a las que no tardaría en conocerse con el nombre de «Hobart's Funnies[126]»— que resultaron ser de inestimable valor el Día D.

El 28 de septiembre de 1941, Colville señala que Churchill había llegado al convencimiento de que el establecimiento precipitado de un Segundo Frente en el continente «no podía tener más que un solo desenlace. La Oficina de Guerra no estaba facultada para efectuar adecuadamente esa misión; de hecho, resultaba injusto pedir a sus componentes que rivalizaran con la organización, la experiencia y los recursos de los alemanes. Ninguno de sus miembros poseía ni los medios necesarios ni la inteligencia precisa para asumir semejante reto»[127]. Estas manifestaciones venían a ser poco menos que una clara admisión de que los alemanes libraban las guerras mejor que los británicos, un barrunto que, pese a resultar excepcionalmente peligroso sugerir siquiera, aunque fuese en privado, Churchill habría de considerar en repetidas ocasiones —y que además compartían algunas otras figuras militares y diplomáticas de peso, al menos en la primera mitad de la guerra.

En un discurso pronunciado el 30 de septiembre, Churchill bromeó acerca de los políticos que se preocupaban en exceso de la opinión pública, alegando que eso les impedía ejercer un verdadero liderazgo. «No hay nada más peligroso en tiempo de guerra que vivir inmerso en la temperamental atmósfera de los sondeos de la organización Gallup», aseguró, ya que de ese modo la gente y los políticos «no hacen otra cosa que tomarse el pulso y comprobar la temperatura que les marca el termómetro. El pasado fin de semana escuché a un orador declarar que atravesamos un momento en el que los líderes han de pegar el oído al suelo. Todo lo que puedo responderle es que a la nación británica va a resultarle muy difícil contemplar con

admiración y respeto a un dirigente al que descubra en una postura tan poco agraciada»[128].

El 4 de octubre, Churchill tuvo que destituir a otro viejo amigo y camarada del Other Club (el tercero después de Boothby y Duff Cooper). Para dar a conocer su decisión, envía una carta al propio interesado, el almirante Roger Keyes, director del Cuartel General de Operaciones Combinadas, en la que explica: «He de tener presente que mi primer deber es el que me obliga a priorizar las necesidades del estado, que está por encima de cualquier amistad personal. En las actuales circunstancias, no me queda más remedio que disponer su relevo»[129]. Churchill había firmado en julio el nombramiento de Keyes, de sesenta y ocho años de edad, pero pronto comprendió que había sido una de las peores decisiones que había tomado en materia de selección de personal desde que designara primer lord del Mar a Fisher. En la batalla por la obtención y el aprovechamiento de los recursos, Keyes se las había arreglado para contrariar en repetidas ocasiones a los tres jefes de Estado Mayor, lo cual era verdaderamente desastroso para un Alto Mando cuyo trabajo consistía en coordinarlos para el buen fin de las acciones ofensivas. Keyes no solo había cuestionado el juicio de todos sus colegas, también se había comportado como si fuera el único militar dotado de un espíritu atacante. Churchill admiraba a Keyes y le debía mucho, ya que había sido él quien iniciara la avalancha de críticas contra Chamberlain en el debate sobre lo sucedido en Noruega, pero ahora comprendía que el almirante no era el hombre adecuado para desempeñar esa labor. Es probable que Churchill llevara tiempo pensando en despedirle, y si no lo había hecho antes había sido, en opinión de Martin, porque los «constantes ataques que sufría solo conseguían avivar la lealtad del primer ministro»[130]. Churchill nombró a lord Louis Mountbatten, que era primo del rey, sustituto de Keyes, pese a que solo tuviera el grado de capitán de la armada y su antigüedad en el cargo se redujera a cuatro años. El primer ministro, sin embargo, le ascendió a jefe de operaciones combinadas.

El 7 de octubre, el monarca se percató de que Churchill estaba «preocupado por la situación rusa, que es seria, dado que los alemanes han iniciado un nuevo avance en el sector central del frente»[131]. La *Wehrmacht* había llegado hasta las estaciones de metro de Moscú, así que los rusos

aguardaban la protección del invierno con la máxima ansiedad. Las insistencias de Stalin se centraban ahora en solicitar el desembarco de treinta divisiones británicas en Arcángel, una petición que, nuevamente, resultaba completamente imposible de satisfacer, como sin duda debía de saber el líder soviético. Ese mismo día, Churchill también tuvo que atender a otras preocupaciones, ya que John Curtin, el jefe de filas del Partido Laborista de Australia, acababa de ser elegido primer ministro y demostrado inmediatamente una postura del todo intransigente. Curtin señalaba, de manera innegociable, que las tropas australianas destacadas en el Oriente Próximo debían quedar bajo el control de Canberra, por más peligrosa que esa medida pudiera resultar para la Operación Cruzado, cuya ofensiva trataba de aliviar en ese momento el cerco al que se hallaba sometida la ciudad de Tobruk. Y a pesar de que Churchill señaló del modo más elocuente a Curtin los aprietos en que se verían inmersas las tropas que combatían en la zona, el primer ministro australiano mantuvo su postura[132].

Al señalar Auchinleck que quería posponer quince días más la Operación Cruzado, y al oponerse por otra parte los jefes de Estado Mayor a los planes que había trazado Churchill para atacar Trondheim o Sicilia, Winston comentó con amargura: «A veces pienso que una parte de mis generales tiene pocas ganas de luchar contra los alemanes»[133]. Ese mes, Churchill envió a Auchinleck tres mensajes decodificados con el sistema Ultra para mostrarle que los efectivos de Rommel se hallaban en ese momento relativamente faltos de preparación[134]. El 7 de octubre, Roosevelt declaraba públicamente que la reunión que había mantenido en el Atlántico con el primer ministro británico no implicaba que Estados Unidos estuviera más dispuesto que antes a intervenir en la guerra.

Al día siguiente, a pesar de todas estas zozobras, Eden pasó «una velada sumamente agradable» con Churchill en Chequers. La conversación giró en torno a los asuntos del Partido Conservador, y Churchill comentó: «Con el tiempo acabaremos expulsando a todos los hombres implicados en el Acuerdo de Múnich. Neville ha tenido la buena fortuna de fallecer a tiempo. Era imposible que Edward [Halifax] permaneciera en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El público, que ya ha olvidado sus propios errores,

habría recordado perfectamente bien, por el contrario, los de los líderes que los defendieron, y se habría cobrado venganza»[135]. Eden apoyó a Dill y sostuvo que era un excelente oficial de Estado Mayor que había efectuado muy buenos nombramientos —como si con eso pudiera bastar en un conflicto global como el que se estaba viviendo—. Al día siguiente, Churchill se encargó de encender personalmente el fuego de la chimenea del dormitorio de Eden, un detalle que determinará que el ministro de Asuntos Exteriores señale en su diario: «No conozco a ningún anfitrión que muestre unos modales tan pulidos con sus invitados, ¡sobre todo cuando está de humor!»[136]. Beaverbrook, que había regresado poco antes de Rusia, se acercó a Chequers a pasar unos días. Explicó a Churchill y a Eden que Stalin no iba a cejar en la lucha, y que odiaba a Hitler «con una ira glacial»[137]. En presencia de Eden, Beaverbrook se preguntó quién debería acceder al cargo de primer ministro «en caso de que le ocurriera algo a Winston». Churchill dijo que debería ser Eden, pero Beaverbrook señaló que los partidarios de Chamberlain preferirían que fuese David Margesson. Churchill «se mostró totalmente en desacuerdo con esta última apreciación. Aseguró que [Margesson] no tenía ni la inteligencia ni la visión de conjunto necesarias para el puesto, y que de hecho carecía por completo de las cualidades que requería la asunción de esa responsabilidad […]. Aventuró que John Anderson tendría más posibilidades [que Margesson]». El mismo Eden indicó que Beaverbrook sería también uno de los candidatos a tener en cuenta, y Churchill coincidió con su parecer[138]. Tras el debate, los tres degustaron el caviar que Beaverbrook había traído de Rusia, y no se fueron a la cama hasta las tres de la madrugada.

El 11 de octubre, Roosevelt le escribió a Churchill una importante carta que el primer ministro recibió en propia mano de Frederick Hovde, el jefe de la oficina londinense del Comité de Investigación de la Defensa Nacional de Estados Unidos. Roosevelt le hacía la siguiente sugerencia: «Me parece deseable que mantengamos una asidua correspondencia, o que conversemos, sobre el tema que está siendo sometido ahora mismo a estudio tanto por parte de su Comité MAUD como por parte de la organización del doctor Bush en este país». El presidente estadounidense se refería al Comité del Uranio de Vannevar Bush[139], y su objetivo no solo

consistía en garantizar «que las dos administraciones pudieran coordinar adecuadamente el sostenido esfuerzo bélico que pudieran tener que realizar, sino en propiciar incluso que lo efectuaran de manera conjunta»[140]. Dicha cooperación resultaba ventajosa para ambas naciones: pese a que Gran Bretaña se hallara en ese momento más adelantada en cuestiones científicas, Estados Unidos contaba en cambio con muchos más recursos, ya se midiesen en términos financieros o materiales, dado que no solo poseía numerosos laboratorios, sino que estos se encontraban a miles de kilómetros de distancia del más remoto punto al que pudieran llegar los sistemas de espionaje de la *Luftwaffe*[141]. Con todo, Churchill optó por mostrarse cauteloso en su respuesta, y tardó varias semanas en hacerlo, ya que le preocupaba que la comunicación de los secretos nucleares a Estados Unidos fuese un acto poco prudente, dado que ese país seguía manteniendo una posición neutral. No se decidirá a entrar a fondo en las cuestiones nucleares con Roosevelt hasta el mes de junio de 1942, en una reunión celebrada en Hyde Park[142]. A lo largo de la guerra, Churchill habría de considerar que todo lo relacionado con la bomba atómica constituía una información estrictamente reservada a su persona. De hecho, el proyecto se desarrolló incluso al margen del gabinete, puesto que solo él, Lindemann y Anderson conocían el conjunto de las etapas que se estaban llevando a cabo[143]. Como él mismo habría de explicar más tarde: «Los científicos han de hallarse siempre cerca, pero nunca al mando», y la cuestión es que, en materia nuclear, Churchill aplicaba la misma máxima a sus ministros[144].

A mediados de octubre, Churchill comenzó a apremiar a los jefes de Estado Mayor, instándoles a poner en marcha la Operación Júpiter, cuyo elemento central pasaba por efectuar un desembarco en el norte de Noruega a fin de proteger y consolidar las rutas septentrionales de los convoyes que abastecían a la URSS[145]. El plan dejaba un flanco claramente expuesto al contraataque alemán, y además resultaba muy difícil reabastecer a los buques que efectuaran el viaje. Esto explica que acabara por convertirse, durante muchos meses, en una llaga abierta entre el primer ministro y sus jefes de Estado Mayor. Además, la oposición de los generales socavó aún

más la ya escasa confianza que Churchill tenía depositada en Dill. «A Winston nunca le gustó Dill, —escribirá Alan Brooke una vez acabada la guerra—. Tenían un temperamento completamente diferente, y pertenecían a ese tipo de individuos que, por sus características, son incapaces de trabajar juntos de manera armónica. Dill era la quintaesencia de la franqueza, defendía invariablemente los más altos principios y su integridad personal era un fortín inexpugnable. No creo que ninguna de esas características resultara atractiva a los ojos de Winston, al contrario. Pienso que en realidad le disgustaban, dado que acentuaban los defectos que marcaban su propia forma de ser en ese terreno.»[146] Brooke señala asimismo que, a juicio de Dill, «los métodos de Winston resultaban frecuentemente repulsivos». (Brooke sentía desprecio por la mayoría de los políticos, Churchill incluido, a excepción de Stalin y de Smuts, a quienes tenía en alta estima.)

El 21 de octubre, cuatro criptógrafos de alto rango de Bletchley Park, entre los que figuraban Alan Turing y Gordon Welchman, redactaron una nota específicamente dirigida a Churchill para quejarse de los periódicos cuellos de botella burocráticos que sufría el envío de materiales a sus dependencias, lo cual incidía peligrosa y negativamente en la elaboración de «bombes»: los dispositivos electromecánicos que precisaban sus máquinas de computar. Stuart Milner-Barry, miembro del equipo del legendario Barracón 6,[147] en el que se llevarían a cabo buena parte de los trabajos más relevantes de los criptógrafos, fue el encargado de entregar la carta en propia mano al general de brigada Harvie-Watt, en el número 10 de Downing Street. Churchill elaboró inmediatamente un informe con una etiqueta roja que decía «Tomar medidas hoy mismo» y se lo entregó a Ismay. En él no solo ordenaba que los criptógrafos de Bletchley recibieran todo cuanto necesitaran, sino que resaltaba también que se trataba de «una prioridad absoluta». El primer ministro pidió asimismo a Ismay que le informara tan pronto como comprobara que la orden había quedado cumplida[148]. Pocos días después, los criptógrafos obtenían todo lo solicitado, y los burócratas de la Oficina de Guerra comprendían el importantísimo ascendiente que los hombres de Bletchley Park tenían sobre

el primer ministro, lo cual agilizaría la gestión de las ulteriores asignaciones y partidas que precisaran.

A finales de octubre, empezó a cobrar fuerza un movimiento liderado por Beaverbrook y Cripps cuyo objetivo consistía en obligar a Churchill a crear un Segundo Frente. Ambos hombres acariciaban la posibilidad de suceder a Churchill en caso de que se les presentara la oportunidad de hacerlo. Comenzaron a aparecer cartas en la prensa, a organizarse reuniones públicas y a efectuarse pegadas de carteles para sugerir que los combates que Gran Bretaña estaba librando en la guerra se hacían «a costa de desangrar por completo a Rusia». Maisky, que era quien se ocupaba de coordinar la campaña, se quejó a Harold Nicolson de que Churchill no iba a continuar enviando ayuda a Rusia porque «estaba totalmente persuadido de que la guerra iba a prolongarse por espacio de seis o siete años»[149]. Según comenta Harvie-Watt, tras enterarse de que circulaba un panfleto del Partido Comunista en el que se lanzaban dos gruesas afirmaciones: que «en Gran Bretaña seguimos […] creyendo que el resto del mundo es quien debe combatir y perder la vida mientras nosotros obtenemos los beneficios», y que «ha llegado al fin la hora de abrir un Segundo Frente, —la respuesta de Churchill fue—: ¡Chorradas!»[150].

El 30 de octubre, Churchill le escribe a su hijo Randolph, que por esa época prestaba servicio militar en El Cairo: «Las cosas se han puesto bastante difíciles aquí, sobre todo ahora que ha llegado la estación de las alergias y que Max [Beaverbrook, que era asmático] se pelea con todo el mundo y presenta a diario la dimisión. Los comunistas pretenden hacerse pasar por los únicos patriotas del país. Los almirantes, los generales y los mariscales del Aire cantan solemnemente ese himno que dice: "La seguridad es lo primero". Los tipos como Shinwell, Winterton y Hore-Belisha hacen todo lo posible para que Inglaterra se mantenga a la altura de las circunstancias. Y en medio de todo este desbarajuste, yo tengo que refrenar mi natural pugnacidad y guiarme únicamente por mi criterio. ¡Menuda mierda!»[151].

A finales de mes, Churchill volvió a acudir al certamen de canciones del colegio de Harrow y tuvo ocasión de volver a escuchar el verso añadido al «*Stet Fortuna Domus*, —que arrancaba con estas palabras—: No menos

alabamos, en estos días tan oscuros, / al líder de nuestra nación. / Y en cada nueva generación, / sea el nombre de Churchill objeto de aclamación». Al referirse al año 1941 en su discurso, Churchill señaló: «Esta es la lección que hemos de extraer: nunca os rindáis. Nunca, nunca, nunca… en nada, sea grande o pequeño, digno o mezquino…, nunca os rindáis. No cedáis jamás ante nada, salvo ante las convicciones del honor y el buen sentido. De ningún modo claudiquéis ante la fuerza; de ningún modo os dobleguéis al poder del enemigo, por abrumador que parezca resultar»[152]. A continuación anunció que le gustaría modificar una de las palabras del verso que le habían dedicado: «El director del centro me ha dado permiso para cambiar "oscuros" por "duros" […]. No hablemos de días oscuros, sino de días duros. No vivimos tiempos oscuros, sino tiempos magníficos —los más grandes que nuestro país haya vivido jamás— y todos debemos dar gracias a Dios de que se nos haya permitido formar parte, cada uno en nuestro puesto, de este período memorable de la historia de nuestra raza»[153].

Las reiteradas referencias que hace Churchill a la historia, en casi todos los discursos que pronuncia durante la guerra, subrayan la capital importancia que tenía el pasado en el conjunto de su pensamiento. Como historiador ejercitado, veía todo cuanto ocurría en Gran Bretaña a través de la lente del heroico pasado del país, un pasado que venía desarrollándose, a su juicio, por espacio de más de mil años, y que él mismo había empezado a consignar ya por escrito en su historia de los pueblos de habla inglesa, cuya redacción había iniciado en 1939. «Cuanto más pueda echarse la vista atrás, tanto más podrá verse el futuro, —dirá en marzo de 1944 en el Real Colegio de Médicos—. No se trata de ningún argumento filosófico o político: cualquier oculista les confirmará que es cierto.»[154] Sin embargo, resultaba evidente que el planteamiento era simultáneamente filosófico y político, como confirma lo que dice a continuación: «Cuanto más amplio sea el trecho abarcado, más dilatada será la continuidad observada, y mayor el sentido del deber del que se verán imbuidos hombres y mujeres, pues ambos contribuyen con el trabajo de sus breves vidas a la preservación y el progreso de la tierra en la que viven». Churchill se sirvió del pretexto de la segunda guerra mundial para conseguir que los ingleses tuvieran muy

presente su propia historia, y al hacerlo conseguía indicarles al mismo tiempo que estaban escribiendo las más gloriosas páginas de esa larga peripecia.

En noviembre, Churchill concedió un título nobiliario a Lindemann, que pasó a ser conocido con el nombre de lord Cherwell. Esto hizo que se desatara en los Comunes una tormenta de falsos rumores que sostenían que Lindemann era de ascendencia alemana, lo que daría lugar a que se le apodara el «barón Berlín». En una ocasión, al preguntarle un parlamentario conservador**[155]** cuál era el trabajo que realizaba Lindemann, qué salario recibía y qué número de ayudantes se hallaban a su disposición, el primer ministro respondió con todo respeto y gran lujo de detalles al requerimiento, pero poco después se encaró con el diputado en la Sala de Fumadores de la Cámara «y comenzó a bramar como un toro furibundo». «¿Por qué demonios me ha hecho usted esa pregunta?, —rugió—. ¿No sabe que es uno de mis más antiguos y mejores amigos?» Channon explica que «fue una escena extraordinaria, —pero concluye—: La lealtad prácticamente ciega que Winston profesa a sus amigos es una de sus cualidades más entrañables»**[156]**. La fidelidad de Churchill a sus amigos no era ciega —como ya habían tenido ocasión de descubrir Boothby, Duff Cooper y Keyes—, pero en caso de que no hubieran causado ningún perjuicio a nadie, como sucedía con Lindemann, los defendía a capa y espada. Al día siguiente, Churchill se tomó las críticas más a la ligera, y comentó con sus colegas del parlamento: «En la China imperial existía la costumbre de que todo aquel que deseara censurar al gobierno tenía perfecto derecho a hacerlo […], y lo cierto es que sus palabras no solo se escuchaban con un grandísimo respeto —a condición de que, una vez pronunciadas, tuviera el detalle de suicidarse—, sino que no se emprendía ninguna otra acción contra él. Esa costumbre me parece muy sabia, desde muchos puntos de vista, pero desde luego yo sería el último en sugerir que se aplicara hoy con efectos retroactivos»**[157]**.

El 16 de noviembre, Churchill sustituyó a Dill, al que había empezado a apodar «Dilly-Dally»**[158]**, por *sir* Alan Brooke, que de este modo pasó a ocupar la jefatura del Estado Mayor Imperial General. Mucho tiempo antes, nada menos que en julio de 1940, ya le había expresado Churchill a Eden la

siguiente queja: «[Dill] me deja muy sorprendido, porque siempre le veo exhausto, descorazonado y atónito con el poderío de Alemania»[159]. Lejos de haber designado a un cómodo adulador para reemplazar a su antiguo subordinado, como podrían haber hecho otros muchos políticos, Churchill optó por una persona conocida por no dar su brazo a torcer, salvo en caso de que se le presentara una batería de argumentos abrumadoramente persuasiva. «Si yo doy un puñetazo en la mesa y le miro directamente a la cara, ¿qué crees que hace él?, —decía Churchill en referencia a Brooke—. Pues que golpea con más fuerza aún la mesa y me devuelve la mirada. Bien sé yo cómo se las gastan estos Brookes —tercos tipos del Úlster—. ¡Y desde luego es de lo peor que pueda uno echarse a la cara!»[160]

Los «Combativos Brooke[161]» de las localidades de Colebrooke y Fermanagh llevaban prestando servicio en el ejército británico desde los tiempos de la revolución inglesa: en la Gran Guerra habían peleado nada menos que veintiséis, y entre 1939 y 1945 harían lo propio otros veintisiete. Churchill había sido amigo de Victor, el hermano mayor de Alan Brooke, a mediados de la década de 1890, siendo ambos alféreces de caballería, y también había desempeñado el puesto de segundo ayudante del cuerpo de Caballería Ligera de Sudáfrica a las órdenes de Ronnie, otro de sus hermanos. El primer marido de la esposa de Alan Brooke había fallecido a causa de las heridas recibidas en Galípoli, de modo que mucho antes de la conversación telefónica que había mantenido con el primer ministro desde su cuartel general de Le Mans, en junio de 1940, Brooke ya era perfectamente consciente tanto de los puntos fuertes de Churchill como de sus debilidades.

Como ya hemos visto, una de las lecciones más útiles que Churchill había aprendido en la Gran Guerra había sido la vinculada con el ejemplo de adulación que había tenido ocasión de contemplar en el Departamento de Inteligencia de Haig. «La tentación de decirle a un superior situado en lo alto del escalafón las cosas que más le gusta escuchar es una de las explicaciones más corrientes de la adopción de medidas erróneas, —había escrito en *La crisis mundial*—. De este modo, el punto de vista que defiende el líder que asume la responsabilidad de tomar decisiones de las que habrán de derivarse acontecimientos fatídicos es habitualmente mucho

más optimista de lo que permiten afirmar los hechos en bruto.»[162] Esto explica en parte que Churchill nombrara a hombres como Brooke o el almirante *sir* Andrew Cunningham, ya que sabía que iban a decirle exactamente lo que consideraran necesario hacerle saber. Brooke no buscaba deliberadamente la confrontación con el primer ministro, pero tampoco se arredraba si surgía el encontronazo. Además, el general tendía a escoger cuidadosamente los momentos en que debía contradecir a Churchill, y no se oponía a él en cuestiones triviales. En una ocasión le dirá a Moran: «Cada mes que paso» trabajando con Churchill «me quita un año de vida»[163]. En una fecha anterior de ese mismo año 1941, lord Vansittart le había comentado a W. P. Crozier, director del *Manchester Guardian*: «Churchill necesita tener a su lado a personas capaces de decirle "No" con toda firmeza cada vez que se empeñe en tomar una decisión equivocada. Y han de ser individuos dotados además del coraje necesario para insistir en que no debe llevar a efecto esa medida»[164]. Brooke era justamente uno de esos hombres, dado que Churchill le respetaba —entre otras cosas porque tenía la certeza de que no le permitiría cometer errores como los de Galípoli o Grecia.

Lo que Churchill no podía conocer, en cambio, era la magnitud de las críticas que Brooke confiaba noche tras noche a su diario, que se publicaría en 1957 y dañaría gravemente la credibilidad de Churchill, ya que en él se ponía seriamente en tela de juicio la capacidad estratégica del ex primer ministro. Churchill y Brooke nunca hicieron buenas migas. Winston no le invitó a unirse al Other Club, por ejemplo, pese a que Portal ya perteneciese al ateneo al colocarse a Brooke al frente del Estado Mayor Imperial General. Y en el libro de visitas de Chartwell, en el que se recogen, a partir de 1922, los nombres de todos cuantos realizaron alguna estancia en la mansión, no figura el de Brooke[165]. Sus disputas podían adquirir proporciones titánicas. Cuando se reunían en la mesa del gabinete y Churchill se negaba a ceder en algún importante extremo de política militar, Brooke cogía su silla e iba a sentarse frente a Churchill, y a veces, en medio de la discusión, podía llegar a partir en dos un lápiz. En otros casos era Churchill el que se mostraba extremadamente duro con Brooke. «Esos malditos planificadores suyos no planean más que dificultades», le espetó

un día, antes de asegurar que el Equipo de Planificación Conjunta era «un hatajo de derrotistas proclives a entonar salmos beatíficos»[166]. El problema de fondo radicaba en el hecho de que Churchill estaba convencido de que los jefes de Estado Mayor formaban parte de una institución que detestaba la asunción de riesgos. «Coja usted al más valiente de los marinos, al aviador más intrépido y al más audaz de los soldados, —le dirá a Harold Macmillan en noviembre de 1943—, ¿y qué se obtiene cuando los sienta a todos en torno a una mesa? *¡La suma total de sus temores!*»[167].[168] Esto es incierto, ya que Brooke era un estratega magistral, pero la verdad es que la constante tensión creativa entre un primer ministro de temperamento agresivo y un jefe del Estado Mayor Imperial igualmente resuelto a esperar al momento idóneo para asestar el golpe tuvo resultados notablemente positivos, por más agotadora que pudiera revelarse para sus dos protagonistas.

Al amanecer del 18 de noviembre, aprovechando las secuelas de una violenta tormenta que había obligado a los aviones de reconocimiento enemigos a permanecer en tierra, debido a que las pistas de despegue estaban totalmente inundadas, Auchinleck puso en marcha la Operación Cruzado en el desierto occidental. «La batalla de Libia ha comenzado, —señala Martin—, y el primer ministro está muy impaciente debido a que no tenemos noticias de cómo se está desarrollando»[169]. El objetivo consistía en reconquistar la Cirenaica y en destruir los blindados del Eje. Sobre el terreno, las fuerzas de la Comunidad Británica de Naciones igualaban a las de Rommel, y de hecho los aparatos de «Auk[170]» contaban con una abrumadora superioridad aérea. El VIII Ejército del general *sir* Alan Cunningham contó con la ventaja táctica del factor sorpresa, pero, en la tarde del 19 de noviembre, el feroz combate que se entabló en Sidi Rezegh ralentizó el avance aliado. Auchinleck tomó un avión en El Cairo y se presentó en la zona para ponerse directamente al frente de la batalla. El 24 de noviembre, Churchill les decía a los miembros del gabinete: «Estos combates tan intensos no pueden durar eternamente. Si logramos mantenerlos en constante movimiento no podrán resistir». Reconoció sin embargo que «los alemanes [estaban] luchando con destreza y arrojo»[171]. El 27 de noviembre, Rommel lograba contener el empuje inicial de los

Aliados, pero a mediados de diciembre se vio obligado a replegarse, tras perder treinta y tres mil hombres (fundamentalmente por haber sido capturados) —y es preciso señalar que el mérito de esta hazaña corresponde en gran medida a la RAF, dirigida en ese momento por el mariscal del Aire Arthur Tedder.

Churchill siguió muy de cerca la evolución de la batalla, pero eso no le impidió, ni siquiera hallándose esta en su máximo apogeo, disfrutar de una buena comida con sus viejos amigos en los sótanos del número 10 de Downing Street. El 19 de noviembre se sentaba a la mesa el general *sir* Reginald Barnes. Charles Eade quedó muy sorprendido al comprobar que Churchill llamaba «Reggie» al militar y que Barnes se dirigía al primer ministro con el apelativo de «querido Winston»**[172]**. A Churchill le pareció muy divertido que un obispo estadounidense con el que había coincidido brevemente en una ocasión hubiera sido acusado de prender fuego a su propia iglesia para cobrar el dinero del seguro**[173]**. La conversación giró muy pronto en torno a la armada japonesa. «Teníamos la opinión, —dirá Churchill—, de que sus aviones no eran excesivamente buenos». De este modo, el primer ministro y sus colegas volvían a subestimar gravemente las competencias de los japoneses, ya que el Mitsubishi A6M Zero, un caza diseñado para despegar de un portaaviones, era en esa época el mejor del mundo en su categoría**[174]**. Al sugerir Eade que los agentes británicos encargados de adquirir materiales en Estados Unidos estaban comprando a ese país unas municiones que Gran Bretaña no iba a poder pagar, Churchill le contestó en «un arranque de impaciencia: se les pagará lo debido, porque su pago va a ser la victoria»**[175]**. Churchill utilizó entonces un símil muy extraño, incluso para una persona tan original como él: «Se comparó con un gato muerto y dijo que en ese momento se hallaba flotando en el mar, pero que, al final, las corrientes acabarían por depositarlo en las costas del triunfo»**[176]**. (No obstante, coincidiría con Eade en que no le gustaría que nadie dijera algo así de su persona.)

El 30 de noviembre, día de su sexagésimo séptimo cumpleaños, Churchill tuvo que darle a Clementine la noticia de que Esmond Romilly, el hijo de su hermana Nellie, de veintitrés años de edad, había perecido en combate en una misión de bombardeo que la Real Fuerza Aérea canadiense

había efectuado en Alemania. Más tarde se supo que había sido abatido a su regreso a la base, mientras sobrevolaba las aguas del Mar del Norte. En último término, el número de amigos íntimos, familiares y colegas de los Churchill que perdieron a algún hijo en la segunda guerra mundial se reveló tan elevado como el que sufrieran en su día en la Gran Guerra, una circunstancia que habría de llevar literalmente el horror del conflicto a sus hogares, y de una forma prácticamente ininterrumpida.

El 4 de diciembre, en una reunión del Comité de Defensa celebrada a las diez de la noche, cuando Eden estaba a punto de partir a Moscú con la esperanza de poder ofrecer a Stalin diez escuadrones de aviones, Churchill explotó y cubrió de improperios a los jefes de Estado Mayor al comprobar que estos no querían que Eden planteara la oferta de un modo excesivamente claro. Brooke anota: «¡Fue uno de los más tremendos arrebatos de furia de Churchill, ya que nos dijo que lo único que pretendíamos era sembrar de obstáculos el camino que marcaban sus resoluciones, que no teníamos ideas propias, y que cada vez que él concebía un plan, todo lo que se nos ocurría a nosotros era esgrimir objeciones, etcétera, etcétera! Attlee le tranquilizó inmediatamente, pero [el primer ministro] volvió a saltar enseguida; después fue Anthony Eden quien logró sosegarle durante un rato, pero la paz duró poco. ¡Al final se quedó mirando fijamente sus papeles por espacio de unos cinco minutos y terminó lanzándolos como un bloque sólido sobre la mesa, para a continuación clausurar la reunión y salir airadamente de la sala!»[177]. Es posible que ese tipo de conducta funcionara con Dill, pero desde luego no ejercía el menor efecto en Brooke. «Fue lastimoso y totalmente innecesario, —señala en su diario—. Lo único que tratábamos de evitar era que se viera obligado a hacer promesas concretas que más tarde pudieran revelarse de difícil cumplimiento. Todo se debe a que trabaja demasiado y a que convoca estas reuniones a horas muy tardías. Es una pena. ¡Dios sabe bien dónde nos encontraríamos sin él, pero también conoce adónde podría conducirnos su obcecación!»

El domingo 7 de diciembre de 1941, los japoneses atacaban la base naval estadounidense de Pearl Harbor, en Hawái, y hundían o dañaban gravemente siete de los ocho acorazados fondeados en el puerto. En los días inmediatamente posteriores a la agresión, el Japón invadió Malasia, las Filipinas, Borneo, Tailandia, Hong Kong y las Indias Orientales Neerlandesas. Churchill se encontraba en Chequers, en una cena familiar organizada para celebrar el vigésimo cuarto cumpleaños de Kathleen Harriman, hija de Averell Harriman, el representante de Roosevelt. Cuando ya estaban a los postres, Frank Sawyers, uno de los criados de la casa, entró en el comedor con una radio a fin de que los invitados pudiesen escuchar las noticias de las nueve en la BBC, una práctica que era totalmente habitual. En un espectacular ejemplo de mala distribución de la información en un noticiario, la cadena radiofónica británica colocó casi al final de la emisión el dato de que los japoneses habían bombardeado unos barcos estadounidenses en Hawái. Churchill fue inmediatamente a su estudio en compañía de Winant para telefonear a Roosevelt. «Señor presidente, ¿qué es eso que se ha oído acerca del Japón?, —preguntó—. Nos han atacado en Pearl Harbor», le contestó Roosevelt. «Ahora estamos todos en el mismo barco.»[178]

Un mes antes, el 10 de noviembre, en el discurso que pronunciaba todos los años en el ayuntamiento de Londres, Churchill había renovado en público la promesa que ya le había hecho en privado a Hopkins en enero, mientras se encontraba en Ditchley. «Si Estados Unidos le declarara la guerra al Japón, —aseguró—, la declaración británica se hará oír en menos de una hora»[179]. Así las cosas, esa misma noche, a la una de la madrugada del día 8 de diciembre, una vez puesto en contacto con Roosevelt tras el ataque a Pearl Harbor, Churchill le envía una nota al encargado de negocios japonés en Londres para comunicarle que Gran Bretaña le declara la guerra al Japón. Churchill termina la carta con estas palabras: «Tengo el honor de considerarme, señor, con todo respeto, su humilde servidor, Winston S. Churchill»[180]. Acabada la guerra, Churchill comentará: «Hubo personas que no juzgaron grato ese estilo ceremonial. Pero, a fin de cuentas, cuando uno se dispone a matar a un hombre, no cuesta nada mostrarse educado»[181]. Años más tarde, también le dirá a Eade que en Hong Kong

debía de haber «salido a recibir a los japoneses un inglés en traje de etiqueta y chistera para dedicarles las siguientes palabras: “Al desembarcar en esta isla han cometido ustedes un acto de guerra contra el imperio británico, y nadie que haya hecho eso ha logrado salir jamás con vida”»[182].

Pese a que Alemania y Estados Unidos no estuvieran todavía en guerra, Churchill señala en sus memorias que esa noche la vivió en pleno estado de euforia:

> A ningún estadounidense le sentará mal que yo proclame que el hecho de tener a Estados Unidos de nuestro lado supuso para mí una inmensa alegría […]. ¡Era verdad: habíamos ganado después de todo! ¡Sí, después de Dunquerque; después de la caída de Francia; después del horrible episodio de Orán; después de la amenaza de invasión! […]. ¡Habíamos ganado la guerra! Inglaterra sobreviviría; Gran Bretaña perduraría; la Comunidad Británica de Naciones y el imperio iban a perseverar […]. Una vez más, en la larga historia de nuestra isla, lograríamos salir a flote, heridos y mutilados, pero seguros y victoriosos. No íbamos a ser borrados de la faz de la tierra. Nuestra historia no había llegado a su fin […]. Me vino a la memoria un comentario que me había confiado Edward Grey hace más de treinta años: que Estados Unidos es como «una gigantesca caldera. Una vez que se enciende el fuego bajo ella, la energía que puede generar es ilimitada». Saturado y repleto de emociones y sensaciones, me fui a la cama y dormí como duermen los que se salvan y dan gracias al Cielo[183].

Y respecto a los propios estadounidenses, Churchill escribe: «Había quien decía que eran blandos. Otros sostenían que jamás se sumarían al combate, que se contentarían con juguetear y mantenerse a distancia prudencial de los acontecimientos, que nunca se encararían con el enemigo, que no soportarían el derramamiento de sangre. Su democracia, y su sistema, marcado por la notable frecuencia de las elecciones, paralizaría cualquier posible esfuerzo bélico. Serían siempre una suerte de vago contorno borroso en el horizonte, tanto para amigos como para adversarios. Estábamos a punto de comprobar, decían, la debilidad de este numeroso y distante pueblo, tan acaudalado, tan parlanchín… Pero yo había estudiado la guerra de Secesión estadounidense, y sabía que se había peleado en ella desesperadamente, que se había defendido hasta la última y más insignificante pulgada de terreno»[184]. Además, y a diferencia de Hitler, Mussolini o el general Hideki Tojo, el primer ministro japonés, Churchill había visitado Estados Unidos muchas veces, había recorrido el país de costa a costa, y había visitado 28 de los 48 estados de la Unión, de modo

que sabía que la cólera y la motivación podían poner perfectamente en pie al gigante norteamericano.

La mañana siguiente al ataque, Churchill regresó a Londres para asistir a una reunión urgente del gabinete. La semana anterior, sin ir más lejos, él mismo había predicho en privado, en una conversación con el periodista estadounidense John Gunther, que en caso de que se declarara la guerra con el Japón, los súbditos del emperador nipón, «se arrugarían igual que los italianos», dado que son «los “espagueti[185]” de Extremo Oriente»[186]. El recurso a los estereotipos raciales le inducía una vez más a subestimar a un enemigo concreto. Por fortuna, Gunther no utilizó la cita que Churchill le había puesto en bandeja. No obstante, el 15 de febrero de 1942 el primer ministro admitía *de facto* su error al resaltar en un discurso radiado: «Nadie debe continuar minimizando la gravedad y la eficiencia de la maquinaria bélica japonesa. Ya sea en el aire, en el mar, o en la lucha cuerpo a cuerpo en tierra, los japoneses siempre han revelado comportarse como un enemigo formidable, letal, y, siento decirlo, bárbaramente cruel»[187]. Dado que ahora los japoneses disponían de diez acorazados en el Pacífico —mientras que a Estados Unidos le quedaban solo dos, tras el ataque a Pearl Harbor—, Churchill empezó a darse cuenta de que existía «el serio peligro de que Estados Unidos continuara combatiendo contra el Japón en ese lejano océano, dejando que nosotros nos las apañemos con Alemania e Italia en Europa, África y el Oriente Próximo»[188].

Una de las consecuencias inmediatas del ataque a Pearl Harbor fue que el Departamento de Guerra de Estados Unidos amenazó en un primer momento con suspender los envíos de materiales acordados en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo, así que Beaverbrook tuvo que emplearse a fondo para asegurarse de sortear ese escollo. Churchill acabó convenciéndose de que tenía que presentarse personalmente en Washington lo antes posible, ya que no veía mejor forma de garantizar que la política a la que dio en conocerse con la expresión «Alemania primero» —queriendo significar con ello que, de todas las potencias del Eje, lo esencial era derrotar a la más poderosa antes que a ninguna otra— continuara constituyendo la prioridad estratégica número uno de la administración de Roosevelt (pese a que Japón hubiera atacado a Estados Unidos y Alemania

no). En realidad, no tenía motivos de preocupación, dado que el Departamento de Guerra estadounidense llevaba ya mucho tiempo convencido, desde antes incluso de que Pearl Harbor hubiera sido objeto del ataque japonés, de que la táctica de «Alemania primero» era su mejor opción, puesto que los más hábiles estrategas estadounidenses, como el general Marshall, y un militar que por entonces no era demasiado conocido, el general Dwight D. Eisenhower, habían comprendido que la derrota de los nazis era el elemento capital para ganar la guerra.

El 9 de diciembre, Churchill le escribió a Roosevelt para sugerirle la realización de una visita a Washington destinada a «revisar en su totalidad el plan de guerra, a la luz de las nuevas realidades y hechos acontecidos, sin olvidar al mismo tiempo el examen de los problemas de producción y distribución»[189]. En esa época, los primeros ministros británicos necesitaban que el rey les diera permiso explícito para abandonar el país. «Hemos de ser cautelosos», le dirá Churchill al soberano en la carta en la que le solicita autorización para viajar a Estados Unidos, «a fin de evitar que los envíos de municiones y demás elementos de ayuda que estamos recibiendo de Estados Unidos resulten menoscabados. Debemos impedir al menos que se reduzcan por debajo de lo que, mucho me temo, habrá de revelarse estrictamente inevitable»[190]. A esto, Churchill añade que esperaba que Alemania e Italia le declararan la guerra a Estados Unidos, «dado que están obligados a hacerlo en virtud de sus tratados. No tendría inconveniente en diferir mi visita al presidente en tanto no comience a aclararse algo más esta situación»[191]. Sin embargo, Churchill había malinterpretado los términos del Pacto del Eje, puesto que no había nada en ellos que pudiera forzar a Alemania a declarar la guerra a Estados Unidos. No obstante, resultaba evidente que, vistas las circunstancias, era sumamente importante concertar una entrevista personal con el presidente estadounidense.

Dos días después del ataque a Pearl Harbor, Churchill hacía una declaración formal en los Comunes. «Winston acaba de entrar en la Cámara con la espalda encorvada y una expresión de sombría determinación en el rostro, —comenta Nicolson—. La asamblea esperaba verle aparecer jubiloso al saberse que Estados Unidos iba a intervenir en la contienda, así

que los parlamentarios se encuentran un tanto desconcertados. Ha pronunciado un discurso prosaico y ceñido a los hechos.»[192] No obstante, difícilmente podría haberse esperado que Churchill diera señales de júbilo cuando cerca de tres mil estadounidenses habían encontrado la muerte en la acción japonesa. Unos cuantos diputados partidarios de las políticas de Chamberlain se empeñaron en contemplar el desastre militar de Pearl Harbor desde una óptica fundamentalmente centrada en los intereses políticos de Gran Bretaña. Geoffrey Lloyd, por ejemplo, le susurrará al oído a Chips Channon: «¡Qué suerte está teniendo Winston! Así se olvidará la situación de Libia. En julio, Rusia ya acudió al rescate del gobierno, y ahora Japón va a conseguir otro tanto»[193].[194]

Durante el almuerzo que mantuvo ese día con el monarca, Churchill se mostró crítico con la forma en que el almirante Stark había dispuesto las posiciones de los acorazados amarrados en Pearl Harbor. «Ahora no hay más que dos buques estadounidenses efectivamente en uso en el Pacífico, —señaló—, lo que significa que nuestro vecino norteamericano ha perdido el dominio del mar en ese océano. Esto supone un serio agravamiento de la situación en que se encuentran algunos de los barcos de nuestra flota que operan en la zona, como el *Prince of Wales* y el *Repulse*. Es probable que la reacción de los estadounidenses se concrete en un ataque a la administración de Franklin D. R., a la que se responsabilizará por no haber estado preparada, ya que ni siquiera la flota estaba en condiciones de responder a la agresión. Es extraño que parte de la armada estadounidense se encontrara en puerto cuando las autoridades sabían sin duda que en Japón ya habían empezado a sonar los tambores de guerra»[195]. En el mes de enero siguiente, Churchill continuará mostrándose crítico: en una carta dirigida al rey en la que estudia la posibilidad de una invasión japonesa de Australia, Winston anota: «De haber tenido la flota en alta mar y no en el último rincón de Pearl Harbor, la armada estadounidense habría impedido la concreción de este ataque»[196]. Esto sentará las bases de una recurrente actitud de reproche a Estados Unidos, un tema que por lo demás habrá de retomar Churchill en sus audiencias privadas con el monarca, en las que dirá cosas sobre Roosevelt y la alianza que le habría resultado imposible expresar a nadie más, salvo a Clementine, ya que sabía que en ninguno de

los dos casos existía la menor posibilidad de filtración. Las notas del diario regio, en las que Jorge VI recoge lo que comentaba con el primer ministro durante los almuerzos que compartía con él casi todos los martes, dan testimonio de los ocasionales accesos de irritación, e incluso cólera, que soliviantaban a Churchill y le hacían echar pestes contra su nuevo aliado y compañero de fatigas. Churchill solía aprovechar esas reuniones con el rey para dar rienda suelta a las frustraciones que le hacía sentir la política estadounidense, tal y como Alan Brooke se servía de su propio diario para abrir la espita de los sentimientos de incomodidad que le provocaba el primer ministro.

El 10 de diciembre de 1941, la acción combinada de una escuadrilla de bombarderos y aviones torpederos japoneses provocaba el hundimiento, frente a las costas de Malasia, del acorazado *HMS Prince of Wales*, en el que había viajado Churchill hasta la bahía de Placentia, y el crucero *HMS Repulse*. Churchill conocía y admiraba muchísimo al comandante de la flotilla de la Fuerza Z, el vicealmirante *sir* Tom Phillips, ya que había sido jefe adjunto del Estado Mayor Naval en la época en la que Churchill había ocupado el cargo de primer lord del Mar. Y ahora, Phillips había perdido la vida, junto con 840 marineros de los dos barcos atacados[197]. Se vertieron abundantes críticas sobre Churchill por esas pérdidas, pero había sido Phillips, y no el primer ministro, quien había decidido hacer una salida, abandonando la base de Singapur, pese a no contar con cobertura aérea, ya que tenía la esperanza de dificultar los desembarcos que los japoneses estaban efectuando en Malasia. Los modernos estudios históricos han exonerado en gran medida al primer ministro de toda responsabilidad en el desastre.

La situación naval quedaba así en un punto crítico. En noviembre de 1941, el enemigo había hundido el portaaviones *HMS Ark Royal* y el acorazado *HMS Barham* en el Mediterráneo. El 19 de diciembre se iba a pique, destrozado por una mina, el crucero ligero *HMS Neptune* —y otros dos cruceros de su mismo escuadrón, el *Penelope* y el *Aurora*, quedaban seriamente dañados—. El 14 de diciembre, un submarino alemán echaba al fondo al crucero ligero *HMS Galatea* frente a las costas de Alejandría. Y el 19 de diciembre, en el puerto de esa misma ciudad egipcia, los hombres

rana italianos causaban graves desperfectos en los acorazados *HMS Valiant* y *Queen Elizabeth*. En la Navidad de 1941, todo cuanto quedaba de la Flota Mediterránea del almirante Cunningham eran tres cruceros y unos cuantos destructores. Y en todo el teatro de operaciones de Extremo Oriente la Marina Real Británica no disponía ya de ningún acorazado.

Pese a todo, Churchill abrigaba la esperanza de que Singapur lograse resistir aún seis meses más. La guarnición de la plaza, formada por ciento treinta mil soldados británicos, indios y australianos, a las órdenes del teniente general Arthur Percival, parecía constituir un contingente lo suficientemente numeroso como para rechazar cualquier incursión japonesa. Dos meses más tarde, sin embargo, tras la humillante rendición del destacamento, Churchill tuvo que reconocer que sabía muy poco de las defensas que protegían el flanco terrestre de la ciudad. «Nunca se me pasó por la cabeza que el famoso baluarte de la plaza careciera de un perímetro de fuertes independientes de carácter permanente susceptible de blindar su retaguardia, —escribirá Churchill más adelante en sus memorias de guerra —. No alcanzo a comprender cómo es que no había recibido noticia de ese extremo […]. Mis asesores estaban obligados a saberlo, tenían que haberme informado de ello, y yo debí haberlo preguntado.»[198]

El 11 de diciembre, la Cámara escuchó «en medio de un lúgubre silencio» las declaraciones del primer ministro sobre el ataque que acababa de sufrir la Fuerza Z.[199] Churchill señaló que él mismo «había tenido el honor de entablar una relación de amistad personal» con el vicealmirante Phillips, y añadió: «Pese a toda mi experiencia, no recuerdo que ningún revés naval haya supuesto nunca un golpe tan terrible ni tan doloroso como el hundimiento del *Prince of Wales* y el *Repulse* […]. Esos dos inmensos y poderosos navíos constituían uno de los elementos esenciales de los planes que estábamos elaborando para hacer frente a ese nuevo peligro japonés que en los últimos meses se ha cernido sobre nosotros»[200]. Más tarde, Churchill pronunciaría el mismo discurso por la radio. Pocos días después, Harvey-Watt le informaba de que, «en general, los parlamentarios tienen la sensación de que ha estado usted desacertado al asumir el esfuerzo de esa comunicación, ya que sus señorías opinan —y sus electores les han transmitido impresiones similares— que se muestra usted extremadamente

cansado, con lo que es muy posible que su discurso no haya alcanzado a ejercer enteramente el efecto perseguido»[201]. Churchill rodea con un círculo rojo las palabras «extremadamente cansado, —y añade—: Sí», y «bien, ¿quién me ha obligado a hacerlo? ¿Y por qué no se me permite dejar constancia de las declaraciones que hago a la Cámara, grabándolas en un gramófono?»[202]. La tradición entonces vigente en los Comunes no consentía que el discurso del primer ministro se radiara desde la misma sala del parlamento, y tampoco juzgaba aceptable que se recogiera en un disco en ese ámbito con el fin de emitirla más tarde a través de las ondas.

Ese mismo día, llegó al fin la muy aguardada noticia de que Alemania e Italia le declaraban la guerra a Estados Unidos (el único país al que Hitler se dignó jamás a dirigirle una declaración formal de guerra). Al enterarse Churchill de la noticia, le dijo a John Martin: «Las estrellas, en su lento y constante discurrir, luchan a nuestro lado»[203]. Poco después telegrafiaba a Roosevelt: «La intervención de Estados Unidos lo cambia todo, y con tiempo y paciencia será sinónimo de una victoria cierta»[204]. En el caso de Hitler, por el contrario, la decisión equivalía literalmente a un suicidio.

El 12 de diciembre, Churchill volvió a comer con el rey, quien recuerda en los siguientes términos lo que le dijo el primer ministro sobre sí mismo y sobre Roosevelt: ambos políticos, señala el monarca, «han de concebir necesariamente un plan para el futuro, dado que son las dos únicas personas que tienen capacidad para hacerlo»[205]. Poco después, ese mismo día, Churchill tomaba el tren en Londres para dirigirse al Estuario de Clyde en compañía de Beaverbrook, Pound, Harriman, Moran, el general de brigada Hollis, el coronel Jacob, el comandante Thompson y su secretario privado John Martin. Dill era también de la partida, dado que iba a actuar como oficial de enlace británico con la Junta de Jefes de Estado Mayor estadounidense. Los acontecimientos del Extremo Oriente se estaban precipitando a tal velocidad que Churchill decidió dejar a Beaverbrook en Londres para ocuparse de supervisar cuanto sucediera. A las doce y media del mediodía del 13 de diciembre, el grupo de autoridades británicas largaba amarras a bordo de un nuevo acorazado de cuarenta y cinco mil toneladas, el *HMS Duke of York*, buque gemelo del *Prince of Wales*, para asistir a una conferencia a la que se le había asignado el nombre en clave de «Arcadia».

Fue un viaje muy incómodo y peligroso, dado que en el Atlántico tuvieron que capear vientos huracanados. «El enorme navío rolaba y cabeceaba, —recuerda el subteniente Vivian Cox, uno de los ayudantes que trabajaban en la Sala de Mapas de Pim—, y con sus guiñadas y bamboleos se movían también la mayoría de los pasajeros»[206]. «Tardamos treinta y seis horas en alejarnos más de quinientas o seiscientas millas[207] de Brest, —le escribe Churchill a Clementine—, donde ya sabes que tienen sus bases los escuadrones de bombarderos, así que ha sido una gran suerte que ningún Focke-Wulf haya conseguido divisarnos al abrirse claros entre las nubes»[208]. Clementine había sido nombrada en octubre presidenta del Fondo de Ayuda a Rusia de la Cruz Roja, y había conseguido recaudar un millón de libras para la organización. Una de las estratagemas asociadas con la campaña de desinformación destinada a ocultar la celebración de la Conferencia Arcadia consistiría justamente en publicar el 16 de diciembre en los periódicos una fotografía en la que se veía a Churchill comprándole a su esposa una insignia del Fondo de Ayuda a Rusia en Londres, cuando en realidad se encontraba en medio del océano. «El mundo es horrible en este momento, —le contesta Clementine a su marido—: Europa invadida por los puercos nazis, y el Extremo Oriente plagado de esos piojos japoneses amarillos»[209].

Durante buena parte de la travesía, el *HMS Duke of York* apenas pudo viajar a más de seis nudos[210] por temor a dejar atrás a su escolta de tres destructores. En la tarde del 17 de diciembre, los mandos del acorazado tomaron finalmente la decisión de tomar la delantera a los *HMS Faulknor*, *Foresight* y *Matabele*. Para minimizar la posible detección de su presencia por parte de los submarinos alemanes, el buque optó por cortar oblicuamente las olas, lo que provocó un constante y fortísimo rolado. «No obstante, una vez que se habitúa uno al movimiento, —escribe Churchill—, te importa un ardite»[211]. Bajo la cubierta reinaba un calor sofocante, ya que una vez cerradas las compuertas estancas no había forma de ventilar el interior. Beaverbrook bromeó diciendo que jamás había viajado en un submarino de semejante tamaño[212]. Los hidrófonos señalaban constantemente la presencia de sumergibles alemanes en los alrededores, y

Churchill «decía que, si tenían un poco de suerte, podrían embestirle a alguno»[213].

Churchill no sufrió ningún mareo, circunstancia que él atribuiría al hecho de haber duplicado el primer día la dosis de Mothersill's Remedy. «El primer ministro estaba permanentemente de buen humor, y no se inmutó lo más mínimo en todo el viaje, —anota Cox en su diario—. Parecía tener el don de la ubicuidad […]. Debió de recorrer varios kilómetros durante la navegación, y siempre con un rostro resplandeciente y la tez tan sonrosada como la de cualquier muchacho de escuela preparatoria.»[214] Solía ver una película todas las noches. Su favorita era la titulada *Sangre y arena*, que narra la vida de un torero, con Tyrone Power en el papel protagonista. «El cine es una forma de entretenimiento maravillosa, ya que consigue que la mente se distraiga de todo lo demás», aseguraba el propio Churchill[215]. El primer ministro apuntaba en un cuaderno de notas los comentarios que le sugerían los filmes, ya se tratara de relatos del oeste o de dramas históricos. «Todos cuantos estábamos en la sala de proyección de la cámara de oficiales teníamos incuestionablemente claro que Winston Churchill era, por sí solo, tan entretenido como cualquiera de las cintas», señala Cox[216]. Churchill leyó dos novelas durante el viaje: *Brown on Resolution* (1929), de C. S. Forester, y *Forty Centuries Look Down* (1936), el relato que Frederick Britten Austin hace de la campaña de Napoleón en Egipto. Por otra parte, y dado que Oliver Lyttelton, el ministro de la Producción de Guerra, había establecido un sistema de puntos para racionar el número de prendas de ropa por habitante, Churchill también le escribirá a Clementine con la promesa de comprarle unos cuantos pares de medias.

En los cuatro memorandos que redacta entre los días 16 y 20 de diciembre para los jefes de Estado Mayor que viajaban a bordo del *HMS Duke of York*, con un total de siete mil palabras, Churchill expone a grandes rasgos la estrategia que debían adoptar los aliados occidentales en la siguiente fase de la guerra. Pese a que poco antes no dispusiera de ningún plan concreto, más allá de la pura supervivencia, el primer ministro comienza a ver con claridad —ahora que los rusos y los estadounidenses han entrado en guerra

— el camino que conduce a la victoria. A principios de ese mes, los alemanes no solo habían quedado detenidos a las puertas de Moscú, sino que habían perdido en esa zona su tremendo empuje inicial, a pesar de que continuaran avanzando hacia el sur y de que se hubiesen apoderado de Kiev en octubre. «El fracaso de Hitler en Rusia y las pérdidas que está sufriendo en ese país son en este momento el factor primordial de la guerra», dice en su arranque el primer documento, titulado «El frente del Atlántico». «Ni Gran Bretaña ni Estados Unidos están interviniendo en modo alguno en el desarrollo de esos acontecimientos, salvo en la medida en que garanticemos, puntualmente y sin interrupción, el envío de los suministros que les hemos prometido. Este es el único modo que tenemos de ejercer alguna influencia sobre Stalin y de vincular estrechamente el poderoso esfuerzo bélico ruso con la urdimbre general de la contienda.»[217] Pese a que todavía no pudiera decirse en modo alguno que Hitler hubiera «fracasado», Churchill se daba perfecta cuenta de que al no haber conseguido tomar Moscú, el *führer* se había visto obligado a encajar un grave revés estratégico, con el agravante de que la disparidad numérica de la población de ambos países determinaba que a los alemanes les resultara imposible resistir las pérdidas humanas con la misma facilidad que los rusos. No obstante, Churchill predijo acertadamente que los nazis podían hacerse con el control de Crimea.

Respecto a los aliados occidentales, Churchill señaló que si Vichy no cooperaba en Marruecos, Argelia y Túnez, «debería organizarse en 1942 una campaña destinada a tomar posesión, o a conquistar, la totalidad del litoral norteafricano, incluyendo los puertos atlánticos de Marruecos». El primer ministro menciona a continuación «los lugares de Argelia y Túnez que más se prestan a un desembarco». También preveía que llegaría un día en que «los alemanes lograrían dominar la totalidad de Francia y gobernarla como un territorio ocupado» —cosa que finalmente sucedió en noviembre de 1942—.[218] Churchill quería que se enviaran a Irlanda del Norte tres divisiones estadounidenses y una gran unidad de blindados a fin de que actuaran como «un poderoso elemento disuasorio adicional frente a todo intento de invasión que pudiera efectuar Alemania». Proponía asimismo que «entraran en acción, partiendo de las islas británicas, y con la misión de

atacar a Alemania», veinte «escuadrones de bombarderos estadounidenses». El asalto debía «destruir, mediante un bombardeo cada vez más severo y preciso, las ciudades y los puertos» nazis[219]. A continuación añade: «Parece probable que los españoles nieguen el paso a los alemanes, que de este modo no podrán cruzar España para atacar Gibraltar e invadir el norte de África»[220].

En su segundo memorando, titulado «El frente del Pacífico», Churchill vaticina que los japoneses «proyectan golpear tanto en Birmania como en la carretera septentrional de ese país, aislando de ese modo a China. No es posible aportar ninguna clase de auxilio a Hong Kong[221]. Debe tenerse presente que los japoneses tratarán de instalarse a ambos lados del estrecho de Malaca»[222]. En el tercer informe, cuyo título indicaba escuetamente «1943», Churchill anticipa que, a principios de ese año, la totalidad de las costas del norte de África y la cuenca oriental mediterránea «quedarán en manos anglo-estadounidenses»[223]. (La previsión se cumplió efectivamente en mayo.) A medida que avanzaran los meses, «las posiciones rusas conseguirán afianzarse con toda firmeza, [y] no solo es posible que se consiga establecer una cabeza de puente en Sicilia e Italia, sino que es probable que las reacciones que se registren en el interior [del estado mussoliniano] se revelen altamente favorables a los Aliados. No obstante, ninguna de estas circunstancias logrará poner fin a la guerra»[224]. Ese objetivo último solo podría verificarse mediante «la liberación de los países cautivos del oeste y el sur de Europa, para lo cual [será] preciso que un ejército británico y estadounidense, lo suficientemente numeroso como para permitir que las poblaciones sometidas se rebelen, desembarque en los puntos más adecuados, ya sea de forma sucesiva o simultánea».

En los párrafos siguientes, Churchill indica que «las costas del Canal de la Mancha, en el lado de Francia, junto con la fachada atlántica de ese mismo país», son lugares en los que podría producirse ese asalto en el transcurso del verano de 1943[225]. En principio, escribe, «la invasión [aliada] no debería efectuarse […] mediante una irrupción de tropas en los puertos, sino en las playas, bien mediante lanchas de desembarco, bien con buques transatlánticos especialmente adaptados para esa función. —En su último memorando—, Notas sobre el Pacífico», Churchill continúa con las

predicciones: «Debemos estar preparados para que se nos prive, una a una, de las posesiones y puestos fortificados con que contamos en el Pacífico», pero el objetivo de los aliados occidentales ha de consistir en disponer de «una flota de combate decididamente superior en ese océano, y hemos de proponernos tenerla lista para entrar en acción en el mes de mayo»[226]. (La batalla de Midway tuvo lugar en junio de 1942.)

Pese a que en estos informes Churchill realizara unos cuantos pronósticos incorrectos (creía, por ejemplo, que Singapur tardaría seis meses en caer en manos enemigas, y que podría ganarse la guerra en 1944), lo cierto es que, considerados en conjunto, los documentos constituyen una obra maestra, tanto por su visión de futuro como por la expresión de un lúcido pensamiento estratégico. En algunas de sus previsiones, erraría solo por uno o dos meses la fecha exacta de los acontecimientos que efectivamente se produjeron. Se atribuye con toda razón a Churchill el mérito de haberse mostrado clarividente en la década de 1930 respecto al auge del nazismo, tal y como se le elogia que supiera anticipar también la progresión del estalinismo en los años cuarenta, pero lo cierto es que se le debe reconocer igualmente la gran intuición que mostró en diciembre de 1941 al cartografiar con extraordinaria precisión el curso de la segunda guerra mundial en medio de una tormentosa travesía del Atlántico. Pese a que Brooke fustigara a Churchill en sus diarios, esta ruta a la victoria que partía del norte de África y culminaba en las playas del litoral francés, pasando por Trípoli, Sicilia y la península italiana, era también la que él mismo quería adoptar. La estrategia consistente en arrastrar a las fuerzas alemanas a África y el Mediterráneo antes de asestarles el mazazo definitivo con un desembarco en Normandía fue idea de Churchill, y en este sentido Brooke y el conjunto del Estado Mayor le prestaron su total apoyo. Brooke se opuso muchas veces a Churchill en las operaciones aisladas y concretas, pero en el vasto cuadro estratégico de la guerra europea, tanto él como sus compañeros de armas se mostraron incondicionalmente de acuerdo con el primer ministro.

Justo antes de alcanzar las costas de Virginia, Churchill le dijo al capitán Cecil Harcourt que le gustaría ver navegar a toda máquina al *Duke of York*, desdeñando la objeción de que el buque se hallaba en aguas

someras y que su desplazamiento iba a formar una estela inmensa capaz de perturbar el litoral. Al alcanzar los 28 nudos[227] se formó una enorme ola de popa, y dado que alguien había olvidado cerrar las escotillas, se inundaron varias de las habitaciones situadas entre los puentes, incluido el camarote del almirante, que era el que utilizaba el propio Churchill, así que tuvo que afeitarse con los pantalones remangados por encima de las rodillas, mientras «tarareaba en voz baja una cancioncilla, —según recuerda Vivian Cox—. Era consciente de haber hecho una travesura.»[228] A las dos y cuarto de la tarde del día 22 de diciembre, el barco atracaba en Hampton Roads, Virginia. Churchill y su comitiva fueron conducidos en coche hasta el aeródromo de Norfolk, y cincuenta minutos después acudía a saludarles el presidente Roosevelt en el Aeropuerto Nacional de Washington, en un insólito e inconfundible gesto de deferencia. Tras haber pasado tres años viendo a la ciudad de Londres sumida en la oscuridad a causa de los apagones programados para dificultar los bombardeos, a Churchill se le hizo extraño ver las calles iluminadas con luces navideñas. Después de comprobar la comodidad de las camas de varias de las habitaciones de la Casa Blanca, Churchill eligió el conocido como Dormitorio Rosa (hoy denominado Dormitorio de la Reina), situado en la segunda planta de la mansión presidencial —la misma que ocupaba Roosevelt— y justo enfrente, cruzando el vestíbulo, de lo que hoy recibe el nombre de Dormitorio Lincoln, en el que llevaba instalado Harry Hopkins desde el mes de mayo de 1940[229].

Churchill pasó tres semanas en la Casa Blanca. Se habilitó el vecino Salón Monroe para que el primer ministro británico pudiera utilizarlo como Sala de Mapas. Tan pronto como se anunció que se encontraba en Washington empezaron a llegar regalos en ingentes cantidades. Todos ellos procedían de admiradores estadounidenses, y entre ellos había cientos de cajas de cigarros puros. El servicio secreto no solo pasó los paquetes por una máquina de rayos X, sino que únicamente permitió la entrega de aquellos obsequios que hubieran sido donados por individuos que el personal de seguridad juzgara fiables[230]. Uno de los presentes que consiguió llegar a manos del primer ministro fue un signo de la «V» de casi dos metros de altura hecho a base de azucenas, claveles y lirios.

Pese a que Churchill desayunara solo, como siempre hacía, la mayoría de los días comía y cenaba con Roosevelt y Hopkins. No tardaron en tutearse, y adquirieron la costumbre de pasar largas horas juntos en la Sala de Mapas, comentando cuestiones estratégicas. Fue allí donde Churchill consiguió que Estados Unidos se comprometiera a llevar una guarnición de sesenta mil hombres a Irlanda del Norte, logro que le animaría a comentarle a Cox, haciendo referencia a Roosevelt: «Es una bendición para el género humano que haya sido llamado a desempeñar tan encumbrado puesto en este momento de la historia»[231]. Por las tardes, el presidente de Estados Unidos solía preparar personalmente martinis con ginebra para sus invitados, aunque no para Churchill, que los consideraba «infectos»[232]. A la hora de la cena, Churchill llevaba a Roosevelt en su silla de ruedas hasta el ascensor, un gesto que el primer ministro compararía con la galantería de *sir* Walter Raleigh al poner su capa a los pies de la reina Isabel I.[233] Ambos mandatarios llegarían incluso a entrar y salir indistintamente de sus respectivos dormitorios y cuartos de baño, y Patrick Kinna, el estenógrafo de Churchill, asegura haber sido testigo de un encuentro en el que Churchill, «desnudo y sin la menor señal de azoramiento, —había bromeado con Roosevelt mientras este le pasaba la toalla al salir de la bañera, diciéndole—: El primer ministro de Gran Bretaña no tiene nada que esconderle al presidente de Estados Unidos»[234]. Sin embargo, en alguna ocasión sí que optaría por ocultarle cosas, ya que no le revelaría, por ejemplo, el atentado realizado el 19 de diciembre en el puerto de Alejandría por unos submarinistas italianos, una acción que, según hemos visto, había dejado seriamente dañados al *HMS Queen Elizabeth* y al *Valiant*.

El 23 de diciembre se produjo la primera de las ocho conversaciones políticamente relevantes que mantuvieron Churchill, Roosevelt, los jefes de Estado Mayor británicos y la Junta de Jefes de Estado Mayor estadounidense. Churchill reanudó su relación con el general George C. Marshall, que no solo era el más poderoso de los tres miembros del Estado Mayor conjunto estadounidense, sino que en la práctica —ya que no en términos formales— actuaba como su presidente. «Siempre me han inspirado un gran respeto sus cualidades, que son verdaderamente extraordinarias, —le escribirá mucho más tarde, en 1947, Churchill a

Clementine—. Pese a que no destaque particularmente como estratega ni como organizador de ejércitos, es claro que descuella como estadista, y por encima de todo como ser humano.»[235] La pobre opinión que acabaría teniendo de Marshall en el plano táctico era similar a la que Brooke tenía de los dos.

El día de Nochebuena, se encendieron todas las luces del gigantesco Árbol de Navidad Nacional instalado en el césped de la Casa Blanca, y varios miles de personas se dieron cita frente a él para pronunciar discursos y cantar villancicos. En la declaración que el propio Churchill habría de hacer en esa ocasión, el primer ministro aseguró: «Estoy aquí, celebrando estas fiestas y el inminente Año Nuevo, lejos de mi país y de mi familia, y lo cierto es, sin embargo, que no puedo decir que no me encuentre en mi hogar». En su alocución, que fue difundida en directo por la radio, Churchill dijo a sus anfitriones:

> Ya sea por los lazos de sangre que me unen a ustedes por parte de madre, por las amistades que he venido cultivando en este país a lo largo de mis muchos años de vida activa, o por el imperioso sentimiento de camaradería que une en una causa común a dos grandes pueblos que hablan un mismo idioma […], lo cierto es que no me siento un extraño en esta tierra ni en este lugar, centro y cúspide de Estados Unidos […]. Vivo una extraña Nochebuena. Prácticamente el mundo entero se encuentra enzarzado en una lucha a muerte, y las naciones se abalanzan unas sobre otras con las más terribles armas que la ciencia alcanza a concebir […]. Que los niños disfruten de una noche de diversión y de alegría. Que los regalos de Papá Noel les deleiten en sus juegos. Que los adultos logremos compartir plenamente sus pródigos placeres antes de volver a encarar la dura tarea y los formidables años que tenemos por delante, decididos a que, gracias a nuestro sacrificio y nuestra audacia, no se robe a esos mismos chiquillos el legado que les corresponde; resueltos a impedir que se les niegue el derecho a vivir en un mundo libre y decente. Por todo ello, y confiando en la misericordia divina, les deseo una feliz Navidad a todos[236].

El día de Navidad, Hong Kong se rendía a los japoneses, casi en el mismo momento en el que los jefes de Estado Mayor de Gran Bretaña como de Estados Unidos se reunían para estudiar la forma de reforzar las posiciones aliadas en el Extremo Oriente mediante el desvío de algunos convoyes. Esa misma tarde, al acudir lord Halifax, el embajador británico en Washington, a visitar a Churchill, se encontró al primer ministro sentado en la habitación, vestido con una bata, y enfrascado en la preparación del discurso que se proponía pronunciar en la próxima Sesión Conjunta del

Senado y la Cámara de Representantes. Y para colmo, exclama Halifax en su diario, Churchill estaba «¡rodeado de cigarros puros, vasos de *whisky* con soda y secretarios por todas partes!»[237]. (La hija de Roosevelt, Anna Boettiger, explica que, después de esnifar una generosa dosis de rapé, Churchill estornudaba con tal violencia que «se conmovían hasta los cimientos de la casa», a lo que añade que, no contento con eso, procedía después «a sonarse dos o tres veces la nariz con la potencia de una bocina de niebla».)[238] Antes de la que iba a acoger el discurso de Churchill, el Congreso estadounidense solo había celebrado otras dos Sesiones Conjuntas en toda su historia, una en 1874 y otra en 1934, de modo que el acontecimiento constituía un inmenso honor.

El 26 de diciembre, Churchill comenzó su exposición con un chiste: «No puedo evitar el pensamiento de que si mi padre hubiera sido norteamericano y mi madre británica, y no al revés, tal vez habría podido ocupar aquí un escaño por derecho propio»[239].[240] Estalló una sonora carcajada, y a continuación la Cámara en pleno se puso en pie para ovacionarle, incluso desde las filas aislacionistas. «Soy hijo de la Cámara de los Comunes», prosiguió.

> Crecí en casa de mi padre, educado en la fe en la democracia. «Confía en la gente»: ese fue el mensaje que me transmitió. Mucho tiempo atrás, en los viejos días de la aristocracia victoriana, en los que, como decía Disraeli, el mundo era una regalía de la que únicamente disfrutaba un grupo reducido, un auténtico puñado de personas, me acostumbré a ver cómo le aclamaban, tanto en los mítines como en las calles, las masas de trabajadores. Por consiguiente, toda la vida he sintonizado plenamente con los flujos y reflujos populares que se han opuesto, desde ambos lados del Atlántico, a los privilegios y a los monopolios, y esto a su vez me ha inducido a poner toda mi confianza en ese ideal proclamado en Gettysburg de «un gobierno del pueblo, por el pueblo, y para el pueblo» […]. En mi país, igual que en el suyo, los hombres públicos, que se enorgullecen de trabajar al servicio del estado, se avergonzarían de transformarse en sus amos[241].

A continuación, Churchill exclamó: «Para mí, la mejor de las noticias es saber que Estados Unidos, cuya unidad es mayor que nunca, ha desnudado la espada y arrojado lejos de sí la vaina»[242]. Teniendo en cuenta los recursos combinados del Reino Unido y Estados Unidos, explicó el primer ministro, «resulta sumamente difícil conciliar la acción japonesa con la prudencia, y tal vez incluso con la cordura. ¿Pero por quiénes nos han

tomado?». Esto volvió a granjearle una cerrada ovación de todos los representantes populares que, nuevamente puestos en pie, le vitorearon. «¿Será posible que no alcancen a comprender que jamás dejaremos de persistir en el empeño de combatirles, que no cejaremos mientras no aprendan una lección que ni ellos mismos ni el mundo tengan ocasión de echar al olvido?»[243]

Esa tarde, en su dormitorio, al emplear una «considerable fuerza» para tratar de abrir una ventana de guillotina atascada, Churchill notó un agudo dolor en el corazón que se irradiaba por su brazo izquierdo y le dejaba sin respiración. «Tiene los síntomas propios de una insuficiencia coronaria, —anota su médico, el doctor Charles Moran—. El tratamiento que indicaban los manuales para una dolencia de este tipo era la observación de un período de reposo de seis semanas en la cama, como mínimo. Eso significaba dar a conocer la noticia al mundo […], hacerle saber que el primer ministro era un minusválido aquejado de una enfermedad cardíaca y con un futuro dudoso.»[244] En vista de las consecuencias políticas, Moran «se atuvo al principio de “esperar un tiempo sin bajar la guardia”». Pese a que creía que Churchill había sufrido un infarto de miocardio —lo que en esencia viene a ser un ataque al corazón—, no informó ni al interesado ni a sus colegas estadounidenses de ese extremo. Lo que sí hizo, en cambio, fue señalarle que, a su juicio, era imposible que continuara esforzándose con la misma intensidad en su labor, que «debía tratar por todos los medios de moderar un poco el ritmo de trabajo». Respecto a su eventual regreso a Londres, Moran prefirió contar con una segunda opinión, así que consultó el asunto con el doctor John Parkinson, que aseguró a Churchill que no había sufrido ningún ataque cardíaco. El moderno análisis médico sugiere que lo más probable es que el primer ministro sufriera un desgarro muscular o algún tipo de distensión en las porciones óseas o cartilaginosas de la pared torácica[245]. Sea como fuere, lo cierto es que se trataba de un elemento de preocupación para un hombre que todavía seguía convencido de que no iba a llegar a viejo.

La Conferencia Arcadia concluyó el 14 de enero de 1942. Se acordó enviar a Irlanda del Norte a las tropas estadounidenses a fin de que pudieran entrenarse *in situ* y disuadir después toda tentativa de invasión. Se crearon

sendos comités conjuntos de producción de municiones y de transporte naval. Se acordó cooperar en todo lo relacionado con la obtención de datos de inteligencia. Se establecieron mandos conjuntos en los teatros de operaciones del noroeste de Europa, el Sudeste Asiático y el Mediterráneo[246]. El mando del Sudeste Asiático recibió el nombre de ABDA —siglas inglesas de los ejércitos implicados: Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda y Australia (*American-British-Dutch-Australian*)—, y quedó a las órdenes del general Wavell. Hopkins y Beaverbrook fueron nombrados jefes del recién creado Grupo de Asignación de Municiones Conjunto. Se confirmó explícitamente por escrito la estrategia de «Alemania primero»[247]. Tras el Año Nuevo, en su declaración al Congreso estadounidense, Churchill explicó los motivos que subyacían a dicha táctica: «Nos ha parecido evidente que, si la derrota del Japón no implica la de Alemania, la capitulación de Alemania significará en cambio la ruina indefectible del Japón»[248].

El otro gran logro de la Conferencia Arcadia consistió en inaugurar un Comité Conjunto de jefes de Estado Mayor en Washington, sobre el que recaería en último término la responsabilidad de organizar la estrategia global de la guerra. La creación de un mando aliado tan perfectamente integrado constituía un hecho sin precedentes, tanto es así que en realidad resultaba revolucionario. En la Gran Guerra, la planificación y la ejecución de los movimientos militares había quedado en manos de los diferentes ejércitos en liza, cada uno de ellos centrado individualmente en los acontecimientos del sector geográfico que se le hubiera encomendado, aunque siempre globalmente a las órdenes del mariscal Foch, cuyo cargo no encontraría equivalente en la segunda guerra mundial. En *La crisis mundial*, Churchill había dicho: «La guerra, que de hecho es simplemente la suma de todas las fuerzas y presiones operativas que se ejercen en un momento dado, se libró por partes. Y se hizo así a pesar de que en ella no existiesen divisiones rígidas entre los Aliados, fueran franceses, rusos o británicos; a pesar de que tampoco hubiera separación entre las operaciones que se efectuaban por tierra, mar o aire; ni entre la obtención de victorias y el establecimiento de alianzas; ni entre la gestión de los suministros y los hombres que combatían en el frente; ni entre la propaganda y la maquinaria

bélica… Y se necesitarían años de crueles lecciones antes de que pudieran ponerse en marcha, por imperfectos que fuesen, algunos elementos de unificación en materia de análisis, reflexión, mando y acción»[249]. El Comité Conjunto de jefes de Estado Mayor, que permitía un control centralizado de todos los escenarios del conflicto, era en realidad el resultado de la larga serie de puntos de vista que Churchill llevaba mucho tiempo manteniendo en esta materia, ya que sus primeras convicciones sobre el particular se remontan al período de la Gran Guerra. De hecho, si ese Comité Conjunto consiguió ver la luz fue en contra de los recelos de Brooke, que no estuvo presente en la Conferencia Arcadia, pero que en todo lo relacionado con la elaboración de planes estratégicos defendía celosamente la independencia y la libertad de acción de los británicos. La estrecha amistad que unía a Marshall y a Dill, que habría de permanecer en Washington en calidad de oficial de enlace entre el Comité Conjunto de jefes de Estado Mayor, radicado en Estados Unidos, y sus homólogos británicos, contribuiría a garantizar que los roces fueran mínimos. Dado que los jefes de Estado Mayor británicos y estadounidenses se reunían únicamente en las conferencias conjuntas que se organizaban, Gran Bretaña consiguió tener las manos libres en la práctica, y el hecho de que la sede del aparato burocrático del Comité Conjunto de jefes de Estado Mayor se encontrara en Washington no afectó en modo alguno a la independencia de criterio y actuación de Gran Bretaña.

El 27 de diciembre, John Curtin, el primer ministro australiano, anunciaba que «Australia contempla a Estados Unidos, libre de cualquier malestar que pudiera derivarse de los tradicionales vínculos, o afinidades de parentesco, que podamos haber mantenido con el Reino Unido»[250]. Churchill se puso furioso. Moran afirma que Churchill aseguró que los australianos procedían de una «cepa viciada». No obstante, es imposible verificar este exabrupto —que es una clara referencia a las flotas de presidiarios enviados a cumplir su pena a ese continente—, dado que Moran no anotaba las entradas de su diario en las horas o días inmediatamente posteriores a la ocurrencia de los hechos, y además es frecuente que sus apuntes no se correspondan con la versión del diario que acabaría publicando en 1966, cuyo contenido habrían de denunciar, por falso,

muchas de las personas del entorno inmediato de Churchill[251]. Sea como fuere, la declaración de Curtin vino a señalar *de facto* el inicio del movimiento centrífugo de Australia, que empezó así a apartarse de la órbita británica —que no podía protegerla de manera adecuada— y a aproximarse a la de Estados Unidos, que muy pronto se encontraría en cambio en condiciones de ofrecerle esa anhelada seguridad.

A finales de 1941, Gran Bretaña dedicaba más de la mitad de su producto interior bruto a los gastos bélicos, pero muy pronto, al conocerse la contribución estadounidense, esa suma iba a parecer poco menos que insignificante. En 1940, Estados Unidos producía menos de la mitad de las municiones que se fabricaban en el Reino Unido; en 1941 su producción equivalía ya a las dos terceras partes de la de Inglaterra; en 1942, el volumen de proyectiles estadounidense doblaba ya al británico; en 1943 consiguió triplicarlo; y en 1944 lo había multiplicado ya por cuatro. Si en 1942 la décima parte de las municiones británicas provenía de Estados Unidos, entre los años 1943 y 1944, la aportación norteamericana superaba ya el 25 % de la producción británica —y en ciertos ámbitos muy relevantes alcanzaba incluso el 50 %—.[252] Con el paso del tiempo, esto vino a significar que la voz de Estados Unidos en las comisiones estratégicas comenzó a ganar fuerza, haciendo disminuir en consecuencia, en idéntica proporción, el peso de Gran Bretaña. Australia había elegido al valedor más poderoso, y poco podía hacer Churchill para evitarlo.

El 28 de diciembre, Churchill partió en dirección a Ottawa, ciudad en la que se alojó en casa del conde de Athlone, el gobernador general del Canadá, y dos días más tarde hablaba ante el parlamento canadiense. Apuró al máximo la redacción de su discurso, tanto es así que su secretario privado tuvo que entregarle en propia mano la última página mecanografiada del texto después de que el primer ministro hubiera empezado a hablar[253]. «Si hemos superado los siglos, salvado los océanos, atravesado las montañas y recorrido las praderas debe de ser porque no estamos hechos de algodón de azúcar», aseguró a los parlamentarios canadienses[254]. «Nunca nos rebajaremos al nivel de los alemanes y los japoneses, pero si hay alguien que prefiere jugar duro, le enseñaremos que nosotros también sabemos

hacerlo. Hitler y su banda de nazis han sembrado vientos; ¡pues que recojan tempestades!»

Al referirse al gabinete de Paul Reynaud, el ex primer ministro francés, Churchill señaló: «Cuando les advertí de que Gran Bretaña estaba dispuesta a luchar en solitario, con independencia de lo que ellos decidieran, los generales franceses le dijeron a su primer ministro y a su dividido gabinete: "Dentro de tres semanas, Inglaterra se encontrará con el pescuezo retorcido como un pollo". ¡Que nos hablen ahora de pollos y pescuezos!»[255]. Más tarde, el periodista Colin Coote juzgará que el chiste había sido una vulgaridad, y al novelista y dramaturgo inglés A. P. Herbert le parecerá una simple guasa de teatro de variedades, pero desde luego sirvió para arrancar las risotadas de los parlamentarios canadienses[256].

Inmediatamente después del discurso, el primer ministro canadiense Mackenzie King llevó a Churchill a las dependencias del presidente del parlamento, donde el joven fotógrafo armenio-canadiense Yousuf Karsh le aguardaba para hacerle un retrato. Al principio, Churchill se mostró un tanto remiso, ya que nadie le había advertido de que se le iba a tomar una instantánea, pero aceptó que Karsh disparara una única vez su máquina. «Le ofrecí un cenicero para que dejara el puro, pero él no solo lo ignoró de la forma más ostentosa, sino que me taladró con la mirada, —recuerda Karsh —. Me puse tras la cámara, me aseguré de que todo estuviera bien enfocado, cerré la lente y me incorporé, con la mano dispuesta a apretar el obturador, pero en ese preciso instante hubo algo que me hizo titubear», explica Karsh. «Perdone, señor, —y sin pedirle permiso le quité el cigarro de la boca—. La mandíbula se tensó con gesto beligerante; sus ojos llameaban. Le di al disparador.»[257] El resultado fue la mejor imagen que jamás se haya tomado de Winston Churchill, y eso que fueron miles a lo largo de su vida. La foto capta perfectamente su determinación, su actitud desafiante y su maciza silueta —y como bien señala el propio Karsh, también su disposición a la beligerancia—. No fue la única fotografía que Karsh le hizo ese día, ya que se le permitió realizar al menos ocho más, así como una en la que los dos primeros ministros posan juntos, cuando a Churchill «se le vio ya una expresión más conciliadora». No obstante, es precisamente la primera la que merece plenamente la manida calificación

de «icónica». En mayo de 1945 fue portada de la revista *Life*, y se convirtió rápidamente en un retrato definitorio del personaje, y por esa razón puede verse en la sobrecubierta de este libro.

Esa misma tarde, en la cena que dio Mackenzie King, Churchill tuvo ocasión de conocer a un as de la aviación: el vicemariscal del Aire Billy Bishop, condecorado con la Cruz Victoria, la distinción de Compañero de la Orden Militar del Baño, la Orden del Servicio Distinguido con un gafete, la Cruz Militar y la Cruz de Vuelo Distinguido. Bishop había derribado 72 aparatos enemigos en la Gran Guerra, así que la habitual fascinación de Churchill por los grandes paladines, como él decía, provocó la consternación de su equipo de seguridad, ya que al terminar la velada prefirió montarse en el coche de Bishop antes que en el suyo propio a fin de poder intercambiar anécdotas de guerra con el héroe de camino al domicilio del aviador, donde el primer ministro británico tomó una última copa en lugar de regresar al palacio del gobernador[258]. El día de Nochevieja, antes de partir para Washington en el tren especial del presidente, Churchill recibió como regalo una gorra militar de piel de foca hecha en la Columbia Británica. En una conferencia de prensa había comentado que «esa mañana le había pasado una cosa muy rara, ya que lo primero que le había pasado por la cabeza era que le parecía una pena no tener uno de esos maravillosos sombreros canadienses […]. Sientan muy bien y son lo suficientemente amplios como para seguir resultando cómodos aunque se produzca una leve hinchazón»[259].

El día de Año Nuevo de 1942, Churchill, Roosevelt, el embajador ruso en Washington Maksim Litvínov, y su homólogo chino, rubricaban la Declaración Conjunta de las Naciones Unidas, por la que Rusia y China se comprometían a respetar los principios de la Carta del Atlántico. Al día siguiente, otras veintidós naciones refrendaban el documento. Los firmantes prometían asimismo no acordar independientemente ningún tratado de paz con las potencias del Eje. Roosevelt fue quien eligió el marchamo de «Naciones Unidas», porque temía que la palabra «Alianza» pudiera provocar dificultades constitucionales con los aislacionistas del senado —aunque debido también a que Churchill consideró que la expresión «Potencias Asociadas» resultaba «sosa»—. Además, para respaldar la

decisión del presidente, Churchill le recitó unos versos de *Las peregrinaciones de Childe Harold* de lord Byron: «¡Aquí, donde las naciones unidas el acero desnudaron! / ¡En esta jornada en la que nuestros compatriotas pelearon!»[260]. Una vez más, la fenomenal memoria de Churchill para la poesía le daba ocasión de hallar las palabras más apropiadas al caso.

Desde que regresara de Cuba en 1895, Churchill había venido disfrutando de muy buenas relaciones con la prensa acreditada norteamericana. Pese a que los periodistas supieran que nunca habría de librarles los detalles operativos de ninguna acción —y hay que señalar que tampoco los habrían dado a la imprenta, caso de que lo hubiese hecho—, lo cierto es que Churchill siempre les proporcionaba materiales interesantes. De hecho, durante la Conferencia Arcadia, Churchill les ofreció ocurrencias y manifestaciones memorables, como, por ejemplo: «La posición del *signor* Mussolini nada tiene de envidiable, puesto que el organillero sigue sujetando con firmeza la correa del mono»[261]. Al preguntársele por qué Canadá se había negado a expulsar al embajador de la Francia de Vichy, Churchill contestó: «No es malo que un patio disponga de ventana. —Y respecto a Rudolf Hess, señaló—: Nos ha venido a decir que Hitler adora Inglaterra y que le desgarraría el corazón tener que ordenar a Alemania la invasión de Gran Bretaña». No obstante, Churchill se mostró cauteloso cuando se le pidió que opinara sobre la presencia de Roosevelt al frente de la política estadounidense, y en particular si la juzgaba vital o no para el curso de la guerra: «Tras mi larga experiencia en la vida pública, —replicó—, he llegado a la conclusión de que son muy pocas las personas que comprenden la política de su propio país; y también he averiguado que nadie entiende realmente la situación de las demás naciones»[262].

El 10 de enero de 1942, viajó a Pompano, Florida, que se encuentra cincuenta kilómetros al sur de Palm Beach, para pasar dos días de descanso en una villa apartada, propiedad de Edward R. Stettinius, entonces administrador de los fondos habilitados por la Ley de Préstamo y Arriendo y más tarde secretario de estado estadounidense. Churchill empleó el nombre en clave de «Señor Lobb» (un alias que eligió, casi con toda seguridad, en recuerdo del zapatero que le atendía en la calle Saint James,

que se apellidaba así), y se presentó bajo la fingida personalidad de «un enfermo necesitado de reposo», que viajaba en compañía de su mayordomo inglés —papel que asumió su secretario privado John Martin—.[263] Churchill solía trabajar hasta la hora de comer (ya que un avión procedente de Washington le hacía llegar diariamente las sacas diplomáticas pertinentes), y todos los días nadaba un rato en el mar, desnudo, «brincando y zambulléndome en las cálidas aguas como un alborozado delfín»[264]. El jefe de los guardaespaldas del servicio secreto de Roosevelt, al que se le había asignado la protección del primer ministro, le dirá más tarde al presidente que, en una ocasión, «las olas se habían encrespado y dado un revolcón» a Churchill, y que este, tras el susto, «se había puesto en pie y esgrimido amenazadoramente el puño frente al mar. Sin embargo, como la marea volvió a zarandearle, el hombre se vio reducido a rumiar su tremenda indignación»[265].

Por las tardes, Churchill se sentaba en el mirador de la mansión y se dedicaba a contemplar plácidamente el paso de los barcos. Para mantener el espíritu del racionamiento que en ese momento se seguía rigurosamente en Gran Bretaña, Churchill adquirió la costumbre de desayunar las sobras del filete que había cenado la noche anterior. En una ocasión, el primer ministro sembró la confusión en la cocina de la casa al rechazar el caldo de almejas que se le ofrecía y pedir que se le sustituyera por un cuenco de Bovril. El 11 de enero, al comentarle a Roosevelt por teléfono que se disponía a regresar a Washington, Churchill le confía: «No puedo decirle por una línea pública qué medio de transporte vamos a utilizar, pero llegaremos en "puff-puff"»[266].

El 14 de enero, tras pasar un día en la capital estadounidense, Churchill emprendió el viaje de vuelta, y Roosevelt acudió a la estación para despedirle. Más tarde, Hopkins le «confesará» a Dean Acheson, el subsecretario de estado norteamericano, «que tener aquí a Winston más de un par de veces al año sería verdaderamente agotador», debido a que «los días no terminan hasta las dos o las tres de la madrugada, y a que a eso de las siete menos cuarto ya aparece Churchill por la puerta, sin zapatillas, preguntándome si ya he hecho alguna de las cosas examinadas en el transcurso de la noche anterior»[267].

La idea original consistía en regresar en el *HMS Duke of York* desde las Bermudas, pero las malas noticias que habían llegado de Malasia el mes anterior, unidas al revuelo que estaba organizando la oposición política en Londres, obligaron al primer ministro a presentarse cuanto antes en Inglaterra. Efectuó así su primer vuelo transatlántico, a bordo del *Berwick*, un avión hidrocanoa Boeing 314A Clipper, pintado de color verde oliva oscuro a modo de camuflaje[268]. La comitiva voló inicialmente hasta las Bermudas, en cuya capital, Hamilton, Churchill se dirigió a los miembros de la asamblea legislativa, y bromeó diciendo que, pese a sus «ásperos y desaseados cimientos», la democracia seguía siendo un sistema que despertaba su confianza. Después emprendió el vuelo de regreso a casa, que duró nada menos que dieciocho horas y veintitrés minutos. «Me atuve a la regla de oro que siempre observo en esos trayectos tan largos: la que dicta que sea el estómago el que regule el horario de las comidas», escribirá más tarde. (Churchill daba también a esta norma el nombre de «*tummy-time*», o «ritmo-barriga».) «Si uno se despierta después de que se haya puesto el sol, lo que debe hacer es desayunar; transcurridas cinco horas lo que toca será la comida; y la cena vendrá a las seis horas del almuerzo. De ese modo se independiza uno del sol, que de lo contrario se entromete excesivamente en los asuntos personales y trastoca toda la rutina de trabajo»[269].

Churchill llegaba a Plymouth el 17 de enero de 1942, a las diez menos cuarto de la mañana. Había sido una estancia larga pero extremadamente provechosa. No había surgido ningún desacuerdo de importancia con los estadounidenses, quienes, tras meses de conversaciones oficiosas con el Estado Mayor británico, parecían comprender la estrategia general de la guerra de una manera muy similar a la de los ingleses. Además, la visita también se había revelado útil en todos los demás aspectos. Y por si fuera poco, el doble hecho de que Hitler le hubiera declarado la guerra a Estados Unidos y de que tanto Roosevelt como Marshall se hubieran comprometido a aplicar la táctica de «Alemania primero», había conseguido que Churchill dejara de ser un gobernante obligado a suplicar, como le había sucedido entre los años 1940 y 1941. En una ocasión en la que se recomendó a Churchill que continuara utilizando un lenguaje cauteloso al tratar con las autoridades estadounidenses, el primer ministro respondió: «¡Oh! ¡Así es

como les estuvimos hablando en la época en que les cortejábamos, pero ahora que ya forman parte del harén, nos dirigimos a ellos de un modo muy distinto!»[270].

Capítulo 26

EL DESASTRE

Enero - junio de 1942

> No abrigaba el menor deseo de verme relevado de mi responsabilidad. Todo lo que pedía era que se aceptaran mis deseos tras un debate razonable.
>
> Churchill en referencia a la situación vigente en febrero de 1942[1].

> Cuando las cosas van bien, se porta estupendamente; si las cosas van mal, está soberbio; pero si las cosas van solo medio bien, entonces es un suplicio.
>
> Ismay respecto a la personalidad de Churchill, agosto de 1942[2].

El 18 de enero de 1942, Churchill informó al Gabinete de Guerra —ahora integrado por Anderson, Attlee, Wood, Eden, Morrison, Beaverbrook, Bevin, Greenwood y Lyttelton— de los resultados obtenidos en la Conferencia Arcadia. Según las notas taquigráficas de Lawrence Burgis, su estenógrafo particular, el primer ministro reveló que «lo último» que el presidente estadounidense le había dicho al «acudir a despedirme» a la

estación fue: «Hasta las últimas consecuencias: confíe en mí»[3]. Luego añadió que Estados Unidos «se disponía a combatir con todas sus fuerzas», que «se iba a poner inmediatamente manos a la obra», y que no dejaría de dar claras muestras de su «decidida voluntad de victoria». Los estadounidenses habían comprendido, explicó, que «Hitler es el enemigo». «Respecto al Japón», harán «todo cuanto puedan, pero […] no dejarán que nada estorbe el objetivo principal, que es derrotar a Hitler». Pese a que estuvieran «deseando trabar combate con el adversario», lo cierto era que en «la Casa Blanca reinaba una tranquilidad digna del mismísimo Olimpo»[4]. Una vez comentados estos extremos, Churchill hizo una pausa para recordar algunos detalles de su vuelo de regreso: «Me puse un rato a los mandos del avión […]. Los motores ronroneaban como cuatro gatitos felices». Más tarde ofreció una visión de conjunto sobre la marcha de la guerra. Dijo que «de no haber sido por Rusia, [Gran Bretaña] no habría conseguido resistir», y defendió la idea de enviar a ese país todo el material posible. Inglaterra tenía que «elevar al máximo su capacidad de mandarles todos» los aviones y tanques que pudiera, a fin de que intervinieran allí donde su necesidad resultara más acuciante. Por consiguiente, era preciso despachar grandes fletes al Frente Oriental. Churchill señaló asimismo que Roosevelt había aprobado la realización de ataques en la costa norteafricana, y que la victoria sobre Alemania se lograría concretar, «si hacemos las cosas bien […] en el 43; y si las hacemos mal en el 44 o el 45. Los suministros de materiales y efectivos humanos van a ser abrumadores»[5]. Fue Brooke quien aventuró los peores vaticinios respecto al resultado de la reunión, y al preguntársele cómo veía la aportación de refuerzos a Singapur, aseguró: «Si conseguimos continuar llevando cosas hasta allí, nos daríamos por contentos»[6].

Al día siguiente, el rey señala en su diario: «Winston me ha dicho en privado que ahora tiene plena confianza en la victoria final, puesto que Estados Unidos de América arde en deseos de medirse con el enemigo y está empezando a poner en marcha un completo despliegue de sus hombres y la provisión de equipamiento. Después de haber “salido juntos” durante muchos meses, el Reino Unido y Estados Unidos han acabado al fin por consumar su “enlace”»[7]. Ese mismo día, los japoneses invadían Birmania,

el país que el padre de Churchill había anexado al imperio en 1886. Aquello constituía un nuevo mazazo. Poco después, *sir* William Beveridge, un político liberal partidario de las reformas sociales, lanzaba un llamamiento para instar a Churchill a liderar «un gobierno diferente. —El *Manchester Guardian* declaró—: Por más respeto que se tenga a las personas, es preciso hablar con franqueza al público, que está inquieto a causa de nuestros lamentables fracasos en Oriente y preocupado por el ritmo de la producción de nuestra industria de guerra». En las filas de los diputados que habían defendido los planteamientos de Chamberlain, y que ahora carecían de un cargo oficial, comenzaron a arreciar las críticas, y con una estridencia y una dureza crecientes, ya que cada vez se extendía más la exigencia de que Churchill abandonara el Ministerio de Defensa y nombrara a un ministro de Producción dotado de unos poderes similares a los suyos**[8]**. Al proclamar públicamente John Curtin, el primer ministro australiano que la evacuación de Singapur constituiría «una traición imperdonable», Churchill «acabó por perder los estribos» en el Gabinete de Guerra, según refiere Cadogan, y en presencia además de Earle Page, el anterior primer ministro de Australia**[9]**. No obstante, en el telegrama que le envió a Curtin, Churchill se mostró cortés, y le comunicó que Wavell esperaba «poder efectuar un contraataque en febrero»**[10]**. Uno de los pocos estímulos que tuvo Churchill en esos difíciles momentos fue el que encontró el 30 de enero en la posdata de un telegrama de Roosevelt (cuyo tono era por lo demás enteramente formal): «Se me hace raro vivir en la misma década que usted»**[11]**.**[12]**

Al hacer acto de presencia en los Comunes, tras una ausencia de tres semanas, los parlamentarios dieron a Churchill una acogida más correcta que entusiasta. «Lo que vimos fue un hombre grueso y enojado, —apunta el siempre malicioso Chips Channon—. Resultaba evidente que el recibimiento no le había hecho ninguna gracia.»**[13]** Randolph, que había regresado a casa de permiso, se quejó de que «la bienvenida no hubiera sido en modo alguno comparable a la que se había dado a Chamberlain al volver de Múnich»**[14]**. Con todo, los motivos de aflicción de Churchill iban a aumentar de manera muy notable el 21 de enero, al lanzar Rommel una nueva ofensiva y provocar la evacuación de Bengasi el 28, y poco después, el 3 de febrero, la de Derna. La acción del mariscal alemán obligó asimismo

a replegar el VIII Ejército hasta el frente de Gazala, que defendía Tobruk. Para colmo de males, Churchill tuvo que decirle al Comité de Defensa: «Ya había quedado claro que no podíamos considerar que Singapur fuera una fortaleza, dado que, al parecer, no se habían dispuesto defensas propiamente dichas capaces de proteger su flanco terrestre […]. Por eso abrimos el foco y contemplamos las cosas desde una perspectiva más amplia, ya que consideramos que la importancia de Birmania superaba a la de Singapur. Era el punto de enlace a través del cual conseguíamos establecer comunicación con China, y resultaba esencial mantener ese canal abierto. —Y en cuanto al plan de reforzar Malasia, Churchill señaló—: No quisimos enviar a buenos combatientes a luchar contra malos soldados»[15]. Y por una vez, Brooke se mostró de acuerdo con él.

Eden apunta que Churchill tenía el aspecto de un hombre fatigado y deprimido, todo ello acentuado por un catarro. «Tiende a mostrarse fatalista respecto a la situación de la Cámara, —observa el ministro de Asuntos Exteriores—, y sostiene que el grueso de la formación conservadora le detesta; que ha hecho todo cuanto ha podido; que le encantaría ceder el paso a otro; y que lo sucedido en Malasia, sumado a la intransigencia del gobierno australiano, y a los "gruñidos" de los Comunes, supera la resistencia de cualquiera»[16]. La frustración de Churchill aún sería mayor tras rechazar los diputados la moción que él mismo había propuesto con el fin de permitir que sus discursos se grabaran directamente en los Comunes, ya que eso le forzaba a repetir palabra por palabra sus declaraciones en la radio, cosa que le dejaba exhausto. «El cúmulo de lealtades que pivota en torno al Número Uno es enorme, —dirá más tarde Churchill en referencia a los primeros ministros—. Si resbala es imperativo sostenerle. Si comete errores hay que ocultarlos. Si duerme no ha de ser molestado gratuitamente. Si no es bueno, ha de ser abatido de un hachazo. Pero este proceso ha de reservarse a los casos extremos; no puede llevarse a cabo todos los días, y desde luego no inmediatamente después de haber sido elegido.»[17] Al ver la fuerte oposición que tenía ahora enfrente, Churchill decidió convertir el siguiente debate sobre la marcha de la guerra en una moción de confianza al gobierno que él presidía. Según indica Harvie-Watt, el 23 de enero apenas había «un puñado» de parlamentarios dispuestos a votar en contra del

ejecutivo, «aunque sí había algunos, y estos ya constituían un grupo más nutrido», que podían optar por la abstención[18]. Y si tenemos en cuenta que habían sido justamente las abstenciones las que habían derribado a Chamberlain, parece obvio que la decisión comportaba algunos riesgos.

«El hecho de que las cosas hayan salido mal, y de que lo peor todavía esté por llegar, es lo que me ha animado a solicitar un voto de confianza», apuntó Churchill el 27 de enero, al inicio de los tres días de debate. La Cámara estaba repleta hasta los topes, tanto es así que hubo parlamentarios que tuvieron que sentarse en las gradas del trono (los Comunes se estaban reuniendo en esta época en la Cámara de los Lores[19]). Desde la tribuna de invitados escuchaban sus palabras Clementine —«cuyos cabellos habían encanecido», anota Channon—, Diana, Pamela, Jack y su hija Clarissa. Churchill fue demoledoramente honesto, y admitió que, «al enfrentarnos a Alemania e Italia, tanto aquí como en el valle del Nilo, quedamos desprovistos de toda capacidad de atender eficazmente a la defensa de las regiones de Extremo Oriente»[20]. «Nadie debe andarse por las ramas en este debate, —declaró—, y nadie debe acobardarse cuando llegue el momento de votar. Yo mismo he votado en contra de algunos gobiernos a los que mis electores hubieran querido que apoyase, y cuando echo la vista atrás hay veces en que me alegro mucho de haber procedido de ese modo. En estos tiempos difíciles, todos hemos de cumplir con nuestro deber».

En el debate intervinieron un gran número de parlamentarios, y fueron precisamente los conservadores partidarios de las políticas de Chamberlain quienes le dirigieron las mayores críticas. Uno de ellos, *sir* Archibald Southby, se retrotrajo a la época de la polémica por lo sucedido en Noruega y le preguntó: «¿Cuál ha sido el origen de este gobierno?». *Sir* Alexander Erskine-Hill se centró en la «angustia» que estaba generando la marcha de la guerra; Herbert Williams dijo: «Ha habido demasiados errores», y añadió que Churchill no debería continuar ejerciendo el cargo de ministro de Defensa; *sir* James Henderson Stuart habló del «profundo y generalizado malestar» en que se hallaba sumida la nación; Thomas Sexton aseguró: «Las gentes de este país se sienten desconcertadas»; Stephen Davies acusó al gobierno de haber mantenido una actitud «inmoral» en relación con la India; y por último, varios diputados solicitaron la creación de un nuevo

Ministerio de la Producción[21]. No obstante, y a pesar de que algunos parlamentarios amenazaron con derribar a Churchill, ninguno estaba realmente dispuesto a votar en contra del primer ministro. «Todo lo que hemos conseguido en estos dos años y medio de lucha ha sido mantener la cabeza fuera del agua, —admitió Churchill—. Cuando se me confió el puesto de primer ministro, hace ahora cerca de dos años, no hubo tantos candidatos al cargo como veo hoy. Quizá es que ha crecido la prima desde entonces. Pese a todos los males que se nos atribuyen a diario: las negligencias bochornosas, los burdos desbarajustes, las incompetencias palmarias, la complacencia y la ausencia de toda capacidad organizativa —reprimendas que de las que, aun así, tratamos de sacar provecho—, estamos empezando a ver la luz al final del túnel. Son muchas las cosas que parecen indicar que se avecinan tiempos extremadamente malos, pero si nos mantenemos todos unidos, y si somos capaces de dejar nuestro último aliento en el empeño, también da la impresión, y mucho más que antes, de que tenemos la victoria a nuestro alcance.»[22] Acto seguido añadió, aunque sin mencionar expresamente la postura de Australia ni el nombre de Curtin, que «de hacer caso a lo que algunos declaran, cabría pensar que la forma de ganar la guerra consiste en asegurarse de que toda potencia que contribuya al esfuerzo bélico, y toda sección de las fuerzas armadas enviadas al frente, haya de encontrarse representada en todos y cada uno de los comités y organizaciones que va a ser necesario crear, y que, del mismo modo, es preciso consultar por igual y de manera exhaustiva a todo el mundo antes de mover un solo dedo. Pero esa es de hecho la manera más segura de cosechar una derrota»[23].

A continuación, pasó a considerar las líneas maestras de la estrategia global que iba a aplicarse en el norte de África. «Tenemos ante nosotros a un oponente extremadamente audaz y competente, —dijo, en referencia a Rommel—, un hombre, permítanme decirlo pese a los estragos de la guerra, que es además un gran general»[24]. Fue muy criticado por ese elogio, pero él volvería a hacerlo público en sus memorias de guerra. En realidad, su actitud recuerda a la que ya caracterizara el contenido de su discurso inaugural como parlamentario, allá por febrero de 1901, en el que encomiaba el arrojo de los bóers, y también se revela similar a los

deslumbrados comentarios que dedica a la valentía de los derviches en *La guerra del Nilo*. El código por el que se regía Churchill en su faceta de soldado le había enseñado a admirar al enemigo en caso de que lo juzgara merecedor de aplauso, aunque eso no disminuía en modo alguno la determinación que le empujaba a aniquilarlo. No obstante, el eje fundamental de la argumentación que Churchill expuso en el debate fue el de que «no tardar[ía] en descubrirse» que las decisiones políticas y estratégicas consistentes en procurar ayuda a Rusia, en pasar a la ofensiva en Libia, y en aceptar la inevitable consecuencia de una clara debilidad en el Extremo Oriente, «están llamadas a desempeñar un papel muy útil en el curso general de la guerra» —pese a lo que él denominó «los inesperados infortunios navales y el doloroso castigo que han supuesto, y seguirán suponiendo, para nuestra presencia en el este de Asia»[25].

Como ya había explicado Churchill en su discurso inicial, tras el regreso de Estados Unidos, era muy importante dar una respuesta a cuantos criticaban la labor de su gobierno:

> Creo que tengo derecho a acudir a la Cámara de los Comunes, a la que sirvo, y pedir a sus señorías […] que me proporcionen aliento y ayuda. Nunca me he aventurado a predecir el futuro. Me atengo a mi programa original —sangre, penalidades, sudor y lágrimas—, ya que, de hecho, eso es todo lo que he alcanzado a ofrecer jamás, aunque cinco meses después añadiera también «un gran número de deficiencias, errores y decepciones». Ahora bien, si me atrevo ahora a solicitar a la Cámara de los Comunes una declaración de confianza para unirla, como arma que es, al arsenal de las Naciones Unidas, es porque empiezo a ver el destello de una luz tras los nubarrones y porque se despeja al fin la senda por la que transitamos[26].

Churchill superó la moción con 464 votos a favor y 1 en contra —el del parlamentario del Partido Laborista Independiente Jimmy Maxton—. Durante el debate, *sir* Archibald Southby, el diputado conservador por la circunscripción de Epsom, se había referido a Randolph con la fórmula: «Mi honorable y gallardo amigo —honorable debido a las circunstancias de la guerra, que le han permitido formar parte de la Cámara sin oposición alguna, y tal vez obtener también algún ascenso militar…», momento en el que el presidente de la Cámara le ordenó callar[27]. Más tarde, Southby se acercó al primer ministro para solicitarle que felicitara a Randolph por su rápida promoción en el ejército. «Winston blandió el puño frente al rostro»

del impertinente, recuerda un espectador. «“No me dirija la palabra, —aulló—. Acaba usted de llamar cobarde a mi hijo. Es usted mi enemigo. Ni siquiera me hable”.»[28] Churchill era capaz de encajar con ecuanimidad prácticamente cualquier crítica que pudiera verterse sobre su persona, pero los ataques contra su familia o sus amigos despertaban al feroz tigre que dormitaba en su interior.

Churchill tuvo la buena fortuna de que la votación se desarrollara en un momento muy oportuno, ya que mientras se procedía al recuento de las papeletas llegó la noticia de que los alemanes habían tomado Bengasi. Los japoneses se encontraban ahora a menos de treinta kilómetros de Singapur, y tras el debate se procedió a una declaración mediante la cual se revelaba al fin que en noviembre el acorazado *HMS Barham* había resultado hundido en una acción que había provocado la pérdida de 862 vidas. (La noticia de los daños que los hombres rana italianos habían causado al *HMS Queen Elizabeth* y el *Valiant* en el puerto de Alejandría en diciembre continuaba manteniéndose en secreto.) Hacía veinte meses que Churchill había sido elegido para llevar las riendas del país, y además en el momento en el que se le había colocado en esa posición de liderazgo el apoyo logrado se había movido en márgenes muy estrechos. A principios de 1942, habiéndose apoderado el Eje de toda la Cirenaica Occidental, Churchill era plenamente consciente de la urgente necesidad, tanto política como militar, de obtener una victoria inequívoca en el desierto.

El día 1 de febrero, los alemanes añadieron un cuarto disco rotor a las máquinas Enigma con las que encriptaban los mensajes de sus submarinos. De este modo, los mensajes cifrados de los navíos de clase «Shark[29]» que eran interceptados por el sistema Ultra quedaron convertidos, durante casi un año, en un auténtico galimatías —hasta el mes de diciembre, fecha en la que los técnicos de Bletchley Park consiguieron penetrar el misterio—. Sin embargo, en tanto no se descubrió la clave, la pérdida de buques y de cargamentos navales experimentó una escalada muy alarmante, dado que ya no era posible establecer la posición de las «manadas de lobos», es decir, de los escuadrones de sumergibles alemanes, de modo que fue necesario posponer toda esperanza de lanzar un ataque al otro lado del Canal de la Mancha en tanto no se hubiera conseguido ganar la batalla del Atlántico.

Sumando los barcos de los británicos, las fuerzas aliadas y los países neutrales, en enero, acabarían yéndose a pique, en total, nada menos que 419 907 toneladas de material naval, pero es que en febrero la cifra ascendió a 679 532 toneladas, y en marzo alcanzó las 834 164 toneladas. En el transcurso del año 1942 se perdieron de este modo cerca de 8 millones de toneladas[30]. «El pobre Winston está totalmente desesperado», anota Cadogan[31].

A principios de febrero, Brooke informó al gabinete de que el resto de las fuerzas que la Comunidad Británica de Naciones tenía desplegadas en Malasia se había retirado al interior de Singapur, plaza en la que disponían de comida y agua para cuatro meses. Churchill dijo que «el gabinete está decidido a defenderles hasta el final»[32]. El primer ministro envió un cablegrama a Wavell en el que le decía: «En este momento no es posible pensar siquiera en ahorrar tropas o en no proporcionar armas a la población. Hay que librar esta batalla a toda costa, hasta sus últimas consecuencias»[33]. «El primer ministro está preocupado y furioso por la forma en que se están desarrollando los acontecimientos en el Extremo Oriente, —anota el rey el 3 de febrero—. No se ha fortificado con nada el flanco terrestre de Singapur, ni siquiera con dientes de dragón[34] y fortines ocultos en la frondosidad de la jungla. Esto es algo que podían haber hecho los soldados mismos. Un puñado de cañones de quince pulgadas que apuntan al mar no constituye ninguna defensa.»[35]

El 5 de febrero, Churchill propuso al gabinete que se le permitiera acudir personalmente a la India a fin de realizar una oferta de independencia al Partido del Congreso. La propuesta se llevaría a efecto en cuanto acabara la guerra, pero para ello sería preciso que suspendieran la campaña de desobediencia civil que habían puesto en marcha en octubre de 1940 y que se comprometieran a cooperar con los británicos y a contribuir a defender al subcontinente de los japoneses. A juicio de Cadogan, el plan era «brillantemente imaginativo y audaz», pero dada la situación reinante en Malasia, concluye, el primer ministro «debe permanecer en Inglaterra para encajar el golpe» en caso de que caiga Singapur, que remata el extremo de la península del mismo nombre[36]. El 10 de febrero, durante su almuerzo con el rey, Churchill le dijo al monarca: «Hemos de luchar contra los

japoneses por el honor de nuestra raza, del imperio y del ejército, sin pensar en escatimar nuestras tropas ni en dejar a la población al margen de los combates, ya que está compuesta por setecientas mil personas». «Cuando los japoneses desembarquen tenemos que acabar con ellos en los pantanos y en la jungla. No podemos permitir que la reputación de nuestro país y nuestro pueblo quede por los suelos mientras los rusos están devolviendo duramente los golpes que se les asestan y los efectivos que los estadounidenses han destacado en Luzón y en las Filipinas están presentando una feroz resistencia.» Pese a todo, Churchill reconocía que apenas contaba con tropas de reserva y que no podía enviar demasiadas unidades a ese frente, con lo que la situación resultaba claramente peligrosa. «Si cae Singapur, Winston está dispuesto a sufrir una larga serie de reveses en el Extremo Oriente, dado que no podemos enviar refuerzos a la zona de manera inmediata, —anota el rey—, y además tampoco sabríamos dónde colocarlos»**[37]**.

Mientras continuaba creciendo la inquietud por la suerte de Singapur, los alemanes pusieron en marcha la humillante Operación Cerbero, a la que los británicos terminarían conociendo con el nombre de la «Carrera del Canal de la Mancha». Entre los días 11 y 13 de febrero, el *Scharnhorst*, el *Gneisenau* y el *Prinz Eugen* partieron del puerto de Brest y remontaron el Canal de la Mancha sin que el Almirantazgo pudiese hacer nada para evitarlo, ya que Gran Bretaña no disponía de ningún acorazado en las costas meridionales de Inglaterra con el que plantarles cara. «Me temo, señor, —le dirá Pound por teléfono a un incrédulo y consternado Churchill—, que debo informarle de que los cruceros de combate enemigos deben de haber alcanzado ya la seguridad de nuestras aguas jurisdiccionales». El primer ministro permaneció en silencio un instante, y después preguntó: «¿Cómo es posible?». Pound comenzó a desgranar la letanía de errores que se habían producido, pero no pudo terminar porque Churchill, descorazonado, colgó el auricular**[38]**. Cadogan asegura que fue «el día más negro, hasta la fecha, de toda la guerra»**[39]**. Los ataques de la RAF, la Aviación Naval Británica**[40]**, la Marina Real y la artillería costera apenas habían conseguido otra cosa que provocar unos cuantos rasguños a las embarcaciones enemigas. Harold Nicolson sostiene que a la gente le angustió más que el

Scharnhorst y el *Gneisenau* hubieran salido prácticamente ilesos que la perspectiva de perder la plaza de Singapur: «No pueden soportar la idea de que los alemanes pasen con sus buques frente a la puerta de nuestras casas»[41].

Beaverbrook, a quien Churchill había confiado recientemente la cartera del recreado Ministerio de la Producción de Guerra, tardó muy poco en chocar de mala manera con Bevin y otros miembros del gobierno, por no mencionar que sus periódicos estaban promocionando abiertamente la formación del Segundo Frente y socavando la posición de los ministros más relevantes. Churchill llegó incluso a reñir con Clementine a causa de la designación de Beaverbrook. «Querido mío, —le escribe ella exactamente ocho días después de que Beaverbrook hubiera tomado posesión de su cargo—: Me avergüenza que mi violenta actitud haya conseguido añadir aún más peso a tus ya de por sí atroces angustias. Te pido por favor que me perdones. Te ruego que pienses si no sería mejor dejar a lord Beaverbrook enteramente fuera de tu reorganización ministerial […]. ¿Acaso no es mejor la hostilidad externa que la intriga, la traición y el cascabeleo[42] internos? […]. El mal genio y la conducta que me dices que está teniendo (lord B[eaverbrook]) provienen, a mi juicio, de la perspectiva de que surja una nueva personalidad de poder tal vez igual al suyo, al miedo de que aparezca alguien ciertamente equiparable en intelecto. Querido mío, trata de librarte de ese microbio que algunas personas temen haya pasado a tu torrente sanguíneo. Exorciza a ese Diablo de la Botella y juzga después si el aire que respiras no se vuelve más diáfano y más puro»[43]. La «nueva personalidad» a la que alude Clementine era *sir* Stafford Cripps, que había regresado al fin de Moscú y se había hecho inmensamente popular, ya que se le identificaba con los grandes sacrificios que estaba haciendo el Ejército Rojo. Pese a hallarse fuera del gobierno, Cripps se había convertido en el punto de confluencia de las esperanzas de todos cuantos tenían la sensación de carecer de voz —sobre todo en el ámbito de la izquierda— debido a que los laboristas formaban parte de la coalición de gobierno. Cripps había rechazado el Ministerio de Suministros que le había ofrecido Churchill, ya que prefería aguardar y cerciorarse de la fortaleza de su posición, que tal vez fuera lo suficientemente sólida como para desbancar al propio Winston

y ocupar su lugar. Y desde luego, tampoco podía decirse que fuera el único candidato que se postulara para el puesto. «Todo el mundo está furioso con el primer ministro, —escribe Chips Channon a raíz de la Carrera del Canal de la Mancha—. Predominan la rabia y la frustración. No estamos hablando de una irritación como la que se produjo tras la evacuación de Dunquerque, esto es CÓLERA […]; si los londinenses tuviesen sangre latina habría un levantamiento. Nunca he visto un estallido de ira tan violento como este […], se ha llegado a hablar incluso de constituir lo que se ha dado en llamar un “Partido de Centro”, formado por liberales, conservadores descontentos, etcétera, y con Beaverbrook a la cabeza.»**[44]**

Al día siguiente, Churchill ordenó al nuevo jefe del Mando de Bombardeo, *sir* Arthur Harris, conocido coloquialmente con los apodos de «Bert Harris» y «Bombardero Harris», que laminara la moral de los civiles alemanes —una tarea a la que el oficial de la RAF se aplicó con todo entusiasmo—. A principios de 1942 habían empezado a producirse unos grandes bombarderos cuatrimotores, pero Lindemann había dejado claro que los bombardeos nocturnos apenas causaban daños a los objetivos previamente establecidos, al menos si se los comparaba con los destrozos, mucho más precisos —aunque también más costosos—, que se obtenían con las incursiones aéreas diurnas. Churchill quería hacer dos cosas: en primer lugar, demostrarle a Stalin que Gran Bretaña estaba contribuyendo activamente a reducir los recursos que los alemanes pensaban enviar al Frente Oriental, y en segundo lugar, dejar bien patente a los propios británicos que su país sabía devolver los golpes. La suma de esas dos metas determinó que se ampliara la definición de lo que constituía un objetivo legítimo. Fábricas, cocheras ferroviarias, instalaciones portuarias, complejos industriales y otros equipamientos similares pasaron a incluirse así en la nueva gama de blancos de la aviación. La consecución del «desalojo» del enemigo mediante el bombardeo de los domicilios de los obreros no suscitó prácticamente ningún debate, al menos en esta fase de la guerra, de modo que nadie consideró que pudiera constituir un crimen de guerra. La necesidad de defender a Alemania de los bombarderos de Harris obligó al Tercer Reich a inmovilizar en suelo alemán una ingente cantidad de recursos bélicos —aviones de la *Luftwaffe* y efectivos humanos, entre

otros—, y a pesar de que la producción alemana de armas continuara creciendo hasta finales de la primavera de 1943, lo cierto es que no logró hacerlo, ni de lejos, al ritmo que habría podido permitirse de no haber sufrido el país la avalancha de bombardeos que se le vino encima[45].

A las cuatro de la tarde del domingo 15 de febrero de 1942 llegaba a la Oficina de Guerra la noticia de que el general Percival había entregado Singapur a los japoneses. Más de ochenta mil soldados de la Comunidad Británica de Naciones, entre los cuales se encontraban muchos australianos, cayeron prisioneros. «La India está desnuda, —anota el general John Kennedy—. Ceilán, base de la flota principal, desamparada. Se sigue combatiendo en las inmediaciones de Rangún […]. Australia (y las instalaciones navales de Port Darwin) también se encuentra relativamente indefensa.»[46] A las nueve de la tarde, en su mensaje radiado a la nación, Churchill no intentó minimizar la catástrofe. «Les hablo ensombrecido por los efectos de una dura derrota militar, de graves consecuencias, —se sinceró—. Es una derrota de Gran Bretaña y del imperio. Singapur ha caído. Se ha invadido toda la península de Malasia.»[47] Celebró, pese a todo, que Estados Unidos se hubiera incorporado al esfuerzo bélico:

> Es algo con lo que he venido soñando mucho tiempo, algo que he procurado conseguir, uno de los objetivos por los que he trabajado…, y ahora, al fin, se ha cumplido. Pero hay también otro hecho, una circunstancia que, en cierto modo, tiene efectos más inmediatos. Los ejércitos rusos no han sido derrotados, no han quedado despedazados. El pueblo ruso no ha sido conquistado ni aniquilado. No se ha tomado Leningrado ni Moscú. Los ejércitos rusos siguen en campaña […]. Estamos aquí, por tanto, ante dos realidades tremendas y fundamentales que en último término habrán de dominar la situación mundial y harán posible la victoria por caminos que antes no hubiéramos juzgado viables[48].

El primer ministro admitía implícitamente que, de lo contrario, Gran Bretaña no habría podido prevalecer.

«Esta noche los japoneses viven un triunfo, —prosiguió—. Gritan de júbilo, exultantes, en todo el mundo. A nosotros nos toca sufrir. Estamos desconcertados. Nos hallamos sometidos a una gran presión. Sin embargo, estoy seguro, aun en esta hora oscura, de que el veredicto que la historia

habrá de pronunciar y abatir sobre los autores de la agresión japonesa será el de “locura criminal”, y que los acontecimientos de 1942 y 1943 formarán parte de sus más tenebrosas páginas.»[49] «Nadie debe continuar subestimando la gravedad de los daños de la maquinaria bélica japonesa ni su eficiencia operativa», señaló, pese a que eso fuera, indudablemente, lo que él mismo había venido haciendo en el pasado[50]. En la conclusión de su discurso, Churchill trató de infundir nuevos ímpetus al espíritu de resistencia con el que sus compatriotas habían hecho frente a los bombardeos de 1940 y 1941. «Vivimos, por tanto, uno de esos momentos en que la raza y la nación británicas encuentran ocasión de mostrar sus cualidades y su genio […], uno de esos períodos de la historia en los que el país logra extraer de la amarga médula de la desdicha los impulsos vitales de la victoria. Ha llegado la hora de hacer gala de esa mezcla de calma y aplomo que, unidas a la más fiera determinación, consiguieron arrancarnos, en fechas aún recientes, a las fauces mismas de la muerte.»[51]

«A la gente no le han gustado demasiado sus manifestaciones, —reflexiona Nicolson—. La ciudadanía está demasiada nerviosa e irritable como para dejarse seducir por una hermosa fraseología. Pero ¿qué otra cosa podía decir?»[52] En la Cámara de los Lores, Hankey y Chatfield atacaron a Churchill por haberse reservado el ejercicio de un poder excesivo. «Es un error depender de un solo hombre, y más aún si es tan temperamental», anota el general Kennedy tras escuchar el discurso de Churchill, al que acusa de «carecer gravemente de conocimientos tácticos y buen juicio, pese a sus otras grandes cualidades»[53]. El primer ministro había subestimado terriblemente el ímpetu y la competencia de los japoneses, y había contribuido muy poco a proteger el imperio que tanto amaba. Ahora bien, ¿cabía deducir de ahí que debía destituírsele? Por esa misma época, Goebbels anota en su diario: «No hay nadie en toda Inglaterra que pueda sustituirle»[54]. Pero eso tampoco era totalmente cierto. Resultaba evidente que tanto Cripps como Beaverbrook habían empezado a maniobrar para conseguir el puesto, pero ninguno de los dos tenía el temple necesario para asestar el golpe a tan corta distancia de la última moción de confianza.

Pese al voto favorable y virtualmente unánime que había cosechado Churchill al término de ese debate parlamentario, las incesantes críticas

acabaron por hacer mella en su ánimo. El comandante Thompson observó en él «crecientes muestras de frustración y depresión. De hecho, él mismo dejó entrever a algunos de sus más próximos colaboradores que estaba pensando seriamente en pasar el testigo y dejar que otra persona asumiera sus responsabilidades»[55]. Le dijo por ejemplo al capitán Pim que estaba «cansado de todo, —y añadió que había empezado a sopesar la posibilidad de dimitir—. ¡Por Dios santo, señor!», exclamó Pim. «¡No puede usted hacer eso!»[56] Sin embargo, no se arrepentía de haber establecido las prioridades que había puesto sobre la mesa. Según argumentaba Kennedy, de haberse enviado a Singapur, en lugar de a Rusia, los cuatrocientos cincuenta aviones que Gran Bretaña había comprometido en el Frente Oriental, quizá se hubiera conseguido ralentizar el avance japonés[57]. No obstante, Churchill le comentó a Attlee: «Si la península de Malasia ha quedado desamparada para proteger a Libia y a Rusia, solo a mí ha de imputárseme la responsabilidad, pero volvería a hacer exactamente lo mismo»[58]. Churchill tenía la notable capacidad de distinguir entre los objetivos importantes, que sin embargo resultaban en último término secundarios, de aquellos otros provistos de una relevancia sencillamente crucial. Y el esfuerzo destinado a mantener a Rusia entre las potencias beligerantes pertenecía claramente a este segundo grupo. En una reunión del Other Club, H. G. Wells apostó cien libras con lord Camrose «a que los británicos iban a tardar más de tres años en recuperar Singapur»[59]. Y así fue[60], pero el hecho de que lo lograran o no era una cuestión de escaso relieve, al menos en comparación con la vital trascendencia de ayudar a los soviéticos a combatir a los nazis.

Churchill transmitió al rey la frustración que le producían las críticas dirigidas a su liderazgo. «Todo el asunto le irritaba sobremanera, —señala el monarca—, y compara la situación con la que se produciría si alguien tuviese que cazar un tigre rodeado al mismo tiempo de un enjambre de avispas enfurecidas»[61]. ¡Qué poco sabía el primer ministro que el soberano mismo compartía en cierto modo los zumbidos de ese avispero! Tras producirse la caída de Singapur y la Carrera del Canal de la Mancha, Jorge VI le había hecho a *sir* Alec Hardinge, su secretario privado, la siguiente petición: «Averigua lo que piensa la gente de todo esto y señálame

las claves del criterio que habré de seguir cuando reciba en audiencia al primer ministro. —Hardinge se entrevistó con Eden y Cranborne—. Ambos coinciden en asegurar —y se trata de una convicción que todo el mundo comparte— que Winston es la persona más adecuada, y de hecho la única, para capitanear al país mientras dure la guerra», le informará Hardinge al rey. «No obstante, crece también la sensación de que debido a sus innumerables preocupaciones, es muy posible que haya aspectos de la defensa que no estén recibiendo toda la atención que debieran. Y dado que los reveses se suceden, este sentimiento está convirtiéndose incluso en exasperación […]. La circunstancia de que la guerra se haya extendido al Pacífico está cargando sobre las espaldas [de Churchill] un peso superior al que cualquiera podría soportar.»[62]

El 17 de febrero, al hacer acto de presencia en la Cámara para anunciar la pérdida de Singapur y explicar lo sucedido en la Carrera del Canal de la Mancha, los parlamentarios recibieron a Churchill en medio de un completo silencio. «Sus señorías han dado muestras de acritud y desdén, —refiere Maisky—. No solo han dado una mala acogida a Churchill, también le han despedido con gestos de incomodidad. Nunca había visto nada parecido.»[63] Channon coincide con él. «Jamás había tenido noticia de que la Cámara pudiera abroncar a un primer ministro. ¿Conseguirá recuperar alguna vez su menguante prestigio? […]. Desde luego, nada de lo que ha emprendido o defendido ha acabado bien: los Dardanelos, la crisis de la abdicación, el Proyecto de ley de Gobierno de la India…»[64] La expedición de los Dardanelos se había emprendido veintisiete años antes, y sin embargo, cada vez que se tenía la impresión de que Churchill cometía un error, resurgía inmediatamente ese tema como sinónimo del baldón por antonomasia. «Al ver que el horizonte se cubre de problemas de notable envergadura, hay personas que pueden sucumbir a la fuerte tentación de hacerse hábilmente a un lado y colocar a otro en su lugar a fin de sea él quien reciba, en la proa de la nave, el embate de las olas, los enérgicos y reiterados golpes de mar que no solo sentimos, sino que presagian otros nuevos, —afirmó Churchill en los Comunes—. Yo no pretendo adoptar esa pusilánime conducta, sino todo lo contrario, continuar en mi puesto y perseverar en él con toda la determinación que el deber me exige.»[65] El

mes siguiente, durante una comida, Churchill le dirá a Robert Barrington-Ward, el director del *Times*: «Ya soy un hombre mayor. No me encuentro en la misma situación que Lloyd George, que tenía cincuenta y seis años, poco más o menos, al término de la última contienda. Es probable que yo cumpla los setenta antes de que esta acabe […]. Jamás ha habido nadie de mi edad que haya tenido que bregar con los desastres a los que yo he debido enfrentarme»[66]. Barrington-Ward asegura, sin embargo, que no había nada en él que evocara la vejez cuando pronunció esas palabras.

El 19 de febrero, con el fin de calmar los ánimos de la opinión pública y de conservar su puesto de ministro de Defensa —y quizá también para distraer la atención de la reciente avalancha de malas noticias—, Churchill puso en marcha una nueva y exhaustiva remodelación gubernamental. Se convenció a Cripps de que aceptara formar parte del ejecutivo en calidad de lord del Sello Privado y líder de la Cámara de los Comunes. Con una maniobra destinada a allanarle el terreno como crítico sincero del gobierno y primer ministro *in pectore* —o eso esperaba él al menos—, Beaverbrook presentó la dimisión y abandonó la titularidad de la cartera de Producción de Guerra, aduciendo «problemas de salud», tras solo quince días al frente de dicho Ministerio, y fue sustituido por el empresario Oliver Lyttelton. «¡En una guerra no se dimite!, —le había dicho Churchill sin ambages a Beaverbrook—. ¡Solo la muerte o el despido justifican el abandono!»[67] Pese a todo, Beaverbrook se reafirmó en su voluntad de dimitir, comportándose en este sentido tal y como había hecho el propio Churchill en noviembre de 1915. Andando el tiempo, el secretario del gabinete, Edward Bridges comentará que «rara vez en toda mi vida habría de verme en una situación tan chocante como la que se produjo en el último encuentro entre el Castor [Beaverbrook] y Winston […]; se insultaron como un par de pescaderas»[68]. No obstante, como observa Ian Jacob, «Churchill podía permitirse el lujo de prescindir de Beaverbrook, pero no le convenía en absoluto dejar escapar a Ernest Bevin[69]»[70]. Pese a los malos modos, al mes siguiente Churchill proponía a Beaverbrook el puesto de embajador en Washington —sin decirle nada a Halifax—. Sin embargo, el interesado rechazó el ofrecimiento.

Al haber ostentado el cargo de ministro de la Guerra durante ese encadenamiento de desastres, Margesson tuvo que asumir la responsabilidad de los mismos. La carta que le envía Churchill para comunicarle la noticia es un modelo paradigmático de este género de escritos. «Mi querido David, —comienza el primer ministro—: Lamento mucho decirte que la reorganización de gobierno que la presión de los acontecimientos y la opinión pública han hecho necesaria me ha inducido a efectuar cambios en tu Ministerio […]. Has desempeñado el cargo extremadamente bien […]. Espero que permanezcamos en contacto, y te animo a que me concedas de cuando en cuando el beneficio de tu buen consejo»[71]. La respuesta de Margesson discurrió por cauces igualmente corteses: «Ojalá que mi partida te facilite las cosas y alivie en cierta medida la casi insostenible carga que soportas. Detesto abandonar la Oficina de Guerra. Pero ¿qué importan los sentimientos personales en días como los que nos toca vivir?»[72]. Su sustituto fue el muy competente *sir* James Grigg, que permanecería en el puesto hasta el final de la contienda.

Se le confió a Attlee el recién creado cargo de vice primer ministro, y también asumió el puesto de secretario de estado para Asuntos de los Dominios. Esto significaba que, en lo sucesivo, debería presidir las reuniones del gabinete cada vez que Churchill se encontrara de viaje. Se apartó a Dalton del Ministerio de Economía de Guerra y se asignó el cargo a lord Wolmer (que una semana más tarde heredaba el título de conde de Selborne). Lord Cranborne se convirtió en ministro de las Colonias y en líder de la Cámara de los Lores. Nicolson señalará que ambas medidas, la de Wolmer y la de Cranborne, suponían «la reincorporación de las clases altas» a la vida política[73]. De hecho, al retirarse Arthur Greenwood y dejar *sir* Kingsley Wood el Gabinete de Guerra, el número de miembros de este último organismo se redujo de nueve a siete: Churchill, Attlee, Eden, Cripps, Anderson, Bevin y Lyttelton. John Reith abandonó por completo sus tareas de gobierno, feliz de poder zafarse de «Churchill y toda su corrupta camarilla», según él mismo anota en su diario[74].

«[Winston] ve el futuro con mucho pesimismo, —señala el rey tras almorzar con Churchill el 24 de febrero—, ya que no encuentra el modo de reforzar suficientemente ninguno de los frentes que tenemos repartidos por

el mundo. La situación de nuestros buques nos impide desplazar a más de tres divisiones por año, cuando nos gustaría despachar diez […]. Es muy posible que Birmania, Ceilán, las poblaciones indias de Calcuta y Madrás, y parte de Australia, caigan en manos enemigas. ¿Lograremos mantenernos unidos frente a tantísimas adversidades? Hemos de hacerlo, sea como sea. Me doy perfecta cuenta de que Winston se resiente de la tensión […]. Le he dicho que el país entero le secunda. Pero él piensa que es porque no existe otra alternativa»[75].

A principios de marzo, Churchill nombró a Brooke como sustituto de Pound en la presidencia del Comité de jefes de Estado Mayor. Pound no había desempeñado bien su cometido durante la Carrera del Canal de la Mancha, y además estaba empezando a padecer narcolepsia —aunque a pesar de ello no se le apartó del puesto de primer lord del Mar—.[76] Churchill encontró la forma de darle amablemente la noticia. «No estás en la misma posición que los otros dos jefes de Estado Mayor, puesto que tú tienes a tu cargo el control de la guerra naval en toda su extensión geográfica, te hallas en contacto directo con el enemigo y eres en realidad un supercomandante en jefe, —le explica en su carta—. Sabes muy bien que tengo la mayor confianza en tu buen juicio y en tu capacidad para encabezar la flota.»[77]

«Al pobre primer ministro se le está agriando el carácter y se le ve mal aspecto, —apunta Cadogan el 4 de marzo—. No creo que se encuentre bien, y me dicen que está agotado.»[78] Y al día siguiente añade: «Me da pena Winston, al que afecta en lo más hondo la presente situación y los ataques que se le lanzan. Me temo que está perdiendo pie». Esa noche, durante la cena, celebrada en el Hotel Claridge, todos los miembros del grupo de comensales, formado, entre otros, por el general Kennedy, Robert Skelton, el director editorial del *Daily Telegraph*, y *sir* Archibald Rowlands, subsecretario permanente del Ministerio de Producción de Aviones, coincidieron en señalar que «Winston está acabado. —Dando muestras de escaso patriotismo, Skelton añadió—: Casi me entran ganas de que se produzca otro gran desastre porque eso daría la puntilla a Winston»[79]. Hankey, que apuraba su última jornada en el gobierno, le dijo a Kennedy: «Todo el mundo tiene la sensación de que Winston es un apostador que

pierde en cada envite»[80]. Churchill era consciente de la precariedad de su posición, tanto es así que en una ocasión le dirá a Malcolm MacDonald, hijo del que fuera primer ministro: «Soy como el piloto de un bombardero. Salgo a luchar noche tras noche, pero sé que de una incursión no habré de regresar»[81].

Es por consiguiente erróneo pensar que las cúpulas jerárquicas de la nación británica respaldaron con todo entusiasmo el desempeño de Churchill como primer ministro en los peores días de la segunda guerra mundial, ya que lo cierto es que se limitaron a tolerar su actuación por el doble motivo de que carecían de una alternativa viable y de que Churchill seguía gozando de una gran popularidad entre las masas. Esas mismas altas esferas también se negaron a reconocer que muchas de las derrotas que se le atribuían eran en realidad una consecuencia directa de que nadie hubiera acertado a escuchar las advertencias que había estado exponiendo a lo largo de la década de 1930 y de que tampoco se hubieran tenido en cuenta sus propuestas de rearme. Y en el fondo, lo que no le perdonaban era que se hubiera demostrado que estaba totalmente en lo cierto al denunciar la política que habían abanderado como panacea en esos años: la basada en la adopción de medidas de apaciguamiento.

El 7 de marzo, Rangún cayó en manos del imperio nipón, de modo que la amenaza japonesa empezó a gravitar muy seriamente sobre la India. Australia, que había perdido un gran número de soldados en Singapur, no solo se negó a enviar nuevas tropas a Birmania sino que exigió el regreso de todas las que se encontraban desplegadas en el Oriente Próximo, ya que el gobierno temía una invasión de su territorio, sobre todo después de asistir, el 19 de febrero, al terrible bombardeo del puerto de Darwin, situado en sus costas septentrionales. Ahora se tenía además la impresión de que Malta no iba a poder resistir mucho más, puesto que las potencias del Eje la estaban sometiendo a una intensa campaña de bombardeos. Auchinleck seguía negándose a atender a los llamamientos de Churchill, que le exigía reanudar cuanto antes la ofensiva en el desierto; había una acuciante escasez de transportes navales; y en sus cablegramas, Roosevelt no solo parecía haber

empezado a poner en cuestión la política de «Alemania primero», sino que había dado en considerar dudosamente aconsejable el ataque que Churchill había propuesto lanzar en el África Septentrional Francesa —conocida en ese momento con el nombre en clave de Operación Gimnasta.

Fue en ese contexto cuando el primer ministro británico tomó la decisión de publicar un artículo en el *Sunday Dispatch* titulado: «¿Hay hombres en la luna?»[82]. Se trataba en realidad de una reflexión que había redactado antes de que estallara la guerra. En ese escrito predecía el inicio de una serie de «viajes por el espacio, efectuados en naves capaces de transportar víveres y oxígeno, tanto a la luna como a los planetas más próximos. —Churchill señala asimismo—: La impresión que me causa el éxito que está alcanzando nuestra civilización en la Tierra no es lo suficientemente intensa como para inducirme a pensar que nos encontremos en el único punto de este inmenso universo susceptible de albergar seres vivos inteligentes, o que seamos la expresión del máximo nivel de desarrollo mental y físico que jamás hayan contemplado las vastas extensiones espacio-temporales del cosmos»[83]. Al parecer, a nadie se le ocurrió preguntar qué motivo podía haber animado a Churchill, en esta precisa y particular coyuntura de la guerra, a publicar artículos centrados en las características de los planetas exteriores al sistema solar o en la cuestión de la existencia o inexistencia de vida inteligente en otros rincones del universo. Resulta obvio que se trataba, en muchos aspectos, de una persona profundamente impredecible y ajena a lo convencional.

Tanto preocupaba a Churchill el hecho de que «la gente estuviera enviando mensajes capaces de provocar desesperanza, alarma y confusión» que, en marzo de 1942, llegaría a sopesar incluso la posibilidad de imponer alguna forma de censura interna, decidido a aplicarla en primer lugar al *Daily Mirror*, cuyas especulaciones sobre la orientación de las futuras operaciones militares no andaban lejos de constituir una amenaza para la seguridad nacional. «Hemos de hacer frente a este problema, —le dirá Churchill a sus colegas—. Hay que censurar la expresión de todas aquellas opiniones que minen la moral de la nación […]. Para ello, el parlamento ha de dotarnos de nuevos poderes —muy pocos juzgarán apropiado votar en contra de esta medida—. Lo que se está produciendo ahora mismo es una

desintegración [sic] de la moral.»[84] Cripps se mostró de acuerdo con Churchill, y Grigg dijo que era estrictamente necesario censurar todos los mensajes que pudieran socavar la moral del ejército. Brooke, sin embargo, aseguró que esos planteamientos despertaban en él «la mayor de las alarmas», dado que podían enajenarle al gobierno el favor de la prensa[85]. Churchill añadió que quería ejercer un «control más eficaz, tanto sobre la prensa», como sobre los «mensajes que entran y salen del país». Al final, la propuesta quedó en agua de borrajas, pero es un claro síntoma de la enorme ansiedad que producía en Churchill la frágil situación que atravesaba en ese momento la moral nacional.

Churchill no tardó en comprender que le iba a resultar imposible acudir en persona a la India para convencer al Partido del Congreso de que debía abandonar su campaña contra los británicos y concentrarse en defender al subcontinente de la amenaza japonesa. Se optó así por enviar a Cripps, a quien se le encargó la misión de organizar una serie de conversaciones con Mohandas Gandhi. El Partido del Congreso rechazó tanto esa propuesta como cualquier otra que pudiera permitir a Gran Bretaña mantener siquiera un atisbo de vinculación constitucional con la India, aun en el caso de que se tratara de una prolongación parcial de la tutela aún vigente. El 9 de agosto, se intentó cercenar esa postura dictando el encarcelamiento de Gandhi y los líderes del Partido del Congreso, y, al mismo tiempo, los ejércitos británico e indio hacían los máximos esfuerzos para mantener a los japoneses lejos de las puertas de la India. El rey nunca había puesto un pie en la India, pero sentía una profunda preocupación por la situación que reinaba en ese país. «Es como un taburete de tres patas, —le explicó Churchill—. Lo forman la región del Indostán, junto con el Pakistán y los estados principescos[86]. Las dos últimas patas, al estar integradas por minorías, permanecen sujetas a nuestro control.»[87] Sin embargo, ese no era precisamente el plan que Gandhi tenía previsto concretar. El 24 de mayo dijo: «Si dejan a la India en manos de Dios, o la libran, por decirlo a la moderna usanza, a la anarquía, descubrirán que esa anarquía puede desembocar en una lucha intestina, llamada a prolongarse durante un tiempo, o degenerar en la desatada acción de los bandidos dacoit[88]. Y de ese caldo de cultivo vendrá a surgir una India verdadera que sustituirá a la

falsa que hoy tenemos ante los ojos»[89]. Churchill no estaba dispuesto a condenar al subcontinente a deslizarse por la pendiente del estrafalario dictamen de Gandhi. De hecho, tampoco había coincidido con el consejo que Gandhi había dado a los británicos durante los bombardeos aéreos de Londres: «Inviten a Hitler y a Mussolini a coger cuanto quieran de los países que ustedes consideran posesiones suyas. Permítanles apoderarse de su hermosa isla y de sus numerosos y bellos edificios. Les entregarán todo eso, pero no su mente ni su alma»[90].

Pese a que los británicos no sintieran excesivas ganas de seguir las indicaciones que les ofrecía el Mahatma, podrían haber admitido al menos que sus sugerencias coincidían coherentemente con las que ya antes había dirigido a los etíopes, a los que había animado a «dejarse degollar» por los italianos, puesto que, «a fin de cuentas, Mussolini no quería un desierto»; o aun con la propuesta que había ofrecido a los judíos alemanes tras las atrocidades de la Noche de los Cristales Rotos al decirles que si se hubieran limitado a abrazar su filosofía de la no violencia, «lo que hoy se ha convertido en una degradante cacería de seres humanos, podría haberse transformado en la sosegada y resuelta resistencia de un conjunto de hombres y mujeres desarmados pero provistos de la fuerza que proporciona la capacidad de sufrimiento que en ellos ha puesto Jehová», y eso habría obligado a las SS a «valorar la dignidad humana»[91]. En mayo de 1940, Gandhi le había comentado a un amigo: «No creo que Hitler sea tan malvado como lo pintan. Está demostrando poseer una habilidad pasmosa, y parece que consigue sus victorias sin excesivo derramamiento de sangre»[92]. En la última carta que habrá de dirigir al *führer*, en diciembre de 1941, Gandhi elogia la «bravura [y] la devoción a la patria» del líder nazi. «Y [aquí] tampoco creemos, —añade—, que sea usted el monstruo que describen sus oponentes»[93]. Gandhi tuvo no obstante la buena fortuna de que fuese el virrey quien gobernase por entonces la India y no Hitler, puesto que el consejo que había dado el *führer* a Halifax durante el encuentro que ambos habían mantenido en Berchtesgaden en 1937 había sido muy claro: «Péguenle un tiro a Gandhi»[94].

El rey se hace eco en su diario del júbilo que invade a Churchill el 10 de marzo al enterarse de que los estadounidenses se disponían a enviar divisiones a Australia y a Nueva Zelanda «a la mayor brevedad, lo que significa que las grandes unidades australianas y neozelandesas podrán permanecer en el Oriente Próximo, y eso a su vez nos permitirá evitar el envío de algunos barcos. Esta iniciativa de los estadounidenses es magnífica»**[95]**. A continuación, Churchill hace referencia al hecho de que se hubiera puesto al general Douglas al mando de las operaciones de Australia y añade: «Ahora podremos dejar esa parte del Pacífico a Estados Unidos mientras nosotros nos concentramos en el Océano Índico y la zona de Ceilán […]. Lo más importante es tener en cuenta que no debemos pelearnos con Estados Unidos por cuestiones relacionadas con los detalles estratégicos»**[96]**.

El domingo 15 de marzo, Churchill invitó a comer a Maisky a Chequers, ya que sabía que el embajador soviético debía transmitirle un mensaje de Stalin —y en él pudo leer que el presidente ruso le aseguraba que el de 1942 podía ser un año decisivo para el curso de la guerra—. «El primer ministro, enfundado en su habitual mono de trabajo, me saludó con actitud jovial y amistosa, disculpándose por presentarse con ropa de casa, —anota Maisky—. Al haber sufrido ese mismo día una operación menor**[97]**, le había sido imposible regresar a la ciudad y no había tenido más remedio que recibirme en su domicilio.»**[98]** Eden estaba presente, así que los tres estudiamos la situación de los estados bálticos teniendo en cuenta que Estados Unidos se había negado a reconocer la anexión a la que había procedido la URSS. Al preguntarle Maisky qué pensaba de la afirmación que había hecho Stalin respecto al año 1942, «el rostro de Churchill se ensombreció de inmediato. Se encogió de hombros y afirmó con una leve irritación: “No veo por qué tendría que ser decisivo”»**[99]**. El primer ministro señaló que, por más que Rusia se sintiera más fuerte en 1942 que en 1941, él «se notaba en cambio más débil. El año pasado tuvimos que luchar contra dos grandes potencias, y este hemos de combatir a tres. —Después, Churchill sacó a colación los temas de la prensa, el parlamento y la producción—. Acto seguido surgió un largo intercambio de opiniones, muy animado y, a ratos, acalorado incluso», sobre la apertura de

un Segundo Frente, aunque sobre ese asunto, «el primer ministro se negó resueltamente a hacer comentarios concretos»[100].

Al volver a centrarse la conversación en la India, Maisky señala que su anfitrión

> respondió con muestras de considerable rabia e irritación. «Cripps no va a poder hacer nada allí, —afirmó tajante […]—. En general, no puede decirse que los indios constituyan una nación histórica. ¿Qué pueblo no les ha conquistado? Todo el que llegaba a la India desde el norte se adueñaba de ellos. Rara vez en toda su historia han disfrutado los indios de una verdadera independencia […]. Estoy dispuesto a desentenderme de la India en este mismo instante […]. ¿Pero qué ocurriría entonces? […]. Si nos marchamos estallarán combates en cualquier otra parte, y habrá una guerra civil. Al final, los musulmanes se harán los amos, porque son un pueblo guerrero, mientras que los hindúes solo saben parlotear. ¡Sí, parlotear!»[101] Maisky llegó a la conclusión de que Churchill parecía sumido en una suerte de «estado crepuscular»[102], y recuerda haberle oído decir: «No seguiré mucho tiempo en este mundo […]. Pronto me veré reducido a cenizas»[103].

Maisky también le dijo a Churchill que a Rusia no le sorprendería que los alemanes recurrieran al gas venenoso en su siguiente ofensiva. En respuesta, el primer ministro le dijo al Gabinete de Guerra que, a su juicio, Gran Bretaña debía «dar al hecho de que [Alemania] empleara el gas contra Rusia la misma consideración que se si se hubiera recurrido a él para atacar [a Inglaterra], lo que significa que tendremos que tomar represalias y hacer causa común con Rusia en este asunto, además de plantearnos la posibilidad de disuadir a Alemania de recurrir a ese arma anunciando precisamente nuestra postura, aunque […] si Stalin quiere que procedamos de ese modo, no solo tendremos que lanzar una amplia campaña de aviso a la población y prever una emergencia que requiera el uso de máscaras, sino instar a la ciudadanía a renovarlas y a utilizarlas adecuadamente a diario»[104]. En opinión de Brooke, esas medidas exigían «establecer detalladamente qué reservas tenemos. Si las ponemos en marcha deberemos tener las existencias cubiertas al cien por cien». En realidad, Gran Bretaña no llegaría a plantear esa amenaza, y, de hecho, en toda la segunda guerra mundial no se haría uso del gas, al menos no en el campo de batalla.

«Aquí le envío unas cuantas reflexiones de este estratega aficionado, —le comenta por cable Roosevelt a Churchill el 18 de marzo—. No tiene sentido pensar un solo segundo más en Singapur o en las Indias Orientales

Neerlandesas. Se han perdido. Es preciso conservar Australia a toda costa, y […] nosotros estamos dispuestos a ocuparnos de eso. La India debe preservarse, y serán ustedes quienes tengan que hacerse cargo de esa tarea […], también creo que pueden mantener Ceilán […]. Ustedes han de defender Egipto, el Canal de Suez, Siria, Irán y la ruta al Cáucaso.»[105] Y es que, en efecto, Roosevelt quería que Churchill aceptara el principio de que los británicos se responsabilizaran de todos los territorios situados al oeste de Singapur —ese «Gibraltar de Oriente», como se le había llamado en una ocasión—, mientras Estados Unidos se concentraba en el Pacífico[106]. «Sé que no le importará que le hable con brutal franqueza si le digo que estoy convencido de que puedo manejar personalmente a Stalin mejor que su Ministerio de Asuntos Exteriores o mi Departamento de Estado, —prosigue el presidente estadounidense—. Stalin detesta las agallas de la gente que tiene usted en la cúpula. Cree que conmigo le irá mejor, y espero que continúe convencido de ello.»[107] En realidad, Stalin tenía en una consideración muy similar a ambos líderes capitalistas.

«Ahora mismo lo estoy pasando extremadamente mal, —le confiesa Churchill a Smuts—, pero debemos tener presente que ahora las cosas van mucho mejor que hace un año, cuando estábamos completamente solos. No hemos de perder nuestra capacidad de actuar con audacia, y menos aún en las temporadas más lóbregas»[108]. Ese mismo día, tras escapar a la acción de los bombarderos alemanes, dos barcos mercantes, el *Talabot* y el *Pampas*, llegaban al fin a las costas de la hambrienta Malta, que el anterior mes de diciembre había encajado ya nada menos que mil incursiones aéreas. Gracias a los dos buques la isla pudo aprovisionarse y continuar la lucha, pese a que las cinco mil toneladas de suministros que se acababan de recibir apenas representaran la quinta parte de las veintiséis mil que habían partido de Egipto y desaparecido por el camino. «La recompensa justificó el alto precio que habíamos pagado, —escribe Churchill en sus memorias de guerra—. Reavituallada y reabastecida de municiones y pertrechos vitales, Malta recuperó las fuerzas y volvió a ocupar una posición dominante en el centro del Mediterráneo.»[109]

El 30 de marzo, Brooke le dijo al Gabinete de Guerra que la invasión alemana de Rusia podía acabar costándole dos millones de bajas al Reich.

«Esto es algo que nos ha caído del Cielo, nosotros no hemos tenido nada que ver, —dirá Churchill al respecto—. Es imposible que la guerra termine en 1942; siendo muy optimistas podríamos ponerle fin en 1943.»[110] A Churchill no le faltaban críticos en la Oficina de Guerra, pero era muy frecuente que quienes se le oponían esgrimieran opiniones contradictorias al intentar precisar la naturaleza de su presunta incompetencia estratégica. El 1 de abril, Brooke anota en las páginas de su diario: «Cada vez estoy más convencido de que, si no la controlamos de un modo muy distinto y la libramos con más determinación, vamos a perder esta guerra»[111]. Brooke achacaba la culpa de ese estado de cosas al hecho de que todos los políticos revelaran ser muy malos estrategas, una circunstancia que además se veía agravada por otra deficiencia: la de que «el gobierno solo contara con un único pez gordo y de que este hubiera demostrado ser un serio peligro en muchos aspectos». El general John Kennedy criticaba a Churchill por haber tomado la decisión de reforzar Singapur en vez de Rangún, y señala que, «de haber actuado en Trípoli en lugar de en Grecia, se habrían podido evitar todos los problemas que estamos teniendo ahora mismo en el Mediterráneo». No obstante, cinco días más tarde, el propio Kennedy anota que no habría sido posible defender Rangún, ya que no se contaba con cobertura naval, a lo que aún añade: «Es muy posible que la intervención en Grecia obligara a retrasar las operaciones alemanas en Rusia lo suficiente como para que la balanza se inclinara en su contra este pasado otoño»[112].

El 2 de abril, durante un almuerzo con Eden, Harriman e Ismay, alguien sugirió a Churchill que abandonara el Ministerio de Defensa por razones de salud. «Winston ha dejado meridianamente claro que no [tiene] la menor intención de hacerlo», apunta Eden, dado que «considera que su posición es idéntica a la de Roosevelt en tanto que director único de la contienda»[113]. No obstante, en privado, Eden escribe: «Eso no es lo que el país quiere, y tampoco está consiguiendo buenos resultados». Si tenemos en cuenta todas estas posiciones, y el hecho de que incluso estos tres firmes partidarios suyos hubieran empezado a plantearse la posibilidad de que el primer ministro renunciara a la suprema jefatura de la guerra en la que se hallaba inmersa Gran Bretaña, resulta evidente que las amenazas políticas que se cernían sobre Churchill en este período eran realmente serias. Así expone la

situación Eden en su diario: «La conducción cotidiana de la guerra se halla exclusivamente en manos de Winston y los jefes de Estado Mayor. Estos últimos, —prosigue—, están siempre más que dispuestos a aceptar una solución de compromiso, en lugar de someter a debate unas decisiones que deberían ser conjuntas, y, por otra parte, el juicio de Winston, cuyo fundamento nadie comprueba, no es en modo alguno infalible». Esta es una afirmación injusta: los jefes de Estado Mayor verificaban periódicamente la viabilidad de las ideas más desencaminadas del primer ministro, pero Eden estaba sopesando la posibilidad de conspirar con Lyttelton y Cripps cuando este último regresara de la India. Eden quería hacer el intento de obligar a Churchill a tomar las decisiones de un modo más colegiado, pero aceptaba que la «dificultad estriba en el muy probable hecho de que Winston sea constitucionalmente incapaz de trabajar de otra forma»[114].

Eden era el lugarteniente de Churchill, su más estrecho aliado y su heredero político, pero es obvio que también él se sentía enormemente frustrado por la circunstancia de que el primer ministro tuviera la generalizada costumbre de no delegar el poder. «La verdad es que me inquietan sobremanera los actuales métodos de librar la guerra, y no tengo del todo claro qué es lo que debería hacer», se quejará Eden a Cranborne, su más íntimo amigo político.

> No hay una mejora real, no ha aumentado el orden desde que se produjera el cambio. Winston sigue asumiendo por entero todo lo relacionado con la vertiente militar del conflicto —aun en contacto con los jefes de Estado Mayor—. No sería gran motivo de asombro si los resultados fueran buenos, ¡pero no lo son! […]. Lo que me preocupa es que el público piensa que yo mismo, y algún otro miembro del Gabinete de Guerra, supongo, somos quienes dirigimos esta guerra, y no es así en absoluto. Ni siquiera es el Comité de Defensa el que asume esa tarea […]. Sigo creyendo que la mejor forma de pilotar esta guerra es constituir un pequeño gabinete de cuatro o cinco personas dispuestas a reunirse a diario, pero no creo que Winston acepte jamás esa alternativa. Debo decir que, en términos generales me siento muy desdichado […]. Sin embargo, mis colegas parecen contentarse a la perfección con este estado de cosas y, en cualquier caso, no he querido hablar con ellos sobre el particular sin haberlo hecho antes con Winston, cosa que me propongo hacer la semana próxima. Tengo realmente la sensación de que va a ser preferible quedar fuera del gobierno a tener que aceptar continuamente la responsabilidad de unas decisiones en las que no he intervenido para nada[115].

Esto significa que hasta el mismo Eden estaba planteándose activamente la posibilidad de convertirse en una voz independiente con capacidad para criticar desde fuera al gobierno, ya que así quedaría inmunizado frente a toda posible exigencia de responsabilidades por las derrotas que pudieran producirse en el futuro y continuaría contándose entre los candidatos con más posibilidades de hacerse con el puesto de primer ministro en caso de que Churchill acabara cayendo.

En marzo y abril, Churchill utilizó la información que había conseguido espulgar entre los mensajes que decodificaban con el sistema Ultra los técnicos de Bletchley Park —que no tenían ningún problema en penetrar los códigos alemanes cuyo origen no fuera naval— para tratar de convencer a Auchinleck de que Rommel tenía bastantes menos tanques de lo que le aseguraba el personal de sus propios servicios de inteligencia. Sin embargo, Churchill había malinterpretado los textos desencriptados (dado que las cifras hacían referencia a la cantidad de blindados presentes en ciertas zonas, no al total de carros de combate disponibles), y así se lo reconoció a Auchinleck a finales de abril[116]. En los siete meses siguientes, aparentemente escarmentado, Churchill dejó de recurrir a los textos descifrados que hacían referencia a la situación del desierto occidental. Sin embargo, la constatación de su error no le animó a revisar la menguante opinión que le merecían las cualidades de Auchinleck como estratega, por más que le admirase como persona. De hecho, Churchill había comenzado a ponderar la posibilidad de sustituirle por el general Harold Alexander, que no solo procedía de una familia aristocrática, como él mismo, sino que era antiguo alumno de Harrow y pintor aficionado, por no mencionar que también había recibido condecoraciones al valor durante la Gran Guerra y que se había distinguido en las campañas de Dunquerque y Birmania.

El 9 de abril, caían prisioneros treinta y cinco mil soldados estadounidenses en la península de Bataán, en las Filipinas, en la más grande rendición jamás registrada en la historia de Estados Unidos. Este tipo de vastos reveses preocupaban mucho a Churchill, que temía que los estadounidenses se desentendieran del principio de «Alemania primero» y

optaran por concentrar sus esfuerzos en derrotar al Japón. Al día siguiente se presentaban en Londres George Marshall y Harry Hopkins para entregar a Churchill un documento al que acabaría conociéndose con el nombre de «Memorando de Marshall». Lejos de apartarse de la política de «Alemania primero», el texto contenía una triple propuesta: en primer lugar, la Operación Redada (u *Operation Roundup*), una gran ofensiva angloamericana cuya realización estaba prevista para el año 1943, aunque en una fecha aún sin determinar (en último término, el plan recibiría el nombre de Operación Overlord y se llevaría a efecto el Día D, con el desembarco en Normandía de 1944). En segundo lugar, la Operación Mazo (*Operation Sledgehammer*), una acción de menor envergadura que debía correr básicamente a cargo de los británicos y que consistía en el establecimiento de una cabeza de playa y en la posterior penetración en el noroeste de Francia, todo ello con el fin de tomar Cherburgo o Brest en 1942 (la Operación Mazo se había concebido como respuesta de emergencia, y su ejecución se produciría únicamente en caso de que se tuviera la impresión de que Rusia se hallaba al borde de la capitulación). Y en tercer lugar, se sugería asimismo la materialización de la Operación Bolero, pensada para enviar un gran contingente militar a Gran Bretaña como requisito previo para la concreción de cualquiera de las dos iniciativas anteriores.

Churchill y Brooke tenían serias reservas respecto a la conveniencia de la Operación Mazo, ya que no solo creían que resultaría facilísimo frenar cualquier ataque que tuviese como escenario la península de Cherburgo, sino que estaban convencidos de que los rusos no iban a enviar para una acción de ese tipo el número de divisiones que esperaban los estadounidenses, ya que los soviéticos las necesitaban en su propio suelo. Por su parte, Churchill quería llevar a cabo una empresa diferente, denominada Operación Júpiter si se desarrollaba en Noruega, y Operación Gimnasta si el despliegue tenía lugar en el norte de África. Sin embargo, los británicos no podían permitirse el lujo de rechazar sin más las ideas de Marshall, ya que no solo estaban entusiasmados con la idea de que los estadounidenses enviaran tropas para proteger Gran Bretaña en el marco de la Operación Bolero, sino que querían preservar la política de «Alemania

primero». Churchill y Brooke querían dejar la Operación Redada para una fase muy posterior de la guerra. Era por tanto imperativo proceder con mucha delicadeza en la negociación. En último término, la estrategia occidental se establecería gracias a la interacción entre los dos capitanes políticos, Roosevelt y Churchill, y sus máximos oficiales de Estado Mayor, Marshall y Brooke. Además, la elaboración de buena parte de las líneas maestras de esa táctica ha de entenderse a la luz de la colaboración que lograron establecer entre sí esos cuatro hombres, sobre todo al abordarse la determinación de la fecha más oportuna para desatar el decisivo ataque al otro lado del Canal de la Mancha, dado que todos ellos habrían de mantener puntos de vista cambiantes en el transcurso de sus encuentros sucesivos. No obstante, Churchill y Brooke sabían que, en ese momento, Marshall quería lanzar la gran ofensiva cuanto antes, pero Roosevelt no compartía esa opinión[117].

Hopkins pasó el fin de semana del 11 y 12 de abril en Chequers, invitado por Churchill. A las tres de la mañana del domingo, Roosevelt les hizo llegar un telegrama en el que criticaba la ruptura de las conversaciones que habían venido manteniendo Cripps y Gandhi: «La causa del punto muerto al que se ha llegado ha sido la poca disposición del gobierno británico a conceder el derecho de autogobierno a los indios […] durante la guerra»[118]. Roosevelt sugería que Churchill «instalara de manera inmediata un ejecutivo nacionalista, similar en lo esencial a la forma de gobierno que nosotros mismos adoptamos al amparo de los Artículos de la Confederación» de 1781. A Churchill le ofendió este planteamiento, ya que entendió que se trataba de una injerencia injustificada de Estados Unidos en los asuntos imperiales de Gran Bretaña. Según las notas que garabateaba Hopkins en el transcurso de las reuniones, «Churchill se negó a hacer suya una medida que podía sumir al subcontinente entero en la más absoluta confusión, y precisamente en el momento en que el invasor japonés se encontraba a sus puertas»[119]. Como alternativa a la petición estadounidense, Churchill se ofreció nada menos que a dimitir, «por si eso pudiera contribuir, en la medida que sea, a aplacar a la opinión pública norteamericana». La perspectiva de que lo estuviera proponiendo en serio suscita verdaderamente muchas dudas, aunque también es cierto que más

tarde afirmó que si el gabinete no le hubiese apoyado en el tema de la India, clave de bóveda del imperio, «no habría vacilado un instante en liberarme de mi carga, que en ocasiones parece superar la resistencia de cualquiera»[120].

Fuera como fuese, al elaborar su respuesta, Churchill escogió con gran cuidado sus palabras. «Ya sabe usted el gran peso que concedo a todo cuanto me dice, —dice a modo de introducción—. La sola idea de que pudiese surgir entre usted y yo alguna diferencia seria me partiría el corazón, y no hay duda de que perjudicaría gravemente a nuestros dos países, máxime ahora que nos hallamos en lo peor de esta terrible tempestad.»[121] (Después de la guerra, Churchill modificaría un tanto su criterio, ya que quedó convencido de que «los estados que no disponen de colonias ni de posesiones en ultramar se muestran perfectamente capaces de elevarse a las etéreas alturas del desprendimiento si lo que les toca ponderar son los asuntos de las naciones que sí cuentan con ellas».)[122] Zanjada esa cuestión, Churchill pasó a ocuparse de la estrategia militar propuesta para la Operación Redada, y afirmó:

> Coincido enteramente con los principios de todo cuanto usted propone, y lo mismo puedo decir de los jefes de Estado Mayor. Como es obvio, mientras duren los preparativos encaminados a asestar el golpe definitivo, deberemos atender a las emergencias que vayan surgiendo día a día en Oriente y Occidente […]. No dudo en modo alguno de que podremos confirmarle nuestro total acuerdo. Debo decir que me ha parecido que las propuestas orientadas a poner en marcha una operación provisional, en la eventualidad de que se produzcan ciertas contingencias este año, abordan de un modo absolutamente sensato las dificultades e incertidumbres que caracterizan a este tipo de situaciones. Si conseguimos, como creen nuestros expertos, llevar a cabo con éxito la totalidad del plan, será sin duda uno de los grandes acontecimientos de la historia militar[123].

También aquí falta Churchill a la sinceridad. Las actas de la reunión que había celebrado con los jefes de Estado Mayor el 9 de abril le habían dado a conocer que los expertos de su propio ejecutivo confiaban en la Operación Mazo tan poco como él mismo. Volvía a quedar así patente que el primer ministro británico sí que tenía algunas cosas que ocultarle al presidente de Estados Unidos.

El 14 de abril, Churchill convocaba al Comité de Defensa para estudiar el Memorando de Marshall, al que también asistieron Hopkins y el propio

Marshall. En su primera intervención, el primer ministro señaló que el documento contenía

> una propuesta trascendental, sobre la que ya habían debatido en profundidad los jefes de Estado Mayor. Por su parte [dijo], no vacilaba en abrazar de buena gana el plan. Los conceptos en que se sustentaba, se revelaban acordes a los principios clásicos de la guerra, a saber, la concentración de fuerzas destinada a atacar al enemigo principal. Era no obstante preciso sentar una reserva de carácter general: la de que resultaba esencial continuar con la defensa de la India y el Oriente Próximo. No existía forma de hacer frente a la pérdida de un ejército de seiscientos mil hombres, y tampoco se podía renunciar al conjunto de los efectivos humanos de la India. Además, no podía permitirse que cayeran ni Australia ni las bases insulares que enlazaban a ese país con Estados Unidos, dado que eso prolongaría inevitablemente la guerra. Esto implicaba que, en la procura del objetivo principal que proponía el general Marshall, no era posible dejar enteramente a un lado el resto de las posiciones estratégicas[124].

A continuación fue Marshall quien tomó la palabra para explicar por extenso la posibilidad de poner en marcha la Operación Mazo antes del otoño de 1942, exposición en la que admitió que, en los cinco meses inmediatamente posteriores, la contribución estadounidense tendría que ser «modesta» debido a las limitaciones del transporte naval[125]. Una de las cosas que se habían pretendido lograr al concebir la Operación Mazo era aliviar parcialmente la presión a la que se estaba viendo sometida Rusia, y pese a que Moscú hubiera conseguido sobrevivir a la invasión, lo cierto era que los soviéticos seguían pasando por una situación inmensamente apurada, sobre todo en las zonas situadas al sur de la capital. En ese momento, Marshall consideraba que la Operación Mazo era positiva en sí misma y que lo deseable era llevarla a la práctica lo antes posible. Brooke señaló que, si Gran Bretaña «se veía obligada a efectuar una operación en las regiones continentales de Europa, tendría que tratarse de una acción a pequeña escala»[126]. Varias autoridades más tendrían asimismo ocasión de tomar la palabra en la reunión, y en este sentido destacan las aportaciones de Hopkins, Attlee, Eden y Mountbatten, todas ellas centradas en argumentaciones similares a las ya comentadas. Churchill resumió los puntos tratados diciendo que, pese a ser todavía preciso concretar los detalles de la operación que debía desarrollarse al otro lado del Canal de la Mancha, «estaba claro que existía una total unanimidad en cuanto al marco

general» del plan, aunque añadió que iba a tener que solicitar ayuda para llevar a cabo las acciones previstas en el Océano Índico, «sin cuya materialización el proyecto entero quedaría fatalmente comprometido». No obstante, el primer ministro señaló también que confiaba en que «poco a poco fuera teniéndose conocimiento de que los pueblos de habla inglesa estaban decididos a emprender una gran campaña para liberar a Europa», y prometió a Marshall que «el gobierno británico no omitiría ni una sola de las tareas que se le habían encomendado, y que el pueblo sabría contribuir al éxito de la gran empresa en la que estaban a punto de embarcarse»[127].

La propia singularidad del lenguaje que había empleado Churchill, en cuya intervención no solo no se ofrecía una sola fecha, sino que tampoco se indicaba a qué operación se estaba refiriendo —Mazo, Bolero o Redada—, debió de dar a Marshall más de un elemento de reflexión[128]. Desde luego, tanto Churchill como Brooke querían que se lanzara un ataque en el litoral continental del Canal de la Mancha, pero es claro que no deseaban que la embestida se produjese en tanto no se hubiera conseguido poner a salvo al Oriente Próximo y a la India. La verdad es que lo único que veía Churchill en la Operación Mazo era una suerte de amago peligroso, ya que prefería con mucho la Operación Gimnasta —más tarde denominada Operación Antorcha—, que debía desarrollarse en el norte de África. «No obstante, —él mismo admite sus reservas al señalar en sus memorias de guerra—: Tuve que valerme de la influencia y la diplomacia para asegurarme de que las acciones conjuntas que planeábamos efectuar con nuestro apreciadísimo aliado continuaran disfrutando de un encaje armonioso, dado que sin la ayuda [de Estados Unidos], el mundo estaba abocado a la ruina. Por consiguiente, en la reunión que mantuvimos el día 14 no entré a analizar a fondo ninguna de esas alternativas»[129]. Los británicos necesitaban que los estadounidenses acantonaran a un gran número de tropas en Gran Bretaña, sobre todo para conjurar la posibilidad de una invasión alemana en caso de que Hitler lograra salir victorioso de Rusia. Por consiguiente, para garantizar la puesta en marcha de la Operación Bolero, Churchill pasó de puntillas sobre los elementos de la Operación Mazo que le parecían dudosos, asegurando para ello que las dos jefaturas de Estado Mayor podían

ocuparse de los detalles técnicos relativos a «las lanchas de desembarco, los vehículos que había que emplear y todas esas cosas».

«Todo el mundo estaba entusiasmado, —recuerda Ismay al referir el clima del encuentro del 14 de abril—. Nadie de los presentes parecía discrepar lo más mínimo de las propuestas estadounidenses. No se expresó una sola duda […]. Si los británicos hubieran manifestado con mayor franqueza sus puntos de vista, es posible que se hubieran evitado los malentendidos que nos reservaba el futuro […]. En principio, el Comité de Defensa aceptó los planes aportados», así que «nuestros amigos estadounidenses regresaron encantados a Estados Unidos, con la errónea impresión de que nos habíamos comprometido a participar tanto en la Operación Redada como en la Operación Mazo. —Con su característica tendencia al comedimiento, Ismay añade—: Este equívoco acabaría teniendo resultados muy poco afortunados»[130].

Andando el tiempo, Marshall quedó convencido de que Churchill y Brooke le habían engañado adrede, y de que su oposición a la Operación Mazo —que habría de hacerse patente ese mismo verano— también afectaba a cualquiera de las variantes de la Operación Redada, cosa que no era cierta. Según parece, Churchill y Brooke no pusieron todas las cartas sobre la mesa, y eso hizo que los estadounidenses encontraran motivos para creer que estaban dispuestos a respaldar la rápida organización de un Segundo Frente en 1942. Las máximas autoridades británicas tenían que cerciorarse de que sus homólogos del otro lado del Atlántico quedaran adecuadamente convencidos de que era preciso dedicar tropas y recursos a la política de «Alemania primero», ya que, de lo contrario, todo ese esfuerzo bélico podría haberse diluido en Oriente, puesto al servicio de la adopción de represalias por derrotas como la recientemente encajada en Bataán[131].

Al describir la reunión en su diario, Brooke utiliza el mismo adjetivo que había empleado Churchill al calificar la propuesta en su primera intervención: «Fue una entrevista trascendental en la que aceptamos los planteamientos de acción ofensiva que nos habían pedido llevar a cabo el año 1942, si se revelaba posible, y en todo caso no más tarde de 1943. ¡Todavía no sospechan siquiera las enormes dificultades que entraña ese

plan, y tampoco ven los aprietos que se nos avecinan! Lo que temo es que se concentren en esa ofensiva, ¡a expensas de todo lo demás! Esta es la razón de que les hayamos insistido tanto en la importancia de que Estados Unidos nos proporcione ayuda en el Océano Índico y en el Oriente Próximo»[132]. Esta exposición resume muy adecuadamente la doble representación que Churchill y Brooke habían puesto en escena para Marshall y Hopkins. Más adelante, Brooke añadirá al análisis la siguiente reflexión:

> ¡Dada la situación que parecía imponerse en esa época, resultaba imposible tomarse excesivamente en serio los «castillos en el aire» que nos había traído Marshall! ¡Debe recordarse que en esos días nos estábamos agarrando a un clavo ardiendo en nuestro intento de resistir a toda costa! Los japoneses se habían convertido en una amenaza para Australia y la India, habíamos perdido temporalmente el control del Océano Índico, los alemanes estaban poniendo en peligro Persia y nuestro abastecimiento de petróleo, Auchinleck estaba pasando graves apuros en el desierto, y los submarinos del Reich no paraban de hundir nuestros barcos […]. Nuestra capacidad de transporte naval se había visto terriblemente reducida, y en tanto no contáramos con nuevos buques no había forma de llevar a la práctica ninguna operación a gran escala[133].

El 15 de abril, Brooke quiso poner a prueba a Marshall y le preguntó: «¿Qué hacemos después del desembarco [en Francia], nos dirigimos al este, al sur o al oeste? ¡Ni siquiera se había puesto a pensar en ello!»[134].

Hopkins y Marshall permanecieron en Gran Bretaña hasta el 17 de abril, y durante ese tiempo Churchill invitó al primero a participar en varias de las reuniones del Gabinete de Guerra —cónclave en el que previamente se habían limitado los asuntos a los temas que los británicos querían dar a conocer a los estadounidenses—.[135] El primer ministro insistió también en llevar a Marshall a un punto cercano a Warminster, a fin de asistir a una demostración en la que la aviación iba a efectuar ametrallamientos en vuelo rasante, a pesar de saber que el día anterior el piloto de uno de los Spitfires había matado accidentalmente a varios espectadores durante una sesión de entrenamiento[136]. Churchill le envió un cablegrama a Roosevelt en el que le decía: «Coincidimos incondicionalmente con el concepto de concentrar fuerzas frente al enemigo principal y aceptamos cordialmente su plan, con una única matización de orden general: es esencial impedir que confluyan las fuerzas alemanas y las japonesas»[137]. Se trataba efectivamente de un

requisito de amplísimo alcance, tanto que podría haber dado al traste con la Operación Redada, puesto que la zona de contacto entre el Oriente Próximo y el Océano Índico no solo era muy vasta, sino que en ese momento se hallaba en una situación extremadamente expuesta. No obstante, para intentar tranquilizar a Roosevelt, Churchill añadió: «Marshall confía en que, juntos, podamos atender a todo lo necesario en los diferentes teatros de operaciones, sea el del Océano Índico u otro, lo que nos permitirá ponernos a trabajar directamente en nuestro proyecto central»[138]. Churchill había diseñado las grandes líneas de un plan que, en el mejor de los casos constituía una maniobra de distracción, y que, en el peor, resultaba deliberadamente engañoso. «La campaña de 1943 es muy clara, y ahora mismo estamos empezando a efectuar ya las previsiones y los preparativos oportunos, —indica en su cable—. No obstante, es posible que nos veamos obligados a actuar este mismo año […]. En términos generales, el programa que hemos acordado consiste en un constante incremento de actividad en el continente, que se iniciará con una creciente ofensiva aérea, tanto diurna como nocturna, basada, entre otras cosas, en la realización de incursiones más frecuentes y de mayor alcance, en las que también intervendrán las tropas estadounidenses.»[139] Con estas manifestaciones, Churchill estaba dando la impresión de hallarse dispuesto a poner en práctica la Operación Mazo en cinco meses, nada menos —o «antes» incluso, si los contingentes estadounidenses empezaban a afluir en masa a Gran Bretaña.

El 23 de abril, al presentarse nuevamente en los Comunes para asistir a la cuarta de las cinco sesiones secretas destinadas a tratar las cuestiones bélicas, la acogida que los parlamentarios dispensaron a Churchill fue bastante más tibia que la que habían dispensado a Cripps a su regreso de la India[140]. Al enumerar ante los miembros de la Cámara la totalidad de los desastres que se habían venido produciendo desde el ataque a Pearl Harbor —incluido el sabotaje sufrido cinco meses antes en el puerto de Alejandría, que se había ocultado a la opinión pública hasta entonces—, el primer ministro adoptó un modo de comportamiento que Nicolson equipara al «de un digno y obstinado labriego». Churchill prometió poner en marcha —tan pronto como lo permitieran las circunstancias— una exhaustiva investigación pública para determinar las causas de la caída de Singapur.

(Cosa que jamás llegó a hacerse.) También tuvo que «admitir que la violencia del furioso empuje japonés, así como la competencia y el poderío de su ejército, han superado con creces todas nuestras expectativas»[141]. No obstante, si tenemos en cuenta que en ese momento el Japón llevaba ya más de diez años combatiendo en China y dando claras muestras de poseer todas esas cualidades, parece razonable concluir que no debería haberse sentido tan asombrado. A continuación, el primer ministro leyó en voz alta un documento del Almirantazgo, de fecha algo anterior, en el que se predecía que el *Gneisenau* y el *Scharnhorst*, fondeados en ese momento en Brest, podrían hallarse en condiciones de recorrer el Canal de la Mancha a plena luz del día sin peligro. «Lo digo, —señaló Churchill—, porque tengo unas enormes ganas de que sus señorías comprendan que los asuntos del país no están enteramente en manos de ese tipo de mentecatos y zoquetes que pintan las tiras cómicas».

«Cualquier cabeza de chorlito puede mostrarse confiado si le sonríe la victoria, —indicó a sus colegas—, pero la verdadera prueba de fuego consiste en conservar la fe cuando las cosas van mal, como ahora mismo nos ocurre, cuando se producen acontecimientos que no es posible explicar en público»[142]. No se atrevió a ir demasiado lejos en sus críticas al ejército, ya que se limitó a decir que el comportamiento de las fuerzas armadas en Singapur, al rendirse ante un contingente de treinta mil japoneses, pese a disponer de cien mil hombres, «no parece concordar en exceso con el espíritu de nuestra tradición militar, pasada o presente»[143]. Churchill terminó su intervención sin florituras retóricas, pero no olvidó hacer una declaración relativa a la producción de material bélico que acababa de iniciar Estados Unidos, tras lo cual la Cámara le brindó un efusivo aplauso[144]. Hasta el propio Channon señala que su discurso, de noventa minutos, había sido «*un tour de force* […]. Salimos de los Comunes con la confianza puesta en que, a fin de cuentas, íbamos a ganar la guerra, fundamentalmente gracias a la extraordinaria capacidad industrial de Estados Unidos»[145].

Otro elemento de preocupación que vino a sumarse a los muy numerosos que ya abrumaban a Churchill fue el hecho de que Randolph se uniera a un destacamento de paracaidistas del Servicio Aéreo Especial,

constituido en julio de 1941 por el comandante David Stirling con el fin de combatir tras las líneas enemigas en el desierto occidental de Egipto. En una carta en la que subraya que Randolph tenía una joven esposa y un niño a los que atender, además de un padre obligado a soportar una terrible carga, Clementine le escribe a su marido: «Creo que su decisión es egoísta e injusta, tanto para ti como para él, y por lo que hace a Pamela, me imagino que si no le ha traicionado es que le ha dejado»[146]. Churchill y Clementine habían terminado por encariñarse con la vivaracha y aristocrática Pamela, que había pasado gran parte de los años iniciales de la guerra a caballo entre en el número 10 de Downing Street y Chequers, mientras Randolph se hallaba en el extranjero, prestando servicio en el ejército. En las raras ocasiones en que la familia había optado por utilizar el refugio antiaéreo del número 10 Anexo, Pamela había dormido en la litera superior, y Churchill en la inferior, pese a que sus ronquidos eran tan potentes que hacían retemblar el armazón metálico de las dos camas. Clementine, por su parte, había tenido el buen juicio de permanecer en su propia habitación. La carta que acabamos de mencionar indica que el matrimonio Churchill no sabía en ese momento que la muchacha estaba teniendo una aventura con Averell Harriman. Como es obvio, el primer ministro no podía ordenar que se apartara a su hijo de una posición peligrosa, pero Clementine se ofreció a enviarle ella misma una nota para pedirle que se uniera al 4.º Regimiento de húsares, añadiendo asimismo algo nada fácil de decir para una madre: «Puede que me escuche; aunque no se preocupe por mí, sé que me respeta»[147]. Clementine telefoneó a Pamela, que, según referirá más tarde, parecía estar «muy calmada y comportarse con notable sensatez. —De hecho, asegura Clementine—, cree que todo será para bien»[148]. (Evidentemente, la circunstancia de que Pamela se encontrara sumamente cómoda sabiendo que su engañado marido se había unido a una de las unidades más expuestas al peligro de todo el ejército se presta a una interpretación cínica, máxime teniendo en cuenta que además de conservar a Harriman como amante, también estaba teniendo una aventura con el periodista estadounidense Edward R. Murrow.) El 20 de mayo, al regresar de una incursión en el desierto en la que había participado junto a David Stirling y Fitzroy Maclean, el coche de Randolph dio dos vueltas de

campana, y en el accidente murió uno de los pasajeros y varios más quedaron heridos, incluido el propio Randolph, que se vio obligado a permanecer varias semanas en un hospital de El Cairo. Además, y a consecuencia de las contusiones que había sufrido en el pecho, Randolph contrajo una neumonía en un pulmón, por no mencionar que también tuvo que llevar durante varios meses un collarín metálico para sostener correctamente las vértebras que se habían visto afectadas en el vuelco[149].

El mes siguiente se produjo otra conmoción en la familia al quedar prometida Mary Churchill, que ya había cumplido los dieciocho años, con un joven de veintinueve llamado Eric, que en ese momento ostentaba el título de vizconde Duncannon y que más adelante sería décimo conde de Bessborough. «He convencido a Winston de que se muestre firme y les diga que deben esperar seis meses», le dirá Clementine a Beaverbrook, a quien da la impresión de que confiaba las cuestiones personales, ya que no las políticas. «No han tenido tiempo de conocerse en absoluto. Por favor, no comentes nada de las dudas y temores que siento.»[150] Es posible que las vacilaciones de Clementine se debieran al hecho de que en otra época el padre de Duncannon la había cortejado a ella[151]. Al final, a petición de sus padres, Mary anuló el compromiso. Puede que Clementine fuese un tanto esnob, pero no estaba dispuesta a sacrificar la futura felicidad de su hija por el simple hecho de que pudiera convertirse en condesa.

Churchill tuvo al menos la suerte de que una de las cuestiones privadas que irrumpió por entonces en su vida se revelara en último término inocua y no degenerara en una incómoda situación personal. A mediados de mayo de 1942, Anthony Moir, el abogado del bufete de Fladgate & Co. que llevaba sus asuntos, se presentó en la Sala del Gabinete de Downing Street para estudiar la posibilidad de que Churchill interpusiera un recurso de apelación contra una estimación pericial de la Agencia Tributaria, que sostenía que la cesión a un periódico de los derechos de publicación por entregas de un antiguo escrito, negociados en razón de una cantidad fija por cada fascículo, constituía una regalía imponible y no una transacción única y exenta impuestos. La administración había planteado la demanda pese a que Churchill hubiera renunciado a su condición de autor al pasar a formar parte del gobierno al inicio de la guerra. «Si apelo, ¿se mantendrá plenamente la

privacidad de las diligencias? ¿Podría llegar a oídos de terceros?, —quiso saber Churchill—. ¿Es correcto que apele, habida cuenta de la posición que ocupo? ¿Soy también primer lord del Tesoro?»[152] La vista de la apelación se celebró en septiembre, y tras solo media hora de deliberación, la Sala del Comisionado General de Responsabilidades Administrativas rechazó el requerimiento de Hacienda.

El 27 de abril, Charles Portal entregaba al Comité de Defensa los detalles relativos a las más importantes incursiones aéreas que se habían efectuado recientemente sobre Alemania, por espacio de cuatro días consecutivos. Lawrence Burgis recuerda que, al conocer los datos, Churchill había dicho: «No alardeen demasiado de estos ataques en la prensa, diciendo algo así como "les estamos golpeando con una intensidad tres veces superior a la de antes" […]. No hagan un comunicado que peque de sensacionalista. Rebajen el tono, y mantengan la proporcionalidad. No ofrezcan fotos»[153]. El primer ministro no quería que los círculos liberales y eclesiásticos censuraran por excesiva la serie de bombardeos ofensivos que estaba llevando a cabo Arthur Harris, aunque seis meses más tarde ambos grupos lanzarían una intensa campaña de críticas contra esa práctica. En esa misma reunión, Churchill denunció que los obsoletos acorazados de clase «R» eran verdaderos «ataúdes flotantes, incapaces de hacer frente tanto a los buques modernos como a los ataques aéreos». Pese a que ninguna de estas observaciones quedara reflejada en las actas oficiales del encuentro, las notas que tomó Burgis, en las que consigna la literalidad de lo dicho, dejan bien patente que en esas conversaciones se habló con toda claridad.

Desde su despacho del número 10 de Downing Street, Churchill dejaba caer sobre Brooke, que trabajaba en la Oficina de Guerra, un auténtico e interminable diluvio de reflexiones y preguntas puntuales. El 5 de mayo, tras estudiar un informe recién llegado de Libia, le escribe: «¿Qué significado tiene la expresión "Imposible silenciar los nidos de ametralladoras"? Parece una extraña descripción para tratarse de una acción. Es evidente que a lo que se alude es a una simple escaramuza. Pero me parece indudable que la forma de acallar el tableteo de una batería de

armas de fuego racheado consiste en coger unas cuantas piezas de artillería y machacarlas»[154]. Dado que no solo pertenecía al Regimiento Real de Artillería del ejército británico, sino que era además un reconocido experto y uno de los oficiales a los que se atribuía la invención de la «cortina de fuego móvil[155]» en la Gran Guerra, a Brooke no le hacía ninguna gracia que se le intentaran dar lecciones en este terreno, máxime sabiendo que Churchill era perfectamente consciente de que, en la práctica, resultaba siempre extremadamente difícil recurrir a la artillería para dar cuenta de una ametralladora problemática. Dos días más tarde, al invadir las tropas británicas la isla de Madagascar, Churchill comenzó a llamar una y otra vez a Brooke para que le informara del curso de la operación. Ese día el general Kennedy llegará a afirmar en un escrito: «Si Churchill cayera redondo al suelo, víctima de un ataque de apoplejía, nos las arreglaríamos a las mil maravillas sin él. Ahora bien, pararle los pies mientras siga *compos mentis*[156] ya es harina de otro costal, dado que, pese a todos sus defectos, es un hombre que descuella por encima de todos los demás políticos»[157].

El 10 de mayo, Churchill festejó su segundo aniversario como primer ministro con un discurso radiado en el que explicó la situación en que se encontraba la contienda. Con un tono guasón que resultaba casi frívolo, dijo a sus compatriotas que Hitler había «metido la pata hasta el fondo. Se le ha olvidado el invierno. Supongo que lo saben, pero Rusia es un país que tiene inviernos. Durante un gran número de meses, es muy probable que las temperaturas desciendan hasta alcanzar valores extremadamente bajos. Hay nevadas, heladas, en fin…, todas esas cosas. Pero a Hitler se le ha pasado por alto el detalle del particular invierno ruso. Debe de ser un perfecto ignorante. Todos hemos oído hablar del frío ruso en el colegio; pero a él se le ha pasado… Yo jamás he cometido un error tan burdo como ese»[158]. Respecto a la intensa campaña de bombardeos que Gran Bretaña estaba llevando a cabo en Alemania, Churchill señaló que la población civil tenía «una vía de escape sumamente sencilla para eludir la severidad de esa ofensiva. Todo lo que debían hacer era abandonar las ciudades en las que se estuvieran fabricando municiones. Que dejen sus trabajos y se marchen al campo. Desde esa cómoda distancia podrán contemplar los incendios que arrasan sus hogares. Quizá esto les dé ocasión de meditar y

arrepentirse»[159]. Seis días más tarde, tras desplazarse a Leeds, Churchill se dirigió, desde la escalinata exterior del ayuntamiento, a una multitud integrada por más de veinte mil personas. «La guerra ha entrado en una fase en la que sería prematuro decir que hemos coronado la colina, pero lo cierto es que ya se ve muy cerca la elevación de terreno que nos disponemos a tomar, —explicó—. Encajaremos todo lo que nos echen, y se lo devolveremos multiplicado.»[160] Y no estaba hablando por hablar: ese mismo mes se abatía sobre Colonia la primera «incursión de los mil bombarderos»[161].

El rey anota que el martes 19 de mayo, fecha de su último almuerzo juntos, había «encontrado en muy mala forma» a Churchill. El primer ministro le había confiado que «nada nos está saliendo bien, y nuestros barcos se hunden de inmediato en cuanto los bombardean los japoneses». Churchill sugirió asimismo «que debería regresar a Washington muy pronto […] para tratar de hacer entrar en razón tanto al almirante King […], que está empeñado en que sus buques combatan al Japón, como al general Marshall, que quiere que su ejército luche contra Alemania, y al general Arnold, que no puede proporcionar aviones a ambos. —El rey intentó quitarle de la cabeza la idea de nombrar embajador en Washington a Beaverbrook—. Creo que Winston teme a Beaverbrook y desea mantenerle alejado», sugiere el monarca. «He descubierto que, tal y como tiene los ánimos, no vale la pena discutir con él.»[162]

El 20 de mayo, es decir, el mismo día en el que Randolph sufría su accidente, Viacheslav Mólotov, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, aterrizaba en Gran Bretaña de camino a Washington, con la intención de solicitar la apertura de un Segundo Frente en 1942. El diplomático también quería impulsar las negociaciones previas a la firma del Tratado Anglo-Soviético, que estaban totalmente atascadas, tanto por el trazado que debía tener la frontera entre Rusia y Polonia una vez acabado el conflicto como por el reconocimiento de las anexiones de los estados bálticos. Churchill invitó a la delegación rusa a pasar unos días en Chequers, aunque una vez en la mansión, el ama de llaves quedó desconcertada al encontrar un revólver cargado en la cama de Mólotov. En una de las cenas que compartió con sus huéspedes, Churchill se quejó de las codornices que se les habían

servido. Las encontraba secas, insípidas y deslucidas por haber permanecido largo tiempo refrigeradas, y exclamó: «¡No deberían haber sacado de la tumba de Tutankamón a estos miserables ratones!»[163]. (Una salida que, sin duda, debió de poner a prueba a los intérpretes.)

En la reunión que celebraron para examinar las cuestiones estratégicas, Churchill le dijo a Mólotov: «El gobierno británico está formalmente decidido a ver qué es lo que se puede hacer este año para proporcionar a los valerosos ejércitos rusos el apoyo que tanto precisan. —Y a continuación añadió—: Sean cuales sean las medidas que podamos hacer efectivas en 1942, y aun en el supuesto de que logremos desplegarlas con éxito, es poco probable que consigan apartar del Frente Oriental a grandes contingentes de tropas terrestres enemigas»[164]. Mólotov informará a Stalin de que, a su juicio, resultaba «manifiesto que [Churchill] no simpatizaba» con la petición rusa[165]. En cualquier caso, la antipatía era mutua. «Jamás he visto a un ser humano que represente de modo más perfecto el concepto moderno del robot», escribirá más tarde el primer ministro en referencia a Mólotov[166]. A Churchill no le gustaba nada el tratado pendiente, ya que tenía la sensación de que con él no solo se traicionaba a los polacos y a los habitantes de los estados bálticos, sino que se contravenían también los principios de la Carta del Atlántico. «Debemos tener bien presente que ese [tratado] es *mala cosa*, —le dirá a Cadogan—. No deberíamos firmarlo, y no me arrepentiré si al final no lo hacemos.»[167] Tras varios días de nuevas negociaciones, el punto muerto continuaba revelándose inamovible. No obstante, según refiere el rey, Churchill «optó finalmente por explicarle con toda franqueza a Mólotov que las razones que nos impulsaban a combatir a Alemania guardaban relación con la defensa de los derechos de las naciones de pequeño tamaño»[168]. Eden sugirió que podían dejarse a un lado las cuestiones territoriales, y, de ese modo, se conseguía firmar, el 26 de mayo, un tratado de amistad de veinte años de duración, en lugar del pacto ligado al reconocimiento de los estados bálticos que pretendía Rusia.

Al alba del siguiente día, Rommel daba inicio a la batalla de Gazala, en el desierto occidental de Egipto: una enorme penetración ofensiva de sus divisiones blindadas, orientada en dirección sur, con la que lograría introducir una cuña en las posiciones de Auchinleck. Rommel se las arregló

para llegar hasta las elevaciones que se alzan entre El-Adem y una posición en pleno desierto a la que el ejército dio el nombre cifrado de «*Knightsbridge*», y desde ella el mariscal alemán quedó en situación de amenazar gravemente la plaza de Tobruk, una ciudad clave para los planes alemanes, consistentes en lanzar posteriormente un ataque más amplio sobre Egipto. Churchill señaló a Auchinleck que no olvidara ni por un momento lo importante que resultaba conservar ese puerto, ahora en peligro, y el general británico le aseguró que podría conseguirlo. El segundo día de la ofensiva, Churchill envió a Roosevelt dos telegramas en los que le exponía las dudas que Brooke y él mismo tenían acerca del ataque al otro lado del Canal de la Mancha, previsto para ese mismo año de 1942. Además de esos recelos, también le explicaba con una serie de argumentos la conveniencia de proceder a la realización de la Operación Júpiter. «No debemos perder de vista en ningún momento el horizonte de la Operación Gimnasta», añadió para insistir una vez más en la necesidad de contar con el apoyo de Estados Unidos en el Oriente Próximo. «De hecho, llegado el caso, todos los demás preparativos resultarán útiles para ese fin», concluyó[169]. Según comentaba Churchill, los dos mayores problemas que planteaba la perspectiva de llevar rápidamente a efecto la Operación Mazo o la Operación Redada giraban por un lado en torno al hecho de que la *Luftwaffe* dominaba el espacio aéreo situado en la vertical de los puntos de desembarco, y consistía, por otro, en que los Aliados no disponían del número de lanchas de costa que se precisaban para llevar a cabo la acción, ya que solo se esperaba contar con 383 en agosto, y con 566 en septiembre. Y por si fuera poco, el primer ministro también sabía que hasta principios de 1943 las tropas estadounidenses no estarían listas para entrar en combate.

Pese a todas estas explicaciones, y tras entrevistarse con Mólotov en Washington entre los días 29 de mayo y 1 de junio, el presidente Roosevelt emitía un comunicado en el que afirmaba: «Se ha llegado a un completo acuerdo respecto a la urgente tarea de crear un Segundo Frente en Europa en 1942»[170]. De este modo, los estadounidenses prometían a los rusos la materialización de un objetivo que sabían que los británicos no solo no deseaban ver concretado, sino que tampoco tenían forma de llevar a la

práctica. Dado que Churchill deseaba claramente que se acabara efectuando la Operación Redada, el 30 de mayo resucitó una idea que ya le había propuesto a Lloyd George en 1917: la de construir y transportar un puerto artificial hasta las playas que debían servir de base a la invasión. «*Deben* poder flotar para seguir los movimientos de ascenso y descenso de la marea», comenta Churchill en el escrito que dirige a Mountbatten, el jefe de las Operaciones Combinadas, para explicarle el funcionamiento de esos fondeaderos Mulberry[171]. «Es preciso dominar el problema del anclaje. Será necesario abrir una compuerta en el lateral de los barcos y dotarlos de un puente móvil lo suficientemente largo como para sobrepasar los amarres de los muelles. Deme tiempo para concebir la mejor solución. No discuta sobre este asunto. Las dificultades por sí solas nos proporcionarán materia de sobra para polemizar.»[172]

Dos años y una semana más tarde, las costas de Normandía asistían a la instalación de dos gigantescos ancladeros de hormigón, ambos de un tamaño similar al de los muelles de Dover, diseñados y construidos para poder ser ensamblados en Gran Bretaña y remolcados después al otro lado del Canal de la Mancha. Con el fin de garantizar el adecuado suministro de combustible de todos los buques y vehículos llamados a protagonizar la invasión, se tendió al mismo tiempo un tubería para el transporte submarino de petróleo de cincuenta kilómetros de longitud (en realidad un oleoducto conocido con el nombre de «PLUTO» por sus siglas inglesas: «*Pipe-Line Underwater Transport of Oil*»). De ser cierto que Churchill no tenía ningún interés en la Operación Overlord, según rezan las frecuentes críticas que se le dirigen en ese sentido, no habría instado con tanta vehemencia a sus jefes y generales a llevar a efecto esta y otras iniciativas, y todo ello varios años antes del Día D.

Churchill le dijo al rey que quería presentarse en Egipto para hacerle una visita a Auchinleck, ya que tenía «la sensación de que la gente destacada en ese país podría estar sopesando la posibilidad de una rendición en lugar de dedicarse a animar enérgicamente a todo el mundo a luchar hasta el último hombre, como sin duda habrían hecho de encontrarse en suelo británico, según les ocurre a los rusos, que están combatiendo

ardorosamente en su propia patria»[173]. No obstante, Brooke le quitó la idea de la cabeza, al menos por el momento.

En el transcurso de la última semana de mayo, la RAF lanzó una vasta incursión aérea sobre la cuenca del Ruhr. De los 1137 bombarderos que despegaron de los aeródromos británicos, 51 resultaron abatidos. Contentándose al saber que el frente ucraniano se estabilizaba y que la batalla de Gazala seguía indecisa, Churchill le dijo a Cadogan: «Hemos tenido peores semanas»[174]. Sin embargo, el 1 de junio, en el Gabinete de Guerra, Pound se vio en la obligación de informar que un convoy que viajaba de Islandia a Rusia había recibido un terrible castigo. De los 37 navíos que lo integraban, 6 habían sido hundidos por la acción de los bombarderos alemanes, y otro más se había ido a pique a causa de los torpedos de un submarino enemigo. En el ataque se habían perdido en total 147 tanques, 37 aviones y 770 vehículos. Churchill quería posponer la partida del siguiente convoy, pero Eden señaló que esa medida causaría un pésimo efecto a Stalin, así que la flotilla largó amarras según lo previsto. Una semana más tarde, Churchill telefoneó a Eden a Binderton House, la casa de campo que poseía en Sussex, para comentarle los «decepcionantes» informes que estaban llegando de Libia, donde Rommel seguía conservando la iniciativa —una noticia que dejó a Churchill y a Eden igualmente deprimidos—. «Me temo que no contamos con unos generales excesivamente buenos», lamentó Churchill[175]. Por otra parte, la continua oposición de sus jefes de Estado Mayor a la Operación Júpiter, motivada en parte por lo sucedido con el último convoy de armamento, también le tenía abatido. «La gente culpa de todo a los políticos y les cubre de improperios, pero la verdad es que sus asesores militares les brindan muy poca ayuda, y desde luego no puede decirse que sean una fuente de inspiración, —le dirá Churchill a Eden, que anota en su diario—: Sería difícil negarlo».

En junio, el rey planteó a Churchill la cuestión de su sucesión en caso de que falleciese. Ambos coincidieron en señalar que el más idóneo era Eden, pero el rey insistió en que debía dejarse algún tipo de constancia escrita sobre el particular, y él mismo ayudó al primer ministro a redactar el

texto. (En sus memorias de guerra, Churchill declarará que la iniciativa había sido suya, pero el monarca le recordará que no había sido así.)[176] Churchill pasó debidamente a limpio la carta de recomendación, la introdujo en un sobre, y lo cerró con un sello de lacre en el que podía verse una esfinge y un ave fénix. «En caso de que fallezca en el viaje que estoy a punto de efectuar, —decía la nota—, me permito hacer uso de la venia que graciosamente me concede Vuestra Majestad para aconsejar la formación de un nuevo gobierno con el señor Anthony Eden al frente, ya que es, a mi juicio, el ministro más sobresaliente del mayor partido político de la Cámara de los Comunes y del gobierno de concentración nacional que tengo el honor de presidir»[177]. Y en caso de que tanto él como Eden vinieran a desaparecer, Churchill sugería que el rey mandase llamar a *sir* John Anderson.

El viaje al que alude Churchill en esa carta de recomendación era el que se disponía a efectuar con destino a Washington, donde esperaba convencer a Roosevelt de que no solo era preciso poner en marcha la Operación Gimnasta, es decir, la invasión conjunta anglo-estadounidense del África Septentrional Francesa, sino posponer también todo ataque prematuro al otro lado del Canal de la Mancha. Churchill también quería minimizar la concentración de fuerzas estadounidenses en el Pacífico en tanto no se consiguiera derrotar a Alemania, y estudiar asimismo una futura asociación en materia de investigación nuclear. En caso de que existiera esa posibilidad, Churchill deseaba concretar todos estos extremos al margen de Marshall y la Junta de Jefes de Estado Mayor, a los que prefería puentear para acudir directamente a su comandante en jefe. El día 3 de junio, Churchill se sintió sumamente reconfortado al enterarse de la gran victoria que había logrado Estados Unidos en Midway, batalla en la que el ejército de ese país había conseguido hundir cuatro portaaviones japoneses. «Las pérdidas navales van a meterles el miedo en el cuerpo a los japoneses, —le dirá al Gabinete de Guerra, antes de añadir—: Para nosotros ha sido una suerte haber tenido ocasión de colaborar con todas nuestras fuerzas, siquiera en su tramo final, en la consecución de este gran éxito»[178]. Después pidió a Wavell que le enviara un informe, aunque no sin indicarle antes el porqué de su petición: «Cuanto más lejos del peligro y de la acción se encuentre

uno, tanto más parecen gravitar los riesgos y las responsabilidades sobre la cabeza de los oficiales»[179].

El 10 de junio, el Gabinete de Guerra celebró una agitada reunión con el fin de determinar cuál podía ser la respuesta más adecuada para responder a las terribles noticias que llegaban de Lídice, en Checoslovaquia, donde las SS habían ejecutado a 173 personas en represalia por el asesinato del *Obergruppenführer* (o jefe supremo de grupo) Reinhard Heydrich a manos de dos agentes checos entrenados por la Dirección de Operaciones Especiales británica. Churchill le había dicho al presidente Edvard Beneš que la RAF iba a borrar del mapa tres aldeas alemanas a modo de escarmiento, y había sugerido que, para ello, habría que recurrir a un centenar de bombarderos capaces de lanzar artefactos incendiarios a baja altura y de aprovechar la ventaja táctica de la luna llena —aunque añadió que las razones del ataque no deberían desvelarse sino después de efectuado el bombardeo—. Si se juzgaba que la operación «merecía la pena», puntualizó Churchill a sus colegas, la RAF podía incluir dicha acción en su plan de intervenciones «tan pronto como lo considerara oportuno»[180].

Archie Sinclair señaló que no le parecía correcto arriesgar la vida de los pilotos de la RAF en una misión de castigo. Attlee juzgó de dudosa «utilidad competir en materia de horror con los alemanes». Morrison dijo que se abatirían incursiones punitivas sobre los pequeños municipios de Gran Bretaña, y Anderson también se opuso a la idea. Eden sostuvo que le gustaba «el elemento disuasorio» del plan, y Bevin argumentó: «Alemania solo responde a la fuerza bruta, y nada más». Bracken y Cranborne se mostraron contrarios a la propuesta de Churchill, y este, como siempre, reaccionó con su característica pugnacidad. «Mi instinto me empuja en una dirección totalmente contraria, —subrayó. Amery preguntó—: ¿Por qué una aldea? ¿Por qué no una población de mediano tamaño?». Y Cripps aseguró que los factores operativos desaconsejaban «con toda claridad» el empeño. En vista de la situación, Churchill concluyó diciendo: «Me someto (a regañadientes) al parecer adverso del gabinete»[181].

Esa misma noche, en un encuentro con los jefes de Estado Mayor, Churchill le dijo a Brooke que tenía dudas acerca del espíritu ofensivo de Auchinleck. «Ya no sé qué hacer con ese ejército, —repetía una y otra vez

el primer ministro—; todos los esfuerzos que hacemos para ayudarles parecen ser en vano». Poco después añadía despiadadamente que las tropas encargadas de defender Egipto «gritan siempre “¡Presente!” a la hora del rancho, pero no cuando toca combatir. —Antes de irse a la cama, Brooke le dijo a Barney Charlesworth, su edecán—: ¡Vaya! ¡Acabo de pasar uno de los peores días que me ha tocado vivir en mucho tiempo!»[182]. Después de la guerra, Brooke se quejará de que Churchill era capaz de hacer comentarios hirientes como este, por ejemplo: «Les ruego me expliquen lo siguiente, señores del Estado Mayor Imperial General: ¡¿Cómo es posible que en Oriente Próximo haya setecientos cincuenta mil hombres permanentemente dispuestos a cobrar la paga y zamparse las raciones y que, en cambio, cuando estallan los combates, solo se presenten cien mil?! ¡Dígannos exactamente en qué se ocupan los restantes seiscientos cincuenta mil!»[183]. El 14 de junio, Churchill le envía a Auchinleck un telegrama en el que le dice: «En cualquier caso, [supongo que] no existe seriamente el peligro de rendir Tobruk. Mientras conservemos [esa plaza], al enemigo le resultará imposible internarse con verdadero peligro en Egipto»[184]. Auchinleck le repitió que «no tenía intención de entregar Tobruk»[185].

Tres días más tarde, Churchill partía de Londres en un tren especial y llegaba a las once y media de la noche a Stranraer, en Loch Ryan, en Escocia. Una vez allí, salió a caminar por el embarcadero y mientras lo recorría se puso a canturrear una tonadilla de la Gran Guerra: *We’re Here Because We’re Here*. Poco después despegaba a bordo de una hidrocanoa venida de Bristol en compañía de Brooke, Ismay, el general de brigada G. M. Stewart (director de Planificación de la Oficina de Guerra), Charles Moran (su médico), el comandante Thompson, Patrick Kinna (su estenógrafo), John Martin y Frank Sawyers (su ayuda de cámara). Los integrantes de la pequeña comitiva se aprestaban así a cubrir en veintisiete horas los casi cinco mil kilómetros que les separaban de Terranova y a amerizar después en el río Potomac de Washington a las ocho de la tarde, hora local, del 18 de junio, dirigiéndose acto seguido a la embajada británica en la que Halifax les esperaba para cenar. Iba a ser el único vuelo transatlántico de ida y vuelta que realizara Churchill en el transcurso de la guerra. El primer ministro aprovechó la duración del viaje para trabajar en

sus papeles, acercarse de cuando en cuando a la cabina para charlar con la tripulación, y «tomar una sustanciosa comida», ateniéndose en todo momento a los dictados del «ritmo-barriga»[186].

Al día siguiente, Churchill volvió a tomar el avión para desplazarse hasta Hyde Park, la finca familiar de Roosevelt, situada a orillas del río Hudson, en la parte septentrional del estado de Nueva York. El presidente estadounidense acudió a recibirle al aeródromo de New Hackensack en su Ford V8 descapotable, cuyos pedales habían sido modificados para poder ser manejados de forma manual, lo que le permitió ponerse él mismo al volante y conducirlo de regreso a Hyde Park —aunque de un modo un tanto precario, según recuerda Churchill—. El primer ministro británico engrosaría la espléndida biblioteca de la mansión de Roosevelt con una completa colección de obras propias, encuadernadas en piel de color rojo. «Pasamos dos días en Hyde Park, —comenta John Martin. En ese tiempo, prosigue—, el primer ministro no dejó de conferenciar un solo instante con el presidente, y por las tardes ambos cogían el coche para ir a tomar el té»[187]. En sus debates sobre la bomba atómica, a los que únicamente se dejaba asistir a Hopkins, los dos mandatarios acordaron, por emplear las palabras del propio Winston, «poner inmediatamente en común toda la información que poseíamos sobre el particular, trabajar juntos en pie de igualdad, y compartir sin distinción los resultados, caso de que los hubiera»[188]. En sus memorias, Churchill afirma que los detalles de la confluencia en materia de asuntos atómicos quedaron acordados oralmente a finales de junio de 1942, y que Hopkins fue testigo del pacto.

Un destacado historiador ha señalado con todo acierto que la crónica que Churchill habría de dejar de estas cruciales conversaciones, redactada prácticamente una década después de los acontecimientos, y sin notas en las que poder basarse, está plagada de «graves errores objetivos»[189]. A pesar de que, en sus memorias, Churchill se detenga a referir con gran minucia los pormenores de las reuniones, a pesar de que señale que solían tener lugar «después de comer» y en las horas «de más intenso calor» del día, y a pesar de que indique asimismo que en esos encuentros se «sentaron las bases de un acuerdo», lo cierto es que el historiador oficial del proyecto atómico británico no ha podido encontrar pruebas capaces de demostrar que

el primer ministro hubiera recibido una formación especial sobre el proyecto de Aleaciones Tubulares —nombre en clave, como sabemos de las cuestiones nucleares— antes de partir en dirección a Washington, y mucho menos datos relativos a la efectiva conclusión de un convenio, aunque fuese verbal[190]. Lo más probable es, en primer lugar, que Churchill mantuviese con Roosevelt una breve conversación de carácter general, sin constancia escrita, en la que coincidiera con su homólogo estadounidense en la conveniencia de promover escenarios de cooperación nuclear y, en segundo lugar, que más tarde mezclara mentalmente el contenido de esa reunión de junio de 1942 con los mucho más sustanciales e importantes debates que tuvieron lugar en septiembre de 1944, que sí terminarían por alumbrar efectivamente un pacto formal conocido con el nombre de «Memorando de Hyde Park». La mejor deducción que puede entresacarse de todo este enredo es que, en 1950, los recuerdos de Churchill eran algo confusos[191]. En la época en que se produjeron los contactos de Hyde Park, Roosevelt confirmó *de facto* al doctor Vannevar Bush que estaba «completamente de acuerdo» con Churchill en la cuestión atómica, pero aparte de ese detalle no sabemos prácticamente nada concreto de lo que pudo haberse pactado[192]. Al no obligar a Roosevelt a ofrecer una colaboración específica en cuestiones como la separación electromagnética y la reproducción de plutonio —cuestiones en las que los estadounidenses iban muy por delante de los británicos—, Churchill concedió a su aliado del otro lado del Atlántico una considerable ventaja (debido fundamentalmente a que no había recibido previamente ninguna información especialmente enfocada al caso[193]). Esta omisión refuerza todavía más la probabilidad de que en junio de 1942 no se acordara nada de verdadera significación, lo que por otra parte concuerda con lo que Churchill acostumbraba a repetir regularmente, a saber, que «nada que no esté escrito tiene auténtica vigencia»[194].

Fue en Hyde Park donde Churchill expresó claramente las profundas reservas que tenía respecto a la Operación Mazo y a una pronta puesta en marcha de la Operación Redada. Y también fue en la propiedad de Roosevelt donde el primer ministro británico argumentaría con todas sus fuerzas en favor de la Operación Antorcha (anteriormente denominada

Operación Gimnasta). Roosevelt quería que las tropas estadounidenses hubieran empezado a combatir contra los alemanes a principios de noviembre, fecha de las elecciones previstas para la mitad de su mandato. No obstante, el presidente estadounidense reconoció que, si los británicos no aceptaban la realización de una ofensiva en Francia en 1942, esta tendría que efectuarse en el norte de África, pese a la oposición de Marshall y la Junta de Jefes de Estado Mayor, cuyos integrantes no deseaban proceder a lo que denominaban la «estrategia de la dispersión».

El 21 de junio, Churchill y Roosevelt regresaron a Washington en el tren especial del presidente, y el primer ministro volvió a alojarse en la Casa Blanca. Fue en ella, en el transcurso de una reunión celebrada en el Despacho Oval, en la que también intervenían Marshall y Brooke, donde Roosevelt le pasó a Churchill una nota en la que se indicaba que Tobruk había capitulado. «Una cosa es la derrota, —escribirá Churchill en esta hora de desolación—, y otra muy distinta la deshonra»[195]. Una fuerza integrada por más de treinta y tres mil soldados de la Comunidad Británica de Naciones había sido hecha prisionera por un contingente del Eje cuyos efectivos apenas alcanzaban la mitad de esa cifra. Además, nadie había destruido los enormes depósitos de combustible y municiones de Tobruk, así que ahora se encontraban en manos de los alemanes. El almirante *sir* Henry Harwood, que había relevado a *sir* Andrew Cunningham, tuvo que trasladar la flota al sur del Canal de la Mancha, con lo que la Marina Real Británica se veía expulsada, por primera vez en varios siglos, del Mar Mediterráneo. «Soy el inglés más desdichado de América desde los tiempos de Burgoyne»[196], exclamará Churchill[197].

«¿En qué podemos ayudarles?»[198], pregunta inmediatamente Roosevelt. «Denos todos los tanques Sherman que pueda y envíelos al Oriente Próximo a la mayor brevedad», repuso Churchill. Los estadounidenses retiraron trescientos carros de combate y cien cañones autopropulsados de su 1.ª División Blindada, la misma que en ese momento estaba siendo desplegada en Irlanda del Norte, y en lugar de fletarlos en dirección al Reino Unido los embarcaron con rumbo a Egipto, donde quedaron en manos del ejército británico. Tras recibir el impacto de un torpedo e irse a pique uno de los buques, junto con su enorme cargamento

de tanques, los estadounidenses sustituyeron *ipso facto* los blindados perdidos por otros, sin que los británicos tuvieran siquiera que solicitarlo. Fue una respuesta magnífica que suscitó en Churchill una gratitud eterna. No obstante, en privado Roosevelt no se mostraba tan solícito. En una ocasión en la que su prima Daisy Suckley le preguntó a quién atribuía la responsabilidad de la situación que se vivía en Egipto, el presidente le respondió: «Me dijo que en parte se la achacaba a Churchill, pero que culpaba sobre todo a los malos generales» que dirigían la guerra en la zona. Suckley anota asimismo que Roosevelt «se sentía muy deprimido por la noticia. Si se conquistaba Egipto, caerían después Arabia, Siria, Afganistán, etcétera, con lo que existía la posibilidad de que los japoneses y los alemanes acabaran por controlar la inmensa faja de tierra que va del Atlántico al Pacífico, y eso significaba que tendrían la llave de todos los pozos de petróleo, gas, etcétera, de esas regiones». Y al querer saber Suckley si seguía confiando en la seguridad de la victoria, el presidente Roosevelt le contestó: «No necesariamente»[199].

Capítulo 27

VICTORIA EN EL DESIERTO

Junio - noviembre de 1942

> Asumí el cargo de primer ministro y ministro de Defensa, tras apoyar lo que mejor que supe a mi predecesor, en un momento en que la vida del imperio pendía de un hilo.
>
> Churchill, 2 de julio de 1942[1].

> Se ganen o se pierdan, las grandes batallas cambian por entero el curso de los acontecimientos, pues crean nuevos sistemas de valores, nuevos estados de ánimo y nuevos climas políticos —tanto en los ejércitos como en las naciones— a los que todo el mundo ha de adaptarse.
>
> Churchill, *Marlborough*[2].

Para los países aliados y neutrales, el mes de junio de 1942 iba a ser el peor de cuantos se habían vivido en la guerra hasta ese momento, ya que se perderían 173 buques en total, lo que, sumado a su cargamento, supondría la desaparición de 834 196 toneladas de material. El 83 % de esos descalabros navales se debieron a la acción de los submarinos alemanes, y en cuanto a la distribución geográfica, debe señalarse que el 60 % de los

hundimientos se produjo en el Caribe y el golfo de México. El intento de aportar una nueva remesa de suministros a Malta se saldó con un fracaso, ya que, de los 17 barcos mercantes consagrados a esa tarea, únicamente 2 consiguieron sortear los peligros y llegar a su destino. No obstante, Clementine señalará, una vez acabada la contienda, que «en la segunda guerra no vivimos tiempos tan aciagos como el de los Dardanelos». «Cuando fue elegido primer ministro, [Winston] estaba totalmente convencido de que Dios le había creado con ese preciso objetivo», añade. Clementine destaca que «jamás tuvimos dudas respecto a la victoria, ni cedimos un solo instante a la desesperación» en todo el conflicto, «ni siquiera en los malos momentos»[3]. De hecho, hubo varios períodos en los que desde luego las esperanzas debieron de flaquear muy significativamente: Singapur y Tobruk fueron dos de esos aldabonazos, pero se producirían más. Cualquier otra posibilidad habría resultado chocantemente ajena a la naturaleza humana. En ocasiones, había noticias que dejaban a Churchill sumido en una honda tristeza y que le provocaban temporalmente un ánimo muy sombrío, pero nunca cayó en lo que hoy denominaríamos una depresión, y en términos generales su visión de los acontecimientos fue siempre positiva y batalladora. Las anteriores crisis que había tenido que superar en su vida le habían endurecido lo suficiente, tanto en el plano mental como en el moral, como para permitirle superar esos momentos. A una persona de temperamento auténticamente depresivo le habría resultado imposible sobrellevar sus propias rémoras anímicas y liderar simultáneamente a todos cuantos le rodeaban, así como al país entero, en un período marcado por unas crisis de tal envergadura[4].

El 23 de junio llegaron nuevas informaciones desagradables. *Sir* John Wardlaw-Milne, un importante parlamentario conservador, había presentado una moción de censura al gobierno de Churchill, y el debate para dirimir su resultado había quedado emplazado para el día 1 de julio. «La Cámara quedó galvanizada y prorrumpió en aplausos, —escribe Channon—. Los pasillos de los Comunes se transformaron rápidamente en un hervidero de actividad, y todos los diputados con los que me crucé parecían tan emocionados como una virgen entrada en años a la que se condujera al lecho de su amante.»[5] Channon indica asimismo que «todo el mundo

coincidía en señalar que Winston debía abandonar el cargo de ministro de Defensa. —Hore-Belisha, que había respaldado la moción, junto con Roger Keyes, le dijo a Channon—: Si el médico te está matando, lo primero que hay que hacer es librarse de él». Ernest Brown, el ministro de Sanidad, añadió que a los ministros del gobierno les estaba resultando «extremadamente difícil» seguir mostrándose leales a Churchill, lo que llevó a Channon a lamentar: «Si al menos continuara con nosotros el señor Chamberlain… Muchos de los parlamentarios que votaron en su contra estarían ahora más que dispuestos a retractarse». Pese al enorme liderazgo con el que Churchill llevaba al país adelante, los reveses y disgustos sufridos tanto por el ejército de tierra como por la armada estaban permitiendo que los partidarios de las políticas de Chamberlain se mostraran enormemente críticos con él. Según los sondeos efectuados por la organización Gallup, los índices de popularidad del primer ministro habían pasado del 88 % registrado en julio de 1940 al 78 % de ese mes de julio de 1942. Se trataba de una caída más que notable, y de hecho es el porcentaje más bajo de toda la guerra[6]. El 25 de junio, el Partido Laborista Independiente había ganado las elecciones parciales convocadas en la habitualmente sólida circunscripción conservadora de Maldon, en Essex, y el voto conservador había bajado del 53,5 % al 31,3 %. En una de sus valoraciones, característicamente desapasionadas, el general de brigada Harvie-Watt advirtió que «sería un error pensar que no reina una gran ansiedad en la Cámara», aunque todavía seguía creyendo que, en la moción de censura, los parlamentarios que acabarían votando efectivamente en contra del gobierno no llegarían a veinte[7].

El 22 de junio, Churchill, que continuaba en Washington, se reunía por primera vez con el general Dwight D. Eisenhower, el jovial e inteligente estratega del Departamento de Guerra estadounidense. Ambos estudiaron los aspectos técnicos de las operaciones que estaba previsto efectuar al otro lado del Canal de la Mancha. Al día siguiente, tras continuar el debate en las diferentes reuniones celebradas en la Casa Blanca, Churchill y Eisenhower llegaron a la clara conclusión de que, en algún momento, habría que proceder a un vasto desembarco anfibio en Francia. El 24 de junio, Churchill partió a las instalaciones de Fuerte Jackson, en Carolina del Sur,

para asistir a un lanzamiento masivo de paracaidistas dirigido por el general Mark Clark. Tras la exhibición aérea, las divisiones estadounidenses efectuaron un ejercicio de tiro con fuego real —y el número de hombres era tan abrumador que Churchill llegó a decir que sus unidades parecían haber sido «producidas en masa—. —En un momento dado escuchó exclamar a Ismay—: Poner a estas tropas a luchar contra los soldados alemanes sería tanto como perpetrar un asesinato», a lo que Churchill replicó: «Se equivoca. Son de una pasta espléndida y aprenderán muy rápidamente»[8]. Según habrá de comentarle Pamela a Randolph al mes siguiente, «los generales estadounidenses Eisenhower y Clark habían impresionado grandemente a Churchill», y «muy en particular este último, al que Winston llama el "Águila Americana"»[9]. Al subir el grupo de Fuerte Jackson a bordo del avión para volver a Washington, Sawyers, que según había observado Brooke se había pasado todo el día «envasando copitas y piscolabis […] con notable eficiencia y se encontraba claramente afectado por lo que había consumido», se interpuso en el camino del primer ministro, bloqueándole el paso, y se negó a dejarle continuar la marcha mientras no hubiera bajado el ala de su jipijapa. «Winston se puso bastante colorado, y con aires de visible enfado, hizo lo que se le pedía, —recuerda divertido Brooke—. Conseguida esa proeza, Sawyers se hizo a un lado y murmuró en voz muy baja: "Eso está mucho, mucho mejor, muchísimo mejor…"[10]»

Al día siguiente, el VIII Ejército se vio obligado a retirarse a Marsa Matruh. El contingente había perdido más de 230 tanques desde que Rommel iniciara su ofensiva. «Hemos sufrido una de las derrotas más decisivas que jamás nos hayan infligido», escribe Cadogan[11]. Tres días después, el VIII Ejército se veía obligado a replegarse a una localidad aún más alejada —El Alamein—, la última posición defensiva antes de las situadas en el propio Delta del Nilo, a solo cien kilómetros de Alejandría y doscientos cincuenta de El Cairo. En esa zona, el desierto se estrecha hasta formar un frente de cincuenta y cinco kilómetros entre el Mediterráneo y la depresión de Qattara, una marisma salina imposible de superar para las unidades motorizadas que se adentra profundamente en las regiones más meridionales.

El 25 de junio, una vez cumplidos todos los objetivos que se había propuesto cubrir en Estados Unidos, y sabedor de que en casa se enfrentaba a serios problemas políticos, Churchill tomó nuevamente el avión en Washington y regresó a Inglaterra haciendo escala en Baltimore y Botwood, en Terranova, antes de aterrizar definitivamente en Stranraer el día 27. A la hora de comer, acompañado de Clementine, Eddie Marshall, Ronnie Tree y Pamela, Churchill aseguró sentirse encantado de que el país le respaldara y cerrara filas tras él, «pese a ser, lo admito, el mayor marchante de derrotas de toda la historia inglesa»[12]. No obstante, y por mucho que el conjunto del país se uniera en su apoyo —dado que más de las tres cuartas partes de los encuestados por Gallup seguían confiando en él—, lo cierto es que aún tenía que enfrentarse a la dificilísima prueba que le tenían reservada sus compañeros parlamentarios.

El 1 de julio de 1942, Wardlaw-Milne daba inicio en los Comunes al proceso de moción de censura que él mismo había puesto en marcha. El día anterior se había ofrecido a retirarla, pero Churchill señaló que era «imperativo que el asunto saliera adelante a fin de llegar a una conclusión inmediata»[13]. En la primera de las dos jornadas de debate, que comenzó antes del almuerzo y terminó pasada la medianoche, Wardlaw-Milne expuso todos los argumentos favorables a la idea de que las fuerzas armadas quedaran en manos de un «hombre fuerte e independiente», y sostuvo que, de ese modo, el primer ministro podría ocuparse de los asuntos relativos al frente interno. Poco después, no obstante, el mismo Wardlaw-Milne invalidaba su razonamiento al señalar que el nuevo jefe supremo de los ejércitos debía ser el duque de Gloucester, un agradable miembro de la familia real, al que sin embargo nadie consideraba un genio en cuestiones estratégicas. «La Cámara prorrumpió en una irrespetuosa carcajada, —anota Channon—, y vi iluminarse instantáneamente el rostro de Winston, como si se le hubiera encendido una bombilla en el caletre, lo que hizo que le asomara una afable sonrisa al rostro. Acababa de tener la certeza de haberse salvado, y el pobre Wardlaw-Milne no volvió a conseguir que sus señorías le prestaran atención»[14]. Pero hubo también otros oradores dispuestos al ataque, como los ministros de Información, de Suministros o del Aire, además del titular de la Oficina de Guerra. Algunos de los

ponentes cubrieron de duros calificativos a los ministros del ejecutivo, les tacharon de «bobos» e «incompetentes», y llegaron incluso a acusar a uno de ellos de ser «el mejor amigo que jamás hubiera podido soñar Hitler». Churchill se libró de las descalificaciones personales, aunque no en el caso de lord Winterton, que aseguró: «Nadie se está atreviendo a situar las responsabilidades en el punto en el que deben reposar, según nuestra constitución: en el primer ministro»[15]. El segundo día de debates, Aneurin Bevan, un parlamentario laborista de muy elevado nivel de vida e ideología izquierdista al que Bracken había adjudicado el mote de «Bolchevique achampanado»[16], hizo una observación bastante hiriente: «El primer ministro gana un debate tras otro, pero pierde, una tras otra, las batallas. El país está empezando a comentar que pelea en los debates como en una guerra, y que enfoca la guerra como un debate»[17]. No se dejó un solo descalabro sin enumerar, desde los naufragios sufridos a manos de los submarinos alemanes, hasta el repliegue de Libia, pasando por el hecho de que la potencia de fuego de los tanques británicos se estuviera viendo superada por la de los blindados enemigos.

En su turno de réplica, Churchill habló durante noventa minutos con tanta franqueza como maestría. Repasó ante los miembros de la Cámara las derrotas encajadas, y admitió que los 650 kilómetros que había logrado avanzar Rommel constituían un serio golpe. «Nos encontramos en un momento de retracción de las esperanzas y perspectivas que tenemos puestas en el Oriente Próximo y en el Mediterráneo, un momento que no tiene parangón, al menos no desde que cayó Francia. Si hay aquí algún especulador que se proponga sacar partido del desastre y se sienta con estómago suficiente para pintar el cuadro en tonos aún más sombríos, es indudable que no vamos a negarle la libertad de hacerlo.»[18] Sin embargo, defendió el proceder que estaba siguiendo para hacer frente a esos reveses. «Al ver que el gobierno permanece inmutable y muestra unos nervios de acero al verse sometido a situaciones de infortunio, hay gente que asume con excesiva facilidad que sus miembros no sienten las desdichas públicas con la misma intensidad que los críticos independientes, —explicó—. No obstante, lo cierto es más bien lo contrario: dudo que haya nadie que

experimente mayor pesar o dolor que aquellos sobre cuyas espaldas recae la responsabilidad de dirigir el curso general de los acontecimientos.»[19]

«Nunca me he atrevido a hacer predicción alguna, salvo para decir cosas como "Singapur va a resistir", —indicó. Al remitir las risas generalizadas, el primer ministro destacó—: ¡Tendría que haber sido un loco o un granuja para asegurar que estaba próximo a capitular!»[20]. Acto seguido manifestó que no pedía que se le hiciera ningún favor especial:

> Estoy al servicio de la Cámara, y tienen ustedes derecho a destituirme cuando mejor les plazca. Pero a lo que no tienen derecho es a pedirme que asuma mis responsabilidades sin contar al mismo tiempo con la facultad de actuar de forma efectiva, no pueden exigirme que realice las funciones de primer ministro con las dos manos prendidas en un cepo […]. Si hoy mismo, o en cualquier sesión futura, la Cámara decidiera ejercer su indudable derecho, podría marcharme con la conciencia tranquila y la convicción de haber cumplido con mi deber de acuerdo con las luces que me han sido concedidas. Solo hay una cosa que me gustaría pedirles si tal desenlace llegara producirse: que otorgasen a mi sucesor las modestas potestades que se me hubieran negado a mí[21].

El gobierno ganó la moción de censura por 475 votos a favor, 25 en contra y 30 abstenciones, grupo este último en el que destacan los nombres de Winterton, Shinwell, Southby, Nancy Astor y Megan Lloyd-George. Entre los que votaron en contra figuraban Bevan, Hore-Belisha, Wardlaw-Milne y Clement Davies. Tras el recuento de las papeletas, Churchill se levantó, dirigió una radiante sonrisa a Clementine, que se encontraba en la tribuna de personalidades, situada a la izquierda del presidente de la Cámara de los Comunes, y abandonó la sala. Cadogan recuerda que poco después le vio charlando con un francés al que le hablaba de «*Les vingt-cinq canailles qui ont voté contre moi* [Los veinticinco bellacos que han votado en mi contra]»[22]. «Cosas peores que estas victorias nos ha pedido superar la vida, —le dirá Churchill a Maisky al día siguiente. Y el rey señala—: Estaba encantado de haberse desembarazado de "los hermanos más débiles[23]" presentes en la Cámara de los Comunes»[24]. No obstante, Clementine, que no se mostraba tan confiada, comentará: «Si la situación del frente no mejora, ¿quién sabe lo que puede ocurrir?»[25]. Churchill tuvo que decirle a Maisky que no había forma de crear en breve un Segundo Frente, dado que las tropas estadounidenses acantonadas en Gran Bretaña

todavía eran escasas, al no haber alcanzado aún los ochenta mil hombres. «Es preciso engañar siempre el enemigo, —comentó—; a veces conviene confundir, por su propio bien, al público en general, pero jamás se ha de falsear la realidad a un aliado»[26]. Al pedirle el diplomático soviético que explicara las causas de las derrotas que había ido encajando Gran Bretaña en el norte de África, Churchill dijo sin rodeos: «Los alemanes son mejores combatientes que nosotros. Especialmente si lo que tienen que librar es un choque de blindados. Y por si fuera poco, carecemos del "espíritu ruso": ¡morir antes que rendirse!»[27]. Churchill atribuyó la responsabilidad de la caída de Tobruk al general sudafricano Hendrik Klopper, dado que no solo «le habían temblado las rodillas», según aseguró, sino que «le había faltado tiempo para agitar la bandera blanca», pues lo cierto es que «la había esgrimido apenas veinticuatro horas después de iniciado el ataque alemán». Al indicarle Maisky que los rusos habrían fusilado en el acto a un general así, Churchill le contestó: «Yo habría hecho lo mismo. ¡Pero no hay forma de intentarlo siquiera!»[28].

Una vez descartados los ataques personales, Churchill tomó nota de las críticas de peso que habían surgido a lo largo del debate, y reorganizó Whitehall, dotándolo de varios ministerios totalmente nuevos, como el de Alimentación y el de Luz y Energía en julio de 1942, seguidos del de Reconstrucción en noviembre de 1943. También creó ministros residentes en el Oriente Próximo, el África Occidental, Washington (para atender todo lo relacionado con los suministros) y el África Noroccidental. Puede decirse, una vez más, que Churchill había tenido suerte con el momento en el que se había planteado la moción de censura, dado que solo dos días después la misión del convoy PQ 17 a Múrmansk terminaba en desastre. Algún tiempo atrás, en febrero de 1942, los alemanes habían vuelto a desplegar en las regiones situadas al norte de Noruega buena parte de su flota pesada de superficie, así como un gran número de submarinos. A consecuencia de esta iniciativa, los convoyes árticos aliados habían empezado a sufrir pérdidas mucho más cuantiosas, pero dado que la ruta que pasaba por el cabo de Buena Esperanza y costeaba luego en dirección norte el flanco oriental de África, para tratar de abastecer a Rusia vía Irán, no solo era larguísima (sus casi veinticuatro mil kilómetros exigían una

travesía de setenta y seis días), sino también extremadamente peligrosa, Churchill y Roosevelt, presionados por Stalin, habían continuado usando la ruta septentrional que pasaba por el norte de Noruega, pese a la oposición del Almirantazgo y el Departamento de Marina de Estados Unidos. El 18 de mayo, Churchill le había dicho al Gabinete de Guerra: «Nuestro deber es luchar con todas nuestras fuerzas para que esos convoyes consigan llegar a su destino, cueste lo que cueste»[29]. Sin embargo, el 4 de julio, a las nueve y treinta y seis de la noche, el almirante Pound, convencido de que el *Tirpitz*, el mayor barco del mundo en ese momento, se dirigía hacia el convoy anglo-estadounidense PQ 17, ordenó a los 35 navíos a su cargo que se dispersaran. Pound temía que, de lo contrario, el *Tirpitz* «hubiera hundido a todos los buques de la flotilla en tan solo una o dos horas»[30]. Sin embargo, los datos de inteligencia que le habían llegado eran erróneos, y el *Tirpitz* no se encontraba en la zona —que sí estaba en cambio patrullada por bombarderos y submarinos alemanes—. Al final, los atacantes hundieron nada menos que 23 unidades del convoy aliado, o lo que es lo mismo: 118 000 de las 200 000 toneladas que representaba. De este modo, 400 tanques y 210 aviones acabaron en el fondo del océano.

En total, las pérdidas apenas equivalían a la mitad de las que habían empujado a Churchill a denunciar a Haig el primer día de la Ofensiva del Somme, con el elemento añadido de que el hundimiento de un navío provocaba más muertos y menos heridos que la masacre de un batallón en tierra de nadie. «No tiene sentido enviar tanques y aviones a una ruina cierta, —le dijo Churchill a Maisky—. Para eso, más nos valdría hundirlos directamente en el Támesis.»[31] En vista de lo sucedido, el Comité de Defensa canceló el convoy de agosto, y el de septiembre perdió 12 de sus 40 buques. En los dos años siguientes, solo se enviaron convoyes en los meses de invierno, y gracias a ello se consiguió reducir el número de pérdidas[32].

El 8 de julio, Churchill se quejó sarcásticamente a sus jefes de Estado Mayor debido a que se oponían a todos sus planteamientos estratégicos: «Quizá fuera mejor poner un anuncio en los periódicos para pedir ideas»[33]. Al día siguiente, se puso furioso al conocer que se había tomado una decisión, durante su ausencia, sobre la prolongación de la vigencia del

sistema de cartillas de racionamiento al período de posguerra. En su enfado, el primer ministro preguntó retóricamente al gabinete: «¿De verdad estamos dispuestos a decirles a los soldados británicos que regresan del frente que van a tener que apretarse el cinturón y pasar hambre para que los rumanos consigan vivir a cuerpo de rey? Es lo más insólito que he oído jamás»[34]. Cadogan comenta que, acto seguido, estalló una acalorada discusión, en la que «Winston fue el que más disfrutó».

El 18 de julio llegaban a Gran Bretaña con la intención de proseguir las conversaciones estratégicas Marshall, Hopkins y el hosco y claramente anglófobo almirante Ernest J. King, jefe de Estado Mayor de la Marina de Estados Unidos. Roosevelt quería que los estadounidenses comenzaran a combatir cuanto antes en el Frente Occidental, así que este era el último intento que la Junta de Jefes de Estado Mayor estaba dispuesta a efectuar para convencer a los británicos de que accedieran a lanzar un ataque al otro lado del Canal de la Mancha en 1942, dejando para más tarde la invasión de África. Las negociaciones no iban a resultar fáciles, dado que los integrantes de la junta pensaban, y no sin razón, que en abril los británicos se habían mostrado favorables a una ofensiva en Francia, pese a que hubieran señalado algunos elementos de discrepancia. Los Jefes de Estado Mayor estadounidenses habían llegado al convencimiento de que Churchill había cambiado de opinión y seducido a su presidente para que diera su visto bueno a un asalto en el norte de África, un escenario muy alejado del principal centro de operaciones. El almirante King y algunos generales estadounidenses, como Albert Wedemeyer, creían que lo que se pretendía con esa actitud era apuntalar al imperio británico en el Oriente Próximo y no aniquilar a Hitler lo antes posible. También estaban persuadidos de que las experiencias que Churchill y Brooke habían vivido en las trincheras de la Gran Guerra les impulsaban a rehusar un enfrentamiento terrestre directo con los alemanes en tanto los rusos no hubieran debilitado suficientemente al Reich, ya que de ese modo se revelaría más fácil alzarse con el predominio en el choque. El almirante King no creía en el principio de «Alemania primero», y sus preferencias se orientaban más bien a concentrar todos los esfuerzos en la derrota del Japón —campaña en la que el papel preponderante correspondería a la armada que él mismo lideraba.

En las conversaciones, que comenzaron el 20 de julio, Brooke se negó a poner en marcha la Operación Mazo, ya que, según dijo a los estadounidenses, la acción «no serviría más que para perder unas seis divisiones, ¡y sin conseguir el más mínimo resultado, además!»[35]. La posición británica, resumida en los términos empleados por Ian Jacob, miembro del Secretariado del Gabinete de Guerra, era la siguiente: «Es preciso ganar a toda costa la batalla del Atlántico, el Mediterráneo ha de quedar abierto al tráfico marítimo, hay que dejar fuera de combate a Italia y Alemania tiene que ser sometida a un bombardeo aéreo cada vez más intenso. Estas medidas, sumadas al desgaste del frente ruso, deberían debilitar el dominio que aún ejercen los alemanes en el noroeste de Europa, y esto a su vez debería dar posibilidades de éxito a la ofensiva terrestre». Pese a que, en sus diarios, Brooke atribuyera a Churchill una suerte de idiocia para la estrategia, es notable la gran semejanza que presenta este plan con el que Churchill redactara en los cuatro memorandos elaborados durante su travesía del Atlántico de 1941. En tanto no se lleven a la práctica estas acciones, añade Jacob, «Churchill desearía mantener abiertas todas las opciones, y desde luego esto es algo que repite a menudo»[36]. Para dejar libre el Mediterráneo, era imprescindible expulsar de África a las fuerzas del Eje, y dado que eso era justamente lo que se proponía lograr la Operación Antorcha, es lógico que en su anotación del 22 de julio, Cadogan señale que Churchill estaba «totalmente entusiasmado» con la estrategia del norte de África[37].

En esa época, Churchill tenía en mente tres consideraciones estratégicas de la máxima importancia. La primera le inducía a no olvidar que resultaba simplemente impensable tener una desavenencia seria con Roosevelt; la segunda pasaba por emprender con todo ímpetu una ofensiva a la mayor escala posible, y tan pronto como su concreción se revelara segura; y la tercera respondía a lo que Jacob denominaría «el obsesivo temor de Churchill a una invasión susceptible de desembocar en un paralizante punto muerto, en una estabilización de las posiciones, ya que eso crearía un nuevo Frente Occidental», similar al de la Gran Guerra[38]. En ese sentido, Wedemeyer y los demás acertaban al pensar que esa primera gran contienda había influido en el pensamiento de Churchill. Mucho mayor ascendiente

tenía sobre él, sin embargo, el calvario que había vivido en 1940 el ejército británico en Dunquerque, ya que aquella situación le había hecho cobrar conciencia tanto de la enorme capacidad de maniobra de los alemanes como de la impotencia de la Fuerza Expedicionaria Británica, que no había podido detener a las fuerzas del Reich. Mientras no estuviese razonablemente seguro de que existían verdaderas posibilidades de victoria, Churchill no iba a comprometer el concurso de las tropas británicas en una ofensiva, ya se tratara de la Operación Mazo o de la Operación Redada. Desde su punto de vista, esto requería la previa constatación de que se obtenían victorias, tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico.

Una vez que Marshall comprendió que Roosevelt no estaba dispuesto a respaldarle si amenazaba a los británicos con imponer una política basada en la idea de «Japón primero» en caso de que estos no se aviniesen a poner en marcha la Operación Mazo o la Operación Redada en 1942, la Junta de Jefes de Estado Mayor aceptó que se concentraran todos los esfuerzos, durante el resto del año, en el norte de África, dando así prioridad a la Operación Antorcha, que debería estar lista antes de que acabara el mes de octubre, con Eisenhower como comandante en jefe. Tan pronto como el norte de África quedara libre de contingentes del Eje y se hubiera conseguido consolidar Egipto y abrir una ruta segura hasta la India, los Aliados podrían dar el pistoletazo de salida a la estrategia mediterránea, consistente en atacar a Italia y en elegir la mejor vía de penetración en la Europa ocupada —vía que debería pasar por el sur de Francia, por los Balcanes, o por ambos flancos a la vez, ya que eso alejaría a las fuerzas alemanas de la ofensiva atlántica, lanzada en el litoral francés del Canal de la Mancha—. Tanto el Estado Mayor británico como el estadounidense hicieron notar a Churchill que no se realizaría la Operación Júpiter, prevista en el norte de Noruega. Los miembros de la Junta de Jefes de Estado Mayor tomaron el avión de regreso a Estados Unidos con una sensación agridulce, pero totalmente decididos a dar curso a la invasión norteafricana. El rey anota en su diario: «Winston parece muy cansado tras la extenuante semana que ha dedicado a convencer a los estadounidenses de que nuestros planteamientos son correctos»[39].

En agosto, los índices de popularidad de Churchill, medidos por la agencia Gallup, habían ascendido al 82 %, y en noviembre de 1942 alcanzaron los primeros tramos del 90 %, franja en la que habrían de permanecer hasta enero de 1944. Después de esa fecha, la aceptación general de sus políticas cayó ligeramente hasta situarse en los valores más altos del 80 %, que ya no habrían de abandonar —salvo por unos cuantos movimientos al alza— hasta el final de ese año. Eran unas cifras notablemente elevadas, tanto que rara vez ha habido otro primer ministro, anterior o posterior, que se haya acercado a ellas. De hecho, en abril de 1945, su gestión al frente del ejecutivo todavía seguía contando con un apoyo del 91 % de los encuestados[40].

Tras un mes de combates indecisos en el frente norteafricano, Churchill sugirió que Brooke y él mismo se desplazaran en avión a El Cairo. El viaje se convirtió muy pronto en una expedición aún más ambiciosa, ya que poco después se recibía un mensaje de Archibald Clark Kerr, el embajador británico en Rusia, en el que el diplomático señalaba que Stalin quería entrevistarse con Churchill en Moscú. Churchill era consciente de que el dirigente soviético no iba a ver en la Operación Antorcha el Segundo Frente que necesitaba, y comprendió de hecho que se pondría furioso, así que tuvo la clara sensación de que resultaba imprescindible que alguien se lo dijera en persona —y era obvio que, en último término, no había nadie más indicado que él mismo—. Tras la guerra, el secretario privado de Churchill, Leslie Rowan, escribirá: «Dar curso a esas misiones y cosechar un fracaso en ambas habría sido desastroso, tanto para nuestra causa como para la carrera de Churchill como líder político. —De ser así, añade—, más nos habría valido no haberlas emprendido. Sin embargo, esa idea no cruzó ni por un momento la mente de Churchill. Todo lo que veía era el camino que le ordenaba seguir el cumplimiento de su deber, y ahí acababa todo»[41]. Al indicarle Eden que si iba a El Cairo podía estar metiéndose de lleno en las operaciones en curso, Churchill le contestó: «¿¡Te refieres a que sería como un gran moscardón revoloteando en medio de una enorme boñiga de vaca,

no!?»[42]. Pese a todo, su instinto le decía que era preciso que viese la situación *in situ* con sus propios ojos.

«El último cable de Auchinleck me ha dejado conmocionado», le dirá Churchill al rey el 1 de agosto. El comandante en jefe del Oriente Próximo acababa de comunicarle que tenía intención de permanecer a la defensiva hasta mediados de septiembre. «¡Qué fuerzas no habrá logrado acumular el enemigo para entonces! De hecho, tampoco en Rusia hay demasiados motivos para un encuentro jubiloso. Con todo, puede que consiga hacer que la situación resulte algo menos crispada.»[43] Al día siguiente, Churchill y Brooke partieron en avión de la base de la RAF en Lyneham con rumbo a Gibraltar, aunque más tarde se les unirían algunos de sus colegas, entre ellos Wavell, Tedder y Cadogan.

Viajaron en el primer avión específicamente asignado a Churchill, un Consolidated LB-30A cuatrimotor, de fabricación estadounidense, basado en la estructura del bombardero B-24 Liberator, al que se puso el nombre de *Commando*. William J. Vanderkloot, un norteamericano que se había presentado voluntario para combatir en la RAF antes del ataque a Pearl Harbor, asumió el puesto de piloto personal de Churchill. En el aeroplano reinaban unas temperaturas glaciales y hacía un ruido espantoso. La comida se cocinaba en un hornillo de gas, aunque Churchill prefirió tomar unos bocadillos de fiambre de vacuno durante el vuelo. «El pan debe ser tan fino como una oblea, —ordenó—; no es más que un medio para llevar el contenido al estómago»[44]. Al no estar presurizada la cabina, el avión rara vez ascendía por encima de los dos mil quinientos metros. No obstante, cuando se echaba a dormir en los colchones tendidos sobre el gélido suelo de acero del compartimento de bombas, Churchill se ponía una máscara de oxígeno.

El plan de vuelo implicaba cruzar el espacio aéreo español. Vanderkloot dijo que se podía hacer de noche, dado que hasta ese momento los cazas españoles no se habían mostrado interesados en averiguar la identidad del cuatrimotor de Churchill[45]. Al primer ministro le gustaba la vía trazada, y el doctor Moran no quería ponerle las inyecciones que habrían resultado necesarias en caso de tomar la ruta alternativa, que además de suponer un total de casi once mil kilómetros y tres días de viaje, obligaba a hacer escala

en Lagos y Jartum. Nada más aterrizar en Gibraltar, Churchill «se metió en la cama en ropa interior y nos habló durante un largo rato, —recuerda Cadogan—. No parecía en modo alguno que la travesía le hubiera dejado desmejorado.»[46] Al día siguiente, la comitiva partió en dirección a El Cairo. Churchill se situó en la parte delantera del avión y pudo contemplar el majestuoso río Nilo, que había recorrido en un vapor de ruedas, exactamente cuarenta y cuatro años antes, cuando todavía era un joven alférez.

A las cinco y media de la tarde del 3 de agosto, Churchill se reunía con Auchinleck. En ese momento todavía no tenía decidido relevarle del mando. Quería estudiar esa posibilidad con Smuts, dado que siempre había respetado sus desinteresados puntos de vista —y por esa razón le había hecho dejar Sudáfrica para entrevistarse con él en El Cairo—. «Smuts me ha dado consejos magníficos, —le escribe Churchill a Clementine—. Me fortalece allí donde tiendo a mostrarme bondadoso, que es lo que suele ocurrirme cuando tengo que aplicar medidas severas a las personas que aprecio.»[47] Dado que en la suerte de Egipto se jugaba tanto el futuro de la política interna británica como las posibilidades de los Aliados, Churchill quería que se le presentaran los planes para lanzar cuanto antes una ofensiva decisiva, y no solo para que Inglaterra pudiera tomarse la revancha de las sucesivas derrotas sufridas por el VIII Ejército, sino para silenciar también a los críticos que clamaban en casa y poder desplegar al mismo tiempo —tan pronto como se desatara la Operación Antorcha en el África Occidental— una maniobra en tenaza capaz de aplastar a Rommel[48]. No tardó en quedar claro que Auchinleck no estaba facultado para proporcionárselo.

Churchill se alojó en la embajada británica con *sir* Miles Lampson, y se instaló en las dos habitaciones que disponían de aire acondicionado. El 5 de agosto se dejó fotografiar en compañía de Auchinleck, algo que muy probablemente no habría hecho de tener ya decidida su destitución. Ese mismo día, Cadogan trató de convencerle para que se entrevistara con Panagiotis Kanellopulos, el ministro griego de Estado. En un momento dado, Cadogan tuvo que ir al baño de Churchill y se «encontró al primer ministro chapoteando como una marsopa y lanzando arriba y abajo la

esponja al son de una chusca cancioncilla de su invención: “¡Kanellopulos! ¡Kan’tellopulos! Kanellopulos…”[49]»[50]. (Al final conversaría efectivamente con el ministro griego.) Más tarde, pese al sofocante calor, Churchill visitó el cuartel general de Auchinleck en El Alamein, que según el propio Winston, estaba «lleno de moscas y personajes militares importantes»[51].

Al día siguiente, ya de regreso en El Cairo, Churchill mantuvo una audiencia con el rey Faruq de Egipto, que por entonces contaba veintidós años de edad. De pie frente al mapa del norte de África de Lampson, el monarca cubrió con la mano la totalidad de la Cirenaica y afirmó pomposamente que en otro tiempo la región había pertenecido a Egipto. «Winston le contestó de inmediato que no alcanzaba a recordar cuándo había ocurrido eso, —anota Lampson en su diario—. Todo lo que sabía era que había formado parte de las posesiones turcas antes de que los italianos se apoderaran de ella. Esta afirmación dejó bastante perplejo al rey Faruq.»[52] Pero Churchill tenía razón. Habían sido más bien las tribus cirenaicas las que habían efectuado incursiones en Egipto en el siglo XIII a. C., y no al contrario. Faruq se pasó toda la reunión recostado en la silla y abriendo todas sus frases con la fórmula: «Usted sabe, Churchill…», cosa que, según le diría posteriormente el primer ministro a Cadogan, había resultado un tanto «descarado» —y desde luego había sido una insensatez intentar sacar a relucir la historia con un historiador profesional como Churchill[53].

Esa misma tarde, Churchill, Brooke y Smuts acordaron que era necesario sustituir a Auchinleck por el general *sir* Harold Alexander como comandante en jefe del Oriente Próximo, y asignar al teniente general William Gott, alias «Strafer»[54], el mando del VIII Ejército, que también llevaba obedeciendo las órdenes directas de Auchinleck desde el mes de junio. Churchill consideró que el trabajo del Estado Mayor destacado en El Cairo se había revelado inadecuado, puesto que de esa labor se había encargado un vasto número de oficiales a los que él identificaba con el mal nombre de «los Puercos de la gabardina[55]» a causa del impermeable que vestían los mandos de esa unidad.

Churchill destituyó a Auchinleck en su propio cuartel general de El Alamein. El militar, al que sus soldados apodaban «Auk», encajó la medida del primer ministro con una actitud que el mismo Churchill calificará de «dignamente castrense»[56]. Más tarde, Churchill le dirá al general Alexander que la experiencia había sido parecida a la de tener que matar a un magnífico venado[57]. «Fue terrible verme en la obligación de hacerlo, —comentará más tarde Churchill con Harold Nicolson—. Se me hizo verdaderamente espantoso. Si no resulta nada fácil apartar del mando a un mal general en lo más crudo de una campaña, imagínate lo atroz que es licenciar a un buen general. No hay duda de que volveremos a recurrir a Auchinleck.»[58] (De hecho, el alto mando sería nombrado comandante en jefe de la India en 1943.) Sin embargo, la moral del VIII Ejército era muy baja, y además, para derrotar a Rommel en un escenario como el del desierto occidental de Egipto era preciso contar con un estratega de excepcionales dotes. «He tenido ocasión de ver a los hombres, —le dirá Churchill a Nicolson—. Forman un contingente quebrado, confuso, abatido […]. Así que he tomado una decisión. He telegrafiado al gabinete. Después me he despojado de toda la ropa y me he zambullido entre las olas. Nunca me había dado un baño tan espléndido.»[59]

Si quisiéramos establecer la presencia de algún hilo conductor en la cadena de destituciones o reubicaciones que Churchill efectuó en las personas de Ironside, Gort, Dill, Dowding, Wavell y Auchinleck deberíamos situar el criterio en el hecho de que todos ellos se hallaran a punto de cumplir los sesenta años y se mostraran fatigados, exhaustos incluso en algunos casos, a causa de los estresantes puestos de mando que habían venido ostentando desde el año 1939. Algunos de los nombramientos clave que había dictado Auchinleck habían causado una pobre impresión tanto en Churchill como en Brooke, y de hecho ambos habían terminado convenciéndose de que Auchinleck carecía simplemente del carisma y el espíritu ofensivo necesarios para infundir nuevo vigor al VIII Ejército. A Churchill también le había frustrado enterarse de que los más de trescientos tanques enviados a Egipto tras la caída de Tobruk no se hubieran empleado en generar «una masa de maniobra», por emplear la expresión napoleónica que ya hemos comentado, sino todo lo contrario, ya

que los blindados habían sido repartidos entre un gran número de pequeñas unidades, todas ellas previamente existentes. «Todos cuantos conocían a Auchinleck se han sentido apenados por lo sucedido», recuerda Rowan, pero «si Churchill hubiese mostrado menos coraje […] al asumir la responsabilidad de su desagradable decisión, o menos capacidad para aceptar la cruda verdad de que resultaba imprescindible sustituir a Auchinleck, el curso de la guerra podría haber sido muy distinto»[60].

Para informar al gabinete, Churchill esperó a cerciorarse de que la decisión que Brooke y él mismo estaban barajando fuera efectivamente definitiva. «Durante un corto espacio de tiempo me convertí en "el hombre enviado para operar sobre el terreno", —asegurará más tarde en uno de sus escritos—. En lugar de sentarme en casa y aguardar a que llegaran las noticias del frente, me encontré de pronto en situación de poder comunicar yo mismo a Londres las últimas novedades. Fue una sensación extremadamente estimulante.»[61] «Su primer deber consistirá en capturar o destruir, a la menor oportunidad, al ejército germano-italiano al mando del mariscal de campo Rommel, y en apoderarse al mismo tiempo de todos los suministros e instalaciones que se encuentren en manos del enemigo, tanto en Egipto como en Libia», le escribe Churchill al general Alexander[62]. Sin embargo, el 7 de agosto, el avión en el que viajaba el teniente general «Strafer» Gott, con el fin de presentarse en El Cairo y ponerse al frente del VIII Ejército, fue derribado mientras seguía la misma ruta que Churchill había cubierto pocos días antes. Al conocer la noticia, «el pobre Winston permaneció sentado, sin habla y sumido en la desesperación, durante toda la cena, y prácticamente no pudo recobrarse del mazazo hasta altas horas de la madrugada», anota Cadogan[63]. Churchill le escribe a Clementine: «Ya te puedes figurar el dolor que sentí al saber que, en el mismo momento en el que se reunía en Londres el gabinete, a mí me tocaba telegrafiarles para decirles que lo habían matado»[64].

La muerte de Gott determinó que fuera el general Bernard Montgomery, un protegido de Brooke, quien se encargara de asumir el mando del VIII Ejército. Montgomery, al que se conocía con el apodo de «Monty, —tenía fama de ser un hombre de trato desabrido, pero al enterarse, Churchill le dirá a su esposa—: Montgomery es un soldado muy competente y audaz,

además de enérgico […]. Si le resulta desagradable a cuantos le rodean, también le parecerá áspero al enemigo»[65]. En el *Marlborough*, Churchill había señalado que el genio militar es algo «mucho más difícil de encontrar que los mayores y más puros diamantes […]. Aunque, de cuando en cuando, se les ve destellar en el teatro de operaciones, y conseguir imponer, con inspiración prácticamente infalible, un orden y un patrón en lo que de otro modo no es más que azar y confusión»[66]. Las modernas estimaciones sostienen que Montgomery procedió de un modo excesivamente prudente, y que por ese motivo no es posible tenerlo por un genio militar. No obstante, lo que Churchill necesitaba desesperadamente en ese momento era una victoria sin paliativos, y la manera de obtenerla era lo último que le importaba. Esto le llevaría a ver en Montgomery a un militar capaz de infundir disciplina y optimismo en las filas de un ejército que tenía todas las trazas de hallarse en una situación de completo caos y desmoralización[67].

El 8 de agosto, en su segunda visita al frente, Churchill pronunció siete discursos ante los miembros de cuatro brigadas blindadas en seis horas[68]. Al regresar a El Cairo para cenar en la embajada con dos héroes del Servicio Aéreo Especial, David Stirling y Fitzroy Maclean, Churchill planteó a Smuts un desafío consistente en ver cuál de los dos era capaz de recitar más pasajes de Shakespeare. Tras un cuarto de hora de competición, Smuts se daba por rendido, mientras Churchill continuaba ensartando estrofas. Sin embargo, pocos minutos después, Smuts caía en la cuenta de que los versos que estaba recitando su oponente eran una simple imitación y que no habían salido de la imaginación del Bardo de Avon, sino de la del primer ministro. Más tarde, mientras caminaban por el jardín de la legación británica, Churchill decidió tomarle el pelo a Maclean diciéndole que si había optado por hacer carrera como parlamentario había sido para sortear las normativas que prohibían que los diplomáticos se unieran a cualquiera de las armas del ejército. «Aquí tienen a un joven, —aseguró en presencia de Smuts y Stirling—, que ha utilizado como un urinario público a la Madre de los Parlamentos[69]»[70].

Tras informarle brevemente Stirling de los pormenores de un inminente ataque sobre Bengasi y de las características que hacían del Servicio Aéreo Especial un arma capaz de librar «un nuevo tipo de guerra», que además

poseía un «potencial formidable, —Churchill dedicó a Smuts los versos del *Don Juan* de Byron—: Es el hombre de modales más amables / que jamás haya hundido un barco o cercenado una garganta». Al día siguiente, Churchill mandó llamar a Stirling para que acudiera a la embajada al objeto de estudiar la forma de expandir al máximo las capacidades del Servicio Aéreo Especial. Con el apoyo de Churchill resultó muchísimo más fácil que antes obtener de las autoridades militares de El Cairo los vehículos, las armas, las municiones y los permisos necesarios para concretar ese proyecto. Churchill asignó a Stirling el sobrenombre de «Pimpinela Escarlata», ya que, en él, la explícita caballerosidad actuaba como perfecta tapadera de una enorme fuerza letal. El primer ministro confesó también que admiraba el hecho de que animara a los miembros de su unidad a efectuar largas e intrépidas incursiones en terreno enemigo, en las que en ocasiones se adentraban varios centenares de kilómetros tras las filas del Eje.

El 10 de agosto, Churchill partía para cumplir la segunda parte de su misión: la visita a Stalin. Clementine calificó el empeño diciendo que era como «penetrar en el cubil del Ogro», y Churchill, por su parte, lo describió asegurando que era «como llevar una barra de hielo al Polo Norte»[71]. El primer ministro tomó el avión en El Cairo y se dirigió a Teherán en compañía de Harriman, ya que deseaba conocer los consejos que podía darle respecto a la mejor manera de tratar con Stalin. Completaban su pequeño cortejo Brooke, Wavell, Tedder y Cadogan, entre otros. Con el fin de evitar el ruido de la ciudad —así como los potenciales asesinos que pudieran merodear en ella—, el grupo se alojó en la residencia de verano de la legación británica, radicada en Gulhek, en lo alto de las colinas que se elevan a las afueras de la capital. A las cinco y media de la madrugada del miércoles 12 de agosto, en «una espléndida mañana de verano», la partida del primer ministro despegaba de Teherán en dirección a Moscú[72]. «Pronto nos encontramos sobrevolando el norte de Irán, rumbo a un collado que se abre entre las montañas que bordean el Mar Caspio, —recuerda Tommy Thompson—. A lo lejos, hacia el este, podíamos ver el pico nevado del

monte Davamand, que se elevaba con pasmosa majestad bajo el sol de la mañana.» Durante el viaje, Churchill adjudicó a Thompson «diez deméritos» por no haberse asegurado de que la embajada añadiera mostaza a sus sándwiches de jamón[73]. (Estos puntos negativos quedarían completamente anulados en el vuelo de regreso, en el que hubo champán y caviar.)

El avión del primer ministro aterrizó en Moscú a primera hora de la tarde, y Stalin acudió a recibirles al aeropuerto. El mandatario ruso, que vestía camisa caqui, pantalones azules y botas de media caña, se presentó acompañado por un vasto séquito formado por Mólotov y distintos miembros del Politburó, comisarios y generales. Una vez cumplimentados los saludos de rigor, el grupo de ingleses se trasladó en coche hasta la Villa Estatal n.º 7, situada a unos trece kilómetros del centro de Moscú[74]. Tedder recelaba a tal punto de que la mansión estuviese plagada de micrófonos que tuvo la prudente iniciativa de escribir «*Méfiez-vous* [¡Desconfíe!]» en un pedazo de papel y pasárselo a Churchill al observar que el primer ministro comenzaba a mostrarse indiscreto[75].

Esa misma noche tuvo lugar la primera reunión estratégica con Stalin. Tras realizar un trayecto de veinte minutos hasta el Kremlin, en un coche cuyas ventanillas contaban con un cristal blindado de cinco centímetros de grosor, Churchill observó —aunque se cuidó muy mucho de señalarlo— que el despacho de Stalin «estaba amueblado con la deslucida púrpura y la dorada magnificencia de los tiempos del zar»[76]. Stalin, Mólotov, el mariscal Kliment Voroshílov, del Comité de Defensa del Estado, y su traductor, Pavlov, se unieron al grupo de Churchill, Harriman, el embajador *sir* Archibald Clark Kerr y su intérprete, John Dunlop. «No habría venido a Moscú de no haber tenido la seguridad de que vamos a ser capaces de hablar de realidades», comenzó a decir Churchill. El primer ministro le dijo a Stalin que resultaba imposible establecer un Segundo Frente en Europa a corto plazo, tras lo cual, «el rostro de Stalin se crispó hasta adquirir una expresión ceñuda, —señala Dunlop[77]—. Stalin se levantó y se puso a recorrer de un lado a otro la enorme habitación hasta acercarse finalmente a un escritorio en el que se enfrascó en la búsqueda de unos cigarrillos», le comenta Clark Kerr a Eden. Tras encontrarlos, «los redujo a pedazos y los

embutió minuciosamente en su pipa, ridículamente curvada. A su vez, el primer ministro, una vez hubo soltado la noticia bomba, se puso en pie y empezó a caminar, tirando al mismo tiempo del fondillo del pantalón para separarlo de sus recocidas posaderas, ya que claramente se le había pegado la tela. Era de hecho una noche muy calurosa. Había algo en su silueta de hombre regordete, y en ese gesto que le hacía dar tironcitos de los bajos de su pantalón, algo que sugería una inmensa fortaleza unida no obstante a una escasa distinción»[78].

En un momento dado, la verbosidad de Churchill comenzó a dejar muy atrás la capacidad de traducción de Pavlov y al intérprete le fue imposible transmitir con exactitud a Stalin lo que se estaba diciendo. El dirigente soviético observó: «No le comprendo, pero me gusta el brío y la sustancia»[79]. La *Wehrmacht* había llegado ya a orillas del Volga —la batalla de Stalingrado se inició apenas diez días más tarde—, y este hecho, unido a las numerosas ciudades rusas, bielorrusas y ucranianas que habían caído en manos alemanas, estaba obligando al Ejército Rojo a distender sus filas hasta alcanzar prácticamente el punto de ruptura. Pese a todo, el líder soviético comprendió rápidamente el potencial de la Operación Antorcha, y casi pareció proclive al comportamiento amistoso, al menos en un primer momento. Cadogan recuerda que Churchill le dijo que la reunión «había ido muy bien. El primer ministro se había desplazado a Rusia con la esperanza de poder suavizar el impacto del "No habrá Segundo Frente en 1942" mediante la exposición de los planes relativos a la Operación Antorcha […], y había conseguido hacerlo con cierto detalle. [Churchill] señaló que Stalin se había tomado el cambio con insospechada tranquilidad y había llegado a utilizar una expresión equivalente a nuestro "Que Dios secunde sus empeños"»[80]. La reunión terminó a las once menos veinte de la noche, con los buenos auspicios de esa nota positiva.

Al día siguiente, jueves 13 de agosto, las cosas habían dado un vuelco de ciento ochenta grados. Al llegar Churchill al Kremlin le entregaron uno de los memorandos de Stalin, habitualmente caracterizados por la dureza de su tono, en el que el líder ruso no solo arremetía contra el hecho de que no se formara un Segundo Frente en 1942, sino que pasaba totalmente por alto la Operación Antorcha. Era como si los debates del día anterior no se

hubieran producido. Al explicarle Churchill que las pérdidas sufridas por el convoy PQ 17 a Múrmansk habían sido demasiado elevadas como para poder enviar una nueva flotilla en agosto, Stalin exclamó: «Es la primera vez en la historia que la armada británica vuelve la espalda en una batalla» —una afirmación que implícitamente apuntaba a una conducta cobarde y cuyo objetivo consistía en provocar a Churchill—.[81] Stalin le dijo al primer ministro británico que había incumplido su palabra, que los alemanes no eran invencibles y que «bastaría con que los ingleses se decidieran a luchar para que descubrieran que los hombres del Reich no eran superhombres»[82]. Harriman recuerda que Churchill, pese a consumirse de indignación, supo conservar la calma y no sacar a relucir «algo que sin duda tenía perfectamente presente en ese momento», a saber, que había sido justamente el Pacto Mólotov-Ribbentrop de no agresión entre Alemania y la URSS lo que había permitido que los nazis lanzaran su ataque sobre la Europa occidental. En sus memorias inéditas, Cadogan llegará a comparar al Churchill sometido a los ataques de Stalin y Mólotov con «el toro que enloquece en el ruedo, herido por los puyazos de los picadores»[83]. Los británicos decidieron cambiar a su intérprete, así que echaron mano del comandante Arthur Birse para sustituir a Dunlop, que según lamentaba Churchill había teñido sus manifestaciones con sus propios sentimientos, moldeándolas «como hace el peluquero con los cabellos del cliente»[84].

El autocontrol de Churchill resulta tanto más notable cuanto que Clark Kerr indica que, a su juicio, estaba de mal humor a causa de una resaca[85]. Al llegar las discusiones a un determinado punto, Churchill hizo un dibujo a Stalin para explicarle que la estrategia anglo-estadounidense consistía en «atacar la blanda panza del cocodrilo mientras los rusos combatían sus feroces fauces»[86]. Sorprende pensar que Churchill juzgara que esa analogía podía evocar en Stalin sentimientos favorables a su táctica, pero también es verdad que utilizó el globo terráqueo del despacho de Stalin para detallar las ventajas geográficas que se derivaban de expulsar del Mediterráneo a las potencias del Eje.

La primera jornada dedicada por entero a los debates estratégicos terminó a las dos de la madrugada, al declarar Stalin que «se veía obligado

a decir que no estaba de acuerdo con la argumentación del señor Churchill»[87]. A Clark Kerr le impresionó sobremanera que Churchill poseyera «la habilidad de transformar su sonrosado, alegre y risueño semblante, de pícaros hoyuelos infantiles, ¡en los fruncidos y enfurecidos belfos de un sapo!»[88]. Harriman recuerda que en las conversaciones «hubo momentos de acuerdo y lapsos de tiempo marcados por el estallido de violentos encontronazos»[89]. Churchill envió un cablegrama a Roosevelt y al Gabinete de Guerra para informarles de que había mantenido con el líder ruso «una discusión de lo más desagradable» en la que Stalin había dicho «un montón de cosas extremadamente insultantes».

Patrick Kinna, que se encontraba en la Villa Estatal n.º 7 al regresar a ella el iracundo Churchill, recuerda que las palabras del primer ministro fueron: «Acabo de tener la más horrible de las entrevistas con ese espantoso Stalin […], diabólico y terrible. —Al escuchar su exclamación, Clark Kerr dijo a su vez—: Permítame recordarle, señor primer ministro, que todas estas habitaciones están plagadas de micrófonos, y que Stalin puede oír hasta el último de sus comentarios»[90]. Tras el agresivo rechazo de Stalin, Clark Kerr desempeñó un papel clave, ya que consiguió sosegar a Churchill. A la mañana siguiente, bajo el resplandeciente sol de un espléndido día, y mientras caminaba junto al primer ministro, que apareció «tocado con un absurdo sombrero tejano», el espigado, cortés y veterano diplomático habló con toda franqueza con Churchill[91]. Le dijo que había enfocado las conversaciones con Stalin de un modo totalmente erróneo y que no había conseguido hacer valer el don de seducir a sus interlocutores. Además, añadió: «Usted es un aristócrata y un hombre de mundo y espera tener enfrente a personas de ese mismo tipo. Pero no es el caso. Proceden directamente del arado o del torno. Son extremadamente toscos e inexperimentados»[92]. «¡Pero es que ese individuo me ha insultado!, —replicó Churchill—. Represento a un gran país, y no soy hombre de naturaleza sumisa.»[93] Clark Kerr recuerda que el primer ministro realizó esta última protesta «con el gesto enfurruñado y la espalda encorvada». El embajador británico aconsejó a Churchill que no rompiera relaciones por el simple hecho de que «le hubiera ofendido un campesino incapaz de mostrar mejores modales»[94].

El estado de ánimo de Stalin todavía habría de experimentar varias fluctuaciones más en los cuatro días que duraron las conversaciones. En un determinado momento, Churchill llegó a sugerir que estaba dispuesto a regresar a Londres sin haber alcanzado ningún acuerdo. Al final, sin embargo, los dos hombres consiguieron establecer un compromiso[95]. Stalin necesitaba la ayuda británica, y a Churchill le era imprescindible que los rusos continuaran combatiendo. Rowan recuerda que la amenaza de abandonar Moscú «no fue fruto de un momento de cólera, sino una respuesta calculada a un movimiento igualmente meditado, y salió bien»[96]. En otro punto de las negociaciones, los rusos dijeron a los británicos que tenían que esperar varias horas para entrevistarse con Stalin debido a que, según su personal, había «salido a caminar»[97]. Hubo varios banquetes maratonianos marcados por la profusión de viandas y bebidas. Los festines, que constaban nada menos que de veinte platos y estaban jalonados por interminables brindis patrióticos, se prolongaban por lo general hasta las tres de la mañana. Aquella era una más de las muchas pruebas para las que Churchill parecía haber estado preparándose toda la vida, aunque desde luego supuso un duro desafío para varios de los miembros de su comitiva.

Las discusiones, que muy a menudo tenían lugar con los políticos sentados a una mesa «que parecía estar a punto de venirse abajo por el peso de la abundantísima comida y bebida», no se ciñeron exclusivamente a las cuestiones bélicas. En un momento dado, Churchill le preguntó a Stalin cuál había sido el momento de mayor angustia que le había tocado vivir a lo largo de su carrera, a lo que Stalin contestó que había sido el de la colectivización del campo ruso. «¿Y qué fue de los kulaks?», preguntó entonces Churchill, en alusión a los millones de campesinos acomodados que habían sido liquidados al acometerse la colectivización total en 1929. El dirigente soviético «ni siquiera pestañeó, —señala Cadogan—. [Stalin] se giró y con un displicente gesto de la mano barrió el aire y dijo: “¡Ah, se marcharon!”.»[98]

El 15 de agosto, tras la última ronda de negociaciones, las dos delegaciones celebraron una cena «larga y cordial» en las dependencias privadas de Stalin en el Kremlin. En esa ocasión, Churchill tuvo la

oportunidad de conocer a Svetlana, la hija del secretario general del Partido Comunista, degustó un plato de lechón asado (que Stalin comió con los dedos), bebió una buena cantidad de vodka, contó chistes en duelo jocoso con el dirigente soviético, y examinó con él los méritos relativos de Marlborough y Wellington (en una fecha que coincidía precisamente con el aniversario del nacimiento de Napoleón). Todo esto determinaría que, en último término, los dos políticos acabaran por llevarse bien, a pesar de haberse denunciado mutuamente en público durante dos décadas[99]. A primeras horas de la mañana siguiente, al regresar a la Villa Estatal, Churchill dijo que Stalin era «un gran hombre», y no solo para complacer a los oídos que le espiaban tras los dispositivos de escucha. El día 17, a bordo del avión en el que se dirigía a El Cairo, vía Teherán, Churchill tuvo que «desayunarse un plato de aspirinas»[100].

Si alguna duda abrigaba todavía Churchill respecto a la pertinencia de la Operación Mazo, la Operación Jubileo acabó desde luego por disiparlas todas, ya que ese había sido el nombre en clave de la desastrosa incursión efectuada en Dieppe por lord Louis Mountbatten, al frente de un contingente aliado de Operaciones Combinadas. El objetivo de la acción consistía en aplacar las iras rusas, poner a prueba las defensas alemanas, obligar a una parte de las fuerzas del Reich a desplazarse al oeste y subir la moral de la tropa. Sin embargo, el empeño se saldó con el más completo de los fracasos, ya que los soldados aliados que intervinieron en él, principalmente canadienses, sufrieron un 68 % de bajas entre muertos, heridos y prisioneros. Cinco días después, Churchill le pidió a Ismay que «determinara los hechos» relacionados con la planificación del ataque, y que averiguara específicamente de quién había sido la idea de «lanzar un asalto sobre esa plaza tan sólidamente fortificada sin haber tomado primero los acantilados que la flanquean a ambos lados, y quién había decidido utilizar los tanques en una ofensiva frontal en las playas»[101]. Ocho días más tarde, Ismay le enviaba su contestación, en la que incluía un informe de Mountbatten. En su escrito, el secretario del Comité de jefes de Estado Mayor culpaba a Montgomery, que en ese momento dirigía el Comando Suroriental de Gran Bretaña. Al hallarse ocupado en otros muchos asuntos, Churchill no continuó impulsando la investigación, pero en 1950, al

redactar sus memorias, dirá que «en todo el asunto había gato encerrado, así que estaba plenamente decidido a conocer» lo que se ocultaba tras la planificación del ataque[102].

Churchill descubrió que había habido en realidad dos planes de ataque a Dieppe: el que Montgomery había cifrado bajo la denominación de Operación Jinete (*Operation Rutter*), y el de la Operación Jubileo que había acabado sustituyéndolo y había sido llevado a la práctica el 19 de agosto de 1942 —concebido por Mountbatten—. Churchill preguntó entonces si los jefes de Estado Mayor, o los miembros del Comité de Defensa o el Gabinete de Guerra habían dado en algún momento su aprobación formal a la Operación Jubileo, «o si todo había sido impulsado de principio a fin por la sola iniciativa de un "Dickie" Mountbatten decidido a actuar sin remitirse a ninguna autoridad superior»[103]. Al indagar Ismay más a fondo se comprendió claramente que esta segunda explicación era la correcta, con lo que Mountbatten quedó sumamente inquieto[104]. Para corregir el borrador de las memorias de Churchill, lord Mountbatten le envió páginas y más páginas de anotaciones tendenciosas, sugirió a Ismay que le negara a Churchill el derecho a publicar su informe, y argumentó que «nuestro bando no debe subrayar» la cifra que revela la incidencia de un 68 % de víctimas. De hecho, Mountbatten suplicó a Ismay —que había sido su jefe de Estado Mayor tres años antes, en la época en que el propio Mountbatten había ejercido el cargo de virrey de la India— que no descubriera que él era la persona que había planeado la Operación Jubileo[105].

El desesperado intento de encubrimiento de lord Mountbatten le llevaría a afirmar incluso que el comandante naval que había estado al frente de la flota durante la ofensiva, el almirante James Hughes-Hallet, había estudiado previamente la conveniencia o inconveniencia del ataque con el propio Churchill. (Hughes-Hallet le dijo a Ismay que no conseguía recordar si la conversación se había producido antes o después de la operación fallida.) Mountbatten también afirmaría que la razón de que los jefes de Estado Mayor no dispusieran de ningún dato escrito que confirmara que se habían analizado efectivamente los pros y los contras del plan en el que se había basado la Operación Jubileo se debía a las medidas de seguridad que se habían tomado para impedir su filtración —un extremo que sin embargo no

concuerda con el hecho de que en las actas del Comité de jefes de Estado Mayor se hubiera dejado anteriormente constancia, y de forma habitual, de muchísimas otras acciones igualmente sensibles—. Dado que los editores estadounidenses que debían publicar sus obras le estaban presionando para que entregara cuanto antes el borrador final de sus memorias, Churchill se limitó a aceptar simplemente todas las enmiendas y párrafos revisados que había introducido Mountbatten, con lo que la versión divulgada, como señala el historiador David Reynolds, no solo «volvió a atribuir la responsabilidad [de la operación] a Churchill y a los jefes de Estado Mayor, sino que rebajó la cuantía de las pérdidas sufridas por las tropas canadienses y exageró en cambio los beneficios derivados del ataque», unas ventajas que cabe calificar, *de facto*, de mínimas o simplemente inexistentes[106].

El 24 de agosto de 1942, Churchill aterrizaba en Gibraltar en su viaje de regreso a Inglaterra. Debido a los problemas de seguridad que podía plantear la eventualidad de que hubiese trascendido que se encontraba en el Peñón, se tomó la decisión de mantenerle confinado en el palacio del gobernador, aunque el primer ministro estudió con Brooke la posibilidad de «disfrazarse de cortesana egipcia o de armenio aquejado de un dolor de muelas para que se le permitiera salir a la calle»[107]. A última hora de la tarde, Churchill llegaba al fin al aeródromo de Lyneham, al que había acudido a recibirle Clementine. El general estadounidense Douglas MacArthur, que también había sido condecorado en su día con una Medalla al Honor, le dijo al primer ministro británico que un viaje de ida y vuelta como el que acababa de efectuar entre Londres y Moscú, que le había obligado a «cubrir una distancia de dieciséis mil kilómetros a través de un gran número de espacios aéreos extranjeros y hostiles, era sin duda un deber exigible a los pilotos jóvenes». «Ahora bien, —añadió—, el hecho de que quien lo haga sea un estadista sobre cuyos hombros gravita el enorme peso de las preocupaciones del mundo constituye sin duda un acto de estimulante gallardía y valor»[108].

Al verle bajar del avión, John Martin tuvo la sensación de que Churchill «parecía estar en muy buena forma»[109]. Ya en Londres, el primer ministro

le dijo jactanciosamente a James Stuart: «Se habla mucho de lo bien que aguantan los rusos el alcohol, pero no son más que habladurías. Yo he bebido el doble que ellos»[110]. Seis semanas más tarde le comentará a Eade que, «pese a tener a Stalin por un individuo grosero con modales de oso, había acabado por encontrarle bastante agradable, dado que, además, tenían mucho en común. Al mismo tiempo, [el primer ministro] dijo con toda claridad que Rusia no abrigaba el menor sentimiento de gratitud hacia Inglaterra, a pesar de todo lo que hemos hecho para ayudarles»[111]. Churchill agregó que, si bien no le importaba admitir que prefería ser presidente de Estados Unidos antes que primer ministro de Gran Bretaña, «no deseaba en cambio estar en la piel de Stalin, ya que este se hallaba investido de una autoridad terrible que le permitía ordenar: "¡Llévense a ese hombre y fusílenlo!"»[112].

«Ha terminado imperando la máxima buena voluntad, así que por primera vez podemos decir que hemos establecido nuestra relación sobre bases amistosas, —refiere Churchill al Gabinete de Guerra al dar cuenta de la entrevista con Stalin—. Tengo la sensación de que he forjado un vínculo personal [con el líder soviético] que acabará por revelarse útil […]. Ahora ya saben lo peor, y una vez que han soltado el lastre de sus protestas, se han mostrado totalmente accesibles; y esto a pesar de que ahora mismo estén pasando por el período más angustioso y enconado [de la guerra]». Con el tiempo se comprendería que todas estas afirmaciones de Churchill eran fruto de una extrema ingenuidad. En octubre, Stalin le dirá a Maisky: «En Moscú, todos hemos llegado a la conclusión de que Churchill se propone provocar la derrota de la URSS para después llegar a un acuerdo con la Alemania de Hitler o con [el antiguo canciller, Heinrich] Brüning, a expensas de nuestro país»[113]. El hecho de que Stalin no confiara en Churchill no tiene nada de extraordinario, dado que, en realidad, no se fiaba de nadie (excepción hecha, claro está, de Hitler, en cuya palabra había creído por espacio de dos años).

Churchill, por el contrario, no tenía forma de detectar la verdadera opinión que Stalin tenía de él, puesto que, a partir del mes de junio de 1941, los servicios de inteligencia británicos habían recibido la orden de no continuar espiando a los soviéticos, ya que acababan de adquirir la

condición de aliados —una política perfectamente errónea que desde luego no habría de encontrar su contrapartida en el Kremlin—.[114] Poco después de su regreso a Inglaterra, Churchill comenzó a prodigar toda una suntuosa colección de halagos a Stalin, hasta el punto de afirmar en los Comunes: «Por encima de todo, es un hombre que cuenta con ese sentido del humor que tantas situaciones tensas es capaz de salvar, con ese don que tan importante resulta para cualquier persona, de la nación que sea, pero más aún si se trata de un gran líder y de una gran nación. Stalin también me ha dado la impresión de poseer una profunda y fría inteligencia, la que corresponde a un dirigente que no se hace ilusiones de ningún tipo sobre ninguna cuestión»[115].[116] En su entrevista con el rey, Churchill le explica que Stalin es «un hombre frío y poco refinado, que sin embargo, está dotado de una mente inquisitiva […]. En privado, tanto él como Mólotov sonreían, y llegaban incluso a soltar la carcajada, al escuchar las respuestas que Winston daba a las preguntas que ambos mandatarios soviéticos le hacían, con bastante pertinencia, acerca del pasado. Stalin nada sabe de lo que ocurre en el resto del mundo»[117].

El 25 de agosto, el duque de Kent, hermano menor del rey, fallecía en un accidente de aviación ocurrido en Escocia mientras desempeñaba activamente sus deberes militares con la RAF. «Nada podrá colmar este terrible vacío, —dirá Churchill en los Comunes al pronunciar su encomio fúnebre—. Nada alcanzará a mitigar ni a suavizar la soledad y la pérdida que habrán de abatirse sobre la esposa y los hijos del duque, ahora que el puntal y el eje del hogar ha venido a quebrarse de tan súbita manera. Solo la fe en una vida ultraterrena, en la gracia de resurgir en un mundo más luminoso en el que volveremos a reunirnos con nuestros seres queridos, solo ella y el pautado e inexorable paso del tiempo podrán aportarles algún consuelo.»[118] Esta es la única ocasión en la que Churchill manifiesta creer en algún tipo de existencia posterior a la muerte. No obstante, lo más probable es que sus palabras estuvieran fundamentalmente orientadas a aliviar el dolor de la viuda del duque, Marina, a la que en una ocasión

ponderó diciendo que era la mujer más hermosa que jamás hubiesen alcanzado a contemplar sus ojos[119].

El 9 de septiembre se informó a Churchill de que el Congreso Nacional Indio se proponía ofrecer únicamente una resistencia pasiva a los japoneses en caso de que estos invadiesen el subcontinente, y que además no iban a ayudar a los ingleses a defender la joya de la corona. Según parece, Churchill exclamó en presencia de Amery: «Detesto a los indios. Son un pueblo bestial adepto a una religión igualmente animalesca»[120]. Es justo que el curso de los acontecimientos castigara a Churchill por hacer este tipo de observaciones, pero también es verdad que no solo se han tendido a ignorar los numerosos elogios que siempre tributó al ejército indio —el mayor contingente de voluntarios que haya conocido la historia, con sus dos millones y medio de efectivos—, sino que también se ha pasado por alto el hecho de que continuara proporcionando protección a la India, reteniendo en el subcontinente un número de divisiones del ejército británico que podrían haber prestado muy buenos servicios en otros frentes. «El insuperable coraje de los soldados y los oficiales indios, sean hindúes o musulmanes», como también ha dejado dicho Churchill, así como el «glorioso heroísmo» demostrado en campañas como las de Abisinia, el norte de África, Birmania e Italia, «resplandecerán eternamente en los anales de la guerra»[121]. Estas reflexiones que denotan su positiva consideración de las fuerzas indias resultan bastante más significativas que las insulsas mofas de carácter racial que profiere en ocasiones y que muchas veces brotan más de la exasperación o de la intención de provocar a sus colegas que de un sentimiento verdaderamente arraigado en su corazón. «No está de más señalar de cuando en cuando el hecho de que, gracias a la gobernación británica, —dirá Churchill en el ayuntamiento londinense en septiembre de 1944—, el número de personas fallecidas en la India por herida de arma blanca o de fuego en los últimos ochenta años ha sido incomparablemente menor al registrado en cualquier otra región o comunidad similar del globo»[122]. Churchill consideraba que Gran Bretaña tenía el deber de continuar haciendo sacrificios para lograr que esa situación de mejoría se prolongara. «Los japoneses se reproducen como sabandijas,

pero mueren como héroes», dirá también un día en un pequeño almuerzo con invitados celebrado en Downing Street[123].

A finales de septiembre, habiendo entrado la crucial batalla de Stalingrado en su sexta semana de combates (y lejos por tanto de su final, ya que su duración total habría de superar los cinco meses), Churchill se manifestó «confiado en que los rusos siguieran resistiendo». Todas las noches, la RAF lanzaba sobre las ciudades alemanas una cantidad de bombas equivalente, por su peso, a la mitad de las toneladas de explosivos que habían destruido la localidad de Coventry, logrando detener de ese modo el constante incremento de la producción armamentística del Tercer Reich e iniciando simultáneamente con ello el proceso de desmoralización de la población alemana. Este fue precisamente el poco propicio momento que eligió Cripps para amenazar con presentar la dimisión y desatar una nueva crisis política en Londres. En esa singular coyuntura, Cripps se justificó diciendo que «no estaba conforme con la manera en que se estaba librando la guerra»[124]. Quería que se creara un Consejo de Planificación Bélica capaz de controlar los poderes que ejercía Churchill[125]. Al haber transcurrido tanto tiempo sin conseguirse una victoria en el desierto occidental egipcio, la posición política de Churchill seguía siendo relativamente precaria, y de hecho Harold Nicolson se preguntaba si Cripps no se estaría preparando para «organizar un gobierno alternativo y hacerse con el puesto de Winston»[126].

Desde que había regresado de Moscú en enero, Cripps había descubierto que gozaba de una popularidad inmensa. Churchill creía que el período de tiempo que había pasado como embajador británico en la Unión Soviética se le había subido a la cabeza, y por eso observó: «¡Ahí va uno que, Dios no lo quiera, se toma por el Altísimo!»[127]. Como si quisiera resaltar su pretendida condición de mesías, el propio Cripps adquirió la costumbre de tomar desayunos muy frugales en Lyons Corner Houses[128], en compañía de los trabajadores de las oficinas de las inmediaciones. Un signo inequívoco de que los políticos se hallan «de maniobras», por emplear la expresión militar, y de que comienzan a lanzar una campaña para hacerse con el más alto cargo electivo de la nación, es verlos recorrer el país dando discursos de contenido muy poco relacionado con su cometido oficial. Al

plantear la organización de sondeos demoscópicos Gallup a los ciudadanos la pregunta: «Si algo le ocurriera al señor Churchill, ¿quién le gustaría que le sucediera en el cargo de primer ministro?, —el 34 % de los encuestados contestó—: Eden», pero el 28 % designó favorito a Cripps —con el significativo dato añadido de que ninguno de los demás candidatos viables consiguió pasar del 3 %—.[129] Ese verano, Cripps había empezado a pronunciar una larga serie de discursos por toda Gran Bretaña y a tratar en ellos de cuestiones totalmente inconexas con sus deberes ministeriales, ya que había abordado asuntos tan diversos como las prestaciones de salud, los barrios bajos, la educación universal, la aviación civil, la vivienda, el ahorro nacional, «las situaciones de pobreza o riqueza extremas», o «las fórmulas más adecuadas para acabar con el desempleo»[130]. El Día de las Naciones Unidas, Cripps había enviado un mensaje a China y hablado en la BBC de la obediencia a los dictados de Dios.

Cripps era claramente el miembro más activo del Gabinete de Guerra, aparte del propio Churchill, y un potencial candidato para el puesto de primer ministro en caso de que algo saliera mal en la inminente ofensiva que Montgomery se disponía a lanzar en El Alamein, prevista para finales de octubre. Cripps llegaría a atreverse incluso a esbozar en público algunas críticas sutilmente veladas a Churchill. «Desde mi regreso, he venido teniendo la sensación de que al país le falta la tensión necesaria para afrontar la emergencia en la que nos hallamos inmersos, —aseguró—. Me da la impresión de que no estamos “totalmente volcados” en el esfuerzo bélico y la determinación de victoria.»[131] Al final, el 21 de septiembre, Churchill, Attlee y Eden se las ingeniaron para convencer a Cripps de que no dimitiera antes de que Montgomery pusiera en marcha el asalto. En privado, Churchill descartó la idea del Consejo de Planificación Bélica diciendo que se trataba de una «Fundación Incorpórea de Cerebritos», parodiando así la denominación de un conocido programa radiofónico de la época[132].[133] «Si Churchill permanece en su puesto van a acabar derrotándonos, —le aseguró Aneurin Bevan a Nicolson, pero no consiguió convencerle—. Sigo pensando que Winston es el Dios de la Guerra», anota Nicolson[134].[135] Al terminar la contienda, Churchill sostendrá que, para él, los meses de septiembre y octubre de 1942 habían sido los más

angustiosos de todo el conflicto, y no es difícil comprender por qué. Pese a que en ese momento la posibilidad de una invasión pareciera relativamente lejana, las pérdidas navales de los Aliados estaban siendo más aterradoras que nunca (en noviembre, entre buques y cargamentos, se habían ido al fondo del mar nada menos que ochocientas toneladas); los alemanes habían tomado el centro de Stalingrado; Montgomery seguía en su base de El Alamein y no había conseguido ganar terreno; Cripps y Beaverbrook habían empezado a estrechar el círculo en torno a su presa y se disponían a asestar el golpe decisivo; y Japón había logrado dominar la octava parte de la superficie del globo y se cernía amenazadoramente tanto sobre la India como sobre Australia[136]. Por si fuera poco, aun en el muy improbable caso de que se produjera el derrumbe de Alemania, seguía existiendo el inquietante espectro de una Rusia renacida y dispuesta a marchar sobre la Europa devastada. «Si la barbarie rusa sepultara la cultura y la independencia de los viejos estados del continente, —le dirá Churchill a Eden—, el desastre sería inmenso»[137].

Una vez independizado del gobierno, Beaverbrook continuó haciendo campaña en favor de la creación de un Segundo Frente, con la gran esperanza de hallar así ocasión de sustituir a Churchill como primer ministro en caso de que sufriera algún tropiezo de envergadura. No obstante, parece que su presencia entre los miembros de la familia Churchill resultó muy benéfica en esta misma época. «Te agradezco tanto que hayas mediado entre Randolph y Pamela y entre mi hijo y Winston, —le dirá Clementine el 8 de octubre—. Espero que ahora, mientras no tenga que regresar a Egipto, Randolph puede mantener un contacto permanente con su padre. Quiere mucho a Winston, así que este distanciamiento no solo les ha causado a los dos un profundo dolor, sino que también ha pesado muy notablemente en el ánimo de ambos.»[138]

El 12 de octubre, al recibir el gran honor de la Libertad de la Ciudad de Edimburgo[139], Churchill halló ocasión de bruñir sus vínculos con Escocia. «Como primera medida, —declara ante el auditorio al aceptar los laureles —, he decidido que el día de mi nacimiento es el de san Andrés». Acto seguido señala a sus oyentes que tanto su esposa como el regimiento en el que había tenido el honor de servir durante la Gran Guerra eran escoceses.

Y todo eso sin olvidar, remata, que «he sido quince años representante de “la Bella Dundee” y que, si de mí hubiera dependido por entero, todavía hoy seguiría defendiendo ese escaño»[140]. Churchill habló asimismo de las incursiones que efectuaban los comandos en la costa francesa, y subrayó el hecho de que «de vez en cuando surge de las aguas del mar, con creciente eficiencia, una mano de hierro que arranca las plumas a esos centinelas alemanes que tanto gallean en sus puestos, para regocijo del país entero»[141]. Y sabiendo que el artista de variedades escocés, *sir* Harry Lauder, se encontraba entre los asistentes al acto, el galardonado añadió: «Permítanme emplear las palabras de su célebre juglar —está hoy aquí, con nosotros—, unas palabras que no solo han sabido llenar de consuelo a muchos apesadumbrados corazones, sino que también han contribuido a infundirles fuerzas renovadas: “Sigan todo derecho hasta el final de la calle, continúen sin torcer ni a un lado ni al otro…, hasta el final”»[142].

Al día siguiente, al debatirse en el gabinete la separación racial que el ejército estadounidense había impuesto en los restaurantes británicos, lord Cranborne denunció el hecho de que uno de los funcionarios negros del Ministerio de las Colonias no pudiera seguir acudiendo a un restaurante determinado debido a que los estadounidenses habían obligado al local a restringir el derecho de admisión y a no aceptar más que a las personas de raza blanca. «¡Bueno, no pasa nada, —exclamó Churchill—; si lleva consigo un banyo todo el mundo pensará que forma parte de la banda de música!»[143]. Tras tan insensible guasa, Churchill pasó a considerar la cuestión con la seriedad que merecía, y el gabinete llegó a la conclusión de que el ejército de Estados Unidos «no debe esperar que nuestras autoridades, sean civiles o militares, les ayuden a imponer una política segregacionista. Es claro que, por lo que hace al derecho de admisión a las cantinas, bares, teatros, cines, etcétera, no habrá, ni podrá haber, ninguna restricción de acceso a los locales que afecte a las personas de color como consecuencia de la llegada de las tropas estadounidenses a este país»[144].

El 23 de octubre de 1942, Montgomery puso en marcha la Ofensiva de El Alamein, llamada a prolongarse por espacio de doce días, con sus noches, y

a la que Churchill quiso dar el nombre de «batalla de Egipto». Churchill pasó esa velada en compañía del rey y la reina, ya que los monarcas daban una cena en el palacio de Buckingham en honor de Eleanor Roosevelt, la esposa del presidente estadounidense. Tras el banquete, todos los invitados asistieron a la proyección del filme de Noël Coward titulado *Sangre, sudor y lágrimas*, una espléndida muestra de cine propagandístico en el que se hacía un panegírico prácticamente indisimulado de Louis Mountbatten. Churchill no dejó de pedir información sobre el desarrollo del choque que se estaba librando en ese mismo momento en El Alamein en toda la sesión, y al final no hubo forma de impedirle que telefoneara personalmente a la Oficina de Guerra. Regresó cantando el «*Roll Out the Barrel*[145]» «con gran entusiasmo, —señala Tommy Lascelles—, aunque con escasas pruebas de talento musical»[146].

El 29 de octubre, tanto Churchill como Eden empezaron a mostrar signos de irritación con Montgomery, dado que el general todavía no había conseguido romper las líneas del mariscal Rommel. Brooke, sin embargo, les tranquilizó diciéndoles que pronto comenzarían a verse resultados positivos. Y en efecto, el 3 de noviembre, la Operación Sobrecarga (*Operation Supercharge*), el mayor de todos los ataques que Montgomery había organizado hasta el momento, capitaneado por la 2.ª División Neozelandesa del general Bernard Freyberg, quebró al fin las defensas alemanas en el transcurso de la cuarta fase de la batalla, obligando de ese modo a Rommel a efectuar un primer repliegue a Fuka. «En Londres, el primer ministro se encuentra en un estado de total sobreexcitación», observará Cadogan ese día[147]. Ese martes 3 de noviembre, durante su almuerzo habitual con el rey, Churchill pudo presentarse al fin con una exclamación cierta en los labios: «¡Os traigo la victoria!, —le dijo[148]—. Pensamos que se había vuelto loco», aseguró después la reina; «era una palabra que llevábamos sin oír desde que estallara la contienda»[149]. Churchill quedó particularmente complacido al descifrar mediante el sistema Ultra dos telegramas en los que Rommel le daba a Hitler «unos informes sumamente deprimentes» de lo sucedido en la batalla[150].

En un debate celebrado en el gabinete para estudiar el contenido de un documento del Ministerio de Asuntos Exteriores en el que se exponía la

posibilidad de que el mundo de la posguerra estuviera presidido por un movimiento federalista paneuropeo, Cadogan indica: «Como es obvio, el primer ministro estaba enardecido por las noticias que acababan de llegar de Egipto, y su euforia se plasmó, lo que no era totalmente inesperado, en una exclamación: "¡A la porra Europa: tendremos la fuerza necesaria para salir adelante por nuestros propios medios!"»[151]. El 4 de noviembre, Rommel se hallaba ya en franca retirada. El ejército de Montgomery capturó a treinta soldados del Eje, y esa tarde, el general británico cenó con el general alemán Ritter von Thoma en la caravana móvil, adaptada al desierto, en la que despachaba. Tras una batalla, tanto Napoleón como Marlborough habían practicado la costumbre de cenar con los generales derrotados en sus respectivas tiendas, así que al quejarse en privado un parlamentario por la conducta de Montgomery, Churchill le respondió gravemente: «Pobre Von Thoma. Yo también he cenado con Montgomery»[152]. (Más tarde el primer ministro describiría en privado al egoísta «Monty» con estas palabras: «En la derrota, invencible; en la victoria, insoportable».)[153]

El domingo 15 de noviembre, al cerciorarse de que no existía ya la menor posibilidad de que los alemanes contraatacaran eficazmente, Churchill ordenó que repicaran las campanas de todas las iglesias del país. Al indicársele que lo más probable era que las campanas estuvieran oxidadas y que, además, los encargados de tañerlas estaban prestando servicio en el ejército, Churchill respondió que «eso no importaba»[154]. Y así fue: son muchos los diarios y las cartas que recogen ese día la alborozada respuesta popular que se produjo al escucharse el sonido de unas campanas que, por fin, podían saludar la obtención de una auténtica victoria.

«No estamos celebrando el triunfo definitivo, —le dijo Churchill a los que le rodeaban—. La guerra todavía va a ser larga. Una vez que hayamos vencido a Alemania, necesitaremos aún dos años más para doblegar al Japón. De hecho, no es una noticia tan mala como pudiera parecer. Contribuirá a cimentar la unidad de Estados Unidos y Gran Bretaña mientras nos dedicamos a la pacificación de Europa. Y si para entonces sigo todavía con vida, pondré toda la carne en el asador en el Pacífico.»[155] El 10 de noviembre, en un discurso pronunciado en la residencia oficial del

alcalde de Londres, Churchill hará una valoración pública extremadamente positiva del significado de la batalla de El Alamein. En su intervención, el primer ministro proclamará, con un epigrama que habría llenado de orgullo al mismísimo Edward Gibbon: «Ahora bien, esto no es el fin. No es ni siquiera el principio del fin. Pero es…, quizá, el fin del principio»[156].

Capítulo 28

«Un continente rescatado»

Noviembre de 1942 - septiembre de 1943

> Los problemas de la victoria son más gratos que los de la derrota, pero no menos difíciles.
>
> Churchill, Cámara de los Comunes, noviembre de 1942[1].

> Básicamente, yo soy aquí el comandante en jefe. Como es lógico, no siempre consigo sacar adelante lo que me place, pero siempre puedo impedir lo que no me place.
>
> Churchill a Iván Maisky, abril de 1943[2].

El domingo 8 de noviembre de 1942, un contingente de más de cien mil hombres de los ejércitos británico y estadounidense irrumpía en las costas del África Noroccidental en tres puntos situados en el litoral marroquí y en los enclaves de Orán y Argel. Las fuerzas del régimen de Vichy opusieron alguna resistencia —lo que costó la vida a 850 soldados aliados—, pero al comprenderse rápidamente que la Operación Antorcha constituía una ofensiva de ímpetu abrumador, el almirante Darlan, que en ese momento era el comandante en jefe que Vichy tenía destacado en el norte de África,

negoció un alto el fuego con Eisenhower, logrando un acuerdo por el que se le permitía conservar en las zonas liberadas un amplio margen de maniobra, al menos en el plano administrativo.

«¡A Winston le ha encantado nuestro éxito!», escribirá Brooke al día siguiente[3].[4] El 10 de noviembre, tras recorrer triunfalmente en coche la calle del Strand hasta llegar a la catedral de San Pablo, Churchill dio el habitual discurso que los altos mandatarios británicos acostumbran a pronunciar en la residencia oficial del alcalde de Londres durante el almuerzo que con tal motivo ofrece el primer edil de la ciudad. «Hemos conseguido la victoria, —dijo a los presentes—, una victoria notable y decisiva. El casco de nuestros soldados espejea bajo la brillante luz del sol y nos calienta y alboroza el corazón a todos […]. Hemos superado a los alemanes, y les hemos doblegado en combate con el mismo tipo de armas con las que tantas derrotas han infligido ellos a los pueblos pequeños». Pese a que las fuerzas del régimen de Vichy hubieran estado luchando contra los Aliados durante la Operación Antorcha, Churchill afirmó que seguía creyendo que los franceses acabarían contribuyendo en último término a la capitulación de la Alemania nazi: «Yo os declaro aquí, en tan memorable ocasión, aun después de haber constatado que hay franceses que, vendidos o desencaminados, disparan contra sus rescatadores…, yo os declaro que sigo manteniendo intacta la fe en que Francia volverá a ponerse en pie»[5]. A continuación añadió una referencia inequívoca a la India y el Extremo Oriente:

> No nos hemos embarcado en esta guerra movidos por la ambición de beneficios o el apetito expansionista, sino con el único propósito de salvaguardar el honor y cumplir nuestro deber, que es proporcionar amparo a la justicia. Permítanme no obstante dejar esto muy claro, por si en algún lado hubiese alguien que se estuviera llamando a engaño. Estamos resueltos a conservar lo que es nuestro. No he aceptado el cargo de primer ministro del rey para encabezar la liquidación del imperio británico. Para esa tarea, si algún día hubiese alguien que juzgara recomendable realizarla, tendrá que buscarse a otro[6].

Era un claro mensaje que no solo iba dirigido a los japoneses y al Congreso Nacional Indio, sino también a los estadounidenses. Y su planteamiento fundamental consistía en resaltar que Churchill no creía que el imperio tuviese los días contados. De hecho, el primer ministro

consideraba que el sentido de la guerra estribaba tanto en la salvación del imperio como en la preservación de Gran Bretaña, y lo que se había comprobado era que el imperio había respondido magníficamente bien, dado que había proporcionado grandes cantidades de hombres, dinero y materiales —y sin necesidad de lanzar ningún toque de rebato—. Gran Bretaña, a su vez, había contribuido a proteger a la India de la invasión japonesa, que, de haberse revelado tan letal como la ocupación nipona de las Filipinas, habría provocado la muerte de cincuenta millones de indios. La fe que Churchill mantuvo a lo largo de toda su vida en la pertinencia del imperio estaba a punto de incidir muy profundamente en los acontecimientos futuros: no solo en la estrategia que Gran Bretaña iba a adoptar en breve, sino también en el cariz de las relaciones que terminarían mediando entre ingleses y estadounidenses a medida que fuera avanzando el conflicto.

Como habrá de afirmar más tarde Churchill al referirse a los hombres de Montgomery y a la victoria obtenida en El Alamein, «este noble Ejército del Desierto, que nunca ha dudado de su capacidad para derrotar al enemigo y cuyo pundonor ha sufrido crueles golpes a causa de los sucesivos repliegues y desastres encajados —que resultaban incomprensibles a sus ojos—, ha recuperado en una semana su ardor y su aplomo. Es posible que los historiadores tengan la tentación de explicar lo sucedido en Tobruk. Pero el VIII Ejército ha hecho algo mejor: se ha tomado la revancha»**[7]**. (La plaza misma de Tobruk se reconquistaría finalmente el 13 de noviembre.) Acto seguido, en un destello más de perspicacia, Churchill atribuyó la idea de la Operación Antorcha a Roosevelt, pese a que se tratara originalmente de un plan que él mismo había concebido. «En mi primera visita a Washington, después de que Japón, Alemania e Italia atacaran a Estados Unidos, —señaló—, el presidente Roosevelt se mostró favorable a las tesis que sostenían que el norte de África era una región especialmente adecuada para que Estados Unidos interviniera en el Frente Occidental. Y desde luego, nuestro gobierno participaba enteramente de esa opinión»**[8]**. Lascelles e Ismay, por no citar sino a algunos de los que le escucharon, se percataron del pequeño juego de manos que acababa de efectuar Churchill, pero lo que el primer ministro esperaba conseguir con ese discreto truco era

que los estadounidenses se animaran a aceptar los laureles de una operación a la que la Junta de Jefes de Estado Mayor se había venido oponiendo, *de facto*, hasta los últimos días de julio.

En noviembre, Hitler respondía al asalto del norte de África con la ocupación de la totalidad del territorio francés, tras lo cual los franceses optaron por hundir la flota que se encontraba amarrada en Tolón —una acción que habría permitido salvar a mil trescientas vidas caso de haberse efectuado dos años antes en Orán—. El 11 de noviembre, una venerable efeméride para la generación de la Gran Guerra[9], los parlamentarios recibieron a Churchill con grandes aplausos al acudir este a los Comunes para anunciar que el Eje había sufrido cincuenta y nueve mil bajas en El Alamein, mientras que las pérdidas de las tropas de la Comunidad Británica de Naciones habían quedado reducidas a trece mil seiscientas. «Desde luego, no soy persona a la que sea preciso aguijonear, —se sinceró—. Quizá convendría más bien decir que sucede fundamentalmente lo contrario, pues soy yo quien tiende a empujar a la acción a los demás. Lo que a mí me cuesta es justamente encontrar la paciencia y el autocontrol precisos para ver pasar ansiosamente las semanas que no hay más remedio que aguardar antes de ver aparecer los primeros resultados.»[10] El explicar la situación estratégica, Churchill habló de «someter la panza del Eje, particularmente expuesta en la zona de Italia, a un intensísimo ataque»[11]. Pese a que no empleara el adjetivo «blando» para calificar ese vientre vulnerable, como había hecho en sus conversaciones con Stalin y repetido al hablar con el general Mark Clark u otros interlocutores, lo que tácitamente estaba afirmando era que la campaña italiana no iba a resultar difícil.

A partir de mediados de noviembre, Churchill volvió a echar mano de los mensajes que el sistema Ultra le permitía descifrar —dado que, según recordaremos, había interrumpido su consulta en abril, tras admitir que los había malinterpretado en una ocasión—. Dominado por la frustración, al ver que, a su juicio, Montgomery estaba procediendo con extremada lentitud en la persecución de las fuerzas de Rommel, el primer ministro decidió remitir a Alexander los números de serie de un conjunto de documentos descifrados en los que se apreciaba «una situación de debilidad marcada por un notabilísimo cruce de contraórdenes en las filas

enemigas»[12]. Con buen criterio, Alexander y Montgomery tenían no obstante muy presente que la *Wehrmacht* era perfectamente capaz de contraatacar, y no permitieron que las intervenciones de Churchill aceleraran la marcha de su metódico avance, que por el momento se estaba viendo coronado por el éxito. Esta sería, sin embargo, la última vez que Churchill utilizara los textos descifrados del sistema Ultra para respaldar sus argumentos y tratar de influir en las decisiones operativas[13]. Durante el resto de la guerra, Churchill conseguiría refrenar el entusiasmo que le invadía tras la lectura de las notas alemanas decodificadas por el sistema Ultra, aunque, en cualquier caso, después de este intento final, el número de mensajes descifrados empezó a ser tan elevado que el Comité Conjunto de Inteligencia se vio en la necesidad de hacer una criba y elegir los que debían transmitirse al primer ministro. No obstante, Churchill señaló a todo el mundo, más allá de toda duda, que esos mensajes eran sumamente importantes, y, de hecho, en agosto de 1944 le dijo al comandante Alexander Standish, al general Omar Bradley, oficial jefe del servicio Ultra, «que preferiría sacrificar tres divisiones antes que permitir que esa información pudiera revelarse, y que si un hombre la daba a conocer, ya fuera intencionadamente o no, él mismo le formaría un consejo de guerra sumarísimo y lo mandaría fusilar»[14].

Ahora ya podía Churchill prestar atención al problema de Cripps. «Una vez que el país ha cosechado algunos éxitos y que las políticas del gobierno han quedado justificadas, —señala el rey—, Winston ha empezado a proclamar [que Cripps] es la Bomba No Detonada del Gabinete de Guerra.»[15] Con una rápida remodelación gubernamental, Churchill asignó a Cripps el puesto de ministro encargado de la Producción de Aviones, una cartera que ya no le permitía tener voz y voto en el Gabinete de Guerra y cuya titularidad habría de conservar durante todo el resto de la contienda. Eden asumió el cargo de líder de la Cámara de los Comunes, desempeñado hasta ese momento por Cripps, y mantuvo también su responsabilidad como ministro de Asuntos Exteriores. Por su parte, lord Cranborne tomó posesión del puesto de lord del Sello Privado, la otra tarea previamente confiada a Cripps. Finalmente, Lindemann sustituyó a Cranborne como tesorero mayor

del reino, con lo que Churchill consiguió incorporar al gabinete a otro íntimo amigo y fiel partidario.

Churchill comenzó a poner sus miras en Italia. «Cuando una nación sufre una aplastante derrota en la guerra, no solo puede empezar a hacer toda clase de cosas extrañas, sino que resulta imposible imaginar de antemano cuál va a ser su conducta», dirá el 22 de noviembre en el Gabinete de Guerra[16]. El Comité Conjunto de jefes de Estado Mayor de Gran Bretaña y Estados Unidos todavía no se había puesto a reflexionar sobre la posibilidad de lanzar una campaña en la península italiana, pero Churchill sí —y de hecho no se trataba de un planteamiento reciente, dado que venía pensando en él desde que redactara los cuatro memorandos de 1941 a bordo del *HMS Duke of York*—. Churchill juzgaba que una ofensiva en Italia obligaría a Alemania a detraer parte de los recursos bélicos que empleaba en proteger las playas del noroeste de Francia[17].

El 10 de diciembre, en la quinta y última sesión que habría de celebrarse secretamente en los Comunes, Churchill argumentó en favor del pacto que Roosevelt acababa de establecer con Darlan, mediante el cual se permitía que las autoridades de Vichy continuaran gobernando Túnez y Argelia. En un momento dado, al explicar por qué eran tan escasos los franceses fieles a la Francia Libre de De Gaulle y tantísimos en cambio los colaboracionistas, el primer ministro ironizó: «El Todopoderoso, en Su infinita sabiduría, no ha considerado pertinente crear a los franceses a imagen y semejanza de los ingleses»[18]. El general francés Henri Giraud había huido de la cárcel y conseguido llegar a Argelia, aunque solo para chocar con De Gaulle respecto a cuál de los dos debía presidir el Comité Francés de Liberación Nacional, cuya misión consistía en coordinar la acción de todas las fuerzas francesas contrarias al régimen de Vichy, tanto en Francia como en el extranjero. Churchill comentó: «Todos pensábamos que el general Giraud era el hombre más indicado para esa tarea, y que su llegada galvanizaría a los resistentes. Una opinión que el propio señor Giraud comparte de la forma más categórica»[19]. En su intervención, Churchill llamó «viejo derrotista» al mariscal Pétain —cuyo apellido pronunciaba «Peatayne»—, y al volver a ocupar su escaño la Cámara le dedicó una cerrada ovación.

Roosevelt había terminado por detestar a De Gaulle debido a su marcado chovinismo, al hábito que le impulsaba invariablemente a dar prioridad a los intereses franceses sobre los de los Aliados, y a sus intentos de sabotear las relaciones entre Estados Unidos y el régimen del Vichy. «De Gaulle está empeñado en instaurar en Francia un gobierno controlado por un único individuo, —le comentará el presidente estadounidense a su hijo Elliot en una ocasión—. Y no conozco a nadie que me inspire menos confianza.»[20] El doble hecho de que el gobierno británico hubiera ofrecido refugio al líder francés y de que los ingleses estuvieran sosteniendo asimismo a las fuerzas de la Francia Libre, había hecho sospechar erróneamente a Roosevelt que De Gaulle era un títere en manos de Churchill. Es un hombre que «no me entusiasma más que a usted», protestará Churchill en un telegrama enviado el mismo día de esta última sesión secreta de los Comunes, «pero prefiero tenerle en el Comité que verle pavonearse por ahí como una especie de mezcla de Juana de Arco y Clemenceau»[21]. En otro momento, al asegurar Bracken que De Gaulle se tenía por una reencarnación de la santificada Doncella de Orleans, Churchill gruñó: «¡Sí, pero *mis* obispos no van a enviarle a la hoguera!»[22]. De Gaulle provocaba una enorme frustración en Churchill, al que también irritaba sobremanera, pero, pese a sentir a veces la fortísima tentación de retirarle su apoyo —y pese a haber estado a veces a punto de hacerlo—, jamás llegaría a tomar tan drástica decisión. Lo que sentía por Darlan era un aborrecimiento sin paliativos, y de hecho en noviembre lo había tachado de «maldito cerdo»[23]. A veces se ha atribuido a Churchill la autoría intelectual del asesinato de Darlan, perpetrado el día de Nochebuena de 1942 por un monárquico francés, pero lo cierto es que nadie ha podido aportar jamás las pruebas necesarias para demostrarlo.

En cualquier caso, las relaciones que mantenía con De Gaulle no eran el único asunto en el que Churchill debía andarse con cuidado al hablar con los estadounidenses. Las exigencias que los norteamericanos estaban poniendo sobre la mesa al solicitar que los británicos pusieran fin a las medidas proteccionistas de la Preferencia Imperial llevaron al primer ministro a hacerle a Herbert Morrison, poco antes de que este pronunciara un discurso sobre la política colonial que se debía seguir al acabar la guerra,

el siguiente comentario: «Teniendo en cuenta que durante setenta u ochenta años hemos mantenido nuestras colonias absolutamente abiertas al tráfico comercial procedente de todos los rincones del mundo, sin reclamar el más mínimo privilegio ni imponer una sola medida fiscal, salvo la consistente en gravar las rentas, y conservando asimismo en mente que en todo ese tiempo han sido justamente los estadounidenses, con su elevadas barreras arancelarias, los que han llevado al mundo por caminos equivocados, me parece bastante descarado por su parte que ahora se propongan sermonearnos y dictarnos cuál ha de ser la conducta apropiada. Con todo, no olvide que no le estoy sugiriendo que emplee con ellos estas mismas frases mías…»[24]. El día de Año Nuevo, Churchill le explicó al rey los detalles de la futura estrategia militar: «Tenemos que colaborar con los estadounidenses en todas estas cuestiones, ya que no podríamos salir adelante sin su ayuda. Sin embargo, están tardando una barbaridad en formar a su ejército y en trasladarlo hasta aquí»[25].

Churchill, Roosevelt y los jefes de Estado Mayor de Estados Unidos y Gran Bretaña acordaron reunirse en el Campamento de Anfa[26] del ejército estadounidense, instalado en un antiguo hotel turístico erigido a las afueras de Casablanca. El objetivo del encuentro consistía en decidir el punto en el que las fuerzas anglo-estadounidenses debían asestar el siguiente golpe una vez que las potencias del Eje hubieran sido totalmente expulsadas del norte de África. De este modo, para acudir a la Conferencia, cuyo nombre en clave era «*Symbol*», Churchill tomó el avión B-24 Liberator *Commando*[27] que se le había asignado y despegaba de la base de la RAF en Lyneham el 12 de enero de 1943. El rey anota que ese día, el primer ministro le había reconocido un cambio de actitud: «Vamos a tener que mostrarnos mucho más firmes que antes con F. D. R[oosevelt], dado que hemos de hacerle entender que no podemos continuar si no nos proporciona la ayuda que ya se ha comprometido a ofrecernos»[28]. Churchill llevó consigo a Portal, Harriman, Moran y Pim, además de al comandante Tommy Thompson, al inspector Walter Thompson[29], a John Martin y a Sawyers. Iba a ser el primero de los cuatro largos viajes que estaba llamado a efectuar en 1943, con lo que, en total, pasaría cerca de cuatro meses lejos de Gran Bretaña. Según lo previsto, al aterrizar, Churchill debería haberse introducido

inmediatamente en un vehículo blindado a fin de ocultar su identidad al personal que trabajaba en los campos próximos. Sin embargo, él decidió quedarse en la pista para dar la bienvenida al general Ismay cuando aterrizara su avión, dado que, según afirmaba, al ir enfundado en su uniforme de general de brigada aérea, bajo la falsa identidad de Frankland, no había en realidad ningún peligro. No obstante, esas precauciones no conseguían engañar a nadie. «Pese a que Churchill vistiera de uniforme, su silueta resultaba inconfundible», recuerda Harriman[30]. Más tarde, Ismay se hará la reflexión de que, en realidad, se tenía más la impresión de estar ante un general de brigada aérea disfrazado de primer ministro que lo contrario.

Una vez instalado en la confortable Villa Mirador, situada en los terrenos de un hotel de lujo, a menos de doscientos metros de la mucho más suntuosa mansión de Roosevelt, y tras montar el capitán Pim la Sala de Mapas, Churchill invitó a una relajada cena de bienvenida a los generales George Marshall y Mark Clark, así como al almirante King, a Harriman y a otras importantes autoridades[31]. Roosevelt llegó el 14 de enero, y, en el transcurso de los nueve días siguientes, el Comité Conjunto de jefes de Estado Mayor se dedicó a decidir a qué puntos debían destinarse los materiales de los diferentes escenarios bélicos. No obstante, todavía no se había conseguido convencer a los estadounidenses de que, en 1943, lo más oportuno era atenerse a la estrategia prevista para el Mediterráneo antes que promover la concebida para la fachada continental del Canal de la Mancha. Más tarde, el anglófobo general Albert Wedemeyer se quejará de que, en la reunión de Casablanca, Churchill «se había llevado al huerto» a la delegación norteamericana. Al año siguiente, sin embargo, Churchill le replicará: «Por más que digan que los he llevado al huerto, lo cierto es que en todos y cada uno de los rincones de ese jardín han encontrado frutas deliciosas y saludables verduras»[32]. En Casablanca se llegó al acuerdo de que el siguiente objetivo debía ser Sicilia. «Me niego absolutamente a que me engatusen con una sardina», exclamará Churchill al escuchar que algunos de los presentes sugerían tomar Cerdeña[33][34]. También se decidió designar a Alexander vicecomandante en jefe de la campaña tunecina, «quedando así encargado de la verdadera dirección y planificación de las

principales operaciones», le dirá Churchill a Clementine. Por otro lado, se designó al general Henry Maitland Wilson, alias «Jumbo», como sucesor de Alexander en el puesto de comandante en jefe del Oriente Próximo.

Al término de la Conferencia, Churchill aceptó una propuesta de Roosevelt, que había sugerido que los Aliados exigieran la rendición incondicional de Alemania a fin de cerrar toda posibilidad de una salida negociada con un eventual sucesor nazi de Hitler. Esta decisión suscitaría bastantes críticas, basadas fundamentalmente en la alegación de que esa medida ayudaba a los seguidores del führer a convencer al pueblo alemán de que debía continuar luchando, pese a saber que la derrota se acercaba a marchas forzadas. No obstante, Churchill afirmará públicamente que esa condición servía para imponer una clara obligación a los vencedores. «No significa que [los Aliados] tengan derecho a comportarse de un modo bárbaro, y tampoco expresa el deseo de hacer que Alemania desaparezca de entre las naciones de Europa, —señalará a los Comunes al informar del contenido de las conversaciones a su regreso—. Si algún límite tenemos es el que establece el vínculo que une nuestras conciencias a la civilización», explica[35]. Se creía asimismo que esa exigencia podía contribuir a levantar la moral aliada, y desde luego, cualquier otra cosa habría incrementado las sospechas de Stalin, que, según sabemos, temía que los aliados occidentales estuvieran dispuestos a llegar a un acuerdo con los alemanes en las fases finales de la guerra. Sea como fuere, lo cierto es que a Churchill nunca le gustó demasiado la idea, y tuvo además la sensación de que Roosevelt no le había avisado suficientemente de que tenía pensado tomar una iniciativa tan relevante.

En las primeras reuniones de la Conferencia, Churchill le hará a Clementine una serie de comentarios sobre «don Quijote, —el apodo que el matrimonio daba en privado al presidente Roosevelt. En uno de ellos le asegura—: Tengo la sólida convicción de que entre nosotros reina una gran amistad»[36]. El primer ministro y el presidente solían comer casi siempre juntos, y permanecían levantados hasta altas horas de la noche. De hecho, Churchill juzgará muy acertadamente que los resultados obtenidos en la Conferencia de Casablanca habían constituido un notable éxito. Los estadounidenses habían aceptado la estrategia mediterránea centrada en

lanzar primeramente un ataque sobre Sicilia, para pasar después a la ofensiva en Italia; los norteamericanos habían prometido enviar buques de escolta y lanchas de desembarco a fin de proceder a la eventual reconquista de Birmania en 1944; se iba a incrementar la ayuda que se enviaba a Rusia; De Gaulle y Giraud se habían estrechado la mano ante las cámaras (aunque la concordia durara poco); se había llegado a un acuerdo tanto en lo relativo a la disposición global de las fuerzas aliadas como respecto a la identidad de sus comandantes supremos. Junto con Roosevelt, Marshall y Brooke, Churchill había sido uno de los principales artífices de estos acuerdos, y había quedado encantado con lo conseguido. «Todo ha salido, en cualquiera de sus aspectos, tal y como yo deseaba y en consonancia con mis propuestas», le dirá a Clementine[37].

El 24 de enero, una vez finalizada la conferencia de prensa final —tras la que Churchill le asegurará al presidente estadounidense: «Los hemos dejado a todos encantados»—, el primer ministro británico y Roosevelt partieron en coche a Marraquech. A última hora de la tarde llegaban a la hermosa villa del vicecónsul estadounidense, Moses Taylor[38]. En sus memorias de guerra, Churchill habla de «la alegre vitalidad de la población, en cuyas calles se escuchaba el pregón de los adivinos y la flauta de los encantadores de serpientes, y se veían asimismo grandes cantidades de comida y bebida, por no hablar, en términos ya más generales, de los mayores burdeles de todo el continente africano, dotados de una compleja organización. Todas estas instituciones gozaban de una larga y muy antigua reputación»[39]. En este viaje, Churchill pintará el único óleo que tuvo ocasión de realizar en el período que media entre el año 1939 y el Día de la Victoria en Europa. La vista nos muestra, desde la terraza de la villa en la que se encontraba alojado, un paisaje en el que se aprecia una parte de la ciudad, dominada por un templo. Churchill regaló el cuadro, titulado *La torre de la mezquita de Kutubía*, a Roosevelt[40].

El 26 de enero, el presidente estadounidense abandonaba Marrakech. Esa misma tarde, Churchill partía en dirección a El Cairo a fin de impartir órdenes a los comandantes en jefe del ejército británico, reunidos en la capital para planear la Operación Abrazo (Operation Accolade), que preveía apoderarse de las islas del Dodecaneso con la máxima «inventiva y grandes

recursos»[41]. Brooke consideraba que el objetivo de la acción consistía en distraer al enemigo de los enfrentamientos asociados con la campaña italiana, pero Churchill abrigaba la esperanza de reconquistar Creta y tomar el Dodecaneso, ya que de ese modo Gran Bretaña no solo se hallaría en situación de limitar los movimientos del adversario en el Mediterráneo oriental, sino también de abrir el Bósforo, e incluso los Balcanes, a las fuerzas aliadas. Esto podía animar asimismo a Turquía a intervenir en la guerra, lo que a su vez implicaría poder utilizar las bases aéreas turcas para atacar las instalaciones que el Eje poseía en Grecia, Rumanía y Bulgaria[42]. En la operación resuenan claramente los ecos de Galípoli, y Roosevelt y Marshall se opusieron tan tajantemente a su materialización que se negaron a participar en ella. Sin embargo, tres días después, uno de los hombres que podía haber puesto serios obstáculos a la Operación Abrazo en el propio seno del gobierno de Churchill, el general de brigada Vivian Dykes, director de Planificación de la Oficina de Guerra, fallecía en un accidente de aviación. El 31 de enero, Churchill volaba a Adana para reunirse en las inmediaciones de Yenice con el presidente turco Ismet Inönü, que viajaba en su tren especial. «Por favor, no se preocupen por mi seguridad personal», escribe Churchill en respuesta a un telegrama en el que el Gabinete de Guerra le expresaba su inquietud por la entrevista y le pedía que no se arriesgara a hacer ese viaje, en el que podía ser víctima de un asesinato. «Puedo cuidar de mí mismo, y me doy cuenta muy rápidamente de dónde puede esconderse el peligro.»[43] Justo antes de que despegara su avión, con la mente puesta en el reciente fallecimiento de Dykes, aunque también en el suyo propio, Churchill le dirá a Ian Jacob: «Creo que ya estamos casi en la recta final: hasta el mismísimo gabinete sabría arreglárselas solo»[44].

Churchill le dijo al presidente Inönü que los Aliados parecían hallarse ahora indudablemente próximos a ganar la guerra y que, por consiguiente, Turquía debía asegurarse de obtener todas las ventajas derivadas de la victoria y abandonar su neutralidad. Más tarde, el primer ministro comentará con el Gabinete de Guerra que «había hecho inmediatamente buenas migas» con Inönü, y que los turcos «anhelan nuestro triunfo»[45]. Al día siguiente tomó un avión para aterrizar en Nicosia. Más tarde se comunicaría a la prensa que Churchill, que viajaba con el seudónimo de

«señor Bullfinch», había hecho escala en Chipre para pasar revista al 4.º Regimiento de húsares, cuando lo que en realidad se proponía era estudiar si la isla podía constituir un sitio adecuado para un encuentro tripartito entre Roosevelt, Stalin y él mismo, que se podría efectuar ese otoño. «La isla es perfecta, —le indicará a Maisky—. Es fácil protegerla por los cuatro costados. Y nadie se enterará de nada.»[46]

Churchill se encontraba en El Cairo el 2 de febrero, fecha en la que el mariscal de campo Friedrich Paulus se entregaba a los rusos en Stalingrado, junto con doscientos mil soldados del Eje. Churchill envió una nota de felicitación a Stalin y le transmitió el imprudente vaticinio de que Turquía estaba dispuesta a sumarse al esfuerzo bélico antes de que terminara el año 1943. «Les he dicho que, hasta donde yo sé, la URSS nunca ha roto un compromiso ni un tratado», le dijo a Stalin —una observación que no solo pecaba de ingenua, sino que habría sorprendido al Churchill de la década de 1920—.[47] También le indicó a Roosevelt que, a su juicio, era preciso tener a Stalin informado de los planes que Estados Unidos y Gran Bretaña habían elaborado en relación con Italia, ya que, según aseguraba el primer ministro, «nadie guarda mejor un secreto» que el dirigente ruso[48]. Churchill sugirió también que se diera a conocer a Stalin el hecho de que Inglaterra y Estados Unidos se proponían «llevar a cabo en agosto una poderosa ofensiva al otro lado del Canal de la Mancha», y que en ese ataque «tendremos a nuestra disposición diecisiete o veinte divisiones de ambos países»[49]. No obstante, Churchill añadió asimismo que la climatología, la situación de la armada, y el número de lanchas de desembarco serían factores que había que tener en cuenta, dado que podían limitar el alcance o la viabilidad de la operación, que desde luego no podría ponerse en práctica en el caso de que los alemanes ofrecieran una férrea resistencia en Sicilia y en la península itálica.

El 5 de febrero, Churchill dejaba El Cairo para dirigirse al desierto occidental, asistir a la entrada formal del VIII Ejército en Trípoli y pasar revista a los inmensos desfiles de tropa, integrados por cuarenta mil soldados. «Cuando acabe la guerra y se le pregunte a un hombre cuál fue su papel en ella, bastará con que diga: “Marché y combatí con el Ejército del Desierto”, —aseguró a los efectivos allí congregados—. Y cuando se

escriba la historia y se conozcan todos los hechos, vuestras hazañas relumbrarán con un brillo que será inspiración de cantos y relatos mucho después de que hayáis desaparecido los que aquí os congregáis hoy.»[50] Brooke señaló que al desfilar ante él la 51.ª División de Infantería de las Tierras Altas Escocesas, «con la vibrante música de las gaitas en los oídos […], me di la vuelta y vi que por el rostro de Winston rodaban varios lagrimones»[51].

El 7 de febrero, pese a que su avión había dado signos de tener algún problema en los motores durante una escala efectuada en Argel, Churchill sobrevoló el Canal de Bristol y aterrizó en la base de Lyneham de la RAF a las once de la mañana. En el transcurso del vuelo, Sawyers le había dicho: «Está usted sentado sobre su botella de agua caliente: no es precisamente una buena idea». «¿Una idea?, —replicó el primer ministro—: No se trata de ninguna idea, sino de una coincidencia»[52]. Churchill se trasladó a Binderton, la casa de campo de Eden, y allí vieron la recién estrenada película *Casablanca*, y según el diario de Eden, «Winston echó pestes contra De Gaulle», ya que detestaba el modo en que se había conducido en la Conferencia Symbol[53]. También le irritaba que el Gabinete de Guerra hubiera tratado de quitarle de la cabeza, aunque infructuosamente, el proyecto de la entrevista con Inönü en Turquía, y Eden señala que lo que Churchill reclamaba era «que se le dejara ir adonde considerara oportuno cuando se encontraba en el extranjero […]. En cualquier caso, —había afirmado el primer ministro—, habría sido una buena forma de morir, y lo único que me recuerda [la advertencia del Gabinete de Guerra] es que debería haberme ocupado antes de mi testamento».

Beaverbrook aún no había abandonado la esperanza de hacerse con el puesto de Churchill, y lo que ahora se proponía era sustituirle por un triunvirato formado por Eden, Bevin y él mismo. Su plan nació no obstante muerto, debido sobre todo a que Bevin, que no solo no congeniaba con él, sino que le consideraba indigno de confianza, se lo comentó inmediatamente a Churchill. Al preguntársele cómo era posible que, en el plano personal, Churchill continuara llevándose bien con Beaverbrook después de esa conjura, Bevin explicó: «Bueno, ya ve usted, así son las cosas: es como si el viejo se hubiera enamorado de una prostituta. Sabe lo

que es, pero la adora»[54]. Beaverbrook mandó elaborar a uno de sus investigadores un documento de tres páginas titulado «Las falsas profecías de Winston Churchill y algunas de sus consecuencias económicas», un texto en el que se pasaba revista a todos los presuntos errores de juicio del primer ministro, incluidos los episodios de los Dardanelos, el patrón oro, los artículos de la década de 1930, la crisis de la abdicación (en la que el propio Beaverbrook había sido uno de los máximos aliados de Churchill), el discurso dirigido en enero de 1940 a los países neutrales, las predicciones sobre una pronta victoria en Creta y Tobruk, y otras muchas situaciones incómodas[55]. La lista contaba con el respaldo de un gran número de referencias y anotaciones, entresacadas en su mayor parte de las actas del *Hansard* y de los periódicos del propio Beaverbrook. El escrito no llegaría a utilizarse, pero con este tipo de medidas Beaverbrook se preparaba para el caso de que su amigo de toda la vida empezara a mostrar signos de vulnerabilidad política.

El 9 de febrero, Churchill hizo su primer acto de presencia en los Comunes desde que regresara de Casablanca, y fue recibido con una sonora ovación. «Hemos de hacer que el enemigo arda y sangre de todas las formas física y razonablemente posibles, —dijo a los parlamentarios—, tal y como ya está ocurriendo en el vasto frente ruso, desde el Mar Blanco hasta el Mar Negro»[56]. Y a continuación añadió: «Cuando me detengo a considerar todo lo que Rusia está haciendo y los inmensos logros de los ejércitos soviéticos, lo único que me quita la sensación de no estar personalmente a la altura de las circunstancias es la clara conciencia que me proporcionan los dictados de la mente y el corazón, que me recuerdan que se está haciendo —y que seguirá haciéndose— todo lo humanamente posible para que las fuerzas británicas y estadounidenses actúen contra el enemigo, y no solo con la mayor celeridad y energía, sino también con el máximo alcance posible»[57]. A continuación, Churchill rindió tributo «al vehemente y formidable general Montgomery, un personaje auténticamente cromwelliano, austero, grave, experto e infatigable, que no solo se ha entregado en cuerpo y alma al estudio de la guerra, sino que ha conseguido aunar en torno a su persona, y en un grado extraordinario, la confianza y la devoción de su ejército»[58]. Después leyó en voz alta un mensaje que

acababa de recibir del general Alexander, enviado justo después de la derrota de Rommel: «Los enemigos de Su Majestad, así como el conjunto de su impedimenta, han sido completamente eliminados, tanto de Egipto como de la Cirenaica, Libia y Tripolitania. Quedo a la espera de sus nuevas instrucciones». Terminada la lectura, el primer ministro hizo una pausa, y después añadió, con perfecta y característica flema inglesa: «Bien, parece evidente que vamos a tener que pensar en alguna otra cosa…»[59]. Tras el discurso, Churchill congregó a su alrededor, en la Sala de Fumadores, a los diputados presentes. «La acogida que le había dispensado la población italiana residente en Libia parecía haber sido el elemento que mayor impresión le había causado, —recuerda Nicolson—. "Me aplaudieron", —dijo—, "y batieron palmas de este modo"» —frase que acompañó con el gesto de fijar el cigarro puro en la boca para hacer los ademanes propios de una ovación y acompañarlos de la exclamación: «*Eeveever!*»[60].[61]

El 16 de febrero, Churchill se vio afectado por una neumonía y se le inflamó la base de uno de los pulmones. Moran le recetó un nuevo antibiótico a base de sulfamidas conocido con el nombre de M & B (por las iniciales de la compañía fabricante, May & Baker Ltd.), pero durante los seis días siguientes, el primer ministro quedó incapacitado para cualquier trabajo serio. Una vez más, las circunstancias temporales en que le ocurrían las cosas volvían a revelarse afortunadas, ya que el M & B es el primer tratamiento conocido contra la pulmonía. Cuando empezó a sentirse lo suficientemente en forma, se puso a leer *Moll Flanders*, de Daniel Defoe, y el 22 de febrero le escribe al rey, después de que este hubiera acudido a visitarle mientras todavía se encontraba convaleciente en Chequers. «De Gaulle se muestra hostil con este país, y lo cierto es que confío mucho más en Giraud que en él», insistió, aunque señalando al mismo tiempo que su «insolencia […] podría deberse más a la estupidez que a la malicia […]. Ahora pretende recorrer sus dominios; *mes fiefs*, como él los llama. Yo he vetado esa idea, ya que solo puede darle ocasión de causar perjuicios y de difundir la anglofobia dondequiera que vaya»[62].[63] Churchill impidió que De Gaulle partiera a Siria, incitando así al general a protestar: «Entonces, es que me retiene prisionero…», antes de dar media vuelta y regresar al domicilio que el gobierno británico le estaba permitiendo utilizar en

Hampstead. Churchill llamó al oficial de enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores con el que trataba De Gaulle y le dijo: «Le hago a usted responsable del Monstruo de Hampstead, con especial encargo de que no logre escapar»[64].

«He intentado persuadirle de que se tome una taza de Ovaltine[65] por las noches, —comenta con su marido, Roger, la enfermera de Churchill, Doris Miles—, pero él asegura que odia las "papillas" —no soporta ni la leche ni las gachas, es más bien de los que prefieren desayunar "filete y cerveza"»[66]. Poco después, el 23 de febrero, Doris le escribe a Roger desde la residencia de Downing Street: «Algo que te hará reír es sin duda la tabla de ingestas líquidas [del primer ministro]. Viene a ser algo así: champán, trescientos centímetros cúbicos; *brandy*, seiscientos centímetros cúbicos; zumo de naranja, dos litros y medio; *whisky* con soda, dos litros y medio… ¡¿No te deja con los ojos a cuadros…?!»[67]. El 1 de marzo, Churchill empezó a sentirse mucho mejor, aunque todavía seguía relativamente débil, y Doris anota: «Canta un montón, aunque desafina bastante, y siempre a voz en cuello». Uno de los temas populares de la Gran Guerra que le gustaba canturrear mientras le lavaban de cuerpo entero en la cama decía lo siguiente:

Lávame en el jalbegue de la pared,
no me laves en el agua
donde acabas de bañar a tu sucia hija,
lávame en el jalbegue de la pared[68]…

Una vez que pudo meterse por sí mismo en la bañera, la enfermera Miles señalará en sus cartas que el primer ministro se enorgullecía de su habilidad para cerrar los grifos de Chequers con los pies. A principios de marzo comenzó a trabajar, ayudado por «un par de secretarias y varios *whiskies*», hasta pasada la medianoche, y siempre entre grandes risotadas, audibles a través de la puerta. Para el 15 de marzo, ya plenamente recuperado, Winston volvía a la carga.

En los primeros días de marzo, Rommel efectuó cuatro grandes contraataques en Túnez, pero entre Eisenhower y Montgomery consiguieron rechazarlos todos. El 9 de marzo, el «Zorro del Desierto[69]»

tuvo que regresar a Alemania, con un permiso por invalidez para el servicio, presuntamente para recibir tratamiento médico, pero en realidad para evitar que le hicieran prisionero. No obstante, pese a las buenas noticias que estaban llegando de África, la *Luftwaffe* seguía bombardeando periódicamente las poblaciones de Gran Bretaña. Como ya hemos comentado[70], la noche del 3 de marzo morían 173 civiles en la estación de metro de Bethnal Green, muchos de ellos al caer por las escaleras de acceso a la estación subterránea y resultar aplastados en la posterior reacción de pánico. Churchill decidió censurar la noticia, y argumentó que «era contrario a conceder ese protagonismo al incidente, —debido sobre todo a que—, antes hemos hablado de que "no ha de cundir el pánico", y esto deja claro que se ha producido efectivamente un movimiento de ese tipo»[71].

El 21 de marzo, Churchill pronunciaba en la radio su primer discurso sobre los desafíos que tendría que encarar Gran Bretaña cuando terminara la guerra, lo que indica que cada vez confiaba más en la victoria y que además la veía ya al alcance de la mano. Pese a que el 18 de febrero se encontrara demasiado enfermo para asistir al debate suscitado por el llamado Informe Beveridge[72], la alocución del primer ministro fue un análisis magistral, pero también un intento de disputar los votos del centro político a los laboristas. Churchill elogió el trabajo de *sir* William Beveridge: «Deben contarme, tanto a mí como a mis colegas, entre los más firmes partidarios del establecimiento de un seguro nacional obligatorio soportado por todas las clases sociales y destinado a resolver todo tipo de problemas, de la cuna a la tumba. —Acto seguido añadió que todos los ciudadanos debían estar dispuestos a trabajar—, tanto si proceden de la antigua aristocracia como si forman parte de la plutocracia moderna o se identifican con el hombre corriente, aficionado a ir de bar en bar»[73]. No tuvo reparos en admitir que la sociedad británica «debe fundar sobre amplios y sólidos cimientos un Servicio Nacional de Salud. Y en este sentido permítanme decir que no hay mejor inversión para cualquier comunidad que la de incluir la leche como alimento básico de todos los bebés. Una ciudadanía saludable es el mayor activo que pueda tener un país. —En esta misma línea radical, Churchill avanzó una promesa—: No ha de negársele a nadie con capacidad para acceder a la educación superior la oportunidad de cursar estudios. La

sociedad que no dedique una importante suma de tiempo y dinero a la educación —sea humanista, técnica o científica— de un adecuado número de personas, no logrará organizar una comunidad moderna»[74]. Todas estas afirmaciones formaban parte del ideario clásico de los demócratas conservadores, y desde luego Churchill no olvidó hacer referencias a su padre ni traer a colación unas cuantas citas de Disraeli. El primer ministro, que habló igualmente del empleo generalizado que habría de propiciar la «nueva planificación y reconstrucción de nuestros pueblos y ciudades», no trató de ocultar el hecho de que los británicos «han de tener presente que las cargas fiscales que habrá que soportar después de la guerra serán superiores a las que había antes de la contienda, aunque no nos proponemos que la concepción de esos planes o la recaudación de esos impuestos nos lleve a transitar sendas susceptibles de desactivar los incentivos personales, ya que eso aniquilaría la iniciativa privada y la libre empresa»[75]. Churchill habló también de «un plan cuatrienal» en el que deberían abordarse tanto las cuestiones económicas como los temas de la desmovilización y la creación de un Consejo de Europa capaz de «armonizar los más altos intereses permanentes de Gran Bretaña, Estados Unidos y Rusia». Finalmente, Churchill esbozó incluso la llegada de la televisión. Por otra parte, su discurso adoptó un tono de carácter personal. «He tratado de aprender de los acontecimientos», explicó,

> pero también de mis propios errores, así que puedo deciros con toda solemnidad que creo firmemente que si actuamos movidos por la camaradería y la lealtad, tanto con nuestro país como entre nosotros mismos, si conseguimos que el empeño estatal y la libre empresa contribuyan a la promoción de los intereses nacionales, y si tiramos todos, hombro con hombro, del carro de la nación, no tendremos por qué caer en esa horrenda y devastadora depresión, en ese miserable período presidido por las disputas y la confusión que acabó por truncar e impedir que se cosecharan los frutos de la victoria que obtuvimos, con tantísimo esfuerzo, hace un cuarto de siglo[76].

«Ya sabe usted que no debe asustarse si me pongo a chillar, —le dirá Churchill—, con angelical sonrisa», a su nueva secretaria, Marian Holmes, el 24 de marzo. «Si me enfado, no es con usted, sino por cuestiones de trabajo.»[77] Holmes no tardaría en convertirse en una de sus secretarias favoritas. La llevó a varias conferencias, y la tenía en gran estima debido a

su eficiencia, su valentía y su belleza. Ese mismo mes de marzo, Colville volvió a presentarse para continuar prestando sus servicios en Downing Street, tras haber pasado dieciocho meses en la RAF. Encontró que Churchill «seguía teniendo la mente tan vigorosa y el corazón tan firme como siempre», aunque no obstante consideró asimismo que «su aspecto físico mostraba signos de fatiga»[78].

El viernes 26 de marzo, Churchill mandó llamar a Brooke. En esa fecha se cumplía ya una semana desde que Montgomery iniciara el asedio del sistema de fortificaciones conocido con el nombre de «Línea Mareth», y faltaba además muy poco para que el general consiguiera perforar el perímetro y penetrar en el sur de Túnez. «¡Cuando llegué al fin al número 10 Anexo me lo encontré en la bañera!», recuerda el conservador Brooke, educado por sus padres en las tradiciones del Úlster[79]. «Sin embargo, me recibió nada más ponerse algo encima, ¡convertido en una especie de centurión romano sin más atuendo que una ancha toalla en torno a su rotunda silueta! Me estrechó muy amistosamente la mano, y de esa misma guisa me invitó a tomar asiento mientras se vestía». Brooke consideró «sumamente interesante todo el procedimiento», así que aguardó tranquilamente a que el primer ministro se pusiera su camiseta de seda blanca, sus calzoncillos igualmente inmaculados y de la misma tela, y empezara «a recorrer de esa suerte toda la habitación, ¡yendo de un lado para otro con un aspecto bastante parecido al de “*Humpty Dumpty*[80]” debido a su gran corpachón y sus delgadas piernecitas!».

Al comprobar que el cuello de la camisa blanca se resistía a aceptar el cierre que debía sujetarlo alrededor de su garganta, Churchill se limitó a dejarlo abierto y se sirvió de la corbata para mantenerlo en posición, «un poco al modo de Oliver Hardy». Brooke continuó contemplando embelesado el espectáculo, en el que ahora correspondía el papel protagonista «al cabello (¡o a lo que quedaba de él!), al que prestó gran atención. —Para acicalarse, Churchill roció de colonia un pañuelo y acto seguido se lo frotó en la cabeza—. Después se cepilló las escasas y dispersas matas de pelo y terminó con otra rociada de perfume, ¡esta vez directamente sobre el objetivo!» Mientras se enfundaba los pantalones, el chaleco y la chaqueta, Churchill «no dejó un solo instante de murmurar

cosas sobre la batalla que acababa de librar Monty y la visita que debíamos realizar al norte de África». A pesar de todas las críticas que Brooke dedica a Churchill en sus diarios, y a pesar también de las peleas en que en ocasiones se enzarzaban, parece claro que en esta ocasión Brooke reconoce que el primer ministro se preocupaba por él, ya que «el principal asunto que deseaba tratar consistía en decirme que la noche pasada, durante la reunión que habíamos mantenido, yo había dado la impresión de estar cansado; ¡así que haría bien en tomarme un fin de semana libre, y unos cuantos días más!»[81].

A pesar del consejo, Brooke regresó a Londres el lunes para informar al Gabinete de Guerra de la derrota de Rommel. La penetración en Túnez prosiguió a lo largo de todo el mes de abril, lo que propició que el VIII Ejército se reagrupara con los contingentes estadounidenses venidos de las regiones occidentales de África, con vistas a preparar la ofensiva que debía lanzarse sobre la propia ciudad de Túnez. En abril de 1943, el número de submarinos alemanes hundidos comenzó a experimentar también un notable incremento, debido en parte a que la RAF disponía ahora de unos bombarderos con mayor radio de acción. Como es obvio, este éxito se tradujo también en la consiguiente reducción de las pérdidas de buques en las filas aliadas. El total de sumergibles del Reich que resultaron destruidos o apresados en toda la segunda guerra mundial fue de 793, y las tres cuartas partes de los casi 40 000 hombres que los tripulaban perecieron ahogados. «Hasta finales de marzo, el peligro de que el enemigo lograra cortar nuestras líneas de comunicación por mar fue verdaderamente elevado, —recuerda el almirante James—, pero después de esa fecha, lenta pero inexorablemente, las fuerzas defensivas comenzaron a alzarse con la preeminencia y a dominar a los submarinos germanos»[82]. En el verano de 1943, transcurrido cerca de un año desde la caída de Tobruk, el Mediterráneo pudo al fin reabrirse a la navegación aliada.

El 8 de abril, al dar a entender Roosevelt que la llegada de refuerzos alemanes a Sicilia podría obligar a cancelar la Operación Husky —es decir, la invasión aliada de la isla, prevista para el mes de julio—, Churchill se mostró muy mordaz, como era de esperar. «Si la presencia de un par de divisiones alemanas se juzga un factor decisivamente contrario a cualquier

operación ofensiva de carácter anfibio, y más aún tratándose de un ataque en el que están llamados a participar los millones de hombres que ahora se encuentran desplazados en el norte de África, —escribe el primer ministro a sus jefes de Estado Mayor—, resulta difícil comprender cómo se piensa proseguir combatiendo en esta guerra. Llevamos meses de preparativos, hemos acumulado un inmenso poderío aéreo y naval, y aun así basta la irrupción de dos divisiones del Reich para sumir en la conmoción a los estadounidenses […]. Confío en que los jefes de Estado Mayor no estén dispuestos a aceptar estas doctrinas pusilánimes y derrotistas, vengan de donde vengan […]. ¡No acierto a imaginar lo que pensaría Stalin de esto, él que tiene en su propio suelo a 185 divisiones alemanas!»[83]. Estamos aquí ante uno de los raros casos en que Churchill subestima la cuantía de las fuerzas enemigas, ya que en realidad Stalin se enfrentaba a una cantidad de divisiones ligeramente superior a la que apunta el primer ministro. Al final, la Operación Husky no se desactivó.

El 18 de abril de 1943, Alemania anunciaba el descubrimiento de una serie de fosas comunes en el bosque de Katyn en el que yacían más de catorce mil oficiales polacos. La Unión Soviética negó cualquier responsabilidad en los asesinatos, une mentira que sus dirigentes habrían de mantener sin rectificación alguna hasta el año 1990. No obstante, al comenzar a indagar las autoridades polacas y la Cruz Roja, la verdad fue esclareciéndose poco a poco. A finales de mayo, Owen O'Malley, el embajador británico y oficial de enlace con el gobierno polaco, exiliado en Londres, envió a Eden un contundente documento en el que se explicaba con horroroso cúmulo de detalle el método que habían empleado los rusos para masacrar a sangre fría a los oficiales polacos en marzo de 1940[84]. Churchill leyó el informe, pero llegó rápidamente a la conclusión de que las exigencias propias de la guerra requerían que tanto él como el Ministerio de Asuntos Exteriores permanecieran en silencio. No obstante, resulta muy difícil pensar que Churchill se sintiera verdaderamente sorprendido por la barbarie, dado que no podía haber olvidado la displicencia con la que Stalin se había desentendido de la «desaparición» de los kulaks durante la reunión que había mantenido con él en Moscú. Mucho tiempo atrás, en 1919, Churchill había dejado escrito que «las atrocidades que perpetraron Lenin y

Trotski fueron incomparablemente más espantosas que cualquiera de las matanzas que puedan imputarse al propio káiser, ya que su alcance fue muy superior y las víctimas mucho más numerosas». Ahora, sin embargo, su sucesor, de brutalidad perfectamente idéntica, era un aliado auténticamente vital[85].

Harold Nicolson anota en su diario que al preguntar a Churchill acerca de los sucesos de Katyn, el primer ministro «esbozó una mueca sombría: "Cuanto menos se comente ese episodio, mejor"»[86]. El 23 de abril, Churchill le dirá a Maisky en Chequers: «La actitud que mantengo hacia usted no cambiaría en ningún caso, ni siquiera en la eventualidad de que las afirmaciones alemanas resultaran ciertas. Pertenece usted a un pueblo muy valeroso, Stalin es un gran soldado, y en este momento yo lo enfoco todo desde el punto de vista de un militar a quien lo único que le interesa es derrotar al enemigo común con la mayor rapidez posible»[87]. «En una guerra puede suceder cualquier cosa», añadió, y los comandantes de menor graduación son capaces de «realizar actos terribles» cuando actúan por iniciativa propia[88]. Tanto Churchill como Maisky sabían que una carnicería de tan enorme magnitud solo podría haberse producido por orden directa del Politburó. Si en el plano moral, la actitud de Churchill resultaba insoportable, en términos políticos era simplemente inconfesable. Fue una de las ocasiones en que la procura de una causa de gran envergadura determinó que la Realpolitik se impusiera a la moralidad, e incluso a la propia decencia.

A mediados de abril, Churchill llegó al convencimiento de que era preciso nombrar a un nuevo virrey, ya que, a su juicio, ese era el único modo de romper el punto muerto en el que se hallaban las relaciones con el Congreso Nacional Indio, que seguía negándose a contribuir al esfuerzo bélico efectuado para proteger a la India de la acción de los japoneses. Tras sopesar la posibilidad de designar a Attlee, Sinclair, Cranborne y Lampson, el primer ministro decidió que el elegido debía ser Anthony Eden, que recuerda haberle oído exclamar el 21 de abril, tras la cena: «¡Qué calamidad sería ganar la guerra y perder la India!». A esto añadió, continúa la nota de

Eden, que «estaba convencido de que él era el único que podía salvar [al subcontinente]; que yo era su principal lugarteniente; que de entre todos sus colegas, yo era el único amigo realmente íntimo con el que podía contar; y que, pese a que detestaba la idea de perderme, etcétera, etcétera…»[89]. Cuatro días más tarde, *sir* Alec Hardinge llamaba a Eden y le instaba a permanecer en Londres a fin de «ejercer cierta influencia en Winston, —y sugirió que Churchill—, sin ser verdaderamente consciente de ello», quería tener «las manos todavía más libres en el ámbito político doméstico». Hardinge envió también un escrito al rey en el que señalaba que Eden «¡es la única persona que habla de igual a igual con el primer ministro y puede discutir con él sin necesidad de enzarzarse en una "pelea"! ¿A quién habrá de recurrir el primer ministro cuando quiera confiarse a alguien y tratar algún tema de importancia, a cualquier hora del día o de la noche? Espanta pensar que pudiera ser Beaverbrook»[90]. Dado que esa perspectiva se revelaba horrorosa, el rey mandó al día siguiente una carta a Churchill en la que avanzaba sutilmente el argumento de que no era posible prescindir de Eden.

Hubo que esperar al 8 de junio para comprobar que, al final, Churchill no tuvo más remedio que aceptar —tras una conversación «muy sincera» con Eden— que no iba a poder convencer a su hombre de confianza de que aceptara el puesto de virrey de la India. Una semana después, Churchill le comentaba a Beatrice, la esposa de Eden, que se le había escapado la oportunidad de montar a lomos de elefante[91]. Se rechazó asimismo la candidatura de Anderson debido a que en los círculos de la corte se pensaba que su animada mujer, Ava, carecía del perfil adecuado para ser virreina (aunque a Churchill le caía bien), y Sinclair no podía ir debido a que en ese caso sería *sir* Herbert Samuel, antiguo partidario de las políticas de apaciguamiento, quien se pusiera a la cabeza de los liberales. Por todo ello, una vez constatado que nadie mostraba excesivo entusiasmo ante la idea del virreinato —y desde luego Churchill menos que nadie—, la responsabilidad terminó recayendo en Wavell. Este era un militar valiente y dotado de un gran encanto personal, un hombre sincero y culto, pero lo cierto es que un diplomático de tan elevado perfil político como Eden habría sabido

negociar de forma mucho más efectiva con Gandhi y los demás dirigentes nacionalistas.

En el preciso momento en el que se estaba a punto de expulsar del norte de África a las potencias del Eje, y en vísperas de la campaña italiana, el almirante King volvió a poner en tela de juicio la conveniencia de la política de «Alemania primero» en los debates de la Junta de Jefes de Estado Mayor estadounidense. Al llegar la noticia a Londres, Churchill concluyó que había que organizar una nueva gran conferencia en Washington. Con vistas a su celebración, el primer ministro le dijo al rey que si los comandantes en jefe del ejército británico aceptaban la invitación de acudir a la capital estadounidense —y de hecho la estaban recibiendo en esos mismos días—, la delegación inglesa necesitaría «contar con un respaldo político al más alto nivel, dado que solo así se lograría impedir que acabaran viéndose laminados por la corriente del "Pacífico primero"»[92]. Churchill quería que los norteamericanos se comprometieran a colaborar en la Operación Avalancha, con la que se proyectaba invadir la península itálica tan pronto como se hubiera logrado tomar Sicilia; que aceptaran asimismo poner fecha a la ofensiva a efectuar en la fachada continental del Canal de la Mancha, prevista para 1944; y que entraran a debatir las cuestiones nucleares.

La inminente victoria en la batalla del Atlántico iba acompañada de un incómodo corolario, ya que esa expectativa estaba haciendo desaparecer rápidamente una de las objeciones más significativas en que se apoyaban los británicos para desaconsejar la pronta puesta en marcha del ataque anfibio en territorio francés: la objeción de que podía revelarse imposible garantizar el reabastecimiento de las fuerzas expedicionarias debido a la acción de los submarinos. En mayo de 1943 se conseguía cerrar al fin lo que en la jerga militar se conocía con el nombre de «El agujero»: las aguas situadas al sur de Groenlandia, en las que los convoyes navales no podían contar con la cobertura aérea de aviones que partieran de bases situadas en tierra. Este éxito se había logrado gracias a la utilización de aparatos de muy largo radio de acción, como los bombarderos Liberator, que podían recorrer distancias próximas a los mil kilómetros sin necesidad de repostar. Ese mismo mes, el almirante Karl Dönitz, el comandante de la armada

alemana, había tenido que retirar todas sus naves de la región media del Atlántico.

Se han vertido algunas críticas sobre Churchill por haber procedido a una mala distribución de los escuadrones de bombarderos, tanto en el año 1942 como en la primera mitad de 1943, ya que en ese período dio prioridad al Mando de Bombardeo sobre el Comando de Costas de la RAF[93]. De hecho, el problema estaba en esta última unidad, dado que en el otoño de 1942 se habían consagrado casi todos los aviones del litoral para cerrar «El agujero» y dar caza a los submarinos alemanes que patrullaban en el golfo de Vizcaya, en lugar de emplearse en proporcionar apoyo aéreo a los convoyes que se hallaban en medio del Atlántico[94]. En noviembre de 1942, Churchill había creado un Comité de Guerra Antisubmarina, de cuya presidencia se ocupaba él mismo. En la primera reunión de ese organismo, y con el fin de intentar cerrar «El agujero», se analizaron diversas soluciones, tanto con aeroplanos basados en aeródromos de tierra como con aparatos capaces de despegar de un portaaviones. En último término se llegó a la conclusión de que la mejor medida consistía en confiar la misión a bombarderos con base en tierra. Pese a que en la Conferencia de Casablanca se hubiera asignado la tarea de cerrar «El agujero» a los aviones de muy amplio radio de acción, lo cierto era que el proceso necesario para modificar los Liberator III del Comando de Costas de la RAF y convertirlos en aparatos de largo recorrido llevaba bastante tiempo, puesto que todo el trabajo recaía en una única empresa situada en Prestwick, en el litoral occidental de Escocia. Esto había determinado que, cuatro meses después del encuentro en Marruecos, solo se hubieran conseguido adaptar dos Liberator[95]. No obstante, en la primavera de 1943, una vez que se hubo empezado a cubrir el espacio aéreo de «El agujero», comenzaron a llegar los resultados: en marzo se hundían 15 submarinos alemanes, en abril se echaban al fondo otros 15 más, y en mayo el número de sumergibles destruidos se elevó a 41 —todo ello en detrimento de la flota total de sumergibles enemigos, cifrada en 200 unidades[96].

El 5 de mayo, viajando en esta ocasión con el nombre supuesto de general de brigada aérea Spencer (lo que sin duda refleja el orgullo que le inspiraba uno de sus apellidos), y acompañado por Wavell y Brooke,

Churchill embarcó a bordo del *Queen Mary*, el lujoso buque insignia de ochenta toneladas de la naviera Cunard, que había obtenido en 1938 el galardón de la Banda Azul, concedida al navío capaz de efectuar en menos tiempo la travesía del Atlántico, y cuyo casco aparecía ahora pintado de gris, ya que había sido convertido en un transporte de tropas[97]. En el navío viajaban cinco mil prisioneros de guerra alemanes a los que se transfería a Estados Unidos para ser conducidos a campos de internamiento. Seis días después, el barco echaba el ancla frente a Staten Island y Churchill tomaba un tren especial a Washington, a cuyos andenes acudía a recibirle esa misma tarde el matrimonio Roosevelt.

La Conferencia Trident comenzó al día siguiente y se prolongó hasta el 25 de mayo. En el encuentro se tomaron varias decisiones trascendentales. Una vez se hubiera coronado con éxito, como se preveía, la Operación Husky, programada para el mes de julio, todas las fuerzas del Mediterráneo deberían reagruparse y quedar en situación de disponible para invadir Italia —con la única excepción de cuatro divisiones estadounidenses y tres británicas, que permanecerían en reserva, listas para entrar en acción en la Operación Redada, cuya puesta en marcha debería producirse el 1 de mayo de 1944—. En el escenario bélico del Pacífico, las fuerzas británicas se habían visto obligadas a replegarse hasta el litoral de la región del Arakán, en Birmania, de la que habían partido casi seis meses antes. En la Conferencia de Washington se acordó por tanto la realización de una ofensiva combinada contra las fuerzas japonesas una vez que Italia se rindiera. De hecho, el 13 de mayo, todos estos planes quedaban en disposición de ser puestos inmediatamente en práctica, tras recibir Churchill un telegrama de Alexander en el que se decía: «Señor, es mi deber informarle de que la campaña de Túnez ha llegado a su fin. Ha cesado toda resistencia enemiga. Somos los amos de las costas norteafricanas»[98]. El 7 de mayo, los estadounidenses se habían adueñado de Bizerta y el ejército británico había logrado entrar en Túnez. Churchill volvió a ordenar que repicaran todas las campanas de las iglesias de Gran Bretaña, un hecho que no había podido repetirse desde la victoria de El Alamein.

Estando Churchill en el retiro de montaña que Roosevelt tenía asignado en Maryland (conocido entonces con el nombre de «Shangri-La», y

actualmente con el de «Camp David»), le llegó una carta en la que Clementine le decía que Randolph estaba tratando de restablecer su relación con Pamela, pese a que la joven se excediera bebiendo alcohol, tuviera numerosas deudas y le hubiera dado el doloroso disgusto de mantener una aventura con Harriman. «¡Cuánto me gustaría que las cosas se arreglaran!, —escribe Clementine—. Ojalá que todo termine bien.»[99] Al día siguiente, todavía en Shangri-La, Churchill se enteró de que se había logrado completar con éxito la «Incursión "Dambuster"[100]» contra las presas alemanas de Möhne, Sorpe y Eder, en la cuenca del Ruhr. Pese a que la operación hubiera resultado extremadamente difícil, y exigido a los bombarderos de la RAF una pericia y un coraje extraordinarios, se había conseguido destruir los muros de retención de los embalses e inundar una zona de 130 kilómetros cuadrados, repleta de plantas industriales. «La organización de las operaciones ha demostrado el fiero y valeroso ánimo que impulsa a nuestros pilotos», le dijo Churchill a «Bombardero Harris, —el jefe del Mando de Bombardeo, antes de añadir—: Esto evidencia asimismo el elevado sentido del deber que reina entre todos los soldados que tiene usted a sus órdenes»[101]. Las pérdidas que estaba sufriendo en esa época la aviación británica eran tan elevadas que resultaba poco menos que estadísticamente imposible que las tripulaciones de los bombarderos efectuaran más de veinticinco misiones.

El 19 de mayo, Churchill pronunció su segundo discurso en una reunión conjunta del Congreso estadounidense. «Las experiencias de toda una vida y los dictados de mi conciencia me han llevado a la convicción de que no hay nada más importante para el futuro del mundo que la fraternal asociación de nuestros dos pueblos, unidos en el empeño de una tarea justa, tanto en la guerra como en la paz», aseguró[102]. A continuación valoró la reciente campaña del norte de África y reveló que «las incursiones que los dos dictadores han efectuado en las regiones norteafricanas» les han costado 950 000 soldados, 2,4 millones de toneladas de materiales navales, cerca de 8000 aviones, 6200 cañones, 2550 tanques y 70 000 camiones. Remató estos cálculos citando un dicho de la época: «El huno solo sabe abalanzarse sobre tu garganta o tenderse a tus pies». Por último, declaró que, una vez llegados a «esta fase de la guerra, ya podemos afirmar con

júbilo: “Un continente rescatado”»[103]. Como es obvio, Churchill evitó incluir en su alocución las quejas que solía enumerar periódicamente y que le llevaban a censurar la conducta de los ejércitos de la época, fueran británicos o estadounidenses. En este sentido había llegado incluso a decirle al general Kennedy que los estadounidenses eran «como los pavos reales: prácticamente todo ostentación»[104]. En este asunto se mostró menos circunspecto de lo que debiera, ya que a principios de febrero le dijo a Maisky que las divisiones estadounidenses contaban cada una con más de dieciocho mil soldados, aunque su número alcanzaba los «cincuenta mil si se incluía al conjunto del personal auxiliar»[105]. Después, «con un indisimulado timbre sarcástico en la voz, comenzó una larga enumeración […]: dos batallones de lavandería, un batallón de esterilizadores de leche, un batallón de peluqueros, un batallón de sastres, un batallón para la potenciación de la moral de la tropa…, y vaya usted a saber cuántas cosas más…»[106]. Pero estaba efectivamente en lo cierto: al desembarcar en el norte de África, el ejército estadounidense había instalado nada menos que tres plantas embotelladoras de Coca-Cola. No obstante, el primer ministro británico criticaba prácticamente por igual a los contingentes británicos. «Hemos enviado casi medio millón de militares al norte de África, —explicó—. Pero, en último término, esa cifra apenas equivale a diez u once divisiones.»

Una vez concluida la Conferencia Trident, Churchill, Brooke y Marshall tomaron el avión para dirigirse a Argel, haciendo primero escala en la localidad de Botwood, en Terranova, y más tarde en Gibraltar. El objetivo de la delegación británica consistía en esta ocasión en supervisar la planificación de la invasión de Sicilia. Cuando se hallaban en pleno vuelo, en mitad del Atlántico, la hidrocanoa Bristol en la que viajaban fue alcanzada por un rayo. «Notamos de repente un súbito golpetazo y un salto, —recuerda Churchill—. Me desperté. Estaba claro que había sucedido algo. Sin embargo, no hubo consecuencias, y eso es, a fin de cuentas, lo que importa cuando se va a bordo de un avión […]. Al encargado del mantenimiento debió de parecerle una circunstancia extremadamente peligrosa. Más tarde me enteré de que se había extendido entre la tripulación un fuerte sentimiento de inquietud.»[107] La peligrosidad de las

descargas eléctricas atmosféricas para la aviación era bastante mayor en la década de 1940 que en la actualidad. Podían provocar un fallo en los generadores eléctricos, lo que a su vez se traduciría en una pérdida de la instrumentación, y además las brújulas también podían quedar afectadas. En la siguiente fase del viaje, Churchill se trasladaría en un Avro York, un cuatrimotor de pasajeros de ala alta[108] y fabricación británica que disponía de bar, mesas con ceniceros, ventanillas, libros, periódicos y una taza de inodoro dotada de calefacción eléctrica. (Churchill se quejó de que la temperatura era demasiado elevada, así que se desconectó.)[109]

Del 28 de mayo en adelante, en Argel, Churchill se alojó en la villa del almirante Cunningham, donde tendría ocasión de disfrutar de la fresca brisa que traía el mar, y se encontró de excelente humor[110]. Marshall y Eisenhower estaban listos para dar luz verde a la Operación Husky. «Nadie responde mejor que los estadounidenses al juego limpio, —le dijo Churchill a Attlee—. Si se les trata bien, ellos siempre querrán volcarse todavía mejor con uno.»[111] Estaba encantado de tener a Randolph a su lado. El joven había perdido peso, le comentará Winston a Clementine antes de apostillar: «Y parece la imagen misma de la buena salud»[112]. Churchill tenía previsto entrevistarse con de Gaulle en Argel, y según le indica a Clementine, estaba expectante, porque preveía que iban a surgir serios desacuerdos con él, dado que el general, dice, «hará todo lo posible para provocar una disputa y apuntalar sus ambiciones personales»[113]. Sin embargo, al final hubo un grado bastante razonable de acuerdo en cuanto al contenido y los detalles de las futuras operaciones y las respectivas zonas de influencia de ambos países, al menos a corto plazo. Por otra parte, los rusos también se estaban comportando adecuadamente. Al preguntarle un periodista estadounidense a Churchill qué opinión le merecía el hecho de que Stalin hubiera decidido abolir el Comintern, la organización leninista dedicada a la promoción de la revolución global, Churchill se limitó a señalar: «Me parece muy bien»[114].

Uno de los momentos más interesantes del viaje había sido la arenga que había dirigido a los más de tres mil soldados congregados en el anfiteatro romano de Cartago, cuya acústica es tan espléndida que ni siquiera hubo necesidad de instalar altavoces. Churchill dijo a la tropa que la victoria obtenida en Túnez llevaba aparejado el acortamiento de «esta

recalcitrante guerra y suponía además un importantísimo paso hacia la paz, el regreso a casa y la preservación del honor»[115]. Al culminar su intervención, el primer ministro exclamó: «Que Dios les bendiga a todos, —tras lo cual agitó alegremente su salacot, previamente colocado en lo alto del bastón—. Me he dirigido a los soldados en el mismo lugar en el que los gritos de las vírgenes cristianas rasgaron en su día el aire mientras las devoraba una rugiente manada de leones», comentaría poco después con Ismay, Brooke, Eden y Randolph. «¡¡Y sin embargo no soy ningún león, y mucho menos una virgen!!»[116] Transcurrido algún tiempo, Eden recordará que tanto ese día como el siguiente habían sido los más dichosos de la guerra para él, dado que se había dedicado a cabalgar en compañía de Churchill en una larga serie de desfiles informales y a recorrer las filas de los soldados para recibir los vítores de las tropas, que «se mostraban relajadas y felices por la victoria, y desde luego tenían todo el derecho a sentirse así»[117]. En su portada, el diario militar estadounidense Stars and Stripes hablaba de «los bramidos de aprobación que los soldados rasos británicos habían dedicado [a Churchill], cuyos roncos ecos se habían dejado oír con ensordecedora intensidad en las ruinas del inmenso anfiteatro, símbolo del otrora formidable imperio romano», y los oponía, en violento contraste, con los montones de chatarra en que habían quedado convertidos los aviones del Eje en el vecino aeropuerto de Túnez, «desechos de los que un día fueran extensos dominios de Mussolini»[118]. «El primer ministro estaba en muy buena forma, —anota Martin al regresar a Gran Bretaña el 5 de junio—, y además señaló que había disfrutado enormemente de su “expedición”»[119].

A mediados de junio, Churchill le ofreció a Brooke, adelantándose sin duda de forma excesivamente prematura a los acontecimientos, el puesto de comandante supremo de la Operación Redada. «Dijo un montón de cosas agradables, como que tenía plena confianza en mí, etcétera», escribe Brooke en esa ocasión, como si diera escasa importancia al ofrecimiento, aunque posteriormente añade: «Al enterarme de esta noticia sentí una de las emociones más intensas de toda la guerra, ya que tuve la sensación de que podía ser la culminación perfecta de todos mis esfuerzos»[120]. Pese a todo, es claro que tanto Churchill como Brooke tenían que ser conscientes de que

la designación de la persona destinada a dirigir la Operación Redada —cuyo nombre se cambiaría más tarde por el de Operación Overlord— no podía recaer en último término sobre los hombros de un británico, ya que Inglaterra no iba a ser más que un socio menor en ese empeño. Del 1 452 000 soldados que acabaría contabilizando el desembarco en Francia al cumplirse el 25 de julio de 1944, cerca del 56 % procedía de Estados Unidos, y el 44 % de Gran Bretaña, Canadá y el resto de los países implicados. Dado que los estadounidenses eran los que aportaban el mayor número de hombres a la ofensiva, era evidente que solo podía esperarse que su comandante fuera también de esa nacionalidad. En ese año natural de 1944, Gran Bretaña produciría 28 000 aviones de combate, mientras que Alemania sacó de sus fábricas 40 000, y Rusia otros tantos. Por su parte, Estados Unidos construyó 98 000. El poderío industrial y militar de Estados Unidos era inmenso, tanto que modificó de forma espectacular las previsiones bélicas. Una de las razones de que Churchill quisiera celebrar una Conferencia Imperial en julio de 1943, anota el rey a principios de abril, tras un almuerzo con el primer ministro, giraba en torno a la posibilidad de «estudiar la cuestión de crear un frente propio de la Comunidad y el imperio británico de naciones, a fin de mostrar al mundo y a Estados Unidos que somos una unidad. Los estadounidenses no dejan de decir que van a liderar el mundo de la posguerra»[121].

Un año después de la «incursión de los mil bombarderos[122]» sobre Colonia, Churchill empezó a tener dudas sobre la política que impulsaba los bombardeos de saturación. A finales de junio, en Chequers, le pusieron una película realizada por la RAF en la que se veía el bombardeo de la localidad alemana de Wuppertal, en Westfalia. Tras la proyección, el primer ministro se preguntó: «¿Acaso somos bestias? ¿No estaremos llevando esto demasiado lejos?»[123]. Acto seguido encargó al juez *sir* John Singleton que elaborara un informe sobre esa táctica de bombardeo, tras lo cual se terminaría abogando por insistir más en la realización de bombardeos estratégicos —en detrimento del bombardeo masivo de las ciudades—.[124] Pese a todo, se continuó triturando, noche tras noche, a las poblaciones

alemanas, en una campaña que restringió de forma extremadamente severa la producción de material bélico del Tercer Reich, aunque a costa de la vida de más de cincuenta y cinco mil pilotos del Mando de Bombardeo[125]. «[Winston] no dejó nunca de telefonear a primera hora de la mañana al Mando de Bombardeo, —le dirá Doris Miles a su marido—, ni siquiera en los días en que más afectado se sintió como consecuencia de la neumonía. Les llamaba para preguntar cuántas bajas habíamos sufrido (no cuántas bombas se habían lanzado) y cuántos aviones habían conseguido regresar a sus bases sin mayores desperfectos»[126].

Si Churchill abrigaba dudas respecto a los bombardeos de saturación, lo cierto es que en la mayoría de los casos optó por no permitir que traslucieran. El 25 de julio, la RAF arrasó Hamburgo con explosivos de gran potencia y sumió a la ciudad en un verdadero infierno —con la circunstancia añadida de que se trató además de la primera vez en que los aviones contaron con la protección de un dispositivo denominado «*Window*»[127], capaz de distorsionar la precisión de las pantallas de radar —. En septiembre de 1940, Churchill había denunciado «los bombardeos de Londres» y los había calificado de «crueles, abusivos e indiscriminados», y lo que ahora estaba haciendo era cumplir la promesa que entonces había hecho a los londinenses, a los que había asegurado que las represalias vengarían sin piedad esos ataques. Se le ha criticado por haber escatimado en exceso los recursos que asignaba al Mando de Bombardeo, a cuyas unidades enviaba sobre todo muy poco metal, ya que este no solo escaseaba terriblemente, sino que se necesitaba con toda urgencia para fabricar tanques y navíos.

Pero en Gran Bretaña, los problemas vinculados con los materiales bélicos también obedecían a otras causas. En mayo de 1943, empezaron a verse con tantísima claridad los defectos de los tanques que participaban en la Operación Cruzado, la gran oleada ofensiva sobre Tobruk, que hubo que detener la producción de blindados. Pese a ello, el Ministerio de Suministros no logró parar las cadenas de fabricación con la rapidez que hubiese sido deseable. Al sugerir el general *sir* Ronald Weeks, el representante del Estado Mayor Imperial General, que todos los tanques nuevos cuyas deficiencias todavía no se habían conseguido subsanar,

podían usarse sin las torretas de artillería, a modo de simples cañones antitanque de diecisiete pulgadas, Churchill meneó la cabeza y, echando mano de una ocurrencia que ya había empleado en su discurso de 1929 sobre cuestiones presupuestarias, dijo lenta y pausadamente: «Mi general, me recuerda usted a aquel hombre que se levantaba de la cama por las mañanas, cogía una caja de galletas, y se lanzaba a recorrer las calles de Londres para tratar de encontrar uno o dos perros a los que poder dárselas»[128]. Churchill se interesaba personalmente, y de un modo muy intenso, en todos los aspectos relacionados con la producción de material bélico, y de hecho siempre estaba intentando incentivar y promover con la máxima urgencia su fabricación[129].

El 2 de julio, Churchill se quedó sin un solo apoyo en el gabinete al tratar este la cuestión de Palestina. En diciembre de 1942, la Cámara de los Comunes había observado un minuto de silencio en señal de respeto a los judíos que los escuadrones de la muerte de los *Einsatzgruppen* estaban exterminando en la Europa oriental. Sin embargo, siete meses después, en el gabinete, Oliver Stanley, el ministro de las Colonias, acusaba a los judíos de Palestina de que, «aferrados a la idea de […] crear un estado judío», se estaban conduciendo de un modo «totalitario, agresivo y expansionista». «Están intentando organizar un estado dentro del estado, de un modo que recuerda mucho el comportamiento de los nazis, —añadió[130]—. Estoy firmemente comprometido con la creación de un hogar nacional judío en Palestina», le replicará Churchill. «Prosigamos con este proyecto, y al terminar la guerra tendremos toda la fuerza necesaria para obligar a los árabes a someterse a nuestros designios. Que las dificultades no nos hagan rehuir nuestro deber.»[131]

Attlee quería continuar promoviendo la formulación de las líneas políticas que seguir durante la posguerra en el tema palestino, pero Churchill consideró que se trataba de una propuesta inoportuna, ya que sabía que las medidas que iban a sugerirse podían ser de carácter antisionista. Stanley resaltó «la diferencia existente entre un hogar nacional hebreo y un estado judío, como exigen ahora los extremistas». Eden señaló que no podía apoyar la creación de «un estado nacional judío en toda Palestina», y añadió que, a su juicio, debía hacerse una declaración conjunta

anglo-estadounidense en la que se desaconsejara a «los extremistas» la adopción de esa política. Churchill informó a sus colegas de que en sus reuniones con Roosevelt había sacado a colación la idea de la fundación de una serie de colonias judías en las regiones de Cirenaica y Tripolitania, pero el presidente estadounidense se había manifestado convencido de que, al terminar la guerra, los judíos que hubieran escapado de las garras de los nazis tenderían a regresar «a sus respectivos países de origen en Europa». En esa reunión del gabinete, un ministro cuyo nombre no aparece mencionado llegó a decir que temía que «la violencia en Palestina pudiese reactivar la persecución que los judíos habían venido sufriendo desde tiempo inmemorial en todo el mundo».

Eden describió la posición judía con esta sucinta expresión: «Que [los británicos] se larguen, que nosotros ya nos entenderemos con los árabes». Amery añadió que «los extremistas judíos no pueden provocar la desbandada» del gobierno de Inglaterra. Cranborne argumentó que «tanto los judíos como los árabes se están enemistando con nosotros». Wavell manifestó a su vez otro parecer, y aseguró que «desde el punto de vista de la seguridad del imperio británico, las presentes aspiraciones de los judíos de Palestina constituyen una auténtica amenaza para nuestra posición en el Oriente Próximo, y por consiguiente también en la India». «Recuerden que siempre que la proporción de judíos residentes en cualquier estado europeo supera un determinado umbral, —destacó Herbert Morrison—, se producen necesariamente brotes de antisemitismo»[132]. (El porcentaje de judíos del gabinete era simplemente nulo.) Tras unas cuantas intervenciones más de Amery y Lyttelton, Churchill puso fin al debate al declarar que disentía del resto de los miembros del gabinete y sostener que, visto lo visto, «¡preferiría entregar armas [a los judíos] para que pudieran conquistar por sí mismos ese estado!. —Y a continuación agregó—: Esas armas judías acabarán volviéndose en nuestro favor»[133]. Se creó un Comité del gabinete para sopesar las políticas que había que seguir a largo plazo, una maniobra clásica que Churchill ponía habitualmente en marcha cada vez que se veía ampliamente superado en número en una determinada cuestión —ya que de ese modo tenía la seguridad de que no iba a hacerse absolutamente nada sobre el particular.

Dos días después, el 4 de julio, el general Sikorski perdía la vida en un accidente de aviación en Gibraltar. «El destino de los soldados es la muerte», exclamará Churchill en un discurso radiado en el que desgrana a las tropas polacas las cualidades de su líder, un hombre al que había acabado por apreciar y admirar enormemente. «Pero con su desaparición, —concluyó—, fortalecen a la nación que les dio la vida»[134].[135] El 5 de ese mismo mes, Alemania ponía en marcha la generalizada Ofensiva Kursk cerca de Orel, un ataque que las disciplinadas defensas rusas consiguieron debilitar primero y rechazar después de manera decisiva en una batalla que habría de ser recordada como el mayor choque de carros blindados de la historia. En el año natural de 1943, murieron combatiendo en Alemania setenta mil militares occidentales, incluidas las tripulaciones de los bombarderos, pero en el lado ruso la pérdida de vidas prácticamente triplicó esa cifra, ya que alcanzó los dos millones de almas.

La política de Churchill, consistente en hacer todo lo posible por mantener la cadencia de suministros a la Unión Soviética, aun a costa de la involuntaria desprotección de Singapur, se había revelado claramente correcta. Sin embargo, como habría de señalar Ian Jacob después de la guerra en una conferencia en el Instituto Real de Servicios Unidos, un comité de expertos británico de ambos países, «apenas se comunicaron hechos o ideas, y lo cierto es que no sabíamos con claridad cuáles eran los planteamientos militares de los rusos. Pese a que el ataque de los alemanes a Rusia, unido a la inmediata respuesta que dimos a la situación, hubiese mitigado temporalmente la fundamental actitud de desconfianza con la que Rusia ha contemplado siempre a Occidente, la verdad es que los recelos no tardaron en restablecerse y en recuperar su antigua preponderancia. Por fortuna, el hecho de que la geografía separara de forma casi completa el escenario bélico ruso del resto de la Europa occidental contribuyó a atenuar estas desventajas»[136]. En lugar de esforzarse en serio por lograr un auténtico compromiso, Stalin se dedicó a enviar a Churchill una larga serie de cablegramas repletos de acusaciones en los que aseguraba que los aliados occidentales estaban planeando traicionar a Rusia. «[Winston] me ha dicho que estaba muy molesto con Stalin debido a los numerosos telegramas descorteses que le envía, —anota el rey el 29 de junio, tras su

habitual almuerzo con el primer ministro—. Con todo, ni él ni Eden ni el Ministerio de Asuntos Exteriores piensan que Stalin esté sopesando la posibilidad de llegar a un acuerdo de paz independiente con Alemania.»[137]

El mismo día en que se desató la batalla de Kursk, Churchill, con su inveterada capacidad de pasar sin solución de continuidad de lo sublime a lo ridículo, y viceversa, agradeció al doctor Herbert Evatt, el ministro de Relaciones Exteriores australiano, que le hubiera regalado un ornitorrinco disecado —al que da el nombre de Splash—, «así como el libro extremadamente informativo con el que completó el obsequio, en el que se refieren la vida y las costumbres de ese animal»[138]. Churchill colocó a Splash en el vestíbulo del número 10 de Downing Street, y de cuando en cuando regalaba los oídos de sus visitantes con una avalancha de datos sobre las costumbres amatorias de ese extraño mamífero monotrema —una cuestión en la que Churchill había acabado por convertirse en una autoridad —. Ese mismo año, el primer ministro recibió otro presente de cuatro patas, aunque en esta ocasión vivo. Se trató de *Rota*, un león hecho y derecho, ofrecido por el señor y la señora Thompson. Como es lógico, Churchill lo donó a su vez al zoo de Londres. «Como observe alguna deficiencia en su trabajo le enviaré a que se entienda con [*Rota*], —le dirá un buen día a uno de sus funcionarios, conocido por su escasísimo sentido del humor—: Hoy en día es muy difícil procurarle carne»[139]. (El desdichado se tomó la broma al pie de la letra y fue contando por ahí que el primer ministro «estaba delirando».) En agosto de 1943, al acudir al zoológico para visitar al león, Churchill se introdujo después en el recinto de los cisnes, y dijo a las aves, no sin segundas intenciones: «Supongo que os apetecerá darme de comer…»[140].

El 9 de julio se ponía en marcha la Operación Husky: ciento sesenta mil soldados aliados irrumpieron en las playas del sur de Sicilia, protegidos por una densa y completa cobertura aérea y apoyados nada menos que por tres mil barcos —una cifra que no habría podido reunirse de no haberse ganado la batalla del Atlántico y expulsado de la costa norteafricana a las tropas del Eje—.[141] En julio de 1943, los alemanes contaban con doce divisiones en la zona, repartidas entre Italia y los Balcanes, pero a finales de ese mismo año, habían conseguido reunir ya más de treinta[142]. Para evitar que los

Aliados pudieran asestar sus golpes en los objetivos estratégicos situados en el sur de Alemania partiendo de los aeródromos italianos, los ejércitos del Tercer Reich se vieron obligados a defender Italia con unos recursos que habrían preferido emplear tanto en Kursk como en rechazar la futura ofensiva de la fachada continental del Canal de la Mancha —y de hecho, esta circunstancia abogaría claramente en favor de los planes que Churchill y Brooke habían concebido—. «El primer ministro muestra un estado de ánimo verdaderamente chispeante», anota al día siguiente Marian Holmes en su diario[143]. Pese a que se hallara absolutamente decidido a cumplir su compromiso en la Operación Overlord y no tuviese la menor intención de renegar de los acuerdos que habían quedado establecidos en Washington, Churchill se veía asaltado de cuando en cuando, como es natural, por el temor, ya que el éxito de esa ofensiva, cuya dificultad iba a revelarse extraordinaria, no estaba en modo alguno garantizado. Esto le impulsaría a decirle al ministro de la Guerra estadounidense Henry L. Stimson a mediados del mes de julio que a veces le parecía ver planear la sombra de la derrota sobre «el Canal de la Mancha, y sus aguas repletas de cadáveres de soldados aliados»[144].

En contraste con tan negros pensamientos, ese mes también habría de salir manifiestamente a flote el lado romántico de Churchill. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico se había opuesto ese mes a que el rey Pedro II de Yugoslavia, que en ese momento tenía veinte años de edad, contrajera matrimonio con su prima tercera, la princesa Alejandra de Grecia y Dinamarca[145], de veintidós, basándose en la idea de que los reyes no debían casarse en tiempo de guerra. Los responsables de la cartera de Exteriores argumentaban que se trataba de un principio surgido originariamente en Serbia, pero Churchill les contradijo y aseguró que no creía que una raza tan marcial como la serbia negara a un rey «la oportunidad de perpetuar su dinastía y dar curso a esos instintos primarios a los que tiene derecho hasta el más humilde de los seres humanos […]. De ser cierta, una medida de ese tipo parecería estar dando carta de naturaleza a las relaciones extramatrimoniales»[146]. Churchill le dijo a Eden: «¿Qué preferimos, retornar a los pérfidos refinamientos de los tiempos de Luis XIV o perseverar en la lujuriosa sordidez del siglo XX? […]. El consejo

que yo le daría al rey Pedro […] es que se plantara en el registro civil más próximo y se casara. ¿Qué pueden hacerle?»[147]. Y efectivamente, al año siguiente, se materializaba el enlace.

El 12 de julio, Churchill quiso romper con De Gaulle debido a la tozuda negativa del militar francés a anteponer las consideraciones aliadas a las cuitas puramente galas. Sin embargo, Eden quería respaldarle, ya que no dejaba de ser el líder de la Francia Libre. Estalló así una disputa llamada a prolongarse nada menos que hasta las dos de la madrugada. En el enfrentamiento, Churchill afirmó estar «dispuesto a luchar con todas sus fuerzas, hasta el último aliento», para sustituir a De Gaulle por alguien que no enfocara de un modo tan chovinista la defensa de los intereses franceses[148]. En mayo, tras constituir De Gaulle y Giraud sus respectivas facciones independientes dentro del Comité de Liberación Nacional francés, Eden y los demás miembros del gabinete impidieron que Churchill pusiera fin a la aportación de material de guerra a De Gaulle. No obstante, el reconocimiento oficial de la Francia Libre como verdadero gobierno provisional de la nación francesa no se produciría hasta el mes de octubre de 1944, cuatro meses después del Día D. Con hábil juego de palabras, Churchill aseguró: «Desde luego, yo soy extraordinariamente pro francés, pero, por desgracia, los franceses son extraordinariamente *pro vocadores*»[149]. En una pelea a cara de perro con De Gaulle, Churchill había echado mano de su inimitable *franglés* y había espetado a su oponente: «*Si vous m'obstaclerez, je vous liquiderai!*»[150]. (Un tercer testigo señala que sus palabras exactas habían sido más bien estas: «*Et, marquez mes mots, mon ami; si vous me double-crosserez, je vous liquiderai*».)[151]

Dado que no quería pasarse toda la noche enzarzado en una disputa, Churchill cambió de tercio y enfocó el debate sobre una cuestión en la que Eden y él estaban de acuerdo: «Hablamos del Partido Conservador, y los dos coincidimos en señalar que no solo se trataba de una formación política que no nos gustaba nada, sino que a ella tampoco le caíamos bien nosotros». (Recuérdese que nos estamos refiriendo, como es obvio, a las dos personas que estuvieron liderando ese partido entre los años 1940 y 1957.) «Y tras esa armónica coincidencia de pareceres nos

despedimos.»[152] Churchill y Eden volverían a enfrentarse a gritos hasta altas horas de la noche el 2 de agosto, a causa de sus diferencias sobre la Operación Salvavidas (Operation Lifebelt), un ataque en las Azores que Churchill deseaba poner en marcha, pero al que Eden se oponía. Al final, el enfrentamiento fue tan agrio que el primer ministro tuvo que disculparse por el escándalo. «Me temo que yo también he armado bastante alboroto, —le dirá Eden a su oponente, según escribe su diario—. ¿Tú?», le replicará Churchill: «Tú has estado condenadamente cruel»[153]. Pocos días después, Churchill le dirá a Eden que el hecho de asumir la doble responsabilidad de ministro de Asuntos Exteriores y de líder de la Cámara de los Comunes constituía «un fantástico entrenamiento» para cualquiera que deseara ocupar más tarde el cargo de primer ministro[154].

El 19 de julio, durante el almuerzo con *sir* Alan «Tommy» Lascelles, quien poco antes había aceptado el puesto de nuevo secretario privado del rey, tras la dimisión de Hardinge, ocurrida a principios del mes, y *sir* Arcot Ramasamy Mudaliar, que de cuando en cuando asistía a las reuniones del Gabinete de Guerra en representación de la India, Churchill disertó extensamente sobre uno de sus temas favoritos: el de los numerosos beneficios que obtenían los pueblos indígenas de su integración en el imperio británico. «Solo la benevolente y sabia gobernación británica de la India, que ha mantenido al subcontinente libre de todo atisbo de enfrentamiento armado por un período de tiempo más dilatado que el que haya alcanzado a vivirse prácticamente en cualquier otro país del mundo», aseguró, ha permitido que la India «haya encontrado ocasión de crecer y multiplicar su riqueza en tan pasmosa medida»[155]. No obstante, añadió Churchill, «creo que ha llegado el momento de poner fin al vasto e imprevisor florecimiento humano al que estamos asistiendo, —y a continuación le indicó a Mudaliar—: Su gente debe poner en práctica el control de la natalidad». Según consta en las notas de Lascelles, «Winston dijo que es preciso desterrar la vieja idea de que el indio pudiera ser inferior en algún aspecto al hombre blanco. —De hecho, expresó la noción contraria —: Hemos de ser todos buenos amigos. Deseo ver surgir una India grande y

resplandeciente de la que podamos sentirnos tan orgullosos como hoy lo estamos de la magnífica situación del Canadá o Australia»[156].

Durante las cuatro primeras décadas del siglo XX, Churchill había venido afirmando continuamente que el asombroso crecimiento demográfico de la India constituía un claro ejemplo de las exitosas políticas imperiales. De hecho, en noviembre de 1942, había seguido jactándose de esos laureles ante el duque de Alba, el embajador español, al que había asegurado que «desde que Inglaterra ocupara la India, la población nativa del subcontinente ha experimentado un aumento de cien millones de almas. En cambio, desde que terminara la guerra de Independencia de Estados Unidos, los indios pieles rojas se han visto prácticamente abocados a la extinción»[157]. Sin embargo, algunos de los detractores de Churchill se valen del expediente de sacar insensatamente de contexto los ocasionales comentarios contrarios a los indios de Churchill para sostener que utilizó la terrible hambruna que padeció la región de Bengala entre los años 1943 y 1944 —en la que, según las estimaciones oficiales, murió un millón y medio de personas (aunque algunos analistas señalan que en realidad es preciso duplicar esa cifra, o elevarla todavía más incluso)— para perpetrar lo que esos mismos críticos de Churchill denominan el «genocidio» de los bengalíes[158]. La realidad no podría ser más distinta.

El 16 de octubre de 1942, Bengala y Orissa sufrieron los efectos de un devastador ciclón que dio al traste con la cosecha de arroz. La administración local, predominantemente musulmana, electa de acuerdo con las cláusulas establecidas en la Ley de Gobierno de la India de 1935, empleó prácticas corruptas al abordar el problema y se comportó de forma negligente al tratar de paliarlo. Por otra parte, ni el virrey, lord Linlithgow, ni otros altos funcionarios del *Raj* británico supieron atajar la situación con la suficiente prontitud[159]. Los comerciantes indios, sobre todo los mayoristas y minoristas de arroz y otros cereales, al ver que los precios ascendían de manera meteórica, comenzaron a acumular género, en previsión de nuevas subidas. «Se están produciendo muchos tejemanejes y canalladas», le escribe Wavell, que había asumido el cargo de virrey de la India en octubre de 1943, a Leo Amery, secretario de estado para la India, añadiendo a continuación una descripción de las actividades a que se

estaban entregando los «traficantes sin escrúpulos»[160]. El 7 de octubre, Churchill afirmaba en una reunión del gabinete que una de las primeras obligaciones de Wavell como virrey consistía en cerciorarse «de que se tomaran todas las medidas necesarias para hacer frente a la hambruna y las dificultades alimentarias»[161]. Al día siguiente, Churchill le envía una carta a Wavell en la que habla, por emplear sus propias palabras, de la «verdadera hambruna» que reina en la India. «Las fortísimas presiones de la guerra mundial han terminado generando en el subcontinente, por primera vez en muchos años, un problema de escasez que, en algunas localidades, adquiere tintes de verdadera hambruna, —precisa—. No debe escatimarse esfuerzo alguno en la tarea de frenar los brotes locales de penuria, aunque ello exija el desvío de los barcos que tan urgentemente se precisan para atender los objetivos bélicos.»[162] Por desgracia, como habría de señalar poco después lord Leathers, el ministro de Transporte de Guerra, «resultaba a todas luces imposible reunir los barcos necesarios para cubrir la demanda del gobierno de la India, que había solicitado el envío de un millón y medio de toneladas de grano»[163]. Se ha exagerado enormemente el presunto sesgo implícito en el hecho de que Churchill se negara a aceptar en noviembre de 1943 la oferta del gobierno canadiense, que estaba dispuesto a enviar cien mil toneladas de trigo. El primer ministro británico había argumentado ese rechazo diciendo que el cargamento iba a tardar dos meses en llegar hasta la India, y que, «en las presentes circunstancias, resultaría injustificable incrementar más aún la presión a que se están viendo sometidos nuestros recursos navales (máxime si eso implica solicitar nuevas ayudas a los norteamericanos)». Pese a esto, los detractores de Churchill no recogen otra de las decisiones que tomó ese mismo Gabinete de Guerra, que se manifestó resuelto a considerar, «en una reunión por celebrar lo más pronto posible, la cuestión del envío de nuevos suministros de cereales a la India, posiblemente desde Australia»; y de hecho, eso fue lo que finalmente se hizo[164].

En las hambrunas de épocas anteriores, la escasez había conseguido paliarse, siquiera parcialmente, gracias a las ayudas procedentes de Birmania y otras regiones del Sudeste Asiático productoras de arroz, pero ahora se daba la circunstancia de que tanto Birmania como Tailandia,

Vietnam, Malasia y las Filipinas se hallaban bajo control japonés. De hecho, las tropas niponas se encontraban ya en la propia India, en la ciudad de Kohima, perteneciente a la región de Nagaland, y en Imfal, en la zona de Manipur. Los japoneses tenían fondeada una amplia flota en la bahía de Bengala desde abril de 1942, y también habían bombardeado las ciudades del este de la India. Además, la campaña que estaba llevando a cabo Gandhi para intentar obligar a los ingleses a dejar el subcontinente —una campaña que no suspendió pese a la inminente amenaza japonesa— complicaba todavía más la situación militar. Y para colmo de males, el ciclón no solo había destrozado la cosecha invernal en las estribaciones septentrionales del subcontinente —que en otros episodios de escasez de alimentos habían conseguido ayudar a las regiones necesitadas—, sino que se había llevado las vías férreas, imposibilitando el transporte en tren de los alimentos destinados a las áreas afectadas. Los gobiernos provinciales de la India que contaban con excedentes de grano, como era el caso del Punyab, se negaron a compartir sus existencias con los necesitados. Por si fuera poco, la política de «indianización» que estaba siguiendo el gobierno del subcontinente agravó la acumulación especulativa, ya que el virrey se sintió desautorizado para dar instrucciones directas desde su despacho de Delhi[165]. En junio de 1943, es decir, en el peor momento de la hambruna, *sir* Chhotu Ram, ministro de la Renta Pública del Punyab, ordenó a los granjeros que no vendieran el grano al gobierno central a menos que se superara un determinado umbral de precios[166].

El 4 de agosto de 1943, Churchill aceptó que se enviaran a Bengala ciento cincuenta mil toneladas de cebada iraquí y trigo australiano, y el 24 de septiembre insistió en que era «preciso hacer algo». También «recalcó muchísimo la idea de que los indios no son los únicos que están pasando hambre en esta guerra»[167]. Esas palabras, y otras notablemente similares que Amery recoge en su diario, tienen hoy una resonancia muy dura, pero reflejan la realidad del momento. Por otro lado, después de haberlas pronunciado, Churchill accedería a enviar otras cincuenta mil toneladas de alimentos más al subcontinente. Si las cantidades de comida disponibles hubieran sido mayores, y si su transporte no hubiese planteado serias dificultades, Churchill habría ordenado hacérselas llegar a los indios, y esta

actitud dista mucho de parecerse a la de quien desea perpetrar un genocidio. Del mismo modo, las observaciones políticamente incorrectas que efectivamente efectuó en relación con la población india, tampoco constituyen una prueba de que considerara tener motivos para cometer semejante atrocidad. Prácticamente en todos los casos, las reflexiones que Amery atribuye a Churchill figuran incluidas en perífrasis y no en citas directas, lo que significa que es preciso analizarlas a la luz de lo que uno de los secretarios privados del primer ministro denominaba su «provocativo sentido del humor»[168]. Estos chistes de carga racial, que en nuestros días resultarían totalmente inaceptables, constituían en realidad —por emplear las palabras de un historiador— el «suelo inamovible sobre el que se levantaba el edificio humorístico británico de la época, lo que explica que aparezcan de manera habitual en la revista Punch, tanto en el período de entreguerras como después de la victoria sobre el Reich»[169]. Desde luego, ninguno de esos comentarios habría de ejercer el menor efecto en las medidas políticas que adoptó el gobierno británico para salir al paso de la hambruna, consistentes en enviar a la región todos los alimentos que no resultaran absolutamente imprescindibles para la población de la isla, aunque teniendo al mismo tiempo bien presente el peligro que representaban los submarinos japoneses.

Si se rechazó la petición de Wavell, que había solicitado a principios de febrero el envío de un millón y medio de toneladas de cereales, no fue por iniciativa personal de Churchill, sino del gabinete de Londres. Y de hecho, la respuesta del ejecutivo británico consistió en señalar que el gobierno de Delhi debía imponer un sistema de racionamiento eficaz en todo el subcontinente y subir los impuestos. La medida más importante que el ejecutivo británico pedía que se aplicara era la de controlar el precio de los artículos de primera necesidad, ya que solo así lograría plantar cara a la inflación creciente. El gabinete también sospechaba que la escasez de alimentos «tenía un carácter parcialmente político, pues juzgaba que había sido provocada por la población de etnia marwari [es decir, hindú] que apoyaba al [Partido del] Congreso en su esfuerzo de poner en un aprieto al gobierno musulmán que ejercía en ese momento el poder en Bengala»[170]. El gabinete quería que el virrey mantuviera una postura mucho más dura

con el gobierno de Calcuta. Si el ciclón se hubiera abatido sobre la región en tiempo de paz, es probable que el *Raj* hubiera conseguido evitar la hambruna gracias a las competentes acciones que ya le habían permitido gestionar otros desastres naturales anteriores, pues no en vano controlaba el subcontinente desde mediados del siglo XIX. Sin embargo, la guerra se hallaba en el máximo apogeo de su intensidad, y los ingleses estaban teniendo que combatir en muchos frentes. También había muy pocos alimentos en Gran Bretaña, y existía además una terrible escasez de barcos para el transporte. En 1943, una gran cantidad de bengalíes comenzó a morir de hambre, pese a que el gabinete de Churchill se asegurara de enviar desde Irak, en enero de 1944, un total de ciento treinta mil toneladas de cebada, junto con otras ochenta mil desde Australia y diez mil desde el Canadá —a lo que aún hay que añadir una nueva remesa australiana de cien mil toneladas más de grano**[171]**.

«Desde luego le ayudaré en todo cuanto pueda, —le telegrafía Churchill a Wavell en febrero de 1944—, pero no me puede pedir lo imposible»**[172]**. Leo Amery, el secretario de estado para la India, le dijo ese mismo mes al virrey que Churchill «no era ajeno» a la espantosa situación que se había declarado en el subcontinente, pero que simplemente no podía prescindir de los buques necesarios para llevar alimentos a la India debido al enorme volumen de operaciones militares en marcha. La reducción de las decisiones morales, tremendamente difíciles, que tanto Churchill como otros muchos políticos de la época estaban teniendo que tomar, a la categoría de argumentos susceptibles de respaldar la acusación de un genocidio deliberado no es solo sumamente sesgada, sino que tampoco responde a la realidad histórica. Si unos hombres de la talla de Wavell, Amery y Claude Auchinleck, el comandante en jefe de la India, hubiesen concebido un solo instante la sospecha de que Churchill quería que los bengalíes desaparecieran, es claro que no habrían continuado trabajando en unos cargos que les ponían a su servicio.

La horrenda verdad de la hambruna de Bengala es que el enorme coste en barcos que Inglaterra había tenido que soportar desde que se iniciara la guerra estaba obligando a los Aliados a operar, entre los años 1943 y 1944, con una flota dispersa hasta el límite mismo de la inoperancia. Esto

determinó que el gabinete británico antepusiera el envío de convoyes a Rusia y a través del Atlántico, así como los elementos que la marina de guerra necesitaba para luchar contra Alemania en Sicilia y la península itálica, o para efectuar los ataques anfibios sobre Salerno y Anzio, a las acuciantes penurias de los millones de bengalíes que perecían de hambre al mismo tiempo —con el factor añadido de que el envío de barcos a la zona obligaba a los estrategas militares a dar por supuesto que las naves tuvieran realmente ocasión de cruzar la bahía de Bengala sin topar con el enemigo japonés—. Las autoridades de Londres también tenían que tener presentes las agudas situaciones de escasez de alimentos que se padecían en las regiones liberadas del sur de Italia o Grecia, así como las que habrían de extenderse después del Día D por toda Holanda, donde la malnutrición severa se adueñó en muchísimos casos de la población. A juicio de lord Leather, era al gobierno de Delhi al que le correspondía resolver su propia incompetencia en la gestión y distribución de los recursos alimenticios. Wavell recurrió al ejército para llevar comida a las zonas más afectadas, pero su acción no podía paliar, ni de lejos, la gravedad general del hambre que imperaba en la India.

En abril de 1944, las actas de las reuniones del gabinete dejan constancia del dilema: «El primer ministro ha señalado con claridad que no hay forma de que el gobierno de Su Majestad pueda aportar nuevas ayudas a la situación de la India —salvo que el país se arriesgue a soportar graves dificultades en otras cuestiones—. Al mismo tiempo, el primer ministro ha expresado también lo mucho que empatiza con los padecimientos de la población de la India»[173]. Pocos días más tarde, Churchill le pedía a Roosevelt que le proporcionara el número de barcos necesarios para hacer frente a la penuria, y le aseguró que estaba «seriamente preocupado» por la hambruna. Acto seguido le explicó que Wavell precisaba un millón de toneladas más de grano para frenar la escasez, y que, a pesar de que el trigo se encontraba aguardando en Australia, faltaban buques para poder transportarlo. El presidente estadounidense le indicó que no podía ayudarle debido a que las naves eran imprescindibles para poder atender al suministro de las tropas que debían participar en las operaciones del Pacífico y el Día D.[174] A finales de 1944, el gobierno de Australia y el

Mando del Sudeste Asiático conseguían reunir un millón de toneladas de cereales, circunstancia que ha llevado a algunos analistas a concluir que, sin Churchill, la hambruna de Bengala se habría revelado de hecho mucho más mortífera[175]. Un historiador especializado en el estudio de estos brotes de penuria de alimentos ha afirmado que «lejos de buscar atenazar a la India por medio del hambre, tanto Churchill como los miembros de su gabinete intentaron aliviar por todos los medios el sufrimiento de la población del subcontinente, aunque sin socavar la efectividad del esfuerzo bélico»[176].

El 19 de julio, al informársele de que se había comenzado a bombardear la playa de maniobras[177] de la estación ferroviaria de Roma, Churchill exclamó: «¡Muy bien! ¿Pero no habremos alcanzado al papa…? ¡Espero que no le hayamos agujereado la tiara!»[178]. Este es uno de los clásicos comentarios con los que Churchill enreda deliberadamente las cosas: sabía perfectamente bien que el área de clasificación de la estación ferroviaria de Roma se encontraba prácticamente a seis kilómetros de la plaza de San Pedro, al otro lado del Tíber. Ese día, la sobremesa del almuerzo se prolongó hasta las tres y cuarto de la tarde, dado que Churchill quería reprender a Bracken por los «pardillos con los que trabajaba en la BBC, que hablaban de “*sir* acusa” en lugar de Siracusa»[179].

Al día siguiente, el gato negro que Chamberlain tenía en el número 10 de Downing Street —apodado «*el Ratonero de Múnich*— fue hallado muerto en el Ministerio de Asuntos Exteriores. «Winston dice que ha sido víctima de los remordimientos, y que por eso ha elegido expirar donde lo ha hecho», anota Eden. Al asegurar el primer ministro que temía que el gato hubiera acabado en la basura, cuando él habría estado dispuesto a darle honrosa sepultura en el jardín del número 10 de Downing Street, Eden le contestó: «¡Desde luego, una lápida con la inscripción “R. I. P.-*Ratonero de Múnich*” habría quedado genial en el parterre! Nos reímos un buen rato a cuenta del pobre animal»[180]. Más tarde Winston le dirá a Rab Butler que el gran enemigo del *Ratonero de Múnich*, el gato *Nelson* del propio Churchill, estaba contribuyendo más al esfuerzo bélico que el propio Butler, ya que

«hace las veces de bolsa de agua caliente y de ese modo nos ahorra combustible y energía»[181].

Por la tarde del 25 de julio, mientras contemplaba una película titulada *Bajo los techos de París*, una comedia musical rodada en 1939, el Servicio de Observación de la BBC llamó a Chequers para comunicarle a Churchill la noticia de que el éxito de la Operación Husky había animado al rey Víctor Manuel III de Italia y al mariscal Pietro Badoglio a derrocar a Mussolini y a ordenar su arresto. «Se detuvo la proyección del filme, —señala Marian Holmes—, se encendieron las luces, y el primer ministro anunció la buena noticia. Todo el mundo batió palmas entusiasmadamente»[182]. Churchill telefoneó a Eden a las once y media de la noche, y «tras unas cuantas exclamaciones jubilosas y un buen intercambio de recuerdos relativos a la humillación que había supuesto la visita a Roma de Neville [Chamberlain] y Edward [Halifax], el primer ministro y yo, —anota Eden—, estudiamos los siguientes movimientos que debíamos efectuar». La primera de las piezas que correspondía avanzar consistía en hacer que los italianos cambiaran de bando y se sumaran a los Aliados. «Nos hallábamos ante un acontecimiento de importantísimas consecuencias», asegurará Churchill[183]. Dos días después, al hacer acto de presencia en la Cámara de los Comunes, los parlamentarios le brindaron una buenísima acogida. «Lo diré con una expresión prosaica, —comenzó a decir el primer ministro—: Debemos dejar que los italianos, se cuezan durante un tiempo en su propia salsa, y para acelerar un poco la cocción convendrá avivar el fuego al máximo»[184]. La BBC recibió instrucciones de que en la traducción italiana del discurso de Churchill se empleara la palabra «*minestrone*», por temor a que los términos que había usado el primer ministro vinieran a decir algo así como «freírse en su propio aceite»[185].

A Churchill le preocupaba que Stalin «montara en cólera» al saber que él iba a volver a entrevistarse con Roosevelt en ausencia del dirigente soviético. Estaba previsto que la reunión, denominada «Conferencia Cuadrante» (*Quadrant Conference*), se celebrara en Quebec en agosto, pese a que tanto Roosevelt como Churchill eran conscientes de que Stalin se negaba a desplazarse. «Si pudiéramos convencer a los estadounidenses de

que nos ayuden a establecer una línea militar en el valle del Po este mismo año y a abrir de ese modo un auténtico Segundo Frente, —le comentará a Eden—, es posible que Joe [Stalin] vuelva a mostrarse más dispuesto a entrar en razón»[186]. Así las cosas, el 5 de agosto, a las seis de la tarde, Churchill y Eden subían a bordo del *Queen Mary* en el Estuario de Clyde, y en cinco días y cinco horas se plantaban en Halifax, Nueva Escocia. Entre sus acompañantes se encontraban Clementine y Mary, junto con Averell Harriman y su hija Kathleen, Ismay, Pound, Brooke, Portal, Martin, Leathers y Mountbatten (a este último le describirá Churchill diciendo que se trataba de un hombre «joven, entusiasta y *trifibio*[187]»[188]). Durante el viaje, pudo dar rienda suelta a su gusto por la relación informal con los militares audaces y halló ocasión de escuchar los relatos del líder de escuadrón Guy Gibson, que le refirió los detalles de la Incursión «Dambuster», y del general de brigada Orde Wingate, fundador de los Chindits[189], que le contó cómo había combatido su grupo tras las líneas japonesas en Birmania. Poco antes de abandonar el Estuario de Clyde, al comentar Wingate que iba a echar de menos a su esposa Lorna, ya que contaba con un período de permiso muy breve antes de tener que regresar a la jungla, Churchill dispuso que se hiciera bajar a la joven del tren que debía llevarla a Edimburgo y se la condujera a bordo del barco, que se disponía ya a partir al Canadá.

Durante la travesía del Atlántico, Churchill redactó un memorando sobre los términos codificados que debían utilizarse en las comunicaciones. «Al describir las características de aquellas operaciones en que exista la posibilidad de que un gran número de hombres pierda la vida, no deberán emplearse palabras clave de connotaciones jactanciosas o que transmitan un sentimiento de confianza excesivo», comienza a explicar,

> como «triunfal». Y a la inversa, tampoco son adecuadas las voces o expresiones pensadas para conferir al plan un tinte de desaliento, como «pobre», «masacre», «confusión», «problema», «nervioso», «endeble», «lastimoso» y «preocupación» […]. Debe evitarse asimismo el uso de los nombres de personas vivas —como el de los ministros o los comandantes—: por ejemplo, «Bracken» […]. Una sensata reflexión pausada permitirá encontrar sin dificultad una ilimitada cantidad de nombres sonoros dotados de la propiedad de no sugerir la naturaleza de la operación y de no desacreditarla ni menoscabarla en modo alguno. No debemos permitir que haya viudas o madres que se encuentren en la tesitura de tener que decir que su marido o su hijo murió en una acción denominada «Conejito

> cariñoso» o «Bombo y platillo». En este sentido hay denominaciones muy indicadas. Puede echarse mano, por ejemplo, de los héroes de la antigüedad, de los personajes de la mitología griega y romana, o aun de los nombres de las constelaciones, de los caballos de carreras célebres, o de los héroes de guerra estadounidenses —siempre que cumplan al mismo tiempo las reglas enumeradas aquí arriba—. La eficiencia y la vocación de éxito de una administración no solo se manifiesta en las grandes cosas, también se deja notar en las pequeñas[190].

Tras fondear el *Queen Mary* en Halifax, a las cuatro de la tarde del día 9 de agosto, Churchill tomó el tren personal del presidente de la Compañía Nacional de los Ferrocarriles Canadienses y partió en dirección a Quebec. En todas y cada una de las paradas, la multitud se agolpaba en torno al convoy para saludar y aplaudir al primer ministro, que les respondía con el signo de la «V»[191]. Se alojó en la Ciudadela de Quebec, que además de ser la residencia veraniega del gobernador general del dominio —situada en lo alto del cabo Diamante, un promontorio asomado al río San Lorenzo— iba a ser la sede de la conferencia. Churchill le dijo a Mackenzie King, el primer ministro canadiense, «que se había convertido en un hombre muy distinto al que había tenido ocasión de conocer en años anteriores. Había aprendido mucho. [Churchill] le confesó que había cometido un gran número de errores en la primera guerra [mundial], pero añadió que en esta no estaba incurriendo en tantas equivocaciones, gracias a que lo que le habían enseñado las precedentes […]. La lección más importante que había retenido era la de considerar con todo cuidado los asuntos y no perder de vista la prudencia»[192]. (Es poco probable que sus jefes de Estado Mayor se hubieran mostrado de acuerdo con todo ese diagnóstico, pues no en vano estaban tratando de quitarle de la cabeza la materialización de los ataques que en ese momento se proponía efectuar Churchill en Malasia y el norte de Sumatra.) Algo más tarde, ese mismo día 9, de camino a la residencia de Roosevelt en Hyde Park, Churchill y su hija Mary visitaron las cataratas del Niágara, en las que Winston ya había estado en 1900. Al preguntarle un periodista: «¿Cree que siguen teniendo el mismo aspecto que entonces?, —Churchill respondió—: Bueno, el principio parece ser el mismo; el agua continúa cayendo por el desnivel…»[193].

En los dos días que pasaron juntos en Hyde Park, Churchill y Roosevelt acordaron que Gran Bretaña y Estados Unidos intercambiaran su

información nuclear, pero guardándose al mismo tiempo de comunicársela a cualquier otra potencia. También coincidieron en aceptar que ninguna de las dos naciones utilizara la bomba atómica sin contar previamente con el consentimiento de la otra. Una vez más, no se confió al papel ninguna de estas cláusulas. Poco después, los científicos británicos comenzaban a trabajar en las instalaciones nucleares de Los Álamos, en Nuevo México. Churchill también le entregó a Roosevelt el informe secreto que Owen O'Malley le había transmitido sobre la masacre de Katyn, le explicó que se trataba de un «crudo relato, aunque bien argumentado, —y añadió que le gustaría que, una vez lo hubiese leído, le fuera devuelto—, ya que no queremos darlo a conocer oficialmente de ninguna de las maneras»[194].

Al insistir Harry Hopkins en que el cargo de comandante supremo de la Operación Overlord debía asignársele al general Marshall, y no a Brooke, Churchill dio su consentimiento. Al regresar a Quebec, tras su estancia en Hyde Park, y darle la mala noticia al interesado, el jefe del Estado Mayor Imperial General se sintió, por emplear sus propias palabras, «invadido por la tenebrosa niebla de la desesperación, —y más tarde señalará en su diario —: [Churchill] no comprendió, ni por un momento, lo que eso significaba para mí. ¡No dio muestras de empatizar conmigo, no manifestó ningún pesar ni por haber tenido que cambiar de opinión ni por haber abordado el asunto como si se tratara de algo de poca importancia!»[195]. El origen de la animadversión que Brooke sentía hacia Churchill puede situarse en parte en este instante de absoluta decepción en el que el militar ve rotos sus mejores sueños, aunque también es cierto que previamente ya le había dedicado un gran número de críticas.

El 17 de agosto, al llegar Roosevelt a Quebec para asistir a la Conferencia Cuadrante, la totalidad de Sicilia se hallaba ya en manos aliadas, y las fuerzas del Reich habían emprendido ya la retirada de Rusia y estaban abandonando el frente sur de ese país. Ian Jacob recuerda que, al ir avanzando la Conferencia, que habría de celebrarse a lo largo de los ocho días siguientes,

> la creciente fuerza de Estados Unidos comenzó a ejercer su preponderancia en las decisiones aliadas, con una efectividad llamada a aumentar sin interrupción en el transcurso de los años 1943 y 1944 […]. Ellos [los estadounidenses] no estaban dispuestos

> a discutir los futuros planes del Pacífico con la misma actitud con que debatían los de Europa o el Océano Índico. No permitían que nadie tuviese voz y voto en asuntos como la asignación de pertrechos en el Pacífico […]. No aceptaban que [Mountbatten, que iba a convertirse en comandante supremo del Sudeste Asiático antes de que terminara la Conferencia] controlara las fuerzas aéreas estadounidenses encargadas de proporcionar suministros a China «a través de La Joroba» [una peligrosa ruta aérea que sobrevolaba el Himalaya] […]. En esas condiciones, lo que resulta sorprendente es que se lograra alcanzar un grado de armonía y trabajo en equipo tan elevado[196].

Sin embargo, el trato entre Churchill y Brooke no era precisamente armónico, ya que discrepaban respecto a las grandes líneas de la estrategia que debía seguir Gran Bretaña en su lucha contra el Japón. Churchill quería concentrar todos los esfuerzos en liberar las colonias británicas situadas en torno a la bahía de Bengala, mientras que los jefes de Estado Mayor preferían ayudar a Estados Unidos en el Pacífico. Durante la Conferencia, veremos despotricar a Brooke en su diario, en el que se queja «del malhumorado carácter de diva del primer ministro, que recela de todo, hasta alcanzar límites inimaginables, y teme invariablemente que los empeños militares se conjuren en contra de su dominación política […]. Esta temporada se está mostrando menos razonable y más irritante que nunca […]. Me pregunto si llegará a haber algún día un solo historiador capaz de ofrecer un retrato realista de Churchill que nos muestre sus auténticos rasgos»[197]. Nada más terminar la Conferencia, Churchill, Brooke y Portal fueron a pescar al Lac des Neiges, donde permanecieron por espacio de seis días y se alojaron en un grupo de cabañas de troncos dotadas de bañeras de agua caliente y magníficas chimeneas, protegidos por la Policía Montada y sus brillantes casacas rojas. «Todo cuanto hemos emprendido aquí ha salido a las mil maravillas», afirma Churchill en el cable que envía a Londres, a la atención de Attlee, antes de emprender el viaje de regreso. «Por supuesto, Stalin ha puesto el mayor de los cuidados en ignorar por completo nuestra oferta de realizar un nuevo y azaroso viaje para poder llevar a cabo un encuentro a tres bandas. Pese a todo, no creo que sus explosiones de mal genio y sus malos modales deban llevarnos a pensar que esté preparando un acuerdo de paz independiente con Alemania, ya que, en este momento, los odios entre las dos razas se han convertido en sí mismos en la garantía de un cordón sanitario»[198]. Churchill se emocionó tanto como Eden ante la

perspectiva de su inminente separación. «No sé lo que haría si os perdiera a todos, —le dijo, aludiendo asimismo a sus otros lugartenientes—. Tendría que cortarme la garganta. No es solo afecto, aunque también haya mucho de eso, es que vosotros sois mi máquina de guerra. Brookie, Portal, Dickie y tú. Sois sencillamente insustituibles.»[199] Puede que Churchill no dedicara demasiados elogios públicos a «Brookie», y hasta es posible que ni siquiera se los prodigara en persona, pero valoraba mucho su respaldo e incluso le tenía cariño.

Churchill se encontraba en la Casa Blanca el 3 de septiembre, fecha en que los Aliados lograron poner en marcha con éxito la Operación Avalancha al salvar el estrecho de Mesina y desembarcar en la península itálica. Ese mismo día, los italianos, capitaneados por el rey Víctor Manuel III y el antiguo comandante de África, el mariscal Pietro Badoglio, rubricaban el Armisticio de Cassibile con las fuerzas aliadas —acto que no se anunciaría, no obstante, sino cinco días más tarde—. Mediante este pacto, Italia dejaba de ser un país beligerante y se allanaba el camino de su rendición formal, aunque los alemanes hicieron saber claramente que estaban decididos a pelear por cada palmo de terreno de la península. Atento como siempre a las cuestiones semánticas y a las connotaciones políticas de las palabras, Churchill le escribirá posteriormente a Eden para decirle que anime al Ministerio de Asuntos Exteriores a estandarizar los términos empleados:

1. «Invadimos» todas las naciones con las que estamos en guerra.
2. «Entramos» en todos los territorios aliados sometidos que deseamos «liberar».
3. En el caso de un país como Italia, con cuyo gobierno hemos firmado un armisticio, lo que hemos hecho ha sido «invadirlo» en primera instancia, aunque luego debamos considerar, en vista de la cooperación italiana, que todos nuestros posteriores avances en la península pertenecen por su naturaleza a la categoría de las «liberaciones»[200].

«Los hábitos de sueño del primer ministro se han vuelto ahora de lo más confusos, —le escribe Cadogan a su esposa el 4 de septiembre—. Charla con el presidente estadounidense hasta las dos de la madrugada, y después se pasa gran parte del día metiéndose precipitadamente en la cama o saltando violentamente de ella para tomar baños a horas intempestivas o

corretear de un lado a otro por los pasillos con una simple bata.»[201] El 5 de septiembre, después de comer en la Casa Blanca, la señora Ogden Reid, cuyo marido era el director del *New York Herald Tribune* y llevaba mucho tiempo proponiendo que la India accediera a la independencia, le preguntó a Churchill: «¿Qué se propone hacer con esos desdichados indios?». «Señora, —le respondió Churchill—: ¿A qué indios se refiere? ¿Me habla usted por casualidad de la segunda nación de la tierra por su tamaño, que bajo la benigna y benefactora gobernación británica ha conseguido multiplicarse y prosperar de forma extraordinaria, o se refiere, por el contrario, a los desventurados indios del continente norteamericano que, sujetos a su administración, se encuentran prácticamente al borde de la extinción?»[202]. Roosevelt, que había sentado deliberadamente a la dama al lado de Churchill, sabiendo perfectamente que iba a producirse ese roce, estalló en una carcajada que le hizo retorcerse de risa[203].

Churchill permaneció once días en Washington, más de lo inicialmente previsto, por la doble razón de que quería estar junto al presidente estadounidense en el momento en el que Italia concretara formalmente su rendición y de que no estaba dispuesto a permitir que lo que él mismo denominaba «el clímax italiano» le cogiera desprevenido en mitad del Atlántico[204]. Mientras aguardaba a que llegaran las noticias definitivas de la situación en Roma, Churchill se trasladó en coche hasta el Centro Médico Naval de Bethesda, en Maryland, para visitar al capitán Pim, que había sufrido una lesión en un disco intervertebral. También aprovechó la relativa calma para asignar a Fitzroy Maclean el papel de oficial de enlace con el mariscal Tito, el dirigente de la resistencia comunista Yugoslava, a cuyo ejército de partisanos venía ayudando Gran Bretaña desde el mes de mayo de ese mismo año[205]. También continuó con sus labores diplomáticas, lo que le llevó a ofrecer el castillo de Windsor como sede de una eventual reunión de los «Tres Grandes», es decir, Stalin, Roosevelt y él mismo (una sugerencia que realizó sin advertir previamente al rey de sus intenciones[206]). Sin embargo, el dirigente soviético continuó mostrándose inflexible y asegurando que no estaba dispuesto a salir de Rusia. Por otra

parte, Eden observó que Roosevelt «no tenía la menor intención de aceptar, bajo ningún concepto, un encuentro en Londres», a lo que añade que, para justificar su postura, el presidente estadounidense «alegaba razones electorales»[207]. Eden consideraba que esta actitud resultaba «poco menos que insultante», sobre todo teniendo en cuenta que Churchill ya había visitado a Roosevelt en cuatro ocasiones.

El 6 de septiembre, coincidiendo con este compás de espera, la Universidad de Harvard, en Cambridge, Massachusetts, otorgó a Churchill el título de doctor *honoris causa*. Tocado con un birrete de doctor en derecho civil de la Universidad de Oxford, y enfundado en una toga que alguien le había prestado apresuradamente en Nueva York —y que, según John Martin, le daba la curiosa apariencia de «un amable Enrique VIII»—, Churchill pronunció uno de los discursos más importantes de su vida, ya que en él expuso el futuro que aguardaba, a su juicio, a los pueblos de habla inglesa[208]. «Dos han sido las ocasiones, en el transcurso de mi existencia, en que el largo brazo del destino ha juzgado oportuno cruzar los océanos y comprometer íntegramente la vida y la viril audacia de los hombres de Estados Unidos en una lucha mortal, —comenzó—. De nada habría servido decir: “No queremos esa guerra; no la libraremos. Nuestros antepasados dejaron Europa para evitar esas reyertas; hemos encontrado un nuevo mundo desprovisto de contactos con el viejo”. No habría funcionado. Ese largo brazo extiende su mano de forma implacable, y con ello, el proceder, el ambiente, y la perspectiva de todos sufren un brusco e irresistible vuelco.»[209]

A continuación dirigió sus palabras a la juventud de Gran Bretaña y Estados Unidos:

> Cuando las cosas llegan a ese punto, ya no hay forma de detenerlas. Hemos alcanzado un estadio en nuestro periplo en el que no pueden producirse pausas. Debemos seguir avanzando. Lo que se dirime es el surgimiento de un mundo anárquico o la consagración de un orbe en orden. En las duras pruebas y desgarros que caracterizan la edad juvenil, encontraréis un par de buenos camaradas en la Comunidad y el imperio británico de naciones, a los que no solo os unen lazos asociados con las políticas de estado o las necesidades públicas, pues son en buena medida vínculos de sangre y de historia. Es lógico que yo tenga conciencia de ello, siendo como soy, hijo de ambos mundos.

Con una afirmación que indirectamente venía a reconocer que los imperios occidentales tenían los días contados —o que tal vez se propusiera hacer un guiño de complicidad a la tradición antiimperialista estadounidense—, Churchill aseguró: «Los imperios del futuro serán los imperios de la mente»[210]. Hay aquí algo más que un simple eco de la declaración que hiciera en su día Napoleón, el héroe al que más admiraba Churchill, al afirmar que «las únicas victorias que no dejan un poso de dolor son las que conllevan el vencimiento de la ignorancia»[211].

Churchill definió a continuación los mimbres que tejían la unión de los pueblos de habla inglesa: son, resumió, «la ley, la lengua y la literatura. Estos tres factores tienen un peso considerable. Pero también importan los conceptos que compartimos respecto a lo que es correcto y decente, nuestra marcada tendencia al juego limpio, sobre todo con los débiles y los necesitados, la firme voluntad de una justicia imparcial, y, por encima de todo, el amor a la libertad personal»[212]. Churchill ya había dejado traslucir algunos de esos matices en *Mi juventud*, al señalar en esa obra las características de aquella «religión de la mentalidad sana» que abrazaban en el comedor de oficiales los integrantes del 4.º Regimiento de húsares en la década de 1890. A los aislacionistas que creían que Estados Unidos no debería haber intervenido en la guerra, les dijo:

> El precio de la grandeza es la responsabilidad. Si el pueblo de Estados Unidos hubiera permanecido en una situación mediocre, pugnando por frenar el acoso de la naturaleza, absorto en sus propios asuntos, si hubiera sido un actor sin consecuencias en el movimiento del mundo, sus gentes podrían haber perseverado, olvidados, sin molestias exteriores, en esa diadema de océanos que los protege: pero no es posible alzarse y convertirse en muchos aspectos en la comunidad de vanguardia del orbe civilizado sin quedar envuelto en sus problemas, sin aceptar la convulsión de sus agonías y la inspiración de sus causas[213].

Mucho tiempo había pasado desde que, en 1932, Churchill firmara el contrato de su *Historia de los pueblos de habla inglesa*, y de hecho llevaba dando discursos sobre el tema de la unidad anglo-estadounidense desde comienzos de siglo. Por eso ahora lograba cristalizar sus reflexiones con concreción: «El don de una lengua común constituye un legado inestimable, y es muy posible que algún día dé lugar a una ciudadanía compartida. Me gusta pensar que los británicos y los estadounidenses nos movemos con

toda libertad en nuestros amplios dominios respectivos y que rara vez tenemos la sensación de pertenecer a realidades ajenas»[214]. A pesar de que en la década de 1920 le hubiese irritado notablemente la actitud de Estados Unidos en las cuestiones de la deuda y la construcción de cruceros de combate, y a pesar también de que en los años cuarenta se hubiese impacientado al constatar que sus vecinos del otro lado del Atlántico no le procuraban suficiente material de guerra, hacía mucho tiempo que había comprendido que el futuro de Gran Bretaña dependía en buena medida de que el país supiera mantener la fortaleza de los vínculos que la mantenían unida a Estados Unidos. «Si permanecemos juntos, no hay nada imposible. Si nos dividimos, todo fracasará. Esto es lo que me lleva a predicar constantemente la doctrina de la fraternal asociación de nuestros dos pueblos […], tanto para servir a la humanidad como para honrar a cuantos contribuyen lealmente a una gran causa.»[215] Este era el ideario que iba a continuar proclamando el resto de su vida.

Italia se rendía finalmente el 8 de septiembre de 1943. Durante un breve instante, los senderos del jardín que un día evocara Churchill parecieron quedar colmados de frutos deliciosos. En esa época, el primer ministro no quiso aventurarse a predecir cuánto tiempo más podrían seguir combatiendo los alemanes, pero al observar que el titular de una de las carteras del gabinete se quejaba de que los nazis no iban a imitar el comportamiento de nadie, como si se tratara de corderitos, Churchill le respondió: «No, no; la cosa es mucho peor aún: son corderos *carnívoros*»[216].

Capítulo 29

LA DURA PANZA DEL ENEMIGO

Septiembre de 1943 - junio de 1944

> Solo hay algo peor que luchar sin aliados: ¡tener que combatir sin ellos!
>
> Churchill en Chequers, abril de 1945[1].

> No te preocupes, no tendría importancia que falleciese en este momento; los planes de la victoria están ya hechos, es solo cuestión de tiempo.
>
> Churchill a su hija Sarah, diciembre de 1943[2].

Churchill se hallaba en Hyde Park el 12 de septiembre de 1943, y allí fue donde se enteró de la desalentadora noticia de que un comando de paracaidistas había efectuado una audaz incursión en la prisión de montaña de Campo Imperatore en la que se hallaba confinado Mussolini y le había liberado. Acto seguido se le designó dictador de un pedazo de Italia situado al norte de la península y conocido como República de Saló, cuyo centro operativo se encontraba a orillas del lago de Garda. El diario de Mary Churchill indica claramente que el acontecimiento no enturbió en modo

alguno el treinta y cinco aniversario de boda de sus padres. Churchill le dijo a Clementine que «la quería más y más cada año»[3]. Al regresar a Gran Bretaña, Churchill y sus acompañantes tomaron en Hyde Park el tren del presidente Roosevelt y partieron rumbo a Halifax, en Nueva Escocia. John Martin anota: «Recorrimos un paisaje teñido de espléndidos colores otoñales, con unas tonalidades rojas y doradas casi increíbles. Realmente, el valle del Hudson presentaba su mejor aspecto»[4]. A las tres de la tarde del 14 de septiembre, la comitiva británica abandonaba Halifax a bordo del vetusto crucero de combate *HMS Renown*. Al día siguiente, el capitán Edward Parry festejaba el vigésimo primer cumpleaños de Mary con unas prácticas de artillería. Durante la travesía, Churchill disputó largas partidas de póquer, también y de bezique, el juego de naipes que más le gustaba. El día 19, al llegar a Gran Bretaña, Eden señala: «Tenía muy buen aspecto, y parecía muy animado»[5].

Dos días después, Churchill hacía al fin acto de presencia en la Cámara de los Comunes, tras seis semanas de ausencia, y fue recibido con una fuerte salva de aplausos. Pronunció un discurso de dos horas de duración, dividido en dos por la hora del almuerzo. «Cuando oigo a la gente hablar despreocupadamente de organizar desembarcos y enviar a los modernos ejércitos a las costas de tal y cual lugar como si se tratase de lanzar fardos de mercancías a una playa para desentenderse luego de su destino, —dijo —, me maravilla auténticamente constatar lo mucho que se desconocen todavía las características de la guerra contemporánea»[6]. Esta observación podría haber figurado perfectamente en una de las entradas que Brooke dedica en su diario al primer ministro. En las últimas semanas, la prensa había criticado duramente al gobierno y subrayado fundamentalmente toda una serie de asuntos relativamente triviales, al menos comparados con las victorias que acababan de lograrse en Sicilia, el sur de Italia, Cerdeña y Córcega (liberada ese mismo mes) —por no mencionar el hecho de que la flota italiana se encontrara ahora en manos aliadas—. Churchill se tomó a risa esas censuras y sugirió que sus puntillosos objetores le hacían pensar en la historia de «un marino que se lanzó un buen día a una dársena —creo que era en los muelles de Plymouth— para salvar a un chiquillo que estaba a punto de ahogarse. Aproximadamente una semana después, una mujer

abordó súbitamente al marinero en cuestión y le preguntó: “¿Es usted el hombre que sacó a mi niño del agua la otra noche?. —El navegante respondió con modestia—: En efecto, señora, yo soy”. “¡Ah, por fin!, —exclamó la madre—. Llevo varios días buscándole: A ver, ¡¿dónde está su gorra?!”.»[7]

«La tiranía nazi y el militarismo prusiano son los dos principales elementos de la vida alemana que es preciso arrasar por completo, —proclamó Churchill—. Si queremos ahorrarle a Europa y al mundo un tercer conflicto aún más espantoso, esos son los dos factores que se hace necesario desarraigar de cuajo.»[8] Acto seguido dijo, en referencia a Italia: «No debemos añadir innecesariamente mayores cargas a la tarea en que estamos empeñados ni al peso que ya soportan nuestros soldados. Si contribuyen a acortar la guerra, los estados satélite —ya hayan adquirido esa condición por haberse vendido o por revelarse incapaces de vencer el pavor que les infunde una nación poderosa— quizá merezcan que se les permita abrirse camino hacia la normalización»[9]. Nicolson observará que, al pronunciar la frase «por haberse vendido o por revelarse incapaces de vencer el pavor que les infunde una nación poderosa», Churchill había «levantado el brazo como si se dispusiera a lanzar el más terrible fucilazo retórico de su vasta panoplia oratoria», para después dejarlo caer bruscamente, quitarse las gafas y pronunciar pausadamente, con una media sonrisa, el remate: «Quizá merezcan que se les permita abrirse camino hacia la normalización». Nicolson estaba convencido de que «es en esos detalles donde se descubre el gran dominio con que se desenvuelve en la Cámara, en esa mezcla de grandes vuelos discursivos seguidos de súbitos descensos a la esfera de la conversación íntima. De todos sus recursos, ese es justamente el que nunca le falla»[10]. «La alocución de Winston ha sido una obra maestra, aun para un orador de su talla, —escribe Eden—, y desde luego ha arrollado por anticipado a cuantos se planteen formular una crítica»[11].

«Tenía un aspecto magnífico, —anota el rey tras almorzar con Churchill ese mismo día—, y ha quedado muy complacido tanto con lo que ha logrado en Quebec como con el resultado de su estancia con F. D. R[oosevelt] en Washington. Me ha asegurado que F. D. R[oosevelt] y él confían plenamente el uno en el otro, y que el Comité Conjunto de jefes de

Estado Mayor se ha mostrado totalmente de acuerdo respecto a las futuras estrategias por adoptar». Con todo, Churchill le confiará al monarca que «en un primer momento, ¡¡la idea de los estadounidenses era combatir únicamente en Cerdeña!!»[12].

La mañana del 21 de septiembre, nada más levantarse de la cama, *sir* Kingsley Wood caía fulminado al suelo, muerto. Había hecho un valioso trabajo como ministro de Hacienda, sobre todo teniendo en cuenta que corrían tiempos muy peligrosos para la economía británica. Pese a que en mayo de 1940 hubiera ayudado a Churchill a sustituir en su puesto a Chamberlain, Winston no había llegado a apreciarle demasiado debido a que también había defendido con más pasión que nadie las posiciones favorables al entendimiento con los alemanes en los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra, y a que había destacado como decidido partidario de las políticas de apaciguamiento. Su desaparición permitió a Churchill colocar a *sir* John Anderson en el Tesoro, nombrar a Attlee lord presidente del Consejo y restaurar a Cranborne en su antiguo puesto de secretario de estado para Asuntos de los Dominios. Esto facilitó el regreso de Beaverbrook al gobierno, en calidad de lord del Sello Privado, con lo que también volvió a formar parte del círculo íntimo de Churchill, lo que constituye una prueba más de la notable magnanimidad del primer ministro en la victoria. Ahora que la contienda estaba encarrilada, Churchill no tenía ya motivos para temer que Beaverbrook intrigara e intentase desbancarle.

El comité del lord presidente, encabezado por Attlee, asumía la responsabilidad de muchos de los aspectos relacionados con el frente doméstico, tal y como había hecho Chamberlain antes de su fallecimiento. En el transcurso de la guerra, el gabinete crearía un total aproximado de cuatrocientos comités y subcomités, nada menos. En conjunto, esos organismos celebraron cerca de ocho mil reuniones, y en esos encuentros se pasó revista a todos y cada uno de los aspectos de la vida nacional. De hecho, este tipo de entidades subordinadas aparecían y desaparecían en función de las necesidades, igualmente cambiantes. El Comité de Reconstrucción, por ejemplo, solo se convocó en cuatro ocasiones en 1941,

pero en 1944 celebró más de cien cónclaves. Al acabar la guerra, la Oficina del gabinete disponía de un personal formado por 576 personas, cuando antes de la conflagración contaba con menos de 50[13].

En octubre, la *Luftwaffe* reanudó el bombardeo de Londres. Las baterías antiaéreas de las unidades de Defensa Civil de Hyde Park en las que servía Mary Churchill entraron duramente en acción. Tocado con su casco de acero, Churchill se presentaba de cuando en cuando en la zona, sin previo aviso, a fin de visitar a su hija y charlar con sus camaradas. Acudía en compañía de todas las personas que él mismo había invitado a cenar, y en una ocasión también Brooke participó en el agasajo. «Voy a veces al destacamento de Maria», le escribe Winston a Randolph (aunque en su carta, Churchill utiliza el apodo que la familia daba a la hija pequeña), y «la escucho dar a los artilleros la orden de disparar»[14]. Se percibe claramente el paternal orgullo que le invade. Y si tenemos en cuenta que Diana se había ofrecido voluntaria como encargada de vigilar la llegada de una incursión aérea y dar la alarma; que Clementine actuaba como centinela para avisar en caso de que se declarara un incendio; que Sarah estaba en las Fuerzas Auxiliares Femeninas de Aviación, dedicada a la identificación de las posiciones enemigas mediante el estudio de las fotografías que se obtenían con los aviones de reconocimiento aéreo; y que en enero de 1944 Randolph se lanzaría en paracaídas en la Yugoslavia ocupada, parece obvio que la reputación de valentía personal y servicio público de la familia Spencer-Churchill no era precisamente adversa a esa digna satisfacción de padre que se percibe en Winston.

El hecho de no haber conseguido convencer a los estadounidenses de que participaran en la Operación Abrazo —el inminente ataque que debía abatirse sobre la isla de Rodas y el Dodecaneso— había dejado a Churchill un tanto frustrado. «En la guerra, lo difícil no es vencer, es persuadir a la gente de que te deje ganarla —persuadir a los idiotas, quiero decir», le dirá el 7 de octubre a su secretaria Marian Holmes[15]. «Parecía afligido, y llegó a decir que “casi tenía ganas de mandarlo todo a paseo”», escribe la joven en su diario. No obstante, los estadounidenses pensaban, con razón, que, tras una campaña en los Balcanes, Churchill ardería en deseos de adelantarse a los rusos en esa región. Brooke creía que Churchill estaba a

punto de «poner en peligro nuestras relaciones con el presidente Roosevelt y con los norteamericanos, y también podría comprometer íntegramente el futuro de la campaña italiana» —y todo en nombre de la conquista de Rodas—. «¡Estoy empezando a convencerme poco a poco de que, a su avanzada edad, Winston se muestra cada vez menos equilibrado! Ya no consigo controlarle.»[16]

No es cierto que tras la Conferencia Trident Churchill quisiera posponer, y menos aún cancelar, la Operación Overlord, de modo que en ningún momento se propuso cambiar la fecha originalmente prevista del 1 de mayo de 1944, como a veces se ha dado en sugerir[17]. El 14 de octubre de 1943, al enviarle el rey una carta en la que apunta que el escenario decisivo de los combates se encontraba en el Mediterráneo, y no en el norte de Francia, Churchill le contesta: «Ya no hay posibilidad de echar marcha atrás lo que se ha acordado. Tanto el Estado Mayor estadounidense como Stalin discreparían con toda crudeza de nuestro planteamiento. Debe recordarse que ese país es el único que ofrece una plataforma apta para que nuestra Fuerza Aérea de Cazas Metropolitanos pueda hacer notar su poderío. Creo que hay recursos para abogar en favor de ambos teatros de operaciones»[18]. No obstante, también era necesario imponer algunos límites a la dominación que los estadounidenses estaban ejerciendo en el plano estratégico. Cinco días más tarde, Churchill le comenta al rey: «No es aceptable que Estados Unidos disponga de comandantes supremos tanto aquí (Marshall) como en el Mediterráneo (Eisenhower), y no debemos permitirlo bajo ningún concepto. El Mediterráneo es cosa nuestra, y somos nosotros los que hemos ganado campañas en esa región»[19].

Como es natural, Churchill se sentía extraordinariamente preocupado por los indudables riesgos que iba a conllevar la Operación Overlord, sobre todo porque el historial que él mismo había venido acumulando desde 1915 como promotor de ataques anfibios era bastante desigual. En una fecha posterior de ese mismo mes, Churchill le dirá abiertamente a Roosevelt: «La ofensiva de 1944 me produce más angustia que todas las que he emprendido antes»[20]. Existe no obstante una enorme diferencia entre el hecho de sentir inquietud por el éxito de una operación y la determinación de diferirla o anularla. «Evidentemente, no se trata en modo alguno de

abandonar “Overlord”, que seguirá siendo la principal operación que emprendamos en 1944, —le escribe Churchill a Eden a finales de octubre —. La circunstancia de que haya que mantener un retén de lanchas de desembarco en el Mediterráneo a fin de no arriesgarnos a perder la batalla de Roma podría provocar un ligero retraso, tal vez hasta julio.» De hecho, este problema técnico relacionado con los vehículos necesarios para irrumpir en las playas retrasaría efectivamente la Operación Overlord hasta principios de junio de 1944[21].

El 14 de octubre, en una comida con Charles Eade, Churchill rechazó con firmeza el primer plato de macarrones con queso diciendo: «La posición capital que debemos tomar hoy es un buen estofado irlandés, y no debemos permitir que se nos debiliten las fuerzas atacando primero estos simples amasijos de alambre de espino»[22]. En el transcurso del almuerzo, Churchill deslizaría en repetidas ocasiones las manos por los escotes de sisa del chaleco para después repantigarse inclinando la silla hacia atrás y exclamar: «¡Menudo año! ¡Pero qué año tan magnífico!»[23]. Eade estaba a punto de partir a Extremo Oriente para tomar posesión de su cargo como asesor de prensa de Mountbatten, así que Churchill le dijo que, desde su punto de vista, cuantas menos noticias se tuvieran en los próximos tiempos acerca de la marcha de la contienda en el Sudeste Asiático, mejor. «[El primer ministro] no quería que se escribiera y publicara el relato del conflicto, es decir, no por el momento, —señala Eade—. Lo más adecuado era echarlo al olvido.»[24] Los hombres del XIV Ejército, que en ese momento se hallaban batallando en Birmania, se habían asignado a sí mismos un significativo apodo —«el Ejército Olvidado»—, y al parecer tenían buenas razones para señalarse de ese modo. Churchill no quería que los preparativos de la Operación Overlord indujeran a los norteamericanos a retirar de Italia las cuatro divisiones estadounidenses y las tres británicas que estaban operando en Italia en ese año de 1943. Por consiguiente, toda la publicidad relativa a la obtención de avances debía centrarse en la campaña italiana. Churchill creía posible llevar simultáneamente a cabo la Operación Overlord y los ataques del norte de Italia, pero no juzgaba viable efectuar al mismo tiempo una ofensiva en el sur de Francia —un asalto que era justamente el que él mismo había propuesto siempre.

El 21 de octubre fallecía Pound. El último día de la Conferencia de Quebec había sufrido un derrame cerebral, y pese a que durante algún tiempo había pensado que lograría superarlo, lo cierto es que el 8 de septiembre había tenido que decirle a Churchill que no estaba en condiciones de continuar en su puesto. Churchill había visitado a Pound justo antes de su muerte, tras conseguir que se le concediera la Orden del Mérito. «Tenía el rostro paralizado. No podía articular palabra. Pero me cogió la mano. Se apagó el Día de Trafalgar. La muerte es el mayor don que nos ha dado Dios.»[25] El mejor amigo de Pound, el vicealmirante Geoffrey Blake, anota: «El primer ministro estaba muy afectado, cosa que ya me imaginaba, y salió llorando de la habitación en la que yacía el enfermo»[26]. Churchill sabía que Pound había sido uno de los cuatro hombres que mejores consejos e ideas le había brindado respecto a la organización general de la guerra —los otros tres eran Beaverbrook, Smuts y Bracken—.[27] Puede que esta opinión resultara un tanto difícil de digerir para Brooke, Eden y Portal, pero es probable que respondiera a la verdad. El sucesor de Pound como primer lord del Mar y jefe del Estado Mayor Naval, el almirante *sir* Andrew Cunningham, también llevaba un diario, y en él se muestra tan agriamente contrario a Churchill como el propio Brooke.

En un debate celebrado el 28 de octubre sobre la forma que debía adoptar el recinto de la Cámara de los Comunes cuando fuera reconstruido al terminar la guerra, Churchill abogó enérgicamente en defensa de las tesis favorables a la realización de una réplica exacta del que había resultado destruido. «En un primer momento somos nosotros los que configuramos nuestros edificios, pero luego son ellos los que nos moldean, —señaló—. Tras haber vivido y trabajado durante más de cuarenta años en la Cámara desaparecida, y después de haber disfrutado en ella de grandes satisfacciones y ventajas, es natural que desee ver que se la restaura en todos sus elementos esenciales y se la deja recuperar su antigua forma, provecho y dignidad.»[28] Churchill creía que «la forma oblonga de la Cámara favorecía muy notablemente» la buena marcha del sistema de partidos. «A los individuos les resulta fácil desplazarse por los

imperceptibles gradientes que median entre la izquierda y la derecha, pero el acto de cruzar el parqué para cambiar de bando exige una seria consideración de las propias decisiones. Soy persona bien informada en la materia.»[29] Churchill pensaba asimismo que el recinto de sesiones solo debía poder dar cabida a las dos terceras partes de sus miembros, dado que «si la Cámara tuviera el tamaño necesario para albergar a la totalidad de los parlamentarios, el 90 % de los debates se desarrollarían en la deprimente atmósfera de una sala medio vacía. El elemento medular de la buena oratoria en la Cámara de los Comunes es el estilo coloquial, la sencillez con la que pueden efectuarse rápidas interrupciones informales y no menos veloces intercambios de opiniones»[30]. En otro momento de su intervención sostendría también: «Es bueno que [los diputados] tengan que apiñarse para llegar hasta sus escaños. Y en las grandes ocasiones, han de poder permanecer de pie en los lugares de paso y en los accesos. Es positivo que reine un ambiente de excitación. Tengan en cuenta que ningún club nocturno puede cumplir su función si todo el mundo tiene sitio para sentarse o bailar por su cuenta»[31].

El 30 de octubre de 1943, Churchill recibió un legado de veinte mil libras esterlinas (más de ochocientas mil al cambio actual) en cumplimiento de lo dispuesto por su amigo el financiero sudafricano y dueño de varias explotaciones mineras, *sir* Henry Strakosch, recientemente fallecido[32]. Al día siguiente, Marian Holmes anota en su diario que Churchill, comprensiblemente «animado, comenzó a tararear una pegadiza tonadilla titulada “*There was a young lady of Crewe…*”, pero no la cantó entera»[33]. (Es probable que resultara perfectamente pertinente que la dejara interrumpida, dado que se trataba de una quintilla burlona y bastante verde, muy poco apropiada para los oídos de su joven secretaria.)[34] En torno al 4 de noviembre, se produjeron tres acontecimientos que dieron a Churchill fundados motivos para sentirse optimista. En primer lugar, ese día el VIII Ejército lograba tomar la localidad de Isernia, a poco más de ciento cuarenta kilómetros de Roma. Dos días más tarde, los rusos recuperaban el control de Kiev. Y finalmente una mejoría climática permitía reanudar con relativa seguridad el envío de convoyes a Múrmansk. Al comentarle al rey los esfuerzos que estaba haciendo para obligar a los turcos a intervenir en la

guerra, Churchill le había explicado que el ministro de Asuntos Exteriores, tratando de obtener alguna pista para conseguir doblegarlos, le había preguntado: «¿Y qué puedo decirles yo a los turcos?, —a lo que él había respondido—: ¡Dígales que se acerca la Navidad!» —una salida que hizo reír de muy buena gana al monarca[35].

En octubre de 1943, los ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética crearon una Comisión de Asesoramiento Europeo que dividió Alemania y Austria en zonas de ocupación y estableció una serie de líneas de demarcación para señalar hasta qué punto podía avanzar cada uno de los ejércitos aliados en el momento en el que se procediera a la liberación del continente. El organismo encargado de gestionar esas zonas era el AMGOT, siglas inglesas de *Allied Military Government for Occupied Territories*, o Gobierno Militar Aliado para los Territorios Ocupados[36]. El Ejército Rojo sería el encargado de tomar Berlín, Praga y otras ciudades importantes del centro de Europa, por la obvia razón operativa de que estaban mucho más próximas a las fronteras soviéticas que a las de cualquier otro país aliado. No obstante, el motivo estribaba también en el hecho de que, a juicio de Eisenhower, la URSS tenía una capacidad de aceptación y absorción de bajas militares muy superior a la de las democracias occidentales. Dado que las ciudades centroeuropeas más relevantes debían quedar incluidas en la esfera de influencia de los soviéticos, el AMGOT asignó la responsabilidad de administrar Dinamarca, los estados del Benelux y la mitad occidental de Alemania —cuya liberación correría a cargo de las fuerzas anglo-estadounidenses— a las Potencias Occidentales. Esto permitió establecer una crucial medida de precaución, ya que se impedía que surgieran choques entre las fuerzas occidentales y las rusas durante las fases finales de la guerra.

En noviembre de 1943 empezaron a aparecer considerables diferencias entre Churchill y los jefes de Estado Mayor. Lo que les enfrentaba era la determinación de la estrategia más adecuada para combatir al Japón. Si, por un lado, la junta militar creía, en términos generales, que la obtención de la victoria exigiría apoyar los ataques que los estadounidenses planeaban

efectuar en las islas del Pacífico que se hallaban bajo dominio japonés, por otro, Churchill deseaba concentrar las energías del ejército británico en la reconquista de los antiguos territorios de Birmania, Malasia y Hong Kong, ya que de ese modo Gran Bretaña conseguiría recuperar el prestigio imperial que tan gravemente había salido perjudicado en 1941. Churchill, por ejemplo, quería llevar a cabo la Operación Culebrina (*Operation Culverin*), es decir, una ofensiva contra la región septentrional de Sumatra, y también estaba decidido a utilizar las bases británicas presentes en el Oriente Próximo, la isla de Ceilán y la India. Por consiguiente, esta estrategia general de la bahía de Bengala entraba en colisión total con las preferencias de los jefes de Estado Mayor, que apostaban por la consecución de una rápida victoria en las regiones del Pacífico central y suroccidental. Ismay estaba convencido de que «una de las manchas más oscuras del historial de la alta dirección británica de la contienda, que, por lo demás, resulta ser bastante bueno en conjunto, es la que se deriva de la palabrería que ha venido proliferando por espacio de casi nueve meses en torno a la fundamental cuestión de la estrategia que Gran Bretaña ha de seguir en Extremo Oriente»[37].

A fin de establecer con carácter global las prioridades, los «Tres Grandes» —Stalin, Roosevelt y Churchill— acordaron entrevistarse a finales de noviembre en Teherán, ya que ese destino no obligaba a Stalin a alejarse en exceso de la URSS. No obstante, antes de ese encuentro, Churchill quería conferenciar con el mando del Oriente Próximo en El Cairo. El 12 de noviembre, pese a padecer un fortísimo catarro y sentirse un tanto febril a causa de las inyecciones que se le estaban poniendo contra la fiebre tifoidea, Churchill subió a bordo del *HMS Renown*, aunque durante el viaje tuvo al menos el consuelo de los amorosos cuidados de su hija Sarah, que había asumido solícitamente el papel de ocasional edecán. En un momento de la travesía, el doctor Moran se dio una costalada al tratar de subir en el barco de apoyo logístico del *Renown*, y Churchill bromeó haciéndose pasar por su médico. «Cuando Charles se pone malo se niega a tomar sus propias medicinas y trata de justificarse adoptando una expresión triste, como la de quien extrae graves razones de su sabiduría interior», dijo con sorna[38].

El 17 de noviembre, al llegar a Malta, Churchill se alojó en el palacio de San Antón, la residencia de lord Gort, el gobernador de la isla, y en él celebró encuentros con Eisenhower, Alexander, los jefes de Estado Mayor británicos, y el mariscal del Aire Arthur Tedder. Gort insistía mucho en que, para comer, debían tomarse únicamente las magras raciones que se imponían a los asediados malteses, pero Lawrence Burgis recuerda que Ismay le dijo que, «en la práctica, ese noble espíritu espartano no atraía demasiado al primer ministro. Y entonces, con un aire bastante lastimoso, [Gort] hizo un aparte con Ismay y le dijo en tono suplicante: “Cuando regrese a nuestro hermoso barco, dígales que me envíen medio kilo de mantequilla”»[39]. Churchill aprovechó el tiempo para leer el libro sobre William Pitt el Joven que le había enviado Clementine, y que, según Sarah, «le tuvo entretenidísimo durante varias horas»[40].

Durante su estancia en Malta, Churchill se enteró de que el ejército británico acababa de sufrir una derrota en el Dodecaneso, el primer revés verdaderamente serio que tenían que encajar las tropas desde la pérdida de Tobruk. En una suerte de Operación Abrazo en versión reducida, él mismo había instado a sus jefes de Estado Mayor a que aportaran tropas de refuerzo británicas a los italianos favorables al bando aliado que controlaban las islas a fin de consolidar sus posiciones, y así se había terminado haciendo el 15 de septiembre. Esto había provocado a su vez que, superada la fecha del 26 de septiembre, los alemanes iniciaran una terrible campaña de bombardeos y se adueñaran al mismo tiempo de Rodas. El 12 de noviembre, los soldados del Reich invadían Leros y el resto del archipiélago del Dodecaneso, en una acción que apenas cuatro días más tarde obligaba al ejército británico a evacuar la zona y a asumir la muerte de seiscientos hombres, así como un centenar de heridos y tres mil doscientos prisioneros, a lo que aún hubo que añadir el hundimiento de tres destructores y la pérdida de ciento quince aviones de la RAF con base en Chipre. No se trataba de una derrota de magnitud comparable a la de Tobruk, pero podría haberse evitado si Churchill hubiera escuchado a los estadounidenses —o si estos no hubieran retirado de Chipre a sus unidades de la fuerza aérea a finales de octubre a fin de combatir en Italia, cosa que no solo tenían perfecto derecho a hacer, sino que además no habían llevado

a cabo sin previo aviso—. El general Kennedy culpó del contratiempo a Churchill, ya que era quien «más ardientemente había presionado para que se pusiera en marcha íntegramente el plan», y sostuvo que al general Maitland Wilson, alias «Jumbo», «le había faltado el coraje o el buen juicio necesarios para decirle al primer ministro que el proyecto no solo había terminado por convertirse en una insensatez, sino que se había vuelto peligroso»[41]. Pese a todo, Kennedy admitió que, «sobre el papel, el primer ministro cuenta con todos los parabienes profesionales, que respaldan todo lo que ha emprendido. Si nos atenemos a los documentos, no puede imputársele ninguna responsabilidad. Sin embargo, esto ilustra magníficamente bien el precio que nos fuerza a pagar de cuando en cuando ese difícil carácter suyo, en el que se mezcla la ignorancia de las cuestiones militares con la confianza que invariablemente tiene en sus propios criterios estratégicos»[42].

Churchill, cuyo nombre en clave había pasado a ser ahora el de coronel Warden[43], dijo a Clementine en un telegrama: «Todavía me aflige lo ocurrido en Leros, etcétera. Es terrible tener que luchar con las dos manos atadas a la espalda»[44]. Sarah escribe en su diario: «Leros le entristeció muchísimo, pero había ratos, siquiera intermitentes, en los que se entretenía jugando un montón de partidas de bezique con Randolph, que ha estado encantador»[45]. Pero Randolph no iba a seguir mostrándose «encantador» mucho más tiempo. «Papá ha vuelto a sentirse un tanto dolido con Randolph, —le comentará Sarah a Clementine al día siguiente, durante el viaje a Alejandría—. Y Randolph está disgustado consigo mismo y con papá.» A continuación, Sarah añade enigmáticamente: «Me pregunto si realmente sirve de alguna ayuda que haya un montón de gente hablando y explicando cosas relacionadas con una historia que ninguno de nosotros conoce en todos sus pormenores»[46].

Churchill llegó a Alejandría el 21 de noviembre, y después subió a bordo de un C-47 Dakota, un avión de transporte militar para dirigirse a El Cairo. Ese mismo día le escribió una carta a Herbert Morrison, el ministro del Interior, para pedirle que le apoyara en la muy polémica decisión de sacar de la cárcel al líder de la Unión Británica de Fascistas, Oswald Mosley, ahora que había remitido la amenaza de una eventual invasión de

Gran Bretaña. Mosley permanecía retenido sin juicio desde el mes de mayo de 1940 en virtud de la llamada «Sección 18B» de la legislación británica. «La facultad que se otorga al ejecutivo de arrojar a un hombre al fondo de una prisión sin que ninguna ley formule cargo alguno contra él, —le decía Churchill en su escrito—, máxime cuando se le niega además por un período indefinido la posibilidad de ser juzgado por sus iguales, no solo resulta odiosa en grado sumo, sino que es de hecho el fundamento de todos los gobiernos totalitarios, sean nazis o comunistas […]. No hay nada que pueda resultarle más detestable a una democracia que el hecho de encarcelar a una persona, o de mantenerla confinada, por razones de impopularidad. Esta es en verdad la prueba definitiva de la civilización»[47]. Más tarde sostendrá, en referencia a la decisión del gabinete de respaldar a Morrison frente a las coléricas manifestaciones de ciudadanos congregados en la plaza de Trafalgar: «La gente que no está dispuesta a realizar acciones impopulares ni a desafiar el clamor de las masas no es apta para asumir la responsabilidad de un ministerio en tiempos difíciles»[48].

La Conferencia de El Cairo, que se prolongó por espacio de cinco días, recibió el nombre en clave de «Conferencia Sextante», y se celebró en el Hotel Mena House, no lejos de las pirámides, contó con la participación de Roosevelt y del generalísimo chino Chiang Kai-shek. Churchill se alojó en la villa palaciega de Richard Casey, el ministro residente en el Oriente Próximo. El 23 de noviembre, Churchill le pidió a su hija que tratara de averiguar si podría disponerse de un coche con el que llevar a Roosevelt a ver la Esfinge. Al descubrir Sarah que efectivamente existía la posibilidad de disponer de un vehículo, «mi padre pegó un brinco y dijo: “Señor presidente, tiene usted que venir sencillamente a admirar la Esfinge y las pirámides. Ya lo he organizado todo”»[49]. Según dicen que señaló Churchill tras la experiencia, la visita iba a suponer un encuentro entre «las dos personas más charlatanas del mundo y la más callada»[50]. Al inclinarse Roosevelt hacia delante para apoyarse en los brazos de la silla y tratar de levantarse, aunque sin conseguir otra cosa que volver a desplomarse sobre el asiento, Churchill se dio media vuelta y dijo: «No se preocupe, le esperaremos en el coche». Una vez en el exterior, bajo el deslumbrante sol,

Sarah «se percató de que su padre tenía los ojos arrasados en lágrimas. “Adoro a ese hombre”, dijo simplemente»[51].

La esposa de Chiang Kai-shek asistió a las reuniones en compañía de su marido. «A papá le impresionó esa mujer, —señala Sarah—, y no hay duda de que es, con mucho, la mejor intérprete posible»[52]. Brooke recuerda que, «en un determinado y muy crítico momento, se abrió súbitamente una hendidura en su ceñidísimo vestido de satén negro tachonado de crisantemos amarillos y quedó al descubierto el muslo hasta lo alto de la cadera, exhibiendo a los ojos de todos una de las piernas mejor torneadas que jamás se hayan visto. Esto provocó un revuelo entre los asistentes a la conferencia, ¡y hasta me pareció escuchar un sofocado silbido de admiración entre el grupo de los miembros más jóvenes!»[53]. Sarah le confiará a Clementine que la señora de Chiang Kai-shek era una mujer «exótica, siniestra y delicada… ¿Tal vez un pelín falsa? ¡Dios nos libre!»[54]. Churchill y Brooke pensaban que los estadounidenses habían quedado estupefactos con los chinos, ya que en realidad habían hecho muy poco para justificar la posición central que Roosevelt planeaba hacerles desempeñar una vez que hubiera acabado la guerra. Estamos una vez más ante un presupuesto racial injusto. En los catorce años de conflicto que habría de durar en último término el pulso que todavía mantenían con los japoneses —llamado a prolongarse desde 1931 hasta 1945—, los chinos habían perdido nada menos que a quince millones de compatriotas, así que merecían que se les reconociese su tenacidad y valentía.

El 25 de noviembre, Roosevelt ofreció una magnífica cena de Acción de Gracias para veinte comensales en la que no faltó detalle, y menos aún, el colofón de un inmenso pavo —todo ello cálidamente mecido en segundo plano por los acordes de una banda de música del ejército—. El presidente fue el encargado de trinchar el asado, y Sarah comentará posteriormente con su madre que «tanto papá como él [Roosevelt] pronunciaron un breve discurso al terminar ese gesto de protocolo. ¡A papá le rodaban grandes lagrimones por las mejillas!». Después los invitados cantaron el *Home on the Range*[55]. Sarah le dijo a Clementine que Winston «¡quería ordenar que se enviaran un par de aviones a Inglaterra para traerte hasta aquí!»[56]. Podría decirse que esa velada vino a marcar el punto culminante de la

amistad entre Churchill y Roosevelt. «Las amistosas relaciones que me unen al almirante Q [el nombre en clave que usaba el presidente estadounidense] son sencillamente el no va más, y de hecho no hay nadie que las supere en ninguno de nuestros vastos y respectivos séquitos británico y norteamericano, —le comentará Churchill a Clementine—. Esto no solo significa que el acuerdo basta para salvar las diferencias que también existen entre nuestras dos perspectivas de conjunto, sino que los elementos en que coincidimos se convierten en acicates para la acción.»[57] De entre esas divergencias cabe destacar la oposición de los estadounidenses a la concreción de una ofensiva en el Mediterráneo oriental destinada a aportar alguna ayuda a Tito para propiciar de ese modo el eventual inicio de una campaña en los Balcanes cuya presión pudiera instar a Turquía a sumarse a la guerra. Otro de los planes que Roosevelt se negó a estudiar —bastante más alarmante en este caso—, fue el de las tácticas que debían emplearse para abordar a Stalin cuando se reunieran en Teherán[58].

«Y ahora nos toca el triple salto mortal», le dirá Churchill a los miembros de su comitiva tras despegar el Avro York de la RAF rumbo a Teherán, en un vuelo de cinco horas y media. «Vamos a cruzar cuatro grandes ríos —el Tigris, el Éufrates, el Jordán y el Nilo—, y sobrevolaremos vastos espacios vírgenes y montañas formidables, —añadió —. Si nos sentimos cansados, no habrá punto alguno en el que podamos descansar nuestros fatigados pies.»[59] Al observarse desde las ventanillas las regiones desérticas, la mentalidad artística de Sarah[60] observó que el paisaje era «en su mayor parte de un color sepia, quebrado sin embargo de cuando en cuando por vetas de color rojo o aguamarina»[61]. En ese momento, recordando quizá el consejo que solía dar en enero de 1916 a los oficiales que partían bajo su mando a las trincheras, Churchill le comentó a Sarah:

«La guerra es un juego en el que ha de participarse con una sonrisa en el rostro, ¿pero crees acaso que está risueño mi corazón? Viajamos con mucho estilo, rodeados de grandes lujos y una aparente seguridad, pero jamás olvido a los hombres que combaten en el frente, las implacables refriegas y la gente que está muriendo en el aire, en tierra y en el mar»[62]. Al llegar a la capital iraní, las medidas de seguridad se revelaron totalmente

inadecuadas, y los coches de la comitiva tuvieron que avanzar a paso de tortuga por las calles, atestadas de vehículos y personas. «Cualquiera de aquellos transeúntes podría haberle pegado un tiro a quemarropa a mi padre o tenido ocasión de dejar caer tranquilamente una granada en nuestro regazo», recuerda Sarah[63]. En un momento dado, el coche de Churchill quedó parado por completo durante tres minutos en medio de la muchedumbre. Churchill le sugirió a *sir* Reader Bullard, el ministro británico residente en Teherán, que, en el futuro, el todoterreno lleno de soldados que precedía al convoy fuera un transporte descubierto. «Desde luego, no para que puedan intervenir y salvarnos, pero sí al menos para ahorrarles el bochorno de no poder hacer nada de nada.»[64] Al llegar a la legación británica, Churchill se zambulló en la lectura de *Oliver Twist* hasta la medianoche.

La Conferencia de Teherán (conocida con el nombre en clave de «Eureka») destaca, entre otras cosas, por haber propiciado el primer encuentro cara a cara entre Stalin y Roosevelt —y por haber dejado claro que ambos líderes estaban decididos a que la entrevista fuera un éxito—. El presidente Roosevelt accedió incluso a trasladarse de la legación estadounidense a la embajada rusa por razones de seguridad[65]. Como es obvio, a Churchill no se le escapó ni la trascendencia de esta buena sintonía ni el efecto que podía tener en el prestigio y la influencia de Gran Bretaña el establecimiento de una estrecha relación entre rusos y norteamericanos. «Fue en Teherán donde percibí por primera vez lo pequeña que es nuestra nación», le dirá Churchill a Violet Bonham Carter ocho meses más tarde. Moran lo expresará de un modo más brusco y tajante al señalar: «El primer ministro está horrorizado ante su propia impotencia»[66].

Nunca ha podido saberse con claridad si Stalin estaba tratando de provocar o no a Churchill al proponer en Teherán que, una vez obtenida la victoria, debía procederse al fusilamiento de cincuenta mil oficiales del Reich a fin de extirpar de raíz todo rescoldo del vencido poderío alemán. Al terciar Roosevelt y manifestar que, a su juicio, la cifra debía reducirse a cuarenta y nueve mil, Churchill dio por supuesto que se trataba de una suerte de chiste macabro. Sin embargo, al ver que Elliott Roosevelt pronunciaba un discurso en serio en el que se mostraba de acuerdo con la

propuesta de Stalin, Churchill quedó estupefacto. «Al asistir a esa injerencia, —escribe Churchill en sus memorias—, me levanté de la mesa y me fui a la habitación de al lado, que estaba sumida en la penumbra. Menos de un minuto después noté unas manos que me daban palmaditas en la espalda, me giré y vi a Stalin, flanqueado por Mólotov. Enarbolando una amplia sonrisa en el rostro, los dos declararon que solo estaban bromeando y que ni se les había pasado por la cabeza un plan de esa naturaleza»[67]. Lo que no sabían Stalin, Mólotov y Elliott Roosevelt —y sí conocía en cambio el presidente— era que Churchill había leído el informe de Owen O'Malley sobre la masacre de Katyn y que tenía clara conciencia de que Stalin era perfectamente capaz de perpetrar un crimen de ese calibre sin ruborizarse siquiera.

«Stalin se entretuvo "tomándome el pelo" a troche y moche, —señalará Churchill más tarde—, cosa que no me ofendió en modo alguno». Al no responder al dirigente soviético con sus propias salidas, tan ingeniosas e irónicas como devastadoras —ya que, pese a que le habría resultado facilísimo hacerlo, no quería que las relaciones se agriaran—, Churchill hizo gala de un admirable dominio de sí mismo. «Una atmósfera sumamente cordial, pero difíciles problemas triangulares», exclamará Churchill al resumirle la esencia de la conferencia a Clementine[68]. No es cierto que Roosevelt se alineara con Stalin y se pusiera en contra de Churchill en Teherán, aunque sí que le rio a Stalin algunas de sus ocurrencias. Roosevelt también «le advirtió a Stalin que no debía traer a colación los problemas de la India en sus conversaciones con Churchill, y desde luego Stalin coincidió inmediatamente con el líder estadounidense, y reconoció que esa era indudablemente una herida abierta». En cualquier caso, no era ningún secreto que Churchill amaba profundamente el *Raj*[69].

Puede decirse, en términos generales, que la Conferencia Eureka fue un éxito. Stalin comenzó a dar los primeros signos de que, una vez vencida Alemania, «podremos doblegar al Japón con nuestro frente común», por reproducir aquí sus propias palabras[70]. No sin razón, Stalin insistió en que los aliados occidentales debían decidir el nombre de la persona encargada de dirigir la Operación Overlord, y de hecho dejó claro que no iba a confiar en que el proyecto llegara efectivamente a materializarse en tanto no se

hubiera zanjado esa cuestión[71]. Al dar Stalin el visto bueno a la divulgación de planes falsos sobre la Operación Overlord, Churchill comentó, para gran regocijo del líder soviético, que, «en tiempos de guerra, la verdad es un bien tan preciado que ha de ir siempre custodiada por una escolta de mentiras»[72]. La conferencia vivió no obstante un momento bastante embarazoso al ofrecer Churchill a Stalin el obsequio de una espléndida espada forjada en Sheffield como presente del rey Jorge VI. El presidente del consejo de ministros de la URSS la besó y se la entregó acto seguido al mariscal Voroshílov, quien, por inadvertencia, dejó que se escurriera inmediatamente de la vaina y cayese al suelo.

Pese a que en ocasiones se haya acusado a Roosevelt de conspirar con Stalin y de dejar a Churchill a un lado en Teherán, lo cierto es que hay una grabación del Ministerio de Asuntos Exteriores británico en la que se escucha la conversación que mantuvieron el 30 de noviembre el primer ministro inglés y el dirigente comunista en la embajada soviética. Y lo que se aprecia en ella es que, de haber habido alguna conjura, habría sido en todo caso la de Churchill con Stalin. En la cinta se escucha: «El primer ministro ha señalado que él es medio estadounidense y que siente un gran afecto hacia el pueblo de esa nación norteamericana. —Por consiguiente—, lo que a continuación se disponía a indicar», especificó, «no debía ser entendido en modo alguno como una manifestación despectiva hacia Estados Unidos, dado que se mantenía perfectamente leal a esa nación. —Sin embargo, añadió—, eso no impedía que hubiese cosas que era mejor transmitirse estando [Stalin y él] a solas»[73]. Tras este preámbulo, Churchill señaló que había trece o catorce divisiones aliadas en Italia, y que, de ellas, nueve o diez eran británicas. «Se ha presentado la situación diciendo que el dilema consiste en decidir si debemos atenernos a la fecha fijada para la Operación Overlord, o si, por el contrario, hemos de seguir con las acciones que se están llevando a cabo en el Mediterráneo.» No obstante, concluye la grabación, «la cuestión no se reduce únicamente a eso».

Los estadounidenses querían llevar a cabo la Operación Bucanero, un asalto anfibio previsto para el mes de marzo y destinado a recuperar el control de las islas Andamán, situadas en plena bahía de Bengala. Churchill

le confesó a Stalin que la idea no le hacía mucha gracia. «Los estadounidenses nos han atado a la fecha prefijada de la Operación Overlord, y eso ha determinado que las acciones del Mediterráneo se hayan resentido en los dos últimos meses, —explica—. La partida de siete divisiones ha llenado de un cierto desaliento a nuestro ejército. Hemos enviado a casa a nuestras tres divisiones, y los estadounidenses están haciendo lo mismo con las suyas —todo ello como parte de los preparativos de la Operación Overlord—. Esa es la razón de que no se haya podido sacar todo el provecho posible del desmoronamiento de Italia. Sin embargo, también es una prueba de la seriedad con la que nos tomamos los preámbulos de la Operación Overlord.»[74] Churchill no quería que Stalin creyese que Gran Bretaña no iba a cumplir su parte del compromiso que había adquirido con vistas al desembarco en las costas francesas, o que pensara que estaba dispuesta a poner en peligro la fecha fijada para esa ofensiva. El siguiente mes de febrero, tras cenar con Lascelles y Cunningham, Churchill le dirá a sus compañeros de mesa: «Si me quitaran ahora mismo la camisa se vería que tengo la tripa enrojecida de tanto arrastrarme ante ese hombre. Pero lo hago por el bien del país, y por ninguna otra razón»[75]. La humillación había hecho mella en él, y recibió muchas críticas por haberse prestado a ese juego con Stalin, sobre todo cuando, al poco tiempo, tuviera que presionar de mala manera a los valerosos aliados polacos de Gran Bretaña a causa de las fronteras por establecer con Rusia al acabar la guerra. Lo cierto, sin embargo, era que Gran Bretaña necesitaba a la Unión Soviética, tanto para seguir obteniendo las inmensas victorias que ahora empezaban a sucederse como para no dejar de hacerlo hasta que en junio se diera el pistoletazo de salida a la Operación Overlord.

La fecha del sexagésimo noveno cumpleaños de Churchill coincidió con la fase final de la conferencia, y con ese motivo, el primer ministro ofreció una magnífica cena en la legación británica a Roosevelt, Stalin y los más importantes miembros de las jefaturas de Estado Mayor respectivas[76]. Sarah tuvo la impresión de que Stalin, «un aterrador personaje de ojillos rasgados y maliciosos, estaba muy animado»[77]. También quedó convencida de que poseía «un gran sentido del humor, tan acerado y ágil

como el de papá» —de hecho, Sarah sostiene que fue el invitado que hizo el mejor chiste de toda la velada—. «Al señalar papá, en uno de sus numerosos brindis, que "Inglaterra se está volviendo cada vez más izquierdista, —Joe terció y dijo—: ¡Eso es signo de buena salud!"»[78].[79] A Sarah le disgustó que Randolph no hubiera sido capaz de proponer un brindis en el cumpleaños de su padre. «¡No dejo de pensar que hace solo unos cuantos años nunca se hubiera dejado desestabilizar de ese modo!, —le confía a su madre—. Ha dado un cambio enorme.»[80] Pese a todo, durante el banquete se propusieron muchos brindis, lo que hizo correr abundantemente el alcohol. Churchill llegó incluso a ofrecer uno a «Las masas proletarias», y Stalin le respondió con otro en honor del Partido Conservador[81]. Roosevelt brindó a la salud de Sarah, y al escucharlo, Stalin se levantó de su asiento y rodeó la mesa para entrechocar su copa con la suya. «Todo el mundo ha sido amabilísimo, —le comenta Churchill a Clementine en un cable el último día de la conferencia—. Las cosas han dado un giro muy positivo.»[82]

A las nueve y media de la mañana del 2 de diciembre, Churchill volvió a tomar el avión, en este caso para regresar a El Cairo —lo que le permitió beber champán y tomar sopa de tortuga sobre los cielos de Bagdad—. Ese mismo día, Lampson se entrevistó con él y le encontró «en perfecta forma, y muy complacido con el resultado de la reunión de Teherán»[83]. Dos días después se presentaba en Egipto la delegación turca, encabezada por el presidente Inönü. Esa noche, al arropar Sarah a su padre en su cama de mosquitera, se percató de que Winston se estaba riendo por lo bajo y le preguntó qué era lo que le hacía tanta gracia. «Es que el presidente de Turquía me ha besado, ¡y dos veces!, —le dijo—. Mi único problema es que soy irresistible…»[84], se jactó jocosamente, antes de añadir: «Pero no se lo digas a Anthony [Eden], es muy celoso…»[85]. Las conversaciones con los turcos, a los que Churchill quería convencer de que les interesaba declararle la guerra a Hitler, siguieron revelándose infructuosas. No obstante, sería precisamente en El Cairo donde Roosevelt, espoleado por el llamamiento de Stalin en Teherán, eligiera a Eisenhower como comandante supremo de la Operación Overlord, ya que estaba convencido de que no podía prescindir de Marshall en Washington.

El 8 de diciembre, Churchill cenó en la embajada de El Cairo en compañía de Randolph, Fitzroy Maclean y Julian Amery, hijo de Leo Amery, que muy pronto iba a saltar en paracaídas sobre la Yugoslavia ocupada, igual que Randolph. Al preguntársele cuáles eran sus planes de futuro en el ámbito político, Churchill contestó: «Soy víctima del capricho y viajo en alas de la fantasía» —una respuesta que debió de dejar sumamente preocupado a Eden, que también se hallaba presente en la mesa—. Al hacer Maclean una referencia crítica al comunismo de Tito, Churchill le preguntó: «¿Tienes intención de instalarte en Yugoslavia cuando acabe la guerra?». «No, —le respondió Maclean—. Pues yo tampoco», coincidió Churchill. «Así las cosas, ¿no te parece que deberíamos dejar que fueran los propios yugoslavos quienes decidieran la forma de gobierno que quieren darse? Ahora mismo, nuestro principal interés está en apoyar a quien más daño esté causando a los alemanes.»[86] Se trataba de una postura muy rigurosa, cínica incluso, si se quiere, pero también realista. Si Churchill tomó la decisión de apoyar a Tito en Yugoslavia fue porque creía que los partisanos estaban eliminando a más alemanes que los monárquicos *chetniks*.

Esa noche Smuts también se encontraba entre los asistentes a la cena. A la mañana siguiente, en un aparte, Smuts le dijo confidencialmente a Brooke que «no estaba nada tranquilo con el estado de salud del primer ministro. Tenía la convicción de que trabajaba en exceso, de que acababa extenuado, y de que después debía echar mano de la bebida para recuperar el brío. Dijo [Smuts] también, —añade Brooke—, que estaba empezando a dudar de que consiguiera resistir el desafío, entre otras cosas porque estaba notando cambios en su persona»[87]. El 11 de noviembre, Churchill había tomado el avión en El Cairo y volado a Túnez con la intención de pasar unos días con Eisenhower antes de hacer una visita a Alexander en Italia. Sin embargo, lo único que había conseguido fue sufrir otro serio brote de neumonía, y en esta ocasión la inflamación de sus pulmones obligó a Moran a solicitar de inmediato a El Cairo el envío de un grupo de seis médicos, encabezados por el general de brigada R. J. V. Pulvertaft, así como dos enfermeras y un aparato de rayos X. John Martin dirá después que ni

siquiera podía acercarse hasta la oficina de Churchill, dado que se encontraba completamente rodeado de facultativos. Churchill volvió a tomar el antibiótico de la compañía M & B, y Moran le administró también digital para tonificarle el corazón. Pese a todo, Churchill conservó su buen humor durante toda la recaída y la convalecencia. En una ocasión en la que Pulvertaft le pidió una muestra de sangre, el primer ministro le comentó: «Puede sacármela del dedo, o del lóbulo de la oreja, aunque, evidentemente, tengo también unas nalgas de superficie poco menos que infinita»[88].

«Me siento fatigado, tanto de cuerpo como de mente y de espíritu, —le confesará Churchill a Walter Thompson—. Todos los planes han quedado trazados y dispuestos… ¿y qué mejor lugar que este para morir, en las ruinas de Cartago?»[89] Al conocer el estado de su marido, Clementine se enfundó en un traje de vuelo acolchado y subió rápidamente a un Liberator carente de calefacción que despegó envuelto en una espesa niebla. Mientras tanto, en Túnez, Sarah leía en voz alta a su padre las páginas de *Orgullo y prejuicio* y velaba a su lado durante las horas de sueño. En sus memorias de guerra, Churchill afirma: «No me desentendí en ningún momento de mis tareas de gobierno, y no hubo que retrasar en modo alguno ninguna de las decisiones que me correspondía tomar»[90]. Martin explica, no obstante, que esto es «un tanto exagerado, —puesto que, de hecho—, estuvo gravemente enfermo durante varios días»[91]. Se dijo a la población que tenía la garganta irritada, y que eso le provocaba dolores neurálgicos. «Es muy desobediente, —le escribe Sarah a su amante, Gil Winant, el 22 de diciembre—. Su capacidad de recuperación, junto con su indomable vitalidad y la saludable aversión a que le dirijan de cualquier forma, siguen perfectamente presentes.»[92] Ese mismo día, Churchill empezó a dictar a sus médicos una larga serie de boletines sobre la evolución de su salud, y volvió a fumar puros, pese a que se le hubiera encontrado una mancha en el pulmón[93].

El día de Nochebuena, acudieron a reunirse con Churchill un gran número de militares de alta graduación, entre los que se encontraban cinco comandantes en jefe —Wilson, Tedder, Eisenhower, Cunningham y Alexander—. El objetivo de la visita consistía en estudiar la Operación Guijarros (*Operation Shingle*), un desembarco anfibio por efectuar en la

localidad de Anzio, al norte de Nápoles, que no solo estaba llamada a revelarse decisiva en Italia, según esperaba Churchill, sino que podía facilitar incluso la caída de Roma y lograrla por tanto antes de que se lanzara la Operación Overlord. Churchill dio una conferencia en el comedor, vestido con una bata de estar por casa estampada con dragones azules y dorados[94]. La comida de Navidad fue la primera que pudo tomar fuera de su dormitorio. «El primer ministro estaba totalmente entusiasmado, —señala Martin—, y propuso toda una serie de brindis»[95]. Al ver que le servían unas natillas mientras que todos los demás tomaban pudin de Navidad, Churchill dijo envidiando la suerte de sus invitados: «Todo alimento que lleve *brandy* al estómago resulta recomendable»[96]. El día de San Esteban, o de los Aguinaldos, Churchill recibió la espléndida noticia de que se había conseguido hundir al *Scharnhorst* en la batalla de Cabo Norte.

Tan pronto como Churchill se hubo recuperado, se produjeron numerosos cambios, ya que además del acuerdo consistente en llevar a cabo la Operación Guijarros en enero de 1944, se procedió a una amplia reorganización de personal. Se nombró a Maitland Wilson, alias «Jumbo», comandante en jefe del Mediterráneo; a Alexander se le confió la comandancia general de Italia, y a Tedder se le designó vicecomandante supremo de la Operación Overlord, con lo que se conseguía colocar a tres británicos en puestos clave. El 27 de diciembre, Churchill voló a Marrakech (administrándosele oxígeno al volar a más de tres mil seiscientos metros) y se alojó en la Villa Taylor, que contaba con un excelente cocinero francés[97]. Una vez allí, pidió que le enviaran de El Cairo una insignia de general de división para poder envolverla en la servilleta de Leslie Hollis y darle así la sorpresa de que había sido ascendido[98]. Churchill también condecoró al hijo de Beaverbrook, Max Aitken, que era un as de la aviación, con la Estrella de Guerra de 1939-1943 (que había sido preciso quitar a toda prisa de la guerrera de repuesto de Jock Colville). Es preciso contraponer este tipo de gestos con quienes le rodeaban —y habría muchos más, como el de asegurarse de que no se apagara el fuego de las salas en las que tenían que aguardar sus secretarias cuando acudían a Chequers— con el similar número de casos en que lo que prevalecía en Churchill era el egoísmo y el comportamiento maniático.

«La actividad de Winston en Marrakech ha adquirido ahora un ritmo y una vitalidad plenas, —señala Brooke desde su puesto en Londres—. En consecuencia, está produciéndose una afluencia de telegramas procedentes de tres focos de trabajo distintos, y el resultado es la más absoluta confusión. Le pido a Dios que regrese pronto a casa y se controlen sus excesos.»[99] En los cinco meses anteriores, Churchill apenas había permanecido un total de cinco semanas en Gran Bretaña. El 5 de enero de 1944, en una cena celebrada en honor del líder del gobierno checoslovaco en el exilio Edvard Beneš —que acababa de partir de Moscú para dirigirse a Londres—, Churchill preguntó al conjunto de los comensales si pensaban que Hitler seguiría en el poder el 3 de septiembre, al cumplirse el quinto aniversario de la declaración de guerra. Churchill, Beaverbrook y Colville se mostraron convencidos de que seguiría efectivamente al frente del régimen nazi, pero Beneš, Smuts, Moran, Tommy Thompson, Martin, Hollis y Sarah opinaron lo contrario[100].

Beneš, que había estado tratando de convencer a los polacos de que aceptaran la llamada «línea Curzon[101]» como demarcación fronteriza con Rusia, una vez acabada la guerra, endureció la política que Churchill había venido manteniendo hasta entonces con los polacos de Londres, a los que Stalin estaba presionando para que se avinieran a desplazar su estado natal varios cientos de kilómetros hacia el oeste tras la contienda —con el doble fin de proporcionar un mayor espacio de amortiguación a Rusia y de castigar a los alemanes—. «Rusia, que en dos guerras ha visto perecer a veinte o treinta millones de ciudadanos, —le comenta Churchill a Eden en un cablegrama fechado el 7 de enero—, tiene derecho a buscar la inexpugnable seguridad de sus fronteras occidentales […]. A Polonia se le asigna ahora una posición de gran nación independiente en el corazón de Europa, y no solo dispone de un buen litoral, sino que obtiene un territorio mejor que el que poseía antes. Si no acepta esta solución, Gran Bretaña se verá totalmente liberada de sus obligaciones y los polacos tendrán que arreglárselas por su cuenta con los soviéticos»[102].

Al día siguiente, Randolph bebió más de la cuenta y criticó las cualidades de Eden como ministro de Asuntos Exteriores, mientras que Winston optaba por apoyar a su lugarteniente. Poco después, Maclean, que

estaba a punto de partir a Yugoslavia en compañía de Randolph para que actuara de enlace con Tito, aseguró a todo el mundo que «en Yugoslavia todo iría bien, debido a que no habrá *whisky* y a que nos alimentaremos a base de caldo de berza»[103].

«El grupito de Churchill tiene montado un verdadero circo», le escribe *lady* Diana Cooper a su hijo John Julius el 10 de enero. Cooper redacta la carta desde Londres, después de haber permanecido un tiempo en Argel, donde su marido ejercía las funciones de representante británico ante el Comité Francés de Liberación Nacional. «Han instalado su sede en la mansión de esparcimiento de un millonario, todo repleto de mármoles, naranjos, fuentes y azulejos, al más suntuoso estilo mahometano. Y allí tienes a nuestro anciano y rollizo bebé, embutido en su mono de trabajo, tocado con un sombrero de vaquero y envuelto en una bata oriental toda deshilachada. Es la viva imagen de la salud y el vigor, y está de un humor excelente. Jamás le había visto ataviado con esas cosas tan fantásticas ni había tenido ocasión de escucharle ladrar en ese lenguaje, deformando a tal punto la jerga inglesa.»[104] *Lady* Diana tenía razón respecto a los giros jergales. De hecho, Churchill llegaba a utilizar a veces fórmulas sacadas de las jerigonzas del *cockney*[105], lo que explica, por ejemplo, que le diga a Leslie Rowan: «¡Vamos, deja de rayarme ya…!; —a Marian Holmes—: ¡Vaya, no te había visto en un montonazo de tiempo, tía…!», o en otra ocasión en la que exclama tras encender por error el extremo equivocado de su cigarro puro: «¡La órdiga! ¡Mira lo que acabo de hacer!»[106].

Charles de Gaulle había estado a punto de anular en dos ocasiones la invitación que le había enviado Churchill para acudir a comer con él a Marrakech el día 12 de enero. Por si fuera poco, De Gaulle no solo había ordenado en esa misma fecha al general de la Francia Libre Jean de Lattre de Tassigny que no fuera a visitar a Churchill si él mismo no se hallaba presente, sino que más tarde había mandado arrestar en Argel a uno de los amigos de Winston, el ex primer ministro galo Pierre-Étienne Flandin. Pese a todas las dudas que De Gaulle le inspiraba a Churchill, el almuerzo se terminaría celebrando, dado que el mandatario británico quería mostrarse lo más conciliador posible con el líder francés, máxime teniendo en cuenta que la Operación Overlord estaba prevista para mediados de ese mismo

año. «¡Fíjese en mí! Estoy al frente de una nación sólida que jamás ha sido vencida, —le dirá Churchill—. Y sin embargo, al levantarme todas las mañanas mi primer pensamiento va dirigido a buscar el mejor modo de complacer al presidente Roosevelt, y el segundo a aplacar al mariscal Stalin. Su situación es muy distinta. ¿Por qué se empeña entonces en saltar de la cama con la idea fija de desdeñar a británicos y estadounidenses?»[107] Pero la amonestación no ejerció el menor efecto en De Gaulle. Por otra parte, Churchill aprovecharía la situación para bromear con Martin: «He descubierto que ahora que el general habla tan bien el inglés, ha empezado a comprender perfectamente mi francés»[108].

Esa misma noche, Churchill permitió que Colville se reintegrara a su escuadrón. «Me parece que te figuras que esta guerra se libra para que tú puedas divertirte, —le dijo Churchill. Y tras una pausa, añadió—: Da igual, si yo tuviera tu edad sentiría lo mismo, así que te daré un permiso de dos meses para que puedas volver a combatir. Pero piensa que este año ya no voy a darte más vacaciones…»[109]. El 14 de enero, Churchill tomó el avión para dirigirse a Gibraltar a fin de asistir a una nueva conferencia sobre la Operación Guijarros. Tras la escala el Peñón, el primer ministro embarcó rumbo a Plymouth a bordo del *HMS King George V*. Durante la travesía permaneció una hora en la sala de suboficiales y respondió a las preguntas de los guardiamarinas, a los que animó a interrogarle sobre cualquier aspecto de la guerra, o de la marcha política del país en el que desearan profundizar. «La verdad es que se olvidaron prácticamente por completo de que tenían delante al primer ministro, —recuerda Colville—, y desde luego fue maravilloso escucharle»[110].

En la mañana del 18 de enero, Churchill se presentaba sin avisar en los Comunes, tras dos meses de ausencia. Según Harold Nicolson,

> en el rostro de los miembros del Partido Laborista, que se sentaban frente a él, se pintó un instante la expresión de un grito de sorpresa ahogado. Tras el primer momento de asombro, todos se pusieron súbitamente en pie, como movidos por un resorte, y empezaron a gritar y a agitar en el aire los papeles [con el orden del día]. Nosotros también nos levantamos, y toda la Cámara prorrumpió en una salva de aplausos interminable mientras Winston, perfectamente sonrosado, con aspecto un tanto tímido y dejando traslucir un brillo de malicia en la mirada, avanzaba por el banco gubernamental hasta dejarse caer finalmente en el escaño que habitualmente le estaba reservado. Parecía ruborizado, tanto a causa del

> placer que le estaba procurando el recibimiento como por la emoción del momento —tanto es así que apenas se hubo sentado vimos que le rodaban dos grandes lagrimones por las mejillas—. Se las enjugó desmañadamente con un enorme pañuelo blanco[111].

Durante la sesión de preguntas al jefe del ejecutivo, un diputado sugirió aduladoramente que la Cámara debía brindar por «la muerte de todos los dictadores y por la larga vida de todos los libertadores, de entre los cuales el primer ministro es el más adelantado. —Churchill respondió sin perder su flema y le dijo—: Me temo que el día es aún muy joven para alzar la copa»[112].

«Le he visto con muy buen aspecto y bastante descansado, —anota el rey esa misma tarde—, aunque todavía le flojean las piernas [a causa de la enfermedad]. Y yo también diría que el intenso fuego que despedían sus ojos parece haber menguado un poco, al menos de momento […]. Por culpa de los estadounidenses hemos perdido la oportunidad de tomar Rodas, y todavía no nos hemos hecho con el control de Roma. Pero por lo menos dominamos el Mediterráneo»[113].

El 22 de enero se iniciaban los desembarcos previstos en Anzio, en la costa occidental de Italia —una operación que el capitán Harry C. Butcher, edecán naval de Eisenhower, define muy adecuadamente diciendo que era «el proyecto predilecto del primer ministro»—.[114] Una división británica y otra estadounidense, con un total de treinta y seis mil hombres y tres mil vehículos, irrumpió en las playas y se situó de este modo tras las líneas alemanas. Este doble contingente, que constituía en realidad la avanzadilla del V Ejército del general Clark, avanzó prácticamente sin oposición alguna. Churchill le dijo a Alexander: «Me encanta que te estés dedicando a resolver reclamaciones y no a cavar trincheras en las cabezas de playa»[115]. No obstante, muy pronto se constataría sin lugar a dudas que el general John P. Lucas, el comandante principal de la ofensiva, no solo era demasiado indeciso sino que estaba tardando demasiado en aprovechar la ventaja conseguida. «Yo tenía la esperanza de que lo que estábamos haciendo era soltar en la costa a un gato montés enfurecido, —se quejará Churchill tras diez días de espera—, pero todo lo que tenemos es una

ballena varada»[116]. La situación le trajo a la memoria el horrendo recuerdo de la desastrosa inercia que había protagonizado el teniente general *sir* Frederick Stopford en la bahía de Suvla, cuyo exceso de precaución había sido una de las muestras de incompetencia de la campaña de Galípoli[117].

«Los alemanes están luchando de un modo magnífico, —le dirá Churchill a Colin Coote durante una cena celebrada el 27 de enero en el Other Club—. No te imagines ni por un instante que se están derrumbando. Las tácticas de su Estado Mayor son de una flexibilidad espléndida. Consiguen improvisar unidades con los soldados restantes de las que han quedado diezmadas, y a pesar de que sus integrantes no hayan tenido ocasión de descansar ni de actuar previamente como un equipo, lo cierto es que las compañías reorganizadas combaten con la misma energía y buen orden que las de refresco»[118]. Churchill llegó a sopesar incluso la posibilidad de volar hasta la cabeza de playa de Anzio, pero su Estado Mayor consiguió disuadirle[119].

El 4 de febrero, las tropas aliadas llegaron finalmente al monasterio medieval de Montecassino, que domina el valle del Liri y la ruta hacia Roma, pero se vieron impotentes para quebrar la tenaz resistencia que estaban ofreciendo los alemanes en toda la península. Al sugerir Bevin en el Gabinete de Guerra que Churchill debía enviar a Alexander un mensaje de ánimo, el primer ministro dijo: «Lo pensaré», lo que difícilmente podría considerarse una indicación aprobatoria[120]. A mediados de febrero los bombarderos aliados arrasaron el monasterio, en una acción que supuso una enorme pérdida desde el punto de vista cultural, pero que los comandantes que operaban *in situ* juzgaron importante en términos tácticos. Pese a todo, la demolición de los edificios religiosos no sirvió para nada, ya que pasaron otros tres meses sin que se pudiera proceder a la rotura de las líneas enemigas.

El 11 de febrero, Churchill le dijo a Roosevelt que las propuestas de paz del gobierno búlgaro no debían implicar la atenuación de los bombardeos que estaban doblegando al país, más bien todo lo contrario, ya que, como señaló el primer ministro, «si la medicina está haciendo efecto, habrá que seguir administrándole nuevas dosis al paciente»[121]. Desde la Conferencia de El Cairo, las divergencias entre Churchill y Roosevelt no habían dejado

de crecer, así que ahora afectaban a un número de cuestiones cada vez mayor. Los estadounidenses no habían mostrado ningún interés en prolongar la vida de la monarquía italiana, y también habían surgido desavenencias en otra serie de asuntos muy diversos, desde la carne de vacuno argentina (que Roosevelt quería boicotear para fustigar las simpatías fascistas del gobierno de esa nación sudamericana, pero que Gran Bretaña necesitaba comprar para abastecerse), hasta los derechos que debían reconocerse a la aviación civil una vez que hubiera acabado la guerra, pasando por el petróleo del Oriente Próximo, los acuerdos comerciales del imperio británico, y todo un conjunto de temas de carácter no militar en los que Churchill empezó a tener ahora la sensación de que Estados Unidos —cuyo poderío era ya muy superior al de Gran Bretaña— se inmiscuía en los intereses imperiales de la corona[122]. El 25 de febrero, Churchill llegará a hablarle incluso a Brooke de «la desagradable actitud que viene manteniendo últimamente el presidente de Estados Unidos»[123]. Había veces en que el gobierno estadounidense ni siquiera daba respuesta a las protestas del primer ministro británico, o en que no las contestaba en su integridad, y rara vez la contestación procedía ya del propio Roosevelt. En el transcurso de la contienda, Churchill le enviaría a Roosevelt 373 mensajes más que Roosevelt a él.

El 20 de febrero, tras sufrir Londres uno de los bombardeos más intensos desde mayo de 1941, el número 10 de Downing Street quedó seriamente dañado. Todas las ventanas, con sus marcos, saltaron por los aires y se introdujeron, hechos añicos, en el interior del edificio. Además, se desprendieron grandes pedazos del enlucido de los techos de la sala de estar y dejaron agujeros muy notables. «Downing Street ha quedado cubierto de una alfombra de cristales y una de las bombas, que ha ido a aterrizar en la esquina del Tesoro, ha reventado una de las principales tuberías de agua de la zona», señala Colville[124]. Churchill, que había vuelto a utilizar el número 10 de Downing Street, tanto para celebrar reuniones como para las comidas y las cenas, se vio obligado a regresar al número 10 Anexo para casi todas sus actividades. En un discurso radiado desde ese número 10 Anexo, el primer ministro explicará: «He escuchado con gran placer decir al mariscal Stalin que también él está decidido a fundar y preservar una

Polonia fuerte y totalmente independiente, ya que ese país está destinado a ser una de las potencias más destacadas de Europa. Además, [el dirigente ruso] ha repetido varias veces estas declaraciones en público, y estoy convencido de que representan una política firmemente establecida en la Unión Soviética»[125]. No obstante, lo cierto es que Churchill estaba muchísimo menos convencido de la fiabilidad de las manifestaciones soviéticas de lo que parecen sugerir estos pronunciamientos públicos. De hecho, «con ánimo benévolo, aunque sombrío», el primer ministro había admitido a principios de marzo, ante los invitados que le acompañaban en Chequers, que le molestaba la actitud que Stalin estaba manteniendo en relación con Polonia, y dijo asimismo que le estaban entrando ganas de decirles a los rusos que, «por lo que hace a mis convicciones personales, soy hombre que combate la tiranía, lleve el uniforme que lleve, y con independencia de los eslóganes que divulgue»[126].

En el Gran Salón de Chequers, tras ver una película mientras había estado fumándose una buena tanda de cigarrillos turcos —afirmando que era lo único bueno que jamás hubiera logrado sacarles a los dirigentes de ese país—, el primer ministro volvió a abordar la cuestión de sus días de vida, que seguía considerando próximos a su fin. Mientras el gramófono desgranaba las notas de «*La Marsellesa*» y «*Le Régiment de Sambre et Meuse*»[127], Churchill le dijo a sus acompañantes, entre los que se encontraban Ismay y Macmillan, que «el aire es mucho más importante que la India, las colonias o la solvencia económica. Vivimos en un mundo de lobos y de osos»[128]. Con esto quería decir que solo la superioridad aérea podría frenar la futura amenaza soviética —no olvidemos que está hablando exactamente dos años y un día antes de pronunciar su célebre discurso del telón de acero en Misuri—. Sin embargo, su apagado estado de ánimo no iba a durar mucho: apenas unos días más tarde, al preguntarle los periodistas quién habría de salir fiador del gobierno en el debate que estaba próximo a celebrarse, Churchill contestó: «En el peor de los casos, sería yo mismo quien se ocupara de hacerlo»[129].

No obstante, Churchill volvió a mostrarse taciturno durante el almuerzo que mantuvo con el rey el día 7 de marzo, fecha en la que se quejará de las «desafortunadas declaraciones» de Roosevelt, que en una conferencia de

prensa se había manifestado dispuesto a poner en manos de Rusia las dos terceras partes de la flota italiana.

> Este asunto —unido al de la actitud que Rusia estaba manteniendo en las discusiones con el gobierno polaco sobre la Línea Curzon y al del reciente avance que estaba llevando a las tropas soviéticas a las puertas de Ternópil [una localidad situada al oeste de Ucrania] — indujo a Winston a señalar que la presencia de un Oso ebrio de victoria en el este, y de un Elefante agazapado en el oeste, hacía que nosotros los británicos fuésemos una especie de borriquillo que, pese a verse atrapado entre esas dos grandes fieras, era sin embargo el único que sabía cómo regresar al buen juicio. [Churchill] también me explicó que el Gabinete de Guerra era perfectamente consciente de la peligrosa actitud de Stalin y del daño que una Rusia poderosa podía hacer al mundo. Nadie quiere verse en la tesitura de tener que combatir a la Unión Soviética después de derrotar a Alemania[130].

«A medida que se acerca la fecha de su realización, me estoy volviendo cada vez más partidario de esta ofensiva, —le escribe Churchill a Marshall el 13 de marzo, haciendo referencia a la Operación Overlord—. Lo que quiero decir es que deseo asestar este golpe, siempre que resulte humanamente posible, y ello a pesar de que las condiciones y límites que establecimos en Moscú no se estén teniendo en cuenta en todos sus extremos»[131]. Entre esas condiciones figuraba la de que únicamente hubiera quince divisiones alemanas en el norte de Francia, y sin embargo, los datos de inteligencia que se manejaban en ese momento sugerían que iba a haber bastantes más. El 15 de marzo, al repetirle Churchill a Eisenhower la fórmula de «me estoy volviendo cada vez más partidario de esta ofensiva», determinaría que el general estadounidense considerara que Churchill no se había comprometido con la Operación Overlord antes de esa fecha. Sin embargo, la carta que el primer ministro dirige a Marshall muestra que no se trataba de eso en modo alguno.

A finales de marzo de 1944, al abordarse el análisis de la estrategia que había que aplicar en el Pacífico, las relaciones entre Churchill y los jefes de Estado Mayor llegaron a su punto de máximo enfriamiento. Los militares eran reacios a la idea de dedicar recursos materiales y humanos a la estrategia que prefería Churchill —la de la bahía de Bengala—, de modo que el primer ministro llegó a la conclusión de que habían estado tramando cambios a sus espaldas, aprovechando los días que había permanecido en Marrakech, y que en ese tiempo habían intentado elaborar un borrador

estratégico distinto en el Pacífico en lugar de en el Índico. «Lamento muchísimo que los jefes de Estado Mayor hayan avanzado tanto en esta cuestión y llegado a conclusiones tan firmes sin haber intentado en modo alguno determinar y llevar a la práctica los puntos de vista del poder civil al que están sirviendo, —escribe Churchill en un cáustico memorando de cinco páginas—. Desde luego, tienen el deber de informarme, dado que soy el ministro de Defensa, y también han de asegurarse de que yo entienda la importancia que ellos mismos asignan a la cuestión.»[132] Aleccionar a los jefes de Estado Mayor —algunos de los cuales, como era el caso de Portal, llevaban ya cinco años ejerciendo sus cargos— y subrayarles la trascendencia de sus deberes constitucionales era un gesto tan innecesario como descortés (aunque es probable que se tratara de una desconsideración totalmente deliberada), pero desde luego también sirvió para recordarles de quién era en todo caso la última palabra.

Hecho esto, Churchill pasó a atacar por un flanco más personal. Así se expresa en el memorando: «Debo decir que jamás imaginé, teniendo en cuenta la íntima relación y la sólida amistad que hemos ido forjando durante largo tiempo y en tan importante número de situaciones difíciles, que los jefes de Estado Mayor pudieran haber profundizado en una cuestión de tantísima relevancia para la estrategia de la guerra a largo plazo, en la que además entran en juego tantísimas otras consideraciones ajenas al terreno estrictamente militar, sin intentar siquiera tenerme al corriente de sus deliberaciones, ya que solo así habríamos podido formarnos juntos un criterio común». Aquí, en una sola frase, Churchill hace un llamamiento a la camaradería, lanza la acusación de que los jefes de Estado Mayor se habían inmiscuido en cuestiones en las que no tenían autoridad para injerirse, esboza la protesta de que se había dejado al primer ministro al margen de la elaboración de los planes, indica que, en todo caso, no habría resultado imposible convencerle de la conveniencia de las tácticas ideadas, y esgrime, por último, la advertencia de que es preciso hablar con una sola voz, tanto en los dominios del imperio como en las reuniones con los estadounidenses. Churchill concluye con una afirmación que supone un desafío tan tajante como inequívoco: «La cuestión de la bahía de Bengala continuará siendo, hasta el verano de 1945, el centro de gravedad de la

guerra que Gran Bretaña y su imperio están librando contra el Japón»[133]. En uno de los primeros borradores de sus memorias, Churchill remata el capítulo en el que refiere este episodio diciendo que «se aceptaron sus resoluciones y se olvidó el asunto», pero dado que después se comprobaría sin ningún género de duda que esta manifestación no respondía a la realidad, sus ayudantes literarios tuvieron que proponer varios finales alternativos. El párrafo en el que Churchill acusa a los jefes de Estado Mayor de «llegar a conclusiones firmes» sin haber «intentado determinar y llevar a la práctica los puntos de vista del poder civil» se consideró tan incendiario que se decidió eliminarlo en el último momento, justo antes de su publicación, lo que dejaría un gran espacio en blanco en medio de la página[134].

«Hemos estudiado […] la forma más inocua de manejar el último documento de Winston, que es claramente imposible», anota Brooke al día siguiente. El texto «está lleno de afirmaciones falsas, deducciones erróneas y estrategias plagadas de defectos. No podemos aceptarlo tal y como nos ha sido remitido, y mejor sería que dimitiéramos los tres a tener que aceptar la solución que él propone»[135]. Se elaboró un borrador en el que se enumeraban cinco errores objetivos presentes en el documento de Churchill y se proponía que los jefes de Estado Mayor «debatieran la cuestión con el primer ministro y […] le sugirieran que su acción peca de precipitada, se ha tomado sin un pleno conocimiento de todos los factores implicados, y resulta en cualquier caso totalmente innecesaria en esta fase» de la contienda[136]. La lectura de los documentos privados de Brooke deja claro que se permitió a Ismay comentarle a Churchill, antes de entregársela, la respuesta que iban a darle los jefes de Estado Mayor —y desde luego Ismay no introdujo ninguna alteración en el contenido de dicha contestación—. Por consiguiente, podemos tener prácticamente la completa seguridad de que Churchill fue previamente advertido de lo que se le iba a señalar, lo que no deja de ser una medida muy sensata.

La respuesta de los jefes de Estado Mayor a Churchill, contenida en un escrito «Privado y del máximo secreto», llegó a manos del primer ministro el 28 de marzo. Tras un párrafo inicial de aparente aquiescencia —«estamos seguros de que siguen persistiendo algunos malentendidos relativos a

nuestros puntos de vista y a nuestras propuestas, y saludamos la oportunidad de poder mantener con usted un nuevo debate que nos permita abordar la cuestión en su conjunto»—, el documento rechazaba categóricamente todas las acusaciones de Churchill[137]. «No podemos aceptar el cargo que usted nos imputa, —escriben los jefes de las tres armas del ejército—, según el cual habríamos comprometido al gobierno de Su Majestad al obligarle a seguir una particular línea de actuación política sin consultarle previamente a usted. Antes de la Conferencia Sextante[138] hicimos todo cuanto pudimos para exponer nuestros puntos de vista sobre la estrategia que a nuestro entender se hace preciso observar contra el Japón a largo plazo, pero sus otras preocupaciones, surgidas tanto antes como después de la Conferencia, impidieron que nuestros esfuerzos llegaran a buen fin. Por consiguiente, nos resultó extremadamente difícil asegurarnos de que la redacción de las conclusiones del Comité Conjunto de jefes de Estado Mayor se efectuara en los términos más claros posibles»[139]. Al final, dado que las decisiones clave no tuvieron que adoptarse hasta después del Día D, se evitó el descalabro de una dimisión en masa, y la febril temperatura de la discrepancia disminuyó —salvo en los sulfurosos diarios de Cunningham y Brooke y en las cartas que este último habría de enviar posteriormente a Dill, repletas de referencias despectivas al hecho de que Churchill ignorara los conceptos estratégicos más elementales[140].

«Ahora ya podemos decir, no como fruto de una esperanza, sino basándonos en argumentos de razón, —expondrá Churchill a la nación el 26 de marzo—, que lograremos llegar en buen orden al final de nuestro viaje, y que no volverá a repetirse la tragedia que se ha cernido sobre el mundo y que podría haber apagado todas sus luces, condenando así a nuestros hijos y a los hijos de sus hijos a la oscuridad y la esclavitud, tal vez durante varios siglos»[141]. Y al hablar de la inminente invasión del continente europeo, señaló: «Cuando se dé la señal, el cerco de las naciones vengadoras se abatirá sobre el enemigo y cañoneará, hasta dejarla exangüe, a la más cruel tiranía que jamás se haya propuesto acabar con el progreso de la humanidad»[142]. Disgustado, Tommy Lascelles se quejará de que «había sido el discurso de un anciano»[143]. Sin embargo, una de las personas que se mostrará en claro descuerdo con el parecer de Lascelles será Ana Frank,

que relata en su diario, desde el ático camuflado de Ámsterdam en el que se ocultaba, la alegría que le produjo «el discurso de nuestro querido Winston Churchill»[144].

El 28 de marzo, para sorpresa de Churchill, el gobierno salió derrotado por un voto —117 a 116— en su intento de aprobar la Cláusula 82 del Proyecto de Ley de Educación que había elaborado Rab Butler, en la que se proponía igualar los salarios de los profesores y las profesoras. «Si al menos se hubiera podido animar al ministro de Hacienda para que se pasara por la Cámara, aunque fuera dando una carrerita, —observará burlonamente Churchill en referencia a Anderson, que había faltado a la sesión—, el gobierno se habría salvado»[145]. Aquella era la primera derrota efectiva que sufría el gobierno en toda la guerra. El gabinete se mostró unánimemente a favor de transformar el revés en una moción de confianza, aunque en este caso el ejecutivo saldría poco después airoso por 425 votos a 23. «No voy a andar dando tumbos de mala manera por toda la jaula como un canario herido, —le dirá Churchill a uno de los parlamentarios—. Me habéis tirado de la percha para bajarme los humos, y ahora vais a tener que devolverme a la elevada posición en que me hallaba encaramado. De lo contrario no volveré a deleitaros con mis gorjeos.» Nicolson señala que el hecho de que el gabinete decidiera tomarse una votación interna de poca monta como una moción de censura hizo que «todo el mundo se sintiera molesto y alterado». «La única persona que realmente se lo ha pasado en grande con todo el episodio ha sido el propio Winston. No ha dejado de sonreír en ningún momento.»[146] No obstante, Churchill se quejará al rey de lo sucedido, ya que este anota en su diario: «La Cámara de los Comunes es para él una constante fuente de preocupaciones, ya que sus diputados mantienen una postura de perpetua crítica al gobierno. Winston tiene ya suficientes cosas en que pensar como para ocuparse además de estas cuestiones, y sugiere que no está obteniendo el apoyo que merece, tanto por lo que ha hecho como por lo que está haciendo en la dirección de la guerra»[147].

En abril de 1944, los Aliados lanzaron ochenta mil toneladas de bombas sobre Normandía. Churchill insistió en revisar cuidadosamente la

pertinencia de este tipo de medidas debido a los terribles efectos que tenía sobre la población civil. «La matanza y la consiguiente ira que despertamos entre los franceses tiene un límite que no podemos rebasar», dirá en el Gabinete de Guerra[148]. Como ya hiciera en el caso del II Cuerpo de la Fuerza Expedicionaria Británica enviada a la Bretaña francesa en 1940, con la expedición griega de 1941, y en fecha mucho más reciente, con la estrategia de la bahía de Bengala destinada a reconquistar las posesiones británicas de Extremo Oriente antes de que los estadounidenses derrotaran al Japón, Churchill volvía a anteponer ahora las consideraciones políticas a las puramente militares[149]. Sin embargo, como él mismo habría de escribir en *La crisis mundial*, «en la cima de la gobernación, la verdadera política y la estrategia son una misma cosa»[150].

«Veo al primer ministro envejecido, fatigado e incapaz de comprender a fondo las cuestiones, —señala Brooke en su diario el 3 de abril—. Resulta deprimente ver cómo se va deteriorando poco a poco. Me pregunto cuánto tiempo más podrá aguantar; no lo suficiente para llegar hasta el final de la guerra, me temo.»[151] Estas reflexiones respondían a las simples ilusiones que se hacía Brooke, ya que a Churchill no solo no se le escapaba nada, sino que todavía seguiría al frente de la política británica una década más tarde, mucho después de que Brooke, que era nueve años más joven que él, se hubiera jubilado. Un día después de que Brooke redactara estas líneas, Churchill se hacía cargo temporalmente del Ministerio de Asuntos Exteriores para permitir que Eden se tomara unas vacaciones, y, por si con eso no tuviera suficiente, pidió también al ministro del Interior que «le remitiera un informe en el que se explicaran los motivos que podían haber determinado la utilización de la Ley de Brujería de 1735 en un tribunal de justicia contemporáneo. ¿Qué coste le ha supuesto al estado ese proceso?»[152]. Churchill quería saber por qué «se atareaba [a los jueces] con todas esas estupideces trasnochadas, en detrimento de la necesaria labor que es preciso realizar en los tribunales»[153]. En esa misma línea, el primer ministro también dirigirá al Ministerio de Transporte la siguiente nota: «He sufrido retrasos en el trayecto hasta Chequers a causa de una serie de obras en la carretera. ¿No se han dado cuenta de que hay una guerra? Les ruego que cesen esta insensatez»[154].

A Marian Holmes le encantaban las ácidas reflexiones que Churchill dedicaba a algunas personas, y a principios de abril señala, por ejemplo, que había dicho que un general era «una vejiga con nombre»[155]. En un determinado momento, Leslie Rowan tuvo que abandonar la sala en la que se hallaban reunidos porque no podía aguantar la risa que le producían los chistes de Churchill. El primer ministro seguía permaneciendo habitualmente despierto hasta las tres y media de la madrugada, circunstancia que podría explicar en parte la preocupación de Brooke y sus segundas intenciones. Cuarenta y ocho horas antes del Día D, la propia Holmes había anotado en referencia a Churchill: «Se exprime verdaderamente demasiado, tanto que ha estado a punto de quedarse dormido sobre los papeles»[156]. Pese a que resulte indudable que Churchill se extenuaba ahora con mayor facilidad que antes, ya que no en vano llevaba ya cinco años ejerciendo el cargo de primer ministro, lo cierto es que todavía seguía estando en condiciones de realizar jornadas extraordinariamente maratonianas y de demostrar en ellas una resistencia sin desmayo, debido sobre todo a las siestas que se echaba todos los días durante una hora, de las que salía renovado. Si se quedaba dormido en el coche, con la banda negra que se ponía sobre los ojos, el chófer que le conducía a Chequers dejaba el vehículo aparcado frente a la puerta principal hasta que se despertaba[157].

A mediados de abril de 1944, Churchill inició una campaña para oponerse a la Operación Dragón (anteriormente denominada Operación Yunque —*Operation Anvil*—): una ofensiva consistente en atacar el sur de Francia con la que se pretendía impedir que los alemanes retiraran tropas de esa zona cuando se desatara la Operación Overlord. El 16 de abril, el primer ministro le dijo a Marshall que, en Teherán, al respaldar la Operación Yunque, el avance aliado sobre Roma todavía no había quedado detenido en Montecassino. Ahora, sin embargo, los alemanes estaban enviando a Italia las divisiones que la Operación Yunque pretendía apartar del frente que estaba llamado a constituirse tras la Operación Overlord. «Debemos echar el resto en esa batalla, —escribe Churchill—, pues la Operación Overlord solo podrá zanjarse con la conquista total o la muerte»[158]. La cuestión era que el primer ministro no creía ya que la Operación Yunque pudiera

contribuir a la materialización de ese objetivo[159]. Todo lo que pudiera evocar una crítica a la Operación Overlord sería eliminado de sus memorias, como por ejemplo el comentario incluido en una de las actas del Ministerio de Asuntos Exteriores en el que Churchill señala que «esta batalla nos ha sido impuesta por las autoridades militares rusas y estadounidenses»[160]. Es difícil eludir la conclusión de que Churchill estaba dejando tras de sí una secreta estela de documentos repletos de dudas y críticas sobre esa ofensiva con el fin de protegerse en caso de que la acción terminara saldándose con una debacle similar a la de muchos de los asaltos anfibios que él mismo había respaldado en las fases previas de su carrera.

El 21 de abril, Churchill hizo una apasionada defensa del imperio británico en la Cámara de los Comunes. «¿Qué milagro es este —pues no de otra cosa se trata— que otorga efectividad al llamamiento que convoca a los hombres de los más remotos confines de la tierra», se pregunta,

> y les obliga en algunos casos a cabalgar más de veinte días para presentarse en sus correspondientes centros de alistamiento y a integrarse después en ejércitos que han de navegar catorce mil millas marinas antes de poder llegar al campo de batalla? ¿De dónde brota esta fuerza, este portento que permite que unos gobiernos, tan orgullosos y soberanos como los más independientes que jamás hayan existido, dejen inmediatamente a un lado todos sus temores y se lancen sin dilación a contribuir a una buena causa y a derrotar al enemigo común? Ni siquiera buceando hasta las más recónditas profundidades del corazón humano se hallará la respuesta —salvo que se mire con los ojos del alma—. Entonces se comprende que no son los objetos materiales lo que domina al ser humano, sino las ideas, pues solo por ellas están dispuestos a entregar la vida o a renunciar a los esfuerzos a los que han dedicado su existencia[161].

Pese a todo, apenas cinco días más tarde, Churchill tendrá una desafortunada intervención en la ronda de preguntas al primer ministro del parlamento —tanto es así que Colville hablará incluso de «fiasco», ya que su jefe no había acertado a responder a las cuestiones concretas que se le habían planteado y no había sido capaz de recordar el nombre de varios maharajás importantes—.[162] Tuvo sin duda algunos días malos, pero los buenos todavía seguían siendo mucho más numerosos, y su capacidad de recuperación era extraordinaria.

Ese mismo mes, Harold Nicolson le dijo a Maud Russell que la voz de Churchill no solo le había parecido «apagada, sino lastrada por diferentes signos de fatiga», aunque también añade que «tan pronto como se producía alguna interrupción volvía a recuperar en un instante toda su rapidez, fogosidad y brillo de siempre»[163]. James Stuart le dijo a Eric Miéville, el subsecretario privado del rey: «No alcanzo a imaginar lo que pasa por la mente de Winston, ya que le oigo hablar como si estuviese agonizando»[164]. Churchill le revelará a Brooke por esta misma época que «ya no saltaba de la cama como solía hacerlo, dado que ahora le entraban unas ganas tremendas de pasarse el día durmiendo», un comentario perfectamente natural en un hombre de su edad sometido a tan enorme nivel de estrés[165].

El 15 de mayo se reunía al completo la plana mayor de las fuerzas aliadas para una sesión informativa sobre la Operación Overlord en el cuartel general del XXI Grupo de Ejército de Montgomery, que tenía su sede en el colegio de Saint Paul, en Hammersmith, en el que había estudiado el propio general. Al rey y a Churchill se les trajo un sillón para que se sentaran, pero todos los demás tuvieron que acomodarse en los bancos de madera de los alumnos (aunque, a diferencia de los colegiales, se les permitió fumar). Eisenhower expuso su punto de vista y desgranó los pormenores de lo que esperaba ver desarrollarse en Normandía en tan solo tres semanas. A continuación, fue Churchill quien tomó la palabra durante media hora, y pese a que sus palabras no hayan quedado registradas, uno de los presentes, el general de división Kennedy, dejó constancia en su diario de que, en su intervención, el primer ministro había empleado «un estilo sólido e incluso humorístico, para concluir después con una emocionante expresión de sus expectativas y sus mejores deseos. Se dirigió […] a los presentes con gran vigor, instándonos a todos a ejercer el liderazgo durante la ofensiva y resaltando el ardor guerrero que estaba convencido llenaba el corazón de los hombres»[166].

El 18 de mayo caía finalmente Montecassino, lo que significaba que se podría tomar Roma antes del Día D, fijado, según las previsiones, para el 5

de junio. Dado que en el asalto a la capital italiana se hallaban implicados tanto los efectivos de la Comunidad Británica de Naciones como las tropas de Estados Unidos, Francia y Polonia, Churchill insistió en que la prensa mencionara regularmente la contribución británica. De lo contrario, diría a los miembros del Gabinete de Guerra, «se podría tener la impresión de que los británicos somos meros comparsas que remolonean cuando llega el momento de salir a escena»[167].

A finales de mayo, durante su habitual almuerzo con el rey, Churchill aseguró que tenía la intención de estar presente en uno de los buques de guerra encargados de cañonear las costas de Normandía el Día D. Al rey no le sorprendió en modo alguno esta afirmación, y de hecho sugirió que también a él le gustaría viajar a bordo de ese acorazado —una idea a la que Churchill «reaccionó bien», según atestigua el monarca—.[168] La reina respaldó el proyecto, pero Lascelles, Ismay, Eisenhower, y, sobre todo, el almirante Ramsay, comandante supremo de la flota que iba a apoyar la Operación Overlord, se opusieron de la forma más tajante a la presencia de cualquiera de los dos en la refriega, máxime después de saber que el crucero de combate que había elegido Churchill, el *HMS Belfast*, cuya misión consistiría precisamente en apisonar la costa francesa con sus proyectiles, iba a verse expuesto con toda probabilidad a los contraataques de la *Luftwaffe*. El día 1 de junio, a la hora de comer en el número 10 Anexo, el rey, su secretario privado y el primer ministro intercambiaron una extraordinaria serie de comentarios. Al conocer la postura que habían adoptado Ramsay y los demás militares y altos cargos, el rey dijo que ninguno de los dos debería subir a bordo de los buques llamados a intervenir en la ofensiva. Churchill replicó que no se hallaba en posición de recomendar al gabinete la participación del rey, pero que desde luego él iba a estar en primera línea. Al recordarle Lascelles que al monarca iba a resultarle difícil encontrar a un nuevo primer ministro en plena invasión de Francia, Churchill respondió: «¡Ah, no se preocupe, ya está todo arreglado!», lo que presumiblemente fuera una referencia a la carta lacrada que el rey y él mismo habían redactado para proponer a Eden como sucesor[169]. Lascelles expuso entonces el argumento de que, en términos constitucionales, Churchill no podía abandonar el país sin el consentimiento

del soberano, a lo que el primer ministro opuso la tesis de que, al hallarse a bordo de un barco de la corona, no se encontraría técnicamente en el extranjero. Lascelles, sin embargo, le corregiría, ya que señaló que la nave estaría actuando lejos de las aguas territoriales británicas, lo que la situaría efectivamente en un país ajeno.

«Me preocupa muchísimo que el primer ministro parezca estar enfocando egoístamente todo este asunto, —escribe esa noche el rey en su diario—. Da la impresión de que no le inquieta el futuro, y de que además no repara en el gran número de cosas que dependen de su persona.»[170] A la mañana siguiente le escribe:

> Quiero hacerle un nuevo llamamiento a fin de que desista de embarcar el Día D. Le ruego que considere mi propia posición. Soy un hombre más joven que usted, soy marino, y en mi condición de rey me hallo a la cabeza de los tres ejércitos. Nada me gustaría más que hacerme a la mar en esa fecha, pero he acordado permanecer en palacio. ¿Le parece justo que usted se disponga a hacer lo que yo mismo desearía realizar y no puedo? Ayer dijo usted que sería una buena cosa que el rey se pusiera al frente de sus tropas en la batalla, como en los viejos tiempos[171]; pero si al rey no se le permite ese gesto, no parece correcto que el primer ministro ocupe su lugar. Y todavía no hemos considerado la situación en la que usted mismo va a colocarse. Apenas logrará ver nada, correrá un considerable riesgo, será imposible ponerse en contacto con usted en un momento crítico en el que sin duda será necesario tomar decisiones vitales; y por más que se proponga no interponerse de ningún modo en el camino de quienes sí tienen que combatir, su sola presencia a bordo echará por fuerza una grave responsabilidad adicional sobre las espaldas del almirante de la flota y el capitán de la nave… Le pido muy encarecidamente que vuelva a ponderar una vez más todo el asunto, y espero que no permita que sus deseos personales, que comprendo a la perfección, le induzcan a apartarse del altísimo deber que tiene usted contraído con el estado[172].

Churchill no pudo ofrecer una respuesta inmediata al rey, ya que se encontraba de camino a Portsmouth, así que Lascelles tuvo que enviar un mensaje al tren de Churchill para obtener del primer ministro el compromiso, «bastante descortés», de no presentarse personalmente en el escenario táctico de la Operación Overlord[173]. El 3 de junio, profundamente disgustado, Churchill le dirigirá al rey una carta un tanto petulante:

> Como primer ministro y titular de la cartera de Defensa, ha de permitírseme acudir allí donde yo considere oportuno estar para cumplir con mi deber […]. Confío en mi buen juicio, al que he tenido que recurrir en muchas y muy serias cuestiones, para determinar

> dónde están los límites del riesgo que no ha de traspasar una persona que deba desempeñar el deber que a mí me incumbe cumplir. Debo solicitarle con gran afán a Vuestra Majestad que no se invoque ningún principio susceptible de restringir mi libertad de movimientos en cualquiera de los momentos en que juzgue necesario valorar personalmente la situación reinante en los diferentes escenarios del conflicto. No obstante, y puesto que en esta ocasión Vuestra Majestad me hace el honor de preocuparse tantísimo por mi seguridad personal, debo plegarme a Vuestros deseos, que de hecho son órdenes para mí[174].

Ese mismo día el monarca anota en su diario: «Yo no estaba trayendo a colación ninguna cláusula constitucional. Le he pedido como amigo que no ponga en peligro su vida y nos ahorre a todos, no solo a mí, sino a cuantos le rodean, la difícil posición en que nos colocaría una actitud distinta»[175].

«Por lo que a mí respecta, creo que todo fue un farol y que [Churchill] no tuvo en ningún momento verdaderas intenciones de subir a bordo de un destructor», resalta Cunningham en su diario, pero lo cierto es que se aprecia muy claramente en la correspondencia del primer ministro —así como en todo cuanto sabemos sobre la inveterada afición de Churchill a colocarse siempre en el ojo del huracán— que Cunningham se equivoca[176]. Churchill había cifrado sus mejores esperanzas en poder presenciar las operaciones del Día D, y el hecho de que se interpusiera ahora un obstáculo infranqueable al cumplimiento de ese deseo le encolerizó lo suficiente como para enviar al soberano una carta que, pese a su ferviente vocación monárquica, rozaba poco menos que el delito de lesa majestad. En la fecha de la ofensiva, Churchill y Smuts embarcaron en una lancha motora y bajaron por el estuario de Southampton y el estrecho de Solent hasta llegar al puerto de Cowes, en la isla de Wight, para desembarcar finalmente en un malecón de Portsmouth al ver que la inmensa flota de navíos aliados se aprestaba a intervenir en el ataque.

Roma capituló el 4 de junio, apenas unas horas antes de que se pusieran en marcha las operaciones del Día D. De Gaulle, a quien se había comunicado finalmente la inminente liberación de su país, acudió a comer con Churchill en el tren especial del primer ministro. Valentine Lawford, el secretario privado de Eden, que se encontraba presente en la reunión, anota en su diario que el almuerzo fue «largo y no demasiado cordial […]. De Gaulle

no se mostró dispuesto a entrar en una charla intrascendente, fue incapaz de dirigirle la palabra a Bevin (que se encontraba sentado a su derecha), y no se dignó a responder a las bromas de Churchill. En un momento dado, Winston se giró levemente en el asiento, volvió la cabeza hacia el general y le dedicó una cautivadora e infantil sonrisa. De Gaulle […] esbozó una mueca desvaída y se le pintó en el rostro la expresión de quien acaba de ser objeto de una proposición indecente. Son dos hombres que jamás conseguirán llevarse bien»[177]. Lawford tenía toda la razón. Poco después, en una agria discusión surgida en torno a las características de la Francia que iba a surgir tras la Operación Overlord, De Gaulle tachó a Churchill de «bandido» y Churchill le llamó «traidor»[178]. De Gaulle temía que, en las siguientes semanas y meses, la preponderante presencia de tropas anglo-estadounidenses en suelo francés pudiera limitar la independencia de su patria. La agresividad y el mal humor del general no se debían únicamente a su personalidad orgullosa y susceptible, sino también al hecho de llevar cuatro años suplicando ayuda a Churchill y a Roosevelt, ya que dependía de ellos de un modo que resultaba humillante para un *amour propre* tan desarrollado como el suyo.

Eisenhower había propuesto que el Día D, De Gaulle se dirigiera en un discurso radiado al pueblo francés para avisarles de que había llegado al fin la liberación y pedirles que cooperaran en todo con las fuerzas aliadas. Veinticuatro horas después, al informar al Gabinete de Guerra del debate que había mantenido en el tren con el líder galo, Churchill dijo que, tras ver el texto que se le había sugerido, «De Gaulle se había negado a pronunciar esas palabras por la radio. Yo por mi parte le he comentado a Eisenhower que no se preocupe. Si no quiere hacerlo que no lo haga […]. Yo ya he llegado al límite de mi paciencia, y respecto al resultado, es perfectamente indiferente que intervenga o no»[179]. Eden intentó explicar las objeciones que De Gaulle estaba poniendo en razón de la eventual vulneración de la soberanía francesa —un recelo que a su vez se basaba en las consecuencias del poderío estadounidense—, pero Churchill no quiso saber nada y aseguró que la negativa de De Gaulle era un «odioso ejemplo de su malicia […] y de la nula consideración que tiene a una causa común como la nuestra —de hecho, hasta es posible que en esa reacción haya salido a relucir su

verdadera naturaleza, el auténtico carácter de una personalidad tan falsa y engreída como la suya—. […] Si no pronuncia ese discurso por la radio, rompo con él. Y nada impedirá que yo sí me pronuncie ante los micrófonos». En otro momento de la discusión, Churchill volverá a insistir en la cuestión y pondrá sobre la mesa el eje de la preocupación que siente: «No voy a indisponerme con Roosevelt por culpa de De Gaulle»[180]. Puede parecer extraordinario, pero lo cierto es que la víspera del Día D, cuatro años después de que De Gaulle hubiera organizado el movimiento de la Francia Libre en Londres, tanto los dirigentes de Gran Bretaña como los de Estados Unidos seguían desconfiando profundamente de él. El problema era doble, ya que, si por un lado detestaban su chovinismo, por otro temían sinceramente sus intenciones, ya que no estaban seguros de que no acabara convirtiendo a Francia en una dictadura gaullista antioccidental al terminar la guerra.

El lunes 5 de junio, estando ya todos los barcos y los efectivos humanos en estado de alerta, hubo que posponer veinticuatro horas el ataque debido al mal tiempo. Esto no contribuyó sino a acrecentar la tensión que se vivía a bordo del tren de Churchill. «El primer ministro parece inquieto, pero se está mostrando muy amigable, —escribe Marian Holmes[181]—. Querido», le dice Clementine a su marido en una carta: «¡Me acuerdo tantísimo de ti en este momento de agonía…, el suspense es tan terrible que hasta impide que me alegre por el éxito de Roma!»[182]. En el gabinete, Amery señala: «Era evidente que Winston estaba enormemente inquieto y con los nervios a flor de piel, y no era de extrañar. Estábamos viviendo el momento más angustioso de toda la guerra»[183]. Churchill anunció la ocupación de Roma y dijo que le había transmitido a Alexander las felicitaciones del gabinete por su «pericia administrativa, su buen juicio, su tenacidad y su valentía moral —lo que significa que tenemos una gran deuda con él—. La victoria ha sido sin duda obra suya y de nadie más»[184]. (No quería que el mérito de la rendición de Roma se lo llevara Mark Clark, que era quien había tomado realmente la capital.) Amery también anota otra cosa: «A Winston le ha disgustado muchísimo que Brooke no haya podido asegurarle la interceptación y aniquilación» de todos los alemanes que huyen de Roma[185]. Más tarde, haciendo referencia a la propia Operación Overlord,

Amery indica: «En los próximos treinta o cuarenta días, la ofensiva correrá un gran peligro». No obstante, también estaba convencido de que los Aliados «conseguirán desembarcar y establecer una cabeza de puente». Se trataba, sin embargo, de una predicción optimista hecha para tranquilizar al gabinete. *Sir* Andrew Cunningham, el primer lord del Mar, escribe en su diario: «Hemos comido muy bien, y, como de costumbre, hemos tomado grandes cantidades de vino. La Operación Overlord parece poner al primer ministro en un estado de ánimo sumamente exaltado; la verdad es que se le ve prácticamente histérico. También hemos conversado muchísimo. Realmente es de un optimismo incorregible. Siempre había pensado que yo lo era en exceso, pero desde luego él me supera de largo»[186].

Ese mismo día, en su dacha de las afueras de Moscú, Stalin le dejaba meridianamente clara al dirigente comunista yugoslavo Milovan Djilas la actitud que verdaderamente mantenía respecto a Roosevelt y a Churchill. «Tal vez te digas que la simple circunstancia de que nos hayamos aliado con los ingleses ha hecho que olvidemos quiénes son y lo que representa Churchill, —explicó—. No hay nada que les guste más que engañar a sus aliados […]. ¿Y Churchill? Churchill es ese tipo de hombre capaz de sacarte un copec del bolsillo en cuanto te descuides. ¡Sí, como lo oyes, te birla en un santiamén ese copec que guardas en el bolsillo! ¡Santo cielo, meterte la mano en el bolsillo a uno para afanarle un miserable copec…! ¿Que qué pienso de Roosevelt? Roosevelt no es así. Solo alarga el brazo si espera hacerse con una moneda de más valor. ¿Pero Churchill? Churchill se mancha por un copec.»[187] Es probable que la impresión que revela tener Stalin de Churchill, al que juzga dotado de las habilidades propias de un golfillo de la calle, se remonte a su intervención en la guerra civil rusa[188]. En cuanto a la ofensiva del Día D, de la que había sido informado esa misma noche, Stalin se mostrará persuadido de que los Aliados se apresurarían a cancelarla en cuanto vieran un par de girones de niebla en el Canal de la Mancha. «¡Y a lo mejor hasta se topan con un puñado de alemanes!», exclamará, en una nueva acusación de cobardía a los aliados occidentales.

Al negarse a efectuar tanto la Operación Mazo como la Operación Redada en 1942, y al favorecer en cambio la estrategia del Mediterráneo en

la reunión de Casablanca de 1943, Churchill había impedido que se adelantara le fecha de la Operación Overlord. «Solo una personalidad como la suya, —anota Harold Macmillan en su diario en noviembre de 1943—, y aun así valiéndose de una paciencia y una habilidad extraordinarias, podría haber inducido a los estadounidenses a participar en la guerra de Europa»[189]. Ahora, sin embargo, tras ganarse la batalla del Atlántico en el verano de 1943, una vez obtenida la superioridad aérea a principios de 1944, preparados los fondeaderos Mulberry, tendida la tubería para el transporte submarino de petróleo[190], puestos en perfecto estado de alerta los seis mil buques de la flota aliada, debilitados los alemanes por los incesantes ataques que se habían abatido sobre ellos en Italia, y extenuados muchísimo más aún por la durísima resistencia rusa, la enorme tarea en la que había venido trabajando Churchill en colaboración con sus aliados —una tarea capaz de destrozar los nervios más templados—, se aprestaba a iniciar al fin su fase decisiva. Entretanto, en el número 10 Anexo, Churchill consumía la espera bajando tres veces a lo largo de la noche a la Sala de Mapas[191]. Antes de irse a dormir, le dirá a Clementine: «¿Te das cuenta de que cuando te despiertes mañana por la mañana es posible que hayan perecido veinte mil hombres?»[192]. Fue un momento de la máxima ansiedad, pero su optimismo le ayudó, ya que nunca había sido una pose ni una argucia, sino el resultado de unos preparativos meticulosos unidos a unas grandes dosis de sentido común, a mucha determinación y al ejercicio del más puro liderazgo.

Capítulo 30

LA LIBERACIÓN

Junio de 1944 - enero de 1945

> No hay razón para suponer que la guerra vaya a terminar cuando se vea con toda claridad cuál va a ser su resultado último. La batalla de Gettysburg proclamó la inapelable victoria del Norte, pero el derramamiento de sangre que se produjo después de ese choque fue muy superior al que se había sufrido antes.
>
> Churchill a los miembros de la Cámara de los Comunes, 30 de junio de 1942[1].

> No hemos entrado en la guerra con la intención de obtener un beneficio, pero tampoco nos proponíamos perder nada por combatir en ella.
>
> Churchill a Jock Colville, septiembre de 1944[2].

El mediodía del martes 6 de junio de 1944 —el Día D—, Churchill anunciaba la caída de Roma en los Comunes. Estas fueron sus palabras: «Tengo que anunciar también a la Cámara que en el transcurso de esta noche, y a primeras horas de la mañana de hoy, se ha venido produciendo la primera gran oleada de una serie de desembarcos en la Europa

continental»[3]. Se ha dicho que la sala quedó sobrecogida y que se instaló un ambiente de «silencioso y asombrado respeto»[4]. Poco después, Churchill almorzaba con el rey en el palacio de Buckingham y se dirigía en su compañía al cuartel general de las Fuerzas Aéreas Aliadas del mariscal jefe del Aire Trafford Leigh-Mallory en Stanmore, y más tarde al cuartel general supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada de Eisenhower en Bushey, a las afueras de Londres, en los que las máximas autoridades militares les mostraron la evolución de la batalla en los grandes mapas dispuestos al efecto. Nadie sacó a colación los recientes desacuerdos relacionados con el lugar de vanguardia que Churchill habría preferido ocupar en ese momento.

La mayor y más importante preocupación de Churchill se centraba en la meteorología, y sobre todo en una situación que, según él mismo señalaría más tarde, venía marcada por «una mar encrespada, rápidas corrientes, y un diferencial de cinco metros y medio entre la pleamar y la bajamar» —unas condiciones que le hacían temer por la fase anfibia del asalto—. «Ese era el factor clave, —añade—, el de ese posible cambio de tiempo, una amenaza que desde luego se cernía sobre nosotros como un buitre suspendido en el cielo, dispuesto a enfriar los ánimos del más optimista»[5]. En sus memorias, Churchill exclamará más tarde: «Desde luego, sobre los insensatos o los bellacos que se habían pasado los últimos dos años garabateando con tiza el eslogan de "Segundo Frente ya" en las paredes de Inglaterra no se habían abatido en ningún momento las graves preocupaciones que suscitan esos problemas, mientras que yo en cambio llevaba mucho tiempo sopesándolos»[6]. El Día D, la lluvia había cesado, pero los fuertes vientos levantaban unas olas muy altas y veloces, tanto que varias lanchas de desembarco repletas de tanques se hundieron en el Canal de la Mancha. Sin embargo, la mala mar no conseguiría impedir que las operaciones del Día D se llevaran a cabo con éxito. En tan solo veinticuatro horas, los aviones dejaron caer en paracaídas a un conjunto de tropas aliadas que, sumadas a los efectivos de las lanchas de desembarco, dejaron en las costas de Normandía a más de ciento sesenta mil hombres. Los puntos clave elegidos para la invasión fueron cinco playas del litoral francés que respondían a diferentes denominaciones cifradas: en las de Omaha y

Utah desembarcaron los estadounidenses, en las de Sword y Gold hicieron otro tanto los británicos, y en la de Juno recalaron los canadienses. Pese a que ese día hubo más de nueve mil bajas, tres mil de ellas abatidas por la letal resistencia enemiga, lo cierto es que ese número se hallaba en el extremo más bajo del abanico de víctimas previsto en los pronósticos más pesimistas[7]. En esas circunstancias, lo más sorprendente es quizá que Churchill no llegara a perder en ningún momento su sentido del humor, ni siquiera en la terrible atmósfera de ansiedad que predominaba en esos días. El 8 de junio, un parlamentario le pidió que, una vez lograda la victoria, se asegurara de que no se cometieran los mismos errores que habían presidido las decisiones relativas a las reparaciones bélicas tras la Gran Guerra, preocupación que el primer ministro trató de relativizar diciéndole: «Eso es justamente lo que más presente tenemos en este momento. Estoy seguro de que no vamos a repetir los errores de esa época. Lo más probable es que incurramos en una serie de equivocaciones totalmente nueva»[8].

El 12 de junio, Churchill se embarcaba en el destructor *HMS Kelvin* y partía rumbo a Normandía. Le acompañaban Brooke y Smuts, pero no De Gaulle, con quien había vuelto a tener una furibunda riña, provocada en este caso por la designación de los integrantes del nuevo Gobierno Provisional de la República Francesa —y según parece el enfado fue tan fuerte que Churchill llegó a decirle a Eden que De Gaulle era nada menos que «otro Hitler»—.[9] Churchill convenció al capitán del *Kelvin* de que se liara «a tiros con el huno» y comenzara a machacar unos cuantos objetivos alemanes, como los nidos de ametralladoras que ladraban a la corta distancia de cinco kilómetros y medio (para el radio de acción de las baterías artilleras del buque), mientras los Boeing B-17 conocidos con el nombre de «Fortalezas Volantes», los B-24 Liberator y otros bombarderos similares se arremolinaban sobre la vertical del enemigo[10]. El grupito de Churchill partió a la orilla a bordo de un DUKW, un vehículo anfibio de seis ruedas y dos toneladas y media de peso, con el que desembarcaron en Courseulles. Allí les esperaba Montgomery con unos cuantos *jeeps* que les trasladaron a su cuartel general de Creully, para lo cual tuvieron que cruzar el paseo marítimo, seriamente dañado, y pasar frente a los restos todavía humeantes de los aviones derribados, las carcasas calcinadas de los

numerosos coches tiroteados, las señales de los campos minados y los campos de cultivo con las cosechas prácticamente a punto. «¡Estamos rodeados de montones de cabezas de ganado bien alimentadas y cómodamente tumbadas y ociosas en los lustrosos pastos!», le comentará Churchill a Brooke. Tras cinco años de guerra, a ninguno de ellos se le había ocurrido pensar que los caballos y los pollos corretearan a sus anchas por una campiña tan cuidada[11]. Martin escuchó el crepitar de una ráfaga de fuego antiaéreo al pasar por encima de sus cabezas un bombardero alemán. Como ruido de fondo constante, añade, se oía también «el ronco y más intenso gruñido de la artillería pesada (principalmente naval)»[12]. El primer ministro se movía como pez en el agua en ese entorno.

Al verle pasar, todos los soldados se apiñaban en torno a Churchill. Después subió a bordo de una lancha en Arromanches, a orillas del río Orne, y anduvo recorriendo de un lado a otro la costa, contemplando los barcos que procedían al desembarco de tropas, tanques, municiones y pertrechos en cantidades inmensas. «El agua aparecía cubierta, hasta donde alcanzaba la vista, de una extraordinaria masa de barcazas de todos los tamaños que se extendía varias millas a derecha e izquierda y se perdía en el horizonte», escribe Martin[13]. La acción se desarrollaba muy cerca, tanto que se podía apreciar claramente la humareda de la batalla de Caen, donde los alemanes estaban presentando una feroz resistencia. «El primer ministro ha vuelto un tanto eufórico de su gira por la cabeza de playa», señalará Cunningham al día siguiente, tras una reunión del Comité de Defensa, ya de regreso en Londres, aunque apostilla: «A veces se comporta de un modo algo infantil»[14]. Churchill le comentará al rey que, «en solo una semana, el número de hombres y el volumen de los equipamientos que se han desembarcado en Normandía supera en más de tres veces y media al trasladado a ese país en los cuatro meses de 1939 y 1940 que duró la batalla de Francia, y eso que entonces no solo contábamos con la ayuda de los soldados franceses sino que también podíamos utilizar sus puertos. Esto constituye uno de los hechos más asombrosos que se hayan visto en una guerra y supone una revolución para cualquier expedición futura»[15].

El 15 de junio, al criticar un parlamentario conservador a Churchill por esa visita al frente, que calificaba además de autocomplaciente y peligrosa,

Bracken se encaró con él en los Comunes, y al final de un agudo y vehemente alegato le explicó: «Ni usted, honorable y galante diputado, ni nadie en este mundo logrará convencer jamás al primer ministro de que se resigne a vivir entre algodones. Es enemigo de toda circunspección, sea de pensamiento, palabra u obra. Y con toda humildad le aseguro, señor, que, en los años venideros, las personas agradecidas y cariñosas dirán a quien quiera escucharles que la elevación de Winston Churchill a posiciones de liderazgo ha sido obra del destino. Y los hombres señalados por los hados nunca han tomado en consideración los riesgos»[16].

El 19 de junio, el general Alexander le indicará a Churchill que, si lograban permanecer indemnes, sus fuerzas podrían irrumpir en el valle del Po y «aniquilar al fin a los dos ejércitos del [general Albert] Kesselring. Una vez hecho eso, no habrá ya nada que pueda impedirnos marchar directamente sobre Viena»[17]. Este plan resultó muy del agrado de Churchill, pero no gustó nada ni a Brooke ni a Marshall. Brooke le dijo al primer ministro que, «aun dando por buena la estimación optimista de Alex», la topografía de los Alpes y el clima que allí reina en el invierno harían que «no tuviéramos enfrente a un enemigo, sino a tres»[18]. Marshall, que coincidía con el parecer de Brooke, argumentó que lo único que tendrían que hacer los alemanes en ese caso de que los Aliados lanzaran ese ataque sería retirarse del norte de Italia y acantonarse en los Alpes, cuya defensa no solo resultaba bastante más fácil sino que podía hacerse con muchas menos divisiones que las que precisarían los Aliados para expulsarles de sus posiciones.

A pesar de su nombre, la Puerta de Ljubljana[19] se habría convertido con toda probabilidad en una trampa, así que el sueño de Churchill y Alexander, deseosos de ver a las fuerzas inglesas y de la Comunidad Británica de Naciones entrando en Viena antes que el ejército ruso, no llegó a pasar del estadio de la simple ensoñación. De hecho, para intentarlo habría tenido que cancelarse la Operación Yunque, es decir, la ofensiva que debía desplegarse a mediados de agosto en el sur de Francia, según lo que Roosevelt le había prometido a Stalin en Teherán. Sin embargo, tanto el presidente estadounidense como el general Marshall estaban decididos a cumplir su promesa. Pese a todo, Churchill empleó grandes dosis de

energía, empeño y capital político en tratar de conseguir que los jefes de Estado Mayor y Roosevelt aprobaran el plan de Alexander —para lo cual no solo envió al presidente norteamericano un verdadero aluvión de telegramas sobre el particular, sino que volvió a insistir una y otra vez en el mismo tema en todas las reuniones del Comité de Defensa.

El 13 de junio caía sobre Gran Bretaña el primero de los 9521 misiles guiados V1[20] llamados a abatirse sobre el país. Conocidos con los nombres de «bombas volantes» y «bombas silbadoras», los V1 obligaron a Churchill a volver al número 10 Anexo. El 8 de septiembre impactaba en el sur de Inglaterra la primera de las aproximadamente 1500 bombas cohete V2, y la lluvia de proyectiles continuaría de forma prácticamente ininterrumpida hasta el mes de marzo de 1945. Capaces de volar a una velocidad de 5760 kilómetros por hora, las V2 se precipitaban sin posibilidad de ningún aviso previo sobre las poblaciones, y la detonación de la tonelada de explosivos que transportaban podían destruir calles enteras. En conjunto, las bombas V1 y V2 mataron a 8938 civiles británicos y a 2917 militares, hirieron gravemente a 25 000 personas y destruyeron 107 000 casas de Londres y la región sudoriental inglesa[21]. Al indicarle Harvie-Watt que muchas personas se estaban quedando sin techo y tenían que dormir en la calle, Churchill trazó un círculo en torno a la especificación «sin techo» y anotó con tinta roja al margen: «¿Cómo es posible? ¡Tendrán que apiñarse en las casas de otras personas y para cocinar podrán arreglárselas con un solo fuego!»[22]. En otra ocasión, Churchill se negó a ceder a las presiones de Herbert Morrison, que le instaba a modificar la estrategia que estaban siguiendo los Aliados en Francia y le animaba a desviar unos cuantos contingentes a fin de apoderarse de los silos desde los que se lanzaban las bombas V1 y V2, distribuidos a lo largo de la costa del Canal de la Mancha, priorizando ese objetivo sobre otros de mayor importancia estratégica. Churchill no podía permitir que las bombas volantes alteraran la estrategia de los Aliados. «Esta forma de ataque nos pone sin duda a prueba y resulta ciertamente inquietante, —dirá el 6 de julio en los Comunes, en referencia a los misiles V1—, dado que los

impactos se producen sin parar durante las veinticuatro horas del día, pero me temo que la gente va a tener que habituarse a esta nueva circunstancia»[23]. A mediados de junio, el capitán Pim se las ingenió para instalar unas luces rojas y verdes en la Sala de Mapas del número 10 Anexo a fin de poder alertar de la llegada de una nueva tanda de misiles V1, aunque después la única medida que podía adoptarse consistía en cerrar las persianas de acero y advertir de la ofensiva a los invitados[24].

Dado que, una vez lanzadas, no había modo de detener las bombas V2, Churchill no tuvo más remedio que considerar la posibilidad adicional de que los alemanes decidieran añadir armas químicas o biológicas a las ojivas de sus proyectiles. En julio, esto le inducirá a dirigir a los jefes de Estado Mayor un memorando en el que se expresa en los siguientes términos: «Si el bombardeo de Londres acabara convirtiéndose efectivamente en un problema serio y vinieran a impactar cohetes de largo alcance y grandes dimensiones sobre un importante número de centros de gobierno y lugares de trabajo, con evidentes consecuencias devastadoras»,

> yo me dispondría a llevar a cabo cualquier acción susceptible de golpear al enemigo en un punto letal. En tal caso es muy posible que me vea obligado a solicitar de ustedes que me apoyen en la utilización de gases venenosos. Podríamos inundar de toxinas las ciudades de la cuenca del Ruhr y otras muchas localidades de Alemania a fin de que la mayor parte de sus habitantes precisaran de una constante atención médica. También podríamos detener toda clase de actividad en los puntos de los que parten los misiles guiados. No entiendo por qué regla de tres hemos de ser siempre nosotros quienes debamos padecer todas las desventajas de comportarnos como caballeros mientras que el enemigo disfruta de los beneficios del hombre sin escrúpulos. Hay ocasiones en las que uno puede permitirse tales lujos, pero no es este precisamente el caso[25].

Los jefes de Estado Mayor rechazaron tajantemente la idea. Por otra parte, consciente de que los ejércitos aliados corrían el riesgo de acabar bloqueados en las cabezas de playa que habían logrado constituir y de verse en la imposibilidad de penetrar en los vastos territorios de la Francia interior, Churchill pidió también a los mandos militares que sopesaran el eventual empleo del gas mostaza, ya que esa arma no solo «permitiría abrir en Normandía un mayor espacio de terreno, sino que también impediría que nuestras tropas quedaran encerradas en una zona reducida»[26]. Habida cuenta de que «casi todo el mundo se recupera» de los ataques con gas,

argumentó asimismo Churchill, «es inútil pretender que el hecho de devolver al enemigo la misma cantidad de explosivos de elevada potencia que él nos arroje vaya a revelarse menos cruel o a provocar menores sufrimientos». Acto seguido, Churchill comparó esos escrúpulos de conciencia con los vinculados al bombardeo de las ciudades, ya que esa acción, que en la Gran Guerra se tenía por inaceptable, había acabado por ser «ahora una medida que todo el mundo da por supuesta. Se trata sencillamente de una cuestión de moda, —remató—, dado que los usos cambian como pasan de largas a cortas las faldas de las mujeres»[27]. Los jefes de Estado Mayor rechazaron igualmente esa idea, y el 28 de julio, Churchill, aunque a regañadientes, dejó caer la cuestión en el olvido, y lamentó refunfuñando que las cautelas morales de los militares le impidieran actuar: «Esta claro que no puedo luchar a un tiempo contra la cruz y la espada»[28].

El 18 de junio, el oratorio de Guards Chapel, en Birdcage Walk, cerca del palacio de Buckingham, sufrió el impacto directo de una V1 en el preciso instante en el que lord Edward Hay, con quien Churchill había trabado amistad en la Conferencia de El Cairo, se dirigía a ella para leer un pasaje de la Biblia. En el ataque murieron al menos 121 personas, incluido el propio Hay. Poco después Churchill visitaba el lugar de los hechos. En el acto de recogimiento que se produjo entonces sobre las ruinas también se hallaba presente un joven miembro de la Guardia de Gales, el futuro historiador Kenneth Rose, que recuerda el episodio con estas palabras: «Los potentes focos de arco voltaico inundaban de brillante luz la escena e iluminaban a Winston Churchill, que sollozaba sobre los escombros»[29]. Al día siguiente, el parlamento volvió a quedar instalado en Church House, cuya estructura se consideraba más sólida que la del propio palacio de Westminster. Parecía una medida muy sensata. Sin embargo, el 4 de julio, tras celebrar el rey una ceremonia de imposición de medallas en uno de los sótanos del palacio de Buckingham, muy cerca de un refugio antiaéreo, Churchill le dijo a Lascelles que había llegado a la conclusión de que se estaba dando un mal ejemplo, puesto que la política del gobierno siempre había consistido en continuar con su política de «todo normal» por más

sirenas que pudieran sonar, de modo que en lo sucesivo no volvería a darse curso a ninguna otra investidura subterránea[30].

A primeras horas de la mañana del 22 de junio, al empezar a sobrevolar los V1 los tejados de Londres, Churchill le preguntó a Marian Holmes, a la que estaba dictándole unas notas, si se sentía asustada. La secretaria le dijo que no, y más tarde apuntará en su diario: «¿Quién podría tener miedo en su compañía?»[31]. Holmes señala también que el primer ministro estaba extremadamente cansado en esa época: el 28 de junio se había quedado prácticamente dormido mientras Sawyers le echaba unas gotas en el oído para aliviarle las molestias de un brote de otitis. Churchill no bebía en exceso, pero sí constantemente, ya que solía pasarse horas y horas degustando pequeñas cantidades de *whisky* o *brandy* mezcladas con grandes cantidades de soda. «Esta tarde, el primer ministro me ha acusado en un momento dado de estarle descuidando, y ha aducido como prueba que había permitido que se le secara el vaso, —indica Holmes[32]—. Es una muchacha verdaderamente preciosa», le dirá más tarde Churchill a John Peck. «Me parece encantadora. Es el tipo de chica que preferiría dejarse matar a permitir que le arranquen un secreto.»[33] Viniendo de él, no era posible recibir mayor elogio.

En junio de 1944 se produjo una circunstancia que Churchill identificará en sus memorias como «la primera diferencia importante surgida entre nosotros y nuestros amigos estadounidenses en materia de alta estrategia»[34]. (Con buen tacto diplomático, había olvidado la polémica que había desatado en 1942 la Operación Antorcha.) La campaña que Churchill estaba llevando a cabo para abandonar la Operación Yunque y concentrar los esfuerzos aliados en la ofensiva italiana estaba siendo larga y dura, por no mencionar que de cuando en cuando había pasado también por episodios de enconamiento, pero contaba con el pleno respaldo de los jefes de Estado Mayor británicos. No obstante, ahora tenía que enfrentarse a la negativa en bloque de Roosevelt y Marshall, que no aceptaban apartarse de lo acordado en Teherán. «Debo manifestar que mi posición coincide totalmente con la de los jefes de Estado Mayor de Estados Unidos, —le dice Roosevelt a Churchill en un escrito fechado el 28 de junio—. La propuesta del general Wilson, que ha sugerido que continuemos utilizando prácticamente todos

los recursos del Mediterráneo para avanzar hacia el norte de Italia y dirigirnos desde allí hacia el noreste no me parece aceptable, y creo realmente que debemos consolidar y concentrar nuestras operaciones, no dispersarlas.»[35] Sin embargo, Churchill entendía que la propia Operación Yunque constituía en sí misma una dispersión de los recursos —y estaba en lo cierto.

Los británicos utilizaron los documentos descifrados con el sistema Ultra para mostrar a la Junta de Jefes de Estado Mayor que Hitler había ordenado al general Kesselring que impidiera a toda costa la penetración aliada en el valle del Po, ya que el objetivo prioritario del Reich pasaba por proteger Austria. Sin embargo, la explicación no surtió el menor efecto. «Su telegrama nos ha dejado profundamente afligidos», le escribe Churchill a Roosevelt.

> En mi humilde y respetuosa opinión, la separación de la campaña del Mediterráneo en dos operaciones distintas, ninguna de las cuales puede lograr nada decisivo, es el primer gran error estratégico y político por el que ambos habremos de rendir cuentas […]. Nuestro mayor deseo es ayudar al general Eisenhower, y hacerlo con la máxima rapidez y eficacia. Pero no creemos que esto deba conllevar necesariamente la completa ruina de todas las grandes cuestiones que se dirimen en nuestro caso en el Mediterráneo, y nos resulta muy difícil aceptar que se nos exija algo semejante […]. Creo que el tono que han empleado los jefes de Estado Mayor estadounidenses peca de arbitrario, y, desde luego, teniendo en cuenta nuestras actuales posiciones, no veo ninguna posibilidad de acuerdo. ¿Y qué puede ocurrir entonces[36]?

En su cable, Churchill no menciona los Balcanes, pero Roosevelt sabía que su propósito era dirigirse a Trieste una vez superado el Po. «Mis intereses y mis esperanzas se centran en derrotar a los alemanes que se oponen a Eisenhower, y en continuar avanzando hasta entrar en Alemania, —le contestará Roosevelt—. Hay un conjunto de consideraciones domésticas de carácter puramente político que hacen imposible mi supervivencia al frente del país si la “Operación Overlord” llegara a sufrir siquiera un leve revés, máxime si se supiera que he aceptado desviar a los Balcanes un importante contingente de tropas.»[37] «He visto a [Winston] decididamente molesto por la respuesta de F. D. R[oosevelt], —anota el rey —, y de hecho me ha confesado que tanto él [el presidente estadounidense] como sus jefes de Estado Mayor han hecho caso omiso de todos nuestros

planes, pese a lo bien meditados que estaban»[38]. Churchill no aceptó la negativa de Roosevelt. La mayor parte de los telegramas de tono más áspero que ambos mandatarios habrían de intercambiar posteriormente no aparecerían publicados en la memorias de Churchill, pero en otros muchos casos Ismay conseguiría convencer al primer ministro de que no los enviara, y obviamente esos mensajes terminaron destruyéndose[39]. «Espero que comprendan que debemos dar a los estadounidenses la clara impresión de que nos sentimos maltratados y de que estamos furiosos, —le escribe Churchill a sus jefes de Estado Mayor—. Si aguantamos todo sin rechistar, tendremos que soportar un sinfín de imposiciones.» Y a continuación, en una evidente alusión a los tres jefes de Estado Mayor de Estados Unidos, Churchill añade: «El trío que forman Arnold, King y Marshall es uno de los grupos estratégicos más estúpidos que se hayan visto jamás»[40].

Churchill reproducirá en sus memorias de guerra parte del memorando de julio, pero eliminará la última frase. «Esa decisión tiene muy dolido a Winston, —señala Lascelles el 6 de julio en referencia al mantenimiento de la Operación Yunque—, y tampoco está completamente seguro de seguir apreciando realmente a F. D. R[oosevelt]»[41]. De hecho, ni la Operación Yunque ni la ofensiva de los Balcanes tuvieron una importancia estratégica verdaderamente significativa, y desde luego Viena tampoco habría caído rápidamente. Lo cierto es que una vez que los Aliados hubieron desembarcado en las playas de la fachada noroccidental francesa, en junio de 1944, lo importante dejó de ser el control del sur de Francia o el dominio del norte de Italia, dado que el factor decisivo pasó a centrarse en la superación del Rin y en la conquista de la cuenca del Ruhr. No obstante, Churchill también tenía la mirada puesta en la política de la Europa de posguerra, en la que Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia, Polonia y Hungría (y tal vez incluso la misma Austria) iban a acabar incorporándose a la esfera de influencia de los soviéticos si no había tropas aliadas en ninguno de esos países cuando los alemanes se rindieran. Una vez más, en la cima de la gobernación, la verdadera política y la estrategia revelaban ser una misma cosa.

El 4 de julio se recibió en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico un informe que señalaba que el «desconocido destino del Este» al que se estaban llevando deportados a tantísimos judíos de Hungría, según se había conseguido saber a principios de año, era el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, en Polonia, cuya dirección estaba en manos de las SS[42]. El documento que ahora llegaba a conocimiento de la diplomacia británica venía a resumir en realidad el testimonio de cuatro fugitivos judíos que habían descrito el sistema de exterminio que se estaba llevando a la práctica en ese campo de concentración, en el que se estaba asesinando a los judíos húngaros, según se estimaba, al increíble ritmo de doce mil personas diarias[43]. Dos días más tarde, el líder judío Jaim Weizmann se entrevistaba con Eden y le pedía que bombardeara la línea ferroviaria que cubría el trayecto entre Budapest y Auschwitz. «¿Hay alguna razón que nos indique que debemos abordar este asunto con los miembros del Gabinete?, —le responde Churchill a Eden al día siguiente—. Consigue toda la información que puedas de las fuerzas aéreas, y cita mi nombre si es necesario.»[44] Tres días después, el almirante Miklós Horthy, el regente húngaro, ponía fin a las deportaciones como consecuencia de la incursión aérea diurna que los estadounidenses habían efectuado en esa fecha sobre Budapest —aunque sin ninguna conexión con la petición judía—. Este bombardeo fortuito alcanzó las casas de varias personas implicadas en el exterminio, una circunstancia que el gobierno húngaro malinterpretó, afortunadamente, como una advertencia[45]. Sin embargo, tanto Auschwitz como las vías férreas que conducían a ese campo de la muerte habían quedado sin destruir, ya que centenares de miles de judíos de otras partes de Europa seguían siendo transportados y aniquilados en él, así que Horthy pudo cambiar de criterio tan pronto como se sintió más seguro.

Churchill apoyó las peticiones de la Agencia Judía, que había solicitado que se dieran a conocer públicamente las deportaciones. «Estoy enteramente de acuerdo con proceder a la mayor y más clamorosa denuncia posible», le dirá a Eden[46]. Se realizaron emisiones de radio para divulgar el horror de Auschwitz, y se advirtió a los trabajadores de los ferrocarriles húngaros —en su misma lengua— de que estaban cometiendo crímenes de guerra y de que serían debidamente castigados[47]. En octubre, la BBC

repitió el aviso: «Si se llevan a efecto esos planes, los culpables de dichos actos criminales serán llevados ante la justicia y pagarán la pena que merecen por sus atroces delitos»[48]. Sin embargo, el bombardeo de largo alcance que habría sido necesario efectuar sobre Auschwitz y sus accesos ferroviarios tenía que hacerse a plena luz del día, y las fuerzas aéreas del ejército de Estados Unidos, que eran las encargadas de realizar los ataques aéreos diurnos, rechazaron tanto la solicitud de bombardeo que Churchill cursó al mando estadounidense el 26 de junio como las demás que habría de dirigirles en ocasiones posteriores[49].

«No hay duda de que este es probablemente el mayor y más horrendo crimen que jamás se haya alcanzado a cometer en toda la historia del mundo», le escribe Churchill a Eden el 11 de julio de 1944, mucho antes de que los campos de la muerte fueran liberados en los meses de enero y febrero siguientes. «Se ha llevado a cabo, además, con métodos y maquinarias científicas, lo han perpetrado unos hombres presuntamente civilizados, y lo han hecho para colmo en nombre de un gran estado y de una de las razas más descollantes de Europa. Está perfectamente claro que, si llegan caer en nuestras manos, todos cuantos hayan intervenido en esta masacre, incluidas las personas que solo estuviesen obedeciendo órdenes pero se hayan avenido a ejecutar tamaña carnicería, deberán ser condenadas a muerte en cuanto se pruebe su vinculación con los asesinatos.»[50] Pese a que Churchill quisiera flexibilizar la política del Libro Blanco de 1939, que restringía la entrada de inmigrantes judíos en Palestina, pese a que también persistiera en la idea de bombardear Auschwitz, y por decidido que estuviera a presionar al general Franco, al mariscal Tito y a otros dictadores con el fin de que concedieran asilo a los judíos y les permitieran huir así de los nazis, lo cierto es que el poder que ostentaba en el gobierno británico no era ilimitado. En este sentido, el apoyo con que contaba en el Gabinete, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el ejército o la administración pública era muy reducido, y en ocasiones nulo —máxime teniendo en cuenta que en muchos casos estos organismos no mostraban la menor empatía con los judíos (cuando no les profesaban sentimientos aún peores)—. Las camarillas que le rodeaban frustraban constantemente sus esfuerzos[51]. «Por desgracia, A. E. [Anthony Eden] se muestra inamovible en el tema de

Palestina, —había escrito en abril de 1943 en su diario el secretario privado de Eden, Oliver Harvey—. Adora a los árabes y odia a los judíos», explica[52]. El 1 de agosto de 1946, Churchill declara en la Cámara de los Comunes: «Debo decir que, al terminar la guerra, no tenía ni idea de las horribles masacres que se han perpetrado; desconocía que se hubiera enviado al matadero a millones y millones de seres humanos. Es algo que hemos ido descubriendo gradualmente después de acabada la contienda»[53]. No obstante, el comentario que le había hecho dos años antes a Eden muestra que tenía algo más que un leve indicio del verdadero alcance del Holocausto, pero a pesar de la simpatía que toda la vida sintió por los judíos, no estaba en condiciones de evitarlo. Hizo lo que pudo, mucho más que otros políticos, pero no fue ni de lejos suficiente.

El jueves 6 de julio, Churchill bebió más de la cuenta. «Estaba extremadamente cansado debido al discurso que había tenido que pronunciar sobre las bombas voladoras ante los miembros de la Cámara», recuerda Brooke tras vivir la que a su juicio había sido la peor reunión del Comité de Defensa de toda la guerra. «Había tratado de recuperar energías con la bebida, pero todo lo que consiguió fue abismarse en una ebriedad sensiblera, marcada por accesos de mal genio y un ánimo dispuesto a ofenderse por cualquier cosa y a recelar de todo el mundo. Sumado al agotamiento, el alcohol le llenó asimismo de rencor hacia los estadounidenses. De hecho, su resentimiento se reveló tan grande que acabó por deformar su visión global de la estrategia establecida.»[54] Insultó a Montgomery —al que Brooke defendió— y a otros generales, y la bronca se prolongó por espacio de cuatro horas, nada menos que hasta las dos de la madrugada, jalonada marginalmente por una serie de críticas a todos aquellos aspectos tácticos que los jefes de Estado Mayor habían adoptado en Oriente Próximo y Extremo Oriente, pese a no coincidir con los suyos. Al apoyar Attlee, Eden y Lyttelton a los jefes de Estado Mayor, Churchill «se enfureció como nunca y empezó a mostrarse cada vez más y más ofensivo», todo lo cual culminó en «una verdadera trifulca» con Attlee a cuenta del futuro de la India[55]. Cunningham también dejará constancia de

la escena: «El primer ministro no estaba en condiciones de discutir nada. Se encontraba muy cansado y había bebido demasiado alcohol […], así que tenía un genio espantoso. Su comportamiento ha sido grosero y sarcástico»[56]. Eden explica igualmente que «la reunión del Comité de Defensa, en la que en principio debía tratarse la estrategia de Extremo Oriente, ha sido realmente inaguantable. Winston no se había leído el documento, y además es posible que estuviera bastante tenso […]. En resumidas cuentas: ha sido una velada deplorable que habría resultado imposible hace un año. Se está produciendo un deterioro innegable»[57].

Las inimaginables presiones del cargo habían afectado claramente a Churchill, y ese día —uno solo de los 2194 que duró la guerra— se vino abajo. Afortunadamente, en esa ocasión no se tomó ninguna decisión, y tampoco habría de pesar ya sobre Churchill ninguna nueva acusación de embriaguez en ninguna otra reunión de la contienda. En esa reunión, el principal motivo de discordia había sido la estrategia que Alexander estaba siguiendo en Italia, ya que, según Churchill, el militar podría haber hecho un uso más imaginativo de los ataques envolventes, en vez de limitarse a asaltar una y otra vez, por espacio de tres meses, la plaza de Montecassino. Todavía hoy son muchos los historiadores militares que consideran más juiciosos los argumentos del Churchill bebido que los del Brooke sobrio. Sin embargo, Brooke tenía razón al quejarse por enésima vez de que Churchill criticaba constantemente a los oficiales superiores. Un par de noches más tarde, en Chequers, el primer ministro le dirá a Marian Holmes que cierto general era «un inútil pompón de maquillaje; se pasa la vida bufando y resoplando. Más le valdría andar espantando moscas en el tocador de su esposa. Le he puesto ya tantas veces la otra mejilla que ya no me quedan más mejillas que poner»[58].

El 9 de julio capitulaba al fin Caen, después de resistir más de un mes. Al día siguiente, Churchill informó al Gabinete de Guerra de que el «desembarco habitual» que se producía en Francia se cifraba ya, diariamente, en veinticinco mil hombres, siete mil vehículos y treinta mil toneladas de material. Le preocupaban los soldados alemanes capturados poco después de haber instalado minas de acción retardada, ya que estas estallaban cuando ya se habían rendido. Quería que se les hiciera

«responsables» de esa especie de acción de guerra diferida. En esos días Francia se había convertido ya en escenario del enfrentamiento de veintinueve divisiones aliadas (quince estadounidenses, y catorce inglesas y de la Comunidad Británica de Naciones) con veintitrés divisiones alemanas.

Churchill se había quejado en privado de que una de las características más sorprendentes de la época que le estaba tocando vivir era «la lamentable falta de Charlottes Cordays», en alusión a la joven que había asesinado en 1793 al revolucionario francés Jean-Paul Marat aprovechando que este se encontraba tomando un baño[59]. Sin embargo, el 20 de julio de 1944, un pequeño grupo de generales alemanes intentó liquidar a Hitler en su cuartel general de la Prusia Oriental, el *Wolfsschanze*, o Guarida del Lobo, aunque lo único que habían conseguido había sido destrozarle los pantalones. Se ha criticado a Churchill por no haber mostrado el menor interés, en todo el desarrollo de la guerra, en entrar en contacto con los elementos antihitlerianos presentes en Alemania, pero ha de tenerse en cuenta que todo intento de aproximación de la inteligencia británica a individuos de la oposición política o militar alemana habría despertado las sospechas de Stalin, que seguía temiendo que los aliados occidentales pudieran planear la consecución de una paz independiente[60]. En septiembre, Churchill señalará con gran ironía en los Comunes que, «tras escapar indemne de la bomba del 20 de julio, *Herr* Hitler ha asegurado que su supervivencia se ha debido a una intervención providencial». «Creo que, desde un punto de vista estrictamente táctico, todos podemos coincidir con él, porque sería desde luego de lo más lamentable que los Aliados se vieran privados, en esta fase final de la contienda, de esa particular variante del genio militar que ha permitido al cabo Schicklgruber[61] contribuir tan notablemente a nuestra victoria»[62]. Más tarde Churchill llegará a sugerir que «hasta los militares más cretinos encuentran difícil no detectar ciertos fallos en algunas de sus acciones […]. En general, creo que es mucho mejor dejar que los oficiales acaben por sublevarse por propia iniciativa». El primer ministro dijo también que el complot de quienes habían fraguado el atentado con esa bomba había demostrado que «las más altas personalidades del Reich alemán han empezado a liquidarse unas a otras, o están tratando de hacerlo, mientras los vengadores ejércitos aliados van

cerrando al mismo tiempo, de forma inexorable, la tenaza en la que tienen cogido al círculo, ya condenado y cada vez más angosto, del poder que aún conservan»[63].

Al día siguiente del fallido atentado contra Hitler, Churchill visitó el cuartel general de Montgomery, instalado en las inmediaciones de Blay, en el departamento de Calvados, en Normandía. El primer ministro inspeccionó un hospital y una panadería de campaña (había estado insistiendo mucho tiempo en que las tropas dispusieran de pan fresco, siempre que fuera posible, y no tuvieran que contentarse con las habituales raciones de combate). Cerca de Tilly tuvo asimismo la oportunidad de ver en acción a la artillería, tanto es así que en un momento dado llegó a situarse a solo tres kilómetros y medio del frente. También visitó las localidades de Arromanches y Bayeux, además de la destruida Caen —que según relata Martin había quedado «muy maltrecha»—.[64] Al regresar de la primera línea le dirá a los miembros del Gabinete de Guerra que «jamás había visto a un ejército tan alegre: es realmente un contingente de magnífico aspecto», subrayó[65].

A finales de julio, Moscú creó en Lublin un Comité Polaco de Liberación Nacional, una administración títere de signo diametralmente opuesto al del legítimo gobierno polaco en el exilio, con sede en Londres. Dos días después, los polacos del Ejército Territorial de Varsovia, leales al expatriado gobierno londinense, organizaban un levantamiento en la capital polaca y se enfrentaban a la guarnición de la *Wehrmacht*, entablando así una desesperada lucha de sesenta y tres días por la liberación. Al final, los hombres fueron prácticamente barridos y las mujeres y los niños conducidos a campos de exterminio. Stalin detuvo sus fuerzas a las afueras de Varsovia para facilitar a los alemanes la aniquilación del Ejército Territorial de la ciudad, declaró que los jefes del levantamiento polaco eran simples «aventureros criminales», y se negó a conceder a los aviones aliados permiso para aterrizar, con lo que no hubo forma de reabastecer a los resistentes. En señal de protesta, Churchill estuvo sopesando incluso la posibilidad de suspender los convoyes de ayuda que seguían enviándose a Múrmansk, pero al final desistió de la idea. «Hay ocasiones en que la

consecución del objetivo general obliga a aceptar terribles actos de acatamiento, aunque resulten humillantes», escribirá más tarde[66].

Nada podía alterar el hecho capital de que, en ese momento, Stalin se había elevado a una posición dominante en la Europa del Este. En julio, el éxito que había obtenido en Bielorrusia la Operación Bagratión[67], con la que el Ejército Rojo había causado quinientas diez mil bajas a las tropas alemanas del Grupo de Ejércitos Centrales —entre muertos, heridos y prisioneros—, había acabado por eclipsar incluso el despliegue posterior al Día D. «Son los contingentes rusos los que se han encargado básicamente de la fundamental tarea de destripar al ejército alemán, —reconocería sin tapujos el 2 de agosto Churchill en la Cámara de los Comunes—. Felicito al mariscal Stalin, el gran campeón ruso, y creo firmemente que el tratado de veinte años que hemos rubricado con Rusia está llamado a constituir uno de los factores más sólidos y duraderos en la trascendental labor de preservar la paz, el buen orden y el progreso en Europa.»[68] Los ejércitos rusos, aseguró, «tienen en sus manos la liberación de Polonia. Ofrecen a los polacos libertad, soberanía e independencia». No obstante, debe resaltarse que para entonces Churchill ya sabía que estas palabras respondían más a sus esperanzas que a una eventual realidad[69].

Ocho días después, Churchill tomó un avión en la base de la RAF en Northolt para dirigirse a Argelia. El propósito del viaje pasaba por visitar a las tropas y levantar la moral del V Ejército del general Alexander, que en ese momento batallaba en Italia. También aprovecharía la estancia en la zona para abrazar a Randolph, que se encontraba en el hospital. El 16 de julio, el Dakota en el que Randolph había despegado de la localidad italiana de Bari con la intención de aterrizar en Yugoslavia entró en pérdida a poco más de treinta metros de altura y acabó estrellándose. Diez de los diecinueve pasajeros que se encontraban a bordo murieron; Randolph y su amigo, el novelista Evelyn Waugh, resultaron heridos. Randolph fue conducido a una clínica de Bari, y, más tarde, para la convalecencia, partió a Argel. «Ninguno de los dos ha aludido a los asuntos familiares», le comentará Churchill a Clementine. Su mujer le había entregado una carta con el encargo de que se la diera a Randolph. En la nota, Clementine pedía a Randolph que permitiera regresar a Chequers a su hijo Winston, de tres

años de edad, al que se había llevado a otro domicilio al producirse la ruptura de su matrimonio con Pamela. Churchill no le había dado la carta. «Estoy seguro de que se habría sentido terriblemente alterado y de que todas sus emociones reprimidas habrían encontrado en mí la mejor válvula de escape, —le explica a Clementine—. Por favor, perdóname por no haber cumplido tu deseo. Cuando las palabras son inútiles, más vale el silencio.»[70] No obstante, a finales de ese mes, el pequeño Winston regresaba a Chequers con su abuela.

De Gaulle —que, dejando a un lado la visita de veinticuatro horas que había efectuado en Bayeux el 13 de junio, no volvería a Francia hasta el 20 de agosto— se negó a ver a Churchill durante la estancia de este en Argelia, cosa que «ofendió consideradamente» a Churchill, según sus secretarias privadas, y «simplemente furioso», según Pierson Dixon, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores[71]. De Gaulle había montado en cólera debido a que ni británicos ni estadounidenses se habían dignado aún a reconocer la legitimidad de su gobierno provisional[72]. Churchill, por su parte, temía que el futuro gobierno de Francia fuera el más antibritánico del último medio siglo[73].

Tras su paso por Argel, Churchill voló a Nápoles, y el 12 de agosto se entrevistaba con el mariscal Tito en la villa de verano de la reina Victoria. Gran Bretaña había ayudado muy notablemente a los partisanos, así que Churchill quería persuadir a Tito de que se aliara con Occidente y no con los soviéticos cuando se concretara la victoria. Con su característica extroversión, el primer ministro le dijo a Tito que lamentaba estar demasiado entrado en años para poder lanzarse en paracaídas, ya que de lo contrario habría luchado de mil amores en Yugoslavia. «Pero ha enviado usted a su hijo», respondió Tito, con lo que a Churchill se le llenaron los ojos de lágrimas[74]. Al ver a los dos formidables guardaespaldas de su anfitrión, Boško y Prlja, Churchill tuvo la ocurrencia de gastarles una broma un tanto arriesgada. Sujetando firmemente una gran caja de puros de oro ovalada que le había regalado la familia de F. E. Smith, refiere Churchill, «me dirigí hacia ellos con paso firme. Al llegar a menos de dos metros, la saqué de mi bolsillo como quien desenfunda una pistola. Por fortuna, los dos hombres sonrieron encantados y nos hicimos amigos. Pero

no le recomiendo a nadie que siga este procedimiento en un caso similar. —Fitzroy Maclean recuerda que—, durante una fracción de segundo, vi cómo se les tensaba el dedo del gatillo»[75]. Poco después, al sentarse a la mesa para cenar, Maclean se sacó un gran pañuelo de la chaqueta y se limpió la frente, cubierta de sudor frío. Pese a que Churchill y el dictador yugoslavo mantuvieran una buena relación personal, lo cierto es que al final, una vez conseguida la victoria, Tito optaría por hacer equilibrismos entre las Potencias Occidentales y la Unión Soviética, lo que le llevaría a enfrentar a los dos bloques entre sí hasta su muerte, ocurrida en 1980.

El 14 de agosto, Churchill voló a Ajaccio, en Córcega, lo que le haría recordar su anterior estancia en la isla, realizada en 1910 en compañía de Clementine, durante unas vacaciones en las que había aprovechado para visitar la casa en la que Napoleón había pasado su infancia. Al día siguiente tuvo ocasión de observar desde el puente del destructor *HMS Kimberley* el desarrollo de la Operación Yunque, rebautizada ya con el nombre de Operación Dragón. A las ocho de la tarde se conseguía silenciar la artillería enemiga. «Esto ha hecho que el resto de la ofensiva resultara bastante aburrida, —le confía a Clementine—. Lo vimos todo desde muy lejos […]. Pero podría haberme plantado con total seguridad mucho más cerca de las playas mismas»[76]. A renglón seguido añade con displicencia: «Una de las razones que me han animado a hacer pública esta visita ha sido la de vincular ni nombre con esta operación, irrelevante y aislada pese a estar bien dirigida», y remata su crónica confesándole a Clementine que se había quemado con el sol. Más tarde felicitará a Roosevelt por el éxito obtenido, pero nunca aceptó que se tratara de una ofensiva necesaria, lo que explica que en sus memorias continúe manteniendo que, de haber podido conservar «la mitad de los efectivos que nos habíamos visto obligados a desviar […], podríamos haber penetrado en el valle del Po y recogido todos los trofeos que sin duda nos habría ofrecido el camino a Viena, que rebosa de brillantes ocasiones»[77].

Dos días más tarde, en Montecassino, Churchill compartió una comida campestre con el general *sir* Henry Wilson, conocido como «Jumbo», comandante supremo aliado del Mediterráneo. Al contemplar el paisaje, el primer ministro le comentó al militar que el terreno le recordaba al que

había conocido en su juventud en la frontera noroccidental de la India británica[78]. En esas fechas, Churchill recibía continuamente informes que le indicaban que los Aliados estaban derrotando al VII Ejército alemán en una zona conocida como la «Brecha de Falaise», un crucial paso en forma de embudo que las tropas de las Potencias Occidentales tenían que forzar para poder desplegarse después por toda Francia. En vista de la situación, Churchill le señaló a Roosevelt que le parecía necesario celebrar una nueva conferencia en Quebec. De acuerdo con lo que le indica a Clementine, el objetivo del encuentro pasaba por limar las «diversas diferencias que existen, tanto entre nuestras dos jefaturas de Estado Mayor como entre los jefes militares estadounidenses y yo mismo, ya que de esa coordinación podrán salir los mimbres precisos para una decisión»[79]. Al hablar con Clementine, Churchill se explaya sin rodeos, y así le explica, por ejemplo, que de los tres ejércitos británicos que se hallaban combatiendo en ese momento en los distintos frentes abiertos, Eisenhower mandaba al que operaba en Francia, mientras que el del general Alexander, que peleaba en Italia, «se ha visto relegado a un frustrante segundo plano». El tercero, situado en Birmania, añade, estaba «luchando en el país más insalubre del mundo y soportando las peores condiciones imaginables para proteger la vía de enlace aérea que los estadounidenses han establecido para superar el Himalaya y penetrar en China, cuya importancia sobrevaloran terriblemente. Por consiguiente, las dos terceras partes de nuestras fuerzas están siendo utilizadas de manera incorrecta para satisfacer los intereses de los norteamericanos, y para colmo el otro tercio se halla a las órdenes de los hombres de Roosevelt»[80]. Para subrayar todavía más su frustración, Churchill añade que, de las cuarenta mil bajas sufridas en Birmania en los seis primeros meses de 1944, la mayor parte se había debido a las enfermedades.

Tras visitar el cuartel general de Alexander, en las inmediaciones de Florencia, Churchill se entrevistó con el papa Pío XII en Roma, y el 24 de agosto, al iniciarse la liberación de París, se encontraba en Siena. Permaneció en Italia para presenciar el ataque del VIII Ejército, que avanzaba hacia el norte tras quebrar la Línea Gótica —nombre dado a la serie de fortificaciones defensivas que el enemigo había dispuesto en las

cimas de los Apeninos—. En ese período se instaló en una confortable caravana equipada con dos sillas Luis XVI, «liberadas» en las acciones recientemente llevadas a cabo en Francia. Al llegar a orillas del Metauro, salió una vez más a la palestra su omnipresente sentido de la historia, ya que desde la posición en la que se encontraba se abría ante él, por emplear sus propias palabras, «el magnífico panorama de las murallas de otro siglo». «Aquí se jugó el destino de Cartago, sellado con la derrota de Asdrúbal»[81], escribirá más tarde, «así que sugerí a mis acompañantes que también nosotros debíamos cruzar el paso»[82]. La artillería alemana había dejado de disparar apenas un cuarto de hora antes, y Churchill y Alexander asistieron al avance de los tanques aliados, que se abrían paso a cañonazos, mientras las ametralladoras hacían restallar el aire frente a ellos, a solo unos cientos de metros. «Los proyectiles volaban por todas partes, y el terreno se hallaba cubierto de minas terrestres, —señalará más tarde Alexander—. El espectáculo le dejó [a Churchill] totalmente encantado: le fascinó; en el fondo es un auténtico combatiente»[83].

El 29 de agosto, Churchill regresó a Northolt, aquejado por una fiebre de 39 grados (o 40, según Martin), dado que había contraído la tercera neumonía en cuatro años. Los rayos X volvieron a mostrar una nueva manchita en el pulmón[84]. «Si le ocurriera algo ahora, sería una tragedia», anota Cunningham en su diario, en flagrante contradicción con cuanto había escrito en los últimos tiempos sobre Churchill. «Pese a todos sus defectos (y desde luego es el hombre más exasperante que conozco), ha prestado un magnífico servicio al país, y además no hay otro como él.»[85] No se trasladó al público ninguna información sobre la enfermedad del primer ministro. Dos días más tarde, al acudir el rey al número 10 Anexo para visitar a Churchill en su habitación, el monarca firmó el ascenso de Montgomery al grado de mariscal de campo en la almohada del convaleciente.

Tres días después, la temperatura volvía a niveles normales y el primer ministro retomaba el timón, haciendo gala de «una forma física demoledora», por utilizar la expresión de Colville[86]. Churchill no solo vació el contenido de su valija roja, repleta de documentos ministeriales de trabajo, sino que también encontró tiempo para salir al paso de la vieja

leyenda que sostiene que Gran Bretaña perderá Gibraltar el día en que los monos abandonen el Peñón, ya que le pide al ministro de las Colonias que «la población de macacos de Gibraltar deberá ser de veinticuatro individuos, —a lo que añade que—, además de realizar todos los esfuerzos necesarios para alcanzar ese número lo más pronto posible, habrá que saber mantener dicha cifra en adelante»[87]. Por otro lado, en una conversación con Colville, queda claro que el primer ministro preveía ya las críticas que iba a suscitar el hecho de que hubiera aplazado la Operación Overlord en tanto no considerara suficientemente madura la situación, ya que comenta con su secretario privado: «Es posible que surja una minoría de individuos mediocres que dé en proclamar que deberíamos haber puesto en marcha la invasión en 1943», pero quienes eso afirmen se equivocarán. Al sostener Cunningham que el veredicto de la Operación Dragón dependería de quién fuese el encargado de escribir la historia, Churchill respondió: «Tengo la firme intención de que mi mano sea una de las que empuñen la pluma»[88]. Fue un comentario jocoso que más tarde habría de repetir a menudo, pero la constatación de que el texto de *La crisis mundial* había influido en la percepción pública de lo sucedido en la Gran Guerra había despejado cualquier resto de duda que pudiera abrigar respecto a la futura influencia de sus memorias de guerra en el relato de lo ocurrido en la segunda contienda mundial.

A principios de septiembre de 1944, los británicos y los canadienses tomaron Amberes y destruyeron los silos de lanzamiento de bombas volantes V1 y V2 instalados en el paso de Calais y otros puntos de la región. Para entonces, Churchill estaba empezando a considerar ya la posibilidad de convocar unas elecciones generales en el mes de febrero siguiente. «Lo único que podemos conseguir con un retraso es perder; tenemos que aprovechar la situación ahora, mientras conservamos la aureola de la inminente victoria», le dirá a Eden[89]. El 5 de septiembre, cuando todavía no habían transcurrido más que cuatro días desde que se recuperara de la neumonía, embarcó en el *Queen Mary* para asistir a la segunda Conferencia de Quebec (conocida con el nombre en clave de «Conferencia Octógono» —Octagon Conference—).[90] Viajó en compañía de una amplia comitiva, en la que figuraban, entre otros, Clementine y

Sarah, Moran, Brooke, Portal, Cunningham, Cherwell, Leathers, Ismay, Hollis, Colville, Martin y el general de brigada Lionel Whitby, un especialista en las técnicas de transfusión de sangre. La primera noche que pasó a bordo, durante la cena a base de ostras y champán, el primer ministro aseguró que no le importaba que hubiera una gran mayoría laborista en las próximas elecciones: «Da igual. Si le vale al pueblo inglés, también me sirve a mí»[91]. En el transcurso del viaje leyó dos novelas políticas de Anthony Trollope: *Phineas Finn* y *Duke's Children*.

Debido a la triple influencia de la corriente del Golfo —que situaba el termómetro en torno a los 24 grados centígrados—, de las tabletas contra la malaria que Churchill había estado tomando en Italia y de los antibióticos de la marca M & B con los que seguía manteniendo a raya su neumonía, Churchill pasó la travesía, según confesión de Sarah a Mary, «bajo de ánimo y no demasiado bien»[92]. También se enzarzaba en terribles discusiones con los jefes de Estado Mayor a cuenta de la campaña italiana, que él quería reforzar pero que los militares juzgaban «un frente secundario» (según refiere Cunningham), cosa esta última en la que ahora acertaban plenamente, ya que la guerra había entrado en una fase diferente[93]. En todas las cumbres anglo-estadounidenses anteriores, Churchill y los jefes de Estado Mayor habían defendido sin fisuras las posiciones británicas y actuado como un solo hombre, pero en esta ocasión no veían con los mismos ojos ni la estrategia europea ni la del Pacífico. «Estaba de un humor pésimo», señala Cunningham, ya que no dejó en ningún momento de «acusar a los jefes de Estado Mayor de haberse unido en su contra, de haberle ocultado documentos, y de todo ese tipo de cosas»[94]. Churchill también estaba convencido de que los miembros del Comité de Estrategia Conjunta eran demasiado optimistas respecto a la victoria y la veían más cerca de lo que en realidad estaba —tanto es así que llegaría a decir: «Me apuesto incluso un dinero a que los alemanes todavía continúan combatiendo en Navidad»[95].

Brooke se preguntaba «cuánto tiempo más lograría [Churchill] perdurar. ¡Lo que resulta trágico es que en las condiciones en que actualmente se encuentra podría provocar perfectamente un daño inaudito!»[96]. Hasta el leal Colville acabará por concluir que el primer ministro estaba «muy

irascible»[97]. Al día siguiente, después de otra difícil reunión, Brooke escribe: «Me cuesta conservar la calma. ¡Y lo más pasmoso es que las tres cuartas partes de la población mundial se imagina que Winston Churchill es uno de los más grandes estrategas de la historia, un segundo Marlborough, y que el otro 25 % no tiene ni la menor idea de la amenaza que siempre ha representado, no solo ahora, sino a lo largo de toda esta guerra! Es muchísimo mejor que el mundo no alcance a saberlo nunca, y que jamás llegue a sospechar que ese ser sobrehumano tiene en realidad los pies de barro. Sin él, Inglaterra estaría perdida, seguro. Pero con él, el país se ha visto al borde del desastre una y otra vez […]. Nunca había admirado y despreciado tan simultáneamente y por igual a un mismo hombre»[98]. Vale la pena recordar que el propio Brooke había apoyado sin reservas las políticas que Churchill había expuesto en sus cuatro memorandos sobre la gran estrategia que había que desarrollar, redactados durante su viaje a Washington de diciembre de 1941. En esos documentos ya hablaba de que era preciso retrasar el ataque que se preveía efectuar al otro lado del Canal de la Mancha en tanto no hubieran dado frutos los planes del Mediterráneo que más tarde se convertirían en las operaciones Antorcha, Husky y Avalancha —y no olvidemos que esas ofensivas expulsaron del norte de África a las potencias del Eje y obligaron a los italianos a abandonar la guerra, ya que no la propia península itálica—. La animadversión de Brooke le impedía ver que Churchill había sido el primer artífice de la concreción política de los acuerdos que resultaban imprescindibles para la materialización de esos proyectos.

El 10 de septiembre, después del almuerzo, el *Queen Mary* atracaba en Halifax, Nueva Escocia. Se congregó una multitud para recibirles entre aclamaciones y cánticos. La gente cantaba el «*It is a Long Way to Tipperary*» y el «*Pack Up Your Troubles*», antes de entonar el «*Dios salve al rey*», momento en el que Churchill y Clementine unieron entusiasmadamente sus voces en un dúo[99]. El grupo cogió el tren para dirigirse a Quebec, y en el trayecto volvió a subirle la fiebre a Churchill, así que se tomó una aspirina y se fue a la cama. A la mañana siguiente, Franklin y Eleanor Roosevelt les esperaban en la estación ferroviaria de Quebec para llevarlos a la Ciudadela. El presidente no tenía buen aspecto, y

se veía a las claras que había perdido mucho peso desde la última vez que se habían visto. Churchill le dijo a Colville que temía que el presidente estuviera «muy débil»[100]. Pese a todo, no hay ningún indicio que permita afirmar que la menguante salud de Roosevelt afectara de algún modo a las decisiones que hubo de tomar, ya fuera en Quebec o más tarde en Yalta: mentalmente seguía disfrutando de la solidez que siempre había tenido.

Ese mismo día, las tropas estadounidenses cruzaban la frontera alemana por Tréveris. Durante la comida con los Roosevelt y Mackenzie King, en la Ciudadela, Churchill sacó el tema del predominio militar estadounidense. Según el diario de Mackenzie King, «Churchill le comentó a Roosevelt que en su calidad de presidente se hallaba al mando de la mayor potencia militar de la época, y resaltó que sus ejércitos prevalecían por tierra, mar y aire. El máximo mandatario estadounidense le dijo que le resultaba difícil tener presente esa condición, ya que a él mismo no le agradaba. Insistió en que no podía abrazar ese sentimiento»[101]. Con la doble finalidad de equilibrar por un lado el peso relativo de las contribuciones que ambos países habían realizado a lo largo de la guerra —unas aportaciones que, en el plano material, se habían inclinado de forma muy notable del lado de Estados Unidos—, y de conservar por otro la influencia británica, Churchill añadió: «Si Gran Bretaña no hubiera combatido valientemente desde el principio, mientras otros se limitaban a calentar motores […], Estados Unidos habría tenido que luchar por su vida. Si Hitler hubiera invadido Gran Bretaña y hubiera surgido un Quisling[102] dispuesto a formar gobierno y a entregarle la armada británica al Reich, que de ese modo la habría añadido a lo que ya había rapiñado de la flota francesa, no habría habido manera de salvar a este continente, y menos aún con Japón dispuesto a asestar el golpe. —Tras escuchar a Churchill—, el presidente se mostró proclive a coincidir con él en que Estados Unidos no habría logrado aprestarse a tiempo para el combate»[103]. El mensaje de Churchill era muy claro, y Roosevelt, que era hombre de buen talante y carácter conciliador, no se lo discutió: si bien era cierto que Estados Unidos estaba proporcionando en ese momento el grueso de los hombres y los materiales precisos para la ofensiva global, no lo era menos que entre los años 1940 y 1941, Gran Bretaña (e implícitamente

Canadá) había garantizado la preservación del factor tiempo, que se había revelado igualmente crucial.

En la primera reunión plenaria de la Conferencia Octógono, que se inició a las doce menos cuarto de la mañana del 13 de septiembre en la Ciudadela, Churchill inauguró las conversaciones exponiendo una visión panorámica de los acontecimientos ocurridos desde la Conferencia de El Cairo, celebrada el diciembre pasado. El imperialista que llevaba dentro volvió a pasar al primer plano y le indujo a confirmar que «siempre había abogado por un avance en la bahía de Bengala y por la concreción de las operaciones destinadas a recuperar Singapur, cuya pérdida había constituido un golpe tan grave como humillante para el prestigio británico, razón por lo que era preciso vengarse. No nos conformaríamos con que nos fuera retornado en una mesa de negociaciones de paz. Debíamos recuperarlo en el campo de batalla. —Churchill llegó a felicitar incluso a los estadounidenses por el éxito de la Operación Dragón—, que se había saldado con unos resultados sumamente gratificantes» —una afirmación en la que simplemente no creía—.[104] De hecho, Churchill se mostró por lo general eufórico, y señaló: «Todo cuanto hemos tocado se ha convertido en oro, lo que explica que en las últimas siete semanas hayamos asistido a una ininterrumpida racha de éxitos militares»[105].

Las cuestiones más importantes que era preciso debatir giraban en torno al papel que Gran Bretaña debería desempeñar en el Pacífico una vez que se consumara la derrota de Alemania; a la futura evolución de la campaña italiana, sobre todo ahora que París había sido liberado y que los alemanes habían emprendido la retirada en el este de Francia; al alcance de los constantes envíos que se venían efectuando al amparo de la Ley de Préstamo y Arriendo; a la estrategia militar global que habría que adoptar una vez que se hubiera penetrado en Alemania; a las regiones de la nación vencida que deberían ser ocupadas por Gran Bretaña y por Francia; y al plan que había concebido el secretario del Tesoro de Estados Unidos, Henry Morgenthau, para desindustrializar a Alemania e impedir que volviera a provocar una tercera guerra mundial en el siglo XX. Eran asuntos relevantes, pero todos ellos quedaron resueltos tras solo cuatro días de

sesiones plenarias —en las que Churchill ocupó constantemente el primer plano.

El primer ministro ofreció la contribución de la flota británica en las operaciones que debían desarrollarse contra el Japón en el Pacífico central, y aceptó incluso actuar a las órdenes de un comandante estadounidense, pero el almirante King quería asumir la totalidad de la ofensiva en solitario, valiéndose únicamente de la marina estadounidense, y de hecho así lo manifestó. «La oferta ha quedado expuesta, —dijo Churchill—. ¿Se acepta?» «Sí», respondió el presidente, haciendo caso omiso de los deseos del almirante, que conocía perfectamente[106]. Al escuchar el acuerdo, Cunningham quedó muy sorprendido, ya que parecía ir en contra tanto de la estrategia que siempre había defendido Churchill en relación con las acciones por efectuar en la bahía de Bengala como de su inveterado entusiasmo por la liberación de Singapur y la recuperación de las posesiones británicas de Extremo Oriente. No obstante, la explicación hay que buscarla en el hecho de que la oferta de Churchill careciera de marco temporal. Los estadounidenses aceptaron que Alexander continuara luchando en Italia a fin de mantener a raya a las divisiones de Kesselring, una concesión que constituiría, según algunos autores, el «último residuo de la estrategia periférica»[107].

Churchill trató de advertir a Roosevelt de que «los rusos estaban procediendo a una rápida invasión de los Balcanes, lo que traería inevitablemente una peligrosa propagación de la influencia soviética en la zona». Sin embargo, los estadounidenses frustraron su plan de llevar un ejército a la península de Istria a fin de convertirla en un punto de recalada para las tropas que se dispusieran a penetrar en los Balcanes. El proyecto quedó en agua de borrajas porque los estadounidenses se negaron a proporcionar a los británicos las lanchas de desembarco necesarias, aduciendo que se necesitaban en otros puntos. Churchill trató de argumentar que esas barcazas habían salido de un «lote de producción común», y que Gran Bretaña había concentrado sus fuerzas en otras zonas, pero no consiguió convencer a sus aliados norteamericanos. «Aun en el caso de que la guerra llegara repentinamente a su fin, —le había dicho a Smuts a finales de agosto—, no hay razón para que nuestras divisiones acorazadas no

puedan zafarse de sus actuales posiciones y se planten directamente [en Viena]»[108]. Lo cierto, sin embargo, es que había dos factores fundamentales que impedían ese desenlace: la falta de apoyo estadounidense, y el hecho de que los alemanes se estuviesen revelando perfectamente capaces de defender los pasos de montaña, como había quedado claramente demostrado en el valle del Liri, a los pies de Montecassino. Tan flagrante fue la ausencia de toda respuesta por parte de Estados Unidos que las actas oficiales se limitan a señalar sin más: «Balcanes: continúan las operaciones de nuestras fuerzas aéreas y las incursiones de los comandos»[109]. Daba la impresión de que para Roosevelt y Marshall los Balcanes no eran lo suficientemente importantes como para poner en peligro la integridad física de un solo paracaidista estadounidense. Desde el punto de vista estratégico, y a esas alturas de la guerra, su postura resultaba razonable: era esencial que los Aliados concentraran todos sus esfuerzos en Alemania. Sin embargo, eso significaba permitir que una buena parte de los Balcanes cayera en manos de los soviéticos y permaneciera bajo su control a lo largo de toda la guerra fría —y eso era justamente lo que Churchill temía.

Al término de una reunión de los jefes de Estado Mayor en Quebec, Churchill le dijo a Portal que tendría que abordar la cuestión de las zonas de ocupación en que se preveía dividir Alemania. Colville sabía que Churchill no se había estudiado las notas informativas que se le habían pasado sobre el particular, así que se las leyó en voz alta mientras el primer ministro tomaba un baño. «[Winston] aceptó este extraño procedimiento, —asegura Colville—, pero la cosa se complicó más de la cuenta, ya que tenía tendencia a sumergirse por entero de cuando en cuando, con lo que le fue imposible escuchar algunos pasajes»[110]. Pese a todo, se llegó a un acuerdo que determinó que los estadounidenses y los británicos se intercambiaran las zonas de ocupación situadas al norte y al sur de Alemania, ya que ese reparto resultaba más lógico desde el punto de vista geográfico.

Las relaciones personales entre Churchill y Roosevelt habían mejorado desde la época en que habían alcanzado su punto más bajo, al que se había llegado durante su discrepancia por el asunto de la Operación Yunque o Dragón. Como es obvio, entre los debates de trascendencia estratégica se

intercalaron reuniones sociales. En una de las recepciones, Clementine tendría que estrechar la mano nada menos que a setecientas personas. «Creí que se me iba a caer el brazo, —le dijo a Sarah[111]—. El primer ministro y el presidente comen casi siempre juntos, lo que les permite conversar constantemente y sin líos de ninguna clase sobre la organización de las reuniones», recuerda Martin[112]. Una de las ideas que había tenido el presidente, o que quizá concibiera en realidad Morgenthau pero que en todo caso Roosevelt juzgó lo suficientemente importante como para respaldarla y sacarla a colación en una reunión formal, fue la de eliminar «las industrias de guerra del Ruhr y el Sarre». El objetivo evidente consistía en convertir a Alemania «en un país fundamentalmente agrícola y pastoril»[113]. El 15 de septiembre, persuadido por Lindemann, que alimentaba un profundo sentimiento de fobia contra los alemanes, Churchill llegaría incluso a firmar con sus iniciales el texto de un memorando sobre el llamado «Plan Morgenthau», pero cambió rápidamente de opinión al indicarle Brooke que era preciso que Alemania dispusiera de una amplia población, ya que de otro modo resultaría imposible contar con ella como futuro aliado en las operaciones de contención de Rusia. Más tarde, el propio Churchill denunciaría el plan por distintas razones —algunas de ellas de carácter moral—, y prácticamente no volvió a oírse hablar de él. Se aprobó también una idea de Eisenhower, que había previsto poner en marcha un importante esfuerzo de control en el norte de Alemania a fin de poder rodear la región del Ruhr. El proyecto debía completarse lanzando una serie de ataques secundarios sobre Bonn y Estrasburgo. Esta estrategia no satisfizo ni a Montgomery, que quería ir directamente al Ruhr, ni al general George S. Patton, que estaba al mando del III Ejército estadounidense y estaba ansioso por entrar en Berlín. No obstante, era la estrategia correcta, sobre todo teniendo que hacer frente a un enemigo que había demostrado muchas veces que poseía una capacidad para el contraataque altamente desarrollada.

A las doce del mediodía del 16 de septiembre, terminada la última sesión plenaria, Churchill y Roosevelt celebraron una conferencia de prensa conjunta en la azotea de la Ciudadela, embutidos ambos en la toga académica de doctor *honoris causa* que les había otorgado la Universidad McGill. Churchill comentó con los periodistas que las decisiones que se

habían tomado en la primera Conferencia de Quebec «han quedado ahora grabadas en piedra, como corresponde al monumento histórico que son». Destacó de entre esas decisiones la de la Operación Overlord, que había logrado la liberación de «la querida y bella tierra de Francia, que durante tanto tiempo ha permanecido sometida bajo el corrosivo talón del huno. —Y al hablar de la guerra contra el Japón, Churchill indicó jocosamente a los estadounidenses—: No pueden quedarse ustedes con todo lo bueno. Han de compartir la diversión»[114].

Al día siguiente se ponía en marcha la Operación Huerta (Operation Market Garden, una denominación que difícilmente se ajustaba a las categorías heroicas o clásicas que Churchill había juzgado válidas como fuente de inspiración para asignar códigos a las ofensivas). Este era el nombre del ambicioso plan que había ideado Montgomery para tomar una serie de puentes holandeses situados en los alrededores de Eindhoven, Nimega y Arnhem. Sin embargo, la acción tuvo consecuencias catastróficas para la 1.ª División Aerotransportada británica, que perdió más de siete mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros[115]. Esto reforzó todavía más los argumentos que había esgrimido Eisenhower en favor de la estrategia consistente en constituir un «frente amplio» para invadir Alemania y cercar el Ruhr —en oposición al enfoque de la «estocada ofensiva» que defendían Montgomery y Patton, convencidos de que era mejor penetrar rápidamente hasta el corazón de Alemania y conquistar Berlín—. No obstante, y a pesar de la gran fascinación que le producía la estrategia, la participación de Churchill en la toma de las decisiones operativas relativas al escenario bélico europeo fue notablemente reducida una vez que los Aliados hubieron culminado el desembarco el Día D. En marzo de 1945, Rowan llegará incluso a la conclusión de que el primer ministro «está perdiendo interés en la guerra, dado que ya no ejerce ningún control sobre las cuestiones militares. Hasta el momento de la puesta en marcha de la Operación Overlord, Churchill se ha estado viendo a sí mismo como un nuevo Marlborough, es decir, como un hombre destinado a ejercer la autoridad suprema, sin cuyo visto bueno era prácticamente imposible tomar ninguna decisión militar. Sin embargo, ahora las circunstancias le han reducido poco menos que a la categoría de mero espectador para casi todas las cuestiones

—salvo las de estrategia general a largo plazo»[116]. No fue una marginación deliberada, y es claro que podría haber dado origen a muchos problemas en caso de que hubiera encontrado algún motivo de importancia fundamental para discrepar del planteamiento general, pero Eisenhower, que había pasado a ser el comandante supremo aliado, no solicitó nunca la opinión de Churchill, ni siquiera en cuestiones tan relevantes como la de proceder a la invasión de Alemania mediante una estrategia de «frente amplio» o una táctica de «estocada ofensiva».

El 18 de septiembre, el duque y la duquesa de Windsor acudieron a la finca de Hyde Park —donde se hallaba alojado Churchill— para asistir a un almuerzo de carácter puramente social. El primer ministro le había pedido al rey que le enviara una nota de fraternal saludo para así podérsela transmitir a Eduardo, pero todo lo que recibió fue un telegrama en el que se leía: «En cualquier discusión que pudiera surgir en relación con el futuro [de Eduardo], quizá pueda usted adelantarle mi convicción, que usted ya conoce. Me refiero específicamente al hecho de que la mejor forma de propiciar su felicidad sería que se estableciera en Estados Unidos. Repito: en Estados Unidos»[117]. Al tener noticia de la postura del monarca, Churchill le dictó a Colville «una respuesta demoledora», pero, como tantas otras veces, terminó destruyéndola[118]. Pese a todo el afecto y respeto que se profesaban mutuamente, resulta evidente que las emociones que había suscitado la crisis de la abdicación seguían parcialmente activas en ambos hombres. Al final, Churchill respondió en tono conciliador, y le señaló al rey que no había transmitido el mensaje a la pareja ante el temor de que los Windsor pudieran tomar la decisión de hacer exactamente lo contrario.

Fue en Hyde Park donde Roosevelt y Churchill firmaron un acuerdo de cooperación nuclear en el que se rechazaba categóricamente el establecimiento de un control internacional sobre esa nueva tecnología, contradiciendo así las recomendaciones de *sir* John Anderson (que era ministro de Hacienda, pero había presentado una tesis doctoral sobre las propiedades químicas del uranio) y Niels Bohr, el conocido físico atómico. Tras huir Bohr de Dinamarca, Lindemann le había presentado a Churchill a principios de ese mismo año, pero la reunión se había saldado con un fracaso, dado que a Churchill le había espantado la opinión de Bohr, que

estaba convencido de que todas las naciones del mundo debían compartir los conocimientos nucleares —un punto de vista que el primer ministro juzgaba peligrosamente ingenuo—. Hasta sopesó brevemente la posibilidad de recluir a Bohr en un campo de internamiento, en caso de que se sospechara que podía revelar secretos nucleares a los soviéticos. Este acuerdo entre Churchill y Roosevelt terminaría constituyendo la base de la cooperación nuclear anglo-estadounidense —una cooperación que sin embargo quedaría rota cuando estos últimos, de forma repentina y prácticamente sin previo aviso, decidieran ponerle fin mediante la aprobación de la Ley McMahon en agosto de 1946.

El 20 de septiembre, a las nueve y cuarto de la mañana, el matrimonio Churchill embarcaba una vez más en el *Queen Mary*, atracado en Nueva York. En una de las comidas, preparada a base de cangrejos de caparazón blando y grandes filetes de vaca, Churchill, que «presentaba buen aspecto y parecía hallarse bastante complacido con el trabajo realizado», comentó que Eisenhower había llegado a la convicción de que «el hundimiento alemán estaba próximo a producirse»[119]. Solo se le nubló un tanto el buen humor al hablar de De Gaulle con Leathers, Cunningham e Ismay, a quienes señaló que, en los últimos años, sus «buenas impresiones sobre los franceses se habían visto notablemente erosionadas»[120]. La ingratitud de De Gaulle había quedado patente el mes anterior, al pronunciar el líder galo un discurso en el ayuntamiento de París en el que había afirmado que la capital francesa se había «liberado por sus propios medios, liberado por la acción del pueblo, con el concurso de los ejércitos de Francia, con el apoyo y el respaldo de toda Francia, de la Francia que lucha, de la sola Francia, de la Francia verdadera y eterna»[121]. De Gaulle también estaba dando órdenes directas a la división de la Francia Libre de Leclerc, a pesar de que dicho contingente pertenecía a un cuerpo mandado por el general estadounidense Leonard Gerow.

La presencia de un submarino alemán en el Atlántico obligó al *Queen Mary* a desviar su rumbo hacia el sur, para gran contrariedad de Churchill, que quería presentarse en los Comunes antes de que terminara la pausa de las sesiones parlamentarias. La nave viajó a treinta nudos[122] y llegó justo a tiempo, aunque para seguir ese ritmo su buque de escolta, el *HMS Berwick*,

tuvo que abandonar la precaución habitual de zigzaguear, con la que los barcos trataban de evitar que les rastrearan los sumergibles. Colville notó que Churchill se estaba dejando llevar más que de costumbre por las ensoñaciones de la memoria.

El 28 de septiembre, el discurso que pronunció Churchill en la Cámara resumió con los trazos más benévolos posibles el desastre de Arnhem. «El orgullo de cuantos han sobrevivido y el epitafio de los que caídos podría muy bien condensarse en esta verdad: “No ha sido en vano”», exclamó[123]. Y dirigiéndose a todos aquellos que pensaran que Montgomery había hecho una chapuza (ya que eso era lo que había sucedido), Churchill añadió: «No hemos de olvidar lo mucho que le debemos a los errores —los extraordinarios errores— de los alemanes. Nunca me ha gustado comparar a Napoleón con Hitler, ya que asociar su nombre, del modo que sea, con el de un miserable jefecillo de clan incapaz de consumar otra cosa que carnicerías sería insultar al gran emperador y magnífico soldado que fue [Bonaparte]. Pero hay un aspecto en él que sí he de establecer un paralelismo. Por su temperamento, ambos hombres se revelaron incapaces de ceder un solo palmo de terreno una vez que las tornadizas aguas de su agitado destino, en su máxima elevación, les hubieran llevado a conquistarlo»[124]. Acto seguido, el primer ministro puso varios ejemplos de la estrategia que había seguido Napoleón entre los años 1813 y 1814, para compararla a continuación con la forma en que «Hitler había logrado dispersar por toda Europa a los ejércitos alemanes, aunque después, por obstinarse en todos los frentes, en Stalingrado en Túnez, y en el mismísimo momento presente, se haya despojado a sí mismo de toda posibilidad de concentrar sus fuerzas en la lucha final.»[125] Harvie-Watt asegura que el discurso había sido «excelente», pero añade que algunos parlamentarios habían tenido la sensación de que Churchill parecía cansado y de que su «voz había perdido parte de su energía tras la pausa del almuerzo»[126].

En 1944, al expulsarse a los alemanes de Rumanía en septiembre, obligárseles a abandonar Yugoslavia en octubre y sacárseles de Hungría en diciembre, la atención política pasó a concentrarse en la forma de gobierno que debía reemplazar al régimen nazi en desbandada. Ese mismo mes, los Aliados reconocían al fin al Comité Francés de Liberación Nacional de

De Gaulle como gobierno legítimo de Francia, pero también se comprendió claramente que en los países del este que Rusia había tomado solo iba a permitirse la instauración de ejecutivos dependientes de Moscú y favorables al régimen soviético. Roosevelt no compartía la esperanza que Churchill tenía de que el mariscal Badoglio lograra conservar el poder en Italia. El político estadounidense, que se enfrentaba a unas inminentes elecciones presidenciales, ya que su celebración debía producirse el mes siguiente, no quería dar la impresión de estar anteponiendo los intereses de los partidos monárquicos a los de las formaciones progresistas en los países liberados.

La aplastante derrota que había sofocado el 2 de octubre el levantamiento de Varsovia no auguraba nada bueno para la democracia en Polonia. En una de las reuniones del gabinete, Churchill comentó que los polacos eran «un pueblo heroico que llevaba trescientos años sufriendo las consecuencias de su torpeza en materia política»[127]. No obstante, si tenemos en cuenta que ahora hay más de un millón de soldados del Ejército Rojo acantonados en su suelo, no parece que hubieran tenido demasiadas ocasiones de recuperar su independencia —ni siquiera en el supuesto de que se hubieran revelado extremadamente hábiles en el terreno diplomático—. Más al sur, el Frente de Liberación Nacional Griego, ala política de los partisanos comunistas griegos, y el Ejército Popular de Liberación Nacional de Grecia, su rama militar, se disponían a tomar el poder en Grecia y estaban resueltos a impedir el regreso del rey Jorge II y de su gobierno en el exilio, encabezado por el primer ministro liberal, Yorgos Papandréu[128].

Churchill le dijo al rey que era urgentemente necesario celebrar una nueva conferencia con Stalin en Moscú, a fin de abordar temas como los de Polonia, los Balcanes, y sobre todo Grecia. También explicó al monarca que era muy importante que Stalin comprendiese «que no estamos en una situación en la que haya dos bandos, con Roosevelt y yo mismo en uno, y los rusos en el otro»[129]. Se trataba de una esperanza vana, ya que Stalin daba por supuesto que las potencias capitalistas estaban conchabadas, y desde luego ningún nuevo encuentro personal en Moscú iba a quitarle de la cabeza este inveterado parecer. Sin embargo, como ya señalara Churchill en la Conferencia Octógono, los telegramas eran una modalidad de comunicación «sencillamente inerte, muros ciegos totalmente opuestos a la

perspectiva de los contactos personales»[130]. Esto explica que le diga a Lascelles: «La próxima vez tenemos que conseguir que *Joe* Stalin *venga* a reunirse con nosotros en alguna parte —quizá en La Haya—, aunque siempre está maullando excusas a cuenta de su estado de salud y haciendo ver que las dolencias le impiden viajar»[131]. El 8 de octubre, a medianoche, Churchill salía de Northolt, y, tras un par de escalas técnicas en Nápoles («Hemos sobrevolado el Vesubio, —anota John Martin—, y hemos visto una larga colada negra de lava, todavía humeante, surgida de su última erupción») y El Cairo, llegaba a Moscú, al mediodía del 9. La conferencia recibió el no demasiado impenetrable nombre codificado de «Tolstói».

Al término de su primera reunión con el dirigente ruso en el Kremlin, Churchill se incorporó parcialmente en el asiento y, alargando el brazo por encima de la mesa, le entregó a Stalin una cuartilla que en ese mismo momento calificó de «mal borrador»[132]. En ella, escrito de su puño y letra, había una exposición de la influencia que debían ejercer, a su juicio, los aliados occidentales y Rusia en el este de Europa una vez hubiera terminado la guerra. Decía así:

> Rumanía: Rusia 90 %; los demás 10 %.
> Grecia: Gran Bretaña, de acuerdo con Estados Unidos, 90 %;
> ~~Los demás~~ Rusia 10 %.
> Yugoslavia: 50/50 %.
> Hungría: 50/50 %.
> Bulgaria: Rusia 75 %; los demás 25 %.[133]

En el documento original, las palabras tachadas y la fórmula, añadida a toda prisa, «de acuerdo con Estados Unidos», muestran que en un primer momento Churchill consideraba a Grecia poco menos que un protectorado británico, dado que Roosevelt no quería tener nada que ver en las futuras luchas entre las distintas facciones de la alianza entre el Frente de Liberación Nacional y el Ejército Popular de Liberación Nacional de Grecia. Stalin no hizo ningún comentario, pero cogió un lápiz azul e hizo una gran marca de aprobación junto a la voz «Rumanía», pero estaba claro que aprobaba la totalidad del documento.

«Después de aquello se produjo un largo silencio, —recuerda Churchill —. El papel con la marca de lápiz permaneció un buen rato en el centro de

la mesa. Al final, dije: "¿No cree que alguien podría atribuirnos una actitud bastante cínica si llegara a pensar que hemos despachado con displicencia estas cuestiones, que tanta trascendencia tienen para millones de personas? Será mejor que quememos el papel." "No, quédeselo", dijo Stalin.»[134] Al dictador ruso no le importaba trasladar una sensación de desenvoltura impropia: había obtenido lo que quería, y, de hecho, las posibilidades reales de que al acabar la guerra el control de Hungría y Yugoslavia se repartiera de manera equitativa entre la Unión Soviética y las Potencias Occidentales era sencillamente nula. A Churchill le agradó poder recuperar aquel pedazo de papel, y desde luego las actas oficiales de la diplomacia británica no dejaron constancia alguna del incidente[135].

Si tenemos en cuenta que la situación geopolítica general que imperaba en Europa a mediados de 1944 venía marcada tanto por el hecho de que Bulgaria y Rumanía se encontraran ya plenamente sujetas al control total de los rusos como por la triple circunstancia de que Hungría estuviese a punto de caer en manos soviéticas, de que Tito pareciera estar siendo arrastrado a la órbita de países favorables al régimen de Moscú, y de que sobre Grecia gravitara la amenaza de un levantamiento comunista al que Stalin podría haber proporcionado fácilmente armas, dirección estratégica y financiación, parece claro que el llamado «Pacto de los Porcentajes» constituía un buen arreglo para Gran Bretaña y los países de Occidente[136]. Si Grecia no desapareció tras el telón de acero en 1945 se debió en gran medida a la intervención de Churchill. Al no hallarse presentes los estadounidenses —Harriman jugaba al bezique con Churchill prácticamente todas las noches, pero no asistió a los encuentros bilaterales con Stalin—, Churchill tenía muy claro que era preciso mantener informado a Roosevelt de todos y cada uno de los pasos que se fueran dando. «He de conservar un contacto permanente con el presidente, y eso es justamente lo más espinoso del asunto», le dirá a Clementine (a la que en el texto, cifrado, llama «señora Kent» y que él mismo firma con el alias de «coronel Kent»[137]). Pese a todo, al escribirle a Roosevelt, Churchill omitirá mencionar el «mal borrador». «He tenido una serie de charlas sumamente agradables con el Viejo Oso, —le comenta a Clementine en una referencia a Stalin—. Cuanto más le voy conociendo, mejor me cae. *Ahora* aquí se nos respeta, y estoy

seguro de que quieren trabajar con nosotros.»[138] El 16 de octubre, tres días antes de abandonar Moscú, Churchill estaba tan seguro de que Stalin habría de atenerse a los porcentajes acordados que ordenó al teniente general Richard Scobie que penetrara con las tropas británicas en Atenas y la ocupara —disparando incluso sobre los partisanos del Ejército Popular de Liberación Nacional de Grecia en caso necesario.

El país que más llamativamente brilla por su ausencia en el Pacto de los Porcentajes es, evidentemente, Polonia. Churchill consideraba que, para ese país, el mantenimiento de su frontera con Rusia poco más o menos en los límites señalados por la Línea Curzon constituía un acuerdo justo, o que se trataba cuando menos de un arreglo que los polacos no iban a poder realmente mejorar, dada su posición en el tablero mundial. El 14 de octubre, Stanisław Mikołajczyk, el primer ministro del gobierno polaco exiliado en Londres, le dijo a Churchill que la Línea Curzon era inaceptable porque dejaba un gran número de grandes ciudades polacas en tierra rusa. El primer ministro, sin embargo, con unos modales que las actas levantadas por los polacos durante la sesión califican de «muy violentos, —le replicó—: Son ustedes un pueblo insensible que pretende hacer naufragar a Europa. Si siguen así, dejaré que se las arreglen solos. Carece usted de todo sentido de la responsabilidad, ya que está dispuesto a abandonar a la gente que permanece en su país, cuyos sufrimientos despacha usted con indiferencia»[139]. Y aún añade: «Son ustedes absolutamente incapaces de enfrentarse a los hechos. Jamás en mi vida había visto a nadie así […], usted odia a los rusos»[140]. Desde luego en esto último acertaba. Resulta obvio que Churchill volvía a mostrarse ingenuo (una vez más) —aunque quizá haya que concluir que estaba actuando con duplicidad— al argumentar que la naturaleza de la Unión Soviética «no era ya la misma». De hecho, al advertir a Mikołajczyk que los rusos podían «liquidarles», tanto a él como a la población polaca, si no aceptaban el nuevo trazado fronterizo, el propio Churchill estaba reconociendo implícitamente que el régimen de Stalin no había cambiado en lo más mínimo. En 1953, al preguntarle Moran si las actas polacas de la entrevista habían referido verazmente sus palabras, Churchill admitirá: «Bueno, dese cuenta de que los dos estábamos muy enfadados»[141].

Los rusos habían adquirido en toda la Europa del Este una posición militar de fortaleza abrumadora y habían instituido ya un «gobierno» polaco títere en Lublin que pretendía hacer creer al mundo que hablaba por todos los polacos. «La panda [de polacos] que tenemos en Londres, como bien sabe Vuestra Majestad, es un grupito de personas decentes pero débiles e insensatas», le escribe Churchill al rey para exponerle gráficamente la opinión que le merece el gobierno polaco en el exilio. «Ahora bien, tengo la impresión de que los delegados que han llegado de Lublin, —añade—, forman la mayor cuadrilla de villanos que pueda imaginarse». Sin el respaldo explícito de la administración de Roosevelt iba a resultar muy difícil llegar a un acuerdo entre los polacos de Londres y los de Lublin, pero al ser una cuestión tan sumamente sensible en el universo político de Estados Unidos —habida cuenta de los millones de votos que representaba la población de polacos nacionalizados estadounidenses— era muy poco probable conseguir rápidamente un acuerdo, en cuyo caso, puntualiza Churchill, «tendremos que echar tierra al asunto y marear la perdiz hasta después de las elecciones presidenciales»[142]. Y eso fue exactamente lo que sucedió.

En la Conferencia Tolstói, Brooke le explicó al Alto Mando militar ruso la estrategia que Eisenhower estaba aplicando en Europa, y John R. Deane, uno de los generales estadounidenses, les expuso la táctica del Pacífico, consistente en ir avanzando de isla en isla. Al comentarles Deane que los soldados japoneses de las islas que hubieran sido rebasadas se verían «obligados a subsistir a base de cocos y pescado hasta que se ponga su famoso sol naciente…, —Churchill sentenció—: ¡Que se pudran…! ¡Que se pudran…!»[143]. (También habrá de mantener la misma actitud con la guarnición alemana de las islas anglonormandas, que no serían liberadas hasta el mes de mayo de 1945, ya que se negará a asumir la responsabilidad de alimentar a los veintiocho mil soldados alemanes acantonados en ellas.)[144]

Los participantes en la conferencia tuvieron que capear un verdadero temporal de banquetes, y no de cualquier tipo: se prolongaban por espacio de seis horas, constaban de catorce platos, daban pie a una infinidad de brindis (en uno de los festines, John Martin dejó de contarlos al llegar a

veinte), y se remataban con castillos de fuegos artificiales en honor de las victorias del Ejército Rojo. Al acudir al teatro Bolshói, el público, puesto en pie, homenajeó a Churchill con una ovación de quince minutos. «Al primer ministro le encantó esa muestra de deferencia, y se empeñó en reavivar los aplausos cada vez que parecían querer amainar, intercalando oportunamente el signo de la "V", —anota uno de los espectadores—. Stalin abandonó el palco tan pronto como se apagaron las luces, pero regresó diez minutos después para saborear la aclamación junto a Churchill.»[145] Stalin fue a despedirle al aeropuerto de Moscú, lo que era un honor prácticamente sin precedentes en la Unión Soviética, y asistió al despegue, que se produjo a las once menos cuarto de la mañana del día 19[146]. «Le he visto con buen aspecto, y no demasiado cansado», apunta el rey el 24. (En realidad había tenido otro acceso de fiebre alta en el tramo final de su viaje a Moscú, y la situación no remitió hasta momentos antes de llegar a Inglaterra.) «Me ha dicho que […] ha perdido algo más de dos kilos de peso, aun después de haber tenido que asistir en Moscú a tantos banquetes y prolongado las sobremesas hasta altas horas de la noche. También me ha comentado que ha encontrado a Stalin más abierto a la conversación y algo menos suspicaz.»[147][148]

El 27 de octubre, Churchill explicó en la Cámara de los Comunes que resultaba muchísimo más ventajoso negociar personalmente con los rusos y los yugoslavos que tener que hacerlo por medio de cablegramas: «Es muy frecuente que las dificultades que parecen realmente insuperables cuando uno se ve obligado a conversar a distancia, dejen lisa y llanamente de constituir un obstáculo cuando se tiene ocasión de hablar cara a cara»[149]. Según comenta Harold Nicolson, Churchill parecía «Un querubín sonrosado, fuerte y vociferante»[150]. Cuatro días más tarde, pidió al parlamento que prolongara su actividad por espacio de un año más, pero añadió enseguida que, a su juicio, la legislatura terminaría antes de que se agotara ese plazo, tan pronto como se ganara la batalla de Alemania. También dijo a la Cámara que no tenía intención de convocar elecciones inmediatamente después de la victoria. «La base fundamental de todos los tributos que pueden rendirse a la democracia es el hombrecillo corriente, —aseguró Churchill—. Ese hombrecito que se acerca a la cabina de votación

y, armado con un lapicito, hace una crucecita en un trocito de papel: no hay retórica ni debate, por densos o prolijos que sean, que pueda minimizar la inmensa importancia de este extremo.»[151] Había tomado la decisión de no precipitar los comicios a fin de explotar lo que él mismo había llamado, en una conversación con Eden, «la aureola de la victoria». Churchill cosechó un gran número de elogios al anunciar que se negaba a convocar las elecciones «vestido de caqui»[152], tal y como había hecho Salisbury en 1900, y también Lloyd George en 1918. «Nunca he sentido tanta admiración por la actitud moral de Winston como esta mañana», escribe Nicolson[153].

El 4 de noviembre, Churchill invitó a Jaim Weizmann a almorzar con él en Chequers. Le dijo que lo más probable era que la guerra se prolongase aún de tres a seis meses más, y que, pese a no poder adelantarle ninguna declaración concreta en relación con la eventual creación de un estado judío en Palestina, dado que el Partido Conservador se oponía, él opinaba que «no estaría mal» que los judíos se las ingeniaran para apoderarse de «toda Palestina»[154]. A continuación añadió que su amigo Walter Guinnes, que ahora se había convertido en lord Moyne y ejercía el cargo de ministro Residente en Oriente Próximo, había llegado a esa misma conclusión, de modo que Weizmann debía ir a El Cairo para hacerle una visita[155]. Dos días después, el Lehi[156], una organización terrorista sionista, acababa con la vida de Moyne al disparar contra su vehículo, muy cerca de su domicilio. Churchill se indignó: Moyne había pertenecido al Other Club, había invitado a Clementine a bordo de su yate, y su hijo, Bryan Guinness, mantenía una estrecha amistad con Randolph desde finales de la década de 1920. «Si nuestros sueños sionistas han de acabar convertidos en humo —el que escupen las pistolas de los asesinos—, si todo lo que van a conseguir los esfuerzos que efectuamos para propiciar el futuro de ese empeño es el surgimiento de una nueva banda de forajidos, en modo alguno diferentes a los de la Alemania nazi, —dirá Churchill en los Comunes el 17 de noviembre—, yo mismo tendré que reconsiderar, igual que otros muchos, la posición que tan sistemáticamente he venido manteniendo en años anteriores»[157].

Sin embargo, pese a esta atrocidad, Churchill echó por tierra la petición que había planteado el Ministerio de las Colonias tras el asesinato —consistente en restringir la llegada de inmigrantes judíos a Palestina—, y se negó a nombrar sucesor de Moyne a los dos importantes candidatos propuestos por el Partido Conservador, ya que sabía que ambos se oponían al sionismo. A pesar de no ser de naturaleza vengativa, al enterarse a finales de enero de que el gobierno egipcio estaba planeando posponer la ejecución de los asesinos, Churchill telegrafió a Lampson para advertirle de que esa medida «abriría una profunda brecha en las relaciones entre Gran Bretaña y Egipto»[158]. Los autores del atentado murieron en la horca en marzo.

El 7 de noviembre de 1944, en un caso sin precedentes, el presidente Roosevelt salía reelegido para un cuarto mandato con 432 votos electorales, 36 estados a su favor y 25,6 millones de papeletas con su nombre —mientras que el aspirante republicano, Thomas E. Dewey, obtenía 22 millones de sufragios, 99 votos electorales y 12 estados—. Churchill no solo quedó encantado, también sintió un gran alivio. Tres días más tarde volaba a París para asistir al desfile conmemorativo del Armisticio de 1918, y las autoridades francesas le invitaron a alojarse en el Quai d'Orsay, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores galo. La última vez que había estado en el edificio, cuatro años antes, sus responsables y él mismo habían estado quemando documentos en los jardines para hurtar su contenido a la *Wehrmacht*, cuya llegada era inminente. El 11 de noviembre, fecha de la efeméride, Churchill recorrió los Campos Elíseos en compañía de Charles de Gaulle, ya que, según parece, habían olvidado sus diferencias. Desfilaron rodeados por una inmensa multitud, loca de entusiasmo, a la que hubo que contener, pese a no resultar nada fácil, porque de lo contrario se habría abatido sobre ellos como una enfervorecida avalancha humana. Más tarde, Ismay le dirá a Maud Russell que el viaje a París había sido «muy peligroso» para Churchill, que «no debería haber acudido bajo ningún concepto» a la capital francesa, «aunque no hay nadie que pueda pararle los pies. Habría resultado facilísimo pegarle un tiro desde cualquiera de los centenares de ventanas del recorrido», señala[159]. Ismay estaba justo detrás

de él, y se mantuvo todo el rato alerta, dispuesto a saltar sobre él en caso de que se desatara un tiroteo para obligarle a rodar cuerpo a tierra. Ismay dirá también que «el primer ministro, que es un hombre muy emotivo y se echa a llorar tanto por cuestiones placenteras como tristes, comenzó a sollozar y a gemir nada más poner el pie en Francia». Al percatarse de que habían aterrizado en un aeródromo en el que no habían estado antes, y al que De Gaulle fue a recibirles, Ismay pensó en un primer momento que Churchill se interesaría en esa nueva ubicación y que por tanto empezaría a hacer un montón de preguntas. Sin embargo, recuerda el autor que refiere las palabras de Ismay, «el llanto le tenía totalmente ocupado. Y mientras caminaban por las calles de París, las mejillas [de Winston] se cubrieron de lágrimas»[160].

Valentine Lawford, que ahora trabajaba como secretario privado de Eden (tras haberlo sido de Halifax), anota en su diario: «La muchedumbre gritaba infatigablemente y vitoreaba a De Gaulle y a Churchill. No recuerdo haber visto nunca unas caras más felices que las que entonces nos rodearon por todas partes, tanto en la calle como a ambos lados de la alameda»[161]. Churchill depositó una corona de laurel a los pies de la estatua de Clemenceau, en la esquina de los Campos Elíseos con la avenida de Nicolás II (hoy avenida Winston Churchill), y dedicó unas palabras a la hija del gran estadista. Después continuó en coche hasta el palacio de los Inválidos para hacer otro tanto en la tumba del mariscal Foch, próxima a la de Napoleón, y entrevistarse con la viuda de Foch. «Winston no ha parado de llorar en ningún momento, —le confesará Eden a Nicolson—, para cuando finalmente recibió la Libertad de [la Ciudad de] París podría haber llenado ya varios cubos con la llantina […]. La verdad es que la gente gritaba el nombre de Churchill con una vehemencia que jamás le había escuchado a ninguna multitud»[162].

Al día siguiente, Churchill se dirigió al gran gentío congregado en el ayuntamiento de la capital. «Les voy a alertar de algo; no bajen la guardia, —empezó a decir—, porque me propongo hablar, o intentar hablar, en francés, lo que no solo no es empresa pequeña, sino que sin duda habrá de poner a prueba la benevolencia y la amistad que sé que le tienen a Inglaterra»[163]. Tras un discurso de quince minutos en el que se expresó en

un francés fluido, pero totalmente ajeno a cualquier regla gramatical —y pronunciado en parte entre sollozos—, Churchill partió en compañía de De Gaulle en el tren oficial del presidente para hacer una visita al cuartel general del ejército francés, en Maîche. Las fuertes nevadas que habían caído sobre la región obligaron a reducir algunos de los actos previstos en el programa, y en un momento dado los ayudantes de los dos mandatarios tuvieron que salir de los coches y empujarlos para sacarlos de un ventisquero. Churchill insistió en proceder con De Gaulle a la inspección de unos cuantos destacamentos galos perdidos en la nieve, lo que por un lado permitió realizar unas cuantas fotografías propagandísticas realmente espléndidas, pero causó gran preocupación entre los miembros de la comitiva británica debido a los recientes brotes de neumonía del primer ministro. «Creo que la idea de De Gaulle de llevar a Winston por ese horroroso itinerario en la nieve ha sido absolutamente descabellada», le escribe Charles Portal a Pamela Churchill, con la que estaba viviendo una aventura, a espaldas tanto de Randolph como de Harriman o Churchill. «Tendremos suerte si no acaba costándole un disgusto muy serio.»[164] Tras visitar a Eisenhower en las instalaciones centrales de su puesto avanzado, situado en las inmediaciones de Reims, Churchill regresó a Northolt en avión. Ese mismo día recibió la noticia de que los bombarderos de Lancaster habían logrado hundir al *Tirpitz*, el mayor acorazado que le quedaba a Alemania, en un fiordo noruego.

De vuelta en Londres, Churchill continuó dando instrucciones en toda clase de cuestiones, tanto banales como de peso. Uno de los asuntos importantes de los que se ocupó fue el de contribuir al avance de Eisenhower mediante el envío de todas las piezas de artillería pesada de 12, 13,5 e incluso 15 pulgadas que se encontraban en ese momento en Dover, a fin de poderlas instalar después sobre raíles en Francia. Pero también encontró tiempo para escribir a *sir* James Grigg, el ministro de la Guerra, y decirle: «Apresúrese y cerciórese de que a las tropas que se baten bajo el fuego enemigo les llega cerveza suficiente —cuatro pintas[165] a la semana — […] antes de enviar una sola gota a los contingentes de la retaguardia»[166]. A Churchill ya no le preocupaban tanto como antes los ataques de las bombas cohete V2, ya que, a pesar de que continuaban

produciéndose, parecían estar resultando mucho menos letales de lo que se temía en principio. En una de sus notas, Cunningham recoge estas palabras de Churchill: «Pese a que todos deberíamos estar preparados para reunirnos con el Creador, ¡¡hemos de tener presente que las posibilidades de que se dé esa circunstancia son de seiscientas mil a una!!»[167]. Sin embargo, tres días más tarde, esa horquilla probabilística iba a estrecharse drásticamente en el sureste de Londres, al impactar un cohete V2 en uno de los supermercados de la cadena Woolworths de Deptford y provocar 168 muertos.

Hasta la primavera de 1944, el número de divisiones que el imperio británico tenía desplegadas en la lucha contra las Potencias del Eje superaba en un 25 % o un 33 %, en términos globales, a las de Estados Unidos, pero en enero de 1945, el volumen total de efectivos norteamericanos se elevaba ya un 60 % por encima de la cantidad de tropas británicas[168]. En noviembre, esta creciente preponderancia del poderío estadounidense empujaría a Churchill a expresarse con toda franqueza en una carta dirigida a Roosevelt: «Puede que dispongan ustedes de la mayor armada que existe. Puede que cuenten, o así lo espero, con la más importante fuerza aérea conocida. Puede que controlen el más poderoso tráfico comercial del planeta. Puede que tengan todo el oro del mundo. Sin embargo, ninguna de esas cosas me atemoriza, porque tengo la seguridad de que el pueblo estadounidense, que ha vuelto a aclamar su liderazgo, no va a ceder a la tentación de la vanagloria ni a las vanas ambiciones, y de que la justicia y el juego limpio serán siempre la luz que les guíe»[169]. No obstante, lo cierto era que, en esta fase de la guerra, Churchill no tenía la certeza, sino solo la esperanza, de que Roosevelt pudiera continuar en su puesto y orientar los destinos de Estados Unidos al acabar la guerra. En cualquier caso, no juzgará oportuno reproducir esta carta en sus memorias de guerra.

En esta época, y a pesar de que siguieran profesándose afecto y respeto en el plano personal, la divergencia entre ambos líderes había empezado a extenderse ya a un creciente número de esferas políticas. Los estadounidenses, por ejemplo, estaban dispuestos a desestabilizar al régimen del general Franco en España, pero Churchill se oponía a esa idea.

Tenía la sensación de que Franco, pese a ser un fascista, era también anticomunista, y había observado una encomiable postura neutral en el peligroso período de 1940 a 1942. De manera similar, en el telegrama que Churchill le envía a Roosevelt el 22 de noviembre, parece poder detectarse un cierto tono de amable reproche, ya que le dice: «Permanezco firmemente opuesto al punto en el que usted me ofrece la rendición incondicional»[170]. Otro mensaje, en este caso de Roosevelt a Churchill, sobre los futuros derechos de la aviación civil, vendría acompañado de unas amenazas que Colville califica de «puro chantaje», ya que su aplicación se hallaba vinculada a la continuación de los suministros derivados de la Ley de Préstamo y Arriendo. El embajador estadounidense John G. Winant, apodado «Gil», se sintió tan incómodo al conocer el carácter de la propuesta que no quiso quedarse a almorzar en Chequers, pero Churchill insistió jovialmente y le aseguró que «ni siquiera una declaración de guerra podría impedirnos disfrutar de una buena comida juntos»[171].

«Es un horror, esto de cumplir los setenta», le dirá Churchill a Lascelles el 30 de noviembre, fecha de su aniversario, a fin de disculpar su ausencia en la apertura de sesiones del parlamento y poder pulir su discurso sobre el programa de gobierno, en el que quería trabajar sin salir de la cama[172]. Entretanto, Clementine cavilaba, tratando de decidir si debía gastar o no seis chelines por rosa para presentarle un buen ramo en la cena de cumpleaños. De entre la enorme masa de cartas y telegramas que recibió destacan los del sah de Persia, el artista de variedades Harry Lauder, la reina María y Rosa Lewis, la legendaria propietaria del Hotel Cavendish[173] —una panoplia de personajes que da fe del amplio abanico social de amigos y conocidos con el que se relacionaba Churchill—.[174] El mes de marzo siguiente, al enterarse de que la Oficina Central de los conservadores había dispuesto que la edad de los candidatos de esa formación que desearan concurrir a las elecciones no podía ser superior a los setenta años, Churchill le escribirá a Ralph Assheton, presidente del Partido Conservador: «Como es natural, quiero que se me informe a la mayor brevedad si esa prohibición se aplica o no a mi persona»[175].

El 3 de diciembre estallaba en Grecia una revuelta comunista en toda regla y en Atenas se empezó a combatir en las calles. Las tropas británicas defendieron al Gobierno Provisional griego, tanto de los partidarios del movimiento político del Frente de Liberación Nacional Griego como de las unidades paramilitares del Ejército Popular de Liberación Nacional Heleno. Los monárquicos querían que el rey Jorge II de Grecia regresara de Londres, aunque muchos griegos preferían que se nombrara regente al arzobispo ortodoxo Damaskinos, al menos de momento. En Gran Bretaña, las medidas que adoptaron a un tiempo Churchill y el general Scobie se revelaron muy impopulares en los sectores de izquierdas, dado que los partisanos comunistas griegos habían combatido con gran valor a los alemanes. La propia Clementine animó a su marido a no denunciar públicamente a los comunistas griegos, en atención al coraje que habían demostrado en la guerra. Basándose en los principios de toda república, la administración de Roosevelt se opuso a las facciones monárquicas, tanto en Italia como en Grecia, y no apoyó una intervención aliada directa en ninguno de esos dos países.

Lo que Churchill tenía en mente era un objetivo de largo alcance: el de una Grecia democrática. Por eso le escribe a Scobie un telegrama en el que dice: «Trate Atenas como una ciudad conquistada» —lo que significa que debía imponer temporalmente en ella la dominación británica—. Colville olvidó escribir en el telegrama la palabra *Guard* («proteger»), la voz en clave que se utilizaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores para impedir que un determinado contenido fuese transmitido a las autoridades de Estados Unidos, con lo que la nota fue enviada al cuartel general estadounidense de Caserta, en Italia. De allí, el escrito pasó al Departamento de Estado y a la Casa Blanca, que lo filtró al *Washington Post*, cuyo columnista anglófobo Drew Pearson lo utilizó para incendiar a una prensa, tanto estadounidense como británica, que ya llevaba tiempo oponiéndose a la postura de Churchill. Al confesar Colville su error, Churchill dijo magnánimamente que la culpa había sido suya por haberle mantenido despierto hasta tan tarde[176]. Uno de los elementos constitutivos del código ético de Churchill en el ejercicio del liderazgo fue siempre el de no utilizar a sus subordinados como chivos expiatorios ante un problema.

La política de Churchill en Grecia quedó así envuelta en la atmósfera propia de las obras inacabadas. Había sido incapaz de ayudar a los polacos, pese a que la invasión de ese país hubiera sido la causa de que Gran Bretaña declarara la guerra a Alemania en 1939, pero estaba decidido a salvar a los griegos, a los que no había podido proteger adecuadamente en 1941. Por consiguiente, el 5 de diciembre dio nuevas órdenes a Scobie. En el telegrama en el que le comunica dichas instrucciones, Churchill subraya la parte fundamental, que más tarde aparecerá en itálica en sus memorias: *Hemos de defender y dominar Atenas. Sería magnífico que pudiera usted lograr ese objetivo sin derramamiento de sangre, si es posible, pero si es necesario hacerlo, hágalo*[177]. Scobie contribuyó a impedir que las fuerzas conjuntas del Frente de Liberación Nacional Griego y el Ejército Popular de Liberación Nacional de Grecia se hicieran con el poder, ya que intervino de manera decisiva en un enfrentamiento que ya se había convertido prácticamente en una guerra civil.

Sin embargo, Churchill no era nada optimista respecto al desenlace. «Si prevalecen en Grecia, como es muy probable que ocurra, las potencias del mal, lo que nos depara el futuro es una península balcánica capitaneada por Rusia y poco menos que convertida al bolchevismo, con la expectativa adicional de que la situación podría propagarse a Hungría e Italia, —le dirá a Smuts ese mismo mes—. Veo por tanto la perspectiva de un gran peligro mundial en esa región, pero no dispongo del poder preciso para tomar una sola medida eficaz —o al menos no para llevarla a cabo sin provocar grandes tensiones en el gobierno ni enemistarme con Estados Unidos.»[178] El 8 de diciembre, Churchill volvería a demostrar una buena forma avasalladora en el debate de una nueva moción de censura. En su discurso atacó a quienes habían puesto en tela de juicio su compromiso con la democracia en Italia y Grecia. «La democracia no es una ramera que pueda ser asaltada en plena calle por un hombre armado de una metralleta, —aseguró—. Confío en la gente, en las masas populares de prácticamente cualquier país del mundo, pero quiero cerciorarme de que sea realmente el pueblo y no una pandilla de salteadores venidos de las montañas o del medio rural los que vienen a subvertir el orden impuesto por la autoridad constituida —en ocasiones dotada de parlamentos, gobiernos y estados muy

antiguos—, basándose en la convicción de que se hallan legitimados para recurrir a la violencia.»[179] En respuesta a uno de los discursos de Aneurin Bevan, que encabezaba en los Comunes al grupo de parlamentarios favorables a las tesis del Frente de Liberación Nacional Griego, Churchill dijo: «Me parece difícil faltar con mayor precisión a la verdad […]. No debe enfurecerle tanto que la Cámara se ría de él; al contrario, debería alegrarse de que todo quede en unas carcajadas»[180]. Y al referirse a Emanuel Shinwell, el primer ministro añadió: «No pienso contrariar a su señoría en las raras ocasiones en que la verdad se le cae accidentalmente de la boca»[181]. Ganó la votación de la moción de censura por 279 votos a 30. Al recibir a una delegación de políticos laboristas que quería discutir con él la situación de Grecia, Churchill les pidió que tomaran asiento en la Sala del Gabinete de Downing Street y le esperaran allí, mientras él subía a la planta superior para almorzar a solas y evitar así tener que estrecharle la mano a Bevan.

El 15 de diciembre, el rey concedió a Churchill la Orden de la Jarretera. «Se ha deshecho en pucheros», anota el monarca en su diario. Sin embargo, Churchill rechazó el honor debido a que todavía no se había ganado la guerra europea[182]. De hecho, este extremo quedaría ampliamente demostrado el 16 de diciembre, al ponerse en marcha la Ofensiva de las Ardenas, el contraataque que lanzó la 39.ª División alemana y que provocó la batalla del mismo nombre.

A las cinco y media de la tarde del día de Nochebuena, Churchill y Eden quedaron persuadidos de que debían volar a Atenas, aunque no sabían con seguridad lo que iban a encontrarse. No solicitaron luz verde al Gabinete de Guerra, y tampoco avisaron de su viaje a los estadounidenses, y Mary Churchill recuerda que su madre, «tan estoica, tan habituada a aceptar las más severas prioridades, se sintió profundamente disgustada y se echó a llorar»[183]. El primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores despegaron a la una de la madrugada del día de Navidad. Tras aterrizar en el aeropuerto de Atenas, pasaron por un punto de control que el Ejército Popular de Liberación Nacional de Grecia había venido machacando todas

las mañanas anteriores con fuego de mortero. Una vez en la capital griega, se alojaron en el *HMS Ajax*, anclado en el puerto del Pireo. El capitán le dijo que esperaba no tener que abrir fuego, pero que podría verse obligado a hacerlo si se revelaba necesario para apoyar al ejército. Churchill, al que «pareció encantarle la perspectiva, —le respondió—: Le ruego que recuerde, capitán, que la condición que me ha traído hasta aquí es la de una arrulladora paloma de la paz y que traigo en el pico un brote de muérdago, ¡pero líbreme Dios de convertirme en obstáculo de la necesidad militar!»[184].

En la reunión celebrada a bordo del *Ajax* con el fin de establecer un plan de acción, el contingente británico —entre cuyas personalidades destacan los nombres del general Scobie, el mariscal de campo Alexander, Harold Macmillan, el ministro Residente en el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas, y *sir* Reginald Leeper, el embajador británico en Grecia— se centró en estudiar la forma más adecuada de enfocar las conversaciones con el primer ministro monárquico Yorgos Papandréu, el arzobispo Damaskinos, propuesto como regente, y el general Nikolaos Plastiras, un republicano anticomunista. (El 26 de diciembre se invitaría a un grupo del Ejército Popular de Liberación Nacional de Grecia a asistir a otra reunión, pese a que en las calles se siguiera combatiendo contra ellos.) «Bien, caballeros, —dijo Churchill—, me parece que todo lo que podemos hacer es apostar por el general Culo-de-Yeso[185] y esperar que no tenga los pies de barro»[186].[187] Más tarde, Churchill calificará a Damaskinos, un corpulento clérigo de frondosa barba negra, de «intrigante prelado medieval» y «pestilente sacerdote de la Edad Media», pero estaba convencido de que era necesario permitir la intervención del arzobispo tanto para impedir que estallara una guerra civil en toda regla como para mantener a raya a los comunistas y preparar las elecciones democráticas. Los marineros que celebraban la Navidad a bordo del *Ajax* decidieron hacer una fiesta de disfraces, y tomaron como blanco de sus burlas al barbudo Damaskinos, que, enfundado en su túnica negra y tocado con su mitra, alcanzaba prácticamente los dos metros y quince centímetros de estatura. De hecho, las chanzas de la tripulación del barco estuvieron a punto de provocar un embarazoso incidente internacional[188].

La mañana del 26 de diciembre, al salir del alcázar del *Ajax*, Churchill alcanzó a ver la humareda provocada por la batalla que se estaba librando al oeste del puerto del Pireo, y escuchar también el estruendo de los obuses y el tableteo de las ametralladoras. Contempló también las evoluciones de los Beaufighters de la RAF, que disparaban contra un baluarte del Ejército Popular de Liberación Nacional situado en el costado de una de las colinas que rodean Atenas**[189]**. Poco después, ese mismo día, mientras Churchill dictaba unas cuartillas a Marian Holmes a bordo del *Ajax*, un obús que había impactado muy cerca zarandeó el buque. «¡Eh, los de allí! ¡Jodeos, que no nos habéis dado! ¡Vamos, intentadlo de nuevo!»**[190]** Mientras le llevaban a la orilla en una lancha, explotó otro obús, aún más próximo, y hubo que cambiar de amarre al barco, que fue trasladado a kilómetro y medio de distancia. Los responsables de estos dos sobresaltos manejaban una batería de morteros de trinchera**[191]**. Churchill se presentó en la embajada británica para agradecer al personal la ayuda prestada, y poco después, a las cuatro de la tarde, se dirigió al Ministerio de Asuntos Exteriores griego a fin de asistir a una reunión de todas las partes implicadas. Habían cortado la luz, así que la conferencia tuvo que celebrarse al resplandor de unas lámparas de queroseno.

Una vez iniciada la conferencia, se presentaron tres representantes del Ejército Popular de Liberación Nacional griego, a los que Colville califica de «bandidos andrajosos». Tras desnudarlos para comprobar que no llevaban ningún arma oculta, se les dio paso a la sala de reunión. La reacción espontánea de Churchill fue la de acercarse a estrecharles la mano, pero la «intervención física» de Alexander se lo impidió**[192]**. Pese a todo, acabaría haciéndolo más tarde, y aún le confesará a Clementine: «Desde luego, parecían formar parte de una cuadrilla mucho más sana que la de los ilegítimos de Lublin**[193]**»**[194]**. Los combatientes del Ejército Popular de Liberación Nacional griego rindieron tributo a Churchill, al que llamaron «nuestro gran aliado», aunque los británicos no pudieron oír todo lo que decían debido al rugido de los Beaufighters que sobrevolaban en ese momento el edificio del Ministerio de Exteriores heleno. Las reuniones se sucedieron a lo largo de todo ese día y del siguiente, aunque sin el menor signo de que pudiera llegarse a un acuerdo. Sin embargo, al final, Churchill

y Eden decidieron que lo mejor sería que Gran Bretaña dejara de apoyar al rey Jorge II y a Papandréu y respaldara en cambio a Damaskinos y a Plastiras. Esta resultaría ser la mejor forma de impedir que Grecia cayera en manos de los comunistas, al menos a corto plazo.

El 27 de diciembre, justo antes de comer, Churchill volvió a encontrarse sometido al fuego enemigo, ya que la ráfaga de una ametralladora de largo alcance vino a estrellarse contra un muro, nueve metros por encima de su cabeza. En el mismo incidente murió una mujer que caminaba en ese momento por la calle. (Más tarde, cuando Churchill intentara condecorar con la Orden del Imperio Británico al conjunto del personal femenino de la embajada de Atenas, Lascelles lo impediría con el argumento de que en Gran Bretaña todo el mundo estaba mostrando esa misma valentía.)[195] El 28 de diciembre, tras hacer todo lo humanamente posible, Churchill y Eden abandonaron Atenas para dirigirse a Nápoles. «Los odios que enfrentan a los griegos son terribles, —le escribe a Clementine—. Si se repara en el hecho de que uno de los bandos [el Ejército Popular de Liberación Nacional] conserva todas las armas que les dimos para luchar contra los alemanes, y que el otro, pese a ser muy superior en número, no tiene ninguna, es evidente que si nos retiráramos podría producirse una matanza espantosa.»[196] Al regresar a Londres, Churchill y Eden trataron de convencer al rey Jorge II de Grecia de que aceptara la regencia de Damaskinos, cosa a la que el monarca exiliado se negó tajantemente. Tras una «tormentosa» reunión que duró toda la noche, Churchill se levantó del asiento, sonriendo, puso una mano en el hombro del soberano, y le dijo: «*Sire*, no deberíamos hablarle como lo estamos haciendo. Permítame ofrecerle otro poco de *brandy*»[197]. Churchill colocó a Damaskinos en la regencia, en octubre de 1945 este se autodesignaba primer ministro, y en septiembre mandaba llamar al rey para que se trasladara al país.

«El período en el que mayor soledad sintió Churchill de toda la guerra fue el del episodio griego en su conjunto, —recuerda Ian Jacob—, y sin embargo, no arrojó la toalla en ningún momento»[198]. El hecho de que Gran Bretaña no abandonara Grecia, y de que, gracias al Pacto de los Porcentajes, los soviéticos no proporcionaran ayuda a los comunistas griegos, forzaría en último término la rendición del Ejército Popular de

Liberación Nacional, rubricada el 11 de enero, y permitiría que Grecia permaneciera en la senda democrática. «Lo que hoy ha quedado claro, —escribe Leslie Rowan un cuarto de siglo más tarde—, es que Grecia no habría conseguido ser un país libre de no haber sido por la valentía de Churchill y su comprensión de lo esencial»[199].

Churchill tendría que soportar una extraordinaria cantidad de insultos, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos por haber apoyado a monárquicos, clérigos y «reaccionarios», dejando en cambio a un lado a los seguidores del comunismo y a los «progresistas». H. G. Wells hizo caso omiso de las normas de camaradería del Other Club y denunció públicamente a Churchill, asegurando que era una suerte de «aspirante a *führer* de Gran Bretaña», una de las observaciones más estúpidas que jamás haya hecho este autor, por lo demás extremadamente inteligente[200]. El día de Año Nuevo de 1945, el *Times* arremetía contra la política griega del gobierno. Churchill redactó una carta demoledora con la intención de enviarla al periódico, pero, como tantas otras veces, al final decidió no echarla al correo. Un año después quedaría no obstante en condiciones de decirle a Clementine, citando el libro de Zacarías: «Todos los gabinetes de la Europa central, oriental y meridional se hallan sujetos al control soviético, con la única excepción del que tiene su sede en Atenas. “Ese tizón lo he sacado del fuego”»[201].[202]

En una referencia a la contraofensiva alemana de las Ardenas, que casi había llegado a orillas del Mosa, Churchill dijo que, puestos a elegir, «prefería que la tortuga mantuviera la cabeza fuera del caparazón, aunque diera la impresión de intentar morderle»[203]. En enero de 1945, Montgomery lanzó un contraataque en el norte que, junto con la heroica defensa estadounidense de Bastoña y la concreción de un nuevo avance por parte del general Patton, obligaría a los alemanes a replegarse una vez más al otro lado de la frontera antes de que acabara el mes. El coste de la batalla de las Ardenas fue elevadísimo: entre muertos y heridos, los estadounidenses encajaron más de sesenta mil bajas. Ese mes, los rusos tomaban Varsovia y se alzaban con el predominio en casi toda la Prusia

Oriental. Al mismo tiempo, el general MacArthur invadía la isla de Luzón, y el general William Slim cruzaba el río Irawadi en Birmania y liberaba Akyab (la actual Sittwe). Esta concatenación de circunstancias convenció a Churchill de que era necesario celebrar una nueva conferencia de los «Tres Grandes», ya que la última se había producido en el año 1943. Al señalar Roosevelt que solo podría dedicarle cinco o seis días al futuro encuentro, Churchill le dijo a Colville que se sentía «indignado. —Poco después le escribe al presidente estadounidense en los siguientes términos—: No veo que haya forma […] de materializar nuestras esperanzas sobre la Organización del Mundo en solo cinco o seis jornadas. Hasta el Todopoderoso necesitó siete»[204]. Dos días más tarde, reflexiona: «Podríamos muy bien hallarnos ante una conferencia desdichada, ya que se produce en un momento en el que no solo hay una gran división entre los grandes aliados, sino en el que la sombra de la guerra también parece alargarse ante nosotros. En el momento actual, creo que el final de la contienda podría revelarse más decepcionante que el de la anterior»[205]. Al hilo de estas consideraciones, Roosevelt le señalará a Joseph E. Davies, antiguo embajador de Estados Unidos en Moscú, que Churchill no solo se estaba «convirtiendo paulatinamente en un hombre de mediados de la época victoriana, sino que, en su paulatina regresión, estaba acabando por abismarse cada vez más en el modo de pensar del siglo pasado»[206]. Se trata de una afirmación incierta, pero desde luego Churchill estaba empezando a divagar en las reuniones del gabinete, cuya duración llegaba a prolongarse ahora por espacio de cuatro horas y media, para gran incomodidad de Eden, Attlee, Cadogan y algunos otros. Las cosas empeoraron tanto que Attlee, movido por razones de seguridad, le envió una carta muy directa a Churchill en la que criticaba sin ambages las «prolijas disquisiciones» a las que se entregaba «en el gabinete», con el agravante añadido de que muchas veces se estudiaban documentos que el primer ministro no se había leído, según quedaba patente en los debates. Attlee también se quejaba de que, muchas veces, los puntos de vista de Beaverbrook y Bracken se imponían a los criterios de los miembros del gabinete específicamente encargados de la cuestión tratada. Churchill se puso furioso, así que redactó, con interminables enmiendas, una respuesta

de tono sarcástico, pero al final se calmó y le envió una educada nota de acuse de recibo.

Como tantas otras veces, en el preciso instante en el que algunas personas empezaban a dar por amortizado a Churchill, él conseguía echar nuevamente mano de la experiencia oratoria de toda una vida para pronunciar un discurso magnífico en el que parecía tenerlo todo bajo control. Si el 15 de enero, Marian Holmes se veía reducida a enjuagar el *whisky* con soda de la dentadura postiza de Churchill después de que este derramara el vaso sobre la colcha, tres días después el primer ministro hipnotizaba a los parlamentarios de los Comunes durante dos horas con una de las alocuciones más largas de toda la guerra, pese a estar resfriado y tener la garganta irritada. En ese discurso dio una verdadera paliza a todos sus críticos, como Bevan y el diputado comunista Willie Gallacher. «Puede que todavía estemos lejos de la victoria militar y que tengamos la certeza de que habrá de revelarse muy costosa, pero ya no ofrece duda, —dijo—. Las fuerzas físicas y científicas que nuestros enemigos arrojaban sobre nosotros en los primeros años de la contienda han cambiado de bando, y hoy es ya indudable que la Comunidad Británica de Naciones, Estados Unidos y la Unión Soviética cuentan con el poderío necesario para hacer morder el polvo y reducir a cenizas el prodigioso empuje de las naciones beligerantes, aniquilando con ello las conspiraciones que nos han tenido atenazados.»[207] Sabedor de que Robert Barrington-Ward, un antiguo defensor de las políticas de apaciguamiento y director del *Times*, se hallaba en la tribuna de invitados de los Comunes, Churchill decidió que había llegado la hora de arremeter contra ese periódico hostil. «No existe precedente alguno, que yo sepa, y desde luego no en la experiencia bélica que me ha tocado vivir, de que jamás se haya abatido sobre el gobierno británico una lluvia de calumnias tan intensa como la que ha padecido el nuestro. Nunca se había visto en nuestro país que los más importantes órganos de la prensa denigraran de este modo las razones del ejecutivo», explicó. A continuación, se preguntó cómo era posible que los británicos se quejaran de los periódicos estadounidenses, «cuando hemos asistido en este país a la triste exhibición que han ofrecido tanto los más veteranos y responsables rotativos como otros medios de comunicación, cuyas cabeceras, visto lo

visto, difícilmente merecen ya que se les apliquen esos epítetos de encomio»[208]. Se produjo un sonoro y prolongado aplauso, una circunstancia que, según la historia oficial del *Times*, iba a provocar «la primera gran conmoción que Barrington-Ward estaba llamado a sufrir durante el período que pasó al frente del diario»[209].

«En esta guerra lo hemos sacrificado todo, —dijo Churchill—. Y vamos a salir de ella, de momento, con unas magulladuras y un empobrecimiento superiores al de cualquier otra potencia victoriosa. El Reino Unido y la Comunidad Británica de Naciones son la única fuerza imbatida que ha declarado la guerra a Alemania como consecuencia de un acto de libre determinación.»[210] Al tener en mente el respaldo de Estados Unidos, Churchill echó mano de una de las ideas centrales del discurso de Gettysburg, y dijo que lo que planeaba promover en Grecia era «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, instituido sobre la base de unas elecciones libres y universales, en las que el voto sea secreto y no exista intimidación alguna»[211]. Lo que venía a afirmar implícitamente era que, si el Departamento de Estado no se consideraba en condiciones de apoyar esta política, no estaba siendo fiel a los principios de la democracia estadounidense. Cuarenta y ocho horas más tarde, Churchill invitaba por la noche a todos los mecanógrafos, chóferes y criados del número 10 de Downing Street a ver una película de Bette Davis, Humphrey Bogart y Ronald Reagan titulada *Amarga victoria*. Evidentemente, Churchill no llegaría a saber que una de las estrellas del filme iba a intervenir decisivamente en la demolición de la tiranía soviética que él odiaba tanto como la nazi.

El 24 de enero de 1945, Churchill le dijo a Colville que en esa fecha se cumplía medio siglo de la desaparición de su padre. Colville se preguntó entonces cuál era el rasgo común que compartían lord Randolph, su hijo Winston y su nieto Randolph, y llegó a la conclusión de que era su innegable «capacidad de mostrarse total y absolutamente alejados de lo razonable»[212].

Capítulo 31

UNA VICTORIA CORONADA POR UNA DERROTA

Enero - julio de 1945

> Aquí ha de terminar la larga guerra y venir el reposo y la gloria tras el duro esfuerzo. Todo ha de ponerse en juego. Nada debe desdeñarse, y nada quedará oculto.
>
> Churchill, *Marlborough*[1].

> El pueblo inglés siempre ha apoyado a quienes considera que le han servido bien en épocas difíciles.
>
> Churchill a John Colville, diciembre de 1944[2].

El lunes 29 de enero de 1945, cuando apenas hacía una semana que se había conseguido ganar la batalla de las Ardenas, Churchill despegó del aeródromo de Northolt de la RAF en su C-54 Skymaster. Viajaba en compañía de Sarah, que volvía a actuar así como su edecán, para asistir a una breve conferencia (que respondía al nombre en clave de «*Cricket*») con Roosevelt en Malta, tras la cual ambos partirían en dirección a Yalta para la

crucial reunión de los «Tres Grandes» (cuyo código cifrado era el de «Conferencia Argonauta»). «Si pudiera cenar con Stalin una vez por semana no tendríamos el menor problema, —le había dicho Churchill a Colin Coote el año anterior—. Nos llevamos de maravilla.»[3] Al aterrizar a las cuatro y media de la madrugada del 30 de enero (con la importante ventaja de que ahora podían sobrevolar Francia, lo que disminuía de manera significativa la duración del trayecto), Churchill tenía más de 39 grados de fiebre, así que permaneció a bordo del avión, y no fue transferido al *HMS Orion* hasta seis horas después[4]. Entre la llegada a Malta y el momento del transbordo al buque inglés, Moran estuvo a punto de mandar llamar al hematólogo Lionel Whitby para solicitarle que abandonara Bristol y viniera a atender a Churchill. «El primer ministro nos ha dado a todos un buen susto», le escribe Martin a Colville[5].

Al día siguiente, Churchill estaba lo suficientemente restablecido como para mantener conversaciones de importancia con el mariscal de campo Alexander, el general Marshall, el almirante King, Harry Hopkins y Edward Stettinius, el secretario de estado norteamericano, aunque lo cierto es que se pasó en la cama buena parte de la Conferencia Críquet[6]. Hopkins, Eden, Harriman y Cadogan también asistieron a las entrevistas, y Churchill le comentará a Clementine que «todos los encuentros de la Conferencia se han celebrado en un clima de lo más amistoso y agradable»[7]. La verdad de esta afirmación también podía hacerse extensiva a las charlas que estaba manteniendo con Randolph, que había tomado un avión en Bari, donde todavía se hallaba convaleciente del accidente de avión que había sufrido en julio del año anterior[8].

El 1 de febrero, uno de los aeroplanos que se dirigía a la Conferencia se estrelló en Lampedusa, provocando la muerte del gran diplomático Peter Loxley; del edecán de Brooke, el comandante Barney Charlesworth; de uno de los miembros del equipo de la Sala de Mapas del capitán Pim, el teniente coronel Bill Newey; del médico de Eden; y de uno de los detectives del ministro de Asuntos Exteriores. Si John Martin no hubiera quitado a Churchill de la cabeza la idea de llevar un segundo secretario privado a la

Conferencia, Jock Colville también habría viajado a bordo del avión siniestrado. Aun descontando el hecho de que la *Luftwaffe* no operaba ya en el Mediterráneo, lo cierto es que aquellos vuelos de largo recorrido no carecían de riesgos. El avión era un modelo igual al que Churchill había utilizado para desplazarse al norte de África, a Italia, a Teherán y a Moscú.

El primer ministro había estado leyendo un libro de reciente publicación titulado *Verdict on India*, del antiguo pacifista y más tarde simpatizante de los nazis Beverley Nichols —un hombre que también había compartido estancia con Churchill, invitado al igual que él por su propietaria, en el Château de l'Horizon, en Golfe-Juan, cerca de Cannes, a mediados de los años treinta—. «Desde luego, la obra muestra al hindú en su verdad desnuda y denuncia el lamentable apuro al que nos hemos visto reducidos por haber perdido la fe en nuestra misión», le confía Churchill a Clementine.

> Esta lectura sobre la India me ha dejado deprimido, dado que me hace ver las horrendas tormentas que se agazapan en esa región […], unas tormentas que, por cierto, podrían superarnos. Los vínculos de Gran Bretaña con la India me han llenado durante un tiempo de un sentimiento de desesperanza, una preocupación que se ha agravado al pensar en lo que podría suceder si esos lazos se rompieran súbitamente. Entretanto, seguimos aferrándonos a este vasto imperio, del que nada conseguimos, y tenemos que soportar los insultos y las críticas del mundo, cada vez más numerosas, así como las de nuestro propio pueblo, sin olvidar el padecimiento añadido del creciente odio de la población india, que es víctima de una propaganda constante y letal a la que no podemos responder. No obstante, de estos sombríos humores ha brotado en mí la renovada determinación de continuar batallando cuanto me sea posible con la voluntad puesta en cerciorarme de que la bandera no se arríe mientras yo siga al timón. Coincido con las tesis del libro, y también con su conclusión: Pakistán[9].

Nichols argumentaba que solo la creación de un estado de mayoría musulmana en la región nororiental del subcontinente indio podría proteger los derechos de la minoría musulmana en caso de que los británicos acabaran por marcharse.

Roosevelt llegó a la ensenada de La Valeta el 2 de febrero, a bordo del crucero pesado *USS Quincy*. «El puerto era el marco perfecto para una escena ya de por sí espectacular: la del buque presidencial avanzando lentamente frente a nosotros para dirigirse a su muelle de atraque, —escribe John Martin. Y mientras la nave se deslizaba, prosigue—, con la guardia de

honor dispuesta en posición de firmes, la música de “La bandera tachonada de estrellas” flotaba sobre las aguas»[10]. Los marineros del *Quincy* y el *Orion* formaron una hilera compacta a lo largo de la barandilla y todo el mundo se presentó en cubierta. El presidente, sentado en el puente, saludó con la mano a Churchill, que le devolvió la cortesía con idéntico ademán, mientras los malteses se apelotonaban en los tejados del puerto. Sarah se fijó en que Sawyers no dejaba de inclinar el torso ni de agitar las manos en «airoso signo de agradecimiento», como si los vítores y aplausos fueran dirigidos a su persona —una actitud que contrastaba vivamente con la del resto de los presentes, que mantenía la posición de firmes.

«Mi amigo el presidente ha llegado lleno de energía y con la mejor disposición de ánimo», comenta Churchill con Clementine[11]. Esta afirmación es incierta e inexplicable, dado que prácticamente todos cuantos han dejado constancia de lo sucedido en la Conferencia, ya sea en sus memorias o en las notas relativas a los encuentros de Malta y Yalta, señalan que Roosevelt parecía sumamente enfermo. En marzo de 1944, se le había diagnosticado una insuficiencia coronaria asociada con hipertensión arterial, y ambas dolencias se habían agravado muchísimo en los once meses transcurridos desde entonces. El diplomático británico Gladwyn Jebb trasladará en realidad la impresión de muchos de los reunidos al recordar que «su aparición le había provocado una gran angustia, ya que, francamente, tenía un aspecto terrible»[12]. Poco después, ese mismo día, Sarah tendría que ocultar su conmoción al comprobar lo mucho que había cambiado Roosevelt desde la reunión de Teherán. «Resultaba evidente que era un hombre muy enfermo, —escribe—. Seguía conservando su luminoso encanto personal y su valeroso y extrovertido espíritu, pero su apariencia angustió sobremanera a mi padre, y de hecho a todo el mundo.»[13] Era inevitable que el desfalleciente corazón de Roosevelt —murió menos de diez semanas después— incidiera en el tono de la Conferencia. «Tanto mi padre como el conjunto de la delegación británica notaron una diferencia respecto a la antigua forma de entenderse de ambos líderes, que siempre se había revelado fluida pese a sus numerosas discrepancias», recuerda Sarah[14]. No obstante, esta situación no afectó a los debates sobre las cuestiones importantes, aunque no por razones positivas, ya que Churchill

se quejó a Hopkins de que Roosevelt y él no habían llegado a abordar nada de verdadera sustancia. El presidente de Estados Unidos no solo había llegado muy tarde, la víspera de la fecha en la que, según lo previsto, debían poner rumbo a Yalta, sino que mostró un interés muy escaso en enfocar de común acuerdo con los ingleses la inminente entrevista con Stalin.

El viaje de Malta a Yalta resultó agotador: siete horas de avión, seguidas de un trayecto en coche de la misma duración por una carretera de montaña, aunque también es verdad que se hizo una pausa a orillas del Mar Negro, donde el grupito de Churchill se sentó a una mesa, según recuerda Martin, «que no solo parecía estar a punto de venirse abajo, abrumada por el peso del caviar, sino que daba la impresión de querer remedar el chasquido de las ametralladoras con el constante taponazo de las botellas de champán»[15].[16] Durante el recorrido en coche, enfundado en el uniforme de coronel honorario del 4.º de húsares y tocado con un sombrero negro de piel y copa alta, Churchill se dedicó a recitar poemas por espacio de una hora, sobre todo el *Childe Harold* de Byron, aunque después echó una cabezadita de treinta minutos. Al llegar al palacio de Vorontsov, el alojamiento reservado para la delegación británica —cuya planta se inspiraba en los castillos de los barones escoceses—, el primer ministro se fue directo a la cama.

A los ingleses no les gustó nada la residencia, ya que no solo estaba plagada de chinches en las camas y de micrófonos en toda suerte de escondrijos, sino que se encontraba abarrotada y tenía unas cañerías verdaderamente rudimentarias. (Cuando los alemanes ocuparon Crimea, el edificio había sido el domicilio del mariscal de campo Erich von Manstein, pero después había sufrido graves daños.) En un momento dado, Sarah llegó a ver nada menos que a tres mariscales de campo haciendo cola para conseguir un cubo de agua. La región, envuelta en el omnipresente zumbido de moscas y mosquitos, consiguió que Churchill la calificara de «Costa Azul del Hades»[17]. No obstante, cuando Stalin le mandó llamar, en la tarde del 4 de febrero, nadie mencionó estos extremos. «Tiene más canas de lo que creía, —anota Valentine Lawford—, y al hablar no mira directamente a los ojos de su interlocutor»[18].

La Conferencia de Yalta fue sin duda la más numerosa de las celebradas en el curso de la guerra, ya que se acreditaron nada menos que setecientos

cincuenta participantes. Tuvo su sede en la sala de baile del palacio de Livadia, en el que se alojaban los estadounidenses, ya que contaba con los mejores accesos para la silla de ruedas de Roosevelt. La mansión había sido construida en 1911 para la familia Románov, asesinada por los bolcheviques en 1918. En su día, la primera planta había estado reservada para los cuartos de los niños, una circunstancia que hará decir a Lawford que en toda esa ala flotaba «una atmósfera de apesadumbrada melancolía»[19]. Las reuniones tuvieron lugar en torno a una amplia mesa redonda de color blanco instalada en lo que un día fuera la pista de baile[20]. Los temas que se debían tratar eran de una trascendencia impresionante: la aniquilación definitiva del nazismo; el papel de Rusia en la guerra contra el Japón (los dos países llevaban observando una paz incómoda desde el año 1939); la creación de una institución nueva —la «Organización de las Naciones Unidas»— destinada a contribuir al mantenimiento de la paz futura; el destino de Yugoslavia; la asunción de la responsabilidad de los asuntos griegos por parte de Gran Bretaña; las zonas de ocupación de Berlín; la suerte de los prisioneros de guerra que no tuvieran nacionalidad alemana; la integridad y la independencia de Polonia y otros países del este de Europa; el problema de los refugiados; y el perfil de las estructuras financieras de la posguerra.

La divulgada noción de que, en Yalta, Churchill y Roosevelt cayeron sin más en la larga serie de trampas que les tendió Stalin, se creyeron todas sus mentiras, y le permitieron conseguir ingenuamente todo cuanto quiso, es un mito. En el entorno de Roosevelt había funcionarios estadounidenses que trabajaban para los soviéticos —como Alger Hiss, del Departamento de Estado, y el secretario del Tesoro Harry Dexter White—, pero son pocos los datos que indican que su actividad incidiera de manera significativa en los acuerdos. Lo que sucedió en la Conferencia fue mucho más complejo y sutil, ya que todas las partes del pacto final quedaron imbricadas en una espesa red de implicaciones comunes. El hecho central que sobrevoló permanentemente los encuentros y lo condicionó todo fue el de que Stalin contara con un ejército de más de seis millones de hombres en la Europa del Este, lo que para entonces incluía ya la presencia de tropas rusas en todas las regiones de Polonia. Los aliados occidentales pensaban que, al terminar la lucha contra Alemania, necesitarían la colaboración de Rusia para poder

declararle la guerra al Japón, ya que en ese momento no tenían la seguridad de que fuera a revelarse verdaderamente operativa la bomba atómica —artefacto que, por razones obvias, no se mencionó.

Churchill y Roosevelt querían que los rusos se implicaran a fondo en las labores de las Naciones Unidas, que surgían con el objetivo de constituirse en una organización global capaz de hacer realidad la promesa de la Carta del Atlántico, en la que se había hablado de «establecer un sistema de seguridad general, amplio y permanente». Churchill promovió asimismo la idea de un Consejo de Seguridad en el que las grandes potencias pudieran ejercer el control último de las situaciones especiales. Stalin aceptó que Rusia fuera uno de los miembros fundadores de la nueva institución, cuyo primer secretario general fue el diplomático británico Gladwyn Jebb. Al plegarse Roosevelt a la exigencia rusa de que sus estados satélite de Ucrania y Bielorrusia contaran con una representación independiente (y por consiguiente voz y voto) en la prevista Asamblea General de las Naciones Unidas, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico dio muestras de «gran indignación», según señala el propio Jebb, pero no pudo hacerse nada por evitarlo[21]. Las acusaciones que pretendían indicar, como haría por ejemplo Lawford, que Roosevelt «chocheaba y se encontraba muy debilitado» estaban completamente fuera de lugar, ya que el presidente de Estados Unidos conservaba intacta, como siempre, la energía de sus facultades intelectuales. Lo único que estaba cediendo terreno era su pobre y maltrecho cuerpo, atormentado por los dolores[22].

Polonia ocuparía el orden del día nada menos que en siete de las ocho sesiones plenarias que se celebraron en Yalta. Sin embargo, tras constatarse que los rusos no estaban dispuestos a aceptar que el establecimiento de su frontera oriental con Polonia pasara por una solución que no fuese la de la Línea Curzon, Jebb reconoce la impotencia occidental: «Habría resultado muy difícil oponerse a la propuesta [soviética], aunque tuviésemos la capacidad de hacerlo»[23]. Churchill argumentó en favor de una reducción del volumen de tierras alemanas anexado al nuevo estado polaco con estas palabras: «Sería una gran pena cebar a la oca polaca con un exceso de comida alemana, ya que podría morir de indigestión». Sin embargo, los territorios situados al oeste de Alemania, pese a pertenecer tanto étnica

como históricamente al mundo germánico, acabaron integrándose en Polonia, definiéndose así una situación que todavía continúa vigente en la actualidad[24]. En 1950, el volumen de población alemana trasladado de esas regiones de tradición histórica germana a tierras situadas al otro lado de la nueva frontera de Alemania se situaba ya entre los doce y los catorce millones de almas, en lo que es el mayor movimiento demográfico de la moderna historia de Europa.

Otro de los problemas surgiría al hilo de una clara intención de los rusos: la de instalar a los polacos de Lublin en el gobierno de Varsovia. «No podemos regresar a Londres sin haber conseguido algún tipo de acuerdo que garantice a los polacos la celebración de unas elecciones libres y desprovistas de trabas», anota Lawford[25]. El 11 de febrero, Churchill y Roosevelt consiguieron convencer a Stalin de que firmara una Declaración sobre la Europa Liberada, en la que se prometía observar «el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno con la que desean regir sus vidas» y «la restauración de los derechos soberanos y el autogobierno de aquellas sociedades que se han visto privadas de ellos por la fuerza de las naciones agresoras». Por su parte, los «Tres Grandes» se obligaban a «contribuir de forma colegiada» a la celebración de unas «elecciones libres» basadas en el sufragio universal y el secreto del voto[26]. Gran Bretaña no se comprometió a aceptar ninguna frontera específica en el oeste de Polonia y declaró que solo reconocería la legitimidad de un nuevo gobierno polaco en caso de que quedara satisfecha con su composición.

A Eden le disgustó mucho el hecho de que en Yalta no se estableciera ningún plan de acción anglo-estadounidense, y se quejó a Lawford diciéndole que «consideraba que Winston (y también Roosevelt, por desgracia) se estaba deshaciendo en pura palabrería, sin tener la menor idea de lo que hemos venido a debatir aquí». Sin embargo, el gran número de acuerdos que lograron tanto Churchill como Roosevelt en el transcurso de esa semana desmienten este parecer[27]. Es más, en la época de la Conferencia se pensaba que la guerra con Alemania podía prolongarse hasta el otoño de 1945, y que, una vez obtenida la victoria en Europa, el conflicto con el Japón permanecería activo durante un mínimo de dieciocho meses más, con lo que el choque del Pacífico tenía posibilidades de extenderse

hasta la primavera de 1947[28]. Fue por tanto un gran logro que Churchill y Roosevelt consiguieran que Stalin prometiera que, tras la rendición alemana, la URSS habría de declararle la guerra al Japón tan pronto como le resultara posible. También se acordó que, si permitía a Francia aparecer como una potencia victoriosa en lugar de como un país derrotado —según estaba pidiendo De Gaulle—, la zona de ocupación que se le asignara en Alemania debería restarse a los territorios atribuidos a Gran Bretaña y Estados Unidos, no a la porción de Rusia.

Churchill prometió continuar con los bombardeos de saturación de Alemania, que seguía disparando cohetes V2 sobre Gran Bretaña. El 5 de febrero, el Estado Mayor ruso solicitó que se efectuara una incursión de bombardeo sobre la ciudad alemana de Dresde, un nudo ferroviario clave, a fin de impedir que el *führer* pudiera transferir al Frente Oriental parte de las tropas de la *Wehrmacht* que se hallaban en el Frente Occidental. En consecuencia, ocho días después, la ciudad de Dresde fue prácticamente borrada del mapa en un ataque de la RAF que Attlee había organizado desde Londres. El área de clasificación de la estación ferroviaria de la urbe era un objetivo bélico legítimo, pero el incompetente *Gauleiter*, o «líder de zona», local no había previsto la construcción de refugios, salvo para una exigua minoría de la población, con lo que en el ataque fallecieron unos veintiocho mil civiles, aproximadamente. En cualquier caso, lo cierto es que, en esa época, este tipo de incursiones no se consideraban particularmente insólitas, aunque también es verdad que Churchill nunca le mencionó el suceso a Colville, quien, casi con toda seguridad, habría hecho saber a todo el mundo que la acción se salía realmente de lo común.

No obstante, además de la *Realpolitik* y de planteamientos idealistas, en Yalta se tomaron decisiones de carácter letal. El 10 de febrero se abordó la cuestión del destino que iba a darse a las decenas de miles de rusos, muchos de ellos cosacos, que habían combatido en el bando hitleriano pero que habían terminado por rendirse, o estaban a punto de hacerlo, al general Alexander. Los británicos no querían mantenerles prisioneros, ya que no solo temían no disponer de medios para alimentarlos, sino que también pensaban que su presencia podría entorpecer la capacidad de maniobra del ejército en caso de que las relaciones con los partisanos de Tito acabaran

por agriarse. Churchill le preguntó a Stalin qué quería hacer con ellos, y el líder ruso le contestó que «tenía la esperanza de que fuesen enviados a Rusia lo más rápidamente posible […]. El gobierno soviético los considera a todos ciudadanos nacionales […]. Y a su regreso a la URSS podremos ocuparnos de aquellos que hayan aceptado pelear en el bando nazi»[29]. Churchill dijo que los británicos «estaban deseando proceder a la repatriación de esos prisioneros». Poco después, ese mismo día, Eden y Mólotov firmaban un Acuerdo sobre Prisioneros de Guerra que hacía efectivo ese deseo. Pese a que Eden, Macmillan y Alexander fuesen los que más se implicaron en su puesta en práctica, es innegable que la responsabilidad última recae sobre los hombros de Churchill, y que constituye un nuevo ejemplo de su ocasional crueldad, ya que la suerte última de esos prisioneros debía de ofrecerle realmente muy pocas dudas.

Entre el 18 de mayo y el 2 de junio de 1945, los miembros de la 1.ª Brigada de Guardias de Su Majestad, integrada en el V Cuerpo de Ejército británico que había ocupado la provincia meridional austríaca de Carintia, procedieron a entregar al Ejército Rojo a unos cuarenta mil cosacos antisoviéticos, muchos de los cuales no solo no eran ciudadanos soviéticos, sino que no lo habían sido nunca. De manera similar, aunque en este caso no mediara la obligación de ningún tratado, otros treinta mil yugoslavos que habían combatido contra el mariscal Tito fueron igualmente puestos en manos del líder balcánico. La mayor parte de estos cosacos y yugoslavos fueron liquidados nada más llegar a su destino, y el resto fueron a parar a la cárcel y sufrieron castigos despiadados durante años. Según sugiere un historiador encargado del estudio de la culpabilidad británica en estos acontecimientos, a los ojos de los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores que intervinieron en ambas operaciones, «el destino de los rusos a los que forzaban a regresar era un desdichado e inconfesable sacrificio orientado a propiciar el objetivo general»[30]. Por desgracia, ese objetivo general —el mantenimiento de unas buenas relaciones con los soviéticos— tampoco se consiguió, y si tenemos en cuenta los planteamientos ideológicos y las paranoias políticas de Stalin es muy probable que se tratara de una meta llamada a revelarse inalcanzable, fueran cuales fuesen las circunstancias. No puede decirse que Churchill tuviera

aquí su mejor hora, aunque en aquel momento lo conseguido en Yalta se juzgó, como habrá de confirmarle Clementine, «un resultado maravilloso, igual al de una importante victoria militar, o a una larga campaña de triunfos»[31].

«Hemos cubierto una amplia faja de terreno, —le responde Winston a su esposa—, y estoy realmente contento con las decisiones que hemos tomado»[32]. Se había acordado la creación de una Comisión de Reparaciones Bélicas, y Churchill abrigaba la esperanza de que sus integrantes hubieran aprendido la lección de la Gran Guerra y se decidieran a señalar una cifra de víctimas no demasiado elevada, ya que, como le diría a Roosevelt, «si quieres que tu caballo tire del carro, tienes que darle un poco de heno»[33]. Grecia solo aparece mencionada en una ocasión, y aun así a cuenta de que Stalin resalta en la conversación que «no quiere inmiscuirse» en los asuntos de ese país, a lo que Churchill le contesta que «se lo agradece muy profundamente»[34]. También se llegó a un acuerdo sobre Yugoslavia, a raíz del cual Stalin prometerá utilizar su influencia con Tito a fin de conseguir la celebración de unas elecciones libres y la participación en ellas de todos los partidos políticos anteriores al estallido de la contienda. Churchill le declaró que tenía la seguridad de poder «confiar en la buena voluntad del mariscal Stalin», y este le replicó diciendo que él era un hombre «que, si hacía una afirmación, la llevaba siempre a efecto»[35].

El 7 de febrero a última hora, cuando Sarah fue a darle las buenas noches a su padre, Churchill le confesó: «No creo que haya habido un momento de mayor o más extensa agonía en la historia del mundo. Al ponerse hoy el sol, la sombra que cubre la tierra lo hace sobre el mayor sufrimiento que haya conocido la humanidad»[36]. Yalta no iba a disminuir significativamente ese dolor, pero nadie habría de percibir entonces ese extremo. Incluso una persona de carácter tan cínico como Valentine Lawford, que había llegado a escribir (en alusión a lo sucedido la noche en que Roosevelt y Stalin acudieron a cenar con los británicos en el palacio de Vorontsov) que «Winston, evidentemente, está siempre dispuesto a verter lágrimas de *brandy* en agradecimiento a todos los gestos de su gran compadre, que él interpreta como amistosos, —se verá obligado a añadir—:

Aunque también es posible que estemos empezando a establecer realmente unas mejores relaciones con los rusos»[37]. Pero no iba a poder ser. «Pronto habrían de revelarse falsas nuestras esperanzadas suposiciones, —admitirá Churchill una década más tarde en sus memorias de guerra—. Pese a todo, esa era la única actitud posible en ese momento», concluye[38]. El ejército ruso llevaba tres semanas en Varsovia y ahora había llegado a orillas del río Óder. Si Stalin se encontró en Yalta en condiciones de hacer todas esas vacuas promesas se debió en todos los casos a la pétrea e incontrovertible solidez de esta realidad.

Los «Tres Grandes» habían arreglado el mundo en ocho jornadas. Sin embargo, a las cuatro y media de la tarde del undécimo día, Churchill decidió súbitamente, sin dar ninguna razón en particular, que quería viajar inmediatamente hasta Sebastopol (cuya ortografía rusa e inglesa, idiomas que escriben con «v» el nombre de la ciudad, él insistiría en contrariar), pese a que la visita estuviera programada para el día siguiente. Dio únicamente una hora para embalarlo todo y salir a toda prisa a los secretarios y miembros del personal auxiliar adjuntos a su cargo, lo que provocó una gran consternación. Sawyers, del que no se habían tenido noticias desde que fuera visto «bailando un minué en el pasillo con una de las criadas rusas a altas horas de la madrugada», se dejó caer sobre un baúl, hundida «entre las manos, la cabeza de curiosos tonos rosáceos, —y se puso a sollozar—: ¡No puede hacerme esto! ¡No puede hacerme esto…!»[39]. Churchill dedicó tres noches al trabajo en Sebastopol, confortablemente instalado a bordo del transatlántico *Franconia*, de la naviera Cunard. En el trayecto hasta la ciudad, Churchill aprovechó para visitar el escenario de la batalla de Balaclava, en la que había cargado en 1854 el 4.º de húsares, integrado para la ocasión en la brigada ligera. Churchill trató de hablar con algunos lugareños, pero acabó señalando que, «o bien creían que la victoria se había decantado del lado de los rusos, o bien ni siquiera habían oído hablar del lance»[40]. Una vez a bordo del *Franconia*, Sarah le preguntó si estaba cansado. «Pues por extraño que parezca, no, —contestó él—. Pero sí es cierto que he sentido más que nunca el peso de la responsabilidad y que mi corazón está lleno de angustia.»[41]

El 14 de febrero, Churchill partió de Sebastopol después de desayunar y efectuó un trayecto de tres horas y media en coche hasta el aeródromo de Saky, donde tomó un avión para Atenas con el que sobrevoló, relata, «un territorio desolado, cubierto de nieve y de escenas de guerra». De entre esas imágenes destaca, por ejemplo, la de un tren despanzurrado que colgaba de un terraplén, en el hueco abierto por una bomba que había destruido el puente por el que debería haber pasado[42]. Tras volar por encima de los Dardanelos, alguien le señaló la tumba de su amigo Rupert Brooke —una manchita blanca en la cima de una colina de la isla de Esciros—. Al aterrizar, el grupito del primer ministro visitó la Acrópolis, que esa tarde, para honrar su presencia, encendió toda su iluminación, por primera vez desde la ocupación alemana.

Churchill se trasladó en un coche descubierto en compañía del regente, el arzobispo Damaskinos[43], hasta la plaza de la Constitución[44], donde los dos mandatarios pronunciaron sendos discursos, breves e improvisados. Valiéndose de unos amplificadores, su voz llegó, según las estimaciones, a una multitud integrada por unas cuarenta o cincuenta mil personas, suscitando un tremendo entusiasmo y largas y repetidas salvas de aplausos[45]. «Jamás había visto un gentío tan apiñado, —le dirá más tarde a los miembros del gabinete—. Si Aneurin Bevan me disputara ahora unas elecciones parciales, es obvio que mi contrincante no tendría nada que hacer.»[46]

Al día siguiente, Churchill voló a Alejandría y embarcó a bordo del USS Quincy para almorzar con el presidente Roosevelt. «Le he visto con un aspecto tan plácido como frágil. He tenido la sensación de que le une a la vida un hilo muy tenue, —escribirá más tarde—. Nos hemos despedido con el máximo afecto.»[47] El primer ministro sospechaba, con razón, que iba a ser la última vez que se vieran. A continuación tomó un avión para El Cairo, la cuarta ciudad que visitaba en veintiocho horas, y a pesar de que Randolph observara una conducta, por emplear las palabras de Lampson, «que suponía un deliberado y frustrante contrapunto del tino de su padre», las ocurrencias de Churchill «resultaban en muchos casos indescriptiblemente acertadas y reveladoras de unos rapidísimos reflejos:

me sorprende más que nunca su capacidad de convertirse en una auténtica turbina humana»[48].

Churchill pasó los dos días siguientes en las inmediaciones de las pirámides, y después se trasladó al oasis de Faium para reunirse con el emperador Haile Selassie, el rey Faruq I de Egipto, el presidente Shukri al-Kuwatli de Siria y el rey Ibn Saúd de Arabia Saudí[49]. Entre los miembros del inmenso séquito de Ibn Saúd figuraban un astrólogo, un catador de alimentos, un servidor en jefe del café ceremonial, y «un abigarrado grupo de esclavos, cocineros, porteadores y pinches»[50]. Los saudíes habían llegado de Yeda en un destructor británico y se habían traído consigo un rebaño de ovejas que habían degollado y comido en la cubierta de la nave. Churchill dice que Ibn Saúd era «un hombre de espléndido porte […], que hace constante alarde de su virilidad y de la gran frecuencia con la que visita su harén: debe de tener un fichero para llevar la contabilidad…»[51]. El rey animó vivamente a Churchill a beber agua de La Meca. Pese a que, en general, el primer ministro no fuese demasiado proclive a beber agua por iniciativa propia, dirá más tarde el propio Churchill, «tampoco me opongo a probarla, y menos tratándose de una ocasión de tal envergadura». Al informarle el chambelán del rey de que estaba prohibido fumar y beber en presencia del monarca, debido a las estipulaciones del Corán, Churchill le contestó: «Mi religión prescribe en cambio, como ritual absolutamente sagrado, el disfrute de los cigarros puros y del alcohol, antes, después, y, si es necesario, durante todas las comidas y los intervalos que las separan»[52]. Todo cuanto señalará Churchill al comentar la respuesta del gentilhombre de cámara de Ibn Saúd será un lacónico: «Rendición total»[53].

Pero no hubo el menor atisbo de rendición cuando Churchill le pidió a Ibn Saúd que le ayudara a promover «un acuerdo definitivo y duradero entre los judíos y los árabes» mediante la instauración de una Federación del Oriente Próximo, que el monarca encabezaría, y en la que quedaría integrada la Palestina judía, aunque provista de autogobierno. El rey rechazó de plano la idea. Durante el trayecto de regreso en coche, Churchill insistió en detener el vehículo para examinar con todo cuidado los camellos de su guardia de honor. «Se acordaba de todas las características de esos animales, y se sintió transportado a los tiempos de la guerra del Nilo», anota

Lampson[54]. En la cena, Churchill pasó revista a los presentes que le había entregado el rey. Entre las dádivas había anillos de diamantes, una espada y una daga cubiertas de piedras preciosas, exóticas sustancias aromáticas y un cofre repleto de magníficas túnicas, todo ello valorado en más de tres mil quinientas libras esterlinas (más de ciento veinte mil de las actuales) —aunque Churchill hubo de entregar el lote entero al Tesoro—. Para poder actuar a la recíproca, Churchill había conseguido convencer a la Hacienda británica de que le obsequiara con perfumes por valor de cien libras. Tras descubrir los regalos, Lampson ayudó a Churchill a ponerse los ricos ropajes, la espada, los anillos, el tocado y la daga, para gran diversión del primer ministro. Todo aquello «le daba un aspecto imponente», recuerda Lampson —pero lo trágico es que no se hiciera ninguna fotografía[55].

El 19 de febrero, Churchill aterrizaba en las pistas de la base de la RAF de Lyneham, en Wiltshire, tras dieciocho horas de vuelo. «Está maravillosamente bien», le dirá Clementine a Mary[56]. El gabinete en pleno le aguardaba en el vestíbulo del número 10 de Downing Street, deseoso de darle la bienvenida. Poco después, los miembros del ejecutivo le seguían hasta la Sala del Gabinete de su residencia oficial para escuchar el relato de su último periplo. «Debo decir que hemos disfrutado muchísimo de todo, —dirá más tarde Churchill como resumen del viaje—. He traído unos cuantos peces de colores de Moscú para echarlos en mi estanque, y también hemos luchado fieramente contra las sabandijas.»[57] Pese a esta última victoria, Churchill mandó fumigar sus ropas, ya que sospechaba que podían haberse traído de Yalta unos cuantos «inquilinos indeseados»[58]. Al día siguiente, los parlamentarios de los Comunes le recibían con un gran aplauso. Un pequeño grupo de conservadores, entre los que se encontraba lord Dunglass, se opuso al Acuerdo de Yalta debido a que no garantizaba ni la independencia ni la integridad de Polonia —aunque ninguno de ellos explicó de qué modo habrían podido conseguirse ambos objetivos en la Conferencia—. Más tarde, Churchill permitió que *lady* Diana Cooper y Venetia Montagu se probaran los espléndidos ropajes que le había dado Ibn Saúd, circunstancia que dio ocasión a «*lady* Diana de adoptar, vestida de púrpura, una espectacular pose»[59].

«La posibilidad de que Rusia pueda revolverse un día contra nosotros, —señalará Colville ese fin de semana en Chequers—, ha dejado bastante deprimido al primer ministro, que ha añadido que si Chamberlain había confiado en Hitler, ahora él estaba dando credibilidad a Stalin (aunque también cree que las circunstancias son distintas)»[60]. Edward Bridges y Arthur Harris, conocido como «Bombardero Harris», también se encontraban en la residencia campestre del primer ministro. Antes de la cena, al preguntarle Colville a Harris cuáles habían sido los efectos de la incursión aérea realizada en Dresde, el jefe del Mando de Bombardeo le replicó: «¿Dresde? No existe ninguna ciudad con ese nombre»[61]. Una vez que se consiga la victoria y que Alemania haya sido aniquilada, se dijo meditativamente Churchill, «¿qué podrá interponerse entre la blanca nieve de Rusia y los blancos acantilados de Dover?»[62]. Puede que los rusos no quieran «llegar hasta el Atlántico o que surja algo capaz de detenerlos, como frenó en su día el accidente de la muerte de Gengis Kan a la arquería montada de los mongoles, que se retiraron para no regresar jamás. —Al preguntar Harris si los rusos se proponían dominar Europa, Churchill le contestó—: ¿Quién sabe? Quizá no. Pero ese temor inconfesado habita en el corazón de muchos»[63]. Esa misma tarde, mientras escuchaba en el gramófono la ópera cómica de *El Mikado* en el salón principal de Chequers, Churchill dijo que aquella música le retrotraía a la época victoriana, que estaba llamada, según aseguró, «a figurar en la historia de nuestra isla con rango idéntico al de la era antonina» (el largo período de paz y estabilidad que se vivió en la antigua Roma entre los años 96 y 180 a. C., aproximadamente).

Al presentarse ante el rey para informarle sobre los resultados de su viaje, Churchill seguía manteniendo ese mismo estado de ánimo. «¿Debe confiarse en la palabra de Stalin?, —se pregunta el rey en su diario tras mantener un almuerzo con el primer ministro—. Es algo que tendrá que comprobarse, pero es preciso intentarlo.»[64] En esos mismos días, Churchill le dirá a Hugh Dalton: «El pobre Neville Chamberlain creyó poder fiarse de Hitler y se equivocó. Sin embargo, no creo estar confundiéndome con Stalin»[65]. Sin embargo, es evidente que sospechaba que podía llevarse un chasco y que se mantenía alerta por si acaso los rusos

se desdecían de las promesas que habían prodigado en Yalta, cosa que no tardaría en producirse. La larga trayectoria anticomunista de Churchill le animaba a mantenerse en guardia y a comprender que la confianza debía ir acompañada de la pertinente verificación. La pura y simple verdad es que, en Yalta, Stalin mintió a Churchill y a Roosevelt, tanto en relación con la independencia de Polonia, como respecto a la celebración de unas elecciones libres en la Europa del Este o la influencia que se disponía a ejercer en la órbita soviética al término de la contienda. Por más recelos que pudieran asaltarles en el momento de la reunión, ninguno de los dos líderes occidentales tenía forma de saber con seguridad si el dirigente ruso estaba o no dispuesto a cumplir con su palabra, y aun en el caso de que hubiesen tenido la certeza de que se les iba a engañar, lo cierto es que no habrían podido hacer prácticamente nada para evitarlo. No obstante, la comprensión final de que Stalin le había embaucado, solo conseguirá intensificar aún más la cólera que se apoderará de Churchill un año después, al denunciar a los soviéticos.

Sin embargo, en público, Churchill asegurará fiarse de los rusos. «La impresión que me he llevado, tanto en Crimea como en el resto de mis contactos» con los soviéticos, dirá el 27 de febrero en una Cámara de los Comunes repleta hasta los topes, «es que el mariscal Stalin y las autoridades de su país desean establecer una relación de amistad honrosa e igualitaria con las democracias occidentales. También tengo la sensación de que se atienen a su palabra. No conozco un solo gobierno que cumpla sus obligaciones […] con mayor rigor que el que rige los destinos de la Rusia soviética. Me niego en redondo a embarcarme aquí en un debate sobre la buena fe de los rusos. Resulta perfectamente evidente que estas cuestiones inciden de lleno en el futuro del globo»[66]. Pese a todo, Churchill tomó independientemente la iniciativa de ofrecer la ciudadanía británica a todos los polacos que no desearan regresar a su patria. Al exponerles la situación a Harold Nicolson y a lord De La Warr, Churchill les dirá que las tropas rusas «han tomado posiciones en Polonia, y ni siquiera la imponente majestad del imperio británico conseguiría inducirlas a abandonar la plaza»[67]. El primer ministro creía asimismo que el hecho de que Stalin hubiera evitado respaldar el levantamiento griego concedía credibilidad a

sus promesas sobre Polonia. Al día siguiente, veinticinco parlamentarios, principalmente conservadores, votaban contra el gobierno en el debate sobre el Acuerdo de Yalta, y unos cuantos diputados más se abstuvieron, pero 396 votaron a favor.

Entre el 2 y el 6 de marzo, Churchill hizo un recorrido por el Frente Occidental que le llevó a entrar incluso en Alemania y le permitió visitar el cuartel general de Montgomery. No obstante, aún lejos de su despacho, siguió dando trámite a los documentos de su valija ministerial. «No reducir en ningún caso la cebada destinada a la producción de *whisky*, —le pide al ministro de Agricultura—. Esta bebida tarda años en madurar, constituye una exportación inestimable y es una gran fuente de ingresos en dólares […]. No preservar este característico elemento de la cultura británica sería una gran falta de visión.»[68] Al llegar a la Línea Sigfrido, las fortificaciones defensivas alemanas, también conocidas con el nombre de «Muro del Oeste», Churchill mandó detener la columna de más de veinte coches y *jeeps* que le acompañaba, se apeó del vehículo en el que viajaba, y le dijo a los fotógrafos de la prensa. «Esta es una de las operaciones que, pese a guardar relación con esta terrible guerra, no han de reproducirse gráficamente.»[69] Dicho esto, dio media vuelta y se puso a orinar en las defensas de las tropas hitlerianas. «¡Jamás olvidaré la infantil sonrisa de intensa satisfacción que le iluminó el rostro al inclinar la cabeza en tan crítico momento!, —escribe Brooke. Fue también durante esa gira cuando Churchill escribió con tiza las palabras—: Para Hitler, con mis peores deseos» sobre un obús que acto seguido fue cargado en un mortero para que Churchill lo disparara activando personalmente el mecanismo de tiro[70]. Un día después de que Churchill regresara a Londres, tras haber visitado el cuartel general de Eisenhower en Reims, los estadounidenses lograban superar el Rin en Remagen.

Entre el 23 y el 26 de marzo, Churchill volvió a pasarse por el frente, en esta ocasión para asistir al desarrollo de la Operación Saqueo (*Operation Plunder*), mediante la cual Montgomery cruzó también el Rin en las cercanías de Wesel. Al regresar Colville al cuartel general táctico de Montgomery con la guerrera cubierta de sangre, dado que un obús de 88 milímetros había explotado a menos de diez metros del *jeep* en el que se

encontraba y seccionado una arteria del conductor, Montgomery le criticó por haberse acercado demasiado al escenario de los combates, pero Churchill le aseguró: «Me das envidia. Has conseguido lo que a mí me ha sido imposible. Mañana no habrá nada que pueda detenerme. —Finalmente se despidió de su secretario privado con una exclamación casi poética—: Ya puedes dormir a pierna suelta; hoy has estado a punto de caer en al más profundo de los sueños…»[71].

El 25 de marzo, dos días después de que lo hubieran hecho los ejércitos aliados, Churchill atravesaba a su vez el Rin en una lancha de desembarco por la zona de Büderich (situada a nueve kilómetros al norte del cuartel general de Eisenhower en Rheinberg), en la que el río tiene una anchura de más de trescientos cincuenta metros. «El primer ministro ha ido a reunirse con Montgomery para estar presente cuando comiencen las operaciones, —anota el rey—. Últimamente está muy inquieto, y no puede soportar que se le mantenga al margen de la acción.»[72] «Fue un alivio saber que Winston había vuelto a casa sano y salvo, —recuerda Brooke—. Yo sabía que él deseaba con todas sus fuerzas poder situarse en las posiciones más expuestas al peligro. Creo sinceramente que lo que realmente le habría gustado habría sido morir en el frente en este momento de gran éxito personal. Muchas veces me ha dicho que la mejor forma de morir es en combate, cuando la sangre hierve y el cuerpo no siente nada.»[73] Parte de la admiración que Churchill sentía por Nelson se debía al hecho de su gloriosa muerte, sobrevenida en el preciso instante de la victoria. Al decirle su prima Anita Leslie que su insistencia en permanecer en la parte de la orilla más acribillada por el fuego de mortero, a fin de poder «ver mejor» lo que sucedía, había puesto frenéticos a los miembros de su Estado Mayor, «que temían que le ocurriera algo, —Churchill se limitó a contestarle con una sonrisa—: Bueno, ya soy un hombre mayor y he trabajado con mucho ahínco. ¿Por qué iba a privarme de un poquito de diversión?»[74].

Churchill le dijo a Colville que le había parecido observar un gesto «muy crispado» en el rostro de los alemanes que había tenido ocasión de ver, y que eso le «había conmovido y disgustado» a un tiempo[75]. Tras haber dedicado casi seis años a bombardear, aplastar y matar de hambre a esas mismas personas, se podría pensar que se estaba mostrando hipócrita,

pero lo cierto es que la compasión por los más débiles fue siempre uno de los instintos dominantes de su naturaleza. Si los rusos estaban efectivamente tan decididos a convertirse en la fuerza hegemónica de Europa como le había sugerido Harris en Chequers, Churchill pensaba que iba a ser necesario poner en marcha una Alemania libre de nazismo, y no solo con la mayor rapidez posible, sino evitando al mismo tiempo la desmembración del país y toda tentación de hacerlo regresar al sistema pastoril. Como siempre, la magnanimidad en la victoria le parecía una postura doblemente sensata, dado que lo era desde el punto de vista estratégico, pero también desde una perspectiva humanitaria. «Ha llegado el momento de revisar la cuestión del bombardeo de las ciudades alemanas, que hasta ahora hemos efectuado con el simple objetivo de infundir terror a la población, aunque públicamente hayamos recurrido a otros pretextos», le dirá Churchill a Ismay en un documento fechado a finales de marzo, tras haberse escuchado protestas en el parlamento y en la prensa liberal a causa del ataque a Dresde. «De lo contrario acabaremos tomando el control de un territorio totalmente arrasado […]. La destrucción de Dresde sigue haciendo gravitar un serio signo de interrogación sobre el sesgo de los bombardeos aliados.»[76] Tanto la Iglesia de Inglaterra como la Cámara de los Lores criticaron duramente las políticas de bombardeo del gobierno, responsables de la incursión de Dresde, y, por otra parte, el documento en el que Churchill sugiere la revisión de esas medidas provocó tal polémica en el Ministerio del Aire que fue preciso retirarlo y suavizar su contenido, eliminando entre otras cosas todas las referencias a Dresde.

El 27 de marzo, recordado por ser el que marcó el impacto del último cohete V2 en Londres, Churchill despedía a Clementine, que en su cargo de presidenta del Fondo de Ayuda de la Cruz Roja para Rusia debía emprender un largo viaje a ese país. Ese mismo día se informaba a Churchill de que el Ejército Rojo había arrestado, cerca de Varsovia, a catorce líderes polacos que representaban a un conjunto de partidos de ideología no comunista —entre los que se encontraba el heroico general Kazimierz Okulicki, uno de los antiguos comandantes del Ejército Territorial de esa ciudad—, pese a habérseles entregado por escrito la garantía de un salvoconducto. Tras varias semanas de silencio, se supo al fin que iban a ser llevados a juicio en

Moscú[77]. Este fue sin duda el momento en el que Churchill se vio obligado a reconocer que Stalin se había limitado simplemente a mentirle en Yalta, y que era además muy posible que se produjera una ruptura con Rusia tras la rendición alemana. Al mencionar este episodio en sus memorias, Churchill lo calificará de «siniestro»[78]. El 5 de mayo, Stalin proclamaba: «La actitud [de Churchill] excluye toda posibilidad de una solución negociada a la cuestión polaca». Al día siguiente, el primer ministro británico escribía a Washington para señalar urgentemente a los estadounidenses: «Hemos de mantener con firmeza la posición existente, que es la que han obtenido, o están obteniendo, nuestros ejércitos en Yugoslavia, en Austria, en Checoslovaquia, en el frente central de Estados Unidos, y en la vanguardia británica que llega hasta Lübeck y que incluye a Dinamarca […]. Tengo la sensación de que debemos considerar con la mayor seriedad la actitud que hemos de mantener en relación con los soviéticos y mostrarles que es mucho lo que podemos ofrecer o denegar»[79]. Los estadounidenses no estaban dispuestos a sumarse a la dura posición que Churchill estaba manteniendo en el caso de los catorce polacos detenidos, once de los cuales habían sido sentenciados a penas de prisión que iban de los cuatro meses en la resolución más leve a diez años en la más grave.

Esto es lo que el rey señala tras conversar con Churchill a mediados de marzo: «Winston me ha dicho que va a tener que pisar menos el acelerador en el tema de Polonia, por la doble razón de que no está consiguiendo que los norteamericanos acepten seguirle el ritmo y de que no puede prometerles nada a los polacos si no cuenta con el respaldo de Estados Unidos»[80]. Y dado que Roosevelt se hallaba a las puertas de la muerte, no podía contarse con ese apoyo a corto plazo. «En este momento, tú eres el único punto resplandeciente de las relaciones anglo-rusas», le dirá Churchill a Clementine, que se encontraba en Moscú, el 2 de abril[81]. El primer ministro tenía la impresión de que las posibilidades de éxito de la Organización de las Naciones Unidas eran en ese momento muy reducidas, dado que los rusos estaban mostrando «una nula voluntad de cooperación en el asunto de Polonia»[82].

El 26 de marzo fallecía David Lloyd George. En el elogio fúnebre que habrá de dedicarle en los Comunes, Churchill ensalzará en su antiguo colaborador las cualidades que la gente más admiraba en su propia persona: «Supo imprimir inmediatamente un renovado empuje, un fortalecido vigor y una energía muy superiores a todo cuanto se había visto anteriormente, —dijo en referencia al liderazgo que había ejercido en 1916 en la Gran Guerra —. Y acertó además a hacer extensivo ese ímpetu», prosigue Churchill, «al conjunto de los ámbitos de la gobernación de la guerra, ya que todos los mecanismos del estado le interesaron por igual. —Churchill habló asimismo de que Lloyd George había demostrado—, saber vivir en el presente, sin caer en la miopía, y extraer de la desgracia misma los medios para el éxito futuro. Como hombre de acción y de recursos que era, lleno de una gran energía creativa, no tuvo rival durante el tiempo que se mantuvo en la cima. Los habitantes de toda la Comunidad Británica de Naciones conocen su nombre y lo respetan»[83]. Por supuesto, Churchill no solo omitió mencionar la visita que Lloyd George había hecho a Hitler en septiembre de 1936, sino también otra circunstancia que todavía podría haber oscurecido más su reputación: la de que se hubiera opuesto a la intervención de Gran Bretaña en la guerra en 1940. Dos días más tarde, Churchill decidió comer en la cama, pero se echó vinagre en el vaso y *whisky* en las sardinas. «Debo de estar perdiendo la chaveta», le dijo a Sawyers mientras se ocupaba de arreglar el estropicio[84].

Como es obvio, Churchill conocía la existencia de la Comisión de Asesoramiento Europeo[85], pero aun así decidió comentarle a Eisenhower: «Considero de la máxima importancia avanzar hacia el este todo cuanto sea posible y de común acuerdo con los rusos»[86]. Dado que solo en la toma de Berlín el Ejército Rojo había tenido que asumir la pérdida de doscientos mil hombres, Eisenhower no estaba dispuesto a romper los acuerdos establecidos con los soviéticos en Yalta y en otras conferencias anteriores. A principios de abril se apreciará claramente en Churchill un destello de rencor hacia Estados Unidos en la contestación que dirige al Departamento de Estado norteamericano, que acababa de sugerir que se consultara a los soviéticos en la cuestión del rearme de Grecia: «Así es como se conduce habitualmente el Departamento de Estado, que, sin asumir la menor

responsabilidad en los posibles resultados de sus propuestas, se permite hacer comentarios de carácter totalmente inútil y con un espíritu de total indiferencia»[87].

A principios de abril, Churchill advirtió a los dominios del imperio que la mala fe de los soviéticos estaba siendo fuente de muchos problemas. En una reunión del gabinete a la que asistieron Smuts, Peter Fraser (el primer ministro de Nueva Zelanda), *sir* Malik Feroz Khan Noon (miembro del gobierno de la India), Wavell (el virrey del subcontinente) y el viceprimer ministro de Australia, Churchill señaló lo siguiente (de acuerdo con las notas, literales pero fragmentarias, que nos ha dejado Lawrence Burgis, el estenógrafo del ejecutivo): «Desde las grandes angustias de Yalta […]. Desde entonces el espíritu de concordia se ha desvanecido. Stalin y Mólotov no son los jefes que aparentaban ser, son los chicos de la trastienda. Han variado su criterio —mensajes irrespetuosos—; espero que superemos pronto esta fase […]. No somos el participante más fuerte de esta competición: Rusia y Estados Unidos disponen de un poderío material abrumador; hemos de hacer una reflexión muy seria. Finlandia, Polonia, Checoslovaquia —Alemania derrotada—; Austria, Hungría, los Balcanes: cordón sanitario; dominado por los soviéticos»[88]. Dejando a un lado la absurda idea de que Stalin y Mólotov pudieran no sujetar las riendas de la política soviética, lo cierto es que todos estos comentarios constituían una clara señal de que la sombra de la discordia se cernía sobre las relaciones anglo-rusas, una grave dificultad que solo podría superarse, según la argumentación de Churchill, si los países de la Comunidad Británica de Naciones se mantenían unidos.

Los lazos diplomáticos con Rusia todavía iban a deteriorarse más al acusar Stalin a los británicos y a los estadounidenses de estar manteniendo negociaciones secretas con los alemanes en la ciudad suiza de Berna, cuando en realidad todo lo que había hecho Alexander había sido informar a Kesselring del protocolo que había que seguir para presentar la rendición incondicional de la *Luftwaffe*[89]. Era evidente que Stalin no solo desconfiaba de sus teóricos aliados, sino que sufría de una cierta paranoia. La dura respuesta que Roosevelt le envía a Stalin el 4 de abril —«Francamente, no puedo evitar un sentimiento de amarga animosidad

hacia quienes le informan […], por la difusión de esa vil y tergiversada representación de mis acciones»— hace saltar en pedazos el mito de que el presidente de Estados Unidos dio muestras de debilidad hacia la Unión Soviética en los últimos meses de su vida[90]. Churchill estaba encantado con ese nuevo giro de la situación, aunque también era perfectamente consciente de la notable preponderancia política que acababa de adquirir Estados Unidos en el mundo. «Indudablemente, me resulta muy doloroso ver que la dimensión de nuestros ejércitos es muy inferior a la de los suyos, —le dirá a Clementine—. Siempre he deseado que nos relacionáramos de igual a igual, pero ¿cómo va a conseguirse semejante objetivo cuando lo que tienes enfrente no solo es una nación extremadamente poderosa sino un país cuya población triplica prácticamente la nuestra?»[91] Estaba impresionado, como sumido en una suerte de estupor reverencial, tanto es así que ese fin de semana le dijo a Smuts, mientras cenaban en Chequers unos huevos de chorlito acompañados del mejor *brandy* sudafricano: «No ha habido en toda la historia mayor exhibición de fuerza que la protagonizada por el ejército estadounidense al combatir en la batalla de las Ardenas con la mano izquierda y avanzar al mismo tiempo de isla en isla hacia al Japón con la derecha»[92]. (Su relación con Smuts seguía siendo tan estrecha y proclive a las confidencias como siempre. «Smuts y yo somos como dos viejas tórtolas que, pese a vivir enfrascadas en mudar las plumas sobre su oteadero, todavía saben darse el pico de cuando en cuando», le había dicho en una ocasión a George Heaton Nicholls, el alto comisionado sudafricano en Londres.)[93]

«¿Cuál es ahora la mejor decisión que puede adoptar Hitler?», preguntó Churchill a sus invitados durante una comida celebrada en Chequers a principios de abril, queriendo sugerir con ello que el *führer* podría tratar de volar a Gran Bretaña, como ya hiciera en su día Rudolf Hess, y decir: «Yo soy el responsable. Cóbrense en mí su venganza, pero ahórrenle todo nuevo sufrimiento a mi pueblo»[94]. Al escuchar esta salida, la duquesa de Marlborough replicó: «En tal caso, la única respuesta posible consistiría en subirle a un avión, llevarle de vuelta a Alemania, y lanzarle en paracaídas sobre su propio país». En un intento de utilizar la historia como orientación para las acciones por efectuar en Italia y Grecia, Churchill le dijo al

ministro de Asuntos Exteriores que la guerra jamás se habría producido de no haberse expulsado de mala manera del trono a los Habsburgo y a los Hohenzollern como consecuencia de «la doble presión de Estados Unidos y la modernización». Al «crear esos vacíos hemos abierto una grieta que no solo ha permitido que el monstruo hitleriano haya salido reptando de su cloaca, sino que le ha dado incluso alas para ocupar los tronos vacantes. No obstante, tengo clara conciencia de que estos puntos de vista distan mucho de responder a las modas actuales»[95]. Y en efecto, no eran planteamientos populares, pero eso no quiere decir que fuesen necesariamente erróneos.

Churchill tenía la esperanza de que su gobierno de coalición encontrase la forma de continuar en el poder en tanto no se lograra vencer al Japón. Sin embargo, el 9 de abril tuvo que aceptar que los laboristas no querían permanecer en él, así que, pese a haber prometido anteriormente lo contrario, no le quedó más remedio que anunciar la convocatoria de unas elecciones generales tras la rendición alemana. El regreso a la política partidista no le atraía lo más mínimo, así que Clementine le instó a no participar en los comicios. «No debes utilizar tu gran prestigio en facilitarles la vuelta al poder, —le dijo en alusión a los conservadores—. No se lo merecen.»[96] Pero el consejo era incompatible con el carácter batallador de Churchill, y además, pese al gran poder que poseía, lo cierto era que no había ganado en unas elecciones generales el mandato personal que ostentaba en virtud de su cargo de primer ministro.

El jueves 12 de abril de 1945 fallecía en Warm Springs, Georgia, Franklin D. Roosevelt. «Le he visto extremadamente afligido, —escribe Colville haciendo referencia a Churchill—. Es un momento muy malo para la desaparición de una de las grandes figuras internacionales de Estados Unidos.»[97] A la mañana siguiente quedaba claramente al descubierto el dolor de Churchill. «Esta pérdida me ha debilitado muchísimo», le dijo al capitán Pim[98]. Todas las discrepancias que le habían opuesto al presidente estadounidense en el transcurso de los años eran diferencias legítimas surgidas a raíz de cuestiones estratégicas y políticas, pero su amistad personal se hallaba en un plano más elevado, y en los momentos clave de la

guerra, Roosevelt había ayudado enormemente a Gran Bretaña, como en el momento de la entrega de un cuarto de millón de rifles en 1940, o con las patrullas del Atlántico central, la aportación de cincuenta destructores, la Ley de Préstamo y Arriendo, los tanques de Sherman tras el desastre de Tobruk, el retraso de la Operación Redada y la defensa a ultranza de la Operación Antorcha, o la estrategia del Mediterráneo, entre otros muchos casos. «Era uno de nuestros grandes amigos, —le dirá Churchill a Walter Thompson—. Nos echó una mano de valor inestimable en los instantes de mayor necesidad.»[99]

«La muerte de F. D. R[oosevelt] es un golpe terrible para nosotros, —escribe Eden en su diario—. [Harry] Truman no sabe nada y [el próximo secretario de estado James F.] Byrnes no cuenta con mejores credenciales.»[100] Churchill no conocía al nuevo presidente, Harry S. Truman, y más tarde dejará constancia escrita del «letal hiato que se abrió entre el período en que se fueron difuminando las energías del presidente Roosevelt y el lapso de tiempo que precisó su sucesor Truman para ponerse plenamente al corriente de los vastos problemas del mundo. Durante este triste intervalo, un presidente se hallaba incapacitado para actuar y el otro no sabía cómo hacerlo»[101]. Al aproximarse el fin de la guerra en Europa se hizo necesario tomar con extraordinaria rapidez un gran número de decisiones importantes, y al añadirse la circunstancia de que había varios ministros de peso lejos de Inglaterra, el rey y Lascelles convencieron a Churchill de que no se subiera a un avión para presentarse en Nueva York y acudir al funeral de Roosevelt, pese a lo útil que habría resultado el encuentro para contactar directamente con Truman. Churchill optó entonces por enviar a Eden en su lugar, aunque se decidió apenas tres cuartos de hora antes del momento previsto para su partida. «Para mí habría supuesto un gran consuelo poder personarme en el funeral de Franklin, —le escribe a Harry Hopkins—, pero aquí todo el mundo piensa que la próxima semana todos mis deberes me reclaman en Inglaterra»[102].

El 17 de abril se celebró un acto conmemorativo en la catedral de San Pablo. Chips Channon señala que John G. Winant, apodado «Gil»[103], había tenido que acompañar hasta la puerta a Churchill, deshecho en lágrimas. «Al girarnos para contemplar la silueta del templo, —escribe

Channon—, vimos a Winston, de pie y con la cabeza al descubierto, entre dos de las columnas del pórtico. Un rayo de sol le iluminaba el rostro, envuelto en sollozos, y en ese momento se escuchó el crepitar de las cámaras de fotos»[104]. Poco después, en el emotivo panegírico fúnebre que habría de pronunciar en los Comunes, Churchill citó los versos de Longfellow, «¡*Navega, oh barco del estado*!», y explicó que la Ley de Préstamo y Arriendo había sido «el gesto financiero más altruista y menos sórdido que haya realizado jamás país alguno en la historia»[105]. Después, implicándose posiblemente más a fondo en el plano personal, añadió:

> ¡Qué muerte tan envidiable la suya! Había logrado que su país esquivara los peores peligros y se ahorrara las más duras penalidades. La victoria arrojaba ya su seguro y creciente resplandor sobre su figura. En tiempo de paz había ampliado y consolidado los cimientos de la vida y la unión estadounidenses. Al abatirse la guerra había elevado la fuerza, el poderío y la gloria de esa gran República a unas alturas que jamás en la historia ha logrado alcanzar nación alguna […]. Por nuestra parte, lo único que queda por decir es que con Franklin Roosevelt desaparece el mejor amigo estadounidense que nos haya sido dado conocer y el mayor campeón de la libertad que haya sabido hacer del Nuevo Mundo una inmejorable fuente de ayuda y consuelo para el Viejo[106].

El 21 de abril, con el birrete no demasiado bien colocado sobre la cabeza, Churchill confirió sendos títulos honoríficos a Ernest Bevin y a A. V. Alexander en la Universidad de Bristol. Aprovechó la ocasión para hablar de su fe en el pueblo británico, una fe que era uno de los elementos centrales que le habían llevado a confiar invariablemente en que Gran Bretaña estaba llamada a ganar la guerra, por más que en los dos primeros años no alcanzara a saber exactamente de qué modo habría de conseguirlo. «Incurrimos en errores y tenemos nuestras debilidades y nuestros fallos, —dijo—, pero en el combate que ha librado esta raza isleña ha quedado demostrado que, de no haber sido la más correosa de las razas, de no haber ardido en el pecho británico el espíritu de la libertad con una llama pura, deslumbrante e inextinguible, es muy posible que nos halláramos todavía muy lejos de ver el final de esta contienda»[107]. Martin señala que Churchill improvisó esta insólita arenga. Pese a que en Bristol hubiera calles enteras prácticamente arrasadas, Churchill tuvo ocasión de comentarle telegráficamente a Clementine: «Magnífica multitud y jubilosa recepción»[108]. El 23 de abril, Día de San Jorge, Churchill pronunció otro

discurso sobre el pueblo inglés en el Salón Comedor de los parlamentarios de los Comunes. «Hay quien dice que nuestra extraordinaria autocontención, unida a nuestra timidez y nuestro carácter reservado, es lo que explica que no nos hallemos siempre a la vanguardia de las declaraciones triunfalistas, —aseguró—, pero la verdad es que casi siempre conseguimos organizar las cosas a nuestro gusto»[109]. Ese mismo día volvería a insistir en uno de sus más antiguos caballos de batalla: el de la pronunciación de los topónimos extranjeros. «No considero que los nombres con los que los ingleses llevamos ya varias generaciones familiarizados deban de ser alterados para adecuarlos al capricho de los extranjeros que residen en esos lugares, —sostiene en un informe dirigido al Ministerio de Asuntos Exteriores—. No debemos abandonar en ningún caso el uso de la voz "Constantinopla", aunque para los estúpidos pueda escribirse a continuación "Estambul" entre paréntesis […]. La mala suerte es el destino que persigue indefectiblemente a las gentes que cambian los nombres de las ciudades […]. Si no nos ponemos firmes […], la B. B. C. acabará pronunciando "París" "parí"[110]. Los nombres extranjeros se han hecho para el inglés, no el inglés para nombres extranjeros. La fecha de este informe queda fijada en el Día de San Jorge»[111].

El 25 de abril, cuando los ejércitos estadounidense y ruso se encontraron en Turgovia, a orillas del Elba, el Ejército Rojo tenía ya completamente rodeada la ciudad de Berlín, y los reportajes y fotografías que descubrían lo ocurrido en los campos de concentración de Buchenwald y Belsen horrorizaban al mundo. Ese mismo día 25, el conde Bernadotte, primo del rey de Suecia, transmitía el mensaje que le había hecho llegar Heinrich Himmler. En él se ofrecía a los aliados occidentales la capitulación de todas las tropas presentes en el norte de Alemania, y en unos términos próximos a la rendición incondicional. También se afirmaba que Hitler «se encontraba agonizando, víctima de una hemorragia cerebral», cosa que no era cierta[112]. Churchill convocó inmediatamente una reunión del gabinete y de los jefes de Estado Mayor, declinó el ofrecimiento de Himmler, e informó a

Stalin. Con todo, dijo que el episodio mostraba a las claras una cosa: que «están acabados»[113].

El 28 de abril, los partisanos apresaban a Mussolini y lo fusilaban a orillas del lago de Como. El 30 de ese mismo mes, Adolf Hitler se suicidaba y su cuerpo era incinerado en el patio de la Cancillería del Reich. Al anunciar la radio alemana que Hitler había muerto «combatiendo hasta el último aliento al bolchevismo, —Churchill exclamó—: Bueno, he de decir que tenía perfecto derecho a morir así»[114]. Beaverbrook en cambio se limitará a decir: «Es evidente que no es eso lo que ha sucedido».

La tarde del 1 de mayo, el recinto de la Cámara de los Comunes apareció repleto hasta la bandera, ya que existía la expectativa de que Churchill efectuara el anuncio de la victoria, pero todo lo que hizo en ese momento fue afirmar: «No tengo ninguna manifestación especial que hacer respecto a la situación de la guerra en Europa, salvo que es infinitamente más satisfactoria que hace cinco años por estas mismas fechas»[115]. El 2 de mayo, pudo por fin dar a conocer la rendición incondicional de las fuerzas alemanas estacionadas en Italia al mariscal de campo Alexander. Sin embargo, había otras situaciones cuya evolución resultaba de muy mal augurio. Los soviéticos habían establecido unilateralmente un gobierno títere en Viena, y todo parecía indicar que se iba a presionar a Turquía. La radio yugoslava señaló que Tito había arrebatado Trieste a los italianos con la ayuda de Rusia (aunque esto resultó ser falso, ya que Alexander había ganado la partida en la zona). Los estadounidenses estaban ocupando *de facto* grandes secciones de Alemania, y Montgomery dominaba Hamburgo y Lübeck. Churchill pidió a Clementine que le «transmitiera personalmente a Stalin mi más cordal felicitación, junto con la determinación y la confianza que me animan a creer en la consecución de un completo entendimiento entre el mundo de habla inglesa y Rusia, armonía que deseo pueda mantenerse muchos años, pues en ello radica la única esperanza del mundo»[116]. Al ofrecerle a Stalin una pluma estilográfica de oro como obsequio de Churchill, el líder soviético respondió, en un gesto de descortesía: «Yo solo escribo a lápiz»[117].

«El primer ministro está muy cansado y saturado de trabajo, pero en una forma maravillosa y de magnífico humor, —anota Marian Holmes en su

diario el 3 de mayo—. Al desearme hoy las buenas noches, me ha dicho con una sonrisa: “Es agradable ganar, ¿verdad?”»[118]. Pero las buenas noticias no habían terminado. El 4 de mayo capitulaban ante Montgomery todos los contingentes alemanes presentes en Holanda, y el 5 los estadounidenses llegaban a Linz, mientras Eisenhower informaba de que la totalidad de las tropas alemanas estaban ya a punto de rendirse. Pese a todo, seguía siendo necesario mantener la guardia en alto, pues no en vano le comentará Churchill a Clementine: «No es preciso que te recuerde que tras todos estos triunfos se esconden unas políticas tóxicas y una larga serie de rivalidades internacionales auténticamente letales»[119]. Churchill le pedía que regresara a casa, y que no prolongara su estancia en la Unión Soviética más allá del día 8, ya que esa era la fecha prevista para la celebración de la victoria obtenida por británicos y estadounidenses en Europa, aunque los rusos prefirieron dejar para el 9 los festejos de su propio triunfo[120]. Hubo rumores de que los rusos habían lanzado un ataque con paracaidistas destinado a liberar Dinamarca antes que Montgomery y apoderarse así de Categat, la llave del Báltico. También en este caso resultaron ser falsos, pero también constituyen una clara señal de la velocidad a la que estaba desapareciendo la confianza entre los Aliados[121].

El lunes 7 de mayo, al despertarse, Churchill recibió del capitán Pim la noticia de que el general alemán Alfred Jodl había firmado a las tres menos veintiún minutos de esa misma madrugada, en el cuartel general de Eisenhower, la rendición formal y completa de Alemania. De ese modo, la guerra llegaba oficialmente a su fin en la medianoche del martes 8 de mayo de 1945. Churchill leyó el telegrama en el que se le comunicaba la buena nueva, lo rubricó con sus iniciales, y se lo devolvió a Pim, al que «señaló que, pese a haberse pasado tres o cuatro años trayéndole, por lo general, muy malas noticias, ahora se recuperaba del todo, ya que acababa de presentarle la mejor y más esperada información de toda la guerra»[122].

El martes 8 de mayo de 1945 fue declarado día de fiesta nacional. Churchill trabajó en la cama toda la mañana. Cuando ya se disponía a abandonar el número 10 de Downing Street para dirigirse a palacio, el primer ministro vio a su cocinera, Georgina Landemare, que había dejado un momento los fogones para contemplar los festejos. Churchill se separó

del séquito que se afanaba a su alrededor, se acercó a Georgina, le estrechó la mano y le dio las gracias por haber cuidado tan bien de él a lo largo de todos esos años. Tras almorzar con el rey, Churchill regresó a Downing Street. A las tres de la tarde, cuando ya estaba a punto de pronunciar el discurso de la victoria desde la Sala del Gabinete de la residencia, Churchill se sonó la nariz con «un trompetazo tremendo», por emplear las palabras de Marian Holmes, y al ser un día soleado pidió que se bajaran un tanto las persianas[123].

Churchill comenzó su alocución diciéndole a la nación que Jodl había firmado una rendición incondicional, y que, «por consiguiente, la guerra con Alemania ha terminado». El clamor popular que se levantó en las plazas de Trafalgar y del Parlamento llegó hasta la Sala del Gabinete de Downing Street. Explicó a renglón seguido que, en 1941, con la intervención de Rusia y Estados Unidos en el conflicto, «se unió al fin el mundo, casi en pleno, en la lucha contra los malhechores, que ahora vemos postrados ante nosotros». Harold Nicolson, que estaba en la plaza del Parlamento, señala que «la multitud exhaló un grito sofocado» al escuchar estas palabras. «Quizá podamos permitirnos un breve momento de regocijo, —prosiguió Churchill—, pero no olvidemos ni un instante las labores y esfuerzos que aún tenemos ante nosotros. Japón, traicionero y codicioso, todavía no ha sido sometido. El ultraje que esa nación ha infligido a Gran Bretaña, a Estados Unidos y a otros países, junto con sus detestables crueldades, exigen justicia y castigo. Ahora debemos consagrar todas nuestras fuerzas y recursos a la culminación de la tarea, dentro y fuera de nuestras fronteras. ¡Adelante Britania! ¡Larga vida a la causa de la libertad! ¡Dios salve al rey!»[124]. Holmes, que le observaba de cerca en la Sala del Gabinete de Downing Street, notó que, al decir la última frase, la emoción conseguía que a Churchill se le quebrara un poco la voz.

Tras salir por la verja trasera de Downing Street, el coche descubierto en el que viajaba Churchill apenas pudo llegar más allá del palacio de Westminster debido a la inmensa muchedumbre que se apelotonaba a su paso. En la Cámara de los Comunes, los parlamentarios se hallaban prácticamente tan enardecidos como el gentío del exterior. Todo el mundo se puso en pie (salvo Ernest Millington, el diputado del Partido por la

Riqueza Común[125], recientemente electo por la circunscripción de Chelmsford), en un revuelo de aplausos, pañuelos y papeles[126]. Churchill pronunció en la Cámara el mismo discurso, aunque la mayor parte de los diputados ya habían tenido ocasión de escucharlo, al haber sido retransmitido en directo en la plaza del Parlamento mediante unos altavoces instalados en furgonetas. Después, el primer ministro agradeció a la Cámara el «noble respaldo» que le había prestado en los últimos cinco años, pese a que ese apoyo se le hubiera concedido en realidad a regañadientes, de forma tibia y no sin un gran número de condiciones[127]. Churchill propuso que todos los miembros de la Cámara se dirigieran a la iglesia de Santa Margarita, situada al otro lado de la calle, para dar gracias por la victoria, tal y como se había hecho al terminar la Gran Guerra. Una vez en el templo, el presidente de los Comunes leyó en voz alta los nombres de los veintiún parlamentarios que habían fallecido en el transcurso de la contienda, entre los que figuraban los de algunos amigos de Churchill, como Ronald Cartland y Victor Cazalet. De vuelta en los Comunes, un chiquillo salió disparado de entre la multitud que aplaudía en el Vestíbulo Central y le preguntó: «Por favor, señor, ¿podría darme su autógrafo?». Churchill tardó un buen rato en quitarse las gafas y limpiárselas, y acto seguido firmó el álbum que se le tendía, despeinó cariñosamente al muchachito, y dijo: «Esto te hará recordar este día tan glorioso»[128].

A las cuatro y media de la tarde, Churchill se reunió con los jefes de Estado Mayor y los integrantes del Gabinete de Guerra en el Palacio de Buckingham. Al salir al balcón en compañía del rey, la reina y las dos princesas, la inmensa muchedumbre congregada en la avenida del Mall les aclamó. De hecho, esa fue solo una de las ocho apariciones distintas que hubo de hacer la familia real para responder a las peticiones del gentío. Brooke señala en su diario: «¡El primer ministro ha llegado tardísimo, porque ha insistido en venir en coche descubierto!»[129]. Churchill se trasladó después al Ministerio del Interior, donde también tuvo que salir al balcón, flanqueado esta vez por los jefes de Estado Mayor y sus colegas del Gabinete de Guerra, ante el aplauso de la enorme masa de gente que se extendía desde el edificio de la Oficina de Guerra hasta la plaza del Parlamento[130]. Poco después, esa misma tarde, Churchill se dirigió a la

multitud desde el balcón del Ministerio de Sanidad, desde el que se dominaba toda la calle del Parlamento y Whitehall. «¡La victoria es vuestra!, —comenzó a decir, y la multitud le contestó con un rugido de júbilo—: ¡No, es suya!». Y continuó: «Es la victoria de la causa de la libertad en todas las naciones. Jamás ha habido, en nuestra larga historia, jornada más grande que la presente. Todo el mundo, hombre o mujer, ha dado lo mejor de sí. Todo el mundo ha sido puesto a prueba. Nada ha conseguido debilitar la determinación independiente de la nación británica, ni los largos años transcurridos, ni los peligros, ni los feroces ataques del enemigo… Que Dios os bendiga a todos»[131].

Churchill cenó en el número 10 Anexo en compañía de su familia y de lord Camrose. Al terminar, la muchedumbre congregada en la calle del Parlamento y en Whitehall comenzó a pedir que volviese a pronunciar un discurso, así que a las diez y media de la noche regresó al Ministerio de Sanidad, y, por medio de una serie de palabras y gestos poco menos que de pantomima, recordó a los presentes los arduos y peligrosos años transcurridos entre la evacuación de Dunquerque de 1940 y la invasión hitleriana de Rusia de 1941. «En ese período tuvimos que pelear en solitario, —dijo—. ¿Hubo alguien que quisiera rendirse?» Y el gentío vociferó: «¡No!». «¿Cedimos al desánimo?» «¡No!, —respondieron a voz en cuello los presentes—. Acabamos de dejar atrás las penalidades de una lucha a muerte. Un terrible enemigo ha mordido el polvo y aguarda ahora nuestro juicio y nuestra clemencia.»[132]

El día siguiente también fue declarado festivo. Clementine —que seguía recorriendo la URSS— instó a Churchill a cerciorarse de que el júbilo nacional se prolongara también durante el Día de la Victoria rusa en Europa. Tras visitar las embajadas estadounidense, soviética y francesa, Churchill volvió a asomarse al balcón del Ministerio de Sanidad, desde el que dirigió el cántico general del «Rule, Britannia». «Jamás habéis abandonado a los hombres que combatían en el frente», le dijo a la multitud.

> Nadie pidió nunca que pactáramos la paz para evitar los padecimientos de Londres. La capital, como un gran rinoceronte, como un gigantesco hipopótamo, exclamó de forma unánime: «Que nos inflijan el peor de los castigos, que Londres sabrá soportarlo». Londres

> podía resistir cualquier cosa. Quiero transmitir todo mi afecto a los londinenses de pura cepa. Todos los visitantes que se encuentran hoy aquí —y son muchas las grandes naciones que cuentan con representación entre nosotros, pues nos acompañan todos cuantos han empuñado las armas para combatir hombro con hombro en esta pugna—, todos entienden y comparten lo que digo cuando exclamo «¡Gloria al Buen Londres!» […]. Quiero daros también las gracias de todo corazón por no haber desfallecido en ningún momento, ni en los largos y monótonos días ni en las interminables noches de abisal negrura. Que Dios os bendiga a todos. Os deseo largos años de vida como ciudadanos de una ciudad tan grande y esplendorosa como la nuestra […]. Deseo que sigáis siendo mucho tiempo el latido del imperio británico[133].

Vemos que en esos momentos de triunfal apogeo, en el día más grande de su ya larga vida, su pensamiento se dirige al imperio al que había consagrado su existencia: él fue siempre el mayor y más constante amor de su carrera política.

Churchill aún habría de radiar otro vibrante discurso el 13 de mayo. En su discurso expuso a los oyentes una visión de conjunto de lo sucedido en la guerra y ensalzó la valentía del pueblo británico y sus aliados[134]. No obstante, también quiso exponer a la deshonra pública el irresponsable comportamiento de los líderes de la República Irlandesa. «Debido a las acciones del señor De Valera, —dijo Churchill—, los aviones y los submarinos enemigos consiguieron cerrar el paso a nuestros buques en las estribaciones marítimas del flanco occidental británico, pese a que los puertos y aeródromos del sur de Irlanda podrían haber protegido con gran facilidad la zona. Esto provocó de hecho una situación letal en el curso de la guerra, y, de no haber sido por la lealtad y la actitud amistosa de Irlanda del Norte, nos habríamos visto en el dilema de enfrentarnos al señor De Valera o resignarnos a ser definitivamente borrados de la faz de la Tierra»[135]. En lugar de tener que invadir la República Irlandesa, dijo, «dejamos que el gobierno del señor De Valera flirteara primero con los alemanes y después con los representantes japoneses todo cuanto quisiera». Uno de los peores ejemplos de ese «flirteo» había tenido lugar justamente unos días antes de que Churchill pronunciara este discurso, ya que De Valera había cruzado Dublín para hacer una visita a la legación alemana y estampar su firma en el libro de condolencias allí exhibido tras la muerte de Adolf Hitler, una iniciativa verdaderamente extraordinaria, que llevaría al New Statesman a exclamar en sus páginas: «Vemos aquí la degradación de los principios y

preceptos civilizados que han hecho posible la aparición de Hitler y su régimen nazi. —A lo que Churchill añadirá—: Solo puedo pedir a Dios que, en años venideros, a los que sin duda no me será dado llegar, se olvide la vergüenza y perdure la gloria, y que los pueblos de las islas británicas, así como los que habitan en la Comunidad Británica de Naciones, sepan caminar juntos con mutua comprensión y perdón»[136]. Churchill volvió a estallar en sollozos al dictar las palabras «en años venideros, a los que sin duda no me será dado llegar…»[137].[138]

Tras el fin de la guerra en Europa, Churchill quedó exhausto. John Peck, el único secretario privado que le atendió a lo largo de todo el período que pasó al frente de las operaciones militares y políticas como primer ministro, señalaría algunos años más tarde: «Es difícil describir o imaginar la soledad que puede llegar a sentir una persona que se encuentre en la posición de Winston Churchill, obligado a asumir, como él lo estuvo, tanto el peso de la terrible responsabilidad que le había tocado sobrellevar como la carga de saber que, por más cuestiones que pudiese compartir o delegar, la decisión última recaía invariablemente sobre sus hombros»[139]. Y lo cierto es que, en mayo de 1945, pese a que en público continuara haciendo gala de un llamativo vigor físico, el peso de esa responsabilidad empezaba a dejarle visiblemente marcado —tanto es así que las personas más próximas a él percibieron signos evidentes de agotamiento—.[140] «El primer ministro parece muy cansado y tiene que hacer grandes esfuerzos para reunir la energía que necesita cuando ha de abordar los problemas que se le presentan», anota Colville. Al constatar la enorme masa de cartas que exigían su atención, cuyo volumen casi era superior al del período de guerra, Churchill le confesará a Colville «que no tenía la seguridad de poder continuar ocupándose de todo»[141]. Una de las cosas que le hacían sentirse más singularmente «superado» era la perspectiva de una nueva reunión de los «Tres Grandes», prevista ahora para el mes de julio en Potsdam, ya que temía verse «abrumado por la responsabilidad y la incertidumbre»[142]. Churchill también comentó con el resto de los líderes del partido —Attlee, Sinclair y Ernest Brown, jefe de filas de los nacional liberales— que le gustaría conservarles a su lado, en la coalición de gobierno, en tanto no se lograra derrotar al Japón, y que, en caso contrario, tendría que convocar

antes o después unas elecciones, ya que el ejecutivo no podía seguir operando en «un clima marcado por la división de facciones y el comportamiento electoralista».

El 18 de mayo, Attlee llamó por teléfono desde Blackpool, donde se estaba desarrollando la Conferencia del Partido Laborista, para informar de que debía ponerse fin de inmediato a la coalición. El 22 de mayo, Churchill le escribió una carta al rey, con la mención «para vuestros archivos», en la que le decía que iba a tener que formar un gobierno integrado exclusivamente por conservadores[143] en tanto no se celebraran las elecciones generales, previstas ya para el 5 de julio[144]. Attlee había comprendido que, a pesar de la popularidad de su líder, la posición de los conservadores en las zonas rurales era extremadamente débil. En enero y febrero de 1944 habían perdido sendas elecciones parciales, vencidos por el Partido por la Riqueza Común y los Laboristas Independientes, respectivamente —una doble circunstancia que había «sumido al primer ministro en la más negra melancolía, pues se siente personalmente afligido por el duro golpe que esto supone para el gobierno», relata Colville—.[145] Harold Nicolson, que pensaba que Churchill podía acabar convirtiéndose en un lastre electoral, y no en un activo, descubrió un día que en los váteres de la estación del tren de Blackheath había pintadas que decían: «Winston Churchill es un cabrón», y al comentarlo con otros colegas y amigos se encontró con que un comandante de ala de la RAF le confesaba: «Las tornas han cambiado. Esas pintadas están ahora por todas partes. —Nicolson atribuyó el fenómeno a la tornadiza naturaleza humana—. En cuanto se llega a mar abierto», anota, «olvidamos rápidamente con qué fuerza nos aferrábamos al piloto durante la tormenta»[146]. En abril de 1945, los conservadores sufrieron una aplastante derrota en las elecciones parciales de Chelmsford, en las que no solo volvió a ganar el candidato izquierdista del Partido por la Riqueza Común, sino que el voto conservador cayó estrepitosamente, ya que se quedó con el 42 % de los sufragios, tras haber obtenido el 70 % en 1935. Aparte de la figura del propio Churchill, los conservadores no tenían nada realmente popular que ofrecer a los electores.

«Han ocultado tras un telón de acero su frente de combate», le escribe Churchill a Truman en referencia a las nuevas fronteras soviéticas, en el que es el primer uso conocido de esa expresión. «Y no sabemos qué es lo que ocurre al otro lado.»[147] Si Estados Unidos se retiraba de Europa, le advertía Churchill al presidente de esa nación, «veremos extenderse a lo largo de varios cientos de kilómetros una ancha faja de territorios ocupados por los rusos que nos aislará de Polonia […]. En muy poco tiempo, los soviéticos se encontrarán en condiciones de avanzar, si les viene en gana, hasta las aguas del Mar del Norte y las costas del Atlántico». En realidad, los rusos se estaban ateniendo a los términos que Mólotov había acordado con la Comisión de Asesoramiento Europeo, que muchos meses antes había trazado los límites del avance permitido al Ejército Rojo. Churchill no había sido el inventor de la fórmula «telón de acero», que no solo llevaba utilizándose desde el año 1918, sino que había aparecido ya en el libro que la señora Ethel Snowden, la esposa de Philip Snowden, había escrito sobre el bolchevismo en 1920. Sin embargo, Churchill había conservado en su extraordinaria memoria esa expresión evocadora, nada menos que por espacio de un cuarto de siglo, y ahora se disponía a difundirla, con notabilísimo afecto, a partir de 1946.

El día 22 de mayo, Churchill recibió del Equipo de Planificación Conjunta del Gabinete de Guerra un memorando señalado con el marbete de «Máximo secreto» (escrito en rojo y con letras mayúsculas subrayadas). Los firmantes del texto habían llegado a la conclusión de que si Estados Unidos decidía concentrar todas sus fuerzas en la guerra del Pacífico, los soviéticos podrían apoderarse con gran facilidad de la Europa occidental y convertirse en una amenaza para Gran Bretaña —que de ese modo se encontraría en una situación muy similar a la que ya había conocido en 1940, obligada a depender de sus fuerzas aéreas y su armada para repeler una eventual invasión, aunque con la notable diferencia de que en esta ocasión el enemigo iba a contar con más bombas cohete que los alemanes y un número de efectivos humanos igualmente superior—.[148] Para evitar que se instalara ese estado de cosas, Churchill ordenó a los autores del

informe (y no al personal de las tres armas del ejército, ya que se consideraba una cuestión excesivamente delicada) que elaboraran un memorando en el que se expusiera lo que podría suceder, a su juicio, en caso de que el imperio británico, Estados Unidos y los contingentes polaco y alemán tuvieran que combatir a una alianza ruso-japonesa en julio de 1945 si querían forzar a Rusia «a aceptar un pacto justo con Polonia»[149].

El 8 de junio, en un informe sumamente pormenorizado, se analizaba la totalidad del planteamiento —al que se dio el pertinente nombre en clave de «Operación Impensable» (*Operation Unthinkable*)—, completándose el estudio con varios anexos con mapas y estimaciones numéricas de los efectivos de las fuerzas adversarias. El documento señalaba que, en Europa, los rusos superaban en una relación de tres a uno a los aliados occidentales. A continuación, el texto pasaba a examinar los efectos de una nueva conflagración en ese continente, junto con su propagación al Oriente Próximo, la India y el Extremo Oriente. El estudio concluía que la guerra iba a ser «larga y costosa», y que «resultaba extremadamente dudoso que [los Aliados] pudieran lograr un éxito rápido y limitado»[150]. La existencia del expediente sobre la Operación Impensable no implica que Churchill fuese un empedernido anticomunista permanente dispuesto a organizar una guerra, pero sí muestra que se preparaba para cualquier eventualidad, por improbable o enojosa que pudiera resultar. El escrito resalta asimismo lo importante que era que Occidente consiguiera hacer funcionar la bomba atómica.

Al mediodía del miércoles 23 de mayo, Churchill se presentaba ante el soberano para dimitir de su cargo de primer ministro de la coalición gubernamental que había presidido hasta entonces. Cuatro horas más tarde volvía a acudir a palacio para que el rey le solicitara explícitamente la formación de un gobierno conservador. El motivo de que el «último creyente en el derecho divino de los reyes», como acostumbraba a decir Clementine para describirle, decidiera no ahorrarse ese segundo viaje, fue que tenía el máximo interés en demostrar el extremo constitucional, ciertamente un tanto enigmático, de que incumbía al monarca elegir a la persona a la que debía llamarse para asumir esa misión. El rey aprovechó esta visita para volver a ofrecer a Churchill la Orden de la Jarretera, honor

que él declinó nuevamente, basándose en este caso en el argumento de que se encontraba ante una inminente convocatoria electoral. En un festejo por la victoria en el que se agasajó a todos los ministros de la coalición, Churchill derramó una vez más abundantes lágrimas al decir a los presentes que «la luz de la historia espejea en vuestros yelmos»[151]. (Otra afirmación de corte militar y deliberadamente arcaizante, dado que los ministros llevaban sombrero.)

Entre los integrantes del gobierno de transición, Churchill nombró ministro del Seguro Nacional[152] a Leslie Hore-Belisha, que en ese momento era un parlamentario independiente, pese a las críticas que este le había dirigido en 1942 —otro excelente ejemplo de la magnanimidad de Churchill—. Bracken rechazó encargarse de la Comisión de Comercio después de discutir sobre cuestiones de política comercial con Churchill y de rematar el debate con «una de sus estupendas y tradicionales peleas», así aceptó el puesto de primer lord del Almirantazgo. («Detesto estas escenitas, —escribe Eden—. Son una espantosa pérdida de tiempo, y después de haber padecido los accesos de cólera de mi padre[153], lo único que consiguen estas tempestades es sumirme en el mayor de los aburrimientos.»)[154] La parlamentaria conservadora Thelma Cazalet-Keir había encabezado en marzo de 1944 una rebelión en favor del derecho de las profesoras a un salario igual al de sus colegas varones, e infligido así al gobierno la que iba a ser prácticamente la única derrota que tuviera que sufrir en toda la guerra a manos de los Comunes, pero eso no impidió que Churchill, en un nuevo gesto de magnanimidad, le ofreciera el cargo de secretaria parlamentaria del ministro de Educación. «Muchísimas gracias, querido, —le contestó ella—. Será maravilloso ocuparme de eso.»[155]

El 28 de mayo, al visitar Londres el asesor especial de Truman, Joseph Davies, para confiarle a Eden que el presidente estadounidense quería reunirse con Stalin en privado antes del inminente encuentro de Potsdam, Churchill expuso sucintamente algunas de las diferencias clave que habían surgido entre los aliados de Estados Unidos durante la guerra, y añadió que el hecho de quedar excluida de la primera reunión de Truman con Stalin

resultaría «hiriente» para Gran Bretaña. «El gobierno soviético sigue una filosofía diferente, a saber, la del comunismo, y utiliza al máximo todos los métodos de policía política que ahora mismo está aplicando en todos los estados que han sido víctimas de su abrazo liberador», escribe.

> El primer ministro no puede avenirse fácilmente a aceptar la idea de que la posición de Estados Unidos se resume en que Gran Bretaña y la Rusia soviética son simplemente dos potencias extranjeras —y lo mismo les da la una que la otra— con las que es preciso salir al paso de los problemas generados por la última guerra. Con la única excepción, quizá, de la fuerza, no hay igualdad entre el bien y el mal. Las grandes causas y principios por los que Gran Bretaña y Estados Unidos han padecido y triunfado, no son simples cuestiones de equilibrio de poder. Son asuntos que atañen de hecho a la salvación del mundo[156].

Pese a que la Unión Soviética se hubiera visto obligada a encajar más del 90 % de las bajas totales sufridas por las tres grandes potencias, Churchill no quería que los estadounidenses se comportaran como si la dictadura totalitaria de Stalin pudiera ponerse de algún modo en un plano de equivalencia moral con las democracias occidentales. Pese a todo, Truman siguió adelante con su proyecto y se entrevistó a solas con Stalin.

Tanto la preocupación que provocaba en Churchill la brutalidad de los nuevos regímenes que Stalin estaba implantando en la Europa oriental, como su hábito de hablar de los nazis, tuvieron consecuencias muy desafortunadas en la retórica que empleó para tratar de salir elegido. El 4 de junio, en una alocución radiada desde el pequeño estudio de Chequers, Churchill le dice a la nación: «Ningún gobierno laborista que se dedique a regir por entero la vida y la industria del país puede permitirse una sola expresión de descontento público que se revele libre y directa o dé en emplear frases de violenta contundencia. Deberán recurrir a una especie de Gestapo, que sin duda tendrá una orientación sumamente humanitaria en un primer momento. Esto cercenará de raíz toda opinión disidente. Detendrá las críticas tan pronto como alcen la voz, y concentrará todo el poder en el partido supremo y en los líderes de ese organismo, cuya figura se alzará, como la de otros tantos pináculos majestuosos, por encima de la vasta masa burocrática del funcionariado, cuyo servicio civil perderá a un tiempo la condición de servicio y la cualidad de civil»[157]. El hecho de equiparar con la Gestapo al socialista Clement Attlee, que había servido a Churchill con

lealtad y buen hacer en los largos años del gobierno de coalición, y actuado en muchos casos como representante del propio primer ministro, era claramente un argumento absurdo, y le costó a los conservadores las elecciones. La gente dio por supuesto que Beaverbrook o Bracken habían tenido algo que ver en la inserción de esa desdichada frase, pero no había sido así. El ejemplar original del discurso, que Colville donó al colegio de Harrow, muestra que Churchill lo modificó muchísimo y realizó un gran número de añadidos en los márgenes, pero no contiene la desastrosa alusión a la Gestapo[158]. Clementine le había pedido que eliminara esa mención, pero Churchill había leído poco antes el libro de Friedrich von Hayek titulado *Camino de servidumbre* y optó por dejarla[159]. A Colville, que estaba presente en la habitación al pronunciar Churchill su discurso, «le divirtió observar que los gestos que hacía ante el micrófono eran tan enfáticos como los que acostumbra a realizar cuando dirige una arenga política a un público muy numeroso, y mucho más marcados que los que emplea en una conversación ordinaria […]. Era la primera vez que hablaba con el tiempo tasado, y eso le obligó a apresurarse más de lo debido»[160]. El mes siguiente, Churchill le dirá a Charles Eade que llegaría un día en el que «se reconocería que el discurso que acababa de pronunciar se encontraba entre los más relevantes que hubiera difundido jamás», aunque lo cierto es que la profecía aún no se ha cumplido[161].

En la actualidad, son muchos los historiadores que opinan que la alusión a la Gestapo apenas influyó en el resultado de las elecciones, y que lo que en realidad sucedió fue que la mayoría de los británicos se revelaron perfectamente capaces de diferenciar entre el Churchill erigido en magnífico primer ministro del período de guerra, en torno al cual se arremolinaron entusiasmados en los mítines electorales que dio por todo el país, y el Churchill reducido a la condición de líder del Partido Conservador, contra el que votaron con total ecuanimidad. La novelista inglesa Marie Belloc Lowndes consideraría en su momento que los trabajadores habían apoyado a los laboristas por razones totalmente similares a las de épocas pasadas. A su juicio, la orientación del sufragio no tuvo nada que ver con Churchill y sí mucha relación, en cambio, con «la

enconada oposición a las acciones de su gobierno en temas como los de la vivienda, el precio del carbón y el elevadísimo coste de la vida»[162].

Dado que su circunscripción de Epping había sido dividida en dos, para incluir ahora las de Woodford y el propio Epping, Churchill se presentó como candidato conservador por Woodford en nombre del ejecutivo de transición (conocido oficialmente con el nombre de «gobierno nacional). —Esto es lo que les dijo a sus electores—: Puedo decir con sincera gratitud que, sin el inquebrantable apoyo que me prestasteis en los once años que duró mi particular travesía del desierto, no me habría encontrado en una posición susceptible de hacerme asumir la suprema responsabilidad de guiar a nuestro país en un momento de peligro mortal»[163]. Sin embargo, la generosidad de la gente había olvidado ya los riesgos derivados de la maniobra liderada por Colin Thornton-Kemsley sus seguidores en las sedes locales de Chigwell, Nazeing y otros puntos del condado de Essex[164]. «Tengo la firme impresión de que mis facultades y energías se encuentran en la misma buena forma de siempre, —escribe—. Por consiguiente, a menos que la nación opte por relevarme del mando, no puedo sustraerme a las tareas que se alzan ahora ante mí. De hecho, la guerra misma aún no ha llegado a su conclusión definitiva.»[165]

El 20 de junio, en un almuerzo con el rey, Churchill se confiesa convencido de que «todos los hombres y mujeres jóvenes de las tres armas del ejército van a votar contra mí»[166]. Y la verdad es que acertaba en gran medida en su pronóstico: los tres millones de efectivos militares votaron prácticamente en bloque por los laboristas, con la esperanza de propiciar la llegada de ese estado del bienestar que les había prometido en 1943 el Informe Beveridge. Los laboristas ofrecían la creación de un sistema de seguridad social, la construcción de un enorme número de viviendas, la instauración de prestaciones familiares, la nacionalización de algunos sectores y la oportunidad de votar contra los parlamentarios que habían seguido a Chamberlain en sus políticas de apaciguamiento. En uno de los brindis que había hecho en 1943 en Teherán, durante su fiesta de cumpleaños, Churchill había dicho que «Inglaterra se estaba volviendo cada vez más izquierdista», y era cierto[167]. El laborismo sintonizaba mejor con la escala de valores y las actitudes éticas surgidas a raíz de la guerra,

presididas fundamentalmente por la defensa de la igualdad y la «distribución justa». Su manifiesto resultaba atractivo para un amplio conjunto de estratos sociales, y la eficacia de su maquinaria electoral no era ya inferior a la de los conservadores. Sus líderes, como Attlee, Bevin, Dalton, Cripps y Morrison, por ejemplo, eran también personas a las que el electorado conocía bien por el importante papel que habían desempeñado durante la guerra, y desde luego se habían ganado merecidamente su confianza.

Pese a todo, en las giras que le llevarán a dirigirse a vastas multitudes entusiastas en Leeds, Bradford, Preston, Glasgow y Edimburgo, Churchill acabaría convenciéndose a sí mismo de que iba a ganar, pese a que se estaba presentando, como prudentemente habrá de advertirle Colville, a unas elecciones al parlamento, y no a la presidencia. Tanto Beaverbrook como la Oficina Central del Partido Conservador y la mayoría de los comentaristas predecían que los conservadores iban a obtener la mayoría y a superar en cien escaños a sus inmediatos seguidores. Solo Bracken pensó que los conservadores podían perder. El 4 de julio, víspera de los comicios, Churchill le dijo a Brooke que los viajes que había efectuado en el transcurso de la campaña electoral le habían dejado más fatigado que nunca, y que no recordaba haberlo estado tanto desde que escapara de la cárcel durante la guerra de los bóers[168].

El 5 de julio, una vez depositados los votos e iniciado el proceso de recogida y recuento de todas las papeletas emitidas por los militares de los tres ejércitos acantonados en todos los rincones del mundo —cuya duración iba a prolongarse por espacio de tres semanas—, Churchill partió a la región de los Pirineos, en las inmediaciones de Hendaya, para dedicar unas cortas vacaciones a su pasión por la pintura. «El primer ministro flotaba, como un benévolo hipopótamo, en medio de un vasto círculo de policías de escolta franceses, que para cumplir ese cometido habían tomado la pertinente precaución de enfundarse un traje de baño», escribe Colville[169]. No obstante, la presencia de ese muro humano no impidió que una condesa francesa, tristemente conocida por haber sido una colaboracionista notable, intentara llegar nadando hasta él para hablarle. (Los detectives que estaban en el agua la interceptaron.) Antes de marcharse, Churchill pidió a Truman

que le enviara a través del telégrafo un informe sobre los resultados de las pruebas atómicas que se estaban realizando con plutonio en Alamogordo, en Nuevo México: «Hágame saber si es un fracaso o un motivo para descorchar una botella de champán»[170]. Churchill había dado previamente a los estadounidenses el consentimiento necesario para que usaran la bomba atómica contra el Japón en caso de que las pruebas tuvieran éxito. Al año siguiente, en el mes de mayo, Churchill debatirá el carácter moral o inmoral de esa medida con William Mackenzie King, al que le confiesa: «Tendré que dar cuentas a Dios, así como a mi propia conciencia, de una decisión que implicaba condenar a muerte a un enorme número de mujeres y niños»[171]. En esa conversación, Churchill también señalará que, sin la bomba atómica, la guerra podría haberse prolongado todavía un año más, lo que habría provocado sin duda un número de víctimas aún mayor, y «un desmoronamiento total, pieza a pieza, de la civilización». En «un universo gobernado, —como él mismo dice—, por las leyes morales de la justicia y el derecho», Churchill se manifestará convencido «de haber hecho lo correcto».

El 15 de julio, Churchill tomaba un avión en Burdeos para dirigirse a Berlín y participar en la Conferencia de Potsdam (denominada en clave «Conferencia Terminal»). Al recorrer las ruinas de la cancillería del Reich en cuyas instalaciones había muerto Hitler, un gran grupo de alemanes le reconocieron, y, salvo un anciano que sacudió la cabeza en señal de desaprobación, todos los demás le aplaudieron. «El odio que me inspiraban había desaparecido con su rendición, así que sus manifestaciones me conmovían en lo más hondo, —escribirá Churchill más tarde—, aunque también me llegaban al corazón su aspecto demacrado y sus ropas raídas»[172]. Churchill visitó también el despacho de Hitler, situado en el edificio principal de la Cancillería, así como la habitación en la que el *führer* se había suicidado de un tiro, en el búnker excavado en el subsuelo. En una de las mesas de las dependencias de Eva Braun se veía todavía un jarrón con unos tallos que poco tiempo antes habían estado cuajados de flores. En sus memorias de guerra, Churchill comenta: «Descendí al fondo [del refugio] y contemplé la habitación en la que él [Hitler] y su amante[173] se habían suicidado, y al volver a la superficie, nos mostraron el punto en el

que se había incinerado el cuerpo [del dictador]»[174]. Había conseguido seguir la pista de la bestia hasta su mismísima guarida.

El 17 de julio, Churchill tuvo noticia de que la prueba de Alamogordo había sido un rotundo éxito, capaz de justificar ese brindis con champán al que él mismo aludía en su telegrama a Truman. Un mes más tarde, dirá a los miembros del parlamento que «la ansiada noticia […] no ha dejado duda alguna, en la mente del escasísimo grupo de personas que están al corriente del proyecto, de que nos hallamos en presencia de un factor nuevo en los asuntos humanos, y de que esto pone en nuestras manos un poder irresistible»[175]. «¿En qué ha quedado la pólvora?, —le pregunta retóricamente unos días después el primer ministro a Henry Stimson—. En algo totalmente trivial», se contesta a sí mismo. «¿Y qué es la electricidad? Una fruslería. Esta bomba atómica es un Segundo Día del Juicio.»[176] Al inaugurarse la Conferencia de Potsdam, Truman pudo informar oficialmente a Stalin de la existencia del artefacto. El líder soviético se mostró pertinentemente sorprendido, sin revelar, obviamente, que sus espías le habían mantenido plenamente al tanto de lo que se preparaba ni que él mismo estaba ya tratando de fabricar su propio ingenio nuclear. Tras entrevistarse con Truman, Churchill quedó sumamente impresionado, y dijo de él que era «un hombre de una determinación inmensa. No presta la menor atención al hecho de si pisa o no un terreno delicado: se limita a afirmar el pie con toda energía y a proseguir la marcha»[177].

La Conferencia de Potsdam se celebró entre los días 17 de julio y 2 de agosto. Churchill se alojó en una villa situada en el número 25 de la Ringstrasse, y en la cama de su dormitorio se colocó una mosquitera, dado que las noches eran muy cálidas. En un determinado momento, John Lascelles, hijo de Tommy Lascelles, se quejó indignado a Rowan diciéndole que Churchill exhibía el estandarte real en su coche oficial, pero el interpelado le explicó que se trataba en realidad del pendón del lord Guardián de los Cinco Puertos, que Churchill tenía derecho a usar. Pese a que tanto Eden como Cadogan criticaron muy duramente la actuación de Churchill en Potsdam, asegurando que debía haberse implicado más, lo cierto es que Winston sabía que el 25 de julio tenía que regresar a Gran Bretaña, donde le aguardaba el resultado de las elecciones, y que muy bien

podía suceder que en la segunda mitad de la Conferencia ya no ocupara él el cargo de primer ministro[178]. Por ese motivo había acudido al encuentro en compañía de Attlee, ya que él sería su sustituto en caso de que se produjera una victoria laborista.

Menos explicable resulta en cambio la observación que habrá de hacerle a Eden sobre Stalin en el transcurso de la Conferencia, ya que le dirá: «Me gusta ese hombre». Algo que resulta muy difícil de entender después de la inadmisible conducta del dictador ruso, tanto en el caso del Pacto Mólotov-Ribbentrop entre los soviéticos y los nazis, como en los de la masacre de Katyn, el levantamiento de Varsovia, la detención del general Kazimierz Okulicki, etcétera, etcétera. ¿Dónde está el Churchill de 1931, que había denunciado a Stalin por cumplir a rajatabla su «cuota matutina de sentencias de muerte»? ¿O en qué había quedado el propio Churchill de mayo de 1945, el mismo que había sermoneado a Joseph Davies acerca de la falta de equivalencia moral entre la conducta de los comunistas y el comportamiento de Occidente? No tenemos constancia de que se cayeran bien en el plano personal, y en todo caso este sentimiento de «cercanía» no iba a durar demasiado. En esa época, Churchill tenía quejas más importantes que formular, como las relativas a la actitud de los periodistas que cubrían la información de la Conferencia, cuyo comportamiento hará que le comente a Clementine en una carta que se siente «asediado […] por una legión de reporteros que se enfurecen al constatar que no pueden rebasar los cordones de protección. Si no se mantiene el silencio y el secretismo es imposible sacar adelante las graves cuestiones que nos ocupan»[179].

El jueves 26 de julio, a las diez de la mañana, cuando empezaron a llegar los resultados de las elecciones, Churchill se encontraba sentado en la Sala de Mapas del número 10 Anexo, embutido en su mono de trabajo y en compañía de Beaverbrook y Margesson. El capitán Pim iba mostrando los datos en una pantalla, circunscripción por circunscripción, a medida que los desgranaba la Oficina Central del Partido Conservador y que se los confirmaba la cinta del teletipo. Transcurrida apenas media hora, quedó patente que las cosas no iban bien. Se vio enseguida que Bracken había perdido en el distrito de Paddington Septentrional, por la enorme diferencia

de seis mil quinientos votos menos que su rival. «Mi padre se sentó en un extremo de la mesa y se dedicó a encajar las informaciones de cada nuevo resultado con un movimiento de cabeza, sin hacer ningún comentario, —recuerda Sarah—. Al comprenderse con creciente claridad que se trataba de un verdadero maremoto, resurgió en su ánimo el sentido del humor que le era connatural, aunque solo de puertas afuera.»[180] Al mediodía se hizo evidente que los laboristas iban a barrer. «Se instaló de pronto la atmósfera más deprimente que jamás hubiera imaginado, —escribe ese día Marian Holmes—. En el despacho estábamos todos completamente atónitos.»[181]

Duncan Sandys perdió en Norwood, y a Harold Macmillan le pasó lo mismo en Stockton. Entre los ministros que también se quedaron sin escaño se encuentran, por ejemplo, Leo Amery, *sir* Percy Grigg, Richard Law, *sir* Donald Somervell, el ministro del Interior, y algunos más. «Recordaré hasta el día en que me muera el valor y la paciencia que mostró usted tras la derrota, en el más triste almuerzo que hayan conocido los siglos, —le escribirá poco después Margesson a Churchill—. Fue un magnífico ejemplo de cómo encajar un directo a la mandíbula sin inmutarse.»[182] Al decirle Clementine durante la comida que tal vez fuera una bendición encubierta para él, Churchill respondió: «Pues lo que es, de momento, parece encubrirse estupendamente bien…»[183]. Leslie Rowan, que ese día estuvo junto a Churchill más tiempo que ningún otro funcionario, señala: «De sus labios no salió una sola palabra de condena»[184]. Más tarde, al hablar Moran de la ingratitud de la gente, Churchill le contestó: «No, no. Yo no diría eso. Han vivido tiempos muy difíciles»[185]. No obstante, le conmocionó saber que el candidato del Partido Laborista Independiente que se había opuesto a él en Woodford hubiera recibido el apoyo de 10 488 electores, pese a que él mismo hubiera obtenido la confianza de 27 688 votantes.

Los laboristas consiguieron 393 escaños, los conservadores 213, los liberales 12 (entre los que no figuraba Sinclair, que perdió la circunscripción de Caithness), y el resto de partidos se repartieron los 22 restantes. Los laboristas nunca habían conseguido una mayoría absoluta, y menos aún una que les concediera un margen de 146 escaños respecto de la suma de sus adversarios[186]. Los laboristas consiguieron 11,99 millones de

votos; los conservadores 9,99 millones; los liberales 2,25 millones y el Partido Comunista 102 800. El porcentaje de papeletas de signo conservador, que fue del 39,8 %, no era en modo alguno tan desastroso como parecía indicar el pequeño número de escaños asignados a esos sufragios. A las cuatro de la tarde de ese mismo jueves, Churchill se reunió con Lascelles en el número 10 Anexo. «No me ha dado la impresión de estar bajo de ánimo, —escribe Lascelles—, y al hablar tampoco ha dejado traslucir ningún síntoma de desaliento. Ha atribuido su derrota a la reacción de la gente, harta de los padecimientos de los cinco últimos años: han tenido que soportar todos los horrores e incomodidades de una guerra, y, automáticamente, los han imputado al gobierno que ha ejercido el poder a lo largo de ese período de tormento»[187]. Al transmitirle Lascelles un mensaje del rey en el que este le decía que le iba a echar muchísimo de menos, Churchill se «emocionó. —Poco después, Winston le escribía a Attlee para decirle—: Te deseo el mayor de los éxitos en la pesada carga que estás a punto de asumir» y, en todo caso, [sic], lo que hará saltar las alarmas gramaticales de Lascelles, que le señalará, con razón, que lo que en realidad quería decir era: «Te deseo el mayor de los éxitos en la gestión de pesada carga que estás a punto de asumir»[188].

Esa misma tarde, Churchill acudía a palacio para presentar su dimisión. «He visto a Winston a las siete de la tarde, y la verdad es que ha sido una entrevista bastante triste, —anota el rey—. Le he dicho que, en mi opinión, el pueblo se ha mostrado sumamente ingrato después del espléndido liderazgo que ha permitido ganar la guerra. Él estaba muy tranquilo, y me ha dicho que, teniendo en cuenta la diferencia de escaños que habían obtenido los socialistas respecto de los demás partidos, y suponiendo que organizaran las cosas con cuidado, podrían permanecer muchos años en el poder.»[189] Churchill declinó la tercera oferta de la Orden de la Jarretera que le hizo el rey, y según se dice, comentó tras la entrevista: «¿Cómo voy a aceptar de Su Majestad la Orden de la Jarretera, cuando la gente me acaba de condecorar con la orden de la bota…?»[190]. Al regresar al número 10 Anexo, Churchill dio las gracias a todo el personal que había trabajado para él en la Sala de Mapas (en la lista de condecoraciones que Churchill confeccionó al dimitir, Pim sería recompensado con el título de caballero), y

después le dijo a Lawrence Burgis: «No creas que voy a estar ocioso. Voy a escribir, voy a hablar en la radio, y voy a seguir desempeñando las funciones de parlamentario, aunque jamás vaya a regresar ya al número 10 de Downing Street»[191]. Al día siguiente, mientras realizaba los preparativos para abandonar su residencia oficial, le dirá a Anthony Eden en la Sala del Gabinete de Downing Street: «He pasado treinta años de mi vida en esta habitación. No volveré a sentarme en ella. Tú sí, pero yo no»[192].

«Debo confesar que los acontecimientos del pasado jueves me han parecido más que extraños», le comentará perspicazmente por escrito Churchill a Hugh Cecil, convertido ahora en lord Quickswood, tres días después de la derrota. «Sobre todo si me paro a pensar en el espléndido recibimiento que me habían procurado gentes de toda clase y condición. Tras veinte años de dificultades, creo que en el corazón del pueblo británico había algo reprimido que buscaba el modo de aliviarse. Es como si volviera a repetirse todo lo ocurrido en 1906.»[193] Pero el resultado de las elecciones también provocó una gran conmoción en otras personas, sobre todo en el extranjero. Uno de los amantes con los que se veía en esa época Pamela Churchill, el general de división Frederick Lewis Anderson, comandante de la 8.ª Fuerza Aérea de Estados Unidos, le escribirá a la joven: «La noticia de la derrota de Winston me ha dejado aturdido. Me ha dado un vuelco al corazón, y he tenido la clara sensación de que se ha cometido una gran injusticia con un amigo muy cercano»[194]. Al tratar Averell Harriman de consolar a Churchill diciéndole que, de haberse empleado el sistema de la representación proporcional, seguiría conservando el puesto de primer ministro, al frente de una coalición de conservadores y liberales, Winston rechazó indignado la idea y señaló: «Siempre me opondré con todas mis fuerzas a los perjuicios que se derivan de la representación proporcional». Y acto seguido explicó que la democracia solo podía funcionar si la gente sabía a quién exigir cuentas y a qué partido imputar la responsabilidad de las decisiones adoptadas en el ejercicio del gobierno[195].

En el último fin de semana en Chequers, Sarah observó que el juego de llaves con el que Churchill abría las valijas rojas de documentos

gubernamentales, y que llevaba siempre encima desde el año 1939, había dejado de colgar de la cadena de su reloj. «Echo de menos esas carteras», le confesó su padre. En el libro de visitas de Chequers, al final de la última página correspondiente al 30 de julio de 1945, figuran las firmas de «Clementine S. Churchill» y «Winston S. Churchill». Debajo, escrito de puño y letra por el primer ministro saliente, se lee una única palabra: *Finis*.

Capítulo 32

TIEMPO DE OPOSICIÓN

Agosto de 1945 - octubre de 1951

> El sufrimiento en que se halla sumido el mundo me horroriza, y cada vez temo más que, de los combates que estamos consiguiendo extinguir, puedan surgir nuevos motivos de lucha.
>
> Churchill a Clementine, febrero de 1945[1].

> El socialismo es la filosofía del fracaso, el credo de la ignorancia, y el evangelio de la envidia.
>
> Churchill, Perth, mayo de 1948[2].

En una ocasión Churchill le preguntó a su hija Sarah, actriz de profesión: «¿Te molesta que termine la función?». «Sí, ya lo creo, terriblemente, —contestó ella—. A mí también», replicó el padre[3]. En 1945, Churchill había culminado la tarea de salvar Londres, verificando así lo que él mismo había anticipado que habría de incumbirle cuando todavía era un alumno de Harrow. Sin embargo, pese a haber cumplido ya los setenta años de edad y haber quedado despojado de su cargo en el gobierno, no podía resignarse a abandonar la política. El electorado había rechazado

su candidatura en las únicas elecciones generales a las que había concurrido como líder de un partido, y por más explicaciones que pudiera dar al asunto, lo cierto es que la derrota le escocía muchísimo. Esto explica que le diga a Charles Eade que «no podía dejar en la estacada al Partido Conservador, y menos ahora, tras encajar una derrota» —aunque después suelte una carcajada y le confiese la verdad desnuda: que «la política era el soplo vital que le mantenía en este mundo»—.[4] Al terminar la guerra, serían muchos los monumentos que se le quisieran dedicar. De hecho, llegaron incluso a recaudarse cincuenta mil libras esterlinas para labrar en los blancos acantilados de Dover una efigie suya de sesenta metros de altura en la que no habría de faltar detalle, ni siquiera el de un enorme cigarro puro con una luz permanentemente encendida en la punta —cuya finalidad consistiría en garantizar la seguridad del tráfico marítimo—.[5] Sin embargo, el monumento que él más deseaba tras la debacle electoral de 1945 era una victoria en las urnas, aunque eso significara retrasar una década más la materialización de las esperanzas de Anthony Eden.

A modo de recuerdo, Churchill mandó fabricar en la casa Spink & Son 136 medallones de bronce de 10 centímetros de diámetro, que pagó de su bolsillo, a fin de entregárselos a los diferentes ministros que habían servido a sus órdenes, así como a sus tres jefes de Estado Mayor, a Smuts, a Mountbatten, a los mariscales de campo Montgomery y Alexander, a Edward Bridges, el secretario del gabinete, a Hastings Ismay, apodado «Pug», y al primer ministro canadiense William Mackenzie King[6] —sin olvidar el que concedió póstumamente al almirante *sir* Dudley Pound y que entregó a su hijo mayor, que era oficial de la armada—. Cada uno de aquellos medallones llevaba la inscripción: «Salud a la Gran Coalición 1940-1945». «Será estupendo como pisapapeles», le dirá Churchill al rey, al que también regaló uno[7].

En cierto modo, la derrota electoral había sido efectivamente una bendición encubierta para Churchill. Las cuestiones a las que se enfrentaba ahora el gobierno, como las de la independencia de la India y el retroceso del imperio, o aun la de la desmovilización de la población en armas, la reconstrucción del país, la adopción de medidas de austeridad financiera, la renovación de las viviendas o el desmantelamiento de la zona de

implantación de la libra esterlina, no eran asuntos que Winston Churchill fuera a considerar estimulantes, precisamente, y desde luego, tampoco se trataba de áreas en las que sus competencias personales se revelaran particularmente sólidas. «Los dos próximos años van a presentar una serie de dificultades administrativas sin precedentes, —le dirá a Hugh Cecil—, y es muy posible que un gobierno laborista se revele mucho más apto para resolver este tipo de situaciones» que uno conservador[8]. Churchill admitió este mismo extremo al despedirse de Marian Holmes —en un encuentro que les haría verter lágrimas a los dos—. «Quizá ellos puedan desenvolverse mejor que yo, sobre todo en materia de vivienda y de suministro de carbón», le dijo, para agradecerle después que hubiera sabido guardar los secretos de los que necesariamente había sido puesta al corriente, que no hubiese tenido inconveniente en tomar un avión para acudir a las diferentes conferencias de la guerra, y que hubiera «sabido encajar todos mis arranques de mal genio»[9].

El hecho de quedar al margen de las tareas de gobierno presentaba además otras ventajas. Churchill no podría haber advertido de la amenaza que representaba el comunismo soviético si al mismo tiempo hubiera tenido que bregar a diario con la diplomacia de la URSS. Por otro lado, al dejar el número 10 de Downing Street también pudo dejar atrás sus preocupaciones económicas, una verdadera primicia para él, ya que nunca había podido hacerlo hasta entonces. Y pudo escribir asimismo *La Segunda Guerra Mundial*, sus memorias en seis volúmenes, con más de 4200 páginas, y recibir a cambio enormes avances económicos —algo que jamás habría tenido tiempo de hacer siendo primer ministro.

Una de las razones de que Churchill no se derrumbara tras la derrota electoral se debió, al menos en parte, a su condición de historiador, ya que gracias a ello sabía perfectamente que su situación contaba con un gran número de precedentes. Uno de sus héroes, Marlborough, también había sido objeto de lo que su propio pariente, el primer duque, había llamado «la vil ingratitud de mis compatriotas» al optar la reina Ana por transferir sus favores a los conservadores[10]. En 1920, otro de sus personajes históricos más admirados, Clemenceau, había tenido que aceptar que los franceses no le eligieran presidente pese a haber sido uno de los principales artífices de

la victoria en la primera guerra mundial. «Al obtenerse el triunfo, —había escrito Churchill en *Grandes contemporáneos* en referencia al político galo —, todos los observadores externos coincidieron en señalar que Francia le había demostrado muy poca gratitud»[11]. Tiempo atrás, en agosto de 1941, Colville ya había señalado que Churchill le había confesado que «no esperaba conservar su popularidad si ganaba la guerra, y, de hecho, veo que tiene muy presentes los ejemplos de Wellington[12] y Disraeli[13], entre otros»[14]. Por consiguiente, la derrota electoral de 1945 venía a inscribirse en una vasta temática histórica marcada por una sucesión de conductas heroicas y de gran éxito, cuyos protagonistas habían sido expulsados del poder como consecuencia de un reiterado gesto de ingratitud popular.

Por otro lado, aunque no pudiera reconocerlo en público, Churchill era consciente de que se encontraba agotado y de que necesitaba desesperadamente un respiro para poder recuperar la fuerza y la energía de siempre. En el transcurso de los mil novecientos días que había estado ejerciendo los cargos de primer ministro y de ministro de Defensa había viajado cerca de ciento ochenta mil kilómetros en barco, tren y avión, y había visitado cuatro veces El Cairo, tres Washington y Moscú, y dos Quebec, las Bermudas, Teherán, Casablanca, Italia, Normandía, París, Malta, Yalta, Atenas, Bélgica y Berlín. Casi un año antes, nada menos, en agosto de 1944, Churchill le había comentado a Rowan: «Estos días apenas noto la mitad de las fuerzas que solía tener. —Y de hecho en noviembre de 1945 llegará incluso a admitir que, de haber ganado las elecciones—, lo más probable es que a estas alturas ya estuviese muerto»[15]. En el transcurso de los años inmediatamente posteriores, en los que se dedicaría a ejercer la oposición, Churchill conseguiría reunir las fuerzas suficientes para volver a lanzarse al asalto del más elevado puesto electivo de la nación. Para lograrlo, se dedicó fundamentalmente a pasar largas temporadas absorto en la pintura y la escritura, dos pasiones en las que se enfrascaría a veces durante un mes entero y a las que consagraría diferentes períodos de vacaciones parciales en distintos climas cálidos, lejos de los complicados inviernos británicos[16].

Al asumir la tarea de líder de la oposición, Churchill iba a aplicar unos criterios sumamente personales. «Nuestro jefe de filas no siempre nos

concede la gracia de su presencia, —recuerda el jefe de disciplina del Partido Conservador, James Stuart—, sino que sigue sus propias leyes, ya que únicamente interviene en los debates que se le antojan»[17]. Cuando estaba en Gran Bretaña, Churchill solía presidir las reuniones semanales del gabinete en la sombra[18], al que se dio en llamar «Comité Consultivo del Líder» y cuyos miembros constituían una masa amorfa y secreta. Además, Churchill adquirió la costumbre de invitar a comer cada quince días a la cúpula de su formación política[19]. Tenía poco sentido plantearse una verdadera oposición, dado que el Partido Laborista, al disponer de 146 escaños más que la suma de diputados de sus adversarios, contaba con un amplísimo margen de maniobra para la adopción de medidas. Con el fin de compensar la desventaja de no poder recurrir a la administración pública para obtener conocimientos avanzados y pormenorizados de las cuestiones en las que era preciso trabajar, Rab Butler creó un departamento de investigación notablemente eficiente en la Oficina Central del Partido Conservador. En dicho organismo intervendrían políticos de la talla de Iain Macleod, Reginald Maudling, Enoch Powell y otros, y gracias a ellos los *tories* comenzaron a disponer de planteamientos bien argumentados e innovadores, con datos exactos y sólidamente fundamentados.

Después de celebrados los comicios, los diputados conservadores en pleno se pusieron en pie para cantar *Es un muchacho excelente* al ver entrar por primera vez a Churchill en los Comunes, cuyos miembros todavía seguían reuniéndose en la Cámara de los Lores. Al terminar el cántico, los parlamentarios laboristas, cuyo número superaba a tal punto el de los conservadores que tenían que invadir los bancos de la oposición y llenar todo el recinto hasta el primer pasillo, se levantaron de un brinco y dieron la réplica a sus compañeros conservadores al entonar *La bandera roja*[20]. «Fue la primera y la última vez que se escuchó ese ridículo himno en el recinto central de la Cámara de los Lores, —señala en su diario Woodrow Wyatt, un parlamentario laborista recién elegido, que añade—: Máxime teniendo en cuenta que en esa sala lo único rojo que había habido hasta entonces era el color de las bancadas. Todo muy estimulante»[21].

El 6 de agosto de 1945 se arrojaba una bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima, provocando la muerte de más de cien mil personas. Tras el ataque, la declaración oficial del gobierno de Attlee, cuyo borrador había sido redactado por Churchill antes de la derrota, decía lo siguiente: «La revelación de los secretos de la naturaleza, hasta ahora misericordiosamente ocultos a los ojos del hombre, ha de suscitar las más solemnes reflexiones en el alma y la conciencia de todo ser humano dotado de entendimiento. Debemos rezar, de hecho, para que estas espantosas fuerzas conduzcan a la paz entre las naciones, y para que no sean causa de un inconmensurable caos en el conjunto del globo, sino fuente de perenne energía y prosperidad para el mundo»[22]. Tres días después, se lanzaba un segundo artefacto nuclear sobre la población de Nagasaki. La explosión mató a más de cuarenta mil personas y forzó la rendición del Japón. Churchill aseguró en los Comunes que la única alternativa a esas acciones habría obligado a «sacrificar a un millón de estadounidenses y a un cuarto de millón de británicos»[23].

«Fuimos el presidente Truman y yo mismo quienes tomamos la decisión de utilizar la bomba atómica en Potsdam, —dirá Churchill en los Comunes el 16 de agosto—. Y fuimos también nosotros quienes aprobamos los planes militares centrados en la liberación de esas terribles fuerzas contenidas.»[24] Churchill había comprendido el poder de la fisión nuclear en 1924, y tras haberse dedicado una enorme cantidad de tiempo, dinero, esfuerzos y competencias profesionales a la fabricación de la bomba, habría resultado inaceptable enviar a la muerte a cientos de miles de soldados con el único fin de preservar la conciencia de los políticos que debían decidir su uso. Y en esa época, la abrumadora mayoría del público aprobó la medida, sobre todo en el seno de las fuerzas armadas[25].

En años posteriores, Churchill reflexionaría varias veces sobre el carácter moral o inmoral de la decisión de arrojar la bomba atómica, y no solo con Mackenzie King. En julio de 1946 ya adelantaba la idea de que, de todas las políticas que había adoptado a lo largo de su carrera, «la orden de lanzar la bomba atómica podía ser, tal vez, el único extremo que la historia juzgara seriamente cuestionable […]. Hasta es posible que el Creador quiera saber cómo me atreví a tomar tal decisión. No obstante, yo pienso

defenderme enérgicamente, así que le diré: “¿Por qué nos permitiste descifrar ese conocimiento, y además en el preciso momento en el que el género humano se hallaba envuelto en una furiosa contienda?”»[26]. En este mismo sentido, el 16 de agosto de 1945, en un debate surgido a raíz del uso del ingenio nuclear, Churchill afirmará: «La bomba ha traído la paz, pero solo los hombres podrán mantener la vigencia de esa situación pacífica, y, de hecho, en lo sucesivo tendrán que vivir bajo la amenaza de unas consecuencias capaces de poner en peligro no solo la supervivencia de la civilización, sino la persistencia de la propia humanidad»[27].

A mediados de agosto de 1945, en los Comunes, Churchill criticará al gobierno de Attlee por conceder una parte excesivamente grande de la Silesia alemana a Polonia a fin de compensar a los polacos por los territorios que se habían cedido a Rusia al aceptarse la Línea Curzon. «Son pocas las virtudes que se le escapan al pueblo polaco, —comentó—, y pocos también los errores que ha sabido evitar»[28]. Evidentemente, es muy poco probable que el propio Churchill hubiera logrado negociar en Potsdam un acuerdo más favorable a los polacos, pero ahora era el líder de la oposición, así que su principal cometido consistía en sacar el máximo rédito político para su partido siempre que le fuera posible. Este es también el debate en el que emplea por primera vez en público la expresión «telón de acero. —Lo hará al hablar de los millones de alemanes que estaban siendo expulsados de la nueva Polonia—: No es imposible que se esté desarrollando una tragedia de una magnitud prodigiosa tras el telón de acero que divide en dos el continente europeo en este momento»[29]. El hecho de que ahora se manifieste preocupado por el bienestar de los millones de alemanes que estaban siendo expulsados de sus hogares, sin más bienes que los que pudieran transportar y cargar en sus carretones, concuerda perfectamente con la fe que siempre puso Churchill en la magnanimidad tras la victoria. En realidad, no solo había empezado a denunciar también la conducta tiránica de los gobiernos comunistas de Polonia, Hungría, Yugoslavia, Rumanía y Bulgaria, sino la circunstancia de que la policía secreta de esos países pudiera «llamar en plena noche» a la puerta del domicilio de cualquier ciudadano, y que posteriormente esas personas terminaran por desaparecer[30].

El 2 de septiembre de 1945, es decir, el día en el que Japón rubricó formalmente su acta de rendición, Churchill voló en el C-47 Dakota del mariscal de campo Alexander hasta el lago de Como, en Italia, para pasar unas vacaciones dedicado a la pintura. En el viaje de recreo le acompañaron Sarah, Moran, su secretaria Elizabeth Layton, dos detectives y el servicial Sawyers, instalándose todo el grupo en Villa La Rosa, que en su día había pertenecido a uno de los partidarios de Mussolini. Entretanto, Clementine permaneció en Londres para ultimar la compra del número 28 de la calle Hyde Park Gate, domicilio que Churchill habría de ocupar ya el resto de su vida. «Me encuentro mucho mejor conmigo mismo, —le confiesa Churchill a Clementine—, y estoy libre de toda preocupación […]. Es la primera vez en muchos años que he conseguido aislarme totalmente del mundo»[31]. Es muy posible que no le prestara atención, pero no hay duda de que debía de molestarle bastante el braguero que se veía obligado a llevar ahora (en tanto no se animara a sufrir una operación de dos horas[32], en junio de 1947), como consecuencia de la reaparición de la hernia (largo tiempo descuidada) que se le había producido en 1893 al saltar del puente peatonal de la finca de lord y *lady* Wimborne[33].

El mariscal de campo Alexander también era aficionado a la pintura, y de cuando en cuando ambos decidirían plasmar la misma escena. «Mira, Alex, acércate», le dirá Churchill uno de esos días de vacaciones, colocándose justo enfrente de uno de los horrendos cuadros de las paredes de la villa del fascista. «Fíjate bien en esto: no me digas que no pintamos mejor que el cabronazo que emborronó esta tela…»[34] Una calurosa tarde, mientras contemplaba las serenas aguas del lago, con un silencio casi absoluto, roto únicamente por el lejano sonido de las esquilas de las cabras, Churchill comentará con los dos jóvenes oficiales del ejército que le acompañaban: «Después de una larga vida jalonada por una gran variedad de experiencias, el consejo más valioso que puedo daros es que aprendáis a conservar la magia del momento. —Y uno de ellos le replicará—: Eso es justamente lo que estoy tratando de hacer, señor»[35].

Churchill se relajó tanto en Italia que renunció incluso a sus siestas de media tarde —y al final abandonaría para siempre ese hábito—. Sin embargo, lo que no se le pasó siquiera por la cabeza fue la idea de dejar la política. En una carta a Clementine, Churchill le dice, en alusión al gabinete en la sombra: «No serán temas de debate lo que nos falte cuando volvamos a reunirnos»[36]. No obstante, al regresar descubrirá rápidamente que son relativamente pocas las cuestiones políticas capaces de despertar realmente su interés —de entre las cuales destacan la partición de la India y Palestina, el futuro de Birmania, y las relaciones con Rusia, tras dotarse esta del arma nuclear—. Por lo general, se contentaría con dejarlo todo en manos de Eden, Butler, Woolton, Lyttelton y Macmillan.

En el parlamento, Churchill seguiría mostrando permanentemente un ardor contrario al socialismo y al Partido Laborista, y en una ocasión se burlará, por ejemplo, del régimen de racionamiento impuesto por el gobierno diciendo que se trataba de una «Colatopía»[37]. «El vicio inherente del capitalismo es la desigual distribución de la riqueza, —señalará en un debate celebrado en el mes de octubre—. Pero el vicio intrínseco del socialismo es el reparto igualitario de la miseria.»[38] Aneurin Bevan fue uno de sus blancos predilectos. En diciembre, haciendo referencia al ataque que Bevan había lanzado poco antes a las empresas privadas del sector de la construcción, Churchill exclamará: «Hoy tengo que señalar que, a menos que cambie de política y de método y actúe con la mayor de las diligencias, su señoría va a tener en tiempo de paz el mismo carácter de maldición insufrible para este país que el que ya tuvo de miserable fastidio durante la guerra»[39]. Al preguntarle un periodista la razón de que Attlee no hubiera ido a Moscú para entrevistarse con Stalin, Churchill replicó: «No se atreve a ausentarse del gabinete. Sabe perfectamente bien que, si el ratón no está, los gatos bailan»[40]. En otra ocasión, al insultarle el ex ministro laborista del gabinete Wilfred Paling al grito de «¡Sucio perro!, —Churchill le espetó—: El respetable parlamentario debería recordar lo que hacen los perros sucios en las vallas»[41].[42] En otro momento, Churchill lamentará que Stafford Cripps «dedique tanta agudeza y energía mental a la concreción de un gran número de temas perjudiciales para el vigor y el bienestar del estado»[43]. Este tipo de salidas y ocurrencias, que eran una constante en Churchill,

unidas a su talla como líder de la oposición, conseguirían que la Cámara se llenara siempre hasta los topes cada vez que se sabía que Churchill iba a levantarse de su escaño para tomar la palabra.

Uno de los golpes de ingenio más festejados de Churchill —sobre todo teniendo en cuenta que no fue él (lamentablemente) quien hiciera la observación de que no aconsejaría al marido de *lady* Astor que siguiera tomando el tóxico brebaje que su esposa llamaba café— fue el que se produjo a raíz de una escaramuza dialéctica con la parlamentaria laborista Bessie Braddock, que le dijo en 1946: «Winston, está usted bebido, y lo que es peor, repugnantemente bebido, —a lo que él replicó—: Bessie, querida, usted es fea, y lo que es peor, repugnantemente fea. Mañana, sin embargo, yo estaré sobrio, pero usted en cambio seguirá teniendo el mismo aspecto»[44]. Mary Soames no creía que esta anécdota fuese cierta, afirmación que mantenía aduciendo que su padre jamás se había comportado de un modo tan poco galante con las mujeres. Por otra parte, quienes han investigado las circunstancias en que se encontraba Churchill en la tarde de autos confirman que el líder conservador no estaba ebrio, y mucho menos de ese modo tan desagradable que se sugiere en el comentario, sino que «solo se sentía un tanto fatigado y temblón»[45]. Es más, también puede encontrarse esa misma salida, prácticamente calcada —basta con sustituir «bebido» por «desquiciado»—, en una película de 1934 protagonizada por el actor estadounidense W. C. Fields y titulada *It’s a Gift*. Si es cierto que tuvo lugar ese chusco intercambio en los Comunes, resulta obvio que la observación de Braddock supuso efectivamente un regalo[46] para Churchill, ya que a su pasmosa memoria fonográfica debió de resultarle facilísimo ofrecer a la Cámara la más célebre respuesta que hayan registrado los anales.

En febrero de 1946, tras dejar a Eden a cargo del Partido Conservador, Churchill partió en visita oficial a Cuba. Se alojó en el Hotel Nacional de La Habana, y en la conferencia de prensa que dio a continuación comentó a los reporteros: «En mi país, la gente hace lo que quiere, aunque muchas veces no quiera hacer lo que hace»[47]. Poco después viajó a Washington

para entrevistarse con Eisenhower. En la capital estadounidense permaneció en la embajada británica, y el 26 de febrero la Universidad de Miami le nombraba doctor *honoris causa* en derecho. Este título académico es en realidad uno de los dieciséis similares que las universidades de todo el mundo le concedieron a lo largo de su vida, entre los años 1926 y 1954. «Me sorprende que a esta edad avanzada haya adquirido tanta experiencia en la obtención de laureles académicos, cuando en mi época de colegial se me daban tan mal los exámenes, —dirá, de hecho, en Miami—. En realidad, casi podría decirse que jamás ha habido nadie que, habiendo superado tan pocas pruebas, haya recibido tantos títulos.»[48] En esta ocasión, el principal mensaje de su discurso giraría en torno a dos ideas: en primer lugar, que «ni los chicos ni las chicas debían dejar que les desalentara la falta de éxito en la juventud. Lo que han de hacer es continuar perseverando con diligencia y fe a fin de recuperar el tiempo perdido»; y en segundo lugar, que «el conocimiento erudito, pese a resultar indispensable, no puede sustituir a la comprensión generosa y global de la historia humana, con todas sus miserias y sus inextinguibles esperanzas»[49].

Churchill había viajado a Estados Unidos debido a que el Westminster College de Fulton, Misuri —el estado del que era originario el presidente Truman— también le había concedido un título honorífico. El hecho de que Truman hubiera respaldado el ofrecimiento de esa institución con una nota escrita de su puño y letra, unido a la perspectiva de realizar un largo trayecto en su compañía, había convencido a Churchill de que debía aceptar la deferencia. En el viaje con Truman hasta Jefferson City, en Misuri —durante el cual pasaría la noche a bordo del *Ferdinand Magellan*, el tren presidencial—, Churchill le dirá a Clark Clifford, uno de los edecanes de Truman: «Hay un país en el que un hombre sabe con certeza que tiene ante sí un futuro ilimitado: Estados Unidos. Pero eso no me impide deplorar algunas de las costumbres que tienen ustedes […]: han dejado de beber alcohol en las comidas»[50].

Una de las cartas que su secretaria Jo Sturdee (que andando el tiempo se convertiría en la condesa de Onslow) le envió a sus padres durante ese viaje en tren nos indica a las claras lo que podía experimentar cualquier persona que trabajara con Churchill. En el texto, Sturdee comenta que mientras

trataba de pasar a máquina el discurso que Churchill debía leer en la embajada británica para aceptar la titulación honorífica, el ex primer ministro había estado bombardeándola constantemente con peticiones y exigencias de este tipo: «¡Vamos, vamos, dese prisa…! ¿Dónde están todos mis telegramas? ¿Todavía no ha llegado nada de Inglaterra? Debe de haber por ahí algún periódico al que pueda echarle un vistazo… ¿Qué ha hecho con mi estilográfica roja? Dígale al embajador que quiero verle. ¡Dónde se ha metido Sanders! ¿Pero todavía no ha abierto el correo?»[51].

Una vez mecanografiada la alocución, Truman leyó el discurso y señaló que no tenía objeciones ni enmiendas que plantear. Lo que sí apuntó, sin embargo, fue otra cosa: «El otro día vino a verme Clement Attlee. Y me ha sorprendido comprobar que se trate de un hombre tan modesto». «Es que son muchas las cosas que le obligan a la modestia», replicó Churchill[52]. Si el ex primer ministro había hecho ese comentario había sido más por parecerle una agudeza chistosa y una muestra de rápido y mordaz ingenio con la que bromear acerca de un adversario político que porque realmente lo considerara así. En privado, Churchill solía desacreditar todas las críticas que pudieran dirigirse a Attlee, ya que su intervención había resultado decisiva para apartar a Chamberlain del poder, por no mencionar el hecho de que también había servido durante mucho tiempo a sus órdenes y mostrado siempre una gran lealtad patriótica. De hecho, en marzo de 1946, Freddie Birkenhead le pedirá a Churchill —convencido de que la respuesta iba a ser Bevin— que le diga el nombre del antiguo colega laborista al que más respetaba. Sin embargo, el propio Birkenhead se confesará sorprendido al constatar que el interpelado le «respondía sin vacilar: “Attlee”»[53].

La alocución que Churchill pronunció en Fulton llevaba oficialmente el título de «*Los pilares de la paz*», pero pronto pasaría a conocerse como «El discurso del telón de acero». «Estados Unidos ocupa en este momento la cima del poder mundial, —comenzó a decir ante el público congregado en el vasto gimnasio del Westminster College—. La democracia estadounidense atraviesa así un período de solemne importancia, puesto que el ejercicio de la primacía política lleva aparejada una impresionante responsabilidad ante las generaciones futuras. Si miran cuanto ocurre a su alrededor, se percatarán de que no solo impera en el país la sensación del

deber cumplido, sino que también flota en el ambiente la ansiedad derivada del temor a no estar a la altura de lo conseguido»[54]. Y al hablar de las Naciones Unidas, dijo: «Debemos asegurarnos de que su labor dé fruto; de que se trata de una institución real, no de una farsa vacía; de que es una fuerza capaz de actuar, no un simple cúmulo de palabrería banal; de que nos encontramos ante un verdadero Templo de la Paz llamado a convertirse algún día en un espacio dispuesto para que un gran número de naciones vengan a colgar sus escudos de guerra, no ante un mero reñidero de gallos de la nueva Torre de Babel…»[55]. Poco después añadía: «Y así llegamos al quid del asunto que he venido a exponer aquí. Si no logramos lo que en alguna ocasión he denominado la fraternal asociación de los pueblos de habla inglesa no conseguiremos ni una sólida base para evitar las guerras ni el ininterrumpido desarrollo de la organización mundial. Esto implica el cultivo de la especial relación que media entre la Comunidad y el imperio británico de naciones por un lado y Estados Unidos por otro»[56]. Churchill deseaba que este vínculo llegara al extremo de permitir «la utilización conjunta de todas las bases navales y aéreas que uno y otro país tienen repartidas por la superficie del globo»[57].

Hasta ese momento todo parecía positivo, y su discurso no daba la impresión de añadir nada sustancial a lo que ya había dicho en Harvard en septiembre de 1943. Pero justo entonces lanzó una advertencia tan grave y tan clarividente como cualquiera de las proferidas anteriormente en relación con los nazis, en la época de las políticas de apaciguamiento. Utilizando unas palabras que no tardarían en ser repetidas en todo el planeta, Churchill llegó al verdadero meollo de lo que había venido a explicar, y pronto se comprendió que el asunto apuntaba más a lo que representaba Rusia que a las relaciones entre los pueblos de habla inglesa. «De Szczecin en el Báltico a Trieste en el Adriático», declaró,

> ha caído sobre el continente un telón de acero. Tras él se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa Central y Oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas célebres ciudades y las poblaciones que se asientan a su alrededor se encuentran en lo que necesariamente ha de denominarse ya la esfera soviética, y todas están sometidas, de un modo u otro, no solo a la influencia de Rusia, sino a un altísimo grado de control por parte de Moscú —un control que en muchos casos no deja de crecer— […]. Los partidos comunistas, cuyo tamaño era muy reducido en

> los estados orientales de Europa, se han elevado ahora a una posición de predominio y de poder que supera con mucho el volumen de personas cuya representación ostentan, y en todas partes están esforzándose por la materialización de un caudillaje totalitario. Lo que vemos que prevalece en casi todos los casos es la instauración de gobiernos policiales, y, por el momento, salvo en Checoslovaquia, no existe ningún ámbito en el que pueda hablarse de una verdadera democracia[58].

«La última vez que vivimos algo similar ya percibí que se aproximaba todo esto, y desde luego lo proclamé a mis compatriotas y al mundo, pero nadie prestó atención», prosiguió diciendo Churchill.

> Hasta 1933, y quizá incluso hasta 1935, habría sido posible ahorrarle a Alemania el terrible destino que se ha abatido sobre ella, y de hecho todos podríamos habernos evitado las calamidades que Hitler ha vertido sobre el género humano. Jamás, en toda la historia, ha habido una sola guerra de más fácil prevención que la que acaba de asolar tan enormes regiones del globo: bastaría con haber adoptado para ello las medidas oportunas. Creo firmemente que la conflagración podría haberse impedido sin necesidad de disparar un solo tiro, con lo que en nuestros días Alemania podría ser un país poderoso, próspero y aclamado. Pero nadie quiso escuchar, y el terrible torbellino acabó por engullirnos a todos, uno tras otro. Es evidente que no debemos permitir que vuelva a suceder algo semejante[59].

Churchill dijo a continuación que la guerra no era inminente y que los soviéticos no querían arriesgarse a un nuevo choque. «Lo que sí desean, sin embargo, son los frutos de la guerra y la indefinida expansión de su poder y sus doctrinas.» Argumentó asimismo que los intentos de apaciguamiento de Rusia no iban a servir para conjurar los peligros. «Todo cuanto he visto de nuestros amigos y aliados rusos en el transcurso de la guerra me ha llevado a la convicción de que no hay nada que admiren más que la fuerza, y que no hay nada que les infunda menos respeto que la debilidad, sobre todo si esta se expresa en el terreno militar.» Por esta razón urgió a sus oyentes a tener bien presente que «la vieja doctrina del equilibrio de poder se ha revelado hoy perjudicial», y que en lugar de atenerse a sus premisas, Estados Unidos y Gran Bretaña debían unirse en «fraternal asociación» para garantizar la defensa de la libertad, «no solo la nuestra, sino la de todos, y no solo la de la época que nos ha tocado vivir, sino la del siglo que viene»[60].

El discurso produjo una reacción inmediata, y de carácter casi unánimemente crítico. Eleanor Roosevelt, la viuda del anterior presidente, declaró que se había sentido escandalizada. Trygve Lie, el secretario

general de las Naciones Unidas, le dijo al embajador británico ante ese organismo que el discurso le había hecho el juego a los elementos antioccidentales de Moscú[61]. En el Congreso estadounidense, los demócratas se pusieron furiosos. La prensa, y no solo la de izquierdas, divulgó comentarios abrumadoramente negativos, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, y desde luego también en el resto del mundo. Más de un centenar de parlamentarios laboristas firmaron una moción en la que denunciaban el contenido de la alocución. Eden trató de quitarle de la cabeza a Churchill cualquier veleidad de entrar en «nuevas polémicas con Stalin»[62]. El propio Truman negó haber tenido conocimiento del discurso con antelación, y Dean Acheson, su subsecretario de estado, declinó la invitación de asistir a una recepción organizada en honor de Churchill —una invitación que sin embargo ya había aceptado antes de producirse el incidente[63].

En general, las acusaciones que se abatieron sobre la persona de Churchill le tacharían de reaccionario belicista, y no solo le considerarían un individuo incapaz de valorar los sacrificios que Rusia había hecho durante la guerra, sino un político ciego a la benevolente naturaleza del «padrecito» Stalin. Incluso en nuestros días sigue habiendo historiadores revisionistas que culpan a Churchill de dar inicio a la guerra fría con ese discurso sobre el telón de acero —en lugar de señalar que la tensión entre los bloques ya se estaba instaurando *de facto* en ese momento y que en ese pulso Occidente era quien se estaba llevando la peor parte—. Ernest Bevin, que ahora desempeñaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores, y Thomas Dewey, que poco después habría de presentar su candidatura a la presidencia de Estados Unidos por el Partido Republicano, fueron dos de los escasísimos políticos que no repudiaron a Churchill, dado que ellos mismos habían llegado ya por su cuenta a conclusiones muy similares respecto a los verdaderos planes de Stalin.

A Churchill no le importaron lo más mínimo los ataques que estaba recibiendo, y de hecho, un par de días más tarde, durante un almuerzo auspiciado por la revista *Time* en el que se estaba deleitando con una buena ración de caviar, explicará que el «Tío Joe» (nombre con el que se conocía a Stalin en Estados Unidos) venía suministrándole periódicamente existencias

de este manjar desde el año 1941, pero que no esperaba seguir recibiendo remesas del mismo en el futuro[64]. «Supongamos que la premonición de Churchill se hubiera revelado falsa, —escribirá Leslie Rowan en 1968—: Es muy posible que no hubiese conseguido librarse jamás de ese sambenito. Pero [Churchill] tuvo siempre el coraje de defender sus convicciones»[65]. Tal y como ya sucediera en la década de 1930, el mero hecho de que los insultos y las condenas a Churchill hubieran sido tan agresivas acabaría por añadir más fuerza aún a la reivindicación personal de Winston, ya que poco después las acciones de los soviéticos demostraban claramente que estaba en lo cierto, y que su ejército de críticos se había equivocado de medio a medio. No obstante, a diferencia de lo sucedido en los años treinta, en 1946 Churchill gozaba de una reputación muy superior, y por tanto se había aventurado a sufrir una pérdida de credibilidad mucho mayor, pero esas no eran razones que sirvieran para detenerle.

El 12 de marzo, al visitar la tumba de Roosevelt en Hyde Park, Churchill tuvo que alejarse «con los ojos anegados en lágrimas, —y al alejarse del lugar del sepelio se le oyó exclamar—: Señor, ¡cuánto apreciaba a ese hombre!» —unas palabras que recuerdan mucho a las que había empleado durante la guerra en una conversación con Sarah frente a las pirámides—.[66] El 1 de agosto quedaría patente la notable diferencia existente entre su viejo compañero de armas y el nuevo presidente, ya que en esa fecha Truman firmó la llamada «Ley McMahon», con la que se puso fin a la posibilidad de que los estadounidenses compartieran la información relativa al arma atómica con cualquier otro país, y por la que se excluía de hecho tanto al Reino Unido como al Canadá —pese a que ambas naciones hubieran participado en el Proyecto Manhattan—. Terminaba así la asociación nuclear, y la ley permaneció vigente sin variación alguna hasta el año 1958[67]. El hecho de que Churchill no lograra fijar por escrito los dos acuerdos que había establecido en Hyde Park con Roosevelt obligaría a Gran Bretaña a realizar el inmenso desembolso económico de tener que fabricar su propia bomba.

En agosto de 1946, Eden se quejó a lord Cranborne de la «patente inclinación [de Churchill] a mantener sus criterios todo lo posible […]. No se trata tanto de que discrepemos, aunque naturalmente es cosa que también nos ocurre, como del hecho de que nuestras mentes operen ahora en dos planos completamente distintos. No es algo que nos ocurriera en la guerra, pero ahora en cambio sí que nos sucede»[68]. La tragedia de Eden consistía en que, a pesar de todos sus defectos, y a pesar incluso de sus ausencias, de su falta de preparación y de sus puntos de vista frecuentemente reaccionarios, Churchill no solo era una figura de talla mundial e histórica, sino un gigante de la escena internacional (por no mencionar que seguía siendo una gran fuente de votos para el Partido Conservador, que sin él podría haber quedado perfectamente laminado en 1945). Eden no podía presumir de ninguno de esos atributos, y además tenía muy a menudo graves problemas de salud. (Las úlceras que padecía eran tan invalidantes, por ejemplo, que en 1945 no le dejaron participar en la campaña de las elecciones generales.) Por consiguiente, pese a que Eden llevara largo tiempo siendo el heredero natural de Winston Churchill a los ojos de muchos, y a pesar también de que deseara que su jefe de filas se retirara en 1947 —cosa que aún anhelaba más el resto de los altos jerarcas conservadores—, ninguno de los políticos *tories* podía insistir en ese punto, y si alguien se hubiera enterado de que estaban tratando de conducir las cosas por ese camino, la situación habría empeorado todavía más[69]. Con su instintiva percepción de las fuentes de poder y prestigio en el mundo de la política, Churchill era consciente de ese estado de cosas, y casi parecía disfrutar dando caza a los pretendidos cazadores. Cuando James Stuart se decidió finalmente a sondear su opinión respecto a una eventual jubilación, Churchill «reaccionó violentamente, y asestó un fuerte golpe en el suelo con el bastón»[70]. (Es evidente que no le gustó nada que el hecho de haber enfatizado su oposición con ese adminículo añadiera peso a los argumentos de quienes le habían propuesto salir de escena.) Poco después, Churchill le confiaba a sus electores que se proponía «continuar combatiendo» hasta expulsar a los socialistas del poder.

En mayo, al recibir el galardón de la Libertad de Westminster, Churchill reiteró los argumentos que ya había esgrimido en la década de 1930

respecto a la India. Se trata de un continente, dijo, «tan grande como Europa, pero todavía más poblado que ella, y, además, en esa región las diferencias raciales y religiosas provocan divisiones tan profundas como las que podamos encontrar aquí. La India no posee mayor unidad que Europa, salvo esa de carácter superficial que le ha procurado en los últimos ciento cincuenta años nuestra gobernación y nuestra guía»[71]. El 1 de agosto advirtió públicamente que la independencia de la India, que el Partido Laborista se había comprometido a favorecer, estaba abocada a provocar la pérdida de un gran número de vidas, sobre todo en la parte noroccidental del subcontinente. En noviembre de 1942 ya había declarado con toda contundencia que «si había aceptado servir como primer ministro a Su Majestad no había sido para presidir la liquidación del imperio británico, —así que ahora, alejado ya de ese cargo, podía exponer sus críticas desde un segundo plano—. Nos estamos declarando dispuestos a abandonar el poderoso imperio y continente de la India, junto con todo el trabajo que hemos hecho en él a lo largo de los últimos doscientos años, pese a que poseamos sobre ese territorio una soberanía irrecusable», dirá en los Comunes. «Parece que el gobierno se muestra favorable a permitir que los cuatrocientos millones de indios de esas tierras se abismen en los horrores de una sangrienta guerra civil —y estamos hablando de un conflicto que hará que todo cuanto haya podido suceder en Palestina parezca comparativamente microscópico—. Lo que se puede desencadenar es una guerra de elefantes, cosa que no es en modo alguno comparable con una guerra de ratones.»[72]

«Confiar el gobierno de la India a la casta hindú del señor Jawaharlal Nehru ha sido un error capital, —añadirá Churchill en marzo de 1947 en otro discurso pronunciado en los Comunes—. Es un hombre que tiene buenas razones para convertirse en el más acérrimo enemigo del mantenimiento de todo vínculo entre la India y la Comunidad Británica de Naciones.»[73][74] Churchill no había puesto el pie en la India desde los tiempos en que la reina Victoria ocupaba el trono, y aparte del viejo mantra de «¡Seguid jorobando!» no tenía ningún plan alternativo para el subcontinente. No obstante, lo cierto es que nunca se resignó a desdecirse de las palabras con las que había resumido los sentimientos que le inspiraba

lo que el laborismo estaba haciendo en el subcontinente: «Con gran pesar asisto a la estrepitosa caída del imperio británico y de todas sus glorias, a la desaparición de los numerosos servicios que ha prestado al género humano. Estoy seguro de que, en la hora de nuestra victoria, no tan lejana en el tiempo, habríamos tenido la capacidad y la fuerza de encontrar para nuestras dificultades una solución a un tiempo honrosa y duradera. Son muchos los que han defendido a Gran Bretaña de sus enemigos. Pero nadie puede protegerla de sí misma»[75].

En octubre de 1946, en el discurso que había pronunciado con motivo del congreso de su partido, Churchill también había dado la impresión de poder predecir con exactitud el desarrollo de los acontecimientos llamados a producirse en el norte de la India. En agosto de 1947, los ingentes traslados de población que habían tenido lugar al transferir Gran Bretaña el poder a los estados sucesores de la India y Pakistán habían provocado la masacre de un enorme número de hindúes, musulmanes y sijs, tanto en el Punyab como en la Provincia de la frontera noroccidental. Churchill culpó del desastre al gobierno laborista. «La unidad india, creada por la gobernación británica, está condenada a una rápida desaparición, —señaló —, y no solo no hay nadie que se encuentre en condiciones de ponderar los sufrimientos y el derramamiento de sangre que van a abatirse sobre estas enormes masas, compuestas por millones de personas, tan humildes como desamparadas, sino que tampoco existe forma de conocer qué nueva potencia habrá de gravitar en adelante sobre su futuro y su destino. Son desdichas que están produciéndose todos los días, a todas horas. El gran buque zozobra en un mar en calma. Y quienes debieran haber consagrado sus mejores esfuerzos a mantener la nave a flote se han dedicado, muy al contrario, a abrir las llaves de los grifos de fondo»[76].[77] Los historiadores todavía no han conseguido determinar cuánta gente pereció a finales de 1947 en el proceso de partición de la India británica que llevó al surgimiento de los estados de la India y Pakistán. La mayoría de los estudiosos estiman que hubo más de medio millón de muertos, pero hay autores que piensan que la cifra real duplicó ese número, sin olvidar que hubo al menos dieciséis millones de personas que se vieron desplazadas de forma permanente.

Churchill no se oponía a la puesta en marcha de una alternativa viable, y si algo hizo fue en todo caso rebajar el tono de sus críticas, ya que quiso tener en cuenta que «Pug» Ismay era el jefe de Estado Mayor de Mountbatten, el virrey. Sea como fuere, tenía razón respecto a los padecimientos generalizados y el derramamiento de sangre que se generaron como consecuencia del inoportuno y mal controlado plan de partición de Mountbatten. «La matanza de quinientos mil seres humanos, y la desdicha de tantísimos millones de personas más, no es un suceso que pueda calificarse de nimiedad —ni el ser de más pétreo y embrutecido corazón se atrevería a sostener semejante cosa—, y tampoco se trata de una circunstancia que admita compararse con las consecuencias de una hipotética solución alternativa, —dirá Churchill en los últimos días de octubre de 1947—. No se trata de ninguna pequeñez: es un horror que debería suscitar dolor y escrúpulos de conciencia en todos cuantos hayan tenido alguna implicación en el desastre.»[78] El mes siguiente, Churchill considerará un «documento de lo más conmovedor» el llamamiento que había efectuado el político *sir* Malik Feroz Khan Noon al implorar al gobierno británico que permitiera adquirir armas al Dominio de Pakistán para poder defender al país[79]. El 19 de septiembre de 1946, Churchill pronunció otro trascendental discurso, en esta ocasión desde el espléndido estrado de mármol púrpura del Gran Salón de la Universidad de Zúrich. La alocución giró en torno a una frase que él mismo había elegido de otro de sus discursos (dado en abril de 1944), en el que había señalado la futura creación de los Estados Unidos de Europa[80]. Churchill reconoció en su intervención que las dos mayores tragedias que se habían producido en el tiempo que le había tocado vivir habían sido producto de las dos guerras francoalemanas. Esto le inducía a declararse partidario de fomentar el restablecimiento de la amistad entre franceses y alemanes, ya que ese habría de ser, según alegaba, un primer paso esencial en la senda conducente a la unidad de Europa, una medida que, de acuerdo con sus esperanzas, también podría actuar como contrapeso del comunismo soviético. Todo esto le llevará a exclamar en Zúrich: «¡Levantemos Europa!»[81]. Este planteamiento venía a ser el contrapunto de su discurso de Fulton, aunque en este caso se aplicaba al porvenir de la Europa occidental. Fue un

vehemente alegato de apoyo a la unidad europea, y su contenido continúa resultando perfectamente vigente en nuestros días. En su disertación dejaría meridianamente claro, como de costumbre —ya que eso fue siempre lo que hizo cada vez que tuvo ocasión de hablar sobre esa cuestión, fuera en público o en privado—, que lo que estaba proponiendo no consistía en que Gran Bretaña se sumara a esa Europa Unida que propugnaba: «En toda esta urgente labor, Francia y Alemania han de liderar juntas el proceso. Gran Bretaña, la Comunidad Británica de Naciones, la poderosa América, y confío en que también la Rusia soviética —ya que entonces todo sería efectivamente perfecto—, deberán ser los promotores y padrinos de la nueva Europa y actuar como adalides de su derecho a vivir y a resplandecer»[82].

El 14 de mayo de 1947, Churchill haría otro emotivo llamamiento a la unidad del continente europeo en una importante reunión de la organización de la Europa Unida, en el Royal Albert Hall de Londres. En el nuevo mundo surgido de la posguerra, dijo, Alemania y Francia «deberán constituir una de las más importantes entidades regionales». «Por un lado tenemos Estados Unidos con todas sus dependencias; está asimismo la Unión Soviética; existe también la Comunidad y el imperio británico de naciones; y nos encontramos igualmente con Europa, con la que Gran Bretaña se halla profundamente entrelazada. Estos son los cuatro pilares fundamentales del Templo de la Paz mundial. —Churchill se proponía que Gran Bretaña fuese, por parafrasear sus palabras—, promotora y madrina» de una Europa Unida, amiga de un continente con el que su país «se hallaba profundamente entrelazado», pero no defendía la idea de que se convirtiera en un elemento formalmente integrado en sus estructuras. Volvería a promover ese mismo mensaje en mayo de 1948, al inaugurar el Congreso de Europa en La Haya. Gladwyn Jebb, el representante británico en Bruselas, comprendería rápidamente, y «con toda claridad, que, en lo personal, Churchill no era en modo alguno “europeísta”. De haber conseguido materializar su proyecto, Gran Bretaña habría estado “asociada” a una Europa cuyos territorios se extenderían de Lisboa a Brest-Litovsk […], pero en ningún caso habría formado parte de la unión misma. Nunca he entendido qué es lo que pudo determinar que los federalistas europeos

dieran en pensar en un momento dado, según todas las apariencias, que [Churchill] tenía el plan de convertir a Gran Bretaña en miembro de una Europa federal. Siempre explicó con toda claridad que, de tener él vara alta en el asunto, Inglaterra se mantendría al margen»[83]. Jebb estaba efectivamente en lo cierto, y así lo demuestran, por ejemplo, las afirmaciones que hace Churchill el 10 de diciembre de 1948 en un debate sobre política exterior:

> Lo que tratamos de hacer con el movimiento europeo […] no es usurpar las funciones propias de la gobernación. Una y otra vez he intentado explicar esto con toda claridad a los jefes de gobierno de Europa. Lo que pedimos es la creación de una asamblea europea desprovista de poderes ejecutivos. Esperamos que los sentimientos y la cultura, unidos al olvido de las viejas enemistades seculares, a la reducción y la desaparición de las barreras de todo tipo que separan a los países, a la creciente percepción de ser «un buen europeo»…; esperamos, digo, que todos esos factores se erijan en los disolventes últimos, definitivos e imparables de las dificultades que hoy condenan a Europa a la desdicha. La estructura de las constituciones, la resolución de los problemas económicos, los aspectos militares…, todo eso es competencia de los gobiernos. No pretendemos traspasar los límites de sus respectivas esferas de influencia[84].

Churchill fue un constante defensor del establecimiento de relaciones de amistad con la nueva Alemania democrática[85]. «¿Dónde están los alemanes?», gruñirá al recorrer con la vista la sala de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, reunida en Estrasburgo en 1949. (Sabía perfectamente bien que estaban a punto de ser invitados al siguiente cónclave, pero prefería hacerse notar con ese gesto teatral.) En otra ocasión, al salir de la Sala de Fumadores de los Comunes, Richard Stokes, un parlamentario laborista que no había dejado de criticarle a lo largo de la guerra y que ahora abogaba también en favor de esa amistad con Alemania, le preguntó si había logrado perdonarle. «Por supuesto que le he perdonado, —le respondió Churchill—. De hecho, coincido con casi todo lo que está usted diciendo sobre los alemanes. Me parece muy bien. Prefiero reservar para el futuro, no nutrir con el pasado, cualquier odio que haya podido quedarme —y no es demasiado.» Acto seguido, se despidió de Stokes y comentó con sus acompañantes: «Mmmm… Un juicioso y frugal drenaje de la bilis…»[86].

En 1947, con un espléndido gesto de generosidad y admiración, un pequeño grupo de amigos íntimos y acaudalados de Churchill —encabezados por lord Camrose— hicieron un fondo común para comprar Chartwell por 85 000 libras esterlinas (en torno a 2,55 millones de las actuales) y donar la mansión a la Fundación Nacional para la Conservación de los Lugares de Interés Histórico, con la estipulación escrita de que Churchill y Clementine pudieran residir en ella durante el resto de sus vidas sin cargo alguno. Churchill recibió cincuenta mil libras por la propiedad, y la Fundación treinta y cinco mil. En la práctica, Clementine dejaría la casa poco después del fallecimiento de Churchill, pero para ella era muy importante saber que su amado domicilio se encontraba a buen recaudo, y, por otra parte, el hecho de que su marido recibiera esa enorme suma de dinero permitió al matrimonio llevar un tren de vida de carácter cada vez más aristocrático, ya que, por entonces, la pareja, que ya había empezado a incluir en sus circuitos de viaje un conjunto de espléndidas vacaciones y veladas de apuestas en Montecarlo, comenzaría a aficionarse asimismo a las carreras de caballos. Poco después de la guerra, Churchill había transformado una de las casitas de verano de la finca de Chartwell en un mariposario, y había criado en él larvas de especies como el Almirante rojo, la Cola de pavo real, la Ortiguera, la Colias, la Dama pintada y la Vanesa. Churchill solía sentarse durante horas en ese particular insectario para contemplar cómo se desprendían las mariposas del corsé de su crisálida y darse después el gusto de ponerlas en libertad. Deja constancia de ello el lepidopterólogo Hugh Newman, que señala que, «gracias al señor Churchill, la población de mariposas experimentó un gran crecimiento en esa zona de Kent»[87].

El 11 de febrero de 1947, Mary contrajo matrimonio con Christopher Soames, antiguo alumno de Eton y ex oficial de los Guardias de Infantería de Coldstream. Soames había sido herido en Oriente Próximo, donde había combatido integrado en el cuerpo de la Francia Libre y ganado la Cruz de Guerra, y más tarde había ejercido el cargo de agregado militar adjunto en París. Fue un matrimonio feliz, pero apenas doce días después de la boda fallecía Jack Churchill a consecuencia de una enfermedad cardíaca.

Winston había estado visitando diariamente a su hermano durante su dolencia, y permaneció con él hasta el final. «Ahora que ya no está con nosotros me siento muy solo, —le dirá a Hugh Cecil—. Han sido sesenta y siete años de profundo amor fraterno», concluye[88]. Churchill recordaba que, a los cinco años de edad, su padre le había explicado que tenía un hermanito, y que andando el tiempo, durante la guerra, Jack se había venido a vivir con él a Downing Street. «[Jack] No sintió ningún miedo, y tuvo muy pocos dolores, —le comentará Winston a Hugh Cecil—. Cuando llegamos al final del camino, la muerte parece la cosa más sencilla del mundo. ¿Crees que se nos permitirá dormir largo tiempo? Así lo espero.» Winston tranquilizará con estas palabras al hijo de Jack: «Johnny, voy a ocupar el lugar de tu padre. Ven a mí si tienes cualquier problema. Me portaré contigo como un padre»[89]. El factor de la paternidad, la presencia y la ausencia de una figura paterna, fue siempre uno de los elementos relevantes de su existencia y su modo de ser. Su nieto, el joven Winston, recuerda que, en Chartwell, «yo solía pasarle los ladrillos mientras él se dedicaba a mezclar el "amasijo", como solía llamar al mortero de arena y cemento […]. No tengo la menor duda de que la relación, escasamente feliz, que mantuvo con su propio padre fue la razón de que me prodigara tanto su cuidado y su afecto paternal»[90].

En mayo de 1947 se publicaba un folleto informativo del Partido Conservador titulado «*The Industrial Charter*». En él, los conservadores amoldaban en buena medida sus puntos de vista económicos y productivos a lo establecido en el programa de los laboristas, incluidos los principios del estado del bienestar y la mayor parte de los motivos aducidos para la nacionalización que había tenido lugar. El documento logró vender dos millones y medio de ejemplares, fue adoptado formalmente en el congreso que la formación política celebró en octubre, y contribuyó a presentar a los conservadores a una luz que volvía a atraer el interés de los electores. Según comentaría más tarde Rab Butler, el principal autor del texto, la primera reacción de Churchill al conocer el contenido de esa «Carta industrial» quedó condensada en estas palabras: «No acepto ni una sola de las afirmaciones que aquí se apuntan». No obstante, Churchill también se percató al instante de que se trataba de un documento sumamente relevante,

ya que podía impedir que el Partido Conservador pareciera reaccionario[91]. Entretanto, lord Wooton provocó la adopción forzosa de una serie de reformas internas de la formación *tory*, todas ellas orientadas a atraer a parlamentarios jóvenes y bien preparados con los que sustituir a los antiguos partidarios de Chamberlain, que habían ingresado en el partido en el año 1935 y empezaban a mostrar ya un perfil de edad bastante menos rozagante.

En septiembre, Churchill les dijo a sus electores: «Si hoy repitiera el discurso de Fulton, todo el mundo lo consideraría una sarta de tediosas obviedades»[92]. Las ejecuciones judiciales que había ordenado Stalin en los estados satélite de la Unión Soviética, unidas a la brutal supresión de los partidos democráticos, a la anulación de las elecciones libres y a las constantes agresiones soviéticas, habían demostrado que Churchill estaba en lo cierto, de modo que la alocución del telón de acero adquirió la condición de punto de inflexión, ya que contribuyó a lograr que la opinión pública estadounidense tendiera a abrazar la sólida Doctrina Truman, totalmente prodemocrática —un ideario que en los años inmediatamente posteriores quedaría respaldado y confirmado mediante la aplicación del Plan Marshall (consistente en la instauración de un vasto conjunto de subsidios estadounidenses concebidos para devolver la buena salud a las maltrechas economías de la Europa occidental), la instauración del puente aéreo de Berlín, y la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte—. En 1948, el levantamiento soviético de Checoslovaquia, que colocó al país en la órbita de la URSS, no conseguiría sino añadir un mayor énfasis aún a la certeza de que Churchill había dado en el clavo desde el principio.

La capacidad de predicción de Churchill respecto a la evolución del comunismo era en realidad una situación calcada a la de la clarividencia que había mostrado al señalar el peligro nazi, aunque en esta ocasión consiguió detener las iniciativas apaciguadoras que, de lo contrario, habrían vuelto a convertirse en una suerte de mecanismo automático de Occidente. Algo más avanzado el año 1947, en uno de los habituales almuerzos que Churchill había comenzado a ofrecer en Hyde Park Gate a los nuevos parlamentarios conservadores, uno de los comensales preguntó a Churchill

que le explicara algunas estrategias relacionadas con la bomba atómica. «Pues bien, —replicó—, si los rusos atacaran, yo les dejaría aproximarse, y después, arrojaría unos cuantos artefactos nucleares tras sus pasos: ¡plonk, plonk, plonk!», exclamó, plantando al mismo tiempo los dedos en la mesa con la suficiente fuerza como para dejar en el mantel la huella de sus manos, y añadió: «¡No se atreverían a regresar jamás!»[93].

El 28 de octubre de 1947, durante un debate, Churchill defendió con meridiana claridad una alternativa conservadora y casi libertaria al socialismo, y empleó en el empeño una nueva frase llamada a perdurar. «Establezcamos unos niveles de vida y de trabajo básicos, y proporcionemos a todo el mundo alimentos de primera necesidad, —sostuvo—. Una vez hecho esto, dejemos al pueblo en libertad. Apartémonos de su camino, dejemos que la gente se las arregle según su leal saber y entender, permitámosles obtener todas las ventajas que puedan para sus familias y para su país […]. Solo de este modo podrá establecerse una democracia activa e independiente de ciudadanos propietarios.»[94] A partir de ese discurso, todos los primeros ministros conservadores, de Anthony Eden a Margaret Thatcher, habrían de emplear ya, indefectiblemente, la expresión «democracia de ciudadanos propietarios». Animado por la lectura del libro de Friedrich von Hayek titulado *Camino de servidumbre*, Churchill parecía dispuesto a sustituir el viejo paternalismo de la Democracia Conservadora que tantos años había venido defendiendo por una alternativa de libre mercado.

El 5 de noviembre, Churchill se lanzó al ataque del Proyecto de ley de Independencia de Birmania, denostando en particular las acciones de Aung San[95], el líder nacionalista birmano que no solo había apoyado a los japoneses, sino que, en palabras del propio Churchill, había «reunido lo que podríamos considerar un ejército colaboracionista con el que irrumpir sobre el terreno, tras las huellas de los japoneses, para contribuir al sometimiento del país y entregárselo a los nipones. De hecho, sus tropas han perpetrado grandes crueldades. No se han revelado excesivamente eficaces en el combate, pero sí en la aplicación de una terrible venganza a los birmanos leales —y con esta expresión me refiero a los naturales decididos a luchar patrióticamente al lado de los soldados ingleses e indios llegados a la zona

para defender el suelo birmano y preservarlo del empuje conquistador de los japoneses—. A esos leales, digo, se les ha hecho víctima de bárbaras prácticas, por el solo hecho de habernos ayudado a resistir la embestida japonesa»[96].

El encargado de darle la réplica fue Woodrow Wyatt, que dijo: «Esta tarde hemos asistido a la excelente exposición del honorable diputado por Woodford, que nos ha enseñado en qué consiste realmente la verdadera fe de un conservador convencido de las bondades del imperio. La confianza en el imperio de un *tory* significa por tanto una sola cosa: "Déjense dominar por nosotros. Y si no les gusta, lárguense"». Tras la controversia parlamentaria, Churchill se acercará a Wyatt, justo al salir de la Sala de Fumadores de Downing Street, y le dirá: «"Ha hecho usted un discurso muy bueno en el debate"». Según anotará más tarde el mismo Wyatt, lo hizo con un «gruñido, y en ese tono suave que tanto había entusiasmado al mundo durante la guerra y con el que ahora procedía a seducirme a mí». «Yo balbucí algo vagamente relacionado con la esperanza de no haberme mostrado excesivamente impolítico. "No estoy pidiendo que me dé cuartel, —interrumpió, para después hacer una pausa—. Y no se lo digo con malicia", añadió. ¿Quién no se habría enternecido con un hombre así?»[97]

«Nadie pretende afirmar que la democracia sea perfecta ni que tenga la llave para solucionarlo todo», señalará Churchill el 11 de noviembre, en la segunda lectura del Proyecto de ley Parlamentaria, mediante el cual se corregían algunos extremos del poder que la Cámara de los Comunes ejercía sobre la de los Lores y se daba aún mayor fuerza a la primera. «De hecho, se ha dicho alguna vez que la democracia es la peor forma de gobierno imaginable, con excepción de todas las demás fórmulas de gobernación con las que de cuando en cuando se ha probado suerte. No obstante, en nuestro país existe el generalizado sentimiento de que el pueblo ha de ser soberano, de que debe gobernar sin interrupción, y de que la opinión pública, expresada por medio de todos los mecanismos constitucionales habilitados al efecto, es la que debe configurar, orientar y controlar las acciones de los ministros, que son sus servidores, no sus amos.»[98] Una vez dicho esto, Churchill volvió a recuperar obstinadamente las sombrías tonalidades de aquel discurso electoral en el que había

mencionado a la Gestapo, aunque en esta ocasión encontrará la forma de añadir: «En mi condición de inglés nacido en libertad, lo que detesto es tener la sensación de hallarme a la merced de otra persona, o en manos de un poder ajeno, sea el de Hitler o el de Attlee. Este país se está acercando mucho a los hábitos dictatoriales, a los usos de una dictadura, dicho sea de paso —me propongo ser totalmente franco con la Cámara—, que sin embargo carece de los rasgos criminales y de eficacia despótica que suelen caracterizar a esos regímenes»[99]. Churchill sabía perfectamente que, habiendo sido justamente él quien había tomado la decisión de nombrar viceprimer ministro a Attlee, sus manifestaciones eran sencillamente ridículas.

El 20 de noviembre, la princesa Isabel contraía matrimonio con el príncipe Felipe Mountbatten (al que anteriormente se había dado el tratamiento de príncipe Felipe de Grecia y Dinamarca) en la abadía de Westminster. Churchill llegó tarde a la ceremonia, como de costumbre, cosa que le permitió recibir la ovación de todos los asistentes, que, puestos en pie, le homenajearon mientras recorría la nave central del templo, aunque desde luego no fue esta una ocasión en la que decidiera retrasarse adrede para añadir realce a su aparición pública. En Fulton había mantenido en un compás de espera a todo el desfile de vehículos del séquito hasta poder encontrar una cerilla con la que encender el cigarro, y de cuando en cuando llegaría a «cronometrar» incluso el tiempo de consunción de sus habanos con el fin de tener la seguridad de que en el momento en el que llegaran los fotógrafos la colilla del puro fuera de la largura adecuada[100]. Ese sentido del espectáculo formó siempre parte de su manera de entender el oficio de político.

A finales de noviembre, durante una cena familiar en la que Churchill disfrutaba de la compañía de Randolph y Sarah en Chartwell, la joven señaló un asiento vacío junto a la mesa y le preguntó a su padre: «Si pudieras acomodar en esa silla a la persona que prefirieras, ¿a quién elegirías?. —Ella había supuesto que la respuesta sería Marlborough, César o Napoleón—. A mi padre, por supuesto», replicó Winston de

inmediato[101]. Les dijo a Randolph y a Sarah que poco antes había soñado que su padre acudía a visitarle a su estudio, y los dos hermanos le animaron al unísono a fijar por escrito la experiencia. Pocos meses después, Churchill dictaba una especie de glosa con toques de narración breve a la que daba el título de «*El sueño*»[102]. En un primer momento lo colocó bajo el epígrafe de «*Artículo privado*», decidido a que solo se distribuyera entre los miembros de la familia, pero en su testamento lo legó a Clementine.

«Una brumosa tarde de noviembre de 1947, mientras me encontraba enfrascado en pintar un lienzo en mi estudio de la casita de campo situada al pie de la colina de Chartwell», comenzaba a explicar el relato[103]. Alguien le había entregado un retrato de su padre y Winston estaba tratando de hacer una copia del mismo, «pese a que raramente me atreva a reproducir el rostro humano, —confesaba a continuación—. En el preciso instante en el que ponía toda mi atención en dibujar con el pincel el rizo de su bigote me sentí invadido por una extraña sensación. Giré en redondo, con la paleta todavía en la mano, y allí mismo, sentado en mi sillón vertical de cuero rojo, se encontraba mi padre. Tenía el aspecto que yo le recordaba en sus mejores años, el de los tiempos del breve año de triunfo [1885-1886] que había disfrutado y sobre el que yo había tenido ocasión de leer abundantemente. Era delgado, de corta estatura, lucía el enorme mostacho que yo le estaba pintando, y su porte conservaba toda la desenvuelta brillantez de su cautivador aspecto. Parpadeó y vi centellear amablemente sus ojos. Se encontraba evidentemente del mejor humor posible.»

Y sin embargo, lo primero que le dice el espectro es que no cree que el hijo «vaya a poder ganarse la vida de ese modo», es decir, con los pinceles[104]. Puede que estuviera «del mejor humor posible, —pero seguía empeñándose en poner a Winston en su sitio—. No recuerdo nada de lo sucedido después del 94», dice el fantasma en referencia al año anterior a su muerte. «Fue un período muy confuso», añade en lo que sin duda es una oscura referencia a la enfermedad de lord Randolph. La aparición indica que tiene ganas de hablar de política, y pregunta a Churchill si la monarquía ha conseguido sobrevivir, lo que permite a Winston señalar: «Está más fuerte que en los días de la reina Victoria». El espíritu le interroga entonces acerca del destino del Club Carlton, y Churchill le responde que lo están

reconstruyendo, pero dado que lord Randolph no sabe que han estallado dos guerras mundiales, la sombra supone que las obras se deben al deterioro del tiempo, no al hecho de que en la noche del 14 de octubre de 1940 las bombas alemanas hubieran destruido el inmenso edificio victoriano de piedra sito en el número 100 de la calle Pall Mall, y dice: «Estaba convencido de que iba a durar más; la estructura parecía muy sólida»[105]. Con estos mimbres establece Churchill el eje central de su relato, que gira en torno al hecho de que el padre no solo no acierta a averiguar en ningún momento que el hijo se ha convertido en un gran estadista y que ha sido el artífice del triunfo logrado en la segunda guerra mundial, sino que supone en todo momento que Winston sigue siendo la mediocre personita que a su juicio era en 1894.

Padre e hijo continúan la conversación y comienzan a hablar de las carreras de caballos, del americanismo «OK», y de la Primrose League, que «nunca ha contado con un mayor número de miembros». Al observar el trabajo pictórico de Winston, la visión esboza «esa curiosa y socarrona sonrisa suya, capaz de desarmar y desconcertar a un tiempo» a su interlocutor[106]. Los dos Churchill pasan a continuación a debatir sobre la Iglesia de Inglaterra, y Winston revela a lord Randolph que el país «tiene ahora un gobierno socialista, respaldado por una amplísima mayoría», aunque no le indica a quién le han arrebatado los laboristas el poder. En lugar de seguir con ese asunto, optan después por conversar acerca de Arthur Balfour, y Winston indica al espectro paterno que el político conservador «había acabado por llevarse un tremendo batacazo electoral», pero sin mencionar que él mismo había sido parcialmente responsable del chasco. Luego Churchill añade, en referencia al Partido Laborista: «Ya sabes, papá: aunque estúpidos, son también muy respetables, y cada vez están más aburguesados. No muestran, ni de lejos, la fiereza de los antiguos radicales»[107]. Respecto al sufragio femenino, Winston comenta con su asombrado padre que las mujeres «son uno de los más fuertes puntales de los *tories*», y el resultado «no ha sido tan malo como yo esperaba»[108].

Winston le dice a su padre que se gana la vida como escritor, y que Blenheim sigue en manos de la familia, pese a que por esas fechas la mayor parte de las dependencias del palacio estuviesen ocupadas por el MI5, un

departamento gubernamental constituido durante la guerra. «¿Has dicho guerra? ¿Ha habido una guerra?» «No hemos tenido otra cosa desde que se impuso la democracia», le responde Churchill[109]. En ese momento, el fantasma de lord Randolph exclama: «No voy a volver a hablar jamás de política con un chiquillo con tú. ¡Eres el peor alumno de la escuela! ¡Nunca has conseguido aprobar un solo examen, salvo los del regimiento de caballería! No haces más que escribirme cartas llenas de afectación. No veo de qué vais a poder vivir, tú y Jack, con lo poco que voy a dejaros, y eso después de que vuestra madre… Pero, claro, entonces solo erais unos muchachos, y desde luego yo os quería muchísimo a los dos. Las personas mayores siempre nos impacientamos con los jóvenes. Los padres abrigan invariablemente la esperanza de que sus hijos tengan todas sus virtudes y ninguno de sus defectos…»[110].

Lord Randolph se entera de que Winston ha adquirido el grado de comandante en el cuerpo de voluntarios de caballería —ya que, por alguna razón, Churchill no le dice que también había sido teniente coronel en las trincheras—. «No pareció excesivamente impresionado.» Al explicarle lo ocurrido en las dos guerras mundiales, Winston señala que Gran Bretaña ha ganado ambas contiendas y que el país «ha logrado incluso que el enemigo presente la rendición incondicional». «Nunca debería obligarse a nadie a hacer semejante cosa, —afirma la aparición—. Los grandes pueblos olvidan los sufrimientos, pero no las humillaciones.» «Bueno, pues qué le vamos a hacer. Eso es lo que ha ocurrido, papá.»[111] ¿Cabe rastrear aquí, en este intercambio de pareceres, una velada crítica de las medidas que Roosevelt había impuesto a Churchill en Casablanca, sin haberle advertido adecuadamente de sus intenciones? Churchill se ve entonces en la tesitura de tener que explicarle a su padre que Gran Bretaña ha dejado de ser ya la primera gran potencia del mundo que fuera en tiempos de lord Randolph, y que Estados Unidos es ahora la nación que ostenta ese título. «Eso no me importa, —responde el espíritu—: Tú mismo eres medio estadounidense»[112]. Acto seguido, Winston y lord Randolph abordan la cuestión del hermanamiento de Canadá, Australia y Nueva Zelanda, pero al preguntarle la sombra por la India y Birmania, Winston no tiene más

remedio que admitir: «Lamentablemente son posesiones que se han ido por el sumidero», una confesión que «arranca un gemido» al padre[113].

Al interesarse lord Randolph por la situación de Rusia, Churchill le indica que sigue sometida a los designios de un zar, pero que ya no es un Romanov: «El actual es mucho más poderoso, y también mucho más despótico». A continuación, Winston le explica a su padre los horrores del Holocausto padecido en el transcurso de la segunda guerra mundial: «En la última contienda siete millones de personas fueron asesinadas a sangre fría, fundamentalmente a manos de los alemanes, que construyeron mataderos humanos similares a los degolladeros en que se acaba en Chicago con los animales»[114]. La visión paterna exclama entonces. «Jamás hubiera imaginado que pudieras llegar tan lejos ni que te desarrollaras de un modo tan pleno. Evidentemente, ahora eres demasiado viejo para pensar en esas cosas, pero al oírte hablar, la verdad es que me pregunto por qué no te has dedicado a la política […]. Podrías haberte labrado una reputación.»[115] La aparición prende entonces un cigarrillo, y en el momento mismo en el que se enciende la cerilla, el fantasma se desvanece. «La ilusión había pasado […]. Sin embargo, las representaciones de mi imaginación habían sido tan vívidas que me sentí invadido por una lasitud que me impidió continuar. Además, mi cigarro puro también se había apagado, y la ceniza se había esparcido por todos los lienzos.»[116]

Se trata de una obrita divertida y llena de ironía. «Los hombres del laborismo y los sindicatos no juzgan que la monarquía sea tanto una institución nacional como una realidad nacionalizada, —escribe Churchill —. No les arredra siquiera la idea de asistir a las fiestas que se dan en el palacio de Buckingham, aunque los que profesan unos principios verdaderamente firmes y extremos se presentan con jersey.»[117] La atribución del calificativo «estúpidos» a los laboristas, la imputación de las guerras a la democracia, la noción de una India que se va por el sumidero, ese Stalin «despótico»…, todo indica que el «*Artículo privado*» debía permanecer efectivamente inédito, y de hecho no aparecería publicado sino una vez cumplido el primer aniversario de la muerte de su autor. No obstante, la necesidad psicológica de Churchill, que todavía arde en deseos de lograr la aprobación póstuma del padre, es patente: transcurrido más de

medio siglo desde la desaparición de lord Randolph, el hijo pone en su boca estas palabras: «Jamás hubiera imaginado que pudieras llegar tan lejos ni que te desarrollaras de un modo tan pleno», o «desde luego yo os quería muchísimo» a Jack y a ti[118]. Al preguntarle unos amigos si lo relatado en «*El sueño*» era o no de carácter ficticio, Churchill «sonrió y dijo: “No del todo”»[119].

«El sueño» también puede interpretarse como un lamento por la pérdida del poder de Gran Bretaña y la dilución de las certidumbres victorianas, algo que indudablemente afligía profundamente a Churchill, y más aún en el año mismo en que el imperio británico perdía la joya de la corona, una circunstancia que Winston consideró siempre una verdadera tragedia. No es casualidad que la idea de esta suerte de cuento fantástico surgiera a finales de noviembre de 1947, coincidiendo con el momento en el que las masacres de la Provincia de la frontera noroccidental y el Punyab alcanzaban su atroz apogeo. La transferencia del poder británico a la India resultó extremadamente traumática para Churchill, de modo que casi podría considerarse que la redacción de «*El sueño*» constituyó una especie de terapia.

No obstante, el impulso que revela superar del modo más aplastante a cualquier otra eventual motivación subyacente a «*El sueño*» es el de la tardía y sutil afirmación con la que Churchill da respuesta a la convicción paterna de que jamás llegaría a ser nada en la vida. Y es que, por más que Winston parezca hacer gala de modestia al no mencionarle a su padre el hecho de que había sido primer ministro y uno de los salvadores de la civilización occidental, lo cierto es que el lector termina por concluir inevitablemente que los logros de Churchill en el tumultuoso siglo XX son muy superiores a los que obtuviera lord Randolph en el relativamente tranquilo y pacífico siglo XIX. La omisión de estos extremos añade aún más fuerza y presencia a su realidad. Y el factor que se agazapa bajo esta actitud es la aguda comprensión psicológica de un muchacho que nunca anheló otra cosa que la aprobación de su padre, y que sin embargo jamás pudo disfrutar de ella.

En el estupendo acuerdo que consiguió negociar su agente literario, Emery Reves (al que conocía desde los tiempos en que luchaba contra las medidas de apaciguamiento), Churchill logró vender los derechos de publicación de *La Segunda Guerra Mundial* por 1,4 millones de dólares en Estados Unidos (aproximadamente 16,1 millones de dólares actuales), y por 555 000 libras esterlinas (unos 16,7 millones de libras al cambio de hoy, poco más o menos) en el Reino Unido. Churchill había escrito esos volúmenes después de haber cumplido ya los setenta años, y apoyándose en buena medida en los borradores iniciales que habían confeccionado para el caso sus asistentes literarios. «Su tarea, joven, es crear el Cosmos a partir del Caos», le había dicho a uno de ellos, Denis Kelly, en la sala de archivos de Chartwell, a la que había trasladado la enorme masa de actas y documentos que había acumulado durante la guerra —una información que él conservaba y utilizaba como si se tratara de una propiedad privada, cuando en muchos de esos expedientes se leía claramente que pertenecían al gobierno de Su Majestad británica—.[120] Norman Brook, el secretario del gabinete, ordenó a los funcionarios que se aseguraran de que Churchill y sus asistentes «dispusieran de todos los medios y ayudas posibles»[121]. Esta actitud ha sido objeto de numerosas críticas por considerarla un flagrante ejemplo de favoritismo, pero el libro acabó convirtiéndose en un excelente instrumento de propaganda para Gran Bretaña, tanto en Estados Unidos como en el mundo entero.

A mediados de diciembre de 1947, Churchill viajó a Marrakech para alojarse en el Hotel Mamounia durante un mes, por cortesía de sus editores estadounidenses. Lo hizo en compañía de William Deakin, otro de sus asistentes literarios, que se había lanzado en paracaídas en la Yugoslavia ocupada para establecer contacto con Tito. Con la ayuda de Deakin, Churchill pudo trabajar en las galeradas del primer tomo de *La Segunda Guerra Mundial*, que finalmente saldría a las librerías con el título de *Cómo se fraguó la tormenta*. En el transcurso de estas vacaciones dedicadas a escribir y a pintar, Churchill contó con el apoyo de varios familiares, así como con la presencia de amigos y secretarios, de su fiel sirviente Sawyers, de distintos asistentes literarios y de una variada gama de ayudantes pertenecientes al personal a su servicio. En una de esas expediciones

vacacionales, Mary llegaría a observar que los equipajes de la comitiva constaban de más de cien bultos[122]. Hasta la realeza viajaba ya en esa época con menos boato.

El día de Nochebuena, Churchill y Sarah visitaron un club nocturno de Marrakech y se fijaron en que había una hermosa dama que estaba cenando sola en una mesa. «El caballero que la acompañaba ha debido de regresar a casa, con su familia, —explicó Sarah—. ¿Y tú cómo lo sabes?», preguntó su padre. «¿Acaso no vuelven siempre los hombres al redil?», contestó ella[123]. Al escuchar estas palabras, Churchill se levantó del asiento y comenzó a bailar con Sarah por toda la pista hasta colocarse junto a la «abandonada señora, que sin embargo mantenía orgullosamente el tipo» al otro lado de la sala. Churchill se dirigió amablemente a ella: «Es usted el hada de la Navidad. ¿Me concede el placer de un baile?». Ambos evolucionaron juntos por la pista, y, al finalizar la pieza, Churchill acompañó a la misteriosa mujer hasta la mesa y se despidió de ella. Los detectives que protegían a Churchill quedaron preocupados por la eventualidad de que se tratase de una espía. Al día siguiente, Churchill recibía un telegrama en el que se leía: «Jamás sabrá usted mi nombre, pero me enorgullece haber bailado con Winston Churchill».

Walter Graebner, el editor estadounidense de Churchill, recuerda que al ex primer ministro le encantaba muy particularmente salir de excursión al campo durante sus visitas al macizo del Atlas, acontecimientos que «él elevaba rápidamente a la categoría de ceremonias formales»[124]. Uno de esos rituales era el de beber al ritmo de los viejos brindis del ejército indio. Al término de las comidas campestres, todo el mundo alzaba la copa para pronunciar el saludo del día. Los domingos iban dedicados «A los amigos ausentes», los lunes «A los hombres», los martes «A las mujeres», los miércoles «A la religión», los jueves «A nuestras espadas», los viernes se exclamaba «¡Por nosotros!», y los sábados se invocaba «A las esposas y las novias». «Sabe, la mayoría de la gente va a llevarse una gran sorpresa cuando llegue al Cielo, —le dirá Churchill a Graebner en el transcurso del viaje—. Irán con la esperanza de encontrarse allí a personas fascinantes, como Napoleón o Julio César. Pero lo más probable es que no consigan encontrarlos por ninguna parte, porque habrá también millones de personas

más por esos lares —indios, chinos y demás—. En el Cielo todo el mundo tiene los mismos derechos. Eso sí que será un verdadero estado del bienestar.»[125]

Pese a que Churchill dedicara la mayor parte de los días de esa estancia en Marruecos a trabajar con Deakin, la ventaja era que podía hacerlo disfrutando del sol y el aire puro, lejos del invierno londinense. «La verdad es que no necesito descansar, —le dirá a Clementine—, pero este cambio es un gran alivio»[126]. La aparición de un brote de bronquitis había hecho coger precipitadamente un avión a Moran y a Clementine, temerosos de que se tratara de un nuevo episodio de neumonía, y de algún modo se extendió el rumor de que Churchill se encontraba a las puertas de la muerte. Lascelles llegó incluso a redactar el borrador de una declaración destinada a que el rey respondiera al eventual anuncio de su fallecimiento[127]. Jo Sturdee encontró muy divertido que de pronto llegara a Marrakech, «en un enorme número de aviones especiales, —una ingente masa de periodistas venidos de los cuatro puntos cardinales—, todos ellos animados por la esperanza de hallarse presentes en el instante fatal, y gravemente decepcionados al descubrir que el Viejo Zorro seguía sentado en su rincón favorito del comedor, tan orondo y rubicundo como siempre»[128].

En junio de 1948, la editorial Houghton Mifflin publicaba el texto de *Cómo se fraguó la tormenta*, en el que se narraba lo sucedido entre el fin de la Gran Guerra y el mes de mayo de 1940. En octubre del mismo año, Cassell & Co. hacía otro tanto en el Reino Unido. (Las ediciones británicas siempre salieron a la calle unos meses más tarde que las estadounidenses, debido a cuestiones relacionadas con los derechos de autor.) El libro se convirtió inmediatamente en un tremendo éxito de ventas, y de hecho se erigió enseguida en la obra de mejor acogida, con mucho, de todas las escritas por Winston Churchill. La primera edición distribuyó un número de ejemplares veinticinco veces superior al de *La crisis mundial*, y de una forma muchísimo más rápida, además. Se vendió también por entregas en ochenta revistas de todo el mundo, en cincuenta países y en veintiséis idiomas.

En enero de 1948, durante un debate sobre política exterior, Churchill había declarado: «Por mi parte, considero que lo mejor es que todos los

autores dejen que la historia se ocupe del pasado, sobre todo porque me propongo escribir yo mismo esa historia»[129]. Su ocurrencia cosechó una buena carcajada, pero era verdad: el libro insistía en que su meta no consistía en referir objetivamente lo ocurrido en la segunda guerra mundial. «Esto no es historia, —se esforzó en explicar a Deakin y a otros—: es mi experiencia»[130]. Los historiadores que se quejan de que no se resalte suficientemente tal o cual aspecto de la contienda, debido a que Churchill no intervino directamente en su desarrollo, no alcanzan a comprender que, pese al título, aparentemente imparcial y genérico de *La Segunda Guerra Mundial*, los seis volúmenes de la obra se proponían transmitir lo que él había vivido, como dice el propio Churchill, por más que respalde el relato con toda clase de documentos, tal y como había hecho anteriormente en *La crisis mundial*. Y en ese sentido, consiguió hacerlo con un éxito abrumador, y no solo por el número de ejemplares que vendiera, sino por la forma en que hoy mismo se sigue concibiendo popularmente la estrategia y el curso de esa contienda.

Una de las pocas críticas que Churchill habría de dedicar al primer duque de Marlborough radicaría justamente ahí, en el hecho de que no escribiera sus memorias: «Es como si hubiera tenido la seguridad de que los hechos estaban llamados a referir elocuentemente lo sucedido»[131]. El monumento literario del propio Winston no iba a levantarse «mediante el simple apilamiento de grandes piedras de sillería», como él mismo señala, sino con la narración de esas memorias de guerra. Gran parte del primer borrador salió de la pluma de un ingenioso equipo literario dotado de un notable talento, al que él dio el sobrenombre de «el Sindicato. —Entre sus miembros destacan las figuras de Kelly, Deakin—, Pug» Ismay, el teniente general *sir* Henry Pownall (encargado de las cuestiones relativas al ejército de tierra), el comodoro Gordon Allen (por la armada), el comandante supremo de las Fuerzas Aéreas *sir* Guy Garrod (en representación de las fuerzas aéreas), y Maurice Ashley, un catedrático de Oxford. Una vez que Churchill los había reelaborado a conciencia, la transformación de esos primeros borradores en el producto final era un proceso sumamente laborioso. Para la mayor parte de los capítulos fue preciso realizar una docena de versiones, y a las cinco últimas se les asignaron las etiquetas de

«Semifinal provisional», «Final provisional», «Cuasi final», «Final», y «Sujeto a una corrección de pruebas enteramente libre».

En 1919, se pidió a Churchill que propusiera el lema que se debía grabar en un monumento francés destinado a conmemorar la contienda. Él sugirió: «En la guerra: furia. En la derrota: desafío. En la victoria: magnanimidad. En la paz: benevolencia»[132]. La idea fue rechazada, así que decidió utilizarla como elemento vertebrador de la «Moraleja de la obra», sustituyendo no obstante la palabra «furia» por la voz «resolución». El mismo mes en que se publicaba la obra de Churchill, Stalin dejaba al Berlín Occidental aislado del resto de Alemania, con lo que se hizo necesario establecer un puente aéreo para llevar a la ciudad los alimentos y los suministros capaces de garantizar su subsistencia. Entretanto, el Partido Comunista checo organizaba un golpe de estado en Praga. Por consiguiente, el texto de *Cómo se fraguó la tormenta* llegó a las manos del público en el momento más oportuno para las denuncias del creciente avance del totalitarismo que en él se hacían.

Pero no fue un libro que gustara a todo el mundo. «Creo que al Partido [Conservador] le han dolido las críticas que [Churchill] dedica, sin fisuras ni relecturas de ninguna clase, al Acuerdo de Múnich», señala Chips Channon[133]. Stanley Baldwin había fallecido en diciembre de 1947, pero sus amigos se habían sentido ultrajados, tanto por el retrato que Churchill había trazado de su persona —ya que se había limitado a decir que había sido «el mayor gestor que la formación conservadora haya tenido jamás»— como por la alegación del índice, en la que se afirmaba que Baldwin había confesado que, en materia de rearme, no habría tenido inconveniente en anteponer los intereses de su partido a los de su país en el caso de unas hipotéticas elecciones generales anticipadas, cuya fecha habría sido anterior a la que efectivamente tuvo lugar en 1935[134]. Eden se quejará a Cranborne de que Churchill había entendido erróneamente las políticas que había aplicado a Mussolini. Con todo, las manifestaciones que se revelaron más claramente insultantes fueron las de Emanuel Shinwell, que despachó la obra diciendo que se trataba de una mera «novela», y las del parlamentario laborista recién electo Michael Foot[135], que sostendrá por escrito que, pese a ser la obra «inmensamente más entretenida e instructiva» que *Mi lucha* de

Hitler, en materia de «orgullo y arrogancia personales» existía no obstante, dice, «una cierta similitud entre ambos textos»[136]. Por más que se tratara de un puro sinsentido, la verdad es que, tal y como aparece expuesta en *Cómo se fraguó la tormenta*, la crónica de la crisis de Renania resulta un tanto engañosa, y también es patente que se atribuyen a Churchill unas dotes de omnisciencia que obviamente no poseía[137].

En marzo de 1949, Churchill publica *Su mejor hora*, el segundo tomo de sus memorias de guerra, en el que se consignan los acontecimientos ocurridos entre mayo de 1940 y enero de 1941. (La edición francesa lleva el título de *L'Heure tragique*.)[138] Como es obvio, no podía mencionarse la existencia del sistema Ultra, pero por lo demás, esta segunda entrega no solo resultó menos controvertida que la primera, sino también menos polémica que las que más tarde habrían de seguirla. «En los largos siglos de existencia histórica de esta isla, ¿qué otra época, de cuantas nos han precedido, ha alcanzado a ofrecer tan imponente tema a semejante pluma?», se preguntará el *Spectator*. En total, los seis volúmenes que conforman las memorias de guerra de Churchill contienen dos millones de palabras, y todavía hoy admiten leerse, bien como texto literario, bien como relato histórico.

El 4 de julio de 1948, al sostener Aneurin Bevan, el ministro de Sanidad, que los conservadores eran «peores que las alimañas», todo el mundo comprendió claramente que Churchill, a quien hacía ya mucho tiempo que Bevan venía inspirando una intensa antipatía, no tardaría en replicarle. Seis días después, en Woodford, Winston decía: «Acostumbramos a hablar del ministro de Sanidad, pero ¿no les parece que tal vez debiéramos decir más propiamente ministro de Enfermedad? ¿No es acaso el odio malsano una forma de dolencia mental, de achaque moral y, de hecho, un mal de carácter extremadamente contagioso? La verdad es que no veo mejor forma de resaltar la inauguración del Servicio Nacional de Salud que incluir entre sus primeros pacientes a una persona tan obviamente necesitada de atención psiquiátrica»[139]. (En una ocasión posterior, al hacer referencia al odio que Bevan profesaba a los ricos, Churchill dirá: «El odio es mal consejero.

Nunca me he tenido por una persona ducha en el perverso arte de odiar, aunque reconozco que en algunas ocasiones ha contribuido a estimular en parte la agresividad».)[140]

En agosto, en Aix-en-Provence, mientras se entretenía en buscar lo que él denominaba sitios «pintureros», Churchill le explicó sin ambages a Boothby que, de haber continuado él al frente del número 10 de Downing Street en una crisis como la del puente aéreo de Berlín, habría echado mano del monopolio nuclear de Occidente. «Habría acabado con ellos en un santiamén, —dijo en referencia a los soviéticos—. Si no procedemos así, podría estallar otra guerra. Yo les diría, con la máxima educación: "El día que nosotros abandonemos Berlín, ustedes tendrán que dejar Moscú". Y no creo que resultara necesario explicarles nada más.» Churchill pensaba que los estadounidenses estaban permitiendo que el Kremlin creyera que habían renunciado a la opción nuclear, y puedo asegurar, añade, que, «conmigo en el ajo, no estarían tan seguros de que las cosas estuvieran yendo por esos derroteros»[141]. Se trata de un tipo de afirmaciones que no se habría mostrado dispuesto a repetir en público, y, de hecho, cada vez que se le ocurrió avanzar de puntillas hacia esas posiciones, tanto la prensa de izquierdas como el propio *Times* se apresurarían a denunciar su propensión al belicismo.

El 9 de octubre, en el Congreso del Partido Conservador celebrado en la localidad galesa de Llandudno, Churchill desveló su idea de que Gran Bretaña debía convertirse en un eslabón capaz de enlazar «los tres grandes círculos que forman las naciones y las democracias libres» —es decir, la Comunidad y el imperio británico de naciones, Estados Unidos y la Europa Unitaria—. También se referirá a la «agresividad y maligno carácter» de los soviéticos, rematando esa parte de su intervención diciendo que «los únicos cimientos sólidos capaces de promover la paz y evitar el desencadenamiento de la guerra son los que se asientan en la fuerza». Denunció el golpe de estado checo, que muy probablemente se había saldado, aseguró, con el asesinato de su amigo Jan Masaryk, el ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia, y señaló: «Con esta acción, Stalin ha perpetrado en 1948 una agresión exactamente igual a la que cometió Hitler al marchar sobre Praga en 1939, hace tan solo nueve años […]. Todo

se ha desarrollado ante nuestros propios ojos con la misma claridad que ya empleara Hitler al declarar sus planes en *Mi lucha*. Espero que las naciones de Occidente, y muy particularmente Estados Unidos y nuestro propio país, eviten caer dos veces en la misma trampa mortal»[142]. Shinwell le contestaba al día siguiente en estos términos: «El señor Churchill es un gran líder de guerra, ya lo creo que sí. Por eso quiere que se declare otra»[143].

El Pravda dijo que Churchill era «el bisonte de la reacción británica», el *Daily Worker* le calificó de «pistolero nuclear» y el Times indicó que sus puntos de vista eran «peligrosamente simples»[144]. Churchill no se arredró ni cambió de postura, como revelan las inequívocas palabras que pronunció en enero de 1949 durante un debate: «Creo que llegará un día en el que se terminará reconociendo, más allá de toda duda razonable, y no solo en un sector de esta Cámara, sino en todo el mundo civilizado, que el estrangulamiento del bolchevismo en su cuna habría sido una fabulosa bendición para la raza humana»[145]. En privado, Churchill seguiría defendiendo la explotación del monopolio nuclear de Occidente, al menos hasta que los soviéticos comenzaron a efectuar con éxito sus propias pruebas atómicas, en agosto de 1949, fecha en la que reevaluaría rápidamente la situación y aceptaría que la confrontación nuclear con Rusia se había vuelto imposible. En vista de las nuevas circunstancias, la única solución pasaba por la negociación de un compromiso destinado a poner fin a la carrera armamentística, aunque manteniendo en todo momento la presión ideológica, dado que seguía existiendo la esperanza de que el comunismo terminara por experimentar un desmoronamiento interno.

En noviembre de 1948, justo antes de cumplir los setenta y cuatro años de edad, Churchill daría cumplida muestra de conservar gran parte de su vitalidad física al participar en la tradicional cacería a caballo de Old Surrey y Burstow, cuyos integrantes se reunieron para iniciar la jornada en la granja de Chartwell. «Fue realmente toda una proeza, —recuerda Mary—, pero todos nos sentimos profundamente aliviados al comprobar que, una vez hecha la demostración, Winston no volvió a adquirir el hábito de subirse a la silla de montar»[146]. No obstante, en 1949, animado por Christopher Soames, Churchill se apuntó a una carrera de caballos, y vistió para la ocasión una casaca de equitación con los colores deportivos que

utilizaba su padre en esos casos, en los que al tono rosa del chaleco se unían los matices achocolatados de las mangas y la gorra. Tras adquirir a Colonist II, un potro francés de capa gris, Churchill continuó invirtiendo en la compra de caballos de carreras, y en años posteriores llegaría a hacerse con 37 animales más. Solía hablar con sus corceles antes de las competiciones, y en una ocasión en la que Colonist II llegó a la meta en cuarta posición, Churchill explicó: «Le he dicho que pertenece a una raza magnífica y que si ganaba no solo no tendría que correr nunca más, sino que podría pasarse el resto de sus días en la agradable compañía de las yeguas. Y claro, Colonist no tenía la mente centrada en la carrera…»[147]. En otro certamen, celebrado en Hurst Park en mayo de 1950, Colonist II batió a Above Board, el caballo del rey, y Churchill le envió una carta a la princesa Isabel en la que le comentaba: «Me habría gustado efectivamente que los dos nos hubiéramos llevado la victoria —pero sobre esa base no sería posible conservar las emociones y la intensa animación que hace vibrar las pistas de los hipódromos»[148]. Al morir, en el palmarés ecuestre de Churchill brillaban nada menos que setenta victorias en las carreras. Era una afición que le llenaba de entusiasmo y le procuraba un gran placer, aunque Clementine nunca diera su completa aprobación a la práctica. Pocos años después de la victoria de Hurst Park, al sugerírsele a Churchill que convirtiera a Colonist II en semental, él señaló: «¿Y permitir que la gente diga que el primer ministro de Gran Bretaña se gana la vida con los inmorales ingresos de un caballo?»[149].

En mayo de 1948 se creaba el estado de Israel, una situación que Churchill recibió de muy buen grado. En enero de 1949 indicaría a la Cámara de los Comunes —que continuaba mostrándose escéptica—, y al gobierno laborista —que aún no había reconocido la nueva entidad política surgida en Oriente Próximo— que se trataba de «un acontecimiento de la historia universal que exige ser considerado con perspectiva, y no me refiero a la que pueda obtenerse aguardando una generación o un siglo, sino a la que se deriva de una paciencia de mil, dos mil o incluso tres mil años. Estamos ante unos criterios de valor temporales, o de paso del tiempo, que parecen

diferir por completo tanto del perpetuo tictac de nuestros estados de ánimo, invariablemente sujetos a rapidísimos cambios, como del apresuramiento propio de la era en que vivimos»[150]. Dos meses más tarde, en Estados Unidos, adonde había viajado para reunirse con el presidente Truman y pronunciar un discurso en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, Churchill dirá en Nueva York, frente a un público mayoritariamente integrado por judíos: «Recuerden que yo he defendido siempre la creación de un estado de Israel libre e independiente, incluso a lo largo de los oscuros años en que muchos de mis más distinguidos compatriotas preferían ver las cosas desde un punto de vista diferente. Así que no imaginen ni por un momento que pueda tener la menor intención de abandonarles en esta hora de gloria para ustedes»[151].

En una cena ofrecida el 25 de marzo en Nueva York por Henry Luce, el fundador de la compañía estadounidense Time-Life, especializada en la venta de música y libros, Churchill hablará en los siguientes términos del Politburó soviético: «Es prácticamente tan malvado como lo fue Hitler, pero está dotado de un poder mucho más formidable, dado que el *führer* solo podía apoyarse en cosas como el *Herrenvolk*[152] y el antisemitismo […]. No disponía de un verdadero tema[153]. Sin embargo, los catorce hombres del Kremlin que integran el buró político de la URSS cuentan con una jerarquía y con una suerte de iglesia formada por adeptos comunistas que tiene la capacidad de enviar misioneros a todos los países y de constituir en ellos una quinta columna»[154]. Churchill trajo también a colación las iras que había levantado su discurso de Fulton, y resaltó: «Recuerdo las palabras que me dijo mi padre siendo yo un mocoso, me parece estar viéndole mientras me aseguraba que un hombre que no es capaz de encajar un directo a la mandíbula no vale un ardite. Pues bien, yo siempre he tratado de atenerme a ese precepto, y debo decir que, en general, el proceso consistente en recibir un mazazo y en saber levantarse después, resulta más que saludable. —No obstante, añadió—: Pero no se debe querer derribar a una persona salvo para tenderle después la mano y permitirle que se vuelva a poner en pie, y en mejor disposición de ánimo»[155].

Después Churchill preguntó a los asistentes a quién consideraban responsable de los cambios que había experimentado el mundo en los tres

años transcurridos desde su alocución de Fulton. «Es algo que solo podría haber realizado el señor Stalin. Él es el causante.»[156] No trufaban ya sus manifestaciones frases como «Me gusta ese hombre, —tal y como le había comentado a Eden en Potsdam. Ahora sostenía cosas muy distintas—: Les aseguro que no tiene sentido razonar con un comunista. No hay forma humana de convertir a un bolchevique ni de convencerle de nada» ajeno a su ideario. Antes al contrario, la línea de actuación que ahora sostenía no solo pasaba por «persuadir al gobierno soviético de que ustedes [los estadounidenses] son los más fuertes, —sino por inculcarle igualmente la idea de que—, si se vieran ustedes en la obligación de utilizar esa fortaleza con implacable determinación material, no habría una sola consideración moral capaz de frenar su resolución. Y esa actitud es justamente la mayor oportunidad que puede darse a la paz, el camino más cierto hacia la pacificación»[157].

«Qué poco imaginábamos que lo que ha dado en llamarse "El siglo del hombre común[158]" fuera a tener como característica sobresaliente la terrible realidad de que grandes masas de hombres comunes estén dispuestas a matarse unas a otras, y a hacerlo además con las grandes facilidades que les ofrece nuestra época, muy superiores a las de cualquier corte de cinco siglos que podamos espulgar en la historia del mundo», dirá Churchill en el Instituto de Tecnología de Massachusetts[159] el 31 de marzo en Boston[160]. Cuarenta años antes de que Europa asistiera al fin del comunismo, Churchill acertó ya a predecirlo:

> Las leyes, sean justas o injustas, pueden regir las acciones de los hombres. Las tiranías se arrogan el poder de restringir o regular las palabras que pronuncian. Las maquinarias propagandísticas consiguen a veces llenarles la mente de falsedades y hurtarles la verdad por espacio de muchas generaciones. Sin embargo, para que despierte el alma de un hombre sumido de este modo en un trance, víctima de esa suerte de congelación a la que le condena la larga noche de su ignorancia, basta con que salte una chispa, venida de Dios sabe dónde. Pues, en ese momento, todo el andamiaje de mentiras y de realidades opresivas es llevado ante un juez que puede decretar su aniquilación. Los pueblos esclavizados no deben desesperar jamás[161].

Su mensaje contenía un destello extremadamente positivo, máxime en un momento en el que Berlín seguía sujeto al bloqueo soviético y en el que

era preciso perseverar en el puente aéreo. En enero de 1953, Churchill pronosticará que Colville llegaría a ver la derrota del comunismo, y le faltó muy poco para acertar, ya que Colville falleció en 1987, apenas dos años antes de la caída del muro de Berlín[162].

El 24 de agosto de 1949, mientras se encontraba de vacaciones en el sur de Francia, Churchill sufrió un leve ataque de apoplejía, el primero de la serie de accidentes cerebrovasculares que estaba abocado a padecer en años posteriores. Tras haber estado jugando a las cartas hasta las dos de la madrugada, notó de pronto un calambre en la pierna y el brazo derechos. A la mañana siguiente, al levantarse, la crispación de sus miembros seguía sin disiparse, y se percató asimismo de que le costaba mucho escribir. Con todo, el habla no quedó afectada, y Moran le dijo: «Un coágulo pequeñísimo ha taponado una artería de tamaño igualmente minúsculo»[163]. La situación médica se mantuvo en secreto, pero con la perspectiva que hoy nos proporciona el tiempo, parece claro que habría sido una buena ocasión para que Churchill abandonara la Cámara de los Comunes y dejara paso a la siguiente generación. Sin embargo, cinco días más tarde, los soviéticos realizaban con éxito las pruebas de la bomba atómica rusa, una circunstancia que le hizo tener la sensación de que resultaba imperativo permanecer en la primera línea política.

Con el arranque del año 1949, la popularidad del gobierno laborista comenzó a decaer, ya que los efectos de las políticas de austeridad seguían castigando a la población y no parecía haber señal alguna de que el sistema de racionamiento fuese a suspenderse pronto. Al comentarle un trabajador del partido que ese mes de febrero, en las elecciones parciales de la circunscripción del Hammersmith Meridional, la intención de voto andaba a la buena de Dios y parecía que el resultado no iba a ser «ni fu ni fa, —Churchill preguntó—: ¿Qué quiere usted decir? ¿Cuánto de fu y cuánto de fa?»[164]. Al poco tiempo se descubría que el número de papeletas favorables a los conservadores había crecido en un 5,2 % en ese distrito, lo que no bastaba para obtener la victoria, pero constituía claramente un signo positivo. El 18 de septiembre, Stafford Cripps decretaba una devaluación del 31 % de la libra esterlina, cuya cotización pasó de ese modo de 4,03 dólares a 2,80, lo que minó gravemente la reputación de solvencia del

gobierno laborista como gestor de la economía (aunque el siguiente mes de enero, en privado, Churchill se vería obligado a reconocerle a Clementine que «los perjuicios de la devaluación todavía no se han dejado notar, solo están de camino»[165]). Cripps, que llevaba ocupándose de la cartera de Hacienda desde el año 1947, había desmentido en nueve ocasiones que tuviera intención de devaluar la moneda británica —cosa que sin embargo se vio obligado a hacer para proteger la libra—, con lo que se ganó el injusto reproche de Churchill, que le acusó de haber engañado al parlamento. En respuesta, Cripps dijo que Churchill era «un golfo de la política», y ese mismo año se negaría a aceptar el doctorado *honoris causa* que le había concedido la Universidad de Bristol al saber que el encargado de entregárselo iba a ser el ex primer ministro.

«La faceta infantil de Winston continúa resultando atractiva», anota Chips Channon el 28 de septiembre de 1949.

> Hoy le he visto llegar a los pasillos del parlamento […] [y pedir] un poco de rapé, cosa que el auxiliar le procuró alargándole una cajita de plata. Después Winston hizo algo sorprendente: se quedó mirando fijamente el sitial del sargento de armas (que conocía de sobra porque llevaba cuarenta años allí mismo) con expresión de no haberlo visto en toda su vida. Acto seguido se acercó a él y se sentó en el escaño durante cinco buenos minutos, que él dedicó a saludar con gestos de cabeza a los demás diputados, a los que recibía además con una radiante sonrisa […]. Una verdadera trastada de colegial […]. No obstante, a los pocos minutos, pronunciaba uno de los mayores discursos que jamás se le hayan escuchado [sobre la devaluación de la libra esterlina] ante una Cámara abarrotada y deseosa de oír sus palabras[166].

El hecho de que Churchill se negara a ceñirse a las normas y convenciones habituales se observa asimismo en su inveterada costumbre de ignorar todos los letreros de «No fumar» que encontraba en su camino, o aun en la de seguir dando propinas al personal de la Cámara de los Comunes, pese a que el Comité de Cocina del parlamento, controlado por los laboristas, hubiera prohibido la distribución de toda clase de gratificación.

«Escribir un libro es una aventura, —dirá Churchill en noviembre al recibir el Premio Literario del *Times*—. En un primer momento la tarea se asemeja a un juego, a una diversión; después se transforma en una amante; luego se convierte en un amo; alcanza más tarde la categoría de tirano; y

por último, en la fase final, en el preciso instante en el que se encuentra uno a punto de aceptar la servidumbre impuesta, el autor termina por matar al monstruo.»[167] Ese mismo mes, en Hyde Park Gate, Churchill demostrará que esta clase de ocurrencias seguían acudiendo con agilidad a la cita con su ingenio. Al manifestarle un fotógrafo que el día en que festejara su centenario esperaba poder estar allí para hacer el reportaje, Churchill le responderá: «No veo por qué no, joven. Parece encontrarse usted en buena forma y razonablemente sano»[168]. En otra ocasión, alguien quiso saber si le asustaba la muerte, a lo que Churchill contesta: «Estoy listo para reunirme con el Creador. Cosa distinta es que el buen Dios esté preparado para enfrentarse a la tremenda ordalía de encontrarse conmigo»[169].

El 11 de enero de 1950, Attlee tomaba súbitamente la decisión de disolver el parlamento y de convocar elecciones para el 23 de febrero, con lo que Churchill tuvo que interrumpir bruscamente las vacaciones que estaba disfrutando en Madeira. Winston convocó a todos los líderes del partido, y elaboró en nueve horas, en colaboración con ellos y tras discutir exhaustivamente su contenido, el manifiesto con el que habrían de concurrir a los comicios, basado en gran medida en la Carta Industrial[170]. El texto, titulado *This is the Road*, proponía «mantener y mejorar el sistema de atención sanitaria», liberando al mismo tiempo «a la nación de las trabas que entorpecen la acción de las energías productivas debido al ejercicio de un control abrumador por parte del estado y a su excesiva insistencia en la gestión burocrática». «La situación en que se encuentra el país me resulta extremadamente deprimente, ya que, gane quien gane, no va a haber más que amargura y conflicto, —le dirá Churchill a Clementine—, tal y como les sucede a los hombres que luchan salvajemente entre sí mientras se desarma bajo sus pies la pequeña balsa en la que viajan»[171]. Y en cuanto al resultado, Churchill le asegura que «todo es una incógnita. Sin embargo, la vida resultaría muy sosa si supiésemos de antemano cómo van a acabar las cosas»[172].

Churchill se lanzó de lleno a la campaña, y en un discurso pronunciado en Cardiff, a principios de febrero, dirigirá muchos de sus ataques a una de las primeras formas de corrección política:

> Espero que todos ustedes hayan logrado dominar ya esa jerga oficial de los socialistas que nuestros diestros mentores, como gustan de llamarse a sí mismos, desean inculcarnos. No hay que emplear la palabra «pobre»; hay que decir el «grupo de menores ingresos». Y si de lo que se trata es de congelar el salario de un obrero, el ministro de Hacienda habla de «frenar los incrementos de los ingresos personales» […]. Hay una bonita perífrasis sobre las casas y los hogares. En el futuro tendremos que denominarlas «unidades de alojamiento». No sé cómo nos las vamos a arreglar para cantar esa vieja canción de *Hogar, dulce hogar*. «Unidad de alojamiento, dulce unidad de alojamiento. / No hay lugar bajo el cielo como nuestra unidad de alojamiento…». Ojalá alcance a vivir lo suficiente para ver a la democracia británica escupir toda esa basura de la boca[173].

Con idéntico ánimo jocoso, Churchill le comentará seis días más tarde al público de Edimburgo: «Dudo que al socialista común y corriente le procure un gran placer levantarse por las mañanas y decirse a sí mismo: "¡Ajá! Soy dueño del Banco de Inglaterra, poseo los ferrocarriles, mías son las minas de carbón…". En cualquier caso, si verdaderamente le encandila, siquiera un poco, esa cantinela, lo que resulta indudable es que le está costando carísima»[174].

Sabedor de que se le iba a acusar de belicista, y profundamente preocupado ante la circunstancia de que la Rusia soviética se hubiera convertido ya en una potencia nuclear, Churchill acuñará una nueva expresión de éxito al comentar, en referencia a los rusos: «Me atrae cada vez más la idea de realizar un supremo esfuerzo para salvar el abismo que separa a ambos mundos, a fin de que el uno y el otro puedan continuar su camino, ya que no de forma amistosa, sí libres al menos de los odios de la guerra fría. Deberían poner buen cuidado en recordar mis palabras en estas cuestiones, ya que el futuro no me ha quitado siempre la razón. No parece fácil empeorar las cosas con una conversación en la cumbre, si fuera posible celebrarla»[175]. Los laboristas rechazaron la sugerencia y la calificaron de «truco publicitario», pero era tal la capacidad de Churchill para popularizar los términos que se le ocurrían —como ya hemos visto en el caso de giros como «todo normal» o «telón de acero»— que, desde entonces, ha venido dándose el nombre de «cumbres» a este tipo de encuentros entre los máximos mandatarios de dos o más países.

Churchill y sus partidarios tenían que tomar una colina formidable. El parlamento de la legislatura de 1945 a 1950 había promulgado nada menos que 347 leyes, había llevado a la práctica, y desarrollado plenamente, todas

las medidas que habían sido propugnadas en el Informe Beveridge —de entre las que destacan la Ley del Seguro Nacional de 1946 y la Ley de Ayuda Nacional de 1948—, había creado el Servicio Nacional de Salud, construido más de un millón de nuevas viviendas, y elevado a la edad de quince años el período de escolarización obligatorio. Los laboristas también habían nacionalizado las minas de carbón, los ferrocarriles, el suministro de gas y electricidad, el transporte por carretera y el Banco de Inglaterra. En política exterior habían dado la independencia a la India, Pakistán, Ceilán y Birmania, se habían retirado de Palestina, y habían contribuido a fundar la OTAN. Muchas de esas medidas constituían verdaderos logros, pero su concreción había tenido consecuencias negativas, como la escasez de mercancías, la prolongación del sistema de racionamiento, la austeridad, unos impuestos elevados, diferentes escisiones en el seno del partido, la devaluación de la libra esterlina, y el agotamiento político y personal del gabinete —tanto Bevin como Cripps fallecieron menos de dos años después de disuelto el parlamento.

Recuperadas las energías gracias al período que habían pasado alejados de las responsabilidades de primera línea, los conservadores consiguieron incorporar a la campaña un sólido equipo de candidatos a la bancada gubernamental. De entre los nombres que concurrieron a las elecciones de 1950 cabe resaltar los de Anthony Eden, Harold Macmillan, Rab Butler, Oliver Stanley y Oliver Lyttelton. Churchill había tenido ocasión de elegir un gabinete en la sombra compuesto por personas que no solo eran de su agrado, sino que también suscitaban su admiración, ya que seis de los veinte convocados habían sido condecorados con la Cruz Militar, y ocho eran miembros del Other Club. Las actas de ese ateneo muestran el marcado carácter informal, colegiado, e incluso afectuoso, de los debates que se celebraban en él[176].

Con una participación del 84 % del censo electoral, un porcentaje que no se alcanzaba desde los comicios de 1906 y que no ha vuelto a igualarse después, los laboristas consiguieron 315 escaños, los conservadores 298, los liberales 9 y el resto de formaciones 3, lo que dio a Attlee una mayoría efectiva de 5 diputados[177], descontando al presidente de los Comunes. Con sus 85 escaños adicionales, los conservadores habían logrado un incremento

enorme (virtualmente equivalente a una subida del 40 %). Los laboristas habían obtenido 13,27 millones de votos, los conservadores 12,5 millones y los liberales 2,62 millones. «En el debate sobre las cuestiones de defensa, Winston ha hablado hoy por espacio de más de una hora, y parece de lo más animado, —anota Channon a mediados de marzo—. No es ningún volcán extinto.»[178]

Churchill había estado reflexionando a fondo sobre las consecuencias que podían derivarse de la bomba atómica soviética, había estudiado una nueva noción —a la que no tardaría en llamarse «Destrucción Mutua Asegurada»—, y a finales de marzo había dado a conocer sus inquietudes a la Cámara de los Comunes con un olímpico discurso. «Puede que la idea de que la paz no puede contar con más nobles cimientos que los derivados del mutuo terror parezca a los moralistas una triste forma de ver las cosas», dijo[179]. A continuación, tras retomar algunas de las consideraciones que ya había expuesto en el discurso de Fulton, llegó a la conclusión de que, «en este momento de la historia, el hombre ha alcanzado una primacía en el dominio de las fuerzas de la naturaleza que jamás habría podido soñar con anterioridad. Tiene en sus manos la posibilidad de resolver con relativa facilidad los problemas de la existencia material. Ha conquistado a los animales salvajes, y ha conseguido controlar incluso a los insectos y a los microbios. Se abre ante él, si así lo desea, una dorada edad de paz y progreso. Todo depende de él. Solo le queda por someter a su último y peor enemigo: él mismo»[180]. Como el propio Churchill habrá de explicar cinco años más tarde, lo que le preocupaba era que «el factor de la disuasión no protegiera al género humano del eventual surgimiento de un chiflado o un dictador de la calaña de Hitler, dispuesto a agotar todos los medios en caso de verse acorralado»[181].

En abril de 1950, Churchill publicó *La gran alianza*, el tercer tomo de *La Segunda Guerra Mundial*, en el que se abordaba la entrada en guerra de Estados Unidos y la URSS. Dado el tema y el autor, no es de extrañar que algunos reseñistas empezaran a comparar la obra con *La guerra de las Galias* de Julio César[182]. «He de justificar mi conducta ante la historia»,

admitirá abiertamente Churchill a un funcionario del Partido Conservador que había estado esperando largo rato para entrevistarse con él en Chartwell debido a que Winston tenía que rematar algunos trabajos[183]. Solo por los derechos de la publicación por entregas de sus obras en Estados Unidos, la revista *Life* le había pagado medio millón de dólares (unos 5,25 millones de los actuales). «No estoy escribiendo un libro, —confesó—, estoy administrando una propiedad»[184].

En junio, con un gesto de cierta hipocresía, Churchill atacará a los laboristas por haber boicoteado una conferencia sobre la Declaración Schuman, un proyecto precursor de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, y dos meses más tarde, en Estrasburgo, defendía la creación de un ejército europeo, aunque Eden le dijo a Cranborne que «lo más probable era que la idea se revelara útil para propiciar un acercamiento entre los franceses y los alemanes, pero que Winston jamás había tenido intenciones de llegar más lejos»[185]. No obstante, ese mismo mes, al verse presionado en los Comunes, Churchill admite que, «en el momento presente» no prevé que Gran Bretaña vaya a convertirse en «miembro ordinario de una Unión Federal circunscrita a Europa»[186]. En esa misma intervención, Churchill explicará que esa postura se debía fundamentalmente al hecho de que Gran Bretaña fuera «el centro de la Comunidad y el imperio británico de naciones, —aunque sin olvidar tampoco, añadió—, la fraternal asociación que mantenemos con Estados Unidos en el mundo de habla inglesa». Es evidente que la obligación de un partido de la oposición consiste en criticar eficazmente al ejecutivo, pero no tardaría en comprobarse que, una vez en el gobierno, el propio Churchill mostraría no tener la menor intención de llevar a cabo lo que ahora juzgaba una censurable inacción de los laboristas.

«En nuestro Movimiento Europeo hemos trabajado en colaboración con los federalistas, —dirá en los Comunes en esa misma ocasión—. Y siempre hemos dejado claro que, pese a avanzar con ellos en una misma dirección, no queremos comprometernos ni implicarnos en sus conclusiones.»[187] Los proeuropeos británicos estaban desesperados con él, y Jebb, que se quejaba de que «Churchill quiere estar en misa y repicando, —llegará a deducir una vez más que—, en realidad, [Winston] no es […] favorable a unirse a ninguna institución que guarde siquiera un remoto parecido con una Europa

supranacional»[188]. Y llevaba razón, puesto que el 12 de agosto de 1948, Churchill le había dicho a Violet Bonham Carter que la «solución federal» no iba a funcionar, debido sobre todo a que es «totalmente impracticable poner en marcha un parlamento de Europa»[189].

A finales de junio de 1950, Stalin incitó al líder comunista norcoreano Kim Il-Sung a invadir Corea del Sur a fin de tantear la determinación de Occidente. Truman y Attlee reaccionaron con toda contundencia y salieron en defensa de la Corea atacada. «Mi viejo amigo se porta estupendamente conmigo», le comentará irónicamente Churchill a *sir* David Maxwell Fyfe, un abogado y parlamentario que en el futuro llegaría a ocupar el cargo de ministro del Interior. «Si me hubiera encontrado en la posición de Attlee, no me habría sido posible gestionar adecuadamente la situación. Me habrían tildado de belicista.»[190] Dado que Truman era diez años más joven que Churchill, es natural que a Maxwell Fyfe le picara la curiosidad, así que le preguntó: «¿Qué viejo amigo?». «Dios, *sir* Donald, Dios…», fue la respuesta. Respecto a los motivos que pudieran inducir a Churchill a llamar siempre *sir* Donald a *sir* David solo podemos hacer conjeturas.

El 11 de septiembre, la muerte del octogenario mariscal de campo Jan Smuts permitió a Churchill perpetuar su particular tradición de hacer referencia a su propia persona en los elogios fúnebres que se veía obligado a dedicar a sus amigos fallecidos. Esto explica que señale en el Other Club que Smuts había sido en vida «el miembro de mayor talla de nuestra asociación»[191]. Churchill le había conocido medio siglo antes, y sentía por él una admiración sin reservas —hasta el punto de aceptarle consejos que no habría admitido de nadie más, excepto de Clementine—.[192] Pese a haber sido un antiguo enemigo durante la guerra de los bóers, había terminado convirtiéndose en un amigo íntimo y en un asesor muy fiable, sobre todo porque Churchill sabía que Smuts no se proponía arrebatarle el puesto. Beaverbrook era ahora prácticamente el único vínculo que le mantenía unido a la generación de la Gran Guerra.

En noviembre salía a la venta *El gozne del destino*, el cuarto volumen de sus memorias de guerra, en el que se narraban los acontecimientos ocurridos entre el ataque japonés contra Pearl Harbor y la caída de Túnez. Dado que en la época en que iba a publicarse el libro, la temperatura de la

guerra fría parecía estar aumentando considerablemente, Churchill optó por minimizar los desacuerdos que en 1942 le habían enfrentado a los estadounidenses en materia de estrategia. En ese texto también se muestra muy generoso con De Gaulle, que volvería a proclamarse presidente de Francia en 1958: «Siempre me dio la impresión de estar expresando la personalidad francesa, incluso en los períodos en que peor se comportó, y me refiero a que Francia es una gran nación, orgullosa, autoritaria y ambiciosa»[193]. Si añadimos al dato de De Gaulle la triple coyuntura de que George Marshall fuera por entonces secretario de Defensa de Estados Unidos, de que se pensara que Eisenhower alimentaba serias aspiraciones presidenciales, y de que al propio Churchill le faltara dar tan solo un último empujón electoral a su carrera para volver a ocupar el número 10 de Downing Street, se entenderá fácilmente que Winston se percatara enseguida de que podía verse pronto en la tesitura de volver a trabajar codo a codo con esos tres políticos. Este tomo de sus memorias, pese a que estuviera bellamente escrito, igual que los anteriores, no se centrará por tanto en las turbulentas tensiones internas que enfrentaron a los Aliados. Fue una obra a la que también se criticó por restar importancia a las operaciones defensivas de la primera batalla de El Alamein, capitaneada por Auchinleck, y por exagerar en cambio la relevancia táctica de la ofensiva liderada por Montgomery en el segundo choque de esa misma campaña[194].
[195]

En un debate sobre la situación internacional celebrado a mediados de diciembre, Churchill adoptó la inesperada actitud de propugnar medidas de apaciguamiento, al menos bajo ciertas circunstancias. Después de que Attlee declarara que no había forma de aplacar a Rusia, Churchill le replicó: «En sí mismo, el apaciguamiento puede ser bueno o malo, según se presente la situación. Todo apaciguamiento que hunda sus raíces en el miedo y la debilidad es simultáneamente inútil y fatal. El que deriva de la fuerza es magnánimo además de noble, y podría constituir la vía más segura —o acaso la única— de lograr la paz mundial»[196]. Acto seguido pasó a condenar el creciente movimiento de «no recurrir como primera medida» al uso de las armas nucleares, que según Churchill significaba que «no se debe disparar hasta no estar muerto. La adopción de este planteamiento me

parece una solemne tontería, y como posición resulta además extremadamente imprudente. Y por si con esto no bastara, es indudable que esa resolución solo puede incrementar las posibilidades de una guerra. —Channon señala que, al escuchar esas reflexiones—, cientos de socialistas, furiosos, abuchearon a grandes voces [a Churchill]», a lo que añade: «Y yo tengo la impresión de que se trataba de una crispación que él mismo había generado adrede»[197].

En Navidades, Churchill regresó al Hotel Mamounia, y al volver a Londres se encontró con que los rumores sobre su fallecimiento habían vuelto a propagarse. «Me informan, desde muchos y muy diferentes puntos, de que se está propalando el chisme de que he dejado de existir esta mañana, —afirmó el ex primer ministro a mediados de febrero—. Es totalmente incierto. No obstante, constituye un magnífico ejemplo de la campaña de habladurías y murmuraciones que se ha desatado. Sus autores habrían demostrado un mejor conocimiento del arte de la mentira si hubieran reservado esta falacia para el día de las elecciones…»[198] Dado que el modo guasón y optimista con el que él mismo enfocaba ese asunto contrastaba notablemente con el aspecto manifiestamente exhausto de los miembros del ejecutivo, Churchill se propuso continuar por ese camino. Al acusar Stalin a Attlee de haber optado por el belicismo tanto en el caso de la guerra de Corea como en el del rearme, Churchill dijo que los laboristas tenían intención de lanzar sobre él ese mismo reproche en cuanto se convocaran las siguientes elecciones, y que, por lo tanto, «Stalin no solo ha pronunciado una falsedad, sino que ha usurpado los derechos de autor» de mis contrincantes políticos[199].

Pese a que Bevan hubiera sido un «miserable fastidio» durante la guerra, según lo que el mismo Churchill había afirmado poco antes, lo cierto es que en abril de 1951 reveló ser de gran utilidad para los conservadores, ya que, en unión de otros dos miembros del ejecutivo —entre los que se contaba Harold Wilson, el futuro primer ministro—, presentó la dimisión en señal de protesta por la imposición de un sistema de cobro en el sistema nacional de Sanidad debido a que los tiempos exigían un rearme. A raíz de este lance, Churchill le dijo al público congregado en el Royal Albert Hall: «En el señor Attlee, la falta de visión confluye con

una pétrea capacidad de resistencia. Ahora se dispone a retomar la dirección y el liderazgo de ese racimo de lapas de leonino coraje […] que cementa su unidad en el común deseo de aferrarse a toda costa al cargo, aun a expensas de su propia reputación y de la suerte de la patria; una determinación que solo encuentra equivalente en su deseo de posponer por cualquier medio a su alcance, y hasta el último momento, toda forma de contacto con el electorado democrático»[200]. Hay en estos discursos de Churchill varios matices similares a los que en 1905 habían teñido sus ataques al gobierno de Balfour. En Woodford, en julio, Churchill caerá en otra exageración monstruosa, al declarar que «seis años de gobierno socialista han asestado a nuestras finanzas y a nuestra economía un golpe aún más demoledor que el que nos hizo encajar Hitler»[201]. Era una afirmación totalmente falsa (la segunda guerra mundial había supuesto para Inglaterra un coste equivalente a la tercera parte de su patrimonio neto, cuando menos), tanto que se hace difícil tenerla por una manifestación digna de Churchill, por más que pudiera resultar un buen reclamo partidista.

El 19 de septiembre, Attlee anunció la convocatoria de unas elecciones anticipadas para el 25 de octubre, con la esperanza de aumentar la exigua mayoría efectiva de cinco escaños con la que ahora contaba. Los integrantes del consejo de parlamentarios de la oposición se arroparon en el eslogan «Por una Gran Bretaña fuerte y libre», y prometieron construir trescientas mil viviendas en tres años. Churchill pidió a Violet Bonham Carter, convertida por entonces en diputada del Partido Liberal, que hablara en favor de los conservadores en una alocución radiada, con las esperanzas puestas en una eventual fusión de las dos formaciones políticas[202].[203] Los liberales tomaron la palabra y rechazaron la propuesta en nombre de Bonham Carter, y tras tres días de frustrados intentos de persuasión, Churchill abandonó el proyecto. Sin embargo, durante un tiempo se tuvo la impresión de que la idea abría serias perspectivas públicas, aunque, por otro lado, el desenlace del asunto indica que, en su pensamiento político, Churchill no solo prefirió conceder prioridad a todos los elementos vinculados con la democracia conservadora, sino que también juzgó conveniente relegar a un segundo plano sus efímeras convicciones libertarias. («¡Nunca hemos sido conservadores y nunca lo seremos!, —le

había gritado Randolph, ebrio, al laborista Woodrow Wyatt pocos años antes—. Solo nos servimos del Partido Conservador.»)[204]

El 6 de octubre, Churchill, que volvía a tener que enfrentarse efectivamente a la acusación de belicismo, decía al público congregado en Essex: «Estoy seguro de que nadie quiere que haya dedos crispados sobre ningún gatillo […]. No creo que la tercera guerra mundial sea inevitable. Pienso incluso que el peligro de que estalle es menor que el que existía antes del enorme proceso de rearme de Estados Unidos. Pero debo decirles que, en cualquier caso, no será un dedo británico el que apriete el botón de esa tercera conflagración mundial»[205]. Dos días más tarde, Churchill refrendaba esas afirmaciones en un programa de radio: «No sostengo que debamos rearmarnos para combatir. Lo que digo es que tenemos que rearmarnos para parlamentar. —Poco después reiteraba esta idea en un discurso pronunciado en Plymouth—: Si permanezco en la vida pública activa en esta particular coyuntura es porque [la paz] […] es el último trofeo que deseo ganar»[206]. A pesar de todas estas manifestaciones, justo antes del día de las votaciones, el *Daily Mirror*, partidario de los laboristas, publicaba en su portada la imagen de un revólver junto al siguiente titular: «¿De quién es el dedo que aprieta el gatillo?. —Otro de los eslóganes que emplearon los laboristas en las elecciones decía—: Vote a Churchill y apresúrese a buscar un rifle; vote al laborismo y llegue tranquilamente a viejo». Aun así, Churchill se las arregló para atribuir a los laboristas todas las características de la debilidad, aduciendo para ello que habían permitido que Mohammad Mosaddeq, el primer ministro de Irán, segara la hierba bajo los pies del sah de Persia y nacionalizara las instalaciones petrolíferas de propiedad británica que existían en suelo oriental, incluida la refinería de la Compañía de Petróleos Anglo-Iraní de Abadán, un hecho que no solo había supuesto una grave humillación para Gran Bretaña, sino que había dejado tocado su prestigio en todo el Oriente Próximo[207].

El 25 de octubre de 1951, los conservadores se hacían con 321 escaños, los laboristas descendían a 295, los liberales se quedaban con 6 y el resto de partidos sumaba 3. Los laboristas habían obtenido 13,95 millones de votos, los conservadores 13,72 millones y los liberales 730 000. Por consiguiente, los conservadores se alzaron con la victoria por una pequeña pero

manejable mayoría de 17 diputados sobre el resto de las formaciones, pese a haber recibido menos papeletas favorables que los laboristas —en lo que es el único resultado de esas características jamás registrado en la posguerra (e incluso después, ya que no ha vuelto a darse con posterioridad)—. En 1945, la mayor parte de los comentaristas creían que el laborismo estaba llamado a permanecer en el poder al menos durante una década, y algunos habían llegado a predecir dos, pero lo cierto es que acabaron perdiendo el gobierno en tan solo seis años[208]. Al final de su novela *Savrola*, Churchill explica: «Una vez apaciguados los tumultos, el corazón del pueblo volvió al ilustre exilio que les había permitido obtener la libertad, pese a que lo hubieran abandonado en la hora del triunfo»[209]. Cincuenta y un años después de la publicación de ese texto, la vida imitaba al arte en la biografía de Winston Churchill.

Capítulo 33

UN ÚLTIMO DESTELLO

Octubre de 1951 - abril de 1955

> Mucha gente dice que debería haberme retirado después de la guerra, y que he preferido convertirme en una especie de estadista veterano. ¿Pero cómo iba a renunciar? Me he pasado toda la vida luchando, ¡y no voy a dejar de hacerlo ahora!
>
> Churchill a R. V. Jones, 1946[1].

> Seguía dominando al gabinete, si bien ahora más a la manera de Buda que a la de Aquiles.
>
> John Colville en referencia al segundo mandato de Churchill como primer ministro[2].

El viernes 26 de octubre de 1951, Churchill estaba a un mes de su septuagésimo séptimo cumpleaños. Seis años después de la derrota sufrida en las elecciones de 1945, Churchill volvía a la carga para ejercer de forma prácticamente íntegra la legislatura en la que había salido vencedor, tras la históricamente tormentosa que había vivido durante la segunda guerra mundial —algo que no había conseguido ninguno de sus héroes, ya se tratara de Marlborough, de Wellington, de Disraeli, de Clemenceau o de

Lloyd George—. Como ya sucediera en el transcurso de la contienda, también en esta ocasión se reservaría para sí la cartera de ministro de Defensa, y nombraría nuevamente a Eden ministro de Asuntos Exteriores. Pese a que Eden deseaba ser viceprimer ministro, como ya había ocurrido anteriormente con Attlee y Morrison, lo cierto es que Norman Brook, el secretario del gabinete, y *sir* Alan Lascelles, argumentaron que eso supondría invadir las competencias de la corona, así que Churchill optó por respaldar su criterio, pese los recientes precedentes mencionados. Jock Colville se convirtió en su vicesecretario privado adjunto, y pese a las objeciones que les dictaba su buen juicio, lord Ismay y lord Cherwell (es decir, el profesor Lindemann) aceptaron formar parte del gabinete.

La designación de Rab Butler como ministro de Hacienda, del keynesiano Harold Macmillan al frente del Ministerio de Vivienda, y del jurista *sir* Walter Monckton como responsable de la cartera de Trabajo (con la misión de preservar a cualquier precio la paz en el sector industrial), resalta el carácter demócrata conservador y mononacional[3] del gobierno de Churchill. El ejecutivo de Baldwin había estado a punto de descarrilar a causa de la huelga general de 1926, así que en esta ocasión se decidió comprar el silencio de los sindicatos, poco menos que a toda costa[4]. Pese a que Walter Elliot quería desempeñar el cargo de ministro de Sanidad, la mala suerte le impidió atender al llamamiento del número 10 de Downing Street, ya que su esposa y él habían salido a dar una vuelta con el perro[5]. A Churchill nunca le había caído demasiado bien Elliot, que había defendido en su momento las medidas de apaciguamiento, así que la tarea de organizar el sistema de salud recayó en Harry Crookshank, que había sido director general de Correos durante la guerra. Bracken había recuperado su escaño en el parlamento, pero los problemas de sinusitis que padecía le incomodaban a tal punto que le quitaron de la cabeza la idea de formar parte del gabinete. Poco después se le otorgó un título nobiliario, pero no llegó nunca a ocupar el asiento que le correspondía en la Cámara de los Lores. Según parece, si se nombró ministro del Aire a William Sidney, el primer vizconde De L’Isle, se debió fundamentalmente al hecho de que hubiera obtenido la Cruz Victoria en 1944[6]. Duncan Sandys se ocupó del Ministerio de Suministros. Otro miembro del Other Club, Gwilym, hijo de

David Lloyd George, asumió el importante puesto de ministro de Alimentación, y la principal orden que se le pidió cumplir fue la de acabar lo antes posible con el sistema de racionamiento.

Dado que todavía abrigaba la esperanza de convencer a los liberales de constituir una coalición con los conservadores, Churchill ofreció el Ministerio de Educación a su máximo dirigente, Clement Davies (que en 1940 había ayudado a Winston a acceder al cargo de primer ministro, pero que más tarde había votado en su contra en la moción de confianza de julio de 1942). Al verse obligado Davies a declinar la propuesta por motivos políticos, Churchill, con los ojos anegados en lágrimas, le cubrió de elogios por su abnegación[7]. El proceso de formación del nuevo gobierno se prolongó por espacio de una semana, ya que Churchill olvidó cuál era el puesto que debía ofrecer a Nigel Birch (era subsecretario del Ministerio del Aire) y tardó una hora en proponer a John Boyd-Carpenter el cargo de secretario financiero del Tesoro debido a que la situación le trajo a la memoria el momento en el que él mismo había rechazado asumir esa responsabilidad en 1905.

La idea de nombrar a unos ministros dotados específicamente de la facultad de supervisar la coordinación de las medidas adoptadas por dos o más departamentos fue del propio Churchill, ya que de ese modo lograba reducir las dimensiones de su gabinete[8]. Se designó lord presidente del Consejo a Woolton, y se le dotó de la potestad de fiscalizar las actividades de los Ministerios de Agricultura, Pesca y Alimentación, mientras que a lord Leathers se le encargó coordinar los de Transportes, Aviación Civil, y Combustibles y Energía. Lindemann asumió tanto la responsabilidad de la investigación científica y atómica, como la de vigilar la buena marcha de la oficina estadística de Churchill. Estos tres capataces ministeriales —a los que rápidamente se conoció con el apodo de «superministros»— habían desempeñado de manera excelente esos mismos cargos durante la guerra, pero en el muy distinto entorno político de una Inglaterra en paz, su desempeño dejó mucho que desear. No se sabía con exactitud si el papel que debían realizar era de carácter ejecutivo o de naturaleza simplemente consultiva, tampoco se conocía con seguridad qué tipo de relación oficial debían mantener con los ministros que ostentaban la titularidad de los

diferentes departamentos, ni si la constitución les obligaba a responder ante el parlamento o solo ante los miembros del gabinete. No contaban con el personal suficiente para cumplir su función intervencionista, de modo que no habrían podido efectuarla ni siquiera en el caso de haber querido hacerlo —ya que al menos Woolton se negó a satisfacer el encargo—. Es más, los tres eran aristócratas, así que se hallaban fuera del centro del poder legislativo, radicado en los Comunes. Todo el mundo consideró que el sistema era sumamente desagradable, desde la oposición al funcionariado, pasando por los propios ministros de las carteras ejecutivas, lo que hace difícil entender que Churchill, con su larga experiencia del sistema de trabajo que imperaba en Westminster y en Whitehall, no alcanzara a prever los problemas que iba a causar la invención de un tercer cuerpo gubernativo. En septiembre de 1953 se decidía abandonar finalmente el recién ideado sistema.

El 23 de marzo de 1952, en Chequers, Churchill resumió la esencia del plan de acción de su mandato con estas palabras: «Viviendas, carne y no dejar que nos hundan»[9]. El gobierno deberá sortear el radicalismo de los conservadores que piensan que, si Gran Bretaña no reestructura con toda decisión sus prácticas comerciales e industriales, la década de 1950 se caracterizará por dejar al país rezagado respecto de sus competidores globales, como Alemania y Japón. En política interior, Churchill respaldó a Macmillan en el enfrentamiento que tuvo con el Tesoro al abordarse el tema de la construcción de viviendas. La consecuencia más inmediata de ese apoyo fue la efectiva materialización de trescientas mil nuevas casas en tres años, cifra que en 1955 alcanzó el millón de apartamentos. La desaparición del sistema de racionamiento presentó más dificultades. Para empezar, Churchill había partido de una concepción gravemente errónea de la gravedad en que se encontraba por entonces la producción y distribución de alimentos. Pidió a Gwilym Lloyd George que elaborara un modelo de las raciones que se estaban proporcionando en la práctica a un británico adulto. Para responderle, Lloyd George cogió una gran fuente de estaño del número 10 de Downing Street, colocó en ella el dibujo de un trozo de carne, un montoncito de un polvo indefinido que pretendía representar el azúcar, y otra serie de cosas por el estilo. «No parece una mala comida, —aseguró

Churchill con relativa satisfacción—. Sí, pero esta no es la ración de una comida, ni siquiera la de un día», explicó Lloyd George, «es la de una semana». «¡¿Una semana?!, —contestó Churchill con estupefacta indignación—. Entonces es que la gente se está muriendo de hambre. Hay que buscar un remedio.»[10] Pese a esa determinación, el racionamiento persistió debido a que la balanza de pagos estaba gravemente desequilibrada, y su prolongación se produjo a pesar de que Churchill dedicara periódicamente largas horas al problema e hiciera grandes esfuerzos para tratar de aliviarlo, ya que era plenamente consciente de la enorme importancia política del asunto. No obstante, en julio de 1954, en uno de los logros de los que el gobierno habría de mostrarse más orgulloso, el ejecutivo de Churchill conseguía eliminar al fin, y de forma completa, las cartillas de racionamiento. Aunque también se procediera a la desnacionalización de las industrias del acero y el transporte por carretera, lo cierto es que en casi todos los demás aspectos se conservó prácticamente sin alteración alguna el programa de gobierno de Attlee. Churchill aprobó asimismo la eliminación del monopolio que poseía la BBC en materia de comunicaciones radiofónicas. Hacía ya mucho tiempo que Churchill venía considerando que la Corporación de Radiodifusión Británica era una institución de tendencias izquierdistas, y no había olvidado que le había mantenido apartado de las ondas en la década de 1930, cuando luchaba contra las políticas de apaciguamiento. De este modo, la compañía comercial ITV comenzaba a producir sus primeros programas de radio en 1955.

Churchill descubrió que los problemas que era preciso resolver en época de paz —la economía, los transportes terrestres, las disputas comerciales, la balanza de pagos, etcétera— resultaban mucho más aburridos que los de una guerra. Por este motivo, decidió concentrar fundamentalmente sus energías (salvo por «la carne y las casas») en la política exterior, aunque su intervención en el conflicto de Corea fue relativamente reducida, ya que se trataba de una operación básicamente liderada por Estados Unidos —aunque también es cierto que hubo un gran número de tropas británicas que combatieron valientemente en la región—. Al sugerirse que China podía estar expuesta a una invasión, el primer ministro expuso con acertado

ingenio su opinión: «Esa sería la mayor de las locuras: lo más parecido a que las moscas invadieran un papel matamoscas»[11]. Su agudo sentido de la historia le decía, y con razón, que ese último destello de poder que le permitía el segundo ejercicio de la responsabilidad de primer ministro, esa suerte de «canto del cisne»[12], como algunos habrían de llamarlo, no iba a despertar ni la centésima parte del interés que había suscitado el período pasado al frente del país durante la contienda —aunque en términos editoriales su atractivo fuera a revelarse acaso mil veces menor—. Esto le volvería propenso a intermitentes accesos de nostalgia. Pese a que de cuando en cuando continuara realizando reflexiones reaccionarias, es preciso reconocer que lo hacía con buen humor, de modo que en su momento fueron acogidas con el jocoso espíritu con el que él mismo habría de pronunciarlas en la mayoría de las ocasiones. Daría ejemplo de ello al decir: «Siempre he considerado que la sustitución del caballo por el motor de combustión interna constituyó un hito sumamente triste en la senda de progreso del género humano»[13].

Pese a que su salud general fuese buena para un hombre de su edad, su creciente sordera empezaba a convertirse en un problema, y al final tuvo que valerse de un sistema de ayuda a la audición que le obligaba a colocar un amplificador frente a él en la mesa del gabinete. «Enchufó en él los auriculares, se los puso en los oídos, encendió el amplificador, dio uno o dos golpecitos de prueba en el aparato, y disertó durante un cuarto de hora», recuerda lord Mountbatten de la visita que hizo al número 10 de Downing Street siendo comandante de las fuerzas de la OTAN en el Mediterráneo[14]. Churchill no desconectó el artilugio hasta que a Mountbatten le llegó el turno de réplica. «Hoy he estado observando a Winston y le he visto hacer pantalla con la mano en la oreja para escuchar a uno de sus colegas parlamentarios en el vestíbulo de la división partidaria, —señala Chips Channon en esta ocasión—. Usa este truco de fingir que padece una sordera mayor de la que en realidad tiene para desentenderse de un pelmazo o quedar a cubierto de los dardos de un importuno.»[15] Un periodista indicará que, al principio, al descubrir que no le quedaba más remedio que recurrir al audífono, estando todavía en la oposición, Churchill era reacio a dejar que se lo vieran utilizar en público. «No obstante, con el paso del tiempo, ha

acabado por emplearlo como un arma en los debates, tal y como ya venía haciendo con las gafas.»[16]

La memoria de Churchill, que había sido realmente prodigiosa en otra época, como sabemos, también estaba empezando a fallarle. Poco después de haberle nombrado para el cargo, el primer ministro olvidó el nombre de uno de los subsecretarios de su gobierno, y desde luego era imposible abrigar la esperanza de que recordara el apellido de los miembros de su partido carentes de toda responsabilidad gubernamental pese a hallarse presentes en el parlamento. Sin embargo, todavía conservaba la chispa suficiente para hacer chistes con sus nombres. En una ocasión, charlando con Eden de *sir* Alfred Bossom, Churchill le dirá al ministro de Exteriores: «Pero ese apellido es ridículo: no es ni lo uno ni lo otro»[17].[18] Como regla nemotécnica utilizará los motes: *sir* Thomas Padmore se transformó en «Potsdam», y el general *sir* Nevil Brownjohn acabó en «Shorthorn», por ejemplo[19]. No obstante, de cuando en cuando todavía lograba asombrar a la Cámara con su memoria. Así ocurrió al preguntársele por el nombre del subsecretario de asuntos galeses, ya que Churchill, tras responder correctamente, añadió en perfecto galés: «*Môr o gân yw Cymru i gyd*» («Todo Gales es un mar de canciones»[20]). Más tarde explicaría que había aprendido esa frase en un *Eisteddfod*[21] al que había acudido en compañía de Lloyd George más de treinta años antes.

«Consciente de que mucha gente tiene la sensación de que es demasiado viejo para formar gobierno, —resalta Harold Macmillan en los primeros días de su mandato—, [Churchill] se ha dedicado esta temporada a dar una demostración de energía y vitalidad. Ha votado en todas las divisiones de la asamblea; ha pronunciado una serie de discursos breves y brillantes; ha desplegado al máximo sus facultades humorísticas y sarcásticas; y ha rematado la faena con un desayuno memorable (a las siete y media de la mañana) a base de huevos, panceta, salchichas y café, seguido de un buen vaso de *whisky* con soda y de un enorme cigarro puro. Esta última hazaña ha provocado la admiración general»[22]. En privado, Churchill aseguraba que no tenía intención de ejercer el cargo de primer ministro más allá de un año, y que después le pasaría los trastos a Eden. Según anota Colville, «lo único que quería hacer […] era tener tiempo para restablecer una estrecha

relación con Estados Unidos […], y restaurar en Gran Bretaña las libertades que se habían visto mermadas como consecuencia de las restricciones bélicas y de las medidas socialistas de posguerra»[23]. Dado que en el transcurso de los seis años anteriores los laboristas habían nacionalizado la quinta parte del producto interior bruto del país, estaba claro que la rescisión de las medidas socialistas iba a requerir más de doce meses. Además, el hecho de que Churchill se concentrara en la política exterior acabaría conduciendo inevitablemente a choques con Eden, un colaborador cuya valentía, integridad y energía respetaba, pero cuyos juicios no siempre le parecían acertados. Durante este tardío mandato, Churchill tendería a prestar más atención al parecer de Christopher Soames y Norman Brook, a los que había invitado a ingresar en el Other Club, que al de Eden.

Otro de los elementos que vinieron a complicar la relación de Churchill con Eden fue el de que Clarissa Churchill, la bella y encantadora hija de Jack, hubiera estado saliendo con el ministro de Asuntos Exteriores, que por entonces se había divorciado ya de Beatrice, su primera esposa. Pese a que Eden fuera veintitrés años mayor que Clarissa, la pareja contraería matrimonio en agosto de 1952, y la recepción de la boda se hizo en el número 10 de Downing Street. Antes del enlace, Churchill se había valido de Clarissa como canal de comunicación con su futuro sobrino político, al que enviaba mensajes por este medio, y seguiría haciéndolo después de la ceremonia, como a finales de noviembre de ese año, por ejemplo, fecha en la que el secretario privado de Eden anota en su diario: «El primer ministro le ha comentado a Clarissa que quiere tirar la toalla. [Clarissa] nos ha dicho que está buscando la ocasión propicia, así que Anthony ha de mostrarse amable con él»[24]. De ser efectivamente cierto que Churchill le dijo tal cosa a su sobrina cuando apenas había transcurrido un año de una legislatura llamada a durar tres y medio, hay que concluir que no estaba siendo sincero. El mes siguiente, en Chequers, Eden pregunta directamente a Churchill en qué momento se propone abandonar el cargo, y, tras un largo silencio, este le responde: «Muchas veces pienso que hay cosas que podría decir, y discursos que me resultaría más fácil pronunciar, si no fuera primer ministro»[25]. Es una contestación que raya en el engaño.

Churchill ya había abandonado la vieja práctica de la siesta que tan buen resultado le había dado en los años de guerra, y tampoco se dedicaba ya a leer a última hora de la noche la primera edición de los diarios llamados a salir a la calle al día siguiente. Sin embargo, seguía fumando un gran número de cigarros puros, y «pese a que no llegara nunca a emborracharse (ni a beber de hecho entre las comidas otra cosa que agua de Seltz ligeramente aromatizada con *whisky*), —según recuerda Colville—, seguía consumiendo, sin el menor efecto negativo, unas cantidades de champán y *brandy* suficientes para incapacitar a cualquier hombre de menor corpulencia»[26]. «Cuando era joven me hice la promesa de no tomar nunca una bebida de fuerte graduación antes de la comida, —le dirá Churchill al rey en enero de 1952—. La regla que ahora me fijo consiste en no hacerlo antes de desayunar.»[27]

Churchill no tardaría en decepcionar también a quienes deseaban que Gran Bretaña se sumara al proyecto de la unidad europea, en cuyas filas militaban, entre otros, sus yernos Duncan Sandys y Christopher Soames. El 29 de noviembre de 1951 había redactado un memorando en el que comentaba el visionario proyecto de Robert Schuman, que había propuesto la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero —llamada a sentar más tarde las bases de la Comunidad Económica Europea—. En el informe de Churchill se afirmaba de forma inequívoca:

> La actitud que defendemos respecto a una ulterior evolución económica centrada en las ideas de Schuman es similar a la que mantenemos en el asunto de la creación de un ejército europeo. Estamos dispuestos a contribuir, a implicarnos, a desempeñar un papel…, pero no vamos a fusionarnos con esa Europa, y tampoco tenemos intención de renunciar a nuestro carácter insular ni a la organización de nuestra Comunidad de Naciones. Nuestro primer objetivo es la unidad y la consolidación de esa Comunidad Británica de Naciones […]. El segundo estriba en «la fraternal asociación con los países que integran el mundo de habla inglesa». Y el tercero pasa por la concreción de una Europa Unida, con la que mantenemos unas relaciones muy estrechas y especiales de alianza y amistad, pero que han de continuar presididas por nuestra independencia […]. El instante que marque el momento en el que renunciemos a formar parte de esa unificación de Europa será únicamente aquel en el que el proyecto dé en adoptar una estructura federal, puesto que no podemos subordinar nuestro destino, ni el control de la política británica, a esas autoridades federales[28].

«¿En qué situación nos encontramos?», preguntará en los Comunes dieciocho meses más tarde.

> No somos miembros de la Comunidad Europea de Defensa, y tampoco tenemos el propósito de incorporarnos al sistema federal europeo. Según nuestra percepción, lo que tenemos es una relación muy particular con ambas instituciones. Las preposiciones expresan bien este estado de cosas: vale la preposición «con», pero no la preposición «de»: estamos con la unión, pero no somos de la unión. Contamos con nuestra Comunidad de Naciones y nuestro imperio […]. Hemos de seguir interviniendo de forma plena y activa en los planes llamados a concretar una asociación política, económica y militar entre la Europa occidental y la Alianza del Atlántico Norte[29].

Poco después de acceder nuevamente al poder, Churchill redujo su salario y el de sus ministros a fin de dar a la nación un ejemplo de frugalidad deliberada, una medida que sin embargo denunciaría Woodrow Wyatt por considerar que se trataba de un «gesto demagógico barato. —Con todo, la población en general pareció apreciar el detalle—. Veo que su señoría es juez entendido en gestos demagógicos baratos», le replicará Churchill, «pero no es frecuente escuchar sus críticas cuando él mismo se hace reo de la falta»[30]. Otra de sus primeras medidas consistió en asegurarse de que se concediera una pensión al heroico general polaco Tadeusz Bór-Komorowski, que había encabezado el Levantamiento de Varsovia y que en ese momento residía en Inglaterra y trabajaba como tapicero. También concedió un título nobiliario al general *sir* George Jeffreys, apodado «Ma», que había sido su comandante en jefe en las trincheras de la primera guerra mundial.

A pesar de que durante este último y tardío mandato al frente de la nación Churchill demostrara disfrutar, igual que cualquier otro político, apuntándose tantos a costa de sus oponentes, lo cierto es que, por regla general, evitó caer en la crudeza de la política partidista. El 6 de diciembre de 1951, en un debate sobre defensa, Churchill elogió a Attlee, e incluso a Shinwell, por los patrióticos esfuerzos que habían realizado en temas como el reclutamiento, el programa nuclear y el rearme. Macmillan recuerda que, al dedicarles ese reconocimiento, Churchill tenía «lágrimas en los ojos»[31]. El primer ministro llegaría a hacerle un velado cumplido a Aneurin Bevan en ese mismo debate, ya que le dedicó «una mención honorífica por haber

dado en el clavo, aunque haya sido, según parece, por accidente, y tal vez no por los motivos más loables…»[32]. Esta ausencia de partidismo en su actitud política habría de verse particularmente reflejada, y con toda sistematicidad, en su modo de enfocar las relaciones con los sindicatos. En diciembre de 1940, le había dicho a Colville que después de la guerra «no deseaba capitanear un combate partidista ni una lucha de clases contra los líderes laboristas que en ese momento estaban colaborando tan magníficamente bien con él»[33]. Ese sentimiento había perdurado hasta después de instaurada la paz, y las organizaciones obreras supieron aprovecharlo y exprimirlo al máximo, ya que sus demandas crecían tanto más cuantas más medidas contemporizadoras se les aplicaran. Tom O'Brien, el presidente de la Federación Sindical británica, solía visitar a Churchill cuando sabía que este se encontraba de vacaciones en el sur de Francia, y al final, la determinación del gobierno, decidido a lograr la paz industrial poco menos que a cualquier precio, terminó por materializar una serie de convenios salariales de carácter inflacionario, sobre todo después de que los sindicatos del sector público comenzaran a exigir la equiparación salarial con sus colegas de las empresas privadas y el gobierno renunciara a señalar las diferencias que existían entre las condiciones laborales de unos y de otros —especialmente en el plano de la seguridad del empleo—. Durante este tardío período de Churchill en el gobierno, se firmarían también una serie de pactos, conocidos finalmente con el mal nombre de «acuerdos industriales de Múnich». Buen ejemplo de ello es el que indujo a Churchill a telefonear a Butler para jactarse de que acababa de evitar la amenaza de una huelga ferroviaria en las Navidades de 1954. Como es natural, el ministro de Hacienda le preguntó: «¿Y en qué términos se ha zanjado la disputa?». «¡En los suyos, viejo, en los suyos…!», fue la desenfadada respuesta del primer ministro[34].

Es bastante dudoso que todas estas medidas que venimos comentando hubieran sido muy distintas en caso de que el primer ministro hubiese sido Eden en lugar de Churchill. Y ello porque, por más que todo el personal gubernativo tratara de aparentar que se estaban reeditando los días de gloria de la guerra, lo cierto es que la legislatura iba a contar con «un gobierno competente y sosegado», tal y como ya dijera Churchill del ejercicio que

Baldwin había encabezado entre los años 1924 y 1929[35]. El día en que Churchill se reincorporó a su despacho de primer ministro, sus secretarios colocaron sobre su escritorio las desteñidas etiquetas rojas que indicaban «Tomar medidas hoy mismo», pero al ver que pasaba el tiempo y no se hacía uso de ellas, volvieron a meterlas en un cajón.

«Tenemos la firme resolución de conseguir que esta isla sea solvente y que pueda ganarse la vida y pagar sus facturas», dirá Churchill en un programa de radio emitido en diciembre, justo antes de partir a Estados Unidos para asistir a una cumbre. «No tenemos la seguridad de que no haya nadie más por ahí dispuesto a convertir al león británico en una mascota.»[36] El día de Nochevieja subía a bordo del *Queen Mary* en Southampton, rodeado de una comitiva que recordaba a la de los grandes viajes transatlánticos de la guerra. Le acompañaban, entre otros, Eden, Ismay, Lindemann, *sir* William Slim (el jefe del Estado Mayor Imperial General) y Colville. Al descubrirse que el ancla se había atascado y llegarse a la conclusión de que era preciso pasar la noche en el puerto, Mountbatten acudió a saludarle, ya que en ese momento se encontraba en su casa de campo de Broadlands, muy cerca del puerto de Southampton. Sin embargo, según refiere Colville, lo único que supo hacer el ex gobernador general de la India fue «charlar de tonterías y soltar unos cuantos disparates políticos […]. El primer ministro se rio de él, pero no le hizo todos los desaires que se merecía, o esa fue al menos la opinión de "Pug" Ismay»[37].

Durante la travesía, todo el mundo se puso a trabajar de firme para sacar adelante la montaña de papeleo que se les había venido encima…; todos salvo Churchill, que dijo que si iba a Estados Unidos era para «restablecer relaciones, no para hacer trámites»[38]. En realidad, la trascendencia del viaje era muy superior a lo que deja entrever este comentario, ya que Churchill no solo quería que Estados Unidos le apoyara en el contencioso surgido con Egipto, que había solicitado que Gran Bretaña abandonara las bases que poseía en la Zona Económica del Canal de Suez, sino que deseaba establecer formalmente un acuerdo de cooperación nuclear entre Gran Bretaña y el vecino norteamericano —un pacto que además debía fundarse en unos términos nuevos, ya que la Ley McMahon de 1946 había segado esos lazos de colaboración.

Churchill se alojó en la embajada británica en Washington, y las conversaciones se celebraron en la Casa Blanca. En el plano personal, el presidente Truman se mostró tan afectuoso como siempre, pero no se manifestó dispuesto a apoyar a Gran Bretaña en el tema del Canal de Suez ni modificó un ápice sus posiciones en la cuestión nuclear. El 10 de enero, Churchill tomaba un tren para dirigirse a Ottawa, ciudad en la que tenía que pronunciar, ante los miembros reunidos de las dos Cámaras del parlamento canadiense, un discurso que Colville le había escrito específicamente para la ocasión. «Es posible que no me quede más remedio que utilizarlo, —le dirá Churchill—, y en tal caso será la primera vez en toda mi carrera que me valga de una alocución preparada por otra persona»[39]. Al final, acabaría por escribir un texto propio. De hecho, había estado a punto de cancelar la visita, ya que poco antes se había enterado de que el gobierno canadiense había decidido que en la armada y las fuerzas aéreas de ese país no debía volver a entonarse el *Rule, Britannia*. Clementine le convenció de no hacer ese feo a las autoridades canadienses, y para ello empleó el amenazador argumento de que, si se atrevía a hacer semejante cosa, ella «cerraría la casa de Chartwell y se trasladaría a vivir a un apartamento junto al mar en Brighton»[40]. Al bajar del coche cama que le había llevado hasta Ottawa, la Real Fuerza Aérea canadiense comenzó a tocar el «*Rule, Britannia*». Como es obvio, Churchill rompió a llorar.

Al regresar a Washington, el 17 de enero, Churchill pronunció su tercer y último discurso en una Sesión Conjunta del Senado y la Cámara de Representantes de Estados Unidos. (Cuando llegó la hora de salir para acudir a la cita, Churchill seguía todavía en la cama de la embajada, trabajando en el discurso, así que llegó al Capitolio apenas dos minutos antes de tener que presentarse ante los congresistas y los senadores.) «Estoy persuadido de que, si acumulamos elementos disuasorios de toda clase frente a una eventual agresión, lograremos conjurar, de hecho, la terrible catástrofe, —aseguró—. Una catástrofe que oscurece la existencia y arruina las perspectivas de progreso de todos los pueblos del globo», señaló[41]. Poco después añadía, en referencia a la guerra de Corea: «Nuestros dos países coinciden en manifestar que, si se logra materializar la tregua que buscamos, pero nuestros adversarios acaban rompiéndola, nuestra respuesta

será inmediata, resuelta y efectiva»[42]. Aquello sentó muy bien en Estados Unidos, pero en Inglaterra le convirtió rápidamente en blanco de las críticas del Partido Laborista, ya que, según apuntaron sus dirigentes, parecía estar abogando en favor de una guerra nuclear con China. Churchill hizo notar que las palabras «inmediata, resuelta y efectiva» no contenían ninguna implicación de naturaleza nuclear, y argumentó: «Desde luego, si se entienden en términos generales, son bastante más adecuadas que "lenta, vacilante e inútil"»[43].

Churchill discrepaba profundamente de Eden en el asunto del Canal de Suez. El ministro de Asuntos Exteriores creía que Gran Bretaña debía ceder unilateralmente a Egipto la Zona Económica del Canal a fin de promover las buenas relaciones con ese país. Esto determinaría que Churchill le dijera a Colville, a modo de pulla a Eden, que «no sabía que Múnich estuviera a orillas del Nilo». En privado, Churchill asegurará asimismo que Eden era un fracaso como ministro de Asuntos Exteriores, y que le veía «cansado, enfermo y obsesionado con las cuestiones de detalle»[44]. Hacía ya mucho tiempo que se venía sintiendo apesadumbrado por el hecho de haber desempeñado todas las grandes responsabilidades ministeriales salvo la de Asuntos Exteriores, y en una ocasión le dijo a Colville que si Eden dimitía a causa del asunto de Suez, él mismo asumiría la titularidad de la diplomacia británica.

El 6 de febrero de 1952, el rey Jorge VI fallecía en su habitación de Sandringham, mientras dormía, a la temprana edad de cincuenta y seis años, engrosando así la lista de amigos y paladines que Churchill había perdido —como sabemos, el monarca había combatido en la batalla de Jutlandia, y ahora desaparecía de forma trágicamente prematura—. A las nueve y cuarto de la mañana, Edward Ford, el secretario privado adjunto del soberano, se presentaba en el número 10 de Downing Street para informar a Churchill de lo que acababa de suceder. Le encontró en la cama, rodeado de papeles por todas partes, y comenzó a decir: «Señor primer ministro, tengo malas noticias para usted, —y acto seguido le comunicó la muerte del rey—. ¿Malas noticias?», replicó Churchill: «La peor de las posibles». Ford

recuerda que el primer ministro «se desplomó como un hombre al que se asesta un mazazo. Estaba claramente muy afectado. Después arrojó los papeles a un lado y exclamó: “¡Qué insignificantes me parecen ahora estas cuartillas!”»[45]. Churchill telefoneó a Eden y le dijo: «Anthony, imagínate la peor de las circunstancias […]»[46]. Poco después, Colville encontraba a Churchill, sentado y solo, con los ojos anegados en lágrimas y la mirada perdida, incapaz de prestar atención ni a sus documentos oficiales ni a los periódicos. «No me había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que significaba el rey para él, —anota Colville—. Traté de animarle diciéndole que se iba a llevar estupendamente bien con la nueva reina, pero todo cuanto acertó a decir fue que no la conocía y que solo era una niña.»[47]

«En los últimos meses, el rey ha estado caminando hombro con hombro con la muerte, como si se tratara de una compañera, de una vieja conocida, de una fuerza acreditada a la que no temía, —dirá Churchill en un programa radiado esa misma tarde—. Y al final, la muerte le ha mostrado un rostro amable, pues tras un soleado día feliz dedicado al deporte, tras dar las buenas noches a sus seres más queridos, quedó dormido para siempre, como anhela todo hombre o mujer que se esfuerce en no temer nada de este mundo ni del otro salvo a Dios.»[48]

Además de estallar en llanto al enterarse de la noticia del fallecimiento del rey, Churchill se deshará también en lágrimas al dictar su elogio fúnebre a Jane Portal, hija del mariscal del Aire además de secretaria suya, y volverá a hacerlo tanto al ensayar la transmisión radiofónica como al dirigirse al aeropuerto de Heathrow para recibir a la nueva reina, Isabel II, que regresaba de Kenia en compañía del duque de Edimburgo. Llorará también el 15 de febrero en el funeral del monarca, en el castillo de Windsor[49]. Sin embargo, mucho más insólito que el hecho de esta recurrente tendencia a la efusión llorosa, será la circunstancia de que rechace un *whisky* con soda en el decanato, tras la ceremonia[50]. En la nota que colocó sobre el féretro real, Churchill había escrito las palabras: «Al valor» («*For Valour*»), la divisa que rubrica la Cruz Victoria.

Churchill concluyó la alocución radiada a raíz de la muerte del rey con una observación más positiva, apoyándose en los acontecimientos históricos de un modo que solo unos pocos habrían podido imitar: «Quien les habla,

que vivió su juventud en los augustos, incontestados y tranquilos días de gloria de la era victoriana, siente sin dificultad un estremecimiento al evocar de nuevo la plegaria y el himno que es nuestro sentido “¡Dios salve a la reina!”. —Poco después, el 11 de febrero, tendría ocasión de señalar, al referirse a la joven soberana—: Con el nuevo reinado experimentamos todos nuestra continuidad con el futuro. Una hermosa y juvenil figura —princesa, esposa y madre— es la heredera de todas nuestras tradiciones y glorias, de un pasado que jamás se elevó a mayor altura que en los días de su padre y que tampoco ha alcanzado nunca las cimas que hoy transitamos, ya en tiempo de paz, pese a todo cuanto aún nos sume en la confusión o nos avisa del peligro. Esta joven es también legataria de la fuerza que nos proporciona nuestra unión y nuestra lealtad»[51]. La reina tenía en ese momento veinticinco años, pero Churchill había detectado enseguida que en su reinado destellaban luces muy prometedoras. En enero de 1944, Churchill había propuesto que ese mes de abril, al cumplir la futura reina dieciocho años, se le diera el título de Isabel, princesa de Gales. El rey Jorge había rechazado la idea, pero esa iniciativa muestra la confianza que Churchill tenía, desde mucho tiempo atrás, en sus capacidades. Churchill estableció rápidamente una excelente relación con la nueva monarca, que le encandiló inmediatamente, según tendrían ocasión de constatar desde el principio todos los miembros de su entorno.

«Al ser recibido en audiencia Winston, como todas las semanas, en la Sala del Arco del palacio de Buckingham, —anota Lascelles en su diario—, yo le llevé en presencia de Su Majestad y después me senté junto a la puerta de la sala contigua para aguardar a que saliera, tras lo cual ambos compartimos unas copas de *whisky* con soda por espacio de media hora. No pude oír lo que decían, pero sí escuché que la conversación estuvo jalonada, y con bastante frecuencia, por relámpagos de risas, y desde luego, al dejar la estancia, vi a Winston mayormente atareado en enjugarse los ojos “Está *en grande beauté ce soir*”, dijo después de uno de aquellos encuentros en su francés de colegial»[52]. Después de otra visita, Churchill comentará con Moran: «Ni aun recorriendo el mundo entero en busca de una estrella habrían podido los cineastas del globo encontrar a nadie tan adecuado como ella para tan crucial papel»[53].

En la mañana del 21 de febrero de 1952, al despertarse, Churchill descubrió que le costaba encontrar las palabras que quería decir. Acababa de sufrir un nuevo espasmo en una arteria cerebral. Así lo explica un historiador especializado en la evolución de la salud de Churchill: se encontraron «pruebas de una falta de riego más generalizada en una amplia zona de la porción lateral del hemisferio cerebral izquierdo»[54]. Moran le advirtió que el episodio «podía ser la antesala de un inminente ictus; y de no ser así, se trata claramente de un aviso que nos indica que, si no se reduce la presión sanguínea, las consecuencias pueden ser muy serias en seis meses, o incluso a más corto plazo»[55]. En vista de las circunstancias, Churchill dejó las riendas del Ministerio de Defensa al mariscal de campo Alexander (elevado ahora a la categoría de conde), pero no mostró el más mínimo interés en atender el consejo de Moran, que le había recomendado que dejara asimismo el cargo de primer ministro. Y en este caso, el factor crucial fue que Clementine decidió no insistir demasiado en el asunto.

Poco después volvía a dejarse notar, como tantas otras veces, su notable capacidad de recuperación. Ese mismo mes, en una fiesta celebrada en el número 10 de Downing Street en honor de Ismay, que estaba a punto de tomar posesión de su cargo como secretario general de la OTAN, el agasajado dio un discurso en el que dijo que le apenaba tener que dejar atrás su hato de vacas de Jersey, en el Gloucestershire. «Pues eso tiene fácil solución, —le interrumpió Churchill—. ¡Ordeña las vacas por la mañana, vuela a París, y haz lo mismo con los estadounidenses por la tarde…!»[56] (Lascelles miró nerviosamente a su alrededor para cerciorarse de que no hubiera ningún norteamericano en la sala.) Al surgir la pregunta de si los rifles automáticos con los que planeaba equiparse el ejército inglés iban a ser de fabricación belga, británica o estadounidense, *sir* William Slim señaló: «Supongo que acabaremos procurándonos un arma mestiza, mitad británica y mitad estadounidense». «Le ruego que modere su lenguaje, mariscal de campo, —intervino Churchill—: Acaba de hacer usted una descripción exacta de mi persona»[57].

Al acercarse la hora del almuerzo al término de una reunión, Churchill solía detestar que sus ministros abandonaran el cónclave antes que él, pero si el que se aburría en un encuentro era él mismo, siempre buscaba algún modo de zafarse y ser el primero en salir de la sala. Así refiere lo sucedido en una ocasión John Boyd-Carpenter, titular de una cartera secundaria del gabinete y convocado a una junta del Comité de Defensa:

> [Churchill] cortó bruscamente la conversación y, señalando con el dedo una de las ventanas, exclamó: «¿Qué pájaro es ese?». Los ministros, los generales y otros miembros del personal político y militar comenzaron inmediatamente a esbozar rápidos intentos de identificación. «Creo que era un arrendajo, primer ministro, —dijo uno de ellos—. Era una gaviota enorme, señor», aseguró otro. En la confusión creada, [Churchill] se levantó del asiento y se dirigió a la puerta, dispuesto a salir de la Sala del Gabinete [de Downing Street]. Antes de poder asir el pomo pasó junto a mí, y no sin cierto atrevimiento, le comenté: «No he visto ningún pájaro, señor primer ministro». «Es que no había ninguno», aclaró con una inmensa sonrisa complacida, y acto seguido salió pisando fuerte de la habitación, dejando a todo el mundo boquiabierto. Era evidente que le había encantado ver a todos aquellos hombres eminentes desviviéndose tontamente para tratar de agradarle[58].

(Esta es una táctica que no habría podido utilizar durante la guerra, ya que Brooke era un avezado ornitólogo, y además no tenía el menor interés en reírle las gracias.)

De vez en cuando, la retórica churchilliana rebasaba el estricto marco de los mítines públicos y los discursos del parlamento y hacía acto de presencia en las conversaciones cotidianas. En marzo de 1952, *sir* Steuart Mitchell, controlador de Armas Guiadas y Sistemas Electrónicos del Ministerio de Suministros, mostró a Churchill y a Clementine una filmación en la que se exhibían las propiedades de un misil teledirigido. Tras el pase, Churchill le dijo a su esposa: «Este *armatoste* busca al enemigo. Le olfatea. Y sin necesidad de ayuda humana materializa su aniquilación»[59]. Su ingenio podía revelarse seco y cortante, como bien sabían sus colegas, que tenían que enfrentarse constantemente a sus réplicas en las sesiones de Preguntas al primer ministro. En 1952, Raymond Gower, un pretencioso diputado conservador, solicitó que se instituyera oficialmente una jornada nacional dedicada a la oración, para lo cual preguntó: «¿Puede el primer ministro garantizar a la Cámara que, una vez hayamos atendido con toda propiedad a las necesidades físicas de la Defensa y a nuestros otros

problemas, no quedarán descuidados esos recursos espirituales que tanto han inspirado a este país en el pasado y sin los cuales hasta la más noble civilización estaría abocada a la decadencia?. —A lo que Churchill replicó —: Me cuesta creer que esa responsabilidad recaiga exclusivamente en mí»[60].

A los parlamentarios laboristas les resultaba muy difícil sacar astillas de la leña churchilliana, ni siquiera en el caso de que el primer ministro se contradijera flagrantemente a sí mismo. En una sesión de la Cámara, James Callaghan, futuro primer ministro laborista, le indicó que, estando en la oposición, había dicho una cosa respecto al puesto de comandante naval aliado en el Mediterráneo, y otra muy distinta tras su acceso al gobierno. Al responder a la interpelación, Churchill se limitó a sonreír y dijo: «Mis puntos de vista forman parte de un armonioso proceso que me permite ajustarlos a la constante evolución de los acontecimientos»[61]. Había varios diputados laboristas que trataban de zancadillear constantemente a Churchill. En ese grupo de acosadores destacan fundamentalmente los nombres de Bevan, Shinwell, Callaghan, Wyatt y Emrys Hughes. Sin embargo, sus respuestas eran tan demoledoras que en 1954 comenzaron a publicarse folletos con las sutilezas más sobresalientes de cuantas les había dedicado. «Puedo asegurar a su honorable señoría que el espectáculo de un puñado de caballeros de mediana edad, oponentes políticos de mi persona y mi gobierno, para más señas, sumidos en un estado de alborotada furia y dispuestos a armar jaleo me produce realmente un inmenso regocijo», le dirá por ejemplo a Herbert Morrison[62].

En abril de 1952, Montgomery, que solía visitar regularmente a Churchill en Chartwell, pidió al político que le indicara los rasgos que a su juicio definían a «un gran hombre, —y le preguntó si procedía o no incluir a Hitler, por poner un caso reciente, en esa categoría—. No», respondió Churchill, «cometió demasiados errores»[63]. Al escuchar esta réplica, Montgomery trató de presionarle y le propuso que se pronunciara sobre Napoleón, al que calificó como el «Hitler del siglo XIX». Por desgracia no ha quedado constancia del argumento que utilizó Churchill para refutar esa infundada afirmación. «Y sin duda opinará usted que los grandes líderes religiosos son quienes en realidad merecen el título de grandes hombres,

¿me equivoco?, —insistió Montgomery—. El primer ministro contestó que su grandeza era indiscutible, pero que se trataba de una talla de tipo diferente. La biografía de Cristo era inigualable, y su muerte en la cruz, soportada para lograr la salvación de los pecadores, insuperable. Además, el Sermón de la montaña era el no va más de la ética.» No puede decirse que Churchill esté reconociendo el carácter divino de Cristo con estas manifestaciones, pero este momento en el que afirma que la crucifixión se produjo para salvar a los injustos marca el instante en el que más cerca estará de dar por buena esa visión.

El 23 de mayo, por primera vez en su larguísima carrera política, Churchill pronunciará un discurso salido de una pluma distinta a la suya. Ocurrió durante una cena con inspectores de Hacienda, y Colville, que era quien había redactado el texto de la alocución, consideró que este gesto era «un signo de su creciente condición senil»[64]. Desde luego, Churchill distaba mucho de estar aproximándose a una situación marcada por un deterioro de sus facultades mentales, pero eso no le impediría reírse de su avanzada edad. En una ocasión, un parlamentario laborista aseguró que el primer ministro estaba proporcionándole a la Cámara menos información de la que Gladstone acostumbraba a transmitir a los diputados en tiempos de la guerra de Crimea, y Churchill le respondió: «Me temo que no puedo decir que me sepa al dedillo el papel que desempeñó exactamente el señor Gladstone en esa contienda; es una época y un choque que se remontan a un período aún más antiguo que el mío»[65]. Churchill tuvo siempre la costumbre de desviar el dardo de las críticas más serias con su sentido del humor, y desde luego supo hacer reír de buena gana a los parlamentarios de los Comunes, de una y otra bancada.

En junio, Churchill vio en la elección de Dwight Eisenhower a la presidencia de Estados Unidos —que enseguida consideró una posibilidad real para ese próximo mes de noviembre— una razón más para permanecer en el cargo. Tenía intención de proponer una nueva cumbre de los «Tres Grandes», ya que en ella podía encontrar ocasión de negociar un acuerdo duradero con los rusos. De lo contrario, le dirá a Colville: «El entusiasmo por la vida será menor»[66]. Churchill mandó instalar unos acuarios en la biblioteca de su despacho de Chartwell y los llenó de peces tropicales de

brillantes colores, aunque su alimentación, lamentará Colville, acabará convirtiéndose en «una frecuente distracción que le apartaba de otras labores más serias»[67]. En julio se instaló un ascensor en Chartwell, costeado por Beaverbrook, con el que se salvaba una altura: desde la planta baja hasta el dormitorio y el estudio de Churchill, en el primer piso.

En el verano de 1952, Hewlett Johnson, conocido como el «Deán Rojo» de Canterbury, regresó de la URSS y la China comunista con un conjunto de «pruebas irrefutables» de que los estadounidenses habían estado empleando métodos de guerra bacteriológica en Corea. Churchill rechazó todos los llamamientos que se elevaron contra el prelado, al que se quería someter a una investigación, y aseguró: «La libertad de expresión lleva aparejados muchos males, como el de las manifestaciones estúpidas, desagradables y ponzoñosas que pueden llegar a decirse, pero a fin de cuentas preferimos sufrir que se amontonen a ceder a la tentación de eliminarlas»[68]. (Las pruebas de que hablaba el religioso resultaron falsas.) En agosto, Churchill se las ingenió para convencer a Truman de que le apoyara en la iniciativa de enviar a Mohammad Mosaddeq, el primer ministro de Irán, una clara advertencia destinada a disuadirle de la postura anti-occidental que estaba adoptando. Era la primera vez desde el año 1945 que los estadounidenses se ponían del lado de Gran Bretaña, en contra de una tercera potencia. Eden, que en ese momento se encontraba de luna de miel, aprobó específicamente la iniciativa del primer ministro.

En septiembre, en plena campaña presidencial estadounidense (razón por la que el libro no contiene ninguna crítica de Eisenhower, el candidato republicano), llegaba a las librerías *El anillo se cierra*, quinto volumen de las memorias de guerra de Churchill, con el que se prolongaba la crónica hasta la víspera del Día D. «En mi mesa no quiero oír nada que censure el comportamiento de Estados Unidos, —dirá Churchill durante un almuerzo en el número 10 de Downing Street—. Los estadounidenses ya se critican bastante a sí mismos por su propia cuenta.»[69] Por sorprendente que resulte, Churchill sostenía en privado que prefería que Adlai Stevenson, el candidato demócrata, venciera a su antiguo camarada de guerra, ya que creía que Eisenhower era «violentamente antirruso» y no quería celebrar con los soviéticos la conferencia de amplio alcance que Churchill empezaba

a anhelar para poner un broche de oro a su carrera política[70]. Lo que Churchill no conseguía comprender era que, en esa época, ni Estados Unidos ni la URSS tenían excesivo interés en llegar a un acuerdo, y por otra parte tampoco entendía que, de haber querido hacerlo, ninguno de los dos necesitaba ya de su colaboración para lograrlo.

El 3 de octubre, a las nueve y cuarto de la mañana, hora local, la Operación Huracán convertía a Gran Bretaña en la tercera potencia nuclear del mundo, ya que ese es el instante que marca el momento de la explosión de la bomba atómica inglesa en las islas Montebello del Pacífico. La potencia del artefacto británico superaba a la de la suma de los dos ingenios que habían arrasado Hiroshima y Nagasaki. Churchill había preparado dos telegramas para *sir* William Penney, el director del Instituto de Investigación de Energía Atómica. En uno decía: «Gracias, doctor Penney», y era el que tenía previsto enviar en caso de que el experimento fuera un fracaso, y el otro, pensado para una situación de éxito, rezaba «Bien hecho, doctor Penney»[71]. Churchill recibió la información sobre el resultado de la prueba mientras se encontraba en Balmoral, y de hecho hay una breve filmación en la que se le ve charlando con el príncipe Carlos, y esgrimiendo un trozo de madera de forma parecida a un palo de golf que había encontrado cerca del río durante una expedición de pesca en compañía de la familia real. (El príncipe Carlos recuerda que Churchill le dijo en esa visita que estaba «esperando la llegada del monstruo del lago Ness»[72]). Poco después, la tecnología nuclear daba un salto cuántico y se asistía al surgimiento de la bomba termonuclear de hidrógeno, cuyo poder destructivo era, en potencia, varios cientos de veces superior al que se había sufrido en Hiroshima y Nagasaki. En junio de 1954, Churchill ordenaba fabricar la versión británica de la nueva bomba, y en 1957 se conseguían hacer con éxito las pruebas del arma. Al conocer las características del explosivo termonuclear, el primer ministro le dijo a Colville: «Nos hallamos ya tan lejos de la era de la bomba atómica, como lo estuvo esta en su momento del arco y las flechas»[73].

El 4 de noviembre de 1952 salía elegido presidente de Estados Unidos Dwight Eisenhower. «Esto te lo digo como una confidencia, —le comentará Churchill a Colville—: Estoy sumamente disgustado. Creo que esto hace

que la guerra sea mucho más probable»[74]. Sin dar tiempo siquiera a que Eisenhower pudiese tomar posesión de su cargo, Churchill decidió repetir el viaje que había efectuado a Washington el año anterior. «Está empezando a mostrarse fatigado y se aprecia claramente que se va haciendo mayor, —escribe Colville—. Elaborar un discurso se le hace muy cuesta arriba, y las ideas ya no fluyen como antes.»[75] No obstante, a principios de diciembre, antes de partir a Estados Unidos, Churchill tuvo que enfrentarse a una moción de censura. «Hoy tengo que defender mi gestión ante la desconfianza de la Cámara, —señaló—, y por consiguiente espero que se me perdone si no me ciño exclusivamente a los nada conflictivos métodos que acostumbro a practicar»[76]. No podía pasar por alto la ocasión de dedicarle una pulla a Bevan, así que aseguró: «[Su señoría] ha vuelto a poner en escena esa habitual comedia en la que se nos presenta imbuido de una virtuosa indignación, para apuntalarla después con esa dosis de insultos que tanta fama le ha dado». El gran número de veces que Bevan había exigido la dimisión de Churchill en el transcurso de la guerra, junto con aquellas manifestaciones en las que había llegado a asegurar que los conservadores eran «peores que las alimañas», justificaban de sobra las periódicas y duras reprimendas que le dedicaba el primer ministro. A veces Churchill atacaba a Bevan pese a que no estuviese directamente implicado en el asunto por tratar: en un debate, al recordar que él mismo había sugerido en 1949 que Gran Bretaña reconociera a la China comunista, Churchill explicó: «El hecho de reconocer a alguien no significa que nos guste. Así, por ejemplo, todos reconocemos al honorable diputado por la circunscripción de Ebbw Vale…»[77].

El 30 de diciembre, Churchill subía una vez más a bordo del *Queen Mary*, acompañado por Clementine, Mary y Christopher Soames, rumbo a Nueva York. En el trayecto hasta el puerto de Southampton, el grupito dedicó la conversación a la guerra anglo-estadounidense de 1812 y al futuro de Pakistán. Churchill quería tratar un amplio conjunto de temas con el presidente electo. De entre ellos destacan los de Mohammad Mosaddeq, el ejército europeo, la guerra de Corea, el Canal de Suez y el terrorismo de los rebeldes Mau-Mau de la tribu kikuyu, que se habían alzado contra los granjeros blancos en la Kenia británica. El primer ministro dijo que se

proponía «aleccionar a Eisenhower sobre la vital importancia de efectuar un frente anglo-estadounidense común capaz de abarcar un amplio espectro de temas y territorios: “de Corea a los kikuyu, y de los kikuyu a Calais”»[78]. Distinta cuestión es que el presidente electo estuviera dispuesto a seguir dejando que Churchill le aleccionara en materia alguna.

En el transcurso de la travesía, Churchill se quejó a Colville de que, a causa de la victoria de Eisenhower, no le iba a quedar más remedio que eliminar un buen número de párrafos de *La guerra llega a América*, la sexta y última parte de sus memorias bélicas, ya que iba a tener que dejarse en el tintero «la crónica en la que refiero que Estados Unidos abandonaron, para complacer a Rusia, vastas porciones de la Europa que habían ocupado, y en la que explico además el recelo que despertaban en ellos todos mis ruegos de prudencia»[79]. En su conversación con Colville, Churchill sostendrá asimismo que había sido tanta la atención que había tenido que prestar a las elecciones generales de 1945 que no le había sido posible frenar «esa fatal marea» contemporizadora, y que, de haber sobrevivido, Roosevelt «habría visto encenderse a tiempo la luz roja y habría corregido el rumbo de la política estadounidense. A fin de cuentas, —añadía—, Truman no había sido más que un recién llegado, un político al que la precipitada sucesión de los acontecimientos había sumido en la confusión y al que arrollaron las responsabilidades, sobre todo porque jamás pensó que fuera a verse obligado a asumirlas». Esta versión de la historia es incorrecta. Tanto la creación de la Comisión de Asesoramiento Europeo como la rúbrica del Acuerdo de Yalta habían sido anteriores a la presidencia de Truman, y en 1945, Churchill se había manifestado sumamente esperanzado y convencido de que Polonia iba a poder hallar al fin el modo de recuperar su integridad territorial y su independencia. Teniendo en cuenta que el Ejército Rojo ocupaba la totalidad de la Europa del Este, parece evidente que a los Aliados les habría resultado muy difícil prestar más ayuda a Polonia, máxime si se toma asimismo en consideración que el legítimo gobierno polaco se encontraba en Londres y sin posibilidad alguna de regresar a Varsovia, puesto que pesaba sobre sus integrantes la amenaza de la cárcel o de un castigo aún peor. Churchill estaba tratando de exponer unos argumentos de revisión histórica susceptibles de colocarle en una posición

ventajosa y de relegar al mismo tiempo a Truman a un segundo plano. No obstante, es evidente que sabía que Colville estaba al tanto de los hechos tal y como se habían producido, de modo que es preciso concluir que lo único que estaba haciendo era dar curso a sus sentimientos de agravio.

Tras cenar en el restaurante Verandah Grill del *Queen Mary*, Colville disparó a bocajarro treinta preguntas a Churchill. El objetivo consistía en preparar al primer ministro a la batería de cuestiones que habrían de plantearle con toda probabilidad los periodistas que se agolparan en la rueda de prensa que debía dar a su llegada a Nueva York. Estas son algunas de las que le planteó:

> Colville: ¿Qué opinión le merece, señor Churchill, el actual punto muerto en el que se encuentra la situación de Corea?
>
> Churchill: Mejor es un punto muerto que un jaque mate.
>
> Colville: ¿Cómo justifica usted el enorme gasto que ha supuesto la coronación de la reina de Inglaterra en un momento en el que su país pasa por tan graves apuros económicos?
>
> Churchill: A todo el mundo le gusta ponerse una flor en el ojal cuando acude a visitar a la novia.
>
> Colville: ¿No le parece que la política que Gran Bretaña está aplicando en Persia está echando en brazos de los comunistas a esa nación oriental?
>
> Churchill: Si Gran Bretaña y Estados Unidos se niegan a caminar por separado no habrá que temer mal alguno[80].

El 5 de enero de 1953, el *Queen Mary* atracaba en Nueva York y la familia Churchill se instalaba en el apartamento que poseía Bernard Baruch en la Quinta Avenida. Ese mismo día, a las cinco de la tarde, Eisenhower iba a visitarle a esa dirección —apenas dos semanas antes de adquirir oficialmente la condición de presidente—. «Winston le ha dicho que el protoplasma carece de sexo, —anota Colville—. Después, la célula se divide en dos, femenina y masculina, y, llegado el momento, estas se unen a su vez, si bien de modo distinto, para beneficio y gratificación de ambas. Esta ha de ser también la historia de Inglaterra y estadounidense», concluye el resumen de Colville[81]. En su diario, Eisenhower apunta que Churchill «se muestra tan encantador e interesante como siempre, pero no hay duda de que empieza a dar claras muestras del paso de los años»[82]. Respecto a la importancia de que Gran Bretaña estuviera dispuesta a sumarse con todo entusiasmo al proyecto de la Unidad Europea, el presidente electo indica:

«Resulta casi frustrante tratar de hacer comprender a Winston lo importante que es [que Gran Bretaña se muestre capaz de] liderar la concreción de ese proyecto […]. Se empeña en insistir, de una manera un tanto infantil, en que todas las respuestas habrán de venir de la mera asociación entre Gran Bretaña y Estados Unidos […]. Winston trata de revivir los días de la segunda guerra mundial». En el transcurso de estas cruciales conversaciones, los dos hombres discreparían en bastantes cuestiones, entre otras las siguientes: la situación de Indochina, el caso de Irán, la evacuación de la Zona Económica del Canal de Suez y la incorporación de Gran Bretaña al ejército europeo que se había planteado crear. No obstante, el punto de divergencia más importante fue sin duda el relativo al pacto de no proliferación nuclear que se preveía acordar con los soviéticos. De hecho, los sermones con los que Churchill había prometido aleccionar a Eisenhower no fueron recibidos de buen grado, aunque la nostalgia de los viejos tiempos de la guerra sí que lograron aproximar posiciones. En este viaje, Churchill también se entrevistó en Nueva York con el duque y la duquesa de Windsor, pero el encuentro duró solo media hora. La conducta que ambos cónyuges habían mantenido durante la guerra había dado al traste con cualquier vestigio de afecto que Churchill pudiera haber conservado hacia la pareja.

El 7 de enero de 1953, por sugerencia de Eisenhower, John Foster Dulles, que estaba a punto de jurar su cargo como secretario de estado, le dijo abruptamente a Churchill que la idea de que visitara Washington a principios de febrero era «extremadamente desafortunada», ya que, en ese momento, la presidencia de Eisenhower no habría hecho más que empezar, y se daba además la circunstancia de que los estadounidenses habían llegado ya al convencimiento de que Churchill estaba ejerciendo una influencia excesiva en la política exterior norteamericana. «Al oír esto W[inston] se irguió en el asiento y soltó un gruñido», relata Colville[83]. Antes de irse a la cama, Churchill «hizo unos cuantos comentarios sumamente duros sobre el Partido Republicano en general y sobre Dulles en particular», unas apreciaciones que tanto Soames como Colville juzgaron «a un tiempo injustas y peligrosas». El primer ministro dijo que no quería volver a tratar con Dulles, y añadió que «la losa de piedra que tenía por

rostro le desagradaba sobremanera […] y le infundía una notable desconfianza»[84]. Muy pocos días después, Churchill sostendrá que Eisenhower era «un hombre de estatura realmente limitada»[85]. En el ámbito de la política estadounidense, las simpatías de Churchill habían estado siempre del lado de los demócratas, desde los tiempos de su primer encuentro con Bourke Cockran, en 1895, y desde luego ya con meridiana claridad a partir de la década de 1920.

El 8 de enero, Churchill cenó en la embajada británica en Washington con el todavía presidente Truman, al que le quedaban menos de dos semanas en el cargo. Winston pronunció entonces un discurso muy favorable a las tesis sionistas, cosa que desagradó prácticamente a todos los estadounidenses presentes en la reunión, aunque todos admitieron también en conversación con Colville «que los numerosos votos de la población judía iban a impedirles mostrar su discrepancia en público»[86]. Fue en esta ocasión cuando Churchill mantuvo con Truman un conocido intercambio de pareceres: «Espero, —le dijo—, que haya estudiado usted la respuesta que deberá dar cuando le llegue la hora, igual que a mí, de comparecer ante san Pedro y este nos diga: “Entiendo que ustedes dos son los responsables del lanzamiento de ese par de bombas atómicas…”». Antes de que Truman tuviera tiempo de responder, terció en la conversación Robert Lovett, el secretario de Defensa estadounidense: «¿Está usted seguro, señor primer ministro, de que esa pregunta habrán de hacérsela a usted en el mismo sitio que al presidente?». «Estimado Lovett, —respondió Churchill—, el inmenso respeto que siento por el Creador de este universo, y de un sinfín de universos más, me permite asegurar con aplomo que no condenará a un hombre sin concederle antes ocasión de explicarse»[87].

Cuando el presidente Truman se hubo marchado, un grupo de estadounidenses —entre los cuales se encontraban Harriman, Acheson y el general Walter Bedell Smith— se conjuró para interrogar al unísono a Churchill y preguntarle qué opinión le merecía la propuesta de un ejército europeo, ya que se trataba de una idea que los tres apoyaban. Churchill, sin embargo, la calificó diciendo que se trataba de una «“fangosa amalgama”, infinitamente menos efectiva que una Gran Alianza de ejércitos nacionales»[88]. Los juramentados no consiguieron superar en lo más

mínimo la oposición de Churchill a una eventual fusión de las fuerzas armadas de los países de Europa y a la subsiguiente creación de un ejército europeo único capaz de operar al margen de la OTAN —y debido a este rechazo, la idea no logró fructificar y quedó condenada.

La observación de Churchill sobre san Pedro es muy característica de los pensamientos que ocupaban su mente en esta época. En la mañana del 24 de enero, mientras se afeitaba, le dijo a Colville: «Mi padre falleció tal día como hoy, —hace cincuenta y ocho años—, y es también la fecha en que yo mismo habré de desaparecer»[89].

La muerte de Iósif Stalin en Moscú, ocurrida el 5 de marzo de 1953, tuvo la inmediata consecuencia de convertir a Churchill en el último superviviente de los «Tres Grandes, —pese a que también fuera el de mayor edad—. Lo que se ha dado en llamar la guerra fría —que desde luego no es ningún término jurídico— continúa siendo una realidad», dirá en esa ocasión. «A lo que nos enfrentamos no es a una violenta sacudida, sino a un prolongado tira y afloja. Debemos engendrar fuerzas capaces de desempeñar un papel verdaderamente efectivo como elemento disuasorio de toda posible agresión, aunque también hemos de procurarnos algunas medidas defensivas para no quedar desguarnecidos si estalla una guerra.»[90] Al anunciarse al día siguiente el fallecimiento de Stalin, Churchill telegrafiará a Eisenhower para instarle a aprovechar la situación que acababa de crearse en Moscú y le sugerirá que él mismo está dispuesto a efectuar una «peregrinación en solitario» a la Unión Soviética a fin de comprobar si Occidente y la URSS se encontraban todavía en condiciones de escribir una nueva página de la historia, «una página que contenga algo más que una serie de incidentes casuales y peligrosos, surgidos sistemáticamente en los puntos en que entran en contacto esas dos divisiones del mundo»[91].

En abril, Eden se trasladó a Boston para tratar de paliar los efectos de una chapucera operación de la vesícula biliar, y no regresó hasta el otoño. Su dolencia era tan grave que David Astor, el director del *Observer*, hizo gestiones para encargarle una nota necrológica a lord Cranborne (que en 1947 había pasado a convertirse en el quinto marqués de Salisbury[92]).

Churchill sopesó muy seriamente la posibilidad de mudarse al edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores para trabajar desde allí, tal y como ya hiciera anteriormente el tercer marqués de Salisbury[93] durante su mandato como primer ministro. En mayo, sin consultar ni al gabinete ni al Ministerio de Asuntos Exteriores, y mucho menos a Eisenhower o a Dulles, Churchill se valió de la incapacidad de Eden para hacer una sensacional afirmación en los Comunes. Ha de «tener lugar, sin mayores dilaciones, una conferencia al más alto nivel entre las principales potencias, —anunció—. Deberá tratarse», prosiguió, «de una cumbre de naciones […]. En el peor de los casos servirá para que los participantes […] logren establecer un contacto más estrecho. Y en el mejor, puede que logremos mantener la paz durante una generación más»[94]. Entre los miembros del gabinete hubo quien se planteó la idea de pedir la dimisión del primer ministro por haber tomado sin autorización una iniciativa de ese calado. De hecho, en junio, y para contrarrestarla, Eisenhower convocará a toda prisa una reunión en las Bermudas —a la que, para gran desconsuelo de Churchill, también invitó a los franceses—. En ese momento nadie podía saberlo, pero ese discurso iba a ser el último que Churchill tuviera oportunidad de pronunciar ante el parlamento en cinco meses.

En abril de 1953, Churchill aceptó al fin la Orden de la Jarretera, lo que dos meses después le permitiría presentarse con un aspecto magnífico, envuelto en su espléndida capa (que se puso por encima de su uniforme de lord Guardián de los Cinco Puertos), en la ceremonia de la coronación de Isabel II. Se convirtió por tanto en «*sir* Winston, —lo que le dio pie a bromear diciendo—: Ahora Clemmie no va a tener más remedio que ser finalmente una dama»[95]. En la solemnidad de la investidura, Churchill lució la misma insignia que llevara en su día el primer duque de Marlborough en 1702. Al preguntarle Emrys Hughes en los Comunes si no tendría que partir ahora a «otro lugar» —en alusión a la Cámara de los Lores—, Churchill contestó: «Asumiendo que la expresión “otro lugar” se esté usando en su sentido estrictamente parlamentario, no tengo inconveniente en transmitir las garantías requeridas»[96].

El 2 de junio de 1953, la coronación de la reina Isabel II pareció ofrecer al primer ministro una nueva oportunidad de retirarse, tal y como había hecho Baldwin tras la coronación del monarca anterior. Sin embargo, no le era posible hacerlo, debido a la ausencia de Eden, y además todavía deseaba culminar su sueño de poner fin a la guerra fría. «Me alegra saber que me equivoqué, —dijo Churchill durante el protocolo, haciendo referencia a la abdicación—. No podíamos tener un rey mejor. Y ahora contamos con esta espléndida reina.»[97][98]

Poco después de la coronación, se planteó el problema de si debía permitirse o no que la princesa Margarita, la hermana menor de la reina, contrajera matrimonio con el jefe de escuadrilla de la RAF Peter Townsend, que además de haber sido caballerizo de su padre era un hombre divorciado. «Se trata de una cuestión de una importancia extraordinaria, —le dirá Churchill a Tommy Lascelles—. Un accidente de carretera y esta jovencita se convertirá en nuestra reina…»[99] (En realidad, tendría que haber sido un percance que también se hubiera cobrado las vidas del príncipe Carlos y la princesa Ana.) Pese a que en términos emocionales a Churchill le agradara la idea de que un gallardo y apuesto piloto de combate que había intervenido en la batalla de Inglaterra se casara con una hermosa princesa, lo cierto es que, al indicarle Lascelles en Chartwell que algunos países de la Comunidad de Naciones podían negarse a aceptar como futuro monarca al hijo de un divorciado, el primer ministro llegó a la conclusión de que la princesa Margarita debía renunciar a su derecho al trono si quería casarse con Townsend[100]. Lo principal, subrayaba, era provocar el menor dolor posible a la reina, y no causarle ninguna ansiedad. Sin embargo, la relación se rompió, y la princesa Margarita culpó a Lascelles de haberle arruinado la vida. En realidad, la responsabilidad había sido de Churchill, tras consultar con lord Salisbury y Rab Butler (aunque no con Eden, que también se había divorciado de su primera esposa, y que todavía seguía en Boston).

El martes 23 de junio de 1953, al terminar en el número 10 de Downing Street una cena en honor de Alcide De Gasperi, el primer ministro italiano, Churchill, que había pronunciado un delicioso discurso improvisado sobre la contribución de Italia a la civilización, sufrió un nuevo accidente cerebrovascular[101]. «Se desmoronó sobre el asiento y le fue casi imposible

moverse, —escribe Colville—. Una vez que los invitados se hubieron marchado, Churchill se apoyó con todo su peso en mi brazo y se las arregló para caminar hasta el dormitorio.»[102] Nadie pareció alarmarse demasiado al constatar que el primer ministro no conseguía articular adecuadamente las palabras y que mostraba una notable inestabilidad al andar —y esta despreocupación hay que atribuirla de hecho a la circunstancia, ventajosa para Churchill, de que llevase fama de ser un gran bebedor—. Moran diagnosticó que se trataba de un derrame cerebral. Sin embargo, la constitución física de Churchill era tan extraordinaria que a pesar de todo logró presidir a la mañana siguiente la reunión del gabinete, ya que el episodio no le había dejado mentalmente incapacitado[103]. El historial clínico que recopiló su neurólogo —un hombre con el oportuno nombre de *sir* Russell Brain (y que más tarde se convertiría en lord)—, muestra que el proceso de recuperación de Churchill no tuvo altibajos y se verificó de un modo relativamente rápido, aunque es natural que en un principio sus allegados se sintieran hondamente preocupados.

«Desde luego, yo no noté nada, salvo que se puso muy pálido, —señala Harold Macmillan al recordar la reunión del gabinete del día 24 de junio—. Habló poco, pero se le entendía perfectamente.»[104] Butler coincide con esta descripción y señala que nadie percibió nada extraño, salvo que el primer ministro estuvo más tranquilo de lo habitual[105]. No obstante, las actas del encuentro muestran que la intervención de Churchill ocupa al menos un párrafo de lo consignado en ellas, y que se pronunció en cuatro de los cinco diferentes asuntos que se sometieron a debate[106].

A las doce de la mañana del día siguiente, Churchill fue trasladado a Chartwell. «Debo comunicarle, con gran dolor, que el primer ministro está gravemente enfermo», le escribe Colville a Lindemann esa misma tarde.

> El martes sufrió un espasmo arterial, o quizá haya sido un coágulo, tras la cena en honor de De Gasperi. Su capacidad de articular palabras y de realizar movimientos ha quedado gravemente afectada, y a menos que se produzca una recuperación milagrosa en las próximas cuarenta y ocho horas —y desde luego es posible que así sea— […], tendrá que abandonar el cargo. Su valentía está fuera de toda duda, y lo mismo he de decir de la de Clemmie. Pero me parte el corazón permanecer aquí y comprobar que el deterioro físico está avanzando. Le cuesta muchísimo hablar, y desde esta mañana apenas puede utilizar el brazo izquierdo[107].

Moran temía que no lograra superar el fin de semana.

Lascelles (y por consiguiente, la reina), Eden, Norman Brook, Salisbury, Butler, Lindemann y Patrick Buchan-Hepburn, que en 1948 había pasado a desempeñar las labores de jefe de disciplina de los conservadores, fueron informados del ataque, siguiéndose en esto un planteamiento basado en no divulgar más que lo estrictamente necesario, casi como en los tiempos de la guerra, de modo que no se hizo pública una sola palabra sobre el asunto —y sería de hecho el propio Churchill quien lo mencionara un año después, de pasada, en un discurso en los Comunes—.[108] La larga y estrecha amistad que Churchill había venido manteniendo a lo largo de su vida con la mayor parte de los más destacados barones de la prensa, fundamentalmente con Beaverbrook, Bracken, Camrose y Esmond Rothermere, fue lo que hizo posible esa discreción —otra gran prueba para la que había estado preparándose, sin pretenderlo, durante toda su existencia—. Y la leal *omertà* de sus amigos hizo el resto.

En el transcurso de las tres semanas siguientes, en las que Churchill quedó incapacitado en Chartwell, el gabinete hubo de estudiar varias cuestiones relevantes. De entre ellas cabe destacar las de la guerra de Corea, la actividad comercial entre Oriente y Occidente, el tráfico marítimo británico en los mares de China, la Comunidad Europea de Defensa, la materialización de un tratado con Libia, el precio de los alimentos, un Proyecto de ley sobre la Regencia, los territorios gobernados por los jeques del Golfo Pérsico, la retransmisión televisiva de la ceremonia de apertura del parlamento, la designación de una comisión real ante la prensa, las tarifas ferroviarias, el desarrollo del aeropuerto de Gatwick y la situación reinante en Egipto[109]. El lunes inmediatamente posterior al episodio cerebral de Churchill, y dado que Eden tenía que sufrir una nueva operación quirúrgica para tratar de solucionar el problema de su vesícula, el encargado de presidir el gabinete fue Rab Butler, quien se excusó ante sus colegas diciendo que el primer ministro «padecía una fuerte situación de fatiga», así que había decidido «reducir su actividad durante al menos un mes», aunque «continuaría ocupándose de los expedientes oficiales de mayor trascendencia»[110].

Transcurrida una semana, Churchill comenzó a experimentar una clara mejoría, aunque Colville señala que «su capacidad de concentración parecía un tanto disminuida», lo que explica que prefiriera «leer las novelas políticas de Anthony Trollope a enfrentarse directamente con cuestiones de trabajo»[111]. Cristopher Soames contribuyó a llevar la pesada carga de las cuestiones de gobierno, y tuvo acceso a un conjunto de documentos secretos del gabinete que normalmente no se le permitiría leer a un simple secretario parlamentario privado. (Según señala Colville con aguda penetración psicológica, en ese momento Soames pasó «a ocupar en el corazón de Churchill el sitio que durante tanto tiempo reservara a Randolph y que este había sido incapaz de colmar».)[112] Este estado de cosas contrario a la constitución, por el que el yerno del primer ministro y un secretario privado que no había concurrido a las urnas (Jock Colville) ejercieron *de facto*, y por medio de un secretario del gabinete (que tampoco había sido elegido en unos comicios), el poder ejecutivo en Gran Bretaña —pese a que no hicieran uso efectivo del mismo— se prolongó por espacio de varias semanas, hasta finales de julio, fecha en la que Churchill se sintió ya lo suficientemente recuperado como para volver a interesarse activamente en los asuntos del estado[113].

Entretanto, Moran y Brain firmaban un comunicado, tan anodino como engañoso, en el que no se mencionaba la apoplejía pero se afirmaba que Churchill «necesitaba observar un reposo absoluto» debido a la tensión sufrida a raíz de la coronación. A los estadounidenses tampoco se les explicó el verdadero motivo que hacía preciso posponer la Conferencia de las Bermudas por espacio de seis meses. Con la perspectiva que nos proporciona el tiempo, parece realmente extraordinario que Churchill pudiera permanecer en su puesto durante casi dos años más después de haber sufrido un percance médico de tanta gravedad. Clementine y la reina podrían haber intervenido, pero prefirieron no hacerlo, y tampoco hubo un solo ministro del gabinete que se arriesgara a dar la impresión de estar conspirando contra Churchill. Pese a que Eden le escribiera el 14 de julio a Salisbury y le dijera: «Debo confesar que me deja bastante perplejo que no haya tomado ninguna decisión definitiva», lo cierto es que no era hombre

que poseyera la crueldad o la frialdad necesarias para aprovechar la ocasión y asestar el golpe[114].

En sus diarios (que en cualquier caso no son plenamente fiables), Moran mantiene que trece días después del ictus, Churchill podía ya declamar los cuarenta y cuatro primeros versos de *El rey Roberto de Sicilia* de Longfellow, y señala que solo confundió media docena de palabras de un total de más de doscientas cincuenta[115]. No obstante, la mayoría de las personas del entorno inmediato de Churchill consideraban que Moran inventaba o exageraba en exceso las cosas, lo que invalida en buena medida su testimonio, y, de hecho, en 1966 lord Brain escribirá en el *Times*: «No puedo dar por bueno todo lo que lord Moran señala al referirse a las consultas que refiere»[116]. Sin embargo, algunas de las cosas que registra Moran parecen efectivamente ciertas, como el hecho de que Churchill dijera el 2 de julio que «no creía en el otro mundo; solo en un sueño eterno que nos envuelve en un sudario de terciopelo negro»[117]. Churchill también indica que, de los diecisiete políticos que figuran en el retrato grupal de *sir* James Guthrie titulado *Los estadistas de la primera guerra mundial*, él era el único que permanecía con vida[118]. Al día siguiente, Winston hizo algunos comentarios sobre su crónica propensión al llanto y recordó que había llegado a sollozar con la lectura del *Phineas Finn* de Trollope, «pese a que el argumento no sea en modo alguno conmovedor»[119]. En abril de 1952, Churchill había llorado incluso en la misa de difuntos celebrada en conmemoración de Stafford Cripps, aunque era un hombre que no le agradaba nada[120].

El 24 de julio de 1953, Churchill recuperó en buena medida el vigor físico, aunque se quejará de que su memoria no era ya la de antes. En octubre se propuso dimitir, pero seguía interesándose vivamente en la perspectiva de «conseguir algo de los rusos y […] en la idea de entrevistarse cara a cara con [el sucesor de Stalin, Gueorgui] Malenkov»[121]. Pese a que la guerra de Corea estuviera llegando a su fin, o aproximándose al menos a la firma de un armisticio, Churchill no solo seguía teniendo en muy baja estima a la administración de Eisenhower sino que continuaba lamentando la derrota sufrida por Adlai Stevenson el año anterior. Churchill le dijo a la reina que se retiraría de la política activa si

descubría que le resultaba imposible ocuparse del discurso que le correspondía pronunciar como líder del Partido Conservador, en su Congreso de Margate, en octubre. Sea como fuere, lo cierto es que todavía conservaba la capacidad de regalar salidas ingeniosas a sus oyentes. En una ocasión en la que Soames dijo que era preciso destituir a Harry Mackeson de su puesto de secretario de comercio exterior y que no merecía que se le concediese un título nobiliario, Churchill contestó: «No, aunque quizá sí que se haya ganado una desaparición»[122].[123] (Al final se le otorgó la dignidad de *baronet*.)

El 18 de agosto, ocho semanas después de su abrupto episodio de falta de riego, Churchill volvía a presidir una reunión del gabinete, que se desarrolló sin contratiempos. Al día siguiente, Winston tomaba la decisión de que, una vez que hubiese terminado *La Segunda Guerra Mundial*, cuyo último tomo habría de salir a la calle en noviembre, empezaría a publicar su *Historia de los pueblos de habla inglesa*, ya que su redacción llevaba interrumpida desde 1939. «Tendré que poner un solo huevo al año, —dijo —, un volumen cada doce meses no debería resultar un trabajo excesivamente fatigoso»[124]. Aun para un primer ministro que acababa de sufrir un infarto cerebral. El 19 de agosto, Teherán vivía un golpe de estado —respaldado por la CIA y el MI6— con el que no solo se derrocaba al gobierno de Mohammad Mosaddeq, sino que se abría la puerta al retorno del sah. Este acontecimiento iba a tener profundas consecuencias internacionales, hasta el punto de que todavía hoy seguimos percibiéndolas. «Joven», le dirá Churchill a uno de los miembros del operativo de la CIA que había organizado la expulsión del dirigente iraní —se cree que se trataba de Kermit Roosevelt Jr., nieto del presidente Theodore Roosevelt—, «le aseguro que, de haber tenido yo unos cuantos años menos, nada me habría gustado más que poder servir a sus órdenes en tan gran empresa»[125]. Son muchas las críticas que se han vertido sobre Churchill por esta intervención en la política interna de Irán, pero con ella se mantuvo al país en el bando de Occidente durante más de un cuarto de siglo, un lapso de tiempo más allá del cual no hay forma de predecir los acontecimientos, por más talla que pueda tener un estadista.

El 10 de octubre, Churchill pronunciaba un estupendo discurso, de casi una hora de duración, en el Congreso del Partido Conservador, en Margate. Con ello consiguió dar fe de que su recuperación había sido un éxito y sofocó asimismo los rumores que circulaban sobre su posible retirada de la política. Antes de la alocución se había tomado una píldora de anfetamina, a la que él dio en llamar un «Moran. —De hecho, tras la reunión, Churchill preguntó—: Esta pastilla ha sido maravillosa. ¿Qué tenía?»[126]. El médico le respondió que se trataba de Benzedrina[127], pero desconocemos la dosis[128]. En el discurso, el primer ministro dijo que los pocos meses que había estado ausente habían sido «la primera vez en toda mi carrera política que he guardado silencio tanto tiempo», pero no explicó las causas de ese descanso[129]. Celebró que Alemania se hubiera «reincorporado al club de las grandes potencias del mundo, —y añadió—: Si permanezco de momento en el cargo, teniendo que sobrellevar el peso de la edad, no es por amor al poder o apego al cargo. He disfrutado largo tiempo de ambas cosas. Si me quedo es porque tengo la sensación de que puedo […] influir en algo que considero de la máxima importancia: la posibilidad de sentar las bases de una paz segura y duradera»[130]. Por estas mismas fechas, lord Moran anota que si, en general, la única preocupación de los demás pacientes que acudían a él tras haber sufrido un derrame cerebral consistía en continuar vivos, Churchill, en cambio, «parecía no pensar ni por un momento en esa circunstancia»[131].

El 15 de octubre, Churchill se enteró de que le habían dado el Premio Nobel. «¿Eres tú, Anthony?, —pregunta por el auricular del teléfono a Eden, que se encontraba en París—. ¿Cómo te encuentras? Pensé que te gustaría saber que acaban de concederme el Premio Nobel.» A continuación, tras una pausa y una risita sofocada, añade: «Pero no te preocupes, amigo mío, es el de Literatura, no el de la Paz»[132]. Churchill había escrito 37 libros, y, de ellos, el maestro de ceremonias del galardón mencionó específicamente 7, a saber, *La guerra del Nilo*, *Lord Randolph Churchill*, *La crisis mundial*, *Marlborough*, *Pensamientos y aventuras*, *Mi juventud* y *Grandes contemporáneos*. Por desgracia, en diciembre, la

solemne entrega de premios coincidió con la nueva fecha de la Conferencia de las Bermudas, de modo que fue Clementine quien hubo de acudir a Oslo para recibir la distinción en nombre de su marido. En su discurso de aceptación del premio, Churchill optó por hacer sonar una voz de alarma sobre la situación del mundo. «Nunca en el terreno de la acción se han vivido acontecimientos capaces de empequeñecer tanto a las personalidades, —leyó Clementine ante los miembros de la Academia Sueca—. Rara vez en la historia han logrado los hechos brutos dominar a tal punto al pensamiento ni se ha visto la extendida virtud individual tan desdibujada en la consideración colectiva. Una terrible interrogante se alza ante nosotros: ¿Han escapado los problemas a nuestro control? Es indudable que estamos atravesando una fase de la historia en la que esa pudiera ser muy bien la conclusión.»[133] La receta que ofreció para superar las dificultades se centró en la «tolerancia, la diversidad y la calma».

El 20 de octubre, Churchill se tomaba otra pastilla «Moran» antes de acudir a los Comunes para someterse a una sesión de preguntas al primer ministro, la primera que se celebraba en diecisiete semanas. Woodrow Wyatt captaría muy acertadamente el ánimo de la Cámara al señalar: «Antes que nada, permítanme preguntar al primer ministro si es consciente […] de que el parlamento resulta un lugar mucho más aburrido sin su presencia…»[134].

El 30 de noviembre, día de su septuagésimo noveno cumpleaños, Churchill publicaba al fin *La guerra llega a América*. Inmediatamente después de la portada, Churchill exponía con claridad el tema de la obra: «De cómo triunfaron las grandes democracias y quedaron en condiciones de repetir las locuras que a punto habían estado de costarles la vida». Poco antes, en agosto, Churchill y Montgomery habían enumerado los cinco «errores capitales» que, a su juicio, habían cometido los estadounidenses durante la guerra —la mayoría de ellos atribuidos a Eisenhower—.[135][136] Con todo, en *La guerra llega a América* no se criticaba a quien en ese momento era inquilino de la Casa Blanca. De hecho, Churchill ya había tomado el avión para dirigirse a las Bermudas y reunirse con el presidente estadounidense al día siguiente de la aparición del libro. Joseph Laniel, el primer ministro francés, también iba a participar en la reunión. En el

transcurso del viaje, un fotógrafo captó una instantánea de Churchill, y en ella se apreciaba que el mandatario inglés llevaba en la mano un ejemplar de la novela de C. S. Forester titulada *Muerte a los franceses*. (Estaba ambientada en la guerra de la independencia española, en la que el 4.º Regimiento de húsares había luchado bravamente.)

Al llegar a Hamilton, la capital de las Bermudas, donde los Fusileros Reales Galeses desfilaron ante él, acompañados por la mascota del regimiento, Churchill telegrafió a Clementine, que seguía en Estocolmo para decirle que todo iba estupendamente: «Excelente viaje. Todo bien. La cabra magnífica»[137]. Al descubrirse que no se había invitado a ningún comensal negro al banquete que se iba a celebrar en la residencia del gobernador de la isla, Churchill insistió en que era preciso hacerlo[138].

En las Bermudas, Churchill se reveló totalmente incapaz de convencer a Eisenhower y a Dulles de las ventajas que se derivarían de una entrevista con Malenkov y los nuevos líderes soviéticos. El día 4 de diciembre, en la primera sesión plenaria de la conferencia, Churchill habló de «facilitar» las relaciones con la Unión Soviética, aunque puso buen cuidado en señalar que lo que proponía no era ninguna medida de apaciguamiento, dado que se produciría desde una posición de fuerza. Sin embargo, Eisenhower respondió con un duro alegato en el que afirmó que la URSS era «una mujer de la calle, y que, por más que se hubiera puesto un vestido nuevo, o tapado con remiendos los costurones del antiguo, debajo seguía alentando la misma ramera de siempre»[139]. Según refiere Colville, al escuchar esto, todos los presentes intercambiaron «unas miradas de dolor», pero los franceses apoyaron a los estadounidenses[140]. Antes de que la sesión quedara aplazada, Eden preguntó cuándo se celebraría el siguiente encuentro, a lo que Eisenhower replicó: «No lo sé. Mi próxima cita es con un *whisky* con soda»[141].

Churchill y Eisenhower ya habían debatido antes lo que podría suceder en caso de que Corea del Norte rompiera el armisticio firmado el 27 de julio, con el que se había conseguido poner fin a los combates pese a no haberse formalizado todavía ningún tratado de paz. Al anunciar los estadounidenses que se inclinaban en favor del uso de la bomba atómica si los chinos volvían a respaldar a los norcoreanos, Churchill y Eden se

opusieron enérgicamente a la medida, dado que las Potencias Occidentales no contaban ya con el monopolio de la fuerza nuclear[142]. La siguiente tanda de debates, celebrada entre los días 5 y 8 de diciembre, y relacionada con la situación de Egipto —país al que Estados Unidos tenía la amenazadora intención de procurar armamento—, y con otros temas, como el de Indochina y el ejército europeo, quedó completamente eclipsada por la cuestión nuclear. Churchill respondió con sequedad a los llamamientos con los que Eisenhower trataba de instar a Gran Bretaña a llevar tropas a Indochina para apoyar a Francia, ya que dijo al presidente de Estados Unidos que estaba viviendo el octogésimo año de su vida sin haber escuchado jamás la palabra «Camboya» y que, por consiguiente, no tenía la menor intención de empezar a preocuparse ahora por ese remoto lugar[143].

De hacer caso a Moran, al final de la sesión del 7 de diciembre, Churchill le habría dicho, en alusión a Dulles: «Hace diez años habría podido torearle. Ni siquiera en mi actual situación le ha sido posible a ese bastardo derrotarme. Lo que me ha humillado es mi propia decadencia»[144]. (Pese a que Churchill no tuviera excesiva costumbre de emplear palabrotas, Mary Soames da fe de que «podía ser bastante grosero si la ocasión lo requería».)[145] Al día siguiente, antes del almuerzo, Eisenhower abandonaba las Bermudas sin que Churchill hubiera conseguido convencerle de que debía permitir que Alemania se incorporara a la OTAN. En contrapartida, hay que recordar que el presidente estadounidense tampoco había logrado persuadirle a él de que la creación de un ejército europeo resultaría muy ventajosa para todos. «Me siento como un avión que llega a su última escala, —le confiará Churchill a Butler poco después de su regreso—: Vuelo en el crepúsculo, con el depósito de combustible muy bajo y obligado a buscar un sitio seguro en el que aterrizar con seguridad»[146].

«Si se asientan aquí muchas gentes de color, surgirán problemas, —dirá Churchill el 3 de febrero de 1954 en una reunión del gabinete—. ¿Acabaremos añadiendo los desencuentros raciales a los lastres del Reino Unido? Llegan a nuestro país atraídos por los beneficios del estado del

bienestar. Pero la opinión pública inglesa no tolerará su presencia si se superan ciertos límites.»[147] Pese a todo, Churchill consideraba que debía seguirse permitiendo la llegada a Gran Bretaña de inmigrantes venidos de los diferentes confines de la Comunidad de Naciones, a lo que añadía que, «antes de tomar ninguna medida», era preciso dejar pasar un tiempo para que «la opinión pública evolucionara un poco más»[148]. En esa época, la población extranjera afincada en Gran Bretaña se cifraba en 60 000 personas, de un total demográfico de 38,6 millones de almas. A pesar de que a Churchill no le agradara la idea de una implosión de ese imperio que tanto amaba y por el que había luchado tan denodadamente, y a pesar también de que denunciara la creación de una comunidad interracial —que él denominaba «una sociedad blanquinegra, como el plumaje de las urracas»—, lo cierto es que no trató de imponer frenos a la inmigración, ya que las restricciones no se introducirían hasta principios de la década de 1960. En otra ocasión, al hablar de la cuestión de los inmigrantes procedentes del Caribe, Churchill señalará al gabinete que un buen eslogan sería «Que Inglaterra siga siendo blanca», lo que indica que en los temas étnicos su mentalidad no había cambiado prácticamente nada desde la adolescencia[149].

«Recuerda que no podemos arreglar el mundo con una mayoría de dieciocho escaños» sobre el resto de las formaciones[150], le dirá Churchill a Norman Brook, el secretario del gabinete[151]. Pero parece que esa falta de vigor no era la única de la que tenía conciencia el primer ministro. En marzo de 1954, de pie junto a Woodrow Wyatt en los aseos de los Comunes, Churchill «sonrió tristemente» y dijo: «Pobre pajarito. Ya ni siquiera es capaz de salir del nido…»[152]. Churchill tomaba ya píldoras de anfetamina para muchas cosas, incluso en ocasiones menos exigentes de lo habitual, como en el Congreso de Mujeres Conservadoras, celebrado en mayo de 1954 en el Royal Albert Hall de Londres.

Dado que en octubre de 1956 era preciso convocar elecciones generales, Eden empezó a insistirle con vehemencia creciente a Churchill, y no solo con el fin de lograr que fijara una fecha de dimisión en firme, sino para conseguir también que se atuviera a ella. Su objetivo consistía, obviamente, en poder instalarse en Downing Street el tiempo necesario para asentar su

imagen y concurrir así a las urnas con mayores posibilidades de éxito. En junio, Churchill le dijo que dimitiría en otoño, pero después, sin previo aviso, se tuvo la impresión de que Eisenhower podía haber modificado su postura adversa al establecimiento de conversaciones con los soviéticos, circunstancia que a su vez dio visos de verosimilitud a la posibilidad de que Churchill acabara convirtiéndose —o al menos eso imaginaba él— en el puente de concordia entre las diferentes partes enfrentadas en el escenario de la guerra fría, pese a que los tiempos estuviesen presididos por las rivalidades entre los países satélites que los occidentales y los soviéticos manejaban en Siria, Vietnam, Irán, Tailandia, Hungría, la Guayana Británica y el África Central.

El 24 de junio, Churchill despegaba del aeropuerto de Heathrow en dirección a Washington, acompañado por Eden, Lindemann, Moran, Colville y Soames, tanto con la finalidad de promover la celebración de una «cumbre» como con el propósito de crear «un clima de distensión, respirar un poco de aire fresco y sentar las bases de unas buenas relaciones»[153]. Por consiguiente, se incluyeron también en el orden del día otros asuntos, como los de Indochina, Alemania y Egipto. En esta ocasión, Churchill fue invitado a permanecer en la Casa Blanca, y el día en que comenzaron las conversaciones, Eisenhower pareció aceptar el compromiso de acudir a una conferencia en Londres entre Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania, con las miras puestas en acordar una línea de actuación común antes de entrar en materia con los rusos. El 26 de junio, Churchill dijo ante los líderes del congreso estadounidense: «Reunirse para charlar es mucho mejor que hacer la guerra» (manifestación que más tarde sería parafraseada diciendo que «hablar por los codos es mejor que pelearse a codazos»[154]).

Sin embargo, el 27 de junio, cuando Churchill creía estar ya a punto de concretar un auténtico y decisivo avance, Dulles redujo la idea de la Conferencia de Londres a un simple encuentro bilateral entre británicos y rusos, entrevista que los estadounidenses se comprometían a contemplar sin plantear objeciones[155]. En privado, Churchill diría de Dulles: «Es el único elefante que conozco que lleva la cacharrería consigo»[156]. (Más tarde se entretendrá inventando una nueva serie comparativa: «Pesado, más pesado,

pesadísimo»[157].)[158] La delegación británica regresó de Washington sin demasiadas cosas que mostrar al público de Inglaterra.

En julio de 1954, Churchill se avino a regañadientes a abandonar las bases del Canal de Suez, pero Egipto no había sido nunca una posesión imperial sobre la que Gran Bretaña hubiera ejercido una gobernación directa, así que combatió con toda determinación en la retaguardia para cubrir las espaldas a los británicos atacados por el levantamiento de los Mau-Mau en Kenia, y prestó un apoyo decidido al general *sir* Gerald Templer, que luchaba contra los guerrilleros comunistas de la llamada «Emergencia malaya»[159]. En Kenia, el choque acabó por degenerar en una guerra sucia en la que ambos bandos perpetraron atrocidades y en la que cerca de doce mil personas perdieron la vida. Churchill estaba asistiendo al vuelco que la posguerra había provocado en el estado de ánimo de las comunidades contrarias al colonialismo. «Podría haber defendido al imperio británico de cualquiera, —le dirá más tarde a uno de sus ayudantes—, salvo del propio pueblo inglés»[160]. Había cumplido la promesa que hiciera en 1942 al asegurar que no estaba dispuesto a presidir la liquidación del imperio británico, ya que durante el período de tiempo en que ejerció el cargo de primer ministro no se independizaría de los dominios británicos ni una sola de sus regiones. Sin embargo, un año después de que abandonara el puesto, Sudán se independizó, seguido de Ghana y la Federación Malaya (la actual Malasia) en 1957, y de Kenia en 1964.

A principios de julio, tras constatar que su apuesta de Washington había fracasado, Churchill señaló el 20 de septiembre de 1954 como fecha aproximada para la entrega del mando a Eden. El traspaso de poderes se verificaría así después de efectuada una última visita a Moscú, a principios de agosto. En ella propuso la adopción de diversas medidas concebidas para promover una distensión general de las presiones derivadas de la guerra fría, entre otras la de una importante reducción de armas. El gabinete, cuyos miembros admitían ya en privado que deseaban la dimisión de Churchill, no solo tenía muchas dudas respecto a la posibilidad de aplacar las ambiciones rusas, sino que respetaba bastante más que su primer ministro el liderazgo que Estados Unidos estaba ejerciendo en la zona. Además, los integrantes del ejecutivo se oponían de forma colectiva a toda aproximación a Moscú,

hasta el punto de que Salisbury llegó a amenazar de hecho con presentar la dimisión como lord presidente del Consejo a causa de esos planteamientos apaciguadores —lo que haría exclamar a Churchill, en privado, que «no daba un ardite por él» en caso de que realmente materializara su advertencia—. «Tu abuelo me odia», le dirá Churchill a Robert Cecil, de siete años de edad a la sazón (y que más tarde se convertiría en el séptimo marqués de Salisbury), durante una visita a Hatfield. No era cierto, aunque a Salisbury sí que le habían molestado «las formas de Winston al anunciar, sin contemplación alguna, las medidas políticas que se proponía adoptar en relación con Rusia», por decirlo con las palabras que el propio Salisbury había empleado al explicarle su malestar a Eden[161].

En un ejemplo a pequeña escala de que la historia se repite, Winston Churchill se había convertido finalmente en «un viejo con prisas», respondiendo así a la misma descripción irónica que su propio padre, lord Randolph, había dedicado a Gladstone en 1886. De hecho, Winston admitirá, en una conversación con Colville, que estaba «dispuesto a llevar a la práctica todos los métodos posibles e imaginables para conseguir que se concertara una reunión con los rusos»[162]. El viernes 23 de julio se produjo la reunión crucial del gabinete en la que Salisbury (una vez más) y Harry Crookshank esgrimieron el ultimátum de la dimisión si Churchill solicitaba una entrevista a los rusos. El fin de semana estuvo presidido por una atmósfera de suspense, ya que nadie sabía si el propio Churchill acabaría dimitiendo o no —con la inquietud añadida de que, en caso de que tomase esa decisión, se produciría una escisión tanto en el gabinete como en el partido—. El domingo 25 de julio, los propios soviéticos resolvían el problema al solicitar la celebración de un encuentro con la asistencia de treinta y dos ministros de Asuntos Exteriores a fin de estudiar un plan de seguridad paneuropeo. «Ministros de Asuntos Exteriores del mundo, uníos, —dijo jocosamente Churchill remedando el llamamiento comunista—: No tenéis nada que perder, salvo vuestro puesto de trabajo»[163].[164]

Así las cosas, la reunión del gabinete de ese lunes transcurrió sin disputas de ninguna clase, hasta el punto de que lord Salisbury «recuperó la sonrisa» y de que Churchill «quedó imbuido de la sensación de que al menos había hecho el esfuerzo de intentar propiciar ese acercamiento»[165].

Al constatar que la oferta de una cumbre no procedía de Churchill, sino de Eden, los rusos recibieron la noticia sin ningún entusiasmo, así que la propuesta quedó postergada. «Este mundo tiene sorpresas absolutamente deliciosas y rebosa de novedades», le dirá sarcásticamente Churchill a Lawrence Burgis en referencia a la proliferación nuclear que le había sido imposible detener. «Algunos de los que estamos a punto de pasar a mejor vida, le transmitimos nuestros mejores deseos.»[166] A principios de agosto, descontento e irritado por haberse visto superado en número en el gabinete, Churchill se desdijo de su propósito de pasarle los trastos a Eden al llegar el otoño. No solo le gustaba el ejercicio del cargo, también pensaba sinceramente que podía mejorar de forma drástica las relaciones diplomáticas que Gran Bretaña mantenía con el Politburó de la era posterior a Stalin —por no mencionar el hecho de que cada vez recelaba más de que Eden revelara ser un sucesor eficaz—. Sabía asimismo, por emplear las palabras de Colville, «que a sus colegas iba a resultares extremadamente difícil *expulsarle* sin arruinar sus propias posibilidades de salir airosos en las siguientes elecciones»[167]. En Chartwell se quejará de que nunca antes se había organizado el acoso y derribo de un primer ministro para apartarle del cargo «por la simple y llana razón de que su segundo al mando deseara hacerse con su escaño». Le escribió a Eden una carta para la que tuvo que elaborar nada menos que seis borradores. En ella le decía que había decidido permanecer en el puesto de primer ministro hasta las elecciones generales de noviembre de 1955. También resaltaba en la misiva que a Eden le reportaría muchos más beneficios asumir la responsabilidad de una nueva cartera, y llegaba a tratar incluso de dar la impresión de estarle haciendo un favor a su ministro de Asuntos Exteriores. Churchill envió una copia del texto a Clementine, que deseaba verle retirarse en una fecha muy anterior a esa, según sabía perfectamente Winston. Churchill también le dirá en esa ocasión a su esposa: «Espero contar con todo tu amor»[168]. «Eden ha quedado muy abatido, —anota Colville—, pero lo cierto es que no puede hacer nada para impedirlo»[169]. Para hacernos una idea de la popularidad que seguía conservando Churchill, valga señalar que, en noviembre, al cumplir los ochenta años, recibió nada menos que treinta mil tarjetas de felicitación y novecientos regalos.

Como muestra de la importancia de la ocasión, las dos Cámaras del parlamento obsequiaron a Churchill un retrato, pintado por Graham Sutherland, que él calificaría, con deliberada ambigüedad, durante una sesión conjunta de los Lores y los Comunes en el Salón Westminster, diciendo que era «un notable ejemplo de arte moderno en el que desde luego se combinan la fuerza y el candor»[170]. Tras almorzar Clementine con el propio Sutherland, esta había mostrado a Winston una fotografía del cuadro, y su marido «le había dicho, casi a gritos, —a su abogado Anthony Moir—: ¿Hay materia o no hay materia para una denuncia por difamación? No pienso aceptarlo. No voy a pasar a la historia con este aspecto»[171]. A su nuevo secretario privado (que iba a ser también el último), Anthony Montague Browne, le comentará: «Parezco un borracho sacado del arroyo del Strand»[172]. En septiembre de 1944, durante una estancia en la finca familiar de Roosevelt en Hyde Park, Clementine había encontrado un óleo de su marido salido de los pinceles de Paul Maze, y a ella misma le había parecido «una horrible caricatura. —Así le había referido a Sarah la experiencia—: Le dije con todo atrevimiento al presidente que el lienzo no me gustaba nada, y él me contestó: "Ni a mí tampoco. —Al escuchar esta confesión, yo le pregunté—: ¿Podría deshacerse de él?", y [Roosevelt] respondió: "Desde luego", así que ahora ya no existe»[173]. Algunos años más tarde, en 1955 o 1956, se producía una situación similar en Chartwell al entregar la propia Clementine a las llamas la pintura de Sutherland, con la ayuda de Grace Hamblin (que en ese momento era su secretaria), y el hermano de esta última. Dado que Clementine había prometido a Churchill que la obra «jamás habría de ver la luz del día», podemos concluir que este auto de fe tuvo lugar con su beneplácito[174].

En la ceremonia del Salón Westminster en la que se le entregó el cuadro, Churchill repitió las opiniones que tantas veces había expresado respecto al comportamiento observado por el pueblo británico durante la guerra: «Su determinación fue absoluta e implacable, y como pudo comprobarse al final, invencible. Me correspondió a mí darle expresión, y si alguna vez he alcanzado a encontrar las palabras adecuadas para esas difíciles circunstancias, deben recordar que siempre me he ganado la vida con la pluma y la oratoria. Aquella nación y aquella raza, asentada en los

cuatro puntos cardinales, tenía corazón de león. Y yo tuve la suerte de que se me convocara para rugir en su nombre. —Al referirse a su contribución a los vastos planes estratégicos de la guerra, añadió—: También espero haber acertado a sugerir de cuando en cuando al león el punto más adecuado en el que clavar las garras»[175]. En este discurso y en otros, como los pronunciados en las reuniones en las que se congregaron en 1949 y 1950 nada menos que diez mil veteranos de la batalla de El Alamein, Churchill pondría buen cuidado en no caer en la jactanciosa vanagloria y la compulsiva exageración que acabaría echando por tierra la reputación de Montgomery y de Mountbatten, entre otros.

Esa noche acudieron doscientas cincuenta personas a la fiesta del ochenta cumpleaños de Churchill, organizada en Downing Street. «En la sala noble del edificio, —recuerda uno de los invitados—, todo el mundo iba de punta en blanco y exhibía sus más valiosas posesiones, entre bellos ramos de flores y mujeres ataviadas con hermosos vestidos y magníficas joyas»[176]. Al dar la medianoche, «Pug» Ismay brindó a la salud de Churchill, y en su respuesta, Winston dijo: «Jamás habría llegado adonde estoy, ni habría podido mantenerme en mi posición, sin la ayuda de mi querida Clemmie»[177]. Habría sido un momento perfecto y clarísimo para anunciar su dimisión, pero también la dejó pasar. Woodrow Wyatt había empezado a llamarle por esa época «monumento vivo de la antigüedad». No obstante, en un gesto de cortesía dotado de mayor delicadeza, también se estaba dando el nombre de «Churchill» a distintas variedades de crisantemos, margaritas, fucsias, gladiolos, jacintos, guisantes de olor y rosas[178].

«¡Ay esos ojos golosos! ¡Ay esos ojos golosos!, —bromearía Churchill con el escultor Oscar Nemon al hablar de su presunto sucesor—. La verdad es que debería dimitir. No puede esperarse que Anthony viva eternamente.»[179] Obviamente, Chamberlain podría haber exclamado eso mismo respecto a la hambrienta mirada del Churchill de 1939 y 1940, pese a que de ningún modo hubiese sido él el continuador natural de su labor. El 21 de diciembre de 1954, Churchill mantuvo con Eden una conversación, en la que, de acuerdo con este último, el primer ministro se mostró «reticente, —aunque se ofreció a dimitir en junio o julio de 1955—. El

viejo me ve con muy poca simpatía», anota Eden, «pero no está en mi mano cambiar eso. Todos mis colegas se muestran unánimes al denunciar que las reuniones del gabinete se hacen interminables, que muchas veces no consiguen tomar decisiones, que reina en el gobierno una atmósfera general de *après moi le déluge*, y que está claro que alguien va a tener que ceder»[180]. Desde luego, lo irónico del caso es que, *après Churchill*, estalló efectivamente un *déluge* debido a que Eden manejó muy torpemente la crisis de Suez de 1956. En fuerte contraste con esta incompetencia, el tardío ejercicio del poder que se ofreció a Churchill con este segundo período en la cúpula política del país había demostrado que era perfectamente capaz de reparar los puentes rotos —al recibir con los brazos abiertos en Downing Street, por ejemplo, a antiguos adversarios como De Valera y Nehru, o al apoyar el fin de los combates en Corea—, y de intentar despojarse de su reputación de adalid clasista al ceder periódicamente ante las demandas de mejores salarios y condiciones laborales que le planteaban los sindicatos.

El 1 de febrero de 1955, durante otra discusión sobre la fecha de la entrega del poder, Churchill le asegura a Eden que se propone seguir en el cargo hasta el martes 5 de abril de ese mismo año. El 1 de marzo, en su último discurso de importancia, Churchill —que acababa de romper en pedazos el memorando que le había entregado el Ministerio de Asuntos Exteriores— señaló en la Cámara de los Comunes, repleta hasta los topes, que, en la cuestión nuclear, «la seguridad será un fornido vástago del terror, y la supervivencia hermano gemelo de la aniquilación»[181]. Poco después agregará: «Y por encima de todo, yo sostengo que tampoco debemos permitir jamás que quede malherida o postergada la creciente percepción de unidad y hermanamiento que está tejiéndose, desde luego entre el Reino Unido y Estados Unidos, pero también en el conjunto del mundo de habla inglesa […]. Es posible que llegue un día en que el juego limpio, el amor al prójimo, y el respeto de la justicia y la libertad, permitan a las atormentadas generaciones humanas alejarse, serenas y triunfantes, de la espantosa época que nos ha tocado vivir. Pero entretanto, no os arredréis, no cedáis nunca a la fatiga, y jamás caigáis en la desesperación»[182]. Este público reconocimiento de lo que terminaría conociéndose como «Destrucción Mutua Asegurada» iba a ser la última gran intervención política de

Churchill en la vida pública, y, desde luego, con su discurso transmitió un mensaje profundamente aleccionador.

El viernes 11 de marzo, al señalar *sir* Roger Makins, el embajador británico en Washington, que Eisenhower había sugerido la celebración de una reunión con Churchill y Adenauer a principios de mayo en París, a fin de abordar la posibilidad de organizar un encuentro posterior con los rusos, Churchill decidió que debía permanecer en el cargo más allá del 5 de abril, ya que, entre otras cosas, consideraba que la idea de Eisenhower le ofrecía una nueva «oportunidad de huir de su cada vez más insípida agenda política»[183]. Como era de esperar, Eden se enfureció, así que en la reunión del gabinete del siguiente lunes preguntó sin ambages al primer ministro cuándo tenía intención de dimitir. Churchill le respondió fríamente que «ese no era un asunto en el que necesitara orientación ni que acostumbrara a someterse a debate en el gabinete»[184]. Algo más tarde, ese mismo día, se consiguió saber, a través de Winthrop Aldrich, el embajador estadounidense en Londres, que, en realidad, Eisenhower no estaba sopesando en modo alguno la eventualidad de una reunión con los rusos. Según la confesará Churchill a Clementine, esa noticia «me libera del deber de continuar, y me permite dar de comer al hambriento»[185]. Lo que Churchill no sabía, aunque Colville lograría descubrirlo por casualidad tiempo después, era que Aldrich y *sir* Ivone Kirkpatrick, el subsecretario permanente de Eden en el Ministerio de Asuntos Exteriores, habían mantenido unas «conversaciones discretas»[186]. Parece claro, por tanto, que al final Eden logró acelerar la salida de Churchill de Downing Street, maniobrando a espaldas del primer ministro con los estadounidenses.

A Churchill le desagradaba terriblemente la idea de tener que abandonar el cargo. «Es la muerte primera»[187], le dirá Clementine a Mary, «y en su caso es una muerte en vida»[188]. Churchill comenzó a alimentar lo que Colville denominará «un odio glacial hacia Eden» y «trató de convencer a sus amigos más íntimos de que estaba siendo objeto de una cacería destinada a expulsarle de Downing Street»[189]. También resaltaba que la obligación de abandonar la política tras haberla ejercido durante cerca de sesenta años le resultaba «terriblemente dolorosa»[190]. De hecho, en una fecha tan tardía como la del 28 de marzo todavía continuaría tratando de

escabullirse y de no renunciar a su puesto. Al enterarse de que Nikolái Bulganin, el sucesor de Malenkov, se había mostrado favorable a la organización de una ronda de conversaciones entre las cuatro principales potencias del momento, le dijo a Colville que esa circunstancia, sumada a la situación interna que se vivía en Inglaterra, con una huelga portuaria y otra de la prensa[191], con la inminente perspectiva de los presupuestos, y con la fecha de las elecciones aún por decidir, hacía que «no pudiera marcharse en un momento así, y menos con el único propósito de satisfacer el particular apetito de poder de Anthony [Eden]», tras lo cual amenazó con convocar una reunión del partido para zanjar la cuestión[192].

Dando muestras, una vez más, de su agudeza psicológica, Colville dio a Eden el buen consejo de que «la amabilidad ha de ser la consigna», dado que «el primer ministro se crece siempre que hay oposición y enfrentamiento, pero nunca ha podido resistirse a un comportamiento afable»[193]. El 29 de marzo, tras cenar los Churchill con el matrimonio Eden, Winston consultó la decisión con la almohada, con lo que a la mañana siguiente cambió por cuarta vez de parecer y accedió a dejar el cargo el 5 de abril. Esa determinación transformó a Churchill, a juicio de Colville, en «un viejo entristecido»[194]. No mucho antes se había mofado del gobierno de Attlee y le había acusado de aferrarse como una lapa al poder, pero la tenacidad de los laboristas había sido muy inferior a la demostrada por el octogenario Churchill.

La tarde anterior a su partida, la reina y el príncipe Felipe acudieron a cenar al número 10 de Downing Street, un honor sin precedentes para un primer ministro. Randolph se emborrachó, y la duquesa de Westminster dio sin querer un pisotón a la estola de gasa de Clarissa —«¡Vaya, esto nos ha dejado chafados… en los dos sentidos!», exclamó en broma el duque de Edimburgo—, pero al margen de este incidente la velada fue un gran éxito[195]. Esa noche, al sentarse en la cama para irse a dormir, Churchill llevaba puesto el manto de la Orden de la Jarretera, la distinción al Mérito y sus calzones de gala hasta las rodillas. De repente, le dijo a Colville en un arrebato: «¡No creo que Anthony esté capacitado para el cargo!»[196]. Parecía cruelmente injusto decir eso de una persona que había sido su mano derecha por espacio de quince años —lo que por cierto le convierte en el

heredero natural que más tiempo hubo de esperar a dejar de serlo de toda la historia política de Gran Bretaña—, pero al final acabaría descubriéndose que la predicción no iba descaminada.

El 5 de abril de 1955, en su última reunión del gabinete, y embutido en su levita —ya que después de su entrevista con los ministros debía acudir al palacio de Buckingham para presentar la dimisión—, Churchill recordó a sus colegas la filosófica afirmación de que «el hombre es espíritu»[197]. También les ofreció un consejo de carácter práctico: «No os alejéis nunca de los estadounidenses»[198]. Después les dijo adiós y les aseguró que «confiaba en que hallaran ocasión de continuar fortaleciendo los progresos que se han venido haciendo tanto en el ámbito de la recuperación de la estabilidad interna y el vigor económico del Reino Unido como en el establecimiento de unos lazos aún más sólidos entre los países que forman la Comunidad de Naciones, o, como todavía le gustaba decir a él, el imperio»[199].

Resulta llamativo lo mucho que recuerdan estas manifestaciones finales a las que le escribiera a su madre mucho tiempo antes, en una carta fechada en diciembre de 1897, cuando apenas tenía veintitrés años: «He de dedicar mi vida a la preservación de este gran imperio y a tratar de conservar el progreso del pueblo británico»[200]. En su tardío ejercicio del cargo de primer ministro, Churchill había asistido al fin de la guerra de Corea, construido un millón de viviendas, terminado con las cartillas de racionamiento, superado la austeridad y sentado las bases para el retorno de la prosperidad. Gran Bretaña se había convertido en una potencia nuclear; no se había liquidado una sola región del imperio británico; la coronación de Isabel II había sido un éxito tremendo; y se había conquistado la cima del Everest[201]. Si echamos la vista atrás, y a pesar del apaciguamiento de los sindicatos, la primera mitad de la década de 1950 fue una especie de edad de oro para Gran Bretaña, y al menos parte del mérito de ese despertar ha de atribuirse al primer ministro de la época.

En política exterior, Churchill había tratado de obstaculizar al máximo la desintegración del imperio británico, con la esperanza de hacerlo

perdurar lo más posible. El credo de Disraeli, resumido en el lema «*Imperium et libertas*», y la idea paterna de la democracia conservadora, son los dos ejes que vertebran su carrera, y, pese a que cambiara de partido político, lo cierto es que nunca modificó estas posiciones[202]. Es raro que un político se atenga a los mismos principios básicos durante cincuenta y ocho años, pero en el caso de Churchill resulta perfectamente pertinente que las últimas palabras que dé en pronunciar siendo todavía primer ministro en el gabinete se remitan al imperio.

La reina le ofreció un ducado, aunque después de que sus asesores privados se hubieran cerciorado de que Churchill estaba dispuesto a rechazarlo. No quería poner ningún impedimento en la carrera política de su hijo Randolph y su nieto Winston, y como él mismo habría de comentarle a Colville: «Te lo digo totalmente en serio: me gustaría morir en la Cámara de los Comunes y como Winston Churchill, nada más»[203]. Desde que se creara el ducado de Westminster en 1874, el año del nacimiento de Churchill, no se había concedido ningún otro similar, es decir, no vinculado con la casa real, y además eran títulos que no se consideraban apropiados para la era del hombre común. No obstante, es difícil imaginar a nadie con mayores merecimientos que Winston Churchill. Solía bromear sobre lo que podría haber sucedido en caso de que hubiera aceptado: tras adquirir las más de 48 hectáreas de la granja Bardogs, colindante con la de Chartwell, diría: «“Duque de Bardogs” no habría sonado mal, y Randolph podría ser marqués de Chartwell»[204]. También le había comentado jocosamente a Colville: «Yo debería haber sido duque de Chartwell, y Randolph marqués de Adiós muy buenas…»[205]. De hecho, es probable que se le hubiera otorgado el ducado de Londres, en conmemoración de la desafiante actitud que había sabido mantener durante los intensos bombardeos aéreos que había sufrido la capital.

La última semana que pasó en Chequers antes de presentar la dimisión, Churchill mandó descolgar de la Sala Noble de la residencia el gigantesco cuadro de Rubens titulado *La fábula del león y el ratón*, en el que aparece representada una escena de los textos de Esopo. «Era un óleo que siempre había provocado gran preocupación en *sir* Winston, —recuerda Grace Hamblin—, ya que no veía bien al ratón»[206]. Una vez tuvo a su alcance el

lienzo, Churchill tomó el pincel y pintó con mayor claridad los contornos del roedor, en un intento de mejorar la obra de Pedro Pablo Rubens[207]. «¡Si esto no es tener valor ya me dirán lo que es!», exclamará más tarde Mountbatten[208].

Capítulo 34

EL «LARGO ATARDECER»

Abril de 1955 - enero de 1965

> No tiene sentido deshacerse en lamentaciones al entrar en la fase final de la existencia humana. Los espíritus nobles se entregan con buen ánimo a las sucesivas sombras que les conducen a un mundo mejor o al olvido.
>
> Churchill en referencia a la muerte del primer duque de Marlborough[1].

> «Vehemente, elevado y audaz», así era su talante. La vida que llevó fue la única que cuadraba con sus hechuras, pues en todo había de llegar hasta el final.
>
> Churchill, *Savrola*[2].

«Aguardo con grata agitación el advenimiento del ocio», le confesará Churchill en Chartwell al historiador del arte *sir* John Rothenstein tras renunciar al puesto de primer ministro: «Se me hace sumamente difícil elegir entre la escritura, la lectura, la pintura, la albañilería y las otras tres o cuatro cosas más que me propongo emprender…»[3]. Además de las actividades que desarrollaba en Kent, Churchill solía acudir a los Comunes,

ocasión en que los parlamentarios se agolpaban invariablemente a su alrededor en la Sala de Fumadores y en los barandales de la Cámara, tanto para escuchar sus reflexiones como para poder decir más tarde que habían estado conversando con una leyenda viviente. El joven diputado conservador Angus Maude, por ejemplo, recuerda haberle oído decir a un grupo de políticos congregados en torno a su figura: «El secreto del buen bebedor consiste en beber todo el tiempo, pero siempre un poquito por encima de lo recomendable»[4].

El hecho de que en las elecciones generales adelantadas que Anthony Eden convocó para el 26 de mayo de 1955, los conservadores obtuvieran 344 escaños, frente a los 277 de los laboristas y los 6 de los liberales, fue sin duda un homenaje a la administración de Churchill. Los conservadores consiguieron 13,30 millones de votos y los laboristas 12,40 millones, lo que dio a Eden una mayoría efectiva de 59 diputados respecto de la suma de sus adversarios. Churchill salió reelegido en la circunscripción de Woodford, con una mayoría de 15 808 papeletas a su favor.

El 11 de julio, el doctor A. L. Rowse, un catedrático de Oxford, visitó a Churchill en Chartwell, después de que el ex primer ministro enviara a recogerle, en el All Souls College de esa universidad, un coche con el pendón de lord Guardián de los Cinco Puertos. «Afortunadamente, —señala Rowse—, tuve la precaución de anotar todo cuanto me dijo». «Al repasar ahora sus frases, transcurrido un tiempo, tiendo a pensar que eso era justamente lo que él deseaba, teniendo como tenía una mentalidad tan centrada en la historia y la historiografía.»[5] Al curiosear en la biblioteca de Chartwell, Rowse observó una gran colección de libros de historia, textos biográficos y memorias políticas, debidamente flanqueados por obras de Scott, Macaulay, Samuel Johnson y Marlborough, amén de la correspondencia de lord Randolph Churchill y de una reciente biografía de Eden. Rowse, que apoyaba a los laboristas, quedó sorprendido al constatar que Churchill «no hablaba en modo alguno como un hombre partidista: volaba a mucha mayor altura. Al referirse al Partido Conservador utilizaba el pronombre “ellos”…». Las ideas de Churchill parecían casi libertarias, ya que de la nacionalización y el sistema fiscal decía, por ejemplo, cosas como esta: «No se crea riqueza con el simple expediente de quitársela a otros.

Debe garantizarse a la gente un mínimo vital, y más allá de eso que cada uno corra según sus fuerzas»[6]. Antes de comer, Churchill y Rowse bebieron un jerez cremoso de la marca Harvey's Bristol, y regaron el almuerzo con un espléndido vino blanco del Rin. Después, al servirse el queso[7], Churchill insistió en que su invitado probara una botella de oporto, para rematar luego la faena con un Cointreau al llegar la hora de los cafés.

Tras la comida, Rowse, «ligeramente achispado», acompañó a Churchill a su estudio a fin de conversar acerca del reinado de Carlos I de Inglaterra y dar a su anfitrión la oportunidad de leer el manuscrito que el propio Rowse había elaborado con vistas a la redacción de un libro sobre los primeros miembros de la familia Churchill, pues esa y no otra era la razón de su visita. Al abordar el tema de la ejecución de *sir* Walter Raleigh a manos de Jacobo I de Inglaterra, Churchill señaló: «Siempre he pensado que ese acto fue uno de los peores baldones que pudieran abatirse sobre ese rematado sodomita»[8]. (Está claro que Churchill no sabía nada acerca de la orientación sexual del propio Rowse.) Al comentar la aventura que vivió el primer duque de Marlborough con *lady* Castlemaine, la querida de Carlos II de Inglaterra, Churchill opina: «El hecho de que la amante del rey le sedujera a la edad de dieciséis años [en realidad eran veintiuno] debió de haber constituido una experiencia tan interesante como valiosa»[9]. Después, el ex primer ministro se dedicó a dar de comer a sus peces de colores, a los que él llamada sus «queridos». Al mostrar a Rowse el cartel de la guerra de los bóers en el que se ofrecía una recompensa por su captura, Churchill le indicó: «Veinticinco libras; ese es todo mi valor». Andando el tiempo, al recordar aquel encuentro, Rowse aseguraría que había sido «prácticamente el mejor día de [su] vida»[10].

A Churchill le encantaba agasajar a los invitados que acudían a Chartwell. En una ocasión le ofreció un *whisky* con soda a un mormón, que le dijo: «¿Podría darme un vaso de agua, *sir* Winston? Es lo que beben los leones». «Y también los burros, —fue la respuesta. Entonces intervino otro mormón presente en la sala—: La fuerte bebida silba y pica como la serpiente». «Pues no sabe usted el tiempo que llevo yo buscando una bebida como esa…», respondió Churchill. Más tarde, al felicitarle Anthony Montague Browne, llamado a cumplir las funciones de secretario privado

durante el tiempo que le quedaba de vida, él esbozó una sonrisa y dijo: «Pues ninguna de ellas es original. Lo único que han hecho ha sido darme pie para que yo les suelte una salida de teatro de variedades»[11]. Los abstemios eran uno de los blancos habituales de sus chistes. En octubre de 1944, al fallecer el arzobispo William Temple, con el que Churchill no simpatizaba nada, debido a las ideas izquierdistas del prelado, le hizo ponerse «bastante irreverente», por emplear las palabras de Colville[12]. «Fíjate: un hombre que solo tenía sesenta y tres años, y que no bebía ni una sola gota de alcohol, —dijo en alusión al eclesiástico—, y ahora mírame a mí, que no soy precisamente abstemio, y aquí estoy con setenta bien cumplidos…»[13]. Siendo bebedor, fumador y carnívoro, el hecho de sobrevivir a los que se privaban de alcohol y se ceñían al vegetarianismo dio siempre una inmensa satisfacción a Churchill.

En agosto de 1955, le visitará Montgomery para recordar los viejos tiempos de la guerra, y Oscar Nemon aparecerá también por Chartwell para esculpir su efigie. Por esa misma época, Winston reanudó la redacción de su *Historia de los pueblos de habla inglesa*. Casi había llegado a completarla a finales de 1939, estando en el Almirantazgo, pero desde entonces había estado muy ocupado con otros asuntos. En octubre de 1932, al firmar el contrato de la obra (por un valor de veinte mil libras esterlinas), había explicado a la editorial que el texto se ocuparía de las «reyertas» de las gentes que hablan nuestro idioma, y que trataría asimismo de sus «desdichas y sus reconciliaciones», con el «objetivo de resaltar el legado común que comparten los pueblos de Gran Bretaña y Estados Unidos, ya que ese es el mejor medio de fomentar su amistad»[14]. A finales de 1955 lograba poner el punto final al ensayo, gracias también a la ayuda prestada por Maurice Ashley, Bill Deakin y Denis Kelly. «La sangre estadounidense que fluye por sus venas ha contribuido a dar forma al escrito, —anota Ashley—, y se aprecia con claridad que sus hábitos aristocráticos no llegaron a eclipsar nunca su simpatía por la democracia, pese a que tendiera a pensar que las grandes gestas del pasado se debían más a los grandes hombres que a las masas»[15]. *La Historia de los pueblos de habla inglesa* es una crónica edificante, y llega a incluir como hecho histórico, por ejemplo, la leyenda de Alfredo el Grande y las tortas quemadas[16]. Al

señalar William Deakin, uno de sus asistentes literarios, como ya hemos visto, que la anécdota era casi con toda seguridad imaginaria, Churchill le contestó: «En tiempos de crisis, los mitos tienen una gran importancia histórica» —un comentario tan válido para la situación vivida entre los años 1940 y 1941 como en el caso de las guerras libradas por el rey Alfredo contra los vikingos—.[17] En 1901, Churchill entregaba a la imprenta el cuarto y último tomo de la obra, en el que figuraba la muerte de la reina Victoria y se esbozaban los prolegómenos de lo que él mismo habría de denominar «un siglo de tempestades y tragedias», un tema que ya había abordado por extenso tanto en *La crisis mundia*l como en *La Segunda Guerra Mundial*. Pese a la gran admiración que Churchill sentía por Robert E. Lee y el coraje militar de los confederados, el héroe del último volumen era Abraham Lincoln. De hecho, asegurará que la guerra de Secesión estadounidense había sido «el más noble y menos evitable de todos los grandes conflictos de masas conocidos hasta entonces»[18].

Además de escribir, Churchill siguió siendo un lector voraz, y encontró en la Biblioteca de Londres a su principal proveedor, ya que le proporcionaba textos de Dickens, Kipling, Austen y Conrad, así como los relatos de aventuras de Forester, Stevenson y Fennimore Cooper, sin olvidar las novelas policíacas de Bulldog Drummond, el personaje creado por Herman Cyril McNeile (que publicaba sus libros bajo el seudónimo de «Sapper[19]»). También releía muchas veces a Shakespeare, sobre todo para relajarse[20]. A pesar de que solía dar diariamente un paseo por Chartwell, y de que continuó practicando su afición a la albañilería, era lógico que Churchill redujera su actividad física, ahora que había mediado ya la octava década de su existencia. «Todo el ejercicio que hago se reduce al de mi condición de portador del féretro de los muchos amigos que se han pasado la vida entera haciendo deporte», dirá en una ocasión[21]. Seguía yendo a Londres con regularidad. Un buen día, tras llevarle Montague Browne al Club Boodle, Churchill señaló: «Me encanta este centro: la mayoría de sus miembros son hacendados decentes». Al indicarle Browne que la mitad de los afiliados eran corredores de bolsa, Churchill fingió sentirse indignado, y exclamó: «¡No debería usted decir esas cosas de sus camaradas de ateneo!

En serio, amigo mío, ha de refrenar usted a toda costa esa tendencia que tiene al juicio pesimista…»[22].

En enero de 1956, Churchill hizo la primera de una larga serie de visitas a La Pausa, la hermosa villa que poseían Emery Reves, su agente literario, y Wendy Russell en Roquebrune, cerca de Montecarlo —construida originalmente por Bendor Westminster para su amante Coco Chanel—. Los Reves no se casaron hasta el año 1964, así que Clementine no se dignaba a tratar con ellos, y calificaba la relación que mantenían como pareja de hecho de «amancebamiento inconformista y molesto», por más que la situación no se prestara de hecho a ninguna incomodidad, salvo por la que le pudiera inspirar a ella[23]. Churchill nunca había visto con mojigatería los amores de los demás, y por otra parte disfrutaba del sol, de la suntuosa hospitalidad de sus amigos, de las partidas de bezique y de la posibilidad de charlar agradablemente. El 6 de febrero cenaba a bordo del *Christina*, el yate de Aristóteles Onassis, un armador griego inmensamente rico. Clementine no aprobaba que su marido dedicara el tiempo a codearse con esos plutócratas, pero Churchill tenía la sensación de que, a su avanzada edad, sus grandes esfuerzos pasados le daban derecho a disfrutar ahora de un poco de diversión y de lujo.

El 23 de abril, Día de san Jorge, Churchill publicaba El nacimiento de Britania, el primero de los cuatro volúmenes de la *Historia de los pueblos de habla inglesa*, aunque Clement Attlee sugirió que en realidad el título debería de haber dicho: «*Cosas de la historia que me han interesado*»[24]. En la reseña que habrá de realizar para el *New York Times*, Harold Nicolson señalará que, para Churchill, «prácticamente todos los vuelcos decisivos del rumbo de la historia se deben al repentino surgimiento, en una era marcada por la confusión y la decadencia, de una gran figura histórica», ya se trate de Alfredo el Grande, de la reina Isabel I o de William Pitt el Joven[25]. Churchill comienza con esta presentación: «Alfredo el Grande había defendido bien el hogar isleño», y acto seguido, tras elogiar que el monarca se dedicara al estudio de la historia, sostiene que «estaba dotado de la sublime capacidad de elevarse por encima de la enorme fuerza de las circunstancias; de conservar una visión imparcial de las cosas, por extremos que fueran los bríos de la victoria y los pesares de la derrota; de perseverar

ante la inminencia del desastre; de contemplar los giros de la fortuna con mirada serena; y de conservar la fe en los hombres tras sus reiteradas traiciones»[26]. Pese a que el tomo final terminara con la muerte de la reina Victoria, lo cierto era que el nombre de la persona que realmente clausuraba en ese momento tan heroico *continuum* resultaba perfectamente evidente para sus lectores. El libro se vendió fantásticamente bien y fue traducido a once idiomas. En noviembre, al agradecer a Churchill la entrega del segundo volumen, David Maxwell Fyfe, convertido ya en lord Kilmuir, señala con notable perspicacia: «Siempre he creído que una vívida comprensión de la historia constituye un bagaje *sine qua non* para un político. Su libro no solo confirma esto que le digo, también está llamado a contribuir a que un sinfín de personas alcancen a percibir sin titubeos esta verdad»[27]. Las últimas tropas británicas abandonaban la Zona Económica del Canal de Suez a principios de junio de 1956, en cumplimiento del acuerdo que Eden había negociado durante el mandato de Churchill, y tres semanas más tarde, el coronel Gamal Abdel Nasser era elegido presidente de Egipto. Poco después, el 26 de julio, Nasser nacionalizaba repentinamente y sin previo aviso el Canal, propiedad de ingleses y franceses, sumiendo a sus accionistas y usuarios en una crisis de gran envergadura. En un primer momento, Churchill se mostró partidario de actuar «con energía para revertir la decisión, y de recurrir a las armas, si se revela necesario» derrocar a Nasser, y así se lo hizo saber a Eden. También le dijo a Clementine que temía que, al encontrarse Eisenhower en plena campaña de reelección, podía darse perfectamente la circunstancia de que Eden optara por «aguardar la decisión de Estados Unidos, que de ese modo llegaría tarde, por tercera vez, al escenario de los hechos»[28]. Con la perspectiva que hoy nos proporciona el tiempo, parece claro que, en caso de haber tomado esa decisión, Eden habría acertado —y de hecho, esa prudencia habría venido a concordar también con el consejo final que el propio Churchill había ofrecido al gabinete—: «No os alejéis nunca de los estadounidenses»[29]. Sin embargo, Eden hizo caso omiso de aquella máxima y dedicó el verano y el otoño a coaligarse con Francia e Israel contra Egipto, sin advertir en ningún instante a Eisenhower, quien, como Churchill había señalado, se hallaba efectivamente inmerso en la campaña

presidencial. El 20 de octubre, estando en La Pausa, Churchill sufrió otro pequeño infarto cerebral y fue trasladado en avión a Inglaterra, adonde llegó tres días antes de que las tropas británicas y francesas tomaran el Canal de Suez. El 6 de noviembre, Eisenhower salía reelegido, pero su postura contraria a la acción militar anglo-francesa no se suavizó perceptiblemente ahora que ya tenía asegurada su posición en la Casa Blanca.

Es difícil no detectar una cierta *Schadenfreude*[30] en la actitud que Churchill mantiene respecto a Eden en el tema del Canal de Suez, sea realmente cierto o no que le dijera a Moran: «Anthony se lo tiene bien merecido. Ha heredado los problemas por los que insistió en pedir mi marcha»[31]. Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que aseguró que la operación de Suez fue «la acción peor concebida y ejecutada de todas las imaginables […]. Yo jamás me habría atrevido a hacer semejante cosa; pero de haberlo hecho, lo que no habría tenido habría sido la osadía de detenerme»[32]. Lo que Churchill se proponía era restaurar la Especial Relación que Inglaterra y Estados Unidos habían mantenido durante la guerra, y de hecho empezó a trabajar en ese sentido antes incluso de que las últimas tropas británicas tuvieran que abandonar Egipto humilladas, barridas del escenario —en la percepción popular— por el hecho de que los estadounidenses hubieran amenazado la estabilidad de la libra esterlina en caso de Gran Bretaña prolongara la ocupación del Canal. «No es mucho lo que me queda por hacer en este mundo, y no tengo ni el deseo ni las fuerzas necesarias para implicarme personalmente en las presentes tensiones y desórdenes políticos, —le escribe a Eisenhower a finales de noviembre—. Creo, no obstante, con inconmovible convicción, que la cuestión de la alianza anglo-estadounidense reviste hoy una importancia superior a la que haya podido tener en cualquiera de los aprietos surgidos después la guerra.»[33]

Sin embargo, los sentimientos contrarios a Eisenhower que Churchill alimentaba en su fuero interno continuaban siendo tan negativos como siempre. En el mes de septiembre siguiente, durante una estancia en La Capponcina, la villa que Beaverbrook poseía en Cap d’Ail, en el sur de Francia, Churchill hizo unos cuantos comentarios sobre la novela

apocalíptica que Nevil Shute acababa de publicar con el título de *La hora final*, en la que se abordan los efectos de una guerra nuclear. «Creo que la tierra no tardará en ser destruida, —aseguró el ex primer ministro—. Y si yo fuera el Todopoderoso, no volvería a crear el mundo, no fuera a darse la circunstancia de que, en esa reedición, los hombres acabaran aniquilándole también a Él.»[34] A Churchill se le ocurrió que podría enviarle un ejemplar de la novela a Nikita Jrushchov, el nuevo líder soviético, pero al preguntarle alguien si no convendría regalársela también a Eisenhower, Winston afirmó: sería «tirar el dinero».

«El Oriente Próximo es una de las regiones más crueles del mundo, —le dirá Churchill a Montague Browne en 1958—. Se trata de una franja de terreno por la que siempre se ha combatido, y en ella solo ha reinado la paz cuando una gran potencia ha logrado establecer firmemente su influencia y demostrado estar dispuesta a imponer su voluntad. Es preciso apoyar con toda energía a tus amigos, y, si es necesario, también será preciso vengarles. La fuerza, o mejor dicho la combinación de la fuerza y los sobornos, es lo único capaz de suscitar respeto en la zona. Resulta sumamente triste, pero es mejor que todos asumamos cuanto antes que así son las cosas. Lo que ocurre en este momento no es solo que nuestra amistad no se valora, sino que nuestra enemistad no se teme.»[35] El 9 de enero de 1957, el desastre de Oriente Próximo provocaba la renuncia de Eden, lo que constituía un drama simultáneamente familiar y político para Churchill, dado que Clarissa, la esposa de Eden, era su sobrina. «Sobrellevan con gran coraje el destino que les ha tocado en suerte», le comentará Churchill a Clementine[36]. El sustituto de Eden fue Harold Macmillan, un hombre férreamente opuesto a las medidas de apaciguamiento que no solo había agradado siempre a Churchill, sino que había contado con su respaldo.

Frederick Lindemann, conocido cariñosamente como «el Profesor» y ennoblecido con el título de lord Cherwell, falleció en la cama el 3 de julio de 1957. Lindemann había sido el amigo más íntimo que Churchill había tenido en toda su vida, junto con F. E. Smith y Brendan Bracken, y ahora, tras una amistad de treinta y seis años, se veía obligado a afrontar el penoso deber de asistir a su funeral, celebrado en Christ Church, la catedral de la diócesis de Oxford, y a pesar de sus achaques, insistió en acompañar el

ataúd hasta la tumba. «Era un hombre de carácter singular y de gran valor, tanto moral como físico», recordará Churchill en el Other Club[37]. El mes siguiente llegó la noticia de que Anthony Beauchamp, el ex marido de Sarah, se había suicidado, cosa que dejó profundamente afectada a la hija de Churchill y la sumió de forma aún más pronunciada en el alcoholismo —y todo ello en un período en el que Randolph seguía bebiendo mucho y en el que Diana tampoco estaba contenta consigo misma—.[38] De los cuatro hijos vivos de Churchill, Mary era la única a la que no habían perjudicado las indudables tensiones derivadas de tener por padre a un gran hombre.

En 1958, se creó un fondo destinado a la construcción del Churchill College, en Cambridge, consagrado a la ciencia y la tecnología. Cuando se le preguntó si le parecía bien que el centro llevara su nombre, Churchill bromeó: «Bueno, a fin de cuentas, me coloca al lado de la Trinidad[39]»[40]. Quería que la facultad admitiera en igualdad de condiciones a mujeres y hombres. «Cuando pienso en lo que hicieron las mujeres durante la guerra, —dijo—, comprendo claramente que merecen un trato igualitario»[41]. Cabría considerar que esta postura venía a constituir también una suerte de disculpa tardía por la miopía que había mostrado cuarenta años antes al oponerse al sufragio femenino.

En febrero de 1958, Churchill enfermó de neumonía en La Pausa, lo que le obligaría a combatirla durante toda la primera mitad del año, ya que en marzo la infección se recrudeció, y luego, tras caer al suelo en abril, sufrió una pleuresía. Roy Howells se convirtió en su asistente a tiempo completo. «Has sido muy grosero conmigo, sabes, —le dijo Churchill en una ocasión—. Sí, pero usted también se ha puesto muy desagradable a veces», respondió Howells, a lo que Churchill replicó, «esbozando apenas una sonrisa»: «Sí, pero yo *soy* un gran hombre»[42].

A principios de agosto de 1958, Churchill hizo tres visitas a Brendan Bracken, que se encontraba ya en la fase terminal de su cáncer de esófago, en el Hospital de Westminster. El 8 de agosto, estando en casa de Beaverbrook, en la Riviera francesa, se enteró de que Bracken había fallecido, con tan solo cincuenta y siete años de edad. «Dime una cosa, Pat», le preguntó Churchill a *sir* Patrick Hennessy, un gran amigo de Bracken que le había acompañado hasta el final. «¿Murió con valentía?» Al

asegurarle Hennessy que Bracken había expirado efectivamente con mucha entereza, todo lo que Churchill acertó a decir, «con gruesos lagrimones en las mejillas, —fue—: Pobre Brendan, querido amigo»[43]. El propio Bracken había predicho: «Moriré joven y caeré en el olvido». Y es cierto, murió joven tras una vida marcada por el intenso hábito de fumar, pero el «fiel *chela*[44]» de Churchill, su más fiable consejero político, el hombre que se mantuvo a su lado durante toda la travesía del desierto, el que fuera un brillante ministro de Información a lo largo de la segunda guerra mundial y fundador del actual *Financial Times* y de *History Today*, no ha sido olvidado. En poco más de un año, Churchill perdía así a sus dos mejores amigos. El 20 de noviembre dirá en el Other Club: «Hemos sufrido un gran golpe, un mazazo fulminante. Brendan se ha ido. Todos recordamos los sombríos tiempos en que su ánimo, su encanto personal y su ingenio consiguieron elevarse por encima de las tristezas individuales y los graves acontecimientos. Soportó su enfermedad con paciencia y coraje. Ahora ya no está entre nosotros, y su pérdida nos empobrece a todos»[45].

Entre el 22 de septiembre y el 10 de octubre de 1958, Churchill disfrutó del primero de los ocho cruceros que habría de efectuar a bordo del *Christina* en el transcurso de los cinco años siguientes. Su nieta Celia Sandys recuerda que aquellos viajes eran «de un lujo verdaderamente estrafalario»[46]. Recorrió el Mediterráneo y el Caribe, y en una ocasión los navegantes llegaron hasta Nueva York, aunque esa vez Churchill se encontraba demasiado pachucho para poder desembarcar. Mary daría en calcular que, entre los años 1956 y 1962, su padre adquirió la costumbre de pasar, por término medio, unas diecisiete semanas al año en el extranjero, buscando siempre regiones y climas soleados. «Los últimos días o años de la vida son grises y apagados, —le dirá Churchill a Clementine el 14 de octubre de 1958—, pero yo disfruto de la gran suerte de tenerte a mi lado»[47]. A fines de la década de 1950, la memoria de Churchill comenzó a desvanecerse: tenía que preguntar quién era Herbert Morrison[48], y pese a que podía recordar que había sido primer lord del Almirantazgo en tiempos de la batalla del Río de la Plata, no conseguía determinar en qué guerra se había librado ese choque[49]. Cuando asistía a los debates de los Comunes, Churchill se sentaba en el escaño de la esquina situada justo a un lado del

pasillo, el mismo que había ocupado durante su particular travesía del desierto, y en 1959 se convirtió en Decano de la Cámara, es decir, en el miembro distinguido por haber prestado el más largo período de servicio ininterrumpido de todos los diputados en activo —considerado así a pesar de haber permanecido un tiempo alejado del parlamento a principios de la década de 1920.

En 1959, a bordo del *Christina*, Churchill visitó Niza, Montecarlo, la Riviera italiana, las islas griegas y Estambul (que, por supuesto, él seguía llamando «Constantinopla»). Se llevó a *Toby*, un periquito que le había regalado Duncan Sandys**[50]**. La novia de Onassis, la conocida diva operística Maria Callas, también se encontraba a bordo, y Celia Sandys recuerda que, en las ocasiones en que Churchill se empeñaba en cantar sus melodías de vodevil favoritas, «el hecho de ver a Maria Callas esforzándose en fingir que se lo estaba pasando estupendamente bien mientras entonaba a coro con él el “*Daisy, Daisy*” tenía sin duda algo de estrambótico e incongruente»**[51]**. Al contemplar el Templo de Poseidón en el cabo de Sunión, donde Byron había dejado grabado su nombre en una columna, Churchill recitó unos versos de su *Don Juan*. En Rodas, como es obvio, le encantó el valle de las Mariposas.

«Tras abandonar Esmirna, cruzamos los Dardanelos de noche, —señala Celia—. Se hizo así para no despertar malos recuerdos en el huésped de honor.»**[52]** Sin embargo, Churchill «era plenamente consciente de lo que sucedía a su alrededor. Esa noche, durante la cena, hizo referencia a los Dardanelos, pero no insistió excesivamente en la cuestión, y todo el mundo se atuvo a esa consigna»**[53]**. «Parecía claro que le estimulaba» la cambiante sucesión de escenas que la nave iba desvelando poco a poco en su periplo por todos aquellos parajes, a cada cual más espléndido. Por otra parte, nadie podría decir que hubiera perdido su capacidad de regañar a quien no le complaciera: una tarde, Daisy Fellowes, que en 1919 había contraído matrimonio con el primo hermano de Churchill y se hallaba en ese momento hospedada en el Cap d’Ail, hizo un comentario que Churchill, que se encontraba muy cerca y parecía estar dormido, pudo escuchar sin ningún problema: «Qué lástima que un hombre tan grande deba pasar los años de su declive en compañía de Onassis y Wendy Reves. —Pronunciadas estas

palabras, se escuchó un gruñido seguido de una suerte de dictamen oracular —: Daisy, Wendy es tres cosas que tú nunca serás: joven, bella y amable»[54].

Entre enero y febrero de 1959, Churchill dedicará a la pintura su última visita a Marrakech. «Nos ha hecho un tiempo fabuloso, —le escribe Montague Browne a Beaverbrook desde el Hotel Mamounia el último día de las vacaciones—, pero [Winston] se va hundiendo progresivamente en el letargo y la lasitud, y aunque no se le ve precisamente melancólico, lo cierto es que cada vez se interesa menos por lo que ocurre a su alrededor»[55]. Ese mes, Churchill publicará su último escrito original, una edición de *La Segunda Guerra Mundial* resumida en un solo volumen y aumentada con un epílogo relativo al período de 1945 a 1957. En marzo, la exposición individual de sus pinturas en la Real Academia de las Artes de Londres se saldó con un enorme éxito, ya que el número de visitantes que atrajo vino prácticamente a duplicar la cifra de público que el año anterior había acudido a admirar los dibujos de Leonardo da Vinci.

El 19 de abril de 1959, Churchill sufrió un nuevo ataque de apoplejía, aunque bastante leve. El episodio le provocó algunos dolores y le dificultó el habla[56]. Sin embargo, apenas tres días más tarde acudía al Other Club, y poco después se dirigía a los asistentes a un concurridísimo mitin organizado en la circunscripción de Woodford y les anunciaba que iba a presentarse una vez más a las elecciones al parlamento —iniciativa que fue recibida con grandes aplausos—. Al mes siguiente, en Nueva York, la gente se arremolinó a su alrededor, y algunas personas sostuvieron a sus hijos en alto para hacerlos descollar por encima de la multitud a fin de que, al hacerse mayores, pudieran decir que habían visto a Winston Churchill.

Churchill se alojó en la Casa Blanca por espacio de tres noches, y después subió por primera vez a bordo de un avión de reacción. En una nueva muestra de magnanimidad, visitó también a John Foster Dulles, que agonizaba, víctima del cáncer, y a George Marshall, que había perdido el habla a causa de un derrame cerebral que poco después, en octubre, iba a llevarle a la tumba. Después de entrevistarse con Eisenhower, el presidente estadounidense comentó entristecido con su nuera: «Ojalá le hubieras conocido en sus buenos tiempos»[57]. En el vuelo de regreso a casa,

Churchill notó un dolor palpitante en el dedo meñique de la mano derecha, y se descubrió que no estaba llegando sangre a la zona, debido quizá a que el anillo de sello que llevaba puesto habitualmente había actuado a manera de torniquete. Al final hubo que amputarle la falange del dedo, dado que se había instaurado un proceso de gangrena seca.

Churchill pronunció su último discurso político el 29 de septiembre de 1959, en el marco de la campaña electoral en Woodford. «Entre nuestros oponentes socialistas reina una gran confusión, —señaló—. Algunos de ellos consideran que la empresa privada es un tigre al que resulta imprescindible abatir. Otros la ven más bien como una vaca a la que pueden ordeñar»[58], y al decir esto subrayó expresivamente sus palabras haciendo con las manos el gesto de estirar las ubres de una res imaginaria. «Sin embargo, únicamente un puñado de políticos ve lo que realmente es: el fornido y bien dispuesto caballo que tira del carro entero.» En esa ocasión, su folleto de presentación electoral proclamaba: «No debemos olvidar nunca la singularísima posición que ocupamos, ya que además de ser el corazón y el centro de la Comunidad y el imperio británico de naciones, somos también socios eminentes de la Alianza Atlántica»[59]. Con ochenta y cuatro años, consiguió salir reelegido en su decimoquinta y última elección, con una mayoría próxima a los quince mil votos, mientras, por otra parte, Macmillan y los conservadores obtenían una mayoría de cien escaños. Su último discurso público tuvo lugar el 31 de octubre, tras la inauguración de una estatua con su efigie en Woodford. El tema de la alocución fue el pueblo británico. «Con nuestro coraje, nuestra resistencia y nuestro cerebro hemos logrado abrirnos camino en el mundo y aportar al conjunto del género humano un beneficio imperecedero, —aseguró—. No cedamos al desaliento. En nuestro futuro brilla la esperanza.»[60]

En realidad, en la década de 1960, la visión de futuro que ensombrecía los pensamientos del propio Churchill se hallaba oscurecida *de facto* por el más negro pesimismo. «He trabajado muy duramente y he logrado muchas cosas, —solía decirle a Montague Browne y a otras personas de su círculo más inmediato—, y todo para descubrir que, al final, no he conseguido nada»[61]. Quizá se refiriera a su incapacidad para conseguir un pacto de estabilidad capaz de neutralizar las tensiones de la guerra fría, pero lo más

probable es que sus reflexiones brotaran a un tiempo de la percepción de un nuevo punto débil en la posición de Gran Bretaña en el mundo —el que había revelado la crisis del Canal de Suez— y de la progresiva descomposición del imperio británico que tanto había amado y al que había jurado proteger. Tras lo ocurrido en Suez, Churchill no habría de intervenir ya sino una última vez en los asuntos internacionales, al intentar persuadir a Macmillan, en 1961, de que pospusiera la visita de la reina Isabel a Ghana, alegando que su primer ministro, Kwame Nkrumah, era un político anglófobo y autoritario**[62]**. Sin embargo, el encuentro se mantuvo, y se saldó con un considerable éxito.

En enero de 1961, *Toby*, el periquito amaestrado, salió volando por la ventana de la habitación del Hôtel de Paris en el que se alojaba Churchill en Montecarlo, y no regresó. «Lloro la pérdida de *Toby*, —le dijo a Clementine —. Sigo aguardando, contra toda esperanza, a que me llegue la noticia de que lo han encontrado sano y salvo.»**[63]** Churchill se lo pasaba en grande apostando en el casino monegasco, sobre todo si lo hacía a la ruleta. Cuando se presentaba en las mesas de juego, el resto de los parroquianos aplaudían al verle llegar, según recuerda su guardaespaldas, el detective Edmund Murray. «Los vítores eran espontáneos y respetuosos, y muchos le recibían con lágrimas en los ojos», señala Murray**[64]**.

El 19 de abril atracaba en Nueva York el yate *Christina* en el que viajaba Churchill. Apenas dos días después, Winston volaba de regreso a casa, aunque no sin haber contemplado antes las maniobras que efectuaba el *Queen Mary* para abandonar el muelle de la naviera Cunard y emprender la travesía del Atlántico, tal y como había hecho en las históricas misiones de guerra que había efectuado en 1943 y 1944.

Churchill pintó su última tela, *El estanque de peces de colores de Chartwell*, en 1962, y una vez terminada se la regaló a Murray. El 28 de junio, se cayó en su habitación del Hôtel de Paris y se fracturó la cadera y el fémur del lado izquierdo. La radiografía mostró la antigua fisura que se había producido en 1893, al saltar del puente peatonal de la finca de los Wimborne, y fue trasladado en avión a casa, en el que habría de ser su último vuelo. «Recuerda, quiero morir en Inglaterra, —le dirá a Montague Browne—. Prométeme que lo dispondrás todo para que así sea.»**[65]** Al día

siguiente, contraviniendo los consejos de los médicos franceses, que habían recomendado que no se trasladara a Churchill, Harold Macmillan enviaba a recogerle un De Havilland Comet del servicio médico aéreo de la RAF. Churchill permaneció cincuenta y cinco días en el Hospital de Middlesex, y al acudir Montgomery a hacerle una visita, le encontró fumando puros y «protestando por la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común»[66]. La familia de Churchill reprendió a Montgomery por haberle comentado a la prensa ese último extremo, y poco después Montague Browne mandaba a los periodistas una nota que él mismo calificaría más tarde como una «carta de buena concordia», pero lo cierto es que nadie negó que Churchill se hubiera mostrado adverso a ese ingreso de Inglaterra en el club comercial europeo. Pese a todo, los reporteros se afanaron en recoger de los cubos de basura del centro las colillas de los puros del viejo luchador.

Las fracturas sufridas en Mónaco fueron el último episodio de una larguísima serie de accidentes —de entre los que cabe destacar diversas caídas de un caballo o por unas escaleras, varios accidentes automovilísticos y de aviación, un incendio doméstico, un salto desde un puente, un percance en el lago de Ginebra en el que estuvo a punto de ahogarse y el atropello de un coche en Nueva York, por no citar más que unos cuantos—. Todo había comenzado al darse un trastazo con el triciclo a los cinco años. En 1899, al caer rodando por las escaleras en Jodhpur, le había dicho en broma a su madre: «Confío en que [esta] desgracia vuelva a congraciarme con los dioses, ofendidos quizá por mi éxito y buena fortuna en otros lances»[67]. Y desde luego, los dioses le habían exigido una buena dosis de porrazos propiciatorios —tanto es así, que la caída de Mónaco le desestabilizó a tal extremo que en septiembre de 1964 ya era incapaz de reconocer a Montgomery.

En el transcurso de los años, Churchill había ido plantando distintas clases de setos y arbustos en Chartwell, fundamentalmente para atraer a las numerosas variedades de mariposas que había dispersado en la finca. Esto le haría adquirir la costumbre de sentarse en una silla, en los días de sol, según recuerda Mary, y de «colocarse en una posición estratégica frente a las hierbas de San Pedro[68] en plena y magnífica floración, con el fin de observar con arrebatado deleite el vívido y tembloroso llamear de las

mariposas (Almirantes rojos, Colas de pavo real y Damas pintadas) que revoloteaban entre las flores púrpura, rebosantes de néctar, dispuestas a darse un festín»[69]. Churchill había tenido ocasión de dejarse fascinar por las mariposas en Cuba, las había empezado a coleccionar en la India, le habían maravillado durante su estancia en la prisión de Sudáfrica, y había escrito sobre ellas, tanto en el transcurso de su viaje por el África Oriental como durante su estancia en California. Ahora iban a constituir el último de los numerosos entusiasmos que le habían hecho vibrar en su larga vida, mientras los vericuetos de su mente se iban devanando lentamente.

En abril de 1963, el presidente Kennedy le nombraba en Washington ciudadano honorario de Estados Unidos, y Winston, que asistía al acto en la distancia, tuvo ocasión de ver a Randolph leer su discurso a través de un circuito cerrado de televisión. El 19 de octubre, fallecía Diana a causa de una sobredosis de somníferos. Churchill le escribirá desde Chartwell una carta a Clementine en la que le confiesa su dolor, pero le confirma también su intenso amor[70]. Un mes después, se enteraba por los reportajes televisivos del asesinato del presidente Kennedy, al que admiraba enormemente, y lloraba su muerte.

El 27 de julio de 1964, Churchill hará su última visita al parlamento, y al día siguiente, *sir* Alec Douglas Home, el primer ministro, almorzaba con él en Hyde Park Gate, junto con otros altos cargos políticos, a fin de presentarle una resolución unánime de la Cámara de los Comunes en la que se aprobaba su jubilación después de más de sesenta años como diputado. En noviembre celebró su nonagésimo cumpleaños en esa misma casa de Hyde Park Gate, y diez días más tarde asistía al Other Club por última vez. «Se había ido volviendo paulatinamente más difícil despertar la chispa de su ingenio, tan vivaz en otro tiempo», recuerda Montague Browne en el conmovedor relato que nos ha dejado de los últimos diez años de Churchill en su libro titulado *Long Sunset*: «Todo cuanto cabía decir era que sabía dónde estaba y que se sentía feliz de encontrarse allí»[71].

Poco tiempo después, en diciembre de 1964, Churchill sufría un espasmo en una arteria del cerebro. Sus últimas palabras coherentes, dirigidas a Christopher Soames, fueron: «Me aburre todo tan soberanamente…»[72]. En la noche del 9 de enero de 1965, era víctima de

un derrame cerebral masivo, tras el cual no volvería a recuperar la conciencia. Pese a todo, permaneció con vida durante quince días más, recostado en una cama colocada en el salón principal del número 28 de Hyde Park Gate. Su gato Jock también yacía allí, en ese mismo domicilio, y su habitación estuvo todo el tiempo adornada con velas y flores. Poco después de las ocho de la mañana del domingo 24 de enero de 1965, el noble corazón de *sir* Winston Spencer-Churchill latía por última vez.

En 1953, Churchill le había dicho a Jock Colville que moriría en el aniversario de la muerte de su padre, y así fue. Pero no habría de ser este el último de los homenajes que rindiera a lord Randolph: en sus primeras declaraciones sobre el particular, Churchill había manifestado que deseaba ser enterrado bajo el césped del campo de *croquet* de Chartwell, pero a finales de los años cincuenta, tras visitar las tumbas de su padre, su madre y su hermano en la iglesia de San Martín de Bladon, desde donde se veía el palacio de Blenheim, cambió de opinión y decidió reposar junto a ellos. En la actualidad, la tumba de lord Randolph Churchill lleva una placa en la que se lee «Padre», con lo que, irónicamente, su memoria perdura gracias a la relación que le une con un hijo al que infravaloró terriblemente, y al que en muchos aspectos llegó incluso a despreciar.

«Gran Bretaña ha dejado de ser una Gran Potencia», murmuraría Charles de Gaulle, el general que presidía los destinos de Francia desde el año 1959, al enterarse de la noticia de la muerte de Churchill[73]. El fallecimiento del gran estadista se había producido en un momento en el que el gobierno laborista estaba sopesando la idea de retirar de la zona oriental del Canal de Suez a todos los soldados ingleses, lo que en la práctica equivalía a dar por clausurado el imperio británico. «Los días de los gigantes se han ido para siempre», escribirá el historiador *sir* Arthur Bryant en las *Illustrated London News*. Y el novelista V. S. Pritchett observa: «Teníamos la vista puesta en un pasado totalmente irrecuperable»[74].

La reina dio al duque de Norfolk, el conde mariscal[75], las instrucciones pertinentes para que el funeral de Churchill fuera de «una magnitud acorde

con el lugar que le corresponde en la historia», con lo que quedó garantizada la celebración del más suntuoso funeral ajeno a la casa real que se hubiera visto en el país desde el fallecimiento del duque de Wellington en 1852 —llegando a eclipsar incluso al que se le había hecho a Gladstone en 1898—. Tanto las pompas fúnebres, en cuya planificación hacía años que se trabajaba, como las disposiciones protocolarias asociadas con ellas, a las que se había dado el nombre en clave de «Operación Hope Not»[76], habían tenido que actualizarse constantemente debido a la gran longevidad de Churchill. El propio Winston había desempeñado un papel relativamente modesto en la programación del acontecimiento, aunque además de prometerle a Harold Macmillan que se escucharían «himnos muy animosos» le había recalcado a Montague Browne: «Recuerda, quiero un montón de bandas militares». Y el día señalado le acompañaron nada menos que nueve.

El velatorio, con Churchill de cuerpo presente, tuvo lugar en el Salón Westminster, y se prolongó por espacio de tres días y tres noches. Su ataúd estaba cubierto con una bandera del Reino Unido, y sobre ella descansaba la insignia de la Orden de la Jarretera. Más de trescientas veinte mil personas desfilaron frente al catafalco, protegido en cada una de sus cuatro esquinas por miembros de los tres ejércitos, todos los cuales permanecieron inmóviles como estatuas, con la cabeza inclinada en señal de respeto y homenaje[77]. «Dos son los ríos que atraviesan silenciosamente Londres esta noche, —escribirá un espectador—, y por uno de ellos afluye la gente en oleadas. Oscuro y callado como el Támesis nocturno, pasa por el Salón Westminster y se arremolina después al pie de esa peña a la que llamamos Churchill». De hecho, hasta podrían haber acudido más personas si el termómetro no hubiera registrado valores bajo cero —tanto es así que, el día del funeral, el frío provocó incluso que algunos caballos de la policía causaran baja—. Las banderas ondearon a media asta en todo el país, se publicaron densos obituarios en los periódicos, un gran número de ciudadanos se pusieron brazaletes negros, se pospuso la celebración de los partidos de fútbol, se cerraron las tiendas y la Asociación Nacional de Maestros de Escuela llegó al extremo de cancelar una huelga.

«La noticia de la desaparición del muy honorable *sir* Winston Churchill, el más grande de cuantos ingleses hemos conocido, ha causado una profunda tristeza en el gobierno y el pueblo de la India», dirá a la reina el presidente del subcontinente, Sarvepalli Radhakrishnan, en su carta de condolencia. «La magia de su personalidad y su dominio del lenguaje renovaron la fe en la libertad durante los dificilísimos años de la segunda guerra mundial. *Sir* Winston Churchill ha dejado una honda impronta en la faz de Europa y del mundo. Los pueblos valorarán por espacio de muchos siglos sus inolvidables servicios. Deseo transmitir a Su Majestad, al gobierno de su nación y al pueblo de Gran Bretaña, nuestro más sincero pésame por esta gran pérdida. Confío en que la seguridad de saber que millones de personas de todo el mundo comparten su dolor, le aporte algún alivio en esta hora luctuosa.»[78]

La catedral de San Pablo fue el ineludible escenario del funeral. Durante la guerra, el templo había sufrido nada menos que el impacto de veintiocho bombas, y una de ellas había sido un enorme artefacto de doscientos veinticinco kilos. Sin embargo, la magistral obra del arquitecto *sir* Christopher Wren había logrado permanecer milagrosamente en pie. Además, los funerales de Nelson y de Wellington también se habían desarrollado entre sus muros. Uno de los gestos sin precedentes fue la decisión de la reina de asistir personalmente a las honras fúnebres, un signo de particular favor real, ya que los soberanos no tenían costumbre de acudir a ningún funeral que no fuera de la familia real. En las exequias hubo ese día seis monarcas, seis presidentes y dieciséis primeros ministros.

El 30 de enero, día del funeral, a las diez menos cuarto la mañana, al salir de Westminster el ataúd, se oyó la campana del Big Ben, pero después permaneció en silencio el resto del día. El catafalco se colocó en el mismo armón de artillería que se había utilizado en 1901 para despedir a la reina Victoria. Tiraron de él por las calles de Londres 104 marineros de la armada, en memoria de los dos mandatos de Churchill como primer lord del Almirantazgo. Al salir la comitiva del palacio de Westminster, uno de los espectadores vio en la escena el empaque de un gran buque de guerra en el momento de abandonar el puerto. Hubo también otras tropas en el desfile, ya que intervinieron destacamentos de dieciocho unidades militares, nada

menos, y todos ellos marcharon con los rifles boca abajo. Fue precisa la colaboración de cuatro comandantes de los reales húsares irlandeses de la Reina (el regimiento sucesor del 4.º de húsares) para llevar todas las órdenes y condecoraciones de Churchill detrás del armón en el que efectuaba su último viaje.

Al pasar el cortejo frente al Cenotafio de Whitehall, un centenar de hombres y mujeres que habían militado durante la guerra en los movimientos de resistencia al nazismo de Francia, Dinamarca, Noruega y Holanda enarbolaron otras tantas banderas a modo de saludo final. Una vez que el ataúd hubo superado el monolito, un grupo de combatientes daneses que habían luchado contra Hitler en la clandestinidad depositaron una corona de lirios en el monumento. Al pedirles un periodista que le facilitaran sus nombres, uno de ellos respondió, antes de volver a perderse entre la multitud: «Nadie los supo en la guerra y lo mismo debe ocurrir ahora».

Tal y como había prometido Churchill, hubo efectivamente varios temas «muy animosos». La elección de cánticos como el del «*Himno de la batalla de la República*» se había hecho en atención al lugar de nacimiento de su madre, a su amistad con el presidente Roosevelt y a su fe en el empuje de los pueblos de habla inglesa, mientras que otros, como «*Quien verdadero valor tiene*» o «*Combate con todas tus fuerzas por una buena causa*», se escogieron para reflejar su personalidad y su carrera**[79]**. Ocho guardias reales de guante blanco portaron el ataúd, elaborado con madera de robles talados en la finca del palacio familiar de Blenheim, y le hicieron subir los escalones de la fachada oeste del templo de San Pablo. Una vez finalizada la ceremonia religiosa, el cuerpo abandonó la catedral a los sones del himno de retirada «*Oh Dios, que nos prestaste ayuda en el pasado*». Fue un ritual solemne, soberbio y sublime. Poco después, en el parque de Saint James, Churchill se convertía en la única figura no aristocrática de la historia en recibir como saludo una salva de noventa cañonazos de la Real Artillería Montada.

Cerca de trescientos cincuenta millones de personas de todo el mundo tuvieron ocasión de contemplar el funeral por la televisión. De hecho, en Estados Unidos la audiencia superó incluso a la registrada en las honras

fúnebres del presidente Kennedy, apenas quince meses antes. La ceremonia contó con la representación de ciento doce países, nada menos. El único estado que se negó a enviar una delegación fue el de la China comunista, y solo la República de Irlanda optó por no transmitir el funeral en directo. Tras la ceremonia, el ex presidente Eisenhower y *sir* Robert Menzies realizaron dos excelentes intervenciones ante las cámaras.

El féretro fue trasladado a bordo de la lancha motora *Havengore*, y al iniciar la marcha, dieciséis aviones Lightning pasaron en vuelo rasante, tanto en conmemoración del que fuera fundador de la RAF como en homenaje a la decisiva importancia que habían tenido las fuerzas aéreas en la batalla de Inglaterra. En 1965, Londres era todavía uno de los puertos marítimos más grandes del mundo, y en sus muelles trabajaban, estacionadas en las innumerables dársenas, muchísimas grúas, todas ellas inmensas. Al pasar frente a ellas el *Havengore*, los operarios que las manejaban abatieron las plumas de las máquinas, como si hasta esos enormes aparatos desearan inclinar respetuosamente la cabeza para honrar al difunto cabecilla nacional.

A los visitantes extranjeros les sorprendió ver llorar en público a los británicos, a los que se supone de carácter reservado. «Desde que acabara la guerra, —escribe la novelista Laurie Lee—, nadie había dado muestras de tanta emoción». Un historiador estadounidense que visitó Gran Bretaña con la explícita intención de asistir al ceremonial señala que «la multitud era la encarnación misma del espíritu de 1940, y todos asistimos al gran impulso democrático de la población inglesa, ya que entre el público había mujeres elegantes y hombres tocados con bombín mezclados con los obreros del Londres más castizo y los estibadores». Al llegar el *Havengore* al amarradero de Festival, se desembarcó el ataúd y un grupo de granaderos lo llevó a hombros hasta un coche fúnebre que trasladó los restos mortales de Churchill a la explanada de la estación de Waterloo, donde se subió el féretro a un tren. Al atravesar el convoy la campiña, la gente, apiñada en los apeaderos y en los terrenos de cultivo, se quitaba la gorra con admirado recogimiento. El doctor Rowse comenta que, en el Oxfordshire, «la parte occidental del cielo, iluminada por el refulgente resplandor del atardecer

invernal, anunciaba ya los velos del crepúsculo en que se sumía el imperio británico»[80].

En la localidad de Bladon, en la que se encuentra el palacio de Blenheim, se colocaron dos coronas de laurel sobre la tumba. «Para mi querido Winston, Clemmie, —rezaba la nota manuscrita de una de ellas, mientras en la otra se decía—: De la Nación y la Comunidad de Naciones, en recuerdo agradecido, Isabel R.». De acuerdo con los testimonios de todos los presentes, reflejadas en las palabras de un periodista, «el porte de Clementine era el de una reina». Al retirarse a su dormitorio, tras esa agotadora y emotiva jornada, le dirá orgullosamente a su hija Mary: «¡No ha sido un funeral, ha sido un triunfo!»[81]. Al fallecer Clementine, en diciembre de 1977, a la edad de noventa y dos años, se esparcieron sus cenizas sobre la tumba de su esposo.

Conclusión

«EN SINTONÍA CON EL DESTINO»

> He conocido a personajes más refinados y de mayor envergadura, a filósofos más sabios y a personalidades más comprensivas, pero jamás a nadie de mayor talla que la suya.
>
> El presidente Dwight D. Eisenhower, en referencia a Churchill, diciembre de 1954[1].

> Era una fuerza de la naturaleza. Veneraba la tradición, pero despreciaba los convencionalismos.
>
> General lord Ismay, en alusión a Churchill[2].

> Cuando mengua la fortuna, el ingenio ha de expandirse para colmar el vacío.
>
> Churchill a Clementine, desde las trincheras, 20 de diciembre de 1915[3].

«Se han escrito, y se siguen escribiendo, demasiadas cosas sobre mi persona», le había dicho Churchill al profesor Lindemann —y mucho antes de saber lo que habría de venir más tarde, ya que son palabras que pronuncia nada menos que en la década de 1920—.[4] Pese a toda esa actividad literaria (que ha continuado arreciando desde su muerte, sin que

haya signos de que vaya a escampar en breve), el general *sir* Alan Brooke escribía en agosto de 1943: «Me pregunto si llegará a haber algún día un solo historiador capaz de ofrecer un retrato realista de Churchill que nos muestre sus auténticos rasgos»[5]. En 1960, fecha en la que empieza a redactar sus memorias, lord Ismay le había dicho al presidente Eisenhower que hasta el año 2010, como mínimo, no sería posible escribir una biografía objetiva de Churchill. En realidad, ha habido que esperar hasta la década en que nos encontramos para que los investigadores tuviéramos a nuestra disposición las últimas piezas del rompecabezas archivístico, y me refiero a los diarios íntegros, sin expurgar, del rey Jorge VI e Ivan Maisky, a las actas literales en las que Lawrence Burgis hizo constar el contenido de las reuniones del Gabinete de Guerra, a los documentos privados de los hijos de Churchill y a muchas otras cosas más. Cincuenta años después de la muerte de Churchill, se hace al fin posible ofrecer un retrato suyo en el que sus rasgos biográficos adquieran cierto realismo y se aproximen a lo que verdaderamente fue.

«Para hacer justicia a un gran hombre, —escribió en una ocasión el propio Churchill—, es preciso poseer un talento crítico capaz de separar el grano de la paja. El entusiasmo favorable, por satisfactorio que pueda resultar, resulta siempre insípido»[6]. Este libro no le ha ahorrado reproches, y espero haber sabido discernir adecuadamente sus luces y sus sombras. El año en que nació Churchill, el general *sir* Garnet Wolseley firmaba un tratado por el que se obligaba al derrotado rey Kofi de los asante a poner fin a los sacrificios humanos. En la fecha de su fallecimiento, la nave espacial Gemini 5 orbitaba en torno de la Tierra y los Beatles lanzaban el tema «*Ticket to Ride*». La perspectiva que nos proporciona el tiempo nos permite comprobar que, en las nueve décadas que separan ambos acontecimientos, fueron muchas las situaciones en que se puso en cuestión, con toda legitimidad, el buen juicio de Churchill. De entre esas circunstancias cabría destacar, por ejemplo, que se opusiera al sufragio femenino; que acudiera a presenciar personalmente el asedio de la calle Sidney; que destituyera con tan mal tino al almirante Bridgeman; que nombrara primer lord del Mar a John Fisher, alias «Jacky», en la primera guerra mundial; que eligiera a Roger Keyes en la segunda; que continuara insistiendo en dar curso a la

operación Galípoli después del mes de marzo de 1915; que en 1920 requiriera los servicios de grupos paramilitares conocidos con el apodo de «Negros y Caquis» para aplastar la rebelión del sur de Irlanda; que aplicara una política sumamente arriesgada durante la crisis de Chanak; que apoyara la Regla de los Diez Años para la determinación de las Estimaciones Presupuestarias del Departamento de Defensa; que optara por abrazar el patrón oro; que respaldara a Eduardo VIII durante la crisis de la abdicación; que gestionara mal la campaña de Noruega; que utilizara como chivo expiatorio al rey belga Leopoldo III, al permitir que se le culpara de abrir una brecha a los alemanes al inicio de la segunda guerra mundial; que ayudara a Grecia entre los años 1940 y 1941; que no lograra valorar ni prever las aptitudes militares de los japoneses; que describiera la península itálica diciendo que era la «blanda panza» del enemigo nazi; que subestimara la capacidad de fuego de los Stuka alemanes, tanto en sus ataques a los buques aliados como en la destrucción de tanques; que intimidara con violentos modales a Stanisław Mikołajczyk, el primer ministro del gobierno polaco exiliado en Londres, obligándole así a aceptar la línea Curzon como frontera de Polonia tras la contienda; que presionara a Roosevelt y a Marshall, así como a su propio Estado Mayor, para lograr que se materializara la campaña del Dodecaneso en 1943; que permitiera la deportación de los cosacos de Crimea y su entrega a Stalin; que pusiera igualmente en manos de Tito a los yugoslavos que habían combatido contra el líder balcánico; que pronunciara el tristemente célebre discurso de la «Gestapo» durante la campaña electoral de los comicios de 1945; que instaurara el sistema de los «superministros»; que apaciguara a los sindicatos durante su tardío mandato al frente del país; que permaneciera en el cargo de primer ministro tras el ictus de 1953; y muchísimas otras cosas. Sin embargo, como él mismo le había comentado a Clementine en el período que pasó en las trincheras de la Gran Guerra, «quien no hace nada no comete errores»[7]. Varias de esas equivocaciones se debieron a su hábito de insistir en considerarlo todo desde su exclusivo punto de vista, al menos como primera medida: esta costumbre le obligaría a verse muchas veces en graves aprietos, como confirman los casos de Natal, la calle Sidney y Amberes. No obstante, también hay que destacar que, en la mayoría de las

ocasiones, esa forma de proceder le dio la oportunidad de comprender por sí mismo algunas cuestiones extremadamente relevantes. «El número de errores en que pueda uno incurrir en política carece de importancia, lo verdaderamente decisivo es poder seguir cometiéndolos, —le había dicho en una ocasión a lord Rosebery—: Es como lanzar niños crudos a los lobos; en cuanto dejas de hacerlo, la manada se echa encima del trineo en el que viajas»[8].

En el obituario que dedicó a Churchill, Clement Attlee sostiene que «su más excelsa virtud no residía tanto en la prudencia, el buen juicio práctico o la visión de conjunto, como en la energía y el dinamismo»[9]. ¿Cabe considerar justa esta afirmación? La presunta falta de juicio de Churchill habría de acompañarle como una especie de segunda piel a lo largo de toda su carrera, y, a veces, como hemos visto, por razones más que fundadas. No obstante, al enfrentarse a las tres amenazas de muerte que se cernieron sobre la civilización occidental —la de los militaristas prusianos en 1914, la de los nazis en los años treinta y la del comunismo soviético de la segunda mitad de la década de 1940, una vez superada la segunda guerra mundial—, el buen juicio de Churchill se reveló muy superior al de todos cuantos desdeñaban su criterio. En esas tres coyunturas históricas determinantes, la visión de Churchill resultó más que acertada, mientras los que le rodeaban —por parafrasear a Rudyard Kipling, uno de sus poetas favoritos— perdían la cabeza y le echaban la culpa a él. Antes de que estallara la segunda guerra mundial, el mismo Attlee había estado oponiéndose al rearme y al servicio militar obligatorio, y había seguido haciéndolo mucho tiempo después de que Churchill hubiese comenzado a clamar por la puesta en marcha de ambos procesos. ¿Quién demostró mayor «prudencia, buen juicio práctico o visión de conjunto» cuando lo que se dirimía en el envite eran precisamente los asuntos que realmente podían influir de forma drástica en la vida de los ciudadanos de Gran Bretaña, su imperio y la Comunidad de Naciones?

Si una persona se pasa las dos terceras partes de un siglo bajo el foco público, tiene que tomar decisiones importantes sobre un gran número de

cuestiones, y se ve obligada a emitir su opinión en la práctica totalidad de los asuntos que pasan por sus manos, no solo resulta lógico esperar que cometa algunos errores (e incluso que de cuando en cuando esos fallos se revelen graves), sino que es igualmente natural que muchas de sus actitudes no coincidan con las que hoy mantiene la mayoría de la población. Sin embargo, frente a esta lista de desaciertos y fracasos, se erige la mucho más larga y determinante que enumera sus éxitos y logros. El poeta griego Arquíloco nos ha dejado escrito que «el zorro sabe muchas cosas, pero el erizo conoce una importante». Los detractores de Churchill lo han presentado con los rasgos de un erizo que cometió un sinfín de errores, pero que alcanzó a comprender correctamente las características de una situación crucial —la que provocaron Hitler y el auge del nazismo—. Sin embargo, a este aparente reconocimiento añaden que su acierto se debió poco menos que a la casualidad (y que fue únicamente un corolario de la ley de los promedios estadísticos). Pero quienes esto afirman se confunden. En uno de sus escritos, Henry Kissinger dice, en referencia a Churchill: «Su comprensión de las tendencias históricas fue invariablemente perspicaz, y en muchas ocasiones también profunda». «Antes de la primera guerra mundial, Churchill se percató de que Francia no era ya capaz de hacer frente por sí sola a Alemania, y de que Gran Bretaña tenía que abandonar su histórico aislamiento para trabar una alianza sólida con Francia. En la década de 1920 quiso involucrar a Alemania en la construcción del orden mundial, y la palanca de que se valió para conseguirlo fue el rencor que había generado en Berlín el Tratado de Versalles.»[10] Churchill fue también el hombre que preparó adecuadamente a la Gran Flota británica antes de que estallara la primera guerra mundial; el padre del tanque; el iniciador de buena parte de la legislación social destinada a aliviar el sufrimiento de la Inglaterra eduardiana, abrumada por una pobreza demoledora; el ministro del Interior liberal que supo introducir reformas capitales; uno de los políticos que contribuyó al surgimiento del Estado Libre Irlandés; y el creador del estado de Jordania. También supo saldar las deudas de la Gran Guerra, promover la adopción de políticas magnánimas tras la huelga general minera de 1926, y elaborar presupuestos basados en la reducción de impuestos —por no mencionar que, en tiempo de paz y durante su segundo

mandato como primer ministro, también construyó un millón de viviendas y acabó con las cartillas de racionamiento—. Y sobre todo: fue la primera figura política relevante que detectó a tiempo el doble peligro totalitario que representaban el comunismo y el nazismo, y el primero en señalar asimismo cuáles eran los métodos más adecuados para plantar cara tanto al uno como al otro. Churchill fue la encarnación del zorro por excelencia, la personificación de quien sabe y hace un gran número de cosas, no la materialización de las virtudes del erizo.

Churchill supo aprender de sus errores, y después hizo además buen uso de las lecciones recibidas. La catástrofe de los Dardanelos le permitió comprender que no debía ignorar a sus jefes de Estado Mayor; la huelga general de 1910 y 1911, así como los graves disturbios registrados en la localidad de Tonypandy, en el valle de Rhondda, le harían entender más tarde, durante la segunda guerra mundial, que debía dejar las relaciones industriales en manos del laborista Ernest Bevin; el desastre del patrón oro le llevó a asumir la imperiosa necesidad de reactivar la economía y de conservar la liquidez del sistema financiero tanto como le fuera posible, aunque sin desatender las exigencias de la guerra. Además, Churchill también supo aprender de sus éxitos. Los grandes avances criptográficos que se lograron en la Sala 40 del Almirantazgo durante la Gran Guerra le animaron a recurrir más tarde a Alan Turing y a los analistas del sistema Ultra, especializados en la decodificación de mensajes cifrados; la campaña contra los submarinos de 1917 le hizo ver las ventajas del sistema de convoyes; su defensa del uso del tanque le llevó a promover la invención de un amplio abanico de armas innovadoras, en cuya elaboración intervendría también, además de un precursor como el general Hobart, la dirección del MI(R). Hacía ya mucho tiempo que había entendido con toda claridad que el máuser era muy superior a la lanza.

Churchill estaba en lo cierto al señalar que toda su existencia anterior no había sido más que una preparación para las durísimas pruebas que iba a tener que superar en los años de guerra en que ejerció el cargo de primer ministro. Su precoz dominio de la «noble y escueta» lengua inglesa, junto con las numerosas lecturas que realizó en su época de alférez, le permitirían más tarde elaborar la magnífica oratoria de sus arengas de guerra. El tiempo

que pasó en Cuba le enseñó a mantener la calma en medio de un tiroteo y a prolongar su capacidad de trabajo por medio de la siesta. Las experiencias que vivió en la guerra de los bóers le descubrieron las deficiencias de los generales. El período que pasó como piloto y secretario de estado del Aire le convirtieron en un grandísimo defensor de la RAF, mucho antes del estallido de la batalla de Inglaterra. La redacción del *Marlborough* le preparó para coordinar la toma de decisiones de los diferentes estamentos militares aliados. Su tendencia a visitar siempre, y en persona, los escenarios en los que se estuvieran desarrollando los acontecimientos, como ocurriría por ejemplo en el cerco de la calle Sidney y en Amberes, le formarían para presentarse posteriormente en los cuatros puntos cardinales de Gran Bretaña y subirle la moral a la población durante los intensos bombardeos aéreos de las primeras fases de la segunda guerra mundial. La fascinación que siempre le hizo sentir la ciencia, alimentada por su amistad con Lindemann, le llevaría a comprender cabalmente las aplicaciones militares de la fisión nuclear. Los escritos que dedicó al fundamentalismo islamista le servirían para hacer frente al fanatismo nazi. Su clarividente y acertado análisis del bolchevismo sentaría las bases de su discurso sobre el telón de acero, y su creación del Seguro Nacional y del sistema de pensiones de vejez, en colaboración con Lloyd George, antes de la primera guerra mundial, le dispondría más tarde a abrazar y dar cabida al estado del bienestar surgido tras la segunda gran contienda del siglo XX. Y por encima de todo, las experiencias que tuvo ocasión de acumular en la Gran Guerra —preparar a la armada, encajar la debacle de los Dardanelos, pasar una larga temporada en las trincheras y asumir el puesto de ministro de Municiones— le proporcionarían una visión y comprensión de la mecánica bélica que terminaría por revelarse absolutamente decisiva, ya que supo aplicar provechosamente lo aprendido a las particulares circunstancias de la segunda guerra mundial.

Fue un hombre proteico. Uno de los biógrafos de Churchill, Robert Rodas James, enumera en su descripción buena parte de los rasgos que completan su perfil: «Político, deportista, artista, orador, historiador, parlamentario,

periodista, ensayista, jugador, soldado, corresponsal de guerra, aventurero, patriota, internacionalista, soñador, pragmático, estratega, sionista, imperialista, monárquico, demócrata, egocéntrico, hedonista, romántico…»[11]. Fue efectivamente todas esas cosas, pero todavía podrían añadirse unas cuantas: coleccionista de mariposas, aficionado a la caza mayor, amante de los animales, director de periódico, espía, albañil, hombre de ingenio, piloto, jinete, novelista y llorón (este último calificativo es el que le aplicaban por cierto el duque y la duquesa de Windsor). Y el factor que tendió a proporcionarle impulso en la materialización de todas estas facetas fue más el de las emociones profundas que el del análisis racional —lo que contribuye a explicar que durante buena parte de su existencia la gente se inclinara a creer que le faltaba sentido común—. Estuvo toda su vida vehemente —y erróneamente— convencido, por ejemplo, de que el Partido Conservador había desperdiciado cruelmente los talentos de su padre. Se mostró igualmente persuadido de que su firme adhesión a los principios del libre comercio justificaba suficientemente el cambio de bando político que en 1904 le había llevado a sentarse en la bancada liberal en los Comunes. Creía —una vez más de forma equivocada— que estaba destinado a morir joven y que tenía que buscar por tanto atajos para alcanzar lo antes posible la grandeza. Deseaba ardientemente ser un gran general, preferiblemente un nuevo Napoleón. Estaba absolutamente convencido —y es probable que también se engañara en esto— de que podría haber puesto un rápido y victorioso fin a la Gran Guerra si le hubieran dejado forzar el paso de los Dardanelos.

Churchill adoraba a Clementine y a sus hijos (incluso a Randolph), pero también le gustaba entregarse a sus placeres, muchas veces sibaríticos. Sus amigos —que en muchos casos fallecieron a una edad temprana (y con la mayoría de los cuales habría de reñir en uno u otro momento de su relación) — le inspiraron un enorme aprecio y siempre les fue leal. Odiaba visceralmente a Lenin, a Trotski y a Hitler, pero la lista de personas a las que detestó casi se agota aquí, ya que es notablemente breve. Churchill era superlativamente egoísta, estaba dotado de un fuerte instinto combativo, y si toda su vida tendió a exagerar deliberadamente las cosas, subestimó en cambio sistemáticamente la impresión negativa que esos rasgos de carácter

producían en quienes le rodeaban o se relacionaban con él. A lo largo de estas páginas, el lector habrá podido comprobar más de unos cuantos ejemplos de egocentrismo, insensibilidad y crueldad en Churchill. «Al permanecer absorto en sus propios asuntos», escribe el comandante Tommy Thompson, el ayudante personal que le acompañó a lo largo de toda la segunda guerra mundial, «mucha gente le considera brusco, vanidoso, intolerante y autoritario»[12]. Podía ser también muy individualista, quisquilloso y testarudo, además de un gestor entrometido que tendía a controlarlo todo con tremenda minucia. No obstante, Churchill consiguió convertir en virtudes varios de estos defectos, y de hecho era necesario que poseyera algunos de estos rasgos de carácter para poder capear las crisis a que hubo de enfrentarse, tanto en tiempos de guerra como en épocas de paz. Y evidentemente, si uno se avenía a operar en función de sus peculiares criterios, podía ser asimismo una persona capaz de inspirar un intenso afecto. Son pocos los políticos de primer nivel que no muestran un ego abultado, pero en su caso, teniendo en cuenta sus numerosos talentos, no puede decirse que estuviera injustificadamente hinchado.

El hecho de que Churchill manifestara de cuando en cuando un estado de ánimo sombrío a lo largo de todo el período de la guerra, y también en otras temporadas de su vida, como en los tiempos de la campaña de Galípoli, no significa que fuese una persona melancólica, y mucho menos maníaco-depresiva o bipolar. En el capítulo 10 analizamos la única referencia que hace en toda su existencia al abatimiento (con la expresión «perro negro»). El mito de un Churchill depresivo carece de fundamento, tal y como ocurre con el de su presunto alcoholismo, igualmente recurrente. Las circunstancias que le desalentaban le habrían bajado la moral a cualquiera, y es cierto que bebía mucho, pero ese era un hábito muy frecuente en los años treinta. (Por otra parte, es preciso tener presente que no inhaló nunca el humo de los ciento sesenta mil cigarros puros que, según se cree, acabó consumiendo en el transcurso de su vida.) En el discurso de despedida que pronunció ante el batallón en el que había servido durante la Gran Guerra, Churchill había declarado: «Digan lo que digan de mí como soldado, al menos nadie podrá asegurar que me haya escabullido frente a un vaso de licor o que no haya sabido apreciar siempre las virtudes del

alcohol»[13]. El lector podrá coincidir sin duda con esta afirmación que el propio Churchill hace de su condición de bebedor entusiasta: «Yo he obtenido del alcohol, más de lo que él ha obtenido de mí»[14].

En julio de 1932, en el discurso que dio en el Gran Salón Victoria, en Londres, para festejar el bicentenario del nacimiento de George Washington, Churchill había preguntado: «Y si hablamos de valentía, de esa intrepidez personal y cívica que Washington supo mostrar en todas las situaciones de la vida, ¿no les parece que sigue resultando hoy tan necesaria como siempre, ya nos veamos inmersos en las angustias y peligros de la paz moderna o sumidos en los furores de las guerras pasadas?»[15]. Si tenemos en cuenta que faltaban apenas seis meses para que Hitler accediera a la cancillería alemana, es evidente que el coraje resultaba imprescindible. El propio Churchill demostró toda su vida un notabilísimo arrojo, tanto físico como moral, y así viene a confirmarlo, como ya hemos visto, el hecho de que escriba en *Grandes contemporáneos*: «A los hombres y a los reyes ha de juzgárseles en los momentos en que la vida les pone a prueba. Es acertado juzgar que el valor constituye la primera de las cualidades humanas, puesto que […] es la virtud que garantiza todas las demás»[16]. Aparte de su evidente bravura en los campos de batalla de cinco guerras, antes del año 1939, una de las formas de manifestación de su temple es la que observamos en los numerosos desplazamientos que hizo al extranjero durante la segunda guerra mundial: nada menos que veinticinco viajes de ida y vuelta que le llevaron a cubrir más de ciento setenta y cinco mil kilómetros —lo que le convierte en el líder de guerra más trotamundos de su tiempo—. Algunas de esas misiones consistieron en rápidas y peligrosas travesías del Canal de la Mancha (en 1940, 1944 y 1945), pero otras se prolongaron por espacio de varias semanas, y le obligaron a cruzar océanos y continentes[17]. Lo hizo además mediada ya la sesentena, a una edad en la que adolecía de sobrepeso y en la que ya no estaba en buena forma física, teniendo que trasladarse muchas veces en aviones sumamente incómodos, ruidosos y desprovistos de un sistema de presurización, y arrostrando en muchas ocasiones el claro peligro de un accidente o un ataque aéreo. La lista de personajes relevantes fallecidos en vuelo en el período de la segunda guerra mundial es realmente larga, y destacan en ella nombres

como los del general William Gott, alias «Strafer»; el almirante Bertram Ramsay; el general de brigada Orde Wingate; el líder polaco Władysław Sikorski, el duque de Kent, el almirante japonés Isoroku Yamamoto, el actor Leslie Howard y el músico estadounidense Glenn Miller. No obstante, valía la pena correr tales riesgos, ya que gracias a ese nomadeo, Churchill consiguió conocer al resto de los líderes mundiales mucho mejor de lo que jamás alcanzarían estos a conocerse entre sí. El trío formado por Roosevelt, Stalin y Churchill solo se reuniría en dos únicas ocasiones: en Teherán en 1943 y en Yalta en 1945. Esto contrasta de la forma más notable con el hecho de que Churchill y Roosevelt se entrevistaran en once ocasiones, y de que el primer ministro británico y el dirigente soviético se vieran en tres —mientras que Roosevelt y Stalin nunca llegaron a conversar a solas, salvo de forma marginal en los dos encuentros trilaterales—. Los viajes que Churchill efectuó a lo largo de la segunda guerra mundial fueron el cemento con el que se mantuvo la cohesión de los «Tres Grandes».

Junto a esa valentía física y moral, Churchill revelaría ser también un estadista dotado de un carácter marcadamente magnánimo, tanto en el comportamiento mostrado con las naciones enemigas vencidas como en la relación con sus oponentes personales. En mayo de 1915, John Fisher intentó aniquilarle políticamente, pero al año siguiente Churchill sugirió que se le volviera a nombrar primer lord del Mar, un gesto que ha de añadirse al de que ambos mantuvieran una correspondencia amistosa hasta el fallecimiento de Fisher. Bonar Law insistió en que se le expulsara del Almirantazgo, pero los dos hombres también supieron conservar en este caso una buena relación personal. Lord Alfred Douglas le difamó maliciosamente a causa del comunicado emitido después de la batalla de Jutlandia, pero Churchill le dijo a un enviado suyo: «Dígale de mi parte que el tiempo pone fin a todo»[18]. Lord Derby había engañado gravemente al Comité de Privilegios de los Comunes, y Churchill lo descubrió al investigar la manipulación ilegal de las pruebas que la Cámara de Comercio de Manchester había entregado al Comité Selecto de los Comunes para la Reforma Constitucional de la India en 1934. Sin embargo, Churchill acabó perdonando a Derby. Colin Thornton-Kemsley trató de conseguir que no se eligiera a Churchill parlamentario por la circunscripción de Epping debido a

que se había opuesto al Acuerdo de Múnich, pero al estallar la segunda guerra mundial Churchill le escribe en una carta: «Por lo que a mí respecta el pasado está olvidado»[19]. Churchill también le devolvió a Eliot Crawshay-Williams una nota derrotista que este había redactado en 1940 con la siguiente recomendación: «Para que la quemes y la eches al olvido»[20]. Churchill no tendría en cuenta las evidentes maniobras y artimañas con las que Max Beaverbrook y Stafford Cripps trataron de hacerse con el puesto de primer ministro en el transcurso de la segunda guerra mundial, y también pasaría por alto que Lloyd George afirmara: «He de esperar a que Winston se estrelle». Los elogios fúnebres que Churchill dedicó a Neville Chamberlain, Lloyd George y Stafford Cripps supieron hacer igualmente caso omiso, con gran generosidad, de los desaires, enfados y agravios del pasado. En 1945 ofreció un puesto en el gabinete a Leslie Hore-Belisha, y en 1951 hizo lo mismo con Clement Davies, pese a que hubiera votado en favor de apartarle a él del cargo de primer ministro en el año de 1942, en el que se jugó el destino de Europa (como recuerda el propio Churchill en el título de su obra *El gozne del destino*). Si se comportó así con Davies fue porque no creía en la conveniencia de vengarse de los adversarios políticos internos, sino más bien en lo que él denomina «un juicioso y frugal drenaje de la bilis»[21]). Los numerosos actos de amabilidad que tuvo hacia personas nacidas en un entorno familiar menos privilegiado que el suyo surgían de su natural compasivo y de un profundo sentido de *noblesse oblige*. De hecho, esa forma de ser es inseparable de sus puntos de vista demócrata conservadores, lo que explica que la veamos intervenir con regularidad a lo largo de su biografía.

Churchill vivió todas sus pasiones de un modo más intenso y desmedido que sus contemporáneos, ya que, en la mayoría de los casos, los factores que impulsaban la participación política de sus colegas brotaban de una mezcla de percepciones asociadas con la obligación social, la ambición, las convicciones ideológicas y el simple deseo de llevar una vida interesante. Para Churchill, en cambio, el elemento motivador surgía nada menos que de la necesidad de reivindicar la memoria de un padre fallecido y de «izar

nuevamente la rasgada bandera» de sus opiniones, por emplear sus propias palabras. Esto le dio una ventaja sobre los demás, sobre todo en los años 1940 y 1941 en que tuvo ocasión de encauzar toda su capacidad, su experiencia y su pasión, para dirigirla a la aniquilación de «ese hombre».

En mayo de 1940, Churchill advirtió a los británicos que la guerra iba a provocar «sangre, penalidades, sudor y lágrimas», y él mismo se mostró dispuesto a consagrar esos cuatro elementos a la causa —y muy especialmente, como hemos visto, el tercero—. Sus pasiones y su intensa emotividad habrían de llenarle muy a menudo los ojos de lágrimas. De hecho, tal y como solía hacer con su sentido del humor, también sabría utilizar de cuando en cuando esa facilidad para el llanto prácticamente como un arma política más. «Lloriqueo un montón, ya sabes, —le había dicho en una ocasión a Anthony Montague Browne, su último secretario privado—; tendrás que acostumbrarte a ello»[22]. Browne recuerda que una de las cosas que más habitualmente provocaban las lágrimas de Churchill eran los «relatos heroicos […]: un noble perro decidido a abrirse paso con gran esfuerzo por un paisaje nevado a fin de reunirse con su amo le hacía sollozar. Resultaba conmovedor. Y a mí me pareció siempre algo perfectamente aceptable». Churchill consideraba que sus tendencias lacrimógenas respondían poco menos que a una patología, y de hecho le comentará a su médico que esa propensión había comenzado en 1924, al tener que encajar la derrota, por tan solo 43 votos, en las elecciones parciales de la Abadía de Westminster. Sin embargo, fueron muchas las ocasiones en que se deshizo en llanto antes de esa fecha. Más acertado me parece por tanto el diagnóstico que atribuye la situación al hecho de que se tratara de un aristócrata emotivo y educado en valores propios del período de la regencia de Jorge IV de Inglaterra, de que fuera en realidad una persona sentimental nacida a finales de la era victoriana, en el seno de una clase más que acomodada que, sin embargo, creía más en la compostura hierática. En enero de 1806, los ocho almirantes que transportaron el ataúd de Horacio Nelson también lloraron a lágrima viva sin la menor inhibición.

El efecto que el padre de Churchill ejerció sobre Winston ha sido uno de los temas centrales que han vertebrado este libro. Sabemos que nuestro protagonista escribió una biografía en dos tomos de lord Randolph, que el

discurso inaugural que pronunció en su primera intervención en los Comunes giró en torno a su figura, y que posteriormente habría de mencionarlo periódicamente en muchos de los debates de la Cámara. Su carrera política comenzó con una reivindicación deliberada de la trayectoria política y vital de su padre, y el joven Winston se mostró siempre convencido de estar ahondando en los principios demócrata conservadores de lord Randolph (que su padre había heredado a su vez de Benjamin Disraeli), una persuasión que le acompañaría incluso en la época en que pasó a militar en el Partido Liberal, dedicado, ya por entonces, a sentar las bases del estado del bienestar. La obsesión que le empujaba a obtener a toda costa la aprobación de su padre no disminuyó en modo alguno con la muerte de lord Randolph, como explicita con meridiana claridad el relato corto que elabora en 1947 con el título de «*El sueño*». Winston dio a su único hijo varón el nombre de su padre, hizo suyos muchos de sus gestos y ademanes personales, y se las arregló incluso para fallecer en el mismo día que él, como una suerte de último homenaje, pese a que para entonces ya hubiera superado con mucho todos los logros de su progenitor. Habría resultado perfectamente comprensible que Winston hubiera querido competir con su frío y distante padre, pero parte de su grandeza de carácter se hace patente en el muy contrario hecho de que juzgara estar acrecentando las ideas y promoviendo los principios de lord Randolph. «Soy hijo de la Cámara de los Comunes, —dirá en diciembre de 1941 en una Sesión Conjunta del Congreso estadounidense—. Crecí en casa de mi padre», prosigue, «educado en la fe en la democracia. “Confía en la gente”: ese fue el mensaje que me transmitió. Mucho tiempo atrás, en los viejos días de la aristocracia victoriana, en los que, como decía Disraeli, el mundo era una regalía de la que únicamente disfrutaba un grupo reducido, un auténtico puñado de personas, me acostumbré a ver cómo le aclamaban, tanto en los mítines como en las calles, las masas de trabajadores»[23].

Al haberse producido en su familia bastantes decesos a edades tempranas, Churchill quedó convencido de que su vida no iba a ser larga. Sin embargo, el extraordinario número de veces en que estuvo a punto de encontrar efectivamente la muerte, tanto en el campo de batalla como fuera de él, le persuadirían de estar llamado a cumplir un destino histórico

particular. La razón de que el Centro de Archivos Winston Churchill de la Universidad de Cambridge sea tan extenso reside en el hecho de que él mismo tendía a conservarlo todo, ya que creyó desde muy joven que iba a ser un gran hombre y a tener que tomar decisiones trascendentales en momentos decisivos de la historia de un imperio que en esa época era el mayor que hubieran conocido los siglos. Llegaría a guardar incluso las facturas del consumo doméstico del período eduardiano (que nos indican que adquirió la costumbre de beber champán Pol Roger desde el año 1908, si no antes). Conservó también tanto la correspondencia relacionada con sus mascotas como la asociada con los regalos que recibía (esto incluye cartas en las que se habla de una larga serie de remesas de cigarros puros que le dio a probar, a modo de obsequio, la Comisión Nacional del Tabaco de Cuba), amén de todo un conjunto de menús y notas para la distribución de asientos en diversos banquetes. No en vano se ha dicho, con todo acierto por otra parte, que la enorme masa de legajos, expedientes, discursos y publicaciones que nos ha dejado Churchill constituye «uno de los más ricos fondos documentales» que jamás haya dado constancia de «la aventura humana»**[24]**.

La producción escrita de Churchill resulta similarmente inmensa. Dio a la imprenta 6,1 millones de palabras, distribuidas en 37 volúmenes —lo que supera la suma del legado de Shakespeare y Dickens—, y pronunció otros 5 millones más en sus discursos públicos, por no mencionar la ingente cantidad de cartas y memorandos que también redactó. Debido en parte a esta condición de prolífico polímata, parece ser también un hombre atravesado por una miríada de contradicciones. Su Carta del Atlántico proclama una fe en la democracia que no se hace extensiva a la independencia de la India; fue un gran defensor de los débiles, pero creyó durante un tiempo en la eugenesia; era nieto de un duque y sin embargo puso fin a la capacidad de veto de los pares de Inglaterra; ordenó la Ofensiva de Bombardeo Combinada de los Aliados y amaba las mariposas; fue un rudo soldado que se ponía ropa interior de seda debido a que tenía la «piel extremadamente delicada y sensible»; cambió de bando en los Comunes, y no solo una vez, sino dos… En la esfera política, la mayor parte de estas contradicciones aparentes pueden explicarse en virtud de la

notable flexibilidad de sus principios demócrata conservadores, basados en un ejercicio compasivo de la acción legislativa. De hecho, esa flexibilidad podía abrazar prácticamente cualquier cosa al amparo de la genérica rúbrica de *Imperium et libertas*. El resto de sus cambiantes posiciones puede explicarse en función de la afirmación que él mismo realiza en 1927 al sostener que «el único modo de que un hombre pueda mantener la coherencia en medio de la constante mutación de las circunstancias consiste en cambiar con ellas y en conservar al propio tiempo el mismo objetivo fundamental»[25].

En 1956, al enviar a Churchill una nota de agradecimiento por haberle obsequiado el segundo volumen de la *Historia de los pueblos de habla inglesa*, lord Kilmuir le dice: «Siempre he creído que una vívida comprensión de la historia constituye un bagaje *sine qua non* para un político»[26]. Al ser él mismo historiador, Churchill consideró siempre que las cuentas que tuviera que rendir al fin ante el tribunal de quienes la escriben revestían una importancia capital, un extremo que menciona por ejemplo en el elogio fúnebre que dedica a Neville Chamberlain al remitirse a «las dolorosas averiguaciones de la Historia». Churchill explica en uno de sus escritos que los treinta y cinco años transcurridos desde que dejara el Real Colegio Militar de Sandhurst, en Berkshire, habían sido «una interminable película en la que uno mismo es el actor protagonista»[27]. Era consciente de que se acabaría escribiendo sobre su persona —una actividad en la que habría de participar fundamentalmente él mismo—, y por eso le preocupaba tanto estar siempre «a la altura de las circunstancias». Era el héroe central de las escenas de una obra dramática elaborada por él mismo, y sabía que tendría que dar al fin explicaciones a cuantos le leyeran[28]. Así lo confirma su hija Mary: «Veía en los hechos y en las gentes a los personajes de una representación, que aparecen siempre iluminados por sus propios conocimientos de la historia y su ardiente deseo de un destino glorioso, acorde a la evolución de los acontecimientos»[29]. En la nota necrológica de Churchill, Clement Attlee escribe: «Y es que, en efecto, se preguntaba constantemente a sí mismo: “¿Qué ha de hacer ahora Gran

Bretaña para que el veredicto de la historia se revele favorable?”»[30]. El junio de 1940, al llegar al aeródromo de Briare, en el trayecto de regreso a Londres, tras asistir a una conferencia con los líderes franceses, Ismay sostuvo que debía retrasarse discretamente el embarque de las divisiones inglesas destinadas a aportar refuerzos a Francia, dado que resultaba evidente que los franceses estaban al borde de la rendición. «De ninguna manera, —contestó Churchill—. La historia no nos perdonaría que hiciéramos semejante cosa.»[31]

En esa ocasión, era Ismay quien acertaba en la propuesta, pero en la mayoría de las demás sería el vívido sentido de la historia de Churchill —y muy especialmente su capacidad de extraer del pasado de Gran Bretaña lecciones pertinentemente análogas para aplicarlas a su presente— lo que permitiera acrecentar tanto la reputación de su país como la suya propia. Esto le dejaría en condiciones de valorar con lucidez que los defensores de las políticas de apaciguamiento estaban actuando al margen de las tradiciones propias de la política exterior británica, que llevaba siglos favoreciendo las actitudes proactivas, pugnaces, y de cuando en cuando hasta piráticas, siempre con la vista puesta en impedir que una potencia cualquiera se alzara con la hegemonía en el continente europeo. También consiguió situar las dificultades a las que tuvo que enfrentarse Gran Bretaña entre los años 1940 y 1941 en el contexto histórico correcto, lo que a su vez le confirió fuerza moral para indicar a los británicos que no solo no era la primera vez que se veían en semejante apuro, sino que en el pasado habían sabido salir airosos de complicaciones similares. Los discursos que pronunció para señalar a sus compatriotas que Drake había frustrado en su día los planes de la armada española, y que Nelson había desbaratado la amenaza de invasión que habían planteado a la isla los ejércitos de Napoleón, tuvieron un impacto tanto más intenso cuanto que salían de la boca de un primer ministro que también reunía en su persona las condiciones de historiador y biógrafo. Churchill tenía una viva imaginación histórica, pero también sabía permanecer pegado a sus aspectos prácticos, ya que consideraba que el propósito de la disciplina consistía en instruir e informar. Es algo que además de poder comprobarse en todos los libros de

historia que escribió explica en parte que al morir hubiera vendido más libros de historia que ningún otro historiador conocido.

Fue igualmente este intenso sentido histórico lo que le animó, al menos parcialmente, a tratar de reproducir con Franklin D. Roosevelt la relación que mantuvieran en su momento el duque de Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya durante la guerra de sucesión española. En 1942 se argumentó en la Oficina de Guerra que nunca antes se había dado una situación de puesta en común de la soberanía como la implícita en la creación de una entidad como el Comité Conjunto de jefes de Estado Mayor. Churchill sabía que no era así, y de hecho, en la biografía que dedica en 1934 a la figura de Marlborough, su gran antepasado, ya había señalado, en referencia a la amistad entre aquel y el príncipe Eugenio, que, «sin la formación de esa nueva realidad en el cuartel general aliado[32], nunca podrían haberse materializado las extraordinarias operaciones que se detallan en estos capítulos, tan intrincadas, tan dilatadas en el tiempo, y tan contrarias muchas veces a los principios convenidos de la guerra»[33].

No obstante, en la relación que mantuvieron Churchill y Roosevelt también existieron tensiones, como puede apreciarse perfectamente en la letanía de quejas que Winston le expuso al rey Jorge VI durante los habituales almuerzos que mantenían semanalmente los martes, ocasiones en las que el primer ministro expuso llanamente al monarca el profundo resentimiento que le estaba haciendo experimentar su más importante aliado bélico en los momentos clave de la contienda. Pese a todo, en noviembre de 1944, tanto Churchill como el rey se sentirían a un tiempo aliviados y encantados al comprobar que Roosevelt era reelegido presidente de Estados Unidos, y en el mes de abril del año siguiente, el fallecimiento del líder estadounidense llevará a Churchill a realizar un elogio póstumo de Roosevelt verdaderamente extraordinario, según ha quedado registrado en el diario del monarca. Eran situaciones que permitían simultanear los sentimientos de decepción y cólera con los de admiración, y, a pesar de las críticas que pudiera dedicar en privado al presidente de Estados Unidos, no hay razón para dudar de las palabras de Churchill cuando afirma, al menos en tres momentos distintos: «¡Cuánto apreciaba a ese hombre!».

Al igual que Roosevelt, Churchill procedía de los más altos peldaños de la sociedad de su país. «Las personas que nunca se preocupan por sus antepasados, —le gustaba decir a Churchill citando a Edmund Burke—, jamás acertarán a poner sus miras en la posteridad»[34]. Él, sin embargo, tuvo constantemente presente la realidad de sus predecesores. El trasfondo aristocrático de sus orígenes encaja hoy mal con su imagen de salvador de la democracia, pero de no haber sido por la inexpugnable confianza en sí mismo que le proporcionaba el linaje del que procedía es probable que hubiera optado por adaptar su mensaje a las circunstancias políticas reinantes a lo largo de la década de 1930, en lugar de despreciar como lo hizo la posibilidad de semejante acomodo. Nunca padeció el síndrome de la condescendencia hacia los aristócratas y los acaudalados del que a veces adolecen las clases medias, y tampoco fue víctima de su ansiedad social —por la simple razón de que él mismo no pertenecía a la clase media y de que lo que pudiesen pensar de él los miembros más respetables de las clases medias carecía de importancia para un muchacho nacido en Blenheim—. Alec Douglas Home ha sido *de facto* el último aristócrata en ejercer el cargo de primer ministro de Gran Bretaña, pero además de que la mayoría parlamentaria en la que hubo de apoyarse era realmente minúscula, se trataba también de un hombre de una personalidad totalmente diferente a la de Churchill que además ocupó durante menos de un año la residencia del número 10 de Downing Street[35]. Puede decirse por tanto que Churchill ha sido en realidad el último aristócrata que ha regido los destinos de Inglaterra.

Con todo, pese a su linaje aristocrático, Churchill no era ningún esnob. Sus más íntimos amigos pertenecían a contextos geográficos y sociales extremadamente variados, ya que entre ellos se cuentan por ejemplo los hijos de un sacerdote canadiense (Max Beaverbrook), un maestro de escuela galés (Lloyd George), un constructor irlandés (Brendan Bracken), un agente inmobiliario de Birkenhead (F. E. Smith) y un ingeniero alsaciano (el profesor Lindemann). Toda su vida creyó (aunque se equivocaba) que por las venas de F. E. Smith corría sangre gitana[36]. Es cierto que también cultivó la amistad de los duques de Marlborough (primo carnal suyo) y de Westminster, pero una persona que mostrara auténticos signos de afectación

clasista no se habría dignado a elegir a sus amistades más valiosas en un abanico de entornos sociales tan diverso. De hecho, supo hacer un inteligente uso político de sus grandes dotes para la amistad y su talento para las relaciones de sociedad, como demuestra el hecho de que los miembros del Other Club le respaldaran en masa, tanto en mayo de 1940 (a raíz del debate sobre el desastre de Noruega), como en otras ocasiones posteriores.

«Veo que se avecinan grandes cambios en este mundo que ahora vive en paz, —le había vaticinado Churchill a su amigo Murland Evans, aunque no obstante habrá, añade—, grandes levantamientos y terribles luchas; guerras que hoy no alcanzamos a imaginar siquiera; y te aseguro además que Londres correrá grave peligro —la capital será atacada, y yo me significaré muy notablemente en su defensa—. Veo a mayor distancia que tú. Veo el futuro. Ocurrirán cosas que expondrán a este país a una tremenda invasión, no sé por qué medios, pero te aseguro que yo estaré al mando de las defensas de Londres y que salvaré a la ciudad y a Inglaterra del desastre […]. Repito: Londres peligrará y en la elevada posición que habré de ocupar, recaerá sobre mí la responsabilidad de salvar a la capital y liberar al imperio»[37]. Churchill no pronunció estas palabras en 1931 ni en 1921 ni en 1911 —ni siquiera en 1901—, sino nada menos que en 1891, a la tempranísima edad de dieciséis años. Siendo todavía un adolescente había visto ya con claridad lo que le reservaba el destino, y logró además cumplirlo. A los sesenta y cinco años, cuando muchos le consideraban ya —incluido el mismo Hitler— un político acabado, accedió al poder e hizo exactamente lo que él mismo había previsto con medio siglo de antelación.

Incluso quienes no aceptan pensar en términos de destinos históricos habrán de admitir que Churchill tuvo una buena fortuna realmente sorprendente, incluso en sus derrotas. Este libro aparece repleto de ejemplos en los que se aprecia que el hecho de perder unas elecciones o de sufrir alguna otra clase de revés contribuyó a sacarle de una situación política espinosa y le permitió reorientar su carrera. Eso es lo que le sucederá en tres elecciones al parlamento en las que no logra salir vencedor —entre 1922 y

1924— y que sin embargo le brindan la oportunidad de abandonar el Partido Liberal para reingresar formalmente en el Partido Conservador. Y en 1931, la circunstancia de que MacDonald decida no incluirle en el gobierno, confirmada por Baldwin en 1935, le dejará vía libre para denunciar las políticas de apaciguamiento. A lo largo de mi vida, vendrá a decir en marzo de 1932 en una entrevista concedida a la cadena radiofónica CBS en Nueva York, «muchas de las insensateces en que incurrido han acabado bien, y buena parte de mis decisiones más prudentes y medidas han salido mal. La desdicha de hoy puede preparar el éxito de mañana»[38]. El constante rechazo de los sucesivos gobiernos que jalonan la década de 1930, todos los cuales se negaron a contar con sus servicios, dio en su momento la impresión de constituir una devastadora marginación de la vida política, pero más tarde él mismo se dirá imbuido de la sensación de que sobre él «batían unas alas invisibles» y protectoras, ya que le impidieron acabar haciéndose cómplice de unas medidas políticas con las que mantenía un profundo desacuerdo y que, andando el tiempo, se revelarían extremadamente perjudiciales para el país. Los años en que se vio obligado a efectuar su particular travesía del desierto resultaron sumamente instructivos, pero también muy penosos. «Cuando uno está totalmente convencido de lo que dice, cuando reivindica la relevancia de una cuestión de vida o muerte para su propio país, —escribe—, y no consigue que el parlamento y la nación presten oídos a la advertencia ni se inclinen ante las pruebas aportadas, tomando las medidas oportunas, la experiencia es sumamente dolorosa»[39].

Churchill había estado preparándose toda su vida para una crisis como la del año 1940, pero el hombre y el momento fueron una simple coincidencia. Si Hitler, que era quince años más joven que él, hubiese pospuesto unos cuantos años la anexión de Austria al Reich alemán (es decir, la Anschluss) y el estallido de la crisis de Checoslovaquia, es muy probable que Churchill no se hubiera encontrado ya en las primeras filas de la política activa y que esa circunstancia le hubiese impedido convertirse en la figura indispensable en que acabaría transformándose poco después. Y si Churchill fue un protagonista ineludible de la segunda guerra mundial se debió justamente al doble hecho de que rebosaba una confianza en sí mismo

y en la victoria que ningún otro personaje político relevante de la época fue capaz de mostrar y de que consiguió brindar a la población inglesa algo que Neville Chamberlain no tenía forma de ofrecerle: esperanza.

El historiador británico John Harold Plumb señalará poco después del fallecimiento de Churchill que el estadista, «más que un autor de libros de historia» fue sobre todo «el último gran intérprete del tema histórico del providencial destino de Inglaterra»[40]. Esta condición no brota únicamente de la gran confianza que tenía en sí mismo, sino también de una fe innata en el pueblo británico —al que él mismo daba el nombre de «raza»— y su imperio, ya que estaba absolutamente seguro de que sus compatriotas integraban la mayor fuerza promotora del bien de toda la historia de la humanidad. «Nosotros, los habitantes de esta pequeña isla, hemos de hacer el sacrificio supremo de conservar nuestra posición y nuestro rango, —les había dicho a los alumnos de Harrow en 1952—, la posición y el rango que nos confiere por derecho nuestro imperecedero genio»[41]. A finales del siglo XIX, en el período de formación de Churchill, las ideas del racismo biológico —es decir, la creencia, basada en el darwinismo social, de que el género humano obedece a una organización jerárquica en la que el blanco ocupa el peldaño superior— se consideraban un hecho científico. En esa época, muchas figuras de sólidas convicciones progresistas como Beatrice Webb, Hugh Dalton o H. G. Wells, se adherían a ese planteamiento, y, de hecho, unas cuantas décadas antes, a mediados del XIX, también lo había hecho el propio Marx. Por absurdo que pueda parecernos en la actualidad, en los años en que Churchill aprendía los fundamentos de la realidad del mundo, esa noción era algo que se daba por supuesto.

Otra incómoda verdad es la que nos lleva a constatar que el hecho de que Churchill creyera toda su vida en la superioridad del pueblo británico, al que situaba por encima de todos los demás, fue, entre otros, el que le permitió contribuir correctamente a la causa de la democracia, ya que le convenció de que estaba actuando adecuadamente al combatir contra los alemanes, a pesar de que a su alrededor hubiera bastantes voces que deseaban realizar movimientos destinados a pactar la paz con los nazis. Ningún otro de los políticos que hubieran podido hacerse en esos años con el puesto de primer ministro se habría atrevido a hacer en sus discursos las

constantes referencias de Churchill a la raza británica —a cuyos integrantes llamaba «ingleses» con notable frecuencia—. *Sir* John Simon, Edward Halifax y Samuel Hoare, por ejemplo, se habían significado por ser los tres principales líderes de la campaña efectuada en favor del reconocimiento del estatuto de Dominio imperial a la India, y habían sido también (y no por casualidad) tres de los principales promotores de la aplicación de políticas de apaciguamiento a las relaciones con Alemania. Todos ellos tendían a rehuir la afirmación de una identidad vernácula que era connatural en Churchill, cuyo pensamiento incluía a un tiempo su memoria, sus conocimientos históricos y sus presupuestos raciales e imperiales. De cuando en cuando, esas nociones preconcebidas determinarían que se llamara a engaño, como le sucederá, por ejemplo, al valorar la capacidad de lucha de los turcos en Galípoli o las virtudes militares de los japoneses tras los acontecimientos de diciembre de 1941.

En la década de 1930, Churchill se había opuesto a las soluciones que Simon, Halifax y Hoare apoyaban para la India, y a pesar de que su propia posición hubiera sido derrotada en toda la línea, no le importó volver a enfrentarse a ellos al surgir el dilema de las medidas de apaciguamiento. En sus *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Edmund Burke, al que Churchill leía y citaba, había definido el «prejuicio» diciendo que se trataba una circunstancia que «no dejaba al hombre en la duda en el crucial momento de la decisión ni le sumía en el escepticismo, la perplejidad y la irresolución […]. Por medio del justo prejuicio, su deber pasa a formar parte de su propia naturaleza». La convicción que inducía a Churchill a creer que los británicos eran superiores a los miembros de cualquier otra nación del mundo —incluidos los alemanes— era indudablemente una fe surgida de un prejuicio ciego, que jamás puso en tela de juicio, pero en el año 1940 le impidió titubear, mientras que a muchos otros los sumió efectivamente en «el escepticismo, la perplejidad y la irresolución».

«A lo largo de los años, —anota en mayo de 1941 Iván Maisky en su diario—, Churchill me ha dicho en más de una ocasión, y no tengo ningún motivo para no creerle, que el imperio británico es su alfa y su omega»[42]. La fe de Churchill en el imperio británico no se apoyaba únicamente en razones políticas, también se sustentaba en nociones de carácter espiritual.

Siendo como era escéptico respecto al cristianismo, el imperio se convirtió en su credo. Churchill había acabado por concebir —debido fundamentalmente a su lectura de los historiadores liberales— una teoría del progreso histórico que situaba la adopción de la Carta Magna, la Declaración de Derechos de 1689, la Constitución estadounidense, y las instituciones parlamentarias, en el cénit evolutivo de la civilización, un progreso que además estaba extendiéndose cuidadosa y sistemáticamente a todas aquellas regiones del mundo que aparecían teñidas de color rosa en el mapa del imperio. «Había un fuerte elemento de altruismo en el tipo de imperialismo que Churchill defendía», afirma acertadamente Jock Colville[43]. Tanto este amor al imperio como su fe en él, explican que en varias ocasiones Churchill siguiera una línea de comportamiento que sabía perjudicial para su propia carrera política, pero que sin embargo juzgaba beneficiosa para el imperio. Así se constata, por ejemplo, en el caso de la campaña, claramente abocada al fracaso, que emprendió a principios de la década de 1930 para negarle a la India la capacidad de autogobierno. Churchill creía que el imperio era el elemento diferencial llamado a determinar que las futuras generaciones admiraran la época en que le había tocado vivir. Su padre había añadido los territorios de la actual Birmania a las regiones sonrosadas del mapa general del imperio; él mismo había combatido en nombre de los intereses imperiales en los campos de batalla de la India, el Sudán y Sudáfrica; había viajado a lo largo y ancho de sus dominios; había tratado de mejorar su organización durante el período que pasó al frente del Ministerio de las Colonias; varios de sus amigos íntimos, como Max Beaverbrook y Jan Smuts habían nacido en lejanos rincones del mismo; y durante la segunda guerra mundial el propio Churchill había insistido en que fueran las tropas británicas, y no las estadounidenses, las que se encargaran de liberar las regiones orientales del imperio que habían caído en manos de los japoneses. En su segundo mandato como primer ministro no hubo una sola porción del imperio que alcanzara la independencia, pero al final de su vida terminó por llegar a la conclusión de que había fracasado en su misión, ya que no había podido defender adecuadamente los territorios de esa entidad política que tanto amaba.

«La sin par audacia de los soldados y los oficiales indios, tanto musulmanes como hindúes, brillarán por siempre en los anales de la guerra, —escribe Churchill en sus memorias de guerra—. Más de dos millones y medio de indios se han presentado voluntarios para servir en el ejército […]. La respuesta de los pueblos indios, igual que el comportamiento de sus tropas, ha puesto un glorioso broche de oro a la última página de la historia de nuestro imperio indio», concluye[44]. Estas no son las palabras que emplearía alguien que odiase a los indios, pese a que sus detractores le atribuyan esa condición. Pero con Churchill no puede uno andar eligiendo lo que le gusta y lo que no, como si se tratase de un menú a la carta. Es preciso aceptarlo íntegramente, tal y como era, o rechazarlo de forma igualmente completa (hay que abrazarlo o repudiarlo «totus porcus», como había asegurado Fisher en un contexto diferente). El hombre que desafió a Hitler y proclamó las virtudes de la libertad era el mismo que confesaba sentir náuseas ante el Mahatma Gandhi. Uno no puede limitarse a deplorar sin más su obstinación y su terquedad, ya que ambas particularidades cumplieron por igual su función, tanto en la India de los años treinta como frente a los nazis de la década de 1940: son comportamientos que emanan de un solo individuo, de un hombre que en su fuero interno estaba defendiendo al mismo imperio. «Nos gustaría que los genios fuesen atentos y moderados, que se comportasen un poco a la manera del resto de los mortales, —escribe el historiador Manfred Weidhorn—. Pero muy pocos genios han revelado ser así. Churchill poseía vicios inherentemente ligados a sus virtudes.»[45]

Se argumenta con frecuencia entre los historiadores y los biógrafos que Churchill no debería haber dilapidado su capital político en la India de la década de 1930, sino que tendría que haberse valido de él para argumentar contra las políticas de apaciguamiento. En realidad, la credibilidad política de que disfrutó en los años cuarenta se hallaba estrechamente relacionada con la percepción pública de su persona, ya que la gente le tenía por alguien capaz de explicar las verdades impopulares a todo el mundo, y de hacerlo además en los mismos términos en que el pueblo mismo las comprendía. Se le consideraba un político que seguía los impulsos de su corazón y sus convicciones más profundas, que defendía siempre al imperio, y sobre todo

que no se enzarzaba en cálculos mezquinos como acostumbraban a hacer en cambio muchos de sus colegas de profesión. La lucha contra el reconocimiento del derecho de autogobierno a la India era algo que simplemente llevaba dentro, y lo mismo puede decirse de las campañas en que su intervención reveló situarse en el bando vencedor. La razón de que el público confiara en él en 1940, y de que poco después acabara adorándole, no se debió al hecho de que hubiera estado en lo cierto en épocas pasadas, sino a la circunstancia de que le consideraran sistemáticamente fiel a sus creencias, de un modo u otro —cosa que no habían sido los interesados políticos que se habían ido aupando a posiciones de poder a lo largo de la década de 1930.

El extremo más importante que es preciso retener del Churchill del año 1940 no es el de que consiguiera detener la invasión alemana, sino el de que acertara a frenar a los elementos del gobierno británico que se mostraban dispuestos a alcanzar un acuerdo de paz con Hitler. Si Churchill no hubiera sido primer ministro, es indudable que el elegido habría sido Halifax, y desde luego este último deseaba conocer al menos en qué términos podía plantear Hitler un pacto. Churchill se equivocaba al dar por supuesto —o eso proclamaba al menos— que dichos términos habrían de ser muy onerosos. De hecho, es muy probable que se hubieran revelado sumamente razonables, ya que lo que el *führer* deseaba en último análisis era combatir en un frente único contra la URSS. Desde luego, Halifax no fue nunca esa especie de traidorzuelo que en ocasiones se ha querido presentar: sencillamente no veía que Gran Bretaña tuviera ninguna posibilidad de ganar la guerra, y menos aún después de haber sido expulsada del continente, es decir, en un momento en el que Francia estaba al borde mismo de la capitulación, en el que la Unión Soviética se había declarado aliada de los alemanes, en el que Italia estaba a punto de sumarse al Tercer Reich y en el que Estados Unidos no tenía la menor intención de declararle la guerra al nazismo. Halifax no era más que un racionalista decidido a aplicar la lógica en un momento en el que lo que se necesitaba era un tozudo y vehemente romántico. Churchill comprendió que una victoria

alemana en Oriente vendría rápidamente acompañada de un desastre para Gran Bretaña, y que la firma de una paz ignominiosa habría desmoralizado a los británicos y echado por tierra su credibilidad entre los estadounidenses —además, claro está, de que la historia no perdonara jamás al país semejante proceder—. Churchill no se encontró en condiciones de ofrecer a los británicos un plan realista de victoria hasta que Hitler tomó la decisión de invadir Rusia, los japoneses atacaron Pearl Harbor y Alemania le declaró la guerra a Estados Unidos en 1941, pero lo que sí consiguió fue mantener a Gran Bretaña con opciones hasta ese momento. En marzo de 1916, al ponderar lo que ocurriría a él si le sobreviniera la muerte en las trincheras, como muy bien podría haber sucedido, le había comentado a Clementine que en esa eventualidad Gran Bretaña vería «reducido su poderío bélico nacional sin que nadie alcanzara jamás a saber ni a ponderar» a qué se había debido ese menoscabo, «por el que además no habría ya alma dispuesta a compungirse»[46]. Y desde luego, en 1940 quedó claro que su contribución a la capacidad bélica de Gran Bretaña estaba siendo verdaderamente inmensa.

Por consiguiente, aunque fuera efectivamente crucial que Churchill se negara a hacer las paces con el Reich, lo cierto es que iban a lloverle las críticas por otras cuestiones. Así lo expresará el general de división John Kennedy: «Solo el magnífico y valeroso liderazgo de Churchill alcanzó a compensar su deplorable sentido de la estrategia»[47]. De acuerdo con este análisis, los jefes de Estado Mayor son los únicos a los que hay que atribuir el mérito de las tácticas que se aplicaron, mientras que a Churchill le correspondería, en el mejor de los casos, el papel de agente irritante, y en el peor, el de peligro imprevisible. Este era desde luego el parecer de Brooke, como puede comprobarse con meridiana claridad en sus diarios. Sin embargo, en septiembre de 1944, en una conversación con Jock Colville, Churchill había comparado las grandes líneas de la estrategia general de la segunda guerra mundial con una corrida de toros. Las operaciones de África e Italia «eran como los preliminares, con la actuación de los picadores, los banderilleros, etcétera. Después llegó el momento de la Operación Overlord, es decir, el instante en el que hace acto de presencia el matador, en el momento crucial, para ejecutar la suerte suprema, lo que le obliga a

aguardar a que el animal baje la testuz y demuestre tener debilitadas las fuerzas»[48]. Esta «estrategia mediterránea» era la que los aliados occidentales debían adoptar, la más adecuada a sus intereses, la que permitía explotar al máximo la fortaleza y los éxitos del contingente anglo-estadounidense, la que mejor drenaba las fuerzas de los alemanes y la que posponía la creación de un Segundo Frente en tanto no se tuviera la seguridad de que presentara buenas opciones de éxito[49].

Esa fue asimismo la táctica que Churchill les expuso a los jefes de Estado Mayor al cruzar el Atlántico en diciembre de 1941, y es preciso recordar que estos se mostraron entonces perfecta y sinceramente de acuerdo con sus planteamientos. Esa fue igualmente la estrategia con la que convenció a los estadounidenses en las negociaciones, cada vez más tensas, que se celebraron entre los años 1942 y 1943 —y aquí hay que resaltar que, de haber actuado por su cuenta y riesgo, Brooke nunca habría conseguido persuadirles de que las aceptaran—. La mayor parte de los choques se desarrollaron en el Frente Oriental, donde al final perecería el 80 % de los alemanes en el transcurso de la guerra. Sin embargo, es falso afirmar que fueron Roosevelt y Stalin quienes ganaron la segunda guerra mundial, y que Churchill se limitó a no perderla[50]. De hecho, la estrategia que elaboraron conjuntamente Churchill y Brooke fue uno de los elementos clave para la consecución de la victoria final, y es muy fácil que la notable amargura que destilan los diarios de Brooke nos induzca a olvidar que, en último término, Churchill y él coincidieron en los extremos auténticamente esenciales de dicha estrategia, y que las aportaciones de uno y otro resultaron absolutamente necesarias para poder llevarla a la práctica. Por más planes que pudiera haber elaborado Brooke en el marco de la estrategia mediterránea de 1943, lo cierto es que no habría conseguido convencer a los estadounidenses de su pertinencia de no haber contado con la mediación de Churchill. «La intervención de Estados Unidos lo cambia todo, —dijo Churchill pocos días después del ataque a Pearl Harbor—, y con tiempo y paciencia será sinónimo de una victoria cierta»[51]. Si encontró motivos para hacer esta afirmación se debió en parte a que conocía las características de una nación como la estadounidense mucho mejor que cualquier otro político británico de la época, dado que había visitado

veintiocho de los cuarenta y ocho estados con que contaba por entonces el país.

Las críticas de Kennedy han de ponderarse además a la luz de la reflexión que había llevado a Ian Jacob, uno de los miembros del Secretariado del Gabinete de Guerra, a señalar que «si los jefes de Estado Mayor se mantenían firmes en la defensa de una posición que juzgaran correcta, [Churchill] acababa por aceptar sus puntos de vista»[52]. De hecho, algunas de las propuestas de ataque que había elaborado el propio Churchill y que suscitaron la oposición de los jefes de Estado Mayor —como los planes que se debían efectuar en la isla de Pantelaria, en el norte de Sumatra, en la porción septentrional de Noruega, y en otros puntos— se saldaron con la adopción del parecer de los militares y no con el planteamiento del primer ministro británico. De manera similar, fueron los jefes de Estado Mayor quienes planearon y aprobaron los detalles de todas las acciones que acabaron en derrota, como las que hubieron de encajarse en Noruega, Dakar, Grecia y Singapur. Por más que los historiadores hayan concentrado su atención en todas las censuras que Brooke dedica a Churchill, no debemos olvidar que, después de finalizada la guerra, este también escribió lo siguiente: «Doy gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de trabajar codo a codo con un hombre de semejante talla, y le agradezco asimismo que me haya permitido ver que, de cuando en cuando, viven efectivamente entre nosotros, en la Tierra, esta clase de superhombres»[53].

Es por tanto preciso atribuir a los errores de Churchill el peso de una pluma, ya que lo que verdaderamente inclina en su favor el peso de la balanza es el hierro de su contribución suprema: el que le permitió templar el alma de los británicos en el momento en el que más acuciantemente se necesitaba fortalecer su espíritu. El 30 de noviembre de 1954, en el discurso que pronunció con motivo de su ochenta cumpleaños en el Salón Westminster del palacio del mismo nombre, Churchill reiteró una afirmación que ya había realizado muchas veces antes: «Aquella nación y aquella raza, asentada en los cuatro puntos cardinales, tenía corazón de león. Y yo tuve la suerte de que se me convocara para rugir en su nombre»[54]. Ahora bien, ¿cabe considerar esto enteramente cierto? El

movimiento pacifista siguió operando con fuerza durante la guerra falsa, y tanto el Partido Comunista como la Unión Británica de Fascistas se opusieron a la contienda. Si Halifax hubiese negociado un tratado de paz con Hitler en el verano de 1940, las dos Cámaras del parlamento habrían contado con la mayoría necesaria para aprobarlo, y el rey no habría negado su consentimiento. En ese aniversario del Salón Westminster, Winston se estaba mostrando excesivamente modesto: habría sido mucho más exacto decir que era él quien tenía corazón de león y que la tarea de rugir fue por tanto incumbencia suya —aunque al hacerlo enseñara a los británicos a redescubrir la fiereza latente que dormitaba en ellos—. Nueve años más tarde, Churchill sostiene: «Si en esa coyuntura me hubiera revelado incapaz de liderar a la nación se me habría expulsado con cajas destempladas del cargo». Sin embargo, dado que no falló en esa hora decisiva, su liderazgo fue efectivamente el factor que consiguió garantizar que Gran Bretaña continuara luchando[55].

En noviembre de 1938, Adolf Hitler había comentado desdeñosamente: «¿Acaso el Todopoderoso ha entregado la llave de la democracia a personas como Churchill?»[56]. Y habría que haberle respondido: «En efecto». En 1897, los despachos militares habían mencionado a Churchill tanto por su «valentía y resolución» como por «haberse revelado útil en un momento crítico»[57]. Lo que sucedió cuarenta y tres años más tarde fue exactamente lo mismo.

«El hombre razonable se adapta al mundo, —escribió en su día George Bernard Shaw en *The Revolutionist's Handbook*—; el que no lo es persiste en el empeño de adaptar el mundo a su persona. Por consiguiente, todo progreso depende del hombre irrazonable». Si, por una parte, el poco aprecio que Churchill mostró siempre por las reglas y normas establecidas le hizo padecer un sinfín de problemas en la escuela, lo cierto es que en 1940 ese carácter suyo revelaría ser, por otro, una cualidad inestimable, ya que en esa época le permitió saltarse a la torera los criterios de medro de Whitehall, las maniobras y convencionalismos de ascenso social, la noción de «guerra entre caballeros», los protocolos políticos e incluso las

formalidades regias —por no mencionar los procedimientos de la Oficina de Guerra y otro gran número de pautas y preceptos canónicos—. Las etiquetas rojas que Churchill asignaba a los expedientes que exigían «Tomar medidas hoy mismo» eran el reflejo de una manera de enfocar las cosas que difería profundamente de las respetables tendencias a las que se atenían los políticos de todos los partidos, hombres discretos, aplicados, y por regla general de clase media, que habían dominado el panorama político de Gran Bretaña entre la caída de Lloyd George en 1922 y el desplazamiento de Neville Chamberlain en 1940. Churchill no se regía por lo que suelen denominarse las «formas» o las «apariencias», esa conducta instintivamente modosa que se inculca en los colegios privados, en Oxford y en Cambridge, en la BBC, en la administración pública, en la corte, en el centro financiero de Londres, en la Iglesia de Inglaterra, en los clubes de caballeros y en los partidos políticos. Con todos estos estamentos Churchill mantuvo invariablemente, en el mejor de los casos, una relación ambivalente, y muchas veces se apartó de ellos por completo.

En este sentido puede decirse que Churchill fue uno de los mayores individualistas de la era moderna, puesto que a lo largo de su vida siempre lo enfocó todo desde el punto de vista del individuo, y no desde la perspectiva de quien pertenece a un grupo. Así comenzó a hacerlo desde el momento mismo en que abandonó el comedor de oficiales del 4.º Regimiento de húsares en 1899, y así perseveró hasta el fin de sus días. Churchill despreciaba la escuela, no pisó nunca las aulas universitarias, jamás se integró en el funcionariado del estado ni buscó prosperar en las colonias, prestó servicio en seis regimientos (lo que significa que no llegó a atarse servilmente a ninguno de ellos), fue expulsado de un club y obligado a renunciar a otro, se alejó tanto del Partido Conservador como del Partido Liberal, y no se comportó como lo que suele denominarse un «buen cristiano». Pese a ser hijo de un ministro de Hacienda y nieto de un duque, fue siempre un inconformista y un independiente. Se negó incluso a abrazar el antisemitismo de moda en su época, pese a tratarse de un prejuicio que por entonces actuaba a modo de cemento social en buena parte de las camarillas de la sociedad respetable. Es más, hizo todo lo contrario, ya que defendió activamente el sionismo. Si sus contemporáneos le consideraron

un individuo profundamente contumaz es porque esa fue efectivamente su condición.

Otra cosa que jamás le importó lo más mínimo fue el hecho de saberse superado en número. En febrero de 1927, en un debate de los Comunes sobre la legislación que se debía aplicar a los sindicatos, siendo Churchill titular de la cartera de Hacienda, Winston dio en recordar una anécdota de los días en que «el ejército tenía la costumbre de celebrar consejos de guerra. En esa época, —dijo—, se hacía pasar al reo y se le preguntaba si tenía alguna objeción que interponer al hecho de que le juzgara el presidente del tribunal o cualquiera de los oficiales que actuaban como vocales de la corte. Y en una ocasión», señaló, «uno de los prisioneros tuvo el cuajo de llevar su insubordinación al extremo de responder: "Objeto a todo vuestro puñetero grupo"»[58]. Churchill exhibió esa misma actitud de desafío integral en la década de 1930 al no dejarse intimidar por la casi completa unanimidad de las altas esferas jerárquicas de Gran Bretaña, que abogaban prácticamente en bloque por apaciguar a Hitler y a los nazis. Y en los años cuarenta, ese comportamiento le permitiría plantear la guerra en unos términos que iban mucho más allá de lo que esa misma cúpula política habría estado dispuesta a considerar.

Su extraordinario *esprit*[59] queda particularmente de manifiesto en los chistes con los que aliviaba las tensiones de los momentos más críticos de su existencia y la de su país. Churchill echó mano con notable frecuencia de las observaciones humorísticas, en las que además se tomaría a sí mismo muchas veces a chacota. Así lo hizo, por ejemplo, en mayo de 1940, al nombrarle primer ministro el rey; al intentar convencer a los franceses de que continuaran luchando un mes más en Tours; en el transcurso de los debates de las dos mociones de censura que hubo de superar en 1942; y también en las numerosas ocasiones en que hubo de pronunciar un discurso o celebrar una reunión con sus jefes de Estado Mayor. De hecho, cuanto más grave se revelara una situación, tanto más divertidas resultaban sus apostillas. En la moción de confianza de julio de 1942, al atacarle Leslie Hore-Belisha por los fallos que había demostrado el tanque A22, él contestó: «Como era de esperar, la máquina presenta una gran cantidad de defectos, amén de los problemas propios de quien inicia su andadura. De

hecho, al comprenderse claramente todas estas circunstancias, los propios soldados han optado por rebautizarlo “el Churchill”, muy acertadamente, dicho sea de paso»[60]. Desde luego, hubo voces que denunciaron este uso del sentido del humor por considerarlo frívolo, y tampoco faltó quien lo tuvo por el arma de un cínico dispuesto a obtener popularidad con ella. No obstante, la verdad es que, además de tratarse de un reflejo del extraordinario temple que siempre mostró en las situaciones apuradas, era también un signo de que se negaba a dejarse desanimar (al menos de forma duradera) y de que sabía que era preciso mostrarse confiado en los momentos de crisis, dado que juzgaba imprescindible mantener alta la moral. Cultivó el epigrama con un talento capaz de rivalizar con el de los mismísimos Oscar Wilde, Noël Coward e incluso Samuel Johnson, pero, a diferencia de ellos, hizo gala de su ingenio sin dejar de capitanear a su país en una guerra mundial.

La irrupción de Internet ha marcado el inicio de una tendencia revisionista que ha ido construyendo una «leyenda negra» en torno a la persona de Winston Churchill. Esas conjeturas le responsabilizan del hundimiento del *Titanic* y el *Lusitania*; de la masacre de los mineros en huelga de Tonypandy; de haber cursado la orden de bombardear y ametrallar a varios grupos de inocentes manifestantes irlandeses; de gasear a los miembros de las tribus iraquíes; de promulgar el antisemitismo; de no proteger deliberadamente a Coventry de la destrucción; de asesinar al almirante Darlan, al general Sikorski y otros militares; de provocar con ánimo genocida la muerte de los bengalíes durante la hambruna que azotó esa región de la India; y de otras muchas atrocidades más. La mayoría de estas acusaciones son consecuencia de una interpretación equivocada (que en ocasiones obedece a un planteamiento deliberadamente sesgado) de las fuentes originales. En otros casos se deben a una descontextualización disparatada de esas matrices documentales. Y una tercera categoría es simplemente fruto de una completa invención. Como demuestra este libro, la recuperación de los archivos y expedientes originales revela que se trata

de simples mitos, aunque es preciso reconocer también que estamos ante unas fábulas llamadas a permanecer eternamente en el ciberespacio.

En una encuesta realizada en 2008 entre tres mil adolescentes británicos, nada menos que el 20 % de los entrevistados se manifestó convencido de que Winston Churchill era un personaje de ficción[61]. (En ese mismo estudio, el 58 % de los jóvenes señaló que Sherlock Holmes era un individuo real, y el 47 % indicó otro tanto de Eleanor Rigby.) Evidentemente, esto condena gravemente la extirpación poco menos que absoluta de la figura de Churchill del currículo escolar, pero en cierto sentido puede verse también como una suerte de homenaje, dado que, en la medida en que la gente tenga siquiera una remota idea de su existencia, parece halagador que piense que ha de tratarse de alguien cuya biografía debe de ser por fuerza irreal, de un ser elevado a la esfera de lo mitológico. Quienes desconocen su realidad efectiva consideran totalmente improbable que una persona de carne y hueso haya podido vivir una existencia tan extraordinaria. Churchill «pertenece a la raza de los gigantes», escribió Alexander MacCallum Scott en la primera biografía de Churchill, incurriendo en una afirmación que debió parecer hagiográfica en 1905, pero que cuatro décadas más tarde se consideraba ya increíblemente adelantada a su tiempo[62]. Scott concluye ese primer libro dedicado a la vida de Churchill con las siguientes palabras: «Es un hombre que apuesta fuerte, pero tiene los nervios templados y la mirada aguda. Sea como fuere, luchará por sus principios, y será sin duda un combate digno de verse y de vivirse»[63]. Es una predicción tan clarividente como cualquiera de las que alcanzó a realizar el propio Churchill.

«El hombre es espíritu», había dicho Churchill a los ministros de su gobierno justo antes de presentar la dimisión en abril de 1955[64]. Lo que pretendía indicar era que, gracias a ese espíritu —voz que entendía en el sentido de brío, inteligencia, trabajo duro, persistencia, un inmenso valor físico y moral, y por encima de todo, una férrea fuerza de voluntad (cosa que sin duda mostró a lo largo de toda su vida)— se le abre a la persona la posibilidad de alcanzar el éxito a pesar de las limitaciones materiales. Él mismo lo consiguió, aunque para ello tuviera que superar la negligencia de sus padres, la desaprobación de sus contemporáneos, la cárcel, una docena

de encuentros cara a cara con la muerte, la deshonra política, la inseguridad económica, el desastre militar, el ridículo público, la desacreditación en la prensa, las puñaladas en la espalda de sus colegas, las constantes tergiversaciones de sus palabras y propósitos, e incluso décadas de odio (como le ocurriría en algunos círculos) —por no mencionar más que algunos de los reveses que hubo de soportar—. Sin embargo, supuesto el suficiente espíritu, Churchill estaba persuadido de que todos podemos vencer cualquier dificultad y hacer de nuestra vida una obra verdaderamente magnífica y gratificante. Su principal héroe, John Churchill, el duque de Marlborough, ganó grandes batallas y construyó el palacio de Blenheim. Su otro héroe, Napoleón, obtuvo victorias aún más sonadas y numerosas y levantó un imperio. Sin embargo, Winston Churchill les adelantó a los dos, pues los combates que libró permitieron preservar la Libertad.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Esto es únicamente una lista de los archivos, libros, artículos y tesis doctorales inéditas cuyo contenido he citado a lo largo de la presente obra. Salvo indicación en contrario, todos los textos han sido publicados en Londres. Puede encontrarse la bibliografía completa en la siguiente dirección de Internet: www.andrew-roberts.net

Vizconde Addison	Biblioteca Bodleiana, Oxford
A. V. Alexander	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Vizconde Allenby	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Julian Amery	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Leopold Amery	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir John Anderson, vizconde de Waverley	Biblioteca Bodleiana, Oxford
Lord Ashburnham	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
Herbert Asquith	Biblioteca Bodleiana, Oxford
Joan Bright Astley	Por cortesía de la difunta señora Astley
Clement Attlee	Biblioteca Bodleiana, Oxford, y Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Stanley Baldwin	Biblioteca Universitaria de Cambridge, Cambridge
Arthur Balfour	Biblioteca Británica, Londres
Harold Balfour	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
Capitán de grupo Stephen Beaumont	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Lord Beaverbrook	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
Ernest Bevin	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Segundo conde de Birkenhead	Por cortesía del señor John Townsend
Sol Bloom	Biblioteca Pública de Nueva York
Brendan Bracken	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir Edward Bridges	Biblioteca Pública de Nueva York

Patrick Buchan-Hepburn, lord Hailes	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Lawrence Burgis	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir Alexander Cadogan	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir Henry Campbell-Bannerman	Biblioteca Británica, Londres
Andrew Bonar Law	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
Violet Bonham Carter	Biblioteca Bodleiana, Oxford
Lord Hugh Cecil, lord Quickswood	Hatfield House, Hertfordshire
Lord Robert Cecil, lord Cecil of Chelwood	Biblioteca Británica, Londres, y Hatfield House, Hertfordshire
Austen Chamberlain	Biblioteca de Investigación Cadbury, Universidad de Birmingham
Neville Chamberlain	Biblioteca de Investigación Cadbury, Universidad de Birmingham
Joseph Chamberlain	Biblioteca de Investigación Cadbury, Universidad de Birmingham
Clementine Churchill	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Randolph Churchill	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Lord Randolph Churchill	Biblioteca Universitaria de Cambridge, Cambridge
Sarah Churchill	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Winston Churchill	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
William Bourke Cockran	Biblioteca Pública de Nueva York
Sir John Colville	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Teniente coronel James Connell	Centro Liddell Hart del King’s College de Londres
Partido Conservador	Biblioteca Bodleiana, Oxford
Alfred Duff Cooper, primer vizconde de Norwich	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Lady Diana Cooper	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Comandante de ala Maxwell Coote	Centro Liddell Hart del King’s College de Londres
Sir Stafford Cripps	Biblioteca Bodleiana, Oxford
Sir Henry Page Croft	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Almirante lord Cunningham	Biblioteca Británica, Londres
J. C. C. Davidson	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
Geoffrey Dawson	Biblioteca Bodleiana, Oxford
William Deakin	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Mariscal de campo *sir* John Dill	Centro Liddell Hart del King’s College de Londres
Charles Eade	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Anthony Eden	Biblioteca de Investigación Cadbury, Universidad de Birmingham
General James Edmonds	Centro Liddell Hart del King’s College de Londres

Emrys Evans	Biblioteca Británica, Londres
Rey Eduardo VII	Archivos Reales Británicos, castillo de Windsor
Rey Eduardo VIII	Archivos Reales Británicos, castillo de Windsor
Almirante lord Fisher	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Fladgate & Co., bufete de abogados	Fladgate, Sociedad de Responsabilidad Limitada, Londres
Rey Jorge V	Archivos Reales Británicos, castillo de Windsor
Rey Jorge VI	Archivos Reales Británicos, castillo de Windsor
Almirante J. H. Godfrey	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir (Percy) James Grigg	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Conde de Halifax	Colección privada
Grace Hamblin	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
General *sir* Ian Hamilton	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Pamela Harriman	Por cortesía de la señora Luce Churchill
Roy Harrod	Biblioteca Británica, Londres
Samuel Hoare, lord Templewood	Biblioteca Universitaria de Cambridge, Cambridge
Marian Holmes	Por cortesía de Tom, Simon, Sarah y Joe Walker
Leslie Hore-Belisha	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Thomas Inskip, lord Caldecote	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
General lord Ismay	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Sir Ian Jacob	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Gladwyn Jebb, lord Gladwyn	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Almirante lord Jellicoe	Biblioteca Británica, Londres
General de división John Kennedy	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Almirante lord Keyes	Biblioteca Británica, Londres
Sir Alan Lascelles	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Valentine Lawford	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir Shane Leslie	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir Basil Liddell Hart	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Frederick Lindemann, lord Cherwell	Archivos del Nuffield College, Oxford
George Lloyd, lord Lloyd	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Hugh Lunghi	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Oliver Lyttelton, lord Chandos	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Harold Macmillan, primer conde de Stockton	Biblioteca Bodleiana, Oxford
Ian Malcolm	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
David Margesson	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir Edward Marsh	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Sir Charles Masterman	Biblioteca de Investigación Cadbury, Universidad de Birmingham

Lucy Masterman	Biblioteca de Investigación Cadbury, Universidad de Birmingham
David Maxwell-Fyfe, lord Kilmuir	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Paul Maze	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Lady Alexandra Metcalfe	Colección privada
Sir Oswald Mosley	Biblioteca de Investigación Cadbury, Universidad de Birmingham
Oscar Nemon	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Comité de 1922	Biblioteca Bodleiana, Oxford
Lord Normanbrook	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Lord Northcliffe	Biblioteca Británica, Londres
The Other Club	Por cortesía de *sir* Nicholas Soames, miembro del Parlamento
Sir Eric Phipps	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Almirante *sir* Dudley Pound	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Teniente general *sir* Henry Pownall	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Almirante *sir* Bertram Ramsay	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Almirante *sir* John de Robeck	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Mariscal de campo *sir* William Robertson	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Tercer marqués de Salisbury	Hatfield House, Hertfordshire
Cuarto marqués de Salisbury	Hatfield House, Hertfordshire
Quinto marqués de Salisbury	Hatfield House, Hertfordshire
Herbert Samuel	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
Duncan Sandys, lord Duncan-Sandys	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Vincent Sheean	Biblioteca Pública de Nueva York
Archibald Sinclair, vizconde Thurso	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Mariscal de campo lord Slim	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
F. E. Smith, primer conde de Birkenhead	Por cortesía del señor John Townsend
Lord (Christopher) Soames Admiral	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Almirante *sir* James Somerville	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
General *sir* Louis Spears	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Frances Stevenson	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
John St Loe Strachey	Archivos Parlamentarios, Cámara de los Lores, Londres
Jo Sturdee, más tarde condesa de Onslow	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
R. W. Thompson	Centro Liddell Hart del King's College de Londres
Lord Trenchard	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Lord Vansittart	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge

Cecil Vickers	Por cortesía del señor Hugo Vickers
Sir George Harvie Watt	Centro de Archivos Winston Churchill, Cambridge
Ava, vizcondesa Waverley	Biblioteca Bodleiana, Oxford
Woodrow Wyatt	Por cortesía de la excelentísima señora Petronella Wyatt

Libros

Addison, Paul, *Churchill on the Home Front 1900-1955*, 1992.
—, *Churchill: The Unexpected Hero*, 2004.
Addison, Paul, y Crang, Jeremy (comps.), *Listening to Britain: Home Intelligence Reports on Britain's Finest Hour - May to September 1940*, 2010.
Aldrich, Richard J., y Cormac, Rory, *The Black Door: Spies, Secret Intelligence and British Prime Ministers*, 2016.
Alexander, Albert Victor, primer conde de Hillsborough, *The Memoirs of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 1962.
Alldritt, Keith, *Churchill the Writer*, 1992.
Amery, L. S., *My Political Life: The Unforgiving Years*, 1955.
Andrew, Christopher, *Defence of the Realm*, 2009.
Andrew, Christopher y Mitrokhin, Vasili, *The Mitrokhin Archive*, 1999.
Arnn, Larry P., *Churchill's Trial*, 2015.
Ashley, Maurice, *Churchill as Historian*, 1968.
Aspinall-Oglander, Cecil, *Roger Keyes*, 1951.
Asquith, Henry Herbert, *Memories and Reflections*, 2 vols., 1928.
Astley, Joan, *The Inner Circle*, 1971.
Atkins, J. B., Incidents and Reflections, 1947.
Attenborough, Wilfred, *Churchill and the «Black Dog» of Depression*, 2014.
Attlee, C. R., *As It Happened*, 1954.
Balfour, Arthur James, *Chapters of Autobiography*, 1930.
Ball, Stuart (comp.), *Parliament and Politics in the Age of Baldwin and MacDonald*, 1992.
—, *Conservative Politics in National and Imperial Crisis*, 2014.
Baring, Maurice, *Puppet Show of Memory*, 1922.
Barnes, John, y Nicholson, David (comps.), *The Empire at Bay: The Leo Amery Diaries 1929-1945*, 1988.
Barnett, Correlli, *The Audit of War*, 1986.
Beaverbrook, Max, *Politicians and the War*, 1928.
Becket, Ian (comp.), *The Memoirs of Sir James Edmonds*, 2013.
Beevor, Antony, *D-Day: The Battle for Normandy*, 2014.
—, *Arnhem: The Battle for the Bridges 1944*, 2018.
Beiriger, Eugene Edward, *Churchill, Munitions and Mechanical Warfare: The Politics of Supply and Strategy*, Nueva York, 1997.
Bell, Christopher M., *Churchill and Sea Power*, 2013.
—, *Churchill and the Dardanelles*, 2017.

Bell, Henry Hesketh, *Glimpses of a Governor's Life*, 1946.
Bennett, Richard, *The Black and Tans*, 2001.
Berlin, Isaiah, *Mr. Churchill in 1940*, 1949.
Best, Geoffrey, *Churchill: A Study in Greatness*, 2001.
Bew, John, *Citizen Clem: A Biography of Attlee*, 2016.
Bew, Paul, *Churchill and Ireland*, 2016.
Birdwood, mariscal de campo lord, *Khaki and Gown: An Autobiography*, 1941.
Birkenhead, primer conde de, *Contemporary Personalities*, 1924.
Birkenhead, segundo conde de, *The Prof in Two Worlds: The Official Life of Professor F. A. Lindemann, Viscount Cherwell*, 1961.
—, *Churchill 1874-1922*, 1989.
Birse, A. H., *Memoirs of an Interpreter*, Nueva York, 1967.
Black, Conrad, *Franklin Delano Roosevelt*, 2003.
Black, Jonathan, *Winston Churchill in British Art*, 2017.
Blake, Robert, *The Unknown Prime Minister: The Life and Times of Andrew Bonar Law*, 1955.
Blake, Robert y Roger Louis, William (comps.), *Churchill*, 1993.
Bland, Larry, y Stevens, S. R. (comps.), *The Papers of George Catlett Marshall*, vols. III, IV y V, 1996.
Bloch, Michael, *Operation Willi*, 1986.
Blunt, Wilfrid Scawen, *My Diaries*, 2 vols., 1932.
Bond, Brian, *The Diaries of Sir Henry Pownall*, vols. I y II, 1974.
Booth, A. H., *The True Story of Winston Churchill*, Chicago, 1958.
Boothby, Robert, *I Fight to Live*, 1947.
—, *My Yesterday, your Tomorrow*, 1962.
Borneman, Walter R., *MacArthur at War*, 2016.
Bossenbroek, Martin, *The Boer War*, 2017.
Bowra, Maurice, *Memories*, 1966.
Boyd-Carpenter, John, *Way of Life*, 1980.
Boyle, Andrew, *Poor, Dear Brendan*, 1974.
Brendon, Piers, *Winston Churchill*, 2001 (hay traducción castellana: *Winston Churchill*, Planeta DeAgostini, Barcelona, 1994).
—, *Edward VIII*, 2016.
Brett, Maurice (comp.), *Journals and Letters of Reginald, Viscount Esher*, 4 vols., 1934.
Brock, Michael y Eleanor (comps.), *H. H. Asquith: Letters to Venetia Stanley*, 1982.
—, *Margot Asquith's Great War Diary 1914-1916*, 2014.
Brodhurst, Robin, *Churchill's Anchor: The Biography of Admiral of the Fleet Sir Dudley Pound*, 2000.
Brown, David, *The Grand Fleet*, 1999.
Browne, Anthony Montague, *Long Sunset*, 1995.
Bryant, Arthur, *The Turn of the Tide*, 1957.
—, Triumph in the West, 1959.
Buczacki, Stefan, *Churchill and Chartwell*, 2007.
Buell, Thomas, *Master of Sea Power. A Biography of Fleet Admiral Ernest J. King*, 1980.
Bullock, Alan, *Ernest Bevin*, 2002.
Butcher, Harry C., *Three Years with Eisenhower*, 1946.
Butler, David, *British Political Facts*, 1994.
Butler, R. A., *The Art of Memory*, 1982.

Butler, Susan (comp.), *My Dear Mr Stalin: The Complete Correspondence of Franklin D. Roosevelt and Joseph V. Stalin*, New Haven, 2005 (hay traducción castellana: *Querido Mr. Stalin. La correspondencia entre Franklin D. Roosevelt y Josef V. Stalin*, Paidós, Barcelona, 2007).
Calder, Angus, *The Myth of the Blitz*, 1992.
Callwell, *sir* C. E., *Field Marshal Sir Henry Wilson*, 2 vols., 1927.
Campbell, John, *F. E. Smith, First Earl of Birkenhead*, 1983.
Cannadine, David, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, 1992.
—, *In Churchill's Shadow*, 2002.
—, *Heroic Chancellor: Winston Churchill and the University of Bristol*, 2016.
—, *Churchill: The Statesman as Artist*, 2017.
Cannadine, David, y Quinault, Roland (comps.), *Winston Churchill in the Twenty-First Century*, 2004.
Carlton, David, *Churchill and the Soviet Union*, 2000.
Carr, John, *The Defence and Fall of Greece 1940-1941*, 2013.
Carter, Violet Bonham, *Winston Churchill: As I Knew Him*, 1965.
Cawthorne, Graham, *The Churchill Legend: An Anthology*, 1965.
Chandos, Oliver, *The Memoirs of Lord Chandos*, 1962.
Chaplin, Charlie, *My Autobiography*, 1964 (hay traducción castellana: *Autobiografía*, Lumen, Barcelona, 2014).
Chaplin, E. D. W., *Winston Churchill and Harrow*, 1941.
Charmley, John, *Churchill: The End of Glory*, 1993.
Chisholm, Anne, y Davie, Michael, *Beaverbrook*, 1992.
Churchill by his Contemporaries: An Observer Appreciation, 1965.
Churchill, John, *Crowded Canvas*, 1961.
Churchill, Randolph S., *Twenty-One Years*, 1964.
—, Biografía oficial de Winston S. Churchill:
Vol. I: *Winston S. Churchill: Youth 1874-1900*, 1966.
Vol. II: *Winston S. Churchill: Young Statesman 1901-1914*, 1967.
Churchill, Sarah, *A Thread in the Tapestry*, 1967.
—, *Keep on Dancing*, 1981.
Churchill, Winston S., *The Story of the Malakand Field Force*, 1898.
—, *The River War*, 2 vols., 1899.
—, *Ian Hamilton's March*, 1900.
—, *London to Ladysmith via Pretoria*, 1900.
—, *Savrola: A Tale of the Revolution in Laurania*, 1900.
—, *Mr Brodrick's Army*, 1903.
—, *For Free Trade*, 1906.
—, *Lord Randolph Churchill*, 2 vols., 1906.
—, *My African Journey*, 1908.
—, *Liberalism and the Social Problem*, 1909.
—, *The People's Rights*, 1909.
—, *The World Crisis*, 5 vols., 1923-1931.
—, *My Early Life*, 1930.
—, *Thoughts and Adventures*, 1932.
—, *Marlborough: His Life and Times*, 2 vols., Chicago, 2002 (publicado originalmente en cuatro volúmenes 1933-1938).
—, *Great Contemporaries*, 1937.

—, *Arms and the Covenant*, 1938.
—, *While England Slept: A Survey of World Affairs, 1932-1938*, 1938.
—, *Into Battle*, 1941.
—, *Great Contemporaries*, 1942.
—, *The Unrelenting Struggle*, 1942.
—, *The End of the Beginning*, 1943.
—, *Onwards to Victory*, 1944.
—, *The Dawn of Liberation*, 1945.
—, *Secret Sessions Speeches*, 1946.
—, *Victory*, 1946.
—, *Maxims and Reflections*, 1947.
—, *Step by Step, 1936-1939*, 1947
—, *The Second World War*, 6 vols., 1948-1954.
—, *The Sinews of Peace*, 1948.
—, *Europe Unite: Speeches 1947 & 1948*, 1950.
—, *In the Balance*, 1951.
—, *Stemming the Tide: Speeches, 1951 and 1952*, 1953.
—, *A History of the English-Speaking Peoples*, 4 vols., 1956-1958.
—, *The Unwritten Alliance*, 1961.
—, *India: Defending the Jewel in the Crown*, 1990.
—, *Painting as a Pastime*, 2013.
Churchill, Winston S. (nieto del primer ministro), *His Father's Son: The Life of Randolph Churchill*, 1996.
Churchill, Winston S. (nieto del primer ministro, comp.), *The Great Republic: A History of América*, 2002.
—, *Never Give In! The Best of Winston Churchill's Speeches*, 2003.
Citrine, Walter, *Men and Work*, 1976.
Clarke, Peter, *The Cripps Version: The Life of Sir Stafford Cripps, 1889-1952*, 2002.
—, *Mr Churchill's Profession: Statesman, Orator, Writer*, 2012.
—, *The Locomotive of War: Money, Empire, Power and Guilt*, 2017.
Clarke, Tom, *My Lloyd George Diary*, 1939.
Clifford, *sir* Bede, *Proconsul*, 1964.
Cockett, Richard (comp.), *My Dear Max: The Letters of Brendan Bracken to Lord Beaverbrook*, 1990.
Cohen, Ronald I., *Bibliography of the Writings of Sir Winston Churchill*, 3 vols., 2006.
Collier, Basil, *Brasshat: A Biography of Field Marshal Sir Henry Wilson*, 1961.
Collingham, Lizzie, *The Taste of War: World War Two and the Battle for Food*, 2011.
Colville, John, *Footprints in Time*, 1976.
—, *The Churchillians*, 1981.
—, *The Fringes of Power*, 1986.
Coombs, David, y Churchill, Minnie, *Winston Churchill: His Life through his Paintings*, 2003.
Coote, Colin, *The Other Club*, 1971.
Coughlin, Con, *Churchill's First War*, 2013.
Coward, Harold (comp.), *Indian Critiques of Gandhi*, Nueva York, 2003.
Cowles, Virginia, *Winston Churchill: The Era and the Man*, 1953.
Cowley, Robert (comp.), *The Great War*, 2004.
Cowling, Maurice, *Religion and Public Doctrine in Modern England*, vol. 2, 1985.

—, *The Impact of Hitler*, 2005.
Croft, Rodney, *Churchill's Final Farewell*, 2014.
Cross, Colin (comp.), *Life with Lloyd George: The Diary of A. J. Sylvester 1931-45*, 1975.
Dalton, Hugh, *The Fateful Years: Memories 1931-1945*, 1957.
Danchev, Alex, y Todman, Daniel, (comps.), *Field Marshal Lord Alanbrooke: War Diaries 1939-1945*, 2001.
Comisión de los Dardanelos, Primera parte: *Lord Kitchener and Winston Churchill*, 2000.
—, Segunda parte: *Defeat at Gallipoli*, 2000.
Davenport-Hines, Richard, *Ettie: The Intimate Life and Dauntless Spirit of Lady Desborough*, 2008.
Davis, Richard Harding, *Real Soldiers of Fortune*, 1906.
De Gaulle, Charles, *The Complete War Memoirs*, 1972 (hay traducción castellana: *Memorias de guerra*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005).
Dean, Joseph, *Hatred, Ridicule or Contempt*, 1953.
Deane, John R., *The Strange Alliance: The Story of our Efforts at Wartime Co-Operation with Russia*, 1947.
Dennis, Geoffrey, *Coronation Commentary*, 1937.
D'Este, Carlo, *Warlord: A Life of Winston Churchill at War*, 2008.
Dilks, David, *Sir Winston Churchill*, 1965.
—, *Neville Chamberlain*, 1984.
—, *The Great Dominion: Winston Churchill in Canada 1900-1954*, 2005.
—, *Churchill and Company*, 2012.
Dilks, David (comp.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, 1971.
—, *Retreat from Power: Studies in Britain's Foreign Policy of the 20th Century*, vol. I, 1981.
Dimbleby, Jonathan, *The Battle of the Atlantic*, 2015.
Dix, Anthony, *The Norway Campaign and the Rise of Churchill*, 2014.
Djilas, Milovan, *Conversations with Stalin*, 1962.
Dockter, Warren, *Winston Churchill and the Islamic World*, 2015.
Dockter, Warren (comp.), *Winston Churchill at the Telegraph*, 2015.
Domarus, Max (comp.), *The Essential Hitler*, 2007.
Donaldson, Frances, *Edward VIII*, 1974.
Downing, Taylor, *Churchill's War Lab*, 2010.
Dugdale, Blanche, *Arthur James Balfour*, vol. II, 1936.
Dundonald, conde de, *My Army Life*, 1934.
Eade, Charles (comp.), *Churchill by his Contemporaries*, 1955.
Eden, Anthony, *Full Circle*, 1960.
—, *Facing the Dictators*, 1962.
—, *The Reckoning*, 1965.
«Ephesian» (Carl Eric Bechhofer Roberts), *Winston Churchill*, 1927.
Egremeont, Max, *A Life of Arthur James Balfour*, 1980.
Esher, Oliver, y Brett, M. V. (comps.), *Journals and Letters of Reginald Viscount Esher*, 3 vols., 1938.
Evans, Trefor (comp.), *The Killearn Diaries*, 1972.
Farmelo, Graham, *Churchill's Bomb: A Hidden History of Science, War and Politics*, 2013.
Farrell, Brian, *The Defence and Fall of Singapore*, 2005.
Feiling, Keith, *The Life of Neville Chamberlain*, 1946.

Fergusson, Bernard (comp.), *The Business of War: The War Narrative of Major-General Sir John Kennedy*, 1958.
Fenby, Jonathan, *Alliance: The Inside Story*, 2006.
Ferrell, R. H. (comp.), *The Eisenhower Diaries*, 1981.
Fisher, lord, *Memories*, 1919.
Fishman, Jack, *My Darling Clementine: The Story of Lady Churchill*, 1963.
Fitzroy, *sir* Almeric, *Memoirs*, 2 vols., 1923.
Fleming, Peter, *Invasion 1940*, 1957.
Foot, Michael, *Aneurin Bevan*, vol. I, 2009.
Foot, M. R. D., *SOE*, 1984.
Forbes-Robertson, Diana, *Maxine*, 1964.
Fort, Adrian, *Prof: The Life and Times of Frederick Lindemann*, 2003.
—, *Wavell: The Life and Times of an Imperial Servant*, 2009.
Foster, R. F., *Lord Randolph Churchill*, 1988.
Frank, Otto (comp.), *Anne Frank: The Diary of a Young Girl*, 1997.
Fraser, *lady* Antonia, *My History: A Memoir of Growing Up*, 2015.
French, *sir* John, *1914*, 2009.
Freudenberg, Graham, *Churchill and Australia*, 2008.
Gaddis, John Lewis, *On Grand Strategy*, 2018.
Gallup, George H., *The Gallup International Public Opinion Polls*, 1976.
Gardner, Brian, *Churchill in his Time: A Study in a Reputation 1939-1945*, 1968.
Gardiner, A. G., *Pillars of Society*, 1913.
—, *Prophets, Priests and Kings*, 1917.
George, William, *My Brother and I*, 1958.
Gibb, A. D., alias «capitán X», With Winston Churchill at the Front, 2016.
Gilbert, Martin, Winston Churchill: The Wilderness Years, 1981.
—, Churchill's Political Philosophy, 1981.
—, Churchill: A Life, 1991.
—, In Search of Churchill, 1994.
—, Churchill at War: His «Finest Hour» in Photographs, 1940-1945, 2003.
—, Continue to Pester, Nag and Bite: Churchill's War Leadership, 2004.
—, D-Day, 2004.
—, Churchill and América, 2005.
—, *Churchill and the Jews*, 2007.
—, *Winston Churchill and The Other Club* (publicado de forma privada), 2011.
—, *Churchill: The Power of Words*, 2012.
—, The Official Biography:
Vol. III: *Winston Churchill: The Challenge of War 1914-1916*, 1971.
Companion Volume III (en dos partes).
Vol. IV: *Winston Churchill: World in Torment 1916-1922*, 1975.
Companion Volume IV (en tres partes).
Vol. V: *Winston Churchill: The Coming of War 1922-1939*, 1976.
Companion Volume V (en tres partes).
Vol. VI: *Winston Churchill: Finest Hour 1939-1941*, 1983.
Churchill War Papers (en tres partes).
Vol. VII: *Winston Churchill: Road to Victory 1941-1945*, 1986.
The Churchill Documents, vol. 17: *Testing Times*, 2014.
Vol. VIII: *Winston Churchill: «Never Despair», 1945-1965*, 1988.

Gilbert, Martin, y Arnn, Larry P. (comps.), *The Churchill Documents*, vol. 18: *One Continent Redeemed*, 2015.
—, *The Churchill Documents*, vol. 19: *Fateful Questions*, 2017.
—, *The Churchill Documents*, vol. 20: *Normandy and Beyond*, 2018.
—, *The Churchill Documents*, vol. 21: *Shadows of Victory*, 2018.
Gillies, Donald, *Radical Diplomat: The Life of Archibald Clark Kerr, Lord Inverchapel*, 1999.
Gilmour, David, *Curzon*, 1994.
Gladwyn, lord, *Memoirs*, 1972.
Golland, Jim, *Not Winston, Just William?: Winston Churchill at Harrow School*, 1988.
Gooch, John, *The Plans of War: The General Staff and British Military Strategy, c. 1900-1916*, 1974.
Gorodetsky, Gabriel (comp.), *The Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*, 1999.
—, *The Maisky Diaries: Red Ambassador to the Court of St James's, 1932-1943*, 2015.
—, *The Complete Maisky Diaries*, 3 vols., 2018.
Gough, Barry, *Churchill and Fisher at the Admiralty*, 2017.
Gough, general *sir* Hubert, *Soldiering On*, 1954.
«Gracchus» [Michael Foot y Frank Owen], *Your MP*, 1944.
Graebner, Walter, *My Dear Mr Churchill*, 1965.
Greenberg, Joel, *Gordon Welchman*, 2014.
Gretton, Peter, *Former Naval Person: Winston Churchill and the Royal Navy*, 1968.
Griffiths, Richard, *What Did You Do during the War?*, 2016.
Grigg, John, *Lloyd George: War Leader 1916-1918*, 2002.
Grigg, P. J., *Prejudice and Judgment*, 1948.
Guedalla, Philip (comp.), *Slings and Arrows: Sayings Chosen from the Speeches of the Rt Hon. David Lloyd George*, 1929.
Habsburg, Otto von, *Naissance d'un continent: une histoire de l'Europe*, París, 1975.
Halle, Kay, *Winston Churchill on America and Britain*, 1970.
—, *Randolph Churchill: The Young Unpretender*, 1971.
—, *The Irrepressible Churchill*, 2010.
Hamilton, Ian, *Listening for the Drums*, 1944.
Hamilton, Nigel, *Monty*, vol. III: *The Field Marshal, 1944-1976*, 1986.
—, *The Mantle of Command: FDR at War, 1941-1942*, 2014.
Hancock, W. K., y Gowing, M. M., *British War Economy*, 1949.
Hanfstaengl, Ernst, *Hitler: The Missing Years*, 1957.
Hanson, Victor Davis, *The Second World Wars: How the First Global Conflict was Fought and Won*, 2017.
Harriman, W. Averell, *Special Envoy*, 1975.
Harris, Frank, *My Life and Loves*, 1924 (hay traducción castellana: *Mi vida y mis amores*, Tusquets, Barcelona, 1982).
Hart-Davis, Duff (comp.). *End of an Era: Letters and Journals of Sir Alan Lascelles, 1887-1920*, 1986.
—, *King's Counsellor: Abdication and War: The Diaries of Sir Alan Lascelles*, 2006.
Harvey, John (comp.), *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey*, 1970.
Hassall, Christopher, *Edward Marsh*, 1959.
Hassall, Christopher (comp.), *Ambrosia and Small Beer: A Correspondence between Edward Marsh and Christopher Hassall*, 1964.

Hastings, Max, *Nemesis: The Battle for Japan 1944-45*, 2008.
—, *Finest Years: Churchill as Warlord 1940-45*, 2009.
—, *Inferno: The World at War 1939-1945*, 2011.
—, *Catastrophe: Europe Goes to War 1914*, 2014.
Hastings, Max (comp.), *The Oxford Book of Military Anecdotes*, 1985.
Henriques, Robert, *Sir Robert Waley-Cohen*, 1966.
Herman, Arthur, *Gandhi and Churchill*, 2008.
Higgins, Trumbull, *Winston Churchill and the Dardanelles*, 1963.
Hinsley, F. H., *British Intelligence in the Second World War*, 4 vols., 1979-1988.
Holderness, Diana, *The Ritz and the Ditch: A Memoir*, 2018.
Holland, James, *The Rise of Germany*, 2017.
Hossack, Leslie, *Charting Churchill: An Architectural History of Winston Churchill*, 2016.
Hough, Richard, *Former Naval Person: Churchill and the War at Sea*, 1985.
Howard, Anthony, *Rab: The Life of R. A. Butler*, 1987.
Howard, Michael, *The Mediterranean Strategy in the Second World War*, 1968.
—, *Grand Strategy*, vol. IV, 1970.
—, *Captain Professor*, 2006.
Howarth, Patrick, *Intelligence Chief Extraordinary: The Life of the Ninth Duke of Portland*, 1986.
Howells, Roy, *Simply Churchill*, 1965.
Hyam, Ronald, *Elgin and Churchill at the Colonial Office*, 1968.
Ingram, Bruce (comp.), *The Illustrated London News Eightieth Birthday Tribute*, 1954.
Irving, David, *Churchill's War*, 2 vols., 1987, 2001.
Ismay, Hastings, *Memoirs of General the Lord Ismay*, 1960.
Jablonsky, David, *Churchill and Hitler*, 1994.
Jackson, Ashley, *Churchill*, 2011.
Jackson, Julian, *A Certain Idea of France: The Life of Charles de Gaulle*, 2018.
James, Lawrence, *Churchill and Empire*, 2013.
James, Robert Rhodes, *Lord Randolph Churchill*, 1959.
—, *Memoirs of a Conservative: J. C. C. Davidson's Memoirs and Papers 1910-1937*, 1969.
—, *Churchill: A Study in Failure*, 1972.
—, *Gallipoli*, 1984.
—, *Bob Boothby: A Portrait*, 1991.
—, *A Spirit Undaunted: The Political Role of George VI*, 1999.
James, Robert Rhodes (comp.), *«Chips»: The Diaries of Sir Henry Channon*, 1967.
—, *Winston S. Churchill: His Complete Speeches*, 8 vols., 1974.
—, *Churchill Speaks*, 1981.
Jenkins, Roy, *Churchill*, 2001.
Jerrold, Douglas, *The Royal Naval Division*, 1923.
Johnsen, William T., *The Origins of the Grand Alliance*, 2016.
Johnson, Boris, *The Churchill Factor*, 2014.
Johnson, Paul, *Churchill*, 2009 (hay traducción castellana: *Churchill*, Avarigani Editores, Madrid, 2016).
Jolliffe, John (comp.), *Raymond Asquith: Life and Letters*, 2018.
Jones, Christopher, *No. 10 Downing Street*, 1985.
Jones, Thomas, *A Diary with Letters*, 1954.

Karslake, Basil, *1940: The Last Act: The Story of the British Forces in France after Dunkirk*, 1979.
Keegan, John, *The Second World War*, 1997.
—, *Intelligence in War*, 2003.
Keegan, John (comp.), *Churchill's Generals*, 1991.
Kennedy, John, *The Business of War*, 1957.
Kennedy, Paul (comp.), *Grand Strategies in War and Peace*, New Haven, 1991.
Kersaudy, François, *Churchill and de Gaulle*, 1982.
—, *Norway 1940*, 1990.
Kershaw, Ian, *Hitler: Hubris 1889-1936*, 1998 (hay traducción castellana: *Hitler, 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002).
—, *Hitler: Nemesis 1936-1945*, 2000 (hay traducción castellana: *Hitler (II). 1936-1945*, Ediciones Península, Barcelona, 2002).
—, *Making Friends with Hitler: Lord Londonderry and Britain's Road to War*, 2004.
—, *To Hell and Back: Europe 1914-1949*, 2015 (hay traducción castellana: *Descenso a los infiernos. Europa, 1914-1949*, Crítica, Barcelona, 2016).
Keynes, John Maynard, *The Economic Consequences of Mr Churchill*, 1925.
Kimball, Warren, *The Most Unsordid Act: Lend-Lease*, Baltimore, 1969.
—, *Forged in War: Churchill, Roosevelt and the Second World War*, 1997.
Kimball, Warren (comp.), *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, 3 vols., 1983.
Klepak, Hal, *Churchill Comes of Age: Cuba 1895*, 2015.
Kotkin, Stepen, *Stalin: Waiting for Hitler*, 2017.
Lacouture, Jean, *De Gaulle: The Rebel 1890-1944*, 1990.
—, *De Gaulle: The Ruler 1945-1970*, 1991.
Laird, Stephen, y Graebner, Walter, *Hitler's Reich and Churchill's Britain*, 1942.
Lamb, Richard, *Churchill as War Leader: Right or Wrong?*, 1991.
Langworth, Richard, *A Connoisseur's Guide to the Books of Sir Winston Churchill*, 1998.
—, *Churchill and the Avoidable War*, 2015.
—, *Churchill: Myth and Reality*, 2017.
Langworth, Richard (comp.), *Correspondence: Winston S. Churchill to Christine Lewis Conover*, 1996.
—, *Winston Churchill: The Dream*, 2005.
—, *Churchill in His Own Words*, 2012.
Layton, Elizabeth, *Mr Churchill's Secretary*.
Leasor, James, *War at the Top*, 1959.
Lee, Celia, *Jean, Lady Hamilton*, 2001.
Lee, John, *A Soldier's Life: General Sir Ian Hamilton*, 2000.
Lee, John y Celia, *Winston & Jack: The Churchill Brothers*, 2007.
—, *The Churchills*, 2010.
Lees-Milne, James, *A Mingled Measure: Diaries 1953-1972*, 1994.
Lehrman, Lewis E., *Churchill, Roosevelt and Company*, 2017.
Leslie, Anita, *Train to Nowhere*, 2017.
Lewin, Ronald, *Churchill as Warlord*, 1973.
Lloyd George, David, *The Truth about the Peace Treaties*, vol. I, 1938.
Lloyd George, Robert, *David & Winston: How the Friendship between Churchill and Lloyd George Changed the Course of History*, 2005.
Lochner, Louis (comp.), *The Goebbels Diaries*, 1948.

Longford, Elizabeth, *Winston Churchill*, 1978.
Lough, David, *No More Champagne: Churchill and his Money*, 2015.
Louis, William Roger (comp.), *More Adventures with Britannia*, 1998.
Lowenheim, Francis, et al., *Roosevelt and Churchill: Their Secret Wartime Correspondence*, Nueva York, 1975.
Lowndes, Susan (comp.), *Diaries and Letters of Marie Belloc Lowndes, 1911-1947*, 1971.
Lucy, *sir* Henry, *The Balfourian Parliament*, 1906.
Lysaght, Charles Edward, *Brendan Bracken*, 1979.
Lysaght, Charles, y White, Trevor, *Churchill and the Irishman: The Unbelievable Life of Brendan Bracken*, 2016.
Macaulay, Thomas Babington, *The History of England from the Accession of James the Second*, 5 vols., 1800-1859.
McDonald, Iverach, *The History of the Times*, vol. V, 1984.
McDonough, Frank, *Neville Chamberlain, Appeasement and the Road to War*, 1998.
McGinty Stephen, *Churchill's Cigar*, 2007.
McGowan, Norman, *My Years with Churchill*, 1958.
Macintyre, Ben, *SAS: Rogue Heroes: The Authorized Wartime History*, 2016.
Mackenzie, Norman y Jeanne (comps.), *The Diary of Beatrice Webb*, vol. II, 1983.
McMenamin, Michael, y Zoller, Curt J., *Becoming Winston Churchill*, Westport, Connecticut, 2007.
Macmillan, Harold, *Winds of Change*, 1966.
—, *The Blast of War*, 1967.
—, *Tides of Fortune*, 1969.
—, *Riding the Storm*, 1971.
—, *War Diaries: The Mediterranean 1943-1945*, 1984.
Makovsky, Michael, *Churchill's Promised Land*, 2007.
Mallinson, Allan, *Too Important for the Generals: Losing and Winning the First World War*, 2016.
Marchant, James (comp.), *Winston Spencer Churchill: Servant of Crown and Commonwealth*, 1954.
Marder, Arthur, *From the Dreadnought to Scapa Flow: The Royal Navy in the Fisher Era 1904-1919*, 5 vols., 1961.
—, *Winston is Back*, 1972.
—, *From the Dardanelles to Oran: Studies of the Royal Navy in War and Peace, 1915-1940*, 1974.
Marder, Arthur (comp.), *Fear God and Dread Nought: The Correspondence of Admiral Lord Fisher*, 3 vols., 1952-1959.
Marsh, Edward, *A Number of People: A Book of Reminiscences*, 1939.
Marsh, Richard, *Churchill and Macaulay, Ann Arbor*, 2015.
—, *Young Winston Churchill and the Last Victorian Church of England Anti-Ritual Campaign*, s. f.
Martin, Hugh, *Battle: The Life Story of the Rt Hon. Winston Churchill*, 1932.
Martin, *sir* John, *Downing Street: The War Years: Diaries, Letters and a Memoir*, 1991.
Massie, Robert, *Castles of Steel: Britain, Germany and the Winning of the Great War at Sea*, 2003.
Masterman, Lucy, *C. F. G. Masterman: A Biography*, 1939.
Mayo, Katherine, *Mother India*, 1935.
Meacham, Jon, *Franklin and Winston: An Intimate Portrait of an Epic Friendship*, 2003.

Mee, Charles, *Meeting at Potsdam*, Nueva York, 1975 (hay traducción castellana: *Potsdam. El destino del mundo*, Grijalbo, Barcelona, 1977).
Meehan, Patricia, *The Unnecessary War: Whitehall and the German Resistance to Hitler*, 1992.
Middlemas, Keith (comp.), *Thomas Jones: Whitehall Diary*, 3 vols., 1969-1971.
Middlemas, Keith, y Barnes, John, *Baldwin*, 1969.
Midgley, Peter (comp.), *The Heroic Memory: Memorial Addresses to the Rt. Hon. Sir Winston Spencer Churchill Society, Edmonton, Alberta, 1965-1989*, Edmonton, 2004.
Millard, Candice, *Hero of the Empire*, 2016.
Miller, Russell, *Boom: The Life of Viscount Trenchard*, 2016.
Milton, Giles, *The Ministry of Ungentlemanly Warfare: Churchill's Mavericks*, 2016.
Mitter, Rana, *China's War with Japan 1939-1945*, 2013.
Moggridge, D. E., *British Monetary Policy 1924-31: The Norman Conquest of $4.86*, 1972.
Montgomery, Viscount, *The Memoirs of Field Marshal Montgomery*, 1958.
Moran, lord, *Winston Churchill: The Struggle for Survival*, 1966.
Morgan, Ted, *Churchill: The Rise to Failure 1874-1915*, 1983.
Morley, Lord, *Recollections*, vol. II, 1917.
—, *Memorandum on Resignation*, 1928.
Mukerjee, Madhusree, *Churchill's Secret War: The British Empire and the Ravaging of India during World War II*, 2010.
Muller, James W. (comp.), *Churchill as Peacemaker*, 1997.
—, *Winston Churchill: Thoughts and Adventures*, 2009.
—, *Winston Churchill: Great Contemporaries*, 2012.
—, *Winston Churchill: The River War*, 2017.
Murray, Edmund, *I Was Churchill's Bodyguard*, 1987.
Nel, Elizabeth, *Mr Churchill's Secretary*, 1958.
—, *Winston Churchill by his Personal Secretary*, 2007.
Nichols, Beverley, *Verdict on India*, 1944.
—, *All I Could Never Be*, 1949.
Nicolson, *sir* Arthur, *The First Lord Carnock*, 1937.
Nicolson Harold, *King George V*, 1984.
Nicolson, Nigel, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 1973.
Nicolson, Nigel (comp.), *Harold Nicolson: Diaries and Letters*, 3 vols., 1966-1968.
Niestlé, Axel, *German U-Boat Losses during World War II*, 2014.
Nolan, Cathal J., *The Allure of Battle: A History of How Battles Have Been Won and Lost*, 2017.
Norwich, John Julius (comp.), *The Duff Cooper Diaries*, 2005.
—, *Darling Monster: The Letters of Lady Diana Cooper to her Son John Julius Norwich 1939-1952*, 2013.
Ogden, Christopher, *Life of the Party: The Life of Pamela Digby Churchill Hayward Harriman*, 1994.
Oliver, Vic, *Mr Showbusiness*, 1954.
Orange, Vincent, *Dowding of Fighter Command: Victor of the Battle of Britain*, 2008.
Ossad, Stephen L., *Omar Nelson Bradley*, 2017.
Overy, Richard, *The Air War 1939-1945*, 1981.
—, *The Bombing War: Europe 1939-1945*, 2013.
Owen, David, *Cabinet's Finest Hour: The Hidden Agenda of May 1940*, 2016.

Owen, Roderic, *Tedder*, 1952.
Pakenham, Thomas, *The Boer War*, 1979.
Parker, R. A. C., *Churchill and Appeasement*, 2000.
Parker, R. A. C. (comp.), *Winston Churchill: Studies in Statesmanship*, 2002.
Pawle, Gerald, *The War and Colonel Warden*, 1963.
Pearson, John, *Citadel of the Heart: Winston and the Churchill Dynasty*, 1991.
Peck, John, *Dublin from Downing Street*, 1978.
Pelling, Henry, *Winston Churchill*, 1974.
Penn, Geoffrey, *Fisher, Churchill and the Dardanelles*, 1999.
Petrie, *sir* Charles, *The Carlton Club*, 1955.
Pickersgill, J. W., y Forster, D. F. (comps.), *The Mackenzie King Record*, vols. II y III, 1968, 1970.
Pilpel, Robert H., *Churchill in América*, Nueva York, 1977.
Pimlott, Ben, *Hugh Dalton: A Life*, 1985.
Pimlott, Ben (comp.), *The Second World War Diary of Hugh Dalton*, 1986.
Ponting, Clive, *Churchill*, 1994.
Postan, M. M., *British War Production*, 1952.
Potter, John, *Pim and Churchill's Map Room*, 2014.
Pottle, Mark (comp.), *Champion Redoubtable: The Diaries and Letters of Violet Bonham Carter 1914-1945*, 1998.
—, *Daring to Hope: The Diaries and Letters of Violet Bonham Carter 1946-1969*, 1999.
Pottle, Mark, y Bonham Carter, Mark (comps.), *Lantern Slides: The Diaries and Letters of Violet Bonham Carter 1904-1914*, 1996.
Ramsden, John, *The Age of Churchill and Eden 1940-1957*, 1995.
—, *Man of the Century: Winston Churchill and his Legend since 1945*, 2002.
Ranft, B. (comp.), *The Beatty Papers*, 2 vols., 1993.
Read, *sir* Herbert, *English Prose Style*, 1928.
Reade, Winwood, *The Martyrdom of Man*, 1945.
Reynolds, David, *In Command of History: Churchill Fighting and Writing the Second World War*, 2004.
—, *From World War to Cold War*, 2006.
—, *Summits: Six Meetings That Shaped the Twentieth Century*, 2007.
—, *The Long Shadow: The Legacies of the Great War in the Twentieth Century*, 2014.
Reynolds, Quentin, *All About Winston Churchill*, 1964.
Ricks, Thomas E., *Churchill and Orwell: The Fight for Freedom*, 2017.
Riddell, lord, *Lord Riddell's Intimate Diary of the Peace Conference and After*, 1933.
—, *Lord Riddell's War Diary*, 1933.
—, *More Pages from my Diary*, 1934.
Riff, M. A. (comp.), *Dictionary of Modern Political Ideologies*, Manchester 1990.
Roberts, Andrew, *The Holy Fox: A Life of Lord Halifax*, 1991.
—, *Eminent Churchillians*, 1994.
—, *Salisbury: Victorian Titan*, 1999.
—, *Hitler and Churchill*, 2003.
Rogers, Anthony, *Churchill's Folly: Leros and the Aegean*, 2003.
Roosevelt, Elliot, *As He Saw It*, Nueva York, 1946.
Rose, Jill, *Nursing Churchill: Wartime Life from the Private Letters of Winston Churchill's Nurse*, 2018.
Rose, Jonathan, *The Literary Churchill: Author, Reader, Actor*, 2014.

Rose, Norman, *Churchill: An Unruly Life*, 1994.
Rose, N. A. (comp.), *Baffy: The Diaries of Blanche Dugdale 1936-1947*, 1973.
Roskill, Stephen, *Hankey: Man of Secrets*, 3 vols., 1970-1974.
—, *Churchill and the Admirals*, 1977.
Rowntree, B. Seebohm, *Poverty. A Study of Town Life*, 1903.
Rowse, A. L., *The Later Churchills*, 1958.
Ruane, Kevin, *Churchill and the Bomb*, 2016.
Rumbelow, Donald, *The Houndsditch Murders and the Siege of Sidney Street*, 1973.
Russell, Douglas S., *The Orders, Decorations and Medals of Sir Winston Churchill*, 1990.
—, *Winston Churchill, Soldier: The Military Life of a Gentleman at War*, 2008.
Russell, Emily (comp.), *A Constant Heart: The War Diaries of Maud Russell*, 2017.
Sandys, Celia, *From Winston with Love and Kisses*, 1994.
—, *Churchill: Wanted Dead or Alive*, 1999.
—, *Chasing Churchill: The Travels of Winston Churchill*, 2003.
—, *Churchill: A Short Biography*, 2003.
—, *We Shall Not Fail: The Inspiring Leadership of Winston Churchill*, 2003.
Sandys, Edwina, *Winston Churchill: A Passion for Painting*, 2012.
Sandys, Jonathan, y Henley, Wallace, *God and Churchill*, 2015.
Schroeder, Christa, *He Was my Chief: The Memoirs of Adolf Hitler's Secretary*, 2009.
Scott, Alexander MacCallum, *Winston Churchill in Peace and War*, 1916.
Scott, Brough, *Galloper Jack*, 2003.
—, *Churchill at the Gallop*, 2017.
Sebestyen, Victor, *1946: The Making of the Modern World*, 2016.
Seldon, Anthony, *Churchill's Indian Summer: The Conservative Government 1951-55*, 1981.
Self, Robert (comp.), *The Neville Chamberlain Diary Letters*, vols. I, II, III y IV, 2005.
Shakespeare, Geoffrey, *Let Candles Be Brought In*, 1949.
Shakespeare, Nicholas, *Six Minutes in May: How Churchill Unexpectedly Became Prime Minister*, 2017.
Shawcross, William (comp.), *Counting One's Blessings: Selected Letters of the Queen Mother*, 2012.
Sheean, Vincent, *Between the Thunder and the Sun*, 1943.
Sheffield, Gary, *The Chief: Douglas Haig and the British Army*, 2011.
Shelden, Michael, *Churchill: Young Titan*, 2013.
Sheridan, Clare, *Nuda Veritas*, 1934.
Sherwood, Robert (comp.), *The White House Papers of Harry L. Hopkins*, 2 vols., 1949.
—, *Roosevelt and Hopkins*, 2008.
Shuckburgh, Evelyn, *Descent to Suez: Diaries 1951-56*, 1986.
Singer, Barry, *Churchill Style: The Art of being Winston Churchill*, 2012.
Sitwell, William, *Eggs or Anarchy: The Remarkable Story of the Man Tasked with the Impossible: To Feed a Nation at War*, 2016.
Skidelsky, Robert, *Oswald Mosley*, 1975.
—, *John Maynard Keynes, vol. II: The Economist as Saviour 1920-1937*, 1992.
—, *John Maynard Keynes, vol. III: Fighting for Britain 1937-1946*, 2000.
Smart, Nick (comp.), *The Diaries and Letters of Robert Bernays*, 1996.
Smith, Amanda (comp.), *Hostage to Fortune: The Letters of Joseph P. Kennedy*, 2001.
Snyder, Timothy, *Black Earth: The Holocaust as History and Warning*, 2016.
Soames, Mary, *A Churchill Family Album*, 1982.

—, *Winston Churchill: His Life as a Painter*, 1990.
—, *Clementine Churchill*, 2002.
—, *A Daughter's Tale*, 2012.
Soames, Mary (comp.), *Speaking for Themselves: The Personal Letters of Winston and Clementine Churchill*, 1999.
Spears, *sir* Edward, *Assignment to Catastrophe*, 2 vols., 1954.
Spence, Lyndsy, *The Mistress of Mayfair: Men, Money and the Marriage of Doris Delevingne*, 2016.
Stacey, coronel Charles Perry, *The Victory Campaign: Operations in North-West Europe, 1944-1945* (historia oficial de los hechos del ejército canadiense en la segunda guerra mundial, vol. III), Ottawa, 1966.
Stafford, David, *Churchill and Secret Service*, 1997.
Stargardt, Nicholas, *The German War: A Nation under Arms 1939-45*, 2015.
Stelzer, Cita, *Dinner with Churchill: Policy-Making at the Dinner Table*, 2013.
Stewart, Andrew, *The First Victory: The Second World War and the East Africa Campaign*, 2016.
Strachan, Hew, *The First World War*, 2003.
Stuart, Charles, The Reith Diaries, 1975.
Stuart, James, Within the Fringe: An Autobiography, 1967.
Symonds, Craig L., Neptune: The Allied Invasion of Europe and the D-Day Landings, 1944, 2014.
Taylor, A. J. P., *Beaverbrook*, 1970.
Taylor, A. J. P. (comp.), *Lloyd George: A Diary by Frances Stevenson*, 1971.
—, *W. P. Crozier: Off the Record: Political Interviews*, 1973.
—, *My Darling Pussy: The Letters of Lloyd George and Frances Stevenson*, 1975.
Taylor, Robert Louis, *Winston Churchill: An Informal Study of Greatness*, Nueva York, 1952.
Templewood, vizconde, *Nine Troubled Years*, 1954.
Thomas, David, *Churchill: The Member for Woodford*, 1995.
Thompson, Julian, *Gallipoli*, 2015.
Thompson, Laurence, *1940*, 1968.
Thompson, R. W., *The Yankee Marlborough*, 1963.
—, *Churchill and Morton*, 1976.
Thompson, Walter, *I Was Churchill's Shadow*, 1951.
—, *Sixty Minutes with Winston Churchill*, 1953.
Thomson, George Malcolm, *Vote of Censure*, 1968.
Thorne, Nick (comp.), *Seven Christmases: Second World War Diaries of Lt-Commander Vivian Cox*, 2010.
Thornton-Kemsley, Colin, *Through Winds and Tides*, 1974.
Thorpe, Andrew, y Toye, Richard (comps.), *Parliament and Politics in the Age of Asquith and Lloyd George: The Diaries of Cecil Harmsworth MP*, 2016.
Tillett, Ben, *The Transport Workers' Strike 1911*, 1912.
Todman, Daniel, *Britain's War, vol. I: Into Battle 1937-1941*, 2016.
Tolppanen, Bradley, *Churchill in North America 1929*, Jefferson, Carolina del Norte, 2014.
Tolstoy, Nikolai, *Victims of Yalta*, 1977.
Toye, Richard, Lloyd George and Churchill: Rivals for Greatness, 2007.
Travers, Tim, *Gallipoli, 1915*, 2001.

Tree, Ronald, *When the Moon was High*, 1975.
Tunzelmann, Alex von, *Indian Summer: The Secret History of the End of an Empire*, 2007.
Ministerio de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, *Foreign Relations of the United States, Diplomatic Papers, 1942, vol. I: General; the British Commonwealth; the Far East*, Washington, D. C., 1942.
Udy, Giles, *Labour and the Gulag*, 2017.
Vickers, Hugo, *Cocktails and Laughter: The Albums of Loelia Lindsay (Loelia, Duchess of Westminster)*, 1983.
—, *Cecil Beaton*, 1985.
Vincent, John (comp.), *The Crawford Papers: The Journals of David Lindsay, Twenty-Seventh Earl of Crawford and Tenth Earl of Balcarres during the Years 1892 to 1940*, 1984.
Waldegrave, William, *A Different Kind of Weather: A Memoir*, 2015.
—*The War Book of Gray's Inn, 1939-45*, 2015.
Ward, Geoffrey C. (comp.), *Closest Companion*, Nueva York, 1995.
Watt, Donald Cameron, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War, 1938-1939*, 2001.
Watson, Alan, *Churchill's Legacy: Two Speeches to Save the World*, 2016.
Weeks, *Sir* Ronald, *Organisation and Equipment for War*, Cambridge, 1950.
Weidhorn, Manfred, *Churchill's Rhetoric and Political Discourse*, 1987.
Wheeler-Bennett, John (comp.), *Action This Day: Working with Churchill*, 1968.
Willans, Geoffrey, y Roetter, Charles, *The Wit of Winston Churchill*, 1954.
Williams, Susan, *The People's King: The True Story of the Abdication*, 2004.
Wilson, John, *CB: A Life of Sir Henry Campbell-Bannerman*, 1973.
Wilson, Stephen Shipley, *The Cabinet Office to 1945*, 1975.
Wilson, Trevor (comp.), *The Political Diaries of C. P. Scott*, 1970.
Windsor, duque de, *A King's Story*, 1953.
Winterton, lord, *Orders of the Day*, 1953.
Wolf, Michael (comp.), *The Collected Essays of Sir Winston Churchill*, 4 vols., 1974.
Wright, Robert, *Dowding and the Battle of Britain*, 1969.
Wrigley, Chris, *Winston Churchill: A Biographical Companion*, 2002.
Young, Kenneth (comp.), *The Diaries of Sir Robert Bruce Lockhart, vol. II: 1939-1965*, 1980.
Ziegler, Philip, *King Edward VIII*, 1990.
Zoller, Curt, *Annotated Bibliography of Works about Sir Winston Churchill*, 2004.

ARTÍCULOS Y TESIS

Addison, Paul, «The Three Careers of Winston Churchill», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. 11, 2001.

Adelman, Paul, «The British General Election 1945», *History Review*, n.º 40, septiembre de 2001.

Alkon, Paul, «Imagining Scenarios: Churchill's Advice for Alexander Korda's Still-born Film "Lawrence of Arabia"», *Finest Hour*, n.º 119, verano de 2003.

Ball, Stuart, «Churchill and the Conservative Party», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. XI, 2001.

Barclay, Gordon, «Duties in Aid of the Civil Power», *Journal of Scottish Historical Studies*, en preparación.

Baxter, Colin, «*Winston Churchill: Military Strategist?*», *Military Affairs*, vol. XLVII, n.º 1, febrero de 1983.

Bell, Christopher M., «Air Power and the Battle of the Atlantic», *Journal of Military History*, vol. 79, n.º 3, julio de 2015.

Blake, Robert, «Churchill and the Conservative Party», Crosby Kemper Lecture, Westminster College, Fulton, Misuri, abril de 1987.

Bose, Sugata, «Starvation amidst Plenty: The Making of Famine in Bengal, Honan and Tonkin, 1942-45», *Modern Asian Studies*, vol. 24, n.º 4, octubre de 1990.

Bridge, Carl, «Churchill, Hoare, Derby and the Committee of Privileges, April to June 1934», *Historical Journal*, vol. 22, n.º 1, 1979.

Cannadine, David, «Churchill and the British Monarchy», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. XI, 2001.

Capet, Antoine, «Scientific Weaponry: How Churchill Encouraged the "Boffins" and Defied the "Blimps"», *Churchillian*, invierno de 2013.

Charmley, John, «Churchill's Darkest Hour: Gallipoli 100 Years On», *Conservative History Journal*, vol. II, n.º 4, otoño de 2015.

Churchill, Winston S., «*Man Overboard!*», *Harmsworth Magazine*, vol. 1, n.º 6, pp. 1898-1899.

Cocks, Paul, «*The Improbable Three: Virtual History, Spirituality and the Meaning of May 1940*», *Agora*, vol. 51, n.º 4, 2016.

Cohen, Eliot, «*Churchill at War*», *Commentary*, vol. 83, n.º 5, mayo de 1987.

Colville, John, «*Churchill's England: "He Had No Use for Second Best*»", *Finest Hour*, n.º 41, otoño de 1983.

Coombs, David, «*Sir Winston Churchill, His Life and Painting*: An Account of the Sotheby's Loan Exhibition», *Finest Hour*, n.º 100, otoño de 1998.

Corfield, Tony, «*Why Chamberlain Really Fell*», *History Today*, vol. 46, n.º 12, diciembre de 1996.

Courtenay, Paul, «*The Smuts Dimension*», XVI Conferencia Internacional sobre Winston Churchill, 24 de julio de 1999.

Deakin, William, «*Churchill and Europe in 1944*», Crosby Kemper Lecture, Westminster College, Fulton, Misuri, marzo de 1984.

Devine, Richard, «*Top Cop in a Top Hat: Churchill as Home Secretary*», *Finest Hour*, n.º 143, verano de 2009.

Dilks, David, «*"The Solitary Pilgrimage": Churchill and the Russians 1951-1955*», Conferencia a los miembros de la Sociedad Winston Churchill para el Avance de la Democracia Parlamentaria, noviembre de 1999.

—, «*"Champagne for Everyone": The Greatness of Bill Deakin*», *Finest Hour*, n.º 131, verano de 2006.

—, «*The Queen and Mr Churchill*», Discurso ante los integrantes de la Real Sociedad de San Jorge, sede londinense, 6 de febrero de 2007.

—, «*Churchill and the Russians, 1939-1955*», Conferencia leída en el Centro para el Conocimiento de la Segunda Guerra Mundial, octubre de 2016.

Dockter, Warren, y Toye, Richard, «*Who Commanded History? Sir John Colville, Churchillian Networks and the "Castlerosse Affair*»", *Journal of Contemporary History*, marzo de 2018.

Encer, Craig, «*Churchill in Turkey 1910*», *Finest Hour*, n.º 126, primavera de 2005.

Feldschreiber, Jared, «*"Emotional Intelligence" in Churchill's View of Jewish National Sovereignty*», *Churchillian*, otoño de 2012.

Foster, Betsy, «*The Statesmanship and Rhetoric of Churchill's Maiden Speech*» *Finest Hour*, n.º 126, primavera de 2005.

Foster, Russ, «*Wellington, Waterloo and Sir Winston Churchill*», *Waterloo Journal*, vol. 38, n.º 3, otoño de 2016.

Gardiner, Nile, «*Forever in the Shadow of Churchill?: Britain and the Memory of World War Two at the End of the 20th Century*», International Security Studies, Yale University, Occasional Paper, n.º 9, 1997.

Gilbert, Martin, «*What Did Churchill Really Think about the Jews?*», *Finest Hour*, n.º 135, verano de 2007.

—, «*Churchill and Bombing Policy*», *Finest Hour*, n.º 137, invierno de 2007-2008.

—, «*Churchill and Eugenics*», *Finest Hour*, n.º 152, otoño de 2011.

Hatter, David, «*The Chartwell Visitors Book*», *Finest Hour*, n.º 130, primavera de 2006.

Hennessy, Peter, «Churchill and the Premiership», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. XI, 2001.

Herman, Arthur, «Absent Churchill, India's 1943 Famine Would Have Been Worse», *Finest Hour*, n.º 149, invierno de 2010-2011.

Heyking, John von, «Political Friendship in Churchill's Marlborough», *Perspectives on Political Science*, vol. 46, 2017.

Ives, William, «The Dardanelles and Gallipoli», *Finest Hour*, n.º 126, primavera de 2005.

Jacob, Ian, «Principles of British Military Thought», *Foreign Affairs*, vol. 29, n.º 2, enero de 1951.

—, «The High Level Conduct and Direction of World War II», *RUSI Journal*, vol. CI, n.º 603, agosto de 1956.

—, «The Turning Point: Grand Strategy 1942-43», *Round Table*, vol. 62, n.º 248, octubre de 1972.

James, Robert Rhodes, «Churchill, the Man», Crosby Kemper Lecture, Westminster College, Fulton, Misuri, abril de 1986.

Jones, R. V., «Churchill as I Knew Him», Crosby Kemper Lecture, Westminster College, Fulton, Misuri, marzo de 1992.

Karsh, Yousuf, «The Portraits That Changed my Life», *Finest Hour*, n.º 94, primavera de 1997.

Keohane, Nigel, «Sitting with the Enemy: The Asquith Coalition through a Conservative Lens», *Conservative History Journal*, vol. II, n.º 4, otoño de 2015.

Kimball, Warren, «"Beggar My Neighbor": America and the British Interim Finance Crisis, 1940-1941», *Journal of Economic History*, vol. XXIX, n.º 4, diciembre de 1969.

Langworth, Richard, «Churchill and Lawrence», *Finest Hour*, n.º 119, verano de 2003.

—, «*Feeding the Crocodile: Was Leopold Guilty?*», *Finest Hour*, n.º 138, primavera de 2008.

—, «Churchill and the Rhineland», *Finest Hour*, n.º 141, invierno de 2008-2009.

—, «Myth: "Churchill Caused the 1943-45 Bengal Famine"», *Finest Hour*, n.º 142, primavera de 2009.

—, «Blood, Sweat and Gears», *Automobile*, agosto de 2016.

Liddell Hart, Basil, «Churchill in War», *Encounter*, abril de 1966.

Lippiatt, Graham, «The Fall of the Lloyd George Coalition», *Journal of Liberal History*, n.º 41, invierno de 2003.

Mallinson, Allan, «Churchill's Plan to Win the First World War», *History Today*, vol. 63, n.º 12, diciembre de 2013.

Masterman, Lucy, «Winston Churchill: The Liberal Phase», *History Today*, vol. 14, n.ºs 11 y 12, noviembre y diciembre de 1964.

Mather, John H., «Sir Winston Churchill: His Hardiness and Resilience», *Churchill Proceedings*, 1996-1997.

—, «Lord Randolph Churchill: Maladies et Mort», *Finest Hour*, n.º 93, invierno de 1996-1997.

Maurer, John H., «"Winston Has Gone Mad": Churchill, the British Admiralty, and the Rise of Japanese Naval Power», *Journal of Strategic Studies*, vol. 35, n.º 6, 2012.

—, «*Averting the Great War? Churchill's Naval Holiday*», *Naval War College Review*, vol. 67, n.º 3, verano de 2014.

Maynard, Luke, «*Tory Splits over Revolutionary Russia 1918-20*», *Conservative History Journal*, vol. II, n.º 4, otoño de 2015.

Messenger, Robert, «Churchill's Friends and Rivals», *New Criterion*, octubre de 2008.

Muller, James W., «"A Good Englishman": Politics and War in Churchill's Life of Marlborough», *Political Science Reviewer*, vol. 18, n.º 1, 1988.

—, «Churchill's Understanding of Politics», en Mark Blitz y William Kristol (comps.), Educating the Prince, Lanham, Maryland, 2000.

Newman, Hugh, «Butterflies to Chartwell», *Finest Hour*, n.º 89, invierno de 1995-1996.

Nicholas, Sian, «Churchill's Radio Impostor», *History Today*, vol. 51, número del 2 de febrero de 2001.

O'Connell, John F., «Closing the North Atlantic Air Gap», *Air Power History*, n.º 59, verano de 2012.

Pearce, Robert, «The 1950 and 1951 General Elections in Britain», *History Review*, n.º 60, marzo de 2008.

Phillips, Adrian, «MI5, Churchill and the "King's Party" in the Abdication Crisis», *Conservative History Journal*, vol. II, n.º 5, otoño de 2017.
Philpott, William J., «Kitchener and the 29th Division», *Journal of Strategic Studies*, vol. 16, n.º 3, septiembre de 1993.
Plumb, John, «The Dominion of History», Crosby Kemper Lecture, Westminster College, Fulton, Misuri, mayo de 1983.
Powers, Richard, «Winston Churchill's Parliamentary Commentary on British Foreign Policy, 1935-1938», *Journal of Modern History*, vol. 26, n.º 2, 1954.
Quinault, Roland, «Churchill and Democracy», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. XI, 2001.
—, «Churchill and the Cunarders», *History Today*, vol. 65, n.º 8, agosto de 2015.
Ramsden, John, «"That will Depend on Who Writes the History": Winston Churchill as his own Historian», Conferencia inaugural dada en el Queen Mary and Westfield College, octubre de 1996.
—, «How Winston Churchill Became "The Greatest Living Englishman"», *Contemporary British History*, vol. 12, n.º 3, otoño de 1998.
Reynolds, David, «Churchill's Writing of History», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. XI, 2001.
—, «Churchill the Historian», *History Today*, vol. 55, n.º 2, febrero de 2005.
Rowse, A. L., «A Visit to Chartwell», *Finest Hour*, n.º 81, cuarto trimestre de 1993.
Sáenz-Francés San Baldomero, Emilio, «Winston Churchill and Spain 1936-1945», en David Sarias Rodríguez (comp.), *Caminando con el destino: Winston Churchill y España*, Madrid, 2011.
Sandys, Edwina, «Winston Churchill: His Art Reflects his Life», Crosby Kemper Lecture, Westminster College, Fulton, Misuri, marzo de 1993.
«Scrutator», «An Eye-Witness at the Dardanelles», *Empire Review*, vol. XLVII, n.º 329, 1928.
Searle, Alaric, «*J. F. C. Fuller's Assessment of Winston Churchill as Grand Strategist, 1939-45*», *Global War Studies*, vol. 12, n.º 3, 2015.
Smith, Richard W., «*Britain's Return to Gold*», tesis doctoral defendida en la Universidad de Harvard, 1974.
Soames, Mary, «*Winston Churchill: The Great Human Being*», Crosby Kemper Lecture, Westminster College, Fulton, Misuri, abril de 1991.
Soames, Nicholas, «*Winston Churchill: A Man in Full*», Conferencia pronunciada en la sede de la Sociedad Winston Churchill para el Avance de la Democracia Parlamentaria, noviembre de 1998.
Sterling, Christopher, «Getting There: Churchill's Wartime Journeys», *Finest Hour*, n.º 148, otoño de 2010.
Strauss, Leo, «Churchill's Greatness», *Weekly Standard*, vol. 5, n.º 3, enero de 2000.
Tolppanen, Bradley P, «Churchill and Chaplin», *Finest Hour*, n.º 142, primavera de 2009.
—, «The Accidental Churchill», *Churchillian*, invierno de 2012.
Vale, Allister, y Scadding, John, «*Did Winston Churchill Suffer a Myocardial Infarction in the White House at Christmas 1941?*», *Journal of the Royal Society of Medicine*, vol. 110, n.º 12, 2017.
—, «Winston Churchill […] Treatment for Pneumonia in March 1886», *Journal of Medical Biography*, disponible en Internet: https://doi.org/10.1177/0967772018754646

Vego, Milan, «The Destruction of Convoy PQ 17», *Naval War College Review*, vol. 69, n.º 3, verano de 2016.
Warner, Geoffrey, «The Road to D-Day», *History Today*, vol. 34, número del 6 de junio de 1984.
Wrigley, Chris, «Churchill and the Trade Unions», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. XI, 2001.
Ziegler, Philip, «Churchill and the Monarchy», *History Today*, vol. 43, número del 3 de marzo de 1993.

Abreviaturas

AP	Avon Papers, en los Archivos de la Universidad de Birmingham.
BIYU	Instituto Borthwick, Universidad de York.
BL	Biblioteca Británica.
Bod	Biblioteca Bodleiana, Oxford.
BU	Archivos de la Universidad de Birmingham.
CAC	Centro de Archivos Winston Churchill del Churchill College de Cambridge.
CHAR	Chartwell Papers del Centro de Archivos Winston Churchill del Churchill College de Cambridge.
CHUR	Churchill Papers del Centro de Archivos Winston Churchill del Churchill College de Cambridge.
CIHOW	Richard Langworth (comp.), *Churchill in His Own Words*, 2012.
CS	Robert Rhodes James, *Winston S. Churchill: His Complete Speeches*, publicado en Nueva York en ocho volúmenes en 1974.
CUL	Biblioteca Universitaria de Cambridge.
CV	*Companion Volumes* de la Biografía Oficial (OB: Official Biography).
CWP	Los tres tomos de los *Churchill War Papers*, publicados en forma de apéndices por Martin Gilbert entre 1993 y 2000.
CWP I	*At the Admiralty*, 1993.
CWP II	*Never Surrender*, 1995.
CWP III	*The Ever-Widening War*, 2000.
FH	*Finest Hour*, revista trimestral publicada por la Sociedad Internacional Winston Churchill.
FRUS	*Foreign Relations of the United States*.
Hansard	Debates parlamentarios de la Cámara de los Comunes.
Hatfield	Archivos de los marqueses de Salisbury y la familia Cecil en Hatfield House, Hertfordshire.

JC	Joseph Chamberlain Papers en los Archivos de la Universidad de Birmingham.
LHC	Centro Liddell Hart del King's College de Londres.
NA	Archivos Nacionales del Reino Unido en Kew.
NC	Neville Chamberlain Papers en los Archivos de la Universidad de Birmingham.
NYPL	Biblioteca Pública de Nueva York.
OB	Biografía Oficial de *sir* Winston Churchill. Volúmenes I y II de Randolph S. Churchill, y volúmenes III a VIII por (*sir*) Martin Gilbert.
OB I	*Winston S. Churchill: Youth 1874-1900*, 1966.
OB II	*Winston S. Churchill: Young Statesman 1901-1914*, 1967.
OB III	*Winston S. Churchill: The Challenge of War 1914-16*, 1971.
OB IV	*Winston S. Churchill: World in Torment 1916-1922*, 1975.
OB V	*Winston S. Churchill: The Coming of War 1922-1939*, 1976.
OB VI	*Winston S. Churchill: Finest Hour 1939-1941*, 1983.
OB VII	*Winston S. Churchill: Road to Victory 1941-1945*, 1986.
OB VIII	*Winston S. Churchill: «Never Despair» 1945-1965*, 1988.
PA	Archivos del Parlamento Británico, Cámara de los Lores.
RA	Archivos Reales Británicos del Castillo de Windsor.
TCD	Los cinco volúmenes de *The Churchill Documents*, publicados por Martin Gilbert y Larry P. Arnn, en la editorial Hillsdale College Press, Michigan.
TCD 17	*The Churchill Documents, vol. 17: Testing Times*, 2014.
TCD 18	*The Churchill Documents, vol. 18: One Continent Redeemed*, 2015.
TCD 19	*The Churchill Documents, vol. 19: Fateful Questions*, 2017.
TCD 20	*The Churchill Documents, vol. 20: Normandy and Beyond*, 2018.
TCD 21	*The Churchill Documents, vol. 21: Shadows of Victory*, 2018.
TLS	*Times Literary Supplement*.
WSC	Obras de Winston S. Churchill (véase a continuación).

Obras de Winston S. Churchill

Arms	*Arms and the Covenant*, 1938.
Balance	*In the Balance*, 1951.
CE	Michael Wolf (comp.), *The Collected Essays of Sir Winston Churchill*, 4 vols., 1974.
Dawn	*The Dawn of Liberation*, 1945.
Dream	Langworth (comp.), *The Dream*, 2005.
End	*The End of the Beginning*, 1943.
GC	*Great Contemporaries*, 1937 (hay traducción castellana: *Grandes contemporáneos*, Orbis, Barcelona, 1982).
HESP	*A History of the English-Speaking Peoples*, 4 vols., 1956-1958 (hay traducción castellana: *Historia de los pueblos de habla inglesa*, Caralt, Barcelona, 1960-1962; reeditado por La Esfera de los Libros, Madrid, 2007).
India	*India: Defending the Jewel in the Crown*, 1990.
Liberalism	*Liberalism and the Social Problem*, 1909.
L to L	*London to Ladysmith via Pretoria*, 1900 (hay traducción castellana: *La guerra de los bóers. De Londres a Ladysmith vía Pretoria*, Turner, Madrid, 2006).
LRC	*Lord Randolph Churchill*, 2 vols., 1906.
MAJ	*My African Journey*, 1908 (hay traducción castellana: *Mi viaje por África*, Ediciones del Viento, La Coruña, 2011).
Marl	*Marlborough: His Life and Times*, 2 vols., Chicago, 2002 (publicado originalmente en 4 vols., 1933-1938) (hay traducción castellana: *Marlborough. Su vida y su tiempo*, Plaza & Janés, Barcelona, 1964).
MEL	*My Early Life*, 1930 (hay traducción castellana: *Mi juventud. Autobiografía*, Almed, Granada, 2010).
MFF	*The Story of the Malakand Field Force*, 1898 (hay traducción castellana:

	La historia de la Malakand Field Force, Arcopress Ediciones, Córdoba, 2010).
Onwards	*Onwards to Victory*, 1944.
Painting	*Painting as a Pastime*, 1948 (hay traducción castellana: *La pintura como pasatiempo*, Elba, Barcelona, 2014).
RW	*The River War*, 2 vols., 1899 (hay traducción castellana: *La guerra del Nilo: crónica de la reconquista de Sudán*, Turner, Madrid, 2003.)
Savrola	*Savrola: A Tale of the Revolution in Laurania*, 1900 (hay traducción castellana: *Savrola*, Plaza & Janés, Barcelona, 1956).
Secret	*Secret Sessions Speeches*, 1946.
Sinews	*The Sinews of Peace*, 1948.
Stemming	*Stemming the Tide: Speeches, 1951 and 1952*, 1953.
Step	*Step by Step 1936-1939*, 1947 (hay traducción castellana: *Paso a paso. Del crepúsculo de la paz al resplandor de la victoria*, Claridad, Buenos Aires, 1943).
Thoughts	*Thoughts and Adventures*, 1932 (hay traducción castellana: *Pensamientos y aventuras*, Los Libros de Nuestro Tiempo, 1943).
TSWW	*The Second World War*, obra en seis volúmenes (hay traducción castellana: *La Segunda Guerra Mundial. Memorias*, Orbis, Barcelona, 1989).
TSWW I	*The Gathering Storm*, 1948 (hay traducción castellana: *Cómo se fraguó la tormenta*, Orbis, Barcelona, 1989).
TSWW II	*Their Finest Hour*, 1949 (hay traducción castellana: *Su hora mejor*, Orbis, Barcelona, 1989).
TSWW III	*The Grand Alliance*, 1950 (hay traducción castellana: *La gran alianza*, Orbis, Barcelona, 1989).
TSWW IV	*The Hinge of Fate*, 1951 (hay traducción castellana: *El gozne del destino*, Orbis, Barcelona, 1989).
TSWW V	*Closing the Ring*, 1952 (hay traducción castellana: *El anillo se cierra*, Orbis, Barcelona, 1989).
TSWW VI	*Triumph and Tragedy*, 1954 (hay traducción castellana: *La guerra llega a América*, Orbis, Barcelona, 1989).
Unite	*Europe Unite: Speeches 1947 & 1948*, 1950 (hay traducción castellana: *Europa unida. Dieciocho discursos y una carta*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2016).
Unrelenting	*The Unrelenting Struggle*, 1942.
Unwritten	*The Unwritten Alliance*, 1961.
Victory	*Victory*, 1946.
WC	*The World Crisis*, obra en cinco volúmenes (hay traducción castellana: *La crisis mundial, 1911-1918. Su historia definitiva de la Primera Guerra Mundial*, Debolsillo, Barcelona, 2015).
WC I	*1911-1914*, 1923.
WC II	*1915*, 1923.

WC III	*1916-18*, Partes 1 y 2, 1927.
WC IV	*The Aftermath 1918-1922*, 1929.
WC V	*The Eastern Front*, 1931.
WES	*While England Slept: A Survey of World Affairs 1932-1938*, 1938.



ANDREW ROBERTS, nacido el 13 de enero de 1963 es un historiador y periodista británico conocido internacionalmente. Profesor visitante en el Departamento de Estudios de Guerra, King’s College London, investigador visitante Roger y Martha Mertz en la Institución Hoover de la Universidad de Stanford y profesor distinguido del Instituto Lehrman en la Sociedad Histórica de Nueva York. Roberts se educó en Gonville and Caius College, Cambridge, donde obtuvo un título de primera clase en Historia Moderna.

Autor de libros como *Hitler y Churchill. Los secretos del liderazgo* (2003), *La tormenta de la guerra* (2014) y su último libro *Napoleón. Una vida* (2016) ganó el Grand Prix of the Fondation Napoléon y el Los Angeles Times Biography Prize. Es miembro de la Royal Society of Literature y de la Royal Society of Arts. Forma parte, asimismo, del Napoleonic Institute y es socio honorario de la International Churchill Society.

Notas

[1] º Residencia veraniega del primer ministro del Reino Unido. (N. del t.) <<

[2] oo Tipo de juego de mesa denominado a veces «billar romano». (N. del t.)
<<

[3] º Desde noviembre de 2006, la denominación se ha cambiado por la de «Archivos Parlamentarios». (N. del t.) <<

[4] ◦ Figura mesiánica según algunas creencias islámicas. (N. del t.) <<

[5] ºº Donde Churchill cursó sus estudios de cadete. (N. del t.) <<

[1] º Además de una traducción al castellano, existe una miniserie para televisión (2002), coproducida por Estados Unidos y Gran Bretaña, en la que se abordan aproximadamente los mismos hechos de este tomo: Amenaza de tormenta, en su versión española. (N. del t.) <<

[1] WSC, *Marl*, vol. I, p. 33. <<

[2] James, «*Churchill, the Man*», p. 5. <<

[3] OB, vol. I, p. 2. <<

[4] CAC EADE 2/2. <<

[5] Plumb, «*Dominion*», p. 2. <<

[6] CS VII, p. 6869. <<

[7] WSC, *Marl*, vol. I, op. cit., p. 740. **<<**

[8] BU, *Avon*. <<

[9] OB, vol. I, op. cit., p. 19. <<

[10] CAC, EMAR 2. <<

[12] CV V, Segunda parte, p. 820. <<

[13] Birkenhead, *Churchill*, p. 115. <<

[14] Murray, *Bodyguard*, p. 92. <<

[15] Browne, *Sunset*, p. 118. <<

[16] CV, vol. I, Primera parte, p. 192. <<

[18] OB, I, p. 171. <<

[19] Diario de Marian Holmes, p. 3. <<

[21] WSC, TSWW, vol. I, p. 65. <<

[22] Carter, *Knew Him*, p. 24. <<

[23] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, p. 93. <<

[24] CV, vol. V, Tercera parte, p. 1325. <<

[26] WSC, MEL, p. 1. <<

[27] Ibid, p. 2. <<

[28] Ibid, p. 7. <<

[29] Gilbert, *A Life*, p. 2. <<

[30] Sheridan, *Nuda Veritas*, p. 14. <<

[31] Brendon, *Churchill*, p. 8. <<

[32] Jenkins, *Churchill*, p. 10. <<

[33] CAC, CHAR, 28/43/42. <<

[34] Ibid. <<

[35] Ibid. <<

[36] Ibid. <<

[37] WSC, MEL, op. cit., p. 3. <<

[38] CAC, CHAR, loc. cit., 28/44/2-8. <<

[39] Langworth, *Myth*, p. 13. <<

[40] CAC, CHAR, loc. cit., 28/44/5-7. <<

[41] CAC, CHAR, loc. cit., 28/44/7. <<

[42] Baring, *Puppet Show*, p. 71. <<

[43] Muller, «*Churchill's Understanding*», p. 293. <<

[44] WSC, MEL, op. cit., p. 19. <<

[47] CV, vol. I, Primera parte, op. cit., p. 221. <<

[48] WSC, MEL, op. cit., p. 87. <<

[50] Ibid, p. 9. <<

[51] Churchill, *Tapestry*, p. 43. <<

[53] Jackson, *Churchill*, pp. 14-15. <<

[54] CAC, CHAR, loc. cit., 28/44/9-10. <<

[55] CIHOW, p. 519. <<

[56] Sandys, *From Winston*, p. 70. <<

[57] Addison, *Unexpected*, p. 12. <<

[58] CS, vol. VII, p. 7357. <<

[59] Vale y Scadding, «*Pneumonia*», p. 2. **<<**

[60] Ibid, passim. <<

[62] James, *Lord Randolph Churchill*, p. 207. <<

[63] WSC, MEL, op. cit., p. 12. <<

[64] Jablonsky, *Churchill and Hitler*, p. 206. <<

[65] Foster, *Randolph*, p. 216. <<

[66] Ibid, p. 270. <<

[67] CAC, CHAR, loc. cit., 28/11/42-43. <<

[69] Roberts, *Salisbury*, p. 288. <<

[70] WSC, LRC, vol. II, p. 301. <<

[71] RA, GV/PRIV/GVD/1887: 8 de agosto. <<

[73] OB, vol. I, op. cit., p. 97. <<

[74] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 17. <<

[75] Colville, *Fringes*, p. 444. <<

[76] Eade (comp.), *Contemporaries*, p. 18. <<

[77] WSC, MEL, op. cit., p. 27. <<

[78] Ibid, p. 52. <<

[79] Archivos del Colegio Harrow, Caja H4/8. **<<**

[80] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., id. loc. <<

[81] Jones, «*Knew Him*», p. 3. <<

[82] WSC, MEL, op. cit., p. 15. <<

[83] CIHOW, op. cit., pp. 58-59. <<

[84] OB, vol. I, op. cit., p. 179. <<

[85] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. III, p. 268. <<

[86] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 19. <<

[87] Ibid, p. 20. <<

[88] Archivos del Colegio Harrow, loc. cit., Caja H4/8. <<

[89] Gardiner, *Prophets*, p. 235. <<

[90] Archivos del Colegio Harrow, loc. cit., Caja H4/8. <<

[91] Ibid. <<

[92] Ibid. <<

[93] Ibid. <<

[94] Ibid. <<

[95] Ibid. <<

[96] Gilbert, *Search*, p. 215. <<

[97] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8425. <<

[98] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 19. <<

[100] Ibid, p. 18. <<

[101] CV, vol. I, Primera parte, op. cit., p. 227. **<<**

[102] OB, vol. I, op. cit., p. 174. <<

[103] Ibid, p. 130. <<

[104] Ibid, p. 131. <<

[105] Ibid, p. 163. <<

[106] Ibid, pp. 163-164. <<

[107] Ibid, p. 164. <<

[108] Ibid, p. 165. <<

[109] Ibid, p. 167. <<

[110] FH, n.º 140, p. 18. <<

[111] OB, vol. I, op. cit., pp. 112-113. <<

[112] Ibid. <<

[113] WSC, MEL, op. cit., p. 17. <<

[114] Golland, *Not Winston*, p. 31. <<

[115] WSC, MEL, op. cit., p. 24. <<

[116] Ibid, p. 30. <<

[117] Ibid, p. 18. <<

[118] Ibid, p. 29. <<

[119] Ibid, pp. 34-35. <<

[120] CV, vol. I, Primera parte, op. cit., pp. 390-391. <<

[122] Blake, «*Conservative*», p. 2. <<

[123] Mather, «*Maladies*», pp. 24, 26. <<

[124] OB, vol. I, op. cit., p. 198. <<

[125] Ibid, p. 200. <<

[126] Birkenhead, *Contemporary Personalities*, p. 113. <<

[127] WSC, MEL, op. cit., p. 34. <<

[128] Scott, *Churchill at the Gallop*, *passim*. <<

[129] CV, vol. I, Primera parte, op. cit., p. 413. **<<**

[130] OB, vol. I, op. cit., pp. 219-220. <<

[131] WSC, MEL, op. cit., p. 43. <<

[132] CV, vol. I, Primera parte, op. cit., p. 531. <<

[133] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 122. <<

[134] WSC, MEL, op. cit., p. 42. <<

[135] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 27. <<

[136] Archivos del Colegio Harrow, Caja H4/8. <<

[137] WSC, MEL, op. cit., p. 51. <<

[138] Searle, «*Fuller*», p. 46. <<

[140] WSC, MEL, op. cit., p. 56. <<

[141] Churchill, *Crowded Canvas*, p. 181. <<

[142] CUL, Add 9248/4526. <<

[143] CUL, ASH/B/32/6a y 6b. <<

[144] WSC, LRC, vol. II, op. cit., p. 820. <<

[145] Gardiner, *Prophets*, op. cit., pp. 230-231. <<

[146] Muller (comp.), *Thoughts*, pp. 31-32. <<

[11] * El apodo se debe más a la denominación de su primer título de cortesía —que le señalaba como conde de Sunderland— que a un carácter particularmente alegre. <<

[17] * Andando el tiempo, *sir* John Milbanke, alias «Jack», obtendría la Cruz Victoria en la guerra de los bóers. que propugnaba una mayor democracia para el hombre común, al que auguraba un futuro predominio. Fue un período marcado por la voluntad de terminar con el gobierno de las élites. (N. del t.) <<

[25] * Edificio oficial que hoy recibe el nombre de Áras an Uachtaráin y en el que reside actualmente el presidente de Irlanda. <<

[46] * Si se daba a este corrillo, mezcla de viejas familias con título y de arribistas de la plutocracia industrial, el nombre de «*Prince of Wales's Marlborough House Set*», se debía justamente a que acostumbraban a reunirse en Marlborough House, la mansión londinense del heredero de la corona. <<

[49] * El Fideicomiso Funerario de la Familia Churchill asume hoy esas labores. <<

[61] * En realidad, solo se vio afectado uno de los pulmones. <<

[139] * Y no octavo y «*cum laude*» de 150, como sostiene en *Mi juventud*. <<

[20] ◦ Expresión surgida con el séptimo presidente estadounidense Andrew Jackson (1767-1845), <<

[45] º Apócope de «*woman*». Generalmente empleado en alusión jocosa o afectiva a la esposa, la novia o la pareja. Por «*Woomany*» se entiende la conducta estereotípicamente propia de la mujer. (N. del t.) <<

[52] º «*Little Tich*» era el nombre artístico de Harry Relph, un cómico británico que imitaba a diversos personajes. George Chirgwin fue un cantante e instrumentista que debía su apodo a un número en el que se pintaba toda la cara de negro dejando un gran rombo blanco sobre el ojo izquierdo; el término «*kafir*» —aquí de intención exótica— suele emplearse para denotar al que reniega de la fe islámica. (N. del t.) **<<**

[68] ◦ Cargo similar al de ministro de la Presidencia, ya que su labor consiste en actuar como enlace entre el gobierno y el parlamento. (N. del t.) <<

[72] º HMS son las siglas inglesas de *His/Her Majesty's Ship*, en castellano «Buque de Su Majestad», el lema que llevan todos los buques de la armada británica. (N. de la e.) **<<**

[99] º «*Swishes*» en el original: forma jergal de origen onomatopéyico para referirse a los varetazos. (N. del t.) <<

[121] º Abreviatura de «*Senior Counsel*», o asesor del estado. (N. del t.) **<<**

[1] WSC, RW, vol. I, p. 37. <<

[2] Gardiner, *Prophets*, op. cit., p. 228. <<

[3] Lough, *Champagne*, pp. 35-36. <<

[4] WSC, MEL, op. cit., p. 76. <<

[5] BL, RP, 6688/19. <<

[6] WSC, MEL, op. cit., p. 57. <<

[7] CAC, CHAR, loc. cit., 28/152A/53-54. <<

[9] OB, vol. I, op. cit., p. 259. <<

[10] Clarke, *Lloyd George Diary*, pp. 97-98. <<

[11] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., pp. 49-50. <<

[12] McMenamin y Zoller, *Becoming Winston Churchill*, p. 15. <<

[13] Gilbert, *Search*, op. cit., p. 269. <<

[14] Ibid. <<

[15] *New York Times*, 27 de marzo de 1893. <<

[16] OB, vol. I, op. cit., pp. 282-283. <<

[17] CV, vol. I, Primera parte, op. cit., p. 597. <<

[18] Ibid, p. 599. <<

[19] Ibid, p. 600. <<

[20] WSC, MEL, op. cit., p. 91. <<

[21] Ibid, p. 73. <<

[22] Russell, *Churchill's Decorations*, p. 17, n. 17. <<

[23] WSC, MEL, op. cit., p. 96. <<

[24] Klepak, *Comes of Age*, p. 129. <<

[25] WSC, MEL, op. cit., p. 75. <<

[26] Ibid, p. 75. <<

[27] Ibid, p. 78. <<

[28] Midgley (comp.), *Heroic Memory*, p. 12. <<

[30] Sandys, *Chasing Churchill*, p. 33. <<

[31] WSC, MEL, op. cit., p. 79. <<

[32] Ibid, p. 107. <<

[33] CV, vol. I, Primera parte, op. cit., p. 676. <<

[36] Ibid. <<

[37] WSC, MEL, op. cit., p. 91. <<

[38] Ibid, p. 116. <<

[39] Ibid, pp. 101-102. <<

[40] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 53. <<

[41] *Daily Telegraph*, 9 de octubre de 1897. <<

[43] Diario de Marian Holmes, op. cit., p. 6. <<

[44] WSC, MEL, op. cit., pp. 98, 100. <<

[45] CAC, CHAR, loc. cit., 28/23/10-11. <<

[46] Birkenhead, *Contemporary Personalities*, op. cit., p. 115. <<

[47] CAC, CHAR, id. loc. <<

[48] Bod *Bonham Carter Papers*, 298/7. <<

[49] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., pp. 757-768. <<

[50] Ibid, p. 760. <<

[51] CAC, anotaciones de Churchill en el *Annual Register*, 1874, p. 2. <<

[52] Ibid, p. 94. <<

[53] Ibid, 1875, pp. 48-49. <<

[54] Ibid, p. 51. <<

[55] Ibid, pp. 56, 119. <<

[56] Ibid, 1877, p. 64. <<

[57] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 762. <<

[58] Ibid, p. 766. <<

[59] CAC, anotaciones de Churchill en el *Annual Register*, 1881, pp. 58, 68, 72, 109. <<

[60] Ibid, 1885, pp. 119-120. <<

[61] Ibid, p. 134. <<

[62] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 763. <<

[63] Ibid, p. 765. <<

[64] En referencia a un capítulo de la obra de William James titulada *Las variedades de la experiencia religiosa*, de 1902. **<<**

[65] Cowling, *Religion and Public Doctrine*, p. 285. <<

[66] WSC, MEL, op. cit., p. 103. <<

[67] OB, vol. VIII, op. cit., p. 1161. <<

[68] Best, *Greatness*, p. 10. <<

[70] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 697. <<

[71] Ibid, p. 1044. <<

[72] Lough, *Champagne*, op. cit., p. 68. <<

[74] WSC, MEL, op. cit., p. 119. <<

[75] Ibid, p. 114. <<

[76] WSC, MFF, p. 9. <<

[77] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 696. **<<**

[78] Ibid. <<

[79] CS, vol. I, op. cit., p. 27. <<

[80] Ibid, p. 28. <<

[81] WSC, MEL, op. cit., p. 185. <<

[83] Ibid, p. 110. <<

[84] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 833; WSC, MEL, op. cit., p. 110.
<<

[85] Coughlin, *First War*, p. 207. <<

[86] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 807. <<

[87] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 79. <<

[88] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 793. **<<**

[89] WSC, MEL, op. cit., p. 119. <<

[90] Coughlin, *First War*, op. cit., p. xiv. <<

[91] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 80. <<

[92] OB, vol. I, op. cit., pp. 355-356. <<

[94] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., pp. 816-818. <<

[95] OB, vol. I, op. cit., p. 293. <<

[97] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 173. **<<**

[98] Gardiner, *Pillars*, p. 62. <<

[99] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 819. **<<**

[100] Ibid. <<

[101] Ibid, p. 820. <<

[102] Ibid, pp. 816-820. <<

[103] Ibid, p. 821. <<

[104] Ibid. <<

[105] Ibid, p. 839. <<

[106] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 86. <<

[107] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 839. **<<**

[108] Ibid, p. 856. <<

[109] Gough, *Soldiering On*, p. 62. <<

[110] OB, vol. I, op. cit., p. 371. <<

[111] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 879. <<

[112] WSC, MFF, op. cit., pp. 117, 97. <<

[113] Ibid, p. 294. <<

[114] *The Times*, 1 de octubre de 1897. <<

[115] Coughlin, op. cit., *First War*, p. 1. <<

[116] Ibid, p. 21. <<

[117] WSC, MFF, op. cit., pp. 26-27. <<

[119] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 936. <<

[120] WSC, MEL, op. cit., p. 137. <<

[121] Sheffield, *The Chief*, p. 34. <<

[122] WSC, WC, vol. I, p. 234. <<

[123] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 971. <<

[124] WSC, MEL, op. cit., p. 149. <<

[125] Hatfield House, 3M/E41. <<

[127] WSC, MEL, op. cit., p. 151. <<

[29] * Los cigarrillos le parecían unas «cosas atroces», aunque de cuando en cuando hiciera una excepción con los pitillos turcos. Véase Murray, *Bodyguard*, p. 87. <<

[34] * Conseguiría la medalla, pero no la estrella. <<

[8] ◦ Oficial británico que más tarde, durante la primera guerra mundial, mandaría la Fuerza Expedicionaria Británica del Frente Occidental guiando a sus soldados en célebres batallas como las del Somme, Arras, Ypres o la ofensiva de la primavera de 1918. (N. del t.) <<

[35] º «*A dispatch box*»: literalmente «caja de despacho», una suerte de recipiente de madera o hierro que a modo de maletín emplean hoy los ministros británicos para transportar con seguridad documentos confidenciales. Su creación se remonta al reinado de Isabel I, época en la que se utilizaban para transmitir mensajes cruciales a la reina. Se usa por metonimia como sinónimo de «cartera ministerial». (N. del t.) <<

[42] ◦ Nombre de una tribu pastún radicada en la región del paso Khyber, entre Afganistán y Pakistán. (N. del t.) <<

[69] º Dejo la traducción literal de la nomenclatura entomológica inglesa por sus pertinentes y coloridas evocaciones militares. Por lo demás, se trata de ejemplares de la mariposa tornasolada, la ninfa boscana y el imago macaón. (N. del t.) <<

[73] ◦ O de los mamund, ya que ese es también el nombre de la tribu pastún que da nombre al valle y contra la que habrá de actuar Churchill en compañía de las Fuerzas Terrestres de Malakand, como se verá más adelante. (N. del t.) <<

[82] º «*North-West Frontier*»: provincia situada al noroeste de la India británica, que hoy pertenece a Pakistán y se halla próxima a su linde con Afganistán. (N. del t.) **<<**

[93] º «El andamiaje de la retórica.» (N. del t.) <<

[96] º La oración inglesa es obviamente la que contiene sonidos específicamente adaptados a la corrección de su ceceo: «*The Spanish ships I cannot see for they are not in sight*». (N. del t.) <<

[118] º Literalmente «El Guiado», redentor del islam que gobernará al género humano durante el período previo al Día del Juicio y destinado a extirpar el mal del mundo. (N. del t.) **<<**

[126] ◦ Cargo aproximadamente equivalente al de embajador, dado que Egipto era un protectorado y no una colonia (en cuyo caso se hubiera hablado de «gobernador»). (N. del t.) <<

[128] ◦ El que carece de un horario fijo o de escalas preestablecidas y opera en función del pasaje que libremente solicita sus servicios. (N. del t.) <<

[1] WSC, *Savrola*, p. 114. <<

[2] Riddell, *More Pages*, p. 139. <<

[3] WSC, MEL, op. cit., p. 153. <<

[4] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 65. <<

[5] OB, vol. I, op. cit., p. 402; CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 968; WSC, RW, vol. II, op. cit., pp. 34-37. <<

[6] WSC, MEL, op. cit., p. 157. <<

[8] Ibid, p. 160. <<

[9] Ibid, p. 163. <<

[10] Langworth (comp.), *Conover*, p. 23. <<

[11] WSC, RW, vol. II, op. cit., pp. 72-73. <<

[12] WSC, MEL, op. cit., p. 166. <<

[13] Agradezco a Ben Strickland que me haya puesto sobre la pista de este documento. El original se encuentra en el Museo del 17.º a 21.º Regimientos de lanceros decimoséptimo a vigesimoprimero. <<

[14] WSC, MEL, op. cit., p. 171. <<

[15] Ibid, p. 172. <<

[16] Id. loc. <<

[17] Ibid, p. 174. <<

[18] Midgley (comp.), *Heroic Memory*, op. cit., p. 13. <<

[19] WSC, MEL, op. cit., p. 175. <<

[20] OB, vol. I, op. cit., p. 414. <<

[21] WSC, MEL, op. cit., pp. 192-193. <<

[23] WSC, RW, vol. II, op. cit., pp. 221, 222. <<

[24] Blunt, *Diaries*, vol. II, p. 280. <<

[25] OB, vol. I, op. cit., pp. 439-439. <<

[26] Blunt, *Diaries*, vol. II, op. cit., p. 417. <<

[28] WSC, MEL, op. cit., p. 177. <<

[29] Moran, *Struggle*, p. 556. <<

[30] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 989. <<

[31] Lough, *Champagne*, op. cit., p. 68. <<

[32] Ibid, p. 56. <<

[33] Colville, *Churchillians*, p. 112; Lough, *Champagne*, op. cit., 68. **<<**

[34] OB, vol. I, op. cit., pp. 438-439. <<

[35] CAC, CHAR, loc. cit., 28/26/5, CHAR 28/152B/168. <<

[36] Mather, «*Hardiness and Resilience*», pp. 83-97. <<

[37] Langworth (comp.), *Conover*, op. cit., p. 23. **<<**

[38] Ibid, p. 24. <<

[39] Hatfield House, op. cit., 3M/E41. <<

[40] WSC, RW, vol. I, op. cit., p. 156. <<

[41] Ibid, p. 116. <<

[42] Ibid, p. 6. <<

[43] Ibid, pp. 280-281. <<

[44] Ibid, p. 290. <<

[45] Davis, *Real Soldiers*, p. 108. <<

[46] WSC, RW, vol. II, op. cit., p. 162. <<

[47] Ibid, pp. 248-250. <<

[48] Archivos del Colegio Harrow, loc. cit., Caja H4/8. <<

[50] Vincent (comp.), *Crawford*, pp. 54-55. <<

[51] Langworth (comp.), op. cit., *Conover*, p. 26. <<

[52] CS, vol. I, op. cit., p. 43. <<

[53] OB, vol. I, op. cit., p. 449. <<

[54] Ibid, p. 446. <<

[55] WSC, MEL, op. cit., p. 240. <<

[56] Id. loc. <<

[57] Langworth (comp.), *Conover*, op. cit., p. 25. **<<**

[58] BL, Add MS, loc. cit., 62 516. <<

[59] OB, vol. I, op. cit., p. 449. <<

[60] BU, JC, loc. cit., 10/9/70. <<

[61] Atkins, *Incidents*, p. 122. <<

[62] Ibid, p. 123. <<

[63] Pakenham, *Boer War*, p. 157. <<

[64] Atkins, *Incidents*, op. cit., p. 124. <<

[65] Ibid, p. 125. <<

[66] Ibid, p. 126. <<

[67] Pakenham, *Boer War*, op. cit., p. 171. <<

[68] Atkins, *Incidents*, op. cit., p. 128. <<

[70] Pakenham, *Boer War*, op. cit., p. 172. <<

[71] Ibid, p. 73. <<

[72] Ibid, p. 278. <<

[73] Ibid, p. 172. <<

[74] Scott, *Churchill at the Gallop*, op. cit., p. 43. <<

[76] Atkins, *Incidents*, op. cit., pp. 193-195. <<

[78] Courtenay, «*Smuts Dimension*», p. 55. <<

[79] OB, vol. I, op. cit., p. 477. <<

[80] WSC, L to L, p. 134. <<

[81] Pilpel, *America*, p. 30. <<

[82] WSC, MEL, op. cit., p. 273. <<

[84] RA, loc. cit., VIC/MAIN/W/25/92. <<

[85] OB, vol. I, op. cit., pp. 487-488. <<

[86] Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, p. 50. <<

[87] *Strand Magazine*, diciembre de 1923. **<<**

[88] WSC, L to L, op. cit., pp. 176-177. <<

[89] CS, vol. I, op. cit., p. 63. <<

[90] WSC, L to L, op. cit., pp. 195-197. <<

[91] CS, vol. I, op. cit., p. 405. <<

[92] Churchill, *Crowded Canvas*, op. cit., p. 106. <<

[94] CS, vol. I, op. cit., p. 63. <<

[95] Millard, *Hero*, pp. 223-224. <<

[97] Pottle (comp.), *Daring*, pp. 317-318. <<

[98] *Natal Mercury*, 25 de diciembre de 1899, p. 5; FH, n.º 88, loc. cit., p. 43. <<

[99] BL, RP, loc. cit., 6515. <<

[100] WSC, MEL, op. cit., p. 271. <<

[102] OB, vol. I, op. cit., p. 507. <<

[103] Dundonald, *Army Life*, pp. 117-118. <<

[104] Ibid, p. 147. <<

[105] WSC, L to L, op. cit., p. 292. <<

[107] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 81. <<

[108] WSC, L to L, op. cit., p. 137. <<

[110] Ibid, p. 376. <<

[111] Bossenbroek, *Boer War*, p. 208. <<

[112] WSC, MEL, op. cit., p. 341. <<

[114] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 82. <<

[116] Hamilton, *Listening*, p. 248. <<

[117] Ibid, p. 249. <<

[118] Langworth (comp.), *Conover*, op. cit., p. 18. <<

[119] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 69; WSC, MEL, op. cit., p. 139. <<

[120] WSC, *Savrola*, op. cit., p. 42. <<

[121] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., pp. 69-79. <<

[122] WSC, *Savrola*, op. cit., p. 344. **<<**

[123] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 1162. **<<**

[124] BL, Add MS, loc. cit., 49 694, fols. 20-21. <<

[125] James, *Failure*, pp. 20-21. <<

[126] CS, vol. I, op. cit., p. 61. <<

[127] Millard, *Hero*, op. cit., p. 313. <<

[128] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, p. 9. <<

[129] Hatfield House, op. cit., 3M/E41. <<

[132] Gardiner, *Pillars*, op. cit., p. 61. <<

[22] * Verso de una de las Odas —Libro III, ii, «A sus amigos— —de Horacio—: *Dulce et decorum est pro patria mori*», cuya traducción reza: «Dulce y noble cosa es morir por la patria». <<

[27] * En contraste con este comportamiento, Churchill también tuvo ocasión de ver a lord Tullibardine, que por entonces tenía veintisiete años y era ya heredero del ducado de Atholl, extraer una bala de la pierna de un derviche, «valiéndose de un abotonador». Churchill contó este lance en 1941, en una cena presidida por el propio Tullibardine. Véase CS, vol. II, p. 2221. <<

[77] * En diciembre de 1902, Churchill escribirá un relato breve titulado «*On the Flank of the Army*» para una publicación de Boston llamada *Youth's Companion*. Era un emocionante relato de ficción sobre un individuo de clase alta, un lancero y antiguo alumno de Harrow, el teniente Henry Morelande, que era capturado por un comando de los bóers pero conseguía escapar con la ayuda de un enemigo a cuyo hijo Morelande había perdonado noblemente la vida. Este Morelande, evidente trasunto del propio Churchill, se muestra espantado al constatar el trato que se le dispensa tras caer prisionero. «Una mezcla de vergüenza, repugnancia y cólera sumió al subalterno en el más profundo de los pesares […]. ¡Y tener que perderme además todas las ocasiones de la campaña, reducido a la miserable condición del cautivo!, gruñó a grandes voces»: *Windsor Magazine*, marzo de 1903. <<

[83] * El experto entomólogo, especializado en los lepidópteros, Hugh Newman, dirá más tarde de Churchill que, «pese a que no pueda considerársele, en el pleno sentido de la palabra, un entendido en mariposas, desde luego era cuando menos un buen discípulo en ese campo»: FH, n.º 89, loc. cit., p. 35. <<

[96] * Por desgracia, el pasquín con el rostro de Churchill y una recompensa de «25 libras» por su captura, «vivo o muerto», es falso: jamás se ofreció tal incentivo. Desde luego, no lo imprimió la policía bóer. El hombre que, según las apariencias, había firmado el documento, no desempeñaba en ese momento el cargo que se le atribuye, y en algunas de las copias que circularon por ahí se empleaba un tipo de letra que no se inventó hasta 1928. Churchill no sabía nada de esos carteles, aunque en su madurez le causó una gran satisfacción enterarse de su existencia. **<<**

[101] * A cuyos integrantes se les conocía con el sobrenombre de los «Pajaritos» por la escarapela de plumas que lucían en el sombrero. <<

[106] ** En otro punto de ese mismo campo de batalla, Mohandas Gandhi prestaba servicio como camillero. <<

[109] * Jack causó baja por espacio de un mes y permaneció todo ese tiempo en el buque hospital en el que Jennie había llegado a Ciudad del Cabo (para cuyo mantenimiento había tenido la patriótica iniciativa de buscar mecenas antes de proceder ella misma a equiparlo de arriba abajo). <<

[113] ** En 1954, el general *sir* Hubert Gough contradirá de punta a cabo todos los extremos de esta crónica, que implica que Churchill se hallaba presente a las seis de la tarde, es decir, en el momento en el que White recibió a las tropas de refresco, y que tuvo ocasión de cenar con él la noche en que llegaron los auxilios. Gough escribe en su autobiografía, titulada *Soldiering On*, que Churchill y su oficial en jefe, el conde de Dundonald, no aparecieron por Ladysmith hasta las ocho de la tarde, habiendo ya oscurecido y después de que la Caballería Ligera Imperial y el cuerpo de Carabineros de Natal hubieran liberado la plaza. Gough añade que estas observaciones «quizá no muestren la cara más grata y popular de este joven, pero es preciso reconocerle su energía, su propensión al más pasional de los entusiasmos y su facilidad para el arrebato emocional, que no solo era justamente lo que conseguía conmoverle en lo más hondo, sino lo que constituyó siempre el fundamento de su capacidad de liderazgo»: Gough, *Soldiering On*, p. 81. Desde luego, Churchill no sería el primer corresponsal de guerra que cediera a la tentación de hermosear un tanto la verdad, pero tanto la autobiografía de Dundonald como la del mariscal de campo lord Birdwood, ambos testigos oculares de lo sucedido —cuyas memorias aparecieron publicadas en 1934 y 1941, mucho antes que las de Gough—, respaldan plenamente el relato de Churchill. <<

[7] º Término que los ingleses usaban impropiamente (y con intención frecuentemente peyorativa) para referirse a los seguidores del levantamiento mahdista y a veces también a los de otras rebeliones contrarias a su poder colonial. Nose trata de «derviches» en el estricto sentido del término. (N. del t.) <<

[49] º «*Laird*» en el original, denominación escocesa de un título similar al de «lord», que aquí distinguiremos con las voces «hacendado» o «terrateniente». (N. del t.) <<

[69] ◦ O Bloukrans. (N. del t.) <<

[75] º Que se otorga a las personas que salvan vidas en situaciones de alto riesgo. (N. del t.) <<

[93] ◦ Nombre que daban los afrikáneres a una pequeña granja o grupo de chozas dispuestas en forma de círculo. (N. del t.) <<

[115] ◦ El título que figura en la portada es únicamente *La guerra de los bóers*. Sin embargo, en inglés las crónicas bélicas de este episodio se publicaron como dos títulos independientes (*De Londres a Ladysmith vía Pretoria* y *La marcha de Ian Hamilton*). Por ello, el lector que desee buscarlos en la edición española deberá tener en cuenta que se hallan recogidos bajo ese epígrafe conjunto. (N. del t.) <<

[130] ◦ Seudónimo de Leslie Ward, retratista y caricaturista británico que durante cuatro décadas publicó viñetas cómicas en la revista citada. (N. del t.) <<

[131] º Incluido en castellano, como se ha dicho, en *La guerra de los bóers*. (N. del t.) <<

[1] CWP, vol. I, p. 833. <<

[2] WSC, *Marl*, vol. I, op. cit., p. 322. **<<**

[3] CV, vol. II, op. cit., pp. 1043-1044. <<

[4] CS, vol. I, op. cit., p. 61. <<

[5] Hamilton, *Listening*, op. cit., p. 250. <<

[7] NYPL, Churchill Papers Microfilm, 1. <<

[8] Pilpel, *America*, op. cit., p. 36. <<

[9] *New York Times*, 9 de diciembre de 1900, p. 28; FH, n.º 149, loc. cit., p. 40. <<

[10] Pilpel, *America*, op. cit., pp. 36-37. <<

[12] Gilbert, *Churchill and America*, p. 36. <<

[13] OB, vol. I, op. cit., pp. 542-543. <<

[14] Pilpel, *America*, op. cit., pp. 54-55. <<

[15] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 1225. <<

[18] Ibid, p. 1231. <<

[19] *Daily Telegraph*, 11 de marzo de 2016. <<

[21] Stuart, *Within*, p. 124. <<

[22] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 280. <<

[23] WSC, MEL, op. cit., p. 377. <<

[24] Ibid, pp. 378-380. <<

[25] CS, vol. I, op. cit., pp. 65-66. <<

[26] Ibid, p. 66. <<

[27] Ibid, p. 65. <<

[28] Ibid, p. 68. <<

[29] Ibid, p. 70. <<

[30] Id. loc. <<

[31] Lucy, Balfourian Parliament, pp. 62-64. <<

[33] CS, vol. I, op. cit., p. 83. <<

[34] Ibid, p. 79. <<

[35] Ibid, p. 80. <<

[36] Ibid, p. 83. <<

[37] CIHOW, op. cit., p. 113. <<

[38] Mallinson, *Too Important*, p. 28. <<

[39] BU, JC, loc. cit., 11/9/3. <<

[40] Halle, *Irrepressible*, p. 61. <<

[41] CS, vol. I, op. cit., pp. 110, 107. <<

[43] CV, vol. II, Primera parte, op. cit., pp. 105-105. **<<**

[44] Rowntree, *Poverty*, pp. 304-305. <<

[45] CV, vol. II, Primera parte, op. cit., p. 111. **<<**

[46] Ibid. <<

[47] Mackenzie, Norman y Jeanne (comps.), *Diary of Beatrice Webb*, vol. II, p. 287. <<

[48] Ibid, pp. 287-288. <<

[49] OB, vol. II, op. cit., p. 35. <<

[50] WSC, GC, p. 178. <<

[51] James, *Failure*, op. cit., p. 16. <<

[52] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., pp. 86-87. <<

[53] CS, vol. I, op. cit., p. 112. <<

[54] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 50. <<

[56] Ibid, p. 49. <<

[57] Ramsden, «*Greatest*», p. 13. <<

[58] WSC, MEL, op. cit., p. 385. <<

[59] OB, vol. II, op. cit., p. 47. <<

[60] BL, Add MS, 49 694, loc. cit., fols. 39-40. <<

[61] Blake, «*Conservative*», op. cit., p. 4. <<

[62] CS, vol. I, op. cit., pp. 197-198. <<

[63] BL, Add MS, loc. cit., 49 694, fols. 41-42. <<

[64] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 10. <<

[65] CS, vol. I, op. cit., pp. 192-193. <<

[66] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[67] CS, vol. I, op. cit., p. 215. <<

[69] Willans y Roetter, *Wit*, p. 40. <<

[70] BL, Add MS, loc. cit., 62 156, fol. 7. <<

[71] *Monthly Review*, n.º 13, noviembre de 1903, pp. 28-29. **<<**

[72] CV, vol. II, Primera parte, op. cit., p. 243. <<

[73] Blunt, *Diaries*, vol. II, op. cit., p. 77. **<<**

[74] Gardiner, *Pillars*, op. cit., p. 58. <<

[75] CS, vol. I, op. cit., p. 221. <<

[76] Ibid, p. 224. <<

[77] Ibid, p. 236. <<

[78] Ibid, p. 237. <<

[79] Ibid, p. 259. <<

[80] Ibid, p. 261. <<

[81] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 93. **<<**

[82] Blake, «*Conservative*», op. cit., p. 4. <<

[83] Gardiner, *Prophets*, op. cit., p. 228. <<

[84] CS, vol. I, op. cit., p. 270. <<

[85] Ibid, pp. 272-273. <<

[87] *Hansard*, vol. 133, cols. 958-1012. <<

[88] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 88. <<

[89] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 115. <<

[90] CS, vol. I, op. cit., p. 293. <<

[91] Ibid, p. 441. <<

[93] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 116. <<

[94] CV Segunda parte, op. cit., p. 104. <<

[95] George, *My Brother*, p. 210. <<

[96] CS, vol. I, op. cit., p. 368. <<

[97] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 116. <<

[99] Pawle, *Warden*, p. 179. <<

[100] Rowse, *Later Churchills*, p. 454. <<

[101] James, *Failure*, op. cit., p. 21. <<

[102] CIHOW, op. cit., p. 408. <<

[103] Muller (comp.), *Thoughts*, p. 10. <<

[104] Birkenhead, *Contemporary Personalities*, op. cit., p. 118. <<

[105] OB, vol. II, op. cit., p. 92. <<

[106] Ibid, p. 93. <<

[107] *The Times*, 31 de mayo de 1904. **<<**

[108] *Manchester Guardian*, 31 de mayo de 1904, p. 5. <<

[109] Gilbert, *Churchill and the Jews*, p. 1. <<

[110] Ibid, p. 13. <<

[111] Ibid, p. 3; CV, vol. II, op. cit., p. 975. <<

[112] CAC, CHUR, loc. cit., 1/55; Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., p. 14. <<

[113] Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., p. xvi. **<<**

[115] Ibid, p. 9. <<

[116] Scott, *Churchill at the Gallop*, p. 240. <<

[118] CS, vol. I, op. cit., p. 346. <<

[119] Ibid, p. 414. <<

[120] Ibid, pp. 416-417. <<

[121] Scott, *Winston Spencer Churchill*, op. cit., pp. 1-2. <<

[123] CV, vol. II, Primera parte, op. cit., p. 393. <<

[124] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 171; Petrie, Carlton, p. 145. **<<**

[125] CS, vol. I, op. cit., p. 482. <<

[126] Ibid, p. 483. <<

[127] James, *Failure*, op. cit., p. 21. <<

[128] Brett (comp.), *Esher*, vol. II, p. 92. <<

[129] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 83. <<

[130] CS, vol. I, op. cit., p. 503. <<

[132] Marsh, *Number*, p. 149. <<

[133] Ibid. <<

[11] * Para distinguirlo del popular novelista estadounidense del mismo nombre. <<

[17] * Alice Keppel era la nueva favorita del monarca, aunque en un abarrotado concurso de beldades de similar condición. <<

[32] * En los once primeros meses de su trabajo en la Cámara de los Comunes, Churchill daría únicamente nueve discursos, aunque disertaría en treinta ocasiones en distintas localidades rurales, y otras veinte más en poblaciones de tamaño medio, lo que indica claramente que quería mantener su popularidad en todo el país. En ese tiempo dedicaría asimismo doce días a jugar al polo, catorce a cazar, dos a la práctica del tiro, y dieciocho a unas vacaciones en el extranjero. OB, vol. II, op. cit., p. 29. <<

[92] * Se trataba de una voz que Churchill habría de emplear frecuentemente en sentido peyorativo, ya que más tarde, por ejemplo, le veremos llamar a Hitler «miserable carnicero y jefe de camarilla». <<

[114] * Cuando Martin Gilbert, que era judío, entrevistó a un colega de Churchill —el general *sir* Louis Spears—, quedó intrigado al oírle afirmar: «Hasta Winston tiene un defecto». Se inclinó hacia delante, ansioso por descubrir el talón de Aquiles de su héroe, y escuchó de la boca del militar: «Le gustaban demasiado los judíos»; véase Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., p. xv. El propio Spears era también judío, pero había modificado su verdadero apellido, que era Speirs, para ocultarlo. **<<**

[122] * Título de cortesía que se concede a los herederos de la baronía escocesa de Elibank. <<

[131] * Marsh era homosexual, y desde luego Churchill jamás dio muestras de ningún prejuicio en este aspecto. Entre las amistades de Winston había homosexuales, bisexuales y asexuales como Rupert Brooke, Noël Coward, Harold Nicolson, Philip Sassoon, Ivor Novello, Bob Boothby y T. E. Lawrence. <<

[6] ◦ Futuro primer ministro del Reino Unido entre 1922 y 1923. (N. del t.) <<

[16] º Hombre de negocios judío, director de su propia compañía de las Indias Orientales, hijo de David Sassoon, que había hecho fortuna con la compraventa de opio y algodón en China. (N. del t.) <<

[20] oo Aproximadamente 350 kilómetros. (N. del t.) <<

[42] º Literalmente «Bob es tu tío». Esta fórmula se usa fundamentalmente en el Reino Unido para indicar que unas determinadas instrucciones son de muy fácil realización y previsible cumplimiento —un poco al modo de nuestro «¡Y ya está…!»—. Parece que el origen de este giro guarda relación con el hecho de que Arthur Balfour tuviera el futuro diseñado de antemano debido a su parentesco con Robert («Bob») Arthur Gascoyne-Cecil, tercer marqués de Salisbury. (N. del t.) **<<**

[55] º Juego de palabras intraducible con el que Churchill cubre sagazmente de ignominia al aludido: «*He is asked to stand, he wants to sit and is expected to lie*». Bajo la inocua guasa sobre su vagancia, y haciendo malabarismos con verbos de acción, Churchill afirma que su señoría desoye a quienes le piden que se alce en defensa de una causa («*stand*»), que él prefiere agarrarse a la poltrona («sit»), y que para ello está dispuesto a mentir («lie»). (N. del t.) **<<**

[68] ◦ Enfermedad carencial crónica producida por un déficit de vitamina B1. La palabra «beri», repetida en la denominación de la patología, es de origen cingalés, y significa «no puedo, no puedo», en alusión a la gran fatiga muscular y anímica de los afectados. (N. del t.) <<

[86] ◦ Se da tradicionalmente el nombre de «*Hansard*» a las transcripciones de las sesiones parlamentarias, tanto en Inglaterra como en otros países de la Comunidad Británica de Naciones. La denominación honra la memoria del londinense Thomas Curson Hansard (1776-1833), primer impresor oficial de Westminster. (N. del t.) **<<**

[98] ◦ Es decir, cambiado de bando, dado que en la Cámara Baja inglesa la disposición de las formaciones políticas, una frente a otra, separadas por una suerte de pasillo de menos de cuatro metros de anchura (la longitud de dos espadas, según la tradición), permite esa metáfora. (N. del t.) <<

[117] º «*El mendigo distraído*.» Los versos narran la historia de un veterano de las guerras coloniales británicas, olvidado a su regreso a casa. Kipling lo compuso desinteresadamente en octubre de 1899 con el objetivo de recaudar fondos para los soldados que luchaban en la segunda guerra de los bóers y sus familias. Tuvo tanto éxito que el compositor *sir* Arthur Sullivan lo convirtió en canción, consiguiendo que hiciera furor en toda Inglaterra. No consta la existencia de traducción castellana. (N. del t.) **<<**

[1] WSC, LRC, vol. I, op. cit., p. 217. <<

[2] Brendon, *Churchill*, op. cit., p. 43. <<

[3] CV, vol. II, Primera parte, op. cit., p. 423. <<

[4] WSC, LRC, vol. I, op. cit., p. 11. <<

[5] Foster, *Randolph*, op. cit., p. 383. <<

[6] D’Este, *Warlord*, p. 74. <<

[7] Foster, *Randolph*, op. cit., p. 395. <<

[8] Ibid. <<

[9] Ibid, pp. 396-399. <<

[10] Ibid. <<

[11] Johnson, *Churchill*, p. 26. <<

[12] WSC, LRC, vol. I, op. cit., p. 217. <<

[13] Ibid, vol. II, p. 489. <<

[14] Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., p. 13. **<<**

[15] CS, vol. I, op. cit., p. 553. <<

[16] Marsh, *Number*, op. cit., p. 150. <<

[18] CS, vol. I, op. cit., p. 523. <<

[19] Ibid. <<

[20] Ibid, pp. 530-531. <<

[21] Ibid, p. 545. <<

[22] Foster, *Randolph*, op. cit., p. 383. <<

[23] Estas palabras de lord Winterton aparecen recogidas en *The Illustrated London News Eightieth Birthday Tribute*, p. 3. <<

[25] Hyam, *Elgin*, p. 208; Gilbert, A Life, op. cit., p. 183. **<<**

[26] CS, vol. I, op. cit., p. 605. <<

[27] Gilbert, *Other Club*, p. 203. <<

[28] CS, vol. I, op. cit., p. 658. <<

[29] TCD, vol. 18, p. 59. <<

[30] Courtenay, «*Smuts Dimension*», op. cit., pp. 55-56. <<

[31] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 14 de octubre. **<<**

[32] CS, vol. I, op. cit., p. 562. <<

[34] Ibid, p. 571. <<

[35] Best, *Greatness*, op. cit., p. 25. <<

[36] CS, vol. I, op. cit., p. 598. <<

[37] Marsh, *Number*, op. cit., pp. 151-152. <<

[38] Winterton, *Orders*, p. 19. <<

[39] Wilson, CB, p. 503. <<

[40] *National Review*, n.º 287, enero de 1907, p. 758. <<

[41] OB, vol. II, op. cit., p. 185. <<

[42] BU, NC, loc. cit., 1/15/3/83. <<

[43] CS, vol. I, op. cit., p. 649. <<

[44] Ibid, p. 669. <<

[45] Ibid, p. 693. <<

[46] Morgan, *Rise to Failure*, p. 202. <<

[47] OB, vol. II, op. cit., p. 196. <<

[48] Ibid. <<

[49] WSC, *Liberalism*, p. 163. <<

[50] CS, vol. I, op. cit., p. 677. <<

[51] Ibid, pp. 674-677. <<

[52] Ibid, p. 677. <<

[53] Campbell, FE, p. 461. <<

[54] FH, n.º 56, loc. cit., p. 17. <<

[55] OB, vol. V, op. cit., p. 374. <<

[56] Bod Bonham Carter Papers, loc. cit., 298/6. <<

[58] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 15. <<

[59] Bod Bonham Carter Papers, loc. cit., 298/7. <<

[60] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 19. <<

[61] RA, loc. cit., VIC/MAIN/W/7/80. <<

[62] CS, vol. I, op. cit., p. 714. <<

[63] Ibid, p. 715. <<

[64] Ibid, p. 807. <<

[66] Ibid, pp. 808-809. <<

[67] George, *My Brother*, op. cit., p. 211. <<

[68] CS, vol. VII, op. cit., p. 7357. <<

[69] WSC, MAJ, p. 101. <<

[70] Gardiner, *Prophets*, op. cit., p. 228. **<<**

[71] WSC, MAJ, op. cit., pp. 11-12. <<

[72] Ibid, pp. 121, 104. <<

[73] Ibid, p. 112. <<

[74] Ibid, p. 14. <<

[75] Ibid, p. 15. <<

[76] Ibid, p. 21. <<

[77] Ibid, p. 42. <<

[78] Ibid, p. 94. <<

[79] Ibid. <<

[80] Ibid, p. 84. <<

[81] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 101. <<

[82] Bell, *Glimpses*, p. 167. <<

[83] Ibid, p. 168. <<

[84] Ibid, pp. 179-180. <<

[85] Ibid, p. 170. <<

[86] OB, vol. II, op. cit., pp. 228-229. <<

[88] Ibid, p. 51. <<

[89] Ibid, p. 46. <<

[90] Ibid, pp. 23-24. <<

[91] Ibid, pp. 25-26. <<

[92] Ibid, p. 127. <<

[93] Ibid, p. 27. <<

[94] Ibid. <<

[95] Ibid, p. 56. <<

[96] Ibid, pp. 56-57. <<

[97] RA, loc. cit., VIC/MAIN/W/8/87. <<

[98] WSC, MAJ, op. cit., p. 60. <<

[99] Ibid, pp. 122-123. <<

[100] Ibid, p. 124; Marsh, *Number*, op. cit., p. 162. <<

[101] CS, vol. I, op. cit., p. 860. <<

[102] Ibid, p. 863. <<

[103] Ibid, p. 868. <<

[104] Ibid, p. 903. <<

[107] Ibid. <<

[110] FH, n.º 137, loc. cit., p. 58. <<

[111] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 43. <<

[112] Masterman, *Masterman*, p. 97. <<

[113] Ibid, p. 98. <<

[115] Ibid, pp. 97-98. <<

[116] Soames (comp.), *Speaking*, p. 5; Birkenhead Papers, 65/A3. <<

[117] Best, *Greatness*, op. cit., p. 28. <<

[118] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 195. <<

[119] OB, vol. I, op. cit., p. 252. <<

[120] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 6. <<

[121] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[17] * Marsh deja constancia de que la autoría del subrayado debía atribuirse más a Churchill que a él mismo, dado que la exclamación de su jefe «fue una inmejorable traducción oral de las itálicas de un escrito»: Marsh, Number, p. 150. <<

[33] * Al utilizar esta fórmula de la «inexactitud terminológica», Churchill daba claras muestras de tener perfectamente claro lo lejos que podía llegar para atenerse a los protocolos parlamentarios y denunciar la mentira sin pronunciar en ningún momento esa palabra. Resultaba impropio de los ceremoniales léxicos de la Cámara, por ejemplo, llamar necio a un adversario político, pero en una ocasión en la que su discurso se vio interrumpido por una risita burlona, Churchill señaló: «El crepitar de zarzas bajo la olla no me perturba» —en alusión prácticamente textual a Eclesiastés 7, 6, que advierte: «Porque como crepitar de zarzas bajo la olla, así es el reír del necio». <<

[57] * En realidad tenía treinta y uno; su memoria no era excesivamente exacta. <<

[105] * Un tipo de pluma que disponía de un adminículo de goma para llenarse de tinta. <<

[106] ** William Hazlitt. <<

[114] * Deuteronomio 25, 4. <<

[24] ◦ Sociedad mercantil constituida por el gobierno británico en el siglo XIX. Bajo los fines de carácter comercial, la entidad tenía el objetivo político de controlar el Bajo Níger y de combatir la competencia alemana en la región —encabezada por Bismarck en la década de 1890. (N. del t.) <<

[65] º Proceso destinado a reducir o eliminar buena parte de las restricciones que pesaban sobre los católicos desde los siglos XVI y XVII. El desmantelamiento de las Leyes Penales pensadas para obligar a los católicos (fundamentalmente de Irlanda) y a los disidentes protestantes a aceptar los dogmas de la confesión estatal anglicana, iniciado en 1766, se prolongó hasta el año 1920. (N. del t.) <<

[87] º Por «Pax Británica»; «pox» es otro nombre de la sífilis. (N. del t.) <<

[108] º Valdría decir, «Los terrenos inexplorados de la política». (N. del t.) <<

[109] ºº Forma estatal de las agencias de colocación. (N. del t.) <<

[1] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 37. <<

[2] CS, vol. II, op. cit., p. 1099. <<

[4] Marsh, *Number*, op. cit., p. 163. <<

[5] CS, vol. I, op. cit., p. 944. <<

[6] Ibid, p. 945. <<

[7] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 7. <<

[8] Ibid, p. 8. <<

[9] Ibid, p. 9. <<

[10] OB, vol. II, op. cit., p. 451. <<

[11] RA, loc. cit., GV/PRIV/GVD/1908. <<

[12] Ramsden, *Man of the Century*, p. 39. <<

[13] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 9. <<

[14] CS, vol. I, op. cit., p. 1025. <<

[15] Ibid, p. 1027. <<

[16] Shelden, *Titan*, p. 176. <<

[17] CS, vol. I, op. cit., p. 1041. <<

[18] Lough, *Champagne*, op. cit., p. 67. <<

[19] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 230. <<

[20] Singer, *Style*, p. 54. <<

[21] CIHOW, op. cit., p. 579. <<

[22] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 195. <<

[23] CS, vol. II, op. cit., p. 1060. <<

[24] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 10. <<

[26] Marsh, *Number*, op. cit., p. 166. <<

[27] *The Times*, 7 de agosto de 1908, p. 11; Tolppanen, «*Accidental*», p. 10.
<<

[28] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[29] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 13. <<

[30] OB, vol. II, op. cit., p. 267. <<

[31] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 12. <<

[32] Ibid, p. 14. <<

[33] Ibid. <<

[34] Dilks, *Dominion*, p. 31. <<

[35] Soames, *Clementine*, p. 30. <<

[37] Ibid, p. 45. <<

[38] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 15. <<

[39] Ibid, p. 16. <<

[40] Ibid, p. 17. <<

[41] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., p. 810. <<

[42] Riddell, *More Pages*, op. cit., p. 1. <<

[43] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 49. <<

[47] BU, CFGM, loc. cit., 4/1/2/4. <<

[48] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., p. 820. **<<**

[49] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 19. <<

[50] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[51] Ibid. <<

[52] Best, *Greatness*, op. cit., p. 29. <<

[54] BU, Lucy Masterman Papers, loc. cit., CFGM 29/2/2/2. <<

[56] CS, vol. II, op. cit., p. 1099. <<

[57] Ibid, p. 1102. <<

[58] Ibid, p. 1105. <<

[59] OB, vol. II, op. cit., p. 322. <<

[60] CS, vol. I, op. cit., pp. 1151-1152. <<

[61] «Gracchus», *Your MP*, p. 26. <<

[63] CS, vol. II, op. cit., p. 1252. <<

[64] CS, vol. II, Tercera parte, op. cit., p. 1874. <<

[65] Gilbert, «*Churchill & Bombing Policy*». **<<**

[67] CS, vol. II, op. cit., p. 1257. <<

[68] James, *Failure*, op. cit., p. 35. <<

[70] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 21. **<<**

[71] CS, vol. II, op. cit., p. 1273. <<

[72] Nicolson, *Carnock*, p. 23. <<

[73] CS, vol. II, op. cit., pp. 1254-1255. <<

[74] Ibid, pp. 1258-1259. <<

[75] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 23. <<

[76] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[77] BU, Lucy Masterman Papers, loc. cit., CFGM 29/2/2/2. <<

[78] Toye, *Lloyd George and Churchill*, p. 59. <<

[79] CS, vol. II, op. cit., p. 1322. <<

[80] Ibid, p. 1324. <<

[81] James, *Undaunted*, p. 200. <<

[82] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., p. 908. **<<**

[83] Marsh, *Number*, op. cit., p. 167. <<

[84] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 134. **<<**

[85] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 30. <<

[87] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., pp. 958-961. <<

[89] Blunt, *Diaries*, vol. II, op. cit., p. 289. <<

[90] CS, vol. II, op. cit., p. 1339. <<

[91] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 32. <<

[92] Ibid, p. 35. <<

[93] Ibid, p. 36. <<

[94] Ibid, pp. 37-38. <<

[95] Ibid, p. 37. <<

[96] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 210; The Times, 15 de noviembre de 1909. <<

[97] Gilbert, *A Life*, op. cit., id. loc.; *The Times*, id. loc. **<<**

[98] Butler, *British Political Facts*, p. 266. <<

[99] Brett (comp.), *Esher*, vol. II, op. cit., pp. 404-405 y 422-423. <<

[100] CS, vol. II, op. cit., p. 1382. <<

[101] Ibid, p. 1422. <<

[102] Ibid, p. 1424. <<

[103] Ibid, p. 1429. <<

[104] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 46. <<

[105] BU, Lucy Masterman Papers, loc. cit., CFGM 29/2/2/2. <<

[107] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[108] Ibid. <<

[109] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 444. <<

[110] OB, vol. II, op. cit., p. 365. <<

[25] * Apellido que se pronunciaba «*Barty*», aunque sus íntimos la apodaban «*Goonie*». <<

[45] * Ambos presentes se exhiben en el Gabinete de Guerra de Winston Churchill. <<

[46] ** John Burns, presidente del Gabinete de Gobernación Local en ese momento, era «francamente hostil a las agresivas pretensiones de Lloyd George y Winston, a los que se refiere con el mote de “Hermanos Saltarines”»: Thorpe y Toye (comps.), *Parliament*, p. 35. <<

[55] * En los extensos diarios de Lucy Masterman, se observa una intención de menosprecio en la mayoría de las ocasiones en que Lloyd George menciona a Churchill, de modo que es perfectamente posible que esta anécdota resulte ser apócrifa. <<

[69] * Churchill grabó y difundió por todas partes un disco de vinilo de tres minutos en el que defendía el Presupuesto Popular. Es el más antiguo registro sonoro de su voz, y a pesar de que algunas de las cadencias oratorias recuerdan a las que más tarde se harán célebres en sus discursos de la segunda guerra mundial, la verdad es que el timbre es más agudo y más cantarín, además de presentar un ceceo sibilante mucho más acusado. La forma en que pronuncia las palabras en esta época de su vida es muy distinta a la del posterior período de su carrera, y hay términos en los que enfatiza las sílabas de manera diferente (como en «*protective*» o «*systeem*»). En el transcurso de los siguientes treinta años, tanto el sonido de su voz como la forma en que subraya oralmente el peso de las palabras irán madurando gradualmente, adquiriendo una suerte de resonancia áspera que no se aprecia en el Churchill de treinta y tantos años. <<

[86] * Churchill no se dejaría impresionar por todas las pinturas de Tiépolo que adornan los techos de la Residencia de Wurzburgo, ya que las consideraba parte de «un estilo pictórico hecho a base de nata montada y bizcochos»: CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., p. 911. <<

[106] * El 30 de diciembre de 1909, tras hallarse en París el cuerpo sin vida del conde Percy, miembro del grupo político de los *Hughligans*, fallecido en misteriosas circunstancias —se le encontró en la habitación de un hotel barato próximo a la estación del Norte, en el que se había registrado con el nombre de señor Percy—, se murmuró que el muerto había sido amante de Clementine y que Jack Churchill había sido enviado a París para asesinarle debido a que su hermano no tenía arrestos para arrebatarle él mismo la vida: Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. El examen *post mortem* determinó que la causa de la muerte había sido una pleuresía, pero también se dijo que lo que le había llevado a la tumba había sido un duelo. <<

[3] ◦ Organismo supervisor vigente en Inglaterra y Gales entre 1871 y 1919. (N. del t.) <<

[36] º Quinta hija de Winston Churchill y Clementine Hozier (1922-2014), casada con el político conservador Christopher Soames. (N. del t.) <<

[44] oo Tipo de palmera asiática de elasticidad y resistencia idóneas para la confección de bastones, palillos para instrumentos de percusión, etcétera. (N. del t.) <<

[53] º Iniciales del apelativo anterior, «*puppy kitten*». (N. del t.) **<<**

[62] ◦ Es decir, el jefe supremo de la Marina Real Británica en términos militares —a diferencia del primer lord del Almirantazgo, que es más bien su más alta magistratura política. (N. del t.) **<<**

[66] ◦ Sistema destinado a provocar el rápido final de un debate que se prolonga en exceso. Originado en la Asamblea Nacional francesa, fue adoptado por el parlamento inglés, a instancias de Gladstone, para superar situaciones de obstruccionismo deliberado. (N. del t.) <<

[88] º Recopilación de información mediante la interceptación de señales, humanas o electrónicas. Como se verá en el transcurso de la segunda guerra mundial, su cometido crucial pasa por la realización de complejos análisis criptográficos destinados a descifrar los mensajes. (N. del t.) <<

[1] Donaldson, *Edward VIII*, p. 78. <<

[2] Kersaudy, *Churchill and de Gaulle*, p. 200. <<

[3] Lee, *Lady Hamilton*, p. 197. <<

[4] OB, vol. II, op. cit., p. 418. <<

[5] Addison, *Home*, p. 119. <<

[6] Blunt, *Diaries*, vol. II, op. cit., p. 416. <<

[7] OB, vol. II, op. cit., p. 418. <<

[8] Riddell, *More Pages*, op. cit., p. 29. <<

[9] Lee, *Lady Hamilton*, op. cit., p. 197. **<<**

[10] Blunt, *Diaries*, vol. II, op. cit., p. 461. <<

[11] Ibid, p. 288. <<

[12] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 519. <<

[14] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 153. **<<**

[15] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 11. **<<**

[16] BU, loc. cit., CFGM 29/2/2/2. <<

[17] Soames, *Speaking*, op. cit., p. 50. <<

[18] Devine, «*Top Cop*», p. 21. <<

[19] OB, vol. II, op. cit., p. 358. <<

[20] Addison, *Home*, op. cit., p. 128. <<

[22] Ibid, p. 132. <<

[23] Devine, «*Top Cop*», op. cit., p. 22. <<

[24] OB, vol. II, op. cit., p. 1453. <<

[26] CS, vol. II, op. cit., p. 1583. <<

[27] BU, CFGM, loc. cit., 29/2/2/2. <<

[28] CS, vol. II, op. cit., p. 1587. <<

[30] OB, vol. II, op. cit., p. 341. <<

[31] CS, vol. I, op. cit., p. 1598. <<

[32] OB, vol. II, op. cit., p. 373. <<

[33] Addison, *Home*, op. cit., p. 114. <<

[34] OB, vol. II, op. cit., p. 387. <<

[35] Devine, «*Top Cop*», op. cit., p. 23. **<<**

[36] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 52. <<

[37] OB, vol. II, op. cit., p. 391. <<

[38] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[40] CAC, EMAR, loc. cit., 2. <<

[41] Higgins, *Dardanelles*, p. 19. <<

[42] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., p. 1023. **<<**

[43] Blunt, *Diaries*, vol. II, op. cit., p. 336. <<

[44] Gilbert, «*Eugenics*», p. 45. <<

[45] Bod Asquith Papers, MS 12, fols. 224-228, p. 21. <<

[46] Devine, «*Top Cop*», op. cit., p. 21. **<<**

[47] Ibid. <<

[48] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 369. <<

[49] Ibid, p. 367. <<

[50] Ibid, p. 370. <<

[51] James, *Failure*, op. cit., p. 38. <<

[52] CS, vol. II, op. cit., p. 1872. <<

[53] *Hansard*, vol. 26, op. cit., col. 1015. <<

[54] Tillett, *Transport Workers' Strike*, p. 35. <<

[55] BU, CFGM, loc. cit., 4/2/3. <<

[56] OB, vol. II, op. cit., p. 399. <<

[57] Ibid, p. 400. <<

[58] Ibid. <<

[59] Ibid, p. 401. <<

[60] CS, vol. II, op. cit., p. 1630. <<

[61] Ibid, pp. 1630-1631. <<

[62] BU, CFGM, loc. cit., 29/2/2/2. <<

[63] Ibid. <<

[64] Ibid. <<

[66] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., pp. 1030-1033. <<

[67] CS, vol. I, op. cit., p. 794. <<

[68] Martin, *Battle*, p. 85. <<

[69] Devine, «*Top Cop*», op. cit., p. 21. **<<**

[70] Martin, *Battle*, op. cit., p. 87. <<

[71] Ibid, p. 88. <<

[72] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., p. 1033. **<<**

[73] Ibid. <<

[74] Brendon, *Churchill*, op. cit., p. 58. <<

[75] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., p. 1033. **<<**

[76] BU, CFGM, loc. cit., 29/2/2/2. <<

[77] James, *Failure*, op. cit., p. 19. <<

[78] Rumbelow, *Houndsditch*, p. 152. <<

[79] *Hansard*, vol. 21, op. cit., cols. 44-122. **<<**

[80] WSC, *Thoughts*, p. 67. <<

[81] OB, vol. II, op. cit., p. 418. <<

[82] Ibid, p. 423. <<

[83] Ibid. <<

[84] CS, vol. II, op. cit., p. 1711. <<

[85] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 179. **<<**

[86] CS, vol. II, op. cit., p. 1744. <<

[87] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 43. **<<**

[89] Gilbert, *Other Club*, op. cit., pp. 33, 31. <<

[90] Coote, *Other Club*, p. 111. <<

[94] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 239. **<<**

[95] Ibid, p. 70. <<

[96] CAC, RDCH, loc. cit., 1/2/46. <<

[97] Ibid. <<

[98] Entrevista con Minnie Churchill, 7 de noviembre de 2017. <<

[99] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 45. <<

[101] Ibid, p. 50. <<

[102] Ibid, p. 54. <<

[103] Ruane, *Bomb*, p. 5. <<

[104] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 52. **<<**

[106] NA, CAB, 38/19/50. <<

[107] Mallinson, *Too Important*, p. 26, n. 1. <<

[108] WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 58. <<

[109] Collier, *Brasshat*, p. 119. <<

[110] Mallinson, *Too Important*, op. cit., pp. 27-28. <<

[111] Ibid, p. 29. <<

[112] PA, Lloyd George Papers, C/3/15/12. <<

[113] Bod Bonham Carter Papers, loc. cit., p. 249. <<

[13] * Lord Cecil Manners era un antiguo parlamentario conservador con buenas relaciones en la corte. <<

[25] * Así habría de ocurrir, por ejemplo, en las elecciones de 1955, 1959 y 1970, que, de haber existido únicamente el sufragio masculino, habrían dado la victoria a los laboristas. <<

[29] * Asquith le escribió un gran número de cartas de amor, pero lo más probable es que su relación no llegara a consumarse. <<

[65] * La primera constancia escrita que ha llegado hasta nosotros del uso que hace Churchill de la noción de «apaciguamiento» nos indica por tanto que la consideraba positiva, y que la emplea en francés. <<

[88] * Los orinales que jalonan el pasillo también son los mismos que en 1911. <<

[91] * La hija del duque de Marlborough, *lady* Norah Spencer-Churchill, se había casado a los cuarenta y cinco años con Francis Bradley-Birt, de cuarenta y seis —y efectivamente, tuvieron descendencia. <<

[92] ** Birkenhead apostó con John Seely trescientas libras contra diez, a que el elegido sería él. <<

[93] * El gato todavía sigue allí, en el vestíbulo del Hotel Savoy. <<

[21] º Hubo tres Proyectos de ley de Conciliación (en 1910, 1911 y 1912), todos ellos tendentes a ampliar el derecho al voto a determinados grupos (acomodados) de mujeres. (N. del t.) <<

[39] ◦ Churchill bromea aquí con las palabras, ya que transforma en «Gambling *Hell*» el «Gambling Hall» de la capital monegasca. (N. del t.) <<

[100] º Residencia oficial del alcalde de Londres. (N. del t.) <<

[105] oo «Military Aspects of the Continental Problem.» Traduzco para una fluida lectura del texto, pero no consta ninguna versión castellana. (N. del t.) <<

[1] WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 188. <<

[2] Ibid, pp. 13-14. <<

[3] Higgins, *Dardanelles*, op. cit., p. 31. <<

[4] Hough, *Former Naval Person*, p. 47. <<

[5] Higgins, *Dardanelles*, op. cit., p. 15. **<<**

[6] WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 73. <<

[7] CV, vol. II, Tercera parte, op. cit., p. 1929. **<<**

[8] Fisher, *Memories*, pp. 209-214. <<

[9] Callwell, *Wilson*, vol. I, p. 109. <<

[10] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 121. **<<**

[11] Roskill, *Hankey*, vol. I, p. 104. <<

[14] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 128. <<

[15] WSC, WC, vol. I, op. cit., pp. 107-108. <<

[16] Brown, *Grand Fleet*, p. 23. <<

[17] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 142. <<

[18] BU, CFGM, loc. cit., 29/2/2/2. <<

[19] Marder, *Fisher Correspondence*, vol. I, p. 437. <<

[20] Ibid, p. 469. <<

[21] CV, vol. II, Tercera parte, op. cit., p. 1549. **<<**

[22] BL, Add MS, loc. cit., 49 694, fol. 84. <<

[23] Riddell, *More Pages*, op. cit., p. 82. <<

[24] Best, *Greatness*, op. cit., p. 46. <<

[25] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. III, op. cit., p. 193; CIHOW, op. cit., p. 77. <<

[26] Hanson, *Wars*, p. 149. <<

[27] Blunt, *Diaries*, vol. II, op. cit., p. 415. <<

[28] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 280. <<

[29] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 58. <<

[30] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 142. **<<**

[31] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 62. <<

[33] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 262. <<

[34] CV, vol. II, Tercera parte, op. cit., p. 1678. <<

[35] CS, vol. II, op. cit., p. 2042. <<

[36] RA, loc. cit., PS/PSO/GV/C/G/414/18. <<

[38] Roskill, *Churchill and the Admirals*, pp. 20-21; Hough, Former Naval Person, op. cit., pp. 36 y 42-46. <<

[39] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 48. **<<**

[40] Thompson, *Yankee*, p. 180. <<

[41] BL, Add MS, loc. cit., 49 694, fol. 62. <<

[42] RA, loc. cit., PS/PSO/GV/C/F/285/1. <<

[43] RA, loc. cit., PS/PSO/GV/C/F/285/5. <<

[44] CV, vol. II, Tercera parte, op. cit., p. 1665. **<<**

[45] RA, loc. cit., PS/PSO/GV/C/F/285/13. <<

[46] Gretton, *Naval Person*, p. 88. <<

[47] RA, loc. cit., PS/PSO/GV/C/F/285/1. <<

[48] Massie, *Castles*, p. 781. <<

[49] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 66. <<

[50] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 125. **<<**

[51] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 59. <<

[52] Ibid, p. 60. <<

[53] CS, vol. II, op. cit., p. 1907. <<

[54] Riddell, *More Pages*, op. cit., p. 37. <<

[55] Ibid. <<

[56] James, *Failure*, op. cit., p. 44. <<

[57] Bew, *Churchill and Ireland*, *passim*. <<

[59] OB, vol. II, op. cit., p. 473; Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 250. **<<**

[60] CS, vol. II, op. cit., p. 1928. <<

[61] Maurer, «*Averting*», p. 29. <<

[62] Ibid. <<

[63] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 112. <<

[64] Maurer, «*Averting*», op. cit., p. 29. <<

[65] WSC, Step, p. 155. <<

[66] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 65. <<

[68] CAC, CSCT, loc. cit., 2/5/4. <<

[69] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 62. <<

[70] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 93. <<

[71] Riddell, *More Pages*, op. cit., p. 51. <<

[72] Ibid, p. 103. <<

[74] CAC, RDCH, loc. cit., 1/2/46. <<

[75] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 451. **<<**

[76] CAC, NEMO, loc. cit., 3/3. <<

[77] Riddell, *More Pages*, op. cit., pp. 130-131. <<

[78] BU, CFGM, loc. cit., 29/2/2/2. <<

[79] Ibid. <<

[80] OB, vol. II, op. cit., p. 554. <<

[81] Riddell, *More Pages*, op. cit., p. 131. <<

[82] George, *My Brother*, op. cit., p. 203. <<

[83] CS, vol. II, op. cit., p. 2110. <<

[84] Ibid, p. 2111. <<

[85] CV, vol. II, Tercera parte, op. cit., pp. 1744-1745. <<

[86] OB, vol. II, op. cit., p. 557. <<

[87] RA, GV/PRIV/GVD/1913, loc. cit., 18 de septiembre. **<<**

[88] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 76. <<

[89] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 52; Bew, Churchill and Ireland, op. cit., passim. <<

[90] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 53. <<

[91] Maurer, «*Averting*», op. cit., p. 33. <<

[92] Ibid, p. 30. <<

[93] *National Review*, n.º 369, noviembre de 1913, p. 368. <<

[94] Addison, *Unexpected*, p. 63. <<

[95] Riddell, *More Pages*, op. cit., p. 186. <<

[96] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 78. <<

[98] Ibid, p. 79. <<

[99] Ibid, p. 80. <<

[100] Ibid, p. 82. <<

[101] Miller, *Boom*, p. 98. <<

[102] Gilbert, *A Life*, p. 259. <<

[103] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 89. <<

[104] Ibid, p. 90. <<

[105] Ibid, p. 91. <<

[106] Ibid, p. 92. <<

[107] Beaverbrook, *Politicians*, p. 25. <<

[108] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8137. <<

[109] Riddell, *More Pages*, op. cit., pp. 192-193. <<

[110] Ibid, p. 193. <<

[111] Henriques, *Waley-Cohen*, p. 189. <<

[112] Ibid, pp. 189-190. <<

[113] Riddell, *More Pages*, op. cit., p. 197. <<

[114] Ibid, p. 198. <<

[115] Ibid, p. 199. <<

[116] CS, vol. III, op. cit., p. 2245. <<

[117] Ibid, p. 2251. <<

[118] Ibid, p. 2253. <<

[119] Scott, *Galloper*, p. 145. <<

[120] CS, vol. III, op. cit., p. 2233. <<

[122] Amery, *My Political Life*, vol. I, pp. 444-445. <<

[123] OB, vol. II, op. cit., p. 498. <<

[124] Blake, «*Conservative*», op. cit., p. 5. <<

[127] Scott, *Galloper*, op. cit., p. 147. <<

[128] Gough, *Soldiering On*, op. cit., p. 110. <<

[129] Blake, *Unknown Prime Minister*, p. 189. <<

[130] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 327. **<<**

[132] Ibid, p. 332. <<

[133] James, *Failure*, op. cit., p. 48. <<

[134] *Daily Mail*, 6 de abril de 1914. <<

[135] OB, vol. II, op. cit., pp. 499-500. <<

[136] Thorpe y Toye (comps.), op. cit., *Parliament*, p. 157. **<<**

[137] CS, vol. III, op. cit., p. 2294. <<

[138] Fitzroy, *Memoirs*, vol. I, pp. 290, 544. <<

[139] Bew, *Churchill and Ireland, passim* op. cit., . <<

[140] WSC, CE, vol. I, p. 275. <<

[141] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 136. <<

[142] WSC, WC, vol. I, op. cit., pp. 192-193. <<

[143] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 265. <<

[144] Morley, *Memorandum on Resignation*, p. 4. <<

[145] Ibid, p. 5. <<

[146] George, *My Brother*, op. cit., p. 242. <<

[147] WSC, WC, vol. I, op. cit., pp. 212-213. <<

[148] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 96. <<

[149] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 269. <<

[150] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 96. <<

[151] Id. loc. <<

[152] Ibid, p. 100. <<

[153] Hastings, *Catastrophe*, p. 85. <<

[154] Ibid, p. 88. <<

[155] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 54. <<

[156] RA, loc. cit., GV/PRIV/GVD/1914: 29 de julio. <<

[157] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 97. <<

[158] Beaverbrook, *Politicians*, op. cit., p. 86. <<

[159] WSC, WC, vol. I, op. cit., pp. 216-217; Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 142. <<

[160] BL, Add MS, loc. cit., 51 073, fol. 99. <<

[161] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 274. <<

[162] *The Times*, 4 de agosto de 1914. **<<**

[163] WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 224. <<

[164] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 275. <<

[166] WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 122. <<

[168] Lee, *Lady Hamilton*, op. cit., p. 114. **<<**

[169] Hastings, *Catastrophe*, op. cit., p. 115. <<

[170] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 275. <<

[171] Gardiner, *Pillars*, op. cit., pp. 58, 63. <<

[172] Ibid, pp. 57-58. <<

[12] * Hoy pueden verse dos de esos cañones en el Museo Imperial de la Guerra, en el barrio londinense de Lambeth. <<

[58] * Se trata, irónicamente, del texto que contiene la lista de los procederes parlamentarios inadecuados. <<

[67] * En la obra en la que Mary Soames publica las cartas de sus padres, esta frase en la que Churchill habla de la culpabilidad que le invade por haber dejado embarazada a su esposa poco tiempo después de haber dado a luz a Diana aparece sustituida por unos puntos suspensivos: véase Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 61. <<

[121] * Era la segunda vez que Churchill empleaba la fórmula «Avancemos unidos». La primera se había producido en marzo de 1910, y la había usado para referirse al Proyecto de ley Parlamentario. Sin embargo, cuando encontraba una frase impactante —y esta cosechó «sonoros aplausos» en Bradford—, tenía costumbre de utilizarla más tarde en contextos diferentes. Estamos ante una expresión a la que recurrió al menos en diecinueve alocuciones públicas (y almenos en una interpelación privada a su perro *Rufus*). Por regla general la pronunciaba para hacer un llamamiento a la unidad, pero en marzo de 1914 sus oyentes la entendieron en sentido contrario, como una provocativa invocación del recurso a las armas. <<

[131] * Se creía (erróneamente) que la sangre de los miembros de la familia de Jennie Jerome se había mezclado en algún momento con la de los indígenas norteamericanos. Lo que no se sabe es de dónde pudo haber salido la idea de una ascendencia mexicana. <<

[13] º Unos 2700 kilómetros por hora. (N. del t.) <<

[32] ◦ Se trata de Margaret Tennant, segunda esposa de Herbert Asquith. Violet era hija de su primer matrimonio. (N. del t.) <<

[37] ◦ El Nore es un banco de arena situado en el estuario del Támesis. Aparte de un punto peligroso, constituyó un ancladero estratégico en los siglos XVII y XVIII. Su importancia determinaría que hasta el año 1961 se diera el nombre de Nore al mando naval encargado de controlar la parte oriental de Inglaterra. (N. del t.) <<

[73] ° Conocida también con el nombre de «Trono del rey Eduardo», es la antigua silla de madera en la que se sientan los monarcas británicos durante la ceremonia de su coronación. Contiene la Piedra del Destino, un bloque de arenisca que los monarcas escoceses utilizaron durante siglos antes de esgrimir el cetro. En 1296, Eduardo I de Inglaterra llevó la piedra a Inglaterra y mandó colocarla en la silla en cuestión para imitar la costumbre escocesa. En 1996, la piedra fue devuelta a Escocia, bajo la condición de que regrese periódicamente para la entronización de los soberanos británicos. (N. del t.) <<

[97] º Diseñados por el ingeniero español Leonardo Torres Quevedo, eran aparatos de estructura no rígida. Los construyó la Sociedad francesa Astra entre 1908 y 1922. (N. del t.) <<

[125] º Archipiélago situado en el extremo suroccidental de Cornualles. (N. del t.) <<

[126] oo Zona interior del condado de Kildare, al este de la isla. (N. del t.) <<

[165] º Pendón de guerra del Reino Unido, también conocido como Enseña de San Jorge, ya que lleva una cruz roja sobre campo blanco, con la bandera de la Unión en el cantón superior. (N. del t.) **<<**

[167] º Voz turca y nombre de varón que significa «inflexible», «resuelto» o «fiero». No obstante, la denominación completa del barco (*Yavuz Sultan Selim*) indica claramente que se asignó en honor de Selim I, el Valiente (1465-1520). (N. del t.) <<

[1] CS, vol. III, op. cit., p. 2331. <<

[2] Ibid, p. 2343. <<

[3] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., pp. 143-144. <<

[5] Hastings, *Catastrophe*, op. cit., p. 385. **<<**

[6] Callwell, *Wilson*, vol. I, op. cit., p. 163. **<<**

[7] Taylor (comp.), *Lloyd George*, p. 41. <<

[8] Riddell, *Intimate*, p. 15. <<

[10] Jerrold, *Naval Division*, p. xvii. <<

[11] Ibid, p. xv. <<

[12] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 279. <<

[13] Stafford, *Secret Service*, p. 60. <<

[14] Hastings, *Catastrophe*, op. cit., pp. 364 y ss. **<<**

[15] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, p. 203. **<<**

[16] Brendon, *Churchill*, op. cit., p. 64. <<

[17] CV, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 97. **<<**

[18] CS, vol. III, op. cit., p. 2331. <<

[19] Ibid. <<

[20] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 95. <<

[21] Ibid, p. 99. <<

[22] TLS, 5 de diciembre de 1997, p. 28. <<

[23] Hastings, *Catastrophe*, op. cit., p. 97. <<

[24] CS, vol. III, op. cit., p. 2337. <<

[25] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 143. **<<**

[26] Riddell, *War Diary*, p. 14. <<

[27] Ibid. <<

[28] Olsen, «*Antwerp Expedition*», p. 19. <<

[29] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, op. cit., pp. 258, 262. <<

[30] Olsen, «*Antwerp Expedition*», op. cit., p. 36. <<

[31] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, op. cit., p. 260. <<

[32] Mallinson, *Too Important*, op. cit., p. 72. **<<**

[33] Marder, *Dreadnought to Scapa*, vol. II, p. 85; Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 74. <<

[34] OB, vol. III, op. cit., pp. 111-112. <<

[35] CV, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 166. <<

[36] Mallinson, *Too Important*, op. cit., p. 72. <<

[38] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 68. <<

[40] Olsen, «*Antwerp Expedition*», op. cit., p. 32. **<<**

[41] *Scribner’s Magazine*, enero de 1915. <<

[42] OB, vol. III, op. cit., nota p. 111. <<

[43] Best, *Greatness*, op. cit., p. 56. <<

[44] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, op. cit., p. 271. **<<**

[45] Taylor (comp.), *Lloyd George*, op. cit., p. 5. <<

[46] OB, vol. III, op. cit., p. 124. <<

[47] CV, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 178. **<<**

[49] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, op. cit., pp. 266-267; Asquith, Memories, vol. II, pp. 45-46. <<

[50] PA, *Bonar Law*, loc. cit., 37/4/21. <<

[51] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, op. cit., p. 275. **<<**

[52] *Morning Post*, 23 de octubre de 1914. <<

[53] WSC, *Thoughts*, op. cit., pp. 11-12. **<<**

[55] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 145. **<<**

[57] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 279. <<

[58] Massie, *Castles*, nota p. 175. <<

[59] RA, loc. cit., GV/PRIV/GVD/1914: 29 de octubre; WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 177. <<

[60] WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 360; Brodhurst, *Anchor*, p. 27. <<

[61] CV, vol. II, Segunda parte, op. cit., p. 932. <<

[62] Thompson, *Gallipoli*, p. 3. <<

[63] Wilson (comp.), *Scott*, pp. 110-112. <<

[64] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 143. **<<**

[65] Strachan, *First World War*, p. 77. <<

[66] CS, vol. III, op. cit., p. 2340. <<

[68] Ibid, p. 2348. <<

[69] CV, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 25. **<<**

[70] Travers, *Gallipoli*, p. 20. <<

[71] CV, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 361. **<<**

[72] Strachan, *First World War*, op. cit., p. 113. **<<**

[73] Gooch, *Plans of War*, p. 259. <<

[74] Strachan, *First World War*, op. cit., p. 113. <<

[75] Ibid, p. 114. <<

[76] Bew, *Citizen Clem*, pp. 13, 86. <<

[77] Cowley (comp.), *Great War*, p. 182. <<

[78] OB, vol. III, op. cit., p. 233. <<

[80] Ibid, p. 236. <<

[81] Ibid, p. 234. <<

[82] CV, vol. III, Primera parte, op. cit., pp. 377-378. <<

[83] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 71. <<

[84] NA, CAB, loc. cit., 41/1/12. <<

[85] Penn, *Fisher*, p. 124. <<

[86] Id. loc. <<

[87] 78.M. y E. Brock (comps.), *Margot*, p. 68. <<

[88] Penn, *Fisher*, op. cit., p. 124. <<

[89] WSC, WC, vol. II, op. cit., pp. 102 y 121-122. <<

[90] Penn, *Fisher*, op. cit., p. 125. <<

[91] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, op. cit., p. 375. **<<**

[92] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., p. 265. <<

[93] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, op. cit., nota 6 p. 374. **<<**

[94] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 543; Penn, *Fisher*, op. cit., p. 126. **<<**

[95] CS, vol. III, op. cit., p. 2396. <<

[96] Penn, *Fisher*, op. cit., p. 127. <<

[97] Bell, *Dardanelles*, p. 359. <<

[98] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 91. <<

[99] Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 85. <<

[100] M. y E. Brock (comps.), *Asquith Letters*, op. cit., p. 118. <<

[101] Ibid, p. 375. <<

[102] Ibid, p. 376. <<

[103] Taylor, *Lloyd George*, p. 21. <<

[104] Penn, *Fisher*, op. cit., p. 126. <<

[105] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 551. <<

[106] Marder, *Fear God*, vol. III, p. 133. **<<**

[107] Ibid, pp., 141-142. <<

[108] PA, loc. cit., LG/C/4/11/3. <<

[109] Ibid. <<

[110] Taylor (comp.), op. cit., *Lloyd George* p. 7. <<

[111] PA, loc. cit., LG/C/4/11/3. <<

[112] Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 234. <<

[113] CS, vol. III, op. cit., p. 2397. <<

[114] Brett (comp.), *Esher*, vol. III, p. 212. <<

[115] OB, vol. III, p. 273. <<

[117] James, *Failure*, op. cit., p. 71. <<

[118] Ibid, p. 70. <<

[119] Brett (comp.), *Esher*, vol. III, op. cit., p. 217. <<

[120] Pottle (comp.), *Champion*, p. 25. <<

[121] Ibid. <<

[122] James, *Failure*, op. cit., p. 69. <<

[123] NA, CAB, loc. cit., 42/1/47. <<

[124] Philpott, «*29th Division*», pp. 384-407. <<

[125] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 12. <<

[127] BL, Add MS, loc. cit., 82 379, fol. 1. <<

[128] Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 112. **<<**

[129] Cowley (comp.), *Great War*, op. cit., p. 183. **<<**

[130] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 272. <<

[37] * «Yo…, yo soy un hermano mayor de la Trinidad.» <<

[48] * Con la expresión jergal «desenterrados» [«*dug-out*»] se designaba en esta época a los antiguos oficiales que se reenganchaban para desempeñar ciertas tareas militares, aunque también era el término empleado para referirse a los refugios de las trincheras. <<

[79] * El Real Servicio Aéreo Naval continuó bombardeando a los zepelines tanto en sus hangares como en sus talleres de ensamblaje, y llegó a internarse nada menos que hasta Friedrichshafen, en el sur de Alemania, consiguiendo destruir seis aparatos en el transcurso del primer año de guerra. <<

[4] º La que aplica la táctica de realizar movimientos rápidos con pocos efectivos (fundamentalmente de unidades mecanizadas y de infantería) con el fin principal de desorganizar al enemigo e impedirle una correcta toma de decisiones. (N. del t.) <<

[9] ◦ En alusión a la salamandra mítica, asociada con el ocultismo, a la que se atribuía una afinidad con el fuego y la propiedad de apagarlo. (N. del t.) <<

[39] º «*Bumblebee*», en realidad. (N. del t.) <<

[54] ◦ Nombre en clave de la invasión aliada del sur de Francia (efectuada entre los días 15 y 26 de agosto de 1944). (N. del t.) <<

[56] º La más importante de la Marina Real Británica. (N. del t.) <<

[67] º «*Business as usual*», literalmente «El negocio abre como de costumbre», cuyo origen se remonta a este período. Era una forma de resistencia psicológica (como la de otra fórmula de la época, «*London can take it!*», «¡Londres aguanta!») destinada a forjar el estoicismo de una ciudadanía acosada por la aviación. (N. del t.) **<<**

[116] º La expresión latina «*totus porcus*» (literalmente «todo el cerdo») procede de una inveterada práctica popular relacionada con la carnicería, en la que lógicamente se intenta no dejar que se desperdicie ninguna parte de la carcasa de un animal destinado al aprovechamiento comercial. (N. del t.) <<

[126] º Unos once kilómetros por hora. (N. del t.) <<

[1] WSC, *Savrola*, op. cit., p. 317. <<

[2] WSC, GC, op. cit., p. 131. <<

[3] Cowley (comp.), *Great War*, op. cit., p. 183. **<<**

[4] Thompson, *Gallipoli*, op. cit., p. 5. <<

[5] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 244. <<

[6] Ibid, vol. I, op. cit., pp. 254-276; Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 356; Strachan, *First World War*, op. cit., p. 116; Cowley (comp.), Great War, op. cit., p. 183. <<

[7] Roskill, *Hankey,* vol. I, op. cit., p. 168. <<

[9] Ives, «*Dardanelles and Gallipoli*», p. 3. <<

[10] WSC, WC, vol. I, op. cit., pp. 254-276. <<

[11] John Lee, en *Journal of Military History*, vol. 64, n.º 2, abril de 2000. <<

[13] WSC, RW, vol. I, op. cit., p. 235. <<

[14] CV, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 559. **<<**

[15] James, *Failure*, op. cit., p. 75. <<

[16] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., p. 182. <<

[17] Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 357. <<

[18] Thompson, *Gallipoli*, op. cit., p. 6. **<<**

[19] NA, CAB, loc. cit., 42/2/17. <<

[20] BU, loc. cit., NC7/11/8/6. <<

[21] Taylor, *Lloyd George*, op. cit., p. 41. <<

[22] BL, Add MS, loc. cit., 49 694, fols. 108-110. <<

[23] Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 157. **<<**

[24] *The Times*, 26 de abril de 1915. <<

[25] NYPL Berg Collection Winston Churchill. <<

[26] Jerrold, *Naval Division*, op. cit., p. xvii. <<

[28] James, *Failure*, op. cit., p. 76. <<

[29] Lee, *Soldier's Life*, p. 162. <<

[30] *Morning Post*, 29 de mayo de 1915. <<

[31] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 138; Charmley, «Churchill's Darkest Hour», p. 47. <<

[32] M. y E. Brock (comps.), *Margot*, op. cit., pp. 107-108. <<

[33] Ibid, p. 108. <<

[34] Langworth, *Myth*, op. cit., pp. 69-73. <<

[35] CV, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 501. **<<**

[36] WSC, WC, vol. III, op. cit., p. 166. <<

[37] M. y E. Brock (comps.), *Margot*, op. cit., pp. 109-110. **<<**

[38] Ibid, p. 113. <<

[39] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 78. <<

[40] French, *1914*, p. 357. <<

[41] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 350. <<

[42] Taylor (comp.), *Lloyd George*, op. cit., pp. 49-50. <<

[43] OB, vol. III, op. cit., p. 431; CAC, FISR, loc. cit., 1/24/35. <<

[44] OB, vol. III, op. cit., p. 884. <<

[45] Cowley (comp.), *Great War*, op. cit., p. 121; M. y E. Brock (comps.), *Margot*, op. cit., p. 114. <<

[46] Brodhurst, *Anchor*, op. cit., p. 28. <<

[47] Marder, *Fear God*, vol. III, op. cit., p. 328. <<

[48] Nicolson, *George V*, p. 263. <<

[49] Taylor, *Lloyd George*, op. cit., p. 50. <<

[50] M. y E. Brock (comps.), *Margot*, op. cit., p. 116. <<

[51] Ibid, p. 84. <<

[52] James, *Failure*, op. cit., p. 54. <<

[53] Taylor, *Lloyd George*, op. cit., p. 53. <<

[54] PA, *Bonar Law*, loc. cit., 37/2/33. <<

[55] M. y E. Brock (comps.), *Margot*, op. cit., p. 118. **<<**

[56] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 19. <<

[58] Brett (comp.), *Esher*, vol. III, op. cit., p. 237. <<

[59] Hamilton, *Listening*, op. cit., p. 253. <<

[60] M. y E. Brock (comps.), *Margot*, op. cit., p. 118. <<

[61] Ibid, p. 120. <<

[62] Taylor (comp.), *Lloyd George*, op. cit., p. 51. <<

[63] Ibid. <<

[64] Lee, *Lady Hamilton*, op. cit., p. 123. <<

[65] Taylor (comp.), *Lloyd George*, op. cit., p. 52. <<

[66] Id. loc. <<

[67] Id. loc. <<

[68] Id. loc. <<

[69] OB, vol. III, op. cit., p. 456. <<

[70] Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 186. <<

[71] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 911. <<

[72] Bod Asquith Box, 27, loc. cit., fols. 172-175. <<

[73] M. y E. Brock (comps.), *Margot*, op. cit., pp. 133-134. **<<**

[75] OB, vol. III, op. cit., p. 459; Soames, Clementine, op. cit., p. 142. <<

[76] Best, *Greatness*, op. cit., p. 71. <<

[77] OB, vol. III, op. cit., p. 457. <<

[78] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., pp. 922-924. <<

[79] Ibid, p. 924. <<

[80] Ibid, pp. 925-926. <<

[81] Ibid, pp. 925-927. <<

[82] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., pp. 174-175. <<

[83] RA, loc. cit., GV/PRIV/GVD/*1915: 22 de mayo*. **<<**

[84] Carter, *Knew Him*, op. cit., pp. 427-428. <<

[85] WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 234. <<

[86] Ibid, vol. II, op. cit., pp. 374-375. <<

[87] James, *Failure*, op. cit., p. 80. <<

[88] *Observer*, 23 de mayo de 1915. <<

[89] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 142. **<<**

[90] CAC, RDCH, loc. cit., 1/2/46. <<

[91] Soames, *Life as a Painter*, p. 20. <<

[92] Thompson, *Gallipoli*, op. cit., p. 32. **<<**

[93] CS, vol. III, op. cit., p. 2380. <<

[94] CAC, THSO, loc. cit., 1/1/2. <<

[95] Taylor (comp.), *Lloyd George*, op. cit., p. 59. <<

[96] NA, CAB, loc. cit., 37/130/14. <<

[97] NA, CAB, loc. cit., 37/130/16. <<

[98] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1042. **<<**

[99] CAC, CHAR, loc. cit., 28/43/42. <<

[100] vol. VIII, op. cit., p. 1154. <<

[101] Soames, *Life as a Painter*, p. 24. <<

[102] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 336. <<

[103] CIHOW, op. cit., p. 458. <<

[104] Sandys, *From Winston*, op. cit., p. 141. <<

[105] WSC, *Thoughts*, op. cit., pp. 331-332. <<

[107] CIHOW, op. cit., p. 455. <<

[108] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 111. <<

[109] Lee, *Lady Hamilton*, op. cit., p. 129. **<<**

[110] CAC, THSO, loc. cit., 1/1/3. <<

[111] OB, vol. III, op. cit., p. 473. <<

[112] Soames, «*Human Being*», p. 3; Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[113] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 53. **<<**

[115] Attenborough, *Black Dog*, pp. 214-215. <<

[116] Ibid, pp. 212-213. <<

[117] CV, vol. IV, Primera parte, op. cit., p. 8. <<

[118] CAC, THSO, loc. cit., 1/1/3. <<

[119] BU, *Austen Chamberlai*n, C18/4/8, loc. cit., pp. 50-111. <<

[120] Taylor (comp.), *Lloyd George*, op. cit., p. 57. <<

[121] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., p. 215. <<

[122] Taylor (comp.), *Lloyd George*, op. cit., p. 59. <<

[123] Roskill, *Hankey*, vol. I, p. 222. <<

[124] Wilson (comp.), *Scott*, op. cit., p. 142. <<

[125] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1204. <<

[126] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 489. <<

[127] NA, CAB, loc. cit., 37/136/12. <<

[128] Roskill, *Hankey*, vol. I, p. 232. <<

[129] Taylor, *Lloyd George*, op. cit., p. 74. <<

[130] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., pp. 1249-1250. <<

[131] Taylor, *Lloyd George*, op. cit., p. 74. <<

[132] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., p. 230. <<

[133] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1255. <<

[134] CS, vol. III, op. cit., pp. 2400-2401. <<

[135] Ibid, p. 2399. <<

[136] Ibid, p. 2401. <<

[137] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 4. <<

[138] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 3. <<

[139] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 149. <<

[140] *D’Este, Warlord*, op. cit., p. 295. <<

[141] CAC, RCDH, loc. cit., 1/2/46. <<

[142] Fraser, *My History*, p. 109. <<

[143] *The Times*, 16 de noviembre de 1915. <<

[12] * En enero de 1916, el dirigente turco Enver Pachá afirmó que, a pesar de que una flota británica hubiera roto el bloqueo y hecho acto de presencia frente a las costas de Constantinopla, el plan de contingencia del Ministerio de la Guerra otomano que él presidía pasaba «por encaminar al ejército a las colinas circundantes y al Asia Menor»: *The Times*, 26 de enero de 1916. <<

[106] * En ese ensayo también sostiene que «no hay nada que induzca más a un hombre a la veneración que una biblioteca»: WSC, *Painting*, p. 10. **<<**

[8] ◦ En sarcástica alusión a su retroceso, ya que *«row»* + *«back»* equivale a «remar hacia atrás». (N. del t.) <<

[27] ◦ En la década de 1930, Churchill dejó de ocupar cargos gubernamentales. Muchos pensaron que estaba políticamente acabado. Sin embargo, sus precoces advertencias contra la dictadura nazi le confirieron nueva notoriedad. Más tarde, Churchill denominaría a esa época de su vida la «Travesía del Desierto». (N. del t.) <<

[57] º Precursor de la escafandra y otros artilugios de buceo. Se trataba efectivamente de una cámara rígida con forma de campana en la que un buceador podía trabajar sumergido gracias al aire atrapado en su interior. (N. del t.) <<

[74] ◦ Es decir, «tontería» o «metedura de pata». (N. del t.) <<

[114] ◦ El autor desacredita la idea, convertida en lugar común en algún caso, de que Churchill sufriera trastornos depresivos en diferentes épocas de su vida. (N. del t.) <<

[1] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 111. <<

[2] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 304. <<

[3] Ibid, vol. II, p. 500. <<

[4] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 110. <<

[5] Smart (comp.), *Bernays*, p. 124. <<

[6] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 113. **<<**

[7] Ibid, p. 114. <<

[8] Ibid, pp. 114-115. <<

[9] Ibid, p. 115. <<

[10] Ibid, p. 114. <<

[11] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 110. <<

[12] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 123. <<

[13] OB, vol. III, op. cit., pp. 578-581. <<

[14] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 119. <<

[15] Ibid, p. 115. <<

[16] Ibid, p. 128. <<

[17] Jeffrey, *1916*, pp. 15-16. <<

[18] Beckett, *Attlee*, p. 61. <<

[19] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 152-153. **<<**

[20] Ibid. p. 116. <<

[21] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 114. <<

[22] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 118-119. <<

[23] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 116. <<

[24] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 119. <<

[25] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 116. <<

[26] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 119. <<

[27] Ibid, p. 133. <<

[28] Ibid, p. 124. <<

[29] Pottle (comp.), *Champion*, op. cit., pp. 25-26. <<

[30] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 120. <<

[31] Ibid. <<

[32] Ibid, p. 121. <<

[33] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 127. **<<**

[35] CAC, SPRS, loc. cit., 1/76. <<

[36] Hunter (comp.), *Winston and Archie, passim*. <<

[37] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 132. <<

[38] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 87. <<

[39] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 132. <<

[40] Ibid, p. 130. <<

[41] Ibid, pp. 132-133. <<

[42] Ibid, p. 137. <<

[43] Ibid, p. 139. <<

[44] Ibid, pp. 141-142. <<

[45] Sheffield, *The Chief*, op. cit., p. 324. <<

[46] WSC, WC, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 193. <<

[47] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 142. <<

[48] Ibid, p. 143. <<

[49] Ibid, p. 148. <<

[50] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1354. <<

[52] Gibb, *Winston*, p. 68. <<

[53] Ibid, p. 139. <<

[54] OB, vol. III, op. cit., p. 658. <<

[55] Gibb, *Winston*, op. cit., p. 106. <<

[56] Ibid, p. 117. <<

[57] Ibid, p. 115. <<

[58] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 156. <<

[59] Ibid, p. 143. <<

[60] CAC, RCDH, loc. cit., 1/2/46. <<

[61] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 163-164. <<

[62] Ibid, p. 164. <<

[63] Gibb, *Winston*, op. cit., p. 71. <<

[64] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 166. <<

[66] Ibid, pp. 167-168. <<

[68] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1416. <<

[69] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 169. <<

[70] *Strand Magazine*, marzo de 1931; WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 7. **<<**

[71] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 175. <<

[72] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., pp. 1432-1433. <<

[73] George, *My Brother*, op. cit., p. 253. <<

[74] CS, vol. III, op. cit., p. 2410. <<

[75] M. y E. Brock (comps.), *Margot*, op. cit., p. 242; Gilbert, Other Club, op. cit., p. 63; Bod Dawson Papers, 66/ 35-36. <<

[76] Bod Bonham Carter, Box 323, pp. 45-46. <<

[77] Ibid, p. 47. <<

[78] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 454. <<

[79] Bod Bonham Carter, Box 323, loc. cit., pp. 48-50. **<<**

[80] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 195. <<

[81] Ibid, p. 196. <<

[82] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1467. <<

[83] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 196. <<

[84] Ibid, p. 198. <<

[85] Ibid, p. 199. <<

[86] Ibid, p. 200. <<

[87] Ibid, p. 202. <<

[88] Hart-Davis (comp.), *Era*, pp. 196-197. <<

[89] CS, vol. III, op. cit, p. 2421. <<

[90] Ibid, p. 2341. <<

[91] WSC, WC, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 112; Hastings, Catastrophe, op. cit., p. 357. <<

[92] Dean, *Hatred, Ridicule*, p. 40. <<

[95] Lee, *Lady Hamilton*, op. cit., p. 137. **<<**

[96] Hamilton, *Listening*, op. cit., pp. 253-254. <<

[97] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., p. 286. <<

[98] WSC, WC, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 187. **<<**

[100] Best, *Greatness*, op. cit., p. 89. <<

[102] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., p. 286. <<

[103] Bod Asquith Papers, Box 129, loc. cit., fols. 15-17. <<

[104] WSC, GC, op. cit., p. 99. <<

[105] Jolliffe (comp.), *Raymond*, pp. 297-298. <<

[106] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 21. <<

[107] *Daily Mail*, 3 de octubre de 1935. <<

[108] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1533. <<

[109] CS, vol. III, op. cit., p. 2485. <<

[110] Ibid, p. 2503. <<

[111] OB, vol. III, op. cit., pp. 801-802. <<

[112] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 367. <<

[113] *The Spectator*, 2 de septiembre de 1916. <<

[114] Keohane, «*Sitting*», p. 56. <<

[115] James, *Davidson*, pp. 53-54. <<

[116] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 67. <<

[117] Eden, *Reckoning*, p. 277. <<

[118] WSC, GC, op. cit., p. 185. <<

[119] Comisión de los Dardanelos, Primera parte, pp. 105-106. <<

[120] Ibid, p. 78. <<

[121] Ibid, p. 160. <<

[122] CAC, FISR, loc. cit., 8/12/4726. <<

[123] OB, vol. IV, op. cit., p. 10. <<

[124] NA, CAB, loc. cit., 19/1. <<

[125] CS, vol. III, op. cit., p. 2539. <<

[126] Lowndes (comp.), *Belloc Lowndes*, p. 80. <<

[127] WSC, WC, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 214. **<<**

[128] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 137. <<

[129] Libro de apuestas del Other Club. <<

[130] OB, vol. IV, op. cit., p. 17. <<

[131] Ibid, pp. 5, 16-17. <<

[132] Gardiner, *Prophets*, op. cit., p. 228. <<

[133] Brett (comp.), *Esher*, vol. IV, op. cit., p. 121. <<

[134] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[135] Ibid. <<

[136] *Morning Post*, 18 de julio de 1917. <<

[137] CV, vol. IV, Primera parte, op. cit., p. 107. <<

[138] Ponting, *Churchill*, p. 207. <<

[139] Blake, *Unknown Prime Minister*, op. cit., p. 361. **<<**

[140] Beiriger, *Munitions*, *passim*. <<

[141] WSC, WC, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 300. <<

[142] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., p. 415. <<

[143] BL, Add MS, 48 992, fol. 97. <<

[144] BL, Add MS, loc. cit., 82 379, fols. 109-122; Brodhurst, *Pound*, p. 38.
<<

[145] Brodhurst, *Pound*, loc. cit. <<

[147] WSC, WC, vol. III, op. cit., p. 339. <<

[148] *History Today*, enero de 2015, pp. 36-37. <<

[149] Birkenhead, *Contemporary Personalities*, op. cit., p. 121. **<<**

[150] OB, vol. IV, op. cit., p. 38. <<

[151] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 164. <<

[152] Museo Winston Churchill, Londres. <<

[153] Marsh, *Number*, op. cit., p. 252. <<

[154] Id. loc. <<

[155] Ibid, p. 257. <<

[157] Ibid, p. 259. <<

[158] Ibid, p. 256. <<

[159] Sassoon, *Siegfried’s Journey*, p. 78. <<

[160] Ibid, p. 79. <<

[161] Id. loc. <<

[162] Id. loc. <<

[163] OB, vol. IV, op. cit., p. 268. <<

[164] Reynolds, *Long Shadow*, p. 71. <<

[165] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 511. <<

[166] Lloyd George, *The Truth*, p. 325. <<

[167] CS, vol. III, op. cit., p. 3011. <<

[168] Ibid, p. 2583. <<

[169] Miller, *Boom*, op. cit., p. 192. <<

[170] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 205. <<

[171] WSC, WC, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 293. **<<**

[173] RA, loc. cit., GV/PRIV/GVD/*1918: 19 de abril*. **<<**

[174] WSC, WC, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 410. **<<**

[175] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 574. <<

[176] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 206. <<

[177] Ibid. <<

[178] Muller (comp.), *Contemporaries*, p. 297. <<

[179] Ibid, p. 298. <<

[180] Ibid, p. 299. <<

[181] Ibid, p. 300. <<

[182] Id. loc. <<

[183] Gilbert, *A Life*, op. cit., pp. 389-390. <<

[184] WSC, WC, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 371. **<<**

[185] CAC, THSO, loc. cit., 1/1/26. <<

[186] Id. loc. <<

[187] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 207. <<

[188] *The lady*, 20 de abril de 1999, p. 49. <<

[189] Lee, *Lady Hamilton*, op. cit., pp. 198-199. <<

[190] CS, vol. III, op. cit., p. 2615. <<

[191] Id. loc. <<

[192] Ibid, pp. 2613-2616. <<

[193] CAC, THSO, loc. cit., 1/1/26. <<

[194] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 300. **<<**

[196] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, p. 355. <<

[197] Roskill, *Hankey*, vol. I, op. cit., p. 424. <<

[198] Ibid, p. 425. <<

[199] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 214. <<

[200] Hassall, *Marsh*, p. 456. <<

[201] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 273. <<

[202] NA, CAB, loc. cit., 23/14. <<

[203] WSC, WC, vol. III, Segunda parte, op. cit., pp. 541-544. **<<**

[204] Ibid, vol. II, op. cit., p. 6. <<

[205] Ibid, pp. 52-54. <<

[206] Ibid, p. 22. <<

[207] Ibid, p. 20. <<

[34] * Al visitar Churchill, acompañado por Spears, el XXXIII Cuerpo del Ejército francés, su comandante le entregó uno de los característicos cascos de los poilus, que a su juicio eran mejores que los redondos «boles de sopa» de acero con que se protegían la cabeza los británicos —y después de aquello, Churchill utilizaría siempre esa cimera francesa—. «Es precioso, y además es posible que proteja mi valioso cráneo», le dijo a Clementine, agregando que el adminículo estaba «siendo causa de muchas envidias. Me da unos aires sumamente marciales —parezco un cromwelliano—. Procuro llevarlo puesto cada vez que me veo expuesto al fuego enemigo, pero más por aparentar que por otra cosa»: Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 132, 129. Su nuevo tocado resaltaba tanto su francofilia como su gran afición a los sombreros (que mantuvo toda su vida), cosa esta última que, según decía, resultaba muy útil para los caricaturistas. <<

[65] * Esa había sido precisamente la muletilla que se había acabado por asociar con el estilo de gobernación de Asquith después de que él mismo repitiera cuatro veces esa expresión en abril de 1910, durante los efervescentes debates del Proyecto de ley Parlamentario. <<

[67] ** La Biblia anuncia así el destino de Ismael: «Su mano contra todos, y la mano de todos contra él»: Génesis 16, 12. <<

[93] * Esta batalla naval fascinó durante mucho tiempo a Churchill. En enero de 1928, James Lees-Milne relata en su diario personal que, en Chartwell, vencida ya la medianoche, «el señor Churchill se pasó dos benditas horas demostrando por medio de licoreras y copas de vino las estrategias de la batalla de Jutlandia. Fue una experiencia muy emocionante. El señor Churchill era un hombre fascinante. Se exaltaba como un colegial, hacía ruidos con la boca para imitar las andanadas de los cañones, y con su cigarro lanzaba bocanadas de humo por todo el teatro de operaciones para imitar el de la artillería»: Gilbert, *A Life*, op. cit., pp. 483-484. <<

[101] * Las invectivas que hubo de sufrir Churchill en el ámbito privado a lo largo de este período tuvieron a menudo un carácter personal, y en ocasiones algo extraño. Tras afirmar Winston que las pérdidas sufridas en la batalla del Somme habían sido «desastrosas», mientras que las ganancias territoriales podían considerarse «nulas, —Haig le dirigió al rey una carta con estas palabras—: También espero que Churchill haya perdido la cabeza a causa de las drogas que toma»: Sheffield, *The Chief*, op. cit., p. 91. <<

[51] º Debe entenderse «bolsa» en su sentido militar. Se trata de una zona que se proyecta en territorio enemigo y se encuentra rodeada por varios flancos. (N. del t.) <<

[94] º Dando a entender que reaccionaba visceralmente y sin pensárselo ante cualquier requerimiento. (N. del t.) <<

[99] º «Para una más intensa aplicación de las unidades mecanizadas en la continuación de la ofensiva terrestre.» (N. del t.) <<

[146] ◦ Se trata de ancladeros portátiles temporales concebidos para facilitar la descarga rápida de pertrechos. Su construcción se hizo partiendo de un conjunto de bloques de hormigón prefabricados. Estos eran transportados al otro lado del Canal de la Mancha, y se echaban al fondo al llegar a su ubicación definitiva. El nombre deriva justamente de ese rosario de bloques de cemento, ya que significa literalmente puertos «mora» por asociación de ideas con el fruto de la zarza. (N. del t.) <<

[156] º Provocado por la explosión de una carga subterránea secretamente colocada por los británicos. La bomba, que se encontraba bajo una fortificación de campaña alemana, dejó un agujero de treinta metros de profundidad y cien de anchura, que todavía sigue abierto. (N. del t.) <<

[172] ◦ Conocida también como «Ofensiva Ludendorff» en atención al general de Infantería alemán Erich Ludendorff, que fue quien la promovió. (N. del t.) <<

[195] º Padre del que fuera presidente de Estados Unidos John F. Kennedy (1917-1963), y de los senadores Robert (1925-1968) y Ted Kennedy (1932-2009). (N. del t.) <<

[1] WSC, CE, vol. III, op. cit., p. 28. <<

[2] OB, vol. VII, op. cit., p. 1008. <<

[3] WSC, MEL, op. cit., p. 73. <<

[4] Ibid, p. 37. <<

[5] Marsh, *Number*, op. cit., p. 156. <<

[6] CS, vol. III, op. cit., p. 2615. <<

[7] CV, vol. IV, Primera parte, op. cit., p. 422. <<

[9] CS, vol. III, op. cit., p. 2645. <<

[10] *The Times*, 27 de noviembre de 1918. <<

[11] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 47. <<

[12] OB, vol. IV, op. cit., p. 278. <<

[14] Ibid, p. 179. <<

[15] Ibid, pp. 179-180. <<

[16] *Hansard*, vol. 113, op. cit., col. 72. <<

[17] Riddell, *Intimate*, op. cit., pp. 15-16. <<

[18] Borthwick Institute, York, Lord Halifax Diary, 30 de noviembre de 1941. <<

[19] Miller, *Boom*, op. cit., p. 241. <<

[20] CAC, TREN, loc. cit., 1. <<

[21] Id. loc. <<

[22] Miller, *Boom*, op. cit., p. 235. **<<**

[23] Roskill, *Hankey*, vol. II, op. cit., p. 47. <<

[24] Callwell, *Wilson*, vol. II, op. cit., p. 165. <<

[25] CV, vol. IV, Primera parte, op. cit., p. 479. <<

[26] Maynard, «*Tory Splits*», p. 25. <<

[27] James, *Failure*, op. cit., p. 110. <<

[28] WSC, WC, vol. IV, op. cit., pp. 128-129. <<

[29] CS, vol. III, op. cit., p. 2671. <<

[30] Maynard, «*Tory Splits*», op. cit., p. 25. <<

[31] CS, vol. IV, op. cit., en los apartados correspondientes a los días 3 de enero de 1920, 28 de julio de 1920, 20 de septiembre de 1924, 21 de octubre de 1924, 27 de octubre de 1924, 29 de noviembre de 1925, 19 de junio de 1926, 22 de junio de 1926 y 23 de julio de 1927. <<

[32] «Gracchus», *Your MP*, p. 16. <<

[33] James, *Failure*, op. cit., p. 112. **<<**

[34] CS, vol. IV, op. cit., p. 2798. <<

[35] James, *Failure*, op. cit., p. 117. **<<**

[36] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 219. <<

[37] Ibid, p. 220. <<

[38] vol. 131, op. cit., cols. 1725-1730. <<

[39] CS, vol. III, op. cit., p. 3009. <<

[40] Ibid, p. 3010. <<

[41] CV, vol. IV, op. cit., p. 649. <<

[42] Middlemas (comp.), *Whitehall Diary*, vol. I, p. 86. <<

[43] CAC, BRGS, loc. cit., 1/2. <<

[44] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 41. <<

[45] James, *Failure*, op. cit., p. 109, n. 1. <<

[46] Miller, *Boom*, op. cit., p. 243; CAC, CHAR, loc. cit., 1/132/12. **<<**

[47] CAC, SPRS, loc. cit., 1/76. <<

[48] Miller, *Boom*, op. cit., p. 243. <<

[49] James, *Failure*, op. cit., p. 119. <<

[50] CV, vol. IV, Segunda parte, op. cit., p. 869. <<

[51] Ibid, p. 870. <<

[52] Ibid, pp. 870, 871. <<

[53] Ibid, pp. 871-872. <<

[54] Ibid, pp. 873-874. <<

[55] Ibid, p. 907. <<

[56] Ibid, p. 874. <<

[57] Ibid, p. 918; James, *Failure*, op. cit., p. 121. **<<**

[58] CS, vol. III, op. cit., p. 2868. <<

[59] Ibid, p. 2871. <<

[60] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 74. <<

[62] James, *Failure*, op. cit., p. 123. <<

[63] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 377. <<

[64] WSC, MEL, op. cit., pp. 60-61. <<

[65] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 80. <<

[66] WSC, WC, vol. IV, op. cit., pp. 287, 289. <<

[67] CV, vol. IV, Segunda parte, op. cit., p. 1135. <<

[68] Bennett, *Black and Tans*, p. 37. <<

[69] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 290. **<<**

[70] *Illustrated Sunday Herald*, 8 de febrero de 1920. <<

[71] Ibid. <<

[72] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 99. <<

[73] Thompson, *Shadow*, p. 17. **<<**

[74] Udy, *Labour*, p. 52. <<

[75] Ibid, pp. 53-54. <<

[76] Roskill, *Hankey*, vol. II, op. cit., p. 173. <<

[77] CV, vol. IV, Segunda parte, op. cit., pp. 1260-1261. <<

[79] Ibid, p. 1261. <<

[80] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 224. <<

[81] Ibid, p. 228. <<

[82] Ibid, p. 225. <<

[84] OB, vol. IV, op. cit., p. 528. <<

[85] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 230. <<

[86] CV, vol. IV, Segunda parte, op. cit., p. 1355. <<

[88] CAC, SPRS, loc. cit., 1/76. <<

[89] WSC, GC, op. cit., p. 117. <<

[90] LHC, Coote Papers, Box 1. <<

[91] Id. loc. <<

[92] Id. loc. <<

[93] FH, n.º 89, loc. cit., p. 17. <<

[94] Eade, *Contemporaries*, op. cit., p. 164. <<

[95] CS, vol. VI, op. cit., p. 5715. <<

[97] FH, n.º 89, loc. cit., p. 16. <<

[98] LHC, Coote Papers, loc. cit., Box 1. <<

[99] Id. loc. <<

[100] Id. loc. <<

[101] Id. loc. <<

[102] OB, vol. IV, op. cit., p. 559. <<

[103] CS, vol. III, op. cit., p. 3085. <<

[104] CS, vol. IV, op. cit., p. 3349. <<

[105] FH, n.º 90, loc. cit., p. 13. <<

[106] Taylor (comp.), *Lloyd George*, op. cit., p. 210. <<

[107] Ibid, p. 219. <<

[108] Roberts, *Holy Fox*, p. 13. <<

[109] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 281. <<

[110] CV, vol. IV, Tercera parte, op. cit., p. 1532. <<

[111] Ricks, *Orwell*, p. 7. <<

[112] CV, vol. IV, Tercera parte, op. cit., p. 1525. <<

[113] CAC, RDCH, loc. cit., 1/2/46. <<

[114] Ibid. <<

[115] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 239. <<

[117] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 21. <<

[118] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 239. <<

[119] Ibid, p. 245. <<

[120] Jones, «*Knew Him*», op. cit., p. 7. **<<**

[121] Ibid, p. 8. <<

[122] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 729. <<

[123] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 37. **<<**

[124] Birkenhead, *Prof*, p. 162. <<

[125] Cherwell Papers, K62/2. <<

[126] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 238. <<

[127] CS, vol. III, op. cit., p. 3133. <<

[129] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., pp. 161-162. <<

[130] WSC, WC, vol. IV, op. cit., pp. 305-306. <<

[131] Ibid, p. 317. <<

[133] CS, vol. III, op. cit., p. 3199. <<

[134] CS, vol. V, op. cit., p. 348. <<

[135] OB, vol. IV, op. cit., p. 499. <<

[136] CV, vol. IV, Segunda parte, op. cit., p. 1055. <<

[137] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 258. <<

[138] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 375. **<<**

[139] BL, Add MS, loc. cit., 52 516. <<

[140] James, *Failure*, p. 143. <<

[141] Nel, *Personal Secretary*, p. 187. <<

[142] Roskill, *Hankey*, vol. II, p. 287. <<

[143] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 440. <<

[144] OB, vol. V, op. cit., p. 865, n. 1. <<

[145] Stuart, *Within*, op. cit., p. 85. <<

[146] CIHOW, op. cit., p. 409. <<

[147] Chisholm y Davie, *Beaverbrook*, p. 190. <<

[148] OB, vol. IV, op. cit., p. 873. <<

[149] Bod Conservative Party Archive [CPA], PUB, 229/2/16/fol. 11. <<

[151] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 264. <<

[152] Ibid, p. 265. <<

[153] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 180. **<<**

[154] CV, vol. IV, Tercera parte, op. cit., p. 2161. <<

[155] Id. loc. <<

[156] *Strand Magazine*, septiembre de 1931; Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 154. <<

[8] * Al fallecer Runciman en 1937, que para entonces ya se había convertido en lord, dejó en su testamento la suma de 2,4 millones de libras esterlinas, una cantidad aproximadamente equivalente a 130 millones de las actuales. <<

[61] * Al enterarse Churchill de que su rebelde prima irlandesa Clare Sheridan había ido a Moscú para esculpir un busto de Lenin, se hizo saber a la joven que «Winston no volvería a hablarle»: Sheridan: *Nuda Veritas*, p. 196. En realidad, Churchill restableció la relación al año siguiente, y poco después la ayudó a conseguir trabajo en Nueva York. <<

[78] * Churchill se refiere aquí a la redacción de *La crisis mundial*. **<<**

[83] * Pero se equivocaba, ya que entre los meses de noviembre y diciembre de 1834, al hacerse cargo de forma interina de las riendas del estado, el duque de Wellington había ejercido simultáneamente las funciones de primer ministro, ministro de Asuntos Exteriores, ministro del Interior, ministro de la Guerra, ministro de las Colonias y líder de la Cámara de los Lores. <<

[87] * El jerife Husayn ibn Alí había sido quien había acaudillado la Rebelión Árabe. <<

[96] * Es totalmente falso que la porción de la frontera oriental de Jordania que describe un brusco ángulo cóncavo en su límite con Arabia Saudí fuera el resultado de una arbitraria decisión de Churchill, tras una comida abundantemente regada con licores, como sugiere el apodo con el que se conoce a ese salto del trazado en el mundo árabe: «El Hipo de Winston». La leyenda urbana mantiene que en el momento mismo en el que estaba dibujando el mapa, le entró el hipo, y de ahí que surgiera ese vasto zigzag en la línea fronteriza, pero se trata de una simple fantasía: Dockter, *Churchill and the Islamic World*, pp. 157-158. En realidad, quienes establecieron las fronteras, tras sesudas deliberaciones, fueron los administradores locales, que conocían muy bien la región. <<

[128] * Por esa misma época, Churchill se mostraba igualmente agresivo con las exigencias que estaban planteando los chinos en relación con el puerto de Weihaiwei (la actual Weihai) y las indemnizaciones derivadas del levantamiento de los bóxers de 1900. «¿Por qué habríamos de dilapidar el capital moral que amasaron nuestros antepasados para complacer a una bandada de pacifistas?, —preguntó a sus colegas del consejo de ministros —. Voy a enviarles un telegrama que diga en el encabezamiento: “Nada a cambio de nada, y por una perra gorda muy poquita cosa”»: Middlemas (comp.), *Whitehall Diary*, vol. I, op. cit., p. 181. <<

[13] ◦ O Asamblea Irlandesa, en gaélico. Cámara Baja del *Oireachtas*, el parlamento de Irlanda, que se crearía en 1922. (N. del t.) **<<**

[116] º Hoy lo llamaríamos «síndrome de Lemierre», ya que fue el médico André Lemierre quien describió en 1936 esta rara complicación de la amigdalitis, que inflama la yugular interna y provoca una sepsis grave. (N. del t.) <<

[132] º Dos antiguos reinos de la Irlanda gaélica, a los que aquí se alude como representación metonímica del problema irlandés. (N. del t.) <<

[150] ◦ En esa misma calle se levanta el castillo de Dudhope, construido originalmente a finales del siglo XIII por miembros del clan escocés Scrymgeour —entre cuyos descendientes se encontraba Edwin Scrymgeour, el líder prohibicionista contra el que ya había contendido electoralmente Winston Churchill en varias ocasiones, y también en esta, como se verá enseguida. (N. del t.) <<

[1] CS, vol. IV, op. cit., p. 3871. <<

[2] CIHOW, op. cit., p. 518. <<

[3] CAC, RDCH, loc. cit., 1/2/46. <<

[5] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 28. <<

[7] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 268. **<<**

[8] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. vii. <<

[9] Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 369. <<

[10] Dugdale, *Balfour*, vol. II, p. 337. <<

[11] WSC, WC, vol. I, op. cit., p. 322. <<

[12] Taylor (comp.), *Darling Pussy*, pp. 154, 161. <<

[13] OB, vol. V, op. cit., p. 7. <<

[14] Read, *Prose*, p. 192. <<

[15] Bell, *Dardanelles*, op. cit., p. 369; LHC, Edmonds Papers, loc. cit., II/3/6. <<

[16] Beckett, *Edmonds*, p. 463. <<

[19] Id. loc. <<

[20] LHC, Edmonds Papers, loc. cit., II/3/passim. <<

[21] LHC, Edmonds Papers, loc. cit., II/3/16. <<

[22] Ibid. <<

[23] LHC, Hamilton Papers, loc. cit., 13/24. <<

[24] Riddell, *Intimate*, op. cit., p. 409. <<

[25] Colville, *Churchillians*, op. cit., p. 63. **<<**

[26] Bowra, *Memories*, pp. 205-206. <<

[27] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 267. <<

[28] Dean, *Hatred, Ridicule*, op. cit., p. 41. <<

[30] Ibid, p. 45. <<

[31] Mather, «*Maladies*», op. cit., p. 28. <<

[32] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 271. <<

[33] Id. loc. <<

[34] Id. loc. <<

[35] Ibid, p. 239. <<

[36] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 23. <<

[37] CIHOW, op. cit., p. 13. <<

[38] CAC, HAMB, loc. cit., 1/2/6, 1/6. <<

[39] Soames, «*Human Being*», p. 4. <<

[40] CAC, HAMB, loc. cit., 1/1/17; WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 62. <<

[41] FH, n.º 130, loc. cit., pp. 34-36. <<

[42] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 259. <<

[43] Soames, «*Human Being*», op. cit., p. 3. <<

[44] Cherwell Papers, loc. cit., K63/15. <<

[45] Ibid, K63/16. <<

[46] Ibid, K63/18. <<

[48] Peck, *Dublin from Downing Street*, p. 71; CIHOW, op. cit., p. 534. <<

[49] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 28. <<

[50] CIHOW, op. cit., p. 535. <<

[51] Soames, «*Human Being*», op. cit., p. 3; Pawle, Warden, op. cit., p. 119; Churchill, Tapestry, op. cit., p. 99. **<<**

[52] CAC, HAMB, loc. cit., 1/1/20. <<

[53] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 27. <<

[54] Howells, *Simply Churchill*, p. 123; CAC, HAMB, loc. cit., 1/1/17. **<<**

[55] Buczacki, *Chartwell*, p. 188. <<

[56] FH, n.º 67, loc. cit., p. 4. <<

[57] CAC, BRGS, loc. cit., 1/2. <<

[59] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 370 y 371 n. 3. <<

[60] Ibid, p. 275. <<

[61] Lysaght y White, *Irishman*, p. 36. <<

[62] Ibid, p. 14. <<

[63] Cockett, *My Dear Max*, p. 2. <<

[64] Ibid, p. 7. <<

[65] Ball (comp.), *Conservative Politics*, p. 407; Pimlott (comp.), Dalton Diary, p. 358. <<

[66] CAC, BBKN, loc. cit., 2/3. <<

[67] Stuart, *Within*, op. cit., p. 107; CAC, NEMO, loc. cit., 3/3. <<

[68] Stuart, *Within*, op. cit., p. 106. <<

[70] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 13. <<

[71] CS, vol. IV, op. cit., p. 3399. <<

[72] Ibid, p. 3423. <<

[73] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 13. <<

[74] CS, vol. IV, op. cit., p. 3396. <<

[75] *The Times*, 18 de enero de 1924. <<

[76] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 280. <<

[77] James, *Davidson*, op. cit., p. 194. **<<**

[78] Bod Conservative Party Archive, PUB, loc. cit., 229/1/2/fol. 9. <<

[79] Ibid. <<

[80] CAC, SPRS, loc. cit., 1/76. <<

[81] James, *Failure*, op. cit., p. 153. <<

[82] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 13. <<

[83] CS, vol. VII, op. cit., p. 7315. <<

[85] CS, vol. IV, op. cit., p. 3453. <<

[86] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 274. <<

[87] Id. loc. <<

[88] Bod Conservative Party Archive, PUB, loc. cit., 229/4/9/fol. 56. <<

[89] OB, vol. V, op. cit., p. 57; CAC, CHAR, loc. cit., 2/136/4. <<

[90] Feiling, *Chamberlain*, p. 110. <<

[91] OB, vol. V, op. cit., p. 59. <<

[92] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 612. **<<**

[93] OB, vol. V, op. cit., p. 60. <<

[94] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 290. <<

[95] Middlemas (comp.), *Whitehall Diary*, vol. I, op. cit., p. 303. **<<**

[96] Cowles, *Era*, p. 257. <<

[97] OB, vol. V, op. cit., p. 91. <<

[98] James, *Conservative*, p. 213; Middlemas (comp.), Whitehall Diary, vol. II, op. cit., p. 28. <<

[99] CS, vol. IV, op. cit., p. 3505. <<

[100] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 53; Colville, Fringes, op. cit., p. 345. <<

[101] Birkenhead, *Contemporary Personalities*, cit., p. 113. <<

[102] Ibid, p. 114. <<

[104] Ibid, p. 115. <<

[105] CS, vol. VI, op. cit., p. 6862. <<

[106] James, *Failure*, op. cit., nota p. 158; Grigg, Prejudice, pp. 174-177. <<

[108] James, *Failure*, op. cit., p. 156. <<

[109] Middlemas (comp.), *Whitehall Diary*, vol. I, op. cit., p. 307. **<<**

[110] Difusión radiofónica de la BBC: «*Personality and Power*», 24 de noviembre de 1970. <<

[111] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 305; CAC, CHUR, loc. cit., 18/2.
<<

[112] CV, vol. V, Primera parte, id. loc.; CAC, CHUR, id. loc. <<

[114] BU, Austen Chamberlain Papers, loc. cit., 51/67. <<

[116] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 306. <<

[117] Ibid, p. 385. <<

[118] Ibid, p. 366. <<

[119] Maurer, «*Mad*», p. 776. <<

[120] Ranft (comp.), *Beatty Papers*, vol. II, p. 277. <<

[121] NA, FO, loc. cit., 371/10 634 y 371/10 965/5787. <<

[122] Roskill, *Hankey*, vol. II, op. cit., p. 402. <<

[123] Maurer, «*Mad*», op. cit., passim. <<

[124] Ibid, p. 793. <<

[125] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 189. <<

[126] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 20. <<

[127] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 334. **<<**

[128] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 288. <<

[129] OB, vol. V, op. cit., p. 82. <<

[130] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 339. <<

[132] *The Times*, 6 de marzo de 1925. <<

[133] Rowse, *Later Churchills*, op. cit., p. 439. <<

[134] Roskill, *Hankey*, vol. II, op. cit., p. 411. <<

[136] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 437; Grigg, Prejudice, op. cit., pp. 182-183. <<

[137] Skidelsky, *Economist as Saviour*, pp. 199-200. <<

[138] Keynes, *Economic Consequences*, p. 10. <<

[139] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 412. **<<**

[140] CS, vol. IV, op. cit., p. 3599. <<

[141] Ibid, p. 3634. <<

[142] Smith, «*Return to Gold*», p. 66. <<

[143] Moggridge, *Monetary Policy*, p. 233. <<

[144] Smith, «*Return to Gold*», op. cit., p. 64. <<

[145] Grigg, *Prejudice*, op. cit., p. 185. **<<**

[146] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 303. <<

[147] *Hansard*, vol. 183, op. cit., cols. 71-83. <<

[148] CS, vol. IV, op. cit., p. 3570. <<

[149] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 473. **<<**

[150] Guedalla (comp.), *Slings*, p. 204. <<

[151] Middlemas (comp.), *Whitehall Diary*, vol. I, op. cit., p. 316. **<<**

[152] BU, AP, loc. cit., 20/1/5/p118. <<

[153] BU, AP, loc. cit., 20/1/2/p217. <<

[154] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 533. <<

[155] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 293. <<

[157] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 92. **<<**

[158] CS, vol. IV, op. cit., p. 3821. <<

[159] Ibid, p. 3824. <<

[161] Ibid, p. 3849. <<

[162] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 295. <<

[163] Ibid, p. 297. <<

[164] Ibid, p. 298. <<

[165] CS, vol. IV, op. cit., pp. 3952-3953. <<

[166] Middlemas y Barnes, *Baldwin*, p. 411. <<

[168] James, *Davidson*, op. cit., p. 242. <<

[169] Brendon, *Edward VIII*, p. 32. <<

[170] Blake, «*Conservative*», op. cit., p. 8. <<

[171] *British Gazette*, 5 de mayo de 1926. <<

[172] James, *Failure*, op. cit., p. 172. <<

[173] James, *Davidson*, op. cit., p. 245. <<

[174] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 39; James, Davidson, op. cit., p. 243. <<

[175] Stuart (comp.), *Reith Diaries*, p. 96. <<

[176] Charmley, *Glory*, p. 219. <<

[177] Middlemas (comp.), *Whitehall Diary*, vol. II, op. cit., p. 41. <<

[178] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 28. <<

[179] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 717. <<

[180] *New Statesman*, 22 de mayo de 1926. <<

[181] Earl of Birkenhead Papers, Box 1. <<

[4] * Entre los años 1923 y 1931, Churchill fue propietario de cinco Wolseleys, y ninguno de ellos era una limusina. Es probable que Randolph se refiera al coche que tenían en 1926, y que fue el único Wolseley cerrado de la familia. <<

[29] * De entre las cuales destaca el cuento de que había desenmascarado el plan de Lenin para asesinar a la familia Romanov pero que había sido descubierto y enviado a los Balcanes en una ambulancia del ejército, de la que había conseguido escapar poniéndose el uniforme de una enfermera de la Cruz Roja por encima del pijama y presentándose en bicicleta en el consulado estadounidense. <<

[47] * Existe en Chartwell una tradición no escrita que dice que ha de haber siempre un gato de color mermelada en la mansión: el actual titular del puesto es *Jock VI*. <<

[84] * En las doce primeras citas electorales a las que concurrió en el primer cuarto del siglo XX, el destino político de Churchill mostró tintes relativamente grises. En 1899, en Oldham, había quedado tercero, y en 1900 segundo; en 1906 se había alzado con la victoria en el Noroeste de Manchester, y en 1908 había ocupado la segunda plaza en esa misma circunscripción; después fue el candidato más votado en las cinco convocatorias electorales siguientes celebradas en Dundee entre los años 1908 y 1918, aunque finalmente había sido cuarto en ese mismo distrito en 1922, y segundo tanto en el Leicester Occidental en 1923 como en la Abadía de Westminster en 1924. Sin embargo, en las siguientes nueve citas con las urnas, Churchill será el candidato triunfador. <<

[103] * Fecha en la que Napoleón da el golpe de estado de 1799. <<

[107] * Uno de los aspectos de la fiscalidad que Churchill entendía a la perfección era el relacionado con sus propias cargas tributarias. Con el fin de minimizar el impuesto sobre la renta que recortaba los ingresos que obtenía con sus artículos y publicaciones, optó por jubilarse oficialmente como escritor por espacio de dieciocho meses, ya que de ese modo lograba que sus derechos de autor fuesen tratados como rentas del capital, exentas de toda exacción. Volvería a recurrir a este sistema tras el inicio de la segunda guerra mundial. <<

[113] * Esta pulla es injusta con Baldwin, que en sus manifestaciones se refería a la hipotética celebración de unas elecciones en 1934, no a las que efectivamente tuvieron lugar en 1935, pero Churchill no se retractó nunca de lo dicho. <<

[115] * Sin relación de parentesco alguna con el antiguo primer lord del Mar, *sir* Francis Bridgeman, afortunadamente. <<

[160] * Al rubricar el documento que reconocía que la deuda había quedado zanjada, Churchill afirmó: «La mejor prueba de que la liquidación de un pasivo cualquiera ha sido justa nos la da el hecho de que no satisfaga plenamente a ninguna de las partes»: CS, vol. IV, op. cit., p. 3827. <<

[167] * Y también hubo dos ediciones de madrugada, listas a las tres de la mañana, los días 11 y 13 de mayo. <<

[6] ◦ En referencia a la enseña creada en 1707, al unirse Inglaterra y Escocia en una misma unidad política con el nombre de Gran Bretaña. (N. del t.) <<

[17] º La que avanza por pequeños tramos, de no más de cien metros cada pocos minutos, siguiendo el ritmo de la infantería. (N. del t.) **<<**

[18] ºº Churchill no recuerda bien la denominación, ya que suenan de forma muy parecida en inglés: «*double-ply*» y «*double-fly*», respectivamente. (N. del t.) <<

[58] º «*Donkey*», como se sabe, es «burro». (N. del t.) <<

[69] º Método empleado en el parlamentarismo anglosajón para estimar el parecer de la Cámara cuando el resultado de una votación de viva voz es puesto en cuestión o se requiere una mayoría de dos tercios. Cuando se practica este sistema, los miembros del parlamento votan levantándose de sus asientos. (N. del t.) <<

[131] º Residencia oficial del ministro de Hacienda, contigua a la del primer ministro. (N. del t.) <<

[135] ◦ En realidad «*Brains Trust*» podría traducirse por «grupo de expertos», pero corresponde efectivamente a la cabecera de un informativo radiofónico de los años cuarenta, trasladado más tarde a la televisión. El público podía preguntar dudas sobre prácticamente cualquier tema a los especialistas. (N. del t.) <<

[156] ◦ En la nomenclatura militar, el número de barras indicaba el número de enemigos abatidos, y la concesión de una sola implicaba un gran número de bajas. (N. del t.) <<

[1] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 21. <<

[2] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 1444. <<

[3] CAC, CHAR, loc. cit., 1/196/30 y 39. <<

[4] *The Times*, 26 de febrero de 1920. <<

[5] Diario de Marian Holmes, op. cit. <<

[6] CS, vol. IV, op. cit., p. 4034. <<

[7] Id. loc. <<

[10] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 76. <<

[11] Ibid, pp. 77-78. <<

[12] Ibid, p. 242. <<

[13] OB, vol. V, op. cit., p. 185. <<

[14] Ibid, p. 218. <<

[15] «Ephesian», *Churchill* p. 267. <<

[16] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 302. <<

[17] Ibid <<

[18] CAC, RDCH, loc. cit., 1/2/46. <<

[19] Toye, *Lloyd George and Churchill*, op. cit., p. 302. **<<**

[20] OB, vol. V, op. cit., p. 226. <<

[23] BL, Add MS, loc. cit., 82 379, fol. 28. <<

[24] W WC, vol. III, Primera parte, op. cit., pp. 53-54. <<

[25] Ibid, Segunda parte, op. cit., pp. 541-544. <<

[27] OB, vol. V, op. cit., p. 229. <<

[28] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 1291. **<<**

[29] Ibid, p. 985. <<

[30] CS, vol. IV, op. cit., p. 4189. <<

[31] Midgley (comp.), *Heroic Memory*, op. cit., p. 15. <<

[32] CS, vol. IV, op. cit., p. 4223. <<

[33] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 1082. **<<**

[34] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 125. <<

[36] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 1033. <<

[37] Ibid, p. 1342. <<

[38] Roskill (comp.), *Hankey*, vol. II, op. cit., p. 455. **<<**

[39] Ibid, p. 456. <<

[40] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 172. **<<**

[41] Ibid, p. 173. <<

[42] Ibid, p. 176. <<

[43] BL, Add MS, loc. cit., 51 073, fol. 132. <<

[44] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 176. **<<**

[46] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 1154. **<<**

[47] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 239. <<

[48] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 1169; CAC, CHUR, loc. cit., 18/85. <<

[49] CAC, RDCH, loc. cit., 1/3/1. <<

[51] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 318. <<

[52] Ibid, p. 320. <<

[53] Ibid, p. 321. <<

[54] Ibid, p. 320. <<

[56] CS, vol. IV, op. cit., p. 4403. <<

[57] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 280. <<

[58] Ibid, p. 1274; CAC, CHUR, loc. cit., 18/76. <<

[59] Ibid, p. 1278; id. loc. <<

[60] NA, CAB, loc. cit., 23/15. <<

[61] James, *Failure*, op. cit., p. 167. <<

[63] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 327-328. <<

[64] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., p. 1333. <<

[66] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 325. <<

[68] Kershaw, *Making Friends*, p. 306. <<

[69] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 328. <<

[70] CV, vol. V, Primera parte, op. cit., pp. 1349-1350. <<

[71] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 329. <<

[72] Id. loc. <<

[73] Ibid, p. 331. <<

[74] Ibid, p. 332. <<

[75] Gilbert, *Other Club*, p. 95. <<

[77] Libro de apuestas del Other Club. <<

[79] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 451. **<<**

[80] OB, vol. V, op. cit., p. 319. <<

[81] CS, vol. V, p. 4575. <<

[82] OB, vol. V, op. cit., p. 325. <<

[83] Ibid, p. 1464. <<

[84] OB, vol. V, op. cit., p. 325. <<

[85] Bod Conservative Party Archive, PUB, loc. cit., 229/5/10/fol. 73. <<

[86] Id. loc. <<

[87] WSC, MEL, op. cit., p. 87. <<

[88] Cherwell Papers, loc. cit., K64/7. <<

[89] Middlemas (comp.), *Whitehall Diary*, vol. II, op. cit., pp. 186, 191. **<<**

[90] BU, loc. cit., NC/7/11/22/1. <<

[91] Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, op. cit., p. 48. <<

[92] Gilbert, *Search*, op. cit., p. 227; Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, op. cit., p. 50. **<<**

[93] Gilbert, *Search*, id. loc. <<

[94] OB, vol. V, op. cit., p. 373. <<

[95] Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, op. cit., p. 49. <<

[96] Ibid, pp. 49-50. <<

[97] OB, vol. V, op. cit., p. 341. <<

[98] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 338. <<

[99] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 493. **<<**

[100] Churchill, *Crowded Canvas*, op. cit., p. 67. <<

[101] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 338. **<<**

[102] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., pp. 61-62. **<<**

[103] Churchill, *Crowded Canvas*, op. cit., p. 69. <<

[104] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., p. 96. <<

[105] Pilpel, *America*, op. cit., p. 89. <<

[106] Chaplin, *Autobiography*, p. 332. <<

[107] Tolppanen, «*Churchill and Chaplin*», p. 17; Chaplin, *Autobiography*, op. cit., p. 335. <<

[108] OB, vol. V, op. cit., p. 348. <<

[110] CAC, CHAR, loc. cit., 1/208/92. <<

[111] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 345. <<

[113] Id. loc. <<

[114] Ibid, p. 347. <<

[115] CS, vol. V, op. cit., p. 4980. <<

[116] Clarke, *Profession*, p. XIV. <<

[117] Libros de contabilidad de la compañía Vickers da Costa n.ºs 9, 12, 13, 16 y 25. <<

[118] Lough, *Champagne*, op. cit., p. 187. <<

[121] Ibid, p. 158. <<

[122] Libro de contabilidad de la compañía Vickers da Costa n.º 13. <<

[123] *News of the World*, 20 de junio de 1937. <<

[124] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 349. <<

[125] OB, vol. V, op. cit., p. 350. <<

[126] Stuart, *Within*, op. cit., p. 28. <<

[127] *New York Times*, 26 de octubre de 1929. <<

[128] Lough, *Champagne*, op. cit., p. 199. **<<**

[129] Ibid, p. 199. <<

[131] Pimlott (comp.), *Dalton Diary*, p. 126. <<

[132] Blake, «*Conservative*», op. cit., p. 9. <<

[134] OB, vol. V, op. cit., p. 600. <<

[135] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., p. 1042. **<<**

[136] Mayo, *Mother India*, pp. 285-286, 287-314, 346-362. <<

[137] Tirthankar Roy, reseña literaria publicada en la Cambridge Review of International Affairs, 2018. <<

[138] Mayo, *Mother India*, op. cit., pp. 139-164, 165-200, 226-242. **<<**

[139] CS, vol. V, op. cit., p. 4689. <<

[140] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 149. <<

[141] Id. loc. <<

[142] James, *Failure*, op. cit., p. 168. <<

[143] CS, vol. V, op. cit., p. 4800. <<

[144] BL, Add MS, loc. cit., 71 183, fol. 1. <<

[145] CS, vol. V, op. cit., pp. 4853-4854. <<

[146] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 334. <<

[147] Addison, *Home Front*, p. 300; Clarke, *Lloyd George Diary*, op. cit., p. 95. <<

[148] Addison, *Home Front*, op. cit., p. 301. <<

[149] Gilbert, *Wilderness*, p. 36. <<

[150] *Strand Magazine*, abril de 1931; WSC, GC, op. cit., p. 163. **<<**

[151] Gilbert, *Other Club*, op. cit., pp. 100-101. <<

[152] *News of the World,* primero de marzo de 1936. <<

[153] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[154] Id. loc. <<

[155] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 366. <<

[156] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 542. <<

[157] *The Times*, 20 de octubre de 1930. <<

[158] Ramsden, *Man of the Century*, op. cit., p. 205. <<

[159] CAC, CHAR, loc. cit., 8/286/1. <<

[160] CIHOW, op. cit., p. 195; WSC, MEL, op. cit., p. 346. <<

[161] WSC, MEL, op. cit., p. 81. <<

[162] Ibid, p. 59. <<

[163] Ibid, p. 75. <<

[164] Ibid, p. ix. <<

[165] James, *Davidson*, op. cit., p. 356. <<

[166] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 134. <<

[167] Id. loc. <<

[168] James, *Davidson*, op. cit., p. 355. <<

[169] Id. loc. <<

[170] Pottle (comp.), *Champion*, op. cit., p. 25. **<<**

[171] CAC, SPRS, loc. cit., 1/76. <<

[8] * El hombre que en 1912 había lanzado un libro a la cara a Churchill durante una acalorada discusión en los Comunes había pasado a ser ahora su secretario financiero en el Tesoro. <<

[22] * «Alfred, —le preguntará en una ocasión Churchill a Munnings—, si nos encontráramos a Picasso por la calle, ¿te animarías a arrearle una patada en el culo conmigo?». «Desde luego que sí», le contestó Munnings: Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 93. <<

[26] ** Esto induciría a Churchill a decirle a su hijo que, aun teniendo en cuenta que la edad de sesenta y seis años fuera demasiado temprana para la muerte, «ese es sin duda el mejor modo de partir»: CAC, RDCH, loc. cit., 1/3/1. <<

[50] * El mes anterior, Churchill le había enviado a Randolph, que estaba en Eton, una carta en la que le hablaba del modo en que escribía a mano, o de lo que el propio Churchill llamaba las «elucidaciones caligráficas» detectables en las misivas de su hijo: «En los primeros años de la condición viril, la presencia de una escritura manual verdaderamente enrevesada y engañosa puede convertirse sin duda en una grave desventaja para ti. Tu caligrafía es perversa. Por regla general uno consigue adivinar lo que quieres decir, pero los nombres propios siguen siendo indescifrables». (En la carta que le envía Churchill, la palabra «caligráficas» resulta a su vez prácticamente indescifrable.) Una semana más tarde, el padre insiste: «En el caso de algunas personas poco inteligentes, hasta la rúbrica se revela ilegible. Y es frecuente que se les castigue obligándoles a poner su nombre al margen en letras mayúsculas hasta que decidan volver a escribir como corresponde»: CAC, RDCH, loc. cit., 1/3/1. <<

[55] * El capitán (y más tarde profesor *sir*) Michael Howard, que le guardaba las espaldas en el palacete de Chequers, recuerda cómo se comportaba Churchill mientras veía una película de mafiosos. «Por las voces de aliento que se escapaban del recóndito hondón de la butaca, parecía claro que se lo estaba pasando fantásticamente bien. “¡Venga […]; arréale!, —gruñía—. ¡Cuidado! ¡Está detrás de la puerta! ¡Ah, pero qué tonto eres!”»: Howard, *Captain Professor*, p. 59. **<<**

[62] * En Estados Unidos, esta obra llevará el título de *A Roving Commission* [valdría decir: «En comisión de servicio itinerante». (N. del t.)] <<

[67] ** Londonderry aseguraba que todo el éxito que estaba cosechando Churchill en la vida se debía a la sangre de los Vane-Tempest-Stewart que corría por sus venas —heredada de su abuela paterna—, echando en el olvido la circunstancia de que varios miembros de la familia hubieran muerto sumidos en la demencia. <<

[76] * En 1941, después de que Wodehouse, que era un inofensivo ingenuo, realizara para los alemanes cinco programas de radio (ajenos a toda cuestión política), Churchill dirá: «¡Que se vaya al infierno, y que le lleven allí en el primer tren que tenga una plaza vacante!»: Diario de Marian Holmes, op. cit., p. 17. <<

[109] * En 1931, al visitar Chaplin el palacete de Chartwell, los hijos de Churchill se las arreglaron para convencerle de que les deleitara con sus clásicos pasitos sincopados levantando el bombín y haciendo molinetes con el bastón de bambú. Churchill le preguntó cuál era el próximo papel que se proponía representar, y Chaplin respondió que el de Jesucristo. Entonces Churchill comentó, como quien no quiere la cosa: «¿Ya has conseguido los derechos?»: Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 35. **<<**

[112] * Expresión perteneciente al ámbito de la estrategia militar y acuñada por Napoleón para significar una reserva de tropas centralizada y dotada de abundantes efectivos. <<

[119] * En marzo de 1931, negoció sus acciones dieciséis veces en cuatro días, y con dinero prestado, a través del operador bursátil estadounidense Montgomery Ward, que gestionaba las transacciones por correo. <<

[9] º Alusión a los *Viajes de Gulliver* de Jonathan Swift. (N. del t.) **<<**

[21] º Abreviatura común, tomada del inglés, de la Internacional Comunista, una organización leninista que se proponía liquidar el sistema capitalista e instaurar la dictadura del proletariado. Se mantuvo activa entre 1919 y 1943. (N. del t.) <<

[35] º Recuérdese que, en *El mercader de Venecia*, el personaje de Shylock acepta (y exige después) como aval de un préstamo una libra de carne del deudor. Su implacable insistencia en cobrar lo pactado es en general símbolo de abuso contractual o usura despiadada. (N. del t.) <<

[45] º Recordemos que lord Randolph Churchill había perdido el pulso al aceptarle lord Salisbury (que era un Cecil) su arriesgada dimisión en la década de 1880. (N. del t.) <<

[65] º De hecho, Mount Stewart es la residencia del marqués, y en ella está alojada en ese momento Clementine, lo que explica su exclamación siguiente. (N. del t.) <<

[78] º La versión castellana de la obra divide el libro en tres partes, sin título específico. Al original de esta cuarta entrega le corresponde el rótulo de *The Aftermath*, que aquí hemos traducido para una lectura más cómoda. (N. del t.) <<

[120] ◦ El nombre de la empresa («Strike Oil») significa literalmente «Encontrar Petróleo», de ahí la ironía de que no diera con ningún yacimiento y tuviera que ser desmantelada. (N. del t.) <<

[130] º Dos conocidos directores y productores cinematográficos de origen húngaro que en la década de 1940 emigraron a Hollywood. (N. del t.) <<

[133] ◦ Sector de la Iglesia Anglicana muy cercano a la liturgia y los ritos católicos. (N. del t.) <<

[1] *Sunday Chronicle*, 8 de noviembre de 1931. <<

[2] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 9. <<

[3] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. I, op. cit., p. 67. <<

[4] CS, vol. V, op. cit., p. 4965. <<

[5] Ibid, p. 4971. <<

[6] Ibid, p. 4968. <<

[7] Ibid, p. 4972. <<

[9] Cherwell Papers, loc. cit., K64/9-10. <<

[10] Cherwell Papers, loc. cit., K64/14. <<

[11] Thomas, *Woodford*, p. 55. <<

[13] CS, vol. V, op. cit., p. 4985. <<

[14] Thomas, *Woodford*, op. cit., p. 55. <<

[16] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 354. <<

[17] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 9. <<

[18] *Strand Magazine*, marzo de 1931; Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 10. <<

[19] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., pp. 282-283. <<

[20] James, *Davidson*, op. cit., p. 172. <<

[23] CS, vol. V, op. cit., p. 5007. <<

[24] Ibid, p. 5008. <<

[25] Ball (comp.), *Conservative Politics*, op. cit., p. 417. <<

[26] CS, vol. V, op. cit., p. 5011. <<

[27] Ibid, p. 5017. <<

[28] Ibid, p. 5019. <<

[30] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 15. <<

[31] CS, vol. V, op. cit., p. 5023. <<

[33] CAC, EMAR, loc. cit., 2. <<

[34] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 29. <<

[35] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 235. <<

[36] CIHOW, loc. cit., p. 3. <<

[39] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 34. <<

[40] Wrigley, *Biographical Companion*, p. 28. <<

[41] Bod Conservative Party Archive, PUB, loc. cit., 229/6/9/fol. 22. <<

[42] Id. loc. <<

[43] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., p. 699. <<

[45] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 200. <<

[46] Ibid, p. 199. <<

[47] Ibid, p. 289. <<

[48] Ibid, p. 294. <<

[49] Id. loc. <<

[50] Ponting, *Churchill*, op. cit., p. 351; Jenkins, Churchill, op. cit., p. 457.
<<

[51] Muller (comp.), *Thoughts*, op. cit., p. 294. <<

[52] CAC, THRS, vol. II, loc. cit., 85/3. <<

[54] Tolppanen, «*Accidental*», op. cit., p. 12. <<

[55] WSC, CE, vol. IV, op. cit., pp. 90-91. <<

[56] *Daily Mail*, 5 de enero de 1932. <<

[57] Tolppanen, «*Accidental*», op. cit., p. 12. <<

[58] Id. loc. <<

[59] CAC, THRS, vol. II, loc. cit., 85/3. <<

[61] Cherwell Papers, loc. cit., K65/4. <<

[62] WSC, CE, vol. IV, op. cit., p. 94. <<

[63] Agradezco a Henry y Benita Black que me hayan proporcionado esta información. <<

[64] Clifford, *Proconsul*, p. 188. <<

[65] Ibid, p. 189. <<

[67] CAC, CHAR, loc. cit., 1/400A/46. <<

[68] OB, vol. V, op. cit., p. 425, n. 1. <<

[69] *Chicago Tribune*, 3 de febrero de 1932. <<

[70] Gilbert, *Churchill and America*, op. cit., p. 140. <<

[71] CAC, CHAR, loc. cit., 1/399A/66-79. <<

[73] Id. loc. <<

[74] Id. loc. <<

[75] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., p. 442. <<

[76] Ibid, nota p. 394. <<

[77] Lough, *Champagne*, op. cit., p. 478, n. 15. **<<**

[78] KCL, Hamilton Papers, 13/25. <<

[79] Libro de apuestas del Other Club. <<

[81] CS, vol. V, op. cit., pp. 5193-5194. <<

[82] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 21. <<

[83] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., p. 475. <<

[84] CIHOW, op. cit., p. 539. <<

[85] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 65. <<

[86] Hanfstaengl, *Hitler*, p. 184. <<

[88] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 65. <<

[89] Id. loc. <<

[90] CS, vol. V, op. cit., p. 5199-5200. <<

[91] Smart (comp.), *Bernays*, op. cit., p. 30. <<

[92] Ibid, p. 45. <<

[93] Parker, *Appeasement*, p. 320. <<

[94] CS, vol. VII, op. cit., p. 7251. <<

[95] LHC, Liddell Hart Papers, 1/171/22. <<

[96] CS, vol. V, op. cit., p. 5220. <<

[97] Hatfield House, QUI Bundle, loc. cit., p. 63. <<

[98] CS, vol. V, op. cit., p. 5220. <<

[99] OB, vol. V, op. cit., p. 457. <<

[100] CS, vol. V, op. cit., p. 5220. <<

[101] Smart (comp.), *Bernays*, op. cit., p. 55. <<

[102] CS, vol. V, op. cit., p. 5236. <<

[103] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 23. **<<**

[104] CS, vol. V, op. cit., p. 5263. <<

[105] Id. loc. <<

[106] Ibid, p. 5261. <<

[108] Ibid, p. 5268. <<

[109] Id. loc. <<

[111] Ibid, p. 5267. <<

[112] Smart (comp.), *Bernays*, op. cit., p. 85. <<

[113] OB, vol. V, op. cit., pp. 480-481. <<

[114] Libro de agasajos del Other Club, vol. 1. <<

[115] Id. loc. <<

[116] Id. loc. <<

[117] Id. loc. <<

[119] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 116. <<

[121] Id. loc. <<

[122] Muller, «*Good Englishman*», pp. 89-90. <<

[123] OB, vol. I, op. cit., p. 198. <<

[124] FH, n.º 164, loc. cit., p. 19. <<

[125] Coote, *Other Club*, op. cit., p. 112. **<<**

[126] Ashley, *Historian*, pp. 143-144. <<

[127] WSC, Marl, vol. I, op. cit., pp. 19, 132. <<

[128] Ibid, vol. II, op. cit., p. 485. <<

[129] Ibid, vol. I, op. cit., p. 774. <<

[130] Ibid, vol. I, op. cit., p. 905. <<

[131] Ibid, vol. I, op. cit., pp. 740-741. <<

[132] Ibid, vol. I, op. cit., pp. 570-571. <<

[133] Ibid, vol. I, op. cit., p. 59. <<

[134] Ibid, vol. I, op. cit., p. 108. <<

[135] Ibid, vol. II, op. cit., p. 135. <<

[136] Ibid, vol. I, op. cit., p. 264. <<

[137] Id. loc. <<

[139] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 370. <<

[140] WSC, *Marl*, vol. I, op. cit., p. 309. **<<**

[141] Id. loc. <<

[142] FH, n.º 140, loc. cit., p. 43. <<

[143] Rose, *Literary Churchill*, passim. <<

[144] WSC, *Marl*, vol. I, op. cit., p. 364. <<

[145] Ibid, p. 773. <<

[146] Muller, «*Good Englishman*», op. cit., p. 86. <<

[148] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 6. <<

[149] Id. loc. <<

[150] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., p. 693. <<

[15] * En una carta fechada en 1944, que no llegaría a enviar, Gandhi responde burlonamente a Churchill con estas palabras: «Mucho tiempo me he esforzado en adquirir la condición de faquir, un empeño que traté de efectuar (también) desnudo y que por ello mismo reveló ser una tarea sumamente difícil. Por este motivo tomo la expresióncomo un cumplido, aunque inadvertido […]. Su sincero amigo, M. K. Gandhi»: CIHOW, loc. cit., p. 343. <<

[21] * A Churchill le habían maravillado siempre las obras de Rudyard Kipling, pese a que este no tuviera una buena opinión de él. En noviembre de 1937, en una cena celebrada en el Hotel Grosvenor House de Londres por el Fondo en Memoria del escritor, Churchill manifestó: «Hay dos poemas o pasajes inmortales que mueven a valorar admirativamente la lengua inglesa, por encima de cualquier distinción política o diferencia de carácter. Todo buen británico ha de aprender de memoria, en algún momento de su vida, el himno “De fin de reinado” compuesto con ocasión del jubileo de diamante de la reina Victoria, y la espléndida norma existencial condensada en el poema titulado “*Si*»”: CS, vol. VI, op. cit., p. 5905. Los versos dedicados al «*Fin de un reinado*» [o «*Recessional*» en inglés] eran una admonición pesimista sobre la eventual liquidación de la grandeza imperial británica: <<

[29] * Como es obvio, las anguilas no se habitúan para nada a que se les quite la piel, ya que eso les causa la muerte. <<

[37] * Es decir, «la compañera de Arlequín», según el *Shorter Oxford Dictionary*. <<

[44] * Churchill tenía la costumbre de dictar sus discursos, libros, artículos y cartas mientras recorría de un lado a otro, a grandes zancadas, su estudio de Chartwell, y en los años que pasó apartado de la política solía utilizar un tosco escritorio plegable construido por un carpintero local que le servía para colocar los documentos. En 1949, su familia le compró por su cumpleaños una atractiva versión en madera de caoba de aquella mesita de fortuna. (Singer, *Churchill Style*, p. 134; FH, n.º 94, loc. cit., p. 11.) <<

[53] * Aquí hay un misterio que lleva largo tiempo sin poder elucidarse: si Churchill venía del centro de la ciudad, ¿cómo es que el coche no le dejó en el lado residencial, es decir, en el flanco este de la Quinta Avenida, en lugar de hacerlo en su lado oeste, que bordea Central Park? **<<**

[60] * Casualmente, la misma altura que tenía el árbol del que cayó en Wimborne, en 1893. <<

[66] * Churchill le comentó a Clifford que no compartía el habitual prejuicio contra los juegos de palabras y alardeó del que consideraba su mejor acierto en ese arte: en una ocasión, estando en Port Said, un grupo de árabes subió a bordo de su barco en busca del *Wazir* (otra forma —más próxima a la original árabe—, de transcribir la voz «visir»), —y Churchill les contestó —: Sí, estaba aquí hace un instante, pero ahora no lo veo»: Clifford, *Proconsul*, op. cit., p. 189. [«*Yes, he was'ere a minute ago*», es la réplica de Churchill, y la pronunciación de *«was'ere»* es casi idéntica a la de «*Wazir*». De hecho, si el autor saca a colación el gusto de Churchill por las bromas lingüísticas es porque en esta misma frase del rodaballo hay otro chiste fonético: Diana «*thought she'd seen a turbot,* —a lo que su padre responde —: *Well don't disturb it*», dándose la circunstancia de que «*turbot*» y «*disturb it*» también se parecen mucho —por eso el autor de la biografía no dice «*Churchill answered*», sino «*Churchill rhymed*», para subrayar la búsqueda de esa asonancia, que obviamente se pierde en la traducción. (N. del t.)] <<

[72] * En mayo de 1940, Churchill empleará una variante de esta vehemente denuncia en uno de sus más célebres discursos. <<

[80] * En alusión a las duras condiciones que Roma impuso a Cartago en el año 146 a. C. para poner fin a la tercera guerra púnica. <<

[87] * Al relatar más tarde este incidente, Churchill cambiará la descripción de «no es bueno para quien pretenda perseverar» («*bad sticker*») por «no es bueno para un corredor de fondo» («*bad stayer*»): CIHOW, op. cit., p. 12. <<

[118] * Es poco probable que los calificativos mencionados fueran tan desagradables como los que el propio Lloyd George terminará vertiendo sobre Churchill en la conversación que habrá de mantener el mes de febrero siguiente con su amante, Frances Stevenson: «[Winston] Sería capaz de hacer un tambor con la piel de su mismísima madre con tal de entonar su propia apología»: Taylor (comp.), *Lloyd George Diary*, op. cit., p. 253. <<

[138] * Que empleaba términos como «culpabilidad y deshonor», «infamia» o «architramposo»: Macaulay, *History of England*, vol. II, cap. IX. <<

[147] * Véase «Una semana antes, el lunes 29 de julio de 1918…» <<

[8] º «*Great Fighters in Lost Causes*». No consta su traducción al castellano. Salvo indicación en contrario, la afirmación se aplica a todos los artículos que se citen en adelante. (N. del t.) **<<**

[12] oo Una de las cuatro asociaciones profesionales de abogados en la que deben colegiarse los letrados que ejercen el derecho en el mundo anglosajón. (N. del t.) <<

[22] ◦ Organización londinense constituida en 1930 con el fin de promover la permanencia del imperio británico en la India. (N. del t.) <<

[32] ◦ Cuarto máximo responsable institucional del Reino Unido. Se encarga de presidir las reuniones del lord del Sello Privado y de presentar las decisiones del gabinete al monarca. (N. del t.) **<<**

[38] ºº Cartas que firmaba el rey de Francia y uno de sus ministros y llevaban un lacre con el sello del soberano. Contenían órdenes directas del monarca de carácter generalmente arbitrario y no admitían apelación posible. (N. del t.) <<

[107] º Una agrupación patriótica y tradicionalista. (N. del t.) <<

[110] º «*Merrie England*»: estereotipo característicamente inglés que presenta una imagen utópica de la sociedad y la cultura británicas basada en una idílica vida pastoril. El mito, renovado en la fantasía literaria y cinematográfica, puebla Inglaterra de hadas, duendes, bosques, jardines y casitas campestres. (N. del t.) <<

[120] ◦ En alusión al hecho de que otra obra de Gilbert y Sullivan llevaba justamente el título de *H. M. S. Pinafore*, o *La muchacha que amaba a un marino*. (N. del t.) <<

[1] CS, vol. V, op. cit., p. 5377. <<

[2] Bod Conservative Party Archive, PUB, loc. cit., 227/7/9/fol. 40. <<

[3] James, *Davidson*, op. cit., p. 398. <<

[4] CS, vol. V, op. cit., p. 5297. <<

[5] Smart (comp.), *Bernays*, op. cit., p. 87. <<

[6] Id. loc. <<

[7] CS, vol. V, op. cit., p. 5302-5303. <<

[8] Todman, *Into Battle*, p. 67. <<

[9] CS, vol. V, op. cit., p. 5324. <<

[11] Id. loc. <<

[12] Ibid, p. 5325. <<

[13] Smart (comp.), *Bernays*, op. cit., p. 119. <<

[14] Gilbert, *Wilderness*, op. cit., p. 106. <<

[15] CS, vol. V, op. cit., p. 5343. <<

[16] Smart (comp.), *Bernays*, p. 122. <<

[17] OB, vol. V, op. cit., p. 51. <<

[18] Bridge, *«Privileges»*, p. 217. **<<**

[19] *Templewood, Troubled Years*, pp. 91-99. <<

[20] Bridge, «*Privileges*», op. cit., passim. **<<**

[22] *Hansard*, vol. 290, op. cit., col. 1738. <<

[23] Smart (comp.), *Bernays*, op. cit., p. 142. <<

[24] Evans, *Killearn Diaries*, p. 41. <<

[25] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., p. 843. <<

[26] Ibid, p. 678. <<

[27] *History of the Times*, vol. IV, Segunda parte, p. 887. **<<**

[28] CS, vol. V, op. cit., p. 5377. <<

[30] Gilbert, *Wilderness*, op. cit., p. 113. <<

[31] Todman, *Into Battle*, op. cit., p. 68. **<<**

[32] Entrevista con Jasper Rootham, 22 de octubre de 1988. [Jasper Rootham trabajaba en esa época como informador del primer ministro Neville Chamberlain. Más tarde, en 1941, se convertiría en un destacado miembro del Servicio de Operaciones Especiales, un cuerpo creado por el propio Winston Churchill y dedicado al espionaje, el sabotaje y el reconocimiento militar. (N. del t.)] <<

[33] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, p. 28. **<<**

[34] Ibid, p. 50. <<

[35] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 360. <<

[38] James (comp.), *Chips*, p. 234. <<

[39] Forbes-Robertson, Maxine, p. 208. <<

[40] Nichols, *All I Could*, p. 101. <<

[41] Pearson, *Citadel*, p. 234. <<

[43] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 362. <<

[44] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 234. **<<**

[45] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 77. <<

[46] Smart (comp.), *Bernays*, p. 160. <<

[47] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[48] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., p. 923. <<

[49] CS, vol. V, op. cit., pp. 5434-5435. <<

[50] BL, Add MS, loc. cit., 82 379, fol. 47. <<

[51] *Hansard*, vol. 295, op. cit., col. 863. <<

[52] CS, vol. V, op. cit., p. 5443. <<

[53] Ibid, p. 5449. <<

[55] Ibid <<

[56] Carter, *Knew Him*, op. cit., p. 149; Russell (comp.), Constant, p. 93. <<

[58] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 390. <<

[59] Id. loc. <<

[61] Ibid, p. 366. <<

[62] Ibid, p. 368. <<

[63] Ibid, p. 366. <<

[64] Ibid, p. 370. <<

[65] Ibid, p. 376. <<

[66] Id. loc. <<

[67] WSC, CE, vol. III, op. cit., p. 176. <<

[68] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 374. <<

[69] Id. loc. <<

[70] Ibid, p. 376. <<

[71] Ibid, p. 395. <<

[73] Spence, *Mistress*, pp. 101-102. <<

[75] CAC, CHOH, loc. cit., 3/CLVL/Tape 2/Side 3. **<<**

[76] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 415-416. <<

[77] Vickers, *Cocktails*, p. 68. <<

[79] Disponible en Internet: https://spectator.org/the-churchillmarriage-and-lady-castlerosse/ y también en https://www.winstonchurchill.org/publications/churchill-bulletin/bulletin-117-mar-2018/an-affair-not-to-remember/.

<<

[80] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 416. <<

[81] Sheean, *Thunder*, pp. 78, 48. <<

[82] CAC, CHAR, loc. cit., 1/299/77. <<

[83] Dockter y Toye, «*Who Commanded History?*», passim. **<<**

[84] Piers Brendon, en FH, n.º 180, loc. cit., p. 49. <<

[85] Spence, *Mistress*, op. cit., p. 179. <<

[86] Muller (comp.), *Contemporaries*, p. 289. <<

[87] James, *Davidson*, op. cit., p. 403. <<

[88] Cowling, *Impact of Hitler*, p. 215. <<

[89] James, *Davidson*, op. cit., p. 403. <<

[90] Id. loc. <<

[91] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 390-391. <<

[92] CS, vol. V, op. cit., p. 5551. <<

[93] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, p. 119. <<

[94] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 96. <<

[95] Ibid, p. 110. <<

[96] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 212. <<

[97] Todman, *Into Battle*, op. cit., p. 74. <<

[98] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 396. <<

[99] Ibid, p. 399. <<

[100] Id. loc. <<

[102] CS, vol. VI, op. cit., p. 5592. <<

[103] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 143. <<

[104] *Hansard*, vol. 301, op. cit., col. 666. <<

[105] CIHOW, op. cit., p. 249. <<

[106] CAC, CHAR, loc. cit., 2/235/79-86. <<

[107] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., pp. 1169-1170. **<<**

[109] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 562. <<

[110] OB, vol. V, op. cit., pp. 618-619. <<

[111] CV, vol. V, Segunda parte, op. cit., pp. 1244-1245. <<

[112] CS, vol. VI, op. cit., p. 5662. <<

[113] Ibid, pp. 5653-5656. <<

[114] Ibid, pp. 5662-5663. <<

[115] Roskill, *Hankey*, vol. II, op. cit., p. 407. <<

[116] *Cherwell Papers*, loc. cit., F8/1/1. <<

[118] *Cherwell Papers*, loc. cit., F8/1/6. <<

[119] *Hansard*, vol. 303, op. cit., cols. 540-550. <<

[120] CS, vol. VI, op. cit., p. 5680. <<

[121] Ibid, p. 5681. <<

[122] *Hansard*, vol. 305, op. cit., col. 368. <<

[123] *Bod Conservative Party Archive*, PUB, loc. cit., 227/7/9/fol. 40. <<

[124] Id. loc. <<

[126] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 141. <<

[127] OB, vol. V, op. cit., p. 587. <<

[128] Muller (comp.), *Contemporaries*, p. 258. <<

[129] *Strand Magazine*, noviembre de 1935. **<<**

[130] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 402. <<

[131] Ibid, p. 408. <<

[132] CAC, RDCH, loc. cit., 1/3/1. <<

[133] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 407. <<

[134] Gilbert, *Wilderness*, op. cit., p. 13. **<<**

[136] Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., p. 136. <<

[137] Oliver, *Mr Showbusiness*, p. 100. <<

[138] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 404. <<

[139] Ibid, p. 412. <<

[140] Id. loc. <<

[142] Ibid, p. 410. <<

[143] RA, loc. cit., EDW/PRIV/MAIN/A/2853. <<

[144] Todman, *Into Battle*, op. cit., p. 94. <<

[10] * La forma en que Churchill pronunciaba las palabras «nazis» y «nazismo», alargando las vocales hasta terminar con un «naazis» y un «naazismo, —era muy distinta al modo en que hoy se dicen—. Cuando hablaba de los “naazis”, —comenta en un texto Leslie Hore-Belisha al acabar la guerra—, la propia prolongación de las vocales transmitía un mensaje de desprecio. De este modo, Churchill consigue, si así lo desea, no solo que cada frase, sino también cada palabra, adquiera un significado extra»: Eade (comp.), Contemporaries, op. cit., p. 395. El escritor Peter Fleming felicitará a Churchill por haberse «negado rotundamente a dar a determinadas palabras extranjeras, como la voz “nazi”, otra pronunciación que la más hondamente insular»: Fleming, *Invasion*, p. 141. <<

[21] * «Hágase la justicia, aunque se desplome el cielo», lema de Fernando I de Austria. <<

[36] * En la actualidad, la finca pertenece al rey de Arabia Saudí. <<

[37] ** O poco más o menos, ya que, cediendo a un impulso de coqueta magnificencia, Maxine mintió sobre su auténtica fecha de nacimiento hasta en su misma lápida. <<

[72] * Tía abuela de la supermodelo Cara Delevingne, lo que habla de su belleza y explica en parte la gran repercusión que encuentran estos supuestos amoríos de Churchill en la prensa británica actual. <<

[101] * Es decir, los oráculos que el rey romano Tarquinio el Soberbio compró a una sibila, o adivina. <<

[125] * El concepto de una ciencia pervertida era una noción muy fuerte, y volverá a aparecer en uno de los discursos clave que Churchill habrá de pronunciar en 1940. <<

[135] * A finales de 1935, Churchill le dirá a su esposa que Rothermere le había hecho dos ofertas: una de dos mil libras si se abstenía completamente de beber alcohol a lo largo del año siguiente —«Me negué, porque me pareció que de ese modo no valdría la pena vivir»—, y otra de seiscientas si se comprometía a no probar al menos una sola gota de *brandy* o de ningún licor sin diluir en 1936. Aceptó la última apuesta, y ganó: Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 405. <<

[29] ◦ El que se concede para satisfacer una demanda inesperada de recursos, sobre todo cuando estos, por su magnitud o su carácter indefinido, no han podido encontrar cabida en los presupuestos generales. (N. del t.) **<<**

[42] º La que tomó el emperador francés en 1815 tras evadirse de Elba. Desde Golfe-Juan se dirigirá a París para terminar en Waterloo, tras el azaroso período de los Cien Días. (N. del t.) <<

[54] º Véase la nota de traducción «Método empleado en el parlamentarismo…». (N. del t.) <<

[57] º «*A lounge-lizard*», en el original. Se trata fundamentalmente de un tipo de persona, generalmente ociosa y aficionada a frecuentar lugares de postín, pero el sentido del texto acepta bien la literalidad propuesta. (N. del t.) **<<**

[60] oo «Fue una verdadera relación de balneario.» (N. del t.) <<

[74] ◦ Funcionario británico conocido por el diario en el que relata circunstancias íntimas y cotidianas del tiempo que Winston Churchill pasó en el número 10 de Downing Street durante la segunda guerra mundial. (N. del t.) <<

[78] º Palabra compuesta que alude a cualquier ave de pequeño tamaño. Equivale a decir que el periódico los llamaba «los Tortolitos». (N. del t.) <<

[108] º *«Eustace»* y *«Useless»* tienen una lejana semejanza fonética en inglés, lo que Churchill utiliza una vez más para satisfacer su afición a los juegos de palabras. (N. del t.) **<<**

[117] º Globo anclado a tierra y optimizado para tener una gran estabilidad aerodinámica. (N. del t.) <<

[141] º La tercera campaña electoral de Randolph, la de Ross y Cromarty, se dirimía en esos momentos, ya que la votación tuvo lugar un mes más tarde, el 10 de febrero de 1936. (N. del t.) <<

[1] WSC, L to L, op. cit., pp. 172-173. <<

[2] CS, vol. V, op. cit., p. 5721. <<

[3] Kershaw, *Nemesis*, p. xxxv. <<

[4] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., pp. 153-154. <<

[5] CS, vol. V, op. cit., p. 5701. <<

[6] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 552. <<

[7] CS, vol. VI, op. cit., p. 5699. <<

[8] Ibid, p. 5701. <<

[9] Ibid, p. 5703. <<

[10] Ashley, *Historian*, op. cit., pp. 163-164. <<

[11] James, *Davidson*, op. cit., p. 410. <<

[12] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 414. <<

[13] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 156. <<

[14] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 179. <<

[15] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. I, op. cit., p. 251. <<

[16] Langworth, «*Rhineland*», pp. 20-21. **<<**

[17] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 68. <<

[18] BU, AC, loc. cit., 41/3/77. <<

[19] CS, vol. V, op. cit., p. 5721. <<

[20] Id. loc. <<

[22] *Hansard*, vol. 310, loc. cit., col. 2489. <<

[23] BL, Add MS, loc. cit., 51 073, fols. 140-141. <<

[24] Ibid, fol. 142. <<

[25] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 32. <<

[26] OB, vol. V, op. cit., p. 723. <<

[27] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. I, op. cit., p. 258. <<

[28] CS, vol. VI, op. cit., pp. 5734-5735. <<

[29] *Hansard*, vol. 310, op. cit., col. 2307. <<

[30] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 570. **<<**

[31] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 62. <<

[32] CS, vol. VI, op. cit., p. 5755. <<

[33] Ibid, p. 5757. <<

[34] OB, vol. V, op. cit., p. 741. <<

[36] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 70. <<

[39] Id. loc. <<

[40] CS, vol. V, op. cit., p. 5765. <<

[41] Cherwell Papers, loc. cit., F8/1/12. <<

[42] Cherwell Papers, loc. cit., F8/1/14. <<

[43] Cherwell Papers, loc. cit., F8/5/6. <<

[45] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 266. <<

[46] Id. loc. <<

[47] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 113. <<

[48] Baldomero, «*Spain*», passim. <<

[50] WSC, Step, pp. 38-40. <<

[51] CS, vol. V, op. cit., p. 5783. <<

[52] Ibid, op. cit., p. 5785. <<

[53] Ibid, p. 5717. <<

[54] Ibid, pp. 5718-5719. <<

[55] Langworth, *Myth*, op. cit., p. 76. <<

[56] CAC, SCHL, loc. cit., 1/1/5. <<

[58] Id. loc. <<

[59] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 404; Churchill, Keep on Dancing, p. 47. <<

[60] PA, loc. cit., LG/G/19/16/8. <<

[61] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 581. <<

[62] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 144. <<

[64] *News of the World*, 26 de mayo de 1935; Muller (comp.), Contemporaries, op. cit., p. 104. <<

[65] Browne, *Sunset*, op. cit., pp. 201-202. <<

[66] Alkon, «*Imagining Scenarios*», p. 37. <<

[67] Ibid, p. 38. <<

[68] Ibid, p. 39. <<

[69] Id. loc. <<

[70] Ibid, p. 41. <<

[71] CS, vol. VI, op. cit., p. 5801. <<

[72] CAC, CHAR, loc. cit., 2/260/93. <<

[73] *Hansard*, vol. 317, op. cit., cols. 309-319. **<<**

[75] CS, vol. VI, op. cit., p. 5809. <<

[76] Ibid, p. 5813. <<

[77] Coote, *Other Club*, op. cit., p. 86. <<

[78] CS, vol. VI, op. cit., p. 5813. <<

[79] Middlemas y Barnes, *Baldwin*, op. cit., p. 972. <<

[80] OB, vol. V, op. cit., p. 799. <<

[81] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 615. <<

[82] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1307. <<

[83] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 418-419. <<

[84] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 575. **<<**

[85] Lowndes (comp.), *Diaries and Letters*, p. 155. <<

[86] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 270. <<

[87] Zeigler, «*Churchill and the Monarchy*», passim. <<

[88] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, op. cit., p. 414. <<

[89] Williams, *People’s King*, passim. <<

[90] Taylor, *Beaverbrook*, p. 370. <<

[91] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., pp. 217-218; *Daily Telegraph*, 11 de marzo de 1965; Citrine, Men and Work, p. 357. <<

[92] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 90. **<<**

[93] RA, loc. cit., EDW/PRIV/MAIN/A/3045. <<

[94] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 414. **<<**

[95] Stuart, *Within*, op. cit., p. 132. <<

[96] WSC, MEL, op. cit., p. 380. <<

[97] James (comp.), Chips, op. cit., p. 95. <<

[98] Winterton, *Orders of the Day*, p. 223. <<

[99] James, *Failure*, op. cit., p. 275. <<

[100] James, *Davidson*, op. cit., p. 415. <<

[101] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 284. <<

[103] Bod Conservative Party Archive, PUB, loc. cit., 1922/3/109. <<

[104] CS, vol. VI, op. cit., p. 5822. <<

[105] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 521. <<

[106] OB, vol. V, op. cit., p. 829. <<

[107] Windsor, *A King’s Story*, p. 373. <<

[108] OB, vol. V, op. cit., p. 828. <<

[109] Brendon, *Edward VIII*, op. cit., p. 64. <<

[110] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 196. <<

[111] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 116. <<

[112] James, *Boothby*, pp. 166-167. <<

[113] Owen, *Cabinet*, p. 47. <<

[114] Boothby, *Fight to Live*, p. 164; McDonough, Chamberlain, p. 108. <<

[115] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., nota 6 de la p. 431. <<

[116] RA, loc. cit., EDW/PRIV/MAIN/A/3098. <<

[117] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/01. <<

[119] Biblioteca Bodleiana, MS Eng, c 2708/42. <<

[120] OB, vol. V, op. cit., p. 834. <<

[121] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 420. <<

[122] Oliver, *Mr Showbusiness*, op. cit., p. 110. **<<**

[123] Ibid, p. 107. <<

[124] Ibid, p. 110. <<

[125] Ibid, p. 116. <<

[126] Ibid, p. 142. <<

[127] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 426. <<

[128] WSC, *Marl*, vol. I, op. cit., p. 243. <<

[130] CAC, PJGG, loc. cit., 2/4/55. <<

[131] CIHOW, op. cit., p. 254. <<

[132] CS, vol. VI, op. cit., p. 5826. <<

[133] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., pp. 604-605. <<

[134] Ibid, p. 616. <<

[137] Https://richardlangworth.com/churchill-anti-semite/. <<

[138] CS, vol. V, op. cit., p. 5850. <<

[139] *Guardian*, 28 de noviembre de 2002. <<

[141] WSC, CE, vol. II, op. cit., p. 395. <<

[142] CS, vol. VI, op. cit., p. 5854. <<

[143] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 119. **<<**

[144] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 131. <<

[145] CAC, RMSY, loc. cit., 7/6. <<

[146] Id. loc. <<

[147] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 274. <<

[148] CAC, CHAR, loc. cit., 2/300/39. <<

[149] RA, loc. cit., EDW/PRIV/MAIN/A/3266. <<

[150] RA, loc. cit., EDW/PRIV/MAIN/A/3475. <<

[151] Gilbert, *Churchill and America*, op. cit., p. 157. **<<**

[152] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 341. <<

[153] CS, vol. VI, op. cit., p. 5857. <<

[154] Blake, «*Conservative*», op. cit., pp. 10-11. <<

[155] Rose (comp.), *Baffy*, p. 39. <<

[156] Dilks, *Dominion*, op. cit., p. 265. <<

[157] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 134. <<

[158] CS, vol. VI, op. cit., p. 5858. <<

[159] Id. loc. <<

[160] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 427. <<

[161] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 275. <<

[162] Ibid, p. xii. <<

[163] Ibid, p. 10. <<

[164] Ibid, p. xxv. <<

[165] Id. loc. <<

[166] Ibid, p. xxvi. <<

[167] Ibid, p. 59. <<

[168] WSC, GC, op. cit., p. 302. <<

[169] WSC, Step, op. cit., p. 156. <<

[170] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. xxvi. **<<**

[171] WSC, CE, vol. IV, op. cit., p. 397. <<

[173] WSC, Step, op. cit., p. 174. <<

[174] Entrevista con John Forster, archivero de Blenheim, 22 de marzo de 2017. <<

[175] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 133. **<<**

[176] Ibid, p. 134. <<

[177] Libro de apuestas del Other Club. <<

[178] CS, vol. VI, op. cit., pp. 5908-5909. <<

[179] WSC, Step, op. cit., pp. 189-190. <<

[180] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 199. <<

[181] Cherwell Papers, loc. cit., K67/8. <<

[183] Sheean, *Thunder*, op. cit., p. 62. <<

[184] Ibid, pp. 61, 66. <<

[185] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 433. <<

[186] Id. loc. <<

[187] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 201. <<

[188] Feiling, *Chamberlain*, op. cit., p. 306. <<

[189] BU, AP, loc. cit., 20/1/23. <<

[190] BU, AP, loc. cit., 20/1/21. <<

[191] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 122. <<

[192] Blake, «*Conservative*», op. cit., p. 11. <<

[193] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. I, op. cit., p. 377. <<

[194] CAC, loc. cit., EMAR 2. <<

[195] CS, vol. VI, op. cit., p. 5924. <<

[196] Ibid, pp. 5925-5927. <<

[197] Ibid, p. 5927. <<

[198] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. I, op. cit., p. 332. **<<**

[199] Entrevista con Jasper Rootham, 22 de octubre de 1988. <<

[200] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 107. **<<**

[201] Id. loc. <<

[202] Ibid, p. 108. <<

[203] Id. loc. <<

[204] Ibid, pp. 108-109. <<

[206] Ibid, p. 110. <<

[207] *Hansard*, vol. 333, op. cit., cols. 1405-1446. <<

[208] CS, vol. VI, op. cit., p. 5943. <<

[209] WSC, WES, op. cit., p. 403; WSC, Arms, pp. 465-466. **<<**

[210] Smart (comp.), *Bernays*, op. cit., p. 348. <<

[212] WSC, Arms, op. cit., pp. 465-466. <<

[213] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 312. <<

[214] McDonough, *Chamberlain*, op. cit., p. 60; *Hansard*, vol. 332, op. cit., cols. 235 247. <<

[215] CS, vol. VII, op. cit., p. 7326. <<

[216] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 155. **<<**

[217] Bew, *Churchill and Ireland*, op. cit., p. 152. <<

[218] Amery, *My Political Life*, vol. III, op. cit., p. 245. <<

[219] Libro de apuestas del Other Club. **<<**

[220] CS, vol. VI, op. cit., pp. 5955-5956. <<

[221] WSC, CE, vol. II, op. cit., p. 185. <<

[222] Ibid, vol. IV, op. cit., p. 438. <<

[223] Id. loc. <<

[224] CS, vol. VI, op. cit., pp. 5972-5973. <<

[225] Ibid, p. 5973. <<

[226] FH, n.º 179, loc. cit., p. 41. <<

[227] OB, vol. V, op. cit., p. 952. <<

[228] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 332. <<

[229] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 139. <<

[230] Gilbert, *Wilderness*, op. cit., p. 184. **<<**

[231] Id. loc. <<

[232] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1117. <<

[233] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1119. <<

[234] Ibid, p. 1121. <<

[235] WSC, *Step*, op. cit., pp. 264-265. <<

[236] Kershaw, *Making Friends*, op. cit., p. 243. <<

[238] CAC, INKP, vol. 1, loc. cit., p. 13. <<

[239] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., pp. 348-349. <<

[241] Langworth, *Avoidable War*, p. 58; Meehan, *Unnecessary War*, p. 178.
<<

[242] Rose (comp.), *Baffy*, op. cit., p. 104. <<

[243] Jenkins, *Churchill*, op. cit., p. 525. <<

[244] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. I, op. cit., pp. 370-371. **<<**

[245] OB, vol. V, op. cit., p. 987. <<

[247] KCL, Liddell Hart Papers, loc. cit., 1/171/31. <<

[248] *Daily Telegraph*, 12 de marzo de 1965. <<

[249] Id. loc. <<

[250] WSC, CE, vol. IV, op. cit., p. 444. <<

[251] OB, vol. V, op. cit., p. 898. <<

[252] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 140. <<

[253] Id. loc. <<

[254] Cooper, *Old Men Forget*, op. cit., p. 241. **<<**

[255] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 141. **<<**

[256] James, *Undaunted*, op. cit., p. 143. **<<**

[257] *Hansard*, vol. 339, op. cit., cols. 29-40. <<

[258] CAC, DUFC, loc. cit., 2/14. <<

[259] *Hansard*, vol. 110, op. cit., col. 1394. <<

[260] Ibid, col. 1397. <<

[261] CS, vol. VI, op. cit., p. 6004. <<

[263] Ibid, pp. 6004-6005. <<

[264] Ibid, p. 6005. <<

[265] Ibid, p. 6007. <<

[266] Ibid, p. 6009. <<

[267] Ibid, p. 6008. <<

[268] Ibid, p. 6010. <<

[269] Ibid, pp. 6008-6009. <<

[270] Ibid, p. 6011. <<

[272] Ibid, p. 6013; CAC, CHAR, loc. cit., 9/130/354-379. <<

[273] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 173; Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, op. cit., p. 527; Thomas, *Woodford*, op. cit., pp. 92-93. **<<**

[274] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 351. <<

[275] Gardner, *Churchill in his Time*, op. cit., p. 11. <<

[276] Thomas, *Woodford*, op. cit., p. 93. <<

[277] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., pp. 351-352. <<

[278] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 297. **<<**

[35] * No se trata desde luego de un pensamiento original, sino de un elocuente planteamiento sacado del libro de Birkenhead titulado *Contemporary Personalities* (publicado en 1924), aunque el autor de esta obra situaba el argumento en un contexto bastante más amable. <<

[37] ** Es casi seguro que Churchill dijo «yardas», pero los soviéticos utilizaban el sistema métrico decimal. <<

[38] *** A finales de mayo, en el Other Club, Churchill apostará veinticinco libras con «Crinks» Johnstone a que «el señor Baldwin no será ya primer ministro el 2 de julio de 1938». <<

[44] * Que le asesinarán en 1945. <<

[57] * Sarah le pedirá también a su madre que queme todas las cartas. Sin embargo, la familia las conservó con todo cuidado y hoy pueden encontrarse en el Centro de los Archivos Winston Churchill de Cambridge. <<

[63] * El palacio de Buckingham fue efectivamente objeto de los bombardeos, pero no quedó enteramente demolido. Por su parte, el zoo de Londres permaneció abierto, aunque los reptiles venenosos y los animales que podían representar un peligro fueron sacrificados. Se decidió trasladar a los grandes felinos al zoológico de Whipsnade, y los únicos inquilinos de la institución londinense que lograron escapar a su encierro durante los intensos bombardeos aéreos de Londres fueron una cebra y su cría, que fueron capturados cuando se dirigían a Camden Town. <<

[74] * Tampoco estaba clara la verdadera utilidad que podía tener Rusia como aliado. En noviembre de 1937, en una reunión del Other Club, el financiero Norman Holden apostó cien libras con Brendan Bracken a que «en caso de que estalle una guerra entre Rusia y Alemania, Rusia será la primera en solicitar un armisticio»: Libro de apuestas del Other Club. Tanto el periodista Colin Coote, como Bob Boothby y el conde De La Warr aceptaron ese mismo envite, respecto al cual se acordó que la «decisión final quedaría en manos del presidente del club en la primera junta que se celebrara tras el armisticio. —Muchos años después—, el señor Winston Churchill, en su condición de presidente», decidirá que «el señor Norman Holden es quien ha perdido la apuesta». <<

[118] * No fue ningún suicidio, como se ha querido afirmar. En este sentido, el informe del juez de instrucción es concluyente. <<

[135] * Churchill empleaba la palabra «raza» en el mismo sentido en que hoy usamos la voz «pueblos». <<

[211] * La conocida novela de Margaret Mitchell, publicada en 1936, estaba siendo transformada por entonces en una película llamada a recibir ocho Óscares. En ella, Clark Gable y Vivien Leigh (la actriz favorita de Churchill) interpretaban los papeles estelares, y también intervenía un buen amigo de Winston: Leslie Howard. <<

[237] * El 7 de septiembre, el *Times* había argumentado que los Sudetes debían ser incorporados a los territorios del Reich —calcando así, punto por punto, la demanda de Hitler. <<

[262] * Y era cierto. John Simon [el titular de la cartera de Hacienda] había admitido lo que, por emplear sus propios términos, era «un hecho»: el de que «el Reich esté obteniendo ahora lo que [Hitler] exigía, y no por cierto mediante una invasión o una guerra, sino en virtud de una cesión, una cesión en la que franceses y británicos se han avenido a presionar a Checoslovaquia con el fin de que ese país centroeuropeo acepte el cambalache»: *Hansard*, vol. 339, op. cit., col. 340. <<

[21] º Véase la nota de traducción «Se da tradicionalmente el nombre…». (N. del t.) <<

[49] º «*The Spanish Tragedy*.» No consta que exista traducción al castellano. (N. del t.) <<

[102] ◦ El Comité de 1922, conocido formalmente como el «Comité de Miembros Privados Conservadores», es el grupo parlamentario del Partido Conservador en la Cámara de los Comunes. Está formado por todos los parlamentarios conservadores sin cargo, y se reúne semanalmente para coordinar sus planteamientos con independencia de lo que decidan los diputados con cartera. (N. del t.) <<

[129] ° En alusión al antiguo y terrible rito funerario por el que la viuda se arrojaba a la pira del marido. (N. del t.) <<

[136] º «*How the Jews Can Combat Persecution*». (N. del t.) <<

[140] oo «*The Creeds of the Devil*». (N. del t.) <<

[172] ◦ Fecha conmemorativa que se observa en los estados miembros de la Comunidad Británica de Naciones desde el término de la primera guerra mundial para recordar a los militares fallecidos en combate. Coincide por regla general con el día 11 de noviembre, ya que la tradición sostiene que las hostilidades de la contienda terminaron a la «undécima hora del undécimo día del undécimo mes de 1918». (N. del t.) <<

[182] º Valga decir «los aquí presentes». En francés en el original. (N. del t.)
<<

[205] º Literalmente «espacio vital». Término surgido en el siglo XIX, según el cual la existencia de un estado solo podía asegurarse en caso de que dispusiera de tierras suficientes para su abastecimiento en todos los órdenes. Hitler recurrirá a esta idea para justificar su política expansionista. (N. del t.) <<

[240] º Pacto que sellaron Francia y la Alemania nazi, por el que el país galo se comprometía a no proporcionar ayuda militar a Checoslovaquia en la inminente ocupación alemana de los Sudetes, incumpliendo flagrantemente el Tratado Franco-Checoslovaco de 1924. (N. del t.) <<

[246] ◦ No debe confundirse a Lloyd George con lord Lloyd. Aunque ambos fueron camaradas políticos de Winston Churchill, Lloyd George pertenecía al Partido Liberal y fue primer ministro entre los años 1916 y 1922, mientras que lord Lloyd, radicalmente conservador, ocupó diversos cargos menores, como el de gobernador de Bombay y alto comisionado de Egipto. Al fallecer, en 1941, lord Lloyd (que para mayor ambigüedad se llamaba George Ambrose Lloyd), ostentaba los puestos de ministro de las Colonias y líder de la Cámara de los Lores. (N. del t.) **<<**

[271] º Daniel 5, 27. (N. del t.) <<

[279] º Antiguo nombre de la Sede de Campaña del Partido Conservador. (N. del t.) <<

[1] WSC, *Marl*, op. cit., p. 919. <<

[2] CS, vol. VI, op. cit., p. 6030. <<

[3] Ibid, p. 6017. <<

[4] Ibid, p. 6016. <<

[5] Id. loc. <<

[6] Ibid, p. 6017. <<

[7] Ibid, p. 6016. <<

[8] Griffiths, *What*, op. cit., p. 76. <<

[9] CS, vol. VI, op. cit., pp. 6018-6019. <<

[10] Ibid, p. 6019. <<

[11] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 209. <<

[12] Ibid, p. 210. <<

[13] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1264. <<

[14] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 591. <<

[15] Kershaw, *Making Friends*, op. cit., p. 260. **<<**

[16] Watt, *How War Came*, p. 89. <<

[17] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1277. <<

[19] CS, vol. VI, op. cit., pp. 6020-6021. <<

[20] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1280. <<

[21] CS, vol. VI, op. cit., p. 6047. <<

[22] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 369. <<

[23] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1305. <<

[24] Esta carta no se encuentra en los tomos complementarios de la biografía oficial de Churchill, sino entre los documentos privados de Randolph, cuya consulta ha quedado recientemente abierta al público: CAC, RDCH, loc. cit., 1/3/1. <<

[25] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1305. <<

[26] CAC, RDCH, loc. cit., 1/3/1. <<

[27] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1309. <<

[28] CAC, DSND, loc. cit., 11. <<

[29] Id. loc. <<

[30] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 443. <<

[32] Ibid, p. 442. <<

[33] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1316. <<

[34] Ibid, p. 1318. <<

[36] Ibid, p. 1325. <<

[37] Ibid, p. 1320. <<

[38] CS, vol. VI, op. cit., p. 6004. <<

[39] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1332. <<

[40] Ibid, p. 1213, n. 3. <<

[41] *New Statesman*, 7 de enero de 1939. <<

[42] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 446. <<

[43] Ibid, p. 448. <<

[44] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1345. <<

[45] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 449. <<

[46] Gilbert, *Search*, op. cit., p. 23. <<

[47] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., pp. 1349-1350. <<

[48] Ibid, p. 1349. <<

[50] Domarus (comp.), *Essential*, p. 579. <<

[52] Hatfield House, loc. cit., 5M/62/1. <<

[53] Thomas, *Woodford*, op. cit., p. 98. <<

[54] Id. loc. <<

[55] Thornton-Kemsley, *Winds and Tides*, p. 96. <<

[56] Thomas, *Woodford*, op. cit., p. 100. **<<**

[57] Ibid, p. 101. <<

[58] Ibid, p. 102. <<

[59] Ibid, p. 104. <<

[60] OB, vol. V, op. cit., pp. 1043 y 1043 n. 2. <<

[61] Ibid, p. 1044. <<

[62] CS, vol. VI, op. cit., p. 6082. <<

[63] Id. loc. <<

[64] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, p. 163. <<

[65] CS, vol. VI, op. cit., p. 6095. <<

[66] Id. loc. <<

[67] Macmillan, *Winds*, p. 592. <<

[68] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 403. <<

[69] CS, vol. VI, op. cit., p. 6105. <<

[70] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 407. <<

[71] Id. loc. <<

[72] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 194. <<

[73] *Hansard*, vol. 346, op. cit., col. 497. <<

[74] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 195. <<

[75] WSC, *Step*, op. cit., p. 344. <<

[76] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 154. <<

[77] James, *Davidson*, op. cit., p. 424. <<

[78] Id. loc. <<

[79] Pickersgill y Forster (comps.), *Mackenzie King Record*, vol. II, p. 78. <<

[80] CS, vol. VI, op. cit., p. 6123. <<

[81] Ibid, pp. 6123-6124. <<

[82] Ibid, p. 6125. <<

[84] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. I, op. cit., p. 403. <<

[85] Id. loc. <<

[87] OB, vol. V, op. cit., p. 866. <<

[89] Ibid, p. 1103, n. 1. <<

[90] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 206. <<

[91] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 431. <<

[92] OB, vol. V, op. cit., p. 1081. <<

[93] Ibid, p. 1082. <<

[94] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 148. <<

[95] *Hansard*, vol. 350, op. cit., col. 2440. <<

[96] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., pp. 437-443. <<

[97] Hatfield House, loc. cit., 5M/62/1. <<

[98] CS, vol. VI, op. cit., p. 6151. <<

[99] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 42. <<

[100] OB, vol. V, op. cit., p. 1101. <<

[102] Ibid, p. 1102. <<

[103] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 451. <<

[105] WSC, TSWW, vol. III, op. cit., p. 316. <<

[106] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 11. <<

[107] Ibid, p. 15. <<

[108] Ibid, p. 14. <<

[109] Id. loc. <<

[110] Ibid, p. 16. <<

[111] Ibid, p. 17. <<

[112] *Hansard*, vol. 351, op. cit., col. 35. <<

[113] CAC, INKP 2, loc. cit., p. 38. <<

[114] Watt, *How War Came*, op. cit., p. 580. <<

[115] Ibid, p. 579. <<

[116] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., p. 1603. <<

[117] Watt, *How War Came*, op. cit., p. 588. <<

[118] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 81. <<

[119] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 319. <<

[120] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 19. <<

[121] CS, vol. VI, op. cit., p. 6152. <<

[122] Ibid, p. 6153. <<

[123] Self, *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 445. <<

[124] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 154. <<

[125] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 320. <<

[126] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 20. <<

[127] Oliver, *Mr Showbusiness*, op. cit., p. 126. **<<**

[128] Ibid, pp. 126-127. <<

[130] Vincent, *Crawford*, p. 603. <<

[132] *Life*, 3 de septiembre de 1939. **<<**

[133] Eade (comp.), *Contemporaries*, p. 397. <<

[134] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 321. <<

[135] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 19. <<

[136] OB, vol. V, op. cit., p. 1115. <<

[137] Id. loc. <<

[31] * Acababa de llegar a la época medieval, y al abordar la cuestión de Juana de Arco, le dijo a Clementine: «Creo que es la mujer más importante de toda la historia de Francia. Las lideresas de esa época eran más notables y más enérgicas que los hombres»: Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 443-444. <<

[49] * La esposa de *sir* Delves Broughton, que estaba separada de él. En 1941, Broughton acabaría matando al conde de Erroll en Kenia y suicidándose en 1942. <<

[51] * Expresión propia de colegiales con la que se designa la novatada de bajarle los pantalones a un compañero de clase. En este caso se refiere claramente al hecho de despojar a Halifax de su condición de par de Inglaterra. [No era imposible que un lord se pusiera al frente del país, pero sí muy infrecuente. Véase, por ejemplo: https://history.blog.gov.uk/2013/04/24/prime-ministers-in-thehouse-of-lords/(N. del t.)] <<

[86] * Pero tampoco ha de pensarse que en esta ocasión todo se redujera a la geopolítica. Tras conocerse en la cena, Huxley llevó a Churchill a ver el panda gigante que se exhibía en el zoo de Londres. «Ha superado todas mis expectativas, —dirá Churchill con una aprobatoria oscilación de la cabeza —, y eran muy elevadas»: Addison, «*Three Careers*», p. 199. **<<**

[129] * No ha podido encontrarse el mensaje en el libro de señales del Almirantazgo, pero el carácter informal del mismo parece implicar que no se trató de una comunicación oficial. <<

[18] ° En el sistema de Westminster, las Cámaras se dividen físicamente en «*lobbys*» o grupos de partidos. Estas divisiones tienen distintos cometidos. Uno es el de proceder a una votación de viva voz en vestíbulos separados para los «Síes» y los «Noes», como en el caso de la «división de la asamblea» comentado en la nota de traducción «Método empleado en el parlamentarismo…». Sin embargo, estos vestíbulos también permiten que los integrantes de un partido o una facción puedan deliberar en privado, y eso es justamente lo que aquí propone Churchill. (N. del t.) <<

[35] º «*Boxing Day*», de «*box*», «caja». Fecha correspondiente al 26 de diciembre, en el que se celebra una fiesta consistente en ofrecer un pequeño regalo al cartero, al recadero, al tendero, etcétera. Hasta hace algún tiempo todavía se celebraba en España. (N. del t.) <<

[83] º Hermano del escritor y filósofo Aldous Huxley. (N. del t.) <<

[88] º «*What Price Churchill?*» La intención del eslogan equivale a decir: «Incluyan a Churchill en el gobierno a cualquier precio». (N. del t.) **<<**

[101] º «*Land cruiser*s» en el original. (N. del t.) <<

[104] ◦ Conocido también como Pacto Mólotov-Ribbentrop. (N. del t.) <<

[131] º Probablemente sus «*dispatch box*», o «cajas de despacho», es decir, las valijas en las que llevaba sus documentos confidenciales. Véase la nota de traducción ««*A dispatch box*»: literalmente…». (N. del t.) **<<**

[1] WSC, GC, op. cit., p. 137. <<

[2] Longford, *Churchill*, p. 205. <<

[3] Hanson, *Wars*, op. cit., p. 149. <<

[4] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 150. <<

[5] Ibid, p. 151. <<

[6] Id. loc. <<

[7] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 39; CWP, vol. I, op. cit., pp. 487, 914. <<

[8] Marder, *Dardanelles to Oran*, p. 110 n. 10. <<

[9] Ibid, p. 110. <<

[10] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 368. <<

[11] Brodhurst, *Pound*, op. cit., p. 133. <<

[12] BL, Add MS, loc. cit., 52 565. <<

[13] NA, ADM, loc. cit., 205/4, y ADM, 199/1928. <<

[14] Brodhurst, *Pound*, op. cit., p. 132. <<

[15] CWP, vol. I, op. cit., p. 497. <<

[16] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 365; Brodhurst, Pound, op. cit., p. 132.
<<

[17] Potter, *Pim*, p. 1. <<

[18] Ibid, p. 2. <<

[19] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 30. <<

[20] Id. loc. <<

[21] Id. loc. <<

[22] *The Churchillian*, primavera de 2014. <<

[23] Colville, *Fringes*, p. 129. <<

[24] Fort, *Prof*, p. 201. <<

[25] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 31. <<

[26] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1939: 5 de septiembre. <<

[27] Fleming, *Invasion*, op. cit., p. 146, n. 1. <<

[28] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 448. <<

[29] CWP, vol. I, op. cit., pp. 111-112. <<

[30] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 24. <<

[32] McGowan, *My Years*, p. 120. <<

[33] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[34] Id. loc. <<

[35] Roberts, *Holy Fox*, op. cit., p. 177. **<<**

[36] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 448. <<

[37] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 150; CAC, INKP 2, loc. cit., pp. 52-53. <<

[38] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 220. <<

[39] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 29. <<

[40] Id. loc. <<

[41] Shakespeare, *Let Candles*, pp. 230-232. **<<**

[42] CAC, CHUR, loc. cit., 19/3. <<

[44] Baxter, «*Military Strategist*», p. 8. <<

[45] CAC, INKP 2, loc. cit., p. 54. <<

[46] CV, vol. V, Tercera parte, op. cit., pp. 13-37; CAC, INKP 2, loc. cit., p. 56. <<

[48] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 37. **<<**

[49] Id. loc. <<

[51] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 222. **<<**

[52] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 603. **<<**

[53] CS, vol. VI, op. cit., p. 6159. <<

[54] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 37. **<<**

[55] Ibid, p. 36. <<

[56] Ibid, p. 38. <<

[58] CS, vol. VI, op. cit., p. 6161. <<

[59] Id. loc. <<

[60] Davenport-Hines, *Ettie*, p. 334. <<

[61] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1939: 2 de octubre. **<<**

[62] Carlton, *Soviet Union*, p. 1. <<

[63] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 38. **<<**

[64] Una visión que aparece de manera recurrente en los textos de algunos historiadores revisionistas como Maurice Cowling, Alan Clark y John Charmley. <<

[65] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 627. <<

[66] Russell (comp.), *Constant*, op. cit., p. 70. **<<**

[67] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 230. **<<**

[68] Id. loc. <<

[70] Ibid, p. 231. <<

[71] Id. loc. <<

[72] Ibid, p. 232. <<

[73] Id. loc. <<

[74] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1939: 9 de octubre. <<

[75] Roberts, *Holy Fox*, op. cit., p. 177. **<<**

[76] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 223. **<<**

[77] Ibid, p. 224. <<

[78] CAC, INKP 2, loc. cit., p. 77; Brodhurst, Pound, op. cit., p. 129. <<

[79] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 23. <<

[80] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 310. **<<**

[81] Ibid, p. 170. <<

[82] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 153. **<<**

[85] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 26. <<

[86] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 396. <<

[87] BU, NC, loc. cit., 18/1/1125. <<

[88] CAC, INKP 2, loc. cit., pp. 78-79. <<

[89] Ibid, p. 79. <<

[90] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 28. <<

[91] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 159. <<

[92] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 150; Pawle, Warden, op. cit., p. 28; Gladwyn, Memoirs, p. 96. <<

[93] Taylor, *Crozier*, p. 105. <<

[94] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 237. **<<**

[95] Ibid, p. 238. <<

[96] Ibid, p. 239. <<

[97] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 155; Pawle, Warden, op. cit., p. 38; Thompson, Shadow, op. cit., p. 24. <<

[99] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 40. <<

[100] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[102] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 40. <<

[103] CS, vol. VI, op. cit., p. 6193. <<

[104] Id. loc. <<

[105] Id. loc. <<

[106] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 34. <<

[107] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., pp. 432-433. <<

[108] Eade (comp.), *Contemporaries*, p. 396. <<

[109] Ibid, p. 398. <<

[110] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 16 de enero. <<

[111] CS, vol. VI, op. cit., p. 6184. <<

[112] Id. loc. <<

[113] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, p. 492. <<

[114] Roberts, *Holy Fox,* op. cit., p. 189. <<

[115] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, p. 492. <<

[116] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[117] CS, vol. VI, op. cit., p. 6185. <<

[118] Ibid, pp. 6185-6186. <<

[119] Ibid, p. 6184. <<

[120] CWP, vol. I, op. cit., pp. 668-669. <<

[121] Ibid, p. 679. <<

[122] CIHOW, op. cit., p. 305. <<

[123] Thorne (comp.), *Seven Christmases*, p. 89. <<

[124] Niestlé, *U-Boat Losses*, p. 188. <<

[125] Ibid, pp. 189-197. <<

[126] CWP, vol. I, op. cit., p. 1134. <<

[127] CAC, GDFY, loc. cit., 1/7/327-328. <<

[128] Waldegrave, *Weather*, p. 193. <<

[129] CS, vol. VI, op. cit., pp. 6186-6189. <<

[130] Ibid, p. 6187. <<

[131] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 32. **<<**

[132] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 46. <<

[133] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 613. <<

[134] Dilks (comp.), *Cadogan*, p. 252. <<

[135] CAC, AVAR, loc. cit., 5/4/1. <<

[136] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 46. <<

[137] CAC, GDFY, loc. cit., 1/7/326. <<

[139] Dilks, *Cadogan*, op. cit., p. 264. <<

[140] CAC, *Chartwell*, loc. cit., 9/143/107-114. <<

[141] Id. loc. <<

[142] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 234. <<

[143] Vincent (comp.), *Crawford*, op. cit., p. 614. <<

[144] *Hansard*, vol. 358, op. cit., cols. 411-529. <<

[145] CWP, vol. I, op. cit., p. 914. <<

[146] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[147] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 49. <<

[148] CWP, vol. I, op. cit., pp. 925-926. <<

[149] Taylor (comp.), *Crozier*, p. 155. <<

[150] Id. loc. <<

[151] CS, vol. VI, op. cit., p. 6199. <<

[152] Ibid, p. 6200. <<

[153] Griffiths, *What*, op. cit., pp. 66-67. <<

[154] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[155] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 158. <<

[157] Russell (comp.), *Constant*, p. 268. <<

[158] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, p. 250. <<

[159] Butler, *British Political Facts*, p. 268. <<

[160] Dix, *Norway*, p. 206. <<

[161] Ibid, p. 83. <<

[162] CAC, INKP 2, loc. cit., p. 104. <<

[163] Robert Blake, en el *Times Literary Supplement*, 22 de abril de 1994. <<

[164] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 153. **<<**

[165] Kersaudy, *Norway*, passim; Shakespeare, *Six Minutes*, passim. <<

[166] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 50. <<

[167] Marder, *Winston is Back*, p. 54. <<

[168] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 495. <<

[169] Ibid, p. 480. <<

[170] Dix, *Norway*, op. cit., p. 204. <<

[171] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[172] CAC, INKP 2, loc. cit., p. 105. <<

[174] CS, vol. VI, op. cit., p. 6209. <<

[175] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., pp. 270-271. <<

[176] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 17 de abril. <<

[178] CWP, vol. I, op. cit., p. 1152. <<

[179] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 520. <<

[180] Id. loc. <<

[181] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 73. **<<**

[182] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 24 de abril. <<

[183] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 156. <<

[184] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 242. <<

[185] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 522. <<

[186] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 74. **<<**

[187] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 30 de abril. <<

[188] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., pp. 526-527. <<

[189] CWP, vol. I, op. cit., p. 1169. <<

[190] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 243. **<<**

[191] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 115. <<

[192] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 244. <<

[193] Id. loc. <<

[194] CAC, GLLD, loc. cit., 5/9, Primera parte. <<

[195] Dix, *Norway*, op. cit., p. 205. <<

[196] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 527. <<

[197] Ibid, p. 528. <<

[47] * Que no ha quedado recogido en las actas del *Hansard*. <<

[50] ** No en vano adquirió Bracken la costumbre de apodar a Chamberlain «el Coronel». Y al industrial Baldwin le llamaba «el Quincallero». <<

[69] * Era la misma que se había empleado para idéntico cometido entre los años 1911 y 1915. Tras la salida del Churchill del Almirantazgo, la lámpara había dejado de usarse, pero se guardó y pudo reponerse al regresar a su puesto. <<

[83] * Actualmente amarrado de forma permanente a orillas del Támesis, convertido en museo naval. <<

[173] * Una confusión de las fechas históricas que es rara en Churchill: Napoleón fue invitado a cruzar España de camino a Portugal en 1807; la invasión a la que se refiere Churchill se produjo en 1808. <<

[177] * En 1939, y con fines fiscales, ya que preveía que al reincorporarse a la primera línea política iba a asistir a una disminución de las tres cuartas partes de sus ingresos, Churchill volvió a dejar de inscribirse como autor literario en los registros oficiales, tal y como había hecho en la época que pasó al frente de Tesoro. **<<**

[31] º «*Naval Person*» y «*Former Naval Person*», respectivamente. (N. del t.) <<

[43] º «*Bore War*». Guasa surgida por la similitud fonética con «*Boer War*», o guerra de los bóers. (N. del t.) <<

[57] º Recuérdese que las iniciales de Winston Churchill son casualmente «WC». (N. del t.) <<

[84] º Buques, por lo general viejos e inservibles, que se echan a pique deliberadamente para impedir el paso por un estrecho, el uso de un amarradero o la penetración en una bahía. (N. del t.) <<

[98] ° El *gauss* es la unidad de la fuerza del campo magnético, en honor del científico alemán Carl Friedrich Gauss (1777-1855), que lo había estudiado. El casco de acero de una nave concentra ligeramente el campo magnético terrestre sobre su superficie. Los alemanes utilizaban la diferencia de intensidad magnética entre el fondo ambiental y el metal del barco para que las minas detonaran automáticamente a su paso. La bobina de cobre igualaba ese diferencial y volvía magnéticamente «invisible» al buque. (N. del t.) <<

[101] ◦ En el enfrentamiento, el *Graf Spee* había quedado seriamente dañado, y se refugió en el puerto de Montevideo para efectuar reparaciones urgentes, dado que Uruguay era un país neutral. Sin embargo, al saber que no podría permanecer en los muelles más de setenta y dos horas, el capitán alemán, Hans Langsdorff, hundió la nave para que su tripulación fuera internada en Sudamérica y evitar la pérdida inútil de vidas humanas frente a la fuerza británica, abrumadoramente superior a la suya. (N. del t.) <<

[138] ◦ El banco central de Alemania entre 1876 y 1945. (N. del t.) <<

[156] o Doguillo. (N. del t.) <<

[1] Scott, *Winston Spencer Churchill*, p. 153. <<

[2] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 141. **<<**

[3] *Hansard*, vol. 360, op. cit., col. 1290. <<

[4] Roberts, *Holy Fox*, op. cit., p. 196. <<

[5] *Hansard*, vol. 360, op. cit., cols. 1075, 1082. <<

[6] Ibid, col. 1081. <<

[7] Ibid, cols. 1093-1094. <<

[8] Ibid, cols. 1173, 1296. <<

[10] Ibid, cols. 1127-1128. <<

[11] Ibid, cols. 1129-1130. <<

[12] Ibid, col. 1150. <<

[13] Ibid, col. 1165. <<

[14] Ibid, cols. 1252, 1263. <<

[16] Ibid, col. 1266. <<

[18] Ibid, col. 1281. <<

[19] Ibid, cols. 1282-1283. <<

[20] Roberts, *Holy Fox*, op. cit., p. 265. <<

[21] *Hansard*, vol. 360, op. cit., col. 1283. <<

[22] Ibid, cols. 1307-1308. <<

[23] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, p. 78. <<

[24] Ibid, pp. 78-79. <<

[25] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 246. <<

[26] Id. loc. <<

[27] *Hansard*, vol. 360, op. cit., col. 1361. <<

[28] Ibid, cols., 1361-1362. <<

[29] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p 274. **<<**

[31] Stuart (comp.), *Reith Diaries*, op. cit., p. 249. <<

[32] CAC, ATLE, loc. cit., 1/16. <<

[33] Amery, *My Political Life*, op. cit., p. 368. <<

[34] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 8 de mayo. <<

[35] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[37] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 275. **<<**

[38] Id. loc. <<

[39] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 79. <<

[41] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 246. <<

[42] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 310. <<

[43] Lysaght, *Bracken*, p. 172. <<

[44] PA, BBKN, loc. cit., 2/3. <<

[45] BIYU, *Halifax Diary*. <<

[46] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 175. <<

[47] BU, loc. cit., AP/20/1/20 y AP/20/1/23. <<

[48] BU, loc. cit., AP/20/1/23. <<

[49] BIYU, *Halifax Diary*, loc. cit., 9 de mayo de 1940. <<

[50] Roberts, *Holy Fox*, op. cit., p. 199. <<

[51] Feiling, *Chamberlain*, op. cit., p. 422. <<

[52] Taylor, *Crozier*, op. cit., p. 175. **<<**

[53] Thompson, *1940*, p. 91. <<

[54] CAC, ATLE, loc. cit., 1/16. <<

[55] Thompson, *1940*, op. cit., p. 91. <<

[56] Attlee, *As It Happened*, p. 113. <<

[57] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 9 de mayo. <<

[58] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 280. <<

[59] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 523. <<

[60] Thompson, *1940*, op. cit., p. 85. <<

[61] PA, loc. cit., BBK/G/11/11. <<

[62] Id. loc. <<

[63] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[65] Smith (comp.), *Hostage to Fortune*, p. 476. <<

[66] BIYU, *Halifax Diary*, loc. cit., 31 de marzo de 1942. **<<**

[67] Evans (comp.), *Killearn Diaries*, op. cit., p. 234. **<<**

[68] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 323. <<

[69] Stuart, *Within*, op. cit., p. 87. <<

[70] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 53. <<

[72] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 10 de mayo. <<

[74] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 407. <<

[75] Gilbert, *Search*, op. cit., p. 215. <<

[76] CWP, vol. I, op. cit., p. 1264. <<

[77] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[78] CV, vol. VI, Primera parte, op. cit., p. 1276. <<

[79] Roberts, *Holy Fox*, op. cit., p. 207. <<

[80] BU, loc. cit., AP/20/1/23. <<

[81] CAC, ATLE, loc. cit., 1/16. <<

[82] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 249. <<

[83] Id. loc. <<

[85] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 10 de mayo. **<<**

[86] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 525. <<

[87] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 10 de mayo. <<

[88] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 37. **<<**

[89] CAC, ATLE, loc. cit., 1/16. <<

[91] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 122. <<

[92] Id. loc. <<

[94] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 135. <<

[95] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 248. <<

[96] Ibid, p. 250. <<

[97] Howard, *Rab*, p. 94. <<

[98] Bod Dawson Papers, loc. cit., 56/89. <<

[99] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., pp. 526-527. <<

[100] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 324. <<

[36] * Muy poco tiempo antes, en abril de 1939, Harold Nicolson había anotado en su diario: «Es curiosa esa particular forma que tiene Winston de referirse a Lloyd George, al que llama “querido”»: Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. I, p. 394. <<

[40] * Voz empleada en alusión al traidor noruego Vidkun Quisling, cuyos partidarios fascistas habían ayudado a los alemanes. [En un contexto más inespecífico valdría traducirlo por «colaboracionista». (N. del t.)] <<

[71] * Hay otra versión de la entrevista, la que ofrece Jock Colville tras la publicación en 1985 de su diario, titulado *The Fringes of Power*: «Winston me dijo en varias ocasiones que en el momento en el que Chamberlain les solicitó a los dos, es decir, a Halifax y a él mismo, que pasaran a la Sala del Gabinete de Downing Street, Chamberlain le miró con expresión acerada y le dijo: "¿Ves alguna razón, Winston, que pueda impedir, en estos días, que un aristócrata ocupe el cargo de primer ministro?". Winston vio claramente que la pregunta le tendía una trampa. Hubiera resultado muy difícil decir que sí sin afirmar simultáneamente con toda sinceridad que la persona idónea para el puesto era él mismo. Pero si decía que no, o contestaba con evasivas, estaba seguro de que el señor Chamberlain se volvería hacia lord Halifax y le señalaría: "Bien, puesto que Winston se muestra de acuerdo, estoy convencido de que si el rey me lo solicita, me encontraré en condiciones de sugerirle que te mande llamar a ti". Ese fue el motivo de que, ante la pregunta de Chamberlain, Winston se girara hacia la ventana y se pusiera a contemplar fijamente los movimientos del Campo de desfile de la Guardia Montada sin dar ninguna respuesta. Se produjo entonces una incómoda pausa, tras la cual el propio Halifax expuso por propia iniciativa la idea de que, si el rey daba en consultar el parecer de Chamberlain respecto a la identidad de su sucesor, lo que el primer ministro debía hacer era proponer al señor Churchill»: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 123. En esta versión (muy posterior), se asegura que Chamberlain intentó engañar a Churchill, y que si este obtuvo el cargo de primer ministro fue debido en gran medida a la turbación social de lord Halifax. Es posible que Churchill le confiara este relato a Colville «en varias ocasiones», pero el hecho de su repetición no aumenta la veracidad de las anécdotas, y si alguna conclusión cabe sacar de esa reiteración, suele ser en todo caso la contraria. <<

[84] * Resulta difícil entender en qué consistiría una conversación formal, o un debate, entre el rey y su jefe de gabinete saliente, en un momento en el que el tema por tratar es el de la identidad del siguiente primer ministro, y en medio de una contienda internacional. <<

[90] * Alusión a Leopoldo III de Bélgica, que en ese momento combatía al invasor alemán. <<

[93] * Pese a que Nancy Astor hubiera votado «No» tras el Debate sobre la situación de Noruega, la verdad es que no apoyaba a Churchill, y Tree era partidario de Eden. <<

[9] ◦ Elemento de los reconocimientos al mérito militar consistente en una cinta engarzada en una barra metálica. (N. del t.) <<

[15] o Véase la nota de traducción «Método empleado en el parlamentarismo…». (N. del t.) <<

[17] oo Véase la nota de traducción «En el sistema de Westminster, las Cámaras…». (N. del t.) <<

[30] ◦ Como se recordará, el antiguo director de la BBC, acérrimo enemigo de Churchill. Véase «El 9 de mayo, al entrar…». (N. del t.) **<<**

[64] º Magnate estadounidense de origen irlandés, padre del presidente John F. Kennedy y de los senadores Robert F. Kennedy y Edward F. Kennedy. (N. del t.) <<

[73] º Técnicamente «constitución material»: aquella que no está recogida en un texto único y uniforme, sino que se basa en costumbres, usos, precedentes e instrumentos jurídicos. (N. del t.) **<<**

[1] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 475. <<

[2] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 105. <<

[3] WSC, RW, vol. II, op. cit., p. 162. <<

[4] CS, vol. I, op. cit., p. 83. <<

[5] CS, vol. I, op. cit., pp. 197-198. <<

[6] CV, vol. II, Tercera parte, op. cit., p. 1874. <<

[7] CS, vol. III, op. cit., p. 2245. <<

[8] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 124. <<

[9] OB, vol. IV, op. cit., p. 38. <<

[10] WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 264. <<

[11] WSC, WC, vol. III, Primera parte, op. cit., p. 193. **<<**

[12] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 162. <<

[13] CS, vol. III, op. cit., p. 2331. <<

[14] Ibid, p. 2348. <<

[15] Ibid, vol. V, p. 5203. <<

[16] Ibid, vol. III, p. 2341. <<

[17] WSC, Marl, vol. II, op. cit., p. 485. <<

[18] Gilbert, *A Life*, op. cit., pp. 389-390. **<<**

[19] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 130. **<<**

[20] WSC, Marl, vol. I, op. cit., p. 774. <<

[21] CS, vol. V, op. cit., p. 5268. <<

[22] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 300. **<<**

[23] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 328. <<

[24] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 530. **<<**

[25] Lysaght, *Bracken*, op. cit., p. 176. <<

[26] Dalton, *Fateful Years*, p. 321; Young (comp.), Bruce Lockhart, p. 532; Lysaght, Bracken, op. cit., p. 176; Gorodetsky (comp.), Maisky Diaries, op. cit., p. 280. <<

[27] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 128. <<

[28] OB, vol. VI, op. cit., p. 454. <<

[29] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 239. <<

[30] James (comp.), *Chips*, p. 257; PA, BBK, loc. cit., G/11/11. **<<**

[31] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 26. <<

[33] CIHOW, op. cit., p. 324. <<

[34] Id. loc. <<

[35] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 175. **<<**

[36] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[37] Stuart (comp.), *Reith Diaries*, p. 251. <<

[38] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 130. <<

[39] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 274. <<

[40] James, *Boothby*, op. cit., pp. 245-246. <<

[41] CS, vol. VI, op. cit., p. 6333. <<

[42] PA, LG, loc. cit., F/9/1/5. <<

[43] Harriman, *Special Envoy*, p. 59. <<

[44] Stuart (comp.), *Reith Diaries*, op. cit., p. 250. <<

[45] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 15. <<

[46] Boothby, *Fight to Live*, op. cit., p. 145. <<

[47] Bew, *Citizen Clem*, op. cit., p. 23. **<<**

[49] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., pp. 68-69. <<

[50] Jacob, «*High Level*», p. 365. <<

[51] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 20. <<

[53] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 129. <<

[54] Soames, *Daughter's Tale*, p. 153. <<

[55] Ismay, *Memoirs*, p. 116. <<

[56] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 252. <<

[57] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 85. **<<**

[58] Foot, *Bevan*, vol. I, p. 316. <<

[59] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 277. **<<**

[60] Blake, «*Conservative*», op. cit., p. 12. <<

[61] BIYU, *Halifax Diary*, loc. cit., 13 de mayo de 1940. **<<**

[62] *Hansard*, vol. 360, op. cit., col. 1502. <<

[64] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 85. **<<**

[65] CS, vol. VI, op. cit., p. 6219. <<

[66] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 252. <<

[67] *Hansard*, vol. 360, op. cit., col. 1511. <<

[68] Cross (comp.), *Life with Lloyd George*, p. 281. <<

[69] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 521. **<<**

[70] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 283. <<

[71] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 57. <<

[72] CV, vol. VI, Primera parte, op. cit., p. 32. <<

[73] WSC, CE, vol. I, pp. 394-395. <<

[74] Ibid, pp. 424-425. <<

[76] Wright, *Dowding*, p. 10. <<

[77] Id. loc. <<

[78] Lewin, *Warlord*, p. 31. <<

[79] Id. loc. <<

[80] Wright, *Dowding*, op. cit., p. 112. **<<**

[81] Owen, *Cabinet*, op. cit., p. 97. <<

[82] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 264. **<<**

[83] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 37. **<<**

[84] Id. loc. <<

[85] Id. loc. <<

[86] Ibid, pp. 37-38. <<

[87] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 16 de mayo. <<

[89] Harvey (comp.), *Diaries*, p. 359. <<

[91] WSC, *TSWW*, vol. II, op. cit., p. 42. <<

[92] Owen, *Cabinet*, op. cit., pp. 97-98. <<

[93] Spears, *Assignment*, vol. I, p. 148; Colville, Fringes, op. cit., p. 261; Ismay, Memoirs, op. cit., pp. 128-129. <<

[94] Spears, *Assignment*, vol. I, op. cit., p. 148. <<

[95] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 177, 261. <<

[96] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 57. **<<**

[97] LHC, *Dill Papers*, 3/1/8. <<

[98] Id. loc. <<

[99] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 285. <<

[101] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 134. <<

[102] Ibid, p. 132. <<

[103] CWP, vol. II, op. cit., p. 62. <<

[104] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 133. **<<**

[105] Id. loc. <<

[106] Ibid, p. 134. <<

[107] Karslake, *1940*, p. 82. <<

[108] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 285. <<

[109] Karslake, *1940*, op. cit., p. 83. <<

[110] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 86. **<<**

[111] Self (comp.), *Diary Letters*, vol. IV, op. cit., p. 531. <<

[113] Ibid, p. 532. <<

[114] Ibid, pp. 535-537. <<

[115] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/*1940: 17 de mayo*. **<<**

[116] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 135. <<

[117] NA, PREM, loc. cit., 4/19/5. <<

[118] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 134-135. <<

[119] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 286. <<

[120] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[121] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 135. <<

[122] Id. loc. <<

[123] CS, vol. VI, op. cit., pp. 6222-6223. <<

[126] Addison y Crang (comps.), *Listening to Britain*, p. 12. <<

[127] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 287. <<

[128] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 40. <<

[129] Id. loc. <<

[130] CV, vol. VI, Segunda parte, op. cit., p. 93. <<

[131] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 136. **<<**

[132] CWP, vol. II, op. cit., p. 97. <<

[133] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 137. <<

[134] Ibid, p. 138. <<

[135] PA, BBK, loc. cit., C/92. <<

[136] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 288. <<

[137] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 177. <<

[138] WSC, TSWW, vol. V, op. cit., p. 635. <<

[139] Griffiths, *What*, pp. 97-98. <<

[141] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 422. <<

[142] Christopher Andrew, en *Literary Review*, junio de 2006, p. 16. <<

[143] Hinsley, *British Intelligence*, vol. I, p. 160 y Apéndice 6. <<

[145] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 410. <<

[146] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 288. <<

[147] Owen, *Cabinet*, op. cit., p. 116. <<

[148] Potter, *Pim*, op. cit., p. 5. <<

[149] Id. loc. <<

[150] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/*1940: 23 de mayo*. **<<**

[151] CWP, vol. II, op. cit., pp. 138-139. <<

[152] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 53. <<

[153] CWP, vol. II, op. cit., p. 139. <<

[154] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 73. <<

[155] Id. loc. <<

[156] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 213. **<<**

[157] FH, n.º 136, loc. cit., p. 51. <<

[158] NA, CAB, 66/7, WP (40), loc. cit., p. 168. <<

[159] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 289. <<

[160] Ibid, p. 290. <<

[161] Id. loc. <<

[162] Id. loc. <<

[163] NA, CAB, 65/13, WM, loc. cit., 142 (40). <<

[164] BU, NC, loc. cit., 2/24A; NA, CAB, 65/13, loc. cit., Anexos confidenciales. <<

[165] BU, NC, loc. cit., 2/24A. <<

[166] Owen, *Cabinet*, op. cit., p. 21. <<

[167] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 157. <<

[168] NA, CAB, 65/13, WM, loc. cit., 142. <<

[169] Owen, *Cabinet*, op. cit., p. 127. <<

[170] CWP, vol. II, op. cit., p. 168. <<

[172] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 291. <<

[173] Langworth, *«Feeding the Crocodile», passim*. **<<**

[174] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 30 de mayo. <<

[175] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 182; *Otón de Habsburgo, Naissance*, p. 175; RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 30 de mayo. <<

[176] CWP, vol. II, op. cit., pp. 169-180. <<

[177] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 141. **<<**

[178] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 291. **<<**

[179] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 141. **<<**

[180] Id. loc. <<

[181] CS, vol. VI, op. cit., p. 6224. <<

[182] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 28 de mayo. <<

[183] NA, CAB, 65/13, WM, loc. cit., 145 (40), 1. <<

[184] OB, vol. VI, op. cit., p. 419. <<

[185] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 290. <<

[186] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 81. <<

[187] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[188] Reynolds, *World War*, p. 82. <<

[189] CWP, vol. II, op. cit., pp. 182-183, y 183 n. 2. <<

[190] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 56. <<

[191] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 59; Browne, Sunset, op. cit., p. 204. <<

[192] Plumb, «*Dominion*», op. cit., p. 2. <<

[193] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 344. **<<**

[194] Rowse, «*Visit*», pp. 8-13. <<

[195] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 88. <<

[197] Potter, *Pim*, op. cit., p. 6. <<

[198] Ibid, p. 11. <<

[199] LHC, *Dill Papers*, loc. cit., 3/1/8. <<

[200] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 143. <<

[201] CWP, vol. II, op. cit., p. 200. <<

[202] Harvey (comp.), *Diaries*, op. cit., p. 374. **<<**

[203] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 41. <<

[204] Karslake, *1940*, op. cit., p. 122. <<

[205] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 59. <<

[206] Harvey (comp.), *Diaries*, op. cit., p. 375. <<

[207] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 293. **<<**

[208] OB, vol. VI, op. cit., p. 449; NA, PREM, loc. cit., 7/2. <<

[209] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 145. <<

[210] Karslake, *1940*, op. cit., p. 122. **<<**

[211] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 146-147. **<<**

[212] Holland, *Rise of Germany*, p. 308. <<

[213] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 269; RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/*1940: 9 de junio*. **<<**

[214] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 68. <<

[215] CS, vol. VI, op. cit., p. 6226. <<

[216] Ibid, p. 6227. <<

[217] Id. loc. <<

[218] Ibid, p. 6229. <<

[220] Id. loc. <<

[221] Ibid, p. 6230. <<

[223] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 256. **<<**

[224] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 93. **<<**

[225] Id. loc. <<

[227] Manifestaciones de Ronald Golding a Richard Langworth, 1985. <<

[228] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 294. <<

[229] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 148-149. <<

[230] Ibid, p. 149. <<

[232] Gilbert, *D-Day*, p. 24. <<

[233] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 152. <<

[234] Ibid, p. 163. <<

[236] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 62. <<

[237] Karslake, *1940*, op. cit., p. 173; LHC, Dill Papers, loc. cit., 3/1/8. <<

[238] TCD, vol. 19, op. cit., p. 573. <<

[239] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 62. <<

[240] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/*1940: 12 de junio*. **<<**

[241] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 63. <<

[242] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/*1940: 12 de junio*. **<<**

[243] Ismay, *Memoirs*, op. cit., p. 139. <<

[244] Ibid, p. 140. <<

[245] Id. loc.; LHC, *Ismay Papers*, loc. cit., 2/1/25. <<

[246] Ismay, *Memoirs*, op. cit., pp. 141-142. <<

[247] OB, vol. VI, op. cit., p. 522. <<

[248] Ismay, *Memoirs*, op. cit., p. 142. <<

[249] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 249. <<

[250] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 175. <<

[251] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/*1940: 12 de junio*. **<<**

[252] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 154. <<

[253] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 55. <<

[254] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 59. <<

[256] KCL, *Beaumont Papers*, capítulo 8, loc. cit., fol. 146. <<

[257] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 64. <<

[258] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 298. **<<**

[259] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 64. <<

[260] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 56. <<

[261] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 64. <<

[262] Spears, *Assignment*, vol. II, op. cit., pp. 205-206; OB, vol. VI, op. cit., p. 507. <<

[263] CAC, CHAR, loc. cit., 23/2. <<

[264] PA, loc. cit., BBK/D/480. <<

[265] Thomson, *Vote of Censure*, p. 45. <<

[266] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 162. <<

[267] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 65. <<

[268] Russell (comp.), *Constant*, op. cit., p. 105. <<

[269] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 56. <<

[270] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, p. 81. <<

[271] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 26. <<

[272] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 119. <<

[273] CIHOW, op. cit., p. 534. <<

[274] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 299. **<<**

[275] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 157. <<

[276] Ibid, p. 158. <<

[278] Id. loc. <<

[279] Id. loc. <<

[280] Id. loc. <<

[281] Ibid, p. 161. <<

[282] Ibid, p. 504. <<

[283] Ibid, p. 160. <<

[285] Id. loc. <<

[288] Id. loc. <<

[291] Roberts, *Holy Fox*, op. cit., p. 232. <<

[292] Id. loc. <<

[293] Ibid, p. 161. <<

[294] Martin, *Downing Street*, p. 11. <<

[295] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 304. **<<**

[296] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 6. <<

[32] * Los otros camaradas de armas con los que también podía evocar las dificultades pasadas eran Smuts, Spears y Keyes, aunque ninguno de ellos mantuvo en esta época una relación tan próxima con Churchill como Beaverbrook. <<

[48] * En una ocasión, Attlee tropezó con un banco en la Cámara de los Comunes y cayó al suelo, dando pie a que Churchill bromeara: «¡Levántese, levántese, milord del Sello Privado! No es momento para la frivolidad…»: CIHOW, op. cit., p. 321. <<

[63] * La frase más memorable del discurso había tenido una larga y compleja génesis. Una carta enviada al *Manchester Guardian* señaló que Livio, Cicerón y Pizarro ya habían hablado antes de sangre, sudor y penalidades —las lágrimas habían sido un característico añadido churchilliano, decía el escrito—. No obstante, en 1611, John Donne también había empleado en uno de sus sonetos religiosos, y con notable efecto lírico, esa tríada de «lágrimas, o sudor, o sangre», y la secuencia poemática de A. E. Housman titulada A Shropshire Lad contiene igualmente el grupo «lágrimas […] sudor […] sangre»: Weidhorn, Rhetoric, p. 134 n. 22. La fórmula «sangre, sudor y lágrimas» figura asimismo en un discurso pronunciado por Theodore Roosevelt en 1897, y en *De Londres a Ladysmith vía Pretoria*, Churchill había usado el binomio «sangre y sudor». De hecho, en un artículo del *Daily Telegraph* dedicado al general Franco, Winston había recurrido al enunciado «sangre, sudor y lágrimas»: CIHOW, op. cit., pp. 4, 33. <<

[88] * Pese a que los cortesanos del palacio de Buckingham se quejaran de que Churchill cambiara de cuando en cuando el horario acordado de sus audiencias con el soberano, o de que se atreviera incluso a cancelarlas con muy escasa antelación, lo cierto es que las actas en las que han quedado registrados sus compromisos mensuales indican que, por regla general, esas modificaciones solo introdujeron retrasos o adelantos de media hora, y que casi nunca llegó a anular una entrevista. Churchill se atuvo a los dictados de la tradición y acudió al palacio de Buckingham, pese a que en ese momento fuera, de lejos, el más atareado de los dos. <<

[100] * En estas comunicaciones, el jefe del Estado Mayor del Aire recibía por ejemplo el nombre de «CAS *Sahib*». **<<**

[112] * La bancada frontal, en la que se sentaban los componentes del gobierno, se conocía oficialmente con el nombre de «Bancada del Tesoro» [«*Treasury Bench*»], esta «Bancada Traidora» [«*Treachery Bench*»], era un juego de palabras destinado a etiquetar a los parlamentarios que habían votado en contra de Chamberlain en el Debate sobre la situación de Noruega. <<

[124] * Paráfrasis de I Macabeos 3, 58-60 (se trata de los versos que en la Biblia del rey Jacobo comienzan con las palabras: «Y judas dijo: armaos, y sed valientes»). <<

[140] * Tan pronto como cesó el peligro inmediato de la invasión, Churchill se puso al frente del grupo de políticos dispuestos a presionar para conseguir que se relajaran las condiciones del internamiento. A finales del año 1941 ya solo quedaban detenidos doscientos miembros de la Unión de Fascistas Británicos. El matrimonio de Oswald y Diana Mosley recobró la libertad en 1943. <<

[196] * El 30 de mayo, al descubrir Desmond Morton, que Stanley Bruce, el embajador australiano en Londres, había redactado un memorando formal en el que se planteaba convocar una conferencia internacional «para establecer los términos de un acuerdo de paz» debido a que el proponente juzgaba «innecesario continuar con el derramamiento de sangre y el espantoso sufrimiento de la población», Churchill escribió la palabra «Tonterías» en el informe de Morton. <<

[219] * Versos sacados de la *«Morte d'Arthur»* de Alfred Tennyson. <<

[222] * Churchill se hace aquí eco de las palabras con las que el ministro de Asuntos Exteriores británico George Canning alardea ante la Cámara de los Comunes en 1826: «Y yo apelé al Nuevo Mundo para que restableciera el equilibrio del Viejo». <<

[226] ** El original inglés de su discurso de 141 palabras contiene fundamentalmente monosílabos o términos muy cortos, y casi todos proceden del inglés antiguo, pese a que «confianza» venga del latín y «rendiremos» («*surrender*») del francés. Se ha dicho que fue el actor Norman Shelley quien ocupó el lugar de Churchill al difundirse el discurso por la radio a las nueve de la tarde. De hecho, el locutor leyó textualmente largos extractos de la alocución durante el extenso reportaje dedicado a la sesión parlamentaria del día. El discurso mismo no se grabó en directo: lo que hoy escuchamos es la voz de Churchill, registrada en Chartwell por la compañía discográfica Decca en 1949. <<

[255] * El general Brooke anota lo siguiente: «No hay duda de que habría vendido cara su piel de haberse visto obligado a ello»: Bryant, *Turn of the Tide*, p. 263. <<

[277] * La aversión de Churchill a los silbidos iba a verse sometida ese verano a un curioso desafío: mientras paseaba por la calle Charles, en Whitehall, se cruzó con un muchacho adolescente que bajaba la calle en dirección contraria, silbando alegremente, a pleno pulmón y con las manos en los bolsillos. «¡Deja de silbar!, —gritó Churchill severamente—. ¿Y por qué habría de hacerlo?», replicó el joven. «Porque no me gusta y hace un ruido horrendo, —contestó a su vez el primer ministro. Sin detener el paso, el chico concluyó—: Muy bien, en tal caso puede taponarse los oídos, ¿no cree?», y continuó su camino —silbando, claro—. A Churchill le hizo mucha gracia el encuentro, y al cruzar el patio del Ministerio de Asuntos Exteriores se repitió para sí: «En tal caso puede taponarse los oídos, ¿no cree?», riéndose por lo bajo: Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 40. Fue un incidente tonto, sin importancia, de esos que difícilmente pueden merecer un comentario, a no ser por una circunstancia: que no se imagina uno que pudiera repetirse en Berlín en caso de que a un mozalbete se le ocurriera provocar de idéntica manera al jefe del gobierno alemán. <<

[284] * Los soberanos de Inglaterra habían estado reclamando el trono de Francia hasta la época de Jorge III. <<

[287] ** «*Scarify*, —en el original—: infligir dolor como consecuencia de una severa crítica» (*Shorter Oxford Dictionary*). **<<**

[290] * En algunas ocasiones, los acontecimientos luctuosos marcados por la muerte de un gran número de personas se sustraían a la divulgación periodística para no minar la moral de la población. Así sucedió, por ejemplo, en el caso de la catastrófica avalancha humana ocurrida en marzo de 1943 en la estación de metro de Bethnal Green, que costó la vida a 173 ciudadanos, o en el calamitoso ejercicio militar de la Operación Tigre (que era parte de los preparativos para el desembarco de Normandía del Día D), en el que el fuego amigo y el ataque de unas lanchas torpederas alemanas se llevó por delante a ochocientos soldados en abril de 1944. <<

[52] ◦ Cadena de tiendas británica dedicada a la venta de ropa masculina. (N. del t.) <<

[75] º «Pesado». (N. del t.) <<

[90] º Al pronunciar el nombre de este puerto francés, Churchill decía «Harver» para que rimara con «carver». [Deformación fonética deliberada, frecuente entre países vecinos, y desprovista de mayores intenciones. La forma «Le Harver» también era común entre los soldados británicos, y es probable que ese fuera el origen de este hábito de Churchill. (N. del t.)] **<<**

[125] o Algo así como «los Fisgones de [Duff] Cooper». (N. del t.) <<

[144] ◦ Es decir, el gobierno en el exilio liderado por Charles de Gaulle y apoyado por los resistentes que continuarían luchando, bien desde Londres, bien en la Francia ocupada, contra las potencias del Eje tras la capitulación francesa. (N. del t.) <<

[171] º Unos 27 kilómetros por hora. (N. del t.) <<

[231] ◦ Fecha, como se sabe, del desembarco de Normandía, principio del fin de la segunda guerra mundial. (N. del t.) <<

[235] º Primera compañía aérea comercial británica para vuelos de largo recorrido. (N. del t.) <<

[286] º «Ya le ajustaré yo las cuentas». En francés en el original. (N. del t.)
<<

[289] º «D-Notice»: solicitud oficial que se cursa a los medios de comunicación para indicarles que no deben publicar una determinada cuestión por razones de seguridad. Aunque con otro nombre, el sistema sigue vigente en Gran Bretaña y otros países. (N. del t.) <<

[1] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 194. <<

[2] *Washington Post*, 23 de septiembre de 1940. <<

[3] Stuart, *Within*, op. cit., p. 34. <<

[4] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 451. <<

[6] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 14. <<

[7] CS, vol. VI, op. cit., p. 6232. <<

[8] Ibid, pp. 6238-6239. <<

[9] Ibid, p. 6234. <<

[11] Fleming, *Invasion*, op. cit., p. 141. <<

[12] CS, vol. VI, op. cit., p. 6328. <<

[14] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 287. **<<**

[15] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 97. <<

[16] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 19 de junio. <<

[17] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 165. **<<**

[18] Ibid, pp. 165-166. <<

[19] OB, vol. VI, op. cit., pp. 584-585. <<

[20] Aldrich y Cormac, *Black Door*, p. 17. **<<**

[21] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 339. <<

[22] Jones, «*Knew Him*», op. cit., pp. 10-11. <<

[23] Jones, *Most Secret*, pp. 107-108. <<

[24] Capet, *«Scientific»*, p. 4. <<

[27] Id. loc. <<

[28] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 197. <<

[29] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 307. **<<**

[30] James, *Davidson*, op. cit., p. 427. <<

[31] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 170. <<

[32] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 25 de junio. <<

[33] Bloch, *Operation Willi*, passim. <<

[34] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 25 de junio. <<

[36] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[37] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 172. <<

[39] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 454. <<

[40] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 281. **<<**

[41] Ibid, pp. 172-173. <<

[42] Colville, «*Second Best*», p. 7. <<

[43] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 273. <<

[44] Russell (comp.), *Constant*, op. cit., pp. 121-122. **<<**

[45] CAC, MRGN, loc. cit., 1/6/1. <<

[46] NA, PREM, loc. cit., 3/479. <<

[47] CWP, vol. II, op. cit., p. 436. <<

[48] *Catálogo de ventas de manuscritos de Christie*, 2003. <<

[49] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 186-187. <<

[51] Ibid, p. 178. <<

[52] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 13. <<

[53] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 179. <<

[55] Ibid, pp. 179-180. <<

[56] Ibid, p. 180. <<

[57] Ibid, p. 182. <<

[58] Harvey (comp.), *Diaries*, op. cit., p. 378. <<

[59] Bryant, *Turn of the Tide*, op. cit., p. 199. **<<**

[60] Montgomery, *Memoirs*, p. 69. <<

[62] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 70. <<

[63] Gallup, *Opinion Polls*, p. 34. <<

[64] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 217. **<<**

[65] Gallup, *Opinion Polls*, op. cit., pp. 34-61. **<<**

[66] Leasor, *War at the Top*, p. 45. <<

[67] Holland, *Rise of Germany*, op. cit., p. 327. <<

[68] CAC, CHUR, loc. cit., 20/9; OB, vol. VI, op. cit., p. 705. <<

[69] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 184. **<<**

[70] CAC, CHAR, loc. cit., 20/31A/16 y 30. <<

[71] CAC, CHAR, loc. cit., 20/31A/51. <<

[72] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 7 de julio. <<

[73] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 71. <<

[74] PA, loc. cit., BBK/D/480. <<

[75] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 154. <<

[76] Id. loc. <<

[77] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 183-184. <<

[78] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[79] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 14. <<

[80] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[82] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 100. <<

[83] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 185. **<<**

[84] Mitter, *China's War with Japan*, pp. 221-222. **<<**

[85] CAC, GLLD, 519, loc. cit., Primera parte. **<<**

[86] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 311. <<

[87] Rose (comp.), *Baffy*, op. cit., p. 173. <<

[88] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 238. <<

[89] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 187. <<

[90] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 10 de julio. <<

[91] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 322. <<

[92] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 6. <<

[93] Fleming, *Invasion*, op. cit., p. 98. <<

[94] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 189. **<<**

[95] Ibid, p. 190. <<

[96] Norwich (comp.), *Monster*, p. 38. <<

[97] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 192. **<<**

[98] Id. loc. <<

[99] Id. loc. <<

[100] Ibid, pp. 192-193. <<

[101] Ibid, p. 193. <<

[102] Ibid, p. 194. <<

[103] Ibid, p. 195. <<

[104] Best, *Greatness*, op. cit., p. 187. <<

[105] CS, vol. VI, op. cit., p. 6247. <<

[106] Ibid, p. 6248. <<

[107] Ibid, p. 6249. <<

[108] Addison y Crang (comps.), *Listening to Britain*, op. cit., p. 232. **<<**

[110] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 102. <<

[111] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 197. <<

[112] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[113] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 197. **<<**

[114] CWP, vol. II, op. cit., pp. 532-533. <<

[115] Ibid, p. 533. <<

[116] Ibid, p. 534. <<

[117] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 211. <<

[118] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 200. <<

[119] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[120] WSC, TSWW, vol. III, op. cit., p. 663. <<

[121] Midgley (comp.), *Heroic Memory*, op. cit., p. 42. **<<**

[122] WSC, TSWW, vol. III, op. cit., p. 660. <<

[124] Pimlott (comp.), *Dalton Diary*, op. cit., p. 62. <<

[125] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 306; New Statesman, 29 de enero de 1965. <<

[126] Milton, *Ungentlemanly*, p. 63. <<

[127] Foot, *SOE*, p. 105. <<

[128] Para más información acerca de las críticas relacionadas con la Dirección de Operaciones Especiales, véase Keegan, *Intelligence in War, passim*; junto con Richard J. Aldrich, en *Contemporary British History*, otoño de 1997, pp. 159-160; y Roger Fontaine, en *History: Reviews of New Books*, vol. 26, n.º 4, 1998, pp. 217-221, disponible en Internet: http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/03612759.1998.10528264. <<

[130] Milton, *Ungentlemanly*, op. cit., passim. <<

[131] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[132] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 100. **<<**

[133] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[134] PA, loc. cit., BBK C/92. <<

[136] Addison y Crang (comps.), *Listening to Britain*, p. 309. **<<**

[137] CAC, loc. cit., BRGS 1/3. <<

[138] De Gaulle, *War Memoirs*, p. 104. <<

[139] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 214-215. **<<**

[140] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[141] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 16 de julio. <<

[142] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 223. <<

[144] Ibid, p. 219. <<

[145] Ibid, p. 220. <<

[146] Ibid, p. 223. <<

[147] Colville, *Churchillians*, op. cit., p. 143. <<

[149] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 223. <<

[150] Ibid, p. 224. <<

[152] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[153] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 19. <<

[154] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 196. <<

[155] CS, vol. VI, op. cit., p. 6265. <<

[156] Ibid, p. 6267. <<

[157] Id. loc. <<

[160] Ibid, p. 6269. <<

[161] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 227. **<<**

[162] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 305. <<

[163] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 257. <<

[164] CS, vol. I, op. cit., p. 365. <<

[165] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[166] CS, vol. VII, op. cit., p. 7885. <<

[167] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 258. **<<**

[168] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[169] Id. loc. <<

[170] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 229. **<<**

[171] NA, CAB, 65/14, WM, loc. cit., (40), 232. <<

[172] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 24 de agosto. <<

[173] Hancock y Gowing, *British War Economy*, p. 234. <<

[174] Kimball, *«Beggar my Neighbour»*, p. 765. <<

[175] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 232. <<

[176] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 74. <<

[177] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 230. <<

[178] OB, vol. VI, op. cit., p. 803. <<

[179] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, pp. 121-122. **<<**

[180] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 27 de agosto. <<

[181] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 231. <<

[182] Ibid, pp. 232-233. <<

[183] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 112. <<

[184] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 233. <<

[185] Ibid, p. 238. <<

[186] Ibid, p. 234. <<

[187] Id. loc. <<

[188] Ibid, p. 235. <<

[189] Ibid, p. 237. <<

[190] Ibid, pp. 234, 238. <<

[191] Ibid, p. 238. <<

[193] NA, CAB, 65/8, WM (40), loc. cit., 227. <<

[194] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 223; Kimball (comp.), Complete Correspondence, vol. I, op. cit., p. 60. <<

[195] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 154. **<<**

[196] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 3 de septiembre. <<

[197] NA, CAB, 66/11, WP (40), loc. cit., 352. <<

[198] Stargardt, *German*, pp. 111-112. <<

[199] CS, vol. VI, op. cit., p. 6275. <<

[200] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 166. <<

[201] Skidelsky, *Fighting for Britain*, p. 80. <<

[13] * Churchill había empleado la referencia a los «mil años» en 1907, 1909, 1911, 1920, 1934, 1937 y 1939, para señalar el período de tiempo que Gran Bretaña llevaba levantando instituciones libres sin sufrir ninguna invasión —o desde que tuviera ocasión de contemplar por última vez «las fogatas de un invasor», como habría de señalar en una memorable ocasión—. En 1922, predijo que los árabes habrían de tardar mil años en llevar los sistemas de regadío y las redes eléctricas a Palestina, lo que nos indica que estamos en un período de tiempo que resultaba atractivo para su particular sensibilidad histórica. (Y como se sabe, también Hitler habría de recurrir a esa redonda cifra temporal al hablar de la instauración de un «Reich de mil años».) En realidad, el imperio británico no iba a sobrevivir demasiado tiempo al régimen nazi de Hitler. En abril de 1949, el adjetivo «británico» dejó de añadirse a la expresión Comunidad (Británica) de Naciones, de modo que menos de una década después del discurso, la frase «el imperio británico y su Comunidad de Naciones» dejaba de tener pleno sentido. <<

[35] * A principios de julio, el rey anota que Ironside estaba «planeando organizar en el país una columna móvil para [la reina] I[sabel] y yo mismo», y que «el otro proyecto es para un lugar más distante» (es decir, para Canadá). <<

[38] * «Solo la calma permite reinar sobre las alma». <<

[50] * Tofrek: nombre de una localidad sudanesa en la que los británicos obtuvieron una sonada victoria sobre las fuerzas mahdistas en 1885, y que era el santo y seña de ese día. <<

[54] ** Churchill jamás criticó al leal Chamberlain, para entonces consciente de que padecía cáncer, pero al enterarse de que los alemanes habían bombardeado la fábrica que poseía la familia Baldwin en Gales del Sur, observó: «¡Qué ingrato por su parte!»: Colville, *Fringes*, op. cit., 179. No obstante, en febrero de 1943, al saber Churchill que Baldwin había sido insultado en público y que un grupo de exaltados había arrojado piedras contra su coche, Churchill invitará públicamente al agraviado a comer en el número 10 de Downing Street. «El crisol de la guerra ha fundido todos los metales viles que le lastraban», dirá Baldwin de Churchill después de aquello: Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 307. <<

[61] * El mes de febrero siguiente, Churchill se sentiría bastante menos deslumbrado al enterarse de que el general Montgomery obligaba a todos sus hombres a efectuar periódicamente carreras de once kilómetros, y que únicamente podían librarse de hacerlas los oficiales que ya hubieran cumplido los cincuenta años. «¿Es él mismo capaz de correr esos once kilómetros?, —le preguntó Churchill al ministro de la Guerra—. De ser así, es posible que nos resulte más útil como jugador de fútbol que como militar. ¿Cree usted que Napoleón hubiera podido correr once kilómetros campo a través en Austerlitz? A lo mejor es que prefería que los que echaran a correr fueran los que tenía enfrente […]. La experiencia me ha enseñado —y la he extraído de largos años de observación— que, por regla general, los oficiales que poseen grandes dotes atléticas no suelen ser hombres de relevancia en los puestos de mando»: WSC, TSWW, vol. III, op. cit., p. 647. Pocos días más tarde, Churchill le decía al general Sikorski: «La única excepción podría encontrarse en el ejército italiano, ya que en él es posible que a un general le resulte útil disponer de buenas aptitudes para la carrera»: Kennedy, *Business*, p. 79. <<

[81] * Es decir, los tres parlamentarios del Partido Laborista Independiente.
<<

[109] * «Si el mundo se desplomara en pedazos, / impávido le heriría el derrumbe»; la traducción es de su hijo Randolph: Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 102. <<

[135] * Al acudir Bevin ese mes a pasar unos días a Chequers —en los que Colville se confesaría estupefacto al verle tomar la miel directamente del cuchillo—, Churchill dirá: «Bevin es un buen tipo y "está hecho de la mejor pasta": no tiene tendencias derrotistas»: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 220. <<

[148] * «¿Sabe por qué odio a los nazis?, —le dirá en una ocasión Churchill al corresponsal de guerra estadounidense Quentin Reynolds—. Les detesto porque fruncen el ceño cuando luchan. Su semblante es lúgubre y huraño. Fíjese en cambio en nuestros magníficos chicos de las Fuerzas Aéreas, que parten a la batalla con una sonrisa. Me gustan los hombres que pelean con rostro risueño»: Reynolds, All About, p. 152. <<

[151] * Una de las consecuencias inesperadas de la batalla de Inglaterra fue el surgimiento de una renovada admiración hacia los pilotos polacos, ya que fueron muchos los aviadores de ese país que prestaron servicio en la RAF tras escapar de la invasión alemana a través de Rumanía. «Una vez que hayamos abolido Alemania, —le dirá Churchill a Gort y a Dowding en septiembre—, tendremos que refundar sin duda Polonia, y conseguir que se convierta en un estado europeo de carácter permanente». Y cuando Winston sugirió que un polaco valía por tres franceses, Gort y Dowding le corrigieron diciendo que equivalían al menos a diez: Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 245-246. <<

[158] * Esta frase, la más célebre de todo el discurso, llevaba ya algún tiempo bailoteando en la mente de Churchill, y no siempre en el contexto de una causa tan noble. En 1936, en un artículo publicado en la Strand Magazine en el que hacía referencia al *RMS Queen Mary*, Churchill afirmaba lo siguiente: «Nunca, en toda la historia de los viajes por el Atlántico, se han acumulado tan abundantes provisiones para quienes viajan como “turistas”»: WSC, CE, op. cit., p. 332. Y en 1793, *sir* John Moore había exclamado al aludir a la campaña que él mismo acababa de librar en Córcega: «Nunca tan pocos hicieron tanta labor». <<

[159] ** La alusión a dejar que el Misisipi «fluya por sí solo» está sacada de una canción titulada *Ol’ Man River*, de la comedia musical *Show Boat*, que hizo furor en el Broadway de 1927, con letra de Oscar Hammerstein II. De hecho, Churchill cantó (desafinadamente) esta melodía en el coche, durante el breve trayecto de regreso a Downing Street. **<<**

[192] * Colville señala, divertido, que Clementine «insiste en afirmar que profesa sentimientos democráticos y radicales», pero siempre ha pospuesto todo lo posible el compromiso de invitar a cenar a cualquiera de los oficiales que prestan servicio en Chequers —«hasta que ha visto que la guardia le había sido encomendada a los muchachos del regimiento de Coldstream»—: Colville, Fringes, op. cit., p. 238. <<

[5] º «*Ministry of Works*». Solo funcionó durante la segunda guerra mundial, con el fin de organizar la requisa de determinados bienes destinados al esfuerzo bélico. En 1962 pasó a llamarse Ministerio de Obras Públicas. (N. del t.) <<

[10] oo Hermano mayor de Ian Fleming, creador del personaje de James Bond. (N. del t.) <<

[25] ° Contramedida consistente en esparcir una nube de pequeñas piezas de aluminio y otros metales, con lo que se logra saturar de múltiples retornos las pantallas de radar y hacer que señalen objetivos falsos. (N. del t.) **<<**

[26] oo Dispositivo instalado en un proyectil que lo hace estallar cuando la distancia a su objetivo entra dentro de un rango predeterminado (lo que aumenta su efectividad, ya que no es preciso el contacto directo). (N. del t.) <<

[123] º Reflexión, traducible solo por aproximación, en torno a las expresiones inglesas «*Stay put*», «*Stand Fast*» y «*Stand firm*». (N. del t.) **<<**

[129] ◦ Oficial nazi, líder de grupo de las SS y la Gestapo, y uno de los principales responsables del Holocausto. (N. del t.) **<<**

[143] º Proyectil dotado de una camisa de expansión y de un núcleo de metal blando para que al impactar provoque heridas de mayor diámetro. (N. del t.) <<

[1] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 555. <<

[2] Ibid, p. 246. <<

[3] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 166. <<

[4] Ismay, *Memoirs*, op. cit., p. 183. <<

[5] Ibid, pp. 183-184. <<

[6] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 308. <<

[7] Calder, *Myth of the Blitz*, passim. **<<**

[9] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 231. <<

[10] Sitwell, *Eggs or Anarchy*, passim. <<

[11] Colville, *Footprints*, p. 98. <<

[12] CAC, loc. cit., CHOH/3/CLVL. <<

[13] James, *Undaunted,* op. cit., p. 207. <<

[14] Ibid, p. 209. <<

[15] CS, vol. VI, op. cit., p. 6277. <<

[16] Id. loc. <<

[17] CAC, loc. cit., CHOH/3/CLVL. <<

[18] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 311. **<<**

[21] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., pp. 295-296. <<

[22] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 25. <<

[23] Id. loc. <<

[24] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 297. <<

[25] CS, vol. VI, op. cit., p. 6283. <<

[26] Id. loc. <<

[27] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, p. 114. **<<**

[28] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 241. <<

[29] CS, vol. VI, op. cit., p. 6279. <<

[30] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 26. <<

[31] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 243. **<<**

[32] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 63. <<

[33] Id. loc. <<

[34] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 243. <<

[35] Ibid, p. 245. <<

[36] Id. loc. <<

[37] Id. loc. <<

[38] Ibid, p. 246. <<

[39] Ibid, p. 248. <<

[40] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 1 de octubre. **<<**

[41] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 328. <<

[42] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 249. <<

[43] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 268. <<

[44] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., pp. 436-437. <<

[45] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 1 de octubre. **<<**

[46] Id. loc.: 25 de septiembre. <<

[47] Id. loc.: 24 de septiembre. <<

[48] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 252. <<

[49] CWP, vol. II, op. cit., p. 845. <<

[50] Ibid, p. 890. <<

[51] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[52] Id. loc. <<

[53] BU, loc. cit., NC 20/1/202. <<

[54] PA, loc. cit., FLS/5/6. <<

[55] Kennedy, *Business*, op. cit., p. 275. <<

[56] Ibid, p. 173. <<

[57] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[59] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 248. <<

[60] CS, vol. VI, op. cit., p. 6315. <<

[61] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[62] CS, vol. VI, op. cit., pp. 6286-6287. <<

[63] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[64] OB, vol. VIII, op. cit., p. 308. <<

[65] Churchill, *His Father's Son*, p. 183. <<

[66] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 439. <<

[67] CS, vol. VI, op. cit., p. 6295. <<

[68] CV, vol. II, Primera parte, op. cit., p. 243. **<<**

[69] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 262. <<

[71] Id. loc. <<

[72] Ibid, p. 264. <<

[73] Ibid, p. 265. <<

[74] Ibid, p. 266. <<

[75] Ibid, p. 265. <<

[77] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 305. <<

[78] Ibid, p. 306. <<

[79] Martin, *Downing Street*, op. cit., pp. 30-31. <<

[80] CAC, BRGS, loc. cit., 1/2. <<

[81] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 59. <<

[82] CAC, GLLD, 519, loc. cit., Primera parte. <<

[83] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 15 de octubre. **<<**

[84] Id. loc. <<

[86] Peck, *Dublin from Downing Street*, op. cit., p. 72. <<

[87] Jones, *N.º 10 Downing Street*, p. 138. <<

[89] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 341. <<

[90] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 82. <<

[91] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 29. <<

[92] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 268. <<

[94] Hastings, *Finest Years*, p. 102. <<

[95] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 280. **<<**

[96] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 80. <<

[97] Id. loc. <<

[101] Ibid, p. 81. <<

[102] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 270. **<<**

[103] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 81. <<

[104] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 62. <<

[105] Id. loc. <<

[106] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 341. <<

[107] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 58. <<

[108] Ibid, p. 60. <<

[109] Id. loc. <<

[110] Peck, *Dublin from Downing Street*, op. cit., p. 71. <<

[111] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 61. <<

[113] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 244. <<

[115] LHC, LH, loc. cit., 15/15/1. <<

[116] Id. loc. <<

[117] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 11. <<

[118] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 154-155. <<

[119] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., pp. 50-51. <<

[120] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 101. <<

[121] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 20. <<

[122] Stuart, *Within*, op. cit., p. 96. <<

[123] FH, n.º 84, loc. cit., p. 8. <<

[124] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 47. <<

[126] WSC, TSWW, vol. III, op. cit., p. 639. <<

[127] Ibid, vol. II, op. cit., p. 560. <<

[128] CAC, loc. cit., CHOH/3/CLVL. <<

[130] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 291. **<<**

[131] Marsh, *Number*, op. cit., p. 246. <<

[132] Laird y Graebner, *Hitler's Reich*, p. 55. <<

[133] WSC, MEL, op. cit., p. 95. <<

[134] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 44. <<

[135] Id. loc. <<

[136] WSC, TSWW, vol. I, op. cit., p. 201. <<

[137] Singer, *Style*, op. cit., p. 172. <<

[138] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 245. <<

[139] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 397. <<

[140] Peck, *Dublin from Downing Street*, op. cit., p. 76. <<

[141] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 8. <<

[143] CS, vol. VI, op. cit., p. 6297. <<

[144] CIHOW, op. cit., p. 485. <<

[145] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 272. <<

[146] Ibid, p. 283. <<

[147] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 340. **<<**

[148] WSC, WC, vol. IV, op. cit., p. 302. <<

[149] CS, vol. VI, op. cit., p. 6341. <<

[150] Stuart, *Within*, op. cit., p. 90. <<

[151] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 366. **<<**

[153] Ibid, p. 273. <<

[154] Id. loc. <<

[155] Carr, *Fall of Greece*, p. 38. <<

[156] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 277. **<<**

[157] Tree, *When the Moon*, p. 136. <<

[158] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 472. <<

[159] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 284. <<

[160] Ibid, p. 283. <<

[162] Kimball, *Unsordid*, p. 235. <<

[163] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 40. <<

[164] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 278. <<

[165] OB, vol. VI, op. cit., pp. 949-950. <<

[166] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 282. <<

[167] Ibid, p. 284. <<

[168] Ibid, p. 291. <<

[169] CS, vol. VI, op. cit., p. 6303. <<

[170] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, p. 125. <<

[171] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 489; CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. **<<**

[172] WSC, TSWW, vol. II, op. cit., p. 501. <<

[173] Id. loc. <<

[174] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 276. <<

[175] Ibid, p. 273. <<

[176] Id. loc. <<

[177] CS, vol. VI, op. cit., p. 6307. <<

[178] Id. loc. <<

[179] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 276. <<

[180] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 292. <<

[181] CIHOW, op. cit., p. 331. <<

[182] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 129. <<

[183] Stuart, *Within*, op. cit., p. 87. <<

[184] Tree, *When the Moon*, op. cit., p. 130; FH, n.º 165, loc. cit., pp. 38-41. <<

[185] CIHOW, op. cit., p. 518. <<

[188] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 33. <<

[189] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[190] *The Times*, 28 de agosto de 1976; CAC, SOAM, loc. cit., 7/6c. **<<**

[191] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 33. <<

[192] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 295. <<

[193] Standpoint, noviembre de 2015, p. 55. <<

[194] Langworth, *Myth*, op. cit., pp. 132-136. <<

[195] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 297. <<

[196] Ibid, p. 299. <<

[197] Best, *Greatness*, op. cit., p. 198. <<

[199] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 103. **<<**

[200] Ibid, pp. 108, 100. <<

[201] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 35. <<

[202] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[203] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 95. <<

[204] Aspinall-Oglander, *Keyes*, p. 399. <<

[205] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 305. <<

[206] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[207] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 10 de diciembre. <<

[208] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 312. <<

[209] James (comp.), *Chips*, op. cit., pp. 278-279. <<

[211] CS, vol. VI, op. cit., p. 6317. <<

[212] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 309. <<

[213] Ibid, p. 275. <<

[214] Ibid, p. 310. <<

[216] Ibid, pp. 215-216. <<

[217] Ibid, p. 216. <<

[218] Ibid, pp. 312-313. <<

[219] WSC, TSWW, vol. III, op. cit., p. 638. <<

[221] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 77. <<

[222] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 319. <<

[223] Id. loc. <<

[225] CS, vol. VI, op. cit., p. 6314. <<

[226] CAC, loc. cit., CHOH/3/CLVL. <<

[227] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 321. <<

[228] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1940: 24 de diciembre. <<

[229] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 322. **<<**

[230] BU, loc. cit., AP/20/1/20. <<

[231] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[233] BU, loc. cit., AP/20/1/21. <<

[235] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 36. <<

[236] Id. loc. <<

[237] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 314. **<<**

[238] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 37. <<

[239] CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[240] Colville, *Fringes*, p. 323. <<

[241] Ibid, p. 325. <<

[242] Ibid, p. 327. <<

[243] RA, PS, GVIC, loc. cit., 069/07. <<

[244] Hamilton, *Listening*, op. cit., p. 238. <<

[245] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 407. <<

[246] Ibid, p. 414. <<

[247] Ibid, p. 415. <<

[248] Id. loc. <<

[249] CS, vol. VI, op. cit., p. 6328. <<

[250] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 252. <<

[251] WSC, TSWW, vol. III, op. cit., p. 21. <<

[252] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 92. <<

[253] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 333. <<

[254] Id. loc. <<

[255] Ibid, p. 394. <<

[256] Sherwood (comp.), *Hopkins*, vol. I, p. 242. <<

[257] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 335. **<<**

[258] Id. loc. <<

[259] Id. loc. <<

[260] Id. loc. <<

[261] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 349. **<<**

[262] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 40. <<

[263] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 92. <<

[264] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 42. <<

[266] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 688. <<

[8] * Ni siquiera en unos momentos tan complicados como los de la batalla de Inglaterra y los intensos bombardeos aéreos de Londres, durante los cuales tenía muchísimas otras cosas en mente, lograría Churchill apartar de su mente los traumáticos acontecimientos de 1886 [es decir, la dimisión de su padre, lord Randolph, que precipitaría su caída política y personal]. Lord Cranborne (que en 1947 había pasado a convertirse en el quinto marqués de Salisbury) recuerda que, en septiembre de 1940, en el transcurso de una cena, «Churchill se hundió en una suerte de ensoñación callada y sombría, cosa que le sucedía de cuando en cuando. De repente, se volvió hacia mí y me dijo, sin venir a cuento: "Siempre he pensado que tu abuelo trató a mi padre de un modo vergonzoso"». Cranborne, que en ese momento era el tesorero mayor del reino, quedó desconcertado, y a modo de respuesta murmuró unas cuantas frases conciliadoras. «La conversación quedó en un punto muerto, —prosigue Cranborne—, y la cena volvió a girar en torno a las mucho más relevantes cuestiones de los bombarderos y los cazas, de Hitler y de Goering»: Blake, «*Conservative*», op. cit., p. 2. No obstante, su linaje no incidiría en la carrera de Cranborne, ya que al mes siguiente era ascendido a secretario de estado para Asuntos de los Dominios. **<<**

[20] * A lo que Park se refiere es al hecho de que el Grupo 11 no disponía de reservas en ese momento. En otras regiones del Reino Unido había más de trescientos cincuenta cazas, pero estaban defendiendo otras zonas vitales del país. <<

[58] * El empleo de la voz «escaquearse» hace que uno se pregunte qué fue realmente lo que dijo del parlamentario laborista Emanuel Shinwell en el Debate sobre la situación de Noruega, celebrado cuatro meses antes. Véase «Duff Cooper retomó el tema…». <<

[70] * Churchill acompañaba y entretenía mucho al joven Winston. A los tres años y medio, le regalaron al chiquillo untren de juguete. «Mi abuelo se sentó conmigo en el suelo de la habitación y montamos mano a mano las vías, que formaban un círculo, —recordará más tarde el nieto—. «Para gran regocijo suyo, vio que había dos locomotoras que se movían con un sistema mecánico. Me dio una a mí y él se quedó con la otra. Inmediatamente después exclamó: ¡Tu le das cuerda a una, Winston, y yo hago lo mismo con la otra! Vamos a ponerlas de espaldas. ¡Venga, vamos a chocarnos!»: Langworth (comp.), *Dream*, p. 56. A Churchill le gustaba mucho divertirse con juguetes infantiles; durante la Gran Guerra, Johnnie, su sobrino de nueve años, y él armaron con un Meccano una grúa torre de cuatro metros y medio de largo y dos y medio de alto, en el comedor del número 41 de Cromwell Road, en el que vivía Jack, el hermano de Winston. «Se prohibió a los sirvientes que la cambiaran de sitio, —recuerda Johnnie—, así que en las comidas mi tío le echaba largas y cariñosas miradas a su creación»: Churchill, *Crowded Canvas*, op. cit., p. 33. <<

[85] * El 14 de octubre quedó destruido el Club Carlton, en Pall Mall, y al día siguiente, al visitar las ruinas, Churchill encontró, destrozados, el busto de mármol de William Pitt el Joven y las zapatillas del dormitorio en el que se alojaba el jefe de disciplina de su partido: Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 31. <<

[88] * Churchill sabía que, de sus cuatro secretarios privados, Peck era el único que tenía una esposa trabajando en Londres, y que solo hacía un año que habían contraído matrimonio, así que no solo le llevaba a Chequers con bastante menos frecuencia que a los demás, sino que «se preocupaba sinceramente por él y le trataba con toda amabilidad»: Peck, *Dublin from Downing Street*, op. cit., p. 70. <<

[93] ** Churchill pronunciaba la primera sílaba de esta marca comercial como la de la palabra inglesa «*Hove*». <<

[99] * La afición de Churchill a la albañilería se reveló sumamente útil, ya que le permitió hablar con conocimiento de causa tanto a los obreros que trabajaban en la Sala Central de Guerra como a los operarios encargados de acondicionar los refugios antiaéreos que el Ministerio del Interior de Morrison había ordenado construir para los londinenses. <<

[100] ** Todavía es posible ver en las piedras de la fachada los puntos de anclaje en los que se sujetaban estas cortinas metálicas. <<

[125] * No debe pensarse, no obstante, que la exigencia de brevedad viniera dictada por las premuras propias de la guerra. «Por su extensión misma, —escribe en un informe escrito en la década de 1950—, este expediente del Tesoro no corre el menor el riesgo de encontrar lectores»: Moran, *Struggle*, p. 746. <<

[129] * Y no se zambullía en la bañera sino en el momento en el que la viera llena en sus dos terceras partes y a una temperatura de 36,6 grados centígrados. Después, elevaba el termómetro hasta los 40 grados, y al introducir su corpachón el agua quedaba a escasos centímetros del desbordamiento. <<

[152] * El tren había sido donado por la Compañía Ferroviaria de Londres, Escocia y las Tierras Medias y disponía de dos vagones de gran turismo, varios dormitorios, baños, oficinas, compartimientos reservados a los personajes relevantes, un coche restaurante y un furgón para el equipaje. Era una forma muy cómoda de desplazarse y el convoy podía dar acomodo a sus secretarios, a sus guardaespaldas y a un grupo de fotógrafos. En todos los sitios en los que se detenía, se procedía a conectar el coche del primer ministro a la línea telefónica más cercana, y si el operador solicitaba «Rapid Falls 8833», Churchill podía hablar con el número 10 de Downing Street. <<

[186] * El título de las memorias de la segunda guerra mundial de Ronald Tree, *When the Moon was High*, implica que Churchill acudía a su residencia cada vez que la luna llena caía en fin de semana, pero según atestiguan los libros de visitantes de Chequers, lo cierto es que Churchill permaneció en su palacete personal durante once de las noches de luna llena de la guerra, y que en esas fechas agasajó además a decenas de invitados distinguidos a pasar esos días en compañía de su familia. <<

[210] * De no haberse negado a consultar a un médico —ya que era seguidor de la Iglesia de Cristo, Científico—, Lothian podría haberse curado con un simple tratamiento a base de antibióticos. Al día siguiente, durante la cena, Churchill preguntó si había alguien en la mesa que perteneciera a esa misma confesión. «Bueno, —dijo Lindemann—, yo lo soy, si separa las dos nociones: cristiano y científico». A lo que Churchill replicó: «Estoy dispuesto a admitir que quizá tenga usted cierto derecho a reivindicar eso último. —Sin embargo, Lindemann respondió a su vez—: Y de hecho, esa es la única de las dos cuestiones que su propia cualificación le permite juzgar»: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 312. <<

[215] * La familia Churchill sabía que Colville llevaba un diario: ¿Estaba Winston utilizándole deliberadamente como su particular James Boswell [biógrafo y amigo del escritor británico Samuel Johnson], haciéndole partícipe de sus mejores y más ocurrentes frases y permitiéndole asistir a acontecimientos que sabía llamados a adquirir magnitud histórica? Es posible que el propio Colville acabara por sospechar algo parecido, y así lo confirma el comentario que confía a la pluma tras decirle a Churchill que el pueblo británico no le permitiría retirarse: «No se trata únicamente de una afirmación boswelliana, sino de una realidad, dado que en el momento presente no hay ningún hombre que posea la talla requerida»: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 310. No obstante, el 1 de enero de 1941, Churchill escribió un informe en el que prohibía que los funcionarios a su servicio llevaran un diario, cosa que dejó a Colville «bastante confuso y lleno de remordimientos». Por fortuna para los historiadores, tanto él como todos cuantos rodeaban al primer ministro decidieron hacer caso omiso del mandato. **<<**

[220] * Pasó los días 10 y 11 de enero de 1942 en Pompano, Florida —y a pesar de perseguir un descanso ordenó que se le entregaran todos los cablegramas que llegaran—. Y en 1943 también disfrutó de seis días de pesca en Canadá, tras la Conferencia de Quebec. <<

[224] ** En una fecha algo anterior del año, al preguntársele cómo se estaban portando en la guerra los antiguos alumnos de las escuelas privadas, Churchill había dicho con ánimo chistoso: «Como de costumbre: Harrow cuenta con Amery, Gort y yo mismo; Eton tiene al rey de los belgas y al capitán Ramsay; y Winchester puede enorgullecerse de Oswald Mosley»: Rose (comp.), *Baffy*, op. cit., p. 174. Se trataba de una broma no exenta de sarcasmo —ya que las dos últimas personas se encontraban en ese momento en prisión por connivencias con el fascismo—, y subraya el hecho de que Churchill atribuyera muy poca responsabilidad a lord Gort por la derrota sufrida en el continente europeo. <<

[232] * Lo que en Estados Unidos equivaldría a pasar del segundo al último año del instituto de enseñanza secundaria. <<

[234] ** Ese mismo mes de diciembre, al recibir una de las periódicas amenazas de dimisión de Beaverbrook, debidas a las malas relaciones que tenía con el Ministerio del Aire, Churchill le dijo: «En bien del interés público, resulta más interesante que los dos departamentos se enzarcen en un constante cruce de críticas y contracríticas que no que se dediquen a intercambiarse ceremoniosos ramos de flores»: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 317. En otra ocasión, la respuesta que dio Churchill a otra amenaza de dimisión quedó zanjada al invocar este el coraje de uno de los principales revolucionarios radicales franceses y exclamar: «¡Hay que ser como Danton, y no un blandengue!»: ibid, p. 330. <<

[19] ° En los ataques no intervenía simultáneamente el total de los aviones enemigos, sino que llegaban en oleadas sucesivas. Los observadores británicos estimaban el número de aparatos por grupos de diez (lo que venía a equivaler a un escuadrón) y luego redondeaban la cifra. De este modo «cuarenta o más» significa, por ejemplo, que venían entre cuarenta y cincuenta aviones, es decir, cuatro o cinco escuadrones. Al decir que hubo «incluso» una oleada de «ochenta o más», Churchill parece impresionado por el hecho de que la Luftwaffe hubiera conseguido coordinar ocho o nueve escuadrones en una sola formación. Esto implicaba que habían despegado de aeródromos diferentes, en un lapso de tiempo considerable, para después reagruparse y atacar juntos en una misma embestida. Más que el número total de bombarderos de cada asalto, el factor crítico era el intervalo entre oleadas, ya que eso condicionaba la efectividad de la defensa. Cuanto más corto fuera el lapso entre bombardeos menos tiempo tenían los defensores para reaccionar, recargar combustible, rearmarse, etcétera. (N. del t.) <<

[76] ◦ Se trataba de una táctica de combate aéreo consistente en plantar cara a las oleadas de bombarderos de la *Luftwaffe* con una formación integrada por entre tres y cinco escuadrones de cazas dispuestos en forma de ala. (N. del t.) <<

[98] ◦ El cambio de denominación de la «Oficina de Obras» por «Ministerio de Obras» se había producido ese mismo año, así que aquí se menciona por costumbre el antiguo rótulo, pero se trata de la misma entidad. Véase la nota de traducción ««*Ministry of Works*». Solo funcionó…». (N. del t.) **<<**

[112] ◦ Es decir, «el Potrero» o «el Corral». (N. del t.) <<

[114] º Literalmente «Ocaso de los dioses». Además de ser el título de la cuarta y última ópera del ciclo wagneriano del Anillo del nibelungo, este término se emplea para designar el desplome de una sociedad o una civilización, siempre de forma violenta y catastrófica. (N. del t.) <<

[142] ◦ Fecha en la que se celebra la victoria que obtuvo la Marina Real Británica, a las órdenes de Horacio Nelson, sobre la flota hispano-francesa en la batalla de Trafalgar el 21 de octubre de 1805. (N. del t.) <<

[161] º Variaciones orquestales compuestas en 1939 por el checo Jaromir Weinberger. (N. del t.) <<

[187] ◦ Nancy Lancaster (1897-1994) fue muy conocida en Gran Bretaña por haber sido una de las precursoras del gusto rústico en decoración, y después de la guerra se convirtió en propietaria de una influyente empresa de ese sector. (N. del t.) <<

[198] º Primer ministro y jefe de gobierno de Irlanda. (N. del t.) <<

[265] º Rut 1, 16. (N. del t.) <<

[1] Churchill, *Marl*, vol. I, p. 569. <<

[2] LHC, Edmonds Papers, loc. cit., II/3/53b. <<

[3] CS, vol. VI, op. cit., p. 6337. <<

[4] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, p. 140. <<

[5] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 340. <<

[6] CS, vol. VI, op. cit., p. 6333. <<

[7] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 340. <<

[8] Ibid, p. 341. <<

[9] Id. loc. <<

[10] Gallup, *Opinion Polls*, op. cit., p. 41. <<

[11] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 341. **<<**

[12] Ibid, p. 342. <<

[13] Id. loc. <<

[15] Sherwood (comp.), *Hopkins*, vol. I, op. cit., p. 257. <<

[16] James, *Undaunted*, op. cit., p. 231. <<

[17] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 345-346. **<<**

[18] Ibid, p. 346. <<

[19] Ibid, p. 348. <<

[20] Ibid, p. 346. <<

[21] Id. loc. <<

[22] Id. loc. <<

[23] Ibid, p. 347. <<

[24] Ibid, pp. 347-348. <<

[25] Johnsen, *Origins*, op. cit., passim. **<<**

[26] Potter, *Pim*, op. cit., p. 13. <<

[27] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 349. <<

[29] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 4 de febrero. <<

[30] CS, vol. VI, op. cit., p. 6343. <<

[31] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 353. <<

[32] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 355. <<

[33] CS, vol. VI, op. cit., p. 6344. <<

[34] Ibid, p. 6346. <<

[35] Ibid, p. 6351. <<

[36] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 8 y 9 de febrero. <<

[37] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 63. <<

[38] Kennedy, *Business*, op. cit., p. 79. <<

[39] Id. loc. <<

[40] Norwich (comp.), *Monster*, op. cit., p. 108. <<

[41] Id. loc. <<

[42] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 43. <<

[43] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 238. <<

[44] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 25 de febrero. <<

[45] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 358. **<<**

[46] CS, vol. VI, op. cit., p. 6355. <<

[48] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 361. <<

[49] Ibid, p. 360. <<

[50] Id. loc. <<

[51] Ibid, p. 361. <<

[52] CAC, loc. cit., EADE 2/2. <<

[53] Id. loc. <<

[54] Id. loc. <<

[55] Id. loc. <<

[57] Id. loc. <<

[58] Id. loc. <<

[59] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 4 de marzo. <<

[61] CS, vol. VI, op. cit., p. 6505. <<

[64] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., pp. 144-145. <<

[65] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 11 de marzo. **<<**

[66] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 431. **<<**

[67] Kimball, *Unsordid*, op. cit., p. 237. **<<**

[68] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 141. **<<**

[70] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 364. <<

[71] Thorne (comp.), *Seven Christmases*, op. cit., p. 134. **<<**

[72] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 21. **<<**

[73] CAC, op. cit., EADE 2/2. <<

[74] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 366. **<<**

[76] Thorne (comp.), *Seven Christmases*, op. cit., p. 107. **<<**

[77] Ogden, *Life of the Party*, p. 128. <<

[78] Churchill, *Dancing*, p. 58. <<

[79] CAC, SCHL, loc. cit., 1/2/1. <<

[80] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 155. <<

[82] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 107. <<

[83] Ibid, vol. II, p. 529. <<

[84] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 364. **<<**

[86] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 98. <<

[87] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., pp. 100-101. **<<**

[88] Ibid, p. 142. <<

[89] CS, vol. VI, op. cit., p. 6373. <<

[90] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 367-368. <<

[91] CS, vol. VI, op. cit., p. 6367. <<

[92] Id. loc. <<

[93] Ibid, p. 6369. <<

[94] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 368. **<<**

[95] Ibid, p. 369. <<

[96] Ibid, pp. 366-368. <<

[97] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 368. **<<**

[98] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 668. <<

[99] FH, n.º 140, loc. cit., p. 17. <<

[100] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 372. <<

[101] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 105. <<

[102] Stewart, *First*, p. 104. <<

[103] Hinsley, *British Intelligence*, vol. I, p. 395. <<

[104] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 371. **<<**

[105] Kotkin, *Waiting for Hitler*, pp. 850-851. <<

[106] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 8 de abril. <<

[107] Nicolson, *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 162. **<<**

[108] CS, vol. VI, op. cit., p. 6377. <<

[109] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 612; Cannadine, Heroic Chancellor, passim. <<

[110] Gilbert, *Search*, op. cit., p. 236. <<

[111] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 373. <<

[112] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 102. <<

[113] Ibid, p. 4. <<

[114] Ibid, p. 103. <<

[115] CS, vol. VII, op. cit., p. 6823. <<

[116] Ibid, vol. VI, p. 6377. <<

[118] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 169. <<

[119] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 4. <<

[121] CAC, loc. cit., BRGS1/2. <<

[123] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 372. **<<**

[124] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 23 de abril. <<

[125] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 301. <<

[126] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 432-433. <<

[127] Leasor, *War at the Top,* op. cit., p. 148, n. 1. <<

[128] CS, vol. VI, op. cit., p. 6381. <<

[130] Ibid, p. 6379. <<

[131] Id. loc. <<

[132] Ibid, p. 6381. <<

[133] Ibid, p. 6385. <<

[135] Id. loc. <<

[136] CWP, vol. III, op. cit., p. 556. <<

[137] Ibid, pp. 556-557; Farrell, *Defence and Fall*, op. cit., p. 399. <<

[138] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 241. <<

[139] Ibid, p. 245. <<

[140] Ibid, p. 263. <<

[141] Ibid, pp. 248-249. <<

[142] Ibid, pp. 221-222. <<

[143] Peck, *Dublin from Downing Street*, op. cit., p. 69. <<

[144] BU, loc. cit., AP/20/1/21. <<

[146] Hassall (comp.), *Ambrosia*, p. 165. <<

[148] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 381. <<

[149] Ibid, p. 382. <<

[150] Ibid, p. 383. <<

[151] Ibid, p. 382. <<

[152] Id. loc. <<

[153] Colville, «*Second Best*», op. cit., p. 7. <<

[154] CS, vol. VI, op. cit., p. 6387. <<

[155] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., pp. 207, 212. <<

[156] Schroeder, *Chief*, p. 55. <<

[157] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 6 de mayo. <<

[158] Id. loc. <<

[159] NA, CAB, 69/2, loc. cit., DO (41), 24, 25 y 26. <<

[160] CS, vol. VI, op. cit., p. 6388. <<

[161] Ibid, p. 6390. <<

[163] Ibid, p. 6393. <<

[164] Ibid, p. 6396. <<

[165] Ibid, p. 6399. <<

[166] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 384. <<

[167] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 354. <<

[168] Id. loc. <<

[169] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 107. <<

[170] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 387. <<

[171] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 43; Sherwood (comp.), *Hopkins*, op. cit., vol. I, p. 294; Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 185. **<<**

[172] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 387-378. <<

[174] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 108. <<

[175] OB, vol. VI, op. cit., p. 1087. <<

[176] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 13 de mayo. **<<**

[177] Id. loc. <<

[178] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 4 de marzo. <<

[179] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 421. <<

[180] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 284. <<

[181] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 106. <<

[182] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 389. <<

[183] BU, loc. cit., AP/20/1/21. <<

[184] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 391. <<

[185] Rowse, «*Visit*», op. cit., pp. 8-13. <<

[186] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 108. <<

[187] Ibid, p. 106. <<

[188] Oliver, *Mr Showbusiness*, op. cit., p. 143. <<

[189] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 391. **<<**

[190] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., pp. 380-381. **<<**

[191] BU, loc. cit., AP/20/1/21. <<

[192] Potter, *Pim*, op. cit., p. 15. <<

[193] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 169; Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 50. <<

[194] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 27 de mayo. <<

[195] CWP, vol. III, op. cit., p. 750. <<

[196] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 5 de junio. <<

[197] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 307. **<<**

[198] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 386. <<

[199] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 10 de junio. <<

[200] CS, vol. VI, op. cit., p. 6417. <<

[201] Ibid, p. 6426. <<

[202] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 400. <<

[203] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 418. <<

[204] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 118. <<

[205] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 389. <<

[206] BU, loc. cit., AP/20/1/21. <<

[207] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 176. **<<**

[208] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 404. <<

[209] Id. loc. <<

[210] Ibid, p. 405. <<

[212] CS, vol. VI, op. cit., p. 6428. <<

[213] Ibid, p. 6429. <<

[215] Ibid, p. 6431. <<

[216] Id. loc. <<

[217] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 405-406. <<

[218] Ibid, p. 406. <<

[219] OB, vol. VI, op. cit., pp. 1122-1223. <<

[221] Hassall (comp.), *Ambrosia*, op. cit., p. 178. <<

[222] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 405. **<<**

[28] * Churchill tuvo que decirle a un general que había hablado con excesiva libertad con los periodistas respecto al inminente ataque a Bengasi: «Esos señores de la prensa se dedican siempre a escuchar con la máxima atención cada una de nuestras palabras, y todos ellos anhelan atrapar un trocito de queso, por diminuto que sea, para poder darlo a la imprenta. ¡Y va usted y les ofrece todo un maldito Stilton!»: Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., pp. 147-148. [Recuérdese que el Stilton es un afamado queso británico. (N. del t.)] <<

[47] * Más de veinte miembros del Other Club participarían en el gobierno de Churchill durante la segunda guerra mundial. De hecho, en julio de 1945, más de la cuarta parte de los integrantes del ejecutivo eran socios de ese ateneo. Y es que, en efecto, en la larga labor de moldeado que había llevado a cabo desde que la asociación renaciera en 1925 —tarea orientada al reclutamiento de todas aquellas personas de talento a las que deseara conocer en un relajado ambiente de relación social—, Churchill había estado cultivando una suerte de gobierno de repuesto, sin que ni él mismo ni los directamente implicados llegaran a sospecharlo jamás. No obstante, es cierto que durante los bombardeos podría resultar peligroso asistir a las cenas del Club: en abril de 1941, la explosión de un artefacto en el ángulo suroeste del Hotel Savoy provocó daños en las dos habitaciones situadas inmediatamente a la izquierda de la Sala Pinafore. Con todo, también es verdad que a esos banquetes de la guerra acudía más gente que nunca. «No hay constancia de que los afiliados a la agrupación tuvieran que correr jamás a refugiarse o se propusieran hacerlo», señala uno de los socios, el periodista Colin Coote: Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 173. **<<**

[63] * Al presentar armas, el porte «inclinado» del fusil lo mantenía apoyado en el hombro izquierdo con la culata agarrada con la mano de ese mismo lado y con una inclinación de cuarenta y cinco grados, mientras que el «porte largo» era físicamente mucho más exigente, ya que el arma debía sujetarse en vilo con ambas manos para mostrarla cruzada sobre el pecho y con idéntica inclinación diagonal. <<

[69] * En febrero de 1944, Churchill, que intentaba mantenerse perfectamente al tanto de la política estadounidense, quiso invitar al número 10 de Downing Street a Isaiah Berlin, el gran catedrático de Oxford que llevaba algún tiempo trabajando para Gran Bretaña en la embajada de Washington y que había redactado trabajos muy perspicaces sobre esa cuestión. Sin embargo, lo confundió con el cantante y compositor estadounidense Irving Berlin, que se encontraba en ese momento en Gran Bretaña con el fin de recaudar fondos destinados a diversas organizaciones benéficas. Así las cosas, durante el almuerzo, Churchill acosó al compositor de «*Blanca Navidad*» y del «*Alexander's Ragtime Band*» con preguntas del tipo: «¿Cuándo cree usted que terminará la guerra, señor Berlin?». El artista respondió lo mejor que pudo, pero aún se tardaría algún tiempo en comprender lo que había ocurrido: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 472. <<

[75] * Versos del poema titulado «*Locksley Hall*»:

Vi los cielos henchidos por el tráfago, y mercantes de mágicas velas,
vi a pilotos de ocasos encendidos descender cargados de fardos costosísimos;
oí retumbar aullidos en los cielos, y el rumor de las espantosas lluvias y rocíos
que hacen brotar de sus naves aéreas las naciones que se enzarzan en lo alto. <<

[81] * Churchill se refiere aquí a un modelo de avión concreto, el cuatrimotor Fw 200 Condor, fabricado por la compañía aeronáutica alemana Focke-Wulf Flugzeugbau AG. <<

[129] * Como se sabe, Gran Bretaña no había prestado en cambio ayuda militar a Polonia, a pesar de que también a ese país le hubiera dado una garantía solemne antes de la guerra. <<

[147] * Pese a todo, Leathers consiguió ser efectivamente ennoblecido, ya que habiendo comenzado la guerra con el título de barón la acabó siendo ya vizconde. <<

[211] * El 29 de marzo, durante el almuerzo, Churchill había dado a sus invitados de Chequers una breve conferencia sobre los diversos invasores que se habían atrevido a penetrar en Rusia en el transcurso de los siglos, resaltando especialmente la figura del rey Carlos XII de Suecia, cuya invasión se había ido al traste en la batalla de Poltava, un siglo antes del fracaso de la campaña lanzada por Napoleón en 1812. Churchill era perfectamente consciente de la enormidad del empeño en que se había embarcado Hitler, y describió el acontecimiento diciendo que se trataba «del cuarto período climatérico de la contienda» —y explicó a continuación que los tres primeros habían sido la caída de Francia, la batalla de Inglaterra, y la aprobación de la Ley de Préstamo y Arriendo—. En referencia al término «climatérico» (momento o período crítico en la vida de una persona o en el curso de un acontecimiento) Elizabeth Layton (que más tarde se casaría con un soldado sudafricano llamado Frans Nel), una secretaria que había comenzado a trabajar para el primer ministro ese mismo mes de abril, comentará: «No falla, [Churchill] encuentra siempre alguna palabra de la que nadie más que él ha oído hablar jamás»: Nel, *Personal Secretary*, op. cit., p. 71. <<

[214] * Puede afirmarse casi con toda seguridad que estas manifestaciones se hacen deliberadamente eco de la descripción que ofrece Gibbon de la historia, que, según mantiene, «apenas pasa de ser el registro de los crímenes, los dislates y las desdichas de la humanidad». <<

[14] º Recuérdese que, al iniciar sus comunicaciones secretas con Roosevelt, siendo primer lord del Almirantazgo con Chamberlain, Churchill había elegido el nombre en clave de «Miembro de la armada», y que al ser nombrado primer ministro lo cambió por el de «Antiguo miembro de la armada». Véase «No obstante, de todas las nuevas amistades…». (N. del t.) <<

[56] º Ya que era doctor en ciencias químicas por Harvard. (N. del t.) <<

[60] oo Véase la nota de traducción «“*Military Aspects of the Continental Problem*”. Traduzco…». (N. del t.) <<

[62] º Ya que procedía de una larga tradición militar. (N. del t.) <<

[85] º Táctica de guerra alemana (y nombre de sus unidades) consistente en lanzar un gran número de submarinos contra un convoy de buques enemigos. (N. del t.) <<

[117] ◦ Organismo de investigación sociológica creado en 1937. Pese a que sus trabajos terminaron en 1961, volvió a activarse en 1981. (N. del t.) <<

[120] oo Algo menos de quinientos kilómetros. (N. del t.) <<

[122] ◦ El Cuarteto de Oro era un grupo formado por cuatro oficiales árabes sunitas de las fuerzas armadas iraquíes, muy influenciados por el embajador alemán Fritz Grobba. (N. del t.) <<

[134] º «No digas que la lucha fue en vano», aunque no consta que exista traducción al castellano. (N. del t.) <<

[145] º Por contracción del apellido Beaverbrook en «*Beaver*», apodo del ex ministro, cuyo significado remite efectivamente a ese animal. (N. del t.) <<

[162] ◦ Nombre del barco inglés en el que Napoleón, perseguido, pidió asilo al capitán Frederick Lewis Maitland el 15 de julio de 1815, un mes después de haber sido derrotado en Waterloo. (N. del t.) <<

[173] ◦ En sentido figurado, «*to carve the chicken*» equivale a nuestro «cortar el bacalao», pero ese pequeño cambio de «menú» habría oscurecido el comentario de Churchill. (N. del t.) <<

[220] º Juego de palabras intraducible: la expresión que emplea Churchill («*Make hell while the sun shines*») es una adaptación libre de la ortodoxa «*Make* hay *while the sun shines*». La idea de acumular el heno mientras luce el sol, antes de que llueva y la humedad amenace con pudrirlo es sinónimo de aprovechar una oportunidad, y Churchill utiliza la semejanza fonética entre «hay» y «hell» para instar a su ejército a terminar «a sangre y fuego» con el enemigo («make hell») y sacar partido de la situación. (N. del t.) <<

[1] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. xxix. **<<**

[2] WSC, *Marl*, vol. I, op. cit., p. 775. <<

[3] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 24 de junio. <<

[4] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 308. <<

[5] CS, vol. VI, op. cit., p. 6432. <<

[6] Id. loc. <<

[7] Ibid, p. 6438. <<

[8] Ruane, *Bomb,* op. cit., pp. 24-26. <<

[9] Farmelo, *Bomb*, pp. 37-38; Ruane, Bomb, op. cit., passim. **<<**

[10] Ruane, *Bomb*, op. cit., p. 26. <<

[11] Capet, «*Scientific*», op. cit., p. 9. <<

[12] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 123. **<<**

[14] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 412-413. **<<**

[15] Ibid, p. 412. <<

[16] Id. loc. <<

[17] CS, vol. VI, op. cit., p. 6450. <<

[18] Ibid, p. 6451. <<

[20] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 344. <<

[21] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 374. <<

[23] Kennedy, *Business*, op. cit., p. 80. <<

[26] CAC, HARV, loc. cit., 3/1/Segunda parte. <<

[27] CAC, HARV, loc. cit., 1/1; BU, loc. cit., AP/20/1/23. <<

[29] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 415. <<

[30] WSC, *Unrelenting*, p. 198. <<

[31] *Spectator*, 22 de octubre de 2016, p. 33. <<

[32] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 416. <<

[33] Ibid, p. 417. <<

[35] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[36] Id. loc. <<

[37] Id. loc. <<

[38] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 123. <<

[39] James, *Undaunted,* op. cit., p. 226. **<<**

[40] CS, vol. VI, op. cit., pp. 6460-6461. <<

[41] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., pp. 377-378. <<

[42] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 423. **<<**

[43] Ibid, p. 424. <<

[44] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[45] Id. loc. <<

[46] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 56. <<

[47] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[48] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 126. <<

[49] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 381. <<

[50] Potter, *Pim*, op. cit., p. 18. <<

[51] Stuart (comp.), *Reith Diaries*, op. cit., p. 283. <<

[52] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 127. **<<**

[53] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., pp. 396-397. <<

[54] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 127. <<

[55] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 57. <<

[56] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 126. <<

[57] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 396. <<

[58] Id. loc. <<

[59] Potter, *Pim*, op. cit., p. 18. <<

[60] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 127. <<

[61] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[63] WSC, *TSWW*, vol. I, op. cit., p. 345. <<

[65] Ward (comp.), *Closest Companion*, p. 141. <<

[66] WSC, *Marl*, vol. I, op. cit., p. 825. <<

[67] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 624. <<

[68] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 724. <<

[69] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[70] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 384. <<

[71] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 58. <<

[72] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[73] Potter, *Pim*, op. cit., p. 21. <<

[74] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 128. <<

[75] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 60. <<

[77] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 402. <<

[78] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 19 de agosto. **<<**

[79] Roberts, *Eminent Churchillians*, pp. 256-258. <<

[80] Gretton, *Naval Person*, op. cit., pp. 300-301. **<<**

[81] CS, vol. VI, op. cit., p. 64. <<

[82] Snyder, *Black Earth*, p. 146. <<

[83] CS, vol. VI, op. cit., p. 6477. <<

[84] WSC, *Unrelenting*, op. cit., pp. 310-311. <<

[86] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 432. **<<**

[87] Ibid, p. 434. <<

[88] Ibid, p. 433. <<

[89] Ibid, p. 434. <<

[91] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 386. <<

[92] Id. loc. <<

[93] Ibid, pp. 386-387. <<

[94] Ibid, p. 387. <<

[95] Ibid, pp. 386-387. <<

[96] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 437. <<

[97] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[98] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 405. <<

[99] BU, loc. cit., AP/20/1/21. <<

[100] Id. loc. <<

[101] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 61. <<

[102] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 11 de septiembre. <<

[103] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 439. <<

[104] NA, CAB, 65/23, WM, loc. cit., (41) 94. <<

[105] NA, CAB, 65/23, WM, loc. cit., (41) 98. <<

[106] Kennedy (comp.), *Grand Strategies* p. 59. <<

[107] Ibid, p. 60. <<

[108] BU, loc. cit., AP/20/1/21. <<

[110] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 439. <<

[111] CIHOW, op. cit., p. 548. <<

[114] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 440. **<<**

[115] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 737. <<

[116] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 441. <<

[117] Id. loc. <<

[118] Ibid, p. 442. <<

[119] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 134. <<

[120] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 443. <<

[121] Id. loc. <<

[122] NA, PREM, loc. cit., 8/724. <<

[123] LHC, Dill Papers, loc. cit., 3/1/12. <<

[124] Id. loc. <<

[125] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 275. <<

[127] Ibid, p. 443; CAC, SCHL, loc. cit., 1/2/1. <<

[128] CS, vol. VI, op. cit., p. 6495. <<

[129] Aspinall-Oglander, *Keyes*, op. cit., p. 409. <<

[130] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 64. <<

[131] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 7 de octubre. <<

[132] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 133. <<

[133] Bryant, *Turn of the Tide*, op. cit… p. 261. **<<**

[134] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 423. <<

[135] BU, loc. cit., AP/20/1/21. <<

[136] Id. loc. <<

[137] Id. loc. <<

[138] Id. loc. <<

[140] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., pp. 249-250. <<

[141] Farmelo, *Bomb*, op. cit., p. 195. <<

[143] Ibid, pp. 191-192. <<

[144] Churchill, *Twenty-One Years*, p. 127. <<

[145] NA, CAB, 69/2, loc. cit., D (41), 64. <<

[146] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 192. <<

[148] Greenberg, *Welchman*, p. 46. <<

[149] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 189. <<

[150] CAC, HARV, loc. cit., 1/1. <<

[151] CWP, vol. III, op. cit., pp. 1391-1392. <<

[152] CS, vol. VI, op. cit., p. 6499. <<

[153] Ibid, p. 6501. <<

[154] WSC, *Dawn*, p. 24. <<

[156] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 313. **<<**

[157] CS, vol. VI, op. cit., p. 6510. <<

[159] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 188. <<

[160] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. xvi. <<

[162] WSC, WC, vol. III, op. cit., p. 193. <<

[163] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 113. <<

[164] Taylor (comp.), *Crozier*, op. cit., p. 142. <<

[165] FH, n.º 130, loc. cit., pp. 34-36. <<

[166] Howarth, *Intelligence Chief Extraordinary*, p. 166. <<

[167] Macmillan, *War Diaries*, p. 295. <<

[169] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 64. <<

[171] CAC, BRGS, loc. cit. <<

[172] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[173] Id. loc. <<

[174] Id. loc. <<

[175] Id. loc. <<

[176] Id. loc. <<

[177] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 207. <<

[178] Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 349; Pawle, *Warden*, op. cit., pp. 143, 6-7; Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 67. <<

[179] CS, vol. VI, op. cit., p. 6504. <<

[180] *Hansard*, vol. 376, op. cit., col. 1359. <<

[181] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., pp. 542-543. <<

[182] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[183] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., pp. pp. 539-540. **<<**

[184] Ibid, p. 540. <<

[186] Ramsden, «*Historian*», p. 14, n. 46. <<

[187] WSC, *End*, p. 173. <<

[188] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 568. <<

[189] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 283. <<

[190] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., p. 608. <<

[191] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/12. <<

[192] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 194. <<

[193] James (comp.), *Chips*, op. cit., pp. 313-314. <<

[195] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 9 de diciembre. **<<**

[196] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 23 de enero. <<

[197] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 144. **<<**

[198] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 43. <<

[199] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 144. <<

[200] CS, vol. VI, op. cit., p. 6533. <<

[201] CAC, HARV, loc. cit., 1/1. <<

[202] Id. loc. <<

[203] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 68. <<

[204] OB, vol. VI, op. cit., p. 1274. <<

[205] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1941: 12 de diciembre. <<

[206] Thorne (comp.), *Seven Christmases*, op. cit., p. 103. **<<**

[208] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 459. <<

[209] Id. loc. <<

[211] Id. loc. <<

[212] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 69. <<

[213] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 146. <<

[214] Thorne (comp.), *Seven Christmases*, op. cit., p. 104. <<

[215] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 460. <<

[216] Thorne (comp.), *Seven Christmases*, op. cit., p. 104. <<

[217] CWP, vol. III, op. cit., p. 1633. <<

[218] Ibid, p. 1634. <<

[219] Ibid, p. 1635. <<

[220] Ibid, p. 1636. <<

[222] Ibid, p. 1639. <<

[223] Ibid, p. 1642. <<

[224] Id. loc. <<

[225] Ibid, p. 1643. <<

[226] Ibid, p. 1650. <<

[228] Thorne (comp.), *Seven Christmases*, op. cit., p. 111; CAC, JACB, loc. cit., 1/12. <<

[229] Stelzer, *Dinner with Churchill*, p. 65. <<

[231] Thorne (comp.), *Seven Christmases*, op. cit., p. 122. **<<**

[232] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 151; Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 69.
<<

[233] Symonds, *Neptune*, p. 33. <<

[234] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 150. <<

[235] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 548. <<

[236] CS, vol. VI, op. cit., p. 6535. <<

[237] BIYU, *Halifax Diary*, loc. cit., 25 de diciembre de 1941. **<<**

[238] Meacham, *Franklin and Winston*, p. 86. <<

[239] CS, vol. VI, op. cit., p. 6537. <<

[241] Id. loc. <<

[242] Ibid, p. 6539. <<

[243] Ibid, p. 6540. <<

[244] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 16. <<

[245] Vale y Scadding, «*Myocardial Infarction*, —passim; Mather—, *Hardiness and Resilience*», pp. 83-97. <<

[246] Kennedy (comp.), *Grand Strategies*, op. cit., p. 53. **<<**

[247] NA, CAB, 80/33, COS, loc. cit., (42), 77. <<

[248] CS, vol. VII, op. cit., p. 6776. <<

[249] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 22. <<

[250] Freudenberg, *Churchill and Australia*, p. 1. **<<**

[251] Id. loc. <<

[252] Hancock y Gowing, *British War Economy*, op. cit., pp. 367-368, 373; Postan, Production, p. 247. <<

[253] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 152. <<

[254] CS, vol. VI, op. cit., p. 6543. <<

[255] Ibid, p. 6545. <<

[256] Weidhorn, *Rhetoric*, op. cit., p. 134, n. 14. <<

[257] Karsh, «*Portraits*», pp. 13-14. <<

[258] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 152. <<

[259] Dilks, *Dominion*, op. cit., p. 220. <<

[260] WSC, *TSWW*, vol. III, op. cit., pp. 605-607. <<

[261] CIHOW, op. cit., p. 365. <<

[262] Pawle, *Warden,* op. cit., p. 153. <<

[263] Martin, Downing Street, op. cit., p. 72. <<

[264] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 155. <<

[265] BIYU, Halifax Diary, loc. cit., 18 de febrero de 1942. <<

[266] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 73. <<

[267] BIYU, Halifax Diary, loc. cit., 18 de febrero de 1942. <<

[268] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 73. <<

[269] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., pp. 727-728. <<

[270] Bryant, *Turn of the Tide*, op. cit., p. 231. <<

[13] * No obstante, por esta misma época Churchill bromeará sobre sus propias dotes militares y le comentará a Eden: «Recuerda que en mi pecho brillan las medallas de los Dardanelos, Amberes, Dakar y Grecia», a las que también podría haber añadido la de Noruega: Keegan, *Second World War*, p. 312. <<

[19] * La fórmula «Segundo Frente» era un término ideado por la propaganda soviética, ya que en realidad Gran Bretaña ya había combatido a Alemania en un mínimo de cinco frentes antes de que la invasión hitleriana obligara a los soviéticos a abandonar la neutralidad progermana en la que habían permanecido instalados hasta entonces. Esos puntos de choque entre Gran Bretaña y Alemania se habían situado en el norte de Francia, en los cielos de Inglaterra, en el Atlántico, en el norte de África y en el Mediterráneo. <<

[22] ** El asesor estadounidense Harry Hopkins había regresado a Gran Bretaña ese mismo día, cargado de exquisiteces para Churchill —todas ellas muy difíciles de obtener en Inglaterra, como el jamón, el queso y los cigarros puros—. En un gesto que era al mismo tiempo un patente símbolo de la sólida amistad entre británicos y norteamericanos, el primer ministro le invitó a asistir a la reunión del gabinete. «Tuvimos que deshacernos de él antes de que terminara el cónclave pretextando que íbamos a tratar de asuntos internos, —relata Cadogan—, ¡cuando en realidad de lo que nos disponíamos a hablar era de Estados Unidos y el Extremo Oriente»: Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 393. <<

[24] *** El hecho de que en agosto de 1940 se nombrara director general del Ministerio de Información a Frank Pick, ex presidente de la Junta Londinense para el Transporte de Pasajeros, no contribuyó en nada a que Duff Cooper permaneciera en su puesto. Al enterarse de que Pick planteaba objeciones morales a la publicación de un boletín clandestino destinado a favorecer la subversión, ya que consideraba que la mentira era contraria a la ética, Churchill cogió la mano de Attlee y gritó: «¡Chócale los cinco! ¡Chócale los cinco! ¡Así podrás decirle a san Pedro que has conocido al hombre perfecto!». Cuatro meses después de haber sido nombrado para el cargo, el primer ministro despedía a Pick, y tras desembarazarse de él exclamaba: «No vuelvan a permitir que ese irreprochable chófer de autobuses se acerque a mi puerta»: Halle, *Irrepressible*, op. cit., pp. 175-176. <<

[34] * Al explicarle Colville al primer ministro las pruebas matemáticas y test de inteligencia que se había visto obligado a superar antes de que se aceptara su incorporación a la RAF, Churchill «observó que, si esa era la norma, se habríajuzgado inadecuados tanto a Nelson como a Napoleón». Lo que el primer ministro quería saber era qué sentido tenía tomarse tantísimas precauciones con un montón de «jugadores de ajedrez destinados a morir de epilepsia en plena juventud»: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 428. (En realidad, tanto Nelson como Napoleón eran matemáticos notablemente competentes, así que es muy probable que hubieran descollado en esas pruebas.) <<

[62] * Véase «Una semana antes, el lunes 29 de julio…» <<

[64] ** Fiorello LaGuardia, un hombre obeso de un metro cincuenta y siete de estatura que sin embargo demostraba una gran energía, fue alcalde de Nueva York entre 1934 y 1945. <<

[76] * En esta época, lo habitual era que, en un corte temporal cualquiera, estuvieran surcando el Atlántico unos quince convoyes simultáneamente. <<

[113] * Actualmente propiedad del autor. <<

[155] * Según refiere Channon, se trató de *sir* Waldron Smithers, pero en las actas del *Hansard* se recoge otra identidad: la de *sir* George Broadbridge. <<

[168] * Macmillan señala que Churchill había dado a la frase una «entonación sibilante para transmitir un remedo del temor mismo al que aludía». <<

[194] * Los amantes de las teorías conspiratorias han lanzado sobre Churchill y Roosevelt la acusación de que sabían con antelación que iba a producirse el ataque de Pearl Harbor y que sin embargo no hicieron nada por evitarlo. No obstante, los historiadores serios de todo el mundo coinciden en señalar que no existen pruebas creíbles capaces de sostener esta pretensión, que apunta a un comportamiento que habría sido contrario a todas las convicciones que tanto el presidente como el primer ministro defendían en materia de patriotismo y sentido del honor. <<

[221] * La plaza británica, que contaba con una defensa reducida, caía quince días después. <<

[230] * En Inglaterra, para comprobar la inocuidad de los puros, los servicios secretos de lord Rothschild utilizaban el expediente de fumarse uno de cada caja. <<

[240] * Churchill estuvo siempre convencido de que no le habría ido mal en la política estadounidense. «Podría haber nadado sin dificultad alguna en estas aguas», le dirá en una ocasión a Charles Eade: CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[25] º Agentes del Ministerio de Información encargados de indagar en la moral pública. Véase «La Cámara le escuchó con toda cortesía, pero no…». Respecto a la campaña, valga recordar que los medios de comunicación le atacaban por considerarle enemigo de la prensa libre. De hecho, Cooper autorizó la implacable denuncia del novelista Pelham Grenville Wodehouse, que había hecho desde Berlín unos comentarios humorísticos por la radio juzgados poco aconsejables. (N. del t.) <<

[28] ºº Organismo precursor del Ministerio de Educación, creado en Gran Bretaña en 1944. (N. del t.) <<

[85] ◦ Se trata del hijo de Reza Pahlevi, Mohamed Reza Pahlevi, que conservaría el título de *sah* de Irán hasta el 11 de febrero de 1979, fecha en la que triunfa la revolución que instaura la república islámica actualmente existente. (N. del t.) <<

[90] ◦ Es decir, que el macho tiene más de una pareja sexual. (N. del t.) <<

[109] ◦ Cargo, actualmente ceremonial, otorgado desde la Edad Media a los oficiales y almirantes de la corona a los que se asignaba la misión de controlar los llamados Cinco Puertos de la costa meridional de Inglaterra. Estos fondeaderos gozaban de ciertos privilegios y a cambio debían proporcionar al rey una flota, tanto de guerra como de transporte. (N. del t.) <<

[112] ºº El «*Jabberwocky*» es un poema elaborado con palabras inventadas, de una creatividad extraordinaria, en el que se narra la aniquilación de una suerte de dragón monstruoso llamado Jabberwock. Compuesto por Lewis Carroll, puede encontrarse en *Alicia a través del espejo*. (N. del t.) **<<**

[126] º Algo así como las «Rarezas» o las «Chifladuras de Hobart». Se trataba en especial de un conjunto de tanques de batalla especialmente modificados para salvar obstáculos complejos, protegerse de diversos proyectiles, asaltar fortificaciones o realizar tareas de ingeniería militar. (N. del t.) <<

[139] º Ingeniero e inventor estadounidense encargado de la investigación militar. Logró desarrollar el radar y fue uno de los impulsores del Proyecto Manhattan. (N. del t.) <<

[142] ◦ Se trata de una localidad del condado de Dutchess, en el estado de Nueva York. En ella nació y vivió toda su vida Franklin D. Roosevelt. Se usa aquí como metonimia del domicilio del presidente estadounidense. (N. del t.) <<

[147] ◦ El «Barracón 6» («*Hut 6*») fue una de las secciones más importantes de la Escuela Gubernamental de Codificación y Cifrado de Bletchley Park. Su misión consistía en descifrar los mensajes en clave de las máquinas Enigma del ejército de tierra y las fuerzas aéreas alemanas. Por su parte, el «Barracón 8» se encargaba de decodificar los de la armada hitleriana. (N. del t.) <<

[158] ◦ Expresión que se aplica al que se anda con rodeos. (N. del t.) <<

[161] º Miembros de una extensa familia de origen inglés, llegada a Irlanda en el siglo XVII, durante la colonización de ese territorio. (N. del t.) **<<**

[170] º «Auk» era el apodo que se daba al general *sir* Claude Auchinleck, comandante en jefe de las Fuerzas del Oriente Próximo entre julio de 1941 y agosto de 1942. (N. del t.) <<

[185] ◦ Entiéndase como sinónimo despectivo de «italiano». (N. del t.) <<

[207] ◦ Entre ochocientos kilómetros y algo menos de mil. (N. del t.) <<

[210] º Poco más de once kilómetros por hora. (N. del t.) <<

[227] ◦ Casi 52 kilómetros por hora. (N. del t.) <<

[1] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 78. <<

[2] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 238. <<

[3] CAC, BRGS, 2/1118, loc. cit., enero de 1942. <<

[4] Id. loc. <<

[5] Id. loc. <<

[6] Id. loc. <<

[7] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 19 de enero. **<<**

[8] *Manchester Guardian*, 19 de enero de 1942. <<

[9] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 429. <<

[10] OB, vol. VII, op. cit., p. 40. <<

[11] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 337. **<<**

[13] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 317. <<

[14] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 206. **<<**

[15] NA, CAB, loc. cit., 69/4/23. <<

[16] BU, AP, loc. cit., 20/1/22. <<

[17] WSC, *TSWW*, vol. II, op. cit., p. 15. <<

[18] CAC, HARV, 2/1, loc. cit., Primera parte. <<

[19] CS, vol. VI, op. cit., p. 6555. <<

[20] Id. loc. <<

[21] *Hansard*, vol. 377, op. cit., col. 685. <<

[22] CS, vol. VI, op. cit., p. 6559. <<

[23] Ibid, p. 6565. <<

[24] Ibid, p. 6558. <<

[25] OB, vol. VII, op. cit., p. 51. <<

[26] CS, vol. VI, op. cit., p. 6571. <<

[28] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 209. **<<**

[30] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 433. **<<**

[31] Ibid, p. 4. <<

[32] CAC, BRGS, 2/11loc. cit., 2 de febrero de 1942. **<<**

[33] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 87. <<

[35] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 3 de febrero. <<

[36] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., pp. 432-433. <<

[37] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 10 de febrero. <<

[38] Brodhurst, *Anchor*, op. cit., p. 208. <<

[39] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 433. **<<**

[41] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 211. **<<**

[43] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 463-464. <<

[44] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 321. <<

[45] Overy, *Air War*, pp. 122-125. <<

[46] LHC, Kennedy Papers, loc. cit., 4/2/4. <<

[47] CS, vol. VI, op. cit., p. 6587. <<

[48] Ibid, p. 6584. <<

[49] Ibid, p. 6585. <<

[50] Ibid, p. 6587. <<

[51] Id. loc. <<

[52] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 212. <<

[53] LHC, Kennedy Papers, loc. cit., 4/2/4. <<

[54] Lochner (comp.), *Goebbels Diaries*, op. cit., p. 9. **<<**

[55] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 163. <<

[56] Potter, *Pim*, op. cit., pp. 22-23. <<

[57] Kennedy (comp.), *Grand Strategies*, op. cit., p. 55. <<

[58] OB, vol. VII, op. cit., p. 34. <<

[59] Libro de apuestas del Other Club. <<

[61] James, *Undaunted,* op. cit., p. 224. **<<**

[62] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 16 de febrero. <<

[63] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 411. **<<**

[64] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 322. <<

[65] CS, vol. VI, op. cit., p. 6597. <<

[66] Lloyd George, *David & Winston*, p. 238. <<

[67] BIYU, Halifax Diary, loc. cit., 20 de febrero de 1942. <<

[68] Hart-Davis (comp.), King’s Counsellor, op. cit., p. 210. <<

[70] Chisholm y Davie, *Beaverbrook*, op. cit., p. 429. **<<**

[71] CAC, MRGN, loc. cit., 1/4/8. <<

[72] CAC, MRGN, loc. cit., 1/4/9. <<

[73] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 213. <<

[74] Stuart (comp.), *Reith Diaries*, op. cit., p. 59. **<<**

[75] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 24 de febrero. <<

[76] Brodhurst, *Anchor*, op. cit., p. 208. <<

[77] CAC, CHAR, loc. cit., 20/53A/98-99. <<

[78] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 440. **<<**

[79] LHC, Kennedy Papers, loc. cit., 4/2/4. <<

[80] Id. loc. <<

[81] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 223. **<<**

[83] *Sunday Dispatch*, 8 de marzo de 1942. <<

[84] CAC, BRGS, 2/11, loc. cit., 9 de marzo de 1942. <<

[85] Id. loc. <<

[87] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 21 de marzo. **<<**

[89] CS, vol. VII, op. cit., p. 7445. <<

[90] Riff (comp.), *Dictionary*, p. 170. <<

[91] Coward (comp.), *Gandhi*, p. 243. **<<**

[92] Tunzelmann, *Indian Summer*, pp. 110-111. <<

[93] Herman, *Gandhi and Churchill*, p. 446. <<

[94] Roberts, *Holy Fox*, op. cit., p. 72. <<

[95] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 10 de marzo. <<

[96] Ibid, 17 de marzo. <<

[98] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 417. **<<**

[99] Ibid, p. 419. <<

[100] Ibid, p. 420. <<

[101] Ibid, p. 421. <<

[103] Id. loc. <<

[104] CAC, BRGS, 2/12, loc. cit., 23 de marzo de 1942. **<<**

[105] Borneman, *MacArthur at War*, p. 173. <<

[106] Id. loc. <<

[107] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 421. <<

[108] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 202. <<

[109] Ibid, p. 454. <<

[110] CAC, BRGS, 2/12, loc. cit., 30 de marzo de 1942. <<

[111] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 243. <<

[112] LHC, Kennedy Papers, loc. cit., 4/2/4. <<

[113] BU, AP, loc. cit., 20/1/22. <<

[114] Id. loc. <<

[115] Hatfield House, loc. cit., 5M/62/1. <<

[116] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 424. <<

[117] Roberts, *Masters and Commanders*, pp. 137-166. <<

[118] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 446. <<

[119] Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, op. cit., pp. 530-531. <<

[120] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 195. <<

[121] Lowenheim, *Wartime Correspondence*, p. 204. <<

[122] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 185. <<

[123] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., pp. 448-449. <<

[124] NA, CAB, loc. cit., 69/4/59. <<

[125] NA, CAB, 69/4, COS Committee, n.º 118, loc. cit., 14 de abril de 1942.
<<

[126] OB, vol. VII, op. cit., p. 89. <<

[127] NA, CAB, 69/4, Defence Committee, n.º 10, loc. cit., 14 de abril de 1942. <<

[128] NA, CAB, loc. cit., 69/4/61-62. <<

[129] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., pp. 289-290. <<

[130] Ismay, *Memoirs*, op. cit., p. 250. <<

[131] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 35. <<

[132] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 248. <<

[133] Id. loc. <<

[134] Ibid, p. 249. <<

[135] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 450. <<

[136] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 168. <<

[137] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 523. <<

[138] Id. loc. <<

[139] Ibid, pp. 458-459. <<

[140] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 223. <<

[141] CS, vol. VI, op. cit., p. 6615. <<

[142] Id. loc. <<

[143] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 223. <<

[144] Ibid, p. 224. <<

[145] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 327. <<

[146] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 464. <<

[147] Ibid, p. 465. <<

[148] Id. loc. <<

[149] CAC, RDCH, loc. cit., 1/2/46. <<

[150] PA, BBK, loc. cit., C/92. <<

[151] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 195. <<

[152] Fladgates Archives, Moir Doc., capítulo II. <<

[153] NA, CAB, 195/1, WM, loc. cit., (42) 53.º. <<

[154] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 755. <<

[157] LHC, Kennedy Papers, loc. cit., 4/2/4. <<

[158] CS, vol. VI, op. cit., p. 6631. <<

[159] Ibid, p. 6633. <<

[160] Ibid, p. 6637. <<

[162] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 19 de mayo. <<

[163] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 172. <<

[164] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. I, op. cit., p. 497. **<<**

[165] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 432. <<

[166] WSC, *TSWW*, vol. I, op. cit., pp. 288-289. <<

[167] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 450. <<

[168] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 28 de mayo. <<

[169] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. II, p. 494. <<

[170] FRUS, 1942, vol. III, p. 594. <<

[172] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 66. <<

[173] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 30 de junio. <<

[174] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 456. **<<**

[175] BU, AP, loc. cit., 20/1/22. <<

[176] James, *Undaunted*, op. cit., p. 238. <<

[177] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/17. <<

[178] CAC, BRGS, 2/12, loc. cit., 8 de junio de 1942. <<

[179] Id. loc. <<

[180] NA, CAB, 195/1, WM, (42), loc. cit., 74.º. <<

[181] Id. loc. <<

[182] LHC, Kennedy Papers, loc. cit., 4/2/4. <<

[183] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 279. <<

[184] LHC, Kennedy Papers, loc. cit., 4/2/4. <<

[185] TCD, vol. 17, op. cit., p. 795. <<

[186] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 173. <<

[187] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 81. <<

[188] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 341. <<

[189] Reynolds, *Command*, p. 334. <<

[190] Id. loc. <<

[191] Ibid, p. 335. <<

[192] Ruane, *Bomb*, op. cit., p. 43. <<

[193] Ibid, pp. 44-45. <<

[194] LHC, Kennedy Papers, 4/2/4, loc. cit., 23 de junio de 1942. <<

[195] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 344. <<

[197] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 200. <<

[198] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 344. <<

[199] Ward (comp.), *Closest Companion*, op. cit., p. 167. <<

[12] * Una afirmación que muchas veces ha llevado a la errónea conclusión de que alude a los años cuarenta, cuando lo cierto es que en esa fecha Roosevelt celebraba su sexagésimo cumpleaños. <<

[27] * Los parlamentarios británicos acostumbran a darse unos a otros el calificativo de «honorables», y si se añade el epíteto «gallardo» es porque el diputado en cuestión pertenece a las fuerzas armadas o ha sido miembro de ellas. El quid de la intención desdeñosa del comentario de Southby reside en el hecho de que se propusiera explicar un uso que, en boca de cualquier otro miembro de la Cámara, habría sido una mera expresión de cortesía. <<

[40] * Se trata de la flotilla de aviones embarcada en los buques de la armada. Esta rama de la aviación fue fundada en 1924, y surgió como una suerte de reactivación del Real Servicio Aéreo Naval que Churchill creara en 1914. <<

[42] * En referencia a la conducta de una serpiente de cascabel. <<

[97] * En sus respectivos diarios, Cadogan habla de una «pequeña operación», y Oliver Harvey de una «misteriosa intervención de poca importancia». No sabemos de qué se trata. <<

[196] * Durante la guerra de Independencia de Estados Unidos, el general John Burgoyne se rindió al Ejército Continental de las Trece Colonias en la batalla de Saratoga en 1777. <<

[29] º Los analistas de Bletchley Park daban el nombre de «*Shark*» a los submarinos alemanes que navegaban por el Atlántico, mientras que las naves que operaban en otros océanos o mares se identificaban con el nombre de «*Dolphin*». (N. del t.) <<

[34] oo Un tipo de estructuras de forma más o menos piramidal, hechas de hormigón, troncos, cables u otros materiales, destinadas a impedir o dificultar el movimiento de los tanques y la infantería mecanizada. El objetivo consistía en reducir la velocidad de los blindados y conducirlos hacia zonas de aniquilación en las que podían ser fácilmente eliminados mediante armas anticarro. (N. del t.) <<

[60] º Pero por poco, ya que la ocupación japonesa comenzó el 31 de enero de 1942, y su vuelta a manos británicas tuvo lugar el 12 de septiembre de 1945, tras haberse rendido el Japón el 15 de agosto de ese año. (N. del t.) <<

[69] ◦ Con el que Beaverbrook había tenido graves desacuerdos, como se recordará. Véase «El 16 de enero, el rey anota en su…». (N. del t.) <<

[82] ◦ Como otras veces, se traduce únicamente para facilitar la lectura. No consta que exista versión en castellano. (N. del t.) <<

[86] º Antiguo conjunto de estados, surgidos de la fragmentación del imperio mongol y gobernados por distintos maharajás. (N. del t.) <<

[88] º Ladrones armados, generalmente de extracción humilde, que operaban en grupo, tanto en el norte como en el centro del subcontinente, desde los tiempos de la Compañía Británica de las Indias Orientales. (N. del t.) <<

[102] º Aunque podría tratarse de una simple apreciación, surge la duda de si Maisky apunta a una consecuencia residual de la «misteriosa operación» que le habrían practicado a Churchill «ese mismo día», ya que, según el DRAE, el «estado crepuscular» es una situación «intermedia entre la conciencia y la inconsciencia», que se produce «antes o después del sueño» o «tras una anestesia general». (N. del t.) <<

[155] º Véase la nota de traducción «La que avanza por pequeños tramos, de no más…». (N. del t.) <<

[156] oo Locución latina de carácter jurídico que significa «estar en plena posesión de las propias facultades mentales». (N. del t.) <<

[161] ◦ Se conoce con esta expresión propagandística una secuencia de tres masivos ataques aéreos nocturnos realizados por la RAF contra las ciudades alemanas en el verano de 1942. (N. del t.) <<

[171] º Véase la nota de traducción «Se trata de ancladeros portátiles…». (N. del t.) <<

[1] CS, vol. VI, op. cit., p. 6661. <<

[2] WSC, *Marl*, vol. II, op. cit., p. 381. <<

[3] Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[5] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 333. **<<**

[6] Gallup, *Opinion Polls*, op. cit., p. 61. <<

[7] CAC, HARV, 2/1, loc. cit., Primera parte. <<

[8] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 347. <<

[9] CAC, RDCH, loc. cit., 1/3/1. <<

[10] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 271. <<

[11] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 429. <<

[12] Hassall (comp.), *Ambrosia*, op. cit., pp. 220-221. **<<**

[13] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 353. <<

[14] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 334. <<

[17] *Hansard*, vol. 381, op. cit., col. 528. <<

[18] CS, vol. VI, op. cit., p. 6646. <<

[19] Ibid, p. 6649. <<

[20] Ibid, p. 6657. <<

[21] Ibid, p. 6661. <<

[22] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 460. **<<**

[24] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 7 de julio. <<

[25] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 440. **<<**

[26] Ibid, p. 442. <<

[27] Id. loc. <<

[28] Ibid, p. 443. <<

[29] NA, CAB, 65/30, WM, (42), loc. cit., 64. <<

[30] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 449. **<<**

[31] Ibid, p. 448. <<

[32] Vego, «*PQ17*», p. 84. <<

[33] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 461. <<

[34] Ibid, p. 462. <<

[35] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 282. <<

[36] Jacob, «*Grand Strategy*», p. 532. <<

[37] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 463. <<

[38] Jacob, «*Grand Strategy*, op. cit., p. 533. <<

[39] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 28 de julio. <<

[40] Gallup, *Opinion Polls*, op. cit., pp. 61-113. **<<**

[41] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 252. <<

[42] Eden, *Reckoning*, op. cit., p. 333. <<

[43] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/19. <<

[44] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 189. <<

[45] Id. loc. <<

[46] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 466. <<

[47] Courtenay, «*Smuts Dimension*», op. cit., p. 59. <<

[48] Keegan (comp.), *Churchill and his Generals*, pp. 129-130. **<<**

[50] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 467. <<

[51] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 414. <<

[52] Evans (comp.), *Killearn Diaries*, op. cit., p. 245. <<

[53] Ibid, pp. 245-246. <<

[56] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., pp. 412-424. <<

[57] Keegan (comp.), *Churchill and his Generals*, op. cit., p. 11. **<<**

[58] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 259. **<<**

[59] Id. loc. <<

[60] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 254. <<

[61] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 412. <<

[62] CS, vol. VI, op. cit., p. 6751. <<

[63] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 469. <<

[64] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 467. <<

[65] Id. loc. <<

[66] WSC, *Marl*, vol. I, op. cit., p. 569. <<

[68] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 467. <<

[70] Macintyre, *Rogue Heroes*, p. 167. <<

[71] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 466; OB, vol. VII, op. cit., p. 172. <<

[72] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[73] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 5. <<

[74] Ibid, p. 194. <<

[75] Owen, *Tedder*, p. 171. <<

[76] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 195; WSC, TSWW, vol. IV, op. cit., pp. 428-429. <<

[77] FH, n.º 140, loc. cit., p. 29. <<

[78] NA, FO, 800/300/50, loc. cit., p. 123. <<

[79] Owen, *Tedder*, op. cit., p. 171. <<

[80] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[81] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 6. <<

[82] Ibid, pp. 6, 194. <<

[83] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[84] CAC, KENN, 4/2/4, loc. cit., p. 302. <<

[85] Gillies, *Radical*, p. 131. <<

[86] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 433. <<

[87] Ibid, p. 432; OB, vol. VII, op. cit., p. 178. <<

[88] Gillies, *Radical*, op. cit., p. 131. <<

[89] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 5. <<

[90] *Daily Telegraph*, nota necrológica de Patrick Kinna, 18 de marzo de 2009. <<

[91] NA, FO, loc. cit., 800/300/pp. 138-145. <<

[92] Id. loc. <<

[93] Gillies, *Radical*, op. cit., p. 135. <<

[94] NA, FO, loc. cit., 800/300/pp. 138-145. <<

[95] Gillies, *Radical*, op. cit., p. 133. <<

[96] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 255. <<

[97] CAC, ACAD, loc. cit., 7/2. <<

[98] Id. loc. <<

[99] Birse, *Memoirs*, p. 103; Moran, *Struggle*, op. cit., p. 63. **<<**

[100] Gillies, *Radical*, op. cit., p. 133; Pawle, *Warden*, op. cit., p. 194. <<

[101] Reynolds, *Command*, p. 345. <<

[102] Ibid, p. 346. <<

[103] CAC, CHUR, loc. cit., 4/25A/pp. 21-23. <<

[104] CAC, ISMAY, loc. cit., 2/3/261/1. <<

[105] Reynolds, *Command*, op. cit., pp. 347-348, 503. <<

[106] Ibid, p. 348. <<

[107] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 313. <<

[108] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 469. <<

[109] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 84. <<

[110] Stuart, *Within*, op. cit., p. 130. <<

[111] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[112] Id. loc. <<

[113] Andrew y Mitrokhin, *Mitrokhin Archive*, p. 157. <<

[114] Dilks, «*Churchill and the Russians*», p. 8. <<

[115] CS, vol. VI, op. cit., p. 6675. <<

[117] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 27 de agosto. <<

[118] CS, vol. VI, op. cit., p. 6665. <<

[119] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 350. <<

[120] Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, op. cit., p. 833. **<<**

[121] Herman, *Gandhi and Churchill*, op. cit., p. 498. <<

[122] CS, vol. VII, op. cit., pp. 6995. <<

[123] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[124] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 480. <<

[125] Ibid, p. 477. <<

[126] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, p. 241. <<

[127] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 76. <<

[129] Gallup, *Opinion Polls*, op. cit., p. 62. **<<**

[130] Cripps Papers, SC, 11/2/74, 75, 76, 81, 82. <<

[131] Cripps Papers, SC, loc. cit., 11/2/84. <<

[132] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 241. <<

[134] Ibid, p. 244. <<

[136] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 88. <<

[137] OB, vol. VII, op. cit., p. 239. <<

[138] PA, BBK, loc. cit., C/92. <<

[140] CS, vol. VI, op. cit., p. 6680. <<

[141] WSC, *End*, op. cit., p. 241. <<

[142] Ibid, p. 243. <<

[143] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 483. <<

[144] TCD, vol. 17, op. cit., p. 1278. <<

[146] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., pp. 66-67. <<

[147] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 486. <<

[148] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 3 de noviembre. <<

[149] James, *Undaunted*, op. cit., p. 223. <<

[150] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 3 de noviembre. <<

[151] Dilks (comp.), *Cadogan*, p. 488. <<

[152] Lord Chalfont, en Hastings (comp.), *Anecdotes*, p. 413. **<<**

[153] Hassall (comp.), *Ambrosia*, op. cit., p. 259. <<

[154] Dilks (comp.), *Cadogan*, p. 489. <<

[155] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 260. <<

[156] CS, vol. VI, op. cit., p. 6693. <<

[4] * *Jock*, el gato de color mermelada que patrullaba Chartwell, falleció el mismo día de la caída de Tobruk, pero se decidió no informar a Churchill hasta que no regresara de Washington: Pawle, *Warden*, op. cit., p. 119. **<<**

[15] * Tres años más tarde, Churchill lograría tomarse la revancha al afirmar en referencia a Winterton: «A menos que en el futuro su sagacidad y conocimiento de la Cámara se revelen notablemente superiores a lo que hoy ha exhibido, me veo obligado a advertirle que corre el grave riesgo de verse afectado por los rigores de la senilidad antes de llegar siquiera a viejo»: CS, vol. VII, op. cit., p. 7127. <<

[67] * A Churchill no le abandonó el sentido del humor en este período de circunstancias tan exigentes. En una ocasión en la que Smuts le reprochó que no apelara suficientemente a los motivos religiosos al actuar en política, el primer ministro le respondió: «Pues he investido a más obispos que nadie desde san Agustín»: Moran, Struggle, op. cit., p. 57. Podría parecer una muestra de insensibilidad que Churchill tuviera el cuajo de bromear el mismo día del fallecimiento de Gott, pero como él mismo habría de escribir años más tarde: «En la guerra, ¿quién no se ha abandonado a la risa en medio de las calaveras?»: WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 81. **<<**

[116] * En diciembre de 1929, Churchill había dicho que, «por su rango revolucionario», Stalin se hallaba «subordinado [a Trotski] y le era asimismo inferior en ingenio, aunque quizá no en historial delictivo»: WSC, *GC*, op. cit., pp. 123-125. En las ediciones de ese libro que salieron en el transcurso de la guerra, Churchill eliminó el capítulo en el que expresaba esos puntos de vista. <<

[135] * Ese mismo día, al pedírsele a la Cámara que emitiera una «categórica denuncia» oficial de Pierre Laval, el jefe de gobierno del régimen de Vichy, Churchill tuvo una de sus salidas ocurrentes: «Me temo que he agotado ya las posibilidades de la lengua inglesa»: WSC, *End*, op. cit., p. 186. <<

[16] º La expresión de Bracken es «*Bollinger Bolshevik*». «Bollinger» es el nombre de una antigua casa productora de vinos espumosos afincada en la Champaña. (N. del t.) **<<**

[23] º Paráfrasis de varias citas de la Biblia en las que se habla de «los débiles en la fe»: Romanos 14, 1-2, o I Corintios 8, 7-12, por ejemplo. (N. del t.) <<

[49] ◦ No hace falta dominar el inglés para apreciar la chispa de la situación, sobre todo teniendo en cuenta que en dicha lengua el apellido del ministro griego se escribe con «C» y no con «K». De este modo, la sorna de la letrilla de «*Canellopoulos! Can'tellopoulos! Canellopoulos…*», se debe a que remite a la idea de «*I can't tell you…*», en este caso algo así como «No sé cómo decirte…». (N. del t.) <<

[54] oo Literal y específicamente «Ametrallador», aunque en un sentido más general podría entenderse sinónimo de «belicoso» o «atacante». (N. del t.) <<

[55] º La expresión original es «*the Gabardene swine*». Si tenemos en cuenta que en la traducción inglesa de la Biblia se habla del «*miracle of the Gadarene Swine*», en alusión al relato que refiere que Jesús expulsó del cuerpo de un geraseno a los «espíritus inmundos» que lo tenían poseído y que estos «entraron en una gran piara de puercos» que acabó arrojándose al mar (Marcos 5, 1-13), parece claro que este malicioso comentario de Churchill sobre unos molestos oficiales de los que va a deshacerse es un guiño a los textos bíblicos. (N. del t.) **<<**

[69] º «La Madre de los Parlamentos» es una referencia a Inglaterra, equivalente a decir que en ella se encuentra «la cuna del parlamentarismo». La expresión se debe al político británico John Bright, que la pronunció en un discurso en 1865. La alusión al «urinario público» se debe a que, al acusar a Maclean de valerse del parlamento para esquivar la prohibición de ingresar en el ejército dice que lo hace «*in order to avoid the regulations that banned diplomats from joining the Services*», «servicios» que son a un tiempo los tres que forman el ejército y los baños públicos a los que se refiere más tarde. (N. del t.) <<

[128] ◦ Cadena de salones de té que abrió su primer negocio en 1894 en Piccadilly y creó un pequeño imperio de hostelería y restauración que todavía existe. (N. del t.) <<

[133] ºº Véase la nota de traducción «Churchill sabía perfectamente que no era ningún…». No obstante, es probable que la expresión «*Brains Trust*» también trajera a la mente de Churchill otras resonancias, ya que ese era el término con el que se conocía al grupo de expertos que aconsejaba a Franklin D. Roosevelt, tanto en su época de candidato a la presidencia de Estados Unidos como durante su mandato. (N. del t.) <<

[139] ◦ El galardón conocido con el nombre de «Libertad» puede ser concedido por varias ciudades escocesas. Es un reconocimiento de enorme prestigio que solo se otorga a las personas que gozan de la máxima estima de los ciudadanos —actores, deportistas, políticos, científicos…—, y una tradición que tiene más de cinco siglos. (N. del t.) **<<**

[145] º Polca compuesta por el músico checo Jaromír Vejvoda que se hizo muy popular en la segunda guerra mundial. En Italia se cantaba con otro título: *Rosamunda*, y en España, por razones obvias, no se divulgó. (N. del t.) <<

[1] CS, vol. VI, op. cit., p. 6704. <<

[2] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 510. <<

[3] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 340. <<

[5] CS, vol. VI, op. cit., p. 6695. <<

[6] Id. loc. <<

[7] Ibid, p. 6707. <<

[8] Ibid, p. 6701. <<

[10] Ibid, p. 6698. <<

[11] Ibid, p. 6702. <<

[12] Hinsley, *British Intelligence*, vol. I, op. cit., pp. 456-457. <<

[13] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 424. **<<**

[14] Ossad, *Bradley*, op. cit., p. 240. <<

[15] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1942: 17 de noviembre. <<

[16] Howard, *Grand Strategy*, vol. IV, p. 231. <<

[18] WSC, *Secret*, p. 81. <<

[19] Ibid, p. 83. <<

[20] Roosevelt, *As He Saw It*, p. 73. <<

[21] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 212. <<

[22] Ibid, p. 213. <<

[23] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 76. <<

[24] TCD, vol., 18, op. cit., pp. 59-60. <<

[25] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1943: 1 de enero. <<

[28] Ibid, 12 de enero. <<

[30] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 3. <<

[32] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 461; OB, vol. VII, op. cit., p. 634. <<

[34] Ismay, *Memoirs*, op. cit., p. 287. <<

[35] CS, vol. VII, op. cit., p. 6893. <<

[36] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 473. <<

[37] Ibid, p. 475. <<

[38] Id. loc. <<

[39] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 622. <<

[41] Rogers, *Folly*, p. 25. <<

[42] Ibid, p. 24. <<

[43] NA, CAB, loc. cit., 120/77. <<

[44] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[45] NA, CAB, loc. cit., 120/77. <<

[46] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 482. <<

[47] NA, CAB, loc. cit., 120/77. <<

[48] Id. loc. <<

[49] Id. loc. <<

[50] CS, vol. VII, op. cit., p. 6741. <<

[51] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 379. <<

[52] Sandys, *Chasing Churchill*, op. cit., p. 159. <<

[53] BU, AP, loc. cit., 20/1/23. <<

[54] Stuart, *Within*, op. cit., p. 157. <<

[55] PA, loc. cit., BBK/D/480. <<

[56] CS, vol. VII, op. cit., p. 6742. <<

[57] Ibid, p. 6749. <<

[58] Ibid, p. 6751. <<

[59] Ibid, p. 6752. <<

[60] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 279. <<

[62] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/29. <<

[64] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 284. <<

[66] Rose, *Nursing Churchill*, p. 158. <<

[67] Ibid, p. 159. <<

[68] Ibid, p. 164. <<

[71] *New York Times*, 22 de enero de 2006. <<

[73] CS, vol. VII, op. cit., p. 6760. <<

[74] Ibid, p. 6762. <<

[75] Ibid, p. 6763. <<

[76] Ibid, p. 6765. <<

[77] Marian *Holmes's Diary*, p. 1. <<

[78] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 117. **<<**

[79] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 389. <<

[81] Ibid, pp. 389-390. <<

[82] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 155. <<

[83] Howard, *Grand Strategy*, vol. IV, op. cit., p. 369. **<<**

[84] Dilks, «*Churchill and the Russians*», op. cit., p. 11. **<<**

[85] CS, vol. III, op. cit., p. 2771. <<

[86] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 291. **<<**

[87] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 509. **<<**

[88] Ibid, p. 510. <<

[89] BU, AP, loc. cit., 20/1/23. <<

[90] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/31. <<

[91] BU, AP, loc. cit., 20/1/23. <<

[92] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/34. <<

[93] Roskill, *Admirals*, pp. 229-230; O'Connell, «*Air Power Gap*»; Dimbleby, *Battle of the Atlantic*, passim. **<<**

[94] Bell, «*Air Power*», p. 693. <<

[95] Ibid, p. 717. <<

[96] Ibid, p. 718. <<

[97] Sterling, «*Getting*», p. 14. <<

[98] CAC, CHAR, loc. cit., 20/111. <<

[99] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 481. <<

[101] WSC, *Victory*, p. 174. <<

[102] CS, vol. VII, op. cit., p. 6775. <<

[103] Ibid, p. 6782. <<

[104] Kennedy, *Business*, op. cit., p. 274. <<

[105] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 481. **<<**

[106] Id. loc. <<

[107] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 727. <<

[109] Sterling, «*Getting*», op. cit., p. 13. <<

[110] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 484. <<

[111] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 730. <<

[112] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 484. <<

[113] Id. loc. <<

[114] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 522. <<

[115] *Stars and Stripes*, 7 de junio de 1943. <<

[116] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 416. <<

[117] Eden, *Reckoning*, op. cit., p. 389. <<

[118] *Stars and Stripes*, 7 de junio de 1943. <<

[119] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 104. <<

[120] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., pp. 420-421. **<<**

[121] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1943: 6 de abril. <<

[123] OB, vol. VII, op. cit., p. 437. <<

[124] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 168. <<

[125] Overy, *Bombing War*, p. 408. <<

[126] Rose, *Nursing Churchill*, p. 152. <<

[128] Weeks, *Organisation and Equipment*, p. 8. <<

[130] NA, CAB, 195/1, WM, (43), loc. cit., 92.º. <<

[131] Id. loc. <<

[132] Id. loc. <<

[133] Id. loc. <<

[134] WSC, *Onwards*, p. 136. <<

[136] Jacob, «*High Level*», op. cit., p. 367. <<

[137] RA, loc. cit., VI/PRIV/DIARY/COPY/1943: 29 de junio. <<

[138] TCD, vol. 18, op. cit., p. 1811. <<

[139] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., pp. 651-652. <<

[140] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 109. <<

[141] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 155. **<<**

[142] Kennedy (comp.), *Grand Strategies*, op. cit., p. 64. **<<**

[143] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 3. <<

[144] Lamb, *War Leader*, p. 225. <<

[146] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 572. <<

[147] Id. loc. <<

[148] BU, AP, loc. cit., 20/1/23. <<

[149] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, p. 138. <<

[150] Kersaudy, *Churchill and de Gaulle*, op. cit., p. 248; Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 303. <<

[151] Hart-Davis, *King's Counsellor* p. 231. <<

[152] BU, AP, loc. cit., 20/1/23. <<

[153] Id. loc. <<

[154] Id. loc. <<

[155] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 143. <<

[156] Id. loc. <<

[157] James (comp.), *Chips*, p. 345. <<

[158] Mukerjee, *Churchill's Secret War, passim*; Langworth, *Myth*, op. cit., pp. 149-154; Herman, «*Absent Churchill*»; Mitter, *China's War with Japan*, op. cit., p. 273; https:// winstonchu chill.hillsdale.edu/did-churchill-cause-the-bengal-famine/. <<

[159] James, *Churchill and Empire*, p. 304; Fort, Wavell, p. 361. <<

[160] Fort, *Wavell*, op. cit., p. 362. <<

[161] TCD, vol. 19, op. cit., p. 414. <<

[162] CAC, CHUR, loc. cit., 23/11; Langworth, Myth, op. cit., p. 150. <<

[163] NA, CAB, 65/41, loc. cit., 14 de febrero de 1944. <<

[164] TCD, vol. 19, op. cit., p. 755. <<

[165] Fort, *Wavell*, op. cit., p. 364. <<

[166] Collingham, *Taste of War*, p. 148. <<

[167] Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, op. cit., pp. 933-934. <<

[168] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 133. <<

[169] James, *Churchill and Empire*, op. cit., p. 184. <<

[170] NA, CAB, 65/41, loc. cit., 7 de febrero de 1944. <<

[171] TCD, vol. 19, op. cit., p. 1543. <<

[172] Herman, «*Absent Churchill*», op. cit., p. 51. **<<**

[173] TCD, vol. 19, op. cit., p. 2554. <<

[174] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. III, op. cit., p. 117.
<<

[175] FH, n.º 142, loc. cit., p. 35. <<

[176] https://winstonchurchill.hillsdale.edu/churcills-secret-warbengal-famine-1943/. <<

[178] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, op. cit., p. 143. **<<**

[179] Id. loc. <<

[180] BU, AP, loc. cit., 20/1/23. <<

[181] Gilbert, *Search*, op. cit., p. 225. <<

[182] Marian Holmes's Diary, op. cit., pp. 3-4. <<

[183] BU, AP, loc. cit., 20/23. <<

[184] CS, vol. VII, op. cit., p. 6811. <<

[185] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., pp. 308-309. <<

[186] BU, AP, loc. cit., 20/23. <<

[188] OB, vol. VII, op. cit., p. 467. <<

[190] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 583. <<

[191] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 110. <<

[192] Dilks, *Dominion*, op. cit., p. 265. <<

[193] OB, vol. VII, op. cit., p. 469. <<

[194] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. II, op. cit., pp. 389-402. <<

[195] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., pp. 441-442. <<

[196] Jacob, «*Grand Strategy*», op. cit., p. 534. <<

[197] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., pp. 447, 450-451.
<<

[198] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., pp. 83-84. <<

[199] OB, vol. VII, op. cit., p. 484. <<

[200] CAC, CHUR, loc. cit., 20/152. <<

[201] Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 559. **<<**

[202] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 150; Pilpel, *America*, op. cit., p. 199; Midgley (comp.), *Heroic Memory*, op. cit., pp. 25-26. **<<**

[204] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, op. cit., p. 158. <<

[206] Id. loc. <<

[207] BU, AP, loc. cit., 20/23. <<

[208] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 116. <<

[209] CS, vol. VII, op. cit., pp. 6823-6824. <<

[210] WSC, *Onwards*, op. cit., p. 185. <<

[212] CS, vol. VII, op. cit., p. 6824. <<

[213] Id. loc. <<

[214] Ibid, p. 6825. <<

[215] Ibid, p. 6827. <<

[216] CIHOW, op. cit., p. 139. <<

[4] * Años más tarde, Brooke añadirá: «Creo que esa fue la única ocasión en la que [Churchill] expresó en público una cierta valoración del trabajo que hice a lo largo de todo el período en que estuve a sus órdenes»: Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 340. Pese a que estas afirmaciones no puedan considerarse literalmente ciertas —en uno de los discursos que habrá de pronunciar tras el Día D, Churchill calificará a Brooke de «gran oficial»; le mencionará asimismo en 1945, en la alocución del Día de la Victoria; y le concederá el título de vizconde—, resulta no obstante notable lo poco que Churchill habla de los demás estrategas de talento que contribuyeron a ganar la guerra: CS, vol. VII, op. cit., p. 6976. <<

[17] * Una tarde de domingo de principios de diciembre, durante una estancia en Dorneywood, la mansión que poseía el industrial *sir* Courtauld Thomson en Buckinghamshire, Churchill consiguió disfrutar de unos instantes de imprescindible relajación jugando a la bagatela corintia, una primitiva forma de pinball o máquina de petaco provistade un tablero de madera, una pequeña bola y diferentes espigas de metal estratégicamente colocadas. Tras enfrascarse tres horas en el juego, Churchill consiguió la impresionante marca de 1015 puntos. Los tanteadores superiores a mil puntos han quedado registrados en el «Libro de Oro» de Dorneywood, y Mountbatten, Lindemann y Harriman fueron testigos de la partida que permitió a Winston lograr ese resultado. (El autor también figura en esos anales, dado que a principios del siglo XXI consiguió un registro de cuatro cifras.) <<

[27] * Este avión se perdió en el Atlántico en 1945. <<

[29] ** Fred Thompson, hijo de Walter Thompson, era uno de los primeros pilotos de los escuadrones de objetivos especiales «*Pathfinder*» del Mando de Bombardeo de la RAF, y había ganado la Cruz de Vuelo Distinguido al participar en cuarenta y tres misiones aéreas sobre territorio enemigo. Sin embargo, poco después moriría en combate. La larga lista de personas próximas a Churchill cuyos hijos habían fallecido en la guerra continuaba creciendo. <<

[31] *** En una ocasión, durante la Conferencia, Hopkins entró en la habitación del primer ministro y vio a Churchill con una copa de vino en la mano a la hora del desayuno. El primer ministro explicó que, «por un lado, le desagradaba profundamente la leche desnatada, y que, por otro, no tenía nada en contra del vino»: Sherwood (comp.), *Hopkins*, vol. II, p. 685. En este sentido, Ian Jacob comentará al autor lo siguiente: «En una ocasión, en El Cairo, vi a Winston beberse una botella de vino en el desayuno»: entrevista con el general *sir* Ian Jacob, 28 de octubre de 1988. El novelista británico C. P. Snow ha dejado dicho que Churchill no podía ser alcohólico, dado que nadie con esa dependencia podría haber bebido tanto. <<

[40] * La elaboración del lienzo le exigió bastante esfuerzo, dado que llevaba ya algún tiempo sufriendo las molestias del llamado «codo de criada», una afección que no habría asociado uno fácilmente con la persona de Winston Churchill. Pese a que en ese momento el dolor ya estuviera remitiendo, lo cierto es que llevaba unos parches acolchados especiales para mitigar la incomodidad. El cuadro es actualmente propiedad de la actriz Angelina Jolie. [La afección mencionada *(«Housemaid's Elbow»*) se conoce vulgarmente en castellano como «codo de estudiante». Se trata de una inflamación de la serosa de la articulación del brazo que responde a la denominación técnica de «bursitis olecraniana». (N. del t.)] <<

[61] * Churchill pronuncia así la palabra italiana «*Evviva!*», «¡Viva!». <<

[63] ** En 1951, al publicarse esta carta en las memorias de Churchill, la primera frase fue íntegramente eliminada, mientras que la afirmación en la que el primer ministro habla de la «estupidez» y la «insolencia» de De Gaulle se modificó, sustituyéndose ambas apreciaciones por el sustantivo valorativo «torpeza»: WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 657. También se quitó una de sus observaciones sobre el VIII Ejército: «El enemigo cometería un gran error si diera en pensar que todas las tropas que tenemos en la zona son tan inexpertas como las de nuestros amigos estadounidenses. —De manera similar, se amputó asimismo un comentario sobre la huelga de hambre de Gandhi—: Ese farsante está resistiendo mucho más de lo que cualquiera hubiese considerado posible, tanto es así que cabe preguntarse si su ayuno es realmente tal»: RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/29. <<

[129] * Esa preocupación no se circunscribía exclusivamente a los tanques, los barcos y los aviones. En julio de 1943 le escribe a Hugh Dalton, el presidente de la Comisión de Comercio, las siguientes líneas: «Me dicen que a pesar de la aportación de suministros civiles que hemos recibido, hay en este momento escasez de naipes para que los soldados del ejército y los obreros de la industria puedan distraerse. Sería muy difícil exagerar la importancia que tiene el hecho de poder proporcionar elementos de diversión tanto a las fuerzas de tierra —ya sea en sus horas de asueto o en los largos períodos de monótona espera que han de observar en lugares muy apartados— como a los marinos que han de permanecer encerrados en los barcos, apretujados durante meses. Y no hay nada más práctico, más fácil de llevar a todas partes, ni más susceptible de soportar un uso prolongado que una baraja de cartas»: WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 578. <<

[135] * La teoría conspirativa que sostiene que Churchill fue el responsable del asesinato de Sikorski, cuyo accidente de aviación no habría sido fortuito según esta tesis, carece de todo fundamento. El supuesto motivo de Churchill habría consistido fundamentalmente en debilitar a los polacos para así restarles fuerza en su pugna con los rusos. <<

[145] * Tía paterna de Su Alteza Real el príncipe Felipe, duque de Edimburgo. <<

[203] * En términos generales, no obstante, Churchill tenía en alta consideración a su interlocutora, ya que no en vano le había dicho a Mary, en agosto de 1940, que al defender la activa intervención de Estados Unidos en la guerra, Reid estaba llevando a cabo «la campaña más grandiosa de toda la historia del periodismo»: CAC, MCHL, loc. cit., 1/1/2. <<

[205] ** En una ocasión en la que un general yugoslavo solicitó que se le lanzara en paracaídas en los Balcanes, Churchill exclamó: «Si se tratara de mí, no las tendría todas conmigo en el momento de aterrizar. Me cascaría como un huevo». <<

[211] * No deja de resultar bastante extraño que una de las secciones del discurso de Harvard se consagrara al análisis de un nuevo lenguaje denominado «inglés básico». Lo había inventado el lingüista británico Charles Kay Ogden en 1930. Contaba únicamente con seiscientos cincuenta nombres y doscientos verbos, y de algún modo Churchill había llegado al convencimiento de que «la difusión de esta lengua será para nosotros una ventaja mucho más duradera y fructífera que la anexión de grandes provincias»: WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 571. Es un tema que Churchill también había estudiado con Roosevelt durante la Conferencia Cuadrante, dado que coincidía bastante bien con los puntos de vista que él mismo estaba elaborando en relación con los pueblos de habla inglesa. «La propagación de nuestro idioma por toda la superficie del globo es el mejor método político, —le dirá al gabinete en julio de 1945—. Este siglo va a ser el siglo del inglés. Bastan de dos a cuatro semanas para aprenderlo»: «*Diaries of Cabinet Secretary Sir Norman Brook*», *New York Times*, 22 de enero de 2006. Roosevelt no quedó excesivamente convencido de la viabilidad del proyecto, debido fundamentalmente al escasísimo vocabulario del inglés básico de Ogden. «Me pregunto cuál habría sido el curso de la historia, —le confesará a Churchill—, si en mayo de 1940 no le hubiese podido ofrecer usted al pueblo británico otra cosa que "Sangre, trabajo, aguas del ojo y aguas de la cara", fórmula que, según entiendo, es lo máximo que ese inglés básico es capaz de hacer para aproximarse a las célebres cinco palabras que usted pronunció entonces»: Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. III, op. cit., p. 154. <<

[9] º Ya que es la conmemoración del Armisticio de 1918. (N. del t.) <<

[26] ◦ Forma inglesa del topónimo «Anafa», denominación de la actual Casablanca en el siglo X. (N. del t.) <<

[33] º Recuérdese que, en inglés, Cerdeña recibe el nombre de «*Sardinia*», que permite el juego de palabras con «sardine» (aunque no tenga nada que ver con ese pez, sino con los «sardos», el pueblo que según algunas inscripciones se cuenta entre sus primeros pobladores). (N. del t.) <<

[65] º Marca comercial, más tarde conocida con el nombre de Ovomaltine, de un producto en polvo para dar sabor a la leche, hecho a base de extracto de malta. Asociado en la cultura popular y en la propaganda de la propia empresa con un alimento sano, especialmente recomendado para personas convalecientes. (N. del t.) <<

[69] °° Célebre sobrenombre del mariscal Erwin Rommel. (N. del t.) <<

[70] ooo Véase la nota del autor «En algunas ocasiones, los acontecimientos luctuosos marcados…». (N. del t.) <<

[72] º Documento gubernamental redactado por el economista y parlamentario liberal William Beveridge. El texto, publicado poco antes, en noviembre de 1942, examinaba la situación de estado del bienestar en el Reino Unido y se proponían numerosas reformas sociales destinadas a paliar la necesidad, las enfermedades, la ignorancia, la ociosidad y la miseria. (N. del t.) <<

[80] º Personaje de una canción infantil inglesa, probablemente asociado en sus inicios con algún acertijo. Se le representa típicamente con la forma de un huevo animado y antropomorfo. (N. del t.) **<<**

[100] º Denominación informal de la Operación Castigo (Operation Chastise). El ataque corrió a cargo del escuadrón 617 de la RAF, al que posteriormente se daría el nombre de «*Dam Busters*» (literalmente «Reventadores de Presas»), contraído finalmente en «*Dambuster*». En el ataque se utilizó una innovadora «bomba de rebote», ya que en la época no existían artefactos convencionales lo suficientemente potentes para romper un grueso muro de hormigón armado. (N. del t.) <<

[108] ◦ Es decir, el plano de sustentación del ala se alinea con la parte superior del aparato. (N. del t.) <<

[122] º Véase la nota de traducción «Se conoce con esta expresión propagandística…». (N. del t.) <<

[127] º Véase la nota de traducción «Contramedida consistente en esparcir…». (N. del t.) <<

[177] ◦ Espacio que se reserva en los nudos ferroviarios para clasificar, ordenar y componer o descomponer los trenes y sus diversos destinos. (N. del t.) <<

[187] º Palabra salida de la imaginación de Churchill, probablemente por asociación con «anfibio». (N. del t.) <<

[189] ºº Nombre de una unidad de fuerzas especiales, oficialmente conocida con el nombre de 77.ª Brigada de Infantería del Océano Índico, cuyos efectivos lucharon en la India, además de en Birmania. (N. del t.) **<<**

[1] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 680. <<

[2] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 69. <<

[3] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 340. <<

[4] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 116. <<

[5] BU, AP, loc. cit., 20/23. <<

[6] CS, vol. VII, op. cit., p. 6839. <<

[7] Id. loc. <<

[8] Ibid, p. 6840. <<

[9] Id. loc. <<

[10] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 321. **<<**

[11] BU, AP, loc. cit., 20/23. <<

[12] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1943: 23 de septiembre. <<

[13] Wilson, *Cabinet Office*, p. 45. <<

[14] OB, vol. VII, op. cit., p. 710. <<

[15] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 5. <<

[16] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 459. <<

[17] Hamilton, *Mantle of Command*, passim. **<<**

[18] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/340. <<

[19] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1943: 14 de octubre. <<

[20] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 280. <<

[21] CAC, CHUR, loc. cit., 20/122. <<

[22] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[23] Id. loc. <<

[24] Id. loc. <<

[25] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 122. <<

[26] Brodhurst, *Anchor*, op. cit., p. 5. <<

[27] Potter, *Pim*, op. cit., p. 38. <<

[28] CS, vol. VII, op. cit., p. 6869. <<

[29] Ibid, p. 6871. <<

[30] Id. loc. <<

[31] Midgley (comp.), *Heroic Memory*, op. cit., p. 23. <<

[33] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 5. <<

[35] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 176. <<

[37] Baxter, «*Strategist?*», p. 8. <<

[38] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 59. <<

[39] CAC, BRGS, loc. cit., 1/2. <<

[40] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 58. <<

[41] LHC, Kennedy Papers, loc. cit., 4/2/5. <<

[42] Id. loc. <<

[44] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 485. <<

[45] CAC, SCHL, loc. cit., 1/1/7. <<

[46] Id. loc. <<

[47] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 635. <<

[48] Ibid, p. 637. <<

[49] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 62. **<<**

[50] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 127. <<

[51] Churchill, *Tapestry*, op. cit., pp. 62-63. <<

[52] CAC, SCHL, loc. cit., 1/1/7. <<

[53] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 478. <<

[54] CAC, SCHL, loc. cit., 1/1/7. <<

[56] Id. loc. <<

[57] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 487. <<

[58] Id. loc. <<

[59] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 63. <<

[61] Id. loc. <<

[62] Id. loc. <<

[63] Ibid, p. 64. <<

[64] Id. loc. <<

[65] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 122. <<

[66] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 141. <<

[67] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 330. <<

[68] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 489. <<

[69] Sherwood (comp.), *Hopkins*, vol. II, op. cit., p. 772. <<

[70] Ibid, p. 774. <<

[71] TCD, vol. 19, op. cit., p. 999. <<

[72] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 338. <<

[73] NA, CAB, loc. cit., 120/113. <<

[74] Id. loc. <<

[75] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 194. **<<**

[76] Stelzer, *Dinner with Churchill*, op. cit., pp. 105-113. **<<**

[77] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 65. <<

[79] CAC, SCHL, loc. cit., 1/1/7. <<

[80] Id. loc. <<

[81] OB, vol. VII, op. cit., p. 586. <<

[82] NA, CAB, loc. cit., 120/120. <<

[83] Evans (comp.), *Killearn Diaries*, op. cit., p. 267. <<

[84] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 67. <<

[85] Eden, *Reckoning*, op. cit., p. 429. <<

[86] CIHOW, op. cit., p. 184. <<

[87] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 493. **<<**

[88] CIHOW, op. cit., p. 510. <<

[89] Thompson, *Sixty*, op. cit., p. 77. <<

[90] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 373. <<

[91] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 124. <<

[92] CAC, SCHL, loc. cit., 1/8/1. <<

[93] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 132. <<

[94] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 457. <<

[95] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 132. <<

[96] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[97] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 1303. <<

[98] Memorias del comandante Buckley, en Astley Papers. <<

[99] Bryant, *Triumph in the West*, pp. 93-94. <<

[100] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 463. <<

[102] CAC, CHUR, 20/179. <<

[103] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 464. <<

[104] Norwich (comp.), *Monster*, op. cit., pp. 165-166. <<

[106] Marian Holmes's Diary, op. cit., pp. 5, 20. <<

[107] OB, vol. VII, op. cit., p. 646; Rose (comp.), Baffy, op. cit., p. 211. <<

[108] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 134. <<

[109] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 465. <<

[110] Colville, «*Second Best*», op. cit., p. 6; Potter, Pim, op. cit., p. 47. **<<**

[111] Nicolson (comps.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., pp. 344-345. <<

[112] WSC, *Dawn*, op. cit., p. 53. <<

[113] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1944: 18 de enero. <<

[114] Butcher, *Three Years*, p. 404. <<

[115] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 426. <<

[116] Ibid, p. 432. <<

[117] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 674-675. <<

[118] OB, vol. VII, op. cit., p. 663. <<

[119] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 476. <<

[120] CAC, BRGS, op. cit., 2/19. <<

[121] CAC, CHUR, op. cit., 20/156. <<

[122] Meacham, *Franklin and Winston*, op. cit., p. 274. <<

[123] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 525. <<

[124] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 475. <<

[125] CS, vol. VII, op. cit., p. 6893. <<

[126] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 476. **<<**

[128] Id. loc. <<

[129] WSC, *Dawn*, op. cit., p. 54. <<

[130] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1944: 7 de marzo. <<

[131] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., pp. 521, 542-543; OB, vol. VII, op. cit., p. 706. <<

[132] CAC, CHAR, loc. cit., 20/188A/64-65. <<

[133] CAC, CHAR, loc. cit., 20/188A/67-68. <<

[134] Reynolds, *Command*, op. cit., pp. 403-404. **<<**

[135] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 533. **<<**

[136] LHC, ALAB, loc. cit., 6/3/9. <<

[137] Id. loc. <<

[139] CAC, CHAR, loc. cit., 20/188B/128. <<

[140] LHC, ALAB, loc. cit., 6/3/10. <<

[141] CS, vol. VII, op. cit., p. 6907. <<

[142] Ibid, p. 6916. <<

[143] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, op. cit., p. 209. <<

[144] Frank (comp.), *Anne Frank Diary*, op. cit., p. 239. <<

[145] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 391. **<<**

[146] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 358. <<

[147] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1944: 28 de marzo. <<

[148] CAC, CAB, 69/6, DO, loc. cit. (44) 6. <<

[149] Cohen, «*Churchill at War*», pp. 40-49. <<

[150] WSC, WC, vol. II, op. cit., p. 21. <<

[151] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 537. **<<**

[152] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 618. <<

[153] Id. loc. <<

[154] James, *Within*, p. 112. <<

[155] Marian Holmes's Diary, op. cit., p. 9. <<

[156] Ibid, p. 11. <<

[157] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 486. <<

[158] Bland y Stevens (comps.), *Marshall Papers*, vol. IV, p. 405. <<

[159] Id. loc. <<

[160] Reynolds, *Command*, op. cit., p. 393. <<

[161] CS, vol. VII, op. cit., p. 6921. <<

[162] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 485. <<

[163] Russell (comp.), *Constant*, op. cit., p. 245. <<

[164] Hart-Davis (comp.), King’s Counsellor, op. cit., p. 230. <<

[165] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 544. <<

[166] Fergusson (comp.), *Business of War*, p. 328. <<

[167] CAC, BRGS, loc. cit., 2/20. <<

[168] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/47. <<

[169] James, *Undaunted*, op. cit., p. 256. <<

[170] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/34. <<

[172] James, *Undaunted*, op. cit., p. 257. <<

[173] Ibid, p. 258. <<

[174] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/45. <<

[175] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1944: 3 de junio. **<<**

[176] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/28. <<

[177] CAC, LWFD, loc. cit., 2/7. <<

[178] Beevor, *D-Day*, p. 21. <<

[179] CAC, BRGS, loc. cit., 2/21. <<

[180] Id. loc. <<

[181] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 11. <<

[182] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 496. <<

[183] Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, op. cit., p. 986. **<<**

[184] CAC, BRGS, loc. cit., 2/21. <<

[185] Barnes y Nicholson (comps.), *Empire at Bay*, op. cit., pp. 986-987. <<

[186] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/8. <<

[187] Djilas, *Conversations with Stalin*, p. 61. <<

[189] Macmillan, *Blast*, p. 423. <<

[191] Potter, *Pim*, op. cit., p. 50. <<

[192] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 302; Soames (comps.), *Speaking*, op. cit., p. 497; OB, vol. VII, op. cit., p. 794. <<

[32] * Una circunstancia que habría de dar nuevas alas al mito de que los judíos ricos estaban respaldando a Churchill con la esperanza de obtener futuras ganancias. <<

[36] * Poco después, Churchill le preguntará a Alec Cadogan si el acrónimo «AMGOT» no significaría, por un casual, «boñiga de camello» en turco. Cadogan trasladó el interrogante a los lingüistas del Ministerio de Asuntos Exteriores y obtuvo la siguiente respuesta: «El término no se corresponde con ninguna palabra turca. No obstante, hay dos voces de esa lengua —“*ahm*” y “*kot*”— que los eruditos ingleses podrían traducir, sin incurrir en ningún error, por “coño” y “culo”: —TCD, vol. 19, op. cit., pp. 651 y n. 2. Al llegarle estas precisiones—, el primer ministro quedó de un espléndido humor durante el resto del día»: Russell (comp.), *Constant*, op. cit., p. 229. <<

[43] * Un guiño a su título de lord Guardián de los Cinco Puertos. [Recuérdese que el significado de la palabra «*warden*» es justamente ese: «guardián». (N. del t.)] <<

[101] * Este límite, trazado originalmente por lord Curzon en 1919 con el fin de establecer la futura frontera entre Polonia y Rusia, había sido justamente el que había prevalecido al establecerse la frontera entre Rusia y Alemania en el Pacto Mólotov-Ribbentrop de no agresión entre Alemania y la URSS, vigente entre los años 1939 y 1941. La mayoría de la población de etnia polaca debía asentarse en las regiones situadas al oeste de esta línea, y en la actualidad forma aproximadamente la divisoria entre Polonia, Ucrania y Bielorrusia. <<

[127] * Una marcha militar de la época del Segundo imperio francés de Napoleón III. <<

[138] * Recuérdese que se trata de la segunda Conferencia de El Cairo, celebrada en diciembre de 1943. <<

[171] * El regimiento al que pertenecía Churchill, el 4.º de húsares, había peleado en la batalla de Dettingen en 1743, y esa fecha había sido la última en la que un rey británico, Jorge II en este caso, había optado por encabezar a sus huestes en combate. <<

[34] ◦ Es sin duda una simple casualidad, porque hay bastantes tonadillas de internado y cuartel que comienzan con esta frase, pero no deja de resultar curioso que Winston y Clementine se conocieran justamente en un baile celebrado en 1904 en Crewe House, la mansión del conde y la condesa de Crewe. (N. del t.) <<

[55] ◦ Clásica canción popular del Oeste norteamericano a la que a veces se ha dado en considerar el himno oficioso de las grandes praderas. (N. del t.) <<

[60] ºº Fue actriz, bailarina y autora de litografías. (N. del t.) <<

[78] º Hay un juego de palabras. Churchill dice: «*England is getting pinker*», y «*pink*», que en términos informales significa «mostrar propensión a profesar ideas de izquierdas», es también signo del buen semblante, sobre todo entre los pueblos nórdicos —pues no en vano «*to be in pink condition*», por ejemplo, equivale a asegurar que se está en plena forma (aunque evidentemente, Stalin se refiere a que es saludable abrazar principios próximos a su propio signo político). (N. del t.) **<<**

[105] ◦ Expresiones dialectales propias del este de Londres y las clases trabajadoras. (N. del t.) <<

[188] º Ya que durante ese choque Churchill había utilizado hábilmente los servicios secretos de la propia Rusia. Véase la página «Churchill también aprovechó la oportunidad…». (N. del t.) <<

[190] ºº Conocida con el nombre de PLUTO. Véase «En el transcurso de la última semana de mayo, la RAF…». (N. del t.) <<

[1] CS, vol. VII, op. cit., p. 6657. <<

[2] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 510. <<

[3] CS, vol. VII, op. cit., p. 6947. <<

[4] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 375. <<

[5] CS, vol. VII, op. cit., p. 6972. <<

[6] WSC, *TSWW*, vol. V, op. cit., p. 67. <<

[7] Stacey, *Victory Campaign*, vol. III, pp. 119, 652. <<

[8] WSC, *Dawn*, op. cit., p. 120. <<

[9] BU, AP, loc. cit., 20/1/24. <<

[10] OB, vol. VII, op. cit., p. 807. <<

[11] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 557. <<

[12] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 152. <<

[13] Ibid, p. 153. <<

[14] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., pp. 52 577/32. <<

[15] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1944: 13 de junio. <<

[16] *Hansard*, vol. 400, op. cit., cols. 2293-2300. <<

[17] Nicolson, *Alexander*, p. 259. <<

[18] Bryant, *Triumph in the West*, op. cit., p. 223. **<<**

[21] CIHOW, op. cit., pp. 290-291. <<

[22] CAC, HARV, loc. cit., 4/1/Segunda parte. <<

[23] CS, vol. VII, op. cit., p. 6957. <<

[24] Potter, *Pim*, p. 51. <<

[25] OB VII, p. 841. <<

[26] Id. loc. <<

[27] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 426. **<<**

[28] Ibid. <<

[29] *Spectator*, 8 de febrero de 2014, p. 11. <<

[30] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 240. **<<**

[31] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 12. <<

[32] Id. loc. <<

[33] Ibid, p. 14. <<

[34] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 50. <<

[35] Bland y Stevens (comps.), *Marshall Papers*, vol. IV, op. cit., p. 498. <<

[36] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. III, op. cit., pp. 212-213. <<

[37] Ibid, p. 223. <<

[38] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1944: 4 de julio. <<

[39] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 240. **<<**

[40] OB, vol. VII, op. cit., p. 843. <<

[41] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 240. **<<**

[42] Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., p. 211. <<

[43] Id. loc. <<

[44] NA, PREM, loc. cit., 4/51/10. <<

[45] Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., pp. 212-213. <<

[46] NA, PREM, loc. cit., 4/51/10. <<

[47] Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., p. 213. <<

[48] NA, FO, loc. cit., 371/39 454. <<

[49] OB, vol. VII, op. cit., p. 847 y nota 1. <<

[50] Ibid, p. 847. <<

[51] Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., pp. 189-190. <<

[52] Harvey (comp.), Diaries, op. cit., p. 249. <<

[53] CS, vol. VII, op. cit., p. 7376. <<

[54] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 566. <<

[55] Bew, *Citizen Clem*, op. cit., p. 316. <<

[56] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/42. <<

[57] BU, AP, loc. cit., 20/1/24. <<

[58] Marian Holmes’s Diary, op. cit., pp. 13-14. <<

[59] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 419. <<

[60] Deakin, «*1944*», p. 19. <<

[62] CS, vol. VII, op. cit., p. 6996. <<

[63] Ibid, p. 6982. <<

[64] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 157. <<

[65] CAC, BRGS, loc. cit., 2/2. <<

[66] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 124. <<

[68] CS, vol. VII, op. cit., p. 6977. <<

[69] Ibid, p. 6982. <<

[70] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 498. <<

[71] OB, vol. VII, op. cit., p. 887-888. <<

[73] Soames (comp.), *Speaking*, p. 501. <<

[74] Churchill, *Father’s Son*, p. 264. <<

[75] CIHOW, op. cit., p. 285. <<

[76] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 500. <<

[77] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 96. **<<**

[79] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 501. <<

[80] Id. loc. <<

[82] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., pp. 106-107. <<

[83] OB, vol. VII, op. cit., p. 915. <<

[84] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 506; Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 158; BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577. <<

[85] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/60. <<

[86] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 507. <<

[87] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 607. <<

[88] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/94. <<

[89] BU, AP, loc. cit., 20/1/24. <<

[91] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 509. <<

[92] CAC, SCHL, loc. cit., 1/2/1. <<

[93] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/70. <<

[94] Id. loc. <<

[95] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 511. **<<**

[96] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 590. <<

[97] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 511. <<

[98] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, p. 590. <<

[99] Potter, *Pim*, op. cit., p. 53. <<

[100] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 513. <<

[101] Pickersgill y Forster (comps.), *Mackenzie King Record*, vol. II, op. cit., p. 67. <<

[103] Id. loc. <<

[104] LHC, ALAB, 6/1/5/, loc. cit., p. 236. <<

[105] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 132. <<

[106] Buell, *Master of Sea Power*, pp. 470-471. <<

[107] Deakin, «*1944*», op. cit., p. 6. <<

[108] OB, vol. VII, op. cit., p. 914. <<

[109] Deakin, «*1944*», op. cit., p. 6. <<

[110] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 513. <<

[111] CAC, SCHL, loc. cit., 1/2/1. <<

[112] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 161. <<

[113] OB, vol. VII, op. cit., p. 965. <<

[114] Ibid, p. 967. <<

[115] Beevor, *Arnhem*, passim. <<

[116] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 574. <<

[117] CAC, CHUR, loc. cit., 20/148. <<

[118] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 516. <<

[119] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/75. <<

[120] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 517. **<<**

[121] Lacouture, *De Gaulle*, vol. I, p. 575. **<<**

[123] CS, vol. VII, op. cit., p. 6991. <<

[124] Ibid, p. 6996. <<

[125] Id. loc. <<

[126] CAC, HARV, loc. cit., 4/1/Segunda parte. **<<**

[127] CAC, BRGS, loc. cit., 2/22. <<

[129] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/51. <<

[130] OB, vol. VII, op. cit., p. 968. <<

[131] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, op. cit., p. 261. <<

[132] OB, vol. VII, op. cit., p. 992. <<

[133] NA, PREM, loc. cit., 3/434/2. <<

[134] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 198. <<

[135] Deakin, «*1944*», op. cit., p. 11. **<<**

[136] Id. loc. <<

[137] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 506. <<

[138] Id. loc. <<

[139] OB, vol. VII, op. cit., p. 1015. <<

[140] Dilks, *Churchill & Company*, p. 195. <<

[141] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 200. <<

[142] RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/52. <<

[143] Deane, *Strange Alliance*, p. 245. <<

[144] CAC, BRGS, loc. cit., 2/22. <<

[145] Deane, *Strange Alliance*, op. cit., p. 155. <<

[146] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 167. <<

[147] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1944: 24 de octubre. <<

[149] CS, vol. VII, op. cit., p. 7015. <<

[151] CS, vol. VII, op. cit., p. 7023. <<

[153] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 409. <<

[154] Gilbert, *Churchill and the Jews*, op. cit., p. 223. **<<**

[155] Ibid, pp. 224-225. <<

[157] CS, vol. VII, op. cit., pp. 7034-7035. <<

[158] Evans (comp.), *Killearn Diaries*, op. cit., p. 318. <<

[159] Russell (comp.), *Constant*, op. cit., p. 268. <<

[160] Id. loc. <<

[161] CAC, LWFD, loc. cit., 2/7. <<

[162] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 412. <<

[163] CS, vol. VII, op. cit., p. 7031. <<

[164] Pamela Harriman Papers, 13 de noviembre de 1944. <<

[166] Best, *Greatness*, op. cit., pp. 198-199. <<

[167] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/102. <<

[168] Hancock y Gowing, *British War Economy*, op. cit., p. 367. <<

[169] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. III, op. cit., p. 421. <<

[170] Ibid, p. 409. <<

[171] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 528. **<<**

[172] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 274. <<

[175] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 632. <<

[176] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 533. <<

[177] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 252. <<

[178] Ibid, p. 311. <<

[179] CS, vol. VII, op. cit., p. 7052. <<

[180] Ibid, p. 7055. <<

[181] Ibid, p. 7059. <<

[182] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 277. **<<**

[183] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 508. <<

[184] Pawle, *Warden*, op. cit., pp. 338-339. <<

[186] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, op. cit., nota de la p. 282. <<

[188] Información proporcionada por Mark Foster-Brown, nieto del contraalmirante Roy Foster-Brown. <<

[189] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 540. <<

[190] OB, vol. VII, op. cit., p. 1121. <<

[191] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 552. **<<**

[192] Ibid, p. 540. <<

[194] NA, CAB, loc. cit., 120/169. <<

[195] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 281. <<

[196] NA, PREM, loc. cit., 3/208. <<

[197] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, loc. cit., p. 278. **<<**

[198] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 258. <<

[199] Id. loc. <<

[200] Hastings, *Finest Years*, op. cit., pp. 528-529. **<<**

[201] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 541. <<

[203] BL, Cunningham, Add, Mss, loc. cit., 52 577/109. <<

[204] OB, vol. VII, op. cit., p. 1138. <<

[205] Kimball (comp.), *Complete Correspondence*, vol. III, op. cit., p. 502.
<<

[206] Documentos de Joseph E. Davies, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, caja número 16. <<

[207] CS, vol. VII, op. cit., p. 7100. <<

[208] McDonald, *The Times*, vol. V, pp. 121-122. <<

[209] Ibid, p. 122. <<

[210] CS, vol. VII, op. cit., p. 7102. <<

[211] OB, vol. VII, op. cit., p. 1151. <<

[212] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 555. **<<**

[20] * Las siglas «V1» responden a su denominación alemana e indican que se trata de la primera generación de este tipo de artefactos: *Vergeltungswaffe*, es decir, «arma de represalia». <<

[61] * La abuela paterna de Hitler se llamaba Maria Schicklgruber, y el padre de Hitler, Alois, conservó ese apellido hasta que decidió emprender acciones legales para cambiarlo. <<

[72] * A principios de ese mes, en Washington, se había recibido a De Gaulle con el saludo militar de diecisiete salvas reservado a los generales, en lugar de las veintiuna con las que se homenajeaba a los jefes de estado. <<

[81] * La batalla del río Metauro (207 a. C.) fue uno de los momentos decisivos de la segunda guerra púnica. <<

[128] * Pese a vivir en una época en la que estaban en juego todas estas grandes cuestiones, Churchill también se las arreglará para dedicar tiempo a las pequeñas cosas. Esto le llevará a cerciorarse, por ejemplo, de que en los aseos del número 10 de Downing Street se renovaran los cepillos para el cabello. Esto animará a Colville a hacerse la siguiente reflexión: «Siendo un gran hombre, era no obstante habitual que abordara de forma insólita los asuntos triviales»: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 522. **<<**

[148] * Tras regresar de la conferencia, en la que había estado estudiando y decidiendo cuestiones de estrategia global con uno de los personajes más destacados de la época, Churchill se vio brusca y nuevamente inmerso en la mundanidad de la política interior local al descubrir que el Partido Conservador se oponía vehementemente al Proyecto de ley de Planificación Urbana y Rural. En el transcurso de una «violenta discusión» con Bracken, «desprovista no obstante de toda mala fe por ambas partes», Churchill amenazó con renunciar a su cargo de líder del partido si la mayoría de los parlamentarios conservadores votaba en contra del gobierno, cosa que al final no hicieron: Colville, Fringes, op. cit., p. 526. <<

[150] ** «Collins, —le dijo Churchill al camarero de los Comunes tras el discurso—, sírvame por favor un *whisky* con soda —sencillo—». Acto seguido tomó asiento, pero inmediatamente después se levantó, volvió a la barra del bar y dijo: «Collins, borre la palabra “sencillo” y sustitúyala por “doble”»: Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 409. <<

[174] * Churchill conservó las tarjetas de felicitación, como siempre hizo a lo largo de su vida con casi toda su correspondencia, ya que sabía que sus biógrafos necesitarían material. En sus archivos guardaría incluso una nota sin fechar de uno de sus secretarios privados en la que únicamente se señala que «el Estado Mayor Imperial General quiere verle urgentemente por espacio de diez minutos, y mañana a la una del mediodía parece un momento idóneo»: CAC, CHAR, loc. cit., 20/139B/174. <<

[187] * Más tarde, Tommy Lascelles le dirá a un amigo: «Si me hubieran dado a elegir, habría preferido tener esa ocurrencia a ser el autor de la *Elegía de Thomas Gray*»: Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., nota 1 de la p. 282. <<

[202] * Amós 4, 11; y Zacarías 3, 2. <<

[19] º Pese a que los lingüistas no siempre coincidan, la hipótesis actualmente más aceptada señala que el paso de «*Ljubljana*» equivale a decir «el de la Hermosa apariencia». (N. del t.) **<<**

[67] ◦ El nombre honra al príncipe ruso Piotr Ivánovich Bagratión (1765-1812), que había luchado contra Napoleón. (N. del t.) <<

[78] º Véase la nota de traducción «Los cigarrillos le parecían una…». (N. del t.) <<

[90] º Recuérdese que a la primera se la había denominado Conferencia Cuadrante (*Quadrant Conference*). (N. del t.) **<<**

[102] ◦ En la historiografía anglosajona se habla de régimen o gobierno «Quisling» para referirse a la administración colaboracionista que Vidkun Quisling dirigió en la Noruega ocupada por los nazis. (N. del t.) <<

[122] ◦ Es decir, a toda máquina, ya que equivale a más de cincuenta y cinco kilómetros por hora. (N. del t.) <<

[152] º «*A “khaki” election*»: es decir, fuertemente influida por las emociones de un período de guerra o de posguerra. (N. del t.) <<

[156] oo «Lehi» o «Leji», siglas de «*Lojamei Jerut Israel*», o «Luchadores por la Libertad de Israel». (N. del t.) <<

[165] º Un poco más de dos litros y cuarto. (N. del t.) <<

[173] ◦ Cuya cocina apreciaba muchísimo el rey Jorge V, esposo de la reina María de Teck. De hecho, en la década de 1890 se rumoreó que el rey había tenido una aventura con Rosa Lewis. (N. del t.) **<<**

[185] º Juego de palabras con la fonética inglesa del apellido del general Nikolaos Plastiras, al que Churchill llama «Plaster-arse». (N. del t.) <<

[193] ◦ En referencia al Comité Polaco de Liberación Nacional, un ejecutivo opuesto al legítimo gobierno polaco en el exilio. Véase «A finales de julio, Moscú creó en Lublin…». (N. del t.) <<

[1] WSC, *Marl*, vol. II, op. cit., p. 603. <<

[2] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 537. <<

[3] OB, vol. VII, op. cit., p. 664. <<

[4] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 175. <<

[5] Ibid, p. 178. <<

[6] Ibid, p. 179. <<

[7] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 512. <<

[9] Id. loc. <<

[10] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 179. <<

[11] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 513. **<<**

[12] Gladwyn, *Memoirs*, op. cit., p. 153. <<

[13] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 76. <<

[14] Id. loc. <<

[15] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 179. <<

[17] CAC, SCHL, loc. cit., 1/1/8. <<

[18] CAC, LWFD, loc. cit., 2/8. <<

[19] Id. loc. <<

[20] Gladwyn, *Memoirs*, op. cit., p. 153. <<

[21] Ibid, p. 155. <<

[22] CAC, LWFD, loc. cit., 2/8. <<

[23] Gladwyn, *Memoirs*, op. cit., p. 153. **<<**

[24] OB, vol. VII, op. cit., p. 1189. <<

[25] CAC, LWFD, loc. cit., 2/8. <<

[26] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 823. <<

[27] CAC, LWFD, loc. cit., 2/8. <<

[28] CS, vol. VII, op. cit., p. 7293. <<

[29] Tolstoy, *Victims of Yalta*, p. 96. <<

[30] Ibid, p. 430. <<

[31] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 517. <<

[32] NA, PREM, loc. cit., 4/78/1. <<

[33] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 818. **<<**

[34] Ibid, p. 820. <<

[35] Ibid, p. 821. <<

[36] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 80. **<<**

[37] CAC, LWFD, loc. cit., 2/8. <<

[38] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 352. <<

[39] CAC, LWFD, loc. cit., 2/8. <<

[40] CAC, BRGS, loc. cit., 1/2. <<

[41] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 83. **<<**

[42] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 185. <<

[45] Ibid, p. 177. <<

[46] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[47] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 348. <<

[48] Evans (comp.), *Killearn Diaries*, op. cit., p. 325. **<<**

[49] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 518. <<

[50] Martin, *Downing Street*, op. cit., p. 186. <<

[51] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[52] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 825. <<

[53] Id. loc. <<

[54] Evans (comp.), *Killearn Diaries*, op. cit., p. 325. **<<**

[55] Ibid, p. 331. <<

[56] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 518. <<

[57] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[58] *Daily Telegraph*, Obituario de Patrich Kinna, 18 de marzo de 2009. <<

[59] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 562. **<<**

[60] Id. loc. <<

[61] Id. loc. <<

[62] Ibid, p. 563. <<

[63] Id. loc. <<

[64] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1945: 28 de febrero. <<

[65] Pimlott (comp.), *Dalton Diary*, op. cit., p. 835. <<

[66] CS, vol. VII, op. cit., p. 7117. <<

[67] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 437. <<

[68] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 638. <<

[69] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., pp. 667-668. <<

[70] Taylor, *Winston Churchill*, p. 388. <<

[71] Colville, *Footprints*, p. 187. <<

[72] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1945: 25 de marzo. <<

[73] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 678. <<

[74] Leslie, *Train to Nowhere*, p. 210. <<

[75] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 579. <<

[76] OB, vol. VII, op. cit., p. 1257. <<

[77] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 434. <<

[78] Id. loc. <<

[79] Ibid, p. 437. <<

[80] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1945: 13 de marzo. **<<**

[81] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 521. <<

[82] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 581. <<

[83] CS, vol. VII, op. cit., pp. 7138-7139. <<

[84] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 21. <<

[86] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 409. <<

[87] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 582. <<

[88] CAC, BRGS, loc. cit., 2/24. <<

[89] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 582. <<

[90] Butler (comp.), *Dear Mr Stalin*, p. 315. <<

[91] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 523. <<

[92] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 583. **<<**

[93] Courtenay, «*Smuts Dimension*», op. cit., p. 61. **<<**

[94] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 585. <<

[95] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 640. <<

[96] Pottle (comp.), *Champion*, op. cit., p. 314. **<<**

[97] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 587. <<

[98] Potter, *Pim*, op. cit., p. 62. <<

[99] Thompson, *Shadow*, op. cit., p. 153. <<

[100] BU, AP, loc. cit., 20/25. <<

[101] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 399. <<

[102] OB, vol. VII, op. cit., p. 1294. <<

[104] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 402. <<

[105] CS, vol. VII, op. cit., p. 7139. <<

[106] Ibid, p. 7141. <<

[107] Ibid, p. 7149. <<

[108] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 528. <<

[109] TCD, vol. 21, op. cit., p. 658. <<

[111] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., pp. 642-643. <<

[112] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 592. <<

[114] Ibid, p. 596. <<

[115] CS, vol. VII, op. cit., p. 7149. <<

[116] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 529. <<

[117] Ibid, p. 524. <<

[118] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 21. <<

[119] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 530. <<

[120] Id. loc. <<

[121] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 596. <<

[122] Potter, *Pim*, op. cit., p. 62. <<

[123] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 22. <<

[124] CS, vol. VII, op. cit., p. 7153. <<

[126] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 402. <<

[127] OB, vol. VII, op. cit., p. 1345. <<

[128] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 458. <<

[129] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 688. <<

[130] Id. loc. <<

[131] CS, vol. VII, op. cit., p. 7154. <<

[132] OB, vol. VII, op. cit., p. 1348. <<

[133] CS, vol. VII, op. cit., pp. 7156-7157. <<

[135] Ibid, p. 7158. <<

[136] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 667. <<

[137] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 22. <<

[139] Peck, *Dublin from Downing Street*, op. cit., p. 68. **<<**

[141] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 599. <<

[142] Id. loc. <<

[144] Ibid, p. 601. <<

[145] Ibid, p. 474. <<

[146] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. II, op. cit., p. 347. <<

[147] OB, vol. VIII, op. cit., p. 7. <<

[148] NA, CAB, loc. cit., 120/691. <<

[149] Id. loc. <<

[150] Id. loc. <<

[151] Dalton, *Fateful Years*, op. cit., p. 462. <<

[154] BU, AP, loc. cit., 20/25. <<

[155] Stuart, *Within*, op. cit., p. 138. <<

[156] TCD, vol. 21, op. cit., p. 1530. <<

[157] CS, vol. VII, op. cit., p. 7172. **<<**

[158] Archivos del colegio Harrow, loc. cit., Caja H4/8. <<

[159] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 382. **<<**

[160] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 606. **<<**

[161] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[162] Lowndes (comp.), *Belloc Lowndes*, op. cit., p. 260. **<<**

[163] *Bod Conservative Party Archive*, PUB, loc. cit., 229/8/8/fol. 73. <<

[165] Id. loc. <<

[166] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 336. <<

[167] CAC, SCHL, loc. cit., 1/1/7. <<

[168] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 702. **<<**

[169] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 610. <<

[170] Id. loc. <<

[171] Pickersgill y Forster (comps.), *Mackenzie King*, vol. III, op. cit., p. 236.
<<

[172] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 545. <<

[174] Ibid, pp. 545-546. <<

[175] CS, vol. VII, op. cit., p. 7211. <<

[176] Mee, *Potsdam*, p. 164. <<

[177] CIHOW, op. cit., p. 375. <<

[178] BU, AP, loc. cit., 20/25; Dilks (comp.), *Cadogan*, op. cit., p. 765. **<<**

[179] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 532. <<

[180] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 86. <<

[181] Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 25. <<

[182] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 191. <<

[183] Potter, *Pim*, op. cit., p. 66; WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 583; Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 536, n. 3. **<<**

[184] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 262. <<

[185] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 307. <<

[187] Hart-Davis (comp.), *King's Counsellor*, op. cit., p. 342. <<

[188] Ibid, p. 343. <<

[189] RA, loc. cit., GVI/PRIV/DIARY/COPY/1945: 26 de julio. <<

[190] CIHOW, op. cit., p. 41. <<

[191] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[192] Eden, *Reckoning*, op. cit., p. 551. <<

[193] Hatfield House, QUI Bundle, loc. cit., 63. <<

[194] Pamela Harriman Papers, 1 de agosto de 1945. <<

[195] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 7. <<

[8] * Randolph estaba furioso por no haber sido invitado a Yalta, pero para gran alivio de su padre, le echó las culpas a Eden. <<

[16] * «No podría vivir sin champán, —le dirá Churchill a su amiga Odette Pol-Roger en 1946—. En la victoria, me lo he ganado. Y en la derrota lo necesito.» Y también dirá que el apartamento de Odette, gran dama de la conocidísima marca de espumosos que lleva su apellido, sito en el 44 de la Avenue de Champagne, en Épernay, era «el domicilio más grato del mundo para el amante de los buenos caldos»: CIHOW, op. cit., p. 537. <<

[43] * En su trato con el prelado, Churchill le atribuía, con todo acierto, el título de «Su Beatitud». Damaskinos tenía el hábito de impedir toda posible interrupción colgando en su puerta una nota en la que decía: «Su Beatitud está en oración, —lo que hará exclamar a Churchill—: Me gustaría probar esa fórmula en Downing Street, pero me temo que nadie se lo creería»: Fishman, Clementine, p. 100. <<

[103] * Winant no iba a sobrevivir mucho tiempo a Roosevelt, ya que, abrumado por las deudas y víctima de una depresión, se suicidó en noviembre de 1947, con solo cincuenta y ocho años. <<

[113] * Como tantas otras veces, Churchill dará en compaginar estos magnos acontecimientos, el mismo día de su ocurrencia, con gestos de un carácter increíblemente prosaico, en este caso la redacción de un memorando dirigido a Duncan Sandys, el ministro de Trabajo, en el que comenta: «El hecho de que el gran público no transite por los senderos de gravilla dispuestos al efecto, está causando un gran daño al césped del parque de Saint James», tras lo cual solicita al responsable que coloque unos avisos más visibles: CAC, CHUR, loc. cit., 20/209. <<

[134] * Durante el dictado de uno de los primeros borradores del discurso, Churchill se distrajo y se metió en la boca el extremo encendido del cigarro puro. Reaccionó con un «estallido de salivazos y maldiciones», pero aseguró a cuantos le rodeaban que no se había quemado la lengua. Ese día pareció más propenso que de costumbre a los pensamientos lacrimógenos, pues las lágrimas no solo «le rodaron por las mejillas» al recitar a Tennyson, sino que acabó diciéndole a Holmes que «la muerte es la única institución democrática, pues llega a todo el mundo»: Marian Holmes’s Diary, op. cit., p. 12. <<

[138] ** Este discurso sería objeto de diversas críticas debido a que en él se hacía referencia al Mando de Bombardeo. A estas censuras se añadirían más tarde otras: en primer lugar, las relativas al hecho de que en las memorias de guerra de Churchill tampoco se abordaran con excesivo detalle los bombardeos estratégicos ofensivos; en segundo lugar, las vinculadas con la circunstancia de que Arthur Harris (conocido como «Bombardero Harris») fuera el único comandante de alta graduación al que no se le concediera un título nobiliario; y en tercer lugar, las asociadas con la negativa de las autoridades a crear una medalla para los militares que habían participado en la campaña de bombardeos. Todo esto hizo suponer a algunos que Churchill había minimizado deliberadamente el papel que había desempeñado el Mando de Bombardeo en la guerra debido al notable sentimiento de culpabilidad que le embargaba como consecuencia de la inmensa destrucción que esa unidad de la aviación había provocado en Alemania por orden suya. En 1953, Churchill concedería efectivamente a Harris la dignidad de *baronet*, pero muchos opinarían que la recompensa no solo era un tanto insuficiente, sino que llegaba además demasiado tarde. <<

[140] * El 30 de abril, Peck se fijó en que Churchill había dejado caer inadvertidamente la ceniza del puro en la chaqueta del pijama, y que del cuello de la prenda estaban saliendo abundantes volutas de humo. «Perdóneme, señor, —dijo Peck—, está usted ardiendo. ¿Me permite que lo apague?». «Sí, por supuesto», contestó el primer ministro: Marian Holmes's Diary, op. cit. p. 21. <<

[143] * Es decir, un verdadero gobierno de transición. <<

[153] * Un día lluvioso, *sir* William Eden, séptimo *baronet* de la saga, había tirado por la escalinata de la fachada de su casa de campo un barómetro que había tenido la osadía de predecir buen tiempo para una partida de caza, al grito de «¡Comprueba tú mismo el espléndido día que hace, estúpido!». <<

[173] * Una afirmación que difama a Eva Braun, que falleció siendo ya *Frau* Hitler. <<

[44] ◦ Es decir, la plaza Síntagma. (N. del t.) <<

[85] ◦ Creada en la Conferencia de Moscú en octubre de 1943 por Eden, Hull y Mólotov, este organismo tenía la misión de analizar los problemas políticos de la posguerra. (N. del t.) <<

[110] º Debido a que la «s» final es muda en francés. (N. del t.) <<

[125] ◦ Formación de vida breve (1941-1945), integrada fundamentalmente por antiguos militantes del Partido Laborista, que finalmente los reabsorbería. Sus principios los llevaron a oponerse a los términos en que se había firmado la paz, ya que defendían la propiedad común de la tierra, la democracia vital y el ejercicio de una política ética. Tras su escisión de 1945, el partido continuaría actuando, básicamente como grupo de presión, hasta el año 1993. (N. del t.) <<

[152] º Predecesor del Ministerio de Seguridad Social, que adquiriría esa denominación en 1966. (N. del t.) <<

[164] º Véanse las páginas «Entre noviembre de 1938 y mediados de marzo de 1939…» y sigs. (N. del t.) <<

[186] º Mejor que la expresión «mayoría absoluta» («*overall majority*»), debería usarse la de «mayoría efectiva», ya que de lo contrario parece sugerirse que los laboristas tenían 146 escaños más de los 321 de la mayoría absoluta, lo que obviamente no es el caso. Hay que recurrir a las matemáticas para verlo más claramente: lo que el autor señala es que los laboristas contaban con un colchón de 146 votos. En una votación en la que los conservadores, los liberales y el resto de formaciones se aliara en contra de los laboristas, sus 393 escaños todavía superarían en 146 a esa suma: 393(213+12+22) = 146, lo que les daba la tranquilidad de poder gobernar sin obstáculos. (N. del t.) <<

[1] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., pp. 512-513. <<

[2] WSC, *Unite*, p. 347. <<

[3] Churchill, *Tapestry*, op. cit., pp. 18-19. <<

[4] CAC, EADE, loc. cit., 2/2. <<

[5] Ramsden, «*Greatest*», op. cit., p. 9. <<

[7] Gilbert, *Search*, op. cit., p. 307; CAC, CHUR, loc. cit., 2/495. **<<**

[8] Hatfield House, QUI Bundle, loc. cit., 63. <<

[9] Marian Holmes's Diary, op. cit., p. 25. <<

[10] WSC, *Marl*, vol. III, op. cit., p. 25. <<

[11] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 301. <<

[14] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 428. <<

[15] Marian Holmes's Diary, op. cit., p. 25; RA, loc. cit., PS/PSO/GVI/C/069/34. <<

[17] Stuart, *Within*, op. cit., p. 139. <<

[19] Id. loc. <<

[21] Woodrow Wyatt Papers, 9 de abril de 1946. <<

[22] WSC, *TSWW*, vol. VI, op. cit., p. 224. **<<**

[23] CS, vol. VII, op. cit., p. 7211. <<

[24] Id. loc. <<

[26] OB, vol. VIII, op. cit., p. 249. <<

[27] CS, vol. VII, op. cit., p. 7211. <<

[28] Ibid, p. 7213. <<

[29] Ibid, p. 7214. <<

[30] Ibid, pp. 7214-7215. <<

[31] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 535. <<

[33] Mather, «*Hardiness and Resilience*», op. cit., pp. 83-97. <<

[34] Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 95. **<<**

[35] Ibid, p. 98. <<

[36] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 541. <<

[38] CS, vol. VII, op. cit., p. 7235. <<

[39] Ibid, p. 7269. <<

[40] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. III, op. cit., p. 82. **<<**

[42] Colville, «*Second*», op. cit., p. 7. <<

[43] CS, vol. VII, op. cit., p. 7417. <<

[44] CIHOW, op. cit., p. 550. <<

[45] Id. loc. <<

[47] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 864. **<<**

[48] CS, vol. VII, op. cit., pp. 7283-7284. <<

[49] Ibid, p. 7285. <<

[50] Halle, *America and Britain*, pp. 34-35. <<

[51] CAC, ONSL, Segunda parte, loc. cit., p. 2. <<

[52] CIHOW, op. cit., p. 321. <<

[53] Earl of Birkenhead Papers, loc. cit., 65/A3. <<

[54] CS, vol. VII, op. cit., p. 7286. <<

[55] Ibid, p. 7287. <<

[56] Ibid, p. 7289. <<

[57] Id. loc. <<

[58] Ibid, p. 7290. <<

[59] Ibid, pp. 7292-7293. <<

[60] Id. loc. <<

[61] Gladwyn, *Memoirs*, op. cit., p. 185. <<

[62] Hatfield House, loc. cit., 5M/62/1. <<

[63] Sebestyen, *1946*, op. cit., p. 185. <<

[64] Ramsden, «*Historian*», op. cit., p. 22. <<

[65] Wheeler-Bennett (comp.), *Action*, op. cit., p. 258. <<

[66] Pilpel, *America*, op. cit., p. 225. <<

[68] Hatfield House, loc. cit., 5M/62/1. <<

[69] OB, vol. VIII, op. cit., p. 341. <<

[70] Stuart, *Within*, op. cit., p. 147. <<

[71] CS, vol. VII, op. cit., p. 7317. <<

[72] Ibid, p. 7377. <<

[73] Ibid, p. 7443. <<

[75] Ibid, p. 7447. <<

[76] Ibid, p. 7386. <<

[78] Ibid, p. 7549. <<

[79] CAC, CHUR, loc. cit., 2/174/146; CHUR, loc. cit., 2/100/57-58; CHUR, loc. cit., 2/43/214. <<

[80] WSC, *Sinews*, p. 134. <<

[81] CS, vol. VII, op. cit., p. 7379. <<

[82] Ibid, p. 7382. <<

[83] Gladwyn, *Memoirs*, op. cit., p. 218. **<<**

[84] CS, vol. VII, op. cit., p. 7765. <<

[86] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 433. <<

[87] Newman, «*Butterflies to Chartwell*», op. cit., p. 39. <<

[88] Hatfield House, QUI Bundle, loc. cit., 63. <<

[89] Churchill, *Crowded Canvas*, op. cit., p. 181. <<

[90] WSC, *Dream*, p. 59. <<

[91] Howard, *Rab*, op. cit., p. 156. <<

[92] CS, vol. VII, op. cit., p. 7525. <<

[93] PA, loc. cit., DR/182. <<

[94] CS, vol. VII, op. cit., p. 7545. <<

[96] *Hansard*, vol. 443, op. cit., col. 1848. <<

[97] Woodrow Wyatt Papers, loc. cit. <<

[98] CS, vol. VII, op. cit., p. 7566. <<

[99] Ibid, p. 7571. <<

[100] Ramsden, «*Greatest*», op. cit., p. 18. <<

[101] OB, vol. VIII, op. cit., p. 364. <<

[102] WSC, *Dream*, op. cit., p. 10. <<

[103] OB, vol. VIII, op. cit., p. 364. <<

[104] Ibid, p. 365. <<

[105] Id. loc. <<

[106] Ibid, p. 366. <<

[107] Ibid, p. 368. <<

[108] Id. loc. <<

[109] Ibid, p. 369. <<

[110] Ibid, p. 370. <<

[111] Id. loc. <<

[112] Id. loc. <<

[113] Ibid, p. 371. <<

[114] Id. loc. <<

[115] Ibid, p. 372. <<

[116] Id. loc. <<

[117] Ibid, p. 367. <<

[118] CAC, loc. cit., BRDW/V/2/9. <<

[119] WSC, *Dream*, op. cit., p. 12. <<

[120] OB, vol. VIII, op. cit., p. 331. <<

[121] Reynolds, *Command*, op. cit., p. 405. <<

[122] Soames, *Life as a Painter*, op. cit., p. 180. <<

[123] CAC, SCHL, loc. cit., 1/1/9. <<

[124] Graebner, *My Dear Mr Churchill*, pp. 77-78. <<

[125] Ibid, p. 25. <<

[126] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 548. <<

[127] CAC, LASL, loc. cit., 8/7/2. <<

[128] CAC, ONSL, Segunda parte, loc. cit., p. 2. <<

[129] CS, vol. VII, op. cit., p. 7587. <<

[130] OB, vol. VIII, op. cit., p. 315. <<

[131] WSC, *Marl*, vol. II, op. cit., pp. 1036, 754. <<

[132] WSC, *MEL*, op. cit., p. 346. <<

[133] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 426. <<

[134] WSC, *TSWW*, vol. I, op. cit., pp. 26, 615. <<

[136] Hatfield House, loc. cit., 5M/62/1. <<

[137] Ashley, *Historian*, op. cit., p. 163. <<

[138] Reynolds, *Long Shadow*, op. cit., p. 317. **<<**

[139] CS, vol. VII, op. cit., p. 7679. <<

[140] Ibid, p. 8123. <<

[141] Boothby, *My Yesterday*, p. 212. <<

[142] CS, vol. VII, op. cit., p. 7709. <<

[143] *The Times*, 11 de noviembre de 1948. <<

[144] Id. loc. <<

[145] CS, vol. VII, op. cit., p. 7774. <<

[146] Soames, *Churchill Family Album*, p. 370. <<

[147] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 285. <<

[148] OB, vol. VIII, op. cit., p. 613. <<

[149] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 285. <<

[150] CS, vol. VII, op. cit., p. 7777. <<

[151] Pilpel, *America*, op. cit., p. 235. <<

[154] CS, vol. VII, op. cit., p. 7797. <<

[155] Id. loc. <<

[156] Id. loc. <<

[157] Ibid, p. 7799. <<

[160] Ibid, p. 7803. <<

[161] Ibid, p. 7807. <<

[162] CIHOW, op. cit., p. 500. <<

[163] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 334. <<

[164] PA, loc. cit., DR/182. <<

[165] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 553. **<<**

[166] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 439. <<

[167] CS, vol. VII, op. cit., p. 7883. <<

[168] CIHOW, op. cit., p. 552. <<

[169] McGowan, *Years*, p. 96. <<

[171] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 453. <<

[172] Id. loc. <<

[173] CS, vol. VIII, op. cit., p. 7927. <<

[174] WSC, *Balance*, p. 201. <<

[175] CS, vol. VII, op. cit., p. 7944. <<

[176] Bod Conservative Party Archive, LCC, 1/1/6., loc. cit., p. 6. <<

[178] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 442. <<

[179] CS, vol. VIII, op. cit., p. 7985. <<

[180] Ibid, p. 7987. <<

[181] Ibid, p. 8360. <<

[182] Ramsden, «*Historian*», op. cit., p. 4. <<

[183] Ibid, p. 10. <<

[184] Booth, *True*, pp. 135-136. <<

[185] Hatfield House Papers. <<

[186] *Hansard*, vol. 476, op. cit., cols. 2157-2158. <<

[187] Ibid, col. 2156. <<

[188] Best, *Greatness*, op. cit., p. 285. <<

[189] Pottle (comp.), *Daring*, op. cit., p. 55. <<

[190] Nicolson (comp.), *Diaries and Letters*, vol. III, op. cit., p. 178. **<<**

[191] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 203. <<

[192] Courtenay, «*Smuts Dimension*», op. cit., passim. <<

[193] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 611. <<

[194] Jackson, *Churchill*, op. cit., p. 358. <<

[196] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8143. <<

[197] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 451. <<

[198] OB, vol. VIII, op. cit., p. 511. <<

[199] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8170. <<

[200] Ibid, p. 8196. <<

[201] Ibid, p. 8226. <<

[202] Bod Conservative Party Archive, CPA, LCC, 1/1/6, loc. cit., p. 114. <<

[204] Woodrow Wyatt Papers, loc. cit. <<

[205] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8253. <<

[206] Ibid, p. 8283. <<

[207] Pearce, «*1950 and 1951 Elections*», passim. **<<**

[208] Id. loc. <<

[209] WSC, *Savrola*, op. cit., p. 344. <<

[6] * Probablemente por haber dado acogida a las dos conferencias de Quebec, ya que sus homólogos australiano y neozelandés no figuraban en su lista de honores. <<

[12] * También fue primer ministro y perdió las elecciones para continuar en el cargo, pese a haber ganado la batalla de Waterloo. <<

[13] ** Fue el perdedor de las elecciones de 1880, pese a que dos años antes, en el Congreso de Berlín, hubiera conseguido contribuir significativamente a la estabilidad y la paz en Europa. <<

[16] * La primera iniciativa que tomó la familia Churchill tras abandonar las residencias del número 10 de Downing Street y Chequers consistió en instalarse en el Hotel Claridge, a fin de poder dedicar tiempo a la búsqueda de un domicilio en Londres. Una tarde, mientras aguardaba al coche que debía venir a buscarle, Churchill le recitó al conserje del establecimiento el estribillo de una vieja canción del Teatro de Variedades de Tívoli. Decía así:

> He estado en el Polo Norte,
> he visto el Polo Sur,
> me he paseado por los polos del Este y el Oeste,
> y he conocido todos los demás tipos de polos y de palos:
> el de estrías rojas del barbero,
> el de la cucaña,
> y el de los que pierden el oremus,
> aunque de todos los palos
> el peor es el que llevo
> desde que me han echado
> del Hotel Monopole…

Churchill, *Tapestry*, p. 88. Con la mención del «palo de la cucaña» se alude a una observación de Disraeli, que había dicho que, para elevarse a la posición de primer ministro era preciso conquistar la cima del palo ensebado de la política. <<

[25] * En ese mismo discurso, fiel a su costumbre de iluminar con una pincelada alegre los ánimos sombríos, Churchill le comentará al parlamento que «un amigo mío, funcionario, se encontraba en Zagreb al conocerse los resultados de las últimas elecciones generales. Una anciana señora le dijo, consternada: “¡Pobre señor Churchill! Supongo que ahora le fusilarán”. Mi amigo consiguió tranquilizarla. Le dijo que la sentencia podría atenuarse con alguna de las diferentes formas de trabajos forzados que tan graciosa y permanentemente se ofrecen a todos los súbditos de Su Majestad»: CS, vol. VII, op. cit., p. 7215. <<

[32] * Que le dejó una cicatriz de 20 centímetros. <<

[74] * En 1955, la postura de Churchill revelará haber experimentado un giro de ciento ochenta grados. Esto explica que le escriba a Nehru, que por entonces ejercía el cargo de primer ministro en una India que todavía permanecía en el seno de la Comunidad de Naciones, lo siguiente: «Espero que reflexione usted sobre la expresión "La luz de Asia". Tengo la sensación de que podría encontrarse en condiciones de hacer algo que ningún otro ser humano ha tenido ocasión de realizar: puede usted colocar a la India a la vanguardia de toda Asia, al menos en el campo del pensamiento, al defender el ideal de la libertad y la dignidad del individuo frente a las cuartillas pautadas del Partido Comunista»: OB, vol. VIII, op. cit., p. 1094. Y para seguir siendo fiel a sí mismo, Churchill llegará incluso a bromear con ingenio acerca de ese completo vuelco de sus planteamientos: «Muchas veces he tenido que comerme mis palabras en el curso de mi existencia, y debo confesar que siempre me ha parecido una dieta saludable»: Wheeler-Bennett (comp.), Action, op. cit., p. 28. <<

[85] * Tras los juicios de Núremberg, en los que se sancionó la responsabilidad de los veintidós dirigentes nazis de mayor relieve, y que se saldaron con el ahorcamiento de doce de los encausados en octubre de 1946, Churchill le dirá a «Pug» Ismay: «Esto demuestra que, si uno se embarca en una guerra, es absolutamente decisivo ganarla. En caso de haber perdido, tú y yo nos habríamos visto en un serio apuro»: Ismay, Memoirs, p. 157. <<

[95] * Padre de la política y premio Nobel de la Paz birmana Aung San Suu Kyi. <<

[135] * En el último intento que Randolph hizo por entrar en el parlamento, Foot le venció en la circunscripción de Plymouth, en la que entonces se incluía el municipio de Devonport. <<

[153] * Churchill creía que en todo existían temas. «¡Llévate de aquí este pudin!, —le dirá en la década de 1950 a un camarero—: Le falta tema…»: Christopher Soames, en *Finest Hour*, n.º 50, p. 16. <<

[159] * Fue precisamente la positiva experiencia que Churchill habrá de vivir en el MIT lo que le anime a solicitar que, a la hora de fundar una institución conmemorativa en su honor, se cree específicamente una facultad científica y tecnológica en Cambridge. [El Churchill College, inaugurado en 1958. (N. del t.)] <<

[170] * Al mandar llamar al doctor David Butler, un sociólogo electoral de la Universidad de Princeton, para debatir con él durante cuatro horas acerca de un gran número de extremos relacionados con la inminente llamada a las urnas, Churchill quedó estupefacto al descubrir que el estudioso apenas tenía veinticinco años de edad. «Será mejor que se apresure, jovencito, —le dijo con ironía el ex primer ministro—: Napoleón no superaba los veintiséis cuando cruzó el puente de Lodi». Por su parte, Butler recuerda: «Yo estaba impresionado y atemorizado a la vez. No era partidario de los conservadores, pero sabía que me encontraba en presencia del hombre de mayor estatura política del mundo»: *Daily Telegraph*, 7 de abril de 2015. <<

[195] * Uno de los oficiales que había pertenecido al Estado Mayor de Auchinleck, el general de división Eric Dorman O'Gowan, llegaría a plantear un pleito por difamación que, en las ulteriores ediciones de esta cuarta entrega, obligaría a Churchill a rebajar el tono de las críticas que había dirigido a Auchinleck. <<

[203] * Dado que en 1949 no había salido contento de unas pruebas televisivas, Churchill cogió inmediatamente una gran ojeriza a ese medio de comunicación, de modo que fue el mucho más telegénico Eden quien se encargó de realizar la única intervención electoral del Partido Conservador en la pequeña pantalla. «Aunque tengamos que rebajarnos a estos niveles, —dirá Churchill de la televisión—, debemos responder siempre a la obligación de adaptarnos al ritmo de las innovaciones modernas»: CIHOW, op. cit., p. 474. <<

[18] º Aunque el autor ya se ha referido a él más arriba, esta es la primera ocasión en que el término «gabinete en la sombra» se emplea en sentido propio. Se trata de una característica del sistema parlamentario británico. Lo forman los portavoces de la oposición que, especializados en las diferentes materias ministeriales y guiados por su líder, constituyen una suerte de ejecutivo paralelo que da la réplica a los titulares de las diferentes carteras del ejecutivo. (N. del t.) <<

[20] º Un conocido himno socialista en el que se resaltan los sacrificios y la solidaridad del movimiento obrero internacional. (N. del t.) <<

[37] º «Queuetopia». Neologismo churchilliano, mezcla de «queue» y «utopia», que sin embargo ha pasado a ser de uso común en la lengua inglesa y aparece por tanto recogido en los diccionarios de ese idioma. (N. del t.) <<

[41] oo Téngase presente que, en inglés, «*paling*» es «valla», «empalizada», etcétera. (N. del t.) <<

[46] º *It's a Gift*, que equivale en realidad a nuestra exclamación «¡Es pan comido!» o similares, significa literalmente «Es un regalo», de ahí el comentario del autor. (N. del t.) <<

[67] ◦ En esa fecha se introdujeron enmiendas en la Ley de Energía Atómica estadounidense para permitir que la gran potencia norteamericana compartiera la información atómica con sus más estrechos aliados. (N. del t.) <<

[77] º Válvulas instaladas en el casco de un barco para permitir que el agua fluya hacia el interior de la nave, por ejemplo para añadirle lastre o enfriar un motor. (N. del t.) <<

[152] ◦ Forma alemana de la ideología nazi de la raza superior. (N. del t.) <<

[158] ◦ Frase de un célebre discurso del que fuera vicepresidente de Estados Unidos entre 1941 y 1945, Henry A. Wallace. En el mundo surgido de la segunda guerra mundial, el político abogaba con esa expresión por un mundo en el que no solo los ciudadanos de las potencias vencedoras, sino también los habitantes de todas las naciones, incluidas las vencidas, disfrutaran de los beneficios de la paz y la prosperidad. (N. del t.) <<

[177] ◦ El autor se refiere, como ya vimos que sucedía más arriba, al hecho de que la suma de toda la oposición dejaba a los laboristas un margen de maniobra de cinco parlamentarios (315-298-9-3 = 5). (N. del t.) <<

[1] Jones, «*Knew Him*», op. cit., p. 11. <<

[2] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 632. <<

[4] Roberts, *Eminent Churchillians*, op. cit., pp. 243-285. <<

[5] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 107. <<

[6] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 127. <<

[7] Entrevista con Christopher Clement-Davies, 1 de marzo de 2017. **<<**

[8] Seldon, *Indian Summer*, op. cit., pp. 102-106. <<

[9] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 644. <<

[10] Macmillan, *Tides*, p. 491. <<

[11] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 437. <<

[13] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 312. <<

[14] Midgley (comp.), *Heroic Memory*, op. cit., p. 30. <<

[15] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 461. <<

[16] Willans y Roetter, *Wit*, op. cit., pp. 18-19. <<

[17] Midgley (comp.), *Heroic Memory*, op. cit., p. 30. <<

[19] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 635. **<<**

[20] CIHOW, op. cit., p. 88. <<

[22] Ramsden, *Age*, p. 99. <<

[23] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 632-633. <<

[24] Shuckburgh, *Descent*, p. 62. <<

[25] Ibid, p. 66. <<

[26] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 635. <<

[27] Ismay, *Memoirs*, op. cit., p. 457. <<

[28] NA, CAB, loc. cit., 129/48C (51), 32. <<

[29] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8481. <<

[30] CIHOW, op. cit., p. 550. <<

[31] Macmillan, *Tides*, op. cit., p. 493. **<<**

[32] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8310. <<

[33] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 310. **<<**

[34] Butler, *Art of Memory*, p. 137. <<

[35] WSC, *TSWW*, vol. I, op. cit., p. 21. **<<**

[36] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8317. <<

[37] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 637. **<<**

[38] Id. loc. <<

[39] Ibid, p. 639. <<

[40] Dilks, «*Solitary*», pp. 10-11. <<

[41] WSC, *Stemming*, pp. 226-227. <<

[42] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8327. <<

[43] Ibid, p. 8333. <<

[44] Shuckburgh, *Descent*, op. cit., p. 75. <<

[45] Entrevista con *sir* Edward Ford. <<

[46] FH, n.º 135, loc. cit., p. 51. <<

[47] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 640. **<<**

[48] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8338. <<

[49] OB, vol. VIII, op. cit., p. 697; Moran, *Struggle*, op. cit., p. 372. **<<**

[50] Murray, *Bodyguard*, op. cit., p. 145. <<

[51] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8342. <<

[52] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 430. **<<**

[53] Moran, *Struggle*, op. cit., pp. 425, 429. <<

[54] Mather, «*Hardiness and Resilience*», op. cit., pp. 83-97. <<

[55] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 642. <<

[56] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 406. <<

[57] Cawthorne, *Legend*, p. 32. <<

[58] Boyd-Carpenter, *Way of Life*, pp. 90-91. <<

[59] OB, vol. VIII, op. cit., p. 714. <<

[60] *Hansard*, vol. 498, op. cit., col. 204. <<

[61] Lyttelton, *Chandos*, p. 168; *Hansard*, vol. 500, op. cit., cols. 32-33. **<<**

[62] *Hansard*, vol. 501, op. cit., col. 529. <<

[63] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 648. **<<**

[64] Ibid, p. 649. <<

[65] *Hansard*, vol. 501, op. cit., cols. 1366-1367. **<<**

[66] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 651. **<<**

[67] Id. loc. <<

[68] *Hansard*, vol. 503, op. cit., col. 1978. <<

[69] CAC, NEMO, loc. cit., 3/3. <<

[70] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 916. **<<**

[71] Ruane, *Bomb*, op. cit., p. 214. <<

[72] Ibid, p. vii. <<

[73] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 676. **<<**

[74] Ibid, p. 654. <<

[75] Id. loc. <<

[76] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8435. <<

[77] *Hansard*, vol. 503, op. cit., col. 286. <<

[78] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 657-658. **<<**

[79] Ibid, p. 658. <<

[80] Ibid, p. 659. <<

[81] Id. loc. <<

[82] Ferrell (comp.), *Eisenhower Diaries*, pp. 222-223. <<

[83] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 661. **<<**

[84] Ibid, p. 662. <<

[85] Ibid, p. 665. <<

[86] Ibid, p. 663. <<

[87] Id. loc. <<

[88] Id. loc. <<

[89] Colville, «*Second Best*», op. cit., p. 7. <<

[90] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8455. <<

[91] Dilks, «*Solitary*», op. cit., p. 13. <<

[92] Hatfield House, loc. cit., 5M/E41. <<

[94] *Hansard*, vol. 515, op. cit., cols. 897-898. <<

[95] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 344, n. 1. <<

[96] *Hansard*, vol. 514, op. cit., col. 1757. <<

[97] CIHOW, op. cit., p. 352. <<

[99] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 399. **<<**

[100] CAC, LASL, loc. cit., 8/7/6/25A/21. <<

[101] Dilks, «*Solitary*», op. cit., p. 14. <<

[102] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 668. <<

[103] Mather, «*Hardiness and Resilience*», op. cit., pp. 83-97. <<

[104] Macmillan, *Tides*, op. cit., p. 516. <<

[105] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 668n. <<

[106] NA, CAB, loc. cit., 128/26/36. <<

[107] Cherwell Papers, loc. cit., K70/6. <<

[108] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 669; Cherwell Papers, loc. cit., K70/6. <<

[109] NA, CAB, loc. cit., 128/26/38-44. <<

[110] NA, CAB, loc. cit., 128/26/37. <<

[111] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 668. <<

[112] Ibid, p. 669. <<

[113] Ibid, p. 670. <<

[114] Hatfield House, loc. cit., 5M/E41. <<

[115] Moran, *Struggle*, op. cit., pp. 425-426; *Sunday Express*, 22 de mayo de 1966. <<

[116] *Sunday Express*, 10 y 22 de mayo de 1966. <<

[117] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 444. <<

[119] Ibid, pp. 419-420. <<

[120] Clarke, *Cripps Version*, p. 538. <<

[121] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 672. <<

[122] Ibid, p. 675. <<

[124] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 486. <<

[125] Rose, *Unruly*, p. 336. <<

[126] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 477. <<

[128] *British Medical Journal*, vol. 310, 10 de junio de 1995, p. 1537. <<

[129] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8496. <<

[130] Id. loc. <<

[131] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 528. <<

[132] CAC, HAIS, loc. cit., 4/3. <<

[133] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8515. <<

[134] *Hansard*, vol. 518, op. cit., col. 1803. <<

[135] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 674-675. <<

[137] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 576. <<

[138] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 682. <<

[139] Ibid, p. 683. <<

[140] Id. loc. <<

[141] Id. loc. <<

[142] Ibid, op. cit., p. 685, n. 1. <<

[143] Hart-Davis (comp.), *King’s Counsellor*, op. cit., p. 430. <<

[144] Moran, *Struggle*, op. cit., pp. 540-541. <<

[145] Comentario de *lady* Soames a Richard Langworth, septiembre de 2005.
<<

[146] Best, *Greatness*, op. cit., p. 315. <<

[147] Norman Brook diaries, *Sunday Telegraph*, 5 de agosto de 2007. **<<**

[148] Roberts, *Eminent Churchillians*, op. cit., pp. 217-241. <<

[149] Addison, *Unexpected*, op. cit., p. 233. <<

[151] Norman Brook diaries, op. cit., *Sunday Telegraph*, 5 de agosto de 2007.
<<

[152] Woodrow Wyatt Papers, loc. cit. <<

[153] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 691. **<<**

[154] FH, n.º 122, loc. cit., p. 15. <<

[155] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 693. **<<**

[156] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 305. <<

[158] CIHOW, op. cit., p. 32. <<

[160] Ibid, p. 93. <<

[161] Hatfield House, loc. cit., 5M/E41. <<

[162] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 702. **<<**

[163] Id. loc. <<

[165] Ibid, p. 703. <<

[166] CAC, BRGS, loc. cit., 1/3. <<

[167] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 703. <<

[168] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 587. <<

[169] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 705. <<

[170] WSC, *Unwritten*, p. 202. <<

[171] Fladgate Archives Moir, Doc., capítulo III. <<

[172] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 171. <<

[173] CAC, SCHL, loc. cit., 1/2/1. <<

[174] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 549. <<

[175] CS, vol. VIII, op. cit., pp. 8608-8609. <<

[176] Fladgate Archives Moir, Doc., loc. cit., capítulo III. **<<**

[177] Id. loc. <<

[178] 164 Ramsden, «*Greatest*», op. cit., p. 15; Brendon, *Churchill*, op. cit., p. xx. <<

[179] CAC, NEMO, loc. cit., 3/3. <<

[180] BU, AP, loc. cit., 20/25. <<

[181] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8625. <<

[182] Ibid, p. 8633. <<

[183] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 706. <<

[184] Ibid, p. 705. <<

[185] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 590. <<

[186] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 706. <<

[188] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 590. <<

[189] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 706. <<

[190] Id. loc. <<

[192] Ibid, p. 707. <<

[193] Id. loc. <<

[194] Ibid, p. 708. <<

[195] Id. loc. <<

[196] Id. loc. <<

[197] OB, vol. VIII, op. cit., p. 1123. <<

[198] Id. loc. <<

[199] Id. loc. <<

[200] CV, vol. I, Segunda parte, op. cit., p. 839. <<

[201] Seldon, *Indian Summer*, op. cit., passim. <<

[202] Gilbert, *Churchill’s Political Philosophy*, passim. **<<**

[203] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 709. **<<**

[204] OB, vol. VIII, op. cit., p. 327. <<

[205] Ibid, p. 704. <<

[206] CAC, HAMB, loc. cit., 1/1/8. <<

[207] Id. loc. <<

[208] Midgley (comp.), *Heroic Memory*, op. cit., p. 29. <<

[98] * El 27 de mayo, poco antes del banquete de la coronación, Churchill había dado a un joven estudiante estadounidense un consejo extremadamente sabio en el Salón Westminster: «Estudia historia, estudia historia. La historia contiene los secretos de la gobernación del estado»: OB, vol. VIII, op. cit., p. 835 <<

[118] * William Hughes, el ex primer ministro de Australia, había fallecido el año anterior. <<

[136] * Son los siguientes: «1.-Impidieron que Alexander llegara hasta Túnez en su primer intento, cuando más fácil le habría resultado lograrlo. 2.-Habían hecho en Anzio lo mismo que Stopford en la bahía de Suvla: aferrarse a las playas y revelarse incapaces de tomar posiciones en el interior, cosa que no habría sido difícil […]. 3.-Insistieron en llevar a cabo la Operación Yunque, impidiendo de ese modo que Alexander conquistara Trieste y Viena. 4.-En la Operación Overlord, Eisenhower se había negado a permitir que Monty se concentrara en avanzar por el flanco izquierdo. [Eisenhower] había insistido en efectuar un avance en línea, cosa que no era posible apoyar, y en consecuencia Rundstedt quedó en condiciones de contraatacar en las Ardenas y de prolongar la guerra hasta la primavera de 1945, con graves consecuencias políticas. 5.-Eisenhower dejó que los rusos ocuparan Berlín, Praga y Viena, plazas que en todos los casos debieron de haber sido tomadas por los estadounidenses»: Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 674-675. <<

[164] * Ese mes, al presentarse la cocinera italiana de Colville en avanzado estado de gestación —como consecuencia de la furtiva relación que había mantenido al anochecer en una calle de Verona con un desconocido—, Churchill no podrá reprimir la ocurrencia: «Obviamente no se trataba de ninguno de los dos hidalgos» [en alusión a la comedia shakespeariana de Los dos hidalgos de Verona. (N. del t.)]: Colville, *Fringes*, op. cit., p. 701. <<

[191] * Lo que significaba que su dimisión no iba a aparecer en los periódicos. <<

[3] o «*One Nation Government*»: forma paternalista de conservadurismo político, específico de la democracia *tory*, que aboga por preservar las instituciones y las tradiciones sobre la base de un programa social concebido para beneficiar al hombre común. (N. del t.) <<

[12] º «*Indian Summer*»: literalmente «veranillo de San Martín», éxito de último momento, precursor de un final, un declive o un endurecimiento de las condiciones. (N. del t.) **<<**

[18] ◦ Churchill juega con la ortografía de «*Bossom*», ya que le sobra una «s» para ser «*bosom*», el pecho femenino, y le falta la «l» para convertirse en «*blossom*», flor o florecer. (N. del t.) <<

[21] ◦ Concurso y festival de danza, música, poesía y canto en lengua galesa. (N. del t.) <<

[93] º Robert Arthur Gascoyne-Cecil. (N. del t.) <<

[123] º Juego de palabras intraducible: «*He didn't deserve a peerage*, —dice el yerno de Churchill, y este contesta—: *No, but perhaps a disappearage*». (N. del t.) <<

[127] º Benzedrina es el nombre comercial del primer preparado farmacéutico a base de anfetamina. Contenía una mezcla al 50 % de levoanfetamina y dextroanfetamina. (N. del t.) <<

[150] ◦ Es posible que se hubiera sumado algún diputado a la mayoría de conservadora, ya que, al término de las últimas elecciones, como hemos visto, el margen del partido de Churchill era de diecisiete parlamentarios. (N. del t.) <<

[157] º Una vez más, la agudeza inglesa pierde sentido en castellano. La serie que idea Churchill se basa en la forma de los comparativos de superioridad y los superlativos británicos. De este modo, la tríada «Dull, duller, Dulles» juega con el sonido de «Dulles» (idéntico al de «Dullest)» y con el significado de «*dull*», aburrido, soso, gris, sin brillo… (N. del t.) **<<**

[159] º Por recrudecimiento del conflicto colonial que se vivió en la Malasia británica entre los años 1948 y 1960. (N. del t.) <<

[187] ◦ En la escatología judía y cristiana existe el concepto de la primera y la segunda muerte. La primera es la muerte física, inevitable, pero la segunda sería la que sufre el alma de los condenados, aniquilada tras el juicio final —o sometida, según otros, a tormento eterno— (véase, por ejemplo, Apocalipsis 2, 11; 20, 14, etcétera). Entre los que creen en la inmortalidad del alma, hay quien confía no obstante en que ningún espíritu es destruido, sino que, al final, Dios los salvará a todos. (N. del t.) **<<**

[1] WSC, *Marl*, vol. II, op. cit., p. 1036. <<

[2] WSC, *Savrola*, op. cit., p. 35. <<

[3] Marchant (comp.), *Servant*, op. cit., p. 141. <<

[4] 4 Entrevista con Francis Maude, 26 de julio de 2016. <<

[5] Rowse, «*Visit*», op. cit., pp. 8-13. <<

[6] Id. loc. <<

[9] Id. loc. <<

[10] Id. loc. <<

[11] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 305. <<

[12] Colville, *Fringes*, op. cit., pp. 526-527. <<

[13] James (comp.), *Chips*, op. cit., p. 396. <<

[14] OB, vol. V, op. cit., p. 441. <<

[15] Ashley, *Historian*, op. cit., p. 210. **<<**

[17] Reynolds, «*Churchill the Historian*», s. l. <<

[18] WSC, HESP, vol. IV, pp. 182, 263. <<

[21] CIHOW, op. cit., p. 522. <<

[22] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 120. <<

[23] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 604. <<

[24] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 313. <<

[25] *New York Times*, 22 de abril de 1956. <<

[26] WSC, HESP, vol. I, op. cit., pp. 95, 99. <<

[27] CAC, KLMR, loc. cit., 6/9. <<

[28] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 610. <<

[29] OB, vol. VIII, op. cit., p. 1123. <<

[31] Moran, *Struggle*, op. cit., p. 748. <<

[32] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 392. <<

[33] Macmillan, *Riding*, p. 175. <<

[34] Lees-Milne, *Mingled Measure*, p. 68. <<

[35] Browne, *Sunset*, op. cit., pp. 166-167. <<

[36] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 619. <<

[37] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 216. <<

[38] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 622. <<

[40] CAC, loc. cit., CHOH/3/CLVL. <<

[41] Colville, *Churchillians*, op. cit., p. 123. <<

[42] Howells, *Simply Churchill*, op. cit., p. 61. <<

[43] Lysaght, *Brendan*, op. cit., p. 349. <<

[45] Gilbert, *Other Club*, op. cit., p. 218. <<

[46] Sandys, *Chasing Churchill*, op. cit., p. 1. **<<**

[47] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 627. <<

[49] Halle, *Irrepressible*, op. cit., p. 337; Midgley (comp.), Heroic Memory, op. cit., p. 30. <<

[50] Sandys, *Chasing Churchill*, op. cit., p. 1. <<

[51] Ibid, p. 9. <<

[52] Ibid, p. 13. <<

[53] Ibid, p. 14. <<

[54] CIHOW, op. cit., p. 368. <<

[55] PA, loc. cit., BBK/3/70. <<

[56] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 632. <<

[57] CIHOW, op. cit., p. 341. <<

[58] WSC, *Unwritten*, op. cit., p. 324. <<

[59] *Bod Conservative Party Archive*, PUB, loc. cit., 229/12/7/fol. 44. <<

[60] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8707. <<

[61] CIHOW, op. cit., p. 530; Churchill, *Tapestry*, op. cit., p. 17. **<<**

[62] CIHOW, op. cit., p. 161. <<

[63] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 635. <<

[64] Murray, *Bodyguard*, op. cit., p. 202. **<<**

[65] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 957. <<

[66] FH, n.º 117, loc. cit., p. 7; Browne, *Sunset*, op. cit., pp. 273-274; OB, vol. VIII, op. cit., p. 1337. <<

[67] CAC, CHAR, loc. cit., 28/26/5. <<

[69] Soames, «*Human Being*», op. cit., p. 8. <<

[70] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 646. <<

[71] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 325. <<

[72] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 535. <<

[73] Ramsden, *Man of the Century*, op. cit., p. 3. <<

[74] *Commentary Magazine*, 1 de octubre de 1966. <<

[77] La mejor crónica del funeral se encuentra en Croft, *Final Farewell*, p. 62. <<

[78] *The Times*, 25 de enero de 1965. <<

[80] Rowse, *Memories*, p. 12. <<

[81] Soames, *Clementine*, op. cit., p. 545. <<

[7] * «El queso Stilton y el oporto son como el marido y la mujer, —comentó Churchill—: No ha de separárselos jamás»: Graebner, *My Dear Mr Churchill*, op. cit. p. 61. <<

[20] * Richard Burton no lo consideraría en cambio tan relajante, al menos en la ocasión en que Churchill acudió al teatro Old Vic de Londres, en 1953, y se dedicó toda la representación a sincronizar en voz alta con el actor la declamación de las tiradas del protagonista, para rematar después la jugada presentándose en los camerinos y preguntar a Burton: «Milord Hamlet, ¿podría usar su retrete?»: FH, n.º 141, loc. cit., p. 29. <<

[8] ◦ En referencia a las preferencias sexuales del rey Jacobo. Véase, por ejemplo, *Londres Gay*, Edhasa, Barcelona, 2018. (N. del t.) **<<**

[16] ◦ El rey Alfredo, atacado por los vikingos, se había refugiado en casa de una campesina. Esta no le reconoció y le pidió que vigilara unas tortas de pan que tenía en el fuego mientras se ausentaba. Absorto en los problemas del reino, Alfredo se olvidó de las tortas, que se quemaron, así que, al regresar, la mujer le dedicó una fuerte regañina. (N. del t.) **<<**

[19] oo «Zapador». (N. del t.) <<

[30] º «Alegría por el mal ajeno». Pese a que pueda aludir a un simple regocijo pueril ante las dificultades o el ridículo de otros, la voz alemana recuerda la definición aristotélica de la envidia: «Un cierto placer por el bien merecido de otro», afecto contrario a la compasión, que es «un cierto pesar por el mal inmerecido del prójimo». (N. del t.) <<

[39] º Dado que el Trinity College de esa misma universidad se encuentra relativamente cerca, apenas a un paseo de veinte minutos a pie. (N. del t.) <<

[44] oo Recuérdese que es un término hindú que significa «discípulo devoto». Véase la página «Nació en el condado de Tipperary e hijo de…». (N. del t.)
<<

[48] º Un importante político laborista que ocupó durante un breve espacio de tiempo la cartera de Suministros en 1940, para responsabilizarse después del Ministerio de Interior, en ambos casos con Winston como primer ministro. (N. del t.) <<

[68] º Probablemente la *Scrophularia nodosa*. El original habla del género *Budleia*. (N. del t.) <<

[75] ° Cargo hereditario y título caballeresco sujeto a las disposiciones del rey de Inglaterra. En su origen se ocupaba de los establos regios, tanto en tiempo de paz como durante las operaciones militares. Al disminuir el papel de la caballería, pasó a organizar las ceremonias públicas más importantes, como las coronaciones o los funerales de estado. (N. del t.) <<

[76] º Literalmente, Operación «Espero que no», en una suerte de guiño para indicar que se alimentaba la expectativa de no tener que ponerla en marcha, al menos no en breve —hay que tener en cuenta que los planes para este solemne sepelio empezaron nada menos que en 1953. (N. del t.) <<

[79] ◦ No consta que exista traducción castellana. La que aquí se ofrece pretende únicamente facilitar la lectura. Los títulos originales son: «*The Battle Hymn of the Republic*», «*Who Would True Valour See*» y «*Fight the Good Fight with All thy Might*». Este último título aparece interpretado en la película *Carros de fuego*. (N. del t.) **<<**

[1] Blake y Louis (comps.), *Churchill*, op. cit., p. 406. <<

[2] Ismay, *Memoirs*, op. cit., pp. 269-270. <<

[3] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1339. **<<**

[4] *Cherwell Papers*, loc. cit., K70/4. <<

[5] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., pp. 450-451. <<

[6] WSC, RW, vol. II, op. cit., p. 375. <<

[7] Soames (comp.), *Speaking*, op. cit., p. 149. <<

[8] OB, vol. II, op. cit., p. 34. <<

[9] *Churchill by his Contemporaries*, disponible en Internet: https://winstonchurchill. hillsdale.edu/clement-attlee-part-2/ <<

[10] *New York Times Book Review*, 16 de julio de 1995. <<

[11] Muller (comp.), *Peacemaker*, p. 6. <<

[12] Pawle, *Warden*, op. cit., p. 179. <<

[13] Taylor, *Winston Churchill*, op. cit., p. 291. <<

[14] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 248. <<

[15] CS, vol. V, op. cit., p. 5197. <<

[16] WSC, GC, op. cit., p. 137. <<

[17] Sterling, «*Getting*», op. cit., p. 10. **<<**

[18] Dean, *Hatred, Ridicule*, op. cit., p. 45. <<

[19] OB, vol. V, op. cit., p. 1115. <<

[20] Catálogo de ventas de manuscritos de Christie, 2003. <<

[21] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 433. <<

[22] Browne, *Sunset*, op. cit., p. 119. <<

[23] CS, vol. VI, op. cit., p. 6537. <<

[24] Arnn, *Churchill's Trial*, p. xiv. <<

[25] *Pall Mall Magazine*, julio de 1927; WSC, *Thoughts*, op. cit., p. 23. **<<**

[26] CAC, KLMR, loc. cit., 6/9. <<

[27] WSC, MEL, op. cit., p. 73. <<

[28] Rose, *Literary Churchill*, op. cit., passim. **<<**

[29] Soames, «*Human Being*», op. cit., p. 4. <<

[30] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., pp. 14-35. <<

[31] Ismay, *Memoirs*, op. cit., p. 142. <<

[33] WSC, *Marl*, vol. II, op. cit., p. 331. <<

[34] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8321. <<

[36] Muller (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 189. <<

[37] Gilbert, *Search*, op. cit., p. 215. <<

[38] CAC, CHAR, loc. cit., 1/399A/66-79. <<

[39] WSC, *TSWW*, vol. I, op. cit., p. 96. <<

[40] Reynolds, «*Churchill the Historian*», op. cit., s. l. **<<**

[41] CS, vol. VIII, op. cit., p. 8422. <<

[42] Gorodetsky (comp.), *Maisky Diaries*, op. cit., p. 353. <<

[43] CAC, loc. cit., CHOH/3/CLVL. <<

[44] WSC, *TSWW*, vol. IV, op. cit., p. 182. <<

[45] WSC, *India*, pp. XXXIX-XL. <<

[46] CV, vol. III, Segunda parte, op. cit., p. 1467. <<

[47] Kennedy, *Business*, op. cit., p. 115. <<

[48] Colville, *Fringes*, op. cit., p. 507. <<

[49] Baxter, «*Military Strategist*», op. cit., p. 9; Howard, *Mediterranean Strategy*, op. cit., pp. 31-32. <<

[50] FH, n.º 140, loc. cit., p. 31. <<

[51] OB, vol. VI, op. cit., p. 1274. <<

[52] Jacob, «*High Level*», op. cit., p. 373. **<<**

[53] Danchev y Todman (comps.), *War Diaries*, op. cit., p. 713. <<

[54] CS, vol. VIII, op. cit., pp. 8608. <<

[55] WSC, *TSWW*, vol. II, op. cit., p. 88. <<

[56] Eade (comp.), *Contemporaries*, op. cit., p. 209. <<

[57] Gilbert, *A Life*, op. cit., p. 79. <<

[58] CS, vol. IV, op. cit., p. 4143; CIHOW, op. cit., p. 72. <<

[60] CS, vol. VI, op. cit., p. 6655. <<

[61] Disponible en Internet: http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/1577511/WinstonChurchill-didnt-really-exist-say-teens.html <<

[62] Scott, *Winston Spencer Churchill*, op. cit., p. 2. <<

[63] Ibid, p. 266. <<

[64] OB, vol. VIII, op. cit., p. 1123. <<

[32] ° En referencia a la coalición formada en 1701 mediante el Tratado de La Haya entre Gran Bretaña, el emperador Leopoldo I de Habsburgo y la República de Holanda. (N. del t.) <<

[35] ◦ Entre el 19 octubre de 1963 y el 16 octubre de 1964. (N. del t.) <<

[59] º Ánimo, ingenio, inventiva… En francés en el original. (N. del t.) **<<**